TORBELLINO

JAMES CLAVELL

SAGA ASIÁTICA

Irán, febrero 1979, un momento crucial en la historia, un período de estallidos revolucionarios en que las turbas se convierten en jueces, las ejecuciones reemplazan a los juicios, los viejos amigos se convierten en repentinos enemigos, las esposas se vuelven contra sus maridos, y tanto los persas como los extranjeros esperan llenos de inquietud a los terribles nuevos gobernantes.

Torbellino se desarrolla durante veinticuatro tumultuosos días después de la marcha del Sha. La lucha a muerte de las facciones rivales para hacerse con el control ha desembocado en una guerra civil en la que pocos saben quién está en cada bando, o por cuánto tiempo. Lo que se sabe muy bien es el odio fanático que se siente hacia los extranjeros, especialmente los norteamericanos y los británicos.

En este épico relato se entrecruzan asesinos, espías, cabecillas guerrilleros, agentes de la KGB, mercaderes del bazar, mollahs y exaltados religiosos y políticos.

James Clavell

Torbellino

Saga asiática - 5

ÍNDICE DE CONTENIDO

Cubierta

Torbellino

Libro Primero
Viernes: 9 de febrero de 1979
I
II
III
Sábado: 10 de febrero
IV
V
VI
VII
VIII
Domingo: 11 de febrero
IX
X
XI
XII
XIII
Lunes: 12 de febrero
XIV
XV
XVI
XVII
XVIII
XIX
XX
Martes: 13 de febrero

XXI
XXII
XXIII
XXIV
XXV
XXVI
Miércoles: 14 de febrero
XXVII
XXVIII
XXIX

Libro Segundo
Sábado: 17 de febrero
XXX
XXXI
XXXII
XXXIII
Domingo: 18 de febrero
XXXIV
XXXV
XXXVI
XXXVII
XXXVIII
Martes: 20 de febrero
XXXIX
XL
XLI

Libro Tercero
Jueves: 22 de febrero
XLII
Viernes: 23 de febrero
XLIII
XLIV
XLV
Sábado: 24 de febrero

XLVI
XLVII
XLVIII
Domingo: 25 de febrero
XLVIX
Lunes: 26 de febrero
L
LI
Martes: 27 de febrero
LII
LIII
Miércoles: 28 de febrero
LIV
Jueves: 1 de marzo
LV
LVI
LVII
LVIII
LIX

Libro Cuarto
VIERNES 2 de marzo de 1979
LX
LXI
LXII
LXIII
LXIV
LXV
LXVI
LXVII
LXVIII
LXIX
Sábado: 3 de marzo
LXX
LXXI
Domingo: 4 de marzo

LXXII

Cronología de la Saga Asiática

Notas

Para
Shigatsu

Este relato de aventuras se encuadra en el Irán revolucionario, entre el 9 de febrero y el 4 de marzo de 1979, mucho antes de que comenzara la crisis de los rehenes. He intentado que la historia parezca lo más real posible, aunque, claro está, se trata de una ficción, con personajes y lugares imaginarios. En ella no se pretende hacer referencia a personas o empresas que participaron en los acontecimientos. Por supuesto, los colosos enfrentados, el Sha Mohammad Reza Pahlevi (y su padre Reza Sha) y el Imán Jomeini, proyectan una sombra sobre mis personajes imaginarios que resulta vital para la historia, si bien estos líderes no aparecen personalmente en ella. Aunque ficticio, he tratado de presentar un cuadro fiel de esa época, de los distintos tipos de personas que la padecieron, de las diferentes opiniones que existían y que podrían haber sido expresadas, sin que ello implique ninguna falta de respeto por mi parte.

Esta no es la historia de cómo sucedieron realmente los hechos, sino de cómo imaginé que podían haber acontecido en el transcurso de esos veinticuatro días.

Siembran vientos,
y recogerán tempestades

Oseas, 8, 7

LIBRO PRIMERO

VIERNES

9 de febrero de 1979

U. S. S. R.
Caspian Sea
U. S. S. R.
TURKEY
KHOI
TABRIZ
MOUNT SABALAN
BANDAR-E PAHLAVI
QAZVIN
TEHRAN
IRAQ
IRAN
BAGHDAD
ZAGROS
DEZ DAM
ISFAHAN
AFGHANISTAN
BANDAR DELAM
Shatt-al-Arab Estuary
ABADAN
ZAGROS THREE
KOWISS
MOUNTAINS
KUWAIT
KHARG
JELLET
Persian Gulf
LENGEH
Strait of Hormuz
PAKISTAN
BAHRAIN
SAUDI ARABIA
QATAR
SIRI
Gulf of Oman
AL SHARGAZ

I

EN LAS MONTAÑAS ZAGROS: A LA PUESTA DE SOL. El sol tocaba ya el horizonte y el hombre cabalgaba cansinamente sobre su caballo, contento de que la hora de la oración hubiese llegado.

Hussain Kowissi era un fornido iraní de treinta y cuatro años, de tez clara y ojos y barba muy oscuros. De su hombro colgaba un fusil soviético de asalto «AK47». Iba bien preparado contra el frío: llevaba un turbante blanco, ropaje oscuro raído por los viajes, una chaqueta nómada de piel de cordero, una «Kash'kai», anudada a la cintura y unas botas muy baqueteadas. Al llevar las orejas tapadas, no oyó el alarido distante del helicóptero jet que se aproximaba. Detrás de él, su fatigado camello de carga tiró del ronzal, impaciente por comer y descansar. Con aire ausente, lo maldijo mientras desmontaba.

El aire, a aquella altura de casi dos mil quinientos metros, era cortante, frío, muy frío, y el suelo estaba cubierto por una espesa capa de nieve que el viento arremolinaba a rachas, haciendo que el sendero fuese resbaladizo y traicionero. Abajo, el poco conocido camino, recorría, zigzagueante, valles lejanos hasta Isfahán, donde él había estado. Más adelante, serpenteaba peligrosamente hacia arriba, entre riscos, luego, a otros valles que daban al Golfo Pérsico y al pueblo de Kowiss donde él naciera, en el que ahora vivía y del que había tomado el nombre al convertirse en *mulá*.

El peligro o el frío le tenían sin cuidado. El peligro le parecía tan definido como el mismo aire.

«Es casi como si volviese a ser un nómada —pensó—, con el abuelo conduciéndonos como en los viejos tiempos, cuando todas nuestras tribus del Kash'kai podían trasladarse de los pastos

invernales a los de verano, cada hombre con su caballo y su arma y rebaños a placer. Teníamos multitud de ovejas, de cabras y de camellos, nuestras mujeres llevaban la cara descubierta, vivíamos libres, como lo hicieran nuestros antepasados durante siglos, sometidos tan solo a la Voluntad de Dios. Esos viejos tiempos terminaron hace apenas sesenta años —se dijo, sintiendo arder la ira de nuevo—, cuando Reza Khan, aquel soldado advenedizo, usurpó el trono con la ayuda de los malditos británicos, proclamándose a sí mismo Sha Reza, el primero de los Sha Pahlevi. Y, entonces, con el respaldo de su regimiento de cosacos, nos doblegó e intentó expulsarnos.

»Fue obra de Dios el que, en su momento, el Sha Reza fuera humillado y desterrado por sus odiosos amos británicos, muriendo en el olvido; obra de Dios el que el Sha Mohammad se viera obligado a huir hace solo unos días; obra de Dios el que Jomeini retornara para ponerse al frente de Su revolución. Voluntad de Dios el que mañana, o cualquiera de estos días, yo sea martirizado. Deseo de Dios el que seamos arrastrados por Su torbellino y que haya un juicio final para todos los extranjeros y los lacayos del Sha».

El helicóptero estaba ya más cerca pero él seguía sin oírlo, contribuyendo a apagar aquel sonido el lamento del viento racheado. Satisfecho, sacó su alfombra de oración y la extendió sobre la nieve, doliéndole aún la espalda por los verdugones que el vergajo le produjera. Luego, cogió un puñado de nieve. Siguiendo el ritual, se lavó el rostro y las manos, preparándose para la cuarta oración del día. Después, se colocó cara al Suroeste, hacia la Ciudad Santa de La Meca, que se encontraba a mil seiscientos kilómetros de distancia, en Arabia Saudita, y concentró su mente en Dios.

Allah-u Akbar, Allah-u Akbar. La illah illa Allah… Mientras repetía el *Shahada*, se postró dejando que las palabras árabes lo envolvieran. «Dios es el más Grande. Dios es el más Grande. Atestiguo que no hay otro Dios que Dios y que Mahoma es Su Profeta. Dios es el más Grande, Dios es el más Grande. Atestiguo que no hay otro Dios que Dios y que Mahoma es Su Profeta…».

El viento arreció, más frío aún. Y entonces, a través de su cubre orejas, le llegó el palpitar del motor del jet, el cual fue aumentando cada vez más hasta penetrar en su cerebro y acabar con su paz, haciendo que perdiese la concentración. Enfadado, abrió los ojos. El helicóptero se hallaba muy cerca ya, apenas a sesenta metros del suelo y volando directamente hacia él.

En un principio, creyó que se trataba de un aparato del Ejército, y un miedo súbito lo atenazó al pensar que le estuvieran buscando.

Luego, reconoció los colores rojo, blanco y azul de los británicos y los familiares rasgos del audaz «SG» alrededor del león rojo de Escocia en el fuselaje, la misma compañía de helicópteros que operaba desde la base aérea, en Kowiss, y sobre todo Irán. Por lo tanto, su miedo desapareció aunque no su ira. Lo observó, embargado por el aborrecimiento que sentía hacia lo que representaba. La ruta que seguía era prácticamente sobre su cabeza, aunque no representara peligro alguno para él. Dudaba de que quienes estuviesen a bordo pudieran descubrirle, allí, al abrigo de un saliente, pero aun así, se resentía con todo su ser de aquella intrusión en su paz y de la destrucción de sus plegarias. Y a medida que aquel ensordecedor estruendo aumentaba, su ira crecía.

La illah illa Allah… Intentó reanudar sus oraciones pero el aire desplazado por las hélices le lanzaba la nieve a la cara. Detrás de él, su caballo piafaba y se encabritaba acometido de un pánico súbito, mientras que todo aquel movimiento hacía que resbalase y se escurriese. El camello de carga, sujeto por el ronzal, presa igualmente de pánico, pateó y se agitó de un lado a otro sobre tres patas, sacudiendo su carga y enredando las ataduras.

Su furia se desbordó.

—¡Infiel! —aulló al aeroplano, que ahora estaba a la altura del borde de la montaña, al tiempo que se ponía en pie de un salto. Cogió su arma, le quitó el seguro y disparó una ráfaga. Luego, corrigiendo la puntería, vació el cargador—. ¡SATANÁS! —gritó en el súbito silencio.

Cuando los primeros proyectiles alcanzaron al helicóptero, el joven piloto, Scot Gavallan, se quedó momentáneamente paralizado, mirando, estupefacto, los agujeros que habían aparecido en la bóveda de plástico, delante de él.

—¡Dios Todopoderoso! —exclamó con voz entrecortada: era la primera vez que disparaban contra él.

Sus palabras quedaron ahogadas por el hombre instalado junto a él, en el asiento delantero, cuyas reacciones, acostumbrado a la lucha, eran rápidas y fulminantes.

—¡Toma tierra! —La orden explotó en los auriculares—. ¡Toma tierra! —Vociferó Tom Lochart de nuevo a través de su micrófono manual. Luego, como él no disponía de mandos, apartó la mano izquierda del piloto y accionó la palanca colectiva hacia abajo, cortando bruscamente elevación y energía. El helicóptero osciló, descontrolado, perdiendo altura al punto. En aquel momento, la segunda descarga de disparos los alcanzó. Un ominoso estallido se produjo encima y atrás; por alguna otra parte, una bala hizo impacto sobre metal, los jets resollaron, y el helicóptero cayó del cielo.

Era un «Jet Ranger 206», capaz para un piloto y cuatro pasajeros, uno delante y tres detrás, e iba completo. Hacía una hora que Scot, siguiendo la rutina, había recogido a los demás de vuelta de un mes de permiso, en el aeropuerto Shiraz, a unos ochenta kilómetros al Sureste, pero en aquellos momentos la rutina se había convertido en una pesadilla y la montaña se precipitaba hacia ellos hasta que, justamente sobre una cresta, la tierra se alejó como por milagro y el helicóptero se hundió en una depresión, dándole un fugaz instante de respiro para recuperar energía y parte del control.

—¡Cuidado, por Dios Bendito! —exclamó Lochart.

Scot ya había visto el peligro, aunque no con tanta rapidez. Ayudándose de manos y pies, hizo que el aparato girase bruscamente alrededor del escarpado saliente, golpeando con el patín izquierdo del tren de aterrizaje contra las rocas; el choque

resonó, a modo de protesta, y volvieron a bajar hasta quedar a unos metros apenas de la fragosa superficie de rocas y árboles.

—Bajo y rápido por ese lado, Scot… —dijo Lochart—. No, por ese lado, por allí, abajo de esa cresta, en la garganta… ¿Te ha alcanzado?

—No, no lo creo. ¿Y a ti?

—No, ahora vas bien. Desciende por la garganta. ¡Vamos! ¡Rápido!

Scot Gavallan obedeció las instrucciones y voló, demasiado bajo y demasiado de prisa, sin habérsele serenado todavía la mente. Aún sentía el sabor amargo de la bilis en la boca y el corazón latiéndole con fuerza. A través del tabique de separación, y pese al ruido de los motores, podía oír los gritos y las maldiciones de los pasajeros que ocupaban los asientos de atrás. Sin embargo, no podía arriesgarse a volver la cabeza para mirar hacia atrás, por lo que habló a través del intercomunicador.

—¿Ha resultado alguien herido ahí, Tom? —preguntó ansioso.

—¡Olvídalos, concéntrate y vigila la cresta. Yo me ocuparé de ellos! —respondió Tom Lochart con tono apremiante, recorriéndolo todo con la mirada. Era un canadiense de cuarenta y dos años, antiguo piloto de la RAF, antiguo mercenario y, por entonces, piloto jefe de su base, Zagros Tres—. Vigila el saliente y procura estar preparado para evitarlo de nuevo. Aférrate a la palanca y mantenla baja. ¡Cuidadoooo!

El saliente se encontraba ligeramente sobre ellos y se precipitó a su encuentro demasiado de prisa. Gavallan vio el colmillo de rocas directamente en su ruta. Apenas había tenido tiempo de soslayarlo cuando un violento golpe de viento lo empujó peligrosamente cerca de la parte escarpada de la garganta. Corrigió en exceso y escuchó una serie de obscenidades a través de los auriculares. Recuperó el control de nuevo. Entonces, delante de él, vio los árboles, las rocas y el repentino final en la garganta, y supo que estaban perdidos.

De repente, todo pareció ralentizarse para él.

—¡Dios Todo…!

—¡A babor todo…! ¡Vigila la roca!

Scot sintió que sus manos y pies obedecían, y observó cómo el helicóptero hacía una pirueta, esquivaba la roca por unos centímetros, se lanzaba hacia los árboles para sobrevolarlos y se sumergía en el espacio abierto.

—Toma tierra por aquella parte, lo más de prisa que puedas.

Se quedó mirando a Lochart con la boca abierta, con el estómago todavía en la boca.

—Claro. Más vale que le echemos un vistazo, que comprobemos en qué estado se encuentra —dijo Lochart apremiante, desesperado de no poder tener los controles—. He oído algo.

—Y yo también. Pero ¿qué me dices del tren de aterrizaje? Podría quedar destrozado.

—Solo tienes que mantener el peso. Yo bajaré a comprobarlo. Si todo está en orden, lo dejarás en tierra y le haré una rápida revisión. Es más seguro así. Solo Dios sabe si las balas han partido alguna conducción de combustible o cualquier cable. —Lochart vio a Scot apartar los ojos del calvero y echar una ojeada a sus pasajeros—. Al diablo con ellos. Yo me ocuparé. Tú concéntrate en la toma de tierra —ordenó tajante.

Observó cómo el joven piloto enrojecía, aunque le obedeció. Luego, tratando de contener las repentinas náuseas, Lochart se volvió hacia atrás, esperando encontrarse todo salpicado de sangre y entrañas y a alguien lanzando alaridos, ahogados por el fragor de los motores, y sabiendo que no podría hacer nada hasta que encontraran refugio y tomaran tierra. La primera obligación era tomar tierra sin incidentes.

Se sintió dolorosamente aliviado al comprobar que los tres hombres instalados en los asientos traseros, dos mecánicos y otro piloto, parecían haber resultado ilesos, aunque todos se mantenían agazapados y Jordon, el mecánico que se sentaba exactamente detrás de Scot, estaba lívido y se sujetaba la cabeza con las manos. Lochart se volvió de nuevo.

En aquellos momentos se encontraban ya a unos quince metros, con excelente aproximación, bajando con rapidez. En el calvero, el suelo aparecía desnudo, blanco y liso, sin que se viera emerger un puñado de hierba siquiera, con la nieve acumulándose en los bordes. Se trataba, al parecer, de una buena elección. Había espacio suficiente para maniobrar y tomar tierra. Pero ¿cómo calcular la profundidad de la nieve y el estado del terreno oculto bajo ella? Lochart sabía cómo maniobrar si él manejara los mandos, pero no los tenía. No era el capitán aunque fuese un jefe superior.

—Atrás todos están bien, Scot.

—Gracias a Dios —repuso Scot Gavallan—. ¿Preparado para salir?

—¿Qué te parece el terreno?

Scot notó la cautela en el tono de Lochart, y al punto suspendió el aterrizaje, aumentó la energía y permaneció inmóvil.

«Santo Cielo —pensó casi embargado por el pánico ante su propia estupidez—. Si Tom no me hubiese advertido, hubiera tomado tierra ahí y solo Dios sabe el espesor de la nieve o lo que pueda haber debajo de ella». Se afirmó a treinta metros y escudriñó la ladera de la montaña.

—Gracias, Tom. ¿Qué te parece allí?

El nuevo calvero era algo más pequeño, a unos centenares de metros del otro lado del valle, y con una buena ruta de salida algo más abajo por si la necesitaban, y al abrigo del viento. El suelo estaba casi limpio de nieve, áspero aunque utilizable.

—También me da la impresión de que es mejor —comentó Lochart, quitándose uno de los auriculares y volviéndose a mirar hacia atrás—. ¡Eh, Jean-Luc! —gritó intentando dominar el ruido de los motores—. ¿Estás bien?

—Sí. He oído algo.

—También nosotros. ¿Estás bien, Jordon?

—Por supuesto que estoy condenadamente bien, ¡por todos los cielos! —vociferó Jordon a su vez con tono desabrido. Era un australiano duro y enjuto que sacudía la cabeza como un perro—. Solo me he golpeado mi condenada cabeza. ¡Vaya con esas

condenadas balas! Creí que Scot había dicho que las cosas iban condenadamente mejor después de irse el condenado Sha y con el condenado regreso de Jomeini. ¿Mejor? ¡Ahora resulta que esos condenados están disparando contra nosotros! Jamás habían hecho algo así antes. ¿Qué condenados demonios pasa?

—¿Cómo diablos voy a saberlo? Quizá se trate de algún chiflado que disfruta dándole al gatillo. Si el tren de aterrizaje está en condiciones, tomaremos tierra y tú y Rod podréis darle un repaso.

—¿Cómo está la condenada presión del aceite? —vociferó Jordon.

—En verde —respondió Lochart acomodándose de nuevo y repasando de manera automática los mandos, el calvero, el cielo, la derecha, la izquierda, arriba y abajo. Iban descendiendo suavemente. A través de sus micrófonos, escuchó a Gavallan musitar con tono monótono:

—Lo has hecho muy bien, Scot.

—Maldita sea —dijo el más joven tratando de parecer indiferente —. Lo hubiera estrellado. Cuando nos dieron me quedé prácticamente paralizado, y si no hubiese sido por ti hubiera capotado.

—Mucha de la culpa ha sido mía. Manejé la colectiva sin advertirte. Lo siento pero teníamos que salir rápidamente de la línea de fuego de ese bastardo. Lo aprendí en Malaya. —Lochart había pasado un año allí con las fuerzas británicas, en su lucha contra los rebeldes comunistas—. No tenía tiempo de advertirte. Toma tierra tan rápido como puedas.

Con expresión aprobadora, observó cómo Gavallan se quedaba inmóvil, escudriñando el terreno cuidadosamente.

—¿Viste al que nos disparó, Tom?

—No, pero tampoco esperaba fuerzas hostiles. ¿Hacia dónde vas a tomar tierra?

—Hacia allí, bien alejados del árbol caído. ¿De acuerdo?

—Me parece muy bien. Hazlo lo más aprisa posible. Mantente inmóvil a medio metro, más o menos.

A unos centímetros sobre la nieve, la inmovilidad fue perfecta, tan firme como las rocas que quedaran abajo, aun cuando soplaba un viento racheado. Lochart abrió la portezuela. El repentino frío lo dejó helado. Se subió la cremallera de su chaquetón de vuelo forrado, y comenzó a salir con extremado cuidado, manteniendo la cabeza bien baja para evitar las aspas giratorias.

La parte delantera del patín tenía raspaduras y estaba muy abollada, así como algo retorcida, pero los remaches que la sujetaban al bastidor del tren de aterrizaje estaban intactos. Rápidamente examinó el otro lado, de nuevo repasó el patín dañado y luego alzó los pulgares indicando vía libre. Gavallan accionó las válvulas de admisión muy levemente y posó el aparato con la suavidad de un vilano.

Al punto, los tres hombres instalados en los asientos de atrás salieron del aparato. Jean-Luc Sessonne, el piloto francés, se hizo a un lado para dejar que los dos mecánicos empezaran su labor, uno a babor, y el otro a estribor, inspeccionando todo el aparato, desde el morro a la cola. El viento producido por las aspas les agitaba la ropa. Lochart se encontraba debajo del helicóptero buscando posibles filtraciones de aceite o combustible, mas no encontró ninguna, por lo que se levantó y siguió a Rodrigues. El hombre era americano y un mecánico muy bueno, su propio mecánico el cual, desde hacía un año, se ocupaba del «212» con el que habitualmente volaba. Rodrigues soltó la abrazadera de un panel de inspección y atisbó en su interior con el canoso cabello y la ropa agitados por la corriente de aire.

Las normas de seguridad general en «SG» eran las más altas de todos los operadores de helicópteros iraníes, así que aquel laberinto de cables, tuberías y conducciones de combustible aparecía limpio, bien cuidado y en óptimo estado. Pero, de repente, Rodrigues indicó algo. Había una profunda muesca en el cárter donde un proyectil había rebotado. Siguieron cuidadosamente la trayectoria de la bala. De nuevo, él señaló un punto en aquel laberinto, utilizando una

linterna esta vez. Una de las conducciones de aceite tenía una hendidura. Sacó la mano llena de aceite.

—¡Mierda! —exclamó.

—¿Lo cierras, Don? —gritó Lochart.

—Diablos, no. Aún puede andar por ahí alguno de esos bastardos aficionados a darle al gatillo y este no es un buen sitio para pasar la noche —repuso Rodrigues sacando un trozo de desagüe y una llave —. Comprueba a popa, Tom.

Lochart le dejó con su tarea, mirando incómodo en derredor en busca de un posible refugio por si hubieran de pasar la noche allí. Al otro lado del calvero, Jean-Luc orinaba con aire indiferente contra un árbol derribado, un cigarrillo en la boca.

—No vayas a helarte, Jean-Luc —gritó, viéndole orientar el chorro de orina en varias direcciones con buen humor.

—Eh, Tom.

Era Jordon quien llamaba. Al punto, se deslizó por debajo del botalón de cola para reunirse con el mecánico. Se sobresaltó. También Jordon había abierto un panel de inspección. Había dos orificios de bala en el fuselaje, justo encima de los tanques. «Santo cielo, un segundo escaso más tarde y los tanques hubieran explotado —pensó—. Si yo no hubiese bajado el colectivo, nos la hubiéramos cargado todos. Definitivamente, a no ser por eso, ahora estaríamos desperdigados por toda la ladera de la montaña. ¿Y para qué?». Jordon, tirándole de la manga, volvió a señalar, siguiendo la trayectoria de la bala. Había otra muesca en la columna del rotor.

—No comprendo cómo ese condenado idiota no le dio a las condenadas palas —gritó con el gorro de lana roja, que siempre llevaba puesto, metido hasta las orejas.

—No era nuestra hora.

—¿Cómo?

—Nada. ¿Has descubierto algo más?

—Aún no, condenación. ¿Estás bien, Tom?

—Claro.

Un repentino crujido hizo que todos se volviesen, atemorizados, pero solo había sido una de las ramas de un inmenso árbol la cual, recargada de nieve, acababa de desgajarse del tronco.

—*Espèce de con* —murmuró Jean-Luc escudriñando el cielo, consciente de que la luz iba declinando. Luego, encogiéndose de hombros, encendió otro cigarrillo, y comenzó a pasear, golpeando los pies contra el suelo para combatir el frío.

Por su lado, Jordon no encontró ningún otro desperfecto. Los minutos pasaban. Rodrigues aún seguía farfullando y maldiciendo todavía mientras tanteaba en las entrañas del compartimiento. Detrás de él, los demás permanecían acurrucados en grupo, observándole, bien alejados de las palas. El ambiente era ruidoso y poco confortable y la buena luz no duraría mucho más tiempo. Aún tenían que volar treinta kilómetros y no tenían otro sistema de orientación en aquellas montañas que la pequeña mensajera de su base que unas veces trabajaba y otras no.

—¡Vamos, por Dios Santo! —farfulló alguien.

«Sí», pensó Lochart ocultando su inquietud.

En Shiraz, la tripulación saliente, dos pilotos y dos mecánicos, a la que ellos estaban remplazando, se había despedido apresuradamente, precipitándose hacia su «125» de la compañía, un jet particular de ocho plazas y dos motores para transporte o fletes especiales…, el mismo jet con el que ellos volaran desde el aeropuerto internacional de Dubai a través del Golfo y con un mes de permiso: Lochart y Jordon, en Inglaterra; Jean-Luc, en Francia y Rodrigues de cacería en Kenia.

—¿Por qué diablos tanta prisa? —había preguntado Lochart una vez que el pequeño jet hubo cerrado las portezuelas y se deslizaba por la pista.

—El aeropuerto es parcialmente operativo todavía, todo el mundo se encuentra en huelga, pero no hay de qué preocuparse —había dicho Scot Gavallan—. Tienen que despegar antes de que el oficioso y maldito tipo de la torre de control, que se considera un regalo hecho por Dios al Control de Tráfico Aéreo, cancele su condenada

vía libre. Y más vale que tomemos la delantera antes de que empiece a fastidiarnos. Subid vuestras cosas a bordo.

—¿Y qué hay de la aduana?

—Todavía siguen en huelga, amigo. Junto con todos los demás… Los Bancos están cerrados… No importa. Dentro de una semana o así volveremos a la normalidad.

—*Merde* —exclamó Jean-Luc—. Los periódicos franceses dicen que Irán es *une catastrophe* con Jomeini y sus mulás, las fuerzas armadas dispuestas a dar en cualquier momento un golpe de Estado, los comunistas amedrentando a todo el mundo, el Gobierno de Bajtiar impotente, y la guerra civil inevitable.

—¿Qué sabrán en Francia, amigo? —dijo Scot Gavallan con ligereza mientras cargaban sus equipos—. Los fr…

—Los franceses están enterados, *mon vieux*. Todos los periódicos dicen que Jomeini jamás cooperará con Bajtiar porque este ha sido designado por el Sha y cualquiera relacionado con el Sha está acabado. Acabado. El viejo tragador de fuego ha dicho cincuenta veces que no trabajará con nadie que haya sido designado por el Sha.

—Jean-Luc —dijo Lochart—, vi a Andy hace tres días en Aberdeen y aseguraba contra viento y marea que Irán volverá pronto a la normalidad, ahora que Jomeini ha regresado y el Sha se ha ido.

Scot sonrió contento.

—Ahí lo tenéis. Si alguien está bien enterado de algo, ese es el viejo. ¿Qué tal está, Tom?

Lochart lo miró, sonriendo a su vez.

—En plena forma. Rebosante de ímpetu como es habitual en él.

Andy era Andrew Gavallan, el padre de Scot, presidente y director-gerente de «SG».

—Andy dice que Bajtiar tiene al Ejército, la Armada y las Fuerzas Aéreas, la Policía y la SAVAK, de manera que Jomeini habrá de llegar a algún acuerdo con él. Eso, o la guerra civil.

—¡Jesús! —dijo Rodrigues—. Y, de cualquier manera, ¿qué diablos hacemos aquí?

—Es el dinero.

—*Bullmerde!*

Todos rieron ante Jean-Luc el pesimista nato.

—¿Y qué diablos importa, Jean-Luc? —preguntó Scot—. Aquí nadie nos ha molestado, ¿verdad? Pese a todo lo ocurrido aquí, nadie nos ha molestado en realidad. Todos nuestros contratos son con «IranOil» que es el Gobierno…, ya sea Bajtiar, Jomeini o el general «Fulanito». Poco importa quién esté en el poder, pronto tendrán que volver a la normalidad… Cualquier Gobierno necesitará petrodólares desesperadamente, de manera que han de disponer de helicópteros y tienen que contratarnos a nosotros. ¡No son unos locos, caramba!

—No, pero Jomeini tiene exceso de fanatismo: nada le importa salvo el Islam…, y el petróleo no es el Islam precisamente.

—¿Qué me dices de los saudíes? ¿De los Emiratos, de la OPEP? También ellos son islámicos y conocen el precio de un barril. ¡Al diablo con todo ello! ¡Escuchad! —Scot sonrió al continuar—. «Guerney Aviation» ha abandonado las montañas Zagros y está reduciendo todos sus opositores iraníes a cero. ¡A cero!

Aquello atrajo la atención de todos ellos. «Guerney Aviation» era la gran compañía americana de helicópteros y su principal rival. Con la retirada de la «Guerney», el trabajo se duplicaría y todo el personal de «SG» destinado en Irán se regía por un sistema de primas ligado a los beneficios iraníes.

—¿Estás seguro, Scot?

—Por completo, Tom. Tuvieron una agarrada infernal con «IranOil» sobre ello. El resultado fue que «IranOil» les dijo, si queréis iros, hacedlo, pero todos los helicópteros están bajo licencia nuestra y se quedan…, ¡y también todos los repuestos! De manera que «Guerney» les contestó que se los metieran donde les cupiesen, cerraron su base en Gash y, después de guardar todos los helicópteros con naftalina, se largaron.

—No puedo creerlo —alegó Jean-Luc—. «Guerney» tiene cincuenta helicópteros por lo menos bajo contrato. Ni siquiera ellos pueden permitirse el lujo de echar por la borda todo ese lote.

—Pues aun así, la semana pasada volamos con tres misiones, todas ellas de la exclusiva competencia de «Guerney».

Jean-Luc interrumpió los vítores.

—¿Por qué se ha largado «Guerney», Scot?

—Nuestro Intrépido Líder en Teherán opina que les han faltado arrestos, que no han podido soportar la presión, o que no les ha dado la gana hacerlo. Hemos de reconocer que casi todo el vitriolo de Jomeini va dirigido contra América y las compañías americanas. McIver piensa que están reduciendo sus pérdidas y que eso es formidable para nosotros.

—¡Madonna! Si no pueden llevarse aparatos y repuestos, van listos.

—Nosotros no debemos preocuparnos de eso, muchacho, solo de llevar a cabo nuestro trabajo y volar. Siempre que permanezcamos firmes, obtendremos todos sus contratos y, nada más en este año, duplicaremos nuestro sueldo con creces.

—*Tu en parles mon cul, ma tête est malade!*

Todos rieron. Incluso Jordon supo lo que quería decir: «habla con mi culo, mi cabeza está enferma».

—No hay de qué preocuparse, amigo —le aseguró Scot.

Lochart asintió, confiado, para sí, no habiéndole penetrado aún demasiado el frío en la ladera de la montaña. Andy y Scot tenían razón, todo se normalizaría pronto, «tiene que normalizarse», se dijo. En Inglaterra, también los periódicos confiaban en que la situación iraní volvería pronto a la normalidad. Con tal de que los soviéticos no intervinieran abiertamente… Y habían sido advertidos. «Las manos quietas, americanos y soviéticos, para que los iraníes puedan solventar sus asuntos a su manera. Es innegable que quienquiera que se halle en el poder necesita estabilidad con urgencia, e ingresos…, y eso significa petróleo. Sí. Todo irá bien. Ella lo cree y si pensó que todo seria maravilloso una vez el Sha fuese

derrocado y Jomeini estuviese de vuelta, ¿por qué no he de creerlo yo?».

«¡Ah, Sharazad, cómo te he echado de menos!».

Le había resultado imposible telefonearle desde Inglaterra. En Irán, las comunicaciones telefónicas nunca habían sido buenas, debido a la sobrecarga masiva de una industrialización demasiado rápida. Pero durante los ocho meses últimos, desde que los disturbios comenzaron, las casi constantes huelgas en las telecomunicaciones las habían hecho empeorar de manera paulatina, tanto en el interior como en el exterior hasta el punto de que, en aquellos momentos, casi eran inexistentes. Cuando Lochart estuvo en el cuartel general, en Aberdeen, para su revisión médica bianual, logró enviar un télex a Sharazad al cabo de ocho horas de intentarlo. Lo había enviado a la atención de Duncan McIver, en Teherán, donde ella se encontraba. En un télex no se puede decir mucho, salvo «te veré pronto, te echo de menos, te quiero».

«Ya no falta mucho, cariño y el…».

—¿Tom?

—Hola, Jean-Luc. ¿Qué ocurre?

—Pronto va a nevar.

—Sí.

Jean-Luc tenía el rostro enjuto, con una gran nariz gala, ojos castaños, y era delgado, como todos los pilotos que han de someterse a minuciosas revisiones médicas cada seis meses, sin admitir justificaciones por exceso de peso.

—¿Quién nos disparó, Tom?

Lochart se encogió de hombros.

—Yo no vi a nadie. ¿Y tú?

—Tampoco. Espero que solo fuese un loco —repuso Jean-Luc y clavó en Lochart una mirada escudriñadora—. Por un momento, pensé que estaba de vuelta en Argelia, estas montañas son muy parecidas. Luchando de nuevo en las Fuerzas Aéreas contra los fellagha y el FLN, ¡ojalá Dios los maldiga por siempre amén! —Apagó la colilla del cigarrillo en su tacón—. He participado en una guerra

civil y he aborrecido cada instante de ella. Pero, entonces, al menos tenía bombas y armas. No quiero ser un civil en otra de esas guerras disponiendo solo de la rapidez con que corra.

—Se trataba de un demente solitario.

—Yo creo que vamos a tener que habérnoslas con un montón de dementes, Tom. Desde que salí de Francia, he tenido un mal presentimiento. Y ha empeorado con mi vuelta. Nosotros hemos estado en la guerra, tú y yo. La mayoría de los otros no han participado en ninguna. Tú y yo podemos olfatearlo y estamos en dificultades.

—No. Solo te sientes cansado.

—Sí; eso es verdad. ¿De veras estaba Andy peleón?

—Mucho. Nos envía sus mejores deseos y dice que mantengamos la moral alta.

Jean-Luc rio al tiempo que ahogaba un bostezo.

—¡Madonna! Estoy hambriento. ¿Qué ha preparado Scot para darnos la bienvenida?

—Ha puesto un enorme letrero a la entrada del hangar: BIENVENIDOS A CASA.

—Para cenar, *mon vieux*. ¡Cenar!

—Scot dijo que había ido de caza con algunos aldeanos y que tenía una pata de venado y un par de liebres para sus señorías…, y la barbacoa estará ya preparada para que la devoremos.

A Jean-Luc se le iluminó la mirada.

—Estupendo. Oye, yo he traído Brie, ajo, un kilo de jamón ahumado, anchoas, cebollas, también algunos kilos de pasta, botes de puré de tomate, y mi mujer me ha dado una nueva receta *amatriciana* de Gianni de St. Jean que es absolutamente increíble. Y el vino.

Lochart sintió que sus jugos gástricos se aceleraban. La gran afición de Jean-Luc era cocinar y, cuando quería, se mostraba realmente inspirado.

—Yo he traído todo tipo de latas, y me acordé del whisky. He echado mucho de menos tu cocina, caramba. «Y tu compañía»,

pensó.

Cuando se reunieron en Dubai se estrecharon la mano y él le había preguntado: «¿Qué tal el permiso?».

—He estado en Francia —contestó Jean-Luc con solemnidad.

Lochart le había envidiado su sencillez. En Inglaterra no lo había pasado bien, el tiempo, la comida, las horas libres, los niños, ella, Navidad… Y eso que lo había intentado. «No importa, estoy de vuelta y pronto iré a Teherán».

—¿Cocinarás esta noche, Jean-Luc?

—Por supuesto. ¿Cómo podría vivir sin manjares adecuados?

Lochart se echó a reír.

—Como el resto del mundo.

Miraron a Rodrigues, trabajando denodadamente. El ruido sordo de los jets, los rotores incomodándole. Lochart levantó los pulgares ante Scot Gavallan que esperaba, paciente, en la carlinga. Scot le devolvió la señal y luego señaló hacia el cielo. Lochart asintió, encogiéndose de hombros, y volvió su atención a Rodrigues, consciente de que nada podía hacer por ayudarle salvo esperar estoicamente.

—¿Cuándo te irás a Teherán? —preguntó Jean-Luc.

Lochart sintió acelerársele el corazón.

—El domingo, si no nieva. Tengo un informe para McIver y correo para todos ellos. Me llevaré un «206». Se necesitará todo el día de mañana para comprobarlo todo. Scot dijo que teníamos que estar preparados para empezar a operar a fondo.

Jean-Luc se le quedó mirando.

—¿Nasiri dijo «operar a fondo»?

—Sí.

Nasiri era su enlace iraní y gerente de la base, un empleado de la «IranOil», monopolio gubernamental que poseía todo el petróleo encima y debajo del suelo, la cual canalizaba y autorizaba todos sus vuelos. «SG» trabajaba bajo contrato con esa compañía, inspeccionando y llevando personal, suministros y equipos a todos los grupos petroleros que había desperdigados por la cadena

montañosa, así como ocupándose de las inevitables CASEVAC —evacuación de bajas—, accidentes y emergencias.

—Dudo que podamos volar mucho durante la próxima semana a causa del tiempo, pero seguramente podré salir con un «206».

—Sí. Necesitarás un guía. Yo iré también.

Lochart se echó a reír.

—De eso ni hablar, amigo. Eres segundo en el mando y estás de servicio durante las dos semanas próximas.

—Pero si no me necesitarán. Por tres días, ¿eh? Mira el cielo, Tom. Quiero ver si nuestro apartamento está en condiciones. Es muy importante para mí ir a Teherán.

En época normal, todos los pilotos que volaban durante dos semanas y tenían una libre residían con sus familias en Teherán. Muchos de ellos optaban por dos meses de trabajo y uno de permiso en casa, especialmente los ingleses.

—Si quieres, le echaré una ojeada a tu apartamento, y si me prometes cocinar tres noches por semana, te escamotearé dos días a mi regreso. Acabas de tener un mes de permiso.

—Sí, pero ha sido en casa. Ahora, he de pensar en *mon amie*. Naturalmente, está desolada sin mí en Teherán, ha pasado todo un mes sola —dijo Jean-Luc mientras observaba a Rodrigues y luego miraba al cielo de nuevo—. Podemos esperar otros diez minutos, Tom. Y preparar un campamento después, mientras todavía haya luz.

—De acuerdo.

—Pero volviendo a cosas más importantes, Tom, poso…

—No.

—¡Madonna! Muéstrate francés y no anglosajón. Todo un mes…, piensa en sus sentimientos.

Rodrigues volvió a colocar el panel en su sitio y se limpió las manos.

—Larguémonos de aquí —gritó al tiempo que subía a bordo. Todos se apresuraron a seguirle. Aún se estaba colocando el cinturón de seguridad, con la cabeza, la espalda y el cuello

doloridos, cuando ya se hallaban en el aire y volando rápidamente hacia su base por encima de la siguiente cordillera. Entonces se dio cuenta de la mirada de Jordon—. ¿Qué te pasa, Effer?

—¿Cómo arreglaste esa condenada tubería, amigo? Estaba tan agujereada que podía estallar.

—Goma.

—¿Cómo?

—Goma de mascar. Pues claro, maldita sea. Si funcionó en el maldito Vietnam, maldito si no tenía que funcionar aquí. Tal vez. Porque solo era una maldita fruslería pero era lo único que yo tenía para empezar a rezar.

—¿Quieres dejar de maldecir, por todos los santos?

Aterrizaron felizmente en su base justo cuando empezaba a nevar. El personal de tierra había encendido las luces de aterrizaje como medida de precaución.

La base consistía en cuatro cabañas remolque, una cocina móvil, un hangar para el «212», un transporte de pasajeros de catorce plazas o helicópteros de flete, dos «206» y pistas de aterrizaje. Chozas de almacenaje para repuestos de perforadoras, sacos de cemento, bombas, generadores y todo tipo de equipamiento de apoyo para los diferentes equipos, además de tubo perforador. Era una pequeña planicie de dos mil trescientos metros, arbolada y muy pintoresca, en una hondonada medio rodeada por cumbres nevadas que alcanzaban los tres mil seiscientos sesenta metros o más. A ochocientos metros de distancia se encontraba la aldea de Yazdek. Los aldeanos pertenecían a una tribu menor de los nómadas Kash'kai, la cual se asentó allí hacía un siglo, alrededor de aquel cruce de dos rutas de caravanas no muy importantes que cruzaban Irán en todas direcciones tres o cuatro mil años atrás.

Hacía ya siete años que «SG» tenía una base allí bajo contrato con «IranOil», primero fue para vigilar un oleoducto y levantar mapas topográficos del área, y después para ayudar a construir y

dar servicios a los equipos instalados en los cercanos y ricos campos petrolíferos. Se trataba de un lugar solitario, selvático y de hermosa beatitud; los vuelos resultaban interesantes y eran excelentes; el horario, cómodo, ya que las leyes iraníes solo permitían volar de día. El verano era maravilloso. Y casi todo el invierno transcurría entre nieve. Cerca, había lagos cristalinos con buena pesca, y la caza abundaba en los bosques. Mantenían excelentes relaciones con los lugareños de Yazdek y, aparte del correo, todos los suministros eran buenos y no carecían de nada. Aunque había algo mucho más importante que todo eso: se encontraban muy lejos del cuartel general de Teherán, casi sin contacto por radio y felizmente abandonados a sus propios recursos.

Tan pronto los rotores se detuvieron y el aparato se encontró en tierra, Rodrigues y Jordon volvieron a quitar el panel. Se quedaron aterrados. El suelo del compartimiento estaba inundado de aceite despidiendo, además, un fuerte olor a gasolina. Rodrigues, tembloroso, intentó descubrir el origen. Entonces, enfocó la linterna. En una de las junturas, en el borde de un tanque de gasolina había una grieta minúscula, imposible de detectar en la ladera de la montaña. Un pequeño chorro de combustible salía por ella y se mezclaba con el aceite en el suelo.

—¡Jesús, Effer! Mira esto: es una maldita bomba de relojería —gruñó. Detrás de él, Jordon se encontraba a punto de perder el conocimiento—. Una sola chispa y… Por todos los santos, Effer, tráeme una manguera. Inundaré todo esto antes de que nos haga saltar por los aires…

—Ahora mismo —dijo Scot, añadiendo luego con el estómago revuelto—: Supongo que hemos perdido una de nuestras vidas. Aún nos quedan ocho.

—Usted tiene que haber nacido con buena estrella, capitán —dijo Rodrigues, sintiéndose realmente enfermo—, con la estrella de la buena suerte. Este pequeño… —Calló bruscamente, escuchando. Todos ellos le imitaron… Lochart y Jean-Luc, junto a la cabaña que servía de cuartel general, al lado de Nasiri, la media docena de

personal de tierra iraní, los cocineros y los trabajadores. Se hizo un profundo silencio. Luego, el ruido de disparos de ametralladora llegó de nuevo, procedente de la aldea.

—¡Maldición! —farfulló Rodrigues—. ¿Con qué diablos hemos venido a encontrarnos en este asqueroso basurero?

II

ABERDEEN, ESCOCIA. HELIPUERTO McCLOUD: 5.15 DE LA TARDE. El gran helicóptero descendió del crepúsculo, con las palas girando, y tomó tierra cerca del «Rolls» que se encontraba aparcado al lado de una de las heliplataformas batida por la lluvia. Todo el helipuerto era un hervidero de actividad, otros helicópteros llegaban o despegaban con grupos de mecánicos petroleros, personal y suministros, todos los aparatos y hangares ostentando, orgullosos, el símbolo «SG». La portezuela de la cabina se abrió y dos hombres, vistiendo monos de vuelo y chalecos salvavidas, bajaron la escalera hidráulica, desafiando al viento y a la lluvia. Antes de que llegaran junto al coche, el uniformado chófer les había abierto ya la portezuela.

—Algo fuera de serie, ¿no te parece? —dijo Andrew Gavallan, feliz. Era un hombre alto, fuerte y en excelente condición física pese a sus sesenta y cuatro años. Sin esfuerzo, se despojó de su chaleco salvavidas y después de sacudirse la lluvia del cuello se sentó junto al otro hombre—. Es maravilloso, responde a cuanto los fabricantes informaron. ¿Te he dicho que somos los primeros forasteros en probarlo en vuelo?

—Primeros o últimos, a mí me da igual. Me ha parecido condenadamente agitado y condenadamente ruidoso —dijo Linbar Struan con irritación, luchando por quitarse el Mae West. Tenía cincuenta años, el pelo pajizo, ojos azules y era la cabeza visible de «Struan's», el vasto conglomerado con base en Hong Kong, más conocido por el sobrenombre de «Noble House», propietario secreto

de los intereses controladores de «SG Helicopters»—. Aún sigo pensando que la inversión por aparato es excesiva. Demasiado.

—Económicamente, el «X63» es una ganga como no encontrarás otra, será perfecto para el mar del Norte, Irán o para cualquier parte a la que haya que llevar carga pesada, en especial para Irán —dijo Gavallan paciente, no queriendo que el aborrecimiento que le inspiraba Linbar fastidiara lo que había sido un vuelo de prueba perfecto—. He pedido seis.

—¡Aún no he aprobado la compra! —replicó Linbar encolerizado.

—Tu aprobación no es necesaria —le aseguró Gavallan, endureciéndose la mirada de sus ojos castaños—. Soy miembro de la Oficina Interna del «Struan's». Tú y la oficina aprobasteis la compra el año pasado, condicionada a los resultados del vuelo de prueba, si yo la recomendaba…

—¡Aún no la has recomendado!

—¡Lo hago ahora, así que la cuestión queda zanjada! —Gavallan sonrió plácidamente al tiempo que se arrellanaba en su asiento.

—Tu condenada ambición nunca tiene fin, ¿verdad, Andrew?

—No represento amenaza alguna para ti, Linbar, deja que yo…

—¡De acuerdo! —repuso Linbar mientras, furioso, cogía el intercomunicador para hablar con el chófer al otro lado del panel de cristal insonorizado—. John, deja a Mr. Gavallan en la oficina, y luego dirígete a Castle Avisyard.

El coche se encaminó al punto hacia el bloque de oficinas de tres plantas situado al lado de un grupo de hangares.

—¿Qué tal está Avisyard? —preguntó Gavallan con un tono extraño.

—Mejor que en tu época…, siento que tú y Maureen no fuerais invitados por Navidad, tal vez el próximo año. —Linbar frunció los labios—. Sí, Avisyard está mucho mejor. —Miró a través de la ventanilla y señaló con el pulgar hacia el helicóptero jumbo—. Y más vale que no falles con ese. O con cualquier otro asunto.

Los rasgos de Gavallan se endurecieron. La pulla sobre su mujer le había cogido desprevenido.

—Y hablando de fracasos, ¿qué me dices de tus desastrosas inversiones en Suramérica, tu estúpido problema con Toda Shipping sobre su flota de petroleros? ¿Qué hay de tu pérdida del contrato del túnel de Hong Kong a favor de «ParCon/Toda»? ¿Y qué hay de la traición a nuestros viejos amigos en Hong Kong con tus existencias manipul…?

—¡«Traición», mierda! ¡«Viejos amigos», mierda! Todos tienen más de veintiún años y, ¿qué han hecho por nosotros recientemente? Se supone que los de Sanghái son más listos que nosotros…, y los cantoneses y los del continente, todos ellos. ¡Tú lo has dicho un millón de veces! No es culpa mía que haya una crisis petrolífera, o que todo sea confuso en el mundo o que los árabes nos estén crucificando junto con los japoneses, los coreanos y los taiwaneses. —Linbar casi se ahogaba de furia—. Olvidas que ahora vivimos en un mundo diferente, Hong Kong es diferente, ¡el mundo es diferente! Yo soy taipan de «Struan's», estoy comprometido a velar por la «Noble House» y cada taipan ha tenido sus reveses, incluso tu condenado Sir Ian Dunross que Dios maldiga, y aún tendrá más con sus ilusiones de la gran riqueza de petróleo en China. Final…

—Ian está absolutamente en lo cier…

—Incluso Hug Struan sufrió reveses. Y nuestro condenado fundador, el propio gran Dirk, ¡ojalá se encuentre pudriendo en el infierno! No es culpa mía que el mundo esté corrompido. ¿Crees acaso que tú podrías hacerlo mejor? —vociferó.

—¡Veinte veces! —gritó a su vez Gavallan.

Ahora Linbar temblaba ya de furia.

—¡Te despediría si me fuese posible pero no puedo! Estoy harto de ti y de tu hipocresía. Eres un burk anticuado, cansado y viejo. Entraste en la familia por tu matrimonio pero no formas parte de ella en realidad y, tan seguro como hay Dios, ¡te destruirás a ti mismo! ¡Yo soy taipan y por Dios que tú nunca lo serás!

Gavallan dio unos golpes en el cristal y el coche se detuvo bruscamente. Abrió la portezuela y salió.

—¡*Dew neh loh moh*, Linbar! —dijo entre dientes y se lanzó bajo la lluvia.

Su mutuo aborrecimiento se remontaba a los últimos años de la década de los cincuenta y primeros de los sesenta, cuando Gavallan trabajaba en Hong Kong para «Struan's», antes de trasladarse a Escocia en cumplimiento de la orden secreta del entonces taipan Ian Dunross, hermano de Kathy, la difunta mujer de Gavallan. Linbar se había mostrado frenéticamente envidioso de Gavallan porque este había gozado siempre de la confianza de Dunross, lo que no le ocurría a él y, sobre todo, porque siempre se había considerado que Gavallan era el primer candidato para sucederle un día como taipan, en tanto que se pensaba que Linbar no tenía la menor posibilidad.

En «Struan's» imperaba la vetusta ley de la compañía por la cual el taipan disfrutaba de un poder ejecutivo, absoluto e indiscutible, y el inviolable derecho de elegir el momento de su propia dimisión y a su sucesor, quien había de ser miembro de la Oficina Interna y por ello, en cierto modo, familiar. Una vez adoptada la decisión, el taipan renunciaba a todo poder. Ian Dunross, después de haberla dirigido sabiamente durante diez años, eligió a un primo, David MacStruan, para sucederle. Hacía cuatro años, y en la flor de la vida, David MacStruan, entusiasta montañero, se había matado en una ascensión al Himalaya. Poco antes de morir, y ante dos testigos, nombró, de forma asombrosa, a Linbar para sucederle. Hubo investigaciones policiales, tanto por parte británica como nepalesa, sobre las causas de su muerte. Sus cuerdas y el equipo de ascensión habían sido manipulados.

La investigación terminó con el veredicto de «accidente». La cara de la montaña por la que habían estado subiendo estaba aislada, la caída fue súbita, nadie sabía exactamente lo ocurrido, ni montañeros ni guías, las condiciones eran bastante buenas, y, sí, el sahib se encontraba en perfecto estado de salud y era hombre prudente, jamás corría riesgos innecesarios. «Pero, sahib, nuestras montañas en las Tierras Altas son diferentes de otras montañas. En las nuestras, hay espíritus que se encolerizan de vez en cuando, sahib,

y, ¿quién puede predecir lo que es capaz de hacer un espíritu?». No se señaló a nadie directamente. Era «posible» que la cuerda y el equipo no hubiesen sido manipulados, solo vendidos en malas condiciones. Karma.

Aparte de los guías nepaleses, los doce montañeros que formaban el grupo eran de Hong Kong: amigos y asociados de negocios, británicos, chinos, un americano y dos japoneses, Hiro Toda, jefe de «Toda Shippings Industries», viejo amigo personal de David MacStruan, y uno de sus asociados, Nobunaga Mori. Linbar no se encontraba entre ellos.

Con gran riesgo personal, dos hombres y un guía, descendieron hasta la falla y recogieron a David MacStruan antes de que muriera. Paul Choy, un acaudalado director de «Struan's», y Mori. Ambos atestiguaron que, poco antes de morir David MacStruan había nombrado a Linbar Struan sucesor suyo oficialmente. Poco después de que el desolado grupo hubiera regresado a Hong Kong, el secretario ejecutivo de «MacStruan's» mientras ponía orden en la mesa escritorio de su difunto jefe, encontró una hoja escrita a máquina y firmada por él, fechada algunos meses antes, y con Paul Choy como testigo, que confirmaba aquel nombramiento.

Gavallan recordaba lo desconcertado que le había dejado aquella acción, igual que a todos los demás, en especial a Claudia Chen, que fuera secretaria ejecutiva del taipan durante generaciones, prima de su propia secretaria ejecutiva, Liz Chen.

—No era propio del taipan, Master Andrew —le dijo. Una anciana señora, pero perspicaz como el que más—. El taipan jamás hubiera dejado un documento tan importante aquí, lo hubiese guardado en la caja fuerte de la Casa Grande junto con…, con los demás documentos particulares.

Pero David MacStruan no lo había hecho así. Y su orden al borde de la muerte y el documento que la respaldaba lo legalizaron y Linbar Struan se convirtió en taipan de la «Noble House» y así el asunto quedaba zanjado pero, de todas formas, *dew neh loh moh* para Linbar, su horrible esposa, su diabólica amante china y sus viles

amigos. Aún apostaría mi vida que si David no fue asesinado, de alguna manera, lo manipularon. Pero ¿por qué habría de mentir Paul Choy?, ¿o Mori? ¿Por qué iban a hacerlo? No ganaban nada con ello…

La lluvia arreció, empapándole, haciendo que abandonase, sobresaltado, su ensoñación. El corazón seguía latiéndole con fuerza y se maldijo por haber perdido los nervios y permitido que Linbar dijera lo que no debía.

—Eres un condenado idiota, podías haberle seguido la corriente, como siempre; tienes que trabajar con él y su gente durante muchos años —dijo en voz alta—. Ese bastardo no debería haber lanzado pullas sobre Maureen… —farfulló.

Llevaban tres años casados y tenían una hija de dos. Kathy, su primera esposa, había muerto nueve años antes de esclerosis múltiple.

«Pobre Kathy —pensó con tristeza—. Qué mala suerte tuviste».

Entornó los ojos frente a la lluvia y vio al «Rolls» girar por la verja del helipuerto y desaparecer. «Es una condenada vergüenza lo de Avisyard, le tengo cariño a ese lugar» pensó, recordando los buenos y malos tiempos que pasara allí con Kathy y sus dos hijos, Scot y Melinda. Castle Avisyard era la propiedad ancestral de Dirk Struan, que dejara a los sucesivos taipan durante su mandato. «Es una pena que jamás podamos ir allí, Maureen, yo y la pequeña Electra, en especial mientras Linbar sea taipan. Es una lástima pero así es la vida».

—Bueno, el condenado no puede durar eternamente —le dijo al viento, y se sintió mucho mejor al haberlo expresado en voz alta. Después, entró en el edificio y en su oficina—. Hola, Liz —dijo.

Liz Chen era una guapa euroasiática que rondaba la cincuentena, y había llegado con él desde Hong Kong en el sesenta y tres, conociendo todos los secretos de «Gavallan Holdings», con su operación original de cobertura, «SG», y «Struan's».

—¿Qué hay de nuevo?

—Has tenido una discusión con el taipan, no te preocupes. —Le ofreció la taza de té, su voz era cantarina.

—Maldición, sí. ¿Cómo lo has sabido? —preguntó. Al echarse ella a reír, rio con ella—. Que se vaya al infierno. ¿Te has puesto ya en comunicación con Mac?

Se refería a Duncan McIver, jefe de operaciones de «SG» en Irán y su amigo más antiguo.

—Hemos tenido a una muchacha marcando su número desde la madrugada hasta bien anochecido, pero las líneas de Irán siguen estando sobrecargadas. Tampoco el télex contesta. Duncan debe de estar tan ansioso como tú de hablar —informó mientras cogía el abrigo de él y lo colgaba de una percha en su oficina—. Tu mujer llamó, había ido a recoger a Electra a la guardería infantil y quería saber si irás a cenar a casa. Le dije que quizá fueses pero que llegarías tarde… Dentro de media hora tienes la conferencia convocada con «ExTex».

—Sí —repuso Gavallan, sentándose ante su mesa y asegurándose de que el expediente estaba en orden—. ¿Quieres comprobar si el télex con Mac sigue ocupado, Liz?

Sin más dilación, Liz empezó a marcar. El despacho era amplio y ordenado, dando al campo de aviación. Sobre una mesa despejada de papeles había algunas fotografías familiares de Kathy con Melinda y Scot cuando eran pequeños en las que el gran Castle Avisyard aparecía al fondo, y otra de Maureen con la chiquitina en brazos. Rostros dulces, sonrientes. Tan solo un cuadro colgado en la pared, de Aristotle Quance, el óleo de un corpulento mandarín chino…, un regalo de Ian Dunross para celebrar su primer aterrizaje con éxito en una plataforma que McIver instalara en el mar del Norte, y el comienzo de una era.

—Andy, quiero que cojas a Kathy y a los niños, dejes Hong Kong y te vengas a Escocia, a casa —había dicho Dunross, comenzando así todo aquello—. Quiero que simules dimitir en «Struan's»…; desde luego, seguirás formando parte de la Oficina Interna pero, por el momento, eso lo mantendremos en secreto. Quiero que vayas a

Aberdeen y compres, discretamente, la mejor propiedad, muelles, zonas para instalación de fábricas, un pequeño aeropuerto, helipuertos potenciales… Aberdeen es un lugar tranquilo todavía, de manera que podrás comprar barato. Se trata de una operación secreta, solo entre nosotros. Hace unos días conocí a un extraño sujeto, un sismólogo llamado Kirk que me convenció de que debajo del mar del Norte hay una inmensa bolsa de petróleo. Quiero que «Noble House» esté preparada para servir suministro a las plataformas cuando las hayan instalado.

—¡Dios mío, Ian! ¿Cómo podríamos hacer eso? ¿El mar del Norte? Incluso si hubiera petróleo allí, lo que parece imposible, esos mares son los peores del mundo durante casi todo el año. No sería posible en prácticamente ninguna época del año…, y, de cualquier manera, los gastos resultarían prohibitivos. ¿Cómo vamos a hacerlo?

—Ese es tu problema, muchacho.

Gavallan recordó la risa y aquella desbordante confianza y, como siempre, se sintió reconfortado. De manera que abandonó Hong Kong con la consiguiente alegría de Kathy y llevó a cabo todo cuanto se esperaba de él.

Casi al punto, como si se hubiera producido un milagro, el mar del Norte empezó a hacer eclosión y las principales compañías de Estados Unidos, con «ExTex», el enorme conglomerado petrolífero de Texas, y la BP, «British Petroleum», en cabeza, se lanzaron a hacer inmensas inversiones. Duncan McIver, por su parte, se encontraba soberbiamente situado para beneficiarse del nuevo El Dorado y fue el primero en descubrir que la única forma eficaz de prestar servicio a aquellos inmensos descubrimientos en aguas tan violentas era con la utilización de helicópteros; el primero, respaldado por el poder de Dunross, en obtener los ingentes fondos necesarios para el arriendo de helicópteros; el primero en impulsar a los principales fabricantes de helicópteros para que estableciesen normas de tamaño, seguridad, instrumentación y actuación jamás soñadas hasta entonces; y el primero en demostrar que el vuelo, en no importaba qué condiciones meteorológicas, sobre aquellos

violentos mares, era posible. Duncan McIver había hecho aquello para él, los vuelos y el desarrollo de las técnicas precisas, desconocidas hasta entonces.

Del mar del Norte se había pasado al Golfo, Irán, Malasia, Nigeria, Uruguay, África del Sur…, Irán, la joya de la corona, con su inmenso potencial, ampliamente provechoso; con las mejores relaciones entre los niveles más altos del poder, la Corte que, según le informaran sus asociados iraníes, seguiría siendo bastante poderosa todavía aun cuando el Sha hubiese sido destronado.

—No hay motivo para preocuparse, Andy —le había dicho el general Javadah, su antiguo socio destinado en Londres, cuando le viera el día anterior—. Uno de nuestros socios está emparentado con Bajtiar y, por si acaso, tenemos contratos al más alto nivel dentro del círculo íntimo de Jomeini. Desde luego, la nueva era será más costosa que antes…

Gavallan sonrió. «Poco importa el gasto adicional y el que los socios se hagan un poco más codiciosos cada vez, todavía queda más que suficiente para mantener a Irán como nuestra capitana… siempre, naturalmente, que vuelva con rapidez a la normalidad».

La jugada de Ian benefició a la «Noble House» con creces. Fue una lástima que dimitiera cuando lo hizo, pero, de todas formas, había dirigido «Struan's» durante diez años. «Eso es más que suficiente para cualquier hombre…, incluso para mí. Linbar está en lo cierto al afirmar que yo quiero esa muesca. Si no lo consigo, por Dios que lo hará Scot. Entretanto, avanzando y hacia arriba siempre. El "X63" nos situará muy por delante de "Imperial" y de "Guerney", convirtiéndonos en una de las empresas arrendatarias de helicópteros más grandes del mundo».

—En un par de años, seremos la compañía más grande de todas, Liz —dijo con absoluta confianza—. ¡El «X63» es algo colosal! Mac quedará hecho polvo cuando se lo diga.

—Sí —asintió ella al tiempo que colgaba el teléfono—. Lo siento, Andy, las líneas siguen ocupadas. Nos lo comunicarán tan pronto

como queden libres. ¿Le comunicaste al taipan el resto de las buenas noticias?

—No era el momento idóneo precisamente. Pero no importa. —Ambos rieron—. Me lo reservo para la reunión de la Junta.

En un viejo reloj de barco que había sobre un escritorio comenzaron a sonar las seis. Gavallan extendió el brazo y conectó un aparato de radio multibandas que había sobre un archivador detrás de él. Las campanadas del «Big Ben» sonaron…

TEHERÁN. APARTAMENTO DE McIVER. En el pequeño receptor de radio, plagado de estática, se apagó la última de las campanadas. «Les habla la "BBC World Service", son las 17 horas por el meridiano de Greenwich…». Las cinco de la tarde en Londres correspondían a las ocho y media de la tarde en Irán.

Automáticamente, los dos hombres consultaron sus relojes. La mujer saboreaba su vodka con martini. Los tres rodeaban el gran aparato de radio de onda corta de batería que emitía la señal de la emisora muy débil y producía mal las ondas de frecuencia. Afuera, la noche era oscura. Una ráfaga de disparos se oyó en la lejanía. No le prestaron atención. Ella bebió otro sorbo, esperando. El apartamento estaba frío ya que hacía semanas que no tenían calefacción central. Ahora, el único punto de calor de que disponían era una pequeña estufa eléctrica que, al igual que la tenue iluminación eléctrica, funcionaba a media fuerza. «… a las 19.30 hora de Greenwich habrá un informe especial sobre Irán "De nuestros propios corresponsales…"».

—Bien —musitó ella y todos asintieron. Tenía cincuenta y un años. Se mantenía joven para su edad, era atractiva, de ojos azules y pelo rubio, esbelta y llevaba gafas de montura oscura. Genevere McIver, pero todos la llamaban Genny.

«… pero primero un resumen de las noticias del mundo. En Gran Bretaña, diecinueve mil trabajadores fueron de nuevo a la huelga en la factoría de la "British Leyland", en Birmingham, la principal fábrica

de automóviles del país, pidiendo aumento de salario; los negociadores del sindicato representante de los trabajadores de los servicios públicos llegaron a un acuerdo para un aumento del 16 por ciento aun cuando el Primer Ministro Callaghan, del Gobierno laborista, quiere mantener el 8.8 por ciento; la reina Isabel volará a Kuwait el lunes, iniciando así una visita de tres semanas a los Estados del Golfo Pérsico; en Washington, el Presi…».

La transmisión se desvaneció por completo. El más alto de los hombres lanzó una maldición.

—Ten paciencia, Charlie —dijo ella con tono apaciguador—. Ya volverá.

—Sí, Genny, tienes razón —contestó Charlie Pettikin. Lejos, volvió a escucharse otra ráfaga de ametralladora.

—Algo peligroso enviar ahora a la reina a Kuwait, ¿no os parece? —observó Genny. Kuwait era un Emirato petrolífero inmensamente rico, situado exactamente al otro lado del Golfo Pérsico y flanqueado por Arabia Saudita e Iraq—. Muy estúpido en los tiempos que corren, ¿no?

—Condenadamente estúpido. El maldito Gobierno ha ido muy lejos al enviar a su jefe allí —dijo Duncan McIver, su marido, añadiendo luego—: Un condenado camino hasta Aberdeen.

—Ese es un camino muy largo, Duncan —repuso Genny riendo.

—No lo bastante lejos para mí, Genny. —McIver era un hombre corpulento de cincuenta y ocho años, con la constitución de un boxeador y de pelo canoso—. Callaghan es un condenado majadero y el…

Calló prestando oído atento al ruido sordo producido por un vehículo pesado que transitaba por la calle. El apartamento se encontraba en la última planta, la quinta, de un moderno edificio residencial en los suburbios al norte de Teherán. Otro vehículo pasó.

—Parece que sean tanques —dijo Genny.

—Lo son —aseguró Charlie Pettikin, antiguo piloto de la RAF. Tenía cincuenta y seis años, originario de África del Sur, su pelo era

oscuro y canoso. Piloto veterano, jefe de SG del Ejército iraní y del programa de entrenamiento con helicópteros de las Fuerzas Aéreas.

—Tal vez se nos venga encima otra mala racha —dijo ella.

Desde hacía varias semanas, cada día era una mala racha, la cual había comenzado en setiembre con la ley marcial, prohibiendo las reuniones públicas e implantando el toque de queda, desde las nueve de la noche a las cinco de la madrugada, que el Sha había ordenado y que solo sirvió para enardecer más a la gente, sobre todo en la capital, Teherán, en el puerto petrolero de Abadán y en las ciudades santas de Qom y Meshed. Hubo muchos muertos. Luego, comenzó una escalada de la violencia, el Sha se mostró vacilante y, de repente, durante los últimos días de diciembre, anuló la ley marcial y nombró Primer Ministro a Bajtiar, un moderado, haciendo concesiones. Y, de improviso, el 16 de enero, el Sha abandonó Irán para «unas vacaciones». Entonces Bajtiar formó Gobierno, y Jomeini, que seguía exiliado en Francia, lanzó una anatema contra aquel y quienes lo apoyaran. Los disturbios aumentaron y, con ellos, el número de muertos. Bajtiar intentó negociar con Jomeini, quien se negó a verle o hablar con él. El pueblo estaba inquieto, el Ejército también; entonces, los aeropuertos se cerraron para Jomeini, luego, le fueron abiertos. Y de súbito, en forma igualmente increíble, ocho días antes, el 1 de febrero, Jomeini había regresado.

Ella pensó que, desde entonces, la situación iba empeorando día a día.

Aquella madrugada ella, su marido y Pettikin habían estado en el aeropuerto internacional de Teherán. Era jueves, hacía mucho frío aunque seco, con trechos cubiertos de nieve aquí y allá, y un viento ligero. Al Norte, las cumbres de las montañas Elburz aparecían blancas mientras que el sol saliente teñía de rojo la nieve. Los tres habían permanecido junto al «212» aparcado en la pista del aeropuerto, bien alejado de la de despegue, frente a la terminal.

Otro «212» se encontraba al otro extremo del campo, también preparado para el despegue inmediato. Los seguidores de Jomeini habían ordenado el traslado de ambos al aeropuerto.

Aquella zona de la terminal se encontraba desierta, salvo unos veinte funcionarios del aeropuerto, en extremo nerviosos, portando, la mayoría de ellos, metralletas, mientras esperaban junto a un gran «Mercedes» negro y un coche de transmisiones conectado a la torre. Todo era quietud allí en violento contraste con el interior de la terminal y detrás de la barrera que rodeaba el perímetro. En el interior del edificio de la terminal, se había reunido un comité de bienvenida de alrededor de un millar de invitados especiales entre políticos, *ayatolás*, mulás, periodistas, centenares de miembros de la Policía Armada, y Guardias Islámicos especiales ostentando brazaletes verdes, conocidos por el sobrenombre de Green Bands, que constituían el ejército privado, revolucionario e ilegal, de los mulás. Por otra parte, se había mantenido alejada del aeropuerto a cualquier persona, permaneciendo todas las calles de acceso a él bloqueadas, vigiladas y con barricadas. Pero, precisamente, al otro lado de esas mismas barricadas se encontraban centenares de miles de personas ansiosas de todas las edades. La mayoría de las mujeres llevaban el *chador*, la túnica larga, semejante a un sudario, que las cubría de pies a cabeza. Más allá de aquella muchedumbre, formando a todo lo largo de la ruta de quince kilómetros, por el camino que conducía al cementerio Behesht-Zahra, donde el Ayatolá iba a pronunciar su primer discurso, había cinco mil policías armados y alrededor de ellos, apiñados en terrazas, ventanas, muros y calles se agolpaba la más inmensa manifestación de gente que Irán jamás conociera, un mar de personas, la mayoría de la población de Teherán. Alrededor de cinco millones de personas vivían en la ciudad o sus alrededores. Todos ansiosos, todos nerviosos, todos temerosos de que a última hora hubiera un retraso, que acaso le cerraran una vez más el aeropuerto, o que, tal vez, las Fuerzas Aéreas lo derribaran cumpliendo órdenes o sin ellas.

El Primer Ministro Shahpur Bajtiar, su gabinete y los generales de las Fuerzas Armadas no se hallaban presentes en el aeropuerto. Por decisión propia. Tampoco se encontraban allí oficiales ni soldados, Todos aquellos hombres esperaban en sus cuarteles, aeropuertos o barcos…, todos ellos nerviosos e impacientes por actuar.

—Hubiese preferido que se quedara en casa, General —dijo McIver intranquilo.

—Y yo hubiera preferido que todos nos quedáramos en casa —dijo Pettikin, asimismo incómodo.

Una semana antes, uno de los partidarios de Jomeini había pedido a McIver que les proporcionara el helicóptero que llevase al líder desde el aeropuerto hasta Behesht-Zahra.

—Lo siento, no es posible. Carezco de autoridad para hacerlo —dijo, sombrío.

Al cabo de una hora, el persa estaba de regreso con Cintas Verdes, que llenaron el despacho de McIver y las oficinas contiguas. Eran hombres jóvenes, de semblante duro y colérico; dos de ellos llevaban al hombro rifles automáticos soviéticos «AK47», y, otro, un «M16» norteamericano.

—Nos proporcionará el helicóptero tal como le he dicho —le espetó el sujeto con arrogancia—. Por si el control de la multitud se hace demasiado difícil. Por supuesto, todo Teherán estará allí para saludar al Ayatolá, a quien Dios bendiga.

—Me gustaría mucho poder complacerle, pero no puedo —le había dicho McIver con tacto, tratando de ganar tiempo. Su posición era terriblemente difícil. A Jomeini se le permitía regresar, pero eso era todo. Si el Gobierno de Bajtiar se enteraba de que le iban a brindar a su archienemigo una baza para entrar en la capital ello los irritaría sobremanera. Y, aun cuando el Gobierno estuviese de acuerdo, si se producía algún percance, si el Ayatolá resultaba herido, «SG» sería culpada y sus vidas no valdrían ni un penique—. Todos los aparatos están alquilados y no tengo la suficiente autoridad para…

—Le concedo la autoridad necesaria en nombre del Ayatolá —dijo el hombre, levantando la voz muy enfadado—. El Ayatolá es la única autoridad en Irán.

—Entonces le resultará fácil conseguir un helicóptero del Ejército o de las Fuerzas Aéreas iraníes…

—¡Basta! Usted ha tenido el honor de que se le haga la solicitud. Hará lo que se le diga. En el Nombre de Dios, el *comité* ha decidido que usted nos facilitará un «212» con sus mejores pilotos para llevar al Ayatolá a donde le digamos, cuando se lo digamos y como se lo digamos.

Esta fue la primera vez que McIver se había enfrentado con uno de los comités —pequeños grupos de jóvenes fundamentalistas— que aparecieron, al parecer milagrosamente, en el momento en que el Sha abandonó el Irán. Surgieron en todas las ciudades, pueblos y aldeas para hacerse con el poder, atacando cuartelillos de Policía, encabezando manifestaciones en las calles, y obteniendo el control donde podían. La mayor parte de las veces los dirigía un mulá. Pero no siempre era así. En los campos petrolíferos de Abadán se dijo que los comités eran *fedayines* izquierdistas.

—¡Usted obedecerá! —El individuo esgrimió un revólver ante su rostro.

—Desde luego, me honra su confianza —había dicho McIver, mientras estaba rodeado por aquellos hombres que olían a sudor y ropa sucia—. Pediré permiso al Gobierno…

—El Gobierno de Bajtiar es ilegal y no aceptable para el Pueblo —replicó el hombre. En seguida, los restantes hombres se hicieron eco de aquellas palabras y empezaron a mostrarse hostiles. Uno de ellos empuñó su rifle automático—. Usted obedecerá o el comité tomará medidas.

McIver había enviado un télex a Andrew Gavallan en Aberdeen, quien dio su aprobación inmediata, siempre y cuando los socios iraníes estuviesen de acuerdo. Pero a estos no se les pudo hallar. Desesperado, McIver contactó con la Embajada británica para pedir consejo.

—Muy bien, muchacho, sin duda puedes preguntarle al Gobierno, formal o informalmente. Pero nunca obtendrás una respuesta. Ni siquiera estamos seguros de que permitan aterrizar a Jomeini, o de que las Fuerzas Aéreas no tomen cartas en el asunto. En definitiva, ese maldito individuo es un revolucionario recalcitrante, que instiga abiertamente a la insurrección contra el Gobierno legal que todo el mundo reconoce. De todos modos, si eres lo bastante ingenuo para preguntar, al Gobierno no le sentará bien, y de cualquier modo tienes muy mala papeleta.

Así, pues, McIver acordó un aceptable compromiso con el comité.

—En definitiva —señaló con enorme alivio— resultaría muy extraño que un aparato británico condujese a vuestro venerado líder hasta la ciudad. Seguramente sería mejor que lo hiciese un aparato de las Fuerzas Aéreas iraníes, pilotado por un iraní. A su lado podría ir uno de nuestros aparatos, mejor dos, por si se produce algún accidente. Con nuestros mejores pilotos. Llamadnos por radio en caso de emergencia, y responderemos inmediatamente…

Y ahora se hallaba en este lugar, esperando, rogando que no se produjera ninguna emergencia a la que responder.

El «Jumbo 747» de la «Air France» apareció en el horizonte. Describió círculos durante veinte minutos, esperando el momento para aterrizar. McIver escuchaba a la torre en la radio del «212».

—Todavía hay algunos problemas relativos a la seguridad —les dijo él a los otros dos—. Aguardad un minuto…, tiene pista libre.

—Ahora es el momento —murmuró Pettikin.

Observaron cómo el «747» brillaba en toda su blancura, destacando los colores de la bandera francesa. El aparato inició un perfecto aterrizaje, pero, en el último instante, el piloto remontó el vuelo, suspendiendo el aterrizaje.

—¿A qué diablos está jugando? —preguntó Genny, mientras le palpitaba el corazón aceleradamente.

—El piloto ha dicho que deseaba tener una visión más precisa —le explicó McIver—. Creo que yo haría igual…, para estar más seguro. —Miró a Pettikin, que atendería cualquier llamada de

emergencia del comité—. Ruego a Dios que las Fuerzas Aéreas no hagan ninguna locura.

—¡Mirad! —dijo Genny.

El jet aterrizó finalmente, mientras sus ruedas echaban humo y sus potentes motores rugían en marcha atrás para reducir su velocidad. Inmediatamente, un «Mercedes» se apresuró a ponerse a su lado, y cuando la noticia se extendió a los que estaban en la terminal, a los que estaban en las barricadas y en las calles, las multitudes se sintieron poseídas de alegría, empezaron los cánticos: *Allah-u Akbar… Agha uhmad* (Dios es grande… el Maestro ha regresado).

Pareció transcurrir una eternidad antes de que las pisadas llegaran, de que las puertas se abrieran y de que el anciano de barba abundante, rostro severo y tocado con un turbante negro bajara las escaleras, ayudado por un camarero francés. Caminó entre la guardia de honor de unos pocos mulás, apresuradamente formada y la tripulación de «Iran Air France», siendo rodeado de inmediato por sus principales ayudantes y por los nerviosos funcionarios, para ser introducido rápidamente en el automóvil que se dirigió hacia la terminal. Allí fue recibido por la más delirante confusión, con vítores, chillidos y los frenéticos invitados luchando entre sí por acercarse a él, por tocarle. Y los periodistas de todo el mundo forcejeando entre ellos para ocupar la mejor posición con su barrera de cámaras de flashes y las de televisión… Todo el mundo gritaba mientras que las Green Bands y la Policía intentaban protegerle y evitar que lo aplastaran. Genny pudo entreverle durante un instante, una estatua impávida en medio de todo aquel frenesí. Luego, desapareció.

Genny saboreaba un martini recordando, con los ojos clavados en el aparato de radio, intentando obligar a la emisora a continuar, a borrar el recuerdo de aquel día y de la arenga de Jomeini en el

cementerio Behesht-Zahra, elegido por estar enterrados allí muchos de los masacrados aquel «Viernes Sangriento». Mártires los llamó él.

También intentaba borrar las imágenes que todos vieron más tarde por televisión, de la furiosa marea de cuerpos que rodeaban la caravana de automóviles que avanzaba centímetro a centímetro, desaparecida ya toda idea de seguridad. Centenares de miles de hombres, mujeres y jóvenes vociferando, forcejeando, empujando por acercarse a Jomeini, encaramándose a la furgoneta «Chevy» en la que se encontraba queriendo llegar hasta él, tocarle, mientras que el Ayatolá, sentado en la parte delantera, alzaba las manos de vez en cuando para agradecer toda aquella adulación. Gente trepando hasta el techo y el capó del coche, gimiendo y gritando, llamándole, luchando por mantener apartados a otros… El chófer era incapaz de ver delante suyo y tenía que frenar a veces de pronto para sacudirse a la gente de encima o acelerar a ciegas en otras ocasiones. Genny intentó borrar, sobre todo, el recuerdo de un joven, con tosco traje marrón que trepara hasta el capó del coche, pero que, al no encontrar dónde cogerse, se deslizó lentamente, cayendo bajo las ruedas.

Docenas de ellos corrieron la misma suerte de aquel joven. Finalmente, las Green Bands se abrieron camino hasta la furgoneta e hicieron bajar al helicóptero. También recordaba cómo este comenzó a bailotear sobre la muchedumbre que huyó de las palas: cuerpos por todas partes, heridos por todas partes. Y luego el Ayatolá caminando en medio de su manada de Guardias Islámicos, siendo ayudado a subir al helicóptero, el gesto severo, impávido. Y después el aparato remontándole hacia los cielos acompañado del clamor creciente «Allah-uuuuu Akbar… Agha uhmad…».

—Necesito otra copa —dijo poniéndose en pie para disimular un escalofrío—. ¿Quieres tú una, Duncan?

—Gracias, Gen.

Se fue a la cocina en busca de hielo.

—¿Charlie?

—Aún no, Genny. Ya me la prepararé yo.

Genny se detuvo al escucharse la radio de nuevo con fuerza.

«China informa de graves incidentes en la frontera con Vietnam y denuncia estos ataques como una prueba evidente de la hegemonía soviética. En Fran…».

Una vez más, la voz se desvaneció, quedando solo la estática. Al cabo de un momento, Pettikin dijo:

—Al venir para acá, tomé una copa en el club. Entre los periodistas corre el rumor de que Bajtiar está preparado para una confrontación. Y también de que se está librando una fuerte lucha en Meshed después de que una banda atacara al jefe de Policía y a media docena de sus hombres.

—Terrible —dijo Genny volviendo de la cocina—. ¿Quién controla a esas turbas, Charlie? ¿Quién las maneja en realidad? ¿Son los comunistas?

—Nadie parece saberlo con seguridad —repuso Pettikin con un encogimiento de hombros—, pero el comunista Tudeh tiene que estar incitándoles, proscrito o no. Y todos los izquierdistas, los *muyahidín-al-khalq* en especial, que creen en una especie de enlace entre las religiones del Islam y Marx, apoyados por los soviéticos. El Sha, Estados Unidos y la mayoría de los Gobiernos occidentales *saben* que son ellos, ayudados y fuertemente instigados por los soviéticos al norte de la frontera, por lo que, como es natural, toda la Prensa iraní se muestra de acuerdo. Lo mismo que nuestros asociados iraníes, que están muertos de miedo sin saber qué camino tomar, intentan ayudar al Sha y a Jomeini a un tiempo. Por Dios que quisiera que todos ellos se estuvieran quietos, Irán es un gran lugar y no tengo intención de marcharme.

—¿Y qué hay de la Prensa?

—En la extranjera, hay de todo. Parte de la americana está de acuerdo con el Sha sobre quién es el culpable. Otros periódicos dicen que es puro «jomeinismo», algo puramente religioso, dirigido por el Ayatolá y los mulás. Y hay quien culpa a los fedayines de la izquierda o a los duros fundamentalistas de la Hermandad Musulmana. Había incluso un tipo, creo que era francés, que

aseguraba que Arafat y la OLP eran… —Calló. Por un segundo volvió a oírse la voz por la radio y luego, una vez más, solo se escuchó la estática—. Debe de tratarse de manchas solares.

—Lo suficiente para sacarle a uno de quicio —dijo McIver.

Al igual que Pettikin, había pertenecido a la RAF, siendo el primer piloto en incorporarse a «SG» y ya era director de las operaciones en Irán, así como director gerente de «IHC», «Iran Helicopter Company»; una empresa al cincuenta por ciento conjunta con los obligados socios iraníes a la que «SG» arrendaba sus helicópteros, la compañía que gestionaba sus contratos, hacía sus acuerdos, tenía el dinero… y sin la que no podría haber operaciones iraníes. Se inclinó hacia delante para sintonizar mejor la radio pero cambió de idea.

—Todo volverá a la calma, Duncan —dijo Genny confiada—. Y estoy de acuerdo en lo de que Callaghan es un majadero.

Duncan la miró sonriendo. Hacía treinta años que estaban casados.

—No eres tonta, Genny. Nada tonta.

—Por eso te mereces otro whisky.

—Gracias, pero esta vez echa algo de ag…

«… tavoz del Departamento de Energía dice que el nuevo 14 por ciento de la OPEP costará 51 billones de dólares a Estados Unidos por la importación de petróleo durante el próximo año. También en Washington, el presidente Carter anunció que, debido a la situación cada vez más deteriorada en Irán, se ha ordenado que una flota de portaaviones se desplace desde Filip…». La voz del locutor quedó ahogada por otra emisora. Luego, ambas enmudecieron.

Aguardaron en un tenso silencio. Los dos hombres se miraron, intentando ocultar su sobresalto. Genny se acercó al aparador donde estaba la botella de whisky. También sobre él, ocupando casi todo el espacio, estaba la radio HF a través de la cual McIver se comunicaba con sus helicópteros en todo el territorio de Irán… siempre que las condiciones lo permitieran. El apartamento era grande y confortable, con tres dormitorios y dos salas de estar. Durante los últimos meses, desde que la ley marcial entrara en vigor, con la subsiguiente

escalada de violencia, Pettikin se había trasladado a vivir con ellos, ya que, debido a su divorcio de hacía un año, estaba solo de nuevo, solución que satisfizo a todos.

Un ligero viento hizo vibrar los cristales de la ventana. Genny miró hacia fuera. Algunas luces débiles llegaban de las casas de enfrente. Las farolas de la calle permanecían apagadas. Los tejados bajos de la inmensa ciudad se extendían hasta el infinito. Nieve sobre ellos, en el suelo. La mayoría de los cinco o seis millones de personas que vivían allí lo hacían en condiciones miserables. Pero aquella zona, la mejor, al norte de Teherán, donde la mayoría de los extranjeros y los iraníes bien acomodados tenían sus casas, disfrutaba de un buen servicio policial. «¿Acaso está mal vivir en la mejor zona si puedes permitírtelo? —se preguntó Genny—. Este mundo es un extraño lugar, se mire por donde se mire».

Preparó un whisky flojo, soda en su mayor parte, y volvió junto a ellos.

—Va a estallar una guerra civil. No hay forma de que podamos seguir aquí.

—Estaremos bien, Gen, Carter no permiti…

De repente, las luces se apagaron y la calefacción eléctrica también.

—Qué fastidio —dijo Genny—. Menos mal que tenemos butano.

—Tal vez el corte no dure mucho tiempo —dijo McIver ayudándola a encender las velas que ya estaban preparadas. Miró hacia la puerta de entrada. Junto a ella, había un bidón con veinte litros de gasolina…, su combustible de emergencia. A McIver no le seducía, en modo alguno, tener gasolina en el apartamento. A todos les fastidiaba, sobre todo teniendo que utilizar velas casi todas las noches. Pero desde hacía varias semanas era preciso hacer cola de cinco a veinticuatro horas en cualquier gasolinera y aun así, si estaba atendida por un iraní, lo más probable era que se negara a despachar a los extranjeros. Muchas veces, se encontraba vacío el tanque de gasolina…, y los candados no servían de nada. Ellos eran más afortunados porque tenían acceso a los suministros del

aeropuerto, pero para una persona corriente, y en especial los extranjeros, las colas les hacían la vida insoportable. En el mercado negro, la gasolina llegaba a costar hasta 160 rials el litro, o sea, dos dólares un litro, ocho dólares un galón y eso cuando podía encontrarse—. Ojo con las valiosas raciones —dijo McIver riendo.

—Tal vez debieras colocar una vela sobre ellas en recuerdo de los viejos tiempos, Mac.

—¡No le tientes, Charlie! ¿Qué estabas diciendo de Carter?

—El problema es que si a Carter le entra el pánico y desplaza algunas fuerzas, o aviones, para apoyar un golpe militar, hará saltar todo por los aires. El resto del mundo maullará como gatos escaldados, sobre todo los soviéticos, que indudablemente reaccionarán, e Irán se convertirá en la pieza clave para el estallido de la Tercera Guerra Mundial.

—Hemos estado combatiendo en la Tercera Guerra Mundial desde el 45, Charlie… —empezó a decir McIver.

Le interrumpió una explosión de estática y luego volvió la voz del locutor a oírse.

«… Arafat, el líder de la OLP, ha declarado en Beirut, que su organización seguirá ayudando activamente a la revolución del Ayatolá Jomeini. Durante una conferencia de Prensa en Washington, el presidente Carter ha reiterado el apoyo de Estados Unidos al Gobierno Bajtiar y al "proceso constitucional" en Irán. Y, finalmente, en el propio Irán, el Ayatolá Jomeini ha amenazado con la detención del Primer Ministro Bajtiar a menos que dimita y ha incitado al pueblo y al Ejército: "a destruir la terrible monarquía y a su Gobierno ilegal" a uno, y "a sublevarse contra sus oficiales dominados por los extranjeros y a abandonar los cuarteles con sus armas" al otro. En las Islas Británicas, las nevadas, excepcionalmente intensas, los vendavales y las inundaciones han interrumpido la vida normal en el país en gran manera, habiendo tenido que cerrar el aeropuerto de Heathrow al tráfico, permaneciendo en tierra todos los aparatos. El próximo boletín será a las 18.00 horas meridiano de Greenwich. Están escuchando la "BBC World Service". A continuación un informe

de nuestro corresponsal sobre agricultura internacional, "Productos Avícolas y Cerdos". Empezamos con…».

McIver se apresuró a cerrar la radio.

—Condenación, el mundo está a punto de estallar y la «BBC» empieza a hablarnos de cerdos…

Genny se echó a reír.

—¿Qué harías sin la «BBC», la televisión y las ligas de fútbol? Vendavales e inundaciones —descolgó el teléfono para probar suerte. Como de costumbre, la línea estaba muerta—. Espero que los chicos se encuentren bien. —Tenían un hijo y una hija, Hamish y Sarah, ambos casados ya y viviendo su vida, y dos nietos, uno de cada hijo—. La pequeña Karen pesca unos resfriados tan malos… ¡Y Sarah! Incluso habiendo cumplido ya los veintitrés años, hay que estar siempre recordándole que se vista como Dios manda. No sé si esa niña llegará a ser adulta algún día.

—¡Es irritante no poder telefonear cuando lo necesitas! —exclamó Pettikin.

—Sí. De todas formas, ya es hora de cenar. El mercado estaba casi vacío hoy, por tercer día consecutivo. Así que hube de elegir otra vez entre asado de cordero matusalénico con arroz o un especial. Me decidí por este último y utilicé las dos últimas latas. Hoy tenemos empanada de carne de buey en conserva, coliflor al gratén, tarta de melaza y hors d'oeuvre sorpresa. —Cogió una vela y se fue a la cocina cerrando la puerta tras de sí.

—Me pregunto por qué habremos de tener siempre coliflor al gratén —dijo McIver mientras observaba la llama de la vela oscilando en la puerta de la cocina—. Aborrezco ese condenado comistrajo. Se lo he dicho cincuenta veces… —De repente, el panorama nocturno llamó su atención. Se acercó a la ventana. La ciudad permanecía a oscuras debido al corte del suministro eléctrico. Pero hacia el Sureste, el cielo aparecía iluminado por un centelleo rojo—. Otra vez Jaleh —se limitó a decir.

Hacía cinco meses, el 8 de setiembre, centenares de miles de personas se habían lanzado a las calles de Teherán para protestar

contra el decreto del Sha imponiendo la ley marcial. Hubo destrucción a gran escala, sobre todo en Jaleh, un suburbio pobre, densamente poblado, donde se encendieron hogueras y se colocaron barricadas de neumáticos ardiendo. A la llegada de las Fuerzas de Seguridad, la enfurecida multitud se negó a dispersarse al tiempo que daba gritos de «Muerte al Sha». El enfrentamiento fue violento. Los gases lacrimógenos no surtieron efecto. Las armas sí. El cálculo de muertos iba de la cifra oficial de 97 a la de 250 indicada por algunos testigos. Los grupos militantes de la oposición afirmaban que eran 2.000 o 3.000.

A raíz de aquel «Viernes Sangriento», detuvieron a un gran número de políticos de la oposición, disidentes y gentes hostiles. Más adelante, el Gobierno confirmó la cifra de 1.106, además de dos ayatolás que, por su parte, incitaban a las multitudes.

Mientras contemplaba aquellos destellos, McIver se sintió muy triste. Pensaba que, de no haber sido por los ayatolás, en especial Jomeini, nada de aquello hubiera ocurrido.

Hacía años, cuando McIver llegara a Irán por primera vez, preguntó a un amigo de la Embajada británica, qué quería decir *ayatolá*.

—Es una palabra árabe, ayat-Allah, y significa «Reflejo de Dios».

—¿Es un sacerdote?

—En modo alguno. No hay sacerdotes en el Islam, este es el nombre de su religión…, otra palabra árabe que significa «sumisión», sumisión a la Voluntad de Dios.

—¿Cómo?

—Bien —dijo su amigo riendo—, te lo explicaré, pero deberás tener un poco de paciencia. En primer lugar, los iraníes no son árabes sino arios, y la gran mayoría de ellos son chiitas musulmanes, una secta disidente, mística en ocasiones. La mayor parte de los árabes son sunitas ortodoxos, y mayoría entre los musulmanes que hay en el mundo. Sus sectas son algo semejante a nuestros protestantes y católicos y luchan entre sí con pareja violencia pero todos comparten la misma inconmovible creencia: no hay más que

un Dios, Allah, el nombre de Dios en árabe, y que Mahoma, un hombre de La Meca que vivió desde el 570 al 632 d. C., era su Profeta, y que las palabras del Corán predicadas por él y escritas por otros en el transcurso de muchos años después de su muerte, proceden directamente de Dios y contienen toda la instrucción necesaria por la que un individuo o una sociedad ha de regirse.

—¿Toda? Eso no es posible.

—Para los musulmanes, sí, Mac. Hoy, mañana, siempre. Pero el de ayatolá es un título peculiar de los chiitas a un mulá que posee aquellas características más buscadas y admiradas entre los chiitas: piedad, pobreza, erudición…, pero tan solo de los Libros Santos, el Corán y la Sunna y concedido por consenso y aclamación popular por la congregación de una *mezquita*, palabra que significa «lugar de reunión» que es para lo que en realidad se emplea, un lugar de reunión, en modo alguno una iglesia… Y también liderazgo. Al liderazgo le dan gran importancia. En el Islam religión y política van unidas, no puede haber distinción entre ellas porque desde el principio los mulás chiitas de Irán han sido guardianes fanáticos del Corán y de la Sunna, líderes fanáticos y, cuando la ocasión lo requiere, revolucionarios combatientes.

—Si un ayatolá o mulá no es sacerdote, ¿qué es entonces?

—*Mulá* significa «líder», es el que dirige los rezos en una mezquita. Cualquiera puede llegar a ello, siempre que sea hombre y musulmán. Cualquiera. En el Islam no existe clero, de ninguna clase. Nadie se interpone entre tú y Dios, esa es una de las maravillas. Pero no para los chiitas. Ellos creían que, después del Profeta, la tierra sería gobernada por un líder carismático, casi divino, e infalible, el *Imán*, que actúa como intermediario entre lo humano y lo divino…, y en ese punto es donde se produjo el gran abismo entre sunitas y chiitas, y sus guerras fueron tan sangrientas como las de los Plantagenet. Mientras los sunitas creían en el consenso, los chiitas aceptaban la autoridad del Imán, si es que existía.

—Entonces, ¿quién elige al hombre que habría de ser Imán?

—Ahí reside todo el problema. Al morir Mahoma, que por cierto jamás proclamó ser otra cosa que un simple mortal aun cuando el último de los Profetas, no dejó hijos varones ni sucesor designado, un *Califa*. Los chiitas creían que el liderazgo debía seguir dentro de la familia del Profeta y que el Califa no podía ser otro que Alí, su primo, y yerno al tiempo, ya que casó con su hija favorita, Fátima. Pero los ortodoxos sunitas, siguiendo las costumbres tribales históricas que aún hoy día aplican, creían firmemente que el líder ha de ser elegido por consenso. Resultaron ser los más fuertes y los tres primeros califas fueron elegidos por votación, siendo dos de ellos asesinados por otros sunitas. Y, finalmente, Alí se convirtió en Califa, como tanto anhelaban los chiitas en su ferviente devoción por el primer Imán.

—¿Aseguraban que era divino?

—Guiado por la Divinidad, Mac. Alí duró cinco años, luego fue asesinado…, los chiitas aseguran que le martirizaron. Su hijo mayor se convirtió en Imán, y luego fue arrojado por un sunita usurpador. Su segundo hijo, el reverenciado Hussain, de veinticinco años, reunió un ejército contra el usurpador, pero fue martirizado y muerto con toda su gente, incluidos los dos hijos pequeños de su hermano, su propio hijo de cinco años y otro de pecho. Ello sucedía el décimo día de Muharram, según nuestros cálculos el año 650 d. C., el 61, según ellos. Y todavía siguen celebrando como su día más santo el del martirio de Hussain.

—¿Es el día en que celebran las procesiones y se flagelan, se clavan ganchos a sí mismos y se mortifican?

—Sí, algo demencial desde nuestro punto de vista. Sha Reza prohibió esas prácticas pero los chiitas tienen una religión apasionada, que necesita de expresiones externas de penitencia y duelo. El martirio está profundamente enraizado entre ellos, y en Irán se venera. Como también la rebelión contra los usurpadores.

—De manera que se incorporaron a la batalla, los Creyentes contra el Sha.

—Sí, claro. Rebosante de fanatismo por ambas partes. Para los chiitas, el mulá es el único medio interpretativo, lo que le concede un inmenso poder. Es intérprete, legislador, juez y líder. Y los más importantes de los mulás son los ayatolás.

«Y Jomeini es el Gran Ayatolá —pensó McIver contemplando el sangriento resplandor sobre Jaleh—. Lo es, y también es culpable, lo quiera o no, de todas las muertes, del derramamiento de sangre, de tanto sufrimiento y locura, justificados o no…».

—¡Mac!

—Lo siento, Charlie —dijo volviendo al momento presente—. Me encontraba a mil kilómetros de aquí. ¿Me decías?

Vio que la puerta de la cocina seguía cerrada.

—¿No crees que deberías sacar a Genny de Irán? —preguntó Pettikin con voz queda—. Esto empieza a oler mal.

—Maldito si consentirá en irse. Se lo he dicho cincuenta veces, se lo he pedido otras tantas, pero es tan obstinada como una condenada mula…, como tu Claire —replicó McIver, en voz baja también—. La condenada se limita a sonreír diciéndome: «No te preocupes, me iré cuando tú te vayas». —Apuró su whisky, miró hacia la puerta y se sirvió otro apresuradamente. Más fuerte—. Deberías hablarle tú, Charlie. Escuchará tus…

—Maldito si lo hará.

—Tienes razón. Condenadas mujeres. Condenadamente obstinadas. Todas son condenadamente iguales.

Ambos rieron.

—¿Cómo está Sharazad? —preguntó Pettikin después de una pausa. McIver reflexionó por un momento.

—Tom Lochart es un hombre afortunado.

—¿Por qué no lo acompañó cuando él se marchó de permiso? Pudo quedarse en Inglaterra hasta que las cosas se arreglaran en Irán.

—No había motivo alguno para que se fuese…, ella no tiene familia ni amigos allí. Y quería que Lochart viera a sus hijos. Por lo de la Navidad y todo eso. Dijo que tenía la sensación de que si lo

acompañaba, removería las cosas y no haría más que entorpecer. Deirdre Lochart sigue furiosa por lo del divorcio y, de cualquier manera, la familia de Sharazad sigue aquí y ya conoces los lazos familiares tan fuertes que unen a los iraníes. No se irá hasta que Tom lo haga y, aun entonces, no estoy seguro. Y en cuanto a Tom, si yo intentara enviarle a otro destino, estoy seguro de que renunciaría. Se quedará aquí para siempre. ¿Por qué te quedas tú? —preguntó con una sonrisa.

—Es el mejor trabajo que jamás tuve, cuando reinaba la normalidad. Puedo volar cuanto quiera, esquiar en invierno, navegar en verano… Pero hay que reconocerlo, Mac, Claire siempre ha aborrecido vivir aquí. Durante años, ha pasado más tiempo en Inglaterra que en Irán para poder estar más cerca de Jason y Beatrice, su verdadera familia, y de nuestro nieto. Al menos, la separación fue amistosa. De cualquier modo, los pilotos de helicóptero jamás deberían casarse, tienen que moverse demasiado. Yo nací expatriado. Y así moriré. No quiero volver a Ciudad de El Cabo; de cualquier forma, apenas conozco el lugar. Y, por otra parte, tampoco puedo soportar esos condenados inviernos ingleses. —Saboreó su cerveza en la penumbra—. Insha'Allah! —dijo con tono tajante. En manos de Dios. La idea le complació.

El teléfono sonó inesperadamente, sobresaltándoles. Hacía meses que no se podía confiar en el sistema telefónico, pero había sido algo imposible y casi inexistente durante las últimas semanas, líneas que se cruzaban, números equivocados y sin tono, el cual reaparecía de forma milagrosa, sin motivo aparente, durante un día o una hora, esfumándose de nuevo también sin razón alguna aparente.

—Cinco libras a que se trata de un cobrador —dijo Pettikin sonriendo a Genny que salía de la cocina, igualmente sobresaltada al escuchar el timbre.

—¡Vaya apuesta, Charlie!

Hacía ya dos meses que los Bancos se encontraban en huelga y cerrados en respuesta a la convocatoria de Jomeini de huelga

general, de manera que nadie, individuos, compañías, o incluso el propio Gobierno, habían podido sacar dinero alguno y la mayoría de los iraníes utilizaban moneda y no cheques.

McIver cogió el teléfono sin saber qué esperar. O a quién.

—¿Diga?

—¡Santo cielo! Esta condenada cosa funciona y todo —dijo la voz —. Duncan, ¿puedes oírme?

—Sí, sí. Puedo. No muy bien. ¿Quién eres?

—Talbot. George Talbot, de la Embajada británica. Lo siento, amigo, pero las cosas están llegando al punto de ebullición. Jomeini ha nombrado Primer Ministro a Mehdi Bazargan y ha exigido la dimisión de Bajtiar o que se atenga a las consecuencias. En este preciso momento, hay un millón de personas en las calles de Teherán. Acabamos de oír que ha habido una insurrección de aviadores en Doshan Tappeh…, y Bajtiar ha dicho que si no deponen las armas, ordenará que salgan los Inmortales, ya sabes, las fuerzas de choque de la fanática Guardia Imperial del Sha. El Gobierno de Su Majestad, junto con los de Estados Unidos, Canadá y otros países, aconseja que los súbditos que no tengan a su cargo tareas esenciales abandonen el país de inmediato…

McIver trató de ocultar su sobresalto mientras silabeaba a su mujer y Pettikin:

—Talbot, de la Embajada.

—… Ayer, al Suroeste, cerca de Ahwaz, un americano de «ExTex Oil» y un funcionario petrolero iraní resultaron muertos en una emboscada tendida por «tiradores no identificados».

A McIver le dio un vuelco el corazón.

—Vosotros aún seguís operando allí, ¿verdad? —preguntó Talbot.

—Cerca, en Bandar Delam, en la costa —respondió McIver sin cambio alguno en el tono de su voz.

—¿Cuántos súbditos británicos tenéis ahí, aparte de los familiares?

McIver reflexionó por un momento.

—Cuarenta y cinco, además de nuestra actual plantilla de sesenta y siete. O sea, veintiséis pilotos, treinta y seis mecánicos/ingenieros, cinco administrativos. Todos ellos básicamente necesarios para nosotros.

—¿Quiénes son los otros?

—Cuatro americanos, tres alemanes, dos franceses y un finlandés, todos pilotos. Además, dos mecánicos americanos. Pero, llegado el caso, les daríamos el mismo trato que a los británicos.

—¿Familiares?

—Cuatro. Todas esposas, ningún niño. Al resto les hicimos salir hace tres semanas. Genny todavía está aquí, una americana y dos iraníes.

—Más vale que mañana lleves a las esposas iraníes a sus Embajadas…, con sus certificados de matrimonio. ¿Están en Teherán?

—Una de ellas sí, la otra se encuentra en Tabriz.

—Será conveniente que obtenga nuevos pasaportes para ellas lo más pronto posible.

Según una ley de Irán, todos los súbditos iraníes que regresasen al país tenían que entregar sus pasaportes en Inmigración, en el puesto de entrada, donde les eran retenidos hasta que deseaban abandonar el país. Para salir, debían solicitar, personalmente, un permiso de salida a la correspondiente oficina gubernamental, para lo cual necesitaban un carnet de identidad válido, un motivo convincente para su salida al extranjero y, caso de viajar en avión, un pasaje válido, pagado por anticipado, en un vuelo específico. La obtención de ese permiso de salida podía tardar días o semanas. Normalmente.

—Gracias a Dios que no tenemos ese problema —exclamó McIver.

—Podemos dar gracias a Dios de ser británicos —siguió diciendo Talbot—. Por fortuna, no tenemos problemas con Jomeini, Bajtiar o los generales. Sin embargo, cualquier extranjero está expuesto a toda una serie de eventualidades, por lo que te aconsejamos

oficialmente que enviéis a todos los familiares fuera de ahí, sin perder un minuto, y que, por el momento, reduzcas a los demás a las necesidades básicas. A partir de mañana, el aeropuerto será un verdadero manicomio: calculamos que aún quedan unos cinco mil expatriados, en su mayoría americanos. Hemos pedido la cooperación de la «British Airways» para que aumente el número de vuelos para nosotros y los nuestros. La dificultad estriba en que todos los controladores civiles de tráfico aéreo mantienen todavía una huelga general. Bajtiar ha ordenado que se hagan cargo los controladores militares que son, si cabe, todavía más puntillosos. Estamos seguros de que va a repetirse el éxodo una vez más.

—¡Dios mío!

Unas semanas antes, tras varios meses de una escalada de amenazas contra los extranjeros, sobre todo contra los americanos a causa de los constantes ataques de Jomeini al materialismo americano tratándolo de «Gran Satán», una turba desbocada enloqueció en la ciudad industrial de Isfahán, con su enorme complejo siderúrgico, una refinería petroquímica, fábricas de material bélico y helicópteros, y donde trabajaban y vivían una gran parte de los aproximadamente cincuenta mil empleados americanos y sus familiares. La turba incendió los Bancos porque el Corán prohibía prestar dinero con beneficios; las tiendas de licores porque el Corán prohibía beber alcohol; los dos cinematógrafos, lugares de «pornografía y propaganda occidental» que siempre constituían los objetivos primordiales de los fundamentalistas. Luego, atacaron las instalaciones de las fábricas, lanzaron cócteles Molotov contra la sede de «Grumman Aircraft», un edificio de cuatro plantas, e hicieron que ardiese hasta los cimientos. Aquello precipitó el «éxodo».

Millares de personas se precipitaron al aeropuerto de Teherán, invadiéndolo, mientras los esperanzados pasajeros asaltaban los escasos asientos disponibles, convirtiendo el aeropuerto y sus vestíbulos en una zona de desastre, hombres, mujeres y niños acampados por allí, temerosos de perder sus plazas, con apenas

espacio para permanecer de pie, y, mientras esperaban, dormían, empujaban, exigían, gimoteaban, gritaban o, sencillamente, mantenían una actitud estoica. No había horarios, ni prioridades. Cada avión iba veinte veces sobrecargado, los billetes no se computaban, solo algunos funcionarios de gesto avinagrado los escribían a mano…, y, para mayor incordio, se mostraban francamente hostiles y no hablaban inglés. Muy pronto, el ambiente en el aeropuerto se volvió irrespirable y la disposición de ánimo, inquietante.

Presas de desesperación, algunas compañías fletaron sus propios aviones para transportar a su gente. Los aviones de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos acudieron a recoger a los familiares de los militares, mientras todas las Embajadas intentaban minimizar el alcance de la evacuación, no queriendo agravar más la situación embarazosa del Sha, su leal aliado durante veinte años. Para empeorar aún más el caos, había miles de iraníes que confiaban en poder salir mientras hubiera oportunidad de hacerlo. Los acaudalados y los carentes de escrúpulos asaltaban las líneas. Muchos funcionarios se enriquecieron y, entonces, se volvieron más codiciosos, con lo que aumentaron sus riquezas. Fue el momento en que los controladores del tráfico aéreo atacaron, cerrando completamente el aeropuerto.

No hubo vuelos de salida ni de llegada durante dos días. La gente se iba o se quedaba. Luego, algunos controladores volvieron a trabajar y todo volvió a comenzar. Rumores de llegada de vuelos. Y todos se precipitaban al aeropuerto con los niños y el equipaje acumulado durante años, o sin equipaje, para asegurarse un asiento que jamás existió; entonces, de vuelta a Teherán, medio centenar de personas haciendo cola ante la parada de los taxis, y casi todos ellos estaban en huelga… Por fin, otra vez en el hotel, para encontrarse con que su habitación había sido cedida a otro. Al estar los Bancos cerrados, no había forma de obtener dinero para engrasar las manos siempre tendidas.

Al final, la mayoría de los extranjeros que querían irse se fueron. Aquellos que se quedaron para mantener activas las empresas, el servicio en los campos petrolíferos, los camiones-tanques…, así como para proteger sus gigantescas inversiones, estaban mal considerados, en especial si eran americanos. Jomeini había dicho: «Si el extranjero quiere irse, dejadle que se vaya. El "Gran Satán" es el materialismo americano…».

McIver mantuvo el auricular del teléfono apretado contra su oreja, al reducirse ligeramente el volumen, temeroso de que la comunicación se cortara.

—Sí, George. ¿Decías…?

—Te decía, Duncan, que estamos seguros de que finalmente todo se arreglará —prosiguió Talbot—. No hay la menor posibilidad de que la olla explote por completo. De fuentes oficiosas se ha sabido que se está negociando un acuerdo por el que el Sha abdicaría en su hijo Reza…, solución que sugería el Gobierno de Su Majestad. La transición a un sistema político constitucional puede resultar algo insegura, pero no hay por qué preocuparse. Lo siento, he de irme… Hazme saber tu decisión.

Se cortó la comunicación.

McIver maldijo y trató de recuperar la línea sin resultado. Transmitió a Genny y Charlie lo que Talbot acababa de decirle. Genny sonrió plácidamente.

—No me mires a mí. La respuesta es no. Estoy de acu…

—Pero Gen, Talb…

—Estoy de acuerdo en que las demás se vayan pero esta se queda. Ya casi está la cena.

Volvió a la cocina cerrando la puerta tras de sí, cortando de esa forma nuevas discusiones.

—Bien, se irá de una maldita vez, y no hay más que hablar —afirmó McIver.

—Te apuesto mi sueldo de un año a que no lo hará hasta que tú no te vayas. ¿Y por qué demonios no lo haces? Yo puedo ocuparme de todo.

—Gracias, pero no —dijo McIver mientras su rostro se iluminaba en la semipenumbra—. En realidad, es como volver a la maldita guerra, ¿no? De nuevo con los condenados apagones. No hay de qué preocuparse salvo de salir adelante, cuidar de las tropas y obedecer órdenes. —McIver se quedó mirando el vaso con el ceño fruncido—. Talbot ha dicho una gran verdad: tenemos la condenada suerte de ser británicos. Para los yanquis será duro; no lo encuentro justo.

—Sí, pero tú has protegido a los nuestros lo mejor que has podido.

—Eso espero.

Al irse el Sha y aumentar la violencia por doquier, McIver había obtenido carnets de identidad británicos para todos los americanos. Podrían estar a salvo a menos que los Green Bands, la Policía o SAVAK comprobasen sus licencias. De acuerdo con la legislación iraní, todos los extranjeros habían de tener un visado en regla, que debía ser cancelado antes de abandonar el país, y todos los pilotos una licencia anual iraní. Como una medida más de seguridad, McIver había hecho extender carnets de identidad corporativos, firmados por el jefe de sus socios iraníes en Teherán, el general Valik. Hasta entonces, no se había planteado problema alguno. McIver había dicho a los americanos: «Más vale que también llevéis estos para exhibirlos si fuera necesario. —Y dio orden a todo el personal de que llevasen fotografías consigo, tanto de Jomeini como del Sha—. Si os paran, tened mucho cuidado y sacad la correcta». Pettikin estaba intentando ponerse en contacto con Bandar Delam a través de la HF aunque sin éxito.

—Lo intentaremos más tarde —dijo McIver—. Todas las bases estarán a la escucha a las 8.30…, eso nos dará tiempo para decidir lo que hemos de hacer. ¡Santo Dios, va a ser condenadamente difícil! ¿Qué opinas tú? ¿Status quo salvo para los familiares?

Pettikin se puso en pie con gesto muy preocupado y, cogiendo una vela, examinó el mapa de operaciones clavado en la pared. En él aparecían la situación de sus bases, la tripulación, el personal de

tierra y los aviones. Las bases estaban desperdigadas por todo Irán, desde las de entrenamiento de las Fuerzas Aéreas y el Ejército en Teherán y Isfahán hasta las de las instalaciones petrolíferas de apoyo a gran altitud en los Zagros; una operación de explotación forestal en Tabriz, al Noroeste; un equipo de prospección de uranio cerca de la frontera afgana; un mantenimiento de oleoducto cerca del Caspio; cuatro operaciones petrolíferas en el Golfo o sus proximidades, y la última muy alejada, hacia el Sureste y otra en Lengeh, en el estrecho de Ormuz. De todas ellas, solo cinco eran utilizables en esos momentos: Lengeh, Kowiss, Bandar Delam, Zagros y Tabriz.

—Tenemos quince «212», incluidos dos no operativos en sus inspecciones de dos mil horas, siete «206» y tres «Alouettes». Se supone que todos ellos están trabajando…

—Y arrendados mediante contratos absolutamente legales, ninguno de los cuales ha sido rescindido pero por los que tampoco nos están pagando —dijo McIver malhumorado—. No hay forma de que podamos reunirlos en Kowiss, ni siquiera sacar uno de ellos legalmente sin la aprobación del contratante o la de nuestros muy queridos socios…, a menos que aleguemos fuerza mayor.

—Aún no parece existir. Tiene que ser status quo durante tanto tiempo como nos sea posible. Talbot parecía confiado: Status quo.

—Desearía fervientemente que lo fuese, Charlie. Dios mío, en esta época del año tenemos casi cuarenta «212» trabajando y todo el resto.

McIver se sirvió otro whisky.

—Más te valdrá ir con cuidado —le advirtió Pettikin con calma—. Genny te va a poner tibio. Ya sabes que tienes la tensión alta y que no debes beber.

—Es medicinal, por los clavos de Cristo.

Una de las velas osciló apagándose finalmente. McIver se levantó y encendió otra, acercándose después a observar el mapa.

—Creo que valdrá más que hagamos regresar a Azadeh y al Finlandés Volador. Su «212» se encuentra en sus mil-quinientas-

horas de manera que puede estar libre durante un par de días.

Se trataba del capitán Erikki Yokkonen y su mujer iraní Azadeh; su base se hallaba cerca de Tabriz, al este de la provincia de Azerbaiyán, muy alejada al Noroeste y cerca de la frontera soviética.

—¿Por qué no emplear un «206» y recogerlos? Eso les ahorraría unos quinientos cincuenta kilómetros de espantosas carreteras y, además, tenemos que llevarle algunos repuestos.

Pettikin se mostró encantado.

—Gracias, me vendrá bien ventilarme. Esta noche registraré un plan de vuelo por HF y saldré con el alba. Repostaré combustible en Bandare Pahlevi y compraré algo de caviar.

—Eres un soñador. Pero a Gen le gustará. Ya sabes lo que opino de ese mejunje. —McIver se volvió de nuevo hacia el mapa—. Si las cosas empeoran, nos encontraremos muy expuestos, Charlie.

—Solo si es nuestro sino.

McIver asintió. Con gesto ausente, miró hacia el teléfono. Lo descolgó. Ya había línea. Excitado, empezó a marcar: 00, internacional; 44, Islas Británicas; 224, Aberdeen, en Escocia; 765-8080. Esperó y esperó; finalmente, su rostro se iluminó.

—¡Dios mío, lo he logrado!

—«S-G Helicopters», siga en la línea, por favor —dijo la telefonista antes de que él pudiera interrumpirle y le dejó esperando. McIver echaba humo prácticamente—. «S-G Helicop…».

—Al habla McIver, en Teherán. Póngame con el Viejo, por favor.

—Está telefoneando, Mr. McIver —repuso la joven desdeñosa—. Le pondré con su secretaria.

—Hola, Mac —sonó casi al punto la voz de Liz Chen—. Espera un instante. Te traeré a Él mismo. ¿Os encontráis bien? Llevamos días intentando ponernos en comunicación contigo. Espera.

—Muy bien, Liz.

Un momento, en seguida la voz satisfecha de Gavallan.

—¿Mac? Santo cielo, ¿cómo lo has logrado? Es formidable oírte… He tenido a un chico permanentemente tratando de localizarte en tu

oficina y en tu apartamento. Diez horas diarias. ¿Cómo está Genny? ¿Cómo te las compones?

—Cuestión de suerte, Andy. Estoy en casa. Y más vale que me apresure por si la comunicación se corta.

McIver le informó de casi todo lo que Talbot le dijera. Tenía que mostrarse circunspecto porque corrían rumores de que la SAVAK, la Policía Secreta iraní, solía intervenir los teléfonos, en especial los de extranjeros. Durante los dos últimos años, había sido norma en la compañía comunicarse como si alguien estuviese a la escucha… SAVAK, CIA, MI5, KGB, cualquiera.

Hubo un momento de silencio.

—En primer lugar, cumple las indicaciones de la Embajada a rajatabla y haz salir de inmediato a los familiares. Advierte a la Embajada finlandesa respecto al pasaporte de Azadeh. Di a Tom Lochart que envíe a Sharazad… Hace dos semanas le hice presentar la solicitud, por si acaso. A propósito, él tiene…, humm, tiene algún correo para ti.

McIver se sobresaltó ligeramente.

—Bien, mañana estará aquí.

—Me pondré en contacto con la «BA» para tratar de reservar asientos. Y, como apoyo, enviaré un «125» a nuestra compañía. Está programado mañana para Teherán. Si tienes algún problema con la «BA», envía a todos los familiares y a todo el personal que no te sea indispensable en él, empezando desde mañana. Teherán sigue abierto, ¿no?

—Hoy lo estaba —repuso cauteloso McIver.

—Gracias a Dios que las autoridades lo tienen todo bajo control —dijo Gavallan con la misma cautela.

—Sí.

—¿Qué aconsejas tú sobre nuestras operaciones iraníes, Mac?

—Status quo —contestó, lanzando un profundo suspiro.

—Bien. Aquí todo parece indicar a los más altos niveles que los negocios se normalizarán pronto. Gozamos de gran prestigio en

Irán. Y de futuro. Escucha Mac, ese rumor sobre «Guerney» era cierto.

—¿Estás seguro? —McIver se animó perceptiblemente.

—Sí. Hace unos minutos, he recibido un télex de «IranOil» confirmando que, solo para empezar, obtendremos todos los contratos de «Guerney» en Kharg, Kowiss, Zagros y Lengeh. Al parecer, la orden de apretar las clavijas llegó de arriba y he tenido que hacer generosas contribuciones *pishkesh* al fondo líquido de nuestros asociados.

Un pishkesh era una antigua costumbre iraní, un regalo que se hacía por anticipado a cambio de un favor que acaso fuese concedido. Y también era una antigua costumbre que cualquier funcionario pudiera quedarse legítimamente con pishkesh que le hubieran sido dados durante su trabajo. ¿De qué otra manera podría vivir?

—Pero poco importa. Cuadruplicaremos nuestros beneficios iraníes, muchacho.

—Eso es fantástico, Andy.

—Y no es todo, Mac. Acabo de hacer un pedido de otros veinte «212» y hoy mismo he confirmado el pedido de seis «X63»…, ¡es algo apoteósico!

—Santo Cielo. Eso es formidable, Andy. Pero ¿no estarás presionando demasiado?

—Es posible que Irán se encuentre en una situación difícil de momento, pero el resto del mundo está aterrado ante la falta de fuentes alternativas de petróleo. A los yanquis no les llega la camisa al cuerpo, muchacho. —Nuevo cambio de tono en la voz—. Acabo de confirmar otro importante acuerdo con «ExTex» para nuevos contratos en Nigeria, Arabia Saudita y Borneo, otro con «A11-Golf Oil» en los Emiratos. En el mar del Norte, estamos nosotros, «Guerney» e «Imperial Helicopters». —«Imperial Helicopters» era subsidiaria de "Imperial Aire", la segunda línea aérea semigubernamental en competencia con la "British Airways"—. Es primordial que lo mantengas todo estable en Irán, nuestros

contratos, los aparatos y los repuestos son parte de nuestra garantía para el nuevo avión. Por todos los santos, mantén a nuestros queridos asociados por el buen camino. ¿Qué tal está esa encantadora gente?

—Sin variación.

Gavallan sabía que quería decir tan corruptos como siempre.

—Yo acabo de celebrar una reunión con el general Javadah en Londres. Es bravucón…, y costoso también.

Hacía un año que Javadah había abandonado Irán con toda su familia, poco antes de quedar muy clara la difícil situación. Durante los tres últimos meses, dos de sus otros asociados iraníes habían estado visitando Londres con sus familias «por motivos médicos». Otros habían permanecido en Teherán.

McIver le orientó hacia problemas más importantes.

—He de disponer de algún dinero, Andy. Contante y sonante.

—Está en camino McIver —escuchó la generosa risa y se sintió reconfortado.

—¡Bien por ti, Chinaboy! —dijo— era el apelativo personal que daba a Gavallan el cual, antes de ir a Aberdeen, había pasado la mayor parte de su vida como mercader en China, primero en Sanghái y luego, con «Struan's», en Hong Kong, donde ambos se conocieron. Por aquella época, McIver tenía un servicio de helicópteros pequeño y luchador en la colonia.

—Estamos retrasados en los pagos al personal de tierra, y luego tenemos los gastos de los pilotos. Casi todo hay que comprarlo en el… —se calló a tiempo, por si alguien escuchaba, iba a decir «en el mercado negro»—. Los malditos Bancos siguen cerrados y el poco dinero que me queda es para *heung yau*. Utilizó la expresión cantonesa que literalmente significaba para «grasa flagrante», el dinero utilizado para engrasar manos.

—Javadah ha prometido que el general Valik te entregará medio millón de rials mañana. He recibido un télex confirmándolo.

—Pero eso apenas son 6.000 dólares al cambio y tenemos facturas que superan veinte veces esa cantidad.

—Lo sé, muchacho. Pero él asegura que tanto Bajtiar como el Ayatolá quieren que los Bancos se abran, así que volverán a funcionar esta misma semana. Tan pronto como estén abiertos, jura que «IHC» nos pagará cuanto nos debe.

—Entretanto, ¿ha lanzado ya las existencias A? —Esta era una clave que McIver y Gavallan utilizaban para los fondos que «IHC» tenía fuera de Irán, casi 6 millones. «IHC» tenía pagos pendientes con «S-G» por un valor de casi 4 millones.

—No. Asegura que necesita la aprobación oficial de sus socios. La distancia se mantiene.

McIver dio gracias al cielo por ello. Se necesitaban tres firmas para esa cuenta: dos de los asociados y una de «S-G», de tal forma que ninguna de las dos partes podía tocar aquellos fondos sin conocimiento de la otra.

—Es muy peligroso, Andy. Con el desembolso inicial por los nuevos aparatos, y el pago del arrendamiento de nuestro equipo aquí, debes estar en la cuerda floja, ¿no?

—Toda vida está en la cuerda floja, Mac. Pero el futuro es de color de rosa.

«Sí —pensó McIver—, para el negocio de los helicópteros. Pero ¿y aquí en Irán?». El año pasado los asociados obligaron a Gavallan a asignar la propiedad real de todos los helicópteros y repuestos de «S-G» en Irán a «IHC». Gavallan aceptó a condición de poder volver a comprarlo todo sin previo aviso, y siempre que ellos mantuvieran al día los pagos de arrendamiento sobre el equipo y que toda deuda pendiente quedase cancelada. Desde que los Bancos cerraran, «IHC» no habían pagado y Gavallan tuvo que hacerse cargo de los pagos de arrendamiento de todos los helicópteros con base en Irán, recurriendo a fondos «S-G» en Aberdeen, alegando sus asociados que no era culpa suya que los Bancos estuvieran cerrados. Javadah y Valik habían asegurado que tan pronto como todo volviese a la normalidad, saldarían todo lo abonado: «no olvides Andrew, que hemos obtenido para vosotros los mejores contratos en muchos años; fuimos nosotros quienes los obtuvimos, nosotros. Sin

nosotros, "S-G" no podría operar en Irán. Tan pronto como se normalice todo…».

—Nuestros contratos en Irán siguen siendo muy ventajosos todavía —seguía diciendo Gavallan—, eso no podemos negárselo a nuestros asociados. Ahora con los de «Guerney», estaremos como cerdos en wallah.

«Sí —dijo para sí McIver—, aun cuando ellos siguen apretando las clavijas más y más y cada año nuestra parte se vaya reduciendo y la de ellos acrecentándose».

—Tienen bloqueado al país, siempre lo han tenido, y juran por lo más sagrado que todo volverá a la normalidad. Por aquí se comenta que esto se acabará. El ministro, su embajador, el nuestro. El Sha hizo lo más que pudo por modernizar el país, la renta per cápita ha subido, el analfabetismo se ha reducido en gran manera. Los ingresos del petróleo son enormes y todavía lo serán más cuando se haya puesto fin a este desbarajuste según asegura el ministro. Y lo mismo opinan mis contactos en Washington, incluso el viejo, de «ExTex», y te aseguro que nadie mejor que él para saberlo. La apuesta es de cincuenta a uno que dentro de seis meses todo volverá a la normalidad. Con la abdicación del Sha a favor de su hijo Reza, el país se convertirá en una monarquía constitucional. Entretanto, creo que nosotros deb…

Se perdió la línea. McIver, ansioso, accionó la horquilla varias veces. Cuando recuperó el tono, daba constantemente la señal de ocupado. Furioso, colgó el auricular. De repente las luces se encendieron.

—Qué fastidio —dijo Genny—. Con las velas es mucho más bonita.

Pettikin sonrió y apagó las luces. La habitación parecía más bonita, más íntima y sobre la mesa que Genny había preparado antes, la plata centelleaba.

—Tienes razón, Genny. Siempre la tienes.

—Gracias, Charlie. Te has ganado un segundo plato. Ya casi está la cena. Puedes tomarte otro whisky, Duncan, pero no tan fuerte

como el que te has tomado a hurtadillas…, sí, no pongas esa cara de tonto…, aunque, después de hablar con nuestro «Temerario Líder», creo que incluso yo necesito un reconstituyente. Mientras cenamos, puedes contarme lo que te ha dicho.

McIver informó a Pettikin de casi todo lo que Gavallan había dicho. Pettikin no era director de «S-G» ni de «IHC». Debido a ello, McIver tenía que reservarse, obligadamente, muchas cosas. Sumido en sus pensamientos, se acercó a la ventana, contento de haber hablado con su viejo amigo. «Habían pasado muchos años», pensó. Catorce.

La carta de Gavallan le llegó en el verano del sesenta y cinco, cuando la Colonia se encontraba al borde de la revolución, con los guardias rojos de Mao Tsé-tung desmandados por todo el continente chino, desgarrando la patria y desbordándose, en pie de guerra ya, por las calles de Hong Kong y Kowloon… Por aquella época, la empresa de helicópteros de McIver se encontraba al borde del desastre, iba atrasado en los pagos del arrendamiento de su pequeño helicóptero y Genny intentaba arreglárselas con dos hijos adolescentes en el ruidoso y minúsculo piso de Kowloon donde los disturbios eran peores.

—¡Por todos los santos, Gen, mira esto! La carta decía:

> Querido Mr. McIver: Acaso recuerde que nos encontramos una o dos veces en las carreras cuando yo estaba en «Struan's» hace algunos años…, ambos ganamos un buen montón de dinero con un caballo llamado Chinaboy. El taipan, Ian Dunross sugirió que le escribiera a usted porque necesito su experiencia y conocimientos con urgencia. Sé que usted le enseñó a volar en helicóptero y me lo ha recomendado en gran manera. El petróleo en el mar del Norte es un *fait accompli*. Tengo la teoría de que la única forma de llevar

> los suministros a las plataformas en cualquier tipo de condiciones atmosféricas es mediante el helicóptero. En la actualidad no es posible…, creo que usted lo llamaría Reglas de Instrumento de Vuelo, RIV. Nosotros podemos hacerlo posible. Yo tengo el tiempo y usted la habilidad. Mil libras al mes, un contrato por tres años, prorrogable o cancelable, una prima en consecuencia con el éxito, transporte de regreso para su familia y usted a Aberdeen y una caja de whisky «Loch Vay» en Navidad. Por favor, llámenle por teléfono lo antes posible…

Sin una palabra, Genny le devolvió la carta tranquilamente y se dispuso a salir de la habitación en medio del ruido constante de la gran ciudad: circulación, bocinas, vendedores callejeros, barcos, jets, estridente y discordante música china que entraba a través de las ventanas, traqueteadas por el viento.

—¿Adónde diablos vas?

—A hacer el equipaje —dijo; luego se echó a reír y corrió de nuevo hacia él, abrazándolo—. Es un regalo caído del cielo, Duncan. Rápido, Duncan. Llámale, llámale ahora mismo…

—Pero Aberdeen… ¿RIV en todo tiempo? Dios mío, Gen, eso jamás se ha hecho. No hay instrumentos. No sé siquiera si es pos…

—Para ti lo es, muchacho. Por supuesto. Y a todas estas…, ¿dónde demonios se han metido Hamish y Sarah?

—Hoy es sábado, se han ido al cine, y…

Un ladrillo se estrelló contra una de las ventanas y la zarabanda de un disturbio empezó de nuevo. Su apartamento se encontraba en el segundo piso y daba a una calle angosta, en la zona de Mong Kok de Kowloon, densamente poblada. McIver se llevó a Genny a un lugar seguro y luego atisbó cauteloso. Abajo, en la calle, de cinco a diez mil chinos, todos gritando: «Mao, Mao *Kwai Loh! Kwai Loh!* (Diablo extranjero, diablo extranjero)», su habitual grito de guerra, se dirigían tumultuosamente hacia la Comisaría que se encontraba a unos cien metros de allí y donde un pequeño destacamento de

Policía china uniformada y tres oficiales británicos esperaban en silencio detrás de una barricada.

—¡Dios mío, Gen, van armados! —exclamó McIver sobresaltado.

Por lo general, los policías solo llevaban porras. El día anterior, el cónsul suizo y su esposa estuvieron a punto de morir abrasados, cuando una turba de manifestantes volcó su coche y le prendió fuego. El Gobierno advirtió por radio y televisión que se había dado orden a la Policía de que adoptara cuantas medidas fueran necesarias para sofocar cualquier disturbio.

—Quítate de en medio, Gen. Apártate.

Sus palabras fueron ahogadas por los altavoces de la Policía a través de los cuales un inspector ordenaba, en inglés y en cantonés, a la muchedumbre que se dispersara. La turba lo ignoró y se lanzó contra la barricada. De nuevo, hicieron caso omiso de la orden de que se detuvieran. Entonces, el tiroteo comenzó. A los que iban delante les acometió el pánico y fueron pisoteados al empujar a otros intentando alejarse. Pronto, la calle quedó despejada salvo por aproximadamente una docena de cuerpos caídos entre el polvo. Lo mismo ocurría en Hong Kong Island. Al día siguiente, la tranquilidad reinaba de nuevo en toda la Colonia: no hubo otros disturbios graves, si se exceptúan algunos grupos de Guardias Rojos tratando de incitar a las multitudes y que fueron rápidamente deportados.

Aquella misma semana, McIver vendió su empresa de helicópteros, voló a Aberdeen adelantándose a Genny y se sumergió con gusto en su nuevo trabajo. Pasó un mes antes de que Genny hiciera el equipaje, cediera su apartamento y vendiera todo aquello que no necesitaban.

—Por todos los cielos, Duncan. Está a un millón de kilómetros de la escuela más cercana. ¿Un apartamento en Aberdeen? Ahora que eres tan rico como Dunross, muchacho mío, alquilaremos una casa…

Sonrió para sí pensando en aquellos primeros días, Genny encantada de estar de vuelta en Escocia, ya que, en realidad, Hong Kong jamás le gustó, porque allí, la vida le resultó muy difícil debido al poco dinero y la preocupación de dos hijos. Y él encantado con su

trabajo ya que Gavallan era un gran hombre con el que colaborar pero que aborrecía el mar del Norte, con todo el frío, la humedad y los dolores resultantes de los vientos salobres. Pero aquellos cinco años, habían valido la pena, renovando y desarrollando sus antiguos contactos en el mundo del helicóptero internacional, integrado en su mayoría por antiguos pilotos de la RAF, RCAF, RAAF, USAF y todos los servicios aliados, a la espera del día en que pudieran expandirse. Siempre había una generosa prima por Navidad, cuidadosamente reservada para el momento de la jubilación, y siempre la caja de «Loch Vay».

—Andy, ¡esa fue la condición que en realidad me convenció!

Gavallan fue siempre la fuerza impulsora, viviendo de acuerdo con el lema que él mismo señalara para la compañía, Sé Audaz. Por aquel tiempo, Gavallan era conocido, al este de Escocia como the Laird, desde Aberdeen a Inverness y hacia el Sur, incluso hasta Dundee, con tentáculos que llegaban a Londres, Nueva York, Houston…, a cualquier lugar donde se encontrara petróleo. «Sí, el viejo Chinaboy es grande y es capaz de convencerte a ti y a la mayoría de los hombres —pensaba McIver sin rencor—. Y si no, mira cómo has llegado aquí…».

—Escucha, Mac —le dijo Andy Gavallan un día de los últimos años sesenta—, acabo de conocer en un tiro al blanco a un importante general del Estado Mayor iraní, el general Beni-Hassan. Un formidable tirador, logró veinte blancos frente a los quince míos. Durante el fin de semana he pasado mucho tiempo con él y le he vendido helicópteros de apoyo para la Infantería y regimientos acorazados, junto con un programa completo para el entrenamiento del Ejército y las Fuerzas Aéreas… También ha comprado helicópteros para sus empresas petrolíferas. Ya nos hemos introducidos, como Flynn, muchacho.

—Pero no estamos equipados para hacer siquiera la mitad de todo ello.

—Beni-Hassan es un tipo asombroso, y el Sha un monarca con ideas muy avanzadas… Tiene grandes proyectos de modernización. ¿Sabes algo sobre Irán?

—No, Chinaboy —le había respondido McIver con suspicacia, reconociendo aquella chispeante exuberancia—. ¿Por qué?

—Tenéis plazas reservadas para el viernes con destino a Bahrein… tú y Genny. Oye…, espera un momento, Mac. ¿Sabes algo de «Sheik Aviation»?

—Genny se siente feliz en Aberdeen, no quiere irse. Los chicos están terminando sus estudios. Acabamos de hacer el primer pago de una casa. No vamos a movernos de aquí, y Genny te matará.

—Pues claro —repuso Gavallan en tono ligero—. ¿«Sheik Aviation»?

—Es una compañía de helicópteros pequeña pero excelente, que presta servicio en el Golfo. Tiene tres «206» y unos pocos aviones nodriza convencionales, con base en Bahrein. Gozan de buena reputación y trabajan mucho para «ARAMCO», «ExTex» y creo que con «IranOil». Está dirigida por su propietario, Jock Forsyth, antiguo paracaidista y piloto, que formó la compañía en los cincuenta asociándose con un viejo amigo mío. Scrag Scragger, un australiano. Scrag es el auténtico propietario, antiguo piloto de RAAF, AFC y Galones, DFC y Galones, ahora es un fanático del helicóptero. Primero establecieron su base en Singapur, donde conocí a Scrag. Nos fuimos de juerga no recuerdo quién la empezó pero los otros aseguran que hubo empate. Más tarde se trasladaron al Golfo con un antiguo ejecutivo de «ExTex» que al parecer tenía un gran contrato para lanzarlos allí. ¿Por qué?

—Acabo de comprarles. El lunes tomarás posesión de su cargo como director gerente; Scragger, sus pilotos y su personal pueden quedarse o no, como tú digas, aunque creo que necesitaremos de todos sus conocimientos. Todos me parecieron unos tipos excelentes. Forsyth está encantado de retirarse a Devon. Es curioso, pero Scragger no mencionó que te conociera, claro que solo estuve con él unos momentos y fue con Forsyth con quien trató. De ahora

en adelante somos «S-G Helicopters Ud». Quiero que el próximo viernes te vayas a Teherán… óyelo bien, por todos los santos…, el viernes, para establecer allí un cuartel general. Te he preparado una entrevista con Beni-Hassan para que firmes los documentos del contrato referente a las Fuerzas Aéreas. Ha dicho que para él será un gran placer presentarnos a todas las personalidades que sean importantes. ¡Ah, sí! Tienes el 10 por ciento sobre todos los beneficios, 10 por ciento de los valores de la nueva subsidiaria en Irán, eres director gerente en Irán…, lo que, por el momento, incluye a todo el resto del Golfo, para comenzar…

Ni que decir tiene que McIver hizo el viaje. Siempre había sido incapaz de resistir la voluntad de Andrew Gavallan y debía reconocer que había disfrutado con cada momento. Lo que jamás logró averiguar fue la manera cómo Gavallan convenció a Genny. Al volver aquella noche a casa, ella le tenía preparado su whisky con soda y le sonreía cariñosamente.

—Hola, querido. ¿Has tenido un buen día?

—Sí. ¿Ocurre algo? —preguntó él suspicaz.

—Tú ya sabes de qué se trata. Andy dice que tenemos una nueva y maravillosa oportunidad en algún lugar llamado Teherán que está en algún lugar llamado Persia.

—Irán. Se le llamaba Persia, Gen, pero su nombre actual es el de Irán. Yo… humm…, yo he…

—¡Qué excitante! ¿Cuándo nos vamos?

—Yo…, bien, Gen. Pensé que debíamos hablar sobre ello y, si te parece bien, lo he arreglado de forma que esté allí dos meses y uno aquí pa…

—Y, ¿durante esos dos meses, qué piensas hacer por las noches y los domingos?

—Yo…, bueno, estaré trabajando como un forzado y así…

—¿«Sheik Aviation»? ¿Tú y el viejo Scragger al este de Suez bebiendo y juergueándoos juntos?

—¿Quién, yo? Tendremos tanto que hacer que no habrá un mom…

—No, de eso nada, muchacho. ¡Venga! ¿Dos meses fuera y uno aquí? Por encima del cadáver de Andy y quiero decir cadáver. ¡Por Dios que vamos como familia o por Dios que no vamos! —Añadiendo con tono meloso—: ¿No estás de acuerdo, corazón mío?

—Pero óyeme, mira, Gen…

Durante el mes siguiente, ya habían empezado de nuevo, pero fue muy excitante y cuando mejor lo había pasado en su vida, conociendo a todo tipo de gente interesante, riendo con Scrag y los otros, encontrando a Charlie, Lochart, Jean-Luc y Erikki, convirtiendo a la compañía en la empresa de vuelos más eficiente y segura del Irán y del Golfo, moldeándola de acuerdo con sus propias decisiones. Era su criatura. Solo suya.

«Sheik Aviation» fue la primera de las muchas adquisiciones y fusiones que hiciera Gavallan.

—¿De dónde sacas el dinero, Andy? —le había preguntado en cierta ocasión.

—De los Bancos. ¿De dónde si no? Somos un riesgo triple-A y escoceses por más señas.

No fue hasta mucho más adelante, y además por casualidad, cuando descubrió que la S de «S-G Helicopters» era, en realidad, «Struan's», la fuente secreta de todo su cerebro, financiero y civil, y «S-G» su subsidiaria.

—¿Cómo lo descubriste, Mac? —le preguntó Gavallan con brusquedad.

—Un viejo amigo mío de Sidney, antiguo piloto de la RAF, que se ocupa de la minería, me escribió diciéndome que había oído fanfarronear a Linbar de que «S-G» formaba parte de la «Noble House». Yo no lo sabía pero parece ser que Linbar dirige «Struan's» en Australia.

—Lo está intentando, Mac. Entre nosotros, Jan quería que la participación de «Struan's» se mantuviera en secreto… David desea que siga siendo así, o sea, que yo preferiría que te lo guardaras para ti —dijo Gavallan con calma.

David era David MacStruan que era el taipan por entonces.

—Desde luego. Ni siquiera lo comentaré con Genny. Pero eso explica muchas cosas y siento una gran tranquilidad al saber que la «Noble House» nos respalda. A menudo me he preguntado por qué la dejaste.

Gavallan sonrió aunque sin contestar.

—Liz sabe lo de «Struan's», por supuesto, y lo de la Oficina Interna. Eso es todo.

McIver no se lo había dicho a nadie. «S-G» floreció y creció al tiempo que el negocio del petróleo crecía. Y, en consecuencia, también sus beneficios aumentaron así como el valor de sus acciones en la arriesgada empresa en Irán. Cuando se retirara al cabo de seis o siete años, tendría las espaldas bien cubiertas.

—¿No te parece que ya es hora de que te retires? —Solía preguntarle Genny cada año—. Tenemos dinero más que suficiente, Duncan.

—No es cuestión de dinero —contestaba él invariablemente.

McIver contemplaba los destellos rojos hacia el Sureste, sobre Jaleh, que iban aumentando en intensidad, extendiéndose. Su mente estaba confusa. «Jaleh será, otra vez, el fuelle que avive el fuego en todo Teherán», pensó.

Saboreó su whisky. «No hay que ponerse nervioso —pensó—, ya es suficiente con todo lo que debemos soportar. ¿Qué diablos iría a decir Chinaboy cuando se cortó la comunicación? Ya me lo hará saber si tiene importancia…, jamás ha dejado de hacerlo. Terrible lo de Stanson. Es el tercer civil, todos ellos americanos, asesinados por "tiradores desconocidos", durante los últimos meses…, dos de "ExTex" y uno de "Guerney". Me pregunto cuándo empezarán con nosotros. Los iraníes odian a los británicos tanto o más que a los yanquis. ¿Dónde encontrar dinero en efectivo? No podemos operar con medio millón de rials a la semana. Como quiera que sea he de apoyarme en los asociados, pero son tan tortuosos como nadie

puede imaginar y unos consumados maestros en saber cuidar de sí mismos».

Apuró el último trago de whisky. «Sin los asociados estamos jodidos, incluso después de todos estos años…, son los que saben con quién hablar, qué palmas de manos engrasar con cuánto o en qué porcentaje, a quién halagar, a quién recompensar. Son habladores farsi, tienen contactos. Aun así, Chinaboy lleva razón. Gane quien gane, Jomeini, Bajtiar o los generales, necesitan disponer de helicópteros…».

Genny, en la cocina, estaba apunto de prorrumpir en amargo llanto. La lata de haggis que durante medio año guardara con tanto celo y que acababa de abrir, estaba estropeada y su contenido incomible. Con lo que le gustaba a Duncan. Algo que ella no comprendía, aquella mezcolanza de corazón, hígado y lengua de cordero hecho picadillo revueltos con harina de avena, cebolla, grasa, especias y extracto de carne, todo ello embutido en una bolsa hecha con el condenado estómago del pobre cordero, y luego hervido durante varias horas.

—¡Puuf! ¡Al diablo con todo!

Había hecho que el joven Scot Gavallan, al regreso de su último permiso, y bajo juramento de mantener el secreto, le llevase la lata para aquella ocasión especial.

Ese día era el aniversario de su boda y se trataba de una sorpresa que le guardaba a Duncan. ¡A la mierda todo!

«No es culpa de Scot el que la condenada lata esté estropeada —pensó desolada—. Pero aun así, ¡mierda, mierda, mierda! Hace meses que vengo planeando esta condenada cena y ahora todo se ha ido al diablo. Primero me falla el maldito carnicero, aunque le pague por anticipado el doble de lo habitual, el muy estúpido con su Insha'Allah, y encima, como los malditos Bancos están cerrados no tengo dinero para comprar al competidor de ese condenado estúpido una pierna de buen cabrito fresco o de cordero pascual que él me

había prometido. Encima, la tienda de ultramarinos se declara en huelga de repente y luego…».

La ventana de la cocina estaba entreabierta y Genny volvió a oír ráfagas de disparos. Más cercanas que antes. Con el viento, le llegaron los gritos, lejanos, y guturales, de las turbas: Allahhh-u Akbarrr… Allahhh-u Akbarrr…, repetidos una y otra vez. Sintió un escalofrió, pareciéndole extrañamente amenazadores. Antes de que los disturbios empezaran solía encontrar tranquilizadora la llamada del muecín a la oración cinco veces al día desde los minaretes. Pero ya no sonaba igual, emitida por las gargantas del populacho.

«Ahora aborrezco este lugar —pensó—. Aborrezco las armas y aborrezco las amenazas». Y además habían encontrado una de estas últimas en el buzón…, su segunda amenaza, pésimamente mecanografiada en una hoja de papel barato: El 1 de diciembre os dimos a ti y a tu familia un mes para abandonar nuestro país. Todavía seguís aquí. Ahora sois nuestros enemigos y lucharemos contra vosotros categóricamente. Sin firma. Casi todos los expatriados en Irán habían recibido una.

«Aborrezco las armas, aborrezco el frío y la falta de calefacción y de luz, aborrezco sus asquerosos excusados y el tener que ponerse en cuclillas como un animal, aborrezco toda esta violencia y la destrucción de algo que realmente era muy hermoso. Aborrezco estar de pie haciendo cola, ¡malditas sean todas las colas! ¡A la mierda con el asqueroso contenido de la lata de haggis, a la mierda con esta pequeña y repugnante cocina y a la mierda con la empanada de carne! Por vida mía, no comprendo cómo puede gustarle a los hombres. ¡Es ridículo! Carne acecinada en lata mezclada con patatas hervidas, un poco de mantequilla con cebolla y leche, si la tienes y todo ello coronado con curruscos de pan, horneado luego hasta que quede muy dorado. ¡Uff! Y en cuanto a la coliflor, el olor que despide al cocerla me da verdaderas náuseas. Pero he leído que es buena para la diverculitis y cualquiera puede ver que Duncan no se encuentra tan bien como solía estarlo. Es tonto si piensa que puede engañarme. ¿Acaso lo ha conseguido con

Charlie? Lo dudo. En cuanto a Claire, ¡se ha comportado como una loca al dejar a un hombre tan bueno! Me pregunto si Charlie llegaría a enterarse de los amoríos que ella tuvo con aquel piloto de "Guerney". Supongo que no hay nada malo en ello si no te pescan…, resulta difícil cuando te dejan tanto tiempo sola y eso es lo que deseas. Pero me alegro de que quedaran como buenos amigos aunque pienso que ella era una perra egoísta».

Se vio reflejada en el espejo. En un gesto automático, se arregló el pelo y se quedó contemplando su imagen. «¿Adónde se ha ido tu juventud? No lo sé, pero se ha esfumado. Al menos la mía, la de Duncan no, sigue siendo joven, joven para su edad…, si al menos supiera cuidar de sí mismo. ¡Maldito Gavallan! No, Andy es bueno. Me alegro de que haya vuelto a casarse con una joven tan agradable. Maureen calmará sus ímpetus y también la pequeña Electra. Por un momento, temí que se casara con esa secretaria china que tiene. ¡Uff! Andy es estupendo y también Irán lo era. Lo era. Ahora, el momento de irse ha llegado y comenzar a disfrutar de nuestro dinero. Definitivamente. Pero ¿cómo?».

Rio en voz alta. «Y vuelta a lo mismo, supongo».

Abrió el horno con cuidado. El calor y el aroma le hicieron guiñar los ojos. Luego volvió a cerrarlo. «No soporto la empanada de carne», pensó irritada.

La cena fue muy buena, con la empanada de carne bien dorada, como les gustaba.

—¿Quieres abrir el vino, Duncan? Es persa, lo siento, pero es la última botella.

Habitualmente, estaban bien provistos de vinos franceses y persas, pero las turbas habían asaltado y destruido todas las tiendas de licores en Teherán, alentados por los mulás, de acuerdo con el fundamentalismo estricto de Jomeini.

—El hombre del bazar me dijo que, oficialmente, no se vende alcohol en parte alguna y que incluso beber en los hoteles

occidentales está ahora prohibido.

—Eso no durará. La gente no lo soportará por mucho tiempo, y tampoco al fundamentalismo —dijo Pettikin—. No pueden sobre todo en Persia. Históricamente, cada Sha ha sido tolerante siempre, ¿por qué no? Durante casi tres mil años, Persia ha tenido fama por sus viñedos y vinos y por la belleza de sus mujeres, no tenéis más que mirar a Azadeh y a Sharazad. ¿Qué me decís de *Rubaiyat* de Omar Khayyam? ¿Acaso no es un himno a las mujeres, el vino y las canciones? Yo diría que la Persia de siempre.

—«Persia» suena mucho mejor que «Irán», Charlie, mucho más exótico, tal como solía ser cuando llegamos aquí por primera vez. Mucho más agradable —dijo Genny. Por un instante, permaneció atenta a nuevas ráfagas de disparos, luego, siguió hablando para disimular su nerviosismo—. Sharazad me comentó que ellos siempre lo han llamado Irán o Ayran. Parece ser que Persia era como la llamaban los antiguos griegos, Alejandro Magno y todo eso. Muchos persas se sintieron felices cuando Reza Sha decretó que, en adelante, Persia se volvería a llamar Irán. Gracias, Duncan. —Añadió, cogiendo la copa de vino y admirando su color. Luego, sonrió.

—Todo es formidable, Gen —dijo él abrazándola ligeramente.

El vino había sido saboreado. Y la empanada. Pero no se sentían alegres. Demasiado de qué preocuparse. Pasaban más tanques, se escuchaban nuevos disparos. Los destellos rojos sobre Jaleh aumentaban. El cántico de las turbas lejanas. Luego, del desierto, llegó uno de sus pilotos, Nogger Lane, tambaleándose, con la ropa desgarrada, heridas en el rostro, ayudando a una joven. Era alta, de cabello y ojos oscuros, desarreglada y sufriendo una conmoción, murmurando patéticamente en italiano, con una manga de su abrigo casi arrancada, sucios su ropa, rostro, manos y cabello, como si hubiera caído en una alcantarilla.

—Nos vimos cogidos entre… la Policía y algunos de esos bastardos —explicó él precipitadamente, casi de forma incoherente —. Algún idiota vació mi tanque de manera que… Pero la chusma…

Los había a millares. La calle tenía un aspecto normal y de repente todos empezaron a correr y ellos llegaron por una bocacalle y llevaban muchas armas… Los malditos salmodiaban sin cesar Allah-u Akbar, Allah-u Akbar de una manera que la sangre se helaba en las venas… Yo jamás he… Luego, al llegar la Policía y las tropas hubo piedras, bombas incendiarias, gases lacrimógenos, el completo. Y tanques. Yo vi tres y pensé que los bastardos iban a abrir fuego. Entonces, alguien de entre el populacho empezó a disparar y comenzaron a surgir armas por todas partes…, y cuerpos cayendo por doquier. Corrimos para salvarnos y un grupo de aquellos bastardos nos vio y empezaron a perseguirnos chillando «Satanás americano» y corrieron detrás de nosotros, acorralándonos en un callejón. Intenté explicarles que yo era inglés y Paula italiana, que no…, siguieron acorralándonos y si no hubiera sido por un mulá, un gran bastardo de barba y turbante negros…, ese tipo les dijo que se apartaran y, por Dios que nos dejaron marchar. Él nos maldijo y nos gritó que nos largásemos…

Aceptó el whisky que le ofrecían y se lo bebió de un trago tratando de recuperar el aliento, con las manos y las rodillas temblándole de forma incontrolable, sin que él se diera siquiera cuenta. McIver, Genny y Pettikin escuchaban horrorizados. La joven lloraba en silencio.

—Jamás, jamás me he encontrado en medio de una pesadilla como esta, Charlie —siguió diciendo Nogger Lane con voz entrecortada—. Todos los soldados eran tan jóvenes como aquellos fanáticos y estaban muertos de miedo, es demasiado tener que soportarlo noche tras noche, los chillidos del populacho arrojando piedras… Un cóctel Molotov le dio a un soldado de lleno en la cara, y quedó envuelto en llamas y a través de las cuales se oían sus gritos sin que…, y entonces esos bastardos se lanzaron sobre nosotros y empezaron a maltratar a Paula, intentando cogerla, manoseándola, desgarrándole la ropa. Entonces, yo también enloquecí, cogí a uno de los bastardos e intenté partirle la cara y si no hubiera sido por el mulá…

—Tranquilízate, muchacho —dijo Pettikin preocupado, pero el chico no le hizo caso y siguió adelante

… y si no hubiera sido por aquel mulá que lo impidió hubiera seguido golpeándole hasta que el idiota hubiera quedado…, yo quería sacarle los ojos, Dios mío, lo intenté, sé que lo intenté. Cristo, jamás he matado a nadie con mis manos, nunca he deseado hacerlo hasta esta noche, pero algo me impulsaba a hacerlo y lo hubiera… —Las manos le temblaban al apartarse de los ojos un mechón rubio. Su voz se había hecho metálica e iba subiendo de tono—. Esos bastardos no tenían derecho a tocarnos pero estaban agarrando a Paula y…, y… —tartamudeó y las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas, intentó seguir hablando pero las palabras no le salían, en las comisuras de sus labios se le había formado algo de espuma — y… y… matar… yo quería mataaar.

Pettikin, inclinándose bruscamente hacia él, lo abofeteó con el dorso de la mano, derribándole como a un muñeco sobre el sofá. Lo súbito de aquella acción sobresaltó a los otros. Lane, desconcertado por unos instantes se puso en pie dispuesto a lanzarse contra su atacante.

—¡Basta, Nogger! —bramó Pettikin.

La orden hizo que el joven se quedará inmóvil, mirando al hombre mayor con una expresión de estupidez en su semblante, mientras mantenía los puños cerrados.

—¿Qué diablossste passa, maldiiito siii noo mee rompes la coondenadaa mandíbula? —preguntó furioso. Pero las lágrimas habían cesado y de nuevo tenía los ojos claros—. ¿Eh?

—Lo siento, muchacho, pero estabas perdiendo los estribos. Lo he visto otr…

—Maldito si lo estaba —repuso Lane amenazador, recuperada ya la serenidad.

Pero necesitaron tiempo para explicárselo y tranquilizarle. Y también a ella. Se llamaba Paula Giancani, una joven alta, azafata en un vuelo de «Alitalia».

—Más vale que esta noche te quedes aquí, Paula, querida —dijo Genny—. Ya ha empezado el toque de queda. ¿Me entiendes?

—Sí, comprendo. Yo habló inglés. Yo he…

—Ven conmigo. Te dejaré algunas cosas. Nogger, tú dormirás en el sofá.

Mucho más tarde, Genny y McIver aún estaban despiertos, cansados pero sin sueño: disparos y cánticos en la noche.

—¿Quieres un poco de té, Duncan?

—Buena idea —se levantó al tiempo que ella—. Maldición, me había olvidado. —Acercándose al escritorio, sacó una cajita desastrosamente envuelta—. Feliz aniversario. No es gran cosa, un brazalete del bazar.

—Muchas gracias, Duncan —repuso Genny. Mientras desenvolvía el regalo, habló de la lata de haggis.

—¡Qué barbaridad! Bueno, no importa. El año que viene lo tomaremos en Escocia.

El brazalete era de amatistas en bruto con montura de plata.

—Es precioso. Precisamente lo que quería. Gracias, cariño.

—A ti también, Gen. —Le paso un brazo por la cintura besándola con gesto ausente.

A ella no le importó lo del beso. Ya, casi todos los besos, incluso los suyos, solo eran afectuosos, como una palmadíta a tu perro preferido.

—¿Qué te preocupa, querido?

—No hay problema alguno.

Pero Genny lo conocía demasiado bien.

—¿Qué es lo que todavía no sé?

—Esto cada vez empeora más. Con cada hora que pasa. Cuando saliste de la habitación con Paula, Nogger nos dijo que venían del aeropuerto. Al vuelo de «Alitalia» en el que Paula había de ir, fletado por su Gobierno para evacuar a los italianos, y que se encontraba en tierra desde hacía dos días, se le dio finalmente la salida para mediodía, por lo que Nogger fue a despedirla. Por supuesto, la salida fue aplazada una y otra vez, como es habitual y, entonces, poco

antes de anochecer el vuelo fue aplazado indefinidamente, cerraron el aeropuerto a cal y canto y se hizo salir a todo el mundo. El personal iraní, sencillamente, se esfumó. Y luego, al punto, un grupo de revolucionarios, armados hasta los dientes, y Nogger insiste en este dato, empezaron a repartirse por todo el aeropuerto. La mayoría de ellos ostentaban brazaletes verdes, pero algunos llevaban también la insignia OILP; Gen, es la primera vez que Nogger la ha visto: «Organización Iraní para la Liberación de Palestina».

—¡Santo Dios! Entonces, es cierto que la OLP está ayudando a Jomeini.

—Sí. Y si es así, entonces, se trata de un juego diferente. Una guerra civil acaba de empezar, y precisamente nos encontramos en el maldito medio.

III

EN TABRIZ UNO: 11.05 DE LA NOCHE. Erikki Yokkonen estaba desnudo, tumbado en la sauna que construyera con sus propias manos, a una temperatura de más de 40ºC, corriéndole el sudor por todo el cuerpo; cerca de él, Azadeh, su mujer, también adormecida por el calor, había sido una noche formidable con gran cantidad de comida y dos botellas del mejor vodka ruso que había comprado en el mercado negro de Tabriz, compartiéndolas con sus dos mecánicos ingleses y el gerente de su sección, Ali Dayati.

—Y ahora, a la sauna —les dijo poco antes de medianoche.

Pero, como era habitual, declinaron la invitación, sin apenas fuerzas para llegar a sus propias cabinas.

—¡Ven, Azadeh!

—Esta noche no. Por favor, Erikki —había pedido ella.

Mas él se limitó a reír y, levantándola en sus fuertes brazos, la envolvió bien con el abrigo de pieles, salió con ella de la cabina y dejó atrás los pinos cargados de nieve, la temperatura justamente por debajo de cero. Azadeh era fácil de transportar y Erikki entró con ella en la pequeña cabaña adosada a la parte trasera de su cabina, y, al calor de la zona cambiante se desnudó en la propia sauna. Y allí se encontraban los dos tumbados, Erikki perfectamente a sus anchas, Azadeh no acostumbrada todavía a aquel ritual nocturno, a pesar del año transcurrido desde su matrimonio.

Apoyándose sobre un brazo, la miró. Se encontraba tumbada sobre una gruesa toalla en el banco de enfrente. Tenía los ojos cerrados y Erikki observó cómo sus senos subían y bajaban con la respiración y también toda su belleza, el cabello como ala de cuervo,

las cinceladas facciones arias, el precioso cuerpo, la tez nacarada…, y, como siempre, se sintió maravillado ante ella, tan pequeña frente a su metro noventa y cinco de altura.

«Dioses de mis antepasados —pensó—, gracias por haberme dado semejante mujer». Por un instante, no pudo recordar en qué idioma estaba pensando. Dominaba cuatro: finés, sueco, ruso e inglés. «¿Qué importa eso?», se dijo, volviendo a sumirse en el calor y dejando que su mente vagara junto con el vapor que ascendía de las piedras que con tanto cuidado colocara. Le producía una gran satisfacción el haber construido la sauna por sí mismo, tal como un hombre debe hacer, aserrando los troncos igual que sus antepasados habían ido haciendo a lo largo de siglos.

Eso fue lo primero que empezó a realizar cuando fue destinado allí, hacía ya cuatro años: seleccionar y cortar los árboles. Los otros le consideraron un demente. Él se limitó a encogerse de hombros, bonachón.

—La vida no es nada sin una sauna. Primero construyes esta, y la casa después. Una casi sin sauna no es casa. Vosotros, los ingleses, no sabéis nada…, nada sobre la vida.

Estuvo tentado de decirles que como muchos otros finlandeses, había nacido en una sauna…, ¿y por qué no? Pensándolo bien, es el lugar más cálido de la casa, el más limpio, el más tranquilo, el más reverenciado. Jamás se lo contó a ellos, solo a Azadeh. Ella lo había entendido. «¡Ah!, sí —pensó inmensamente contento—, ella lo entiende todo».

Afuera, la entrada del bosque permanecía en silencio; el cielo, limpio de nubes y cuajado de estrellas muy brillantes; la nieve, amortiguando todos los sonidos. A un kilómetro se encontraba el único camino que cruzaba las montañas, serpenteando hacia el Noroeste, dirigiéndose a Tabriz, a quince kilómetros de distancia, y, luego, se desviaba al Norte, hacia la frontera soviética, situada a pocos kilómetros. Al Sureste, zigzagueaba de nuevo a través de las montañas en dirección a Teherán, a unos quinientos sesenta y cinco kilómetros.

La base, Tabriz Uno, albergaba a dos pilotos, el otro se encontraba de permiso en Inglaterra, y dos mecánicos ingleses; los demás eran iraníes: dos cocineros, ocho trabajadores diurnos, el operador de radio y el gerente de la estación. Su aldea, Abu Mard, se hallaba enclavada en la cima de la colina y abajo, en el valle, estaba la fábrica de pulpa de madera perteneciente al monopolio forestal «Iran-Timber», con la que tenían firmado un contrato. Los «212» transportaban a los leñadores, al bosque, junto con el equipo, les ayudaban a levantar los campamentos y a proyectar los pocos caminos que podían trazarse; también prestaban servicios a los campamentos con las cuadrillas de reemplazo y el equipo, y se llevaban a los heridos. Para muchos de los campamentos aislados, los «212» constituían el único lazo con el exterior y los pilotos eran venerados. Erikki amaba la vida y la tierra tanto como a Finlandia, soñando en ocasiones que se encontraba de nuevo en casa.

Su sauna contribuyó a hacerlo perfecto. La pequeña cabaña de dos habitaciones detrás de su cabina se encontraba oculta a las otras cabinas, construida a la manera tradicional con liquen entre los troncos para favorecer el aislamiento, bien ventilado el fuego de leña que calentaba las piedras. Algunas de estas, las de la capa superior, habían sido llevadas desde Finlandia. Su abuelo las había sacado del fondo de un lago, lugar del que se obtenían las mejores piedras de sauna, y se las regaló durante su último permiso en casa, hacía ya dieciocho meses.

—Llévatelas, hijo mío, y con ellas seguramente irá un buen tonto de sauna finlandés, el duendecillo moreno que es el espíritu de la sauna, aunque, en realidad, no comprendo cómo deseas casarte con una de esas extranjeras y no con una de tu propia tierra.

—Cuando la veas, también tú la adorarás, abuelo. Tiene ojos azul verdoso, cabello muy muy oscuro y…

—Si te da muchos hijos… Bien, ya veremos. Es cierto que hace ya mucho tiempo que deberías estar casado, un hombre tan formidable como tú pero…, ¿una extranjera? ¿Dices que es maestra?

—Miembro del Cuerpo de Enseñanza de Irán. Son personas jóvenes, hombres y mujeres, voluntarios al servicio del Estado, que van a las aldeas y enseñan a los lugareños y a los niños a leer y escribir. Sobre todo a los niños. El Sha y la emperatriz crearon el Cuerpo hace algunos años, y Azadeh se incorporó a él cuando tenía veintiuno. Es de Tabriz, donde yo trabajo, enseña en nuestra aldea en una escuela provisional; la conocí hace siete meses y tres días. Ella tenía veinticuatro años entonces y…

Erikki, gozoso recordó la primera vez que la viera, con su pulcro uniforme, el cabello suelto cayéndole por los hombros, sentada en un claro del bosque rodeada de niños, y luego sonriéndole a él, viendo luego como lo miraba, asombrada por su tamaño. Al punto descubrió que aquella era la mujer a la que había estado esperando encontrar durante toda su vida. Él tenía treinta y seis años. «¡Ah! —pensaba mientras la contemplaba arrobado, bendiciendo una vez más al tonto del bosque que le había conducido hacia aquella parte de la floresta. Solo quedaban tres meses más, y luego dos enteros de permiso—. Será maravilloso poder enseñarle Suomi, Finlandia».

—Ya es hora, Azadeh, cariño —le dijo.

—No, Erikki, aún no, aún no —pidió ella medio dormida, embriagada por el calor, y no por el alcohol porque nunca bebía—. Por favor, Erikki, todavía no he…

—Demasiado calor no es bueno para ti —aseguró él con firmeza.

Entre ellos siempre hablaban en inglés, aunque Azadeh dominaba también el ruso, ya que su madre era medio georgiana, originaria de la zona fronteriza, donde resultaba muy útil, y prudente, ser bilingüe. También hablaba turco, el lenguaje más utilizado en aquella parte de Irán, Azerbaiyán y, desde luego, farsi. Salvo algunas palabras, Erikki no hablaba farsi ni turco. Se sentó y se limpió el sudor, en paz con el mundo. Luego, se inclinó hacia ella, besándola. Azadeh le devolvió el beso y tembló al sentir la mano de él buscándola y la suya buscándole a él a su vez.

—Eres un hombre malo, Erikki —dijo al mismo tiempo que se desperezaba.

—¿Preparada?

—Si.

Se colgó de él mientras Erikki la levantaba en brazos con gran facilidad. Luego, salieron de la sauna a la habitación intermedia, abriendo seguidamente la puerta y se encontraron afuera, bajo el viento helado. Azadeh jadeó al recibir el impacto frío y se aferró a él con más fuerza mientras Erikki cogía puñados de nieve frotándola con ellos, lo cual hizo que sintiera un hormigueo y un ardor, aunque no desagradables, en la piel. En cuestión de segundos, ella se sintió maravillosamente tanto interior como exteriormente. Le había costado todo un año acostumbrarse al baño de nieve después del calor. Ahora, sin él, la sauna le parecía incompleta. Rápidamente, Azadeh hizo lo mismo con su marido, luego, se precipitó de nuevo feliz hacia el calor, dejándole durante unos segundos tumbarse en la nieve y rodar por ella. Erikki no se había dado cuenta de los hombres que, junto con el mulá, se encontraban en pie, escandalizados, en la subida, medio ocultos bajo los árboles, junto al sendero, a unos cincuenta metros de distancia. Los descubrió mientras cerraba la puerta. Se sintió invadido por la furia. Dio un fuerte portazo.

—Ahí fuera hay algunos lugareños. Han estado mirándonos. ¡Todos saben que esta es una zona prohibida!

Ella se sentía furiosa también y se vistieron presurosos. Erikki se calzó las botas de piel y después de endosarse el grueso suéter y los pantalones, cogió un hacha enorme y se precipitó afuera. Los hombres seguían allí. Se lanzó hacia ellos, enarbolando el hacha con un grito amenazador. Al abalanzarse contra ellos, se desperdigaron y uno levantó la metralleta disparando una ráfaga al aire, que el eco propagó por toda la montaña. Erikki se detuvo en seco, dominando su ira. Nunca antes le habían amenazado con armas de fuego, ni apuntado una contra su estómago.

—Baja el hacha o te mataré —dijo el hombre en un inglés vacilante.

Erikki vaciló un instante. En aquel momento, Azadeh se interpuso entre ellos y apartando el arma de un manotazo, empezó a gritar en turco.

—¿Cómo os atrevéis a venir aquí? ¿Cómo os atrevéis a llevar armas…? ¿Qué sois? ¿Bandidos? ¡Esta es nuestra tierra! Abandonad este lugar o haré que os encarcelen.

Se ciñó el grueso abrigo de piel, pero temblaba de furia.

—Esta es la tierra del pueblo —repuso el mulá hosco, aunque manteniéndose alejado—. Cubre tu pelo, mujer, cubre tu…

—¿Quién eres tú, mulá? No perteneces a mi aldea. ¿Quién eres?

—Mahmud, mulá de la mezquita Hajsta, de Tabriz. No soy uno de tus lacayos —dijo enfadado, apartándose de un salto al lanzarse Erikki hacia él.

El hombre de la metralleta había perdido el equilibrio, pero otro de ellos, situado a prudente distancia amartilló su arma.

—¡Por Dios y el Profeta, detén a ese cerdo extranjero u os enviaré a los dos al infierno que os merecéis!

—¡Espera, Erikki! ¡Deja estos perros para mí! —le dijo Azadeh en inglés, y luego se encaró con ellos, imprecándoles—. ¿Qué queréis vosotros aquí? Esta es nuestra tierra, la tierra de mi padre, Abdollah Khan, Khan de los Gorgones, familia de los Qajar los cuales gobernaron aquí durante siglos —sus ojos ya se habían acostumbrado a la oscuridad y se los quedó mirando. Eran en total diez, todos jóvenes, todos forasteros salvo uno, el *kalandar*, el jefe de su aldea—. ¿Cómo te atreves a venir aquí, kalandar?

—Lo siento, Alteza —dijo este excusándose—, pero el mulá dijo que tenía que traerle aquí por este sendero y no por el camino principal de manera que…

—Y tú, parásito, ¿qué quieres? —preguntó ella volviéndose hacia el mulá.

—Ten más respeto, mujer —repuso el mulá todavía más furioso que ella—. Pronto mandaremos nosotros aquí. Y en el Corán hay leyes contra la desnudez y las costumbres livianas: lapidación y látigo.

—El Corán también tiene leyes contra los intrusos, los bandidos, contra quienes amenazan a las gentes pacíficas y también por la rebelión contra sus jefes y sus señores. ¡Yo no soy uno de vuestros asustados analfabetos! Sé bien lo que siempre habéis sido: los parásitos de las aldeas y del pueblo. *¿Qué queréis?*

Desde la base, la gente acudía presurosa con linternas. Los dos mecánicos iban al frente, con los ojos todavía somnolientos, y Ali Dayati cautelosamente a remolque. Todos ellos entumecidos de sueño, apresuradamente vestidos y ansiosos.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Dayati, atisbando a través de unos gruesos lentes que cabalgaban sobre su nariz.

Su familia había estado durante años bajo la protección de los Gorgon Khan y a su servicio.

—Estos perros —empezó a decir Azadeh acalorada— han aparecido en plena noche y…

—Contén tu lengua, mujer —ordenó el mulá enfadado. Luego, se volvió hacia Dayati—. ¿Quién eres tú? —preguntó.

Cuando Dayati vio que se trataba de un mulá, cambió de actitud mostrándose deferente al punto.

—Soy… Yo soy el gerente de «Iran-Timber» aquí, Excelencia. ¿Qué pasa? Por favor, ¿qué puedo hacer por usted?

—El helicóptero. Lo quiero dispuesto para esta madrugada. Voy a hacer un vuelo sobre los campamentos.

—Lo siento, Excelencia. El aparato se encuentra desmontado para un repaso. Es la política de los extranjeros y…

Azadeh lo interrumpió, furiosa.

—Mulá, ¿con qué derecho viene aquí en plena noche para…?

—El Imán Jomeini ha dado ord…

—¿Imán? —repitió ella escandalizada—. ¿Con qué derecho llamas así al Ayatolá Jomeini?

—Él es el Imán. Ha dado órdenes y…

—¿Dónde dice en el Corán o en el Sharia que un ayatolá pueda proclamarse Imán, que pueda ordenar a uno de los Creyentes? ¿Dónde dice que…?

—¿No eres chiita? —le preguntó rabioso el mulá, consciente de que sus seguidores estaban escuchando atentamente.

—Sí. Lo soy, pero no una estúpida analfabeta, ¡mulá! —El tono con que pronunció la palabra era insultante—. ¡Contesta!

—Por favor, Alteza —le suplicó Dayati—. Deje esto para mí, por favor. Se lo suplico.

Pero ella empezó a hablar, encrespada de furia y el mulá a contestarle en el mismo tono. Luego, los otros intervinieron también y la cosa parecía estar poniéndose fea hasta que Erikki levantó el hacha y lanzó un estentóreo grito de ira, furioso de no entender lo que estaban diciendo. Se hizo un silencio súbito y, luego, otro hombre volvió a amartillar su metralleta.

—¿Qué quiere este bastardo, Azadeh? —preguntó Erikki. Ella se lo dijo.

—Dayati, dile que no puede coger mi «212» y que abandone nuestras tierras de inmediato o enviaré a buscar a la Policía.

—Por favor, capitán. Por favor, deje que yo me ocupe de esto, capitán —pidió Dayati, sudando por la ansiedad. Y, antes de que Azadeh pudiera interrumpir, suplicó—: Por favor, Alteza, por favor, déjeme ahora. —Luego, volvióse hacia los dos mecánicos—. Todo está bien. Podéis regresar a la cama, yo me ocuparé de todo.

Fue entonces cuando Erikki se dio cuenta de que Azadeh iba descalza y la cogió en brazos.

—Dayati, dile a ese *matyeryebyets* y a todos los demás que si vuelven aquí de noche, les partiré la cabeza…; y que si él o cualquiera toca un solo cabello de la cabeza de mi mujer, lo perseguiré hasta el infierno si fuera preciso.

Se alejó, imponente en su ira, seguido por los dos mecánicos. Una voz, hablando en ruso, lo detuvo.

—Tal vez pueda charlar con usted dentro de unos momentos, capitán Yokkonen.

Erikki miró hacia atrás. Azadeh, a la que todavía llevaba en brazos, se puso tensa. El hombre que acababa de hablar se encontraba en la parte de atrás del grupo, casi oculto a su vista, al

parecer no muy diferente de los demás y vistiendo un parka anodino.

—Muy bien —contestó Erikki en ruso—. Pero no traiga a mi casa un arma de fuego ni un cuchillo.

Dicho lo cual, se alejó.

El mulá se acercó a Dayati, con la mirada dura.

—¿Qué ha dicho el diablo extranjero? ¿Eh?

—Fue descortés, todos los extranjeros lo son. Y su Alt… también la mujer fue descortés.

El mulá escupió en la nieve.

—El Profeta dicto leyes y castigos contra tales comportamientos, el pueblo tiene leyes contra las riquezas hereditarias y el robo de tierras, porque las tierras pertenecen al pueblo. Pronto, leyes justas y castigos correctos nos gobernarán a todos nosotros. Al fin. El Irán estará en paz. —Se volvió hacia los otros—. ¡Desnuda en la nieve! ¡Exhibiéndose abiertamente contra todas las leyes del pudor! ¡Ramera! ¿Qué son los Gorgon sino lacayos del traidor Sha, y de su perro Bajtiar, eh? —Volvió de nuevo los ojos a Dayati—. ¿Qué mentiras estás diciendo sobre el helicóptero?

Tratando de disimular su miedo Dayati respondió al punto que las regulaciones extranjeras le imponían una revisión cada mil quinientas horas a él y al aparato, órdenes ratificadas por el Sha y el Gobierno.

—Un Gobierno ilegal —le interrumpió el mulá.

—Claro, claro, ilegal —asintió Dayati al punto y, presa de nerviosismo, lo condujo hasta el hangar y encendió las luces…, la base tenía su pequeño sistema generador que se valía por sí solo. Los motores del «212» estaban alineados cuidadosamente, pieza a pieza, a la manera de soldados—. Yo nada puedo hacer, Excelencia, los extranjeros lo manejan todo. —Luego, se apresuró a añadir—: Y a pesar de que sabemos que «Iran Timber» pertenece al pueblo, el Sha se llevó todo el dinero. Yo no tengo autoridad sobre ellos, esos diablos extranjeros o sus reglamentos. No hay nada que yo pueda hacer.

—¿Cuándo estará preparado para volar? —preguntó el que hablara en ruso, esta vez haciéndolo en perfecto turco.

—Los mecánicos prometieron que dentro de dos días —respondió Dayati mientras rezaba para sus adentros, con mucho miedo aunque tratando desesperadamente de disimularlo. Ahora, para él, ya estaba claro que aquellos hombres eran *muyahidín* izquierdistas, convencidos de la teoría fomentada por los soviéticos de que el Islam y Marx eran compatibles—, está en Manos de Dios. Dos días; los mecánicos extranjeros están a la espera de repuestos que ya debieran haber llegado.

—¿Cuál es son?

Nervioso, se lo dijo.

—Algunos repuestos corrientes y una pala del rotor de cola.

—¿Cuántas horas tiene la pala del rotor?

Dayati comprobó el registro con dedos temblorosos.

—Mil setenta y tres.

—Dios está con nosotros —repuso el hombre, volviéndose hacia el mulá—. Podemos utilizar con seguridad la antigua, durante cincuenta horas al menos.

—Pero la duración de la pala…, el certificado de vuelo está invalidado —adujo Dayati sin pensarlo—. El piloto no querrá volar porque las regulaciones aéreas exig…

—Regulaciones de Satanás —le interrumpió el que hablaba ruso —. Algunas de ellas.

—Pero las normas de seguridad son importantes para el Pueblo, e incluso las más importantes. En el Corán, Dios establece reglas para camellos y caballos y cómo hay que cuidarlos. Y esas reglas pueden aplicarse igualmente a los aeroplanos que también son un don de Dios y nos transportan para realizar su trabajo. Por lo tanto, hemos de cuidar de ellos correctamente. ¿No estás de acuerdo, Mahmud?

—Desde luego —respondió impaciente el mulá, clavando la mirada en Dayati que se echó a temblar—. Volveré dentro de dos días, con el alba. Ten preparado el helicóptero y también al piloto

para hacer el trabajo de Dios por el Pueblo. Visitaré todos los campamentos de las montañas. ¿Hay otras mujeres aquí?

—Solo… solo dos mujeres de los trabajadores… y la mía.

—¿Llevan caftán y velo?

—Pues claro —mintió Dayati al punto.

Llevar velo estaba prohibido por las leyes en Irán. El Sha Reza había proscrito el velo en 1936, dejando que el caftán lo llevara la que quisiera.

Y el Sha Mohammad había emancipado aún más a la mujer en 1964.

—Muy bien. Recuérdales que Dios y el Pueblo las vigilan, incluso en el terreno vil del extranjero. —Mahmud dio media vuelta y salió de estampía seguido por los demás.

Una vez solo, Dayati se enjugó la frente, agradecido por ser uno de los creyentes y porque ahora su mujer llevaría el caftán, sería obediente y obraría como su madre lo hiciera, con modestia y sin ponerse jeans como Su Alteza. ¿Qué era lo que el mulá la había llamado en su propia cara? «Que Dios le proteja si Abdollah Khan llega a enterarse…, aunque, desde luego, el mulá tiene razón y también Jomeini la tiene, que Dios le proteja».

EN LA CABAÑA DE ERIKKI: 11.23 DE LA NOCHE. Los dos hombres se sentaron a la mesa, uno frente a otro, en la habitación principal de la cabaña. Cuando el hombre llamó a la puerta, Erikki le dijo a Azadeh que se fuera al dormitorio, pero dejó la puerta interior abierta para que pudiera escuchar. También le dio la escopeta que él utilizaba para cazar.

—Utilízala sin miedo. Si entra en el dormitorio es que yo he muerto —le había dicho, metiendo el cuchillo *pukoh* dentro de su vaina y poniéndoselo bajo el cinturón, en el centro de la espalda.

El pukoh, un cuchillo con mango, era el arma de los finlandeses. Se consideraba nefasto, y peligroso, el que un hombre no lo llevara consigo. En Finlandia, iba contra la ley mostrarlo abiertamente…,

pues tal actitud podía ser considerada como de desafío. Pero todos llevaban uno, y siempre en las montañas. El de Erikki Yokkonen era equiparable a su propia envergadura.

—Verá, capitán, le pido excusas por la intrusión —dijo el hombre. No llegaba al metro ochenta de estatura, y se hallaba en la treintena; tenía el cabello oscuro, rostro curtido, y sangre eslava…, mongólica, merced a alguno de sus antepasados—. Me llamo Fedor Rakoczy.

—Rakoczy era un revolucionario húngaro —afirmó Erikki sin preámbulos—. Y, por su acento, usted es georgiano. Rakoczy no lo era. ¿Cuál es su verdadero nombre…, y su rango en la KGB?

El hombre se echó a reír.

—Lo de mi acento es cierto, y que soy un ruso de Georgia, de Tbilisi. Mi abuelo era originario de Hungría, pero no tenía parentesco alguno con el revolucionario que, en los viejos tiempos, se convirtió en príncipe de Transilvania. Tampoco era musulmán como mi padre y yo. Así que, ya ve, ambos conocemos algo de nuestra historia, gracias a Dios —dijo con tono placentero—. Soy un ingeniero del gasoducto de gas natural iraní-soviético, con base justo en la frontera de Astara, en el Caspio, y pro-Irán, pro-Jomeini, que las bendiciones caigan sobre él, anti-Sha y antiamericano.

Se sentía satisfecho de que le hubieran puesto al corriente sobre Erikki Yakkonen. Parte de la historia que había contado se ajustaba a la verdad. Desde luego procedía de Georgia, de Tbilisi, pero no era musulmán ni se llamaba Rakoczy. En realidad, su nombre era Igor Mzytryk, un capitán de la KGB, especialista agregado a la 116 División aerotransportada que estaba desplegada al otro lado de la frontera exactamente, al norte de Tabriz, uno de los centenares de agentes clandestinos que durante meses habían estado infiltrándose por el norte de Irán y que ya actuaban casi con absoluta libertad. Tenía treinta y cuatro años, oficial de carrera de la KGB como su padre, había estado en Azerbaiyán hacía seis meses. Su inglés era bueno, hablaba el farsi y el turco con fluidez y, aun cuando no sabía

volar, estaba muy bien enterado sobre los helicópteros de émbolo impulsado del Ejército soviético, que servían de apoyo a su División.

—En cuanto a mi grado —añadió con su tono de voz más amable —, es el de amigo. Nosotros los rusos somos buenos amigos de los finlandeses, ¿no?

—Sí, sí, eso es cierto. Los rusos son miembros del Partido. La Santa Rusia fue una amiga en el pasado, sí, en la época en que nosotros éramos un Gran Ducado de Rusia. La Rusia soviética se mostró amistosa después de 1917, cuando nos convertimos en independientes. La Rusia soviética lo es ahora. Sí, ahora. Pero no en 1939. No en la Guerra del Invierno. No, entonces no.

—Tampoco lo fuisteis vosotros en el 41 —repuso Rakoczy con energía—. Ese año luchasteis contra nosotros con los asquerosos nazis; os pusisteis de su lado en contra nuestra.

—Así fue, pero solo para recuperar nuestra tierra, nuestra Carelia, nuestra provincia que vosotros nos habíais arrebatado. ¡No avanzamos hacia Leningrado como podíamos haber hecho! —Erikki sentía su cuchillo en el centro de la espalda y eso le hacía sentirse satisfecho—. ¿Llevas armas?

—No. Me dijiste que no viniera armado. Mi arma está afuera. Tampoco llevo cuchillo pukoh, no lo necesito. Soy un amigo, por Alá.

—Muy bien. Un hombre tiene necesidad de amigos.

Erikki lo vigilaba, repugnándole cuanto él representaba: la Rusia soviética que, sin la menor provocación, invadiera Finlandia en 1939, tan pronto como Stalin hubo firmado el pacto de no agresión soviético-germano. El pequeño Ejército finlandés luchó solo contra ella. Mantuvieron a las hordas soviéticas a raya durante cien días, en la Guerra del Invierno, para acabar siendo desbordados. El padre de Erikki fue muerto defendiendo Carelia, la provincia suroriental donde los Yokkonen habían vivido durante siglos. Rápidamente, la Rusia soviética se anexionó la provincia. Tras lo cual, los finlandeses la abandonaron. Todos. Ninguno de ellos quiso permanecer bajo bandera soviética de tal manera que la tierra se volvió árida para los finlandeses. Erikki tenía diez meses por entonces y durante aquel

éxodo murieron a millares. Su madre había muerto. Fue el peor invierno que podía recordar.

«Y en 1945 —pensó Erikki, ardiendo de ira—, en 1945, América e Inglaterra nos traicionaron y entregaron nuestras tierras al agresor. Pero no hemos olvidado, como tampoco lo han hecho los estonios, letones, lituanos, alemanes orientales, checos, húngaros, búlgaros, eslavos, rumanos…, la lista es interminable. Un día llegará en que se pasará cuentas a la Unión Soviética, oh, sí, seguramente algún día se ajustarán las cuentas a los soviéticos…, muchas de ellas por parte de los propios rusos que son los que más sufren su látigo».

—Para ser georgiano, usted sabe mucho sobre Finlandia —dijo con calma.

—Finlandia es importante para Rusia. La *détente* entre nosotros da resultados y seguridad y demuestra al mundo que la propaganda antisoviética por parte de los imperialistas americanos es un mito.

Erikki sonrió.

—No es momento de hablar de política, ¿eh? A estas horas… ¿Qué quiere de mí?

—Su amistad.

—¡Ah! Eso se pide en seguida pero, como usted debería saber, un finlandés no la da con facilidad. —Erikki cogió del aparador una botella de vodka medio vacía y dos vasos—. ¿Es usted chiita?

—Sí, pero no muy bueno. Dios me perdone. Bebo vodka a veces, si es eso lo que desea saber.

Erikki sirvió dos vasos.

—Salud —brindó, bebiendo ambos—. Ahora, por favor, vayamos al asunto.

—Muy pronto, Bajtiar y sus lacayos americanos serán expulsados de Irán. Muy pronto, Azerbaiyán se convertirá en un hervidero, pero usted no tiene nada que temer. Aquí se piensa bien de usted, también de su mujer y de la familia de esta y nos gustaría su… su cooperación para el restablecimiento de la paz en estas montañas.

—Solo soy un piloto de helicóptero que trabaja para una compañía británica contratada por «Iran-Timber» y soy

absolutamente apolítico. Nosotros, los finlandeses, somos apolíticos, ¿no lo recuerda usted?

—Somos amigos, sí. Nuestros intereses por la paz mundial son los mismos.

Erikki descargó su gran puño derecho sobre la mesa. La súbita violencia hizo que el ruso se sobresaltara, mientras la botella rodaba por la mesa y caía al suelo.

—Por dos veces le he pedido con toda cortesía que vaya al grano —dijo con la misma voz tranquila—. Le doy diez segundos.

—Muy bien —repuso el hombre entre dientes—. Requerimos sus servicios para trasladar equipos a los campamentos durante los próximos días. Nos…

—¿Qué equipos?

—Los mulás de Tabriz y sus seguidores. Neces…

—Yo recibo mis órdenes de la compañía, no de mulás, de revolucionarios o de hombres que llegan armados por la noche. ¿Me ha comprendido bien?

—Descubrirá que es mejor entendernos a nosotros, capitán Yokkonen. Y lo mismo digo de los Gorgon. Todos ellos —dijo Rakoczy con tono enfático.

Erikki sintió que se ponía pálido.

—Ya nos hemos ocupado de «Iran-Timber» —prosiguió el otro—, y está de nuestro lado. Le darán a usted las órdenes necesarias.

—Muy bien. En ese caso, esperaré a ver cuáles son —repuso Erikki levantándose, dominador con su gran estatura—. Buenas noches.

El ruso se puso en pie a su vez y lo miró iracundo.

—Usted y su mujer son demasiado inteligentes para no comprender que sin los americanos y su estúpida CIA, Bajtiar está perdido. Ese condenado demente de Carter ha enviado a la Infantería de Marina y a los helicópteros a Turquía, una escuadra de guerra americana se encuentra en el Golfo, una fuerza estratégica con un portaaviones nuclear y navíos de apoyo, junto con infantes

de marina y aviones equipados con armamento nuclear…, una flota de guerra y…

—¡No lo creo!

—Puede creerlo. Por Dios, están intentando desencadenar una guerra y, naturalmente, nosotros tenemos que reaccionar, debemos afrontar un juego de estrategia con otro juego de estrategia ya que, por supuesto, utilizarán Irán contra nosotros… Todo es una locura… No queremos una guerra nuclear… —decía Rakoczy de corazón. Su boca lo descubría. Solo unas horas antes, su superior le había advertido, a través de mensaje de radio cifrado, que todas las fuerzas soviéticas destacadas en la frontera estaban en Alerta Amarilla, a solo un paso de la Roja, a causa de la flota de portaaviones que se acercaba, al igual que todos los misiles nucleares. Y lo peor de todo era que se habían recibido informes de amplios movimientos de tropas chinas a todo lo largo de los ocho mil kilómetros de la frontera con China.

—Ese bastardo de Carter con su bastardo «Pacto de Amistad» con China va a enviarnos a todos al infierno por poco que pueda.

—Lo que ha de suceder, sucede —repuso Erikki.

—Insha'Allah, así es. Pero ¿por qué convertirse en un perro faldero de los americanos, o de sus aliados británicos, igualmente asquerosos? El Pueblo va a ganar, nosotros vamos a ganar. Ayúdenos, capitán, y no lo lamentará. Solo necesitamos de su pericia durante unos días…

De repente, se interrumpió. Alguien llegaba corriendo. Al punto, el cuchillo apareció en la mano de Erikki quien, con movimiento felino, se colocó entre la puerta de entrada y la del dormitorio, al tiempo que la primera se abría bruscamente.

—¡SAVAK! —dijo con voz entrecortada un hombre al que apenas se vio. Luego, desapareció corriendo.

Rakoczy se plantó en la puerta de un salto, y cogió su metralleta.

—Requerimos su ayuda, capitán. ¡No lo olvide! —Y desapareció en la noche.

Azadeh salió al cuarto de estar, con el rostro pálido y el arma preparada.

—¿Qué era eso de un portaaviones? No le he entendido.

Erikki se lo explicó. La alarma de Azadeh fue evidente.

—Eso significa la guerra, Erikki.

—Claro, si es cierto. —Se puso su parka—. Quédate aquí.

Cerró la puerta tras de sí. Ahora, ya podía ver los faros de los vehículos que se acercaban a gran velocidad por el escabroso y sucio camino que unía a la base con la carretera principal Tabriz-Teherán. A medida que sus ojos se fueron acostumbrando a la oscuridad, pudo distinguir dos coches y un camión del Ejército. Al cabo de un momento, el vehículo en cabeza se detuvo y policías y soldados empezaron a desperdigarse en la noche. El oficial que los mandaba saludó.

—Buenas noches, capitán Yokkonen. Hemos oído que algunos revolucionarios estuvieron aquí, o comunistas…, se escucharon disparos —dijo, en un inglés perfecto—. ¿Se encuentra bien Su Alteza? ¿No hay problemas?

—No, ahora ya no, gracias, coronel Mazardi. —Erikki lo conocía muy bien. Aquel hombre era primo de Azadeh, y jefe de Policía en la zona de Tabriz. Pero ¿SAVAK? «Eso es algo distinto —pensó incomodo—. Si lo es, lo es y yo no quiero saberlo»—. Entre.

Azadeh se mostró complacida de ver a su primo y le dio las gracias por acudir. Luego, le contaron lo ocurrido.

—El ruso dijo que se llamaba Rakoczy, ¿Fedor Rakoczy? —preguntó.

—Sí, pero, evidentemente, era mentira —dijo Erikki—. Y Tiene que ser de la KGB.

—¿Y no le dijo en absoluto por qué querían visitar los campamentos?

—No.

El coronel reflexionó un instante. Luego, suspiró.

—De manera que el mulá Mahmud desea volar, ¿eh? Es una locura por parte de un supuesto hombre de Dios el querer hacerlo.

Muy peligroso, sobre todo si se trata de un islámico-marxista…, ¡qué sacrilegio! Me han dicho que es muy fácil caer cuando se vuela en helicóptero. Tal vez deberíamos darle gusto. —Era alto y muy apuesto. Su uniforme se veía impecable—. No os preocupéis. Esos agitadores volverán a sus piojosos cuchitriles muy pronto. Bajtiar nos ordenará que aplastemos a esos perros. Y ese agitador de Jomeini…, deberíamos hacer callar a ese traidor lo antes posible. Los franceses tenían que haberlo hecho en el mismo momento en que llegó allí. Esos débiles locos. ¡Estúpidos! Pero siempre lo han sido, entremetiéndose en todo, y contra nosotros. Los franceses nunca han dejado de envidiar a Irán. —Se puso en pie—. Infórmeme cuando su aparato se encuentre en condiciones de volar. De cualquier forma, dentro de dos días nos tendrá aquí poco antes de la madrugada. Esperemos que vuelvan el mulá y sus amigos, en especial el ruso.

Dicho lo cual, se fue. Erikki puso agua a calentar para hacer café.

—Prepara un maletín de mano, Azadeh —dijo pensativo. Ella se le quedó mirando.

—¿Qué?

—Cogeremos el coche e iremos a Teherán. Saldremos dentro de cinco minutos.

—No hay necesidad de que nos vayamos, Erikki.

—Si el helicóptero estuviera en condiciones de volar, lo utilizaríamos, pero no podemos.

—No hay motivo para preocuparse, cariño. Los rusos siempre han codiciado Azerbaiyán y seguirán haciéndolo. Zaristas, soviéticos, da igual, han querido adueñarse de Irán. Y siempre los hemos mantenido fuera de aquí, y seguiremos haciéndolo. No debemos preocuparnos por un puñado de fanáticos y un ruso solitario, Erikki.

Él la miró.

—Me preocupa la Infantería de Marina americana en Turquía, la fuerza estratégica americana, por qué la KGB cree que «usted y su esposa son demasiado inteligentes», por qué ese estaba tan nervioso, por qué saben tanto sobre ti y sobre mí y por qué

«requieren» mis servicios. Ve y haz la maleta, cariño mío, ahora que todavía estamos a tiempo.

SÁBADO

10 de febrero

IV

EN LA BASE AÉREA DE KOWISS: 3.32 DE LA MADRUGADA. Encabezadas por el mulá Hussain Kowissi, el vociferante gentío hacía presión contra la puerta principal, cerrada a cal y canto y profusamente iluminada, y contra la valla de alambre de espino que rodeaba la inmensa base. La noche era oscura, muy fría y la nieve se esparcía por doquier. Allí había de tres a cuatro mil personas, jóvenes en su mayoría, algunos de ellos armados y, bien delante, varias mujeres jóvenes con chadors, incorporando sus gritos al tumulto.

—Dios es Grande… Dios es Grande…

Tras de la verja, y de cara al populacho, pelotones de nerviosos soldados estaban situados, todos alerta, con los fusiles preparados, mientras otras secciones se mantenían en reserva. Todos los oficiales con revólveres. Dos tanques «Centurion», dispuestos para el combate, esperaban en el centro de la calzada, los motores rugiendo, con el comandante del campo y un grupo de oficiales al lado. Detrás de ellos, había camiones con más soldados, los focos dirigidos hacia la puerta y la verja… Los soldados superados en número…, veinte o treinta por cada uno de ellos. Más allá de los camiones se encontraban los hangares, los edificios de la base, los barracones, el imperio de los oficiales y, por todas partes, grupos de militares inquietos, todos ellos vestidos apresuradamente porque la turba se había presentado allí apenas media hora antes, exigiendo que les fuera entregada la base en nombre del Ayatolá Jomeini.

De nuevo, la voz del comandante del campo llegó a través de los altavoces.

—¡Dispersaos inmediatamente!

El tono fue duro y amenazador pero los cánticos salmodiados por muchedumbre ahogaron su voz.

—Allah-u Akbarrr…

La noche estaba como boca de lobo, oscurecido incluso el pie de las colinas sur de las nevadas montañas Zagros que se alzaban detrás de la base. Este era el principal cuartel general de «S-G» en el sur de Irán; también servía de acuartelamiento de dos escuadrillas F-4 de las Fuerzas Aéreas iraníes y, desde la entrada en vigor de la ley marcial, de un destacamento de tanques «Centurion» y los soldados. Fuera ya de la verja, hacia el Este, la gigantesca refinería de petróleo se extendía por centenares de áreas con sus largos cañones de chimenea escupiendo humo, muchos de ellos lanzando una llama en la noche al quemarse el exceso de gas. Aun cuando toda la planta estaba paralizada y cerradas sus puertas, algunos sectores aparecían brillantemente iluminados. Un reducido equipo de europeos e iraníes estaban autorizados por el comité de huelga para intentar mantener la seguridad de la refinería, así como sus oleoductos de alimentación y los tanques de almacenaje.

—Dios es Grande… —volvió a gritar Hussain.

Al punto, la multitud reanudó su letanía y esta llegó a las cabezas y los corazones de los soldados. Uno de ellos, en la primera fila, era Alí Bewedan, un recluta como todos los demás, joven como el resto de ellos y un aldeano, no hacía mucho, como sus compañeros y como los que se encontraban del otro lado de la verja. «Sí —pensó con la cabeza dolorida y latiéndole el corazón con fuerza—, estoy del lado de Dios y dispuesto a sufrir martirio por la Fe y por el Profeta, ¡alabado sea su Nombre! ¡Oh Dios, déjame ser un mártir e ir derecho al Paraíso prometido al Creyente! ¡Déjame verter mi sangre por el Islam y Jomeini, pero no por proteger a los diabólicos servidores del Sha!».

En sus oídos, las palabras enérgicas de Jomeini seguían resonando, palabras emitidas por la casete que su mulá conectara en la mezquita dos días antes: «… Soldados, uníos a vuestros

hermanos y hermanas para hacer la obra de Dios, salid de vuestros cuarteles con vuestras armas, desobedeced las ilegales órdenes de los generales derribad al ilegal Gobierno. Haced la obra de Dios, Dios es Grande…».

Su corazón palpitaba rítmicamente mientras volvía a oír la voz, profunda y sonora, del jefe de los jefes que hacía ver claro todo. «Dios es Grande, Dios es Grande…».

El joven soldado no se dio cuenta de que en esos momentos estaba gritando con la multitud, manteniendo los ojos clavados en su mulá que se encontraba al otro lado de la verja, en el lado de Dios, fuera. Agarrado a la verja, dirigiendo a sus hermanos y hermanas, intentando entrar. Sus soldados hermanos cercanos a él, se agitaban aún más nerviosos mirándole, sin atreverse a decir nada, los aullidos penetrándoles la cabeza y el corazón por igual. Muchos de los que se encontraban en el interior de la verja deseaban abrirla. La mayoría lo hubiera hecho a no ser por sus oficiales y sargentos, además de los inevitables castigos, o incluso la muerte, que todos sabían que era la pena por amotinarse:

—¡Del lado de Dios, *fuera*…!

El cerebro del joven soldado pareció explotar con aquellas palabras y no oyó los gritos del sargento avisándole, como tampoco lo vio. Solo la puerta que permanecía cerrada al Creyente. Tiró su fusil y corrió hacia aquella, a unos cincuenta metros. Por un instante, se hizo un inmenso silencio, todas las miradas, dentro y fuera, clavadas en él que parecía transfigurado.

El coronel Mohammad Peshadi, comandante del campo, se encontraba junto a su tanque insignia. Era un hombre ágil, de pelo canoso, vistiendo un impecable uniforme. Observó al joven que gritaba Allahhhh-u Akkbarrr. Ya era la única voz.

Cuando el soldado se encontraba a cinco metros de la verja, el coronel hizo una seña al sargento mayor que se encontraba junto a él.

—Mátele —ordenó sin perder la calma.

El grito de guerra del joven que en aquellos momentos estaba intentando correr los cerrojos retumbaba en los oídos del sargento. Con ademán rápido, cogió el fusil al soldado que se encontraba más cerca de él, lo amartilló, se apoyó ligeramente en el costado del tanque, apuntó a la cabeza del joven y apretó el gatillo. Vio volar el rostro hacia fuera, cayendo sobre los que se encontraban al otro lado de la verja. Luego, el soldado se derrumbó y quedó patéticamente colgado de la alambrada de espino.

Por un momento, el silencio se hizo aún más denso. Luego, como un solo hombre, con Hussain como guía, la muchedumbre se lanzó hacia delante, rugiente, irracional, sin sentido. Los que iban en cabeza intentaron destrozar las alambradas, sin sentir el espino que les destrozaba las manos. Empujados por los que marchaban detrás, empezaron a trepar por la alambrada. Una metralleta comenzó a tabletear entre ellos. En aquel preciso momento, el coronel hizo una señal con un dedo al oficial que mandaba el tanque.

Al punto, una carga de fogueo hizo que una lengua de fuego saliese del cañón de veinte centímetros, pasando ligeramente por encima de las cabezas de la multitud, pero lo súbito de la explosión hizo que los atacantes, presos del pánico, se retirasen de la verja. Media docena de soldados, igualmente sobresaltados, dejaron caer los fusiles, algunos huyeron y muchos de los que miraban desarmados también se dispersaron asustados. El segundo tanque disparó, su cañón más cerca del suelo y la llamarada salió más baja.

La muchedumbre se dividió. Hombres y mujeres corrieron alocadamente, apartándose de la puerta, y de la verja, pisoteándose unos a otros en su apresuramiento. De nuevo el tanque insignia disparó y otra vez surgió la llamarada acompañada de la ensordecedora detonación. Las turbas redoblaron sus esfuerzos por alejarse. Solo el mulá Hussain permanecía junto a la verja. Se tambaleaba como si estuviera embriagado, momentáneamente cegado y ensordecido. Entonces, sus manos se aferraron al montante de la puerta y allí permaneció colgado. Inmediatamente, y

de forma instintiva, muchos se adelantaron a ayudarle, soldados, sargentos y un oficial.

—¡Permanezcan donde están! —rugió el coronel Peshadi. Luego, cogió el micrófono y le dio todo el volumen. Su voz resonó estentórea en la noche—: ¡Que todos los soldados permanezcan donde están! ¡Pongan el seguro! ¡PONGAN EL SEGURO! ¡Que todos los oficiales y sargentos se hagan cargo de sus hombres! ¡Sargento, venga conmigo!

Todavía conmocionado, el sargento tomó el paso al lado de su jefe, quien se adelantó en dirección a la puerta. Desperdigados frente a ella, había treinta o cuarenta cuerpos pisoteados. La masa de los perturbadores se había detenido a unos cien metros y empezaba a reagruparse. Algunos de los más levantiscos comenzaron a cargar. La tensión creció.

—¡DETENEOS! ¡Que todo el mundo PERMANEZCA QUIETO!

Esa vez, el coronel fue obedecido. Al punto. Él notaba cómo el sudor le corría por la espalda y los desbocados latidos del corazón. Echó una rápida mirada al cuerpo del recluta ensartado en los espinos, contento por él… ¿Acaso no había sido martirizado el joven con el Nombre de Dios en sus labios? Y por tanto…, ¿no se hallaba ya en el Paraíso? Luego, habló con aspereza a través del micrófono:

—Vosotros tres… Sí, vosotros tres, ayudad al mulá. ¡INMEDIATAMENTE!

De manera instantánea, los hombres que se encontraban fuera de la verja, a los que el coronel señalara, se precipitaron a cumplir sus órdenes. Señaló enérgicamente a varios soldados.

—¡Vosotros, abrid la puerta! ¡Retirad el cuerpo!

De nuevo, fue obedecido al punto. Detrás de él, algunos de los hombres empezaron a moverse y entonces bramó:

—¡He dicho, PERMANECED FIRMES! ¡EL PRIMER HOMBRE QUE SE MUEVA SIN QUE YO SE LO ORDENE ES HOMBRE MUERTO! —Todo el mundo se quedó inmóvil. Todo el mundo.

Peshadi esperó un momento, casi como desafiando a que alguien se moviera. Nadie lo hizo. Luego, volvió a mirar a Hussain a quien

conocía bien.

—¿Estás bien, mulá? —preguntó con calma.

Aquel estaba de pie a su lado, y la puerta había sido abierta. A algunos metros de distancia, los tres aldeanos esperaban petrificados.

A Hussain le dolía la cabeza de una forma monstruosa y también terriblemente los oídos. Pero podía oír y ver bien y, aunque tenía las manos ensangrentadas por el espino, sabía que no sufría daño alguno y que todavía no era el mártir que había esperado y rezado llegar a ser.

—Exijo… —dijo con voz débil— exijo la entrega de esta… de esta base en nombre de Jomeini.

—Vendrás a mi despacho de inmediato —le interrumpió el coronel, con voz y gesto severos—. Y vosotros tres también, como testigos. Hablaremos, mulá. Yo te escucharé y luego tú me escucharás. —Volviéndose hacia el altavoz, explicó lo que iba a pasar, con voz aún más severa, el eco de sus palabras cortando la noche—. Él y yo hablaremos. Lo haremos pacíficamente, y luego el mulá volverá a la mezquita y todos vosotros os iréis a vuestras casas a rezar. La puerta permanecerá abierta, mas estará guardada por mis soldados y mis tanques pero, por Dios y el Profeta, en cuyo nombre seáis alabados, si uno de vosotros pone un pie dentro del recinto o atraviesa la verja sin ser invitado, mis soldados lo matarán. Si veinte o más de vosotros arremete contra mi base, llevaré mis tanques hasta vuestra aldea y le prenderé fuego con vosotros dentro. ¡Larga vida al Sha!

Dando media vuelta, se alejó seguido lentamente por el mulá y los tres asustados aldeanos. Nadie más se movió.

En la terraza de la residencia de oficiales, el capitán Conroe Starke, jefe del contingente «S-G», lanzó un hondo suspiro.

—¡Santo Cielo! —farfulló con profunda admiración sin dirigirse a nadie en particular—. *¡Qué cojones!*

5.21 DE LA MADRUGADA. Starke permanecía en pie, junto a la ventana de la residencia de oficiales, vigilando el edificio del cuartel general de Peshadi. El mulá no había salido todavía. Allí, en la sala principal de la residencia de oficiales hacía mucho frío. Freddy Ayre se hundió más en su sillón, ciñéndose el chaquetón de vuelo y miró al alto tejano que se balanceaba lentamente sobre sus talones.

—Creo que dentro de una hora, más o menos, amanecerá, amigo —dijo Starke con aire ausente. También llevaba un chaquetón de vuelo y las calientes botas del equipo.

Los dos pilotos se encontraban delante de una ventana de chaflán de la habitación del segundo piso desde la que se dominaba la mayor parte de la base. Disgregados por la habitación había una docena de oficiales iraníes de alta graduación a quienes también se les había dicho que permanecieran de guardia. La mayoría de ellos dormían en sillones, bien abrigados con sus chaquetones de vuelo o los capotes del Ejército, ya que la calefacción de la base hacía semanas que no funcionaba para ahorrar combustible. Algunos cansados ordenanzas, asimismo bien abrigados, estaban terminando de limpiar los restos de la fiesta que la avalancha de gente había interrumpido.

—Estoy hecho polvo. ¿Y tú?

—Todavía no. Pero ¿qué será que siempre estoy de servicio en los momentos difíciles y durante las fiestas, Freddy?

—Es el privilegio del Líder Intrépido, viejo amigo —contestó Freddy. Era el segundo en el mando del contingente «S-G», antiguo piloto de la RAF. Un joven atractivo de veintiocho años, ojos negros azulados, y acento de Oxford—. Es buen ejemplo para la tropa.

Starke miró hacia la abierta puerta principal. No había habido cambio alguno. Seguía bien vigilada. Afuera, unos quinientos aldeanos seguían esperando, acurrucados juntos para darse calor. Volvió de nuevo la vista hacia el edificio del cuartel general. Tampoco

allí había cambios. Las luces del piso superior donde Peshadi tenía sus oficinas permanecían encendidas.

—Daría el sueldo de un mes por escuchar a esos, Freddy.

—¿Qué? ¿A qué te refieres?

—Por oír lo que Peshadi y el mulá están diciendo.

—¡Ah! —Ayre miró a su vez hacia las oficinas—. ¿Sabes una cosa? Creí que iba a organizarse el gran zafarrancho cuando esas miserables sabandijas empezaron a trepar por las alambradas. ¡Condenación! Ya estaba preparado para poner pies en polvorosa en busca de la vieja Nellie, darle a la palanca y poner tierra por medio entre Kublai Khan y sus hordas mongolas. —Rio entre dientes al imaginarse corriendo a por su «212»—. Claro que te habría esperado, Duke —añadió con irónico sentido del humor. Llamaba a Starke, que era tejano, como John Wayne y también de contextura semejante y además tan apuesto como él, por su sobrenombre.

Starke se echó a reír.

—Gracias, amigo. Pensándolo bien, si hubieran llegado a invadir esto, yo te habría tomado la delantera.

Sus azules ojos casi se perdieron en la profundidad de su amplia sonrisa, mientras hablaba en tono ligero. Luego, volvióse de nuevo hacia la ventana intentando disimular su preocupación. Era el tercer enfrentamiento de la base con las hordas, siempre con el mulá en cabeza, cada uno de ellos más grave que el anterior. Y en esa ocasión, la primera muerte deliberada. Y ahora, ¿qué? Aquella muerte conduciría a otra y luego a otra. De no haber sido por el coronel Peshadi, alguien más hubiese corrido hacia la verja y le habrían disparado y todo estaría cubierto de cuerpos. «Sí, claro, Peshadi se ha impuesto…, esta vez. Pero pronto le resultará imposible a menos que doblegue al mulá. Y para doblegar a Hussain tendría que matarle. No puede encarcelarlo, la muchedumbre se desbordaría; si lo mata, se desbordará, y si lo envía al exilio, se desbordará. Así que de cualquier manera no ganará. ¿Y qué hago yo?».

«No lo sé».

Miró en derredor suyo. Los oficiales iraníes no parecían preocupados. Conocían de vista a la mayoría de ellos, pero a ninguno íntimamente. Aun cuando «S-G» había compartido la base desde que se construyera hacía ya unos ocho años, habían mantenido escaso contacto con el personal militar o de las Fuerzas Aéreas. Desde que Starke se hiciera cargo de ella el año anterior como piloto jefe, había intentado ampliar los contactos de «S-G» con el resto del personal de la base, aunque sin éxito. Los iraníes preferían la compañía de sus propios compatriotas.

«Eso también está bien —pensó—. Es su país. Pero ellos, por su parte, lo están destrozando y nosotros nos encontramos en el medio. Y ahora Manuela está aquí». Se había vuelto loco de contento al ver llegar a su mujer en helicóptero cinco días antes, ya que McIver había pensado que resultaría más seguro que la carretera, aunque también algo enfadado de que ella le hubiese convencido para que la dejara ir en un vuelo solitario «BA» que al punto había regresado a Teherán.

—¡Maldición, Manuela! Aquí estás en peligro.

—No más que en Teherán, Conroe, cariño. Insha'Allah —dijo con una sonrisa que le iluminó todo el rostro.

—¿Cómo has logrado convencer a Mac de que te dejara venir?

—No hice más que sonreírle y prometerle que regresaría a Inglaterra en el primer vuelo disponible. Entretanto, cariño, vayamos a la cama.

Starke sonrió para sus adentros y dejó vagar sus pensamientos. Aquel era su tercer viaje de dos años a Irán y hacía once años que estaba en la «S-G». «Unos once años excelentes», se dijo. Primero Aberdeen y el mar del Norte; luego, Irán, Dubai y Al Shargaz, al otro lado del Golfo, y después Irán de nuevo, donde había pensado quedarse. Los mejores años. Pero ya no. Irán cambió desde que el Sha, en 1973, cuadruplicó el precio del petróleo: de un dólar a cuatro. Parecía como si fuesen las eras de a. de C. y d. de C. en Irán. Antes, se mostraban cordiales y cooperadores, gente con la que daba gusto convivir y trabajar. Después, cada vez más

arrogantes y más y más engolados por el constante mensaje del Sha sobre la «inherente superioridad de los iraníes» merced a sus tres mil años de civilización y cómo dentro de veinte años Irán se habría convertido en un líder mundial por derecho divino… sería la quinta potencia industrial del mundo, el único guardián de la encrucijada entre Oriente y Occidente, con el mejor Ejército, la mejor Armada, las mejores Fuerzas Aéreas, con más tanques, helicópteros, refrigeradores, fábricas, teléfonos, carreteras, escuelas, Bancos y empresas que nadie, convirtiéndose en el centro del mundo. Y en base a todo ello, con el oído atento del resto del mundo, Irán sería, bajo su liderato, el auténtico árbitro entre Oriente y Occidente y la verdadera fuente de toda sabiduría…, su sabiduría.

Starke respiró hondo. En el transcurso de los años, había llegado a entender el mensaje con toda claridad, pero se sentía agradecido a Manuela por haberse mostrado de acuerdo en que se lanzaran a vivir con intensidad el estilo de vida iraní, aprendiendo farsi, yendo a todas partes y observándolo todo: nuevos panoramas, sabores y olores; aprendiéndolo todo sobre las alfombras, el caviar, los vinos y las leyendas persas, haciendo amigos y no viviendo como tantos otros pilotos e ingenieros que trabajaban en Irán, pero que preferían dejar a sus familias en casa, ahorrando dinero y esperando los permisos en el hogar, dondequiera que este se encontrara.

—De ahora en adelante, nuestro hogar se encuentra aquí —había asegurado Manuela—. Aquí es donde estaremos, los niños y yo —había añadido con un movimiento altivo de cabeza que él tanto admiraba, así como la negrura de su cabello, vestigio de su herencia española.

—¿Qué niños? No tenemos ninguno y tampoco podemos permitirnos ese lujo con lo que yo gano.

Starke sonrió. Aquello lo dijo hacía ya diez años, exactamente cuando acababan de contraer matrimonio. Había regresado a Texas para casarse con ella, tan pronto como su trabajo estuvo asegurado en firme en «S-G». Ahora, ya tenían tres hijos, dos chicos y una chica y podían permitírselo. Con largueza. Y ahora, ¿qué iba a pasar?

«Mi trabajo está amenazado, la mayoría de nuestros amigos iraníes se han ido, hay tiendas vacías donde existía un emporio…, y miedo donde solo había risas».

«Maldito sea Jomeini y esos malditos mulás. Él ha echado a perder un gran estilo de vida y a un gran país. Yo desearía que Manuela y los niños dejaran Londres y regresaran a casa, en Lubbock, hasta que la situación en Irán se estabilice». Lubbock estaba cerca de Panhandle de Texas donde su padre todavía regentaba el rancho de la familia. Tres mil doscientas hectáreas, algo de ganado, caballos y el cultivo de la tierra, lo suficiente para que la familia viviese confortablemente. «Me gustaría que Manuela estuviera ya allí, pero, por otra parte, lleva semanas que no hay correo y es seguro que el teléfono estará cortado. Maldito sea Jomeini por asustarla con sus arengas… Me preguntó qué le dirá a Dios y qué le dirá Dios a él cuando se encuentren, como indudablemente ocurrirá».

Se desperezó y volvió a sentarse en el sillón. Se dio cuenta de que Ayre lo miraba con ojos somnolientos.

—Hay que reconocer que aguantas.

—Era mi día libre. Mis dos días libres, de hecho, y las hordas no entraban en mis planes. A decir verdad, he intentado beber hasta olvidar, echo de menos a mi Mejor Mitad, Dios la bendiga, y además es importante para nosotros los escoceses y…

—Hogmanay fue la víspera de año nuevo y hoy es diez de febrero. Además, eres tan escocés como yo.

—Has de saber, Duke, que los Ayre son un clan muy antiguo y que puedo tocar la gaita, muchacho —repuso Ayre, con un descomunal bostezo—. ¡Dios mío, qué cansado estoy! —Se hundió aún más en el sillón, intentando instalarse con más comodidad y luego miró hacia la ventana. Al punto, todo indicio de cansancio se desvaneció. Un oficial iraní salía presuroso del cuartel general, atravesaba la calle y se dirigía hacia ellos. Era el comandante Changiz, ayudante del jefe de la base.

Cuando entró, su gesto era tenso.

—Todos los oficiales deberán presentarse al comandante en jefe a las siete en punto —comunicó en farsi—. Todos los oficiales. A las ocho en punto de la noche, en la plaza, habrá revista de todo el personal militar y de las Fuerzas Aéreas. Quienquiera que esté ausente, quienquiera —añadió con gesto torvo—, salvo por motivo de enfermedad que ha de ser previamente aprobado por mí, será castigado de inmediato con todo rigor. —Recorrió con la vista la habitación, hasta detenerse en Starke—. Haga el favor de seguirme, capitán.

A Starke, el corazón le dio un vuelco.

—¿Por qué comandante? —preguntó en farsi.

—El comandante en jefe quiere verle.

—¿Para qué?

El militar se encogió de hombros y echó a andar.

—Más vale que alertes a todos los muchachos. Y a Manuela, ¿eh? —dijo Starke en voz baja a Ayre.

—De acuerdo —asintió Ayre—. ¡Santo cielo! —farfulló.

Mientras Starke cruzaba la calle y subía las escaleras, sentía los ojos sobre él semejantes a un peso físico. «Gracias a Dios que ahora soy civil y trabajo para una compañía británica y no para el Ejército de los Estados Unidos», pensó, satisfecho hasta cierto punto.

—¡Maldición! —farfulló recordando el horrible año que pasara en Vietnam, en los primeros tiempos, cuando allí no había fuerzas militares de los Estados Unidos, «solo algunos consejeros». «¡Mierda! Y aquel hijo de puta, entremetido cabezota capitán Ritman ordenando que todos los helicópteros de la base fueran pintados de rojo resplandeciente y blanco con barras y estrellas azules. En nuestra base de la selva, a un millón de kilómetros de distancia de cualquier lugar. ¡Por los clavos de Cristo! "Sí, todos pintados. Que sepan esos salvajes quiénes somos y pondrán pies en polvorosa hasta la condenada Rusia". El Vietcong podía vernos llegar desde cien kilómetros y a mí me sacudieron de firme y perdimos tres "Hueys" con sus respectivas tripulaciones completas antes de que

aquel hijo de puta fuera ascendido y destinado a Saigón. No es de extrañar que perdiéramos esa maldita guerra».

Entró en el edificio y subió las escaleras pasando por delante de tres aldeanos petrificados, a quienes habían hecho salir a la oficina exterior, hasta la guarida del comandante del campamento.

—Buenos días, coronel —dijo cauteloso en inglés.

—Buenos días, capitán Starke —repuso Peshadi cambiando al farsi—. Me gustaría que conociera al mulá Hussain Kowissi.

—La paz sea contigo —replicó Starke en farsi, plenamente consciente de las salpicaduras de sangre del soldado muerto en el turbante blanco y la túnica negra del mulá.

—La paz sea contigo.

Starke alargó la mano para estrechar la del mulá como solía ser costumbre. Justo a tiempo se dio cuenta de las profundas heridas que el hombre tenía en las palmas de las manos, debidas a la alambrada de espino. Se la estrechó con suavidad pese a lo cual vio pasar un ramalazo de dolor por su rostro.

—Lo siento —dijo en inglés.

El hombre se le quedó mirando y Starke sintió con fuerza el impacto de su odio.

—¿Quería verme, coronel?

—Sí. Siéntese, por favor.

Peshadi indicó la silla vacía que había frente al escritorio. El despacho era espartano y estaba meticulosamente ordenado. La única decoración era una fotografía del Sha y de Farah, su mujer con traje de corte en la pared. El mulá se encontraba sentado dándoles la espalda. Starke ocupó la silla que había frente a los dos hombres.

Peshadi se dispuso a fumar de nuevo y vio la mirada desaprobadora de Hussain clavada en el cigarrillo y la que, iracundo, le dirigió al rostro. Peshadi se la devolvió. El Corán prohibía fumar…, según ciertas interpretaciones. Habían debatido ese punto durante más de una hora. Finalmente, él había puesto término a la discusión de manera tajante.

—En Irán no está prohibido fumar, todavía no. Soy un soldado. He jurado obedecer las órdenes. Ir…

—¿Incluso las órdenes ileg…?

—Repito: las órdenes de Su Majestad Imperial Shainsha Mohammad Pahlevi o de su representante, Primer Ministro Bajtiar, siguen siendo legales de acuerdo con la ley del Irán. Y este no es un Estado islámico. Todavía no. Cuando lo sea, obedeceré las órdenes de quienes gobiernen ese Estado islámico.

—¿Obedecerás las órdenes del Imán Jomeini?

—Si el Ayatolá Jomeini se convirtiera en el gobernante… —El coronel hizo un amable gesto de asentimiento mientras pensaba que antes de que ese día llegara iba a correr mucha sangre—. Y a mí, si me eligieran líder de ese hipotético Estado islámico, ¿me obedecerías tú?

Hussain no sonrió.

—El líder del Estado islámico será el Imán, el Torbellino de Dios, y otro después de él, y otro después.

De nuevo, aquellos implacables ojos, fríos e inflexibles, se quedaron mirándole. Peshadi hubiese querido poder aplastar al mulá contra el suelo, coger sus tanques y pasar sobre quienes no obedecieran las órdenes del Shainsha, su gobernante por designio divino. «Sí —pensó—, nuestro líder por designio divino que, al igual que su padre, os hizo frente a vosotros, los mulás, y a vuestra ansia de poder, que doblegó vuestro arcaico dogmatismo y sacó a Irán de la Edad de las Tinieblas conduciéndolo a la grandeza que le es propia, que, sin ayuda alguna, catapultó a la OPEP obligándola a mantenerse firme ante el inmenso poder de las compañías petrolíferas extranjeras, que expulsó a los rusos de Azerbaiyán después de la Segunda Guerra Mundial y que incluso sigue manteniéndolos a raya, haciendo que laman sus manos como perros falderos».

«Por Dios y el Profeta —se dijo furioso, desafiando a su vez a Hussain con la mirada—, no puedo comprender por qué estos condenados mulás no son capaces de aceptar la verdad sobre

Jomeini, ese viejo senil que preconiza embustes desde su lecho de muerte, no se dan cuenta de que los soviéticos son quienes lo patrocinan, lo alimentan, lo protegen y le inducen a incitar a los campesinos a que destruyan Irán y convertirlo así en una provincia soviética».

«Solo esperamos una orden. ¡Aplastad la rebelión hasta sus raíces!».

«Con esa orden, por Dios que en tres días yo convertiría a Kowiss, y cien leguas a la redonda, en un lugar tranquilo, pacífico, y próspero, con los mulás felizmente en las mezquitas que es donde deben estar, con los Creyentes rezando cinco veces al día. Al cabo de un mes, las Fuerzas Armadas harían que Irán volviese a estar como hace un año y Jomeini acabado de forma permanente. Solo minutos después de dada esa orden, lo detendría, le afeitaría públicamente la mitad de la barba, le haría recorrer desnudo las calles en un carro de basura y dejaría que la gente lo viera tal como es, un viejo acabado y vencido. Si se le convirtiese en un perdedor, toda la gente apartaría la cara y los oídos de él. Y luego acudirían los acusadores de entre los ayatolás que adoran la vida, el amor, el poder, la tierra y el diálogo, llegarían acusaciones de los mulás y *bazaaris* y del pueblo, y todos juntos acabarían con él».

«Es tan sencillo reducir a Jomeini o a cualquier mulá… Si yo hubiera estado al frente, por Dios que hace meses que lo hubiera sacado de Francia». Siguió fumando su cigarrillo poniendo sumo cuidado de que su rostro y sus ojos no reflejaran sus sentimientos.

—Bien, mulá, aquí está el capitán Starke —dijo, añadiendo después, como sin darle importancia—: Puede hablarle en farsi o en inglés, como prefiera. Habla el farsi como tú el inglés. Perfectamente.

El mulá se volvió hacia Starke.

—Así que usted es de la CIA —afirmó en inglés con acento americano.

—No —repuso Starke, poniéndose inmediatamente en guardia—. ¿Ha estudiado usted en los Estados?

—Sí, fui estudiante allí —dijo Hussain. Luego, debido probablemente al dolor y al cansancio que sentía, saltó su genio. Siguió hablando en farsi y el tono de su voz se hizo más duro—. ¿Para qué aprendió farsi si no era para espiarnos a nosotros por cuenta de la CIA o de sus compañías petrolíferas? ¿Eh?

—Por mí mismo, solo por mí —repuso Starke con cortesía en farsi. Sus conocimientos de la lengua y su acento eran excelentes—. Soy huésped de su país, invitado por su Gobierno a trabajar para su Gobierno en asociación con iraníes. Es cuestión de cortesía el que los huéspedes conozcan los tabúes y costumbres de sus anfitriones, que aprendan su lengua, de manera especial si les gusta el país y esperan vivir en él muchos años. —Su tono se hizo algo cortante—. Y no son mis compañías.

—Son americanas. Usted es americano. La CIA es americana. Todos nuestros problemas vienen de América. El Sha es tan codicioso como los americanos. Todos nuestros problemas vienen de América. Durante años, los americanos han escupido a Irán.

—Tonterías —exclamó Starke en inglés, ahora ya igualmente furioso, sabiendo que la única manera de habérselas con un bravucón era arrollándolo. De inmediato, vio al hombre enrojecer. Le devolvió la mirada, sin miedo, dejando que el silencio adquiriera vida. Los segundos transcurrían. Su mirada sostenía la del mulá, mas no pudo dominarle. Desconcertado, aunque intentando mantener la calma, miró a Peshadi que observaba y esperaba fumando tranquilamente su cigarrillo.

—¿De qué se trata, coronel?

—El mulá ha pedido uno de sus helicópteros para visitar todas las instalaciones petrolíferas de nuestra área. Como usted bien sabe, nosotros no planificamos sus rutas ni participamos en sus operaciones. Dé las órdenes oportunas para que uno de sus mejores pilotos se ocupe de esto. Hoy, a mediodía.

Starke se volvió hacia el mulá.

—Lo siento, pero solo recibo órdenes de «IranOil», a través del gerente de nuestra base y su representante en el área, Esvandiary.

Tenemos un contrato con ellos y exclu…

—Los aparatos con los que ustedes vuelan son iraníes —le interrumpió el mulá tajante, agobiado de nuevo por el cansancio y el dolor y queriendo terminar de una vez—. Usted pondrá uno a nuestra disposición como se le ha pedido.

—Están matriculados en Irán pero son propiedad de «S-G Helicopters Ltd.», de Aberdeen.

—Matrícula iraní, cielos iraníes, cargados con gasolina iraní, utilizados por los iraníes, suministrando a plataformas iraníes que extraen petróleo iraní. ¡Por Dios, son iraníes! —Hussain contrajo los finos labios—. A mediodía, Esvandiary le dará las oportunas órdenes de vuelo. ¿Cuánto tiempo se necesitará para visitar todos sus emplazamientos?

—Tiempo de vuelo, acaso seis horas —dijo Starke al cabo de una pausa—. ¿Cuánto tiempo piensa estar en cada aterrizaje?

El mulá se limitó a mirarle.

—Después de eso, quiero seguir a lo largo del oleoducto hasta Abadán y aterrizar donde yo desee.

Starke abrió los ojos, asombrado. Miró al coronel pero el hombre parecía seguir ensimismado contemplando las espirales de humo de su cigarrillo.

—Eso va a ser más difícil, mulá. Necesitamos que nos den permiso de vuelo. El radar no funciona, la mayor parte del espacio aéreo está controlado por «Kish Air Traffic Control», y se trata…, humm, de Fuerzas Aéreas controladas.

—Se le darán todos los permisos que necesite —aseguró Hussain con tono concluyente. Luego, se volvió hacia Peshadi con mirada inflexible—. En el nombre de Dios, volveré a mediodía: si usted se cruza en mi camino, las armas hablarán.

Starke sentía latirle descompasadamente el corazón y lo mismo les ocurría a Peshadi y al mulá. Pero solo este último estaba contento…, ya no tenía necesidad de preocuparse, él se hallaba en manos de Dios, realizando el trabajo de Dios, obedeciendo órdenes: «Presiona al enemigo de todas las maneras posibles. Sé como el

agua que fluye vertiente abajo hacia el embalse. Fuerza la presa del usurpador Sha, de sus lacayos y de las Fuerzas Armadas. Tenemos que ganarles con valor y sangre. Presiónales de todas las maneras posibles, haz el trabajo de Dios…».

El viento hizo traquetear la ventana e involuntariamente los tres miraron hacia ella y a la noche. Esta aún seguía oscura, brillando las estrellas, pero ya el alba apuntaba hacia el Este, el sol exactamente en el borde del cielo.

—Volveré a mediodía, coronel Peshadi, solo o acompañado de muchos. En sus manos queda la elección —dijo Hussain con calma y Starke sintió hasta el fondo de su ser la amenaza…, o la promesa—. Pero ahora…, ahora es el momento de la oración.

Se obligó a ponerse en pie, con las manos ardiéndole todavía de dolor, martilleándole la espalda, la cabeza y los oídos de manera monstruosa. Por un instante, se sintió como si fuera a perder el conocimiento, pero se sobrepuso al vértigo y al dolor.

Peshadi se puso en pie.

—Haga lo que él le ha dicho. Por favor —añadió como una gran concesión—. Se trata de una tregua temporal, de una transigencia temporal. Hasta que recibamos órdenes definitivas del Gobierno legal de Su Majestad Imperial y entonces pondremos fin a toda esta farsa. —Con mano temblorosa, encendió el cigarrillo con la colilla del anterior—. Usted no tendrá problemas. Él le facilitará los permisos necesarios de manera que sea un vuelo rutinario. Rutina. Por supuesto, usted tiene que aceptar porque está claro que yo no puedo permitir que uno de mis aviones militares preste servicio a un mulá, y en particular a Hussain que goza de gran renombre como sedicioso. ¡De ninguna manera! Ha sido idea genial mía que usted no hará fracasar. —Apagó furioso el cigarrillo. El cenicero desbordaba de colillas y la atmósfera estaba cargada de nicotina. Añadió casi gritando—: ¡Ya ha oído lo que él ha dicho! ¡A mediodía! Solo o con muchos. ¿Quiere que se derrame más sangre todavía?

—Por supuesto que no.

—Muy bien. Entonces, ¡haga lo que le ha pedido! —Peshadi salió de estampía de la habitación.

Sombrío, Starke se acercó a la ventana. El mulá había ocupado su sitio cerca de la verja alzando los brazos y, al igual que todo almuecín en cada minarete a cada amanecida en el Islam, convocó al Creyente a la primera oración, en árabe tradicional: «Acude a la oración, acude al progreso, la oración es mejor que el sueño. No hay otro Dios sino Dios…».

Y mientras Starke observaba, Peshadi, en actitud devota, ocupó su lugar al frente de los hombres de la base de toda graduación que, obedientes y con gran contento, habían ido saliendo de sus cuarteles, los soldados dejando sus fusiles en el suelo junto a ellos. Del otro lado de la verja, los aldeanos se mostraban igualmente devotos. Entonces, siguiendo las orientaciones del mulá, se volvieron hacia La Meca y comenzaron los movimientos y postraciones obligatorios, así como la letanía Shahada: «Doy fe de que no hay otro Dios sino Dios y que Mahoma es el Profeta de Dios…».

Una vez acabada la oración, se hizo un gran silencio. Todos esperaban. Luego, el mulá dijo con grandes voces:

—Dios, el Corán y Jomeini.

Seguidamente, atravesó la puerta en dirección a Kowiss. Los aldeanos le siguieron con docilidad.

Starke se estremeció a pesar suyo. «Ese mulá está tan lleno de odio que este le sale por cada poro de su cuerpo. Y tanto odio enviará a alguien o algo al mismísimo infierno. Si vuelo con él tal vez empeore las cosas. Si envío a otro o pido voluntarios estaré eludiendo lo que, en definitiva, es responsabilidad mía».

—Tengo que volar con él —musitó—. He de hacerlo.

V

A LA ALTURA DE LENGEH: 6.42 DE LA MAÑANA. El «212», con dos pilotos y el pasaje completo de trece personas, hacía un vuelo de rutina, con rumbo al estrecho de Ormuz, desde su base S-G en Lengeh, sobre las plácidas aguas del Golfo, hacia el campo de petróleo Siri, explotado por los franceses. El sol apuntaba por el horizonte prometiendo otro hermoso día con el cielo completamente despejado aun cuando la bruma, habitual en el golfo, reducía la visibilidad a unos cuantos kilómetros.

—Helicóptero «EP-HST», aquí control de radar Kish, gire a 260 grados.

El helicóptero obedeció, tomando la nueva dirección.

—260 a trescientos —contestó Ed Vossi.

—Mantengan altitud. Informen sobrevolando Siri.

A diferencia de lo que ocurría en la mayor parte de Irán, allí el radar era bueno, con estaciones en las islas Kish y Lavan, manejadas por excelentes operadores de las Fuerzas Aéreas Iraníes entrenados por USAF. Ambos extremos del Golfo eran igualmente estratégicos y los dos con excelente servicio.

—«HST». —Ed Vossi era americano, antiguo piloto USAF, de treinta y dos años y con la complexión de un defensa de rugby—. El radar anda hoy al nervioso, ¿verdad, Scrag? —preguntó al otro piloto.

—Nunca mejor dicho. Deben de ser sus pilas.

Delante de ellos estaba ya la pequeña isla de Siri. Aparecía estéril, desolada, llana, con una pequeña y sucia pista de aterrizaje, unos cuantos barracones para el personal petrolero y un conjunto de

inmensos tanques de almacenamiento alimentados por oleoductos instalados en el fondo marino desde las plataformas hacia el Oeste. La isla se encontraba a unos cien kilómetros de la costa iraní, exactamente en el interior del límite internacional que, como una bisectriz del estrecho de Ormuz, separaba las aguas iraníes de las de Omán y los Emiratos Árabes Unidos.

Sobrevolando los tanques de petróleo, el helicóptero se ladeó suavemente y se dirigió hacia el Oeste habiendo de hacer su primera parada en la plataforma llamada Siri Tres, a solo unos kilómetros de distancia. En ese tiempo, había seis plataformas en acción en el campo, operando en todas ellas EPF, el consorcio semigubernamental francés que había puesto en marcha el campo por «IranOil» a cambio de futuros embarques de petróleo.

—Control de radar Kish, HST sobre Siri, a trescientos metros —dijo Ed Vossi por el micrófono.

—Roger HST. Mantente a trescientos —le respondieron al punto —. Informa antes de aterrizar. Ante vosotros hay circulación saliendo, a las diez. Subiendo.

—Lo tenemos a la vista.

Los dos pilotos vigilaron el vuelo de cuatro jets cazas, volando muy juntos, remontándose a las alturas, dejándolos atrás en dirección a la boca del estrecho.

—Parece que llevan mucha prisa —dijo el hombre mayor, acomodándose en su asiento.

—Puedes apostar que sí. ¡Mira! ¡Santo Cielo, son «F15», de USAF! —exclamó Vossi asombrado—. ¡Mierda! No sabía que los hubiera en esta área. ¿Los has visto tú anteriormente, Scrag?

—No, amigo —respondió Scrag Scragger preocupado también, mientras ajustaba ligeramente el volumen de sus auriculares.

Con sus sesenta y tres años, era el piloto más viejo de «S-G», veterano en Lengeh, un hombrecillo apergaminado, muy delgado, muy duro, de rizoso cabello gris y ojos hundidos de un azul claro australiano que parecían estar escudriñando el horizonte. Su acento resultaba interesante.

—Me gustaría saber qué diablos ocurre. El radar parece más nervioso que un flan y esta es la tercera escuadrilla que vemos desde que despegamos, aunque la primera yanqui.

—Deben de estar en misión especial, Scrag. O tal vez sean cazas de escolta que los EE.UU. han enviado a Arabia Saudita con los «AWAC».

Scragger se hallaba instalado en el asiento izquierdo, actuando como capitán de instrucción. Habitualmente, el «212» correspondía a una configuración de piloto único, instalado este en el asiento derecho. Pero Scragger había preparado aquel avión con dualidad de controles a efectos de entrenamiento.

—Bien —dijo riendo—, siempre que no divisemos unos cuantos «MIG», nos encontraremos a salvo.

—Los rojos no enviarán equipos aquí, por mucho que ambicionen el estrecho. —Vossi era muy confiado. Tenía apenas la mitad de años de Scragger y casi el doble de estatura—. Y seguirán sin enviarlos mientras continuemos diciéndoles que más vale con mil diablos que no lo hagan…, y siempre que dispongamos de aviones y fuerzas de choque y la voluntad de hacer uso de ellos. —Escudriñó a través de la bruma—. Eh, Scrag. Mira ahí.

El inmenso superpetrolero iba muy cargado, bastante hundido en el agua, avanzando, ponderoso, en dirección a Ormuz.

—Apuesto a que carga quinientas mil toneladas o más.

Lo observaron durante un momento. El sesenta por ciento del petróleo del mundo libre atravesaba aquella vía de agua angosta y de poco fondo, entre Irán y Omán, de la que apenas veinticinco kilómetros eran navegables. Veinte millones de barriles al día. Cada día.

—¿Crees que algún día llegarán a construir un petrolero de un millón de toneladas, Scrag?

—Desde luego. Lo conseguirán si así lo desean, Ed —repuso mientras el buque pasaba por debajo de ellos—. Navega con bandera liberiana —afirmó Scragger con aire ausente.

—Tienes vista de águila.

—Mi sana vida, muchacho.

Scragger recorrió la cabina con la mirada. Todos los pasajeros estaban en sus asientos, con los cinturones de seguridad puestos, también llevaban las chaquetas salvavidas reglamentarias Mae West, y los protectores de oídos, y se distraían leyendo o mirando por las ventanillas. «Todo normal —pensó—. Sí. Los instrumentos están normales y los sonidos son normales. Yo estoy normal y también Ed lo está. Entonces, ¿por qué siento esa comezón?», se preguntó, volviéndose de nuevo.

«Por las fuerzas de choque, por el radar Kish, por los pasajeros, porque hoy es tu cumpleaños y, ante todo, porque estás volando y la única forma de que sigas vivo volando es sintiendo esa comezón. Amén». Rompió a reír con fuerza.

—¿Qué encuentras tan divertido, Scrag?

—Tú, eso es lo que encuentro tan divertido. De manera que te crees un piloto, ¿verdad?

—Pues claro, Scrag —repuso Vossi precavido.

—De acuerdo. ¿Has localizado Siri Tres?

Vossi, sonriendo, señaló hacia la lejana plataforma, apenas visible a través de la bruma, ligeramente al este del conjunto.

Scragger se mostró encantado.

—Ahora, cierra los ojos.

—Venga, Scrag. Ya sé que este es un vuelo de comprobación pero cómo…

—Tengo el control —dijo Scragger satisfecho.

Instantáneamente, Vossi soltó los mandos.

—Ahora, cierra los ojos porque «estás en período de entrenamiento».

Con seguridad en sí mismo, el joven echó una última y atenta mirada al objetivo de la plataforma, se ajustó los auriculares, se quitó las gafas oscuras y obedeció. Scragger entregó a Vossi el par de anteojos oscuros especiales que él mismo había hecho.

—Póntelos y no abras los ojos hasta que yo te lo diga —le advirtió—. Prepárate para coger los mandos.

Vossi se puso los anteojos y con suavidad, sin abrir los ojos ni un segundo, alargó las manos y los pies, rozando los mandos apenas, como sabía que le gustaba a Scragger.

—Muy bien. Preparado, Scrag.

—Es todo tuyo.

Al punto, Vossi asió los mandos, ligera y firmemente, y le satisfizo comprobar que el intercambio de piloto se llevaba a cabo de una manera fluida, manteniendo el helicóptero en línea y nivelado. En aquellos momentos, volaba guiándose tan solo por los oídos, intentando anticipar la más leve variación en el zumbido del motor aminorando en las bajadas y acelerando en las que pudiera indicar si el aparato ascendía o descendía. Ahora, un pequeño cambio. Lo había previsto perfectamente sintiéndolo casi antes de que se produjera: el tono iba subiendo, por lo tanto, los motores estaban adquiriendo velocidad y, en consecuencia, el helicóptero bajaba en picado. Hizo la corrección, nivelándolo de nuevo.

—Bien por ti, muchacho —dijo Scragger con tono aprobador—. Ahora, abre los ojos.

Vossi pensaba que llevaba los anteojos de entrenamiento usuales que impedían la visibilidad exterior pero que permitían ver los instrumentos. Pero se encontró con la oscuridad más absoluta. Un súbito pánico le dominó haciendo que su concentración se esfumase, y la coordinación con ella. Durante una fracción de segundo se encontró desorientado por completo, dándole vueltas el estómago de la misma forma que sabía que el helicóptero estaría haciendo. Pero no era así: los mandos seguían firmes en las manos de Scragger, detalle que él no había podido observar.

—¡Jeeesúss! —suspiró Vossi con voz entrecortada, levantando automáticamente las manos para arrancarse los anteojos.

—Mantenlos puestos. Esto es una emergencia, y tú, el piloto, el único que hay a bordo y tropiezas con dificultades… No ves. ¿Qué puedes hacer? ¡Coge los mandos! ¡Vamos! ¡Emergencia!

A Vossi le subió la bilis a la boca y la escupió. Sentía los nervios en las manos y los pies. Cogió los mandos, se excedió en la

corrección y estuvo a punto de gritar, presa de pánico, cuando el aparato empezó a dar tumbos, porque él había pensado que Scragger seguía manejándolos. Mas no era así. De nuevo Vossi se excedió en la corrección, absolutamente desorientado. En esa ocasión, Scragger quitó importancia al error.

—Nivela, Ed —ordenó—. ¡Escucha el condenado motor! Templa las manos y los pies. —Añadiendo con tono más tranquilo—: Ahora mantente firme, lo estás haciendo muy bien, mantente firme. Después podrás vomitar. Te encuentras en una situación de emergencia, tienes que tomar tierra y llevas trece pasajeros. Yo me encuentro aquí a tu lado, pero no soy un condenado piloto. Entonces, ¿qué vas a hacer?

Vossi había logrado dominar las manos y los pies y escuchaba el motor atentamente.

—¿Yo no puedo ver, pero tú sí?

—Eso es.

—Entonces, ¿puedes darme referencias?

—¡Exactamente! —El tono de Scragger se había vuelto apremiante—. Por supuesto, tendrás que hacer las preguntas acertadas. Control Kish HST despegando a trescientos hacia Siri Tres.

—Roger, HST.

La voz de Scragger sonó distinta.

—De ahora en adelante me llamo Burt. Soy un trabajador en una de las plataformas. No sé nada de volar, pero puedo leer las esferas…, si me dicen con exactitud lo que he de buscar.

Vossi, feliz, se entregó al juego e hizo las preguntas pertinentes, mientras Burt le obligaba a apurar sus conocimientos sobre control de vuelo y de carlinga, donde se encontraban los relojes indicadores, haciéndole preguntar lo que solo un aficionado podría comprender y contestar. De vez en cuando, en las ocasiones en que Vossi no se mostraba bastante exacto, Burt empezaba a lamentarse dominado por una creciente histeria.

—¡Santo Cielo, no puedo encontrar el reloj! ¿Qué esfera es, por los Clavos de Cristo? ¡Todos son condenadamente iguales! Explíquemelo de nuevo, explíquemelo más despacio. ¡Dios mío, vamos a morir todos…!

Para Vossi, la oscuridad alimentaba la oscuridad. El tiempo se estiraba indefinidamente, no tenía relojes ni diales que pudieran tranquilizarle, solo aquella voz obligándole a alcanzar los límites máximos.

Cuando se encontraban a cincuenta metros de su destino, avisando Burt que debían prepararse a tomar tierra, Vossi sintió náuseas, aterrado por la oscuridad, sabedor de que el diminuto círculo de aterrizaje en la plataforma petrolífera iba a su encuentro. «Aún tienes tiempo para evitar el aterrizaje, para acelerar el motor, salir con mil diablos de aquí y esperar en el aire, pero…, ¿por cuánto tiempo?».

—Ahora te encuentras a treinta metros de altura y dieciséis kilómetros de distancia, tal como querías.

Al punto, Vossi quedó inmóvil en el aire, corriéndole un sudor frío por el cuerpo.

—Tu posición es perfecta. Exactamente sobre el mismo centro, como querías.

La oscuridad jamás había sido más intensa. Como tampoco su miedo. Vossi musitó una plegaria. Redujo la potencia con suavidad. Pareció transcurrir toda una vida, y otra, y otra, antes de que los patines tocaran tierra. Habían llegado. Por un instante, le resultó imposible creerlo. Su alivio fue tan intenso que casi lloró de alegría. Luego, muy lejana, escuchó la voz de Scragger y sintió que le cogía los mandos.

—¡Lo lograste, amigo! Ha sido condenadamente estupendo, Ed. Diez de diez. Ahora yo me ocuparé de él.

Ed Vossi se quitó los anteojos. Estaba empapado, con la cara lívida, y se derrumbó en su asiento, sin darse apenas cuenta de la actividad que reinaba en la plataforma, ni de la densa red de cuerda extendida sobre el punto de aterrizaje que apenas tenía treinta

metros de diámetro. «Dios mío, estoy en tierra, todos estamos en tierra y a salvo».

Scragger dejó el motor al ralentí. No era necesario pararlo ya que se trataba de una escala corta. Tarareaba *Waltzing Matilda* lo que solo hacía cuando se sentía muy satisfecho. «El chico lo ha hecho muy bien —pensó—, ha volado a lo bonzo. ¿Cuánto le costará recuperarse? Siempre es bueno saberlo…, y también si tiene cojones, cuando vuelas con alguien».

Volviéndose, hizo una señal con los pulgares en alto al hombre que ocupaba el asiento delantero en la cabina, uno de los ingenieros franceses que había de comprobar el equipo eléctrico de bombeo que acababa de ser instalado en aquella plataforma. El resto de los pasajeros esperaban pacientemente. Cuatro de ellos eran japoneses, invitados de los funcionarios e ingenieros franceses de EPF. Scragger se había sentido incómodo por tener que llevar japoneses…, evocando los recuerdos de sus tiempos de guerra, recuerdos de las pérdidas australianas durante la guerra en el Pacífico y de los miles de muertos en los campos de concentración japoneses y en el ferrocarril birmano… «Más bien fueron asesinados», se dijo con gesto torvo. Luego, de nuevo dirigió su atención a la descarga.

El ingeniero había abierto la portezuela y estaba ayudando a los descargadores iraníes a sacar las cajas de la escotilla de carga. En el muelle hacía calor y humedad, el ambiente resultaba agobiante y el aire apestaba a vapores de petróleo. En la carlinga también la atmósfera era bochornosa y húmeda, pero Scragger se encontraba cómodo. Los motores seguían al ralentí y su sordina no le desagradaba, todo lo contrario. Echó una ojeada a Vossi que seguía derrumbado en su asiento, con las manos cruzadas en la nuca, recobrándose.

«Es un buen muchacho», pensó Scragger. Una voz dominadora en la cabina atrajo su atención. Era Georges de Plessey, jefe de los funcionarios franceses y gerente del área EPF. Se había sentado en el brazo de uno de los asientos y estaba pronunciando una de sus interminables disertaciones, en esta ocasión, a los japoneses. «Mejor

a ellos que a mí», se dijo Scragger divertido. Hacía ya tres años que conocía a De Plessey y le resultaba simpático…, por la comida francesa que ofrecía y la calidad de su bridge con el que ambos disfrutaban, aunque no por su conversación. «Todos los petroleros son iguales, de lo único que entienden y quieren entender es de petróleo y, por lo que a ellos se refiere, los demás estamos en la tierra para consumir su mejunje, pagar precios astronómicos por él hasta la muerte…, e incluso entonces, ya que la mayoría de los crematorios funcionan con petróleo. ¡Condenación! El petróleo se ha disparado a 14,80 dólares el barril cuando hace un par de años su precio era de 4,80 y todavía algunos años antes a 1,80. ¡Todo el maldito grupo no son más que unos condenados salteadores de caminos, la OPEP, las Siete Hermanas e incluso el petróleo del mar del Norte!».

—Todas estas plataformas, cuyas patas se hunden en los fondos marinos —estaba diciendo De Plessey—, han sido construidas y son operadas por franceses, sirviendo cada una de ellas un pozo…

Vestía de caqui. Su escaso cabello era pajizo y tenía la cara atezada. Los demás franceses charlaban y discutían entre ellos…, «y eso es todo lo que hacen —pensó Scragger—, salvo comer, beber vino y acostarse con cualquier *sheila* lo que dure un permiso. Como ese viejo bribón de Jean-Luc, ¡el cocinero rey de todos ellos!». Aún así eran individualistas, cada uno de ellos… no como esos otros granujas. Todos los japoneses eran bajos de estatura, ágiles, de aspecto impecable, con idéntica vestimenta: camisa blanca de manga corta, corbata, pantalones y zapatos oscuros, los mismos relojes digitales y gafas oscuras. Lo único que los diferenciaba era la edad. «Como sardinas en lata», pensó Scragger.

—… Las aguas aquí, al igual que en el resto del Golfo, son poco profundas, Monsieur Kasigi —estaba diciendo De Plessey—. Aquí será de unos treinta metros… El petróleo puede ser encontrado con facilidad a unos trescientos metros. En esta parte del campo que llamamos Siri Tres tenemos seis pozos, todos ellos en funcionamiento, o sea conectados por oleoductos y bombeando

petróleo en nuestros tanques de almacenaje en Siri… La capacidad de cada tanque es de tres millones de barriles y ahora todos ellos están completamente llenos.

—¿Y el embarque en Siri, Monsieur De Plessey? —preguntó Kasigi, el canoso japonés portavoz del grupo, en un inglés claro y medido—. Cuando estuvimos en la isla no vi muelles.

—Por ahora lo cargamos a escasa distancia de la costa. Tenemos proyectados unos muelles para el próximo año, Monsieur Kasigi. De momento no habrá problemas para cargar sus petroleros de carga media. Les garantizamos un excelente servicio, un embarque rápido. Después de todo, somos franceses. Mañana verá. ¿No se está demorando su *Rikomaru*?

—No. A mediodía se hallará aquí. ¿Cuál es la capacidad última del campo?

—Ilimitada —respondió el francés riendo—. Por el momento, solo estamos bombeando 75.000 barriles diarios pero, *mon Dieu*, aquí hay un lago de petróleo debajo del fondo marino.

—Excelencia capitán. —En la ventanilla del lado de Scragger había aparecido el rostro todo sonrisas del joven Abdollah Turik, un miembro del equipo de bomberos—. Yo muy bien, mu muy bien. ¿Usted?

—De primera, jovencito. ¿Cómo van las cosas?

—Yo contento verle, Excelencia capitán.

Hacía alrededor de un año que en la base de Scragger, en Lengeh, se había recibido un aviso urgente por radio de que en esa plataforma había un CASEVAC. Era plena noche, con un tiempo infernal, y el gerente iraní les dijo que acaso el bombero sufriese un ataque de apendicitis. ¿Podrían sacarle de allí lo más pronto posible, en cuanto hubiera amanecido? En Irán estaba prohibido volar de noche excepto en un caso de emergencia. Scragger estaba de guardia aquella noche y había salido de inmediato…, ya que la política de la compañía era acudir al punto, incluso en condiciones mínimas y eso formaba parte de su servicio especial. Había recogido al muchacho trasladándole al Hospital Naval iraní, en Bandar Abbas,

consiguiendo que fuese hospitalizado. De no haber sido por él, aquel joven hubiera muerto.

Desde entonces, el muchacho acudía siempre allí a darle la bienvenida y, una vez al mes, se recibía en la base una pierna fresca de cabra, a pesar de que Scragger intentaba evitarlo debido al gasto que eso suponía. En cierta ocasión había visitado la aldea de donde era originario el muchacho en el interior de Lengeh. Y encontró lo de siempre: condiciones de sanidad nulas, ausencia de agua y electricidad, suelos sucios, construcciones de barro. Irán era muy primitivo, fuera de las ciudades; aun así, mejor que la mayor parte de los Estados del Golfo, excepto las ciudades. La familia de Abdollah era como todas las demás, ni mejor ni peor. Muchos hijos, enjambres de moscas, algunas cabras y gallinas, unos pocos metros cuadrados de monte bajo, y, pronto, le había dicho el padre: «tendremos nuestra propia escuela, Excelencia, piloto, y nuestro propio suministro de agua y, algún día, electricidad, y sí, es verdad que estamos mucho mejor con el trabajo de nuestros pozos de petróleo que explotan los extranjeros…, gracias sean dadas a Dios por el petróleo que nos concedió. Gracias sean dadas a Dios por conservar la vida de mi hijo Abdollah. Era la voluntad de Dios que Abdollah viviera, la voluntad de Dios la que persuadió a su Excelencia piloto para que se tomara tantas molestias. ¡Gracias sean dadas a Dios!».

—¿Qué tal van las cosas, Abdollah? —repitió Scragger, que simpatizaba con el muchacho porque era moderno. No como su padre.

—Bien —Abdollah se acercó más, metiendo casi la cabeza por la ventanilla—. Capitán —dijo entrecortadamente, ya sin sonreír, y en voz tan baja que Scragger hubo de inclinarse para oír—. Pronto mucho jaleo… Tudeh comunistas, muyahidines, acaso fedayines. Armas y explosivos…, tal vez un barco en Siri. Peligro. Por favor, por favor, no hable nada de persona lo dice, ¿sí? —Luego, sonriendo de nuevo ampliamente, exclamó en voz alta—: Felices aterrizajes y vuelva pronto, Agha.

Saludó de nuevo con la mano y, disimulando su nerviosismo, se reunió con los otros.

—Claro, claro, Abdollah —musitó Scragger. Había algunos iraníes mirando, pero eso era habitual. Se apreciaba a los pilotos porque eran el único eslabón en un CASEVAC. Vio al jefe de aterrizaje darle la salida con los pulgares en alto. Se volvió automáticamente y comprobó que todo estaba en orden y que cada uno ocupaba su asiento de nuevo—. ¿Lo llevo yo, Ed?

—Sí, claro, Scrag.

Scragger, subiendo hasta trescientos metros, lo niveló con destino a Siri Uno donde habían de desembarcar el resto de los pasajeros. Se sentía realmente conturbado. «Ahuyenta a los pajarracos», se dijo. Una bomba podría hacer desaparecer la isla de Siri en el Golfo. Esa era la primera vez que había un atisbo de dificultades. El campo de Siri jamás había sufrido ninguna de aquellas huelgas que habían cerrado todos los demás campos, y los extranjeros opinaban que era debido en gran parte al hecho de que los franceses hubieran dado asilo a Jomeini.

¿Sabotaje? ¿No había dicho el japonés que esperaba un petrolero al día siguiente? Sí, lo había dicho. ¿Qué hacer? Por el momento, nada, dejar a Abdollah a un lado, hasta más tarde…, «ahora no es el momento, no, mientras estás volando».

Miró a Vossi de reojo. Ed lo había hecho bien, muy bien, mejor que…, ¿mejor que quién? Su mente dio un repaso a todos los pilotos que había ayudado a entrenar a lo largo de los años. Centenares. Llevaba volando desde los quince años. En mil novecientos treinta y tres, en la Royal Australian Air Force; «Spitfires» en el treinta y nueve y teniente piloto, para pasarse luego, en el cuarenta y cinco, a los helicópteros. Corea en el cuarenta y nueve, y licenciado al cabo de veinte años de servicio, siendo todavía teniente piloto, siempre terco y con solo treinta y siete años. Se echó a reír. En las Fuerzas Aéreas siempre había estado metido en líos.

—Por Dios bendito, Scragger, ¿por qué habías de elegir a un vicealmirante del aire? Esta vez la has hecho buena…

—Pero Wingco, fue ese Limey quien lo empezó, el hijo de puta dijo que todos nosotros, los Aussies somos ladrones, que todavía tenemos las marcas de las cadenas en las muñecas y que descendemos de convictos.

—¿De verdad? Los jodidos Limey son todos iguales, Scrag, aún cuando en tu caso, probablemente, tenía razón ya que tu familia siempre ha estado en las antípodas. Pero, aún así, has vuelto a sacudir a un jefe superior y si no te comportas en adelante, hará que te quedes en tierra para siempre.

Pero nunca ocurrió eso. ¿Acaso hubieran podido hacerlo? DFC y Medalla, AFC y Medalla, dieciséis derribos y el triple de misiones que cualquier otro piloto en toda la RAAF. Y seguía volando, lo único que ansiaba en el mundo, aún intentando ser el mejor y más seguro y todavía queriendo salir airoso de una situación difícil, con todos los pasajeros a salvo. «Si vuelas con helicópteros no puedes tener fallos de equipo —pensó, consciente de que había tenido mucha, muchísima suerte, No como algunos otros pilotos, igualmente buenos, a quienes aquella les falló—. Para ser un buen piloto has de tener suerte».

De nuevo lanzó una ojeada a Vossi, contento de que no hubiera una guerra, la prueba suprema para un piloto. «No me gustaría perder al joven Ed, es uno de los mejores de "S-G". Pero de todos con los que has volado, ¿a quién prefieres? Por supuesto, Charlie Pettikin, y es lógico además. Ha sido piloto de monte y ha pasado también por el escurridor. Y lo mismo puede decirse de Tom Lochart. Y el condenado Duncan McIver, que aún sigue siendo el mejor de todos aunque se haya quedado definitivamente en tierra, al diablo con sus condenados tres meses de medicación…, a pesar de que yo me hubiera mostrado igualmente fastidiado y cauteloso si fuese yo quien se hubiese quedado en tierra mientras él volaba a sesenta y tres como un jovenzuelo hombre pájaro. Pobre tipo».

Scragger se estremeció. «Si los ordenanzas ponen en vigor las nuevas regulaciones respecto a la edad y la jubilación forzosa, se me habrá caído el pelo. El día que me quede en tierra definitivamente ya

podré ir pensando en las puertas del cielo. Sobre eso no hay la menor duda».

Siri Uno todavía se encontraba bastante lejos. Durante un año o más había estado aterrizando allí tres veces por semana. Aún así, se hallaba planeando el acercamiento como si se tratara de la primera vez. «La seguridad no es algo accidental, hay que prepararla. Hoy haremos un acercamiento bajo y suave y…».

—Scrag.

—¿Sí, hijo?

—Me has hecho pasar un pánico tremendo.

Scrag rio entre dientes.

—Tú mismo eres quien lo ha hecho. Lección primera. ¿Qué más has aprendido?

—Supongo que lo condenadamente fácil que es verte dominado por el pánico, hasta qué punto te sientes solitario, indefenso y a dar gracias a Dios por mis ojos —Vossi prácticamente explotó—. Supongo que también hasta qué punto soy mortal. Maldición. Por todos los cielos, Scrag, estaba muerto de miedo, casi a punto de cagarme.

—Cuando me ocurrió a mí, me lo hice en los pantalones.

—Huumm.

—Salía de Kuwait en un «47G2» de los viejos tiempos, de los sesenta. El «47G2» era un aparato pequeño, de tres asientos, en forma de burbuja, con motor a pistón «Bell», hoy día el caballo de batalla de las fuerzas policíacas y del control de la circulación. Se trataba de un vuelo chárter para un médico y un ingeniero de «ExTex». Querían desplazarse a un oasis, más allá de Wafrah, donde tenían un CASEVAC… Un pobre diablo se había dejado coger la pierna por una perforadora. Bien, volábamos con las portezuelas abiertas como era habitual en verano, alrededor de ciento veinte grados, un tiempo tan seco y desagradable, tanto para el hombre como para el helicóptero, como solo puede serlo el desierto…, mucho peor que nuestro «Outback» sin duda alguna. Pero habían prometido un chárter doble y una prima, así que mi viejo amigo

Forsyth me presentó voluntario. No era un mal día para los que transcurren en el desierto, Ed, pero el viento soplaba ardiente y racheado, jugando malas pasadas. Ya sabes, lo normal: remolinos súbitos que arrastran la arena formando nubes, las usuales trombas en los remolinos. Estaba alrededor de cien metros en el acercamiento cuando nos topamos con una nube de arena, una arena tan fina que no podía verse. Solo Dios sabe cómo pudo introducirse en mis anteojos, pero un momento antes volábamos perfectamente y en menos que canta un gallo estábamos tosiendo, escupiendo, y yo más ciego que un viejo Pegleg Pete.

—¡Me estás tomando el pelo!

—No, es la pura verdad. Te lo juro. Maldito si podía ver, me resultaba imposible abrir los ojos y yo era el único piloto con dos pasajeros a bordo.

—¡Santo Cielo, Scrag! ¿Los dos ojos?

—Los dos ojos. Y empezamos a dar tumbos por todo el cielo hasta que logré nivelar el aparato más o menos y a sentir de nuevo el corazón en el pecho. El doctor no podía librarse de la arena y cada vez que él o yo lo intentamos estuvimos casi a punto de poner al helicóptero panza arriba. Ya sabes lo nervioso que es el «G2». Ellos estaban tan aterrados como yo por lo que maldito si podían ayudar. Entonces fue cuando se me ocurrió que la única posibilidad que teníamos era la de tomar tierra a ciegas. Dijiste que te cagabas de miedo, bueno, pues cuando los patines tocaron la arena, yo había depuesto cuanto había dentro de mí, hasta la última partícula.

—Santo Cielo, Scrag, ¿tomaste tierra de veras? ¿Igual que hoy, pero de verdad? ¿No te estás riendo de mí?

—Les hice que fueran dándome indicaciones, igual que te he obligado a ti hoy… Al menos, el doctor me ayudó, el otro pobre diablo perdió el conocimiento. —La mirada de Scragger no se había apartado ni por un instante de su lugar de aterrizaje—. ¿Cómo lo ves?

—Sin dificultades.

Siri Uno estaba delante mismo de ellos, la plataforma en que debían aterrizar extendida sobre el agua. Junto a ella, podían ver al jefe de aterrizaje y a su equipo de bomberos obligatorio. La manga de viento aparecía medio llena y estable.

Por lo general, Scragger se guiaba por el radar y comenzaba su descenso gradual. En lugar de hacerlo así, dijo:

—Hoy nos mantendremos altos, amigo, un acercamiento en ángulo y dejaremos que toque tierra.

—¿Por qué, Scrag?

—Para cambiar.

Vossi frunció el entrecejo, pero no dijo nada. Volvió a escudriñar las esferas del tablero, tratando de descubrir algo que se le hubiera pasado por alto. Nada. Salvo algo ligeramente extraño en Scrag.

Cuando estuvieron en posición, altos, sobre la plataforma Scragger pulsó el transmisor.

—Radar Kish, HST, a trescientos, preparados a bajar a Siri Uno.

—Okay, HST. Informad cuando estéis preparados para el descenso.

—HST.

Estaban preparados para un acercamiento en fuerte ángulo utilizado, por lo general, cuando el punto para la toma de tierra se encontraba rodeado de edificios, árboles o postes. Scragger redujo la cantidad exacta de potencia. El helicóptero empezó a nivelarse con suavidad, perfectamente controlado. Ocho, siete, seis, cinco…, cuatro…, tres… Los dos sintieron la vibración en los mandos al mismo tiempo.

—Dios mío —jadeó Vossi, pero Scragger ya había bajado el morro del aparato en el momento oportuno así como la palanca de mando. De inmediato, el helicóptero empezó a descender muy rápido. Sesenta metros, cuarenta y cinco, treinta, y las vibraciones iban en aumento. La mirada de Vossi saltaba de esfera en esfera y luego pasaba al punto de aterrizaje, y vuelta a empezar de nuevo. Se mantenía rígido en su asiento, su mente trabajando a todo ritmo.

Habían perdido el rotor de cola o la caja de cambios del rotor de cola…

La plataforma de aterrizaje ascendía, veloz, hacia ellos; el equipo de tierra se dispersaba, presa de pánico; los pasajeros se aferraban a sus asientos, súbitamente aterrados ante aquel fatal descenso; Vossi, sobre un costado, intentaba mantenerse firme en su asiento. Ahora, ya todo el panel de instrumentos vibraba, el ruido del motor era diferente. Temía que, en cualquier momento, el rotor de cola se desprendiera por completo y entonces estarían perdidos. El altímetro marcaba dieciocho metros…, quince…, doce…, nueve…, seis, y alargó las manos para coger los mandos y empezar a señalizar, pero Scragger se le anticipó por una fracción de segundo, aplicó toda la potencia y señalizó perfectamente. Durante un segundo, el helicóptero pareció quedar suspendido e inmóvil a un metro de altura, los motores chirriaban de forma estridente; luego, tomó tierra con fuerza, aunque no excesiva, casi al borde del círculo, patinó hacia delante hasta quedarse inmóvil a dos metros del centro.

—Joder —farfulló Scragger.

—Dios mío, Scrag —murmuró Vossi a quien apenas le salían las palabras—. Ha sido perfecto.

—No, no lo ha sido. Me he quedado a dos metros —Scragger soltó los mandos con esfuerzo—. ¡Páralo, Ed, lo más aprisa que puedas! —Luego, abriendo la portezuela salió rápido, azotado por el viento de las palas, y se acercó a la puerta de la cabina, abriéndola —. Permanezcan un momento donde están —gritó dominando el chirrido que ya empezaba a extinguirse de los jets, aliviado al comprobar que todos los ocupantes seguían con los cinturones puestos y que no había ningún herido. Siguiendo sus instrucciones, permanecieron quietos, dos de ellos, con el rostro denudado y ceniciento. Los cuatro japoneses lo miraron impasibles. «Siempre con su condenada sangre fría», pensó.

—*Mon Dieu*, Scrag —dijo Georges De Plessey—. ¿Qué ha pasado?

—No lo sé, creo que se trata del rotor de cola… tan pronto como se paren los motores comprob…

—¿A qué diablos está jugando, Vossi? —Era Ghafari, el gerente de aterrizaje iraní, que asomaba la cara por la ventanilla del piloto, lívida de furia—. ¿Cómo se atreve a realizar prácticas de motor en esta plataforma? ¡Lo denunciaré por vuelo peligroso!

Scragger se volvió rápido hacia él.

—Era yo quien volaba, no el capitán Vossi —repuso, y, bruscamente, el inmenso alivio que sentía por haber aterrizado sin novedad, unido al aborrecimiento que aquel hombre le producía desde siempre, le hizo dar rienda suelta a su genio—. ¡Vete al cuerno, Ghafari, vete a la mierda o te largaré yo de una vez por todas! —Cerrando los puños se dispuso a hacer buenas sus palabras —. ¡VETE AL CUERNO!

Los demás observaban aterrados. Vossi palideció. Ghafari, más grande y pesado que Scragger, vaciló un instante y luego agitó el puño ante la cara de este último, maldiciendo en farsi. Después, se puso a vociferar en inglés con la intención de provocarle.

—¡Cerdo extranjero! ¿Cómo te atreves a maldecirme, a amenazarme? Haré que te dejen en tierra permanentemente por vuelo peligroso y que te expulsen de Irán. Vosotros, perros, creéis que sois los dueños de nuestros cielos…

Scragger se precipitó hacia delante pero Vossi, de súbito, se interpuso entre ambos, bloqueando el ataque con su inmenso torso.

—¿Qué te ocurre, amigo? Lo siento, Scrag —dijo con tono tranquilo—, pero más vale que echemos un vistazo al rotor de cola. Scrag, Scrag, el rotor de cola, ¿eh?

Bastaron unos segundos para que la mirada de Scragger se aclarara. Con un esfuerzo titánico dominó su ira.

—Tienes… tienes razón, Ed. Sí —murmuró, luego, se volvió hacia Ghafari—. Hemos sufrido una emergencia.

Ghafari adoptó una actitud de mofa haciendo renacer la furia de Scrag, pero en esa ocasión logró dominarse.

Se dirigieron a popa. Muchos de los trabajadores petroleros, tanto europeos como iraníes, se agolpaban en derredor. El rotor de cola se estaba parando. Unos diez centímetros de una de las palas habían desaparecido, la parte restante presentaba una agresiva punta. Al manipular Vossi el cojinete principal, lo encontró completamente suelto. El enorme impulso rotativo causado por el desequilibrio de las palas lo había roto. Detrás de él, uno de los pasajeros se acercó al borde de la plataforma y vomitó violentamente.

—¡Santo Cielo! —farfulló Vossi—. Podría romperlo con solo dos dedos.

Ghafari quebró el silencio lanzando una de sus fanfarronadas.

—Evidentemente, un pésimo mantenimiento, poniendo en peligro las vi…

—Cállese, Ghafari —dijo De Plessey enfadado—. Todos estamos vivos y eso se lo debemos al capitán Scragger. Nadie hubiera podido prever esto y el nivel de «S-G» es el más alto de Irán.

—Se informará sobre el asunto. De Plessey, y…

—Sí, hágalo, por favor. Y recuerde que yo lo alabaré por su pericia.

Su ira resultaba imponente. De Plessey aborrecía a Ghafari, ya que le consideraba un agitador: en un momento dado, abiertamente pro Jomeini, incitando a los trabajadores a la huelga, siempre, por supuesto, que los militares y la Policía pro-Sha no se encontrasen cerca; y, de súbito, al momento siguiente, servilmente pro-Sha, sancionando a los petroleros por la más mínima infracción. «Conque cerdo extranjero, ¿eh?».

—Y recuerde, además, que este es un convenio franco-iraní, y que Francia se ha mostrado…, ¿cómo lo diría…? Francia se ha mostrado más bien amistosa con Irán en los momentos difíciles de este país.

—¡Entonces, usted debería insistir en que Siri fuese servido solo por franceses y no por hombres viejos! Informaré al punto sobre este incidente.

Dicho lo cual, Ghafari se alejó.

Antes de que Scragger pudiera hacer o decir nada, De Plessey, poniéndole las manos sobre los hombros lo besó en ambas mejillas, estrechándole luego la mano con la misma calurosa cordialidad.

—Gracias, *mon cher ami!*

Hubo sonoros vítores en francés mientras se felicitaban así mismos y rodeaban a Scragger abrazándole con fuerza. Luego, Kasigi dio un paso adelante.

—*Domo* —dijo con toda seriedad. Y ante la incomodidad de Scragger, los cuatro japoneses le hicieron una profunda reverencia mientras los vítores franceses y las palmadas en la espalda se iban sucediendo.

—Gracias, capitán —dijo Kasigi con tono oficial—. Sí, comprendemos y se lo agradecemos —añadió sonriendo al tiempo que le alargaba su tarjeta con ambas manos y le hacía una leve inclinación—. Yoshi Kasigi. «Toda Shipping Industries». Gracias.

—No estuvo mal, Mr… humm, Mr. Kasigee —dijo Scragger, intentando dominar su incomodidad, seguro de sí mismo de nuevo a pesar de que en su fuero interno se prometiera que pronto llegaría el día en que se encontrara a solas con Ghafari en tierra firme—. Tenemos, hummm, tenemos equipo de flotación, disponíamos de mucho espacio y hubiésemos podido posarnos en el agua. Es nuestro trabajo, a nosotros nos corresponde hacer que el helicóptero baje con seguridad. Ed, el capitán Vossi, hubiera hecho lo mismo, con facilidad. —Sonrió genial a Vossi consciente de que al interponerse, el joven le había evitado una confrontación en la que no hubiera ganado—. No fue tan grave… solo quería evitar que se mojaran, aunque el agua está agradable y cálida, pero con los tiburones nunca se sabe…

La tensión se relajó y todos rieron aunque con un cierto nerviosismo ya que gran parte del Golfo y las desembocaduras de los ríos estaban plagados de tiburones. Las aguas cálidas, la abundancia de restos de comida y las aguas residuales sin tratamiento previo que durante milenios las naciones ribereñas del

Golfo vertían en él, habían atraído a todo tipo de peces. En especial, tiburones. Y como casi todos los desperdicios de comida y también restos humanos de las plataformas se lanzaban al agua, los tiburones siempre solían encontrarse por allí.

—¿Ha visto alguna vez uno grande, capitán?

—Vaya que sí. Hay un pez martillo que merodea por la isla de Kharg. Estuve destinado allí un par de años y solía vislumbrarlo, una o dos veces cada pocos meses. Mide más o menos siete metros y medio. Acaso nueve o diez. He visto muchas rayas gigantes, pero el único verdaderamente grande es él.

De Plessey se estremeció.

—*Merde* para todos los tiburones. En cierta ocasión, casi me alcanzó uno en Siri y yo estaba…, ¿cómo dicen ustedes…? Ah, sí, chapoteando en el agua, pero el tiburón se dirigió veloz hacia mí en los bajíos y tan de prisa que casi recaló en la playa. Tendría unos tres metros de largo. Le disparamos seis veces, pero seguía debatiéndose, tratando de alcanzarnos, y le costó horas morir. E incluso entonces, ninguno de nosotros quería acercarse a él. ¡Vaya con los tiburones! —Volvióse a mirar la pala rota—. Yo me siento muy feliz de encontrarme en la plataforma.

Todos se mostraron de acuerdo. Los franceses empezaron a charlar entre ellos, gesticulando, dos fueron a descargar algunas cajas y otro se acercó a auxiliar al hombre que se había sentido enfermo. Los trabajadores se dispersaron. Los japoneses esperaban y observaban.

Vossi, supersticioso, tocó la pala.

—Solo suerte, ¿eh, Scrag?

—¿Por qué no? Mientras tú y los pasajeros hayáis podido bajar… Ha sido un buen aterrizaje.

—¿Qué pudo causar esto? —preguntó De Plessey.

—No lo sé, amigo —respondió Scragger—. En Siri Tres, había una bandada de pequeñas aves marinas, creo que eran golondrinas de mar. Una de ellas pudo haberse metido en el rotor provocando un punto de presión… Yo no me di cuenta de ello, pero en ocasiones

ocurre. Sé que esta mañana el rotor se encontraba en perfectas condiciones porque los dos lo comprobamos. Es prácticamente una rutina. —Se encogió de hombros—. Un caso fortuito.

—*Oui! Espèce de con!* A mí no me gusta encontrarme en uno de esos casos fortuitos —repuso, mirando la plataforma de aterrizaje con el ceño fruncido—. ¿Podrías trasladarnos por etapas un «206» o un «Alouette»?

—Enviaremos a por otro «212» y aparcaremos a nuestro pájaro por allí —dijo Scragger, y señaló al interior de la plataforma de aterrizaje, cerca del alto fuste de la torre de perforación—. Llevamos ruedas en el compartimiento de equipajes, así que no habrá dificultades ni aplazamientos para vosotros.

—Bien, bien. Entonces, lo dejaremos en tus manos. Vamos todos —dijo De Plessey con aires de importancia—. Creo que necesitamos algo de café y luego un buen vaso de «Chablis» helado.

—Creía que todas las plataformas eran abstemias —observó Kasigi. De Plessey enarcó las cejas.

—Lo son, Monsieur. Por supuesto. Para los iraníes y quienes no son franceses desde luego. Pero nuestras plataformas son francesas y se rigen por el Código de Napoleón —añadió pomposamente—. Debemos de celebrar el haber llegado sanos y salvos y hoy ustedes son huéspedes de la bella Francia así que podemos mostrarnos civilizados e infringir las leyes… ¿Para qué están estas, si no es para infringirlas? Naturalmente. Vengan, luego empezaremos el recorrido y las órdenes.

Le siguieron todos, salvo Kasigi.

—Y usted, capitán, ¿qué hará? —le preguntó.

—Esperar. El helicóptero nos traerá recambios y mecánicos —dijo Scragger que se encontraba realmente a disgusto teniendo a un japonés tan cerca, incapaz de apartar de su mente a tantos amigos, tan jóvenes, caídos en la guerra mientras él seguía vivo y el interrogante, constante e inoportuno: ¿por qué ellos y no yo?—. Esperaremos hasta que esté reparado y luego volveremos a casa. ¿Por qué?

—¿Cuándo lo estará?

—Antes de que el sol se ponga. ¿Por qué?

Kasigi volvió a mirar la pala.

—Con su permiso, me gustaría volar de regreso con usted.

—Eso… Eso depende del capitán Vossi. Él es, oficialmente, el capitán de este vuelo.

Kasigi dirigió su atención a Vossi. El joven piloto estaba al corriente del desagrado que Scragger sentía hacia los japoneses aunque no lo entendía. Precisamente, poco antes del despegue le había dicho:

—Diablos, Scrag. La Segunda Guerra Mundial tuvo lugar hace un millón de años. Ahora, Japón es nuestro aliado…, el único grande que tenemos en Asia.

—Déjalo estar, Ed —se había limitado a decir Scragger. Así que él lo había dejado estar.

—Más le valdría, humm, volver con los otros, Mr. Kasigi. Ignoramos cuánto tiempo tardaremos.

—Los helicópteros me ponen nervioso. Preferiría volar con usted si no le importa —Kasigi volvió a mirar a Scragger con ojos escudriñadores—. Fue un mal momento. Casi no tenía tiempo y, sin embargo, se mantuvo a apenas noventa metros para hacer un aterrizaje perfecto en un espacio tan reducido. Voló de forma increíble. Increíble. Hay algo que no entiendo: ¿por qué se mantenía en ángulo amplio, en un acercamiento de ángulo amplio? —Se percató de que también Vossi observaba a Scragger. «¡Ajá! —pensó —, también tú te lo estás preguntando»—. No había motivo en un día como el de hoy, ¿verdad?

Scragger se le quedó mirando, aún más incómodo.

—¿Vuela con helicópteros?

—No, pero he subido en ellos lo suficiente para saber cuándo hay dificultades. Mi negocio está en los petroleros, así como en los campos de petróleo, aquí, en el Golfo, en Iraq, Libia, Alaska, en cualquier parte…, incluso en Australia —Kasigi había dado de lado al aborrecimiento que presentía. Estaba acostumbrado a ello. Y sabía el

motivo porque ahora tenía muchos negocios en Australia. «Parte de ese odio está justificado —pensó—. Parte. Poco importa ya. Los australianos cambiarán, tienen que hacerlo. Después de todo, somos propietarios de un sector considerable de sus materias primas desde hace ya años y pronto ese sector será más amplio. Es curioso que podamos obtener con tanta facilidad, a través de la economía, lo que no logramos por las armas»—. Dígame, por favor, ¿por qué se decidió hoy por un acercamiento en ángulo amplio? Si hubiera procedido a un acercamiento normal, ahora, todos nos encontraríamos en el fondo del mar. ¿Por qué?

Scragger se encogió de hombros, queriendo poner punto final a todo aquello.

—¿Por qué lo hiciste, Skipper? —quiso saber Vossi a su vez.

—Suerte.

Kasigi esbozó una media sonrisa.

—Si me lo permite, me gustaría volar de regreso con ustedes. Una vida por otra, capitán. Le ruego, por favor, que acepte mi tarjeta. Quizás algún día yo pueda resultarle útil a usted.

Hizo una cortés inclinación, y se alejó.

11.56 DE LA MAÑANA.

—¿Explosivos en Siri, Scrag? —preguntó De Plessey sobresaltado.

—Puede haberlos —repuso Scragger sin alterarse.

Se encontraban en la sección más alejada de la plataforma, lejos de oídos extraños, y acababa de decirle lo que Abdollah le susurrara.

El segundo «212» hacía tiempo que se encontraba allí, a la espera de que De Plessey diera la salida para conducirles a él y a su grupo hasta Siri donde les esperaban para un almuerzo. Los mecánicos habían quitado ya la mayor parte de la sección de cola del «212» de Scragger y las reparaciones iban ya muy adelantadas seguidas atentamente por Vossi. Ya habían colocado el nuevo rotor y la caja de cambios.

Al cabo de un momento, De Plessey asintió con gesto de impotencia.

—Los explosivos pueden estar en cualquier parte, en cualquier parte. Incluso uno pequeño puede dar al traste con todo nuestro sistema de bombeo. ¡Madonna!, sería una estratagema perfecta para empeorar aún más las posibilidades de Bajtiar…, o las de Jomeini. O para volver a la normalidad.

—Sí, pero anda con cuidado en cómo utilizas esta información… Y, por Dios Santo, no la divulgues. ¿Ese hombre estaba en Siri Tres?

—En Lengeh.

—¿Eh? ¿Y por qué no me lo has dicho esta mañana?

—No había tiempo —Scragger miró en derredor, asegurándose de que nadie pudiera oírles—. Hagas lo que hagas, ten cuidado. A estos fanáticos maldito lo que les importa nada ni nadie y si piensan que ha habido una filtración, que alguien se ha ido de la lengua… habrá cuerpos flotando de aquí a Ormuz.

—De acuerdo. —De Plessey estaba muy preocupado—. ¿Se lo has dicho a alguien más?

—No, amigo.

—*Mon Dieu!* ¿Qué puedo hacer? La seguridad está… ¿Qué seguridad puedes tener en Irán? Querámoslo o no nos hallamos en su poder. Gracias otra vez —añadió luego—. He de decirte que yo esperaba algún sabotaje de importancia en Kharg o en Abadán. A los izquierdistas les interesaría agravar el caos allí. Pero jamás se me ocurrió que pudieran venir aquí.

Malhumorado, se apoyó en la barandilla mirando hacia abajo, al mar que, perezoso, batía las patas de la plataforma. Los tiburones giraban en círculos y comían. «Y ahora tenemos la amenaza de los terroristas. Los tanques y bombas petrolíferas de Siri son un buen blanco para el sabotaje. Y si interfieren aquí, perderemos años de planificación, años del petróleo que Francia necesita con tanta urgencia. Tendremos que comprar, posiblemente, petróleo a esos apestosos ingleses y de sus apestosos campos de petróleo del mar

del Norte. Es increíble la suerte que tienen con sus 1,3 millones de barriles diarios, y en aumento».

«¿Por qué no habrá petróleo en nuestras costas o en los alrededores de Córcega? Malditos sean los ingleses por su doblez en la vida. De Gaulle tuvo razón al mantenerlos apartados de Europa y ahora que nosotros, por pura bondad de corazón, los hemos aceptado, aún a sabiendas de que son unos bastardos embusteros, no piensan, ni por un momento, en compartir su inesperado golpe de suerte con nosotros, sus asociados. Solo pretenden permanecer con nosotros en la CEE… Siempre han estado contra nosotros y siempre lo estarán. El Gran Charles tenía razón en lo que a ellos se refiere pero se equivocó increíblemente respecto a Argelia. Si todavía tuviéramos nuestra Argelia, nuestro suelo y, por lo tanto, nuestro petróleo, seríamos ricos, estaríamos contentos, mientras que Gran Bretaña y Alemania y todo el resto besarían el suelo que pisamos».

«Entretanto, ¿qué hacer?».

«Irte a Siri y almorzar. Después del almuerzo, tendrás la mente más clara». Gracias a Dios, aún se podían recibir suministros de los amables y civilizados Dubai, Sharjah y Al Shargaz: «Brie», «Camembert», «Boursin», y diariamente de Francia ajos y mantequilla frescos y vino auténtico sin el que, posiblemente, más valdría estar muerto. «Bueno, casi», añadió cauteloso. Se dio cuenta de que Scragger se le había quedado mirando.

—¿Sí, *mon brave*?

—He dicho que qué piensas hacer.

—Ordenar un ejercicio de seguridad —respondió con tono majestuoso—. Al parecer he olvidado la cláusula 56/976 de nuestro contrato franco-iraní original según la cual cada seis meses, y por un periodo de varios días, debe comprobarse la seguridad frente a cualquiera y a todos los intrusos por… por la gran gloria de Francia y de, humm, y de Irán. —Los atractivos ojos de De Plessey se iluminaron por su bien pergeñada astucia—. Sí. Claro que mis subordinados olvidaron recordármelo, pero ahora vamos a lanzarnos a practicar el ejercicio previsto con perfecto entusiasmo francés. ¡En

todas partes, en Siri, en las plataformas, en tierra, incluso en Lengeh! *Les cretins!* ¿Cómo se atreven a suponer que puedan sabotear el trabajo de años? —Miró alrededor. No había nadie cerca. El resto del grupo se hallaba reunido junto al segundo «212»—. Habré de decírselo a Kasigi a causa de su petróleo. —Luego añadió con calma—: Es posible que ese sea el blanco.

—¿Puedes confiar en él? Me refiero a llevarlo todo en secreto.

—Sí. Debemos hacerlo, *mon ami*. Tenemos que advertirle, sí, no hay más remedio —dijo De Plessey, sintiendo que se le revolvía el estómago. «Dios mío —pensó muy preocupado—, espero que solo sea hambre y que no se me avecine un ataque de bilis, aunque no me extrañaría con todo lo que está ocurriendo hoy. Primero, casi tenemos un accidente; después, nuestro primer piloto casi se enzarza en una pelea con ese barril lleno de mierda de Ghafari, y ahora acaso se nos venga encima la Revolución»—. Kasigi ha preguntado si podría volver contigo. ¿Cuándo estarás preparado?

—Antes de la puesta de sol, pero no será necesario que nos espere, Puede ir contigo.

De Plessey frunció el ceño.

—Comprendo que no te gusten los japoneses…, yo todavía no puedo soportar a los alemanes. Pero tenemos que ser prácticos. Es un buen cliente y ya que lo ha pedido te agradecería que tú, que tú, humm, pidieras a Vossi que lo llevara consigo, *mon cher ami*. Sí, ahora somos amigos íntimos. Salvaste nuestras vidas y compartimos contigo la voluntad de Dios. Y él es uno de nuestros mejores clientes —añadió con firmeza—. Muy bien. Gracias, *mon ami*. Lo dejaré en Siri. Cuando estés preparado, recógelo allí. Dile cuanto me has dicho a mi. Excelente, entonces, está decidido y ten la seguridad de que te recomendaré a las autoridades y al propio Laird Gavallan. —Sonrió de nuevo ampliamente—. Nos vamos, te veré mañana.

Scragger le vio alejarse, maldiciendo en su fuero interno. De Plessey era el jefe superior así que no había nada que él pudiera hacer. Y aquella tarde, de camino hacia Siri, se sentó atrás, en la cabina, sudando y maldiciendo.

—¡Santo Cielo, Scrag! —exclamó Vossi desconcertado cuando le dijo que iría atrás—. ¿Tú de pasajero? ¿Te encuentras bien? Estás seguro de que tú…

—Solo quiero saber qué se siente aquí —repuso Scragger irritado —. Coloca tus posaderas en el asiento del capitán, recoge a ese tipo en Siri y haz que aterrice como una maldita pluma en Lengeh o figurará en tu condenado informe.

Kasigi se encontraba esperando en la plataforma para helicópteros, a pleno sol, ya que no había sombra alguna. Tenía un calor tremendo, estaba lleno de polvo y sudando. Las dunas se extendían hasta el complejo de los oleoductos y los tanques, todos ellos cubiertos de suciedad marrón a causa del polvo. Scragger contempló a los diablos de polvo, torbellinos diminutos, danzar sobre el suelo, y agradeció la suerte de poder volar, sin tener que trabajar en semejante lugar. «De acuerdo, los helicópteros son ruidosos y siempre están vibrando y se muestran muy independientes —se dijo—, y, de acuerdo también, echo de menos volar por las alturas, con alas fijas, yo solo por las alturas, y lanzarme en picado haciendo giros y caer semejante a un águila para remontarme de nuevo… Pero volar es volar aunque sigue fastidiándome estar sentado en la maldita cabina de un helicóptero. ¡Por todos los santos! Esto es incluso peor que volar en líneas regulares». Él aborrecía ir en un aparato sin llevar él los mandos, jamás se sentía seguro, lo que contribuía a aumentar su incomodidad mientras indicaba a Kasigi que se sentara junto a él y cerraba la portezuela de golpe. Los dos mecánicos dormitaban en los asientos opuestos con los monos blancos manchados por el sudor. Kasigi se ajustó su Mae West y cerró con un chasquido la hebilla de su cinturón de seguridad.

Una vez en el aire, Scragger se acercó más a él.

—No puedo extenderme en explicaciones pero, en pocas palabras, la situación es la siguiente: puede que tenga lugar un ataque terrorista en Siri, contra una de las plataformas, tal vez

incluso contra el buque de usted. De Plessey me ha pedido que se lo advierta.

Kasigi hizo un ruido sibilante con la boca.

—¿Cuándo? —preguntó por encima del fuerte ruido que había en la cabina.

—No lo sé. Y tampoco De Plessey. Pero es más que posible.

—¿Cómo? ¿Cómo llevarán a cabo el sabotaje?

—Ni idea. Armas o explosivos, acaso una bomba de relojería, así que más vale que refuerce la seguridad.

—Ya es casi óptima —contestó Kasigi al punto y observó la ira en la mirada de Scragger. Por un segundo, fue incapaz de imaginarse el motivo, pero luego recordó lo que acababa de decir—. Humm, lo siento, capitán, no era mi intención mostrarme jactancioso. Solo que siempre nos guiamos por normas muy estrictas y en estas aguas mis barcos están… —estuvo a punto de decir «en pie de guerra», pero se detuvo a tiempo, dominando su irritación ante la sensibilidad del otro—. En estas aguas, todo el mundo se muestra más que cuidadoso. Le ruego que me excuse.

—De Plessey quería que usted estuviese informado. Y también que lo mantuviera en secreto…, que se lo guardara para sí y no permitiese que ningún iraní tenga conocimiento de ello.

—Comprendo. La información está segura conmigo. Y gracias de nuevo.

Kasigi vio el leve movimiento de cabeza de Scragger y luego cómo se arrellanaba de nuevo en su asiento. En el fondo de su corazón, también sentía la necesidad de devolver el breve saludo y poner así punto final a la cuestión pero, teniendo en cuenta que el australiano había salvado la vida de sus compañeros así como la suya permitiéndoles, en consecuencia, seguir prestando servicio a la compañía y a su líder, Hiro Toda, consideró que era su deber intentar un entendimiento definitivo.

—Capitán —dijo con la voz más tranquila que le fue posible para dominar el estruendo de los jets—, comprendo por qué los australianos nos odian a nosotros, los japoneses, y me excuso por

todos los Changi, los Burma Road y las atrocidades cometidas. Solo puedo decirle la verdad: esos hechos son bien enseñados en nuestras escuelas y nunca olvidados. Que esas acciones se llevasen a cabo es nuestra vergüenza nacional.

«Es verdad —pensó furioso—. Cometer aquellas atrocidades fue estúpido, incluso aunque aquellos locos no supieran que estaban cometiéndolas. Después de todo, el enemigo era cobarde, la mayoría de ellos y se rindieron mansamente por miles perdiendo, de esa manera, todos sus derechos como seres humanos de acuerdo con nuestro Bushido, nuestro código, que estipula que la rendición de un soldado es el peor de los deshonores. Algunos errores cometidos por unos pocos sádicos, algunos campesinos carentes de educación como guardianes de prisiones, la mayoría de ellos eran comedores de ajo, coreanos…, y todos los japoneses hemos de sufrir eternamente. Es una de las vergüenzas del Japón. Y otra, la peor de todas, el que nuestro líder supremo de la guerra fracasara en el cumplimiento de su deber obligando así al emperador a soportar el deshonor de terminar la guerra».

—Le ruego que acepte mis excusas en nombre de todos nosotros.

Scragger se le quedó mirando.

—Lo siento, pero no puedo —dijo al cabo de un momento—. En primer lugar, mi antiguo socio, Forsyth, fue el primer hombre que entró en Changi; jamás logró recuperarse de lo que allí encontró. Y, por otra parte, lo sufrieron demasiados de mis camaradas, no solo prisioneros de guerra. Demasiados. No puedo olvidarlo. Y lo que es más, no lo deseo. Los hemos traicionado en la paz…, ¿qué paz? Les hemos traicionado, a todos ellos, eso es lo que creo. Lo siento, pero así es.

—Lo comprendo. A pesar de todo, podemos sellar la paz, usted y yo, ¿no?

—Quizás. Acaso con el tiempo.

«Ah, el tiempo —reflexionó Kasigi confundido—. Hoy he estado de nuevo al borde de la muerte. ¿De cuánto tiempo disponemos

usted y yo? ¿Acaso no es el tiempo una ilusión y toda la vida solo ilusiones dentro de ilusiones? ¿Y la muerte?». Su reverenciado antepasado samurái lo había resumido perfectamente en su poema de muerte: ¿Qué son las nubes, / sino una excusa para el cielo? / ¿Qué es la vida, / sino una evasión de la Muerte?

Aquel antepasado era Yabu Kasigi, daimio de Izu y Baka y partidario de Yoshi Toranaga, el primero y más grande de los shōguns Toranaga que, de padres a hijos, gobernaran Japón desde 1603 hasta 1871 cuando el emperador Meiji, finalmente, arrasó el shōgunado y declaró fuera de ley a toda la clase samurái. Pero Yabu Kasigi no era recordado por su lealtad a su señor feudal o por su valor en la batalla… como lo fuera su famoso sobrino Omi Kasigi, quien luchó por Toranaga en la gran batalla de Sekigahara, el cual, pese a haberle volado la mano, siguió dirigiendo el ataque que aniquiló al enemigo.

No, nada de eso. Yabu traicionó a Toranaga, o intentó hacerlo, y el propio Toranaga le ordenó que cometiera seppuku…, la muerte ritual por desentrañamiento. Yabu era reverenciado por la caligrafía de su poema de muerte, y por su valor al cometer seppuku. Aquel día, arrodillado ante los samurái allí reunidos, desdeñoso, hizo retirarse al segundo samurái que había de permanecer detrás de él con una larga espada preparada para poner rápido fin a su agonía, cortándole la cabeza y evitándole así la vergüenza de los gritos. Cogió el cuchillo corto y lo hundió profundamente en su estómago. Luego, con calma, procedió a los cuatro cortes, el seppuku más difícil de todos: a través y hacia abajo, de nuevo a través y hacia arriba, sacándose luego sus propias entrañas para morir lentamente, sin haber lanzado un solo grito.

Kasigi se estremeció ante la idea de tener que hacer lo mismo, consciente de que le hubiera faltado el valor. «Actualmente, en la guerra moderna, no puede obligarse a morir a nadie así por el capricho de tu señor feudal…».

Se dio cuenta de que Scragger le observaba.

—Yo también estuve en la guerra —dijo sin darse cuenta—. Aviones. Volé con los «Zeros» en China, Malaca e Indonesia. Y en Nueva Guinea. El valor en la guerra es diferente del… del valor en sí. Quiero decir, no en la guerra. ¿Verdad?

—No comprendo.

«Durante años, no había pensado en mi guerra —reflexionó Kasigi, sintiéndose inmerso en una repentina oleada de miedo, recordando su constante terror a morir o a quedar mutilado, terror que le había consumido…, al igual que hoy cuando tuvo la seguridad de que todos iban a morir y él y sus compañeros se habían quedado yertos de miedo—. Sí, y hoy todos hemos hecho lo mismo que en los años de guerra: recordar nuestra herencia en la Tierra de los Dioses, tragarnos nuestro terror como se nos ha enseñado desde la infancia, simular calma, simular armonía a fin de no avergonzarnos ante los demás, volar con misiones de nuestro emperador contra el enemigo lo mejor que pudiéramos y luego, cuando nos dijo que depusiéramos las armas, le obedecimos, agradecidos, por mucha que fuera la vergüenza».

«Algunos pocos sintieron tan insoportable esa vergüenza que se mataron al antiguo estilo, con honor. ¿Perdí yo el honor al no hacerlo? Jamás. Obedecí al emperador que nos ordenó soportar lo insoportable; después, me incorporé a la firma de mi primo como se me ordenó y le he servido con lealtad para la mayor gloria de Japón. Desde las ruinas de Yokohama ayudé a la reconstrucción de "Toda Shipping Industries" y a que se convirtiera en una de las firmas más importantes de mi país, construyendo grandes buques, inventando los superpetroleros, más grandes cada año que pasa…, pronto se alcanzará un calado de un millón de toneladas. Ahora, nuestros barcos navegan por todas partes, transportando cantidades inmensas de materias primas a Japón y exportando productos acabados. Con razón somos nosotros, los japoneses, el asombro del mundo. Sin embargo resultamos… tan vulnerables. Hemos de tener petróleo o pereceremos».

A través de la ventanilla vio un petrolero navegando Golfo arriba mientras otro se dirigía a Ormuz. «El puente continúa —se dijo—. Necesitamos un petrolero al menos cada doscientos kilómetros a todo lo largo de la ruta hasta Japón, día sí día no, para alimentar nuestras fábricas, sin lo cual, moriríamos de inanición. Y toda la OPEP lo sabe, nos están sacando las entrañas y regocijándose con ello. Como hoy. He tenido que hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad pasa simular calma exterior al tratar con ese… con ese odioso francés, oliendo a ajo y ante ese repugnante, apestoso y cremoso vomitivo llamado Brie, mientras me exigía, con todo descaro, 2,80 dólares sobre el ya ultrajante precio de 14,80 y yo, descendiente de antiguo linaje samurái, teniendo que regatear con él como un chino de Hong Kong».

—Pero, Monsieur De Plessey, indudablemente, usted comprenderá que a ese precio más los fletes y…

—Lo siento, pero tengo mis instrucciones. Tal como se acordó, los tres millones de barriles de Siri son una oferta para ustedes en primer lugar. «ExTex» ha pedido un cupo también y otras cuatro de las principales compañías. Si quiere cambiar de idea…

—No, pero en el contrato se especifica «el precio en curso de la OPEP» y nos…

—Sí, pero usted debe saber que todos los suministradores de la OPEP están cargando una prima. No olvide el plan saudita de reducir la producción este mes, algo que también Libia ha hecho, y la semana pasada todos los principales proveedores ordenaron otra oleada de reducciones de *force majeure*, una reducción a un 45 por ciento…

Kasigi hubiese querido poder aullar de furia al recordar que, cuando finalmente aceptó el precio a condición de que pudiera disponer de los tres millones de barriles sin que aquel sufriera variación, el francés había sonreído con expresión amable al tiempo que decía:

—Ciertamente, siempre que los cargue en el plazo de siete días.

Ambos eran conscientes de que aquello sería imposible.

Sabedores también de que una delegación estatal rumana se encontraba en aquellos momentos en Kuwait en busca de tres millones de toneladas de crudo, por no hablar de tres millones de barriles a fin de compensar la reducción de sus propios suministros iraníes que les llegaban a través de los oleoductos irano-soviéticos. Y que había otros compradores, docenas de ellos, esperando quedarse con su opción de Siri y todas sus demás opciones… de petróleo, gas natural líquido, gasolina y otros productos petroquímicos.

—Muy bien, a 17,60 dólares el barril —había dicho Kasigi tranquilamente, aunque, en su fuero interno, se juró tomarse la revancha.

—Para este único petrolero, Monsieur.

—Claro, para este petrolero —repitió con mayor amabilidad.

«Y ahora, este piloto australiano viene a decirme al oído que ni siquiera ese petrolero está, quizás, a salvo. Este hombre extraño y vetusto, demasiado viejo para volar aunque en extremo hábil, tan entendido, tan franco y tan imprudente…, imprudente por mostrarse tan franco, porque entonces uno se pone a merced de otros».

Volvió a mirar a Scragger.

—Ha dicho que tal vez con el tiempo podamos hacer la paz. Hoy, ambos nos hubiésemos quedado sin tiempo… de no haber sido por su destreza, y la suerte, aunque nosotros, a eso, lo llamamos karma. Realmente, ignoro de cuánto tiempo disponemos. Tal vez mi barco vuele en pedazos mañana. Yo estaré a bordo. —Se encogió de hombros—. Karma. Pero permita que seamos amigos, solo usted y yo. No creo que con ello traicionemos a nuestros mutuos camaradas de la guerra. Por favor. —Y alargó la mano.

Scragger la miró. Kasigi se forzó a esperar. Finalmente, Scragger accedió y, al tiempo que hacía un leve gesto de asentimiento, le estrechó firmemente la mano.

—De acuerdo, amigo. Intentémoslo.

En aquel momento vio a Vossi que se volvía y le hacía gestos de que se acercara. Al punto Scragger fue a la cabina.

—¿Qué pasa, Ed?

—En Siri Tres hay un CASEVAC, Scrag. Uno de los trabajadores del muelle ha caído al mar…

Se dirigieron allí inmediatamente. El cuerpo flotaba cerca de las patas de la plataforma. Los tiburones habían dado ya cuenta de las extremidades inferiores y le faltaba un brazo. La cabeza y la cara mostraban graves heridas y estaba curiosamente desfigurado. En vida había sido Abdollah Turik.

VI

CERCA DE BANDAR DELAM: 4.52 DE LA TARDE. Las sombras iban alargándose. La tierra que se extendía más allá de la carretera estaba cubierta de matorrales y, aún más allá, las colinas rocosas se transformaban en montañas coronadas de nieve, el extremo norte de los Zagros. De este lado, junto al río y los pantanos que conducían al puerto, a unos kilómetros de distancia, se encontraba uno de los oleoductos que surcaban toda esa zona. El oleoducto era de acero, de medio metro de diámetro y estaba instalado en una caballete de hormigón que descendía hasta una alcantarilla, debajo de la carretera, para continuar su camino bajo tierra. Hacia el Este, a un par de kilómetros, más o menos, había una aldea, prácticamente hundida en el suelo, cubierta de un polvo del mismo color que la tierra al estar construidas sus casas con ladrillos de barro. De aquella dirección llegaba un viejo y baqueteado coche pequeño, y circulaba despacio. El ruido del motor era bueno, demasiado quizá para aquella carrocería.

En el vehículo viajaban cuatro iraníes. Eran jóvenes, iban completamente afeitados y vestían mejor de lo usual, aun cuando todos ellos llevaban las prendas manchadas por el sudor y estaban muy nerviosos. El coche se detuvo cerca de la alcantarilla. Uno de ellos, con gafas, bajó del asiento delantero y simuló orinar en la vereda del camino mientras que con la mirada escudriñaba los alrededores.

—Despejado —dijo.

Inmediatamente, de la parte trasera dos jóvenes bajaron con rapidez llevando entre ambos una pesada y tosca maleta y

descendieron por el polvoriento ribazo hasta la alcantarilla. El joven de las gafas se abrochó los botones y luego, con aire indiferente, se acercó al portamaletas del coche y lo abrió. Debajo de una lona desgarrada vio el cañón de una pistola ametralladora de fabricación checa. Algo de su nerviosismo pareció calmarse.

El conductor bajó y orinó en la cuneta durante largo rato.

—Yo también tenía ganas de hacerlo, Mashoud, pero no he podido —dijo el joven de las gafas, envidiándole. Se limpió el sudor de la cara y se subió las gafas.

—Yo nunca puedo orinar antes de un examen —rio Mashoud—. Dios quiera que la Universidad vuelva a abrir pronto.

—¡Dios! Dios es el opio de las masas —exclamó, desdeñoso, el joven de las gafas, dirigiendo su atención a la carretera. Esta aparecía desierta en ambas direcciones. Hacia el Sur, a solo unos kilómetros, el sol se reflejaba en las aguas del Golfo. Encendió un cigarrillo. Los dedos le temblaban. El tiempo transcurría muy despacio. Las moscas pululaban por todas partes haciendo parecer más hondo el silencio. Luego, descubrió una nube de polvo en la carretera, del otro lado de la aldea—. ¡Mira!

Ambos guiñaron los ojos escudriñando la lejanía.

—Son furgonetas…, o camiones. ¿Camiones militares? —dijo Mashoud con tono de ansiedad. Entonces, corrió hacia la alcantarilla —. Vosotros dos —gritó—, daos prisa. Alguien viene.

—Muy bien —respondió una voz desde el fondo.

—Casi hemos terminado —aclaró el otro.

Los dos jóvenes de la alcantarilla tenían abierto el saco e iban colocando al azar las aplastadas bolsas de explosivos contra la soldada tubería de acero y a todo lo largo. La tubería estaba cubierta de lona embreada para protegerla de la erosión.

—Dame el detonador y el fusible, Alí —pidió el de más edad, con voz ronca.

Ambos estaban cubiertos de suciedad, una mezcla de polvo y sudor.

—Aquí tienes. —Alí se los alargó con extremo cuidado. Tenía la camisa adherida a la piel—. ¿Estás seguro de que sabes cómo se hace, Bijan?

—Hemos repasado el folleto durante horas. ¿Acaso no lo hemos practicado incluso con los ojos cerrados? —preguntó con una sonrisa forzada—. Somos como Robert Jordan en *Por quién doblan las campanas*. Exactamente como él.

El otro se estremeció.

—Espero que las campanas no estén doblando por nosotros.

—Y aunque así fuese, ¿qué más da? El Partido triunfará y las masas se alzarán con la victoria.

Bijan colocó torpemente, con dedos inexpertos, el detonador de glicerina, en extremo volátil, sobre uno de los explosivos, conectando junto a él una punta del fusible y apilando el resto de las bolsas sobre todo ello para mantenerlo sujeto.

La voz de Mashoud les llegó con tono aún más apremiante.

—¡De prisa! ¡Son…! ¡Creemos que son camiones militares con soldados!

Los dos jóvenes se quedaron paralizados durante un instante. Luego, fueron desenrollando todo el cable, tropezando en su nerviosismo el uno con el otro. Sin que se dieran cuenta, el extremo próximo al detonador se desprendió. Extendieron la mecha a lo largo del suelo, unos tres metros, la encendieron y salieron corriendo. Bijan se volvió para echar una última mirada de comprobación, vio que uno de los extremos chisporroteaba a la perfección, pero se dio cuenta, irritado, de que el otro extremo colgaba suelto. Volvió corriendo y, con manos trémulas, lo metió cerca del detonador, pero se escurrió y al impulso golpeó con el detonador contra el hormigón.

La nitroglicerina explotó e hizo estallar la bolsa de explosivos inmediata y luego la otra, y la otra, y al hacerlo todas, Bijan voló en pedazos junto con siete metros de tubería, así como el techo de la alcantarilla. El coche volcó, matando a dos de los otros jóvenes y arrancándole una pierna al último.

El petróleo comenzó a salir a borbotones por el agujero de la cañería. Centenares de barriles por minuto. El petróleo debería haber ardido pero no fue así al estar los explosivos mal colocados y detonados, y, para cuando los dos camiones del Ejército se detuvieron cautelosos a una distancia de cien metros, la masa flotante de petróleo había alcanzado el río. Las grasas más ligeras, gaseosas, volátiles, flotaban en la superficie en tanto que el crudo, más pesado, empezaba a empapar los ribazos, los pantanos y el suelo, haciendo altamente peligrosa toda aquella zona.

En los dos camiones de cabeza había una veintena de los Green Bands de Jomeini, la mayoría de ellos barbudos, el resto iba sin afeitar, campesinos, algunos trabajadores de los campos petrolíferos, un líder adiestrado por la OLP y un mulá… Todos ellos armados, todos sucios por la batalla, algunos heridos, un capitán de Policía uniformado, maniatado y amordazado, aunque todavía vivo, tumbado en el suelo. Acababan de atacar y apoderarse de un puesto de Policía en el Norte y se dirigían a Bandar Delam para proseguir la lucha. Su misión consistía en ayudar a otros a invadir y someter el aeropuerto civil que se encontraba a pocos kilómetros hacia el Sur.

Con el mulá a la cabeza se acercaron al borde de la alcantarilla reventada. Durante un momento, observaron fluir el petróleo, después, unos quejidos llamaron su atención. Sacaron las armas y se acercaron cautelosos al coche volcado. El joven de la pierna arrancada se encontraba debajo en trance de muerte. Enjambre de moscas se posaban y luego volaban de nuevo. Por doquier había sangre y entrañas.

—¿Quién eres tú? —le preguntó el mulá sacudiéndole con rudeza —. ¿Por qué habéis hecho esto?

El muchacho abrió los ojos. Sin gafas, todo lo veía borroso. Tanteó, buscándolas. El terror a morir lo invadió. Intentó decir el Shahada, pero solo logró emitir un grito ahogado. La sangre le subía a la garganta ahogándole.

—Hágase la voluntad de Dios —dijo el mulá, dando media vuelta. Vio las gafas rotas caídas en el polvo y las recogió. Uno de los

cristales estaba roto y el otro había desaparecido.

—¿Por qué tuvieron que hacer esto? —preguntó uno de los Green Bands—. No hemos recibido orden de sabotear los oleoductos…, ahora no.

—Deben de ser comunistas, o carroña marxista islámica. —El mulá arrojó las gafas lejos. Llevaba heridas en la cara y desgarrada su larga túnica en algunas partes. Además, tenía hambre—. Parecen estudiantes. Ojalá Dios mate a todos Sus enemigos con igual rapidez.

—Eh, mirad eso —gritó otro. Había estado registrando el coche encontrando las tres pistolas ametralladoras y algunas granadas—. Todas de fabricación checa. Solo los izquierdistas están tan bien armados. Desde luego, estos perros son enemigos.

—Dios sea alabado. Muy bien, las armas nos servirán. ¿Podremos hacer que los camiones bordeen la alcantarilla?

—Desde luego. Sin dificultad, gracias a Dios —aseguró el conductor, un hombre fornido y con barba. Trabajaba en uno de los campos de petróleo y conocía los oleoductos—. Toda esta zona puede explotar de un momento a otro. Si hay por aquí algún teléfono que funcione puedo avisar a la estación de bombeo…, o enviar un mensaje. Entonces podrán cortar el derrame. Más vale que nos demos prisa. Toda esta zona es peligrosa y el derramamiento puede contaminarlo todo río abajo.

—Eso está en las Manos de Dios —repuso el mulá, que observaba cómo se desparramaba el petróleo—. Aun así, no está bien que despilfarremos las riquezas que Dios no ha dado. De acuerdo, tratarás de telefonear desde el aeropuerto.

El joven lanzó otro borboteante grito pidiendo ayuda. Le dejaron que muriera allí.

AEROPUERTO DE BANDAR DELAM: 5.30 DE LA TARDE. El aeropuerto civil carecía de vigilancia, estaba abandonado y solo lo utilizaba el contingente «S-G» que llegara allí pocas semanas antes

procedente de la isla de Kharg. El aeropuerto disponía de dos pistas cortas, una torre pequeña, algunos hangares, un edificio de oficinas de dos plantas y varios barracones. Y, en ese momento, también de unos cuantos trailers, propiedad de «S-G» para su acomodo temporal y Cuartel General. Era como cualquier otro de las docenas de aeropuertos civiles que el Sha había hecho construir para que las líneas aéreas que solían dar servicio a todo Irán repostaran. «Tendremos aeropuertos y servicios modernos», había decretado. Y así fue. Pero desde que, hacía seis meses, los disturbios empezaron y fueran atacados todos los puntos de suministros a las líneas aéreas del interior del país, los aviones permanecían en tierra en todo Irán y los aeropuertos habían quedado cerrados. Las tripulaciones de tierra y el personal administrativo se habían esfumado. La mayoría de los aparatos se encontraban a la intemperie, sin nadie que se ocupara de ellos. De los tres jets idénticos que se encontraban aparcados en la pista, dos tenían los neumáticos pinchados y el tercero, una de las ventanillas de la carlinga rota. Los tres tenían los tanques vacíos por la rapiña de los saqueadores. Todos ellos aparecían sucios, abandonados y tristes.

En gran contraste con ellos estaban los cinco relucientes helicópteros de «S-G», tres «212» y dos «206», alineados meticulosamente, recibiendo su ducha diaria y la comprobación final del día. El sol se encontraba ya bajo, formando largas sombras.

El capitán Rudiger Lutz, piloto veterano, se acercó al último de ellos y lo inspeccionó con igual minuciosidad que hiciera con los demás.

—Muy bien —dijo por último—. Podéis retirarlos.

Permaneció observando mientras los mecánicos y su personal de tierra iraní conducían los helicópteros hasta los hangares de nuevo, igualmente impolutos. Sabía que muchos de los miembros de las tripulaciones se reían a sus espaldas debido a su meticulosidad en el cuidado de los aparatos, pero eso no le importaba con tal de que le obedecieran. «Este es nuestro más arduo problema —se dijo—. Cómo hacerles que obedezcan, cómo actuar en una situación de

alerta cuando no nos regimos por reglas militares y no somos combatientes en medio de una situación de guerra, quiéralo o no admitir francamente Duncan McIver».

Aquella misma mañana, Duke Starke había transmitido desde Kowiss por HF el conciso mensaje de McIver desde Teherán respecto al rumoreado ataque al aeropuerto de esa ciudad y a la sublevación allí de una de las bases aéreas…, ya que, debido a la distancia y a las montañas Bandar Delam, no podía hablar directamente con Teherán o con cualesquiera de las otras bases, solo con Kowiss. Rudi, preocupado, había reunido a toda su tripulación extranjera, un total de cuatro pilotos y siete mecánicos: siete ingleses, dos americanos, un alemán y un francés, en un lugar en el que no podían ser escuchados.

—No es tanto lo que Duke ha dicho, sino la forma en que lo ha dicho… Me ha llamado continuamente Rudiger cuando siempre he sido Rudi. Parecía nervioso.

—No es propio de Duke Starke mostrarse nervioso…, a menos que las dificultades lo atañan muy de cerca. —Se mostró inquieto Jon Tyrer, el americano segundo en el mando de Rudi—. ¿Crees que se encuentra en dificultades? ¿Qué te parece si nos damos una vuelta por Kowiss?

—Tal vez. Pero esperaremos a que yo hable esta noche con él.

—Por mi parte, creo que lo mejor será que estemos dispuestos para un salto de medianoche, Rudi —dijo el mecánico Fowler Joines con tono tajante—. Claro. Si el viejo Duke parece nervioso…, más vale que nos preparemos a ahuecar el ala, a esfumarnos.

—Estás loco, Fowler. Jamás hemos tenido dificultades —reflexionó Tyrer—. Toda esta zona está más o menos tranquila, el Ejército y la Policía son disciplinados y se hallan bajo control. Mierda, a treinta kilómetros tenemos cinco bases de las Fuerzas Aéreas, todas ellas pertenecientes a la élite y partidarios del Sha. Es posible que los leales den un golpe muy pronto.

—¿Acaso te has encontrado alguna vez en medio de un golpe, maldición? Los condenados disparan unos contra otros y yo soy un

civil.

—De acuerdo. ¿Y qué sugieres si la situación se pone fea para nosotros?

Discutieron todo tipo de posibilidades. Tierra, aire, mar. La frontera con Iraq estaba apenas a ciento cincuenta kilómetros…, y también resultaba fácil alcanzar Kuwait a través del Golfo.

—Nos enteraremos con mucha antelación —aseguró Rudi confiado—. McIver sabrá si se prepara un golpe.

—Escucha, hijo —dijo Fowler, en tono más acerbo que de costumbre—. Conozco a las compañías, ¡y también a los condenados generales! Si las cosas toman realmente un cariz turbio, solo podremos confiar en nuestros co…, habremos de ventilárnoslas por nuestra maldita cuenta, así que más vale que tengamos esbozado algún plan. Yo no pienso exponerme a que me vuelen la cabeza por el Sha, ni por Jomeini, ni siquiera por Laird-dios Gavallan. Así que propongo que escapemos… ¡Que nos larguemos!

—¡Maldita sea, Fowler! —explotó uno de los pilotos ingleses—. ¿Estás sugiriendo que nos apoderemos de nuestros propios aparatos? ¡Nos quedaríamos en tierra de por vida!

—¡Tal vez eso resulte mejor que las puertas celestiales!

—¡Por Dios santo! Podrían contra nosotros. Jamás lo lograríamos… Sabes cómo están controlados todos nuestro vuelos, lo poco fiable que es el radar aquí…, ¡condenadamente peor que en Lengeh! No podemos despegar sin antes pedir permiso para encender los motores…

Finalmente, Rudi les pidió que le presentaran sugerencias en caso de que una evacuación repentina se hiciera necesaria, tanto por tierra, como por mar o aire, y los dejó discutiendo.

Todo el día lo había pasado preocupado por lo que debía hacer, qué estaba ocurriendo en Kowiss y en Teherán. Como el piloto de más autoridad, se sentía responsable de su tripulación, sin contar con la docena de trabajadores iraníes y de Jahan, su operador de radio, a ninguno de los cuales había sido posible pagar desde hacía seis semanas…, junto con todos los aparatos y repuestos. «Tuvimos

una condenada suerte de haber podido salir de Kharg tan bien», se dijo, al tiempo que sentía contraérsele el estómago. La retirada se había realizado tranquilamente con todos los aparatos, todos los repuestos importantes y parte de su transporte trasladado durante cuatro días sin por ello interrumpir su pesada carga de vuelos contratados y CASEVAC.

Salir de Kharg había resultado fácil porque todo el mundo quería irse. Lo más rápidamente posible. Ya antes de que los disturbios empezaran, Kharg era una base impopular sin otro aliciente que el trabajo y esperar ansiosos el sueldo en Teherán o en casa. Al comenzar las dificultades, todo el mundo sabía que Kharg era uno de los objetivos prioritarios de los revolucionarios. Había habido grandes disturbios, algunos disparos. Recientemente, muchas de las bandas armadas de la OILP habían sido vistas entre los amotinados y el comandante en jefe de la isla tuvo que amenazar con ejecutar a todos los aldeanos si no se ponía fin a los disturbios. Desde que la abandonaron, hacía algunas semanas, la isla había permanecido tranquila, ominosamente tranquila.

Y aquella retirada no respondía a una emergencia real, se forzó a recordar. ¿Cómo actuar en un caso de verdadera emergencia? La semana anterior, cuando voló a Kowiss para recoger algunos repuestos, le preguntó a Starke cómo pensaba él actuar si la situación se ponía realmente grave.

—Lo mismo que tú, Rudi. Tendrías que intentar actuar de acuerdo con el reglamento de la compañía que no tiene aplicación en tales casos —le había contestado el tejano—. Hay un par de aspectos a nuestro favor: casi todos nuestros muchachos han pertenecido a alguna clase de Servicio, de manera que existe algo así como una cadena de mando pero…, diablos, puedes planear cuanto quieras y aun así seguirás sin dormir por las noches porque, cuando el zafarrancho se organice, pasará lo de siempre: algunos de los muchachos se vendrán abajo, otros no y tú jamás podrás saber por adelantado quién va a hacer qué en un momento determinado o, incluso, cómo reaccionarás tú mismo.

Rudi jamás había intervenido en una guerra activa a pesar de que, en los años cincuenta, cumplió su servicio militar en el Ejército alemán destacado en la frontera germano oriental. Y en Alemania occidental siempre se era consciente del muro, el Telón de Acero y los hermanos que había detrás de todo ello y también detrás, las legiones soviéticas y las de los países satélites, esperando, con decenas de miles de tanques y misiles, tan solo unos metros más allá. Y teniendo en mente a los fanáticos alemanes a ambos lados de la frontera que adoraban a su mesías llamado Lenin, y a los millares de espías que roían las entrañas.

Tristeza.

«¿Cuántos de mi pueblo?».

Había nacido en una pequeña aldea, cerca de Plauen, en las inmediaciones de la frontera checoslovaca, y que ahora formaba parte de la Alemania oriental. En 1945, él tenía doce años y su hermano, de dieciséis, ya se había incorporado al Ejército. Los años de la guerra no fueron malos para él, su hermana pequeña y su madre. En el campo había bastante para comer. Pero en el cuarenta y cinco tuvieron que huir ante el avance de las hordas soviéticas, llevándose cuanto pudieron y uniéndose a la vasta emigración alemana hacia el Oeste: dos millones desde Prusia, otros dos desde el Norte, cuatro del Centro, dos del Sur…, junto con otros millones de checos, polacos, húngaros, rumanos, austríacos, búlgaros…, gente de toda Europa… Todos hambrientos ya, todos petrificados, todos luchando por seguir viviendo.

«Ah, seguir viviendo», pensó.

Durante aquel calvario, frío, triste y casi deshecho, recordaba haber ido con su madre a un depósito de basuras, en algún lugar cercano a Nuremberg, el campo arrasado y las ciudades destruidas, su madre, frenética, intentaba encontrar una tetera ya que aquella noche les habían robado la suya y era imposible comprar una aun cuando se dispusiera de dinero. «Hemos de encontrar una tetera para hervir agua o moriremos todos. Cogeremos el tifus o la disentería como los otros…; no podemos vivir sin agua hervida»,

aseguraba ella sollozando. Así que la había acompañado, llorando, convencido de que era una pérdida de tiempo, pero encontraron una. Era vieja y estaba muy baqueteada, tenía el pitorro doblado y el asa suelta, mas tenía su tapa y no goteaba. Ahora la tetera, limpia y brillante, ocupaba un lugar de honor en la repisa de la cocina, en su granja, cerca de Friburgo, en la Selva Negra, donde se encontraban su mujer, sus hijos y su madre. Y una vez al año, en la víspera de Año Nuevo, su madre seguía haciendo té con el agua hervida en aquella misma tetera. Y cuando se encontraba allí, solían sonreír juntos, él y ella.

—Si tienes suficiente fe, hijo mío, y lo intentas, puedes encontrar tu tetera —solía siempre musitar su madre—. Recuérdalo siempre. Tú la encontraste, no yo.

De repente, se oyeron gritos de advertencia. Dio media vuelta con rapidez y vio tres camiones del Ejército que irrumpían por la puerta, uno dirigiéndose veloz hacia la torre, los otros hacia los hangares. Los frenos de los camiones chirriaron al detenerse y por la base empezaron a dispersarse revolucionarios Green Bands. Dos de los hombres cargaron contra él, apuntándole con las armas, chillando algo en farsi, lengua que él no comprendía. Petrificado, levantó las manos, con el corazón latiéndole apresurado por lo repentino de la acción. Dos Green Bands, barbudos y sudando por la excitación y el miedo, agitaban los cañones de las armas ante su rostro y Rudi retrocedió.

—No estoy armado —jaleó—. ¿Qué quieren? ¿Eh?

Ninguno de los dos contestó, limitándose a seguir amenazándole. Detrás de ellos, pudo ver a los hombres de su tripulación, que habían sido obligados a salir de sus barracones, conducidos a la pista. Otros de los atacantes entraban y salían saltando de los helicópteros, registrándolos, poniendo manga por hombro los pertrechos, uno de ellos sacando brutalmente de los bolsos de los

asientos los chalecos salvavidas cuidadosamente doblados. La ira se sobrepuso en él al terror.

—Eh, *Sie verrückte Dummköpfe*! —gritó—. *Lass'n Sie meine verrückten Flugzeuge allein!* —Antes de darse cuenta de lo que hacía, apartó las armas de un manotazo y se precipitó hacia ellos. Por un momento, pareció que los dos iraníes iban a disparar, pero se limitaron a correr detrás de él, alcanzándole y obligándole a dar media vuelta. Uno de ellos enarboló la culata del fusil dispuesto a descargarla sobre el rostro de Rudi.

—¡Quieto!

Los dos iraníes se quedaron inmóviles.

El hombre que acababa de dar la orden en inglés era fornido, apenas estaba en la treintena, de barba enmarañada, pelo oscuro y ondulado y ojos oscuros y vestía tosca indumentaria con una brazalete verde.

—¿Quién está aquí al mando?

—Yo —repuso Rudi, soltándose de un tirón de las manos que lo agarraban—. ¿Qué están haciendo aquí? ¿Qué quieren?

—Hemos tomado posesión de este aeropuerto en nombre del Islam y de la Revolución. —El acento de aquel hombre era inglés—. ¿Cuántos soldados hay aquí? ¿Personal de vuelo?

—No hay nadie. No hay soldados…, y tampoco personal en la torre. Solo estamos nosotros —dijo Rudi intentando recobrar el aliento.

—¿No hay soldados? —La voz del hombre tenía un dejo peligroso.

—No, ninguno. Desde que llegamos aquí hace unas semanas pasan patrullas de vez en cuando, pero aquí no hay nadie estacionado. Y tampoco aviones militares —añadió Rudi señalando con un dedo hacia el hangar—. Diga a esos…, a esos hombres que tengan cuidado con mis aparatos. De ellos dependen muchas vidas, tanto iraníes como las nuestras.

El hombre se volvió y vio lo que estaba ocurriendo. Vociferó otra orden, y al paso los maldijo. Los otros vociferaron a su vez sin

inmutarse aunque, al cabo de un momento, salieron afuera dejando tras de sí el caos.

—Le ruego que les excuse —dijo el hombre—. Me llamo Zataki, soy el jefe del comité de Abadán. Ahora, con la Ayuda de Dios, estamos al mando de Bandar Delam.

Rudi sentía el estómago revuelto. Sus compañeros así como el personal iraní formaban un grupo inmóvil, junto al edificio de las oficinas, rodeados de armas que los apuntaban.

—Trabajamos para una compañía británi…

—Sí, sabemos lo de los «Helicópteros S-G» —le interrumpió Zataki, volviéndose y gritando una nueva orden después. Algunos de sus hombres, reacios, se dirigieron a la puerta y empezaron a colocarse en posiciones defensivas. Zataki se giró otra vez hacia Rudi —. ¿Su nombre?

—Capitán Lutz.

—Ni usted ni sus hombres tienen nada que temer, capitán Lutz. ¿Hay armas aquí?

—No, salvo las pistolas de señales que tenemos en el almacén. Para hacer señales…, señales de emergencia.

—Recójalas.

Zataki, volviéndose, se acercó al grupo de «S-G» y permaneció allí, examinando el rostro de cada uno. Rudi vio el temor reflejado en los de sus iraníes, cocineros, personal de tierra, ajustadores, Jahan y Yemeni, el gerente de «IranOil».

—Esta es mi gente —dijo intentando hablar con firmeza—. Todos ellos empleados de «S-G».

Zataki lo miró. Luego, se acercó más y Rudi hubo de hacer acopio de todas sus fuerzas para no retroceder.

—¿Sabe lo que significa muyahidín-al-khalq? ¿Fedayines? ¿Tudeh?

—Sí.

—Bien.

Al cabo de una pausa, Zataki volvió a mirar a los iraníes. Uno por uno. El silencio se hizo más denso. De repente, señaló con un dedo

a uno de ellos, un ajustador. El hombre se vino abajo, después, empezó a correr, frenético, chillando en farsi. Lo alcanzaron con facilidad y lo golpearon hasta dejarle sin sentido.

—El comité lo juzgará y lo sentenciará en el nombre de Dios —dijo Zataki mientras miraba a Rudi, con los labios apretados formando una línea recta—. Le he pedido que vaya a recoger las pistolas de señalización, capitán.

—Están en la caja fuerte y perfectamente seguras —repuso Rudi con igual dureza aunque en su fuero interno no se sintiera valiente en modo alguno—. Puede disponer de ellas en el momento que lo desee. Solo están en la aeronave durante una misión. Quiero… quiero que deje libre a ese hombre.

Sin previo aviso, Zataki cogió su metralleta por el cañón y se dispuso a dar con la culata en la cabeza de Rudi pero este la agarró con una mano, desviándola. Luego, se la arrebató, perfectos sus reflejos, y antes de que el arma diera contra el suelo, el canto endurecido de su otra mano, abierta, inició el descenso sobre la garganta desprotegida de Zataki. Pero, finalmente, detuvo el golpe mortal, rozando apenas la piel del hombre. Después retrocedió, dueño ya de sí. Todas las armas lo apuntaban.

El silencio aumentó. Sus hombres miraban aterrados. Zataki, furioso, tenía la vista clavada en Rudi. Las sombras eran alargadas y un aire suave agitaba la manga del viento, haciéndola crujir ligeramente.

—¡Recoja el arma!

En un silencio que podía cortarse, Rudi captó la amenaza y la promesa y supo que su vida, y la de los demás, se encontraba en una balanza.

—¡Hazlo, Fowler! —ordenó, rogando en su fuero interno haber acertado.

Reacio, Fowler se adelantó.

—Sí, señor. Ahora mismo.

Aquel recorrido de veinte metros se le hizo interminable, pero nadie lo detuvo y uno de los guardias se apartó de su camino.

Recogió el arma, poniendo el seguro de manera automática, y se la devolvió a Zataki con tiento, sujetándola por el cañón.

—No ha sufrido percance y, humm, está como nueva, hijo.

El líder cogió la metralleta y le quitó el seguro. A todo el mundo aquel clic les pareció un trueno.

—¿Sabe de armas?

—Sí…, claro, sí. Nosotros…, todos los mecánicos estábamos…, teníamos que seguir un cursillo en la RAF…, Royal Air Force —dijo Fowler sin apartar los ojos de los de aquel hombre al tiempo que se decía: «¿Qué mierda estoy haciendo aquí, en posición de firme delante de este maloliente hijo de puta?—. ¿Podemos retirarnos? Somos civiles, hijo, no combatientes, con perdón. Neutrales».

Zataki indicó la fila con el pulgar.

—Vuelva ahí —ordenó, volviéndose luego hacia Rudi—. ¿Dónde aprendió karate?

—En el Ejército…, en el Ejército alemán.

—Ah, alemán. ¿Es usted alemán? Ellos se han comportado bien con Irán. No como los británicos, o los americanos. ¿Quiénes son sus pilotos? Nombre y nacionalidad.

Rudi vaciló un instante. Luego, los fue señalando.

—Capitán Dubois, francés; capitanes Tyrer, Block y Forsyth, ingleses.

—¿Ningún americano?

De nuevo, Rudi sintió un enorme vacío en el estómago. Jon Tyrer era americano con documentos de identidad falsos. En aquel preciso momento, escuchó el ruido de un helicóptero que se aproximaba, reconoció el zranc-zranc del «206» y, automáticamente, escudriñó los cielos, al igual que todos los demás. De repente, uno de los Green Bands lanzó un grito al tiempo que señalaba hacia arriba mientras que los otros iraníes buscaban posiciones defensivas, dispersándose todo el mundo a excepción de los extranjeros. Habían reconocido las señales.

—Todos al hangar —ordenó Zataki. El helicóptero alcanzó el campo de aterrizaje a trescientos metros de altura y empezó a trazar

círculos—. ¿Es uno de los suyos?

—Sí, pero no de esta base —guiñó los ojos Rudi bajo el sol. Y se sintió aliviado al identificarlo—. Es EP-HXT, de Kowiss, de nuestra base en Kowiss.

—¿Qué quiere?

—Evidentemente, aterrizar.

—Averigüe quiénes van a bordo. Y no intente ninguna treta.

Juntos se dirigieron a la radio, en su oficina.

—HXT, ¿me escuchas?

—HXT, perfectamente. Habla el capitán Starke, de Kowiss. —Una pausa, y luego—: ¿Capitán Lutz?

—Sí, al habla, capitán Starke —dijo, dándose cuenta por el formalismo de que quizás hubiese elementos hostiles a bordo, al igual que Starke comprendería que algo andaba mal abajo.

—Solicitamos permiso para aterrizar. Ando escaso de combustible y necesito repostar. Estoy autorizado por el radar de Abadán.

Rudi miró a Zataki.

—Pregunte quién va en ese aparato —ordenó aquel.

—¿A quiénes llevas a bordo?

Hubo una pausa.

—Cuatro pasajeros. ¿Qué ocurre?

Rudi esperó. Zataki no sabía qué hacer. Cualquiera de las bases militares podía estar a la escucha.

—Déjele tomar tierra…, cerca del hangar.

—Autorizado a aterrizar, HXT. Hágalo cerca del hangar.

—HXT.

Zataki se inclinó y desconectó el aparato.

—En el futuro, no utilizará la radio sin permiso.

—Hay que dar informes rutinarios al radar de Abadán y de Kharg. Mi operador de radio ha estado con nosotros des…

A Zataki se le congestionó el rostro.

—Hasta nueva orden solo se utilizará la radio mientras uno de nosotros esté presente —vociferó—. Como tampoco se permitirá aterrizar o despegar ningún aparato sin autorización. Le hago a

usted responsable de ello. —Luego, su furia se esfumó con la misma rapidez con que apareciera. Levantó el arma. Aún seguía con el seguro quitado—. Si usted hubiese continuado golpeándome, me hubiera roto el cuello, la garganta y hubiera muerto, ¿no es así?

—Sí —asintió Rudi al cabo de unos instantes.

—¿Por qué se detuvo?

—Yo ja… jamás he matado a nadie. No quería empezar ahora.

—Yo he matado a muchos… haciendo el trabajo de Dios —dijo Zataki. Con un «clic» volvió a poner el seguro—. Fue la Voluntad de Dios la que detuvo el golpe, nada más. No puedo entregarle a ese hombre. Es iraní, y esto es Irán. Es un enemigo de Irán y del Islam.

Desde el hangar observaron descender al «206». Llevaba cuatro pasajeros a bordo, todos ellos civiles, y todos armados con metralletas. El asiento delantero lo ocupaba un mulá y la tensión de Zataki pareció relajarse algo, aunque no su ira.

Tan pronto como el helicóptero tocó tierra, los revolucionarios salieron de sus escondrijos como un enjambre, con las armas preparadas, y lo rodearon. El mulá Hussain bajó. Su gesto se endureció al comprobar la hostilidad de Zataki.

—La paz sea contigo. Soy Hussain Kowissi, del comité de Kowiss.

—Bien venido a mi área en Nombre de Dios, mulá —repuso Zataki con el rostro aún más torvo—. Soy el coronel Zataki del comité de Abadán. Gobernamos esta área y no aprobamos a aquellos hombres que se interponen entre nosotros y Dios.

—Sunitas y chiitas son hermanos, Islam es Islam —dijo Hussain —. Agradecemos a los hermanos sunitas de los campos de petróleo de Abadán su ayuda. Apartémonos y hablemos, nuestra Revolución islámica no ha sido ganada todavía.

Zataki asintió en actitud tensa, hizo que sus hombres se retiraran e indicó al mulá que lo siguiera hasta encontrarse lo bastante alejados de oídos extraños.

Al punto, Rudi corrió bajo las palas.

—¿Qué diablos pasa, Rudi? —preguntó Starke desde la cabina, con los hombros doloridos mientras acababa con las operaciones de

cierre. Rudi le expuso la situación.

—¿Y qué hay de ti?

Starke le dijo con igual rapidez lo ocurrido durante la noche y lo del despacho del coronel Peshadi.

—El mulá y esos matones regresaron al mediodía y estuvieron a punto de reventar cuando me negué a volar con hombres armados. No me gusta morir, amigo, pero no estoy dispuesto a volar con hombres armados que nos convierten en cómplices de la Revolución y esta aún no ha cuajado, ni mucho menos… Mientras veníamos hacia aquí, hemos visto centenares de soldados y de barricadas. —Escudriñó con mirada dura la base y los grupos de Green Bands desperdigados por todas partes, así como al personal que aún seguía en pie junto a sus barracones bajo vigilancia, y al ajustador, todavía inconsciente—. Bastardos —dijo al tiempo que bajaba. Se estiró, pese al dolor de espalda y se sintió mejor—, finalmente, llegamos a un compromiso. Ellos conservarían sus armas pero yo retendría los cargadores y los guardaría en el compartimiento de equipa… —Calló.

El mulá Hussain se acercaba a ellos. Las palas giraban ya con mayor sosiego.

—Haga el favor de darme la llave, capitán —dijo Hussain. Starke se la entregó.

—No hay tiempo de regresar a Kowiss y tampoco de llegar a Abadán.

—¿No puede volar de noche?

—Puedo, pero es contrario al reglamento de ustedes. Tiene auriculares, ya escuchó cómo está el radar aquí. Antes siquiera de que nos encontremos en el aire, helicópteros y aviones militares nos acosarán como avispas. Repostaremos y pasaremos la noche aquí…, al menos yo lo haré así. De cualquier modo, usted siempre podrá utilizar algunos de los transportes de esos camaradas suyos si necesita ir al pueblo.

Hussain enrojeció.

—El tiempo se le está quedando corto, americano —dijo en farsi —. El suyo y el de todos los parásitos imperialistas.

—Si es la Voluntad de Dios, mulá, si es la Voluntad de Dios. Estaré dispuesto a partir de la primera oración. Luego me iré, con o sin usted.

—¡Usted me llevará a Abadán y esperará y después regresará a Kowiss como yo quiero y el coronel Peshadi le ha ordenado!

Starke replicó tajante, en inglés:

—Siempre que se halle dispuesto a partir después de la primera oración. Pero Peshadi no lo ha ordenado. Yo no estoy bajo su mando, ni tampoco del de usted. «IranOil» me pidió que lo llevara en este chárter. Tendré que repostar de regreso.

—Muy bien, saldremos con el alba —dijo Hussain con irritación—. En cuanto a repostar… —reflexionó un momento—. Lo haremos en Kharg.

Tanto Starke como Rudi se sobresaltaron.

—¿Cómo nos van a dar permiso en Kharg? Esa isla sigue siendo leal, hum, todavía está controlada por las Fuerzas Aéreas. Les volarán la cabeza.

Hussain se limitó a mirarles.

—Esperará aquí hasta que el comité haya tomado una decisión. Dentro de una hora quiero hablar con Kowiss por radio.

Se alejó como un vendaval.

—Estos bastardos se encuentran demasiado bien organizados —dijo Starke con calma—. Estamos hasta el cuello de mierda, Rudi.

Este se dio cuenta de la flojedad de sus piernas.

—Pues más vale que nos organicemos nosotros y nos dispongamos a largarnos de aquí.

—Lo haremos después de comer. ¿Te encuentras bien?

—Creí que había llegado mi hora. Van a matarnos a todos nosotros, Duke.

—No lo creo. Ignoro el motivo pero para ellos somos VIP. Nos necesitan, y por eso Hussain se contiene, y tu Zataki también. Es posible que se muestren duros para mantenernos a raya pero me

parece que, al menos por el momento, por la razón que sea, resultamos importantes para ellos. —Starke intentó, una vez más, aliviar el cansancio de sus espalda y hombros—. Me vendría muy bien una de las saunas de Erikki —ambos levantaron la vista ante una exuberante explosión de disparos al aire de algunos Green Bands—. Locos hijos de puta. Por lo que he podido oír, esta operación forma parte de un levantamiento general contra las Fuerzas Armadas…, cañones contra cañones. ¿Qué tal la recepción de tu radio? ¿La «BBC» o la «Voz de América»?

—De mal en peor y encasquillada la mayor parte de los días y las noches. Desde luego, «Radio Irán Libre» se escucha con toda claridad, como siempre. —Era la emisora soviética instalada justo al otro lado de la frontera, en Bakú, en el mar Caspio—. Y «Radio Moscú», también como siempre; parece que estuviera instalada en el patio de tu casa.

VII

EN LAS PROXIMIDADES DE TABRIZ: 6.05 DE LA TARDE. En las montañas nevadas, bien al Norte, no lejos de la frontera soviética, el «206» de Pettikin sobrevoló rápido las cimas y, dejando atrás el desfiladero, continuó ascendiendo, casi a ras de los árboles, siguiendo la carretera.

—Tabriz Uno, HFC de Teherán. ¿Me reciben?

No hubo respuesta. Empezaba a oscurecer, el sol de últimas horas de la tarde estaba oculto bajo una densa capa de nubes, a solo unos metros sobre él, gris y cargada de nieve. De nuevo, intentó conectar con la base, ya muy cansado, con el rostro tumefacto y todavía dolorido por la paliza que le dieran. Los guantes, junto con los nudillos despellejados, le hacían difícil pulsar el botón transmisor.

—Tabriz Uno. HFC de Teherán. ¿Me reciben?

Tampoco esta vez hubo respuesta, pero no le preocupó. En las montañas, las comunicaciones siempre eran malas, no le esperaban y no había motivo para que Erikki Yokkonen o el gerente de la base montaran una vigilancia permanente por radio. A medida que la carretera ascendía, la masa nubosa se le acercaba más pero observó, satisfecho, que la cima que tenía ante él aún estaba despejada y una vez la hubiera sobrevolado, la carretera empezaría a descender y después, un kilómetro más allá, se hallaba la base.

Aquella mañana le había costado mucho más de lo que esperaba el llegar hasta la pequeña base aérea militar de Galeg Morghi, no lejos del aeropuerto internacional de Teherán, y aun cuando dejó el apartamento antes de que amaneciera no había llegado allí hasta

que un sol tristón se encontraba ya bien alto en los cielos contaminados y llenos de humos. Pero hubo de dar muchos rodeos. Aún continuaban las luchas callejeras, y varias carreteras estaban cortadas, algunas de forma deliberada, con barricadas, y la mayor parte de ellas con coches o autobuses ardiendo. Cuerpos caídos en las aceras o en las cunetas, muchos heridos, y, por dos veces, una Policía encorajinada le había hecho dar la vuelta. Pero perseveró en su camino e incluso tomó una ruta en que el rodeo era mucho mayor. Al llegar comprobó, sorprendido, que la puerta de la sección de la base donde mantenían una escuela de entrenamiento aparecía abierta y sin centinelas. Habitualmente, allí montaban guardia centinelas de las Fuerzas Aéreas. Siguió conduciendo y aparcó, finalmente, en la seguridad del hangar «S-G», pero no encontró a ninguno del reducido número de mecánicos de servicio de día, como tampoco a miembro alguno del personal de tierra.

Era un día frío y seco y vestía su equipo invernal de vuelo. La nieve cubría el campo y la mayor parte de la pista. Mientras esperaba, inspeccionó el «206» con el que iba a volar. Todo se encontraba en regla. En el compartimiento de equipajes se hallaban los repuestos que Tabriz necesitaba: el rotor de cola y las dos bombas hidráulicas. Los tanques estaban llenos, lo que le daba de dos y media a tres horas de autonomía, unos trescientos a cuatrocientos kilómetros. Todo dependía del viento, de la altitud y del ajuste de la potencia. De todas formas, tendría que repostar en ruta. En su plan de vuelo se establecía que lo hiciera en Bandare Pahlevi, un puerto del Caspio. Sin esfuerzo, condujo la aeronave hasta la pista. Entonces, aquello se convirtió en un infierno y él se encontró en medio de la batalla.

Camiones llenos de soldados atravesaron vertiginosamente la entrada y avanzaron por el campo para ser recibidos con una lluvia de balas procedente de la zona principal de la base con sus hangares, barracones y edificios de la administración. Otros camiones desfilaban veloces por la carretera periférica disparando mientras circulaban; después, un vehículo de rastreo «Bren» se

incorporó a los otros disparando sus ametralladoras sin cesar. Pettikin reconoció, aterrado, las insignias en las hombreras y los distintivos cascos de los Inmortales. Detrás de ellos, llegaron autobuses blindados llenos de Policía paramilitar y otros hombres, los cuales se desperdigaron por todo el lado de la base donde Pettikin se encontraba, apoderándose de él. Antes de saber siquiera lo que estaba ocurriendo, cuatro de ellos lo agarraron y lo arrastraron hasta uno de los autobuses mientras le gritaban algo en farsi.

—Por todos los cielos, yo no hablo farsi —gritó él a su vez, forcejeando por soltarse. Entonces, uno de ellos le dio un puñetazo en el estómago haciéndole vomitar. Logró soltarse y golpeó el rostro de su atacante. Al punto, otro de los hombres sacó una pistola y disparó. La bala atravesó el cuello de abrigo de capucha y rebotó violentamente contra el autobús, dejando una estela de salpicaduras de pólvora quemada. Se quedó de piedra. Alguien le golpeó con fuerza en la boca y otros empezaron a darle puntapiés y puñetazos en el estómago. En aquel momento, un oficial de Policía se le acercó.

—¿Americano? Tú, americano —chapurreó, furioso, en inglés.

—Soy británico —jadeó Pettikin con la boca ensangrentada y tratando de librarse de los hombres que lo aprisionaban contra el capó del autobús.

—¡Americano! ¡Saboteador! —El individuo apuntó su arma al rostro de Pettikin y este vio su dedo curvado en el gatillo—. Nosotros SAVAK conocemos vosotros americanos culpables todos nuestros problemas.

En ese momento, entre las brumas de su terror, escuchó una voz que gritaba algo en farsi y sintió que aquellas manos férreas lo soltaban. No podía creer lo que veía. El joven capitán paracaidista británico, enfundado en un mono de camuflaje y con una boina roja, flanqueado por dos pequeños soldados de rasgos orientales, con granadas de mano en los cinturones y mochilas a la espalda, se encontraba ante ellos. El capitán llevaba en la mano izquierda una

granada con la que jugaba, indiferente, como si se tratara de una naranja, con el seguro puesto. Tenía un revólver en el cinturón y en la pistolera un cuchillo de extraña forma. Bruscamente se detuvo, señalando a Pettikin y luego al «206», mientras gritaba, iracundo, al policía en farsi. Después, tras un ademán enérgico con la mano, saludó a Pettikin.

—Por Dios bendito, hágase el importante, capitán Pettikin —murmuró rápidamente con su agradable acento escocés. Luego, apartó bruscamente la mano que el policía tenía sobre el brazo de Pettikin. Uno de aquellos facinerosos hizo ademán de apuntar con su arma pero se detuvo al levantar el capitán la anilla de la granada, aunque manteniendo sujeta la palanca. Al propio tiempo, sus hombres amartillaron los rifles automáticos, sosteniéndolos con indiferencia aunque apuntando bien. El de más edad sonrió de oreja a oreja y aflojó su cuchillo en la funda.

—¿Está preparado su helicóptero para despegar?

—Sí…, sí que lo está —farfulló Pettikin.

—Póngalo en marcha con tanta rapidez como pueda. Deje las portezuelas abiertas y, cuando esté dispuesto para despegar, deme luz verde y subiremos. Hemos de salir de aquí en seguida. ¡Vamos! Acompáñalo, Tenzing. —El oficial indicó con el pulgar el helicóptero que se encontraba a unos cincuenta metros y dio media vuelta, hablando en farsi de nuevo, maldiciendo a los iraníes, ordenándoles que se retiraran hacia el otro lado donde la lucha había decaído un poco. El soldado llamado Tenzing se alejó con Pettikin que lo seguía aturdido.

—Por favor, apresúrese, sahib —pidió Tenzing colocándose junto a una de las portezuelas con el arma preparada. Pettikin no necesitaba que lo alentaran.

Más vehículos blindados pasaron cerca de ellos, mas no les prestaron atención como tampoco lo hicieron grupos de policías y militares que intentaban desesperadamente defender la base contra las turbas a las que ya podían oír acercarse. Detrás de ellos, el oficial

de Policía discutía furioso con el paracaidista, mientras los otros miraban nerviosos por encima del hombro al grito que avanzaba:

—Allah-uuuu Akbarrr!

Mezclado con todo aquello se oyeron más disparos y algunas explosiones. A doscientos metros de distancia de la carretera que circundaba la base, la vanguardia del populacho prendía fuego a un coche aparcado que explotó rápidamente.

Los jets del helicóptero cobraron vida y el ruido enfureció al oficial de Policía, pero, en aquel momento, una falange de jóvenes civiles armados atravesó la puerta cargando, desde la otra dirección. Alguien gritó:

—¡Muyahidín!

Al punto cuantos se encontraban en aquel lado de la base se agruparon y empezaron a disparar. Aprovechando esos instantes de confusión, el capitán y el otro soldado corrieron al helicóptero, subieron de un salto en él y Pettikin le dio toda la potencia. Voló algunos centímetros por encima de la hierba, se desvió bruscamente para evitar un camión que ardía y luego, como ebrio, ascendió hacia el cielo. El capitán se tambaleó y estuvo a punto de dejar caer la granada, a la que no había podido poner el seguro de nuevo a causa de la violenta acción evasiva de Pettikin. Él se encontraba en el asiento delantero y, aferrándose con fuerza, mantuvo la portezuela abierta y arrojó la granada cuidadosamente, observando cómo trazaba una parábola y caía al suelo.

Explotó sin consecuencias.

—Formidable —murmuró. Cerró la portezuela, se ajustó el cinturón de seguridad, se volvió a comprobar que los dos soldados estaban bien y mostró los pulgares en alto a Pettikin.

Este apenas se dio cuenta. Una vez lejos de Teherán, tomó tierra en una zona de monte bajo, bien alejada de cualquier carretera y aldea, y examinó a fondo el aparato para comprobar si había recibido algún impacto. Al ver que no era así, empezó a respirar con más tranquilidad.

—No sé cómo darle las gracias, capitán —dijo alargando la mano. La cabeza le dolía de una forma terrible—. Al principio pensé que era un condenado milagro, capitán…

—Ross. Estos son el sargento Tenzing y el cabo Gueng.

Pettikin les estrechó la mano dándole las gracias también. Eran unos hombres pequeños y sonrientes, aunque duros y ágiles. Tenzing, el de más edad, rondaría la cincuentena.

—Todos ustedes son enviados del cielo.

Ross sonrió. Sus dientes, muy blancos, destacaban en su atezado rostro.

—En realidad no sabía cómo íbamos a salir de esta. No hubiera sido muy cortés sacudir al policía, ni a nadie en realidad…, ni siquiera a SAVAK.

—Desde luego. —Pettikin jamás había visto antes unos ojos tan azules en una persona. Pensó que andaría por los veintitantos años —. ¿Qué diablos está pasando allí?

—Algunos militares de las Fuerzas Aéreas se han sublevado y han llegado algunos oficiales y legitimistas para acabar con ese estado de cosas. Hemos oído decir que acudían los izquierdistas y los partidarios de Jomeini en ayuda de los sublevados.

—¡Qué desastre! Nunca se lo agradeceré bastante. ¿Cómo sabía mi nombre?

—Nos llegaron noticias, humm, de la aprobación de su plan de vuelo a Tabriz, vía Bandare Pahlevi, y queríamos hacer helistop. Llegamos muy tarde y creímos que lo habíamos perdido…, nos encontramos en aquel infierno y pensamos que todo se iba al diablo. Sin embargo, aquí estamos.

—Gracias a Dios por ello. ¿Son gurkhas?

—Exactamente, humm, cuerpo especial, por así decirlo.

Pettikin asintió pensativo. Se había dado cuenta de que ninguno de ellos llevaba distintivos o insignias…, salvo las estrellas de capitán de Ross y las boinas rojas.

—¿Cómo se enteró el «cuerpo especial» de los planes de vuelo?

—En realidad no lo sé —respondió Ross sin darle importancia—. Me limito a obedecer órdenes. —Miró a su alrededor. El terreno era llano, pedregoso y abierto. Además, hacía frío debido a la nieve depositada en tierra—. ¿No cree que deberíamos ponernos en marcha? Parece que aquí estemos algo expuestos.

Pettikin subió a la carlinga de nuevo.

—¿Qué ocurre en Tabriz?

—En realidad nos gustaría que nos dejara a este lado de Bandare Pahlevi exactamente. Si usted no tiene inconveniente.

—Claro. —Pettikin volvió de manera automática a sus preguntas —. ¿Qué pasa allí?

—Digamos que hemos de ver a un hombre al respecto de un perro.

Pettikin se echó a reír. Le resultaba simpático.

—Por allí hay muchísimos perros. Entonces, a Bandare Pahlevi y dejaré de hacer preguntas.

—Lo siento, pero ya sabe cómo son estas cosas. También le agradecería que se olvidara de mi nombre y de que estuvimos a bordo.

—¿Y si me preguntan… quiénes están autorizados a hacerlo? Nuestra partida fue más bien pública.

—Yo no le di mi nombre a usted. Me limité a ordenarle. —Ross hizo una sonriente mueca—, con terribles amenazas.

—Muy bien. Pero yo no olvidaré su nombre.

Pettikin tomó tierra a unos kilómetros, en las afueras del puerto de Bandare Pahlevi. Ross había elegido el lugar previa consulta de un mapa que llevaba consigo. Era una playa de dunas, muy alejada de cualquier aldea, plácidas las azules aguas del Caspio. Este aparecía salpicado de barcas de pesca y grandes cúmulos navegaban en el soleado cielo. Allí, la vegetación era tropical, y el húmedo aire estaba plagado de insectos, sin el menor atisbo de nieve aun cuando las montañas Alborz, detrás de Teherán, estuvieran cubiertas de ella. Era altamente irregular tomar tierra sin permiso previo, pero Pettikin había llamado por dos veces al

aeropuerto de Bandare Pahlevi, donde tenía que repostar, sin recibir respuesta alguna, de manera que creyó bastante seguro hacerlo… Siempre podría alegar una emergencia.

—Buena suerte y gracias de nuevo —dijo estrechándoles la mano —. Si alguna vez necesitan algo…, lo que sea…, lo tienen de antemano.

Bajaron rápidamente y, poniéndose las mochilas, se encaminaron hacia las dunas. Aquella fue la última vez que los vio.

—Tabriz uno, ¿me reciben?

Se mantenía trazando incómodos círculos a la altura reglamentaria de doscientos metros. Luego, voló más bajo. Ni la menor señal de vida…, tampoco se veían luces. Presa de extraña inquietud, tomó tierra junto al hangar. Después esperó, preparado para un despegue de emergencia, sin saber qué esperaba… Las noticias de la sublevación de los militares en Teherán, sobre todo la de las Fuerzas Aéreas de élite, le habían perturbado en gran manera. Pero nadie apareció. Nada ocurrió. Reacio, bloqueó los mandos con gran cuidado y bajó, dejando los motores en marcha. Resultaba muy peligroso e iba en contra de las ordenanzas…, muy peligroso porque si el bloqueo de los mandos saltaba era posible que el helicóptero empezara a serpentear por tierra y quedarse fuera de control.

«Pero no estoy dispuesto a que me cojan desprevenido», se dijo sombrío. Comprobó el bloqueo de nuevo y después se encaminó rápidamente hacia las oficinas, con la nieve crujiendo bajo sus botas. No había persona alguna. Los hangares también estaban vacíos, salvo por los «212» desmontados; los remolques, sin el menor rastro de gente…, como tampoco de lucha. Algo más tranquilizado, atravesó el campamento lo más de prisa posible. En la cabina de Erikki Yokkonen, había una botella de vodka vacía sobre la mesa. En el frigorífico, otra llena. Hubiera dado cualquier cosa por una copa, pero los vuelos y el alcohol no hacían buena mezcla. También había

una botella de agua, algo de pan iraní y jamón seco. Bebió con gusto agua. «Comeré después de que haya recorrido todo esto», pensó.

En el dormitorio, la cama estaba hecha, pero había un zapato por un lado y el compañero por otro. Su mirada fue descubriendo de forma gradual señales de una partida apresurada. En los otros remolques aparecieron nuevos indicios. No había medios de transporte en la base y el «Range Rover» rojo de Erikki también había desaparecido. Resultaba evidente que la base había sido abandonada de manera más bien apresurada. Pero ¿por qué?

Elevó la mirada escrutando el cielo. Se había levantado viento y lo escuchaba gemir a través del bosque cubierto de nieve y sobre el gruñido sordo de los jets en marcha. Sintió el frío helado a través de su chaquetón de vuelo, sus gruesos pantalones y las botas de vuelo. Su cuerpo ansiaba una ducha caliente, todavía mejor, una de las saunas de Erikki… y también comida, cama, un grog caliente y ocho horas de sueño. «El viento no es un problema todavía —se dijo—, pero me queda una hora de luz todo lo más para repostar y atravesar de nuevo el desfiladero hasta alcanzar las llanuras. O puedo quedarme aquí esta noche».

Pettikin no era hombre de bosques, ni de montañas. Conocía el desierto, la manigua, la selva, el campo y la Tierra Muerta Saudí. Las vastas extensiones de las llanuras jamás le desconcertaron. Pero el frío sí. Y la nieve. «Primero he de repostar», pensó.

Mas en aquel condenado lugar no había combustible. En absoluto. Muchos bidones de ciento cincuenta litros, pero todos vacíos. «No importa —se dijo, dominando el pánico—. Tengo suficiente combustible en mis tanques para cubrir los doscientos cincuenta kilómetros de regreso a Bandare Pahlevi. Podría ir al aeropuerto de Tabriz, o tratar de sacar algo del depósito "ExTex" en Ardabil, aunque está condenadamente cerca de la frontera soviética».

Escudriñó el cielo de nuevo. «¡Maldición! Puedo aparcar aquí o en alguna otra parte en ruta. ¿Qué hacer? Aquí. Es más seguro».

Metió el «206» en el hangar y cerró la portezuela con el seguro. El silencio era ya demoledor. Vaciló unos instantes, después siguió adelante cerrando la puerta del hangar tras de sí. La nieve crujía bajo sus botas. El viento lo zarandeaba mientras se dirigía hacia el remolque de Erikki. Se detuvo a medio camino, con un vacío en el estómago. Tenía la sensación de que alguien lo vigilaba. Miró en derredor, registrando el bosque y toda la base con la vista y el oído. La manga de viento danzaba al impulso de los remolinos que agitaban las cimas de los árboles, silbando a través del bosque. Bruscamente, recordó a Tom Lochart, cuando, sentados alrededor de una fogata en el Zagros, durante una de sus excursiones de esquí, les contaba la leyenda canadiense del Wendigo, el espíritu demoníaco del bosque, nacido del viento salvaje, que espera en la copa de los árboles, gimiendo, aguardando cogerte desprevenido, para arremeter de súbito contra ti y entonces te sientes aterrado y empiezas a correr pero no puedes alejarte y sientes su aliento helado en tu espalda y corres y corres con zancadas cada vez más largas hasta que tus pies se convierten en muñones ensangrentados, y es entonces cuando el Wendigo te sube a las copas de los árboles y mueres.

Se estremeció, fastidiado de encontrarse allí solo. «Es curioso, jamás se me ocurrió pensar en ello antes quizá porque casi siempre hay alguien conmigo, mecánicos, pilotos, amigos, Genny o Marc o Clare, en los viejos tiempos».

Aún seguía intentando penetrar con la mirada el bosque. Unos perros empezaron a ladrar en alguna parte, a lo lejos. La sensación de que alguien lo vigilaba seguía siendo muy fuerte. Dominó su inquietud con un esfuerzo, volvió junto al helicóptero y cogió la pistola Very light. Mientras regresaba al remolque de Erikki llevaba bien a la vista el arma chata, de gran calibre, y se sentía contento de tenerla con él. Y todavía estuvo mucho más satisfecho cuando hubo echado el cerrojo a la puerta y corrido las cortinas.

La noche llegó con rapidez. Y con la oscuridad, los animales empezaron a cazar.

TEHERÁN: 7.05 DE LA TARDE. McIver caminaba por el desierto bulevar residencial, bordeado de árboles, cansado y hambriento. Todas las farolas estaban apagadas y él seguía su camino con extremo cuidado en la semioscuridad, debido a la nieve acumulada junto a los muros de las hermosas casas, a ambos lados de la calle. Ruido de armas lejanas y, llevados, por el viento helado, los Allahhh-u Akbar. Al volver la esquina, casi se dio de bruces con el tanque «Centurión» aparcado a medias sobre la acera. Quedó momentáneamente cegado por la luz de una linterna. Unos soldados salieron de su escondrijo.

—¿Quién eres, Agha? —le preguntó un joven oficial en un inglés excelente—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Soy el capitán… soy el capitán McIver, Duncan… Duncan McIver. Vuelvo a casa de mi oficina y… y mi piso está al otro lado del parque, a la vuelta de la próxima esquina.

—Identifíquese, por favor.

McIver buscó cauteloso en su bolsillo interior. Tocó las dos pequeñas fotos que llevaba junto al carnet de identidad, una del Sha, la otra de Jomeini, pero con los rumores que habían corrido durante todo el día de sublevaciones, no podía decidir cuál sería la correcta, por lo que se abstuvo de sacar ninguna. El oficial examinó la identificación a la luz de su linterna. Al acostumbrarse los ojos de McIver a la oscuridad, pudo observar el aspecto cansado del hombre, su barba de varios días y su arrugado uniforme. Otro de los soldados miraba en silencio. Ninguno de ellos fumaba, lo que a McIver le pareció curioso. El «Centurión» los dominaba a todos, malévolo, casi como esperando atacar.

—Gracias —dijo el oficial devolviéndole el manoseado carnet. Nuevos disparos, esta vez más cerca. Los soldados esperaban, acechando a la noche—. Es preferible que no salga después de oscurecido, Agha. Buenas noches.

—Sí, gracias. Buenas noches.

McIver se alejó agradecido, preguntándose si serían leales o sublevados. «Santo Cielo, si unas unidades se sublevaban y otras no, se va a organizar una buena». Otra esquina. Aquella calle y el parque también estaban a oscuras y desiertos cuando, todavía no hacía mucho tiempo, siempre estaban concurridos y brillantemente iluminados y todavía más con la luz que salía de las ventanas. Los sirvientes, la gente y los niños parecían todos felices y reían sin parar entre ellos corriendo de un lado a otro. «Eso es lo que más noto a faltar —pensó—. Las risas. Me pregunto si volveremos a disfrutar de nuevo de aquellos momentos».

Aquel día había resultado decepcionante, nada de teléfonos, muy mala la comunicación por radio con Kowiss y, además, le había resultado imposible ponerse en contacto con ninguna de sus otras bases. Tampoco los empleados que constituían su personal habían acudido, lo que le hizo irritarse aún más. Varias veces había intentado enviar télex a Gavallan mas no fue posible obtener la comunicación.

«Mañana será otro día, esperemos que mejor», se dijo, mientras apretaba el paso. La soledad de las calles le resultaba desagradable.

El bloque de apartamentos tenía cinco plantas y ellos ocupaban uno de los áticos. La escalera permanecía casi en penumbra ya que de nuevo habían reducido la potencia de la electricidad a la mitad y el ascensor hacía meses que estaba fuera de servicio. Subió con paso cansino las escaleras, haciendo más pesado el ascenso la escasez de luz. Pero una vez dentro del apartamento, las velas ya estaban encendidas y aquello le levantó el ánimo.

—Hola, Genny —llamó cerrando la puerta y echando el seguro de nuevo. Colgó la cálida pelliza—. ¡Hora del whisky!

—Estoy en el comedor, Duncan. Ven aquí un momento.

Recorrió rápido el pasillo y, al llegar a la puerta, se detuvo con la boca abierta. Sobre la mesa del comedor había una docena de platos de la cocina iraní, boles rebosantes de fruta y velas por doquier. Genny le sonreía encantada y también Sharazad.

—¡Dios me bendiga! ¿Esto es obra tuya, Sharazad? Qué gusto da verte des…

—Yo también estoy encantada de verte, Mac, cada día estás más joven. Los dos lo estáis. Siento molestaros —Sharazad hablaba rápidamente, con voz gorgojeante y alegre—, pero recordé que ayer fue vuestro aniversario de boda porque dentro de cinco días es mi cumpleaños, y sé cómo os gusta el cordero horisht y polo, y todo lo demás, así que os lo trajimos Hassan, Dewa y yo, y también velas. —Medía apenas metro sesenta de estatura, el tipo de belleza persa que Omar Khayyam inmortalizara. Se levantó—. Y ahora que has llegado, yo me voy.

—Espera un segundo. ¿Por qué no te quedas a cenar con nosotros y…?

—Me gustaría mucho pero no puedo. Esta noche mi padre da una fiesta y he de estar allí para recibir a los invitados. Esto es un pequeño regalo, nada más. Os dejo a Hassan para que sirva y lo limpie todo. ¡Espero que lo paséis maravillosamente! ¡Hassan! ¡Dewa! —llamó. Luego abrazó a Genny, abrazó a McIver y corrió hacia la puerta donde ya la esperaban los dos sirvientes. Uno de ellos le presentó el abrigo de piel. Sharazad se lo puso y luego se envolvió en la oscura nube de su chador. Envió un beso a Genny y salió presurosa acompañada de la otra sirvienta. Hassan, un hombre alto de treinta años, con una túnica blanca, pantalones oscuros y una amplia sonrisa, echó el seguro de la puerta.

—¿Les sirvo la cena, madam? —preguntó a Genny en farsi.

—Sí, dentro de diez minutos, por favor —contestó ella feliz—. Primero el señor tomará un whisky.

Al punto, Hassan se acercó al aparador, escanció la bebida y la sirvió junto con agua. Luego, después de hacer una inclinación salió.

—Por todos los santos, Gen, es como en los viejos tiempos —exclamó McIver rebosante de satisfacción.

—Sí. Y solo hace unos cuantos meses. Resulta estúpido, ¿verdad? —Hasta entonces, habían tenido con ellos a un simpático matrimonio que vivía en la casa, la mujer, una cocinera ejemplar de platos

europeos e iraníes, compensaba el despreocupado quehacer del marido al que McIver había identificado con Alí Babá. Los dos se habían esfumado de súbito, al igual que casi todos los sirvientes extranjeros. Sin una explicación, sin previo aviso—. Me preguntó si estarán bien, Duncan.

—Seguro que sí. Alí Babá es un impenitente chanchullero y habrá acumulado el dinero suficiente para mantenerse ambos durante largo tiempo. ¿Ha salido Paula?

—No, tiene servicio de noche otra vez… Nogger no. Fueron a cenar con algunos de sus compañeros de «Alitalia». —Enarcó las cejas—. Nuestro Nogger asegura que ya está madura para él. Yo espero que se equivoque. Me gusta Paula. —Desde allí podían oír a Hassan en la cocina—. Es el ruido más maravilloso que existe.

McIver le devolvió la sonrisa al tiempo que levantaba la copa.

—Gracias a Dios por Sharazad, ¡y por no tener que fregar los platos!

—Lo mejor de todo —suspiró Genny—. Sharazad es una criatura encantadora, tan considerada. Tom ha tenido mucha suerte. Ella dice que lo espera mañana.

—Ojalá sea así. Nos traerá correo.

—¿Lograste localizar a Andy?

—No, no. Aún no. —McIver decidió no mencionar el asunto del tanque—. ¿Crees que podrías lograr que te prestara a Hassan o a alguno de sus otros sirvientes un par de días a la semana? Sería una ayuda tremenda.

—No creo que deba pedírselo…, ya sabes cómo andan las cosas.

—Supongo que tienes razón. Todo esto resulta irritante.

Por aquellos días, era prácticamente imposible que los extranjeros encontraran ayuda doméstica, cualquiera que fuese la cantidad que estuviesen dispuestos a pagar. Hasta solo unos meses antes, era fácil encontrar estupendos y esmerados sirvientes y con su ayuda, y algunas palabras de farsi, se podía disfrutar de un hogar feliz.

—Esa era una de las mejores cosas de Irán —dijo Genny—. Influye tanto…, disipa toda la angustia de vivir en un país tan extraño.

—¿Sigue pareciéndote extraño al cabo de tanto tiempo?

—Ahora más que nunca. Siempre he tenido la sensación de que toda la amabilidad, toda la cortesía de los pocos iraníes que conocimos era solo fachada…, que sus verdaderos sentimientos eran los que hoy día han salido a la superficie… Por supuesto, no me refiero a todos, desde luego, no a nuestros amigos. Annoush, por ejemplo, es la persona más amable y simpática del mundo.

Annoush, la esposa del general Valik, el más antiguo de sus socios iraníes.

—La mayoría de las esposas se dan cuenta de ello, Duncan —musitó perdida en sus reflexiones—. Tal vez ese sea el motivo de que los extranjeros se unan tan estrechamente. Todos aquellos partidos de tenis, de excursiones de esquí, de navegación, de fines de semana en el Caspio…, con los sirvientes llevando las cestas de la merienda y ocupándose de retirarlo todo… Creo que teníamos una vida maravillosa, pero eso pasó a la historia.

—Puede que todo vuelva a la normalidad… Espero fervientemente que así sea, tanto por ellos como por nosotros. Mientras regresaba a casa me di cuenta, de repente, de lo que más echaba en falta: las risas. Ahora ya nadie parece reír. Me refiero en las calles, ni siquiera los niños.

McIver bebía su whisky despacio.

—Sí, echo de menos las risas. Y también al Sha. Siento que haya tenido que irse… En lo que a nosotros se refiere, todo estaba perfectamente ordenado hasta hace poco tiempo. Pobre hombre, qué trato tan inicuo le hemos dado ahora, a él y a su encantadora esposa, después de la gran amistad que siempre nos demostró. Me siento avergonzada por completo. Además, hizo lo mejor que pudo por su pueblo.

—Por desgracia, a la mayoría de los iraníes no les parece que fuera suficiente, Genny.

—Lo sé. Es triste. La vida resulta muy triste a veces. Bien, ahora ya es inútil lamentarse. ¿Tienes apetito?

—Ni te lo imaginas.

Las velas daban un aspecto acogedor y cálido al comedor, disipando la frialdad del apartamento. Las cortinas estaban corridas protegiéndoles de la noche. Hassan sirvió en punto los humeantes boles de diversos *horisht*, lo que, literalmente, significa sopa pero que, en realidad, es un espeso guisado de cordero o pollo con hortalizas, pasas y especias de todo tipo… y *polo*, el delicioso arroz iraní, previamente sancochado y luego terminado de hacer al horno en una fuente untada de mantequilla hasta que se forma una costra dorada. Era uno de los platos favoritos de ambos.

—Dios bendiga a Sharazad. Realmente, es un regalo para la vista. Genny le sonrió.

—Sí, desde luego. Y también Paula.

—Tú tampoco estás tan mal, Gen.

—Déjate de zalamerías. De todas maneras, eso te ha valido una copa antes de dormir. Pero Jean-Luc diría: *Bon appétit!*

Comieron con agrado todos aquellos exquisitos manjares, recordándoles lo que solían comer en casa de sus amigos.

—Gen, a la hora de almorzar me encontré con el joven Christian Tollonen. ¿Te acuerdas del amigo de Erikki, el de la Embajada finlandesa? Me dijo que el pasaporte de Azadeh estaba ya listo. Eso es estupendo. Pero lo que me sobresaltó fue lo que me comentó de que ocho de cada diez de nuestros amigos o conocidos iraníes ya no se encuentran en Irán y que si prosigue este éxodo, muy pronto solo quedarán aquí los mulás y sus rebaños. Después empecé a calcular y me salió la misma proporción poco más o menos…, aquellos que llamaríamos la clase media y alta.

—No me extraña que abandonen esto. Yo haría lo mismo —dijo, añadiendo de manera involuntaria—: No creo que Sharazad se vaya.

A McIver le pareció observar alguna intención en sus palabras y se le quedó mirando.

—¿Te parece?

Genny jugueteó con unas migas de su plato y, cambiando de opinión, decidió contárselo.

—Por el amor de Dios, no le digas nada a Tom porque le daría un ataque… y además no sé hasta qué punto es realidad o solo se trata de imaginaciones idealistas de una joven. Pero me susurró, feliz, que había pasado la mayor parte del día en Doshan Tappeh donde, según ella, ha habido una auténtica insurrección con metralletas, granadas…, el completo, todo ello…

—¡Santo Cielo!

—… militando del lado de lo que ella ha llamado «nuestros Gloriosos Luchadores por la Libertad», los cuales resulta que están incitando a la sublevación a los soldados de las Fuerzas Aéreas, a algunos oficiales, y las Green Bands, ayudados por millares de civiles…, contra la Policía, las Fuerzas leales y los Inmortales…

VIII

EN EL AEROPUERTO DE BANDAR DELAM: 7.50 DE LA TARDE. Al caer el sol, llegaron más revolucionarios armados, y los centinelas vigilaban los hangares y todos los accesos al aeropuerto. Rudi Lutz había sido advertido por Zataki de que nadie del personal de «S-G» podía abandonar el campo sin permiso y que deberían seguir actuando como de costumbre, además de que uno o más de sus hombres los acompañarían en todos los vuelos.

—Nada ocurrirá a condición de que todos ustedes obedezcan las órdenes —había asegurado Zataki—. Es una situación temporal mientras se efectúa el cambio del Gobierno ilegal del Sha al nuevo Gobierno del Pueblo.

Pero su nerviosismo, así como el de todos los de su indisciplinada chusma, desmentía su alegada confianza.

Starke había oído los rumores que circulaban entre ellos y dijo a Rudi que esperaban en cualquier momento la llegada de tropas leales al Sha y que, entonces, empezaría el contraataque. Para cuando Rudi y el otro piloto americano, Jon Tyrer, lograron llegar a la radio en el remolque de Rudi, casi todas las noticias habían terminado ya. Las pocas que oyeron eran malas.

«… Y los Gobiernos de Arabia Saudita, Kuwait e Iraq temen que la confusa situación política en Irán llegue a desestabilizar a todo el Golfo Pérsico, en tanto que el sultán de Omán ha afirmado que el problema es algo más que un contagio; según él, se trata de otra conveniente sombrilla protectora para que la Rusia soviética utilice su serie de Estados clientes para llegar a crear, ni más ni menos, que

un imperio colonial en el Golfo Pérsico con el objetivo final de apoderarse del estrecho de Ormuz…».

«… Se informa que en Irán, durante la noche, se ha desencadenado una dura batalla entre los cadetes de las Fuerzas Aéreas, partidarios de Jomeini, sublevados en la base aérea de Doshan Tappeh, de Teherán, apoyados por miles de civiles armados, contra la Policía, las fuerzas leales y las unidades de los Inmortales, la Guardia Imperial de élite del Sha. Más adelante cinco mil izquierdistas del Grupo Marxista Saihkal se unieron a los insurgentes, algunos de los cuales asaltaron el arsenal de la base, haciéndose con las armas…».

—¡Santo Cielo! —exclamó Starke.

«… Entretanto, el Ayatolá Jomeini ha exigido la dimisión del Gobierno en pleno y convocado al pueblo para que apoye su elección de Mehdi Bazargan como Primer Ministro, exhortando a todos los soldados y Fuerzas Aéreas y Navales a que lo apoyen. El Primer Ministro Bajtiar ha desmentido los rumores de un inminente golpe militar aunque ha confirmado una gran concentración de fuerzas soviéticas en la frontera…».

«… El oro ha alcanzado su cotización más alta de 254 dólares la onza y el dólar ha sufrido una fuerte caída frente a todas las divisas. Fin de las noticias desde Londres».

Rudi apagó el aparato. Se encontraban en la sala de estar de su remolque. Sobre una de las mesas había una emisora que, al igual que la radio, él mismo había construido. Sobre el aparador, había un teléfono y lo mantenía en contacto con el sistema de la base. Pero no funcionaba.

—Si Jomeini vence en Doshan Tappeh, las Fuerzas Armadas tendrán que elegir —afirmó Starke con tono decisivo—. Golpe, guerra civil o ceder.

—No cederán, eso sería un suicidio. ¿Por qué diablos habrían de hacerlo? —dijo Tyrer. Era un americano de New Jersey, de movimientos ágiles y sueltos—. Y no olvidéis a las Fuerzas Aéreas de élite. Las que nosotros conocemos, por todos los santos. Los

sublevados no son más que un montón de ceporros locales descontentos. El trance real es que los marxistas se les unan, ¡cinco mil nada menos! Dios mío, si ahora hubiesen salido ya a la superficie con armas… Somos unos condenados dementes por seguir ahora aquí, ¿no?

—Salvo que estamos aquí porque así lo hemos querido —alegó Starke—. La compañía promete a todo el que se quiera ir que conservará su antigüedad. Nos lo han dado por escrito. ¿Deseas irte?

—No, no. Aún no —respondió Tyrer con irritación—. Pero ¿qué vamos a hacer?

—En primer lugar, mantenernos alejados de Zataki —dijo Rudi—. Ese bastardo es un psicópata.

—Claro, pero tenemos que trazar un plan —alegó Tyrer.

Llamaron bruscamente a la puerta que seguidamente se abrió. Era Mohammad Yemeni, el gerente de «IranOil» de la base…, un hombre de buena presencia, perfectamente rasurado, en la cuarentena, que desde hacía un año estaba en la zona. Le acompañaban dos guardias.

—Agha Kyabi está en la emisora. Quiere hablar inmediatamente con usted —dijo con un desusado tono imperativo.

Kyabi era el más antiguo gerente de «IranOil» en la zona y funcionario muy importante en el sur del Irán.

Rudi conectó inmediatamente la emisora que les ponía en comunicación con el cuartel general de Kyabi, cerca de Ahwaz, al norte de Bandar Delam. Comprobó, asombrado, que el aparato no funcionaba. Movió la palanca varias veces hasta que Yemeni dijo con abierto desdén:

—El coronel Zataki ha ordenado que se corte la corriente y que el aparato quede desconectado. Tendrá que ir a la oficina principal. De inmediato.

A ninguno de ellos les gustó el tono de su voz.

—Iré dentro de un momento —dijo Rudi.

Yemeni frunció el ceño y ordenó a los guardias en primitivo farsi:

—¡Haced que ese perro extranjero se espabile!

Starke intervino tajante hablando farsi.

—Esta es la tienda de nuestro jefe. Existen leyes muy especiales en el Santo Corán sobre la defensa del jefe de nuestra tribu en su tienda contra hombres armados.

Los dos guardias quedaron parados, sin saber qué hacer, Yemeni miró a Starke con la boca abierta, no esperando que le hablase en farsi; luego, retrocedió un paso al erguirse Starke en toda su estatura mientras seguía hablando:

—El Profeta, cuyo Nombre sea alabado, estableció reglas de comportamiento entre los amigos, y entre los enemigos y también que los perros son parásitos. Nosotros somos Pueblo del Libro y no parásitos.

Yemeni enrojeció, giró sobre sus talones y salió de allí. Starke se enjugó las sudorosas manos en los pantalones.

—Vayamos a ver qué quiere Kyabi, Rudi.

Siguieron a Yemeni a través del asfalto, acompañados por los dos guardias.

La noche era clara y el aire le olía bien a Starke después de haber estado encerrado en la pequeña oficina.

—¿Qué era todo eso? —le preguntó Rudi.

Starke se lo explicó, con la mente en otro lugar, deseando encontrarse en Kowiss. Le había disgustado profundamente tener que dejar allí a Manuela, pero pensó que estaría más segura que en Teherán.

—Te sacaré de aquí lo más pronto posible, dulzura —le había dicho antes de irse.

—Aquí estoy tan segura como en Tejas, cariño. Dispongo de todo el tiempo del mundo, los chicos se encuentran a salvo en Lubbock, no salí de Inglaterra hasta estar segura de que se hallaban en casa y tú sabes perfectamente que el abuelo Starke no dejará que les pase nada malo.

—Desde luego, los chicos están seguros, pero yo quiero que tú salgas de Irán lo antes posible.

—¿Quién es el «Pueblo del Libro»? —oyó que le preguntaba Rudi.

—Cristianos y judíos —respondió, preguntándose cómo podría meter el «125» en Kowiss—. Mahoma también consideraba como Libros Sagrados nuestra biblia, además del Corán. Muchos eruditos, nuestros eruditos, piensan que se limitó a copiados, aunque la leyenda musulmana asegura que Mahoma no sabía leer ni escribir. Recitaba el Corán. Completo. ¿Os lo imagináis? —dijo sin dejar de sentirse siempre asombrado ante aquella hazaña—. Mientras otros lo ponían por escrito…, años después de su muerte. En árabe, su poesía es maravillosamente bella. Al menos eso dicen ellos.

Ya se encontraban ante el remolque de las oficinas, con los centinelas fuera fumando, y Starke se sintió satisfecho de sí mismo y contento de haber actuado satisfactoriamente con Yemeni y, durante todo el día con el mulá Hussain… Quince aterrizajes, todos perfectos, esperando en las plataformas mientras el mulá arengaba a los trabajadores a favor de Jomeini sin que en momento alguno apareciera un soldado, un policía o SAVAK, aunque los esperara en cualquier momento y siempre en el próximo aterrizaje. Se dijo que Yemeni era pura caca de vaca comparado con Hussain.

En el remolque de las oficinas, Zataki y los dos mulás los esperaban. Jahan, el operador de radio, estaba en la emisora. Zataki se había instalado ante la mesa de Rudi. La oficina, siempre en perfecto orden, presentaba un aspecto desolador en aquellos momentos, con los archivadores abiertos, los papeles desperdigados por todas partes, tazas sucias, colillas de cigarrillos en las tazas y por el suelo, platos con comida a medio consumir sobre el escritorio…, arroz y carne de cabra. Y el ambiente apestoso debido al humo de los cigarrillos.

—*Mein Gott!* —exclamó Rudi furioso—. Esto es una *verrückte* pocilga y us…

—¡CÁLLESE! —explotó Zataki—. Nos hallamos en estado de guerra y teníamos que registrar. Podrá… podrá enviar a uno de sus hombres para que lo ponga todo en orden —añadió ya más tranquilo

—. No dirá nada a Kyabi acerca de nosotros. Actuará con normalidad y siguiendo mis instrucciones, por lo que no habrá de apartar la vista de mí. ¿Entendido, capitán?

Rudi asintió con gesto duro. Zataki hizo una seña al operador de radio quien dijo por el micrófono:

—Su Excelencia Kyabi, aquí está el capitán Lutz.

Rudi cogió el micrófono.

—Dime, jefe. —Utilizó el apelativo que solían darse entre ellos. Hacía un buen número de años que él y Starke conocían a Yusuf Kyabi. Este había recibido entrenamiento en «A&M» de Tejas y luego en «ExTex» antes de hacerse cargo del sector sur, y sus *relaciones* con él eran excelentes.

—Buenas noches, Rudi —dijo la voz en inglés con acento americano—. Se ha roto uno de nuestros oleoductos, hacia la parte norte de vosotros. Es una mala rotura…, acabamos de descubrirla por nuestras estaciones de bombeo. Solo Dios sabe cuántos barriles se han perdido ya o cuánto queda en la tubería. No pido un CASEVAC, solo necesito un helicóptero para la madrugada para poder encontrarla. ¿Puedes recogerme pronto?

Zataki hizo un gesto de asentimiento por lo que Rudi dijo:

—De acuerdo, jefe. Estaremos ahí lo más pronto posible, apenas haya amanecido. ¿Quieres un «206» o un «212»?

—Un «206», iremos mi ingeniero jefe y yo. Ven tú mismo, ¿quieres? Puede tratarse de un sabotaje o acaso, sencillamente, de una rotura. ¿Algún problema en Bandar Delam?

Rudi y Starke tenían plena conciencia de las armas que había apuntándoles.

—No, los de siempre. Te veré mañana —repuso Rudi, ansioso por cortar la comunicación ya que Kyabi, habitualmente, se mostraba en extremo acerbo y claro con respecto a los revolucionarios. No estaba de acuerdo con la insurrección ni con el fanatismo de Jomeini y aborrecía que interfirieran en su complejo petrolífero.

—Un momento, Rudi. Hemos sabido que se han producido más disturbios en Abadán y hasta aquí nos llega el ruido de los disparos

en Ahwaz. ¿Sabías que uno de los trabajadores americano y uno de los nuestros sufrieron ayer una emboscada y los mataron cerca de Ahwaz?

—Sí, Timmy Stanson. Realmente deplorable.

—Mucho. ¡Dios castigue a todos los asesinos! Tudeh, muyahidín, fedayín o quien diablos quiera que fuesen.

—Lo siento, jefe. He de irme. Te veré mañana.

La transmisión quedó cortada. Rudi respiró aliviado. No creía que Kyabi hubiera dicho nada que pudiera perjudicarles. A menos que esos hombres fueran secretamente tudeh o cualquier otro tipo de extremistas y no partidarios de Jomeini como ellos alegaban.

—Todos nuestros extremistas utilizan a los mulás como tapadera, o intentan utilizarlos —le había dicho Kyabi—. Desgraciadamente, la mayoría de los mulás son campesinos pobres, de corto alcance y presa fácil para los agitadores bien entrenados. Dios maldiga a Jomeini…

Rudi sintió el sudor correrle por la espalda.

—Uno de mis hombres irá con usted y esta vez no quitará el cargador —dijo Zataki.

Rudi apretó la mandíbula y la tensión creció en la habitación.

—No volaré con hombres armados. Va contra todas las reglas de la compañía, de los reglamentos de la aviación y, en especial, de las órdenes iraníes CAA. Y la desobediencia a esas órdenes implica la invalidación de nuestras licencias —dijo con una profunda sensación de aborrecimiento.

—Si no obedece, quizá mate a uno de sus hombres.

Zataki golpeó, furioso, con una taza sobre la mesa, volando aquella en pedazos por la habitación.

Starke, igualmente furioso, dio un paso adelante. Zataki lo apuntó con su arma.

—¿Acaso son asesinos los seguidores del ayatolá Jomeini? ¿Es esa la ley del Islam?

Por un instante, Starke pensó que Zataki apretaría el gatillo. Entonces, el mulá Hussain se puso en pie.

—Yo iré en el helicóptero —dijo—. ¿Jura que no habrá estratagemas y tampoco cuando regresemos aquí? —preguntó a Rudi.

—Sí —repuso este trémulo al cabo de una pausa.

—¿Es cristiano?

—Sí.

—Jure por Dios que no nos traicionará.

De nuevo una pausa.

—Muy bien. Juro por Dios que no les traicionaré —dijo finalmente Rudi.

—¿Cómo puedes fiarte de él? —preguntó Zataki.

—No me fío —se limitó a decir Hussain—. Pero si él traiciona a Dios, Dios lo castigará. Y a sus compañeros. Si no regresamos o si trae dificultades consigo aquí… —Se encogió de hombros.

ABERDEEN. MANSIÓN DE GAVALLAN: 7.23 DE LA TARDE. Se encontraban en la sala de la televisión viendo en diferido, a través de una gran pantalla, el partido de rugby que se había celebrado ese mismo día entre las selecciones de Escocia y Francia. Se encontraban allí reunidos Gavallan, su mujer Maureen, John Hogg, que habitualmente volaba con el jet «125» de la compañía, así como otros pilotos. El tanteo era de 17-11 a favor de Francia, ya muy avanzada la segunda mitad. Algunos de los hombres gruñeron al tropezar un escocés y adelantarse un francés, recuperando y ganando cuarenta yardas.

—Diez libras a que, a pesar de todo, Escocia ganará —dijo Gavallan.

—Acepto la apuesta —repuso su mujer, divertida ante la mirada de él. Era alta y pelirroja y vestía un atuendo verde muy elegante, a juego con sus ojos—. Después de todo, soy medio francesa.

—Una cuarta parte…, tu abuela era normanda, *quelle horreur!*, y ell…

Un inmenso clamor, que tuvo su eco en la habitación, ahogó la broma cuando un medio escocés cogió la pelota de la melée abierta, lanzándola luego hacia un ala izquierda quien, a su vez, se la lanzó a otro que se deshizo de los delanteros, derribó a dos adversarios en su camino y se lanzó hacia la línea de meta a cincuenta metros de distancia, regateando, cambiando luego de dirección de manera inteligente para proseguir su rápido avance, tropezando un instante pero sin llegar a caer, casi de milagro, y cargando finalmente en una última y jadeante carrera, formidable en verdad, para atravesar la línea…, quedando al punto sepultado bajo cuerpos y clamorosos aplausos. Había logrado llevarla hasta detrás de la línea. Ahora, el tanteo era de 17-15. Un saque de puerta acertado lo transformaría en empate, 17-17.

«Escocia siemprrreee…».

La puerta se abrió y un sirviente apareció en el umbral. Gavallan se puso inmediatamente en pie, observando el saque, que fue bueno, por lo que respiró tranquilo.

—¿Doble o nada, Maureen? —preguntó con una mueca intentando hacerse oír en medio de aquel pandemónium, mientras se alejaba.

—¡Aceptado! —gritó ella cuando él ya salía.

«Se ha quedado sin veinte», pensó muy contento consigo mismo, y cruzó el corredor de la vetusta mansión, grande y laberíntica, bien amueblada con antiguos butacones de cuero, buenos cuadros y hermosas antigüedades, muchas de ellas procedentes de Asia, entrando en su estudio que estaba enfrente. En él se encontraba su chófer, que también llevaba revólver y era su hombre de confianza, el cual, durante tres horas, había estado intentando localizar a McIver por teléfono en Teherán y haciéndose cargo también de las llamadas.

—Siento interrumpirle, señor, el… —empezó a decir al tiempo que le alargaba el aparato.

—¿Lo lograste, Williams? Formidable. Ahora han empatado y…

—No, señor, lo siento. Las líneas están ocupadas…, pero me pareció que esta llamada era bastante importante… Sir Ian Dunross.

La decepción de Gavallan se desvaneció. Cogió el teléfono. Williams salió cerrando la puerta tras de sí.

—Cuánto me alegra oírte, Ian… Esta sí que es una sorpresa agradable.

—Hola, Andy. ¿Puedes hablar? Te llamo desde Sanghái.

—Creí que estabas en Japón. Te oigo muy bien. ¿Qué tal van las cosas?

—Formidablemente. Mejor de lo que esperaba. Escucha, he de ser breve pero ha llegado a mis oídos un rumor. De hecho dos. El primero es que el taipan necesita cierto éxito financiero para poder salir él y Struan del agujero de este año. ¿Qué hay de Irán?

—Todo el mundo asegura que la situación se calmará pronto, Ian. Mac lo tiene todo bajo control, dentro de lo posible, por supuesto. Nos han prometido todos los contratos de «Guerney», así que nos será más que posible cubrir nuestros compromisos habituales, incluso duplicar nuestros beneficios, a menos que se produzcan situaciones de fuerza mayor.

—Acaso deberías contar con que se pueden producir.

La afabilidad de Gavallan se esfumó. Una y otra vez, su viejo amigo le había prevenido o dado información que siempre indefectiblemente, resultó correcta…, jamás supo cómo la obtenía, o a través de quién, pero rara vez se equivocaba.

—Lo haré de inmediato.

—Otra cosa. Acabo de enterarme que ha sido ordenada una remodelación secreta, a muy alto nivel…, incluso tal vez a nivel de Gabinete, tanto financiera como de gerencia, de «Imperial Air». ¿Te afectará a ti?

Gavallan vaciló. «Imperial Air» era la propietaria de «Imperial Helicopters», su principal competidora en el mar del Norte.

—No lo sé, Ian. En mi opinión, despilfarran el dinero de los contribuyentes; ciertamente les vendría bien una remodelación…, les damos sopas con honda en todos los apartados que puedo recordar,

seguridad, gabarras, equipamiento… Y a propósito, he encargado seis «X63».

—¿Lo sabe el taipan?

—Casi le revienta el esfínter con la noticia. —Gavallan escuchó la risa a través del hilo y por un instante se sintió transportado de nuevo a Hong Kong, a los viejos tiempos, cuando Dunross era taipan y la vida resultaba difícil aunque salvajemente excitante, cuando Kathy era Kathy y no estaba enferma. «Caramba», pensó, y de nuevo centró su atención—. Cualquier cosa relacionada con «Imperial» es importante… Lo comprobaré de inmediato. Hay por aquí otras noticias de negocios muy buenas… Nuevos contratos con «ExTex»… Iba a anunciarlas en la próxima reunión de la junta. «Struan's» no está en peligro, ¿verdad?

De nuevo la risa.

—La «Noble House» siempre lo está, muchacho. Solo quería advertirte… He de irme…, mi cariño a Maureen.

—Y a Penélope. ¿Cuánto te veré?

—Pronto. Llamaré cuando pueda. Dale mis mejores saludos a Mac cuando lo veas. Hasta la vista.

Sumido en sus pensamientos, Gavallan permaneció sentado en el borde de su hermosa mesa de despacho. Su amigo siempre decía «pronto» y aquello podía significar un mes o un año o, incluso, dos. «Han pasado más de dos años desde la última vez que nos vimos —pensó—. Es una lástima que no siga siendo taipan…, penoso que se haya retirado, pero, de cualquier forma, todos tenemos que ir hacia delante o hacia atrás llegado el momento».

—Estoy harto, Andy —había dicho Dunross—. «Struan's» se encuentra en perfecta forma, los setenta prometen ser una era fantástica para la expansión y…, bueno, ahora, ya no hay nada excitante.

Eso fue en los setenta, a raíz de que su principal rival, cordialmente aborrecido, Quillan Gornt, taipan de «Rothwell-Gornt», se ahogara en un accidente de navegación en aguas de Sha Tin, en los Nuevos Territorios de Hong Kong.

¿«Imperial Air»? Gavallan consultó su reloj y alargó la mano para coger el teléfono pero se detuvo al oír una llamada discreta en la puerta. Maureen asomó la cabeza y sonrió al ver que no estaba telefoneando.

—Gané. Veintiuno a diecisiete… ¿Ocupado?

—No. Pasa, cariño.

—No puedo. He de ir a ver si la cena está preparada. ¿Dentro de diez minutos? Puedes pagarme ahora si quieres.

Él se echó a reír y la abrazó.

—Después de cenar. Eres maravillosa, Mrs. Gavallan.

—Bien, no te olvides —dijo, sintiéndose a gusto en sus brazos—. ¿Todo bien con Mac?

—Era Ian… Solo llamó para saludarnos. Desde Sanghái.

—También es muy simpático. ¿Cuándo lo veremos?

—Pronto.

Rio de nuevo al mismo tiempo que él, con los ojos brillantes y la tez cremosa. Se habían conocido hacía siete años en Castle Avisyard, donde el entonces taipan David MacStruan ofrecía un Hogmanay Ball. Maureen contaba veintiocho años, se acababa de divorciar y no tenía hijos. Su sonrisa había despejado las telarañas del cerebro de él y Scot le había susurrado: «Si no la arrastras hasta el altar es que estás loco, papá». Su hija Melinda le había dicho lo mismo. Así que, casi sin darse cuenta, se casó con ella hacía ya tres años y cada día transcurrido desde entonces había sido un día feliz.

—¿Diez minutos, Andy? ¿Estás seguro?

—Sí. Solo he de hacer una llamada. —Gavallan observó su fruncimiento de cejas y añadió rápidamente—: Te lo prometo, solo una y luego Williams puede hacerse cargo del resto.

Maureen salió de la habitación después de darle un beso ligero. Gavallan marcó el número.

—Buenas noches. ¿Está Sir Percy libre…? Soy Andrew Gavallan.

Sir Percy Smedley-Taylor era el director de «Struan's Holdings», MP y catalogado como posible ministro de Defensa en el caso de que los conservadores ganaran las siguientes elecciones.

—Hola, Andy, es un placer oírte… Si se trata de la cacería del sábado próximo, puedes contar conmigo. Siento no habértelo dicho antes, pero las cosas han estado más bien embrolladas con el llamado Gobierno empujando al país al precipicio, y también con los pobres y condenados sindicatos, si es que saben lo que se hacen.

—Estoy completamente de acuerdo. ¿Te molesto?

—No, me has encontrado por los pelos…, me disponía a ir a la Cámara para otra votación nocturna. Los pobres imbéciles pretenden que nos salgamos de la OTAN, entre otras cosas. ¿Qué tal las pruebas con el «X63»?

—¡Fantásticas! Mejor de lo que aseguraban. ¡Es el mejor del mundo!

—Me gustaría dar una vuelta en él cuando te sea posible. ¿Qué puedo hacer por ti?

—He oído el rumor de que se está llevando a cabo una reorganización secreta, al más alto nivel, de «Imperial Air». ¿Estás enterado de algo sobre eso?

—Santo Cielo. Tus contactos son condenadamente buenos, muchacho. Por mi parte, hasta esta tarde no ha llegado a mis oídos ese rumor, susurrado con todo secreto por una fuente absolutamente fidedigna de la oposición. ¡Condenadamente curioso! Por el momento, no le di demasiada importancia… Me pregunto qué estarán tramando. ¿Dispones de alguna noticia en concreto en la que basarte?

—No. Solo el rumor.

—Lo comprobaré. Me pregunto…, me pregunto si los muy ladinos no estarán colocando a la «Imperial» en situación de poderla nacionalizar de manera oficial. Y, en consecuencia, también a los «Imperial Helicopters» y, ni que decir tiene, a ti y a todo el mar del Norte.

—¡Dios Todopoderoso…! —exclamó Gavallan cuya preocupación aumentó. No se le había ocurrido aquella idea—. ¿Pueden hacerlo si se lo proponen?

—Sí. Tan sencillo como todo eso.

DOMINGO

11 de febrero

IX

EN LAS AFUERAS DE BANDAR DELAM: 6.55 DE LA MAÑANA. Hacía poco que había amanecido. Rudi había tomado tierra alejado de la alcantarilla y, en aquellos momentos, los cuatro se encontraban en pie, junto al borde. El sol matutino resultaba muy agradable y hasta el momento no habían surgido problemas. El petróleo todavía seguía manando de la tubería, pero sin presión.

—Ya es solo lo que queda —dijo Kyabi—. Dentro de una hora, deberá dejar de salir definitivamente.

Era un hombre de rasgos enérgicos, en la cincuentena, perfectamente rasurado y con gafas. Vestía de caqui y llevaba un casco protector. Furioso, miró en derredor. La tierra estaba empapada de petróleo y los gases resultaban casi insoportables.

—Todo el área es letal.

Se encaminó hacia el coche volcado. Junto a él o en los alrededores había tres cuerpos contorsionados que ya empezaban a oler.

—¿Aficionados? —preguntó Rudi espantando las moscas—. ¿Explosión prematura?

Kyabi no contestó. Bajó a la alcantarilla. Era difícil respirar pero examinó la zona cuidadosamente. Luego, subió de nuevo a la carretera.

—Diría que estás en lo cierto, Rudi. —Miró a Hussain con gesto impenetrable—. ¿Obra suya?

El mulá apartó los ojos del coche.

—Las órdenes del Imán no son las de sabotear los oleoductos. Ese es el trabajo de los enemigos del Islam.

—Hay muchos enemigos del Islam que afirman ser seguidores del Profeta y que se han adueñado de sus palabras deformándolas —dijo Kyabi con amargura—. Traicionándole a Él y traicionando al Islam.

—Estoy de acuerdo, y Dios los buscará y los castigará. Cuando Irán esté gobernado de acuerdo con la ley islámica, los buscaremos y los castigaremos en Su Nombre.

Los ojos oscuros de Hussain tenían una mirada dura también.

—¿Qué se puede hacer con el petróleo derramado?

Habían sido necesarias dos horas para conseguir localizar la rotura. Estuvieron volando en círculos a un treintena de metros, aterrados ante la amplitud del derramamiento del crudo que había inundado el pequeño río y sus marismas y que, arrastrado por la corriente, se hallaba ya a unos kilómetros río abajo. Una densa espuma negra cubría la superficie del agua de orilla a orilla. Hasta el momento, solo había encontrado una aldea en su camino. A algunos kilómetros, hacia el Sur, había muchas otras. El río suministraba el agua para beber, lavar y las letrinas.

—Quemarlo. Lo más pronto posible. —Kyabi miró a su ingeniero —. ¿No?

—Sí, sí. Claro. Pero ¿qué me dice de la aldea, Excelencia?

El ingeniero era un iraní nervioso, de mediana edad, que observaba inquieto, al mulá.

—Hay que evacuar a los aldeanos…, decirles que se vayan hasta que el lugar vuelva a ser seguro.

—¿Y si se incendia la aldea? —preguntó Rudi.

—Se habrá incendiado. Voluntad de Dios.

—Sí —dijo Hussain—. ¿Cómo lo quemarán?

—Casi bastaría con una cerilla. Pero, en ese caso, también ardería quien la lanzara. —Kyabi reflexionó un instante—. ¿Llevas a bordo tu «Very pistol», Rudi?

—Sí. —Rudi había insistido en llevar el arma consigo alegando que resultaría imprescindible en caso de emergencia. Todos los

pilotos le habían respaldado, aunque también todos sabían que eso no era cierto—. Con cuatro bengalas. ¿Piensa…?

Todos miraron al cielo al escuchar el sonido producido por dos jets que se acercaban. Dos cazas, volando bajo y muy veloces, azotaron el terreno dirigiéndose hacia el Golfo. Rudi calculó por la ruta que seguían que se dirigían directamente a Kharg. Eran cazas de ataque y había visto que iban armados con misiles aire-tierra. «¿Van destinados los misiles a la isla de Kharg? —se preguntó, sintiendo una contracción en la garganta—. ¿También allí ha llegado la revolución? ¿O solo se trata de un vuelo rutinario?».

—¿Qué te parece, Rudi? ¿Kharg? —preguntó Kyabi.

—Kharg se encuentra por ese lado, jefe —dijo Rudi, no queriendo verse implicado—. Así que debe tratarse de un vuelo rutinario. Cuando estábamos allí, teníamos los despegues y aterrizajes diarios por docenas. ¿Quieres utilizar las bengalas para prender fuego?

Kyabi apenas lo oyó. Sus ropas estaban manchadas por el sudor y sus botas de andar por el desierto, negras por el petróleo. Pensaba en el levantamiento de las Fuerzas Aéreas en Doshan Tappeh. «Si esos dos pilotos son de los sublevados y atacan Kharg, saboteando nuestras instalaciones allí, Irán retrocederá veinte años», se dijo casi ahogándose de ira y frustración.

Cuando Rudi acudió a recogerle aquella mañana, Kyabi se mostró asombrado al ver al mulá. Había pedido una explicación. Al decirle, iracundo, el mulá que Kyabi debería cerrar todas las instalaciones y declararse inmediatamente a favor de Jomeini, Kyabi casi quedó mudo por el asombro.

—Pero eso es la Revolución. Significa la guerra civil.

—Es la Voluntad de Dios —había respondido Hussain—. Tú eres iraní, no un lacayo extranjero. El Imán ha ordenado el enfrentamiento con las Fuerzas Armadas para someterlas. Con la ayuda de Dios, dentro de unos días empieza la primera república auténticamente islámica sobre la Tierra desde los tiempos del Profeta, las Bendiciones de Dios caigan sobre Él.

Kyabi hubiese querido decir lo que tantas veces había asegurado en privado.

—Es el sueño de un demente y tu Jomeini es un viejo senil y perverso nada más, impulsado por una venganza personal contra los Pahlevi… Cree que la Policía de Reza Sha asesinó a su padre y también que el SAVAK de Mohammad Sha asesinó a su hijo en Irak hace unos años. No es más que un fanático de estrechas miras, que quiere conducirnos a nosotros, al pueblo, y en especial a las mujeres, de vuelta a la Edad de las Tinieblas…

Pero nada dijo de eso al mulá en aquellos momentos. En lugar de ello, volvió a centrarse en el problema de la aldea.

—Si se incendia, les será fácil reconstruirla. Sus posesiones es lo que importa —dijo, disimulando su aborrecimiento—. Usted puede ayudar si así lo desea, Excelencia. Yo se lo agradecería. Puede hablarles.

Los aldeanos se negaron a irse. Kyabi les explicó por tercera vez que el fuego era la única manera de salvar su agua y también a los otros aldeanos. Después, Hussain les dirigió la palabra también, pero siguieron negándose a abandonar aquello. Había llegado la hora de las oraciones de mediodía y el mulá dirigió sus rezos, volviendo luego a insistir en que abandonaran los ribazos del río.

Los ancianos se consultaron entre sí.

—Es la Voluntad de Dios —dijeron—. No nos iremos.

—Es la Voluntad de Dios —se mostró de acuerdo Hussain. Luego, dando media vuelta, abrió la marcha en dirección al helicóptero.

Una vez más, tomaron tierra cerca de la alcantarilla. Ahora, solo salía un hilillo de la tubería.

—Rudi, colócate bien arriba, lo más lejos que puedas, y dispara una bengala a la alcantarilla —dijo Kyabi—. Luego, lanza otra en el centro del río. ¿Podrás hacerlo?

—Puedo intentarlo. Nunca he disparado antes una pistola de señales.

Rudi avanzó penosamente entre la maleza del desierto. Los demás regresaron al helicóptero que él aparcara a una distancia

prudencial. Cuando estuvo en posición, metió el gran cartucho en la pistola, apuntó, y apretó el gatillo. El arma retrocedió más de lo que él esperaba. La fosforescente bengala de señales se arqueó baja a ras del suelo, rebotó casi al tocarlo y volvió a elevarse en el aire para ir a caer directamente en la alcantarilla. Por un instante todo siguió igual, después, la tierra explotó y el fuego ascendió, extendiéndose, convirtiendo el coche volcado en una pira funeraria. La onda de choque recalentada lo envolvió, pero pasó sin afectarle. Un humo negro y acre ascendió hacia el cielo. El fuego empezó a extenderse, dirigiéndose, veloz, hacia el río.

La segunda bengala roja, trazando un elevado arco, cayó al río, cuya superficie se prendió de inmediato. Lo supieron más por el ruido que por la vista, pero cuando se encontraron una vez más en el aire, bordeando el río hacia su nacimiento, pudieron observar cómo el fuego se propagaba con enorme rapidez corriente abajo. Inmensas nubes de humo negro iban marcando su paso. Cerca de la aldea, trazó un círculo. Hombres, mujeres y niños huían con lo que habían podido coger. Mientras ellos miraban, la aldea quedó consumida por el fuego.

Los cuatro hombres volaron hacia casa.

Para Kyabi, su casa era la zona del cuartel general de «IranOil», exactamente a las fueras del Ahwaz, un ordenado complejo de blancos edificios de cemento, con céspedes bien regados y una plataforma para los helicópteros rodeada de una cerca alta.

—Gracias, Rudi —dijo presa de desesperación.

El aparato se encontraba rodeado de hombres armados que habían salido rápidamente de su escondrijo tan pronto como aterrizaron, gritando y apuntándoles con sus armas. Detrás de Kyabi, el mulá jugueteaba con su sarta de cuentas para la oración.

Kyabi se desabrochó el cinturón de vuelo. «Es la Voluntad de Dios —pensó—. He hecho lo que he podido, he rezado bien y sé que no hay más Dios que Dios y que Mahoma es su Profeta. Cuando muera, lo haré maldiciendo a los enemigos de Dios, Jomeini el

primero de ellos, falso profeta y asesino, así como a todos sus seguidores».

Dio media vuelta. Su ingeniero permanecía en su asiento, lívido y rígido junto a Hussain.

—Te encomiendo a la venganza de Dios, mulá.

Seguidamente, Kyabi bajó.

Dispararon contra Kyabi y arrastraron al ingeniero lejos.

Luego, a instancias del mulá, dejaron que el helicóptero despegara.

X

EN LA BASE AÉREA DE KOWISS: 5.09 DE LA TARDE. Manuela atravesaba presurosa el recinto cercado «S-G» en dirección al edificio de oficinas de una sola planta, que aparecía en orden bajo el sol de media tarde, la torre de la radio erguida como una segunda planta. Vestía un mono de vuelo con el emblema «S-G» en la espalda y llevaba el pelo caoba recogido bajo una gorra de vuelo de visera larga, pero su manera de andar revelaba su feminidad.

En la oficina exterior se encontraban tres de los empleados iraníes.

Corteses, se levantaron sonriendo y la observaron por entre sus pesados párpados.

—Buenas tardes, Excelencia Pavoud… —dijo ella en farsi—. ¿Quería verme el capitán Ayre?

—Sí, Madam Lady. Su Excelencia está en la torre —replicó el jefe de los empleados—. ¿Puedo tener el honor de acompañarla?

Manuela declinó el ofrecimiento dándole las gracias y, una vez que hubo atravesado el corredor y subido la escalera de caracol, Pavoud dijo despreciativo:

—Es una vergüenza cómo se pavonea ante nosotros… Lo hace para burlarse.

—Es más puta que una mujer pública del Barrio Viejo, Excelencia —asintió otro, igualmente despectivo—. Por Dios que de todos los infieles, los americanos son los peores y aún más sus mujeres. Y esta, esta lo está pidiendo, está buscando jarana…

—Está buscando una buena polla iraní —dijo un hombre pequeño al tiempo que se rascaba la entrepierna.

—Debería llevar un chador, y cubrirse con el velo y andar con más modestia —alegó Pavoud—. Aquí todos somos hombres. Todos hemos engendrado hijos. ¿Acaso cree que somos eunucos?

—Deberían azotarla por provocarnos.

Pavoud se hurgó la nariz delicadamente.

—Con la ayuda de Dios, pronto lo será…, y en público. Todo el mundo estará sometido a la ley islámica y a sus castigos.

—Dicen que las mujeres americanas no tienen vello.

—Sí lo tienen pero se afeitan esas partes.

—Vello o no, Empleado Jefe Excelencia, me gustaría metérsela hasta hacerla chillar…, de gusto —exclamó el hombrecillo y todos se echaron a reír.

—Ese gran cacho de marido que tiene, lo ha hecho todas las noches desde que ella está aquí —dijo el jefe de empleados brillándole los ojos—. Les he oído gemir en la noche.

Encendió el cigarrillo con la colilla del otro y luego, levantándose, miró por la ventana. Llevaba gafas y escudriñó el cielo hasta que vio al distante helicóptero acercándose a la terminal. «Muerte a todos los extranjeros —pensó, y luego, el deseo más recóndito en su corazón—: Y muerte para Jomeini y sus parásitos. Viva por siempre el Tudeh y la Revolución de las Masas».

La torre era pequeña, con ventanas de cristales a ambos lados y bien equipada. Aquella había sido la base permanente de «S-G» durante muchos años, de manera que habían tenido tiempo de ponerla al día con algunos dispositivos modernos de seguridad aérea y ayudas para el aterrizaje en cualesquier condición atmosférica. Freddy Ayre, el piloto más antiguo, que sustituía a Starke durante sus ausencias, esperaba a Manuela.

—HXB está en línea —dijo al acabar de subir Manuela las escaleras—. Él…

—Maravilloso —le interrumpió ella, feliz. Habían estado intentando comunicar con Starke durante todo el día sin éxito.

—No te preocupes —le había dicho Ayre—. A veces, su radio no funciona igual que la nuestra.

Desde la noche anterior, poco después de oscurecer, la única comunicación había sido el conciso informe de Starke de que iba a pasar la noche en Bandar Delam y que al día siguiente se pondría en contacto con ellos.

—Lo siento, Manuela, pero Duke no se encuentra a bordo. Es Marc Dubois quien lo pilota.

—¿Ha habido algún accidente? —le interrumpió ella con palabras entrecortadas—. ¿Está herido?

—No, nada de eso. Cuando Marc informó hace unos minutos comunicó que Duke se había quedado en Bandar Delam y que le había dicho que llevara consigo al mulá y a su equipo en el vuelo de regreso.

—¿Es eso todo? ¿Estás seguro?

—Sí, mira —dijo Ayre señalando a través de la ventana—. Ahí está.

El «206» llegaba tranquilo bajo el sol. Detrás de él, las montañas Zagros alzaban sus cimas hacia el cielo. Abajo, podían verse las hileras de chimeneas de la inmensa refinería, ardiendo la llama perpetua de los gases superfluos. Tomó tierra en el centro exacto de la plataforma de aterrizaje número uno.

—HXB cerrando —dijo Marc Dubois por la radio.

—Roger, HXB —contestó Massil Tugul, el operador de servicio en la torre de «S-G», un palestino empleado allí desde hacía mucho tiempo. Cambió a la frecuencia principal de la base.

—Aquí base. Ahora no tenemos pájaros en el sistema. Confirmo que HVU y HCF volverán antes del ocaso.

—Muy bien, «S-G».

Hubo un momento de silencio. Luego, a través del canal principal de la base, oyeron una voz que irrumpía brutalmente en farsi, transmitiendo desde el «206». Se mantuvo durante medio minuto. Luego calló.

—Insha'Allah! —farfulló Massil.

—¿Qué diablos ha sido eso? —preguntó Ayre.

—El mulá Hussain.

—¿Y qué diablos ha dicho? —preguntó Ayre olvidándose de que Manuela sabía farsi.

Massil vaciló. Manuela contestó por él, con la cara blanca como el papel.

—El mulá ha dicho: «¡En el Nombre de Dios y en el Nombre del Torbellino de Dios, atacad!». Una y otra vez, solo ha rep… —calló.

Desde el otro extremo del aeropuerto, les llegó el ruido en sordina de disparos. Ayre cogió el micrófono al punto.

—Marc, *à la tour, vite, inmédiatament* —ordenó con un acento excelente. Entonces escudriñó la base que se encontraba a un kilómetro de distancia. Los hombres salían corriendo de sus barracones. Algunos llevaban armas. Varios cayeron al enfrentarse con otros hombres. Ayre abrió una de las ventanas para enterarse mejor. Se oían débiles gritos de «Allah-u Akbarr!», mezclados con el áspero fragor de los fusiles automáticos.

—¿Qué es aquello? Cerca de la puerta, de la entrada principal —dijo Manuela.

Massil se encontraba de pie, a su lado, igualmente sobresaltado y no poco asustado.

Ayre cogió los prismáticos y enfocó hacia aquel punto.

—Dios Todopoderoso, los soldados están disparando hacia la base y… y unos camiones han derribado la puerta…, media docena de ellos…

Green Bands están saltando de los camiones, mulás y soldados…

A través del canal de la base, llegó una voz excitada gritando en farsi. Bruscamente, la comunicación se cortó.

—«En el Nombre de Dios, matad a todos los oficiales que ofrezcan resistencia al Imán Jomeini y tomad posesión…» —tradujo Manuela—. ¡Es la revolución!

Abajo, vieron al mulá Hussain y sus dos Green Bands bajar del «206», con las armas en las manos. El mulá hizo una seña a Dubois indicándole que saliera de la carlinga, pero el piloto se limitó a hacer

un gesto negativo con la cabeza al tiempo que indicaba las palas en movimiento y siguió adelante con el procedimiento de cierre. Hussain vaciló.

El trabajo se había suspendido en todo el recinto «S-G». La gente se asomaba a las ventanas o salía afuera, formando pequeños grupos silenciosos y mirando a través del campo. Aumentó el sonido de disparos. Cerca de allí, el jeep y el camión cisterna que habían de atender al «206», se detuvieron bruscamente en el preciso momento en que los disparos empezaron. Hussain se dirigió hacia el jeep, habiendo dejado a un hombre de guardia junto al helicóptero. El conductor, cuando lo vio acercarse, saltó del vehículo y puso pies en polvorosa. El mulá empezó a maldecirle, pero se instaló en el asiento del conductor junto al Green Band que lo acompañaba y, abandonando la carretera, enfiló hacia los barracones más alejados.

Dubois subió los escalones de tres en tres. Tenía treinta y seis años, era alto y delgado, de cabello oscuro y sonrisa burlona. Alargó al punto la mano estrechando la de Ayre.

—¡Madonna! Qué día, Freddy… Manuela. —La besó cariñosamente en ambas mejillas—. El Duke está muy bien, *chérie*. Solo tuvo una disputa con el mulá el cual le aseguró que no volvería a volar con él. Bandar Delam no está… —se detuvo al darse cuenta por primera vez de la presencia de Massil, y no confiaba en él—. Necesito una copa, caramba.

Vayamos a la residencia de oficiales, ¿os parece?

No fueron allá, Marc les hizo atravesar el asfalto, conduciéndoles al abrigo de un edificio desde donde podían ver y no ser oídos.

—No hay forma de saber del lado de quién está Massil, ¿verdad?

Ni siquiera la mayoría de nuestros empleados. Si al menos ellos mismos lo supieran, pobre gente.

Se escuchó una fuerte explosión procedente del otro extremo del campo. De uno de los cobertizos empezaron a salir llamas y el humo lo invadió todo.

—*Mon Dieu!* ¿No es ese el depósito de combustible?

—No, pero bastante cerca. —Ayre se sentía inquieto. Otra explosión atrajo su atención. Después, mezclada con disparos esporádicos, se produjo la sorda y fuerte detonación de un gran cañón de tanque.

El jeep conducido por el mulá había desaparecido detrás de los barracones. Cerca de la puerta principal, los camiones del Ejército se habían detenido a la buena de Dios. Sus soldados atacantes y los Green Bands desaparecieron dentro de los hangares y barracones. Algunos cuerpos yacían sobre el polvo. Varios soldados del tanque guardaban el bloque donde se encontraba la oficina del comandante del campo, Peshadi, agazapados cerca de la puerta, con las armas preparadas. Otros esperaban apostados en las ventanas del segundo piso. Uno de los hombres disparó una ráfaga con un arma contra media docena de soldados que se precipitaban chillando a través de la plaza para atacar. Otra descarga y todos cayeron muertos, moribundos o gravemente heridos. Uno de estos últimos, medio arrastrándose y a gatas, intentó ponerse a salvo. Los guardias le dejaron alcanzar casi el refugio. Y luego le llenaron el cuerpo de balas.

Manuela gimió y entre los dos la hicieron internarse más al abrigo del edificio.

—Estoy bien —les dijo—. Oye, Marc, ¿cuándo volverá Duke?

—Rudi o Duke llamarán esta noche o mañana, os lo aseguro. *Pas problème!* El Grand Duke está perfectamente. *Mon Dieu*, ahora sí que necesito una copa.

Esperaron un momento. Los disparos decrecieron.

—Vamos —dijo Ayre—. Estaremos más seguros en los barracones.

Se deslizaron a través del recinto hasta uno de ellos, rodeados de cercas blancas y jardines cuidados. En Kowiss no había barracones para matrimonios. Por lo general, dos pilotos compartían los dos dormitorios del barracón.

Manuela les dejó que se sirvieran las copas.

—Y ahora, dime, ¿qué ha ocurrido en realidad? —preguntó Ayre en voz queda.

El francés le informó rápidamente sobre Zataki y el ataque y también sobre la actitud valiente de Rudi.

—El viejo Kraut se merece de veras una medalla —dijo con tono admirativo—. Pero oíd, la noche pasada, los revolucionarios mataron a uno de nuestros trabajadores diurnos. Lo juzgaron y asesinaron en cuestión de cuatro minutos por ser fedayín. Esta mañana, otros canallas han matado a Kyabi.

Ayre estaba horrorizado.

—Pero ¿por qué?

Dubois le refirió el sabotaje en el oleoducto.

—Al regresar Rudi y el mulá —siguió diciendo—. Zataki nos puso en fila a todos y nos dijo que, en efecto, se había fusilado a Kyabi por ser «partidario del Sha y de los satánicos americanos y británicos que durante años habían despojado a Irán y que, por tanto, era enemigo de Dios».

—Pobre Jefe. Dios mío, me resultaba muy simpático, era un buen tipo.

—Sí, y abiertamente contrario a Jomeini. Y ahora, esos bastardos tienen armas…, jamás he visto tantas armas juntas y todos ellos son estúpidos, están locos. —El tono de Dubois se hizo más duro—. El viejo Duke empezó a imprecarles en farsi. Ya había tenido un enfrentamiento con Zataki y el mulá la noche anterior. Ignoramos lo que dijo, pero aquello tomó un cariz muy feo, los bastardos cayeron sobre él y empezaron a darle puntapiés, gritándole cosas. Como era lógico, todos nos lanzamos a la carga, pero entonces se oyó una descarga de metralleta. Nos quedamos inmóviles. También ellos, porque quien disparaba era Rudi. No se sabe cómo, se había apoderado del arma de uno de ellos e hizo nuevos disparos al aire. «Dejadle en paz si no queréis que os mate a todos», gritó apuntando con el arma a Zataki y al grupo que sujetaba a Duke. Lo soltaron. Duke, después de maldecirles profusamente…, *ma foi, quel homme*, hizo un trato: ellos nos dejaban en paz y nosotros los

dejábamos con su revolución, yo volaría hasta aquí con el mulá, Duke se quedaría allí y Rudi conservaría el arma en su poder. Hizo que el mulá y Zataki juraran por Alá que no quebrantarían el contrato, pero aún así, yo no me fiaría de ellos. *Merde*, todos ellos son *merde, mon ami*. Pero Rudi… Rudi estuvo formidable. Ese tipo debería ser francés. Me he pasado todo el día intentando comunicar con ellos sin obtener resultados.

Desde el otro extremo del campo, un tanque de carga «Centurion» avanzaba por una de las calles del complejo de barracones más alejado, luego, giró y enfiló por la calle mayor, frente a la base del cuartel general y la residencia de oficiales. Allí se detuvo con los motores en marcha, grande, achaparrado y mortífero. El largo cañón giró a su vez en busca de un blanco. También las orugas giraron de súbito, el tanque hizo un movimiento de rotación sobre su eje y disparó, diezmando a quienes se encontraban en la segunda planta, donde el coronel Peshadi tenía su despacho. Los defensores retrocedieron ante aquel inesperado ataque. El tanque disparó de nuevo. Grandes bloques de cemento se desplomaron y la mitad del tejado se vino abajo. El edificio empezó a arder.

Pero entonces, desde la planta baja y parte del segundo piso llegó una descarga cerrada contra el tanque. Al punto, dos de los leales salieron por la puerta principal con granadas, las lanzaron a través de las hendiduras del tanque y corrieron a refugiarse. Ambos hombres cayeron bajo una descarga cerrada de metralletas, disparadas desde el otro lado de la calle pero, casi al punto, una terrible explosión se produjo dentro del tanque y este quedó envuelto en llamas y humo. La tapa metálica se abrió y un hombre medio abrasado intentó salir de él. Su cuerpo fue casi arrancado del tanque por otra descarga de metralletas procedente del edificio medio derruido. El viento que soplaba en la base llevaba olor a pólvora, fuego y carne abrasada.

La lucha continuó durante más de una hora. Después terminó. El sol poniente enviaba una luz ensangrentada y había muertos y moribundos por toda la base, pero la insurrección había fracasado al

no haber podido matar al coronel Peshadi o a sus primeros oficiales durante el ataque en la primera incursión, porque no bastaron los soldados y fuerzas aéreas que se pusieron de su lado y tan solo una de las tripulaciones de los tres tanques.

Peshadi estuvo en el tanque que iba en cabeza, ocupándose de la torreta y de todas las comunicaciones radiadas. Reunió a las fuerzas leales, poniéndose al frente del impecable ataque que había desalojado a los revolucionarios de los hangares y de los barracones. Y una vez que los cautelosos, que formaban la mayoría, sentados en la cerca, dubitativos…, en este caso los soldados y las fuerzas aéreas, se dieron cuenta de que la batalla estaba perdida, no vacilaron un solo momento. Al punto, y con el mayor de los celos, afirmaron su indestructible e histórica lealtad a Peshadi y al Sha, cogieron de nuevo las armas que habían arrojado y, con igual celo, empezaron a disparar en Nombre de Dios, contra el «enemigo». Pero eran pocos los que disparaban a matar y aun cuando Peshadi lo sabía, dejó una salida libre y permitió que algunos de los atacantes huyeran. La única orden secreta a sus hombres de confianza había sido, «Muerte al mulá Hussain».

Pero, como quiera que fuese, Hussain había logrado escapar.

—Habla el coronel Peshadi —se escuchó a través de la frecuencia principal de la base y de todos los altavoces—. Gracias sean dadas a Dios, el enemigo ha muerto, está moribundo o ha sido capturado. Doy gracias a nuestras tropas leales. Todos los oficiales y soldados recogerán a nuestros gloriosos muertos que cayeron haciendo el trabajo de Dios, e informarán sobre su número como también del número de enemigos caídos. ¡Doctores y médicos! Que se atienda a todos los heridos sin distinciones. Dios es Grande… ¡Dios es grande! Es la hora de la oración de la tarde. Ahora yo soy mulá y la dirigiré. ¡Todos atenderán para dar gracias a Dios!

En el barracón de Starke, se hallaban Manuela, Ayre y Dubois escuchando a través del intercomunicador de la base. Manuela terminó la traducción de Peshadi en farsi. Ya solo se oía la estática. El humo se cernía sobre la base y el ambiente estaba saturado con

su hedor. Los hombres saboreaban vodka con jugo de naranja en lata, mientras que Manuela bebía agua mineral. Una bombona portátil de gas butano caldeaba agradablemente la habitación.

—Es curioso —dijo pensativa, intentado no pensar en todas aquellas muertes o en Starke, quien aún seguía en Bandar Delam—. Es curioso que Peshadi no haya acabado con un: «Larga vida al Sha». Resulta evidente que ha logrado una victoria. Debe de estar muerto de miedo.

—Yo también lo estaría —dijo Ayre—. Es… —Todos se sobresaltaron al sonar el teléfono intercomunicador de la base. Lo descolgó—. ¿Hola?

—Al habla el comandante Changiz. Humm, capitán Ayre, ¿llegaron hasta su sector de la base? ¿Cómo se encuentran ustedes?

—Bien. Los sublevados no vinieron aquí.

—Gracias a Dios. Todos estábamos muy preocupados. ¿Está seguro de que no hay muertos ni heridos?

—No…, que yo sepa.

—Alabado sea Dios. Nosotros tenemos muchos. Por fortuna, no hay enemigos heridos.

—¿Ninguno?

—Ninguno. Supongo que no le importará si le digo que no deberá informar o hablar de este incidente a nadie por la radio…, a nadie, capitán. Alta seguridad. ¿Me comprende?

—Perfectamente, comandante.

—Bien. Por favor, no escuchen la frecuencia de nuestra base…, aunque para su mayor seguridad nosotros controlaremos la de ustedes. Por favor, no utilicen su radio sin antes consultar con nosotros durante la emergencia —Ayre sintió que la sangre se le subía a la cabeza, pero no dijo palabra—. Por favor, manténgase atentos a un breve comunicado del coronel Peshadi a las ocho de la tarde. Y ahora envíe a Esvandiary y a todos sus Creyentes para las oraciones de la tarde…, de inmediato.

—De acuerdo, pero Excelencia… Esvandiary está de permiso por una semana.

Esvandiary era el gerente de «IranOil» en su base.

—Muy bien. Envíe al resto con Pavoud en cabeza.

—En seguida.

La comunicación fue cortada. Les dijo lo que le habían comunicado y luego se dirigió a hacer correr la voz.

En la torre, Massil se mostró muy inquieto.

—Pero capitán, Excelencia. Estoy de permiso hasta la puesta del sol. Aún han de llegar nuestros dos «212» y el…

—Dijo todos los Creyentes. Inmediatamente. Tus documentos están en orden, vives en Irán desde hace muchos años. El coronel sabe que estás aquí, así que será mejor que vayas…, a menos que tengas algo que temer.

—No. No, nada en absoluto.

Ayre vio el sudor en la frente del hombre.

—No te preocupes, Massil —dijo—. Yo me ocuparé de que nuestros muchachos lleguen sanos y salvos. No te preocupes. Y seguiré aquí hasta que estés de vuelta. No tardarás mucho tiempo.

Se ocupó de acomodar a los «212» a su llegada, esperando luego con creciente impaciencia. Hacía rato que Massil debiera estar de vuelta. Para que el tiempo pasara más de prisa, intentó ocuparse de algún papeleo mas pronto renunció. Tenía la mente confusa. El único pensamiento que le animaba era el de que su mujer y su hijito se encontraban a salvo en Inglaterra…, a pesar del detestable tiempo que hacía allí, y los vendavales, ventiscas y lluvias, y el detestable frío, las detestables huelgas y el detestable Gobierno.

La radio cobró vida. Ya había oscurecido.

—Hola, Kowiss, aquí McIver, en Teherán…

XI

TEHERÁN. EN LA OFICINA DE «S-G»: 6.50 DE LA TARDE.

—Hola, Kowiss —repitió McIver—. Aquí desde Teherán. ¿Me reciben?

—Teherán, aquí Kowiss, Alerta Uno… un minuto…, significando en lenguaje corriente «Espere un minuto, por favor».

—Muy bien, Freddy —dijo McIver dejando el micrófono sobre la mesa escritorio.

Él y Tom Lochart, que había llegado aquella tarde de Zagros, se encontraban en su despacho, en la última planta del edificio que había sido el cuartel general de «S-G» desde que empezara a operar en Irán hacía casi diez años. El edificio tenía cinco plantas con un tejado plano, donde Genny había instalado un delicioso jardín resguardado, completado con sillas, mesas y barbacoa. El amigo de Andrew Gavallan, el general Beni-Hassan, había hecho los mayores elogios del edificio.

—Solo lo mejor para la compañía de Andy Gavallan —había dicho —. Hay espacio para una docena de oficinas y el precio es razonable. Disponéis de espacio en el tejado para vuestro propio generador y la antena de radio. Os halláis situados cerca de la carretera general que va al aeropuerto, el bazar está a un paso, mi cuartel general se encuentra a la vuelta de la esquina, el aparcamiento es adecuado, hay hoteles en proyecto y aquí está la *pièce de résistance!*

El general había mostrado, orgulloso, el retrete a McIver. Era corriente y no muy limpio.

—¿Qué tiene de especial? —preguntó McIver desconcertado.

—Es el único que hay en todo el edificio; en el resto, son comunes…: un agujero en el suelo sobre un desagüe… y si no estás acostumbrado a ponerte en cuclillas, resulta bastante incómodo por no decir difícil. De hecho, es un auténtico fastidio, en especial para las señoras. Las hay que se han escurrido en el agujero con resultados abominables —había dicho el general con jovialidad. Era un hombre apuesto, muy vigoroso y realmente en forma.

—¿En todas partes hay retretes comunes?

—Incluso en las mejores casas, en todas partes, salvo en los hoteles modernos. Si lo piensas bien, Mac, las cuclillas son mucho más higiénicas ya que ninguna parte sensitiva roza con nada extraño. Luego está esto —dijo el general, señalando una pequeña manguera incorporada a la espita del inodoro—. Utilizamos agua para limpiarnos, siempre con la mano izquierda, que es la de la mierda, la derecha la usamos para comer. Ese es el motivo de que nunca se ofrezca nada con la mano izquierda. Son pésimos modales, Mac. En el mundo islámico, jamás se come o bebe nada con la mano izquierda, y no olvides que en la mayoría de los retretes y los servicios comunes no hay manguera, así que hay que utilizar el agua de un cubo si es que se dispone de alguno. Como te he dicho, supone una operación engorrosa, pero es una forma de vida. Y a propósito, en Irán no tenemos zurdos —de nuevo la risita divertida —, la mayoría de los musulmanes no pueden hacer a gusto sus necesidades si no se ponen en cuclillas… son los músculos… así que muchísimos de ellos siguen poniéndose en cuclillas en los asientos occidentales cuando deponen. Extraño, verdad, pero hay que considerar que fuera de las grandes ciudades e incluso en ellas, en la mayor parte de Asia, Oriente Medio, China, India, África, Sudamérica…, no hay siquiera agua corriente.

—Un penique por tus pensamientos, Mac —dijo Lochart.

El alto canadiense se encontraba sentado frente a él, ambos en viejas butacas. La luz eléctrica así como la calefacción estaban al máximo, gracias a su propio generador.

—Pensaba en los servicios comunes —gruñó McIver—. Los aborrezco, y a la condenada agua. Sencillamente, no puedo acostumbrarme a usarlos.

—A mí ya no me molestan, casi no me fijo en ellos. En nuestro apartamento lo tenemos. Sharazad dijo que me haría un regalo de boda, si lo quería, un retrete «occidental», pero le contesté que podía soportar el que había —Lochart sonrió con aire de tristeza—. A mí ahora ya no me molesta, pero te aseguro que era una de las cosas que sacaba a Deirdre de sus casillas.

—A todas las mujeres les pasa lo mismo. Esa es la verdadera pesadilla de todas. También de Genny. Maldito si yo tengo la culpa de que la mayor parte de la gente lo haga así. Menos mal que en el piso disponemos de un auténtico evacuatorio. De lo contrarío, Gen se me hubiera amotinado —McIver maniobró con el volumen del receptor—. Vamos, Freddy —musitó.

De las paredes colgaban muchos mapas, no había cuadros aunque se notaba el rectángulo descolorido de uno retirado recientemente… la fotografía obligatoria del Sha. Afuera, el cielo nocturno aparecía iluminado por fuegos que salpicaban el horizonte de la ciudad a oscuras, no se veían luces ni faroles por parte alguna excepto allí. Disparos de fusiles y armas automáticas, mezclados con los sonidos omnipresentes en la ciudad…, las turbas clamando: Allahhh-u Akbarrr…

—Aquí Kowiss, habla el capitán Ayre. Le oigo perfectamente, capitán McIver —se escuchó de repente a través del altavoz.

Ambos hombres se sobresaltaron y Lochart se incorporó en su asiento.

—Mac, algo va mal, no puede hablar con libertad… Alguien está a la escucha.

McIver pulsó la clavija.

—¿Te ocupas de tu propia radio, Freddy y haces horas extras? —preguntó deliberadamente para asegurarse de que no había error.

—Resulta que estaba aquí, capitán McIver.

—¿Todo cinco por cinco?

Eso significaba potencia máxima de la señal de radio o, en el lenguaje propio de los pilotos, «¿Todo bien?».

Al cabo de una pausa deliberada con la que les indicaba que no era así, repuso:

—Sí, capitán McIver.

—Muy bien, capitán Ayre —dijo McIver para darle a entender que lo había entendido—. ¿Quiere pasarme al capitán Starke?

—Lo siento, señor, no puedo. El capitán Starke sigue todavía en Bandar Delam.

—¿Qué está haciendo allí? —preguntó McIver con brusquedad.

—El capitán Lutz le ordenó que se detuviera allí y que el capitán Dubois completara el viaje ordenado por «IranOil»…, y aprobado por usted.

Starke había logrado conectar con Teherán antes de salir, para explicar a McIver el problema planteado con el mulá Hussain. McIver aprobó el viaje siempre que tuviera el visto bueno del coronel Peshadi y diciéndole que le mantuviera al corriente.

—¿Se espera mañana en Kowiss al «125», capitán McIver?

—Es posible. Aunque nunca se sabe —replicó McIver.

El «125» tenía programada su llegada a Teherán para el día anterior pero, debido a la insurrección que tuvo lugar alrededor del aeropuerto, todas las llegadas hasta el día siguiente, lunes, habían quedado canceladas provisionalmente.

—Nos estamos ocupando de obtener vía libre para un vuelo directo a Kowiss pero es difícil porque el control del tráfico aéreo militar se ha…, anda escaso de personal. El aeropuerto de Teherán está, humm, embotellado, de manera que no podemos sacar a ninguno de los nuestros. Di a Manuela que esté al tanto por si logramos vía libre…

McIver hizo una mueca, tratando de imaginar qué más podía decir cuando cualquiera podía oírle. Se dio cuenta de que Lochart le hacía una seña.

—Déjame a mí, Mac. Freddy habla francés —dijo con voz queda. McIver se animó y se inclinó, agradecido, para darle el micro.

—*Écoute*, Freddy —Lochart empezó a hablar en francés canadiense pues sabía que, incluso a Freddy, cuyo francés era excelente, le resultaba difícil entender—. Los marxistas tienen todavía en su poder el aeropuerto internacional ayudados por los insurgentes de Jomeini y se supone que también algunos de la OLP, y siguen reteniendo la torre. Esta noche corre el insistente rumor de que va a haber un golpe, aprobado por el Primer Ministro, y que, finalmente, las tropas se han puesto en movimiento en todo Teherán con la orden de sofocar los motines y tirar a matar. ¿Cuál es tu problema ahí? ¿Estás bien?

—Sí, no os preocupéis —le oyeron contestar en francés barriobajero—. Se me ha dado la orden de no decir nada, pero aquí, en realidad, no tenemos verdaderos problemas, puedes apostar, pero están escuchando. En Smelly… Un montón de problemas y al Jefe lo han enviado arriba antes de que le llegara el turno… —Smelly era el apodo que utilizaban para referirse a Bandar Delam donde el aire siempre apestaba a gasolina. A Lochart se le desorbitaron los ojos.

—Han matado a Kyabi —dijo a McIver con voz susurrante.

—… pero el viejo Rudi lo tiene todo bajo control y el Duke está bien. Más vale que cortemos, amigo. Están escuchando.

—Entendido. Permanece tranquilo y díselo a los demás si puedes. Y también que nosotros estamos bien. —Sin pausa, reanudó la conversación en inglés—. Y te repito que mañana enviaremos dinero para vuestra gente.

La voz de Ayre adquirió un tono animado.

—¿Sin trucos, amigo?

Lochart no pudo evitar echarse a reír.

—Sin trucos. Mantén en servicio a un operador de radio y volveremos a llamar para informar sobre los progresos. De nuevo el capitán McIver. Insha'Allah! —devolvió el micro a McIver.

—¿Ha tenido noticias de Lengeh ayer u hoy, capitán?

—No, hemos intentado conectar con ellos aunque sin resultado. Es posible que se deba a las manchas solares. Lo intentaré de nuevo

ahora.

—Gracias. Salude al capitán Scragger de mi parte y recuérdele que la semana próxima ha de pasar su revisión médica —McIver sonrió sin ganas. Luego añadió—: Y asegúrese de que el capitán Starke llame tan pronto como regrese.

Cortó la comunicación. Lochart le comunicó cuanto Ayre le había dicho al tiempo que se preparaba otro whisky.

—¿Y yo qué? —preguntó irritado McIver.

—Pero, Mac. Ya sab…

—No empieces tú ahora. Que sea pequeño —pidió y mientras Lochart preparaba los whiskies, él se levantó se acercó a la ventana y miró hacia afuera sin ver nada—. Pobre Kyabi. Ese sí que era un hombre bueno si los hay, bueno para Irán y justo con nosotros. ¿Por qué tenían que asesinarle? ¡Son unos locos! Rudi «ordenando» a Duke y «ordenando» a Marc…, ¿qué diablos significa todo eso?

—Que ha habido dificultades, pero que Rudi lo tiene todo bajo control. Freddy me lo hubiera dicho si Rudi no hubiese…, es muy inteligente y su francés muy bueno para que no hubiera encontrado la manera de hacerlo. Tenía tiempo incluso sabiendo que «ellos» estaban escuchando, quienquiera que «ellos» sean, con mil diablos —dijo Lochart—. Tal vez ocurriera como en Zagros.

En Zagros, los aldeanos de Yazdeh habían llegado con el amanecer, al día siguiente de haber regresado Lochart de su permiso. El mulá de la aldea tenía órdenes de Jomeini de iniciar la insurrección contra «el gobierno ilegal del Sha» y de hacerse con el control de la zona. El mulá había nacido en la aldea y era un profundo conocedor de las montañas, que estaban bloqueadas por la nieve en invierno y accesibles tan solo con enormes dificultades el resto del año. Y además, el jefe de Policía contra quien había de dirigir el levantamiento era sobrino suyo, y Nasiri, el gerente de la base, contra el que también apuntaban, estaba casado con la hija de una hermana de su mujer que por entonces vivía en Shiraz. Y lo que era más importante aún, todos ellos formaban parte de los galezan, una tribu menor del nómada Kash'kai, que se había asentado a

modo de protección, hacía ya siglos, a través de aquella minúscula encrucijada, y el jefe de Policía, de nombre Nitchak Khan, era también su kalandar, el líder elegido de la tribu.

De manera que había consultado con gran corrección con Nitchak Khan, mostrándose este de acuerdo en que debía tener lugar una sublevación contra su enemigo hereditario, el Sha Pahlevi, y que para llevar a cabo la revolución todo aquel que lo deseara podría disparar sus armas a las estrellas y que, con el alba, procedería a la necesaria investidura del aeropuerto de los extranjeros.

Llegaron al amanecer. Armados. Cada uno de los habitantes de la aldea. Nitchak Khan ya no vestía su uniforme de policía, sino una indumentaria tribal. Era mucho más bajo que Lochart, un hombre de músculos endurecidos, enjuto, con manos de hierro y piernas de acero. Llevaba una canana atravesada sobre el pecho y un fusil en las manos. Tal como había sido previamente convenido, Lochart, acompañado por Jean-Luc Sessonne, a petición del Khan, los recibió ante las dos columnas de piedras, apresuradamente colocadas, y que simbolizaban la puerta a la base. Lochart, tras el saludo, reconoció que Nitchak Khan tenía jurisdicción sobre la base. Los dos tercios de las piedras fueron demolidos oficialmente, lo que dio lugar a vítores estentóreos por parte de todos y a que muchas armas fuesen disparadas al aire. Nitchak Khan ofreció ramos de flores a Jean-Luc Sessonne como representante de Francia, agradeciéndole la ayuda prestada a todos los Galezan-Kash'kai por socorrer y ayudar a Jomeini que los había librado de su enemigo, el Sha Pahlevi.

—Gracias a Dios, ese que se llamaba a sí mismo Rey de Reyes, y que se atrevió a cometer sacrilegio al intentar remontar su linaje al de los reyes Ciro y Darío el Grande, hombres de valor y orgullo…, esa Luz de los Arios, ese lacayo de los diablos extranjeros…, ha huido como la amante pintarrajeada de su pachá iraquí.

Después, hubo vibrantes alocuciones por ambas partes, y luego empezó la fiesta. Nitchak Khan, acompañado del mulá, había pedido a Tom Lochart, jefe tribal de los extranjeros en Zagros Tres, que

prosiguiera como antes bajo el nuevo régimen. Lochart había aceptado con gravedad.

—Esperemos que Rudi y sus muchachos sean tan afortunados como vosotros en Zagros, Tom —dijo McIver apartándose de la ventana, sabiendo que no había nada que él pudiera hacer para ayudarles—. Las cosas cada vez se ponen peor. —«El asesinato de Kyabi ha sido terrible —se dijo—, y un mal presagio para nosotros. ¿Cómo diablos puedo sacar a Genny de Teherán y dónde demonios estará Charlie?».

No habían sabido nada de Pettikin desde que el día anterior despegara de mañana con dirección a Tabriz. Su personal de tierra de Galeg Morghi había enviado informes contradictorios: que «Pettikin había sido secuestrado y obligado a volar», no se sabía adónde, por «tres personas desconocidas», o que «tres pilotos de las Fuerzas Aéreas iraníes se habían apoderado del "206" a fin de cruzar la frontera» o también que «los tres pasajeros eran oficiales de alta graduación que huían del país». ¿Por qué en cada uno de los rumores aparecían tres pasajeros?, se preguntaba McIver. Sabía que Pettikin había llegado al aeropuerto sano y salvo porque su coche seguía todavía allí aún cuando el depósito estuviese vacío, la radio destrozada y el coche en un lamentable estado. Bandare Pahlevi, donde tenía que haber repostado, permanecía en silencio… Tabriz apenas si comunicaba. Maldijo *sotto voce*. Aquel había sido un mal día para McIver.

Durante todo el día habían acudido acreedores airados para acosarle, los teléfonos no funcionaban, el télex quedó atascado y fueron necesarias horas antes de que fuese reparado, y su reunión a mediodía con el general Valik, quien, según Gavallan, había prometido que le proveería de dinero semanalmente, había sido un puro desastre.

—Les pagaremos lo que les debemos tan pronto como los Bancos abran.

—Hace semanas que está diciendo lo mismo —dijo McIver con frialdad—. Necesito dinero ahora.

—Nosotros también —repuso a su vez, furioso, el general entre dientes, estremeciéndose de ira, pero plenamente consciente de que los empleados iraníes que ocupan la otra oficina se hallaban, con toda seguridad, a la escucha—. Está teniendo lugar una guerra civil y no puedo abrir los Bancos. Tendrá que esperar. —Era un hombre grueso, de tez oscura, y su cabello empezaba a escasear. General retirado, vestía ropa cara y lucía un reloj, caro también. Bajó aún más la voz—. De no haber sido por esos estúpidos americanos que traicionaron al Sha y le convencieron para que refrenara a nuestras gloriosas Fuerzas Armadas, no nos encontraríamos en esta desgraciada situación.

—Yo soy británico, como muy bien sabe, y esta desgraciada situación la han provocado ustedes mismos.

—Británico o americano, ¿dónde reside la diferencia? Es culpa de ustedes. Ambos países han traicionado a nuestro Sha y a Irán y ahora habrán de pagar por ello.

—¿Con qué? —preguntó McIver con tono acre—. Ustedes tienen todo nuestro dinero en su poder.

—De no haber sido por sus socios iraníes…, por mí en particular, no tendrían nada. Andy no se queja. He recibido un télex de mi respetado colega, el general Javadah, informándome de que Andy firmaba esta semana los nuevos contratos «Guerney».

—Andy dijo que había recibido un télex de usted confirmando su promesa de que nos proveería de metálico.

—Prometí intentarlo. —El general dominó su ira con un ímprobo esfuerzo porque necesitaba la cooperación de McIver. Enjugándose la frente, abrió su cartera. Esta aparecía repleta de billetes grandes en rials, pero la mantuvo cuidadosamente entreabierta para que McIver no pudiera ver su interior. Luego, sacó un pequeño fajo de billetes, cerrando la cartera en seguida. Con parsimonia, contó 500.000 rials, unos 6.000 dólares.

—Aquí tiene —dijo con enorme jactancia, dejando los billetes sobre la mesa y guardando el resto—. La semana próxima, yo o uno de mis colegas le traeremos algo más. Deme el recibo, por favor.

—Gracias —McIver firmó el recibo—. ¿Cuándo nos podr…?

—La semana que viene. Y si los Bancos abren, podremos liquidarlo todo. Siempre hemos cumplido nuestra palabra. Siempre. ¿Acaso no hemos solucionado los contratos «Guerney»? —Valik, acercándose, bajó aún más la voz—. Y ahora tengo un flete especial. Mañana necesito un «212», dispuesto a despegar a cualquier hora de la mañana.

—¿Para ir adónde?

—He de inspeccionar algunas instalaciones en Abadán —dijo Valik y McIver se dio cuenta de que estaba sudando.

—¿Y cómo podré obtener los permisos necesarios, general? Con todo su espacio aéreo controlado militarmente y nos…

—No se preocupe por los permisos, solo ten…

—A menos que tengamos un plan de vuelo aprobado de antemano por los militares es un vuelo ilegal.

—Siempre podrá alegar que solicitó los permisos y que le fueron dados verbalmente. ¿Qué dificultad hay en ello?

—En primer lugar, es contrario a las leyes iraníes, sus leyes. En segundo lugar, e incluso si se ha recibido la autorización de forma oral, siempre tendrá que dar su número de registro al siguiente controlador militar del espacio… Todos los planes de vuelo quedan registrados en el cuartel general de sus Fuerzas Aéreas, y ellos se muestran mucho más exigentes con los helicópteros que con los aviones civiles… Si no se dispone de ese número, el controlador le dice que enfile hasta la próxima base militar y se ponga en contacto con la torre. Y cuando toque tierra, le recibirán muy irritados y con gran corrección y, como es de ley, confiscarán mi aeronave y tanto a los pasajeros como a la tripulación les meterán en la cárcel.

—Entonces, encuentre la manera de hacerlo. Se trata de un viaje muy importante. Los, humm, los contratos «Guerney» dependen de él. Tenga, pues, preparado el «212» a las nueve en punto; digamos…, en Galeg Morghi.

—¿Por qué allí? ¿Por qué no en el aeropuerto internacional?

—Resulta más convincente y tranquilo…, ahora.

McIver frunció el ceño. Valik tenía autoridad para pedir y autorizar ese tipo de vuelos.

—Muy bien. Lo intentaré. —Cogió el bloc de formularios de plan de vuelos, observó que la última copia correspondía al vuelo de Pettikin a Tabriz y se renovó su inquietud… «¿Dónde diablos está?». En el capítulo de Pasajeros inscribió: General Valik, presidente de «IHC». Luego, se lo alargó—. Firme debajo de autorizado, por favor.

Valik apartó el formulario con ademán imperioso.

—No es necesario que mi nombre figure en él… Limítese a poner cuatro pasajeros: mi mujer y mis dos hijos irán conmigo, y llevaremos algo de equipaje. Nos quedaremos en Abadán una semana y luego volveremos. Lo único que usted ha de hacer es tener preparado el «212» a las nueve de la mañana en Galeg Morghi.

—Lo siento, general, los nombres tienen que figurar en la acreditación; de lo contrario, las Fuerzas Aéreas ni siquiera aceptarán el plan de vuelo. Ha de figurar el nombre de todos los pasajeros. Solicitaré el permiso, pero no le doy demasiadas esperanzas.

McIver empezó a escribir los demás nombres.

—¡No, deténgase! No hay necesidad de que figuren ahí. Limitase a indicar que se trata de un vuelo para llevar algunos repuestos a Abadán. Seguramente, usted necesitará enviar algunos allí.

Su transpiración iba en aumento.

—Muy bien, pero primero haga el favor de firmar la autorización con el nombre de todos los pasajeros y su lugar de destino.

El rostro del general se congestionó.

—Limítese a prepararlo sin implicarme a mí. ¡Inmediatamente!

—No puedo. —McIver empezaba a mostrarse también impaciente —. Le repito que los militares querrán saber todo lo referente a «quiénes» y «adónde». Se muestran más pegajosos que una tira matamoscas. Y en la actualidad indagarán más de lo habitual porque hace semanas que no tenemos tráfico alguno en esa dirección.

Teherán no es como en el Sur, allí estamos volando durante todo el día.

—Se trata de un vuelo especial para repuestos. Así de sencillo.

—No es tan sencillo como usted piensa. En Galeg Morghi, los centinelas no le dejarán subir a bordo sin que antes haya presentado la documentación, y tampoco la torre. Puede estar seguro de que les verían subir a bordo —McIver se le quedó mirando exasperado—. ¿Por qué no gestiona usted mismo la salida, general? Dispone de los mejores contactos en Irán. Lo ha demostrado sin lugar a dudas en muchas ocasiones. Para usted no resultará difícil.

—Todas las aeronaves son nuestras. Somos sus propietarios…, ¡sus propietarios!

—Sí, cierto —repuso McIver con un tono tan acre como el del general—, cuando las abonen… Nos deben casi cuatro millones de dólares por pagos retrasados. Si quiere ir a Abadán, es asunto suyo, pero si se descubre que lo hace en un helicóptero «S-G» con documentación falsa, que yo debo firmar, usted recalará en la cárcel, su familia también, junto conmigo y el piloto, el aparato nos será confiscado y cerradas nuestras oficinas definitivamente.

Solo de pensar en la cárcel se le revolvía el estómago. Si tan solo la décima parte de las historias que circulaban sobre SAVAK y las cárceles iraníes eran ciertas, no resultaban, precisamente, los lugares ideales para visitar.

Valik logró contener su ira, y se sentó con una sonrisa forzada.

—No hay necesidad de que discutamos, Mac, hemos trabajado mucho tiempo juntos. Yo le pagaré con creces. A usted y al piloto. —Abrió la cartera—. ¿Eh? Doce millones de rials para los dos.

McIver, confuso se quedó mirando el dinero. Doce millones eran unos ciento cincuenta mil dólares, alrededor de cien mil libras esterlinas. Sacudió la cabeza desconcertado.

—Muy bien —dijo Valik al punto—. Doce millones para cada uno de los dos más gastos. La mitad ahora y el resto cuando estemos a salvo en el aeropuerto de Kuwait, ¿de acuerdo?

McIver apartó la mirada de todo aquel dinero y clavó los ojos en los del hombre que se sentaba frente a él.

—¿Qué sabe usted que nosotros ignoramos?

—¿De qué me está hablando? —empezó a decir Valik jactancioso —. No sé a qué…

—Algo ha ocurrido. ¿De qué se trata?

—He de salir de aquí con mi familia —dijo Valik ya al borde de la desesperación—. Corren rumores terribles…, golpe de estado o guerra civil, con Jomeini o sin él, estoy…, estamos marcados. ¿Lo comprende? Se trata de mi familia, Mac. He de salir de aquí hasta que las cosas se calmen. Doce millones a cada uno, ¿eh?

—¿Qué rumores?

—¡Rumores! —Valik casi escupió la palabra—. Obtenga esa autorización como pueda. Pagaré por anticipado.

—No lo haré por mucho dinero que me ofrezca. Ha de ser legal.

—¡Estúpido hipócrita! ¡Legal! ¿Cómo han estado ustedes operando durante todos estos años en Irán? ¡Pishkesh! ¿Cuánto han pagado ustedes bajo mano o a los agentes de aduanas? ¡Pishkesh! ¿Cómo cree que logramos contratos, eh? ¿Los contratos de «Guerney»? ¡Pishkesh! Poniendo dinero sin hacer alharacas en las manos apropiadas. ¿Acaso es tan estúpido que todavía no conoce las maneras iraníes?

—Estoy al corriente del pishkesh, no soy estúpido y conozco las maneras iraníes —repuso McIver con igual brusquedad—. Desde luego, Irán tiene su propio estilo. La respuesta sigue siendo no.

—Entonces, usted será el responsable de la sangre de mis hijos y de mi mujer. Y de la mía.

—¿Qué intenta decirme?

—¿Acaso teme la verdad?

McIver se le quedó mirando. La mujer y los dos hijos de Valik eran unas de las personas preferidas de Genny. Y también de él mismo.

—¿Por qué está tan seguro?

—Tengo…, tengo un primo en la Policía. Vio una…, una lista secreta del SAVAK. Van a detenerme pasado mañana, junto con otras muchas personalidades prominentes para calmar a… a la oposición. Y mi familia. Ya sabe el trato…, ya sabe el trato que pueden llegar a dar a las mujeres y a los niños ante los… —Valik no pudo terminar la frase.

Las defensas de McIver se desmoronaron. Todos habían oído espantosas historias de mujeres y niños torturados delante de los detenidos para obligarles a hacer lo que ellos querían o, simplemente, por maldad.

—Muy bien —dijo McIver sin más excusas que aducir, sintiéndose desmoralizado y consciente de que estaba acorralado—. Lo intentaré, pero no creo que obtenga la autorización. Y ustedes no deberían dirigirse hacia el sur, a Abadán. Sería preferible que fuesen a Turquía. Tal vez podríamos llevarles en el helicóptero hasta Tabriz y allí sobornar a quien fuera necesario para atravesar la frontera en un camión. Usted debe tener amigos allí. No puede establecer la recogida en Galeg Morghi…, no hay manera de que pueda subir furtivamente a bordo con Annoush y los niños, ni siquiera podrá entrar en el aeropuerto militar sin que lo descubran. Tendría que…, tendrían que recogerles en las afueras de Teherán. En algún lugar alejado de las carreteras y fuera del alcance del radar.

—Muy bien, pero ha de ser Abadán.

—¿Por qué? Así reduce sus posibilidades a la mitad.

—Tiene que ser así. Mi familia…, mi padre y mi madre llegarán allí por carretera. Desde luego tiene usted razón en lo de Galeg Morghi. Podrían recogernos fuera de Teherán en… —Valik reflexionó un instante, luego, continuó hablando presuroso—, en el cruce sur del oleoducto con el río Zehsan…, se halla alejado de la carretera y es seguro. Estaremos allí a las once de la mañana. Y que Dios le bendiga, Mac. Si, si usted solicita autorización para llevar los repuestos, yo…, yo me ocuparé de que la aprueben. Por favor, se lo ruego.

—Pero ¿dónde repostaremos? Cuando tomemos tierra para hacerlo, es posible que el empleado les descubra a ustedes e inmediatamente serán detenidos.

—Solicite repostar en la base militar de Isfahán. Yo me ocuparé de Isfahán. —Valik se limpió el sudor de la cara.

—¿Y si algo sale mal?

—Insha'Allah! Usted solicitará la autorización para los repuestos, sin dar nombres. De lo contrario, seré hombre muerto y, algo peor todavía, Annoush, Jaral y Setarem también. ¡Por favor!

McIver sabía que aquello era una locura.

—Solicitaré la autorización para los repuestos solo hasta Bandar Delam. A medianoche sabré si la han aprobado… Enviaré a alguien a recogerla y que me la traiga al apartamento. Ello me dará tiempo para reflexionar sobre todo esto y tomar una decisión. En pro o en contra.

—Pero ust…

—A medianoche.

—Sí. Muy bien. Allí estaré.

—¿Y qué me dice de sus otros socios?

—Ellos…, ellos no saben nada de esto. El emir Paknouri o cualquiera de los otros actuarán en mi nombre.

—¿Y qué hay de los pagos semanales?

—Ellos los harán. —Valik se enjugó la frente de nuevo—. Que las Bendiciones de Dios lo acompañen. —Se puso el abrigo y se encaminó hacia la puerta. La cartera quedó sobre la mesa.

—Llévese esto.

Valik se volvió.

—¿Entonces, quiere que le pague en Kuwait? ¿O en Suiza? ¿Qué moneda prefiere?

—No habrá pago alguno. Usted autorice un viaje. Acaso podamos llevarle hasta Bandar Delam… A partir de ahí, se las arreglará por sí solo.

Valik se le quedó mirando incrédulo.

—Pero… Aún así necesitará dinero para gastos, para pagar al, hummm, al piloto o para cualquier otra cosa.

—No. Pero puede darme un anticipo de cinco millones de rials a cuenta del dinero de la asociación, y que necesitamos desesperadamente —McIver garrapateó un recibo y se lo alargó—. Si usted no se encuentra aquí, es posible que el Emir o los otros no se muestren tan generosos.

—Los Bancos abrirán sus puertas de nuevo la semana próxima, estamos seguros de ello. Sí, completamente seguros.

—Bueno, esperemos que sea así y que nos sea pagado lo que se nos debe. —Observó la expresión de Valik, le vio contar el dinero consciente de que Valik le creía un loco al no haber aceptado el pishkesh, y sabiendo también, con toda seguridad, que Valik intentaría sobornar al piloto, quienquiera que fuese, para que les hiciera atravesar el último trecho, si es que el helicóptero lograba salir del espacio aéreo de Teherán…, y eso resultaría en un verdadero desastre.

Y ahora ya, solo en su oficina, con la mirada fija en la noche a través de la ventana, sin oír siquiera el tiroteo ni ver los destellos que ocasionalmente iluminaban la ciudad a oscuras, pensaba: «¡Dios mío, el SAVAK! Tengo que intentar ayudarle, he de hacerlo. Esos pobres niños y la mujer. ¡Tengo que hacerlo! ¿Y cuando Valik intente sobornar al piloto, aun cuando yo le haya advertido?, ¿será este capaz de negarse?». Si Valik en aquellos momentos había ofrecido doce millones, doblaría la cifra en Abadán posiblemente. «A Tom le vendría muy bien ese dinero, y a Nogger Lane, como también a mí o a cualquiera. Solo por un vuelo corto a través del Golfo…; corto, aunque en una sola dirección, y sin retorno. Y como quiera que sea, ¿de dónde diablos habrá sacado Valik todo ese dinero? De un Banco, por supuesto».

Durante semanas, habían corrido rumores de que, pagando una cierta cantidad, algunas personas bien relacionadas podían sacar dinero de Teherán, aun cuando los Bancos estuvieran oficialmente cerrados. O también que, a cambio del pago de una cantidad más

elevada, conseguir la transferencia de dinero a una cuenta numerada en Suiza. Los rumores afirmaban que los Bancos suizos empezaban a gemir bajo el peso del dinero que llegaba al país. Miles de millones. Mediante unos cuantos millones depositados en la palma de la mano apropiada, cualquier cosa era posible. «¿Acaso no ocurre así en todo Asia? Seamos justos, ¿por qué solo en Asia? ¿No es una realidad en todo el mundo?».

—Tom —dijo con voz cansada—, intenta ponerte en contacto con el control militar de tráfico y mira si han autorizado el «212», ¿quieres?

En lo que a Lochart se refería aquel era, sencillamente, un vuelo rutinario… McIver solo le había dicho que ese mismo día había visto a Valik y que el general le había entregado algún dinero. Pero nada más. Aún tenía que decidirse sobre el piloto que realizaría el vuelo, deseando haber podido ser él mismo quien lo hiciera sin tener que poner en peligro la vida de otra persona. «¡Maldita revisión médica! ¡Maldito reglamento!».

Lochart se acercó a la emisora. En aquel momento, se oyeron ruidos en la otra oficina y la puerta fue abierta de par en par. Un jovenzuelo, con un fusil automático al hombro y un brazalete verde en el brazo, apareció en el umbral. Una media docena de otros jóvenes le acompañaba. El personal iraní se mantenía a la espera, petrificado. El joven, después de mirar a McIver y Lochart, consultó una lista.

—Salaam, Agha, ¿capitán McIver? —preguntó a Lochart en un inglés vacilante y con fuerte acento.

—Salaam, Agha. No, el capitán McIver soy yo —indicó McIver incómodo ya que lo primero que se le ocurrió fue: «¿Pertenecen estos al mismo grupo que asesinó a Kyabi?». Su segundo pensamiento fue: «Genny debió irse con los otros, debí haber insistido para convencerla». Y el tercero sobre los fajos de rials que sobresalían de la cartera abierta que se encontraba en el suelo, junto al perchero.

—Ah, sí —dijo el joven, cortés. De ojeras oscuras, y facciones enérgicas, aun cuando McIver calculaba que rondaría los veinticinco años, tenía mirada de anciano—. Aquí peligro. Para ustedes aquí. Ahora. Váyanse, por favor. Somos el comité de esta manzana. Por favor, vayan. Ahora.

—Muy bien. De acuerdo…, gracias.

Anteriormente, y por dos veces, McIver había considerado prudente evacuar las oficinas, debido a los motines y disturbios existentes en las calles de alrededor, aun cuando, y de forma sorprendente considerando su gran número, las turbas se habían mostrado muy disciplinadas, ocasionando escasos daños a la propiedad o a los europeos…, salvo con los automóviles aparcados en las calles. Aquella era la primera vez que alguien había acudido personalmente para advertirle. Obedeciendo las indicaciones, McIver y Lochart se pusieron los abrigos, McIver cerró la cartera y, junto a los demás, inició la salida. Apagó las luces.

—¿Cómo tener luz cuando nadie más? —preguntó el líder.

—Tenemos nuestro propio generador. En el tejado.

El joven esbozó una sonrisa, brillándole muy blanca la dentadura.

—Extranjeros tienen generadores y calor. Iraníes no.

McIver se dispuso a contestar mas lo pensó mejor.

—¿Recibido usted mensaje? ¿Mensaje de irse? ¿Mensaje hoy?

—Sí —repuso McIver. Un mensaje había llegado a la oficina y otro se lo encontró Genny en el buzón de su apartamento. Decían tan solo: El 1.º de diciembre fueron advertidos que debían irse. ¿Por qué siguen todavía aquí si no es como enemigos? Les queda poco tiempo. (Firmado). Los universitarios partidarios de la República Islámica de Irán—. ¿Es usted…, son ustedes los representantes de la universidad?

—Somos su Comité. Ahora irse, por favor. Enemigos mejor no volver jamás, ¿no?

McIver y Lochart salieron de la oficina. Los revolucionarios los siguieron escaleras abajo, ya que el ascensor hacía semanas que no funcionaba.

La calle aún se mantenía despejada, sin turbas ni disparos. El fuego seguía escuchándose distante.

—No volver. Tres días.

McIver se les quedó mirando.

—Eso no es posible. Tengo muchas co…

—Peligro. —El muchacho, junto con los otros igualmente jóvenes, esperaron, silenciosos y vigilantes. No todos llevaban armas. Dos de ellos enarbolaban cachiporras. Otros dos iban cogidos de la mano—. No volver. Muy malo. Tres días dice Comité. ¿Entendido?

—Sí; pero uno de nosotros ha de repostar el generador, pues, de lo contrario, el télex se parará y entonces perderemos el contacto y…

—Télex no importante. No volver. Tres días.

El joven les indicó pacientemente que se fueran.

—Aquí peligro. No olvidar, por favor. Buenas noches.

McIver y Lochart subieron a sus respectivos coches que tenían cerrados con llave en el garaje subterráneo del edificio, plenamente conscientes de las miradas envidiosas. McIver conducía un cupé de cuatro asientos «Rover» del 65, al que llamaba Lulú y que conservaba impecable. En cuanto a Lochart, Scot Gavallan le había prestado su coche, un pequeño y baqueteado «Citroén» viejo que conservaba deliberadamente con pobre aspecto, aunque el motor había sido sustituido por otro de gran potencia, los frenos estaban en perfectas condiciones y, llegado el caso, podía correr a gran velocidad. Se alejaron y se detuvieron a la misma altura al dar vuelta a la segunda esquina.

—Esas ratas hablaban en serio —dijo McIver furioso—. ¿Tres días? No puedo dejar la oficina durante tres días.

—Claro. Y ahora, ¿qué? —Lochart miró por el retrovisor. Los jóvenes habían dado vuelta a la esquina y los observaban—. Más vale que nos vayamos —dijo presuroso—. Me reuniré contigo en tu apartamento.

—Sí, mejor por la mañana, Tom. Ahora ya no podemos hacer nada.

—Pero me disponía a regresar a Zagros…, debería haberme ido hoy.

—Lo sé. Quédate mañana. Puedes irte pasado mañana. Nogger se ocupará del viaje, siempre que nos den la autorización, claro, algo que dudo mucho. Ven alrededor de las diez.

McIver vio a los jóvenes que empezaban a caminar en su dirección.

—Alrededor de las diez, Tom —dijo rápidamente. Soltó el embrague y se alejó maldiciendo.

Los jóvenes le vieron irse con gran contento de su líder, Ibrahim, que no deseaba enfrentarse con extranjeros como tampoco matarlos…, ni llevarlos a juicio. Solo al SAVAK. Y a la Policía culpable. Y a los enemigos de Irán, en el interior de Irán, que querían que el Sha retornara. Y a todos los totalitarios marxistas traidores que se oponían a la democracia, a la libertad de religión y a la libertad de educación en las universidades.

—¡Cómo me gustaría tener ese coche! —exclamó uno de ellos, casi fuera de sí por la envidia—. Era del 68, ¿no, Ibrahim?

—Del 65 —dijo este—. Algún día tendrás uno igual, Alí, y gasolina para ponerle. Un día serás el escritor y poeta más famoso de todo Irán.

—Resulta repugnante ver a ese extranjero haciendo tanto alarde de riqueza cuando hay tanta pobreza en Irán —dijo otro.

—Pronto se habrán ido. Para siempre.

—¿Crees que esos dos volverán mañana, Ibrahim?

—Espero que no —contestó con una risa cansada—. Si vienen, no sé lo que nosotros haremos. Creo que les hemos dado un buen susto. Aún así, habremos de visitar este lugar dos veces al día.

Un joven que enarbolaba una cachiporra le pasó el brazo afectuosamente por los hombros.

—Estoy contento de haberte votado para que seas nuestro líder. Nuestra elección ha sido perfecta.

Todos se mostraron de acuerdo. Ibrahim Kyabi se sentía muy orgulloso, y también lo estaba de formar parte de la Revolución que acabaría con todos los problemas de Irán. Y no menos orgulloso de su padre, ingeniero petrolífero y un alto funcionario de la «IranOil», quien durante años había trabajado pacientemente por la democracia en Irán, en oposición al Sha y que, seguramente, sería una voz poderosa en el nuevo y glorioso Irán.

—Vamos, amigos —dijo satisfecho—. Aún nos quedan varios edificios por investigar.

XII

EN LA ISLA SIRI: 7.42 DE LA TARDE. A poco más de mil kilómetros al suroeste de Teherán, la carga del *Rikomaru*, el petrolero japonés de cincuenta mil toneladas, estaba casi terminada. El Golfo aparecía bien iluminado por la luna, la noche era tibia y muy estrellada y Scragger había aceptado acudir a bordo junto con De Plessey para cenar en compañía de Yoshi Kasigi. En aquellos momentos, los tres se hallaban con el capitán en el puente. La cubierta, profusamente iluminada, les permitía observar a los marineros de cubierta japoneses y al ingeniero jefe cerca de la inmensa tubería de admisión que pasaba sobre la borda hasta el conjunto de válvulas de la gabarra de carga de petróleo, permanentemente anclada, flotando al costado del petrolero, y también iluminada con focos.

Se encontraban a unos doscientos metros de la plana isla de Siri. El petrolero estaba perfectamente anclado, con sus dos cadenas de proa fuertemente sujetas a unas boyas situadas delante de sí y con dos anclas a popa. El crudo era bombeado desde los tanques de almacenaje en la playa a través de un oleoducto situado en los fondos marinos, subía hasta la gabarra y desde ella, a través de su propio sistema de tuberías, llegaba a los tanques del petrolero. Las operaciones de carga y descarga eran siempre peligrosas, a causa de los gases volátiles altamente explosivos que se generaban en los tanques en los espacios vacíos que quedaban sobre el crudo, siendo los tanques sin carga todavía más peligrosos hasta que eran lavados. En los tanques más modernos, para una mayor seguridad, el nitrógeno, un gas inerte, era bombeado a un espacio vacío en cada

tanque para que fuese expelido luego a voluntad. El *Rikomaru* no llevaba ese equipamiento.

—Cerrad esa válvula —oyeron cómo gritaba el ingeniero jefe a los hombres que se encontraban en la gabarra. Luego, se volvió hacia el puente e hizo la señal de luz verde al capitán—. ¿Permiso para hacernos a la mar lo más pronto que podamos? —preguntó a Kasigi en japonés.

El capitán era un hombre delgado, de rostro enjuto, que vestía una camisa almidonada y shorts, con calcetines y zapatos blancos, charreteras y una gorra con visera, tipo marino.

—Sí, capitán Moriyama. ¿Cuánto tiempo necesitará?

—Dos horas todo lo más… lo que tardemos en recoger todo y soltar las cadenas de popa, amarradas a boyas fijas, y sujetarlas a las anclas del barco.

—Bien —dijo Kasigi. Después, se dirigió en inglés a De Plessey y Scragger—. Ya está todo cargado y dispuesto para zarpar. Unas dos horas más y nos hallaremos navegando.

—Excelente —dijo De Plessey, igualmente aliviado—. Ahora, vamos a tomarnos un respiro.

La operación se había desarrollado a la perfección. Se había reforzado la seguridad en toda la isla así como en el petrolero. Todo cuanto tenía que revisarse se había revisado. Solo se había permitido subir a bordo a tres iraníes realmente esenciales, cada uno de los cuales había sido sometido a un minucioso registro previo, y siendo cuidadosamente vigilado cada uno por un miembro de la tripulación japonesa. No existían indicios de actitudes hostiles en ninguno de los demás iraníes que se encontraban en la playa. Se habían registrado cuidadosamente todos aquellos lugares en los que pudieran esconderse explosivos o armas.

—Tal vez el pobre muchacho de Siri Uno estuviera equivocado, Scrag, *mon ami*.

—Tal vez —repuso Scragger—. De todas maneras, amigo, yo creo que el joven Abdollah Turik fue asesinado. Nadie se produce

semejantes mutilaciones en la cara y los ojos al caer desde una plataforma a una mar en calma. Pobre muchacho.

—Los tiburones, capitán Scragger —alegó Kasigi igualmente inquieto—. Los tiburones podían haberle causado esas heridas.

—Eso es cierto. Pero apostaría mi vida a que ha sido a causa de lo que me contó.

—Espero que esté equivocado.

—Apuesto a que jamás sabremos la verdad —dijo Scragger con expresión triste—. ¿Cómo era esa palabra, Mr. Kasigi? Karma. El karma de ese pobre chico fue breve y nada venturoso.

Los otros asintieron. Observaron en silencio cómo separaban al buque del cordón umbilical de la gabarra.

Scragger se situó para ver mejor a un lado del puente. A la luz de nuevos focos, los trabajadores estaban desenroscando laboriosamente la tubería de treinta centímetros del complejo de válvulas de la gabarra. Eran seis hombres los que estaban trabajando en ello. Dos miembros de la tripulación japonesa, tres iraníes y un ingeniero francés. Ante él se extendía la inmensa y lisa cubierta y en el centro de ella se encontraba su «206». Se había posado allí siguiendo la sugerencia de De Plessey y con el permiso de Kasigi.

—Te llevaré de nuevo a Siri o a Lengeh, como tú quieras, Beaut —había dicho Scragger al francés.

—Yoshi Kasigi ha sugerido que nos quedemos los dos esta noche, Scrag, y nos vayamos por la mañana. Supondrá un cambio para ti. Podemos salir de madrugada y regresar a Lengeh. Sube a bordo. Te lo agradecería.

De manera que, al ponerse el sol, había aterrizado en el petrolero, sin saber siquiera por qué había aceptado aquella invitación, pero tenía un pacto con Kasigi y debía hacer honor a él. También se sentía terriblemente responsable por la muerte del joven Abdollah Turik. La vista de los restos del muchacho le habían causado una profunda impresión, despertando en él el deseo de permanecer en Siri hasta que el petrolero zarpara. De modo que allí

estaba, intentando comportarse como un buen invitado, mostrándose casi de acuerdo, aunque sin convicción, con la teoría de De Plessey de que quizá, después de todo, la muerte del joven no fuese más que una coincidencia y que las precauciones de seguridad que habían tomado harían fracasar cualquier intento de sabotaje.

Desde que el día anterior empezaran con las operaciones de carga, todos habían estado en extremo nerviosos. Y esa noche aún más. Las noticias de la «BBC» habían sido pésimas, informando de enfrentamientos cada vez más violentos en Teherán, Meshed y Qom. Para empeorarlo, tenían el informe de McIver que Ayre había transmitido cautelosamente en francés desde Kowiss…, noticias sobre la creciente intervención en el Aeropuerto Internacional de Teherán, el posible golpe de Estado y Kyabi. El asesinato de este también había sobresaltado a De Plessey. Y todo ello, junto a la continua marea de rumores y desmentidos entre los iraníes, dio un tono sombrío a la velada. Rumores de una inminente intervención militar de Estados Unidos, de una inminente intervención soviética, de los intentos de asesinato de Jomeini, de su primer ministro Bazargan, de Bajtiar, el Primer Ministro legítimo, del embajador americano. Rumores de que aquella noche iba a tener lugar el golpe militar en Teherán, de que Jomeini ya había sido detenido, de que todas las fuerzas armadas habían capitulado, de que Jomeini gobernaba Irán de facto y que el general Nassiri, jefe de SAVAK, había sido capturado, juzgado y fusilado.

—Todos estos rumores no pueden ser ciertos —observó Kasigi—. Y no hay nada que podamos hacer salvo esperar.

Había sido un anfitrión perfecto. Los manjares, en su totalidad, fueron japoneses. Incluso la cerveza. Scragger había tratado de disimular su desagrado ante las hors d'oeuvre de sushi, pero disfrutó enormemente con el pollo asado acompañado de una sabrosa salsa dulce, el arroz y las gambas y hortalizas bien fritas, en mantequilla.

—¿Otra cerveza, capitán Scragger? —le ofreció Kasigi.

—No, gracias. Una es lo más que me permito, aunque reconozco que es buena. Quizá no tanto como la «Foster's» pero se le acerca mucho.

De Plessey sonrió.

—Ese sí que es un verdadero cumplido. Mr. Kasigi. Que un australiano diga que una cerveza se parece mucho a la «Foster's» es una gran alabanza.

—Sí, lo sé, Mr. De Plessey. Y entre nosotros, yo prefiero la «Foster's».

—¿Pasa mucho tiempo allí? —le preguntó Scragger.

—Sí, claro —dijo Kasigi—. Australia es uno de los principales proveedores de Japón de todo tipo de materias primas. Mi compañía tiene inmensos buques de carga para el transporte de carbón, mineral de hierro, trigo, arroz, semillas de soja. Importamos enormes cantidades de su arroz, aunque gran parte de él se dedica a la fabricación de nuestra bebida nacional, el sake. ¿Lo ha probado alguna vez, capitán?

—Sí, en una ocasión. Pero el vino caliente…, el sake, no es de mi gusto.

—Estoy de acuerdo —asintió De Plessey, apresurándose luego a añadir—: salvo en invierno, como el ponche caliente. ¿Decía de Australia…?

—Me gusta mucho el país. Además, mi hijo mayor estudia en la Universidad de Sidney, así que lo visitamos de vez en cuando. Es una tierra maravillosa…, tan vasta, tan rica, tan despoblada.

«Sí —se dijo Scragger ceñudo—. Quieres decir, tan despoblada a la espera de que tus millones de hormigas trabajadoras la llenen. Gracias a Dios, nos separan algunos miles de kilómetros y Estados Unidos jamás permitirían que nos invadieseis».

—¡Tonterías! —le había dicho McIver en cierta ocasión durante una discusión amistosa cuando él, McIver y Pettikin estuvieron en Singapur con una semana de permiso dos años antes. Si, en un momento dado, Japón eligiera la ocasión propicia, por ejemplo, cuando Estados Unidos estuviesen enzarzados con la Unión

Soviética, no se encontrarían en situación de ayudar a Australia. Creo que harían un trato y…

—A Dirty Duncan se le han aflojado los tornillos, Charlie —había dicho Scragger.

—Tienes razón —asintió Pettikin—. Solo quiere pincharte, Scrag.

—No, de ninguna manera. Vuestro verdadero protector es China. Pase lo que pase, China estará ahí siempre. Y solo China se encontrará en situación de detener a Japón si este, alguna vez llegara a ser lo bastante fuerte y combativo para avanzar hacia el sur. Santo Cielo, Australia es el Gran Premio de todo el Pacífico, el cofre de los tesoros del Pacífico, pero eso no le preocupa a ninguno de vuestros pobres diablos, ellos no se molestan en preparar planes o en poner a trabajar sus cabezotas. Todo lo que les importa a esos condenados son tres días libres a la semana, con salarios más altos a cambio de menos horas de trabajo, condenadas escuelas gratis, condenada asistencia médica gratis, bienestar libre y dejar que algunos otros estúpidos se ocupen de la Defensa… ¡Sois peores que la pobre y condenada vieja Inglaterra que no tiene nada! El auténtico tes…

—Tenéis el petróleo del mar del Norte. Si eso no es una endiablada suerte yo…

—La verdadera dificultad estriba en que vuestros condenados imbéciles antípodas son incapaces de distinguir el culo de un boquete en la pared.

—¡Siéntate, Scrag! —le advirtió Pettikin—. Estuviste de acuerdo en que no habría peleas. Ninguna. Si intentas sacudir a Mac cuando no está «alegre», acabarás en el sumidero. Puede que tenga la presión alta… pero sigue siendo cinturón negro.

—¿Yo sacudir a Dirty Duncan? Debes estar bromeando, amigo, yo no me ensaño con viejos tontos…

Scragger sonrió para sí, recordando la juerga que acababa con todas las discusiones. «Singapur es un buen lugar», se dijo, volviendo su atención al barco, sintiéndose mejor, bien alimentado y muy contento de que la carga hubiera terminado.

La noche era fantástica. Sobre su cabeza vio las parpadeantes luces de navegación de un avión en dirección Oeste y por un momento se preguntó dónde se dispondría a aterrizar, a qué línea aérea pertenecería y cuantos pasajeros llevaría a bordo. Su visión nocturna era excelente y pudo observar que los hombres de la gabarra casi habían terminado de desenroscar la tubería. Una vez izada a bordo, el buque podría zarpar. De madrugada, el *Rikomaru* se encontraría en el estrecho de Ormuz y entonces él despegaría y regresaría a casa, en Lengeh, junto con De Plessey.

Pero entonces con su penetrante vista distinguió a unos hombres alejarse corriendo del empalme de bombeo pobremente iluminado, justo a la orilla de la playa. Centró su atención en ellos.

Se produjo una pequeña explosión, seguida de una llamarada al prenderse el petróleo. Todos cuantos se encontraban a bordo lo vieron horrorizados. Las llamas empezaron a extenderse y, desde la playa, les llegaron gritos en persa y francés. Los hombres salían corriendo de los barracones y de la zona en la que los tanques de almacenaje se encontraban. En la oscuridad, hubo un súbito destello de ametralladora y a continuación, el siniestro y seco tableteo. A través del sistema de altavoces del petrolero se escuchó la voz del capitán hablando en japonés.

—¡Accionad los surtidores!

Los hombres que trabajaban en la gabarra redoblaron al punto sus esfuerzos, aterrados ante la posibilidad de que el fuego se propagara por dentro de la tubería hasta la gabarra haciendo que esta saltase por los aires. Tan pronto como la boca se desprendió de la válvula, los iraníes pasaron presurosos a su pequeña lancha ligera y se alejaron veloces, terminado su trabajo. El ingeniero francés y los marineros japoneses se precipitaron hacia la plancha, mientras la cubierta del petrolero empezaba a cobrar vida al tirar de la tubería para subirla a bordo.

Debajo de las cubiertas, la tripulación se había situado en posiciones de emergencia, unos en la sala de máquinas, otros en el puente y el resto en las principales pasarelas. Momentáneamente,

los tres iraníes que vigilaban el caudal de petróleo en diversas partes del buque quedaron solos. Corrieron presurosos a cubierta.

Uno de ellos, Sahid, simuló que tropezaba y cayó cerca del tubo de entrada del tanque principal. Una vez seguro de que nadie lo observaba, se abrió los pantalones rápidamente y sacó un pequeño artefacto explosivo de plástico que les había pasado inadvertido a quienes le registraron al subir a bordo. Lo llevaba adherido a la parte superior de la cara interna del muslo. Presuroso, activó el detonador químico, que tardaría en explotar alrededor de una hora, introdujo el artefacto por detrás de la válvula principal y corrió hacia la pasarela. Al llegar a la cubierta, descubrió, aterrado, que los hombres de la gabarra no habían esperado y que la lancha se hallaba casi a la orilla de la playa. Los otros dos iraníes estaban parloteando excitados, igualmente furiosos de que los hubieran dejado a bordo. Ninguno de los dos era miembro de su célula izquierdista.

En la playa, el petróleo derramado ardía sin control, pero habían cerrado el suministro dejando así aislada la rotura. Tres hombres, uno francés y los otros dos iraníes, habían sufrido quemaduras graves, El camión de bomberos móvil arrojaba incesantemente agua de mar sobre las llamas, bombeándolas del Golfo. No soplaba viento y el negro y sofocante humo hacia más difíciles las operaciones de extinción.

—Echad espuma sobre él —gritó Legrande, el gerente francés, casi fuera de sí de ira, intentaba poner orden, pero todo el mundo iba de un lado para otro bajo los focos, sin saber qué hacer—. Reúne a todos, Jacques, y contemos las cabezas. Lo más rápidamente que puedas.

El total de efectivos en la isla estaba compuesto por siete franceses y treinta iraníes. Los tres hombres de Seguridad desaparecieron en la oscuridad, desarmados, salvo por unas cachiporras que habían hecho apresuradamente, sin saber qué otro acto de sabotaje podían esperar o por parte de quién.

—Monsieur! —El médico iraní hacía señas a Legrande para que se acercara.

Bajó por la playa hacia el conjunto de tuberías y válvulas que unían los tanques con la gabarra. El medico se encontraba arrodillado junto a dos de los hombres que habían sufrido quemaduras y que yacían sobre una lona, inconscientes y bajo los efectos de una conmoción. Uno de ellos tenía el cabello completamente chamuscado y sufría quemaduras graves en toda la cara; el otro había resultado con numerosas salpicaduras de petróleo en la explosión inicial, prendiéndose instantáneamente sus ropas y causándole gravísimas quemaduras en casi toda la parte delantera del cuerpo.

—¡Madonna! —musitó Legrande santiguándose al ver la piel terriblemente quemada de aquel hombre, reconociendo apenas a su capataz iraní.

Algo más allá, uno de sus ingenieros franceses se encontraba sentado y encorvado, quejándose en voz baja. Tenía quemaduras en brazos y manos. Mientras se quejaba, no dejaba de soltar palabrotas.

—Te llevaré al hospital tan pronto como pueda, Paul.

—Encuentra a esos hijos de puta y pégales fuego —gruñó el ingeniero. Luego, volvió a concentrarse en su dolor.

—Claro —dijo Legrande impotente. Después, se volvió hacia el médico—. Haga lo que pueda. Yo voy a llamar un CASEVAC.

Se alejó presuroso de la orilla en dirección a la sala de radio que se encontraba en uno de los barracones, intentando ajustar su vista a la oscuridad. Entonces, observó cómo dos hombres, en el lugar más alejado de la minúscula pista de aterrizaje, subían corriendo por la pista hacia los ligeros riscos. «Apuesto a que esos bastardos tienen una embarcación ahí» se dijo. Luego, casi enloquecido por la furia, les gritó en la noche:

—¡Bastardossss!

Al producirse la primera explosión, De Plessey se precipitó hacia la radio, situada en el puente, la cual comunicaba el buque con la playa.

—¿Han encontrado la ametralladora? —preguntó en francés al subgerente de la base. Detrás de él, Scragger, Kasigi y el capitán se encontraban igualmente sombríos. Las luces del puente habían sido atenuadas. La luna estaba alta y brillaba con fuerza.

—No, m'sieur. Después del primer disparo, los atacantes han desaparecido.

—¿Qué hay de los daños en el sistema de bombeo?

—No lo sé. Estoy esperando a que… ¡Ah!, un momento. Ahora llega m'sieur Legrande.

Al cabo de un momento, se oyó hablar también en francés.

—Legrande al habla. Tres sufren de quemaduras, dos de ellos, iraníes, muy graves, y el otro es Paul Beaulic, manos y brazos… Pedid un CASEVAC inmediatamente. He visto a un par de hombres corriendo hacia la cala…, probablemente se trate de los saboteadores y es de presumir que tengan allí una embarcación. Estamos reuniendo a todo el mundo para comprobar quiénes faltan.

—Sí, que sea de inmediato. ¿Qué hay de los daños?

—No demasiado grandes. Con suerte quedarán arreglados en el plazo de una semana…, quizá para cuando llegue el próximo petrolero.

—Bajaré a tierra tan pronto como me sea posible. ¡Espere un momento! —De Plessey se volvió hacia los otros y les repitió lo que Legrande había dicho.

Scragger se ofreció al punto.

—Yo me ocuparé del CASEVAC. No es necesario que llames a nadie.

—Suban a bordo a los heridos —dijo Kasigi a su vez—, disponemos de enfermería y de un médico, muy hábil, por cierto, sobre todo en lo que a quemaduras se refiere.

—Formidable por su parte —dijo Scragger y se alejó rápidamente.

—Nosotros nos ocuparemos del CASEVAC —dijo De Plessey al micrófono—. Colocad a los hombres en camillas. El capitán Scragger los traerá a bordo. Aquí hay un médico.

Un joven oficial de puente japonés se acercó al capitán y le murmuró unas breves palabras. Este sacudió la cabeza y contestó brevemente, con energía. Después, habló en inglés con De Plessey.

—Los tres iraníes que quedaron a bordo al irse la gabarra quieren que se les lleve a tierra inmediatamente. Les he dicho que esperen.

Luego, llamó a la sala de motores para que se prepararan a hacer sitio.

Kasigi contemplaba la isla. Y también los tanques que había en ella. «Necesito ese petróleo —se dijo— y necesito la isla segura. Pero no lo es y nada puedo hacer para que lo sea».

—Bajo a tierra —dijo a De Plessey alejándose.

Scragger se encontraba ya junto al «206», quitando el seguro a las portezuelas traseras.

—¿Qué haces, Scrag? —preguntó De Plessey acercándose a él.

—Puedo colocar la camilla en el asiento de atrás y amarrada para que permanezca segura. Será mucho más rápido que aparejar un transportador desde fuera.

—Iré contigo.

—Arriba pues. —Se volvieron al oír ruido a sus espaldas. Los tres iraníes habían llegado corriendo y todos hablaban a la vez. Resultaba evidente que querían ir a tierra en el helicóptero.

—¿Nos los llevamos, Scrag?

Scragger estaba ya instalado en el asiento del piloto, las manos ya sobre las clavijas.

—Ni hablar. Tú eres una emergencia, ellos no. Arriba, amigo. —Indicó el asiento de la derecha y luego hizo señas a los iraníes de que se alejaran—. *Nah, ajaleh daram*. No, tengo prisa —dijo recurriendo a una de las pocas frases que conocía del farsi.

Dos de ellos se alejaron obedientemente. El tercero, Sahid, se deslizó hasta el asiento trasero y empezó a abrocharse el cinturón. Scragger hizo un gesto negativo con la cabeza, indicándole que bajara. El hombre hizo caso omiso y empezó a hablar con rapidez, forzando una sonrisa y señalando hacia la playa.

Scragger le hizo señas, impaciente, de que bajara, con un dedo ya sobre el botón para poner el motor en marcha. Se escuchó al punto el silbido. De nuevo, el hombre se negó a bajar, señalando ya furioso hacia la playa, su voz ahogada por el ruido del motor. Por un momento, Scragger pensó: «Está bien. ¿Por qué no?». Entonces, observó el sudor que le caía por la cara a aquel individuo y su mono empapado también de sudor y le pareció oler su miedo.

—¡Fuera! —ordenó, observando su reacción atentamente.

Sahid no le prestaba la menor atención. Sobre sus cabezas, las palas giraban lentamente, tomando velocidad.

—Déjale quedarse —le gritó De Plessey por encima del ruido—. Hemos de darnos prisa.

Bruscamente, Scragger paró el motor y con un gran vigor tratándose de un hombre pequeño, desabrochó el cinturón de Sahid y empujó al hombre, casi inconsciente, a la cubierta, antes de que nadie se diera cuenta de lo que estaba ocurriendo. Luego, haciendo bocina con las manos, gritó en dirección al puente.

—¡Eh, los de ahí arriba! ¡Kasigi! Este tipo está condenadamente ansioso por llegar a la playa… ¿No estuvo bajo cubierta?

Sin esperar contestación, subió a la carlinga de nuevo y puso el motor en marcha.

De Plessey lo observaba en silencio.

—¿Qué viste en ese hombre? —preguntó finalmente.

Scragger se encogió de hombros. Antes siquiera de que el motor hubiera adquirido toda su potencia, los marineros habían agarrado al hombre y a los otros dos y los conducían al puente.

El «206» se dirigió hacia la playa como una flecha.

Los dos hombres heridos se encontraban en las camillas. Rápidamente se colocó una camilla libre a través del asiento trasero y sujeta a ella la primera de las camillas. Scragger ayudó al francés herido, que ya tenía vendados los brazos y las manos, a instalarse en el asiento junto a él, y luego, tratando de eludir el hedor, se alzó en el aire y regresó al petrolero, posándose en él suavemente. El

doctor y los enfermeros les estaban esperando con el plasma preparado y con una jeringuilla de morfina también.

En cuestión de segundos, Scragger salió disparado de nuevo. Momentos después, la segunda camilla quedaba instalada en el helicóptero que de nuevo estuvo en el aire, aterrizando finalmente con la misma suavidad. Una vez más, el médico los estaba esperando con la jeringuilla preparada y, de nuevo, encorvándose, corrió hacia la camilla bajo las palas giratorias. En esa ocasión no hubo que utilizarla.

—¡Ah! Lo siento —dijo en un inglés vacilante—. Este hombre está muerto.

Bajando la cabeza una vez más, corrió presuroso a la enfermería. Los sanitarios retiraron el cuerpo.

Cuando Scragger hubo parado el motor y asegurado todo a conciencia, se acercó a la borda del barco y vomitó violentamente. Desde que viera, oyera y oliera a un piloto en un biplano ardiendo que se había estrellado, año tras año le había atormentado el terror constante de volver a encontrarse en las mismas circunstancias. Jamás había sido capaz de soportar el olor del cabello y la carne humanos abrasados.

Al cabo de unos momentos, se limpió la boca, aspiró profundamente el aire limpio y bendijo su suerte, Por tres veces le habían disparado derribándole, dos de ellas en llamas, pero en las tres ocasiones había logrado salir ileso. Cuatro veces hubo de volar para salvar a sus pasajeros y a sí mismo, dos de ellas en la selva y otra entre los árboles y una con el motor incendiado.

—Pero mi nombre no estaba en la lista —murmuró—. Al menos en esas ocasiones.

Oyó pasos que se acercaban. Volvióse y vio a Kasigi que atravesaba la cubierta en su dirección con una helada botella de cerveza «Kirin» en cada mano.

—Por favor, perdóneme; pero tome esto —dijo Kasigi con gravedad, alargándole la cerveza—. Las quemaduras me producen el mismo efecto. Yo también me he puesto enfermo. Bajé…, bajé al

consultorio para ver cómo estaban los heridos y…, y me sentí muy mal.

Scragger, agradecido, bebió. El líquido frío, con el sabor a lúpulo y las burbujas cosquilleantes mientras bebía, le reconfortó grandemente.

—Santo Cielo, qué bien sienta. Gracias, amigo. —Y después de haberlo dicho una vez, le resultó mucho más fácil repetirlo—. Gracias, amigo.

Kasigi lo oyó las dos veces, considerándolo como una gran victoria. Ambos vieron a un marinero que se dirigía presuroso hacia ellos con un mensaje en la mano. Se lo entregó a Kasigi quien, acercándose a la luz más próxima se puso los lentes y le echó un vistazo. Scragger le oyó aspirar con fuerza y observó su palidez.

—¿Malas noticias?

—Só… solo…, solo problemas —murmuró Kasigi al cabo de una pausa.

—¿Hay algo que yo pueda hacer?

Kasigi no contestó. Scragger esperó. Podía ver reflejado en los ojos de aquel hombre, aunque no en su rostro, el torbellino en que se debatía y estaba seguro de que Kasigi trataba de decidir sin hablarle de ello.

—No lo creo —dijo finalmente el japonés—. Es… Se refiere a nuestra fábrica petroquímica de Bandar Delam.

—¿La que está construyendo Japón? ¡Eso sí que es una fábrica!

Al igual que casi todos en el Golfo, Scragger tenía conocimiento de aquel inmenso esfuerzo, por un valor de tres mil millones y medio de dólares que, una vez llevado a cabo, se convertiría, con toda seguridad, en el mayor complejo petroquímico de Asia Menor y el Oriente Medio, con una fábrica produciendo 300.000 toneladas de etileno como eje principal.

—Sí, pero la está construyendo la industria privada japonesa, no el Gobierno japonés —dijo Kasigi—. La fábrica «Iran-Toda» es de financiación privada.

—¡Ah! —exclamó Scragger, y entonces vio claramente la conexión—. «Toda Shipping», «Iran Toda», ¿son la misma compañía?

—Sí, pero nosotros solo somos una parte del sindicato japonés que aportó el dinero y el asesoramiento técnico al Sha…, a Irán —se corrigió Kasigi. «Que todos los dioses, grandes y pequeños, maldigan a este país, maldigan a todos los que lo forman, maldigan al Sha por crear todas esas crisis del petróleo, maldigan a la OPEP y maldigan a todos esos fanáticos bastardos y embusteros que viven aquí». Miró de nuevo el mensaje y comprobó con satisfacción que la mano no le temblaba. Estaba redactado en la clave privada de su presidente, Hiro Toda:

> URGENTE. A causa de la continua y absoluta intransigencia iraní, he tenido que ordenar, finalmente, el cese de la construcción en Bandar Delam. El actual costo excede el total de 500 millones de dólares y probablemente alcanzará los mil millones antes de que podamos iniciar la producción. Los pagos actuales por intereses son de 495.000 dólares diarios. Debido a la indigna presión secreta de «Broken Sword», nuestro «Plan de Contingencia 4» ha sido rechazado. Trasládese urgentemente a Bandar Delam y preséntenme su informe personal. El Ingeniero Jefe Director Watanabe lo espera. Le ruego acuse recibo.

«Es imposible que yo vaya allí —pensó Kasigi alicaído—. Y si rechazan el "Plan 4" estamos arruinados».

El «Plan de Contingencia 4» preveía que Hiro Toda se pusiera en contacto con el Gobierno japonés para solicitar préstamos a bajo interés que absorbieran el déficit y, al mismo tiempo, pedir, discretamente, al Primer Ministro que declarase el complejo «Iran-Toda», en Bandar Delam, «Proyecto Nacional». Ello significaría que el Gobierno aceptaba oficialmente la naturaleza vital del

proyecto y que se ocuparía de que fuese terminado. «Broken Sword» era el nombre en clave del enemigo personal de Hiro Toda y también su primer competidor: Hideyoshi Ishida, que capitaneaba aquel grupo, inmensamente poderoso, de compañías mercantiles, bajo la denominación general de «Mitsuwari».

En su fuero interno, Kasigi deseaba que todos los dioses maldijeran a Ishida, aquel embustero y envidioso hijo de ladilla, al tiempo que decía:

—Mi compañía es solo una de tantas del Sindicato.

—En una ocasión volé sobre su fábrica, al salir de nuestra base en Abadán —dijo Scragger—. Realizaba un servicio de transbordador con un «212». ¿Tiene dificultades allí?

—Algunas temporales… —Kasigi calló y se lo quedó mirando. Las piezas de un plan empezaron a encajar—. Algunos problemas temporales…, importantes pero temporales. Como ya sabe, hemos tenido nuestra buena cuota de problemas desde el principio, aunque ninguno nos sea imputable. El primero fue en febrero del 71, cuando veintitrés de los productores de petróleo firmaron el acuerdo sobre precios de la OPEP, formaron su cártel y doblaron el precio hasta 2,16 dólares…, luego, en el 73 estalló la guerra de Yom Kipur y la OPEP suspendió los embarques a Estados Unidos y subió el precio hasta 5,12 dólares. Después, vino la catástrofe del 74 cuando la OPEP reanudó los embarques, pero aumentando el precio de nuevo más del doble, a 10,95 dólares y comenzó la recesión mundial. Jamás sabremos por qué los Estados Unidos permitieron a la OPEP hundir la economía mundial cuando solo ellos tenían el poder de aplastarla. *Baka!* Y ahora todos nos encontramos perpetuamente empeñados con la OPEP, mientras que Irán, nuestro principal proveedor, es víctima de una revolución, el petróleo está casi a 20 dólares el barril y hemos de pagarlos, tenemos que hacerlo. —Descargó el puño sobre la borda y luego abrió la mano, disgustado por su falta de control—. En cuanto a «Iran-Toda» —dijo obligándose a recuperar la calma exterior—, en años recientes nos ha resultado muy difícil tratar con los iraníes, como a todos los

demás. —Indicó el mensaje—. Mi presidente me ha pedido que me desplace a Bandar Delam.

Scragger emitió un silbido.

—Eso va a ser condenadamente… difícil.

—Sí.

—¿Es importante?

—Sí. Sí lo es.

Kasigi dejó la cuestión en el aire, seguro de que Scragger sugeriría la solución. En la playa, la tierra, empapada de petróleo alrededor del complejo de la válvula saboteada, seguía ardiendo con fuerza. El camión contra incendios lanzaba espuma. Podían ver a De Plessey cerca de él, hablando con Legrande.

—Oiga, amigo. Usted es un cliente importante de De Plessey, ¿no? Él puede organizar un viaje para usted. Tenemos un «206» disponible. Si él está de acuerdo, todos los aparatos han sido contratados para la «IranOil», pero, en realidad, lo están por él, acaso pudiéramos obtener permiso del control de tráfico aéreo para llevarle a usted costa arriba…, o si usted puede lograr la autorización de Inmigración y Aduanas en Lengeh, tal vez nos fuese posible trasladarle a Dubai o a Al Shargaz a través del Golfo. Desde allí, podría coger un vuelo para Abadán o Bandar Delam. De cualquier manera, quizá nos deje darle el primer impulso, amigo.

—¿Cree que lo haría?

—¿Por qué no? Usted es importante para él.

Kasigi reflexionaba. «Claro, somos muy importantes para él y lo sabe. Pero jamás olvidaré esa inicua prima de 2 dólares por barril».

—Lo siento, ¿qué me decía?

—Le preguntaba que, en definitiva, cuál fue la causa que les impulsó a comenzar el proyecto. Les queda muy lejos de casa y solo podía crearles dificultades. ¿Qué les hizo comenzarlo?

—Un sueño. —A Kasigi le hubiera gustado fumarse un cigarrillo, pero solo se permitía hacerlo en determinadas zonas a prueba de incendios—. Hace once años, en 1968, un hombre llamado Banjiro Kayama, un ingeniero veterano que trabajaba para mi compañía y

estaba emparentado con nuestro presidente, Hiro Toda, recorría en coche los campos petrolíferos en los alrededores de Abadán. Era su primera visita a Irán y allá adonde iba veía surgir chorros de gas natural. De pronto, se le ocurrió una idea: ¿por qué no podemos convertir ese gas desperdiciado en productos petroquímicos? Tenemos la tecnología, la experiencia y nos hallamos dispuestos a establecer proyectos a largo plazo. ¡La pericia y el dinero japoneses empleados en las materias primas iraníes desaprovechadas por el momento! Una idea brillante, única…, y, una vez más, la primera. Costó tres años la planificación de su viabilidad, un período muy largo, aun cuando competidores envidiosos afirmasen que íbamos demasiado de prisa, al tiempo que intentaban robarnos las ideas y envenenar a otros en contra nuestra. Pero el plan «Toda» siguió adelante perfectamente y se obtuvieron los tres millones y medio. Claro que solo somos una parte del «Sindicato Gyokotomo-Mitsuwari-Toda», pero los buques «Toda» transportarán desde Japón la cuota de aquellos productos que nuestras industrias necesitan desesperadamente. «Si es que alguna vez llegamos a acabar el complejo», se dijo asqueado.

—¿Y ahora el sueño se ha convertido en pesadilla? —preguntó Scragger—. Me parece haber oído… ¿No informaron que el proyecto empezaba a escasear de fondos?

—Los enemigos suelen difundir todo tipo de rumores. —Por encima del constante zumbido de los generadores del buque, llegó a sus oídos el comienzo de un alarido que había estado esperando…, sorprendiéndose de que hubiera tardado tanto en llegar—. ¿Querrá ayudarme cuando De Plessey suba a bordo?

—Encantado. Es precisamente el hombre que pue…

Scragger calló. De nuevo, pareció oírse un grito.

—Las quemaduras deben ser terriblemente dolorosas.

Kasigi asintió.

Otra llamarada en la playa llamó su atención. Observaron a los hombres que trabajaban allí. El fuego parecía ya casi dominado. Otro alarido. Kasigi no le prestó atención, con la mente fija en Bandar

Delam y la respuesta que había de enviar inmediatamente a Hiro Toda. «Si alguien es capaz de resolver nuestro problema ese es Hiro Toda. Tiene que resolverlo…, de no ser así, estoy arruinado, su fracaso será el mío también».

—*Kasigi-san!* —Era el capitán que le llamaba desde el puente.

—*Hai?*

Scragger prestó atención al torrente de palabras japonesas del capitán, cuyo sonido no resultó muy agradable a sus oídos. Kasigi pareció sobresaltarse.

—*Domo* —gritó a su vez, luego hizo ademán a Scragger de que lo siguiera, olvidado todo lo demás—. ¡Venga! —Corrió delante en dirección a la pasarela—. El iraní…, ¿lo recuerda? ¿El que usted arrojó del helicóptero? Es un saboteador y ha colocado un mecanismo explosivo abajo.

Scragger atravesó la escotilla siguiendo a Kasigi; bajando la pasarela de dos en dos, recorrieron precipitadamente el corredor. Descendieron a otra cubierta, luego a otra, y recordó los gritos. «Me pareció que venían del puente y no de abajo —se dijo—. ¿Qué le habrán hecho?».

Ambos llegaron junto al capitán y su ingeniero jefe. Dos furiosos marineros empujaban delante de ellos, arrastrándole a veces, al aterrado Sahid. Las lágrimas le caían por el rostro y farfullaba de forma incoherente mientras se sujetaba los pantalones con una mano. Se detuvo, temblando y quejándose, y señaló la válvula. El capitán se puso en cuclillas y, con extremo cuidado, alargó la mano hasta alcanzar la parte de atrás de la inmensa válvula. Después, se puso de nuevo en pie. El explosivo le cubría la palma de la mano. El artefacto de relojería era químico, una ampolla encastrada en él y fuertemente asegurada.

—Desconéctalo —dijo furioso el capitán en farsi vacilante, al tiempo que se lo alargaba al hombre el cual retrocedió chillando y parloteando de manera ininteligible.

—No se puede… Está a punto de estallar… ¡No lo entiende!

El capitán se quedó de piedra.

—¡Dice que está a punto de estallar!

Antes de que pudiera hacer el menor movimiento, uno de los marineros se lo arrebató de la mano y, arrastrando unas veces a Sahid y otras empujándole, se precipitó hacia la pasarela. En aquella cubierta no había portillas, pero sí en la siguiente. La más próxima se encontraba en una esquina del corredor, asegurada con dos tuercas con orejeras de metal. Lanzó prácticamente a Sahid contra ella gritándole que la abriera, mientras que con su mano libre empezó a desenroscar una de ellas. La clavija que él quitaba cayó al suelo, y luego la de Sahid. El marinero abrió la portilla de par en par. En ese preciso momento, el artefacto explotó volándole las dos manos y parte del rostro y arrancando de cuajo la cabeza de Sahid. Todo el mamparo, que se encontraba muy alejado, quedó salpicado de sangre.

Los otros que habían iniciado rápidamente la subida desde abajo casi fueron derribados de la pasarela por la explosión. Kasigi se acercó y se arrodilló junto a los cuerpos. Sacudió la cabeza tristemente.

El capitán rompió el silencio.

—Karma —musitó.

XIII

EN TEHERÁN: 8.33 DE LA TARDE. Después de que Tom Lochart dejase a McIver cerca de su oficina, hubo varias desviaciones, algunos policías iracundos, pero nada digno de mención. Su casa era un hermoso ático de un edificio moderno de seis plantas en la mejor zona residencial, el regalo de boda de su suegro. Sharazad lo estaba esperando. Le echó los brazos al cuello, besándole apasionadamente, y le suplicó que se sentara delante del fuego, quitándole los zapatos. Luego, fue presurosa en busca de vino helado, en el punto exacto que a él le gustaba, acompañado de un tentempié, diciéndole que pronto estaría la cena. Se dirigió a la cocina y con su voz cantarina y clara urgió a la doncella y a la cocinera a que se apresuraran porque el señor estaba ya en casa y tenía hambre. Volvió y se sentó a sus pies, en el suelo, un suelo cubierto por ricas y gruesas alfombras, rodeando con los brazos las rodillas de él en actitud de adoración.

—Estoy tan contenta de verte, Tommy… Te he echado mucho de menos —dijo en su delicioso inglés—. Ayer y hoy han sido dos días muy interesantes.

Vestía unos pantalones persas de seda ligera con una larga blusa suelta y él la encontró maravillosamente bella. Y deseable. Al cabo de unos días cumpliría veintitrés años. Él tenía cuarenta y dos. Llevaban casados casi un año y él seguía deslumbrado por ella, como en el primer instante que la viera.

> Hacía poco más de tres años que la había conocido en una cena ofrecida por el general Valik. Fue a principios

del mes de septiembre, justo al final de las vacaciones estivales en el colegio inglés, y Deirdre, su mujer, se encontraba en Inglaterra con la hija de ambos, pasando las vacaciones y yendo de fiesta en fiesta. Precisamente aquella mañana había recibido otra airada carta suya en la que insistía en su petición de que escribiera a Gavallan solicitando el traslado inmediato:

Aborrezco Irán, no quiero seguir viviendo ahí. Deseo quedarme en Inglaterra y lo mismo le pasa a Mónica. ¿Por qué no piensas en nosotras, para cambiar, en vez de hacerlo en tus condenados vuelos y en tu condenada compañía? Toda mi familia se encuentra aquí, y mis amigos, y los de Mónica. Todos están aquí. Me he hartado de vivir en el extranjero y quiero tener mi propia casa, en algún lugar cercano a Londres, con un jardín. O incluso en la ciudad. Hay algunas gangas formidables en Putney y en Clapham Common. Estoy harta de extranjeros, y de destinos en el extranjero, y hasta la mismísima coronilla de la comida iraní, de la suciedad, del calor y el frío, de su repugnante lenguaje, sus repugnantes retretes y de esa postura en cuclillas como animales, de sus repugnantes costumbres, modales…, de todo. Ya es hora de que lo pongamos todo en claro cuando todavía soy joven…

—¿Excelencia?

El sonriente y almidonado camarero le ofrecía, en actitud deferente, una bandeja con bebidas, en su mayoría sin alcohol. Muchos musulmanes pertenecientes a las clases media y alta bebían en la intimidad de sus hogares, algunos en público. En Teherán se vendían vinos y licores de todas clases y eran servidos en los bares de todos los hoteles modernos. No existían restricciones a los extranjeros para que bebieran en público o en privado, a diferencia de lo que ocurría en Arabia Saudita, y en algunos de los Emiratos,

donde si descubrían a alguien bebiendo, quienquiera que fuese, se le sometía al castigo del látigo ordenado por el Corán.

—*Mamoonan* —dijo con cortesía, aceptando una copa de vino blanco de Persia que aún seguía siendo muy solicitado al cabo de tres milenios, sin apenas darse cuenta de la presencia del camarero o de los otros invitados, incapaz de sacudirse la depresión e irritado por haber aceptado asistir a aquella fiesta en lugar de McIver, que había tenido que ir a la base de su cuartel general en Al Shargaz, al otro lado del Golfo.

—Pero es que tú hablas farsi, Tom —le había dicho McIver confiado—, y alguien tiene que ir…

«Sí —se dijo—, pero McIver ha podido pedírselo a Charlie Pettikin».

Eran casi las nueve de la noche. La cena no había sido servida todavía y él se encontraba de pie, cerca de una de las puertas abiertas que daban al jardín, observando las velas y los céspedes sobre los que habían extendido hermosas alfombras, en las que algunos invitados estaban sentados o reclinados, mientras que otros se encontraban de pie, formando grupos bajo los árboles o cerca del pequeño estanque. La noche era agradable y estrellada, la mansión, suntuosa y espaciosa, enclavada en el distrito de Shemiran, al pie de las montañas Elburz, y la fiesta semejante a todas las demás en las que siempre era bien recibido porque hablaba farsi. Todos los iraníes iban muy bien vestidos. Se reía mucho y había muchas joyas, mesas instaladas con abundancia de manjares, tanto europeos como iraníes, calientes o fríos. Las conversaciones girando siempre sobre el último estreno en Londres o en Nueva York: «¿Irás a Saint Moritz a esquiar o a Cannes por la temporada?», y sobre el precio del petróleo, y chismes sobre la Corte y «Su Imperial Majestad» por aquí o «Su Imperial Majestad la Emperatriz» por allá, todo ello salpicado con las palabras corteses, los halagos o los cumplidos extravagantes tan necesarios en toda la sociedad iraní…, manteniendo un exterior tranquilo, cortés y amable que rara vez un extraño logra penetrar, y no digamos nada de un extranjero.

Por entonces, él estaba destinado en Galeg Morghi, un aeropuerto militar en Teherán, entrenando a pilotos de las Fuerzas Aéreas iraníes. Al cabo de diez días se trasladaría a su nuevo destino en Zagros, plenamente consciente de que ese viaje de dos semanas a Zagros y una semana a Teherán irritaría aún más a su mujer. Aquella mañana, en un momento de ira, había contestado a su carta por correo urgente: «Si quieres quedarte en Inglaterra, hazlo, pero deja de fastidiar y de atacar lo que ignoras. Busca tu casa suburbana donde quieras…, pero yo JAMÁS iré a vivir allí. Jamás. Tengo un buen trabajo muy bien pagado y me gusta, eso es todo. Llevamos una buena vida pero tú no quieres reconocerlo. Cuando nos casamos, sabías que era piloto, sabías cuál era la vida que yo había elegido, sabías que yo no viviría en Inglaterra, sabías que era lo único que sé hacer y, por lo tanto, no puedo cambiar. Deja ya de quejarte o habremos terminado. Si quieres cambiar, hazlo».

«Al diablo con todo. Estoy realmente harto. Dice que aborrece Irán y todo cuanto se relaciona con él, pero no conoce nada de este país, jamás ha salido de Teherán, no quiere, nunca ha probado su comida y todo lo que hace es visitar a esas pocas esposas británicas…, siempre las mismas, esa minoría ruidosa e intolerante, insular, tan aburridas y fastidiosas como sus interminables partidas de bridge, sus interminables tés de las cinco… Pero, querida, ¿cómo puedes soportar nada que no sea de "Fortnums" o de "Marks & Sparks"?, que se acicalan para una invitación a la Embajada británica, para una cena de poco apetitoso rosbif y pudin Yorkshire, o un té con emparedados de pepino y pastelillos de semillas, absolutamente convencidas de que todo lo inglés es lo mejor del mundo, en especial la cocina inglesa: zanahorias hervidas, coliflor hervida, patatas hervidas, coles de Bruselas hervidas, rosbif poco hecho o cordero muy hecho les parece el colmo de la maldita perfección…».

—Pobre Excelencia, no parece usted sentirse nada feliz —le había dicho ella en voz queda.

Él miró en derredor suyo y su mundo cambió.

—¿Qué ocurre? —le preguntó ella con un leve fruncimiento de cejas en su rostro ovalado.

—Lo siento —respondió Lochart con voz entrecortada, desorientado momentáneamente por ella, latiéndole el corazón furiosamente y con una sensación de ahogo en la garganta que jamás experimentara antes—. Pensé que era una aparición, algo surgido de *Las mil y una noches*. Pura magia… —Calló haciendo un esfuerzo y sintiéndose como un tonto—. Lo siento. Estaba a un millón de kilómetros de distancia. Me llamo Lochart, Tom Lochart.

—Lo sé —dijo ella riendo. Unos ojos reidores de un castaño dorado. Sus labios tenían un lustre propio, los dientes muy blancos, el cabello oscuro, largo y ondulado y la tez del color de la tierra iraní, un oliva castaño. Vestía de seda blanca, su perfume era delicioso, y apenas le llegaba a la barbilla—. Es usted el fastidioso capitán que fríe a mi pobre primo Karim al menos tres veces al día.

—¿Perdón? —A Lochart se le hacía difícil concentrarse—. ¿Quién?

—Allí —repuso ella al tiempo que señalaba hacia un punto al otro lado del salón.

El joven vestía de civil y les sonreía, aunque Lochart no lo reconoció como uno de sus alumnos. Era muy apuesto, con el cabello y los ojos oscuros, y bien formado.

—Mi primo, muy especial. Capitán Karim Peshadi, de las Fuerzas Aéreas Imperiales Iraníes.

Volvió a mirar a Lochart entornadas las largas pestañas negras. Y, de nuevo, a él le dio un vuelco el corazón.

«Domínate, por todos los santos. ¿Qué demonios te pasa?».

—Yo…, esto…, bien, yo trato de no freírles a menos, humm, a menos que se lo merezcan. Es para evitar que pierdan la vida —dijo, mientras intentaba recordar el historial del capitán Peshadi pero le resultó imposible y, en su desesperación, empezó a hablar en farsi—. Pero, Alteza, si me hiciese el exquisito honor, si se quedase conmigo, y me hablase, honrándome al decirme su nombre, prometo que seré… —Trató de encontrar la palabra exacta pero, al no conseguirlo, la sustituyó—. Le prometo que seré su esclavo por siempre y,

naturalmente, haré que Su Excelencia, su primo, supere a todos los demás en un ciento por ciento.

Ella batió palmas, encantada.

—Oh, reverenciada Excelencia —contestó en farsi—. Su Excelencia, mi primo, no me ha dicho que usted habla nuestro idioma. Qué maravillosamente suenan las palabras cuando usted las pronuncia…

Casi fuera de sí, Lochart escuchaba los extravagantes cumplidos que eran habituales en farsi y se oyó contestando al mismo tenor…, bendiciendo en su interior a Scragger que le dijera muchos años antes, cuando se incorporó a la «Sheik Aviation», después de licenciarse de la RAF en el año 65: «Si quieres volar con nosotros, amigo, más te valdrá aprender farsi, porque yo no estoy dispuesto a hacerlo». Por vez primera, comprendió lo perfecto que era un lenguaje de amor, de insinuaciones.

—Me llamo Sharazad Paknouri, Excelencia.

—Así que, después de todo, Su Alteza pertenece a *Las mil y una noches*.

—Pero no puedo contarle una historia aunque jure que me cortará la cabeza —repuso ella—. Era la última de mi clase en historias —añadió en inglés, riendo.

—¡Imposible! —dijo él al punto.

—¿Es usted siempre tan galante, capitán Lochart? —Su mirada era provocadora.

—Solo con la mujer más bella que jamás haya visto —se oyó decir de nuevo en farsi.

Ella se ruborizó al tiempo que bajaba la mirada y Lochart se sintió irritado consigo mismo al pensar que lo había estropeado todo. Pero cuando ella levantó la vista, vio que sus ojos sonreían.

—Gracias, hace sentirse a una vieja dama casada fel…

La copa se le escapó a Lochart de las manos y la recogió maldiciendo para sus adentros, al tiempo que se excusaba. Pero nadie, salvo ella, se había dado cuenta.

—¿Está casada? —preguntó impulsivo, porque no se le había ocurrido. Naturalmente que estaría casada y, en definitiva, él también, y con una hija de ocho años. ¿Qué derecho tenía a sentirse tan trastornado? «¡Por Dios Santo, te estás comportando como un lunático! ¡Te has vuelto loco!».

Volvió a centrar el oído y la vista.

—¿Perdón? ¿Qué me decía? —preguntó.

—Le decía que *estuve* casada, bueno, todavía lo estaré durante otras tres semanas y dos días, y que mi nombre de casada es Paknouri, y el de familia, Bakravan… —Detuvo a un camarero, eligió una copa de vino y se la dio a él. Una vez más, frunció levemente el entrecejo—. ¿Está seguro de encontrarse bien, capitán?

—Sí, sí. Por supuesto —se apresuró él a tranquilizarla—. ¿Me estaba diciendo? ¿Paknouri?

—Sí, Su Alteza, el Emir Paknouri. Era viejo, cincuenta años, amigo de mi padre. Mi padre y mi madre pensaron que era bueno que me casara con él y consintió en ello a pesar de que yo soy delgada, sin formas redondeadas, y poco deseable, por mucho que coma. Así lo quiere Dios. —Se encogió de hombros y después sonrió ampliamente. A Lochart le pareció que el mundo entero se iluminaba para él—. Desde luego, acepté pero solo con la condición de que, si al cabo de dos años no me gustaba estar casada, nuestro matrimonio se disolvería. Así que, el día que yo cumplía los diecisiete nos casamos y ya desde el principio no me gustó, y lloraba y lloraba y luego, como al cabo de dos años no hubo hijos, ni durante el año de más que le concedí, mi marido, mi señor, aceptó agradecido divorciarse de mí y ahora, gracias a Dios, se dispone a casarse de nuevo y yo he quedado libre pero, por desgracia, tan vieja com…

—Usted no es vieja, es tan joven com…

—¡Oh, sí, vieja!

Sus ojos reían aunque ella pretendiese estar triste y Lochart se dio perfecta cuenta de que no era así y se descubrió hablando con ella, riendo con ella y, más tarde, instando a su primo a que se uniera a ellos, aterrado ante la idea de que él fuese el hombre de su

elección. Estuvo charlando con ambos, enterándose de varias cosas: que el padre de Sharazad era un importante bazzari; que su familia, muy numerosa y cosmopolita, estaba muy bien relacionada; que su madre se hallaba enferma; que tenía hermanas y hermanos; que había ido a un colegio en Suiza, pero solo seis meses porque añoraba muchísimo Irán y a su familia… Después, cenó con ellos, genial y feliz, incluso con el general Valik. Aquella fue la mejor noche que pasara jamás.

Al retirarse, no se había ido a casa, sino que tomó la carretera hacia Durband, en las montañas, donde había muchos cafés en hermosos jardines, a orillas del río, con sillas y mesas y divanes suntuosamente tapizados, en los que se podía descansar, comer o dormir, algunos de ellos tendidos sobre el río de tal manera que debajo de uno podía sentirse el agua cantarina. Y allí permaneció tumbado, mirando las estrellas, consciente de haber cambiado, consciente de que se había vuelto loco pero que estaba dispuesto a saltar cualquier obstáculo, a soportar cualquier infortunio para casarse con ella.

Y lo había logrado, aun cuando el camino había sido cruel y tuvo que llorar a veces de desesperación.

—¿En qué piensas, Tommy? —le preguntaba ella en aquel momento, sentada a sus pies en la encantadora alfombra, regalo de boda del general Valik.

—En ti —respondió Lochart acariciándola, olvidadas sus preocupaciones ante la ternura de ella. La salita estaba caliente, como todo el inmenso apartamento, y tenuemente alumbrada, las cortinas echadas, muchas alfombras y cojines por doquier, mientras que los troncos ardían alegremente en la chimenea—. Pero es que pienso en ti en todo momento.

Sharazad batió palmas.

—¡Eso es maravilloso!

—No iré mañana a Zagros, sino pasado mañana.

—Eso es más maravilloso todavía. —Le abrazó las rodillas, dejando caer la cabeza sobre ellas—. ¡Maravilloso!

Lochart le acarició el cabello.

—¿Dijiste que había sido un día interesante?

—Sí. Ayer y hoy. Estuve en tu Embajada y me dieron el pasaporte, como me dijiste que lo hiciera, el…

—Formidable. Ahora ya eres canadiense.

—No, amado, iraní…, tú eres canadiense. Escucha, lo mejor de todo es que fui a Doshan Tappeh —dijo con orgullo.

—¡Cristo! —exclamó él involuntariamente porque a ella no le gustaba oírle blasfemar—. Lo siento, pero es que…, es que eso ha sido una locura, allí están luchando. Cometiste una barbaridad exponerte a semejante peligro.

—Bueno, no estuve donde luchaban —dijo ella alegremente y, levantándose, corrió hacia la puerta—. Te lo enseñaré.

Al cabo de un momento reapareció. Se había puesto un chador gris que la cubría de pies a cabeza y casi toda la cara, algo que a Tom no le gustó.

—Ah, señor —dijo en farsi haciendo una pirueta ante él—. No has de temer por mí. Dios me protege, y el Profeta también, alabado sea su Nombre. —Se detuvo al darse cuenta de la expresión de él—. ¿Qué pasa? —preguntó en inglés.

—Jamás…, nunca te he visto con chador. No…, no te sienta bien.

—Bueno, ya sé que es feo y que jamás lo he llevado en casa, pero en la calle me siento mejor con él, Tommy. Todas esas odiosas miradas de los hombres… Ya es hora de que volvamos a llevarlos, y el velo también.

Lochart estaba asombrado.

—¿Y qué me dices de todas las libertades que habéis logrado, libertad para votar, para quitaros el velo, para ir adonde os parezca, para casaros con quien os plazca, para no ser ya esa especie de ser doméstico que erais? Si aceptáis llevar el chador, perderéis todo lo demás.

—Tal vez sí o tal vez no, Tommy.

Se sentía feliz de que estuvieran hablando en inglés para poder así discutir cualquier asunto, algo impensable con un marido iraní. Y también inmensamente contenta por haber elegido a ese hombre como marido, el cual de forma increíble, le permitía tener su propia opinión y, lo que era más increíble aún, le permitía expresarla libremente en su presencia. «El vino de la libertad se sube con facilidad a la cabeza —se dijo Sharazad—, y es muy difícil, muy peligroso que una mujer lo beba…, como el néctar en el Jardín del Paraíso».

—Cuando el Sha Reza nos quitó el velo del rostro, también debiera haber borrado la obsesión de la mente de los hombres —dijo Sharazad—. Tú no vas al mercado ni viajas en un coche, Tommy, no como mujer. No tienes idea de lo que eso significa, Los hombres en las calles, en el bazar, en el Banco, en cualquier lugar. Todos son iguales. Puedes leer los mismos pensamientos, la misma obsesión. Pensamientos en todos ellos sobre mí que solo tú debieras tener. — Se quitó el chador, lo dejó cuidadosamente sobre una silla y volvió a sentarse a los pies de él—. De ahora en adelante, lo llevaré en la calle, como mi madre, y como la suya antes que ella. Y no porque Jomeini lo diga, Dios le proteja, sino por ti, mi amado esposo.

Lo besó ligeramente y se sentó sobre sus rodillas. Tom supo que había quedado decidido. A menos que él le ordenara que no lo hiciese. Y entonces surgirían dificultades en el hogar, porque, en definitiva, ella tenía derecho a tomar una decisión allí. Era iraní, el hogar de ambos era iraní y siempre estaría en Irán, eso formaba parte del trato que él hiciera con su padre, de manera que el problema sería iraní, y la solución también: días de profundos suspiros y de miradas conmovedoras, alguna lagrimita furtiva, servicio abatido y esclavizador, sollozos bien calculados durante la noche, más suspiros atormentados, jamás una palabra o una mirada furiosas. Y todo ello sería fatal para la tranquilidad de espíritu de un marido, un padre o un hermano.

En ocasiones, a Lochart le resultaba en extremo difícil comprenderla.

—Haz lo que mejor te parezca pero no vuelvas nunca a Doshan Tappeh —le dijo al tiempo que le acariciaba el cabello. Este era sedoso y brillante, como solo la juventud puede brillar—. ¿Qué ocurrió allí?

A ella se le iluminó el rostro.

—Fue muy excitante. Ni siquiera los Inmortales, las fuerzas de élite del Sha, fueron capaces de desalojar a los Creyentes. Disparaban por todas partes. Yo me encontraba a salvo, mi hermana Laleh estaba conmigo, y también mi primo Alí y su mujer. El primo Karim también…, se ha unido al Islam y a la Revolución con otros varios oficiales más y nos dijo dónde reunirnos con él y cómo. Había alrededor de doscientas damas, todas nosotras con chador, y seguimos nuestro canto salmodiando sin parar: Dios es Grande, Dios es Grande. Después, algunos de los soldados se nos unieron. ¡Inmortales! —exclamó abriendo mucho los ojos—. Imagínate, hasta los Inmortales empiezan a vislumbrar la Verdad.

Lochart se sentía aterrado ante el peligro que ella había corrido al ir allí sin preguntarle nada a él ni decírselo, incluso aún yendo acompañada. Hasta el momento, la revolución de Jomeini parecía no haber alcanzado a Sharazad, salvo cuando las verdaderas dificultades comenzaron y se sintió aterrada por la seguridad de su padre y parientes, que eran banqueros y hombres de negocios importantes en el bazar y bien conocidos por sus relaciones con la Corte. Por fortuna, su padre acabó con todas esas preocupaciones al informar a Lochart en secreto que tanto él como sus hermanos apoyaban secretamente a Jomeini y al levantamiento contra el Sha y que lo habían estado haciendo durante años. «Pero ahora —reflexionaba Lochart—, ahora, si los Inmortales se están desmoronando y jóvenes oficiales de alta graduación como Karim apoyan abiertamente la revolución, el derramamiento de sangre será enorme».

—¿Cuántos se os unieron? —preguntó intentando decidir lo que convenía hacer.

—Solo tres, aunque Karim dijo que era un buen comienzo y que cualquier día Bajtiar y sus granujas huirían como el Sha hizo.

—Escucha, Sharazad, hoy los Gobiernos canadiense y británico han ordenado que todos los familiares salgan de Irán durante un tiempo. Mac está enviando a todo el mundo a Al Shargaz hasta que las cosas se serenen.

—Es muy prudente, sí, eso es prudente.

—Mañana el «125» estará aquí. Os llevará a Genny, Manuela, Azadeh y a ti, así que haz una mal…

—Oh, yo no quiero irme, mi amor, no es necesario. ¿Y por qué ha de irse Azadeh? Nosotras no corremos peligro… Si lo hubiera, mi padre lo sabría. No tienes de qué preocuparte. —Vio que él tenía la copa casi vacía y, levantándose de un salto, se la llenó de nuevo—. Estoy completamente a salvo.

—Pero creo que estarías más segura fuera de Irán por un tiem…

—Es maravilloso que pienses en mí, cariño, pero no hay razón para que me vaya; de todas maneras, preguntaré a mi padre mañana o puedes hacerlo tú… —Cayó una pequeña brasa en la parrilla, sin peligro alguno. Tom inició un movimiento para levantarse pero ya ella estaba allí—. Yo lo haré. Descansa, cariño, debes estar cansado. Tal vez mañana tengas tiempo para ir conmigo a ver a mi padre. —Arregló el fuego con habilidad. Su chador estaba sobre una silla cercana. Ella le vio mirarlo y en su rostro apareció la sombra de una sonrisa.

—¿Qué?

Sharazad volvió a sonreír por toda respuesta, lo cogió y salió corriendo, alegre, de la habitación, siguiendo por el pasillo hasta la cocina.

Intranquilo, Tom se quedó contemplando el fuego, intentando ordenar sus argumentos. No quería darle órdenes a ella. «Pero lo haré si es preciso. Cuántos problemas, Dios mío: Charlie se ha esfumado, la situación de Kowiss era un desastre, Kyabi ha sido asesinado, y Sharazad metida en plenos disturbios. ¡Está loca! Loca

por arriesgarse de esa forma. Si llegara a perderla, me moriría. Dios mío, quienquiera que sea, dondequiera que estés, protégela…».

La sala de estar era grande. En un extremo había una mesa de comedor y sillas para doce personas. Casi siempre solían utilizar la habitación estilo iraní, sentados en el suelo, con un mantel extendido para los platos, recostados en cojines. Rara vez llevaban zapatos y jamás tacones altos que pudieran estropear las gruesas alfombras. Tenían cinco dormitorios, tres cuartos de baño, dos salas de estar… La que usaban en ese momento, que era la que ellos utilizaban habitualmente o cuando tenían compañía, y otra mucho más pequeña en la parte posterior del apartamento, a la que Sharazad se iba cuando él tenía asuntos de negocios que discutir, o cuando su hermana, amigas y parientes la visitaban para poder charlar con plena libertad sin molestarle a él. Siempre había movimiento alrededor de Sharazad, familiares cercanos, niños con sus niñeras…, pero solo hasta la puesta de sol, aunque a menudo parientes o amigos íntimos solían quedarse en las habitaciones de invitados.

A él nunca le importó pues, para él, era una familia feliz y gregaria. También aquello formaba parte del trato que hiciera con su suegro: que trataría de amoldarse al estilo de vida iraní viviendo pacientemente, durante tres años y un día, de acuerdo con ese estilo. Entonces, podría elegir residir por temporadas fuera del Irán con Sharazad si él lo necesitaba.

—Porque para entonces —había dicho amablemente su suegro, Jared Bakravan—, con la ayuda del Único Dios y del Profeta de Dios, perduren por siempre Sus palabras, para entonces, os conoceréis lo bastante para elegir correctamente, porque, para entonces, seguramente tendréis hijos e hijas, ya que aunque mi hija sea delgada, divorciada y no haya tenido hijos, no creo que sea estéril.

—Pero todavía es tan joven. Acaso decidamos que es demasiado pronto para tener hijos.

—Jamás es demasiado pronto —había respondido Bakravan tajante—. Los Libros Sagrados lo dicen bien claro. Una mujer necesita hijos. Un hogar necesita niños. Sin hijos, una mujer se

volverá ociosa. Ese es el mayor problema de mi amada Sharazad, el de no tener hijos. Algunas cosas modernas las apruebo. Otras, no.

—Pero si ella y yo estamos de acuerdo en que es demasiado pro…

—Semejante decisión no es asunto de ella —repuso Jared Bakravan escandalizado. Era un hombre pequeño, panzudo, de cabello y barba blancos y ojos penetrantes—. Sería monstruoso, un insulto discutirlo siquiera con ella. Deberás pensar como un iraní o este probable matrimonio no durará. Quizá ni siquiera empiece. Nunca. ¡Ah! ¿Es que no quieres hijos?

—Nada de eso. Por supuesto que deseo tener hijos, pero po…

—Bien, entonces esto está arreglado.

—Podríamos solucionarlo así: ¿podré decidir durante tres años y un día si es demasiado pronto?

—Semejante idea me parece una bobada. Si no quieres tener hij…

—Pero claro que quiero, Excelencia.

—Solo un año y un día —admitió el anciano reacio—, pero únicamente si me juras por el Único Dios que de verdad quieres tener hijos, que esta asombrosa solicitud es solo temporal. De veras que tienes la cabeza llena de tonterías, hijo mío. Con la Ayuda de Dios, estas se desvanecerán como la nieve sobre la arena del desierto. Por supuesto que la mujer necesita hijos…

Con expresión ausente, Lochart sonrió para sí. Aquel fantástico anciano sería capaz de regatear con Dios en el Jardín del Paraíso. «¿Y por qué no? ¿Acaso no es el pasatiempo nacional de los iraníes? Pero ¿qué deberé decirle dentro de unos días… cuando casi ha vencido el año y el día estipulados? ¿Quiero cargarme con la obligación de los hijos? No, aún no. Pero Sharazad, sí. Claro que ella estuvo de acuerdo con mi decisión y nunca ha vuelto a mencionar ese tema, pero no creo que jamás la haya aprobado».

De la cocina le llegaba en sordina las voces de ella y de la doncella, y la quietud que sentía le parecía, como siempre, maravillosa, en enorme contraste con el ambiente en la carlinga, su

otra vida. Los cojines eran muy confortables y siguió con la mirada clavada en el fuego. Se escucharon algunos disparos en la noche mas, para entonces, se habían habituado a ellos de tal manera que, prácticamente, no los oían.

«He de sacarla de Teherán —pensaba—. Pero ¿cómo? Jamás se irá mientras su familia siga aquí. Tal vez aquí esté más segura que en cualquier otra parte, con la condición de que no intervenga en los disturbios. ¡Doshan Tappeh! Está loca. Aunque, en estos momentos, todos lo están. Quisiera saber de manera fidedigna si realmente se ha ordenado al Ejército que aplaste la revolución. Bajtiar tendrá que actuar pronto o estará acabado. Pero si lo hace, habrá un baño de sangre debido a que los iraníes son violentos, buscadores de la muerte si esta es al servicio del Islam».

«¡Ah, el Islam! Y Dios. ¿Dónde está ahora el Único Dios?».

«En todos los corazones y las cabezas de los Creyentes. Los chiitas son creyentes. Y también Sharazad. Y toda su familia. ¿Y tú? No, yo todavía no, aunque lo estoy intentando. Le prometí a él que lo intentaría, le prometí leer el Corán y que lo haría con mente abierta. ¿Y?».

«Ahora es el momento de pensar en eso. Muéstrate práctico, piensa de manera práctica. Sharazad está en peligro. Con chador o sin él, no va a verse implicada. Aunque, pensándolo bien, ¿por qué no? Es su país».

«Sí, pero es mi mujer y le ordenaré que se mantenga al margen de todo ello. ¿Qué hay de la propiedad de su padre en el mar Caspio, cerca de Bandare Pahlevi? Tal vez puedan enviarla allí o llevarla…, ahora, el tiempo es bueno en aquel lugar, no tan condenadamente frío como aquí, aunque nuestra casa esté caliente, el tanque de petróleo siempre lleno, y también leña para la chimenea, alimentos en la nevera, todo ello gracias a su anciano padre y a su familia».

«¡Dios mío, le debo tanto a él. Tanto!».

Un ruido ligero atrajo su atención. Sharazad estaba de pie en la puerta con el chador puesto y un velo ligero que jamás la viera

antes. Sus ojos jamás fueron tan atrayentes. El chador susurraba al acercarse ella. Y, entonces, se lo abrió. No llevaba nada debajo. Su contemplación le quitó la respiración.

—Bien. —Su voz sonó tan suave y palpitante como siempre, pronunciando el farsi con dulzura—. Bien, Excelencia, marido mío, ¿te gusta ahora mi chador?

Él alargó la mano para cogerla, pero Sharazad retrocedió un paso.

—En verano, las mujeres públicas de la noche los llevan así. O al menos eso se dice.

—Sharazad…

—No.

Esa vez la alcanzó con facilidad. Su sabor, su brillo, su suavidad.

—Tal vez, mi señor —le dijo entre besos, provocándole cariñosamente—, tal vez tu esclava lo llevará siempre así por la calle, en el bazar… Muchas mujeres lo hacen, o al menos eso se dice.

—No. Solo de pensarlo me volvería loco.

Inició un movimiento para cogerla en sus brazos, pero ella musitó:

—No, amado mío, quedémonos aquí.

—Pero los sirvientes… —dijo él.

—Olvídalos —susurró ella de nuevo—. No nos molestarán, olvídate de ellos, olvídate de todo. Te lo suplico, mi amado, y recuerda solo que esta casa es tuya, este corazón es tuyo y que yo seré tu eterna esclava. Y se quedaron allí.

Como siempre, la pasión de ella fue tan intensa como la suya, aunque Tom no alcanzara a comprender cómo ni por qué, solo que con ella se encontraba en el Paraíso, se sentía en el Jardín del Paraíso con aquella ninfa y, finalmente, regresaba con ella a la tierra, sano y salvo.

Más tarde, mientras cenaban, el timbre de la puerta perturbó su paz. Su sirviente Hassan fue a abrir y al cabo de un momento regresó a la habitación, cerrando la puerta tras de sí.

—Es Su Excelencia el general Valik —dijo en tono bajo—. Se excusa por venir tan tarde, pero se trata de algo muy importante y pregunta si su Excelencia le concederá unos minutos.

Lochart se sintió embargado por la irritación, pero Sharazad le puso suavemente una mano en el brazo y todo su enfado desapareció.

—Recíbelo, amado mío. Te esperaré en la cama. Hassan, trae otro plato y calentad el horisht. Es posible que Su Excelencia el general esté hambriento.

Valik se disculpó profusamente por visitarles tan tarde, rechazó la comida por dos veces pero, naturalmente, se dejó persuadir y comió con gran apetito. Lochart esperaba con suma paciencia recordando la promesa que hiciera al padre de Sharazad de aceptar los modos iraníes: que la familia estaba ante todo, que eran buenas maneras ir dando rodeos a un problema, jamás abordarlo de frente, nunca había que ir directamente al grano. En farsi resultaba mucho más fácil que en inglés.

Tan pronto como le fue posible, empezó a hablar en su idioma.

—Me siento muy complacido de verle, general. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Hace solo una hora me he enterado de que estabas de nuevo en Teherán. Este horisht es, desde luego, el mejor que he comido en muchos años. Siento mucho molestaros a hora tan tardía.

—No es molestia. —Lochart dejó que el silencio se prolongara.

El general comía sin sentirse en modo alguno incómodo por estar haciéndolo solo. Un trocito de cordero se le quedó enganchado al bigote y Lochart lo observó fascinado, preguntándose hasta cuándo seguiría allí. Finalmente, Valik se limpió la boca.

—Mis felicitaciones a Sharazad…, su cocinera está bien adiestrada. Se lo diré a mi primo favorito, Su Excelencia Jared.

—Gracias. —Lochart quedó nuevamente a la espera.

El silencio se hizo una vez más entre ellos. Valik saboreaba el té.

—¿Ha llegado ya la autorización para el «212»?

—Cuando salimos de la oficina aún no había llegado. —Aquella pregunta había cogido a Lochart de sorpresa—. Sé que Mac envió a un mensajero a esperar que llegara. Yo le telefonearía pero, desafortunadamente, nuestro teléfono no funciona. ¿Por qué me lo pregunta?

—Los socios quieren que tú seas el piloto.

—El capitán McIver ha designado al capitán Lane para ese vuelo, pendiente, por supuesto, de que llegue la autorización.

—Será autorizado. —El general Valik se limpió de nuevo la boca y se sirvió más té—. A los socios les gustaría que tú pilotaras. Estoy seguro de que McIver lo aprobará.

—Lo siento pero he de regresar a Zagros para asegurarme de que todo marcha bien.

Le informó sucintamente sobre lo ocurrido allí.

—Seguro que Zagros puede esperar unos días. Estoy convencido de que pensarás que es importante hacer lo que los socios piden.

Lochart frunció el ceño.

—Me sentiré feliz de hacer cualquier cosa. ¿Por qué es tan importante ese vuelo para los socios? ¿Algunos repuestos, que suponen unos pocos rials?

—Todos los vuelos son importantes. Los socios están preocupados por dar el mejor servicio. Así que todo arreglado, ¿eh?

—Tengo que… Primero, he de hablar de ello con Mac. Segundo, dudo mucho que autorice el vuelo, y tercero, debo regresar realmente a mi base.

Valik esbozó su más amable sonrisa.

—Estoy seguro de que Mac dará su aprobación. Y recibirás la autorización para salir del espacio aéreo de Teherán. —Se puso en pie—. Ahora iré a ver a Mac y le diré que estás de acuerdo. Da las gracias a Sharazad…, y mil disculpas una vez más por visitaros tan tarde, pero vivimos tiempos difíciles.

Lochart no se movió de su sitio.

—Todavía sigo queriendo saber por qué son tan importantes unos repuestos y cien mil rials.

—Los socios lo han decidido así, de modo que, al saber que estabas aquí, mi joven y querido amigo, y conociendo tu estrecha relación con mi familia, inmediatamente pensé que te sentirías satisfecho de hacer esto si yo te lo pedía personalmente. Somos una misma familia. ¿No es así? —Su tono fue categórico aunque la sonrisa persistiese.

Lochart lo miró ceñudo.

—Me satisface hacer cualquier cosa por ayudar per…

—Bien, entonces, todo está arreglado. Gracias. No te molestes en acompañarme. —Ya en la puerta de la habitación, Valik se volvió y miró en derredor suyo—. Eres un hombre muy afortunado, capitán. Te envidio.

Una vez que el general se hubo marchado, Lochart se sentó junto al mortecino fuego, con la mirada fija en las llamas. Hassan y una doncella retiraron la mesa y le dieron las buenas noches, mas él ni siquiera los oyó…, como tampoco a Sharazad cuando, ya tarde, se acercó a él y se le quedó mirando volviendo luego silenciosa a la cama, dejándole con sus pensamientos.

Lochart se sentía desesperado. Sabía que Valik estaba al corriente de cuánto había de valor en el apartamento, y del de este en sí. Había sido un regalo de boda del padre de Sharazad. De hecho, Jared Bakravan le había cedido la propiedad de todo el edificio…, al menos los alquileres que de él se obtenían. Pocos estaban al corriente de la discusión que tuvieron sobre aquella cuestión.

—Aun cuando aprecio al máximo su generosidad, no puedo aceptar todo esto, señor —había dicho Lochart—. Es imposible.

—Pero solo se trata de algo material, cosas sin importancia.

—Sí, pero resulta excesivo. Sé que, a pesar de tener un sueldo no demasiado espléndido, podremos arreglárnoslas. No le engaño.

—Sí, claro. Pero ¿por qué no habría de vivir placenteramente el marido de mi hija? ¿De qué otra forma puedes sentirte en paz y tranquilo para aprender el modo de vida iraní y cumplir tu promesa? Te aseguro, hijo mío, que las cosas materiales tienen escaso valor

para mí. Ahora, formas parte de mi familia. En Irán, la familia es lo más importante del mundo. La familia se ocupa de la familia.

—Sí, pero yo debo ocuparme de Sharazad… Yo soy quien debe hacerlo, no usted.

—Desde luego, y con la Ayuda de Dios llegado el momento le proporcionarás el estilo de vida a que está acostumbrada. Pero por ahora, eso no te es posible, con la subvención que habrás de pasar a tu exmujer y a tu hija. Por eso deseo organizar las cosas de una manera civilizada, a nuestro estilo iraní. Me prometiste vivir como vivimos nosotros, ¿no?

—Sí. Pero, por favor, no puedo aceptar tanto. Dele a ella lo que usted quiera, pero no a mí. Ha de permitírseme hacerlo lo mejor que pueda.

—Estoy seguro de que lo conseguirás. Entretanto, todo esto es el regalo que te hago a ti, no a ella. Ello hace posible el regalo que te hago a ti de ella.

—Déselo a ella, no a…

—Es la Voluntad de Dios que el hombre sea el señor de la casa —dijo Jared Bakravan categórico—. Si no es *tu* casa, entonces, tú *no* serás el señor. He de insistir. Soy el cabeza de familia y Sharazad hará lo que yo diga, y debo insistir por ella, o de lo contrario es posible que el matrimonio no se celebre. Comprendo tu mentalidad occidental, hijo mío, aunque no la comparto. Pero aquí impera, sobre todo, el modo de vida iraní, y la familia se ocupa de la familia…

Lochart asintió para sí en la inmensa soledad de la sala de estar. «Muy bien, elegí a Sharazad, elegí aceptar pero…, pero ese hijo de puta, Valik, me lo ha echado todo en cara y ha conseguido que, de nuevo, me sienta disgustado conmigo mismo y le aborrezco por ello, aborrezco el no poder pagarlo yo todo y sé que el único regalo que puedo hacerle a ella es la libertad que de otro modo jamás tendrá, junto con mi vida, llegado el caso. Al menos ahora es canadiense y no tiene por qué quedarse».

«No te engañes, amigo, es iraní y seguirá siéndolo siempre. ¿Se encontraría a gusto en Vancouver, con toda aquella lluvia, sin familia,

sin amigos, sin nada iraní? Sí, sí, creo que sí; durante un tiempo, yo la compensaría de todo ello. Durante algún tiempo…, desde luego, no para siempre».

Era la primera vez que afrontaba el problema real que se cernía sobre ellos. «Nuestro Irán ha desaparecido para siempre, el antiguo, el del Sha. Poco importa que quizás el nuevo sea mejor. Se adaptará lo mismo que yo. Hablo farsi, ella es mi mujer y Jared es poderoso. Si tenemos que abandonar este país durante un tiempo, yo la compensaré por ese período de ausencia. En eso no hay problemas. El futuro nos sonríe todavía, yo la amo mucho y Dios la bendiga…».

El fuego casi se había apagado y aspiraba la reconfortante fragancia de la leña quemada mezclada con vestigios del perfume de ella. Los cojines aún guardaban sendas huellas de sus cuerpos y a pesar de sentirse absolutamente saciado y exhausto, seguía deseándola. «En verdad que es una de las huríes, un espíritu del Paraíso —pensaba somnoliento—. Me encuentro bajo su hechizo y resulta maravilloso, no tengo de qué quejarme y si esta misma noche muriera ya conozco el Paraíso. Es fantástica, Jared también es fantástico. Llegado el momento, los hijos que tenga de ella serán fantásticos y su familia…».

«¡Ah, la familia! La familia se ocupa de la familia, esa es la ley, he de hacer lo que Valik ha pedido. He de hacerlo, mi suegro lo dejó bien claro».

La última de las brasas chisporroteó y, al extinguirse, lanzó una súbita llamarada.

—¿Por qué son tan importantes algunos repuestos y algunos rials? —preguntó a las llamas.

Las llamas no le dieron respuesta alguna.

LUNES

12 de febrero

XIV

EN TABRIZ UNO: 7.12 DE LA MAÑANA. Charlie Pettikin dormía inquieto, encogido sobre un colchón en el suelo, bajo una sola manta, con las manos atadas delante de él. Acababa de amanecer y hacía mucho frío. Los guardias no le habían dejado tener una estufa de gas portátil, encerrándole en la cabina de Erikki Yokkonen, en la parte destinada habitualmente a almacén. El hielo brillaba en la parte interior de los cristales de la pequeña ventana enrejada. La nieve cubría el alféizar.

Abrió los ojos y se incorporó rígido, sobresaltado, sin saber de momento dónde se encontraba. Luego, el recuerdo acudió a su mente y se puso en cuclillas, apoyando la espalda contra el muro. Le dolía todo el cuerpo.

—¡Qué condenado embrollo! —farfulló, tratando de relajar los hombros. Con ambas manos, intentó ahuyentar el sueño de sus ojos, y se frotó el rostro, sintiéndose sucio. La maraña de su incipiente barba estaba salpicada de gris. «Me fastidia estar sin afeitar», pensó. «Hoy es lunes. Llegué aquí el sábado, al ponerse el sol, y me pescaron ayer por la mañana. ¡Bastardos!».

El sábado ya anochecido, había oído muchos ruidos alrededor del remolque, lo que había contribuido a su inquietud. Hubo un momento en que estuvo seguro de haber oído un susurro de voces por lo que apagó las luces, descorrió el cerrojo y permaneció de pie en los escalones de la entrada, con la pistola de señales en la mano. Escudriñó atentamente la oscuridad. Y, de repente, vio, o le pareció ver, a unos treinta metros, un movimiento. Y luego otro, algo más lejos.

—¿Quién anda ahí? —gritó, produciendo su voz un eco extraño —. ¿Qué queréis?

No hubo respuesta. Otro movimiento. ¿Dónde? A unos treinta o cuarenta metros…, de noche era difícil calcular las distancias. Alto, allí volvió a moverse algo. ¿Era un hombre? Tal vez solo se tratara de un animal o de la sombra de una rama. Acaso…, ¿qué era eso? Hacia allá, junto al pino grande.

—¡Eh, tú! ¡El que anda por ahí! ¿Qué quieres?

Nadie contestó. Le resultaba imposible distinguir si se trataba de un hombre. Furioso, e incluso algo atemorizado, apuntó y apretó el gatillo. El *banggg* retumbó como un trueno, escuchándose su eco por todas las montañas al tiempo que la roja llamarada enfilaba el árbol, rebotaba en él, con una lluvia de chispas que rociaron otro árbol y, finalmente, se hundía chisporroteando en la nieve. Pettikin esperó.

Nada. Rumores en el bosque, el crujido del tejado del hangar, las copas de los árboles agitadas por el viento, a veces, la nieve acumulada en una rama cayendo al suelo y liberándola. Realmente irritado, pateó un instante tratando de sacudirse el frío. Encendió la luz, cargó la pistola de nuevo y echó otra vez el cerrojo.

—Con los años empiezas a parecerte a una vieja —dijo en voz alta—. Mierda. Aborrezco el silencio, aborrezco estar solo, aborrezco la nieve, aborrezco el frío, aborrezco sentir miedo, y lo de esta mañana en Galeg Morghi me ha trastornado, maldita sea… Y estoy convencido que, de no haber sido por el joven Ross, ese bastardo SAVAK me hubiera matado.

Comprobó que la puerta y las ventanas estaban perfectamente atrancadas, corrió las cortinas para protegerse de la noche, se sirvió una medida larga de vodka, mezclada con algo de zumo de naranja helado que encontró en el congelador y, sentándose frente al fuego, se sumió en sus pensamientos. Había huevos para el desayuno y él iba armado. El gas funcionaba bien. Estaba confortable. Al cabo de un rato se sintió mejor, más seguro. Antes de irse a la cama, en el cuarto de invitados, comprobó ventanas y puerta una vez más. Ya

tranquilizado al respecto se quitó las botas de vuelo y se tumbó en la cama. No tardó mucho en dormirse.

Por la mañana, su temor nocturno había desaparecido. Después de desayunar huevos fritos y pan, como le gustaba a él, ordenó la habitación, se endosó su indumentaria de vuelo, quitó el cerrojo de la puerta, la abrió y se encontró con una metralleta que le apuntaba a la cara. Seis de los revolucionarios invadieron la habitación y el interrogatorio comenzó. Este se prolongó durante horas.

—No soy un espía. Y tampoco americano. Les aseguro que soy británico —repetía una y otra vez.

—Embustero. En su documentación dice que es sudafricano. Por Alá, ¿son falsos también?

El líder, el hombre que se llamaba a sí mismo Fedor Rakoczy, tenía un aspecto duro. Era más alto y de más edad que los otros, con ojos castaños de mirada inflexible, y acento inglés. Y hacía las mismas preguntas una y otra vez.

—¿De dónde es usted? ¿Por qué está aquí? ¿Quién es su jefe en la CIA? ¿Quién es su contacto aquí? ¿Dónde está Erikki Yokkonen?

—No lo sé. Se lo he repetido cincuenta veces, no lo sé. Cuando ayer tarde aterricé aquí a la puesta de sol, no había nadie. Me enviaron a recogerles, a él y a su mujer. Tienen asuntos en Teherán.

—¡Embustero! Huyeron hace dos noches amparándose en las sombras. ¿Por qué habrían de huir si usted venía a recogerles?

—Ya se lo he dicho. No me esperaban. ¿Por qué habrían de huir? ¿Dónde están nuestros mecánicos, Dibble y Arberry? ¿Dónde está nuestro gerente Dayati y dón…?

—¿Quién es su contacto de la CIA en Tabriz?

—No tengo contacto alguno. Somos una compañía británica y exijo ver a nuestro cónsul en Tabriz. Exi…

—Los enemigos del Pueblo no están en condiciones de exigir nada. Ni siquiera clemencia. Es la Voluntad de Dios que estemos en guerra. ¡Y en guerra se fusila a la gente!

El interrogatorio se había prolongado durante toda la mañana. Pese a sus protestas, le quitaron toda la documentación, su

pasaporte, con los vitales permisos de salida y de residencia. Después, lo ataron y lo arrojaron allí con terribles amenazas si intentaba huir. Más tarde, Rakoczy volvió acompañado de los dos guardias.

—¿Por qué no me dijo que había traído los repuestos para el «212»?

—¡Usted no me lo preguntó! —repuso Pettikin furioso—. ¿Quién diablos es usted? Devuélvame mi documentación. Y exijo ver al cónsul británico. Desáteme las manos, ¡maldita sea!

—Dios lo castigará si blasfema. Arrodíllese y pida perdón a Dios. ¡Pida perdón! —Le obligaron a ponerse de rodillas.

Obedeció, odiándolos con toda su alma.

—¿Puede pilotar un «212» igual que el «206»?

—No —contestó poniéndose desmañadamente en pie.

—Miente de nuevo. Lo dice en su licencia —repuso Rakoczy que la había tirado sobre la mesa—. ¿Por qué miente?

—¿Y qué importa eso? Usted no cree nada de lo que yo le digo. No distinguiría la verdad aunque la tuviera ante sus propios ojos. Claro que sé que lo pone en mi licencia. ¿Acaso no vi que me la cogía? Claro que puedo pilotar un «212» si me clasifican.

—El Comité lo juzgará y dictará sentencia —dijo Rakoczy.

Su tono fue tan determinante que Pettikin sintió un escalofrío a lo largo de su espina dorsal. Luego, lo dejaron solo.

Al ponerse el sol, le llevaron algo de arroz y volvieron a dejarle allí solo. Apenas pudo dormir y, ya de madrugada, se dio cuenta de lo indefenso que se encontraba. De nuevo empezó a sentirse dominado por el miedo. En cierta ocasión, en Vietnam, los vietcong le habían derribado, apresado y condenado a muerte, pero su escuadrilla volvió a buscarle con cañoneras y Boinas Verdes, arrasando la aldea, y a los vietcong con ella. Hubo otra vez en que escapó de milagro.

—Nunca pienses que vas a morir hasta que no estés muerto —le había dicho su joven comandante—. De esa forma dormirás por las noches, amigo.

Su comandante era Conroe Starke. Su escuadrilla de vuelo estaba formada por americanos, británicos y algún que otro canadiense, y tenían su base en Da Nang. ¡Vaya terrible zafarrancho que fue también aquello!

«Me pregunto qué estará haciendo Duke ahora —se dijo—. Afortunado bastardo. Afortunado por encontrarse a salvo en Kowiss y más afortunado aún por tener junto a él a Manuela. Esa sí que es una mujer. Mimosa. Con la constitución de una koala…, ojos castaños, inmensos, y con las curvas justas».

Dejó vagar la mente, preguntándose sobre ella y Starke, también sobre dónde estarían Erikki y Azadeh, sobre aquella aldea vietnamita…, y sobre el joven capitán Ross y sus hombres. De no haber sido por él…, Ross era otro salvador. En esta vida hay que tener salvadores para poder sobrevivir. Esa gente extraña que, milagrosamente, aparece en tu vida, sin motivo aparente, para darte la oportunidad que con tanta desesperación necesitas, o para sacarte del desastre, de un peligro o de los males que te acechan. ¿Aparecen acaso porque hayas rezado pidiendo ayuda?

Cuando se está al borde del peligro, uno reza siempre, de alguna forma, aunque no sea a Dios. Pero es que Dios tiene tantos nombres…

Recordaba al viejo Soames en la Embajada con su: «No olvides nunca, Charlie, que Mahoma, el Profeta, proclamó que Alá, Dios, tiene tres mil nombres. De ellos, los ángeles conocen solo mil, los profetas otro millar, trescientos figuran en la Torá, el Antiguo Testamento, otros trescientos en el Zabur, esto es, los Salmos de David, trescientos más en el Nuevo Testamento y noventa y nueve en el Corán. Solo un nombre ha ocultado Dios. En árabe se llama: *Ism Allah ala'zam*: el Nombre Más Excelso de Dios. Aquellos que leen el Corán lo habrán leído sin saberlo. Dios es prudente al ocultar Su Más Excelso Nombre, ¿eh?».

«Sí, suponiendo que haya un Dios», se dijo Pettikin, con todos los miembros doloridos y muerto de frío.

Poco antes del mediodía, Rakoczy volvió acompañado de sus dos hombres. Ante el asombro de Pettikin, le ayudó cortésmente a ponerse en pie, librándole acto seguido de las ligaduras.

—Buenos días, capitán Pettikin. Lamento mucho el error. Le ruego que me siga. —Lo condujo hasta la habitación principal. Sobre la mesa había café—. ¿Toma el café solo o al estilo inglés, con leche y azúcar?

Pettikin se frotaba las doloridas muñecas, intentando poner su mente en funcionamiento.

—¿Qué es esto? ¿Se ofrece un desayuno reconfortante al prisionero?

—Perdone, pero no le entiendo.

—Nada —dijo Pettikin y se le quedó mirando, sin estar seguro todavía—. Con leche y azúcar. —El café era excelente y le hizo revivir. Se sirvió más—. ¿De manera que ha sido un error, todo un error?

—Sí, comprobé…, comprobé su historia y era correcta, gracias sean dadas a Dios. Saldrá de inmediato. Con dirección a Teherán.

Pettikin sintió contraída la garganta ante aquel súbito alivio… «Un alivio aparente», se dijo suspicaz.

—Necesito combustible. Nos han robado todo el nuestro. El depósito está vacío.

—Su avión ha sido abastecido de combustible. Yo mismo me he ocupado de ello.

—¿Entiende usted de helicópteros? —Pettikin se preguntaba por qué aquel hombre estaría tan nervioso.

—Algo.

—Lo siento pero no sé su nombre.

—Smith. Mister Smith. —Fedor Rakoczy sonrió—. Y ahora, haga el favor de irse. Inmediatamente.

Pettikin buscó sus botas de vuelo y se las calzó. Los otros hombres lo observaban en silencio. Observó que llevaban metralletas soviéticas. Su maletín estaba sobre la mesa que había en un lado de la puerta. Junto a él habían dejado toda su documentación:

pasaporte, visado, permiso de trabajo y la licencia de vuelo de la CAA iraní. Disimulando su asombro, lo recogió todo y se lo guardó en el bolsillo. Al dirigirse hacia el refrigerador, uno de los hombres se interpuso en su camino y le indicó que se alejara.

—Tengo hambre —alegó Pettikin, todavía suspicaz.

—En su helicóptero tiene algo de comer. Sígame, por favor.

Afuera, el aire le olió muy bien. Hacía un hermoso y fragante día con un cielo despejado y muy azul. Hacia el Oeste se estaban formando más nubes anunciadoras de nieve. Por el Este, el cielo sobre el puerto aparecía despejado. Alrededor suyo toda la floresta centelleaba por efecto del reflejo de la luz sobre la nieve. El «206», con las ventanillas y el parabrisas bien limpios, se encontraba en el centro del hangar. En su interior no parecía que hubieran tocado nada, salvo que el estuche de mapas se encontraba en una bolsa lateral, y no en el asiento junto a él, donde lo llevaba habitualmente. Inició una revisión previa al vuelo con extrema minuciosidad.

—Apresúrese, por favor —dijo Rakoczy.

—Desde luego. —Pettikin hizo una gran exhibición de apresuramiento, aun cuando, en realidad, seguía con su examen, concentrados todos sus sentidos en intentar descubrir un sabotaje sutil o, incluso, alguno burdo. Comprobó la gasolina, el aceite, todo. Era consciente, e incluso casi podía palpar el nerviosismo de los otros. Seguía sin haber nadie más en la base. Pudo ver el «212» en el hangar, con las partes del motor todavía sin instalar. Los repuestos que él llevara aparecían colocados ordenadamente sobre un banco cercano.

—Ahora, ya está listo —dijo Rakoczy a modo de orden—. Suba, repostará en Bandare Pahlevi como lo hiciera antes. —Se volvió hacia los otros, los abrazó y se instaló en el asiento de la derecha—. Póngase en marcha y vayámonos pronto. Viajaré con usted hasta Teherán.

Sujetó la metralleta con fuerza entre las rodillas, se abrochó el cinturón, cerró la portezuela con cuidado y después, cogiendo los

auriculares que tenía a su espalda se los encasquetó. Resultaba evidente que estaba familiarizado con el interior de una carlinga.

Pettikin se dio cuenta de que los otros dos se habían colocado en posición de defensa, vueltos hacia la carretera. Presionó el botón para poner en marcha el motor. Pronto, su ruido normal y el hecho de que Smith se encontrara a bordo, lo que descartaba toda posibilidad de sabotaje, le despejó la cabeza.

—Allá vamos —dijo a través del «micro». Se elevó con un rápido deslizamiento, se ladeó suavemente y siguió ascendiendo en dirección al puerto de montaña.

—Formidable —dijo Rakoczy—. Realmente formidable. Pilota muy bien.

Como por casualidad, se colocó la metralleta sobre las rodillas, con la boca del cañón apuntando a Pettikin.

—Ponga el seguro…, o no volaré.

Rakoczy vaciló. Finalmente, hizo lo que el otro exigía.

—Reconozco que es peligroso cuando se vuela.

A ciento ochenta metros, Pettikin niveló el aparato. Después, bruscamente, bajó en picado y voló de nuevo en dirección al campo.

—¿Qué hace?

—Me estoy orientando.

Confiaba en la circunstancia de que aunque Smith se encontraba en la carlinga como en su casa, no fuese capaz de pilotar un «206» ya que, de lo contrario, él se hubiera hecho cargo del helicóptero. Pettikin miraba hacia abajo, escudriñando en busca de algo que justificara el nerviosismo del hombre y su apresuramiento por salir de allí. El campo no parecía haber sufrido variación alguna. Cerca de la intersección de la angosta carretera que salía de la base con la general, que se prolongaba al Noroeste en dirección a Tabriz, había dos camiones. Ambos se dirigían a la base. Desde aquella altura pudo comprobar fácilmente que se trataba de camiones del Ejército.

—Voy a tomar tierra para ver lo que quieren —dijo.

—Si lo hace tendrá muchos sufrimientos y mutilación permanente —dijo Rakoczy sin inmutarse—. Diríjase a Teherán, por favor, pero

antes vayamos a Bandare Pahlevi.

—¿Cuál es su verdadero nombre?

—Smith.

Pettikin no insistió más. Dio la vuelta y siguió la carretera hacia el Sureste en dirección a Teherán, sobrevolando el puerto y haciendo tiempo…, confiando en que en algún punto de la ruta le llegaría su momento a él.

XV

EN TEHERÁN: 8.30 DE LA MAÑANA. Tom Lochart fue sorteando con su viejo «Citroén» los escombros resultantes de la batalla librada la noche anterior mientras se dirigía a Galeg Morghi. La mañana era desagradable y muy fría, y ya iba retrasado a pesar de haber salido nada más amanecer.

Había pasado junto a muchos cadáveres y gimientes deudos; por el lado de muchos coches y camiones que habían ardido, de algunos de los cuales aún quedaban los rescoldos… Era la resaca de los disturbios nocturnos. Grupos de civiles armados o medio armados dominaban todavía los balcones o las barricadas y hubo de seguir numerosos desvíos. Muchos hombres ostentaban ya el brazalete verde de Jomeini. Todos los Green Bands iban armados. Las calles aparecían ominosamente desiertas de circulación. De vez en cuando, camiones de la Policía, acompañados del ulular de las sirenas, pasaban veloces, y también alguno que otro vehículo, mas no le prestaban la más mínima atención salvo para tocar la bocina e imprecarle para que se quitara de en medio. Él les insultaba a su vez, casi sin importarle si llegaba o no al aeropuerto, lo cual sería una solución perfecta para su dilema. Solo la idea de la mujer de Valik y sus dos hijos en manos de la SAVAK le obligaba a seguir adelante.

¿Cómo era posible que una mujer tan maravillosa como Annoush, que se mostrara tan amable con él desde que entró a formar parte de la familia, se hubiese casado con semejante bastardo? ¿Y cómo era posible que esos dos preciosos chiquillos que adoraban a Sharazad y a él le llamaban tío Excelencia…?

Hizo un brusco viraje para evitar a un automóvil que salía de una bocacalle de dirección prohibida. El coche no se detuvo y Tom lo imprecó. Maldijo a Teherán, a Irán, a Valik y proclamó en voz alta Insha'Allah, pero no le sirvió de nada.

El cielo estaba encapotado, cargado de nieve, lo que no le gustó un ápice, y aborreció haberse visto obligado a abandonar la tibieza del lecho, y a Sharazad. La alarma del despertador los arrancó del sueño poco antes del alba.

—Creí que hoy no volabas, amor mío. Pensé que habías dicho que saldrías mañana.

—Se ha presentado un chárter inesperado, eso creo al menos. Es de lo que vino a hablarme Valik. Y antes he de ver a Mac. En el caso de que me vaya, solo estaré fuera unos días. Vuelve a dormirte, cariño.

Después de afeitarse y vestirse apresuradamente, bebió una taza de café y salió. Afuera todavía estaba oscuro, vislumbrándose apenas, mortecinas, las primeras luces del amanecer. El aire le llegó acre y cargado de humo. Se escuchaban, en la lejanía, los inevitables y esporádicos disparos. De repente, los presentimientos lo atormentaron.

McIver vivía tan solo a unas manzanas, Lochart quedó sorprendido al encontrarle ya vestido.

—Hola, Tom. Entra. La autorización ha llegado a medianoche, entregada a mano. Valik tiene poder… No creí, ni por un momento, que la obtendríamos. ¿Café?

—Gracias. ¿Lo viste anoche?

—Sí. —McIver le llevó a la cocina. No había rastro de Genny Paula o Nogger Lane. Sirvió café a Lochart—. Valik me dijo que te había visto y que habías aceptado pilotar.

Lochart gruñó.

—Le dije que iría si tú dabas tu aprobación, y después de hablar contigo. ¿Dónde está Nogger?

—Volvió a su piso. Cancelé su vuelo anoche. Todavía está conmocionado por haberse visto envuelto en aquellos disturbios.

—Me lo imagino. ¿Y qué ha pasado con la muchacha? Con Paula.

—Está en la habitación de invitados, aun no ha salido su vuelo de «Alitalia», aunque lo más probable sea que se vaya hoy. George Talbot se dejó caer por aquí anoche y dijo que se está limpiando el aeropuerto de revolucionarios y que hoy, con algo de suerte, habrá algunos vuelos de salida y llegada.

Lochart asintió pensativo.

—Entonces, acaso gane Bajtiar después de todo.

—Esperémoslo, ¿no? Esta mañana, la «BBC» ha dicho que Doshan Tappeh sigue todavía en poder de Jomeini y que los Inmortales se limitan a cercar la ciudad, manteniéndose a la expectativa.

Lochart se estremeció pensando en Sharazad allí. Le había prometido no volver a ir.

—¿Dijo Talbot algo sobre un golpe militar?

—Solo que corre el rumor de que Carter se opone a él. Si yo fuera iraní y general no vacilaría un momento. Talbot estuvo de acuerdo, dijo que el golpe se materializaría dentro de los tres próximos días.

Tienen que darlo, los revolucionarios empiezan a tener demasiadas armas.

Lochart podía prácticamente ver a Sharazad salmodiando junto a millares de personas, al joven capitán Karim Peshadi declarándose partidarios de Jomeini y a los Inmortales desertando.

—Yo no sé lo que haría si fuese uno de ellos, Mac.

—Gracias a Dios no lo somos, y esto es Irán, no Inglaterra, con nosotros en las barricadas. De cualquier manera, si hoy llega el «125» sacaré a Sharazad en él. Estará más segura en Al Shargaz, al menos durante un par de semanas. ¿Le dieron ya el pasaporte canadiense?

—Sí, pero no creo que quiera irse, Mac —Lochart le contó lo de su presencia en la insurrección de Doshan Tappeh.

—¡Dios mío! Necesita que le examinen la cabeza. Le diré a Gen que vaya a verla.

—¿Se irá Genny a Al Shargaz?

—No —repuso McIver malhumorado—. Si por mí fuera, estaría allí hace ya una semana. Haré lo que pueda. Sharazad se encontrará a salvo.

—Estupendo, pero desearía de veras que volviera la tranquilidad a Teherán. Me pongo enfermo solo de pensar que ella se encuentra aquí y yo en Zagros —dijo Lochart, bebiendo después un largo sorbo de café—. Si he de irme, más vale que me ponga en marcha. No la pierdas de vista, Mac. —Se lo quedó mirando fijamente y con intensidad—. ¿Cuál es el motivo del charter, Mac?

McIver le miró impasible a su vez.

—Cuéntame con toda exactitud lo que Valik te dijo anoche —Lochart lo hizo así. Palabra por palabra—. Es un perfecto bastardo intentando humillarte de esa manera.

—Ni que decir tiene que lo logró a la perfección. Por desgracia, sigue siendo de la familia, y en Irán… Bueno, ya sabes cómo son las cosas —dijo Lochart tratando de evitar la amargura en su voz—. Le pregunté por qué eran tan importantes unos cuantos repuestos y algunos rials y se hizo el loco. —Vio endurecerse los rasgos de Mac, haciéndole parecer más viejo y grave aunque, al mismo tiempo, más duro—. ¿Qué importancia pueden tener algunos repuestos y unos cuantos rials, Mac?

McIver apuró su café y se sirvió más. Bajó la voz.

—No quiero despertar a Genny ni a Paula, Tom. Que esto quede entre nosotros.

Y le dijo a Lochart lo que ocurriera la noche anterior. Exactamente.

—¿SAVAK? ¿Él y Annoush, y los pequeños Setarem y Jalal? ¡Dios mío!

—Por eso, únicamente por eso me decidí a intentarlo. Tenía que hacerlo. Estaba igualmente acorralado. Los dos lo estamos. Pero todavía hay más.

McIver le habló del dinero.

Lochart se quedó sin respiración.

—¿Doce millones de rials en metálico? ¿O su equivalente en un Banco suizo?

—Baja la voz. Sí, doce para mí y otros doce para el piloto. Anoche dijo que la oferta seguía en pie y que no fuésemos «ingenuos» —añadió McIver sombrío—. Si Gen no hubiera estado aquí, lo hubiese echado de casa.

Lochart apenas le escuchaba. «¡Doce millones de rials para hacerlos efectivos en otra parte! Mac tiene razón. Si Valik ofrece eso, aquí, en Teherán, ¿qué estará dispuesto a pagar cuando divise la frontera?».

—¡Santo Cielo!

Mac lo observaba.

—¿Qué te parece, Tom? ¿Sigues queriendo ir?

—No puedo negarme. No puedo. Y menos aún ahora que disponemos ya de la autorización.

Estaba sobre la mesa de la cocina y Lochart la cogió. Decía: EP-HBC autorizado con destino Bandar Delam. Vuelo con prioridad por repuestas urgentes. Repostará en IIAF Base Isfahán. Tripulación: capitán Lane.

El nombre de Lane estaba tachado, habiéndose consignado «Enfermo». Le sustituye el piloto… El nombre aparecía en blanco y McIver aún no había estampado su firma conjunta.

McIver miró hacia la puerta de la cocina que había cerrado antes y después se volvió a Lochart.

—Valik quiere que se le recoja fuera de Teherán, en privado.

—Esto me huele cada vez peor. ¿Adónde habrá que llevarles?

—Si llegáis a Bandar Delam, y eso ni siquiera es probable, te presionará para que los lleves a Kuwait.

—Claro. —Lochart se quedó mirando a su vez a McIver.

—Recurrirá a todos los medios de presión, la familia, Sharazad, a todos. Especialmente el dinero.

—Millones. En efectivo…, que como los dos sabemos me vendrían muy bien —dijo Lochart con tono monótono—. Pero si entro en Kuwait sin autorización iraní, en un helicóptero matriculado en Irán,

sin la previa aprobación iraní o de la compañía, con pasajeros iraníes carentes de identificación que intenta huir de su Gobierno todavía legal, me convertiría en un delincuente, con solo Dios sabe cuántos cargos criminales aquí y en Kuwait… Las autoridades kuwaitíes confiscarían el helicóptero, me meterían en la cárcel y, sin lugar a dudas, concederían mi extradición a Irán. De cualquier manera, habría dinamitado mi futuro como piloto y jamás podría volver a Irán, y Sharazad…, incluso la SAVAK podría cogerle, de manera que no estoy dispuesto a hacer semejante cosa.

—Valik es una bestia peligrosa. Irá armado. Es posible que te apunte a la cabeza y te obligue a seguir adelante.

—Es posible —dijo Lochart en tono tranquilo, aunque una dura batalla se libraba en su interior—. No tengo opción. He de ayudarle y lo haré…, pero no soy un maldito estúpido. —Al cabo de una pausa añadió—: ¿Está Nogger al corriente de esto?

—No.

Durante la vigilia de esa noche, McIver había decidido, una vez sopesados los posibles planes, volar él y no consentir que Lochart o Nogger Lane corrieran ese riesgo. «Al diablo con los médicos o con eso de que seré ilegal —se dijo—. Toda la aventura del vuelo es una locura, de manera que poco importará algo más de demencia».

Su plan era sencillo: después de haber hablado con Tom Lochart se limitaría a decir que había decidido no permitir el vuelo y que no pondría su firma en la autorización. Lo único que haría sería dirigirse al punto de encuentro con la gasolina suficiente para que Valik hiciera el viaje por carretera. Incluso en el caso de que Lochart quisiera acompañarle, le resultaría fácil convenir un punto de cita con él, al que, por supuesto, no acudiría, sino que iría a Galeg Morghi, pondría su nombre como piloto en la autorización y despegaría. En cuanto al punto de recogida…

—¿Qué? —preguntó.

—Solo hay tres posibilidades —respondió Lochart—: que te niegues a autorizar el vuelo, que me autorices a mí o que autorices a cualquier otro. Has cancelado a Nogger, Charlie no se encuentra

aquí, de manera que solo quedamos tú o yo. Tú no puedes ir, Mac. Es así de sencillo, no puedes, resulta demasiado peligroso.

—Claro que no iría, mi licencia ha…

—No puedes ir, Mac —repitió Lochart con firmeza—. Lo siento. Sencillamente, no puedes.

McIver suspiró, su experiencia se impuso a su obsesión por volar y se decidió por el segundo plan.

—Sí, sí. Tienes razón. Estoy de acuerdo. Así que escucha con atención: si quieres hacerlo, será bajo tu responsabilidad, yo no te lo ordeno. Te daré la autorización si así lo deseas, aunque lo haré bajo ciertas condiciones. Si llegas hasta el punto de encuentro y todo parece en orden, recógelos. Después, dirígete a Isfahán. Valik dijo que podría arreglar eso. Si en Isfahán todo continúa en orden, sigue adelante. Tal vez Mr. Fixit Iran pueda seguir haciéndolo durante toda la ruta. Ahí es donde nos arriesgamos.

—Ahí es donde yo me arriesgo.

—Bandar Delam está al final de la línea. No atravesarás la frontera. ¿De acuerdo? —preguntó Mac mientras le alargaba la mano.

—De acuerdo —respondió Lochart estrechándosela al tiempo que en su fuero interno rezaba para que pudiese mantener su promesa.

McIver le informó sobre el punto de recogida, firmó la autorización y se dio cuenta de que las manos le temblaban. Si algo saliera mal, era evidente que la SAVAK iría a por ellos. A por los dos. E incluso tal vez a por Genny, pensó McIver, embargado de nuevo por el temor. No le había dicho a Lochart que la noche pasada Genny había oído a Valik y se había figurado el resto.

—Pero estoy de acuerdo, Duncan —le había dicho con seriedad —. Es terriblemente arriesgado y, sin embargo, tenéis que intentar ayudarles. Tom está atrapado también. No hay elección.

McIver entregó a Lochart la autorización.

—Tom, mi orden específica es que no cruces la frontera. Si lo haces, estoy plenamente seguro de que lo perderás todo, incluida Sharazad.

—Todo este asunto es una locura pero…, qué remedio.

—Sí. Buena suerte.

Lochart asintió con la cabeza, le sonrió y salió.

McIver cerró la puerta de entrada. «Espero que hayamos tomado la decisión acertada —pensó. Le dolía la cabeza—. Hubiera sido un despropósito que hubiese ido yo, y sin embargo…, desearía poder hacerlo yo y no él. Quisiera…».

—¡Vaya! —exclamó sobresaltado.

Genny se encontraba en la puerta de la cocina, con un cálido batín sobre el camisón. No llevaba las gafas puestas y lo miró guiñando los ojos.

—Estoy…, estoy terriblemente contenta de que no hayas ido, Duncan —dijo con un hilo de voz.

—¿Cómo?

—Vamos, no seas tonto, te conozco demasiado bien. Apenas has pegado ojo en toda la noche, tratando de tomar una decisión… Claro que yo tampoco he dormido, preocupada por ti. Sé que si me hubiese encontrado en tu lugar hubiera ido, o hubiera querido ir. Pero Tom es fuerte, Duncan, y lo hará todo muy bien. Espero de todo corazón que saque a Sharazad de aquí y no regresen jamás… —dijo mientras las lágrimas empezaban a rodar por su rostro—. ¡Estoy tan contenta de que no hayas ido tú! —Se limpió las lágrimas bruscamente y se acercó al fogón para poner la tetera al fuego—. Maldita sea, lo siento. Realmente, a veces me comporto igual que una estúpida. Lo siento.

McIver la abrazó.

—Si el «125» llega hoy, ¿querrás irte en él, Genny?

—Claro. Siempre que tú vengas también, querido.

—Gen, tienes que hacerlo.

—Escúchame un momento, por favor, Duncan —dijo volviéndose hacia él. Lo rodeó con sus brazos, descansó la cabeza sobre el pecho masculino y siguió hablándole con aquella vocecita que tanto le conmovía—. Tres de tus socios se han marchado ya con sus familias y con todo el capital que han logrado reunir, el Sha y su familia se

han ido con todo su dinero, otros muchos miles, en su mayoría gente que conocemos, han abandonado Irán, tú mismo lo has dicho y, ahora, incluso el todopoderoso general Valik huye también, a pesar de todos los contactos que debe tener en ambos lados de la valla y…, e incluso los Inmortales no han aplastado la pequeña insurrección en Doshan Tappeh provocada por unos pocos cadetes de las Fuerzas Aéreas y civiles pobremente armados…, prácticamente en su propio terreno. Va siendo hora de que también nosotros echemos el cerrojo y nos vayamos.

—No podemos, Gen —la interrumpió él con fogosidad. Genny podía sentir desbocado el corazón de él, lo que contribuyó a aumentar su preocupación—. Sería un desastre.

—Estaríamos fuera poco tiempo, hasta que las aguas se calmasen.

—Si yo abandonase Irán, sería el fin de «S-G».

—No entiendo nada de eso, Duncan, pero es de suponer que la decisión le corresponde a Andy, no a ti. Él nos envió aquí.

—Sí, pero él me pediría opinión y yo no podría recomendarle nuestra retirada abandonando detrás helicópteros y repuestos por un valor aproximado de veinte a treinta millones de dólares… En una situación tan turbulenta como la actual, no durarían siquiera una semana, los saquearían o los destrozarían, lo habríamos perdido todo, absolutamente todo…, no lo olvides, Gen, todo nuestro dinero para la jubilación está ligado a «S-G», todo.

—Pero, Duncan, ¿no crees que…?

—No abandonaré nuestros helicópteros y repuestos —repitió McIver, y sintió verdadero pánico ante esa idea—. Sencillamente, no puedo.

—Entonces, llévatelos.

—Por Dios santo, ¿es que no lo entiendes? No podemos sacarlos de aquí, no nos lo autorizan, no podemos retirarlos del registro iraní… No podemos… Estamos atascados aquí hasta que la guerra termine.

—Nosotros no, Duncan. No lo estarás tú, ni yo, ni nuestros hijos, también tienes que pensar en ellos. Hemos de irnos. De todas maneras, nos van a echar gane quien gane. Sobre todo si el que gana es Jomeini.

Se estremeció solo de pensar en la primera arenga de aquel en el cementerio: «Ruego a Dios que corte las manos a todos los extranjeros…».

XVI

EN TABRIZ UNO: 9.50 DE LA MAÑANA. El «Range Rover» rojo cruzó las puertas del palacio del Khan y descendió por la ladera en dirección a Tabriz, y a la carretera que llevaba a Teherán. Conducía Erikki, con Azadeh sentada a su lado. Había sido el primo de ella, el coronel Mazardi, jefe de Policía, quien persuadiera a Erikki para que no viajara el viernes a Teherán.

—La carretera es en extremo peligrosa… Ya lo es bastante durante el día —les había dicho—. Ahora, ya no volverán los insurrectos, estáis seguros. Lo mejor será que vayáis a ver a Su Alteza el Khan y le pidáis su consejo. Eso sería lo más prudente.

Azadeh se había mostrado de acuerdo.

—Ni que decir tiene que haremos lo que tú quieras, Erikki; sin embargo, de verdad, me sentiría mucho más tranquila si pasáramos la noche en casa y viéramos a mi padre.

—Mi prima tiene razón, capitán. Por supuesto, usted puede hacer lo que desee, pero juro por el Profeta, Dios conserve por siempre Su palabra, que la seguridad de Su Alteza es tan importante para mí como para usted. Mas si aún sigue queriéndolo así, váyanse mañana. Puedo asegurarles que aquí no corren peligro. Pondré guardia. Si ese que se llama Rakoczy o cualquier otro extraño o el mulá, llegaran siquiera a un kilómetro de aquí, o del palacio Gorgon, lo lamentarían.

—Sí, sí. Erikki, por favor —pidió Azadeh entusiasmada—. Naturalmente, cariño, haremos lo que tú quieras, pero acaso quieras consultar con Su Alteza, mi padre, lo que proyectas hacer.

Erikki aceptó reacio. Arberry y el otro mecánico, Dibble, decidieron ir al «Hotel International», en Tabriz, y pasar allí el fin de semana.

—Los repuestos se esperan el lunes, capitán. Ese viejo cicatero de McIver sabe que nuestro «212» ha de estar funcionando el miércoles o tendrá que enviarnos otro, y eso no le gustará nada. Esperaremos, haremos el trabajo y en seguida estaremos en el aire. Nuestra excusa puede ser que aguardamos a un gerente de base que va a acudir a recogernos. Somos británicos y no tenemos de qué preocuparnos…, nadie nos tocará un pelo. Y no olvide que estamos trabajando para el Gobierno de ellos, quienquiera que sea ese condenado Gobierno, y que no sentimos animadversión alguna contra esos malditos hijos de p…, contra esos malditos, si se nos permite decirlo así. O sea, usted y la Missus no se preocupen por nosotros. Esperaremos y confiamos que estén de regreso el miércoles. Diviértanse en Teherán.

De modo que Erikki había ido en convoy con el coronel Mazardi hasta los alrededores de Tabriz. El inmenso palacio de los Gorgon Khan se extendía al pie de la montaña, con hectáreas de jardines y huertos protegidos por altos muros. Cuando llegaron, toda la casa estaba ya levantada y reunida: su madrastra, hermanas de padre, sobrinas, sobrinos, sirvientes e hijos de sirvientes, pero no así Abdollah Khan, su padre. Recibieron a Azadeh con los brazos abiertos y derramando lágrimas y felices y derramando más lágrimas, e inmediatamente comenzaron a hacer planes para tener al día siguiente un almuerzo de fiesta a fin de celebrar su buena fortuna al tenerla de nuevo en casa con ellos.

—¡Oh, eso es terrible! ¿De verdad han osado los bandidos y un pícaro mulá entrar en tu tierra? ¿Acaso Su Alteza, nuestro reverenciado padre, no ha donado barriles de rials y centenares de hectáreas de tierra a varias mezquitas en Tabriz y sus alrededores?

Erikki Yokkonen fue recibido con cortesía y cautela. Todos ellos sentían temor ante él, su inmensa contextura física, su rapidez con el cuchillo, la violencia de su temperamento, y les resultaba

incomprensible su extrema delicadeza para con sus amigos y el desbordante amor que sentía por Azadeh. Esta era la quinta de seis hermanas de padre y de un hermano, también de padre, que todavía era un bebé. Su madre, muerta hacía ya muchos años, había sido la segunda mujer concurrente de Abdollah Khan, y su propio y adorado hermano de sangre había sido desterrado por Abdollah Khan y todavía se encontraba en desgracia en Khoi, hacia el Noroeste, desterrado por crímenes contra el Khan, que tanto Hakim como Azadeh juraban que el muchacho no había cometido.

—Primero un baño —le dijeron alegremente sus hermanas—, y así puedes contarnos todo lo que ha pasado, hasta el último detalle, *hasta el último detalle*. —Arrastraron felices a Azadeh consigo. En la intimidad de la casa de baños, cálida y acogedora, charlaron y cotillearon hasta la madrugada.

—Hace una semana que mi Mahmud no me ha hecho el amor —dijo Najoud, una de las hermanas de Azadeh sacudiendo la cabeza.

—Tiene que haber otra mujer, Najoud, querida —comentó alguna de ellas.

—No, no es eso. Su erección le causa molestias.

—¡Oh, pobre pequeña querida! ¿Has probado a darle ostras…? O tal vez a ungirte los senos con aceite de rosas… O a frotarle a él con extracto de jacarandá, cuerno de rinoceronte y almizcle…

—¿Jacarandá y almizcle con cuerno de rinoceronte? Nunca he oído nada de eso, Fazulia.

—Es algo nuevo originario de una antigua receta de Ciro el Grande. Es un secreto, pero el pene del Gran Rey era pequeño como el de un niño. Sin embargo, después de la conquista de Medas, se convirtió, milagrosamente, en la envidia de sus huestes. Parece ser que obtuvo una poción mágica de los medas con la cual, si se frotaba durante un mes… El Sumo Sacerdote de los medas se la dio a Ciro a cambio de su vida a condición de que el Gran Rey jurara conservar el secreto en el seno de su familia. Durante siglos fue pasando de padres a hijos y ahora, mis queridas hermanas, ¡el secreto se encuentra en Tabriz!

—¿Quién, mi adorada hermana Fazulia, quién? ¡Las bendiciones de Dios sean contigo por siempre! ¿Quién? Mi despreciable marido Abdollah, así se le caigan los tres dientes que le quedan, hace años que no tiene una erección. ¿Quién?

—Tranquilízate, Zadi. ¿Cómo puede contárnoslo ella si la que hablas eres tú? Continúa, Fazulia.

—Sí, tranquilízate, Zadi, y bendice tu buena fortuna… Mi Hassan tiene una erección por la mañana, otra al mediodía y también por la noche, y es tal su deseo, ¡que no me da tiempo a lavarme los dientes! Bueno, el secreto del elixir lo compró el tatarabuelo de su actual propietario por un elevado precio, por un enorme puñado de diamantes…

—Ahhhhhhhhhh.

—… pero ahora podéis comprar una pequeña redoma por cincuenta mil rials.

—¡Eso es mucho! ¿De dónde voy a sacar yo tanto dinero?

—Del sitio de siempre, de sus bolsillos y, de todas formas, intenta hacer un trato. ¿Es demasiado por semejante pócima cuando no podemos disponer de otros hombres?

—Si sirve…

—Pues claro que sirve. ¿Dónde podemos encontrarla, querida, queridísima Fazulia?

—En el bazar, en la tienda de Abu Bakra bin Hassan bin Saiidi. ¡Yo sé el camino! Iremos mañana. Antes del almuerzo. ¿Vendrás con nosotras, Azadeh, cariño?

—No, gracias, querida hermana.

Se escuchó una cascada de risas y una de las más jóvenes dijo:

—La pobre Azadeh no necesita jacarandá y almizcle…, ¡sino todo lo contrario!

—Jacarandá y almizcle, pequeña, con cuerno de rinoceronte —la corrigió Fazulia.

Azadeh rio con ellas. Todas le habían preguntado, a las claras o con disimulo, si su marido tenía las mismas proporciones en todo y

cómo se las arreglaba ella, tan delgada y frágil, con aquello y cómo soportaba el peso de él.

—Con la magia —había contestado Azadeh a las más jóvenes—. Fácilmente —dijo a las más serias—, y con increíble éxtasis como debe ser en el Jardín del Paraíso —aseguró a las envidiosas y a aquellas a quienes aborrecía y a las que, en el fondo de su ser, quería atormentar.

No todos habían aprobado su casamiento con aquel gigante extranjero. Muchos eran los que habían intentado influir en su padre contra la pareja. Pero ella había ganado la partida y sabía quiénes eran sus enemigos: su hermana Zadi, una maniática del sexo; su embustera prima Fazulia, con sus estúpidas exageraciones; y, la peor de todas, la víbora de dulce labia, su hermana mayor Najoud y su despreciable marido Mahmud. «Ojalá el castigo de Dios caiga sobre ellos por su malvado proceder».

—Me siento muy feliz de estar en casa, queridísima Najoud…, mas ya es hora de irse a dormir.

Y así se fueron a la cama. Todas ellas. Algunas felices, otras tristes, las había que se sentían furiosas, otras embargadas por el odio, otras amantes. Algunas se acostaban con sus maridos y otras solas. Según el Corán, los hombres podían tener cuatro esposas al mismo tiempo, siempre que las trataran a todas con equidad bajo cualquier circunstancia… Solo al Profeta Mahoma, entre todos los hombres, le había sido permitido tener tantas esposas como quisiera. Según la leyenda, el Profeta había tenido once mujeres durante su vida, aunque no todas al mismo tiempo. Unas habían muerto, de otras se había divorciado y algunas le sobrevivieron. Pero todas ellas lo reverenciaron siempre.

Erikki se despertó al deslizarse Azadeh en el lecho junto a él.

—Conviene que nos vayamos lo más pronto posible, Azadeh, cariño mío.

—Sí —asintió ella casi dormida, la cama tan acogedora, él tan acogedor—. Sí, cuando tú quieras, pero, por favor, no hasta después

del almuerzo porque entonces la queridísima madrastra lloraría a raudales.

—¡Azadeh!

Mas ella se había dormido. Erikki suspiró, también satisfecho, y volvió a conciliar el sueño.

No se fueron el domingo como habían previsto…, pues su padre había dicho que su marcha era inconveniente, ya que antes deseaba hablar con Erikki. Solo al amanecer de ese día, el lunes, después de los rezos dirigidos por su padre y del desayuno, café, pan, miel, yogur y huevos, se les había permitido emprender viaje y en aquellos momentos circulaban por la carretera que bordeaba la ladera de la montaña para coger la carretera general de Teherán, Delante de ellos apareció la barricada.

—Esto es muy extraño —murmuró Erikki.

El coronel Mazardi les había dicho que se reuniría con ellos en aquel punto, pero no se le veía por parte alguna, como tampoco había nadie en la barricada.

—¡Policías! —dijo Azadeh bostezando—. Jamás los encuentras cuando los necesitas.

La carretera ascendía en dirección al puerto. El cielo estaba muy azul y despejado y las cimas de las montañas ya empezaban a ser inundadas por la luz del sol. Abajo, en el valle, todavía reinaba la oscuridad, hacia frío y humedad, la carretera estaba resbaladiza, con la nieve acumulada en las cunetas. Pero todo aquello no le inquietaba porque el «Range Rover» tenía tracción a las cuatro ruedas y también llevaba cadenas. Más adelante, al llegar al desvío de la base, pasó de largo. Sabía que la base se encontraba desierta, el «212» seguro y a la espera de los repuestos. Antes de abandonar el palacio, había intentado, sin éxito, ponerse en contacto con Dayati, el gerente. Pero eso carecía de importancia. Se acomodó en su asiento, tenía el depósito lleno y llevaba en latas hasta quince litros «extra» que había obtenido del surtidor particular de Abdollah.

«Puedo llegar hoy a Teherán de sobra —se dijo—. Y estar de regreso el miércoles…, si es que regreso. Ese bastardo de Rakoczy

no presagiaría nada bueno».

—¿Quieres un poco de café, cariño? —preguntó Azadeh.

—Gracias. Mira a ver si puedes encontrar la «BBC» o la «VOA» en onda corta.

Aceptó agradecido el café caliente del termo, escuchando los ruidos de la radio, las estentóreas emisoras soviéticas y poco más.

En las emisoras iraníes proseguía la huelga por lo que permanecían en silencio, salvo aquellas operadas por los militares.

Durante aquel fin de semana les llegaron, a través de los amigos, parientes, comerciantes y sirvientes, toda una serie de rumores contradictorios de todo tipo, desde la invasión inminente por parte de la Unión Soviética hasta la invasión inminente por parte de los Estados Unidos; desde triunfantes golpes militares en la capital hasta la abyecta sumisión de todos los generales a Jomeini y la dimisión de Bajtiar.

—¡Estupideces! —había afirmado, tajante, Abdollah Khan. Era un hombre corpulento, en la sesentena, con barba, ojos oscuros y labios llenos. Vestía lujosamente y ostentaba valiosas joyas—. ¿Por qué habría de dimitir Bajtiar? No gana nada con ello y, por tanto, no tiene motivo para hacerlo. Por ahora.

—¿Y si ganara Jomeini? —le había preguntado Erikki.

—Sería la Voluntad de Dios —respondió el Khan, que se encontraba tumbado sobre alfombras en el Gran Salón con Erikki y Azadeh sentados frente a él y sus guardaespaldas armados en pie, detrás de él—. Pero la victoria de Jomeini será solo temporal, suponiendo que la logre. Tarde o temprano, las Fuerzas Armadas le doblegarán a él y a sus mulás. Es un anciano. No tardará en morir, cuanto antes mejor, ya que, a pesar de que haya cumplido la Voluntad de Dios, siendo su instrumento para derribar al Sha, al que le había llegado su momento, es un hombre vengativo, de miras estrechas, tan megalómano como el Sha, si no más. Seguramente asesinará a más iraníes de los que jamás hayan muerto bajo el Gobierno del Sha.

—¿Acaso no es un hombre de Dios, piadoso y todo cuanto un ayatolá debe ser? —preguntó Erikki, fatigado, sin saber a qué atenerse—. ¿Por qué habría de hacer eso Jomeini?

—Es la costumbre de los tiranos —rio el Khan al tiempo que cogía otro de los halvah, los dulces turcos con los que se atiborraba.

—¿Y el Sha? ¿Qué ocurrirá ahora?

Por mucho que a Erikki le disgustara el Khan, le satisfacía tener la oportunidad de conocer su opinión. De él dependían, en gran parte, su vida y la de Azadeh en Irán, y no tenía deseos de abandonarlo.

—Lo que Dios quiera. El Sha Mohammad ha hecho cosas increíbles por Irán, como también su padre hiciera antes que él. Pero en los últimos años se había encerrado en sí mismo y no quería escuchar a nadie, ni siquiera a la Shahbanu, la emperatriz Farah, quien estaba consagrada a él y es prudente. Si él hubiese tenido algo de sentido, hubiera abdicado inmediatamente a favor de su hijo Reza. Los generales necesitan un punto de convergencia. Podían haberle adiestrado hasta el momento en que estuviera preparado para asumir el poder… No olvides que Irán ha sido una monarquía desde hace casi tres mil años, siempre con un gobernante absoluto, algunos dirían que un tirano, con poder absoluto y al que únicamente la muerte puede destronar. —Una sonrisa curvó sus labios llenos y sensuales—. De los Qajar Shas, nuestra dinastía legítima, que gobernaron durante ciento cincuenta años, solo uno, el último de la dinastía, primo mío, murió por causas naturales. Somos un pueblo oriental, no occidental, que comprende la violencia y la tortura. La vida y la muerte no se rigen según vuestras normas. —Aquellos ojos oscuros parecieron volverse más insondables aún—. Acaso la Voluntad de Dios sea que los Qajar retornen… Irán prosperó bajo su gobierno.

«No es eso lo que yo he oído precisamente —se dijo Erikki. Pero guardó silencio—. No es a mí a quien compete juzgar lo que ha sido o lo que será».

Durante todo el domingo, tanto la «BBC» como la «VOA» tuvieron continuas interferencias, lo que ya era habitual. En cambio, «Radio Moscú» se oía potente y clara como de costumbre e, igualmente, «Radio Libre» de Irán, que emitía desde Tbilisi, al norte de la frontera. Sus comunicaciones, en farsi y en inglés, hablaban de una insurrección total contra el Gobierno ilegal de Bajtiar, del derrocado Sha y de sus amos americanos. «En el día de hoy, Bajtiar ha intentado recuperar el favor de las masas mediante la cancelación de contratos militares usurarios por un total de 16 mil millones de dólares impuestos al país por el derrocado Sha: 8 mil millones con Estados Unidos, contrato de tanques con la "British Centurion" por un valor de 2.300 millones, más dos reactores nucleares franceses, y otro con Alemania por otros 5.700 millones. Estas noticias han sembrado el pánico entre los líderes occidentales e indudablemente harán que los mercados de valores capitalistas caigan en picado…».

—Perdona mi pregunta, padre, ¿se hundirá Occidente? —había dicho Azadeh.

—Por esta vez no —le respondió el Khan y Erikki vio su rostro tenso—. Desde luego que no, a menos que los soviéticos decidan que ha llegado el momento de renegociar sobre los 80 mil millones de dólares que deben a los Bancos occidentales…, y también a algunos orientales. —Había reído sardónico, jugueteando con el hilo de perlas que llevaba al cuello—. Claro que los prestamistas orientales son mucho más inteligentes. Al menos no se muestran tan codiciosos. Prestan con juicio y medida, y exigen seguridades colaterales y, desde luego, no creen en nadie, sobre todo en ese mito de la «caridad cristiana».

Era de conocimiento público que los Gorgon poseían vastas extensiones de tierras en Azerbaiyán, excelentes campos petrolíferos, una gran parte de «Iran-Timber», propiedades junto al mar Caspio, gran parte del bazar de Tabriz y la mayor parte de sus Bancos mercantiles allí.

Erikki recordó los rumores que le habían llegado sobre Abdollah Khan, cuando intentaba obtener su autorización para casarse con Azadeh, al respecto de su parquedad y actitud implacable en los negocios.

—Una forma rápida de viajar al Paraíso o al Infierno, es debiéndole a Abdollah el Cruel un solo rial, no pagar alegando pobreza o quedarse en Azerbaiyán.

—Por favor, Padre, ¿puedo preguntar algo? La cancelación de tantos contratos causaría estragos, ¿verdad?

—No, no puedes preguntar. Ya has hecho demasiadas preguntas por un día. Se supone que una mujer ha de contener su lengua y escuchar… Ahora, puedes irte.

Azadeh se excusó al punto por su equivocación y salió obediente.

—Perdóname, por favor.

Erikki se había puesto en pie para retirarse también, pero el Khan lo detuvo.

—Todavía no te he dicho que te vayas. Siéntate. Y ahora, dime, ¿por qué habrías de temer a un soviético?

—No lo temo…, solo al sistema. Ese hombre tiene que pertenecer a la KGB.

—Entonces, ¿por qué no le mataste?

—No hubiera servido de nada y hubiese causado problemas. A nosotros, a la base, a «Iran-Timber», a Azadeh, incluso a usted quizá. Me lo enviaron otros. Él nos conoce…, le conoce a usted. —Erikki observaba atentamente al hombre mayor.

—Conozco a muchos de ellos. Rusos, soviéticos o zaristas, siempre han ambicionado Azerbaiyán, pero han sido buenos clientes de Azerbaiyán y nos han ayudado contra los apestosos británicos. Los prefiero a los británicos, los entiendo —dijo y su sonrisa se hizo más inflexible aún—. Sería fácil quitar de en medio a ese Rakoczy.

—Bien, entonces hágalo, por favor —rio con gusto Erikki—. Y de paso, a todos los demás. Eso sí que sería hacer el trabajo de Dios.

—No estoy de acuerdo —repuso el Khan malhumorado—. Eso sería hacer el trabajo de Satanás. Si no tuvieran a los soviéticos

enfrentados a ellos, los americanos y sus perros, los británicos, nos dominarían y al mundo entero. Desde luego, devorarían a Irán…, casi lo hicieron con el Sha Mohammad. Sin la Rusia soviética, pese a todos sus defectos, la asquerosa política americana no tendría límite, ni tampoco su asquerosa arrogancia, sus asquerosos modales, sus asquerosos jeans, su asquerosa música, su asquerosa comida, su asquerosa democracia, sus repugnantes actitudes para con la mujer, la ley y el orden, su repugnante pornografía, su estúpida manera de practicar la diplomacia y su diabólico, sí, esa es la palabra correcta, su diabólico antagonismo frente al Islam.

Lo último que Erikki deseaba era un enfrentamiento. Pese a todos sus propósitos, empezó a sentirse dominado por la furia.

—Hicimos un acuer…

—¡Por Dios que es verdad lo que digo! —gritó el Khan—. ¡Es cierto!

—No lo es, y en su día acordamos ante su Dios y mis espíritus que no discutiríamos de política…, de su mundo o del mío.

—¡Es verdad, admítelo! —dijo Abdollah Khan, enseñando los dientes, el rostro descompuesto por la furia. Se llevó la mano al adornado cuchillo que llevaba en el cinturón, y al punto el guardaespaldas descolgó su metralleta apuntando a Erikki—. Por Alá, ¿me llamas embustero en mi propia casa? —vociferó.

—¡Me limito a recordarle, Alteza, por Alá, lo que acordamos! —repuso Erikki apretando los dientes.

Los oscuros ojos, inyectados en sangre, lo miraron fijamente. Erikki le devolvió la mirada con idéntica fijeza, presto a sacar su propio cuchillo y a matar o a que lo matasen a él. La situación entre ambos era realmente peligrosa.

—Sí, sí. Eso también es verdad —farfulló el Khan, y el ataque de furia pasó con la misma rapidez con que había aparecido. Miró al guardia y con un violento ademán de la mano le indicó que se retirara.

—¡Vete!

Ahora, en el salón imperaba un absoluto silencio. Erikki sabía que cerca había otros guardias apostados y mirillas en las paredes. Sintió la frente inundada de sudor y el roce de su cuchillo pukoh en la columna vertebral.

Abdollah Khan sabía que el cuchillo estaba allí y que Erikki lo utilizaría sin la menor vacilación. Pero el Khan le había concedido autorización a perpetuidad para ir armado en su presencia. Dos años antes, Erikki le había salvado la vida.

Ocurrió el mismo día en que Erikki fuera a pedirle permiso para casarse con Azadeh, siendo rechazado de manera imperiosa.

—No. ¡Por Alá, no quiero infieles en mi familia! ¡Salga de mi casa! ¡Por última vez!

Erikki, descorazonado, se había levantado de la alfombra. En aquel momento, se oyeron movimientos y disparos al otro lado de la puerta. Esta se abrió de repente y dos asesinos armados con metralletas se precipitaron en el salón, mientras otros luchaban con armas en el corredor. El guardaespaldas del Khan había matado a uno de los asaltantes, pero el otro lo había acribillado a balazos y, en aquel momento, volvía el arma hacia Abdollah Khan que seguía sentado en la alfombra, absolutamente conmocionado. Antes de que el asesino pudiera apretar el gatillo por segunda vez, murió con el cuchillo de Erikki clavado en la garganta. Sin perder un instante, Erikki se lanzó hacia él, le arrebató el arma de las manos y le arrancó el cuchillo de la garganta al tiempo que otro asesino irrumpía en la habitación. Erikki descargó un golpe con la metralleta en el rostro del hombre, matándole, casi arrancándole la cabeza con la fuerza del golpe, luego, atravesó corriendo enloquecido el corredor. En el suelo vio a tres atacantes y a dos de los guardaespaldas, muertos o moribundos. El resto de los atacantes había emprendido la huida, mas Erikki les cortó el camino y los derribó. Después, siguió corriendo desalado. Solo cuando encontró a

Azadeh, y comprobó que estaba sana y salva, la sed de sangre se evaporó de su ánimo y volvió a mostrarse tranquilo de nuevo.

Erikki recordaba haberse separado de ella para volver al Gran Salón. Abdollah seguía sentado sobre las alfombras.

—¿Quiénes eran esos hombres?

—Asesinos…, enemigos, igual que los guardias que les dejaron entrar —dijo Abdollah Khan con malevolencia—. Ha sido la Voluntad de Dios que estuvieras aquí para salvar mi vida, la Voluntad de Dios que siga vivo. Puedes casarte con Azadeh, sí, pero considerando que no me gustas, ambos juraremos ante Dios y tus…, a quienquiera que adores, que jamás discutiremos de religión ni de política, tanto de tu mundo como del mío. De esa manera, acaso yo no tenga necesidad de hacer que te maten.

Y ahora aquellos mismos ojos, negros y fríos, lo miraban fijamente. Abdollah Khan dio unas palmadas. Al punto, la puerta se abrió y un sirviente apareció en ella.

—¡Trae café!

El hombre se alejó presuroso.

—Dejaré el tema de tu mundo y cambiaré a otro sobre el que podemos discutir. Mi hija Azadeh.

De inmediato, Erikki se puso en guardia, ya que no estaba seguro hasta qué punto el padre tenía control sobre ella, ni tampoco de sus propios derechos como marido mientras permaneciese en Azerbaiyán que era, en definitiva, más o menos, el feudo del anciano. Sí Abdollah Khan llegara realmente a ordenar a Azadeh que volviera a su casa y se divorciara de él, ¿lo haría ella? «Creo que sí, me temo que sí… Seguro que jamás permitiría que dijeran una palabra contra él». Incluso llegaba a defender su odio paranoico hacia América explicando sus orígenes.

—Su padre le ordenó que fuera allí, a la Universidad —le explicó Azadeh—. Pasó una época terrible en América, Erikki, aprendiendo el idioma e intentando licenciarse en Económicas, como su padre le

había exigido antes de permitirle volver a casa. Mi padre aborrecía a los otros estudiantes que se burlaban de él porque no podía practicar sus juegos, ya que era más pesado que ellos, algo que en Irán es signo de buena posición pero no en América. Y era lento para aprender, sobre todo por cuanto se vio obligado a soportar, Erikki…, tenía que comer alimentos inmundos como el cerdo, lo que va contra nuestra religión; beber cerveza, vino y licores, lo que va contra nuestra religión; hacer cosas que no se pueden mencionar y que le pusieran adjetivos que tampoco se pueden mencionar. Yo también estaría furiosa si me lo hubieran hecho a mí. Muéstrate paciente con él, por favor. ¿Acaso no lo ves todo rojo cuando recuerdas lo que los soviéticos hicieron a tus padres y a tu patria? Por favor, ten paciencia con él, te lo suplico. ¿Es que no estuvo de acuerdo en que nos casáramos?

«He sido muy paciente —se dijo Erikki—, más paciente que con cualquier otro hombre». Ansiaba poner fin a aquella entrevista.

—¿Qué pasa con mi mujer, Alteza?

Era costumbre llamarle así y Erikki, por cortesía, lo hacía de vez en cuando. Abdollah Khan le sonrió de manera poco convincente.

—Naturalmente, me interesa el futuro de mi hija. ¿Qué planes tienes para cuando lleguéis a Teherán?

—Ninguno. Solo que me parece prudente sacarla de Tabriz durante unos días. Rakoczy dice que «requieren» mis servicios. Cuando la KGB dice eso en Irán, en Finlandia o en América incluso, más vale ponerse en guardia y esperar dificultades. Si llegasen a secuestrarla, yo sería una masa maleable en sus manos.

—En Teherán pueden secuestrarla con mucha más facilidad que aquí, si es eso lo que persiguen. Olvidas que esto es Azerbaiyán —dijo, contrayendo los labios con gesto de desprecio—. No terreno de Bajtiar.

Erikki se sintió indefenso bajo su escrutinio.

—Lo único que sé es que quiero lo mejor para ella. He dicho que la defenderé con mi vida y lo haré. Hasta que el futuro político

quede estabilizado, gracias a ti y a otros iraníes, creo que eso es lo más prudente.

—¡En tal caso, idos! —exclamó su suegro de manera tan súbita que casi lo asustó—. Si necesitáis ayuda, envíame la contraseña… —Reflexionó un momento. Luego, la sonrisa se hizo sardónica—. Transmíteme la frase «Todos los hombres han nacido iguales». Esa es otra verdad, ¿no?

—No lo sé, Alteza —respondió Erikki cauteloso—. Lo sea o no, seguramente es la Voluntad de Dios.

Abdollah rio de pronto. Después, se puso en pie y lo dejó solo en el Gran Salón. Erikki sintió un frío helado que le llegaba al alma, profundamente perturbado por aquel hombre cuyos pensamientos jamás era capaz de leer…

—¿Tienes frío, Erikki? —preguntó Azadeh.

—No, no. En absoluto —contestó él, saliendo de su ensimismamiento.

El motor sonaba perfectamente mientras ascendían por la carretera en dirección al puerto de montaña. En aquel momento, se encontraban exactamente debajo de la cima. Había habido escasa circulación en ambas direcciones. Al dar un giro, toparon con la luz del sol, habiendo llegado al final de la ascensión. Erikki cambió de marcha suavemente y fue acelerando mientras bajaban por la larga vertiente. La carretera, construida por orden del Sha Reza, al igual que el ferrocarril, era una maravilla de ingeniería, con rebajes y terraplenes, y puentes, y zonas escarpadas, sin barandas sobre el precipicio, el pavimento resbaladizo, con la nieve acumulada en las lomas. Volvió a cambiar, conduciendo aprisa aunque con prudencia, contento de no haber conducido por la noche.

—¿Podría tomar un poco más de café?

Ella se lo dio, sintiéndose feliz.

—Estoy muy contenta de ver Teherán. Tengo un montón de cosas que comprar, Sharazad también está allí y llevo una larguísima

lista que mis hermanas me han dado y también debo llevar crema de la cara para mi madrastra.

Erikki apenas la escuchaba, todo su pensamiento concentrado en Rakoczy, Teherán, McIver y el siguiente paso que había de dar. La carretera zigzagueaba y estaba llena de curvas durante todo el descenso. Erikki redujo la velocidad y condujo con mayor cautela. Detrás de él, llevaba algunos coches. Delante de todos ellos iba uno de pasajeros, típicamente sobrecargado, y era conducido demasiado rápido, demasiado cerca del suyo, y sin quitar el dedo de la bocina por un instante, a pesar de que resultaba claramente imposible apartarse de su camino. Erikki cerró los oídos a aquella impaciencia a la que jamás había logrado acostumbrarse, como tampoco a la temeridad con que los iraníes conducían, incluso Azadeh. Giró en la siguiente curva, haciéndose la pendiente más abrupta y allí, frente a él, no muy lejos, divisó un camión, enormemente cargado, seguido de un coche, que quería adelantar por el lado incorrecto. Erikki frenó y se ciñó a la ladera de la montaña. En aquel preciso momento, el automóvil que lo seguía aceleró, giró tocando la bocina incesantemente y lo adelantó, lanzándose por la izquierda de la zigzagueante carretera. Los dos coches chocaron de frente, cayeron al precipicio desde una altura de ciento cincuenta metros y se incendiaron rápidamente. Erikki se ciñó aún más a la ladera y después se detuvo. El autobús que subía en dirección contraria a la de ellos no paró, se limitó a pasar por su lado y prosiguió por la carretera como si nada hubiera pasado…, al igual que todos los demás vehículos.

Erikki se acercó al borde del precipicio y miró hacia el valle. Aún se veían arder restos de los coches por la ladera de la montaña, a unos ciento ochenta o doscientos metros. Era materialmente imposible que hubiese supervivientes como tampoco había posibilidad alguna de bajar hasta allí sin el material adecuado. Al regresar junto al coche, sacudió la cabeza tristemente.

—Insha'Allah, cariño —dijo Azadeh con calma—. Ha sido la Voluntad de Dios.

—No, no es cierto. Sencillamente ha sido una absurda estupidez.

—Claro, tienes razón, amado, fue una absurda estupidez —asintió ella al punto con su tono de voz más apaciguador, dándose cuenta del enfado de él, aunque sin comprenderlo, como no comprendía la mayor parte de los pensamientos de aquel hombre extraño que era su marido—. Tienes toda la razón, Erikki, ha sido una absurda estupidez, pero también ha sido la Voluntad de Dios el que la estupidez de esos conductores haya causado su muerte y la de quienes viajaban con ellos. Ha sido la Voluntad de Dios, pues, de lo contrario, la carretera hubiera estado despejada. Tienes toda la razón.

—¿De verdad? —preguntó él cansado.

—Pues claro que sí, Erikki. Tienes toda la razón.

Las aldeas enclavadas a ambos lados de la carretera o aquellas por la que esta cruzaba, eran pobres o muy pobres, con calles angostas y polvorientas, chozas y casas primitivas, altos muros, algunas míseras mezquitas, tiendas, cabras, ovejas y gallinas, y moscas, aunque todavía no formaban la plaga en que se convertirían llegado el verano. Siempre basuras por las calles y en los *joub* y, huroneando, los inevitables perros, con frecuencia rabiosos. Pero la nieve transformaba todo el paisaje y las montañas haciendo que luciesen pintorescos y el día seguía siendo hermoso aunque frío, con un cielo muy azul en el que comenzaban a formarse cúmulos.

El interior del «Range Rover» era cálido y confortable. Azadeh vestía un equipo moderno de esquí, bien acolchado, con un jersey de casimir debajo, en tonalidades azules haciendo juego, y botas cortas. Se quitó la chaqueta y el gorro de lana. El oscuro cabello, naturalmente ondulado, le cayó sobre los hombros. Alrededor del mediodía se detuvieron para tomar un tentempié junto a un manantial de montaña. A primera hora de la tarde, atravesaron huertas de manzanos, perales y cerezos. Los árboles aparecían ya desprovistos de hojas, y llegaron a los alrededores de Kazvin, ciudad de unos ciento cincuenta mil habitantes y muchas mezquitas.

—¿Cuántas mezquitas hay en todo Irán, Azadeh? —preguntó Erikki.

—Una vez me dijeron que veinte mil —contestó ella soñolienta. Abriendo los ojos miró hacia delante—. ¡Caramba, Kazvin! Has hecho un buen tiempo, Erikki. —Bostezó con ganas, se acomodó a gusto y volvió a quedarse medio dormida—. Hay veinte mil mezquitas y cincuenta mil mulás. Al menos eso dicen. A este ritmo, estaremos en Teherán dentro de un par de horas…

Erikki sonrió al escuchar sus adormiladas palabras. Se sentía más seguro y contento de haber cubierto ya la peor parte del camino. A la salida de Kazvin, la carretera era buena hasta Teherán. Abdollah Khan poseía muchas casas y apartamentos en Teherán, alquilados a extranjeros en su mayor parte. Conservaba algunos para él y su familia y había autorizado a Erikki que por esa vez, y habida cuenta de la difícil situación, podían quedarse en un apartamento que se encontraba cerca del de McIver.

—Gracias, muchas gracias —le había dicho Erikki.

—Me pregunto por qué ha estado tan amable —comentó Azadeh más tarde—. No es…, no es propio de él. Te aborrece y también a mí por mucho que trato de complacerle.

—No te aborrece, Azadeh.

—Pido perdón por no estar de acuerdo contigo, pero sí me aborrece. Te lo repito, querido mío, es Najoud, mi hermana mayor, quien lo ha predispuesto contra mí y contra mi hermano. Ella y su despreciable marido. No olvides que mi madre fue la segunda esposa de mi padre, tenía la mitad de años de Najoud y era el doble de bonita que ella. Y aunque mi madre murió cuando yo tenía siete años, Najoud aún sigue lanzando su veneno, claro que no lo hace abiertamente, es demasiado lista para eso. Jamás podrás imaginarte, Erikki, cuán sutiles, sigilosas y poderosas pueden llegar a ser las damas iraníes, o cuán vengativas bajo una apariencia tan dulce. ¡Najoud es peor que la serpiente del Jardín del Edén! Ella tiene la culpa de toda la enemistad. —Mientras hablaba, sus bonitos ojos azul verdosos se llenaron de lágrimas—. Cuando yo era

pequeña, mi padre nos amaba de verdad, a mi hermano Hakim y a mí. Eramos sus favoritos. Pasaba más tiempo con nosotros en nuestra casa que en el palacio. Después, al morir mi madre, fuimos a vivir al palacio, pero ninguno de mis otros hermanos y hermanas nos querían en realidad. Cuando estuvimos en el palacio, todo cambió, Erikki. Y fue por Najoud.

—Te estás destrozando con ese odio, Azadeh. Tú eres quien sufre, no ella. Olvídala. Ahora, Najoud no tiene poder alguno sobre ti. Y te repito que no tienes pruebas.

—No las necesito. Lo sé. Y jamás olvidaré.

Llegados a ese punto, Erikki cambió de conversación. No valía la pena discutir y tampoco seguir machacando sobre lo que había sido fuente inagotable de violencia y muchas lágrimas. Pero era mejor haberlo sacado a la luz en vez de mantenerlo oculto. Prefería dejar que se desahogara de vez en cuando. Delante de ellos, la carretera abandonó los campos y entró en Kazvin, una ciudad iraní como tantas otras, ruidosa, llena de gente, sucia, con un alto grado de contaminación y una circulación imposible. A ambos lados de la carretera estaban los joub, que bordeaban la mayor parte de las carreteras de Irán. Allí, las acequias tenían un metro de profundidad, cubiertas de cemento en algunos trechos, con fango, hielo y un hilillo de agua. En ellas crecían árboles, la gente de la ciudad lavaba la ropa y, en ocasiones, recurrían a ellas para beber agua, o para usarlas como alcantarillas. Más allá de las acequias, los muros empezaban a erguirse. Muros que ocultaban casas o jardines, grandes o pequeñas, suntuosas o deprimentes. Por lo general, las casas de los pueblos y las ciudades tenían dos plantas, grises y semejantes a cajones, algunas eran de ladrillo, de adobe, otras de argamasa, y casi todas ellas estaban escondidas. Tenían suelos de tierra, algunas de ellas disponían de agua corriente, electricidad y, de vez en cuando, sanitarios.

La circulación se hacía impracticable cuando menos se esperaba. Bicicletas, motocicletas, autobuses, camiones, automóviles de todos los tamaños y marcas con una antigüedad que oscilaba de muy

viejos a vetustos, casi todos con abolladuras y parches, algunos profusamente decorados con pinturas de diferentes colores y luces pequeñas para satisfacer los gustos de los propietarios. Durante los últimos años, Erikki había hecho aquel recorrido muchas veces y estaba al corriente de los embotellamientos que podían producirse. Pero no había otro camino, ninguna carretera de circunvalación, a pesar de los años que llevaba proyectándose. Sonrió con desdén, intentando hacer oídos sordos a todo aquel ruido. «Jamás habrá desvío, los habitantes de Kazvin no soportan la tranquilidad». Estos y los de Rasht, junto al Caspio era el blanco de muchos chistes iraníes.

Evitó los restos de un coche incendiado y puso una casete de Beethoven a todo volumen, tratando de sofocar todo aquel ruido. No le sirvió de mucho.

—Esta circulación está peor que de costumbre. ¿Dónde para la Policía? —dijo Azadeh, ya completamente despierta—. ¿Tienes sed?

—No, no. Gracias —respondió, mirándola. Con aquel jersey y el pelo suelto estaba aún más bonita—. Pero tengo apetito… ¡Hambre de ti!

Ella se echó a reír y se cogió de su brazo.

—Yo no tengo apetito…, ¡solo estoy hambrienta!

—Eso es bueno.

Juntos, se sentían felices.

Como siempre, el firme de la carretera resultaba un verdadero desastre. Continuamente se encontraba con baches, en parte por el uso, pero también a causa de las interminables reparaciones y obras en las carreteras, aunque, en tales casos, rara vez ponían carteles de advertencia o vallas de seguridad. Evitó un profundo bache, después, rodeó los restos de otro coche que había sido empujado hacia la cuneta. Mientras lo hacía, un camión abarrotado llegó en dirección opuesta, tocando furiosamente la bocina. Estaba decorado, con colores brillantes, el parachoques iba sujeto con alambre; la cabina, abierta y sin cristales; el depósito, tapado con un trapo. El remolque iba repleto de leña menuda hasta una gran altura además de tres pasajeros, precariamente sujetos. El conductor estaba

semiagazapado y llevaba una vieja zamarra. Junto a él se sentaban otros dos hombres. Al pasar Erikki por su lado, quedó sorprendido por la forma hosca en que lo miraron. Algunos metros más adelante se encontraron con un baqueteado autobús abarrotado de gente. Con extremo cuidado se acercó lo más posible al joub, despejando así lo más posible el otro lado para dejar sitio al autobús, con sus ruedas al borde mismo de la cuneta, y se detuvo. De nuevo vio cómo lo miraban el conductor y todos los pasajeros, mujeres con su chador, jóvenes barbudos con gruesa indumentaria contra el frío. Uno de ellos los amenazó con el puño. Otro vociferó una maldición.

«Jamás tuvimos dificultades antes», pensó Erikki inquieto. Allá donde volvía la vista tropezaba con las mismas miradas furiosas. Por la calle y desde los vehículos. Tenía que ir muy despacio debido a los enjambres de motocicletas y bicicletas que pululaban entre coches, autobuses y camiones circulando en caravana y que luchaban por disponer de espacio, sin respetar en modo alguno las normas de circulación, sino comportándose de acuerdo con sus propios deseos. Y por si algo faltaba, un rebaño de ovejas, que invadió la carretera, apareció por una bocacalle. Los motoristas comenzaron a insultar a gritos a los pastores y estos les devolvieron los insultos, a gritos también. Todo el mundo parecía estar furioso e impaciente y hacia sonar las bocinas sin descanso.

—¡Maldita circulación! ¡Estúpidas ovejas! —exclamó con impaciencia Azadeh, ya despierta por completo—. ¡Toca la bocina, Erikki!

—Ten paciencia, intenta dormir algo más. No hay forma de que pueda adelantar a nadie —gritó él, tratando de hacerse oír por encima de aquel tumulto, consciente del ambiente hostil que los rodeaba—. Ten paciencia.

Les costó media hora recorrer otros trescientos metros. Por ambos lados, llegaban nuevos coches para incorporarse a aquel río que cada vez se desplazaba más despacio. Vendedores callejeros, peatones y basura. Ahora ya iba avanzando centímetro a centímetro detrás de un autobús que ocupaba casi toda la carretera casi

rayando los coches que circulaban en dirección contraria, en muchos momentos con una rueda a medias sobre el borde de la cuneta. Las motocicletas se escurrían entre los coches sin el menor cuidado, golpeando contra los costados del «Range Rover» y de otros vehículos, se maldecían entre sí y a cuantos se les ponían por delante, mientras empujaban y golpeaban a las ovejas para que se quitaran de en medio, dando lugar a una estampida. Detrás de él, un coche pequeño empujaba el suyo hasta que el conductor, en un paroxismo de furia empezó a tocar la bocina sin descanso lo que, de repente, despertó la ira de Erikki. «Haz oídos sordos —se forzó a sí mismo—. ¡Ten calma! No puedes hacer nada. ¡Ten calma!».

Le resultó extremadamente difícil el conseguirlo. Al cabo de media hora, las ovejas se metieron por una bocacalle y la circulación empezó a hacerse algo más fluida. Mas cuando dieron la vuelta a la siguiente esquina, se encontraron con toda la carretera levantada y con un socavón de tres metros, sin señalizar, y con una profundidad de unos dos metros, lleno de agua, que les cerraba el paso. Cerca se encontraba un grupo de insolentes obreros, en cuclillas, imprecándoles. Y comenzaron a hacerles gestos obscenos.

Era de todo punto imposible retroceder ni seguir adelante, de manera que toda la circulación hubo de desviarse por una angosta calle lateral. El autobús que llevaba delante no podía girar bien, de manera que hubo de detenerse y retroceder entre más chillidos de rabia y más insultos. Cuando Erikki retrocedió a su vez para hacerle sitio, un baqueteado coche azul maniobró detrás suyo para adelantarle y meterse en la carretera por dirección contraria, merced a un pequeño hueco que había delante, encontrándose de frente con un coche que hubo de frenar de súbito, derrapando al hacerlo. Una de sus ruedas se hundió en el joub y todo el vehículo se encontró en un peligroso equilibrio inestable. Ahora, ya la circulación se encontraba totalmente atascada.

Erikki, enfurecido, abrió la portezuela de golpe, se acercó al coche que se encontraba metido a medias en la cuneta y, haciendo gala de su inmensa fuerza, logró volverlo a la carretera. Nadie le

ayudó, solo lo maldecían aumentando el griterío. Después Erikki se dirigió hacia el coche azul, mas en ese preciso momento, el autobús dio vuelta a la esquina, dejando así sitio para moverse, lo que el conductor del coche azul aprovechó para soltar el embrague y alejarse entre un ruido ensordecedor mientras le hacía un gesto obsceno.

A costa de un esfuerzo, Erikki aflojó los puños. Desde ambas direcciones, los conductores tocaban incansables la bocina para que se pusiera en marcha. Volvió a sentarse ante el volante y soltó el embrague.

—Toma —le dijo incómoda Azadeh alargándole una taza de café.

—Gracias. —Lo bebió conduciendo con una mano.

La circulación se volvió lenta de nuevo. El coche azul había desaparecido. Cuando al fin pudo hablar con calma dijo:

—Si llego a ponerle encima las manos a él o a su coche, les hubiera hecho pedazos.

—Sí, sí, lo sé, Erikki. ¿Te has dado cuenta de lo hostil que se muestra todo el mundo con nosotros? ¿Lo furiosos?

—Sí, ya lo he observado.

—Pero ¿por qué? Hemos pasado por Kazvin infinidad de vec… —Azadeh esquivó de manera instintiva la basura que de repente habían arrojado contra su ventanilla, luego, se acurrucó contra Erikki buscando, aterrada, su protección. Este, maldiciendo, subió los cristales de las ventanillas y, pasando el brazo por delante de ella, puso el seguro a la portezuela. Entonces, les lanzaron estiércol contra el parabrisas.

—¿Qué diablos les pasa a esos *matyeryebyets*? —farfulló—. Es como si lleváramos una bandera americana y agitáramos fotografías del Sha.

Desde alguna parte, les arrojaron una piedra que golpeó contra el lateral metálico. Y entonces, delante de ellos, el autobús logró salir de la angosta calle lateral a una gran plaza frente a la que se alzaba una mezquita. Había puestos de mercado y, a cada lado, unos pasos abiertos para la circulación. Erikki comprobó, aliviado, que

podía acelerar algo. La circulación seguía siendo densa pero avanzaba y puso la segunda para encaminarse, con dirección a Teherán, al otro extremo de la plaza. A mitad de camino, los dos pasos empezaron a abarrotarse al llegar nuevos vehículos que se unían a los que se dirigían hacia la carretera a Teherán.

—Nunca ha estado esto tan mal —farfulló—. ¿A qué diablos se deberá este embotellamiento?

—Debe tratarse de otro accidente —dijo Azadeh muy intranquila —. O de obras en la carretera. ¿No convendría que retrocediéramos? La circulación no es tan mala por ese lado.

—Tenemos mucho tiempo —la alentó él—. Saldremos dentro de un minuto. Una vez fuera de la ciudad, todo irá bien.

Delante de ellos, la lentitud volvía a imperar, restableciéndose el descomunal barullo. Los dos caminos estaban atestados, convirtiéndose gradualmente, de nuevo, en uno solo, con muchos bocinazos, juramentos, paradas, nuevos avances, a unos quince kilómetros por hora, puestos callejeros y carretillas de mano entorpeciendo el paso y quedando a caballo sobre el joub. Ya casi habían salido cuando algunos mozalbetes empezaron a correr junto al coche, lanzándoles insultos, algunos asquerosos. Uno de ellos, golpeó la ventanilla de su lado.

—Perro americano…

—Cerdo americano.

Otros hombres se les unieron, y algunas mujeres con chador, amenazándoles con los puños cerrados. Erikki se encontró acorralado. No podía salirse de la fila de vehículos, ni acelerar o ir más despacio, como tampoco girar, y empezó a apoderarse de él la ira ante su impotencia. Algunos de los hombres golpeaban el capó del «Range Rover», los laterales y la ventanilla de él. Ahora, ya había un montón de ellos y los que estaban por el lado de Azadeh se mofaban de ella, haciendo gestos obscenos, intentando abrir la portezuela. Uno de los mozalbetes saltó sobre el capó pero resbaló y cayó al suelo y apenas logró apartarse antes de que Erikki lo atropellara.

El autobús que iba delante se detuvo. Al punto, una frenética batalla se libró entre la gente que quería subir y los pasajeros que intentaban bajar. Entonces, Erikki vio un hueco y apretó el acelerador, librándose de otro hombre, adelantó al autobús, no alcanzando por milagro a algunos peatones que deambulaban tranquilamente entre los coches, enfiló rápido por una calle lateral asombrosamente vacía, la atravesó veloz y entró en otra evitando por los pelos a una auténtica masa de motoristas, y siguió al mismo tenor. Pronto se encontró completamente perdido, porque la ciudad o pueblo no tenía una urbanización preconcebida, solo basuras, perros callejeros y circulación, pero se orientó por las sombras proyectadas por el sol y al final alcanzó una calle más ancha, se abrió paso entre la circulación y pronto llegó a una calle que conocía y que le condujo a otra plaza frente a otra mezquita y, por fin, de nuevo a la carretera de Teherán.

—Ahora ya estamos seguros, Azadeh. Solo eran gamberros.

—Sí —dijo ella todavía temblorosa—. Deberían azotarles.

Erikki había estado observando a la muchedumbre que había cerca de la mezquita, por las calles y en los vehículos, intentando descubrir un indicio que justificara aquella abierta hostilidad. «Algo ha cambiado —se dijo—. ¿Qué es?». Entonces, el corazón le dio un vuelco.

—Desde que salimos de Tabriz no he visto un solo soldado y tampoco camiones militares…, ninguno. ¿Tú sí?

—Ahora que lo dices, no… No he visto ninguno.

—Algo ha ocurrido…, algo grave.

—¿Guerra…? ¿Acaso habrán cruzado los soviéticos la frontera?

—Lo dudo… Habría tropas dirigiéndose hacia el Norte… O aviones. No importa —dijo, más que nada por convencerse a sí mismo—. Lo vamos a pasar muy bien en Teherán. Sharazad está allí y muchos de tus amigos. Ya es hora de que cambies de ambiente. Tal vez me tome el permiso que me deben… Podríamos ir a Finlandia y pasar allí una o dos semanas.

Ya habían dejado atrás el centro y se encontraban en los suburbios. Eran destartalados, con los mismos muros, las mismas casas y los mismos baches. Allí, la carretera de Teherán se ensanchaba hasta cuatro carriles, dos a cada lado, y aun cuando la circulación seguía siendo lenta y densa, a una velocidad de apenas veinte kilómetros por hora, Erikki no se sentía preocupado. Algo más adelante, la carretera Abadán-Kermanshah se bifurcaba hacia el Suroeste y sabía que en aquel punto se aclararía mucho la congestión. De manera automática escudriñó el indicador como lo hacía con sus instrumentos de vuelo y, por vez primera, deseó encontrarse en el aire, fuera de todo aquel galimatías, sobrevolándolo. El indicador de combustible señalaba algo menos de una cuarta parte del depósito. Pronto tendría que repostar aunque no era problema porque llevaba mucho de repuesto.

Redujo la marcha para poder pasar junto a otro camión aparcado con indiferente arrogancia cerca de algunos vendedores callejeros, el aire impregnado con el olor del diesel. Entonces, de repente, desde alguna parte, el parabrisas recibió un nuevo impacto de basura.

—Tal vez debiéramos retroceder, Erikki, y volver a Tabriz. Acaso conviniera que rodeásemos Kazvin.

—No —contestó él, pareciéndole algo extraño descubrir temor en la voz de ella…, quien, por lo general, nunca tenía miedo—. No —repitió más cariñosamente—. Iremos a Teherán y averiguaremos qué está pasando y luego decidiremos.

Azadeh se acercó más a él y le puso una mano en la rodilla.

—Esos gamberros me asustaron. Dios los maldiga —musitó. Con la otra mano comenzó a juguetear, nerviosa, con las turquesas que llevaba alrededor del cuello. La mayoría de las mujeres iraníes llevaban turquesas o abalorios azules, o una sola piedra azul contra el mal de ojo—. Esos hijos de perros. ¿Por qué han de ser así? Demonios. ¡Dios los maldiga por siempre!

A la salida de la ciudad había un inmenso campo de entrenamiento militar y, junto a él, una base aérea.

—¿Por qué no hay soldados aquí?

—También a mí me gustaría saberlo —contestó él.

A su derecha apareció la bifurcación Abadán-Kermanshah. Gran parte de la circulación enfiló hacia ella. Ambas carreteras estaban protegidas a cada lado por alambradas…, al igual que casi todas las carreteras generales y principales de Irán. Eran necesarias para evitar que el ganado, las ovejas, las cabras, los perros y… la gente, las invadieran. Eran frecuentes los accidentes y un muy alto índice de mortalidad.

«Pero eso en Irán es normal», reflexionaba Erikki… como esos pobres locos que caían de las montañas, nadie se enteraba, nadie comunicaba su desaparición, ni siquiera los enterraban. Tan solo los buitres, los animales salvajes y las manadas de perros carroñeros.

Se sintieron más a gusto cuando dejaron la ciudad atrás. Volvían a encontrarse en pleno campo, viendo de nuevo los huertos más allá del joub y de las alambradas. Las montañas Elburz al Norte y los terrenos ondulados hacia el Sur. Pero en vez de poder acelerar, la marcha se redujo en sus dos vías, congestionándose estas, para terminar convirtiéndose a duras penas en una sola con más empellones, bocinazos y furia. Exhausto, maldijo las inevitables obras públicas que debían ser la causa de aquel embotellamiento. Cambió de velocidad, con las manos y los pies moviéndose suavemente de manera espontánea, sin apenas darse cuenta de que se detenía y volvía a ponerse en marcha, una y otra vez, avanzando centímetro a centímetro, los chirriantes motores se recalentaban, cada vehículo era un núcleo de ruido y frustración.

—¡Mira! —exclamó Azadeh bruscamente, señalando hacia delante.

A unos cien metros se alzaba una barricada, rodeada por grupos de hombres. Algunos de ellos llevaban armas. Todos ellos eran civiles e iban pobremente vestidos. La barricada se encontraba justamente a la entrada de una aldea anónima, con puestos callejeros a lo largo de la carretera y en los prados que se extendían más allá. Aldeanos, mujeres y niños confraternizaban con los hombres. Todas las mujeres llevaban el chador negro o gris. Muchos

de los coches habían salido de la carretera y se encontraban aparcados en los prados, mientras que grupos de hombres interrogaban a sus ocupantes. Erikki comprobó que también aquellos empuñaban armas.

—No son Green Bands —dijo.

—Y tampoco hay mulás. ¿Ves alguno?

—No.

—Deben ser Tudeh o muyahidines… o fedayines.

—Más vale que tengas preparada tu tarjeta de identidad —dijo Erikki al tiempo que sonreía—. Ponte el parka para que no cojas frío cuando abra la ventanilla. Y el sombrero.

No era el frío lo que le preocupaba, sino la curva de sus orgullosos senos debajo del suéter, su delicada cintura y el cabello suelto.

En la guantera llevaba un pequeño cuchillo pukoh en su vaina. Lo cogió y lo ocultó en la bota derecha. El otro cuchillo, el grande, lo llevaba escondido a su espalda, debajo de su parka.

Cuando finalmente les llegó su turno, unos hombres barbudos, de gesto hosco, rodearon el «Range Rover». Algunos portaban fusiles americanos, uno de ellos, un «AK47». Entre ellos se encontraban algunas mujeres, solo rostros en el chador. Atisbaron a Azadeh con ojillos aviesos y ceñuda desaprobación.

—Documentación —dijo uno de los hombres en farsi alargando la mano y echándoles su apestoso aliento.

Hasta el coche llegó el hedor penetrante de cuerpos y ropas sin lavar. Azadeh miraba fijamente hacia delante, intentando ignorar las miradas impúdicas, los murmullos y la proximidad que hasta entonces le habían sido totalmente ajenos.

Erikki alargó, con toda cortesía, su DNI y el de Azadeh. El hombre los cogió y después de echarles un vistazo se los pasó a un jovenzuelo que sabía leer. Los demás esperaban en silencio, mirándoles, pateando contra el frío.

—Es un extranjero de algún sitio llamado Finlandia —informó finalmente el muchacho, con su tosco farsi—. Viene de Tabriz. No es

americano.

—Pues lo parece —dijo alguien.

—La mujer se llama Gorgon, es su esposa…, al menos eso dicen los papeles.

—Soy su esposa —intervino tajante Azadeh—. Cua…

—¿Quién te ha preguntado? —la interrumpió el primer hombre con rudeza—. El nombre de tu familia es Gorgon, un nombre de terrateniente, hablas con acento altanero y poderoso como tus maneras. Y lo más probable es que seas una enemiga del Pueblo.

—No soy enemiga de nadie. El Pue…

—Cállate. Incluso en un estado socialista, las mujeres han de tener buenos modales, ser castas, cubrirse y mostrarse obedientes. ¿Adónde vais? —luego preguntó volviéndose hacia Erikki.

—¿Qué dice, Azadeh? —preguntó Erikki.

Ella se lo tradujo.

—A Teherán —respondió él con calma a aquel bruto—. Dile que vamos a Teherán, Azadeh.

Contó hasta seis fusiles y una automática. La circulación lo mantenía cercado, no había forma de atravesarla. Aún.

Así lo hizo Azadeh añadiendo:

—Mi marido no habla farsi.

—¿Cómo podemos saberlo? ¿Y cómo podemos saber si estáis casados? ¿Dónde tenéis el certificado de matrimonio?

—No lo llevo conmigo, pero en el documento de identidad se acredita que estoy casada.

—Pero es un documento del Sha. Y es ilegal. ¿Dónde está tu nuevo documento?

—¿Un documento de quién? ¿Firmado por quién? —preguntó Azadeh con furiosa energía—. Devolvednos nuestros documentos y dejadnos pasar.

Su energía causó efecto sobre aquel hombre y también en los que lo rodeaban.

—Habéis de comprender que hay muchos espías y enemigos del Pueblo a los que tenemos que coger.

Erikki sentía que el corazón le latía con fuerza. Caras hoscas, gentes que parecían recién salidas de la época de la superstición y la ignorancia. La cosa estaba fea. Más hombres se unieron al grupo que los rodeaba. Uno de ellos hizo un gesto iracundo y ruidoso a los coches y camiones que esperaban detrás del suyo para que avanzaran y se sometieran a la revisión. Nadie tocaba la bocina. Todo el mundo esperaba su turno. Y por encima de aquel embotellamiento de coches planeaba un temor silencioso y aterrado.

—¿Qué ocurre aquí?

Un hombre achaparrado se abría paso entre la multitud. Los hombres se apartaban con deferencia. Llevaba colgada al hombro una metralleta checoslovaca. El otro le explicó la situación y le entregó los documentos. El hombre achaparrado tenía la cara redonda e iba sin afeitar, sus ojos eran oscuros y sus ropas se veían pobres y sucias. De súbito, se oyó un disparo y todas las cabezas se volvieron hacia el prado. Un hombre yacía en el suelo junto a un pequeño coche de pasajeros que había sido volcado por aquellas gentes hostiles. Uno de los hombres se inclinaba sobre él con una automática. A otro de los pasajeros lo habían empujado contra un costado del coche y lo mantenían allí aprisionado con las manos sobre la cabeza. De repente, rompió el cordón que lo rodeaba y salió corriendo. El tipo de la pistola apuntó y disparó, pero falló. Volvió a disparar. Esa vez el hombre cayó gritando, retorciéndose de dolor e intentando levantarse de nuevo sin que las piernas le respondieran. El de la pistola se acercó a él tranquilamente y vació el cargador, matándole por etapas.

—¡Ahmed! —gritó el hombre achaparrado—. ¿Para qué malgastar balas si con las botas hubieras podido hacer lo mismo? ¿Quiénes eran?

—¡SAVAK!

Un murmullo de satisfacción corrió entre la muchedumbre y los aldeanos y alguien lanzó un viva.

—¡Estás loco! ¿Por qué habías de matarles tan de prisa entonces, eh? Tráeme sus papeles.

—Los hijos de perros tenían documentos que decían que eran hombres de negocios de Teherán, pero yo reconozco a un hombre de la SAVAK en cuanto lo veo. ¿Quieres los documentos falsos?

—No, rómpelos —ordenó el hombre achaparrado, y se volvió hacia Erikki y Azadeh—. Así es como se acaba de una vez por todas con los enemigos del Pueblo.

Azadeh no dijo palabra. Sus documentos estaban en aquella mano mugrienta. «¿Qué pasará si también dicen que son falsos? Insha'Allah!».

Cuando el hombre achaparrado terminó de escudriñar documentos, se quedó mirando a Erikki. Luego, se dirigió a ella.

—¿Dices que eres Azadeh Gorgon Yok… Yokkonen…, su mujer?

—Sí.

—Bien —repuso, metiéndose los dos documentos en el bolsillo para después señalar con el pulgar hacia el prado—. Dile que conduzca hacia allí. Registraremos vuestro coche.

—Pero el…

—¡Hazlo! ¡AHORA! —El hombre achaparrado se subió al limpiabarros, rayando con sus botas la pintura del coche—. ¿Qué es eso? —preguntó señalando la cruz azul sobre el fondo blanco pintada en la capota.

—La bandera finlandesa —respondió Azadeh—. Mi marido es finlandés.

—¿Por qué está ahí?

—A él le gusta llevarla.

El hombre achaparrado escupió. Luego, señaló de nuevo hacia el prado.

—¡De prisa! ¡Allí! —ordenó. Una vez que llegaron a un espacio vacío, con la muchedumbre tras ellos, bajó—. Afuera. Quiero registrar vuestro coche para encontrar las armas y el contrabando.

—No llevamos armas ni contra… —empezó a decir Azadeh.

—¡Afuera! Y tú, mujer, ¡contén la lengua!

Las viejas que había entre la gente sisearon aprobadoras. Furioso indicó con el pulgar los dos cuerpos caídos sobre el fango pisoteado.

—La justicia del Pueblo es rápida y contundente. No lo olvidéis —dijo, señaló con el dedo a Erikki—. Di al monstruo de tu marido lo que yo he dicho… si es que es tu marido.

—Erikki, dice que la justicia…, que la justicia del Pueblo es rápida y contundente, y que no lo olvidemos. Ten cuidado, cariño. Debemos…, debemos salir del coche. Quieren registrarlo.

—Muy bien. Pero sígueme y permanece a mi lado.

Erikki salió, dominando a la muchedumbre con su estatura. La rodeó con su brazo con ademán protector, mientras que hombres, mujeres y algunos niños se agolpaban alrededor de ellos dejándoles poco espacio. El hedor de los cuerpos sucios les resultaba insoportable. Podía sentir cómo temblaba ella, aunque notó que trataba por todos los medios de dominarse. Juntos vieron cómo el hombre achaparrado, acompañado de otros, gateaba por su impecable coche, pateando los asientos con las embarradas botas. Otros abrieron la puerta trasera, lo registraron todo y desperdigaron sus pertenencias, rebuscando con las puercas manos en los bolsillos, abriendo las maletas de él y las de ella. De repente, uno de los hombres agitó la transparente ropa interior y de noche de Azadeh entre la rechifla y las burlas obscenas. Las viejas farfullaron su desaprobación. Una de ellas levantó la mano y le tocó el cabello. Ella retrocedió, mas quienes se encontraban detrás no le dejaban espacio. Al punto, Erikki trató de ayudarla, pero la masa de gente no se movió aunque los que estaban junto a él empezaron a gritar porque, prácticamente, les estaba aplastando. Sus gritos enfurecieron a los otros que se acercaron más, amenazadores, mientras se lanzaban insultos.

De súbito, Erikki se dio cuenta, por primera vez, de que no podía proteger a Azadeh. Sabía que quizá matase a una docena de ellos hasta que consiguieran dominarle y matarle, pero que así no la protegería.

Aquella realidad lo dejó anonadado.

Sentía las piernas flojas y un imperioso deseo de orinar. El olor de su propio miedo lo ahogaba y luchó por dominar el pánico que

iba invadiéndole. Entumecido, vio cómo envilecían las pertenencias de ambos. Unos hombres se alejaban tambaleantes con sus bidones de gasolina, realmente vitales porque sin ellos jamás conseguiría llegar a Teherán, ya que todas las gasolineras estaban en huelga y cerradas. Intentó obligarse a mover las piernas, pero no le respondieron como tampoco la boca. Entonces, una de las viejas le gritó algo a Azadeh, la cual movió la cabeza como atontada y hubo hombres que corearon el grito, al tiempo que los empujaban, los hombres acorralándole, penetrándole el olfato su fétido olor y con los oídos ensordecidos por el farsi.

Todavía seguía rodeando a Azadeh con el brazo. En medio del estruendo, ella levantó la vista y Erikki pudo ver el terror reflejado en su mirada, mas le fue imposible oír lo que le decía. De nuevo, intentó abrir espacio para los dos pero una vez más fracasó. Desesperado, hizo lo posible por dominar la sensación de sofoco, y claustrofobia, y el ansia salvaje de luchar inspirada por el pánico que empezaba a embargarle, consciente de que si él empezaba, haría explotar un tumulto que destrozaría a Azadeh. Aunque no pudo por menos que mover con fiereza el codo derecho cuando una fornida mujer campesina, de mirada extraña y furiosa, atravesó el cordón y arrojó el chador contra el pecho de Azadeh, mientras le escupía un torrente de palabras en farsi, alejando la atención del hombre que se había derrumbado detrás de él, y que yacía a sus pies, con el pecho hundido por el golpe de su codo.

La muchedumbre seguía vociferando contra ellos, diciendo sin duda que se pusiera el chador mientras Azadeh gritaba aturdida:

—No, no, dejadme en paz…

Jamás en toda su vida se había visto amenazada de aquella manera, nunca se encontró en medio de semejante muchedumbre, ni tampoco se le habían acercado tanto los campesinos ni sentido tanta hostilidad en derredor suyo.

—Póntelo, ramera…

—En el Nombre de Dios, ponte el chador…

—No en el Nombre de Dios, mujer, sino en el nombre del Pueblo.

—Dios es Grande, obedece la palabra…

—Méate en Dios, en nombre de la revolución…

—Cubre tu cabello, zorra, hija de una zorra…

—Obedece al Profeta cuyo nombre siempre es alabado…

Las voces y la mofa aumentaron, pateando sin enterarse siquiera al hombre moribundo caído en el suelo. De repente, alguien apartó violentamente el brazo de Erikki que rodeaba a Azadeh y ella se dio cuenta que él, con la otra mano, buscaba su gran cuchillo.

—No, no, Erikki, te matarán… —le gritó.

Dominada por el pánico, apartó de un empujón a la campesina e intentó ponerse el chador al tiempo que repetía incesantemente Allah-u Akbar.

Aquello tranquilizó algo a los que se encontraban más cerca, apaciguándose las burlas aunque la gente que estaba detrás seguía empujando para ver mejor, aplastando a los otros contra el «Range Rover». Con toda aquella agitación, Erikki y Azadeh, ganaron algo más de espacio alrededor de ellos, a pesar de que seguían acorralados por todas partes. Azadeh no le miraba, se limitaba a aferrarse a él, temblando como un cachorrillo muerto de frío, envuelta en el tosco chador. Las risas estallaron cuando uno de los hombres agitó el sujetador de ella, poniéndoselo luego sobre su propio pecho y parodiando ciertos gestos.

El vandalismo prosiguió hasta que, de repente, Erikki se dio cuenta de que algo nuevo ocurría. El hombre achaparrado y sus seguidores se habían quedado quietos y mantenían la vista clavada en dirección a Kazvin. Mientras Erikki los observaba les vio empezar a mezclarse con la multitud. En cuestión de segundos, todos habían desaparecido. Otros hombres que se encontraban junto a la barricada, subieron a los coches y enfilaron la carretera de Teherán, adquiriendo velocidad. Los aldeanos miraban también hacia la ciudad y luego otros, hasta que aquella turba quedó totalmente paralizada. Por la carretera se acercaba, evitando los coches, otra muchedumbre de hombres con mulás en cabeza. Algunos de estos y muchos de los hombres iban armados.

—Allah-u Akbar —gritaban—. ¡Dios y Jomeini!

Luego, echaron a correr, cargando contra la barricada.

Se oyeron algunos disparos que fueron contestados desde la barricada. Las fuerzas enfrentadas atacaban con palos, piedras, barras de hierro y algunas armas de fuego. El resto se desperdigó. Los aldeanos corrieron, buscando el refugio de sus hogares. Los conductores y pasajeros salieron precipitadamente de los coches tirándose a las cunetas o, sencillamente al suelo.

Los gritos de uno y otro lado y los chillidos de aquella escaramuza en tono menor, sacudieron a Erikki de su parálisis. Empujó a Azadeh hacia el coche, recogiendo al azar aquellas de sus pertenencias desperdigadas que se encontraban más a mano y tirándolas en el asiento de atrás, cerró la portezuela trasera de golpe. Una media docena de aldeanos empezó a apoderarse de cosas también, pero él los apartó de su camino, se instalo en el asiento del conductor y puso el motor en marcha. Dio marcha atrás y luego puso la primera lanzándose como un rayo a través del prado en dirección paralela a la de la carretera. Exactamente delante de él y a la derecha vio como el hombre achaparrado, junto con tres de sus seguidores, subía a un coche y en ese momento recordó que aquel hombre tenía sus documentos. Por un segundo pensó en, detenerse, pero rechazo al punto esa idea y se dirigió hacia los árboles que bordeaban la carretera. Entonces, vio al hombre achaparrado descolgarse la metralleta del hombro, apuntar y disparar. El disparo pasó algo alto y los vehementes reflejos de Erikki le hicieron dar un giro al volante y apretar el acelerador mientras cargaba la pistola. Su macizo parachoques lanzó al hombre contra un costado del coche, aplastando a ambos, mientras, la metralleta siguió disparando hasta que el cargador quedó vacío; los proyectiles chocaban contra el metal, atravesando el parabrisas. El «Range Rover» se haba convertido en un ariete. Erikki lo hizo retroceder y lo lanzó de nuevo contra ellos, volcando los restos del coche y matándolos. Hubiera bajado para acabar el trabajo con sus propias

manos, pero por el retrovisor vio a unos hombres que corrían a por él, así que cambió de dirección y arrancó, acelerando.

El «Range Rover» estaba concebido para aquel tipo de terreno, y sus neumáticos, especiales para la nieve, se aferraban a la superficie de aquel áspero suelo. Al cabo de un momento se encontraban entre los árboles y a salvo de ser capturados. Entonces, pensó en volver a la carretera: cambió a tercera, bloqueó ambos diferenciales y se arrastró sobre la profunda acequia, rompiendo la alambrada. Una vez en la carretera, desbloqueó los diferenciales, cambió de marcha y aumentó la velocidad.

Solo cuando se hallaron muy lejos, se le aclaró la mente. Irritado, recordó el silbido de las balas alrededor del coche, y que Azadeh estaba con él. La miró asaltado por el pánico. Se encontraba bien aunque seguía paralizada por el miedo y acurrucada en su asiento, aferrada a la portezuela con ambas manos, agujeros de balas a su alrededor, en el cristal y la capota. Por suerte no la había alcanzado ninguna aunque Erikki, por un instante, no la reconoció, era tan solo otro rostro iraní, afeado por el chador, como cualquier otro de los cientos de miles que podían verse entre la multitud.

—¡Azadeh, amor mío! —jadeó atrayéndola hacia sí, mientras conducía con una mano.

Al cabo de un momento, redujo la marcha, aparcó a un lado de la carretera y mantuvo a Azadeh fuertemente abrazada mientras ella sollozaba de forma desgarradora. No se dio cuenta del indicador de la gasolina, estaba prácticamente vacío, ni observó cómo aumentaba la circulación, tampoco se apercibió de las miradas hostiles de los peatones o de que muchos de los coches iban ocupados por revolucionarios que abandonaban su barricada en dirección a Teherán.

XVII

EN ZAGROS TRES: 3.18 DE LA TARDE. Los cuatro hombres se encontraban tumbados en los toboganes, deslizándose veloces por la vertiente, detrás de la base. Scot Gavallan iba ligeramente en cabeza; Jean-Luc Sessonne, a la par con Nasiri, el gerente de su base, Nitchak Khan, retrasado unos veinte metros. Era una carrera de desafío ideada por Jean-Luc, Irán contra el Mundo, y los cuatro hombres intentaban, excitados, adquirir la máxima velocidad. Era nieve en polvo, muy ligera, sobre otra más dura, y no dejaba rastros. Todos subieron a la cima que había detrás de la base acompañados de Rodrigues y un aldeano, ellos darían la salida. El ganador obtendría cinco mil rials, unos sesenta dólares, y una de las botellas de whisky de Lochart.

—A Tom no le importará —había dicho Jean-Luc enfático—. Está disfrutando un permiso extra, pasándolo bien con los goces de Teherán mientras nosotros permanecemos en la base. ¿Acaso no estoy yo al mando? Por supuesto. Este comandante está comandando la botella por la gloria de Francia, el bien de mis tropas, y de nuestros gloriosos señores todopoderosos, Yazdek Kash'kai —terminó entre los vítores generales.

Allí, a dos mil doscientos metros, el tiempo era maravilloso: una tarde soleada, el cielo, de un azul intenso, completamente despejado, y el aire vigorizante. Aquella noche había dejado de nevar. Desde que, tres días antes, Lochart se fue a Teherán, había estado nevando sin cesar. En aquellos momentos, la base y todas las montañas circundantes formaban un conjunto mágico de nieve,

pinos y cimas que se alzaban a cuatrocientos metros…, teniendo la nieve fresca un espesor de sesenta centímetros.

A medida que los participantes descendían, la vertiente se iba haciendo más inclinada, lo que les obligaba a saltar de vez en cuando algunos accidentes de la montaña invisibles. Aumentaron la velocidad; a veces, casi desaparecían bajo una cascada de copos de nieve, todos alegres, bien tumbados y dispuestos a ganar.

Ahora ya, delante de ellos, un bosquecillo de pinos apareció. Scot frenó limpiamente con las punteras de sus botas de esquí, agarrando con sus enguantadas manos los soportes curvos delanteros, esquivó airosamente los arbustos, y, asentándose de nuevo, empezó a deslizarse por la última gran vertiente, hacia la línea de llegada, situada muy abajo, donde entre vítores, el resto del personal de la base y los aldeanos los esperaban. Nasiri y Jean-Luc frenaron unos segundo más tarde, bordearon los árboles con algo más de rapidez, se asentaron entre una cascada de nieve y lo adelantaron, por lo que entre los tres solo había unos centímetros de distancia.

Nitchak Khan no frenó en absoluto, ni tampoco esquivó los arbustos. Por centésima vez se encomendó a Dios, cerró los ojos y se lanzó como un barreno entre los árboles.

—Insha'Allahhh!

Evitó el primer árbol por un pie, el segundo, por medio. Abrió los ojos a tiempo de evitar una colisión de cabeza por unos centímetros, pasó por encima de una docena de pimpollos adquiriendo velocidad, se elevó bruscamente en el aire a causa de una protuberancia por evitar, de milagro, un árbol caído y dio de nuevo en tierra con un golpetazo que casi lo dejó sin respiración. Pero siguió intentándolo. Retrocedió, estando a punto de volcar sobre otro de los participantes, recobró el equilibrio, salió del bosque a más velocidad que los otros y también en línea más recta, diez metros por delante de los demás participantes, entre los gritos de ánimo de los aldeanos.

Ahora, los cuatro corredores convergían, impulsando sus toboganes para lograr algo de velocidad extra, Scot, Nasiri y

Jean-Luc iban dando alcance a Nitchak Khan, centímetro a centímetro. La nieve no era tan buena allí, haciéndoles saltar algunas pequeñas protuberancias, lo que les obligaba a aferrarse cada vez con más fuerza. Doscientos metros, cien… Entretanto, los hombres de la base y los aldeanos seguían dando voces de ánimo, y pidiendo la victoria a Dios… Ochenta, setenta, sesenta, cincuenta y, entonces…

La gran protuberancia estaba bien oculta. Nitchak Khan que iba en cabeza, fue el primero en salir despedido perdiendo el control para, finalmente, caer de costado, quedando casi sin respiración. Después, Scot y Jean-Luc salieron por los aires, cayendo, impotentes, en parejas condiciones. Los toboganes quedaron envueltos en nieve. Nasiri, a la desesperada, intentó evitarles, así como también la protuberancia e hizo girar su tobogán con violencia, pero lo perdió y cayó rodando por la ladera de la montaña, deteniéndose, jadeante, algo más adelantado que los demás.

Nitchak Khan se sentó, y se quitó la nieve de la cara y la barba.

—Alabado sea Dios —musitó, asombrado de no haberse roto nada y miró en derredor buscando a los otros, que también intentaban recuperarse.

Scot reía a mandíbula batiente ante el espectáculo de Jean-Luc, que también había salido indemne, pero que seguía tumbado boca arriba, víctima de un paroxismo de invectivas francesas. Nasiri había caído casi de cabeza sobre un montón de nieve y Scot, aún riendo, se acercó para ayudarle. También se encontraba algo maltrecho, pero sin lesión alguna.

—Eh, vosotros —gritó alguien de la gente que se agolpaba abajo —. ¿Qué pasa con la condenada carrera? ¿Todavía no ha terminado?

—Vamos, Scot. Vamos, Jean-Luc. ¡Por todos los santos!

Scot, relegó a Nasiri al olvido y echó a correr en dirección a la meta situada a cincuenta metros, pero resbaló y se cayó en un montón de nieve, logró incorporarse, mas se escurrió de nuevo como si tuviera plomo en los pies. Jean-Luc se levantó tambaleante y se lanzó en su persecución, seguido de cerca por Nasiri y Nitchak

Khan. Los vítores de la gente aumentaron mientras los hombres luchaban contra la nieve, cayendo, incorporándose con dificultad y volviendo a caer. La competencia era muy dura, olvidadas por el momento todas las molestias. Scot iba ligeramente en cabeza, seguido de Nitchak Khan, luego de Jean-Luc, detrás Nasiri…, el mecánico Fowler Joines, con el rostro congestionado, los apremiaba, los aldeanos estaban tan excitados como él.

Faltaban diez metros. El viejo Khan llevaba una delantera de un metro cuando tropezó y cayó de bruces. Scot se puso en cabeza, con Nasiri prácticamente pegado a él y Jean-Luc unos centímetros más atrás. Todos ellos avanzaban trabajosamente, tropezaban, se tambaleaban, arrastraban sus botas por la densa nieve… Y, de repente, se escuchó un estruendoso griterío, cuando Nitchak Khan, recuperándose, empezó a recorrer a gatas los escasos metros que quedaban. Jean-Luc y Scot se lanzaron a la desesperada hacia la meta y todos se derrumbaron en un informe montón entre vítores y discusiones.

—Ha ganado Scot…

—No, ha sido Jean-Luc…

—No, en realidad fue el viejo Nitchak…

—Como la cosa no está clara y ni siquiera nuestro reverenciado mulá está seguro —dijo Jean-Luc, una vez recuperado el aliento—, yo declaro ganador a Nitchak Khan por una nariz. —Se renovaron los vítores e incluso aumentaron al añadir—: Y habida cuenta de que los perdedores lo han hecho con tanta bravura los recompenso con otra de las botellas de whisky de Tom, ordenando que la compartan con emigrantes a la caída del sol.

Todos se estrecharon las manos. Nitchak Khan mostró su conformidad a otra carrera al mes siguiente y, como era fiel cumplidor de la ley y no bebía, vendió el whisky que había ganado a Jean-Luc a mitad de precio, si bien después de un feroz regateo. Todos volvieron a lanzar vítores. De repente, alguien dio una voz de alarma.

Hacia el Norte, lejos, en las montañas, una bengala roja de señales caía en el valle. Súbitamente, se hizo el silencio. La bengala se desvaneció. Luego, otra subió y, arqueándose, volvió a caer. Un SOS urgente.

—CASEVAC —dijo Jean-Luc escudriñando en la lejanía—. Debe ser Rig Rosa o Rig Bellissima.

—Allá voy —Scot Gavallan se alejó presuroso.

—Te acompaño —dijo Jean-Luc—. Cogeremos el «212» y haremos un vuelo de prueba para ti.

En cuestión de minutos estuvieron en el aire. Rig Rosa era una de las plataformas que habían adquirido del viejo contrato «Guerney». Bellissima era una de sus habituales. Las once plataformas de aquella zona habían sido explotadas por una compañía italiana para «IranOil» y aun cuando todas ellas estaban conectadas por radio con Zagros Tres, la comunicación no siempre era buena a causa de las montañas y de los efectos de dispersión. Las bengalas eran un sustituto.

El «212» ascendió con regularidad, atravesando tres kilómetros de valles cercados por la nieve, resplandecientes bajo los rayos del sol, siendo su techo operativo de cinco kilómetros, dependiendo de la carga. Ahora, ya podían ver Rig Rosa, en un calvero sobre una pequeña altiplanicie, a tres kilómetros y medio. Tan solo algunos remolques para el alojamiento y varios cobertizos desperdigados al azar alrededor de la alta torre de perforación. Y una plataforma para los helicópteros.

—Rig Rosa, habla Jean-Luc. ¿Me oyes?

Esperó paciente.

—Perfectamente, Jean-Luc. —Sonó la alegre voz de Mimmo Sera, el «hombre de la compañía», el más alto cargo en el lugar, un ingeniero encargado de todas las operaciones.

—¿Qué traéis entre manos? ¿Eh?

—*Niente*, Mimmo. Vimos una bengala roja y solo andábamos comprobando.

—¡Madonna! ¿CASEVAC? No hemos sido nosotros.

Al punto Scot dejó de aproximarse y, girando, tomó la nueva dirección, subiendo más arriba sobre la cordillera.

—¿Bellissima?

—Vamos a comprobarlo.

—Nos tendréis informados, ¿verdad? Desde que la tormenta estalló, no hemos tenido contacto. ¿Estáis al corriente de las noticias?

—Lo último que escuchamos fue hace dos días. La «BBC» dijo que en Doshan Tappeh los Inmortales habían sofocado una rebelión de cadetes de las fuerzas aéreas y civiles. No sabemos nada de nuestro cuartel general en Teherán, ni de nadie. Si nos enteramos de algo, te lo comunicaré.

—¡Eh, radio! Necesitaremos un cargamento de otras doce tuberías de quince centímetros, Jean-Luc, y lo habitual de cemento a partir de mañana. ¿De acuerdo?

—*Bien sûr!* —Jean-Luc estaba muy contento con aquella operación extra, así como por la oportunidad de demostrar que eran mejores que «Guerney»—. ¿Qué tal va?

—Hemos perforado hasta dos mil cuatrocientos metros y todo parece indicar que se trata de una bonanza más. A ser posible, quiero el pozo preparado para el lunes próximo. ¿Podrías pasar un pedido en mi nombre a «Schlumberger»?

«Schlumberger» era la firma internacional que fabricaba y suministraba las herramientas que se utilizaban en el interior del terreno perforado: recogían muestras y median electrónicamente, y con enorme exactitud, la capacidad de las existencias de petróleo de los diversos estratos, dirigían las barrenas de perforación; recogían los trozos rotos; perforaban, mediante explosión, el revestimiento de acero del hoyo, para dejar que el petróleo afluyese por la tubería… También proporcionaba el personal técnico que se ocupaba de manejarlas. Muy costoso pero absolutamente necesario. «Preparar el hoyo» era la última operación a realizar antes de cimentar en su sitio el revestimiento de acero y poner el pozo en funcionamiento.

—Dondequiera que se encuentren, Mimmo, los traeré el lunes…, ¡si es la voluntad de Jomeini!

—Mamma mia! Dile a Nasiri que los necesitamos aquí.

Empezaba a alejarse la recepción.

—No habrá problemas. Te llamaré cuando regrese.

Jean-Luc miró por la ventanilla de la carlinga. Estaban pasando sobre una sierra, todavía subiendo. Los motores empezaban a funcionar trabajosamente.

—*Merde!* Tengo hambre —dijo desperezándose—. Me siento como si me hubiesen dado masaje con una perforadora neumática… Pero debo reconocer que fue una carrera formidable.

—¿Sabes una cosa, Jean-Luc? Llegaste a la meta un segundo antes que Nitchak Khan. Estuvo claro.

—Desde luego. Pero nosotros, los franceses, somos magnánimos, *diplomatique* y muy prácticos. Sabía que nos revendería nuestro whisky por la mitad de su precio; si le hubiéramos declarado vencedor nos hubiese costado una fortuna. —Jean-Luc sonrió de oreja a oreja—. Aunque de no haber sido por aquel promontorio, no lo hubiera dudado un instante. Yo habría ganado fácilmente.

Scot sonrió sin decir palabra. Respiraba con regularidad aunque consciente de su respiración. De acuerdo con el reglamento, por encima de los tres mil quinientos metros los pilotos debían usar mascarilla de oxígeno si permanecían arriba más de media hora. Ellos no lo llevaban y jamás ninguno de los pilotos había sufrido otra molestia que algún ligero dolor de cabeza, a pesar de que necesitaron una semana más o menos para habituarse a los dos mil metros. Era más duro para los perforadores de Bellissima.

Sus propias paradas intermedias en Bellissima eran, por lo general, muy breves. Solo de paso, con la máxima carga útil de dos toneladas, de entrada o salida. Tuberías, bombas, diesel, cabrestantes, generadores, productos químicos, alimentos, remolques, tanques, hombres, barro… —nombre generalizado con el que se designaba el líquido que era bombeado en el agujero perforador para suprimir los desperdicios, mantenerlo lubricado y, en

el momento oportuno, para contener el petróleo o el gas y sin el cual resultaría imposible perforar a grandes profundidades—. Después el «212» se marchaba ligero de peso o con todo un grupo de hombres o un cargamento de equipos para su reparación o sustitución.

«No somos más que un camión de transporte —se dijo Scot, recorriendo con la mirada los cielos, los instrumentos y cuanto había en derredor suyo—. Sí, pero es formidable estar volando en lugar de conduciendo sobre la tierra». Abajo, los riscos estaban muy cercanos, habiendo dejado atrás las hileras de árboles. Remontaron la última cordillera. Ya podían ver la plataforma.

—Llamando a Bellissima. Habla Jean-Luc. ¿Me recibís?

Rig Bellissima era la plataforma más alta de la sierra, a tres mil setecientos metros exactamente sobre el nivel del mar. La base se encontraba encaramada en un saliente, justo debajo de la cima. Del otro lado de la plataforma, la montaña descendía hasta dos mil metros, prácticamente cortada a pico, sobre un valle de dieciséis kilómetros de ancho por treinta de largo, una inmensa hendidura en la superficie de la tierra.

—Llamando a Bellissima. Habla Jean-Luc. ¿Me recibís?

No hubo respuesta. Jean-Luc cambió de canal.

—Llamando a Zagros Tres. ¿Me recibís?

—Alto y claro, capitán —fue la respuesta inmediata de Aliwari, el operador de radio iraní de la base—. Su Excelencia Nasiri está a mi lado.

—Permaneced en esta frecuencia. El CASEVAC es en Bellissima, pero no tenemos comunicación por radio. Vamos a bajar.

—Roger. Esperamos.

Como siempre le ocurría en Bellissima, Scot se sintió deslumbrado ante la inmensa convulsión de la tierra que diera origen al valle y, al igual que todos los que visitaban aquella plataforma, se asombró una vez más ante la enormidad del riesgo, trabajo y capital necesarios para encontrar el campo petrolífero, seleccionar su emplazamiento, construir la plataforma y luego perforar los miles de

metros necesarios para que los pozos resultasen rentables. Pero lo eran inmensamente, al igual que toda aquella área, con sus enormes depósitos de petróleo y gas, encerrados en conos de piedra caliza, entre dos mil quinientos y tres mil metros por debajo de la superficie, y después, nuevas y descomunales inversiones acompañadas de más riesgos para conectar aquel campo con el oleoducto que recorría las montañas Zagros, para comunicar las refinerías en Isfahán, en el centro de Irán, con las de Abadán, en el Golfo… Otra extraordinaria hazaña de ingeniería de la vieja «Anglo-Iranian Oil Company» que en su día fuera nacionalizada con el nombre de «IranOil».

—Robada, Scot, muchacho. Robada es la palabra exacta —le había repetido muchas veces su padre.

Scot Gavallan sonrió para sus adentros pensando en su padre, al tiempo que experimentaba una sensación cálida. «Soy condenadamente afortunado de tenerle —pensó—. Sigo echando de menos a mi madre aunque es preferible que haya muerto. Es terrible para una mujer activa y encantadora convertirse en una especie de ser indefenso, paralítico, siempre en una silla de ruedas, mientras que su mente se mantiene intacta hasta el final. La mejor madre que jamás un hombre pudo tener. Terrible su muerte, sobre todo para papá. Pero estoy contento de que se haya vuelto a casar, Maureen ha resultado ser maravillosa y también él, y mi vida es formidable y el futuro se presenta color de rosa… Siempre volando, siempre rodeado de aves, y dentro de dos años me casaré. ¿Y que hay de Tess?». Se sintió algo irritado. Era un condenado contratiempo que Linbar fuera su tío y ella su nieta favorita. Sin embargo, es una condenada suerte que yo no tenga nada que ver con él. Tess cuenta con dieciocho años solo y los dos disponemos de mucho tiempo ante nosotros.

—¿Por qué lado piensas tomar tierra, *mon vieux*? —le llegó a través de los auriculares.

—Desde el Oeste —contestó, volviendo de nuevo a la realidad.

—Bien.

Jean-Luc escudriñaba delante de él. No había señales de vida. El lugar se encontraba densamente cubierto de nieve, casi sepultado. Tan solo la plataforma para helicópteros estaba despejada. Unas nubecillas de humo salían de los remolcadores.

—¡Eh! ¡Vosotros!

Distinguieron la diminuta figura de un hombre, fuertemente abrigado, en pie, cerca de la heliplataforma y agitando los brazos.

—¿Quién es?

—Creo que es Pietro —dijo Scot concentrándose en el aterrizaje. A aquella altura y debido a su posición sobre el saliente, se producían súbitas ráfagas de aire, con turbulencias y remolinos en ellas…, no cabían errores. Sobrevoló el abismo; las corrientes le hacían balancearse, así que corrigió de manera formidable al llegar sobre la tierra y posarse.

—Bien —exclamó Jean-Luc, y se volvió hacia el hombre que prácticamente desaparecía dentro de su indumentaria reconociendo a Pietro Fieri, uno de los «conductores de máquinas herramientas», el segundo en importancia después del hombre de la compañía. Vieron el ademán que hizo, pasándose la mano por la garganta; con ello quiso indicar que pararan motores, lo que significaba que el CASEVAC no era una urgencia. Jean-Luc indicó al hombre que se acercara a la ventanilla y la abrió—. ¿Qué pasa, Pietro? —gritó para hacerse oír sobre el ruido de los motores.

—Guineppa está enfermo —gritó Pietro a su vez, golpeándose el lado izquierdo del pecho. Guineppa era el hombre de la compañía—. Creemos que se trata del corazón. Y eso no es todo. ¡Mirad!

Señaló hacia arriba. Jean-Luc y Scot forzaron el cuello para ver mejor, pero no pudieron distinguir lo que tanto le agitaba.

Jean-Luc se desabrochó el cinturón y descendió del aparato. Sintió el frío como una bofetada y se estremeció. Los ojos comenzaron a llorarle debido a las corrientes de aire que los rotores formaban, sirviéndole de muy poco las gafas oscuras. Y fue en ese momento cuando comprendió la situación, lo que le hizo sentir un nudo en el estómago. Arriba, solo a unos metros, y casi

directamente sobre el campamento, debajo de la cima, había un inmenso saliente de nieve y hielo.

—¡Madonna!

—Si eso se desprende, se producirá una avalancha en toda la montaña y acaso nos arrastre a nosotros y al valle. —Pietro tenía la cara azulada por el frío. Era un hombre corpulento y muy fuerte, de barba oscura y canosa, ojos castaños y penetrantes, aun cuando en aquel momento los guiñaba por la fuerza del viento—. Guineppa quiere conferenciar contigo. Ven a su remolque, ¿eh?

—¿Y eso? —preguntó Jean-Luc señalando con el índice hacia la masa de nieve.

—Si se desprende, se ha desprendido —dijo Prieto riendo, los dientes muy blancos en contraste con su oscuro parka manchado de petróleo—. ¡Vamos! —Se escurrió entre los motores y empezó a caminar—. ¡Vamos!

Jean-Luc observó inquieto aquella masa. Podía seguir así durante semanas o caer en cualquier momento. Sobre la cima, el cielo aparecía maravilloso, sin embargo, aquel sol vespertino calentaba poco.

—Quédate aquí, Scot, y mantenlo en marcha —le gritó. Después siguió vacilante a Pietro, hundiéndose en la nieve.

El remolque de dos habitaciones de Mario Guineppa estaba caliente y desordenado, con mapas en las paredes, ropas manchadas de petróleo, guantes gruesos, cascos colgados de escarpias y toda la parafernalia de un petrolero desperdigada por la oficina-cuarto de estar. Guineppa se encontraba en el dormitorio, tumbado en la cama, completamente vestido salvo por las botas. Era un hombre corpulento y alto, de cuarenta y cinco años, con una nariz imponente habitualmente enrojecida y curtida pero en aquel momento la tenía pálida, y en los labios había un extraño azulado. Con él se encontraba Enrico Banastasio, el conductor de máquinas herramientas del otro turno, un hombre pequeño y moreno, de ojos oscuros y rostro delgado.

—Hola, Jean-Luc. Estoy contento de verte —le saludó Guineppa con expresión de cansancio.

—Lo mismo digo, *mon ami*. —Jean-Luc, muy preocupado, se bajó la cremallera de la chaqueta de vuelo y se sentó junto a la cama. Hacía dos años que Guineppa estaba al frente de Bellissima, doce horas de trabajo, doce de descanso, dos meses allí, dos meses fuera y había perforado tres pozos, con una producción muy importante, y espacio para perforar otros cuatro—. Te están esperando en el hospital de Shiraz.

—Eso no importa. Primero hemos de ocuparnos de esa masa. Yo iba…

—Evacuamos y dejamos ese *stronzo* en las manos de Dios —le interrumpió Banastasio.

—Mamma mia, Enrico —exclamó Guineppa irritado—. Te vuelvo a decir que creo que podemos echar una mano a Dios, con la ayuda de Jean-Luc. Pietro está de acuerdo. ¿No, Pietro?

—Sí —asintió Pietro desde la puerta con un palillo de dientes en la boca—. Me he criado en Aosta, en los Alpes italianos, Jean-Luc, así que conozco las montañas y las avalanchas y la…

—*Sì, e sei pazzo* —dijo Banastasio con tono cortante.

—*Nel tuo culo* —repuso Pietro haciendo un gesto obsceno como quien no quiere la cosa—. Con tu ayuda, Jean-Luc, será fácil quitarse ese *stronzo* de encima.

—¿Qué queréis que haga? —preguntó Jean-Luc.

—Llévate contigo a Prieto y vuela sobre la cima hasta un punto que él te mostrará, en la cara norte. Desde allí, dejará caer un cartucho de dinamita sobre la nieve y el peligro de avalancha se alejará de nosotros.

—Solo hay que hacer eso y la masa se esfumará —dijo Pietro con amplia sonrisa.

—Por todos los santos, os repito que es condenadamente arriesgado —gritó Banastasio irritado, notándosele más su acento angloamericano—. Deberíamos evacuar primero y luego, si así lo queréis, podéis intentar lo de vuestra dinamita.

La cara de Guineppa se contrajo como si un gran dolor le hubiera asaltado. Se llevó una mano al pecho.

—Si evacuamos hemos de cerrarlo todo y…

—¿Y qué? Pues se cierra y en paz. Si no te importa tu propia vida, piensa en el resto de todos nosotros. Yo digo que debemos evacuar lo antes posible. Luego, la dinamita. ¿No es más seguro, Jean-Luc?

—Por supuesto —repuso Jean-Luc cauteloso, no queriendo agitar al hombre de más edad—. Dices que conoces las avalanchas, Pietro. ¿Cuánto tiempo tardará en producirse esta?

—Mi olfato me indica que pronto. Muy pronto. Hay grietas abajo. Acaso mañana, incluso esta misma noche. Sé por dónde volarla…, y es muy seguro. —Pietro miró a Banastasio—. Puedo hacerlo pese a cuanto crea este *stronzo*.

Banastasio se puso en pie.

—Yo y mi equipo vamos a evacuar. Ahora. Cualquiera que sea la decisión. —Dicho aquello, salió.

Guineppa se agitó en su catre.

—Llévate a Pietro arriba, Jean-Luc. En seguida.

—Primero os evacuaremos a todos a Rig Rosa. Tú el primero —dijo enérgico Jean-Luc—. Después dinamitaremos. Si resulta bien, volveréis al tajo. De no ser así, hay suficiente espacio temporalmente en Rig Rosa para vosotros.

—Nada de lo primero sino lo último…, no hay necesidad de evacuar.

Jean-Luc apenas lo escuchaba. Estaba calculando mentalmente los hombres que había de trasladar. Cada uno de los dos turnos estaba formado por nueve hombres: el conductor de máquinas herramienta y su ayudante; el experto del barro, que se ocupaba de este y establecía sus componentes químicos y el peso; el perforador que, naturalmente, tenía a su cargo la perforación; el maquinista, responsable de todos los cabrestantes, bombas y el resto del material y cuatro peones que unían o separaban las tuberías y las perforadoras.

—¿Tenéis siete cocineros y trabajadores iraníes?

—Sí. Pero te repito que la evacuación no es necesaria —dijo Guineppa exhausto.

—Pero sí más seguro, *mon vieux* —Jean-Luc se volvió hacia Pietro—. Di a todos que se preparen rápidamente y que lleven solo lo indispensable.

Pietro miró a Guineppa.

—¿Sí o no?

Guineppa asintió reacio agotado por el esfuerzo.

—Pide un equipo voluntario para que se quede. Y si nadie quiere, cierra, por la Santísima Virgen.

Era evidente que Pietro estaba muy decepcionado. Sin dejar de hurgarse los dientes con el palillo, salió de la habitación. Guineppa se agitó de nuevo en el catre, intentando acomodarse mejor y empezó a soltar maldiciones. Parecía más frágil que antes.

—Es preferible evacuar, Mario —dijo Jean-Luc con calma.

—Pietro es prudente y listo pero ese *porco misero* de Banastasio me resulta realmente apestoso, siempre creando dificultades, y él tiene la culpa de que la radio no funcione. ¡Lo sé!

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

—Se rompió durante su turno. Ahora, necesitaremos otra. ¿Te sobra alguna?

—No, pero veré de encontrarte una. ¿Se puede reparar? Acaso alguno de nuestros mecánicos pueda…

—Banastasio dice que resbaló y cayó sobre ella, pero he oído decir que la rompió con un martillo porque no funcionaba… Mamma mia! —Guineppa hizo un gesto de dolor, mientras se llevaba la mano al pecho, y empezó de nuevo a soltar juramentos.

—¿Cuánto tiempo hace que tienes dolores?

—Dos días. Hoy ha sido el peor. ¡Ese *stronzo* de Banastasio! —farfulló Guineppa—. Pero ¿qué cabe esperar? Le viene de familia. ¡Eh! Su familia es medio americana, ¿verdad? He oído que la rama americana tiene relaciones mafiosas.

Jean-Luc sonrió para sí, sin creerse ni media palabra y escuchando a medias la diatriba. Sabía que se aborrecían mutuamente… Guineppa, el patricio romano de ascendencia portuguesa, y Banastasio, el campesino americano de origen siciliano. «Pero esto no es de extrañar —se dijo—, encerrados aquí, doce horas de servicio y otras doce de descanso, día tras día, un mes tras otro, por buena que sea la paga…».

«¡Ah, la paga! ¡Qué bien me vendría a mí su paga! ¿Por qué incluso el último de los peones gana en una semana lo que yo en todo un mes…, unas miserables mil doscientas esterlinas, yo, un capitán veterano y de entrenamiento, con cuatro mil ochocientas horas? Incluso con las quinientas miserables libras al mes de dietas por estar destacado en el extranjero, no es suficiente ni con mucho, para los niños, los gastos del colegio, mi mujer, la hipoteca y los asquerosos impuestos…, por no hablar de los mejores manjares y vinos, y de mi preciosa Sayada. ¡Ah, Sayada, cuánto te echo de menos!

»De no haber sido por Lochart… ¡Mierda! Tom Lochart pudo dejar que yo le acompañara y ahora mismo podría encontrarme en Teherán, en brazos de Sayada. ¡Cómo la necesito, Dios mío! Y el dinero. ¡Dinero! ¡Ojalá se les encoja los cojones a todos los recaudadores de impuestos hasta que se les conviertan en polvo y les desaparezca la polla! Apenas tengo suficiente ahora y si Irán se va a la puñeta, ¿qué puedo hacer entonces? Apuesto cualquier cosa a que "S-G" no sobrevivirá. Mala suerte para ellos…, para un piloto tan bueno como yo, siempre habrá trabajo con helicópteros en cualquier parte del mundo».

Vio a Guineppa que lo observaba.

—¿Qué me dices, *mon vieux*?

—Me iré en el último viaje.

—Más vale que lo hagas en el primero. En Rosa hay médico.

—Estoy bien…, de verdad.

Jean-Luc oyó que lo llamaban y se endosó su parka.

—¿Puedo hacer algo por ti?

El hombre esbozó una fatigada sonrisa.

—Solo que lleves arriba a Pietro con la dinamita.

—Lo haré pero será cuando hayamos acabado lo demás. Con suerte, antes de que anochezca. No te preocupes.

Una vez fuera volvió a recibir el impacto del frío. Pietro estaba esperándole. Los hombres ya se encontraban agrupados cerca del helicóptero en marcha, con paquetes y mochilas de diversos tamaños. Banastasio pasó junto a ellos llevando un gran pastor alemán sujeto por la correa.

—El piloto ha dicho que hay que viajar sin peso —dijo Pietro.

—Y así lo hago —contestó Banastasio con igual acritud—. Tengo mis documentos, mi perro y mi equipo. El resto puede remplazarse con cargo a la maldita compañía. —Luego, dirigiéndose a Jean-Luc añadió—: La carga está completa, Jean-Luc. Vámonos.

Jean-Luc pasó revista a los hombres que se encontraban a bordo así como al perro. Después, llamó a Nasiri por radio para decirle lo que iban a hacer.

—Muy bien, Scot, adelante. Tú te haces cargo.

Vio los ojos desorbitados de Scot.

—¿Quieres decir que me voy solo?

—¿Y por qué no, *mon brave*? Tienes las horas de vuelo necesarias. Este es tu tercer vuelo de reconocimiento. Alguna vez había de empezar. Adelante.

Observó cómo Scot ascendía. Apenas transcurridos cinco segundos, vio al helicóptero sobre la sima, a una altura sobre ella de siete mil quinientos pies y sabía lo mágico y maravilloso que podía ser aquel despegue de Bellissima en solitario, envidiando al joven aquella emoción. «Scot se lo merece», pensó mientras lo observaban con mirada crítica.

—¡Jean-Luc!

Apartó la vista del helicóptero, ya lejano, y miró en derredor suyo preguntándose qué era lo que, de repente, había cambiado tanto. Entonces se dio cuenta de que se trataba del silencio, tan intenso que parecía ensordecerle. Por un instante, sintió un misterioso

desequilibrio, incluso algo de mareo. Luego, se reanudó el silbido del viento y todo volvió a ser igual.

—¡Jean-Luc! ¡Por aquí! —Pietro se encontraba a la sombra con un grupo de hombres, al otro lado del campamento, haciéndole señas de que se acercara. Con gran esfuerzo se dirigió hacia ellos. Todos mantenían un extraño silencio.

—Mira eso —dijo Pietro nervioso, señalando hacia arriba—. Exactamente debajo del saledizo. ¡Allí! Seis o siete metros por debajo. ¿Ves las grietas?

Jean-Luc las vio. Y sus testículos se estremecieron. En el hielo ya no había grietas, sino auténticas hendiduras. Mientras miraban, hubo un inmenso crujido. Toda la masa pareció ceder. Un pequeño trozo de hielo y nieve se desprendió, adquirió velocidad y volumen y rodó con estruendo por la empinada vertiente. Todos se habían quedado mudos por el sobresalto. La avalancha, toneladas de nieve y hielo, quedó apenas a cincuenta metros del lugar en que se encontraban.

Uno de los hombres quebró el silencio.

—Esperemos que el helicóptero no regrese lanzado como un kamikaze…, podría ser el detonante, *amico*. Incluso un pequeño ruido daría al traste con todo este *stronzo*.

XVIII

EN LOS CIELOS CERCA DE KAZVIN: 3.17 DE LA TARDE. Desde el momento en que Charlie Pettikin abandonara Tabriz, hacía ya dos horas, con Rakoczy, el hombre al que conocía como Smith, había volado con el «206» tan nivelado y recto como le fue posible, con la esperanza de que el hombre del KGB llegara a quedarse dormido o, al menos, que bajara la guardia. A tal fin, había evitado toda conversación, con los auriculares alrededor del cuello. Finalmente, Rakoczy había renunciado, limitándose a observar el terreno que sobrevolaban. Pero se mantenía alerta, con el arma sobre las rodillas, el pulgar sobre el seguro. Y Pettikin hacía cábalas sobre él, quién y qué sería, a qué banda de revolucionarios pertenecería, fedayines, muyahidines o partidarios de Jomeini… o, en caso de ser leal al Sha, si pertenecería a la Policía, al Ejército o a la SAVAK y, de ser así, por qué era tan importante que llegara a Teherán, A Pettikin no se le ocurrió pensar que aquel hombre fuese ruso, no iraní.

En Bandare Pahlevi, donde la operación de repostar había sido laboriosamente lenta, no había hecho nada por romper la monotonía, limitándose a pagar con los últimos dólares que le quedaban y a observar cómo le llenaban los depósitos, firmando seguidamente los albaranes oficiales de «IranOil». Rakoczy había intentado trabar conversación con el empleado encargado del combustible, mas el hombre se mostró claramente reacio, sin duda atemorizado de que pudieran verle cargando el depósito de aquel helicóptero extranjero y aún más aterrado ante la metralleta que vio en el asiento delantero.

Durante todo el tiempo que permanecieron en tierra, Pettikin había sopesado la posibilidad de hacerse con el arma. Pero no tuvo la menor posibilidad. Era checa, de eso estaba seguro. Las había visto a montones en Corea. Y también en Vietnam, «Dios mío —se dijo—, todo eso parece haber pasado hace un millón de años».

Había despegado en Bandare Pahlevi, y se dirigían hacia el Sur, a trescientos metros de altura, siguiendo la carretera de Kazvin. Hacia el Este pudo ver la playa donde dejara al capitán Ross y a sus dos paracaidistas. De nuevo se preguntó cómo sabían ellos que volaba a Tabriz y cuál sería la misión que tenían. Confiaba en que hubieran podido hacer lo que les había encomendado. Con toda seguridad, se trataba de algo urgente e importante. «Espero volver a ver a Ross, me gustaría…».

—¿Por qué sonríe, capitán?

La voz le llegó a través de sus auriculares. En esa ocasión se los había puesto de manera automática al despegar. Miró a Rakoczy y se encogió de hombros, después, volvió la atención a los mandos y al terreno que tenían debajo. Al sobrevolar Kazvin, giró en dirección Sureste siguiendo la carretera de Teherán, concentrándose una vez más en sí mismo. «Ten paciencia», se dijo. Entonces vio que Rakoczy se ponía tenso y que, acercando más la cara a la ventanilla, miraba hacia abajo.

—Gire a la izquierda…, un poco a la izquierda —le ordenó apremiante Rakoczy, toda su atención concentrada en tierra.

Pettikin ladeó ligeramente el helicóptero, dejando a Rakoczy en la parte baja.

—No…, más. ¡Forme 180 grados!

—¿Qué pasa? —preguntó Pettikin. Aumentó el ángulo, consciente de pronto que el hombre había olvidado la metralleta que tenía sobre las piernas. El corazón le latió más aprisa.

—Allí, abajo, en la carretera. Ese camión.

Pettikin no prestó la menor atención a lo que había en tierra. Tenía los ojos clavados en el arma, calculando con la mayor

exactitud posible la distancia mientras, el corazón le latía descompasadamente.

—¿Dónde? No puedo ver nada… —Ladeó aún más el aparato para volver de repente a la nueva dirección—. ¿Qué camión? ¿Se refiere a…?

Alargó, veloz, la mano izquierda, cogió el arma por el cañón y, desmañadamente, la arrojó a través del cristal deslizante a la cabina de atrás. Al propio tiempo, mantuvo la mano sobre la palanca de mando, y la movió repetidas veces, y con rapidez, hacia ambos lados, para hacer que el helicóptero se balancease. Rakoczy, a quien la maniobra había cogido completamente desprevenido, se golpeó la cabeza contra el costado del aparato y quedó atontado por un instante. Al punto, Pettikin le lanzó un derechazo a la mandíbula, intentando dejarle inconsciente. Pero, evidentemente poco habituado a tales lides, no pudo evitar que Rakoczy, experto en karate y con excelentes reflejos, detuviera el golpe con el antebrazo. Todavía mareado, se aferró con fuerza a la muñeca de Pettikin, recuperando fuerzas a cada minuto que pasaba. Mientras los dos hombres luchaban, el aparato oscilaba peligrosamente. Rakoczy se encontraba todavía en la parte más inclinada. Los dos hombres, jurando, con los cinturones de seguridad trabándoles los movimientos, luchaban a brazo partido. Ambos se mostraban cada vez más frenéticos, pero Rakoczy, con las dos manos ya libres, empezó a dominar la situación. De repente, Pettikin sujetó la palanca con la rodillas y golpeó de nuevo a Rakoczy en la cara. El golpe adolecía de fuerza, pero el impulso que le imprimió sirvió para desequilibrarle, la presión de sus rodillas se aflojó y la palanca se fue hacia la izquierda. Al punto, el helicóptero se inclinó sobre el costado, perdida toda la fuerza de elevación, ya que ningún helicóptero puede volar por sí solo ni siquiera un segundo, con la fuerza centrífuga dando su peso una mayor oblicuidad, y con todo aquel barullo, la palanca fue empujada hacia abajo. El helicóptero cayó del cielo, fuera de control.

Pettikin, presa del pánico, abandonó la lucha. Forcejeó ciegamente para hacerse con el aparato. Los motores rechinaban y los instrumentos parecían enloquecidos. Manos, pies y entrenamiento enfrentados al pánico; corrigió en exceso, volvió a corregir, pasándose también. Cayeron doscientos cincuenta metros antes de que lograra dominarlo y nivelarlo, con el corazón prácticamente en la boca, y el suelo, cubierto de nieve, a solo quince metros de distancia.

Las manos le temblaban y apenas podía respirar. Después, sintió algo duro en el costado y oyó jurar a Rakoczy. Apenas recuperado, se dio cuenta de que aquel lenguaje no era iraní, mas no pudo reconocerlo. Miró a Rakoczy y vio su rostro contraído por la furia, y el metal gris de la automática y se maldijo por no haber previsto aquello. Irritado, intentó apartar el arma, pero Rakoczy la mantuvo firme contra su cuello.

—Permanezca tranquilo o le volaré la tapa de los sesos, ¡especie de *matyeryebyets*!

De inmediato, Pettikin ladeó violentamente el aparato, pero sintió una mayor presión del arma que le produjo un intenso dolor. Oyó el ruido que hacía el seguro al ser quitado del arma cuando el otro la amartilló.

—¡Su última oportunidad!

La tierra se hallaba muy cerca, terriblemente cerca. Pettikin comprendió que no podría librarse de él.

—Está bien…, está bien —dijo, admitiendo su derrota. Enderezó el aparato y empezó a subir. La presión de la pistola aumentó y el dolor con ella—. Me hace daño y además me obliga a perder el equilibrio. ¿Cómo puedo volar si ust…?

Rakoczy presionó con más fuerza, al tiempo que le chillaba, lo maldecía y le presionaba la cabeza contra la portezuela.

—¡Cielo Santo! —gritó Pettikin desesperado, mientras intentaba ajustarse los auriculares que se le habían caído durante la lucha—. ¿Cómo diablos puedo volar con su arma contra mi cuello? —La

presión disminuyó algo y Pettikin niveló el aparato—. Y, en definitiva, ¿quién diablos es usted?

—Smith —respondió Rakoczy, quien se hallaba igualmente acobardado. «Solo un segundo más y nos hubiéramos estampado como una plasta de excremento fresco de vaca», pensaba—. ¿Acaso cree que está tratando con un *matyeryebyets* aficionado?

Antes de que le fuera posible controlarse, golpeó a Pettikin en la boca con el dorso de la mano; aquel quedó conmocionado por el golpe y el helicóptero osciló violentamente pero, al fin, logró controlarlo. Pettikin sintió que la sangre se le subía a la cabeza.

—Si vuelve a hacer eso, pondré el aparato panza arriba —amenazó tajante.

—Lo comprendo —dijo al punto Rakoczy—. Y le presento mis excusas por… por esta…, por esta estupidez. —Se apartó cauteloso y se recostó contra la portezuela, aunque manteniendo el arma amartillada y apuntándole—. Claro, no era necesario. Lo lamento.

—¿Lo lamenta? —Pettikin se le quedó mirando, desconcertado.

—Sí. Le ruego que me perdone. Era innecesario, no soy un bárbaro. —Rakoczy volvió a ser dueño de sí mismo—. Si me da su palabra de que dejará de atacarme, guardaré la pistola. Le juro que no corre peligro.

Pettikin reflexionó un instante.

—Muy bien —dijo al fin—. Con la condición de que me diga quién es usted y cuáles son sus actividades.

—¿Tengo su palabra?

—Sí.

—Muy bien. La acepto, capitán. —Rakoczy puso el seguro al arma y se la guardó en el bolsillo que quedaba fuera del alcance de Pettikin—. Me llamo Alí bin Hassan Karakose y soy kurdo. Mi casa…, mi aldea…, se encuentra en las laderas del monte Ararat en la frontera irano-soviética. Gracias a la bendición de Dios soy un Luchador por la Libertad contra el Sha, y contra cualquier otro que intente esclavizarnos. ¿Satisfecho?

—Sí… sí, lo estoy. Entonces si usted…

—Por favor, después. Primero, vaya allí…, rápido. —Rakoczy apuntó hacia abajo—. Nivélelo y acérquese más.

Estaban a doscientos cuarenta metros hacia la derecha de la carretera de Kazvin-Teherán. Dos kilómetros atrás se encontraba una aldea a caballo de la carretera y pudo ver el humo arrastrado por la fuerte brisa.

—¿Dónde?

—Ahí, junto a la carretera.

En un principio, Pettikin no pudo ver lo que el hombre le indicaba…, en su mente se barajaban un sinfín de preguntas sobre los kurdos y su lucha histórica de siglos contra los Shas de Persia. Pero luego vio cómo una reata de coches y camiones se apartaban de la carretera y a unos hombres que rodeaban una furgoneta moderna con una cruz azul sobre un fondo blanco rectangular en la capota, los demás coches pasaban lentamente junto a él.

—¿Se refiere a aquello? ¿Quiere que sobrevuele esos camiones y coches? —preguntó con la cara todavía enrojecida por el golpe y el cuello dolorido—. ¿Ese montón de camiones que hay cerca de la furgoneta con la cruz azul en la capota?

—Sí.

Pettikin, obediente, inició el descenso.

—¿Por qué son tan importantes, eh? —preguntó. Y luego levantó la vista. Vio que el hombre lo miraba con suspicacia—. Pero bueno, ¿qué diablos pasa ahora?

—¿De verdad no conoce el significado de una cruz azul sobre fondo blanco?

—No. ¿Qué es? ¿Qué significa? —Pettikin tenía los ojos clavados en la furgoneta que ya se hallaba mucho más cerca, lo suficiente para ver que era una «Range Rover» roja, que la rodeaban unas turbas furiosas y que uno de los atacantes se estaba dedicando a romper el cristal de la ventanilla trasera con la culata de su fusil.

—Es la bandera de Finlandia —le llegó a través de los auriculares y Pettikin, al punto, pensó en Erikki.

—Erikki tenía una «Range Rover» —dijo al mismo tiempo que la culata del fusil rompía el cristal—. ¿Cree que se trata de él?

—Sí…, sí, es posible.

Inmediatamente aceleró y bajó más, dando al olvido el dolor, descartando en su excitación todas las preguntas que se le ocurrían de cómo y por qué aquel Luchador por la Libertad conocía a Erikki. Entonces, pudieron ver cómo las turbas levantaban la mirada hacia ellos y se dispersaban. La pasada fue muy rápida y baja mas no pudo distinguir a Erikki.

—¿Lo ve?

—No. No alcanzo a ver dentro de la cabina.

—Tampoco yo lo veo —dijo Pettikin con ansiedad—. Pero algunos de esa canalla van armados y estaban golpeando las ventanillas. ¿Puede verlos?

—Sí, deben de ser fedayines. Uno de ellos ha disparado contra nosotros. Si ust…

Rakoczy calló y hubo de agarrarse con fuerza, cuando el helicóptero hizo un giro de ciento ochenta grados, a seis metros del suelo, volviendo de nuevo. En esa ocasión, aquella turba de hombres y mujeres huyó, tropezando y cayendo unos sobre otros. Los coches que circulaban en ambas direcciones intentaban aumentar la velocidad o se detenían poco a poco. Varios automóviles y camiones se apartaron de la carretera y uno de ellos casi volcó en el joub.

Apenas hubieron adelantado al «Range Rover», Pettikin dio un giro deslizante de noventa grados, se colocó de frente, y pasó junto a una polvareda de nieve el tiempo justo para reconocer a Erikki. Luego, con otro giro de noventa grados, ascendió rápido.

—Desde luego es él. ¿Ha visto los impactos de bala en el parabrisas? —preguntó sobresaltado—. Busque la metralleta ahí detrás. Yo le aseguraré a usted y luego bajaremos y lo recogeremos.

Rakoczy se desabrochó el cinturón y trató de alcanzar el arma a través de la ventanilla de comunicación pero no pudo llegar hasta el suelo, donde se encontraba. Giró con gran dificultad en su asiento e introdujo medio cuerpo por el hueco para poder alcanzarla. Pettikin

se dio cuenta de que el hombre se hallaba a merced suya. Sería tan fácil abrir la portezuela en aquel momento y empujarle. Tan fácil. Pero imposible.

—¡Vamos! —gritó al tiempo que le ayudaba a instalarse de nuevo en su asiento—. Abróchese el cinturón.

Rakoczy obedeció intentando recuperar el aliento, y bendijo la circunstancia de que Pettikin fuera amigo del finlandés, pues sabía que si la situación hubiera sido a la inversa, él no hubiese dudado en abrir la portezuela y arrojarle abajo.

—Estoy preparado —dijo amartillando el arma, asombrado por la estupidez de Pettikin. «Los británicos son tan estúpidos que los muy bastardos merecen perder»—. ¿Qué…?

—¡Allá vamos! —gritó Pettikin y lanzó el aparato a un giro en picado con la máxima velocidad. Algunos hombres armados permanecían cerca de la furgoneta, con las armas apuntándoles—. Los voy a dejar más suaves que un guante. Cuando yo diga «dispare», lance una ráfaga por encima de sus cabezas.

El «Range Rover» se deslizó veloz en su dirección, vaciló, luego giró, vacilante, hacia unos árboles cercanos… Volvió a vacilar y se dirigió a su encuentro al tiempo que el helicóptero oscilaba en derredor. Pettikin se detuvo de repente, a unos veinte metros de ellos y a tres del suelo.

—Dispare —ordenó.

Al punto, Rakoczy lanzó una ráfaga a través de la ventanilla abierta apuntando, no por encima de las cabezas, sino directamente a un grupo de hombres y mujeres, los cuales se refugiaron detrás de la furgoneta de Erikki, ocultos a la mirada de Pettikin, pero mató o hirió a varios de ellos. Quienes se encontraban cerca huyeron presos del pánico…, mezclándose los gritos de los heridos con el estruendo de los motores. Conductores y pasajeros abandonaron precipitadamente sus vehículos y corrieron a ocultarse lo mejor que podían tras la nieve amontonada. Otra ráfaga y cundió más el pánico todavía, todo el mundo se batió en retirada, mientras la circulación estaba completamente colapsada. En la carretera, algunos

jovenzuelos salieron de detrás de un camión enarbolando fusiles. Rakoczy los obsequió con otra ráfaga, a ellos y a quienes se encontraban cerca.

—¡Un giro de 360 grados! —gritó.

Inmediatamente, el helicóptero hizo una pirueta, pero no había nadie cerca. Pettikin vio cuatro cuerpos tendidos sobre la nieve.

—Le dije que disparase por encima de sus cabezas, por Dios Santo —empezó a decir, pero en aquel preciso momento la portezuela del «Range Rover» se abrió y Erikki apareció enarbolando su cuchillo.

Por un momento, creyeron que estaba solo, luego, junto a él, vieron a una mujer envuelta en un chador. Rápidamente, Pettikin hizo posarse el helicóptero, aunque manteniéndole casi en el aire.

—Vamos —les gritó, haciéndoles señas de que corrieran.

Así lo hicieron, Erikki tirando de Azadeh, a quien Pettikin todavía no había reconocido.

Junto a él, Rakoczy abrió la portezuela, saltó fuera y, luego de abrir la de atrás, se puso en guardia. Otra breve ráfaga en dirección a la carretera. Erikki se detuvo aterrado al ver a Rakoczy.

—¡De prisa! —le gritó Pettikin sin comprender el motivo de la vacilación de Erikki—. ¡Venga, Erikki! —Y entonces reconoció a Azadeh—. ¡Dios mío…! —musitó. Después, volvió a gritar—: ¡Vamos, Erikki!

—¡Aprisa! No me queda mucha munición —gritó Rakoczy en ruso.

Erikki, cogiendo en brazos a Azadeh, corrió hacia ellos. Algunas balas pasaron silbando junto a ellos. Ya junto al helicóptero, Rakoczy ayudó a meter a Azadeh en la parte de atrás, y, de súbito, apartó a Erikki y lo empujó con el cañón de su arma.

—Suelte el cuchillo y siéntese delante —le ordenó en ruso—. ¡Ahora mismo!

Prácticamente paralizado por el sobresalto, Pettikin vio vacilar a Erikki, con el rostro contraído por la furia.

—Por Dios que hay munición más que suficiente para ella, para usted y para ese piloto malnacido. ¡Suba!

Desde algún punto de la carretera empezaron a dispararles con una metralleta. Erikki dejó caer el cuchillo en la nieve y acomodó su inmenso cuerpo en el asiento delantero. Rakoczy se instaló junto a Azadeh y Pettikin despegó rápido, se balanceó por un momento sobre el suelo semejante a un gallo asustado. Entonces, se elevó hacia el cielo.

—¿Qué diablos está pasando? —preguntó cuando al fin pudo hablar.

Erikki no contestó. Tenía el cuerpo vuelto a medias para comprobar que Azadeh se encontraba bien. Con los ojos cerrados, derrumbada en su asiento, jadeante e intentando recuperar el aliento. Vio que Rakoczy le había abrochado el cinturón, pero cuando Erikki intentó tocarle, el soviético le indicó con el arma que se mantuviera quieto.

—Le prometo que estará muy bien —seguía hablando en ruso—, siempre que usted se comporte como su amigo ha aprendido a hacerlo. —Sin apartar los ojos de él, rebuscó en su maletín y sacó un nuevo cargador—. Solo para que lo sepa. Y, ahora, vuélvase hacia delante, por favor.

Tratando de dominar su ira, Erikki hizo lo que le decían. Se puso los cascos. No había forma de que Rakoczy pudiera oírles, porque en la parte trasera no había intercomunicador, y los dos tuvieron la extraña sensación de poder sentirse tan libres y, al mismo tiempo, prisioneros en realidad.

—¿Cómo nos encontraste, Charlie? ¿Quién te envió? —preguntó a través del micrófono con tono tenso.

—Nadie —le contestó Pettikin—. ¿Qué diablos pasa con ese bastardo? Fui a recogeros, a ti y a Azadeh, a Tabriz, pero ese hijo de puta que está ahí detrás me secuestró y me obligó a ir a Teherán. El azar, simplemente… Y a vosotros, ¿qué diablos os ha pasado?

—Nos quedamos sin gasolina. —Erikki le puso al corriente de lo ocurrido—. Cuando el motor se paró, supe que estábamos acabados.

Todo el mundo parecía haberse vuelto loco. Por un momento, las cosas iban bien y luego, de repente, volvieron a rodearnos igual que lo hicieran en la barricada de la carretera. Eché el seguro a las portezuelas, pero solo hubiera sido cuestión de tiempo…

Volvió la cabeza de nuevo. Azadeh había abierto los ojos y apartado el chador de la cara. Le sonrió, fatigada, y alargó la mano para tocarle, pero Rakoczy se lo impidió.

—Me perdonará Alteza, pero habrá de esperar a que tomemos tierra —dijo en farsi—. Estará muy bien. —Lo repitió en ruso, añadiendo en beneficio de Erikki—: Llevo conmigo algo de agua. ¿Quiere que le dé a su esposa?

Erikki asintió.

—Sí, por favor. —La estuvo mirando mientras ella bebía unos sorbos agradecida—. Gracias.

—¿Quiere usted?

—No, gracias —contestó, cortés, a pesar de que tenía la boca completamente seca, mas no quería recibir favor alguno para sí. Dirigió una sonrisa alentadora a Azadeh—. Como maná del cielo, ¿eh Azadeh? Charlie ha aparecido como un verdadero ángel.

—Sí…, sí. Ha sido la Voluntad de Dios. Estoy bien, ahora estoy bien, Erikki, alabado sea Dios. Dale las gracias a Charlie en mi nombre…

Erikki disimuló su preocupación. El segundo ataque la había aterrado. Y también a él. Se había jurado que si lograba salir vivo de aquel embrollo, jamás volvería a viajar sin un arma y con preferencia granadas. Se dio cuenta de que Rakoczy lo observaba. Hizo un movimiento afirmativo con la cabeza y se volvió de nuevo.

—*Matyeryebyets* —farfulló, comprobando de manera automática los instrumentos.

—Ese cretino es un lunático…, no había necesidad de matar a nadie. Le dije que disparara por encima de sus cabezas —dijo Pettikin bajando ligeramente la voz, inquieto por hablar con tanta claridad aun cuando sabía que no había forma de ser oídos por Rakoczy—. Ese bastardo ha estado a punto de matarme un par de

veces. ¿De qué le conoces, Erikki? ¿Habéis tenido algo que ver Azadeh o tú con los kurdos?

Erikki se le quedó mirando.

—¿Kurdos? ¿Te refieres a ese *matyeryebyets* de atrás?

—Sí, a él, claro está… Alí bin Hassan Karakose. Es de Monte Ararat. Un Luchador por la Libertad kurdo.

—No es kurdo sino pura mierda. ¡Soviético, y de la KGB!

—¡Dios Todopoderoso! ¿Estás seguro? —Pettikin se mostró claramente sobresaltado.

—Si, claro. Asegura ser musulmán, pero apostaría cualquier cosa a que también es un embuste. Todos lo son. En definitiva, ¿por qué habrían de decirnos nada a nosotros, el enemigo?

—Pero juró que era la verdad y yo le di mi palabra.

Pettikin le contó, furioso, lo de la pelea que habían tenido y el trato que habían hecho.

—Tú eres el loco, Charlie, él no será quien lo respete. ¿Acaso no has leído a Lenin, a Stalin? ¿Incluso a Marx? Solo está haciendo lo mismo que la KGB y los comunistas comprometidos hacen: manipularlo todo y a todos para seguir adelante con la «Sagrada» Causa, poder absoluto mundial para el partido comunista soviético…, y hacer que nosotros mismos nos colguemos para evitarles a ellos las molestias. Dios mío, me vendría muy bien un trago de vodka.

—Mejor sería un brandy doble.

—Mucho mejor los dos juntos. —Erikki estudiaba el terreno. Volaban tranquilamente, el ruido de los motores era perfecto y disponían de mucho combustible. Recorrió el horizonte con la mirada intentando localizar Teherán—. Ya no está lejos. ¿Ha dicho dónde debes aterrizar?

—No.

—Acaso dispongamos de alguna oportunidad entonces.

—Sí. —Pettikin se sentía cada vez más aprensivo—. Has hablado de un bloqueo en la carretera. ¿Qué pasó allí?

—Nos detuvieron. —El gesto de Erikki se endureció—. Izquierdistas. Hubimos de largarnos. Nos hemos quedado sin

documentación, Azadeh y yo. Nada. En la barricada, un gordinflón bastardo se quedó con todo y no había tiempo de recuperarlo. —Un escalofrío lo recorrió—. Jamás me he sentido tan aterrado, Charlie. Jamás. Me encontraba indefenso en medio de toda aquella canallada, y casi capándome de miedo porque no podía protegerla. Aquel apestoso y gordo hijo de puta se quedó con todo, pasaportes, documentos de identidad y permisos para volar. Todo.

—Mac te dará otros nuevos y tu Embajada, un duplicado de los pasaportes.

—No estoy preocupado por mí sino por Azadeh.

—También le extenderán un pasaporte finlandés a ella. Como le darán uno canadiense a Sharazad. No tienes de qué preocuparte.

—Todavía está en Teherán, ¿verdad?

—Desde luego. Tom también debería encontrarse allí. Se le esperaba ayer desde Zagros, con el correo de casa… —«Es extraño —se dijo Pettikin de pasada—, aún sigo llamando casa a Inglaterra, a pesar de que, habiendo desaparecido Claire, todo ha desaparecido»—. Acaba de regresar de un permiso.

—Eso es lo que me gustaría hacer a mí, irme de permiso. Ya voy retrasado. Tal vez Mac pueda enviar un sustituto. —Erikki dio un ligero codazo a Pettikin—. Mañana nos ocuparemos del mañana, ¿eh? Oye, Charlie, has hecho una gran exhibición de vuelo. Cuando te vi, primero pensé que estaba soñando o que me había muerto. Reconociste mi bandera finlandesa, ¿no?

—No. Fue Alí…, ¿cómo le llamas? Rekowsky.

—Rakoczy.

—Rakoczy la reconoció. De no haber sido por él, ni me hubiera enterado. Lo siento. —Pettikin lo miró—. ¿Qué quiere de ti?

—No lo sé, pero, sea lo que fuere, es con propósito soviético. —Erikki soltó unas cuantas palabrotas—. ¿Así que también le debemos nuestras vidas?

—Sí, así es —afirmó Pettikin al cabo de un momento—. Yo solo no hubiera podido hacerlo. —Miró hacia atrás. Rakoczy se mantenía alerta, Azadeh dormitaba, su bonito rostro en sombras. Hizo un

breve movimiento de cabeza y volvió su atención a los instrumentos —. Azadeh parece encontrarse bien.

—No, Charlie, te equivocas —aseguró Erikki, sintiendo pena en su interior—. Hoy ha sido un día terrible para ella. Dijo que jamás se había encontrado tan cerca de los aldeanos…, quiero decir, rodeada, inmovilizada. La han cogido desprevenida. Ahora, ya conoce el rostro verdadero de Irán, la realidad de su pueblo…, eso y que la obligaran a ponerse el chador. —Se estremeció de nuevo—. Ha habido una violación…, violaron su alma. Ahora creo que todo será diferente para ella, para nosotros. Y tendrá que elegir. Su familia o yo, Irán o el exilio. No nos quieren aquí. Ya es hora de que nos vayamos, Charlie. Todos nosotros.

—No, no estoy de acuerdo. Tal vez contigo y Azadeh sea diferente, pero siguen necesitando petróleo y, por lo tanto, todavía no pueden prescindir de los helicópteros. Aún podemos disponer de algunos años, buenos años. Con los contratos de «Guerney» y todo el… —Pettikin calló al sentir una palmada en el hombro y miró hacia atrás. Azadeh ya estaba despierta. Como no podía oír lo que Rakoczy le decía, se quitó uno de los auriculares—. ¿Qué?

—No utilice la radio, capitán, y esté preparado para tomar tierra en los alrededores, donde yo le diga.

—He de…, he de esperar a que me den paso.

—¡No sea loco! ¿Quién se lo daría? Todo el mundo anda demasiado ocupado allá abajo. El aeropuerto de Teherán está sitiado…, como Doshan Tappeh y Galeg Morghi. Siga mi consejo y tome tierra en el pequeño aeropuerto de Rudrama, una vez que me haya dejado a mí.

—He de informar. Los militares insisten.

Rakoczy rio sardónico.

—¿Militares? ¿Sobré qué informaría? ¿Que ha aterrizado ilegalmente cerca de Kazvin, ayudado a matar a cinco o seis civiles y recogido a dos extranjeros que huían…? Que huían, ¿de qué? ¿Del Pueblo?

Pettikin, impasible, dio media vuelta para hacer la llamada pero Rakoczy, inclinándose hacia delante, lo sacudió sin miramientos.

—¡Despiértate de una vez! Los militares ya no existen. ¡Los generales han cedido la victoria a Jomeini! Los militares ya no existen…, ¡han renunciado!

Se le quedaron mirando, estupefactos. El helicóptero se balanceó. Pettikin, presuroso, corrigió el curso.

—¿Qué está diciendo?

—Anoche, a última hora, los generales ordenaron que todas las tropas regresaran a sus cuarteles. Todos los servicios…, todos los hombres. Han dejado el campo libre a Jomeini y a su revolución. Ahora, ya no hay Ejército, ni Policía, ni guardias entre Jomeini y el poder absoluto… ¡El Pueblo ha triunfado!

—¡Eso no es posible! —exclamó Pettikin.

—No —dijo Azadeh atemorizada—. Mi padre lo hubiera sabido.

—¡Ajá! Abdollah el Grande —repuso Rakoczy en tono de mofa—. Ahora estará enterado, si es que vive todavía.

—¡Miente!

—Es…, quizá sea cierto, Azadeh —dijo Erikki sobresaltado—. Eso explica el que no hayamos visto a la Policía, ni tropas…, ¡y que la gente se mostrara tan hostil!

—Los generales nunca harían eso —rebatió ella, sacudiendo negativamente la cabeza. Luego, añadió volviéndose hacia Rakoczy —. Sería un suicidio, para ellos y para millares de personas. ¡Dinos la verdad, por Alá!

En la cara de Rakoczy se reflejó su satisfacción, contento de tergiversar las palabras y sembrar la duda con el fin de inquietarlos.

—Ahora, Irán está en manos de Jomeini, de sus mulás y de sus «Guardias Revolucionarios».

—¡Es mentira!

—Si eso es cierto, Bajtiar está acabado. Jamás podr… —empezó a decir Pettikin.

—Ese loco irresoluto ni siquiera llegó a empezar —le interrumpió Rakoczy, y rompió a reír—. Jomeini ha acojonado a los generales y

ahora los degollará para mayor seguridad.

—Entonces, la guerra ha terminado.

—Ah, la guerra —dijo Rakoczy enigmático—. En efecto, ha terminado. Para algunos.

—Sí —repitió Erikki intentando tenderle una añagaza—. Y si lo que dice es verdad, también todo ha terminado para usted…, para todos los tudehs y los marxistas. Jomeini acabará con ellos.

—Nada de eso, capitán. El Ayatolá ha sido la espada que ha destruido al Sha, pero quien la ha empuñado ha sido el Pueblo.

—Sus mulás y el pueblo los destruirán…, es tan anticomunista como antiamericano.

—Más les valdrá esperar y ver, sin engañarse a sí mismos, ¿eh? Jomeini es un hombre práctico y, pese a cuanto él diga ahora, el poder le gusta.

Pettikin vio palidecer a Azadeh y él sintió un escalofrío.

—¿Y los kurdos? —preguntó con aspereza—. ¿Qué hay de ellos?

Rakoczy se inclinó hacia delante con una extraña sonrisa.

—Soy kurdo pese a cuanto el finlandés pueda haberle dicho sobre lo de soviético y KGB. ¿Acaso puede él demostrar lo que dice? Claro que no. En cuanto a los kurdos, Jomeini intentará eliminarnos, si se lo permiten, junto con todas las minorías tribales o religiosas, con todos los extranjeros, la burguesía, los terratenientes, los prestamistas, los partidarios del Sha y —añadió despectivo— todo aquel o aquellos pueblos que no acepten su interpretación del Corán…, y derramará ríos de sangre en el nombre de *su* Alá, no el *suyo*, no el del Único Dios verdadero…, si al muy bastardo se lo permiten. —Miró por la ventanilla hacia abajo, tratando de dominarse para añadir luego aún más sardónico—: Esa Espada de Dios herética ha cumplido su misión y ahora se le transformará en reja del arado…, ¡y será enterrada!

—¿Quiere decir que lo asesinarán? —preguntó Erikki.

—Enterrado —volvió a reír—, como se le antoje al Pueblo.

Azadeh salió de su ensimismamiento y se abalanzó sobre él para clavarle las uñas en la cara, al tiempo que lo maldecía. La dominó

con facilidad, sujetándola mientras ella forcejeaba. Erikki miraba con el rostro ceniciento. No había nada que pudiera hacer. Por el momento.

—¡Quieta! —la ordenó Rakoczy con dureza—. Tú deberías ser la primera en desear que ese hereje desapareciera… Si gana, pisoteará a Abdollah Khan, y a todos los Gorgon, y a ti con ellos. —La apartó de un empujón—. Compórtate o tendré que hacerte daño. Y es verdad. Tú, la primera, deberías querer verle muerto. —Amartilló la metralleta—. Y vosotros dos, mirad hacia delante.

Hicieron lo que les ordenaba y su odio por aquel hombre y su arma aumentó. Delante de ellos, los alrededores de Teherán se prolongaban unos quince kilómetros. Volaban paralelos a la carretera y al ferrocarril, con las montañas aproximándose a la ciudad por el Oeste. Sobre ellos, el cielo aparecía encapotado, las nubes eran densas, y el sol estaba completamente oculto.

—¿Puede ver la corriente que atraviesa el ferrocarril, capitán? ¿El puente?

—Sí, lo veo —contestó Pettikin al tiempo que intentaba concebir un plan para dominarle, al igual que Erikki estaba haciendo…, preguntándose si le sería posible volverse de repente e inmovilizarle. Pero se encontraba en el lado opuesto.

—Tome tierra un kilómetro más allá de él, hacia el Sur, detrás de aquel afloramiento. ¿Lo ve?

Donde le indicaba había una carretera secundaria en dirección a Teherán, por lo general con poca circulación.

—Sí. ¿Y después?

—Fin de su misión. Por el momento. —Rakoczy rio, dando unos golpecitos con el cañón de su arma en el cuello de Pettikin—. Con mi agradecimiento. Pero no se vuelvan más, sigan mirando al frente, los dos. Y mantengan abrochados los cinturones. Sepan que les estoy vigilando a los dos estrechamente. Cuando tome tierra, hágalo con seguridad y limpieza. Una vez que me haya ido, pueden despegar. Pero no se vuelvan porque a lo mejor me asusto y un hombre asustado suele apretar el gatillo. ¿Comprendido?

—Sí —respondió Pettikin, que estudiaba el terreno. Luego, se ajustó los cascos—. Parece que todo está en orden, ¿no, Erikki?

—Sí. Vigila las dunas de nuevo. —Erikki intentó reprimir el nerviosismo de su voz.

—Deberíamos tener un plan.

—Creo que…, que es demasiado listo, Charlie.

—Tal vez cometa un error.

—De veras que lo espero.

La toma de tierra fue segura y limpia. La nieve, esparcida por las palas al girar, caía a lo largo de las ventanillas.

—¡No se vuelvan!

Los dos hombres tenían los nervios tensos. Oyeron abrirse la portezuela y sintieron el aire frío.

—¡Erikkiiii! —gritó Azadeh.

Pese a la orden, ambos hombres dieron media vuelta. Rakoczy había salido ya, arrastrando a Azadeh tras de sí, la cual le daba puntapiés, forcejeaba y se agarraba a la portezuela, pero él la dominó con facilidad. La metralleta le colgaba del hombro. Sin vacilar un solo segundo, Erikki abrió la puerta y salió disparado, se deslizó por debajo del fuselaje y cargó contra él. Pero era demasiado tarde. Una breve ráfaga disparada al suelo, delante de sus pies, lo detuvo. A diez metros de distancia, fuera del campo de los rotores, Rakoczy les apuntaba con el arma en una mano mientras que con la otra agarraba con fuerza el cuello del chador de Azadeh. Por un instante, ella permaneció igualmente quieta. Luego, de repente, redobló sus esfuerzos, gritando y chillando y debatiéndose. Le cogió desprevenido. Entonces, Erikki se lanzó a la carga.

Rakoczy agarró a Azadeh con las dos manos y la empujó violentamente contra Erikki; el ataque de este quedó frenado y los dos cayeron al suelo. Al mismo tiempo, Rakoczy retrocedió de un salto, se volvió y echó a correr, veloz, para volverse de nuevo apuntándoles con la pistola, el dedo tenso en el gatillo. Pero no fue necesario apretarlo, porque la mujer y el finlandés seguían de rodillas, conmocionados. Detrás de ellos, el piloto continuaba

sentado en la carlinga. Pero entonces vio a Erikki, ya repuesto, que obligaba a Azadeh a colocarse detrás de él, en un gesto protector, dispuesto a volver a la carga.

—¡Quieto! —le ordenó—. O esta vez os mataré a todos. ¡QUIETO! —Hizo un disparo de advertencia sobre la nieve—. ¡Volved al avión… los dos! —Erikki, ya totalmente recuperado, lo miró suspicaz—. Vamos…, estáis libres. ¡Moveos!

Azadeh, profundamente aterrada, se encaramó al asiento de atrás. Erikki retrocedió lentamente, protegiéndola con su cuerpo.

Rakoczy seguía apuntándoles sin la menor ambigüedad. Vio al finlandés instalarse en el asiento trasero, la portezuela aún abierta, los pies apoyados sobre el patín. Al punto, los motores adquirieron velocidad. El helicóptero se alzó unos centímetros del suelo, giró lentamente y se colocó frente a él, al tiempo que la portezuela trasera se cerraba. El corazón le latía con más fuerza. «Y ahora —se dijo—, ¿moriréis todos o viviréis para enfrentaros a otro día?».

Le pareció que aquel momento se prolongaba hasta la eternidad. El helicóptero retrocedió, poco a poco, presentando todavía un blanco tentador. Su dedo se tensó ligeramente. Pero no apretó el gatillo en la última fracción. Unos metros más y luego el aparato, girando, fue alejándose sobre los campos nevados y ascendió hacia el cielo.

«Está bien —pensó, prácticamente exhausto por el cansancio—. Lo mejor hubiese sido haber podido retener a la mujer como rehén. Bah, importa poco. Nos haremos con la hija del viejo Abdollah Khan mañana, o al día siguiente. Puede esperar, y también Yokkonen». Entretanto, tenía ante sí un país del que apoderarse, generales, mulás y ayatolás a los que matar…, y otros enemigos más.

XIX

EN EL AEROPUERTO DE TEHERÁN: 5.05 DE LA TARDE. McIver conducía con cuidado por la carretera que bordeaba la alambrada de seguridad en dirección a la puerta que conducía al área de embarques. La nieve se acumulaba en los arcenes de la carretera, resbaladiza y sin limpiar. La temperatura estaba bajo cero, el cielo muy encapotado y la noche acababa de irse hacía no más de una hora. Volvió a consultar su reloj. «No queda mucho tiempo», se dijo, todavía furioso por la clausura de su oficina, la noche anterior, por el comité. A primera hora de aquella mañana había intentado escurrirse hasta el interior del edificio, mas seguía bien vigilado, y todos sus intentos para que se le permitiera comprobar el télex resultaron infructuosos.

—¡Condenada gente! —exclamó Genny cuando él regresó, nervioso, al apartamento—. Tiene que haber algo que podamos hacer. ¿Qué me dices de George Talbot? ¿No podría echar una mano?

—Lo dudo mucho aunque creo que valdrá la pena intentarlo… Si Valik fuera… —Calló—. Tom debe de haber repostado ya y casi habrá terminado…, dondequiera que esté.

—Esperemos…, esperemos lo mejor —dijo Genny mientras formulaba una silenciosa plegaria—. ¿Has visto alguna tienda abierta?

—Ninguna, Gen. Tendremos que almorzar sopa enlatada y una botella de cerveza.

—Lo siento, nos hemos quedado sin cerveza.

McIver intentó comunicar con Kowiss y con las otras bases, sin que ninguna de ellas respondiera. Como tampoco le fue posible sintonizar la «BBC» o la «AFN». Escuchó, durante un breve tiempo, la inevitable diatriba antiamericana de «Radio Irán Libre», de Tbilisi, y la cerró fastidiado. El teléfono no tenía línea. Intentó leer, pero no pudo, ya que en su mente bullían toda suerte de preocupaciones respecto a Lochart, Pettikin, Starke y todos los demás, desesperado de no poder acudir a la oficina y al télex y, por el momento, incapaz de todo control. Jamás había ocurrido nada parecido. Jamás. Maldito el Sha por abandonarlo todo y permitir que se hundiera. La vida allí solía ser formidable. En cuanto surgía algún problema, solo tenía que ir al aeropuerto y tomar una lanzadera para Isfahán, Tabriz, Abadán, Ormuz, Al Shargaz o dondequiera que fuese y luego, para cubrir el resto de la ruta, un helicóptero si así lo prefería. A veces, Genny lo acompañaba… Meriendas en el campo y cerveza helada.

—¡Todo se ha ido al diablo!

Poco antes de almorzar, la «HF» cobró vida. Era Freddy Ayre desde Kowiss, transmitiendo el mensaje de que el jet «125» estaría en el aeropuerto de Teherán alrededor de las cinco de esa misma tarde, procedente de Al Shargaz, pequeño territorio independiente de un jeque, a mil doscientos kilómetros al sur de Teherán, del otro lado del Golfo, donde «S-G» tenía una oficina.

—¿Han dicho si había obtenido la autorización, Freddy? —preguntó excitado McIver.

—No lo sé. Todo cuanto dijo nuestro cuartel general en Al Shargaz fue: «ETA Teherán 1700. Decid a McIver no logré comunicación con él…», y lo repitió varias veces.

—¿Qué tal os van las cosas a vosotros?

—Así, así —respondió Ayre—. Starke sigue en Bandar Delam y solo hemos podido comunicar con ellos de manera muy confusa hace media hora.

—¿Envió Rudi aquello? —McIver intentó mantener el tono sereno.

—Sí.

—Mantente en contacto con ellos y con nosotros. ¿Qué pasaba con tu operador de radio esta mañana? He estado intentando comunicar durante un par de horas sin conseguirlo.

Se hizo una larga pausa.

—Lo han detenido.

—¿Por qué diablos?

—No lo sé, Mac…, capitán McIver. Tan pronto como lo averigüe, le informaré a usted. También, lo antes que me sea posible, haré que Marc Dubois regrese a Bandar Delam, pero es que, bueno, en cierto modo, nos hallamos atados de pies y manos. Todos estamos confinados en la base, hay…, aquí, en la torre, hay un simpático y cordial guardia vigilante, todos los vuelos han sido suspendidos salvo los CASEVAC, y, aun así, se nos ha ordenado llevar guardias con nosotros… Además, no está autorizado ningún vuelo fuera del área.

—¿Por qué todo eso?

—No lo sé. Nuestro reverenciado comandante en jefe de la base, el coronel Peshadi, me ha asegurado que es algo temporal, solo hoy, y quizá mañana. A propósito, a las 3.16 de la tarde hemos recibido una breve llamada del capitán Scragger en Charlie Eco Zulu Zulu, en ruta hacia Bandar Delam en un chárter especial.

—¿Qué diablos ha ido a hacer allí?

—No lo sé, señor. El viejo Scra…, el capitán Scragger dijo que se lo había pedido De Plessey, en Siri. Yo…, bueno…, no creo que tenga mucho tiempo. Nuestro simpático guardia se está poniendo nervioso, pero si usted logra que el «125» llegue aquí, Peshadi ha dicho que le autorizará a tomar tierra. Intentaré enviar a Manuela, aunque no confíe demasiado en ello. Está más nerviosa que una liebre dentro de una perrera llena de sabuesos, debido a la falta de noticias fidedignas de Starke.

—Me lo imagino. Dile que voy a hacer salir a Gen, ahora mismo, aunque Dios sabe el tiempo que me costará llegar al aeropuerto. —Volvió su atención a Genny—. Gen, haz una maleta.

—¿Qué quieres llevarte, Duncan? —le preguntó ella con dulzura.

—¡Tú eres la que se va, no yo!

—No seas tonto, cariño. Si tienes que recibir a ese «125», más vale que te apresures, pero ten cuidado y no olvides las «fotos». Ah, y a propósito, olvidé decirte que mientras intentabas entrar en la oficina, Sharazad envió a uno de sus sirvientes para rogarnos que fuéramos a almorzar con ella.

—¡Gen, tú tomarás ese «125» y no hay más que hablar!

La discusión no duró ni un minuto. McIver se había ido en el coche y circulaba por calles secundarias, ya que la mayoría de las arterias principales estaban bloqueadas por las muchedumbres. Cada vez que debía detenerse, enarbolaba la fotografía de Jomeini, con un pie de LARGA VIDA AL AYATOLÁ en farsi y en seguida le daban paso. Como no vio tropas, gendarmes o policías no hubo de recurrir a la foto del Sha con la leyenda LARGA VIDA AL GLORIOSO IRÁN. Aun así, necesitó dos horas y media para hacer un recorrido que, habitualmente, no le llevaba más de una. Aumentando sin cesar su ansiedad ante la posibilidad de llegar tarde.

Pero el «125» no se encontraba en ninguna de las pistas paralelas, como tampoco en el área de carga o cerca del edificio de la terminal, al otro lado del campo. Una vez más, consultó su reloj. Las cinco y diecisiete. Aún quedaba otra hora de luz. «Será una proeza si es que siquiera llega —pensó—. Solo Dios lo sabe, puede que ya le hayan hecho volverse».

Cerca del edificio de la terminal, todavía se encontraban aparcados varios jets civiles. Uno de ellos, un «Royal Iranian Aire 747» era tan solo un amasijo de hierros retorcidos, destruido por el fuego. Los otros parecían hallarse en perfecto estado, aunque estaba demasiado alejado para ver todos los modelos, pero entre ellos debía de encontrarse el que había de hacer el vuelo de «Alitalia». Paula Giancani seguía aún allí, y Nogger Lane detrás de ella siempre. «Es una muchacha encantadora», se dijo con expresión ausente.

La puerta que conducía al área de carga y al almacén estaba ante él. Este último se hallaba cerrado desde el miércoles anterior, ya que el jueves y el viernes eran los dos días del fin de semana

iraní (el viernes lo denominaban Día Santo Musulmán), y no había forma de que ni él ni su personal pudieran haber entrado allí el sábado o el domingo. La puerta aparecía abierta y sin vigilancia. La atravesó y entró en el patio. Frente a él, estaba el cobertizo de aduanas de las cargas y las barreras. Por todas partes se veían carteles en inglés y farsi: PROHIBIDA LA ENTRADA, ENTRADA, SALIDA, PROHIBIDO EL PASO, y con los emblemas y siglas de las diversas compañías internacionales de transportes y helicópteros que tenían allí oficinas permanentes. Por lo general, el entrar en el patio resultaba imposible. Allí había trabajo las veinticuatro horas del día para quinientos hombres, que se ocupaban de la inmensa cantidad de mercancías, militares y civiles, a cambio de parte de los noventa millones de dólares diarios del petróleo obtenido. En ese momento, la zona estaba desierta. Había centenares de jaulas y cajones desperdigados por todas partes sobre la nieve, muchos de ellos abiertos y saqueados su contenido, la mayor parte empapado de agua. Algunos coches y camiones abandonados, varios averiados y un camión que, evidentemente, había ardido. En los cobertizos podían verse impactos de balas.

La puerta de la aduana que conducía a la pista estaba cerrada, pero solo con un pestillo. En el letrero se podía leer: PROHIBIDO EL PASO SIN LA AUTORIZACIÓN DE LAS ADUANAS en inglés y farsi. Esperó un momento para después hacer sonar la bocina, volvió a esperar. Nadie le contestó así que bajó, abrió la puerta de par en par y volvió a subir al coche. Se detuvo a unos metros del otro extremo, volvió a cerrar la puerta con el pestillo y atravesó el asfalto hasta los almacenes de la «S-G», el cobertizo de la oficina, los hangares y el taller de reparaciones con espacio suficiente para cuatro «212» y cinco «206», aunque solo había tres «206» y un «212» en esos momentos.

Aliviado, observó que las puertas principales seguían cerradas y con el candado puesto. Había temido que hubiesen asaltado los almacenes y el hangar, llevándoselo todo o destrozándolo. Aquel era su depósito principal en Irán para reparaciones y repuestos. En el

inventario figuraban repuestos y herramientas especiales por un valor de dos millones de dólares, además de sus propias bombas para repostar y los depósitos subterráneos donde, en un lugar estrictamente secreto, se encontraban depositados veinte mil litros de combustible para helicópteros que McIver «perdiera» cuando los disturbios empezaron en serio.

Escudriñó el cielo. El viento le reveló que el «125» llegaría por el Oeste y aterrizaría a la izquierda, en la pista 29, pero no había el menor rastro de él. Abrió la puerta, y, cerrándola tras de sí, atravesó presuroso el helado vestíbulo en dirección a la oficina principal y al télex. Estaba desconectado.

—Malditos idiotas —farfulló en voz alta. La orden tajante era de que permaneciese conectado en todo momento. Lo puso en marcha pero no ocurrió nada. Probó con las luces, no se encendieron. «Maldito país». Se acercó irritado a la emisora receptora-transmisora y la puso en marcha. Su zumbido le tranquilizó.

—Eco Tango Lima Lima —dijo con energía a través del micrófono, seguidamente dio las letras de la matrícula del «215»: ETLL—. Al habla McIver. ¿Me reciben?

—Eco Tango Lima Lima… Ciertamente, amigo. —Llegó al punto la lacónica respuesta—. Eso parece muy solitario… Hace media hora que estamos llamando. ¿Dónde estás?

—En la oficina de embarque. Lo siento, Johnny —dijo reconociendo la voz del veterano capitán de su escuadrilla fija—. Me ha costado Dios y ayuda llegar hasta aquí. Acabo de hacerlo. ¿Dónde te encuentras tú?

—A veintisiete kilómetros hacia el Sur…, en la niebla…, pasando a dos y medio por encima de la señal de aproximación, esperando la final en la pista 29 izquierda. ¿Qué está pasando, Mac? No podemos comunicar con la torre de Teherán. De hecho, no hemos tenido una sola llamada desde que entramos en el espacio aéreo iraní.

—¡Santo Cielo! ¿Ni siquiera del radar Kish?

—Ni siquiera de ellos, amigo. ¿Anda mal algo?

—No lo sé. Ayer la Torre operaba…, hasta ayer a medianoche concretamente. Los militares nos dieron autorización para volar hacia el Sur.

McIver estaba desconcertado, pues sabía lo puntillosos que eran en el radar Kish respecto a todo el tráfico interior y exterior, en especial el que hacía la travesía del Golfo.

—El aeropuerto está completamente desierto, lo que resulta sumamente inquietante. Cuando venía hacia aquí, la muchedumbre estaba por toda la ciudad, había algunas calles bloqueadas, pero nada fuera de lo normal. Ni disturbios ni nada por el estilo.

—¿Algún problema para aterrizar?

—Dudo que haya en funcionamiento alguna asistencia al aterrizaje, aunque la cubierta de nubes se encuentra a unos seis mil metros y la visibilidad es de mil quinientos metros. La pista parece estar en perfectas condiciones.

—¿Qué opinas?

McIver sopesó los pros y los contras de un aterrizaje sin la ayuda desde la Torre o la necesaria aprobación.

—¿Tienes suficiente combustible para el vuelo de regreso?

—Desde luego. ¿No hay posibilidad de conseguir combustible para repostar?

—A menos que se trate de una emergencia…, por el momento.

—He dejado atrás el techo de nubes a siete mil quinientos metros y te tengo a la vista.

—De acuerdo, Eco Tango Lima Lima. El viento sopla del Este a unos diez nudos. Habitualmente, aterrizas en la 29 izquierda. La base militar está cerrada y desierta al parecer, así que no debe de haber tráfico alguno… Todos los vuelos civiles han sido cancelados, tanto en el interior como al exterior. Te sugiero que des una pasada y si las condiciones te parecen normales aterrices sin más preámbulos…, no permanezcas mucho tiempo en el aire. Ahora hay demasiados bromistas por aquí a los que les gusta mucho darle al gatillo. Una vez hayas aterrizado, sitúate para un despegue rápido por si fuera necesario. Iré a recibirte con el coche.

—Eco Tango Lima Lima.

McIver sacó un pañuelo y se limpió el sudor de la frente y las manos. Cuando se levantó, el corazón le dio un vuelco.

En la puerta se encontraba un oficial de aduanas, con la mano apoyada como por casualidad sobre la culata del enfundado revólver. Tenía el uniforme sucio y arrugado y en el redondo rostro la sombra de una barba de tres o cuatro días.

—¡Oh! —exclamó McIver intentando desesperadamente aparentar calma—. Salaam, Agha. —No le reconoció como uno de los funcionarios habituales.

El hombre sacó su arma y la agitó con gesto ominoso, mientras su mirada iba de McIver al equipo de radio y volvía a McIver.

—*Inglissi me danid, Agha? Be bahk shid man zaban-e shoma ra khoob nami danam* —dijo McIver titubeante ya que conocía muy poco farsi. El oficial de aduanas gruñó.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó en un inglés titubeante. Tenía los dientes manchados de tabaco.

—Soy…, soy el capitán McIver, jefe de la «S-G Helicopters» —contestó en un silabeo y hablando muy despacio—. Solo estaba…, solo estaba comprobando mi télex y esperaba aquí para recibir un aparato que llega.

—¿Aparato…? ¿Qué aparato? ¿Qu…?

En aquel preciso momento, el «125» sobrevoló el aeropuerto a trescientos metros. El aduanero salió presuroso de la oficina con McIver a la zaga. Vieron las líneas definidas y armoniosas del jet de dos motores destacándose sobre el lóbrego cielo encapotado y lo observaron un instante mientras se alejaba rápido para regresar casi en picado y proceder a un aterrizaje normal.

—¿Qué aparato? ¿Eh?

—Se trata de nuestro vuelo regular…, el vuelo regular desde Al Shargaz.

Aquel nombre llevó al agente a un paroxismo de invectivas.

—*Be bahk shid nana dhan konan*.

—Lo siento, no le entiendo.

—No aterrizar…, no aterrizar. ¿Entendido? —ordenó el hombre y señaló furioso al helicóptero primero y luego a la oficina de radio—. ¡Decir aparato!

McIver asintió con calma, aunque distaba mucho de tenerla y le hizo seña de que lo acompañara a la oficina. Contó 10.000 rials, unos ciento diez dólares, y se los ofreció.

—Le ruego que acepte los honorarios por el aterrizaje…, el dinero del aterrizaje.

El hombre soltó una nueva retahíla de ininteligible farsi. McIver dejó el dinero sobre la mesa y luego, pasando por delante del hombre, entró en el almacén. Abrió una puerta. En aquel pequeño cuarto, habilitado allí a tal fin, había todo tipo de repuestos, y tres bidones de gasolina, de veinte litros cada uno, completamente llenos. Cogió uno de ellos y lo puso fuera de la puerta, recordando lo que el general Valik le dijera: un pishkesh no era soborno sino un regalo y una excelente costumbre iraní. Al cabo de un segundo, McIver decidió salir, pero dejó la puerta abierta… Tres bidones resolverían con creces el problema.

—*Be bahk shid, Agha* —dijo, para seguir hablando en inglés—. He de ver a mis superiores.

McIver salió del edificio, subió a su coche y se alejó sin volver la vista atrás.

—¡Condenado bastardo. Casi me ha provocado un ataque al corazón! —farfulló. Después, apartando a aquel hombre de su mente, enfiló hacia la pista de aterrizaje dirigiéndose hacia el punto de interceptación. La nieve solo tenía unos centímetros de espesor y no se hallaba en demasiado mal estado. Las suyas eran las únicas huellas y las pistas principales aparecían igualmente impolutas. El viento soplaba de nuevo, y eso hizo que su sensación de frialdad aumentase. Ni siquiera se dio cuenta de ello, con toda su atención centrada en el helicóptero.

El «125» llegó con un giro cerrado, con el mecanismo y los alerones abatidos, deslizándose lateralmente con gran habilidad para perder altura y reducir la distancia de acercamiento. John Hogg

enfiló la pista y aterrizó, dejando que el aparato se deslizase hasta un punto seguro e incluso, entonces, manejando los frenos con exquisito cuidado. Giró en dirección a la pista de rodaje y aumentó la potencia para reunirse con McIver. Se detuvo cerca del primer camino de acceso que conducía de nuevo a la pista.

Para cuando McIver llegó junto a él, la portezuela estaba abierta y colocada la escalerilla. Al pie de ella, John Hogg esperaba enfundado en una parka y pateando para entrar en calor.

—¡Hola, Mac! —lo saludó. Era un hombre delgado y pulcro, de rostro enjuto y bigote—. Es formidable volver a verte. Sube, dentro estaremos más calientes.

—Buena idea. —McIver se volvió rápido y lo siguió escalerilla arriba.

En el interior del aparato, el ambiente resultaba acogedor, con las luces encendidas, el café preparado y los periódicos de Londres en un estante. McIver sabía que habría un retrete de asiento con suave papel higiénico y que en el refrigerador encontraría vino y cerveza…, de nuevo la civilización. Cordial, estrechó la mano de Hogg e hizo un ademán de saludo al copiloto.

—Estoy muy contento de verte, Johnny.

Entonces, se quedó con la boca abierta. En uno de los asientos giratorios del aparato de ocho plazas, y mirándole sonriente, se hallaba Andy Gavallan.

—Hola, Mac.

—¡Santo Cielo! ¡Santo Cielo, Chinaboy! Es formidable verte —dijo McIver estrechándole la mano con fuerza—. ¿Qué diablos estás haciendo? ¿Por qué no me dijiste que venías…, a qué se deb…?

—Tranquilo, muchacho. ¿Café?

—¡Por el Cielo, sí! —McIver se sentó frente a él—. ¿Qué tal está Maureen…, y la pequeña Electra?

—¡Estupenda…, maravillosa! Se acerca su segundo cumpleaños y es un auténtico terror. Pensé que valía la pena que mantuviéramos una charla, así que cogí el pájaro y aquí estoy.

—No puedes imaginarte lo contento que me siento. Tienes un aspecto formidable —dijo McIver.

Y así era.

—Gracias, muchacho, tampoco tú estás mal. ¿Cómo te encuentras en realidad, Mac? —preguntó Gavallan sin rodeos.

—Perfectamente.

Hogg puso el café ante McIver, acompañado de una pequeña copa de whisky y otra para Gavallan.

—Gracias, Johnny —dijo McIver alegrándosele la cara—. ¡Salud! —Chocó su copa con la de Gavallan y bebió, agradecido, el whisky—. Estoy más helado que un carámbano. Acabo de habérmelas con un maldito aduanero. ¿Qué haces aquí? ¿Algún problema, Andy? ¿Y qué pasa con el «125»? Tanto los revolucionarios como los leales están histéricos… En un momento dado, cualquiera de ellos puede llegar y confiscarlo por la fuerza.

—Johnny Hogg los vigila. Dentro de un minuto hablaremos de mis problemas, pero llegué a la conclusión que lo mejor era venir y verlo por mí mismo. Ahora corremos un riesgo excesivo, tanto aquí como fuera, con todos nuestros inminentes contratos y aparatos más modernos. Los nuevos «X63» son increíbles, Mac. Algo que ni siquiera puedes imaginar.

—Eso es estupendo… ¿Cuándo tendremos uno?

—El año próximo…, ya hablaremos de ellos más tarde. Ahora, Irán tiene toda la prioridad. Hemos de hacer algunos planes para posibles contingencias, cómo mantenernos en contacto y cosas así. Ayer pasé horas en Al Shargaz intentando obtener una autorización iraní para Teherán, pero no hubo forma. Incluso su Embajada estaba cerrada; yo mismo fui a su edificio Al Mullah, pero también lo encontré cerrado a cal y canto. Hice que nuestro representante se desplazara a casa del embajador, y había salido a almorzar…, estaría ausente todo el día. Finalmente, fui al Control de Tráfico Aéreo y charlé con ellos. Me sugirieron que esperásemos pero logré convencerles que nos dieran la salida y lo intentamos. Y aquí

estamos. Bien, ante todo, ¿en qué estado se encuentran nuestras operaciones?

McIver le puso al corriente de lo que sabía.

Gran parte del buen humor de Gavallan desapareció.

—De manera que Charlie ha desaparecido; Tom Lochart está arriesgando el cuello, junto con toda nuestra aventura iraní, estúpida o valiente, según el punto de vista de cada cual; Duke Starke está arriba, en la ensenada, con Rudi; Kowiss se encuentra en estado de sitio y nos han echado de nuestras oficinas.

—Sí —asintió McIver reacio—. Yo autoricé el vuelo de Tom.

—De estar en tu lugar, es probable que yo hubiese hecho lo mismo, aun cuando ello no justifique el riesgo para él, para nosotros o para el pobre Valik y su familia. A pesar de eso, estoy de acuerdo, la SAVAK le huele mal a cualquiera. —Gavallan se sentía realmente conmocionado aun cuando no dejó vislumbrar en absoluto su preocupación—. Una vez más, Ian ha tenido razón.

—¿Ian? ¿Dunross? ¿Le viste? ¿Cómo está el viejo bribón?

—Telefoneó desde Sanghái. —Gavallan le relató todo lo que le había dicho—. ¿Cuáles son las últimas noticias sobre la situación política aquí?

—Tú deberías saberlo mejor que nosotros… Por estos lares solo nos enteramos de las noticias reales a través de la «BBC» o de la «VOA». Sigue sin haber periódicos y lo único que oímos son rumores —dijo McIver, mientras recordaba los buenos tiempos pasados con Dunross en Hong Kong. Le había enseñado a volar con un pequeño helicóptero un año antes de irse a Aberdeen con Gavallan y a pesar de que su amistad no había sido demasiado profunda, McIver disfrutaba en extremo con su compañía—. Bajtiar sigue siendo el hombre clave merced a sus fuerzas que lo respaldan aunque Bazargan y Jomeini le están pisando los talones. Maldición, olvidé decírtelo. ¡Asesinaron al jefe Kyabi!

—¡Dios Todopoderoso! Eso es terrible… ¿Por qué?

—No lo sabemos, ni el cómo o el quién. Fredy Ayre nos lo dijo de forma indir…

—Siento interrumpirle, señor. —Se escuchó a través del altavoz. Era la plácida voz de Hogg, con un leve tono apremiante—. Tres coches abarrotados de hombres armados se dirigen hacia nosotros procedentes de la terminal.

Ambos a un tiempo miraron a través de las pequeñas ventanillas redondas. Ya podían distinguir los coches. Gavallan cogió los prismáticos y observó su progresivo avance.

—Cinco o seis hombres en cada coche. En el primero de ellos hay un mulá sentado delante. Gente de Jomeini. —Se colgó los anteojos del cuello y se puso rápidamente en pie—. ¡Johnny!

Hogg ya se encontraba en la puerta.

—¿Sí, señor?

—¡Plan B! —Enseguida Hogg levantó los pulgares a su copiloto quien, inmediatamente, puso en marcha los motores al máximo mientras Gavallan se endosaba una parka y cogía al paso un maletín.

—¡Vamos, Mac! —dijo bajando la escalerilla de dos en dos con McIver a sus talones.

Tan pronto como estuvieron en tierra, subieron la escalerilla, la portezuela se cerró de golpe y los motores empezaron a acelerar. El «125» empezó a rodar adquiriendo velocidad.

—Ponte de espaldas a ellos, Mac…, no los mires. Limítate a observar cómo despega el aparato.

Había ocurrido todo con tal rapidez que McIver apenas tuvo tiempo de subirse la cremallera de la parka. Uno de los coches aceleró para interceptar el aparato; para entonces, el «125» corría a toda velocidad por la pista. En cuestión de segundos, despegó, elevándose rápido. Entonces, ellos se volvieron hacia los coches que se acercaban.

—¿Y ahora qué, Andy?

—Depende del comité de bienvenida.

—¿Qué diablos es el plan B?

Gavallan rio.

—Mejor que el plan C, muchacho. Este último es caga o revienta. El plan B es el siguiente: Yo bajo, Johnny despega de inmediato y, sin decir a nadie que ha tenido que irse a toda prisa, mañana vuelve a recogerme a la misma hora; si no hay contacto, visual o por radio, entonces, Johnny deja pasar un día y regresa una hora más pronto…, y así durante cuatro días. Luego, permanece tranquilo en Al Shargaz a la espera de nuevas instrucciones.

—¿Y el plan A?

—Ese se habría llevado a cabo si hubiéramos podido quedarnos a salvo toda la noche…, con ellos de vigilancia en el aparato, y tú conmigo.

Los coches se detuvieron con un frenazo y se vieron rodeados por el mulá y los Green Bands que los apuntaban con sus armas, aullando todos a un tiempo. De repente, Gavallan vociferó: *Allah-u Akbar!*

Todos callaron, sobresaltados. Él con una floritura se quitó el sombrero ante el mulá que también iba armado y sacó un papel con aspecto de documento oficial, escrito en farsi, y sellado con lacre en la parte inferior.

—Es la autorización del «nuevo» embajador en Londres para poder aterrizar en Teherán —explicó con aire jovial a McIver mientras los hombres se agolpaban alrededor del mulá para echar un vistazo al documento—. Me detuve en Londres para recogerlo. En él se dice que soy un VIP en viaje oficial y puedo entrar e irme sin que se me moleste.

—¿Cómo diablos lo has logrado? —preguntó McIver admirado.

—Influencia, muchacho. Influencia… y un generoso *heung yau* —añadió, cauteloso, el equivalente cantonés de pishkesh.

—Vendrán con nosotros —dijo un joven barbudo que estaba junto al mulá. Su acento era americano—. ¡Están detenidos!

—¿Por qué motivo, mi querido señor?

—Por aterrizajes ilegales sin permi…

Gavallan dio repetidos golpes con el índice sobre el papel.

—Este es un permiso oficial de su propio embajador en Londres. ¡Arriba la Revolución! ¡Larga vida al Ayatolá Jomeini!

El joven vaciló, y luego tradujo lo que habían dicho al mulá. Hubo un airado intercambio de susurros entre ellos.

—¡Vendrán con nosotros!

—Los seguiremos en nuestro coche. ¡Vamos, Mac!

Gavallan habló con firmeza al tiempo que se instalaba en el asiento del pasajero junto a McIver, el cual metió la llave de contacto. Por un instante, los hombres quedaron desconcertados; después, el hombre que hablaba inglés junto con otro tipo subieron a la parte de atrás. Ambos llevaban un «AK47».

—¡Diríjanse a la terminal! ¡Están detenidos!

En la terminal, cerca de la barrera de Inmigración, aparecieron más hombres hostiles junto con un funcionario de Inmigración muy nervioso. McIver, al punto, mostró su pase al aeropuerto, su permiso de trabajo, explicó quiénes eran él y Gavallan y que trabajaban con licencia para la «IranOil». Intentó convencerles de que les dejaran pasar. Ellos le hicieron señas imperiosas de que callara. El funcionario examinó el documento y el pasaporte de Gavallan de forma meticulosa y ostensible, mientras todos aquellos jovenzuelos se agolpaban en derredor suyo; el olor que sus cuerpos despedían podía cortarse. Seguidamente, abrió el maletín de Gavallan y lo registró con tosquedad sin encontrar otra cosa que los útiles de afeitarse, una camisa limpia, ropa interior y de noche. Y un quinto de whisky. Al punto, la botella le fue confiscada por uno de los jóvenes que la abrió y derramó el líquido que contenía.

—*Dew neh loh moh* —dijo amablemente Gavallan en cantonés y McIver estuvo a punto de prorrumpir en una carcajada—. ¡Arriba la Revolución!

El mulá interrogó al funcionario y el sudor y el miedo eran patente en este.

—Las autoridades se quedarán con el documento y el pasaporte y ustedes podrán explicar más tarde —dijo finalmente el joven que hablaba inglés.

—Me quedaré con mi pasaporte —afirmó Gavallan sin inmutarse.

—Las autoridades quedan. Los enemigos sufrirán. Los que quebrantan leyes…, aterrizan ilegalmente y vienen aquí…, sufrirán castigos islámicos. Su Excelencia quiere saber quiénes estaban al aparato con ustedes.

—Solo mis dos tripulantes. Figuran en el manifiesto unido a la Autorización de Aterrizaje. Y ahora, mi pasaporte, por favor. Y el documento.

—Las autoridades guardan. ¿Dónde quedará usted?

McIver dio su dirección.

El hombre tradujo. De nuevo, se desató una acalorada discusión.

—Tengo que decirles: sus aviones no pueden volar o aterrizar sin permiso primero. Todos los aeroplanos de Irán…, todos los aeroplanos ahora en Irán pertenecen al Estado y…

—Los aeroplanos pertenecen a sus propietarios legales. Propietarios legales —adujo McIver.

—Sí, nuestro Estado islámico es propietario —repuso el hombre con tono de mofa—. Vosotros no gustar leyes, ir. Váyanse de Irán. Nosotros no pedimos ustedes aquí.

—Está muy equivocado. A nosotros, a la «S-G Helicopters», nos invitaron a venir aquí. Trabajamos para su Gobierno y hemos servido a la «IranOil» durante años.

El hombre escupió en el suelo.

—«IranOil», compañía del Sha. El Estado islámico propietario petróleo, no extranjeros. Pronto seréis detenidos con todos los otros por gran crimen: ¡Robar el petróleo de Irán!

—¡Tonterías! ¡Nosotros no hemos robado nada! —le rebatió McIver—. Hemos ayudado a que Irán entre en el siglo veinte. Hemos…

—Váyase Irán si quiere —habló de nuevo el portavoz sin prestar atención a lo que le decía—. Ahora, todas las órdenes da Imán Jomeini, Alá lo proteja. Dice nada de aterrizajes ni despegues sin permiso. Cada vez un guardia de Jomeini va con cada aeroplano. ¿Entendido?

—Entendemos lo que dice —contestó Gavallan con cortesía—. ¿Podría pedirles que nos lo den por escrito? Acaso el Gobierno Bajtiar no esté de acuerdo.

El hombre tradujo sus palabras y todos rompieron a reír estrepitosamente.

—Bajtiar se ha ido —dijo el hombre riendo también—. Ese perro que es un hombre del Sha está escondido. Escondido, ¿lo entiende? El Imán es el Gobierno. ¡Solo él!

—Sí, claro —repuso Gavallan sin creerle—. Entonces, ¿podemos irnos?

—Vayan. Mañana presentarse autoridades.

—¿Dónde? ¿A qué autoridades?

—A las autoridades de Teherán.

El hombre tradujo aquello a los demás y de nuevo prorrumpieron en risas. El mulá se guardó el pasaporte y el documento y se alejó con aires de importancia. Los guardias fueron tras él llevándose consigo al sudoroso funcionario de Inmigración. Muchos de los otros se desperdigaron por el lugar, al parecer sin destino fijo. Unos pocos permanecieron allí, mirándoles, recostados contra el muro, fumando…, con sus fusiles del Ejército de los Estados Unidos colgados negligentemente del hombro. Hacía mucho frío en la terminal. Y estaba muy desierta.

—Tiene razón, ¿sabes? —dijo una voz.

Gavallan y McIver se volvieron. Era George Talbot, de la Embajada británica, un hombre bajo y seco, de cincuenta y cinco años, enfundado en un grueso impermeable y con un gorro de piel al estilo ruso. Estaba en la puerta de una de las oficinas de aduanas. Junto a él, se encontraba otro hombre alto, de hombros anchos, en la sesentena, de ojos azul claro y mirada dura, bigote recortado gris, como el cabello, y vestido con negligencia, bufanda, sombrero y un impermeable viejo. Los dos estaban fumando.

—Caramba, George, encantado de verte —dijo Gavallan dirigiéndose a él con la mano extendida. Hacía años que lo conocía. Habían coincidido en Irán y en Malasia, el último destino de Talbot,

donde la «S-G» desarrollaba también una extensa operación de apoyo petrolífera—. ¿Cuánto tiempo hace que estás aquí?

—Solo unos minutos. —Talbot aplastó su cigarrillo, tosiendo con aire ausente—. Hola, Duncan. Un buen desaguisado, ¿eh?

—Sí. En efecto, lo es. —Gavallan miró al otro hombre.

—¡Ah! Permitidme que os presente a Mr. Armstrong.

Gavallan le estrechó la mano.

—Hola —dijo preguntándose dónde lo había visto antes y quién sería, con aquella mirada dura y rasgos tan enérgicos. «Apostaría cincuenta libras contra un botón roto a que si es americano pertenece a la CIA», pensó—. ¿También trabaja en la Embajada? —preguntó como quien no quiere la cosa, tratando de enterarse.

—No, señor. —El hombre sonrió al tiempo que hacía un gesto negativo con la cabeza.

Gavallan había aguzado los oídos aunque sin lograr detectar un puro acento inglés o americano. «Podría ser de cualquiera de las dos nacionalidades —pensó—. O canadiense. Resulta difícil averiguarlo con dos palabras».

—¿Estás aquí por algún asunto oficial, George? —preguntó McIver.

—Sí y no —respondió Talbot, quien se encaminó hacia la puerta que conducía de nuevo al asfalto del aeropuerto, donde el coche de McIver estaba aparcado, y alejándoles así de oídos indiscretos—. En realidad, en el momento que oímos llegar a vuestro jet nos…, hum, nos apresuramos a venir aquí confiando que pudierais llevaros algunos despachos…, hum, para el Gobierno de Su Majestad. El embajador hubiera quedado profundamente agradecido pero, bien, llegamos aquí en el preciso momento en que vuestro aparato despegaba. Lástima.

—Me hubiera sentido muy satisfecho de ayudar como quiera que fuese —dijo Gavallan con calma—. Acaso mañana.

Observó el repentino intercambio de miradas entre ambos hombres y se preguntó con mayor interés qué estaría ocurriendo.

—¿Sería eso posible, Mr. Gavallan? —preguntó Armstrong.

—Es posible. —Gavallan llegó a la conclusión de que aquel hombre era inglés, aunque no del todo.

Talbot sonrió, tosiendo, aunque sin darse cuenta.

—¿Te irás con o sin la autorización iraní, sin un permiso oficial o un pasaporte?

—Bueno, tengo…, humm, tengo una copia del documento. Y otro pasaporte. Lo solicité como recurso, por conducto oficial, en previsión de que se presentase alguna eventualidad semejante a esta.

Talbot suspiró.

—Irregular aunque prudente. Sí. Y a propósito, quisiera una copia de tu Permiso Oficial para Aterrizar.

—Acaso no sea una idea demasiado buena…, oficialmente. Nunca se sabe qué latrocinios pueden llegar a perpetrar algunas personas en estos días.

Talbot rio.

—Si te vas mañana…, humm, te agradeceríamos muchísimo que llevaras contigo a Mr. Armstrong —dijo luego—. Supongo que tu primera etapa será Al Shargaz.

Gavallan vaciló.

—¿Es una solicitud oficial?

—Digamos que oficialmente oficiosa —repuso Talbot sonriente.

—¿Con o sin autorización iraní, permiso o pasaporte?

Talbot chasqueó la lengua.

—Haces muy bien en preguntar. Garantizo que la documentación de Mr. Armstrong estará en perfecto orden —respondió con énfasis y añadió—: Como tan acertadamente has sugerido, nunca se sabe qué latrocinios pueden llegar a perpetrar algunas personas en estos días.

Gavallan asintió.

—Muy bien, Mr. Armstrong. Estaré con el capitán McIver. Ya me dará noticias suyas. El próximo vuelo será alrededor de las cinco de la tarde, pero no le esperaré. ¿De acuerdo?

—Gracias, señor.

De nuevo Gavallan había prestado oído atento, pero seguía sin poder decidirse.

—Cuando empezamos a hablar, George, dijiste que ese arrogante y pequeño bastardo tenía razón. ¿Razón en qué? ¿En que ahora debo localizar o informar a algunas autoridades invisibles en Teherán?

—No. Que Bajtiar ha dimitido y se oculta.

Los dos hombres lo miraron con la boca abierta.

—¡Dios Todopoderoso! ¿Estás seguro?

—Hace un par de horas, Bajtiar ha dimitido oficialmente y, haciendo gala de una gran prudencia, se ha esfumado. —Talbot hablaba con voz tranquila y pausada, subrayando sus palabras con el humo del cigarrillo—. En realidad, la situación resulta algo peligrosa ahora; de ahí, nuestra ansiedad por…, hum, bien, poco importa eso. Anoche, el jefe del Estado Mayor, el general Ghara-Baghi, a quien los generales apoyaban, ordenó el acuartelamiento de todas las tropas, y declaró que ahora las Fuerzas Armadas son «neutrales». Así ha dejado indefenso a su Primer Ministro legítimo y al Estado en manos de Jomeini.

—¿Neutral? —repitió Gavallan incrédulo—. Pero eso no es posible… No es posible…, están cometiendo suicidio.

—Totalmente de acuerdo. Pero esa es la realidad.

—¡Dios mío!

—Claro que solo obedecerán algunas de las unidades, otras lucharán —dijo Talbot—. En realidad, eso no afecta a la Policía ni a la SAVAK que no renunciarán aun cuando pierdan la batalla. Insha'Allah, amigo. Entretanto, correrán ríos de sangre, puedes estar seguro.

McIver rompió el silencio.

—Pero si… Bajtiar…, ¿no significa que todo ha terminado? Ha terminado —se reafirmó con excitación creciente—. La guerra civil ha terminado y gracias sean dadas a Dios por ello. Los generales han detenido el verdadero baño de sangre…, el absoluto baño de

sangre. Ahora, podremos volver a la normalidad. Las dificultades se han acabado.

—No, mi querido amigo —aseguró Talbot con una mayor calma —. Las dificultades no han hecho más que empezar.

XX

EN RIG BELLISSIMA: 6.35 DE LA TARDE. La puesta de sol era maravillosa, nubes bajas en el horizonte con tintes rojizos, el cielo límpido y despejado, resplandeciente el lucero de la tarde, tres cuartos de luna. Pero allí, a tres mil quinientos metros, hacía mucho frío, y estaba oscuro por el Este. A Jean-Luc le resultaba difícil localizar el helicóptero que regresaba.

—Aquí llega, Gianni —gritó Jean-Luc al perforador.

Aquello completaría el tercer vuelo de Scot Gavallan. Todos: perforadores, cocineros, obreros, tres gatos y cuatro perros así como un canario perteneciente a Gianni Salubrio se encontraban a salvo. Habían sido transportados a Rig Rosa, con la excepción de Mario Guineppa, que había insistido en esperar hasta el último momento, pese a las súplicas de Jean-Luc, y de Gianni, Pietro y otros dos que aún se estaban ocupando de cerrar el campo.

Jean-Luc vigilaba, fatigado, el saliente que se estremecía de vez en cuando, haciéndole sentir escalofríos por la espalda. Al regresar el helicóptero la primera vez, todo el mundo contuvo el aliento ante el ruido, aun cuando Pietro les asegurase a todos que aquello no era más que un rancio cuento de viejas…, que una avalancha solo podía desatarla la dinamita o la Voluntad de Dios. Y entonces, como si intentara demostrarle que estaba equivocado, el saliente se movió, solo una pizca, aunque lo suficiente para hacer sentir una angustia infinita a quienes todavía se encontraban en el campo petrolífero.

Pietro hizo funcionar el último conmutador y las turbinas de los generadores diesel empezaron a reducir la velocidad. Se limpió la cara con gesto cansado, dejando un rastro de petróleo en ella. Le

dolía la espalda y, sobre todo, las manos por el frío; al menos, el pozo había quedado cerrado y asegurado al máximo. Más lejos, sobre el abismo, vio al helicóptero iniciando su cauteloso acercamiento.

—Vámonos —dijo a los otros en italiano—. Aquí no hay nada que podamos hacer…, nada excepto volar al infierno este cacho de mierda.

Los otros se santiguaron irritados y se encaminaron hacia la plataforma, dejándole a él solo. Pietro miró hacia arriba, a la cima.

—Parece como si estuvieras vivo —farfulló—, un monstruo de mierda esperando cazarme junto con mis hermosos pozos. ¡Pero no lo lograrás, hijo de puta malnacido!

Entró en el pequeño almacén de los explosivos y cogió dos cartuchos de dinamita que había preparado…, seis barras en cada uno de ellos sujetas a un detonador de tiempo de treinta segundos. Las colocó con sumo cuidado en un pequeño maletín junto con un encendedor y cerillas como último recurso.

—¡Madre de Dios —suplicó—, haz que estos cabrones funcionen! ¡Pietro! ¡Eh, Pietro!

—Ya voy, ya voy. Tenemos mucho tiempo. —Afuera se encontró con la cara lívida y tensa de Gianni—. ¿Qué pasa?

—Es Guineppa… Más vale que le eches una mirada.

Mario Guineppa yacía boca arriba. Expulsaba el aliento entre estertores y parpadeaba. Jean-Luc se encontraba sentado junto a la cama, tomándole el pulso.

—Lo tiene muy rápido…, luego, no se lo encuentro en absoluto —dijo inquieto.

—Hace cuatro semanas, Mario pasó una minuciosa revisión médica. La anual…, muy meticulosa, cardiograma y todo lo demás. Muy meticulosa. ¡Estaba perfectamente! —Pietro escupió al suelo—. ¡Médicos!

—Se ha comportado como un loco al insistir en esperar —dijo Gianni.

—Es el jefe y hace lo que quiere. Pongámosle en una camilla y en marcha. —La actitud de Pietro era grave—. Aquí no podemos hacer nada por él. Al infierno con la dinamita, la usaremos más tarde o mañana.

Lo levantaron con todo cuidado, abrigándole bien, y lo sacaron del remolque, dirigiéndose a través de la nieve al helicóptero que les esperaba. Cuando ya estaban llegando a la plataforma, la montaña crujió. Levantaron la vista. Empezó a caer nieve y hielo aumentando de volumen. En cuestión de segundos, la avalancha se puso en marcha. No tenían tiempo de correr, no les cabía hacer otra cosa que esperar. El rugido aumentó. La nieve cayó por la ladera de la montaña arrastrando consigo el remolque más alejado y uno de los inmensos tanques de acero que cayeron a la sima. Luego, aquello cesó.

—Mamma mia! —jadeó Gianni al tiempo que se santiguaba—. Creí que de esta la palmábamos.

También Jean-Luc se había santiguado. El aspecto del saliente era más amenazador todavía, miles de toneladas de nieve y hielo planeando sobre el emplazamiento, descubierta ya parte de la roca. Continuamente se desprendían pequeños trozos de nieve.

—¡Jean-Luc! —llamó Guineppa. Tenía los ojos abiertos—. No… no esperar… dinamitad ahora… tenéis que… tenéis…

—Tiene razón, ha de ser ahora o nunca —confirmó Pietro.

—Por favor…, yo estoy bien… ¡Mamma mia, hacedlo ahora! Yo estoy bien.

Corrieron en busca del helicóptero. Colocaron la camilla atravesada sobre la hilera de asientos posteriores, y la aseguraron rápidamente. Los otros se abrocharon los cinturones. Jean-Luc se instaló en el asiento izquierdo de la carlinga y se colocó los cascos.

—¿Todo bien, Scot?

—Terrorífico, amigo —contestó Scot Gavallan—. ¿Cómo se encuentra Guineppa?

—No muy bien. —Jean-Luc comprobó los instrumentos. Todo estaba en verde y con mucho combustible—. *Merde!* El saliente se

desplomará en cualquier momento; veamos las corrientes arriba y abajo. Es posible que sean violentas. *Allons-y!*

—Toma…, lo preparé para Pietro mientras esperaba en Rosa.

Scot le entregó a Jean-Luc los cascos sobrantes, conectados ya con los de ellos.

—Se lo daré cuando estemos en el aire. ¡Aquí no me siento seguro! ¡Despega!

Al punto, Scot abrió las válvulas e hizo despegar del suelo al «212», retrocedió unos metros, giró y se situó sobre la sima. Mientras empezaba a ascender, Jean-Luc pasó de nuevo a la cabina.

—Toma, ponte estos, Pietro. Ahora ya estás conectado con nosotros delante.

—Bien, muy bien.

Pietro se había instalado en el asiento más próximo a la portezuela.

—Cuando empecemos, por Dios, por mi salud… y por tu madre, ¡no vayas a caerte!

Pietro rio, nervioso. Jean-Luc, después de comprobar que Guineppa se encontraba ya más confortable, volvió de nuevo adelante y se puso los cascos.

—¿Me oyes, Pietro?

—*Sí, sí, amico*.

El helicóptero ascendía penosamente en círculos. Ya se encontraban a la altura de la cima. Desde aquel ángulo, el saliente no parecía tan peligroso. Empezaban a oscilar algo.

—Sube más, otros treinta metros, *amico* —oyó a través de los auriculares—, y más al Norte.

—Roger, Pietro. Tú eres el navegante ahora —dijo Scot.

Los dos pilotos se concentraron. Pietro les mostró el punto en la cara norte donde la dinamita había de cortar el saliente y provocar una avalancha lejos de la plataforma.

—Es posible que resulte —farfulló Scot.

Volaron una vez en círculo para asegurarse.

—Cuando nos encontremos sobre ese punto, a treinta metros, inmoviliza, *amico*. Encenderé la mecha y la lanzaré. *Buono?*

Podían percibir la voz levemente trémula de Pietro.

—No te olvides de abrir la portezuela, amigo —dijo Scot, lacónico. Por toda respuesta, se escuchó toda una retahíla de tacos italianos. Scot sonrió, entonces una corriente descendente les hizo bajar quince metros antes de que lograran superarla. En cuestión de un minuto, se encontraron en la altitud y posición necesarias.

—Bien, *amico*, mantenlo así.

Jean-Luc dio media vuelta para observar. Detrás, en la cabina, los otros hombres miraban a Pietro fascinados. Este cogió la primera carga y enderezó la mecha, casi acariciándola, al tiempo que tarareaba *Aida*.

—¡Por la Virgen Santísima, Pietro! —dijo Gianni—. ¿Estás seguro de que sabes lo que estás haciendo?

Pietro cerró el puño izquierdo, puso el derecho con la dinamita y la mecha sobre su bíceps izquierdo e hizo un gesto significativo.

—Preparados los de adelante —dijo por el micrófono y se desabrochó el cinturón. Comprobó la posición abajo y asintió.

—Bien, mantenedlo inmóvil. Preparado para la puerta, Gianni. Abre una rendija de esa maldita y yo haré el resto.

El aparato daba cabezadas a causa de las corrientes de aire giratorias mientras Gianni, desabrochándose el cinturón, se acercaba a la portezuela.

—De prisa —dijo sintiéndose muy inseguro—. ¡Sujétame por el cinturón! —ordenó al hombre que tenía más cerca.

—¡Abre la portezuela, Gianni!

Este forcejeó para abrirla unos centímetros, dejándola así, olvidado por completo el hombre de la camilla. El viento entró rugiendo en la cabina. El helicóptero giró, resultándole más difícil a Scot controlarlo debido a la succión causada por la portezuela abierta. Pietro sostuvo la mecha y le dio al encendedor. Nada. Repitió el gesto una y otra vez, cada vez más ansioso que la anterior.

—¡Santísima Virgen, vamos!

Cuando el encendedor funcionó al fin, el sudor le corría por el rostro. La mecha se encendió con un chisporroteo. Entonces, la sujetó con una mano y se inclinó hacia la portezuela, oponiendo resistencia a los remolinos de viento. El aparato osciló y los dos hombres desearon haber tenido la previsión de llevar consigo un equipo de seguridad. Pietro lanzó cuidadosamente el explosivo a través de la apertura. Gianni cerró la portezuela de inmediato y le echó el seguro. Luego, empezó a maldecir.

—¡Bombas lanzadas! ¡Alejémonos! —ordenó Pietro castañeteándole los dientes por el frío. Seguidamente, se abrochó el cinturón.

El helicóptero se apartó con rapidez y Pietro se sintió tan aliviado después de hacer aquello que empezó a reír como un loco. Los otros se le unieron, dominados por un impulso histérico y todos se dedicaron contentos, a mirar hacia abajo, mientras él empezaba la cuenta atrás.

—… seis… cinco… cuatro… tres… dos… uno… —No ocurrió nada. Las risas se desvanecieron con la misma rapidez con que llegaron—. ¿Los has visto caer, Jean-Luc?

—No, no… Nosotros no hemos visto nada —contestó el francés taciturno sin el menor deseo de repetir la maniobra—. Acaso dio contra una roca y se le cayó la mecha —le animó, aunque, para sus adentros, se decía: «Estúpido italiano de tres al cuarto, ¿no puedes siquiera sujetar una barras de dinamita a una jodida mecha?»—. ¿Lo volvemos a hacer?

—¿Por qué no? —dijo Pietro confiado—. El detonador estaba perfectamente, el que no haya prendido ha sido culpa del diablo… Sí, no cabe duda, ocurre muchas veces con la nieve. Muchas veces. La nieve es una zorra y uno no puede jam…

—No le eches la culpa a la nieve, Pietro. Y fue Voluntad de Dios, no del diablo —dijo Gianni supersticioso, al tiempo que se santiguaba—. Y por mi santa madre, deja de hablar del diablo cuando estamos en el aire.

Pietro sacó la segunda carga y la examinó cuidadosamente. El alambre que sujetaba los cartuchos se mantenía firme y la mecha estaba segura.

—¿Lo veis? Perfecto, igual que el otro. —Se lo lanzó de una mano a la otra y luego lo golpeó con fuerza contra el brazo de su asiento para comprobar si la mecha se soltaría.

—Mamma mia! —exclamó uno de los hombres con el estómago revuelto—. ¿Te has vuelto loco?

—Esto no es como la nitro, *amico* —le aseguró Pietro, volviendo a golpear con más fuerza.

—¿Lo veis? Está bien apretado.

—No tanto como mi ano —dijo Gianni, furioso, en italiano—. Por el amor de la Virgen Santísima, estate quieto.

Pietro, encogiéndose de hombros, miró por la ventanilla. La cima se acercaba de nuevo. Podía divisar el lugar exacto.

—Prepárate, Gianni —indicó, luego, por el micrófono—: Solo un poco más, Signor Piloto, más al Este. Mantenlo ahí…, afírmalo… ¿No puedes mantenerlo más quieto? Prepárate, Gianni. —Levantó la mecha con el encendedor más cerca del extremo—. ¡Abre esa jodida puerta!

Gianni, irritado, se desabrochó el cinturón y obedeció. El aparato osciló y él gritó, perdiendo el equilibrio, y cayó cargando su peso contra la puerta. Esta se abrió más y lo lanzó hacia fuera. Pero el hombre que le sujetaba el cinturón mantuvo a Gianni en el borde, medio cuerpo fuera y el otro medio dentro del aparato, mientras el viento tiraba de él como una ventosa. En el mismo instante en que Gianni abriera la portezuela, Pietro accionó el encendedor, y prendió la mecha, mas su atención se distrajo por el pánico momentáneo al ver a Gianni. De manera instintiva, también él lo agarró y la dinamita le fue arrancada violentamente de la mano. Todos observaban aterrados cómo gateaba por el suelo, buscándolo por debajo de los asientos, mientras que el explosivo rodaba de un lado para otro, con la mecha ardiendo alegremente… perdiendo en todo aquel tejemaneje los cascos. Perdido casi el conocimiento por el miedo,

Gianni se agarró firmemente con una mano a la jamba de la puerta y empezó a retroceder arrastrándose, aterrado ante la idea de que su cinturón cediera, maldiciéndose a sí mismo por haberse puesto aquel tan estrecho que su mujer le regalara por Navidades.

Al fin, los dedos de Pietro tocaron la dinamita. La mecha chisporroteó contra su carne, quemándola, pero ni siquiera notó el dolor. Todavía en el suelo, agarró la dinamita con firmeza, se revolvió, buscó apoyo en uno de los asientos y arrojó la dinamita y lo que quedaba de la mecha por encima de Gianni. Luego, alargó la mano que tenía libre, aferró una de las piernas de su amigo y le ayudó a arrastrarse adentro. El otro hombre cerró de golpe la puerta y los dos, Pietro y Gianni, se desplomaron en el suelo.

—Alejémonos, Scot —dijo Jean-Luc con voz débil.

El helicóptero se ladeó y abandonó la cara norte de la montaña, sesenta metros abajo. Por un instante, la cima se irguió pura, desnuda e inmóvil. Hubo una inmensa explosión que en el helicóptero nadie sintió ni oyó. La nieve ascendió en espirales y empezó a sentarse. Luego, con poderoso estruendo, toda la cara norte se derrumbó. La avalancha cayó en el valle, abrasando la ladera de la montaña con una andanada de cincuenta metros de ancho hasta que cesó.

El helicóptero sobrevoló de nuevo.

—Dios mío, mira —exclamó Scot mientras señalaba hacia delante.

El saliente había desaparecido. Sobre la plataforma Bellissima solo quedaba una suave ladera. El lugar permanecía intacto salvo por el remolque y el único tanque que fueran arrastrados por la primera avalancha.

—¡Pietro! —llamó Jean-Luc excitado—. Has he… —calló. Pietro y Gianni seguían todavía en el suelo, recobrándose. Los cascos de Pietro habían desaparecido—. Desde sus ventanillas no podrán verlo, Scot… Acércate más y da la vuelta para que puedan verlo.

Presa de gran excitación, Jean-Luc volvió a deslizarse en la cabina y comenzó a propinar fuertes palmadas a Pietro al tiempo

que lo felicitaba. Todos se le quedaron mirando, desconcertados, y cuando al fin entendieron lo que les gritaba intentando hacerse oír por encima del ruido de los motores, dieron al olvido todos sus terrores y miraron por las ventanillas. Cuando probaron la manera perfecta con que la explosión había acabado con el peligro, empezaron a dar vítores. Gianni abrazó a Pietro, emocionado, mientras le juraba amistad eterna, bendiciéndole por haberle salvado, por haber salvado sus vidas y por haber salvado también sus puestos de trabajo.

—*Niente, caro* —dijo Pietro expansivo—. ¿Acaso no soy un hombre de Aosta?

Jean-Luc se inclinó sobre la camilla y sacudió suavemente a Mario Guineppa.

—¡Mario! Pietro lo ha logrado… Lo ha hecho perfectamente. Bellissima está a salvo…

Guineppa no contestó. Había muerto.

MARTES

13 de febrero

XXI

EN LA CARA NORTE DEL MONTE SABALAN: 10.00 DE LA MAÑANA. La noche era terriblemente fría bajo un cielo sin nubes, cuajado de estrellas como nunca y con una luna vigorosa, cuando el capitán Ross y sus dos gurkhas avanzaban cautelosos, al amparo de una cima, siguiendo al guía y al agente de la CIA. Los soldados llevaban un mono sobre su traje de campaña, así como guantes y ropa interior térmicos, y aun así, el frío los atormentaba. Se encontraban a unos dos mil quinientos metros, avanzando en la dirección del viento hacia su objetivo a un kilómetro de distancia, al otro lado de la cresta. Sobre ellos, se cernía la inmensa forma cónica del volcán apagado irguiéndose a más de cuatro mil quinientos metros.

—Nos detendremos a descansar, Meshgi —dijo el agente de la CIA en turco al guía. Ambos iban vestidos con la tosca indumentaria de miembros de las tribus.

—Si lo desea así, Agha, lo haremos.

El guía, en cabeza, se salió del camino y los condujo a través de la nieve hasta una pequeña cueva de la que ninguno de ellos se había apercibido. El hombre era viejo y sarmentoso, semejante a un vetusto olivo, peludo y delgado, con las ropas andrajosas y, sin embargo, el más fuerte de todos ellos al cabo de casi dos días de escalada.

—Bien —dijo el agente de la CIA. Después, se dirigió a Ross—. Cobijémonos aquí hasta que hayamos recuperado fuerzas.

Ross se descolgó la carabina, sentóse y soltó, agradecido, la mochila, con las pantorrillas, los muslos y la espalda doloridos.

—Me duele condenadamente todo el cuerpo y se supone que estoy en forma —comentó fastidiado.

—Lo está, sahib —le aseguró con una inmensa sonrisa el sargento gurkha llamado Tenzing—. Durante nuestro próximo permiso, subiremos al Everest, ¿verdad?

—No lo verán tus ojos —respondió Ross en inglés, y los tres soldados rieron.

—Debe ser algo grandioso alcanzar la cima de esa mole —dijo pensativo el agente de la CIA.

Ross le vio contemplar la noche y los miles de metros de montaña hasta abajo. Cuando hacía ya dos días se encontraron por vez primera en el punto de cita cerca de Bandare Pahlevi, si no le hubieran informado previamente, hubiera pensado que era medio mongol, nepalés o tibetano, porque el agente de la CIA tenía el cabello oscuro, la tez amarillenta y los ojos oblicuos, e iba vestido como un nómada.

—Su contacto de la CIA es Rosemont, Vien Rosemont. Es medio vietnamita, medio americano —le había dicho el coronel de la CIA al darle sus instrucciones—. Tiene veintiséis años, ha estado aquí un año, habla farsi y turco, es segunda generación en la CIA y puede confiarle sin reservas incluso su vida.

—Como quiera que sea, parece que habré de hacerlo, ¿no cree, señor?

—¿Hum? Claro, sí. Sí, supongo que sí. Se reunirá con él exactamente al sur de Bandare Pahlevi en estas coordenadas y él tendrá dispuesta la embarcación. Bordearán la costa hasta que alcancen exactamente el sur de la frontera soviética. Y a partir de ahí, en marcha.

—¿Es el guía?

—No. Él es…, hum, está al corriente de «Mecca»…, es nuestro nombre clave para la estación de radar. Lo del guía es asunto de él…, pero lo resolveré. Si no lo encuentra en el punto de reunión, espere durante toda la noche del sábado. Y si de madrugada no se

encuentra allí, es que ha sucedido algo y usted habrá de suspender la operación. ¿De acuerdo?

—Sí. ¿Y qué hay de los rumores de insurrección en Azerbaiyán?

—Por lo que nosotros sabemos, se lucha algo en Tabriz y en la parte occidental…, aunque nada por Ardabil. Rosemont poseerá más información. Por nuestra parte sabemos, hum, que los soviéticos están concentrados y preparados para avanzar en el caso de que los habitantes de Azerbaiyán expulsen a los partidarios de Bajtiar. Depende de sus líderes. Uno de ellos es Abdollah Khan. Si se encuentra en dificultades, vaya a verle. Es uno de nuestros… leales.

—Muy bien. Y ese piloto, Charles Pettikin. ¿Dice que no nos llevará?

—Oblíguele. De la forma que sea. Esta operación ha sido aprobada por las más altas instancias, tanto por parte de ustedes como por la nuestra, pero no podemos poner nada por escrito. ¿De acuerdo, Bob?

El otro hombre presente durante la entrevista era un tal Robert Armstrong al que nunca viera antes, quien asintió mostrando su aquiescencia.

—Sí.

—¿Y los iraníes? ¿Lo han aprobado?

—Es una cuestión de, humm, seguridad nacional…, la de ustedes y la nuestra. La de ellos también, pero están…, se hallan muy ocupados. Bajtiar, bien, es…, puede que no dure.

—¿Entonces es cierto que los Estados Unidos… están tirando de la alfombra sobre la que él pisa?

—No sabría decírselo, capitán.

—Una última pregunta. ¿Por qué no envían a sus propios hombres?

Robert Armstrong fue quien le contestó.

—Todos están ocupados… No podemos traer a nadie más aquí con la suficiente rapidez, y, desde luego, no con su entrenamiento de élite.

«Es cierto que estamos bien entrenados —se dijo Ross, flexionando los músculos de los hombros que los tirantes de la mochila habían dejado casi en carne viva— para escalar, saltar, esquiar como un snorkel, matar sigilosamente o con estruendo, movernos como el viento contra los terroristas o el enemigo público o para volarlo todo si fuera necesario, sobre el agua o debajo de ella. Yo soy condenadamente afortunado, lo tengo todo: salud, título universitario, Sandhurst, paracaidismo, Servicios Especiales del Aire, e incluso a mis queridísimos gurkhas». Sonriente, los miró, y soltó una obscenidad en gurkhalí, en dialecto vulgar, que les provocó silenciosos ataques de risa. Se dio cuenta de que Vien Rosemont y el guía le estaban mirando.

—Les ruego que me perdonen, Excelencias —dijo en farsi—. Estaba diciendo a mis hermanos que se comportaran bien.

Meshgi no dijo una palabra, se limitó a volver su atención a la oscuridad de la noche.

Rosemont se había quitado las botas y se daba masajes en los pies, intentando conseguir que entraran en calor.

—Los tipos que he conocido, oficiales británicos, no se muestran tan amistosos con sus soldados como usted.

—Acaso yo sea más afortunado que otros.

Ross observaba de reojo al guía que se había levantado y en aquellos momentos se encontraba en pie a la entrada de la gruta, prestando oído atento. Durante las últimas horas, el nerviosismo del viejo había ido aumentando. «¿Hasta qué punto puedo confiar en él?», se dijo. Luego miró a Gueng que era quien se hallaba más cerca. El hombrecillo captó al punto el mensaje, asintiendo de manera imperceptible.

—El capitán es uno de nosotros —le estaba diciendo Tenzing a Rosemont con orgullo—. Igual que su padre y que su abuelo antes que él…, y los dos eran Sheng'jan.

—¿Qué es eso?

—Un título gurkhalí —respondió Ross tratando de disimular su propio orgullo—. Quiere decir Señor de la Montaña. Lo que significa

mucho fuera del Regimiento.

—Tres generaciones en la misma Unidad. ¿No es algo desusado?

«Desde luego no es usual», sentía deseos de decirle Ross, a quien no le gustaban las preguntas personales, aun cuando Vien Rosemont le resultara simpático. La embarcación estaba allí según lo convenido. El viaje costa arriba fue seguro y rápido, ellos tres ocultos bajo sacos. Habían desembarcado sin dificultades al anochecer, poniéndose inmediatamente de camino con destino al siguiente punto de encuentro donde el guía les esperaba. Después, siguieron hasta el pie de las colinas y luego a las montañas. Rosemont no había expresado incomodidad sino que, por el contrario, imprimía la mayor dureza a la marcha, con escasa conversación y nada del aluvión de preguntas que él esperaba.

Rosemont aguardó pacientemente, dándose cuenta de que Ross estaba abstraído. Entonces, vio al guía salir de la gruta, vacilar, volver a entrar y sentarse en cuclillas a la entrada de la gruta, con el fusil atravesado sobre los muslos.

—¿Qué pasa, Meshgi? —preguntó Rosemont.

—Nada, Agha. Hay rebaños en el valle, cabras.

—Bien. —Rosemont se recostó de nuevo confortablemente. «Ha sido una suerte encontrar esta gruta —pensó—. Es un buen sitio para esconderse». Miró a Ross de nuevo y vio que le estaba observando.

—Resulta estupendo formar parte de un equipo —añadió al cabo de una pausa.

—¿Cuál es el plan a partir de ahora? —preguntó Ross.

—Cuando lleguemos a la entrada de la cueva, yo iré en cabeza. Usted permanecerá detrás con sus muchachos hasta que yo me asegure, ¿de acuerdo?

—Como mejor crea, pero llévese consigo al sargento Tenzing. Puede protegerle la retaguardia…, yo les cubriré a ambos con Gueng.

Al cabo de una pausa, Rosemont asintió.

—De acuerdo, parece una buena idea. Vamos, sargento.

—Sí, sahib. Diga sencillamente lo que quiere. Mi inglés no es bueno.

—Es más que suficiente —repuso Rosemont disimulando su nerviosismo. Sabía que Ross le estaba considerando, como él hacía con ellos… Había demasiado en juego.

—Limítese a volar «Mecca» —le había dicho su director—. Tenemos a un equipo especialista para que le ayude a usted; ignoramos hasta qué punto son eficientes, pero es lo mejor que hemos podido obtener. El jefe es un capitán, John Ross, esta es su foto, y llevará con él un par de gurkhas; no sé si hablan inglés pero vienen muy recomendados. Ross es un capitán de carrera. Escuche, como nunca ha trabajado estrechamente antes con ningún Limey (apelativo ofensivo hacia los británicos), voy a hacerle una advertencia. No adopte actitudes personales ni de amistad, y tampoco utilice los nombres de pila demasiado pronto. Son tan sensitivos como un gato con una pluma en el trasero en lo que a asuntos personales se refiere. De manera que vaya con calma. ¿De acuerdo?

—Desde luego.

—Por lo que ahora sabemos, encontrará «Mecca» desierta. Nuestros otros puestos más cercanos a Turquía siguen operando todavía. Pensamos quedarnos todo el tiempo que podamos…; para entonces, los sables habrán pactado con los nuevos mandones, Bajtiar o Jomeini. Pero «Mecca»…, malditos sean esos bastardos que nos han colocado en una situación tan peligrosa.

—¿Hasta qué punto lo es?

—Creemos que salieron de estampía y no destruyeron nada. Usted ha estado allí. Tenemos a «Mecca» atestada de aparatos clasificados como alto secreto, equipos de escucha, para ver, radar de largo alcance; está atiborrada de cifras, códigos y computadoras de satélite que convertiría al ya escasamente cordial Andropov, jefe de la KGB, en Hombre del Año por votación…, si llegara a caer en sus manos. ¿Puede creerlo? ¡Esos bastardos lo rastrearon!

—¿Traición?

—Lo dudo. «Estupidez, falta de imaginación… En Sabalan ni siquiera había un plan de contingencia. Pero supongo que tampoco tienen ellos toda la culpa. Ninguno de nosotros sospechaba que el Sha fuera a desplomarse tan condenadamente pronto o que Jomeini inmovilizara a Bajtiar por los cojones con tal rapidez. No tuvimos el menor indicio…, ni siquiera por parte de la SAVAK…».

«Y ahora somos nosotros quienes hemos de recoger los pedazos —se dijo Vien—. O, para decirlo de forma más exacta, hemos de encargarnos de hacerlos volar por los aires». Consultó de nuevo su reloj, se sentía muy cansado. Calculó lo que quedaba de noche y de luna. Más valía esperar otra media hora. Le dolían las piernas y la cabeza. Vio que Ross le observaba y sonrió para sí: «No fallaré, limey. Pero ¿y tú?».

—Todavía una hora y nos pondremos en marcha —dijo Vien.

—¿Por qué esperar?

—La luna estará mejor para nosotros. Aquí nos encontramos seguros y disponemos de tiempo. ¿Ha comprendido bien lo que tenemos que hacer?

—Minar en «Mecca» todo lo que me indique y volarlo a la vez que la entrada a la cueva. Y salir corriendo a uña de caballo sin parar hasta casa.

Rosemont sonrió y se sintió mejor.

—¿Dónde está para usted su casa?

—En realidad no lo sé. —Había pescado a Ross desprevenido. Jamás se había hecho esa pregunta a sí mismo. Al cabo de un momento, añadió más en su propio beneficio que contestando al americano—: Tal vez en Escocia…, acaso en Nepal. Mis padres viven en Katmandú. Son tan escoceses como yo, pero han estado alternando hasta el cincuenta y uno en que mi padre se retiró. Incluso nací allí, a pesar de que todos mis estudios los hiciese en Escocia. —«Para mí, mi hogar está en los dos lugares», pensó—. ¿Y qué me dice de usted?

—Washington, D. C en realidad, en Falls Church, Virginia, que casi forma parte de Washington. Nací allí. —Rosemont necesitaba un

cigarrillo pero sabía que era peligroso—. Mi padre pertenecía a la CIA. Ya ha muerto, pero los últimos años los pasó en Langley, que está cerca del Cuartel General de la CIA, en Langley. —Se sentía feliz hablando—. Mi madre aún sigue en Falls Church. Hace un par de años que no voy por allí. ¿Ha estado alguna vez en Estados Unidos?

—No, todavía no.

El viento había arreciado algo y ambos estudiaron por un momento el cielo.

—Se calmará pasada la medianoche —aseguró Rosemont confiado. Ross vio que el guía cambiaba de nuevo de postura. ¿Acaso estaría pensando en largarse?

—¿Ha trabajado antes con este guía?

—Claro. El año pasado me recorrí todas las montañas con él…, estuve un mes aquí. Rutina. Por esa área hay grandes infiltraciones de la oposición e intentamos no dormirnos en los laureles…, como ellos hacen con nosotros. —Rosemont miró al guía—. Meshgi es un buen tipo. A los kurdos no les gustan los iraníes y tampoco los iraquíes, ni nuestros amigos del otro lado de la frontera. Pero hace bien en preguntar.

Ross empezó a hablar en gurkhalí.

—Tenzing, vigílalo todo, y al guía…, comerás más tarde. —Tenzing salió al punto de su rincón y desapareció en la noche—. Le he enviado a vigilar.

—Bien —dijo Rosemont.

Les había estado vigilando con gran atención mientras escalaban y quedó profundamente impresionado por la forma en que trabajaban como equipo, saltando a la pídola, siempre uno de ellos en el flanco, sabiendo en todo momento lo que habían de hacer, sin necesidad de dar órdenes y siempre con los seguros de las armas quitados.

—¿No resulta algo peligroso? —le había preguntado horas antes.

—Sí, Mr. Rosemont…, si uno no sabe lo que está haciendo —le había contestado el británico, sin que le fuera posible detectar vestigio alguno de arrogancia—. Pero cuando detrás de cada roca,

árbol o esquina pueden ocultarse los enemigos, la diferencia entre el seguro puesto o quitado puede significar que mates o te maten.

Vien Rosemont recordó que el otro había añadido con cierto candor:

—Haremos todo cuanto esté en nuestras manos para apoyarles y sacarles con bien. —Y una vez más se preguntó si es que llegarían a introducirse y, mucho menos, a salir con bien… Hacía ya casi una semana que «Mecca» fuera abandonada. Nadie sabía qué podrían encontrarse cuando llegaran allí… Era posible que siguiera intacta, que la hubieran vaciado ya o, incluso, que hubiese sido ocupada.

—¿Sabe que toda esta operación es una locura?

—No nos corresponde a nosotros enjuiciarla.

—A nosotros solo nos corresponde hacerlo o morir, ¿no? Creo que todo esto es pura mierda.

—Si le sirve de consuelo, también yo creo que es pura mierda.

Era la primera vez que habían reído juntos. Rosemont se sintió mucho mejor.

—Escuche, no lo había dicho antes, pero estoy muy contento de tenerles a los tres a bordo.

—Nosotros, hum, nos sentimos contentos de estar aquí. —Ross disimuló su incomodidad ante aquel franco cumplido—. Por favor, únase a nosotros para comer, Agha —dijo al guía.

—Gracias, Agha, pero no tengo hambre —contestó el viejo sin moverse de la entrada de la gruta.

Rosemont volvió a ponerse las botas.

—¿Tienen muchas unidades especiales en Irán?

—No, media docena…, entrenamos a los iraníes. ¿Cree que Bajtiar aguantará?

—No. En las colinas corre la voz entre las tribus de que dentro de una semana estará fuera de combate, posiblemente fusilado.

Ross emitió un silbido.

—¿Hasta ese punto?

—Aún peor. Azerbaiyán será un protectorado soviético en este año. —¡Por todos los infiernos!

—Seguro. Aunque nunca se sabe. —Vien sonrió—. Eso es lo que hace la vida interesante.

Con ademán indiferente, Ross le ofreció la botella de petaca.

—El mejor matarratas iraní que se puede comprar.

Rosemont hizo una mueca y bebió, cauteloso, un pequeño trago. Luego, el rostro se le iluminó.

—¡Santo Cielo, si es escocés auténtico! —Ross estaba preparado. Se disponía a tomar un verdadero trago, pero le cogió la petaca.

—Poco a poco, Agha. Es cuanto tenemos.

Rosemont hizo una mueca sonriente. Comieron de prisa. En la cueva se hallaban a gusto y seguros.

—¿Ha estado alguna vez en Vietnam? —preguntó Rosemont, deseoso de hablar y con la impresión de que era el momento oportuno.

—No, nunca. Estuve a punto de ir allí cuando mi padre y yo nos dirigíamos a Hong Kong, pero nos hicieron cambiar de ruta a Bangkok desde Saigón.

—¿Con los gurkhas?

—No, eso fue hace años, a pesar de que ahora disponemos de un batallón. Yo tenía —reflexionó un momento—, yo contaba unos siete u ocho años. Mi padre tenía unos parientes lejanos en Hong Kong. Dunross, sí, así se llamaba, y había una especie de reunión de clan. No recuerdo mucho de Hong Kong salvo a un leproso, tumbado sobre el polvo, en la terminal del transbordador. Tenía que pasar junto a él cada día…, casi todos los días.

—Mi padre estuvo en Hong Kong en el sesenta y tres —dijo Vien con orgullo—. Era director general adjunto de la estación…, CIA. —Cogió una piedra, jugueteando con ella—. Yo soy medio vietnamita, ¿sabe?

—Sí, eso me dijeron.

—¿Y qué más le dijeron?

—Solo que podía confiarle incluso mi vida.

Rosemont sonrió irónico.

—Esperemos que tengan razón. —Empezó a comprobar pensativo el funcionamiento de su «M16»—. Siempre he deseado visitar Vietnam. Mi padre, mi verdadero padre, era vietnamita, un plantador, pero le mataron poco antes de nacer yo… Eso ocurrió cuando Indochina era francesa. Lo mató el Vietcong en las afueras de Dien Bien Phu. Mi madre… —Se desvaneció la tristeza que parecía invadirle y sonrió—. Mi madre es tan americana como el Gran Cañón, y cuando se volvió a casar eligió uno de los más grandes. Ningún padre verdadero pudo haberme querido más…

Bruscamente, Gueng amartilló su carabina.

—¡Sahid! —Ross y Rosemont cogieron sus armas, entonces el viento se hizo penetrante. Ross y Gueng se distendieron—. Es Tenzing.

El sargento surgió de la noche con el mismo sigilo con que se había ido. Aunque, en ese momento, se le veía ceñudo.

—Sahib, muchos camiones en la carretera, abajo…

—En inglés, Tenzing.

—Sí, sahib. Muchos camiones. He contado once, un convoy en la carretera, en el fondo del valle…

Rosemont lanzó un juramento.

—Esa carretera conduce a «Mecca». ¿Qué distancia habían recorrido?

El hombrecillo se encogió de hombros.

—En el fondo del valle. Fui al otro lado de la cresta y hay un… —dijo la palabra gurkhalí y Ross le dio la traducción aproximada en inglés—. Un promontorio. En el valle, la carretera zigzaguea, luego se desliza como una serpiente al subir. Si la cola de la serpiente está en el valle y la cabeza dondequiera que el camino termine, entonces, cuatro camiones han dejado ya muy atrás la cola.

Rosemont volvió a maldecir.

—Una hora en el mejor de los casos. Más vale que… —En aquel momento, hubo una ligera refriega y todos miraron hacia la entrada de la gruta, justo a tiempo para ver cómo el guía se alejaba corriendo perseguido por Gueng.

—¿Qué diablos…?

—Cualquiera que sea el motivo, está abandonando el barco —dijo Ross—. Olvídelo. ¿Podemos intentarlo en una hora?

—Desde luego. Y de sobra. —Se colgaron rápidamente las mochilas y Rosemont se echó al brazo su ligera metralleta—. ¿Y qué me dice de Gueng?

—Nos alcanzará.

—Nos dirigiremos allí directamente. Yo iré primero y caso de que me encuentre en dificultades, suspenda la acción, ¿de acuerdo?

El viento era casi como una barrera física, contra la que tenían que luchar para atravesarla, pero Rosemont les dirigía bien, la nieve no estaba mal en el sendero serpenteante y la luna ayudaba mucho. Sus botas de escalar les proporcionaban una buena tracción. Llegaron rápidamente a la cresta y se dispusieron a bajar por el otro lado. Allí, el suelo estaba más resbaladizo, la ladera era árida, tan solo algunos matorrales y otras plantas luchando por atravesar la nieve. Entonces, delante de ellos, vieron las fauces de la cueva, el camino desembocaba en ella y en la nieve se apreciaban muchas huellas de neumáticos.

—Pueden ser de nuestros camiones —dijo Rosemont disimulando su inquietud—. Hace un par de semanas que no nieva.

Hizo señas a los otros de que esperasen y se adelantó. Luego, salió al camino y corrió hacia la entrada. Tenzing lo siguió, utilizando el terreno para cubrirse, y moviéndose con igual rapidez.

Ross vio desaparecer a Rosemont en la oscuridad. Luego a Tenzing. Su ansiedad creció. Desde donde estaba no podía distinguir más allá del camino, ya que este formaba una curva para continuar en inclinada vertiente. La luna, clara y brillante, hacía que los riscos y el gran valle pareciesen más ominosos y Ross se sintió desnudo y solitario, aborreciendo la espera. Pero tenía confianza.

«—Si llevas gurkhas contigo, siempre tendrás una posibilidad, hijo mío —le había dicho su padre—. Protégelos…, ellos siempre te protegerán a ti. Y no lo olvides jamás, si te acompaña la suerte, un día serás Sheng'jan».

Ross había sonreído para sí, ya que aquel título rara vez era concedido; solo a aquel que hubiese honrado con alguna hazaña al regimiento, que hubiera escalado en solitario alguna de las cumbres importantes de Nepal, o quien hubiera utilizado el kukri y salvado la vida de un gurkha al servicio del Gran Raj. A su abuelo, el capitán Kirk Ross, MC, muerto en 1915 en la batalla del Somme, se lo habían dado a título póstumo; a su padre, el teniente coronel Gavin Ross, DSO, le habían concedido el título en Birmania, en 1943. «¿Y a mí? Bien, he escalado una valiosa cumbre, K4, y eso es todo hasta el momento, pero tengo montañas de tiempo por delante…».

Sus sentidos, finamente aguzados, le pusieron en guardia y ya enarbolaba su kukri cuando Gueng entró. El hombrecillo estaba delante de él respirando entrecortadamente.

—No lo bastante de prisa, sahib —musitó contento en gurkhalí—. Hace unos momentos que yo hubiese podido atacarle. —Enarboló la cabeza cortada con una amplia sonrisa—. Le traigo un regalo.

Era la primera vez que Ross veía algo así. Tenía los ojos abiertos.

La cara del viejo todavía estaba contorsionada por el terror. «Gueng le ha matado, pero yo di la orden —se dijo angustiado—. ¿Era solo un viejo muerto de miedo que quiso largarse cuando aún era tiempo? Aunque también pudo haber sido un espía o un traidor que corriera a denunciarnos al enemigo».

—¿Qué pasa, sahib? —susurró Gueng con el ceño fruncido.

—Nada. Deja la cabeza.

Gueng la tiró a un lado. La cabeza rodó un poco por la vertiente y luego quedó quieta.

—Lo registré, sahib, y encontré esto —dijo, alargándole un amuleto—. Lo llevaba alrededor del cuello, y también esto. —Le entregó una pequeña bolsa en piel—. La llevaba colgada de los huevos.

El amuleto no era otra cosa que una piedra azul barata que se usaba contra el mal de ojo. Dentro de la bolsita había una tarjeta pequeña envuelta en plástico. Ross le echó un vistazo y el corazón le dio un vuelco. En aquel momento, hubo otro lamento del viento,

aunque con un tono diferente. Inmediatamente recogieron sus armas y corrieron hacía la entrada de la cueva, sabedores de que Tenzing les había dado la señal de campo libre y les pedía que se apresuraran. Dentro de la garganta de la caverna, la oscuridad parecía más intensa; después, al acostumbrarse la vista, distinguieron un punto de luz. Era un linterna con la lente parcialmente cubierta.

—Por aquí, capitán —llamó Rosemont y, a pesar de que había hablado en voz muy baja, produjo un fuerte eco—. Por este lado. —Los condujo más al interior de la cueva y cuando tuvo el convencimiento de que estaban seguros, dirigió la luz hacia los muros de roca y a su alrededor para orientarse—. Pueden utilizar sus linternas.

La caverna era inmensa, con toda una serie de túneles y pasadizos que conducían afuera, algunos naturales, otros hechos por la mano del hombre, la bóveda de la roca se hallaba a unos quince metros de altura.

—Esta es el área de descarga —dijo. Una vez encontrado el túnel que buscaba, enfocó la luz al fondo. Al final, había una gruesa puerta de acero entreabierta—. Debería estar cerrada a cal y canto —musitó con voz áspera—. No sé si la dejaron tal como está o qué. Ahí es donde tenemos que entrar.

Ross hizo una seña a Tenzing. Al instante, el kukri surgió y el soldado avanzó con rapidez desapareciendo en el interior. Ross y Gueng adoptaron, automáticamente, posiciones defensivas. «¿Contra quién? —se preguntó Ross impotente, sintiéndose acorralado—. Puede haber cincuenta hombres ocultos en cualquiera de esos túneles».

Los segundos transcurrían lentos. De nuevo hubo un lamento. Todos atravesaron precipitadamente la puerta con Ross a la cabeza, seguido de Gueng y Rosemont detrás. Al atravesar este último la puerta vio que Tenzing se había colocado en posición para cubrirles. Empujó la puerta y accionó el conmutador de las luces. Lo súbito de la acción sobresaltó a los demás.

—¡Aleluya! —exclamó Rosemont, francamente aliviado—. Los jefazos pensaron que si los generadores seguían funcionando, tendríamos una buena oportunidad. Esta puerta es a prueba de luz. —Volvió a correr los pesados cerrojos y se colgó la linterna del cinturón.

Se encontraban en otra gruta, mucho más pequeña, que había sido adaptada, el suelo nivelado y cubierto de rústicas alfombras, las paredes allanadas. Era una especie de antesala con escritorio, teléfonos y desorden por doquier.

—Los chicos no perdieron el tiempo para largarse de aquí, ¿verdad? —dijo con amargura, y atravesó presuroso la habitación hasta otro túnel, por el que bajó para entrar en otra gruta con más escritorios, algunas pantallas de radar y más teléfonos, grises y verdes.

—Los grises son para el servicio interno. Los verdes van hasta la torre y mástiles en la cima y desde allí, vía satélite, a Teherán, a la centralita de nuestro cuartel general en la Embajada y a varios lugares secretos de alta prioridad…, construidos en terrenos escabrosos. —Rosemont descolgó uno de ellos. La línea estaba muerta—. Tal vez los tipos de comunicaciones hicieron su trabajo después de todo.

En el extremo más alejado de la habitación había un túnel.

—Este conduce a la sala del generador que da servicio a esta sección, el lugar donde se encuentran todos los equipos que debemos volar. Los alojamientos, cocinas, salas de oficiales, talleres de reparaciones…, están en otras cuevas, al otro lado del área de descarga. Alrededor de ochenta tipos trabajaban las veinticuatro horas del día.

—¿Hay alguna otra manera de salir de aquí? —preguntó Ross. Su sensación de estar encerrado se acrecentaba.

—Sí, en el lado principal, ahora vamos allí.

Unos toscos escalones conducían arriba, a través del tejado abovedado. En el rellano había una puerta: ÁREA DE ALTO SECRETO

– PROHIBIDA LA ENTRADA SIN AUTORIZACIÓN ESPECIAL. También la encontraron abierta.

—Mierda —farfulló Rosemont.

Aquella gruta estaba muy bien acondicionada, el suelo más liso, las paredes encaladas. Había docenas de pantallas de computadoras y radar y equipos electrónicos. Más escritorios, sillas y teléfonos grises y verdes. Y dos rojos sobre un escritorio central.

—¿Para qué son esos?

—Directos a Langley, vía satélite militar.

Rosemont descolgó uno de ellos. La línea estaba muerta. Y también la del otro. Sacó un pedazo de papel y los comprobó; luego se acercó a una hilera de conmutadores e hizo funcionar algunos. Soltó una nueva palabrota cuando empezó a oírse un suave zumbido, las computadoras comenzaron a charlar, al tiempo que iban calentándose y tres de las pantallas de radar adquirieron vida, la línea trazadora central blanca inició un giro, dejando tras de sí un patrón disperso.

—¡Los muy bastardos! Son unos bastardos por haberlo dejado todo así. —Señaló enérgicamente con el dedo cuatro computadoras instaladas en el rincón—. Vuela esas…, son el núcleo.

—¡Gueng!

—Sí, sahib —respondió el gurkha y se quitó la mochila, empezando a sacar los explosivos plásticos y los detonadores.

—¿Espoletas de media hora? —preguntó Rosemont.

—Eso es, espoletas de media hora. —Ross contemplaba fascinado una de las pantallas. Hacia el Norte, podía ver la mayor parte del Cáucaso y todo el Caspio; hacia el Este, incluso parte del mar Negro. Todo ello con una claridad extraordinaria—. Es mucho espacio para escudriñar.

Rosemont se acercó al teclado e hizo girar un botón.

Por un instante, Ross permaneció atónito. Finalmente, apartó la mirada de la pantalla.

—Ahora comprendo por qué estamos aquí.

—Esto es solo una parte.

—¡Dios mío! Más vale que empecemos a funcionar. ¿Qué hay de la boca de la cueva?

—No tenemos tiempo para hacer un trabajo decente…, y al otro lado de la puerta no hay más que trastos rutinarios que, por otra parte, ya han robado. Volaremos los túneles a nuestras espaldas y nos iremos por la salida de emergencia.

—¿Dónde está?

El americano se acercó a una puerta. Esa sí que permanecía cerrada.

Sacó un montón de llaves con etiquetas y encontró la que buscaba. La puerta se abrió. Detrás de ella había un angosto tramo de escalones muy empinado, que ascendía en espiral.

—Conduce a la montaña.

—Asegúrate de que el camino está despejado, Tenzing.

Este subió los escalones de dos en dos.

—¿Y ahora?

—Primero, la sala de claves y las cajas fuertes. Esas las minaremos. Después, las comunicaciones. Por último, la sala del generador, ¿de acuerdo?

A Ross le gustaba cada vez más aquella energía incisiva.

—Antes de que hagamos nada, más vale que vea algo —dijo, y sacó del bolsillo la pequeña tarjeta envuelta en plástico—. Gueng alcanzó a su guía. En su cuerpo encontró esto.

Rosemont se quedó lívido. En la tarjeta aparecía la huella de un pulgar, algo escrito en caracteres cirílicos y una firma.

—¡Un documento de identidad! —explotó—. ¡Y comunista!

Detrás de ellos Gueng se detuvo momentáneamente.

—Eso es lo que me pareció. ¿Qué dice exactamente?

—No sé leer ruso, pero apostaría mi vida a que es un salvoconducto —sintió que el estómago se le revolvía cuando pensó en todos los días y noches que había pasado en compañía de aquel viejo, vagando por las montañas, durmiendo junto a él al aire libre, sintiéndose muy seguro. Y durante todo ese tiempo le había estado engañando. Sacudió la cabeza, asombrado—. Meshgi ha estado con

nosotros durante años…, era uno de los de la banda Alí bin Hassan Karakose… Alí es un líder del Servicio Secreto y uno de nuestros mejores contactos en las montañas. Un gran tipo que incluso opera tan al norte como Bakú. Dios mío, acaso le estén traicionando. —Miró la tarjeta de nuevo—. Sencillamente, parece mentira.

—Lo que quizá sea verdad es que pueden habernos tendido una trampa deliberadamente y que seamos un blanco perfecto —dijo Ross—. ¿Quién nos asegura que el convoy no forma parte de todo ello, y que vaya lleno de soldados para perseguirnos? De manera que más vale apresurarse, ¿no?

Rosemont asintió, luchando por dominar el miedo que empezaba a embargarle, y alentado por la calma del otro hombre.

—Sí, sí, tiene razón —dijo, conmovido todavía. Atravesó otro pasadizo hasta una nueva puerta. Cerrada—. Les debo excusas a usted y a sus hombres —dijo mientras buscaba la llave en el llavero con las etiquetas—. No comprendo cómo nosotros…, yo pude caer así en el engaño o cómo ese bastardo fue capaz de evadir el control de seguridad como lo hizo, y es probable que usted tenga razón y estemos ya localizados. Lo siento mucho aunque, ¡mierda, maldita sea para lo que sirve!

—Claro que sirve —dijo Ross con una sonriente mueca, y el miedo abandonó a los dos hombres—. Sirve. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Y gracias, sí, gracias. ¿Gueng lo mató?

—Bueno —dijo Ross lacónico—. Me entregó su cabeza. Habitualmente, solo traen las orejas.

—¡Dios mío! ¿Hace mucho que lo acompañan?

—¿Los gurkhas? Cuatro años.

La llave entró en la cerradura y la puerta se abrió. La sala de codificación aparecía ostentosamente ordenada. Télex, teletipos y máquinas copiadoras. Sobre su propia mesa había un curioso ordenador con un teclado.

—Esta es la descodificadora…, algo por lo que la oposición daría todo el oro del mundo.

Los lápices aparecían bien ordenados sobre los escritorios. También había media docena de manuales.

Rosemont los hojeó.

—¡Por Dios bendito…!

Todos aparecían llenos de claves con la observación: «MECCA» – SOLAMENTE UNA COPIA.

—Bien, al menos la clave matriz está bajo llave —musitó, mientras se acercaba a la moderna caja fuerte con cerradura digital 0-9, empotrada en una de las paredes. Leyó la combinación que llevaba anotada en un trozo de papel y fue tocando los dígitos, mas no obtuvo resultado. La luz de «Abierta» no apareció—. Tal vez me haya saltado algún número. ¿Quiere leérmelos?

—Claro. —Ross empezó a leer las largas series de números.

Por detrás de ellos llegó Tenzing sigiloso. Ninguno de los dos hombres le oyó.

—… uno-veinticinco…, siete-veintiuno…

Entonces, ambos sintieron la presencia al mismo tiempo y se volvieron rápidos, momentáneamente dominados por el pánico.

Tenzing permaneció impasible, sin permitirse la más leve sonrisa, e hizo oídos sordos al torrente de palabrotas. ¿Acaso el Sheng'jan no le había dicho que entrenara a su hijo y le hiciera conocer a fondo el juego del sigilo y de la muerte? ¿Es que él no había jurado protegerle y ser su maestro silencioso? «Pero por amor de Dios, Tenzing, que mi hijo no se entere de que te lo he dicho. Que quede en secreto entre nosotros dos». «Durante semanas ha sido muy difícil sorprender al sahib con la guardia baja —se dijo contento—. Pero esta noche Gueng lo ha hecho y también yo. Mucho mejor que hayamos sido nosotros y no un enemigo…, y ahora nos rodean como abejas con su reina en cabeza».

—La escalera tiene setenta y cinco peldaños y va hacia arriba, hasta una puerta de hierro —dijo Tenzing con su mejor tono de informante—. La puerta está herrumbrosa pero he podido forzarla. Del otro lado hay una gruta, fuera de la gruta, la noche. Una buena ruta de escape, sahib. Lo que no resulta bueno es que desde allí

pude ver la cabeza del convoy. —Hizo una pausa no queriendo equivocarse—. Tal vez quede media hora de tiempo.

—Regresa a la primera puerta, Tenzing, a la que hemos cerrado. Mina el túnel por este lado de la puerta para que esta no sufra desperfecto alguno. Una mecha de veinte minutos a partir de ahora. Dile a Gueng que coloque sus mechas de la misma manera, a partir de este momento exactamente. Comunícale a Gueng lo que he ordenado.

—Sí, sahib.

Ross volvió junto a la caja fuerte. Observó el sudor en la frente de Rosemont.

—¿Seguimos?

—Desde luego. Habíamos llegado al ciento tres.

—Los dos números últimos son seis sesenta y treinta y uno. —Vio cómo el americano tocaba los números. La luz de «Abierta» empezó a parpadear. Rosemont alargó la mano derecha hacia la palanca.

—¡Espere! —ordenó Ross, limpiándose el sudor de su propia barbilla. La incipiente barba rubia le picaba—. Supongo que no existe la posibilidad de que haya una trampa explosiva.

Rosemont se le quedó mirando y luego a la caja fuerte.

—Es posible. Claro que, es posible.

—Entonces, no corramos riesgos inútiles y volemos toda esta cabronada.

—Tengo que…, tengo que comprobarlo. He de comprobar si la clave matriz está dentro o no. Eso y la descodificadora son la máxima prioridad. —Volvió a mirar la luz que seguía haciéndole guiños—. Váyase a la otra habitación, cúbrase junto con Gueng y deme una voz cuando estén preparados. Yo…, la representación es mía.

Ross vaciló. Luego, hizo un ademán de asentimiento y cogió los dos paquetes que contenían los explosivos y los detonadores.

—¿Dónde está la sala de comunicaciones?

—La puerta de al lado.

—¿Es…, importa mucho la sala del generador?

—No, solo esta, la descodificadora y esas cuatro zorras que hay ahí detrás, aunque lo mejor sería que todo este maldito piso se fuera al infierno. —Rosemont vio alejarse a Ross y se volvió de nuevo, concentrando su atención en la palanca. Sentía una desagradable opresión en el pecho. «¡Ese condenado hijo de puta de Meshgi! Hubiera apostado mi vida… Lo hiciste, todos lo hicimos, incluso Alí Karakose»—. ¿Preparados? —gritó impaciente.

—¡Espere!

De nuevo sintió que el estómago se le revolvía. Ross estaba otra vez a su lado, antes siquiera de que le hubiese oído llegar, y llevaba en la mano una cuerda de nailon para escalar, larga y delgada, que ató rápidamente a la palanca.

—Cuando yo le diga, gire la palanca pero no abra la puerta. Tiraremos de ella para abrirla desde ahí atrás. —Ross salió presuroso —. ¡Ahora!

Rosemont respiró hondo para calmar los latidos de su corazón e hizo girar la palanca hasta la posición de «Abierta», entonces, corrió por el pasadizo hasta la otra gruta. Ross le hizo señas de que se acercara y se colocara contra el muro.

—He enviado a Gueng a advertir a Tenzing. ¿Preparado?

—Desde luego.

Ross tensó la cuerda, y luego tiró con fuerza de ella. El nailon seguía tirante. Hizo más fuerza y entonces pareció ceder unos pocos centímetros, pero no más. Silencio. Nada. Los dos hombres sudaban.

—Bien —dijo Ross, aliviado sobremanera y poniéndose en pie—. Más vale ser cautos que estar…

La explosión ahogó sus palabras. Una gran nube de polvo y pedazos de metal volaron por el pasadizo hasta llegar a la cueva donde ellos se encontraban, dejándoles sin respiración y arramblando con mesas y sillas. Todas las pantallas de radar explotaron, las luces se extinguieron, uno de los teléfonos rojos salió disparado a través de la habitación, estampándose contra la caja de acero de una computadora. Gradualmente, el polvo se fue

asentando mientras los dos hombres tosían hasta el paroxismo en la oscuridad.

Rosemont fue el primero en recuperarse. Aún llevaba la linterna colgada del cinturón. Tanteó buscándola.

—¿Sahib? —llamó Tenzing ansioso entrando precipitadamente en la habitación con la linterna encendida. Pegado a sus talones iba Gueng.

—Estoy…, estoy bien —dijo Ross, que seguía tosiendo desesperadamente. Tenzing lo encontró caído entre toda aquella basura. Un leve reguero de sangre le caía por la cara, debido a un pequeño corte que algún cristal que volara por los aires le había hecho.

—¡Benditos sean todos los dioses! —farfulló Tenzing mientras le ayudaba a levantarse.

Ross se incorporó con esfuerzo.

—¡Dios Todopoderoso!

Miró en derredor suyo todo aquel desastre y luego se precipitó por el pasadizo para reunirse con Rosemont en la sala de claves. La caja fuerte había desaparecido y con ella la descodificación, los manuales, los teléfonos, dejando un inmenso agujero en la roca viva. Todo el equipo electrónico se había convertido en un amasijo de metal e hilos eléctricos retorcidos. Ya se habían iniciado pequeños fuegos.

—¡Jesús! —fue cuanto Rosemont pudo decir, su voz prácticamente un graznido, el ánima aterrada ante la inminencia de extinción, la mente impulsándole a correr, a huir de aquel lugar de muerte.

—¡Dios Todopoderoso!

Rosemont, impotente, intentó decir algo, mas no pudo, las piernas lo condujeron hasta un rincón donde vomitó.

—Más vale que… —A Ross le resultaba difícil hablar. Todavía los oídos le silbaban. Tenía un tremendo dolor de cabeza, la adrenalina se le había desbocado e intentaba dominar su intenso deseo de echar a correr—. Tenzing, ¿has… has terminado?

—Dos minutos, sahib.

El hombre salió precipitadamente.

—¿Gueng?

—Sí, sahib. También dos minutos.

Se alejó presuroso.

Ross se fue al otro rincón y vomitó. Después de hacerlo, se sintió mejor. Sacó la botella de petaca y bebió un largo trago, limpiándose la boca con la manga de su traje de faena. Seguidamente, se acercó a Rosemont, desplomado contra una pared y lo sacudió.

—Tome —le alargó la petaca—. ¿Se encuentra bien?

—Sí. Desde luego. —Rosemont aún sentía náuseas, pero su mente volvía a funcionar. Tenía un horrible sabor de boca e intentó quitárselo escupiendo entre todos aquellos escombros. Ardían pequeñas fogatas que proyectaban sombras demenciales sobre las paredes y el techo. Tomó un cauteloso sorbo—. Nada hay como el escocés en esta tierra de Dios —dijo al cabo de un momento. Otro sorbo y le devolvió la petaca—. Más vale que nos larguemos de aquí.

Ayudándose con la linterna, hizo un rápido repaso de los destrozos de la suprema descodificadora y se abrió camino con gran cuidado hasta la siguiente gruta dejando los restos junto a la carga en la base de las computadoras de la esquina.

—Lo que no acabo de entender —dijo desconcertado— es por qué no ha volado todo este condenado lugar, enviándonos a todos al infierno…, con todos nuestros explosivos desperdigados por todas partes.

—Bueno, yo…, antes de volver con la cuerda y enviar a Gueng junto a Tenzing, dijo a Gueng que retirara los explosivos y los detonadores para mayor seguridad.

—¿Siempre piensa en todo?

—Forma parte del Servicio —dijo Ross con una débil sonrisa—. ¿La sala de Comunicaciones?

La minaron rápidamente. Rosemont consultó su reloj.

—Ocho minutos para que vuele por los aires. Nos olvidaremos de la sala del generador.

—Bien. Tú abrirás la marcha, Tenzing.

Se dirigieron a la escalera de escape. La escotilla de hierro crujió al ser abierta. Una vez en la cueva, Ross se puso en cabeza. Escudriñó, cauteloso, la noche y cuanto los rodeaba. La luna seguía alta. A trescientos o cuatrocientos metros de distancia, el camión que abría la marcha subía fatigosamente y rechinando por la última vertiente.

—¿Por dónde, Vien? —preguntó.

Rosemont se sintió reconfortado.

—Hacia arriba —respondió disimulando su complacencia—. Escalaremos. Si hay tropas que van a por nosotros, nos olvidaremos de la costa y nos dirigiremos hacia Tabriz. Si no las hay, los rodearemos y nos iremos por donde hemos venido.

Tenzing abrió la marcha. Era semejante a una cabra montesa, pero eligió el camino más fácil porque sabía que los dos hombres se encontraban todavía bajo una gran conmoción. Allí, la vertiente era muy empinada aunque no demasiado penosa y había poca nieve que les dificultara la marcha. Apenas habían empezado a caminar cuando la tierra se estremeció bajo sus pies, el ruido de la primera explosión quedó prácticamente ahogado. Hubo, en rápida sucesión, otros pequeños temblores.

«Aún queda una», se dijo Rosemont, contento de sentir el aire fresco que le despejaba la cabeza. La última explosión, la de la sala de comunicaciones, donde habían utilizado todos los explosivos que les quedaban, fue mucho mayor y, en realidad, sacudió violentamente la tierra. Abajo y a su derecha parte de la montaña se abrió, surgiendo humo del cráter resultante.

—¡Santo Cielo! —musitó Ross.

—Probablemente se trata de un respiradero.

—¡Mire allí, sahib!

El camión que iba en cabeza se había parado a la entrada de la cueva. Unos hombres saltaron de él, otros miraban hacia la ladera de la montaña, iluminada por los faros de los camiones que iban detrás. Todos los hombres llevaban fusiles.

Ross y los otros se hundieron más aún en las sombras.

—Subiremos hasta aquella cresta —musitó Rosemont señalando hacia arriba y a su izquierda—. Estaremos ocultos a su vista y a cubierto. Después, nos dirigiremos hacia Tabriz, casi al Este. ¿De acuerdo?

—¡Arriba, Tenzing!

—Sí, sahib.

Alcanzaron la cresta y la atravesaron con rapidez para volver a trepar, abriéndose camino en dirección este, sin decir palabra, conservando su energía porque les quedaban muchos, muchísimos kilómetros por recorrer. El terreno era abrupto y la nieve les hacía el camino impracticable. Pronto, sus guantes quedaron destrozados, tenían las piernas y las manos llenas de heridas, las pantorrillas les dolían, pero como ya no llevaban pesados fardos, hacían buenos progresos y con espíritu animoso.

Llegaron a uno de los senderos que atravesaban la montaña por doquier. Siempre que el camino se bifurcaba, tomaban el que conducía a las cumbres. En el valle había aldeas, aunque pocas a aquellas alturas.

—Más vale que sigamos por aquí —había dicho Rosemont—, y… y espero que no nos topemos con nadie.

—¿Crees que todos son hostiles?

—Desde luego. Esta región no solo es contraria al Sha sino también a Jomeini y a todo. —Rosemont respiraba con dificultad—. Se pasan la vida luchando una aldea contra otra y es una excelente tierra de bandidos.

Hizo seña a Tenzing de que siguiera adelante, y le dio gracias a Dios por la luna y por estar con los otros tres.

Tenzing siguió con su ritmo, pero era un ritmo de montañero, calculado y sin prisas, constante y castigador. Al cabo de una hora, Gueng tomó la cabeza, después, Ross, más tarde Rosemont y de nuevo Tenzing. A cada hora, tres minutos de descanso, y otra vez en marcha. La luna se hundía en el cielo. Ahora ya se encontraban bastante lejos. La marcha resultaba más fácil al bajar por la ladera

de la montaña. El sendero se bifurcaba en varias direcciones pero, por lo general, conducía hacia el Este, hacia una curiosa hendidura en la sierra. Rosemont la reconoció.

—Abajo, en ese valle, hay una carretera lateral que conduce a Tabriz. En invierno es poco más que un sendero de cabras, pero se puede caminar bien por él. Sigámoslo hasta que amanezca, luego descansamos y preparamos un plan. ¿De acuerdo?

Ya se encontraban muy por debajo de la hilera de árboles y a la entrada del pinar, así que caminaban mucho más despacio y sentían el cansancio.

Tenzing seguía en cabeza. La nieve amortiguaba sus pasos y el aire limpio y fresco lo vigorizaban. De súbito, presintió peligro y se detuvo. Ross que iba detrás, prácticamente pegado a él, también se paró. Todos permanecieron inmóviles. Entonces, Ross avanzó con sumo cuidado. Tenzing escudriñaba en la oscuridad, delante de él, con la luna proyectando sombras extrañas. Lentamente, los dos hombres recurrieron a su visión periférica. Nada. Ningún olor, nada a la vista. Esperaron. De uno de los árboles cayó algo de nieve. Nadie se movió. Luego, un ave nocturna abandonó una rama delante de ellos, a la derecha y se alejó volando ruidosamente. Tenzing señaló en aquella dirección, hizo seña a Ross de que esperara, sacó suavemente su kukri, y se adelantó solo, fundiéndose en la noche.

Tras caminar unos metros, Tenzing vio a un hombre agazapado detrás de un árbol a cincuenta metros de distancia y aumentó su excitación. Ya más cerca pudo ver que el hombre no se había apercibido de su presencia. Se acercó más. En ese momento, de refilón vio una sombra moverse a su izquierda, otra a su derecha. Y entonces lo comprendió.

—¡Emboscada! —gritó con toda la fuerza de sus pulmones, y corrió en busca de protección.

La primera rociada de balas le pasó muy cerca aunque sin darle.

Parte de la segunda le atravesó el pulmón izquierdo, abriéndole un agujero en la espalda, y lanzándole contra un árbol derribado. Otras armas abrieron fuego desde el lado opuesto del sendero. Ese

fuego cruzado sorprendió a Ross y a los otros que se vieron obligados a arrojarse precipitadamente detrás de los troncos de los árboles.

Por un instante, Tenzing yació allí, impotente. Podía oír los disparos, pero parecían llegar de lejos, aunque él sabía que estaban cerca. Logró arrastrarse hasta ponerse en pie y cargó las armas que le habían matado. Vio a algunos de los atacantes volverse hacia él y oyó pasar las balas, algunas rozando su capucha. Una le atravesó el hombro pero no la sintió, contento de morir como correspondía a los hombres en el regimiento. Marchando hacia delante. Con audacia, sin miedo. «En verdad, no tengo miedo. Soy hindú y voy a reunirme contento con Shiva y cuando vuelva a nacer suplico a Brahma, Visnú y Shiva, que sea de nuevo gurkha».

Cuando ya alcanzaba a los emboscados, su kukri arrancó el brazo de alguno de un tajo, después de eso, las piernas se le doblaron, una luz inmensa, incomparable, surgió en su cabeza y alcanzó, sin dolor, la muerte.

—Alto el fuego —gritó Ross, rehaciéndose y cogiendo de nuevo las riendas de la batalla. Tenía localizados a dos grupos armados contra ellos, pero no había forma de que pudiera llegar a ninguno de los dos. La emboscada había sido bien concebida y el fuego cruzado estaba resultando mortífero. Vio cómo alcanzaban a Tenzing. Hubo de hacer un titánico esfuerzo de voluntad para no acudir en su ayuda, pero la batalla estaba por ganar y otros a quienes proteger. Una y otra vez se oía el eco de los disparos en la ladera de la montaña. Se quitó la mochila, buscó las granadas y se aseguró de que su carabina era absolutamente automática, sin saber aún cómo actuar para salir de aquella situación. Entonces, vio a Tenzing ponerse trabajosamente en pie con un grito de guerra y cargar ladera arriba, creando la acción de distracción que Ross necesitaba.

—¡Cúbrame! —dijo al punto a Rosemont.

—¡Adelante! —ordenó a Gueng, señalando al grupo al que Tenzing atacaba.

Inmediatamente, Gueng salió de un salto de su hondonada y se lanzó contra ellos cuya atención estaba centrada en Tenzing. Al ver caer a su camarada, su furia estalló. Quitó la espoleta a una granada y la lanzó contra ellos; el artefacto cayó en la nieve. En el mismo instante en que la granada explotaba, él se puso en pie, y comenzó a disparar su arma contra aquellos alaridos, haciendo callar a la mayoría. Vio a un hombre alejarse veloz, a otro arrastrarse desesperadamente buscando el cobijo de la maleza. Un tajo del kukri se llevó parte de la cabeza del que se arrastraba. Una breve ráfaga de disparos hizo pedazos a otro y Gueng buscó cobijo, sin saber de dónde llegaría el siguiente ataque. La explosión de otra granada atrajo su atención hacia el otro lado del camino.

Ross había salido arrastrándose de entre los arbustos que le protegían. Empezaron a llover balas en derredor suyo, pero Rosemont abrió fuego con disparos cortos, atrayendo hacia sí el ataque, y prestando a Ross la ayuda que necesitaba. Este alcanzó el árbol siguiente sin novedad, encontró un profundo hoyo en la nieve y se dejó caer dentro. Esperó unos segundos mientras recuperaba el aliento, y se arrastró por la nieve, helada y dura, hacia el lugar de donde los disparos procedían. En aquel momento, se encontraba oculto a las miradas de sus atacantes, y había hecho un buen tiempo. Entonces, oyó estallar la otra granada y los gritos, y pidió a Dios que Gueng y Tenzing se encontraran bien.

El fuego enemigo se acercaba cada vez más y cuando calculó que se encontraba en posición, quitó la espoleta de la primera granada y con la carabina en la mano izquierda subió a la cima. Tan pronto como quedó al descubierto, vio a los hombres, pero no donde él esperaba.

Eran cinco y se encontraban a menos de veinte metros de distancia. Lo apuntaban con los fusiles pero su reacción fue algo más rápida, tirándose al suelo de inmediato, detrás de un árbol, con la espoleta quitada y contando antes de que lanzaran contra él la primera andanada de disparos. Llegado al cuarto segundo, pasó el brazo alrededor del árbol y lanzó la granada contra ellos, ocultando

seguidamente la cabeza entre los brazos. La explosión lo levantó del suelo, hizo pedazos el tronco de un árbol próximo que le sepultó a él bajo las ramas y la nieve caídas de él.

Abajo, en el sendero, Rosemont había vaciado su cargador contra el punto donde pensaba que los atacantes se encontraban. Maldiciendo, nervioso, metió otro cargador y disparó una nueva ráfaga.

A través del sendero, en la otra ladera, Gueng se encontraba agazapado detrás de una roca, a la espera de que alguien se moviera. Y entonces, cerca del árbol destrozado por la explosión, vio a un hombre que corría agachado. Apunto y el hombre murió, resonando implacable el eco del disparo. Luego, silencio.

A Rosemont el corazón le latía desbocado. No pudo esperar más tiempo.

—¡Cúbreme, Gueng! —gritó. Se puso en pie y se precipitó hacia el árbol. Unos disparos a su derecha, las balas pasaron silbando muy cerca, pero, entonces, Gueng abrió fuego desde la otra ladera. Un chillido borboteante y los disparos cesaron. Rosemont corrió hacia delante hasta llegar al punto de la emboscada, con la carabina en posición. Tres hombres yacían destrozados, el último agonizaba. Sus fusiles estaban doblados y retorcidos. Todos vestían indumentaria tribal. Mientras los miraba, el último de ellos sufrió un ahogo y murió. Rosemont se volvió, precipitándose hacia el otro árbol, apartó las ramas, y se abrió camino a duras penas entre la nieve hasta llegar a Ross.

En la otra ladera, Gueng esperaba, vigilante, para acabar con cualquier cosa que se moviera. Hubo un ligero ruido entre la carnicería detrás de las rocas, donde su granada había hecho pedazos a tres hombres. Esperó conteniendo la respiración, pero no era más que un roedor alimentándose. Pronto limpiarían la tierra y todo volvería a ser como antes, pensó, maravillado por el ciclo de los dioses. Recorrió el terreno lentamente con la mirada. Vio a Tenzing desplomado a un lado de la roca, aferrado todavía a su kukri. «Lo cogeré antes de irme —se dijo Gueng—, su familia lo conservará

como un tesoro y su hijo lo llevará con el mismo honor. Tenzing Sheng'jan ha vivido y muerto como un hombre y volverá a nacer como lo quieran los dioses. Karma».

Otro movimiento. Allí delante, en el bosque. Se concentró.

Al otro lado del sendero, Rosemont estaba apartando las ramas, forcejeando por quitarlas, los brazos doloridos. Cuando al final llegó hasta Ross, el corazón se le paró por un instante. Lo encontró desplomado en el suelo, con las manos cubriéndose la cabeza y la carabina junto a él. La nieve estaba manchada de sangre como también la espalda de su mono blanco. Rosemont, arrodillándose, le volvió boca arriba y a punto estuvo de lanzar un grito de alivio al ver que Ross aún respiraba. Por un instante, este se le quedó mirando con ojos vacuos, pero en seguida se le aclaró la mirada. Al sentarse, hizo un gesto de dolor.

—¿Tenzing? ¿Gueng?

—Mataron a Tenzing. Gueng se encuentra al otro lado, cubriéndonos. Está bien.

—Gracias a Dios. ¡Pobre Tenzing!

—Mueva los brazos y las piernas.

Ross movió con tiento las extremidades. Todas estaban en perfecto estado.

—La cabeza me duele terriblemente, pero me encuentro bien. —Miró en derredor y vio a los atacantes muertos—. ¿Quiénes eran?

—Tribales. Acaso bandidos. —Rosemont escudriñó el camino delante de ellos. Nada se movía. La noche era espléndida—. Más vale que nos larguemos de aquí antes de que aparezcan otros bastardos. ¿Cree que puede andar?

—Sí. Deme un par de segundos. —Ross se frotó la cara con un poco de nieve. El frío lo vigorizó—. Gracias, ¿eh? Ya sabe. Gracias.

—Forma parte del servicio —le dijo a su vez Rosemont sonriente. Luego, miró ceñudo a los tribales. Manteniéndose bien agachado, se acercó a ellos y los registró hasta donde pudo. No encontró nada—. Lo más probable es que se trate de locales…, o bandidos

sencillamente. Estos bastardos pueden comportarse con auténtica crueldad si te cogen vivo.

Ross asintió, al tiempo que un nuevo espasmo de dolor lo asaltaba.

—Creo que ahora ya estoy bien. Más vale que nos pongamos en marcha. Los disparos se habrán oído a muchos kilómetros y este no es buen lugar para que nos demoremos.

Rosemont se había dado cuenta de su gesto de dolor.

—Espere un poco más.

—No, me sentiré mejor moviéndome. —Ross hizo acopio de fuerzas y luego llamó en gurkhalí.

—Nos ponemos en marcha, Gueng. —Empezaba a incorporarse cuando una brusca premonición de peligro le invadió—. ¡Al suelo! —jadeó, arrastrando a Rosemont con él.

Una sola bala de fusil surgió en la noche, eligiendo a Rosemont y sepultándose en su pecho, hiriéndole de muerte. Luego, llegaron disparos desde la otra ladera, un alarido. El silencio se hizo una vez más.

En su momento, Gueng se reunió con Ross.

—Creo que este fue el último, sahib. Por el momento.

—Sí.

Esperaron junto a Vien Rosemont hasta que expiró y luego hicieron lo que tenían que hacer por él y por Tenzing. Finalmente, volvieron a ponerse en marcha.

XXII

BASE AÉREA MILITAR DE ISFAHÁN: 5.40 DE LA MADRUGADA. Hacia el Este, la oscura noche empezaba a iluminarse con las primeras luces del alba. En aquellos momentos, la calma reinaba en la base, nadie había en ella salvo los «Guardias Islámicos» armados, quienes junto con miles de gentes de Isfahán, con los mulás en cabeza, habían invadido la base el día anterior, apoderándose de ella. Todos los oficiales y soldados del Ejército y de las Fuerzas Aéreas habían sido acuartelados bajo vigilancia…, o quedado libres al declararse abiertamente partidarios de Jomeini y la revolución.

El centinela Relazi tenía dieciocho años y se sentía muy orgulloso de su banda verde y de montar guardia delante del cobertizo en el que se encontraba el traidor general Valik y su familia, descubiertos el día anterior escondidos en la residencia de oficiales con su piloto extranjero de la CIA. «Dios es grande —pensó—. Mañana serán enviados al infierno con todo ese asqueroso "Pueblo de la Mano Izquierda"».

Durante generaciones, los Relazi habían sido zapateros y remendones en un pequeño tenderete en el Viejo Bazar de Isfahán. «Sí —se dijo—, he sido un vendedor de bazar hasta hace una semana, cuando nuestro mulá me llamó, y también a todos los Creyentes, para el combate de Dios, me dio la banda de Dios y el revólver y me enseñó a usarlo. Los caminos de Dios son maravillosos».

Se había cobijado al socaire del cobertizo, protegido de la nieve, pero el frío húmedo le penetraba hasta los huesos, a pesar de que

llevaba puesta toda la ropa que tenía en el mundo…, camiseta, y sobre ella una tosca camisa y una chaqueta, pantalones comprados de segunda mano, un suéter viejo y un antiguo capote del Ejército que perteneciera a su padre. Tenía los pies entumecidos.

—Como lo quiere Dios —dijo en voz alta y se sintió mejor. «Pronto me relevarán y entonces volveré a comer…», por Dios, los soldados vivían como auténticos pachás, al menos dos comidas al día, una con arroz, ¿quién podía imaginárselo?, y paga todas las semanas…, paga de Satanás, pero paga al fin y al cabo. Tuvo un acceso de tos, silbándole el pecho al respirar, se cambió de hombro la carabina del Ejército de los Estados Unidos, buscó la colilla que había estado guardando y la encendió.

«Por el Profeta —pensó jubiloso—, quién se hubiera imaginado que pudiéramos hacernos con la base con tanta facilidad, resultando muertos tan pocos de nosotros y enviados al Paraíso, antes de que domináramos a los soldados que hacían guardia en la puerta e invadiéramos el campamento, mientras nuestros hermanos de la base bloqueaban las salidas con camiones y otros se apoderaban de los aviones y los helicópteros para evitar que escaparan los traidores partidarios del Sha. Desafiando las balas de los enemigos con el Nombre de Dios en los labios. "Uníos a nosotros, hermanos —les gritábamos—. Uníos a la revolución de Dios, ayudad a hacer el trabajo de Dios… Venid al Paraíso…, no os vayáis al infierno…"».

El joven empezó a temblar, sin dejar de pronunciar las palabras que una docena de mulás imprimieran en su mente, leyéndolas del Corán y luego traduciéndolas: «Allí se vive para siempre con todos los pecadores y el maldito "Pueblo de la Mano Izquierda", sin probar refresco ni bebida alguna, solo agua hervida, metal molido o asquerosa porquería. Y cuando las llamas del infierno les hayan quemado toda la piel, les crecerá una nueva para que su sufrimiento no tenga fin…».

Cerró los ojos con la intensidad de sus plegarias. «Deja que muera con uno de los nombres de Dios en mis labios, garantizándome así que iré directo al Jardín del Paraíso con el

“Pueblo de la Mano Derecha”, para quedarme allí por siempre, y jamás volver a sentir hambre, jamás ver a los hermanos y hermanas de las aldeas con los vientres hinchados morir entre lamentaciones, jamás llorar por la noche por aquella horrible vida, sino encontrarse en el Paraíso: “yacer allí sobre sedosos divanes, vistiendo túnicas de seda verde, servido por una fresca juventud que te ofrezcan copas, aguamaniles y tazas de oloroso vino, con las frutas que más nos gustan y las carnes de las aves que siempre hemos anhelado. Y nuestras serán las huríes de grandes ojos oscuros, semejantes a perlas escondidas en sus conchas, por siempre jóvenes, por siempre vírgenes, entre árboles cargados de fruta, y debajo de amplias umbrías y puras aguas que fluyen incesantes, sin hacernos nunca viejos, siemp…”».

La culata del fusil le rompió la nariz por varios sitios y se hundió en la parte delantera de su cráneo, cegándole de forma permanente, dejándole para siempre anormal aunque sin matarle, antes de que se derrumbara inconsciente sobre la nieve. Su asaltante era un soldado, más o menos de su misma edad, quien cogió presuroso la carabina utilizándola para romper la cerradura de la endeble puerta y abrirla de par en par.

—¡De prisa! —musitó el asaltante sudoroso de pavor. Un instante después, el general Valik asomó, cauteloso, la cabeza. El hombre lo agarró por el brazo—. Venga, de prisa, por Dios —gruñó.

—Dios le bendiga… —dijo Valik, castañeteándole los dientes. Volvió a entrar rápido y salió de nuevo con dos grandes fajos de rials que el hombre escondió en su indumentaria de faena esfumándose con tanto sigilo como llegara. Valik vaciló un momento, mientras su corazón le latía con fuerza. Vio la carabina en la nieve, la recogió y, después de cargarla, se la colgó del hombro, después, cogió la cartera attaché, dando gracias a Dios de que los revolucionarios la hubieran registrado tan apresuradamente que no descubrieron el falso fondo, antes de meterle a empujones allí para esperar la llegada de los tribunales.

—Seguidme —susurró con tono apremiante a su familia—. Pero, por el amor de Dios, no hagáis el menor ruido. Seguidme con mucho cuidado.

Se ciñó el abrigo con fuerza y abrió la marcha a través de la nieve. Su mujer, Annoush, su hijo de ocho años, Jalal y su hija Setarem, de seis, vacilaron en el umbral de la puerta. Todos iban vestidos con indumentarias para esquiar… Annoush llevaba sobre la suya un abrigo de visón a propósito del cual los «Guardias Islámicos» la habían vejado diciéndole que aquello era la auténtica representación del salario de los pecados. «¡Consérvalo —le dijeron despreciativos—, eso es suficiente para condenarte!». Por la noche, se había sentido contenta con su calor, acurrucada en el sucio suelo del glacial cobertizo, arropando con él a los niños. «Venid, queridos míos» les habían susurrado, mientras intentaba evitar el contagiarles su terror.

El cuerpo del centinela, caído sobre la nieve y gimiendo calladamente les bloqueaba la salida.

—¿Por qué duerme en la nieve, mamá? —preguntó la chiquilla con voz tenue.

—Deja eso ahora, cariño. Démonos prisa. ¡Y ni un solo ruido!

Annoush pasó por encima de él sigilosa. La niña no pudo hacerlo y hubo de andar sobre él, tropezando y cayendo sobre la nieve. Pero no lloró ni gritó, se limitó a ponerse en pie ayudada por su hermano. Y juntos, cogidos de la mano, corrieron hacia delante.

Valik los guiaba con sumo cuidado. Cuando llegaron al hangar donde el «212» se encontraba aparcado todavía, respiró con algo más de tranquilidad.

Aquella área se encontraba muy alejada del campamento principal, al otro lado de la enorme pista de aterrizaje. Asegurándose de que no había guardias por allí, corrió hacia el helicóptero y atisbó en la cabina. Con inmenso alivio comprobó que tampoco dentro de ella dormía guardia alguno. Probó a abrir la portezuela. No estaba cerrada. La hizo deslizarse lo más silenciosamente posible e hizo seña a los demás de que se acercaran. En silencio, se reunieron con

él. Les ayudó a subir y luego lo hizo él mismo, cerrando la puerta y poniéndole el seguro. Rápidamente acomodó a los niños cubriéndoles con algunas mantas que había debajo del transportín, advirtiéndoles que no dieran a conocer su presencia pasara lo que pasase. Luego, se sentó junto a su mujer, con una manta sobre los hombros, porque tenía mucho frío y le cogió la mano Annoush que tenía las mejillas húmedas por el llanto.

—Ten paciencia, no llores. Ya no falta mucho —susurró, intentando tranquilizarla—. No tendremos que esperar mucho tiempo. Insha'Allah.

—Insha'Allah —repitió ella con voz entrecortada—, pero ¿es que todo el mundo se ha vuelto loco…? Meternos en ese sucio cobertizo como si fuéramos criminales…, ¿qué nos va a pasar…?

—Con la ayuda de Dios hemos llegado hasta aquí…, ¿por qué no habríamos de ir a Kuwait?

Llegaron allí el día anterior, poco antes de las doce de la mañana. El vuelo, desde que los recogieran en las afueras de Teherán, lo habían hecho sin incidente alguno, todos los motores silenciosos. Su leal chófer, que llevaba quince años a su servicio, regresó con el coche a Teherán, con órdenes de no comunicarle a nadie que se habían «ido a su casa en el Caspio».

—En esta fuga no confiamos en nadie —había dicho Valik a su mujer, mientras esperaban la llegada del helicóptero.

—Claro, pero deberíamos haber traído a Sharazad —le había respondido ella—. Les hubiera ayudado a ella y a Tom Lochart y, además, sería la garantía de que él nos llevase hasta el final.

—No, ella jamás se iría, ¿por qué habría de hacerlo? Con o sin Sharazad, no se puede confiar en él. Es un extranjero, no uno de los nuestros.

—Hubiera sido más prudente haberla traído a ella.

—No —había dicho él tajante, sabiendo lo que debía hacerse con Lochart.

Durante todo el vuelo desde Teherán a Isfahán, había permanecido sentado delante, junto a Lochart. Estuvieron volando a

baja altura, evitando ciudades y aeropuertos. Cuando Lochart llamó al Control de la Base Militar en Isfahán, se hizo evidente que los esperaban. La torre les había dado instrucciones sobre dónde habían de aterrizar, con la orden expresa de no volver a llamar y mantener silencio por la radio. En el helipuerto los recibió el brigadier general de las Fuerzas Aéreas Mohammad Seladi, tío de Valik, quien se había ocupado de su aterrizaje y de la provisión de combustible. El general los saludó con gesto sombrío. Como casi era la hora del almuerzo, les dijo que deberían comer en la base antes de partir.

—Pero, Mohammad, Excelencia, tenemos suficiente comida en el helicóptero —le había dicho Valik.

—Debo insistir —había contestado Seladi nervioso—. Debo insistir. Tienes que presentar tus respetos al comandante. Y hemos…, es necesario…, hum, que hablemos.

Fue por entonces cuando los Green Bands y las turbas irrumpieron en el puesto, invadiéndolo todo, detuvieron a cuantos se encontraban allí y se llevaron a Lochart a otra dependencia de la base. «¡Hijos de perros! —pensó Valik furioso—. ¡Ojalá todos ellos ardan en el infierno! En ese momento supe que deberíamos repostar y despegar de inmediato. Seladi es un loco estúpido. Todo es culpa suya…».

En el piso superior de uno de los cuarteles, a unos cuarenta metros de distancia, Tom Lochart dormía a ratos. De repente, le despertó una especie de refriega en el corredor, la puerta se abrió de par en par y la luz de una linterna lo deslumbró.

—¡Rápido! —dijo una voz en inglés americano, y dos hombres le ayudaron a ponerse en pie.

Al punto, las dos figuras, apenas vislumbradas, dieron media vuelta y echaron a correr. En menos de un segundo, Lochart se recuperó y salió tras de ellos por el corredor. Después de bajar tres tramos de escalera, se encontró al aire libre. Entonces, se detuvo junto a los otros, todos jadeantes. Apenas tuvo tiempo de ver que

los dos hombres eran oficiales, un capitán y un comandante, antes de que emprendieran una rápida carrera en la semioscuridad. El alba apuntaba por el este de los cielos. Caía una nieve ligera que les ayudaba a ocultarse y amortiguaba sus pasos.

Delante de ellos, apareció un cuerpo de guardia, con una fogata en el exterior y algunos revolucionarios soñolientos y distraídos alrededor de ella. Los tres hombres se desviaron y corrieron a lo largo de una fila de cobertizos; volvieron a desviarse, metiéndose por un callejón, cuando vieron que un camión lleno de guardias cantando daba la vuelta a la esquina y, finalmente, corrieron campo a través paralelos a la carretera que establecía el límite hasta el hangar alejado y el «212». Al socaire del hangar se detuvieron para recuperar el aliento.

—Escuche, piloto —dijo el comandante jadeando—, cuando yo dé la señal, corremos hacia el helicóptero e inmediatamente despegamos. ¿Preparados?

—¿Y qué me dice de los otros? —preguntó Lochart, sintiendo una punzada en el costado y siendo apenas capaz de hablar—. ¿Qué hay del general Valik y su fam…?

—Olvídelos —dijo el comandante, señalando con el pulgar al otro hombre—. Alí irá delante con usted y yo detrás. ¿Cuánto tiempo tardará en estar en el aire una vez que haya puesto los motores en marcha?

—El mínimo.

—Que sea menos —dijo el comandante—. ¡En marcha!

Corrieron hacia el «212», Lochart y Alí, el capitán en dirección a la carlinga. En aquel momento, Lochart vio un coche sin faros, circulando veloz a lo largo de la carretera, en dirección a ellos.

—¡Miren!

—En nombre de Dios…, dese prisa, piloto.

Lochart redobló sus esfuerzos, se instaló de un salto en el asiento del piloto, accionó los cortacircuitos, arrancó el motor y este empezó a girar. En ese mismo momento, el comandante alcanzaba la puerta

deslizante y la abrió. A punto estuvo de desmayarse cuando vio a Valik apuntarle a la cara con una carabina.

—¡Ah!, es usted, comandante. Alabado sea Dios…

—Alabado sea Dios de que usted esté aquí y pueda irse al fin, Excelencia —jadeó el comandante, dominando el pánico y subiendo cuando ya los motores hacían girar las palas, pero sin que el aparato hubiera adquirido la suficiente velocidad para elevarse en el aire—. Alabado sea Dios de que al fin pueda irse…, pero ¿dónde está el soldado?

—Solo cogió el dinero y salió corriendo.

—¿Trajo las armas?

—No, esto es todo lo que…

—¡Hijo de perra! —exclamó furioso el comandante—. En Nombre de Dios, ¡apresúreseeeee! —gritó a Lochart.

Rápido, dio media vuelta y se quedó mirando el coche que se acercaba. Y lo hacía a bastante velocidad. Le quitó la carabina a Valik, se arrodilló en el hueco de la portezuela, apuntó al conductor y apretó el gatillo. El disparo fue alto, mientras que detrás de él, Annoush y los niños lloraban aterrados. El coche se salió de la carretera intentando eludir los disparos y circuló por detrás de una serie de cobertizos, volviendo a aparecer por un instante para rodear veloz el hangar y desaparecer de nuevo.

Lochart, que se había puesto los cascos, observaba cómo subían las agujas, suplicando en silencio que lo hicieran aprisa.

—Vamos…, maldita sea —farfulló, con manos y pies preparados sobre los controles, acrecentándose el aullido de los jets. Junto a él, el capitán rezaba sin rebozo. No podía oír a Annoush, que sollozaba en la parte de atrás, ni a los aterrorizados chiquillos, que habían salido de su escondrijo para refugiarse entre las faldas de su madre… O a Valik y al comandante conminándole, furiosos, para que se apresurase.

Las agujas seguían subiendo, seguían subiendo. Ya casi estaban en el «Verde». ¡Ahora! Ya empezaba a elevar la palanca con la mano izquierda cuando el coche salió embalado del hangar y se dirigió a

ellos de frente para detenerse a unos quince metros. Cinco hombres se apearon de él precipitadamente y uno de ellos se dirigió directo a la carlinga y apuntó a su cabeza con un fusil automático. Los otros cuatro se acercaron a la cabina. Ya se encontraba casi en el aire pero sabía que era hombre muerto si ascendía esos centímetros extra y vio al hombre hacerle furiosas señas para que se detuviera. Obedeció, y luego se volvió hacia la cabina. Los otros hombres estaban subiendo a ella. Todos eran oficiales. Valik y el comandante les besaron y ellos les devolvieron el saludo. Luego, a través de sus cascos oyó:

—Póngase en marcha, rápido.

Sintió un golpe en las costillas. Era Alí, el capitán, sentado junto a él.

—¡Póngase en marcha! —repitió Alí con su inglés americanizado y alzó los pulgares al hombre que estaba fuera sin dejar de apuntarles. Este se precipitó a la portezuela y, una vez arriba, la cerró de golpe.

—¡Maldición, dese prisa! ¡Mire allí!

Señalaba hacia el otro extremo de la pista. Nuevos coches se dirigían hacia ellos. Destellos de fuego de metralleta de alguien que se asomaba por una de las ventanillas. En cuestión de segundos, Lochart estuvo en el aire, todos sus sentidos concentrados en la huida.

Detrás de él, algunos oficiales lanzaban vítores, sujetándose mientras el aparato hacía una maniobra evasiva, y ocupaban luego los asientos. La mayoría eran coroneles. Algunos parecían sobresaltados, en particular el general Seladi, sentado entre Valik y el comandante.

—No estaba seguro de que fuera usted, General Excelencia —le estaba diciendo el comandante—, y disparé alto, solo a modo de advertencia. Alabado sea Dios de que el plan haya funcionado tan bien.

—¡Pero iban a irse! ¡Iban a dejarnos! Ustedes…

—De ninguna manera, Excelencia tío —le interrumpió Valik con tono untuoso—. Era el piloto británico. Empezaba a dominarle el pánico y no quería esperar. Estos británicos…, no tienen cojones. Pero dejémosle —añadió—. Estamos armados, tenemos comida y nos hallamos a salvo. ¡Alabado sea Dios! Y aún más alabanza por haber tenido tiempo de trazar un plan. «Sí —se dijo—, de no haber sido por mí por mi dinero, todos vosotros estaríais muertos…, dinero para sobornar al hombre que nos liberó a nosotros, y a ti, y al comandante y al capitán para liberar a Lochart al que todavía necesito por algún tiempo».

—Si nos hubiéramos quedado abajo, nos hubiesen matado —dijo el general Seladi, realmente furioso. El rostro se le había puesto púrpura—. ¡Dios maldiga a ese piloto y lo envíe al infierno! ¿Por qué perdiste el tiempo liberándole? Alí puede volar con un «212».

—Sí. Pero Lochart tiene más experiencia y lo necesitamos para que nos haga pasar por el laberinto.

Valik sonrió animando a Annoush que se encontraba al otro lado del pasillo, frente a él, con la temblorosa niña en sus brazos y su hijo, sentado en el suelo, medio dormido, y la cabeza apoyada en su falda. Ella le sonrió a su vez, débilmente, cambiando el peso de la chiquilla, para amortiguar los dolores que sentía. Valik alargó el brazo y acarició la mano de ella, luego, se acomodó en su asiento y cerró los ojos, muy cansado pero también absolutamente satisfecho. «Eres un hombre extremadamente listo», pensó. En lo más recóndito de su ser sabía que sin la estratagema de pretender ante McIver que la SAVAK iba a detenerle y, en particular a su familia, ni este ni Lochart les hubieran ayudado a fugarse. «Los tengo perfectamente calados, al igual que a Gavallan. ¡Son unos locos!», se dijo despreciativo.

«En cuanto a ti, Seladi, mi estúpido y rapaz tío, que garantizaste que podríamos repostar seguros en Isfahán, protesta incumplida por tu parte, a cambio de un viaje seguro para ti y once de tus amigos, eres el peor de todos: un traidor. De no haber tenido yo un informador de alta categoría en el cuartel general del Estado Mayor,

jamás me habría enterado a tiempo para poder huir de la gran traición de los generales y nos hubiesen cogido en Teherán como a moscas en un tarro de miel. Todavía es posible que los leales continúen en el poder, que la batalla no esté perdida aún, mas, entretanto, mi familia y yo seremos testigos de los acontecimientos desde Inglaterra, St. Moritz o Nueva York».

Se dejó llevar por el excitante y maravilloso poder de los jets que los conducían a la seguridad, a una casa en Londres, una casa de campo en Surrey, otra en California y a las cuentas corrientes en Suiza y las Bahamas. «Ah, sí —se dijo feliz—, esto me recuerda nuestra cuenta conjunta de "S-G", bloqueada en las Bahamas, otros cuatro millones de dólares que nos harán más ricos todavía…, hasta que podamos regresar, y que ahora resultará muy fácil arrebatar de las mugrientas zarpas de Gavallan. Más que suficiente para mantenernos a salvo a mí y a mi familia, pase lo que sea aquí…, hasta que volvamos. Aunque Jomeini gane, no vivirá por siempre, ¡maldígales Dios! Podremos volver a casa, Irán retornará pronto a la normalidad. Entretanto, tenemos cuanto necesitamos».

Sus oídos captaron los incesantes murmullos de Seladi respecto a Lochart y el peligro que había corrido de que casi le dejaran en tierra.

—Cálmese, Excelencia —dijo cogiéndole del brazo y tranquilizándole, mientras pensaba: «tú y tus perros falderos aún tenéis cierto valor, temporal, claro. Tal vez como rehenes, quizá como cebo…, ¿quién sabe? Ninguno pertenece a la familia salvo tú y nos has traicionado»—. Tranquilícese, mi reverenciado tío. Con la ayuda de Dios, el piloto recibirá su merecido.

«Sí, Lochart no se sintió embargado por el pánico. Tuvo que esperar mi orden. Pánico repugnante».

Valik cerró los ojos y se quedó dormido, muy satisfecho consigo mismo.

XXIII

EN LA REFINERÍA «IRAN-TODA», BANDAR DELAM: 12.04 DEL MEDIODÍA. Scragger silbaba monótono mientras bombeaba a mano el combustible en los principales tanques desde los grandes barriles alineados junto al recién lavado «206», que lanzaba destellos bajo el sol. Cerca se encontraba un joven Green Band, en cuclillas a la sombra, apoyado en su «M16» y medio dormido.

El sol era cálido y una ligera brisa contribuía a hacer el día agradable, aliviando algo la constante humedad propia de la costa. Scragger llevaba una indumentaria ligera, camisa blanca con trabillas de capitán, pantalones y zapatos negros de verano, las inevitables gafas oscuras y gorra de visera.

Los tanques rebosaban.

—Esto ya está, hijo —dijo al japonés que le habían asignado para que le ayudara.

—*Hai, Anjin-san*. Sí, señor Piloto —contestó el hombre.

Al igual que todos los empleados de la refinería llevaba guantes y vestía un mono blanco, impecable, con el nombre de «Iran-Toda Industries» grabado en la espalda y sobre él, cortésmente encima las mismas palabras en farsi. Y debajo, su traducción en caracteres japoneses.

—*Hai*, ya está —dijo Scragger utilizando una de las palabras que oyera decir a Kasigi el día anterior en ruta desde Lengeh—. Y ahora, nuestros tanques de largo alcance, y por último, llenaremos los de repuesto. —Para el viaje que De Plessey, magnánimo, había autorizado para el domingo por la noche, como celebración de su victoria frente a los saboteadores, Scragger había retirado el asiento

trasero, y amarrado en su lugar dos tambores de ciento cincuenta litros—. Por si acaso, Mr. Kasigi, los he conectado a los tanques principales. Podemos utilizar una bomba manual e incluso repostar en el aire en caso de necesidad…, si usted hace el bombeo. Así que no tendremos que tomar tierra para ello. Nunca puede predecirse el tiempo en el Golfo, siempre hay tempestades repentinas, turbulencias, niebla… los vientos suelen jugar malas pasadas. Nuestra mejor baza es permanecer algo apartados de la costa.

—¿Y el Mandíbulas?

Scragger rio con él.

—¿El viejo pez martillo de Kharg? Con algo de suerte, podríamos verlos…, si es que llegamos tan lejos y no tenemos que desviarnos.

—¿Siguen sin llamar del radar Kish?

—Nada. Pero no importa. Nos han dado paso a Bandar Delam. ¿Está seguro de poder facilitarme combustible en su fábrica?

—Sí, tenemos tanques almacenados, capitán. Helipuerto, hangar y taller de reparaciones. Todo ello fue lo primero que construimos…, teníamos un contrato con «Guerney».

—Sí sí, ya estoy enterado, pero abandonaron, ¿no es así?

—Sí, lo hicieron hace una semana, más o menos. Puede que su compañía estuviese dispuesta a aceptar el contrato. Acaso pudieran ponerle a usted al frente… Tenemos trabajo para tres «212» y tal vez para dos «206» de manera constante, mientras estemos construyendo.

Scragger rio entre dientes.

—Eso haría tan felices al viejo Andy y a Gay como gatos en un barril lleno de arenques y pearse a Dirty Dunc.

—¿Cómo dice?

Scragger intentó explicarle la broma sobre McIver. Mas cuando hubo terminado, Kasigi no rio.

—¡Ah!, ahora comprendo —se limitó a decir.

«Son una extraña gente», pensó Scragger.

Cuando hubo terminado de repostar, hizo otra revisión en tierra: motor, rotores, estructura del aparato, a pesar de que no tenía

intención de salir ese mismo día. De Plessey le había pedido que esperara a Kasigi, que lo llevara adonde necesitase ir y que lo devolviera a Lengeh el jueves. El «206» se hallaba en perfectas condiciones. Satisfecho, miró la hora.

—Hora de rancho, *hai?* —dijo frotándose el estómago.

—*Hai!*

Su ayudante sonrió, señalando hacia el pequeño camión que se encontraba allí cerca y luego al edificio principal de oficinas de cuatro plantas enclavado a unos doscientos metros, donde estaban los despachos de los ejecutivos.

Scragger negó con la cabeza.

—Caminaré —dijo y movió los dedos índices y corazón simulando dos piernas, por lo que el joven japonés, después de hacerle una leve reverencia, subió al camión y se alejó. Scragger permaneció allí en pie un momento, observando y siendo observado a su vez por el guardia. Ya que el camión se había marchado y los tanques estaban cerrados, podía oler la mar y los desperdicios putrefactos de la playa cercana. La marea bajaría pronto… En el Golfo solo había una marea diaria, igual que en el Mar Rojo, porque tenía poca profundidad y estaba prácticamente cercado por la tierra salvo por el angosto estrecho de Ormuz.

A Scragger le gustaba el olor marino. Había crecido en Sidney, siempre frente al océano. Después de la guerra se había instalado allí de nuevo. «Al menos —se recordó a sí mismo—, estuve allí entre un trabajo y otro; la mujer y los chicos se quedaron y, más o menos, siguen allí». Su hijo y sus dos hijas estaban casados ya y tenían hijos propios. Siempre que volvía de permiso a casa, una vez al año, los veía. Mantenían unas relaciones cordiales aunque lejanas.

En los primeros años, su mujer y sus hijos habían ido a instalarse al Golfo. Al cabo de un mes regresaron a casa, en Sidney.

—Estaremos en Bondi, Scrag —le había dicho ella—. No más lugares extranjeros para mí.

Durante uno de sus contratos por dos años en Kuwait, ella había conocido a otro hombre. Y cuando finalmente regresó Scragger, ella

le dijo:

—Creo que vamos a divorciarnos, muchacho. Es lo mejor para los chicos…, y también para ti y para mí.

De manera que así lo hicieron. Su nuevo marido vivió algunos años y luego murió. De manera que Scragger y ella retornaron a su antiguo estilo de amistad… «La verdad es que nunca lo abandonamos —se dijo—. Es una excelente persona, los chicos son felices y yo vuelo». Seguía enviándole dinero mensualmente. Ella siempre le aseguraba que no lo necesitaba.

—Entonces, ingrésalo en la cartilla de ahorros por si llegan tiempos difíciles, Nell —le repetía él siempre. Hasta el momento, aunque más le valía tocar madera, no habían tenido tiempos difíciles ni ella, ni los chicos ni los hijos de estos.

La madera más próxima a él era la culata del rifle que el revolucionario tenía sobre las rodillas. Desde la sombra, el hombre lo miraba con malevolencia. «Tú no vas a estropearme el día, inmundo bastardo», pensó, y le sonrió de oreja a oreja, luego, dando media vuelta, se desperezó y miró en derredor suyo.

«Este es un gran emplazamiento para una refinería —se dijo—. Lo bastante cerca de Abadán y de los principales oleoductos que comunicaban los campos petrolíferos del Norte y del Sur…, y una gran idea el intento de utilizar todo el gas que se quema, billones de toneladas en todo el mundo. Pensándolo bien, es un despilfarro criminal».

La refinería se hallaba enclavada sobre un promontorio, con su propia instalación de muelles de dragado que se internaban en el Golfo hasta cuatrocientos metros de distancia, y que, según Kasigi le dijera, sería capaz de servir a dos superpetroleros al mismo tiempo, cualquiera que fuese su tamaño. Alrededor de los helipuertos se extendían hectáreas de terreno con complejas fábricas de primera categoría y edificios, todos ellos conectados entre sí al parecer merced a kilómetros de tuberías de acero y plásticos de todos los tamaños; un laberinto de ellas con espitas y válvulas inmensas, estaciones de bombeo y, por doquier, cráteres y excavadoras, con

grandes montones de todo tipo de materiales de construcción, montañas de cemento y arena, y, desperdigada por allí, malla reforzada de acero —junto con limpios vertederos del tamaño de campos de fútbol, jaulas y contenedores protegidos con lonas plásticas— y calles a medio terminar, cimientos, muelles y excavaciones. Pero casi no se veía a nada ni a nadie activos, ni hombres ni máquinas.

Cuando tomaron tierra, fueron recibidos por un comité de bienvenida, reunido apresuradamente, de veinte o treinta japoneses en el helipuerto, junto con casi un centenar de trabajadores iraníes y «Guardias Islámicos» armados, algunos ostentando brazaletes IPLO, los primeros que Scragger viera en su vida. Al cabo de muchas voces, amenazas y de examen de sus documentos y de la autorización pendiente del radar Kish, el portavoz les había informado que los dos podían quedarse, pero que ninguno podría irse o llevarse el helicóptero sin permiso del comité.

De camino hacia el edificio de oficinas, el ingeniero jefe Watanabe, que sabía hablar inglés, les explicó que, a todos los efectos, el comité de huelga había tomado posesión del lugar desde hacía casi dos meses. Durante ese tiempo, no se hizo prácticamente progreso alguno y todos los trabajos estaban suspendidos.

—Ni siquiera nos han permitido el mantenimiento de nuestro equipo. —Era un hombre de cabello gris, en la sesentena, de rasgos enérgicos y aspecto duro con grandes y fuertes manos de trabajador. Encendió otro cigarrillo con el que tenía a medio fumar.

—¿Y su radio?

—Hace seis días cerraron la sala de radio con llave, prohibieron su uso y se llevaron la llave. Llevamos semanas con los teléfonos fuera de servicio y el télex hace una semana o más. El personal japonés aún lo forman unas mil personas, desde luego, nunca se ha permitido la estancia de familiares aquí, el suministro de artículos alimenticios es muy escaso, y hace seis semanas que no recibimos correo alguno. No podemos irnos, y tampoco trabajar. Prácticamente, nos encontramos prisioneros y nada podemos hacer

sin exponernos, desde luego, a muy grandes dificultades. Sin embargo, estamos vivos al menos para proteger lo que hemos hecho y esperar, con paciencia, que se nos permita continuar. Y, desde luego, nos sentimos muy honrados en verle, Kasigi-san y a usted también, capitán.

Scragger los había dejado enfrascados en sus asuntos, sintiendo la tensión existente entre los dos hombres por mucho que ellos habían intentado disimularla. Por la noche había tomado una cena ligera, como siempre permitiéndose una cerveza japonesa helada.

—Por todos los diablos, no es tan buena como la «Foster».

Seguidamente, y luego de hacer sus once minutos de ejercicios de las Fuerzas Aéreas Canadienses, se fue a la cama.

Poco antes de la medianoche, cuando aún estaba leyendo, sonaron en su puerta unos suaves golpecitos y Kasigi entró, presa de gran excitación, pidiéndole excusas por molestarle, pero creía que Scragger debería saber de inmediato lo que acababan de oír. A través de una emisora en Teherán, un portavoz de Jomeini había dicho que todas las Fuerzas Armadas se habían puesto a las órdenes de este, que el Primer Ministro Bajtiar había dimitido, que Irán se encontraba ya totalmente libre del yugo del Sha, que por deseo personal de Jomeini toda lucha debería cesar, se suspenderían todas las huelgas, comenzaría de nuevo la producción de petróleo, se abrirían los bazares y tiendas, todos los hombres devolverían las armas y se reincorporarían al trabajo y, lo que era más esencial, todos deberían dar gracias a Dios por concederles la victoria.

Kasigi desbordaba de alegría.

—Ahora podremos empezar de nuevo. Gracias a todos los dioses, ¿eh? Las cosas volverán a la normalidad.

Una vez que Kasigi se hubo ido, Scragger permaneció allí tumbado, con la luz encendida, barajando sin cesar en su mente las posibilidades de lo que pudiera ocurrir a partir de ese momento. «Es asombroso lo rápidamente que ha ocurrido todo —se dijo—. Yo habría apostado cualquier cosa a que el Sha jamás sería derrocado y

aún habría apostado mucho más a que Jomeini nunca sería autorizado a volver y hubiera envidado mi resto a un golpe militar».

Apagó la luz.

—Así aprenderás, Scrag, muchacho.

Por la mañana se despertó temprano, aceptó el té verde japonés en lugar del que habitualmente bebía en el desayuno, té indio, muy fuerte y siempre con leche condensada, y se fue a revisar, limpiar y repostar. Ahora ya, con todo en orden, se sentía realmente hambriento. Dirigió un breve saludo al guardia, que no le hizo el menor caso, y se encaminó hacia el edificio de cuatro plantas de oficinas.

Kasigi estaba en pie junto a una de las ventanas, en el ático donde se encontraban los despachos de los ejecutivos. Se hallaba en la sala de juntas, una espaciosa habitación de chaflán, con una mesa enorme y sillas para veinte personas. Había estado contemplando el «206» y a Scragger con aire ausente, su cabeza era un auténtico maremágnum de ideas y se esforzaba al máximo por dominar su ira. Desde muy temprano había estado revisando presupuestos de costos, informes, cuentas pendientes de cobro, proyectos de trabajo y así sucesivamente, todo ello con idéntico resultado. Para empezar la producción se necesitaría al menos, otros mil millones de dólares y otro período de un año. Aquella era la segunda vez que visitaba la refinería, ya que esta no pertenecía a la esfera de su responsabilidad aunque él fuese director y miembro del Comité Ejecutivo de la Presidencia, el más alto escalón de su conglomerado en la adopción de decisiones.

Detrás de él, Watanabe, el ingeniero jefe, se encontraba sentado, solo, ante la gran mesa, armado de paciencia y fumando un cigarrillo tras otro. Había estado al frente de aquello durante los dos últimos años, y como subdirector desde que se iniciara el proyecto en el setenta y uno. Un hombre con gran experiencia. El ingeniero jefe anterior había muerto allí, al pie del cañón, de un ataque al corazón.

«No es de extrañar —pensaba Kasigi furioso—. Hacía dos años, tal vez cuatro, que debió resultarle evidente que nuestro presupuesto máximo absoluto de tres mil quinientos millones de dólares resultaría inadecuado, ya por entonces se excedían en mucho de los presupuestos y las fechas de entrega eran irreales por completo».

—¿Por qué no nos informó el ingeniero jefe Kasusaka? ¿Por qué no hizo un informe especial?

—Lo hizo, Kasigi-san —dijo Watanabe con cortesía—, pero, de acuerdo con la dirección de los Acuerdos Base de la empresa conjunta, todos los informes deben canalizarse a través de aquellos de nuestros socios designados por el Tribunal. Es un sistema iraní… Se considera que es una empresa conjunta, al cincuenta por ciento, con responsabilidades compartidas, pero los iraníes logran, de forma gradual, manipular las reuniones, los contratos y las cláusulas, poniendo como excusa, por lo general, al tribunal o al Sha, hasta obtener de facto el control y entonces…

Se encogió de hombros.

—No tiene idea de lo listos que son…, peores que un mercader chino, mucho peores. Se muestran de acuerdo en comprar el animal entero, mas no cumplen el trato y tan solo se llevan el filete dejándole a uno con la osamenta. —Apagó el cigarrillo a medio fumar y encendió otro—. Hubo una reunión de toda la junta de socios con Gyokotomo-sama…, el propio Yoshi Gyokotomo, presidente del Sindicato…, aquí, en esta oficina, poco antes de que el ingeniero jefe Kasusaka-san muriera. Yo estuve presente. Kasusaka-san advirtió a todos que los retrasos y el hostigamiento, yo diría mejor presiones, burocráticos de los iraníes retrasarían las fechas de producción y eso redundaría en un gran incremento de los precios de costo. Yo estaba aquí. Lo escuché con mis propios oídos pero fue invadido por los socios iraníes quienes dijeron al presidente que todo se organizaría de nuevo, que Kasusaka-san no entendía al Irán ni cómo se hacían las cosas aquí. —Watanabe estudiaba atentamente la punta de su cigarrillo—. Kasusaka-san incluso llegó a

repetir lo mismo, a Gyokotomo-sama en privado, le rogó que anduviese con tiento y le entregó un informe por escrito perfectamente detallado.

A Kasigi se le ensombreció el rostro.

—¿Estuvo usted presente en esa reunión?

—No…, pero él me comunicó lo que habían hablado: parece ser que Gyokotomo-sama aceptó el informe y le dijo que él mismo lo haría llegar al más alto nivel en Teherán, y también en casa, en Japón. Pero no pasó nada, Kasigi-san. Nada.

—¿Dónde está la copia de ese informe?

—No hay copia. Al día siguiente, antes de salir para Teherán, Gyokotomo ordenó que todas fueran destruidas —respondió el hombre mayor que volvió a encogerse de hombros—. El trabajo del ingeniero jefe Kasusaka, así como el mío propio, se limita a construir la refinería, cualesquiera que sean los problemas, y a no interferir en el trabajo del Sindicato. —Watanabe encendió un nuevo cigarrillo con el otro fumado a medias, aspiró profundamente, y apagó el primero con suma delicadeza, aunque hubiese querido aplastarlo con fuerza como también el cenicero, la mesa de despacho, el edificio y toda la fábrica…, junto con ese intruso de Kasigi que se atrevía a interrogarle a él, alguien que no sabía nada, que jamás había trabajado en Irán y que el cargo que desempeñaba en la compañía se lo debía a ser pariente de los Toda—. A diferencia del ingeniero jefe Kasusaka —añadió con, ¡oh!, extremada amabilidad—, yo he conservado a lo largo de los años copias de mis informes mensuales.

—*So ka?* —preguntó Kasigi, mientras intentaba aparentar una gran flema.

—Sí —repuso Watanabe. «Y copias de las copias guardadas en un lugar muy seguro», dijo para sí, inexorable, en lo más recóndito de su corazón, al tiempo que sacaba un abultado expediente de la cartera y lo dejaba sobre la mesa. «Por si acaso intentaras cargarme la responsabilidad de los fracasos», añadió también para sus adentros—. Puede leerlos si lo desea.

—Gracias —Kasigi, con un gran esfuerzo, resistió la tentación de hacerse inmediatamente con el expediente.

Watanabe se frotó el rostro con aire de cansancio. Había pasado la mayor parte de la noche preparándose para aquella reunión.

—Ahora que ya hemos vuelto a la normalidad, los trabajos progresarán con rapidez. Estamos al completo en un ochenta por ciento. Confío en que podamos terminarlo con la planificación adecuada…, todo figura en mis informes, incluida la cuestión de la reunión de Kasusaka con los socios y luego con Gyokotomo-sama.

—¿Qué sugiere como solución global para «Iran-Toda»?

—No la hay mientras no volvamos a la normalidad.

—Ya lo estamos. Habrá escuchado la radio.

—La he oído, Kasigi-san, pero normalidad, para mí, significa cuando el Gobierno Bazargan tenga el control absoluto.

—Eso ocurrirá dentro de unos días. ¿Su solución?

—Muy sencilla: encuentren nuevos socios con quienes cooperar, obtengan la financiación que necesitamos y en un año, en menos de un año, estaremos produciendo.

—¿Pueden cambiarse los socios?

La voz de Watanabe se volvió tan cortante como lo parecían sus delgados labios.

—Los antiguos habían sido nombrados o recibido el beneplácito de la Corte y, por lo tanto, hombres del Sha y ahora, en consecuencia, son sospechosos o enemigos. Desde que Jomeini volvió, no hemos visto a uno solo de ellos ni sabido nada. Hemos oído rumores de que todos han huido, pero… —Watanabe encogió sus inmensos hombros—. No tengo forma de comprobarlo sin télex, teléfono o transporte. Y dudo mucho que la actitud de los nuevos «socios» pueda ser diferente.

Kasigi hizo un gesto de asentimiento y miró por la ventana sin ver nada. «Resultaba muy fácil culpar a los iraníes, a los muertos, a las reuniones secretas y a los informes destruidos. El presidente Yoshi Gyokotomo jamás había mencionado reunión alguna con Kasusaka ni hablado de informes por escrito. ¿Por qué Gyokotomo

habría de ocultar un informe tan vital? Es ridículo, tanto él como su compañía corren el mismo riesgo que nosotros. ¿Por qué?». Si Watanabe estaba diciendo la verdad, y lo probaba con sus propios informes, ¿por qué…?

Entonces, tan solo por un instante, que Watanabe se diera cuenta, a Kasigi se le descompuso el rostro, cuando dio con la respuesta: «¡porque el inmenso desfase en los presupuestos y el fracaso de la gerencia del complejo "Iran-Toda", añadido a la desastrosa crisis del mundo naviero, hundiría a "Toda Shipping Industries", hundiría al propio Hiro y nos dejaría a merced de ellos! ¿A merced de quiénes? De Yoshi Gyokotomo, por supuesto. Naturalmente, a merced de ese advenedizo de origen campesino que siempre nos ha odiado a nosotros por ser de alta cuna, descendientes de samuráis desde los tiempos más remotos…».

Llegado a ese punto, Kasigi sintió la cabeza a punto de explotarle.

Por supuesto a merced de Yoshi Gyokotomo aunque ayudado, y con la complicidad, también por supuesto, de sus astutos rivales de «Mitsuwari Industries». Claro que Gyokotomo perdería una fortuna, «pero pueden soportar su cuota de pérdidas mientras untan las manos adecuadas; sugiriendo que absorberían conjuntamente las pérdidas de "Toda", la desmembrarían y, con la benevolencia de "Mitsuwari" la pondrían bajo una gerencia adecuada». Con los Toda se hundirían sus familiares: los Kasigi y los Kayama. «Más me valdría estar muerto».

Oh ko!

«Y ahora, yo debo dar las terribles noticias. Los informes de Watanabe no servirán para demostrar nada, ya que, naturalmente, Gyokotomo lo negará todo, y, de paso, me perjudicará a mí por intentar acusarle y vociferará a pleno pulmón que los informes de Watanabe demuestran, de forma concluyente, la desastrosa administración de "Toda" en el transcurso de los años. Así que, como quiera que sea, me encuentro en dificultades. ¡Acaso la intención de

Hiro fuera la de colocarme en el medio de este desbarajuste! Tal vez quiera remplazarme por uno de sus hermanos o sobrinos».

En aquel momento, dieron con los nudillos en la puerta que inmediatamente se abrió de par en par. El joven ayudante de Watanabe, muy perturbado, entró precipitadamente, excusándose con profusión por molestarles.

—Ah, lo siento tantísimo Watanabe-san, ah, sí lo siento.

—¿Qué pasa? —preguntó Watanabe haciéndole detenerse en seco.

—Está llegando un comité muy numeroso, Watanabe-san, Kasigi-sama. ¡Miren!

El joven, blanco como el papel, señalaba a las otras ventanas que había frente al edificio.

Kasigi fue el primero en acercarse. Delante de la puerta principal había un camión atestado de revolucionarios, seguido de otros camiones y coches. De ellos saltaron hombres que fueron reagrupándose al azar.

Scragger se estaba acercando y le vieron detenerse, luego siguió avanzando hacia la puerta principal, pero le hicieron señas de que se alejara, al llegar a un gran «Mercedes». De la parte posterior se apeó un hombre recio, con túnica y turbante negros y barba blanca, acompañado de otro mucho más joven, con bigote, indumentaria ligera y una camisa abierta. Los dos llevaban gafas. Watanabe aspiró con fuerza.

—¿Quiénes son? —preguntó Kasigi.

—No lo sé, pero un ayatolá significa dificultades. Los mulás llevan turbantes blancos, los ayatolás los llevan negros.

Rodeados por media docena de guardias, los dos hombres entraron en el edificio.

—Condúzcalos aquí, Takeo, con toda ceremonia.

El joven salió corriendo.

—Solo hemos recibido la visita de un ayatolá el año pasado, poco después del incendio de Abadán. Convocó a todo nuestro personal iraní a una reunión, les estuvo hablando durante tres minutos y

luego, en el nombre de Jomeini, les ordenó que fueran a la huelga —sus rasgos se petrificaron, era como si llevase una máscara—. Ese fue el comienzo de nuestras dificultades aquí… Desde entonces, nosotros hemos seguido adelante lo mejor que hemos podido.

—¿Y ahora, qué? —preguntó Kasigi.

Watanabe se encogió de hombros, se acercó a un escritorio, cogió una fotografía enmarcada de Jomeini que Kasigi no había visto y la colgó en la pared.

—Por amor de la cortesía —dijo con una sonrisa sardónica—. ¿Debemos sentarnos? Esperan de nosotros una actitud oficial. Por favor, ocupe la cabecera de la mesa.

—No Watanabe-san. Por favor, usted está al frente de esto. Yo no soy más que un visitante.

—Como usted ordene. —Watanabe ocupó su asiento habitual, de cara a la puerta.

Kasigi rompió el silencio.

—¿Qué es eso del incendio de Abadán?

—Ah, lo siento —respondió Watanabe en tono de excusa aunque, en realidad, le irritaba mucho que Kasigi no estuviese al corriente de un acontecimiento tan importante—. Fue en agosto pasado, durante su mes santo del Ramadán, cuando ningún Creyente puede comer o beber nada desde que el sol sale hasta que se pone, lo que no contribuye a su buen humor. Por entonces, solo había una protesta muy reducida contra el Sha, centrada en su mayor parte en Teherán y Qom, aunque todavía no era nada serio y la Policía y la SAVAK dominaban los disturbios con facilidad. El quince de agosto, unos incendiarios prendieron fuego a un cinematógrafo, el «Rex Cinema», en Abadán. «Resultó» que todas las puertas estaban cerradas o atascadas. «Resultó» que Bomberos y Policía fueron muy lentos en acudir y, debido al pánico, murieron casi quinientas personas, en su mayoría mujeres y niños.

—Realmente terrible.

—Sí. La nación entera se sintió conmocionada. Al punto se culpó a la SAVAK y, en consecuencia, al Sha, este acusó a los izquierdistas

y juró que ni la Policía ni la SAVAK habían tenido nada que ver con ello. Naturalmente, hizo que se comenzara una investigación, la cual se prolongó durante semanas. Por desgracia, el interrogante sobre las responsabilidades quedó sin respuesta. —Watanabe prestaba oído atento al ruido de pisadas—. Ese fue el chispazo que contribuyó a unir a las diversas facciones contrarios bajo Jomeini, y el que derribó a los Pahlevi de su trono.

—¿Quién cree usted que prendió fuego a la sala de cine? —preguntó Kasigi al cabo de una pausa.

—¿Quién quería destruir a los Pahlevi? ¡Resulta tan fácil gritar SAVAK! —Watanabe oyó detenerse el ascensor—. ¿Qué son quinientas mujeres y niños para un fanático…, cualquiera que sean sus ideas?

El ayudante Takeo abrió la puerta. El ayatolá y los civiles entraron dándose importancia, rodeados de seis hombres armados. Watanabe y Kasigi se levantaron cortésmente e hicieron una reverencia.

—Bienvenidos —dijo Watanabe en japonés, a pesar de que hablaba muy bien farsi—. Soy Naga Watanabe, al frente de todo esto. Les presento a Mr. Kasigi, de nuestra casa central en Japón. Por favor, ¿a quién tengo el placer de dirigirme?

Takeo, que hablaba farsi a la perfección, empezó a traducir pero el civil, que ya se había sentado, lo interrumpió tajante.

—*Vous parlez français?* —preguntó a Watanabe con malos modos.

—*Iye*. No —respondió Watanabe en japonés.

—*Bien sûr, m'sieur* —dijo vacilante Kasigi, ya que su francés era mediocre—. *Je parle un peu, mais je parle anglais mieux, et M'sieur Watanabe aussi*.

—Muy bien —dijo el hombre con tono cortante en un inglés, con acento de París—. Entonces, hablaré en inglés. Soy Muzadeh, delegado del Primer Ministro Bazargan para toda el área de Abadán y…

—Pero Bazargan no dicta leyes, es el Imán quien lo hace —le interrumpió sin ambages el ayatolá—. El Imán nombró

temporalmente a Bazargan Primer Ministro hasta que, con la ayuda de Dios, quede constituido nuestro Estado islámico. —Era un hombre que rondaba los setenta, carilleno, con unas cejas tan blancas como la barba, meticulosa su túnica negra—. Bajo el liderato del Imán —añadió incisivo.

—Sí, por supuesto —dijo Muzadeh, para seguir hablando como si no hubiera habido interrupción alguna—, y les informo de manera oficial que ahora «Iran-Toda» queda bajo nuestro directo control. Dentro de tres días habrá una reunión, para organizar controles y futuras operaciones. Quedan anulados todos los contratos anteriores establecidos bajo el Sha y, por tanto, ilegales. Nombraré una nueva junta de control, conmigo como presidente, los representantes de los trabajadores, un trabajador japonés y usted. Usted ha…

—Y yo, y un mulá de Bandar Delam —intervino el ayatolá, mirándole desafiante.

Muzadeh, irritado, empezó a hablar en farsi.

—Más tarde podremos discutir la formación del comité —dijo en tono cortante—. Lo importante es hacer que los trabajadores estén representados.

—Lo importante es hacer el «Trabajo de Dios».

—En este caso el «Trabajo del Pueblo» y el «Trabajo de Dios» es el mismo.

—No si el «Trabajo del Pueblo» es una tapadera para disimular el «Trabajo de Satanás».

Los seis guardias iraníes se agitaban nerviosos. De manera inconsciente, habían formado dos grupos, uno de cuatro y otro de dos. En medio del silencio, sus ojos pasaban de uno a otro de los hombres sentados a la mesa. Uno de los guardias quitó, con calma, el seguro de su arma.

—¿Decía usted? —preguntó Watanabe apresuradamente y estuvo a punto de añadir *Banzai* con alivio, al ver que todos dirigían de nuevo su atención a él—. ¿Desea constituir un nuevo comité?

—Sí. —Haciendo un gran esfuerzo, Muzadeh apartó la vista del ayatolá—. Tendrá preparados todos los libros para nuestro examen y

usted será el responsable de cualquier…, de cualquier problema, pasado o futuro, o de delitos contra Irán, pasados o futuros.

—Hemos sido socios de una empresa conjunta con el Gobierno de Irán desde el com…

—Con el Sha, no con el pueblo iraní —le cortó Muzadeh en seco.

Detrás de él, los guardias, todos muy jóvenes, algunos casi adolescentes y otros apenas apuntándoles la barba, empezaron a murmurar.

—Es cierto, Mr. Muzadeh —repuso Watanabe, sin mostrar temor alguno. Durante los últimos meses había pasado muchas veces por ese mismo tipo de enfrentamientos—. Pero nosotros somos japoneses. «Iran-Toda» está siendo construida por técnicos japoneses, con la máxima ayuda de auxiliares y trabajadores iraníes, y está siendo financiada en su totalidad por dinero japonés.

—Eso no tiene nad…

—Sí, lo sabemos —intervino el ayatolá en voz muy alta aunque agradable, prescindiendo del otro—. Sabemos eso y son bienvenidos a Irán. También sabemos que los japoneses no son infames como los americanos, ni insidiosos como los británicos y, aunque tengan la desgracia de no ser musulmanes, y sus ojos todavía no se hayan abierto a Alá, les damos la bienvenida. Pero ahora, ahora que con la ayuda de Dios hemos tomado de nuevo posesión de nuestro país, ahora tenemos que hacer…, tenemos que conseguir nuevos acuerdos para futuras operaciones. Nuestra gente se quedará aquí, haciendo preguntas. Por favor, cooperen con ellos…, ustedes no tienen nada que temer. Y recuerde. Deseamos tanto como ustedes que la fábrica quede terminada y empiece a funcionar. Mi nombre es Ishmael Ahwazi, y soy ayatolá de esta área. —Se puso en pie con tal brusquedad que hizo sobresaltarse a algunos de los hombres—. Volveremos el cuarto día a partir de ahora.

—Hay otras órdenes para estos extranj… —dijo acalorado Muzadeh en farsi.

Pero el ayatolá ya había salido de la sala. Muzadeh se levantó desdeñoso, y salió a su vez seguido de sus hombres.

Una vez que se encontraron completamente solos, Kasigi se permitió sacar un pañuelo y enjugarse la frente. El joven Takeo se había quedado petrificado. Watanabe se registró los bolsillos en busca de cigarrillos pero la cajetilla que sacó estaba vacía. La estrujó. Takeo, volviendo a la vida, corrió presuroso hasta un cajón y sacó un nuevo paquete, lo abrió y se lo ofreció.

—Gracias, Takeo —dijo Watanabe y dejó que le diera lumbre—. Ahora, ya puedes irte. —Miró a Kasigi—. Así que a empezar de nuevo —murmuró.

—Sí —asintió Kasigi. La idea de un nuevo comité comprometido a llevar a buen fin la fábrica le había entusiasmado—. Estas son las mejores noticias que podemos recibir. Y en Japón tendrán una muy buena acogida.

«De hecho —se decía con excitación creciente—, las noticias borrarán la maldición de los informes de Watanabe, e incluso tal vez nosotros, Hiro Toda y yo, juntos, podamos neutralizar a Gyokotomo de alguna forma. Y aún sería mejor, sería perfecto, si Hiro se retirara y su hermano ocupase su lugar».

—¿Qué? —preguntó, viendo que Watanabe le miraba.

—No quería decir que el trabajo empezará de nuevo, Kasigi-san —dijo el ingeniero jefe con tono acerbo—. El nuevo comité no será mejor que el otro…; de hecho, será peor. Con los socios, el inevitable pishkesh abría puertas y uno sabía dónde estaba. Pero con estos fanáticos, con estos aficionados… —Watanabe irritado, se pasó la mano por el cabello. «¡Que todos los dioses y los espíritus me den la fuerza suficiente para no empezar a maldecir a este loco por su constante estupidez! —se dijo—. Sé prudente, cálmate, no es más que un mono de imitación, ni tiene una ascendencia tan noble como la tuya, tú eres descendiente directo de los señores del norte».

—Entonces, ¿el ayatolá ha mentido? —preguntó Kasigi viendo desvanecerse sus esperanzas.

—No, ese pobre loco estaba convencido de cuanto decía, pero nada de eso ocurrirá. La Policía y la SAVAK, cualquiera que sea el nuevo nombre que le den ahora, seguirá controlando Abadán y su

área… Los habitantes son en su mayoría árabes, sunitas, no chiitas, iraníes. Quiero decir que la matanza empieza de nuevo. —Watanabe le explicó el enfrentamiento que ambos hombres habían tenido en farsi—. Y ahora será muchísimo peor, con todas las facciones maniobrando por alcanzar el poder.

—¿Esos bárbaros no obedecerán a Jomeini? ¿No entregarán las armas?

—Lo que estoy diciendo es que los izquierdistas como Muzadeh proseguirán adelante con la guerra, ayudados e instigados por los soviéticos que están desesperados por poseer Irán, siempre lo han querido, y seguirá siendo así…, no por el petróleo, sino por el estrecho de Ormuz. Porque si consiguen poner un pie en el estrecho, dominarán al mundo occidental…, y a Japón. En lo que a mí se refiere, Occidente, América y el resto del mundo pueden irse al diablo, pero nosotros *tenemos* que ir a la guerra si se prohíbe el paso a nuestros barcos por el estrecho de Ormuz.

—Estoy de acuerdo. Claro que estoy de acuerdo —dijo Kasigi igualmente irritado—. Todos lo sabemos. Por supuesto que habrá guerra…, mientras dependamos del petróleo.

—Sí —sonrió Watanabe inexorable—. Diez años, no más.

—Sí.

Los dos hombres tenían plena conciencia del enorme esfuerzo nacional en proyectos de investigación, tanto de público conocimiento como encubiertos, orientados al desarrollo de una fuente alternativa de energía que permitiera a los japoneses valerse por sí solos…, el Proyecto Nacional. La fuente: el sol y el mar.

—Diez años, sí. Solo durante diez años —dijo Kasigi que parecía muy seguro—. Si conseguimos diez años de paz y libre acceso al mercado de los Estados Unidos, entonces, tendremos nuestra alternativa y el mundo será nuestro. Pero, entretanto —añadió, recrudeciéndose su ira—, durante los diez años próximos, tenemos que kowtow a los bárbaros y a los bandidos de todo tipo.

—¿No fue Kruschev quien dijo que los soviéticos no tenían nada que hacer respecto a Irán porque «es una manzana podrida que

caerá en nuestras manos»? —Watanabe estaba furibundo—. Puede asegurar que esos comedores de mierda están sacudiendo el árbol con todas sus fuerzas.

—Una vez los vencimos —dijo Kasigi sombrío, recordando el combate naval ruso-japonés de 1904 en el que su abuelo había luchado—. Podemos hacerlo de nuevo. Ese hombre, ¿Muzadeh? Tal vez solo sea progresista y contrario a los mulás…, no todos los partidarios de Jomeini son fanáticos.

—Estoy de acuerdo, Kasigi-san. Pero algunos son igualmente fanáticos de su dios Lenin-Marx, e igualmente estúpidos. Aunque apostaría cualquier cosa a que Muzadeh es uno de esos llamados «intelectuales», un antiguo estudiante de la Universidad francesa, cuyas clases fueron pagadas con becas del Sha y que fue adoptado, entrenado y adulado por profesores izquierdistas en Francia. Yo pasé dos años en la Sorbona, cursando estudios superiores. Conozco a esos intelectuales, a esos cretinos y a algunos de sus profesores… Intentaron convencerme. En una ocasión cuan…

Una breve ráfaga de disparos afuera lo interrumpió. Por un instante, los dos hombres permanecieron inmóviles, pero luego se precipitaron hacia la ventana. El ayatolá y Muzadeh estaban en pie, en los escalones de la puerta principal y abajo, en el antepatio, un hombre los amenazaba con un fusil automático, en pie, solo, en el centro de un semicírculo de otros hombres armados. El resto aparecía desperdigado por entre los camiones, algunos vociferando y todos ellos en actitud hostil. Scragger andaba por los alrededores y mientras los dos hombres observaban, le vieron colocarse en una mejor posición defensiva. El ayatolá alzó los brazos y les exhortó a todos. Watanabe no podía oír lo que estaba diciendo. Con extremo cuidado, abrió la ventana y atisbó por la rendija.

—Está diciendo: «En el Nombre de Dios, entregad vuestras armas, el Imán lo ha ordenado… Todos habéis oído su mensaje por la radio… Lo volveré a decir, obedecedle y entregad vuestras armas».

Se escucharon voces furiosas a las que contestaron otras más furiosas todavía, los hombres se amenazaban unos a otros con el puño. Entre toda aquella confusión, vieron a Scragger escurrirse y desaparecer detrás de un edificio. Watanabe se inclinó aún más, esforzándose por oír mejor.

—El hombre que les apunta con el arma…, no puedo ver si lleva brazalete verde o no… Ah, no lleva, así que debe ser fedayín o Tudeh…

Ahora, un silencio absoluto reinaba en el antepatio. De manera imperceptible, los hombres empezaron a moverse, adoptaban mejores posiciones, todas las armas preparadas, todos y cada uno vigilaban a sus vecinos, todos con los nervios tensos.

El hombre que apuntaba a los dos, alzó el arma.

—¡Ordena a tus hombres que entreguen las armas! —aulló al ayatolá.

Muzadeh adelantó un paso. No quería tener un enfrentamiento allí, sabedor de que los superaban en número.

—¡Déjalo ya, Hassan! Déja…

—¡No hemos luchado ni nuestros hermanos han muerto para entregar nuestras armas y el poder a los mulás!

—El Gobierno tiene poder. ¡El Gobierno! —Muzadeh alzó aún más la voz—. Que todos conserven sus armas ahora, pero que las entreguen en mi oficina ya que represento al nuevo Gobierno y al…

—¡No lo representas! —vociferó a su vez el ayatolá—. Primero, en el Nombre de Dios, que todos los guardias no islámicos dejen sus armas en el suelo y se vayan en paz. Segundo, el Gobierno está sometido al Comité Revolucionario bajo el liderazgo directo del Imán, y este hombre, Muzadeh, no ha sido confirmado de manera que no tiene autoridad alguna. ¡Obedeced o se os desarmará!

—¡Yo soy aquí el Gobierno!

—Allah-u Akbarrr! —gritó alguien al tiempo que apretaba el gatillo y Hassan, el muchacho que estaba en el centro de todos ellos, recibió la andanada en la espalda e hizo una pirueta en su danza de la muerte. Al punto, otras armas empezaron a disparar y

unos hombres trataron de ponerse a cubierto y otros se volvieron contra sus vecinos. El combate fue breve y cruel. Muchos murieron, pero los hombres de Muzadeh se encontraban en franca minoría. Los Green Bands fueron implacables. Algunos de ellos habían apresado a Muzadeh y en aquellos momentos lo tenían de rodillas sobre el polvo, suplicando clemencia.

El ayatolá se encontraba en los escalones. Había recibido una ráfaga de balas en el pecho y el estómago y yacía en los brazos de un hombre, con la sangre manchándole sus túnicas. De la boca le caía un hilillo que iba a sepultarse entre su barba.

—¡Dios es Grande… Dios es Grande…! —murmuraba. Seguidamente, emitió un sordo quejido al apoderarse de él el dolor.

—Maestro —dijo el hombre que lo sostenía, mientras las lágrimas le corrían por las mejillas—, dile a Dios que hemos intentado protegerte, díselo al Profeta.

—Dios… es… Grande… —murmuró.

—¿Y qué pasa con ese Muzadeh? —preguntó alguien—. ¿Qué hemos de hacer con él?

—Haced el trabajo de Dios. Matadle…, matadle al igual que debéis matar a todos los enemigos del Islam. No hay más Dios…

La orden fue obedecida de inmediato. Con toda crueldad. El ayatolá murió sonriendo, con el Nombre de Dios en los labios. Otros lloraban desconsoladamente…, le envidiaban el Paraíso.

XXIV

EN LA BASE AÉREA MILITAR DE KOWISS: 2.32 DE LA TARDE. Manuela Starke se hallaba en la cocina del bungalow haciendo chile. La música country invadía la pequeña habitación desde una casete de pilas colocada en el alféizar de la ventana. Sobre el fogón de butano había una gran cacerola llena de caldo y con algunos de los ingredientes. Al romper a hervir, bajó el fuego para que lo hiciera poco a poco y consultó su reloj de pulsera para calcular el tiempo. «Perfecto —se dijo—. Cenaremos alrededor de las siete y las velas darán encanto a la mesa».

Aún tenía que cortar las cebollas y varías otras cosas, y picar la carne de cabra, así que prosiguió contenta, tarareando con gesto ausente o dando unos pequeños pasos de baile al ritmo de la música. La cocina era pequeña por lo que le resultaba difícil trabajar en ella, muy diferente de la inmensa cocina con techo de vigas en la encantadora y antigua hacienda española, tan extensa, y que era propiedad de su familia en Lubbock hacía casi un siglo, donde ella y sus hermanos habían crecido. Pero no le importaba la estrechez ni no poder cocinar con los utensilios adecuados. Se sentía contenta de hacer algo que le permitiera apartar de su mente toda especulación sobre cuándo volvería a ver a su marido.

«El sábado, Conroe partió para Bandar Delam con el mulá —se dijo, tratando de tranquilizarse—. Hoy es martes, solo han pasado tres días, e incluso el de hoy no ha terminado todavía. Anoche estuvo en la radio».

«—Hola cariño, todo anda bien por aquí…, no tienes de qué preocuparte. Lo siento, he de irme…, por el momento está

restringido el tiempo en el aire, te quiero y pronto estaré contigo».

El tono de su voz había sonado magnífico y tranquilo, pero, aún así, estaba dolorosamente segura de haber captado cierto nerviosismo en él, idea que embargaba su mente y empañaba sus sueños. «Te lo estás imaginando. Pronto lo tendrás de vuelta…, deja los sueños para la noche y trabaja en tu sueño matinal de que todo va formidablemente. ¡Concéntrate en guisar!».

Había llevado con ella, desde Londres, los paquetes de polvo de chile, con especias extra, pimentón, pimienta de cayena y jengibre, ajos frescos y chiles secos, habichuelas y poco más, salvo algunas cosas para la noche y papel higiénico, en el único maletín que le habían permitido llevar a bordo del «747». Todos los ingredientes del chile, porque Starke adoraba la cocina mexicana y en especial el chile, y ambos estaban de acuerdo en que, aparte del curry, era la única manera de hacer comestible la carne de cabra. No necesitaba llevarse ropa o cualquiera otra cosa, tenía algunas en su apartamento de Teherán. Solo había llevado un regalo más, una botella pequeña de «Marmite» porque sabía que a Genny y a Duncan McIver les gustaba muchísimo con las tostadas calientes y untadas de mantequilla, aparte del pan que Genny solía hacer…, naturalmente, siempre que lograba encontrar harina y levadura.

Ese día, Manuela había hecho pan. Las tres hogazas estaban en la misma bandeja del horno, colocada en el mostrador para que se enfriaran y cubiertas con una muselina contra las pocas moscas. «¡Malditas sean todas las moscas! —pensó—. Solo sirven para echar a perder el verano, incluso en Lubbock». ¡Ah, Lubbock! Se preguntaba qué estarían haciendo los chicos.

Billyjoe, Conroe y Sarita. Siete, cinco y tres años. «Mis preciosas criaturas —pensó feliz—. Estoy tan contenta de haberles enviado a casa con papá y nuestras cuatro mil hectáreas por donde vagabundear, cerca del abuelo Starke: "¡Poneos las botas altas! ¿Me oís?", con aquel tosco y delicioso deje suyo tan tierno».

—Por siempre Texas —dijo en voz alta, riéndose de sí misma mientras sus hábiles dedos se ocupaban de cortar, picar y remover,

probando el guiso de vez en cuando, añadiéndole un poco más de sal o de ajo. A través de la ventana vio a Freddy Ayre atravesar la pequeña plaza para subir a su torre de la radio. Iba acompañado de Pavoud, el jefe de Personal. «Es un hombre agradable —se dijo—. Somos afortunados de tener un personal leal». Más allá de ellos podía distinguir la pista principal y casi toda la base, cubierta de nieve, con un cielo encapotado que ocultaba las cimas de las montañas. Algunos de los pilotos y mecánicos se entretenían, con aire ausente, dando puntapiés a un balón. Mark Dubois, que trajera consigo de nuevo al mulá desde Bandar Delam, se hallaba entre ellos.

Nada más se hacía allí, solo ocuparse del mantenimiento de los aparatos, revisar los repuestos, pintar… No había habido nuevos vuelos desde el sábado y el ataque a la base. Y la sublevación. El domingo por la tarde, tres de los sublevados, un aviador y dos sargentos, habían sido juzgados en consejo de guerra sumarísimo y fusilados al amanecer. En la base había reinado la tranquilidad durante los dos últimos días. En una ocasión, el día anterior, habían visto dos cazas atravesar veloces los cielos, pero ningún otro vuelo, lo que resultaba extraño ya que se trataba de una base de entrenamiento y, por lo general, había gran movimiento. Pero ahora nada parecía moverse. Solo algunos camiones, nada de tanques, ni de paradas…, o visitantes por aquellos parajes. Por la noche, sonaron algunos disparos y voces que pronto quedaron ahogadas.

Se contempló con mirada crítica en el espejo que tenía colgado de una escarpia encima de un fregadero lleno de sartenes, platos, cucharas de medir y tazas sucias. Volvió el rostro a un lado y al otro, y examinó la parte de su cuerpo que podía ver.

—Ahora estás bien, encanto —dijo dirigiéndose a su imagen—, pero más te valdrá mover ese trasero y empezar a correr. Y dejar de comer pan, chile y tostadas, y olvídate de los burritos, los tacos, las habichuelas rehogadas y las tortitas de maíz rezumando miel casera, los huevos fritos, el bacon crujiente y, en definitiva, de todos los fritos…

El guisado empezó a salpicar, atrayendo su atención. Bajó una pizca la llama, probó el guiso rojizo, que ya empezaba a espesarse, pero que seguía duro por falta de cocción.

«Caramba —se dijo saboreándolo—, esto le va a parecer a Conroe maná del cielo…». Cambió la expresión de su cara. «Le parecería si estuviera aquí —pensó—. No importa, a los muchachos también les gustará».

Empezó a lavar los platos pero no podía apartar su pensamiento de Bandar Delam. Sintió que estaba a punto de prorrumpir en llanto. «Mierda —se dijo—. A ver si te dominas».

—¡CASEVAC!

El apagado grito la sobresaltó y miró por la ventana. Los futbolistas se habían quedado inmóviles. Todos los hombres miraban a Ayre que bajaba corriendo las escaleras exteriores de la torre, llamándoles. Los vio agolparse en derredor suyo y luego salir de estampida. Ayre se encaminaba hacia el bungalow. Manuela, presurosa, se quitó el delantal, se arregló el cabello y, limpiándose las lágrimas, salió a la puerta a recibirle.

—¿Qué pasa, Freddy?

Él la miró satisfecho.

—Pensé que debía decirte que su torre acaba de ponerse en comunicación conmigo por el teléfono y me ha dicho que prepare un «212» para un CASEVAC urgente en Isfahán… Han recibido la autorización de «IranOil».

—¿No está algo lejos?

—No, nada de eso. Solo trescientos veinte kilómetros, un par de horas…, todavía hay mucha luz. Marc pasará la noche allí y volverá mañana. —Ayre sonrió de nuevo—. Es estupendo tener algo que hacer. Aunque me resulta curioso que hayan pedido que sea Marc quien lo haga.

—¿Por qué él precisamente?

—No lo sé. Tal vez porque es francés y ellos fueron los que ayudaron a Jomeini. Bien, he de irme. Tu chile huele a gloria. A Marc le ha sentado como un tiro perdérselo.

Se alejó, alto y atractivo, encaminándose a la oficina.

Manuela se quedó en la puerta, mirando. Los mecánicos estaban sacando un «212» del hangar, y Marc Dubois, subiéndose la cremallera de su mono de vuelo invernal, le dirigió un alegre saludo antes de dar media vuelta para comprobar el chequeo del vuelo. Entonces, Manuela vio la procesión de cuatro coches que avanzaban por la carretera que establecía los límites. Fred Ayre también los vio. Frunció el ceño y se dirigió a la oficina.

—¿Tiene ya preparada la autorización, Mr. Pavoud?

—Sí, Excelencia. —Pavoud se la alargó.

Ayre no se dio cuenta de la tensión de aquel hombre como tampoco de que las manos le temblaban.

—Gracias. Valdrá más que me acompañe por si no hablan más que farsi.

—Pero, Excel…

—¡Vamos!

Ayre salió presuroso, abrochándose su chaqueta de vuelo para protegerse del viento. Pavoud se secó las sudorosas palmas. Los demás iraníes lo observaban, igualmente inquietos.

—Como Dios lo quiere —dijo uno de ellos, bendiciendo a Dios por no estar él en el lugar de Pavoud.

En el «212» proseguía la revisión en tierra, Ayre llegó al mismo tiempo que los coches. Su sonrisa se desvaneció. Los coches estaban atestados de hombres armados, Green Bands, que se desparramaron alrededor del helicóptero; entre ellos había algunos aviadores uniformados.

El mulá Hussain Kowissi abandonó el asiento delantero del coche que iba en cabeza. Llevaba el turbante muy blanco, sus túnicas oscuras nuevas y unas botas viejas y muy usadas. Colgada del hombro, su «AK47». Era evidente que estaba al mando. Otros hombres abrieron las portezuelas traseras del primer coche y prácticamente empujaron para que saliera el coronel Peshadi y luego su mujer. Peshadi les gritó, maldiciéndoles, y ellos retrocedieron algo. Se estiró la guerrera con galones de su uniforme, y se

enderezó la gorra. Su mujer llevaba un grueso abrigo de invierno y guantes, además de un pequeño sombrero y un bolso colgado del hombro. Tenía la cara pálida y tensa pero, al igual que su marido, se mantenía erguida, con la cabeza alta y orgullosa. Volvió al coche en busca de un pequeño maletín pero uno de los Green Bands lo cogió aunque, tras un momento de vacilación, se lo entregó.

Ayre intentó evitar que en su rostro se reflejara el sobresalto.

—¿Qué pasa, señor?

—Nos envían…, nos envían a Isfahán bajo vigilancia. ¡Bajo vigilancia! Mi base…, traicionaron a mi base y ahora se encuentra en manos de los sublevados. —El coronel no pudo contener su ira al volverse a Hussain y gritarle en farsi—. Se lo repito. ¿Qué tiene que ver mi mujer con todo esto? ¿Eh? —añadió con voz estentórea. Uno de los Green Bands, muy nervioso, estuvo a punto de meterle el cañón de su rifle en la espalda. Sin volverse siquiera a mirar, el coronel lo apartó de un manotazo—. ¡Hijo de una perra puta!

—¡Basta! —ordenó Hussain en farsi—. Son órdenes de Isfahán. Ya se las he enseñado y en ellas indican que hay que llevarles inmediatamente a usted y a su mujer par…

—¿Órdenes? Un asqueroso pedazo de papel, garrapateado con la escritura ilegible de un analfabeto y firmado por un ayatolá del que jamás he oído hablar.

Hussain se acercó a él.

—¡Suban a bordo los dos o haré que les obliguen a subir! —advirtió.

—¡Cuando el aparato esté listo! —repuso el coronel y sacó, despectivo, un cigarrillo—. Deme lumbre —ordenó al hombre más próximo a él, y al vacilar este, gruñó—: ¿Está usted sordo? ¡Lumbre!

El coronel sonrió con ironía y sacó algunas cerillas de la caja y todos cuantos les rodeaban mostraron su aprobación, incluso el mulá, admirando el valor frente a la muerte… Valor ante un inevitable infierno, porque era indudable que el coronel, un hombre del Sha, iba de cabeza al infierno. «¡Claro que al infierno! ¿Acaso no le oíste gritar: "¡Larga vida al Sha!", hace solo unas horas cuando

por la noche invadimos y tomamos posesión del campamento y de su hermosa casa, ayudados por todos los soldados y aviadores de la base y por algunos oficiales? Ahora, el resto de los oficiales están en celdas. ¡Dios es Grande! ¡Ha sido la Voluntad de Dios! Milagro de Dios el que los generales se vinieran abajo como un muro de mierda, tal como los mulás nos habían dicho que sucedería. Una vez más, el Imán ha tenido razón, Dios lo proteja».

Hussain se acercó a Ayre que permanecía rígido, aterrado por lo que estaba sucediendo, sin poder comprenderlo. Marc Dubois se hallaba junto a él, igualmente conmocionado y detenida la revisión en tierra.

—Salaam —dijo el mulá intentando mostrarse cortés—. No tienen nada que temer. El Imán ha ordenado que todo vuelva a la normalidad.

—¡Normalidad! —repitió iracundo Ayre—. Se trata del coronel Peshadi, comandante de una unidad acorazada, héroe de sus fuerzas expedicionarias enviadas a Omán para ayudar a sofocar la rebelión patrocinada por los marxistas y la invasión desde Yemen del Sur. —Aquello había ocurrido en el setenta y tres cuando el sultán de Omán pidiera ayuda al Sha—. ¿Acaso al coronel Peshadi no le fue concedida la Zolfhaghar, la más alta condecoración que solo se concede por valor en el combate?

—Sí. Pero ahora necesitan que el coronel conteste a algunas preguntas relativas a crímenes contra el pueblo iraní, y contra las leyes de Dios. Salaam, capitán Dubois, estoy muy contento de que sea usted quien pilote el avión.

—Me pidieron que volara para atender un CASEVAC. Esto no lo es —repuso Dubois.

—Se trata de una evacuación de víctimas. El coronel y su esposa han de ser evacuados al cuartel general del Alto Mando en Isfahán. —Hussain añadió con sonrisa sardónica—: Acaso ellos sean unas víctimas.

—Lo siento, pero nuestro aparato está bajo licencia para «IranOil». No podemos hacer lo que nos piden —dijo Ayre.

—¡Excelencia Esvandiary! —gritó el mulá volviéndose.

Kuram Esvandiary o Hotshot como le habían puesto de sobrenombre, tenía treinta años apenas, era muy popular entre los extranjeros, muy eficiente. Había pasado dos años de entrenamiento en el cuartel general de «S-G», en Aberdeen, gracias a una beca del Sha. Acudió desde atrás y, por un instante, ninguno de los hombres de «S-G» reconocieron al gerente de estación. Era habitual en él vestir con gran meticulosidad e ir perfectamente rasurado, sin embargo, en aquel momento, llevaba una barba cerrada de tres o cuatro días y vestía ropas toscas con un brazalete verde, un sombrero desgastado y una «M16» colgada del hombro.

—El viaje está autorizado. Vea —dijo entregando a Ayre los formularios habituales—. Los he firmado y están sellados.

—Pero, Hotshot, seguramente te das cuenta de que este no es un CASEVAC legítimo…

—Me llamo Esvandiary… Mr. Esvandiary —le interrumpió sin sonreír y Ayre enrojeció—. Y es una orden legítima de «IranOil», que les emplea a ustedes aquí, en Irán, bajo contrato. —Sus facciones se endurecieron—. Si rechazan una orden legítima en condiciones de vuelo perfectas, estarán infringiendo su contrato. De actuar así, sin un motivo justificado, a nosotros nos asistirá el derecho de confiscar todos los bienes, aparatos, hangares, repuestos, casas, equipo y a ordenar su expulsión inmediata de Irán.

—No pueden hacer eso.

—Ahora yo soy el representante jefe de «IranOil» aquí —dijo Esvandiary tajante—. La «IranOil» es propiedad del Gobierno. El Comité Revolucionario, bajo el mando del Imán Jomeini, la paz sea con él, es el Gobierno. Lea su contrato con «IranOil»…, también el contrato entre «S-G» e «Iran Helicopters». ¿Va a pilotar el charter o se niega a hacerlo?

Ayre dominó sus impulsos.

—¿Y qué hay…, qué hay del primer ministro Bajtiar y del Gob…?

—¿Bajtiar? —Esvandiary y el mulá se le quedaron mirando—. ¿Todavía no lo ha oído? Ha dimitido y se ha ido del país, los

generales capitularon ayer por la mañana. Ahora, el Gobierno iraní lo forman el Imán y el Comité Revolucionario.

Ayre, Dubois y todos los demás extranjeros se le quedaron mirando prácticamente con la boca abierta. El mulá comentó algo en farsi que ellos no entendieron. Todos los hombres rieron.

—¿Capitulado? —fue cuanto pudo decir Ayre.

—Era la Voluntad de Dios que los generales entraran en razón —dijo Hussain brillándole los ojos—. Fueron arrestados, todo el Estado Mayor. Todos. Como ahora serán arrestados todo los enemigos del Islam. También cogimos a Nassiri…, ¿ha oído hablar de él? —preguntó el mulá, mordaz.

Nassiri era el aborrecido jefe de la SAVAK, a quien el Sha hiciera detener unas semanas antes y que estaba en la cárcel a la espera de ser juzgado.

—Se encontró a Nassiri culpable de crímenes contra la humanidad y fue fusilado…, junto con otros tres generales: Rahimi, gobernador de Teherán con la ley marcial; Naji, gobernador de Isfahán; y Khosrowdad, comandante en jefe de los Paracaidistas. Está perdiendo el tiempo. ¿Va a volar o no?

Ayre apenas podía pensar. Si todo aquello que decían era cierto, entonces, Peshadi y su mujer podían considerarse muertos. «Es todo tan rápido, tan imposible».

—Nosotros… Naturalmente, pilotaremos un charter legal. ¿Qué es lo que quieren con exactitud?

—Que transporten a Su Excelencia, el mulá Hussain Kowissi, a Isfahán de inmediato…, junto con su personal. De inmediato —interrumpió impaciente Esvandiary—, con el prisionero y su mujer.

—Ellos no es…, el coronel y Mrs. Peshadi no figuran en el permiso.

Aún más impaciente, Esvandiary le arrancó el papel de las manos y escribió los nombres.

—Ya lo están —dijo e hizo una seña hacia un punto detrás de Ayre y Dubois donde se encontraba Manuela en pie, con el cabello recogido cuidadosamente bajo un sombrero y enfundada en un

mono. Se había dado cuenta de su presencia tan pronto como llegó…, tan seductora como siempre, tan perturbadora como siempre.

—Debería detenerla por estancia ilegal —dijo con aspereza—. No tiene derecho a estar en esta base, no hay viviendas para matrimonios, como tampoco lo permiten el reglamento de «S-G» y de las bases.

Junto al «212», el coronel Peshadi gritó furioso en inglés.

—¿Van a volar hoy o no? Nos estamos quedando helados. Apresúrese, Ayre, quiero pasar el menor tiempo posible con estas sabandijas.

Esvandiary y el mulá enrojecieron.

—Sí, señor. Lo siento. ¿Todo en orden, Marc? —contestó Ayre sintiéndose mejor ante la valentía de aquel hombre.

—Sí —respondió Dubois y dirigiéndose a Esvandiary preguntó—. ¿Dónde está mi autorización militar?

—Unida al permiso. Y también para su viaje de regreso mañana. —Luego, habló en farsi para dirigirse al mulá—. Le sugiero que suba a bordo, Excelencia.

El mulá se alejó. Los guardias hicieron señas a Peshadi y a su mujer de que subieran a bordo. Ellos lo hicieron por la escalerilla, con la cabeza erguida, sin la menor vacilación. Detrás, se apilaron hombres armados y el mulá se acomodó delante, en el asiento de la izquierda, junto a Dubois.

—Esperen un momento —empezó a decir Ayre que ya se había sobrepuesto a su conmoción—. En nuestros aparatos no pueden volar hombres armados. Va contra las reglas…, las suyas y las nuestras.

Esvandiary gritó una orden y señaló con el pulgar a Manuela. Al punto, cuatro hombres armados la rodearon. Otros se acercaron mucho más a Ayre.

—Ahora, dé la salida.

Consciente del peligro, este obedeció, hosco, la orden. Dubois la recibió y puso el motor en marcha. Ascendió rápidamente.

—Ahora, entremos en la oficina —dijo Esvandiary, levantando la voz por encima del estruendo de los motores. Retiró a los hombres que rodeaban a Manuela ordenándoles que volvieran a los coches—. Que se quede aquí un coche y cuatro guardias…, tengo más órdenes para estos extranjeros. Tú —dijo tajante a Pavoud—, tienes que poner al día todos los aparatos que hay aquí, todos los repuestos, todos los transportes, así como la cantidad de gasolina y también de cuánta gente está compuesto el personal, extranjeros e iraníes, sus nombres, trabajo que desempeñan, número del pasaporte, permisos de residencia y de trabajo, licencias para volar. ¿Entendido?

—Sí, sí, Excelencia Esvandiary. Sí, ciert…

—¡Y mañana quiero ver todos los pasaportes y permisos! ¡En marcha!

El hombre se alejó presuroso. Esvandiary recibió una reverencia desde la puerta principal. Dirigióse hacia la oficina de Starke y se instaló en el sillón de este, detrás de la mesa escritorio. Ayre lo siguió.

—Siéntese.

—Gracias, me abruma tanta amabilidad —repuso Ayre irónico, instalándose frente a él.

Los dos hombres tenían más o menos la misma edad, y permanecieron un momento observándose mutuamente.

El iraní sacó un cigarrillo y lo encendió.

—De ahora en adelante, esta será mi oficina —dijo—. Ahora ya, al fin, Irán está en manos iraníes y podemos proceder a hacer los cambios necesarios. Durante las dos próximas semanas operarás bajo mi mando hasta que me asegure de que el nuevo sistema ha sido entendido. Soy la más alta autoridad de «IranOil» en Kowiss y yo daré todos los permisos de vuelo; nadie despegará sin una autorización escrita mía, y siempre con un guardia armado, y…

—Va contra las leyes aéreas e iraníes, y está prohibido. Aparte de ser condenadamente peligroso. ¡Punto!

Se hizo un silencio denso. Finalmente, Esvandiary asintió.

—Llevaréis guardias armados…, aunque sin munición —admitió con una sonrisa—. Como ves, podemos llegar a un acuerdo. Podemos ser razonables. Ah, sí. Ya verás. La nueva era también será buena para ti.

—Espero que lo sea. Para ti también.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a que cada revolución de la que he tenido noticias comienza siempre alimentándose a sí misma, los amigos se convierten en enemigos con mucha rapidez, e incluso mueren más rápidamente.

—Eso no nos ocurrirá a nosotros —dijo Esvandiary completamente seguro de sí mismo—. Con nosotros no será así. La nuestra es una revolución del pueblo auténtica…, de todo el pueblo. Todo el mundo quería que el Sha se fuera…, y también sus amos extranjeros.

—Espero que tengas razón —«Pobre idiota —se dijo Ayre, a pesar de que un día le fuera simpático—. Si vuestros líderes son capaces de juzgar, condenar y fusilar a cuatro insignes generales, todos ellos hombres excelentes salvo Nasiri, en menos de veinticuatro horas; si son capaces de detener e injuriar a grandes patriotas como Peshadi y su mujer, que Dios os ayude»—. ¿Has terminado por el momento conmigo?

—Casi. —Un ataque de ira embargó a Esvandiary. A través de las ventanas vio a Manuela que volvía al bungalow con algunos de los pilotos y la lujuria alimentó su furia—. Sería recomendable que se aprendieran modales y a recordar que Irán es un país asiático, oriental, una potencia mundial y que jamás, jamás, jamás, volverá a ser explotado por británicos, americanos o, ni siquiera, por soviéticos. Nunca más. —Se repantigó en la butaca y puso los pies sobre la mesa como viera hacer centenares de veces a Starke y Ayre, las suelas de los zapatos dirigidas hacia Ayre, lo que en aquella parte del mundo siempre significaba un insulto—. Los británicos se comportaron peor que los americanos. Han sido causa de nuestra vergüenza nacional durante ciento cincuenta años, tratando a

nuestro antiguo «Trono del Pavo Real» y al país como si fueran su feudo personal, utilizando la defensa de la India a modo de excusa. Han dado órdenes a nuestros gobernantes, han ocupado nuestro país en tres ocasiones, nos han obligado a firmar tratados desiguales, han sobornado a nuestros líderes para obtener concesiones. Durante ciento cincuenta años, británicos y rusos se han repartido nuestro suelo. Los británicos ayudaron a esas otras hienas a robarnos nuestras provincias del norte, nuestro Cáucaso, y también cooperaron para hacer subir al trono a Reza Khan. Nos ocuparon, junto con los soviéticos, durante vuestra Segunda Guerra Mundial y solo gracias a nuestros esfuerzos supremos se rompió la cadena y los expulsamos. —Bruscamente, el rostro del hombre sufrió una convulsión, al tiempo que chillaba—: ¿Acaso no lo hicieron?

Ayre no había movido un solo músculo, ni siquiera había parpadeado.

—Hotshot —dijo sin inmutarse—, y jamás volveré a llamarte así, no quiero sermones, me limitaré a hacer mi trabajo. Si no podemos establecer un método satisfactorio, esa es otra cuestión. Ya veremos. Si quieres quedarte con esta oficina, formidable. Si quieres actuar como un ciclón, formidable. Claro que dentro de unos límites razonables. Tenéis derecho a una celebración. Habéis ganado, disponéis de las armas, y del poder y, ahora, vosotros tenéis la responsabilidad. Y llevas razón, es tu país. De manera que dejémoslo así, ¿de acuerdo?

Esvandiary se lo quedó mirando. Sentía un insoportable dolor de cabeza por el odio tantos años reprimido, pero que jamás necesitaría volver a reprimir. Y a pesar de saber que la culpa no era de Ayre, estaba absolutamente seguro de que un momento antes, hubiera disparado contra él y los demás si no hubiesen obedecido sus órdenes, negándose a llevar en el helicóptero al mulá y al traidor Peshadi para someterlo al juicio y al infierno que se tiene merecido. «No he olvidado el asesinato del soldado de Peshadi, el que quería abrirnos la puerta, o de otros asesinados hace dos días, cuando

Peshadi nos derrotó y murieron a centenares, entre ellos mi hermano y dos de mis mejores amigos. Y todos los otros centenares, millares, acaso cientos de miles que han muerto por todo Irán. No los he olvidado, ni siquiera a uno».

Un hilillo de saliva le caía por la barbilla. Se lo quitó con el dorso de la mano y recuperó el dominio de sí mismo, recordando la importancia de su misión.

—Muy bien, Freddy —había dicho «Freddy» de manera involuntaria—. Muy bien, y esta es la última vez que te llamaré de esa forma. Muy bien, dejémoslo así.

Se puso en pie ya muy cansado pero orgulloso por la forma en que se había impuesto y muy seguro de que podría hacer que aquellos extranjeros trabajasen y se comportaran como era debido hasta el momento en que fueran expulsados. Ahora, ya, muy pronto. «No me será difícil poner aquí en marcha el plan a largo plazo de los socios. Estoy de acuerdo con Valik. Tenemos un gran número de pilotos iraníes y no necesitamos extranjeros aquí. Yo soy capaz de dirigir esta operación, en calidad de socio, y Alabado sea Dios de que Valik haya sido siempre partidario, en secreto, de Jomeini. Pronto tendré una gran mansión en Teherán y mis dos hijos irán allí a la Universidad y también mi preciosa y pequeña Fátima, aunque tal vez debiera ir también a la Sorbona durante uno o dos años».

—Volveré a las nueve de la mañana. —No cerró la puerta tras de sí.

—¡Maldición! —farfulló Ayre. Una mosca empezó a golpearse contra el cristal de una de las ventanas. No se dio cuenta de ello, como tampoco del ruido que hacía. Impulsado por una idea, salió a la otra oficina. Pavoud y los demás se agolpaban junto a las ventanas para ver alejarse a los extraños—. ¡Pavoud!

—¡Sí! ¿Sí, Excelencia?

Ayre se dio cuenta del tono ceniciento del rostro de aquel hombre y que parecía mucho más viejo de lo habitual.

—¿Sabía lo de los generales? ¿Que habían claudicado? —preguntó, sintiendo lástima por él.

—No, Excelencia —mintió Pavoud con facilidad, solía hacerlo. Estaba concentrado en sí mismo, intentando recordar, petrificado ante la posibilidad de que durante los tres últimos años, pudiera haberse descuidado, descubriéndose ante Esvandiary, sin haber soñado siquiera por un instante que aquel hombre pudiera ser un «Guardia Islámico» secreto—. Nosotros hem…, hemos oído rumores sobre su capitulación…, pero ya sabe cómo corren los rumores.

—Sí…, sí. Supongo que tiene razón.

—Yo…, ¿no le importará si me siento, por favor?

Pavoud agarró una silla, sintiéndose muy viejo. Durante la última semana había dormido muy mal y los tres kilómetros de recorrido en bicicleta hasta allí, aquella mañana, desde la casita de cuatro habitaciones en Kowiss que compartía con la familia de su hermano, cinco adultos y seis niños, le había resultado más fatigosa de lo habitual. Claro que él y toda la gente de Kowiss habían oído lo de la mansa entrega de los generales… Las primeras noticias les llegaron a través de la mezquita, difundidas por el mulá Hussain que dijo haberlo oído por una radio secreta, desde el cuartel general de Jomeini en Teherán, de modo que debía ser cierto.

Al punto, su líder tudeh convocó una reunión, todos ellos asombrados por la cobardía de los generales.

—Esto demuestra una vez más la influencia nociva de los americanos, que los han traicionado y conjurado hasta el punto de llegar a castrarse ellos mismos y cometer suicidio, porque, desde luego, tienen que morir, bien a nuestras manos o a las de ese demente de Jomeini.

Todos se mostraron resueltos al propio tiempo que atemorizados ante la inminente lucha contra los fanáticos y los mulás, el opio del pueblo, y el propio Pavoud respiró aliviado cuando el líder dijo que se les ordenaba que no se echaran a la calle todavía sino que se mantuvieran ocultos y esperasen, esperasen hasta que la orden de la sublevación general llegara.

—Camarada Pavoud, es de importancia vital que mantenga las mejores relaciones con los pilotos extranjeros de la base aérea. Los

necesitaremos a ellos y a sus helicópteros…, o acaso nos sea preciso inutilizarlos para los enemigos del Pueblo. Nuestra orden es, permaneced tranquilos y esperad. Hemos de tener paciencia. Cuando finalmente demos la orden de lanzarse a la calle en contra de Jomeini, nuestros camaradas del Norte acudirán en legiones atravesando la frontera…

Se dio cuenta de que Ayre lo observaba.

—Estoy bien, capitán, solo preocupado por todo esto y por…, la nueva era.

—Limítese a hacer lo que Esvandiary le pida. —Ayre reflexionó un instante—. Voy a la torre a informar al cuartel general de lo ocurrido. ¿Está seguro de que se encuentra bien?

—Sí, sí. Gracias.

Ayre frunció el ceño. Después, cruzó el corredor y subió las escaleras. El asombroso cambio de Esvandiary, que durante años se había mostrado afable, cordial, sin el más mínimo indicio de su sentimiento antibritánico, lo había dejado de una pieza. Por primera vez supo que el futuro de la compañía en Irán estaba sentenciado.

Descubrió, sorprendido, que la sala de la torre se hallaba desierta. Desde la sublevación que tuvo lugar allí el domingo, les fue asignada una guardia permanente. El comandante Changiz se había encogido de hombros, con el uniforme manchado de sangre.

—Estoy seguro de que lo comprenderán, «emergencia nacional». Aquí han matado a muchos de nuestros hombres leales y no hemos encontrado a todos los traidores…, todavía. Hasta nueva orden, solo transmitirán durante horas diurnas, a partir de entonces, el mínimo absoluto. Todos los vuelos quedan cancelados hasta nueva orden.

—Muy bien, comandante. Y, a propósito, ¿dónde está Massil, nuestro operador de radio?

—Ah, sí. El palestino. Le están interrogando.

—¿Puedo preguntar el motivo?

—Afiliación a la OLP y actividades terroristas.

El día anterior fue informado de la confesión de Massil y de su inmediato fusilamiento, sin la menor posibilidad de oír las pruebas,

de ponerlas en tela de juicio o de verle. «Pobre infeliz —pensó Ayre mientras cerraba la puerta de la torre y ponía en funcionamiento el equipo—. Massil siempre se mostró leal a nosotros y agradecido por el trabajo, para el que estaba excesivamente cualificado: licenciado en ingeniería de radio por la Universidad de El Cairo, destacado en su especialidad, pero sin tener dónde practicar, y apátrida. ¡Maldición! Y nosotros tan seguros con nuestros pasaportes. ¿Cómo nos sentiríamos si no los tuviéramos y fuésemos, digamos, palestinos? Debe ser tremebundo no saber qué va a ocurrir en cada una de las fronteras, teniendo un potencial inquisidor en cada funcionario de Inmigración, cada policía, cada burócrata o empleado.

»Doy gracias a Dios, de haber nacido británico y que ni siquiera la reina de Inglaterra puede quitarme eso, a pesar de que el condenado Gobierno laborista esté cambiando nuestra herencia ultramarina. ¡Mierda para ellos por cada aussie, canuck, springbok, kenyan, chinahand y centenares de otros británicos que en adelante habrán de necesitar un maldito visado para volver a casa! —dijo para sí—. ¿Acaso no se dan cuenta de que todos ellos son los hijos de los hombres que crearon el Imperio y murieron, en tantos casos, por él?».

Esperó a que se calentaran la HF y otras radios. Aquel zumbido le agradaba, al igual que el parpadeo de las luces verdes y rojas y ya no se sentía aislado del mundo. «Espero que Angela y el pequeño Frederick estén bien. Maldición. Eso de no tener correo ni teléfono y un télex mudo… Bien, tal vez dentro de poco todo esté funcionando de nuevo».

Buscó la palanca de emisión con la esperanza de que McIver, o algún otro, estuviera a la escucha. Entonces, se dio cuenta de que, por la fuerza de la costumbre, había conectado el radar junto con la UHF y la HF. Se inclinó hacia delante para desconectarlo. En aquel instante, y en el borde exterior, en la línea de veinte millas, hacia el Noroeste, apareció un pequeño punto, casi oscurecido por la densa dispersión de las montañas. Lo examinó sobresaltado. Por su experiencia, supo de inmediato que se trataba de un helicóptero. Se

aseguró de estar sintonizado en todas las frecuencias receptoras y cuando volvió a mirar, pudo ver que el punto se desvanecía. Esperó. Pero no reapareció. Se dijo que tal vez hubiera bajado. También cabía la posibilidad de que hubiese sido derribado o que se hubiera escabullido por debajo de la red del radar. ¿Cuál de las tres suposiciones sería la acertada?

Los segundos fueron pasando. Ningún cambio, tan solo la blanca y gruesa línea giratoria de la barredora y, a su zaga, un conjunto a vista de pájaro de los terrenos de los alrededores. Y el punto sin aparecer.

Accionó la palanca emisora de la UHF, se acercó más el micrófono, vaciló, luego, cambió de idea y desconectó. Pensó que no tenía necesidad de alertar a los operadores en la torre de la base, si es que había alguno de servicio. Miró la pantalla con el ceño fruncido. Con un rotulador rojo y blando, trazó la ruta hacia el interior a unos ochenta nudos. Los minutos pasaban. Podía haber conectado a un alcance de registro más próximo pero no lo hizo por si acaso el punto no se dirigiera al interior sino, y ello sería en extremo irregular, se estuviese escabullendo a través de su área.

Se dijo que, posiblemente en ese momento, se hallaría a ocho o nueve kilómetros al exterior. Cogió los prismáticos y comenzó a escudriñar los cielos, desde el Norte, pasando por el Oeste, hasta el Sur. Su oído captó unos pasos ligeros que estaban subiendo los últimos peldaños. Sintió que el corazón se le aceleraba y, rápidamente, desconectó el radar. La pantalla empezó a desvanecerse mientras la puerta se abría.

—¿Capitán Ayre? —preguntó el aviador que había aparecido, vistiendo un uniforme impecable; era de vigorosos y excelentes rasgos persa, rondaba la treintena e iba completamente rasurado, en las manos, una carabina estándar del Ejército de los Estados Unidos.

—Sí, sí. Soy yo.

—Soy el sargento Wazari, su nuevo controlador del tráfico aéreo —se presentó. Después, dejó la carabina contra una pared, alargó la mano y Ayre se la estrechó—. Hola, tengo tres años de

entrenamiento en USAAF[1] y soy controlador militar. Incluso he servido seis meses en el Aeropuerto Van Nuys. —Recorrió con la mirada todo el equipo—. Excelente tinglado.

—Sí…, humm, sí, gracias. —Ayre no sabía qué hacer con los anteojos y acabó dejándolos sobre un mostrador—. ¿Qué tiene…, de particular el Aeropuerto Van Nuys?

—No es más que una pequeña pista de aterrizaje en el Valle de San Fernando, en Los Ángeles, pero es el tercer aeropuerto de mayor movimiento de los Estados Unidos y una auténtica maravilla. —A Wazari le resplandecía el rostro—. El tráfico es de aficionados, la mayoría de los sujetos se están entrenando y todavía no saben distinguir su trasero de una hélice, a veces se encuentra uno con veinte al mismo tiempo en el sistema, ocho al final, todos queriendo emular a Richthofen. —Se echó a reír—. Un lugar fantástico para aprender a controlar el tráfico pero que, al cabo de seis meses, te ha convertido en un simio.

Ayre esbozó una sonrisa forzada, conteniéndose para no seguir escudriñando el cielo.

—Este sitio es muy tranquilo. Incluso en tiempos normales tenemos…, bueno, más bien no tenemos vuelos. Ya sabe…, me temo que no va a haber mucho qué hacer por aquí.

—Claro. Solo quería echar un rápido vistazo porque empezamos mañana a primera hora —dijo. Buscó en el bolsillo de su uniforme del que sacó una lista que entregó a Ayre—. Tiene tres vuelos programados para las plataformas locales a partir de las ocho de la mañana. —Cogió distraídamente un trapo y borró en la pantalla de radar el trazo de ruta hacia el interior, al tiempo que ordenaba la mesa. El rotulador rojo volvió a su sitio junto a los demás.

Ayre volvió a examinar la lista.

—¿Han sido autorizados por Esvandiary?

—¿Quién es ese?

Ayre se lo dijo.

El sargento se echó a reír.

—Bien, capitán. El comandante Changiz ha ordenado esos vuelos personalmente y puede apostar su cabeza a que serán confirmados.

—¿No fue…, no lo arrestaron junto con el coronel?

—Diablos…, nada de eso, capitán. El mulá Hussain Kowissi nombró al comandante Changiz jefe temporal de la base hasta recibir la confirmación de Teherán. —Con ademán seguro cambió los canales a la frecuencia de la MainBase—. Hola, MainBase, Wazari al habla en «S-G». Para mañana necesitamos unos vuelos confirmados por Esvandiary de «IranOil».

—Negativo —llegó la voz a través del altavoz, también con inglés americanizado—. ¿Todo en orden ahí?

—Sí. El que había de salir lo hizo sin incidentes. Ahora estoy con el capitán Ayre.

El sargento escudriñaba los cielos mientras hablaba.

—Bien. Capitán Ayre, le habla el controlador jefe de tráfico. Cualquier vuelo autorizado por el comandante Changiz queda automáticamente aprobado por «IranOil».

—¿Me harían el favor de dármelo por escrito?

—El sargento se lo tendrá en orden y por duplicado a las ocho de la mañana. ¿De acuerdo?

—Gracias…, muchas gracias.

—Gracias, MainBase —dijo Wazari, dispuesto a cortar. En ese momento fijó la mirada—. Un momento, MainBase. Tenemos un pájaro que se dirige hacia aquí. Helicóptero, 270 grados.

—¿Dónde? ¿Dónde…? ¡Ya lo veo! ¿Cómo diablos ha podido situarse por debajo del radar? ¿Ha comunicado?

—Negativo —repuso el sargento mientras movía los prismáticos —. Bell «212», Matrícula…, no puedo verla…, viene directamente hacia nosotros. —Accionó la UHF—. Helicóptero llegando. Habla el Control Militar de Kowiss. Dé su matrícula, adónde se dirige y de dónde ha despegado.

Silencio absoluto salvo por los ruidos de los parásitos. La MainBase repitió la misma llamada.

—Ese hijo de puta está en graves dificultades —murmuró Wazari. Miró de nuevo con los prismáticos.

Ayre usaba el otro par y el corazón le latía descompasadamente. Al empezar a realizar el aparato las maniobras para tomar tierra, pudo ver su matrícula: EP-HBX.

—Eco Peter Hotel Boston Rayos-X —dijo al propio tiempo el sargento.

—HBX —asintió MainBase. Intentaron de nuevo ponerse en contacto por radio. No hubo respuesta—. Está en su sistema regular de aterrizaje. ¿Se trata de un local? ¿Es uno de los suyos, capitán Ayre?

—No, señor. No es de los míos. No está destinado en esta base. —Ayre añadió cauteloso—: Sin embargo, HBX podría ser una matrícula de «S-G».

—¿Con base dónde?

—No lo sé.

—Sargento, tan pronto como ese bromista tome tierra, arréstelo y también a todos los pasajeros y envíelos, vigilados, al cuartel general. Luego, preséntenme un breve informe sobre ellos, motivo del vuelo y de dónde proceden.

—Sí, señor.

Wazari cogió, pensativo, un rotulador rojo y trazó sobre la pantalla de radar la misma línea que Ayre dibujara y que él mismo borró luego. Se quedó mirando un momento, consciente de que Ayre le observaba con atención. No dijo nada, se limitó a limpiar el cristal de nuevo y a dirigir su atención al «212».

En la torre, los dos hombres observaban en silencio al helicóptero hacer un giro normal, desviarse luego correctamente y dirigirse hacia ellos. Pero no hizo el menor intento por tomar tierra, se limitó a mantener la altura correcta y a hacer otro giro mucho más pequeño, balanceándose de un lado a otro.

—La radio no funciona… Necesita un «Verde» —dijo Ayre, y alargó la mano hacia la luz de señales.

—Desde luego, dele una…, pero sigue arriesgando la cabeza.

Ayre comprobó que el potente foco de señales estrecho, estaba en «Verde»: permiso para aterrizar. La dirigió hacia el helicóptero y accionó el conmutador. El aparato se dio por enterado balanceándose, e inició el acercamiento. Wazari cogió su carabina y salió. Ayre utilizó de nuevo los prismáticos, pero no pudo reconocer al piloto o al hombre que iba sentado junto a él, ambos estaban embutidos en su indumentaria invernal y llevaban enormes gafas. Luego, bajó las escaleras corriendo.

Abajo, el personal de «S-G», pilotos y mecánicos, se agolpaban para observar. Un coche, procedente de la dirección de la base principal, circulaba a gran velocidad hacia ellos, a lo largo de la carretera que establecía los límites. Manuela se encontraba en pie, a la puerta del bungalow. Las plataformas de aterrizaje estaban delante del edificio de oficinas. Agazapados al socaire de él se encontraban los cuatro Green Bands, que se habían quedado allí. Wazari se hallaba con ellos en esos momentos; Ayre se dio cuenta de que uno era muy joven, casi un adolescente y que jugueteaba con su metralleta. Al intentar amartillarla, en su excitación, la dejó caer sobre el asfalto, con el cañón apuntando directamente a Ayre. Pero no se disparó. Mientras lo observaba, el jovenzuelo la recogió por el cañón, golpeó contra el suelo la culata para quitarle la nieve y, sin el menor cuidado, sacudió la nieve del guardamonte. Del cinturón le colgaban algunas granadas… ¡de la espoleta! Ayre se reunió presuroso con algunos de los mecánicos, poniéndose a cubierto.

—¡Jodido idiota! —dijo uno de ellos con el estómago revuelto—. De un momento a otro va a volar por los aires, y nosotros con él. ¿Está bien, capitán? Hemos oído decir que Hotshot se ha endosado unos calzones demasiado grandes.

—Sí, sí. Así es. ¿Adónde pertenece HBX, Benson?

—Bandar Delam —contestó Benson sin la menor vacilación. Era un inglés rotundo de cara sana—. Apuesto cincuenta a que es Duke.

En el momento en que el «212» posó en tierra sus patines y paró el motor, los Green Bands, con Wazari a su cabeza, se precipitaron

hacia él, mientras algunos de los guardias gritaban Allah-u Akbarr! Rodearon el helicóptero apuntando con sus armas.

—¡Maldita sea! —exclamó nervioso Ayre—. ¡Son como los Keystone Kops!

Seguía sin poder ver al piloto con claridad, de manera que abandonó su refugio pidiendo a Dios que fuera Starke. La portezuela de la cabina se abrió y empezaron a salir hombres armados, sin importarles que los rotores aún siguieran girando, vociferando saludos y diciendo a los otros que bajaran las armas. En medio de aquel pandemónium, alguien, excitado, hizo un disparo de bienvenida al aire. En un instante comenzó la desbandada. Después, hubo más gritos, y todos se reagruparon alrededor de las portezuelas mientras llegaba el coche y otros hombres se unían a ellos. Se alargaron muchas manos para ayudar a bajar a un mulá. Estaba gravemente herido. Luego, una camilla. Y todavía más heridos. Entretanto, Ayre vio a Wazari que se acercaba corriendo a él.

—¿Tiene médico aquí? —preguntó con tono apremiante.

—Sí. —Ayre se volvió y gritó haciendo bocina con las manos—. Traigan a Doc y a los sanitarios. Rápido. —Luego, se volvió hacia el sargento mientras que corrían presurosos junto al helicóptero—. ¿Qué diablos pasa?

—Vienen de Bandar Delam. Ha habido allí una contrarrevolución. Esos malditos fedayines…

Ayre vio abrirse la portezuela del piloto y Starke saltó del aparato. Ya no escuchó más lo que Wazari decía y apretó el paso.

—Hola, Duke, amigo. —Mantuvo deliberadamente el gesto impasible y la voz indiferente, pero en su fuero interno se sentía tan contento y excitado que estaba a punto de reventar—. ¿Dónde has estado?

Starke esbozó una mueca sonriente, acostumbrado a las maneras británicas.

—Pescando, muchacho —respondió.

De repente, Manuela apareció cargando contra la multitud y abrazándose a él. Starke la levantó fácilmente en vilo haciéndola girar.

—¡Caramba, preciosa! —dijo, arrastrando las palabras con su acento peculiar—. Parece que a fin de cuentas te gusto.

Manuela reía y lloraba a la vez y se aferraba a él desesperadamente.

—Cuando te vi, Conroe, casi me muero…

—Maldito si no estuvimos a punto, querida —exclamó Starke de manera involuntaria, pero ella no lo oyó y él, después de abrazarla con fuerza, la dejó en el suelo.

—Estáte tranquila mientras organizo esto. Vamos, Freddy.

Se abrió camino entre el gentío. El mulá herido estaba en el suelo, con la espalda apoyada contra uno de los patines del helicóptero, casi inconsciente. El hombre que había en la camilla estaba muerto.

—Poned al mulá en la camilla —ordenó Starke en farsi.

Los Green Bands que trasladara en el «212» le obedecieron de inmediato. Wazari, el único de los que se encontraban allí que vestía uniforme, y el resto del personal de la base, estaban asombrados… Ninguno de ellos se dio cuenta de la presencia de Zataki, el líder sunita revolucionario que había tomado el mando en Bandar Delam, y que se encontraba junto al aparato, observando cuidadosamente, enmascarado por la chaqueta de vuelo «S-G» que llevaba.

—Déjame echarle un vistazo, Duke —dijo el médico, jadeante por las prisas, con un estetoscopio alrededor del cuello—. Estoy encantado de que hayas regresado. —El doctor Nutt estaba en la cincuentena, demasiado corpulento, el cabello ralo y nariz de bebedor. Se arrodilló junto al mulá y empezó a examinarle el pecho completamente ensangrentado y todavía húmedo—. Vale más que lo llevemos a la enfermería, y rápidos como un rayo. Y al resto.

Starke dijo a los dos que se encontraban más cerca que cogieran la camilla. De nuevo, los hombres que llevara consigo le obedecieron

al punto… Los otros Green Bands se le quedaron mirando. Ahora ya eran nueve, incluido Wazari y los cuatro que se habían quedado.

—Está bajo arresto —dijo Wazari.

Starke se le quedó mirando.

—¿Por qué?

Wazari vaciló.

—Órdenes superiores, capitán. Solo trabajo aquí.

—Lo mismo que yo. Estaré aquí si quieren hablar conmigo, sargento. —Starke sonrió tranquilizadoramente a Manuela que se había puesto lívida—. Volvamos a casa, cariño. No hay de qué preocuparse.

Dando media vuelta se acercó más a la puerta lateral para atisbar el interior.

—Lo siento, capitán, pero está bajo arresto. Suba al coche de inmediato. Irá a la base. Pronto.

Cuando Starke volvió para mirarle, se encontró con el cañón de un revólver. Dos Green Bands se pusieron de un salto detrás de él, sujetándole los brazos e inmovilizándole. Ayre se lanzó hacia delante, pero uno de los Green Bands le puso el cañón de su arma en el estómago, deteniéndole. Los dos hombres empezaron a arrastrar a Starke hacia el coche. Otros acudieron a ayudarle mientras Starke se debatía entre maldiciones. Manuela miraba, embargada por el pánico.

De pronto, se escuchó un rugido de radio y Zataki, rompiendo el cordón arrancó al sargento Wazari la carabina descargándole un culatazo sobre su cabeza. Solo los reflejos de Wazari, diestro en boxeo, hicieron que apartase la cabeza justo a tiempo, evitando así que se la machacara. Antes de que pudiera decir palabra, Zataki empezó a vociferar.

—¿Qué hace este perro con un arma? ¿Acaso vosotros, locos, no estáis enterados de que el Imán ha ordenado desarmar a los militares?

—Escuche, estoy autorizado… —empezó a decir Wazari con acaloramiento, pero calló, aterrado, al sentir un revólver contra su

garganta.

—Tú no estás autorizado ni a cagar hasta que el Comité local te autorice —repuso Zataki. Tenía mejor aspecto que antes, completamente rasurado. Sus facciones eran correctas—. ¿Te ha depurado el Comité?

—No…, no, per…

—Entonces, por Dios y el Profeta, ¡eres sospechoso! —Zataki seguía manteniendo el revólver contra la garganta de Wazari, mientras hacía un ademán con la otra mano—. Soltad al piloto y bajad las armas. ¡De lo contrario, por Dios y el Profeta, que os mataré a todos!

En el mismo momento en que Zataki se apoderaba del arma, sus hombres habían rodeado a los de Wazari y en ese momento los tenían cubiertos con sus armas por detrás. Los dos hombres que sujetaban a Starke, nerviosos, le dejaron ir.

—¿Por qué hemos de obedecerte? —preguntó uno de ellos con hosquedad—. ¡Eh! ¿Quién eres tú?

—Soy el coronel Zataki, miembro del Comité Revolucionario de Bandar Delam, gracias sean dadas a Dios. El americano nos ayudó a salvarnos de un contraataque fedayín y trajo al mulá y a los otros aquí, porque necesitaban ayuda médica. —De súbito, su furia se desbordó. Apartó de un empujón a Wazari que cayó al suelo—. ¡Dejad al piloto en paz! ¿No oís? —Apuntó y apretó el gatillo. La bala atravesó el cuello de la zamarra de uno de los hombres que se encontraba junto a Starke. Manuela estuvo a punto de desmayarse y se inició la desbandada de nuevo—. La próxima vez te la meteré entre los ojos. Y tú —dijo con un gruñido a Wazari—. Tú estás bajo arresto. Creo que eres un traidor, así que lo averiguaremos. El resto de vosotros id con Dios. Decid a vuestro comité que me complacerá mucho verlos…, ¡aquí!

Hizo con la mano un ademán para que se alejaran. Los hombres empezaron a farfullar entre ellos. Mientras tanto, Ayre se acercó a Manuela y la rodeó con un brazo.

—Aguanta —susurró—. Ahora todo irá bien. —Vio a Starke hacerles señas de que se alejaran y asintió con la cabeza—. Vamos. Duke dice que nos alejemos.

—No…, por favor, Freddy, estoy… estoy bien, te lo aseguro.

Forzó una sonrisa y siguió rezando para que el hombre del revólver se impusiera a los otros y diera fin a todo aquello. «Por favor, Dios mío, permite que se acabe».

Todos observaban en silencio mientras Zataki esperaba, el arma suelta en la mano. El sargento seguía en el suelo junto a él, y los que tenía enfrente lo miraban desafiantes. Starke continuaba allí en pie, en medio de todos ellos, no del todo seguro de que Zataki ganara. Este comprobó el cargador.

—Id con Dios todos vosotros —repitió, esta vez con más energía, empezando a dominarle la ira—. ¿Estáis todos sordossss?

Se alejaron reacios. El sargento se puso en pie, pálido, y se arregló el uniforme, Ayre vio cómo Wazari intentaba dominar su terror a base de valor.

—Tú quédate ahí y sigue así hasta que yo te diga que puedes moverte —ordenó Zataki quien dirigió la mirada a Starke el cual, a su vez, observaba a Manuela—. Piloto, tenemos que acabar de descargar. Luego, mis hombres comerán.

—Sí. Y gracias.

—No tiene importancia. Estos no sabían…, no se les puede culpar. —Volvió a mirar a Manuela con sus oscuros ojos penetrantes —. ¿Su mujer, piloto? —preguntó.

—Mi mujer —asintió Starke.

—La mía está muerta. Pereció en el incendio de Abadán con mis dos hijos. Fue la Voluntad de Dios.

—En ocasiones, la Voluntad de Dios casi resulta insoportable.

—La Voluntad de Dios es la Voluntad de Dios. Tenemos que acabar de descargar.

—Sí.

Starke subió a la cabina. El peligro estaba alejado tan solo de momento, ya que Zataki era tan imprevisible y volátil como la

nitroglicerina. Otros dos heridos seguían aún sujetos en sus asientos, al igual que las otras dos camillas ocupadas. Se arrodilló junto a una de ellas.

—¿Cómo te encuentras, amigo? —preguntó en inglés con tono sosegado.

Jon Tyrer abrió los ojos e hizo un gesto de dolor. En la cabeza llevaba un vendaje ensangrentado.

—Bien… Sí, bien. ¿Qué…, qué ha ocurrido?

—¿Puedes ver?

Tyrer pareció sorprendido. Guiñando los ojos miró a Starke, luego se los frotó y también la frente. Ante el gran alivio de Starke dijo:

—Claro, está… Tú estás algo borroso y tengo un dolor de cabeza de mil demonios, pero te veo a la perfección. Claro que puedo verte, Duke. ¿Qué diablos ha ocurrido?

—Esta mañana, durante el contraataque de los fedayines, de madrugada, quedaste entre dos fuegos y una bala te rozó la cabeza, en la sien, y al levantarte empezaste a correr en círculos como un pollo descabezado gritando: «No puedo ver… No puedo ver…». Luego, perdiste el conocimiento y hasta ahora no lo has recuperado.

—¿Desde entonces? ¡Maldición! —murmuró el americano, atisbando a través de la puerta de la cabina—. ¿Dónde diablos estamos?

—Kowiss… Pensé que lo mejor sería traeros rápidamente aquí, a ti y al resto.

Tyrer seguía asombrado.

—No recuerdo nada. Nada en absoluto. ¡Fedayines! Por todos los cielos, Duke, ni siquiera recuerdo que me subieran a bordo.

—Dejémoslo así, amigo. Ya te lo explicaré más tarde —dio media vuelta y llamó—. Freddy, que alguien lleve a Jon Tyrer al doctor —luego siguió en farsi, dirigiéndose a Zataki que observaba desde la puerta—. Excelencia Zataki, por favor, pida hombres para que lleven a los suyos a la enfermería. —Hizo una breve pausa—. Mi segundo en el mando, el capitán Ayre, dará las órdenes oportunas para que todo el mundo coma. ¿Querría usted acompañarme…, a mi casa?

Zataki sonrió extrañamente y sacudió la cabeza.

—Gracias, piloto —dijo en inglés—. Comeré con mis hombres. Esta tarde tendremos que hablar, usted y yo.

—Cuando quiera —Starke saltó de la cabina. Los hombres empezaron a llevarse a los heridos. Señaló su bungalow—. Esa es mi casa. Siempre será bienvenido a ella, Excelencia.

Zataki le dio las gracias y se alejó, empujando al sargento Wazari delante de él.

Ayre y Manuela se reunieron con Starke. Ella le cogió la mano.

—Cuando hizo funcionar el gatillo pensé… —esbozó una pobre sonrisa y empezó a hablar en farsi—. Ah, amado mío, qué hermoso se ha vuelto el día ahora que estás a salvo y junto a mí…

—Y tú junto a mí —Starke le sonrió.

—¿Qué pasó? ¿En Bandar Delam? —preguntó ya en inglés.

—En la base se entabló una encarnizada batalla entre Zataki y sus hombres y unos cincuenta izquierdistas… Ayer, Zataki tomó posesión de la base en nombre de Jomeini y su revolución… Tuve una especie de altercado con él cuando llegué allí, pero ahora estamos más o menos de acuerdo, aunque es un caso psicológico, peligroso como una serpiente de cascabel. De cualquier forma, al amanecer, los fedayines izquierdistas salieron de estampía en camiones o a pie. Zataki dormía con el resto de sus hombres, sin centinelas, nada de nada… ¿Os habéis enterado de que los generales han capitulado y que Jomeini es ahora jefe militar supremo?

—Sí, en realidad, acabamos de enterarnos.

—Me di cuenta del ataque cuando un estruendo de mil demonios me despertó, disparos por todas parte, entrando por los tabiques de los remolques. Yo, ya me conocéis, me protegí como pude y salí a duras penas del remolque… ¿Tienes frío, cariño?

—No, no, amado. Vámonos a casa… Necesito una copa… ¡Oh, Dios mío…!

—¿Qué pasa?

Pero Manuela corría ya desolada hacia la casa.

—El chile…, ¡me he dejado el chile en el fuego!

—Santo Cielo.

—Creí que iban a dispararnos o algo parecido.

A Starke se le había iluminado el rostro.

—¿Tenemos chile?

—Sí. ¿Bandar Delam?

—No hay mucho qué decir, Freddy. —Empezaron a andar hacia la casa—. Salí del remolque… Creo que los atacantes se imaginaron que Zataki y sus hombres estarían durmiendo en ellos. Pero él había hecho acostarse a todo el mundo en los hangares, para vigilar los helicópteros. Les vuelven paranoicos, Freddy. Creen que nos vamos a escapar con ellos o que vamos a sacar de Irán a los de la SAVAK, a los generales o a los enemigos de la Revolución. De cualquier manera, el viejo Rudi y yo estábamos escondidos detrás de uno de esos tanques de barro cuando algunos de los bastardos recién llegados, no podía distinguir unos de otros salvo porque los tipos de Zataki gritaban Allah-u Akbar mientras morían, bien, algunos de los fedayines irrumpieron con una metralleta «Stern» en los hangares, precisamente en el momento en que Jon Tyrer abandonaba su remolque. Le vi caer y entonces me enfurecí como un hijo de puta, ni una palabra de esto a Manuela… Le cogí el arma a uno de ellos y comencé mi pequeña batalla particular para llegar hasta donde Jon estaba. Rudi… —Starke esbozó una sonrisa—. ¡Ese si que es un hijo de puta!, Rudi, a su vez, cogió otro revólver y parecíamos Butch Cassidy y el Sundance Kid…

—¡Dios Todopoderoso! Debíais de estar locos.

Starke asintió.

—Lo estábamos. Pero sacamos a Jon de la línea de fuego. Entonces, Zataki salió del hangar con tres de sus tipos y cargó contra el grupo más numeroso, disparando como el Wild Bunch. Pero no te lo imaginas, ¡se quedaron sin municiones! Aquellos desgraciados se quedaron allí, inmóviles, y jamás habrás visto en tu vida a alguien más completamente desnudo. —Se encogió de hombros—. Rudi y yo pensamos que no era justo disparar contra un

blanco inmóvil, y Zataki se había portado bien una vez que el mulá Hussain, se hubo ido; además…, habíamos llegado a un acuerdo. Así que disparamos una andanada por encima de las cabezas de los atacantes, dando tiempo así a Zataki y a los otros a guarecerse. —De nuevo se encogió de hombros—. Y eso fue todo —dijo. Ya estaban cerca del bungalow. Husmeó el aire—. ¿De verdad tenemos chile, Freddy?

—Sí…, a menos que se haya quemado. ¿Eso es todo lo ocurrido?

—Claro, solo que cuando el tiroteo acabó, pensé que lo mejor era dirigirnos a Kowiss y al doctor Nutt. El mulá parecía estar en mala forma y tenía miedo por Jon. Zataki dijo: «Claro. ¿Por qué no? Necesito ir a Isfahán…». Así que, aquí estamos. La radio se cascó en ruta…, podía oírte pero me resultaba imposible transmitir. No había manera.

Ayre le vio olfatear el aire otra vez, consciente de que un psicópata como Zataki, jamás daría a Starke la autoridad que le había concedido, o su protección, por una contrapartida de tan escasa importancia.

El tejano abrió la puerta del bungalow. Al punto, se vio envuelto por el magnífico y sabroso aroma que lo transportaba de nuevo a su casa, a Texas, la tierra de Dios, y a miles de comidas. Manuela le tenía preparada una copa, tal como a él le gustaba. Pero no la bebió. Se limitó a ir a la cocina, coger una gran cuchara de madera, y probar el guiso. Manuela lo observaba conteniendo el aliento. Una segunda prueba.

—¿Qué me decís de esto? —sonrió feliz.

Aquel chile era el mejor que tomara en su vida.

XXV

EN LA PRESA DE DEZ: 4.31 DE LA TARDE. El «212» de Lochart se encontraba aparcado delante del cobertizo que servía de hangar, cerca de una plataforma de aterrizaje perfectamente cuidada, que se encontraba junto a la entrada al patio de la casa pavimentado con adoquines. Lochart se hallaba de pie, en la parte superior del helicóptero, comprobando la columna del rotor, con su infinidad de conexiones, retenes…, y puntos peligrosos. Mas no encontró nada anormal. Bajó con cuidado, limpiándose con un trapo las manos llenas de grasa.

—¿Okay? —preguntó Alí Abbasi, tumbado al sol. Era el joven y bien parecido piloto de helicópteros iraní que ayudara a liberar a Lochart cuando este fue detenido en la base aérea de Isfahán, poco antes del amanecer y que durante todo el viaje hasta allí permaneciera sentado junto a él en la carlinga—. ¿Todo en regla?

—Desde luego —repuso Lochart—. Está en perfectas condiciones y a punto para salir en cualquier momento.

Hacía un hermoso día, despejado y cálido. Cuando una hora más tarde se pusiera el sol, la temperatura bajaría de veinte a treinta grados, pero eso poco importaba. Sabía que no tendría frío porque los generales siempre se procuraban lo mejor…, y también a aquellos que les eran necesarios para su supervivencia. «En este momento, Valik y el general Seladi me necesitan, pero solo por ahora», pensó.

De la casa le llegaban risas en sordina y también de los que tomaban el sol o nadaban en las aguas límpidas y azules del lago que se extendía abajo. Entre tanta desolación, la casa resultaba una incongruencia, un moderno bungalow, de una sola planta,

espacioso, con cuatro dormitorios y la vivienda del servicio aparte. Se hallaba enclavada en un ligero promontorio que daba al lago y la presa, y era el único edificio en todo el área. El lago y la presa estaban rodeados de terrenos estériles, pequeñas colinas de roca surgiendo en una alta meseta desprovista de toda vegetación. La única forma de llegar allí era a lomos de cabalgaduras, o por el aire, con helicóptero o avioneta para aterrizar en la pista corta, angosta y polvorienta, que fuera construida a golpes sobre el abrupto terreno.

La primera vez que Lochart lo vio, dudó que un bimotor pudiera llegar hasta allí. Tenía que ser un solo motor. Y no había posibilidad de movimiento alguno… Una vez allí, te quedabas. Pero de lo que no cabía la menor duda era de que se trataba de un magnífico escondrijo…, realmente magnífico.

Alí se puso en pie, desperezándose.

Habían llegado aquella misma mañana, sin el menor tropiezo. De acuerdo con las órdenes y directrices dadas por el general Seladi, modificadas sin alharacas por el capitán Alí, Lochart había despegado, evadiendo los controles, y evitando toda ciudad y aldea. Su radio había permanecido conectada todo el tiempo. El único informe que oyeron fue una virulenta comunicación desde Isfahán, repetida varias veces, en relación con un «212» rebosante de traidores que huía en dirección sur y que sería interceptado y derribado.

—No han dado nuestros nombres…, ni tampoco nuestra matrícula —observó Alí excitado—. Deben de haber olvidado registrarlos.

—¿Y cuál es la condenada diferencia? —había preguntado Lochart—. Debemos ser el único «212» que surca los cielos.

—No se preocupe. Manténgase a treinta metros como máximo y gire hacia el Oeste.

Aquello había dejado asombrado a Lochart, que esperaba dirigirse a Bandar Delam, situado casi al Sur.

—¿Adónde nos dirigimos?

—Olvídese de la brújula. A partir de aquí, yo le orientaré.

—¿Adónde nos dirigimos?

—A Bagdad —dijo Alí riendo.

Nadie le había informado sobre su punto de destino hasta que estuvieron preparados para aterrizar y para entonces, a poco más de trescientos cincuenta kilómetros desde Isfahán, volando muy bajo durante toda la ruta, con vientos en contra, el consumo máximo y muy por encima de la duración máxima esperada…, Alí se encomendaba a Dios sin rebozos.

—Si tomamos tierra en esos yermos olvidados del cielo, jamás podremos salir de ellos. ¿Qué hay del combustible?

—Cuando lleguemos allí hay cantidad de… ¡Alabado sea Dios! —dijo excitado Alí cuando sobrevolando el promontorio divisaron el lago y la presa—. ¡Alabado sea Dios!

Lochart se había hecho eco de su agradecimiento, y tomado tierra rápidamente. Junto al helipuerto había un tanque subterráneo, con una capacidad de 20.000 litros, y el cobertizo que servía de hangar. En este se encontraban algunas herramientas y cilindros de aire para neumáticos así como hileras de esquíes náuticos y equipos de navegación.

—Retirémoslo —dijo Alí.

Juntos, hicieron rodar al «212» hasta el cobertizo, que parecía hecho a su medida, y colocaron calzos a las ruedas. Mientras Lochart ajustaba el inmovilizador del rotor, observó tres planeadores en la estantería superior. Estaban cubiertos de polvo y hecho jirones.

—¿De quién son?

—En un tiempo, este fue el retiro de fin de semana privado de Hassayn Aryani, general de las Fuerzas del Aire Imperiales. Eran suyos.

Lochart silbó. Aryani era el legendario jefe de las Fuerzas Aéreas quien, según los rumores, también fuera capitán de la Guardia Pretoriana en la época romana del Sha, y estaba casado con una de

sus hermanas. Se había matado dos años antes mientras volaba con planeador.

—¿Fue aquí donde murió?

—Sí. —Alí señaló hacia el otro lado del lago—. Dicen que encontró una turbulencia y se estrelló contra aquellos acantilados.

—«¿Dicen?». ¿No lo cree usted? —preguntó Lochart mientras le observaba.

—No. Estoy seguro de que fue asesinado. La mayoría de nosotros, en las Fuerzas Aéreas, estamos convencidos de ello.

—¿Quiere decir que sabotearon su planeador?

Alí se encogió de hombros.

—No lo sé. Tal vez sí, tal vez no. Aunque debe pensar que era un piloto, demasiado cauteloso e inteligente quizá, y también un excelente planeador para verse inmerso en una turbulencia. Aryani jamás hubiera volado con vientos adversos. —Salió de nuevo al sol. Desde abajo seguían llegándoles risas y voces de los otros y vieron a los niños de Valik jugando a orillas del lago—. Para lanzarse, utilizaba una lancha rápida. Solía llevar esquíes náuticos cortos, sujetándose luego a una larga cuerda sujeta a la lancha rápida que atravesaba veloz el lago. Cuando iba lo bastante veloz, se soltaba los esquíes y ascendía a los cielos, volando a ciento cincuenta metros, a quinientos, para luego abandonar y, descendiendo en espiral, tomar tierra a solo unos centímetros de la almadía, allá abajo.

—¿Tan bueno era?

—Sí, tan bueno. Era demasiado bueno, por eso lo asesinaron.

—¿Quién lo hizo?

—No tengo ni la menor idea. Si lo supiera, haría mucho tiempo que él o ellos estarían muertos.

Lochart pudo darse cuenta de su adoración.

—Entonces, ¿lo conocía usted?

—Fui su ayudante. Uno de sus ayudantes durante un año. Desde luego, era el hombre más formidable que jamás he conocido… El mejor general, el mejor piloto, el mejor deportista, esquiador…, el mejor en todo. Si ahora viviera, los extranjeros jamás hubieran

engañado al Sha ni nuestro encarnizado enemigo Carter le hubiera tendido una trampa, el Sha jamás habría abandonado, jamás hubiera dejado que Irán se hundiera en el abismo y los generales nunca se hubieran permitido traicionarnos. —Las facciones de Alí Abbasi se contrajeron por la furia—. Es imposible concebir que hubieran llegado a traicionarnos de esa manera de estar él vivo.

—Entonces, ¿quiénes lo mataron? ¿Los seguidores de Jomeini?

—No. Imposible hace tres años. Era un nacionalista famoso, chiita, aunque moderno. ¿Quién? Los Tudeh, fedayines o cualquier fanático de derechas, izquierdas o centro que quisiera ver debilitado al Irán. —Alí se le quedó mirando, con los ojos oscuros, como brasas destacando entre sus facciones cinceladas—. Hay quienes incluso dicen que en las altas esferas había gente que temían su popularidad y poder crecientes.

Lochart parpadeó.

—¿Quiere decir que el Sha hubiera podido ordenar su muerte?

—No. No, claro que no. Pero era una auténtica amenaza para quienes aconsejaban mal al Sha. Era un *farmandeh*, un líder del pueblo. Era una amenaza para todo el mundo: para los intereses británicos porque respaldaba al Primer Ministro Mossadegh, que nacionalizara la «Anglo-Iranian Oil», apoyó al Sha y a la OPEP cuando cuadruplicaron el precio del petróleo, era pro israelita aunque no antiárabe y por lo tanto una amenaza para la OLP y Yaser Arafat. Pudo también ser considerado como una amenaza… para cualquiera de las Siete Hermanas o para todas ellas, porque maldito lo que le importaban o cualquier otro. Cualquiera. Porque por encima de todo era un patriota. —Los ojos de Alí reflejaban una mirada extraña—. El asesinato es un arte antiguo en Irán. ¿Acaso ibn-al-Sabbah no era uno de nosotros? —Sonrió con los labios, pero no así con los ojos—. Aquí somos diferentes.

—Lo siento…, ¿ibn-al-Sabbah?

—El Viejo de la Montaña, Hassan-ibn-al-Sabbah, el líder religioso ismailí, que en el siglo XI inventara a los asesinos y su culto al asesinato político.

—Sí, claro. Lo siento, no me acordaba. ¿No se decía que era amigo de Omar Khayyam?

—Algunas leyendas lo aseguran. —Los rasgos de Alí parecían esculpidos en piedra—. Aryani fue asesinado, nadie sabe por quién. Todavía.

Entre los dos cerraron la puerta del cobertizo.

—¿Y ahora qué? —preguntó Lochart.

—Ahora, esperaremos. Luego, seguiremos adelante.

«Al exilio —se dijo Alí—. No importa, solo será temporal y al menos yo sé adónde voy, no como el Sha, pobre hombre, que es un proscrito. Yo puedo ir a los Estados Unidos».

Únicamente él y sus padres sabían que tenía un pasaporte americano. Maldición, tenía que reconocer que su padre era muy inteligente.

—Nunca se sabe lo que Dios nos reserva, hijo mío —le había dicho con voz grave—. Te aconsejo que saques un pasaporte mientras te sea posible. Las dinastías jamás perduran, solo la familia. Los Sha se van como vienen, los Sha se propagan entre sí y los dos Pahlevi juntos solo hace cincuenta y cuatro años que ostentan la realeza… ¡Majestades Imperiales! ¿Qué era Reza Khan antes de que se coronara a sí mismo Rey de Reyes? Un soldado de fortuna, el hijo de unos aldeanos analfabetos de Mazandaran, cerca del Caspio.

—Pero, desde luego, padre, Reza Khan era un hombre especial. A no ser por él y por el Sha Mohammad Reza, aún seguiríamos siendo esclavos de los británicos.

—Los Pahlevi nos fueron muy útiles, hijo mío. Sí. Bajo muchos aspectos. Pero el Sha Reza falló. Se falló a sí mismo, y también a nosotros, cuando pensó estúpidamente que los alemanes ganarían la guerra e intentó respaldar al Eje… De esa forma, dio una excusa a los ocupantes británicos para destronarle y exiliarle.

—Pero ¡el Sha Mohammad no puede fallar, padre! Es más fuerte de lo que jamás lo fuera su padre. Nuestras Fuerzas Armadas son la envidia del mundo. Tenemos más aviones que Gran Bretaña, más

tanques que Alemania, más dinero que Creso. América es nuestra aliada, somos la primera potencia militar y policial del Medio y Cercano Oriente y los líderes extranjeros le hacen reverencias…, incluso Breznev.

—Sí, mas aún no sabemos cuál es la Voluntad de Dios. Saca el pasaporte.

—Pero un pasaporte estadounidense puede ser muy peligroso…, ya sabes lo que se dice, que casi todo pasa por la SAVAK hasta el Sha. ¿Qué ocurriría si llegara a enterarse? ¿O si se enterara el general Aryani? Arruinaría de forma absoluta mi carrera en las Fuerzas Aéreas.

—¿Por qué habría de ser así? Porque, en ese caso, tú les dirías, rebosante de orgullo, que obtuviste el pasaporte y lo mantuviste en secreto para el día en que hubieras de usarlo para bien de los Pahlevi. ¿Eh?

—Pues claro.

—Abre bien los ojos a las maniobras de este mundo, hijo mío… Las promesas de reyes no tienen valor alguno. Pueden invocar conveniencia. Si este Sha o el siguiente, o incluso tu gran general hubieran de elegir entre tu vida o algo que para ellos tuvieran un valor mayor, ¿qué elegirían? No deposites tu confianza en príncipes, generales o políticos, te traicionarán a ti, a tu familia y a tu herencia por un pellizco de sal para ponerla en una fuente de arroz que ni siquiera se molestarán en probar…

«¡Qué gran verdad! Carter nos vendió a nosotros y a sus generales, luego el Sha y sus generales y nuestros generales hicieron lo mismo con nosotros. Pero ¿cómo pueden ser tan estúpidos como para asesinarse a sí mismos? —se preguntó Alí, estremeciéndose al recordar lo cerca que había estado de la muerte en Isfahán—. ¡Todo el mundo debe de haberse vuelto loco!».

—Hace frío a la sombra —comentó Lochart.

—En efecto, lo hace. —Alí se volvió a mirarle y trató de dominar su ansiedad. «Todos los generales son iguales. Mi padre tenía razón. Incluso estos dos bastardos, Valik o Seladi, nos habrían traicionado

de haber sido necesario, aún podrían hacerlo. A mí me necesitan porque soy el único que puede pilotar su avión…, aparte de este pobre loco que ignora lo que se le avecina».

—Líbrate de ese Lochart —le había ordenado Seladi—. ¿Por qué sacarle de aquí? Nos habría abandonado en Isfahán, ¿por qué no dejarle a él aquí? Muerto. No podemos dejarle con vida, nos conoce a todos y nos traicionaría.

—No, Excelencia tío —había dicho Valik—. Ahora nos es de más utilidad como regalo a los kuwaitíes o a los iraquíes, pueden encarcelarlo o extraditarlo. Él fue quien robó el helicóptero iraní y quien estuvo de acuerdo en pilotar nuestro avión por dinero, ¿no es así?

—Sí, pero, de todas maneras, aún puede dar nuestros nombres a los revolucionarios.

—Para entonces, nosotros estaremos a salvo y también nuestras familias.

—Te digo que os deshagáis de él…, se hallaba dispuesto a sacrificarnos a nosotros. Deshazte de él e iremos a Bagdad, no a Kuwait.

—Por favor, Excelencia, reconsidérelo. Lochart es el piloto con más experiencia…

Alí consultó su reloj. Solo faltaban treinta minutos para la marcha. Vio a Lochart echar una ojeada a la casa en la que Valik y Seladi se encontraban. «Me preguntó quién de ellos habrá ganado, Valik o Seladi. ¿Cuál será el destino de este pobre infeliz, una cárcel kuwaití o iraquí o una bala en la cabeza? ¿Y qué harán con él después de matarlo? ¿Lo enterrarán o se lo dejarán a las rapaces?».

—¿Qué pasa? —preguntó Lochart.

—Nada. Nada, capitán. Solo pensaba en lo afortunados que hemos sido al escapar de Isfahán.

—Sí, aún sigo creyendo que le debo la vida a usted. —Lochart estaba seguro de que si Alí y el comandante no le hubieran liberado, habría acabado ante un tribunal ilegal del comité. ¿Y si lo apresaban ahora? Lo mismo. Hasta entonces no se había permitido pensar en

Sharazad, en Teherán o en hacer un plan. «Eso vendrá luego —se dijo una vez más—. Cuando veas cómo resulta esto y dónde acabas tú».

»¿Qué proyectan, adónde piensan ir? ¿A Kuwait? ¿O tal vez atravesar rápidamente la frontera a Iraq? Habitualmente, en Iraq se muestran hostiles con los iraníes, por lo que ese plan comporta peligro. Volar a Kuwait desde donde nos encontramos es fácil y la mayoría de los kuwaitíes son sunitas y, por lo tanto, enemigos de Jomeini. Como contrapartida, para llegar hasta allí, hay que deslizarse por una amplia zona de espacio aéreo en extremo sensible ya que tanto iraníes como iraquíes están nerviosos, inquietos, y le dan al gatillo con demasiada facilidad. En un radio de ochenta kilómetros debe de haber veinte bases aéreas iraníes a punto para entrar en combate, con aviones bien dotados y docenas de aterrados pilotos ansiosos por demostrar su lealtad al nuevo régimen.

»¿Y qué hay de tu promesa a McIver de no volar con ellos la última etapa?

»Lo ocurrido en Isfahán te ha marcado ya… No es posible que los revolucionarios olviden tu nombre o la matrícula del aparato. ¿Viste a alguien escribir tu nombre? No, no lo creo. Aun así, más te valdrá largarte mientras puedas, estás complicado en una fuga, en Isfahán murieron hombres… Como quiera que lo consideres, estás marcado.

»¿Y qué hay de Sharazad? No puedo dejarla.

»Habrás de hacerlo. Ella está segura en Teherán.

»¿Y qué me dices si van a buscarte y Sharazad abre la puerta y se la llevan a ella en tu lugar?».

—Me vendría bien una bebida fresca —dijo con la boca seca de repente—. ¿Cree que tendrá coke o algo parecido?

—Iré a ver.

Los dos se quedaron mirando a los hijos de Valik que llegaban desde el lago corriendo por el sendero, con Annoush detrás de ellos.

—¡Ah! —dijo ella con su eterna sonrisa feliz, aunque en aquel momento mostrara unas profundas y oscuras ojeras—. El día está muy hermoso, ¿verdad? Somos muy afortunados.

—Sí —respondieron ambos al tiempo que se preguntaban cómo una mujer semejante pudo haberse casado con aquel hombre. Era muy atractiva y tan hermosa como puede serlo una madre.

—¿Dónde está mi marido, capitán Abbasi?

—En la casa, Alteza, con los demás —contestó Alí—. ¿Me permite escoltarla? Yo iba precisamente hacia allí.

—Por favor, ¿no le importaría encontrarle por mí y rogarle que se reúna conmigo?

Alí no deseaba dejarla sola con Lochart porque ella estaba presente cuando Valik y Seladi le habían comunicado sus planes, pidiéndole su opinión sobre el punto de destino más adecuado…, aunque no respecto a la eliminación de Lochart. Eso había sido más tarde.

—No quisiera molestar al general por mi cuenta, Alteza. Acaso podríamos ir juntos.

—Haga el favor de buscarlo por mí —dijo con un tono tan imperioso como el del general, a pesar de que lo hizo con amabilidad y sin deseo de ofender.

Alí se encogió de hombros. «Insha'Allah», pensó mientras se alejaba. Una vez que estuvieron completamente solos, mientras los dos niños corrían en derredor del cobertizo, jugando al escondite, Annoush puso suavemente la mano sobre el brazo de Lochart.

—Aún no te he dado las gracias por salvar nuestras vidas, Tommy.

Lochart se sobresaltó. Era la primera vez que lo llamaba por su nombre de pila… Siempre había dicho «Capitán Lochart» o «mi primo político», o también «Su Excelencia, el marido de Sharazad».

—Me sentí muy feliz de poder ayudaros.

—Sé que tú y el querido Mac lo hicisteis por los niños y por mí… No te muestres tan sorprendido, querido. Conozco los puntos fuertes de mi marido y… y sus debilidades también… ¿Qué esposa no los conoce? —Los ojos se le llenaron de lágrimas—. Sé lo que esto significa para ti… Habéis puesto en peligro tu vida, la de Sharazad, tu futuro en Irán, tal vez, incluso el de vuestra compañía.

—La de Sharazad no, ella está absolutamente segura. Su padre, Su Excelencia Bakravan, la tendrá a salvo hasta que pueda salir. Claro que está segura.

Miró los ojos castaños de Annoush y leyó lo que había detrás de ellos. Sintió encogérsele el alma.

—Lo pido de todo corazón, Tommy y suplico a Dios que te conceda ese deseo. —Se enjugó las lágrimas—. Jamás me he sentido tan triste en toda mi vida. Nunca pensé que pudiera sentir tanta tristeza, tristeza por tener que huir, tristeza por ese pobre soldado que se está muriendo entre la nieve, tristeza por todas nuestras familias y amigos que tienen que quedarse y tristeza porque ya nadie está seguro en Irán. Temo muchísimo que a la mayoría de los de nuestro círculo los persigan los mulás. Siempre hemos sido…, ¿cómo lo diría?, demasiado modernos y…, demasiado progresistas. Aquí ya nadie está seguro…, ni siquiera el propio Jomeini.

—Insha'Allah —se oyó decir Lochart, pero, en realidad, no la escuchaba, súbitamente aterrado ante la posibilidad de no volver a ver jamás a Sharazad, de no poder regresar a Irán o de que a ella no le fuera posible salir—. Pronto volverá todo a la normalidad. Permitirán de nuevo viajar y todo irá bien. Claro que sí, dentro de unos meses…, tiene que ser así. Claro que pronto volverá todo a la normalidad.

—Así lo espero, Tommy, porque quiero mucho a tu Sharazad, y sentiría de todo corazón no poder volver a verla y no conocer al pequeñín.

—¿Eh? —Se la quedó mirando con la boca abierta.

—Claro, tú no lo sabes. —Se limpió las últimas lágrimas—. Era demasiado pronto para que lo supiera. Sharazad me dijo que estaba casi segura del embarazo de su primer hijo.

—Pero… pero, bueno, ella… —Calló sin saber qué decir, irritado pero extasiado al mismo tiempo—. ¡No es posible!

—Bueno, todavía no estaba segura, Tommy, pero sentía que así era. Algunas veces, las mujeres pueden saberlo… Se siente una tan

diferente y tan maravillosamente realizada —añadió, ahora ya con la voz rebosante de gozo.

Lochart estaba intentando pensar, plenamente consciente de que a ella le sería imposible comprender el tumulto de sentimientos que había generado en él. «¡Dios del Cielo! —pensó—. ¿Sharazad?».

—Han de pasar todavía unos días para que esté segura —seguía diciendo Annoush—. Han de pasar tres o cuatro días. Me parece. Déjame pensar. Sí, incluido hoy, martes, cuatro días más para estar segura. Así sería al día siguiente, al día siguiente de haber visto a su padre —dijo ella con delicadeza—. Teníais que verle ese Día Santo, el Viernes, dieciséis según vuestro calendario. ¿No es así?

—Sí —repuso Lochart. Como si le fuera posible olvidarlo—. ¿Estabas enterada de eso?

—Pues claro. —Annoush estaba sorprendida por la pregunta—. Una petición tan extraordinaria por tu parte y una decisión tan importante habían de ser conocidas de todos nosotros. Sería realmente maravilloso que estuviera embarazada… ¿No dijiste a Su Excelencia Bakravan que deseabas tener hijos? Espero de todo corazón que Dios la haya bendecido porque seguramente eso le hará pasar feliz los días y las noches hasta que logremos sacarla de Irán. Kuwait no está lejos. Solo siento tanto que no viniera con nosotros…, de esa manera todo sería absolutamente perfecto.

—¿Kuwait?

—Sí, pero no nos quedaremos allí… Iremos a Londres. —De nuevo apuntó la tormenta—. Yo no quiero dejar mi hogar ni a mis amigos y… yo no…

Por detrás de ella, Lochart vio abrirse la puerta de la casa. Valik y Seladi salieron, acompañados de Alí. Observó que los tres llevaban armas al cinto. Debían de tener allí armas ocultas, pensó ausente, mientras que Alí, después de saludar, se encaminaba presuroso por el sendero en dirección al lago. Los dos niños, desbordantes de energía, se lanzaron desde detrás del cobertizo a los brazos de Valik. Este tras lanzar a la chiquilla al aire, la dejó de nuevo en el suelo.

—Dime, Annoush —preguntó a su mujer.

—Querías que estuviera aquí con los niños exactamente a esta hora.

—Sí. Prepara a Setarem y a Jalal. Pronto partiremos.

Los chiquillos corrieron al punto al interior de la casa.

—¿Está preparado el helicóptero, capitán?

—Sí. Sí lo está.

Valik volvió a mirar a su mujer.

—Ve a prepararte, querida.

Annoush sonrió sin moverse.

—Solo he de coger mi abrigo. Podemos irnos cuando quieras.

Ya iban acercándose el resto de los oficiales. Algunos de ellos llevaban fusiles automáticos.

Lochart se forzó a apartar su mente de Sharazad, del Día Santo y de los cuatro días más.

—¿Cuál es el plan? —preguntó rompiendo el silencio.

—Bagdad. Despegaremos dentro de unos minutos —respondió Valik.

—Creí que íbamos a Kuwait —observó Annoush.

—Hemos decidido ir a Bagdad. El general Seladi lo considera más seguro que dirigirnos hacia el Sur. —Valik seguía observando a Lochart—. Quiero despegar dentro de diez minutos.

—Le aconsejo que espere hasta las dos o las tres de la madrugada y enton…

Seladi lo interrumpió con frialdad.

—Pueden acorralarnos aquí. Los soldados pueden tendernos una emboscada… Cerca, hay una base aérea, podrían enviar una patrulla. Usted no entiende de cuestiones militares. Saldremos para Bagdad de inmediato.

—Kuwait es mejor y más seguro, pero en ambos países confiscarán el aparato si no dispone de una autorización iraní —dijo Lochart.

—Tal vez sí o tal vez no —repuso Valik con calma—. Baksheesh y algunas conexiones establecerán la diferencia.

«Tú, el intruso en mi familia —pensó solazándose—, tú junto con la donación del "212", seréis compensación suficiente para satisfacer incluso a los iraquíes, porque nosotros estaremos de acuerdo en que has volado ilegalmente…, incluso la autorización que obtuviste en Teherán era ilegal. Los iraquíes comprenderán y no harán nada contra nosotros. La mayoría de ellos aborrecen y temen a Jomeini y su versión del Islam. Contigo, con el "212" y con algún extra más, ¿por qué habrían de molestarnos?».

Se dio cuenta de que Lochart le estaba observando.

—¿Algo más?

—Creo que Bagdad es una mala elección.

—Ahora nos vamos —se limitó a decir, tajante, el general Seladi. Lochart enrojeció ante aquella grosería. Algunos de los otros se agitaron incómodos.

—Con toda seguridad despegarán cuando el aparato esté preparado y también el piloto. ¿Ha volado sobre estas montañas?

—No…, no lo he hecho. Pero el «212» es superior y es a Bagdad adonde nos dirigimos. ¡Ahora!

—Entonces, les deseo mucha suerte. Sigo aconsejando Kuwait como punto de destino y también esperar. Pero ustedes hagan lo que quieran porque yo no pienso pilotar.

Se hizo un silencio más profundo aún. Seladi enrojeció.

—Prepárese para salir. ¡Ahora mismo!

—Cuando nos dirigíamos a Isfahán, le dije que no volaría con ustedes el trecho final. No volaré más. Alí puede hacerlo…, está plenamente cualificado.

—Pero ahora le buscan a usted tanto como a nosotros —alegó Valik asombrado ante tal estupidez—. Claro que volará el trecho final.

—No, no lo haré. Regresaré desde aquí… Ya sé que no pueden perder tiempo dejándome en alguna parte. Alí podrá llevarles, está destinado en esta área y conoce el radar. Solo necesito que me dejen un fusil y me dirigiré a Bandar Delam, ¿de acuerdo?

Los otros miraban tan pronto a Lochart como a Seladi y Valik. Esperaban.

Valik reflexionaba sobre aquel nuevo problema. Y también Seladi. Los dos hombres llegaron a la misma conclusión Insha'Allah! Lochart había elegido quedarse y, por lo tanto, Lochart tendría que cargar con las consecuencias.

—Muy bien —dijo Valik con calma—. Alí nos llevará. —Sonrió y luego, como respetaba en Lochart al piloto, se apresuró a añadir—: Y como somos un pueblo muy democrático sugiero que lo pongamos a votación… ¿Iraq o Kuwait?

—Kuwait —dijo al punto Annoush y los demás se hicieron eco de su decisión sin dar tiempo a Seladi a interrumpir.

«Estupendo —se dijo Valik—, he permitido que dieran de lado mi propuesta, porque Seladi aseguraba conocer al jefe de Policía de Bagdad y aseguró que la entrada para mí, mi familia y él no costaría más de 20.000 dólares en billetes de los Estados Unidos, inconmensurablemente más barato que en Kuwait, lo que los demás hayan de pagar es asunto de ellos. Confío en que lleven dinero o que tengan medios para obtener el suficiente con rapidez».

—Naturalmente, estará de acuerdo, Excelencia tío. Kuwait. Gracias, capitán. ¿Tal vez quiera decir a Alí que será él quien pilote? Está abajo, en el lago.

—Desde luego. Voy a coger mi equipo. ¿Me dejarán un fusil?

—Por supuesto.

Lochart se dirigió al cobertizo, desapareciendo en su interior.

—Que algunos de ustedes saquen el helicóptero y nos pondremos en marcha.

Se dispusieron a obedecerle. Lochart salió del cobertizo, dejó sus sacos junto a la puerta y se encaminó hacia el lago por el sendero. Seladi le observó alejarse y luego se acercó impaciente al «212».

Valik se dio cuenta de que su mujer le estaba observando.

—¿Qué pasa, Annoush?

—¿Qué habéis planeado para el capitán Lochart? —preguntó en voz queda, aun cuando nadie más podía oírles.

—Es…, ya le has oído. Se niega a volar y quiere quedarse. Se irá caminando.

—Sé cómo trabaja tu cerebro, querido. ¿Vas a hacer que le maten? —Sonreía deliciosamente—. ¿Que lo asesinen?

—Asesinato es una palabra equivocada —repuso Valik con una sonrisa forzada—. Estoy seguro de que no me negarás que Lochart representa ahora un gran peligro para nosotros. Nos conoce a todos, nuestros nombres… Todas nuestras familias sufrirán cuando lo cojan, lo torturen y lo condenen. Es la Voluntad de Dios. Él ha elegido. De cualquier forma, Seladi quería que se hiciera… Es una decisión militar. Yo dije que no, que nos llevaría hasta el final.

—¿Para sacrificarle en Kuwait o en Bagdad?

—Seladi fue quien dio las órdenes a Alí, no yo. Lochart está marcado, el pobre hombre. Es trágico, pero necesario. Estás de acuerdo, ¿verdad?

—No, querido. Lo siento, pero no lo estoy. De manera que si aquí le hacen algún daño o siquiera lo tocan, habrá muchos que vivirán para lamentarlo. —Annoush siguió sonriendo inmutable—. Y tú también, querido.

Valik enrojeció. Detrás de él, los hombres habían sacado el «212» y lo estaban cargando en aquellos momentos. Bajó la voz.

—No me has escuchado, Annoush. Representa una amenaza. No es uno de nosotros, Jared apenas lo tolera y te aseguro que representa un gran peligro para todos nosotros, para quienes se quedan aquí…, tu familia al igual que la mía.

—¿Acaso no me has oído, marido? Te aseguro que conozco muy bien los peligros, pero si lo matan aquí…, si lo asesinan…, también a ti te matarán.

—¡No seas ridícula!

—Alguna vez te dormirás y no volverás a despertarte. Habrá sido la Voluntad de Dios.

Ni por un momento cambió su sonrisa ni la dulzura de su voz.

Valik vaciló durante unos instantes. Luego, su rostro adquirió una expresión hermética y tomó presuroso el sendero. Los niños salieron

de estampía de la casa, lanzándose hacia ella.

—Esperad aquí, queridos —les dijo, cariñosa—. Volveré dentro de un momento.

Junto al lago y a un nivel superior, sobre pilotes, había un área de barbacoa, abierta por un lado, y un bar protegido por un alero. También había unos escalones que conducían directamente al agua, para los esquiadores o para utilizar la motora amarrada en un cobertizo contiguo.

Lochart se encontraba al borde del agua con las manos en alto.

Alí lo apuntaba con la automática. Había recibido órdenes terminantes de Seladi: que fuera al lago y esperara. Una de dos, le llamarían para que volviera o enviarían al piloto a reunirse con él. Si este llegaba en su busca, tenía que matarlo y luego regresar con ellos inmediatamente.

Aborrecía tener que cumplir aquella orden. Bombardear o atacar a los revolucionarios o a los sublevados desde un helicóptero no era un asesinato. Eso sí. Su rostro estaba lívido, jamás había matado antes a nadie y suplicaba el perdón de Dios. Pero una orden era una orden.

—Lo siento —dijo, apenas capaz de pronunciar las palabras. Y se dispuso a apretar el gatillo.

En aquel mismo instante, las piernas parecieron fallarle a Lochart y cayó de lado en el agua. Alí siguió el movimiento de manera automática, apuntó al centro de la espalda, como en unos ejercicios de tiro, consciente de que a aquella distancia jamás podría fallar. ¡Fuego!

—¡Alto!

La fracción de segundo que duró su vacilación fue suficiente para que su cerebro escuchara la orden y la cumpliera agradecido. Estremeciéndose por el propio alivio, sintió que su dedo dejaba de presionar sobre el gatillo. Valik se reunió presuroso con él. Ambos escudriñaron las aguas, oscuras allí, a la sombra y muy profundas. Esperaron. Lochart no reapareció.

—Tal vez esté debajo del suelo…, o de la balsa —dijo Alí limpiándose el sudor de la cara y de las manos, al tiempo que daba gracias a Dios por no habérselas manchado con la sangre del piloto.

—Sí —asintió Valik sudando también, pero él de miedo. Jamás había visto antes aquella mirada en los ojos de su mujer, aquella sonrisa que prometía la muerte durante la noche. Herencia de sus infames antepasados, se dijo. Era una Qajar, los del linaje Qajar eran capaces, sin el menor remordimiento, de cegar o asesinar a sus rivales al trono…, o a los hijos de sus rivales. ¿Acaso no era archisabido que solo un Sha Qajar había abandonado su trono por muerte natural durante los ciento cuarenta y seis años de su dinastía? Valik miró a su alrededor y la vio de pie, a la entrada del sendero. Entonces, él se volvió hacia Alí.

—Deme su pistola —ordenó.

Luego, tembloroso, dejó el arma sobre el tosco suelo de madera y gritó:

—Le dejo aquí una pistola, Lochart. Todo ha sido un error. El capitán cometió una equivocación.

—Pero, general…

—Suba al helicóptero —le ordenó Valik en voz alta—. Seladi está loco…, jamás debió darle la orden de que matara a ese pobre hombre. Nos vamos inmediatamente y nos dirigimos a Kuwait…, no a Bagdad. Váyase, Alí, y ponga el aparato en marcha.

Alí se alejó. Al pasar junto a Annoush la miró con curiosidad. Después, siguió su camino con rapidez. Ella bajó por el sendero reuniéndose con Valik.

—¿Lo viste? —preguntó él.

—Sí.

Esperaron. Ni el más leve ruido, ni el más ligero movimiento de agua lamiendo los pilotes. Todo era hermoso y tranquilo, la superficie del lago parecía un espejo y no había el menor soplo de viento.

—Rezo por que esté escondido en alguna parte —dijo ella, con profundo sentimiento. Pero ya era hora de rellenar la brecha que los

separaba—. Estoy contenta de que no haya sangre en nuestras manos. Seladi es un monstruo.

—Más vale que regresemos. —Permanecían completamente ocultos al helicóptero y a la casa. Sacó su automática y disparó al suelo, cerca de ellos—. Esto es por Seladi. Yo…, bueno, le di a Lochart cuando salió a la superficie…, ¿eh?

Annoush se agarró de su brazo.

—Eres un hombre prudente y bueno —dijo mientras subían el sendero cogidos del brazo—. Sin ti, sin tu inteligencia y valor, jamás hubiéramos logrado escapar de Isfahán. Pero el exilio… Por…

—Solo exilio temporal —la interrumpió Valik con jovialidad, aliviado de que aquel momento atroz entre ellos hubiera pasado—. Luego, volveremos a casa.

—Eso sería maravilloso —asintió Annoush, forzándose a creerlo. «He de hacerlo o me volveré loca. ¡Tengo que hacerlo por los niños!»—. Estoy contenta de que eligieras Kuwait…, nunca me gustó Bagdad. Y esos iraquíes…, ¡ufff! —Sus ojeras seguían siendo profundas—. ¿Estaba Lochart equivocado en lo que dijo de esperar hasta que anochezca?

—Hay una base aérea a solo unos kilómetros. Pueden habernos localizado por el radar, Annoush, o por observadores en las colinas. Seladi tiene razón en eso. La base enviará una patrulla en busca nuestra. —Llegaron arriba. Los niños les esperaban junto a la portezuela de la cabina. Todo el mundo se encontraba ya a bordo. Apresuraron el paso—. Kuwait es mucho más seguro. He decidido hacer caso omiso de ese pomposo loco de Seladi…, nunca se puede confiar en él.

Subieron en cuestión de minutos, dirigiéndose hacia el Norte sobre el rimero de aquellas colinas, evitando los riscos, sobrevolando el área lo más cerca posible del suelo para evitar el peligro cercano de la base aérea. Alí Abbasi era un excelente piloto y conocía bien todo el lugar. Una vez hubo dejado atrás el rimero y entrado en el valle, giró hacia el Oeste y se escurrió por un desfiladero para evitar el perímetro exterior del campo de aviación, la frontera iraquí a unos

ochenta kilómetros de distancia. La nieve cubría la cima de las montañas muy por encima de ellos y también parte de las laderas, aun cuando el suelo de algunos valles aparecía verde aquí y allá entre toda aquella rusticidad rocosa. Pasaron rápidamente sobre una aldea desconocida e imprevista, giraron casi hacia el Sur, siguiendo el curso del agua, volando paralelos a la frontera que se encontraba, alejada, a su derecha. El vuelo hasta su destino apenas duraría dos horas, dependiendo de los vientos, y en ese momento les eran favorables.

Los que iban sentados cerca de las ventanillas veían, felices, pasar la tierra rápidamente, acomodados los niños en las mejores posiciones, Jalal sobre las rodillas del comandante, Valik con su hija junto a Annoush. Todo el mundo estaba contento, algunos rezaban en silencio. Pronto se pondría el sol y eso les beneficiaría, entre nubes matizadas de rojo, «rojo cielo nocturno, deleite de los pastores», canturreó en voz queda Annoush a Setarem en inglés, y allá, delante de ellos, los motores sonaban de maravilla con todas las agujas en «Verde».

Alí se sentía contento de estar volando, contento de no haber matado a Lochart que permaneció en pie, frente a él, sin decir palabra, sin suplicar por su vida ni rezar, solo de pie, con las manos en alto, esperando. «Estoy seguro de que se encuentra a salvo bajo los pilones, gracias sean dadas a Dios…».

Echó un rápido vistazo al mapa para refrescar su memoria. Pero, en realidad, no era necesario, había pasado muchos años formidables allí, volando por los desfiladeros. Pronto dejaría atrás las montañas, entraría en las llanuras pantanosas del Tigris y el Éufrates, se mantendría casi al nivel del suelo, bordeando Dezful, después Ahwaz y Khorramshahr, cruzaría veloz el estuario de Shatt-al-Arab y la frontera, y al fin Kuwait y la libertad estarían a su alcance.

Delante de él apareció la cordillera con la cumbre dominante que había estado esperando y ascendió con rapidez saliendo del valle

para descender de nuevo en el siguiente, embargado ya por el gozo de volar. Pero, de súbito:

—HBC, ascienda a trescientos metros y reduzca velocidad —retumbaron en sus auriculares y en su cerebro. Apenas hacía seis minutos que se hallaba en el aire.

La orden había sido dada en farsi y repetida en inglés, luego de nuevo en farsi y una vez más en inglés. Y en todo momento, Alí lo mantuvo bajo, intentando desesperadamente pensar.

—Helicóptero HBC, está volando ilegalmente. Salga del valle y reduzca la velocidad.

Alí Abbasi miró hacia arriba, escudriñando los cielos, pero no vio avión alguno. El suelo del valle pasaba rápidamente. Delante había otro rimero y luego se encontraría con una serie de rimeros y valles que desembocaban en los llanos. Hacia el Oeste, la frontera iraquí se encontraba a unos ochenta kilómetros…, y veinte minutos.

—¡Helicóptero HBC, por última vez, está volando ilegalmente, salga del valle y reduzca la velocidad!

«Tienes tres posibilidades», le gritó su cerebro. Obedecer y morir, intentar escapar, o tomar tierra y esperar toda la noche e intentarlo de nuevo con las primeras luces…, suponiendo que sobrevivas a sus proyectiles y balas.

Delante de él y a su izquierda vio árboles, y la tierra que descendía, las paredes del valle cortadas a pico formando un barranco, de manera que se introdujo en él, decidido a lograrlo. Su mente ya funcionaba. Se quitó los cascos, se puso en manos de Dios, y se sintió mucho mejor. Al llegar al final del barranco, redujo la velocidad, sorteó algunos árboles y se introdujo en otro valle pequeño. Reduciendo aún más la velocidad, siguió, cauteloso, el lecho del río. Más árboles y afloramientos que fue bordeando.

«Mantente bajo y lento, economiza combustible y ve abriéndote paso hacia el Sur —reflexionaba con confianza creciente—. Acércate a la frontera cuando puedas tomarte el tiempo necesario. Si haces uso de tu ingenio, jamás te alcanzarán. Pronto oscurecerá…, en la oscuridad puedes despistarlos y conoces los instrumentos de vuelo

lo suficiente para llegar a Kuwait. Pero ¿cómo han podido localizarnos? Casi parece como si nos hubieran estado esperando. Puede que nos tuvieran en el radar cuando entramos en la presa de Dez… ¡Cuidadoooo!».

Allí, los arbolados eran más densos y bordeó varios de ellos en la ladera de la montaña. Se acercó más a las rocas y ascendió hacia las crestas y el siguiente valle. Una vez a salvo en él, y cuando hubo descendido en busca de la protección de las rocas, escudriñó arriba y abajo, siempre en busca de un buen lugar para tomar tierra en el caso de que un motor fallara. Se concentraba y se sentía confiado, haciendo bien su trabajo. Todos los instrumentos marcaban el punto de seguridad. Los minutos transcurrían y, a pesar de escudriñar los cielos con suma atención, no vio nada. A la entrada del siguiente valle puso el helicóptero a cien metros y recorrió con todo cuidado el cielo. Nada sobre ellos.

¡Estaban a salvo! ¡Le habían perdido! Insha'Allah! Respiró hondo y, en extremo satisfecho, giró de nuevo en dirección sur. Sobrevolarían la siguiente cordillera. Y luego la otra. Más allá estaban las llanuras. Los dos cazas le estaban esperando. Eran «F14».

XXVI

EN EL AEROPUERTO DE TEHERÁN. OFICINA DE «S-G»: 5.48 DE LA TARDE. «… no se le permite aterrizar», se escuchó a través de la HF, acompañadas de toda una serie de ruidos. Gavallan, McIver y Robert Armstrong se agolpaban en derredor de ella, escuchando con atención. A través de las ventanas, el panorama era gris y tristón. Empezaba a caer la noche.

De nuevo se escuchó la voz jovial de John Hogg, procedente del «125».

—Control Teherán. Eco Tango Lima Lima al habla, desde ayer tenemos autorización de Kish para aterrizar y…

—ETLL, ¡no se le permite aterrizar! —El tono de voz del controlador aéreo era inexperto y atemorizado y McIver maldijo entre dientes—. Lo repito, negativo. Todo el tráfico aéreo civil se encuentra en tierra y cancelados los próximos vuelos hasta nuevas órdenes del Imán… —Como fondo a aquella voz podían oírse otras charlando en farsi, encontrándose abierto cierto número de micrófonos en esa frecuencia—. ¡Regrese al punto de partida!

—Repito, tenemos autorización para aterrizar del radar de Kish que nos trasladó al controlador del tráfico aéreo de Isfahán quien confirmó nuestra autorización. Larga vida al Ayatolá Jomeini y a la victoria del Islam… Estoy a sesenta kilómetros al Sur del puesto de control Varamin, esperando pista 29 izquierda. Por favor, confirmen que su ILS funciona. ¿Tienen otro tráfico en su sistema?

Por un instante voces en farsi dominaron en la torre y luego…

—Tráfico negativo ETLL, negativo ILS, pero no pue… —El inglés americano calló bruscamente y ocupó su lugar una voz airada, de

acento cerrado—. ¡Nada de aterrizajes! ¡Comité da órdenes Teherán! Kish no ser Teherán… Isfahán no Teherán… Nosotros mandamos Teherán. Arrestado si aterriza.

Al punto, se escuchó la voz cordial de John Hogg.

—Eco Tango Lima Lima. Entendido. No quieren que aterricemos, y desean rechazar nuestras autorizaciones, lo que me parece un error de acuerdo con las regulaciones del tráfico aéreo… Manténgase a la escucha Uno, por favor. —Inmediatamente su clara voz llegó por la frecuencia privada de «S-G», acompañada de confusos ruidos—. Cuartel General, ¿decisión?

McIver cambió inmediatamente de canal.

—Tres Sesenta. Alerta Uno —dijo por el micrófono, lo que significaba «Mantente en círculos y espera la respuesta». Miró a Gavallan que estaba ceñudo. Robert Armstrong silbaba entre dientes —. Valdrá más que le hagamos alejarse. Si toma tierra, pueden echarle el guante y confiscar el aparato —dijo McIver.

—¿Con autorizaciones oficiales? —alegó Gavallan—. Dijiste a la torre que teníamos la carta del embajador británico con el visto bueno de la oficina de Bazargan…

—Pero no por el propio Bazargan, señor —intervino Robert Armstrong—, e incluso si la tuviéramos, esos granujas de la torre son allí, a todos los efectos útiles, la ley. Por el momento. Le sugeriría qu… —Calló y señaló con gesto más sombrío aún—. ¡Miren eso!

Dos camiones y un coche de radiocontrol con todos sus aditamentos aéreos elevados, circulaba veloz por la carretera limítrofe. Mientras observaban, los camiones enfilaron directamente hacia la pista 29 izquierda, aparcando en el centro de ella. Saltaron Green Bands armados, que tomaron posiciones defensivas. El coche de control siguió avanzando en dirección a ellos.

—¡Mierda! —farfulló McIver.

—¿Crees que puedan haber intervenido nuestra frecuencia, Mac?

—Lo más seguro será suponerlo, Andy.

Gavallan cogió el micrófono.

—Suspende. B repito B.

—¡Eco Tango Lima Lima! —Luego, por la frecuencia de la torre, dijo con tono amable y cordial—: Torre de Teherán. Aceptamos su petición de cancelar nuestra autorización y solicitarla oficialmente para tomar tierra mañana al mediodía, a fin de entregar urgentemente, repito, urgentemente, los repuestos destinados a «IranOil», y a la tripulación que sale con permiso aplazado. Regresaremos de inmediato al punto de partida.

McIver gruñó.

—Johnny siempre ha estado al quite —gruñó McIver; después, se dirigió a Armstrong—. Le pondremos a usted…

—Atención Uno. Eco Tango Lima Lima —le interrumpieron, procedente de la torre.

—Le pondremos en la lista de pasajeros tan pronto como nos sea posible, Mr. Armstrong. Siento que hoy no haya habido suerte. ¿Qué me dice de su documentación?

—Yo…, bueno, preferiría figurar como asesor especializado de «S-G», que se va con permiso. Si es que no les importa. Naturalmente sin cobrar. —Miró de nuevo a Gavallan—. ¿Qué significa B repito B?

—Que lo intente de nuevo mañana a la misma hora.

—¿Y si autorizan la solicitud ETLL?

—Entonces, será mañana…, y usted un asesor especializado.

—Gracias, esperemos a mañana. —Armstrong vio acercarse al coche y añadió presuroso—: ¿Estará libre esta noche a las diez, Mr. Gavallan? Tal vez yo podría darme por ahí una vuelta…, solo para charlar, nada importante.

—Desde luego. Lo esperaré. Nos hemos visto antes, ¿verdad?

—Sí. En el caso de que no estuviera allí a las diez y cuarto es que habrán surgido impedimentos y no he podido acudir… Ya sabe lo que pasa…, entonces, me pondré en contacto por la mañana. —Armstrong inició su marcha—. Y gracias.

—Muy bien. ¿Dónde nos conocimos?

—En Hong Kong. —Robert Armstrong hizo una cortés inclinación de cabeza y salió, alto y enjuto.

Le vieron atravesar la oficina y dirigirse a la puerta que conducía al hangar y a la puerta trasera que daba al aparcamiento «S-G» donde dejara su usado coche… El de McIver estaba aparcado delante.

—Parece como si hubiera estado aquí antes —comentó McIver pensativo.

—¿Hong Kong? No lo recuerdo en absoluto. ¿Y tú?

—No. —McIver frunció el entrecejo—. Le preguntaré a Gen, tiene muy buena memoria para los nombres.

—Pese a lo que Talbot diga, no estoy seguro de que me guste o confíe en ese condenado Robert Armstrong.

A mediodía, habían ido a ver a Talbot para averiguar quién era Armstrong y qué hacía allí.

—Bueno, en realidad es un tipo muy decente —fue cuanto pudieron sacarle a George Talbot—, y nosotros…, humm, os agradeceríamos que lo llevarais en el helicóptero y…, humm, sin hacer demasiadas preguntas. Por supuesto, almorzaréis aquí. Aún nos quedan algunos excelentes lenguados de Dover, recién congelados, también hay mucho caviar, o salmón ahumado, si lo preferís, un par de «La Doucette» del 76 en hielo…, o salchichas y puré con el clarete de la casa que os recomiendo de veras, si es que lo preferís. Pastel de chocolate o tartaletas de cerezas y aún nos queda la mitad de un «Stilton» muy bueno. El mundo entero podrá estar en llamas pero, al menos, podemos verlo arder como caballeros. ¿Qué me decís de una ginebra rosada antes de almorzar?

El almuerzo había sido muy bueno. Talbot había dicho que Bajtiar cedía el campo a Bazargan y que Jomeini podría evitar mayores males.

—Ahora ya no existe posibilidad alguna de un golpe. Finalmente, todo volverá a la normalidad.

—¿Cuándo piensas que será ese «finalmente»?

—Cuando «ellos», quienesquiera que sean, se queden sin municiones.

Pero, mi querido amigo, poco importa en realidad lo que yo piense. Lo importante es lo que piense Jomeini y solo Dios sabe lo que Jomeini piensa.

Gavallan recordó el estridente cacareo de las risas de Talbot por su propio chiste y sonrió.

—¿Qué? —le preguntó McIver.

—Estaba recordando a Talbot durante el almuerzo.

El coche se encontraba aún a unos cien metros.

—Talbot conoce montañas de secretos. ¿De qué crees que querrá «charlar» Armstrong?

—Acaso para desorientarnos más aún. ¡Es curioso! Habitualmente yo no olvido… ¿Hong Kong? Parece ir asociado con las carreras en «Happy Valley». Lo recordaré. Hay algo que puedo decir en favor suyo, que es puntual. Le dije que a las cinco en punto y aquí estaba…, a pesar de que parecía haber surgido del maderaje. —En los ojos de Gavallan, bajo las pobladas cejas, brilló una mirada maliciosa. Luego, dirigió de nuevo su atención al coche que llegaba y que se había detenido delante del edificio—. Tan seguro como que Dios hizo Escocia, es evidente que no quería encontrarse con nuestro simpático comité. Y me pregunto por qué.

El comité lo formaban dos jóvenes armados, un mulá…, aunque no era el mismo que el del día anterior, y Sabolir, el sudoroso oficial de inmigración veterano, que seguía estando muy nervioso.

—Buenas tardes, Excelencias —dijo McIver, mientras su olfato se rebelaba ante el penetrante hedor a sudor acre—. ¿Les gustaría una taza de té?

—No, no, gracias —repuso Sabolir. Aún se mantenía a la defensiva, aunque tratase de ocultarlo bajo una actitud de arrogancia. Ocupó el mejor asiento—. Tenemos nuevas regulaciones para ustedes.

Ante la sorpresa de ambos, Sabolir sacó el pasaporte de Gavallan, así como la autorización anterior, y los dejó sobre la mesa.

—Aquí está su pasaporte y sus documentos…, humm, autorizados —dijo, adoptando al punto el tono untuoso de los funcionarios públicos—. El Imán ha ordenado que empiecen las operaciones habituales de inmediato. El…, humm, el Estado Islámico de Irán ha vuelto a la normalidad y el aeropuerto será abierto de nuevo dentro de…, humm, tres días para el tráfico normal establecido de antemano. Ahora, ustedes tienen que volver a la normalidad.

—¿Empezamos a entrenar de nuevo a las Fuerzas Aéreas iraníes? —preguntó McIver, esforzándose por reprimir el jubilo de su voz, ya que se trataba de un contrato muy importante y beneficioso.

Sabolir vaciló.

—Sí, supongo que ust…

—No —intervino con firmeza el mulá hablando un inglés excelente—. No…, hasta que el Imán y el Comité Revolucionario lo aprueben. Me ocuparé de que les den una respuesta definitiva. No creo que esa parte de sus operaciones vaya a empezar todavía. Entretanto, procedan a sus trabajos habituales…, repuestos para las bases y los vuelos contratados para ayudar a «IranOil» a reanudar la producción de petróleo, o a «Iran-Timber», y así sucesivamente. Todo ello podrá comenzar pasado mañana, siempre que los vuelos sean previamente aprobados.

—Excelente —dijo Gavallan y McIver se hizo eco.

—También podrán proceder a la renovación de las tripulaciones de vuelo o los equipos de trabajo en las plataformas…, siempre que hayan sido aprobadas de antemano y que su documentación esté en orden —siguió diciendo el mulá—, a partir de pasado mañana. La producción de petróleo ha de ser prioritaria. Un guardia islámico los acompañará en todos los vuelos por el interior.

—Si se solicita previamente y el hombre acude en punto para la salida del vuelo. Aunque no armado —dijo McIver con la más exquisita cortesía, preparado para el inevitable enfrentamiento.

—Llevarán guardias islámicos armados para su propia protección a fin de evitar asaltos por parte de los enemigos del Estado —repuso

el mulá tajante.

—Nos sentiremos muy complacidos de cooperar, Excelencia —le interrumpió Gavallan con calma—, en extremo complacidos, pero estoy seguro de que usted no desea poner vidas humanas en peligro o comprometer al Estado islámico. Solicito de usted, oficialmente, que pida la autorización del Imán para que no se lleven armas en absoluto… Resulta evidente que usted tiene acceso inmediato a su presencia. Entretanto, todos los aparatos permanecerán en tierra hasta que se me dé la autorización o mi Gobierno lo autorice.

—¡Usted no retendrá los aparatos en tierra y normalizará los vuelos! —El mulá estaba realmente irritado.

—Tal vez podamos llegar a un acuerdo hasta tanto se reciba la autorización del Imán. Sus guardias conservarán las armas pero el capitán llevará la munición durante el vuelo. ¿De acuerdo?

El mulá pareció vacilar.

Gavallan endureció su actitud.

—El Imán ordenó que fueran entregadas TODAS las armas. ¿No es así?

—Sí, muy bien. Estoy de acuerdo.

—Gracias. Mac, prepara el documento para que lo firme Su Excelencia y esto incluye a todos nuestros muchachos. Ahora, Excelencia, necesitaremos nuevas documentaciones de vuelo, ya que las únicas de que disponemos son las antiguas…, humm, las inútiles del régimen anterior. ¿Nos concederá la autoridad necesaria? ¿Usted, usted mismo, Excelencia? Resulta evidente que es usted un hombre importante y está al tanto de cuanto ocurre —dijo Gavallan mientras observaba al mulá quien parecía crecer en estatura con el halago. El hombre estaba en la treintena, tenía la barba grasienta y su indumentaria aparecía raída. Por su acento, Gavallan lo clasificó como un antiguo estudiante en Gran Bretaña, uno entre los millares de iraníes que el Sha enviara con becas al extranjero para que adquirieran una educación occidental—. Por supuesto, nos proporcionará documentaciones nuevas inmediatamente para legalizar nuestra situación en la nueva era, ¿no es así?

—Nosotros firmaremos nuevos documentos para cada uno de nuestros aparatos. Sí.

El mulá sacó algunos papeles de su manoseada cartera y se puso unos lentes viejos, de gruesos cristales, uno de ellos resquebrajado. El papel que buscaba estaba en el fondo.

—En su compañía tienen trece «212» iraníes, siete «206» y cuatro «Alouettes» en diversos lugares, todos ellos con matrícula iraní y propiedad de la «Iran Helicopter Company…». ¿No es así?

Gavallan negó con la cabeza.

—No del todo. Por el momento, siguen siendo propiedad de «S-G Helicopters», de Aberdeen. Nuestra empresa conjunta, la «Iran Helicopter Company», con socios iraníes, no será propietaria de los aparatos hasta que estos no hayan sido acabados de pagar.

El mulá frunció el ceño y se acercó más los papeles a los ojos.

—Pero el contrato por el que se da la propiedad a «Iran Helicopter», que es una compañía iraní, está debidamente firmado, ¿no?

—Sí, pero sujeto a los correspondientes pagos que están…, que tienen algo atrasados.

—El Imán ha dicho que se pagarán todas las deudas, de manera que se pagarán.

—Desde luego, pero, entretanto, la propiedad depende de los pagos reales.

Gavallan seguía hablando, cauteloso. Esperaba, contra toda esperanza, que la torre accediera a la inteligente solicitud de Johnny Hogg de poder tomar tierra al día siguiente. «Me pregunto si este fastidioso granuja podría dar la autorización», se dijo. Si Jomeini ha ordenado que todo vuelva a la normalidad, es evidente que volverá y yo podré regresar a Londres sin más incidentes. Con algo de suerte, incluso podré firmar el contrato con «ExTex» que cubre los pagos del arriendo de los «X63» para el fin de semana.

—Durante meses hemos estado haciendo pagos por cuenta de «IHC» por todos esos aparatos, con intereses, cargas bancarias y todo el resto, con cargo a nuestros propios fondos y nos…

—El Islam tiene prohibida la usura y el pago de intereses —le interrumpió el mulá de forma tan tajante que dejó de piedra a Gavallan y McIver—. Los Bancos no pueden cargar intereses. Ninguno. Es usura.

Gavallan miró a McIver que, inquieto, centró toda su atención en el mulá.

—Si los Bancos no cargasen intereses, ¿cómo podrían operar en el interior y el exterior?

—De acuerdo con la ley islámica. Solo por la ley islámica. El Corán prohíbe la usura —dijo el mulá con expresión de desagrado—. Lo que hacen los Bancos extranjeros es diabólico…, por culpa de ellos, Irán tiene muchas dificultades. Los Bancos son instituciones diabólicas y no serán permitidos. En cuanto a la «Iran Helicopter Company», el Comité Revolucionario Islámico ha ordenado la suspensión de todas las empresas conjuntas, quedando pendientes de revisión. —El mulá agitó los documentos—. Todos estos aparatos son iraníes, ¡de matrícula iraní, iraníes! —Repasó de nuevo los documentos—. Aquí en Teherán, y en este mismo aeropuerto, tienen tres «212», cuatro «206» y un «47G4», ¿no es así?

—Están repartidos por ahí —respondió cauteloso McIver—, aquí, en Doshan Tappeh y en Galeg Morghi.

—¿Pero todos pertenecen aquí, a Teherán?

Mientras Gavallan hablaba, McIver había estado tomando la medida del mulá, intentando al mismo tiempo leer, del revés, el contenido de los documentos. En el que el mulá tenía en la mano figuraba una lista de todos los aparatos, con sus respectivos números de matrícula, y una copia del permiso que se encontraba de forma permanente en la torre y que «S-G» estaba obligada a mantener constantemente al día. Sintió encogérsele desagradablemente el estómago cuando atisbó EP-HBC con un círculo rojo, el «212» de Lochart y también EP-HPC, el «206» de Pettikin.

—Tenemos un «212» en calidad de préstamo, en Bandar Delam —dijo, decidiendo jugar sobre seguro, maldiciendo a Valik en su

fuero interno y esperando que Tom Lochart se encontrara, bien en Bandar Delam o a salvo de regreso a casa—. El resto está aquí.

—En calidad de préstamo… ¿Ese sería el EP…, EP-HBC? —dijo el mulá muy satisfecho de sí mismo—. Veamos…, que… —La voz del controlador le interrumpió.

—Eco Tango Lima Lima, solicitud rechazada. Llamen Isfahán, el 118.3… Buenos días.

—Perfectamente…, muy bien. —El mulá hizo, satisfecho, un movimiento de aprobación con la cabeza.

Gavallan y McIver seguían maldiciendo en su fuero interno y Sabolir, que había estado observando y escuchando en silencio el tira y afloja, comprendiendo con claridad meridiana el intento de los dos hombres de manipular al mulá, rio satisfecho para sus adentros, evitando cuidadosamente la mirada de cualquiera de ellos, con los ojos clavados en el suelo para mayor seguridad. En un momento dado, hacía poco, cuando la atención del mulá se había distraído con algo, su mirada se había encontrado hábilmente con la de McIver y había esbozado una ligera sonrisa, alentadora, pretendiendo amistad, aterrado ante la idea de que McIver pudiera interpretar erróneamente todos sus anteriores favores que no eran otra cosa que la compensación por allanarles el camino de entrada de repuestos y de salida de tripulaciones y equipos. Aquella misma mañana, por la radio, un portavoz del Comité Revolucionario Islámico instaba a todos los ciudadanos leales a denunciar a cualquiera que hubiera «cometido delitos contra el Islam». A lo largo de ese mismo día, tres de sus colegas habían sido detenidos, lo que tenía estremecido de horror a todo el aeropuerto. Los «Guardias Islámicos» no habían alegado motivos específicos, se habían limitado a llevarse prácticamente a rastras a los hombres, encerrándoles en la Cárcel Evin, la aborrecida prisión de la SAVAK, donde, según se rumoreaba, habían sido fusilados ese mismo día medio centenar de «enemigos del Islam» después de unos juicios sumarísimos. Uno de los detenidos era uno de sus propios hombres que el día anterior había aceptado los cinco mil rials y los tres bidones de gasolina de

veinte litros del almacén de McIver. El hombre se había quedado uno y él se había llevado los otros dos como era su derecho. «Dios mío, no permitas que registren mi casa».

Se oyó a través de la HF a Johnny Hogg, su voz siempre animosa.

—Eco Tango Lima Lima, gracias. Arriba la Revolución y que tengan un buen día —añadiendo luego por su propia canal, lacónico —: Confirmación cuartel general.

McIver cambió al canal propio.

—Alerta Uno —ordenó, plenamente consciente de la atención del mulá—. Cree ac…

—¡Ah! Habla directamente con el aparato…, ¿canal privado?

—Canal de la Compañía, Excelencia. Es práctica habitual.

—Habitual. Sí. De manera que EP-HBC está en Bandar Delam —dijo el mulá leyendo luego el documento—. «Entregando repuestos». ¿Es así?

—Sí —repuso McIver encomendándose a Dios.

—¿Para qué hora está previsto que regrese el aparato?

McIver podía sentir el peso de la atención del mulá sobre él.

—No lo sé. No me ha sido posible comunicar con Bandar Delam. Se lo diré tan pronto como me sea posible. Y ahora, Excelencia, respecto a las autorizaciones para nuestros diversos vuelos, ¿cree ust…?

—EP-HFC. ¿EP-HFC está en Tabriz?

—Está en la pequeña pista de aterrizaje Forsha —respondió McIver realmente inquieto, rezando para que la locura que había tenido lugar en el bloqueo de la carretera de Kazvin no hubiera sido notificada y estuviera ya olvidada. De nuevo se preguntó dónde se encontraría Erikki. Habían acordado que se reuniría con ellos en el apartamento a las tres de la tarde para acudir juntos al aeropuerto. Pero no se presentó.

—¿Pista de aterrizaje Forsha?

Vio que el mulá tenía la mirada fija en él e hizo un esfuerzo por concentrarse.

—EP-HFC voló el sábado a Tabriz para entregar unos repuestos y a recoger al equipo del relevo. Regresó anoche. Mañana figurará en el nuevo permiso.

De repente, el mulá adoptó una actitud severa.

—Pero debe informarse de inmediato la llegada o salida de cualesquiera aparatos. No tenemos registrada ninguna autorización de entrada en el día de ayer.

—Ayer, el capitán Pettikin no pudo comunicar con ATC Teherán. Creo que los militares se habían hecho cargo de todo. Intentó comunicar durante el vuelo. —McIver se apresuró a añadir—: Si hemos de reanudar nuestras operaciones, ¿quién autorizará nuestros vuelos «IranOil»? ¿Mr. Darius, como de costumbre?

—Humm, sí. Creo que sí. Pero ¿por qué no se ha comunicado hoy su llegada?

Gavallan intervino, esforzándose por mostrarse admirativo.

—Estoy muy impresionado por su eficiencia, Excelencia. Es una lástima que no le imitaran los controladores de vuelo militares que estaban de servicio ayer. Me doy cuenta de que la nueva República islámica superará con mucho a cualquier nación occidental. Será un placer servir a nuestros nuevos jefes. Un viva por los innovadores. ¿Podría conocer su nombre, por favor?

—Yo…, soy Mohammad Tehrani —dijo el hombre, desviada de nuevo su atención.

—Entonces, Excelencia Tehrani, ¿podría pedirle que nos conceda el beneficio de su autoridad? Si mi Eco Tango Lima Lima pudiera obtener su permiso para tomar tierra mañana, mejoraríamos de manera inconmensurable nuestra eficiencia, emulando la de usted. Y entonces podré asegurarle que nuestra compañía dará al Ayatolá Jomeini y a sus ayudantes personales, como usted mismo, el servicio que tanto él como ellos tienen derecho a esperar. Los repuestos ETLL que traiga nos permitirán poner de nuevo en movimiento otros dos «212» más y podré volver a Londres para incrementar nuestro respaldo a la Gran Revolución. Naturalmente, estará usted de acuerdo, ¿verdad?

—No es posible. El comité ib…

—Estoy seguro de que el comité seguirá el consejo de usted. Bien, me he dado cuenta de que ha tenido la desgracia de que se le rompan los lentes. Es terrible. Yo apenas puedo ver sin los míos. Tal vez pueda hacer que el «125» le traiga mañana un par nuevo de Al Shargaz.

El mulá se sentía perturbado. Tenía los ojos muy mal. El ansia de unos lentes nuevos, de unos lentes buenos casi le desbordaba. Aquello sería un increíble tesoro, un regalo de Dios. Con toda seguridad, era Dios quien había inspirado esa idea al extranjero.

—No creo…, no sé. El comité no puede hacer lo que usted pide con tanta rapidez.

—Sé que es difícil, pero si usted intercede en favor nuestro cerca de su comité, con toda seguridad, ellos le escucharán. Será una ayuda inconmensurable para nosotros y estaremos en deuda con usted —añadió Gavallan, recurriendo a la eterna frase que en casi todas las lenguas significa, «¿qué quiere a cambio?». Vio cómo McIver cambiaba a la frecuencia de la torre y le ofrecía el micrófono —. Para hablar apriete el botón. Excelencia, si es que desea honrarnos con su ayuda…

El mulá Tehrani vaciló, sin saber qué hacer. Mientras contemplaba el micrófono, McIver dirigió una mirada intencionada a Sabolir.

Sabolir lo comprendió al punto, sus reflejos eran perfectos.

—Desde luego, cualquiera que sea su decisión, Excelencia Tehrani, su comité se mostrará de acuerdo —dijo con tono meloso—. Pero mañana, mañana creo saber que le han ordenado la visita a los demás aeropuertos para asegurarse dónde y cómo se encuentran muchos helicópteros civiles correspondientes a su área que abarca todo Teherán, ¿no?

—Sí, esas son las órdenes —admitió el mulá—. Yo y algunos otros miembros de mi comité tenemos que visitar mañana los demás aeropuertos.

Sabolir suspiró profundamente, simulando decepción, y a McIver le resultó difícil contener la risa ante lo exagerado de su actuación.

—Desafortunadamente no le será posible visitarlos todos en coche o a pie y poder estar de regreso para supervisar personalmente la llegada e inmediata salida de ese único aparato al que, sin culpa alguna por su parte, se le ha prohibido aterrizar, porque esos arrogantes controladores aéreos de Kish y de Isfahán no se han dignado consultar antes con usted.

—Una gran verdad, una gran verdad —asintió el mulá—. ¡Cometieron un error!

—¿Le vendría bien a las siete en punto de la mañana, Excelencia Tehrani? —se apresuró a preguntarle McIver—. Nos sentiremos enormemente satisfechos de ayudar al comité de nuestro aeropuerto. Le cederé a mi mejor piloto y estará de regreso con tiempo más que suficiente para, humm, supervisar la salida. ¿Cuántos hombres irían con usted?

—Seis… —respondió el mulá con aire ausente, maravillado ante la idea de cumplir sus órdenes, el trabajo de Dios, de una forma tan conveniente y cómoda, como un auténtico ayatolá—. Eso…, ¿puede hacerse eso?

—Por supuesto —afirmó McIver—. A las siete en punto de la mañana aquí. El capitán, humm, el capitán jefe Nathaniel Lane tendrá preparado un «212». Siete incluido usted, y hasta siete esposas. Desde luego, usted volará en la carlinga con el piloto. Considérelo hecho.

El mulá solo había volado dos veces en su vida… a Inglaterra a la Universidad, y de regreso a casa, en un vuelo charter especial para estudiantes de la «Iran Air». Su rostro se iluminó y alargó la mano para coger el micrófono.

—A las siete en punto de la mañana.

Tanto McIver como Gavallan disimularon su alivio ante aquel triunfo. Y también Sabolir.

Este se sentía feliz de que el mulá hubiese quedado cogido en la trampa. ¡Dios lo había querido! «Ahora, ya tengo un aliado si me acusan falsamente —se dijo—. ¿Acaso ese loco, ese falso mulá hijo de perra no ha aceptado un soborno? Es evidente que no se trata de

un pishkesh, sino de dos en realidad: unos lentes nuevos y un vuelo que es un despilfarro y no autorizado además. ¿Acaso no ha permitido, deliberadamente, convertirse en la víctima de esos dos ingleses charlatanes, y como siempre astutos, que aún creen que pueden seducirnos con baratijas y robar nuestra herencia por unos cuantos rials? ¡Escuchen a ese loco dando a los extranjeros cuanto ellos quieren!».

Miró a McIver. Con intención. Pero tropezó con su mirada. Y al punto clavó de nuevo los ojos en el suelo. «Y ahora, arrogante occidental, hijo de perra, ¿qué favor valioso deberás hacerme en compensación por mi ayuda?».

EN EL «CLUB FRANCÉS»: 7.10 DE LA TARDE. Gavallan cogió la copa de vino tinto que el uniformado camarero francés le ofrecía. McIver la de vino blanco.

Ambos hicieron chocar sus copas y saborearon su vino, fatigados de su viaje desde el aeropuerto. Al igual que otros invitados, en su mayoría europeos, hombres y mujeres se encontraban sentados en el vestíbulo, que daba a los jardines y pistas de tenis, con sus confortables y modernas butacas, el bar amplio… y otros muchos salones para banquetes, bailes, almuerzos, naipes, sauna…, repartidos en diversos lugares de aquel hermoso edificio enclavado en la mejor zona de Teherán. El «Club Francés» era el único extranjero que todavía seguía abierto. El «American Service Club» con su inmenso complejo de diversiones, campos deportes y terrenos de béisbol, así como los clubes británicos, persamericano, alemán y la mayoría de los otros, habían sido cerrados y destrozados sus bares y existencias.

—Caramba, esto sí que está bueno —dijo McIver mientras que el vino helado, purificador, arrastraba consigo todos los residuos—. No le digas a Gen que nos paramos aquí.

—No es necesario, Mac. Ella se enterará.

McIver asintió.

—Tienes razón, pero no importa. He logrado reservar mesa para cenar esta noche…, cuesta un ojo de la cara pero merece la pena. A esta hora solía haber gente esperando, en pie. —Miró en derredor al escuchar las risas de un francés sentado en un rincón—. Por un instante me dio la impresión de oír a Jean-Luc, parece que hayan pasado años desde que celebramos aquí su fiesta de Navidad… Me pregunto si llegará a haber alguna otra.

—Claro que sí —afirmó Gavallan tratando de animarle, preocupado por el decaimiento de su viejo amigo—. No dejes que ese mulá te apabulle.

—Me puso la carne de gallina… y, bien pensado, también Armstrong. Y Talbot. Pero tienes razón, Andy, no voy a permitir que todos ellos me acobarden. Estamos en mejor forma que hace dos días… —Nuevas risas atrajeron su atención y comenzó a pensar en los buenos ratos que pasara allí con Genny, y Pettikin y Lochart, no quería pensar en él en aquellos momentos, y con todos los demás pilotos, y sus muchos amigos británicos, americanos, iraníes. Todos se habían ido, la mayoría. Solía decir: «Vamos a darnos una vuelta por el "French Club", Gen, esta tarde son las finales de tenis…». O también «el cocktail party de Valik es a las ocho de la tarde en el club de oficiales iraní…». O «hay un partido de polo, o de béisbol, o unas pruebas de natación, o una excursión para esquiar…». O «lo siento, no puedo. Este fin de semana vamos a casa del embajador, en el Caspio». O «me encantaría, pero a Genny no le es posible, está en Isfahán comprando alfombras».

—Es que antes teníamos tanto que hacer aquí, Andy. La vida social superaba a todas, sobre eso no cabe la menor duda —dijo—. Ahora, el mantenernos en contacto con nuestros operadores es una tarea realmente difícil.

—Escucha, Mac, quiero que me contestes con absoluta sinceridad —dijo cariñosamente—. ¿Quieres irte de Irán y que venga otro a sustituirte?

McIver se le quedó mirando, estupefacto.

—¡Santo Cielo, no! ¿Qué te ha hecho pensar eso? No, en modo alguno. Quieres decir que has pensado que por estar algo desanimado yo querría… ¡Dios mío, no! —repitió. Pero en su fuero interno se hizo de repente la misma pregunta, la que solo unos días antes hubiera sido impensable: «las estás perdiendo, tu voluntad, tu energía, necesitas proseguir… ¿Ha llegado el momento de irse? No lo sé», se dijo, sintiendo que la verdad le helaba la sangre en las venas. Pero sonrió—. Todo está bien, Andy. No hay nada que no podamos resolver.

—Bien. Lo siento. Espero que no te importará que te lo haya preguntado. Creo que me sentí alentado por el mulá salvo cuando se refirió a «nuestro aparato iraní».

—La verdad es que tanto Valik como sus socios han estado actuando, desde que firmamos el contrato, como si nuestros aparatos fueran suyos.

—Gracias a Dios que se trata de un contrato británico, protegido por las leyes británicas.

Gavallan miró por encima del hombro de McIver y sus ojos expresaron un ligero asombro. La joven que entraba en el salón contaría veintitantos años, tenía el cabello y los ojos oscuros y era realmente atractiva. McIver siguió la dirección de su mirada. Se le iluminó el rostro y se puso en pie.

—Hola, Sayada —dijo, llamando su atención—. Me permito presentarte a Andy Gavallan. Sayada Bertolin, Andy. Es amiga de Jean-Luc. ¿Querrías acompañarnos?

—Gracias, Mac, pero me es imposible. Lo siento, precisamente voy a jugar squash con una amiga. Tienes muy buen aspecto. Encantada de conocerle, Mr. Gavallan. —Le alargó la mano que Gavallan se apresuró a estrechar—. Lo siento, he de irme. Dale un beso a Genny.

Volvieron a sentarse.

—Camarero, otra ronda, por favor —dijo Gavallan—. Entre tú y yo, Mac, esa maravilla ha hecho que me sienta débil.

Mac rio.

—Por lo general, el efecto suele ser contrario. Desde luego es muy popular, trabaja en la Embajada kuwaití, es libanesa y lleva a Jean-Luc de cabeza.

—No le culpo, palabra… —La sonrisa de Gavallan se desvaneció. Robert Armstrong acababa de entrar, acompañado de un iraní alto, de rasgos enérgicos, en la cincuentena. Vio a Gavallan, le hizo un breve saludo y subió, junto con el otro hombre, las escaleras que conducían a otros salones y habitaciones—. Me pregunto qué diablos ese hombre va a… —Gavallan calló al hacerse la luz en su memoria —. Robert Armstrong, superintendente jefe de CID Kowloon. ¡Eso es…, o era!

—¿CID? ¿Estás seguro?

—Sí. CID o Sección Especial… Espera un momento…, era, sí, eso es… Si mal no recuerdo, era amigo de Ian, así fue como lo conocí, en la «Gran Mansión», en el «Peak», no en las carreras, aunque es posible que le haya visto también allí con Ian. Si no recuerdo mal, fue la misma noche en que Quillan Gornt hizo un acto de presencia no deseado… No puedo recordar con toda exactitud, pero creo que era la fiesta de aniversario de Ian y Penélope, poco antes de que yo me fuera de Hong Kong… ¡Dios mío, casi han pasado dieciséis años!, no es de extrañar que no le recordara.

—Tengo la impresión de que él te recordó en el mismo instante en que nos encontramos ayer en el aeropuerto.

—Eso mismo me pasó a mí.

Apuraron sus copas y se fueron, sintiéndose ambos curiosamente inquietos.

UNIVERSIDAD DE TEHERÁN: 7.32 DE LA TARDE. La manifestación de más de mil estudiantes izquierdistas en la zona cuadrangular anterior al patio era bronca y peligrosa, demasiadas facciones, demasiados fanáticos, muchos de ellos armados. Hacía frío y humedad, y aunque todavía no estaba oscuro, ya había encendidas algunas luces y antorchas, brillando en el crepúsculo.

Rakoczy se encontraba al fondo de la muchedumbre, confundido con ella, vestido de cualquier manera, como los demás, presentando el mismo aspecto que ellos, aun cuando su identidad había cambiado una vez más. Ya no era Smith o Fedor Rakoczy, el ruso musulmán, el simpatizante islámico-marxista, sino que allí, en Teherán, volvía a ser Dimitri Yazernov, representante soviético en el Comité Central Tudeh, cargo que había ostentado de vez en cuando durante los últimos años. Se encontraba en pie, en un rincón del cuadrángulo junto con cinco de los líderes de los estudiantes tudeh, al abrigo del viento glacial, con un fusil de asalto al hombro, armado y preparado, a la espera de que se disparara la primera arma.

—Ahora, ya, en cualquier momento —dijo con voz queda.

—¿A por quién voy primero, Dimitri? —preguntó nervioso uno de los líderes.

—A por el muyahidín… Ese hijo de su madre que está allí —respondió paciente, señalando a un hombre de barba negra mucho mayor que los otros—. Tómate todo el tiempo necesario, Farmad, y sigue mis indicaciones. Es un profesional y pertenece a la OLP.

Todos se le quedaron mirando, asombrados.

—Los de la OLP han sido grandes amigos nuestros a lo largo de los años, entrenándonos, prestándonos ayuda y dándonos armas.

—Porque ahora la OLP apoyará a Jomeini —explicó pacientemente—. ¿Acaso no ha invitado Jomeini a Arafat para que venga aquí la semana próxima? ¿Acaso no ha cedido a la OLP la sede de la misión israelí para que instalen su cuartel general en ella? La OLP puede aportar todos los técnicos que Bazargan y Jomeini necesitan para sustituir a los israelíes y a los americanos, especialmente en los campos petrolíferos. No querréis que Jomeini se haga fuerte, ¿verdad?

—No, pero la OLP ha sido…

—Irán no es Palestina. Los palestinos deberían estar en Palestina. Vosotros ganasteis la revolución. ¿Por qué ceder vuestra victoria a los extranjeros?

—Pero los de la OLP han sido nuestros aliados —insistió Farmad, y Rakoczy se sintió satisfecho de haber descubierto el fallo antes de que alguna parcela de poder hubiese pasado a aquel hombre.

—Aliados que se convierten en enemigos no tienen el menor valor. Recuerda el objetivo.

—Estoy de acuerdo con el camarada Dimitri —intervino otro con tono cortante. Su mirada era fría y muy dura—. No necesitamos a la OLP dándonos órdenes aquí. Si tú no quieres suprimirle, Farmad, lo haré yo. ¡A todos ellos, y también a todos esos perros Green Bands!

—No se puede confiar en la OLP —insistió Rakoczy, prosiguiendo con la misma lección, plantando las mismas semillas—. Ved cómo vacilan y cambian de actitud incluso en su propia tierra, afirmando tan pronto que son marxistas, como diciendo a renglón seguido que son musulmanes, coqueteando inmediatamente después con el mayor de los traidores, Sadat, para luego atacarle. Tenemos documentos que lo demuestran. —Y añadió, ajustándose perfectamente en aquel momento la desinformación—: También hay documentos que demuestran que tienen un plan para asesinar al rey Hussein, apoderarse de Jordania y firmar una paz por separado con Israel y América. Ya han celebrado reuniones secretas con la CIA e Israel. En realidad, no son enemigos de Israel.

«¡Ah, Israel! —pensaba entretanto para su fuero interno—, cuán importante eres para la Madre Rusia, instalada de manera tan estratégica en el centro mismo de la caldera, un fuelle perfecto para animar eternamente la ira de los musulmanes, en especial en los Estados rebosantes de petróleo, para mantener a todos los musulmanes eternamente enfrentados a los cristianos, nuestro principal enemigo, tus aliados americanos, británicos y franceses, doblegando entretanto su poder y manteniendo desequilibrado a Occidente, mientras nosotros alcanzamos los premios vitales…: Irán este año, también Afganistán; el próximo, Nicaragua; luego, Panamá y todos los demás, siguiendo siempre el mismo plan: la posesión del estrecho de Ormuz, Panamá, Constantinopla y el arcón de los tesoros de Sudáfrica. ¡Ah, Israel!, tú eres la carta del triunfo en

nuestra partida mundial de Monopoly. ¡Pero que jamás descartaremos o venderemos! ¡Jamás renunciaremos a ti! Te dejaremos perder muchas batallas, nunca la guerra; te dejaremos pasar hambre, jamás morir de inanición; permitiremos que nos financien tus compatriotas conduciéndolos por tanto a su propia destrucción, aguantaremos mientras desangras a América hasta la muerte, fortaleceremos a nuestros enemigos…, aunque no demasiado, y contemplaremos cómo eres violada. Pero no te preocupes, jamás permitiremos que desaparezcas. Nada de eso. Nunca. Eres demasiado valiosa».

—Los de la OLP son arrogantes y pagados de sí mismos —dijo con expresión sombría un estudiante alto—. Además, nunca se muestran corteses y tampoco consideran la importancia de Irán en el mundo. Y no saben una palabra de nuestra historia antigua.

—Sí —asintió otro de ellos—. Son peores que los judíos…

Rakoczy rio para sus adentros. Disfrutaba inmensamente con su trabajo, disfrutaba trabajando con los estudiantes universitarios, siempre campo fértil, disfrutaba siendo maestro. «Pero, en definitiva, eso es lo que yo soy —se dijo satisfecho—. Un profesor de terrorismo, de poder y de consecución del poder. Tal vez me asemeje más a un agricultor: planto la semilla, la alimento, la vigilo y la recolecto, trabajando a todas horas durante todas las estaciones, tal como un granjero debe de hacer. Algunas cosechas son buenas y otras malas, pero todos los años se avanza un poco más, se adquiere algo más de experiencia, se conoce mejor la tierra, incluso se llega a ser más paciente, primavera-verano, otoño-invierno, siempre en la misma granja, Irán, y siempre el mismo objetivo: en el mejor de los casos, que Irán llegue a ser suelo ruso, en el peor, que se convierta en un satélite ruso para proteger a la sagrada Madre Rusia. Y tendremos un pie en el estrecho de Ormuz…».

«Ah —pensaba, invadido por un anhelo sublime, casi religioso e irreal—. Si pudiera darle Irán a la Madre Rusia, mi vida no habría sido en vano».

«Occidente merece perder, en especial los americanos. Son tan demenciales, tan egocéntricos pero, sobre todo, tan estúpidos. Es inconcebible que ese Carter no sea capaz de ver el incalculable valor de Ormuz en general y de Irán en particular y la gran catástrofe que para Occidente representará su pérdida. Pero ahí está. A todos los efectos útiles, nos ha entregado Irán».

Rakoczy recordaba la sobresaltada oleada de incredulidad que había sacudido hasta los más altos niveles cuando sus más íntimos contactos en Washington les susurraron que Carter había abandonado al Sha. «¡Qué aliado tan formidable ha resultado ser Carter para nosotros! Si creyera en Dios, rezaría sin cesar: Dios es Grande, Dios es Grande, ¡protege a nuestro mejor aliado, el presidente Cacahuete y permítele ganar su segundo mandato! Con él gobernando durante otros cuatro años, llegaremos a poseer América y a gobernar el mundo. Dios es Grande, Dios es…».

De repente, se quedó frío. Hacía tanto tiempo que estaba haciéndose pasar por musulmán que a veces su disfraz tomaba carta de naturaleza y ya empezaba a hacerse preguntas y tener dudas.

«Sigo siendo Igor Mzytryk, capitán de la KGB, casado con mi preciosa Delaurah, mi bellísima armenia, que espera en Tbilisi mi regreso a casa. ¿Está ella en casa?, cree, tan en secreto, en Dios…, en el Dios de los cristianos que es el mismo que el Dios de los musulmanes y los judíos».

«Dios. Dios, que tienes miles de nombres. ¿Acaso existe Dios?».

«Dios no existe», se dijo como en una letanía y devolvió ese pensamiento a su lugar para concentrarse en los disturbios que había de provocar.

Alrededor de ellos, la tensión iba creciendo entre la multitud de estudiantes, escuchándose sin cesar imprecaciones iracundas.

—¡No derrochéis nuestra sangre para que los mulás se hagan con el poder! ¡Uníos, hermanos y hermanas! ¡Uníos bajo las banderas tudeh!

—¡Abajo los tudeh! ¡Uníos por la santa causa islámico-marxista. Nosotros, los muyahidines, hemos derramado nuestra sangre y

somos los mártires del Imán Alí, Señor de los Mártires y Lenin…!

—¡Abajo los mulás y Jomeini, el más grande traidor de Irán…!

Ese grito fue vitoreado multitudinariamente y otros gritos se le unieron aunque, dominándolos a todos, persistía el de:

—Uníos, hermanos y hermanas, uníos a los verdaderos líderes de la revolución, los tudeh, uníos para proteger a…

Rakoczy observaba a la muchedumbre con mirada crítica. Todavía estaba formada por grupos, sin consistencia, sin constituir todavía una masa que pudiera ser dirigida y utilizada a modo de arma. Algunos transeúntes, islámicos, miraban y escuchaban con diversos grados de ira o desprecio. Los más moderados se alejaban sacudiendo la cabeza, dejando libre el campo a la inmensa mayoría profundamente comprometida y contraria a Jomeini.

En derredor de ellos, los edificios se alzaban altos, construidos de ladrillo. Era la Universidad edificada por el Sha en los años treinta. Hacía cinco que Rakoczy estudiara algunos cursos allí, haciéndose pasar por un oriundo de Azerbaiyán aunque los tudeh lo conocían por Dimitri Yazernov así como que le habían enviado, siguiendo siempre un patrón, para organizar células universitarias. Desde sus comienzos, la Universidad había sido siempre centro de disensiones y de enemigos del Sha, aunque este hubiese ayudado con prodigalidad a la educación, más que cualquier otro monarca en la historia de Persia. Los estudiantes de Teherán habían sido la vanguardia de la rebelión, mucho antes de que Jomeini se convirtiera en el núcleo de fusión.

«Sin Jomeini, jamás lo hubiéramos logrado —se dijo—. Él fue la llama alrededor de la cual nosotros podíamos agolparnos todos y unirnos para echar al Sha y, con él, a los Estados Unidos. Jomeini no está senil ni es un fanático como dicen tantos, sino un líder implacable, con un plan perfectamente definido, y muy peligroso, un gran carisma muy peligroso y un inmenso poder, muy peligroso, entre los chiitas… De manera que ya es hora de que se reúna con el Dios que nunca fue».

De repente, Rakoczy rompió a reír.

—¿Qué pasa? —preguntó Farmad.

—Estaba pensando en lo que dirán Jomeini y todos los mulás cuando descubran que no hay Dios y que jamás existió ninguno. Que no hay cielo, ni infierno, ni huríes. Y que todo eso no son más que mitos.

Todos los demás rieron. Pero hubo uno que no lo hizo. Ibrahim Kyabi. Ya no le quedaban risas, solo el deseo de venganza. Cuando el día anterior, por la tarde, acudió a su casa, la encontró sumida en una gran confusión, a su madre en un mar de lágrimas y a sus hermanos y hermanas angustiados. Acababa de llegar la noticia de que los «Guardias Islámicos» habían asesinado a su padre, el ingeniero, en las afueras del cuartel general de la «IranOil», y que habían abandonado su cuerpo a los buitres.

—¿Por qué? —gritó.

—Por… por crímenes contra el Islam —le había dicho entre lágrimas su tío, Dewar Kyabi, que había sido quien llevara a casa la terrible noticia—. Eso es lo que nos dijeron…, sus asesinos. Eran de Abadán, fanáticos, analfabetos en su mayoría. Y también nos dijeron que era un colaboracionista de los americanos, que durante años había cooperado con los enemigos del Islam, permitiéndoles y ayudándoles a robar nuestro petróleo, el…

—¡Mentira, todo mentiras! —había gritado Ibrahim—. Mi padre era enemigo del Sha, un patriota…, ¡un Creyente! ¿Quiénes eran esos perros? ¿Quiénes? Les haré arder en el fuego a ellos y a sus padres. ¿Cómo se llamaban?

—Fue Voluntad de Dios el que lo hicieran. Insha'Allah! ¡Mi pobre hermano! Voluntad de Dios…

—¡Dios no existe!

Todos se le quedaron mirando, sobresaltados. Aquella era la primera vez que Ibrahim formulaba la idea que durante tantos años había estado formándose en su cerebro, alimentada por sus amigos estudiantes que regresaban del extranjero, por amigos de la Universidad, avivada por algunos de los profesores que jamás lo

decían abiertamente, únicamente alentándoles a poner en tela de juicio todo y a todos.

—Insha'Allah es para los tontos. Una maldita superstición tras la que se esconden los locos.

—No debes decir eso, hijo mío —había gritado su madre, aterrada—. Ve a la mezquita, pide perdón a Dios… El que tu padre haya muerto ha sido la Voluntad de Dios. Nada más. Ve a la mezquita.

—Lo haré —había contestado él aunque, en el fondo de su corazón, sabía que su vida había cambiado…, ningún Dios podría haber permitido que aquello sucediera—. ¿Quiénes eran esos hombres, tío? ¡Descríbemelos!

—Como ya te he dicho, Ibrahim, eran corrientes, la mayoría de ellos más jóvenes que tú…, no les acompañaba líder o mulá alguno…, aunque había uno en el helicóptero de los extranjeros que había llegado a Bandar Delam. Pero mi pobre hermano murió maldiciendo a Jomeini. Si al menos no hubiera vuelto en el helicóptero de los extranjeros, si al menos…, aunque, de todos modos, Insha'Allah, ya le estaban esperando.

—¿Había un mulá en el helicóptero?

—Sí, sí. Lo había.

—¿Irás a la mezquita, Ibrahim? —volvió a preguntarle su madre.

—Sí. —Era la primera mentira que jamás le dijera a ella.

No le costó mucho encontrar a los líderes tudeh de la Universidad y a Dimitri Yazernov, jurar lealtad, hacerse con una metralleta y, sobre todo, pedirles que averiguaran el nombre del mulá que viajara en el helicóptero de Bandar Delam. Y en aquellos momentos se encontraba allí esperando, anhelando venganza, rebelándose su alma por el ultraje cometido contra su padre en nombre de un falso Dios.

—¡Empecemos ya, Dimitri! —pidió, atizada su furia por los gritos de las turbas.

—¡Tenemos que esperar, Ibrahim! —repuso Rakoczy con tono tranquilizador, muy contento de tener al joven con él—. No olvides

que la multitud es un medio para alcanzar un fin…, ¡recuerda el plan!

Cuando solo una hora antes les había puesto al corriente, habían quedado como petrificados.

—¡Asaltar la Embajada americana!

—Sí —había asentido con calma—. Un asalto rápido, entrar y salir, mañana, o pasado mañana. Esta noche, los manifestantes se transformarán en sublevados. La Embajada se encuentra a dos kilómetros de distancia apenas. Resultará fácil enviar a las turbas desmandadas en esa dirección a modo de experimento. ¿Qué mejor arma podemos tener para un asalto que un levantamiento? Dejamos que los enemigos muyahidines y fedayines luchen contra los islámicos y se maten entre ellos, mientras nosotros tomamos la iniciativa. Esta noche plantamos más semillas. Mañana o pasado mañana, asaltaremos la Embajada de los Estados Unidos.

—¡Pero es imposible, Dimitri! ¡Imposible!

—Es fácil. No se trata más que de un asalto, no de un intento de apoderarnos de ella. Eso llegará más adelante. Esta incursión tendrá el carácter de lo inesperado, es pan comido llevarla a cabo. La Embajada se puede dominar fácilmente durante una hora, más o menos, reteniendo cautivo al embajador y a todos cuantos se encuentren allí mientras se saquea. ¡Los americanos no tienen voluntad para resistir! Esa es la clave para llegar hasta ellos. Aquí están los planos de los edificios y el número de soldados de infantería que habrá allí. Y yo iré para ayudar. Vuestro golpe tendrá un inmenso alcance… Acapararán los titulares de toda la Prensa mundial, colocando a Bazargan y a Jomeini en una posición altamente embarazosa, y a los americanos aún más. No olvidéis quién es vuestro verdadero enemigo y que ahora tenéis que actuar rápidamente para quitarle la iniciativa a Jomeini…

Había resultado fácil convencerles. Sería fácil realizar las dos fases de la operación: encaminarse directamente a la oficina y sala de radio de la CIA en el sótano, volar la caja fuerte y sacar todos los documentos y libros de claves. Subir luego por las escaleras traseras

hasta le segunda planta, girar a la izquierda hasta llegar a la tercera habitación de la izquierda, el dormitorio del embajador y, una vez allí, volar la caja fuerte que se encontraba detrás de la pintura al óleo que había sobre la cabecera de su cama, y vaciarla de manera similar. Repentino, rápido y violento…, si es que encontraban alguna oposición.

—¡Dimitri! ¡Mira!

Rakoczy giró rápido. Por la calle bajaban centenares de jóvenes…, encabezados por Green Bands y mulás.

—¡Muerte a Jomeini! —aulló Rakoczy al punto, e hizo un disparo al aire.

Lo repentino del disparo enloqueció a todo el mundo, se vociferaban gritos contrarios, comenzaron a ser disparadas, simultáneamente, otras armas por todo el área y la gente empezó a dispersarse, pisoteándose unos a otros en su apresuramiento por huir. Entonces, los chillidos hicieron acto de presencia.

Antes de que pudiera detenerle, vio a Ibrahim apuntar a los Green Bands que avanzaban y disparar. Varios hombres de la primera fila cayeron, otros lanzaron un rugido colectivo de furia y empezaron a disparar en su dirección. Se tiró al suelo, maldiciendo. No le alcanzó la lluvia de balas pero sí a Farmad y a otros que se encontraban cerca de él. Tampoco Ibrahim ni los tres líderes tudeh restantes resultaron alcanzados. Les gritó y ellos se tiraron al suelo mientras que los estudiantes, dominados por el pánico, disparaban sus carabinas y pistolas.

Muchos de ellos resultaron heridos antes de que el gran muyahidín Rakoczy reuniera a sus hombres y lanzara una carga contra los islámicos haciéndoles retroceder. Al punto, otros llegaron en su ayuda y la retirada se convirtió en una fuga desordenada. Un rugido se propagó entre los estudiantes y la manifestación acabó en levantamiento.

Rakoczy sujetó a Ibrahim que se disponía a atacar sin objetivo fijo.

—¡Seguidme! —ordenó, empujando prácticamente a Ibrahim y a los otros al abrigo del edificio. Luego, una vez seguro de que estaban con él, inició una frenética huida.

En una encrucijada de senderos, en un jardín cubierto por la nieve, se detuvo un momento para recuperar el aliento. El viento era helado y ya se había hecho de noche.

—¿Y qué hay de Farmad? —jadeó Ibrahim—. ¡Está herido!

—No, se estaba muriendo —respondió él—. ¡Vamos!

De nuevo, guio a los hombres con seguridad a través del jardín, por la calle que bordeaba la Facultad de Ciencias, pasando a la siguiente por la zona de aparcamiento, y no se detuvo hasta que el estruendo de los amotinados se oyó a lo lejos. Sintió una punzada en el costado y su respiración era jadeante, desgarrándole el pecho.

—No os preocupéis de nada —dijo cuando finalmente pudo hablar—. Volved a vuestras casas o a vuestros dormitorios. Preparad a todo el mundo para el asalto de mañana o pasado mañana… El comité dará la orden.

Se alejó rápidamente entre las sombras de la noche que avanzaba.

EN EL APARTAMENTO DE LOCHART: 7.30 DE LA TARDE. Sharazad yacía en un baño de espuma, con la cabeza reposando sobre una almohada impermeable, los ojos cerrados, y el cabello recogido con una toalla.

—Soy tan feliz, Azadeh, querida —dijo somnolienta, la frente cubierta de gotitas de sudor.

Azadeh se encontraba también en el baño, con la cabeza reposando sobre el otro extremo, disfrutando del calor, de la intimidad, del agua agradablemente perfumada y del lujo. También se había recogido el largo cabello bajo una toalla de un blanco puro. La bañera era amplia y profunda, cómoda y capaz para las dos. Pero Azadeh aún tenía unas profundas y oscuras ojeras y resultaba imposible olvidar el terror del día anterior en el bloqueo de la

carretera o del helicóptero. Detrás de las cortinas, la noche había llegado. Se escuchaban disparos lejanos. Ninguna de ellas les prestó atención.

—Quisiera que Erikki estuviese ya de vuelta —dijo Azadeh.

—No tardará. Hay mucho tiempo por delante, querida. La cena no es hasta las nueve así que tenemos casi dos horas para prepararnos. —Sharazad abrió los ojos y puso la mano sobre el esbelto muslo de Azadeh, disfrutando con el tacto—. No te preocupes, querida Azadeh, tu pelirrojo gigante estará pronto de regreso. Y no olvides que voy a pasar la noche con mis padres así que vosotros dos podéis correr desnudos por la casa sin preocuparos durante toda la noche. Disfrutad de nuestro baño, sé feliz y desmáyate cuando él vuelva. —Rieron ambas—. Ahora, todo es maravilloso, estás a salvo, todos lo estamos. Irán está a salvo…, con la ayuda de Dios, el Imán ha triunfado y ahora Irán está seguro y es libre.

—Quisiera poder creerlo, quisiera poder creerlo como tú —dijo Azadeh—. No puedo explicar lo terrible que resultaba aquella gente de las barricadas…, era como si su odio me ahogara. ¿Por qué han de odiarnos? ¿Por qué han de odiar a Erikki y a mí? ¿Qué les hemos hecho nosotros? Nada. No les hemos hecho nada y, sin embargo, nos odian.

—No pienses en ellos, queridísima —pidió Sharazad, ahogando un bostezo—. Los izquierdistas están todos locos, asegurando que son musulmanes y al mismo tiempo marxistas. No creen en Dios y por tanto están malditos. ¿Los aldeanos? Los aldeanos carecen de educación, como sabes muy bien, y la mayoría de ellos son bobos. No te preocupes, eso ya pertenece al pasado… Ahora, todo mejorará. Ya lo verás.

—Espero, no te imaginas cómo espero, que tengas razón. Yo no necesito que sea mejor, solo como era antes, normal. Como siempre lo ha sido. Volver a la normalidad.

—Volverá. —Sharazad se sentía tan contenta, el agua era tan suave, tan cálida, semejante al vientre de una madre. «Ah —pensó

—, solo tres días más para asegurarme y luego Tommy le dirá a mi padre que sí, que claro que quiere hijos e hijas, y luego, al día siguiente, el gran día, lo sabré con toda seguridad aunque ahora ya estoy casi segura. ¿Acaso no he sido siempre regular? Entonces, podré ofrecer a Tommy mi regalo de Dios y él se sentirá tan orgulloso…»—. El Imán hace el Trabajo de Dios. ¿Cómo puede dejar de ser bueno?

—No lo sé, Sharazad, pero a lo largo de nuestra historia jamás se ha podido confiar en los mulás…, no han sido otra cosa que parásitos sobre las espaldas de los aldeanos.

—Bueno…, pero ahora es distinto —dijo Sharazad, no deseando, en realidad, discutir cuestiones tan serias—. Tenemos un verdadero líder. Gobierna Irán por primera vez. ¿Acaso no es el más piadoso de los hombres, el más erudito sobre el Islam y la ley? ¿No hace el trabajo de Dios? ¿No ha logrado lo imposible, consiguiendo derrocar al Sha y su despreciable corrupción, e impidiendo que los generales dieran un golpe junto con los americanos? Mi padre dice que ahora estamos más seguros que nunca.

—¿Lo estamos? —Azadeh recordaba a Rakoczy en el helicóptero y cuanto había dicho sobre Jomeini y remontándose a la historia, y ella sabía que estaba diciendo la verdad, una gran parte de verdad, y se había lanzado contra él, aborreciéndole, deseándole la muerte porque estaba claro que era uno de aquellos que utilizaban a los estúpidos mulás para esclavizar a todo el mundo—. ¿Quieres ser gobernada por leyes islámicas de los tiempos del Profeta, hace ya casi quince mil años…, el chador obligado, la pérdida de nuestro derecho al voto, tan duramente logrado, el poder trabajar y ser iguales?

—Yo no quiero votar, ni trabajar, ni ser igual… ¿Cómo puede una mujer ser igual que un hombre? Yo solo deseo ser una buena esposa para Tommy y, en Irán, prefiero el chador en las calles. —Sharazad ahogó con delicadeza otro bostezo, somnolienta a causa del cálido ambiente—. Insha'Allah, Azadeh, querida. Claro que todo volverá a ser como antes, pero mi padre dice que mucho más hermoso aún

porque ahora seremos dueños de nosotros mismos, de nuestra tierra, de nuestro petróleo, de todo cuanto hay en nuestra patria. No habrá generales despreciables o políticos extranjeros que nos deshonren y, una vez que el perverso Sha se ha ido, viviremos todos felices por siempre jamás, tú con tu Erikki, yo con mi Tommy y niños y más niños. ¿Cómo podría ser de otra manera? ¡Dios está con el Imán y el Imán está con nosotros! Somos tan afortunados… —sonrió a Azadeh y rodeó afectuosamente con el brazo las piernas de su amiga—. Estoy tan contenta de que te encuentres en mi casa, Azadeh. Parece que ha pasado tantísimo tiempo desde que estuviste en Teherán.

—Sí.

Hacía muchos años que eran amigas. Primero, en Suiza, donde se conocieron en el colegio, arriba, en las montañas, a pesar de que Sharazad solo había permanecido allí un curso porque sentía nostalgia de su familia y de Irán. Más tarde, en la Universidad de Teherán. Y ahora, desde hacía algo más de un año, como las dos estaban casadas con extranjeros de la misma compañía, se habían hecho más íntimas, más que si fueran hermanas, ayudándose mutuamente a adaptarse a las idiosincrasias extranjeras.

—A veces no puedo entender a mi Tommy en absoluto, Azadeh —había dicho llorosa Sharazad en un principio—. Disfruta estando solo, quiero decir, completamente solo, únicamente él y yo, la casa vacía, ni siquiera un sirviente… Incluso me ha asegurado que le gusta la soledad, leyendo, sin niños ni familiares cerca, sin conversación ni amigos. Te aseguro que a veces resulta verdaderamente espantoso.

—Erikki es igual —le había asegurado Azadeh—. Los extranjeros no son como nosotros…, ellos son muy raros. Yo quiero pasar algunos días con amigos y niños y familiares, pero Erikki no. Está bien que Erikki y Tommy trabajen durante días…, tú tienes más suerte, Tommy está fuera dos semanas seguidas y puedes vivir normalmente. Y otra cosa, Sharazad. Verás, me costó meses acostumbrarme a dormir en una cama y…

—Yo nunca he podido. ¡A esa altura del suelo, tan fácil de caerse, y siempre hay un gran hoyo en su lado! Así siempre estás incómoda y te despiertas con la espalda dolorida. Es tan horrorosa una cama, si la comparamos con los suaves edredones o las hermosas alfombras en el suelo, tan confortables y civilizadas.

—Sí. Pero Erikki no quiere utilizar edredones o alfombras de ninguna manera, insiste en la cama. En realidad, ya ni lo intenta siquiera… A veces, es un alivio cuando está fuera.

—Bueno, ahora, nosotros dormimos como es debido, Azadeh. A partir del primer mes, acabé con esas tonterías de las camas occidentales.

—¿Cómo lo lograste?

—Me pasaba toda la noche suspirando, y mi pobre amado no podía dormir… Yo dormía durante todo el día para estar descansando y pasarme suspirando toda la noche siguiente. —Sharazad rio encantada—. Siete noches y mi amado se vino abajo, durante las tres noches siguientes, durmió correctamente, como un bebé, y ahora siempre duerme como debe hacerlo cualquier persona civilizada. ¡Incluso duerme así en Zafiros! ¿Por qué no lo intentas? Te garantizo el éxito, cariño, sobre todo si también te quejas, solo un poquito, de que la cama te ha dado dolor de espalda y que, por supuesto, te encanta hacer el amor pero, «por favor, ten un poco más de cuidado».

Azadeh rio.

—Mi Erikki es más listo que tu Tommy. Cuando probó los edredones sobre nuestra alfombra, *él* fue quien se pasó toda la noche suspirando y dando vueltas y más vueltas. Naturalmente, yo estuve despierta… Al cabo de tres noches me encontraba tan cansada que incluso me gustó enormemente la cama. Durante los días que visito a mi familia, duermo al estilo civilizado, aunque utilizamos una cama cuando Erikki está en el palacio. Y aún tengo otro problema. Quiero muchísimo a mi Erikki, pero a veces es tan rudo que casi me siento morir. Cada vez que le pregunto algo, se

pasa el tiempo diciendo «sí» y «no»… ¿Cómo puedes mantener una conversación después de tantos síes o noes?

En aquellos momentos sonrió para sus adentros. «Sí, resulta muy difícil vivir con él, pero ya vivir sin él sería impensable… Todo su amor y buen humor y estatura y fuerza y hacer siempre lo que yo quiero, incluso con demasiada facilidad, me roban cualquier oportunidad de practicar mis ardides».

—Las dos somos muy afortunadas, Sharazad. ¿No te parece?

—Desde luego, querida. ¿No podrías quedarte una o dos semanas, aunque Erikki tenga que irse? Quédate, por favor.

—Me gustaría. Cuando vuelva Erikki…, tal vez se lo pida.

Sharazad cambió de postura en la bañera, agitando las burbujas sobre sus senos, soplando a las que tenía en las manos.

—Mac dijo que si llegaban con retraso, vendrían aquí directamente desde el aeropuerto. Genny lo hará por su cuenta, desde el apartamento, aunque no antes de las nueve… También he pedido a Paula que nos acompañe, la joven italiana, pero no para Nogger sino para Charlie. —Rio entre dientes—. Charlie está a punto de desmayarse cada vez que ella lo mira.

—¿Charlie Pettikin? Caramba, eso es maravilloso, estupendo. Tenemos que ayudarle, ¡nosotros le debemos tanto! Ayudémosle a pescar a la sexy italiana.

—¡Maravilloso! Pensemos en cómo darle a Paula.

—¿Como amante o como esposa?

—Amante. Bueno…, ¡déjame pensar! ¿Qué edad tiene ella? Veintisiete por lo menos. ¿Crees que sería una buena esposa para él? Ha de casarse. Todas las jóvenes que Tommy y yo le hemos presentado discretamente solo han logrado hacerle sonreír y encogerse de hombros. Incluso le traje a mi prima tercera, de quince años, porque pensé que tal vez le atrajese, pero nada. Bien, ahora tenemos algo sobre lo que hacer planes. Nos queda mucho tiempo para pensar, vestirnos y prepararnos…, y tengo algunos vestidos encantadores entre los que podrá elegir.

—Me siento tan rara, Sharazad, al no tener nada…, nada. Dinero, documentación… —Por un instante, Azadeh volvió a encontrarse en el «Range Rover», cerca de la carretera bloqueada, y allí, frente a ella, se hallaba aquel hombre de cara gordinflona, el que les robara sus documentos, con la metralleta centelleando mientras Erikki lo aplastaba contra el coche, como si de una cucaracha se tratara, arrojando sangre y obscenidades por la boca—. No tener nada —dijo forzándose a apartar aquella horrenda visión—, ni siquiera un lápiz de labios.

—Poco importa. Aquí hay montones de todo. Y Tommy se alegrará muchísimo de teneros a ti y a Erikki aquí. Tampoco le gusta que me quede sola. No te preocupes, querida pequeña. Ahora estás a salvo.

«No me siento a salvo del todo —se dijo Azadeh a sí misma—; odio este miedo, tan ajeno a todo lo que me han enseñado… que, incluso en este momento me parece que se va a llevar el calor del agua. No dejé de sentirlo hasta que dejamos a Rakoczy. A pesar de encontrar un coche con gasolina, el miedo me acompañó. Y odio sentirme tan asustada».

Se hundió algo más en la bañera y luego abrió el grifo del agua caliente, saliendo un vigoroso chorro.

—Se está tan bien aquí… —murmuró Sharazad, entre la abundante espuma y el agua sensual—. Me ha dado tanta alegría que quisieras quedarte.

Cuando Azadeh, Erikki y Charlie llegaron el día anterior al apartamento de McIver, ya era de noche. Encontraron allí a Gavallan de manera que no había habitación para ellos, y Azadeh estaba demasiado asustada para querer quedarse en el apartamento de su padre, incluso con Erikki. Así que preguntó a Sharazad si podían quedarse con ella hasta el regreso de Lochart. Sharazad asintió rápidamente, encantada de tener compañía. Todo iba perfectamente hasta que de pronto, durante la cena, se produjo un tiroteo en las cercanías que hizo que Azadeh se sobresaltase.

—No tienes de qué preocuparte —la tranquilizó McIver—. Son unos exaltados que se desahogan así, es posible que celebrando algo. ¿No os habéis enterado de la orden que ha dado Jomeini para que se entreguen las armas?

Todo el mundo se mostró de acuerdo.

—Obedecerán al Imán —había dicho Sharazad, siempre refiriéndose a Jomeini como el Imán, casi asociándole con los Doce Imanes chiitas, los descendientes directos del Profeta Mahoma, casi una divinidad, lo que desde luego era sacrilegio—. Pero lo que el Imán ha logrado es casi un milagro, ¿verdad? —había añadido Sharazad con su seductora ingenuidad—. Desde luego, nuestra libertad es un regalo de Dios.

Más tarde, en la cama con Erikki, caliente y acurrucada, le notó extraño y triste. Desde luego, no era el Erikki que ella conocía.

—¿Qué pasa, qué pasa?

—Nada, Azadeh, nada. Mañana trazaremos un plan. Ahora, duerme, cariño. Esta noche no era el momento de hablarlo con Mac o Gavallan. Mañana ya veremos.

Por la noche, ella se había despertado dos veces con horribles pesadillas, temblando aterrada, y llamando a Erikki.

—No pasa nada, Azadeh. Estoy aquí. Solo era un sueño. Ahora estás completamente a salvo.

—No, no es cierto. No me siento segura, Erikki… ¿Qué me está pasando? Volvamos a Tabriz, o vámonos lejos. Alejémonos de esta horrible gente.

A la mañana siguiente Erikki salió a reunirse con McIver y Gavallan y Azadeh había dormido algo más, pero aquel sueño distó mucho de ser reparador. El resto de la mañana lo pasó soñando despierta o escuchando las noticias de Sharazad sobre ir a Galeg Morghi u oyendo los crecientes rumores transmitidos por los sirvientes: muchos más generales fusilados, seguían nuevas detenciones, las turbas habían abierto las cárceles, los hoteles occidentales habían sido incendiados o disparado contra ellos. Rumores sobre Bazargan cogiendo las riendas del Gobierno, los

muyahidines en abierta sublevación en el Sur, los kurdos en el Norte, Azerbaiyán se había declarado independiente, las tribus nómadas de Kash'kai y Bajtiari se habían sacudido el yugo de Teherán, todo el mundo había entregado las armas o nadie había entregado las armas. Rumores de que el Primer Ministro Bajtiar había sido capturado y fusilado o también que había huido a las colinas, o a Turquía o a América; el presidente Carter estaba preparando una invasión o reconociendo al Gobierno de Jomeini; las tropas soviéticas se concentraban en la frontera preparadas para la invasión o Breznev acudía a Teherán a felicitar a Jomeini; el Sha había entrado en Kurdistán apoyado por tropas americanas o el Sha había muerto en el exilio.

Más tarde, fueron a almorzar a casa de los padres de Sharazad, a la mansión Bakravan, cerca del bazar, pero solo después de que Sharazad insistiera en que llevara puesto el chador, ya que Azadeh lo aborrecía, al igual que todo aquello que representaba. Nuevos rumores en la inmensa casa familiar, pero ahora ya más optimistas, nada de temor y una confianza absoluta. Abundancia como siempre, como en su propia casa, en Tabriz, sirvientes sonrientes y seguros, y «gracias sean dadas a Dios por la victoria», les había dicho con jovialidad Jared Bakravan y ahora que el bazar iba a volver a abrir y que estaban cerrados todos los Bancos extranjeros, los negocios serían fabulosos como lo fueran antes de que el Sha impusiera sus impías leyes.

Después del almuerzo, regresaron al apartamento de Sharazad. A pie. Envueltas en el chador. No tropezaron con dificultad alguna y todos los hombres mostraron una actitud deferente. El bazar estaba atestado de gente aunque eran lastimosamente escasos los artículos puestos a la venta, aunque cada mercader prometía una inminente abundancia que permitiría todo tipo de trueques, ventas y tratos…, porque los puertos estaban abarrotados de barcos cargados de mercancías. En la calle, miles de personas andaban de un lado a otro, con el nombre de Jomeini en todas las bocas, salmodiando Allah-u Akbarr, casi todos los hombres y los muchachos iban

armados…, nadie de la gente vieja. En algunas zonas, Green Bands dirigían la circulación en lugar de los policías, de una manera descabellada e inexperta o se apostaban por allí en actitud truculenta. En otros lugares, la Policía seguía como siempre. Pasaron dos tanques atronadores, conducidos por soldados y cargados de guardias y civiles que saludaban efusivos a los grupos de peatones que los vitoreaban.

Aun así, todo el mundo estaba tenso bajo la pátina de la alegría, en especial las mujeres envueltas en sus túnicas. En una ocasión, al dar vuelta a una esquina, vieron, a cierta distancia, a un grupo de jóvenes que rodeaban a una mujer de cabello oscuro vistiendo una indumentaria occidental. Se mofaban de ella, le hacían muecas, la insultaban a gritos y le hacían gestos obscenos. Algunos de ellos incluso hacían alardes de exhibicionismo, agitando sus penes ante ella. La mujer estaría en la treintena e iba correctamente vestida, con un abrigo corto sobre la falda, piernas largas y una crecida melena debajo de un sombrerito. Al momento, un hombre, que hubo de abrirse paso entre la multitud, se reunió con ella. Inmediatamente empezó a gritar que eran ingleses y que los dejaran en paz, pero aquellos hombres no le hicieron el menor caso y, dándole empellones, concentraron toda su atención en la mujer. Ella estaba como petrificada.

No había forma de que Sharazad y Azadeh rodearan por detrás a la muchedumbre que aumentaba rápidamente inmovilizándolas, de manera que se vieron forzadas a observarlo todo. Finalmente, llegó un mulá y ordenó a la gente que se dispersara, después, arengó a los dos extranjeros para que respetaran las costumbres islámicas. Cuando al fin llegaron a casa, estaban cansadas y se sentían mancilladas. Se quitaron la ropa y se dejaron caer sobre la cama edredón.

—Me alegro de haber salido hoy —había dicho Azadeh fatigada y presa de una profunda preocupación—. Pero más nos vale a las mujeres organizar una protesta antes de que sea demasiado tarde. Más vale que recorramos las calles, sin chador ni velos para

proclamar ante los mulás nuestro punto de vista, decirles que no somos objetos inanimados, que tenemos nuestros derechos y que llevar o no el chador es cosa nuestra…, no de ellos.

—Sí. ¡Hagámoslo! Después de todo, nosotras hemos ayudado a lograr la victoria. —Sharazad había bostezado, medio dormida—. ¡Estoy tan cansada…!

La siesta las había hecho recuperarse.

Azadeh observaba estallar las burbujas, el agua estaba ya más caliente y el aroma dulzón del vapor resultaba agradable. Se sentó por un instante, extendiéndose la espuma sobre los senos y los hombros.

—Resulta curioso, Sharazad, pero hoy me he alegrado de llevar el chador…, esos hombres eran espantosos.

—En la calle, siempre son espantosos, querida Azadeh. —Sharazad abrió los ojos y la miró, la húmeda piel dorada, los pezones orgullosos—. Eres muy bella, cariño.

—Caramba, muchas gracias. Pero la bella eres tú —repuso Azadeh y puso la mano sobre el vientre de su amiga, dándole unas palmadas—. Conque una madrecita, ¿eh?

—¡Deseo tanto que sea así! —suspiró Sharazad, cerrando los ojos y sumergiéndose de nuevo en el calor—. Apenas puedo imaginarme como madre. Tres días más, y lo sabré. ¿Cuándo vais a tener hijos tú y Erikki?

—Dentro de uno o dos años —respondió Azadeh que procuró mantener la voz tranquila al repetir la misma mentira que llevaba repitiendo tantas veces. Pero tenía la terrible sospecha de ser estéril; desde que se casaron, no había utilizado anticonceptivos, deseando, de todo corazón, tener un hijo de Erikki. Siempre se sentía atormentada por la misma pesadilla: que la operación del aborto hubiese puesto punto final a toda esperanza de tener hijos, pese a todas las seguridades que el médico alemán le diera. ¿Cómo pude ser tan estúpida?

Muy fácil: estaba enamorada. Acababa de cumplir los diecisiete años y estaba enamorada. «¡Estaba tan enamorada, Dios mío! No

fue como con Erikki, por quien yo daría, feliz, mi vida. Con Erikki el amor es verdadero, para siempre; tierno, apasionado y seguro. Con mi Johnny Brighteyes fue como un sueño».

«Me pregunto dónde estarás ahora, qué harás tú tan alto y rubio, con tus ojos azul grisáceo y, desde luego, tan británico. ¿Con quién te has casado? ¿Cuántos corazones habrás roto como hiciste con el mío, cariño?».

Aquel verano, él estaba en la escuela, en Rougemont, una aldea cercana al colegio residencia donde ella estaba, al parecer para aprender francés. Ocurrió después de que Sharazad se fuera. Lo había conocido en el Sonnenhof, tostándose al sol, frente a la inmensa belleza de Gstaad en su cuenco de montañas. Él tenía diecinueve años y ella hacía tres días que cumpliera los diecisiete y durante todo aquel verano vagaron por aquellas tierras, tan hermosas, tan maravillosamente hermosas, subiendo por las montañas y recorriendo los bosques, nadando en los ríos, jugando, haciendo el amor, cada vez más arriesgados, hasta por encima de las nubes.

«Más nubes de las que yo podía pensar —se dijo ensoñadora—. Mi cabeza en las nubes aquel verano, conociendo a los hombres y la vida, pero sin saber nada». Luego, en otoño, él había dicho:

—Lo siento, pero ahora he de irme, tengo que volver a la Universidad, pero regresaré en Navidad.

Nunca más volvió. Y el descubrimiento, mucho antes de Navidad. Tanta angustia y terror donde solo debió haber habido felicidad. Horrorizada ante la posibilidad de que lo descubrieran en la escuela, porque entonces sus padres habrían de ser informados. En Suiza, era ilegal practicar abortos sin el consentimiento de los padres, así que hubo de trasladarse al otro lado de la frontera, a Alemania, donde la operación era posible, encontrando aún no sabía como a aquel amable médico, que la había tranquilizado en cualquier sentido. No le dolería, ni tendría problemas, nada…, solo una pequeña dificultad, cómo obtener el dinero. Y aún amaba a Johnny. Al año siguiente, terminados sus estudios, con su bien guardado

secreto, volvió a casa, en Tabriz. Su madrastra lo descubrió, no podía imaginarse cómo… «Estoy segura de que mi hermanastra Najoud me traicionó. ¿Acaso no fue ella quien me prestó el dinero? Luego, se enteró mi padre».

Durante un año estuvo como una mariposa atravesada con un alfiler. Luego, el perdón, las paces…, una forma especial de paces. Suplicó poder asistir a la Universidad, en Teherán.

—Estoy de acuerdo siempre que jures por Dios que no tendrás amoríos, obediencia absoluta y que te casarás con quien yo quiera —había dicho el Khan.

La primera de su clase. Luego, había suplicado que la permitiera entrar en el Teaching Corps, cualquier excusa para estar fuera de palacio.

—De acuerdo, pero solo en nuestras tierras. Tenemos aldeas más que suficientes de las que puedas ocuparte —le había dicho.

Muchos hombres de Tabriz quisieron casarse con ella, encontrándose siempre con la negativa de su padre, avergonzado de ella.

—¿Y qué pasará cuando ese extranjero, ese…, ese monstruo sin dinero, vulgar, de modales desastrosos, adorador de espíritus, incapaz de hablar una sola palabra en farsi o turco, que lo ignora todo de nuestras costumbres, de nuestra historia o cómo comportarse en una sociedad civilizada, cuyo único talento estriba en poder beber cantidades ingentes de vodka y pilotar un helicóptero…, qué pasará cuando descubra que no eres virgen, que estás mancillada, y acaso estéril por siempre?

—Ya se lo he dicho padre —le aseguro ella llorosa—. Y también que sin tu permiso no puedo casarme.

Entonces, se produjo el milagro del asalto al palacio y a mi padre a punto de morir y Erikki irguiéndose, semejante a un guerrero vengador de los antiguos libros de cuentos. Y otro milagro: autorización para casarse. La compresión de Erikki, un milagro más. Pero el hijo sin llegar. El viejo doctor Nutt dice que estoy perfectamente y que soy normal, que he de tener paciencia. Con la

ayuda de Dios, pronto tendré un hijo y esta vez nos colmará de felicidad, como le pasa a Sharazad, tan hermosa, con su bonita cara, sus senos y sus caderas, con el cabello y la piel como la seda.

Sintió la suavidad de su amiga bajo sus dedos y ello le produjo un gran contento. Con talante ausente, comenzó a acariciarla, dejándose llevar por el afecto y la ternura. «Es una bendición que seamos mujeres —pensó—, que podamos bañarnos y dormir juntas, besarnos, tocarnos y querernos sin una sensación de culpabilidad».

—¡Cómo me gusta tu tacto, Sharazad! —murmuró.

EN EL CASCO VIEJO DE LA CIUDAD: 7.52 DE LA TARDE. El hombre atravesó con apresuramiento la plaza cubierta de nieve, cerca de la antigua mezquita Mehrid, y entró por la puerta principal del bazar cubierto, pasando del frío glacial a la semipenumbra familiar, cálida y rebosante de gente. Estaba en la cincuentena, era corpulento y jadeaba a causa de sus prisas. Llevaba el gorro de astracán ladeado y vestía ropas caras. Un burro, cargado en exceso, le impedía el paso en la angosta calleja, y maldijo al tiempo que se apartaba para permitir que el animal y su amo pasaran a duras penas. Luego, reanudó rápido el paso, torció a la izquierda, entró en un pasaje y, finalmente, en la calle de los Vendedores de Ropas.

«Tómate tu tiempo —se decía una y otra vez, con el pecho y las extremidades doloridos—. Ahora estás a salvo, reduce la marcha». Pero el terror dominaba su mente y, presa del pánico, todavía se deslizó en el inmenso laberinto, y desapareció. Tras de él, a escasa distancia, avanzaba un grupo de Green Bands. No mostraban prisa.

Delante de él, la angosta calle de las tiendas de arroz estaba bloqueada por una mayor concurrencia de lo que era habitual, todos protestaban por la reducida cantidad en venta. Se detuvo un momento para secar su frente y, después, se puso en marcha de nuevo. El bazar era semejante a una colmena, hirviente de vida, con centenares de sucios senderos, callejas y pasajes, con las tiendas abiertas y pobremente alumbradas, alineadas a ambos lados,

algunas de ellas eran de dos plantas, así como de cabinas y cubículos, varios, apenas más grandes que nichos, encastrados en los muros, ofreciendo artículos o servicios de todo tipo, desde productos alimenticios a relojes extranjeros, desde carniceros a oro y plata en barras, desde prestamistas a comerciantes de armas…, todos ellos esperando a un cliente, aun cuando no hubiese demasiadas cosas para vender o qué hacer. Por encima del ruido, del estruendo y del regateo, el alto techo abovedado tenía claraboyas para la ventilación y para que penetrara la luz durante el día. La atmósfera era densa, con aquel olor especial del bazar; olor a humo y guisos con grasas rancias, fruta podrida y carne asándose, alimentos, especias y orines, estiércol, polvo y gasolina, miel y dátiles y asaduras, mezclados con los olores de los cuerpos y del sudor de la multitud que naciera, viviera y muriera allí.

Gentes de todas las edades y de toda clase atestaban los caminos: turcos, kurdos, kash'kais, armenios y árabes, libaneses y levantinos, pero el hombre no les prestaba la menor atención como tampoco a las constantes incitaciones a que se detuviese y comprara; él se limitaba a empujar y abrirse camino entre la muchedumbre. Atravesó veloz su propia calle de los orfebres, bajó por la de los vendedores de especias, la de los joyeros, hundiéndose cada vez más en el laberinto, con el pelo empapado de sudor debajo de su astracán y la cara congestionada. Dos comerciantes que lo vieron, comentaron riendo:

—Por Dios, que jamás he visto al viejo Paknouri andar tan aprisa…, ese perro viejo debe estar en camino de cobrar una deuda de diez rials.

—Lo más probable es que Miser Paknouri tenga esperándole sobre una alfombra a algún jugoso muchachito de alguna tribu con el trasero en pompa.

Su talante bromista se apagó como por ensalmo al pasar los Green Bands.

—¿Qué buscan aquí esos perros descastados? —preguntó alguien una vez se hubieron alejado.

—Persiguen a alguien. Debe ser eso. ¡Así ardan sus padres! ¿No os habéis enterado que han estado deteniendo gente durante todo el día?

—¿Deteniendo gente? ¿Y qué les hacen?

—Los meten en la cárcel. Ahora tienen montones de cárceles. ¿No habéis oído decir que han asaltado la prisión Evin, y han puesto en libertad a todo el mundo y encerrado a los carceleros? Ahora, son ellos quienes las tienen a su cargo. Parece ser que han constituido sus propios tribunales y pelotones de fusilamiento, y que han fusilado a muchos generales y policías. Ahora mismo, se están produciendo disturbios…, en la Universidad.

—¡Dios nos proteja! Mi hijo Farmad está allí participando en una manifestación. ¡El muy estúpido! Le dije que no saliera esta noche.

Jared Bakravan, el padre de Sharazad, se encontraba en su habitación interior privada del piso alto sobre la tienda abierta al público en la calle de los prestamistas que había pertenecido a su familia durante cinco generaciones y que era una de las más acreditadas. Su especialidad era las actividades bancarias y la financiación. Estaba sentado sobre una gruesa pila de alfombras, bebiendo té con su viejo amigo. Alí Kia, que había logrado un cargo de funcionario en el Gobierno Bazargan. Meshang, el hijo mayor de Bakravan, se hallaba sentado detrás de él, escuchando y aprendiendo… Era un hombre bien parecido; completamente rasurado, en la treintena, y con tendencia a una confortable corpulencia. Alí Kia también iba bien afeitado, llevaba gafas. Bakravan, con barba blanca y más bien grueso. Ambos estaban en la sesentena y se conocían prácticamente desde toda la vida.

—¿Y cómo saldarán el préstamo? ¿Durante qué período de tiempo? —preguntó Bakravan.

—Con los ingresos del petróleo, como siempre —respondió paciente Kia—. Tal como lo hubiera hecho el Sha, durante un período de cinco años, con el uno por ciento usual por mes. Mi

amigo Mehdi, Mehdi Bazargan, dice que el Parlamento avalará el préstamo tan pronto como se reúna. —Sonrió, añadiendo con ligera exageración—. Como pertenezco no solo al gabinete de Mehdi, sino también a su gabinete privado, puedo vigilar la legislación. Desde luego, ya sabes lo importante que es este préstamo, e igualmente importante para el bazar.

—Naturalmente. —Bakravan se acarició la barba para contener la risa. «¡Pobre Alí! —pensaba—. Tan ampuloso como siempre»—. Es cierto que no me corresponde a mí mencionarlo, mi viejo amigo, pero algunos de los mercaderes del bazar que han preguntado qué pasa con los millones de oro en barras que ya se adelantaron para apoyar la revolución. Adelantados al fondo para el Ayatolá Jomeini… Dios le proteja —añadió con cortesía, aunque en su fuero interno se dijera: «Quiera Dios quitarle de en medio pronto, ahora que hemos ganado, antes de que él y los parásitos de sus mulás, rapaces y malditos, cometan daños irreparables. En cuanto a ti, Alí, mi viejo amigo, desfigurador de la verdad, hiperbólico de tu propia importancia, podrás ser mi más viejo amigo, pero si crees que voy a confiar en ti por más tiempo de lo que tarda un camello en soltar un boñiga…, como si alguno de nosotros pudiera confiar en cualquier iraní, aparte de sus familiares más inmediatos…, y, aun así, solo con gran cautela»—. Desde luego, sé positivamente que el Ayatolá jamás vio, necesitó o tocó un solo rial —siguió diciendo, realmente convencido de ello—, pero, aun así, nosotros, los mercaderes, adelantamos grandes cantidades de dinero, oro en barras y divisas extranjeras para ayudarle, financiando su campaña…, para mayor gloria de Dios y de nuestro amado Irán, desde luego.

—Sí, lo sabemos. Y Dios os bendecirá por ello. Y también el Ayatolá. No dudes que esos préstamos serán saldados tan pronto como dispongamos de dinero, ¡en el mismo instante! Los préstamos del bazar de Teherán figuran en el primer lugar de la lista de todas las deudas internas que han de pagarse… Nosotros, los del Gobierno, comprendemos cuán importante ha sido vuestra ayuda. Pero Jared, Excelencia, mi viejo amigo, antes de que podamos hacer

nada, hemos de reanudar la producción de petróleo y, para conseguirlo, necesitamos disponer de cierto capital. Los cinco millones de dólares americanos, imprescindibles de inmediato, serán como un grano de arroz en un barril, ahora que todos los Bancos extranjeros van a ser doblegados, controlados y, en *muchos* casos, expulsados. El Pr…

—Irán no necesita Bancos extranjeros. Nosotros, los mercaderes, podemos hacer todo lo necesario…, si se nos pide. Todo. Si buscamos con diligencia por la gloria de Irán, acaso, digo acaso, lleguemos a descubrir que, entre nosotros, tenemos *todas* las habilidades y relaciones. —Bakravan tomó un sorbo de té con estudiada elegancia—. Mi hijo Meshang es licenciado por la Harvard Business School. —Aquel embuste no soliviantó a ninguno de ellos—. Con la ayuda de estudiantes inteligentes como él… —dejó flotando la idea.

Alí Kia la captó al vuelo.

—¿Tal vez no has considerado la idea de ceder tus servicios a mi Ministerio de Finanzas y Banca? Quizás es demasiado importante para ti y tus colegas. ¡Claro, tiene que serlo!

—Si, sí, lo es. Pero las necesidades de nuestro amado país tienen prioridad sobre nuestros deseos personales…, en el caso que el Gobierno deseara hacer uso de su talento único…

—Se lo mencionaré a Mehdi por la mañana. Sí, durante la reunión que cada mañana mantengo con mi viejo amigo y colega —dijo Alí Kia, preguntándose por un instante in mente cuándo se le permitiría celebrar su primera audiencia que hacía ya tiempo debiera haber celebrado, ya que había sido nombrado ayudante del ministro de Finanzas—. ¿Podré decirle también que aceptas hacer el préstamo?

—Consultaré con *mis* colegas de inmediato. Por supuesto, será la decisión de ellos, no la mía —añadió Bakravan con franca tristeza que no engañó a nadie—. Pero abogaré por tu caso, viejo amigo.

—Gracias —sonrió Kia—. Nosotros, los del Gobierno, y el Ayatolá, agradeceremos la ayuda de los mercaderes.

—Siempre nos hallamos dispuestos a ayudar. Como sabes que hemos hecho siempre —dijo con voz melosa el hombre de más edad, recordando el masivo apoyo financiero dado por el bazar a los mulás, a Jomeini, a lo largo de los años…, o a cualquier personalidad política de integración, como Alí Kia, que siempre se había opuesto a cualquier Sha.

«Dios maldiga a los Pahlevi —pensaba Bakravan—. Ellos son los responsables de todos nuestros problemas. Malditos sean por todas las perturbaciones debido a su insistente y excesivamente apresurada exigencia de modernización, por su demencia y desprecio de nuestros consejos e influencia, por invitar a extranjeros: hace un año, solo de americanos, entraron hasta cincuenta mil, permitiendo que se apoderaran de los mejores cargos y de todos los negocios bancarios. El Sha rechazó nuestra ayuda, quebró nuestro monopolio, nos estranguló y nos despojó de nuestra herencia histórica. En todas partes, por todo Irán.

»Pero tuvimos nuestra venganza. Apostamos nuestra restante influencia y riquezas por el odio implacable de Jomeini y su poder sobre las masas sucias analfabetas. Y ganamos. Y una vez que los Bancos extranjeros se hayan ido, una vez que todos los extranjeros se hayan marchado, seremos más ricos y disfrutaremos de una influencia como jamás tuvimos. Será fácil otorgar ese préstamo, pero Alí Kia y su Gobierno tendrán que sudar un poco para conseguirlo. Somos los únicos que podemos reunir el dinero. El pago ofrecido por él aún no es lo bastante alto, casi no llega a compensar el cierre del bazar durante todos estos meses. Ahora bien, ¿cuál debería ser? —se preguntó, altamente satisfecho con sus negociaciones—. Acaso el porcentaje deber…».

La puerta se abrió de golpe y el emir Paknouri se precipitó en la habitación.

—¡Van a detenerme, Jared! —gritó, con acento lacrimoso.

—¿Quién va a detenerte y por qué? —balbuceó Bakravan, destruida la calma que habitualmente reinaba en su casa,

agolpándose ya en la puerta los ayudantes, empleados, muchacho del té y los gerentes, todos con caras atemorizadas.

—Por…, por crímenes contra el Islam —lloraba Paknouri ya sin recatarse.

—Debe de haber alguna equivocación. ¡Es imposible!

—Sí es imposible, pero ellos…, ellos vinieron a mi casa con mi nombre…, hace media hora, nosot…

—¿Quiénes? ¡Dame sus nombres y destruiré a sus padres! ¿Quiénes fueron?

—Te lo he dicho. Guardias, guardias revolucionarios, Green Bands, sí, ellos, naturalmente —dijo Paknouri, y siguió hablando precipitadamente, sin darse cuenta del repentino silencio que se había hecho. Alí Kia había palidecido y alguien musitó: «¡Dios nos proteja!»—. Hace más o menos media hora, con mi nombre en un trozo de papel…, mi nombre, emir Paknouri, jefe de la liga de orfebres que dio un millón de rial… Vinieron a mi casa acusándome, pero los sirvientes…, y mi mujer estaban allí y yo… ¡Por Dios y el Profeta, Jared! —gritó, cayendo de rodillas—. Yo no he cometido ningún crimen… Soy un Anciano del Bazar, he dado millones y… —de repente calló, al ver a Alí Kia—. Kia, Alí Kia, Excelencia, ¡tú sabes muy bien cuánto he hecho para ayudar a la revolución!

—Por supuesto. —Kia estaba lívido y el corazón le latía desbocado—. Tiene que haber un error. —Sabía que Paknouri era un mercader muy influyente, altamente respetado, el primer marido de Sharazad y uno de sus más antiguos patrocinadores—. Debe de ser un error.

—¡Por supuesto que es un error! —Bakravan rodeó con el brazo los hombros del infeliz, intentando calmarle—. ¡Té recién hecho, de inmediato! —ordenó.

—Un whisky, por favor, ¿tienes whisky? —farfulló Paknouri—. Luego tomaré té. ¿Tienes whisky?

—Aquí, no, mi pobre amigo; pero, desde luego, hay vodka.

Al punto se lo llevaron y Paknouri lo bebió de un solo trago, ahogándose casi. Rechazó un segundo. Al cabo de uno o dos

minutos se tranquilizó algo y empezó a contar de nuevo lo ocurrido. Se enteró por vez primera que algo andaba mal al oír voces destempladas en el vestíbulo de su casa palaciega, enclavada justo en los alrededores del bazar… Él se encontraba arriba, con su mujer, preparándose para la cena.

—El jefe de los guardias…, eran cinco, agitaba aquel trozo de papel y exigía verme. Naturalmente, los sirvientes jamás se hubiesen atrevido a molestarme o a permitir la entrada a semejante gorila, de manera que el jefe de mis sirvientes dijo que iría a ver si estaba. Subió y nos dijo que el papel iba firmado por alguien llamado Uwari, un hombre del Comité Revolucionario…, en el nombre de Dios, ¿quiénes son? ¿Quién es ese Uwari? ¿Has oído hablar de él., Jared?

—Es un nombre bastante común —dijo Bakravan, siguiendo la costumbre iraní de tener siempre una respuesta preparada para algo que no se sabe—. ¿Lo has oído tú, Excelencia Alí?

—Como bien dices, es un nombre común. ¿Mencionó ese hombre a alguien más, Excelencia Paknouri?

—Es posible, ¡Dios nos proteja! Pero ¿quiénes son esos…, ese Comité Revolucionario? Tú tienes que saberlo, Alí Kia.

—Han sido mencionados muchos nombres —dijo Kia dándose importancia y disimulando la incomodidad que sentía cada vez que se decía «Comité Revolucionario». «Al igual que todos en el Gobierno o fuera de él —se dijo fastidiado—, no dispongo de la menor información auténtica sobre su verdadera estructura, o cuándo o dónde se reúnen, solo que pareció cobrar vida en el mismo momento en que Jomeini retornara a Irán, apenas hará dos semanas y, desde que ayer huyera Bajtiar para ocultarse, ha actuado como si fuera la propia ley, ha dado órdenes en el nombre de Jomeini y con su autoridad, nombrado precipitadamente nuevos jueces, la mayoría de ellos sin la más mínima experiencia legal, y autorizado detenciones, tribunales revolucionarios y ejecuciones inmediatas, con el desprecio más absoluto por las leyes y la jurisprudencia normales…, ¡y contra nuestra Constitución! ¡Ojalá sus casas ardan en llamas y ellos sean arrojados al infierno que se

merecen!»—. Esta misma mañana, mi amigo Mehdi… —empezó a decir en tono confidencial, entonces, calló de súbito, simulando darse cuenta en ese momento del personal de la casa que seguía bloqueando la entrada. Les ordenó retirarse con un ademán imperioso de la mano. Una vez cerrada la puerta de mala gana, bajó la voz para contar un rumor, como si solo fuera conocido por él—. Esta misma mañana con, humm, con nuestra bendición, fue a entrevistarse con el Ayatolá y le ha amenazado con dimitir a menos que el Comité Revolucionario deje de actuar en su nombre y con su autoridad y los coloque en su sitio de una vez por todas.

—¡Loado sea Dios! —exclamó Paknouri muy aliviado—. No hemos logrado el triunfo de la revolución para permitir que otros transgresores de la ley ocupen el lugar de la SAVAK, la dominación extranjera y el Sha.

—¡Claro que no! Alabado sea Dios porque ahora el Gobierno está en las mejores manos. Pero, por favor, Excelencia Paknouri, prosiga con su horrenda historia.

—No hay mucho más que explicar, Alí —dijo Paknouri, ya más tranquilo y valiente, rodeado de amigos tan poderosos—. Yo, humm, bajé para ver inmediatamente a aquellos intrusos y les dije que todo aquello era un estúpido error. Entonces, aquel cabeza dura y analfabeto cacho de excremento de perro se limitó a agitar el papel delante de mis narices, me dijo que estaba detenido y que tenía que irme con ellos… Les pedí que esperaran…, les pedí que esperaran y fui a buscar unos papeles pero mi mujer…, mi mujer me dijo que no me fiara de ellos, que acaso fueran tudeh o muyahidines disfrazados, o fedayines. Creí que estaba en lo cierto y llegué a la conclusión que lo mejor sería venir aquí para consultar contigo y con los demás. —No mencionó lo ocurrido en realidad, que había huido tan pronto como oyó gritar al líder que, en el nombre del Comité Revolucionario y del propio Uwari, Paknouri Miser tenía que someterse al juicio de Dios para responder de crímenes contra Dios.

—¡Mi pobre amigo! —exclamó Bakravan—. ¡Cómo debes de haber sufrido! No importa, ahora estás a salvo. Te quedarás aquí

esta noche. Y tú Alí, mañana, inmediatamente después de la primera oración, ve al despacho del Primer Ministro y ocúpate de que esta cuestión quede solucionada y esos locos sean castigados. Todos sabemos que el emir Paknouri es un patriota, que él y todos sus orfebres apoyaron la revolución y son esenciales para llevar a buen término este préstamo.

Fatigado, hizo oídos sordos a todas las vulgaridades que Alí Kia estaba farfullando.

Observó a Paknouri, su rostro pálido todavía y el cabello empapado por el sudor. «¡Pobre infeliz, qué susto deben de haberle dado! ¡Qué vergüenza! Con todas sus riquezas y buen nombre, relacionado con los Qajar a través de Annoush, la mujer del primo Valik, y que todo mi trabajo a favor de Sharazad resultara inútil. ¡Qué vergüenza que no engendrara hijos con ella! Así se habrían cimentado los lazos entre nuestras dos familias, aunque solo hubiese sido uno porque, entonces, ciertamente, no hubiera habido divorcio y yo no me habría visto obligado a capitular con ese extranjero Lochart. Por mucho que él intente aprender nuestras maneras, jamás lo logrará. ¡Y qué costoso resulta mantenerle para conservar enhiesta la reputación de la familia! He de hablar con el primo Valik para pedirle de nuevo que se las arregle de forma que Lochart tenga ingresos extra. Valik y sus codiciosos socios de "IHC" pueden muy bien permitirse hacer eso por mí, con los millones que ganan ahora, en su mayor parte, en moneda extranjera. ¿Qué les costaría? ¡Nada! El gasto lo pasarían a Gavallan y "S-G". Los socios me deben mil favores. Yo, que a lo largo de los años les he asesorado sobre cómo ganar el máximo control y riquezas con tan poco esfuerzo».

«Paga tú mismo a Lochart, Jared, Excelencia —le había dicho Valik sin miramientos, la última vez que se lo había pedido—. Naturalmente, eso está a tu cargo. Tú participas en cuanto ganamos…, y, ¿qué representa una cantidad tan deleznable para mi primo favorito y el mercader más acaudalado de Teherán?

»Pero deberá ser un gasto asociado. Podemos utilizarle cuando tengamos el control al cien por cien. Con el nuevo plan para el

futuro de "IHC", la sociedad será más rica que nunca y…

»Consultaré con los otros socios. Por supuesto, la decisión será de ellos, no mía».

«¡Embustero! —se dijo el hombre mayor mientras saboreaba su té—. Aunque he de reconocer que yo habría respondido de idéntica forma».

Ahogó un bostezo, ahora ya cansado y hambriento. «Me haría bien una siesta antes de cenar».

—Lo siento muchísimo, Excelencia, lo siento muchísimo, pero he de ocuparme de algunos asuntos urgentes. Paknouri, viejo amigo, me alegra que todo haya quedado resuelto. Quédate aquí esta noche. Meshang preparará edredones y almohadones. ¡Y no te preocupes! Alí, amigo mío, acompáñame hasta la puerta del bazar. ¿Tienes medio de transporte? —preguntó incisivo, sabiendo de antemano que la primera atención de un ayudante de ministro era la de hacerse con un coche con chófer y abastecimiento ilimitado de gasolina.

—Sí, gracias, el Primer Ministro insistió en que dispusiera de uno, insistió…, la importancia de nuestro departamento, supongo.

—Es Voluntad de Dios —dijo Bakravan.

Satisfechos consigo mismos, salieron de la habitación, bajaron la angosta escalera y recorrieron el pequeño pasaje que conducía a la puerta abierta de entrada a la tienda. Allí, sus sonrisas se desvanecieron y les subió una bocanada de bilis.

Esperando, se encontraban los mismos cinco Green Bands, repantigados en las sillas y sobre las mesas, todos ellos armados con fusiles del Ejército de los Estados Unidos, todos ellos apenas salidos de la adolescencia, sin afeitar o con barba, vestidos con ropas baratas y sucias, algunos con agujeros en los zapatos, otros sin calcetines. El líder se hurgaba los dientes en silencio, otros fumaban dejando caer, con indiferencia, la ceniza sobre las inapreciables alfombras «Kash-kai» de Bakravan. Uno de los jóvenes tosía constantemente mientras fumaba y su respiración era sibilante.

Bakravan sintió flojedad en las piernas. Su gente se encontraba como paralizada junto a una de las paredes. Todos. Incluso su servidor de té favorito. Afuera, en la calle, reinaba el más absoluto silencio, no se veía a nadie… Hasta los propietarios de las tiendas de préstamos del otro lado de la calle parecían haberse desvanecido.

—Salaam, Agha, la Bendición de Dios sea contigo —dijo con cortesía. Su voz sonó extraña—. ¿Qué puedo hacer por ti?

El cabecilla no le prestó la menor atención. Tenía los ojos clavados en Paknouri. Sus facciones eran hermosas pero marcadas por la enfermedad parasitaria, transmitida por el jején y casi endémica en Irán. Apenas habría cumplido los veinte años, de ojos y pelo oscuro y manos encallecidas por el trabajo que jugueteaban con el fusil. Se llamaba Yusuf Senvar…, Yusuf el albañil.

El silencio se hizo más denso y Paknouri no pudo resistir la tensión por más tiempo.

—¡Todo es una equivocación! —chilló—. ¡Estáis cometiendo un error!

—¿Crees que por huir vas a escapar a la Venganza de Dios? —dijo Yusuf con voz suave, casi amable…, aunque con un tosco acento aldeano que Bakravan no conseguía localizar.

—¿Qué Venganza de Dios? —chilló de nuevo Paknouri—. No he hecho nada malo. ¡Nada!

—¿Nada? ¿Acaso no has trabajado con extranjeros durante años, y les has ayudado a llevarse la riqueza de nuestra nación?

—Claro que no lo hice para eso sino para crear trabajo y ayudar a nuestra econ…

—¿Nada? ¿Acaso no has servido durante años al satánico Sha?

—No. ¡Yo estaba en la oposición! —volvió a gritar Paknouri—. Todo el mundo lo sabe. Yo… yo estaba en la opos…

—Aun así, le servías y obedecías sus mandatos.

Paknouri tenía las facciones contraídas y estaba prácticamente fuera de sí. Movía la boca pero no conseguía emitir palabras.

—¡Todo el mundo le servía! —logró articular finalmente—. Claro que todo el mundo le servía, era el Sha, pero nosotros trabajábamos

para la revolución… El Sha era el Sha, claro que todo el mundo le sirvió mientras estuvo en el poder…

—El Imán nunca lo hizo. —De repente, la voz de Yusuf se hizo áspera—. El Imán Jomeini jamás sirvió al Sha. ¿Acaso lo hizo, en el Nombre de Dios? —Lentamente fue pasando revista a todos los rostros. Nadie le contestó.

En medio de aquel silencio, Bakravan vio al hombre rebuscar en su desgarrado bolsillo, sacar un trozo de papel y mirarlo. Entonces, supo que él era la única persona que podía detener aquella pesadilla.

—Por orden del Comité Revolucionario —empezó a decir Yusuf— y Alí-Allah Uwari: Miser Paknouri, usted va a ser sometido a juicio. Entregu…

—No, Excelencia —intervino Bakravan con voz firme aunque cortés, al tiempo que sentía el corazón subírsele a la boca—. Esto es el bazar. Como ya sabes, desde el principio de los tiempos, el bazar tiene sus propias leyes, sus propios líderes. El emir Paknouri es uno de ellos, no puede ser detenido ni conducido a parte alguna contra su voluntad. No puede ser tocado…, esta es la ley que impera aquí desde el comienzo de los tiempos. —Sostuvo la mirada del joven, sin temor, sabiendo que el Sha, incluso la SAVAK, jamás se atrevieron a desafiar sus leyes o derecho de santuario.

—¿Son esas leyes más grandes que la ley de Dios, prestamista Bakravan?

Bakravan se sintió invadido por un frío glacial.

—No…, no. Claro que no.

—Bien. Yo obedezco la ley de Dios y hago el trabajo de Dios.

—Pero no puede deten…

—Obedezco la ley de Dios y solo hago el trabajo de Dios —repitió el cabecilla. Sus ojos eran castaños e inocentes bajo las espesas cejas negras. Agitó su fusil—. No necesito este arma…, ninguno de nosotros las necesitamos para hacer el trabajo de Dios. Yo rezo de todo corazón para ser un mártir por Dios, porque, entonces, iré directamente al Paraíso *sin necesidad de ser juzgado, todos mis*

pecados me serán perdonados. Si es esta noche, moriré bendiciendo al que me mate, porque sé que habré muerto haciendo el trabajo de Dios.

—Dios es Grande —entonó uno de los hombres. Y los demás lo corearon.

—Sí. Dios es Grande. Pero tú, prestamista Bakravan, ¿rezaste hoy cinco veces, tal como lo ordena el Profeta?

—Naturalmente, naturalmente —se oyó decir Bakravan a sí mismo, sabedor de que su mentira no era pecado debido a la *taquiyah*, la ocultación. Es decir, el permiso que el Profeta da a todo musulmán para mentir en asuntos referentes al Islam, siempre que crea que su vida está amenazada.

—Bien. Estáte callado y muéstrate paciente. Más tarde me ocuparé de ti.

Otro escalofrío recorrió la espalda de Bakravan mientras veía al hombre volver su atención a Paknouri.

—Por Orden del Comité Revolucionario y Alí-Allah Uwari: Miser Paknouri, sométete a Dios por crímenes contra Dios.

Paknouri intentaba hablar.

—Yo… yo… no puedes… oye…

Su voz se fue apagando. En las comisuras de los labios se le había formado una espumilla. Todos lo miraban, los Green Bands, impasibles; los demás, aterrados.

Alí Kia se aclaró la garganta.

—Escuchad, tal vez sería mejor dejar esto para mañana —empezó a decir intentando mantener un tono de importancia—. El emir Paknouri se siente evidentemente trastornado por la equiv…

—¿Quién eres tú? —Los ojos del cabecilla se clavaron penetrantes en él como antes lo hicieran en Paknouri y Bakravan—. ¿Eh?

—Soy Alí Kia, ayudante del ministro —replicó Alí, haciendo acopio de todo su valor frente a la fuerza de aquella mirada—, del departamento de Finanzas, miembro del gabinete del Primer Ministro Bazargan y te sugiero que esperes un…

—En el Nombre de Dios: tú, tu departamento de Finanzas, tu gabinete y tu Bazargan no tenéis nada que ver conmigo o con nosotros. Obedecemos al mulá Uwari, quien obedece a Dios —salmodió el hombre con tono ausente. Luego, dirigió de nuevo su atención a Paknouri—. ¡A la calle! —ordenó con tono siempre amable—. O le llevaremos a rastras.

Paknouri emitió un quejido y cayó, inerte. Los demás les miraban impotentes, alguien farfulló: «La Voluntad de Dios» y el chiquillo servidor del té, rompió a llorar con desconsuelo.

—Cállate, muchacho —le ordenó sin ira Yusuf—. ¿Está muerto? Uno de los hombres se adelantó poniéndose en cuclillas junto a Paknouri.

—No. Como Dios lo quiere.

—Como Dios lo quiere. Cógelo, Hassan y ponle la cabeza bajo el grifo del agua. Si no espabila lo llevaremos nosotros.

—No —le interrumpió Bakravan valeroso—. No, se quedará aquí. Está enfermo y…

—¿Estás sordo, viejo? —El tono de Yusuf era ahora levemente cortante.

El miedo planeó en la habitación. El chiquillo se metió el puño en la boca para contener los sollozos. Yusuf clavó la mirada en Bakravan mientras que el hombre llamado Hassan, fuerte y de hombros potentes, levantaba a Paknouri sin esfuerzo y salía de la tienda.

—Como Dios lo quiere —repitió sin apartar los ojos de Paknouri —. ¿Eh?

—¿Adónde…, por favor, adónde lo llevan?

—A la cárcel, por supuesto. ¿A qué otro sitio podría ir?

—¿A qué…, a qué cárcel, por favor?

Uno de los hombres se echó a reír.

—¿Qué importa la cárcel?

Para Jared Bakravan y los demás, la atmósfera de la habitación se había hecho sofocante, como si se encontraran ya en una celda,

aunque el aire había cambiado y la puerta siguiera, como siempre lo estaba, abierta a la calle.

—Me gustaría saberlo, Excelencia —respondió Bakravan con voz sorda tratando de disimular su odio—. Por favor.

—Evin.

Aquella había sido siempre la cárcel más infamante de Irán.

Yusuf sintió la presencia de una nueva oleada de temor. «Todos deben de ser culpables para tener tanto miedo», se dijo. Miró detrás de él, a su hermano más pequeño.

—Dame el papel.

Su hermano, que apenas contaba quince años, tenía un aspecto mugriento y una tos pertinaz. Sacando media docena de papeles rebuscó entre ellos. Finalmente, encontró el que buscaba.

—Aquí está, Yusuf.

El cabecilla lo examinó con atención.

—¿Estás seguro de que es este?

—Sí —respondió el jovenzuelo mientras señalaba el nombre con un dedo achaparrado. Lo vocalizó lentamente—: J-a-r-e-d B-a-k-r-a-v-a-n.

—¡Dios nos proteja! —musitó alguien.

En el profundo silencio que siguió, Yusuf alargó el papel a Bakravan. Los demás observaban petrificados.

El anciano, casi sin respiración, lo cogió con dedos temblorosos. Por un instante, le fue imposible fijar la mirada. Luego vio las palabras: Jared Bakravan, del bazar de Teherán: Por orden del Comité Revolucionario y de Alí-Allah Uwari, se le convoca ante el Tribunal Revolucionario, formado en la Cárcel Evin, inmediatamente después de la primera oración, para responder a unas preguntas. El papel iba firmado Alí-Allah, la firma de los analfabetos.

—¿Qué preguntas? —indagó con voz sorda.

—Las que Dios quiere —se echó de nuevo el fusil al hombro y se puso en pie—. Hasta la vista…, de madrugada. Tráete consigo el papel y no te retrases. —Entonces, vio la bandeja de plata con los vasos y una botella mediana de vodka sobre una mesa baja,

prácticamente oculta por una cortina en el vestíbulo en penumbra, iluminado tan solo por unas velas—. ¡Por Dios y el Profeta! —exclamo irritado—. ¿Has olvidado las leyes de Dios?

La gente de la tienda se dispersó, apartándose de su camino, mientras él enarbolaba la botella derramando su contenido sobre el sucio suelo, arrojándola lejos después. Parte del líquido se deslizó hasta una de las alfombras. El chiquillo servidor del té cayó de rodillas, de manera instintiva, y empezó a limpiarlo.

—¡No lo toques!

El muchacho, aterrado, se apartó de allí. Yusuf, indiferente, empujó casi todo el líquido con el pie.

—Que esa mancha sirva para recordarte las leyes de Dios, anciano… —se interrumpió y se quedó contemplando la alfombra unos instantes—. ¡Qué colores! ¡Hermosos! ¡De verdad que son hermosos! —Suspiró al tiempo que se rascaba, y se volvió hacia Bakravan y Kia—. Si recogierais todo lo que nosotros poseemos aquí y le añadierais lo que nuestras familias tienen y los padres de nuestras familias, con todo ello, no podríamos permitirnos, siquiera una esquina de semejante alfombra. —Yusuf esbozó una sonrisa aviesa—. Pero, por otra parte, si yo fuera tan rico como tú, prestamista Bakravan…, ¿acaso no sabes que la usura va también contra las leyes de Dios? Aunque yo fuera tan rico como tú, tampoco compraría una alfombra semejante. No necesito un tesoro así. No tengo nada, no tenemos nada, no necesitamos nada. Solo a Dios.

Acto seguido, abandonó la tienda.

EN LAS CERCANÍAS DE LA EMBAJADA DE LOS ESTADOS UNIDOS: 8.15 DE LA TARDE. Erikki había estado esperando durante casi cuatro horas. Desde donde se encontraba sentado, junto a la ventana del primer piso en el que se hallaba el apartamento de su amigo Christian Tollonen podía ver los altos muros que cercaban el complejo americano, profusamente iluminado, a los soldados de Infantería de Marina uniformados junto

a las inmensas verjas de hierro, pateando para entrar en calor y, al fondo, el enorme edificio de la Embajada. La circulación era densa aún, con embotellamientos aquí y allá, todo el mundo haciendo sonar la bocina y queriendo adelantar a los demás peatones, tan impacientes y egocéntricos como siempre. Los semáforos no funcionaban. Tampoco había guardias de tráfico. «En realidad, poco importa —pensó—, maldito el caso que hacen los habitantes de Teherán a los reglamentos de circulación. Jamás lo han hecho, y nunca lo harán. Como esos dementes que se mataron en la carretera a través de las montañas. Como los de Tabriz. O los de Kazvin».

El recuerdo de Kazvin le hizo apretar los puños. Aquella mañana se habían recibido informes en la Embajada finlandesa de que Kazvin se había levantado en armas, de que los nacionalistas de Azerbaiyán y de Tabriz habían vuelto a rebelarse, que se luchaba contra las fuerzas leales al Gobierno de Jomeini y que toda la provincia fronteriza, rica en petróleo y de enclave altamente estratégico, había declarado de nuevo su independencia de Teherán, independencia por la que llevaban luchando a través de los siglos, siempre ayudada y alentada por Rusia, enemiga inmutable de Irán y ansiosa por engullir el territorio. Rakoczy y otros de su ralea debían estar pululando por todo Azerbaiyán.

—Claro que los soviéticos van tras de nosotros —había dicho furioso Abdollah Gorgon Khan durante su discusión, poco antes de que Azadeh y él salieran para Teherán—. Claro que tu Rakoczy y sus hombres se han hecho fuertes aquí. Caminamos por la cuerda floja más delgada de todo el mundo, porque somos su llave para el Golfo y también para Ormuz, la yugular de occidente. De no haber sido por nosotros, los Gorgon, nuestras conexiones tribales y algunos de nuestros aliados kurdos, a estas alturas seríamos ya una provincia soviética…, incorporada a la otra mitad de Azerbaiyán que los soviéticos nos robaron hace años, ayudados, como siempre, por la insidiosa Gran Bretaña… Dios mío, cómo aborrezco a los británicos,

incluso más que a los americanos que, en definitiva, no son más que unos bárbaros estúpidos y de malos modales. Esa es la verdad, ¿no?

—No son así, al menos los que yo he conocido. Y «S-G» me ha tratado siempre muy bien.

—Hasta ahora. Pero te traicionarán…, los británicos siempre acaban traicionando a los que no lo son e incluso, si les conviene, también se traicionan entre sí.

—Insha'Allah.

Abdollah Gorgon Khan rio sin humor.

—Insha'Allah! E Insha'Allah que en el cuarenta y seis, el Ejército soviético retrocedió más allá de la frontera y entonces aplastamos a sus colaboracionistas y acabamos con su «República Democrática de Azerbaiyán» y su «República del Pueblo Kurdo». Pero admiro a los soviéticos, solo juegan para ganar y cambian las reglas como a ellos les conviene. El verdadero triunfador de vuestra Guerra Mundial fue Stalin. Era el coloso. ¿Acaso no lo dominó todo en Potsdam, Yalta y Teherán…, ganando a Churchill y a Roosevelt por la mano? ¿No llegó Roosevelt, cuando estuvo en Teherán, a alojarse en la Embajada soviética? ¡Cómo reímos los iraníes! El Gran Presidente entregó el futuro a Stalin en bandeja cuando tenía en su mano todo el poder para contenerlos dentro de sus propias fronteras. ¡Era todo un genio! Junto a él, vuestro aliado, Hitler, era un estúpido chapucero. La Voluntad de Dios, ¿eh?

—Finlandia solo se unió a Hitler para luchar contra Stalin y recuperar nuestras tierras.

—Pero perdisteis. Elegisteis mal y perdisteis. Incluso un tonto hubiera podido darse cuenta de que Hitler iba a perder… ¿Cómo pudo ser el Sha Reza tan estúpido? Ah, capitán, jamás he podido comprender por qué Stalin os dejó vivir a vosotros, los finlandeses. Si yo hubiese sido él, hubiera arrasado Finlandia para que sirviera de lección…, como hizo con una docena más de países. ¿Por qué os dejó vivir a vosotros? ¿Porque le hicisteis frente con vuestra Guerra del Invierno?

—No lo sé. Tal vez. Estoy de acuerdo contigo en que los soviéticos jamás renuncian.

—Nunca, capitán. Pero nosotros tampoco. Nosotros, los de Azerbaiyán, siempre iremos por delante de ellos y los mantendremos a raya. Como en el cuarenta y seis.

Pero, por aquel entonces, Occidente era fuerte, estaba en vigor la Doctrina de Truman en cuanto a los soviéticos se refería. «Las manos quietas o atenerse a las consecuencias —se decía Erikki ceñudo—. ¿Y ahora? Ahora es Carter quien gobierna. ¿Qué gobierna?».

Cansado, se inclinó hacia delante y volvió a llenar su vaso, impaciente por volver junto a Azadeh. Hacía frío en el apartamento y todavía llevaba puesto su abrigo. La calefacción central no funcionaba y entraba aire por todas las ventanas. Pero la habitación era grande, agradable y masculina, con viejos sillones, y las paredes adornadas con pequeñas aunque excelentes alfombras persas y bronces. Por todas partes había libros, revistas y periódicos, sobre mesas, sillas y estanterías, en finlandés, ruso e iraní…, un par de zapatos de mujer abandonados descuidadamente sobre uno de los estantes. Saboreó su vodka a sorbos, agradecido al calor que le proporcionaba, y luego miró de nuevo, a través de la ventana, hacia la Embajada. Por un instante se preguntó si valdría la pena emigrar a los Estados Unidos. Con Azadeh.

—Los baluartes se derrumban —musitó—. Irán ya no es seguro. Europa, demasiado vulnerable. Y Finlandia se encuentra sobre el filo de la espada…

Fijó la atención en lo que pasaba abajo. Ya la circulación había quedado bloqueada del todo por los enjambres de vehículos que confluían por las dos calles. El complejo de la Embajada de los Estados Unidos estaba en el chaflán de Tahkt-e-Jamshid y la calle principal llamada Roosevelt. «Solía llamarse Roosevelt —se dijo—. ¿Cómo la habrán bautizado ahora? ¿Calle Jomeini? ¿Calle de la Revolución?».

Se abrió la puerta del apartamento.

—Hola, Erikki —dijo el joven finlandés sonriente. Christian Tollonen se cubría la cabeza con un gorro de piel estilo ruso y llevaba una trinchera forrada de piel que se comprara en Leningrado durante un fin de semana de copas con unos amigos de la Universidad—. ¿Qué hay de nuevo?

—Llevo esperando cuatro horas.

—Tres horas y veintidós minutos además de media botella de la mejor «Russian Moskava» de contrabando que el dinero puede comprar en parte alguna, y acordamos que sería de tres a cuatro horas. —Christian Tollonen estaba en los primeros años de la treintena, era soltero, rubio y de ojos grises, agregado cultural en la Embajada finlandesa. Eran amigos desde su llegada a Irán, hacía ya algunos años—. Dame una copa, ¡por Dios que la necesito! Ya empieza a bullir una nueva manifestación y me ha costado lo mío abrirme paso.

Sin quitarse la trinchera, se acercó a la ventana.

Los dos sectores de la muchedumbre se habían fusionado, bullendo la gente delante del complejo de la Embajada. Todas las puertas habían sido cerradas. Erikki, inquieto, observó que no se veía mulá alguno entre aquellos muchachos. Hasta ellos llegaban sus gritos.

—Muerte a América, muerte a Carter —iba traduciendo Christian. Hablaba bien el farsi ya que su padre, diplomático también, estuvo destinado allí hacía años y él había pasado cinco años de su adolescencia en una escuela de Teherán—. Son las idioteces habituales. Abajo Carter y el imperialismo americano.

—Nada de Allah-u-Akbar —dijo Erikki. Por un instante, se encontró de nuevo en la carretera bloqueada y sintió un peso insoportable en el estómago—. Nada de mulás.

—No, no he visto ninguno por aquí.

En las calles, el ritmo se aceleraba al incorporarse nuevas facciones a las turbas agolpadas ante las verjas de hierro.

—La mayoría son estudiantes universitarios. Me tomaron por un ruso y me dijeron que se había librado una encarnizada batalla en la

Universidad, izquierdistas contra Green Bands, con unos veinte o treinta muertos y que la lucha continúa. —Mientras observaba, cincuenta o sesenta jovenzuelos empezaron a sacudir las verjas—. Están locos por pelear.

—Y ni un solo policía para impedirlo.

Erikki le alargó la copa.

—¿Qué haríamos sin vodka?

Erikki rio.

—Beber brandy. ¡Lo tienes todo!

—No, esto es solo el comienzo —dijo Christian, sentándose en uno de los sillones junto a la mesa baja que había frente a Erikki y abriendo la cartera—. Aquí están las copias de tus certificados de nacimiento y matrimonio…, gracias a Dios que teníamos duplicados. Pasaportes nuevos para los dos… Logré que alguien de la oficina de Bazargan estampara en el tuyo un permiso de residencia temporal con una vigencia de tres meses.

—¡Eres un auténtico mago!

—Han prometido que te extenderán una nueva licencia de piloto iraní, aunque no dijeron cuándo. Aseguraron que con tu documento de identidad «S-G» y la fotocopia de tu licencia británica te encuentras dentro de la legalidad. Ahora bien, el pasaporte de Azadeh es temporal. —Lo abrió y le enseñó la fotografía—. No es de las habituales de pasaporte…, saqué una de las que tú me diste, con la «Polaroid»…, pero servirá hasta que tengamos una en regla. Haz que lo firme tan pronto como la veas. ¿Ha salido alguna vez del país desde que os casasteis?

—No. ¿Por qué?

—Si sale al extranjero con pasaporte finlandés…, bueno, no sé cómo podrá afectar eso a su status iraní. Las autoridades han sido muy susceptibles siempre, sobre todo cuando se trata de sus propios nacionales. Jomeini parece mostrarse más xenófobo todavía, y, por tanto, es probable que su régimen muestre una mayor dureza. A ellos puede parecerles como si hubiera renunciado a su nacionalidad. Creo que no la dejarán volver a entrar.

Por un momento, una sorda explosión de gritos, procedentes de la masa de jóvenes, distrajo su atención. Centenares de ellos alzaban los puños cerrados y en alguna parte alguien los arengaba con la ayuda de un altavoz.

—Tal como me siento en estos momentos, poco me importa lo que ocurra luego, mientras ahora pueda sacarla de aquí —dijo Erikki. Christian se le quedó mirando.

—Tal vez debiera estar enterada del peligro que correrá, Erikki —dijo al cabo de un momento—. No hay forma de que pueda restituirle sus documentos o su pasaporte iraní, pero corre un grave riesgo si se va sin ellos. ¿Por qué no le pides a su padre que los obtenga? Para él resultaría muy fácil. Es dueño de casi todo Tabriz, ¿no?

Erikki asintió con expresión de tristeza.

—Sí, pero tuvimos otra discusión antes de irnos. Sigue desaprobando nuestro matrimonio.

—Tal vez sea porque aún no tenéis un hijo —dijo Christian al cabo de una pausa—. Ya sabes cómo son los iraníes para eso.

—Aún hay mucho tiempo por delante para tener hijos —dijo Erikki descorazonado—. «Los tendremos a su debido tiempo —pensó —. No hay prisa, y el viejo doctor Nutt dice que Azadeh está en perfectas condiciones. ¡Mierda! Si le digo lo que Christian me ha comunicado con respecto a su documentación iraní jamás querrá irse. Si no se lo digo y luego le niegan la entrada, nunca me lo perdonará. Y, de cualquier manera, tampoco querrá salir sin el permiso de su padre».

—Para que le den una documentación nueva tendríamos que regresar y…, bueno, no quiero volver.

—¿Por qué, Erikki? Habitualmente, nunca es lo bastante pronto para ti, para regresar a Tabriz.

—Rakoczy.

Erikki le había contado todo lo ocurrido…, salvo la muerte del muyahidín en el bloqueo de la carretera y todos los hombres que

Rakoczy mató durante el rescate. «Algunos detalles más vale callarlos», se dijo pesimista.

Christian Tollonen saboreaba su vodka.

—¿Cuál es el verdadero problema?

—Rakoczy —repitió Erikki, y mantuvo firme la mirada.

Christian se encogió de hombros. Otra ronda y la botella quedó vacía.

—*Prosit!*

—*Prosit!* Gracias por los documentos y los pasaportes.

De nuevo, los gritos que llegaban de afuera atrajeron su atención. La muchedumbre se mostraba bien disciplinada aun cuando cada vez más ruidosa. En el patio americano habían aumentado los focos de luz y podían ver con claridad los rostros en las ventanas de la Embajada.

—Menos mal que tienen sus propios generadores.

—Sí…, y sus propias unidades calefactoras, bombas de gasolina, PX, en fin, todo —Christian se acercó a la alacena y sacó otra botella —. Eso, y su status especial en Irán, el hecho de no necesitar visados ni de estar sometidos a las leyes iraníes han provocado gran parte del odio.

—Oye, aquí hace frío, Christian. ¿No tienes leña?

—Ni una condenada astilla. La maldita calefacción ha estado sin funcionar desde que me trasladé aquí… Tres meses, casi todo el invierno prácticamente.

—Acaso sea mejor así —dijo Erikki haciendo un gesto hacia los zapatos—. Tú ya tienes ardor más que suficiente ¿eh?

Christian esbozó una sonriente mueca.

—A veces. Reconozco que Teherán es uno de los…, solía ser uno de los lugares más formidables del mundo para todo tipo de placeres. Pero ahora, ahora, amigo… —su rostro se ensombreció—. Ahora no creo que Irán vaya a ser el paraíso que esos pobres estúpidos de ahí fuera creen haber ganado, sino un infierno en la tierra para la mayoría de ellos. En especial para las mujeres. — Saboreó su vodka. Hubo una marea de excitación junto a los muros

del complejo, cuando un joven, con el fusil del Ejército de los Estados Unidos colgado del hombro, trepaba sobre los hombros de otros, e intentaba, sin éxito, llegar hasta arriba.

—Me pregunto que haría yo si ese fuera mi muro y esos imbéciles bastardos intentaran escalarlo.

—Les volaría la cabeza, lo que sería absolutamente legal. ¿No es así?

De repente, Christian rompió a reír.

—Solo si coronara con éxito la empresa —se volvió a mirar a Erikki—. ¿Y qué me dices de ti? ¿Cuál es tu plan?

—No tengo ninguno. Al menos hasta que haya hablado con McIver…, esta mañana no hubo posibilidad. Él y Gavallan estaban muy ocupados en localizar a sus socios iraníes. Después, celebraron varias reuniones en la Embajada con alguien llamado… Creo que le llamaron Talbot…

Christian disimuló su repentino interés.

—¿George Talbot?

—Sí, eso es. ¿Le conoces?

—Sí, es el segundo secretario —Christian se guardó mucho de añadir: «Talbot es también el jefe del Servicio Secreto británico en Irán, lo ha sido durante años y es un operador muy importante»—. No sabía que se encontraba todavía en Teherán…, creí que se había marchado hace un par de días. ¿Qué querían de él McIver y Andrew Gavallan?

Erikki se encogió de hombros y dio media vuelta, observando en actitud ausente a más jóvenes que intentaban escalar el muro. En su mente dominaba una preocupación, ¿qué podría hacer respecto a la documentación de Azadeh?

—Hablaron de que querían tener más información sobre un amigo de él que conocieron ayer en el aeropuerto…, un tal Armstrong. Robert Armstrong.

—¿Armstrong? —preguntó, intentando mantener la calma, contento de que Erikki le diera la espalda.

—Sí —respondió Erikki, volviéndose hacia él—. ¿Te dice algo ese nombre?

—Es un nombre muy común —dijo Christian, satisfecho de que su voz no revelara nada.

Robert Armstrong, MI6, antiguo miembro de la Special Branch, que había estado en Irán, bajo contrato, durante cierto número de años, posiblemente cedido de manera temporal por el Gobierno británico…, supuesto asesor jefe del Departamento del Servicio Secreto Interno de Irán, de alta cualificación, un hombre a quien rara vez se le veía en público y conocido por unos pocos, perteneciendo la mayoría de estos a la comunidad del Servicio Secreto.

«Como yo», se dijo, preguntándose qué opinaría Erikki si supiera que era un experto del Servicio Secreto iraní que lo sabía casi todo sobre Rakoczy y muchos otros agentes extranjeros, y cuya tarea primordial consistía en averiguar todo sobre Irán aunque sin hacer nada y jamás interferir con cualquiera de los combatientes internos o externos. Simplemente esperar, observar, averiguar y recordar. ¿Qué estaría haciendo Armstrong allí?

Se levantó para disimular su inquietud, pretendiendo querer ver mejor a la multitud.

—¿Se enteraron de lo que querían saber? —preguntó.

Erikki volvió a encogerse de hombros.

—No lo sé. No volví a encontrarme con ellos… —calló y miró al otro hombre—. ¿Es importante?

—No… no, en absoluto. ¿Tienes apetito? ¿Estáis libre tú y Azadeh para cenar?

—Lo siento, esta noche no —respondió Erikki consultando su reloj—. Más vale que vuelva. Y gracias por la ayuda.

—De nada. ¿Qué decías de McIver y tu Gavallan? ¿Tienen un plan para cambiar las operaciones aquí?

—No lo creo. Habíamos acordado que me reuniría con ellos a las tres de la tarde para ir al aeropuerto, pero para mí era más importante verte y obtener los pasaportes. —Erikki se puso en pie y

le alargó la mano dominándole con su altura—. Y otra vez, muchas gracias.

—De nada —repuso Christian, y le estrechó la mano cordialmente —. Te veré mañana.

Abajo, el griterío había cesado y reinaba un silencio ominoso. Los dos hombres corrieron a la ventana. Toda la atención estaba centrada en la calle principal que un día se llamara Roosevelt. Entonces escucharon el creciente Allahhhh-uuuuu Akbarrrrr!

—¿Hay alguna salida trasera en el edificio? —farfulló Erikki.

—No, no la hay.

Las nuevas hordas que llegaban contaban con mulás y Green Bands en las primeras filas. La mayoría de ellos iban armados, al igual que la masa de jóvenes que los seguían. Todos gritaban al unísono, «Dios es Grande», «Dios es Grande», superando con mucho en número a la manifestación de estudiantes frente a la Embajada, aunque estos también fueran armados. Al punto, los izquierdistas empezaron a situarse en puntos defensivos estratégicos, en los portales y entre los vehículos. Hombres, mujeres y niños, atrapados en coches y camiones, empezaron a dispersarse. Los islámicos se acercaban rápidamente. Mientras las primeras filas invadían las aceras y los huecos de los vehículos parados e iban acercándose a los muros profusamente iluminados, el incesante ritmo de sus disparos aumentaba, aceleraban el paso y todo el mundo se preparaba. Pero entonces, y de manera asombrosa, los estudiantes empezaron a replegarse. En silencio. Los Green Bands vacilaron, perplejos.

La retirada fue pacífica y, en consecuencia, las hordas se hicieron pacíficas. Pronto, los manifestantes se alejaron y ya nadie amenazaba la Embajada. Mulás y Green Bands empezaron a dirigir la circulación. Aquellos transeúntes que habían huido y las personas que abandonaron sus vehículos, respiraban de nuevo, dando gracias a Dios por Su intervención y regresando en manadas. Al punto, los bocinazos y los juramentos comenzaron de nuevo en creciente frenesí al empezar a luchar por el espacio, coches, camiones y

peatones. Las grandes puertas de hierro de la Embajada no fueron abiertas, solo una puerta lateral.

Christian sentía la garganta seca.

—Hubiera apostado mi vida a que se preparaba una lucha cruenta.

Erikki estaba igualmente asombrado.

—Es casi como si hubieran estado esperando a los Green Bands y supieran de antemano de dónde vendrían y cuándo. Parece como si se tratara de un ensayo por algo. —Calló, acercándose aún más a la ventana, con la cara súbitamente congestionada—. ¡Mira! ¡Allí, en aquel portal! ¡Es Rakoczy!

—¿Dónde? ¿Dón…? ¿Ah, te refieres al hombre con la chaqueta de vuelo que habla con ese tipo bajo? —Christian escudriñó abajo en la oscuridad. Los dos hombres se encontraban prácticamente en la penumbra, luego, se estrecharon la mano y salieron a la luz. En efecto, era Rakoczy—. ¿Estás seguro de que…?

Pero Erikki ya había abierto la puerta de entrada y se encontraba a mitad de la escalera. Christian le vio sacarse el gran cuchillo pukoh de su funda y metérselo por debajo de la manga con la empuñadura en la palma de la mano.

—No hagas locuras, Erikki —gritó, pero ya había desaparecido.

Christian se precipitó de nuevo hacia la ventana a tiempo de ver a Erikki salir del portal y correr a empellón limpio entre la multitud persiguiendo a Rakoczy a quien él no veía por parte alguna.

Pero Erikki sí que lo tenía a la vista. Rakoczy se encontraba a una distancia de unos cincuenta metros y le vio doblar la esquina con la calle Roosevelt y desaparecer. Cuando Erikki llegó a la esquina se alegró de no haberle perdido, el soviético estaba delante de él, andando rápidamente aunque no demasiado de prisa, muchos peatones entre ellos, la circulación lenta y muy ruidosa. Dando un rodeo por un embotellamiento de camiones, Rakoczy salió de la calzada, esperó que pasara a duras penas un viejo y baqueteado «Volkswagen» que no paraba de tocar la bocina y luego miró en derredor suyo. Vio a Erikki. Hubiera sido casi imposible lo contrario…

pues era casi treinta centímetros más alto que cualquier otro. Sin vacilar un instante, Rakoczy puso pies en polvorosa, abriéndose camino entre la muchedumbre, y se metió por una bocacalle corriendo como un endemoniado. Erikki lo vio y corrió tras él. Los peatones les maldecían a ambos, un viejo cayó al asqueroso suelo al apartarle Rakoczy violentamente de su camino y enfilar por otra bocacalle.

Esta era angosta, con porquería desperdigada por todas partes, los puestos y las tiendas ya cerrados y sin iluminación. Algunos peatones que se dirigían con paso cansino a sus casas y multitud de portales y arcadas que conducían a casuchas o escaleras por las que se llegaba a más casuchas… Toda la zona apestando a orines, desperdicios, asaduras y verduras podridas.

Rakoczy se encontraba a algo más de cuarenta metros de distancia. Entró en una calleja más pequeña, atropellando casetas donde dormían familias, dejando alaridos de rabia tras de sí. Entonces, cambió de dirección y se lanzó por un pasaje que daba a otro, lo atravesó y entró en una calleja, ya completamente desorientado, luego en otra y en otra. Irritado, se detuvo, comprobando que la última era un callejón sin salida. Instintivamente, se llevó la mano a la automática, pero entonces observó que, delante de él, se abría un pasaje y se precipitó por él.

Los muros estaban tan juntos que podía tocarlos con ambas manos mientras corría entre ellos, jadeante, hundiéndose más y más en el zigzagueante laberinto. Delante de él, una vieja estaba vaciando un orinal en el apestoso joub. La derribó mientras que los demás se apretaban contra los muros para apartarse de su camino. Erikki se encontraba ya solo a veinte metros, su furia le daba alas y saltando por encima de la vieja que aún no había podido incorporarse y tenía medio cuerpo dentro del joub, redobló sus esfuerzos acortando distancias. Al dar la vuelta a una esquina, su adversario se detuvo, taponó la callejuela con un viejo carrito y, antes de que Erikki pudiera evitarlo, se estrelló contra él, cayendo medio conmocionado. Se puso en pie con un aullido de furia, se

tambaleó mareado por un instante, saltó por encima del obstáculo y echó a correr de nuevo, enarbolando ya sin disimulo el cuchillo y torciendo una esquina.

Pero el pasaje que tenía ante sí aparecía desierto. Erikki se detuvo en seco. Jadeaba fuertemente y estaba empapado de sudor. Resultaba difícil ver, aun cuando su visión nocturna fuese muy buena. Entonces, divisó la pequeña arcada. La atravesó, cauteloso, con el cuchillo preparado. El pasaje terminaba en un patio descubierto, lleno de escombros por todas partes, encontrándose también un coche completamente desvencijado y herrumbroso. Muchos de los portales y aberturas daban a aquel sucio espacio, algunos, con puertas, otros, conduciendo a desvencijadas escaleras y a los pisos más altos. Imperaba el silencio…, un silencio amenazador. Podía sentir ojos que lo vigilaban. Unas ratas abandonaron los desperdicios y se escurrieron, veloces, entre un montón de escombros.

A uno de los lados había otra arcada. Sobre ella, una antigua inscripción en farsi que no pudo leer. A través de la arcada, la oscuridad pareció hacerse más densa. La profunda entrada abovedada terminaba ante un portal. La puerta era de madera y con bandas de vetusto hierro, descolgada de la mitad de sus goznes. Detrás de ella, parecía haber una habitación. Al acercarse más, vio el parpadeo de una vela.

—¿Qué es lo que quiere?

La voz del hombre le llegó a Erikki desde el fondo de la oscuridad. Se le erizó el pelo en la nuca. La voz, en inglés, no era la de Rakoczy, esta tenía acento extranjero, con una oquedad misteriosa.

—¿Quién…, quién es usted? —preguntó inseguro, mientras trataba de penetrar la oscuridad con todos sus sentidos, preguntándose si no sería Rakoczy haciéndose pasar por otro.

—¿Qué es lo que quiere?

—Yo…, quiero…, estoy siguiendo a un hombre —dijo sin saber hacia dónde hablar mientras sobre su cabeza, el tejado abovedado

que no podía ver le devolvía su voz como un eco misterioso.

—El hombre que busca no está aquí. Váyase.

—¿Quién es usted?

—Eso no importa. Váyase.

La llama de la vela era un diminuto destello de luz en la oscuridad, haciendo que esta pareciese más densa.

—¿Ha visto pasar a alguien por aquí…, a alguien que corría?

El hombre rio quedamente y murmuró algo en farsi. Al punto, le rodearon susurros y risas ahogadas y Erikki giró, enarbolando por delante el cuchillo a modo de protección.

—¿Quién es usted?

Los susurros prosiguieron. Todos en derredor suyo. La atmósfera estaba impregnada de un olor a rancio y a humedad. En alguna parte, goteaba agua en una cisterna. Se escuchó, lejano, el sonido de disparos. De nuevo los susurros. Dio otra media vuelta sintiendo a alguien muy cerca de él, pero sin verlo, solo la arcada y la noche sombría más allá. El sudor le resbalaba por la cara. Se dirigió cauteloso hacia la puerta, apoyando la espalda contra un muro, convencido ya de que Rakoczy se encontraba allí. El silencio se hizo más denso.

—¿Por qué no contesta? ¿Ha visto a alguien?

De nuevo la risita entre dientes.

—Váyase.

Luego, silencio.

—¿Por qué tiene miedo? ¿Quién es usted?

—A usted no le importa quién soy yo, y aquí no hay miedo, solo el de usted.

La voz era tan amable como antes. Luego, el hombre añadió algo en farsi y nuevas risas ahogadas lo rodearon.

—¿Por qué me habla en inglés?

—Le hablo en inglés porque a ningún iraní ni a cualquier lector del lenguaje del Libro vendría aquí de día o de noche. Solo un loco lo haría.

Erikki vio de soslayo algo, o alguien, que se interponía entre él y la vela. Al punto, enarboló el cuchillo en posición defensiva.

—¿Rakoczy?

—¿Se llama así el hombre que busca?

—Sí…, así es. Está aquí, ¿verdad?

—No.

—No le creo, quienquiera que usted sea.

Silencio. Luego, un profundo suspiro.

—Sea como Dios lo quiere —y luego, en tono quedo, una orden en farsi que Erikki no entendió.

En derredor suyo, por todas partes, se encendieron cerillas, iluminando velas y lámparas pequeñas de petróleo. Se veían bultos de harapos recostados contra los muros y las columnas de la caverna de alto techo abovedado. Centenares de ellos. Hombres y mujeres. Los restos enfermos, ulcerados de hombres y mujeres que yacían sobre paja o lechos de harapos. Ojos que lo miraban desde unos rostros estragados.

Extremidades con muñones. Una vieja se encontraba casi pegada a sus pies y él, presa de pánico, se alejó de un salto situándose en la puerta.

—Aquí todos somos leprosos —dijo el hombre. Apoyaba la espalda contra una columna cercana. Un montón informe de harapos. Otro harapo le cubría, prácticamente, las cuencas de los ojos. Apenas le quedaba nada de rostro, salvo los labios. Agitó débilmente el muñón de un brazo.

»Aquí todos somos leprosos, impuros. Esta es una casa de leprosos. ¿Ve a ese hombre entre nosotros?

—No…, no. Yo…, lo siento —murmuró Erikki con voz trémula.

—¿Lo siente? —La voz del hombre estaba cargada de ironía—. Sí. Todos lo sentimos. Insha'Allah! Insha'Allah!

Erikki ansiaba desesperadamente dar media vuelta y salir corriendo, pero las piernas no le respondían. Alguien tosió, una tos seca, aterradora.

—¿Quién…, quién es usted? —se oyó decir a sí mismo.

—Una vez fui profesor de inglés…, ahora soy un impuro, uno de los muertos vivientes. Es la Voluntad de Dios. Váyase. ¡Bendito sea Dios por su Misericordia!

Erikki vio, anonadado, al hombre que hacía un ademán con lo que le quedaba de los brazos. Obedientemente, las luces empezaron a extinguirse por toda la caverna, mientras muchos ojos seguían mirándole.

Una vez fuera, bajo el aire nocturno, tuvo que hacer un esfuerzo hercúleo para no echar a correr aterrado, sintiéndose inmundo, ansiando despojarse al punto de toda su ropa y bañarse y enjabonarse, bañarse y enjabonarse y volverse a bañar.

—Basta ya —farfulló entre dientes, con la carne todavía de gallina—. No hay nada que temer.

MIÉRCOLES

14 de febrero

XXVII

EN LA CÁRCEL EVIN: 6.29 DE LA MAÑANA. La cárcel era como cualquier otra cárcel moderna, idéntica bajo un hermoso día que bajo uno desapacible, gris, triste, de altos muros, y horrible.

Aquel día, el falso amanecer tenía una cualidad extraña: el resplandor, por debajo del horizonte, de una curiosa tonalidad roja. El cielo no estaba encapotado y tampoco se veía una sola nube. La primera vez desde hacía semanas. Y aunque todavía hacía frío, prometía ser un día poco común. Nada de esmog. El aire fragante y diáfano, para cambiar. Una suave brisa arrastraba el humo de los restos de coches volcados y barricadas, resultado de los enfrentamientos de la noche anterior entre los ahora leales Green Bands, y los ahora ilegales leales, los izquierdistas, mezclados con policías sospechosos y Fuerzas Armadas, así como el humo de los incontables fuegos para guisar y calentarse que encendían millones de ciudadanos.

Los escasos peatones que pasaban por delante de los muros de la prisión, y de la inmensa puerta que fuera forzada y colgaba de los goznes, al igual que de los Green Bands que montaban guardia junto a ella, apartaban los ojos y apresuraban el paso. La circulación era escasa. Los frenos de otro camión repleto de guardias y prisioneros chirriaron al detenerse brevemente ante la puerta principal para someterse a inspección. La barricada provisional se abrió y volvió a cerrarse. Detrás de los muros, sonó una repentina ráfaga de fuego de fusil. Afuera, los Green Bands bostezaron al tiempo que se desperezaban.

Con la llegada del sol, comenzó la llamada de los almuédanos desde los minaretes, transmitidas por altavoces o grabadas en casetes. Y allá donde la llamada llegaba, el Creyente dejaba lo que estaba haciendo, se colocaba de cara a La Meca y se arrodillaba para decir su primera oración del día.

Jared Bakravan había hecho detener el automóvil al final de la calle y en aquellos momentos se arrodilló y oró junto con su chófer y los demás. Había pasado gran parte de la noche intentando ponerse en contacto con sus amigos y aliados más importantes. Las noticias de la detención ilegal de Paknouri y la de su propia citación, también ilegal, habían corrido como reguero de pólvora por el bazar. Todo el mundo fue presa de una gran furia, pero nadie dio un paso adelante para ponerse al frente de todos aquellos miles de personas para protagonizar una protesta, convocar una huelga o cerrar el bazar. Consejos no le habían faltado: que protestase personalmente ante Jomeini, o ante el Primer Ministro Bazargan, que no se presentara al Tribunal, que lo hiciera, mas negándose a contestar pregunta alguna, que se presentará y contestara a algunas de las preguntas, que contestara a todas las preguntas «Como Dios lo quiere», pero ninguno se ofreció a acompañarle, ni siquiera su gran amigo, y uno de los abogados de más alta reputación de Teherán, que juró y perjuró que era más importante que él mismo, fue a ver a los jueces del Tribunal Supremo en representación de Bakravan. Nadie se ofreció voluntario salvo su mujer, su hijo y sus tres hijas que, detrás de él, oraban de rodillas sobre sus propias alfombrillas de rezos.

Una vez terminada su plegaria, Bakravan se levantó tembloroso. Al punto, el chófer empezó a recoger las alfombrillas de rezos. Jared sintió un escalofrío. Aquella mañana se había vestido con todo cuidado y llevaba un grueso abrigo y un gorro de astracán, aunque no se había puesto joya alguna.

—Yo… Iré andando desde aquí —dijo.

—No, Jared —empezó a decirle su mujer llorosa, que apenas se daba cuenta de los distantes disparos—. Seguramente será preferible que llegues como un líder debe hacerlo. ¿Acaso no eres tú

el mercader más importante de Teherán? No se acomodaría a tu posición que llegases andando.

—Claro, claro, tienes razón —aceptó, y ocupó de nuevo el asiento trasero del coche.

Este era un gran «Mercedes» azul, nuevo y bien cuidado. Su mujer, una matrona entrada en carnes, con su costoso peinado oculto bajo un chador que también le cubría su largo visón marrón, se sentó a su lado y se aferró a su brazo, con el maquillaje corrido por las lágrimas. Su hijo, Meshang, estaba igualmente lloroso. Y sus hijas, entre ellas Sharazad, llevaban puestos los chadors.

—Sí, sí, tienes razón. ¡Dios maldiga a esos revolucionarios!

—No te preocupes, padre. Dios te protegerá… —dijo Sharazad—. Los Guardias Revolucionarios no hacen más que seguir las órdenes del Imán y el Imán solo cumple las órdenes de Dios.

Parecía tan confiada, tenía un aspecto tan abatido al mismo tiempo, que Bakravan se olvidó de decirle que no se refiriera a Jomeini como el «Imán».

—Sí —dijo él—. Claro que todo es un error.

—Alí Kia juró sobre el Corán que el Primer Ministro Bazargan pondría fin a toda esta tontería —sollozó su mujer—. Juró que lo vería anoche. Probablemente ya se habrán cursado órdenes al…, las órdenes estarán ahí ya.

La noche anterior, él mismo le había dicho a Alí Kia que sin Paknouri no habría préstamo, y que si a él le molestaban, el bazar en pleno se levantaría y se suspenderían todos los fondos al Gobierno, a Jomeini, a las mezquitas y a Alí Kia en persona.

—Alí no fallará —dijo ceñudo—. No se atreverá. Sé demasiadas cosas de todos ellos.

El coche se detuvo delante de la puerta principal. Los Green Bands lo miraron con indiferencia. Jared Bakravan hizo acopio de todo su valor.

—No tardaré.

—Que Dios te proteja. Te esperaremos aquí…, esperaremos aquí hasta que salgas.

Su mujer le besó, y también los demás. Hubo más lágrimas y, finalmente, se vio, en pie, delante de los Green Bands.

—Salaam —dijo—. Soy… soy un testigo del mulá Alí-Allah Uwari ante el tribunal.

El jefe de los Guardias cogió el papel y lo recorrió con la mirada entregándoselo después a uno de los otros que sabía leer.

—Pertenece al bazar —aclaró el otro muchacho—. Jared Bakravan.

—Muéstrale adónde debe ir —dijo el jefe encogiéndose de hombros. El otro hombre echó a andar cruzando la puerta violentada. Bakravan le siguió y, cuando la barricada se cerró tras él, se desvaneció gran parte de su confianza. Aquella pequeña y sucia zona abierta, situada entre los muros de la prisión y el edificio principal, era húmeda y sombría.

El aire apestaba. Hacia la parte este, se apelotonaban centenares de hombres, sentados o tumbados, agazapándose acurrucados miserablemente contra el frío. Muchos de ellos vestían uniformes de oficiales.

Hacia el Oeste, el terreno aparecía desierto. Al fondo había una puerta alta, asegurada con una barra de hierro, que se abrió para darles paso. En la sala de espera vio a docenas de otros hombres, abatidos y atemorizados, sentados en filas de bancos o de pie, incluso sentados en el suelo. Algunos de ellos, oficiales uniformados. Incluso pudo ver a un coronel. Reconoció a algunos de los otros, hombres de negocios importantes, favoritos de la Corte, administradores, diputados… Mas no vio a nadie que fuera de su intimidad. Algunos lo reconocieron. Se produjo un repentino murmullo.

—Aprisa —le dijo el guardia con irritación. Era un joven marcado de viruelas, que se abrió paso hasta la mesa de escritorio y el abrumado empleado sentado detrás de ella.

—Aquí hay otro para Su Excelencia Mulá Uwari.

El funcionario cogió el papel e hizo un gesto a Bakravan.

—Siéntate…, ya te llamarán cuando te necesiten.

—Salaam, Excelencia —dijo Bakravan, desconcertado ante los toscos modales de aquel hombre—. ¿Cuándo será eso? Tenía que estar aquí exactamente después de las…

—Cuando Dios lo quiera. Se te avisará en el momento que te necesiten —repitió el hombre, dando por terminada la cuestión con un gesto de la mano.

—Pero soy Jared Bakravan del merc…

—Puedo leer, Agha —dijo el hombre, con mayor rudeza si cabía aún—. Cuando te necesiten, te llamarán. Irán es ahora un Estado islámico, con una ley igual para todos, no con una ley para el rico y otra para el pueblo.

Bakravan apartado a empellones por otras personas llevadas ante el funcionario, se dirigió, embargado por la ira, a una pared. A un lado, un hombre utilizaba un cubo como letrina, ya rebosante, con los orines derramados por el suelo. Las miradas siguieron a Bakravan. Algunos murmuraron.

—La paz de Dios sea contigo.

El olor en la habitación era repugnante. Alguien le hizo sitio en un banco y él se sentó agradecido.

—Las Bendiciones de Dios sean con vosotros, Excelencias.

—Y contigo, Agha —dijo uno de ellos—. ¿Estás acusado?

—No, no, me han citado como testigo —repuso sobresaltado.

—¿La Excelencia es testigo ante Ayatolá Uwari?

—Sí, sí, lo soy, Excelencia. ¿Quién es él?

—Es juez. Juez revolucionario —musitó el hombre. Estaría en la cincuentena, era pequeño, con el rostro más arrugado que el de Bakravan; el cabello a mechones. Se agitaba nervioso—. Aquí nadie parece saber lo que está ocurriendo o para qué han sido citados, ni siquiera quién es Uwari. Solo que el Ayatolá lo ha nombrado y que él juzga en su nombre.

Bakravan miró al hombre a los ojos y pudo ver el terror en ellos, lo que le hizo sentirse más acobardado aún.

—¿La Excelencia es también un testigo?

—Sí, así es, aunque no sé por que habían de llamarme a mí que solo soy gerente de la oficina de Correos.

—La oficina de Correos es muy importante… Quizá necesiten de su asesoramiento. ¿Cree que nos tendrán mucho tiempo esperando?

—Insha'Allah. A mí me citaron ayer después de la cuarta oración, y desde entonces estoy esperando. Me han tenido aquí toda la noche. Tenemos que esperar hasta que nos llamen. Ese es el único retrete —dijo el hombre señalando el cubo—. Ha sido la peor noche de mi vida, terrible. Durante la noche, ellos…, hubo muchísimos disparos. Corre el rumor de que fueron ejecutados tres generales más y una docena de oficiales de la SAVAK.

—Cincuenta o sesenta —dijo el hombre que estaba al otro lado de él, saliendo de su estupor—. La cifra debe rondar los sesenta. Toda la prisión está abarrotada, como chinches en un colchón de campo. Las celdas están a rebosar. Hace dos días que los Green Bands derribaron las puertas, redujeron a los guardias y los metieron en los calabozos. Después pusieron en libertad a la mayoría de los presos y, a renglón seguido, empezaron a llenar las celdas con gente que detenían y con los propios guardias —bajó aún más la voz—, llenaron todas las celdas y están atestadas, mucho más que en los tiempos del Sha. ¡Dios lo maldiga por no haber…! Cada hora, los Green Bands traen más gente, fedayines y muyahidines y tudeh, todos mezclados con nosotros, los inocentes, los Creyentes… —siguió hablando con voz cada vez más queda poniendo los ojos en blanco—, y gente buena a la que jamás debieron tocar y…, y lechos de tortura y… —tenía espumilla en las comisuras de la boca—… dicen que ellos…, que los nuevos carceleros las están utilizando y… una vez que se entra aquí, Excelencia, ya no se sale. —Se le llenaron de lágrimas aquellos ojillos hundidos en una cara mofletuda—. La comida es horrible y… Yo tengo úlcera de estómago y ese hijo de perra que es el funcionario…, no quiere comprender que necesito alimentos especiales…

Al otro lado del recinto hubo una conmoción y la puerta se abrió de golpe. Entraron media docena de Green Bands y empezaron a abrirse camino con sus fusiles. Detrás de ellos, otros guardias rodeaban a un oficial de las Fuerzas Aéreas que avanzaba con porte orgulloso, la cabeza erguida, las manos atadas a la espalda, el uniforme desarreglado, las charreteras medio arrancadas. Bakravan ahogó una exclamación. ¡Era el coronel Peshadi, comandante en jefe de la Base Aérea de Kowiss…, y primo suyo!

También otros reconocieron al coronel, ya que gozaba de gran fama por la victoria lograda hacía algunos años con la expedición sobre Dhofar, al sur de Omán; por haber aplastado con éxito el ataque marxista, casi letal; por los yemeníes del sur contra Omán y también por el valor personal de Peshadi al haber conducido tanques iraníes en una batalla clave.

—¿No es el héroe de Dhofar? —preguntó alguien incrédulo.

—Sí, él es.

—¡Dios nos proteja! Si lo detienen a él…

Uno de los guardias, impaciente, empujó a Peshadi por la espalda, intentando obligarle a que anduviese más rápido. Al punto, el coronel montó en cólera, a pesar de estar prácticamente inmovilizado por las esposas.

—¡Hijo de perra! —exclamó, dando rienda suelta a su ira—. Voy lo más aprisa que puedo. ¡Ojalá arda tu padre!

El Green Band lo maldijo a su vez y luego dio un culatazo con su rifle en el estómago del coronel el cual perdió el equilibrio y cayó…, quedando a su merced. Pero aun así, maldijo a sus aprehensores. Y siguió maldiciéndoles mientras lo ponían en pie, cogiéndole por cada brazo dos de ellos, y le obligaban a andar hacia la parte oeste, hasta el espacio vacío que había entre los muros. Y también allí los maldijo, y a Jomeini, y a los falsos mulás invocando todos los nombres de Dios. Finalmente, gritó con voz estentórea:

—¡Larga vida al Sha, no hay más dios que A…!

Las balas lo callaron definitivamente.

En la sala de espera se había hecho un silencio de terror. Alguien gimió. Un viejo empezó a vomitar. Otros comenzaron a susurrar entre sí. Muchos se pusieron a rezar. Bakravan, por su parte, estaba seguro de que todo aquello era una pesadilla. Su fatigado cerebro rechazaba la realidad. El aire fétido era frío pero él tenía la sensación de encontrarse dentro de un horno, y se ahogaba. «¿Me estaré muriendo?», se preguntó, confuso, al tiempo que se abría el cuello de la camisa. Más tarde, sintió que alguien lo tocaba y abrió los ojos. Por un instante no logró saber quién era él ni dónde se hallaba. Estaba tumbado en el suelo y el hombrecillo se inclinaba ansioso sobre él.

—¿Se encuentra bien?

—Sí, sí. Creo que sí —dijo con voz débil.

—Perdió el conocimiento, Excelencia. ¿Está seguro de que se encuentra bien?

Unas manos le ayudaron a sentarse de nuevo. Dio las gracias con voz apagada. Su cuerpo le pareció más pesado, tenía los sentidos abotargados y los ojos le pesaban como plomo.

—Escuche —le susurró el hombre de la úlcera—, esto es como la Revolución francesa: guillotina y Terror. Pero ¿cómo es posible que suceda algo así gobernando el Ayatolá Jomeini? Es algo que no entiendo.

—No lo sabe —aseguró el hombrecillo con voz igualmente plañidera—. No puede saberlo. ¿Acaso no es un hombre de Dios? ¿No es piadoso y el más erudito de todos los ayatolás…?

Bakravan se sintió embargado por el cansancio y se recostó contra el muro, dejándose ir.

Ignoraba el tiempo transcurrido, cuando alguien lo despertó, zarandeándole sin miramientos.

—Te llaman, Bakravan. Vamos.

—Sí, sí —farfulló, al tiempo que se ponía en pie y echaba a andar con dificultad.

Reconoció a Yusuf, el cabecilla de los Green Band que la noche anterior fue al bazar. Le siguió tambaleándose, pasando entre los

otros y saliendo de la habitación. Luego, siguieron por un corredor, subieron unas escaleras y enfilaron por otro corredor muy frío, con celdas a cada lado, en las puertas mirillas, dejando atrás guardias y otros hombres que lo miraban de una manera extraña, mientras que, allí cerca, alguien gritaba.

—¿Adónde…, adónde me lleváis?

—Conserva tus fuerzas, vas a necesitarlas.

Yusuf se detuvo ante una puerta, la abrió y lo empujó adentro. La habitación era pequeña, producía una espantosa sensación de claustrofobia y aparecía abarrotada de hombres. En el centro había una mesa de madera y sentado a ella un mulá y cuatro jóvenes a cada lado de él. Sobre la mesa se veían algunos papeles y un Corán grande. En la pared, y a gran altura, se abría una ventana pequeña con barrotes, por la que entraba un rayo de sol y se vislumbraba un reducido trozo del azul del cielo. Había Green Bands apoyados en las paredes.

—Jared Bakravan, el mercader, el prestamista —dijo Yusuf.

El mulá levantó la mirada de la lista que había estado examinando.

—Ah, Bakravan. Salaam.

—Salaam, Excelencia —respondió trémulo Bakravan.

El mulá estaría en la cuarentena, tenía los ojos y la barba negros, se tocaba con un turbante blanco y vestía ropas negras y raídas. Los hombres que había junto a él no sobrepasaban los veinte años, unos iban sin afeitar y otros con barba, y todos vestían pobremente, con las armas colgadas a la espalda.

—¿En qué… puedo…? ¿Cómo puedo ayudarle? —preguntó, tratando desesperadamente de mantener la calma.

—Soy Alí Allah Uwari, nombrado juez por el Comité Revolucionario, y estos hombres son jueces también. Este tribunal está regido por la Palabra de Dios y el Libro Sagrado. —La voz del mulá era áspera y su acento era de Kazvin—. ¿Conoce a este Paknouri, conocido como Miser Paknouri?

—Pero debo decir, Excelencia, de acuerdo con nuestra Constitución y con la antigua ley del bazar qu…

—Más vale que contestes la pregunta —le interrumpió uno de los jóvenes—, no tenemos tiempo para perderlo con discursos. ¿Lo conoces o no?

—Sí, sí, natural…

—Excelencia Uwari —le interrumpió Yusuf desde la puerta—, ¿quién desea que sea el próximo en comparecer?

—Paknouri… así que… —el mulá escudriñó la lista de nombres—. Entonces, llamen al sargento de Policía Jufrudi.

—Otro de nuestros tribunales revolucionarios juzgó anoche a ese perro y le declaró culpable. Lo han ejecutado esta mañana —dijo uno de los que se sentaban a la mesa.

—Es la Voluntad de Dios —murmuró el mulá y tachó el nombre. Todos los nombres que habían por encima de aquel estaban igualmente tachados—. Entonces, que comparezca Hassen Turlak…, el de la celda 573.

Bakravan hubo de contenerse para no lanzar un grito. Turlak era un periodista y escritor altamente respetado, medio iraní medio afgano, un crítico valiente y concienzudo del régimen del Sha y que, debido a su postura de oposición, pasara varios años en la cárcel.

El joven sin afeitar que se sentaba junto al mulá se rascó, irritado, las manchas de la cara.

—¿Quién es ese Turlak, Excelencia?

El mulá consultó la lista.

—Reportero de Prensa.

—Hacerle venir sería una pérdida de tiempo —intervino otro—. Claro que es culpable. ¿No es aquel que afirmaba que la Palabra podría cambiarse? ¿Que las palabras del Profeta ya no eran las adecuadas para hoy día? ¡Es culpable, vaya si lo es!

—Es la Voluntad de Dios —dijo el mulá y dirigió de nuevo su atención a Bakravan—. ¿Ha practicado Paknouri la usura alguna vez?

Bakravan intentó no pensar en Turlak.

—No, jamás y además…

—¿Prestó dinero con interés?

Bakravan sintió un peso en el estómago. Tropezó con los ojos negros y fríos y trató desesperadamente de que el cerebro le funcionara.

—Sí, pero en una sociedad moderna en la que…

—¿Acaso no está claramente escrito en el sagrado Corán que prestar dinero con interés es usura y que va contra las leyes de Dios?

—Sí, la usura va contra las leyes de Dios, pero en una sociedad moderna.

—El sagrado Corán es omnisciente. La Palabra es clara y eterna. Usura es usura. La ley es la ley. —La mirada del mulá se hizo inexpresiva—. ¿Respetas la ley?

—Sí, sí, Excelencia. Claro. Claro que la respeto.

—¿Practicas los Cinco Pilares del Islam?

Estos eran obligatorios para todos los musulmanes: decir la *Shahada*[2]; las oraciones rituales cinco veces al día; la donación del zakat[3], ayuno desde el alba a la anochecida durante el Mes Santo del Ramadán; y, por último, hacer el Hayy, el viaje ritual a La Meca una vez en la vida.

—Sí, sí, los practico, salvo…, salvo el último. Yo… yo todavía no he hecho el peregrinaje a La Meca…, todavía no.

—¿Por qué no? —preguntó el joven de las manchas en la cara—. Tienes más dinero que moscas un boñigo. Con tu dinero puedes ir en cualquier máquina voladora, ¡en cualquiera! ¿Por qué no lo has hecho?

—Es… por mi salud —respondió Bakravan con los ojos bajos y rezando para que pareciera convincente—. Tengo… tengo el corazón débil.

—¿Cuándo estuviste por última vez en la mezquita? —inquirió el mulá.

—El viernes, el viernes pasado en la mezquita del bazar —dijo. Era cierto que había estado allí aunque no para rezar sino para celebrar una reunión de negocios.

—Ese Paknouri, ¿practicaba los Cinco Pilares como un verdadero creyente? —preguntó uno de los jóvenes.

—Yo…, yo creo que sí.

—Es bien sabido que no lo hacía y también se sabe que era partidario del Sha, ¿verdad?

—Era un patriota, un patriota que apoyaba financieramente la revolución y al Ayatolá Jomeini, las Bendiciones de Dios sean con él. Ha ayudado financieramente a los mulás durante años y…

—Pero habla americano y trabaja para los americanos y para el Sha, ayudándoles a explotar y a robar las riquezas de nuestro suelo. ¿Acaso no lo hizo?

—Era un patriota que trabajaba con los extranjeros por el bien de Irán.

—Cuando el Satánico Sha formó un partido ilegal, Paknouri se afilió a él, sirvió al Sha en los Majlis, ¿no es así? —preguntó el mulá.

—Era diputado, sí —replicó Bakravan—. Pero trabajaba para la rey…

—Y votó a favor de la llamada Revolución Blanca del Sha que despojó de tierras a las mezquitas, decretó la igualdad de derechos para la mujer, formó tribunales civiles y creó la educación estatal en contra de los dictados del sagrado Corán.

«Naturalmente que votó a favor —ansiaba gritar Bakravan, cayéndole el sudor por la cara y la espalda—. ¡Claro que todos nosotros votamos a favor! ¿Acaso el pueblo no votó a favor de forma abrumadora, e incluso muchos ayatolás y mulás? ¿Acaso el Sha no controlaba el Gobierno, la Policía, la Gendarmería, la SAVAK, las Fuerzas Armadas y poseía la mayor parte de las tierras? ¡El Sha era el poder supremo! ¡Maldito sea el Sha! —pensó fuera de sí de ira—. ¡Maldito él y su Revolución Blanca del sesenta y tres!, el origen de toda esta putrefacción, que enloqueció a los mulás, y sigue atormentándonos ahora, todas sus "reformas modernas" que fueron los responsables del encumbramiento del por entonces prácticamente desconocido Ayatolá Jomeini. ¿Acaso nosotros, los mercaderes no se lo advertimos a los consejeros del Sha miles de

veces? ¡Como si esas reformas fueran importantes! ¡Como si cualquiera de esas reformas hub…!».

—¿Sí o no?

Despertó sobresaltado de su ensoñación y se maldijo a sí mismo. «¡Concéntrate —se dijo dominado por el pánico—. El infame hijo de un perro sarnoso está intentando hacerte caer en la trampa! ¿Qué ha preguntado? ¡Ve con cuidado…, por tu propia vida, ve con cuidado! Ah, sí, la Revolución Blanca».

—El emir Pak…

—En el Nombre de Dios, ¿sí o no? —le hizo callar el mulá.

—Él… sí… sí, votó a favor de la…, la Revolución Blanca cuando era diputado en el Majlis. Sí, sí, lo hizo.

El mulá suspiró y los jóvenes se agitaron en sus asientos. Uno de ellos bostezó y se rascó la ingle con ademán ausente.

—¿Tú eres diputado?

—No…, no. Dimití cuando el Ayatolá Jomeini lo ordenó. Él…

—Querrás decir que cuando el Imán Jomeini, el *Imán*, lo ordenó.

—Sí, sí —Bakravan estaba aturdido—. Dimití en el momento…, hum, en el momento que el Imán lo ordenó. Dimití de inmediato —dijo, y no añadió, «todos nosotros dimitimos a sugerencia de Paknouri cuando ya teníamos la absoluta certeza de que el Sha había decidido irse y ceder los poderes al Primer Ministro Bajtiar, más moderado y racional. ¡Pero no para que el poder fuera usurpado por Jomeini! —ansiaba gritar a los cuatro vientos—. ¡Ese jamás fue el plan! ¡Dios maldiga a los americanos que nos vendieron, a los generales que nos vendieron, al Sha, el principal responsable!»—. Todo el mundo sabe… cómo apoyé al Imán, Dios le conserve la vida por siempre.

—Sí, que las Bendiciones de Dios sean sobre él —repitió él mulá coreado por los otros—. Pero tú, Jared Bakravan, del bazar, ¿has practicado la usura alguna vez?

—¡Jamás! —dijo Bakravan al punto, convencido de ello, pese a lo cual el miedo no le abandonaba. «Durante toda mi vida he prestado dinero —pensó—, pero el interés siempre ha sido justo y razonable,

jamás usura, jamás. Y en todo tiempo actúe como consejero de diversas personas y ministros, estableciendo préstamos, públicos y privados, transfiriendo fondos fuera de Irán, haciendo dinero, mucho dinero, resultado de buenos negocios y no en contra de la ley»—. Me opuse a la… a la Revolución Blanca y al Sha siempre que me fue posible…, es bien sabido que me opus…

—El Sha cometió crímenes contra Dios, contra el Islam, contra el sagrado Corán, contra el Imán, Dios le proteja, contra la fe chiita. Todos aquellos que lo ayudaron son igualmente culpables. —La mirada del mulá era implacable—. ¿Qué crímenes has cometido tú contra Dios y su Palabra?

—¡Ninguno! —gritó Bakravan, casi ya el límite de sus fuerzas—. ¡En el Nombre de Dios juro que no he cometido ninguno!

Se abrió bruscamente la puerta y apareció Yusuf, entrando en la habitación junto con Paknouri. Bakravan, al verlo, casi volvió a perder el conocimiento. Paknouri llevaba las manos esposadas a la espalda. Tenía los pantalones manchados de excremento y orina y restos de vómito en la pechera. Movía la cabeza de manera incontrolada, llevaba el cabello sucio y enmarañado y parecía que tuviera trastornada la mente. Al ver a Bakravan, su rostro se contrajo en una horrible mueca.

—¡Ah, Jared, Jared, viejo amigo y colega, Excelencia! ¿Has venido a reunirte con todos nosotros en el infierno? —Rio, por un instante, estridente—. No es como me lo imaginaba, los demonios aún no han llegado, ni el aceite hirviendo o las llamas, pero la atmósfera es irrespirable, y apesta, y estás apretado contra muchos otros, y no puedes echarte o sentarte, así que has de permanecer de pie, y luego los gritos empiezan otra vez, y los disparos, y durante todo ese tiempo, uno es un huevo, apretado como un huevo de caviar pero, pero, pero… —De repente cesó el parloteo prácticamente incoherente al ver al mulá. Su terror se hizo visible—. ¿Eres… eres Dios?

—Paknouri —dijo el mulá con tono apacible—, se te acusa de crímenes contra Dios. Este testigo de la acusación dice que tú…

—Sí, sí, he pecado contra Dios, soy culpable —chilló Paknouri—. ¿Por qué si no habría de estar en el infierno? —Cayó de rodillas, anegado en llanto y desvariando—. No hay más Dios que Dios, no hay Dios aquí y Mahoma es Profeta de un Dios que no hay y… —De repente calló y levantó la cabeza con el rostro aún más contorsionado—. ¡Yo soy Dios…, tú eres Satanás!

Uno de los jóvenes rompió el sobresaltado silencio.

—¡Es un blasfemo! Está poseído por Satanás. Se ha declarado culpable. Es la Voluntad de Dios.

Los demás asintieron mostrando su acuerdo.

—Es la Voluntad de Dios —repitió el mulá, e hizo señas a un Green Band para que lo levantara y se lo llevara. Luego, concentró su atención en Bakravan que miraba petrificado a su amigo, aterrado al comprobar la rapidez con que lo habían destruido. Solo en una noche—. Ahora, Bakravan, quiero…

—Tengo a ese Turlak esperando ahí fuera —le interrumpió Yusuf.

—Bien —dijo el mulá. Después, volvió de nuevo los ojos a Bakravan y este supo que estaba perdido, tan perdido como su amigo Paknouri y que la sentencia sería la misma. Sentía la sangre en los oídos. Vio moverse los labios del mulá, luego, quedaron inmóviles y todo el mundo le estaba mirando a él.

—Por favor, —musitó—. Lo…, lo siento, no oí lo que… lo que me decía.

—Puedes irte. Por el momento. Y haz las obras de Dios. —El mulá miró impaciente a uno de los Green Bands, un hombre alto y desagradable—. ¡Llévatelo, Ahmed! —Luego, se dirigió a Yusuf—. Después de Turlak, el capitán de la Policía Mohammad Dezi, celda 917…

Bakravan sintió una presión en el brazo y, volviéndose echó a andar. En el pasillo estuvo a punto de correr de no haber sido por Ahmed que lo sujetó y, con inesperada amabilidad, le hizo apoyarse contra el muro.

—Recupera el aliento, Excelencia —dijo.

—¿Soy… soy libre de irme?

—Ciertamente estoy tan sorprendido como tú Agha —dijo el hombre—. Pongo a Dios y al Profeta por testigos que estoy tan sorprendido como tú. Hoy, eres el primero al que dejan irse, testigo o acusado.

—Yo…, ¿puedo…, puedo tomar un poco de agua?

—Aquí no. Afuera hay mucha. Más vale que te vayas. —Bajó aún más la voz—. Más vale que te vayas, ¿eh? Apóyate en mi brazo.

Bakravan, agradecido, se cogió a él sin respirar apenas. Caminaron lentamente en dirección contraria al camino que él había recorrido cuando llegó. Apenas se dio cuenta de los otros guardias, presos y testigos. En el corredor que conducía a la sala de espera, Ahmed abrió con el hombro una puerta lateral que daba a la parte occidental. Allí se encontraba el pelotón de fusilamiento y, frente a él, tres hombres atados a postes. Uno de estos estaba vacío. Los intestinos y la vesícula de Bakravan se vaciaron de manera instintiva.

—¡Apresúrate, Ahmed! —ordenó, irritado, el hombre que estaba al mando del pelotón de ejecución.

—Es la Voluntad de Dios —murmuró Ahmed. Satisfecho, prácticamente arrastró a Bakravan hasta el poste vacío que había junto a Paknouri, quien seguía desvariando, hundido en su propio infierno—. Así que, después de todo, no te has librado. Eso está bien. Todos hemos oído tus mentiras ante Dios. Todos te conocemos, sabemos tu forma de actuar, tu falta de piedad, cómo has intentado comprar tu entrada en el Paraíso con regalos al Imán, Dios le proteja. ¿Cómo lograste todo ese dinero si no ha sido con la usura y el robo?

La puntería no fue buena. El hombre que mandaba el pelotón hizo uso tranquilamente de un revólver para acallar a uno de los condenados y, luego, con Bakravan.

—No lo hubiera reconocido —dijo con sequedad el hombre—. Eso demuestra lo embusteros y sucios que son los periódicos.

—Este no es Hassen Turlak —le aclaró Ahmed—. Es el próximo.

El hombre se le quedó mirando.

—Entonces, ¿quién es este?

—Un mercader —dijo Ahmed—. Los mercaderes son usureros y descreídos. «Lo sé —pensó—. Durante años he trabajado allí para Farazan, recogiendo basuras nocturnas como mi padre hiciera antes que yo, hasta que me hice albañil con Yusuf. Pero este… —Soltó un gran eructo—, este era el usurero más rico. No recuerdo mucho de él, solo lo rico que era, pero sí me acuerdo de sus mujeres. Él nunca se hizo obedecer, ni las enseñó a que llevasen chador y siempre andaban pavoneándose. Lo recuerdo todo en su diabólica hija, quien visitaba la calle de los prestamistas de vez en cuando, medio desnuda, con una piel como crema fresca, el cabello suelto, moviéndosele los senos, las nalgas provocadoras… La que se llamaba Sharazad, que es como seguramente deben ser las huríes prometidas. Lo recuerdo todo de ella y la maldigo por meterme la maldad en la cabeza, enloqueciéndome como a todos los demás…, con su atención».

Se rascó el escroto, sintiendo que se le endurecía. «Dios la maldiga a ella y a todas las mujeres que desobedecen la ley de Dios y provocan en nosotros pensamientos diabólicos en contra de la palabra de Dios. ¡Oh, Dios!, déjame que la penetre o haz de mí un mártir que vaya directamente al Paraíso y lo haga allí».

—Era culpable de todos los crímenes del mundo —dijo, dando media vuelta.

—Pero…, pero ¿había sido condenado? —le gritó, mientras se alejaba el hombre que estaba al mando del pelotón de ejecución.

—Dios lo ha condenado. Claro que Él lo ha hecho. El poste estaba esperando y tú dijiste que me apresurara. Ha sido la Voluntad de Dios. Dios es Grande, Dios es Grande. Ahora iré a buscar a Turlak, el blasfemo —Ahmed se encogió de hombros—. Ha sido la Voluntad de Dios.

XXVIII

CERCA DE BANDAR DELAM: 11.58 DE LA MAÑANA. Había llegado la hora de la oración del mediodía y el vetusto y renqueante autobús, abarrotado de gente, se detuvo en el arcén de la carretera. Todos los musulmanes, obedientes, siguiendo las indicaciones de un mulá, que también iba como pasajero, bajaron del autobús, extendieron sus alfombrillas en el suelo y comenzaron a encomendar sus almas a Dios. Salvo la familia india hindú que temían perder sus asientos, la mayoría de los demás pasajeros que no eran musulmanes había desembarcado, Tom Lochart entre ellos, satisfechos por aquella oportunidad de estirar las piernas o de hacer sus necesidades. Armenios cristianos; judíos orientales; una pareja nómada Kash'kai que, a pesar de ser musulmana, estaban dispensados por una antigua costumbre de la obligación de hacer la oración del mediodía, y sus mujeres de llevar el velo o el chador; dos japoneses, algunos árabes cristianos; todos ellos conscientes de la presencia del solitario europeo.

El día era caluroso, con brumas y un elevado índice de humedad debido a las cercanas aguas del Golfo. Tom Lochart se apoyó, exhausto, sobre el capó que humeaba debido al recalentamiento del motor. Le dolía la cabeza, las articulaciones, los músculos a causa de la marcha forzada desde la Presa de Dez, ahora ya a una distancia de trescientos kilómetros al Norte y del viaje en el traqueteante, atestado y ruidoso autobús. Todo el recorrido desde Ahwaz, donde lograra eludir a los Green Bands y meterse en el autobús, había permanecido incrustado en un asiento donde apenas había sitio para dos y no se diga nada de tres hombres, uno de ellos un joven Green

Band, que tenía en brazos, junto a su «M14», a su hijo, mientras su mujer, embarazada, permanecía en pie en el angosto corredor, prensada entre otras treinta personas en un espacio previsto para quince. El aire era fétido. Por doquier se oía parlotear en gran número de lenguas. Arriba y abajo maletas y bultos, cajas, cestas rebosantes de vegetales o pollos medio muertos, una pequeña cabra, desnutrida y coja, o dos… Arriba, el techo iba igualmente sobrecargado.

«Pero la condenada suerte me ha acompañado y aquí estoy», se dijo, sintiéndose de nuevo desgraciado, escuchando apenas el ritmo apaciguador de la salmodia.

El día anterior, a punto de ponerse el sol, cuando oyó despegar el «212» de Dez, salió de debajo del pequeño muelle, bendiciendo a Dios por haberse salvado. Tiritaba al máximo ya que el agua estaba muy fría, sin embargo, cogió la automática, y la montó y se dirigió a la casa. Estaba abierta. En el refrigerador, que aún tenía un agradable ronroneo merced al generador, había comida y bebida. Dentro de la casa se estaba caliente. Se quitó la ropa y la secó en una estufa, maldiciendo a Valik y a Seladi y enviándolos al infierno.

—¡Condenados hijos de puta! ¿Qué diablos les he hecho yo sino salvar sus estúpidos cuellos?

El calor y el lujo de la casa eran tentadores. Se sentía dolorido y cansado. La noche anterior, en Isfahán, prácticamente no había dormido. «Puedo acostarme y salir al amanecer —se dijo—. Tengo una brújula y, más o menos conozco el camino: contornear el aeropuerto que Alí Abbasi mencionara y luego caminar en dirección este para tomar la carretera general Kermanshah-Ahwaz-Abadán. No creo que haya dificultades para coger un autobús o hacer autostop. También puedo irme ahora, hay luna y así no corro el peligro de verme atrapado aquí si se les ocurre enviar una patrulla desde la base aérea… Alí estaba casi tan nervioso como Seladi ante esa posibilidad y podían habernos seguido el rastro fácilmente. Muy fácilmente. Pero, de cualquier manera, si te detienen, ¿cuál es tu historia?».

Pensaba en ello mientras se preparaba un brandy con soda y algo de comida. Valik y los otros habían abierto dos latas de medio kilo del mejor caviar gris de esturión blanco y las habían dejado despreocupadamente sobre la mesa de la sala de estar, medio llenas. Lo comió saboreándolo, y tiró las latas en el cubo de basura que había fuera, junto a la puerta de atrás. Finalmente, cerró la casa y se puso en camino.

La marcha forzada por las montañas había sido terrible, aunque no tanto como pensara en un principio. Poco después de la madrugada, había alcanzado la carretera general de Kermanshah-Ahwaz-Abadán. Casi sin tener que esperar fue recogido por unos trabajadores de la construcción coreanos que evacuaban la fábrica de aceros que habían estado construyendo bajo contrato en Kermanshah… Era habitual que los emigrantes se ayudaran entre sí en la carretera. Se dirigían al aeropuerto de Abadán donde les habían dicho que les esperaban transportes que los llevarían de vuelta a Corea.

—Mucha lucha en Kermanshah —le había dicho en un inglés titubeante—. Todos con armas… Iraníes matándose unos con otros. Todos locos, bárbaros…, peores que japoneses.

Le habían dejado en la terminal del autobús, en Ahwaz. De forma milagrosa logró llegar hasta el siguiente que pasaba por Bandar Delam.

«Sí. Y ahora, ¿qué? —Recordó, sombrío, que después de haber arrojado las latas vacías de caviar al cubo de la basura, lo había pensado mejor, las había vuelto a sacar, enterrándolas luego. Más tarde, entró en la casa de nuevo para limpiar el vaso que utilizara e incluso el picaporte de la puerta—. Deberías hacer que te examinaran la cabeza. ¡Como si fueran a comprobar las huellas dactilares! Sí, pero en aquel momento pensé que lo mejor era no dejar huellas de mi paso por allí».

«¡Estás loco! Figuras en las autorizaciones de vuelo de Teherán, ahí aparece la recogida clandestina de Valik y su familia, la fuga desde Isfahán y el transportar "a enemigos del Estado, ayudándoles

a escapar". Tendrás que responder de todo eso…, bien…, ¡ante la SAVAK o Jomeini! ¿Y cómo explicarán "S-G" o McIver la desaparición de un helicóptero iraní que acaba tomando tierra en Kuwait, Bagdad o donde quiera con mil diablos pueda aparecer?».

¡Vaya un condenado galimatías!

«Sí. Y luego está Sharazad…».

—No se preocupe, Agha —dijo una voz que interrumpió sus pensamientos—. Todos estamos en manos de Dios.

Se trataba del mulá y le sonreía. Era un hombre barbudo más bien joven, y había subido al autobús en Ahwaz, con su mujer y sus tres hijos. Llevaba un fusil colgado al hombro.

—El conductor dice que habla usted farsi, que es de Canadá y una persona del Libro.

—Sí, sí. Lo soy, en efecto, Agha —respondió Lochart haciendo acopio de valor. Vio que la oración había terminado y que todo el mundo se agolpaba a la puerta del autobús.

—Entonces, también usted irá al cielo como el Profeta prometió, si se le considera digno de él, aunque no en nuestra parte —sonrió, astuto, el mulá—. Irán será el primer Estado islámico verdadero en el mundo desde los tiempos del Profeta. —De nuevo la astuta sonrisa—. Usted es…, usted es la primera persona del Libro que he conocido o con la que he hablado. ¿Aprendió en la escuela a hablar farsi?

—Me enviaron a una escuela, Excelencia, pero casi siempre tuve profesores particulares. —Lochart cogió el maletín de vuelo que había sacado del autobús por mor de una mayor seguridad y se dispuso a incorporarse a la cola. Ya le habían quitado el sitio. Al borde de la carretera, varios pasajeros orinaban o deponían. Hombres, mujeres y niños.

—¿Y la Excelencia trabajaba en la industria petrolífera?

El mulá se había situado en la cola junto a él y al punto la gente se apartó para dejarle paso. En el interior del autobús, los pasajeros ya se estaban peleando, mientras algunos le gritaban al conductor que se diera prisa.

—Sí, para su gran «IranOil» —dijo Lochart, dándose perfecta cuenta de que los que les rodeaban prestaban oído atento, forcejeando por acercarse y escuchar mejor. «Ahora debe faltar poco —pensó— el aeropuerto no puede estar a más de unos pocos kilómetros». Momentos antes del mediodía, había avistado un «212» procedente del Golfo. Se encontraba demasiado lejos para averiguar si era civil o militar pero volaba en dirección al aeropuerto. «Será formidable ver a Rudi y a los otros, dormir y…».

—El conductor dice que está de vacaciones cerca del Kermanshah.

—En Luristan, al sur de Kermanshah. —Lochart se concentró. Contó de nuevo la historia que había pensado, la misma que dijera al vendedor de billetes de Ahwaz y a los Green Bands que también quisieron saber quién era y por qué estaba en Ahwaz—. Me encontraba de vacaciones haciendo excursionismo al norte de Luristan, por las montañas, y quedé atrapado en una aldea por una tormenta de nieve… durante una semana. ¿Va usted a Shiraz?

Shiraz era el destino final del autobús.

—Shiraz es donde está mi mezquita y el lugar donde yo he nacido. Venga, nos sentaremos juntos.

El mulá ocupó el asiento más cercano junto a un viejo, se colocó a uno de los niños sobre la rodilla, abrazó su arma y dejó a Lochart el sitio justo del pasillo. Lochart obedeció reacio, no sentía ningunas ganas de sentarse junto a un mulá hablador e inquisitivo pero, al propio tiempo, estaba agradecido de tener un sitio. El autobús se llenaba con rapidez. La gente empujaba para conseguir sitio o abrirse paso hasta el fondo.

—Su país, Canadá, está junto al Gran Satanás, ¿verdad?

—Canadá y Estados Unidos tienen fronteras comunes —repuso Lochart sintiendo cómo se le revolvía la bilis—. La gran mayoría de los americanos son Pueblo del Libro.

—Ah, sí, pero muchos son judíos y sionistas, y los judíos, sionistas y cristianos están contra el Islam, son enemigos del Islam

y, por lo tanto, están contra Dios. ¿Acaso no es verdad que judíos y sionistas gobiernan el Gran Satanás?

—Si se refiere a Estados Unidos no, Agha, no lo es.

—Pero si el Imán lo dice, así es —repuso el mulá que se mostraba absolutamente confiado y amable, e hizo una cita del Corán—. «Porque Dios ha montado en cólera con ellos y por siempre estarán atormentados». —Luego, añadió—: Si el Imán…

Había agitación en la parte trasera del autobús y, al volverse, vieron a uno de los iraníes sacar, furioso, a un indio con turbante de su asiento y ocuparlo él. El indio forzó una sonrisa y permaneció en pie. Era costumbre que el primero que se sentara tenía derecho a seguir ocupando su asiento sin que lo molestaran. De nuevo comenzó el guirigay de voces y entonces otro hombre, casi inmovilizado en el pasillo, empezó a maldecir en voz alta a todos los extranjeros. Iba toscamente vestido, armado y permanecía en pie junto a los dos japoneses que ocupaban apretados un asiento junto a un viejo y harapiento kurdo y los miró con aire de desafío.

—¿Por qué han de seguir sentados los Infieles extranjeros mientras nosotros vamos de pie? Con la ayuda de Dios ya no somos lacayos de Infieles —dijo el hombre, aún más furioso, y les hizo un ademán imperativo con el pulgar—. ¡En pie!

Ninguno de los japoneses se movió. Uno de ellos se quitó las gafas y sonrió al hombre. Este vaciló, empezó a lanzar bravatas pero lo pensó mejor, se volvió hacia el conductor y le gritó que se diera prisa. Antes de que el japonés volviera a ponerse las gafas encontró la mirada de Lochart. Hizo un leve ademán de asentimiento con la cabeza y sonrió.

Lochart le devolvió la sonrisa. En Ahwaz, mientras se abrían camino por alcanzar el autobús, uno de los japoneses había dicho a Lochart en un inglés pasable:

—Síganos, señor. En Tokio, a la hora punta, los autobuses y los trenes son mucho peores que esto.

Con enorme despliegue de cortesía, los dos se abrieron camino rápidamente, le encontraron un asiento a él y sitio para ellos dos al

fondo del autobús. Durante la parada del mediodía, charlaron brevemente y le dijeron que eran ingenieros que volvían de un permiso y se dirigían a «Iran-Toda».

—¡Ah! —exclamó satisfecho el mulá al ver que el conductor volvía a ocupar su asiento después de un breve forcejeo por pasar—. Ahora ya seguimos, gracias a Dios.

Con un aparatoso floreo, el conductor puso en marcha el motor y el autobús reanudó, renqueante, su recorrido.

—Próxima parada Bandar Delam —voceó—. Si así lo quiere Dios.

—Dios lo quiere. —El mulá estaba muy contento. Volvió de nuevo su atención a Lochart y gritó tratando de hacerse oír por encima del ruido—. ¿Qué decía sobre el Gran Satanás, Agha?

Lochart tenía los ojos cerrados y simuló no haber oído.

El mulá lo sacudió ligeramente.

—¿Qué decía sobre el Gran Satanás, Agha? —repitió.

—No decía nada, Agha.

—¿Qué? No le he oído.

Lochart mantuvo su gesto cortés, consciente del peligro en que se encontraba.

—No decía nada, Agha —dijo en voz más alta—. Viajar es muy fatigoso, ¿no? —Cerró los ojos de nuevo—. Creo que dormiré un poco.

—¿Para qué decir nada? —le gritó un joven que había de pie en el pasillo, intentando hacerse oír por encima del chirriante motor—. América es la responsable de todos nuestros males. ¡Si no fuera por América, habría paz en todo el mundo!

Lochart continuó con los ojos cerrados, haciendo oídos sordos, consciente de que estaba a punto de saltar… Deseaba, en parte, haber tenido la automática en su bolsillo aunque, por la otra, daba gracias a Dios de llevarla en la maleta. Sintió que el mulá lo sacudía.

—Antes de que se duerma, Agha, ¿no está de acuerdo en que el mundo sería mucho mejor sin el perverso americano?

Lochart luchó por contener su ira, mas se limitó a seguir con los ojos cerrados.

Otra sacudida, esta vez mucho más violenta que las anteriores, desde el pasillo al tiempo que el hombre le gritaba al oído.

—¡Contesta a Su Excelencia!

De repente, se sintió enfermo de asco de toda aquella propaganda contra Estados Unidos y de las falsedades que continuamente les vertían en sus oídos. Lívido de furia, abrió los ojos, apartó con rudeza la mano del hombre y empezó a gritar en inglés:

—Bien, le diré una cosa, mulá, más le vale dar gracias a Dios de que América exista, porque sin ella, maldito lo que habría en el mundo y todos estaríamos en un condenado gulag o bajo la condenada tierra. ¡Sí, usted, yo, este imbécil e incluso Jomeini!

—¿Qué?

Se dio cuenta de que el mulá lo miraba con la boca abierta…, y entonces cayó en que había estado expresándose en inglés. Puso freno a su lengua y, consciente de que no había modo de explicarlo de una manera lógica, comenzó a hablar en farsi.

—Estaba citando la Sagrada Biblia en inglés —dijo, siendo aquello lo primero que se le ocurrió—. Citaba a Abraham cuando le dominaba una gran ira. ¿Acaso no dijo Abraham: «La maldad acecha a la Tierra de muy diversa guisa. Es obligación del Creyente pro… protegerse de la maldad, de cualquier maldad…, ¡de toda maldad!»? ¿No lo dijo así?

El mulá le miraba de una forma extraña y, a su vez, citó del Corán:

—«Y Dios dijo a Abraham: "Te haré patriarca de toda la Humanidad", y Abraham dijo: "¿También de mis descendientes?". Dios dijo: "Mi alianza no abarca a los malhechores"».

—Estoy de acuerdo —asintió Lochart—. Y ahora debo de pensar en Dios…, el Dios único, el Dios de Abraham y Moisés, de Jesús y Mahoma, ¡cuyo Nombre sea alabado! —Lochart cerró los ojos con el corazón prácticamente en la boca. Esperaba que, de un momento a otro, el furioso joven del rifle le propinara un culatazo en el rostro o que el mulá ordenara a gritos que el autobús se detuviera. En modo

alguno esperaba misericordia. Pero pasó el momento culminante y lo dejaron tranquilo con sus supuestas oraciones.

El mulá suspiró. La falta de espacio le obligaba a apretarse contra el Infiel. «Me pregunto cómo rezará un Infiel —se dijo—. ¿Qué le dirá a Dios, incluso siendo una persona del Libro? ¡Qué lastimosos son!».

EN EL AEROPUERTO DE BANDAR DELAM: 12.32 DEL MEDIODÍA. El coche de las Fuerzas Aéreas iraníes pasó como un rayo por delante de los somnolientos centinelas, ondeando al viento la bandera verde de Jomeini y se detuvo entre un remolino de polvo delante del remolque oficina de Rudi. De él bajaron dos oficiales elegantemente uniformados. Y con ellos tres Green Bands.

Rudi Lutz salió para recibir a los oficiales, un comandante y un capitán. Su rostro se iluminó al reconocer al capitán.

—Hola Hushang, me preguntaba cómo te ir…

El oficial de más edad le interrumpió iracundo.

—Soy el comandante Qazani, del Servicio Secreto de las Fuerzas Aéreas. ¿Qué está haciendo uno de los helicópteros iraníes que tiene bajo su control intentando abandonar el espacio aéreo iraní? Ha desobedecido repetidas veces las instrucciones de un interceptor y hace caso omiso de las órdenes emanadas desde control de tierra.

Rudi se les quedó mirando atónito.

—Solo hay uno de mis helicópteros en el aire y está haciendo un servicio CASEVAC, solicitado por el control de radar de Abadán.

—¿Cuál es su matrícula?

—EP-HXX. ¿A qué se debe todo esto?

—Es lo que yo quiero saber. —El comandante Qazani pasó junto a él, entró en el remolque y tomó asiento. Sus Green Bands se mantuvieron a la espera.

—¡Entre! —ordenó el comandante irritado—. Siéntese, capitán Lutz.

Rudi, tras una breve vacilación se sentó sobre la mesa. Algunas perforaciones de bala en la pared lo iluminaban por detrás. También los Green Bands entraron, el otro oficial lo hizo el último, y cerró la puerta a su espalda.

—¿Qué es un HXX? ¿Un «206» o un «212»? —preguntó el comandante.

—Un «206». ¿Qué es todo est…?

—¿Cuántos «212» tienen aquí?

—Dos. El HXX y el HGC. El radar de Abadán dio paso al HXX ayer en un servicio CASEVAC a Kowiss, con heridos del ataque de los fedayines ayer de madr…

—Sí, nos hemos enterado de eso. Y que usted ayudó a los guardias a enviarlos al infierno que se merecen, por lo que le damos muchas gracias. ¿La EP-HBC es la matrícula de un «212» de «S-G»?

Rudi vaciló.

—No puedo decírselo de buenas a primeras, comandante. Aquí no dispongo de registros de todos nuestros «212». Pero puedo averiguarlo si logro comunicar con nuestra base en Kowiss. La radio ha estado interrumpida durante todo un día. Verá, le ayudaré en cuanto me sea posible pero, por favor, ¿quiere decirme a qué se debe todo esto?

El comandante Qazani encendió un cigarrillo y le ofreció otro a Rudi que movió negativamente la cabeza.

—Se trata de un «212». EP-HBC. Yo creo que es un «212» operativo S-G, con un número desconocido de personas a bordo, que ayer atravesó la frontera iraquí poco antes de la puesta del sol…, sin que se le hubiera dado paso libre, haciendo caso omiso, como ya he dicho, haciendo caso omiso de las órdenes explícitas dadas por radio para que tomara tierra.

—No sé nada sobre eso. —La mente de Rudi trabajaba a marchas forzadas. Debía de tratarse de alguien que intentaba huir, se dijo—. Ese pájaro no es nuestro. No podemos siquiera poner en marcha los motores sin el visto bueno del control de Abadán. Es SOP.

—¿Y cómo explicaría entonces ese HBC?

—Podría tratarse de un aparato «Guerney» que trasladase a parte de su personal, o «Bell» o de cualquiera de las otras compañías de helicópteros. Recientemente ha sido difícil, en ocasiones imposible, registrar un plan de vuelo. Ya sabe lo muy…, bueno, lo muy fluido que el radar ha estado durante las últimas semanas.

—Fluido no es la palabra apropiada —intervino el capitán Hushang. Era un hombre dinámico, muy apuesto, con el bigote recortado y gafas oscuras. Ostentaba alas en el uniforme. Durante todo el año anterior había estado destinado en Kharg, donde él y Rudi habían llegado a conocerse bien—. ¿Y si se tratase de un aparato «S-G»?

—Entonces tiene que haber una buena explicación. —Rudi se alegraba de que Hushang hubiera capeado la Revolución…, sobre todo si se consideraba que siempre se había mostrado como un crítico sin pelos en la lengua respecto al hecho de que los mulás se entrometieran en el Gobierno—. ¿Estás seguro de que era ilegal?

—Estoy seguro de que los legales disponen de la debida autorización, que los legales obedecen el reglamento aéreo y que los aparatos legales no practican acciones evasivas y vuelan hacia la frontera —respondió Hushang—. Y, además, estoy casi seguro de haber visto el emblema «S-G» en mi primera pasada, Rudi.

—¿Volaste en la acción interceptora?

—Encabezaba la acción disuadora.

El silencio se hizo más profundo en el remolque.

—¿Le importa que abra una ventana, comandante? El humo…, me da dolor de cabeza.

—Si HBC es un aparato «S-G» alguien va a tener algo más que un dolor de cabeza.

Rudi abrió la ventana. «HBC parece una de nuestras matrículas —se dijo—. ¿Qué diablos anda mal…? Es como si estos últimos días nos encontrásemos bajo el influjo de un hechizo… Primero fue el psicópata Zataki y el asesinato de nuestro ingeniero, luego el pobre

Kyabi, a renglón seguido, esos malditos fedayines izquierdistas con su ataque ayer de madrugada, casi matándonos a todos e hiriendo a Jon Tyrer… ¡Dios mío, espero que Jon Tyrer se encuentre bien! Y ahora, nuevas dificultades».

Volvió a sentarse presa de un gran cansancio.

—Lo único que puedo hacer es preguntar.

—¿Hasta qué distancia operan en el Norte? —preguntó el comandante.

—¿Normalmente? Ahwaz. Dezful sería más o menos nuestro punto más lejano.

El teléfono del intercomunicador de la base sonó.

Era Fowler Joines, su mecánico jefe.

—¿Todo bien?

—Sí, gracias. No te preocupes.

—Grita si necesitas ayuda, amigo, y todos acudiremos como en una estampida.

Sonó el clic del teléfono.

Se volvió hacia el comandante sintiéndose mejor. Desde que hiciera frente a Zataki, todos sus hombre y pilotos lo trataban como si fuera el propio Laird Gavallan. Y desde el día anterior que zurraran la badana a los fedayines, incluso los Green Bands se mostraban deferentes… todos, excepto Yemeni, el gerente de la base, que seguía intentando ponerle las cosas difíciles.

—Dezful es el punto extremo…, en una dirección. Una vez que… —Calló. Había estado a punto de decir, una vez hayamos enviado a nuestro gerente de área a Kermanshah, pero entonces acudió a su mente la forma brutal y sin sentido con que el jefe Kyabi fuera asesinado y, de nuevo, sintió un creciente malestar.

Se dio cuenta de que el comandante y Hushang le estaban mirando.

—Lo siento, comandante. Iba a decir una vez que hayamos enviado un charter a Kermanshah. Ya sabe que repostando somos móviles.

—Sí, capitán Lutz, sí, lo sabemos —replicó el comandante que apagó el cigarrillo y encendió otro acto seguido—. El Primer Ministro Bazargan previa aprobación, naturalmente, del Ayatolá Jomeini —añadió cauteloso, sin fiarse de Abbasi o de los Green Bands que también, secretamente, pudieran entender el inglés—, ha cursado órdenes estrictas respecto a todos los aparatos en Irán, en especial, los helicópteros. Y ahora telefonearemos a Kowiss.

Se encaminaron a la sala de radio. Al punto, Yemeni protestó, alegando que no podía aprobar la llamada sin permiso del comité local, del que se había nombrado a sí mismo miembro, ya que era el único capaz de leer o escribir. Uno de los Green Bands fue en su busca, pero el comandante no hizo caso de Yemeni y se salió con la suya. Kowiss no respondió a las llamadas.

—Es la Voluntad de Dios. Será mejor intentarlo después de que oscurezca, Agha —dijo Jahan, el operador de radio, en farsi.

—Sí, gracias —repuso el comandante.

—¿Qué es lo que necesita, Agha? —preguntó Yemeni con rudeza, furioso ante aquella invasión. Los uniformes del Sha llegaban a ponerle realmente frenético—. Yo se lo facilitaré.

—¡No te necesito para nada, hijo de perro! —tronó iracundo el comandante, sobresaltando a todo el mundo y dejando paralizado a Yemeni—. ¡Si me creas dificultades, te llevaré ante nuestro tribunal por interferir en el trabajo del Primer Ministro y del propio Jomeini! ¡Fuera!

Yemeni salió corriendo entre las risas de los Green Bands.

—¿Quiere que le machaque la cabeza, Agha? —preguntó uno de ellos.

—No, no, gracias. Tiene menos importancia que una mosca comiendo en una boñiga de camello.

El comandante Qazani dio una larga chupada a su cigarrillo, se envolvió en humo y miró pensativo a Rudi. Las noticias de cómo aquel alemán había salvado a Zataki, el jefe más importante de la Guardia Revolucionaria en aquella área, había corrido como reguero de pólvora en su base aérea.

Se levantó y se acercó a la ventana. Desde allí podía ver su coche y la bandera verde de Jomeini así como a los Green Bands vagando en derredor. «Hijos de perro todos ellos —se dijo—. No nos hemos librado de las cortapisas e influencia americanas y ayudado a librarnos del Sha, para que unos mulás piojosos, por muy valientes que algunos de ellos puedan ser, se hagan con el control de nuestras vidas y de nuestros hermosos planes».

—Quédese aquí, Hushang, le dejaré dos guardias —dijo—. Espere aquí y haga la llamada con él. Le enviaré el coche de nuevo.

—Bien, señor.

El comandante miró a Rudi con dureza.

—Quiero saber si HBC es un helicóptero «S-G» —dijo en inglés—. Dónde tenía su base, cómo llegó a este área y quiénes iban a bordo.

Dio las órdenes oportunas y se fue entre un remolino de polvo.

Hushang envió a los dos guardias para que dijeran a los demás cuál era la situación. Ahora, ya estaban los dos solos.

—Bueno —dijo, y sonriendo le alargó la mano—. Me alegro de verte, Rudi.

—Yo también —repuso este, estrechándosela cordialmente—. Me preguntaba cómo te iría.

Hushang se echó a reír.

—¿Quieres decir si me habrían liquidado? Bueno, no creas todas esas historias, Rudi. No. Todo va muy bien. Cuando salí de Kharg pasé algún tiempo en Doshan Tappeh, y luego vine a la base aérea de Abadán.

Rudi esperó.

—¿Y desde entonces?

—¿Desde entonces? —Hushang reflexionó un instante—. Desde entonces cuando Su Maj… cuando el Sha abandonó Irán, el comandante en jefe de nuestra base nos hizo formar a todos y nos dijo que consideraba cancelado nuestro juramento de fidelidad. Todos nosotros en las Fuerzas habíamos jurado fidelidad a la persona del Sha, pero, al irse él, era como si nuestro juramento hubiera sido rechazado. El comandante en jefe nos preguntó a todos

lo que preferíamos hacer, tanto a los oficiales como a los soldados, si quedarnos o irnos…, pero, finalmente, dijo: «En esta base el traspaso del poder al nuevo Gobierno legal será disciplinado». Se nos concedieron doce horas para tomar una decisión. —Rudi frunció el entrecejo—. Algunos se retiraron, en su mayoría eran jefes. ¿Qué hubieras hecho tú, Rudi?

—Quedarme. Por supuesto. *Heimat ist immer Heimat*.

—¿Qué?

—Tu patria siempre es tu patria.

—Ah, sí. Sí, eso mismo fue lo que pensé. —El gesto de Hushang pareció ensombrecerse—. Una vez que todos hubimos tomado una decisión, nuestro comandante en jefe convocó al Ayatolá Ahwazi, nuestro ayatolá jefe, e hizo el traspaso de poder en toda regla. A renglón seguido, se pegó un tiro. Dejó una nota en la que decía: Toda mi vida he estado al servicio del Sha Reza Mohammad como mi padre sirviera al Sha Reza, su padre. No puedo servir a mulás o políticos ni vivir con el hedor a traición que invade el país.

Rudi se mostró vacilante.

—¿Se refería a los americanos?

—El comandante cree que se refería a los generales. Algunos de nosotros pensamos… Bueno, pensamos que quería decir la traición del Islam.

—¿Por Jomeini?

Rudi se dio cuenta de que Hushang lo miraba, inocentes los ojos castaños, tranquilo el rostro de facciones cinceladas, y, por un segundo, tuvo la incómoda sensación de que ya no era amigo suyo, sino alguien con su misma cara. Alguien que pudiera estar dispuesto a tenderle una trampa. Pero ¿qué trampa?

—Creer eso pudiera ser traición. No puede serlo —dijo Hushang. Era una afirmación, no una pregunta y Rudi sintió de nuevo la necesidad de mostrarse cauteloso—. Estoy asustado por Irán, Rudi. Nos hallamos tan expuestos, somos tan valiosos para cualquiera de las dos superpotencias y tan odiados y envidiados por muchos de los que nos rodean.

—Sí, pero vuestras Fuerzas son las más numerosas y mejor equipadas de toda esta zona… Sois la potencia del Golfo. —Se dirigió al pequeño refrigerador—. ¿Qué me dices de una botella de cerveza bien helada?

—No, gracias.

Por lo general, solían compartir una complacidos.

—¿Estás a régimen? —preguntó Rudi.

El otro sacudió negativamente la cabeza con una sonrisa extraña.

—No, lo he dejado. Es mi ofrenda al nuevo régimen.

—Entonces tomaremos té, como en los viejos tiempos —dijo Rudi imperturbable, y se acercó a la cocina para poner el agua a hervir. Entretanto, reflexionaba. «Hay que reconocer que Hushang ha cambiado, pero, de hecho, si tú fueras él, te habría ocurrido lo mismo. Su mundo se ha vuelto del revés, como pasó con la Alemania Occidental y la Oriental, aunque no tan malo»—. ¿Cómo está Alí? —preguntó.

Alí era el hermano mayor al que Hushang idolatraba, un piloto de helicópteros al que Rudi no conocía pero del que Hushang siempre estaba hablando, riendo con sus aventuras y conquistas legendarias en Teherán, París y Roma de los viejos tiempos…, «los viejos y buenos tiempos», se dijo con vehemencia.

—Alí el Grande también está perfectamente —dijo Hushang con sonrisa satisfecha. Poco antes de que el Sha se fuera habían discutido en secreto las disyuntivas que se les ofrecían y estuvieron de acuerdo en que, pasara lo que pasase, se quedarían en Irán—. Somos la fuerza de élite, seguiremos teniendo permisos en Europa. —Sonrió encantado, orgulloso de su hermano, sin sentir envidia de sus éxitos pero deseoso de tener, siquiera, una décima parte de sus triunfos—. Pero ahora habrá de ir recogiendo velas, al menos tendrá que hacerlo en Irán.

El agua rompió a hervir y Rudi hizo el té.

—¿Te importa que te pregunte sobre HBC? —Miró a través de la puerta hacia la otra habitación. Su amigo lo observaba—. ¿Será correcto?

—¿Qué quieres saber?

—¿Qué ocurrió?

—Yo era el jefe del vuelo de servicio —comenzó Hushang al cabo de una pausa—. Se nos dispersó y se nos dijo que interceptáramos un helicóptero que había sido captado escurriéndose por aquella área. Resultó ser un aparato civil, jugando al escondite por los valles en los alrededores de Dezful. Se negaba a responder a las llamadas por radio, tanto en farsi como en inglés. Esperamos, siguiéndole el rastro. Una vez que salió a cielo abierto, le envié un aviso, fue entonces cuando me pareció reconocer el emblema «S-G». Pero no me hizo maldito caso, enfiló hacia la frontera y la situación se puso al rojo vivo. Mi hombre de ala también le avisó, mas él continuó como si nada, y persistió en su acción evasiva.

Hushang entornó los ojos al recordar la excitación que se apoderó de él, cazador y presa, jamás había cazado antes, en sus oídos resonaba el maravilloso aullido de los jets, mezclado con los ruidos de la estática y con las órdenes. «¡Proyectiles de mano!». Las manos y los dedos, obedientes.

«Apreté el gatillo y fallé la primera vez mientras el helicóptero hacía piruetas, pasando velozmente de un lado al otro, ligero como una libélula. También su hombre de ala disparó y falló por una mínima fracción ya que los proyectiles no eran del tipo térmico. Un nuevo fallo. El helicóptero ya había atravesado la frontera. La había atravesado y estaba a salvo, pero no de mí, no de la justicia, así que me lancé disparando con toda la artillería. Tuve la impresión de ver rostros en las ventanillas cuando lo miraba, convertirse en una bola de fuego. Y al hacer un giro y volver para observarlo de nuevo, había desaparecido. Solo quedaba una columna de humo. Y mi placer».

—Le alcancé —dijo—. Lo hice saltar fuera de los cielos.

Rudi dio media vuelta para ocultar su sobresalto. Había confiado en que HBC hubiera conseguido escapar, quienquiera que volara en él.

—¿No hubo… ningún superviviente?

—No, Rudi. Explotó en el aire —dijo Hushang, queriendo mantener un tono de voz tranquilo, profesional—. Fue mi primer derribo… Nunca creí que pudiera ser tan difícil.

«No fue un combate precisamente —se dijo Rudi, furioso y asqueado—. Misiles y artillería contra nada, pero supongo que órdenes son órdenes y HBC estaba cometiendo una infracción, quienquiera que lo pilotara, quienquiera fuese a bordo. Debió de haberse detenido, yo lo hubiera hecho. ¿De verdad? Si yo fuera un piloto de caza y esto Alemania, y el helicóptero volara hacia la frontera controlada por el enemigo, con Dios sabe qué personas a bordo y hubiese recibido la orden de… Un momento, ¿acaso lo derribó Hushang en el espacio aéreo iraquí? Bueno, no voy a preguntárselo. Tan seguro como que Dios no le habla a Jomeini, que Hushang no me lo diría si lo hubiese hecho… Yo no lo diría».

Sombrío, llenó la tetera con el agua hirviendo, lo que le trajo a la memoria, la otra, la de su infancia. Entonces, miró por la ventana. En la carretera, fuera del perímetro del aeropuerto, se detenía un viejo autobús. Vio bajar a un hombre alto. De momento, no le reconoció. Luego sí lo hizo y, con un alarido de contento, salió corriendo.

—Perdóname un momento…

Se reunieron junto a la verja mientras los Green Bands observaban curiosos.

—¡Tom! *Wie geht's?* ¿Qué tal estás? ¿Qué diablos haces aquí? ¿Por qué no nos dijiste que venías? ¿Qué tal en Zagros, y Jean-Luc?

Estaba tan contento que ni siquiera se dio cuenta del cansancio de Lochart ni del estado de su indumentaria, polvorienta, destrozada y sucia.

—Tengo mucho que decirte —pudo interrumpirle Lochart—. Tengo mucho que decirte, pero estoy hecho polvo. Necesito desesperadamente un poco de té…, y algo de sueño. ¿De acuerdo?

—Pues claro. —Rudi le sonrió satisfecho—. Claro. Ven y abriré mi última y secreta botella de whisky que incluso yo simulo que no tengo y echar… —De repente, observó el estado en que su amigo se

encontraba y su sonrisa se desvaneció—. ¿Qué diablos te ha pasado? Parece que te hayan arrastrado por los matorrales en dirección contraria.

Vio cómo Lochart miraba de forma casi imperceptible a los guardias que se encontraban cerca y escuchaban.

—Nada, Rudi, en absoluto. Ante todo, he de lavarme, ¿eh? —dijo.

—Claro… Sí, desde luego. Puedes hacerlo en mi remolque.

Muy preocupado, se puso en marcha junto a Lochart, encaminándose ambos hacia el aeropuerto. Jamás lo había visto tan envejecido y lento. «Parece perturbado, casi…, casi como si se hubiera encontrado con una emergencia y lo hubiera estropeado todo».

A la altura del hangar pudo ver a Yemeni espiándoles desde las ventanas de la oficina. Fowler Joines y el otro mecánico habían dejado de trabajar y se disponían a acercarse a ellos. Entonces, vio a Hushang aparecer en la puerta de su remolque, al otro extremo del campamento. Y a Rudi le pareció que la cabeza le explotaba.

—¡Santo Cielo! —exclamó con voz entrecortada—. ¿No se tratará del HBC?

Lochart se detuvo de golpe con el rostro pálido.

—¿Qué diablos sabes sobre él?

—Pero si dijo que lo había cazado, ¡que le había hecho volar fuera de los cielos! ¿Cómo lograste salvarte? ¿Cómo?

—¡Cazado! —Lochart pareció presa de una gran conmoción—. ¡Dios mío! ¿Quién…, quién lo ha dicho?

A Rudi le respondieron los reflejos y, como al desgaire, se volvió de espaldas a Hushang.

—El oficial iraní que está en la puerta… Ten cuidado, no mires. Él fue quien se ocupó de interceptarlo, «F14»… Lo hizo volar por los aires. —Esbozó una sonrisa forzada y cogiendo a Lochart por el brazo, y tratando de seguir con una actitud natural, lo llevó en dirección a otro remolque—. Puedes acostarte en la cama de Jon Tyrer —dijo con forzada jovialidad y, tan pronto como hubo cerrado la puerta tras de sí, susurró precipitadamente—. Hushang dice haber

derribado el HBC cerca de la frontera iraquí, ayer, con la puesta del sol. Dice que estalló en el aire. ¿Cómo lograste salir con vida? ¿Quién iba a bordo? Rápido, cuéntame lo ocurrido. De prisa.

—El último trecho no lo piloté yo. No me encontraba en el helicóptero —respondió Lochart, mientras trataba de pensar, y hablando también en voz baja ya que los tabiques del remolque eran muy delgados—. Me dejaron en la Presa Dez. Hube de recorr…

—¿En la Presa Dez? ¿Qué diablos hacías allí? ¿Quién te dejó?

Lochart vaciló. Todo estaba ocurriendo con demasiada rapidez.

—No sé si debería… No sé si debería hablar, porque…

—Por todos los cielos, están siguiendo la pista del HBC, tenemos que hacer algo, y de prisa. ¿Quién lo pilotaba, quiénes iban a bordo?

—Todos ellos iraníes, abandonando Irán… Todos pertenecientes a la Fuerza Aérea de Isfahán…, no conozco sus nombres…, y también el general Valik, su mujer y… —a Lochart se le hacía difícil decirlo—, y sus dos hijitos.

Rudi estaba aterrado. Había oído hablar de Annoush y de los dos niños y había estado con Valik varias veces.

—Es algo terrible, verdaderamente terrible. ¿Y qué diablos voy a decir yo?

—¿Decir? ¿Acerca de qué?

Las palabras salían como en un torrente desbordado.

—Apenas hace media hora, llegaron el comandante Qazani y Hushang. El comandante acaba de irse pero me ha ordenado que averigüe si HBC pertenece a «S-G», dónde tenía la base y quiénes iban a bordo. Me ha ordenado que llame a Kowiss y lo averigüe y Hushang va a estar escuchando, y no es ningún tonto, ni mucho menos, y además está seguro de haber visto la inscripción de «S-G» antes de hacer estallar el helicóptero en mil pedazos. Kowiss no tendrá más remedio que reconocer que era nuestro, entonces llamarán a Teherán y eso será el fin.

Lochart se sentó en una de las literas. Paralizado.

—¡Se lo advertí! Les advertí que esperaran a que cayera la noche. ¿Qué diablos puedo hacer?

—Largarte. Tal vez pu…

Llamaron con los nudillos a la puerta. Los dos quedaron petrificados.

—Soy yo, Fowler, capitán. Le he traído té, pensé que tal vez le viniera bien a Tom.

—Gracias. Un momento, Fowler —dijo, y bajó más la voz—. ¿Qué historia tienes, Tom? ¿Has pensado en alguna?

—Lo mejor que se me ocurrió fue decir que volvía de unas vacaciones por las montañas en Luristan, al sur de Kermanshah. Permanecí aislado en una aldea durante una semana por culpa de una tormenta de nieve, y, finalmente, he llegado haciendo autostop.

—Parece buena. ¿Dónde tienes la base?

Lochart se encogió de hombros.

—Zagros.

—Bien. ¿Alguien te ha pedido tu documentación?

—Sí. El expendedor de billetes en Ahwaz y algunos Green Bands.

—*Scheiss!*

Rudi, sombrío, abrió la puerta.

Fowler Joines entró con la bandeja del té.

—¿Qué tal te va, Tom? —preguntó con una resplandeciente sonrisa desdentada.

—Contento de verte, Fowler. ¿Aún sigues maldiciendo?

—No tanto como Effer Jordon. ¿Cómo está mi viejo camarada?

Lochart se sintió embargado por la fatiga y se recostó contra la pared. Zagros, Effer Jordon, Rodrigues, Jean-Luc, Scot Gavallan y todos los demás estaban muy lejos.

—Todavía lleva encasquetado su sombrero —dijo a costa de un gran esfuerzo, y aceptó, agradecido, el té, bebiéndolo. Caliente, oscuro, fuerte, con leche condensada…, el mejor reconfortante del mundo. «¿Qué ha dicho Rudi? ¿Lárgate? No puedo —pensó mientras el sueño hacía presa en él—. No puedo sin Sharazad».

Entretanto, Rudi terminaba de contar a Fowler la historia pergeñada por Lochart.

—Haz correr la voz.

El mecánico parpadeó.

—¿Unas vacaciones de excursión por las montañas? ¿Tom Lochart? ¿Con su condenada mochila a cuestas? ¿Estando quien tú sabes en el maldito Teherán? ¿Estás chiflado, amigo?

Rudi lo miró.

—Como tú digas, muchacho. —Fowler se volvió a hablar con Lochart, pero este ya se había quedado dormido, con la cara descompuesta por el cansancio—. ¡Caramba! Si ya está… —Sus astutos ojillos azules se volvieron a mirar a Rudi—. Haré correr la voz como si se tratara del mismísimo Génesis. —Dicho esto, salió.

Antes de que la puerta se cerrara, Rudi pudo ver a Hushang esperando en el remolque y lamentó haberle dejado solo tanto tiempo. Miró a Lochart. «Pobre Tom. ¿Qué diablos estaba haciendo en Isfahán? ¡Qué embrollo, Santo Cielo! ¿Y qué diablos hago ahora?». Cogió con todo cuidado la taza de las manos de Lochart, pero el canadiense se despertó sobresaltado.

Por un instante, Lochart no supo si estaba despierto o dormido. El corazón le latía con fuerza, tenía un dolor de cabeza espantoso, y se encontró de nuevo en la presa, al borde del agua. Rudi estaba allí, de pie, con la luz a su espalda exactamente como Alí, y Lochart sin saber qué hacer, lanzarse contra él o arriesgarse con el agua. Sentía unas ansias enormes de gritar. No dispares, no dispares…

—Dios mío, creí que eras Alí —jadeó—. Lo siento. Ahora ya estoy bien. No te preocupes.

—¿Alí?

—El piloto. El piloto del HBC, Alí Abbasi. Iba a matarme. —Lochart, somnoliento, le contó lo ocurrido. Al final, se dio cuenta de que Rudi había palidecido.

—¿Qué pasa?

Su amigo señaló con el pulgar hacia fuera.

—Ese es su hermano, Hushang Abbasi, él fue quien derribó el HBC.

XXIX

TEHERÁN: 4.17 DE LA TARDE. Los dos hombres miraban, ansiosos, la máquina de télex en las oficinas que «S-G» tenía en el ático.

—¡Venga, por Dios Santo! —musitó McIver, consultando otra vez su reloj. El «125» tenía la llegada a las cinco treinta—. Habremos de irnos pronto, Andy. Con la circulación nunca se sabe.

Gavallan se balanceaba con aire ausente en una vieja y crujiente mecedora.

—Sí, pero Genny todavía no ha venido. En cuanto llegue, nos vamos. En el peor de los casos, puedo llamar a Aberdeen desde Al Shargaz.

—*Si* Johnny Hogg logra atravesar los espacios aéreos de Kish e Isfahán y se mantiene la autorización en Teherán…

—Esta vez llegará. Tengo la halagüeña sensación de que nuestro mulá Tehrani quiere los lentes nuevos. Esperemos que Johnny las traiga para él.

—Esperémoslo.

Aquel era el primer día que el comité había permitido a los extranjeros volver a entrar en el edificio. Casi toda la mañana se la habían pasado ordenando y poniendo en marcha el generador que, naturalmente, se había quedado sin combustible. Casi de inmediato, su télex volvió a la vida.

—¡Urgente! Confirmen, por favor, si su télex funciona e informen a McIver que tengo un télex «Avisyard» para el jefe. ¿Sigue en Teherán?

El télex era de Elizabeth Chen, en Aberdeen. «Avisyard» era una clave de la compañía, rara vez utilizada, indicativa de que había un mensaje de la más alta prioridad, destinado solo a McIver, por lo que este había de manejar en persona la máquina. Tuvo que hacer cuatro intentos más antes de lograr que Aberdeen volviera a llamar.

—Hasta ahora no hemos perdido un solo pájaro —comentó Gavallan, formulando in mente una oración.

—También yo estaba pensando en eso —dijo McIver relajando los músculos de los hombros—. ¿Tienen alguna idea de qué cuestión es merecedora de un «Avisyard»?

—No. —Gavallan ocultó su tristeza al pensar en el verdadero «Avisyard», el castillo Avisyard, donde pasara tantos años felices con Kathy, que fue quien sugiriera la clave. «No pienses ahora en Kathy —se dijo—. Ahora no».

—Aborrezco estas condenadas máquinas de télex, siempre se están estropeando —decía McIver. Tenía el estómago revuelto, debido principalmente a la discusión que había mantenido con Genny la noche anterior al insistir que debía subir a bordo del «125», pero también porque continuaba sin tener la menor noticia de Lochart. Y encima de todo ello, el personal iraní seguía sin presentarse al trabajo, tan solo los pilotos habían acudido aquella mañana. McIver les había enviado a todos a su casa salvo a Pettikin que había quedado a la espera. Nogger Lane hizo su aparición a mediodía para informar que su vuelo con el mulá Tehrani, seis Green Bands y cinco mujeres había transcurrido sin novedad.

—Creo que nuestro amable mulá quiere realizar otro vuelo mañana. Te espera en el aeropuerto a las cinco treinta en punto de la tarde.

—Muy bien, Nogger, releva a Charlie.

—Vamos, Mac, viejo amigo, he trabajado duro toda la mañana, más allá del deber, y Paula está en la ciudad todavía.

—Si lo sabré yo, «viejo amigo» y, tal como están las cosas, seguirá aquí durante otra semana más —dijo McIver—. Releva a Charlie, coloca tu impaciente trasero sobre la silla, pon al día

nuestros libros de vuelo y si te oigo pronunciar otra condenada palabra, te enviré, sin pensármelo dos veces, a la condenada Nigeria.

Habían estado esperando, tristemente conscientes de que parte del recorrido de los télex se realizaba a través de las líneas telefónicas.

—Maldito si no hay demasiado hilo eléctrico de aquí a Aberdeen —farfulló McIver.

—Saldremos tan pronto como Genny llegue. Antes de irme a casa, me aseguraré de que se encuentra perfectamente bien en Al Shargaz. Hiciste muy bien en insistir.

—Yo lo sé, tú lo sabes y todo Irán lo sabe, pero maldito si ella lo sabe.

—Mujeres —dijo Gavallan con diplomacia—. ¿Algo más que yo pueda hacer?

—No se me ocurre nada. Ha sido de mucha ayuda el que hayas podido exprimir a los dos únicos socios que nos quedan.

Gavallan había seguido su rastro. Mohammad Siamaki y Turiz Bajtiar, como comúnmente se conocía en Irán a los miembros de la poderosa, acaudalada y numerosa tribu Bajtiar de la que el antiguo Primer Ministro era uno de los jefes. Gavallan había logrado sacarles cinco millones de rials en metálico, algo más de sesenta mil dólares, una futesa si se comparaba con lo que los socios poseían, así como la promesa de que se les entregaría más cada semana, y, además, otra promesa y una nota manuscrita de rembolsarles personalmente «fuera del país si fuera necesario y pasaje en el "125", también de ser necesario».

—Muy bien, pero ¿dónde está Valik? ¿Dónde puedo encontrarle? —había preguntado Gavallan simulando no saber nada de su huida.

—Ya se lo hemos dicho. Se ha ido de vacaciones con su familia —le había contestado Siamaki, grosero y arrogante como siempre—. Se pondrá en contacto con usted en Londres o Aberdeen…, se trata de la cuestión del impago de nuestros fondos en las Bahamas.

—Nuestros fondos conjuntos, querido socio, y está la cuestión de una deuda de casi cuatro millones de dólares por trabajos ya realizados, aparte de los pagos por el alquiler de nuestros aparatos, vencidos hace mucho, muchísimo tiempo.

—Si los Bancos estuviesen abiertos, tendría usted el dinero. No es culpa nuestra que los pestilentes aliados del Sha le hayan arruinado y también a Irán. Nadie puede culparnos de ninguna de las catástrofes, de ninguna. En cuanto al dinero que les debemos, ¿no les hemos pagado siempre hasta ahora?

—Sí, con seis meses de retraso por lo general, pero estoy de acuerdo, mis queridos amigos, finalmente, logramos recibir nuestra parte. Aunque, si en adelante se suspenden todas las empresas conjuntas como el mulá Tehrani me ha dicho, ¿de qué forma operaremos en lo sucesivo?

—*Algunas* empresas conjuntas, no todas. Su información es desmesurada e incorrecta, Gavallan. Estamos a la espera de volver a la normalidad lo más pronto posible. Los equipos podrán irse tan pronto como los sustitutos hayan llegado aquí sin novedad. Los campos petrolíferos deben alcanzar de nuevo la máxima producción. No habrá problema alguno. Pero para evitar cualquier dificultad, hemos afianzado nuestra sociedad. Mañana, mi ilustre primo Alí Kia, ministro de Finanzas, se incorporará a la Junta y…

—Un momento. Cualquier cambio en la Junta necesita mi aprobación previa.

—Usted solía tener ese poder, pero la nueva Junta ha votado el cambio de estatutos. Si desea oponerse a ella, puede plantearlo durante la próxima reunión en Londres, aunque pienso que, dadas las circunstancias, ese cambio era necesario y razonable. El ministro Kia nos ha asegurado que estaremos exentos. Por supuesto, los honorarios y el porcentaje del ministro Kia será con cargo a la cuenta de ustedes…

Gavallan procuró no mirar hacia la máquina de télex, aunque le resultaba muy difícil, mientras trataba de encontrar la forma de salirse de aquella trampa.

—Tan pronto parece que todo va bien y, de repente, la situación vuelve a enturbiarse.

—Sí, sí, Andy. Estoy de acuerdo. Talbot ha sido hoy el remate.

A primera hora de aquella mañana, habían tenido un breve encuentro con Talbot.

—Sí, viejo amigo, desde luego. Sin lugar a dudas, las empresas conjuntas son persona non grata hoy día. Lo siento —les había dicho sin ambages—. Los «De Las Alturas» han decretado que *todas* las empresas conjuntas quedan suspendidas, en espera de instrucciones, aunque no se han dignado decir de qué instrucciones se trata y ni de quién debe darlas. O quiénes son los «De Las Alturas». Suponemos que el «Olímpico» decreto procede del querido y viejo comité, ¡quienesquiera que sean! La otra cara de la moneda, amigo, es que tanto el Ayatolá como el Primer Ministro han asegurado que las deudas extranjeras serán saldadas. Naturalmente, Jomeini se olvida de Bazargan y da nuevas instrucciones, Bazargan, a su vez, da instrucciones que el Comité Revolucionario ignora, los comités locales vigilan a quienes están aplicando su propia versión de la ley como el Evangelio, y ni un solo y maldito golfo ha entregado una sola arma. Las cárceles se están llenando a buen ritmo, ruedan cabezas, y pese a no haber carretas, todo presenta un viejo y tedioso aspecto familiar, amigo, y mi única sugerencia es que nos retiremos a Margate mientras esto dure.

—¿Lo dices en serio?

—Sigue en pie nuestro consejo de que se evacue a todo el personal que no sea imprescindible tan pronto como el aeropuerto abra, que Dios sabe cuándo será, aunque nos han prometido que ese día será el sábado. Disponemos de la BA para cooperar con los vuelos chárter de los «747». En cuanto al ilustre Alí Kia, es un funcionario de poca categoría, de muy poca en realidad, que no tiene poder alguno y es amigo de todos en los buenos tiempos. A propósito, acabamos de enterarnos que el embajador de los Estados Unidos en Kabul fue secuestrado por un muyahidín chiita fundamentalista y anticomunista, que intentó canjearle por otro

muyahidín, prisionero del gobierno prosoviético. En el tiroteo subsiguiente, resultó muerto. Las cosas se están poniendo al rojo vivo…

Sonó un clic en el cero y al punto centraron su atención en él, pero la máquina no funcionó. Ambos lanzaron juramentos.

—Tan pronto como llegue a Al Shargaz, puedo telefonear a la oficina y averiguar en dónde reside el problema… —Gavallan echó un vistazo a la puerta que se abría en ese momento.

Quedaron sorprendidos al ver a Erikki, él y Azadeh tenían que haberse reunido con ellos en el aeropuerto. Erikki estaba sonriente, como siempre, mas su sonrisa carecía de toda alegría.

—Hola, jefe. ¿Qué hay, Mac?

—Hola, Erikki. ¿Qué ocurre? —McIver lo miró con ojos penetrantes.

—Un ligero cambio de planes. Nosotros, bueno, Azadeh y yo, vamos a volver primero a Tabriz.

La noche anterior, Gavallan había sugerido que Erikki y Azadeh salieran inmediatamente.

—Encontraremos un sustituto. ¿Qué te parece si os venís conmigo mañana? Tal vez en Londres podamos obtener una nueva documentación para Azadeh…

—¿A qué se debe este cambio, Erikki? —le preguntó—. ¿Acaso Azadeh ha cambiado de idea y no quiere salir sin documentación iraní?

—No. Hace una hora recibimos un mensaje… Yo recibí un mensaje de su padre. Mira, léelo tú mismo.

Erikki se lo pasó a Gavallan que lo leyó al mismo tiempo que McIver. La nota, escrita a mano, decía: De Abdollah Khan al capitán Yokkonen: solicito que mi hija regrese aquí inmediatamente y te pido que le des tu permiso. Estaba firmado Abdollah Khan. En el reverso de la nota aparecía el mismo mensaje en farsi.

—¿Estáis seguros de que es su escritura? —preguntó Gavallan.

—Azadeh está segura y también conoce al mensajero —dijo Erikki—. Este no nos comentó nada más, solo que allí se lucha

mucho.

—La carretera está descartada —dijo McIver y se volvió hacia Gavallan—. ¿Crees que nuestro mulá Tehrani daría una autorización de salida a Erikki? Según Nogger, esta mañana, después de su excursión aérea, parecía como transportado. Le acoplaríamos tanques de larga distancia al «206» de Charlie y Erikki podría llevárselo junto con Nogger o alguno de los otros para que se traigan el aparato de vuelta.

—Sabes el riesgo que vas a correr, ¿verdad, Erikki?

—Sí. —Erikki no les había hablado todavía de la matanza.

—¿Lo has meditado bien…? ¿Todo? ¿Rakoczy, el bloqueo de la carretera, la propia Azadeh? Podríamos hacer que Azadeh regresara sola y tú irte con el «125». Después la enviaríamos a ella en el vuelo del sábado.

—Vamos, jefe, tú nunca harías eso y yo tampoco lo haré…, no puedo dejarla aquí.

—Claro, pero yo tenía que intentarlo. Muy bien, Erikki, puedes ocuparte de los tanques de larga distancia mientras nosotros lo hacemos de la autorización. Sugiero que ambos volváis a Teherán lo más pronto posible y saquéis el «125» el sábado. Los dos. Quizá sea prudente que te traslademos y hagas una gira por alguna parte, Australia, tal vez Singapur… O Aberdeen. Pero aquello puede que resulte demasiado frío para Azadeh. Ya me lo dirás. —Gavallan le alargó la mano con un gesto de cordialidad—. Que os vaya bien por Tabriz, ¿eh?

—Gracias. —Erikki vaciló un instante—. ¿Alguna noticia de Tom Lochart?

—No, aún no… Todavía no hemos logrado comunicar con Kowiss o Bandar Delam. ¿Por qué? ¿Empieza Sharazad a estar inquieta?

—Más que eso. Su padre está en la prisión Evin y…

—¡Santo Cielo! —explotó McIver. Gavallan se mostró igualmente sobresaltado ya que conocía los rumores de detenciones y pelotones de ejecución—. ¿Por qué?

—Para someterle a un interrogatorio, ante un Comité. Nadie sabe por qué ni tampoco el tiempo que lo retendrán.

—Bien, si solo es para interrogarle… —dijo Gavallan incómodo—. ¿Qué ha ocurrido, Erikki?

—Hace más o menos media hora que Sharazad llegó a casa toda llorosa. Cuando anoche regresó a casa de sus padres, después de la cena, se encontró con un espantoso drama. Parece ser que algunos Green Bands fueron al bazar, apresaron al emir Paknouri, su exmarido, ¿recordáis?, bajo la acusación de «crímenes contra el Islam», y ordenaron a Bakravan que se presentara de madrugada para ser sometido a interrogatorio… Nadie conoce el motivo. —Erikki calló para recuperar el aliento—. Esta mañana, lo acompañaron hasta la prisión ella, su madre, sus hermanas y su hermano. Llegaron allí poco después de amanecer y esperaron. Aún seguirían esperando a no ser porque unos Green Bands que estaban allí de centinelas les dijeran a las dos de la tarde que se fueran.

Todos guardaron silencio, aturdidos.

—Intenta comunicar con Kowiss, Mac —lo rompió finalmente Erikki—. Diles que se pongan en comunicación con Bandar Delam. Tom debería saber lo del padre de Sharazad… —Calló al observar la mirada que cruzaron los dos hombres—. ¿Qué le pasa a Tom? —preguntó al fin.

—Sí, tú me dices eso, Mac también me lo ha dicho y lo mismo Sharazad. Tom le dijo a ella que estaría de regreso dentro de unos pocos días. —Erikki esperó. Gavallan se limitó a devolverle la mirada —. Bien —dijo al fin—, debéis tener muy buenas razones.

—Eso creo —dijo Gavallan. Tanto él como McIver estaban convencidos de que Tom Lochart no hubiese ido a Kuwait por decisión propia, por mucho que Valik le hubiera ofrecido. Ambos estaban prácticamente seguros de que lo habían obligado.

—Está bien. Tú eres el jefe. Bueno, he de irme. Siento haber sido portador de malas noticias pero pensé que era mejor que lo supierais. —Erikki esbozó una sonrisa forzada—. Sharazad estaba en un estado deplorable. ¡Te veré en Al Shargaz!

—Cuanto antes mejor, Erikki.

—Si te encuentras con Gen, no le menciones lo del padre de Sharazad, ¿de acuerdo? —le pidió McIver.

—Claro.

—Bakravan es un mercader muy importante para que lo detengan por las buenas —dijo McIver una vez Erikki se hubo ido.

—Soy de la misma opinión. —Al cabo de una pausa, Gavallan añadió—: Espero fervientemente que a Erikki no le hayan tendido una trampa. Algo me huele mal en ese mensaje, es muy…

El repentino parloteo del télex les sobresaltó a ambos. Lo leyeron línea a línea, según iba saliendo. Gavallan empezó a maldecir y continuó maldiciendo hasta que la máquina se quedó quieta.

—¡Ojalá los «Imperial Helicopters» se vayan al infierno!

Arrancó el télex y mientras Mac enviaba su señal de recibido y «Standby One», volvió a leerlo.

Era otra vez de Liz Chen:

> Querido Jefe: Hemos intentado ponernos en comunicación contigo hora a hora desde que nos enteramos por Johnny Hogg que estabas en Teherán. Siento ser portadora de malas noticias, pero a primera hora de la mañana del lunes, «Imperial Air» e «Imperial Helicopters» anunciaron conjuntamente nuevos acuerdos financieros a fin de revitalizar su posición competitiva en el mar del Norte. Se ha autorizado a «IH» a cancelar 17.1 millones de esterlinas del dinero del contribuyente y a capitalizar otros 48 millones de su deuda de 68 millones, entregando papel a la Casa Central en lugar de la deuda. Acabamos de enterarnos, con carácter confidencial, que dieciocho de nuestros diecinueve contratos en el mar del Norte que habían de ser renovados por diversas compañías, han sido concedidos a «IH» *bajo un costo real*. Thurston Dell, de «ExTex» necesita hablar contigo urgentemente.

> Nuestros operadores en Nigeria necesitan tres, repito, tres «212», ¿puedes facilitárselos de los excedentes de Irán? Supongo que hoy irás a Al Shargaz o a Dubai con John Hogg. ¡Aconséjame, por favor…! Si Él se ha ido ya, haz el favor de aconsejarme. Todo mi cariño para Genny.

—¡Estamos acorralados! —dijo Gavallan—. Esto es el gran robo con el dinero de los contribuyentes.

—Entonces, llévalos ante los tribunales —dijo nervioso McIver, sobresaltado ante el color de la cara de Gavallan—. ¡Competencia desleal!

—¡No puedo, por Dios santo! —luego añadió, con voz más fuerte e iracunda—. A menos que el Gobierno ponga las patas por alto, lo único que puedo hacer es aguantar. ¡Sin tener que preocuparse por su legítima deuda incluso pueden licitar por debajo de nuestro costo! ¡*Dew neh loh moh* sobre Callaghan y todos sus comunistas!

—¡Venga, Andy, no todos son comunistas!

—¡Lo sé, por Dios santo! —aulló Gavallan—. Pero suena bien. —Luego, su buen carácter se sobrepuso a su ira y rio con verdaderas ganas aunque su corazón seguía alterado—. El maldito Gobierno no sabe siquiera dónde tiene la mano derecha —agregó con aspereza.

McIver se dio cuenta de que a él mismo le temblaban las manos.

—Dios mío, Andy, pensé que te iba a estallar un vaso sanguíneo —dijo, dándose perfecta cuenta de las implicaciones del télex. Tenían invertidos casi todos sus ahorros en valores de «S-G»—. Dieciocho contratos de diecinueve… Eso desequilibra nuestras operaciones en el mar del Norte.

—Nos desequilibra en todas partes. Con esas cantidades de depreciaciones, «IH» puede competir ventajosamente con nosotros a escala mundial. ¿Y Thurston quiere hablar conmigo urgentemente? Eso quiere decir que «ExTex» piensa retirarse o renegociar al menos a causa de una nueva licitación «ajustada» de «IH». Y yo que he firmado el contrato para nuestros «X63». —Gavallan sacó el pañuelo

y se enjugó el sudor de la frente. Entonces, vio a Nogger Lane en la puerta, con la boca abierta—. ¿Qué diablos quieres?

—Hum, hum, nada, señor. Pensé que la casa estaba ardiendo.

—«Struan's», Andy —dijo en voz baja cuando de nuevo se quedaron solos—. ¿No te echarían una mano?

—«Struan's» es posible, aunque este año no será fácil, en cuanto a Linbar, ni hablar. —Gavallan mantuvo también el tono bajo—. Cuando se entere de todo esto, bailará una maldita jipa. El momento no puede ser más perfecto para él.

Sonrió con tristeza recordando la llamada de Ian Dunross y sus advertencias. No le había dicho nada a McIver de ellas. Este no formaba parte de «Struan's» aunque también era un viejo amigo de Ian. «¿De dónde diablo saca Ian su información?».

Paró el télex. Aquella era la culminación de toda una serie de problemas con «Imperial Helicopters». Hacía seis meses, «IH» se había lanzado a la caza de uno de sus antiguos ejecutivos que se había llevado consigo muchos secretos de «S-G». Tan solo un mes antes, Gavallan había perdido una oferta muy importante ante «North Sea Board of Trade» a favor de «IH»… al cabo de todo un año de trabajo y grandes inversiones del Ministerio de Comercio. Consistía en desarrollar un equipo electrónico destinado a los helicópteros que llevaban a cabo la operación de rescate aire-mar en cualquier condición meteorológica, de día o de noche, de tal manera que los helicópteros pudieran sobrevolar con seguridad ciento sesenta kilómetros sobre el mar del Norte, permanecer inmóviles, recoger ocho hombres del mar y regresar rápidamente y sin novedad…, en condiciones cero-cero y vientos huracanados. En los meses de invierno, incluso con la indumentaria adecuada para la supervivencia en el mar, las expectativas de vida y resistencia en esas aguas eran, como máximo, de alrededor de una hora.

Alentado con el entusiasmo particular de Ian Duncan: «No olvides, Andy, que esos conocimientos y equipo se adaptarían perfectamente a nuestros proyectos en los mares de China», Gavallan había invertido medio millón de libras y un año de trabajo

desarrollando los sistemas electrónicos y de dirección, junto con una compañía de electrónica. Entonces, llegado el gran día, el piloto de pruebas oficial fue incapaz de hacer funcionar el equipo, aun cuando los pilotos de líneas de «S-G», incluidos Tom Lochart y Rudi Lutz, no tuvieran después la más mínima dificultad. Mas «S-G» no pudo obtener la necesaria certificación a tiempo. «Lo realmente injusto de todo este deplorable asunto, es que "IH" ha obtenido el contrato utilizando un "Guerney 661" con un equipo danés sin certificación a bordo», había escrito a McIver. «A nosotros se nos exige al máximo y a ellos les hacen concesiones. Ese hijo de puta…, y a propósito, desde luego, no puedo probarlo, pero apostaría cualquier cosa a que compraron al piloto de pruebas… Le han enviado a que se tome un largo descanso. Claro que recuperaremos el dinero y el contrato dentro de un año o así, porque nuestro equipo es mejor, más seguro, y de construcción británica. Entretanto, soy de la opinión que "Imperial" está trabajando con unos niveles de seguridad que pueden mejorarse».

«Eso es lo que realmente cuenta —pensó mientras releía el télex —. Seguridad…, lo primero y lo último, seguridad».

—¿Querrás enviar a Liz la contestación en mi nombre, Mac? Salgo ahora mismo para Al Shargaz y telefonearé a mi llegada. Ponle un télex a Thurston y pregúntale qué trato puede ofrecer en el caso de que yo duplique el número de «X63» en pedido actualmente. T…

—¿Cómo?

—Bien, preguntar no cuesta nada. Lo más probable es que «IH» se entere de los problemas con que nos enfrentamos aquí y no voy a permitir que esos gusanos empiecen a señalarnos…, más vale mantenerlos desconcertados. De cualquier manera, podemos utilizar aquí dos «X63» para servir los contratos de «Guerney»… si las cosas cambiaran. Termina con el télex, te veré pronto.

—De acuerdo.

Gavallan se instaló de nuevo en la butaca dejando correr su imaginación, mientras hacía acopio de fuerzas. «Voy a tener que ser muy fuerte. Y muy astuto. Esto es algo que puede llegar a

enterrarme a mí y a "S-G" y dar a Linbar cuanto necesita, esto junto con Irán. Sí, y ha sido realmente una estupidez que perdieras los nervios de esa manera. Lo que tú necesitas es el Shrieking Tree de Kathy… Ah, Kathy, Kathy».

El Shrieking Tree era una vieja costumbre de clan, un árbol especial elegido por el miembro más anciano y que estuviera por las cercanías, hasta el que pudiera ir solo, cuando el diiiablo, como solía llamarle la anciana nana Dunross, la abuela de Kathy: «Cuando el diiiablo se apodera de ti, y allí puedes maldecir, despotricar, desvariar y maldecir un poco más hasta que ya no te queden maldiciones. De esa manera, siempre podrá haber paz en el hogar, y jamás se sentirá la necesidad de maldecir realmente a un marido, una esposa, un amante o un niño. Sí, un árbol pequeñito, porque un árbol es capaz de soportar todas las maldiciones que incluso el diiiablo pueda jamás inventar».

La primera vez que hizo uso del Shrieking Tree de Kathy fue en Hong Kong. Había una jacarandá en el jardín de la «Great House», la residencia de Ian, el taipan de «Struan's» y hermano de Kathy. Ian, por aquel entonces era taipan. Gavallan recordaba perfectamente la fecha: miércoles, 21 de agosto, la noche en que ella se lo dijo.

«Pobre Kathy, mi Kathy —pensó, amándola todavía—. Kathy, nacida bajo un signo nefasto. Deslumbrada por uno de los Elegidos, John Selkirk, teniente de aviación, DFC, RAF. Se casó sin esperar un segundo, aún no había cumplido los dieciocho años, y quedó viuda inmediatamente, apenas habían transcurrido tres meses cuando derribaron su avión. Años espantosos de guerra y más tragedia, muertos en acción dos de sus queridos hermanos, uno de ellos gemelo suyo. Te conozco en Hong Kong en el cuarenta y seis, me enamoro al punto de ti esperando con todo mi corazón poder resarcirte, al menos en parte, de tu mala suerte. Sé que Melinda y Scot lo lograron, resultaron maravillosos, realmente magníficos. Más tarde, en el sesenta y tres, antes de que hubieras cumplido treinta y ocho años, la esclerosis múltiple.

»De regreso a Escocia, como tú siempre quisiste… Yo, para poner en práctica los proyectos de Ian; tú, para recuperar la salud. Pero esa parte no se hizo realidad. Hube de ver cómo morías. Hube de contemplar la dulce sonrisa tras la que solías ocultar el infierno que llevabas dentro, tan valiente y cariñosa, tan prudente y amante, pero yéndote paso a paso. Tan lenta y, sin embargo, tan rápidamente, de forma tan inexorable. En el sesenta y ocho, en una silla de ruedas, con la mente cristalina, la voz clara, el resto una cáscara, fuera de control y temblorosa. Y llegó el setenta».

Aquellas Navidades fueron a pasarlas a Castle Avisyard. Y al segundo día del nuevo año, cuando ya los otros se habían ido y Melinda y Scot estaban esquiando en Suiza…

—Andy, cariño, no puedo soportar un año más —le había dicho —, ni siquiera un mes, ni un día.

—Sí —se limitó a decir él.

—Lo siento, pero necesitaré ayuda. Tengo que irme y yo…, yo siento muchísimo que haya sido tan largo…, pero necesito irme ahora, Andy. He de hacerlo yo misma pero necesitaré ayuda. ¿Sí?

—Sí, cariño mío.

Pasaron un día y una noche charlando de las cosas buenas y de los buenos tiempos y en lo que habría de hacer por Melinda y Scot, y que Kathy quería que se volviera a casar. Ella le dijo lo maravillosa que había sido la vida con él, y rieron juntos. Las lágrimas de él llegaron más tarde. Sostuvo la mano paralítica de Kathy con las píldoras del somnífero, y mantuvo apretada la cabeza de ella contra su pecho, ayudándola con el vaso de agua, en el que había un poco de whisky diluido para darle suerte. Y no la soltó hasta que el temblor terminó.

—No la culpo —había dicho el médico, comprensivo—. Si yo hubiera estado en su lugar, lo hubiera hecho hace años, pobre señora.

Luego, él se había ido junto al Shrieking Tree. Pero sin gritar palabras, nada…, solo lágrimas.

—¿Andy?

—¿Sí, Kathy?

Gavallan levantó la vista y vio a Genny con McIver en la puerta, ambos observándole.

—Ah, hola, Genny. Lo siento. Estaba a miles de kilómetros de aquí —se excusó mientras se ponía en pie—. Creo que ha sido «Avisyard» lo que me ha hecho pensar.

Genny abrió los ojos sorprendida.

—¿Un «Avisyard»? ¿No se habrá estrellado ningún aparato?

—No, no, gracias a Dios. Solo se trata de «Imperial Helicopters» que vuelve a las andadas.

—Menos mal —dijo Genny francamente aliviada. Llevaba un grueso abrigo y un bonito sombrero. Su gran maleta estaba en la otra habitación en la que Nogger Lane y Charlie Pettikin les esperaban.

—Bien, Andy —dijo él—, si no has cambiado de idea sobre Mr. McIver, supongo que debemos irnos. Yo ya estoy lista.

—Vamos, Gen, no hay for…

El gesto imperioso de ella le hizo callar.

—Andy —dijo con voz dulce—, ¿quieres decirle a Mr. McIver que esta batalla es la de todos?

—¡Gen! Quien…

—¡La de todos, por Dios santo! —gritó. Con ademán imperioso hizo apartarse a Nogger de su maleta. La cogió y vacilando ligeramente bajo su peso, salió con aire más imperioso todavía—. Puedo llevar mi propia maleta. Muchísimas gracias.

Hubo un inmenso vacío en el aire detrás de ella. McIver suspiró. Nogger Lane hubo de hacer un esfuerzo sobrehumano por no reír. Gavallan y Pettikin optaron por mantenerse al margen.

—Bien, humo, no es necesario que vengas con nosotros, Charlie —dijo Gavallan malhumorado.

—Aun así me gustaría ir, si no te importa —dijo Pettikin, aunque en realidad no tenía el menor interés, pero McIver le había pedido como un favor particular que le ayudara con Genny.

—Llevas un sombrero muy bonito —le había dicho aquella misma mañana, después de un delicioso desayuno con Paula.

Genny le había sonreído con gran dulzura.

—No intentes darme coba, Charlie Pettikin, o te voy a dar motivos para que lo hagas. Ha habido hombres que…, bueno, de hecho, estoy hasta la coronilla…

Gavallan se enfundó su parka, cogió el télex y se lo metió en el bolsillo.

—En realidad, Charlie, si no te importa, prefiero que no lo hagas —dijo. Ahora, en su voz se revelaba algo de su preocupación—. Tengo algunas cosas pendientes que discutir con Mac.

—Claro, desde luego. —Pettikin alargó la mano, disimulando su satisfacción. Si no tenía que ir al aeropuerto, dispondría de algunas horas más para estar él solo con Paula. La «Rubia Paula» había estado pensando desde el desayuno, aunque, en realidad, fuera trigueña—. Te veré en casa —le dijo a McIver.

—¿Por qué no esperas aquí? Quiero comunicar con todas las bases tan pronto como oscurezca y podemos volver juntos. Me gustaría que mantuvieras el fuerte. Tú puedes irte, Nogger.

A Nogger se le iluminó la cara y Pettikin maldijo para sus adentros. Ya en el coche, McIver tomó el volante con Gavallan sentado a su lado. Genny se instaló detrás.

—Hablemos de Irán, Mac.

Examinaron sus opciones. Y cada vez llegaban a la misma y desalentadora conclusión: tendrían que esperar a que la situación se normalizara, que los Bancos volvieran a abrir, disponían del dinero que se les debía, que la empresa conjunta estaba exenta, que no estaban acabados.

—Tienes que seguir al pie del cañón, Mac. Mientras podamos operar, tienes que continuar, independientemente del tipo de los problemas.

McIver se mostró tan grave como él.

—Lo sé. Pero ¿cómo puedo operar sin dinero…, y qué me dices de los pagos de arriendo?

—Como sea, te encontraré dinero para que sigas operando. Dentro de una semana *traeré* dinero de Londres. Puedo prolongar durante unos meses el pago del alquiler sobre tu aparato y los repuestos. Incluso es posible que pueda hacer lo mismo con los «X63» si logro reprogramar los pagos pero, claro está, no había contado con perder tantos contratos por culpa de «IH», aunque es posible que logre recuperar algunos. Como quiera que sea, puede que la cosa esté difícil durante algún tiempo. Espero fervientemente que Johnny lo logre. Ahora he de irme a casa, hay mucho que hacer.

McIver evitó por un pelo un choque frontal con un coche que surgió a toda velocidad de una bocacalle, estuvo a punto de ir a parar a la acequia y maniobró hasta lograr volver a la carretera.

—¡Maldito imbécil! ¿Estás bien, Gen?

Miró hacia atrás y se asustó al ver la expresión pétrea de ella.

Gavallan sintió también el glacial impacto, empezó a decir algo a Genny pero lo pensó mejor. «Me pregunto si podré hacerme con Ian. Acaso pudiera guiarme para salir de este abismo». Pensando en ello, recordó la trágica muerte de David McStruan. Tantos de ellos, de los Struan, MacStruan, Dunross, sus enemigos los Gornt, Rothwell, Brock de los viejos tiempos, habían fallecido de muerte violenta o desaparecido, perdidos en la mar o muertos en accidentes extraños. Hasta el momento, Jan había sobrevivido. Pero ¿hasta cuándo? No muchas más veces.

—Creo que este es mi octavo, Andy —le había dicho Dunross la última vez que se vieron.

—Y ahora, ¿qué ha sido?

—No muy grave. Un coche bomba estalló en Beirut, inmediatamente después de que yo hubiera pasado junto a él. Nada de qué preocuparse. Como ya he dicho, no hay un patrón establecido. Lo único que pasa es que tengo una vida hechizada.

—¿Como en Macao?

Dunross era un corredor entusiasta y tomó parte muchas veces en el «Grand Prix» de Macao. En el sesenta y cinco, por entonces la carrera era solo amateur, la ganó, pero el neumático delantero

derecho reventó en el poste de llegada, lo lanzó a través de la barrera y le envió dando vueltas de nuevo a la pista, donde otros coches intentaron esquivarle aunque uno chocara contra él. Lo sacaron del destrozado coche prácticamente indemne salvo por el pie izquierdo que había perdido.

—Como en Macao, Andy —había dicho Gavallan con extraña sonrisa—. No fue más que un accidente. Las dos veces.

En la otra ocasión, su motor había estallado, pero él salió ileso. Corrían rumores de que habían manipulado el motor… y todo parecía apuntar a su enemigo Quillan Gornt, aunque no públicamente.

«Quillan ha muerto y Ian vive —pensó Gavallan—. Y yo también. Y desde luego Linbar; ese bastardo vivirá eternamente… Dios Todopoderoso, me estoy comportando de una manera morbosa y estúpida, tengo que poner fin a esto. Mac está ya bastante preocupado con la situación. Debo pensar en alguna manera de salir del atolladero».

—Se trata de una emergencia, Mac. Enviaré mensajes a través de Talbot, haz tú lo mismo. Estaré de regreso, sin falta, dentro de unos días y para entonces tendré respuestas. Entretanto, aparcaré el «125» hasta nuevas noticias. Johnny puede ser un correo para nosotros. Eso es lo más que puedo hacer por el momento.

Genny, que no había dicho palabra, negándose cortésmente a intervenir en la conversación aun cuando escuchara con gran atención, también estaba más que un poco preocupada. «Es evidente que aquí no tenemos futuro y me encantaría poder irme…, siempre que Duncan se viniera conmigo». Pero, de cualquier forma, tampoco podían irse mansamente, con el rabo entre las piernas y dejar que les robaran los ahorros de toda una vida de trabajo de Duncan. Eso le mataría más certeramente que una bala. «¡Puf! Quisiera que hubiese hecho lo que se le aconsejó, debió retirarse el año pasado cuando el Sha aún estaba en el poder. ¡Hombres! ¡Todos

son unos condenados estúpidos! ¡Dios Todopoderoso, qué estúpidos son los hombres!».

La circulación era muy lenta. Por dos veces hubieron de desviarse a causa de las barricadas atravesando las calles. En ambas ocasiones, hombres armados vigilaban, no Green Bands, que les hicieron ademanes furiosos de que se alejaran. Cuerpos aquí y allá, entre los montones de desperdicios, coches incendiados y hasta un tanque. Entre ellos husmeaban los perros. Hubo un momento en que se escuchó un tiroteo cerca y ellos cogieron una calle lateral evitando así una batalla encarnizada entre dos facciones, jamás supieron cuáles. Un proyectil de bazooka perdido dio contra un edificio cercano pero sin peligro para ellos. Mac contorneó los restos de un autobús incendiado, más que contento de haber insistido en que Genny evacuara Irán. De nuevo volvió a mirarla por el retrovisor y cuando vio su rostro, pálido bajo el sombrero, se enterneció de verdad. «Es formidable —se dijo, orgulloso—, tiene mucho valor. Es formidable pero condenadamente testaruda. Aborrezco ese maldito sombrero. Los sombreros no le sientan bien. ¿Por qué diablos no hace lo que se le dice sin discutir? Pobre Genny. Me sentiré enormemente aliviado cuando esté fuera de peligro».

Ya cerca del aeropuerto, la circulación quedó prácticamente colapsada, llegaban centenares de coches atestados de gente, muchos europeos, hombres, mujeres y niños, que acudían allí debido al rumor de que iban a abrir el aeropuerto, y se encontraban con iracundos Green Bands que les hacían volverse, en tanto que en árboles y muros habían colocado toscos carteles garrapateados en farsi y en un inglés terribles: EROPUERTO PROBUDO ARA EROPUERTO AVIERTO LUNES – SI VILLETE Y AUTORISASION SALIDA.

Necesitaron media hora para abrirse camino a través de la barrera. Finalmente, fue Genny la que lo logró. Podía hablar algo de farsi, al igual que todas las demás mujeres que habían de ir de compras y ocuparse de la vida cotidiana y de los sirvientes. Pero aunque no había dicho una sola palabra durante todo el camino, se

asomó a la ventanilla y habló amablemente con los Green Bands. Al punto, les dieron paso.

—¡Santo Cielo, Gen, esto ha sido maravilloso! —dijo McIver—. ¿Qué le dijiste a ese bastardo?

—Andy —dijo ella con aire de suficiencia—, comunica a Mr. McIver que les he dicho que se suponía que era portador de la viruela por lo que le hacían salir del país.

Había más Green Bands junto a la puerta que conducía a la zona de carga y a la oficina, pero entonces ya fue más fácil y era evidente que les esperaban. El «125» se encontraba ya en la pista, rodeado de Green Bands armados y camiones. Dos motoristas Green Bands les hicieron señas de que los siguieran y enfilaron con gran estruendo por el asfalto abriéndoles camino.

—¿Por qué llegan tarde? —preguntó irritado, el mulá Tehrani, bajando la escalerilla del «125» seguido por dos revolucionarios.

Tanto Gavallan como McIver se dieron cuenta de que llevaba gafas nuevas. Avistaron a John Hogg dentro de la cabina y a uno de los revolucionarios en lo alto de la escalerilla apuntando con un metralleta.

—El aparato ha de salir de inmediato. ¿Por qué llegan tarde?

—Lo siento muchísimo, Excelencia, la circulación… Insha'Allah! Lo siento muchísimo —dijo McIver cauteloso—. Deduzco de lo que me ha dicho el capitán Lane que su trabajo para el Ayatolá, ojalá viva eternamente, ha sido satisfactorio.

—No ha habido bastante tiempo para terminar todo mi trabajo. Es la Voluntad de Dios. Es, hum, es necesario que vuelva mañana. Ocúpese de ello, por favor, a las nueve de la mañana.

—Encantado. Aquí está el permiso de tripulación y pasajeros.

En él aparecían Gavallan, Genny y Armstrong. Este último figuraba que se iba con permiso.

Tehrani leyó el documento con facilidad, palpablemente estático con sus lentes.

—¿Dónde está ese Armstrong?

—Bueno, supongo que se encontrará a bordo.

—A bordo no está más que la tripulación —dijo el mulá nuevamente irritado, superado el inmenso placer que sentía de poder ver bien por el nerviosismo de haber tenido que autorizar el aterrizaje del «125». Aunque estaba contento de haberlo hecho. Los lentes eran un regalo de Dios y con el segundo par prometido por el piloto para la semana siguiente, a fin de prevenir posibles roturas, y un tercer par solo para leer… «Dios es Grande, Dios es Grande, gracias sean dadas a Dios por haber puesto la idea en la cabeza del piloto y por dejarme que lea bien»—. El aparato tiene que salir inmediatamente.

—No es propio de Mr. Armstrong llegar tarde, Excelencia —dijo Gavallan con el ceño fruncido. Ni él ni McIver lo habían visto desde el día anterior… y tampoco había acudido al piso aquella noche.

Por la mañana, Talbot se había encogido de hombros, diciendo que Armstrong había sufrido un retraso, pero que no se preocuparan. Llegaría a tiempo al aeropuerto.

—Tal vez esté esperando en la oficina —sugirió.

—Allí no hay nadie que no deba estar. El aparato saldrá ahora. No esperará. ¡A bordo, por favor! El avión saldrá ahora mismo.

—Perfecto —asintió Gavallan—. Es la Voluntad de Dios. Y a propósito, quisiéramos que se nos diera autorización para que el «125» regresara aquí el sábado y autorización para que un «206» vaya a Tabriz mañana.

Le alargó ceremonioso los documentos debidamente rellenados.

—El, hum, el «125» puede volver, pero nada de vuelos a Tabriz. Tal vez el sábado.

—Pero, Excelencia, no…

—No —dijo el mulá, consciente de que otros le observaban. Ordenó al camión que bloqueaba la pista que se apartara. Miró a Genny que bajaba del coche en ese momento e hizo un signo de aprobación. Gavallan y McIver quedaron sorprendidos al darse cuenta de que se había ocultado el cabello bajo el pañuelo que formaba parte del sombrero de tal manera que no se le veía el

rostro en absoluto y con aquel abrigo largo casi daba la impresión de llevar chador—. Suba a bordo, por favor.

—Gracias, Excelencia —dijo ella en correcto farsi que había estado ensayando durante toda la mañana con la ayuda de un diccionario y con el más perfecto grado de seriedad—; pero, con su permiso, voy a quedarme. Mi marido no está tan saludable de la cabeza como debiera, temporalmente, pero usted, siendo un hombre de tanta inteligencia, podrá comprender que aunque una mujer no debe ir en contra de los deseos de su marido, está escrito que incluso el propio Profeta tuvo que recibir los cuidados de alguien.

—Verdad, verdad —dijo el mulá.

Miró pensativo a McIver. Este le devolvió la mirada perplejo, sin comprender.

—Quédese si así lo desea —repuso.

—Gracias —dijo Genny con una gran deferencia—. Entonces, me quedo. Gracias, Excelencia, por su comprensión y sabiduría. —Disimulando la satisfacción por su habilidad, continuó en inglés—: El mulá Tehrani está de acuerdo en que debo quedarme. —Viendo la expresión de su mirada se apresuró a alejarse—. Esperaré en el coche.

Estuvo junto a él antes que ella.

—Sube inmediatamente a bordo de ese condenado trasto —dijo — o maldito si no te meteré yo a la fuerza.

Ella se mostró solícita en extremo.

—No seas tonto, Duncan, cariño. Y no te excites, es malo para tu presión sanguínea. —Vio acercarse a Gavallan y toda su seguridad se desvaneció. En derredor suyo solo había nieve sucia, un cielo también sucio y unos desabridos jovenzuelos mirándola con la boca abierta—. Tú sabes que amo de veras este lugar —dijo alegremente —; ¿cómo podría irme?

—Tú…, condenación, vas a irte… —McIver estaba tan furioso que apenas era capaz de hablar y, por un instante, Genny temió haber llegado demasiado lejos.

—Me iré si te vas tú, Duncan, ahora mismo. Pero no lo haré, repito, no lo haré sin ti, y si intentas obligarme, organizaré tal escándalo que hará retemblar el «125» y el aeropuerto en pleno. Andy, explícaselo a esta…, a esta persona. Sí, ya sé que entre los dos podéis forzarme a subir a bordo, pero si lo hacéis quedaréis completamente en ridículo, os conozco a los dos demasiado bien. ¡Andy!

Gavallan rompió a reír.

—¡Te la han jugado, Mac!

Pese a su furia, McIver rio también y el mulá que miraba y observaba, movió la cabeza con gesto de incredulidad ante las bufonadas de los Infieles.

—Tú…, tú lo has estado preparando durante todo este tiempo, Genny —farfulló McIver.

—¿Quién, yo? —Su actitud era de pura inocencia—. ¡Qué ocurrencia!

—Muy bien, Gen —dijo McIver con gesto duro todavía—, muy bien, tú ganas, pero no creas que no has hecho el ridículo.

—¡A bordo! —exclamó el mulá.

—¿Y qué hay de Armstrong? —preguntó McIver.

—Conoce las reglas y el tiempo —repuso Gavallan. Después, abrazó a Genny y estrechó la mano de McIver—. Os veré pronto. Cuidaos.

Subió a bordo y el jet despegó. Durante todo el largo recorrido de regreso ni Genny ni Duncan se dieron cuenta de que el tiempo pasaba. Ambos estaban preocupados. Genny iba sentada delante. Se sentía cansada aunque también muy satisfecha.

—Eres una buena mujer —dijo McIver tan pronto como se encontraron solos—. Pero no creas que estás perdonada.

—Sí, Duncan —acató ella con docilidad, como lo hace una buena mujer…, de vez en cuando.

—Maldito si estás perdonada.

—Sí, Duncan.

—Y déjate ya de «Sí, Duncan» —estalló, y condujo en silencio un rato—. Preferiría que estuvieras segura en Al Shargaz pero me gusta mucho que estés aquí —dijo algo reacio.

Ella, prudente, no respondió palabra. Se limitó a sonreír. Y le puso la mano sobre la rodilla. Ahora, ambos se sentían en paz.

Una vez más, el recorrido fue horrible, con más desvíos, más tiroteos, y más cuerpos y perros y muchedumbres furiosas, y basura. Hacía ya meses que no limpiaban las calles y las acequias estaban obstruidas hacía ya mucho tiempo. Pasaban chirriantes coches y algunos camiones del Ejército abarrotados de hombres sin preocuparse lo más mínimo por la seguridad pública.

—Estás cansado, Duncan. ¿Quieres que conduzca yo?

—No, me encuentro bien. Gracias —dijo, sintiéndose muy cansado y en extremo contento cuando al fin entraron en su calle, sombría y amenazadora como todas las demás. La única luz visible era la de su oficina, en el ático. Hubiese preferido dejar el coche en la calle, pero estaba seguro de que al volver se encontraría con que le habían sacado la gasolina aun cuando el depósito estaba cerrado con candado… y eso, si el coche seguía allí. Entró en el garaje, cerró el automóvil, también el garaje, y subieron las escaleras.

Charles Pettikin les recibió en el rellano, la cara pálida.

—Hola, Mac, gracias a Dios qu… —Vio a Genny y se interrumpió —. Santo Cielo, Genny. ¿Qué ha ocurrido? ¿No llegó el «125»?

—Sí que llegó —dijo McIver—. ¿Qué diablos ha ocurrido, Charlie?

Pettikin cerró la puerta de la oficina y luego se quedó mirando a Genny.

—Muy bien. Me voy al retrete.

«Dios mío —dijo para sí—, es todo tan condenadamente estúpido… ¿Nunca van a aprender? Duncan me lo dirá tan pronto como estemos a solas, así que me enteraré de todas maneras. Y yo preferiría oírlo de primera mano». Se dirigió con paso cansino hacia la puerta.

—No, Gen —dijo McIver. Ella se detuvo sobresaltada—. Has preferido quedarte así que… —Se encogió de hombros—. Dinos lo

que sea, Charlie.

Genny observó en él algo diferente, no sabía si mejor o peor.

—Hace menos de media hora, Rudi comunicó por HF —empezó a decir precipitadamente Pettikin—. Han derribado el «HBC», lo han hecho volar por los aires, no ha habido supervivientes…

Genny y McIver se quedaron atónitos y palidecieron.

—¡Dios mío! —Buscó una silla.

—¡No entiendo lo que está pasando! —siguió diciendo Pettikin con aire de impotencia—. Es todo una locura, como una pesadilla, pero Tom Lochart no ha muerto, está en Bandar Delam con Rudi. Es…

McIver volvió a la vida.

—¿Tom está bien? —preguntó—. ¡Se ha salvado!

—Uno no se salva en un helicóptero al que «han hecho volar por los aires». Nada tiene sentido a menos que se trate de una estratagema. Tom transportaba recambios, no llevaba pasajeros, pero ese funcionario dijo que estaba atestado de gente; Rudi me dijo: «Comunica a Mr. McIver que el capitán Lochart ha regresado de su permiso». ¡Incluso he hablado con él!

McIver se le quedó mirando con la boca abierta.

—¿Qué has hablado con él? ¿Se ha salvado? ¿Estás seguro? ¿De qué permiso hablan, por Dios bendito?

—No lo sé, pero hablé con él. Se puso al teléfono.

—Espera un minuto, Charlie. ¿Cómo pudo comunicar Rudi con nosotros? ¿Está en Kowiss?

—No. Dijo que llamaba desde el Control de Tráfico Aéreo de Abadán.

McIver farfulló una palabrota, aliviado en cuanto a Lochart, aunque aterrado por lo de Valik y su familia. ¿Lleno de gente? ¡Si solo tenían que ir cuatro! Había infinidad de preguntas cuyas respuestas necesitaba imperiosamente y era consciente de que Tom y él se encontraban en un callejón sin salida. No había hablado a nadie sobre la verdadera misión de Lochart o su propio dilema a autorizarla, salvo a Gavallan.

—Empieza a contármelo todo desde el principio, Charlie. Con exactitud —pidió, y miró a Genny que se había quedado petrificada —. ¿Te encuentras bien, Gen?

—Sí, sí. Voy… Haré té.

La voz les pareció muy débil a ambos. Genny se dirigió a la cocinilla. Pettikin se sentó trémulo en el borde de la mesa.

—Tan exactamente como lo recuerdo. Rudi dijo: «Está conmigo un oficial de las Fuerzas Aéreas iraníes y quiere saber de manera oficial…». Entonces esa otra voz habló a través del teléfono: «Al habla el comandante Qazani, Servicio Secreto de las Fuerzas Aéreas. Exijo una respuesta inmediata». «¿Es "HBC" un "212" de "S-G" o no lo es?». A fin de ganar tiempo, respondí: «Aguarde un minuto. Iré a buscar el registro». Dejé pasar unos minutos esperando que Rudi me diera una indicación, pero no hubo nada de manera que supuse que podía decírselo: «Sí, "EP-HBC" es uno de nuestros "212"». En seguida, Rudi perdió los estribos y empezó a soltar tacos y a maldecir como jamás le había oído antes y luego añadió algo así como: «Santo Cielo, eso es algo terrible, porque "HBC" intentó escapar a Irak y las Fuerzas Aéreas iraníes derribaron la nave, con todo derecho, con todos los que iban a bordo, enviándole al infierno que se merecía… ¿Quién diablos la pilotaba y quién diablos iba a bordo?».

Pettikin se limpió el sudor.

—Creo que yo también empecé a jurar y a maldecir, perdí los estribos, no recuerdo exactamente, Mac, luego dije algo como: «¡Eso es algo terrible! No se retire… Iré a buscar el registro de vuelos», confiando en que mi voz sonara más o menos normal. Lo cogí y vi tachado el nombre de Nogger con la nota «Baja por enfermedad» y luego el de Lochart y tu firma autorizando el vuelo charter. —Miró a McIver con gesto impotente—. Era evidente que Rudi no quería que nombrara a Tom, así que me limité a decir: «En nuestro libro de vuelos no figura que haya sido asignado a nadie…».

McIver enrojeció.

—Pero si tú…

—Fue lo mejor que se me ocurrió en aquel momento. Dije: «No ha sido asignado a nadie». Rudi empezó a maldecir de nuevo, pero me pareció que esa vez su voz sonaba diferente, como con cierto tono de alivio. «¿De qué diablos hablas? —me preguntó—. Le estoy comunicando, capitán Lutz, que, de acuerdo con nuestros registros, "HBC" sigue en el hangar, en Doshan Tappeh. Si no está, es que lo han robado», dije, y confié en que mi tono sonara convincente. Estaba inventando, Mac, y aún no sé cuál es el problema. Luego, la otra voz dijo: «Este asunto será llevado inmediatamente por los canales adecuados. Exijo disponer ya de su registro de vuelos». Le respondí que muy bien, que me dijera adónde podía enviárselo. Eso le desconcertó un poco, ya que no hay manera de que se lo entreguemos ya. Finalmente, me dijo que conservásemos los registros en regla y que, más adelante, recibiríamos instrucciones. Después, Tom se puso al teléfono y dijo algo así como: «Capitán Pettikin, le ruego que presente mis disculpas a Mr. McIver por mi retraso en incorporarme después de mi permiso, pero quedé aislado por una tempestad de nieve en una aldea, exactamente al sur de Kermanshah. Tan pronto como pueda, iré para allá». —Pettikin respiró, descansado, y miró, primero a Genny y luego a McIver—. Y ya está. Eso es todo. ¿Qué piensas?

—¿Sobre Tom? No lo sé. —McIver se acercó pesadamente a la ventana.

Tanto Pettikin como Genny se dieron cuenta del peso que lo abrumaba. En la ventana había nieve y el viento había arreciado algo. A lo lejos se oían disparos esporádicos, de fusil y automática, pero ninguno de ellos se dio cuenta.

—¿Genny?

—Yo…, no tiene sentido, ni el más mínimo sentido, Charlie. No tiene sentido nada de eso sobre Tommy.

Con gesto fatigado vertió el agua hirviendo en la tetera. Había preparado ya las tazas, satisfecha de tener algo qué hacer con las manos, sintiéndose indefensa y con unas enormes ganas de llorar, hubiese querido poder vocear la injusticia de todo aquello; sabía que

Tom y Duncan estaban atrapados. Si Duncan había firmado el plan de vuelo a sabiendas de que no podía decir nada sobre Annoush o los niños o Valik…, *si* es que estaban a bordo, tenían que estarlo, mas ¿no era Tommy quien debía pilotarlo?

—El robo…, bien, es evidente que aquí está la autorización para Tommy y también está Duncan. Las autoridades de Teherán aún tienen la autorización. En esta figura el nombre de Duncan así que lo del robo no creo que tenga mucho sentido.

—Ahora puedo verlo, pero en aquel momento la historia me pareció factible. —Pettikin se sentía fatal. Cogió el registro de vuelos —. ¿Qué pasaría si perdiésemos esto, si nos libráramos de él, Mac?

—En el Control de Teherán aún siguen teniendo el original. Además, Tom repostó y estará registrado.

—En época normal desde luego. Pero ¿ahora? ¿Con todo este desbarajuste?

—Es posible.

—Tal vez pudiéramos hacernos con el original.

—Vamos. ¡No lo dirás en serio!

Genny empezó a verter el té en las tazas. El silencio se solidificó.

—Aún sigo sin comprender —dijo Pettikin desolado— cómo si Tom despegó de Doshan Tappeh y luego…, a menos que lo robaran en ruta o cuando él estaba repostando. —Irritado, se pasó la mano por el cabello—. Tiene que tratarse de un robo. ¿Dónde repostó? ¿En Kowiss? Tal vez ellos pudieran ayudarnos.

McIver no contestó. Se limitó a mirar hacia fuera, a la noche. Pettikin esperaba. Finalmente, empezó a hojear el registro de vuelos, encontró el duplicado que buscaba y miró al dorso.

—¡Isfahán! —exclamó sorprendido—. ¿Por qué Isfahán?

McIver siguió sin contestar.

Genny añadió leche condensada al té y alargó una taza a Pettikin.

—Creo que lo hiciste muy bien, Charlie —dijo no sabiendo qué otra cosa añadir. Luego llevó otra taza a McIver.

—Gracias, Genny.

Ella vio las lágrimas que hicieron brotar las suyas. McIver la rodeó con el brazo pensando en Annoush y la fiesta de Navidad que él y Genny ofrecieron para los niños de todos sus amigos, hacía tan poco tiempo…, la pequeña Setarem y Jalal fueron las estrellas en todos los juegos, unos chiquillos maravillosos, convertidos ahora en cenizas o en pasto de los animales carroñeros.

—La suerte ha sido buena con Tommy, ¿verdad, cariño? —le dijo ella a través de sus lágrimas, olvidados completamente de Pettikin.

Este, incómodo, salió de la habitación cerrando la puerta tras de sí, sin que ninguno de ellos se diera cuenta.

—Ha sido buena la suerte con Tommy —repitió Genny—. Al menos ha habido algo bueno.

—Sí, Gen, al menos ha habido algo bueno.

—¿Qué podemos hacer?

—Esperar. Esperar y ver. Confiemos en que no subieran…, aunque, no sé por qué, estoy seguro que iban a bordo —susurró, enjugándole las lágrimas con ternura—. Pero el próximo domingo, cuando el «125» despegue, tú irás con él —dijo cariñosamente—. Te prometo que será tan solo mientras solucionemos todo esto, pero esta vez has de irte.

Genny asintió. McIver bebió su té. Estaba muy bueno. Sonrió.

—Haces un té condenadamente bueno, Gen —dijo, aunque no sirvió para mitigar su temor o su desolación, o su furia, ante todas aquellas muertes, inútiles y trágicas, y la agresiva usurpación de su medio de vida o los años que estaba descargando sobre su marido. «La preocupación lo está matando. Lo está matando», pensó con ira creciente. Y entonces, de súbito, se le ocurrió la respuesta.

Miró en derredor suyo para asegurarse de que Pettikin no estaba allí.

—Duncan, si no quieres que esos bastardos nos roben nuestro futuro —musitó—, ¿por qué no nos vamos llevándonos todo con nosotros?

—¿Eh?

—Aparatos, repuestos y personal.

—No podemos hacerlo, Gen. Te lo he dicho ya cincuenta veces.

—Sí. Claro que podemos si nos empeñamos y si montamos un buen plan —afirmó con una confianza tal que lo desarmó—. Está Andy que puede ayudar. Andy puede trazar el plan, nosotros no. Tú puedes llevarlo a cabo, él no. No nos quieren aquí, de acuerdo, nos iremos…, pero con nuestros aparatos, nuestros repuestos y nuestra dignidad. Tendremos que mantener el secreto más absoluto al respecto, pero podemos hacerlo. ¡Podemos hacerlo! ¡Sé que podemos!

LIBRO SEGUNDO

SÁBADO

17 de febrero

XXX

EN KOWISS: 6.38 DE LA MAÑANA. El mulá Hussain se encontraba sentado con las piernas cruzadas sobre su colchón, comprobando el funcionamiento de su «AK47». Con dedos expertos introdujo el nuevo cargador.

—Bien —dijo.

—¿Habrá hoy más lucha? —preguntó su mujer. Se encontraba al otro lado de la habitación, de pie junto a una estufa de leña encendida en la que calentaba un recipiente con agua para el primer café del día. Al moverse, el chador negro tras el que ocultaba su nuevo embarazo crujía.

—Será la Voluntad de Dios.

Ella se hizo eco de sus palabras e intentó disimular su miedo, pero pensaba, temerosa, qué sería de ellos una vez que su marido hubiera obtenido el martirio que buscaba sin cesar. En lo más profundo de su corazón ansiaba vocear desde los minaretes que era demasiado penoso que Dios exigiera semejante sacrificio de ella y de sus hijos. Siete años de matrimonio con tres hijos vivos, cuatro muertos y una enorme pobreza durante todos aquellos años, tan diferentes de su vida anterior con su propia familia, que tenía un puesto de carnicería en el bazar, siempre con comida suficiente y risas, sin tener que llevar el chador, con excursiones y yendo incluso al cine. Sus años de matrimonio habían cubierto de arrugas un rostro otrora atractivo. «Hágase la Voluntad de Dios, pero no es justo, ¡no es justo! ¡Moriremos de hambre! ¿Quién querrá mantener a la familia de un mulá muerto?».

El mayor de los hijos, Alí, un chiquillo de seis años, se encontraba en cuclillas junto a la puerta de la cabaña de una sola habitación situada junto a la mezquita, y seguía con atención cada uno de los movimientos de su padre, mientras que sus dos hermanos más pequeños, de tres y dos años, dormían sobre un colchón de paja extendido sobre el suelo sucio, abrigados con una manta vieja del Ejército. Estaban acurrucados como dos gatitos.

En la habitación había una mesa tosca de madera y dos bancos, algunos pucheros y sartenes, el gran colchón y otro pequeño sobre alfombras viejas. Y una lámpara de aceite por toda iluminación. La acequia que había afuera servía para lavar y para arrojar los desperdicios. Ningún adorno en los muros de barro encalados. Una espita para el agua que en ocasiones funcionaba. Moscas e insectos. Y en un nicho orientado hacia La Meca, ocupando el sitio de honor, el manoseado Corán.

Apenas había apuntado el alba. El día estaba desapacible y encapotado, y Hussain había llamado ya para la oración de la mañana en la mezquita, y limpiado su arma engrasándola cuidadosamente, había quitado los restos de pólvora del cañón y renovado el cargador. «Ahora vuelve a estar como nueva —se dijo, satisfecho—, a emprender de nuevo el trabajo de Dios». A aquella arma le quedaba mucho por hacer. La «AK47» era mucho mejor que la «M14», más sencilla, más robusta e igualmente certera a distancias cortas. ¡Estúpidos americanos! Estúpidos como siempre al hacer un arma de infantería tan compleja y certera a mil metros cuando la mayor parte de la lucha se hace más o menos a unos trescientos y uno puede arrastrar la «AK47» todo el día por el barro y aún seguirá haciendo aquello para lo que ha sido fabricada, para matar. ¡Muerte a todos los enemigos de Dios!

Ya había habido enfrentamientos entre Green Bands, los marxistas-leninistas y otros izquierdistas en Kowiss y más en Gach Saran, una ciudad cercana con refinería de petróleo, situada hacia el Noroeste. El día anterior, ya oscurecido, había encabezado un ataque de Green Bands contra una de las casas secretas de los tudehs.

Estos habían sido traicionados por uno de sus miembros que denunciara la reunión con la esperanza de obtener clemencia. No la hubo. La lucha fue repentina, breve y sangrienta. Once hombres fueron matados, tenía la esperanza de que entre ellos hubiera algunos líderes. Hasta el momento, los tudehs no se habían revelado abiertamente en número, pero tenían convocada para el día siguiente por la tarde una manifestación masiva en apoyo a la manifestación tudeh en Teherán, a pesar de que Jomeini la había prohibido expresamente. El enfrentamiento ya estaba planteado. Ambas partes lo sabían. «Muchos morirán —pensó, inexorable—. ¡Muerte a todos los enemigos del Islam!».

—Toma —dijo ella ofreciéndole el néctar del café, caliente, dulce y negro, el único lujo que se permitía salvo los viernes, Días Santos, y otros días especiales, así como todo el Mes Santo de Ramadán, en que renunciaba, feliz, al café.

—Gracias, Fátima —dijo con cortesía.

Cuando le nombraron mulá allí, sus padres la encontraron para él. Su mentor, el Ayatolá Isfhani, le dijo que se casara, de manera que obedeció.

Bebió el café, saboreándolo intensamente, y le devolvió la pequeña taza. El matrimonio no le había apartado de su senda, aunque, de vez en cuando, le gustara dormir apretado contra ella, sus nalgas grandes y cálidas en el frío del invierno; a veces la hacía volverse, se juntaban y luego retornaba al sueño, pero nunca realmente en paz. «Solo estaré en paz en el paraíso, solo entonces —pensó con creciente excitación—, tan cercano ahora. Gracias sean dadas a Dios de que me nombraran como al Imán Hussain, Señor de los Mártires, hijo segundo del Imán Alí, el del Gran Martirio hace ya trece siglos, en la Batalla de Karbala».

«Jamás lo olvidaremos», se dijo intensificándose su éxtasis, mientras revivía el dolor de Ashura, el décimo día de Muharram, tan solo unas semanas antes, aniversario de aquel martirio, el día de duelo más sagrado de los chiitas. Aún tenía en su espalda los verdugones. Aquel día había estado de nuevo en Qom, como el año

anterior, y el otro, para participar en las procesiones de Ashura, procesiones purificadoras, con cientos de miles de otros iraníes, azotándose a sí mismos para obligarse a recordar el martirio divino, flagelándose con látigos y cadenas, mortificándose con garfios.

Había necesitado muchas semanas para recuperarse, para poder ponerse en pie sin dolor. «Es la Voluntad de Dios —se dijo con orgullo—. El dolor no es nada, el mundo no es nada. Hice frente a Peshadi en la base aérea, y me apoderé de la base, y le sometí y le traje a Isfahán maniatado como se me había ordenado. Y ahora, hoy, primero iré de nuevo a la base para investigar a los extranjeros y doblegarlos, y también a ese Suní Zataki que se cree Gengis Khan y por la tarde, volveré a ponerme al frente de los Creyentes contra los ateos tudehs, haciendo el trabajo de Dios en obediencia al Imán que solo obedece a Dios. Rezo para que hoy llegue a ser admitido en el Paraíso "para reclinarme en divanes tapizados de brocado, mientras la fruta de los dos jardines estará fácilmente a mi alcance"», aquellas palabras tan familiares del Corán que llevaba grabadas, indelebles, en la mente.

—No tenemos comida —dijo su mujer, interrumpiendo el tejer y destejer de sus pensamientos.

—Hoy habrá comida en la mezquita —repuso él, y su hijo Alí prestó, si cabía, mayor atención, olvidado, por el momento, de las heridas producidas por las picaduras de moscas y otros insectos—. De ahora en adelante, ni tú ni los niños pasaréis hambre. Daremos diariamente a los necesitados comidas de horisht y arroz como hemos hecho a lo largo de la historia. —Sonrió a Alí y, alargando la mano, le enmarañó el pelo—. Y bien sabe Dios que nosotros estamos entre los necesitados.

Desde que Jomeini regresara, las mezquitas habían asumido de nuevo su antigua función de dar diariamente comida de alimentos sencillos pero nutritivos. La comida se daba como parte de Zakat, el impuesto voluntario de limosna, al que todos los musulmanes estaban sometidos, o comprada con dinero de Zakat, que de nuevo era la prerrogativa única de las Mezquitas. Hussain maldijo de

diversas formas al Sha que hacía dos años suprimiera la subvención anual a los mulás y a las mezquitas, sumiéndoles en aquella gran pobreza y angustia.

—Únete al pueblo que espera en la mezquita —dijo—. Cuando todos los demás hayan sido alimentados, toma lo suficiente para ti y los niños. Y esto lo harás todos los días.

—Gracias.

—Gracias a Dios.

—Ya lo hago, oh, sí, lo hago.

Se puso las botas y se echó el arma al hombro.

—¿Puedo ir contigo, padre? —preguntó Alí con su vocecilla aflautada—. Quiero hacer también el trabajo de Dios.

—Pues claro, vamos.

Fátima cerró la puerta tras ellos y se sentó en el banco, sonándole el estómago por el hambre. Se sentía enferma y débil, demasiado cansada para apartar siquiera las moscas de su rostro. Estaba embarazada de ocho meses. La comadrona le había dicho que esta vez sería más difícil porque la posición del niño era mala. Rompió a llorar recordando la desgarradora angustia de su último parto, y del anterior, y de todos ellos.

—No te preocupes —le había dicho la comadrona con tono de complacencia—, estás en las Manos de Dios. Una pequeña boñiga de camello recién cagada puesta sobre tu estómago te quitará todos los dolores. El deber de una mujer es concebir hijos, y tú eres joven.

«¿Joven? Tengo veintidós años y soy vieja, vieja, vieja. Lo sé y también sé porqué. Yo tengo un cerebro, y ojos, y puedo escribir mi nombre incluso, y sé que podemos estar mejor, como bien lo sabe el Imán, una vez que los extranjeros hayan sido expulsados y sus diabólicas costumbres con ellos. El Imán, Dios le proteja, es sabio y bueno, y habla a Dios, solo obedece a Dios, y Dios sabe que la mujer no es un ser para ser utilizado y desechada a los tiempos del Profeta como algunos fanáticos quieren. El Imán nos protegerá de los extremistas y no les permitirá revocar la Ley de Familia del Sha que nos concedía el voto a las mujeres y también protección frente a

un divorcio sumarísimo. No permitirá que nos quiten nuestro voto, nuestros derechos y nuestras libertades, o nuestro derecho a decidir si queremos o no llevar chador, no lo hará cuando vea con qué fuerza estamos contra ello. No lo hará cuando vea nuestra inquebrantable decisión. Por todo el país».

Fátima se secó las lágrimas y se sintió más feliz al recordar la manifestación proyectada para tres días después, y se sintió aliviada de parte del dolor. «Sí, nosotras, las mujeres, nos manifestaremos por las calles de Kowiss, apoyaremos con orgullo a nuestras hermanas de las grandes ciudades: Teherán y Qom e Isfahán, solo que yo, naturalmente, llevaré chador por mi gusto, a causa de Hussain. Es realmente hermoso ser capaces de demostrar nuestra solidaridad tanto como mujeres como por la revolución».

La noticia de las proyectadas marchas en Teherán había corrido por todo Irán, aunque nadie sabía cómo. Pero todas las mujeres enteradas de ellas. Las mujeres de todas partes decidieron seguir el ejemplo, y todas estaban de acuerdo…, incluso aquellas que no se atrevían a decirlo.

EN LA BASE AÉREA: 10.20 DE LA MAÑANA. Starke se encontraba en la torre «S-G» observando al «125» llegar rápido, tocar tierra y luego, dando una vuelta completa, volver a subir. Zataki y Esvandiary también estaban allí con dos Green Bands… Zataki completamente afeitado.

—Gira a la derecha al final de la pista, Eco-Tango-Lima-Lima —dijo con voz sorda el sargento Wazari, el joven controlador de tráfico aéreo adiestrado por USAF. Vestía una tosca indumentaria de paisano en vez de su impecable uniforme. Tenía heridas en el rostro, la nariz rota, las orejas tumefactas, y le faltaban tres dientes como resultado de una paliza que Zataki le propinara públicamente. En aquellos momentos no podía respirar por la nariz—. Aparque frente a la torre principal de la base.

—Roger. —Se escuchó la voz de Johnny Hogg a través del altavoz —. Repito, estamos autorizados para recoger a tres pasajeros, para la entrega urgente de repuestos y para partir de inmediato hacia Al Shargaz. Por favor, confirmen.

Wazari se volvió hacia Zataki, con el terror reflejado en su rostro.

—Le ruego que me perdone, Excelencia, pero ¿qué debo decir?

—No vas a decir nada, ¡piojo! —Zataki cogió su achaparrada metralleta. Luego, se dirigió a Starke—. Dile a tu piloto que aparque, que pare los motores y que todos los que viajan con él bajen a la pista. Se registrará el aparato y, si yo lo autorizo, podrá seguir viaje, y si no lo autorizo, no lo seguirá. Tú ven conmigo, y tú también —añadió dirigiéndose a Esvandiary. Luego, se puso en marcha.

Starke hizo lo que se le ordenaba y dio media vuelta para seguirle pero, por un segundo, se encontró solo con el joven sargento. Wazari, cogiéndole del brazo, musitó de forma patética:

—Por el amor de Dios, capitán, ayúdeme a subir a bordo. Haré lo que sea, lo que sea…

—No puedo…, ¡es imposible! —contestó Starke sintiendo lástima de él.

Hacía dos días que Zataki había hecho formar a todo el mundo y había golpeado al hombre hasta dejarle sin sentido por «crímenes contra la Revolución»; después, le había reanimado para hacerle comer tierra, y al acabar el joven, volvió a golpearle hasta dejarle otra vez inconsciente. Solo había permitido la ausencia de Manuela y de quienes estaban muy enfermos.

—Por favor…, se lo suplico. Zataki está loco, me mat… —Wazari se volvió, embargado por el pánico, al aparecer un Green Band en la puerta.

Starke pasó junto a él, bajó las escaleras y salió a la pista disimulando su inquietud. Freddy Ayre estaba sentado al volante de un jeep a la espera, en el vehículo se encontraba Manuela junto con uno de sus pilotos británicos, así como Jon Tyrer, con un vendaje cubriéndole los ojos. Manuela llevaba pantalones sueltos, un abrigo largo y se recogía el cabello bajo un casco de piloto.

—Síguenos, Freddy —dijo Starke sentándose junto a Zataki en la parte trasera del coche que lo esperaba.

Esvandiary soltó la palanca y aceleró para interceptar al «125» que salía de la pista principal en aquellos momentos seguido por un enjambre de camiones atestados de Green Bands y dos motocicletas que daban vueltas peligrosamente en derredor suyo.

—¡Locos! —farfulló Starke.

Zataki rio mostrando sus dientes, muy blancos.

—Entusiastas, piloto, no locos.

—Sea la Voluntad de Dios.

Zataki se le quedó mirando, ya sin chanzas.

—Hablas nuestra lengua, has leído el Corán y conoces nuestras costumbres. Ya es hora de que digas el Shahada delante de dos testigos y te conviertas en musulmán. Me sentiré muy honrado de ser uno de tus testigos.

—Y yo —se apresuró a decir Esvandiary, quien también quería ayudar a salvar un alma, aunque los motivos no fuesen los mismos. «IranOil» iba a necesitar pilotos expertos para poder mantener la producción a pleno rendimiento en tanto los iraníes de reemplazo hacían su aprendizaje, y un Starke musulmán podría ser uno de ellos —. Yo también me sentiría muy honrado de actuar como testigo.

—Gracias —les dijo Starke en farsi.

Ya se le había ocurrido aquella idea a lo largo de los años. En cierta ocasión, cuando Irán era apacible y lo único que él tenía que hacer era volar en tantas misiones como le fuera posible, ocuparse de sus hombres y reír con Manuela y los niños, ¿sería posible que solo hubieran pasado seis meses de aquello?, le había dicho a ella:

—¿Sabes, Manuela? El Islam tiene cosas realmente grandes.

—¿Estás pensando en cuatro mujeres, cariño? —había preguntado ella con tanta dulzura que le hizo ponerse inmediatamente en guardia.

—Vamos, Manuela. Hablo en serio. Hay mucho en el Islam.

—Para el hombre, no para la mujer. ¿Acaso no dice el Corán: Y el Creyente, a saber, todos los hombres, «yacerá sobre divanes de seda

y allí estarán las huríes que no habrán sido tocadas por hombre alguno»? Conroe, cariño, jamás llegaré a comprender eso. ¿Por qué habrían de ser eternamente vírgenes? ¿Es eso algo tan importante para un hombre? ¿Y se da a la mujer el mismo trato, juventud y tantos jóvenes viriles como ella quiera?

—¿Haces el favor de escucharme? Me refiero a que si vivieras en el desierto, en el profundo desierto saudita o sahariano… ¿Recuerdas cuando estuvimos en Kuwait y salimos afuera, tú y yo solos, y nos adentramos en el desierto, con unas estrellas tan grandes como ostras y una quietud tan inmensa, la noche tan límpida e infinita y nosotros tan insignificantes? ¿Recuerdas lo conmovidos que nos sentimos ante aquel infinito? ¿Recuerdas que te dije que yo podía comprender que si fuera nómada y hubiese nacido en una tienda podría sentirme poseído por el Islam?

—Y tú, cariño, ¿recuerdas que te dije que no habíamos nacido en ninguna condenada tienda?

Sonrió recordando cómo la había abrazado y besado bajo las estrellas, y cómo se habían tomado los dos, colmando sus ansias bajo las estrellas.

—Me refiero a las enseñanzas puras de Mahoma —había dicho más tarde—. Me refiero a que con un espacio tan inmenso, con una vastedad tan aterradora necesitas de un cielo seguro e Islam puede ser ese cielo, acaso el único, ya que sus enseñanzas originales no son las interpretaciones intolerantes y tergiversadas de los fanáticos.

—Pues claro, querido —con su tono más almibarado—, pero nosotros no vivimos en el desierto y jamás viviremos, tú eres Conroe Duke Starke, piloto de helicópteros y, tan pronto como empieces a imaginar eso de las cuatro mujeres, puedes empezar también a descontarnos, a mí y a los niños. E incluso Texas no será lo bastante grande para ocultarte y evitar que te desuelle vivo Manuela Rosita Santa de Cuéllar Pérez, el corderito dulce como el azúcar cande…

Volvió al presente cuando se dio cuenta de que Zataki le estaba mirando e inhaló el olor acre a gasolina, nieve e invierno.

—Acaso algún día —dijo a Zataki y Esvandiary—. Acaso lo haga…, pero cuando Dios lo quiera, no yo.

—Ojalá Dios apresure el momento. Se está perdiendo como Infiel.

Mas Starke tenía concentrada toda su atención en el «125» que se deslizaba hacia la zona de aparcamiento y en Manuela que ese día tenía que irse. Duro para ella, condenadamente duro, pero no había otro remedio.

A primera hora de aquella mañana, McIver le había dicho desde Teherán, a través de HF, que tenían permiso para que el «125» hiciera una parada en Kowiss, siempre, naturalmente, que recibiera también la autorización de Kowiss. Que habría de llevar repuestos y que tenía espacio para tres pasajeros que hubieran de salir. Finalmente, el comandante Changiz y Esvandiary lo habían autorizado, pero solo después de que Starke se lo repitiera, irritado, delante de Zataki.

—Como bien saben, los cambios de nuestros equipos hace tiempo que han vencido. Uno de nuestros «212» espera repuestos y dos de los «206» están dispuestos para sus chequeos de quince mil horas de vuelo. Si no podemos disponer de nuevas tripulaciones y repuestos, no puedo operar, y serán ustedes, no yo, los responsables de no haber obedecido las instrucciones del Ayatolá Jomeini.

El automóvil se detuvo junto al «125» cuyos motores se estaban parando. Todavía no habían abierto la portezuela y pudo ver a John Hogg atisbando por la ventanilla de la carlinga. Estaba rodeado de camiones y armas y con los Green Bands pululando en derredor.

Zataki intentaba hacerse oír hasta que al final, exasperado, disparó al aire.

—¡Apartaos todos del aparato! —ordenó—. ¡Por Dios y el Profeta! Solo mis hombres lo registrarán. ¡Apartaos, he dicho!

Hoscos, los otros Green Bands se apartaron ligeramente.

—Piloto, dile que abra la portezuela rápidamente y que todo el mundo salga de prisa antes de que cambie de idea.

Starke hizo la señal a Hogg, levantando los pulgares. El segundo piloto abrió la portezuela de inmediato. Bajaron la escalerilla. Al punto, Zataki subió y permaneció arriba, en pie, con la metralleta en posición.

—No es necesario que haga eso, Excelencia —le dijo Starke—. Todo el mundo abajo, lo más de prisa que pueda, ¿de acuerdo?

Había ocho pasajeros, cuatro de ellos pilotos, tres mecánicos y Genny McIver.

—¡Dios mío, Genny! No esperaba verte.

—Hola, Duke. Duncan pensó que era lo mejor y…, bueno, no tiene importancia. ¿Va Manuela a…?

Entonces la vio y se dirigió hacia ella. Se abrazaron y Starke se dio cuenta de que los años habían hecho mella en Genny.

Siguió a Zataki al interior del aparato vacío. Se habían colocado asiento extra. Al fondo, cerca del lavabo, se veían varias jaulas.

—Repuestos y el motor extra que necesitabas —dijo Johnny Hogg desde el asiento del piloto alargándole el manifiesto—. Hola, Duke.

Zataki cogió el manifiesto al tiempo que hacía una indicación con el pulgar a Hogg.

—¡Afuera!

—Si no le importa, yo soy el responsable de este aparato… Lo siento —dijo Hogg.

—Por última vez. ¡Afuera!

—Deja un momento el asiento, Johnny. Solo quiere ver si hay armas. Sería más seguro permitir al piloto que siguiera en un sitio, Excelencia. Yo respondo por él.

—¡Afuera!

John Hogg salió reacio de la pequeña carlinga. Zataki se aseguró de que no había nada en los bolsillos laterales. Luego, le indicó que podía volver a ocupar su asiento y concentró su atención en la cabina.

—¿Son estos los repuestos que necesita?

—Sí —afirmó Starke y se hizo cortésmente a un lado en el rellano.

Zataki, desde allí, llamó a algunos de sus hombres para que bajaran las jaulas al asfalto. Los hombres lo hicieron sin el menor cuidado, golpeando con ella los laterales de la portezuela y los escalones, poniendo nerviosos a los pilotos. Después, Zataki registró minuciosamente el aparato sin encontrar nada, lo que le irritó sobremanera. Salvo el vino en el cubo de hielo y los licores en la alacena.

—No más alcohol en Irán. Ninguno. Confiscado.

Hizo que estrellaran las botellas contra el asfalto y ordenó que abrieran las jaulas. Un motor jet y muchos otros repuestos. Exactamente lo que figuraba en el manifiesto. Starke observaba desde la portezuela de la cabina, intentando pasar inadvertido.

—¿Quiénes son esos pasajeros? —preguntó Zataki.

El segundo oficial le entregó la lista de nombres. Estaba encabezada en inglés y farsi: Pilotos y mecánico temporalmente excedentes, todos ellos con permiso y reemplazo atrasados. Empezó a escudriñar la lista, y a ellos.

—Tengo algún dinero para ti y una carta de McIver, Duke —dijo Johnny Hogg cauteloso desde la carlinga—. ¿Es seguro?

—Por el momento.

—Dos sobres en el bolsillo interior de mi guerrera. Está ahí colgada. Mac dijo que la carta era confidencial.

Starke los encontró y se los metió en el bolsillo interior de su parka.

—¿Qué tal van las cosas en Teherán? —preguntó por la comisura de la boca.

—El aeropuerto es un auténtico manicomio. Mil personas intentando salir en los tres o cuatro aviones que hasta el momento han autorizado —le informó Hogg hablando con rapidez—. Entretanto, seis «Jumbo» esperan, sobrevolando, la autorización para aterrizar. Yo, hum, bueno, pues yo me salté la cola, bajé sin la correspondiente autorización y dije: «Lo siento, creí que estaba

autorizado», recogí mi lote y puse pies en polvorosa. Apenas tuve tiempo de charlar con McIver, estaba rodeado de muchos de esos revolucionarios a quienes les gusta apretar el gatillo y de un mulá o dos. Pero parecía encontrarse bien. Pettikin, Nogger y los otros también parecían estar bien. Tendré la base en Al Shargaz durante una semana al menos, para ir y venir como me sea posible.

Al Shargaz no estaba lejos de Dubai donde «S-G» tenía su cuartel general en aquel lado del Golfo.

—Tenemos permiso del Control de Tráfico Aéreo en Teherán para traer repuestos y equipos que se correspondan a los que intentamos llevarnos…, parece que nos vayan a mantener uno por uno y así hasta la totalidad…, con vuelos programados para los sábados y los miércoles. —Calló para recuperar el aliento—. Mac dice que encuentres excusas para que yo pueda venir aquí de vez en cuando. Voy a ser una especie de correo entre él y Andy Gavallan hasta que vuelva la norm…

—¡Cuidado! —advirtió Starke llevándose la mano a la boca cuando vio que Zataki se volvía a mirar hacia donde ellos estaban. Le había estado observando mientras inspeccionaba a los pasajeros y sus documentos. Zataki le hizo una seña de que se acercara, por lo que bajó la escalerilla.

—Dígame, Excelencia.

—Este hombre no tiene permiso de salida.

Aquel hombre era Roberts, mecánico ajustador, de mediana edad y un verdadero experto. La ansiedad se reflejaba en su cara surcada de arrugas.

—Le he dicho que no pude obtenerlo. No pudimos, capitán Starke, porque las oficinas de Inmigración estaban cerradas aún. En Teherán no ha habido problemas.

Starke echó un vistazo al documento. Tan solo hacía cuatro días que había caducado.

—Tal vez pudiera usted pasarlo por alto por esta vez, Excelencia. Es verdad que la of…

—¡Si el permiso de salida no está en regla no hay salida! ¡Se queda!

Robert palideció.

—Pero Teherán me permitió pasar y he de estar en Lond…

Zataki lo agarró por el parka y le obligó a salir de la fila para después derribarle de un empujón. Roberts, furioso, se puso en pie.

—¡Por Dios, que estoy autorizado y voy a…!

Calló. Uno de los Green Bands le había puesto el cañón del rifle en el pecho y tenía detrás a otro, ambos preparados para apretar el gatillo.

—Espera junto al jeep, Roberts —le ordenó Starke—. ¡Espera junto al jeep, maldición!

Uno de los Green Bands empujó al mecánico con rudeza hacia el vehículo, mientras Starke intentaba disimular su preocupación. Tampoco Jon Tyrer ni Manuela tenían en regla los documentos de salida.

—¡Si no hay permisos de salida no hay salida! —repitió Zataki en tono virulento y, acto seguido, cogió los documentos del hombre de turno.

Genny, que era la siguiente, estaba muy asustada. Sentía odio por Zataki, y por la violencia y el olor a miedo que la rodeaban, y pena por Roberts, que necesitaba regresar sin falta a Inglaterra porque uno de sus hijos estaba muy enfermo, se sospechaba que de «polio» y no había teléfono ni correo, únicamente télex de manera esporádica. Observó a Zataki examinando lentamente los documentos del piloto que estaba delante de ella. «¡Aborrecible bastardo! —se dijo—, tengo que subir a ese aparato, ¡tengo que subir! ¡Cómo desearía que nos pudiésemos ir todos! Es evidente que el pobre Duncan no sabe cuidar de sí mismo, no se molestará en comer como es debido con lo cual es posible que se le reproduzca la úlcera».

—Mi permiso de salida no está al día —dijo intentando parecer tímida, y se forzó a que sus ojos se llenaran de lágrimas.

—Tampoco el mío —dijo Manuela a su vez con voz apenas perceptible.

Zataki las miró. Vaciló un instante.

—Las mujeres no son responsables, los hombres sí son responsables. Vosotras dos, mujeres, podéis iros. Por esta vez. Subid a bordo.

—¿No podría venir también Mr. Roberts? —preguntó Genny señalando al mecánico.

—¡A bordo! —vociferó Zataki presa de uno de aquellos demenciales ataques de furia, con el rostro congestionado.

Las dos mujeres subieron corriendo las escalerillas. Todos los demás permanecieron momentáneamente embargados por el pánico e, incluso, sus propios Green Bands se agitaron nerviosos.

—Tiene razón, Excelencia —dijo Starke en farsi, esforzándose en dar una impresión de absoluta tranquilidad—. Las mujeres nunca deben discutir.

Esperó, al igual que todos los demás, conteniendo la respiración. Los ojos negros estaban clavados en él. Sin embargo, Starke no apartó la mirada ni por un momento. Finalmente, Zataki hizo un movimiento afirmativo con la cabeza y continuó examinando, ceñudo, los documentos que tenía en la mano.

El día anterior Zataki había regresado de Isfahán y Esvandiary había autorizado un vuelo para el día siguiente por la tarde para llevarle de nuevo a Bandar Delam. «Cuanto antes mejor», pensó ceñudo Starke.

Sin embargo, Zataki le daba lástima. La noche anterior le había encontrado apoyado contra uno de los helicópteros, apretándose las sienes con las manos, con un indecible gesto de dolor.

—¿Qué le pasa, Agha?

—Mi cabeza. Yo…, es mi cabeza.

Le convenció para que viera al doctor Nutt y él mismo le acompañó hasta el bungalow del médico.

—Solo necesito una aspirina, o codeína, doctor. Lo que tenga.

—Tal vez lo mejor sea que me permita que lo examine y ent…

—¡Nada de examinar! —gritó Zataki—. ¡Yo sé lo que me pasa! Es la SAVAK, es la cárcel…

Y más tarde, una vez que la codeína hubo mitigado algo el dolor, Zataki le dijo a Starke que, hacía cosa de año y medio le habían detenido, acusado de propaganda contra el Sha. Por aquel entonces, trabajaba como periodista en uno de los periódicos de Abadán. Había permanecido encarcelado durante ocho meses y luego liberado poco después del incendio de Abadán. No contó a Starke lo que le habían hecho.

—Es la Voluntad de Dios, piloto —había dicho con amargura—, pero, desde ese momento, cada día bendigo a Dios por ese día más de vida que me da para poder aplastar a más hombres de la SAVAK y del Sha, a los lacayos de su Policía y a los lacayos de sus soldados y a cualquiera que le haya ayudado en su maldad… Una vez lo apoyé, ¿acaso no pagó él mi educación aquí y en Inglaterra? ¡Pero él es quien tuvo la culpa de la SAVAK! ¡Él es responsable! Esa parte de mi venganza es solo por mí…, aún no he comentado mi venganza por mi mujer y mis hijos, asesinados en el incendio de Abadán.

Starke guardó silencio. Jamás llegó a salir a la luz el porqué o quiénes fueran los causantes del incendio en el que murieran casi quinientas personas.

Observó a Zataki inspeccionar lenta y laboriosamente la fila de los supuestos pasajeros…, Starke no sabía cuántos de ellos más tenían o no la documentación al día. Todos estaban tensos, planeando sobre ellos una nube de temor. Pronto le llegaría la vez a Tyrer, y este *tenía* que irse. El doctor Nutt había dicho que era preferible que lo examinaran en Al Shargaz, o en Dubai, lo más pronto posible, ya que allí disponían de servicios realmente formidables.

—Estoy seguro de que todo saldrá bien pero lo mejor es que deje reposar los ojos por el momento. Y escucha esto, Duke, por el amor de Dios, mantente alejado de Zataki y advierte a los demás que hagan lo mismo. Está a punto de explotar y solo Dios sabe lo que ocurrirá entonces.

—¿Qué le pasa?

—Desde el punto de vista médico, lo ignoro. Psicológicamente, es peligroso, muy peligroso. Yo diría que se trata de un maníaco depresivo, ciertamente paranoico; probablemente resultado directo de sus experiencias en la cárcel. ¿Te ha dicho lo que le hicieron?

—No. No lo ha hecho.

—Si de mí dependiera, aconsejaría que se le mantuviera bajo la acción de sedantes y totalmente apartado de cualquier arma de fuego.

«Formidable —se dijo Starke maldiciendo su impotencia—. ¿Cómo diablos podría organizarlo? Al menos Genny y Manuela ya han subido a bordo y pronto estarán en Al Shargaz, un verdadero paraíso en comp…».

Una voz de advertencia lo puso en guardia. Más allá del «125», por detrás de la salida de la torre principal, apareció el mulá Hussain con más Green Bands. Su actitud era, en verdad, hostil.

Zataki olvidó a los pasajeros de inmediato y se descolgó la metralleta, llevándola en la mano con negligencia. Se situó entre Hussain y el helicóptero. Dos de sus hombres se pusieron a cada lado y los demás se acercaron al aparato, adoptando posiciones defensivas y cubriéndole.

—¡Por mil diablos! —farfulló alguien—. Y ahora, ¿qué pasa?

—Preparaos a poneros a cubierto —dijo Ayre.

—Capitán —musitó Roberts angustiado—, tengo que salir en ese aparato, he de hacerlo, mi pequeño está muy enfermo. ¿No podría convencer a ese bastardo?

—Lo intentaré.

Zataki no perdía de vista a Hussain. De hecho, lo odiaba. Hacía dos días había ido a Isfahán, invitado allí a consulta con su comité secreto. Los once miembros que lo componían eran todos ayatolás y mulás y allí, por vez primera, había descubierto el auténtico rostro de la Revolución, por la que tanto había luchado y sufrido: «Los herejes serán relegados al olvido. Solo tendremos Tribunales Revolucionarios. La justicia será rápida y final, no habrá

apelaciones…». Los mulás estaban tan seguros de sí mismos, tan seguros de su derecho divino a gobernar e impartir justicia como de que solo ellos podían interpretar el Corán y el Sharia. Zataki, cauteloso, había guardado para sí su horror y sus pensamientos, pero entonces supo que había sido traicionado de nuevo.

—¿Qué quieres, mulá? —preguntó, dando al nombramiento una inflexión insultante.

—En primer lugar, quiero que comprendas que aquí tú no tienes poder alguno. Lo que hagas en Abadán es asunto de los ayatolás de allá…, pero aquí no tienes ninguna autoridad sobre esta base, estos hombres o ese aparato.

Hussain estaba rodeado de una docena de jóvenes armados, de gesto duro, todos ellos Green Bands.

—Conque no tengo poder, ¿eh? —dijo Zataki en actitud despectiva, entonces, le dio la espalda lleno de desprecio, y gritó en inglés—: ¡El aparato despegará inmediatamente! ¡Todos los pasajeros a bordo! —Iracundo, miró al piloto, haciéndole gestos de que se pusiera en marcha. Luego, se volvió y se enfrentó de nuevo con Hussain.

—¿Bien? ¿Y en segundo lugar? —preguntó, mientras que, a sus espaldas, los pasajeros se apresuraban a obedecerle, y como los Green Bands tenían concentrada toda su atención en Zataki y Hussain, Starke ordenó a Roberts que subiera a bordo y luego indicó a Ayre que ayudara a escapar al mecánico. Juntos, ayudaron a Tyrer a bajar del jeep.

Zataki empezó a juguetear con la metralleta, concentrada toda su atención en Hussain.

—¿Y bien? ¿En segundo lugar? —volvió a preguntar.

Hussain estaba confundido, y sus hombres eran igualmente conscientes de las armas con que los apuntaban. Los motores se pusieron en marcha. Vio a los pasajeros apresurarse a subir a bordo. A Starke y Ayre ayudando a un hombre con los ojos vendados a subir la escalerilla, a los dos pilotos de nuevo junto al jeep, los

motores jet acelerando y, tan pronto como hubo subido el último de los hombres, cómo recogían la escalerilla y el aparato ascendía.

—Bien, Agha, ¿y qué más?

—¿Qué más? Bueno, el comité de Kowiss te ordena que abandones Kowiss con tus hombres.

Con ademán despectivo, Zataki gritó a sus hombre por encima del estruendo de los motores, los pies bien firmes sobre el asfalto, dispuesto a luchar e incluso a morir si fuera necesario, recibiendo el aire recalentado de los ventiladores al deslizarse el aparato hacia la pista.

—¿Habéis oído? ¡El Comité de Kowiss nos ordena que nos vayamos!

Sus hombres prorrumpieron en grandes risotadas. Uno de los Green Bands de Hussain, un adolescente barbilampiño que se encontraba en la parte más alejada del grupo, alzó su carabina y murió al punto, casi partido en dos, bajo la ráfaga enviada por los hombres de Zataki que le dispararon con toda precisión. Se hizo un denso silencio solo roto por los ya distantes jets. Por un instante, Hussain permaneció aturdido ante lo súbito de la acción y por el charco de sangre que se extendía sobre el pavimento.

—Es la Voluntad de Dios —dijo Zataki—. ¿Qué es lo que quiere, mulá?

Fue entonces cuando Zataki se dio cuenta de la presencia del petrificado chiquillo que le miraba, escondido entre la túnica del mulá, y aferrado a ella en busca de protección, tan semejante a su propio hijo, al mayor, que por un instante le hizo retroceder a los días felices anteriores al incendio, cuando todo parecía ir bien y había cierta posibilidad de futuro: la formidable Revolución Blanca del Sha, la Reforma Agraria, el freno impuesto a los mulás, la educación para todos y muchas otras cosas. Los días felices en que era un padre, pero aquello nunca volvería. Jamás. Los electrodos y las pinzas destruyeron esa posibilidad. Sintió un violento dolor en la espalda que le subió hasta la cabeza al punto de impulsarle a gritar. Pero no lo hizo. Como siempre, dominó su tormento y se concentró

en aquella muerte. Pudo ver la expresión implacable en la cara del mulá y se preparó. Le gustaba mucho matar con la metralleta. El ardiente tableteo, el arma adquiriendo vida con las breves explosiones, el olor acre a pólvora, la sangre de los enemigos de Dios y de Irán derramándose. «Los mulás son enemigos y Jomeini sobre todo que ha cometido un sacrilegio al permitir que su fotografía fuese adorada, que sus seguidores le llamen Imán y que interpone a los mulás entre nosotros y Dios…, en contra de todas las enseñanzas del Profeta».

—¡De prisa! —aulló—. ¡Estoy perdiendo la paciencia!

—Quiero…, quiero a ese hombre —dijo Hussain señalando con el dedo.

Zataki miró en derredor. El mulá apuntaba a Starke.

—¿Al piloto? ¿Por qué? ¿Para qué? —preguntó perplejo.

—Para someterle a interrogatorio. Quiero interrogarle.

—¿Sobre qué?

—Sobre la fuga de oficiales desde Isfahán.

—¿Qué puede saber sobre ellos? Se encontraba conmigo en Bandar Delam, a centenares de kilómetros cuando eso ocurrió. Estaba ayudando a la revolución contra los enemigos de Dios —dijo Zataki con tono virulento—. Los enemigos de Dios están por todas partes, ¡por todas partes! Por doquier hay sacrilegio, por todas partes se practica la adoración de los ídolos…, ¿no es así?

—Sí, sí, los enemigos abundan y el sacrilegio es sacrilegio. Pero él es un piloto de helicóptero, el piloto del helicóptero que huyó era un Infiel, puede que él sepa algo. Quiero interrogarle.

—No lo harás mientras yo esté aquí.

—¿Por qué? ¿Por qué no? ¿Por qué no voy a…?

—¡Por Dios que no lo harás mientras yo esté aquí! ¡No lo harás mientras yo esté aquí! Más tarde, mañana, o pasado mañana, o cuando Dios quiera, ¡pero ahora no!

Zataki había puesto a prueba a Hussain y por su expresión y sus ojos se dio cuenta de que había cedido y que ya no representaba una amenaza. Observó uno a uno, con toda atención, los rostros de

los Green Bands que rodeaban al mulá pero ya no pudo percibir peligro alguno. Se dijo, sin sentir el menor remordimiento, que la muerte rápida y súbita de uno de ellos, había sido, como siempre, un elemento disuasorio de primera para los demás.

—Ahora, ya querrás regresar a tu mezquita, es casi la hora de oración.

Le dio la espalda y se dirigió hacia el jeep, a sabiendas de que sus hombres lo protegerían. Después de hacer una indicación a Starke y Ayre para que lo siguieran, se instaló en el asiento delantero, con la metralleta en posición aunque no de forma tan evidente como antes. Uno a uno, sus hombres fueron volviendo a los coches. Luego, empezaron a alejarse.

Hussain tenía el rostro ceniciento. Sus Green Bands se mantenían a la espera. Uno de ellos encendió un cigarrillo y todos eran plenamente conscientes del cuerpo que yacía a sus pies. Y de la sangre que todavía seguía empapando el suelo.

—¿Por qué les dejaste ir, padre? —preguntó el chiquillo con su voz cantarina.

—No lo he hecho, hijo mío. Ahora tenemos cosas importantes que hacer. Más tarde, volveremos.

XXXI

EN ZAGROS TRES: 12.05 DEL MEDIODÍA. Scot Gavallan tenía la mirada baja y clavada en el cañón de una «Stern» amartillada. Acababa de tocar tierra con el «212», después del primer viaje del día a Rig Rosa a fin de entregar otro cargamento completo de tuberías de acero y cemento y, tan pronto como paró los motores, se vio rodeado de Green Bands armados que habían surgido corriendo del hangar.

Tristemente consciente del miedo que lo embargaba, apartó la mirada del arma con gran esfuerzo y se encontró con aquellos ojos, negros y malévolos.

—¿Qué es lo que quieren? —gruñó, añadiendo luego en farsi titubeante—. *Cheh karbareh?*

El hombre del arma, furioso, emitió un torrente de palabras incomprensibles para él.

Scot se quitó los cascos.

—*Man zaban-e shoma ra khoob nami danam, Agha!* —dijo intentando hacerse oír por encima del chirrido de los motores y conteniendo las imprecaciones que le venían a la boca. A cambio obtuvo nuevas palabras iracundas mientras que el hombre le hacía gestos indicándole que saliera de la carlinga.

Entonces, vio a Nasiri, el gerente de la «IranOil», despeinado y lleno de contusiones, al que otros «Guardias Revolucionarios» habían hecho salir de la oficina conduciéndole a la fuerza hasta el «212». Sacó un poco la cabeza por la ventanilla.

—¿Qué diablos pasa aquí?

—Quieren…, quieren que salga del helicóptero, capitán —dijo a su vez Nasiri—. Ellos…, por favor, dese prisa.

—Que esperen a que lo pare.

Scot terminó, nervioso, las operaciones. El cañón de la «Stern» no se había movido un ápice y tampoco la hostilidad que le rodeaba había disminuido. Ya los rotores iban reduciendo la velocidad y, una vez que todo estuvo en orden, se desabrochó el cinturón y bajó. Tan pronto como hubo salido, lo hicieron a un lado sin contemplaciones. Unos hombres excitados, vociferantes, abrieron la portezuela de la carlinga por completo y atisbaron en su interior en tanto que otros hacían lo mismo con la portezuela de la cabina principal invadiéndola seguidamente.

—¿Qué diablos te ha pasado, Agha? —preguntó a Nasiri, al darse cuenta de la importancia de sus contusiones.

—El…, el nuevo comité se equivocó —dijo Nasiri, intentando conservar su dignidad—: creyeron que yo era…, pensaron que era partidario del Sha y no un hombre de la revolución y el Imán.

—¿Quiénes demonios son…? Desde luego, no de Yazdek.

Antes de que Nasiri pudiera contestar, el Green Band de la «Stern» se abrió camino entre todos aquellos hombres.

—¡A la oficina! ¡AHORA! —dijo en un inglés detestable, al tiempo que agarraba a Scot por la manga del chaquetón para obligarle a andar más rápido. Scot, de manera instintiva, se soltó con brusquedad. Entonces, sintió el cañón de un arma en sus costillas.

—¡Está bien, por todos los santos! —farfulló y avivó el paso en dirección a la oficina con el gesto torvo.

En la oficina, junto a la mesa, se encontraban Nitchak Khan, kalandar de la aldea y el viejo mulá, con las espaldas contra la pared al lado de la ventana. La expresión de ambos era hierática. Scot los saludó y ellos lo hicieron a su vez, incómodos, con un leve movimiento de cabeza. Detrás de él, entraron numerosos Green Bands junto con Nasiri.

—*Cheh karbareh, Kalandar?* —preguntó Scot.

—Estos hombres son… Dicen ser nuestro nuevo comité —contestó con dificultad Nitchak Khan—. Los han enviado de Sharpur para tomar posesión de nuestra… de nuestra aldea y nuestro… aeropuerto.

Scot estaba perplejo. Lo que el jefe de la aldea decía no tenía el menor sentido. Aun cuando Sharpur era el pueblo más cercano y tenía jurisdicción nominal sobre el área, las tribus Kash'kai de las montañas se gobernaban por sí solas por derecho consuetudinario…, siempre, naturalmente, que reconocieran la soberanía del Sha y de Teherán, obedecieran las leyes y se mantuvieran desarmados y pacíficos.

—Pero vosotros siempre os habéis gobern…

—¡Silencio! —ordenó el jefe de los Green Bands enarbolando su arma, Scot pudo observar cómo enrojecía Nitchak Khan. El jefe era barbudo, en la treintena, pobremente vestido y con algo en sus ojos oscuros que no auguraba nada bueno. Arrastró a Nasiri hacia el centro del grupo y empezó de nuevo a preguntar en farsi.

—Yo he de… yo tengo que traducir, capitán —dijo nervioso Nasiri —. El líder, Ali-sadr dice que tiene usted que contestar a las siguientes preguntas. Ya he contestado yo a la mayoría de ellas pero quiere…

Ali-sadr le cubrió de improperios y, seguidamente, empezó a leer de una lista que ya tenía preparada mientras Nasiri traducía.

—¿Eres tú el que está aquí al mando?

—Sí, temporalmente.

—¿Cuál es tu nacionalidad?

—Británica. Y ahora, ¿qué diab…?

—Algún americano aquí.

—No, que yo sepa —repuso Scot al punto, con el rostro impasible y la esperanza de que a Nasiri, que sabía que Rodrigues, el mecánico, era americano con un documento de identidad británico falso, no le hubiera hecho aquella pregunta. Nasiri la tradujo sin la menor vacilación. Uno de los Green Bands iba escribiendo las respuestas.

—¿Cuántos pilotos hay aquí?

—Por el momento, yo soy el único.

—¿Dónde están los otros, quiénes son y cuál es su nacionalidad?

—Nuestro piloto jefe, el capitán Lochart, es canadiense y está en Teherán, en un vuelo charter fuera de Teherán, creo saber. Esperamos su regreso cualquier día de estos. El otro, el segundo en el mando, es el capitán Sessonne, francés, y hubo de ir a Teherán hoy en vuelo charter urgente por cuenta de «IranOil».

El líder levantó la vista. Su mirada era dura.

—¿Qué era tan urgente?

—Rig Rosa está preparado para abrir un nuevo pozo.

Esperó mientras Nasiri explicaba lo que aquello significaba y que los perforadores petrolíferos necesitaban la ayuda urgente de los expertos de «Schlumberger» que ahora tenía su base en Teherán. Aquella mañana, Jean-Luc había telefoneado a su ATC local en Shiraz con la esperanza de obtener autorización para ir a Teherán. Ante su asombro e inmensa satisfacción, ATC de Shiraz dio su inmediata aprobación. «El Imán ha decretado que comience la producción petrolífera, así que empezará», le habían dicho.

En cuestión de minutos, Jean-Luc estuvo en el aire. Scot Gavallan sonrió para sí, sabedor de la verdadera razón de que Jean-Luc diera tres saltos mortales en la carlinga del «206». Se debía a que ahora podía escurrirse para hacer una visita, demorada por tanto tiempo, a Soyada, Scot la había visto en una ocasión. «¿No tendrá una hermana?» preguntó esperanzado.

El líder escuchaba con actitud impaciente a Nasiri y volvió a interrumpirle. Nasiri se acobardó.

—Él, Ali-sadr, dice que, en el futuro, todos los vuelos habrán de ser autorizados por él o por ese hombre… —tradujo Nasiri y señaló al joven Green Band que había estado escribiendo las contestaciones de Scot—. En el futuro, todos los vuelos llevarán a uno de sus hombres a bordo. En el futuro, no se hará ningún despegue sin un permiso previo. Y dentro de una hora más o menos usted le llevará a él y a sus hombres a recorrer todas las plataformas del área.

—Explíquele que eso no será posible porque he de entregar más tuberías y cemento en Rig Rosa. De lo contrario, no estarán preparados cuando Jean-Luc regrese mañana.

Nasiri comenzó a dar aquella explicación. El líder le interrumpió con rudeza y se puso en pie.

—Di al piloto Infiel que esté preparado para dentro de una hora y entonces… No, mejor aún, dile que vendrá con nosotros a la aldea donde yo pueda vigilarle. Tú nos acompañarás también. Y dile que sea muy obediente; en Irán, aunque el Imán quiere que se empiece rápidamente la producción de petróleo, todas las personas están sometidas a la ley islámica, sean o no iraníes. Aquí no queremos extranjeros —miró a Nitchak Khan—. Ahora, volveremos a nuestra aldea —dijo, y salió de prisa.

Nitchak Khan enrojeció. Él y el mulá lo siguieron.

—Tenemos que ir con el capitán —dijo Nasiri—. A la aldea.

—¿Para qué?

—Bueno, usted es el único piloto y conoce el terreno —se apresuró a decir Nasiri, preguntándose cuál sería la verdadera razón. Sentía un gran temor.

No había existido indicio alguno de cambios inmediatos como tampoco habían observado que la carretera estaba abierta, algo que no ocurría desde que quedara cortada por la tempestad de nieve. Pero aquella mañana, el camión con doce Green Bands había llegado a la aldea. Al punto, el líder del Comité había sacado el trozo de papel firmado por el Comité Revolucionario de Sharpur concediéndoles jurisdicción sobre Yazdek y sobre «toda la producción, instalaciones y helicópteros de "IranOil" en el área». Cuando, a petición de Nitchak Khan, Nasiri dijo que llamaría a «IranOil» por radio para protestar, uno de los hombres comenzó a golpearle. El líder detuvo a aquel hombre, pero no presentó disculpa alguna como tampoco mostró a Nitchak Khan el respeto debido por su calidad de kalandar de esa rama del Kash'kai.

Nasiri sintió que sus temores se acrecentaban, deseando hallarse en esos momentos en Sharpur con su mujer y su familia. «¡Maldiga

Dios a todos los comités, y fanáticos y extranjeros y al Gran Satanás americano causante de todos nuestro problemas!».

—Más vale…, más vale que vayamos —dijo.

Salieron afuera. Los otros llevaban ya un buen trecho de camino recorrido en dirección a la aldea. Al pasar Scot por delante del hangar, vio a sus seis mecánicos reunidos bajo la mirada vigilante de un guardia armado. Este estaba fumando y Scot sintió un agudo malestar. Por todas partes había letreros en farsi y en inglés: PROHIBIDO FUMAR… ¡PELIGRO! A uno de los lados se encontraba el segundo «212» en las etapas finales del chequeo de las quince mil horas, pero, sin los dos «206» que completaban en aquel momento el conjunto de los aparatos de que disponían, el hangar parecía vacío y desolado.

—Agha —dijo a Nasiri señalando con la cabeza a los guardias que les acompañaban a ellos—, dígales que he de hacer preparativos para el helicóptero y que ordenen a ese imbécil que no fume en el hangar.

Nasiri hizo lo que le decía.

—Dicen que está bien pero que se dé prisa.

El guardia que estaba fumando tiró, indolente, el cigarrillo al suelo. Uno de los mecánicos se apresuró a aplastarlo. Nasiri hubiera querido quedarse pero los guardias le indicaron que siguiera adelante, lo que hizo reacio.

—Llenad el tanque de FBC y hacedle un chequeo de tierra —dijo Scot con cautela, ya que podía darse el caso de que alguno de los guardias entendiera el inglés—. Dentro de una hora he de llevar a nuestro comité para un recorrido estatal del territorio. Parece que ahora tenemos un nuevo comité de Sharpur.

—¡Mierda! —farfulló alguien.

—¿Y qué hay del material para Rig Rosa? —preguntó Effer Jordon. Junto a él se encontraba Rod Rodrigues. Scot se dio cuenta de su ansiedad.

—Tendrá que esperar. Limítate a llenar el tanque FBC, Effer y revisadlo entre todos. Ahora, todo volverá a la normalidad, Rod —

dijo para animar a Rodrigues—. Pronto te llegará tu permiso para irte a Londres, *¿capito?*

—Claro. Gracias, Scot.

El guardia que se encontraba junto a Scot le indicó que siguiera caminando.

—*Baleh Agha*…, sí muy bien, Excelencia —dijo Scot y luego añadió dirigiéndose a Rodrigues—: Hazme un cuidadoso chequeo, Rod.

—Desde luego.

Scot se alejó seguido por los guardias. Jordon gritó con tono ansioso.

—¿Qué está pasando aquí y adónde vas tú?

—Me voy a dar un paseo —contestó Scot con tono sarcástico—. ¿Cómo diablos voy a saberlo? He estado volando toda la mañana.

Siguió avanzando reacio, se sentía cansado, impotente e incapaz y deseaba que fueran Lochart o Jean-Luc quienes estuvieran en su lugar. ¡Esos malditos bastardos del Comité! Son un hatajo de condenados canallas.

Nasiri iba a unos cien metros por delante, andando rápidamente. Los demás ya habían desaparecido en la curva del sendero que zigzagueaba entre los árboles. Estaba bajo cero y la nieve crujía bajo sus pies, y, aun cuando Scot no sentía frío con chaquetón de vuelo, le resultaba incómodo andar con sus botas de vuelo y avanzaba de malhumor, quería dar alcance a Nasiri, pero le resultaba imposible hacerlo. La nieve estaba acumulada a cada lado del sendero y también pesando sobre los árboles. El cielo aparecía despejado. A un kilómetro de distancia, al final del zigzagueante sendero, estaba la aldea.

Yazdek se hallaba enclavada sobre una pequeña meseta, bien protegida de los fuertes vientos. Las chozas y las casas eran de madera, piedra y ladrillos de barro y estaban agrupadas alrededor de la plaza, frente a la pequeña mezquita. A diferencia de la mayor parte de las aldeas, esta gozaba de prosperidad, tenía mucha leña para calentarse en invierno y también caza por las cercanías, con

rebaños comunales de cabras y ovejas, algunos camellos y treinta caballos y yeguas de cría que eran su orgullo. La casa de Nitchak Khan, una construcción de dos plantas, con la techumbre de tejas y cuatro habitaciones, se alzaba junto a la mezquita y era más grande que cualquiera de las otras.

La escuela estaba al lado. El edificio más moderno de toda la aldea. Tom Lochart la había diseñado muy sencilla y persuadido a McIver para que financiara su construcción el año anterior. Hasta unos meses antes había estado dirigida por un joven perteneciente al Cuerpo de Profesorado del Sha. La aldea era prácticamente analfabeta en su totalidad. Al irse el Sha, el joven desapareció. De vez en cuando, Tom Lochart y los otros miembros de la base daban charlas allí, aunque más bien se trataba de sesiones de preguntas y respuestas, en parte por mantener las buenas relaciones y también para tener algo en qué distraerse cuando no estaban volando. Las sesiones gozaban de una buena asistencia por parte de adultos y niños, alentados por Nitchak Khan y su mujer.

Al descender por la ladera, Scot vio a los otros entrar en la escuela Delante del edificio se hallaba aparcado el camión que condujera a los Green Bands hasta allí. Los aldeanos formaban grupos, y observaban en silencio. Hombres, mujeres y niños, ninguno de ellos iba armado. Las mujeres kash'kai no llevaban velo ni chador aunque sí túnicas multicolores.

Scot subió los escalones del colegio. La última vez que estuvo allí, hacía tan solo unas semanas, había dado una charla sobre el Hong Kong que él conoció cuando su padre trabajaba todavía allí y adonde él iba a pasar las vacaciones desde su internado en Inglaterra. Fue difícil explicarles cómo era Hong Kong, con su laberinto de calles, los tifones, sus palillos para comer, los caracteres de su escritura, sus manjares y su capitalismo filibustero, la inmensidad de toda China. «Me alegro de que volviéramos a Escocia —se dijo—. Me alegro de que el Viejo fundara "S-G" que yo dirigiré un día».

—Tiene que sentarse, capitán —dijo Nasiri—. Ahí. —Le indicó un asiento en la parte trasera de una habitación de techo bajo abarrotada de gente.

Ali-sadr y cuatro de sus Green Bands se encontraban sentados a la mesa a la que habitualmente se sentaba el maestro. Y frente a ellos, también sentados, estaban Nitchak Khan y el mulá.

Los aldeanos permanecían en pie alrededor de ellos.

—¿Qué es esto?

—Es…, es una reunión.

Scot se dio cuenta del miedo que embargaba a Nasiri y se preguntó que haría él si los Green Bands empezaban a golpearle. «Tendría que haber sido cinturón negro o boxeador», pensó abrumado, tratando de entender el farsi que salía a modo de torrente de la boca del líder.

—¿Qué está diciendo, Agha? —preguntó a Nasiri en un susurro.

—Yo…, él…, está diciendo… dice a Nitchak Khan, cómo será gobernada la aldea en el futuro. Por favor, ya se lo explicaré después —dijo Nasiri. Y se apartó de él.

Finalmente terminó toda aquella diatriba. Entonces, miraron a Nitchak Khan, que se puso en pie lentamente. Su expresión era grave y sus palabras escuetas. Incluso Scot las entendió.

—Yazdek es kash'kai, Yazdek seguirá siendo kash'kai.

Contorneó la mesa e inició la salida seguido por el mulá.

Obedeciendo una iracunda orden del líder, dos Green Bands le cortaron el paso. Nitchak Khan los apartó, despectivo, entonces, otros lo agarraron y la tensión empezó a subir en la habitación y Scot pudo ver cómo un aldeano salía inadvertido de ella. Los Green Bands que retenían a Nitchak Khan le obligaron a volverse de cara a Ali-sadr mientras los otros cuatro se ponían en pie furiosos y dando voces. Nadie había tocado al anciano que era el mulá. Este alzó una mano y empezó a hablar, pero el líder vociferó que se callase y un estremecimiento recorrió a los aldeanos. Nitchak Khan no forcejeó con los hombres que lo sujetaban, se limitó a mirar a Ali-sadr y Scot sintió en él el odio como un mazazo físico.

El líder arengó a los aldeanos, luego, señaló a Nitchak Khan con dedo acusador ordenándole una vez más que obedeciera.

—Yazdek es kash'kai, Yazdek seguirá siendo kash'kai —dijo Nitchak Khan una vez más sin inmutarse.

Ali-sadr se sentó e igual hicieron los cuatro Green Bands. De nuevo Ali-sadr hizo un gesto y dijo algunas palabras. Un estremecimiento recorrió a los aldeanos. Los cuatro hombres que se sentaban a sus dos lados asintieron mostrándose de acuerdo. Ali-sadr dijo una sola palabra que cortó el silencio como una cimitarra.

—¡Muerte!

Se puso en pie y salió, seguido por los aldeanos y los Green Bands, que tenían agarrado a Nitchak Khan obligándole a caminar. Scot quedó olvidado. Scot se escabulló por un lado, y trató de pasar inadvertido. Scot se había quedado solo.

Una vez fuera, los Green Bands arrastraron a Nitchak Khan hasta el muro de la mezquita, y le obligaron a permanecer de pie contra él. La plaza había quedado desierta de aldeanos. Al salir a ella, los demás aldeanos que estaban dentro de la escuela desaparecieron también como por encanto. Salvo el mulá. Este se encaminó lentamente hasta donde se encontraba Nitchak Khan y permaneció junto a él y frente a los Green Bands que, a veinte metros de distancia montaban sus armas. Obedeciendo las órdenes de Ali-sadr, dos de ellos, por la fuerza, obligaron a apartarse al anciano. Nitchak Khan esperaba junto al muro en silencio, en actitud orgullosa. Finalmente, escupió al suelo.

El disparo llegó certero desde algún punto. Ali-sadr estaba muerto antes de desplomarse en el suelo. Se hizo un silencio repentino y denso, y los Green Bands giraron presos del pánico. Luego se quedaron rígidos al oír una voz que gritaba:

—¡Allah-u Akbarr, tirad vuestras armas!

Nadie se movió. Luego, uno de los del pelotón de ejecución dio media vuelta y apuntó a Nitchak Khan, pero murió antes siquiera de apretar el gatillo.

—¡Dios es Grande, tirad vuestras armas!

Otro de los Green Bands dejó caer el arma al suelo. El que había a su lado lo imitó, un tercero echó a correr en un intento de alcanzar el camión pero murió antes de haber recorrido diez metros. A partir de ese momento, todas las armas cayeron al suelo. Y todos los que quedaban permanecieron allí en pie, inmóviles.

Entonces, la puerta de la casa de Nitchak Khan se abrió y su mujer apareció en el hueco apuntando con la carabina, seguida de un joven también armado de carabina. Su porte era orgulloso, tenía diez años menos que su marido y en la plaza solo se escuchó el tintineo de sus arracadas y cadenas y el siseo de su tan y de su túnica escarlata.

Los oblicuos ojos de Nitchak Khan acentuaron aún más su forma en su rostro de altos pómulos y se ahondaron las ya profundas arrugas en las comisuras. Pero no le dijo nada a ella y se limitó a mirar a los ocho Green Bands que quedaban. Inmisericorde. Ellos mantuvieron la mirada y uno de ellos intentó echar mano a su arma. La mujer le disparó al estómago y él lanzó un alarido, retorciéndose sobre la nieve. Ella le dejó aullar durante unos instantes. Un segundo disparo y todo quedó en silencio.

Solo quedaban siete.

Nitchak sonrió, silencioso. De las casas y las chozas empezaron a salir los hombres y las mujeres de la aldea los cuales se concentraron en la plaza. Todos ellos iban armados. Nitchak Khan centró de nuevo su atención en los siete.

—Subid al camión, tumbaos en el suelo y poned las manos a la espalda.

Los hombres obedecieron hoscos. Ordenó a cuatro de los aldeanos que los vigilaran y luego se volvió hacia el joven que había salido de su casa.

—Todavía queda uno en el aeropuerto, hijo mío. Llévate alguien contigo y ocúpate de él. Trae el cuerpo contigo. Cubríos la cara con pañuelos para que los Infieles no puedan reconoceros.

—Es la voluntad de Dios —dijo el joven señalando hacia la escuela. La puerta seguía abierta pero no había el menor rastro de

Scot—. El infiel —dijo en voz queda— no pertenece a nuestra aldea.

Luego se alejó rápido.

Los aldeanos se mantenían a la expectativa. Nitchak Khan se rascó la barba pensativo. Luego miró a Nasiri que se agazapaba junto a los escalones de la escuela.

Nasiri se quedó lívido.

—Yo…, yo no he…, yo no he visto nada, Nitchak Khan —gruñó. Y levantándose pasó junto a los cuerpos—. Yo siempre, durante los dos años que he estado aquí he hecho siempre cuanto he podido por la aldea. Yo…, yo no he visto nada —dijo en voz más alta, abyecto. Entonces, el terror hizo mella en él y echó a correr para salir de la plaza. Y murió. Al menos una docena dispararon contra él.

—Bien es verdad que el único juez de la maldad de estos hombres debería ser Dios. —Nitchak Khan suspiró. Había sentido simpatía por Nasiri, pero no era uno de los suyos.

Su mujer se acercó a él que la sonrió. Ella sacó un cigarrillo y se lo entregó, después, le dio fuego. Seguidamente, se metió los cigarrillos y las cerillas en el bolsillo. Él fumó pensativo. Entre las casas, algunos perros ladraron y un niño empezó a llorar siendo acallado rápidamente.

—Se producirá una pequeña avalancha para interrumpir la carretera donde antes quedó cortada y así se impide que nadie salga hasta el deshielo —dijo al fin—. Meteremos los cuerpos en el camión y lo rociaremos con gasolina, después lo despeñaremos desde la carretera al barranco de los Broken Camels. Parece que el Comité ha llegado a la conclusión de que podemos gobernarnos nosotros mismos, como lo hemos hecho siempre, y que deben dejarnos en paz, como siempre. Luego, se han ido y se han llevado el cuerpo de Nasiri con ellos. Han matado a Nasiri aquí, en la plaza, todos lo hemos visto, cuando él intentaba escapar a la justicia. Desgraciadamente, sufrieron un accidente a su regreso. Como todo el mundo sabe, esta es una carretera muy peligrosa. Es probable que se llevasen su cuerpo como prueba de que habían cumplido con su deber limpiando nuestras montañas de un bien conocido

partidario del Sha, cuando este estaba en el poder y antes de su huida.

Los aldeanos asintieron satisfechos. Todos querían saber la respuesta al interrogante final: ¿Qué iba a pasar con el último testigo? ¿Qué hacer con el Infiel que todavía se encontraba en la escuela?

Nitchak Khan se rascó la barba. Ese gesto le servía de gran ayuda siempre que debía adoptar decisiones difíciles.

—Pronto vendrán más Green Bands por dos razones: atraídos por el magnetismo de las máquinas voladoras, construidas por extranjeros, pilotadas por extranjeros en provecho de los extranjeros, y en busca del petróleo que se extrae de nuestra tierra en beneficio de nuestros enemigos de Teherán, de los enemigos recaudadores de impuestos y de más extranjeros. Si no hubiese pozos, no habría extranjeros y, por lo tanto, tampoco Green Bands. La tierra es rica en petróleo en cualquier parte, y este resulta fácil de extraer en cualquier parte. La nuestra no lo es. Nuestros escasos pozos carecen de importancia y las once bases son de difícil y muy peligroso acceso. ¿Acaso no hubieron de hacer volar, hace unos días tan solo, la cima de la montaña para evitar una avalancha?

Hubo acuerdo general. Nitchak Khan fumaba con fruición. El pueblo le observaba confiado…, era el kalandar, su jefe, un jefe que había gobernado con sabiduría durante dieciocho años, en tiempos buenos y malos.

—Si no hubiese máquinas voladoras, no podría haber pozos. De manera que si esos extranjeros se fueran —siguió diciendo con la misma voz bronca—, dudo mucho que otros extranjeros se aventuraran a venir aquí para reparar y volver a abrir las once bases, ya que, con toda seguridad, estas se deteriorarían rápidamente, incluso tal vez fueran saqueadas y destrozadas por los bandidos. De esa manera, nos dejarían en paz. Sin nuestra ayuda, nadie puede trabajar en estas montañas. Nosotros, los kash'kai, tratamos de vivir en paz… Seremos libres y nos gobernaremos a nuestra manera y según nuestras costumbres. Por eso, los extranjeros tienen que irse,

por su propia voluntad. Y han de irse pronto. Y los pozos también. Y todo cuanto sea extranjero. —Aplastó cuidadosamente el cigarrillo sobre la nieve—. Empecemos ya: prendamos fuego a la escuela.

Le obedecieron de inmediato. Un poco de gasolina y la madera, seca como la yesca, ardió al punto convirtiéndose en una inmensa hoguera. Todos se mantuvieron a la espera. Pero el Infiel no apareció por parte alguna y tampoco pudieron encontrar sus restos cuando rebuscaron entre los escombros.

XXXII

CERCA DE TABRIZ: 11.49 DE LA MAÑANA. Erikki Yokkonen ascendía con el «206» mientras atravesaban el alto desfiladero al final del cual se encontraba la ciudad. Nogger Lane iba sentado junto a él y Azadeh detrás. Ella vestía un grueso chaquetón de vuelo sobre sus ropas de esquiar. Pero en el maletín que llevaba al lado estaba el chador.

—Por si acaso —había dicho.

Un tercer juego de cascos que Erikki había improvisado para ella le permitía comunicarse con ellos.

—Tabriz Uno, ¿me recibís? —repitió. Siguió sin haber contestación aunque se hallaban a su alcance—. Puede estar abandonada, podría tratarse de una trampa como le ocurrió a Charlie.

—Más vale que le eches un buen vistazo y te cerciores antes de que aterricemos —dijo Nogger incómodo, mientras escudriñaba los cielos y la tierra.

El cielo aparecía despejado. La temperatura estaba a varios grados bajo cero y las montañas se veían cubiertas de una densa capa de nieve. Habían repostado sin incidentes en un depósito de «IranOil», en las afueras de Bandare Pahlevi por acuerdo con el control de Tráfico Aéreo de Teherán.

—Jomeini lo tiene todo en bandeja, con la ayuda de la CTA y los aeropuertos abiertos de nuevo —había comentado Erikki intentando sacudirse la sensación depresiva que les embargaba a los tres.

Azadeh estaba aún terriblemente impresionada por la noticia de la ejecución del emir Paknouri, acusado de «crímenes contra el

Islam» y el hecho aún más espantoso, acaecido al padre de Sharazad.

—¡Eso es un asesinato! —había exclamado aterrada al enterarse —. ¿Qué crímenes pueden haber cometido cuando durante generaciones han estado apoyando a Jomeini y a los mulás?

Ninguno de ellos tenía respuesta para todo lo que estaba ocurriendo. A la familia se le había dicho que recogieran el cuerpo y, en aquellos momentos, estaban sumidos en un profundo y desesperado duelo, Sharazad casi enloquecida de dolor…, la casa cerrada, incluso para Azadeh y Erikki. Azadeh no quería abandonar Teherán pero había llegado un segundo mensaje de su padre a Erikki repitiendo el primero: Capitán, necesito urgentemente a mi hija en Tabriz. Ahora, casi estaban en casa.

«Una vez fue nuestra casa —se dijo Erikki—. Ya no estoy tan seguro». Cerca de Kazvin, sobrevoló el lugar en que su «Range Rover» se había quedado sin gasolina y donde Pettikin y Rakoczy les habían rescatado, a él y a Azadeh, de las turbas. El vehículo ya no se encontraba allí. Más tarde, pasaron por encima de la mísera aldea donde la carretera estuvo bloqueada y de la que había escapado aplastando al muyahidín que les robara sus documentos. Pensó que era una verdadera locura volver allí.

—Mac tiene razón —le había suplicado Azadeh—. Ve tú a Al Shargaz. Deja que Nogger me lleve a Tabriz y me recoja en el siguiente vuelo. Me reuniré contigo en Al Shargaz pese a lo que mi padre pueda decir.

—Te llevaré a casa y te traeré de nuevo conmigo —le había dicho él—. Punto.

Habían salido de Doshan Tappeh poco antes de apuntar el alba. La base estaba casi desierta, muchos de sus edificios y hangares convertidos en cenizas, destrozados los camiones y aviones de las Fuerzas Aéreas iraníes, e incendiado un tanque con el emblema de Los Inmortales en el costado. No había nadie que pusiese algo de orden en aquel desastre. Ni un solo guardia. Los basureros se llevaban cuanto pudiera arder…, seguía sin haber apenas

combustible o comida a la venta. Lo que no faltaba, ni de día ni de noche, eran las constantes y sangrientas escaramuzas entre los Green Bands y los izquierdistas.

El hangar y el taller de reparaciones de «S-G» apenas habían sufrido daños. Muchos agujeros de balas en las paredes pero no habían sido saqueados aún y estaban más o menos en funcionamiento con algunos mecánicos y el personal administrativo haciendo su trabajo habitual. La atracción magnética que los condujo de nuevo hasta allí fue el pago de sueldos atrasados con el dinero que McIver lograba obtener de Valik y de los otros socios. También había entregado algún dinero a Erikki para que pagara al personal de Tabriz Uno.

—Empieza a rezar, Erikki. Hoy tengo una cita en el Ministerio para solucionar la cuestión de nuestras finanzas y del dinero que se nos debe —les había dicho poco antes de que despegaran—. Y también para renovar todas nuestras licencias caducadas. Ha sido Talbot, de la Embajada, quien la ha obtenido para mí. Cree que existen buenas posibilidades de que Bazargan y Jomeini obtengan ahora el control y desarmen a los izquierdistas. Nosotros solo tenemos que mantener el fuerte, y conservar la calma.

«A él le resulta fácil», pensaba Erikki.

En aquellos momentos, coronaban el desfiladero. Ladeó el aparato que descendió rápido.

—¡Ahí está la base!

Ambos pilotos se concentraron. La manga de viento era lo único que se movía. No se veían vehículos de transporte en parte alguna. Tampoco salía humo de los remolques.

—Debería haber humo —dijo trazando círculos cerrados a doscientos metros de altura. Nadie salió a saludarles—. Echaré un vistazo más de cerca.

Giraron rápidamente para alejarse de nuevo. Seguía sin moverse nada mientras volvían a subir a trescientos metros. Erikki reflexionó un instante.

—Puedo tomar tierra en el antepatio de palacio o afuera, junto a los muros, Azadeh.

Azadeh hizo un movimiento negativo de cabeza.

—No, Erikki. Ya sabes lo nerviosos que son sus guardias y cuán sensitivo es a cualquiera que llegue sin que él lo haya pedido.

—Pero a nosotros nos lo ha pedido, al menos a ti. Ordenado es el término más exacto. Podemos sobrevolarlo, echar un vistazo y si todo parece estar en orden, tomar tierra.

—Podríamos tomar tierra algo más lejos y caminar hasta…

—Nada de caminar. Sobre todo sin llevar armas.

Le había resultado imposible encontrar una en Teherán. «Cualquier maldito gamberro tiene cuantas quiere —pensó irritado —. He de encontrar una. Ya no me siento seguro».

—Iremos a echar un vistazo y luego decidiremos. —Cambió a la frecuencia de Tabriz Uno y llamó. No hubo respuesta. Llamó de nuevo y luego, ladeando el aparato, voló hacia la ciudad. Al sobrevolar su aldea de Abu Mard, Erikki señaló hacia abajo.

Azadeh divisó la pequeña escuela, donde pasara horas tan felices, los calveros cercanos y allí, exactamente junto al arroyo, era donde vio a Erikki por vez primera, tomándole por un gigante del bosque y enamorándose por puro milagro de él que le había librado de una vida atormentada. Pasó la mano por la ventanilla y lo tocó.

—¿Estás bien? ¿Tienes frío? —la sonrió Erikki.

—No, Erikki. Por supuesto. La aldea nos dio suerte, ¿no crees? —Mantuvo la mano sobre el hombro de él. Aquel contacto les agradaba a ambos.

Pronto pudieron ver el aeropuerto y la vía férrea que se prolongaba hacia el Norte, hasta el Azerbaiyán soviético, a unos kilómetros de distancia, para llegar hasta Moscú. Por el Sudeste retrocedía zigzagueando hacia Teherán, quinientos sesenta kilómetros de distancia. La ciudad era grande. Pudieron distinguir la ciudadela, la Mezquita Azul, las fábricas de acero contaminadoras, las chozas, los tugurios, las casas, ocupadas por seiscientos mil habitantes…

—¡Mirad eso!

Parte de la estación de ferrocarril había ardido y seguía humeando todavía. Más incendios cerca de la ciudadela, la torre de Tabriz seguía sin contestar y en las pistas del aeropuerto no se veía actividad alguna aunque hubiese algunos pequeños aviones nodriza aparcados. Gran actividad en la base militar, idas y venidas de camiones y coches pero, hasta donde les era posible ver, no había disparos, ni lucha, ni turbas por las calles. Todo el área alrededor de la Mezquita se encontraba curiosamente desierta.

—No bajaré mucho —dijo—. No sea que haya algún imbécil aficionado a apretar el gatillo.

—¿Te gusta Tabriz, Erikki? —le preguntó Nogger tratando de disimular su inquietud. Jamás había estado allí antes.

—Es una ciudad imponente, antigua y sabia, abierta y libre… La más cosmopolita de Irán. Aquí he pasado momentos formidables. Encuentras manjares de todo el mundo, a buen precio y con facilidad: caviar y vodka ruso, salmón ahumado escocés y, una vez por semana, en los buenos tiempos, «Air France» traía pan y queso franceses. Artículos turcos y caucasianos, británicos, americanos, japoneses…, cualquier cosa y todo cuanto quieras. Es famosa por sus alfombras, Nogger, y por la belleza de sus mujeres… —Rio al notar cómo Azadeh le pellizcaba el lóbulo de la oreja—. Es verdad, Azadeh, ¿acaso no eres tú de Tabriz? De verdad, Nogger, se trata de una hermosa ciudad. Hablan un dialecto del farsi que es más turco que otra cosa. Durante siglos, ha sido un centro comercial en extremo importante, en parte iraní y también en ruso, turco, kurdo y armenio, siempre rebelde e independiente y siempre codiciado por los zares y ahora por los soviéticos…

Aquí y allá grupos de gentes miraban en su dirección.

—¿Puedes ver armas, Nogger?

—En cantidad, pero ninguna nos dispara. De momento.

Erikki, cauteloso, bordeó la ciudad y se dirigió hacia el Este. Más allá, la tierra ascendía formando colinas cerradas y allí estaba el palacio amurallado de los Gorgon, en una de las cimas, con una

carretera que llegaba hasta él. En esta, la circulación brillaba por su ausencia. En el interior de los altos muros muchas hectáreas de tierra: huertos, una fábrica de alfombras, garajes para veinte coches, cobertizos para albergar rebaños de ovejas en invierno, cabañas y dependencias para el más o menos centenar de sirvientes y guardias…, y el edificio principal, desplegado abovedado, con cincuenta habitaciones, una pequeña mezquita y un minúsculo minarete. Ante la entrada principal había varios coches aparcados. Erikki trazó círculos a doscientos metros.

—¡Vaya choza! —exclamó Nogger Lane deslumbrado.

—Fue construido para mi tatarabuelo, el príncipe Zergeyev, por orden de los zares Romanov como pishkesh, Nogger —explicó Azadeh con aire ausente, mirando hacia abajo—. Eso fue en 1890, cuando ya los zares nos habían robado las provincias caucasianas y, una vez más, intentaban separar Azerbaiyán de Irán con la ayuda de los Gorgon Khan. Pero nuestra estirpe siempre ha sido leal a Irán, aun cuando en todo momento hemos tratado de mantener un equilibrio. —No perdía de vista el palacio. Salía gente del edificio principal y también de las dependencias…, sirvientes y guardias armados—. La mezquita fue construida en 1907 para celebrar la firma del nuevo tratado ruso-británico sobre la forma en que se nos repartirían y las esferas de influ… ¡Mira, Erikki…! Ahí están Najoud y Fazulia y Zadi y…, caramba, mira, Erikki, ¿no es ese mi hermano Hakim? ¿Qué hace Hakim aquí?

—¿Dónde? Ah, sí, ya lo veo. No, no cr…

—Quizás…, quizás Abdollah Khan lo haya perdonado —dijo ella presa de una gran excitación—. Sería maravilloso, ¿verdad?

Erikki escudriñó a los que estaban abajo. Solo había hablado con el hermano de ella en una ocasión, durante su boda, pero le había resultado especialmente simpático. Abdollah Khan le había permitido abandonar su exilio solo ese día; después, lo había enviado de vuelta a Khoi, en la parte norte de Azerbaiyán, cerca de la frontera turca, donde tenía grandes intereses mineros.

—Alí Hakim siempre quiso ir a París a estudiar piano —le había contado Azadeh—. Mi padre ni siquiera quiso escucharle, se limitó a maldecirle y a desterrarle por conspirador.

—No es Hakim —dijo Erikki, cuya vista era mucho más aguda que la de ella.

—¡Ah! —murmuró Azadeh bizqueando por el viento—. ¡Ah! —Se sentía tan decepcionada—. Sí, sí, tienes razón, Erikki. ¡Ahí está Abdollah Khan!

Aquel hombre, inconfundible, de presencia imponente, corpulento, y con luenga barba, salía por la puerta principal y permanecía en pie en los escalones, con dos guardias armados detrás de él. Junto a su padre, había otros dos hombres. Todos llevaban abrigos gruesos contra el frío.

—¿Quiénes son esos? —preguntó Erikki.

—Forasteros —afirmó Azadeh, intentando disimular su decepción —. No llevan armas y tampoco van acompañados por un mulá. Eso quiere decir que no son Green Bands.

—Europeos —dijo Nogger—. ¿Tienes prismáticos, Erikki?

—No —respondió este. Entonces, dejó de hacer círculos y bajó a ciento cincuenta metros y se inmovilizó en el aire, observando con mucha atención a Abdollah Khan. Vio cómo este señalaba al helicóptero y luego hablaba con los otros hombres, para volver su atención al aparato. La mayoría de hermanas y familiares, algunas mujeres con el chador, así como sirvientes habían formado un grupo protegiéndose contra el frío. Descendió otros treinta metros. Se quitó las gafas oscuras y los cascos y corrió el cristal de la ventanilla, estremeciéndose al recibir el viento glacial de lleno en el rostro, sacó la cabeza para que pudieran verle con claridad y agitó la mano. Abajo, todas las miradas convergieron en Abdollah Khan. Al cabo de una pausa, el Khan agitó la mano también. Sin placer alguno.

—Azadeh, quítate los cascos y haz lo mismo que yo.

Azadeh le hizo caso al momento. Algunas de sus hermanas, excitadas, agitaron las manos, mientras parloteaban animadamente entre ellas. Abdollah Khan no dio señales de reconocer a su hija. Se

limitó a esperar. *¡Matyeryebyets!*, pensó Erikki. Después apareció otra vez en la ventanilla y señaló hacia el amplio espacio que se veía más allá de la piscina de mosaicos helada que había en el patio, solicitando a todas luces permiso para tomar tierra. Abdollah Khan asintió. Señaló en aquella dirección mientras hablaba brevemente con sus guardias. Seguidamente dando media vuelta, volvió a entrar en la casa. Los otros hombres le siguieron. Uno de los guardias permaneció allí, bajando luego los escalones en dirección al punto de aterrizaje, tras comprobar el funcionamiento de su fusil de asalto.

—Nada como un comité de recepción rebosante de cordialidad —farfulló Nogger.

—No tienes de qué preocuparte, Nogger —le tranquilizó Azadeh con risa nerviosa—. Yo bajaré primero, Erikki, es más seguro para mí que sea la primera.

Tomaron tierra de inmediato. Azadeh abrió la portezuela y se dirigió a saludar a sus hermanas y su madrastra, la tercera mujer de su padre y más joven que ella. La primera mujer, la Khanan, tenía más o menos la edad de él, pero estaba enferma y nunca abandonaba su habitación. Su segunda mujer, la madre de Azadeh había muerto hacía muchos años.

El guardia interceptó a Azadeh. Con toda cortesía. Erikki respiró más tranquilo. Se encontraba demasiado alejado para oír lo que decían. De cualquier forma, ni él ni Nogger hablaban farsi o turco. El guardia hizo un gesto en dirección al helicóptero. Azadeh asintió, se volvió hacia ellos e hizo señas de que se acercaran. Erikki y Nogger terminaron de cerrar mientras vigilaban al guardia que a su vez les observaba con gran seriedad.

—¿Aborreces las armas tanto como yo, Erikki? —le preguntó Nogger.

—Más si cabe. Pero al menos ese hombre sabe cómo utilizarlas…, los aficionados son los que me aterran.

Erikki desconectó el circuito eléctrico y se guardó la llave de contacto.

Fueron a reunirse con Azadeh y sus hermanas pero el guardia les interceptó el paso.

—Dice que hemos de ir inmediatamente al Salón de Recepción y que esperemos allí. Seguidme, por favor —les dijo Azadeh.

Nogger fue el último de la fila. Una de las bonitas hermanas de Azadeh le había atraído y, sonriendo para sus adentros, subió las escaleras de dos en dos.

El Salón de Recepción era inmenso, muy frío y lleno de corrientes. Además, allí olía a humedad. El mobiliario era un pesado estilo victoriano, con cojines para recostarse y anticuados calentadores de agua. Azadeh se arregló el cabello delante de uno de los espejos. Su indumentaria de esquí era elegante y moderna. Abdollah Khan jamás había exigido a ninguna de sus mujeres ni de sus hijas, ni siquiera a la servidumbre, que llevaran chador, en realidad, tal prenda no merecía su aprobación. «Entonces, ¿por qué Najoud lo llevaba hoy?», se preguntó Azadeh sintiendo que su nerviosismo aumentaba. Un sirviente les llevó el té. Esperando durante media hora y, entonces, otro guardia entró a hablar con ella. Azadeh hizo una profunda inspiración.

—Tú tienes que esperar aquí, Nogger —dijo—. Tú y yo hemos de ir con este guardia, Erikki.

Erikki la siguió, tenso aunque confiado en que la paz armada a la que llegara con Abdollah Khan siguiera en vigor. El tacto de su cuchillo pukoh lo tranquilizaba. El guardia abrió una puerta al final del corredor e hizo un ademán indicándoles que entrasen.

Abdollah Khan se reclinaba sobre algunos cojines, sobre una alfombra de cara a la puerta, los guardias, detrás de él. La habitación era suntuosa, victoriana y protocolaria, y, en cierta forma, decadente y empañada. Los dos hombres que vieran en las escaleras estaba sentados junto a él con las piernas cruzadas. Uno de ellos era europeo, un hombre corpulento rondando los setenta, bien conservado, de hombros anchos y ojos eslavos en un rostro de expresión amable. El otro, más joven, en la treintena, tenía rasgos asiáticos y el calor de su tez era amarillento. Ambos vestían trajes de

invierno gruesos. La cautela de Erikki aumentó, y esperó junto a la puerta mientras Azadeh se acercaba a su padre, se arrodillaba delante de él, besaba sus manos gordezuelas y enjoyadas y lo bendecía. Con gesto impasible, su padre hizo ademán de que se apartara a un lado y mantuvo clavados sus ojos, intensamente negros, en Erikki, quien lo saludó cortésmente desde la puerta, aunque permaneció cerca de ella. Ocultando su vergüenza y temor, Azadeh volvió a arrodillarse sobre la alfombra frente a él. Erikki observó cómo los extranjeros la miraban con un parpadeo apreciativo y su temperamento se encrespó. El silencio se hizo más intenso.

Junto al Khan había una bandeja de halvah, pequeñas golosinas cuadradas, ricas en miel, de Turquía, que le encantaban y comió algunas, mientras sus sortijas lanzaban destellos.

—De manera que, al parecer, matas de forma indiscriminada, como un perro rabioso —dijo con aspereza.

Erikki frunció el entrecejo pero permaneció callado.

—¿Bien?

—Si yo mato no es como un perro rabioso. ¿A quién se supone que he matado?

—A un viejo que se encontraba entre la multitud en las afueras de Kazvin le diste un golpe con el codo y le aplastaste el pecho. Hay testigos. Luego a tres hombres en un coche y a un cuarto que se encontraba fuera de él…, un gran luchador por la libertad. También hay testigos. Más adelante, en la carretera, cinco hombres muertos y otros tantos heridos fue la estela que dejó el rescate con el helicóptero. Más testigos. —Se hizo de nuevo el silencio. Azadeh no se había movido, aunque estaba blanca como el papel—. ¿Bien?

—Si hay testigos también estarás enterado que viajábamos pacíficamente intentando llegar a Teherán, no llevábamos armas y de no ser por Charlie Pettikin y Rakoczy probablemente nos hubieran… —Erikki calló un instante al observar la súbita mirada que los dos extranjeros cruzaban entre sí. Luego, prosiguió con una mayor cautela—: Estaríamos muertos. No llevábamos armas.

Rakoczy no fue…, ellos fueron los primeros en disparar contra nosotros.

Abdollah Khan también había notado el intercambio de miradas entre los hombres sentados a su lado. Observó a Erikki pensativo.

—¿Rakoczy? ¿El mismo que atacó su base con el mulá islámico-marxista y sus hombres?

—Sí —respondió Erikki, mirando con dureza a los extranjeros—. El agente de la KGB, que aseguraba ser de Georgia, de Tbilisi.

Abdollah Khan sonrió escéptico.

—¿KGB? ¿Cómo lo sabes?

—He visto bastantes para conocerlos.

Los dos extranjeros lo miraron, magnánimos. El más viejo esbozó una sonrisa cordial que dejó a Erikki helado.

—¿Cómo se metió ese Rakoczy en el helicóptero? —preguntó el Khan.

—Capturó a Charles Pettikin en mi base el domingo pasado, Pettikin es uno de nuestros pilotos y había venido a Tabriz a recogernos a Azadeh y a mí —aclaró—. Mi Embajada me había pedido que me pusiera en contacto con ellos sobre mi pasaporte… Fue, precisamente, el día en que la mayoría de los gobiernos, el mío incluido ordenaron la salida de Irán de aquellos inmigrantes que no fueran indispensables. —Le resultaba fácil exagerar—. El lunes, el día que nos fuimos de aquí, Rakoczy obligó a Pettikin a que le llevaran a Teherán. A no ser porque Pettikin vio la bandera finlandesa sobre la capota del coche ahora estaríamos muertos —contó de manera escueta lo sucedido.

El hombre de rasgos asiáticos rio entre dientes.

—Hubiera sido una lamentable pérdida, capitán Yokkonen —dijo en ruso.

—Ese Rakoczy, ¿dónde está ahora? —preguntó el hombre de más edad, de ojos eslavos, en un impecable inglés.

—No lo sé. En alguna parte de Teherán. ¿Puedo preguntar quién es usted? —Erikki trataba de ganar tiempo y no esperaba respuesta

alguna. Intentaba averiguar si Rakoczy era amigo o enemigo de aquellos dos soviéticos, a todas luces, evidentemente KGB o GRU.

—Por favor, ¿cuál era el nombre de Rakoczy? —preguntó el hombre de más edad con tono afable.

—Fedor, como el revolucionario húngaro —respondió Erikki sin observar reacción alguna.

Podía haber continuidad así, pero era demasiado prudente para facilitar información alguna a la KGB o la GRU. Azadeh seguía arrodillada en la alfombra, con la espalda erecta, inmóvil, las manos descansando sobre su falda, resaltando sus labios muy rojos en la palidez de su rostro. Y, de súbito, sintió un gran temor por ella.

—¿Admites haber dado muerte a esos hombres? —preguntó el Khan cogiendo otra golosina.

—Admito haber matado hombres hará más o menos un año para salvarle la vida, Alteza, y…

—¡Y la tuya! —exclamó Abdollah Khan enfadado—. Aquellos asesinos también te habrían matado… Fue la Voluntad de Dios que los dos viviéramos.

—Yo no empecé esa pelea y tampoco la busqué —Erikki intentó hablar con prudencia, ya que se sentía imprudente, inseguro e incapaz—. Si maté a esos otros hombres, no fue por mi gusto. Tenía que proteger a tu hija y mi mujer. Nuestras vidas estaban en peligro.

—¡Ah! ¿Crees tener derecho a matar siempre que pienses que tu vida está en peligro?

Erikki vio cómo el rostro del Khan enrojecía y a los dos soviéticos observándole. En ese momento pensó en su propia herencia y en las historias de su abuelo de antaño cuando los gigantes pisaban la tierra, y los gnomos y los demonios no eran un mito. De eso hacía ya mucho, muchísimo tiempo; entonces, la tierra era limpia y la maldad era reconocida como tal, la bondad como bondad y la perversidad no podía ir enmascarada.

—Si veo que alguien amenaza la vida de Azadeh…, o la mía, mataré a quien sea —repuso sin perder la calma.

Los tres hombre sintieron un escalofrío glacial. Azadeh quedó aterrada ante la amenaza, y los guardias, que no hablaban ni ruso ni inglés, se agitaron, inquietos, presintiendo la violencia.

A Abdollah Khan se le hinchó la vena de la frente.

—Irás con este hombre —dijo con tono misterioso—. Irás con este hombre y harás lo que él te diga.

Erikki miró al hombre de rasgos asiáticos.

—¿Qué quiere de mí?

—Su pericia como piloto y el «212» —le respondió él con tono más bien cordial, en ruso.

—Lo siento, pero el «212» está pendiente del chequeo de las mil quinientas horas y yo trabajo para «S-G» e «Iran-Timber».

—El «212» está en condiciones, ha sido sometido a las pruebas en tierra por sus mecánicos, e «Iran-Timber» le ha cedido a usted… A mí.

—¿Para hacer qué?

—Para pilotar —dijo irritado el hombre—. ¿Acaso está sordo?

—No, pero parece que usted sí lo está.

El hombre resopló, iracundo. El de más edad esbozó una sonrisa extraña. Abdollah Khan se volvió hacia Azadeh que casi dio un salto de terror.

—Ve a ver a la Khanan y preséntale tus respetos.

—Sí… sí… Padre —tartamudeó, al tiempo que se levantaba de un salto. Erikki avanzó un paso pero los guardias estaban preparados. Uno de ellos le apuntó con su arma y Azadeh pidió llorosa—. No Erikki, es… Yo…, yo tengo que ir…

Desapareció antes de que él pudiera detenerle.

El hombre de las facciones asiáticas rompió el silencio.

—No tiene nada que temer. Solo necesitamos de su pericia.

Erikki Yokkonen no contestó, seguro como estaba de que lo tenían acorralado, que los dos, Azadeh y él estaban acorralados y perdidos. Sabía que si allí no hubiera guardias, los habría atacado en ese preciso momento, sin la menor vacilación, que habría matado a

Abdollah Khan y, posiblemente, también a los otros dos. Y los tres hombres también lo sabían.

—¿Por qué enviaste a por mi mujer, Alteza? —preguntó con el mismo tono de voz tranquilo, conocedor ya de la respuesta—. Enviaste dos mensajes.

—Azadeh no tiene ningún valor para mí —dijo con tono despectivo—, pero sí para mis amigos. Para que tú regreses y te comportes. Y por Dios y el Profeta que te comportarás. Harás lo que este hombre quiere.

Uno de los guardias movió su metralleta tan solo una fracción y el ruido produjo un inmenso eco en la habitación. El soviético de facciones asiáticas se puso en pie.

—En primer lugar, deme su cuchillo, por favor.

—Acérquese y cójalo. Si es que de veras lo quiere.

El hombre vaciló. Abdollah Khan empezó a reír bruscamente. Era una risa cruel que sobresaltó a todos ellos.

—Déjele el cuchillo. Eso hará que su vida sea más interesante. —Luego añadió dirigiéndose a Erikki—: Sería aconsejable que te muestres obediente y te comportes.

—Sería prudente dejarnos ir en paz.

—¿Acaso te gustaría ver a tu copiloto colgado por los pulgares?

La mirada de Erikki se apagó aún más. El soviético de más edad se inclinó para susurrar algo al oído del Khan, cuyos ojos no se apartaron ni un instante de Erikki. Jugaba con una daga adornada con piedras preciosas. Cuando el hombre hubo terminado, hizo un ademán afirmativo con la cabeza.

—Dirás a tu copiloto, Erikki, que él también tiene que obedecer mientras se encuentre en Tabriz. Le enviaremos a la base, pero tu pequeño helicóptero se quedará aquí. Por el momento.

Hizo una seña al hombre de las facciones asiáticas de que se fuera.

—Me llamo Cimtarga, capitán. —No era ni la mitad de alto que Erikki, aunque tenía una constitución vigorosa, con hombros muy anchos—. Primero irem…

—Cimtarga es una montaña, al este de Samarkanda. ¿Cuál es su verdadero nombre? ¿Y su graduación?

El otro se encogió de hombros.

—Mis antepasados cabalgaron con Timour Tamburlaine, el Mongol, aquel que disfrutaba erigiendo montañas con los cráneos. Primero iremos a su base. Lo haremos en coche.

Pasó junto a él y abrió la puerta, pero Erikki no se movió. Seguía con la mirada clavada en el Khan.

—Esta noche veré a mi mujer.

—La verás cuando… —Abdollah Khan volvió a guardar silencio al inclinarse el hombre mayor hacia él y musitarle algo al oído. Una vez más, el Khan asintió—. Bien. Sí, la verás esta noche y todas las noches siguientes. Siempre que…

Dejó sin terminar la frase. Erikki, dando media vuelta, salió de la habitación.

Cuando la puerta se cerró tras ellos, la tensión que había en el salón cesó. El hombre mayor rio entre dientes.

—Has estado perfecto, Alteza. Perfecto como siempre.

Abdollah Khan se frotó el hombro izquierdo, irritado por el dolor que sentía en la articulación artrítica.

—Se mostrará obediente, Petr —dijo—, pero solo mientras mi ingrata y desobediente hija se encuentre a mi alcance.

—Las hijas siempre son difíciles —repuso Petr Oleg Mzytryk. Procedía del norte de la frontera, de Tbilisi, Tiflis.

—No es así, Petr. Las otras obedecen y no me crean dificultades, pero esta me enfurece lo indecible.

—Entonces, envíala lejos una vez que el finlandés haya hecho lo que se le pide. Envía lejos a los dos —aconsejó. Los ojos eslavos se entornaron en el rostro amable y añadió con tono ligero—: Si yo tuviera treinta años menos y ella fuese libre, te pediría poder quitártela de las manos.

—Si me la hubieras pedido antes de que ese loco apareciera, podrías haberla tenido con mis bendiciones —repuso Abdollah con tono agrio, aunque había tomado buena nota. Pero disimuló su sorpresa y lo apartó para una ulterior reflexión—. Siento habérsela dado a él…, pero pensé que también le volvería loco. Lamento el juramento que hice ante Dios de permitirle vivir, fue un momento de debilidad.

—Tal vez no. Es una buena cosa mostrarse magnánimo. Ocasionalmente. Te salvó la vida.

—Insha'Allah. Eso fue obra de Dios…, él solo fue su instrumento.

—Claro —dijo Mzytryk—. Claro.

—Ese hombre es un demonio, un demonio ateo que hiede a sangre. De no haber sido por mis guardias, tú mismo has sido testigo, ahora estaríamos luchando por salvar la vida.

—No al menos mientras ella se encuentre en tu poder y juegues tu baza con engaño —sonrió Petr de manera extraña.

—Si Dios lo quiere, pronto estarán los dos en el infierno —dijo el Khan, todavía furioso de haber tenido que mantener con vida a Erikki a fin de ayudar a Petr Oleg Mzytryk, cuando podía habérselo entregado al muyahidín izquierdista librándose de él para siempre. El mulá Mahmud, uno de los líderes de Tabriz de la facción muyahidín islámico-marxista, que llevara a cabo el ataque a la base, hacía dos días había ido a verle, contándole lo ocurrido en el bloqueo de la carretera.

—Aquí están los documentos como prueba —había dicho con truculencia—, tanto los del extranjero que debe de ser un agente de la CIA como los de la dama, tu hija. En el mismo momento en que regrese a Tabriz le haremos comparecer ante nuestro comité, lo sentenciaremos, lo llevaremos a Kazvin y lo ejecutaremos.

—¡Por el Profeta que no lo harás, al menos hasta que yo dé mi aprobación! —le dijo con tono imperioso cogiéndole los documentos —. Ese perro rabioso extranjero está casado con mi hija, no es de la CIA, se encuentra bajo mi protección hasta que yo se la retire y si te atreves a tocar aunque solo sea uno de sus condenados cabellos

rojos o si te metes por causa suya en la base hasta que yo lo apruebe, os retiraré todo mi apoyo secreto y nada detendrá a los Green Bands para echar de Tabriz a todos los izquierdistas.

El mulá se había ido malhumorado y Abdollah había incorporado a Mahmud a su lista de imperativa prioridad. Al examinar cuidadosamente los papeles y encontrar el pasaporte y el documento de identidad de Azadeh así como los otros permisos, experimentó una inmensa satisfacción. Aquello le daba un mayor poder sobre ella y su marido.

«Sí —se dijo mirando al soviético—, ahora ella hará cuanto yo le exija».

—Será la voluntad de Dios, pero es posible que muy pronto quede viuda.

—Confiemos en que ello no ocurra demasiado pronto —la risa de Mzytryk fue real y contagiosa—. Al menos hasta que su marido haya cumplido su cometido.

Abdollah Khan se sintió reconfortado con la presencia de aquel hombre y su sabio consejo, contento de que Mzytryk hiciera lo que se le había pedido. «Pero he de manejar mis títeres mucho mejor que hasta ahora —se dijo—, si es que quiero sobrevivir y que Azerbaiyán sobreviva también».

En toda la provincia, así como en Tabriz, la situación era muy delicada, con insurrecciones de diversos tipos y luchas de facciones entre sí. Todo ello con centenares de miles de soldados soviéticos apostados exactamente al otro lado de la frontera. Y tanques. Y nada entre ellos y el Golfo que pudiera estorbarles. «Salvo yo —pensó—. Y una vez que poseyeran Azerbaiyán, con Teherán indefendible, como la historia ha demostrado una y otra vez, Irán caerá en sus manos como la manzana podrida como ya había previsto Kruschev. Y con Irán, el Golfo, todo el petróleo del mundo y Ormuz».

Sentía ansias de aullar de furia. «Dios maldiga al Sha que no quiso escuchar, que no quiso esperar, que no tuvo el sentido común suficiente para aplastar una rebelión sin importancia impulsada por

los mulás no hacía siquiera veinte años y enviar al infierno al Ayatolá Jomeini como le aconsejé, poniendo así en peligro nuestro absoluto, imparable e inevitable dominio sobre el mundo entero, aparte de Rusia, zarista o soviética, nuestro verdadero enemigo.

»Estábamos tan cerca: los Estados Unidos comían en nuestra mano, ofreciéndonos y dándonos sus armas más avanzadas, suplicándonos que patrullásemos el Golfo y dominásemos a los detestables árabes, que absorbiésemos su petróleo, que los convirtiésemos en vasallos a ellos y a sus insoportables jeques sunitas, desde Saudí hasta Omán. Nos hubiéramos hecho con Kuwait en un día, con Iraq en una semana, los jeques de Arabia Saudita y los Emiratos hubieran corrido de nuevo a sus desiertos suplicando misericordia. Podríamos tener cuanta tecnología deseáramos, toda suerte de buques, aviones, tanques y armas con solo pedirlos, ¡e incluso, por Dios, la Bomba!, nuestros reactores de fabricación alemana lo hubieran hecho por nosotros.

»Tan cerca como estuvimos de hacer cumplir la Voluntad de Dios, nosotros, los chiitas de Irán, con nuestra superior inteligencia, nuestra antigua historia, nuestro petróleo, nuestro dominio del estrecho, que finalmente haría hincarse de rodillas a todo el pueblo de la Mano Izquierda. Tan cerca de poseer Jerusalén y de controlar La Meca…, el Lugar Más Santo entre los Santos.

»Tan cerca como estuvimos de ser los primeros hombres sobre la Tierra como es nuestro derecho. Pero ahora, ahora todo está en peligro, y tenemos que empezar otra vez, y aventajar de nuevo a los satánicos bárbaros del Norte y todo por culpa de un solo hombre».

«Insha'Allah», se dijo, y con ello calmó parte de su rabia. Aun así, si Mzytryk no se hubiese encontrado en la habitación hubiera vociferado, maldecido y golpeado a alguien, a cualquiera. Pero aquel hombre estaba allí y tenía que ocuparse de él una vez solucionados los problemas de Azerbaiyán, de manera que dominó su ira, y reflexionó sobre el siguiente movimiento. Cogió la última de las golosinas y se la metió en la boca.

—¿Te gustaría casarte con Azadeh, Petr?

—¿Te gustaría a ti que yo, más viejo que tú, fuese tu yerno? —preguntó a su vez el hombre con una sonrisa de excusa.

—Si esa fuera la Voluntad de Dios… —replicó con la dosis de exacta sinceridad, sonriendo para sus adentros, porque había visto cómo la mirada de su amigo se iluminaba de repente, aunque rápidamente fue reprimida. «De manera —se dijo—, que ya la quieres la primera vez que la has visto. Así que si te la entrego una vez que nos hayamos librado del monstruo, ¿qué obtendré yo con ello? ¡Muchas cosas! Soy elegible, poderoso, y desde el punto de vista político sería prudente, muy prudente; a ella le inculcaría algo de sentido y la trataría de la forma que debe ser tratada, no como ese finlandés que la mima de una manera absurda. Seré un instrumento de venganza con ella. Son muchas las ventajas…».

Hacía tres años que Petr Oleg Mzytryk había tomado posesión de la inmensa dacha y de las tierras que pertenecieran a su padre, también viejo amigo de los Gorgon, cerca de Tbilisi donde los Gorgon también habían mantenido, durante generaciones, relaciones comerciales muy importantes. Desde entonces, Abdollah Khan había llegado a conocerle muy íntimamente, viviendo en la dacha durante frecuentes viajes de negocios. Había encontrado a Petr Oleg, al igual que todos los rusos, en extremo reservado, poco dispuesto a revelar nada. Pero, a diferencia de la mayoría, en extremo cordial y servicial, y más poderoso que cualquier otro soviético que él conociera. Viudo, con una hija casada, un hijo en la Marina y nietos…, además de extrañas costumbres. Vivía solo en la inmensa dacha, salvo por la servidumbre y una mujer ruso-euroasiática llamada Vertinskya, de extraña belleza y extraña malignidad también, que pasaba de los treinta, y a la que Petr había mostrado dos veces en tres años, casi como si se tratara de un tesoro particular único. Parecía ser esclava, prisionera, compañera de libaciones, ramera, atormentadora y gata montés, todo en una.

—¿Por qué no la matas de una vez y así terminas con ella, Petr? —le había preguntado en una ocasión en la que suscitara una pelea terriblemente violenta y en la que Mzytryk le había dado de latigazos

para hacerla salir de la habitación mientras la mujer escupía, maldecía y luchaba hasta que los sirvientes la sacaron por la fuerza.

—No…, todavía no —había dicho Mzytryk temblándole las manos —. Es… muy valiosa, demasiado valiosa.

—Ah, sí…, sí, ahora, lo comprendo —había dicho Abdollah Khan, igualmente excitado. Él albergaba casi el mismo sentimiento respecto a Azadeh…, la renuncia a arrojar semejante objeto hasta que ella no se sintiera lo bastante intimidada, y humillada hasta que se arrastrase… También recordó hasta qué punto había envidiado a Mzytryk y el que Vertinskya fuese su amante y no su hija, lo que le permitía consumar el acto final de venganza.

¡Dios maldiga a Azadeh!, pensaba. ¡Maldita sea por la imagen viva de su madre que tanto placer me dio! Ella me recuerda constantemente mi pérdida, ella y su diabólico hermano, ambos exactos a la madre en lo físico mas no en su manera de ser, porque era como una hurí del Jardín de Dios. Yo pensaba que nuestros dos hijos me amaban y me honraban pero no, una vez que Naphtala se fue al Paraíso, ellos revelaron su verdadera naturaleza. Sé que Azadeh conspiraba junto a su hermano para asesinarme… ¿Acaso no tengo la prueba? Oh, Dios, quisiera poder golpearla como Petr hace con su némesis, pero no puedo, no puedo. ¡Cada vez que levanto mi mano contra ella, veo a mi Amada. Dios maldiga a Azadeh y la envíe al infierno…!

—Conserva la calma —dijo Mzytryk con tono apacible.

—¿Cómo?

—Parecías muy trastornado, amigo mío. No te preocupes, todo saldrá bien. Encontrarás alguna manera de conjurarla.

Abdollah Khan asintió.

—Me conoces demasiado bien.

«Es verdad —se dijo mientras esperaba que le sirvieran té a él y vodka a Mzytryk—, es el único hombre con el que he llegado a sentirme cómodo en mi vida.

»Me pregunto quién eres tú en realidad —pensó sin dejar de observarle—. En años ya muy lejanos, cuando tu padre aún vivía en

la dacha donde nos conocimos, solías decir que estabas con permiso, pero lo que jamás dijiste era con permiso de qué y tampoco pude averiguarlo por mucho que lo intenté. En un principio supuse que se trataba del Ejército soviético, porque, en cierta ocasión en que estabas borracho, me dijiste que habías sido comandante de unidades acorazadas durante la Segunda Guerra Mundial, en Sebastopol, y que llegaste hasta Berlín. Más tarde hube de cambiar de idea y pensé que lo más probable era que tú y tu padre perteneciereis a la KGB o la GRU, porque nadie, en toda la Unión Soviética se retira a una dacha semejante con todas esas tierras, en Georgia, la parte mejor del imperio, sin una influencia o unos conocimientos muy especiales. Ahora afirmas que estás retirado…, ¿retirado de qué?».

Mientras intentaba descubrir el alcance del poder de Mzytryk, Abdollah Khan había mencionado que una célula comunista tudeh, clandestina, estaba conspirando para asesinarle y que le gustaría poder expulsar a dicha célula. Ello era verdad en parte, pero no motivo real: el hijo de un hombre al que aborrecía en secreto y a quien no podía atacar abiertamente, formaba parte de ese grupo. En menos de una semana, todas sus cabezas aparecieron en picas, cerca de la mezquita, con un letrero: ASÍ PERECERÁN LOS ENEMIGOS DE DIOS. Y él mismo había derramado lágrimas en el funeral y reído satisfecho en privado. El que Petr Mzytryk tuviera en su mano la oportunidad de destruir a una de sus propias células revelaba hasta qué punto era poderoso. También descubrió el grado de importancia que él, Abdollah tenía para ellos.

Lo miró.

—¿Por cuánto tiempo necesitarás al finlandés?

—Algunas semanas.

—¿Qué pasará si los Green Bands le impiden volar o lo interceptan?

El soviético se encogió de hombros.

—Esperemos que haya terminado su cometido. Dudo que se salven, tanto él como Cimtarga, si los encuentran en este lado de la

frontera.

—Muy bien. Y ahora volvamos adonde estábamos antes de que nos interrumpieran. ¿Estás de acuerdo en que aquí no habrá apoyo masivo a los tudehs mientras los americanos se mantengan lejos o Jomeini no inicie un programa contra ellos?

—Azerbaiyán siempre se ha encontrado dentro de los límites de nuestro interés. Desde tiempo inmemorial hemos asegurado que debería ser un estado independiente. Tiene riquezas, poder, minerales y petróleo que lo respalda y… —Mzytryk sonrió— y…, y un sabio liderazgo. Puedes enarbolar la bandera, Abdollah, estoy seguro que obtendrás toda la ayuda necesaria para ser presidente, con el reconocimiento inmediato.

«Y al día siguiente me asesinarán mientras los tanques atraviesan la frontera —se dijo el Khan sin virulencia—. Nada de eso, mi formidable amigo, el Golfo es una tentación demasiado grande incluso para ti».

—Una maravillosa idea —dijo con seriedad—, pero necesitaré tiempo. Entretanto, ¿puedo también confiar en que se lance a los comunistas tudeh contra los insurrectos?

Petr Mzytryk siguió sonriendo, pero cambió la expresión de sus ojos.

—Resultaría algo extraño que los tudehs atacaran a sus hermanastros. Muchos intelectuales musulmanes abogan por el marxismo islámico. He oído decir que incluso tú los apoyas.

—Estoy de acuerdo en que debería haber cierto equilibrio en Azerbaiyán, mas ¿quién ordenó a los izquiedistas que atacaran al aeropuerto? ¿Quién les ordenó que atacaran e incendiaran nuestra estación de ferrocarril? ¿Quién les ordenó que volaran el oleoducto? Es evidente que nadie con un mínimo de inteligencia. Ha llegado a mis oídos que fue el mulá Mahmud, de la mezquita Hajsta. Uno de los tuyos —observó a Mzytryk con atención.

—Jamás oí hablar de él.

—Ah —exclamó Abdollah simulando jovialidad, aunque sin creer una palabra—. Me alegro, Petr, porque se trata de un falso mulá, ni

siquiera es un auténtico marxista islámico, solo un agitador. El mismo que invadió la base de Yokkonen. Desafortunadamente, lleva consigo a quinientos luchadores, carentes también de toda disciplina. Y recibe dinero de alguna parte. También cuenta con la ayuda de tipos como ese Fedor Rakoczy. ¿Qué significa Rakoczy para ti?

—No mucho —dijo al punto Petr con la misma sonrisa y el mismo tono de voz, demasiado inteligente para hacer caso omiso de la pregunta—. Es un ingeniero de oleoductos de Astara, en la frontera, uno de nuestros nacionales musulmanes que se sospecha se haya unido a los muyahidines como Luchador Libre y, eso desde luego, lo ha hecho sin permiso ni aprobación.

Petr conservó su expresión amable aunque, en su fuero interno maldecía de manera obscena, sintiendo necesidad de vociferar. «Hijo mío, hijo mío, ¿nos has traicionado? Se te envió para que espiaras, para que te infiltraras entre los muyahidines y nos informaras. Eso era todo. Y en esta ocasión se te envió para que reclutaras al finlandés y organizaras a los estudiantes de la Universidad, no para que te aliases con un perro rabioso de mulá, o para que te dedicases a atacar aeropuertos, o para que matases canallas al borde de una carretera. ¿Acaso te has vuelto loco? ¿Qué hubiera ocurrido si llegan a herirte o a encarcelarte, condenado estúpido? ¿Cuántas veces habré de decirte que ellos, y también nosotros, podemos, con tiempo, quebrar a cualquiera y sacarle, a él o ella, todos sus secretos? Ha sido una locura que corrieses todos esos riesgos. El finlandés es, importante por el momento, pero no lo bastante para que se desobedezcan órdenes, poniendo en peligro tu futuro, el de tu hermano…, y el mío.

»Si se sospecha del hijo se sospecha del padre también. Y si se sospecha del padre, también de toda la familia. ¿Cuántas veces te habré repetido que la KGB se atiene a las Reglas, destruye a quienes no las obedecen, a quienes piensan por sí mismos, y corren riesgos y se exceden en las instrucciones?».

—Ese Rakoczy carece de importancia —dijo afable.

«Mantén la calma —se ordenó a sí mismo. Y comenzó la letanía —: No hay nada de qué preocuparse. Conoces demasiados secretos para que puedan alcanzarte. Y también mi hijo. Es muy bueno. Deben de estar equivocados respecto a él. Tú mismo y otros expertos le habéis puesto a prueba muchas veces. Estás seguro. Eres fuerte, tienes salud, y puedes acostarte con esa pequeña belleza llamada Azadeh, y golpearle y el mismo día violar a Vertinskya».

—Lo importante es que tú eres el foco de Azerbaiyán, amigo mío —dijo con el mismo tono de voz tranquilizador—. Recibirás todo el apoyo que necesitas y tus puntos de vista sobre los marxistas islámicos llegarán a la fuente apropiada. Tendrás el equilibrio que necesitas.

—Bien. Cuento con ello —repuso el Khan.

—Entretanto, ¿qué hay del capitán británico? ¿Puedes ayudarnos?

Hacía dos días, había llegado a su casa, cerca de Tbilisi, un télex cifrado como de alto secreto y prioridad diciéndole que unos saboteadores habían volado el puesto de escucha secreto por radar de la CIA, en la cara norte de Sabalan, antes de que equipos locales amigos llegaran para recoger todos los manuales de claves, las máquinas cifradoras y las computadoras. «Comunique de inmediato y personalmente con Ivanovitch —seguía diciendo el télex utilizando el nombre secreto de Abdollah Khan—, dígale que los saboteadores son británicos, un capitán y dos gurkhas, y un agente americano de la CIA, Rosemont (nombre clave Abu Kurd), conducidos por uno de nuestros mercenarios que fue asesinado antes de que pudiera llevarles hasta una emboscada. Durante la huida, fueron muertos uno de los soldados y el agente de la CIA y se cree que los dos supervivientes se dirigen hacia el sector de Ivanovitch. Obtenga su cooperación. Sección 16/a Acuse recibo». La orden de la «Sección 16» significaba: «esa persona o personas son enemigos que tienen prioridad, deben ser interceptados, detenidos y conducidos de nuevo por usted merced a cualquier medio que pueda ser necesario para

que sean sometidos a interrogatorio». La letra /a anexa significaba: «de no poder llevarlo a cabo así, tienen que ser inexorablemente eliminados».

Mzytryk saboreaba el vodka, esperando.

—Agradeceríamos tu ayuda.

—Siempre has tenido mi ayuda —dijo Abdollah—. Pero encontrar en Azerbaiyán dos saboteadores expertos que a estas horas tendrán, con toda seguridad, una nueva identidad, es casi imposible. Es muy probable que tengan casas seguras en las que refugiarse. En Tabriz hay un consulado británico y por las montañas rutas a docenas por las que pueden evitarnos. —Se levantó para acercarse a la ventana y miró por ella. Desde allí podía ver el «206» aparcado en el antepatio, bajo la vigilancia de los guardias. En el cielo seguía sin verse una sola nube—. Si yo dirigiera esa operación, simularía dirigirme a Tabriz para luego volver sobre mis pasos y salir por el Caspio. ¿Cómo lo hicieron ellos?

—Por el Caspio. Pero su rastro fue seguido hacia aquí. Se encontraron dos cuerpos en la nieve y huellas de los otros que habían tomado este camino.

El fracaso de la «Operación Sabalan» provocó un ataque de ira en las alturas. Habían tenido tan cerca tanto equipo secreto sofisticado de la CIA que durante muchos años se había convertido en presa codiciada para su obtención clandestina y toda suerte de infiltraciones. Durante las dos últimas semanas, obtuvieron la información de que algunos de los puestos de radar habían sido evacuados, aunque no destruidos, durante la precipitada retirada y el pánico que ellos habían contribuido a alimentar, por lo que se estaban tomando medidas para que los halcones se pusieran inmediatamente en movimiento y, en gran número. Mzytryk, asesor veterano en esa área había aconsejado cautela, y que se utilizaran equipos locales en lugar de soviéticos, a fin de no tener que enfrentarse con Abdollah Khan, su contacto exclusivo y agente inestimable.

«Es absolutamente desaconsejable correr el riesgo de un enfrentamiento —había dicho, ajustándose a las Reglas… y a su plan particular—. ¿Qué ganamos actuando de inmediato…? Eso en el caso de que no nos hayan dado una información falsa y Sabalan no sea más que una gran trampa, lo que puede ser factible. Unos cuantos manuales de claves que a lo mejor ya tenemos. En cuanto a las computadoras altamente sofisticadas…, toda nuestra "Operación Zatopek" tiene ya las riendas en su mano».

Se trataba de una operación clandestina de la KGB, enormemente controvertida e innovadora, que llevaba el nombre del gran corredor checo de resistencia, establecida en el sesenta y cinco. Con un presupuesto inicial de millones de dólares en divisas extranjeras, la «Operación Zatopek» tenía como meta la adquisición de un suministro constante de la mejor y más avanzada tecnología de Occidente *mediante la simple compra a través de una red de compañías falsas* y no por el método convencional, y en extremo costoso, del robo y el espionaje.

El dinero no es nada en comparación con los beneficios decía en su informe inicial estampillado máximo secreto, al Centro cuando en el sesenta y cuatro regreso por primera vez del Lejano Oriente: Hay centenares de miles de hombres de negocios corruptos y de viajantes, que nos venderían lo mejor y lo más moderno a cambio de unas ganancias sustanciosas. Un gran beneficio para un individuo, representa una bicoca para nosotros, porque de esta manera habremos ahorrado miles de millones en investigación y desarrollo, miles de millones que podemos invertir en nuestra Armada, nuestras Fuerzas Aéreas y nuestro Ejército. Y lo que es igualmente importante, nos ahorramos años de esfuerzos, fatigas y fracasos. Sin apenas costo, mantenemos una paridad con cualquiera cosa que sus mentes sean capaces de concebir. Unos cuantos dólares por debajo de sus podridas mesas nos facilitarán todos sus tesoros.

Petr Mzytryk se sintió reconfortado al recordar lo extraordinariamente bien que fuera aceptado su plan, aun cuando,

naturalmente y como era de rigor, considerado por sus superiores como idea propia, al igual que él lo había recibido de uno de sus agentes clandestinos en Hong Kong, Jacques de Ville, un francés perteneciente al gran complejo de «Struan's» que le había hecho abrir los ojos.

—La legislación de los Estados Unidos no considera ilegal el envío de tecnología a Francia, a Alemania Occidental o a una docena de otros países, como tampoco es ilegal en cualquier legislación que una compañía la envíe a terceros países de tal manera que no existen leyes suizas que impidan enviar artículos a la Unión Soviética. Los negocios, Gregor, y el dinero es el que hace girar al mundo. Solo a través de «Struan's» podemos suministraros toneladas de equipos que los Estados Unidos os tienen prohibidos. Suministramos a China, ¿por qué no a vosotros? Tus marineros no entienden de negocios, Gregor…

Mzytryk había sonreído para sus adentros. Por aquellos días era conocido como George Suslev, capitán de un pequeño buque de carga que hacía la travesía de Vladivostok a Hong Kong encubriendo así sus actividades de alto secreto como controlador general en Asia durante el Primer Directorio de la KGB.

«En el transcurso de los años desde el sesenta y cuatro, en el que propuse por primera vez ese esquema, con una inversión total de ochenta y cinco millones de dólares —se dijo con orgullo—, la "Operación Zatopek" ha ahorrado miles de millones a la Madre Rusia al tiempo que la ha provisto de un caudal siempre creciente de aparatos desarrollados por la NASA, Japón y países europeos así como de maravillas electrónicas, herramientas de todo tipo, maquinaria, robots, micrófonos, medicinas y todo tipo de artilugios mágicos que reproducimos y fabricamos a placer con equipamientos desarrollados por el propio enemigo y comprado y pagado con créditos que ellos conceden y que jamás pagaremos. ¡Son unos auténticos estúpidos!».

Casi rompió a reír en voz alta. «Zatopek me da vía libre para seguir operando y maniobrando como me plazca en esta área, para

practicar el Gran Juego que esos necios británicos dejan que se les escape de las manos».

Observó a Abdollah Khan, en pie junto a la ventana, esperando, paciente, que él se decidiera por el favor que quería a cambio de la captura de los saboteadores. «Vamos, Mogote de Grasa —pensó malhumorado utilizando el apodo que le pusiera—, los dos sabemos que solo con que te lo propongas puedes cazar a esos *matyeryebyets*…, si es que aún siguen en Azerbaiyán».

—Haré lo que pueda —dijo Abdollah Khan, siempre de espaldas a él. Mzytryk no pudo evitar una sonrisa—. Si llego a interceptarlos, ¿qué hago con ellos, Petr?

—Comunícaselo a Cimtarga. Él adoptará las medidas oportunas.

—Muy bien —Abdollah Khan asintió para sí, y se acercó, sentándose de nuevo—. Entonces, todo solucionado.

—Gracias —dijo Petr, en extremo satisfecho. Aquel tono tajante de Abdollah Khan prometía un éxito rápido.

—Ese mulá de que hablábamos, Mahmud, es muy peligroso —dijo el Khan—. Y también su banda de asesinos. Creo que son una amenaza para todo el mundo. Se debería inducir a los tudehs para que llegasen a un trato con él. Bajo mano, naturalmente.

Mzytryk se preguntó hasta qué punto estaría enterado Abdollah del apoyo secreto que ellos prestaban a Mahmud, uno de sus mejores y más fanáticos conversos.

—Los tudehs han de ser cautelosos y también sus amigos —repuso, mas al punto observó el ramalazo de irritación, por lo que se apresuró a transigir algo—. Tal vez ese hombre pueda ser trasladado y acoplado de nuevo. Un rompimiento tajante y fratricida solo serviría de ayuda al enemigo.

—Ese mulá es un falso mulá y no un verdadero creyente de nada.

—Entonces, deberá irse. Rápidamente —Petr Mzytryk sonrió.

—Abdollah Khan no.

—De inmediato, Petr. De forma permanente. Y su grupo disuelto.

El precio era muy alto pero la Sección 16/a le había otorgado la autoridad suficiente.

—¿Por qué no de inmediato y de forma permanente ya que tú lo consideras necesario? Estoy dispuesto a, humm, llevarlo a cabo de acuerdo con tu recomendación.

Mzytryk sonrió y también Abdollah Khan, plenamente satisfecho.

—Me agrada muchísimo que estemos de acuerdo, Petr. Conviértete en musulmán por el bien de tu alma eterna.

Petr Mzytryk rompió a reír.

—Cuando sea el momento. Entretanto, hazte comunista en bien de tu satisfacción terrenal.

El Khan rio a su vez. Se inclinó hacia delante y llenó la copa de nuevo.

—¿No podré persuadirte de que te quedes algunos días?

—No, pero gracias de todas formas. Una vez que hayamos comido creo que emprenderé el camino de regreso a casa —repuso mientras su sonrisa se hacía más amplia—. Tengo muchísimas cosas que hacer.

El Khan estaba muy contento. «Ahora, ya puedo olvidarme de ese molesto mulá y de su banda y ya he sacado otro diente. Me pregunto qué harías, Petr, si supieras que tu capitán y su soldado saboteadores se encuentran al otro lado de mi Estado, esperando una salida para ponerse a salvo. Pero a salvo, ¿dónde? ¿En Teherán o contigo? Aún no lo he decidido».

«Bien, sé que has venido a pedirme ayuda, ¿por qué si no los mantuve a buen recaudo? ¿Por qué, hace dos días, me reuní en secreto, en Tabriz y los traje aquí también en secreto, si no fuera por ti? Tal vez. Una pena que mataran a Vien Rosemont; era muy útil. De cualquier manera, la información y la advertencia contenidas en la clave que dio al capitán para mí son útiles en extremo. Me será muy difícil sustituirle».

«Sí, y también es verdad que si recibes un favor debes de devolver otro favor. El infiel Erikki es tan solo uno». Hizo sonar una campanilla y apareció un sirviente.

—Dile a mi hija Azadeh que se reunirá con nosotros para comer.

XXXIII

EN TEHERÁN: 4.17 DE LA TARDE. Jean-Luc Sessonne repicó con la aldaba de bronce en la puerta del apartamento de McIver. Iba acompañado por Sayada Bertolin. Ahora que habían dejado atrás la calle y estaban solos, le cubrió con las manos los senos por debajo del abrigo y la besó.

—Prometo que no tardaremos un minuto. Luego, otra vez a la cama.

—Bien —dijo ella riendo.

—¿Reservaste mesa en el «French Club»?

—Pues claro. ¡Nos sobrará tiempo!

—Sí, *chérie*.

Llevaba un grueso y elegante impermeable sobre el uniforme. Su vuelo desde Zagros lo había hecho lleno de inquietud debido a que nadie contestaba a sus frecuentes llamadas por radio aun cuando las ondas vibraran continuamente con un farsi excitado que él no hablaba ni comprendía.

Se había mantenido a una altura reglamentaria y realizado un acercamiento standard al Aeropuerto Internacional de Teherán. Y seguía sin recibir respuesta a sus llamadas. La manga de viento estaba hinchada y revelaba un fuerte viento de costado. En la pista, cerca de la terminal, había cuatro «Jumbo» juntos con otros jets, uno de ellos destruido por el fuego. Vio que algunos estaban cargando, rodeados de demasiados hombres, mujeres y niños, sin orden ni concierto, los escalones de la popa y la proa de las cabinas aparecían sobrecargados, maletas y todo tipo de equipajes se veían desperdigados por doquier. Policías y agentes de la circulación

brillaban por su ausencia, al igual que al otro lado del edificio de la terminal donde había un fenomenal atasco de circulación en todos los caminos de entrada al aeropuerto. La zona de aparcamiento también se encontraba abarrotada, pese a lo cual, más coches trataban de entrar en ella. Las aceras estaban atestadas de gente cargada de bultos.

Jean-Luc dio gracias a Dios de estar volando y no andando y aterrizó sin dificultad en el aeropuerto próximo de Galeg Morghi, alojó el «206» en el hangar de «S-G» y organizó una incursión inmediata a la ciudad, con la ayuda de un billete de diez dólares. Primera parada en la oficina de «Schlumberger», dejando fijada una hora de madrugada para el vuelo de regreso a Zagros. Luego, al apartamento de ella. Sayada se encontraba en casa. Como siempre ocurría al cabo de largo tiempo de estar separados, el encuentro fue inmediato, impaciente, borrascoso, egoísta y mutuamente explosivo.

Hacía exactamente un año, dos meses y tres días que la conociera en una fiesta navideña en Teherán. Recordaba perfectamente aquella velada. El salón aparecía lleno de gente, pero nada más entrar la vio como si hubiera estado completamente desierto. Se encontraba sola, con un vestido de un blanco maravilloso, y saboreaba una bebida.

—*Vous parlez français, Madame?* —le preguntó, deslumbrado por su belleza.

—Lo siento, Monsieur, solo algunas palabras. Preferiría el inglés.

—Sea en inglés. No sabe la alegría que me embarga de haberla conocido, pero me encuentro ante un dilema.

—¡Ah! ¿Y de qué se trata?

—Deseo hacer el amor con usted inmediatamente.

—¿Cómo?

—Es usted la personificación de un sueño… —dijo, pensando que hubiera sonado mucho mejor en francés, aunque poco importaba—. Me quedaría mirándola por toda la eternidad y necesito hacer el amor con usted. ¡Es tan deseable!

—Pero…, pero mi…, mi marido está ahí mismo. Soy una mujer casada.

—Eso es una condición, Madame, no un impedimento.

Ella se echó a reír y en aquel mismo momento supo que era suya. Solo una cosa faltaba para que todo fuese perfecto.

—¿Sabe guisar?

—Sí —repuso ella con tal seguridad que Jean-Luc tuvo la seguridad de que sería soberbia, que en la cama sería divina y que cualquier carencia que pudiera tener él se la enseñaría. «Menuda suerte ha tenido al conocerme», pensó satisfecho y volvió a llamar a la puerta.

Los meses que estuvieron juntos pasaron volando. El marido de ella rara vez visitaba Teherán. Era un banquero libanés, de Beirut, de origen francés.

—Y, por lo tanto, civilizado —había afirmado Jean-Luc completamente convencido—, así que si alguna vez llegara a descubrir nuestra *liaison*, la aprobaría, *chérie*. Es muy viejo para ti. No dudes que la aprobaría.

—No estoy tan segura, *chéri*. Además, no tiene más que cincuenta años y tú eres…

—Divino —había dicho él ayudándola—. Como tú.

Y lo decía de verdad. Jamás había visto una tez semejante, un cabello tan sedoso, unas piernas tan largas y una pasión tan sinuosa que toda ella era un regalo del cielo.

—*Mon Dieu* —dijo con voz entrecortada una noche, flotando en la cima del placer gracias a la magia femenina—. Moriría a gusto en tus brazos.

Ella, después de besarle, se había llevado una toalla caliente, metiéndose otra vez en la cama. Aquello ocurrió durante unas vacaciones en Estambul, en el otoño del año anterior, durante las que ambos se sumergieron en la envolvente sensualidad de aquella ciudad.

Para ella, aquel affaire era excitante, aunque no lo suficiente como para desdeñar otros. La misma noche de la fiesta había

hablado de Jean-Luc con su marido.

—¡Ah! —le había dicho él, divertido—. ¿Era ese el motivo de que quisieras conocerle?

—Sí. Me pareció interesante…, aun cuando sea francés y, en consecuencia, absolutamente pagado de sí mismo, como todos ellos. Pero sí, me excitó. Sí…, de verdad que lo hizo.

—Bien, estarás en Teherán durante dos años. Yo no puedo quedarme aquí más que unos días cada mes… Sería demasiado peligroso…, y una lástima que estuvieras sola todas las noches. ¿No lo crees?

—Entonces, ¿me das tu permiso?

—¿Dónde está su mujer?

—En Francia. Él pasa dos meses en Irán y uno con ella.

—Tal vez esa *liaison* resulte una idea excelente… Buena para tu cuerpo, buena para tu alma y buena para nuestro trabajo. Y lo más importante, servirá para distraer la atención.

—Sí, yo también lo había pensado así. Le he dicho que no sé francés. Y tiene otras muchas ventajas, ¡es miembro del «French Club»!

—¡Caramba! Entonces, acepto. Bien, Sayada. Dile que soy un banquero de origen francés, lo que en parte es verdad. ¿Acaso uno de mis tatara-tatarabuelos no fue soldado de a pie con Napoleón en su avance por Oriente Medio hacia la India? Cuéntale a tu francés que nuestros orígenes libaneses se remontan a muchas generaciones, que no son de hace dos días.

—Sí, te muestras tan inteligente como siempre.

—Convéncele para que te haga socia del «French Club». ¡Eso sería perfecto! Hay mucho poder allí. Debemos lograr, de alguna forma, romper la entente Irán-Israel, hay que doblegar al Sha, apartar a Israel del petróleo iraní o el gran diabólico Begin pudiera sentir la tentación de invadir el Líbano a fin de expulsar a nuestros luchadores de allí. Con el petróleo iraní triunfaría y ese sería el final de otra civilización. Estoy cansado de ir siempre de un lado a otro.

—Sí, sí, de acuerdo.

Sayada se sentía muy orgullosa. ¡Realmente, durante ese año había logrado mucho! ¡En verdad, era increíble! El líder Yaser Arafat había sido invitado, la semana siguiente, a Teherán para celebrar una entrevista triunfal con Jomeini a modo de agradecimiento por su ayuda a la revolución; las exportaciones de petróleo a Israel habían acabado, el fanático Jomeini, enemigo encarnizado de los israelíes, había logrado el poder y el Sha, partidario de Israel, había sido expulsado con la mayor ignominia. Todos aquellos progresos conseguidos desde que conociera a Jean-Luc. ¡Un avance inconcebible! Y sabía que había estado ayudando a su marido, que tenía una elevada posición en la OLP, con su actuación como correo especial, llevando mensajes y casetes de ida y vuelta a Estambul, de ida y vuelta al «French Club» en Teherán. «¡Cuántas intrigas para persuadir a los iraquíes que dejaran salir a Jomeini hacia un puerto seguro francés donde no podría ser acallado, recorriendo todo tipo de lugares escoltado por mi guapo amante! ¡Ah, sí —pensó satisfecha—, los amigos y contactos de Jean-Luc me han sido de gran utilidad! Y un día, muy pronto, regresaremos a Gaza y recuperaremos nuestras tierras y casas, y tiendas, y viñedos…».

La puerta de McIver se abrió. Era Charles Pettikin.

—¡Santo Dios, Jean-Luc! ¿Qué diablos haces aquí? Hola, Sayada, estás más bonita que nunca. Entrad.

Estrechó la mano de Jean-Luc y a ella le dio un amistoso beso en ambas mejillas, sintiendo su cálida piel.

Su abrigo, largo y grueso, así como la capucha, la ocultaban prácticamente. Ella conocía bien los peligros de Teherán y se vestía de una manera conveniente.

—Me evita muchas molestias, Jean-Luc —le había dicho—. Comparto contigo la opinión de que resulta estúpido y arcaico, pero no quiero que me escupan o que cualquier asqueroso bruto agite delante de mí su pene o que se masturbe cuando paso junto a él. Esto no es Francia, y jamás lo será. De acuerdo, resulta increíble que

ahora hayamos de llevar una especie de chador en Teherán para poder estar segura y que, sin embargo, hace un mes no lo llevara. Por mucho que te empeñes, *chéri*, el viejo Teherán ha desaparecido para siempre…

«Y en cierto modo, es una pena —pensaba Sayada entrando en el apartamento—. Tenía lo mejor de Occidente y lo mejor de Oriente, y también lo peor. Pero ahora, ahora me dan lástima los iraníes, las mujeres sobre todo. ¿Por qué los musulmanes, y en particular los chiitas, han de ser tan estrechos de miras y no dejan que sus mujeres se vistan de una forma moderna? Tal vez se deba a que están tan reprimidos y tan embrutecidos por el sexo. ¿Por qué no pueden tener una mente abierta como nosotros los palestinos, o los egipcios, los dubaities, o los indonesios, pakistaníes y tantos otros? Debe tratarse de impotencia sexual. Bien, nada me va a impedir tomar parte en la Marcha de Protesta de las Mujeres. ¡Qué atrevimiento el de Jomeini al intentar traicionarnos a nosotras, las mujeres, que fuimos a las barricadas por él!».

En el apartamento hacía frío, debido a que la estufa eléctrica funcionaba solo a media potencia, así que conservó el abrigo puesto aunque se lo desabrochó para estar más cómoda. Su vestido era cálido, de París, abierto hasta la cadera. Los dos hombres se dieron cuenta. Sayada había estado allí muchas veces y el apartamento le parecía siempre triste e incómodo aunque sentía una gran simpatía por Genny.

—¿Dónde está Genny?

—Se fue a Al Shargaz esta mañana en el «125».

—Entonces, ¿se ha ido Mac? —preguntó Jean-Luc.

—No, solo ella. Mac está fuera en…

—¡No puedo creerlo! —dijo Jean-Luc—. Juró que jamás se iría sin el viejo Dirty Duncan.

Pettikin se echó a reír.

—Yo tampoco lo creía, pero se fue como un corderito.

Pensó que ya tendría tiempo de contarle a Jean-Luc el motivo de su marcha.

—¿Van mal las cosas por aquí?

—Sí, y cada vez peor. Muchas más ejecuciones. —Pettikin consideró preferible no mencionar al padre de Sharazad delante de Sayada. No merecía la pena preocuparla—. ¿Qué os parece un poco de té? Acabo de hacerlo. ¿Habéis oído hoy algo sobre la Prisión Qasr?

—¿Respecto a qué?

—Las turbas la asaltaron —explicó Pettikin mientras entraba en la pequeña cocina en busca de más tazas—. Rompieron la puerta y liberaron a todo el mundo. Colgaron a algunos de la SAVAK y de la Policía y ahora corre el rumor de que los Green Bands han entrado en contubernio con tribunales canguro y están llenando las celdas al buen tuntún y vaciándolas con igual rapidez ante pelotones de ejecución.

Sayada hubiese dicho que la cárcel había sido liberada y que los enemigos de la revolución, los enemigos de Palestina, estaban recibiendo ahora su justo castigo. Pero permaneció callada, escuchando con atención mientras Pettikin proseguía.

—Mac fue a primera hora al aeropuerto con Genny, después al Ministerio y luego aquí. Pronto estará de vuelta. ¿Qué tal andaba la circulación en el aeropuerto, Jean-Luc?

—Un atasco de kilómetros.

—El Viejo aparcó el «125» en Al Shargaz para, de ser necesario, sacar a toda nuestra gente o para traer equipos de relevo.

—Bien. Scot Gavallan ya lleva retraso en su permiso y también un par de mecánicos. ¿Podrá obtener autorización el «125» para hacer escala en Shiraz?

—Lo intentaremos la semana próxima. Tanto Jomeini como Bazargan quieren que comience de nuevo la producción a pleno rendimiento por lo que pienso que colaborarán.

—¿Os será posible traer nuevos equipos, Charlie? —preguntó Sayada, asombrada de que se permitiera operar a un «125» británico con tanta libertad. «¡Malditos ingleses. Siempre tan intrigantes!».

—Ese es el plan, Sayada. —Pettikin estaba vertiendo más agua hirviendo en la tetera y no se dio cuenta de la mueca de Jean-Luc.

—La Embajada británica nos ha ordenado, más o menos, que evacuemos a todo el personal que no sea estrictamente indispesnable. Hemos sacado a algunos de ellos y a Genny, mientras que Johnny Hogg iba a recoger a Manuela Starke a Kowiss.

—¿Manuela está en Kowiss? —Sayada estaba tan sorprendida como Jean-Luc.

Pettikin les contó cómo había llegado y que McIver la había enviado allí.

—Están pasando tantas cosas que resulta difícil estar en todo. ¿Y vosotros qué hacéis aquí? ¿Y cómo van las cosas en Zagros? Os quedaréis a cenar, esta noche cocino yo.

Jean-Luc disimuló su horror.

—Lo siento, *mon vieux*, esta noche es imposible. En cuanto a Zagros, allí todo marcha a la perfección, como siempre. Al fin y al cabo, es el sector francés. Estoy aquí para recoger a Schlumberger. Regreso mañana al amanecer y he de traerles de vuelta dentro de dos días… ¿Cómo me iba a resistir a un vuelo extra? —Sonrió a Sayada que le devolvió la sonrisa—. De hecho, Charlie, hace ya mucho tiempo que debía haberme tomado un fin de semana… ¿Dónde está Tom Lochart? ¿Cuándo va a regresar a Zagros?

Pettikin sintió una opresión en el pecho. Desde que tres días antes recibieran la llamada de Rudi Lutz desde la Torre de Abadán informando que el «HBC» había sido derribado cuando intentaba pasar clandestinamente la frontera y que Tom Lochart había «vuelto de su permiso», no habían tenido otra información salvo una llamada oficial transmitida a través de Kowiss que les notificaba el regreso de Tom Lochart a Teherán por carretera. Todavía no se había iniciado una investigación oficial sobre el derribo del aparato.

«Daría cualquier cosa porque Tom estuviera de regreso. Si Sayada no hubiese venido, le hubiera hablado a Jean-Luc de ello, él tiene más amistad con Tom que yo, pero no sé nada de Sayada.

Después de todo, no es de la familia, trabaja para los kuwaitíes y este asunto del "HBC" podría ser considerado como alta traición».

Con gesto ausente, sirvió una taza y se la alargó a Sayada, otra para Jean-Luc, caliente y negro, con azúcar y leche de cabra que a ninguno de ellos les gustaba pero que aceptaban por cortesía.

—Tom ha hecho lo que tenía que hacer —dijo, cauteloso, tratando de hablar en tono ligero—. Salió anteayer de Bandar Delam por carretera. Dios sabe el tiempo que le costará, pero debía de haber estado aquí anoche. Esperemos que llegue hoy.

—Eso sería perfecto —dijo Jean-Luc—. Entonces, él podría llevar a Schlumberger a Zagros y yo me tomaría algunos días de permiso.

—Acabas de volver de permiso. Y estás al mando.

—Bien, pero al menos podría volver conmigo, tomar el mando de la base y yo regresaría aquí el domingo —repuso Jean-Luc que miró regocijado a Sayada—. *Voilà*, ya está todo arreglado. —Sin darse cuenta, tomó un sorbo de té y estuvo a punto de atragantarse—. *Mon Dieu*, Charlie, te quiero como a un hermano pero esto es pura *merde*.

Sayada se echó a reír y Pettikin sintió envidia de Jean-Luc. «De cualquier manera —se dijo acelerándose el pulso—, el vuelo de Paula con "Alitalia" llegará un día de estos. ¡Qué no daría yo porque sus ojos se iluminaran al verme como los de Sayada al mirar al Monsieur Seducción en persona!».

«Ándate con ojo, Charlie Pettikin. Puedes hacer el ridículo. Ella tiene veintinueve años, tú cincuenta y seis, y solo habéis charlado un par de veces. Sí, pero me excita como jamás lo he estado en años y ahora comprendo cómo Tom Lochart ha podido perder la cabeza por Sharazad».

El zumbador de aviso cobró vida en el transmisor-receptor de Alta Frecuencia instalado sobre la consola. Se levantó y subió el volumen.

—Cuartel General de Teherán. Adelante.

—Habla el capitán Ayre en Kowiss para el capitán McIver. Urgente. —La voz se oía mezclada con estática y baja.

—Al habla el capitán Pettikin. El capitán McIver no está aquí en este momento. Está hablando a dos por cinco.

Se trataba de una escala, uno a cinco, de la potencia de la señal.

—¿Puedo ayudarle en algo? —continuó.

—Standby Uno.

—¿Qué pasa con Freddy y contigo? —gruñó Jean-Luc—. ¿Capitán Ayre y capitán Pettikin?

—Se trata de una clave —dijo Pettikin en actitud ausente con la mirada fija en el aparato.

Sayada prestó una mayor atención.

—Acabamos de prepararla y significa que hay alguien, presente o escuchando, que no debería estar. Alguien hostil. Al contestar de la misma forma oficial aseguras haber recibido el mensaje.

—Eso es muy inteligente —dijo Sayada—. ¿Tenéis muchas claves, Charlie?

—No, pero estoy empezando a desear que fuese así. Resulta desmoralizador no saber lo que sucede en realidad, no poder vernos frente a frente, sin correo, los teléfonos y el télex deteriorados con tantos dementes aficionados a darle al gatillo intentando amedrentarnos a todos. ¿Por qué no se guardarán sus armas y nos dejarán vivir a todos felices por los siglos de los siglos?

La HF sonaba con un zumbido armonioso. Afuera, el cielo estaba cubierto y tristón, las nubes amenazando más nieve, la luz de la última hora del atardecer daba una tonalidad grisácea a los tejados de la ciudad e incluso a las montañas en lontananza. Esperaron, impacientes.

—Habla el capitán Ayre en Kowiss… —de nuevo la estática interfería en la voz y hubieron de concentrarse para poder oírle—, primero transmito un mensaje recibido desde Zagros Tres hace tan solo unos minutos, del capitán Gavallan.

Jean-Luc se puso rígido.

—El mensaje dice exactamente: «Pan, pan, pan…[4] El Comité local acaba de decirme que ya no somos persona grata en Zagros, y que dentro de cuarenta y ocho horas hemos de evacuar el área de

todos nuestros enclaves, junto con todos los inmigrantes. De lo contrario, habremos de atenernos a las consecuencias». Fin del mensaje. ¿Lo han registrado?

—Sí —se apresuró a decir Pettikin mientras garrapateaba algunas notas.

—Eso es cuanto ha dicho, salvo que parecía resultarle dificultoso el respirar.

—Informaré al capitán McIver y volveré a llamar tan pronto como me sea posible.

Jean-Luc se inclinó hacia delante y Pettikin le dejó coger el micro.

—Soy Jean-Luc, Freddy. Haz el favor de llamar a Scot y decirle que, tal como planeamos, estaré de regreso mañana antes del mediodía. Encantado de hablar contigo, gracias. Aquí está otra vez Charlie.

Le devolvió el micro, pero toda su jovialidad había desaparecido.

—Lo haré, capitán Sessonne. Encantado de hablar con usted. Siguiente mensaje: «El "125" recogió a los que se iban junto con Mr. Starke, incluido el capitán Jon Tyrer que resultó herido en un contraataque izquierdista abortado en Bandar Delam…».

—¿Qué ataque? —farfulló Jean-Luc.

—Es la primera noticia que tengo. —Pettikin estaba igualmente desconcertado.

—«… y de acuerdo con el plan, dentro de unos días traerá a los equipos que los remplazarán». El siguiente: «Capitán Starke…».

Todos pudieron darse cuenta de la vacilación, de la ansiedad subyacente y de la curiosa forma de hablar entrecortada, como si estuviera leyendo la información.

—«… el capitán Starke ha sido conducido a Kowiss para ser interrogado por un comité…».

Ambos hombres se sobresaltaron.

—«… a fin de aclarar los hechos respecto a una huida masiva en helicóptero de oficiales de las Fuerzas Aéreas partidarios del Sha desde Isfahán, el martes pasado, día trece, y que se cree iba pilotado por un europeo». El siguiente: «La operación aérea

continúa mejorando bajo la estrecha supervisión de la nueva gerencia. Mr. Esvandiary es ahora nuestro gerente de área de la "IranOil" y quiere que nos hagamos cargo de todos los contratos "Guerney". Para hacer esto se necesitarían otros tres "212" y un "206". Por favor, informen. Necesitamos repuestos para "HBN", "HKI" y "HGX" y dinero para salarios vencidos». Esto es todo por ahora.

Pettikin seguía garrapateando al tiempo que hacía trabajar su cerebro.

—He anotado, humm, todo e informaré al capitán McIver tan pronto como regrese. Ha hablado, humm, ha hablado de «un ataque en Bandar Delam». Dé los detalles, por favor.

Las ondas permanecieron silenciosas, salvo por la estática. Esperaron. Y luego de nuevo la voz de Ayre, esta vez normal.

—La única información que tengo es que hubo un ataque por parte de los contrarios al Ayatolá Jomeini que los capitanes Starke y Lutz ayudaron a repeler. Después, el capitán Starke trajo aquí a los heridos para que fuesen atendidos. De nuestro personal, solo Tyrer fue alcanzado. Eso es todo.

Pettikin sintió correrle el sudor por el rostro y se lo limpió.

—¿Qué…, qué le pasó a Tyrer?

Silencio. Y luego:

—Una ligera herida en la cabeza. El doctor Nutt dice que se pondrá bien.

—Pregúntale qué es eso de Isfahán.

Como en una ensoñación, Pettikin vio sus propios dedos manipular el interruptor emisor.

—¿Qué es eso de Isfahán?

Esperaron en silencio. Y luego:

—No tengo más información que la que les he proporcionado.

—Alguien le está diciendo lo que tiene que decir —farfulló Jean-Luc. Pettikin apretó el botón emisor, pero luego lo pensó mejor. Tenía muchas preguntas que hacer, preguntas que, a todas luces, Ayre no podría contestar.

—Gracias, capitán —dijo contento de que su voz sonase más firme—. Por favor, pida a Hotshot que ponga por escrito su solicitud de helicópteros extra, junto con el período del contrato que sugieren y el programa de pagos. Envíelo con nuestro «125» cuando traiga los remplazos. Ténganos…, ténganos informados respecto al capitán Starke. McIver se pondrá en contacto con usted tan pronto como le sea posible.

—Wilco, fuera.

Ya solo se escuchaba la estática.

Pettikin jugueteó con las palancas. Los dos hombres se miraron, sin acordarse para nada de Sayada, que seguía en silencio, sentada en el sofá, sin perderse una palabra.

—¿Estrecha supervisión? Eso suena mal, Jean-Luc.

—Sí. Probablemente significa que tienen que volar llevando Green Bands armados a bordo. —Jean-Luc empezó a maldecir, con la mente centrada en Zagros y en cómo se las arreglaría el joven Gavallan sin su liderazgo—. *Merde!* Cuando me fui esta mañana todo estaba en orden, con el CTA de Shiraz tan obsequioso como un hotelero suizo fuera de estación. *Merde!*

De repente, Pettikin se acordó de Rakoczy y lo cerca que había estado de un desastre. Por un segundo consideró la conveniencia de decírselo a Jean-Luc, pero lo pensó mejor. ¡Noticia vieja!

—Tal vez deberíamos ponernos en contacto con «TCA» solicitando ayuda.

—Acaso Mac tenga alguna idea. *Mon Dieu*, no parece que las cosas se presenten muy bien tampoco para Duke…, con esos comités proliferando como chinches. Más les valdrá a Bazargan y a Jomeini ocuparse pronto de ellos antes de que lo devoren vivos.

Jean-Luc se puso en pie muy preocupado, y se desperezó; entonces, vio a Sayada acurrucada en el sofá, con la taza de té sin tocar en la mesa pequeña que había junto a ella, y sonriéndole.

Al punto, recuperó la jovialidad. «No hay nada más que pueda hacer por el momento por el joven Scot y tampoco por Duke —se dijo—, pero sí por Sayada».

—Lo siento, *chérie* —dijo con amplia sonrisa—. Como verás, en cuanto yo no estoy surgen problemas en Zagros. Ahora nos vamos, Charlie. He de echar un vistazo al apartamento, pero volveremos antes de cenar. Digamos a las ocho. Para entonces ya habrá vuelto Mac, ¿no?

—Sí. ¿No queréis tomar una copa? Aunque siento que no tengamos vino. ¿Whisky? —Lo ofreció reacio ya que aquella era la única botella de tres cuartos que les quedaba.

—No, gracias, *mon vieux*. —Jean-Luc se puso el abrigo, y echó una ojeada al espejo y pudo comprobar que seguía tan atractivo como siempre, y pensó en las cajas de vino y en las latas de queso que, prudentemente, había dicho a su mujer que almacenara en el apartamento—. *À bientôt*. Os traeré algo de vino.

—Charlie —dijo Sayada, observando cuidadosamente a ambos como lo hiciera desde que la HF cobró vida—, ¿a qué se refería Scot al hablar de la huida de un helicóptero?

Pettikin se encogió de hombros.

—Hay todo tipo de rumores respecto a toda clase de fugas —dijo, confiando en parecer convincente—. Se nos culpa a nosotros de todo cuanto ocurre.

«¿Y por qué no? —se dijo Sayada Bertolin sin rencor—, puesto que vosotros sois los responsables». Desde un punto de vista político estaba encantada de verles sudando la gota gorda. Aunque no era así en lo personal. Ambos le eran simpáticos, también la mayoría de los pilotos, y Jean-Luc en especial, que le gustaba muchísimo y siempre la divertía. «Tengo suerte de ser palestina —se dijo— y cristiana copta…, de antiquísimo linaje. Eso me da una fuerza de la que ellos carecen, la conciencia de una herencia que se remonta a los tiempos bíblicos, una comprensión de la vida que ellos jamás alcanzarán, junto con la capacidad de disociar la política de la amistad y de la cama…, siempre que sea necesario y prudente. ¿Acaso no tenemos a nuestras espaldas treinta siglos de adiestramiento para la supervivencia? ¿Es que no ha estado asentada Gaza durante tres mil años?».

—Corre el rumor de que Bajtiar ha logrado salir del país y que ha huido a París.

—No lo creo, Charlie —dijo Sayada—. Pero corre otro que sí me parece que debe ser cierto —añadió, dándose cuenta de que él no había contestado a su pregunta respecto al helicóptero de Isfahán, parece ser que vuestro general Valik y su familia han huido para reunirse con sus otros socios «IHC» en Londres. Se cree que entre todos ellos han logrado sacar un millón de dólares.

—¿Socios? —dijo Jean-Luc despectivo—. Ladrones todos ellos, estén aquí o en Londres. Y cada año que pasa, la cosa empeora.

—No todos son malos —dijo Pettikin.

—Esos *cretins* nos roban el sudor de la frente, Sayada —afirmó Jean-Luc—. Me asombra que el viejo Gavallan les deje salirse con la suya.

—Déjate de tonterías, Jean-Luc —intervino Pettikin—. Lucha contra ellos cada centímetro de terreno.

—Cada centímetro de nuestro terreno, amigo mío. Nosotros somos quienes volamos, no él. En cuanto a Valik… —Jean-Luc se encogió de hombros con exuberancia gala—. Si yo fuera un iraní acaudalado, hace ya meses que me hubiera ido con todo cuanto hubiese podido reunir. Porque también hace meses que algo se ha hecho patente: el Sha ha perdido todo el control. Ahora ocurre lo mismo que cuando la Revolución francesa y también el Terror, aunque carecen de nuestro estilo, sentido, herencia civilizada o modales. —Sacudió la cabeza asqueado—. ¡Qué desperdicio! Cuando se piensa en tantos siglos de enseñanza y el dinero que nosotros, los franceses, hemos malgastado tratando de sacar a esta gente del oscurantismo, ¿con qué nos encontramos? ¡Ni siquiera saben hacer una hogaza de pan decente!

Sayada se echó a reír, se puso de puntillas y lo besó.

—Te adoro, Jean-Luc. A ti y tu confianza. Ahora, *mon vieux*, hemos de irnos. Tienes muchas hazañas que llevar a cabo.

Una vez que se hubieron ido, Pettikin se acercó a la ventana y miró hacia los tejados. Se escuchaban los inevitables tiroteos

esporádicos y vio algo de humo cerca de Jaleh. No eran grandes incendios, pero lo suficiente. Una fuerte brisa dispersaba el humo. Las montañas aparecían envueltas en nubes. Junto a la ventana se sentía vivamente el frío y en los alféizares había hielo y nieve. Abajo, en la calle, se veía a muchos Green Bands y también en camiones. En ese momento desde los minaretes, por todas partes, los almuédanos empezaron a llamar para la oración de la tarde. Sus llamamientos parecieron envolverle.

De repente, se sintió invadido por el terror.

EN EL MINISTERIO DEL AIRE: 5.04 DE LA TARDE. Duncan McIver se encontraba sentado, con aspecto de cansancio, en una silla de madera, en un rincón de la atestada antesala del subsecretario. Tenía frío y hambre, y estaba muy irritable. Su reloj le decía que hacía casi tres horas que esperaba. Desperdigados por la habitación había otra docena de hombres: iraníes, algunos franceses, americanos, británicos y un kuwaití, vistiendo una *galabia*, y con una cinta en la cabeza. Hacía unos momentos que los europeos habían tenido la cortesía de dejar de charlar, en respuesta a las llamadas de los almuédanos que seguían llegando a través de las altas ventanas, y los musulmanes se habían arrodillado de cara a La Meca para decir la oración de la tarde. Fue breve y rápida, y de nuevo las conversaciones. Nunca lo bastante prudentes para discutir sobre algo importante en una oficina gubernamental, sobre todo en aquellos momentos, La habitación estaba llena de corrientes de aire y este era gélido. Ninguno de los allí presentes se había quitado el abrigo, todos parecían igualmente cansados, algunos en actitud estoica, la mayoría furiosos, porque todos ellos, al igual que McIver, tenían citas concertadas que les aplazaban continuamente.

—Insha'Allah —dijo entre dientes, pero le sirvió de poco.

Si había habido suerte, Gen ya estaría en Al Shargaz, se dijo. Se sentía endiabladamente contento de que se encontrara lejos, a

salvo, y también de que se hubiera avenido a razones aduciendo argumentos propios.

—Soy la única que puede hablar con Andy. Tú no puedes poner nada por escrito.

—Es verdad —había asentido él a pesar de sus dudas—. Tal vez Andy pueda trazar algún plan que pudiésemos llevar a cabo —añadió reacio—. Espero en Dios que no nos veamos obligados a hacerlo. Demasiado peligroso. Demasiados muchachos y demasiados aparatos en exceso desperdigados. Condenadamente peligroso. No olvides, Gen, que no estamos en guerra a pesar de que nos encontremos en medio de ella.

—Sí, Duncan, pero no tenemos nada que perder.

—Te equivocas. Tenemos gente que perder, y también pájaros.

—Solo vamos a ver si es factible, ¿verdad, Duncan?

«La querida Gen es el mejor enlace que pudiéramos tener, si, en definitiva, necesitásemos alguno. Tiene razón, es demasiado peligroso para ponerlo por escrito: "La única manera de que podamos salir con bien de este maremágnum, Andy, es tratando de encontrar un plan para sacar de aquí todos nuestros aparatos, y repuestos, que en la actualidad figuran con matrícula iraní y de los que es técnicamente propietaria una compañía iraní denominada 'IHC…'". ¡Santo Cielo! ¿Acaso no es eso complicidad en un fraude?».

«El abandono no es la respuesta. Hemos de quedarnos y trabajar y tener acceso a nuestro dinero cuando abran los Bancos. De alguna forma, he de obligar a los socios a que ayuden… Quizás el ministro pueda echarnos una mano. Ellos necesitan los helicópteros y nosotros tendremos nuestro dinero».

Levantó la mirada al abrirse la puerta interior y vio a un funcionario indicar a uno de los otros que pasara al despacho. Lo hizo llamándole por su nombre. Jamás parecía existir una lógica en la forma de ir llamando a la gente. Incluso en la época del Sha, nunca se hacía pasar en primer lugar al que había llegado primero. Era cuestión de influencia. O de dinero.

Había sido Talbot, de la Embajada británica, quien preparara la entrevista con el subsecretario de la Presidencia, dándole además una carta de presentación.

—Lo siento, amigo, pero ni siquiera yo puedo llegar al Primer Ministro, pero su subsecretario Antazam es un buen tipo, habla bien inglés…, y no es uno de esos payasos revolucionarios. Él te preparará la entrevista.

McIver había regresado del aeropuerto justo antes del almuerzo aparcando lo más cerca posible de las oficinas gubernamentales. Cuando enseñó la carta, escrita en inglés y en farsi, al guardia que se encontraba en la puerta principal, este se tomó su tiempo antes de enviarle, calle abajo, a un edificio diferente y a otro guardia. Y así comenzó el peregrinaje de oficina en oficina hasta llegar a aquella, con una hora de retraso y realmente furioso.

—No se preocupe, Agha, tiene mucho tiempo por delante —le aseguró con cordialidad el funcionario de recepción, ante su profundo alivio, devolviéndole el sobre que contenía la carta de presentación—. Se encuentra usted en la oficina correcta. Entre por esa puerta y siéntese en la antesala. El ministro Kia le recibirá lo más pronto posible.

—¡No es a él a quien deseo ver! —dijo explotando casi—. Mi entrevista es con el subsecretario del Primer Ministro, Antazam.

—Ah, el subsecretario Antazam, sí, Agha, ya no está en el Gobierno del Primer Ministro Bazargan. Insha'Allah —dijo amablemente el joven—. El ministro Kia se ocupa de todo lo que tiene que ver, humm, con extranjeros, finanzas y aviones.

—Pero debo insistir en que… —McIver calló de pronto al abrirse camino aquel nombre en su mente y entonces recordó lo que Talbot le dijera respecto a Kia y a los restantes socios de «IHC» sobre que estos últimos habían logrado introducir a aquel hombre en la Junta mediante una cantidad extravagante y sin una garantía ex profeso de ayuda—. ¿El ministro Alí Kia?

—Sí, Agha. El ministro Alí Kia le verá tan pronto como le sea posible.

El recepcionista era un joven amable, bien vestido, con traje de calle, camisa blanca y una corbata azul como en los viejos tiempos. El dinero había desaparecido.

«Tal vez las cosas estén volviendo de veras a la normalidad», se dijo McIver. Entró en la otra habitación, tomó asiento en un rincón y empezó la espera. En el bolsillo llevaba otro fajo de rials y se preguntó si debería volver a llenar el sobre con la cantidad adecuada. «¿Por qué no? —pensó—. Estamos en Irán, los pequeños funcionarios admiten pequeñas cantidades, los altos funcionarios necesitan mucho dinero…, lo siento, pishkesh —Asegurándose primero de que nadie lo observaba, metió algunos billetes grandes en el sobre. Luego, añadió algunos más para mayor seguridad—. Tal vez esta sabandija pueda ayudarnos realmente. Los socios solían tener a la corte comiendo en su mano, acaso hayan hecho lo mismo con Bazargan».

De vez en cuando, apresurados burócratas atravesaban la antesala con aires de importancia y las manos llenas de papeles y entraban en la otra habitación, saliendo al poco tiempo. De vez en cuando, hacían pasar, con toda cortesía, a alguno de los hombres que esperaban. Al cabo de algunos minutos, todos ellos, sin excepción, salían en actitud tensa o con el rostro congestionado de ira y, a todas luces, con las manos vacías. Los que seguían esperando se sentían cada vez más frustrados. El tiempo pasaba con enorme lentitud.

—Agha McIver.

Ahora, la puerta que daba a la otra habitación estaba abierta y un funcionario le hizo pasar.

Alí Kia se encontraba sentado ante una mesa escritorio inmensa sobre la que no se veía papel alguno. Sus labios sonreían mas su mirada era dura en unos ojos pequeños y a McIver le desagradó de manera instintiva.

—Ha sido muy amable de su parte recibirme, ministro —dijo McIver con forzada jovialidad, alargando la mano.

Alí Kia sonrió cortésmente y le dio un fláccido apretón de manos.

—Siéntese, por favor, Mr. McIver. Gracias por haber venido a verme. ¿He creído entender que tiene usted una carta de presentación?

Su inglés era excelente, con acento de Oxford, en cuya Universidad estudiara poco antes de la Segunda Guerra Mundial con una beca del Sha, permaneciendo en ella mientras duró la contienda. Hizo un ademán fatigado con la mano al funcionario que seguía junto a la puerta, que se retiró.

—Sí, era, humm, para el subsecretario Antazam, pero he creído entender que debería serle entregada a usted.

McIver le alargó el sobre. Kia sacó la carta de presentación, calculó con exactitud los billetes que había dentro y lo dejó como al desgaire sobre la mesa a modo de recordatorio de que debían llegar más. Leyó la nota manuscrita con toda atención y luego la dejó sobre la mesa delante de él.

—Mr. Talbot es un honorable amigo de Irán aun cuando sea representante de un Gobierno hostil —dijo Kia con voz untuosa—. ¿Qué ayuda especial puedo prestar al amigo de una persona tan respetada?

—Hay tres cosas, ministro. Pero acaso me esté permitido decirle lo contentos que estamos en «S-G» de que haya decidido concedernos el beneficio de su inapreciable experiencia al incorporarse a nuestra Junta.

—Mi primo se mostró muy insistente. Dudo que yo pueda servirles de ayuda pero será como Dios lo quiere.

—Como Dios lo quiera. —McIver le había estado observando atentamente y no podía explicarse el súbito desagrado que sintió y que por todos los medios intentó disimular—. En primer lugar, corre el rumor de que todas las empresas conjuntas quedarán en suspenso y pendientes de la decisión del Comité Revolucionario.

—Pendientes de la decisión del Gobierno —le corrigió Kia con sequedad—. ¿Y bien?

—¿Cómo afectará esa medida a nuestra empresa conjunta, «IHC»?

—Dudo que pueda afectarle en modo alguno, Mr. McIver. Irán necesita un servicio de helicópteros para la producción petrolífera. «Guerney Aviation» ha huido. Parece que el futuro se presenta más halagüeño que nunca para nuestra compañía.

—Pero hace ya muchos meses que no se nos ha pagado el trabajo llevado a cabo para Irán —dijo McIver midiendo las palabras con suma cautela—. Hemos estado haciendo frente a todos los pagos por el alquiler de los aparatos desde Aberdeen. Estamos fuertemente endeudados por los aparatos y el trabajo llevado a cabo que tenemos registrado en los libros.

—Mañana se espera que los Bancos…, que el «Central Bank» abra sus puertas. Por orden del Primer Ministro…, y del Ayatolá, naturalmente. Estoy seguro de que podrán retirar una sustanciosa parte de lo adeudado.

—¿Tiene alguna idea de lo que podemos esperar, ministro? —Se reavivó la esperanza de McIver.

—Más que suficiente para…, para mantener nuestras operaciones en marcha. Ya he tomado todas las disposiciones para que se lleve a sus equipos una vez hayan llegado los sustitutos.

Alí Kia, sacó un delgado expediente de un cajón y le alargó un papel. Se trataba de una orden dirigida a Inmigración de los aeropuertos de Teherán, Abadán y Shiraz autorizando la salida, uno a uno, de los pilotos y equipos de ingeniería de «IHC», a medida que fueran llegando los nuevos equipos. La orden estaba pésimamente mecanografiada en inglés y farsi y firmada a favor del comité responsable de «IranOil» con fecha del día anterior. McIver jamás había oído hablar del tal comité.

—Gracias. ¿Sería posible obtener también su autorización para que el «125» haga al menos tres vuelos semanales durante las próximas semanas? Por supuesto que esto sería hasta que sus aeropuertos internacionales vuelvan a la normalidad. Son necesarios para poder traer a los equipos, las piezas de repuesto, todo tipo de herramientas y equipamiento, ya sabe. Y…, sacar al personal que no es imprescindible —añadió como quien no quiere la cosa.

—Puede que sea posible aprobarlo —dijo Kia.

McIver le entregó un montón de papeles.

—Me he tomado la libertad de ponerlo por escrito…, para evitarle molestias, ministro, con copias para el control de tráfico en Kish, Kowiss, Shiraz, Abadán y Teherán.

Kia leyó el original con extrema atención. Estaba redactado en farsi e inglés, sencillo, directo y oficialmente correcto. Los dedos le temblaban. Si lo firmaba, se excedería en su autoridad, pero ahora que el vicesecretario del Primer Ministro había caído en desgracia, al igual que su propio superior, ambos supuestamente cesados por ese, todavía misterioso, Comité Revolucionario, y con el Gobierno sumido en un caos creciente, sabía que debía correr ese riesgo. Un riesgo que, de hecho, merecía la pena correr ante la perentoria necesidad para él, su familia y sus amigos de tener fácil acceso a un avión privado.

«Siempre podré alegar que mi superior me dijo que lo firmara —pensó, tratando de mantenerse impávido—. El "125" es un regalo de Dios para el caso de que empiecen a divulgar falsedades sobre mí. ¡Ese maldito Jared Bakravan! Mi amistad con ese perro mercader casi llegó a involucrarme en su traición contra el Estado. Jamás en mi vida he prestado dinero, como tampoco he tomado parte en conspiraciones junto a extranjeros ni apoyado al Sha».

A fin de mantener a McIver desconcertado, lanzó los papeles sobre la mesa, junto con la carta de presentación, con gesto airado.

—Puede que sea posible aprobar esto. Habrán de pagar una cuota de 500 dólares por aterrizaje. ¿Es esto todo, Mr. McIver? —preguntó, sabiendo perfectamente que no lo era. «¡Taimado perro inglés! Creerá que puede engañarme».

—Solo una cosa más, Excelencia. —McIver le alargó el último documento—. Tenemos tres aparatos que necesitan ser revisados y reparados con suma urgencia. Necesito un permiso de salida firmado a fin de poder enviarlos a Al Shargaz —dijo conteniendo el aliento.

—No es necesario enviar afuera aviones valiosos, Mr. McIver. Repárenlos aquí.

—Lo haría si pudiese, Excelencia, pero no hay forma. No disponemos de los repuestos necesarios ni de los ingenieros especializados y cada día que pasa sin que uno de nuestros aparatos trabaje, les cuesta una fortuna a los socios. Una verdadera fortuna —insistió.

—Claro que pueden repararlos aquí, Mr. McIver. No tiene más que traer de Al Shargaz a los ingenieros y los repuestos.

—Aparte del costo del aparato, hay que mantener a las tripulaciones, y pagarlas. Todo resulta muy costoso. Me permitiría recordarle que los socios iraníes tienen a su cargo, y así está estipulado en nuestro contrato, el facilitarnos todos los permisos necesarios. —McIver siguió intentando convencerle—. Necesitamos disponer hasta del último aparato del equipo para cumplir todos los nuevos contratos de «Guerney» si hemos de acatar el decreto del Mata, humm, del Gobierno de que se normalice la producción de petróleo. Sin equipo… —Dejó en suspenso el resto de la frase y de nuevo contuvo el aliento, deseando con todas sus fuerzas haber colocado el cebo apropiado.

Kia frunció el ceño. Ahora, cualquier cosa que les costara dinero a los socios iraníes, repercutiría en parte en su propio bolsillo.

—¿Cuánto tiempo tardarían en repararlos y traerlos de nuevo?

—Si pudiera sacarlos dentro de un par de días, dos semanas más o menos.

De nuevo Kia se mostró dubitativo. Los contratos «Guerney», añadidos a los contratos «IHC» ya existentes, los helicópteros, equipamientos, instalaciones y guarniciones valían millones de los que, ahora, él poseía una sexta parte sin haber hecho inversión alguna. Rio satisfecho en su fuero interno. En especial si todo se lo aportaban aquellos extranjeros sin costo alguno. ¿Permiso de salida para tres helicópteros? Echó una ojeada a su reloj. Era «Cartier» y enjoyado…, un pishkesh de un banquero que hacía dos semanas había necesitado media hora de utilización privada de un télex en funcionamiento. En cuestión de minutos tuvo una entrevista con el

presidente de Control de Tráfico Aéreo y pudo enredarle fácilmente para adoptar la decisión.

—Muy bien —dijo, encantado de sentirse tan poderoso, un funcionario en escala ascendente, capaz de ayudar a la complementación de la política gubernamental petrolífera y, al propio tiempo, de ahorrar dinero a su sociedad—. Muy bien, pero el permiso de salida solo tendrá validez durante dos semanas. La licencia ascenderá… —reflexionó un instante—, será de 5.000 dólares por aparato, al contado, antes de la salida. Y habrán de estar de regreso dentro de dos semanas.

—Yo…, no puedo disponer de ese dinero en metálico en tan poco tiempo. Pero le daré un talón o cheques pagaderos en un Banco suizo por… 2.000 por aparato.

Regatearon algo dejándolo finalmente en 3.000 dólares.

—Gracias, Agha McIver —dijo Alí Kia con cortesía—. Por favor, salga con aire decepcionado para no alentar a esos granujas que esperan fuera.

Una vez que McIver se encontró de nuevo ante el volante de su coche, sacó los papeles y se quedó mirando las firmas y los sellos oficiales.

—Casi es demasiado bueno para que sea verdad —farfulló en voz alta. «Ahora la situación del "125" es legal, Kia dice que a nosotros no nos alcanza la suspensión, tenemos permiso de salida para los tres "212" que necesitan en Nigeria… ¡9.310 dólares frente a su valor de tres millones es más que justo! Jamás pensé que lo lograría»—. ¡Te mereces un escocés, McIver! —dijo contento—. ¡Un largo, largo escocés!

EN LOS SUBURBIOS NORTE: 6.50 DE LA TARDE. Tom Lochart bajó del baqueteado y viejo taxi y dio al hombre un billete de veinte dólares. Llevaba el impermeable y el uniforme muy arrugados, y estaba muy cansado, sin afeitar, sucio y, sobre todo, humillado, pero su felicidad al encontrarse ante el edificio de su propio apartamento

y, al fin, cerca de Sharazad le hizo olvidarse de todo lo demás. Caían algunos copos de nieve pero él apenas se dio cuenta mientras entraba en el portal y subía los escalones de dos en dos. Era inútil intentar subir en el ascensor, ya que hacía meses que no funcionaba.

El coche que tomara prestado a uno de los pilotos de Bandar Delam se había quedado el día anterior sin gasolina, por defecto de la válvula de combustible. Lo dejó en un garaje y luchó por subir a un autobús, luego a otro y, al cabo de interrupciones, retrasos y desviaciones, hacía dos horas que había llegado a la terminal principal de Teherán. No había dónde lavarse, ni agua corriente, los retretes con sus habituales agujeros en el suelo, apestaban y estaban atascados.

Ni un solo taxi en la parada o circulando por las calles. Ningún autobús que en su recorrido pasara, al menos, por las cercanías de su casa, demasiado lejos para ir andando. De repente, un taxi apareció y lo paró, aun cuando iba casi lleno, siguiendo la costumbre. Tras grandes esfuerzos logró introducirse en él, suplicando a los pasajeros que le permitieran compartir su medio de transporte. Finalmente, llegaron a un compromiso razonable. Se sentirían muy honrados si se quedaba y él, a su vez, se sentiría muy honrado pagando por todos ellos y apeándose el último. Y pagando al taxista en metálico, en moneda americana. Era su último billete.

Metió la llave e intentó abrir, pero la puerta tenía echado el cerrojo por dentro, de manera que tocó el timbre y esperó impaciente a que la sirvienta le abriera, pues Sharazad jamás lo hacía. Sus dedos tamborilearon un compás feliz, el corazón le rebosaba de amor por ella. Aumentó su excitación al acercarse los pasos de la sirvienta, oyó que corrían los cerrojos y la puerta se abrió solo una rendija. Un rostro extraño, envuelto en un chador, se le quedó mirando.

—¿Qué quiere, Agha? —Su voz era tosca, al igual que su farsi.

Su excitación se esfumó, y sintió un desagradable malestar en el estómago.

—¿Quién eres tú? —preguntó él a su vez con igual rudeza.

La mujer intentó cerrar la puerta pero Lochart se lo impidió con el pie, abriéndola luego de par en par de un empujón.

—¿Qué estás haciendo en mi casa? ¡Soy Su Excelencia Lochart y esta es mi casa! ¿Dónde está Su Alteza, mi mujer? ¿Eh?

A la mujer se le iluminó el rostro y luego, atravesando el vestíbulo, abrió la puerta de la sala de estar. Lochart vio allí a gente extraña, hombres y mujeres y armas adosadas a la pared.

—¿Qué diablos pasa aquí? —farfulló en inglés, atravesando la sala de estar.

Dos hombres y cuatro mujeres le miraron desde sus alfombras, cruzados de piernas o recostados sobre sus cojines, mientras comían delante de su chimenea donde un fuego ardía alegre, comiendo de sus fuentes desperdigadas con descuido, despojados de sus zapatos, los pies sucios. Uno de los hombres de más edad que los otros, rondando los cuarenta, se había llevado la mano a la automática que le colgaba del cinto.

Lochart se sintió dominado por una ira cegadora, ya que la presencia de aquellos extraños era una violación y un sacrilegio.

—¿Quiénes sois? ¿Dónde está mi mujer? Por Dios que vais a salir de mi… —Calló. El arma le estaba apuntando.

—¿Quién eres tú, Agha?

Lochart logró dominarse con un esfuerzo sobrehumano.

—Yo soy…, yo soy…, esta es…, es mi casa… ¡Soy el propietario!

—Ah, el propietario. ¿Tú eres el propietario? —le preguntó un hombre llamado Teymour con una breve risa—. ¿El extranjero? ¿El marido de la mujer Bakravan? Tu… —Amartilló el arma al disponerse Lochart a lanzarse sobre él—. ¡No lo hagas! Puedo disparar rápidamente y siempre doy en el blanco. Registradle —dijo al otro hombre el cual se puso en pie de inmediato. El hombre le registró con manos expertas cogiendo luego el maletín de vuelo y examinándolo a conciencia.

—Ningún arma, manuales de vuelo, brújulas…, ¿eres el piloto Lochart?

—Sí —respondió él, latiéndole desordenadamente el corazón.

—¡Siéntate ahí! ¡Vamos!

Lochart ocupó la silla muy alejada del fuego. El hombre dejó el arma sobre la alfombra, junto a él y sacó un papel.

—Dele esto.

El otro hombre hizo lo que le decía. Estaba escrito en farsi. Todos le observaban con gran atención. A Lochart le costó algo descifrar el texto. «Orden de Confiscación: Por crímenes contra el Estado Islámico se confisca a Jared Bakravan todas sus propiedades excepto su casa familiar y su tienda en el bazar». Estaba firmado por un comité cuyo nombre no pudo descifrar y con fecha de hacía dos días.

—Esto es…, esto es ridículo —empezó a decir Lochart desconcertado—. Su Excelencia Bakravan era un formidable partidario del Ayatolá Jomeini. Realmente formidable. ¡Debe de haber algún error!

—No lo hay, Agha. Fue encarcelado, se le encontró culpable de usura y ejecutado.

Lochart se le quedó mirando, atónito.

—Debe de haber…, ¡debe de haber algún error!

—No lo hay, Agha. Ninguno —afirmó Teymour. Su tono era más bien amistoso mientras observaba atentamente a Lochart, presintiendo en él el peligro—. Sabemos que eres canadiense, y también piloto. Que has estado fuera, que estás casado con una de las hijas del traidor y que no eres responsable de sus crímenes, o de los de ella si es que ha cometido alguno. —Llevó la mano al arma al ver enrojecer de furia a Lochart—. He dicho si, Agha. Controla tus impulsos. —Esperó sin echar mano a su mortífero y bien cuidada «Luger», aunque perfectamente preparado para hacerlo—. No somos gentuza inexperta, somos Luchadores por la Libertad, profesionales, y nos han asignado este lugar para proteger a los VIP que llegan tarde. Sabemos que no nos eres hostil, así que conserva la calma. Naturalmente, esto debe de haberte sobresaltado, y lo comprendemos, claro que lo comprendemos, pero tenemos derecho a coger lo que es nuestro.

—¿Derecho? ¿Qué derecho tien…?

—Derecho de conquista, Agha. ¿Alguna vez fue distinto? Vosotros, los británicos, lo sabéis mejor que nadie. —Mantenía el tono sereno. Las mujeres observaban con mirada dura y fría—. Tranquilízate. No se ha tocado ninguna de tus posesiones. Todavía. —Hizo un ademán con la mano—. Tú mismo puedes verlo.

—¿Dónde está mi mujer?

—No lo sé, Agha. Cuando vinimos aquí, no había nadie. Hemos llegado esta mañana.

Lochart casi estaba loco de preocupación. Si encontraron culpable al padre, ¿influiría ello sobre la familia? ¿Sobre todos? Un momento. Todo ha sido confiscado «… salvo su casa familiar». ¿No era eso lo que decía el papel? «Tiene que estar allí…, ¡pero eso está muy lejos, Dios mío, y además no tengo coche!».

Intentaba denodadamente pensar con lucidez.

—Has dicho, has dicho que no se ha tocado nada…, todavía. ¿Significa eso que pronto lo será?

—Un hombre prudente protege sus pertenencias. Sería prudente que te llevaras las tuyas a un lugar seguro. Todo cuanto perteneciera a Bakravan se quedará aquí, pero ¿y lo tuyo? —Se encogió de hombros—. Claro que puedes llevártelo, no somos ladrones.

—¿Y las pertenencias de mi mujer?

—También. Por supuesto que sí. Las cosas personales. Te he dicho que no somos ladrones.

—¿De cuánto tiempo dispongo?

—Hasta mañana a las cinco de la tarde.

—No tendré tiempo suficiente. ¿Tal vez hasta pasado mañana?

—Hasta mañana a las cinco de la tarde. ¿Quieres comer algo?

—No, no. Gracias.

—Entonces, adiós, Agha. Pero antes haz el favor de entregarme tus llaves.

Pese a su determinación, Lochart sintió que enrojecía. Las sacó, y el hombre que se encontraba más cerca se las cogió.

—Has hablado de VIP. ¿De qué VIP se trata?

—VIP Agha. Este sitio pertenecía a un enemigo del Estado. Ahora, es propiedad del Estado para quienquiera que elija. Lo siento aunque, naturalmente, tú lo comprendes.

Lochart se le quedó mirando, luego al otro hombre y finalmente volvió a mirar al primero. Le abrumaba la fatiga. Y también la impotencia.

—Yo, hummm, antes de irme querría cambiarme y… y afeitarme. ¿De acuerdo?

—Sí —dijo Teymour al cabo de una pausa—. Ve con él, Hassan.

Lochart salió de la habitación seguido por el hombre llamado Hassan, odiándose a sí mismo, a ellos y a cuanto estaba ocurriendo. Anduvo a lo largo de todo el pasillo hasta su propio dormitorio. Allí no habían tocado nada aunque los armarios estaban abiertos, así como los cajones. También olía a humo de tabaco aunque no se veía indicio alguno de una salida apresurada o de cualquier tipo de violencia. Habían utilizado la cama. «Domínate y traza un plan. No puedo. Muy bien, pues entonces aféitate, dúchate, cámbiate y ve a ver a Mac, no está lejos, puedes ir andando hasta allí y él te ayudará, te prestará dinero y un coche y la encontrarás en casa de su familia. Lo que has de hacer es no pensar en Jared, sencillamente, no pensar».

CERCA DE LA UNIVERSIDAD: 8.10 DE LA TARDE. Rakoczy acercó la lámpara de petróleo al montón de documentos, diarios, expedientes y papeles que había robado de la caja fuerte en el piso superior de la Embajada de los Estados Unidos y siguió clasificándolos. Se encontraba en un pequeño cuarto del sótano. Uno de la hilera de cuartos similares, en su mayoría para estudiantes, que Farmad, el estudiante líder tudeh que fuera muerto la noche de los disturbios, alquilara para él. La habitación era sombría, sin calefacción. En ella tan solo había una cama, una mesa y una silla desvencijadas, con una ventana minúscula. Los cristales estaban resquebrajados y cubiertos a medias con cartones.

Rio con fuerza. «Una cosecha abundante con tan escaso costo. La planificación había sido perfecta. Primero, nuestros disturbios de cobertura hábilmente organizados delante de la verja de la Embajada. Más tarde, el repentino tiroteo desde los tejados de enfrente sembrando el pánico, momento que aprovechamos rápidamente para derribar las puertas e irrumpir en los terrenos de la Embajada. La única oposición que encontramos fueron la de los soldados de Infantería de Marina, armados con escopetas y que, además, tenían órdenes de no disparar. Con el tiempo justo antes de que pudieran llegar los partidarios de Jomeini para matarles o capturarles. Protegido por el pandemónium, corrí hacia la parte de atrás del edificio, derribé la puerta trasera y subí las escaleras de tres en tres mientras, afuera, mi equipo me cubría con más acciones de dispersión, disparando al aire, con cuidado, para no matar a nadie aunque hubiesen de hacer mucho ruido y lanzar gritos. Un tramo de escaleras, luego el otro y después carreras por un pasillo, gritando a los americanos, dos mujeres viejas y un joven: "¡Al suelo! ¡Tumbaos o moriréis todos!".

»Obedecieron aterrados, como todos los demás, y no les culpo. El ataque fue tan súbito… No tenían armas, no estaban preparados y el terror se fue adueñando de ellos. En seguida al dormitorio. Desierto salvo por un aterrado sirviente iraní, con las manos sobre la cabeza y medio escondido debajo de la cama. Rápido, hice volar la puerta de la caja fuerte, y metí en el maletín cuanto contenía. Después salí de nuevo, bajando las escaleras de tres en tres, mezclado con la multitud en continuo movimiento, y retrocediendo de manera sistemática mientras Ibrahim Kyabi y los otros me rodeaban. Todos los objetivos se habían cubierto a la perfección».

«Con toda seguridad, la fuente quedará impresionada —pensó de nuevo—. Con toda seguridad, mi ascenso a comandante será un hecho y mi padre se sentirá orgulloso de mí».

«Por Dios y el Profeta de Dios —exclamó de forma involuntaria, mientras se sentía de nuevo en éxtasis, sin darse cuenta de lo que había dicho—. Jamás me he sentido tan satisfecho».

Reanudó, contento, su trabajo. Hasta el momento, la caja fuerte me parecía haber contenido tesoros, solo montones de documentos sobre la implicación de la CIA en Irán, algunos sellos de caucho privados del embajador, un manual de claves que podría ser especial, cuentas particulares, algunas joyas de escaso valor y unas cuantas monedas antiguas. «Poco importa —se dijo—, aún quedan por examinar montones de diarios y documentos personales».

Para él, el tiempo pasaba con facilidad. Pronto llegaría Ibrahim Kyabi para discutir sobre la «Marcha de las Mujeres». Quería saber cómo podrían desbaratarla para servir los objetivos tudeh y perjudicar la imagen de Jomeini y de los chiitas. «Jomeini es el verdadero peligro —se dijo—, el único peligro. Aquel extraño anciano y su granítica inflexibilidad. Cuanto antes se le lleve ante los Sin Dios, tanto mejor».

Una corriente de aire glacial penetró a través de los cristales rotos. No se inmutó. Él no sentía frío con su gruesa chaqueta de piel, el suéter, la camisa y la ropa interior, así como unos buenos calcetines y zapatos fuertes. «Lleva siempre calcetines y zapatos buenos por si tienes que correr —le habían dicho sus maestros—. Debes de estar siempre preparado para correr…».

Recordó, divertido, cómo había escapado de Erikki Yokkonen llevándole por el laberinto y librándose de él cerca de la «Casa de la Muerte de los Leprosos». «Estoy seguro que un día habré de matarle —pensó—. Y a la tigresa de su mujer. ¿Qué decir de Azadeh? ¿De la hija de Abdollah Khan, Abdollah el Cruel, el cual, aun cuando valioso como agente doble, se está volviendo demasiado arrogante, demasiado independiente y demasiado importante para nuestra seguridad? Sí, pero ahora quisiera que los dos, marido y mujer, estuvieran de nuevo en Tabriz, haciendo lo que exigimos de ellos. Y en cuanto a mí, me gustaría estar con permiso, otra vez en casa, sintiéndome seguro, siendo Igor Mzytryk una vez más, capitán de la KGB, a salvo en casa con Delaurah, con mis brazos a su alrededor, en nuestra hermosa cama, entre las más maravillosas sábanas de hilo de Irlanda, brillándole sus ojos verdes, el cutis como crema y

tan bello… Solo siete semanas más y llegará nuestro primer hijo. Espero que sea un chico».

Escuchó a medias…, como siempre. Su oído estaba adiestrado para detectar el peligro, oyó a los almuédanos llamando a la oración de la noche. Empezó a despejar de papeles la pequeña mesa. Ibrahim Kyabi estaría pronto allí y no había necesidad de que el joven se enterase de lo que no le importaba. Todo desapareció en un momento dentro del maletín. Levantó una tabla del suelo y lo metió en el hueco que había debajo de ella en el que también tenía una automática cargada, cuidadosamente envuelta en papel engrasado, y media docena de granadas de piña británicas. Un poco de polvo y tierra que cubriesen las grietas, y no quedó ni rastro del escondrijo. Redujo la llama de la lámpara de petróleo hasta dejar solo un leve resplandor y corrió de nuevo las cortinas. En la parte interior del alféizar se había acumulado algo de nieve. Satisfecho, comenzó su espera. Pasó media hora. No era propio de Kyabi retrasarse.

De repente, oyó pisadas. Cubrió con su arma la puerta. La llamada convenida fue impecable; aun así, una vez que hubo corrido el cerrojo de la puerta, se protegió en la relativa seguridad de la pared y la abrió de par en par, dispuesto a hacer volar por los aires al enemigo, si es que se trataba de un enemigo. Pero era Ibrahim Kyabi, tapado de tal forma que casi no se le veía el rostro, y contento de encontrarse bajo techado.

—Lo siento, Dimitri —dijo pateando para entrar en calor y sacudiéndose un poco de nieve del negro y rizado cabello—, pero los autobuses son prácticamente inexistentes.

Rakoczy volvió a echar el cerrojo a la puerta.

—La puntualidad es importante. Querías saber quién era el mulá que estaba en el helicóptero de Bandar Delam cuando asesinaron a tu padre, pobre hombre… He averiguado su nombre para ti. —Vio que la mirada del muchacho se iluminaba y disimuló una sonrisa—. Se llama Hussain Kowissi y es el mulá de Kowiss. ¿Lo conoces?

—No, no, nunca he estado allí. ¿Hussain Kowissi? Bueno, muchas gracias.

—He hecho las averiguaciones pertinentes para ti. Al parecer, es un fanático anticomunista y partidario de Jomeini aunque, en realidad, pertenece secretamente a la CIA.

—¿Qué?

—Sí —aseveró Rakoczy considerando perfectamente justificada aquella falsa información—. Pasó algunos años en los Estados Unidos, enviado allí por el Sha, habla inglés con soltura y fue convertido secretamente por ellos cuando era estudiante. Su antiamericanismo es tan falso como su fanatismo.

—¿Cómo lo haces, Dimitri? ¿Cómo puedes saber tantas cosas y tan de prisa sin usar teléfono, télex ni nada por el estilo?

—Olvidas que siempre hay algunos de los nuestros en cada autobús, en cada taxi, camión, aldea, oficinas de Correos. Recuerda —añadió, él mismo convencido de lo que decía—, recuerda que las Masas están de nuestro lado. Nosotros somos las Masas.

—Sí.

Se dio cuenta del celo del joven y en aquel momento supo que Ibrahim era el instrumento adecuado y dispuesto a todo.

—El mulá Hussain ordenó a los Greend Bands que dispararan contra tu padre, acusándole de ser un infiltrado y un embaucador de los extranjeros.

El color huyó del rostro de Kyabi.

—Entonces…, entonces quiero ocuparme yo de él en persona. Es mío.

—Debemos dejárselo a los profesionales. Yo prepararé un…

—No. Por favor. Tengo que vengarme.

Rakoczy fingió reflexionar sobre ello, disimulando su satisfacción. Hacía ya algún tiempo que Hussain Kowissi había sido condenado a la desaparición.

—Dentro de unos días me ocuparé de preparar las armas, un coche y a un equipo que vaya contigo.

—Gracias, pero todo cuanto necesito es esto —murmuró Kyabi y sacó, con dedos temblorosos, un cuchillo de bolsillo—. Esto y una o dos horas, además de un poco de alambre de espino. Le enseñaré hasta dónde puede llegar la venganza de un hijo.

—Bien. Ahora, hablemos de la «Marcha de las Mujeres». Está señalada definitivamente para dentro de tres días. Qu…

Calló, aterrado. Se colocó de un salto junto a la pared y oprimió un bulto apenas visible que había en ella. Parte de la pared se abrió dando acceso a una desvencijada y oscura escalera de incendios.

—¡Vamos! —ordenó y corrió veloz en busca de la libertad. Kyabi lo siguió ciegamente, presa del pánico.

En aquel preciso momento, la puerta se abrió de golpe, sin previo aviso, quedando casi arrancada de sus goznes y los dos hombres que la habían forzado con los hombros cayeron dentro de la habitación, seguidos de otros. Todos eran iraníes, todos Green Bands y se lanzaron en persecución de Rakoczy y Kyabi empuñando las armas.

Perseguidos y perseguidores bajaron los escalones de tres en tres. En su precipitación, tropezaban y caían, se incorporaban y seguían corriendo, veloces, hacia la calle y la noche, a mezclarse con la muchedumbre. Entonces, Rakoczy cayó directamente en la emboscada y en sus manos. Ibrahim Kyabi no vaciló un instante. Se limitó a cambiar de dirección, atravesó, veloz, la calle, y se sumergió en el atestado callejón, siendo tragado por la oscuridad.

Al otro lado de la calle, y desde un viejo coche allí aparcado, Robert Armstrong había visto entrar a sus hombres, la captura de Rakoczy y la huida de Kyabi. Metieron rápidamente a Rakoczy en una furgoneta que les estaba esperando, antes de que mucha gente, en la calle, pudiera darse cuenta de lo que ocurría. Dos de los Green Bands se dirigieron a grandes zancadas adonde Armstrong se encontraba. Ambos iban mejor vestidos de lo que era habitual. Y ambos llevaban cartucheras en el cinto para sus «Máuser». La gente se apartaba de su camino, inquieta, mientras observaban con la mayor cautela, sin querer inmiscuirse donde no les llamaban. Los

dos hombres subieron al coche y Armstrong lo puso en marcha mientras los restantes Green Bands se fundían con la multitud.

En cuestión de minutos, Robert Armstrong se incorporaba a la circulación de la hora punta. Ambos hombres se quitaron los brazaletes verdes y los guardaron en sus bolsillos.

—Sentimos haber perdido a ese joven bastardo, Robert —dijo el de más edad, hablando inglés con fluidez y acento americano. Era un hombre perfectamente rasurado, en la cincuentena. El coronel Hashemi Fazir, subdirector del Servicio Secreto, adiestrado en los Estados Unidos y perteneciendo a la SAVAK antes de que fuera creado el departamento independiente del Servicio Secreto.

—No te preocupes, Hashemi —dijo Armstrong.

—Tenemos a Kyabi en una película de los disturbios en la Embajada, Agha. Y en la Universidad —dijo el hombre más joven, sentado en el asiento trasero. Estaba en la veintena, con un frondoso bigote y los labios contraídos en un rictus cruel—. Mañana lo detendremos.

—Yo de usted no lo haría ahora que está huyendo, teniente —dijo Armstrong conduciendo con sumo cuidado—. Como ya lo tenemos localizado, más vale que se limite a seguirle, le conducirá a usted hasta peces más gordos. Él le llevó hasta Dimitri Yazernov.

Los otros rieron.

—Sí, sí, en efecto, lo hizo.

—Y Yazernov nos conducirá a todo tipo de gente y lugares. Hashemi encendió un cigarrillo y les ofreció.

—¿Robert?

—Gracias. —Armstrong lo encendió, dio una chupada e hizo una mueca—. ¡Dios mío, Hashemi, son verdaderamente terribles, acabarán matándote!

—La Voluntad de Dios. —Luego, Hashemi citó en farsi—: «Lavadme con vino cuando muera. / En mi funeral decid un texto que se refiera al vino. / Si queréis encontrarme el Día del Juicio Final / Buscad entre el polvo de la puerta de una licorería».

—Lo que te matará serán los cigarrillos, no el vino —dijo Armstrong sin ambages, percatándose de la belleza de las palabras farsi.

—El coronel estaba citando del *Rubaiyat de Omar Khayyam* —dijo el joven sentado detrás, y añadió amablemente en inglés—: Significa que…

—Ya sabe lo que significa, Mohammad —le interrumpió Hashemi —. Mr. Armstrong habla el farsi a la perfección. Tienes mucho que aprender. —Fumó durante un rato, observando la circulación.

—¿Quieres hacer el favor de parar un momento, Robert?

Cuando el coche se hubo detenido, Hashemi se dirigió al joven.

—Vuelve al cuartel general, Mohammad, y espérame allí. Asegúrate de que nadie, nadie vea a Yazernov antes que yo. Dile al equipo que se limiten a comprobar que todo está listo. Quiero empezar a medianoche.

—Sí, coronel.

El joven se alejó.

Hashemi le siguió con la vista hasta verlo desaparecer entre la multitud.

—Me vendría muy bien un whisky doble con soda. Sigue conduciendo un rato, Robert.

—De acuerdo. —Armstrong puso en marcha el coche, mirándole de soslayo. Había notado algo latente—. ¿Problemas?

—Muchos —respondió Hashemi que estudiaba la circulación y a los peatones con gesto impávido—. No sé cuánto tiempo podremos seguir operando, cuánto tiempo estaremos seguros y en quiénes confiar.

—Eso no es nada nuevo. —Sonrió Armstrong tristemente—. Son gajes del oficio… —La lección bien aprendida durante los once años como consejero del Servicio Secreto y, otros veinte antes en la Policía de Hong Kong.

—¿Quieres estar presente cuando interroguemos a Yazernov, Robert?

—Sí, si no os molesta.

—¿Qué quiere el MI6 de él?

—Yo no soy más que un ex CID, Sector Especial, bajo contrato privado para ayudaros a vosotros a formar el Servicio equivalente, ¿recuerdas?

—Lo recuerdo muy bien. Dos contratos de cinco años cada uno, el último felizmente prolongado hasta el año próximo en que te retirarás con una pensión.

—¡Menuda suerte! —repuso Armstrong fastidiado—. ¿Es que Jomeini y su Gobierno van a pagarme la pensión? ¡Menuda suerte! ¡Mi pensión se ha esfumado! Pensaba constantemente en que todos los servicios prestados a Irán serían inútiles ahora y con la devaluación del dólar de Hong Kong desde que él se retirara en el sesenta y seis, su pensión real sería verdaderamente ridícula.

Se endureció la mirada de los ojos oscuros.

—¿Hasta dónde está interesado el MI6 en ese bastardo, Robert?

Armstrong frunció el ceño. Algo andaba muy mal esa noche. El joven Kyabi no debería haber escapado a la red y Hashemi estaba tan nervioso como un agente bisoño en su primer descenso detrás de las líneas.

—Hasta donde yo sé, no lo están. Es a mí a quien interesa. A mí —respondió con aire indiferente.

—¿Por qué?

«Es una historia tan larga… —se dijo Armstrong—. ¿Debería decirte que Dimitri Yazernov es una tapadera de Fedor Rakoczy, el ruso islámico-marxista que hace meses estás intentando pescar? ¿Debería decirte que el verdadero motivo por el que se me encomendara ayudarte a cogerle esta noche es porque el MI6 descubrió, por mera casualidad, por mediación de un desertor checo que su nombre verdadero es el de Igor Mzytryk, hijo de Petr Oleg Mzytryk, quien allá por mi época en Hong Kong era conocido como Gregor Suslev, maestro de espías y al que todos creíamos muerto hacía tiempo?».

«No, nosotros no queremos a Yazernov, pero queremos…, yo quiero… al padre que se supone que vive en el Norte, justo del otro

lado de la frontera, en alguna parte y al alcance. Oh, Dios, permite que esté vivo y al alcance, porque nuestro más profundo deseo sería el de desenmascarar a ese cabrón por cualquier medio posible… A ese antiguo jefe del Servicio Secreto, Lejano Oriente, lector veterano sobre espionaje en la Universidad de Vladivostok, miembro antiguo del Partido y, desde entonces, Dios sabe cuántas cosas más».

—Creo…, creemos que Yazernov tiene una misión más importante que la de actuar como enlace tudeh con los estudiantes. Es una tapadera de tu disidente kurdo Alí bin Hassan Karakose.

—¿Quieres decir que es el mismo hombre?

—Sí.

—¡Imposible!

Armstrong se encogió de hombros. Le había arrojado un hueso, si él no quería roerlo, era problema suyo. De nuevo se había producido un atasco en la circulación, todo el mundo tocaba la bocina y maldecía.

El hombretón hizo oídos sordos al ruido y apagó su cigarrillo de labor iraní.

Hashemi lo observaba con el ceño fruncido.

—Si lo que dices es verdad, ¿por qué te interesan Karakose y los kurdos?

—Los kurdos se encuentran a caballo en todas las fronteras, soviética, iraquí, turca e iraní —respondió sin inmutarse—. Todo el movimiento nacional kurdo es en extremo sensitivo y muy fácil de manipular por parte de los soviéticos, con fuertes implicaciones internacionales por toda el Asia Menor. Por supuesto que estamos interesados.

El coronel miró por la ventanilla sumido en sus pensamientos. Nevaba ligeramente. Un ciclista, tratando de escurrirse por entre el tráfico, dio un bandazo al costado del coche. Ante la sorpresa de Armstrong, ya que, por lo general, Hashemi tenía buen carácter, este bajó furioso el cristal y empezó a maldecir al joven y a toda su generación. Luego, aplastó ceñudo su cigarrillo.

—Déjame aquí, Robert. Empezaremos con Yazernov a medianoche. Y, desde luego, eres bienvenido.

Empezó a abrir la portezuela.

—Un momento, amigo —dijo Armstrong—. Hace mucho tiempo que somos amigos. ¿Qué diablos pasa?

El coronel vaciló. Luego cerró la portezuela de nuevo.

—El Gobierno ha declarado ilegal a la SAVAK, al igual que todos los departamentos del Servicio Secreto, incluidos nosotros. Y se nos ha ordenado que nos dispersemos de inmediato.

—Sí, pero la oficina del Primer Ministro te ha dicho ya que prosigas bajo cuerda. Tú no tienes nada que temer, Hashemi. Estás limpio. Se te ha dicho que aplastaste a los tudeh, a los fedayines y a los islámico-marxistas…, me has enseñado la orden. ¿Acaso la operación de esta noche no sigue esa línea?

—Sí. Sí, así era. —Hashemi hizo una nueva pausa. Sus facciones parecían talladas en piedra y su voz era sorda—. Sí, así era, pero… ¿Qué sabes tú del Comité Islámico Revolucionario?

—Solo que se supone está formado por hombres elegidos personalmente por Jomeini —empezó diciendo Armstrong con toda sinceridad—. Su poder es difuso. No sabemos quiénes lo forman, ni cuántos son, ni dónde o cuándo se reúnen; ni siquiera si Jomeini los manda, ni nada de nada.

—Ahora sé con toda seguridad que, con la aprobación de Jomeini, el poder supremo lo ejercerá ese Comité en el futuro, que Bazargan es, por el momento, el mascarón de proa hasta que el Comité promulgue la nueva Constitución islámica que nos hará retroceder a los tiempos del Profeta.

—¡Maldición! —farfulló Armstrong—. ¿No será un Gobierno electo?

—¡No! —Hashemi estaba fuera de sí de ira—. ¡No, tal como nosotros concebimos ese término!

—Tal vez rechacen la Constitución, Hashemi. El pueblo tendrá que votarla y no todos son partidarios fanat…

—¡Por Dios y el Profeta! No trates de engañarte, Robert —exclamó Hashemi con rudeza—. La gran mayoría son fundamentalistas, eso es lo único a lo que pueden aferrarse. Nosotros los burgueses, los ricos y las clases medias somos de Teherán, Tabriz, Abadán, Isfahán…, todos patrocinados por el Sha, un puñado en comparación con los otros treinta y seis millones de iraníes, la mayoría de los cuales ni siquiera saben leer o escribir. ¡Pues claro que votarán cuanto Jomeini apruebe! Y los dos sabemos cuál es su visión del Islam, el Corán y el Sharia.

—¿Para cuándo…, para cuándo tendrán preparada la Constitución?

—¿Tan poquito nos entiendes después de todo este tiempo? —preguntó Hashemi irritado—. Tan pronto como tenemos en nuestras manos el poder, lo utilizamos antes de que se nos escape. La nueva Constitución entró en vigor en el mismo momento en que ese pobre idiota de Bajtiar fue traicionado por Carter, y por los generales, y obligado a huir. En cuanto a Bazargan, hombre piadoso, honrado, justo y de tendencias democráticas, nombrado por Jomeini, Primer Ministro legalmente reconocido hasta la celebración de las elecciones, ese pobre infeliz no es más que una cabeza de turco a quien poder imputar de todo lo que vaya mal de aquí a entonces.

—¿Quieres decir que será la víctima…, que lo someterán a juicio?

—¿A juicio? ¿Qué juicio? ¿No te he dicho ya lo que es un juicio según el Comité? Si ellos lo acusan, lo ejecutan. Insha'Allah. Además, como no puedo pensar con serenidad y estoy tan furioso, necesito emborracharme. Esta tarde ha llegado a mis oídos, de forma absolutamente privada, que se ha estado reorganizando a la SAVAK en secreto. Va a ser bautizado de nuevo como SAVAMA…, ¡y han nombrado director a Abrim Pahmudi!

—¡Dios Todopoderoso! —Armstrong sintió como si alguien le hubiese propinado un puñetazo en pleno estómago.

Abrim Pahmudi era uno de los tres amigos de toda la vida del Sha. Había ido al colegio con él en Irán y más adelante en Suiza; había ascendido hasta ocupar un alto cargo en el consejo Imperial,

SAVAK, y que, según se rumoreaba, después de la familia del Sha, era su más preciado consejero y que, en aquellos momentos, se decía que había pasado a la clandestinidad, esperando la oportunidad de poder negociar con el gobierno Bazargan, en nombre del Sha, la creación de una monarquía constitucional y la abdicación del Sha en favor de su hijo Reza.

—¡Dios Todopoderoso! Eso explica muchas cosas.

—Sí —asintió Hashemi con amargura—. Durante años, ese bastardo ha intervenido en casi todas las reuniones cruciales, políticas o militares, en cada conferencia de jefes de Estado, en cada acuerdo secreto, y, durante los últimos días, ha participado en cada una de las reuniones importantes mantenidas con el embajador de los Estados Unidos, con los generales americanos, en cada una de las decisiones trascendentales del Sha, de nuestros generales y ha estado presente cada vez que se ha discutido un golpe de estado… y se ha vuelto atrás. —Estaba tan furioso que las lágrimas le caían por las mejillas—. Nos ha traicionado a todos. Al Sha, a la revolución, al pueblo, a ti, a mí, ¡a todos! ¿Cuántas veces le hemos presentado tú y yo juntos informes a lo largo de los años y yo también docenas de veces? Con listas, nombres, cuentas bancarias, enlaces secretos que solo nosotros podíamos descubrir y conocer. Todo…, todo por escrito pero con una sola copia…, ¿no era esa la regla? ¡Todos hemos sido traicionados!

Armstrong se sintió invadido por un frío glacial. Por supuesto que Pahmudi sabía todo lo concerniente a su relación con Inner Intelligence. Pahmudi tenía que estar al corriente de todas las cosas importantes sobre George Talbot; sobre Masterson, su contrafigura de la CIA; sobre Lavenov, su contrafigura soviética; toda la planificación de posibilidades a corto y largo plazo; la planificación de invasión, las operaciones para neutralizar los emplazamientos alto secreto de radar de la CIA con hombres como el joven capitán Ross.

—Maldición —farfulló, furioso al mismo tiempo de que sus propias fuentes de información no les hubieran advertido por anticipado. Pahmudi, suave, inteligente, trilingüe y discreto. Jamás

hubo, a lo largo de los años, la más ligera sospecha con respecto a él. Jamás. ¿Cómo pudo haber escapado limpiamente, incluso del Sha que ejercía una constante vigilancia, hasta la saciedad, sobre sus más altos colaboradores? «Y, desde luego, con toda la razón del mundo», se dijo. Había sufrido cinco intentos de asesinato, tenía cicatrices de bala en el cuerpo y en el rostro. ¿Acaso no gobernaba un pueblo bien conocido por la violencia que ejercía contra sus gobernantes y que, a su vez, recibía de ellos?

¡Santo Cielo! ¿Dónde terminaría todo aquello?

EN LA MISMA CORRIENTE DE CIRCULACIÓN: 9.15 DE LA MAÑANA. McIver avanzaba centímetro a centímetro, en dirección Sur, hacia la zona del bazar donde se hallaba la casa de Jared Bakravan. Tom Lochart iba sentado junto a él.

—Todo se solucionará —afirmó McIver, pese a sentirse abrumado de preocupación.

—Claro, Mac. No hay de qué preocuparse.

—Sí, seamos optimistas.

Al regresar McIver jubiloso a su apartamento después de su entrevista con Alí Kia en el Ministerio, Tom Lochart se encontraba allí, llegado momentos antes. La alegría aún mayor que sintiera al comprobar que Tom Lochart estaba sano y salvo, se tornó rápidamente en profundo desasosiego al ver su aspecto y al conocer las noticias transmitida por radio por Freddy Ayre a través de Scot Gavallan en Zagros y al saber que Starke había sido retenido por el comité Kowiss para interrogarle sobre la «fuga de Isfahán».

—Todo ha sido por mi maldita culpa, Mac. Todo —había dicho Tom Lochart.

—No, no ha sido culpa tuya, Tom. Nos atraparon a los dos. De cualquier forma, yo fui quien dio el visto bueno al vuelo, aunque no sirviese de mucha ayuda para Valik. Pero, si todos estaban a bordo, ¿cómo diablos te libraste tú? Cuéntanos lo ocurrido y luego llamaré a Freddy… ¿Quieres beber algo?

—No, no, gracias. Escucha Mac, he de encontrar a Sharazad. No se hallaba en casa. Espero que esté con su familia y tengo que…

—Allí está. Sé que es así, Tom. Erikki me lo dijo antes de salir esta mañana para Tabriz. ¿Te has enterado de lo del padre de ella?

—Sí, me he enterado. Es espantoso, condenadamente espantoso. ¿Estás seguro de que se encuentra allí?

—Sí. —McIver se acercó pesadamente a la alacena y se sirvió una copa—. Desde que te fuiste, no ha estado en vuestro piso y se encontraba perfectamente hasta… Erikki y Azadeh la vieron anteayer. Ayer ellos…

—¿Dijo Erikki cómo estaba?

—Dijo que se encontraba todo lo bien que cabía esperar… Ya sabes los lazos tan estrechos que unen a las familias iraníes. No sabemos nada sobre su padre salvo lo que Erikki nos ha contado… Parece ser que se le había ordenado presentarse en la cárcel como testigo, y lo siguiente que su familia supo fue que les dijeron que recogiesen su cuerpo, lo habían ejecutado por «crímenes contra el Islam». Erikki dijo que habían ido a recoger el, humm, el cadáver y, bien, ayer estaban de duelo. Lo siento, pero así están las cosas. —Tomó un largo trago y se sintió algo mejor—. Sharazad está segura en su casa… Primero dinos lo que te ha ocurrido; después llamaré a Freddy y en seguida nos iremos e busca de Sharazad.

Lochart les contó rápidamente su odisea mientras ellos lo escuchaban aterrados.

—Cuando Rudi me dijo que el oficial de las Fuerzas Aéreas iraníes era el que había derribado el «HBC» estuve a punto de volverme loco. Parece que me derrumbé porque cuando recuperé el conocimiento, era ya el día siguiente. Para entonces, Abbasi y los otros ya se habían ido. Oye, Mac, la idea de Charlie del «asalto» no resultará…, ¡no hay forma!

—Lo sabemos, Tom —dijo McIver—. Primero, termina tu historia.

—No pude obtener autorización para volar de vuelta aquí, así que tomé prestado un coche, he llegado hace un par de horas yéndome directamente al apartamento. Aquellos bastardos me dijeron que ha

sido confiscado por los Green Bands junto con todas las propiedades de Bakravan, salvo la tienda en el bazar y la casa familiar.

Lochart les dijo lo que había pasado.

—Me siento… Soy como un niño perdido en medio de la tormenta. Ahora no tengo nada, Sharazad y yo no tenemos nada. —Rio, pero era una risa desdichada y McIver pudo darse cuenta de que interiormente estaba muriendo—. Bien es verdad que el edificio era de Jared, y el apartamento, y todo lo demás, aunque parte de ello era, humm, la dote de Sharazad… ¿Nos vamos, Mac?

—Deja que llame primero a Freddy. Él…

—Sí, por supuesto. Pues claro, lo siento. Estoy tan preocupado que soy incapaz de pensar.

McIver terminó su bebida y se acercó a la HF. Se la quedó mirando.

—¿Qué quieres hacer respecto a Zagros, Tom? —preguntó con tristeza.

Tom Lochart vaciló.

—¿Podría llevar conmigo a Sharazad?

—Demasiado peligroso, muchacho. Lo siento pero así son las cosas.

McIver observó a Lochart profundizar en su interior y calibrarse a mismo. Suspiró, sintiéndose muy viejo.

—Si Sharazad está bien, regresaré mañana por la mañana con Jean-Luc y veremos en qué condiciones está Zagros mientras que ella saldrá en la primera lanzadera para Al Shargaz —dijo Lochart—. Depende de lo que encontremos en Zagros…, si tenemos que cerrarlo, Insha'Allah embarcaremos a todos nuestros mecánicos para Shiraz y que vaya saliendo en vuelos regulares. Su compañía les dirá adónde tienen que ir. Nosotros lo trasladaremos todo a Kowiss, aparatos, repuestos y personal. ¿De acuerdo?

—Sí. Entretanto, lo primero que haré mañana será ir al Ministerio y ver si puedo arreglarlo todo. —McIver hizo funcionar el transmisor —. Kowiss, aquí el cuartel general. ¿Me reciben?

—Cuartel general, aquí Kowiss, capitán Ayre, adelante, por favor capitán McIver —se oyó de inmediato.

—Primero, respecto a Zagros Tres: Diga al capitán Gavallan que lo capitanes Lochart y Sessonne regresarán mañana alrededor del mediodía con instrucciones. Entretanto, disponga planes para obedecer al Comité. —«¡Malditos condenados granujas!», se dijo, añadiendo luego por si alguien estaba escuchando—: El gerente de la base «IranOil» en Zagros debe recordar al Comité que el Ayatolá y el Gobierno han ordenado la inmediata normalización de la producción de petróleo. El cierre de Zagros perjudicaría gravemente la producción metódica en esa área. Informe al capitán Gavallan que me ocuparé de inmediato, y personalmente, de esto con el ministro Kia el cual me confirmó hace una hora, y me dio la aprobación por escrito para sacar a los equipos y proceder a su reemplazo con nuestro «125» hasta…

—Caramba, Mac, esas sí que son buenas noticias —les llegó involuntariamente a través de las ondas.

—Sí… por nuestro propio «125» hasta que el servicio regular se reanude. Reemplazos de equipos y de aparatos para dar servicio a todo el trabajo extra y los contratos «Guerney» que el Gobierno nos pide que cumplamos. Por ello, la acción del comité local me resulta incomprensible. ¿Ha tomado buena nota, capitán Ayre?

—Sí, señor. Mensaje recibido cinco por cinco.

—¿Ha regresado ya el capitán Starke?

Un largo silencio. Finalmente…

—Negativo, cuartel general.

El tono de McIver se hizo aún más glacial.

—Llámeme de inmediato tan pronto como llegue. Entre usted y yo, capitán Ayre, y que no se divulgue: Si el capitán Starke tiene problemas, cualesquiera que sean, y no está de regreso en la base, sano y salvo, de madrugada, ordenaré que todos nuestros aparatos en todo el territorio iraní aterricen de inmediato, cancelaré todas nuestras operaciones y ordenaré la salida de Irán del cien por cien de nuestro personal.

—¡Formidable, Mac! —murmuró Pettikin en voz queda.

McIver estaba demasiado concentrado para oírle.

—¿Ha tomado buena nota de ello, Kowiss?

—Afirmativo —se escuchó tras un silencio.

—En lo que a usted se refiere —añadió McIver, habiéndosele ocurrido una nueva idea—, informe al comandante Changiz y a Hotshot en mi nombre de lo siguiente: le ordeno que a partir de este mismo momento cesen todas las operaciones, CASEVAC incluido, hasta que el capitán Starke se encuentre de regreso en la base. ¿Entendido?

Un nuevo silencio y luego…

—Afirmativo. El mensaje será transmitido de inmediato.

—Bien. Pero solo la información aplicable a su base. El resto es confidencial hasta la madrugada. —Sonrió pesimista y luego añadió —: Tan pronto como haya regresado el «125», haré una visita de inspección para asegurarme de que todos los manifiestos están al día. ¿Algo más?

—No, señor. Por el momento nada más. Esperamos verle pronto, señor, y nos mantendremos a la escucha.

—Cuartel general ha terminado. Corto y cierro.

—Esto les servirá de escarmiento, Mac —dijo Pettikin—. Como un avispón que les picara el trasero.

—Tal vez sí o tal vez no. Es imposible que interrumpamos los CASEVAC, aparte de los motivos humanitarios, nos colocaría en una situación ilegal y podrían robárnoslo todo. —McIver apuró su bebida y miró el reloj—. Vamos, Tom, no esperaremos a Jean-Luc. Vamos a buscar a Sharazad.

La circulación se había aclarado algo, pero aún seguían avanzando a paso de tortuga. La nieve les hacía muecas sobre el parabrisas. El pavimento estaba resbaladizo y a los lados de la calle se amontonaba la nieve sucia.

—En la primera esquina gira a la derecha —dijo Lochart.

—Muy bien, Tom. —Volvieron a quedar en silencio. McIver giró en la esquina—. ¿Firmaste en Isfahán al repostar el combustible?

—No, no. No lo hice.

—¿Alguien te entrevistó, te preguntó tu nombre? Ya sabes, ese estilo de cosas. ¿Green Bands? Cualquiera.

Lochart logró apartar a Sharazad de la mente.

—No, al menos que recuerde. Era siempre «capitán» y formaba parte del escenario. Que yo recuerde, no me presentaron a nadie. Valik y… y Annoush y los niños se fueron a almorzar tan pronto como tomamos tierra con el otro general…, caramba, no recuerdo su nombre… Ah, sí, Seladi. Se llamaba Seladi. Todo el mundo me llamaba «capitán»… sencillamente, yo formaba parte de la puesta en escena. De hecho, me quedé con el helicóptero en el hangar todo el tiempo que estuvimos allí, vigilando cómo lo revisaban y llenaban los depósitos. Incluso me llevaron algo de comida en una bandeja y almorcé sentado en la cabina. Permanecí todo el tiempo allí hasta que aquellos condenados Green Bands cayeron sobre mí, me arrastraron y me encerraron en la habitación. No tuve el menor aviso, Mac. Sencillamente, rodearon la base, debieron prestarles una gran ayuda desde dentro. No tiene otra explicación. Los bastardos que me agarraron estaban todos enloquecidos, gritando que yo era de la CIA, americano… Lo repetían de una forma machacona, pero estaban más interesados en apoderarse de la base que en mí. Coge la próxima bifurcación de la izquierda, Mac. Ya estamos cerca.

McIver conducía incómodo ya que toda la zona estaba muy frecuentada y los transeúntes les lanzaban miradas aviesas.

—Tal vez podamos seguir adelante con ello, pretender que el «HBC» fue asaltado en Doshan Tappeh por un desconocido. Es posible que no le sigan la pista desde Isfahán.

—Entonces, ¿por qué han cogido a Duke Starke?

—Rutina. —McIver respiró helado—. Sé que es muy arriesgado, pero tal vez resulte. Quizá persistan en lo del «americano de la CIA» y eso sea todo. Déjate crecer bigote o barba, por si acaso.

Lochart hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No servirá. Figuro en la primera autorización. Los dos figuramos…, ese es el quid de la cuestión.

—¿Quién te vio despegar de Doshan Tappeh?

Lochart reflexionó un instante.

—Nadie. Creo que fue Nogger quien revisó el combustible el día anterior. El…

—Así es. Ahora recuerdo, no hacía más que lamentarse diciendo que yo le daba demasiado trabajo y, mientras tanto, la joven Paula estaba sola en la ciudad. ¿Había allí funcionarios o policías iraníes? ¿Pagaste a alguien baksheesh?

—No, no había nadie. Pero es posible que aparezca en sus registros automáticos. —Lochart escudriñó por la ventanilla. Su excitación aumentó al tiempo que señalaba—: Por esa bocacalle. Estaremos en un momento.

McIver enfiló por una angosta calle con el espacio justo para el paso de dos coches. La nieve se amontonaba junto a los altos muros, a ambos lados había portales y puertas. McIver jamás había estado antes allí y quedó sorprendido de que Bakravan, tan acaudalado, viviera en una zona a todas luces humilde. Fue rico, recordó con involuntario estremecimiento, y ahora estaba completamente muerto por «crímenes contra el estado». ¿En qué consistían los crímenes contra el «estado»? Volvió a estremecerse.

—Ese es el portal. Allí, a la izquierda.

Se pararon junto a la nieve amontonada, mezclada con basuras. La puerta, que como tantas otras se abría en un muro alto y cubierto de moho, tenía unas barras de hierro cubiertas de herrumbre.

—Pasa, Mac.

—Esperaré un momento, luego, si todo va bien, me iré. Estoy muerto. —«No hay más que una solución», pensó McIver y alargó la mano para detener a Lochart—. Tenemos permiso para volar con nuestros tres «212». Tú cogerás uno. Mañana. Al diablo con Zagros, Jean-Luc es capaz de ocuparse de eso. No sé nada respecto a Sharazad, si la dejarán o no salir, pero tú más vale que te vayas y lo más aprisa posible. Es lo único que puede hacerse, irte cuando

todavía estás a tiempo. A ella la embarcaremos en el próximo vuelo del «125».

—¿Y tú? ¿Qué me dices de ti, Mac?

—¿Yo? No tienes de que preocuparte. Vete…, y si es que la dejan, llévatela a ella. Jean-Luc puede ocuparse de Zagros; de cualquier manera, parece que tendremos que cerrar. ¿De acuerdo?

—Sí.

McIver observó a su amigo golpear la anticuada aldaba. Resonó muy fuerte. Ambos esperaron. Lochart estaba angustiado, preparado a que la familia lo rodeara, y luego las lágrimas, la bienvenida, las preguntas, teniendo que mostrarse cortés cuando lo único que él deseaba era llevársela a sus habitaciones, abrazarla y sentirse seguros, acabada ya toda la pesadilla. Esperó un momento y volvió a llamar, esa vez con más fuerza. La espera. McIver paró el motor para ahorrar gasolina; el silencio empeoraba la espera. Los copos de nieve se acumulaban en el parabrisas. La gente pasaba, como fantasmas silenciosos, todo el mundo suspicaz y hostil.

Se oyeron pasos apagados que se acercaban y la enrejada mirilla se abrió una fracción. Los ojos que escudriñaron a Lochart eran duros y fríos y no le fue posible reconocer lo poco que pudo ver de aquel rostro.

—Soy yo, Su Excelencia Lochart —empezó a decir en farsi, intentando hablar con normalidad—. Mi mujer, Lady Sharazad, está aquí.

La mirada atisbó con más atención para ver si iba solo o acompañado. Examinó el coche que había detrás de él y a McIver ante el volante.

—Haga el favor de esperar, Agha.

La mirilla se cerró. Y otra vez la espera, pateando contra el frío, esperando, impaciente por utilizar la aldaba de nuevo, ansioso por derribar la puerta y sabiendo que no podía hacerlo. Más pasos. La mirilla volvió a abrirse. En esa ocasión, ojos y rostro diferentes.

—¿Cómo se llama, Agha?

Lochart hubiera querido gritarle al hombre, pero no lo hizo.

—Me llamo Agha Piloto Thomas Lochart, marido de Sharazad. Abre la puerta. Hace frío, estoy cansado y he venido a buscar a mi mujer.

La mirilla se cerró silenciosamente. Un momento de angustiada espera y luego escuchó, aliviado, cómo corrían los cerrojos. La puerta se abrió. El sirviente sostenía en alto una lámpara de petróleo. Detrás de él podía verse el patio de altos muros, con una fuente exquisita en el centro, árboles y plantas protegidos contra el invierno. En el extremo más alejado, había otra puerta claveteada en hierro. Estaba abierta y vio la silueta de ella a la luz de la lámpara; Lochart corrió hacia allá y al minuto Sharazad estaba en sus brazos, llorando y lamentándose…

La puerta de la calle se cerró de golpe y echaron los cerrojos.

—¡Espera! —dijo Lochart al sirviente, acordándose de McIver. Pero entonces oyó el coche ponerse en marcha y alejarse.

—¿Qué pasa, Agha?

—Nada —contestó él ayudando a Sharazad a entrar en la casa y al calor.

Cuando la vio a la luz, su felicidad se desvaneció y sintió algo helado en el estómago. Tenía el rostro tumefacto y sucio, el cabello también sucio y lacio, los ojos sin vida, la ropa arrugada.

—¡Dios mío! —musitó Lochart.

Ella no le prestó atención. Siguió aferrada a él de manera demencial, quejándose con una mezcolanza de farsi e inglés, cayéndole las lágrimas por las mejillas.

—Ya ha pasado todo, Sharazad. Ahora, ya ha pasado todo —dijo, tratando de calmarla. Pero ella seguía con su monótono parloteo—. Sharazad, Sharazad, cariño. Ya estoy aquí…, todo irá bien… —Calló. Era como si no hubiera dicho nada, y, de repente, quedó petrificado al pensar que Sharazad hubiera podido perder la cabeza. Empezó a sacudirle con suavidad y cariño pero sin el menor resultado. Entonces, se dio cuenta de que el viejo sirviente seguía al pie de la escalera, esperando órdenes—. ¿Dónde…, dónde está Su Alteza

Bakravan? —preguntó, con los brazos de Sharazad rodeándole fuertemente el cuello.

—En sus habitaciones, Agha.

—Dile, por favor, que estoy aquí, que me gustaría verla.

—Ahora ella no ve a nadie, Agha. A nadie. Es la Voluntad de Dios. No ha visto a nadie desde el día… —Los viejos ojos se llenaron de lágrimas—. Su Excelencia ha estado fuera, acaso Su Excelencia no esté enterado…

—Lo sé. Sí, lo sé.

—Insha'Allah, Agha, Insha'Allah. Pero ¿qué crímenes pudo haber cometido el señor? Insha'Allah que haya sido elegido, Insh…

—Insha'Allah. Por favor, dile a Su Alteza… ¡Basta ya, Sharazad! Vamos, cariño… —dijo en inglés, pues sus lamentos le estaban volviendo loco—. ¡Basta ya! —Luego se dirigió al sirviente en farsi—. Por favor, dile a Su Alteza que me reciba.

—Sí, se lo diré, Agha, pero Su Alteza no querrá abrir la puerta, ni contestar, ni verle, pero iré inmediatamente y le transmitiré su súplica. —Inició un movimiento para retirarse.

—Espera. ¿Dónde están todos?

—¿Quiénes, Agha?

—La familia. ¿Dónde está el resto de la familia?

—Ah, la familia. Su Alteza está en su habitación, la Lady Sharazad está aquí.

Lochart empezó a sentir que se enfurecía de nuevo, a lo que contribuía los lamentos de Sharazad.

—Quiero decir, ¿dónde está Su Excelencia Meshang con su mujer y sus hijos, y mis cuñadas con sus maridos?

—¿En qué otros sitios pueden estar más que en sus casas, Agha?

—Entonces, dile a Su Excelencia Meshang que estoy aquí —le dijo. El hijo mayor, Meshang y su familia eran los únicos que residían casi permanentemente allí.

—Ciertamente, Agha. Es la Voluntad de Dios. Iré yo mismo al bazar.

—¿Está en el bazar?

El viejo asintió.

—Claro, Agha, esta noche está, él y su familia. Ahora él es el Señor y tiene que dirigir el negocio. Es la Voluntad de Dios Agha. Él es ahora el jefe de la casa de Bakravan. Iré inmediatamente.

—No, envía a alguien. —El bazar estaba muy cerca y no sería imposición alguna—. Hay alguien… ¡Sharazad, Sharazad, basta ya! —dijo con dureza, pero ella pareció no haberle oído—. ¿Hay agua caliente en la casa?

—Debería haber, Agha. La caldera es muy buena pero no está encendida.

—¿No hay combustible?

—Debería haber combustible, Agha. ¿Quiere que me cerciore?

—Sí, enciende la caldera y tráenos algo de comer, y té.

—Ciertamente, Agha. ¿Qué le gustaría a Su Excelencia?

Lochart hizo un esfuerzo sobrehumano por mantener la serenidad, acuciado aún más por los gimoteos de Sharazad.

—Cualquier cosa… no, arroz y horisht, horisht de pollo —dijo corrigiéndose a sí mismo y citando un plato fácil y corriente—. Horisht de pollo.

—Como quiera, Agha, pero el cocinero está muy orgulloso de su horisht de pollo y necesitará horas para hacerlo a la plena satisfacción de Su Excelencia —dijo el viejo y esperó cortés, yendo su mirada de Lochart a la joven y de nuevo a Lochart.

—Entonces, entonces, ¡por el amor de Dios!, solo fruta. Fruta y té. Fruta de cualquier clase.

Lochart no fue capaz de resistirlo por más tiempo. Levantó a Sharazad en brazos, subió por la escalera y recorrió los pasillos hasta las habitaciones que habitualmente ocupaban en aquella casa de tres plantas y tejado plano, que era suntuosa, exquisita y serpenteante. Abrió la puerta, y la cerró tras de sí con el pie.

—Sharazad, escúchame… ¡Escucha, Sharazad! ¡Por Dios Santo, escúchame!

Pero ella seguía desplomada contra su pecho, lamentándose y monologando. Lochart la cogió en brazos y la llevó a la otra

habitación, realmente sofocante, con las ventanas herméticamente cerradas y también las contraventanas y la obligó a sentarse en la cama deshecha. Luego, se precipitó al moderno cuarto de baño, casi toda la fontanería era moderna, salvo el inodoro.

No había agua caliente. Dejó correr la fría que no parecía demasiado salobre. Cogió algunas toallas, empapó una de ellas y volvió a la otra habitación, doliéndole el pecho, consciente de que aquello no era su fuerte. Sharazad no se había movido. Intentó limpiarle la cara pero ella se resistió, empezó a lloriquear, poniéndose aún más fea. Le caía saliva por la comisura de los labios.

—Sharazad. Sharazad, cariño, ¡por el amor de Dios, cariño! —La incorporó mientras la mantenía abrazada contra él, pero nada la conmovía. Solo sus gemidos eran constantes, haciéndole llegar a él al límite de su paciencia—. ¡Domínate! —dijo con voz potente, sin saber ya qué hacer y poniéndose en pie. Pero las manos de ella se aferraron a su traje, intentando acercarle de nuevo.

—Dame fuerzas, Dios mío.

Vio su propia mano cruzar el rostro de Sharazad. Por un instante, los lamentos se interrumpieron y ella lo miró, incrédula. Luego, su expresión volvió a quedarse desvaída; entonces, empezó a balbucear de nuevo y se aferró con ambas manos a su traje.

—¡Que Dios me ayude! —exclamó Lochart con voz quebrada, y empezó a abofetearle, cada vez más fuerte, intentando desesperadamente darle fuerte aunque no demasiado. Finalmente, la echó en la cama boca abajo, y comenzó a pegarle en las nalgas hasta dolerle la palma y luego toda la mano. Y, de repente, la oyó gritar, verdaderos gritos y no aquel balbuceo incomprensible.

—*Tommmyyyy, para ya*, por favor Tommmy, por favor, paraaa… Me estás haciendo daño Tommmyyy, ¿qué te he hecho yo? Te juro que no he pensado en nadie. ¡Dios mío, por favor, Tommmyyy, paraaaa…!

Lochart dejó de pegarle. El sudor le corría hasta los ojos, tenía toda la ropa arrugada y se apartó jadeando de la cama. Sharazad se retorcía de dolor, con las nalgas y la cara enrojecidas. Sin embargo,

sus lágrimas eran ya lágrimas verdaderas, sus ojos eran de nuevo los suyos y su cerebro también.

—Por Dios, Tommyyy, me has hecho daño, me has hecho mucho daño —sollozó igual que un niño a quien hubieran dado unos azotes —. ¿Por quéééé? ¿Por quéééé? Si yo te amo tanto… Jamás he hecho nada… nada para… herirte y hacer que tú… y hacer que tú me dañases… —Deshecha por el dolor y la vergüenza de haberle enfurecido, sin saber por qué pero únicamente convencida de que tenía que ayudarle a olvidar su ira, se deslizó de la cama cayendo a sus pies y suplicándole entre lágrimas su perdón.

Al volver su mente a la realidad cesó su llanto y levantó la mirada hacia él.

—Tommy, querido —dijo con voz quebrada—. Mi padre está muerto…, asesinado…, asesinado por los Green Bands… Asesinado.

—Sí, sí, cariño mío, lo sé, lo sé…, y lo siento tanto…

La levantó y sus lágrimas se mezclaron. La mantuvo apretada contra él, transmitiéndole toda su fuerza y colmándola, como ella le transmitió la suya a él y lo colmó. Luego, durmieron a ratos, despertándose de vez en cuando pero volviendo a coger un sueño tranquilo, haciendo acopio de fuerzas, la llama de la lámpara de petróleo proyectando sombras amables. Poco antes de medianoche, Lochart se despertó. Sharazad le estaba mirando. Ella intentó acercarse con cuidado para besarle, pero un espasmo de dolor se lo impidió.

—¿Te encuentras bien? —Los brazos de él la rodearon al punto.

—Ten cuidado…, lo siento. Sí… es… —Con esfuerzo intentó mirarse atrás, y entonces se dio cuenta de lo sucia que llevaba la ropa. Hizo una mueca—. Puff, vaya porquería… Perdóname, por favor, amado mío. —Se levantó con movimientos torpes y se la quitó. Con gesto dolorido cogió la toalla húmeda y se limpió la cara. Después, se cepilló el cabello.

Al acercarse más a la luz, Lochart vio que tenía ligeramente amoratado uno de los ojos y las nalgas con cardenales.

—Perdóname, por favor…, ¿qué hice… qué he hecho para ofenderte? —se angustió ella.

—Nada, nada en absoluto. —Lochart estaba aterrado y le contó cómo la había encontrado.

Ella se le quedó mirando sin comprender.

—Pero… dices que yo… No recuerdo nada de eso, solo…, solo que me pegaban.

—Lo siento muchísimo pero era la única manera que podía… No sabes cuánto lo siento.

—No te preocupes, ya no, cariño. —Se acercó de nuevo intentando recordar y con exquisito cuidado se tumbó de bruces sobre la cama—. De no haber sido por ti… Es la Voluntad de Dios, pero si yo estaba como dices, ¡qué extraño, no recuerdo nada, nada desde el momento en que…! —Se le quebró la voz ligeramente, luego, prosiguió procurando mostrarse firme—. De no haber sido por ti tal vez hubiera perdido la cabeza para siempre. —Se acercó más a él y lo besó—. Te quiero, amado mío —dijo en farsi.

—Te quiero, amada mía —repitió él bajo su hechizo.

Al cabo de un momento, Sharazad le habló con voz extraña.

—Pienso que sé lo que me volvió loca, Tommy… Vi a mi padre, le vi ayer, anteayer…, no recuerdo. Y es que muerto parecía tan pequeño, tan diminuto. Estaba muerto, con todos aquellos agujeros en el rostro y en la cabeza… Jamás lo recuerdo tan pequeño, pero son ellos los que le han hecho pequeño, ellos lo que le han quitado su…

—No pienses —dijo él con cariño, viéndole los ojos llenos de lágrimas—. Es Insha'Allah, no pienses en ello.

—Ciertamente, marido mío, si tú lo dices —dijo ella al punto, en farsi, con gran seriedad—. Claro que es la Voluntad de Dios, sí, pero para mí es importante decírtelo, apartar la vergüenza de mí, el hecho de que me hayas encontrado en este estado… Me gustaría decírtelo algún día.

—Entonces, dímelo ahora, Sharazad, y luego podremos olvidarlo para siempre —repuso él con igual seriedad—. Dímelo ahora, por

favor.

—Es que han convertido al hombre más grande del mundo…, después de ti, lo han convertido en insignificante. Y sin motivo alguno. Siempre que le fue posible estuvo contra el Sha y era un gran partidario de ese mulá Jomeini —lo dijo con toda calma y Lochart escuchó la palabra mulá y no Ayatolá, o Imán. Aquello le hizo ponerse en guardia—. Asesinaron a mi padre sin motivo alguno, sin juicio previo y fuera de la ley. Y le hicieron pequeño. Le quitaron cuanto tenía como hombre, como padre, como padre muy amado. Es la Voluntad de Dios, debería decir yo, y lo intentaré. Pero no puedo creer que Dios lo haya querido. Acaso sea más bien lo que quiere Jomeini. No lo sé. Pronto lo averiguaremos nosotras, las mujeres.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

—Dentro de tres días nosotras, las mujeres, haremos una marcha pacífica de protesta… Todas las mujeres de Teherán.

—¿Contra qué?

—Contra Jomeini y los mulás que van en contra de los derechos de la mujer… Cuando nos vea marchando sin chador no hará lo que está mal.

Lochart la escuchaba a medias, recordando que hacía solo unos días, ¿sería posible que esa pesadilla hubiese comenzado solo unos días antes…?, Sharazad se había mostrado tan satisfecha de sí misma llevando chador, contenta de ser únicamente una esposa y no una moderna como Azadeh. La miró a los ojos, leyó en ellos su decisión y supo que se había comprometido con ella misma.

—No quiero que participes en esa protesta.

—Sí, claro, esposo mío, pero todas las mujeres de Teherán marcharán contra los representantes de los asesinos de mi padre, y estoy segura de que no desearás avergonzarme ante su memoria… ¿Verdad que no?

—Es una pérdida de tiempo —dijo Lochart, consciente de que no iba a conseguir nada hablando, pero impulsado a seguir adelante—. Me temo, amor mío, que una marcha de protesta de todas las

mujeres de Irán y de todo el Islam no afectará lo más mínimo a Jomeini. Es su Estado islámico, la mujer jamás tendrá nada que no esté contenido en el Corán. Nada. Como tampoco ninguna otra persona. Es inflexible…, ¿acaso no reside su fuerza en eso?

—Desde luego, tienes razón. Pero marcharemos en protesta, y entonces Dios le abrirá los ojos y todo estará claro para él. Es la Voluntad de Dios, no la Voluntad de Jomeini. En la historia de Irán tenemos ejemplos de cómo tratar con semejantes hombres.

La abrazó. «Marchar no es la respuesta —se dijo—. Ah, Sharazad. Tenemos tanto que decidir, tanto que decir, tanto que hablar, aunque ahora no es el momento. Pero está Zagros y un "212" para entregar. Sin embargo, eso deja solo a Mac para abordar la situación. ¿Y si me lo llevara también a él? No podría, a no ser por la fuerza».

—Es posible que haya de hacer un viaje sin carga, Sharazad. Llevar un «212» a Nigeria. ¿Querrás venir conmigo?

—Pues claro, Tommy. ¿Cuánto tiempo estaremos fuera?

Lochart vaciló.

—Algunas semanas…, quizás algo más. —Sintió el cambio entre sus brazos. Imperceptible.

—¿Cuándo quieres irte?

—Muy pronto. Mañana tal vez.

Sharazad abandonó su abrazo sin moverse.

—No puedo dejar a mi madre, al menos por un tiempo. Está… está deshecha por el dolor, Tommy, y… y si me fuera, siempre tendría miedo por ella. Y luego está el pobre Meshang, tiene que dirigir el negocio, necesita ayuda…, hay tanto que hacer y de qué ocuparse.

—¿Estás enterado de la orden de confiscación?

—¿Qué orden?

Lochart se lo dijo. De nuevo se le llenaron los ojos de lágrimas y se sentó, dando al olvido sus dolores por un momento. Se quedó mirando la llama del petróleo y las sombras que proyectaba.

—Entonces, no tenemos hogar, nada. Es la Voluntad de Dios —dijo con voz opaca. Luego, casi de inmediato, añadió con voz diferente—: ¡No, no es la Voluntad de Dios! Es la voluntad de los Green Bands. Ahora hemos de unirnos para salvar a la familia, de otra manera, habrán vencido a mi padre y eso no podemos permitirlo. No podemos tolerar que lo maten y luego lo destruyan también. Sería terrible.

—Sí, estoy de acuerdo contigo, pero este transbordo resuelve nuestros problemas durante unas semanas.

—Tienes razón, Tommy. Como siempre. Sí, sí, los resolvería si necesitásemos irnos, pero aquí está nuestro hogar, tanto como el otro o más. ¡Qué felices seremos aquí, Dios mío! Por la mañana buscaré sirvientes y traeré todo lo que es nuestro del apartamento. Bah, ¿qué importan unas cuantas alfombras y chucherías, cuando tenemos esta casa y nos tenemos a nosotros? Lo arreglaré todo. Ah, aquí seremos felices.

—Pero si tú…

—Después de ese robo es aún más importante que estemos aquí, que resistamos, que protestemos… Eso hace que la marcha sea mucho más importante. —Le puso un dedo sobre los labios al ver que empezaba a hablar—. Si tienes que hacer ese transbordo y, naturalmente, tienes que cumplir con tu trabajo…, entonces, ve, cariño, pero date prisa en volver. Dentro de unas semanas, Teherán habrá vuelto a la normalidad, y todo será agradable de nuevo. Sé que esa es la Voluntad de Dios.

«Ah, sí —pensó confiada—, olvidaré los dolores merced a su felicidad. Y entonces estaré en mi segundo mes y Tommy se sentirá muy orgulloso de mí; entretanto, será maravilloso vivir aquí, rodeada de la familia, vengado mi padre, la casa rebosante otra vez de risas».

—Todos nos ayudarán —dijo, recostándose de nuevo entre sus brazos, cansada, pero muy feliz—. Estoy tan contenta Tommy de tenerte en casa, de que estemos en casa. Será maravilloso, Tommy. —Sus palabras se fueron haciendo confusas a medida que el sueño

se apoderaba de ella—. Todos nosotros ayudaremos a Meshang… y los que están en el extranjero volverán, la tía Annoush y los niños… Ellos ayudarán también… y el tío Valik orientará a Meshang…

Lochart no tuvo valor para decírselo.

DOMINGO

18 de febrero

XXXIV

EN EL PALACIO DEL KHAN, TABRIZ: 3.13 DE LA TARDE. En la oscuridad de la pequeña habitación, el capitán Ross levantó la tapa de cuero de su reloj y consultó los números luminosos.

—Preparados, Gueng —musito en gurkhalí.

—Sí, sahib —susurró a su vez Gueng, contento de que la espera hubiese terminado.

Con cautela y sigilo, los dos hombres se levantaron de sus jergones, extendidos sobre unas alfombras viejas y malolientes en el duro suelo de tierra batida. Estaban vestidos completamente y Ross, acercándose a la ventana escudriñó los alrededores. El centinela que les habían puesto se encontraba tumbado junto a la puerta, dormido como un leño, con el rifle sobre las piernas. A trescientos kilómetros, más allá de los huertos y de las dependencias, se alzaba el palacio de cuatro pisos del Khan Gorgon. La noche era oscura y fría, con algunas nubes. De vez en cuando, la luna aparecía rodeada de un nimbo.

«Más nieve», se dijo, mientras abría la puerta con suma cautela. Ambos hombres permanecieron allí, en pie, atisbando en la oscuridad con sus cinco sentidos alerta. No se veían luces por parte alguna. Sin hacer el menor ruido, Ross se acercó al centinela y le sacudió con fuerza, pero el hombre no despertó de su drogado sueño que se prolongaría, al menos, durante dos horas más. Había sido fácil administrarle el somnífero en un trozo de chocolate que, a tal fin, conservaban en su botiquín de supervivencia: algo de chocolate con somnífero, y algo con veneno. Una vez más, concentró su atención en la noche esperando, paciente, que la luna

se ocultara tras una nube. Con gesto ausente se rascó la picadura de una chinche. Iba armado con su kukri y una granada.

—Si nos detienen, Gueng, solo queríamos dar un paseo —le había dicho antes—. Lo mejor será que dejemos aquí nuestras armas. ¿Por qué llevamos kukris y una granada? Es una antigua costumbre gurkha: ir desarmados significaría una ofensa a nuestro regimiento.

—Creo que me gustaría coger ahora todas nuestras armas, volver a las montañas y abrirnos camino hacia el Sur, sahib.

—Si esto no resulta bien, habremos de hacerlo, pero es un gambito desgraciado —había dicho Ross—. Es un gambito desgraciado. Nos encontraremos atrapados en campo abierto…, esos cazadores todavía siguen buscando y no cejarán hasta que nos cojan. No olvides que llegamos hasta la casa de seguridad nada más. Nos salvamos solo gracias a la ropa.

Después de la emboscada en la que resultaran muertos Vien Rosemont y Tenzing, él y Gueng habían despojado de sus ropas a algunos de los atacantes, endosándose la vestimenta de hombres de la tribu sobre sus uniformes. Había pensado en librarse completamente de los uniformes, pero luego lo consideró imprudente.

—Si nos cogen, nos han cogido y ahí se termina todo.

Gueng esbozó una sonriente mueca.

—Por lo tanto, más le valdrá convertirse ahora en un buen hindú. Entonces, si nos matan, no será el fin sino el principio.

—¿Cómo hago eso, Gueng? ¿Lo de convertirme ahora en un buen hindú? —sonrió tristemente recordando la mirada perpleja de Gueng y su profundo encogimiento de hombros. Luego, habían arreglado y acomodado los cuerpos de Vien Rosemont y Tenzing dejándolos juntos sobre la nieve, siguiendo la costumbre de las Tierras Altas—. Este cuerpo ya no tiene valor para el espíritu y debido a la inmutabilidad de la resurrección queda en legado para los animales y las aves que son otros espíritus luchando en su propio karma hacia el Nirvana…, el lugar de la Paz Celestial.

Al día siguiente pudieron ver a quiénes les perseguían implacablemente. Cuando llegaron al pie de las colinas, en los alrededores de Tabriz, apenas un kilómetro les separaba de sus perseguidores. Solo pudo salvarles su enmascaramiento, permiténdoles fundirse entre la muchedumbre, pues había muchos hombres tribales tan altos como él y también con ojos azules, y también muchos igualmente bien armados. La suerte había seguido acompañándoles al encontrar la entrada trasera al pequeño y sucio garaje de la primera vez. Utilizó el nombre de Vien Rosemont y el hombre que estaba allí les había escondido. Aquella noche, el Khan Abdollah había acudido con sus guardias, en actitud muy hostil y suspicaz.

—¿Quién te dijo que preguntaras por mí?

—Vien Rosemont. Me habló también de este lugar.

—¿Quién es ese Rosemont? ¿Dónde está ahora?

Ross le había contado lo ocurrido durante la emboscada y se dio cuenta de que algo nuevo se ocultaba tras la mirada de aquel hombre, aunque seguía mostrándose hostil.

—¿Cómo sé que me estás contando la verdad? ¿Quién eres tú?

—Vien Rosemont, antes de morir, me pidió que le diera un mensaje…, pero estaba delirando y muriendo de una forma atroz. Sin embargo, me lo hizo repetir tres veces para asegurarse. Dijo: «Dile al Khan Abdollah que Peter va tras el Gorgon y que el hijo de Peter es peor que Peter. El hijo juega con cartas y suero y también el padre que intentará utilizar una medusa para cazar al Gorgon». —Vio iluminarse la mirada del viejo, aunque no de contento—. ¿Significa esto algo para usted?

—Sí. Significa que conocía a Vien. Así que ha muerto. Es la voluntad de Dios, pero es una pena. Vien era bueno, muy bueno, y un gran patriota. ¿Quién eres tú? ¿Cuál era tu misión? ¿Qué estabas haciendo en nuestras montañas?

Dudó nuevamente al recordar lo que Armstrong le dijera, cuando le puso al corriente de todo, respecto de que no confiara demasiado en aquel hombre. Y sin embargo, Rosemont, en quien él confiaba, le

había dicho cuando se estaba muriendo: «Puedes confiar tu vida a ese viejo bastardo. Yo lo he hecho una media docena de veces y jamás me ha fallado. Ve a él, te sacará de aquí…».

El Khan Abdollah sonreía, pero el rictus de su boca era cruel al igual que el brillo de sus ojos.

—Puedes tener confianza en mí… Creo que no te queda otro remedio.

—Sí «pero no demasiado» —se dijo, repugnándole la palabra, una palabra que le cuesta la vida a millones de personas, a más millones todavía, su libertad; y a cada uno de los adultos de la tierra, la paz del espíritu en uno u otro momento—. Tenía que neutralizar Sabalan explicó y luego añadió lo que había ocurrido allí.

—¡Alabado sea Dios! Transmitiré la noticia a Wesson y Talbot.

—¿A quién?

—Bah, no importa. Te haré llegar al Sur. Venid conmigo, esto no es seguro…, se ha dado la alarma ofreciendo una recompensa por «dos súbditos británicos, dos enemigos del Islam». ¿Quiénes sois?

—Ross. Capitán Ross, y este es el sargento Gueng. ¿Quiénes son los hombres que nos persiguen? ¿Iraníes…, o soviéticos? ¿O gentes a las órdenes de los soviéticos?

—Los soviéticos no operan abiertamente en mi Azerbaiyán, aún no —los labios del Khan se contrajeron en una extraña sonrisa—. Tengo un camión afuera. Subid a él rápidamente y tumbaos en la parte de atrás. Os ocultaré, y cuando sea seguro os llevaré de nuevo a Teherán…, pero tenéis que obedecer mis órdenes. De manera explícita.

De eso hacía ya dos días, pero la visita de los extranjeros soviéticos y la llegada del helicóptero, lo cambió todo a rajatabla. Vio como la luna se ocultaba detrás de una nube y dio un golpecito de aviso a Gueng en el hombro. El hombrecillo desapareció en el huerto. Cuando en la oscuridad le llegó la señal de camino despejado, Ross lo siguió. Fueron saltando a la pídola, uno sobre el otro, moviéndose muy bien, y por fin se encontraron junto a la esquina del ala norte de la gran mansión. Hasta el momento, no

encontraron guardias ni perros, aunque Gueng había visto algunos doberman pinschers sujetos con cadenas.

Les fue fácil trepar por una balaustrada hasta la terraza del primer piso. Gueng iba delante, presuroso, atravesó la mitad de ella, pasó el corredor de ventanas cerradas hasta la escalera que conducía a la siguiente terraza. Al llegar arriba se detuvo para orientarse. Ross apareció detrás de él. Gueng señaló hacia la segunda fila de ventanas y sacó su kukri, pero Ross hizo un gesto negativo con la cabeza e indicó una puerta lateral, casi invisible, que había visto en la oscuridad. Probó con el picaporte. La puerta crujió sonoramente. Algunas aves nocturnas chillaron en el huerto, llamándose unas a otras. Los dos hombres concentraron su atención hacia el punto de donde procedían las aves, por si acudía alguna patrulla. Nadie apareció. Dejaron pasar otros cuantos minutos para asegurarse y luego Ross abrió la marcha hacia el interior. La tensión del momento hizo aumentar su adrenalina.

El corredor era largo, con muchas puertas a cada lado y algunas ventanas hacia el Sur. Se detuvo delante de la segunda puerta y probó, cauteloso, el picaporte. La puerta se abrió sin ruido y Ross se deslizó dentro con rapidez seguido de Gueng, siempre con su kukri desenvainado y la granada preparada. La habitación parecía ser una antesala…, alfombras, cojines para recostarse, muebles y sofás de anticuado estilo victoriano. Allí había dos puertas. Esperando haber elegido la correcta, Ross abrió la puerta del lado del chaflán del edificio y entró. Las cortinas estaban echadas, mas un rayo de luna que entraba por una rendija les permitió distinguir con claridad el lecho, y en él al hombre que buscaban, con una mujer, ambos dormidos debajo del grueso edredón. Sin vacilar, se colocaron uno a cada lado de la cama, Ross de la parte del hombre y Gueng de la mujer. De manera simultánea, aplicaron los pañuelos a la boca de los durmientes, manteniéndolos debajo de la nariz con la suficiente presión para que no pudiesen gritar.

—Somos amigos, piloto, no grite —musitó Ross junto al oído del hombre ya que desconocía su nombre y tampoco sabía quién era la

mujer, solo lo conocía como «el piloto». Pudo ver que el inexpresivo sobresalto del piloto al ser despertado de pronto se transformaba en ira cegadora al volver a la realidad y cómo alzaba unas manos inmensas para destrozarle. Ross las evitó aumentando la presión debajo de la nariz de Erikki, manteniéndole fácilmente inmovilizado.

—Voy a soltarte, no grites, piloto. Somos amigos, británicos, soldados británicos. Asiente con la cabeza si estás despierto y me has comprendido —dijo, esperando unos instantes hasta que sintió más que vio el asentimiento del hombretón, vigilando sus ojos. Estos le gritaban peligro—. Mantenla amordazada, Gueng —dijo en gurkhalí—. Hasta que hayamos terminado por este lado. No temas nada, piloto, somos amigos.

Aflojó la presión y se hizo a un lado de un salto cuando Erikki se lanzó hacia él; después, aquel se volvió en la cama para atacar a Gueng, pero se detuvo en seco. La luz de la luna brillaba sobre el curvo kukri que sujetaba junto a la garganta de Azadeh. Esta tenía los ojos prácticamente desorbitados y parecía petrificada.

—¡Detente! Déjala en paz… —dijo Erikki con voz ronca en ruso ya que al ver tan solo los ojos orientales de Gueng pensó que se trataba de uno de los hombres de Cimtarga, y él todavía se sentía confuso y embargado por el pánico. Aún tenía la cabeza embotada por el sueño, y por el dolor que le producía el haber estado volando tantas horas, la mayor parte del tiempo con instrumentos en malas condiciones—. ¿Qué queréis?

—Habla inglés. Eres inglés, ¿no?

—No, no. Soy finlandés —respondió Erikki, y trató de ver a Ross que era poco más que una silueta bajo el rayo de luna—. ¿Qué queréis?

—Siento haber tenido que despertarte así, piloto —se apresuró a decir Ross, acercándose algo más a él y manteniendo la voz baja—. Lo siento, de verdad, pero tengo que hablar contigo en secreto. Es muy import…

—Dile a ese bastardo que suelte a mi mujer. ¡Ahora mismo!

—¿Mujer? Ah, sí, claro. Lo siento. ¿No gritará? Dile que no grite, por favor.

Observó cómo el hombretón se volvía hacia la mujer que yacía inmóvil debajo del grueso edredón, con la boca aún tapada, bajo la amenaza del kukri firme en la mano de Gueng. Le vio alargar cauteloso la mano y tocarle, con la mirada clavada en el kukri. El tono de su voz fue cariñoso y alentador, pero no habló en inglés ni en farsi, sino en otro idioma. Ross, aterrado, pensó que sería ruso y se sintió más desorientado si cabía, ya que esperaba encontrarse con un piloto británico de «S-G», sin compañera de cama, y no con un finlandés con una esposa rusa. Le aterraba la idea de haber conducido a Gueng a una trampa. Los ojos del hombre se volvieron de nuevo a él y el presagio de peligro se hizo más intenso.

—Dile que suelte a mi mujer —dijo Erikki en inglés, resultándole difícil concentrarse—. No gritará.

—¿Qué le has dicho? ¿Hablabas ruso?

—Sí, era ruso y le he dicho: «Dentro de un segundo ese bastardo te soltará. No grites. No grites, limítate a ponerte detrás de mí. No te muevas de prisa, solo detrás de mí. No hagas nada a menos que yo ataque al otro bastardo. En ese caso lucha por tu vida».

—¿Eres ruso?

—Ya te lo he dicho, soy finlandés y me canso pronto de hombres con cuchillos en la noche, sean británicos, rusos o, incluso, finlandeses.

—¿Eres piloto de «S-G Helicopters»?

—Sí, apresuraos y soltadla quién quiera que seáis o haré algo. Ross no había conseguido dominar sus temores todavía.

—¿Es rusa ella?

—Mi mujer es iraní. Habla ruso y yo también —dijo Erikki con tono glacial, mientras se movía un poco para salir del estrecho rayo de luz y sumergirse en las sombras—. Ponte a la luz porque no puedo verte y, por última vez, ordena a ese pequeño bastardo que suelte a mi mujer, dime lo que queréis y luego marchaos.

—Lamento todo esto. Suéltala, Gueng.

Gueng no hizo el menor movimiento. Tampoco apartó la curva hoja de ella.

—Sí, sahib —dijo en gurkhalí—. Sí, sahib, pero antes coge el cuchillo que hay debajo de la almohada del hombre.

—Si va a por él, hermano, si llega siquiera a tocarlo, mátala. Yo me ocuparé de él —contestó Ross también en gurkhalí, añadiendo luego en inglés con tono amable—. Tienes un cuchillo debajo de tu almohada, piloto. No lo toques, por favor. Lo siento, pero si lo haces antes de que todo quede solucionado… Ten paciencia, por favor. Suéltala, Gueng —dijo sin apartar por un instante su atención del hombre. De reojo pudo ver el contorno vago de una cara, un cabello largo y alborotado que casi la cubría, luego, ella se colocó detrás de los inmensos hombros, ciñéndose su largo camisón invernal, de manga larga. Ross estaba de espaldas a la luz y poco podía ver de la mujer salvo el odio reflejado en sus ojos semiocultos, pese a la oscuridad—. Siento haber llegado como un ladrón en la noche. Les pido perdón —le dijo a ella.

Azadeh no contestó. Él repitió las palabras de excusa en farsi mas ella siguió sin responder.

—Le ruego que presentes excusas por mí a tu esposa.

—¡Habla inglés! ¿Qué diablos quieres? —Erikki se sintió mejor al saberla ya segura, aun cuando seguía teniendo plena consciencia de lo cerca que se encontraba el otro hombre con el cuchillo curvo.

—Somos una especie de prisioneros del Khan, piloto, y he venido a ponerte sobre aviso y a pedirte ayuda.

—A ponerme sobre aviso, ¿de qué?

—Hace unos días, ayudé a uno de sus capitanes…, a Charles Pettikin —dijo, y al punto observó el impacto sufrido por aquel nombre y se sintió algo más tranquilo. Rápidamente refirió Erikki lo ocurrido en Doshan Tappeh, el ataque de la SAVAK y cómo lograron escapar, describiendo con toda exactitud el físico de Pettikin para que no pudiera haber duda alguna.

—Charlie nos habló de ti —dijo Erikki asombrado aunque no olvidado ya todo temor—, pero no que te hubiera dejado cerca de

Bandare Pahlevi. Solo nos contó que algunos paracaidistas británicos le habían salvado de un SAVAK que le hubiera volado la cabeza.

—Le pedí que olvidara mi nombre. Yo, hummm, estábamos llevando a cabo un trabajo.

—Buena suerte la de Charlie, nos… —Ross vio a la mujer susurrar algo al oído de su marido, distrayendo su atención. El hombre asintió, y se volvió luego a mirarle—. Tú puedes verme, yo no puedo verte a ti. Ponte a la luz… En cuanto a Abdollah, si fueseis sus prisioneros estaríais aherrojados o en una mazmorra, no sueltos por el palacio.

—Se me informó que el Khan nos ayudaría si nos encontrábamos en dificultades. Nos vimos en una situación difícil y él dijo que nos ocultaría hasta que le fuera posible llevarnos a Teherán de nuevo. Entretanto, nos metió en una cabaña escondida, al otro lado de la propiedad. Y un guardia nos vigila de forma permanente.

—¿Que os ocultaría de qué?

—Estábamos llevando a cabo un trabajo, hummm, un trabajo de alto secreto, y como nos perseguían nos…

—¿Cuál era ese trabajo altamente secreto? Sigo sin poder verte. Ponte a la luz.

Ross se movió algo aunque no lo suficiente.

—Teníamos que volar un establecimiento secreto, de radar, de los americanos para impedir que los soviéticos o sus partidarios se apoderaran de él. Rec…

—¿Sabalan? ¿Cómo diablos estás enterado de eso?

—Se me está obligando a volar con un soviético y algunos izquierdistas para registrar algunos emplazamientos de radar cerca de la frontera. Uno de ellos, en la cara Norte, lo habían volado y hasta el momento, en el resto, no se ha encontrado nada que valga la pena. Al menos eso es lo que yo sé, naturalmente. Prosigue, ¿ponerme en guardia respecto a qué?

—¿Dices que te están obligando?

—El Khan y los soviéticos retienen a mi mujer como rehén a cambio de mi cooperación y buen comportamiento —se limitó a decir

Erikki.

—¡Santo Cielo! —El cerebro de Ross trabajaba a marchas forzadas—. Yo, humm, reconocí la insignia «S-G» cuando trazabas círculos con el aparato y venía a advertirte que los soviéticos estaban aquí, llegaron a primera hora de esta mañana, y proyectan secuestrarte con la amable ayuda del Khan… Parece ser que está haciendo el juego a ambos lados, agente doble. —Se dio cuenta del asombro de Erikki—. Tu pueblo ya tiene la experiencia de esas mañas.

—Secuestrarme a mí, ¿para qué?

—No lo sé con exactitud. Después de que tu helicóptero llegara, envié a Gueng de reconocimineto…, se introdujo por una ventana de atrás. Díselo, Gueng.

—Fue después de que hubieran almorzado, sahib, el Khan y el soviético. Estaban junto al coche del soviético que ya se iba… Yo me encontraba cerca, entre los matorrales, y podía oírles bien. Al principio no entendía nada pero el Khan dijo: «Hablemos en inglés, hay sirvientes cerca». El soviético dijo: «Gracias por toda la información y `por el ofrecimiento». El Khan dijo: «Así que, ¿tenemos un acuerdo? ¿Todo, Patar?». El soviético dijo: «Sí, recomendaré todo cuanto quieres. Me ocuparé de que el piloto jamás vuelva a molestarte. Cuando haya terminado aquí se le llevará al Norte». —Gueng calló al escuchar la nota de sobresalto de Azadeh —. ¿Sí, memsahib?

—Nada.

Gueng se concentró deseoso de no olvidar el más mínimo detalle.

—El soviético dijo: «Me ocuparé de que el piloto jamás vuelva a molestarte. Cuando haya terminado aquí se le llevará al Norte de forma permanente». Y entonces… —reflexionó un instante—. Ah, sí. Entonces dijo: «El mulá no volverá a molestarte y a cambio tú capturarás para mí a los saboteadores ingleses. Vivos, de ser posible los querría vivos». El Khan dijo: «Sí, los capturaré. Patar, pued…».

—Petr —dijo Azadeh poniendo la mano en el hombro de Erikki—. Su nombre es Petr Mzytryk.

—¡Santo Cielo! —farfulló Ross—. Así, todo encaja.

—¿Qué? —preguntó Erikki.

—Te lo diré luego. Acaba, Gueng.

—Sí, sahib. El Khan dijo: «Los capturaré, Patar. Si puedo vivos. ¿Cuál será mi recompensa si los capturo vivos?». El soviético rio: «Lo que quieras dentro de lo razonable. ¿Y la mía?». Entonces el Khan dijo: «La traeré conmigo en la próxima visita». Eso fue todo, sahib. Luego, el soviético subió a su coche y se fue.

Azadeh se estremeció.

—¿Qué? —dijo Erikki.

—Se refería a mí —aclaró ella con voz tenue.

—No entiendo —dijo Ross.

Erikki vaciló, se sentía la cabeza más pesada que antes. Azadeh le había dicho que su padre quería almorzar con él y también le había hablado de la invitación de Petr Mzytryk a Tbilisi… «y también a su marido, por supuesto si está libre. Me gustaría enseñarle nuestra tierra…» y lo atento que el soviético se había mostrado.

—Es…, es personal. No tiene importancia —dijo—. Al parecer me has hecho un gran favor. ¿Cómo puedo ayudarte? —Sonrió, cansado, y alargó la mano—. Me llamo Yokkonen. Erikki Yokkonen y esta es mi mujer, Az…

—¡Sahib! —silbó Gueng poniéndole en guardia. Ross se detuvo bruscamente. Vio la otra mano de Erikki debajo de la almohada.

—No muevas un músculo —le dijo, con el kukri de repente fuera de su vaina.

Erikki reconoció el tono y obedeció. Con extrema cautela, Ross apartó la almohada, pero la mano no se hallaba cerca del cuchillo. La hoja centelleó bajo un rayo de luna. Ross reflexionó un momento y luego se lo devolvió a Erikki por la empuñadura.

—Lo siento, pero siempre es mejor asegurarse. —Estrechó la mano que el finlandés le alargaba y que había permanecido firme en todo momento y se dio cuenta de su enorme fuerza. Le sonrió y se volvió ligeramente quedando su rostro por primera vez

completamente iluminado—. Me llamo Ross, capitán John Ross y este es Gueng…

Azadeh se irguió de súbito, lanzando una exclamación. Todos la miraron y en aquel momento Ross la vio por vez primera con toda claridad. Era Azadeh, su Azadeh de hacía diez años atrás. Azadeh Gorden, como él la conociera por entonces, la Azadeh Gorden de la Tierra Alta, mirándole, más bella que nunca, con los ojos más grandes que nunca, una vez más como llegada del cielo.

—Dios mío, Azadeh, no te había visto la cara…

—Ni yo la tuya, Johnny.

—¡Azadeh… Dios mío! —tartamudeó Ross. Sonreía y también ella.

Pero luego oyó a Erikki, bajó la vista y se lo encontró mirándole, empuñando con fuerza el enorme cuchillo. Le embargó el temor y también a ella.

—Tú eres «Johnny Brighteyes» —dijo Erikki con una voz sin inflexiones.

—Sí, sí, lo soy… Tuve el privilegio de conocer a tu mujer hace años, muchos años… ¡Santo Cielo, Azadeh! ¡Es maravilloso verte!

—Y a ti —su mano no se había apartado del hombro de Erikki.

Este la sentía encima y le estaba abrazando, pero no se movió, hipnotizado por el hombre que tenía ante sí. Azadeh le había hablado de John Ross, del verano que pasaron juntos y del resultado de ese verano; un resultado que el hombre nunca supo: la posible existencia de un niño, como también que ella jamás había intentado buscarle para decírselo y que, además, no quería que lo supiera jamás.

—La culpa fue mía, no suya, Erikki —le había dicho con toda sencillez—. Yo estaba enamorada. Acababa de cumplir los diecisiete años y él tenía diecinueve… Johnny Brighteyes lo llamaba yo. Jamás había visto antes a un hombre con unos ojos tan azules. Estábamos profundamente enamorados pero solo fue un amor de verano, no como el nuestro, que es para siempre, al menos el mío lo es. Sí, me casaré contigo si mi padre lo permite, sí, si Dios lo quiere, pero solo

si tú puedes vivir feliz sabiendo lo que hubo una vez hace muchos, muchísimos años, cuando yo estaba creciendo. Tienes que prometerme, que jurarme, que puedes ser feliz como hombre y como marido, porque acaso algún día nos lo encontremos… Yo me sentiré feliz de volverle a ver y le sonreiré, pero mi alma será tuya, mi cuerpo será tuyo, mi vida será tuya, y tuyo será cuanto poseo…

Él había jurado como Azadeh deseaba, sinceramente y con toda su alma, feliz, dando de lado la preocupación de ella. Él era moderno, comprensivo y finlandés… ¿Acaso Finlandia no había sido siempre progresista, no había sido Finlandia el segundo país de la tierra después de Nueva Zelanda en conceder el voto a la mujer? Aquello no le causaba la más mínima preocupación. Ninguna en absoluto. Solo sentía por ella el que no hubiera sido prudente porque le había hablado de la ira de su padre, ira que le parecía comprensible.

Y ahora el hombre estaba allí, guapo, fuerte y joven, con una estatura más adecuada a la de ella, que la suya, con una edad más cercana a la de ella que la suya. Se sintió desgarrado por los celos…

Ross estaba intentando concentrarse, deslumbrado por la presencia de Azadeh. Apartó los ojos de ella y también su recuerdo y volvió a mirar a Erikki. Pudo leer con claridad en sus ojos.

—Hace mucho tiempo conocí a tu mujer, en Suiza. Asistí allí al colegio durante una breve temporada.

—Sí, lo sé —dijo Erikki—. Azadeh me ha hablado de ti. Estoy…, estoy…, ha sido…, ha sido un encuentro repentino para todos nosotros. —Se levantó de la cama, dominando con su estatura a Ross, con el cuchillo todavía en la mano, y todos conscientes de la presencia del arma. Vio a Gueng, al otro lado de la cama, empuñando todavía su kukri—. Bien. Te lo repito, capitán, gracias por la advertencia.

—¿Dices que los soviéticos te obligaron a volar?

—Azadeh es el rehén que garantiza mi buen comportamiento —dijo con sencillez.

Ross asintió pensativo.

—No hay mucho que puedas hacer al respecto si el Khan es hostil. ¡Qué situación, Dios mío! Se me había ocurrido que como tú estabas amenazado hubieras querido escapar y nos pudieras haber llevado en tu helicóptero.

—De ser factible, lo haría, sí…, sí, claro. Pero siempre que vuelo llevo veinte guardias conmigo y a Azadeh…, a mi mujer y a mí nos vigilan constantemente cuando estamos aquí. Hay otro soviético llamado Cimtarga que se ha convertido en mi sombra y Abdollah Khan es en extremo cuidadoso. —Aún no había decidido qué hacer con aquel hombre, Ross. Miró a Azadeh y vio que su sonrisa era sincera, la mano sobre su hombro también. Era evidente que aquel hombre ya no significaba para ella otra cosa que un viejo amigo. Pero, pese a ello, sentía un impulso casi irresistible de correr amok. Se obligó a sonreír a Azadeh.

—Hemos de ser muy cautelosos, Azadeh.

—Mucho. —Había sentido la tensión bajo su mano cuando dijo «Johnny Brighteyes» y supo que, de los tres, ella era la única capaz de controlar el nuevo peligro. Al propio tiempo, le excitaban los celos de Erikki, que con tanto empeño trataba de disimular ante ella, como también la franca admiración en la mirada de su ya lejano amor. «Ah, sí, Johnny Brighteyes, estás más atractivo que nunca, más delgado que nunca, más fuerte que nunca —se dijo—…, más excitante con tu cuchillo curvo, sin afeitar, con tu ropa sucia y tu olor a hombre… ¿Cómo podría no reconocerte?»—. Hace un momento, cuando nombraste a ese hombre «Peter» y yo te corregí diciendo «Petr», eso te dijo algo, ¿no, Johnny? ¿Qué fue?

—Se trata de un mensaje cifrado que debía transmitir al Khan —contestó Ross, penosamente consciente de que ella seguía hechizándole—: «Dile a Abdollah Khan que Peter —podía tratarse tanto del Patar que nombra Gueng como del Petr soviético—, que Peter va a por la cabeza del Gorgon y que el hijo de Peter es aún peor que Peter. El hijo juega con cuajada y suero, y también el padre, que intentará utilizar una medusa para capturar al Gorgon».

—¿Resulta fácil Erikki? —preguntó Azadeh.

—Sí —asintió Erikki aturdido—. ¿Por qué una cuajada y suero?

—Tal vez sea así —dijo Azadeh sintiéndose más y más excitada —: Dile a Abdollah Khan que Petr Mzytryk, KGB, va a por su cabeza y que el hijo de Mzytryk, supongamos que también pertenece a la KGB, es peor que su padre. El hijo juega con cuajada y suero, tal vez esto signifique que el hijo está involucrado con los kurdos y su rebelión, que amenaza la base del poder de Abdollah Khan en Azerbaiyán, que la KGB, el padre y el hijo también están implicados, y que Petr Mzytryk utilizará una Medusa para capturar al Gorgon —reflexionó un momento—. ¿Podría tratarse de otro juego de palabras y que significase utilizará a una mujer, acaso a una mujer diabólica para hacerse con mi padre?

Ross se sobresaltó.

—¿El Khan es…, el Khan es tu padre?

—Sí, me temo que así es. Mi apellido es Gorgon, no Gorden —dijo Azadeh—. Pero la directora del colegio de Château d'Or me dijo el primer día que no me sería fácil con un nombre como Gorgon, que me harían la vida imposible con bromas, así que más valía que fuera, sencillamente, Azadeh Gorden y no la hija de un Khan.

Erikki rompió el silencio.

—Si el mensaje es correcto, el Khan no deberá confiar en absoluto en esos *matyeryebyets*.

—Así es, Erikki. Pero mi padre jamás confía en nadie. Absolutamente en nadie. Si mi padre trabaja para ambos lados, como Johnny cree, no hay forma de saber qué hará. ¿Quién te dio ese mensaje para él, Johnny?

—Un agente de la CIA, y me dijo que podía confiar mi vida a tu padre.

—Siempre he sabido que los de la CIA estaban…, están locos —dijo Erikki mordaz.

—Este era muy bueno —dijo Ross con tono más tajante de lo que hubiera deseado, Vio a Erikki enrojecer y desvanecerse la sonrisa de ella.

Volvió a instalarse el silencio. Esta vez más denso. La luz de la luna que iluminaba la habitación se esfumó al ocultarse esta tras un montón de nubarrones. La oscuridad resultaba incómoda. Gueng, que había permanecido observando y escuchando, se sintió acometido por una inquietud creciente y suplicó en silencio a todos los dioses que les libraran de la Medusa, el diablo pagano con víboras en lugar de cabellos del que los misioneros le habían hablado durante sus primeros años en la escuela de Nepal. En ese momento, aquel sentido especial suyo le advirtió de inminente peligro, así que musitó una advertencia, y se acercó a la ventana para escudriñar el exterior. Por la escalera de enfrente, llegaban dos guardias armados sujetando a un doberman.

Los otros permanecieron rígidos. Oyeron las pisadas de los guardias a lo largo de la terraza y al perro cómo olfateaba y tiraba de la cadena. Después supieron que se encaminaban hacia la puerta exterior. De nuevo crujió al abrirla. Los guardias entraron en el edificio. Se escucharon voces ahogadas ante la puerta del dormitorio y el olfateo del perro. Más tarde, cerca de la puerta de la antesala. Gueng y Ross se situaron en posición de emboscada, con los kukris preparados. Finalmente, los guardias recorrieron el pasillo, salieron del edificio y bajaron la escalera de nuevo.

—Por lo general no vienen. Nunca —dijo Azadeh agitándose nerviosa, Ross musitó presuroso.

—Tal vez nos hayan visto rondar por aquí. Más vale que nos vayamos. Si escucháis tiroteo, vosotros no nos conocéis. Si aún estamos libres mañana por la noche, ¿podríamos venir aquí, digamos, después de la medianoche? Acaso pudiéramos concebir un plan.

—Sí —dijo Erikki—. Pero venid antes. Cimtarga me advirtió que tal vez hubiéramos de salir antes del amanecer. Venid, si podéis, alrededor de las once de la noche. Más vale que preparemos varios planes… Salir de aquí no va a resultarnos nada fácil. ¡En absoluto fácil!

—¿Cuánto tiempo habrás de trabajar para ellos…, antes de terminar?

—No lo sé. Tal vez tres o cuatro días.

—Muy bien. Si no nos ponemos en contacto con vosotros, olvidadnos. ¿De acuerdo?

—¡Que Dios te proteja, Johnny! —le dijo Azadeh con tono ansioso—. No te fíes de mi padre, no permitas que te coja…, que te coja él o los otros.

Ross sonrió y la habitación se iluminó incluso para Erikki.

—No habrá problemas… Buena suerte para todos nosotros.

Saludó con alegre ademán y abrió la puerta. En cuestión de segundos él y Gueng habían desaparecido sigilosamente, tal como llegaran. Erikki vigiló desde la ventana y tan solo vio unas sombras bajando las escaleras, dándose cuenta de la manera tan inteligente y silenciosa con que ambos hombres hacían uso de la noche, envidió a Ross su indiferente elegancia de modales y movimientos.

Azadeh se encontraba en pie junto a él, una cabeza más baja, rodeándole la cintura con el brazo. Al cabo de un momento, él le pasó a su vez el brazo por los hombros. Escucharon ansiosos, esperando oír gritos y disparos, pero la noche siguió en calma. La luna hizo otra vez su aparición de entre las nubes. Ni el más mínimo movimiento por parte alguna. Erikki consultó su reloj. Eran las cuatro y veintitrés minutos de la madrugada.

Miró al cielo, todavía no apuntaba el alba. Cuando amaneciera habría de irse, no a la cara norte del Sabalan sino a otro emplazamiento de radar más al Oeste. Cimtarga le había dicho que la CIA todavía seguía operando en determinados emplazamientos más cercanos a la frontera turca, pero que hoy día el Gobierno de Jomeini había ordenado que los cerraran, los evacuaran y los dejaran intactos.

—Jamás harán eso —le había dicho Erikki—. Jamás.

—Puede que sí o puede que no. —Cimtarga se echó a reír—. Tan pronto como recibamos la orden tú y yo los sobrevolaremos con mis «hombres tribales» y les haremos apresurarse…

«*¡Matyer!* Y *Matyer* Johnny Brighteyes llega para complicar nuestras vidas. Pero aun así, gracias sean dadas a todos los dioses por el aviso que nos ha traído. ¿Qué estará planeando Abdollah para Azadeh? Debería matar a ese viejo cerdo y acabar de una vez. Sí, pero no puedo. Juré por los antiguos dioses, juramento que no puede ser quebrantado, no tocar a su padre…, al igual que él juró por el Dios Único no ponernos impedimentos, aunque siempre encontrará alguna manera de romper el juramento. Como el juramento que tú le hiciste a Azadeh de que podrías vivir feliz como ella sabiendo… lo de él… *lo de él*…, ¿acaso no lo hiciste?». Se le enturbió la mente y se sintió contento de encontrarse en la oscuridad.

«Así que la KGB planea secuestrarme. Si existe un auténtico plan, estoy listo. ¿Y Azadeh? ¿Qué estará planeando ahora para ella ese demonio de Abdollah? Y en este preciso momento llega ese Johnny para acosarnos a todos… Nunca pensé que fuera tan atractivo, tan fuerte y un hombre con el que no conviene enfrentarse, con ese brutal cuchillo suyo, un cuchillo concebido para matar…».

—Vuelve a la cama, Erikki —le dijo Azadeh—. Hace mucho frío, ¿verdad?

Erikki asintió y siguió su consejo, tumbándose de costado, enormemente perturbado… Una vez cubiertos por el inmenso edredón ella se acurrucó junto a él. No lo bastante para provocar una reacción, aunque sí lo suficiente para parecer normal e indiferente.

—Ha sido realmente extraordinario encontrarle en estas circunstancias, Erikki. John Ross… En la calle seguro que no le habría reconocido. Estoy tan contenta de que te casaras conmigo, Erikki —dijo con voz tranquila y amorosa, segura de que Erikki, en su fuero interno, estaba reduciendo a migajas a su largamente perdido amor—. Me siento tan segura contigo… De no haber sido por ti, hubiera muerto de terror.

Lo dijo como si esperara una respuesta. «Pero no la espero, cariño», se dijo satisfecha, y suspiró.

Erikki la oyó suspirar y se preguntó por qué lo haría, sintiendo su calor contra él, odiando la furia que le dominaba. «¿Será acaso porque lamenta haber sonreído a su amante como lo ha hecho? ¿O porque está furiosa conmigo? Debe de haberse dado cuenta de mis celos. ¿O la entristece que haya olvidado mi juramento? ¿Tal vez me aborrezca porque yo aborrezco a ese hombre? Juro que la exorcizaré hasta que le olvide…».

«Ah, Johnny Brighteyes —pensaba ella—, qué éxtasis sentí entre tus brazos, incluso la primera vez, cuando se supone que ha de doler. Pero yo nunca lo sentí. Solo un dolor que se convirtió en brasa y luego en fusión que me arrancó la vida y luego me la devolvió mejor que antes. Y hasta qué punto mucho mejor que antes. Y luego Erikki…».

Ya habían entrado en calor bajo el edredón. Le puso la mano sobre un costado. Le sintió moverse ligeramente y disimuló su sonrisa, segura de que su calor le estaba penetrando ya. Sería tan fácil hacerlo más intenso. Pero imprudente. Muy imprudente. Porque entonces ella sabría que solo la tomaba pensando en Johnny, que la tomaría por despecho de Johnny y no para amarla a ella…, incluso pensando acaso que la aquiescencia de ella significaba que se sentía culpable e intentaba pagar por su culpa. «Nada de eso, amor mío, no soy una chiquilla alocada, tú eres el culpable, no yo. Y aunque te mostraras más vigoroso que de costumbre y más rudo, algo que en condiciones normales me haría sentir un mayor placer, esta vez no lo sería porque, te guste o no, resistiría aún más que tú, consciente de mi otro amor… Así que es diez mil veces mejor esperar, cariño. Hasta el amanecer. Para entonces, mi amor, si soy afortunada, te habrás convencido de que estás equivocado con tu odio y tus celos, y volverás a ser de nuevo mi Erikki. ¿Y si no lo haces? Entonces, empezaré de nuevo… Hay mil formas de cicatrizar las heridas de mi hombre».

—Te amo, Erikki —le dijo y besó la sábana que le cubría el pecho. Luego, dando media vuelta, acomodó su espalda a la de él y se quedó dormida sonriendo.

XXXV

EN LA BASE AÉREA DE KOWISS: 8.11 DE LA MAÑANA. Freddy Ayre apretó los puños.

—¡No, por Dios! Ya has oído las órdenes de McIver. Si de madrugada Starke no está de vuelta, todos los vuelos quedarán suspendidos. Son ya pasadas las ocho de la mañana, Starke no ha regresado, así que tod…

—¡Obedecerás *mis* órdenes de vuelo! —le gritó Esvandiary, el gerente de «IranOil», resonando su voz por toda la base «S-G»—. Te he ordenado que suministres un nuevo depósito de lodo y tuberías de acuerdo con el contrato de «Guerney» al Rig Si…

—¡No se volará hasta que el capitán Starke haya regresado! —gruñó Ayre.

Se encontraban en la línea de vuelo, cerca de los «212» que Esvandiary había programado para las operaciones de aquel día, los tres pilotos equipados y preparados desde el amanecer, el resto de los expatriados observando con variable actitud de nerviosismo e ira. En derredor de ellos había un camión atestado de Green Bands hostiles y de militares de la base que acababan de llegar con Esvandiary. Cuatro de los hombres de Zataki se encontraban en cuclillas cerca de los helicópteros, pero ninguno de ellos se había movido desde que empezara la disputa, aunque todos la seguían con gran atención.

—¡Todos los vuelos quedan suspendidos! —repitió Ayre.

Esvandiary bramó furioso en farsi.

—¡Estos extranjeros se niegan a cumplir las órdenes legítimas de «IranOil»!

Entre sus partidarios corrió un murmullo furioso al tiempo que apuntaban con sus armas a los expatriados. Esvandiary señaló con un dedo a Ayre.

—Necesitan un escarmiento.

Sin previo aviso, unas manos toscas agarraron a Ayre y los golpes empezaron. Uno de los pilotos, Sandor Petrofi, se abalanzó para intervenir, pero lo rechazaron violentamente, resbaló y, a puntapiés, le hicieron retroceder hasta donde estaban los demás, impotentes ante las armas.

—¡Deteneos! —gritó un capitán muy alto, Pop Kelly, con el rostro lívido—. ¡Dejad en paz a Ayre! Cubriremos esos vuelos.

—Está bien. —Esvandiary ordenó a sus hombres que pararan. Estos obligaron a Ayre a ponerse en pie—. Todos los vuelos en marcha. ¡De inmediato!

Una vez que los aparatos estuvieron en el aire, ordenó a los expatriados que se retirasen.

—No habrá más motines contra el Estado islámico. Por Dios que todas las órdenes de «IranOil» serán…, serán…, obedecidas inmediatamente.

Muy satisfecho consigo mismo por haber dominado el motín como prometiera al comandante del campo, entró en la oficina principal y, atravesando el pasillo, llegó a la oficina de Starke, de la que había tomado posesión y se acercó a la ventana para observar sus dominios.

Vio los dos helicópteros, ya bastante lejos y el tercero, inmóvil, a seis metros de altura sobre el depósito de cieno, a unos cien metros de distancia, a la espera de que el personal de tierra lo enganchara al helicóptero. Delante de la oficina, Ayre, rodeado de otros expatriados, estaba siendo atendido por el doctor Nutt. «¡Condenado bastardo —se dijo Esvandiary—. Creándome todas esas dificultades!». Con expresión admirativa consultó su reloj. Un «Rolex» de oro que había comprado en el mercado negro aquella misma mañana, como convenía a su nueva categoría. El dinero era

pishkesh, aportado por un mercader que estaba interesado en que su hijo ingresara en «IranOil».

—¿Necesitas algo, Excelencia? —preguntó Pavoud con acento untuoso desde la puerta—. Permíteme que te felicite por la forma en que has manejado a los extranjeros. Hace años que estaban pidiendo un buen escarmiento para ponerles en su sitio. ¡Qué inteligente has sido!

—Sí, de ahora en adelante la base *irá* como la seda. En el momento que haya un problema, a quienquiera que esté al cargo, se le dará un buen escarmiento. Alabado sea Dios porque dentro de una hora ese hijo de perro de Zataki se irá para Abadán junto con sus facinerosos.

—Ese sí que es un vuelo que saldrá a su hora, Excelencia. —Ambos hombres rieron.

—Sí. Tráeme un poco de té, Pavoud. —Esvandiary prescindió deliberadamente de la cortesía habitual y se dio cuenta de que la humildad del hombre se acrecentaba. Volvió a mirar por la ventana. El doctor Nutt estaba curando un corte que Ayre tenía encima del ojo. «He disfrutado bien, viendo cómo Freddy recibía lo suyo —se dijo—. ¡Vaya si he disfrutado!».

Debido al viento glacial, el doctor Nutt había abrigado a Ayre con un parka sobrante.

—Más vale que vengas a la enfermería, muchacho —le dijo.

—Estoy bien —aseguró Ayre, que sentía todo el cuerpo dolorido —. No creo…, no creo que tenga nada roto.

—¡Bastardos! —dijo alguien—. Tenemos que empezar a pensar en cómo salir de este infierno.

—Yo me voy en el primer helicóptero que salga… No voy a arriesgarme y…

Todos levantaron la vista al adquirir velocidad los motores jet del helicóptero planeando sobre el depósito de cieno. Levantar semejante peso en el aire era arriesgado, en especial con aquel viento, pero no presentaba problema alguno para un profesional como Sandor. El gancho entró a la primera y en el mismo momento

en que los del equipo de tierra apartaban las manos, los motores aullaron con mayor fuerza, cogiendo el ritmo, y el helicóptero y su carga ascendieron al cielo. El guardia instalado en el asiento delantero, junto a Sandor, agitó excitado la mano…, y también el que se encontraba en la cabina.

—Lo está haciendo muy bien, capitán…, no se preocupe —llegó hasta Sandor la voz de Wazari desde su torre.

Mientras, Sandor calculaba la distancia y seguía ganando altura, con una coordinación perfecta de manos y pies… Pero lo único que veía era a Esvandiary en la ventana de la oficina, y él todavía estaba furioso por la paliza brutal que varios hombres armados, cumpliendo las órdenes de un cobarde, le habían administrado a Ayre. Aquello le hizo retroceder en el tiempo a su infancia en Budapest, durante la revolución húngara. Entonces se había encontrado impotente…, ahora no.

—Está en buena posición HFD, pero algo cerca —le advirtió la voz de Wasari—. Está algo cerca, aléjese hacia el Sur…

Sandor aumentó la potencia, moviéndose hacia la torre que coronaba el edificio de las oficinas.

—¿Está bien la carga? —preguntó—. Siento algo raro.

—Parece que está bien, no se preocupe, pero aléjese hacia el Sur mientras asciende. Todo cinco por cinco… Aléjese hacia el Sur, ¿me escucha?

—Maldita sea, claro que lo escucho… ¡La siento condenadamente suelta!

La aguja subió a la señal de los treinta metros. La expresión de Sandor se hizo hermética y su mano puso rápidamente la palanca derecha, al tiempo que accionaba con fuerza el timón de dirección. Al punto, este osciló terriblemente, haciendo perder el equilibrio al guardia que iba sentado junto a él y que cayó contra la portezuela, agarrándose a Sandor para conservar el equilibrio, lo que le hizo enredarse con los controles. Sandor, de nuevo corrigió en exceso, imprecando al guardia como si aquel hombre aterrado fuera un peligro auténtico. Por un instante pareció que aquel terrible bandazo

iba a derribar el helicóptero; luego, Sandor apartó de un empujón al frenético guardia.

—Mayday… ¡La carga ha sufrido corrimiento! —gritó, haciendo oídos sordos a las palabras de Wazari, con los ojos clavados en tierra, olvidado de todo salvo de sus ansias de venganza.

—¡La carga ha sufrido un corrimiento!

Accionó el «Dispositivo de Liberación de Carga», que soltaba el gancho. El depósito de acero cayó a plomo desde el cielo, directamente encima de la oficina. La tonelada y media de acero se desplomó sobre el tejado, y con su peso pulverizó vigas, paredes, cristales, metal y escritorio. Toda la esquina del edificio se hundió. El depósito quedó apoyado contra los restos del muro interior.

Por un instante, un silencio aterrado reinó en todo el campamento, silencio que se rompió cuando el aullar de los motores invadió el cielo y el helicóptero, liberado súbitamente de su carga, ascendió como un rayo fuera de todo control. Los reflejos de Sandor lucharon con los controles, mientras que a su mente parecía no importarle si los dominaba o no, si lograría aterrizar o no. En aquel momento, solo sabía que había tomado venganza contra un bruto sin sentimientos. El guardia sentado junto a él estaba vomitando y a través de sus auriculares le llegaba desde la torre, una y otra vez, la misma invocación.

—¡Jesucristo…! ¡Jesucristo!

—¡Dios mío! ¡Cuidad00000! —gritó alguien al descender el helicóptero sobre ellos como un torbellino.

Todo el mundo huyó en cualquier dirección, pero los reflejos de Sandor le hicieron parar los motores y disponerse a realizar un aterrizaje de emergencia casi imposible. Los patines tajaron la nieve del margen herboso, el aparato no se ladeó y patinó hacia delante, hasta detenerse, incólume, a cuarenta metros de distancia.

Ayre fue el primero en acercarse a la carlinga. Abrió la puerta de golpe. Sandor apareció en ella, blanco como el papel, sin habla, con la mirada fija ante sí.

—La carga se corrió… —logró finalmente articular con voz bronca.

—Sí —fue todo cuanto Ayre pudo decir, aun a sabiendas de que no era verdad.

Luego, los demás se acercaron y ayudaron a Sandor, incapaz de controlar brazos y piernas.

Detrás de él, ya cerca del edificio, Ayre vio a Green Bands mirando los escombros con la boca abierta. Pavoud y los demás empleados salieron por la puerta principal realmente conmocionados. El chaflán en cuya ventana había estado Esvandiary había quedado completamente destruido. El doctor Nutt se abrió paso entre toda aquella gente y corrió presuroso hacia los escombros al tiempo que Wazari bajaba por la escalera de emergencia, fuera de la torre, que se encontraba en estado muy precario, medio arrancada del edificio. «Santo Cielo —se dijo Ayre—, Wazari debe de haberlo visto todo».

—¿Te encuentras bien, Sandy? —preguntó arrodillándose junto a su amigo.

—No —repuso Sandor, temblando todavía—. Creo que me volví loco. No podía parar.

Wazari se acercaba a la cabina abriéndose paso entre la gente, sufriendo todavía el impacto del pánico al ver que el depósito se le venía encima y sabedor de que el piloto había hecho caso omiso de sus instrucciones.

—¡Maldita sea! ¿Está loco? —increpó a Sandor, intentando que se le oyera por encima del estruendoso ruido de los motores.

Ayre dio rienda suelta a su genio.

—¡La carga se corrió, maldición! ¡Todos lo vimos, y usted también!

—¡Vaya si lo vi, y usted! —La mirada de Wazari pasaba, frenética, de un lado a otro, buscando Green Bands, pero no había ninguno cerca… y entonces divisó a Zataki que salía de uno de los remolques y se acercaba. Su miedo no conoció límites. Todavía sufría las consecuencias del palizón que Zataki le suministrara. Tenía la nariz

aplastada, la boca le dolía, había perdido tres dientes y sabía que admitiría cualquier cosa si con ello evitaba nuevos golpes. Se arrodilló junto a Sandor, arrastrando prácticamente a Ayre con él.

—Escuchen —musitó con tono desesperado—, ¿juran por Dios que me ayudarán? ¿Lo prometen?

—Dije que haría lo que pudiese —contestó Ayre, furioso, mientras daba un violento tirón de su brazo, con todo el cuerpo dolorido debido a su postura agachada. Se enderezó, encontrándose con la cara de Zataki. Lo súbito del encuentro lo dejó paralizado…, sobre todo, por aquellos ojos.

Todo el mundo se había apartado de ellos.

—Lo hiciste para matar a Esvandiary, ¿no es verdad, piloto?

Sandor, desde el suelo nevado, alzó la mirada hacia él.

—Hubo un corrimiento de carga, coronel.

Zataki clavó entonces los ojos en Ayre que recordó lo que el doctor Nutt dijera respecto a aquel hombre. La cabeza le dolía y también el bajo vientre, todo el cuerpo le dolía.

—La, hummm, la operación era difícil a causa del viento. La carga se corrió. La Voluntad de Dios, Excelencia.

Wazari retrocedió un paso cuando Zataki se volvió hacia él.

—Es verdad, Excelencia —dijo al punto—. Arriba, los vientos son muy fuertes y violentos. —Lanzó un grito al recibir el puñetazo de Zataki en el estómago, y el dolor le obligó a encorvarse.

Zataki lo agarró por la ropa y lo empujó de espaldas contra el helicóptero.

—Y ahora, ¡dime la verdad, sabandija!

—¡Es la verdad! —musitó Wazari que apenas podía hablar debido a las náuseas—. ¡Es la verdad! ¡Ha sido Insha'Allah! —Vio el puño de Zataki dispuesto a golpearle de nuevo y gritó, con una mezcla de inglés y farsi—: Si me golpea, diré cualquier cosa que usted quiera que diga, cualquier cosa. No podría soportar más golpes y juro que diré cualquier cosa que a usted le guste oír, cualquier cosa, pero la carga se corrió… ¡Por Dios que la carga se corrió! ¡Juro por Dios que la carga se corrió! —Zataki se le quedó mirando.

—Dios te enviará a las ardientes llamas por toda la eternidad si has jurado en falso en Su Nombre —dijo—. ¿Juras que fue la Voluntad de Dios? ¿Que la carga se corrió? ¿Juras que fue la Voluntad de Dios?

—¡Sí, sí, lo juro! —Wazari estaba temblando, impotente bajo el férreo puño de Zataki. Trató de mantener una mirada convincente, a sabiendas de que su única posibilidad de supervivencia estaba en manos de Ayre, demostrando el valor que tenía para él—. Juro por Dios y el Profeta que fue un accidente, la… la Voluntad de Dios, Insha'Allah…

—Hágase la Voluntad de Dios —repitió Zataki como una absolución, soltándole luego.

Wazari se dejó ir, cayó sobre la nieve y se puso a vomitar, en tanto que todos los demás daban gracias a Dios, o al cielo o a karma de que, por el momento, la crisis hubiera sido superada. Zataki apuntó con el pulgar hacia los escombros.

—Sacad de ahí los restos de Esvandiary.

—Sí, sí…, de inmediato —dijo Ayre.

—A menos de que el capitán regrese a tiempo, me llevará a mí y a mis hombres a Bandar Delam. —Zataki se alejó acompañado de sus Green Bands.

—¡Santo Cielo! —dijo alguien.

Todos ellos se sintieron casi enfermos por el alivio. Ayudaron a Sandor a ponerse en pie y también a Wazari.

—¿Se encuentra bien, sargento? —preguntó Ayre.

—¡No, maldita sea, no! ¡No me encuentro bien! —Wazari escupió un resto de vómito. Cuando vio que los Green Bands se alejaban con Zataki, su rostro se contrajo por el odio—. ¡Bastardo! ¡Espero que se fría en el infierno!

Ayre llevó a un lado a Wazari y le habló en voz baja.

—No olvidaré que le he prometido que intentaré ayudarle. Cuando Zataki se vaya, estará bien. No lo olvidaré.

—Yo tampoco —dijo Sandor con voz apenas audible—. Gracias, sargento.

—Me debe su maldita vida —dijo el hombre más joven, escupiendo de nuevo, con las piernas flojas y un fuerte dolor en el pecho—. ¡Pudo haberme matado a mí también con ese condenado depósito!

—Lo siento —dijo Sandor alargando la mano.

Wazari le miró la mano, y luego al rostro.

—Le estrecharé la mano cuando yo me encuentre, sano y salvo, fuera de este maldito país. —Se alejó cojeando.

—¡Freddy! —llamó el doctor Nutt que se encontraba entre los escombros con un par de mecánicos, apartando vigas y todo lo demás y le hacía señas de que se acercara. Los Green Bands se encontraban allí en pie, observando—. ¿Quieren hacer el favor de echarnos una mano?

Todos ellos se apresuraron a ayudar. Aunque ninguno deseara ser el primero en encontrar a Esvandiary.

Lo hallaron acurrucado en un hueco, debajo de uno de los lados del depósito. El doctor Nutt logró introducirse junto a él, y comenzó a examinarle con dificultad.

—¡Está vivo! —gritó y a Sandor se le revolvió el estómago.

Todos ayudaron rápidamente a apartar los escombros y los restos de la mesa escritorio de Starke y sacaron al hombre con sumo cuidado.

—Creo que está bien —dijo el doctor con voz bronca—. Llévenlo a la enfermería. Tiene un feo golpe en la cabeza, pero las extremidades parecen estar bien y no hay nada roto. Que alguien traiga una camilla.

La gente corrió a cumplir sus órdenes, ya libres de aquella sensación agobiante. Aborrecían a Hotshot, pero tenían la esperanza de que estuviera vivo. Inadvertido para todos, Sandor se dirigió a la parte trasera del edificio, sintiendo un alivio tal que hubiera podido llorar incluso, y vomitó a placer.

Al regresar, solo Ayre y Nutt le estaban esperando.

—Más vale que vengas tú también, Sandy. Conviene que te haga un reconocimiento —dijo Nutt—. Parece que vamos a tener la

condenada enfermería ocupada. Vaya que sí.

—¿Estás seguro de que Hotshot está bien?

—Bastante seguro. —Los ojos del médico eran acuosos y de un azul claro. Y en aquellos momentos, algo inyectados en sangre—. ¿Qué pasó, Sandy? —preguntó con calma.

—No lo sé, «doc». Todo lo que quería era darle un escarmiento a ese bastardo y en ese momento el depósito me pareció la mejor forma de hacerlo.

—¿Sabes que hubiera sido un asesinato?

—¿No crees que sería mejor dejarlo, «doc»? —dijo Ayre incómodo.

—No, no. No lo creo —respondió Nutt y su voz se hizo más dura —. ¿Sabes bien, Sandy, que hubiera sido un intento deliberado de asesinato?

—Sí. —Sandor sostuvo la mirada—. Sí, lo sé, y lo siento.

—¿Sientes que no haya muerto?

—Lo juro, «doc». Doy gracias a Dios de que esté vivo. Sigo opinando que se ha convertido en un vil canalla, que representa aquello que yo más odio y no puedo perdonarle que…, que ordenara que golpeasen a Freddy, pero no hay excusa para lo que yo he hecho. Ha sido una locura imperdonable. Y de verdad doy gracias a Dios de que esté vivo.

—Más vale que no vueles durante un día o dos, Sandy —dijo el doctor Nutt con voz aún más tranquila—. Te has visto empujado hasta el límite… No hay de qué preocuparse, muchacho, siempre que te des perfecta cuenta. Descansa un par de días. Esta noche lo pasarás mal, pero no te preocupes. Tú también, Freddy. Desde luego, todo esto queda entre nosotros tres. La carga se corrió. Yo la vi correrse. —Se apartó los mechones ralos que aún le quedaban en su calva cabeza, agitados por el viento—. La vida es extraña, muy extraña, pero, entre nosotros tres, Sandy, Dios estuvo hoy contigo. Si es que existe. —Se alejó, arrugado como un saco viejo de patatas.

Ayre lo siguió con la mirada.

—«Doc» tiene razón, ¿sabes? Ha sido una condenada suerte, tan cerca como hemos estado del desastre, así que…

Se oyó un grito y todos miraron en aquella dirección. Uno de los pilotos que se encontraba cerca de la puerta principal volvió a gritar al tiempo que señalaba algo. El corazón les dio un salto. Starke bajaba por la carretera procedente del pueblo. Iba solo. Por lo que pudieron ver desde aquella distancia, estaba indemne, erguido con toda su estatura. Agitaron las manos, saludándole excitados, y él les devolvió el saludo. Por todo el campamento se propagó la voz. Ayre corrió ya hacia él, olvidados sus dolores. «Después de todo, tal vez haya un Dios en el cielo», pensaba feliz.

XXXVI

EN LENGEH: 2.15 DE LA TARDE. Scragger tomaba el sol en una almadía amarrada a cien metros de la playa, a la que había sujeta una pequeña lancha neumática. La almadía estaba construida con tablones trincados a bidones de petróleo. Dentro de la lancha tenía el equipo de pescar y el walkie-talkie, y colgando, una fuerte jaula de hierro que contenía la docena de peces que él y Willi Neuchtreiter habían pescado para la cena…, pues en el Golfo abundan el camarón, la caballa española, el atún, y docenas de otras especies.

Willi, otro piloto, nadaba perezosamente en las cálidas aguas poco profundas, a corta distancia de la almadía. Su base estaba enclavada en la playa…, media docena de remolques, cocina móvil de campaña, dormitorios para el personal iraní, remolque para oficinas, con torre y antena de radio incorporadas, y hangares con capacidad suficiente para una docena de «212» y «206».

La dotación estaba formada por cinco pilotos, él incluido, siete mecánicos, quince empleados iraníes, trabajadores diurnos, cocineros y ayudantes, además de Kormani, el gerente de la «IranOil», enfermo por el momento. De los otros dos pilotos, uno era británico, el último, Ed Vossi, americano.

Esa tarde se encontraban en la base tres «212», con trabajo justo para uno…, y dos «206» «Jet Rangers», sin apenas trabajo. Aparte del «French Consortium» con sus contratos Siri de George de Plessey, todos los demás contratos habían sido cancelados o dejados en suspenso a la espera de que las dificultades terminaran. Todavía seguían circulando rumores de graves acontecimientos en la gran base naval de Bandar Abbas, hacia el Este, y de lucha a lo largo de

toda la costa. Hacía dos días que, por primera vez, habían surgido problemas en la base. Ahora disfrutan de un comité permanente de Green Bands, de policías y de un mulá.

—Para proteger la base de los izquierdistas, Excelencia capitán.

—Pero, Excelencia mulá, viejo amigo, nosotros no necesitamos protección.

—Es la voluntad de Dios, pero las instalaciones de petróleo de nuestra isla vital Siri fueron atacadas y averiadas por esos hijos de perros. Nuestros helicópteros son vitales para nosotros y no pueden sufrir daños. Pero no se preocupe, nosotros no cambiaremos nada… Comprendemos su nerviosismo al tener que volar con armas, así que ninguno de nosotros las llevaremos, aunque uno les acompañará en cada vuelo…, para su protección…

Scragger y los otros se habían sentido tranquilizados ante la presencia, en el comité de Qeshemi, de su sargento de policía local, con quien siempre habían mantenido buenas relaciones. Las perturbaciones en Teherán, Qom y Abadán apenas les habían alcanzado allí, en el estrecho de Ormuz. Las huelgas, mínimas y ordenadas. De Plessey estaba pagando las facturas de «EPF», de manera que todo estaba en orden, salvo por la falta de trabajo.

Scragger miró ocioso hacia la orilla de la playa. La base estaba en orden, cada uno ocupándose de su trabajo, limpiando, reparando, algunos del Comité descansaban tranquilamente sentados a la sombra. Ed Vossi se encontraba junto al «206» que estaba de servicio, haciendo la revisión de tierra.

—Solo que no hay suficiente trabajo —farfulló Scragger.

Hacía meses que se prolongaba esa situación y Scragger sabía bien lo caro y desastroso que eso podía resultar. Fue, precisamente, la falta de vuelos regulares y la necesidad de disponer de equipamientos modernos lo que le impulsó a vender su «Sheik Aviation» a Andrew Gavallan, hacía muchos años.

«Pero no lo lamento —se dijo—, Andy es formidable, siempre se ha portado conmigo con gran honradez, poseo una pequeña parte de la compañía y podré volar mientras me sienta en forma. Pero

ahora Irán está resultando terrible para Andy… Ni siquiera cobra por trabajos ya realizados o por el que está llevando a cabo en la actualidad, salvo aquí, y esto es una miseria. Debe de hacer ya cuatro o cinco meses que cerraron los Bancos, así que tiene que haber estado financiando las operaciones de su propio peculio. Hay que poner fin a esto. Con Siri trabajando en solitario, no es suficiente para pagar siquiera la mitad de nuestra empresa».

Hacía tres días, cuando Scragger llevó a Kasigi de regreso desde la planta de «Iran-Toda», cerca de Bandar Delam, este había preguntado a De Plessey si podría contratar un vuelo chárter con un «206» para ir a Al Shargaz o a Dubai.

—Tengo que ponerme inmediatamente en contacto por teléfono-télex con mi oficina central en Japón para que me confirmen los acuerdos establecidos con usted por sus precios contra entrega, y la concentración de nuevos suministros.

De Plessey había aceptado sin vacilaciones. Scragger decidió pilotar él mismo el chárter y se alegró de haberlo hecho. Mientras estaba en Al Shargaz se encontró con Johnny Hogg y Manuela. Y también con Genny.

En privado le habían puesto al corriente de todo, en especial respecto a Lochart.

—¡Dios Todopoderoso! —había exclamado, asombrado de lo rápidamente que se estaban desmoronando sus operadores y de cómo la revolución les estaba alcanzando personalmente—. ¡Pobre Tom!

—Tenía que haber llegado a Bandar Delam el día antes de mi salida, pero no apareció, así que, en realidad, no sabemos lo que pueda haberle ocurrido…, al menos yo no —dijo—. Dios sabe cuándo podremos volver a hablar en privado. Scrag, pero hay algo más. ¿Me prometes que esto quedará entre nosotros?

—Por lo más sagrado.

—No creo que el Gobierno consiga que el país vuelva a la normalidad. Y quería preguntarte: aun cuando lo haga, ¿pueden los

socios, con ayuda oficial o sin ella, o «IranOil», echarnos y quedarse con nuestros aparatos y equipamiento?

—¿Por qué habrían de hacerlo? Necesitan tener helicópteros, aunque, si quisieran, desde luego que sí, vaya si podrían… —le había respondido para luego emitir un silbido porque aquella posibilidad no se le había ocurrido a él—. Maldición, si decidieran que no nos necesitaban, sería muy fácil, condenadamente fácil, Genny. Podrían traer nuevos pilotos, iraníes o mercenarios; de hecho, ¿no lo somos nosotros? Claro que podrían expulsarnos y quedarse con nuestro equipamiento. Y si lo perdemos todo aquí, «S-G» se habrá ido al diablo.

—Eso es lo que pensaba Duncan. Si intentaran hacerlo, ¿podríamos irnos con nuestros aparatos y repuestos?

Scragger rompió a reír.

—Sería un escamoteo de primera, eso es lo que sería. Pero no puede hacerse, Genny. Si lo intentáramos y nos pescaran, estaríamos listos. No hay manera de que podamos hacer algo así, al menos sin la aprobación de Irán.

—¿Y si se dijera que esto es «Sheik Aviation»?

—Sería igual, Genny.

—¿Les dejarías que te robaran, así, sin más, toda tu vida de trabajo, Scrag? ¿Scrag Scragger frente a un obstáculo, AFC frente a un obstáculo? No lo creo.

—Yo tampoco —dijo él al punto—, aunque solo Dios sabe lo que haría.

Contempló la simpática cara de Genny, con las gafas de sol encaramadas sobre la cabeza, la mirada rebosante de ansiedad y consciente de que su preocupación no era solo por McIver y todo aquello que él construyera, no solo por sus propias acciones y la pensión que, al igual que la suya, estaba ligada a «S-G», sino también por Andy Gavallan y todos los demás.

—¿Qué haría? —dijo marcando las palabras—. Bien, en Irán tenemos casi tantos repuestos como aparatos. Tendríamos que empezar a sacarlos, aunque no sé cómo, sin levantar sospechas en

las autoridades locales. No podríamos sacarlos todos, pero sí una buena parte. Y entonces habríamos de salir todos a un tiempo… Todo el mundo, todos los helicópteros…, desde Teherán, Kowiss, Zagros, Bandar Delam y desde aquí. Tendríamos… —reflexionó un instante—. Tendríamos que acudir todos aquí, a Al Shargaz. Pero verás, todos hemos de volar distancias diferentes y algunos incluso habrán de repostar una vez, quizá dos y aunque lleguemos a Al Shargaz aún los podrían confiscar si no disponemos de las correspondientes autorizaciones de vuelo. —Se la quedó mirando—. ¿Acaso es lo que cree Andy que los socios van a hacer?

—No, no lo cree, todavía no. Y tampoco Duncan. Al menos no con seguridad. Pero es una posibilidad, y la situación en Irán empeora día a día… Para eso estoy aquí, para preguntar a Andy. No se…, no se puede poner eso en una carta o en un télex.

—¿Has telefoneado a Andy?

—Sí, y le he dicho cuanto me he atrevido… Duncan me advirtió que tuviera cuidado y Andy me contestó que trataría de comprobarlo en Londres y que cuando llegara dentro de un par de días, decidiría lo que deberíamos planear hacer —volvió a colocarse las gafas de sol sobre la nariz—. Deberíamos estar preparados, ¿no crees, Scrag?

—Me preguntaba por qué habrías dejado a Duncan. ¿Te envió él?

—Por supuesto. Andy estará aquí dentro de un par de días.

La mente de Scragger era un torbellino. «Si damos una espantada, corremos el riesgo de que alguien pueda resultar perjudicado. ¿Qué podría hacer yo respecto a los radares de Kish, Lavan y Lengeh que en cuestión de minutos pueden vomitar veinte cazas para alcanzarnos antes de que logremos llegar a cielos amigos si despegamos sin autorizaciones de vuelo?».

—¿Cree Duncan que vienen a por nosotros?

—No —le había contestado ella—. Él no lo cree, pero yo sí.

—En tal caso, Genny, y entre nosotros, más vale que tracemos algún plan.

Recordaba cómo se le había iluminado el rostro a ella, y pensó, una vez más, en lo afortunado que era Duncan McIver, aun siendo uno de los hombres más correosos y tozudo que conociera en su vida.

Tenía la mirada fija en la mar cuando oyó los motores del «206» viéndolo ascender limpiamente. «Él es un piloto de primera», se dijo.

—¡Eh, Scrag!

—Dime, Willi.

—Ahora nada tú, yo vigilaré.

Willi subió a la almadía.

—Gracias, amigo.

En aquellas aguas junto con la abundante pesca comestible, había predadores, tiburones, pastinacas y otros así como, ocasionalmente, medusas venenosas. Aunque, en realidad, pocos visitaban aquellas aguas poco profundas y si se mantenían los ojos abiertos, se podían distinguir sus sombras desde lejos, con tiempo más que suficiente para alcanzar la almadía. Scragger tocó madera, como siempre, antes de sumergirse en los dos metros de agua tibia.

Willi Neuchtreiter estaba desnudo también. Era un hombre bajo y macizo, de cuarenta y ocho años, cabello castaño y con más de cinco mil horas de vuelo en helicóptero: diez años en el Ejército alemán, ocho con «S-G», y había trabajado en Nigeria, el mar del Norte, Uganda y finalmente allí, en Irán. Su gorra de visera estaba en la almadía y se la encasquetó junto con las gafas de sol, se quedó mirando al «206» que se adentraba ya en el Golfo y luego centró su atención en Scragger. En cuestión de segundos, se secó. Le gustaba el sol, nadar y estar en Lengeh.

«Tan distinto de casa», pensó. Su hogar estaba en Kiel, al norte de Alemania, sobre el Báltico, donde el clima era duro y casi siempre frío, Su mujer y sus tres hijos habían regresado allá el año anterior para atender a la educación de los niños. Él había elegido pasar dos meses en Irán y uno en Kiel, y solicitado el traslado al mar del Norte

para estar más cerca. El mes siguiente, después de su permiso, ya no volvería a Lengeh.

El mar del Norte era una verdadera mierda, con sus asquerosos cambios y peligro constante, los deprimentes alojamientos y el inmenso aburrimiento de pasarse dos semanas en vuelos de ida y vuelta a la plataforma enclavada a ciento sesenta kilómetros de la playa para ganarse una semana en casa, en Kiel, con apenas el dinero suficiente para pagar la hipoteca, los gastos de colegio y tratando de ahorrar algo para las vacaciones. «Pero estarás cerca de los niños, y de Gilda, y de Ma y Pa. Tu patria siempre es tu patria. En efecto, así es, y con algo de suerte, algún día, pronto, todos los alemanes estarán reunidos libremente. Ma podrá visitar a su familia en Schwerin siempre que quiera… y Schwerin y todos los otros Schwerin ya no estarán ocupados. Déjame vivir para ver ese día, Dios mío».

—Scrag, una sombra se acerca.

Scragger la había visto casi al mismo tiempo y volvió nadando a la almadía, subiendo a ella. La sombra se acercó rápidamente. Era un tiburón.

—Por todos los diablos —dijo jadeante—, ¡mira qué tamaño!

El tiburón redujo la velocidad, y empezó a girar en círculos, cortando la tranquila superficie del agua con su gran aleta dorsal. Grisáceo, letal y sin prisas. Los dos hombres lo observaban en silencio, asombrados.

Después, Scragger rio entre dientes.

—¿Vamos a por él, Willi?

—Sí. Desde luego no es Tiburón pero es la bestia más grande que jamás he visto, así que pienso que hemos de capturarlo. ¡Por todos los diablos! —Cogió jubiloso los aparejos de pesca que estaban en la lancha neumática—. ¿Y qué me dices del cebo? ¿Qué te parece que utilicemos?

—¿Qué tal el róbalo? ¿El más grande?

Willi alargó la mano riendo y sacó de la jaula al pez que se revolvía, clavándolo en el anzuelo de acero destinado al tiburón.

Tenía sangre en las manos y se las lavó en el agua, vigilando a su presa. Luego, se levantó y, después de comprobar la corta longitud de la cadena unida al anzuelo, la anudó cuidadosamente al grueso sedal de nailon que había en el carrete de la caña.

—Aquí lo tienes, Scrag.

—No, amigo. Tú lo viste primero.

Presa de gran excitación, se quitó el agua salobre de la frente con el dorso de la mano y miró al tiburón que aún seguía trazando círculos a veinte metros de distancia. Con extremo cuidado lanzó el cebo en su camino, tensando el sedal suavemente. El tiburón dejó atrás el cebo y siguió trazando círculos. Los dos hombres maldijeron. Willi enrolló. El róbalo danzaba y se agitaba espasmódicamente, muriendo de prisa. Tras de sí, iba dejando una estela de sangre. Willi lo echó de nuevo en un lanzamiento perfecto. Pero no pasó nada.

—¡Maldición! —exclamó Willi.

En esa ocasión, dejó el cebo donde estaba, viendo cómo iba cayendo hasta tocar fondo, y mantuvo la tensión justa del sedal. El tiburón se acercó, pasó sobre él, casi tocándolo con el vientre, y siguió trazando círculos.

—Tal vez no tenga hambre.

—Esos hijos de puta siempre tienen hambre. Acaso sepa que le estamos esperando. O tal vez trate de engañarnos. Coge un pez más pequeño, Scrag, y lánzalo donde está el cebo en el momento en que él se acerque.

Scragger eligió un bacalao y lo lanzó con habilidad. El pez cayó en el agua, diez metros por delante del escualo, se dio cuenta del peligro y se lanzó veloz al fondo arenoso. El tiburón no le prestó la menor atención, y tampoco al róbalo que tenía tan cerca. Se limitó a golpear con la cola y siguió con sus círculos.

—Deja el cebo donde está —dijo Scragger—. Ese bribón no puede por menos de haber sentido el olor.

Ahora, ya podían ver sus malignos ojos amarillentos y los tres pececillos piloto suspendidos sobre su cabeza, la delgada línea de la

inmensa boca bajo la achatada nariz, la reluciente piel y la potencia de su gran cola. Otro círculo. Esa vez algo más cerca.

—Me parece que mide más bien tres metros que dos, Willi.

—Ese hijo de puta nos está vigilando Scrag —dijo Willi inquieto. Su excitación se había esfumado y sentía un peso agobiante en el estómago.

Scragger frunció el ceño. Él tenía idéntica sensación. Apartó la mirada de aquellos ojos y la dirigió a la lancha mecánica. Allí no había armas dignas de mención, solo un cuchillo pequeño de vaina, un ligero tridente de pescar en aluminio y varios remos. A pesar de todo, tiró de la guía para acercar la lancha, se arrodilló y alargó la mano en busca del cuchillo y del tridente. «Daría cualquier cosa por tener una pistola en este momento», pensó.

El repentino grito de alarma de Willi le hizo retroceder bruscamente con el tiempo justo para ver al tiburón dirigiéndose en línea recta hacia él a gran velocidad. El escualo se estrelló contra el costado de la lancha neumática, la fea cabeza fuera del agua, y con las fauces abiertas mientras se lanzaba hacia él, estrellándose de nuevo contra los bidones de petróleo haciendo que la proa de la lancha emergiese con violencia fuera del agua. Casi de forma simultánea desapareció, dejando a los dos hombres atónitos.

—¡Por mil demonios…! —gritó Willi señalando. El tiburón se lanzaba hacia el cebo. Le vieron morderlo junto al anzuelo y alejarse nadando, mientras el sedal se desenrollaba, chirriante, del carrete. Willi contuvo el aliento, tensó el sedal, luego con las dos manos en la caña—. ¡Lo «ajarreeee»! —gritó, aflojando la tensión, el carrete chirriaba más y mejor mientras se deslizaba el sedal, ahora ya profundamente clavado el anzuelo.

—Estuvo a punto de hacerse conmigo ese condenado bastardo —dijo Scragger, latiéndole el corazón con fuerza y sin apartar la vista del tenso sedal—. No dejes que ese maldito te engañe.

Willi lo tensó aún más y empezó a forcejear con él.

—Ten cuidado, Willi, se volverá y vendrá para acá…

Pero el tiburón no lo hizo. Se limitó a reducir la velocidad y a intentar, frenético, liberarse del sedal y el anzuelo, agitando furiosamente las aguas en derredor suyo, con parte del corpachón fuera, revolviéndose una y otra vez. Pero el anzuelo se mantuvo firme y el sedal era lo bastante fuerte. Entretanto, Willi dio engaño suficiente al animal, permitiéndole que se alejase algo, volviendo luego a enrollar el sedal. Pasaban los minutos. Resultaba abrumadora la tensión de luchar con semejante pez sin arreos ni silla. Pero Willi se mantuvo firme. De repente, el tiburón dejó de luchar y empezó a trazar círculos de nuevo. Más despacio.

—Bien por ti, Willi, ya es tuyo.

—Si se acerrca rápido, trata de evitar que se enrede el sedal, Scrag, y, cuando lo tenga lo bastante cerrca, clávale el arrpón.

A Willi le dolían las manos y la espalda, pero se sentía estimulado, a la espera del siguiente movimiento. Este llegó rápido.

El tiburón giró y se dirigió hacia ellos. Willi empezó a enrollar frenéticamente para aflojar la tensión por miedo a que el tiburón girara de nuevo y se cargara el sedal, pero el escualo siguió barrenando y se sumergió directamente por debajo de la almadía. Fue un verdadero milagro que el sedal no se enredara. Al salir el tiburón por el otro lado para nadar hacia aguas más profundas, Willi dejó que se llevase sedal para empezar luego a tensarlo de nuevo en forma gradual. Una vez más, el tiburón intentó librarse del azuelo en un paroxismo de furia haciendo que las aguas se transformaran en espuma blanca; una vez más, Willi pudo retenerlo. Pero empezaban a flojearle los músculos y supo que no sería capaz de sujetarlo él solo. Maldijo para sus adentros.

—Échame una mano, Scrag.

—De acuerdo, amigo.

Ahora, los dos hombres sujetaron la caña, Willi trabajaba con el carrete, tirando hacia ellos del tiburón, manteniendo una lucha, acercándolo cada vez más. El tiburón empezaba a reducir la velocidad.

—Empieza a cansarse, Willi.

Lo fueron arrastrando centímetro a centímetro. El tiburón se encontraba ya a treinta metros de la almadía, avanzaba con lentitud mientras movía despacio su inmensa cola, casi hundido en el agua. Un tiburón para que pueda respirar, ha de estar moviéndose siempre hacia delante. Si se detiene, se ahoga.

Lucharon pacientes con él, soportando dolorosamente su inmensa potencia. Ahora podían ver su gran tamaño, los ojos amarillentos, las fauces cerradas con fuerza, el pececillo piloto. Veinticinco metros, veinte, dieciocho, diecisiete…

Y, de repente, ocurrió. El tiburón volvió a la vida y se alejó de ellos cincuenta metros a una velocidad increíble, desenrollando entre chirridos el sedal del carrete, luego, dio un giro de noventa grados a toda velocidad y continuó alejándose, pero Willi, sin saber cómo, logró tensar el sedal de nuevo lo que obligó al enorme escualo a girar pero sin conseguir acercarlo. Otro círculo. Willi aplicó toda su fuerza al carrete pero no hubo medio. Durante el círculo siguiente, sacó algo de ventaja. Otros tres centímetros. Y otros tres. Luego, los dos hombres se tambalearon y estuvieron a punto de caer al agua al soltarse el sedal.

—¡Porr todos los diablos, lo hemos perrrrdido!

Los dos estaban jadeantes, doloridos y amargamente decepcionados.

Ya no se veía ni rastro del tiburón.

—¡Maldito sedal! —exclamó Willi enrollándolo, mientras juraba en dos idiomas. Pero no había sido el sedal, se trataba de la cadena. Los eslabones cercanos al anzuelo estaban aplastados y sueltos.

—¡Ese monstruo debe de haberlos machacado! —exclamó Scrag en el colmo del asombro.

—Estaba jugando con nosotros, Scrag —admitió Willi fastidiado —. Podía haberrse soltado cuando hubiera querrido. Nos estaba haciendo la peseta.

Buscaron por los alrededores pero no encontraron el menor rastro.

—Puede estar en el fondo, esperando —añadió pensativo.

—Lo más probable es que se encuentre ya a tres o cuatro kilómetros de distancia, y furioso como un dingo rabioso.

—Apuesto cualquier cosa a que estarrrá enloquecido. Ese anzuelo le estarrrá torrturrrando.

Recorrieron la mar con la mirada. Nada. Entonces, observaron que la lancha neumática estaba escorada de proa y medio sumergida. Scragger se inclinó y la examinó con atención, aunque tenía los ojos clavados en el mar y por debajo de la almadía.

—Mira —dijo.

Había un enorme desgarrón en una de las cámaras de aire.

—Debe de haberlo hecho ese maldito cuando se lanzó a la carga. Está perdiendo aire rápidamente pero no hay problema. Tenemos tiempo suficiente para alcanzar la playa. Vamos.

Willi miró la almadía y luego al mar.

—Vete tú, Scrag. Yo esperro la lancha de madera con alguien en la proa armado de una metralleta.

—¡Por todos los cielos, no tendremos problemas! ¡Vamos!

—Te quierro como a un herrmano, Scrag —empezó a decir Willi con tono amable—, perro yo no me muevo de aquí. Esa bestia me dio un susto de muerte. —Se sentó en el centro de la almadía y se rodeó las rodillas con los brazos—. Ese asqueroso animal se esconde en alguna parte, en el fondo. ¿Tú quieres irrrte? De acuerdo, perrro yo sé que el Libro dice, en la duda, abstente. Pide la otra lancha por el walkie-talkie.

—La traeré yo mismo.

La lancha chapoteó cuando Scrag puso un pie en ella con todo cuidado, y estuvo a punto de volcar. Saltó de nuevo a la almadía más rápido de lo que hubiera sido su deseo, lanzando venablos por la boca.

—¿De qué demonios te ríes?

—Has salido de ahí como si llevaras medusas en el culo —respondió Willi que seguía riendo—. ¿Por qué no vuelves nadando a casa, Scrag?

—¡Jódete! —Scrag miró hacia la orilla, latiéndole con fuerza el corazón. Parecía muy lejana cuando la mayoría de los días estaba tan cerca.

—Si te vas nadando, es que estás loco —le dijo ya en serio Willi —. No lo hagas.

Scragger no le prestó la más mínima atención. «¿Sabes una cosa? —se estaba diciendo—. Te estás cagando de miedo. Ese maldito era pequeño, lograsteis que cogiera el anzuelo y se largó y ahora estará a kilómetros de distancia, adentrado en el Golfo. Sí, pero ¿dónde?».

Metió con cuidado un pie a modo de prueba. Algo abajo atrajo su mirada. Se arrodilló junto al borde de la almadía y sacó la jaula. Estaba vacía. Uno de los lados estaba completamente desgarrado.

—¡Por todos los demonios!

—¡Pedirrré la lancha! —dijo Willi cogiendo el walkie-talkie—. ¡Y una metralleta!

—No es necesario, Willi —dijo Scragger en un alarde de bravuconería—. Te juego una carrera hasta la orilla.

—¡Tú no estás bien de la azotea! ¡Por favor, no lo hagas, Scrag…!

Willi se quedó aterrado al ver a Scrag lanzarse desde el borde de la almadía, emergiendo luego a la superficie y empezar a bracear con fuerza. Pero de repente le vio volverse y encaramarse presuroso a la almadía, escupiendo y atragantándose de risa.

—Te engañé, ¿eh? Tienes razón, hijo mío, cualquiera que vuelva a nado a la orilla está loco de remate. Pide la lancha. Yo voy a seguir pescando para la comida.

Cuando la lancha llegó, uno de los mecánicos iba al timón, junto con dos excitados Green Bands a popa mientras los demás los observaban desde la playa. Se encontraban ya a medio camino de regreso a la orilla, cuando, de pronto, el tiburón surgió sin que nadie supiera de dónde, y empezó a trazar círculos. Los Green Bands comenzaron a disparar como locos y, en su excitación, uno de ellos

cayó al agua. Scragger se las arregló para cogerle el arma antes de que desapareciese y abrió fuego contra el escualo que se acercaba veloz al petrificado iraní. Los disparos acertaron al tiburón en medio de la cabeza y en los ojos, más aún cuando Scrag no podía creer lo que sus ojos veían, el tiburón, aunque muerto, siguió revolcándose con fuerza, agitando las fauces y la cola y luego avanzando derecho hacia su presa. Pero sin la orientación del olor se desvió del iraní, y se hundió en el fondo deslizante hasta quedar varado y dando aletazos, con medio cuerpo fuera del agua.

—Tienes una suerrte endiablada, Scrag —comentó Willi cuando fue capaz de hablar—. Si hubierras intentando volver a nado, te hubierra alcanzado sin remisión. Tienes una suerrte realmente endiablada.

XXXVII

EN EL RIG ROSA-ZAGROS: 3.05 DE LA TARDE. Tom Lochart salió del ambiente sofocante del «206» y estrechó la mano de Mimmo Sera, el «hombre de la compañía», que le saludó con calor. Acompañaba a Lochart Jesper Almqvist, el técnico de «Schlumberger», un sueco joven y alto, rondando la treintena. Llevaba en la mano su maleta especial con las herramientas perforadoras, encontrándose ya allí el resto de su equipo, in situ.

—*Buon giorno*, Jasper, me alegro de verle. Ya le está esperando.

—De acuerdo, Mr. Sera. Empezaré a trabajar.

El joven se encaminó hacia las instalaciones. Él era quien había registrado la mayoría de los pozos del campo.

—Entra un momento, Tom. —Sera abrió la marcha, a través de la nieve en dirección al remolque de las oficinas donde había una cafetera sobre la estufa ventruda, adosada a una de las paredes, y en la que ardía alegremente la leña—. ¿Café?

—Gracias, estoy rendido. El viaje desde Teherán ha sido tedioso.

Sera alargó una taza.

—¿Qué diablos está pasando?

—Gracias. No lo sé con exactitud. Acabo de dejar a Jean-Luc en la base, he tenido una breve conversación con Scot, luego pensé que lo mejor sería traer inmediatamente a Jasper y venir a verte yo mismo. Todavía no he visto al Khan Nitchak. Lo haré tan pronto vuelva, pero Scot ha sido absolutamente claro al respecto. El Khan Nitchak le ha dicho que el comité nos había dado cuarenta y ocho horas para irnos. McIv…

—Pero ¿por qué? Mamma mia, si os vais, habremos de cerrar el campo.

—Lo sé. Caramba, este café está muy bueno. En el pasado, Nitchak se ha mostrado siempre razonable… ¿Te enteraste de que ese comité mató a Nasiri y prendió fuego a la escuela?

—Sí, es terrible. Era un tipo estupendo, aunque partidario del Sha.

—Lo éramos todos mientras el Sha estuvo en el poder —dijo Lochart, pensando en Sharazad y en Jared Bakravan, y en el Emir Paknouri y en HBC.

Sus pensamientos siempre volvían a HBC y Sharazad. De madrugada la había dejado, odiando tener que hacerlo. Estaba profundamente dormida. Pensó en despertarla, pero había poco que decir. Zagros era responsabilidad suya… y Sharazad tenía un aspecto exhausto, notándosele claramente el golpe en la cara. Le dejó una nota que decía: «Regresaré dentro de un par de días. Si surge alguna complicación, ponte en contacto con Mac o con Charlie. Con todo mi amor».

Miró de nuevo a Sera.

—McIver tiene una cita para esta mañana con un alto funcionario del Gobierno, de manera, que con algo de suerte, tal vez podamos arreglarlo todo. Ha dicho que nos enviará un mensaje tan pronto como esté de regreso. ¿Funciona la radio?

Sera se encogió de hombros.

—De vez en cuando. Como ya es habitual.

—Si me entero de algo, haré que te lo comuniquen esta noche o mañana a primera hora. Espero que todo esto sea solo una tormenta en un vaso de agua. Pero si hubiéramos de irnos, McIver me dijo que estableciera temporalmente la base en Kowiss. Desde allí maldito si hay forma de que os podamos dar servicio. ¿Qué opinas?

—Si os obligan a iros, habremos de evacuar. Tendrías que transbordarnos a Shiraz. Allí tenemos un cuartel general de la compañía; nos pueden acoplar en algún sitio o hacernos salir por

avión hasta que se nos permita regresar. Madonna, habrán de cerrarse once bases con turnos dobles.

—No te preocupes. Podríamos utilizar los dos «112».

—Menuda faena, Tom —exclamó Sera muy preocupado—. No hay forma de cerrar y sacar a todos los hombres en cuarenta y ocho horas. Ni pensarlo.

—Acaso no sea necesario. Esperémoslo, ¿no te parece?

Lochart se puso en pie.

—Si hubiéramos de evacuar, casi todos los hombres estarían locos de contento… Hace semanas que no hemos hecho un solo relevo y todos ellos tienen permisos pendientes. —Sera se levantó y miró por la ventana. Podía ver el sol vespertino brillando sobre la cima que dominaba el Rig Bellissima—. ¿Te has enterado del formidable trabajo que hizo Scot con Pietro?

—Sí. Los muchachos le llaman ahora Bombero Pietro. Siento lo de Mario Guineppa.

—*Che sarà, sarà!* Los médicos son todos *stronzi*. El mes pasado se había sometido a una revisión médica. Los resultados fueron perfectos. *Stronzo!* —El italiano lo miró inquisitivo—. ¿Qué pasa, Tom?

—Nada.

—¿Qué tal van las cosas en Teherán?

—Nada bien.

—¿Te dijo Scot algo que yo no sepa?

—¿Algo que justifique la orden del comité? No. No lo hizo. Tal vez yo pueda sonsacarle algo al Khan Nitchak.

Se despidieron y Lochart emprendió vuelo. Una vez en el aire, reflexionó sobre la historia que Scot les contará a él, Jean-Luc y Jasper sobre lo ocurrido en la aldea después de que el comité sentenciara a muerte al Khan Nitchak.

—En el momento en que sacaron al Khan Nitchak de la escuela y me quedé solo, me escurrí por la ventana de atrás y me oculté en el bosque con el mayor sigilo posible. Un par de minutos después escuché un intenso tiroteo y regresé a la base lo más rápidamente

que pude… Debo admitir que estaba muerto de miedo. Tengo que deciros que me costó bastante tiempo conseguirlo, en algunos sitios había montones de nieve ensangrentada de tres metros. Poco después de que regresara, acudieron aquí el Khan Nitchak y el mulá con algunos de los aldeanos. ¡Me sentí tan aliviado, Dios mío! Estaba seguro de que habían disparado contra Nitchak y el mulá y supongo que ellos se sentirían igualmente aliviados porque me miraron con ojos desorbitados creyéndome también muerto.

—¿Por qué? —le había preguntado a Tom.

—Nitchak me contó que, poco antes de que el comité se fuera, prendieron fuego a la escuela en la que creían que yo me encontraba. Dijo que habían ordenado que todos los extranjeros abandonaran el Zagros. Todo el mundo…, en especial nosotros con nuestros helicópteros. Teníamos que habernos ido mañana por la noche.

Lochart contemplaba la tierra, abajo, la base ya cerca, la aldea, allí mismo. Se estaba poniendo el sol, ocultándose tras las montañas. Aún quedaba mucha luz del día pero ya no estaba el sol para calentarles. Poco antes de que despegara con Jasper con destino a Rig Rosa, Scot le había contado lo que en realidad sucedió.

—Lo vi todo, Tom. No escapé cuando dije que lo había hecho. No me he atrevido a contárselo a nadie, pero yo me quedé mirando por la ventana de la escuela, absolutamente aterrado y vi lo que sucedió. Todo ocurrió con tanta rapidez. Dios mío, tenía que haber visto a la mujer del viejo Nitchak con el fusil… ¡Que nadie me hable de tigresas! Y dura como el pedernal. Disparó al vientre de un Green Band, le dejó gritar un instante y luego… ¡banggg!, lo calló con otro disparo. Apostaría cualquier cosa a que fue ella quien disparó la primera vez contra el primero de los bastardos, el líder, quienquiera que fuese. Nunca vi una mujer semejante, jamás pensé que pudiera ser así.

—¿Y qué pasó con Nasiri?

—Nasiri jamás tuvo la más mínima posibilidad. Echó a correr y dispararon contra él. Estoy seguro de que lo mataron porque era un

testigo y no un aldeano. Yo estaba aterrorizado, las piernas me temblaban y me escurrí por la ventana como he dicho y cuando Nitchak vino aquí, simulé creer su historia. Pero juro por Dios, Tom, que todos esos bastardos del comité estaban muertos antes de que yo abandonara la aldea, de manera que la orden de incendiar la escuela tuvo que darla Nitchak.

—El Khan jamás haría eso, sobre todo estando tú dentro. Alguien debió de verte salir.

—Espero por Dios que estés equivocado ya que, de lo contrario, y a su modo de ver, soy una amenaza viva para la aldea…, el único testigo.

Lochart tomó tierra y se encaminó hacia la aldea. Fue solo. El Khan Nitchak y el mulá lo esperaban en la casa del café, tal como habían acordado. Y muchos aldeanos, aunque ninguna mujer. La casa del café era la sala de reuniones, estaba construida con troncos y adobe; tenía el tejado en vertiente, una chimenea primitiva y vigas negras, merced al humo de tantos años de fuego de leña. Y para sentarse unas toscas alfombras.

—Salaam, Kalandar, la paz sea contigo —dijo Lochart, utilizando el título honorífico para significar que el Khan Nitchak era también líder de la base.

—La paz sea contigo, Kalandar de los «Hombres Voladores» —respondió el anciano con cortesía—. Por favor, siéntate aquí cómodamente. ¿Ha sido benéfico tu viaje?

Lochart notó el tono y se dio cuenta de que en aquella mirada no había la cordialidad de los viejos tiempos.

—Según la Voluntad de Dios. He echado de menos mi casa aquí, en el Zagros, y mis amigos del Zagros. Tú eres bendito de Dios, Kalandar. —Lochart tomó asiento en la incómoda alfombra e intercambió frases amables, esperando que el Khan Nitchak le permitiera abordar la cuestión. La habitación provocaba una auténtica sensación de claustrofobia y olía a rancio. Además, la atmósfera estaba cargada con los olores a cuerpo humano, así como a cabras y a ovejas. Los demás hombres lo miraban en silencio.

—¿Qué trae a Tu Excelencia a nuestra aldea? —preguntó el Khan Nitchak.

Al punto, todo el mundo guardó un silencio expectante.

—Me escandalizó enterarme de que unos forasteros habían venido a nuestra aldea y habían tenido la impertinencia de asediarte con manos malvadas.

—Es la Voluntad de Dios. —Nitchak entornó los ojos—. Unos forasteros vinieron a *nuestra* aldea pero luego se fueron, dejando nuestra aldea como siempre ha estado. Desafortunadamente, la situación no será la misma respecto a *vuestro* campamento.

—¿Por qué, Kalandar? Hemos sido buenos para la aldea y hemos empleado a muchas de sus gent…

—No me corresponde a mí poner en tela de juicio a *nuestro* Gobierno, o a esos comités de *nuestro* gobierno o a *nuestro* Jefe del Pueblo el Ayatolá. El joven aviador vio y oyó, así que no hay más que decir.

Lochart atisbó la añagaza.

—El joven aviador vio y oyó solo lo que aconteció en la escuela, Kalandar. Solicito que se nos conceda a nosotros, como viejos aunque bien conocidos huéspedes… —eligió con sumo cuidado la palabra— que se nos conceda tiempo para intentar un cambio en una decisión que parece ir en contra de los intereses del Zagros.

—El Zagros tiene una extensión de mil quinientos kilómetros, y atraviesa las tierras Kash'kai hasta Baktiari y las tierras de un centenar de otras tribus. Yazdek es Yazdek —dijo con aspereza, para citar luego el *Rubaiyat*—: «Entrega tu cuerpo al sino y soporta el dolor, porque lo que la Pluma ha escrito para ti, no dejará de estar escrito».

—Cierto, mas ¿no escribió también Omar Khayyam «La Bondad y la Maldad que existen en el corazón del hombre, las alegrías y las penas que son nuestra fortuna y destino, no las achaques a la rueda del cielo porque, a la luz de la razón, la rueda es mil veces más débil que tú»?

Entre los aldeanos corrió un murmullo. El viejo mulá asintió, complacido, y no dijo palabra. Los ojos del Khan Nitchak sonrieron aunque no lo hiciera su boca y, desde ese momento, Lochart supo que la reunión se desarrollaría en un clima más halagüeño. Bendijo a Sharazad que le abriera los oídos, los ojos y los sentidos al *Rubaiyat* que, en farsi, excedía todos los límites de la elegancia.

Todo el mundo esperaba. El Khan Nitchak se rascó la barba, echó mano a su bolsillo y sacó un paquete de cigarrillos. Lochart, con ademán indiferente, sacó el pishkesh, un encendedor «Dunhill» chapado en oro que le comprara a Effer Jordon precisamente con ese propósito. «Puedes estar seguro de que te mataré, Effer, si no funciona a la primera». Acarició la ruedecilla. La mecha se encendió al punto y Lochart respiró de nuevo. Su mano era firme cuando se inclinó hacia delante y sostuvo la llama para el anciano.

El Khan Nitchak vaciló, luego, encendió y aspiró el humo con fuerza.

—Gracias.

Contrajo los ojos al dejar Lochart el encendedor sobre la alfombra, delante de él.

—Tal vez aceptarías este regalo de todos los del campamento que están agradecidos a tu consejo y protección. ¿Acaso no derribaste las puertas y tomaste posesión de nuestra base en el nombre del Pueblo? ¿No ganaste la carrera del tobogán, venciendo a los mejores de nosotros por la calidad de tu valor?

Otro murmullo recorrió la habitación. Todo el mundo esperaba, con inmenso deleite a medida que se endurecía la contienda, aunque todos sabían que el Infiel no había dicho más que la verdad. El silencio se hizo más intenso. Finalmente, el Khan alargó la mano, cogió el encendedor y se puso a examinarlo muy de cerca. Con su nudoso pulgar accionó la tapa, como viera hacer a tantos otros en el campamento. Sin apenas presión se encendió a la primera y todo el mundo se sintió tan complacido como él por la calidad del pishkesh.

—¿Qué consejo necesita Tu Excelencia?

—Nada en particular, en realidad ninguno, Excelencia Kalandar —respondió Lochart desaprobador, siguiendo el juego de acuerdo con la antigua costumbre.

—Pero debe de haber algo que haga que Tu Excelencia se sienta mucho mejor. —El anciano aplastó su cigarrillo en la tierra. Al fin, Lochart dejó que le persuadiera.

—Bien, ya que Tu Excelencia tiene la magnimidad de preguntar, si Tu Excelencia quisiera interceder en favor nuestro cerca del comité para que nos dé algo más de tiempo, mi agradecimiento sería inmenso. Tu Excelencia, que conoce estas montañas como la palma de tu mano, sabe que no podemos obedecer órdenes de forasteros que, evidentemente, no saben que no nos es posible hacer salir a todo el personal de las instalaciones, como tampoco proteger estas, la propiedad del Zagros de la ilustre rama Yazdek del Kash-kai, ni llevarnos nuestras máquinas y herramientas, para mañana a la puesta del sol.

—Cierto, los forasteros no saben nada —asintió con tono amable el Khan Nitchak. «Así es —se dijo—, los extranjeros no saben nada, y esos hijos de perra que se atrevieron a querer imponernos sus asquerosas costumbres de extranjeros, pronto fueron castigados por Dios»—. Tal vez el comité acepte conceder un día más.

—Eso sería más de lo que yo me atrevería a pedir. Pero escasamente suficiente, Kalandar, para demostrarles lo poco que conocen a tu Zagros. Tal vez necesiten que se les dé una lección. Debieran de haber dado, al menos, dos semanas…; después de todo, tú eres el Kalandar de Yazdek y en las once instalaciones, así como en todo el Zagros, conocen al Khan Nitchak.

El Khan Nitchak se sintió muy orgulloso, al igual que los aldeanos; agradablemente arrastrados por la lógica del Infiel. Cogió sus cigarrillos y su encendedor. Prendió a la primera.

—Dos semanas —dijo, y todo el mundo se sintió muy satisfecho, incluido Lochart. Luego, añadió, para darse tiempo a reflexionar si dos semanas no sería un plazo demasiado largo—: Enviaré un mensajero y pediré dos semanas.

Lochart, poniéndose en pie, dio gracias profusas al Khan. Dos semanas darían tiempo a McIver. Afuera, el aire tenía sabor a vino y Lochart lo aspiró, llenando, agradecido, sus pulmones. Se sentía satisfecho por la forma en que había manejado tan delicada negociación.

—Salaam, Khan Nitchak, la paz sea contigo.

—Y contigo.

Al otro lado de la plaza se alzaba la mezquita y, junto a ella, la escuela en ruinas. Al otro lado de la mezquita estaba enclavada la casa de dos pisos del Khan Nitchak y en la puerta se encontraba su mujer y dos de sus hijos, con algunas otras aldeanas vestidas con gran colorido.

—¿Por qué prendieron fuego a la escuela, Kalandar?

—Oyeron decir a uno de los del comité: «Así debería perecer todo lo extranjero. Así perecerá la base y todo cuanto contiene… Aquí no necesitamos extranjeros, no queremos extranjeros aquí».

Lochart se sintió entristecido. «Eso es lo que la mayoría de vosotros piensa, si no todos —se dijo—. Y sin embargo, muchos de nosotros intentamos formar parte de Irán, hablar vuestra lengua, queremos que se nos acepte pero jamás lo haréis. Entonces, ¿para qué quedarnos? ¿Por qué intentarlo? Acaso por la misma razón que impulsara a Alejandro Magno a quedarse, que le indujera a él y a diez mil de sus oficiales a casarse con mujeres iraníes en una inmensa ceremonia…, porque en ellas y en Irán existe una magia indefinible, totalmente obsesiva, que llega a consumir como me consume a mí».

Las mujeres que rodeaban a la esposa del Khan Nitchak prorrumpieron en risas por algo que ella había dicho.

—Es mejor cuando las esposas se sienten felices, ¿eh? Ese sí que es un regalo de Dios a los hombres, ¿eh? —dijo el Khan con jovialidad.

Lochart asintió, pensando en lo fantásticamente afortunado que había sido el Khan Nitchak y qué gran regalo de Dios era su mujer…, al igual que Sharazad lo era para él y, pensando en ella, acudió de

nuevo a su mente todo el horror de la noche anterior, su terror por haber estado casi a punto de perderla, la locura de ella y su infelicidad. Y luego cómo la abofeteó y cómo hubo de contemplar la huella de sus golpes, cuando lo único que él quería era la felicidad de Sharazad, tanto en este mundo como en el otro, si es que lo había.

—Y yo muy afortunado de que sea tan buena tiradora, ¿eh?

—Sí —asintió Lochart antes de ser capaz de contenerse. Sintió que el estómago se le revolvía y se maldijo por haber permitido que su atención flojeara. Se dio cuenta de cómo lo observaban aquellos astutos ojos y añadió presuroso—: ¿Tiradora? ¿Tu mujer es buena tiradora? Perdóname por favor, Excelencia, pero no te he oído con claridad. ¿Quieres decir con un fusil?

El viejo no dijo nada, se limitó a observarle. Finalmente, asintió pensativo. Lochart sostuvo su mirada con firmeza y luego la dirigió hacia el otro lado de la plaza, preguntándose si habría sido una trampa deliberada.

—He oído decir que muchas mujeres kash'kai saben manejar un fusil. Parece ser que, hummm, que Dios te ha bendecido de muchas maneras, Kalandar.

—Mañana te enviaré recado de cuánto tiempo concede el comité. La paz sea contigo —dijo al cabo de un momento el Khan Nitchak.

Mientras regresaba a la base, Lochart se preguntaba: «¿Era una trampa y he caído en ella? Si la observación del Khan ha sido involuntaria, impulsada por el orgullo que siente de ella, entonces tal vez, solo tal vez, estemos seguros y también lo está Scot. En cualquier caso, disponemos de tiempo…, acaso dispongamos de tiempo, pero no así Scot».

El sol ya se había puesto por aquel lado de la meseta y la temperatura había vuelto a bajar rápidamente por debajo de cero. El frío había ayudado a la activación de su cerebro, pero no logró vencer su ansiedad ni mitigar su cansancio.

«Una semana, dos semanas o tan solo unos días. No dispones de mucho tiempo», se dijo. En Teherán McIver le había hablado de

obtener licencias de exportación para los tres «212» a fin de llevarlos a Al Shargaz para «someterlos a reparación».

—Enviaré uno de los tuyos, Tom, otro de aquí y un tercero de Kowiss —le había dicho—. Y de allí a Nigeria. Pero, por Dios santo, guarda el más absoluto secreto respecto a esta última parte. Aquí están los documentos de salida con la fecha del miércoles próximo. Creo que deberías pilotarlo tú, personalmente, y marcharte de aquí mientras puedes hacerlo. Sales de aquí y te quedas en Al Shargaz… Hay muchos pilotos que pueden sustituirte con el «212» a partir de allí.

«Solo que Mac no lo comprende». Finalmente salió del bosque frente a la base. Scot y Jean-Luc le esperaban junto a un «212».

«Cualquiera que sea la decisión del Khan, enviaré a Scot fuera de aquí en el transbordador —pensó Lochart. Y después de tomada aquella decisión, se liberó de algunas de sus preocupaciones—. Pero la cuestión principal es: ¿iniciamos la evacuación o no? Para llegar a tomar una decisión, habrás de decidir antes hasta qué punto confías en el Khan Nitchak. No mucho, en definitiva».

XXXVIII

EN EL CUARTEL GENERAL DEL SERVICIO SECRETO INTERNO: 6.42 DE LA TARDE. Apenas habían transcurrido veintitrés horas de que Rakoczy fuera capturado y ya habían quebrado su voluntad y barboteaba el tercer nivel…, la verdad. Los primeros dos niveles fueron historias de cobertura, de medias verdades ensayadas una y otra vez por los agentes profesionales hasta que quedaban profundamente encastrados en el subconsciente con la esperanza de que esas verdades parciales sirvieran para satisfacer a los interrogadores y evitar así que siguieran ahondando o hacerles creer que ya estaban en posesión de toda la verdad. Desafortunadamente para Rakoczy, sus interrogadores eran unos expertos y se hallaban ansiosos por ahondar más y más. El único problema que ellos tenían era el de evitar que las torturas llegaran a matarle antes de tiempo. Y el suyo era cómo morir rápidamente.

Cuando el día anterior, al atardecer, fue capturado, intentó morder la punta del cuello de su camisa en la que llevaba cosida una ampolla de veneno, acción refleja practicada infinidad de veces. Pero sus aprehensores se le adelantaron, le mantuvieron la cabeza sujeta hacia atrás mientras le aplicaban el cloroformo y luego lo desnudaron por completo, examinándole la boca, por si llevaba alguna pieza postiza con veneno, y también el ano en busca de alguna cápsula.

Había esperado golpes y drogas psicodélicas.

—Si utilizan esos métodos con usted, capitán Mzytryk, está acabado —le habían dicho sus maestros—. No le resta mucho que

hacer salvo morir antes de llegar a revelar algún secreto. Mejor es morir antes de que lo quebranten. No olvide jamás que nosotros lo vengaremos. Nuestra búsqueda podrá durar años pero quien le haya traicionado caerá en nuestras manos.

Lo que él no había esperado era el nivel de agonía al que le habían conducido con tal rapidez o las cosas indecibles que le habían hecho: electrodos en su interior, en la nariz, boca, estómago, recto, testículos y globo de los ojos. Con inyecciones de droga para hacerle dormir, despertándole minutos después, cuando se encontraba entre el sueño y la realidad, desorientado, podría decirse que vuelto completamente del revés.

—Por los clavos de Cristo, Hashemi —había dicho Robert Armstrong asqueado hacía ya mucho, muchísimo tiempo—, ¿por qué no le administráis la droga de la verdad? Vosotros la tenéis. No es necesario recurrir a toda esta mierda.

El coronel Hashemi Fazir se encogió de hombros.

—Algo de crueldad es bueno para el alma. Por Alá, tú has leído los expedientes, has visto lo que la KGB ha hecho a algunos de nuestros ciudadanos que ni siquiera eran espías.

—Eso no es excusa.

—Por Dios que necesitamos la información con urgencia. Necesitamos alcanzar ese tercer nivel del que tú hablas tan machaconamente. Yo no tengo tiempo para tu rebuscada ética, Robert. Si no quieres quedarte, vete.

Armstrong se había quedado. Cerró los oídos a los gritos, repugnándole aquella brutalidad. «No se necesitaba recurrir a esos métodos. Hoy día no», se dijo, consciente que de haber sido él, hacía horas que estaría muerto.

Había estado observando a los dos hombres a través de un espejo reflejo mientras volvían a trabajarle una vez más, en una cámara pequeña aunque bien equipada, sintiendo en cierto modo lástima por Rakoczy; después de todo, era un profesional como él, un hombre valiente que se había resistido a ellos de forma extraordinaria.

Bruscamente, los gritos cesaron y Rakoczy volvió a quedar inerte. Hashemi habló por el micrófono que transmitía la voz a los auriculares del hombre que se encontraba abajo.

—¿Está muerto? Os dije, estúpidos hijos de perra, que tuvieseis mucho cuidado.

Uno de los dos hombres era médico. El casco que llevaba le aislaba de cualquier sonido salvo de las instrucciones de los interrogadores. Irritado, levantó los párpados de Rakoczy y le examinó los ojos. Luego, escuchó los latidos del corazón con el estetoscopio.

—Está vivo, coronel. Tiene…, todavía le queda tiempo por delante.

—Dadle cinco minutos y despertadle luego. Y no le matéis hasta que yo lo diga.

Hashemi, furioso, desconectó el micrófono y maldijo al hombre.

—No lo quiero muerto cuando estamos tan cerca de averiguar hasta el último punto —dijo y miró a Armstrong con ojos brillantes —. Es el mejor que hemos tenido jamás, pero jamás, ¿eh? ¡Por Dios, Robert, es una auténtica mina de oro!

Hacía ya tiempo que Rakoczy había puesto al descubierto sus dos coberturas y luego su nombre auténtico, el número de la KGB, dónde había nacido, seguido sus estudios y casado, donde vivía, los nombres de sus superiores conocidos en Tbilisi, su implicación en Irán, el tudeh, el muyahidín, cómo y dónde habían apoyado el movimiento kurdo de independencia, quiénes eran sus contactos.

—¿Quién es el más alto KGB en Azerbaiyán?

—Yo…, no más por favor… porfavorpareeeennnn es el Khan Abdollah de Tabriz…, solo él es importante y él… él había de… había de, había, había de ser el primer presidente cuando Azer… Azerbaiyán sea… sea independiente pero ahora es demasiado grande e inde… independiente así que ahora… ahora es una Sección 16/a…

—No nos estás diciendo toda la verdad… ¡dale una lección!

—¡Ah! ¡La estoylaestoypro favoroooorrrr!

Luego, vuelta a reanimarle y de nuevo toda la retahíla sobre Ibrahim Kyabi, el padre de Ibrahim, el mulá Kowissi, quiénes eran los líderes de los estudiantes tudeh, sobre su mujer, sobre su padre y dónde vivía en Tbilisi y sobre su abuelo que perteneció a la policía secreta del Zar antes de convertirse en miembro fundador de la Cheka, luego de OGPU, NKVD y, finalmente, de la KGB… fundada en el cincuenta y cuatro por Kruschev, después de que Beria hubiera sido fusilado acusado de ser un espía occidental.

—¿Crees tú que Beria trabajaba como espía para nosotros, Mzytryk?

—Sí… sí… sí lo era, la KGB tenía pruebas, ah sí… por favor pareeennn… por favor pareeeennnn… les diré todo lo que quieraaaannn.

—¿Cómo podían tener pruebas de esa mentira?

—Sí, era una mentira pero nosotros habíamos de creerlo, ah, sí… por favor pareeeennnn… nosotros teníamos teníamos… por favor pareeeennnn se lo suplicccccoooo…

—Dejen ya de torturarle, bárbaros. —La voz de Armstrong llegó a modo de sugestión—. No hay necesidad de hacerle sufrir si está cooperando… ¿cuántas veces he de decíroslo? No habéis de tocarle mientras os diga la verdad. Dadle un vaso de agua. Ahora, Mzytryk, dinos cuanto sepas sobre Gregor Suslev.

—Es… es un espía. Creo.

—¡No dices la verdad! —rugió al punto Hashemi, también a modo de sugestión—. Dale una lección.

—No… no… noporfavor pareeennnnoohDiosporfavor pareeeennnn es es Petr Oleg Mzytryk mi padre, mi padre… Suslev era su… su nombre de cobertura en el Lejano Oriente con base en Vlad… Vladivostok y y y otra cobertura en Brodnin… y y y vive en Tbilisi y es comisario y cons… consejero para asuntos iraníes y controlador de Abdollah Abdollah, del Khan Abdollah…

—Estás mintiendo de nuevo. ¿Cómo puedes conocer tú semejantes secretos? Dale una lec…

—No, por favor jurrrrooo que no miento. Yo… leí su dossier secreto y sé que es verdad… Brodnin fue el último y luego él… Que Alá me ayudddeeee. —Volvió a perder el conocimiento, y lo reanimaron de nuevo.

—¿Cómo se pone en contacto el Khan Abdollah con su controlador?

—Él… mi… se reúnen en cualquier parte… a vec… a veces en la dacha, a veces en Tabriz…

—¿En qué parte de Tabriz?

—En… en el palacio del Khan.

—¿Cómo acuerdan la reunión?

—Mensaje cifrado… télex cifrado desde Teherán… desde el cuartel general.

—¿Qué clave?

—La… G16… G16…

—¿Cuál es el nombre en clave del Khan Abdollah?

—Ivanovitch.

—¿Y el del controlador? —Armstrong tuvo buen cuidado de no despertar los sentimientos de aquel hombre impotente recordándole que había traicionado a su padre.

—Alí… Alí Khoy.

—¿Quiénes eran los contactos de Brodnin?

—Yo… yo no… yo no recuerdo…

—Refréscale la memoria.

—Porfavorporfavor oh Dios oh Dioooossss esperen déjenme pensar no puedo acordarme era, era… esperen me dijo que eran que eran que eran tres… era algo como como como uno de ellos era un color, un color… esperen, sí, Grey sí Grey eso era… y… y otro era… y otro era Broad algo… Broad algo… creo… era Julan Broad algo así…

—¿Qué más? —preguntó Armstrong ocultando su sobresalto—. ¿Y el tercero?

—No… no puedo record… no esperrrreeeen déjenme pensaaaarrrr había otro… me dijo que eran me habló de cuatro… uno era… Ted… Ever… Ever algo… Everly… y y otro era… sí… yo…

por favooorrr… si pienso déjenme pensar y era y era Peter… no Percy… Percy Emedley sí Smedey Tailer o Smidley…

Armstrong se puso pálido.

—… eso fue todo eso fue todo lo que él lo que él me dijo…

—Dinos todo lo que sepas sobre Roser Crosse.

No hubo respuesta.

A través del espejo vieron al hombre retorcerse sobre la mesa de operaciones, luchando por librarse de los cables al ir aumentando el dolor y empezó de nuevo a barbotear palabras mezcladas con los gemidos.

—Era, era… paaarrreeennn era el jefe no el subjefe de MI6 y casi nuestro agente secreto inglés más importante durante, durante… veinte años o más… y, y Brodnin Brod mi padre descubrió… descubrió que era un agente doble… triple y lo envió a la Sección 16/ a… Crosse nos engañó durante años nos engañó nos engañó nos engañó…

—¿Quién dio el soplo a Brodnin sobre Cross?

—Nolosé juroqueno lo sé no puedo saberlo todotodo solo lo que estaba en el dossier y lo que él me dijo…

—¿Quién era el controlador de Roger Crosse?

—No lo sé, no lo sé cómo puedo saberlo yo solo sé lo que leí secretamente en el dossier de mi padr… tienen que creeerrrmmmeee…

—Dime todo lo que había en el dossier —dijo Hashemi que al parecer, ahora ya se mostraba tan vitalmente interesado como Armstrong.

Escucharon, aislando las palabras de los gritos. A veces era una mezcla casi incoherente de ruso y farsi mientras Rakoczy seguía dando más nombres, direcciones, coberturas y rangos en respuesta a sus preguntas, aguzada su memoria mediante nuevos niveles de dolor, hasta quedar completamente derrumbado y repitiéndose de manera confusa. Él también estaba confuso y carente ya de toda utilidad. De repente en medio de todo aquel parloteo ininteligible «… Pah… mud… Pah… mudi…».

—¿Qué pasa con Pahmudi? —preguntó Hashemi con brusquedad.

—Yo… él… me ayudddaaa…

—¿Qué hay de Pahmudi? ¿Es un agente soviético?

Pero ya solo hubo parloteo, confusión y gimoteo.

—Más vale que le des un descanso, Hashemi. Su memoria es demasiado buena para permitir que se pierda. Mañana podremos averiguar lo que representa Pahmudi y volver de nuevo a la carga. —También Armstrong se sentía exhausto, maravillado en su fuero interno por toda la información aportada por Rakoczy—. Te aconsejo que le des un período de descanso y le dejes dormir cinco horas. Luego volveremos a empezar.

En la cámara, los dos hombres esperaban instrucciones. El doctor consultó su reloj. Había estado allí durante seis horas sin la menor interrupción. Le dolía la espalda y también la cabeza. Pero hacía largo tiempo que era un especialista SAVAK y se sentía muy complacido de haber conducido a Rakoczy al nivel de la verdad sin haber tenido que recurrir a drogas. «¡Hijo ateo de un padre maldito!», se dijo con aversión.

—Déjelo dormir cuatro horas, luego empezaremos de nuevo —le llegó a través del altavoz.

—Sí, coronel. Muy bien —asintió. Examinó los ojos de Rakoczy levantándole los párpados y luego, midiendo cuidadosamente las palabras, se dirigió a su ayudante, sordomudo, pero capaz de leer los labios—: Déjale tal como está. Así nos ahorrará tiempo cuando volvamos. Necesitará una inyección para despertarle.

El ayudante hizo un gesto de asentimiento y ambos hombres salieron al abrirse la puerta al exterior.

En la habitación detrás del espejo, la atmósfera era densa y agobiante.

—Tiene que estar relacionado con Mzytryk, Petr Oleg —dijo Armstrong hojeando toda la información de Rakoczy, realmente asombrado.

Hashemi apartó la mirada del hombre que yacía sobre la mesa y desconectó la grabadora, accionando el botón de rebobinaje. En un

cajón entreabierto había otras siete cintas grabadas.

—¿Puedo disponer de copias? —preguntó Armstrong.

—¿Por qué no? —respondió Hashemi que tenía los ojos enrojecidos, y a quien apuntaba oscura la densa barba aunque solo hiciera unas horas que se había afeitado—. ¿Qué era tan importante respecto a Brodnin y esos otros nombres, Grey, Julan Broad y algo, Ted Ever y algo así y Percy Smedley o Smidley Tailer?

Armstrong se levantó para aliviar el dolor que sentía en los hombros y también para darse tiempo a pensar.

—Brodnin era un hombre de negocios soviético, de la KGB, pero también un agente doble para nosotros. Jamás hubo sospechas de que nos estuviera engañando. Julan Broad y algo más tiene que significar Julan Broadhurst. Jamás hemos sabido nada de él, ni siquiera un susurro, nada. Es una de las luminarias de la «Fabian Society», un miembro altamente respetado del Partido Laborista, está dentro o fuera del Gabinete siempre que se le antoja, consejero y confidente de Primeros Ministros. ¡Vaya patriota! —añadió despectivo.

—Pues ahora ya lo tienes bien cogido. Traidor. Túmbalo durante una hora sobre una mesa de operaciones, exprímele hasta la última gota y luego que lo ahoguen en el Támesis. ¿Grey?

—Lord Grey, tea de la izquierda, antiguo sindicalista, rabioso líder del lobby anti-China y anti-Hong Kong, cortés anticomunista, enviado a la Cámara de los Lores hace algunos años para provocar más problemas. Hace unos años llevamos a cabo una investigación sobre él pero salió más limpio que una patena… No encontramos nada, salvo su política… —«Dios mío —pensaba Armstrong—, si los dos son espías y traidores…, y si podemos demostrarlo…, eso destrozaría al Partido Laborista, por no hablar de la explosión que Percy provocaría en los Tory. Pero ¿cómo demostrarlo y seguir vivo?»—. Jamás hemos tenido nada contra él.

—Pues ahora también lo tienes cogido. Traidor. Hazle decir todo y que le peguen un tiro. ¿Ted Ever lo que sea?

—Everly…, la joya más preciada de TUC, destinado a los más altos puestos. Política centrista impecable. Ni el más leve matiz rosado y, ni que decir tiene, comunista.

—Ahora ya es tuyo, Acaba con él. ¿Smedley o Smidley Tailer?

Robert Armstrong le ofreció un cigarrillo. «Percy Smedley Taylor, gran terrateniente, acaudalado, Trinity College, homosexual apolítico que cuando le pescan se las arregla para que sus aberraciones no aparezcan en la Prensa… Crítico de ballet bien conocido, editor de revistas eruditas, con relaciones impecables e intocables en las más altas y delicadas fuentes del poder inglés. ¡Pero un espía soviético…, Dios Todopoderoso! ¡Imposible! No te portes como un condenado idiota. Has trabajado demasiados años, conocido demasiados secretos para que nada pueda llegar a sorprenderte».

—No se trata de cualquiera, Hashemi, pero haré que le investiguen —dijo, no queriendo compartir la información hasta haber reflexionado sobre lo que debería hacer.

Se oyó un chasquido avisando que la cinta había terminado de rebobinarse. Hashemi sacó la casete y la colocó junto a las otras en el último cajón, cerrando luego cuidadosamente con llave.

—Entonces trátalos a nuestra manera. Envíales un emisario, Robert, a ellos y a sus despreciables y poderosos amigos. Pronto te darán pishkesh a montones para compensarte de la pérdida de tu pensión. —Rio con expresión triste, al tiempo que introducía una nueva casete—. Pero no se te ocurra ir tú mismo o acabarás en cualquier callejón con un cuchillo en la espalda o veneno en tu cerveza… Esos poderosos bastardos son todos iguales. —Estaba muy fatigado, pero la satisfacción de toda la formidable información que Rakoczy les facilitara le hacía olvidar toda idea de dormir.

—Con todo lo que nos ha facilitado, tenemos suficiente para dinamitar a los tudehs, controlar a los kurdos, detener la insurrección de Azerbaiyán, hacer que Teherán y Kowiss estén seguros…, «y afirmar a Jomeini en el poder», dijo para sí.

—¿Es eso lo que quieres? ¿Y qué me dices de Abrim Pahmudi? A Hashemi se le ensombreció el rostro.

—¡Que Alá me permita tratarle como se merece! Rakoczy me ha dado una llave de oro posiblemente también para él. —Miró a Armstrong—. Y de oro también para ti, ¿ella? ¿Ese Suslev, Petr Oleg, que asesinó al gran Roger Crosse? ¿Eh?

—Sí. Tú también. Ahora ya sabes quién es tu principal y peor enemigo.

—¿Qué es Mzytryk, ese Suslev, para ti?

—Tuve con él unas palabras hace años, en Hong Kong. —Armstrong tomó un sorbo de café frío, preparando el anzuelo—. Puede darte, y también a mí, más oro que su hijo. Puede machacar a Abrim Pahmudi, y si puede hacerlo con él solo Dios sabe con quién más, ¿acaso con el Comité Revolucionario? Daría cualquier cosa por descifrar a Suslev. ¿Cómo podríamos hacerlo?

Hashemi logró apartar de su mente a Pahmudi para pensar únicamente en el peligro personal que él y su familia corrían.

—Y a cambio tú me facilitarás un pasaporte británico, salida segura del país y una sustanciosa pensión en caso de necesitarlo.

Armstrong alargó la mano.

—Hecho —dijo.

Los dos hombres se estrecharon la mano, aunque ninguno de los dos diera a aquel gesto otro valor que el de la pura cortesía. Ambos sabían que, de ser posible, cumplirían, pero solo si ello fuera en su propio interés.

—Si nos hacemos con él, Robert, yo seré quien lleve el interrogatorio y seré el primero en preguntar lo que necesito saber.

—Por supuesto, tú eres el jefe —respondió Armstrong, intentando dominar la excitación en sus ojos—. ¿Puedes hacerte con él?

—Quizá consiga de Abdollah Khan que prepare una reunión en este lado de la frontera. Rakoczy nos ha dado la suficiente información sobre él para hacerle sudar gotas de sangre, aunque he de andar con mucho cuidado… ¡También es uno de nuestros mejores agentes!

—Juega con la información de la Sección 16/a, apostaría cualquier, cosa a que ignora que lo han traicionado.

Hashemi asintió.

—Si cogemos a Petr Oleg a este lado de la frontera, no será necesario que lo traigamos aquí. Podemos interrogarle en nuestro puesto de Tabriz.

—Ignoraba que tuvieseis un puesto allí.

—Hay montones de cosas que tú ignoras de Irán, Robert. —Hashemi aplastó su cigarrillo. «¿De cuánto tiempo dispongo?», se preguntó nervioso, absolutamente desacostumbrado a la sensación de ser la presa y no el cazador—. Pensándolo mejor, prefiero que me des el pasaporte mañana.

—¿Tardarás mucho en persuadir al Khan Abdollah?

—Todavía hemos de seguir mostrándonos cautelosos… Ese bastardo es todopoderoso en Azerbaiyán. —Ambos miraron a Rakoczy que por un instante se había movido, gimiendo. Luego se hundió una vez más en su pesadilla—. Hemos de tener mucho cuidado.

—¿Cuándo?

—Mañana. Tan pronto como hayamos terminado con Rakoczy iremos a visitar a Abdollah. Tú facilitarás el avión o… el helicóptero. Mantienes relaciones muy cordiales con «IHC», ¿no?

Armstrong sonrió.

—Estás enterado de todo, ¿verdad?

—Solo de cuanto se relaciona con Teherán, las cuestiones islámicas y las cuestiones iraníes.

Hashemi se preguntaba qué haría McIver y los demás extranjeros que se encontraban allí para ayudar en la producción de petróleo si supieran que el ministro en funciones, Alí Kia, recién nombrado miembro de la junta ATC hacía solo unos días, había recomendado la nacionalización inmediata de todas las compañías petrolíferas extranjeras, de todos los aviones con matrícula iraní, de todas las compañías aéreas y la expulsión de todos los pilotos y personal extranjeros.

—No necesitamos extranjeros —había dicho—. Nuestros propios pilotos darán servicio a los campos petrolíferos. ¿Acaso no tenemos centenares de pilotos que necesitan probar su lealtad? Supongo que debes de tener expedientes secretos de todos los pilotos extranjeros, de ejecutivos y todos los demás. El… hum… el comité los necesita.

—No creo que dispongamos de nada, Excelencia. Esos expedientes se hicieron a instancias de la SAVAK —le contestó Hashemi afable—. Supongo que estará al corriente de que esa terrible gente tiene en su poder un amplio expediente sobre Su Excelencia.

—¿Qué expediente? ¿Sobre mí? ¿SAVAK? Debes de estar equivocado.

—Tal vez. Yo nunca lo he leído, Excelencia, pero se me ha hablado de su existencia. Me dijeron que se remonta a más de veinte años. Probablemente, no contendrá más que mentiras…

Había dejado al ministro en funciones Kia profundamente sobresaltado, con la promesa de que intentaría hacerse en secreto con el expediente y entregárselo y había reído durante todo el camino de regreso hasta el cuartel general del Servicio Secreto Interno. El expediente sobre Alí Kia, el expediente que él mismo confeccionara, se remontaba, en efecto, a veinte años antes y contenía pruebas irrefutables de todo tipo de tratos comerciales que hedían: usura, votaciones e informaciones a favor del Sha…, junto con fotografías de prácticas sexuales tan ingeniosas que pondrían frenéticos a los fundamentalistas conservadores.

—¿Dónde está el chiste? —preguntó Armstrong.

—En la propia vida, Robert. Hace un par de semanas tenía a mi disposición, de necesitarla, toda una Fuerza Aérea; hoy, tengo que pedirte que me organices un vuelo. Tú arregla lo del vuelo y yo me ocuparé de la autorización. —Sonrió—. Tú me darás un pasaporte británico condenadamente válido, como diría Talbot, antes de despegar. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. —Armstrong ahogó un bostezo—. Mientras esperamos, ¿podría escuchar la última casete?

Hashemi, que ya se disponía a sacar la llave, se detuvo al oír unos golpes en la puerta. Se levantó con gesto de cansancio y la abrió. Toda la fatiga desapareció de pronto. Afuera había cuatro hombres, uno de ellos pertenecía a los suyos y tenía el rostro pálido, los otros tres eran Green Bands. Armados. Conocía al de más edad de ellos.

—Salaam, general. La paz sea contigo —dijo cortésmente, pero con el corazón oprimido.

—Salaam, coronel. La paz sea contigo —repuso el general Janan, un hombre de facciones duras, boca apretada en una línea. SAVAK. Miró a Armstrong con frialdad. Luego, sacó un papel y se lo entregó a Hashemi—. Tiene que entregarme al prisionero Yazernov inmediatamente.

Hashemi cogió el papel, dando gracias a Dios por haberlo arriesgado todo para capturar a Rakoczy y haberle conducido rápidamente al tercer nivel: Al coronel Hashemi Fazir, Servicio Secreto Interno. Dé cumplimiento inmediato: Por la autoridad concedida al Comité Revolucionario: Queda disuelto el Departamento del Servicio Secreto Interno y todo el personal quedará incorporado inmediatamente a esta organización bajo el mando del general Janan. Usted queda suspendido de todas sus funciones hasta nueva orden. Entregará al general Janan, de inmediato, al prisionero Yazernov así como todas las grabaciones del interrogatorio. (Firmado) Abrim Pahmudi, Director. SAVAMA.

—El espía se encuentra todavía en el segundo nivel por lo que habrá de esperar. Es peligroso moverlo y…

—Ya ha dejado de ser responsabilidad suya.

El general hizo una indicación a uno de sus hombres, el cual salió de la habitación para llamar a los que se encontraban en el corredor. Después, bajaron los escalones y entraron en la cámara que había abajo, acompañados ahora por el doctor, blanco como la pared y muy nervioso. A los Green Bands les brillaron los ojos al ver al

hombre desnudo sobre la mesa, todos aquellos instrumentos y cómo tenía los cables conectados. El médico inició un movimiento para desconectarlos.

Arriba, en el cuarto de interrogatorios, Hashemi miró de nuevo al general.

—Oficialmente le informo que es peligroso moverle. Suya será toda la responsabilidad.

—Insha'Allah. Limítese a darme las grabaciones.

Hashemi se encogió de hombros y, abriendo el cajón de arriba, le entregó la docena de cintas, prácticamente inútiles, correspondientes al primero y segundo niveles.

—¡Y las otras! ¡Ahora!

—Ya no hay más.

—¡Abra el otro cajón!

Hashemi volvió a encogerse de hombros, eligió una llave y la utilizó con toda delicadeza. Si la hacía girar convenientemente, el magnetizador entraba en funciones y borraba cuanto hubiera grabado en las cintas. Solo él y Armstrong conocían aquel secreto…, y también la instalación secreta de grabadoras que duplicaban las casetes.

—Nunca se sabe cuándo o quién puede traicionarte, Hashemi —le había dicho Armstrong, hacía años, cuando juntos instalaron todos los dispositivos—. Puedes necesitar borrar cintas y, al propio tiempo, disponer de ellas para comprar tu libertad. En este juego uno jamás es lo bastante cauteloso.

Hashemi abrió el cajón mientras, en su fuero interno, rezaba para que ambos dispositivos hubieran funcionado. «Insha'Allah», se dijo al tiempo que sacaba las ocho casetes.

—Le aseguro que están en blanco.

—Si es así, acepte mis excusas. En caso contrario…, Insha'Allah. —El general miró glacial a Armstrong—. Más vale que abandone Irán rápidamente. Le concedo un día y una noche, por los servicios prestados en el pasado.

EN LA MANSIÓN BAKRAVAN, CERCA DEL BAZAR: 8.57 DE LA TARDE. Sharazad se encontraba en la cama, tumbada boca abajo, mientras le daban masaje y gimió de placer al aplicarle la anciana suavemente el aceite sobre sus magulladuras y la piel.

—Ten mucho cuidado, Jari…

—Sí, sí, mi princesa —ronroneó Jari, quitándole el dolor con sus manos vigorosas aunque acariciadoras.

Había sido la niñera y la sirvienta de Sharazad desde que esta naciera y la había amamantado al morir su propio hijo, nacido una semana antes. Durante dos años le había dado el pecho a Sharazad y luego, como Jari era una mujer tranquila y cariñosa, y viuda, habían dejado la niña a su cargo. Al casarse Sharazad con el emir Paknouri, ella la acompañó a su casa y, una vez terminado el matrimonio, las dos volvieron al hogar. La opinión de Jari era que había sido estúpido casar a semejante flor con alguien que prefería a los muchachos, por mucho dinero que ese alguien tuviera, aun cuando se libró mucho de expresar semejante opinión en voz alta. «Jamás, jamás, jamás. Es peligroso enfrentarse al jefe de la casa, a cualquier jefe de una familia, y todavía más con un avaro acaparador de dinero como Jared Bakravan. No siento que esté muerto», se dijo.

Al casarse Sharazad por segunda vez, Jari no había ido con ella al apartamento. Pero no le importaba porque Sharazad pasaba en la casa los días que el Infiel estaba ausente. Todo el servicio de la casa le llamaba así y lo toleraban por la felicidad de Sharazad que solo las mujeres comprendían.

—Eeeee, los hombres son unos verdaderos demonios —dijo disimulando su sonrisa, pues lo comprendía muy bien.

Todos habían escuchado la noche anterior los gritos y los sollozos y aunque también todos sabían que un marido tiene derecho a pegar a su mujer y que Dios había permitido los golpes del Infiel para sacar a su ama del estado en que se encontraba, la propia Jari

había oído otra clase de gritos aquella mañana, poco antes de la amanecida, los gritos de ella y de él en el Jardín de Dios.

Ella jamás estuvo en él. Otras le habían hablado de sentirse transportadas, también Sharazad, pero las pocas veces que yació con su marido, habían sido solo para el placer de él. A ella le había correspondido el dolor, y seis hijos antes de cumplir los veinte años, cuatro de ellos muertos en la infancia. Después, la muerte de él, algo que la libró a ella de la muerte de parto pues, de lo contrario, el embarazo hubiera sido inevitable, ¡la Voluntad de Dios! «Ah, sí —se dijo muy satisfecha—. Dios me rescató e hizo que muriera él, y ahora, con toda seguridad, arderá en el infierno porque era un horrible blasfemo que apenas si rezaba una vez al día. ¡Y Dios también me dio a Sharazad!».

Miró el bello cuerpo satinado y el cabello largo, tan oscuro. «Eeeee —se dijo—, es una bendición ser tan joven, tan húmeda, tan resistente, tan dispuesta a hacer por fin el trabajo encomendado por Dios».

—Date vuelta, Princesa, y…

—No, Jari, me duele tanto…

—Sí, pero he de dar masaje a los músculos de tu vientre y prepararlos. —Rio Jari entre dientes—. Estos pronto tendrán que estar muy fuertes.

Sharazad se volvió de golpe y se la quedó mirando, olvidado el dolor.

—¿Estás segura, Jari?

—Solo Dios está seguro, Princesa. Pero ¿acaso tuviste retrasos alguna vez? ¿No te ha pasado el tiempo…, y no hace tiempo que esperas un hijo?

Las dos mujeres rieron juntas. Luego, Sharazad volvió a echarse y se entregó a las hábiles manos, y al futuro y al instante feliz cuando dijera a Tommy: «Me siento honrada de decirte…, no, así no. Tommy, Dios nos ha bendecido…, no, eso tampoco, aunque sea verdad. Si al menos fuera musulmán e iraní resultaría mucho más fácil. ¡Oh, Dios y Profeta de Dios! Haz a Tommy musulmán y sálvale

así del infierno, haz que mi hijo sea fuerte y permítele crecer para que tenga hijos e hijas, y ellos a su vez hijos… ¡Oh, cuán benditos somos de Dios…!».

Se dejó llevar. La noche estaba tranquila, todavía caía algo de nieve y no se oía mucho tiroteo. Pronto cenarían y luego jugarían backgammon con su primo Karim o con Zarah, la mujer de su hermano Meshang. Después, se iría a dormir, satisfecha por un día bien aprovechado.

Aquella mañana, cuando Jari la despertó, el sol ya estaba alto y, a pesar de que el dolor la había hecho llorar un poco, el aceite y el masaje la dejaron casi como nueva. Luego, las abluciones rituales y la primera oración del día, arrodillada delante de la capillita que tenía en un rincón del dormitorio y su *sajadeh*, el pequeño recuadro de preciosa tapicería labrada, con su cuenco de arena sagrada de Cabella y, más allá, la sarta de cuentas de oración y su ejemplar del Corán, bellamente decorado. Un rápido desayuno con té, pan recién hecho, todavía caliente del horno, mantequilla, miel y leche y un huevo, pasado por agua como siempre, rara vez había escaseado incluso en los peores momentos. Y luego, rápidamente, al bazar, cubierta con el velo y el chador, para ver a Meshang, su hermano adorado.

—¡Meshang, querido! Tienes un aspecto muy cansado. ¿Te has enterado de lo de nuestro apartamento?

—Sí, sí, me he enterado —dijo él despacio. Tenía unas profundas ojeras. Había envejecido en los cuatro días transcurridos desde que su padre marchara a la prisión Evin—. ¡Hijos de perra todos ellos! Pero no son gente nuestra. Me han dicho que son los de la OLP que actúan a las órdenes de ese Comité Revolucionario. —Se estremeció —. Es la Voluntad de Dios.

—Sí, la Voluntad de Dios. Pero mi marido me ha dicho que un hombre llamado Teymour, el líder, ese hombre dijo que teníamos hasta la oración de la tarde de hoy para recoger nuestras cosas.

—Sí, lo sé. Tu marido me dejó un mensaje antes de irse a Zagros esta mañana. He enviado a Alí y a Hassan y a algunos otros

sirvientes, les he dicho que simularan ser los de las mudanzas y que recogieran cuanto pudiesen.

—Gracias, Meshang. ¡Qué inteligente eres! —Sharazad se sintió enormemente aliviada. Hubiese sido impensable que hubiera tenido que ir ella misma. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Sé que es la Voluntad de Dios pero me siento tan vacía sin padre…

—Sí, sí, lo sé, a mí me ocurre lo mismo… Insha'Allah.

No había nada más que él pudiera hacer. Se había comportado y lo había hecho todo correctamente: presenció el lavado del cuerpo, cuidó su envoltura con la mejor de las muselinas, le dio sepultura. La primera parte del duelo había terminado. Al cuarto día, otra ceremonia tendría lugar en el cementerio; durante ella, volverían a llorar inconsolables, se rasgarían las vestiduras y todo sería tristísimo. Pero entonces, como ahora, cada uno cargaría de nuevo con el peso de su vida: decir el Shahada cinco veces al día, obedecer los Cinco Pilares del Islam para asegurarte que irás al cielo y no al infierno…, la única razón importante en la vida. «Ciertamente yo iré al Paraíso», se dijo con una confianza absoluta.

Permanecieron sentados en silencio en la pequeña habitación, encima de la tienda que hacía tan poco tiempo fuera del dominio privado de Jared Bakravan. Solo habían pasado cuatro días desde que el padre estuviera negociando con Alí Kia el nuevo préstamo, que, en definitiva, y como quiera que sea, nosotros habremos de facilitar, y Paknouri irrumpiera brutalmente dando comienzo a todas nuestras tribulaciones. «¡Hijo de perra! Todo es culpa suya. Atrajo hasta aquí a los Green Bands. Sí, y durante años ha sido una maldición. De no haber sido por su debilidad, Sharazad tendría ahora cinco o seis hijos y no llevaríamos a cuestas al Infiel que nos convierte en el blanco de miles de burlas de los mercaderes».

Vio que Sharazad tenía amoratado el ojo izquierdo pero no dijo nada al respecto. Aquella mañana había dado gracias a Dios y se había mostrado de acuerdo con su mujer que la paliza parecía haberla sacado de su marasmo.

—Una zurra de vez en cuando no hace daño, Zarah —le había dicho él, contento, al tiempo que pensaba: «Todas las mujeres necesitan alguna que otra vez una buena paliza con sus constantes protestas, charloteo, lloros y altercados, con sus celos y sus intromisiones, con todas esas impías charlas sobre el voto, las manifestaciones y las protestas. ¿Contra qué? ¡Contra las leyes de Dios!».

«Jamás llegaré a entender a las mujeres. Además, incluso el Profeta, alabado sea su nombre, incluso él, el hombre más perfecto que jamás existiera, tuvo problemas con las mujeres y otras diez mujeres después de Khadija, la primera, que muriera después de haberle dado seis hijos… Fue muy triste que ningún varón le sobreviviera, solo su hija Fátima. Incluso después de toda aquella experiencia con las mujeres, está escrito que incluso el Profeta, incluso él, tenía que aislarse de vez en cuando en busca de la paz».

¿Por qué no se contentarían las mujeres con permanecer en casa, mostrarse obedientes, mantenerse tranquilas y no interferir?

«Hay tanto por hacer. Tantos cabos que recoger o descubrir, secretos que desvelar, cuentas, pagarés y deudas que poner sobre el tapete y tan poco tiempo. Todas nuestras propiedades robadas, las aldeas, la hacienda en el Caspio, casas y apartamentos y edificios por todo Teherán… ¡Todo aquello que esos demonios conocen! ¡Demonios! El Comité Revolucionario y los mulás y los Green Bands, todos son demonios sobre la tierra. ¿Cómo podré hacer tratos con ellos? Pero tengo que hacerlo, no sé cómo, pero tengo que hacerlo, el próximo año haré el peregrinaje a La Meca».

—Es la Voluntad de Dios —dijo y se sintió algo mejor. «Y ha sido la Voluntad de Dios que me haya tenido que poner al frente mucho antes de lo que esperaba, aunque estoy bien entrenado como mi hijo lo estará cuando haya de ponerse al frente de un imperio, incluso del imperio Bakravan.

»Y también ha sido Voluntad de Dios que yo sepa dónde se encuentra la mayoría de nuestros secretos, que mi padre me transmitiera sigilosamente durante los últimos años cuando

descubrió que podía confiar en mí y que yo era más listo de lo que él jamás se imaginara. ¿Acaso no fui yo quien le sugirió, hace casi siete años, la idea de las cuentas bancarias numeradas en Suiza y le explicó las inversiones en bonos del Tesoro y en bienes raíces en Estados Unidos y, sobre todo, respecto a las Siete Hermanas? Ganamos millones, todos ellos a salvo de estos hijos de perra, ¡gracias sean dadas a Dios! Seguros en Suiza en oro, tierras, valores en Bolsa, dólares, marcos alemanes, yens y francos suizos…».

Se dio cuenta de que Sharazad lo miraba, esperando.

—No te preocupes, Sharazad. Los sirvientes lo harán todo antes de la puesta de sol —dijo. La quería mucho pero deseaba que se fuera de una vez para poder reanudar su trabajo. Aunque… era hora de recoger otros cabos sueltos—. Ese marido tuyo ha aceptado convertirse en musulmán, ¿no?

—¡Qué amable por tu parte de recordarlo, querido Meshang! Mi marido aceptó considerarlo —repuso ella a la defensiva—. Le adoctrino siempre que puedo.

—Muy bien. Cuando regrese, dile, por favor, que venga a verme.

—Sí, naturalmente —dijo al punto Sharazad. Ahora, el cabeza de familia era Meshang y, como tal, tenía que ser obedecido sin rechistar.

—Ya ha vencido el año y un día, ¿verdad?

El rostro de Sharazad se iluminó.

—Me siento honrada de comunicarte, querido Meshang, que acaso Dios nos haya bendecido. Llevo retraso de uno o dos días.

—Bendito sea Dios. ¡Eso sí que es digno de celebrarse! Se habría sentido tan complacido nuestro padre… —Le dio unas palmaditas en la mano—. Bien. Ahora, ¿qué hay de él…, de tu marido? Esta sería la ocasión perfecta para el divorcio, ¿no crees?

—¡No, no! ¿Cómo puedes decir semejante cosa? —exclamó ella antes de poder contenerse—. En modo alguno, no, no. Eso sería terrible, me moriría, sería terr…

—Tranquilízate, Sharazad. Y reflexiona. —Meshang se sentía asombrado ante sus pésimos modelos—. No es iraní, no es

musulmán, no tiene dinero, ni futuro. Apenas es digno de formar parte de los Bakravan. ¿No estás de acuerdo?

—Sí, sí, por supuesto. Estoy de acuerdo con todo lo que has dicho —se apresuró a decir, manteniendo los ojos bajos para disimular su sobresalto, maldiciéndose por no haberse dado cuenta hasta qué punto Meshang era contrario a su Tommy y que, por lo tanto, era un enemigo del que debía protegerse. ¿Cómo pudo ser tan ingenua y estúpida?—. Estoy de acuerdo en que puede haber problemas, querido, y también con todo cuanto dices… —se oyó decir con su voz más almibarada, mientras su mente trabajaba con la velocidad de la luz: analizaba, descartaba, intentando trazarse un plan, para ahora y para el futuro, ya que sin la benevolencia de Meshang la vida resultaría muy difícil—. Tú eres el más prudente de los hombres que conozco, pero acaso se me permita decir que Dios le puso a él en mi camino, nuestro padre dio su consentimiento a mi matrimonio así que hasta que Dios le aparte de mi camino y le guíe…

—Pero ahora soy yo el cabeza de familia y todo ha cambiado. El Ayatolá lo ha cambiado todo —la interrumpió él con tono tajante. Nunca le había gustado Lochart, le ofendía por ser un Infiel, la causa de todas sus dificultades presentes y pasadas. Le desdeñaba por intruso y por representar un gasto superfluo, aunque siempre había mantenido oculto ese desdén al no tener poder para intervenir y debido a la aceptación tácita por parte de su padre—. No le des vueltas a tu pequeña y bonita cabeza. La revolución lo ha cambiado todo. Vivimos en un mundo diferente a la luz del cual debo considerar tu futuro y el futuro de tu hijo.

—Tienes toda la razón, Meshang, y te bendigo por pensar en mí y en mi hijo. Eres maravilloso y yo muy afortunada al tenerte aquí para que cuides de nosotros —dijo ella, ahora ya perfectamente dueña de sí misma. Siguió derrochando halagos, zalamerías, arrepentimiento por su falta de modales, recurriendo a todas sus mañas sin permitirle meter baza y cambiando la conversación a otros temas. Luego, en el instante perfecto dijo—: Sé que debes de

estar muy ocupado. —Se puso en pie sonriendo—. ¿Querréis tú y Zarah venir a cenar a casa? El primo Karim ha prometido acudir si puede salir de la base. ¿Verdad que será divertido? No lo hemos visto desde que… —Se detuvo a tiempo—. Desde hace al menos una semana, pero lo más importante, Meshang, es que el cocinero está haciendo tu horisht favorito, tal y como a ti te gusta.

—¿Ah? ¿De veras? Bien, sí, sí, iremos…, pero dile que no ponga demasiado ajo. Y ahora, sobre lo de tu marid…

—Eso me recuerda algo, querido Meshang —le interrumpió Sharazad jugando su última carta…, por el momento—. Me he enterado de que Zarah tiene ya tu permiso para participar en la «Marcha de las Mujeres» que se llevará a cabo pasado mañana. Ha sido un gesto realmente delicado por tu parte.

Le vio enrojecer de repente y rio para sus adentros, sabedora de que Zarah se mostraba inexorable en su decisión de asistir en tanto que él adoptaba idéntica actitud en contra de su asistencia. Su furia se desbordó. Ella le escuchó, paciente, la mirada inocente haciendo un gesto de asentimiento de vez en cuando para mostrar su conformidad.

—Mi marido está de acuerdo contigo por completo —aseguró con todo el fervor que la ocasión requería—. Sí, totalmente, queridísimo hermano, y yo recordaré a Zarah, si me lo pregunta, tus sentimientos en contra… —«Y no es que ello pueda influir en modo alguno en ella o en mí porque lo que tenemos seguro es que las dos *participaremos* en esa marcha de protesta». Le dio un leve beso—. Adiós, querido, trata de no trabajar demasiado. Me aseguraré que hagan el horisht como tú lo quieres.

Al salir, había ido directamente en busca de Zarah para advertirla que Meshang estaba furioso todavía con el asunto de la «Marcha».

—Es ridículo. Todas nuestras amigas estarán allí, Sharazad. ¿Acaso quiere avergonzarnos ante ellas?

Juntas, trazaron un plan.

Para cuando terminaron la tarde estaba ya muy adelantada y Sharazad corrió presurosa a casa para advertir que tenían que hacer

horisht.

—… tal como le gusta al amo y si pones demasiado ajo y no está perfecto, haré traer al viejo Ashabageh el Agorero para que te eche el mal de ojo. ¡Ve al mercado y compra el melón que tanto le gusta!

—Pero, ama, hace siglos que no hay mel…

—Encuentra uno —chilló Sharazad al propio tiempo que daba una enérgica patadita en el suelo.

Más tarde, se dedicó a observar cómo Jari ponía en orden toda su ropa y la de Tommy, derramando una lagrimita de vez en cuando, no por la pérdida del apartamento que a Tommy tanto le gustaba y donde él había disfrutado mucho más que ella, sino por la felicidad de encontrarse en casa de nuevo. El reposo, la última oración, luego un baño y ahora el masaje.

—Ya está, Princesa —dijo Jari con los brazos cansados—. Ahora deberías arreglarte para la cena. ¿Qué te gustaría ponerte?

El vestido que más gustaba a Meshang: la falda de lana multicolor y la blusa que él tanto admiraba. Luego, comprobando una vez más el horisht y el pollo, el estilo iraní de guisar el arroz con su costra dorada y que solo con verlo se hacía la boca agua, y el otro gran capricho de Meshang: el melón, con su aroma dulzón, jugoso y perfectamente esculpido.

Mientras esperaba la llegada de su primo Karim Peshadi, a quien quería muchísimo, recordaba los momentos deliciosos que, desde pequeños, pasaran juntos. Sus familias siempre estrechamente unidas. Los veranos en sus propiedades del Caspio, nadando o navegando y, en invierno, esquiando cerca de Teherán; solo fiestas y bailes y risas, Karim tan alto como su padre, el coronel comandante en jefe de Kowiss, y también tan guapo. Siempre asociaba a Karim con aquel primer atardecer de setiembre en que viera al extranjero alto y extraño, con ojos de un azul grisáceo…, ojos que ardieron con el fuego celestial del que hablaban los antiguos poetas en el instante mismo que se clavaron en ella…

—Alteza, Su Excelencia, su primo el capitán Karim Peshadi, pide permiso para verla.

Corrió, gozosa, a recibirle. Karim estaba mirando a través de una ventana en el más pequeño de los salones de visitas en el que las paredes eran todas pequeños espejos y ventanas formando un artístico diseño persa, siendo su único mobiliario el habitual diván bajo y continuo, adosado todo en rededor a las cuatro paredes, adelantándose solo unos centímetros sobre una alfombra muy tundida. El diván era muelle y tapizado con el más hermoso tejido persa, al igual que el respaldo que recubría todas las paredes.

—Querido Karim, qué maravill… —se interrumpió—. ¿Qué sucede, Karim?

Era la primera vez que lo veía desde aquel día, hacía ya una semana, en el que juntos tomaron parte en los disturbios de Doshan Tappeh. Y ahora le parecía estar ante un extraño. La piel tirante sobre los altos pómulos, su espantosa palidez, las grandes ojeras oscuras, aquella barba de tres días, la ropa arrugada y sucia, algo desusado en él, que siempre iba impecablemente vestido y cuidado.

Karim movió los labios sin conseguir emitir sonido alguno. Lo intentó de nuevo.

—Mi padre ha muerto. Ha sido fusilado por crímenes contra el Islam, yo soy sospechoso también y estoy suspendido por ahora. Pueden detenerme en cualquier momento —dijo con amargura—. La mayoría de nuestros amigos están en las mismas condiciones, bajo sospecha. El coronel Jabani ha desaparecido, acusado de traición, ¿lo recuerdas? El que encabezó la lucha del pueblo contra los Inmortales y al que volaron gran parte de la mano.

Sharazad se había quedado como paralizada. Permanecía sentada, y lo escuchaba, mirándole.

—… pero todavía hay algo peor, querida Sharazad. El tío Valik y Annoush y los pequeños Jalal y Setarem, han muerto, todos. Los mataron cuando intentaban escapar a Irak en un «212» civil.

Ella sintió que el corazón se le paraba y que su calvario empezaba.

—… fueron interceptados y derribados cerca de la frontera de Irak. Me encontraba hoy en el cuartel general, esperando para

contestar a las preguntas de nuestro comité cuando llegó el télex de nuestra base en Abadán… Esos hijos de perra del comité ni siquiera saben leer, así que me pidieron que lo hiciera yo, ignorando que estoy emparentado con Valik. El télex estaba marcado como secreto y decía que los generales traidores Valik y Seladi, encontrados entre los restos del «212», junto con otros, además de… una mujer y dos niños, habían sido identificados por sus documentos de identidad y nos pedían información sobre el helicóptero, al parecer uno de los de la compañía de Tom que había sido secuestrado, el «EP-HBC»…

Sharazad se desmayó.

Al volver en sí, Jari le estaba aplicando una toalla húmeda a la frente, mientras otros sirvientes se arremolinaban, ansiosos, en derredor suyo. Karim, con el rostro lívido, disculpándose, se hallaba detrás. Sharazad se le quedó mirando con la mente en blanco. Entonces, recordó lo que le acababa de decir, todo lo que Erikki le comentó y, también, la actitud extraña de Tommy. Y una vez atados aquellos tres cabos, sintió que una oleada de terror volvía a embargarle.

—¿Ha… ha llegado ya Su Excelencia Meshang? —preguntó con voz débil.

—No, no, Princesa. Déjeme que le ayude hasta la cama, se sentirá mej…

—Yo… no, gracias, Jari, estoy…, estoy bien. Dejadnos solos, por favor.

—Pero, Princ…

—¡Dejadnos solos!

Todos obedecieron. Karim estaba realmente angustiado.

—Perdóname, por favor, querida Sharazad, no debiera haberte preocupado con todos estos problemas, pero estoy… Hasta esta mañana no he… no he sabido lo de mi padre. Lo siento, Sharazad, no corresponde a una mujer preocuparse por, por…

—Escúchame, Karim, te lo suplico —le interrumpió ella con desesperación creciente—. Hagas lo que hagas, no menciones al tío

Valik, no le menciones para nada delante de Meshang y de los otros, todavía no, por favor, todavía no. ¡No digas nada sobre Valik!

—Pero ¿por qué?

—Porque… porque… —«¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios! ¿Qué puedo hacer yo?». Se preguntaba con ansias de gritar. «Estoy segura de que Tommy pilotaba el "HBC". Oh, Dios mío, haz que esté equivocada, aunque seguro que eso fue lo que Erikki dijo cuando le pregunté cuánto tiempo estaría Tommy ausente. ¿Acaso no me contestó: "No te preocupes, Tommy pilota un charter a Bandar Delam… 'HBC' con repuesto. Solo estará fuera un día o dos"? ¿Acaso Bandar Delam no se encuentra junto a Abadán que está al lado de la frontera? ¿Acaso el tío Valik no vino a ver a Tommy por la noche muy tarde, demasiado tarde a menos que se tratara de un asunto muy urgente y luego, después que se marchó, Tommy había cambiado, estaba triste, y con la mirada fija en el fuego? "La familia debe ocuparse de la familia", ¿no fue eso lo que musitó? Oh, Dios, ayúdame…».

—¿Qué pasa, Sharazad, qué pasa?

«No me atrevo a decírtelo, Karim, aunque pondría mi vida en tus manos sin dudarlo un momento. He de proteger a Tommy. Si Meshang descubre lo de Tommy, es el fin de nosotros dos. Le denunciará, porque no querrá arriesgarse a tener más dificultades o…, ¡o crímenes contra Dios! ¡No puedo oponerme a la familia, y Meshang me obligará a divorciarme! ¡Que Dios me ayude! ¿Qué haré? Sin Tommy me, me… me moriré. Sé que será así, me mor… ¿Qué dijo Tommy de tomar un helicóptero para un transbordo a Al Shargaz? ¿Era allí o a Nigeria? No me atrevo a decírtelo, Karim, no me atrevo».

Pero cuando sus ojos vieron lo inmenso de su preocupación, su boca se abrió, y no paró hasta haber dicho todo lo que ella no se atrevió a decir.

—Pero eso es imposible —balbuceó él—, imposible. El télex decía que no había habido supervivientes. Es imposible que él lo pilotara.

—Sí, pero lo pilotaba, lo pilotaba. Estoy segura de ello, estoy segura de ello. ¿Qué voy a hacer, Karim? Por favor ayúdame, por

favor, te lo suplico, por favor ¡ayúdammmmeeee! —sollozó y las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas y él la abrazó, en un intento tranquilizante—. Por favor, no se lo digas a Meshang, por favor ayúdame, sin mi Tommy… me moriré.

—Pero Meshang se enterará sin duda. ¡Tiene que saberlo!

—Por favor, ayúdame. Debe haber algo que tú puedas hacer, debe haber al…

La puerta se abrió y Meshang entró presuroso, acompañado de Zarah.

—Jari me ha dicho que te has desmayado, Sharazad, querida. ¿Qué ha ocurrido? ¿Te encuentras bien? ¿Cómo estás, Karim? —Meshang calló asombrado al ver el aspecto desaseado de Karim y su palidez—. ¿Qué ha pasado, por Dios?

En el silencio que siguió, Sharazad se llevó la mano a la boca, petrificada ante la idea de que pudiera volver a decirlo todo. Vio vacilar a Karim. El silencio se hizo aún más denso. Luego, le oyó decir precipitadamente:

—Tengo terribles noticias. Primero…, primero lo de mi… padre. Lo han matado, ha sido fusilado por… por crímenes contra el Islam.

Meshang no pudo contenerse.

—¡No es posible! ¿Al héroe de Dhofar? ¡Tienes que estar equivocado!

—Su Excelencia Jared Bakravan no era posible, pero ahora está muerto, y mi padre está muerto, igual que él, y hay más noticias, todas malas…

Sharazad no pudo contenerse y empezó a llorar con enorme desconsuelo. Zarah la abrazó y el corazón de Karim no pudo soportarlo. Entonces, decidió callar lo referente a Valik y su mujer y los niños, dejando que otros transmitieran la trágica noticia.

—Insha'Allah —dijo, renegando de la excusa que él no era capaz de seguir aceptando los crímenes blasfemos cometidos por hombres en el nombre de Dios, un Ser a quien semejantes hombres jamás conocerán. «El Ayatolá es, en verdad, un regalo de Dios. No tenemos más que seguirle para limpiar a Irán de todos esos

repugnantes blasfemos —se dijo—. Dios los castigará después de la muerte como nosotros, los vivos, debemos castigarles con la muerte».

—Mis noticias son todas malas. Sospechan de mí, de la mayoría de mis amigos, las Fuerzas Aéreas están siendo sometidas a juicio. Me porté como un estúpido y se lo dije a Sharazad… Yo quería que lo supieras, Meshang, y, como un tonto, se lo dije a ella y ese ha sido el motivo de que… que se desmayara. Por favor, disculpadme, lo siento muchísimo, no puedo quedarme, lo siento, he de irme… Tengo que regresar. Solo vine para decíroslo… Tenía que contárselo a alguien…

EN LA OFICINA DE McIVER: 10.20 DE LA NOCHE. McIver se encontraba solo en las oficinas del ático, sentado en la crujiente butaca, con los pies cómodamente instalados sobre la mesa, leyendo. La luz era buena y en la habitación se estaba caliente gracias al generador. Tenía el télex conectado y también la HF. Era tarde, pero no valía la pena regresar todavía a casa, fría y húmeda y sin Genny. Afuera, en la escalera, se escucharon pisadas presurosas. Un golpe nervioso sonó sobre la puerta.

—¿Quién es?

—¿Capitán McIver? Soy yo, el capitán Peshadi. Karim Peshadi.

McIver, asombrado, corrió el cerrojo de la puerta, pues conocía bien al joven, tanto como estudiante para pilotar helicópteros como por ser un primo muy especial de Sharazad. Le estrechó la mano e hizo un esfuerzo para disimular su sorpresa ante la apariencia del capitán.

—Pase, Karim. ¿Qué puedo hacer por usted? He sentido terriblemente la detención de su padre.

—Lo fusilaron hace dos días.

—¡Santo Dios!

—Sí. Lamentablemente, pero nada de esto va a resultar agradable. —Cerró rápido la puerta y bajó la voz—. Lo siento, mas

he de apresurarme. Hace ya horas que voy retrasado, pero vengo de casa de Sharazad. Fui a su apartamento y el capitán Pettikin me dijo que estaba usted aquí. Esta noche he leído un télex secreto de nuestra base en Abadán. —Y le comunicó su contenido.

McIver se quedó aterrado e intentó disimularlo.

—¿Se lo ha dicho al capitán Pettikin?

—No, no. Creí que solo debía decírselo a usted.

—Por lo que yo sé, el «HBC» fue secuestrado. Ninguno de nuestros pilotos estaba implic…

—No estoy aquí con carácter oficial. Solo he venido a decírselo porque Tom no se encuentra aquí. No sabía qué otra cosa hacer. He visto esta noche a Sharazad, descubriendo, por pura casualidad, lo de Tom. —Karim le repitió lo que Sharazad le había dicho—. ¿Cómo es posible que Tom esté vivo y todos los demás muertos?

McIver sintió que el dolor en el pecho empezaba de nuevo.

—Está equivocada.

—¡En el nombre de Dios, dígame la verdad! Usted tiene que conocerla. Tom se lo habrá dicho, puede confiar en mí —explotó el muchacho, fuera de sí por la preocupación—. Tiene que confiar en mí. Tal vez yo pueda ayudar. Tom corre un peligro terrible y también Sharazad y todos nuestros familiares. Tiene que confiar en mí. ¿Cómo se libró Tom?

McIver sintió que el cerco comenzaba a estrecharse en torno a ellos… Lochart, Pettikin, él. «No pierdas la cabeza —se ordenó—, ten cuidado. No te atrevas a admitir nada. ¡No admitas nada!».

—Por lo que yo sé, Tom no estuvo siquiera cerca del «HBC»…

—¡Embustero! —le acusó el joven furioso y le espetó la conclusión a que había llegado mientras recorría el camino hasta allí, andando, abriéndose camino en un autobús, andando de nuevo mientras la nieve caía, frío y desesperado…, con la idea de que todavía tenía que presentarse ante el comité—. Usted tuvo que haber firmado la autorización, usted o Pettikin, y el nombre de Tom tiene que aparecer en ella… Le conozco demasiado bien, usted y su machaqueo de que hemos de volar cumpliendo las ordenanzas a

rajatabla con los formularios firmados, siempre se debe tener un formulario firmado. Lo hizo, ¿verdad? ¿Lo hizo? —preguntó prácticamente a gritos.

—Creo que más vale que se vaya, capitán —dijo McIver, lacónico.

—Usted está tan complicado en esto como Tom, ¿es que no lo comprende? Tiene tantos problemas com…

—Más vale que se vaya —repitió McIver con amabilidad—. Creo que está sobreexcitado y que lo de su padre ha sido terrible. Le aseguro que lo siento, lo siento muy de veras.

El silencio más absoluto se adueñó del lugar a excepción del suave zumbido de la HF y del generador instalado en el tejado. McIver esperaba. Karim esperaba. Finalmente, el joven hizo un breve ademán de asentimiento.

—Tiene razón —dijo alicaído—. ¿Por qué habría de confiar en mí? Ya no existe confianza entre nosotros. Nuestro mundo se ha convertido en un infierno en la tierra y todo por culpa del Sha. Confiamos en él pero nos falló, nos dio aliados falsos, amordazó a nuestros generales y huyó dejándonos en la estacada, y humillados. Nos abandonó en manos de los falsos mulás. Le juro por Dios que puede confiar en mí pero ¿qué puede importarle eso a usted o a cualquiera? La confianza nos ha abandonado. —Su rostro se contrajo —. Acaso también Dios nos haya abandonado.

En la otra habitación, la HF emitió ligeros ruidos, la estática de una tormenta con aparato eléctrico en alguna parte.

—¿Puede comunicarse con Zagros? Sharazad dice que Tom volvió allí esta mañana.

—Lo he intentado antes y me ha sido imposible conectar con ellos —dijo McIver con absoluta sinceridad—. En esta época del año resulta casi imposible, pero me han comunicado su llegada. Nuestra base en Kowiss transmitió un informe poco después del mediodía diciendo que están bien.

—Más vale…, mejor que le diga…, más vale que diga a Tom, dígale lo que yo le he comunicado a usted. Dígale que se vaya. —El tono de Karim era sombrío—. Todos ustedes están bendecidos por

Dios. Todos pueden irse a casa. —La desesperación le desbordó y se le saltaron las lágrimas.

—Muchacho… —McIver, compasivo, le pasó el brazo por los hombros tratando de calmarle. Era un chico de más o menos la edad de su hijo, a salvo en Inglaterra, con la seguridad que le daba haber nacido inglés, seguro sobre la tierra, médico y sin tener nada que ver con aviones, seguro… ¡Dios del Cielo…!, ¿quién diablos está seguro siempre?

Al cabo de unos minutos se dio cuenta de que Karim iba tranquilizándose. Para evitar que se sintiera incómodo se apartó, y se volvió hacia la cocinilla.

—Iba a tomar té, ¿quieres acompañarme?

—Beberé un poco de agua, después me iré. Gracias.

McIver fue a buscarla. «Pobre chico —se decía—, lo de su padre ha sido terrible, un tipo tan formidable, duro e inexorable, pero recto y leal, sin jugar sucio jamás. Terrible. Dios Todopoderoso, si le han matado a él, pueden matar a cualquiera. De todos modos, pronto todos estaremos muertos».

—Toma —dijo alargando el vaso a Karim. Se sentía abrumado.

El muchacho lo cogió, violento por haber perdido el dominio de sí mismo delante de un extranjero.

—Gracias. Buenas noches. —Se dio cuenta de que McIver le miraba de una manera extraña—. ¿Qué ocurre?

—Acaba de ocurrírseme una idea, Karim. ¿Tienes tú acceso a la torre de Doshan Tappeh?

—No lo sé. ¿Por qué?

—Si lo tuvieras, y sin que nadie se entere de lo que buscas, tal vez podrías hacerte con la autorización del «HBC»… Tiene que estar en el registro de salidas, suponiendo que aquel día lo utilizaran. Entonces, nos sería posible comprobar, hummm, podríamos comprobar quién lo pilotaba, ¿no crees?

—Sí, ¿y de qué serviría? —preguntó Karim mientras observaba los ojos claros hundidos en el rostro curtido—. Seguramente tendrían funcionando las grabadoras automáticas.

—Tal vez sí o tal vez no. Aquel día hubo lucha allí. Acaso no fueron tan eficientes. Por lo que nosotros sabemos, la persona que se llevó el «HBC» no tenía autorización verbal desde la torre. Simplemente, despegó. Tal vez con toda aquella agitación ni siquiera registraran la autorización. —McIver se sentía cada vez más esperanzado a medida que exponía su idea—. Solo podría decírnoslo el registro, el registro de autorizaciones de despegue. ¿Lo harías?

Karim intentaba averiguar adónde quería llevarle McIver.

—¿Y qué pasará si figura Tom Lochart en él?

—No sé cómo podría ser eso porque habría de estar firmado por mí y entonces sería, hum, sería una falsificación. —McIver aborrecía la mentira y su historia, concebida a toda prisa, le parecía cada vez más inconsistente—. La única autorización que firmé fue para que Nogger Lane llevase algunos repuestos a Bandar Delam, pero el vuelo fue cancelado antes de que despegara. Los repuestos carecían de importancia y entre unas cosas y otras, el «HBC» había sido secuestrado.

—¿La autorización es la única prueba?

—Solo Dios puede saberlo con seguridad. Si en la autorización figura Tom Lochart y está firmada por mí, se trata de una falsificación. Una falsificación semejante puede crear muchas dificultades. Como tal no debería existir. ¿No te parece?

Karim sacudió lentamente la cabeza, ya se veía en la Torre. Evitaba a los guardias, ¿habría guardias?, encontraba el registro y la página exacta y viendo… viendo a un Green Band en la puerta, y matándole. Luego, se alejaba con el libro tan silenciosa y secretamente como llegara, y se dirigía directamente al Ayatolá para comunicarle el monstruoso crimen cometido con su padre. El Ayatolá se mostraba prudente y atento a cuanto él le decía, no como aquellos perros que habían hecho uso y abuso de la Palabra, y ordenaba su castigo de inmediato en el Nombre del Único Dios. Luego se iba a ver a Meshang para decirle que la familia estaba a salvo pero, sobre todo, sabiendo que la Sharazad a la que amaba con locura y a la que deseaba con la misma locura pero que jamás

podría alcanzar, pues eran primos hermanos e iba contra la ley coránica, no tendría ya nada que temer.

—La autorización no debería existir —dijo, completamente exhausto ya. Se puso en pie—. Lo intentaré. Sí, lo intentaré. ¿Qué le pasó a Tom?

Detrás de McIver, el télex empezó a parlotear. Ambos se sobresaltaron. McIver centró de nuevo su atención en Karim.

—Pregúntaselo cuando le veas. Eso es lo correcto, ¿no crees? Pregúntale a Tom.

—Salaam.

Se estrecharon la mano y Karim se fue. Una vez hubo salido, McIver volvió a echar el cerrojo. El télex era de Genny, desde Al Shargaz: Hola niño número uno. Hablé largo y tendido con Chinaboy que llegará mañana lunes, por la noche, y volará el martes en el «125» a Teherán. Dice ser imperativo te reúnas con él en el aeropuerto para una conferencia. Aquí tomadas todas las medidas para la reparación de los «212» y su descarga rápida. Acusa recibo. Hablé con los chicos en Inglaterra y todo está en orden. Me lo paso estupendamente aquí, divirtiéndome y por toda la ciudad, me alegro de que no estés conmigo. ¿Por qué no estás? MacAllister.

MacAllister era su nombre de soltera y siempre lo utilizaba cuando estaba enfadada con él.

—La buena de Gen —dijo en voz alta, sintiéndose mejor al pensar en ella. «Me tranquiliza que se encuentre a salvo y lejos de toda esta confusión. Me alegro de que llamara a los chicos, eso la hará sentirse mejor. La buena de Gen». Releyó el télex. «¿A qué se deberán esas urgencias de Andy? Pronto lo sabré. Al menos, estamos en contacto a través de Al Shargaz». Tomando asiento, empezó a teclear el acuse de recibo.

Al atardecer había recibido un télex del cuartel general en Aberdeen, pero le había llegado mutilado. Solo la firma era legible: Gavallan. Inmediatamente, él había cursado uno solicitando una copia y desde entonces estaba a la espera. Esa noche, también la recepción por radio era pésima. Corrían rumores de fuertes

tempestades de nieve en las montañas y el BBC Service World que llegaba aún peor que de costumbre, yéndose y viniendo sin cesar, había hablado de grandes tormentas sobre toda Europa y la Costa Este de América y de terribles inundaciones en Brasil. Las noticias habían sido desastrosas en general: «Las huelgas proseguían en Gran Bretaña. Duras batallas en el interior de Vietnam entre los Ejércitos chino y vietnamita. El derribo de un avión rhodesiano de las líneas regulares por las guerrillas. Se esperaba que Carter ordenase el racionamiento de la gasolina. Las pruebas, por los soviéticos, de un misil con un alcance de dos mil cuatrocientos kilómetros. En Irán, el presidente Yaser Arafat se ha reunido con el Ayatolá Jomeini en medio de un recibimiento multitudinario, los dos líderes se abrazaron públicamente y la OLP tomó posesión del cuartel general de la Misión israelí en Teherán. Llegan informes de que han sido fusilados otros cuatro generales. En Azerbaiyán prosigue la encarnizada lucha entre fuerzas favorables a Jomeini y las que se oponen a él. El Primer Ministro Bazargan ha ordenado a los Estados Unidos el cierre de dos puestos de escucha de radar en la frontera soviético-iraní y ha previsto una reunión con el embajador soviético y el Ayatolá Jomeini en los próximos días para tratar de las diferencias existentes…».

McIver, deprimido, había desconectado el aparato, al empeorar su dolor de cabeza debido al esfuerzo de intentar captar las noticias entre aquellos ruidos. Durante todo el día había tenido dolor de cabeza. Le había empezado aquella mañana, después de su entrevista con el ministro Alí Kia. Este había aceptado pagarés sobre un Banco suizo, «derechos de licencia» por la salida de los tres «212» y también por los seis aterrizajes y despegues del «125» y había prometido averiguar cuál era la situación respecto a las expulsiones del Zagros. «Diga al comité del Zagros que, por el momento, su orden queda en suspenso por este departamento, pendiente de investigación».

«¡Maldito para lo que sirve eso si te está apuntando a los ojos el cañón de un arma! —se dijo—. Me preguntó qué estarán haciendo

ahora Erikki y Nogger». Aquella tarde había llegado a través de Tabriz ATC un télex procedente de «Iran-Timber» que decía: «Capitanes Yokkonen y Lane habrán de desplazarse aquí para un trabajo de emergencia durante tres días. El charter será de acuerdo con las condiciones habituales. Gracias». Iba firmado como siempre por el gerente de la zona y se trataba de una solicitud normal. Era mejor para Nogger que permanecer sentado en su cabaña, se dijo McIver. Y se preguntaba para qué lo querría el padre de Azadeh.

Exactamente a las siete y media llegó Kowiss, pero la retransmisión apenas alcanzaba el dos por cinco, justo para que resultara más o menos audible, con constantes interferencias. Freddy Ayre informaba que Starke había regresado sano y salvo.

—¡Gracias a Dios!

—Repit… le estoy esc… do uno por cinco, Cap… ver.

—Le repito —dijo hablando muy despacio y con gran claridad—. Dile a Starke que estoy muy contento de que haya regresado. ¿Está bien?

—… tán Starke… ponder preg… rio… rio.

—Repítelo, Kowiss.

—Lo repito. Capit… arke resp… guntas del… iteh rev…

—Se te escucha uno por cinco. Inténtalo de nuevo a las nueve de la mañana. O mejor aún, yo estaré aquí hasta tarde y lo intentaré alrededor de las once.

—Comprendido. Lo… rá más tard… dor… ce esta noche.

—Sí. Alrededor de las once de la noche.

—Capit… hart y Jean-Luc lleg… Zagro… in novedad.

El resto de la transmisión resultó absolutamente incomprensible. Se dispuso de nuevo a esperar. Mientras lo hacía, dormitó algo, leyó un poco y en aquel momento, sentado ya ante la máquina de télex, consultó su reloj. Eran las diez y media de la noche.

—Tan pronto como acabe con esto llamaré a Kowiss —dijo en voz alta. Con sumo cuidado terminó el télex dirigido a su mujer, añadiendo para tranquilidad de Manuela que en Kowiss todo iba bien. «Y así es, en efecto —se dijo—, mientras Starke haya

regresado, se encuentre en perfecto estado y los muchachos estén bien».

Introdujo la cinta perforada en el transmisor dentado, mecanografió el número de Al Shargaz y empezó la interminable espera hasta recibir la respuesta. Pulsó el botón de transmisión. La cinta parloteó a través de los dientes. Otra larga espera, pero llegó la clave de aceptación de Al Shargaz.

—Bien. —Levantándose se desperezó. En el cajón del escritorio estaban sus píldoras y se tomó la segunda del día—. ¡Maldita tensión! —farfulló. En la última revisión médica su tensión fue de una máxima de 16 y una mínima de 11.5. Las píldoras se la habían bajado a un reconfortante 13.5 y 8.5.

—Pero escucha, Mac —le había dicho el doctor—, esto no significa que puedas empezar a abusar del whisky, el vino, los huevos y la crema… También tienes un índice muy alto de colesterol.

—Por todos los santos, ¿a qué condenado whisky y a qué crema te refieres, «doc»? Esto es Irán, ¿recuerdas…?

Recordó lo malhumorado que se sentía y que cuando Genny le preguntó:

—¿Qué tal?

—Formidable —le había contestado él—, mejor que la última vez, y no empieces con la monserga.

«Al diablo con todo. No puedo hacer nada que no esté haciendo pero ciertamente me vendría muy bien un whisky largo con hielo y soda, y luego otro». Solían tener una botella en la caja fuerte y soda y hielo en el pequeño refrigerador. Pero ya no quedaba nada. Los suministros estaban a cero. Se hizo una taza de té. ¿Qué pasaría con Karim y el «HBC»? «Ya pensaré sobre ello más tarde. Las once de la noche».

—Kowiss, aquí Teherán, ¿me recibes?

Armándose de paciencia llamó una y otra vez hasta que, finalmente lo dejó. Al cabo de un cuarto de hora volvió a intentarlo. Ni el menor contacto. «Tiene que ser la tormenta —se dijo, perdida ya la paciencia—. Al diablo. Lo intentaré desde casa».

Se puso el grueso abrigo y subió por la escalera de caracol hasta el tejado para comprobar el nivel del generador. La noche estaba muy oscura y tranquila, apenas se escuchaban disparos y cuando sonaban quedaban amortiguados por la nieve. No se veían luces por parte alguna. La nieve seguía cayendo lentamente. Desde la madrugada había alcanzado casi los doce centímetros. Se la quitó de la cara y enfocó la válvula con la linterna. El nivel de combustible se mantenía perfecto pero, de cualquier manera, en los próximos días tendrían que intentar obtener un nuevo suministro. Fastidioso en verdad. ¿Y qué pasaba con el «HBC»? Si Karim pudiera hacerse con el registro y les fuera posible destruirlo, no habría pruebas. Sí, pero todavía quedaba Isfahán, habían repostado en Isfahán.

Sumido en sus pensamientos bajó de nuevo, cerró la oficina y valiéndose de la linterna para alumbrarse empezó a descender los cinco tramos de escaleras. No oyó al télex cobrar vida detrás de él.

Ya en el garaje, se dirigió a su coche y abrió la portezuela. El corazón le dio un vuelco al ver una figura alta que se acercaba. Al punto, le vino al pensamiento: SAVAK y «HBC» y casi dejó caer la linterna, pero se trataba de Armstrong, con impermeable y sombrero oscuros.

—Lo siento, capitán McIver, no era mi intención sobresaltarle.

—¡Maldito si no lo ha hecho! —dijo furioso, con el corazón latiéndole aún con fuerza—. ¿Por qué diablos no avisa o sube a la oficina en lugar de ocultarse en las condenadas sombras como un condenado villano?

—Usted podía tener más visitantes. Vi salir a uno y pensé que más valía que lo esperase. Baje esa linterna.

McIver, todavía enfadado, hizo lo que le decía. Desde que Gavallan le llamara la atención sobre Armstrong, había estado rebuscando en su memoria, pero no recordaba haberle visto antes. Lo de Special Branch y CID no contribuía, en modo alguno, a hacerle más grato.

—¿Dónde diablos ha estado? Le esperábamos a usted en el aeropuerto pero no apareció.

—Sí, lo siento de veras. ¿Cuándo regresa el «125» a Teherán?

—El martes, Dios mediante. ¿Por qué?

—Excelente. Eso sería perfecto. Necesito ir a Tabriz. ¿Podríamos un amigo mío y yo contratar un vuelo charter?

—Ni hablar. Jamás me darían la autorización. ¿Quién es ese amigo?

—Le garantizo la autorización. Lo siento, capitán, pero se trata de algo muy importante.

—He oído que en Tabriz luchan encarnizadamente. Hoy lo decían en el noticiario. Lo siento, no puedo autorizarlo. Representaría un riesgo innecesario para la tripulación.

—Mr. Talbot apoya de buen grado esta petición de ayuda —dijo Armstrong con el mismo tono tranquilo y paciente.

—No. Lo siento. —McIver dio media vuelta, pero se detuvo ante el tono incisivo del otro.

—Me permitirá que le haga algunas preguntas sobre el «HBC» y Lochart, y también sobre su socio Valik, su mujer y sus dos hijos.

McIver se quedó helado. Podía ver la cara de Armstrong, como hecha a cincel, con el gesto duro de la boca y los ojos que parecían centellear con el reflejo de la luz de la linterna.

—Yo no… no sé a qué se refiere.

Armstrong echó mano al bolsillo y sacó un papel que puso ante los ojos de McIver. Este lo alumbró con su linterna. Aquello era una fotocopia de un registro de salidas. La escritura era clara: «EP-HBC da la salida a 06.20 al vuelo charter de un IHC destino Bandar Delam, entrega de repuestos; piloto capitán Tom Lochart, vuelo autorizado por el capitán McIver». La parte inferior del documento era una fotocopia de la auténtica autorización firmada por él, en la que aparecía tachado el capitán N. Lane con la anotación de «enfermo» al margen y sustituido por el capitán T. Lochart.

—Un regalo mío con mis mejores saludos.

—¿De dónde lo ha sacado?

—Cuando el «125» entre en el espacio aéreo de Teherán, comunique por radio al capitán Hogg que tiene que salir de

inmediato en vuelo charter con destino a Tabriz. Usted recibirá la autorización con tiempo suficiente.

—No. No haré nad…

—Si no lo organiza todo bien y con el mayor sigilo es posible, y esto que quede entre nosotros, que los originales de estos documentos vayan a la SAVAK, departamento rebautizado como SAVAMA —dijo Armstrong con un tono tan tajante y definitivo que McIver quedó aterrado.

—¡Eso es chantaje!

—Es un trueque.

Armstrong le puso el papel en la mano y se dispuso a irse.

—¡Espere! ¿Dónde…, dónde están los originales?

—A buen recaudo, por el momento.

—Si… si hago lo que dice me los devolverá, ¿de acuerdo?

—Debe de estar bromeando. Ni pensarlo.

—Eso no es justo… ¡Es condenadamente injusto!

Armstrong volvió sobre sus pasos y se acercó a él, su rostro era impenetrable.

—Claro que no es justo. Si se los entregáramos a usted, ya no podríamos apretarle las tuercas, ¿verdad? Y todos ustedes estarían libre de esto. Mientras los documentos sigan en nuestro poder, harán cuanto se les pida, ¿no le parece?

—¡Es usted un maldito bastardo!

—Y usted un loco que debería vigilar más su tensión arterial.

McIver se quedó atónito.

—¿Cómo está enterado de eso?

—Le asombraría todo lo que sé sobre usted y Genevere MacAllister y Andrew Gavallan y la «Noble House» y montones de otras cosas que todavía no he empezado a utilizar —repuso Armstrong cuya voz se hizo más dura debido a que el cansancio y la ansiedad le hacían perder parte de su control—. Ustedes no tienen maldita idea de que existen grandes probabilidades de que los tanques y los aviones soviéticos se estacionen de manera permanente a este lado de Ormuz e Irán se convierta así en una

condenada provincia soviética. Estoy cansado de practicar estúpidos juegos con las avestruces que todos ustedes son. Hará lo que yo le pida sin la menor objeción, de lo contrario, denunciaré a todo su maldito grupo.

MARTES

20 de febrero

XXXIX

TABRIZ: 5.12 DE LA MADRUGADA. Ross se despertó de súbito en la pequeña cabaña enclavada en la linde de la propiedad del Khan. Permaneció tumbado y quieto, manteniendo la respiración regular aunque concentrados todos sus sentidos. Al parecer, todo seguía igual, solo los insectos habituales y lo angosto de la habitación. A través de la ventana pudo ver que la noche era oscura y el cielo estaba, en su mayor parte, encapotado. Al otro lado de la habitación dormía Gueng, acurrucado en otro jergón, respirando con normalidad. Debido al frío, los dos hombres se habían acostado con la ropa puesta. Ross se acercó sigiloso a la ventana y escudriñó en la oscuridad. Seguía sin pasar nada. Y entonces, Gueng musitó muy cerca de su oído:

—¿Qué pasa, sahib?

—No lo sé. Probablemente nada.

Gueng le dio con el codo al tiempo que señalaba algo. Afuera, en el porche, el asiento del guardia estaba vacío.

—Tal vez haya ido a orinar.

Siempre tenían, al menos, un guardia. Día y noche. La anterior hubo dos, de manera que Ross preparó su jergón para dar la sensación de que dormía y dejó allí a Gueng para que los distrajera. Después, él salió sigiloso por la ventana de atrás y se fue a ver, él solo, a Erikki y Azadeh. Al regresar, casi se dio de manos a boca con una patrulla, pero iban somnolientos y poco atentos por lo que pasó inadvertido.

—Echa un vistazo por la ventana de atrás —musitó Ross.

De nuevo vigilaron y esperaron. «Dentro de una hora, más o menos, amanecerá», se dijo Ross.

—Tal vez solo fuera un espíritu de la montaña, sahib —dijo Gueng con voz queda.

En la Tierra de la Cumbre del Mundo existía la superstición de que, por la noche, los espíritus visitaban los lechos de hombres, mujeres y niños que estuviesen durmiendo, con fines buenos o malvados y esos sueños eran las historias que luego susurraban.

El hombrecillo mantuvo alerta sus ojos y sus oídos en la oscuridad.

—Creo que quizá sea mejor que prestemos atención a los espíritus.

Regresó junto a su jergón. Se calzó las botas, volvió a meter en el bolsillo de su uniforme el talismán que hasta entonces conservara debajo de la almohada y luego se puso sus ropas tribales y el turbante. Con gran habilidad comprobó sus granadas y la carabina y ordenó la tosca mochila que contenía municiones, granadas, agua y algo de comida. No tenía necesidad de comprobar su kukri, que siempre mantenía al alcance de la mano, y que engrasaba y limpiaba todas las noches, y afilaba antes de dormirse.

También estaba preparado Ross. «¿Preparado para qué? —se preguntó—. Apenas hace cinco minutos que te has despertado y ya estás con el kukri preparado en la funda, el seguro quitado y ¿para qué? Si Abdollah tuviera malos propósitos ya te hubiera quitado las armas…, o lo hubiera intentado al menos».

El día anterior por la tarde oyeron despegar al «206» y Abdollah poco después les visitó.

—Lamento el retraso, capitán, pero la situación está peor que nunca. Nuestros amigos soviéticos han puesto un alto precio a sus cabezas —dijo con jovialidad—. Lo bastante, incluso, para llegar a tentarme a mí. Tal vez.

—Esperemos que no sea así, señor. ¿Cuánto tiempo habremos de esperar?

—Solo unos días, no más. Parece que los soviéticos sienten un gran interés por usted. He recibido a otra comisión suya pidiéndome que les ayude a capturarle. La primera vino antes de que usted llegara. Pero no se preocupe. Yo sé dónde está el futuro de Irán.

La noche pasada Erikki le confirmó la recompensa.

—Hoy estuve cerca de Sabalan, limpiando otro emplazamiento de radar. Algunos de los trabajadores creyeron que yo era ruso, muchos hablan ruso entre la gente de la frontera, y dijeron que esperaban ser ellos quienes cazaran al alto saboteador inglés y a su ayudante. La recompensa es de cinco caballos, cinco camellos y cincuenta ovejas. Se trata de una verdadera fortuna. Y si conocen su existencia tan al Norte, puede apostar que están husmeando por aquí.

—¿Le supervisan los soviéticos a usted?

—Solo Cimtarga, pero aun así no parece tener la jefatura. Se ocupa de mí y del aparato. Los que hablan ruso no paran de preguntarme cuándo atravesaremos la frontera en gran número.

—¡Dios mío! ¿Acaso tienen algo en que basarse?

—Lo dudo, solo son rumores. La gente los alimenta. Yo les contesté: «Jamás», pero aquel hombre se burló de mí y dijo saber que teníamos «cantidad» de tanques y ejércitos esperando, que él los había visto. No sé hablar farsi de manera que ignoro si se trataba de otro agente de la KGB disfrazado de hombre de las tribus del Norte.

—¿Y el «material» que transportaba? ¿Es algo importante?

—No lo sé. Algunas computadoras y montones de cajas negras, y papeles… Me mantienen alejado de todo aquello, pero nada está desmantelado por expertos, solo han arrancado lo de las paredes, cortado los cables eléctricos y los han dejado colgando sueltos y todo amontonado a la buena de Dios. Lo único que les interesa a los trabajadores es lo que hay en los almacenes, en especial los cigarrillos.

Habían hablado de fugarse. Imposible hacer planes. Demasiados imponderables.

—No sé por cuánto tiempo querrán que siga volando —había dicho Erikki—. Ese bastardo de Cimtarga me dijo que el Primer Ministro Bazargan había ordenado a los yanquis que abandonaran los dos emplazamientos, muy al Este, cerca de Turquía, el último que instalaron aquí; les había ordenado que evacuaran aquello sin pérdida de tiempo pero dejando el equipo intacto. Al parecer, mañana volaremos hasta allí.

—¿Ha utilizado hoy el «206»?

—No. Era Nogger Lane, uno de nuestros capitanes. Vino con nosotros… para llevarse de nuevo el «206» a Teherán. El gerente de nuestra base me dijo que habían exigido la cooperación de Nogger para observar algunos lugares en los que la lucha se está desarrollando. Cuando McIver no sepa nada de nosotros se preocupará y enviará a una patrulla a buscarnos. Eso puede darnos otra oportunidad. ¿Y qué hay de vosotros?

—Podemos largarnos. Empiezo a sentirme muy nervioso en esa odiosa cabaña. Si nos vamos, tal vez nos dirijamos hacia tu base y nos escondamos en el bosque. Si podemos hacerlo, nos pondremos en contacto con vosotros…, pero no nos esperéis. ¿De acuerdo?

—Sí, pero no confiéis en nadie de la base, salvo en los dos mecánicos, Dibble y Arberry.

—¿Podemos hacer algo por vosotros?

—¿Me puedes dejar una granada?

—Claro que sí. ¿Has manejado alguna?

—No, pero sé cómo funcionan.

—Muy bien. Aquí la tienes. Quitas el seguro, cuentas hasta tres, no, hasta cuatro, y la lanzas. ¿Necesitas una pistola?

—No, no, gracias… Tengo mi cuchillo. Aunque, a veces, la granada puede ser más útil.

—Recuerda que pueden resultar verdaderamente demoledoras. Más vale que me vaya. Buena suerte.

Mientras hablaba, Ross había estado mirando a Azadeh, viendo lo bella que era, absolutamente consciente de que su tiempo estaba ya escrito entre las estrellas, o en el viento, o en el teñido de las

campanas que formaban tanta parte del verano en el País de las Cumbres, como las propias montañas. Se preguntaba por qué ella jamás había contestado a sus cartas, informándole luego la directora del colegio que se había ido. Que se había ido a casa. Se había ido. Durante el último día que pasaran juntos ella le había dicho:

—Todo esto que ha llegado a pasar es posible que no llegue a pasar de nuevo, mi Johnny Brighteyes.

—Lo sé —había respondido él—. Si no llega a pasar, podré morir feliz porque sé lo que es el amor. Te amo Azadeh. De veras.

Un último beso. Y luego a coger su tren, un gesto de adiós con la mano, despidiéndose hasta desaparecer. Desaparecer para siempre. «Acaso los dos supimos que era para siempre, pensó, mientras esperaba allí, en la oscuridad de la pequeña cabaña, intentando decidirse por lo que había de hacer, seguir a la espera, dormir o huir. Tal vez sea como dice el Khan y aquí estamos seguros…, por el momento. No hay motivo para desconfiar de él por completo. Vien Rosemont no era ningún loco y dijo que confiara en…».

—¡Sahib!

Ross había oído los sigilosos pasos al mismo tiempo. Al instante, los dos hombres adoptaron la posición de emboscada, cubriéndose el uno al otro, contentos ambos de que hubiera llegado el momento de la acción. La puerta se abrió cautelosa. ¿Era un cruel espíritu de la montaña el que estaba allí en pie atisbando en la inmensa oscuridad de la cabaña? Una silueta y un rostro borroso. Ross, asombrado, reconoció a Azadeh, su chador fundiéndose con la noche, el rostro tumefacto por el llanto.

—¿Johnny? —musitó ansiosa.

Por un instante, Ross no se movió y siguió con el arma empuñada a la espera de enemigos.

—Aquí, Azadeh. Junto a la puerta —susurró él luego a su vez, intentando adaptar la vista.

—¡Rápido! ¡Seguidme! Los dos estáis en peligro. ¡De prisa! —Al punto echó a correr en la oscuridad.

Ross vio a Gueng mover inquieto la cabeza y vaciló. Después, se decidió y cogió su mochila.

—Vamos.

Con gran cautela atravesó la puerta y corrió tras Azadeh a la luz de la luna breve, seguido por Gueng, en escolta, cubriéndole de forma automática. Ella los esperaba junto a algunos árboles. Antes siquiera de que la hubiesen alcanzado, ella les indicó que la siguieran mientras atravesaba segura el huerto y bordeaba algunos edificios agrícolas. La nieve ahogaba los pasos aunque, por otra parte, conservaba sus huellas, hecho del que él era plenamente consciente. Ross la seguía a diez pasos de distancia, vigilando el terreno con mucho cuidado, preguntándose sobre posibles peligros y el motivo del llanto de ella. ¿Y dónde se hallaba Erikki?

Las nubes jugaban con la luna, casi siempre ocultándola. Siempre que brillaba de nuevo, Azadeh se detenía y les hacía señas de que ellos se detuvieran también y esperasen, después, cuando la luna se ocultaba de nuevo, se ponía otra vez en movimiento, cubriéndose perfectamente y Ross se preguntó dónde habría aprendido a moverse con tanta seguridad por el bosque… Entonces, recordó a Erikki y su gran cuchillo y a los finlandeses y a Finlandia…, tierra de lagos, bosques y montañas de duendes y caza. «¡Concéntrate, loco! Más adelante tendrás tiempo de dejar vagar tu imaginación, y no ahora, poniendo en peligro a todo el mundo. ¡Concéntrate!».

Buscó con la mirada, esperando dificultades, deseando que empezaran. Pronto se encontraron cerca del muro que rodeaba la propiedad. Tenía tres metros de altura y estaba construido con piedra labrada. Había una zona amplia y vacía entre él y los árboles. De nuevo, Azadeh le hizo seña de que se pusiera a cubierto y ella avanzó por el espacio descubierto, en busca de un lugar especial. Lo encontró sin dificultad y les hizo señas de que la siguieran. Antes siquiera de que llegaran a su lado, ya estaba ella trepando, sus pies asentándose con facilidad en las hendiduras y grietas, con suficientes asideros, algunos naturales, otros sabiamente

encastrados para facilitar la escalada. La luna surgió en un trozo despejado del cielo y Ross se sintió como desnudo, por lo que aceleró la escalada. Cuando llegó arriba, Azadeh ya estaba a medio camino del descenso por el otro lado. Él se deslizó a su vez, encontrando algunos salientes en los que apoyar el pie y se agachó para esperar a Gueng. Su ansiedad creció hasta que vio la sombra deslizarse por el suelo y alcanzar el muro sin novedad.

El descenso por el otro lado resultó ser más difícil y al alcanzar los últimos dos metros, se escurrió y cayó. Soltó un juramento y miró en derredor para recuperar el dominio de sí mismo. Azadeh había cruzado ya la carretera límite y se dirigía hacia un afloramiento rocoso en la escarpada ladera de la montaña, a doscientos metros de distancia. Abajo y hacia la izquierda podía ver parte de Tabriz y los incendios en la zona más alejada de la ciudad, cerca del aeropuerto. También podía oír el tiroteo lejano.

Gueng cayó casi al lado suyo, hizo una mueca y le indicó que siguiera adelante. Cuando alcanzaron el afloramiento rocoso, Azadeh había desaparecido.

—¡Johnny! ¡Aquí!

Vio la pequeña hendidura en la roca y se dirigió hacia ella. Apenas había el espacio justo para pasar. Esperó a que Gueng llegara y luego se deslizó a través de la roca, envolviéndoles la oscuridad. Sintió la mano de ella que le condujo hacia un lado. Hizo seña a Gueng y repitió el gesto con él, luego, cubrió la rendija con una pesada cortina de cuero. Ross intentó sacar la linterna de su mochila, pero antes de que pudiera cogerla se encendió una cerilla. Azadeh la protegía con la mano. Se encontraba arrodillada y encendía una vela que había en un nicho. Ross miró rápidamente en derredor. La cortina que estaba cubriendo la entrada parecía impenetrable, la cueva era espaciosa, caliente y seca. Algunas mantas y alfombras viejas sobre el suelo, varios utensilios para comer y beber, y algunos libros y juguetes en una estantería natural. «Aquello era el escondrijo de un niño», pensó y miró de nuevo a Azadeh. Esta había permanecido de rodillas junto a la vela, de

espaldas a él. En aquel momento, cuando se quitó el chador de la cabeza, se convirtió de nuevo en Azadeh.

—Toma. —Ross le ofreció un poco de agua de su cantimplora. Azadeh la aceptó agradecida pero escabulló la mirada. Ross miró a Gueng y leyó en su mente.

—¿Te importa que apaguemos la vela, Azadeh? Ahora que ya hemos visto dónde nos encontramos…, así podremos correr la cortina y mantendremos una mejor vigilancia, viendo y oyendo. Tengo una linterna en caso de necesitarla.

—Sí, sí, claro —se volvió hacia la vela—. Yo…, bueno, solo un instante, lo siento…

Había un espejo en la estantería del que Ross no se había dado cuenta. Azadeh lo cogió y se miró. Aborreció en verdad lo que veía, los churretones de sudor y los ojos hinchados. Se limpió presurosa algunos tizones, después, cogió un peine, se arregló el cabello lo mejor que pudo. Tras una última mirada al espejo, apagó la vela.

—Lo siento —dijo.

Gueng, apartó la cortina y se introdujo por la hendidura saliendo afuera y manteniéndose a la escucha. Los tiroteos seguían en la ciudad. Algunos edificios estaban ardiendo más allá de la línea del aeropuerto y hacia la derecha. Allí no se veía luz alguna y muy pocas en la misma ciudad. En las calles, algunos faros de coche. El palacio seguía a oscuras y en silencio. No percibió peligro alguno. Entró de nuevo en la gruta y le explicó a Ross lo que había visto, hablando en gurkhalí, luego añadió:

—Más vale que siga afuera, es más seguro. No tenemos mucho tiempo, sahib.

—Sí. —Ross percibió la inquietud en la voz de Gueng, pero no hizo comentario alguno. Conocía el motivo—. ¿Te encuentras bien, Azadeh? —preguntó con voz queda.

—Sí. Ahora estoy bien. Es mejor la oscuridad…, lo siento. Estaba hecha un verdadero desastre. Sí, ahora me encuentro mejor. Anoche, poco después de que te fueras, llegaron Cimtarga y un guardia y dijeron a Erikki que tenía que vestirse de inmediato y

salir… Ese hombre, Cimtarga, dijo que lo sentía mucho pero que había habido un cambio de planes y que quería salir en ese momento. Yo fui convocada para ver a mi padre. ¡Sin tardanza! Antes de entrar en su habitación, le oí dar órdenes de que vosotros dos fuerais capturados y desarmados poco antes del amanecer —se le quebró la voz—. El plan era enviar a por vosotros para discutir vuestra partida mañana, pero caeríais en una emboscada cerca de las granjas y se os enviaría maniatados en un camión al Norte.

—¿A qué parte del Norte?

—A Tbilisi —prosiguió nerviosa—. Yo no sabía qué hacer. No tenía forma de avisaros…, me vigilan tan estrechamente como a vosotros mismos y no tengo contacto con nadie. Cuando vi a mi padre, me dijo que Erikki no volvería hasta dentro de unos días, que hoy, él, mi padre, salía en viaje de negocios para Tbilisi y que…, y que yo le acompañaría. Que estaríamos fuera dos o tres días y que para entonces Erikki habría terminado y entonces regresaríamos juntos a Teherán. —Se hallaba a punto de prorrumpir en llanto—. Estoy asustada. Tengo miedo de que le haya pasado algo a Erikki.

—Él se encontrará bien —intentó tranquilizarla Ross, sin comprender aquello sobre Tbilisi, tratando de tomar una postura respecto al Khan. Y siempre volviendo a Vien: «Puedes confiarle tu vida al Ayatolá y no creas las mentiras que se dicen de él». Y sin embargo, allí estaba Azadeh que aseguraba todo lo contrario. La miró sin poder penetrar en su interior, y aborreció la oscuridad que le impedía verle la cara, los ojos, pensando que tal vez pudiera leer algo en ellos. «Quisiera que me hubiese dicho todo esto del otro lado del condenado muro o en la cabaña —se dijo, aumentando su nerviosismo—. ¡Cielos, el guardia!».

—El guardia, Azadeh. ¿Sabes qué le ha pasado?

—Sí, claro… yo lo soborné, Johnny. Le soborné para que se alejara durante media hora. Era la única manera de que yo pudiera…, era la única manera…

—¡Dios Todopoderoso! —farfulló Ross—. ¿Puedes confiar en él?

—Sí, desde luego. Alí está…, ha estado con mi padre durante años. Le conozco desde que yo tenía siete y le he dado un pishkesh de algunas joyas, suficiente para él y su familia durante años. Pero en cuanto a Erikki…, estoy tan preocupada.

—No tienes por qué preocuparte. ¿No dijo él que acaso le enviaran cerca de Turquía? —preguntó para animarla, ansioso por devolverla al palacio sana y salva—. Nunca te agradeceré bastante que nos avisaras. Primero hemos de acompañarte otra vez a casa y…

—No, no, nada de eso. ¡No puedo volver! —explotó ella—. Pero ¿es que no lo comprendes? Mi padre me llevará al Norte y jamás podré salir de allí, jamás… Él me odia y quiere dejarme con Mzytryk. Sé que lo hará. Sé que lo hará.

—¿Y qué me dices de Erikki? —preguntó él asombrado—. No puedes huir así.

—Sí, claro que puedo. He de hacerlo, Johnny, he de hacerlo. No me atrevo a esperar. Ni a ir a Tbilisi. Es mucho más seguro para Erikki que yo huya ahora. Mucho más seguro.

—¿De qué estás hablando? No puedes huir de esa manera. Es una locura. Imagínate que Erikki vuelve esta noche y se encuentra con que te has ido. Por…

—Le he dejado una nota… Acordamos que, en caso de emergencia, yo le dejaría una nota en un lugar secreto de nuestro dormitorio. No podíamos saber lo que mi padre sería capaz de hacer mientras él estuviera fuera. Erikki se enterará. Además, hay otra cosa. Mi padre va a ir hoy al aeropuerto, alrededor del mediodía. Tiene que reunirse con alguien que viene en un avión, alguien de Teherán, no sé de quién se trata ni para qué, pero he pensado que quizá tú pudieras persuadirles para que nos llevaran con ellos a Teherán, o tal vez nos fuese posible subir a bordo a escondidas, o que tú…, que le obligaras a que nos llevaran con ellos.

—¡Estás loca! —dijo él, furioso—. Todo esto es una locura, Azadeh. Una locura huir y dejar a Erikki… ¿Cómo sabes que tu padre no está siendo sincero, por Dios Santo? Dices que el Khan te odia,

bien, si huyes de esta forma, te odie o no, va a organizar una buena. En cualquier caso, haces correr a Erikki un peligro mucho mayor.

—¿Cómo puedes estar tan ciego? ¿Es que no lo ves? Mientras yo esté aquí, Erikki no tiene la menor posibilidad, ninguna. Si yo me voy, solo tendrá que ocuparse de él. Si sabe que estoy en Tbilisi, irá allí y estará perdido para siempre. ¿Es que no lo ves? ¡Yo soy el cebo! ¡En el Nombre de Dios, Johnny, abre los ojos! ¡Ayúdame, por favor!

Empezó a llorar, en silencio pero lloraba y eso solo sirvió para enfurecerle aún más. «Dios Todopoderoso, no podemos llevarla con nosotros. No me es posible hacerlo, sería un asesinato… Si lo que dice del Khan es cierto, dentro de un par de horas empezará la persecución y tendremos suerte si llegamos a ver la puesta del sol… La persecución ya está en marcha, por el amor de Dios, piensa con claridad. Lo de huir ha sido una condenada estupidez».

—Tienes que volver. Es lo mejor —dijo.

Ella dejó de llorar.

—Insha'Allah —dijo Azadeh con una voz diferente y dejando de llorar—. Lo que tú digas, Johnny. Es mejor que os vayáis en seguida. No tenéis mucho tiempo. ¿Qué dirección tomaréis?

—No… no lo sé. —Se alegraba de que la oscuridad le ocultase el rostro de ella. «¡Dios mío! ¿Por qué tiene que ser Azadeh?»—. Vamos, me aseguraré que estés de vuelta sana y salva.

—No es necesario. Me…, me quedaré aquí un rato.

Observó una nota falsa en su voz y sus nervios se tensaron todavía más.

—Tienes que volver. ¡Has de hacerlo!

—No —repuso ella en actitud desafiante—. Jamás volveré. Me quedo aquí. Nunca me encontrará. Ya me he escondido otras veces en este lugar. En una ocasión estuve dos días. Aquí me encuentro a salvo. No te preocupes por mí, no me ocurrirá nada. Iros. Eso es lo que tenéis que hacer.

Exasperado, logró dominar el impulso de obligarla a levantarse y, en lugar de ello, se sentó con la espalda apoyada contra el muro de

la cueva. «No puedo dejarla aquí, no puedo hacerla volver contra su voluntad, tampoco puedo llevármela. No puedo dejarla y no puedo llevarla conmigo. Sí, si puedes pero ¿por cuánto tiempo? Y luego, cuando la capturen, se verá mezclada con saboteadores y solo Dios sabe de cuántas otras cosas pueden acusarla y, por ello suelen lapidar a las mujeres».

—Cuando se den cuenta de que nos hemos ido, y que tú tampoco estás, el Khan sabrá que nos has avisado. Si te quedas aquí, acabarán por encontrarte y el Khan sabrá que nos has avisado, eso empeorará las cosas para ti y más aún para tu marido. Debes regresar.

—No, Johnny, estoy en las Manos de Dios y no tengo miedo.

—¡Por Dios bendito, Azadeh, utiliza la cabeza!

—Lo estoy haciendo. Estoy en Manos de Dios, tú lo sabes. ¿No hablamos sobre ello docenas de veces en nuestra Tierra Alta? No tengo miedo. Puedes dejarme una granada como la que le diste a Erikki. Estoy a salvo en Manos de Dios. Y ahora iros, por favor.

En otros tiempos, ellos habían hablado con frecuencia de Dios. En la cumbre de una montaña suiza resultaba fácil y natural y nada capaz de despertar la timidez…, sobre todo con tu amada que conocía el Corán, podía leer árabe, se sentía muy cerca del Infinito y creía sin reticencias en el Islam. Pero allí, en la oscuridad de la pequeña cueva, no era lo mismo. Nada era lo mismo.

—Insha'Allah es —dijo y tomó una decisión—. Volveremos tú y yo y haré que Gueng siga adelante.

Se levantó.

—Espera. —La oyó levantarse, y sintió su aliento y su cercanía. Sintió su mano sobre el brazo—. No, querido —dijo, y el tono de su voz sonó como el que solía ser—. No, querido. Eso destruiría a mi Erikki… y también a ti, y a tu soldado. No te das cuenta de que yo soy la piedra que hundiría a mi Erikki. Si se aparta la piedra, él tendrá una posibilidad. Fuera de los muros de mi padre tú también la tienes. Cuando veas a Erikki, díselo…, díselo.

«¿Qué habría de decirle?», se preguntó. La cogió de la mano y, al sentir su calor, retrocedió de nuevo en el tiempo, en la oscuridad, juntos en el gran lecho, una formidable tormenta de verano batiendo contra las ventanas, los dos contando los segundos entre los relámpagos y los truenos que retumbaban contra todos los lados del alto valle… a veces, uno o dos segundos tan solo.

—Oh, Johnny, debemos tenerla casi sobre nuestras cabezas, Insha'Allah si cae sobre nosotros poco importa, estamos juntos…

«Cogidos de la mano, igual que ahora. Pero no era igual que ahora», se dijo Ross tristemente. Se llevó la mano de Azadeh a los labios y la besó.

—Podrás decírselo tú misma —dijo—. Lo intentaremos… juntos. ¿Preparada?

—Sí.

—Primero pregúntaselo a Gueng —susurró Azadeh al cabo de una pausa.

—Él hace lo que yo digo.

—Sí, naturalmente. Pero, por favor, pregúntaselo. Es otro favor que te pido.

Ross se acercó a la grieta. Gueng estaba afuera, apoyado contra las rocas. Antes de que pudiera decir nada, Gueng habló con voz queda, en gurkhalí.

—Todavía no hay peligro, sahib. Vamos, salid.

—¡Ah! ¿Has oído?

—Sí, sahib.

—¿Qué piensas?

Gueng sonrió.

—Lo que yo piense, sahib, no tiene fuerza, no influye en nada. Karma es karma. Yo hago lo que tú dices.

EN EL AEROPUERTO DE TABRIZ: 12.40 DE LA NOCHE. El Abdollah Khan se encontraba en pie junto a su «Rolls» blindado en la pista de cemento cubierta de nieve, cerca de la terminal del

aeropuerto. Estaba congestionado por la ira, observando al «125» hacer el giro final y rezando para que se estrellara. El día anterior, su sobrino, el coronel Mazardi, jefe de la Policía, le había llevado un télex que había llegado a través de su cuartel general: Le ruego acudan a la llegada jet GETLLETA 12.04 mañana martes (Firmado) coronel Hashemi Fazir. Aquel nombre provocó un estremecimiento en él, al igual que en todos los que tuvieron acceso al mensaje. El Servicio Secreto Interno había estado siempre por encima de la ley y el coronel Hashemi Fazir era, su gran inquisidor, un hombre cuya impecable personalidad era legendaria incluso en Irán donde siempre se esperaba y admiraba la crueldad.

—¿Qué estará haciendo aquí, Alteza? —preguntó Mazardi, verdaderamente aterrado.

—Tratar sobre Azerbaiyán —había dicho él, disimulando sus temores, furioso por el laconismo del télex y absolutamente desconcertado por aquella inesperada, y en modo alguno deseada llegada—. Naturalmente, para preguntarme cómo puede ayudar… Hemos mantenido una amistad secreta durante años —añadió mintiendo de forma automática.

—Dispondré una guardia de honor, un comité de bienvenida y…

—¡Estás loco! Al coronel Fazir le gusta mantener el anonimato. No hagas nada, ni siquiera te acerques al aeropuerto, pero asegúrate de que en las calles reina la tranquilidad y…, ah, sí, aumenta la presión sobre los tudehs. De hecho, cumple con las órdenes de Jomeini de aplastarlos. Prende fuego esta noche a sus cuarteles generales y detén a sus líderes más conocidos. «Será un pishkesh inigualable para el caso en que necesite alguno —se dijo, encantado con la agudeza de su mente—. ¿Acaso Fazir no es antitudeh hasta el fanatismo? Gracias sean dadas a Dios de que Petr Oleg diera su aprobación».

Luego, despidió a Mazardi, maldijo a cuantos le rodeaban y los despidió también. «¿Qué querrá de mí ahora ese hijo de perra de Fazir?».

A lo largo de los años se habían reunido varias veces intercambiando información en beneficio mutuo. Pero el coronel Hashemi Fazir pertenecía a aquellos que creían firmemente que la única protección de Irán residía en un Gobierno absoluto, centralizado y regido desde Teherán, y que los jefes tribales eran arcaicos y un peligro para el Estado…, y Fazir era también un teheraní con poder para descubrir demasiados secretos que alguna vez podría utilizar en contra suya. «¡Dios maldiga a todos los teheraníes y los envíe al infierno. Y también a Azadeh y a su condenado marido!».

«¡Azadeh! ¿Es posible que yo haya engendrado a semejante demonio? No, no lo es. Alguien debe de haber…, que Dios me perdone por sospechar de mi muy amada Naphtala. Azadeh está poseída por Satanás. Pero no escapará, ah, no, juro que la llevaré a Tbilisi y dejaré que Petr la utilice…».

De nuevo empezaron a zumbarle los oídos y también sintió aquel lacerante dolor en el pecho. «¡Basta ya! —se dijo desesperado—. Tranquilízate. Olvídate de ella por el momento, más adelante te vengarás. Déjalo estar o te matarás tú mismo. Olvídate de ella y piensa en Fazir. Necesitarás de toda tu astucia para tratar con él. Ella no puede escapar».

Cuando, poco después del amanecer, unos aterrados guardias se precipitaron ante él para decirle que los dos prisioneros habían desaparecido y, casi al mismo tiempo, se descubrió que Azadeh también se había ido, su violencia no conoció límites. Al punto, envió hombres a registrar el escondrijo de ella en las rocas, escondrijo que él había descubierto hacía años, ordenándoles que no regresaran sin ella o sin los saboteadores. Había ordenado cortar la nariz al guardia nocturno, el resto de los guardias habían sido flagelados y arrojados a las mazmorras, acusados de complicidad, y azotadas las doncellas de ella. Finalmente, salió hecho una furia hacia el aeropuerto, dejando tras de sí una estela de terror en el palacio.

«¡Que Dios los maldiga a todos!», se dijo, haciendo un gran esfuerzo por calmarse, sin apartar los ojos del jet un solo momento.

El cielo estaba parcialmente despejado, con nubes ominosas y un desagradable viento que azotaba la pista cubierta de nieve. Llevaba un gorro de astracán, un abrigo de invierno con cuello de piel y botas forradas también de piel. El frío le empañaba las gafas. En el bolsillo guardaba un pequeño revólver. Detrás de él, el pequeño edificio de la terminal aparecía vacío, salvo por sus hombres que lo habían ocupado, al igual que la carretera de acceso a él. Un francotirador, con instrucciones de disparar contra Fazir si él sacaba un pañuelo blanco y se sonaba, estaba situado arriba, en el tejado. «He hecho cuanto he podido —se dijo—, ahora, todo está en manos del Señor. ¡Estréllate, hijo de un malnacido padre!».

Pero el «125» tomó tierra de manera impecable, lanzando rociadas de nieve con sus ruedas. Su temor se acrecentó. Y los latidos de su corazón también.

—Hágase la voluntad de Dios —farfulló, al tiempo que subía a la parte trasera del coche, separada del chófer y de Ahmed, su consejero y guardaespaldas de más confianza, por un cristal de corredera a prueba de balas—. Interceptadlo —ordenó mientras comprobaba su revólver al que había quitado el seguro.

El «125» llegó desde el otro extremo de la pista hasta la zona de aprovisionamiento, giró en dirección al viento y se detuvo. Aquello tenía un aspecto siniestro, solo ráfagas de nieve y espacio vacío. El «Rolls» negro se situó al lado y la portezuela del jet se abrió. Vio allí, en pie, a Hashemi Fazir, que lo llamaba.

—¡Salaam! La paz sea contigo, Alteza. Sube a bordo.

El Khan Abdollah bajó el cristal de la ventanilla y le saludó a su vez.

—¡Salaam! La paz sea contigo, Excelencia, reúnete aquí conmigo. —«Debes creer que estoy loco para meterme en semejante trampa»—. Ahmed, sube a bordo, ve armado y simula que no sabes inglés.

Ahmed Dursak era un turcomano musulmán, muy fuerte y muy rápido con el cuchillo o la pistola. Bajó del coche, llevando la

metralleta con negligencia y subió la escalerilla con agilidad, mientras el viento agitaba su larga túnica.

—Salaam, Excelencia coronel —dijo el farsi, permaneciendo fuera del aparato, en el último escalón—. Mi amo le suplica que haga el favor de reunirse con él en el coche… Las cabinas de los jets pequeños le ponen nervioso. En el coche pueden hablar en privado y con toda tranquilidad, completamente solos si así lo desea. Y le pregunta si honrará su pobre casa permaneciendo en ella el tiempo que dure su estancia aquí.

Hashemi estaba asombrado de que Abdollah hubiera tenido la desfachatez, y la seguridad en sí mismo, de enviarle un emisario armado. Tampoco a él le convenía subir al coche. Podían grabar la conversación o tenderle una trampa.

—Dile a Su Alteza que el automóvil me provoca mareo a veces y que le suplico venga él aquí. Así podremos hablar en privado, también solos y, además me haría un favor. Desde luego, puedes registrar la cabina por si algún puerco hubiese podido subir a bordo subrepticiamente.

—Mi amo, preferiría, Excelencia, que usted se reun…

Hashemi se acercó más a él. Sus labios formaban una línea, fina y apretada, y la voz era igualmente cortante.

—¡Registra el aparato! ¡Ahora! Y hazlo rápidamente, Ahmed Dursak, tres veces asesino, en una de ellas, la víctima fue una mujer llamada Najmeh… Haz lo que te ordeno o no durarás una sola semana en este mundo.

—Entonces, más pronto estaré en el Paraíso, porque sirviendo al Khan hago trabajo de Dios —repuso Ahmed Dursak—, pero lo registraré como deseas.

Entró en el aparato y vio a los dos pilotos en la carlinga. Armstrong estaba en la cabina. Entornó los ojos más no dijo palabra, se limitó a pasar cortésmente junto a él y a abrir la puerta del lavabo, asegurándose de que estaba vacío. No había ningún otro sitio donde alguien pudiera ocultarse.

—En el caso de que su sugerencia sea factible, Excelencia, ¿los pilotos saldrían del aparato?

Ya con anterioridad Hashemi había preguntado al capitán, John Hogg, si estaría de acuerdo caso de ser necesario.

—Lo siento, señor —le había respondido Hogg—, esa idea no me gusta en absoluto.

—Sería cuestión de unos minutos solamente. Puede llevarse consigo la llave de contacto…, y el cortocircuitos —había alegado Robert Armstrong—. Yo, personalmente, garantizaré que nadie entre en la carlinga o toquen algo.

—Aun así, la idea no me gusta, señor.

—Lo sé —había admitido Armstrong—. Pero el capitán McIver le dijo a usted que hiciera lo que le pidiéramos…, dentro de los límites de lo razonable. Y esto lo es.

Hashemi vio el gesto arrogante en el rostro de Ahmed y le hubiese gustado poder borrárselo de un puñetazo. «Eso será más adelante», se prometió a sí mismo.

—Los pilotos esperarán en el coche.

—¿Y el Infiel?

—Este Infiel habla el farsi mejor que tú, y si eres listo, sabandija, te mostrarás cortés con él y le llamarás Excelencia, porque puedo asegurarte a ti y a los perros de tus antepasados turcomanos, que su memoria es tan larga como la mía y puede ser más cruel de lo que jamás pudieras pensar.

Ahmed sonrió con los labios.

—¿Y su Excelencia el Infiel esperará también en la pista?

—Permanecerá aquí. Los pilotos esperarán *en* el coche. En el caso de que su Alteza quisiera subir acompañado de un guardia, para asegurarse de que ningún asesino le tiende una emboscada… puede hacerlo, desde luego. Si no se acomoda a estas condiciones entonces, naturalmente, podríamos reunirnos en la Jefatura de Policía. Y ahora llévate lejos tus repulsivos modales.

Ahmed le dio las gracias cortésmente y volvió con toda rapidez a informar al Khan sobre lo hablado.

—Pienso que esa mierda de perro debe estar muy seguro de sí mismo para mostrarse tan ofensivo —añadió.

En el avión, Hashemi estaba diciendo en inglés:

—Ese hijo de perra debe estar muy seguro de sí mismo para tener servidores tan arrogantes, Robert.

—¿Hubieras conducido de veras al Khan de todos los Gorgon a la Jefatura de Policía?

—Podía haberlo intentado —repuso Hashemi encendiendo otro cigarrillo—. Aunque no creo que lo hubiese logrado. Su sobrino Mazardi continúa como jefe de Policía y, aquí, la Policía sigue teniendo casi todo su poder…, los Green Bands y los comités no dominan. Todavía.

—¿Gracias a Abdollah?

—Naturalmente que por Abdollah. Durante meses, y siguiendo órdenes suyas, la Policía de Tabriz estuvo apoyando en secreto a Jomeini. La única diferencia que hay entre la época del Sha y la de Jomeini es que, ahora, los retratos de aquel han sido sustituidos por los de este. Se han quitado los emblemas del Sha de todos los uniformes y el dominio de Abdollah es más férreo que nunca. —Una corriente helada entró por la portezuela entreabierta—. Los de Azerbaiyán son de una casta traicionera y cruel, los Shas Qajar procedían de Tabriz, y también el Sha Abbas, que construyó Isfahán e intentó asegurarse la longevidad asesinando a su hijo mayor y cegando a otro…

Hashemi Fazir vigilaba el automóvil a través de la ventanilla, esperando que el Khan Abdollah aceptara su propuesta. Se sentía mejor y más confiado ahora de que vería el Día Santo esa semana de lo que estuvo el domingo anterior, al anochecer, cuando el general Janan irrumpió en su Cuartel General con la orden de disolver el Servicio Secreto Interno y de tomar posesión de las casetes y de Rakoczy. Durante toda aquella noche se había vuelto loco pensando en qué podía hacer. Más tarde, al día siguiente, cuando salió de su casa al amanecer, pudo darse cuenta de que era seguido por unos hombres; durante toda la mañana, su mujer y sus

hijos anduvieron vagando por las calles. Hasta primera hora de la tarde no logró deshacerse de sus seguidores. Para entonces, uno de los jefes de su secreto «Group Four» estaba esperando en una casa segura y aquella noche, cuando el general Janan bajó su limusina blindada para entrar en su hogar, un coche cercano cargado de explosivo plástico le hizo volar en pedazos junto a dos de sus ayudantes más cercanos.

La casa quedó totalmente destrozada y en ella murieron su mujer, sus tres hijos y siete sirvientes, así como su anciano padre, postrado en el lecho. Algunos vieron alejarse corriendo a varios hombres que gritaban consignas muyahidines-izquierdistas. Tras ellos dejaban una estela de panfletos toscamente escritos: Muerte a SAVAK ahora SAVAMA.

En las primeras horas de esa misma mañana, media hora después de que Abrim Pahmudi abandonara discretamente el lecho de su amante más secreta, unos hombres crueles la habían visitado. Se oyeron más eslóganes izquierdistas y el mismo mensaje quedó en las paredes, escrito con la sangre, el vómito y las heces de la mujer.

A las nueve de aquella misma mañana él acudió, previa solicitud de entrevista, a presentar sus condolencias a Abrim Pahmudi por ambas tragedias… Naturalmente, él se había enterado por el Servicio Secreto Interno. A modo de pishkesh le llevó parte del testimonio de Rakoczy, la suficiente para tener algún valor, como si se tratara de información llegada a sus manos por otros conductos…

—Estoy seguro, Excelencia, de que si me permitiera reanudar mi trabajo, obtendría mucha más información. Y si mi departamento se viera honrado con su confianza y se me permitiera operar como antes, pero informándole únicamente a usted y a ningún otro poder, podría evitar hechos tan detestables y, acaso, hacer desaparecer a estos terroristas de la faz de la tierra.

Mientras se encontraba allí, un ayudante entró precipitadamente, fuera de sí, para informar que los terroristas habían asesinado a uno de los ayatolás más importantes en Teherán, con otro coche bomba,

y que el Comité Revolucionario requería la presencia de Pahmudi. Este se levantó rápidamente, no sin antes revocar la orden anterior.

—Estoy de acuerdo con usted, Excelencia Coronel. Treinta días. Dispone de treinta días para demostrarme su valía.

—Gracias, Excelencia. Me siento abrumado por su confianza y puede estar seguro de mi lealtad. ¿Podrían entregarme a Rakoczy?

—¡Ese perro, el general Janan, le dejó escapar!

Luego, había acudido al aeropuerto a reunirse con Robert Armstrong en el «125». Una vez en el aire, había reído a más y mejor. Era la primera vez que un coche bomba por control remoto se había utilizado en Irán.

—Te aseguro, Robert, que es de lo más eficaz —dijo con jovialidad—. Esperas a cien metros de distancia hasta asegurarte de que se trata de él, después, solo tienes que accionar un artilugio que no es mayor que un paquete de cigarrillos y… ¡buuumm!, te has librado de otro enemigo…, y de su padre. —Se limpió las lágrimas provocadas por su risa, que era contagiosa—. Eso es lo que en realidad acabó con Pahmudi. Sí, y sin el «Group Four» los agredidos hubiéramos sido mi familia y yo.

Había creado el «Group Four» a partir de una sugerencia de Armstrong, que él había elaborado y perfeccionado. Reducidos equipos de hombres y mujeres seleccionados, entrenados a fondo en las tácticas antiterroristas más modernas, todos pagados con generosidad y bien protegidos, ninguno de ellos iraní, y cada grupo desconociendo a los integrantes de las otras células. Indefectiblemente, todos ellos conocían a Hashemi y le profesaban lealtad absoluta. Ese anonimato daba como resultado que, si era necesario algún grupo podía ser usado contra los componentes de los otros grupos, y que, individualmente, todos ellos eran prescindibles y fáciles de remplazar. En el Medio y Lejano Oriente había demasiada pobreza, demasiadas causas traicionadas, demasiado odio, demasiadas creencias, demasiada gente sin techo para que no existiera un verdadero río de hombres, y mujeres, desesperados por un trabajo semejante.

A lo largo de los años, su «Group Four» había ido prosperando, manteniendo en secretos sus golpes, la mayor parte de ellos incluso para Armstrong. Lo miró y sonrió.

—Sin ellos, ya estaría muerto.

—Y probablemente también yo… Me quedé aterrado cuando ese granuja de Janan dijo: «Le concedo un día y una noche por los servicios prestados». Ese canalla jamás me habría dejado salir de Irán.

—Una gran verdad.

Abajo, a varios miles de metros, la tierra estaba cubierta de una densa capa de nieve y el jet volaba alto, sobre las mantañas. El viaje hasta Tabriz no duraría mucho más de media hora.

—¿Y qué me dices de Rakoczy? ¿Has creído lo que Pahmudi dijo de que había escapado?

—Ni hablar, Robert. Rakoczy era un trueque, un pishkesh. Cuando Pahmudi descubrió que las cintas estaban en blanco y vio el estado en que Rakoczy se encontraba y que ya no tenía ningún valor para él, salvo a modo de pago de favores hechos en el pasado… Es imposible que conociera la relación que existe con tu Petr Oleg Mzytryk. ¿O tal vez sí?

—No es probable… Yo más bien diría que imposible.

—Tal vez se encuentre en el cuartel general soviético… si es que no está muerto ya. Los soviéticos querrán saber cuánto ha revelado…, ¿puede decirles algo?

—Lo dudo, estaba prácticamente a punto. —Armstrong sacudió la cabeza—. Sí, lo dudo. ¿Qué harás ahora que vuelves a ser Mr. Big? ¿Dar a Pahmudi más información de Rakoczy dentro de esos treinta días…, si es que aún vive para contarlo?

Hashemi sonrió ligeramente sin contestar. «Todavía no soy tu Mr. Big —se dijo—, ni siquiera estaré seguro hasta tanto Pahmudi no se esté pudriendo en el infierno…, con otros muchos. Es posible que aún haya de utilizar tu pasaporte». Armstrong se lo había dado antes de despegar y él, por su parte, lo había comprobado con sumo cuidado.

Luego, cerró los ojos y se acomodó, disfrutando del lujo y la conveniencia del jet particular que sobrevolaba ya Qazvin, a solo un cuarto de hora de Tabriz. Pero no se durmió. Pasó el tiempo reflexionando sobre qué hacer respecto a SAVAMA, Pahmudi y el Khan Abdollah, y también respecto a Robert Armstrong, que sabía demasiado.

A través de la ventanilla de la cabina seguía vigilando el «Rolls», grande, inmaculado y que muy pocos poseían en el mundo. «¡Por Dios y el Profeta!, cuantas riquezas —se dijo, deslumbrado ante aquella demostración de la posición y el poder del Khan—. Qué poder para permirtirse hacer ostentación con tal desfachatez de semejante posesión ante los comités, e incluso ante mí. Es evidente que no será fácil doblegar al Khan Abdollah».

Sabía que allí, en el avión, se encontraban peligrosamente expuestos, eran blancos fáciles si Abdollah ordenara a sus hombre que disparasen contra ellos…, mas dio de lado semejante posibilidad ya que ni siquiera el Khan Abdollah se atrevería a perpretar un asesinato tan a las claras de tres Infieles, un jet y él mismo. Pero por si acaso al Khan se le hubiera ocurrido preparar un «accidente», dos equipos del «Group Four» se encontraban ya en camino por carretera, uno para Abdollah, en persona y el otro para su familia, grupos que solo se detendrían ante una palabra clave dada por él personalmente. Sonrió. Robert Armstrong le había dicho en cierta ocasión que, en los viejos tiempos, un castigo chino para una personalidad importante era: «muerte *y para todas sus generaciones*».

—Me gusta eso, Robert —le había dicho—. Tiene estilo.

Vio abrirse la portezuela delantera del coche. Ahmed bajó enarbolando de forma extraña la metralleta. Luego, se acercó a la portezuela trasera y la abrió para Abdollah.

—Ganas el primer asalto, Hashemi —dijo Armstrong y se dirigió a la cabina como habían acordado—. Muy bien, capitán, seremos tan

breves como podamos.

Los dos pilotos, reacios, se deslizaron, fuera de la cabina y, endosándose sus parkas, salieron presurosos al ambiente frío y bajaron la escalerilla. Saludaron al Khan con cortesía. Este con escueto ademán, les indicó la parte posterior del coche, y empezó a subir la escalerilla, seguido de Ahmed.

—Salaam, Alteza. La Paz sea contigo —dijo calurosamente Hashemi, recibiéndole en la puerta, una cortesía que no le pasó inadvertida a Abdollah.

—Y contigo, Excelencia Coronel.

Se estrecharon la mano. Abdollah pasó junto a él, entró en la cabina, con los ojos clavados en Armstrong, y se acomodó en el asiento más cercano a la salida.

—Un colega mío —presentó Hashemi, tomando asiento frente al Khan—. Robert Armstrong, inglés.

—Ah, sí, la Excelencia que habla farsi mejor que mi Ahmed y que es famoso por su memoria…, y por su crueldad, ¿no?

Detrás de él, Ahmed había corrido la gruesa cortina sobre la portezuela que daba al exterior y permanecía con la espalda pegada a la carlinga, en guardia, con el arma preparada aunque no de forma descortés.

Armstrong sonrió.

—Fue una broma del coronel, Alteza.

—No estoy de acuerdo. Incluso en Tabriz hemos oído hablar del experto de la «Special Branch», doce años al servicio del Sha y perro servil de sus perros serviles —dijo Abdollah con tono despreciativo en farsi—. He leído su expediente.

La sonrisa de Armstrong se desvaneció y tanto él como Hashemi se pusieron tensos ante unos malos modos tan impudentes.

Volvió a clavar los negros ojos en Hashemi, completamente seguro de que su plan daría resultado. A una señal suya, Ahmed los mataría, colocaría un artefacto explosivo en el avión, enviaría de nuevo a los dos pilotos al avión con la orden de un despegue apresurado, y su muerte en llamas. Algo que nada tendría que ver

con él, como es la Voluntad de Dios. Y él, por su parte, después de una conversación tan fructífera durante la que había prometido «su pleno apoyo al Gobierno central», mostraría una profunda tristeza.

—De manera, Excelencia, que volvemos a encontrarnos —dijo—. ¿Qué puedo hacer por ti? Sé que, desafortunadamente, tu tiempo es breve entre nosotros.

—Acaso sea, Alteza, lo que yo pueda hacer por ti. Acas…

—Ve al grano, coronel —dijo el Khan con aspereza, ya en inglés, absolutamente seguro de sí mismo—. Tú y yo nos conocemos, podemos prescindir de halagos y cumplidos e ir al quid de la cuestión. Estoy muy ocupado. Si hubieras tenido la cortesía de acudir a mi coche, solo, yo hubiera estado más confortable y hubiéramos podido hablar tranquilamente en privado. Ahora, ve al grano.

—Quiero hablar contigo de tu controlador, el coronel general Petr Oleg Mzytryk —dijo Hashemi con dureza aunque se sintió súbitamente aterrado ante la posibilidad de que hubiera podido caer en una trampa y que Abdollah fuera partidario secreto de Pahmudi —, y de tus ya remotas relaciones con la KGB a través de Mzytryk, nombre clave Alí Khoy.

—¿Controlador? ¿Qué controlador? ¿Quién es ese hombre? —se escuchó decir Abdollah aunque estaba gritando: «No puedes saber eso, imposible, no puedes…». Casi ahogado por los latidos de su corazón, vio abrirse la boca del coronel y decir otras cosas que lo empeoraban todo, lo empeoraban al máximo y, lo que era aún más terrible, hacían trizas todo su plan. Si el coronel hablaba con tanta libertad de semejantes secretos delante del extranjero y de Ahmed, era porque tales secretos estaban grabados en alguna parte y puestos a buen recaudo para ser conocidos por el Comité Revolucionario y por sus enemigos en caso de «accidente».

—Tu controlador Petr Oleg —le espetó de nuevo Hashemi al darse cuenta del cambio sufrido por él y presionando para obtener ventaja—, que tiene su dacha junto al lago Tzvenghid, en la Place of

Hidden Valley, al este de Tbilisi, nombre clave Alí Khoy, el tuyo es Iv…

—Espera —dijo Abdollah con voz gutural y el rostro lívido…, ni siquiera Ahmed sabía eso, no debía saberlo—. Yo…, yo… dame un poco de agua.

Armstrong indicó un movimiento para levantarse al mismo tiempo que Ahmed le apuntaba con el arma.

—Siéntese, por favor, Excelencia, yo se la traeré. Abróchense ustedes dos los cinturones.

—No hay nec…

—¡Háganlo! —gruñó Ahmed agitando el arma, irritado ante el cambio de expresión y táctica del Khan y dispuesto a poner en práctica por sí mismo el otro plan—. ¡Abróchense los cinturones!

Obedecieron. Ahmed se encontraba cerca del depósito de agua, llenó un vaso de plástico y se lo pasó al Khan. El hombre parecía haberse encogido ante sus propios ojos. Estaba terrriblemente pálido y respiraba con dificultad.

El Khan terminó de beber el agua y miró a Hashemi, sus ojillos inyectados en sangre detrás de los cristales. Se quitó las gafas y las limpio con aire ausente, intentando recuperar su fortaleza. Todo parecía requerir más tiempo del habitual.

—Espérame en el coche, Ahmed.

Ahmed obedeció inquieto. Armstrong se desabrochó el cinturón y echó de nuevo la cortina. Por un momento el Khan se sintió mejor, al haberle despejado algo la cabeza la ráfaga de aire helado que había entrado.

—Veamos, ¿qué es lo que quieres?

—Tu nombre clave es Ivanovitch. Desde enero de 1944 has estado trabajando como espía y colaborador de la KGB. En aquella época tú…

—Todo mentiras. ¿Qué es lo que quieres?

—Quiero entrevistarme con Petr Oleg Mzytryk. Quiero interrogarle a fondo. Y en secreto.

El Khan escuchó las palabras y reflexionó sobre ellas. Si ese hijo de perro conocía el nombre clave de Petr y el suyo propio, y también lo del Hidden Valley, y lo de enero del 44, cuando viajara secretamente a Moscú para incorporarse a la KGB, estaría también al corriente de otras cuestiones más punibles. El hecho de que él mismo estuviese trabajando para ambos lados por el bien de su Azerbaiyán poco importaría a los asesinos de la derecha o de la izquierda.

—¿Qué recibiría a cambio?

—Absoluta libertad para actuar en Azerbaiyán…, siempre que lleves a cabo cosas buenas para Irán…, y unas relaciones firmes de trabajo conmigo. Te daré información que pondrá literalmente en tus manos a tudehs, izquierdistas y kurdos…, y te daré pruebas de cómo te están engañando los soviéticos. Por ejemplo, has sido declarado Sección 16/a.

El Khan se le quedó mirando boquiabierto. Los oídos le zumbaban clamorosamente.

—No puedo creerlo.

—De inmediato. Petr Oleg Mzytryk ha firmado ya la orden —le aseguró Hashemi.

—Pr… pruebas, quie… quiero pruebas —dijo prácticamente ahogándose.

—¿Acaso no tienes planeado ir hoy o mañana a Tbilisi invitado por él? Jamás hubieras regresado. La historia sería que habías escapado de Irán. Te denunciarían. Tus posesiones serían confiscadas y tu familia deshonrada… y entregada a los mulás —ya que Hashemi estaba seguro de tener a Abdollah en sus manos, lo único que le preocupaba era el estado de salud de aquel hombre. Vio que su cabeza sufría una ligera sacudida espasmódica, su cara, normalmente atezada, estaba pálida, con una extraña rojez alrededor de los ojos y de las sienes. Tenía hinchada la vena de la frente—. Más vale que no vayas al Norte o, que dobles tu guardia. Puedo hacer un trueque con Petr Oleg… o, mejor aún, puedo

permitirte que lo rescates y… Bien, existen muchas soluciones si me hago con él.

—¿Qué… qué quieres de él?

—Información.

—¿Tendría yo… tendría yo parte en ella?

Hashemi sonrió.

—¿Por qué no? Entonces, ¿de acuerdo?

La boca del Khan se movió, aunque sin emitir sonidos.

—Lo intentaré —dijo al fin.

—No —dijo el coronel tajante, pensando que había llegado el momento del golpe de gracia—. No. Dispones de cuatro días. Volveré el sábado. El sábado a mediodía estaré en tu palacio para hacerme cargo de la entrega. O, si lo prefieres, puedes entregarlo tú mismo, en secreto, en esta dirección. —Puso un papel sobre la mesa que había entre ellos—. O tienes una tercera alternativa: me dices el momento y el lugar por el que cruza la frontera y yo me haré cargo de todo. —Se desabrochó el cinturón y se puso en pie—. Cuatro días, Ivanovitch.

La furia de Abdollah casi le hizo estallar los tímpanos. Intentó levantarse sin lograrlo. Armstrong le ayudó a ponerse en pie y Hashemi se acercó a la cortina pero, antes de correrla, sacó su automática de la funda.

—Dile a Ahmed que no nos moleste.

El Khan, pese a su debilidad, permaneció en pie en la puerta abierta e hizo lo que se le había ordenado. Ahmed se encontraba al pie de la escalerilla, apuntando con el arma. El viento había cambiado de dirección, soplando en aquellos momentos hacia el otro extremo de la pista. Había aumentado considerablemente.

—¿Es que no has oído a Su Alteza? —dijo el coronel—. Todo está en regla pero necesita que lo ayuden. —Mantuvo el tono tranquilizador de su voz—. Tal vez sería conveniente que viera a un médico lo antes posible.

Ahmed se sentía desconcertado, sin saber qué hacer. Allí estaba su amo, evidentemente peor que antes, pero aquí estaban los

hombres causantes de ello…, los hombres que debían morir.

—¡Ayúdame a llegar al coche, Ahmed! —dijo el Khan con una maldición, y eso lo dejó solventado todo.

Obedeció al punto. Armstrong lo sujetó por el otro lado y juntos bajaron la escalerilla. Los pilotos salieron presurosos y corrieron hacia el avión, mientras Armstrong ayudaba a instalar al enfermo en el asiento. Abdollah se acomodó con dificultad mientras Armstrong se sentía más indefenso de lo que nunca lo estuvo, allí solo, en campo abierto, mientras Hashemi se encontraba seguro en la puerta de la cabina. Los motores del jet se pusieron en marcha.

—Salaam, Alteza —dijo—. Espero que se reponga por completo.

—Más vale que abandonen rápidamente nuestras tierras —le advirtió el Khan. Luego al conductor—: Regresemos a palacio.

Armstrong estuvo viendo alejarse al coche y luego se volvió. Observó la extraña sonrisa de Hashemi, la automática apenas disimulada en su mano y, por un instante, creyó que el hombre iba a disparar contra él.

—¡Apresúrate, Robert!

Subió corriendo los escalones con las piernas heladas. El copiloto había pulsado ya el botón de «Retracción de Escalerilla». Una vez arriba, la portezuela se cerró y en seguida se pusieron en movimiento. Con el calor y la intimidad, volvió de nuevo a la vida.

—Hace frío ahí fuera —dijo.

Hashemi no le prestó atención.

—Despegue lo más pronto que pueda, capitán —ordenó, en pie detrás de los pilotos.

—Tendré que rodar hacia atrás, señor. No me atrevo a seguir esta dirección con el viento en cola.

Hashemi maldijo al tiempo que escudriñaba por las ventanillas de la carlinga. El otro extremo de la pista parecía encontrarse a un millón de kilómetros mientras el viento removía la nieve amontonada. Utilizar la rampa de salida adecuada les llevaría cerca de la zona de aparcamiento terminal. Tendrían que atravesarla y utilizar la rampa opuesta hasta el punto de despegue. El «Rolls»

aceleraba en dirección a la terminal. Pudo ver hombres armados reuniéndose para recibirlo.

—Hágalo rodar hacia atrás por la pista y realice un despegue de espacio reducido.

—Eso sería en extremo irregular sin la autorización de la torre —dijo John Hogg.

—¿Acaso prefiere una bala en la cabeza o una cárcel SAVAK? Esos hombres son hostiles. ¡Hágalo!

Hogg pudo ver las armas. Accionó el botón transmisor.

—Eco Tango Lima Lima solicitando permiso para retroceder —dijo, aunque no esperaba respuesta alguna… Desde que salieran del espacio aéreo de Teherán no la había habido en toda la ruta, como tampoco contacto con aquella torre. Hizo retroceder el jet a la pista, deslizándose, abrió algo más el acelerador, manteniéndose al costado izquierdo, paralelo a las marcas de su aterrizaje—. Torre, aquí Eco Tango Lima Lima retrocediendo. —Gordon Jones, el copiloto lo estaba comprobando todo preparándose para dirigirse hacia Teherán. Vio al «Rolls» detenerse en la terminal, y a todos los hombres rodeándolo.

—Gire…, tan rápido como pueda, hay mucha pista —dijo Hashemi.

—Tan pronto como pueda, señor —repuso cortésmente John Hogg aunque para sus adentros se decía: «Condenado estúpido, coronel quienquiera que seas, estoy más que ansioso por subir al Salvaje Cielo, pero he de hacer un esfuerzo por alcanzarlo». Ya en el coche se había dado cuenta de la hostilidad de los hombres y, en Teherán, del nerviosismo de McIver. Pero la Torre de Teherán le había dado inmediatamente la salida, concediéndole prioridad como si en su aparato viajara el propio Jomeini. «¡Maldición, qué cosas llegamos a hacer por Inglaterra y una pinta de cerveza!». Sentía en las manos y en los pies la nieve, el hielo y lo resbaladizo de la superficie sobre la que rodaba. Aflojó un poco el acelerador.

—¡Mira! —dijo el copiloto. Un helicóptero atravesaba el espacio aéreo, a un kilómetro más o menos por debajo de ellos—. ¿No es un

«212»?

—Sí, pero no parece que se dirija aquí —respondió Hogg, barriendo constantemente con la mirada.

En la terminal, otro coche se incorporó a los hombres que rodeaban el «Rolls»; delante de ellos, hacia la izquierda había un centelleo de luz; ahora el «212» quedaba oculto tras una colina; a la derecha, una bandada de pájaros; todas las agujas se mantenían en orden en el «Verde»; tenían combustible más que suficiente; la capa de nieve no era demasiado gruesa, otra de hielo por debajo; ojo con el montón que hay delante; desvíate un poco a la derecha; la sintonización de la radio es correcta; todavía tenemos el viento en cola; hacia el Norte se están formando nubes de tormenta; atrás un pelo el motor izquierdo.

Hogg corrigió el balanceo renqueante ya que el avión reaccionaba en exceso sobre la superficie helada.

—Tal vez sería preferible que regresara a su asiento, coronel —dijo.

—Ascienda lo más rápidamente posible. —Hashemi volvió a su asiento. Armstrong atisbaba por la ventanilla la terminal—. ¿Qué hacen esos, Robert? ¿Algún problema? —preguntó.

—Aún no. Enhorabuena…, manejaste a Abdollah con una gran habilidad.

—Si es que cumple.

Ahora que todo había pasado, Hashemi sentía un ligero malestar. «Esta vez la muerte me ha rozado demasiado», se dijo. Se abrochó el cinturón, luego se lo quitó, sacó la automática del bolsillo lateral, le puso el seguro y la enfundó en la pistolera que colgaba de su hombro. Sus dedos rozaron el pasaporte británico que llevaba en el bolsillo interior. «Podría ser que después de todo no lo necesitara —pensó—. Formidable. No me hubiera gustado nada deshonrarme utilizándolo». Encendió un cigarrillo.

—¿Crees que durará hasta el sábado? Pensé que le iba a dar un ataque.

—Hace años que está tan gordo y tan repugnantemente achacoso.

Armstrong sintió la violencia oculta en aquellas palabras. Hashemi Fazir siempre era peligroso, siempre estaba al borde de la explosión, su fanático patriotismo mezclado siempre con el desprecio de la mayoría de los iraníes.

—Lo manejaste de una manera fantástica —repitió, mirando de nuevo por la ventanilla.

El «Rolls» y el otro coche, así como los hombres que rodeaban a ambos, se encontraban ya muy alejados y casi ocultos por las dunas de nieve, pero entre ellos podían ver muchas armas y, de vez en cuando, a alguien que apuntaba en su dirección. «Vamos, por Dios, asciende», se dijo.

—Coronel —la voz de Hogg les llegó a través del intercomunicador—, ¿podría venir aquí un momento, por favor?

Hashemi se desabrochó el cinturón y fue a la carlinga.

—Allí, señor —dijo Hogg señalando hacia la derecha, más allá del final de la pista, hacia un grupo de pinos, delante del bosque—. ¿Qué le parece eso? —La minúscula luz empezó de nuevo a parpadear—. Dice SOS.

—Mira adelante y hacia la derecha, Robert —dijo Hashemi.

Los cuatro hombres concentraron su atención. La luz repitió el SOS de nuevo.

—Es un SOS, señor, sin duda alguna —afirmó Hogg—. Puedo contestarles —añadió señalando una pesada linterna de señales, de reglamento que llevaba para casos de emergencia y poder encender luces «Verde» o «Roja» por si la radio fallaba.

—¿A ti qué te parece, Robert? —dijo de nuevo Hashemi.

—¡Desde luego es un SOS!

El «125» corría por la pista en dirección a la señal. Esperaron y, finalmente, vieron salir de entre los árboles a tres diminutas figuras, dos hombres y una mujer con chador. Y también vieron sus armas.

—Es una trampa —dijo Hashemi al punto—. No se acerque más, ¡dé la vuelta!

—¡No puedo! —exclamó Hogg—. ¡No tengo pista suficiente! —Aflojó algo más el acelerador. El jet rodaba muy de prisa paralelo a las rodadas de su llegada. Podían ver a las figuras agitando sus armas.

—¡Salgamos de aquí con mil demonios! —gritó Armstrong.

—Tan pronto como me sea posible, señor. Sería mejor que volviera a su asiento, coronel, es posible que demos algunos tumbos —dijo Hogg con tono inmutable. Luego, relegó a ambos de su mente —. No pierdas de vista a esos estúpidos de ahí ni a la terminal, Gordon.

—De acuerdo, no te preocupes.

El capitán se volvió por un instante para observar el otro extremo de la pista, calculó que aún no se encontraban lo bastante lejos, pero hizo retroceder algo el acelerador y tocó los frenos. El deslizamiento comenzó, entonces, los aflojó manteniendo el jet lo más recto posible mientras el viento cambiaba. Ahora ya eran más grandes las siluetas que se encontraban junto a los árboles.

—Tienen un aspecto desastroso, yo diría que son gentes tribales. —Gordon escudriñó la terminal—. El «Rolls» se ha ido pero hay un coche que viene en nuestra dirección por la rampa.

Ahora ya sujetando el acelerador. Demasiado de prisa para girar.

—¡Cielos, creo que… creo que uno de esos tres ha disparado! —dijo Jones, subiendo un tono la voz.

—Allá vamos —dijo Hogg por el micrófono. Frenó, lo sintió deslizarse, lo contuvo y luego inició su giro a la derecha a lo ancho de la pista, el ímpetu haciéndoles patinar y el viento todavía en contra.

En la cabina, Armstrong y Hashemi trataban de mantenerse firmes, mirando por las ventanillas. Pudieron ver a una de las figuras corriendo hacia ellos, agitando el arma.

—Somos una diana perfecta —farfulló Armstrong. Sintió deslizarse al jet en el giro, sin tracción, y maldijo.

En la carlinga, Hogg silbaba con tono monótono. El jet recaló sobre las huellas que dejaran al aterrizar mientras seguía

deslizándose, el otro extremo de la pista orillado por dunas densas y sólidas. No se atrevía a acelerar, esperando con la boca seca, ansioso de que el aparato adquiriera velocidad por sí solo y ascendiera. Pero no lo hizo, siguió deslizándose, las ruedas inutilizadas, los frenos peligrosos, los motores gruñendo y hielo por debajo de la superficie.

Las dunas de nieve iban acercándose de forma inexorable, cada vez más. Hogg podía ver los bordes de hielo dentado, capaces de desgarrar cualquier cosa. No podía hacer otra cosa que esperar. Y entonces una ráfaga de viento azotó el sector de cola, golpeándolo y, aunque seguía deslizándose, se puso de cara al viento. Activó ambos motores con delicadeza, observó que el deslizamiento se reducía y, a punto para hacer avanzar los aceleradores hasta lograr cierta velocidad hacia delante, más abiertos y rápido, un mayor control, ahora, el control absoluto. Empujó el acelerador con fuerza contra la barrera. El «125» ascendió, abandonando sus ruedas el suelo. Hogg pulsó la retracción del tren de aterrizaje y se encontraron subiendo más y más.

—Ya pueden fumar si lo desean —dijo lacónico a través del intercomunicador, plenamente satisfecho consigo mismo.

En el aeropuerto, no lejos de los árboles, Ross había renunciado ya a correr y agitar los brazos. Casi se había quedado sin aliento.

—¡Maldito bastardo! —gritó al aeroplano—. ¿Es que no tienes ojos?

Amargamente decepcionado fue a reunirse con los otros que, obedientes, lo esperaban en el lindero del bosque. Sobre los tres planeaba una nube de tristeza. «Tan cerca como ha estado», se dijo. Gracias a los binoculares había visto llegar al Khan, luego subir a bordo y, al cabo de un rato pudo ver a Armstrong bajar la escalerilla, ayudando al Khan a descender.

—Déjame ver, Johnny —le había pedido, ansioso, Azadeh, ajustando luego las lentes a sus ojos—. Dios mío, parece que mi

padre esté enfermo…, espero que se encuentre bien. El médico le está diciendo siempre que haga dieta y que se tome la vida con más tranquilidad.

—Se las arregla muy bien, Azadeh —había dicho Ross, procurando evitar una nota sarcástica.

Pero ella se dio cuenta y enrojeció.

—Lo siento mucho —se excusó—. No quería decir… sé que es…

—No me refería a nada en particular —aseguró él, enfocando de nuevo a Armstrong. Estaba fuera de sí de contento de que fuera Armstrong, y empezó a concebir un plan para subir a bordo. Sería muy fácil. ¡Un avión «S-G» como podía verse fácilmente…, y Armstrong! ¡Estamos a salvo! «Pero ahora ya no lo estamos. Nos encontramos en un buen lío —se dijo con una mayor amargura—, arrastrándonos de nuevo por la nieve, sintiéndonos sucios y con ansias de un buen baño. Y, sobre todo, furioso e impotente. Tienen que haber visto el SOS. ¿Acaso escondían la cabeza en el culo? ¿Por qué diablos no han…?».

Oyó el penetrante aviso de peligro de Gueng y giró en redondo. A un centenar de metros había un coche que marchaba en su dirección. Regresó corriendo y señaló hacia el bosque.

—¡Por ahí!

Antes ya había hecho un plan. Primero irían al aeropuerto y si no daba resultado se dirigirían a la base de Erikki. Se encontraba a unos seis o siete kilómetros de distancia al sureste de Tabriz. Protegido por los árboles, se detuvo y volvió la vista atrás. El coche frenó al final de la pista y bajaron unos hombres que fueron tras ellos. De pronto, volvieron a subir al coche y se alejaron. Al parecer, consideraron demasiado pesado andar por los montones de nieve.

—Ahora no nos alcanzarán —dijo Ross. Abrió la marcha, adentrándose aún más en el bosque, obligados a avanzar por el primitivo sendero.

A la salida de aquel bosque, se extendían campos helados que en verano darían exuberantes cosechas, en su mayor parte pertenecientes a unos cuantos terratenientes, pese a las reformas

agrarias del Sha. Más allá de aquellos campos, proliferaban los barrios bajos de Tabriz. Desde allí se divisaban los minaretes de la Mezquita Azul y el humo de muchas hogueras arrastrado por el viento.

—¿Podemos dar un rodeo a la ciudad, Azadeh?

—Sí —contestó ella—. Aunque es… es un camino muy largo.

Captaron la preocupación que la embargaba. Hasta aquel momento, Azadeh había andado con rapidez y sin una queja. Pero seguía representado un riesgo. Ellos llevaban sobre los uniformes la indumentaria de los hombres tribales. Sus botas cortas podían pasar y también sus armas. Y el chador de ella. Ross la miró sin poder acostumbrarse a lo mucho que la afeaba. Azadeh se dio cuenta de su mirada y trató de sonreír. Comprendió. Tanto en lo que el chador se refería como en la carga que ella representaba.

—Atravesemos la ciudad —dijo Azadeh—. Podemos ir por las calles secundarias. Yo tengo algún… tengo algún dinero y compraremos comida. Tú Johnny, puedes hacerte pasar por caucasiano de, digamos…, de Astara. Y yo por tu mujer. Tú, Gueng, habla gurkhalí o cualquiera otra lengua extranjera y muéstrate duro y arrogante como los turcomanos del Noreste, podrías muy bien ser uno de ellos. Descienden de los mongoles. Muchos son los iraníes de ese origen. O tal vez debiera comprar algunos pañuelos verdes y convertiros en Green Bands… Esto es cuanto se me ocurre.

—Es una buena idea, Azadeh. Tal vez sea preferible que no vayamos en grupo. Tú, Gueng, síguenos.

—En la calle las mujeres iraníes siguen a sus maridos —dijo Azadeh—. Yo… yo iré unos pasos detrás de ti, Johnny.

—Es un buen plan, memsahib —alabó Gueng—, muy bueno. Guíenos.

Azadeh le dio las gracias con una sonrisa.

Pronto se encontraron en los mercados y en las calles y bocacalles de los barrios bajos. En una ocasión, un hombre empujó a Gueng con indiferencia. Sin vacilar un instante, este descargó su puño en la garganta del hombre, derribándole y haciéndole caer en

la acequia sin sentido mientras él gritaba y lanzaba juramentos en un dialecto del gurkhalí. Por un momento el silencio se hizo entre la gente de inmediato, comenzaron los ruidos otra vez y quienes estaban cerca pasaron junto a él con la mirada baja, algunos de ellos haciendo subrepticiamente un signo contra el mal de ojo que se decía echaban todos los que llegaban del Norte, los descendientes de las hordas que no conocían al Único Dios.

Azadeh compró comida a los vendedores ambulantes, pan recién hecho en los kilns, kebab de cabrito asado y carbón y horisht con judías y hortalizas y mucho arroz. Lo devoraron, hambrientos, sentados en bancos rústicos y, al acabar, se pusieron en marcha de nuevo. Nadie les prestó atención. De vez en cuando, alguien pedía a Ross que comprara algo, pero Azadeh intervenía rápidamente protegiéndole bien, con voz áspera y hablando un dialecto local turco. Cuando los almuédanos llamaron para la oración de la tarde, Azadeh se detuvo, asustada. Alrededor de ellos, hombres y mujeres buscaban un trozo de alfombra o de cualquier otro material, periódico, cartón o caja para arrodillarse y empezar a rezar. Ross vaciló, luego, viendo su mirada suplicante, simuló que oraba y el momento difícil pasó. En toda la calle, solo cuatro o cinco permanecieron en pie, Gueng entre ellos, quien se mantuvo recostado contra el muro. Nadie se ocupó de los que seguían en pie. En Tabriz convivían muchas razas y religiones muy diversas.

Siguieron adelante, dirigiéndose hacia el Sureste y llegaron a los suburbios: chabolas llenas de basura y porquería, con perros famélicos y el joub como única alcantarilla. Los chamizos desaparecerían pronto, empezarían los campos y los huertos, luego, el bosque y después, la carretera general a Teherán la cual ascendía, en un continuo zigzagueo, hasta el desfiladero que les conduciría hasta Tabriz Uno. Ross no sabía lo que podría hacer allí cuando llegara pero Azadeh le había dicho que conocía varias cuevas en las que podrían ocultarse hasta que algún helicóptero aterrizara.

Finalmente, dejaron atrás los últimos cuchitriles y enfilaron por el tosco sendero flanqueado de nieve y andando sobre la superficie

helada, llena de baches traicioneros y sembrada de excrementos de mulas y asnos, uniéndose a otras gentes que también avanzaban con gran trabajo, estos conduciendo burros con una agobiante carga; otros, encorvados bajo el peso de su propia carga, aquellos, defecando, hombres, mujeres y niños, con un puñado de nieve en la mano izquierda; aquí y allá gentes políglotas, hombres tribales, nómadas ciudadanos…, personas, en fin, que solo tenían en común su pobreza y su orgullo.

Azadeh se sentía muy cansada, y comenzaba a acusar la tensión sufrida al tener que atravesar la ciudad… Temiendo en todo momento cometer un error o que los descubrieran; loca de preocupación por Erikki y también de llegar a la base para encontrarse…, ¿con qué? «Insha'Allah —se decía una y otra vez—. Dios te protegerá, y también a él y a Johnny».

Cuando llegaron al cruce del sendero con la carretera general de Teherán, pudieron ver Green Bands y hombres armados junto a una barricada improvisada, escudriñando en los vehículos y observando a la gente que pasaba. No había forma de evitarlos.

—Ve tu primero, Azadeh —susurró Ross—. Espéranos en la carretera, bien arriba… Si nos detienen, no intervengas, sigue adelante, dirígete a la base. Nos separaremos, es más seguro. —La sonrió—. No te preocupes.

Azadeh asintió, con la cara aún más pálida por el miedo, y echó a andar. Llevaba la mochila de él. Al salir de la ciudad, había insistido en hacerlo.

—No tienes más que mirar a todas las demás mujeres, Johnny. Si no llevo algo, llamaré muchísimo la atención.

Los dos hombres esperaron y luego se acercaron al borde del camino y orinaron sobre la nieve. La gente pasaba por su lado chapoteando. Algunos los maldijeron mientras los trataban de Infieles. Uno o dos hicieron cábalas sobre ellos… Inconcebible, estaban orinando en dirección a La Meca, algo que ningún musulmán haría jamás.

—Una vez que ella haya pasado, te toca a ti, Gueng. Yo te seguiré dentro de diez minutos.

—Más vale que vayas tú delante —musitó Gueng—. Yo soy un turcomano.

—Muy bien. Si me detienen, no intervengas. Procura escurrirte durante el jaleo y llévala a un sitio seguro. No me falles.

El hombrecillo hizo una mueca sonriente mostrando sus dientes muy blancos.

—No falles tú, sahib. Aún te queda mucho por hacer antes de que seas un «Señor de la Montaña».

Gueng miró hacia la barricada que se hallaba a un centenar de metros. Vio que le tocaba el turno a Azadeh. Uno de los Green Bands le dijo algo, y al ver que ella seguía con la mirada baja, le hizo ademán de que pasara.

—No me esperes en la carretera, sahib. Tal vez atraviese los campos. No te preocupes por mí, yo te seguiré.

Se abrió paso entre los caminantes y se incorporó a la riada de gente que volvía a la ciudad. Después de andar unos cien metros, se sentó sobre un cajón volcado y se desató el cordón de la bota como si le hiciese daño. Tenía los calcetines hechos jirones pero eso importaba poco. Las plantas de sus pies eran como el hierro. Con toda parsimonia, volvió a atarse el cordón de la bota, disfrutando al imitar a un turcomano.

En la barricada, Ross se incorporó a quienes se iban de Tabriz. Observó que por allí rondaban policías junto con los Green Bands, vigilando a la gente. Esta se mostraba irritable, fastidiada como siempre ante cualquier tipo de autoridad y ante cualquier violación a su derecho a ir adonde, como y cuando les placiera. Muchos se mostraron abiertamente furiosos y algunos casi llegaron a la violencia física.

—¡Tú! —le interpeló un Green Band—, ¿dónde están tus papeles?

Ross escupió al suelo, furioso.

—¿Papeles? Mi casa se ha incendiado, mi mujer ha muerto abrasada y también mi hijo, y todo por culpa de esos perros

izquierdistas. No me queda nada, solo esta pistola y algo de munición. Es la Voluntad de Dios. Bueno, ¿y por qué no vais vosotros y prendéis fuego a los satanistas y hacéis el Trabajo de Dios en vez de detener a hombres honrados?

—¡Nosotros somos honrados! —dijo el hombre, enfadado—. Y estamos haciendo el Trabajo de Dios. ¿De dónde eres?

—De Astara. Astara, en la costa. —Dejó que su malhumor se explayara—. Astara. ¿Y tú?

El hombre que le seguía en la cola y el de más atrás empezaron a maldecir y a indicarle al Green Band que se apresurara y no les hiciera esperar con aquel frío. Un policía se estaba abriendo camino en dirección a ellos por lo que Ross decidió arriesgarse y se abrió paso con otro juramento, el hombre de atrás le siguió y también el siguiente y al fin se encontraron alejados. El Green Band, malhumorado les gritó una obscenidad y luego siguió examinando a los siguientes de la cola.

Ross necesitó algún tiempo para recuperar el ritmo normal de su respiración. Se esforzó por no apresurarse mientras miraba en derredor. Ni rastro de Azadeh. Ya circulaban coches y camiones, rechinando con el descenso o bajando demasiado aprisa, lo que obligaba a la gente a apartarse de vez en cuando, con la inevitable retahíla de maldiciones. El hombre que iba detrás de él en la cola, andaba ahora a su lado, mientras que los demás caminantes se iban desperdigando, por senderos laterales que les llevaban a los chamizos que había junto a la carretera o a las aldeas del interior del bosque. Era un hombre de mediana edad con un rostro curtido, de facciones vigorosas, pobremente vestido y con el fusil a punto.

—Ese Green Band es un hijo de perro —dijo con acento gutural —. Tienes razón, Agha, deberían estar haciendo el trabajo de Dios y no el del Khan Abdollah.

Ross se puso inmediatamente en guardia.

—¿De quién?

—Yo soy de Astara y por tu acento sé que tú no eres de Astara, Agha. Los de allí nunca orinan de cara a La Meca y tampoco de

espaldas a La Meca… En Astara todos somos buenos musulmanes. Por la descripción que han hecho de ti, tú debes de ser el saboteador a quien el Khan ha puesto precio a su cabeza.

La voz del hombre era tranquila, curiosamente cordial. El viejo fusil «Enfield» seguía colgado de su hombro.

Ross no dijo palabra, se limitó a gruñir sin variar el paso.

—Si, el Khan ha puesto un buen precio a tu cabeza. Muchos caballos, un rebaño de ovejas, diez o más camellos. El rescate de un Sha para gente corriente. Y será mejor si te entregan vivo que muerto porque, entonces, serán más caballos, y ovejas y camellos, suficiente para toda la vida. Pero ¿dónde está la mujer Azadeh, la hija, esa hija que tú y el otro hombre secuestrasteis?

Ross lo miró boquiabierto y el hombre rio entre dientes.

—Debes de estar muy cansado para descubrirte con tanta facilidad. —De repente, sus rasgos se endurecieron, echó mano al bolsillo de su vieja chaqueta y sacó un revólver que hundió en el costado de Ross—. Adelántate un paso, no corras ni hagas nada o te meteré una bala en la espalda. Y ahora, ¿dónde está la mujer? También ofrecen una recompensa por ella.

En aquel momento, un camión procedente del desfiladero patinó al tomar la curva que tenía delante, fue dando tumbos hasta el lado contrario de la carretera y cargó contra ellos al tiempo que tocaba la bocina ruidosamente. La gente huyó despavorida. Los reflejos de Ross actuaron con rapidez: se fue hacia un lado, empujó al hombre en el costado con el hombro y le hizo caer bajo el camión. Las ruedas delanteras pasaron sobre él y luego las traseras. El camión frenó entre chirridos a una distancia de unos cuarenta metros.

—¡Dios nos proteja! ¿Habéis visto eso? —exclamó alguien—. Se puso delante del camión.

Ross arrastró el cuerpo fuera de la carretera. El revólver había desaparecido entre la nieve.

—¡Ah! ¿Es tu padre el sacrificado de Dios, Agha? —preguntó una vieja.

—No… no —dijo Ross hablando con dificultad, dominado por el pánico. Todo había sucedido muy de prisa—. Yo…, es un extraño. No lo conozco.

—¡Por el Profeta! Hay que ver lo descuidados que son los peatones. ¿Es que no tienen ojos? ¿Está muerto? —dijo el conductor del camión acercándose colina arriba—. Dios es testigo de que se puso en mi camino como todos habréis podido ver. Tú —añadió dirigiéndose a Ross—, tú estabas a su lado, debes de haberlo visto.

—Sí, sí…, ha sido como dices. Yo estaba detrás de él.

—Es la Voluntad de Dios. —El camionero se alejó satisfecho, todo en orden y liquidado—. Su Excelencia lo ha visto. Insha'Allah.

Ross se abrió camino entre los pocos que se habían molestado en detenerse y subió por la colina, no demasiado de prisa aunque tampoco excesivamente despacio, haciendo esfuerzos por sobreponerse, y sin atreverse a mirar hacia atrás. Al dar la vuelta a una curva del camino, aceleró el paso, preguntándose si sería acertado reaccionar con tal rapidez, casi sin reflexionar. Pero aquel hombre hubiera vendido a Azadeh, les hubiera vendido a los tres. «Apártalo de tu mente, karma es karma». Otra curva y ni rastro de Azadeh. Su inquietud aumentó.

La carretera comenzaba a zigzaguear, la ladera era cada vez más empinada. Pasó junto algunos cuchitriles medio ocultos en el lindero del bosque. Por todas partes andaban huroneando perros sarnosos. Ahuyentó a los pocos que se acercaron a él pues solía darse la rabia entre ellos. Otra curva. Estaba empapado en sudor y, de pronto, allí estaba ella, en cuclillas al borde del camino, descansando como cualquiera de los otros doce vejestorios. Azadeh le vio en el mismo instante e hizo un leve movimiento negativo de cabeza poniéndole en guardia. Entonces, se levantó y emprendió de nuevo el camino. Él la siguió a unos veinte metros de distancia. En ese momento, abajo, se escuchó un tiroteo. Se detuvieron, al igual que todos los demás, y miraron hacia allá. No vieron nada. La barricada quedaba muy lejos, atrás, después de muchas curvas, a casi dos kilómetros de distancia. Al cabo de un instante, el tiroteo cesó. Nadie dijo palabra, sino que

reanudaron el ascenso aunque, en esta ocasión con mayor apresuramiento. La carretera no era buena. Anduvieron un par de kilómetros más o menos, apartándose para dejar paso a los vehículos. De vez en cuando un autobús pasaba rugiendo y abarrotado de gente mas ninguno paraba. Por aquellos días, podían pasarse horas y más horas esperando, incluso en la propia parada, antes de que hubiera sitio. A veces, los camiones se detenían. Mediante pago, por supuesto.

Más adelante, uno pasó petardeando junto a él y cuando llegó a la altura de Azadeh redujo la velocidad.

—¿Por qué caminar cuando quienes están cansados pueden viajar con la ayuda de Cyrus, el camionero…, y de Dios? —gritó el conductor mirándola con ojos impúdicos al tiempo que daba con el codo a su compañero, un hombre de barba negra, de su misma edad. Hacía ya algún tiempo que venían observándola, admirando el ritmo de sus caderas que ni siquiera el chador podía disimular—. ¿Por qué ha de caminar una flor de Dios, cuando puede estar caliente en un camión o en la alfombra de un hombre?

Azadeh lo miró, lo maldijo con voz gutural y se volvió para llamar a Ross.

—Esposo, este leproso hijo de perro se ha atrevido a insultarme y ha dicho cosas obscenas contra la ley de Dios…

Ross estaba ya a su lado y el conductor se encontró de pronto frente al cañón de una pistola.

—Excelencia… yo le he preguntado si… usted y ella querrían… querrían viajar en el coche —dijo el conductor presa de pánico—. Detrás… detrás hay sitio si su Excelencia quisiera honrar mi vehículo…

El camión iba casi lleno de chatarra, pero, de cualquier forma, era mejor que caminar.

—Compórtate, conductor. ¿Adónde vas?

—A Kazvin, Excelencia, a Kazvin. ¿Querrías hacernos el honor?

El camión no se detuvo pero a Ross le resultó fácil ayudar a Azadeh a subir a la parte trasera. Se acurrucaron juntos,

protegiéndose contra el viento. A ella le temblaban las piernas y estaba aterida por el frío y el nerviosismo. Ross le pasó el brazo por los hombros y la mantuvo abrazada.

—Oh, Johnny, si no llegas a estar aquí…

—No te preocupes, no te preocupes —dijo, tratando de transmitirle su calor—. «¿Kazvin? ¿Kazvin? ¿No está a medio camino de Teherán? ¡Pues claro! Seguiremos en el camión hasta Kazvin —se dijo, haciendo acopio de fuerzas—. Después, tal vez podamos viajar en algún otro vehículo o a lo mejor para algún autobús. También podemos robar un coche. Eso será lo que hagamos».

—El desvío hacia la base está a tres o cuatro kilómetros —dijo Azadeh estremeciéndose entre sus brazos—. A la derecha.

«¿Base? Ah, sí, la base… Y Erikki. Pero hay algo más importante aún: ¿qué ha pasado con Gueng? ¿Qué ha sido de él? Haz trabajar la cabeza. ¿Qué piensas hacer?».

—¿Cómo… cómo es el terreno por allí? ¿Campo abierto y llano? ¿Con desfiladeros? ¿Cómo es?

—Bastante llano. Pronto se llega a nuestra aldea, Abu Mard, desde allí. Y poco después de dejarla atrás, el terreno se allana formando una especie de meseta boscosa donde se encuentra nuestra carretera privada. Luego la carretera general vuelve a subir hacia el desfiladero.

Delante de él podía ver la carretera alejándose zigzagueante; reapareciendo de vez en cuando al doblar una precaria curva de la montaña.

—Podemos bajar al otro lado de la aldea, delante de la meseta, ir dando un rodeo a través del bosque y llegar así a la base. ¿Es posible?

—Sí. Conozco el terreno muy bien. Enseñé… enseñé en la escuela de la aldea y solía llevar a los niños a dar… a dar paseos. Conozco los senderos. —Se estremeció de nuevo.

—Mantente protegida del viento. Pronto entrarás en calor.

El viejo camión avanzaba trabajosamente no mucho más aprisa que si lo hicieran caminando. Pero, de cualquier manera, era

preferible a tener que ir andando. Ross seguía rodeando a Azadeh con el brazo y ella, de vez en cuando, dejaba de temblar. A través de las tablas de la trasera del camión pudo ver un coche que se acercaba a ellos a gran velocidad, con las ruedas chirriantes, seguido de un jeep con pintura verde de camuflaje. El conductor del coche no quitaba la mano de la bocina. No había sitio para que el camión pudiera apartarse de manera que el coche se metió por la dirección contraria de la carretera y siguió veloz adelante. «Así te mates», se dijo furioso por el ruido y la increíble estupidez. Había observado, sin demasiado interés, que iba lleno de hombres armados. Y también el vehículo que le seguía, y todos ellos iban de pie en la parte trasera, aferrados a los montantes metálicos. El portón trasero, abierto y colgando, golpeaba de manera salvaje. Al pasar veloz y estruendoso junto a ellos, pudo ver un cuerpo derrumbado a sus pies. En un principio pensó que era el viejo que le amenazó. No. ¡Era Gueng! Los restos de su uniforme resultaban inconfundibles. Así como el kukri que uno de aquellos hombres se había guardado en el cinturón.

—¿Qué pasa, Johnny?

Ross se encontraba junto a ella sin darse cuenta de su presencia, insensible a cuanto le rodeaba, consciente tan solo de que había fallado al segundo de sus hombres. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¿Qué pasa? ¿Qué ocurre, Johnny?

—Nada. Solo es el viento.

Se secó las lágrimas y luego, arrodillándose, miró hacia delante. La carretera seguía su zigzagueo, desaparecía y aparecía de nuevo. Lo mismo que el coche y la camioneta. Ahora, ya podía distinguir la aldea. Más allá, la carretera ascendía de nuevo y luego se allanaba, tal como Azadeh dijera. El coche y la camioneta atravesaron la aldea a toda marcha. En el bolsillo llevaba sus prismáticos, pequeños aunque muy potentes. Afirmándose contra los vaivenes del camión, enfocó al coche. Al alcanzar el coche la llanura, aceleró aún más, giró luego a la derecha para enfilar por la carretera que conducía a

la base, y finalmente desapareció. Al llegar la camioneta a la encrucijada se detuvo, bloqueando casi toda la carretera por la parte exterior del límite. Media docena de hombres saltaron de ella y se distribuyeron por la carretera, permaneciendo allí, de cara a Tabriz. Luego, la camioneta giró a la derecha y desapareció detrás del coche.

El camión en el que ellos viajaban redujo la velocidad al cambiar el conductor a tercera, con gran estruendo. Precisamente delante había una pendiente corta, muy empinada. Cerca de ella, un sendero y ningún peatón por aquella parte.

—¿Adónde conduce esto, Azadeh?

Ella se arrodilló y miró hacia donde él señalaba.

—A nuestra aldea, Abu Mard —dijo ella—. Va de un lado a otro pero es allí donde termina.

—Prepárate a saltar…, allí delante hay otro control.

En ese mismo momento, Ross se deslizó por el costado, ayudó a bajar a Azadeh y corrieron rápidos a ocultarse. El camión no se detuvo y el conductor tampoco miró en derredor. Pronto se encontró lejos. Ellos, cogidos de la mano, buscaron presurosos el cobijo de los árboles.

XL

EN ZAGROS TRES: 4.05 DE LA TARDE. Lochart se encontraba apoyado contra la carlinga del «212» a la espera de despegar de nuevo con destino a Rig Rosa con otro cargamento de tuberías. El cielo estaba absolutamente despejado, las montañas aparecían tan nítidas y perfiladas que tenía la impresión de que si alargaba la mano, podría tocarlas. Miró a Rodrigues, su mecánico, quien, arrodillado sobre la nieve, examinaba un panel de inspección en la panza.

—Hace una tarde para esquiar o deslizarse en tobogán, Rod, no para trabajar.

—Hace una tarde para largarse de aquí rápidamente, Tom.

—Tal vez no tengamos que hacerlo —dijo Lochart. Desde el domingo en que se enfrentara con el Khan Nitchak no había vuelto a saber de él ni de nadie de la aldea—. Puede ser que el comité cambie de idea o que Mac consiga que cancelen la orden. Es estúpido que nos expulsen cuando necesitan todo el petróleo que puedan extraer y el nuevo pozo de Rosa es un verdadero regalo del cielo… Jesper Almqvist aseguró que calculaba que se podría bombear dieciocho mil barriles diarios cuando estuviera en pleno funcionamiento. Eso representa casi trescientos sesenta mil dólares diarios, Rod.

—A los mulás les importa un bledo el petróleo o cualquiera otra cosa que no sea Alá, el Corán o el Paraíso. Eso lo has repetido un millón de veces —dijo Rodrigues mientras limpiaba una mancha de petróleo—. Debimos habernos ido todos con Jesper a Shiraz, y luego haber salido del país definitivamente. No nos quieren aquí. A Nasiri

le volaron la cabeza, ¿no? ¿Y por qué? Era un buen tipo, jamás hizo daño a nadie. Nos han dicho que nos vayamos, ¿a qué diablos estamos esperando?

—A lo mejor el comité ha cambiado de parecer. Once yacimientos dependen de nuestro servicio.

—Los yacimientos funcionan en los mínimos, todo el personal está nervioso por salir con mil diablos de aquí y, de cualquier manera, hace semanas que no ha habido reemplazos. —Rodrigues se puso en pie, se sacudió la nieve de las rodillas y empezó a quitarse la gasolina de las manos—. Es estúpido permanecer donde no te quieren. El joven Scot actúa de manera muy extraña… y, pensándolo bien, también tú.

—Bobadas —dijo Lochart. No había hablado con nadie sobre lo que Scot le contara de lo sucedido realmente en la plaza de la aldea. Se sintió inquieto de nuevo, por Scot, por la base, por Sharazad, por «HBC» y siempre por Sharazad de nuevo.

—Nada de bobadas —estaba diciendo Rodrigues—. Tú has estado terriblemente nervioso desde que regresaste de Teherán. Quieres quedarte en Irán, de acuerdo, Tom, eso es diferente, estás casado en Irán. Pero yo quiero irme.

Lochart, reacio, apartó su pensamiento de Sharazad. Vio el temor reflejado en la cara de su amigo.

—¿Cuál es el problema, Rod?

El corpulento Rodrigues se apretó el cinturón sobre la ya incipiente «curva de la felicidad» y volvió a cerrarse la parka.

—Estoy condenadamente inquieto con mis documentos de identidad falsos, Tom. Mierda, tan pronto como abra la boca, sabrán que no soy británico. Todos mis permisos están caducados. Algunos de los otros muchachos se encuentran en mi misma situación, solo que yo soy el único americano que hay aquí. Di una charla en la escuela sobre los Estados Unidos, y los malditos mulás y Jomeini dicen que soy Satanás…, ¡yo, católico a machamartillo! Te aseguro que me paso las noches en vela.

—¿Por qué no dijiste eso antes? No es necesario que te quedes, Rod. Está previsto que el «212» salga mañana. ¿Qué te parece si te vas con Scot? Una vez en Al Shargaz, puedes pedir el traslado a Nigeria, Kenia o adonde diablos te parezca.

Rodrigues permaneció callado por un instante; su gesto era sombrío.

—Me gustaría hacerlo así, Tom. Desde luego, si puedes autorizarlo, me quitarás un gran peso de encima.

—Dalo por hecho. Hemos de enviar a un mecánico, ¿por qué no tú? Tienes la antigüedad necesaria.

—Gracias, sí, gracias, Tom —dijo Rodrigues con el rostro resplandeciente—. No me queda más que tensar el pedal y estará como nuevo.

Abajo, en el helipuerto de carga, Lochart vio que el cargamento de tuberías estaba ya preparado. Dos trabajadores iraníes se encontraban esperando para enganchar el garfio en la anilla del perno. Se dispuso a entrar en la carlinga, pero se detuvo al ver a dos hombres que subían rápidamente por el sendero de la aldea, a cien metros de distancia. Se trataba del Khan Nitchak y de otro hombre enarbolando una carabina. Incluso desde aquella distancia, era fácil distinguir el brazalete verde.

Lochart anduvo hacia ellos, preparando su mente para pensar y hablar en farsi.

—Salaam, Kalandar, Salaam, Agha —dijo dirigiéndose al otro hombre, también barbudo pero mucho más joven.

—Salaam —repuso Nitchak—. Se os ha concedido hasta la quinta puesta de sol.

Lochart trató de disimular su sobresalto. Era martes, de manera que el quinto día sería el domingo.

—Pero Excelencia, el…

—Hasta la quinta puesta de sol —repitió el Green Band sin el menor miramiento—. No podéis trabajar ni volar en el Día Santo, así que más os vale dedicaros a dar gracias a Dios y si al llegar la quinta

puesta de sol a partir de esta noche no se han ido todos los extranjeros con sus aparatos, se abrirá fuego contra la base.

Lochart se limitó a mirarle. Detrás del hombre estaba la cocina y vio salir a Jean-Luc de allí y dirigirse hacia ellos.

—En cuatro días laborables será muy difícil, Agha y no cre…

—Insha'Allah.

—Si nos vamos, el trabajo quedará paralizado en todos los yacimientos. Solo nosotros podemos llevarles suministros a sus hombres. Eso perjudicará a Irán y no cr…

—El Islam no *necesita* petróleo. Los extranjeros *necesitan* petróleo. Cinco puestas de sol. La responsabilidad será toda suya si se quedan.

El Khan Nitchak miró al Green Band de soslayo.

—Quiero ir con este hombre a ver al kalandar de los extranjeros italianos, Agha —dijo luego a Lochart—. Quisiera ir ahora, por favor.

—Será un honor para mí, kalandar —repuso Lochart al tiempo que pensaba, «Mimmo Sera ha estado en las montañas durante años, él sabrá qué hacer»—. Tengo un cargamento de tuberías para entregar en Rig Rosa. Podremos partir de inmediato.

—¿Tuberías? —dijo con tono grosero el joven—. No se necesitan tuberías. Vamos directamente. Nada de tuberías.

—«IranOil» ha dicho que llevemos tuberías, y las tuberías irán. El Ayatolá Jomeini ordenó que se normalizara toda la producción de petróleo…, ¿por qué le desobedece el comité?

El joven miró malhumorado al Khan.

—Es la Voluntad de Dios. El Ayatolá es el Ayatolá, los comités le obedecen solo a él —dijo el Khan sin inmutarse—. Pongámonos en marcha Agha.

Lochart apartó la mirada del joven.

—Muy bien. Partiremos ahora mismo.

—Salaam, kalandar —dijo Jean-Luc reuniéndose con ellos—. ¿Qué han contestado, Tom? —preguntó en inglés.

—El domingo a la puesta del sol. Para entonces tenemos que habernos ido. Y el viernes no podemos volar.

Jean-Luc contuvo una palabrota.

—¿Ninguna posibilidad de negociación?

—Ninguna. A menos que quieras discutir con ese tipo.

El joven de la pistola devolvió con insolencia la mirada a Jean-Luc.

—Dile a ese hijo de perra que apesta.

Lochart ya había percibido un leve olor a ajo.

—Dice que tus guisos huelen formidablemente, Jean-Luc. Escucha, quieren ir a ver a Mimmo Sera. Estaré de vuelta tan pronto como me sea posible, y entonces decidiremos qué hacer. Ya podemos irnos, kalandar —dijo en farsi al tiempo que abría la portezuela de la cabina.

—Mirad —dijo de repente Rodrigues señalando hacia el Norte, a las alturas de las montañas. Vieron ascender humo al cielo—. ¿No es Maria?

—Puede ser Bellissima —dijo Jean-Luc.

El Khan Nitchak escudriñaba la lejanía.

—Eso está cerca de donde vamos ahora, ¿verdad?

El viejo pareció preocupado.

—Tal vez fuera preferible que llevara las tuberías en su próximo vuelo, piloto. Hace días que sabemos que por las colinas se están infiltrando izquierdistas para hacer sabotaje y provocar disturbios. Anoche, a uno de mis pastores lo degollaron y le arrancaron los genitales… He enviado hombres a la captura de los asesinos.

Subió a la cabina con expresión inexorable seguido del Green Band.

—Saca el «206», Rod —dijo Lochart—. Permanece atento a la HF, Jean-Luc. Me comunicaré contigo.

—*Oui, pas problème*. —Jean-Luc volvió a mirar en dirección al humo.

Lochart dejó en la base el cargamento de tuberías y enfiló rápidamente hacia el Norte. En efecto, había un incendio en Bellissima. Desde lejos podían verse llamas de diez metros que salían de uno de los remolques que, seco como la yesca por la falta

de humedad ambiental, había ardido prácticamente en su totalidad. A un lado, cerca de las instalaciones de perforación, había otro incendio. Y en las proximidades del cobertizo de la dinamita, yacía un cuerpo sobre la nieve. Arriba, dominando la base, la cima nevada de la montaña, remodelada por la explosión de Pietro y la subsiguiente avalancha, parecía benévola. Abajo, el barranco descendía hasta dos mil quinientos metros.

Al acercarse más pudo ver a una media docena de personas que bajaban corriendo por el sendero zigzagueante que conducía al valle…, todas ellas iban armadas. Sin dudarlo un instante, descendió y fue tras ellos. Los alcanzó rápidamente. Ya los tenía exactamente delante de él…, y maldijo para sus adentros por no volar en un caza, los habría barrido a todos sin compasión. Seis hombres barbudos con indumentaria tribal indefinida. De repente, vio que un hombre se detenía y en seguida el centelleo familiar en la boca del arma. Se alejó de inmediato iniciando una acción evasiva y al retornar de nuevo a mayor altura y más seguro, aquella gente había desaparecido.

Volvió la cabeza, mirando hacia la cabina. El Khan Nitchak y el Green Band miraban hacia abajo por las ventanillas laterales, con las narices aplastadas contra los cristales. Les gritó algo pero no consiguió hacerse oír, así que golpeó contra el tabique de cristal que les separaba e hizo señas al Khan Nitchak. El anciano se inclinó hacia delante al tiempo que se sujetaba, incómodo al tener que volar.

—¿Los ha visto? —le gritó.

—Sí…, sí —gritó a su vez el Khan Nitchak—. No son montañeses…, son los terroristas.

Lochart concentró de nuevo su atención en los mandos.

—¿Me oyes, Jean-Luc?

—Perfectamente, Tom. Adelante.

Le dijo lo que había visto y que permaneciera a la escucha. Luego se concentró en el aterrizaje, en la inmensidad del barranco, como era habitual, solo que aquel día había corrientes altas y un

viento áspero. Era la primera vez que volvía a Bellissima desde que regresara de Teherán. Con la muerte de Guineppa, Bellissima había alcanzado los mínimos de producción con un solo turno.

Al tomar tierra, vio a Pietro que por su antigüedad ocupaba el puesto de Guineppa, apartarse del fuego junto a las instalaciones y dirigirse presuroso hacia ellos.

—Necesitamos ayuda, Tom —gritó a través de la ventanilla del piloto, casi a punto de llorar—. Gianni ha muerto y hay un par de heridos en el incendio…

—Muy bien, no te preocupes. —Lochart procedió a parar los motores—. En la cabina viene Nitchak con un Green Band. No te pongas nervioso, ¿de acuerdo?

El hombre de más edad asintió.

—¿Qué diablos ha pasado aquí, Pietro? —preguntó, manipulando las clavijas.

—No lo sé…, te aseguro que no lo sé, *amico*. —Pietro metió prácticamente la cabeza por la ventanilla de la carlinga—. Estábamos almorzando cuando esa *stronzo* botella de gasolina y un trapo ardiendo entraron por la *stronzo* ventana y, de pronto, todo empezó a arder. —Se volvió a mirar hacia allí al tiempo que las llamas alcanzaban un barril medio lleno de petróleo y ascendían como lenguas gigantescas hacia el cielo, escupiendo un humo denso y negro. Los cuatro hombres que luchaban contra el fuego retrocedieron—. *Sí*, el comedor pronto se vio envuelto en llamas y cuando nos precipitamos afuera, ahí estaban esos hombres, *banditos*… Mamma mia empezaron a disparar de modo que todos corrimos para protegernos. Luego, Gianni les vio iniciar un fuego en la sala del generador, cerca de donde está la dinamita…, y corrió para advertirles, pero uno de ellos disparó contra él. Mamma mia, no tenía por qué haberle disparado. *Bastardi, stronzi bastardi*…

Lochart y los demás bajaron del aeroplano rápidamente. El único ruido que se oía era el del viento, el crepitar de las llamas y el de la única bomba contra incendios en funcionamiento. Pietro había parado todos los generadores y bombas y había procedido a una

operación de emergencia en toda la instalación. El techo del remolque se derrumbó lanzando chispas y ascuas por doquier, algunas de ellas sobre los techos cercanos, pero que al estar cubiertos de nieve no ofrecieron peligro alguno. Seguían sin poder dominar el incendio cerca del pozo, alimentado por residuos y vapores de petróleo, altamente peligrosos. Los hombres lo rociaban con espuma pero las llamas seguían avanzando hacia el cobertizo de la dinamita, lamiendo una pared de hierro ondulado.

—¿Cuánto hay ahí, Pietro?

—Demasiado…, eso es lo que hay.

—Entonces, saquémoslo.

—Mamma mia… —Pietro siguió a Lochart, protegiéndose las caras con las manos contra las llamas.

Abrieron la puerta de una feroz patada…, no había tiempo para buscar la llave. La dinamita estaba cuidadosamente colocada en cajas. Una docena de ellas. Lochart cogió una y salió, sintiendo el impacto del calor. Uno de los hombres le cogió la caja y corrió a ponerla en lugar seguro mientras Lochart volvía a por otra.

Junto al helicóptero, Nitchak y el Green Band se resguardaban del viento, lejos del peligro.

—Es Voluntad de Dios.

—Es Voluntad de Dios —repitió como un eco el Green Band—. ¿Qué hacemos ahora?

—Hay que tener en cuenta a los terroristas. Y al hombre muerto.

El joven dirigió la mirada hacia el cuerpo caído sobre la nieve, semejante a un muñeco roto.

—Si no hubiera venido a nuestras colinas, no estaría muerto. Es culpa suya el que esté muerto…, y de nadie más.

—Una gran verdad.

El Khan Nitchak observaba el incendio y a los hombres luchando contra él. Para cuando Lochart y Pietro hubieron vaciado el cobertizo de la dinamita, el incendio estaba ya controlado.

Lochart se apoyó contra la pared de un remolque para recuperar el aliento.

—Solo disponemos de tiempo hasta la puesta de sol del domingo, Pietro. Para entonces, tendremos que haber salido de aquí o atenernos a las consecuencias.

La expresión de Pietro se hizo hermética. Miró al Green Band y al Khan Nitchak que se encontraban junto al helicóptero.

—¡Cinco días! Eso me evita tomar una decisión, Tom. Evacuaremos e iremos a Shiraz… vía Rig Rosa o directos. —Pietro hizo un ademán con el puño cerrado, en dirección al incendio, y con la otra mano sobre el bíceps—. Por el momento, Bellissima está hundida. Necesitaré a Almqvist para taponar los pozos. Mamma mia, hay que transportar un montón de hombres. ¡Qué desperdicio! Me alegro de que el viejo Guineppa no esté aquí para vivir este terrible día. Lo mejor es que vaya a ver a Mimmo.

—En seguida, junto con los heridos. ¿Y Gianni?

Pietro miró el cuerpo.

—Lo dejaremos aquí hasta el final. Pobre amigo mío —dijo con inmensa tristeza—. No se descompondrá.

EN RIG ROSA: Mimmo Sera se encontraba frente al Khan Nitchak y el Green Band en la sala de oficiales, junto con Lochart, Pietro y otros tres mecánicos con antigüedad. Durante media hora, Mimmo, que hablaba bien el farsi, había estado intentando convencer al Green Band del comité para que ampliara el plazo o, de no ser así, permitir que un número de hombres indispensables se quedara mientras él y Lochart le acompañaban a Shiraz a entrevistarse con el jefe de «IranOil».

—¡En el nombre de Dios, basta!

—Pero, Excelencia, sin helicópteros, tendremos que cerrar el campo totalmente y empezar la evacuación de inmediato. Teniendo en cuenta, Excelencia, que el Ayatolá, Dios le bendiga, como también su Primer Ministro Bazargan, quieren que la producción de petróleo vuelva a la normalidad, deberíamos consultar con «IranOil» en Sh…

—¡Basta, Kalandar! —dijo el Green Band dirigiéndose al Khan Nitchak—. Si estos cerebros de mosquito desobedecen, serás tú quien responda. ¡Estarás acabado, y también Yazdeh y toda tu gente! Si llegada la quinta puesta de sol queda un solo extranjero o una máquina voladora y no habéis prendido fuego a la base, lo haremos nosotros. Luego, haremos arder la aldea por tierra o por aire. Tú —ordenó hosco el Green Band a Lochart— pon en marcha el avión. Regresamos. ¡Ahora mismo!

Salió precipitadamente.

Le vieron alejarse, desolados. Lochart sintió lástima de todos aquellos que habían descubierto petróleo y puesto en marcha los yacimientos, consagrando a ellos tanta energía, talento, dinero y corriendo grandes riesgos. «Escandaloso —se dijo—, pero no tenemos opción. Nada se puede hacer. Evacuaremos. Cancelaré el permiso de Scot y utilizaremos todos los aparatos para llevar a cabo la labor. Trabajaremos como demonios durante cinco días y me olvidaré de Teherán, de Sharazad y de que hoy es precisamente el día de la "Marcha de Protesta" a la que se le ha prohibido asistir».

—Sin tu benevolencia, y ayuda, Kalandar, hemos de irnos —dijo.

El Khan Nitchak vio que todos los ojos se volvían hacia él.

—Tengo que elegir entre la base y mi aldea —repuso con gravedad—. No hay elección. Intentaré encontrar a los terroristas y los llevaré ante la justicia. Entretanto, lo mejor que podéis hacer es no correr riesgos. Esas colinas están llenas de escondrijos.

Se levantó con una gran dignidad y anduvo hacia la puerta, completamente seguro de que ahora ya no tendría que incendiar la base aun cuando si fuese la Voluntad de Dios sabía que lo haría sin un instante de vacilación, tanto si estuviese ocupada como vacía.

Se permitió esbozar el atisbo de una sonrisa. Su plan había sido un absoluto éxito. Todos los extranjeros habían quedado convencidos de que Hassan, el Cabrero, era un auténtico Green Band. Su simulación de la arrogancia y el genio había sido algo digno de ver. También los extranjeros se habían tragado la fábula que urdiera de que los terroristas habían asesinado a un pastor, y él

había percibido perfectamente el temor que los embargaba; y también que esos mismos terroristas eran los que habían medio desmantelado el yacimiento de petróleo, el que resultaba más difícil de alcanzar de los once y que, durante las horas oscuras de esa noche esos mismos «terroristas» incendiaron parte de Rig Rosa, desapareciendo luego como por encanto…, es decir, reintegrándose a la vida habitual en la aldea de la que procedían. Y había pensado que al día siguiente, con el alba, el terror habría producido sus frutos y todos los extranjeros estarían forcejeando entre sí por irse. Su evacuación era segura y la paz volvería a imperar en Yazdek.

«Unos verdaderos locos por querer practicar juegos donde solo nosotros conocemos las reglas. Pero todavía está sin resolver el problema del joven piloto. ¿Fue o no testigo? Los ancianos han aconsejado un "accidente" para solventar las dudas. Ayer hubiera sido la ocasión perfecta cuando el joven salió solo a cazar. Hubiera sido tan fácil que tropezara y cayera sobre su arma… Sí, pero mi mujer me desaconsejó un "accidente"».

—¿Por qué?

—Porque la escuela era algo maravilloso —había dicho ella—. ¿Acaso no fue la primera que jamás hayamos tenido? Sin los pilotos, nunca hubiera existido. Pero ahora nosotros ya *sabemos* cómo y podemos construir fácilmente una propia; porque los pilotos han sido buenos con nosotros, sin ellos jamás hubiéramos sabido lo que ahora sabemos y tampoco tendríamos una aldea tan rica; y porque creo que ese joven ha dicho la verdad. Yo te aconsejaría que le dejaras ir. No olvides lo que ese joven nos hizo reír con sus historias fantásticas sobre ese lugar llamado Kong, en la tierra llamada China, donde hay mil veces de mil veces de mil veces miles de personas, donde todos tienen el pelo negro, todos tienen los ojos negros y todos comen con trozos de madera.

Recordó cuánto había reído con ella. ¿Cómo era posible que hubiera tanta gente en una tierra, todos iguales?

—A pesar de todo, aún existe el peligro de que esté mintiendo.

—Entonces, ponle a prueba —le había dicho ella—. Todavía tenemos tiempo.

«Sí —se dijo—, quedan cuatro días para descubrir la verdad…, cinco incluyendo el Día Santo».

XLI

TEHERÁN: 5.16 DE LA TARDE. La «Marcha de las Mujeres» había terminado.

Comenzaron aquella mañana con el mismo ambiente de expectación que reinara desde hacía dos días en Teherán…, cuando, de manera increíble, por primera vez en la historia, iban a tomar las calles a modo de protesta, para hacer patente su solidaridad contra cualquier usurpación de sus bien ganados derechos por parte de los nuevos gobernantes e incluso del propio Imán.

La indumentaria propia de la mujer es el hiyab *con el que debe cubrirse el cabello, los brazos y las piernas y el* zinast *para sus partes tentadoras*.

—¡Yo quise llevar el chador como protesta contra el Sha, Meshang! —le había gritado, irritada, Zarah, su mujer—. ¡Lo quise yo! ¡Y jamas llevaré un velo, un chador o un chal contra mí voluntad! ¡Jamás, jamás, jamás…! *La coeducación introducida hace unos años por el satánico Sha dejará de practicarse porque, en realidad, ha convertido a muchas de nuestras escuelas en casas de prostitución*.

—¡Mentiras, todo mentiras! ¡Es ridículo! —había dicho Sharazad a Lochart—. La verdad ha de proclamarse a gritos desde todas partes. No es el Imán quien dice esas cosas, son los fanáticos que lo rodean.

—*Queda derogada la odiosa Ley de Protección del Matrimonio promulgada por el satánico Sha*.

—Se trata, con toda seguridad, de una equivocación —había alegado cautelosa la mujer del mulá—. El Imán no puede haber dicho eso, porque esa ley nos protege contra el repudio del marido,

contra la poligamia, nos concede el derecho al divorcio, nos da el voto y protege la propiedad de la mujer…

—En nuestra nación islámica, todo el mundo se regirá únicamente por el Corán y el Sharia, la mujer no deberá trabajar, tendrá que retornar al hogar, quedarse en el hogar para cumplir con la ley bendita de Dios de traer hijos al mundo y criarlos y cuidar de sus dueños.

—Por el Profeta, Erikki —había dicho Azadeh—, por grandes que sean mis deseos de tener hijos tuyos y ser para ti la mejor de las esposas, juro que jamás podré quedarme indiferente viendo cómo mis hermanas menos afortunadas se ven obligadas a volver a las épocas oscurantistas, sin libertad y sin derechos. Son los fanáticos, los intolerantes y no Jomeini quienes tratan de hacer esto. Participaré en las marchas dondequiera que esté…

En todo Teherán, las mujeres habían organizado marchas simpatizantes, en Qom, Isfahán, Meshed, Abadán, Tabriz, incluso en ciudades como Kowiss…, pero jamás en las aldeas. Por todo Irán había habido discusiones y disputas entre la mayoría de los padres con sus hijas, los maridos con sus mujeres, los hermanos con las hermanas, las mismas luchas, súplicas, juramentos, exigencias, promesas, peticiones, prohibiciones y, ¡Dios nos proteja!, incluso rebeliones…, francas o disimuladas. Y en todo Irán prevalecía la misma resolución secreta de las mujeres.

—Me alegro de que mi Tommy no esté aquí, así todo resultará mucho más fácil —había dicho Sharazad aquella mañana a su imagen reflejada en el espejo—. Estoy contenta de que se encuentre ausente porque dijera lo que dijese, le iba a desobedecer igualmente. —El comienzo de la marcha estaba fijado para el mediodía.

Sintió un estremecimiento de excitación, agradable y penoso a un tiempo.

Estaba comprobando su maquillaje en el espejo por última vez asegurándose de que el hematoma de su ojo izquierdo quedaba bien disimulado con los polvos. Ahora, apenas se notaba. Se sonrió a sí

misma, satisfecha con lo que veía. Llevaba el cabello ondulado y suelto y vestía un suéter verde, muy cálido, con una falda verde y medias de seda debajo de unas botas rusas de cabritilla en crudo. Y para salir había decidido ponerse un abrigo haciendo juego, forrado de piel y un sombrero. «¿Acaso no es el verde el color del Islam?», se dijo feliz, olvidados todos sus dolores.

Detrás de ella, la cama desbordaba de atuendos de esquí y otros trajes que en un principio había considerado si se pondría y que luego descartó. «Después de todo, las mujeres jamás hemos protestado antes como grupo así que, a buen seguro, debemos procurar tener la mejor presencia posible. Qué lástima que no estemos en primavera. Podría llevar mi vestido de seda ligera amarilla con el sombrero amarillo y…». Se sintió embargada por una tristeza inmensa. El vestido amarillo era un regalo que su padre le había hecho por su cumpleaños el año anterior junto con una preciosa gargantilla de perlas. «¡Pobre padre querido! —pensó, sintiendo que su furia crecía—. ¡Dios maldiga a los hombres que lo asesinaron! ¡Que Dios los arroje para siempre al abismo! Que Dios proteja a Meshang y a toda la familia y a mi Tommy y no permita que los fanáticos nos priven de nuestras libertades».

Los ojos se le habían llenado de lágrimas que se limpió bruscamente. «Insha'Allah —se dijo—. Padre está en el Paraíso al que pertenecen los Creyentes y no hay motivo para lamentarse. No. Solo desearía que se hiciera justicia a los horribles asesinos. ¡Asesinato! El tío Valik, "HBC", Annoush y los niños. ¡"HBC"! ¡Cómo aborrezco esas siglas! ¿Qué habrá sido de Karim?». Desde el domingo no había vuelto a saber nada de él. Ignoraba si lo habían denunciado, si había muerto o estaba libre, como tampoco nada más sobre el télex… Solo le quedaba el recurso de rezar.

Y así lo hizo. Una vez más. Descargó todos aquellos problemas de su mente sobre los hombros de Dios y se sintió purificada. Mientras se ponía su pequeño sombrero forrado de piel se abrió la puerta y Jari entró presurosa, luciendo sus mejores galas.

—Ya es hora, Princesa. Su Alteza Zarah acaba de llegar… ¡Pero qué preciosa está!

Excitada en grado sumo, Sharazad cogió su abrigo y corrió por el pasillo y escaleras abajo, revoloteándole la falda, para reunirse con Zarah que la esperaba en el vestíbulo.

—Estás guapísima, Zarah, cariño —dijo abrazándola—. Llegué a pensar que Meshang te hubiera detenido en el último minuto.

—No tuvo la menor oportunidad —repuso Zarah riendo. Llevaba ladeado en la coronilla un gracioso sombrero de piel—. Empecé a darle la lata ayer en el desayuno, y seguí durante todo el día y toda la noche, e incluso esta misma mañana, hablándole del nuevo abrigo de marta, absolutamente precioso, que es indispensable que yo tenga o moriré de vergüenza delante de mis amigos. Así que salió corriendo para el bazar para escapar de mí y olvidó todo lo referente a la marcha. Vamos. No debemos llegar tarde. Tengo un taxi esperando. Ha dejado de nevar, el día promete ser hermoso, a pesar de que haga frío.

Ya había otras tres mujeres en el taxi, amigas y primas, dos de ellas vestían, orgullosas, jeans, tacones altos y chaquetas de esquí. Llevaban el cabello suelto y una se tocaba con un gorro de esquiar. Todas estaban tremendamente excitadas, como si fueran a una de las excursiones con barbacoa de los viejos tiempos. Ninguna se dio cuenta del murmullo desaprobador del taxista, ni se preocuparon de él.

—A la Universidad —le ordenó Zarah, y todas empezaron a parlotear como otros tantos pájaros.

Cuando se encontraban todavía a dos calles de distancia de la puerta de la Universidad donde debía formarse la marcha, el taxi hubo de detenerse ante la ingente muchedumbre que allí había.

Todo el mundo esperaba que solo hubiera unas quinientas mujeres, pero había miles, y seguían llegando de forma incesante, a cada minuto, desde todos los puntos cardinales. Jóvenes y viejas, de elevada cuna y de nacimiento humilde, cultas y analfabetas, campesinas y patricias, ricas y pobres… con jeans, faldas,

pantalones, botas, zapatos, harapos, pieles, y todas ellas igualmente enfervorizadas, incluso aquellas que habían acudido vistiendo chador. Algunas de las que más sentían la militancia estaban ya lanzando arengas y algunas gritaban consignas:

—No queremos chador por la fuerza…

—Unidad, lucha, victoria…

—Mujeres unidas. Nos negamos a que nos obliguen a llevar *purdah* o chador.

—Estuve en Doshan Tappeh contra los Inmortales… No luchamos y sufrimos para vernos sometidas por el despotismo…

—Fuera el despotismo, cualquiera que sea su nombre…

—Síííí. ¡Hurra por las mujeres! —gritó Sharazad—. ¡Abajo con la imposición del chador, los velos y los chales!

Al igual que las otras, estaba sobreexcitada. Zarah pagó al hombre y le dio una espléndida propina; luego, se volvió gozosa cogiendo el brazo a Sharazad y a Jari.

Ninguna de ellas oyó al taxista gritarles mientras se alejaba.

—Todas vosotras sois unas putas.

La multitud se agitaba constantemente sin saber en realidad qué hacer. La mayoría de ellas estaban abrumadas ante el inmenso número y variedad de las mujeres, de las indumentarias y las edades. Incluso algunos hombres se les habían incorporado entusiasmados.

—Estamos protestando, Zarah. Nos encontramos aquí en realidad, ¿no?

—¡Sí, sí, Sharazad! ¡Y somos tantas…!

Algunos grupos de hombres, estudiantes y maestros, a favor y en contra, junto con unos pocos mulás, todos en contra, escuchaban a una mujer elegantemente vestida, Namjeh Lengehi, bien conocida abogado, activista y defensora de los derechos de la mujer, que gritaba para hacerse oír entre todo aquel ruido.

—Algunos mulás dicen que nosotras, las mujeres, no podemos ser jueces, no deberíamos tener una educación y tendríamos que llevar chador. Durante tres generaciones hemos ido sin velo, durante

tres generaciones hemos tenido derecho a la educación, y desde hace una generación tenemos derecho a votar. ¡Dios es Grande…!

—¡Dios es Grande! —repitieron como un eco miles de voces.

—Algunas de nosotras somos más afortunadas que otras, algunas más cultas que otras, algunas más cultas incluso que algunos hombres. Algunas de esas conocen las leyes modernas, incluso la ley coránica mejor que muchos hombres… ¿Por qué esas mujeres no pueden ser jueces? ¿Por qué?

—¡No hay motivo! ¡Esas mujeres deben ser jueces! —gritó Zarah junto a un centenar de voces más, ahogando los gritos de los mulás y sus partidarios.

—¡Sacrilegio! —clamaban ellos.

Cuando al fin pudo hacerse oír de nuevo, Namjeh Lengehi prosiguió:

—Nosotras apoyamos al Ayatolá con todo nuestro corazón… —la interrumpieron nuevos vítores, un inmenso y sincero derroche de afecto—. Le bendecimos por lo que hizo y luchamos lo mejor que pudimos, codo a codo, con los hombres, compartimos sus sufrimientos y las cárceles y ayudamos a ganar la revolución y a arrojar al déspota, y ahora somos libres, Irán está libre de su yugo y del yugo extranjero, pera eso no le da derecho a nadie, ni a los mulás, ni siquiera al Ayatolá a dar marcha atrás a las manecillas del reloj…

—¡No, no, no! —fue como un inmenso y cerrado grito—. ¡Voto para la mujer! ¡Abajo el despotismo bajo cualquier forma! ¡Lengehi para el Tribunal! ¡Lengehi para ministra de Educación!

—¡Esto es maravilloso, Zarah! —dijo Sharazad—. ¿Has votado alguna vez?

—No, querida, claro que no. Pero eso no significa que no quiera tener el derecho a hacerlo si así lo deseara. Le he dicho un centenar de veces a Meshang que, desde luego, llegado el caso, le consultaría a él a quién debería votar. Pero aún sigo queriendo depositar yo misma mi voto si esa fuera mi decisión.

—¡Tienes razón! —Sharazad se volvió y gritó—: ¡Arriba la Revolución! ¡Dios es Grande! ¡Dios es Grande! ¡Lengehi para el Tribunal Supremo! ¡Mujeres para jueces! Insistimos en nuestros derechos…

Teymour, el iraní entrenado por la OLP que confiscara el apartamento de Sharazad, y que había sido enviado para informarse sobre la marcha e identificar a los militantes, la reconoció por las fotografías que le habían enseñado. Su furia subió de grado.

—¡Las mujeres han de obedecer la ley de Dios! —vociferó—. ¡Nada de mujeres para jueces! ¡Las mujeres han de hacer el trabajo de Dios!

Pero su voz quedó ahogada por miles de otras voces y nadie le prestó la menor atención.

Nadie supo cómo empezó la marcha, solo que empezó a moverse y pronto invadió las avenidas, de acera a acera, deteniendo toda circulación, avanzando felizmente, con fuerza irresistible. Quienes se encontraban en las tiendas, en las ventanas o en las terrazas, contemplaban aquel avance con la boca abierta.

La mayoría de los hombres estaban escandalizados.

—Mira a esa, la puta joven del abrigo verde que lleva la falda abierta dejando ver su raja. ¡Mira, mira allí! Que Dios la maldiga por tentarme…

—Pues mira a esa otra con los pantalones ceñidos como si fuera otra piel.

—¿Dónde? Ah, ya la veo, la de los pantalones azules. ¡Dios nos proteja! ¡Se le ve hasta la última arruga de su *zinaat*! ¡Está invitando a ello! ¡Como la que va cogida de su brazo con… el abrigo verde! ¡Meretriz! Eh, tú, puta, lo que quieres es un buena polla…, eso es todo lo que tú quieres…

Los hombres miraban y hervían. La lujuria acompañaba a la marcha. Las mujeres miraban y cavilaban. Cada vez era mayor el número de las que abandonaban sus compras o sus tiendas y se unían a sus hermanas, tías, madres, abuelas, despojándose sin temor de los chales que llevaban sobre sus cabezas, de sus velos y

de su chador. ¿Acaso no era aquella la capital, no eran ellas teheraníes, la élite de Irán? ¿No habían dejado de ser aldeanas? Aquí era diferente, no como en la aldea, donde ninguna jamás se atrevió a gritar consignas ni a quitarse velos, chales o chadors.

—Unidad de mujeres. ¡Dios es Grande, Dios es Grande, Dios es Grande! Victoria, unidad, lucha. ¡Igualdad para las mujeres! ¡El voto! No al despotismo, a ningún despotismo…

Delante de la marcha, detrás de ella, en derredor suyo, en las calles principales y en las bocacalles empezaron a formarse grupos de hombres. Unos a favor y otros en contra. Las discusiones fueron volviéndose cada vez más violentas… La ley coránica exigía que los musulmanes hicieran frente a cualquier intento contra el Islam. Se iniciaron algunas refriegas. Un hombre sacó un cuchillo y murió con el cuchillo de otro clavado en la espalda. Algunas armas y heridas. Muchos enfrentamientos. Disturbios dispersos entre liberales y fundamentalistas, entre izquierdistas y Green Bands. Algunas cabezas rotas. Otro hombre muerto, y aquí y allá niños atrapados en medio del fuego cruzado, algunos muertos, otros protegiéndose detrás de los coches aparcados.

Ibrahim Kyabi, el estudiante líder tudeh que escapara a la emboscada la noche en que cogieron a Rakoczy, corrió a la calle y cogió a una de las petrificadas criaturas mientras sus amigos le cubrían disparando. Buscó la protección de una esquina.

—Seguidme —gritó a sus amigos una vez se hubo asegurado de que la chiquilla estaba ilesa, y consciente de que allí los superaban en número. Echó a correr.

Eran cinco los que le siguieron por bocacalles y callejones. Pronto estuvieron a salvo y se dirigieron hacia la Roosevelt Avenue. Se había ordenado a los tudehs que evitaran enfrentamientos directos con los Green Bands, que desfilaran con las mujeres, que se infiltraran en sus filas e hicieran proselitismo. Estaba contento de volver a la actividad después del tiempo que había pasado escondido.

Media hora después de que Rakoczy fuera capturado, Ibrahim había informado de la traición a su controlador en el cuartel general tudeh. Aquel hombre le había ordenado que no regresara a su casa, se afeitara la barba y no se dejase ver, debiendo mantenerse oculto en una casa segura, cerca de la Universidad.

—No hagas nada hasta el martes que es el día de la «Marcha de las Mujeres». Incorpórate a ella con tu cédula, tal como estaba planeado. Luego, al día siguiente, ve a Kowiss. Allí estarás a salvo durante algún tiempo.

—¿Y qué pasará con Dimitri Yazernov? —Era el nombre por el que él conocía a Rakoczy.

—No te preocupes, le liberaremos de ese canalla. Vuelve a describirme el aspecto de aquellos hombres.

Ibrahim le contó lo poco que recordaba de los Green Bands y de la emboscada.

—¿Cuántos vendrán conmigo a Kowiss? —preguntó finalmente.

—Tú y otros dos seréis más que suficientes para una escoria de mulá.

«Sí —se dijo una vez más—, pero yo no necesito a nadie… Mi padre será vengado pronto». Apretó con fuerza el «M16» que fuera robado una semana antes en una armería de Doshan Tappeh.

—¡Libertad! —gritó y enfiló por la Roosevelt para incorporarse a las primeras filas de la protesta, mientras sus amigos se dispersaban. Unos cien metros atrás un camión descubierto, lleno de jóvenes, circulaba lentamente, rodeado por miles de personas que saludaban y gritaban palabras de aliento. Todos eran pilotos de paisano. Entre ellos se encontraba Karim Peshadi. Durante horas había estado buscando a Sharazad en la manifestación sin el menor resultado. Él y los otros estaban destinados en Doshan Tappeh, donde la disciplina y el orden eran prácticamente inexistentes, siendo los comités los que llevaban las riadas, dando órdenes y contraórdenes, las que llegaban del Alto Mando dependiente del Primer Ministro Bazargan, otras, del Comité Revolucionario, algunas

de la radio, por la que el Ayatolá Jomeini, de vez en cuando, promulgaba una ley.

Al igual que los demás pilotos y oficiales en todo el país, Karim había recibido la orden de presentarse ante un comité para ser interrogado sobre su historial, su credo político y sus relaciones anteriores a la revolución. Su historial era bueno y podía jurar con toda sinceridad que siempre había apoyado al Islam, a Jomeini y a la revolución. Pero el espectro de su padre gravitaba sobre él y había ocultado celosamente en el fondo de su corazón su deseo de venganza que, hasta aquel momento, había permanecido inalcanzable.

Dos noches antes intentó deslizarse hasta la Torre de Doshan Tappeh en busca del registro de autorizaciones «HBC», pero le habían hecho retirarse. Esa noche lo intentaría de nuevo…, se había jurado a sí mismo no fallar. «No debo fallar —se dijo—, Sharazad depende de *mí*… ¡Oh, Sharazad, tú que das significado a mi vida aun cuando me estés prohibida!».

La había buscado ansioso entre las manifestantes, seguro de que se encontraría allí, en alguna parte. La noche anterior había escuchado con un grupo de amigos la violenta e incendiaria arenga de un ayatolá fundamentalista, retransmitida por radio, contra la «Protesta de las Mujeres» y exigiendo que tuviera lugar una contraprotesta por parte de los «Creyentes». Ello le hizo sentir una inmensa preocupación por Sharazad, sus hermanas y sus amigas, pues tenía la seguridad de que también participarían en la marcha. Sus amigos se sentían igualmente preocupados por las suyas. A causa de eso, aquella mañana habían cogido el camión y se habían incorporado a la protesta. ¡Con armas!

—¡Igualdad para la mujer! —gritó—. ¡Por siempre la democracia! ¡Por siempre el Islam! Democracia, ley e Islam por siemp… —Sus palabras murieron.

Delante de la marcha se había formado una densa barrera de hombres a todo lo ancho de la calle que impedía el avance. Las mujeres de las seis primeras filas, al ver su furia y sus puños

enarbolados y amenazadores, intentaron contener la marcha, pero les fue imposible. Los millares que iban detrás las impelían a continuar de manera inexorable.

—¿Por qué están tan furiosos esos hombres? —preguntó Sharazad, desvaneciéndose su felicidad al tiempo que aumentaba la presión.

—Son gentes equivocadas, aldeanos en su mayoría —dijo Namjeh con valentía—. Ellos nos quieren esclavas, esclavas. ¡No tengáis miedo! Dios es Grande…

—¡Cojámonos del brazo! —gritó Zarah—. ¡No pueden detenernos! Allahhhh-u Akbarrrr…

Entre los hombres que bloqueaban la calle se encontraba el que, en la cárcel Evin, asesinara a Jared Bakravan. Había reconocido a Sharazad en la vanguardia de la manifestación.

«Dios es Grande —farfulló en éxtasis, ahogadas sus palabras por el vocerío—. Dios hizo de mí su instrumento para enviar al diabólico mercader al infierno y ahora Dios ha puesto en mis manos a la ramera de su hija. —Sus ojos la devoraban lascivos, viéndola desnuda sobre el diván, las piernas separadas, los senos erectos, la mirada cargada de deseo, la boca entreabierta, los labios húmedos e incluso la oía suplicarle—: "Cógeme, cógeme, rápido, de ti no quiero dinero, déjame sentirla dentro de mí, toda ella, de prisa, de prisa, llename, sáciame, para ti cualquier cosa, de prisa, de prisa…, oh, Satanás, ayúdame a sacar a Dios de su órgano…"».

Desenfundó su cuchillo violentamente, palpitante de deseo, el pene erecto, y se lanzó hacia ella.

—Dios es Grandeeee —gritó lanzándose en repentina carrera, atravesando el espacio que le separaba de las mujeres, hiriendo a media docena de ellas en su frenesí por alcanzar a Sharazad. Pero por su misma excitación, resbaló y cayó, golpeando el suelo con el cuchillo. Las mujeres a las que hiriera gritaban sin cesar y él luchó por ponerse en pie y, una vez más, intentó cogerla. Solo la veía a ella, sus ojos desorbitados por el terror. Avanzó con la mano firme alrededor del mango del cuchillo dispuesto a destruirla… Solo tres

pasos, dos, uno… Tenía la cabeza llena del perfume de ella, el hedor del Demonio Encarnado. Inició el golpe mortal que jamás llegó a tocarla y supo que Satanás había puesto en su camino a un diabólico djinn…[5] Sintió un monstruoso ardor en el pecho, sus ojos dejaron de ver y murió con el Nombre de Dios en los labios.

Sharazad no podía apartar la vista del hombre caído en el suelo. Ibrahim se encontraba a su lado, con el arma en la mano. Detrás de ellos solo se oían gritos, más alaridos y un rugido de ira en miles de gargantas de mujeres que seguían empujando.

Un nuevo disparo, otro hombre que caía chillando.

—¡Adelante por Dios! —gritaba Lengehi, sobreponiéndose a su miedo, y el grito fue recuperado por Ibrahim que empujó a Sharazad.

—No tengas miedo, adelante por las mujeres.

Sharazad observó su seguridad en sí mismo y, por un instante, le confundió con su primo Karim, tan parecido era por su altura, constitución y rostro. Luego, todo el terror y el horror por cuanto sucedía desbordó incontenible y empezó a gritar:

—Adelante por mi padre… Abajo los fanáticos y los Green Bands… ¡Abajo los asesinos! —Cogió a Zarah—. ¡Vamos! ¡Adelante! —Y agarrándose del brazo de ella y de Ibrahim, su salvador, tan parecido a Karim que pudieran ser hermanos, se puso de nuevo en marcha.

Otros hombres corrían hacia la cabecera de la manifestación para ayudarles, entre ellos, el camión con los aviadores.

Otro individuo se lanzó hacia las mujeres enarbolando también un cuchillo.

—Dios es Grande… —gritó Sharazad, y la multitud con ella.

Antes de que el joven vociferante fuera inmovilizado, asestó un navajazo a Namjeh Lengehi en el brazo. Las primeras filas siguieron avanzando de manera inexorable, ambas partes clamando «Dios es Grande», ambas partes igualmente convencidas de que la razón estaba de su lado. Finalmente, la oposición se derrumbó.

—Dejemos que prosigan la marcha —gritó un hombre—. También nuestras mujeres están ahí, al menos algunas. Son demasiadas…, demasiadas…

Los hombres que estaban delante de ellas retrocedieron, otros se apartaron a los lados y el camino quedó libre.

—Allahhh-u Akbarrrr… ¡Dios está con nosotras, hermanas!

—¡Adelante! —gritó Sharazad y la marcha siguió avanzando.

Los heridos fueron trasladados o apartados a un lado, los demás continuaron adelante como la corriente de un río. La protesta volvió a hacerse de forma ordenada. Ninguna barrera les cortaba el camino, aunque, desde las aceras, muchos hombres las seguían malhumorados, mientras Teymour y otros fotografiaban a los participantes.

—Es un éxito —dijo con voz débil Namjeh Lengehi que seguía en primera fila con un chal arrollado al brazo para contener la sangre—. Nosotras somos el éxito… Ahora, incluso el Ayatolá estará enterado de nuestra resolución. Ya podemos volver a casa, con nuestros maridos y nuestras familias. Hemos hecho lo que queríamos y podemos irnos a casa.

—¡No! —dijo Sharazad con el rostro pálido y sucio de polvo, sin haber podido dominar todavía su terror—. Debemos volver a marchar mañana, y pasado mañana, y al otro día, y al siguiente hasta que el Imán acepte públicamente la no imposición del chador y que sean confirmados nuestros derechos.

—Sí —rubricó Ibrahim—, si ahora os detenéis, ¡los mulás os aplastarán!

—Tienes razón, Agha. Dios mío, ¿cómo podré agradecerte el habernos salvado?

—Sí —asintió a su vez Zarah, todavía sobresaltada—, marcharemos mañana o esos… esos dementes ¡acabarán destruyéndonos!

La marcha siguió adelante sin más dificultades y esa fue la norma general en las grandes ciudades. Perturbaciones al principio para proseguir luego la protesta pacífica.

Pero en las aldeas y en las ciudades pequeñas la marcha fue detenida antes siquiera de que hubiera empezado y más lejos, en el Sur, en Kowiss, se hizo un silencio absoluto en la plaza mayor solo roto por el ruido del látigo y los alaridos. Cuando la marcha se formó, el mulá Hussain estaba allí.

—Esta protesta queda prohibida. Toda mujer que no vaya vestida de acuerdo con el *Hadiz* se expone a ser condenada por desnudez pública y por contravenir los mandatos del Corán.

Solo una media docena de mujeres entre doscientas iban vestidas con abrigos y trajes occidentales.

—¿Dónde dice el Corán que desobedecemos a Dios cuando no llevamos el chador? —gritó una de las mujeres. Era la esposa del director del Banco y había estudiado en la Universidad de Teherán. Su aspecto era modesto, vestía chaqueta y falda pero llevaba suelto el cabello.

—«Oh, Profeta, di a tus esposas, e hijas y mujeres creyentes que se cubran más con los velos…». Irán es un estado islámico, el primero en la Historia. El Imán ha decretado *Hadiz*. De manera que *Hadiz* ha de ser. Ve y vístete de inmediato como Dios manda.

—Pero en otras tierras no se exige a las Creyentes que lleven chador y tampoco las obligan a ello sus líderes o maridos.

—«El hombre es el director de los asuntos de la mujer, por eso Dios ha preferido el dominio de uno sobre la otra…, por lo tanto, la mujer virtuosa es obediente… Amonesta a aquellas cuya rebeldía temas; relégalas a sus divanes y azótalas. Si entonces te obedecen, no hagas nada más en contra de ellas». ¡Ve y cúbrete el cabello!

—¡No lo haré! Durante más de cuarenta años las mujeres iraníes han ido con el rostro descubierto y…

—¡Cuarenta latigazos doblegarán tu desobediencia! ¡Dios es Grande! —Hussain hizo una seña a uno de sus acólitos.

Otros agarraron a la mujer inmovilizándola. El látigo pronto desgarró el tejido en su espalda entre las burlas y chacotas de los

hombres presentes. Una vez que todo hubo terminado, otras mujeres se la llevaron, había perdido el conocimiento. Las demás regresaron a sus casas. En silencio.

Entonces, Hussain miró a su mujer con el vientre abultado por el hijo que llevaba en su seno.

—¿Cómo te has atrevido a unirte a la protesta de rameras y perdidas?

—Fue… fue un error —repuso ella petrificada—. Fue un grave error.

—Sí. Durante dos días no comerás, solo podrás tomar agua a modo de recordatorio. Y si no llevaras a tu hijo en el vientre, habrías recibido el mismo tratamiento en la plaza.

—Gracias por ser tan magnánimo. Dios te bendiga y te conserve. Gracias…

EN EL AEROPUERTO DE TEHERÁN: 6.40 DE LA TARDE. Con Andrew Gavallan sentado junto a él, McIver condujo hacia la salida de la zona de carga y tomó por el carril de la carretera en dirección a su «125» ETLL que se encontraba aparcado en la pista de carga, a cuatrocientos metros de distancia. Hacía alrededor de una hora que había regresado de Tabriz y, una vez hubo repostado, estaba ya preparado para el vuelo de retorno a través del Golfo. Cuando tomó tierra, Armstrong les dio las más efusivas gracias por haberle permitido el uso del aeroplano. Y también el coronel Hashemi Fazir.

—El capitán Hogg dice que el «125» regresará el sábado, Mr. Gavallan —dijo Hashemi con gran cortesía—. Me pregunto si tendría usted la amabilidad de llevarnos a Tabriz. En esta ocasión se trataría solo del viaje de ida. No sería necesario que esperaran. Nosotros encontraríamos el medio de regresar.

—Desde luego, coronel —respondió Gavallan con tono amable, aunque no sentía la menor simpatía por ninguno de los dos hombres.

Al llegar aquella mañana procedente de Al Shargaz, McIver le había informado inmediatamente y en privado, por qué era necesario cooperar.

—Ya arreglaré yo esto con Talbot, Mac —le había dicho, realmente furioso por el chantaje—. A pesar del CID o de la Sección Especial.

Todos se taparon los oídos al deslizarse por la pista un transporte USAF gigante que se dirigía al lejano punto de despegue, uno de los numerosos viajes gubernamentales de los Estados Unidos destinados a evacuar al personal restante de la Embajada y del servicio americano, dejando tan solo un equipo reducido. El aire recalentado provocado por los jets levantó paletadas de nieve que cayó sobre ellos.

—Talbot ha dejado un mensaje para usted, Mr. Armstrong —dijo Gavallan cuando finalmente pudo hacerse oír—, y le ruega que lo vea tan pronto como le sea posible.

Se dio cuenta de la mirada que los dos hombres cruzaban y se preguntó qué significaría.

—¿Dijo adónde, señor?

—No, solo que lo vea tan pronto como le sea posible a usted.

La atención de Gavallan se centró en una gran limusina negra que se dirigía rápidamente hacia ellos y en la que ondeaba la bandera oficial de Jomeini. Dos hombres de rostro duro se apearon y saludaron a Hashemi con gran deferencia. Después, mantuvieron la portezuela abierta mientras él subía.

—Hasta el sábado…, y gracias de nuevo, Mr. Gavallan.

Hashemi se instaló en el asiento posterior.

—¿Cómo podríamos ponernos en contacto con usted, coronel…, en el caso de que hubiera algún cambio de plan?

—A través de Robert. Él puede transmitirme los mensajes que tengan para mí. ¿Hay algo que yo pueda hacer por usted? ¿Aquí, en el aeropuerto?

—Respecto al combustible…, gracias por solucionarlo —se apresuró a decir McIver—. Si pudiera disponer que obtengamos el

mismo servicio rápido en cada ocasión, le estaría muy agradecido. Y también la concesión de las autorizaciones.

—Me ocuparé de ello. Su vuelo del sábado *tendrá* prioridad. Si hay algo más, diríjase a Robert, por favor. Vamos, Robert.

—Gracias por todo, Mr. Gavallan. Le veré el sábado o tal vez antes —dijo Robert Armstrong.

Cuando Talbot había acudido horas antes para enterarse de la hora de llegada de Armstrong de regreso de Tabriz, Gavallan le había llevado a un aparte, casi aullando de furia por la cuestión del chantaje.

—Por Dios bendito —había exclamado Talbot escandalizado—. ¡Esa es una acusación espantosa, terriblemente antibritánica, Andrew, si me permites decírtelo! Tengo entendido que Robert ha hecho un considerable esfuerzo y superado difíciles situaciones, para intentar salvarte a ti, a tu compañía, a Duncan y Lochart, buen chico ese, una mujer encantadora, realmente lamentable lo de su padre… Bien, como te decía, para intentar salvaros del desastre que puede mostrar su horrible faz en cualquier momento. Es posible, ¿no? —sonrió amablemente—. Y también tengo entendido que Robert solicitó, únicamente *solicitó*, un modesto favor, fácil de conceder, nada del otro mundo, Andrew.

—Pertenece a la Sección Especial, es un ex CID de Hong Kong, ¿verdad?

La sonrisa de Talbot seguía rebosando amabilidad.

—Con franqueza, no sabría decírtelo. Pero parece que quiere hacerte un favor. Muy amable por su parte, ¿no te parece?

—¿Tiene el registro de autorizaciones?

—No sé nada de ese tipo de cosas.

—De cualquier forma, ¿quién es ese coronel Fazir?

Talbot encendió un cigarrillo.

—Un amigo. Alguien excelente para tenerle como amigo.

—Eso ya lo sé. Solucionó la cuestión del combustible y la inmediata autorización con carácter de prioridad como si fuera el Todopoderoso.

—Bueno, no lo es. Claro que no. Se le aproxima bastante pero no es Dios. Dios es inglés —rio Talbot entre dientes—. Y mujer. Ningún varón inteligente sería capaz de hacer danzar al mundo de manera tan satisfactoria. Y un «soplo» para los avisados, viejo amigo: ha llegado a mis oídos que, siguiendo el consejo de vuestro colega en la junta, Alí Kia, *ellos* intentan nacionalizar todas las compañías aéreas extranjeras, de manera especial la vuestra, si es que alguna vez logran hacerse con suficientes documentos.

—¿Quiénes son *ellos*? —preguntó Gavallan sobresaltado.

—¿Acaso importan?

Una vez que Talbot se hubo ido, Gavallan volvió a la oficina que aquel día contaba con bastante personal. No es que hubiera vuelto a la normalidad, pero empezaba a hacerlo: el operador de radio, el de télex, el gerente administrativo, hombres del almacén, algunos secretarios… No había mujer alguna ya que todas habían pedido permiso para participar en la «Marcha de Protesta».

—Vamos a dar una vuelta, Mac.

Mac echó un vistazo al montón de informes.

—Vamos —dijo, presintiendo que se trataba de algo grave.

Todavía no habían tenido tiempo de hablar en privado, algo imposible de conseguir en la oficina o cerca de ella, las paredes eran demasiado delgadas y siempre había oídos atentos por doquier. Desde el momento en que Gavallan llegara, hacía ya algunas horas, los dos habían estado demasiado ocupados revisando los libros de caja, los contratos todavía pendientes, los contratos suspendidos momentáneamente o cancelados y el estado de cada una de las bases…, todas ellas informado, con cautela, un mínimo de trabajo y un máximo de acoso. La única noticia excelente era la autorización a McIver para exportar los tres «212» y ni siquiera era firme. Todavía.

Los dos hombres se dirigieron a la pista de carga. Un «Jumbo» «JAL» rugía en el cielo.

—Dicen que todavía hay dos o tres mil técnicos japoneses a la espera en «Iran-Toda» —dijo McIver con aire ausente.

—Su consorcio está aguantando una paliza fenomenal. El *Financial Times* de hoy dice que han excedido ya el medio billón de dólares, no existe la menor posibilidad de que puedan terminar este año y tampoco de que corten por lo sano…, eso y el mercado mundial naviero sobresaturado debe de estar afectando pésimamente a «Toda». —Gavallan comprobó que no había nadie por las cercanías—. Al menos, nuestra inversión de capital es móvil, Mac. Al menos en su mayoría.

McIver lo miró, observando el curtido rostro, las abundantes cejas grises, los ojos castaños.

—¿Es esa la razón de la «conferencia perentoria»?

—Una de ellas, ¡nacionalizarla! —Gavallan le contó cuanto le dijera Talbot—. Eso significa que lo perderemos todo a menos que hagamos algo. ¿Sabes una cosa? Genny tiene razón. Hemos de hacerlo nosotros mismos.

—No lo creo factible. ¿Te dijo ella eso?

—Desde luego, pero creo que podremos. Pongamos un ejemplo. Digamos que hoy es el Día Uno. Todo el personal no esencial empieza a abandonar Irán con un nuevo destino o con permiso; sacamos todos los repuestos que nos sea posible, bien con el «125» o por las líneas regulares cuando reanuden los vuelos, clasificándolos como anticuados, superfluos, en reparación o como equipaje personal. Zagros Tres se retira a Kowiss, Tabriz cierra «temporalmente» y el «212» de Erikki vuela a Al Shargaz, luego a Nigeria junto a Tom Lochart desde Zagros y un «212» desde Kowiss. Tú clausuras el cuartel general en Teherán y lo vuelves a instalar en Al Shargaz para dirigir desde allí las operaciones y controlar nuestras tres bases restantes en Lengeh, Kowiss y Bandar Delam «hasta tanto se vuelva a la normalidad…», aún seguimos todos a las órdenes de nuestro Gobierno de evacuar todo el personal no esencial.

—De acuerdo, pero el…

—Déjame terminar, muchacho. Digamos que en cuestión de treinta días podemos hacer los preparativos, la planificación y todo lo

demás. El día treinta y uno es el Día D. A una hora exacta del día D, o D más uno, o más dos, dependiendo del tiempo o solo Dios sabe de qué otra cosa, enviamos una palabra clave por radio desde Al Shargaz. Simultáneamente, despegan todos los pilotos y helicópteros restantes y vuelan a través del Golfo hacia Al Shargaz. Una vez allí, desmontamos los rotores, metemos los helicópteros en los «747», que yo habré fletado en alguna parte, los cuales volarán a Aberdeen, y este cuento se ha acabado.

Gavallan rubricó la exposición con una amplia sonrisa.

McIver se le quedó mirando, desconcertado.

—¡Estás loco! ¡Estás completamente chiflado, Chinaboy! Tiene más agujeros que un… que… ¡Estás loco de remate!

—Cítame uno solo.

—Puedo mostrarte cincuenta, prim…

—Uno a uno, muchacho, y recuerda tu condenada tensión. Oh, y a propósito, ¿qué tal va…? Genny me dijo que te lo preguntara.

—Formidable y, por todos los demonios, no empecemos. Primero, la misma hora de despegue: los helicópteros en las diferentes bases necesitaran tiempos distintos debido a las distancias que deben cubrir. Kowiss tendrá que repostar… No puede hacerse de un salto, incluso a través del Golfo.

—Eso ya lo sé. Montaremos «subplanes» independientes para cada una de las tres bases. Cada jefe de base hará su propio plan para salir de ella… A su llegada, nosotros seremos los responsables. Scrag puede atravesar el Golfo fácilmente, y también Rudi desde Bandar De…

—En absoluto. Ni Rudi desde Bandar Delam ni Starke desde Kowiss pueden hacerlo de una sola tirada atravesando todo el Golfo hasta Al Shargaz…, incluso aunque llegaran a atravesar el Golfo en primer lugar. Tendrán que atravesar el espacio aéreo de Kuwait, Arabia Saudita y de los Emiratos Árabes y solo Dios sabe si nos embargarán, nos encarcelarán o nos multarán… Y lo mismo ocurre con Al Shargaz, no hay motivo para que sea diferente. —McIver movió negativamente la cabeza—. Los jeques nada pueden hacer sin

las correspondientes autorizaciones iraníes. De hecho, están aterrados ante la posibilidad de que la revolución de Jomeini se propague a sus territorios, todos ellos tienen importantes minorías chiitas. No son enemigo para las Fuerzas Armadas iraníes si Jomeini decide fastidiarles.

—Cada cosa a su tiempo —dijo Gavallan con calma—. Tienes razón respecto a los aparatos de Rudi y Starke, Mac. Pero ¿qué me dices si tuvieran permiso para sobrevolar por todos esos territorios?

—¿Eh?

—Envié télex a todo ATC del Golfo, individualmente, solicitando permiso y he recibido télex confirmando que los helicópteros «S-G» en tránsito pueden sobrevolarlos.

—Sí, pero…

—Pero cada cosa a su tiempo, muchacho. Paso siguiente: digamos que todos nuestros aparatos vuelven a inscribirse en el registro británico. Son británicos, son *nuestros* aviones, los estamos pagando nosotros, nos pertenecen pese a lo que los socios intenten hacer. Al figurar en el registro británico, ya no están sujetos a Irán ni tienen la menor relación con ellos. ¿De acuerdo?

—Así es una vez que estén fuera. Sí. Pero no lograrás que las autoridades civiles de la Aviación autoricen el traslado y, por lo tanto, no puedes llevarlos de vuelta a Gran Bretaña.

—Digamos que, pese a todo, puedo inscribirlos de nuevo en el registro británico.

—¿Cómo diablos harías eso?

—Solicitándolo. Basta con solicitarlo, muchacho, no tienes más que pedir a los funcionarios del Registro en Londres que los inscriban. De hecho, ya lo hice antes de salir de Londres. «Las cosas andan algo deterioradas en Irán», les dije. «Sí, absolutamente desastrosas, amigo», me dicen ellos. «Me gustaría inscribir de nuevo mis pájaros en el registro británico, temporalmente —digo yo—. Tal vez los saque de allí hasta que la situación vuelva a normalizarse. Los poderes en Irán lo han aprobado, pero, por el momento, no me es posible obtener un condenado trozo de papel firmado, ya sabéis

cómo son estas cosas». «Ciertamente, amigo —dicen ellos—, lo mismo pasa con nuestro condenado Gobierno…, con cualquier condenado Gobierno. Bien, son vuestros pajarracos, de eso no hay duda, es algo irregular pero me imagino que podrá hacerse. ¿Vas a ir a la reunión de Old Boys?».

McIver había dejado de caminar y lo miraba, maravillado.

—¿Aceptaron?

—Aún no, muchacho. ¿El siguiente?

—Tengo un centenar de «siguientes» pero… —dijo irritado McIver echando a andar de nuevo. Hacía demasiado frío para quedarse quieto.

—¿Pero?

—Pero si los expongo uno a uno me irás dando respuestas… y una *posible* solución, a pesar de que, todos englobados, seguirán sin llegar a ser una realidad.

—Estoy de acuerdo con Genny. Hemos de hacerlo nosotros mismos.

—Tal vez, pero para ello ha de ser factible. Y otra cosa: tenemos permiso para sacar tres «212», quizá podamos sacar el resto.

—Esos tres no han salido todavía, Mac, Los socios, por no hablar de ICAA, no soltarán su presa. Fíjate en «Guerney», tienen todos sus helicópteros embargados. Cuarenta y ocho, incluidos sus «212». Alrededor de treinta millones de dólares inmovilizados, ni siquiera pueden utilizarlos. —Miraron hacia la pista. Estaba aterrizando un «Hércules» RAF. Gavallan se quedó mirándolo—. Talbot me ha dicho que para el final de semana tendrá que haber salido todo el personal de entrenamiento y los técnicos del Ejército, la Armada y las Fuerzas Aéreas británicas y que en la Embajada solo permanecerán tres funcionarios, incluido él. Parece que durante los disturbios ante la Embajada de los Estados Unidos, alguien se introdujo en ella enmascarado, voló cajas fuertes, se apoderó de claves…

—¿Todavía conservan allí material secreto? —McIver estaba aterrado.

—Eso parece. De cualquier manera, Talbot asegura que la infiltración provocó palpitaciones en todo los esfínter diplomáticos de toda la Cristiandad…, del ámbito soviético…, y del árabe. Todas las Embajadas están cerrando. Los árabes son los más descompuestos… Ni uno solo de los jeques quiere que el jomeinismo atraviese el Golfo y están ansiosos, dispuestos y en situación de invertir petrodólares a fin de evitarlo. Talbot me dijo: «Apuesto doble contra sencillo a que los iraquíes tienen ya, en privado, abierto el talonario de cheques, los kurdos igualmente y cualquiera que sea árabe, pro-sunnita y anti-Jomeini. El Golfo, en pleno, está a punto de explotar».

—Pero entretanto lo…

—Entretanto ya no se muestra tan agresivo como hace unos días, ni tan seguro de que Jomeini vaya a retirarse silenciosamente a Qom, «Mientras permanezcan Jomeini y los mulás, es eso de alegre y viejo Irán para los iraníes —dijo—. Y seguirá el jomeinismo si los izquierdistas no le asesinan primero. Y se habrá puesto fin a todo lo anterior. Es decir, nosotros». —Gavallan batió palmas con las manos enguantadas para activar la circulación—. Me he quedado helado, Mac. A todas luces resulta evidente que aquí nos encontramos con graves dificultades. Y habremos de resolverlas nosotros.

—Corremos un condenado riesgo. Y creo que es posible que perdamos algunos aparatos.

—Solo si la suerte nos es adversa.

—Estás pidiendo demasiado de la suerte, Andy. ¿Recuerdas a aquellos dos mecánicos que fueron condenados en Nigeria a catorce años de cárcel solo por prestar servicio a un «125» que había salido del país ilegalmente?

—Aquello era Nigeria, y los mecánicos se quedaron allí. Nosotros no dejaremos a nadie detrás.

—Aunque uno solo de los extranjeros se quedara aquí, le apretarían, lo meterían en la cárcel y se convertiría en rehén a cambio de todos nosotros y de los aparatos, a menos que estés dispuesto a dejarle cargar con el muerto. Si no lo estás, nos obligarían a regresar y cuando lo hubiésemos hecho estarían

condenadamente irritados. ¿Y qué me dices de todos nuestros empleados iraníes?

—Si la suerte está contra nosotros, será un desastre hagamos lo que hagamos —insistió, tenaz, Gavallan—. Creo que deberíamos preparar un plan lo más perfecto posible, con todos los detalles finales, *por si acaso*. Ello requerirá semanas, y más vale que mantengamos la planificación en el más estricto de los secretos, solo para nosotros.

McIver negó con la cabeza.

—Si quieres hacerlo con seriedad, tendremos que consultar con Rudi, Scragger, Lochart y Starke.

—Como tú digas. —Gavallan se estiró. Le dolía la espalda—. Una vez que todo esté debidamente planificado… Hasta entonces, no tenemos necesidad de plantearlo de forma definitiva.

Caminaron un rato en silencio, haciendo crujir la nieve bajo sus pisadas. Ya casi habían llegado al final de la pista.

—Hemos estado exigiendo demasiado de los muchachos —dijo McIver.

Gavallan no pareció haberle oído.

—No podemos dar por perdidos, sin más, quince años de trabajo, ni tirar por la borda todos nuestros ahorros, los tuyos, los de Scrag, y todo lo demás —dijo—. Nuestro Irán ya no existe. La mayoría de los tipos con los que hemos trabajado a lo largo de los años han huido, están escondidos o muertos…, o incluso en contra nuestra, les guste o no. El trabajo se encuentra bajo mínimos. Aquí, de los veintiséis helicópteros, tenemos nueve en activo. Lo poco que hacemos no nos lo pagan y tampoco las deudas pendientes. Creo que esto es una pérdida absoluta.

—No está tan mal como piensas —insistió McIver tozudo—. Los soc…

—Tienes que entender, Mac, que no puedo hacer *tabla rasa* del dinero que se nos debe, más nuestros aparatos y repuestos, y seguir en activo. No puedo. Nuestros trece «212» tienen un valor de trece millones de dólares, los nueve «206» más o menos otro millón y

medio, las tres «Alouettes» igual, otro millón, y tres millones los repuestos… Esto hace un total de alrededor de veinte millones, dólar más o menos. No puedo darlos por perdidos. Ian me advirtió que «Struan's» necesitará ayuda este año, no hay fondos de reserva. Linbar ha tomado varias decisiones equivocadas y… bueno, tú ya sabes lo que pienso de él y él de mí. Pero aún sigue siendo taipan. No puedo prescindir de Irán, no puedo cancelar los nuevos contratos por los «X63», no puedo luchar contra «Imperial» que actualmente nos está acorralando en el mar del Norte con sus injustos y malditos manejos con el dinero del contribuyente. Es de todo punto imposible.

—Estás pidiendo demasiado de los muchachos, Chinaboy.

—Y de ti, Mac, no te olvides de ti. Ha de ser un esfuerzo en equipo, no solo por mí, también por ellos…, porque hemos de hacerlo así o hundirnos.

—La mayoría de nuestros muchachos no tendrán problema alguno para encontrar otra cosa. El mercado del trabajo está desesperadamente necesitado de pilotos de helicópteros expertos que además sean petroleros.

—¿Y qué? Te apuesto lo que quieras a que todos ellos prefieren seguir con nosotros, nos ocupamos de ellos, pagamos el máximo en dólares, tenemos el mejor historial de seguridad… «S-G» es la mejor compañía de helicópteros sobre la tierra, y ellos no lo ignoran. Tú y yo sabemos que formamos parte de la «Noble House» y, por Dios, que eso significa algo también. —De repente, la mirada de Gavallan se iluminó maliciosa—. Será una fantástica hazaña si lo logramos. Me gustaría metérsela por las narices a Linbar. Cuando llegue el momento, consultaremos a los muchachos. Entretanto, pongamos el sistema en funcionamiento, ¿eh, amigo?

—Muy bien —dijo McIver sin entusiasmo—. Por la planificación.

Gavallan se le quedó mirando.

—Te conozco demasiado bien, Mac. Dentro de poco estarás rabiando por irte y seré yo quien haya de decirte: «Tranquilo, ¿qué me dices de esto y aquello…?».

McIver no le escuchaba. Su mente estaba ya trabajando en el intento de concebir un plan, pese a la imposibilidad que representaba…, salvo por el registro británico. Acaso en ello estribara la diferencia.

—Respecto al plan, Andy. Más vale que establezcamos un nombre clave.

—Genny dijo que deberíamos llamarlo «Torbellino». Es lo que estamos viviendo ahora.

LIBRO TERCERO

JUEVES

22 de febrero

XLII

AL NOROESTE DE TABRIZ: 11.20 DE LA MAÑANA. Desde donde se encontraba sentado, en los escalones de la cabina de su «212» aparcado en lo alto de la ladera de la montaña, Erikki podía ver una gran parte de la Rusia soviética. Muy al fondo, el río Aras fluía en dirección Este, hacia el Caspio zigzagueando entre gargantas y conformando gran parte de la frontera Irán-Unión Soviética. A su izquierda, su mirada podía penetrar en Turquía, hasta el encumbrado monte Ararat, a cuatro mil quinientos metros. Tenía aparcado el «212» no lejos de la boca de la cueva donde el puesto de escucha secreto americano estaba instalado.

«Estaba», se dijo con ceñudo regocijo. Cuando el día anterior aterrizó allí por la tarde, el altímetro marcaba dos mil seiscientos once metros, el abigarrado grupo de fedayines luchadores izquierdistas que llevaba consigo se lanzaron como dementes al interior de la cueva, pero no había un solo americano en ella y cuando Cimtarga la inspeccionó, se encontró con que todo el equipo importante había sido destruido y que no había un solo manual de claves. Muchas pruebas de una partida apresurada aunque nada de verdadero valor que pudieran garrapiñar.

—De cualquier forma, lo limpiaremos —había dicho Cimtarga a sus hombres—, lo limpiaremos como los otros. —Y había añadido dirigiéndose a Erikki—: ¿Podrás tomar tierra ahí? —Señaló un punto a gran altura, donde se alzaba el complejo de los mástiles de radar —. Quiero desmantelarlos.

—No lo sé —le había respondido Erikki. Todavía llevaba adherida a la axila izquierda la granada que Ross le diera, ya que Cimtarga y

sus captores no le habían registrado, y su cuchillo pukoh seguía envainado en su espalda—. Subiré a verlo.

—*Lo veremos*, capitán. Lo veremos juntos —le había dicho Cimtarga riendo—. Así no sucumbirá a la tentación de abandonarnos.

Le había subido hasta allí. Los mástiles estaban afirmados en lechos muy profundos de hormigón en la cara Norte de la montaña, con una pequeña zona llana frente a ellos.

—Si el tiempo es el mismo de hoy, todo irá bien, pero no será así si el viento se levanta. Podría permanecer inmóvil y bajarte. —Hizo una sonrisa lupina.

Cimtarga se había echado a reír.

—No, gracias. No quiero sufrir una muerte prematura.

—Para ser soviético y, sobre todo, de la KGB, no eres mala persona.

—Tampoco tú…, para ser finlandés.

Desde el domingo, cuando Erikki había empezado a volar con Cimtarga, este había empezado a gustarle. «No es que a uno le pueda realmente gustar o confiar en alguien de la KGB —se dijo—, pero el hombre se ha mostrado cortés y ecuánime». Le dio una parte justa de toda la comida. La noche anterior compartió una botella de vodka con él y, para dormir, le cedió el mejor sitio. Durmieron en una aldea hacia el Sur a veinte kilómetros, en alfombras colocadas sobre un suelo sucio. Cimtarga había asegurado que aunque aquello era territorio kurdo en su mayor parte la aldea era, en secreto, fedayín y segura.

—Entonces, ¿por qué poner un guardia para protegerme?

—Es segura para nosotros, capitán. No para usted.

Hacía dos noches, cuando en el palacio del Khan, Cimtarga y los guardias habían ido a por él una vez que Ross se hubo ido, le condujeron hasta la base aérea y, en la oscuridad y contraviniendo el reglamento de IATC, habían volado hasta la aldea, en las montañas al norte de Khoi. Allí, al amanecer, habían recogido todo un cargamento de hombres armados y volado hasta el primero de los

dos puestos de radar americanos. Lo encontraron destruido y vacío de personal al igual que ese último.

—Alguien ha debido darles el soplo de que veníamos —dijo Cimtarga malhumorado—. ¡*Matyeryebyets* espías!

Cimtarga le dijo más tarde que entre los locales se susurraba que los americanos habían evacuado hacía dos noches en unos helicópteros muy grandes y sin distintivo alguno.

—Hubiera sido formidable cogerlos espiando. Realmente formidable. Corre la voz de que los bastardos pueden vernos hasta mil seiscientos kilómetros.

—Has tenido suerte de que no estuvieran aquí, pudo organizarse una batalla, lo que hubiera dado lugar a un incidente internacional. —Cimtarga rompió a reír.

—Eso no habría tenido nada que ver con nosotros, nada. Serían los kurdos de nuevo, una más de sus terribles hazañas. Una auténtica banda de bárbaros, ¿eh? Se les hubiera culpado a ellos. Asquerosos *yezdvas*, ¿eh? Al final, se hubieran encontrado los cuerpos…, en terreno kurdo. Esa hubiera sido prueba suficiente para Carter y su CIA.

Erikki se agitó incómodo en los escalones del aeroplano, tenía las posaderas heladas a causa de estar sentado en el metal y se sentía deprimido y cansado. La noche anterior había vuelto a dormir muy mal, con pesadillas respecto a Azadeh. No había conseguido dormir bien desde que Ross apareciera.

«Estás loco —se dijo por milésima vez—. Lo sé, pero saberlo no soluciona nada. Tal vez el volar te esté agotando. Has estado pilotando demasiadas horas en pésimas condiciones, has volado demasiado tiempo de noche. Además, tienes la preocupación de Nogger… y Rakoczy en el que pensar y las muertes. Y Ross. Y por encima de todo, Azadeh. ¿Estará segura y a salvo?».

A la mañana siguiente había intentado hacer las paces con ella sobre la cuestión de Johnny Brighteyes.

—Admito que estaba celoso. Es estúpido, lo sé. Juro por los dioses antiguos de mis antepasados que puedo vivir con el recuerdo

que guardas de él. Puedo y lo haré —pero el pronunciar las palabras no le había purificado—. Lo que ocurre es que nunca pensé que fuera tan… tan hombre y tan… tan peligroso. Ese kukri sería un arma adecuada para enfrentarse a mi cuchillo.

—Jamás, cariño mío, jamás. Estoy tan contenta de que tú seas tú y yo sea yo y que estemos juntos. ¿Cómo saldremos de aquí?

—Todos no podremos hacerlo, al menos no juntos y al mismo tiempo —dijo él con sinceridad—. Los soldados más vale que se vayan mientras puedan. Con Nogger, y ellos, y mientras tú estés aquí… No sé, Azadeh. No sé cómo podremos escapar. Tendremos que esperar. Tal vez podamos llegar a Turquía.

Miró hacia Turquía, tan cerca y tan lejos y con Azadeh todavía en Tabriz. En treinta minutos de vuelo podría llegar hasta ella. Pero ¿cuándo? «Si lográsemos llegar a Turquía y no me embargaran el helicóptero y pudiera repostar, nos sería fácil volar hasta Al Shargaz bordeando la frontera. ¡Cuántos condicionantes! ¡Ayudadme, dioses de mis antepasados!».

La noche anterior mientras bebían vodka Cimtarga se había mostrado taciturno como siempre, pero había bebido bastante y compartieron la botella, vaso a vaso hasta la última gota.

—Tengo otra para mañana por la noche, capitán.

—Bien. ¿Cuándo cree que podrá haber terminado conmigo?

—Necesitaremos dos o tres días para acabar aquí y luego de regreso a Teherán.

—¿Y entonces?

—Entonces, ya veremos.

De no ser por el vodka, Erikki le hubiera maldecido. Se puso de pie y se quedó observando a los iraníes que apilaban el equipo para cargarlo. Todo parecía de lo más normal. Mientras caminaba por el escabroso terreno, haciendo crujir la nieve bajo sus botas, su vigilante lo siguió. Ni la menor posibilidad de escapar. Durante aquellos cinco días, jamás había tenido una oportunidad.

—Disfrutaremos con su compañía —le había dicho en una ocasión Cimtarga leyéndole el pensamiento, al tiempo que guiñaba

sus ojos orientales.

Arriba podía ver a algunos hombres trabajando con los mástiles del radar, desmantelándolos. «Una pérdida de tiempo —pensó—. Incluso yo sé que no son nada especial».

—Eso carece de importancia, capitán —le había dicho Cimtarga —. Mi amo disfruta con los volúmenes. Dijo, cogedlo todo. Y siempre es mejor más que menos. ¿Por qué le preocupa eso? Se le paga por hora.

Rio de nuevo aunque sin sarcasmo.

Erikki sentía tensos los músculos del cuello por lo que, haciendo una flexión, se tocó la punta de los pies y, en esa posición dejó que los brazos y la cabeza colgaran libremente. Y entonces empezó a hacer girar la cabeza en semicírculos lo más amplios posible, dejando que el peso de la cabeza tensara los tendones, los ligamentos y los músculos suavizaran los calambres, sin forzar nada, utilizando únicamente el peso.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Cimtarga acercándose a él.

—Es formidable para el dolor de cuello. —Volvió a ponerse las gafas oscuras ya que sin ellas le resultaba molesta la luz reflejada sobre la nieve—. Si lo haces dos veces al día, jamás le dolerá el cuello.

—¡Ah! ¿Tú también tienes dolores de cuello? A mí me dan continuamente. Tengo que ir a un masajista tres veces al año. ¿Sirve eso de algo?

—Garantizado. A mí me lo enseñó una camarera. Estar llevando todo el día bandejas les da grandes dolores de cuello y de espalda, igual que a los pilotos. Es una forma de vida. Inténtalo y lo comprobarás.

Cimtarga se inclinó hacia delante como Erikki y movió la cabeza.

—No, lo estás haciendo mal. Deja que la cabeza, los brazos y los hombros cuelguen sin esfuerzo. Estás demasiado tenso.

Cimtarga hizo lo que se le decía, sintiendo que el cuello le crujía y que se le suavizaban las articulaciones.

—Es formidable, capitán —dijo cuando se enderezó de nuevo—. Te debo un favor.

—Considéralo una compensación por el vodka.

—Esto vale mucho más que una botella de vodka.

Erikki se le quedó mirando estupefacto mientras la sangre brotaba del pecho de Cimtarga a la zaga de una bala que acababa de atravesarle por la espalda. Después, se oyó un trac-trac seguido de otros más al salir los hombres tribales de su emboscada detrás de las rocas y los árboles, aullando gritos de guerra y «Allah-u Akbarr», sin dejar de disparar. El ataque fue breve y violento; y Erikki vio caer a los hombres de Cimtarga por toda la planicie, rápidamente arrollados. Su propio guardia, uno de los pocos que llevaban armas, había abierto fuego al primer disparo pero le alcanzaron de inmediato y en aquel momento un atacante barbudo se encontraba junto a él y se dedicó a rematarlo, jubiloso, con la culata de su arma. Otros se lanzaron a la cueva, hubo más disparos. Después, el silencio de nuevo.

Dos hombres se precipitaron hacia donde él se encontraba, y levantó los brazos, sintiéndose desnudo y estúpido, mientras el corazón le latía con fuerza. Uno de ellos dio media vuelta al cadáver de Cimtarga en el suelo y volvió a dispararle. El otro pasó junto a Erikki y se acercó a la cabina del «212» para asegurarse de que allí no se ocultaba nadie. Seguidamente, el hombre que disparara contra Cimtarga se plantó delante de Erikki, respirando entrecortadamente. Era pequeño, barbudo y de tez olivácea, el cabello y los ojos oscuros. Su tosca indumentaria apestaba.

—Baja las manos —dijo en inglés con un fuerte acento—. Soy el jeque Bayazid, el jefe aquí. Te necesitamos a ti y a tu helicóptero.

—¿Qué queréis de mí?

En derredor suyo, los hombres tribales estaban rematando a los heridos y quitando a los muertos todo cuanto llevaban de valor.

—CASEVAC —Bayazid sonrió levemente ante la expresión de Erikki—. Muchos de nosotros trabajamos en el petróleo y en los

yacimientos. ¿Quién es ese perro? —preguntó, señalando a Cimtarga con el pie.

—Decía llamarse Cimtarga. Era soviético. Y creo que también de la KGB.

—Claro que era soviético —dijo el hombre con aspereza—. Y de la KGB, por supuesto. En Irán, todos los soviéticos son de la KGB. Papeles, por favor.

Erikki le entregó su documento de identidad. El hombre, después de leerlo, hizo un leve gesto de asentimiento. Y ante la sorpresa de Erikki, se lo devolvió.

—¿Por qué volabas con el perro soviético? —Escuchó con atención oscureciéndosele el rostro al contarle Erikki la ñagaza que le había tendido el Khan Abdollah—. Es un hombre al que no hay que ofender. El poder de Abdollah el Cruel llega muy lejos, incluso a las tierras de los kurdos.

—¿Vosotros sois kurdos?

—Kurdos —repuso Bayazid, muy conveniente en ese momento la mentira. Arrodillándose, registró a Cimtarga. No llevaba documentos, solo algo de dinero que el hombre se embolsó. Y una automática enfundada y la munición correspondiente, con las que también se quedó—. ¿Tienes el depósito lleno?

—Tres cuartas partes.

—Quiero ir a treinta kilómetros hacia el Sur. Yo te lo indicaré. Allí recogeremos CASEVAC e iremos a Rezaiyeh, al hospital de allí.

—¿Por qué no a Tabriz? Está mucho más cerca.

—Rezaiyeh es kurdo. Los kurdos estamos seguros allí…, a veces. Tabriz pertenece a nuestros enemigos, los iraníes. Del Sha o de Jomeini, no existe diferencia. Irás a Rezaiyeh.

—Muy bien. El Overseas Hospital hubiera sido mejor. He estado allí antes, disponen de helipuerto. Están acostumbrados a los CASEVAC. Podríamos repostar allí, tienen combustible de helicóptero, o al menos lo tenían…, en los viejos tiempos.

Bayazid vaciló.

—De acuerdo. Sí. Iremos ahora mismo.

—Y después de Rezaiyeh, ¿qué pasará?

—Entonces, si nos consideramos seguros, acaso te soltemos para que vayas a rescatar a tu mujer del Khan Gorgon. —El jeque Bayazid dio media vuelta y llamó a voces a sus hombres para que se dieran prisa y subieran al aeroplano—. Ponte en marcha, por favor.

—¿Y qué hay de él? ¿Y los demás?

—Pronto limpiarán esto los animales salvajes y las rapaces.

En cuestión de minutos subieron al aparato y Erikki despegó un poco más esperanzado. No tuvo dificultad en localizar el emplazamiento de la pequeña aldea. El CASEVAC era para una anciana.

—Es nuestro jefe —dijo Bayazid.

—No sabía que las mujeres pudieran ser jefes.

—¿Por qué no, si es lo bastante prudente, lo bastante fuerte, lo bastante inteligente y pertenece a la familia adecuada? Nosotros somos musulmanes sunitas, no izquierdistas ni ganado hereje chiita que pone mulás entre el hombre y Dios. Dios es Dios. Partimos de inmediato.

—¿Habla inglés?

—No.

—Parece muy enferma. Tal vez no resista el viaje.

—Será la Voluntad de Dios.

Pero la anciana resistió el viaje de una hora y Erikki se posó en el helipuerto. El Overseas Hospital había sido construido, provisto de personal y patrocinado por compañías petrolíferas extranjeras. Durante todo el trayecto, Erikki voló bajo para evitar Tabriz y los aeropuertos extranjeros. Bayazid había ido sentado delante con él, mientras seis guardias armados acompañaban a su alto jefe en la parte de atrás. La anciana yacía en una camilla, despierta aunque inmóvil, sufriendo grandes dolores más sin emitir una queja.

Tan pronto como tocaron tierra, un médico acompañado de enfermeros, apareció en el helipuerto. El doctor llevaba una bata blanca con una gran cruz roja en la manga, sobre gruesos suéters, estaba en la treintena, era americano y tenía los ojos

congestionados y rodeados de oscuras ojeras. Se arrodilló junto a la camilla mientras los demás esperaban en silencio. La anciana lanzó un leve gemido cuando le tocó el abdomen aun cuando las manos del médico apenas parecieron rozarle Al cabo de un momento, le habló en un turco balbuceante. La anciana sonrió ligeramente, asintió y le dio las gracias. El médico hizo una indicación a los enfermeros que levantando la camilla, la sacaron de la cabina y se alejaron con ella. A una orden de Bayazid, dos de sus hombres fueron tras ellos.

El médico habló a Bayazid en un dialecto balbuceante.

—Excelencia, necesito el nombre, la edad y… —trató de encontrar la palabra— el historial, el historial médico.

—Hablé en inglés.

—Muy bien. Gracias, Agha. Soy el doctor Newbegg. Me temo que tiene las horas contadas, Agha. Su pulso es prácticamente inexistente. Es muy anciana, y yo diría que tiene una hemorragia… Que está sangrando por dentro. ¿Ha sufrido alguna caída recientemente?

—Hable más despacio, por favor. ¿Caída? —Bayazid guardó silencio al oírse unos disparos no lejos de allí y luego prosiguió—. Sí, hace dos días. Se escurrió por la nieve y cayó contra una roca, de costado contra una roca.

—Creo que tiene una hemorragia interna. Haré cuanto pueda pero…, lo siento, me es imposible darle esperanzas.

—Insha'Allah.

—¿Son kurdos?

—Kurdos. —Nuevos tiroteos esta vez más cerca. Todos miraron hacia donde llegaba el ruido—. ¿Quiénes son?

—No lo sé. Me temo que seguimos con lo mismo —respondió el doctor, incómodo—. Green Bands contra izquierdistas, izquierdistas contra Green Bands, contra kurdos…, hay infinitas facciones, y todas armadas —se frotó los ojos—. Haré lo que pueda por la anciana señora. Quizá sea mejor que me acompañe, Agha, podrá darme los detalles por el camino.

Echó a andar presuroso.

—¿Tiene aquí combustible, doctor? —le preguntó Erikki mientras se alejaba.

El médico se detuvo y se le quedó mirando sin comprender.

—¿Combustible? Ah, combustible para helicópteros. No lo sé. El tanque está en la parte de atrás.

Subió la escalera que conducía a la puerta de entrada, aleteando su bata blanca.

—Esperará aquí hasta que yo regrese, capitán —dijo Bayazid—. Aquí.

—Pero el combustible. Yo pue…

—Espere aquí. ¡Aquí! —Bayazid corrió tras el doctor. Dos de sus hombres lo acompañaban. Otros dos se quedaron junto a Erikki.

Mientras este aguardaba, lo revisó todo a fondo. Los tanques estaban casi vacíos. De vez en cuando, llegaban coches y camiones con heridos que eran recibidos por médicos y enfermeros. Muchos miraban al helicóptero con curiosidad, pero nadie se acercó a él. Los guardias se aseguraban de que no lo hiciesen.

—Durante siglos, nosotros, los kurdos, hemos tratado de ser independientes —le había dicho Bayazid durante el vuelo hasta allí —. Somos un pueblo distinto, nuestra lengua es distinta, las costumbres son distintas. Ahora tal vez haya seis millones de kurdos en Azerbaiyán, Kurdistán, al otro lado de la frontera soviética, a este lado de Iraq y en Turquía. —Casi había escupido la palabra—. Durante siglos hemos luchado contra todos, juntos o separadamente. Poseemos las montañas. Somos buenos luchadores. Salah ed-Din era kurdo. ¿Sabe de quién le hablo? Fue el caballeroso adversario musulmán de Ricardo Corazón de León durante las Cruzadas, en el siglo XII, que se designó a sí mismo sultán de Egipto y Siria y que se apoderó del Reino de Jerusalén, en el año 1187 después de Jesucristo, aplastando el poderío aliado de los cruzados.

—Sí, sé quién era.

—Hoy hay nuevos Salah ed-Din entre nosotros. Un día, todos los lugares santos volverán a ser nuestros, después de que Jomeini, que

ha traicionado al Islam, sea arrojado al joub.

—¿Tendisteis una emboscada a Cimtarga y a los demás y los borrasteis del mapa solo por el CASEVAC?

—Por supuesto. Ellos enemigos. Tuyos y nuestros —dijo Bayazid con su retorcida sonrisa—. En nuestras montañas nada ocurre sin que nosotros no lo sepamos. Nuestro jefe enferma…, tú cerca. Vimos irse a los americanos, llegar a los buscadores de carroña y a ti te reconocieron.

—¿De veras? ¿Cómo?

—El pelirrojo del cuchillo, el Infiel que mata a los asesinos como piojos y luego, como recompensa, ¡le dan una cachorra Gorgon! ¿Piloto CASEVAC? —Una mirada divertida apareció en los ojos oscuros, casi endrinos—. Oh, sí, capitán, te conocemos bien. Muchos de nosotros trabajamos de leñadores al igual que de petroleros…, un hombre necesita trabajar. De cualquier manera, es bueno que tú no soviético o iraní.

—Una vez que hayamos terminado con el CASEVAC, ¿querréis tú y tus hombres ayudarme contra el Khan Gorgon?

Bayazid se echó a reír.

—Tu sed de sangre es tuya, no nuestra. Por el momento, el Khan Abdollah está de nuestra parte. No podemos enfrentarnos a él. Lo que tú hagas depende de Dios.

Sentía frío mientras esperaba en el patio del hospital. Un ligero viento contribuía a aumentar aquel frío glacial. Erikki paseaba de arriba abajo para activar la circulación. «Tengo que volver a Tabriz. Tengo que volver y me llevaré a Azadeh como sea, y nos iremos para siempre».

Se sobresaltó al escuchar unos disparos muy cercanos, y también los guardias. Fuera de las verjas del hospital, el tráfico se hizo más lento, las bocinas empezaron a sonar irritadas y luego, de repente, empezaron a gruñir en sordina. La gente empezó a pasar corriendo entre los coches. Más disparos. Quienes se encontraban atrapados en sus vehículos empezaron a abandonarlos para ponerse a buen recaudo o huir. En el interior de las verjas había una gran extensión

de terreno y el «212» se encontraba aparcado a un costado del helipuerto. Los disparos se escuchaban mucho más cerca. Algunos cristales de las ventanas del piso superior del hospital estallaron. Los dos guardias se dedicaban en esos momentos a acumular nieve debajo del tren de aterrizaje del aparato, mientras que Erikki echaba chispas, protestando de que su aparato se encontraba muy expuesto, y sin saber adónde correr o qué hacer, sin tiempo para despegar y sin el combustible suficiente para ir a parte alguna. Unos cuantos rebotes y Erikki se tiró al suelo al iniciarse una pequeña batalla junto a los muros. Entonces, todo terminó con la misma rapidez con que empezara. La gente comenzó a salir de sus escondrijos, las bocinas a sonar y pronto la circulación se hizo tan normal y aborrecible como siempre.

—Insha'Allah —dijo uno de los hombres tribales al tiempo que amartillaba su arma y se ponía en guardia.

Desde la parte de atrás del hospital se acercaba un pequeño camión cisterna de combustible, conducido por un joven iraní de ancha sonrisa. Erikki se acercó a recibirle.

—Hola, cap —dijo el conductor alegremente, y con un fuerte acento neoyorquino—. Tengo que ponerle gasolina. Su intrépido Líder, el jeque Bayazid, así lo ha decidido —saludó a los hombres tribales en dialecto turco. Al punto se tranquilizaron, saludándole ellos a su vez—. Lo llenaremos a rebosar, cap. ¿Tiene tanques de repuesto o especiales?

—No, únicamente el corriente. Soy Erikki Yokkonen.

—Claro, El pelirrojo del Cuchillo —repuso el muchacho con una mueca sonriente—. Por estos lugares usted es una especie de leyenda. En una ocasión le puse gasolina, hará un año o cosa así. —Alargó la mano—. Soy Gasolina Alí…, bueno, Alí Reza, eso es.

Se estrecharon las manos y mientras hablaban, el muchacho empezó a llenar el depósito.

—¿Has ido a la escuela americana? —le preguntó Erikki.

—¡Cielos, no! Fui una especie de adoptado por el hospital hace años, mucho antes de que este se construyera. Cuando todavía era

un chiquillo. En los viejos tiempos, el hospital trabajaba fuera en uno de los Golden Ghettos, en el lado este de la ciudad. Ya sabe, Cap. Solo personal americano, un depósito «ExTex». —El muchacho sonrió, enroscó con todo cuidado el tapón del tanque y procedió a llenar el siguiente—. El primer doc en adoptarme fue Abe Weiss. Un gran tipo, realmente formidable. Me incluyó en la nómina, me enseñó a utilizar el jabón, los calcetines, las cucharas y los excusados… Bueno, todo tipo de cosas nada iraníes para ratas callejeras como yo, sin familia, sin hogar, sin nombre…, sin nada. Solía llamarme su hobby. Incluso me puso ese nombre. Luego, un día, se fue.

Erikki pudo vislumbrar el dolor en la mirada del muchacho, aunque lo disimuló rápidamente.

—Me traspasó al doc Templeton que hizo lo mismo. A veces resulta difícil imaginar dónde estoy. Kurdo aunque no lo soy, yanqui aunque no lo soy…, iraní aunque no lo soy, judío aunque no lo soy, musulmán aunque no soy musulmán —se encogió de hombros—. Es bastante complicado, cap. El mundo, todo. ¿Eh?

—Sí.

Erikki miró hacia el hospital. Bayazid bajaba las escaleras con dos de sus guerreros junto a los enfermeros que llevaban una camilla. Ahora, la anciana iba cubierta de la cabeza a los pies.

—Nos vamos tan pronto como hayas repostado —dijo Bayazid lacónico.

—Lo siento —dijo Erikki.

—Insha'Allah.

Observaron a los enfermos introducir la camilla en la cabina. Bayazid les dio las gracias y aquellos se alejaron. Pronto, los depósitos quedaron llenos.

—Gracias, Mr. Reza —dijo Erikki alargándole la mano—. Gracias.

El muchacho se le quedó mirando.

—Nadie me ha llamado antes Mr., cap. Jamás. —Le apretó la mano con fuerza—. Gracias… Siempre que necesite gasolina, ya sabe dónde la tiene.

Bayazid se sentó junto a Erikki, se abrochó el cinturón y se puso los cascos mientras los motores se ponían en marcha.

—Ahora, volvemos a la aldea de donde vinimos.

—¿Y después? —preguntó Erikki.

—Consultaré con el nuevo jefe —dijo Bayazid, aunque en su fuero interno estaba haciendo cálculos. «De este hombre y del helicóptero podemos obtener un importante rescate, tal vez del Khan, o de los soviéticos. Es posible que de su propia gente. Mi gente necesita cada rial que podamos obtener».

CERCA DE TABRIZ UNO. EN LA ALDEA DE ABU MARD: 6.16 DE LA TARDE. Azadeh cogió el bol de arroz y el de horisht, dio las gracias a la mujer del cacique y caminó por la nieve sucia y cubierta de desperdicios hasta una cabaña que estaba algo apartada. Tenía el rostro descompuesto y su tos no auguraba nada bueno. Golpeó en la puerta con los nudillos Y seguidamente atravesó el bajo umbral.

—Hola, Johnny. ¿Cómo te encuentras? ¿Estás mejor?

—Estoy bien —había respondido él. Pero no era cierto.

La primera noche la pasaron en una cueva, no lejos de allí, arrebujados, temblando de frío.

—No podemos seguir aquí, Azadeh —le dijo él al amanecer—. Nos moriríamos de frío. Tendremos que intentarlo con la base.

Se habían dirigido hacia allí a través de la nieve, y ocultos, se dedicaron a vigilar. De vez en cuando habían visto a los dos mecánicos, e incluso a Nogger Lane, y el «206». Pero toda la base rebosaba de hombres armados. Dayati, el gerente de la base, se había trasladado al remolque de Azadeh y Erikki, junto con su mujer y sus hijos.

—Hijos e hijas de perra —siseó furiosa Azadeh viendo a la mujer que se había calzado un par de sus botas—. Tal vez podamos llegar sin que nos vean a las cabañas de los mecánicos. Ellos nos ocultarán.

—Van escoltados a todas partes. Apostaría a que tienen guardianes incluso durante la noche. Pero ¿quiénes son esos guardias? ¿Green Bands, hombres del Khan o qué?

—No reconozco a ninguno de ellos, Johnny.

—Van detrás de nosotros —le había dicho él, sintiéndose muy deprimido. La muerte de Gueng le había afectado sobremanera. Tanto Gueng como Tenzing habían estado con él desde el principio. Y también lo de Rosemont. Y Azadeh—. Otra noche a la intemperie y será tu fin. Será el fin de los dos.

—Nuestra aldea, Johnny, Abu Mard. Ha estado en nuestra familia durante más de un siglo. Son leales. Sé que lo son. Allí estaremos a salvo durante uno o dos días.

—¿Con mi cabeza puesta a precio? ¿Y contigo? No tardarían en enviar aviso a tu padre.

—Les pediré que no lo hagan. Les contaré que los soviéticos intentan secuestrarme y que tú me estás ayudando. Y eso es verdad. Les diré que necesitamos escondernos hasta que mi marido vuelva… Siempre ha sido muy popular entre ellos, Johnny. Su CASEVAC ha salvado muchas vidas a lo largo de los años.

La miró, barajando en la mente una docena de ideas contrarías a aquella sugerencia.

—La aldea está en la carretera, casi en plena carretera y…

—Sí, naturalmente tienes razón, y haremos lo que tú digas, pero se extiende adentrándose en el bosque. Podemos escondernos allí…, nadie esperaría eso.

Ross se había dado cuenta de lo cansada que estaba.

—¿Cómo te encuentras? ¿Te sientes lo bastante fuerte?

—No muy fuerte, pero bien.

—Podríamos hacer autostop, bajar unos kilómetros por la carretera… Tendríamos que rodear el control, es mucho menos peligroso que la aldea, ¿eh?

—Yo… preferiría no hacerlo. Puedo intentarlo. —Vaciló un instante—. Preferiría no hacerlo, al menos hoy. Tú sigue adelante. Yo esperaré. Es posible que Erikki regrese hoy.

—¿Y si no lo hace?

—No tengo ni idea. Pero tú sigue adelante.

Ross volvió a mirar hacia la base. Un nido de víboras. Ir allí sería un suicidio. Desde donde se encontraban, sobre una elevación, podía ver hasta la carretera general. Todavía había hombres en el control, suponía que se trataría de Green Bands y de policías, y una larga fila de coches esperando abandonar la zona. «Nadie nos recogerá ahora —se dijo—, a no ser por la recompensa».

—Tú vete a la aldea. Yo esperaré en el bosque.

—Sin ti, se limitarán a devolverme a mi padre… Los conozco, Johnny.

—A pesar de todo, acaso te traicionen.

—Hágase la voluntad de Dios. Pero podemos coger algo de comida y calentarnos, tal vez incluso descansar una noche. De madrugada nos iremos sin decir nada. Quizá podamos coger algún coche o camión de la aldea. El kalandar tiene un «Ford» viejo.

Ahogó un estornudo. No lejos de ellos, patrullaban hombres armados. Era más que probable que hubieran destacado grupos por el bosque. Para conseguir llegar hasta allí, habían tenido que dar un rodeo para no ser descubiertos por una patrulla. «La aldea es una locura —se dijo—. Si tenemos que evitar el control, necesitaremos horas de día…, y de noche. No podemos seguir otra noche a la intemperie».

—Muy bien, vayamos a la aldea —había aceptado él.

Así que el día anterior fueron hasta allí y Mustafa, el kalandar, escuchó su historia y mantuvo los ojos apartados de Ross. La noticia de su llegada había corrido de boca en boca y en cuestión de momentos toda la aldea estaba enterada; esa noticia se acumuló a la otra, la de la recompensa por el saboteador y secuestrador de la hija del Khan que este ofrecía. El kalandar había dado a Ross una cabaña de una sola habitación, con el suelo de tierra, y unas alfombras viejas que hedían a moho. La cabaña se encontraba muy lejos de la carretera, en el lindero más alejado de la aldea. El kalandar observó la mirada dura, el pelo enmarañado y la barba de

hacía varios días…, así como la carabina, el kukri y la mochila llena de municiones. A Azadeh la invitó a su casa. Era una casucha de dos habitaciones. No tenía electricidad ni agua corriente. Las operaciones de higiene se hacían en el joub.

La noche anterior, ya entre dos luces una anciana le había llevado a Ross comida caliente y una botella de agua.

—Gracias —dijo. Le dolía mucho la cabeza y empezaba a subirle la fiebre—. ¿Dónde está su Alteza?

La mujer se encogió de hombros. Tenía la cara llena de arrugas y picada de viruela y por dientes una especie de colillas marrones.

—Haga el favor de rogarle que me reciba.

Horas más tarde, habían enviado en su busca. En la habitación del jefe, vigilado por este, por su mujer, algunos parientes y unos cuantos ancianos, saludó cauteloso a Azadeh, como un extraño pudiera hacerlo con alguien de alta curia. Naturalmente, Azadeh llevaba chador y estaba arrodillada sobre alfombras, de cara a la puerta. Su rostro tenía un tono amarillento, una palidez poco saludable, pero Ross había pensado que quizá se debiera a la luz que despedía la chisporroteante lámpara.

—Salaam. ¿Se encuentra bien de salud, Alteza?

—Salaam, Agha. Sí, gracias. ¿Y tú?

—Creo que tengo algo de fiebre. —La vio alzar los ojos de la alfombra por un instante—. Tengo medicina. ¿La necesitas?

—No, no. Gracias.

Con todos aquellos ojos y oídos allí resultaba imposible decir lo que quería.

—Acaso pueda saludarte mañana. La paz sea contigo, Alteza.

—Y contigo.

Le había costado mucho dormirse. Y también a ella. Con el alba, la aldea se despertó, humearon las fogatas, se ordenó a las cabras y puesto al fuego el horisht de vegetales, con poca cosa para animarlo, acaso un trozo de pollo y, en algunas cabañas, un pedazo de oveja o de cabra, una carne de hacía días, rancia y dura. Boles de arroz aunque nunca suficientes. Cuando los tiempos eran buenos, se

comía dos veces al día, por la mañana y antes de anochecer. Azadeh había llevado dinero y pagó la comida de ambos. Eso no pasó desapercibido. Había pedido que en el horisht de aquella noche pusieran un pollo entero para que comieran de él toda la casa y por el que también pagó. Tampoco eso pasó desapercibido.

—Ahora, le llevaré comida a él —había dicho antes de que anocheciera.

—Pero, Alteza. No está bien que tú le sirvas —había aducido la mujer del kalandar—. Yo llevaré los boles. Podemos ir juntas si así lo deseas.

—No, es mejor que vaya yo sola porque…

—Dios nos proteja, Alteza. ¿Sola? ¿Con un hombre que no es su marido? Ah, no. Eso parecería indecoroso, sería muy indecoroso. Vamos, yo lo llevaré.

—Bien, gracias. Hágase la Voluntad de Dios. Gracias. Anoche él habló de fiebre. Pudiera ser una plaga. Ya sabes que los Infieles suelen padecer terribles enfermedades a las que nosotros no estamos acostumbrados. Mi único deseo era el de salvarte de posibles sufrimientos. Gracias por evitármelos.

La noche anterior todo el mundo en la habitación había sido testigo del sudor que cubría la cara del Infiel. Todos sabían lo infames que eran los Infieles, en su mayoría adoradores de Satanás y brujos. Casi todos creían en secreto que habían embrujado a Azadeh, primero el Gigante del Cuchillo y ahora, de nuevo, el saboteador. La mujer del jefe había entregado los boles a Azadeh en silencio y esta se encaminó a la cabaña a través de la nieve.

Ahora, ella le observaba en la semipenumbra de la habitación que tenía un agujero a modo de ventana, en el muro de adobe. El ambiente estaba enrarecido por el hedor a orines y desperdicios que despedía el joub desde el exterior.

—Come, come mientras esté caliente. No puedo quedarme mucho tiempo.

—¿Te encuentras bien? —Ross había estado tumbado dormitando, cubierto por una sola manta y completamente vestido.

Pero en aquellos momentos se encontraba sentado, cruzado de piernas y alerta. Había hecho bajar la fiebre con la ayuda de medicamentos que llevaba en su botiquín portátil, pero tenía el estómago revuelto—. No tienes un aspecto muy bueno que digamos.

Azadeh sonrió.

—Tú tampoco. Estoy bien. Come.

Ross se sentía realmente hambriento. La sopa estaba clara pero sabía que así iría mejor para su estómago. Empezaba a sentir otro espasmo, pero logró contenerse y este desapareció.

—¿Crees que podríamos esfumarnos? —dijo entre dos bocados, intentando comer despacio.

—Tú puedes hacerlo. Yo no.

Durante todo el día, mientras estuvo dormitando intentando recuperar su vigor, intentó forjar un plan. En una ocasión, había empezado a salir de la aldea caminando. Centenares de ojos estaban clavados en él, todo el mundo lo vigilaba. Llegó hasta la linde de la aldea y luego regresó. Pero había visto el viejo camión.

—¿Qué me dices del camión?

—Se lo pedí al jefe. Dijo que estaba averiado. Pero no sé si estaba mintiendo o no.

—No podemos seguir aquí por mucho más tiempo. Es posible que una patrulla llegue de un momento a otro. O tu padre se entere, o que se lo digan. Nuestra única esperanza está en la huida.

—O secuestrar el «206» con Nogger.

Se la quedó mirando.

—¿Con todos esos hombres allí?

—Uno de los niños me dijo que hoy habían regresado a Tabriz.

—¿Estás segura?

—Segura no, Johnny —respondió y una sensación de ansiedad la embargó—. Pero no hay motivo para que el niño mienta. Yo solía dar clases aquí antes de casarme… He sido la única maestra que jamás han tenido y sé que les gusto. El niño dijo que solo habían quedado allí uno o dos. —Sintió otro escalofrío que la hizo sentirse más débil —. «Tantas mentiras, tantos problemas durante estas últimas

semanas —se dijo—. ¿Solo han sido semanas? Tanto terror desde que Rakoczy y el mulá invadieron la cabaña después de su sauna con Erikki. Y ahora todo es desesperanza. ¿Dónde estás, Erikki? —ansiaba gritar con todas sus fuerzas—. ¿Dónde estás?».

Ross terminó la sopa y el arroz rebañando hasta el último grano mientras sopesaba los pros y los contras intentando pergeñar un plan. Azadeh se encontraba de rodillas frente a él y pudo percibir su cabello enmarañado y la suciedad, el cansancio y la gravedad.

—Pobre Johnny —murmuró, poniéndole la mano sobre el brazo —. No te he traído mucha suerte, ¿verdad?

—No seas tonta. No es culpa tuya…, nada de esto lo es. —Sacudió negativamente la cabeza—. Nada lo es. Escucha, esto es lo que vamos a hacer: nos quedaremos aquí esta noche y mañana, al apuntar el día, nos pondremos en marcha. Probaremos en la base y si no resulta, saldremos haciendo autostop. Tú intenta que el jefe nos ayude manteniendo la boca cerrada. Y también su mujer. El resto de los aldeanos lo harán si él se lo ordena. El tiempo suficiente al menos para darnos cierta ventaja. Promételes una gran recompensa cuando las cosas se normalicen de nuevo. Y toma esto… —Rebuscó en el lugar secreto de su mochila y finalmente encontró las rupias de oro. Eran diez—. Dale cinco y guárdate las otras para un caso de emergencia.

—Pero…, pero ¿y tú? —dijo ella con los ojos muy abiertos renacida la esperanza ante la fuerza de semejante pishkesh.

—Tengo diez más —mintió Ross con facilidad—. Fondos de emergencia. Por cortesía del Gobierno de Su Majestad.

—¡Dios mío, Johnny! Creo que ahora tendremos una posibilidad. Esto representa mucho dinero para ellos.

Los dos miraron hacia la ventana al levantarse el viento y desprender en parte el saco que la cubría. Azadeh se puso en pie y volvió a colocarlo lo mejor que le fue posible. Aunque no quedaba tapada toda la abertura.

—No importa —dijo Ross—. Ven y siéntate.

Ella obedeció, haciéndolo algo más cerca que antes.

—Toma, por si acaso —le alargó la granada—. No tienes más que mantener la palanca baja, tirar del seguro, contar hasta tres y lanzarla. Tres, no cuatro.

Se levantó y abrió la puerta para que ella saliera. Afuera estaba oscuro. Ninguno vio la figura que se escurría apartándose de la ventana pero ambos sintieron ojos clavados en ellos desde todas partes.

—¿Y qué pasará con Gueng, Johnny? ¿Crees que nos encontrará?

—Estará vigilando dondequiera que se encuentre. —Sintió llegar un espasmo—. Buenas noches. Dulces sueños.

—Dulces sueños.

Era lo que se decían el uno al otro en los viejos tiempos.

Se tocaron sus ojos y también sus corazones y ambos se sintieron reconfortados y, al propio tiempo, atormentados por funestos presagios. Luego, Azadeh se volvió haciéndose casi invisible por el color oscuro de su chador. Ross vio abierta la puerta de la cabaña del jefe y también entrar a Azadeh en ella. Luego, la puerta se cerró tras ella. Oyó el chirrido de un camión por la carretera, no lejos de allí. Más tarde, un coche tocando la bocina que pasó rápidamente y se perdió en la lejanía. Sintió un espasmo tan fuerte que hubo de ponerse en cuclillas. El dolor fue muy intenso pero era poco lo que podía hacer y se sintió agradecido de que Azadeh no estuviese allí. Cogió un puñado de nieve con la mano izquierda y se limpió. Seguía sintiendo miradas sobre él a todo su alrededor. «¡Bastardos!», pensó. Luego, volvió a entrar en la cabaña y se sentó en el tosco colchón de paja.

Engrasó el kukri en la oscuridad. No tuvo necesidad de afilarlo porque ya lo había hecho antes. La hoja centelleaba. Durmió con él desenvainado.

EN EL PALACIO DEL KHAN: 11.19 DE LA NOCHE. El médico tenía cogida la muñeca del Khan y comprobaba su pulso una vez más.

—Tiene que hacer mucho reposo, Alteza —le dijo con tono preocupado—, y tomar una de estas píldoras cada tres horas.

—Cada tres horas…, sí —dijo con voz apagada y mal aliento. Estaba incorporado con cojines en la cama hecha sobre gruesas alfombras. Junto al lecho se encontraban Najoud, su hija mayor de treinta y cinco años, y Aysha, su tercera mujer de diecisiete. Las dos mujeres tenían el rostro pálido. En la puerta había dos guardias y Ahmed estaba arrodillado junto al médico—. Ahora… ahora dejadme.

—Volveré al amanecer con la ambulancia y…

—¡Nada de ambulancias! ¡Me quedo aquí! —El rostro del Khan se congestionó y volvió a sentir un agudo dolor en el pecho. Todos le observaban sin apenas respirar. Cuando le fue posible hablar dijo con voz ronca—: Me quedo aquí.

—Pero, Alteza, ya has sufrido otro ataque al corazón aunque benigno, gracias sean dadas a Dios —dijo el doctor con voz trémula —. No puede predecirse cuando podrías tener… Aquí no dispongo de equipo, deberías someterte a tratamiento y observación de forma inmediata.

—Todo… Todo cuanto necesites tráelo aquí. ¡Ocúpate de ello, Ahmed!

—Sí, Alteza. —Ahmed miró al médico.

Este metió su estetoscopio y su aparato para tomar la tensión en su anticuado maletín. En la puerta se calzó los zapatos y salió. Najoud y Ahmed le siguieron. Aysha vaciló. Era menuda, hacía dos años que estaban casados y había dado a luz un hijo y una hija. El rostro del Khan tenía una palidez enfermiza y respiraba con gran dificultad. Se arrodilló más cerca y le cogió la mano, pero él la retiró furioso, frotándose el pecho e imprecándola. El temor de ella se hizo más intenso.

Ya en el vestíbulo, el médico se detuvo. Su rostro, viejo y muy arrugado, aparentaba más edad de la que tenía y su cabello era completamente blanco.

—Sería preferible en el hospital, Alteza —dijo a Najoud—. Tabriz no es bastante bueno. En Teherán estaría mucho mejor. Debería ser

en Teherán aunque el viaje pudiera… Teherán es mejor que aquí. Su presión sanguínea es excesivamente alta, lo ha sido durante años pero, bueno, es la Voluntad de Dios.

—Todo cuanto necesite lo traeremos aquí —dijo Ahmed.

—¡Eres un loco! No puedo traer aquí un quirófano, ni el dispensario, ni las condiciones asépticas —repuso el médico enfadado.

—¿Es que va a morir? —preguntó Najoud con los ojos muy abiertos.

—Cuando Dios lo quiera, solo cuando Dios lo quiera. Tiene la tensión demasiado alta… No soy un mago y estamos tan escasos de suministros. ¿Tienes alguna idea de cuál fue la causa del ataque? ¿Tuvo una discusión o algo parecido?

—No, no hubo discusión pero es seguro que se trata de Azadeh. Ella otra vez, esa hermanastra mía. —Najoud empezó a retorcerse las manos—. Fue ella, fugándose con ese saboteador ayer por la mañana, fue…

—¿Qué saboteador? —preguntó, asombrado, el médico.

—El saboteador que todo el mundo está buscando, el enemigo de Irán. Pero estoy segura de que no la raptó, estoy convencida de que se fue con él… ¿Cómo hubiera podido raptarla dentro del palacio? Es ella la que provocó la ira de Su Alteza… Todos hemos estado aterrorizados desde ayer por la mañana.

«¡Estúpida bruja! —se dijo Ahmed—. La demencial y furibunda explosión fue causada por los hombres de Teherán, Hashemi Fazir y el Infiel que habla farsi y lo que pidieron a mi Amo y a lo que mi Amo tuvo que acceder. Resulta evidente que una cosa tan poco importante como la de entregarles a un soviético, un supuesto amigo que en realidad era un enemigo, no es motivo suficiente para semejante explosión. Muy inteligente por parte de mi Amo ponerlo todo en seguida en movimiento: pasado mañana el falso amigo atravesará la frontera de nuevo y caerá en la red, y los dos enemigos de Teherán también volverán y caerán en la red. Después mi Amo decidirá y yo actuaré. Entretanto, Azadeh y el saboteador

están seguros, atrapados en la aldea por voluntad de mi Amo… El jefe le envió aviso desde el primer momento. Pocos hombres hay en la tierra tan listos como Abdollah Khan y solo Dios decidirá cuándo habrá de morir, no este perro de médico».

—Le ruego que me perdone, Alteza, pero hemos de ir a buscar a una enfermera, y medicamentos y algún equipo. Tenemos que darnos prisa, doctor.

Al otro extremo, la puerta se abrió. Aysha estaba, si cabía, más pálida.

—Su Alteza quiere verte un momento, Ahmed.

Una vez solos, Najoud cogió al médico por la manga.

—¿Está muy grave Su Alteza? —musitó—. ¡Tiene que decirme la verdad! ¡He de saberla!

Él alzó las manos con ademán de impotencia.

—No lo sé, no lo sé. He estado esperando algo peor que esto durante un año o más. El ataque no ha sido fuerte. El próximo puede ser devastador o flojo, dentro de una hora o de un año. No lo sé.

A Najoud le había dominado el pánico desde que el Khan sufriera el ataque hacía un par de horas. Si el Khan moría, el heredero legítimo sería Hakim, el hermano de Azadeh. Los dos hermanos de Najoud habían muerto en la infancia. El hijo de Aysha apenas contaba un año de edad. El Khan no tenía hermanos vivos de manera que el heredero tendría que ser Hakim. Pero Hakim había caído en desgracia siendo desheredado y, por lo tanto, tendría que haber una regencia. Su marido Mahmud era el mayor de los yernos. Sería regente, a menos que el Khan ordenara otra cosa.

«¿Y por que había de hacerlo? —se dijo, sintiendo una vez más un vacío enorme en el estómago—. El Khan sabe que yo puedo guiar a mi marido y hacernos fuertes a todos. El hijo de Aysha, puff, un niño enfermizo, tan enfermizo como la madre. Hágase la Voluntad de Dios, pero los niños mueren. No es una amenaza. Pero Hakim…, Hakim sí lo es».

Recordó haber ido a hablar con el Khan cuando Azadeh regresó del colegio, en Suiza.

—Te traigo malas noticias, padre, pero debes conocer la verdad. Oí lo que hablaban Hakim y Azadeh, Alteza. Ella le dijo que había concebido un hijo pero que lo había evitado con la ayuda de un médico.

—¿Qué?

—¡Sí… sí, yo la he oído decírselo!

—Azadeh no puede… Azadeh no puede, ¡no puede haber hecho eso!

—Pregúntaselo… Pero, te lo suplico, no le digas cómo te has enterado… Pregúntale ante Dios, pregúntale, haz que un médico la examine. Pero espera, eso no es todo. En contra de tus deseos, Hakim sigue decidido a convertirse en pianista y le dijo a Azadeh que iba a fugarse, que se marchaba de aquí, a París, y le pidió a Azadeh que lo acompañara, «entonces podrás casarte con tu amante», le dijo, pero ella dijo, Azadeh dijo: «Nuestro padre te hará volver, nos obligará a volver. ¡Jamás nos permitirá irnos sin su permiso, jamás!». Entonces, Hakim dijo: «¡Yo me *iré*! No voy a quedarme aquí y malgastar mi vida. ¡Me voy!». Ella le dijo otra vez: «Nuestro Padre jamás lo permitirá, jamás». «Entonces es mejor que esté muerto», dijo Hakim. Y ella dijo: «Estoy de acuerdo».

—¡No… no lo… no lo creo!

Najoud recordaba el rostro congestionado y lo aterrada que se sintió. «Ante Dios te juro que les oí decirlo —había dicho ella—. Ante Dios. Luego dijeron: "Tenemos que preparar un plan, ten…". Se sintió amedrentada al decirle él que se lo contara todo con absoluta exactitud».

—Él dijo exactamente, Hakim dijo: «Un poco de veneno en su halvah, o en alguna bebida, podemos sobornar a un sirviente, tal vez sobornar a uno de sus guardias para que le mate, o dejar abiertas las verjas por la noche para los asesinos… Hay un centenar de maneras para que cualquiera de los miles de sus enemigos lo haga

por nosotros, todo el mundo lo odia. Debemos pensar y ser pacientes…».

Le había resultado fácil tejer todo aquel embrollo, perfeccionándolo una y otra vez hasta el punto de llegar a creérselo ella misma…, aunque no del todo.

«Dios me perdonará —se dijo confiada como siempre que se lo decía—, Dios me perdonará. Azadeh y Hakim siempre nos han odiado, han odiado al resto de la familia, deseaban vernos muertos, desterrados, para quedarse ellos con toda nuestra herencia, ellos y la bruja de una madre que lanzó un maleficio sobre nuestro padre haciendo que apartase su rostro de nosotros durante tantos años. Ocho años estuvo bajo aquel embrujo… "Azadeh esto, Azadeh aquello, Hakim esto, Hakim lo otro". Durante ocho años se apartó de nosotros y de nuestra madre, no hizo el menor caso de mí, casándome sin más con ese patán de Mahmud, ese maloliente y ahora impotente, asqueroso, roncador, patán, arruinando así mi vida. Ansío que muera mi marido comido por los gusanos, pero no antes de que se convierta en Khan y así mi hijo podrá convertirse en Khan después de él.

»Padre debe librarse de Hakim antes de morir. Que Dios le mantenga vivo para que pueda hacerlo… ¡Tiene que hacerlo antes de morir! Y Azadeh ha de ser humillada, proscrita, también destruida… o, mejor aún, sorprendida en adulterio con el saboteador. ¡Ah, sí. Entonces, mi venganza será completa!».

VIERNES

23 de febrero

XLIII

CERCA DE TABRIZ UNO, EN LA ALDEA DE ABU MARD: 6.17 DE LA MAÑANA. En la madrugada, la cara de otro Mahmud, el mulá islámico-marxista, aparecía contraída por la furia.

—¿Has yacido con este hombre? —vociferó—. Ante Dios, ¿has yacido con él?

Azadeh se encontraba de rodillas ante él embargada por el pánico.

—No tienes derecho a irrumpir en la…

—¿Has yacido con este hombre?

—Soy… soy fiel a mi…, ¡a mi marido! —jadeó.

Hacía tan solo unos segundos que ella y Ross se encontraban sentados sobre las alfombras en la cabaña, devorando apresuradamente la comida que ella llevara, felizmente reunidos y preparados para partir de inmediato. El jefe había aceptado, agradecido y humilde, su pishkesh, cuatro rupias de oro para él y otra que Azadeh diera en secreto a su mujer, y les había dicho que salieran a hurtadillas de la aldea por la parte del bosque, tan pronto como hubieran terminado de comer, bendiciendo a Azadeh. Luego, la puerta se había abierto violentamente, precipitándose sobre ellos unas gentes extrañas. Sujetaron a Johnny y les arrastraron a los dos afuera, empujándola a ella a los pies de Mahmud y golpeando a Ross hasta someterle.

—Soy fiel, soy fiel, lo juro…

—¿Fiel? ¿Por qué no llevas chador? —le gritó Mahmud, frente a la mayoría de las gentes de la aldea que ahora les rodeaban, silenciosas y asustadas.

Media docena de hombres armados descansaban apoyados sobre sus armas, dos de ellos se encontraban junto a Ross quien estaba tumbado boca abajo, inconsciente, y un hilillo de sangre le resbalaba por la frente.

—Llevaba… yo llevaba chador pero me… me lo quité mientras comía…

—¿Te quitaste el chador en una cabaña con la puerta cerrada mientras comías con un forastero? ¿Qué otra cosa te quitaste?

—¡Nada, nada! —dijo, presa de un pánico mayor, ciñéndose fuertemente su parka con la cremallera bajada—. Solo estaba comiendo y, además, él no es un extraño, es un viejo amigo mío…, es un viejo amigo de mi marido —se apresuró a rectificar, pero el desliz no había pasado desapercibido—, el khan Abdollah es mi padre y tú no tienes der…

—¿Viejo amigo? ¡Si no eres culpable no tienes nada que temer! Ante Dios, ¿has yacido con él? ¡Júralo!

—¡Kalandar, envía por mi padre, envía por él!

El kalandar no se movió. Todas las miradas estaban clavadas en ella. Impotente, vio la sangre sobre la nieve, y oyó quejarse a su Johnny que empezaba a recobrar el conocimiento.

—¡Juro por Dios que soy fiel a mi marido! —chilló.

El grito les penetró a todos y también en la mente de Ross, ayudándole a recobrar plenamente la consciencia.

—Responde a la pregunta, mujer. ¿Sí o no? En el Nombre de Dios, ¿has yacido con él? —preguntó el mulá que se encontraba en pie dominándola, semejante a un cuervo morboso, con los aldeanos esperando, todo el mundo esperando, los árboles y el viento esperando…, incluso Dios.

—¡Insha'Allah!

Su miedo desapareció. Su lugar lo ocupó el odio. Sostuvo la mirada de aquel hombre, Mahmud, al tiempo que se ponía en pie.

—¡En el Nombre de Dios, soy y siempre he sido fiel a mi marido! —afirmó—. ¡En el Nombre de Dios, sí, amé a este hombre hace muchos, muchísimos años!

Sus palabras hicieron estremecerse a muchos y Ross se sintió aterrado al oír que lo admitía.

—¡Ramera! ¡Perdida! Has reconocido públicamente tu culpabilidad. Serás castigada de acuerdo con…

—¡No! —gritó Ross, haciéndose oír por encima de sus palabras. Logró incorporarse hasta ponerse de rodillas y aun cuando los dos muyahidines le apuntaban a la cabeza con sus armas, los ignoró por completo—. ¡No fue culpa de Su Alteza! Yo… yo soy el culpable. Solo yo.

—No temas, Infiel. Serás castigado —dijo Mahmud y añadió, volviéndose hacia los aldeanos—. Todos habéis oído que la ramera admite la fornicación, todos habéis oído que el Infiel admite la fornicación. Para ella solo hay un castigo… Para el Infiel, ¿qué debería pasarle al Infiel?

Los aldeanos se mantuvieron a la espera. Aquel mulá no era su mulá, tampoco pertenecía a su aldea y no era un verdadero mulá sino un islámico-marxista. Se había presentado allí sin que lo invitaran. Nadie sabía por qué había ido a la aldea, solo que había aparecido de repente como la ira de Dios, con izquierdistas… que tampoco eran de la aldea. No verdaderos chiitas, solo dementes. ¿Acaso el Imán no había dicho cincuenta veces que aquellos hombres eran todos unos locos que solo hablaban a Dios de dientes para afuera, mientras en secreto adoraban a Marx-Lenin?

—¡Bien! ¿Deberá él compartir el castigo de ella?

Nadie le contestó. Tanto el mulá como sus hombres iban armados.

Azadeh recibió el impacto de todos los ojos clavados en ella, pero ya se sentía incapaz de moverse o decir nada. Permanecía allí en pie, con las rodillas temblorosas, llegándole lejanas las voces, incluso la de Ross que gritaba:

—¡No tienes jurisdicción sobre mí…, ni sobre ella! ¡Estás profanando el nombre de Dios…!

Uno de los hombres que había a su lado le propinó un empujón tan brutal que le hizo caer al suelo. Luego, le puso la bota en el

cuello impidiéndole todo movimiento.

—Castrémosle y terminemos con él —dijo uno de los hombres.

—No, fue la mujer la que le tentó —aseguró otro—. ¿Acaso no la vi quitarse su chador para él anoche en la cabaña? Vedla ahora, tentándonos a todos nosotros. Creo que el castigo para él debería ser cien latigazos.

—Puso las manos sobre ella. Cortémosle las manos —sugirió otro.

—Bien —dijo Mahmud—. Primero las manos, luego los latigazos. ¡Atadle!

Azadeh intentó gritar contra aquella maldad, pero no logró emitir sonido alguno. La sangre le golpeaba las sienes, tenía el estómago revuelto y la mente bloqueada, mientras arrastraban a su Johnny obligándole a ponerse en pie, luchando dando patadas hasta que finalmente lo ataron, con las piernas abiertas, a dos vigas que sobresalían de la cabaña… Aquello le hizo recordar un día en que ella y Hakim cuando niños, con su hermano, dándoselas de valiente, cogió una piedra y se la arrojó a un gato, y cómo el gato aulló mientras rodaba por el suelo, logrando enderezarse, aunque estaba herido, e intentando alejarse de allí arrastrándose y quejándose hasta que un guardia le disparó para terminar con su sufrimiento… Ahora…, ahora sabía que nadie le dispararía a ella. Dando un alarido, se lanzó sobre Mahmud intentando alcanzarle con las uñas pero las fuerzas le fallaron y perdió el conocimiento.

Mahmud la miró.

—Colocadla contra ese muro —ordenó a algunos de sus hombres —, y luego traedle su chador. —Se volvió de cara a los aldeanos—. ¿Quién es el carnicero aquí? ¿Quién es el carnicero de esta aldea? — Nadie contestó. Su tono se hizo imperativo—. Kalandar, ¿quién es tu carnicero?

El jefe señaló a un hombre que se encontraba entre la multitud, un hombre pequeño, toscamente vestido.

—Abrim, Abrim es nuestro carnicero.

—Ve y trae el cuchillo más afilado que tengas —le ordenó Mahmud—. Los demás, amontonad piedras.

Abrim hizo lo que le mandaban.

«Es la Voluntad de Dios», murmuraron los demás entre sí.

—¿Habéis visto alguna vez una lapidación? —preguntó alguien.

—Yo vi una hace mucho tiempo. Fue en Tabriz, cuando era pequeña —dijo y su voz se hizo trémula—. La adúltera era la mujer de un mercader, sí, recuerdo que era la mujer de un mercader. Su amante era mercader también y le cortaron la cabeza delante de la mezquita, después, los hombres la apedrearon a ella. Las mujeres podían haberle arrojado piedras de haberlo querido, pero no lo hicieron. No vi que ninguna mujer la lapidara. Duró mucho tiempo, la lapidación, y durante años seguí oyendo sus gritos.

—El adulterio es un gran pecado y debe ser castigado, quienquiera que sea la pecadora, incluso *ella*. El Corán dice: cien latigazos al hombre… El mulá es quien impone la ley, no nosotros —dijo el kalandar.

—¡Pero él no es un verdadero mulá y el Imán nos ha prevenido contra ellos y sus maldades!

—El mulá es el mulá. La ley es la ley —repuso el kalandar con gesto torvo, deseoso en su fuero interno de humillar al Khan y destruir a aquella mujer que había enseñado ideas inquietantes a sus hijos—. Amontonad las piedras.

Mahmud permanecía en pie, en medio de la nieve, ajeno al frío, a los aldeanos y al saboteador, que maldecía, se quejaba e intentaba, frenético, librarse de sus ligaduras. Y también a la mujer inerte contra el muro.

Aquella mañana, antes del amanecer, cuando llegaba para imponer su autoridad en la base, se había enterado de que el saboteador y *ella* estaban en la aldea. «La de la sauna —se había dicho haciéndose más intensa su ira—. La que se pavoneaba, el retoño de alta cuna del maldito Khan, ese que pretende ser nuestro patrón pero que nos ha traicionado y me ha traicionado a mí; él intentó que me asesinaran anoche a la salida de la mezquita

después de la última oración, con una ráfaga de metralleta que mató a muchos pero no a mí. El Khan trató de que me asesinaran, a mí al protegido de la Palabra Sagrada de que el Islam, junto con Marx-Lenin es el único camino para ayudar al mundo a levantarse».

La miró, viendo las largas piernas enfundadas en los pantalones de esquí azules, el cabello descubierto y flotando, los erguidos senos tensando la chaqueta de esquí azul y blanca. «Ramera», dijo para sí, odiándola por tentarle. Uno de sus hombres arrojó sobre ella el chador. Azadeh gimió levemente aunque sin salir de su estupor.

—Estoy preparado —dijo el carnicero, probando su cuchillo.

—Primero la mano derecha —dijo Mahmud a sus hombres—. Atadle por encima de las muñecas.

Lo maniataron fuertemente con tiras de la arpillera que cubría la ventana. Los aldeanos se apelotonaban para poder ver mejor el espectáculo, y Ross hizo acopio de toda su energía para contener el terror que amenazaba con desbordarle al ver la cara marcada de viruelas sobre el cuchillo de trinchar, el bigote y la barba enmarañada, los ojos vacuos y el pulgar del hombre, comprobando, con aire ausente, el filo del cuchillo. Entonces su mirada se aclaró. Vio a Azadeh volver en sí y, de repente, se acordó.

—¡La granada! —gritó—. ¡La granada, Azadeh!

Ella le oyó claramente y rebuscó en su bolsillo lateral mientras él seguía chillando una y otra vez, sobresaltando al carnicero y atrayendo hacia sí la atención de todos. El carnicero se acercó maldiciéndole, le cogió la mano derecha, con firmeza, fascinado por ella, se movió ligeramente de un lado a otro, con el cuchillo preparado, mientras reflexionaba por dónde debía cortar los tendones de la articulación. Esa vacilación dio el tiempo justo a Azadeh para levantarse y lanzarse contra su espalda a través del corto espacio que los separaba, consiguiendo que cayese al suelo y soltase el cuchillo, que se hundió en la nieve. Luego, se volvió hacia Mahmud, quitado el seguro de la granada, y permaneció allí, temblando, sujetando la palanca con su pequeña mano.

—¡Aléjate de él! —chilló—. ¡Aléjate!

Mahmud no se movió. Todos los demás se dispersaron. Algunos se atropellaban entre sí al atravesar la plaza en busca de refugio, mientras lanzaban maldiciones y gritaban.

—¡De prisa, por aquí, Azadeh! —gritó Ross—. *¡Azadeh!*

Ella le oyó a través de las brumas de su cerebro y obedeció, retrocediendo hacia donde él se encontraba, vigilando a Mahmud, unas burbujas de espuma en la comisura de su bonita boca. Entonces, Ross vio a Mahmud volverse y dirigirse hacia uno de sus hombres que se encontraba fuera del alcance, y gimió, consciente de lo que ocurriría seguidamente.

—¡Aprisa, coge el cuchillo y suéltame! —urgió para apartar la atención de ella—. ¡No sueltes la palanca! Yo los vigilaré por ti. —Por detrás de ella, vio al mulá coger el rifle a uno de sus hombres, amartillarlo y volverse hacia ellos. Entretanto, Azadeh había cogido el cuchillo del carnicero y se disponía a cortar las ligaduras de la mano derecha de él. Ross supo que la bala la mataría o la heriría, la palanca saltaría y, después de cuatro segundos de espera, el olvido para ambos, pero rápido, limpio y sin obscenidades.

—Siempre te he amado, Azadeh —musitó.

Ella lo miró, sobresaltada, y sonrió a su vez.

Sonó un disparo. Ross sintió que el corazón se le paraba. Luego otro y otro, pero no era Mahmud quien disparaba sino que lo hacían desde el bosque. Mientras, Mahmud se retorcía y chillaba caído en la nieve. Luego, una voz siguió a los disparos.

—¡Allah-u Akbar! ¡Muerte a los enemigos de Dios! ¡Muerte a todos los izquierdistas, muerte a todos los enemigos del Islam!

Con un aullido de rabia, uno de los muyahidines se lanzó hacia el bosque y murió. Al punto, el resto emprendió la huida, cayendo unos encima de otros en su aterrada precipitación por esconderse. En cuestión de segundos, la plaza de la aldea quedó desierta salvo por los barboteantes aullidos de Mahmud. Ya no llevaba el turbante en la cabeza. En el bosque, los cuatro hombres que formaban el equipo tudeh de ejecuciones, y que desde el alba lo iban siguiendo, le

silenciaron con una ráfaga de metralleta. Después, los cuatro se retiraron con el mismo sigilo con que habían llegado.

Ross y Azadeh contemplaron, atónitos, la desierta plaza.

—¡No puede ser… no puede ser! —murmuraba Azadeh, trastornada todavía.

—No sueltes la palanca —le advirtió Ross con voz bronca—. No sueltes la palanca. Rápido, quítame las ligaduras…, ¡rápido!

El cuchillo estaba muy afilado. A Azadeh le temblaban las manos y las movía con lentitud, pero cortó las ataduras de un tajo. Tan pronto como Ross estuvo libre y cogió la granada con las manos doloridas y con hormigueo pero que sujetaban seguras la palanca, respiró de nuevo. Tambaleante, se dirigió a la cabaña, cogió la carabina y el kukri, que quedara envuelto en la manta durante el forcejeo inicial, y lo envainó. Una vez en la puerta, se detuvo.

—¡De prisa, Azadeh, coge tu chador y la mochila y sígueme! —gritó. Ella se le quedó mirando—. ¡De prisa! —aulló.

Azadeh obedeció como una autómata y Ross la sacó de la aldea adentrándose en el bosque, en la mano derecha la granada y en la izquierda el arma. Al cabo de una carrera vacilante de un cuarto de hora, se detuvo y prestó oído. Nadie les seguía, Azadeh jadeaba detrás de él. Vio que llevaba la mochila pero que había olvidado el chador. Su indumentaria de esquiadora, azul claro destacaba con gran claridad sobre la nieve y entre los árboles. Echó a correr de nuevo. Ella lo siguió tropezando, incapaz de hablar. Otros cien metros sin tropiezo alguno.

Todavía no había un lugar donde detenerse. Ross prosiguió la marcha, ahora ya más despacio, sintiendo un violento dolor en el costado que casi le provocó el vómito. Azadeh le seguía todavía más exhausta que él. Encontró el sendero conducente a la parte trasera de la base. Nadie los perseguía. Cerca de la elevación, por la trasera de la cabaña de Erikki, se detuvo para esperar a Azadeh; entonces sintió que se le revolvía el estómago, vaciló y, cayendo de rodillas, empezó a vomitar. Aunque muy débil, se puso en pie y subió para encontrar un mejor cobijo. Cuando Azadeh se reunió con él,

respiraba con dificultad, entre grandes jadeos. Se derrumbó sobre la nieve, a su lado, haciendo esfuerzos para vomitar.

Abajo, junto al hangar, Ross pudo ver el «206» que uno de los mecánicos estaba lavando. «Bien —se dijo—, tal vez lo estén preparando para un vuelo». Tres revolucionarios armados se encontraban agazapados en una terraza cercana, estaban fumando protegidos del ligero viento por el saliente de un remolque. En el resto de la base no había señales de vida, aunque salía humo de la chimenea de la cabina de Erikki y de la que los mecánicos compartían, como también de la cocina. Incluso podía ver la carretera desde allí. Todavía seguía el control y los hombres que vigilaban así como algunos camiones y coches detenidos ante él.

Volvió la mirada a los hombres que se encontraban en la terraza y pensó en Gueng y en cómo habían arrojado su cuerpo, igual que si de un saco de huesos se tratara, sobre el suelo sucio de la furgoneta. Quizás habían sido esos mismos hombres o tal vez no. Por un momento, la cabeza le dolió por la fuerza de su ira. Miró de nuevo a Azadeh. Sus espasmos se habían calmado, aunque seguía más o menos en trance, sin verle en realidad, la barbilla manchada con algunos restos de saliva y de vómito. Ross le limpió la cara con la manga.

—Ya estamos bien. Descansa un rato y luego seguiremos adelante. Azadeh asintió y se recostó, sumiéndose una vez más en su propio mundo privado. Ross volvió a concentrarse en la base.

Diez minutos pasaron sin apenas cambio. Arriba, el cielo encapotado era como una manta sucia, cargada de nieve. Dos de los hombres armados entraron en la oficina y pudo verlos, de vez en cuando, a través de la ventana. El tercero de ellos prestaba escasa atención al «206». Ningún otro movimiento. Un cocinero salió de la cocina, orinó en la nieve y volvió a entrar. El tiempo transcurría. Uno de los guardias salió de la oficina y se dirigió, andando con dificultad por la nieve, hacia el remolque de los mecánicos, con el «M16» colgado del hombro; abrió la puerta y entró, al cabo de un momento volvió a salir. Iba acompañado por un europeo alto con indumentaria

de vuelo y otro hombre. Ross reconoció al piloto Nogger Lane y al otro mecánico. Este dijo algo a Lane, saludó con la mano y regresó al remolque. El guardia y el piloto se dirigieron hacia el «206».

«Todo el mundo en su puesto», pensó Ross, latiéndole el corazón. Comprobó la carabina con torpeza ya que la granada que llevaba en la mano derecha le dificultaba los movimientos. Luego, metió en su bolsillo los dos últimos cargadores y la última granada que llevaba en la mochila. De repente, se sintió invadido por el pánico y por unas ansias insostenibles de echar a correr, de salir corriendo, de esconderse, de llorar, de encontrarse en casa a salvo, lejos en cualquier parte. «¡Ayúdame, Dios!».

—Ahora voy a bajar ahí, Azadeh —se forzó a decir—. Prepárate para correr hacia el helicóptero cuando yo agite la mano o grite. ¿Dispuesta? —Vio que lo miraba y asentía con la cabeza formando sus labios la palabra sí, pero no estaba seguro de que hubiera penetrado en su mente lo que le había dicho. Lo repitió y sonrió alentador—. No te preocupes.

Azadeh asintió sin decir palabra.

Ross dejó suelto su kukri en la vaina y subió corriendo por la elevación como un animal salvaje en busca de comida.

Se deslizó por detrás de la cabina de Erikki, protegida por la sauna. Del interior le llegaron gritos infantiles y la voz de una mujer. Tenía la boca seca, la cálida granada en la mano. Fue acercándose más y más al remolque de la oficina, pasando de una protección a otra, bidones inmensos o montañas de tuberías y herramientas de transporte de troncos, siempre más cerca de aquel remolque. De vez en cuando, se paraba para localizar al guardia y al piloto, cerca del hangar, y al hombre de la terraza, que los vigilaba tranquilamente. La puerta de la oficina se abrió y otro hombre salió, acompañado de uno a quien Ross no había visto, de más edad, más corpulento, completamente afeitado, quizás europeo, vestido con ropas de mejor calidad y armado con un «Stern». De su ancho cinturón de cuero colgaba un kukri envainado.

Ross soltó la palanca que se desprendió: «Uno…, dos…, tres…», se fue apartando para ponerse a cubierto, y lanzó la granada hacia los hombres que se encontraban en la terraza, a unos cuarenta metros de distancia, y volvió a ocultarse tras el tanque mientras comenzaba a preparar la otra.

Le habían visto. Por un instante, permanecieron como petrificados, cuando reaccionaron y se dejaron caer, tratando de ponerse a cubierto, la granada explotó: la mayor parte de la terraza y del voladizo saltaron por los aires, matando a uno de ellos, dejando al otro aturdido y malherido al tercero. Al punto, Ross se precipitó a campo abierto, apuntando con la carabina, la otra granada en la mano derecha fuertemente apretada, el índice en el gatillo. No hubo movimiento alguno con la terraza. Más allá, junto a la puerta del hangar, el piloto y el mecánico se tumbaron en la nieve y se cubrieron la cabeza con los brazos, dominados por el pánico; entretanto, el guardia se precipitaba hacia el hangar y, por un momento, constituyó un blanco perfecto. Ross disparó sin darle, corrió al hangar, observó una puerta trasera y se desvió hacia ella. La abrió y entró de un salto. El enemigo se encontraba del otro lado del espacio vacío, detrás de un motor, con su arma dirigida hacia la otra puerta. Ross le voló la cabeza, las paredes de hierro ondulado resonaron con el eco del disparo. Corrió hacia la otra puerta. A través de ella pudo ver al mecánico y a Nogger Lane, tumbados en la nieve cerca del «206». Permaneciendo siempre a cubierto les gritó:

—¡De prisa! —gritó Ross—. ¿Cuántos hostiles más hay aquí? —No hubo contestación—. ¡Por Dios Santo, contesten!

Nogger Lane levantó la vista, blanco como el papel.

—No dispare, somos civiles. Ingleses… ¡no dispare!

—¿Cuántos hostiles más hay aquí?

—Hay… había cinco… cinco… Este de aquí y el resto en… en la oficina… creo que en la oficina.

Ross corrió hacia la puerta de atrás, se tiró al suelo y desde allí atisbó. No se observaba movimiento alguno. La oficina estaba a

cincuenta metros… La única protección de que podía servirse era el camión. Rodearlo. Se puso en pie de un salto y corrió hacia él. Las balas chasquearon contra el metal y luego callaron. Ross había visto que disparaban a través de una ventana rota de la oficina.

Más allá, había un pequeño trecho de ángulo muerto y en él una zanja que conducía a la línea de tiro. «Si permanecen a cubierto son míos. Si salen, y posiblemente lo harán sabiendo que estoy solo, las cartas están a su favor».

Reptó sobre el vientre en dirección al ángulo muerto. Todo permanecía quieto y en silencio: el viento, los pájaros, el enemigo. Todos esperaban. Ya había alcanzado la zanja. Avance lento. Ya se hallaba más cerca. Susurros y el crujido de una puerta. Otra vez el silencio. Un metro. Otro metro. Otro más. ¡Ahora! Se puso de rodillas, preparado, hundió en la nieve las puntas de los pies, aflojó la palanca de la granada y contó tres. Se incorporó, resbaló y pudo mantener el equilibrio apenas. En ese momento, lanzó la granada a través de la ventana rota, más allá del hombre que se encontraba allí en pie, apuntándole con el arma. Volvió a tirarse al suelo. La explosión, que detuvo la ráfaga de disparos, estuvo a punto de hacerle estallar los tímpanos. De inmediato se puso en pie y comenzó a correr hacia el remolque al tiempo que disparaba. Saltó sobre un cuerpo tendido en el suelo y siguió disparando. De súbito, su arma quedó callada y el corazón le dio un vuelco, latiéndole desacompasado, hasta que pudo sacar el cargador vacío e introducir uno nuevo. Disparó otra vez contra el de la metralleta y se detuvo.

Silencio. Luego, un alarido cercano. Abrió de un puntapié la puerta rota y entró en la terraza. El que gritaba tenía ambas piernas cercenadas, estaba enloquecido de dolor pero seguía con vida. Rodeándole la cintura llevaba el cinturón de cuero y el kukri que un día perteneciera a Gueng. La furia cegó a Ross que se lo arrancó de la vaina.

—¿Te apoderaste de esto en el control? —gritó en farsi.

—Ayúdame, ayúdame, ayúdame… —luego, un paroxismo en una lengua extranjera y después—. ¿Quién eres tú… quién…?

Ayúdameeee —siguió chillando, entremezclados sus gritos con—… Ayúdame ayúdame… sí, maté al saboteador… ayúdameee…

Con un aullido estremecedor, Ross se abalanzó sobre él y cuando la vista y el entendimiento se le aclararon se vio mirando de frente a la cara de la cabeza cortada que enarbolaba en su mano izquierda. Asqueado, la dejó caer dando media vuelta. Por un instante, no recordó dónde se encontraba, luego, la mente se le aclaró. Había un intenso hedor a sangre y cordita, y cayó en la cuenta de que se encontraba entre las ruinas del remolque. Miró a su alrededor.

En la base no se oía nada, pero ya unos hombres corrían hacia ella desde el control de la carretera. Cerca del helicóptero, Lane y el mecánico seguían inmóviles tumbados en la nieve. Corrió hacia ellos, procurando mantenerse a cubierto.

Nogger Lane y el mecánico, Arberry, le vieron llegar y se sintieron embargados por el pánico… Un maníaco de mirada enloquecida, cabello enmarañado y barba de varios días. Un hombre tribal muyahidín o fedayín, que hablaba inglés a la perfección, con las manos y las mangas manchadas de sangre de la cabeza que momentos antes le habían visto cercenar de un solo tajo y con un aullido demencial, llevando todavía en su mano el cuchillo corto ensangrentado y en la otra la carabina. Además, su vaina guardaba otro cuchillo casi idéntico. Se pusieron torpemente de rodillas con las manos levantadas.

—No nos mate, somos amigos, civiles… no nos mate hem…

—¡Cállese! Prepárese a despegar. ¡Rápido!

Nogger Lane se quedó atónito.

—¿Qué?

—¡Por Cristo Bendito, dese prisa! —le urgió, enfadado, Ross, furioso ante la expresión de ambos, completamente ignorante de su aspecto—. Usted —dijo señalando al mecánico con el kukri de Gueng —. ¿Ve aquella elevación?

—Sí…, sí, señor —pudo decir apenas Arberry.

—Vaya allí tan rápido como pueda, hay una dama, acompáñela aquí… —calló al ver a Azadeh que salía del bosque y empezaba a

bajar corriendo la ladera de la pequeña colina en dirección a ellos—. Olvídelo. Vaya a buscar al otro mecánico, pero apresúrese, de un momento a otro, los bastardos del control estarán aquí. ¡Vamos, dese prisa! —Arberry se alejó corriendo, aterrado, pero todavía más aterrado de los hombres que ya podía ver acercarse, procedentes del control en la carretera. Ross se volvió hacia Nogger Lane—. Le he dicho que ponga el motor en marcha.

—Sí…, sí señor…, esa…, esa mujer…, ¿no es Azadeh? La Azadeh de Erikki, ¿no es ella?

—Sí… ¡He dicho que lo ponga en marcha!

Nogger Lane jamás había hecho una salida tan rápida como aquella con un «206» y tampoco los mecánicos se habían movido nunca con tal rapidez. A Azadeh le quedaban cien metros por recorrer todavía y los elementos hostiles se encontraban ya demasiado cerca. De manera que Ross, poniéndose bajo las palas que ya giraban, se colocó delante de Azadeh y ellos y vació el cargador contra ellos. Quienes, agachados, se desperdigaron por el lugar. Lanzó el inútil cargador hacia ellos al tiempo que los maldecía. Algunas cabezas empezaron a aparecer. Una nueva ráfaga, y otra, trataba de economizar munición, les mantuvo quietos. Azadeh ya estaba cerca pero a una marcha más lenta. Sacando fuerzas de flaqueza, hizo un último esfuerzo y pasó junto a él, y se acercó, temblorosa, a la parte trasera, para, una vez allí, ser prácticamente izada por los mecánicos. Ross retrocedió disparando una última andanada se dejó caer en el asiento delantero. Levantaron el vuelo rápidamente y se alejaron.

XLIV

EN LA BASE AÉREA DE KOWISS: 5.20 DE LA TARDE. Starke cogió la carta que habían servido y la miró. As de espadas. Gruñó, supersticioso como la mayoría de los pilotos, pero se limitó a introducirla entre las que tenía en la mano con gesto satisfecho. Los cinco se encontraban en su bungalow jugando al póker: Freddy Ayre, Doc Nutt, Pop Kelly y Tom Lochart que llegara el día anterior procedente de Zagros Tres con otro cargamento de repuestos, prosiguiendo con la evacuación, pero demasiado tarde para regresar. A causa de la orden por la que se prohibía volar durante ese día, el Día Santo, se encontraba anclado allí hasta la siguiente madrugada. Habían encendido un fuego en el hogar porque la tarde estaba fría. Delante de todos ellos había montones de rials, el más grande delante de Kelly y el más pequeño el del doctor Nutt.

—¿Cuántas cartas, Pop? —preguntó Ayre.

—Una —pidió Kelly sin vacilar, se descartó y puso las cuatro que conservaba boca abajo sobre la mesa, delante de él. Era un hombre alto y flaco de rostro arrugado, cabello rubio, y en la cuarentena, antiguo piloto de la RAF. Le llamaban Pop porque tenía siete hijos y otro en camino.

Ayre le entregó la carta con un floreo. Kelly se limitó a mirarla según había caído sobre la mesa y luego, sin siquiera echarle un vistazo, la mezcló cuidadosamente con las otras cuatro. Después, con mucha lentitud y ademán rebuscado cogió la mano, dio una leve ojeada a la más mínima expresión de la esquina superior derecha de cada carta y suspiró satisfecho.

—¡Fantasma! —dijo Ayre.

Todos se echaron a reír. Salvo Lochart que miraba sus cartas malhumorado. Starke frunció el ceño, preocupado por él, pero muy contento de que estuviera allí ese día. Tenían que hablar de la carta secreta de Gavallan que John Hogg le llevara con el «125».

—Abro con mil rials —dijo el doctor Nutt y todo el mundo se le quedó mirando. Lo habitual en él era apostar hasta cien rials como máximo.

Lochart estudió su mano con gesto ausente. No estaba interesado lo más mínimo en la partida ya que su mente se hallaba en Zagros, y en Sharazad. La noche anterior, la «BBC» había informado sobre nuevos enfrentamientos durante las «Marchas de Protesta de la Mujer» en Teherán, Isfahán y Meshed y anunció nuevas marchas programadas para ese mismo día y el siguiente.

—Demasiado dinero para mí —dijo y tiró sus cartas.

—Te veo, Doc y subo dos mil más —dijo Starke y la confianza del doctor Nutt se esfumó.

Este había pedido dos cartas, Starke una y Ayre tres.

Kelly miró su escalera, 4-5-6-7-8.

—Tus dos mil, Duke, y tres mil más.

—No voy —dijo al punto Ayre, tirando dos parejas de reyes y dieces.

—Yo tampoco. —Suspiró, aliviado, Nutt, escandalizado consigo mismo por haberse mostrado tan temerario en un principio y tiró el trío de reinas que le habían tocado en suerte, seguro de que Starke llevaba escalera, escalera de color o «full».

—Tus tres mil, Pop, y subo a treinta… mil —dijo amablemente Starke, sintiéndose a gusto en su fuero interno. Había apartado una pareja de seises para conservar cuatro corazones en busca de una escalera de color. El as de picas la había convertido en una escalera de color que no tenía color pero que podía ser mano ganadora si pudiera marcarse un «farol» y que Kelly se retirara.

Todas las miradas estaban fijas en este último. En la habitación reinaba el más absoluto silencio. Incluso Lochart, de repente, se sintió interesado.

Starke esperó paciente, controlando su expresión y sus manos, incómodo ante el aura de confianza que envolvía a Kelly y preguntándose qué haría si Kelly volvía a subir la apuesta, consciente de lo que Manuela diría si llegara a averiguar que estuvo dispuesto a arriesgar el sueldo de una semana en una escalera de color que no lo era.

Para empezar, le estallaría el sujetador, se dijo. Y sonrió.

Kelly estaba sudando. Había visto la sonrisa repentina de Starke. En una ocasión le había pescado faroleando pero eso fue hacía ya semanas y no por treinta mil sino por cuatro mil. «No puedo permitirme perder el sueldo de una semana, pero, por otra parte, ese granuja puede estar marcándose un farol. Algo me dice que el viejo Duke está faroleando y a mí me vendría muy bien una semana de sueldo extra». Kelly volvió a mirar sus cartas para asegurarse de que su escalera era una escalera… «¡Pues claro que es una condenada escalera y Duke está faroleando!». Se dio cuenta de que empezaba a decir «Veo tus treinta mil» pero se detuvo y en su lugar dijo:

—Ya puedes enseñarlas, Duke —al tiempo que tiraba su mano y todo el mundo rio. Salvo Starke. Recogió las fichas y metió las cinco cartas en el mazo, barajándolas después para asegurarse de que no pudieran verlas.

—Apostaría a que te has marcado un farol, Duke —dijo Lochart con una sonriente mueca.

—¿Yo? ¿Yo, con una escalera de color? —dijo Starke con expresión de inocencia ante las burlas. Echó un vistazo al reloj—. Tengo que hacer la ronda. Dejémoslo ahora y sigamos después de cenar, ¿de acuerdo? ¿Quieres acompañarme, Tom?

—Claro.

Lochart se puso su parka y siguió a Starke afuera.

En época normal, aquella era la mejor hora del día para ellos: poco antes de ocultarse el sol, terminados los vuelos, lavados y repostados todos los helicópteros y preparados para el día siguiente, el momento de tomar una copa, tiempo para leer, escribir algunas

cartas, oír un poco de música, comer, llamar a casa y, por último, irse a la cama.

En la base reinaba la tranquilidad.

—Vamos a dar un paseo, Tom —dijo Starke—. ¿Cuándo regresas a Teherán?

—¿Qué me dices de esta noche?

—La cosa anda mal, ¿eh?

—Peor que mal. Sé que Sharazad habrá tomado parte en la «Marcha de las Mujeres» aunque le pedí que no lo hiciera. Luego está todo lo demás.

La noche anterior, Lochart le había referido lo ocurrido al padre de ella y todo lo referente a la pérdida de «HBC». Starke se había quedado aterrado, aún lo estaba, y de nuevo bendijo su suerte por no haber estado enterado de ello cuando Hussain y los Green Bands se lo llevaron para interrogarle.

—Mac se habrá ocupado ya de Sharazad, Tom. Se preocupará de que esté bien.

Al llegar Lochart, se habían puesto en contacto con McIver a través de la HF. Para variar, la recepción había sido buena y ellos le habían pedido que se ocupara de la seguridad de Sharazad. Al cabo de unos minutos, dispondrían de nuevo del contacto diario por radio que les había sido permitido con el cuartel general en Teherán…

—Solo sufrirán estas restricciones hasta que volvamos a la normalidad y entonces podrán hacer todas las llamadas que deseen…, eso será cualquier día de estos —había dicho el comandante Changiz, jefe de la base.

Y aún cuando desde la torre principal se mantenían a la escucha a través de la base aérea, aquella comunicación les permitía conservar la cordura al tiempo que les daba una cierta sensación de normalidad.

—Después de que el domingo quede desalojado el Zagros Tres y todos vosotros estéis aquí, ¿por qué no coger el lunes, el «206» como primera providencia? Lo arreglaré con Mac.

—Gracias, eso sería formidable. —Ahora que su propia base estaba cerrada, Lochart se encontraba, nominalmente, bajo el mando de Starke.

—¿Has pensado en largarte de aquí pilotando el «212» en lugar de Scot? Una vez fuera de Zagros, estarás perfectamente. O mejor aún, podíais iros los dos. Hablaré con Mac.

—Gracias pero no es posible. Sharazad no puede dejar a su familia precisamente en estos momentos.

Caminaron durante un rato. La noche llegaba rápidamente, fría pero vigorizante, el aire olía a la gasolina de la inmensa refinería cercana, ahora ya casi totalmente cerrada y en su gran parte a oscuras, salvo por las altas chimeneas quemando gases de petróleo. En la base, las luces estaban encendidas en la mayoría de los bungalows, hangares y en la cocina… Disponían de sus propios generadores de emergencia para subsanar posibles cortes de energía eléctrica. El comandante Changiz le había comunicado a Starke que ahora ya no existía el peligro de que el sistema de generadores de la base pudiera ser manipulado.

—La revolución ha terminado, capitán. Ahora, el Imán está al mando.

—¿Y qué me dice de los izquierdistas?

—El *Imán* ha ordenado que sean eliminados, a menos que acepten nuestro Estado islámico —había respondido el comandante Changiz en tono duro y ominoso—. Izquierdistas, kurdos, extranjeros…, cualquier enemigo. El Imán sabe lo que hay que hacer.

Imán. Era lo mismo que le había ocurrido a él durante el interrogatorio a que le sometieron ante el Comité de Hussain. Casi como si Jomeini fuera divino, se había dicho Starke. Hussain había sido el juez principal y el acusador, en una sala que formaba parte de su mezquita, desbordante de hombres hostiles de todas las edades, todos ellos Green Bands…, no había público.

—¿Qué sabes de la fuga de los enemigos del Irán desde Isfahán en un helicóptero?

—Nada.

Al punto, uno de los otros cuatro jueces, todos chicos jóvenes, tosco y casi analfabeto exclamó.

—Es culpable de crímenes contra Dios y de crímenes contra Irán como explotador para los Satánicos Americanos. ¡Culpable!

—No —dijo Hussain—. Este es un tribunal de leyes, de la ley coránica. Está aquí para contestar preguntas, no porque haya cometido delito alguno. No se le acusa de ningún crimen. Cuéntanos cuanto hayas oído sobre el crimen de Isfahán.

La atmósfera era fétida en aquella habitación. Starke no encontró un rostro cordial entre aquella muchedumbre; sin embargo, todos sabían quién era él, todos estaban enterados de la batalla librada contra los fedayines en Bandar Delam. Su temor era como un dolor sordo, consciente de que estaba solo, a merced de ellos.

Aspiró profundamente y empezó a hablar, eligiendo sus palabras con sumo cuidado.

—En el Nombre de Dios el Compasivo, el Misericordioso —dijo, comenzando como comienzan todas las suras del Corán. Un murmullo de asombro se extendió por la habitación—. Yo no sé nada, no he sido testigo de nada referente a ello ni tomado parte de forma alguna en la acción. Por aquel entonces, yo estaba en Bandar Delam. Que yo sepa nadie de mi gente ha tenido nada que ver con ello. Solo sé lo que Zataki de Abadán me refirió a su regreso de Isfahán. Dijo exactamente: «Nos hemos enterado de que el martes algunos partidarios del Sha, todos ellos oficiales, volaron hacia el Sur en un helicóptero pilotado por un americano. ¡Dios maldiga a todos los satánicos!». Eso es cuanto dijo. Y eso es todo lo que yo sé.

—Tú eres un satánico —le interrumpió triunfante otro de los jueces—. Eres americano. Eres culpable.

—Soy una persona del Libro y ya he demostrado que no soy satánico. De no haber sido por mí, muchos de vosotros estaríais muertos ahora.

—Si hubiéramos muerto en la base, ahora estaríamos en el Paraíso —dijo furioso un Green Band desde el fondo de la sala—.

Estábamos haciendo el Trabajo de Dios. No tenía nada que ver contigo, Infiel.

Gritos de aprobación. De repente, Starke emitió un aullido de ira.

—¡Por Dios y el Profeta de Dios! —vociferó—. Soy una persona del Libro y el Profeta nos concedió privilegios y protecciones especiales. —Estaba temblando de furia, desvanecido todo temor, sintiendo un odio profundo hacia aquel tribunal fingido y su ceguera, su estupidez, su ignorancia y su fanatismo—. El Corán dice: «Oh, Pueblo del Libro, no traspases en tu religión los límites de la verdad; tampoco sigas los deseos de quienes han seguido el mal camino y han sido causa de que muchos otros se hayan apartado de la lisura del sendero». Yo no lo he hecho —dijo con aspereza apretando los puños— y que Dios maldiga a quien afirme lo contrario.

Todos se le quedaron mirando asombrados, incluso Hussain. Uno de los jueces rompió el silencio.

—Tú…, ¿tú citas el Corán? ¿Lees el árabe tan bien como hablas el farsi?

—No, no. No lo conozco pero yo…

—¿Entonces has tenido un maestro, un mulá?

—No, no. Lo he leí…

—¡Entonces, eres un brujo! —vociferó otro—. ¿Cómo puedes conocer el Corán si no has tenido un maestro ni lees el árabe, la lengua sagrada del Corán?

—Lo leo en inglés, mi propia lengua.

De nuevo, asombro e incredulidad aún mayores hasta que Hussain habló.

—Lo que dice es verdad. El Corán está traducido a muchas lenguas extranjeras.

Nuevas muestras de asombro. Un joven le dirigió una mirada de miope a través de unos gruesos lentes rajados. Tenía el rostro picado de viruelas.

—Si está traducido a otras lenguas, Excelencia, entonces, ¿por qué no está traducido al farsi para que nosotros podamos leerlo…, si es que podemos leer?

—La lengua del Sagrado Corán es el árabe —dijo Hussain—. Para conocer bien el Libro, el Creyente debe de leerlo en árabe. Esa es la razón por la que mulás de todos los países aprendan el árabe. El Profeta, cuyo Nombre sea alabado, era árabe. Dios le habló en esa lengua para que otros lo escribieran. Para conocer de verdad el Libro Sagrado ha de leerse en la lengua en la que fue escrito. —Hussain volvió sus ojos negros hacia Starke—. Una traducción siempre es inferior al original, ¿no es verdad?

Starke observó la curiosa expresión.

—Sí —dijo. Su intuición le decía que asintiera—. Sí, sí, así es. Me gustaría ser capaz de leer el original.

Un nuevo silencio.

—Si conoces el Corán tan bien que puedes hacer citas de él ante nosotros como un mulá, ¿por qué no eres musulmán, por qué no eres Creyente?

Se escuchó un murmullo general, Starke vaciló, casi al borde del pánico, sin saber cómo contestar aunque seguro de que una respuesta errónea lo colgaría. El silencio se hizo más profundo.

—Porque Dios todavía no ha retirado la piel que cubre mis oídos y tampoco, tampoco ha abierto aún mi espíritu —se oyó a sí mismo decir—. No me resisto y espero. Espero con paciencia —añadió de manera involuntaria.

Un cambio de talante se observó en la habitación. El silencio se había tornado amable. Compasivo.

—Ve al Imán y tu espera terminará —dijo Hussain blandamente —. El Imán abrirá tu espíritu a la gloria de Dios. El Imán abrirá tu espíritu, *lo sé*. Yo he estado sentado a los pies del Imán. Le he oído predicando la Palabra, dando la Ley, propagando la Calma de Dios.

Un suspiro salió de todas las gargantas y todos se concentraron en el mulá, observaban sus ojos y la luz que los iluminaba, escuchaban la novedad de su voz y el éxtasis creciente en ella… incluso Starke sintió un escalofrío y regocijo al propio tiempo.

—¿Acaso no ha venido el Imán para abrir el espíritu del mundo? —continuó el mulá—. ¿No ha aparecido el Imán entre nosotros para

purificar al Islam del Maligno y para propagar el Islam por todo el mundo, para ser portador del mensaje de Dios…, como ha sido prometido? El Imán *lo es*.

La palabra quedó suspendida en la sala. Todos la entendieron. Y también Starke. «¡Mahdi!», pensó, ocultando su sobresalto. Hussain estaba significando que Jomeini era, en realidad, Mahdi, el duodécimo Imán legendario que desapareciera siglos antes y que los chiitas creen que solo está oculto a la mirada de los humanos… El Inmortal cuya reaparición, algún día, prometiera Dios para gobernar sobre un mundo en paz.

Vio a todos con los ojos fijos en el mulá. Unos asintiendo, otros con lágrimas rodándoles por las mejillas, todos ellos extasiados y satisfechos y ni un solo incrédulo. «¡Santo Dios! —se dijo atónito—, si los iraníes cubren a Jomeini con semejante manto, su poder será infinito, habrá veinte, treinta millones de hombres, mujeres y niños desesperados por cumplir su mandato, y correrán felices a la muerte ante su más leve capricho…, ¿y por qué no? Mahdi les garantizará un lugar en el cielo, ¡se lo garantizará!».

—¡Dios es grande! —dijo alguien.

Y todos los repitieron como un solo eco y empezaron a hablar entre ellos dirigidos por Hussain, todos olvidados de Starke. Finalmente, recordaron su presencia y le dejaron ir, diciéndole:

—Ve a ver al Imán, ve a verle y cree…

Mientras regresaba al campamento, había sentido los pies extrañamente ligeros y ahora recordaba que jamás le había parecido tan formidable la caricia del aire, que nunca había sentido tan intensamente la alegría de vivir. «Acaso se debía a que había estado tan cerca de la muerte —se dijo—. Era hombre muerto y, como quiera que sea, me acababan de devolver la vida. ¿Por qué? ¿Y por qué Tom había logrado escapar de Isfahán, de Dez Dam o, incluso del propio "HBC"? ¿Existe alguna razón? ¿O acaso solo sea que hemos tenido suerte?».

Entre dos luces, observaba a Lochart sintiendo una grave preocupación por él. Había sido terrible lo del «HBC», terrible lo del padre de Sharazad, terrible que Tom y Sharazad se encontraran en un laberinto sin posibilidad de escape. Pronto los dos habrían de elegir: el exilio juntos, con la probabilidad de no poder regresar, o la separación, quizá para siempre.

—He de decirte algo especial, Tom, calificado como alto secreto, solo entre nosotros. Johnny Hogg trajo una carta de Andy Gavallan.

Se encontraban a buen seguro, lejos de la base, paseando por la carretera limítrofe, junto a la gruesa alambrada de espino, sin temor a que nadie pudiera oírles. Aun así, Starke bajó la voz.

—En líneas generales, Andy tiene grandes dudas sobre nuestro futuro aquí y dice que está considerando la posibilidad de evacuar a fin de contener sus pérdidas.

—No es necesario —se apresuró a decir Lochart, con tono súbitamente cortante—. Las cosas volverán a la normalidad. Andy tiene que sudarlo. Si nosotros lo estamos sudando, él también puede hacerlo.

—Lo está sudando, y a modo, Tom. Solo se trata de una cuestión económica, tú lo sabes igual que yo. Hace meses que no cobramos los trabajos realizados; ahora, ni siquiera tenemos trabajo suficiente para los aparatos y pilotos que estamos aquí y a los que está pagando desde Aberdeen; en Irán reina el más absoluto de los desórdenes y en todas partes tropezamos con graves dificultades.

—¿Quieres decir que el cierre de Zagros Tres representa una pérdida total en los libros? Maldito si tengo la culpa que…

—Cálmate, Tom. Extraoficialmente, pero por fuentes dignas de crédito, Andy se ha enterado de que todas las compañías aéreas extranjeras, las asociadas en Irán y Dios sabe cuántas más, las de helicópteros en especial, van a ser nacionalizadas.

Lochart, de repente, sintió grandes esperanzas. «De ser así, tendré una excusa perfecta para quedarme. Si roban…, si

nacionalizan nuestros aparatos, seguirán necesitando pilotos con experiencia, hablo farsi, puedo entrenar a los iraníes que, con toda seguridad, es su objetivo final. ¿Y qué hay del "HBC"? Siempre el "HBC" —se dijo impotente—. No me libraré del "HBC"».

—¿Cómo se ha enterado, Duke?

—Andy dice que se trata de una fuente «irreprochable». Lo que nos pregunta a nosotros…, a ti, a Scrag, a Rudi y a mí…, es esto: en el caso de que él y Mac logren concebir un plan factible, ¿estaríamos dispuestos, nosotros y cualesquiera otros pilotos a los que les interese, a volar con todos nuestros pájaros hasta Wild Blue a través del Golfo?

Lochart se le quedó mirando con la boca abierta.

—¡Dios mío! ¿Quieres decir largarnos, sin autorización ni nada?

—Claro…, pero habla bajo.

—¡Está loco! ¿Cómo podríamos coordinar Lengeh, Bandar Delam, Kowiss y Teherán…? Todo el mundo habría de salir al mismo tiempo y las distancias no se compaginan.

—De una u otra manera habrán de hacerlo, Tom. Andy dice que esa es la única solución, o cerrar.

—No lo creo. La compañía está operando en todas las partes del mundo.

—Dice que si perdemos Irán, estamos acabados.

—Para él es fácil —repuso Lochart con amargura—. Solo es cuestión de dinero. Resulta muy cómodo apretarnos las clavijas cuando se encuentra a salvo, muy tranquilo, y lo único que arriesga es dinero. ¿Nos está diciendo que si solo saca al personal y deja todo lo demás, la «S-G» va a irse al diablo?

—Sí. Eso es exactamente lo que dice.

—No puedo creerlo.

Starke se encogió de hombros. Hasta ellos llegó el leve lamento banshee. Volviéndose, pudieron ver, más allá de la base, hacia el lado más alejado de su zona del campo, bajo la luz vespertina, a Freddy Ayre con su gaita en el lugar en el que, todos de común acuerdo, le habían permitido ensayar.

—Maldición —exclamó Starke con aspereza—. Ese ruido me vuelve loco.

Lochart no le prestó atención.

—No irás tú a tomar parte en ese condenado secuestro, ¿verdad?, porque, en definitiva, de eso se trata. Yo, desde luego, no pienso hacerlo. De ninguna manera. —Vio a Starke encogerse de hombros—. ¿Qué dicen los otros?

—Aún no lo saben y, por el momento, no se les consultará. Como ya te he dicho, esto queda entre nosotros por ahora. —Starke consultó su reloj—. Casi es la hora de llamar a Mac. —Vio que Lochart se estremecía. De nuevo, el viento arrastró el lamento de la gaita—. Maldito si sé cómo nadie pueda asegurar que eso es música —dijo—. La idea de Andy merece ser estudiada, Tom. Como último recurso.

Lochart no le contestó. Se sentía mal, el crepúsculo era deprimente, todo estaba mal. Incluso el aire olía mal, contaminado por la cercana refinería, y anheló encontrarse de nuevo en Zagros, arriba, cerca de las estrellas, donde ni el aire ni la tierra estaban contaminados. Pero, por otra parte, se sentía desesperado por hallarse otra vez en Teherán donde, si cabía, había una mayor contaminación. Pero ella estaba allí.

—No contéis conmigo —dijo.

—Piénsalo bien, Tom.

—Ya está pensado. Olvida que has hablado conmigo. Toda la idea en sí es una locura. Cuando reflexiones a fondo sobre ello, te darás cuenta de que es un proyecto descabellado.

—Claro, viejo amigo.

Starke se preguntó cuándo caería su amigo en la cuenta de que, de todos ellos, él, Lochart, era con el que más habría que contar…, de una manera u otra.

XLV

EN EL «HOTEL INTERNACIONAL» DE AL SHARGAZ: 6.42 DE LA TARDE. El ocaso se iba acercando.

—¿Podrás hacerlo, Scrag? —preguntó Gavallan.

—Podría resultarme fácil sacar de extranjis a mis cinco pájaros y a mis hombres de Lengeh, Andy —respondió Scragger—. Tendría que ser un día especialmente a propósito y habríamos de deslizarnos por debajo del radar Kish, aunque podría hacerse…, si los muchachos estuviesen dispuestos a participar en la cabriola. Pero ¿llevarnos también todos nuestros repuestos? Imposible, no hay forma humana de conseguirlo.

—Si fuera posible, ¿lo harías? —volvió a preguntarle Gavallan. Había llegado de Londres en el vuelo de ese mismo día, desesperantes todas las noticias que había recibido de Aberdeen: la presión de «Imperial Air» continuaba, con tarifas inferiores a las de ellos en el mar del Norte; las compañías petrolíferas apremiándole; Linbar convocando a una sesión extraordinaria de la Junta a fin de investigar una «posible» mala gestión de la gerencia de «S-G»—. ¿Lo harías, Scrag?

—¿Yo solito en mi cacharro y todos los demás afuera, sanos y salvo? Como una bala.

—¿Lo harían tus muchachos?

Scragger reflexionó un momento mientras saboreaba su cerveza. Se hallaban sentados en una de las inmaculadas terrazas que rodeaban la piscina del más moderno de los hoteles de aquel minúsculo imperio del jeque. Había otros huéspedes paseando por allí aunque ninguno se encontraba cerca de ellos. El aire era

fragante, con la brisa suficiente para hacer tremolar las frondas de las palmeras y con la promesa de una noche perfecta.

—Ed Vossi lo haría —sonrió burlón—. Posee suficiente espíritu del latrocinio australiano y del a-por-todas yanqui. No creo que Willi Neuchtreiter se decidiera; le resultaría demasiado duro quebrantar tantas reglas cuando no está en peligro su cola ni se siente amenazado. ¿Qué dice Duke Starke? ¿Y Tom Lochart y Rudi?

—No lo sé todavía. Envié una carta a Duke el miércoles por mediación de Johnny Hogg.

—Algo peligroso, ¿no?

—Sí y no. Johnny Hogg es un correo seguro, pero existe un gran problema, el de una comunicación segura. Tom Lochart pronto estará en Kowiss…, ¿te enteraste de lo de Zagros?

—¡Vaya si me enteré! En esas montañas están completamente locos. ¿Y qué hay del viejo Rudi?

—Aún no sé cómo establecer contacto con absoluta seguridad. Tal vez a Mac se le ocurra algo. Volaré por la mañana con el «125» a Teherán y hablaremos en el aeropuerto. Luego, volveré aquí directamente. Tengo plaza reservada para el vuelo de la noche a Londres.

—Te estás comprometiendo un poco, ¿no crees, hijo?

—Tengo algunos problemas, Scrag —dijo Gavallan con la mirada clavada en su vaso, haciendo girar con aire ausente el whisky alrededor de los cubos de hielo.

Junto a ellos pasaron otros huéspedes. Eran tres jóvenes en bikini, de piel dorada, largo cabello negro, y unas toallas echadas sobre los hombros. Scragger las miró, suspiró y luego dirigió de nuevo su atención a Gavallan.

—Dentro de uno o dos días tal vez tenga que llevar a Kasigi de nuevo a «Iran-Toda», Andy…, el viejo Georges está fuera de sí desde que Kasigi aceptó pagarle dos dólares in situ. Kasigi cree que el barril habrá subido veinte dólares para Navidad.

La preocupación de Gavallan aumentó.

—De ser así, eso originará una oleada de conmociones en todos los países industrializados… La inflación volverá a desbordarse. Supongo que si alguien puede saberlo son ellos —repuso, pensativo. Antes, tan pronto como Scrag mencionara a Kasigi y «Toda» había reaccionado al punto, ya que «Struan's» proporcionaba equipos y alquilaba muchos de los barcos que «Toda» construía y eran viejos asociados—. Hace años conocí al jefe de ese Kasigi, un hombre llamado Hiro Toda. ¿Lo ha mencionado alguna vez?

—No, no, nunca. ¿Dónde le conociste? ¿En Japón?

—No, en Hong Kong. «Toda» hacía negocios con «Struan's», la compañía con la que yo trabajaba por aquel entonces. Se llamaba «Toda Shipping» y su principal actividad era la construcción de barcos, claro que no era el inmenso conglomerado de ahora. —La expresión de Gavallan se hizo dura—. Mi familia tenía un negocio de comercio, el «Sanghái China» desde tiempos inmemoriales. Nuestra compañía quedó más o menos borrada del mapa con la Primera Guerra Mundial y entonces nos unimos a «Struan's». Mi viejo se encontraba en Nankín en el treinta y uno cuando los japoneses la destruyeron, y le hicieron prisionero en Sanghái poco después del ataque a Pearl Harbor y nunca llegó a salir de un campo de concentración. —Observaba los reflejos de su vaso, mostrándose cada vez más sombrío—. Perdimos un montón de buenos y viejos amigos en Sanghái y Hong Kong. Jamás les perdonaré lo que hicieron en China, jamás, pero hemos de seguir viviendo, ¿no? Algún día habremos de sepultar el hacha de la guerra, a pesar de eso, más vale mantenerse ojo avizor para evitar las marcas de dientes.

—Lo mismo me pasa a mí —dijo Scragger con un encogimiento de hombros—. Kasigi parece una excelente persona.

—¿Dónde se encuentra ahora?

—En Kuwait. Mañana estará de regreso y por la mañana he de llevarle a Lengeh para consultas.

—Si vas a «Iran-Toda» tal vez puedas acercarte a ver a Rudi. ¿Crees que podrías sondearle?

—Perfectamente. Es una buena idea, Andy.

—Cuando veas a Kasigi menciónale que conozco a su presidente.

—Desde luego, lo haré. Puedo preguntarle si… —calló mirando por encima del hombro de Gavallan—. Mira, Andy, ¿no es una delicia para la vista?

Gavallan miro a su alrededor, hacia el Oeste. La puesta de sol era algo maravilloso…, rojos, púrpuras, marrones y dorados pintando las nubes lejanas. Solo se veía una cuarta parte del sol sobre el horizonte, enrojeciendo las aguas del Golfo, mientras la leve brisa hacía oscilar la llama de las velas colocadas sobre los almidonados manteles, ya preparados para la cena en el comedor de la terraza.

—Tienes razón, Scrag —dijo Gavallan—, no es este el momento de ponerse serios, puede esperar. No hay espectáculo alguno en el mundo comparable a una puesta de sol.

—¿Eh? —Scragger lo miraba desconcertado—. ¡Por Dios bendito, no me refería a la puesta de sol…, sino a la «muñeca»!

Gavallan suspiró. La muñeca era Paula Giancani. Acababa de salir de la piscina que había debajo de ellos, llevaba puesto un minúsculo bikini, y las gotas de agua centelleaban y brillaban sobre su piel bajo las últimas luces del sol. En ese momento, la joven se secaba las piernas, los brazos y la espalda, y de nuevo las piernas, cubriéndose después con un ondulante chal, semejante a una tela de araña, feliz y absolutamente consciente de que no había un solo hombre de los que se encontraban allí que no disfrutara con su actuación, ni una sola mujer que no sintiera envidia.

—Eres un condenado bastardo, Scrag.

Scragger se echó a reír.

—¡Es mi único gozo en la vida —dijo con un acento más acusado —, mi vieja polla! Esa Paula es de antología, caramba.

Gavallan la observaba.

—Bueno, por lo general, las muchachas italianas tienen algo muy especial, y esa joven dama… No es deslumbrante como Sharazad ni tiene el misterio exótico de Azadeh pero, estoy de acuerdo contigo, Paula es una fuera de serie.

Al igual que todos los que se encontraban allí, contemplaron su progresivo avance entre las mesas despertando deseos y envidias hasta que desapareció en el inmenso vestíbulo del hotel. Más tarde cenarían juntos Paula, Genny, Manuela, Scragger, Gavallan, Sandor Petrofi y John Hogg. El jumbo de «Alitalia» en el que Paula volaba se encontraba de nuevo en Dubai, unos kilómetros más abajo de la carretera general, esperando autorización para salir hacia Teherán a recoger a un nuevo grupo de súbditos italianos, y Genny McIver se la había encontrado por casualidad cuando iba de compras.

Scragger suspiró.

—Andy, viejo amigo, en verdad que me gustaría demostrárselo a Paula, ¡no te quepa la menor duda!

—No te haría el menor bien, Scrag —rio Gavallan entre dientes y pidió otro whisky con soda a un sonriente camarero pakistaní, que acudió al punto.

Allí se encontraban, elegante y costosamente vestidos, algunos de los otros huéspedes con la finalidad de pasar una maravillosa velada. Allí se veía la última moda de París, muchos escotes, pecheras de esmoquin almidonadas… junto a la despreocupada elegancia del costoso y bien cortado traje tostado de Gavallan, y el uniforme de Scragger, camisa blanca de manga corta con charreteras, pantalones y zapatos negros.

—No, gracias, camarada. Apuraré esta y me prepararé para la Palpitante Paula.

—¡Soñador!

Gavallan se volvió a contemplar de nuevo la puesta del astro rey, devuelto a su ser normal por su viejo amigo. El sol casi había desaparecido ya por detrás del horizonte, trasladándole de nuevo a Hong Kong y a Kathy e Ian, risas en la «Great House» sobre el Peak, toda la familia estupendamente y fuerte, su casa sobre un promontorio en Shek-o…, cuando eran jóvenes y estaban juntos, Melinda y Scot todavía unos niños, amahs alejándose a remo, sampanes, juncos y embarcaciones de todos los tamaños allá lejos, debajo de un sol poniente en un mar seguro.

El sol desapareció definitivamente detrás del mar. Con un gran gesto solemne, Gavallan empezó a batir palmas en silencio.

—¿A qué viene eso, Andy?

—¿Hum? Lo siento, Scrag. En los viejos tiempos Kathy y yo solíamos aplaudir al sol, exactamente un segundo después de que hubiese desaparecido. Era para darle gracias por estar ahí, por su única escenificación ya que jamás volverás a ver otra idéntica, y por estar vivos para poder gozar de él…, la última vez que jamás se pudo ver esa puesta de sol especial. Como el de esta tarde. —Gavallan saboreó su whisky contemplando el resplandor crepuscular —. La primera persona que me inculcó esta idea fue un tipo fantástico…, nos hicimos buenos amigos, todavía lo somos. Un gran hombre, su mujer también es superior. Algún día te hablaré de ellos. —Se volvió hacia poniente e inclinándose hacia delante musitó—: Lengeh. ¿Crees que es posible?

—Oh, claro que sí…, suponiendo que solo estuviésemos nosotros allí. Aún hemos de planearlo todo con el cuidado más meticuloso. El radar Kish está más nervioso que nunca, pero podemos deslizarnos por debajo de él el día adecuado. El gran problema es que nuestro equipo y personal de tierra iraníes, nuestro comité, muy amistoso en la actualidad aunque celoso de sus prerrogativas, y nuestros nuevos graciosos de «IranOil» que, en modo alguno se muestran amistosos, todos ellos se darán cuenta en cuestión de minutos que nos hemos «dado el bote», eso es inevitable al haber desaparecido todos los pájaros. De inmediato, empezarán a clamar a IACT y radiarán la alerta a los cuatro puntos cardinales, a Dubai, Abu Dhabi, aquí…; de hecho, desde Omán, a través de Arabia Saudita y Kuwait, hasta Bagdad, diciendo que confisquen los aparatos a su llegada. Incluso si todos lográramos salir de aquí…, bien, el viejo jeque es un gran tipo, liberal y un buen amigo pero, condenación, no puede enfrentarse a la ATC iraní cuando tienen razón…, e incluso si no la tuvieran. No puede iniciar una lucha con Irán, pues con sus sunitas convive un buen porcentaje de chiitas, no tan malos como algunos otros países del Golfo, mas peores que otros.

Gavallan, se levantó para acercarse a la barandilla de la terraza y mirar hacia abajo, a la vieja ciudad que un día fuera un gran puerto perlífero, fortaleza de piratas y mercado de esclavos, centro comercial y, al igual de Sohar en Omán, llamada Puerto de China. Desde los antiguos tiempos, el Golfo Pérsico era el dorado enlace marítimo entre el Mediterráneo, el centro del mundo por aquellos entonces, y Asia. Mercaderes fenicios marinos, que originariamente procedían de Omán, dominaban esa ruta comercial de tan increíble riqueza, y desembarcaban las mercancías procedentes de Asia e India en Shatt-al-Arab y luego, por cortas rutas de caravana, las llevaban hasta sus mercados, construyendo así su propio imperio marítimo mediterráneo y fundando ciudades como Cartago, llegando a representar una amenaza para la propia Roma.

La vieja ciudad amurallada aparecía hermosa bajo la mortecina luz, con sus tejados planos, intactos, resguardados por edificios modernos y, dominándolo todo, la fortaleza del jeque. A lo largo de los años, Gavallan había llegado a conocer al anciano jeque y a admirarle. El territorio del jeque estaba rodeado por los Emiratos Árabes, pero era un enclave soberano, independiente, con apenas treinta y dos kilómetros tierra adentro y once de costa. Pero en el interior y afuera, en el mar, ciento sesenta kilómetros arriba, hacia las aguas iraníes, había un yacimiento de petróleo de muchos miles de millones de barriles, fácil de perforar. De manera que Al Shargaz era la vieja ciudad y una nueva ciudad aparte, con una docena de hoteles y rascacielos modernos y un aeropuerto con espacio suficiente para un jumbo. En riqueza, no podía compararse, en modo alguno, a los Emiratos, Arabia Saudita o Kuwait, pero tenía la suficiente para disponer de todo en abundancia si se elegía con prudencia. Y el jeque era tan prudente como sus antepasados, los fenicios, lo fueran a escala mundial, así como tan orgullosamente independientes y aunque no supiera leer o escribir, sus hijos se habían graduado en las mejores universidades del mundo. Él, su familia y su tribu lo poseían todo, su palabra era ley, sunita, aunque no fundamentalista, se mostraba tolerante con sus súbditos y

huéspedes extranjeros siempre que ellos se comportaran debidamente.

—También detesta a Jomeini y a todos los fundamentalistas, Scrag.

—Sí, pero a pesar de todo, no se atreve a enfrentarse a Jomeini…, eso no va a ayudarnos.

—Tampoco nos perjudicará. —Gavallan se sentía purificado por la puesta de sol—. Proyecto contratar un par de cargueros jumbo, traerlos aquí y cuando nuestros helicópteros lleguen, desmontamos los rotores, llenamos sus vientres a tope y nos lanzamos. La clave está en la rapidez…, y en la planificación.

Scragger emitió un silbido.

—¿Piensas hacerlo realmente?

—Realmente pienso ver si *podemos* hacerlo, Scrag, además de saber cuáles son las dificultades. La principal es que si perdemos todos nuestros helicópteros iraníes, el equipo y los repuestos, tendremos que cerrar. No nos cubre seguro alguno y, además, estamos obligados a pagar lo que debemos. Tú eres socio, esta noche puedes ver las cifras. Las he traído para ti…, y para Mac.

Scragger pensó que lo había apostado todo a la compañía, y que era la única reserva que tenía. También en Nell, en sus hijos y los hijos de ellos, allá, en Sydney, y en la estación de Baldoon, para ganado y ovejas que había pertenecido a la familia durante siglos y que perdieron cuando la gran sequía y en la que tenía los ojos puestos, ya no recordaba cuántos años, para su recuperación.

—No necesito ver las cifras, Andy. Si tú me dices que la situación es así de desastrosa, bien, entonces lo es. —Contemplaba los dibujos en el cielo—. Te diré algo. Yo me ocuparé de Lengeh si tú ideas un plan y los otros están de acuerdo. Tal vez después de cenar podamos discutir la logística durante una hora y terminar durante el desayuno. Kasigi no habrá vuelto de Kuwait hasta las nueve de la mañana. Así podremos perfeccionar tu idea.

—Gracias, Scrag. —Gavallan le dio unas palmadas en el hombro, dominándole con su estatura—. Estoy muy contento de que te

encuentres aquí, condenadamente contento de que hayas estado con nosotros todos estos años. Por primera vez, creo que tenemos una posibilidad y que no estoy soñando.

—Una sola condición, amigo —añadió Scragger.

Gavallan se puso en guardia al instante.

—No podré hacer nada con tu expediente médico si no cubre las condiciones al máximo. No hay forma de…

—¿Te importa? —Scragger se mostró dolido—. No tiene nada que ver con Dirty Duncan y mi expediente médico…, será bueno hasta que cumpla los setenta y tres. No, la condición es que durante la cena sientes a mi lado a Manuela y a la Palpitante Paula, Genny al otro lado de ella, y a ese encallecido húngaro Sandor al otro extremo, con Johnny Hogg.

—¡Hecho!

—¡Formidable! Y ahora, no te preocupes, camarada. Durante cinco guerras, bastantes generales me han jodido para que no haya aprendido algo. Es hora de cambiarse para la cena. Lengeh se estaba haciendo muy aburrido, te lo aseguro.

Se alejó delgado, erguido y con paso vivo.

Gavallan alargó su tarjeta de crédito al sonriente camarero pakistaní.

—No es necesaria, sahib, no tiene más que firmar la nota, por favor —dijo con amabilidad. Luego añadió en voz queda—: Si me permite una sugerencia, Effendi, cuando pague, no utilice la «American Express», es la más costosa para la gerencia.

Confuso, Gavallan dejó una propina y se alejó.

Desde el otro extremo de la terraza, dos hombres le observaron salir. Ambos iban bien vestidos y estaban en la cuarentena. Uno era americano, el otro de Oriente Medio. Los dos llevaban unos diminutos audífonos. El de Oriente Medio jugueteaba con una anticuada estilográfica, y al pasar Gavallan junto a un árabe muy bien vestido, que iba acompañado de una joven europea muy

atractiva con la que conversaba animadamente, el hombre de la estilográfica sintió curiosidad, y la dirigió hacia ellos, apretando el capuchón. Al punto, los dos hombres pudieron oír las voces a través de sus audífonos.

—Quinientos dólares americanos es un precio mucho más alto que el del mercado querida —estaba diciendo el hombre.

—Depende de qué tipo de mercado te interesa, querido —le contestó ella, con un agradable acento centro-europeo, y la vieron sonreír con amabilidad—. En el precio va incluida la mejor ropa interior de seda que sientas deseos de rasgar así como la sonda que has pedido que se inserte en tu momento de la verdad. La perfección es la perfección y servicios especiales exigen un tratamiento especial. Y si tu agenda solo te deja entre las seis y las ocho de mañana por la tarde…

Las voces se desvanecieron al hacer girar el hombre el capuchón y dejar la pluma sobre el mantel con sonrisa irónica. Era guapo y de tez olivácea, importador exportador de alfombras preciosas al igual que generaciones de sus antepasados, educado en América y de nombre Aaron ben Aaron; su principal ocupación, comandante, Servicio Secreto Especial israelí.

—Nunca me imaginé a Abu bin Talak como un pervertido —dijo con sequedad.

—Todos son pervertidos —gruñó el otro hombre—. Yo no hubiera creído que la joven fuera un gancho.

Los largos dedos de Aaron jugueteaban con la pluma, reacio a soltarla.

—Formidable artilugio, Glenn, ahorra mucho tiempo. Me hubiera gustado tener uno hace años.

—La KGB ha sacado este año un nuevo modelo, con un alcance de escucha de cien metros. —Glenn Wesson saboreaba su bourbon on the rock. Era americano, comerciaba con petróleo desde hacía mucho tiempo. Verdadera profesión, agente de la CIA—. No es tan pequeña como esta, pero efectiva.

—¿Puedes facilitarnos algunas?

—Será más fácil que lo hagas tú mismo. Basta con que vuestros chicos las pidan a Washington. —Observó a Gavallan desaparecer en el vestíbulo—. Interesante.

—¿Qué piensas? —preguntó Aaron.

—Que podemos arrojar a los lobos de Jomeini una compañía británica de helicópteros, junto con todos sus pilotos en cualquier momento que nos parezca. Eso haría que Talbot sufriese un ataque y también con todos sus MI6, lo que no sería mala idea —Wesson emitió una risa queda—. Talbot necesita un buen aguijonazo de vez en cuando. ¿Cuál será el problema de «S-G»? ¿Crees que participan en la operación de cobertura de MI6?

—No estamos seguros de sus actividades, Glenn. Sospechamos precisamente todo lo contrario, eso fue lo que me hizo pensar que deberías escucharles. Demasiadas coincidencias. A primera vista, da la sensación de que están dentro de la legalidad. Sin embargo, tienen un piloto francés, Sessonne, que se acuesta con Sayada Bertolin; un correo de la OLP, con conexiones perfectas; un finlandés, Erikki Yokkonen, estrechamente relacionado con Abdollah Khan quien, con toda seguridad, es un doble agente pero que se inclina más hacia la KGB que hacia nosotros, y franca, abiertamente anti-judío; Yokkonen es íntimo amigo de Christian Tollonen, agente del Servicio Secreto finlandés el cual, ya por definición, es sospechoso. Los lazos familiares de Yokkonen en Finlandia lo situarían en una posición ideal para constituir una baza perfecta para los soviéticos como cobertura; además nos ha llegado un soplo de que está arriba, en Sabalan, con sus «212», ayudando a los soviéticos a desmantelar todos nuestros emplazamientos de radar.

—Santo Cielo, ¿estás seguro?

—No… ya he dicho que era un soplo. Pero lo estamos comprobando. Luego tenemos al canadiense Lochart. Por su matrimonio, se encuentra relacionado con una familia de mercaderes, bien conocida como antisionista. En la actualidad, están viviendo en su apartamento agentes de la OLP y…

—Sí, pero ha llegado a nuestros oídos que el apartamento le fue confiscado, y no olvides que intentó ayudar en su fuga a esos oficiales partidarios del Sha y de Israel.

—Sí, pero los derribaron, todos están muertos salvo él, lo que no deja de ser curioso. Valik y el general Seladi hubieran formado parte, ciertamente, de cualquier Gobierno en el exilio o hubieran estado íntimamente relacionados con él. Hemos perdido otras dos piezas muy importantes. Se sospecha de Lochart. Su mujer y la familia de ella son partidarios de Jomeini lo que significa que son enemigos nuestros —Aaron sonrió sardónico—. ¿Acaso no somos, después de vosotros, el Gran Satanás? Luego, tenemos al americano Starke que ayudó a reducir un ataque fedayín en Bandar Delam y se muestra amistoso con otro rabioso adversario del Sha y fanáticamente contrario a Israel, Zataki, que…

—¿Quién?

—Un luchador contra el Sha, un intelectual, musulmán sunita, que organizó las huelgas en los campos petrolíferos de Abadán, ha volado tres comisarías de Policía y ahora está a la cabeza del Comité Revolucionario de Abadán y no por mucho tiempo sobre esta tierra. ¿Otra copa?

—Sí, gracias. Lo mismo. Has mencionado a Sayada Bertolin… También nosotros la tenemos fichada. ¿Crees posible su captación?

—Yo no me fiaría de ella. Lo mejor sería limitarse a vigilarla y ver adónde nos lleva. Vamos a por su controlador…, aún no hemos podido situarlo —Aaron pidió la bebida de Wesson y un vodka para él—. Pero, volviendo a «S-G». Así que Zataki es enemigo, Starke habla farsi y también Lochart. Los dos frecuentan malas compañías. Luego está Sandor Petrofi, disidente húngaro cuya familia aún sigue en Hungría, otro excelente topo para la KGB o, al menos, un instrumento de ella. Rudi Lutz, alemán, con miembros muy cercanos de su familia detrás del telón de acero. Y lo mismo con Neuchtreiter, en Lengeh. —Indicó con un movimiento de cabeza el lugar que ocupara Scragger—. El viejo no es más que un asesino experimentado, un mercenario que puede ser dirigido contra

nosotros, contra vosotros, contra cualquiera con el mismo resultado. ¿Gavallan? Deberías hacer que tu gente en Londres le investigara. No olvidemos que él fue quién eligió a todos los demás, y que es británico. Y no olvides tampoco que es muy posible que toda la operación sea una cobertura de la KGB para…

—No es posible —le interrumpió Wesson, súbitamente irritado. «Maldición —se dijo—, ¿por qué estos chicos han de ser tan paranoicos? Incluso el viejo Aaron, que es bueno donde los haya…»—. Todo resulta demasiado patente. ¡Imposible!

—¿Por qué no? Puede estar despistándote. Los británicos son maestros consumados en eso, como Philby, McLean, Blake, y todos los demás.

—Como Crosse —los labios de Wesson eran una línea recta—. En eso tienes razón, viejo amigo.

—¿Quién?

—Roger Crosse…, hace ya diez años. El Maestro de Espías, pero sepultado y cubierto con toda la habilidad de que son capaces los ingleses…, es uno de esos del «Old Boy's Club», los traidores más asquerosos de todos.

—¿Quién era Crosse?

—El antiguo jefe de Armstrong y amigo de la Sección Especial de Hong Kong en los viejos tiempos. Oficialmente, un subdirector de segunda categoría de MI6 pero, en realidad, el jefe de sus operaciones más delicadas. Sección Especial, traidor, liquidado por la KGB a petición propia poco antes de que cazáramos al bastardo.

—¿Lo comprobasteis? Quiero decir, que fue liquidado.

—Seguro. Un dardo envenenado a escasa distancia, SOP, eso fue lo que le impulsó adelante. Lo teníamos acorralado, no había forma de que se largara como los otros. Ya lo habíamos clasificado como un triple agente. Por aquel entonces, habíamos introducido a alguien en la Embajada soviética de Londres… un tipo llamado Brodnin. Nos entregó a Crosse y luego desapareció. Alguien debió descubrir al pobre infeliz.

—Malditos británicos. Reproducen espías como piojos.

—Eso no es cierto. También tienen algunos grandes cazadores… Todos tenemos traidores.

—Nosotros no.

—No estés tan seguro de ello, Aaron —dijo Wesson malhumorado—. Hay traidores por todas partes, con todas las filtraciones en Teherán antes y después de que el Sha se fuera… Tiene que haber un traidor de categoría entre nosotros.

—¿Talbot o Armstrong?

Wesson hizo una mueca acongojada.

—Si es alguno de ellos, deberíamos abandonar.

—Eso es lo que el enemigo quiere que hagáis, que abandonéis y os larguéis de Oriente Medio. Nosotros no podemos, así que pensamos de manera distinta —dijo Aaron, con la mirada ensombrecida y dura, la expresión de granito, observándole con atención—. Y hablando de eso. ¿Por qué nuestro viejo amigo, el coronel Hashemi Fazir, ha asesinado sin ulteriores consecuencias al general Janan, el nuevo general de SAVAMA?

Wesson palideció.

—¿Ha muerto Janan? ¿Estás seguro?

—Una bomba en el coche el lunes por la noche —respondió Aaron contrayendo los ojos—. ¿Por qué lo lamentas tanto? ¿Era uno de los tuyos?

—Hubiera podido serlo. Estábamos, humm, en negociaciones —Wesson vaciló un instante, luego suspiró—. ¿Pero Hashemi sigue con vida? Creí que figuraba en la lista de condenados de urgencia por el Comité Revolucionario.

—Lo estuvo, pero ya no. Esta mañana me he enterado que su nombre ha quedado borrado de la lista, que ha sido confirmado en su puesto y el Servicio Secreto Interno está otra vez en marcha… Se supone que todo ello aprobado desde las alturas.

Wesson saboreó su bebida.

—Si de veras vuelve a estar en gracia a pesar de lo que hizo por el Sha y por nosotros, es que tiene un protector situado en una soberbia posición.

—¿Quién? —Wesson vio al otro encogerse de hombros mientras que con la mirada recorría las terrazas. Dejó de sonreír—. Eso podría significar que ha estado trabajando todo el tiempo para el Ayatolá.

—Tal vez —Aaron había empezado a juguetear de nuevo con la estilográfica—. Y otra curiosidad. El martes, Hashemi fue visto subiendo al «S-G 125» en el aeropuerto de Teherán junto con Armstrong. Fueron a Tabriz y volvieron unas tres horas después.

—¡Maldita sea!

—¿Qué significa todo esto?

—No lo sé, pero creo que valdrá más que lo averigüemos —Wesson bajó aún más la voz—. Una cosa es segura, para que Hashemi haya vuelto a estar en candelero, es que sabe dónde se encuentran enterrados muchos cuerpos importantes, ¿no? Y semejante información sería altamente valiosa… altamente valiosa digamos…, para el Sha.

—¿El Sha? —Aaron esbozó una sonrisa irónica, pero se dominó al ver la expresión de Wesson—. ¿No imaginarás ni por un momento que el Sha tenga alguna posibilidad de volver?

—Cosas más extrañas han pasado, mi viejo amigo —dijo Wesson en tono confidencial mientras daba fin a su bebida. «¿Cómo es que estos chicos no comprenden lo que está ocurriendo en el mundo? —pensaba—. Ya es hora de que vayan espabilándose y abandonen su idea fija sobre Israel, la OLP y todo el Oriente Medio y nos dejen sitio para maniobrar»—. Claro que el Sha tiene una posibilidad, aunque sea mejor la de su hijo. Tan pronto como Jomeini muera y lo entierren, la guerra civil estallará, el Ejército se hará con el poder y necesitarán una figura decorativa. Reza sería un gran monarca constitucional.

Aaron ben Aaron había reprimido con gran esfuerzo su incredulidad, asombrado de que Wesson se mostrase tan ingenuo todavía. «Después de todos los años que has pasado en Irán y en el Golfo, ¿cómo es posible que sigas interpretando erróneamente las fuerzas explosivas que están desgarrando a Irán?». De haber sido otro hombre, habría maldecido a Wesson por la estupidez de un país

de la que era un representante, los centenares de señales de alarma dadas de lado, las montañas de informes secretos obtenidos a fuerza de tanto derramamiento de sangre y archivados sin haber sido siquiera leídos, los muchos años de alegatos cerca de políticos, generales, Servicios Secretos, tanto americanos como iraníes, advirtiendo de la conflagración que se avecinaba.

Y todo inútil. Durante años y más años. «La Voluntad de Dios —se dijo—. Dios no parece querer facilitarnos las cosas. ¿Fácil? A lo largo de toda la historia jamás hemos tenido nada fácil. Jamás, jamás, jamás». Se dio cuenta de que Wesson le observaba a él.

—¿Qué?

—Espera y lo verás. Jomeini es un hombre viejo, no terminará el año. Es viejo y el tiempo está de nuestra parte, espera y verás.

—Lo haré —Aaron dominó su tendencia a las discusiones violentas—. Entretanto, ocupémonos del problema que tenemos entre manos: «S-G» puede ser una tapadera para células enemigas. Bien mirado, los pilotos de helicóptero especializados en el apoyo a los petroleros pueden resultar efectivos para todo tipo de sabotajes si la cosa empeora.

—Desde luego. Pero Gavallan quiere irse de Irán. Ya le oíste.

—Acaso supiera que le estábamos escuchando o tal vez esté preparando una estratagema.

—Vamos, Aaron. Creo que es inofensivo y que todo lo demás es pura coincidencia —Wesson suspiró—. Muy bien, lo pondré bajo vigilancia y no irá al retrete sin que nosotros lo sepamos. Pero diablos, amigo mío, vosotros veis enemigos hasta debajo de la cama, en el techo y debajo de la alfombra.

—¿Por qué no? Pululan muchos alrededor, conocidos, desconocidos, activos o pasivos.

Aaron vigilaba sistemáticamente alrededor de ellos. Examinaba a los recién llegados, consciente de la multitud de agentes enemigos en Al Shargaz y el Golfo. «Y estamos al tanto de los enemigos aquí, fuera en la ciudad vieja y en la nueva, carretera arriba hacia Omán y carretera abajo hacia Dubai y Bagdad y Damasco; hacia Moscú, París

y Londres, a través del océano hacia Nueva York, al Sur hacia los dos Cabos y al Norte el Círculo Ártico, allá donde hay gente que no es judía. Solo no se sospecha de alguien que sea judío y, aun así, en estos días que corren, hay que ir con cautela».

«Entre los Elegidos, hay muchos que no quieren a Sión, no quieren ir a una guerra ni pagar por ella, no quieren comprender que Israel está en la balanza con el Sha, nuestro único aliado en el Oriente Medio y único administrador de petróleo para nuestros tanques y aviones dados de lado, no quieren saber que nuestras espaldas están contra el "Muro de las Lamentaciones" y que tenemos que luchar y morir para proteger la tierra de Israel que Dios nos diera que hemos recuperado con la ayuda de Dios. ¡Y a qué precio!».

Levantó la vista hacia Wesson. Le resultaba simpático, le perdonaba todos sus defectos, lo admiraba como profesional pero sentía lástima por él: no era judío y, por tanto, sospechoso.

—Estoy contento de haber nacido judío, Glenn. Hace que la vida resulte mucho más fácil.

—¿Cómo?

—Uno sabe dónde está.

EN DISCO TEX DEL HOTEL SHARGAZ: 11.52 DE LA NOCHE. En el salón predominaban americanos, británicos y franceses…, algunos japoneses y otros asiáticos. Los europeos estaban en mayoría, muchos muchos más hombres que mujeres de edades oscilando entre los veinticinco y los cuarenta y cinco años. En el Golfo, los efectivos trabajadores extranjeros tenían que ser jóvenes, fuertes, y preferentemente solteros para sobrevivir a una vida dura y de celibato. Unos pocos borrachos, algunos ruidosos. Feos y no tan feos, gordos y menos gordos, la mayoría de ellos enjutos, frustrados y volcánicos. Contados indígenas y otros del Golfo, pero únicamente los ricos, los occidentalizados, los sofisticados. Y solo hombres. La mayoría de ellos se encontraban sentados en el nivel superior,

ingiriendo bebidas sin alcohol y lanzando miradas amorosas y los pocos que bailaban en la pequeña pista de abajo lo hacían con mujeres europeas: secretarias, personal de embajadas, de líneas aéreas, enfermeras y otro personal del hotel…, parejas con premio. Allí no se veía mujer indígena o árabe alguna.

Paula bailaba con Sandor Petrofi, Genny con Scragger y Johnny Hogg lo hacía, con las mejillas juntas, con la joven con la que antes estuviera hablando durante largo rato en la terraza, balanceándose a ritmo lento.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte, Alexandra? —musitó.

—Hasta la próxima semana, solo hasta la semana que viene. Luego he de ir a Río a reunirme con mi marido.

—Caramba, eres muy joven para estar casada. ¿Estarás sola hasta entonces?

—Sí, sola, Johnny. Es triste, ¿verdad?

Johnny no contestó, se limitó a apretarla algo más contra sí, bendiciendo su suerte por haber recogido el libro que a ella se le cayera en el vestíbulo. Las luces artificiales lo deslumbraron por un instante y luego pudo ver a Gavallan, en la terraza superior, en pie junto a la balaustrada, en actitud grave y sumido en sus pensamientos y de nuevo sintió lástima de él. Horas antes había aceptado reacio el vuelo que había de llevarle a Londres al día siguiente por la noche, intentando persuadirle de que se quedara un día más.

—Sé cómo le afecta el vuelo en jet, señor.

—No hay problema, Johnny, gracias. Nuestra salida para Teherán sigue siendo a las diez de la mañana.

—Sí, señor. Nuestra autorización sigue teniendo prioridad… y el vuelo con destino a Tabriz.

—Esperemos que todo vaya sobre ruedas hasta allí y luego en vuelo directo.

John Hogg sintió los muslos de la joven pegados a los suyos.

—¿Cenarás mañana conmigo? Estaré de vuelta alrededor de las seis.

—Tal vez…, pero no antes de las nueve.

—Perfecto.

Gavallan miraba hacia abajo, a las parejas que bailaban, sin apenas verlas. Luego, dando media vuelta, bajó las escaleras y salió afuera, a la terraza que estaba en la planta baja. La noche era maravillosa, con una luna inmensa y ni una sola nube. En derredor, una gran extensión de terreno estaba suavemente iluminada, hermosos jardines exquisitamente cuidados dentro del recinto amurallado y funcionando algunas rociaderas.

El «Shargaz» era el hotel más grande existente en los territorios del jeque, a un lado el mar, el desierto al otro. Tenía dieciocho plantas, cinco restaurantes, tres bares, salón de cocktail, cafetería, discoteca, dos piscinas, saunas, salas de vapor, una tienda de alfombras Aaron, pistas de tenis, centro de salud, una zona de tiendas con una docena de boutiques y antigüedades, salones de peluquería, biblioteca video, panadería, electrónica, oficina de télex, pool mecanográfico y, al igual que todos los hoteles europeos modernos, aire acondicionado en todas las habitaciones y suites, con sus respectivos cuartos de baños y bidés, servicio las veinticuatro horas del día, en su mayoría sonrientes pakistaníes, tintorerías con limpieza en el día, planchado instantáneo, televisores en color en todas las habitaciones, cinematógrafos a domicilio, un canal para la bolsa y comunicación telefónica a dedo por satélite con todas las capitales del mundo.

«Así es —se dijo Gavallan—, pero sigue siendo un ghetto. Y aun cuando los gobernantes de Al Shargaz, Dubai y Sharjah son liberales y tolerantes de manera que los extranjeros pueden beber en los hoteles, e incluso comprar bebidas alcohólicas, Dios nos libre si se atreven a revendérselo a un musulmán. El que nuestras mujeres puedan conducir, ir de compras y andar por donde les parezca no es una garantía en modo alguno. A no más de algunos centenares de metros, los indígenas viven como lo hacían hace siglos, a solo unos kilómetros de distancia, pasada la frontera el alcohol está prohibido, una mujer no puede conducir o andar sola por las calles y ha de

cubrirse el cabello, los brazos y los hombros y llevar pantalones holgados, y más allá, en el auténtico desierto, la gente existe en un estrato de vida realmente despiadado».

Hacía algunos años, cogió un «Land Rover» y a un guía, y acompañado de McIver, Genny y su nueva esposa, Maureen, se adentró en el desierto para pasar la noche en un oasis al borde de Rub'al-Khali, el Barrio Vacío. Era un día de primavera perfecto. Al cabo de unos minutos de salir del aeropuerto, la carretera se transformó en una senda que pronto terminó y se encontraron en un terreno pedregoso bajo la bóveda del cielo. Almuerzo de excursión. Luego, de nuevo en marcha por un terreno en ocasiones arenoso, a veces rocoso, dando un rodeo por un yermo donde jamás llueve y no existe vida vegetal. Nada. De nuevo en marcha. Cuando se detuvieron y pararon el motor, el silencio cayó sobre ellos como un impacto físico, el sol semejaba un barreno y el espacio los envolvía.

La noche era de un azul oscuro, las estrellas inmensas, las tiendas hermosas y las alfombras suaves. Y un silencio aún más profundo, un espacio mucho mayor, una extensión de espacio apenas inconcebible.

—Lo aborrezco, Andy —le había susurrado Maureen—. Siento un terror de muerte.

—Yo también. No sé por qué, pero es así. —Alrededor de las palmeras del oasis, el desierto se prolongaba hacia todos los horizontes, burlón y misterioso—. Esta inmensidad parece absorberte la vida. Imagínate lo que será en verano.

Maureen comenzó a temblar.

—Me hace sentirme menos que un grano de arena. Me está aplastando. En cierto modo, me despoja de equilibrio. Caramba, chico, con una vez es suficiente para mí. Que me den Escocia y, en el peor de los casos, Londres, pero jamás, esto.

Y nunca había vuelto allí. Igual que la Nell de Scrag. Y no las culpaba. El Golfo ya era bastante duro para los hombres, pero para las mujeres… Miró en derredor. Genny salía del interior, abanicándose. Parecía mucho más joven que en Teherán.

—Hola, Andy. Tú eres de los inteligentes. Ahí dentro se ahoga uno. Y además el humo, ¿eh?

—Nunca fui buen bailarín.

—Yo solo puedo bailar cuando no me acompaña Duncan. Es como un pedrusco. —Vaciló un instante—. ¿Crees que en el vuelo de mañana yo pu…?

—No —dijo él cariñosamente—. Aún no. Dentro de una semana más o menos… Deja que la polvareda se asiente.

Genny asintió sin ocultar su decepción.

—¿Qué dijo Scrag?

—Que sí…, si los demás están de acuerdo y es factible. Tuvimos una buena charla y mañana desayunamos juntos —Gavallan la rodeó con el brazo, dándole ánimos con un apretón—. No te preocupes por Mac. Me aseguraré de que está bien.

—Tengo otra botella de whisky para él. No te importa, ¿verdad?

—La llevaré en la cartera… La IATAC nos ha comunicado que no llevemos bebidas alcohólicas en los almacenes de los aparatos…, pero no hay problema, yo mismo la llevaré.

—Entonces, tal vez sea mejor que la dejemos aquí, al menos en esta ocasión. —Encontraba desconcertante su actitud grave, tan poco habitual en él. «Pobre Andy, cualquiera puede darse cuenta de que la preocupación lo tiene fuera de sí»—. ¿Puedo hacer una sugerencia, Andy?

—Por supuesto, Genny.

—Utiliza a ese coronel y a Robert, no, Armstrong, los VIP que tienes que trasladar a Tabriz. ¿Por qué no pedirles volver por Kowiss? Puedes decirles que necesitas recoger algunos motores en reparación, ¿no? Y entonces hablarías directamente con Duke.

—Una idea excelente… Te has colocado la primera de la clase.

Genny se puso de puntillas y le dio un cariñoso y fraternal beso.

—Tampoco puede decirse que tú vayas mal. Bien, volvamos al combate… Nunca había sido tan popular desde la guerra. —Se echó a reír y lo mismo hizo él—. Buenas noches, Andy.

Gavallan regresó a su hotel que estaba al final de la calle. No se dio cuenta de que unos hombres lo seguían, como tampoco de que habían registrado su habitación, leído sus papeles y que le habían colocado micrófonos e intervenido el teléfono.

SÁBADO

24 de febrero

XLVI

EN EL AEROPUERTO INTERNACIONAL DE TEHERÁN: 11.58 DE LA MAÑANA. La portezuela de la cabina del «125» se cerró detrás de Robert Armstrong y el coronel Hashemi Fazir. Desde la cabina, John Hogg hizo la señal a Gavallan y McIver, que se encontraban en pie sobre el asfalto, junto a su coche, alzando los pulgares, y se deslizó por la pista dispuesto a volar a Tabriz. Gavallan acababa de llegar de Al Shargaz y era el primer momento en que él y McIver se encontraban a solas.

—¿Qué pasa, Mac? —preguntó, mientras el viento helado agitaba sus ropas de invierno y amontonaba la nieve alrededor de ellos.

—Dificultades, Andy.

—Eso ya lo sé. Cuéntamelo rápidamente.

McIver se inclinó más hacia él.

—Acabo de enterarme que apenas disponemos de una semana antes de que se nos ordene que permanezcamos en tierra a la espera de la nacionalización.

—¿Cómo? —Gavallan se quedó de repente paralizado—. ¿Te lo ha dicho Talbot?

—No, Armstrong, hace solo unos minutos, cuando el coronel estaba en el excusado y nos quedamos a solas —respondió McIver con rostro contraído—. El bastardo me lo dijo con su rebuscada cortesía. «Yo que usted no contaría con más de diez días…, una semana para mayor seguridad… y no lo olvide, Mr. McIver, en boca cerrada no entran moscas».

—¡Dios mío! ¿Es que está enterado de que planeamos algo?

Una ráfaga de viento los cubrió de nieve en polvo.

—No lo sé, Andy. Te aseguro que no lo sé.

—¿Y qué hay del «HBC»? ¿Acaso lo mencionó?

—No. Cuando le pregunté sobre los papeles se limitó a decir: «Están seguros».

—¿Dijo cuándo nos veremos hoy?

McIver sacudió negativamente la cabeza.

—«Si estoy de regreso a tiempo me pondré en contacto». ¡Bastardo! —Abrió la puerta de su coche con violencia.

Profundamente agitado, Gavallan se sacudió la nieve y entró en el coche agradeciendo el calor. Las ventanillas estaban empañadas. McIver accionó el limpiaparabrisas al máximo, la calefacción ya lo estaba. Luego, introdujo la casete, subió el sonido y volvió a bajar maldiciendo.

—¿Qué más, Mac?

—Pues prácticamente todo —estalló McIver—. A Erikki le han secuestrado los soviéticos o la KGB y está en alguna parte, cerca de la frontera turca, con su «212», haciendo Dios sabe qué… Nogger cree que le están obligando a desarbolar emplazamientos de radar secretos de los Estados Unidos. Nogger, Azadeh, dos de los mecánicos y un capitán británico lograron escapar por pelos de Tabriz salvando sus vidas, llegaron ayer y, por el momento, están en mi casa…, al menos allí los dejé al salir esta mañana para acá. Dios mío, Andy, tenías que haber visto en el estado en que se encontraban cuando llegaron. El capitán es el mismo que salvó a Charlie en Doshan Tappeh y al que este dejó en Bandare Pahlevi…

—¿Que hizo qué?

—Era una operación secreta. Es capitán en los Gurkas… se llama Ross, John Ross. Él y Azadeh se mostraron absolutamente incoherentes, Nogger también estaba muy excitado. Al menos están a salvo por ahora, pero… —A McIver se le quebró la voz—. Siento decirte que en Zagros hemos perdido a un mecánico, Effer Jordon, dispararon contra él y…

—Dios mío. ¿Ha muerto el viejo Effer?

—Sí…, sí. Me temo que así es, y a tu hijo también lo alcanzaron…, ¡pero no es grave! —se apresuró a añadir McIver al ver palidecer a Gavallan—. Scot se encuentra bien, está perfectamente y…

—¿Cómo de grave?

—La bala le atravesó la parte carnosa del hombro derecho. No le tocó ningún hueso, es una herida más bien superficial… Jean-Luc dice que tiene penicilina y un médico y que la herida es limpia. Scot no podrá coger el «212» mañana para Al Shargaz de manera que le pedí a Jean-Luc que lo hiciera él y llevara a Scot consigo. Después, él regresará a Teherán en el próximo vuelo del «125» y nosotros lo llevaremos a Kowiss de nuevo.

—¿Qué diablos pasó?

—No lo sé con exactitud. Recibí esta mañana un mensaje retransmitido de Starke que a su vez lo acababa de recibir de Jean-Luc. Al parecer, en el Zagros están operando terroristas, supongo que se trata de la misma banda que atacó Bellissima y Rosa, deben de estar emboscados en los bosques de los alrededores de nuestra base. Al amanecer, Effer Jordon y Scot estaban cargando repuestos en el «212» y dispararon unas ráfagas contra ellos. El pobre Effer recibió casi todos los disparos y Scot uno solo. —De nuevo McIver habló rápido, viendo el rostro de Gavallan—. Jean-Luc me ha asegurado que Scot se encuentra perfectamente. De verdad, Andy.

—No estaba pensando solo en Scot —dijo Gavallan con tono pesaroso—. Effer ha estado con nosotros casi desde los comienzos…, ¿no tiene tres hijos?

—Sí. ¡Es terrible! —McIver dio al embrague y enfiló con el coche, a través de la nieve, hacia su oficina—. Creo que todavía van al colegio.

—Tan pronto como regrese me ocuparé de ellos. Sigue con lo de Zagros.

—No hay mucho que decir. Tom Lochart no estaba allí. Hubo de quedarse el viernes por la noche en Kowiss. Jean-Luc dice que no

vieron a ninguno de los atacantes, que nadie los vio, los disparos les llegaron desde el bosque. De cualquier manera, en la base reina un auténtico caos, con nuestros aparatos trabajando a todas horas, trayendo hombres de todos los yacimientos y trasladándolos en grupos a Shiraz, todo el mundo queriendo largarse antes de mañana a la puesta de sol.

—¿Lo lograrán?

—Más o menos. Sacaremos a todos nuestros petroleros y a nuestros muchachos, la mayor parte de los repuestos de valor y todos los helicópteros trasladándolos a Kowiss. Tendremos que dejar el equipo de apoyo del yacimiento, pero eso no es responsabilidad nuestra. Solo Dios sabe lo que les ocurrirá a la base y a los yacimientos careciendo de servicio.

—Estoy de acuerdo. Una pérdida condenadamente estúpida. ¡Absolutamente estúpida! Pregunté al coronel Fazir si él no podría hacer algo. El maldito se limitó a sonreír con su retorcida sonrisa y dijo que ya resultaba bastante difícil descubrir qué diablos pasaba en la oficina de al lado en Teherán, por no hablar de algo tan alejado como el Sur. Le pregunté si el comité del aeropuerto no podría ayudar. Dijo tajante que no, que los comités no tenían prácticamente relación con nadie, incluso en Teherán. Cito textualmente sus palabras: «Allá arriba en el Zagros, entre nómadas y hombres tribales a medio civilizar, a menos que se tengan armas, que se sea iraní, preferentemente ayatolá, lo mejor es hacer lo que les digan». —McIver tosió, sonándose luego irritado—. El condenado no se estaba riendo de nosotros, Andy. Pero aun así, tampoco parecía descontento.

Gavallan estaba consternado. ¡Tantas preguntas por hacer y por contestar! Todo en peligro, allí y en casa. ¿Una semana hasta el día del juicio final? Gracias a Dios que Scot…, ¿y el pobre Effer? ¡Dios Todopoderoso, dispararon contra Scot! Miró tristemente a través del parabrisas y vio que estaban llegando a la zona de carga.

—Detén el coche un momento, Mac, tenemos que hablar en privado, ¿eh?

—Sí, lo siento. No estoy pensando con demasiada claridad.

—¿Estás bien? Me refiero a tu salud.

—Es perfecta, aunque si me librara de esta tos… Solo es…, solo es que estoy atemorizado —respondió McIver sin rodeos, pero aquella admisión alarmó a Gavallan—. He perdido el control. Hemos perdido a un hombre, todavía el asunto del «HBC» pende sobre nuestras cabezas, el viejo Erikki está en peligro, todos estamos en peligro, «S-G» y todo aquello por lo que tanto hemos trabajado. —Manoseó el volante—. ¿Está bien Gen?

—Sí, sí, lo está —dijo paciente Gavallan, preocupado por él. Era la segunda vez que contestaba aquella pregunta. McIver se la había hecho tan pronto como hubo bajado la escalerilla del «125».

—Genny está muy bien, Mac —dijo repitiendo lo que ya le dijera antes—. Tengo correo de ella, ha hablado con Hamish y Sarah, las dos familias están bien y el pequeño Angus tiene ya su primer diente. Todo está bien en casa, todos gozan de buena salud y tengo una botella de «Loch Vay» en mi cartera que me ha dado para ti. Intentó convencer a Johnny Hogg para que la dejara subir a bordo del «125»… Quería esconderse en el retrete…, aun después de decirle yo que no, lo siento.

Por primera vez vio en la cara de McIver la sombra de una sonrisa.

—Genny es muy cabezota, de eso no cabe la menor duda. Me alegro de que esté allí y no aquí, me alegro mucho. Sin embargo, resulta curioso lo que se las echa de menos —McIver miró hacia delante—. Gracias, Andy.

—De nada —Gavallan reflexionó un instante—. ¿Por qué ha de hacerse cargo Jean-Luc del «212»? ¿Por qué no Tom Lochart? ¿No sería mejor hacerle salir a él?

—Claro que sí, pero no quiere irse de Irán sin Sharazad. Ese es otro de los problemas.

La música de la cinta enmudeció. McIver le dio la vuelta y la puso de nuevo en marcha.

—No logró localizarla. Tom está preocupado por ella, me pidió que fuera a casa de la familia de ella en el bazar y así lo hice. Nadie me contestó no parecía que hubiera nadie. Tom está seguro de que Sharazad participó en la «Marcha de Protesta de la Mujer».

—¡Dios mío! Por la «BBC» nos enteramos de los disturbios y las detenciones y que unos locos habían atacado a algunas de las mujeres. ¿Crees que está en la cárcel?

—Espero fervientemente que no sea así. ¿Te enteraste de lo de su padre? Pues claro, yo te lo dije la última vez que estuviste aquí, ¿verdad? —McIver limpio el parabrisas con ademán ausente—. ¿Qué prefieres hacer… esperar aquí hasta que llegue el pájaro?

—No, volvamos a Teherán. ¿Tenemos tiempo? —Gavallan consultó su reloj. Eran las doce y veinticinco.

—Sí, claro. Hemos de subir a bordo un cargamento de repuestos «superfluos». Tendremos tiempo si nos vamos ahora.

—Bien, me gustaría ver a Azadeh y a Nogger…, y a ese hombre, Ross. Y en especial a Talbot. Y podemos pasar por la casa Bakravan por si acaso. ¿Eh?

—Buena idea. Estoy contento de que te encuentres aquí, Andy, muy contento. —Soltó el embrague y las ruedas patinaron.

—Y yo también, Mac. En realidad, jamás me he sentido antes tan bajo de forma.

McIver tosió y se aclaró la garganta.

—¿Son tan malas noticias?

—Sí. —Con gesto ocioso Gavallan limpió el cristal empañado de su ventanilla con el dorso de la mano enguantada—. El lunes hay una reunión extraordinaria de la junta. Y he de tener las respuestas apropiadas sobre Irán. ¡Una maldita lata!

—¿Asistirá Linbar?

—Sí. Ese canalla va a arruinar la «Noble House» antes siquiera de que termine su mandato. Es de lo más estúpido introducirse en Sudamérica cuando China se encuentra en el umbral de la apertura.

McIver se desconcertó ante el nuevo tono cortante de Gavallan, pero no dijo palabra. Desde hacía ya muchos años, conocía su

rivalidad y aborrecimiento, las circunstancias de la muerte de David MacStruan y la sorpresa que produjo en Hong Kong el que Linbar ocupara el cargo supremo. Aún tenía muchos amigos en la Colonia que le enviaban recortes de los más recientes chismorreos o rumores, la razón de ser de Hong Kong, sobre la «Noble House» y sus rivales. Pero jamás hablaba de ellos con su viejo amigo.

—Lo siento, Mac —había dicho Gavallan con brusquedad—, no quiero hablar sobre ese tipo de cosas ni en lo referente a Ian, Quillan o Linbar o quienquiera que esté relacionado con «Struan's». Oficialmente, ya no pertenezco a la «Noble House». Dejémoslo estar.

«Bien pensado —se dijo McIver por entonces, y había obrado en consecuencia. Miró a Gavallan—. El tiempo se ha mostrado benevolente con Andy —pensó—, sigue siendo el hombre atractivo de siempre, incluso con todas sus dificultades».

—No te preocupes, Andy. No hay nada que puedas hacer.

—Quisiera creerlo así en estos momentos, Mac. Siete días presentan un problema enorme, ¿no te parece?

—Creo que te quedas corto y… —McIver se dio cuenta de que su indicador de combustible estaba a cero y explotó—. Alguien me ha vaciado el tanque de la gasolina mientras el coche estaba aparcado. El condenado bastardo ha roto el maldito candado. Tendré que llenarlo. Afortunadamente, aún tenemos algunos barriles de veinte litros y el tanque de combustible de helicóptero que tenemos en el sótano para emergencia está por la mitad. —Quedó en silencio con la mente ocupada por Jordon, el Zagros, el «HBC» y los siete días. «¿Quién será el siguiente que perderemos?». Empezó a maldecir en su fuero interno y de pronto oyó de nuevo la voz de Genny que le decía: «Si queremos podemos hacerlo, sé que podemos, sé que podemos…».

Gavallan estaba pensando en su hijo. «No me quedaré tranquilo hasta que no lo vea con mis propios ojos. Con suerte, mañana. Si Scot no estuviera de regreso antes de la salida de mi avión para Londres cancelaré la reserva y me iré el domingo. Y como quiera

que sea he de ver a Talbot, tal vez él pueda ayudarme. Dios mío, solo siete días…».

McIver llenó el depósito rápidamente, luego salió del aeropuerto incorporándose a la circulación. Un enorme jet de transporte USAF se dirigió volando bajo sobre sus cabezas hacia la zona de aterrizaje.

—Tienen en servicio unos cinco jumbos diarios, todavía con controladores militares y la «supervisión» de Green Bands, todo el mundo dando órdenes, revocándolas y, de cualquier modo, nadie prestando atención —dijo McIver—. «BA» me prometió tres asientos en cada uno de sus vuelos para nuestros nacionales…, con equipaje. Esperan poder disponer de un jumbo en días alternos.

—¿Qué quieren a cambio?

—¡Las joyas de la corona! —dijo McIver, tratando de animar su depresión, pero la broma cayó en saco roto—. No, nada, Andy. Bill Shoesmith, el gerente de «BA», es un gran tipo y está haciendo un trabajo formidable. —Dio un rodeo para evitar un autobús incendiado, tumbado sobre uno de sus costados, atravesado en la calle, como si estuviera bien aparcado—. Las mujeres vuelven hoy a manifestarse. Corre el rumor que van a seguir haciéndolo una y otra vez hasta que Jomeini ceda.

—Si se mantienen unidas, habrá de hacerlo.

—Ahora ya no sé qué pensar. —McIver condujo durante un rato en silencio, luego señaló con el pulgar, a través de la ventanilla, a los peatones que caminaban de un lado a otro—. Parecen convencidos de que todo anda bien en el mundo. Las mezquitas están atiborradas, participan multitudes en las manifestaciones en apoyo de Jomeini, los Green Bands luchan intrépidos contra los izquierdistas, y estos, a su vez, luchan contra ellos con la misma intrepidez —tosió silbante—. Nuestros empleados, bueno, me dedican el habitual halago y cortesía iraníes y jamás puedes saber lo que piensan. De lo que sí están seguros es de que nos quieren F-U-E-R-A. —Dio un volantazo, que le llevó a meterse en la acera, para evitar chocar de frente con un coche que circulaba por dirección contraria, tocando bocinazos y conduciendo con un exceso

de velocidad dadas las condiciones de la nieve. Luego, volvió a la calzada—. ¡Maldito idiota! Si no fuera porque quiero demasiado al viejo Lulu, les hubiera dado un vapuleo y hubiera sabido lo que era bueno. —Miró a Gavallan y sonrió—. Estoy muy contento de que hayas venido, Andy, gracias. Ahora ya me siento mejor. Lo lamento.

—No tiene importancia —dijo con calma Gavallan aun cuando en su fuero interno se sintiera inquieto—. ¿Qué me dices de Torbellino? —preguntó, incapaz de contenerse por más tiempo.

—Bien, aunque sean siete días o setenta… —McIver dio un giro para evitar otro accidente, devolvió el gesto obsceno y continuó su marcha—. Supongamos que todos estamos de acuerdo y que si queremos podemos apretar el botón el día D, en siete días. No, Armstrong dijo que sería mejor no contar con más de una semana, digamos seis, seis días a partir de hoy, el próximo viernes, de cualquier manera, un viernes sería el mejor, ¿no?

—Porque es su Día Santo, sí, yo también lo creo así.

—Adaptando entonces lo que hemos pensado… Charlie y yo. Fase Primera: A partir de hoy hacemos salir de Irán a cuantos expatriados y repuestos podamos, de todas las maneras que nos sea posible, en el «125», por camión a Iraq o Turquía o como equipaje y exceso de equipaje por «BA». Lograré de alguna forma que Bill Shoesmith aumente nuestras reservas de asientos y nos de prioridad en el espacio de carga. Ya hemos sacado dos de nuestros «212» «en reparación» y mañana tiene que salir uno del Zagros. Nos quedan cinco pájaros aquí en Teherán: un «212», dos «206» y dos «Alouettes». Enviamos el «212» y los «Alouettes» a Kowiss, de forma ostensible, para satisfacer la demanda de Hotshot de helicópteros, aunque solo Dios sabe para qué puede quererlos… Duke dice que no todos sus pájaros se emplean como se debiera. De cualquier manera, dejamos aquí nuestros dos «206» como camuflaje.

—¿Que los dejamos?

—No hay forma de que saquemos todos nuestros helicópteros, Andy, dentro del tiempo permitido. Bien, y ahora ya, dos días antes

del D, el miércoles próximo, el último personal de nuestro cuartel general, Charlie, Nogger, el resto de los pilotos y mecánicos y yo subimos a bordo del «125» y salimos de estampía hacia Al Shargaz a menos, naturalmente, que podamos embarcar antes a algunos de ellos por «BA». No olvides que se supone que hemos de volar al máximo, uno que entra y otro que sale. Luego, hemos de…

—¿Y qué hay de los documentos, de los permisos de salida?

—Intentaré que Alí Kia me los facilite sin poner nombres…, necesitaré algunos cheques suizos en blanco, está familiarizado con el pishkesh, pero también es miembro de la Junta. Muy listo, ambicioso y hambriento, aunque en modo alguno ansioso por arriesgar el pellejo. Si no lo logramos, entonces nos abriremos camino hasta el «125» a fuerza de pishkesh. Nuestra excusa a los socios, a Kia o quienquiera de ellos, cuando descubran que nos hemos ido será la de que tú has convocado una conferencia urgente en Al Shargaz. Es bastante estúpida, pero eso carece de importancia. Finalizada la Fase Primera. Si se nos impide salir, entonces habrá acabado toda la Operación Torbellino porque nos utilizarían como rehenes para la devolución de los pájaros y sé, positivamente, que tú no aceptarías sacrificarnos. Fase Segunda: Instalamos en…

—¿Y qué hay de todas vuestras cosas? ¿Y las de todos los muchachos que tienen apartamentos o casas en Teherán?

—La compañía habrá de pagar una compensación justa. Eso formaría parte de los beneficios y pérdidas de Torbellino. ¿De acuerdo?

—¿A cuánto ascenderá, Mac?

—No mucho. Pero no tenemos opción, hemos de pagar la compensación.

—Sí, sí, de acuerdo.

—Fase Segunda: Nos instalamos en Al Shargaz y para entonces habrán ocurrido varias cosas. Habrás tomado las medidas oportunas para que los jumbo cargueros «747» lleguen a Al Shargaz la tarde del día anterior al D. Para entonces, Starke habrá ocultado en

secreto, en la playa, suficientes barriles de ciento cincuenta litros para transportarlos a través del Golfo. Algún otro habrá ocultado más combustible en alguna de esas islas perdidas de Arabia Saudita o de los Emiratos para Starke, por si los necesita, y para Rudi y sus muchachos de Bandar Delam que ni que decir tiene que sí los necesitarán. Scrag no tiene problemas de combustible. Entretanto, tú habrás preparado el registro británico para todos los pájaros que nos proponemos «exportar» y habrás obtenido autorización para que podamos atravesar el espacio aéreo de Kuwait, Arabia Saudita y los Emiratos. Yo me quedo a cargo de la operación activa de Torbellino. Al amanecer del día D has de decirme si sigo adelante o no, eso es definitivo. En caso de recibir la señal de seguir adelante, tendré la facultad de suspender la operación si lo creo prudente, y esto también es definitivo. ¿De acuerdo?

—Con dos condicionantes, Mac. Habrás de consultar conmigo antes de suspender la operación, como yo consultaré contigo antes de dar la orden de seguir adelante o no. Y segunda, si no podemos llevarla a cabo el Día D, lo intentaremos de nuevo al día siguiente al D y también a los dos días del D.

—Muy bien —McIver respiró hondo—. Fase Tercera: En la madrugada del Día D, o bien el Día D más uno, o más dos, tres días creo que es el máximo en que podemos intentarlo, radiamos un mensaje cifrado diciendo «¡Adelante!». Las tres bases acusarán recibo y en ese mismo instante, todos los pájaros fugitivos se elevarán dirigiéndose a Al Shargaz. Quizás habrá una diferencia de cuatro horas entre la llegada de Scrag y la de los últimos que probablemente será Duke, naturalmente, si todo ha ido bien. En el preciso momento en que los pájaros tomen tierra en cualquier sitio fuera de Irán sustituimos los números de matrícula iraní por los de la matrícula británica, lo que nos coloca parcialmente en la legalidad. Tan pronto como tomen tierra en Al Shargaz, se procede a cargarlos en los «747» que ascenderán al Wild Blue con todo el mundo a bordo. —McIver exhaló con fuerza—. Sencillo.

Gavallan no replicó de inmediato, sopesando el plan, analizando los posible fallos, el gran número de peligros.

—Es bueno, Mac.

—No lo es, Andy. No lo es en absoluto.

—Ayer vi a Scrag y tuvimos una larga charla. Dice que, para él, Torbellino es factible y que está dispuesto a llevarlo a cabo si se da luz verde. Dijo que sondearía a los demás durante el fin de semana y me informaría, pero estaba seguro de que, llegado el día, podría sacar a sus pájaros y a sus muchachos.

McIver asintió aunque no dijo nada más, se limitó a circular por las calles con hielo y peligrosas, metiéndose por angostas callejuelas pues sabía que las carreteras principales se hallarían congestionadas.

—Ya estamos cerca del bazar.

—Scrag ha dicho que en los próximos días es posible que pueda entrar en Bandar Delam para ver a Rudi y sondearle… Las cartas son demasiado peligrosas. Y, a propósito, me dio una nota para ti.

—¿Qué dice, Andy?

Gavallan rebuscó en el fondo de su cartera. Finalmente, encontró el sobre y se puso las gafas de leer.

—Va dirigida a D. D. capitán McIver, Esq.

—A ese le voy a dar algún motivo para su condenado Dirty Duncan —dijo McIver—. Léela.

Gavallan abrió el sobre, sacó el papel con otro adjunto a él y gruñó:

—La carta no dice más que: Jódete. Lleva adjunto un informe médico… —Lo recorrió con la vista—…, firmado por el doctor G. Gernin Consulado Australiano, Al Shargaz. El viejo bastardo da colesterol normal, presión sanguínea 130/85, azúcar normal, todo está condenadamente normal y hay una postdata de puño y letra de Scrag: Voy a atormentarte en mi jodido setenta y tres aniversario, viejo gallo.

—Espero que lo haga, el muy bribón, pero no será así, el tiempo no está de su parte. Seguramente…

McIver frenó el auto. La calle desembocaba en la plaza, frente a la Mezquita del bazar, pero la salida estaba bloqueada por hombres vociferantes, muchos de ellos enarbolando armas. No había otra salida ni desvío, así que McIver disminuyó la marcha y, finalmente, se detuvo.

—Son las mujeres de nuevo —dijo, avistando más allá la manifestación que avanzaba, los gritos a favor y en contra creciendo en violencia.

La circulación se detuvo de repente, a ambos lados de la calle, mientras las bocinas sonaban sin tregua. No había aceras, solo los habituales joubs rebosantes de porquería y la nieve acumulada en las orillas, algunos puestos callejeros y peatones.

Estaban cercados por ambos lados. Los transeúntes empezaron a incorporarse a los que iban delante, invadiendo la calle alrededor de coches y camiones… Entre ellos habían golfillos y jovenzuelos y uno de ellos hizo un gesto obsceno a Gavallan a través de la ventanilla, otro dio puntapiés al parachoques y luego todos echaron a correr riendo.

—¡Asquerosos bastardos!

McIver podía verlos por el retrovisor mientras otros jóvenes se agolpaban detrás de ellos. Otros hombres se abrieron paso, nuevas miradas hostiles mientras un par de ellos golpearon indiferente contra el coche con sus armas. Delante, el cuerpo principal de la manifestación de mujeres dominando el grito de Allah-u Akbar…, atravesaba el cruce.

Les sobresaltó un repentino golpe al ser arrojada una piedra al coche que por milímetros no se estrelló contra el cristal de la ventanilla; luego, todo el coche empezó a balancearse al ser zarandeado por los golfillos y jovenzuelos que se habían agolpado en derredor, saltando arriba y abajo de las aletas y haciendo nuevos gestos obscenos. La furia de McIver explotó y abrió la portezuela de golpe, lanzando al suelo a dos de los jovenzuelos, después se apeó y se lanzó contra el grupo que al momento se dispersó. Gavallan salió igualmente rápido para lanzarse contra los que trataban de volcar el

coche por la parte trasera. Cogió a uno y lo tiró al suelo. La mayoría de los otros retrocedieron, resbalando y gritando, entre las maldiciones de los transeúntes, pero dos de los chicos más fuertes atacaron a Gavallan por detrás. Él les vio llegar y empujó de un puñetazo en el pecho a uno, lanzando al otro contra el costado de un camión, dejándole medio atontado. El conductor del camión rio al tiempo que abría la portezuela de la cabina. McIver jadeaba. Por su lado no podía ver a los jóvenes que gritaban obscenidades.

—¡Cuidado, Mac!

McIver amagó. La piedra pasó casi rozándole la cabeza y fue a estrellarse contra el costado de un camión mientras diez o doce de los jóvenes avanzaban en grupo. No había lugar alguno adonde McIver pudiera ir, de manera que se mantuvo en pie, firme, junto al capó mientras que Gavallan apuntalaba la espalda contra el coche, también acorralado. Uno de ellos se lanzó contra él enarbolando un trozo de madera, mientras que tres más se le acercaban por un lado. Intentó esquivarlo pero el palo le alcanzó el hombro. Dio un grito y se lanzó contra el jovenzuelo golpeándole en la cara y eso le hizo perder el equilibrio. Él mismo resbaló y cayó sobre la nieve. El resto de los golfos se lanzaron para rematarle. De repente, ya no se hallaba caído en el suelo rodeado de pies amenazadores, sino que le ayudaban a levantarse. Un Green Band le ayudó mientras que los jovenzuelos se arracimaban, temerosos, contra el muro ante otro Green Band que les apuntaba con un arma. Cerca se encontraba un mulá entrado en años que gritaba furioso a los jovenzuelos mientras los transeúntes les rodeaban a todos.

Desconcertado, miró a McIver que también se encontraba más o menos ileso junto a la delantera del coche. Luego, el mulá se acercó a él y le habló en farsi.

—*Man zaban-e shoma ra khoob nami danam, Agha*.

—Lo siento, pero no hablo su lengua, Excelencia —graznó prácticamente Gavallan con el pecho dolorido.

El mulá, un anciano de barba blanca, turbante blanco y túnica negra, gritó para hacerse oír por encima de la algarabía de mirones

y de la gente de los otros coches.

El conductor de un automóvil cercano se apeó, reacio, se acercó y saludó al mulá con deferencia, escuchándole atentamente. Luego, habló a Gavallan en excelente inglés aunque con cierta premiosidad.

—El mulá les informa que los jóvenes han obrado mal al atacarles, Agha, y han infringido la ley, y que es evidente que ustedes no han infringido ley alguna ni los han provocado.

De nuevo volvió a escuchar un momento al mulá y una vez más se volvió hacia Gavallan y McIver.

—Desea que sepan que la República Islámica es obediente a las leyes inmutables de Dios. Los jóvenes infringieron la ley que prohíbe atacar a extranjeros desarmados que van a sus asuntos sin meterse con nadie.

El hombre, barbudo, de mediana edad e indumentaria raída se volvió de nuevo hacia el mulá que en ese momento se dirigía con voz fuerte a la multitud y a los jóvenes y luego se escuchó un murmullo de aprobación y conformidad.

—Van a ser testigos de cómo ha de hacerse respetar la ley: se castiga a los culpables y se hace justicia de inmediato. El castigo es de cincuenta latigazos. Pero, primero, los jóvenes tienen que pedirles perdón a ustedes y también solicitar el de todos los que están aquí.

En medio del estruendo de la manifestación cercana, empujaron y dieron puntapiés a los jóvenes hasta que estuvieron delante de McIver y Gavallan, obligándoles a postrarse de rodillas y a suplicar abyectamente perdón. Luego, los condujeron de nuevo contra el muro y les azotaron con un látigo de caballerías que la muchedumbre interesada y divertida se apresuró a ofrecer. El mulá, los dos Green Bands y otros seleccionados por el mulá de entre el gentío aplicaron el castigo. Sin piedad.

—¡Dios mío! —musitó Gavallan asqueado.

El conductor-traductor dijo al punto con tono cortante:

—Esto es el Islam. Islam tiene una ley para todo el mundo, un castigo para cada crimen y justicia inmediata. La ley es la Ley de

Dios, intocable, eterna, no como en su corrupto Occidente donde las leyes pueden ser manipuladas y la justicia manipulada y aplazada en beneficio de abogados que engordan con las manipulaciones, las corrupciones, las infamias y las desgracias de otros… —le interrumpieron los alaridos de algunos de los jóvenes—. Esos hijos de perro no tienen orgullo —dijo despreciativo el hombre volviendo a su coche.

Una vez que el castigo hubo acabado, el mulá amonestó amablemente a aquellos de los jóvenes que aún estaban conscientes y luego, dando por terminado el asunto, siguió adelante con sus Green Bands. El gentío se disolvió dejando a McIver y Gavallan junto al coche. Sus atacantes eran ya tan solo unos montones patéticos de harapos inertes y ensangrentados o unos jóvenes que gemían intentando ponerse en pie. Gavallan dio unos pasos para ayudar a uno de ellos pero el chico retrocedió aterrado por lo que se detuvo y volvió junto al coche. Los guardabarros del coche estaban abollados y la pintura llena de rasguños de las piedras que los jovenzuelos arrojaron a mala idea. McIver parecía haber envejecido.

—Supongo que no puedo decir que no se lo han merecido —murmuró Gavallan.

—Nos hubieran pisoteado y, posiblemente, herido de gravedad si no llega a intervenir el mulá —dijo McIver con voz ronca, muy satisfecho de que Genny no hubiera estado allí. «Cada latigazo que habían recibido hubiera sido un castigo para ella», se dijo, con el pecho y la espalda doloridos por los golpes. Apartó la vista de su coche y flexionó los hombros con dificultad. En ese momento, vio al hombre que les había servido de intérprete; se encontraba en un coche cercano, todavía prácticamente inmovilizado por la circulación, y anduvo penosamente por la nieve hacia él.

—Gracias, gracias por ayudarnos, Agha —le dijo, gritando a través de la ventanilla e intentando hacerse oír por encima del ruido.

El coche era viejo y baqueteado y en los otros asientos se hacinaban otros cuatro hombres.

El iraní bajó el cristal de la ventanilla.

—El mulá me pidió que hiciera de intérprete. Le estaba ayudando a *él*, no a ustedes —dijo con un gesto cruel de boca—. Si ustedes no hubieran venido a Irán, esos jóvenes locos no se hubiesen visto tentados por su repugnante exhibición de riquezas materiales.

—Lo siento, solo quería agr…

—Y si no fuera por sus igualmente repugnantes películas y televisión que glorifican a las pandillas callejeras sin Dios o las rebeldes clases que el Sha importara por orden de sus amos para corromper a nuestra juventud, incluidos mi propio hijo y mis propios alumnos, esos pobres locos serían unos correctos cumplidores de la ley. Más vale que se vayan de aquí antes de que también les cojan a ustedes infringiendo la ley.

Subió el cristal de la ventanilla y empezó a hacer sonar furiosamente la bocina.

EN EL APARTAMENTO DE LOCHART: 2.37 DE LA TARDE. Llamó con los nudillos en la puerta del ático de la forma convenida de antemano. Llevaba un velo y un chador sucio de tierra.

Una serie de golpecitos respondieron a su llamada. Y de nuevo ella dio cuatro rápidos y uno lento. La puerta se abrió al instante, aunque solo una rendija, y allí estaba Teymour con un revólver en la mano, frente a su misma cara. Sayada rio.

—¿No confías en nadie, cariño? —le preguntó en lengua arábiga, un dialecto palestino.

—No, Sayada, ni siquiera en ti —contestó él cuando estuvo realmente seguro de que era Sayada Bertolin y de que se encontraba sola, abrió más la puerta y ella se quitó el velo y el chal y se precipitó a sus brazos. Teymour cerró la puerta de un puntapié y echó los cerrojos.

—Ni siquiera en ti. —Luego se besaron ávidamente—. Llegas tarde.

—En punto. Tú te has anticipado —dijo ella y volvió a reír, después, se apartó y le alargó la bolsa—. Ahí está alrededor de la

mitad. El resto te lo traeré mañana.

—¿Dónde lo dejaste?

—En una taquilla del «French Club» —Sayada Bertolin se quitó el chador y quedó transformada. Llevaba una chaqueta de esquí acolchada, un cálido suéter de cachemira con cuello de cisne, una falda escocesa, unos gruesos calcetines y botas altas de piel. Todo ello de alta costura—. ¿Dónde están los demás? —preguntó.

Los ojos de él sonrieron.

—Los envié afuera.

—Ya, amor al atardecer. ¿Cuándo volverán?

—Con la puesta de sol.

—Perfecto. Antes de nada, una ducha… ¿Está el agua caliente aún?

—Sí claro, y la calefacción central en marcha. Y la manta eléctrica. ¡Esto sí que es lujo! Ese Lochart y su mujer saben vivir. Esto es una auténtica…, ¿cómo es esa palabra francesa…? Ah, sí, *garçonnière* de pachá.

La risa de ella lo reconfortó.

—No tienes idea del pishkesh tan formidable que es una ducha caliente, querido, mucho más agradable que un baño…, y no hablemos del resto —comentó mientras se sentaba en una silla para quitarse las botas—. Pero era el viejo libertino Jared Bakravan, no Lochart, quien sabía cómo vivir… Este apartamento era suyo, fue para una amante.

—¿Tú? —preguntó él sin malicia.

—No, cariño, las quería jóvenes, muy jóvenes. Yo no soy amante de nadie, ni siquiera de mi marido. Me lo dijo Sharazad. El viejo Jared sabía cómo vivir, es una lástima que no tuviera más suerte en su muerte.

—Sirvió al fin para el que estaba destinado.

—Esa no era forma para un hombre semejante. ¡Estúpido!

—Era un conocido usurero y apoyaba al Sha, aunque fuese pródigo con Jomeini. Había quebrantado las leyes de Dios, y…

—Las leyes de los fanáticos, querido, de los fanáticos…, al igual que tú y yo quebrantamos toda clase de leyes, ¿eh? —Se levantó y le dio un beso leve, luego recorrió el pasillo sobre preciosas alfombras y entró en el dormitorio de Sharazad y Lochart, lo cruzó y pasó a un lujoso cuarto de baño lleno de espejos. Abrió el agua de la ducha y permaneció allí, en pie, esperando a que se calentara—. Siempre me ha encantado este apartamento.

Él se recostó en el quicio de la puerta.

—Mis superiores te agradecen que nos lo sugirieras. ¿Qué tal la «Marcha»?

—Horrible. Los iraníes son tan bestias, nos arrojaron basuras y tierra, agitando ante nosotros sus penes, todo porque queremos ser algo iguales, vestirnos como nos parezca, intentar ser hermosas durante tan poco tiempo, somos jóvenes tan poco tiempo —dijo, poniendo otra vez la mano debajo del agua para probarla—. Vuestro Jomeini va a tener que ceder.

Él se echó a reír.

—Jamás. En ello reside su fuerza. Y solo algunos son bestias, Sayada, el resto no saben otra cosa. ¿Dónde está tu tolerancia palestina?

—Aquí tus hombres lo han puesto todo en un agujero sobre el que ponerse en cuclillas, Teymour. Si fueras mujer, lo comprenderías —probó de nuevo el agua y sintió que empezaba a calentarse—. Ya es hora de que regrese a Beirut, aquí jamás me siento limpia. Hace meses que no me he sentido limpia.

—Yo también me alegraré de volver. En Irán la guerra ha terminado, pero no en Palestina, Líbano o Jordania. Allí necesitan luchadores experimentados. Hay tantos judíos que matar, acabar con la maldición de Sión y poseer de nuevo los Lugares Santos.

—Me alegro de que regreses a Beirut —dijo ella con mirada invitadora—. También a mí me han dicho que vuelva a casa dentro de un par de semanas, lo que me viene de perlas… Así, todavía puedo seguir participando en la marcha. La protesta planeada para el jueves será la más grande nunca vista.

—No sé por qué te molestas. Irán no es problema tuyo y todas vuestras marchas y concentraciones de protesta no servirán para nada.

—Te equivocas, Jomeini no es tonto. Y tomo parte en la «Marcha» por la misma razón que trabajo para la OLP…, por nuestra patria, por la igualdad, igualdad para las mujeres de Palestina y…, sí, para las mujeres de todo el mundo afirmó. —La mirada de sus ojos castaños se hizo ardiente de súbito y Teymour jamás la había visto tan hermosa—. Las mujeres se han puesto en marcha, querido, y por el Dios de los Coptas, el único Dios, y por el marxismo-leninismo que en secreto admiras, los días del dominio del hombre han llegado a su fin.

—Estoy de acuerdo —dijo él de inmediato y se echó a reír. Bruscamente, Sayada coreó sus risas.

—Eres un chovinista…, tú, que opinas diferente. Duchémonos juntos, la temperatura del agua es perfecta.

—Bueno, háblame de los documentos.

—Luego.

Se desnudó sin recato alguno y lo mismo hizo él, ambos excitados aunque pacientes, eran amantes ya habituados, desde tres años antes, en el Líbano, en Palestina y ahora en Teherán. Se enjabonaron mutuamente y juguetearon el uno con el otro. Su juego se fue haciendo más íntimo, sensual y erótico, hasta que ella gritó, y volvió a gritar, y luego, en el instante en que él la penetraba se fundieron perfectamente, incluso ahora ya con mayor apremio, el uno con el otro, estallando juntos…, y más tarde, yaciendo juntos en la cama, en paz, calientes y a gusto con la manta eléctrica.

—¿Qué hora es? —preguntó ella somnolienta con un gran suspiro.

—La hora del amor.

En silencio, ella le buscó y él se sobresaltó, sorprendido, y se apartó protestando. Entonces, la cogió de la mano y la abrazó con fuerza.

—¡Todavía no, ni siquiera tú, amor mío! —dijo ella, contenta de estar en sus brazos.

—Cinco minutos.

—Ni siquiera cinco horas, Teymour.

—Una hora…

—Dos horas —repuso ella sonriendo—. En dos horas tú volverás a estar dispuesto de nuevo, pero, para entonces, yo ya me habré marchado. Tendrás que acostarte con una de vuestras prostitutas de la soldadesca. —Ahogó un bostezo y se desperezó como lo haría un gato—. Eres un amante maravilloso, Teymour, realmente maravilloso. —En ese momento, sus oídos captaron un sonido—. ¿Es la ducha?

—Sí, la dejé corriendo. Qué lujo, ¿verdad?

—Sí, sí, lo es. Pero también un despilfarro.

Salió de la cama, entró en el cuarto de baño y cerró la puerta. Utilizó el bidé y luego volvió a meterse bajo la ducha y empezó a cantar para sí mientras se lavaba el cabello. Cuando terminó, se envolvió en una esponjosa toalla y se secó el pelo con un secador eléctrico. Al volver al dormitorio esperaba encontrarle plácidamente dormido. Pero no lo estaba. Yacía en la cama, degollado. La manta eléctrica que le cubría en parte estaba empañada en sangre. Le habían cortado los genitales, que aparecían colocados cuidadosamente sobre la almohada junto a su cabeza. Había dos hombres en el dormitorio que permanecían en pie, mirándola. Ambos iban armados y sus revólveres llevaban silenciador. A través de la puerta abierta del dormitorio pudo ver a otro hombre junto a la entrada, montando guardia.

—¿Dónde está el resto de los documentos? —preguntó uno de los hombres en un inglés con un curioso acento, apuntándola con su arma.

—En…, en el «French Club».

—¿En qué parte del «French Club»?

—En una taquilla. —Había pertenecido demasiados años a la clandestinidad de la OLP y tenía demasiada experiencia en la vida

para que se dejase dominar por el pánico. Su corazón latía con normalidad e intentaba decidir lo que haría antes de morir. Llevaba un cuchillo en su bolso, pero había dejado este sobre la mesilla de noche y en aquellos momentos estaba sobre la cama, desperdigado todo su contenido, y el cuchillo no se veía por parte alguna. No tenía a mano ningún arma que pudiera ayudarla. No tenía nada salvo tiempo…, con la puesta de sol los demás volverían. Y faltaba mucho para eso—. En la sección de damas —añadió.

—¿En qué taquilla?

—No lo sé. No tienen número y es la costumbre entregar a la encargada lo que quieras guardar seguro, firmas con tu nombre en el libro que ella marca con sus iniciales y te devuelve lo que sea cuando se lo pidas…, pero solo a la interesada.

El hombre miró al otro que hizo un breve gesto de asentimiento. Ambos hombres tenían el cabello y los ojos oscuros, llevaban bigote y hablaban con un acento que era incapaz de localizar. Podían ser iraníes, árabes o judíos. O de cualquiera otra parte, desde Egipto a Siria.

—Vístete. Si intentas algo, no te irás al infierno tan tranquilamente como ese hombre…, a él no le despertamos. ¿Está claro?

—Sí.

Sayada entró de nuevo en el cuarto de baño y empezó a vestirse. No intentó esconderse. El hombre permanecía de pie en el umbral de la puerta, vigilándola con gran atención y mirándola, no su cuerpo, sino sus manos. «Son profesionales», se dijo malhumorada.

—¿Cómo obtuviste los documentos?

—De alguien llamado Alí. No le había visto nunca ant…

—¡Basta! —ordenó y esa sola palabra cortaba como una navaja aunque la hubiera emitido con voz queda—. La próxima vez que nos mientas, te cortaré ese hermoso pezón y te lo haré comer, Sayada Bertolin. Una mentira, como experimento, es perdonada. Ninguna más. Continúa.

El miedo empezó a embargarle.

—El hombre se llama Abdollah bin Alí Saba. Esta mañana fue conmigo al viejo edificio cerca de la Universidad. Me llevó hasta el apartamento y registramos dónde nos habían dicho.

—¿Quién os lo dijo?

—La «Voz». Una voz por teléfono… Solo le conozco como una voz. De… vez en cuando me llama para darme instrucciones especiales.

—¿Cómo lo reconoces?

—Por la voz y porque siempre hay una clave. —Respondió se metió el suéter por la cabeza y ya estaba completamente vestida salvo por las botas. El arma con el silenciador permaneció firme en todo momento—. La clave consiste en que siempre menciona, de una u otra manera, el día anterior durante los primeros minutos, cualquiera que sea el día.

—Continúa.

—Registramos debajo del entarimado y encontramos el material: cartas, expedientes y algunos libros. Me los guardé en el bolso y me dirigí al «French Club» y entonces…, entonces como se rompió la correa de la bandolera, dejé allí la mitad y me vine aquí.

—¿Cuándo te reuniste con el hombre, con Dimitri Yazernov?

—Nunca lo vi, se me dijo que fuera con Abdollah, asegurándome que nadie nos seguía, para recoger los documentos y dárselos a Teymour.

—¿Por qué a Teymour?

—No lo pregunté. Yo jamás pregunto.

—Prudente. ¿Qué hace…, qué hacía Teymour?

—No lo sé con exactitud, solo que es… que era iraní y estaba entrenado por la OLP como Luchador por la Libertad.

—¿Qué sección?

—No lo sé.

Detrás de aquel hombre podía ver el interior del dormitorio, pero mantuvo la vista apartada de la cama y clavada en aquel hombre que sabía demasiado. A juzgar por su interrogatorio podía ser agente de SAVAMA, KGB, CIA, MI6, Israel, Jordania, Siria, Iraq,

incluso pertenecer a uno de los grupos extremistas de la OLP que no reconocían a Arafat como líder… Todos ellos querrían entrar en posesión del contenido de la caja fuerte de la Embajada de los Estados Unidos.

—¿Cuándo regresa tu amante, el francés?

—No lo sé —dijo al punto, dejando ver su sorpresa.

—¿Dónde está ahora?

—En su base, en el Zagros. Lo llaman Zagros Tres.

—¿Dónde está el piloto Lochart?

—Creo que también en Zagros.

—¿Cuándo regresa aquí?

—¿A este apartamento? Creo que nunca volverá aquí.

—¿Y a Teherán?

Pese a todo sus esfuerzos, sus ojos volvieron al dormitorio y vio a Teymour. Sintió que se le revolvía el estómago y, precipitándose al inodoro, vomitó violentamente. El hombre la observaba impasible, satisfecho de que una de las barreras de Sayada hubiera caído. Estaba acostumbrado a que los cuerpos reaccionaran por sí mismos ante el terror. Aun así, seguía teniéndola cubierta con su arma y vigilada estrechamente para no correr riesgo alguno.

Una vez calmado el espasmo, Sayada se limpió la boca con un poco de agua, tratando de dominar sus náuseas, maldiciendo a Teymour por haber sido tan estúpido alejando a los otros. «¡Estúpido! —hubiera querido decir a voces—, cuando uno está rodeado de enemigos por la Derecha, la Izquierda o el Centro… ¿Acaso me molestó nunca antes hacer el amor con gente cerca, siempre que la puerta estuviera cerrada?».

Se apoyó de nuevo contra el lavabo enfrentándose a su némesis.

—Primero iremos al «French Club» —dijo el hombre—. Cogerás el resto del material y me lo entregarás. ¿Está claro?

—Sí.

—A partir de ahora trabajarás para nosotros. En secreto. Trabajarás para nosotros. ¿De acuerdo?

—¿Acaso tengo elección?

—Sí. Puedes morir. ¡De una forma horrible! —Los labios de aquel hombre eran una línea recta y su mirada viperina—. Y después que hayas muerto, recibirá nuestra atención un niño llamado Yassar Bialik.

Sayada se puso pálida.

—¡Ah, formidable! Entonces, recuerdas a tu hijito, que vive con la familia de tu tío, en la calle de los Flower Merchants, en Beirut —dijo el hombre, y se la quedó mirando—. Bien, ¿lo harás? —preguntó luego.

—Sí, sí, por supuesto —respondió Sayada sin apenas fuerzas para hablar—. «Es imposible que estén enterados de la existencia de mi precioso Yassar, ni siquiera mi marido sabe que…».

—¿Qué pasó con el padre del niño?

—Lo…, lo mataron…, lo…, mataron.

—¿Dónde?

—En los…, en los Altos del Golán.

—Es triste perder a un marido joven cuando solo hace unos meses que te has casado —afirmó el hombre—. ¿Qué edad tenías entonces?

—Diec…, diecisiete años.

—La memoria no te falla. Bien. Ahora si te decides a trabajar para nosotros tanto tú como tu hijo, tu tío y su familia estáis seguros. Si no nos obedeces perfectamente o tratas de traicionarnos o te suicidas, el muchacho Yassar dejará de ser un hombre y dejará de ver. ¿Está claro?

Sayada asintió, impotente, con el rostro ceniciento.

—Si nosotros morimos, otros se asegurarán de que seamos vengados. No lo dudes por un instante.

—Trabajaré para vosotros, «y así lograré que mi hijo esté seguro y me vengaré. Pero…, ¿cómo, cómo?».

—Bien, ¿juras por los ojos, las pelotas y la poya de tu hijo que trabajarás para nosotros?

—Sí. Por… por favor, ¿para quién trabajo?

Los dos hombres sonrieron. Sin humor.

—Jamás vuelvas a preguntarlo ni intentes averiguarlo. Te lo diremos cuando sea necesario, si es que llega a serlo. ¿Entendido?

—Sí.

El hombre del revólver desenroscó el silenciador y se lo metió en el bolsillo junto con el arma.

—Queremos saber de inmediato cuándo regresa el francés o Lochart. Tu deber será averiguarlo. Y también cuántos helicópteros tienen aquí, en Teherán, y dónde. ¿Está claro?

—Sí. Y, por favor, ¿cómo me pondré en contacto con vosotros?

—Se te dará un número de teléfono —respondió y la mirada se hizo todavía más glacial—. Para ti sola. ¿Está claro?

—Sí.

—¿Dónde vive Armstrong? ¿Robert Armstrong?

—No lo sé.

Empezó a sentir señales de alerta. Corría el rumor de que Armstrong era un asesino entrenado al servicio de MI6.

—¿Quién es George Talbot?

—¿Talbot? Un funcionario de la Embajada británica.

—¿Qué clase de funcionario? ¿En qué trabaja?

—No lo sé. Solo que es funcionario.

—¿Alguno de ellos es amante tuyo?

—No. A veces…, a veces van al «French Club». Solo conocidos.

—Serás la amante de Armstrong. ¿Entendido?

—Lo… lo intentaré.

—Dispones de dos semanas, ¿dónde está la mujer de Lochart?

—Creo…, creo que en la casa familiar Bakravan, cerca del bazar.

—Te asegurarás de ello. Y obtendrás una llave de la puerta principal.

El hombre la vio parpadear y disimuló su regocijo. «Poco importa si esto va en contra de tus escrúpulos —se dijo—. Si nosotros lo queremos, pronto estarás comiendo mierda encantada».

—Coge tu abrigo. Nos vamos.

A Sayada le temblaban las piernas mientras atravesaban el dormitorio de camino hacia la puerta de entrada.

—¡Espera! —El hombre volvió a meter todas sus cosas en el bolso y luego, como si se le acabara de ocurrir, envolvió cuidadosamente lo que había sobre la almohada en una de las servilletas de maquillaje y se lo metió también en el bolso—. Para recordarte que has de obedecer.

—No, por favor. —Le cayeron las lágrimas por las mejillas—. No puedo…, eso no.

El hombre le puso violentamente el bolso en las manos.

—¡Entonces, despréndete de ello!

Desesperada, volvió al cuarto de baño y lo arrojó al inodoro, vomitando de nuevo con más fuerza que antes.

—Date prisa.

Cuando finalmente logró mover las piernas se enfrentó a él.

—Cuando los otros…, cuando vuelvan y encuentren…, si no estoy aquí sabrán… sabrán que… que estoy con los que han hecho esto y…

—¡Naturalmente! ¿Crees que somos tontos? ¿Piensas que estamos solos? Tan pronto como los otros cuatro regresen, estarán muertos y este lugar en llamas.

EN EL APARTAMENTO DE McIVER: 4.20 DE LA TARDE.

—No lo sé, Mr. Gavallan —dijo Ross—. Después de que dejé a Azadeh en la colina y fue a la base, hasta el momento en que llegamos aquí, más o menos, no recuerdo gran cosa. —Llevaba una de las camisas blancas del uniforme de Petikkin, así como suéter, pantalones y zapatos negros y estaba perfectamente afeitado y limpio, pero su rostro reflejaba las huellas de un profundo agotamiento—. Pero antes de eso, todo ocurrió como… como le he dicho.

—Terrible —murmuró Gavallan—. Pero gracias a Dios que usted estaba allí, capitán. A no ser por usted, los demás estarían muertos. Sin usted todos estarían perdidos. Tomemos una copa. Hace un frío

terrible. Tenemos algo de whisky. —Hizo una seña a Pettikin—. ¿Charlie?

—Claro, Andy —dijo Pettikin acercándose a la alacena.

—No, gracias, Mr. McIver —rehusó Ross.

—Mucho me temo que yo sí lo tomaré y el sol aún no se ha puesto sobre la verga —exclamó McIver.

—Y yo también —dijo a su vez Gavallan.

No hacía mucho que habían llegado, todavía sobresaltados por los acontecimientos que pudieron acabar en desastre y preocupados porque en la casa Bakravan habían golpeado en la puerta con la aldaba de bronce una y otra vez sin obtener respuesta. Finalmente, habían acudido al apartamento. Ross, que dormitaba en el sofá, se puso en pie de un salto al abrirse la puerta de la calle, enarbolando, amenazador, el kukri.

—Lo siento —se excusó con voz entrecortada, enfundando de nuevo el arma.

—Está bien —dijo Gavallan disimulando, sin haberse recuperado del todo del susto—. Soy Andrew Gavallan. Hola, Charlie. ¿Dónde está Azadeh?

—Todavía duerme en el cuarto de invitados.

—Siento haberle sobresaltado. ¿Qué ocurrió en Tabriz, capitán?

De manera que Ross les relató todo lo ocurrido, de manera inconexa, saltando de una cosa a otra hasta que hubo terminado. El salir violentamente de un pesado sueño lo había desorientado. Le dolía la cabeza, todo el cuerpo, pero estaba contento de contar lo ocurrido, reconstruyéndolo todo, llenando, poco a poco, los huecos en blanco, colocando las piezas en su sitio. Excepto a Azadeh. No, todavía no puedo saber cuál es su lugar.

Aquella mañana, cuando de manera violenta saliera de aquella maligna ensoñación, todo se le aparecía embrollado, motores, jets, armas, piedras y explosiones. Y frío. Se miró las manos para asegurarse de lo que era pesadilla y lo que era real. Luego había visto a un hombre mirarle fijamente y había gritado al punto:

—¿Dónde está Azadeh?

—Aún está durmiendo, capitán Ross. En el cuarto de invitados, al otro lado del vestíbulo —le había dicho Pettikin, intentando calmarle —. ¿Me recuerda? Charlie Pettikin, Doshan Tappeh.

Rebuscó en su memoria. Los recuerdos volvían lentamente, recuerdos horribles. Grandes vacíos, muy grandes. ¿Doshan Tappeh? ¿Qué pasaba con Doshan Tappeh? Fue allí en busca de un vuelo en helicóptero y…

—Ah, sí, capitán, ¿cómo está usted? Encantado de… verle. ¿Está durmiendo?

—Sí, como una niña.

—Es lo mejor…, lo mejor es que duerma —dijo. El cerebro todavía no le funcionaba con normalidad.

—Primero una copa. Después un baño y un buen afeitado… Le buscaré algo de ropa y lo necesario para que se afeite. ¿Tiene hambre? Hay huevos y algo de pan, aunque está algo duro.

—No, gracias. No, no, no tengo hambre. Es usted muy amable.

—Le debo una… no, al menos diez. Maldito si no estoy encantado de verle. Escuche, por mucho que me gustaría saber lo ocurrido… Bien, McIver ha ido al aeropuerto a recoger a nuestro jefe, Andy Gavallan. Estarán de vuelta pronto y tendrá que contárselo a ellos, así que yo me enteraré entonces. De manera que nada de preguntas hasta ese momento. Debe de estar exhausto.

—Gracias, sí, está todo…, está todo algo con… Recuerdo haber dejado a Azadeh en la colina, luego ya casi nada, solo fogonazos como entre brumas, hasta que me desperté hace un momento. ¿Cuánto tiempo he dormido?

—Ha estado fuera de combate casi dieciséis horas. Nosotros, bueno, Nogger y nuestros dos mecánicos, prácticamente los trajeron hasta aquí y luego los dos se quedaron inconscientes. Mac y yo les acostamos a Azadeh y a usted como a bebés. Los desvestimos, les quitamos parte de la porquería que llevaban y los acostamos, debo confesar que no con demasiados miramientos, pero no se despertaron ni un solo instante. Ninguno de los dos.

—¿Está bien? Azadeh quiero decir.

—Desde luego. Pasé a verla un par de veces pero sigue profundamente dormida. ¿Qué hic…? Lo siento, nada de preguntas. Primero un afeitado y un baño. Me temo que el agua apenas está caliente, pero he puesto la estufa eléctrica en el cuarto de baño y puede pasar…

Ross observó a Pettikin que alargaba sus whiskies a McIver y Gavallan.

—¿Está seguro de que no quiere, capitán?

—No, no. Gracias. —Sin darse cuenta, se cogió la muñeca derecha y se la frotó. Su nivel de energía estaba bajando rápidamente.

Gavallan observó el grado de agotamiento de aquel hombre y supo que no tenía mucho tiempo.

—Y respecto a Erikki, ¿no puede recordar nada que nos dé una idea de dónde puede estar?

—Solo lo que ya les he dicho. Acaso Azadeh pueda ayudarles. El nombre del soviético es algo así como Certaga, el hombre con quien obligaron a Erikki a trabajar arriba, en la frontera… Como ya les he dicho, la estaban utilizando a ella a modo de amenaza y había alguna complicación con su padre y un viaje que iban a hacer juntos… Lo siento, no puedo recordarlo con exactitud. El otro hombre, el que era amigo del Khan Abdollah se llamaba Mzytryk, Petr Oleg.

Aquello le recordó a Ross el mensaje en clave de Vien Rosemont para el Khan, pero decidió que aquello no era asunto de Gavallan, ni lo de la matanza, ni el empujón que dio al viejo en la colina haciéndole caer delante del camión, como tampoco que un día volvería a la aldea y cortaría la cabeza al carnicero y al kalandar quienes, a no ser por la gracia de Dios o de los espíritus de la Tierra Alta, hubieran lapidado a Azadeh y mutilado a él. Lo haría después del descifrado, una vez hubiera visto a Armstrong o a Talbot o al coronel americano, pero antes de ello les preguntaría quién había sido el traidor que reveló la operación en La Meca. Alguien lo había hecho. Por un momento, el recuerdo de Rosemont, Tenzing y Gueng

lo cegó. Cuando las brumas se despejaron, vio el reloj sobre la repisa de la chimenea.

—He de ir a un edificio cerca de la Embajada británica. ¿Está lejos de aquí?

—No, podemos llevarle si quiere.

—¿Podría ser ahora mismo? Lo siento, pero si no me pongo en marcha volveré a quedarme dormido.

Gavallan miró a McIver.

—Vamos ahora, Mac… Tal vez pueda pescar a Talbot. Todavía tenemos tiempo para volver y ver a Azadeh y a Nogger si está aquí.

—Buena idea.

Gavallan se puso en pie y se enfundó su grueso abrigo.

—Le prestaré un abrigo y guantes —dijo Pettikin a Ross. Le vio mirar hacia el otro extremo del pasillo—. ¿Quiere que despierte a Azadeh?

—No, gracias. Solo…, solo le echaré una mirada.

—Es la segunda puerta a la izquierda.

Le observaron caminar por el pasillo, sin hacer el menor ruido, semejante a un felino. Abrió la puerta también sin ruido y permaneció allí un instante, mirando. Luego, la volvió a cerrar. Recogió su rifle de asalto y los dos kukris, el suyo y el de Gueng. Reflexionó un instante y luego dejó el suyo sobre la repisa de la chimenea.

—En el caso de que yo no vuelva, díganle que esto es un regalo mío, un regalo para Erikki. Para Erikki y para ella.

XLVII

EN EL PALACIO DEL KHAN: 5.19 DE LA TARDE. El kalandar de Abu Mard se encontraba de rodillas y como petrificado.

—No, no, Alteza, juro que fue el mulá Mahmud quien nos, que…

—No es un verdadero mulá, hijo de perro. Todo el mundo sabe eso. ¡Por Dios! ¿Tú, tú ibas a lapidar a mi hija? —chilló el Khan con el rostro congestionado y respirando con enorme dificultad—. ¿*Tú* lo decidiste? ¿*Tú* decidiste que ibas a lapidar a *mi* hija?

—Fue él, Alteza —gimoteó el kalandar—. Fue el mulá quien lo decidió después de interrogarla y de que ella admitiera haber cometido adulterio con el saboteador…

—¡Hijo de perro! Tú ayudaste y fuiste cómplice del falso mulá… ¡Embustero! Ahmed me contó todo lo ocurrido.

El Khan se incorporó en su cama de almohadas. Había un guardia junto a él mientras Ahmed y otros soldados custodiaban al kalandar que se encontraba a su lado. Najoud, su hija mayor, y Aysha, su joven esposa, estaban sentadas allí, intentando ocultar su terror ante aquella furia, y petrificadas por el temor de que la volviera hacia ellas. Arrodillado junto a la puerta, y vistiendo todavía la indumentaria sucia por el viaje, embargado por el miedo, se encontraba Hakim, el hermano de Azadeh. Acababa de llegar y había sido conducido hasta allí apresuradamente y custodiado en respuesta a la convocatoria del Khan, y que escuchaba con igual furia el relato de Ahmed de lo que ocurriera en la aldea.

—¡Tú, hijo de perro! —vociferó de nuevo el Khan salivando—. ¡Tú dejaste que se escapara…! Dejaste que ese perro de saboteador se escapara y luego…, luego te atreves a juzgar a un miembro de mi…

MI… familia. ¡Y la hubieras lapidado… sin pedir mi… MI… aprobación!

—¡Fue el mulá…! —gritó el kalandar repitiéndolo una y otra vez.

—*¡Hacedle callar!*

Ahmed le sacudió con fuerza en una de las orejas, dejándole casi inconsciente. Luego, lo arrastró brutalmente obligándole a ponerse de nuevo de rodillas.

—Una palabra más —dijo sibilante—, y te cortaré la lengua.

El Khan estaba intentando recuperar el aliento.

—Aysha, dame… dame una de esas… de esas píldoras… —La joven se deslizó hacia él, siempre de rodillas, abrió el frasco y le puso una píldora en la boca, limpiándosela luego.

El Khan mantuvo la píldora debajo de la lengua, tal como el doctor le dijera, y al cabo de un momento el espasmo pasó, los oídos dejaron de zumbarle y el salón se inmovilizó. Volvió los ojos inyectados en sangre hacia el viejo, que gemía y temblaba de manera incontrolable.

—¡Hijo de perro! Así que te atreves a morder la mano de tu amo, tú… tú, tu carnicero, y tu apestosa aldea. Ibrim —dijo el Khan dirigiéndose a uno de sus guardias—, llévalo de regreso a Abu Mard y *lapídalo*, haz que los aldeanos lo lapiden, lo lapiden, y luego córtale las manos al carnicero.

Ibrim y otro guardia obligaron a levantarse al hombre que aullaba desesperado, le golpearon para hacerle callar y abrieron la puerta deteniéndose al oír decir a Hakim con dureza:

—¡Y luego prende fuego a la aldea!

El Khan lo miró con los ojos entornados.

—Sí, luego prende fuego a la aldea —repitió, sin apartar los ojos de Hakim, que sostuvo su mirada intentando mostrarse valiente.

La puerta se cerró y el silencio se hizo todavía más profundo, roto tan solo por la trabajosa respiración de Abdollah.

—Najoud, Aysha, salid —ordenó.

Najoud vaciló pues deseaba quedarse, quería oír la sentencia que se pronunciaría sobre Hakim, regocilándose con la noticia de que

Azadeh hubiera sido sorprendida en adulterio y, por lo tanto, esperándole el castigo cuando fuera capturada de nuevo. «Bien, bien, bien. Y con Azadeh perecerán los dos, Hakim y el Pelirrojo del Cuchillo».

—Estaré cerca por si me necesitas, Alteza —dijo.

—Puedes volver a tus habitaciones. Y tú, Aysha, espera al final del corredor.

Las dos mujeres salieron, Ahmed cerró la puerta contento, todo se sucedía como estaba planeado. Los otros dos guardias esperaban en silencio.

El Khan se acomodó penosamente, haciéndoles ademán de que salieran.

—Esperad afuera. Tú, Ahmed, quédate. —Cuando hubieron salido y solo quedaron los tres en el inmenso y frío salón, volvió la mirada a Hakim.

—Prende fuego a la aldea, has dicho. Una buena idea. Pero eso no excusa tu traición o la de tu hermana.

—Nada excusa la traición cometida contra un padre, Alteza. Pero ni Azadeh ni yo te hemos traicionado o planeado nada contra ti.

—¡Embustero! ¡Tú lo has oído, Ahmed! Admitió que fornicaba con el saboteador, lo admitió.

—Admitió «amar» al saboteador, Alteza, hace ya muchos años. Juró ante Dios que jamás había cometido adulterio o traicionado a su marido. ¡Jamás! Delante de esos perros y de esos hijos de perra y aún peor, de ese mulá de la Mano Izquierda, ¿qué debería decir la hija de un Khan? ¿Acaso no intentó proteger tu nombre ante esa descreída canalla de mierda?

—¿Todavía sigues tergiversando las palabras? ¿Todavía sigues protegiendo a la ramera en que se ha convertido?

El rostro de Hakim adquirió un tono ceniciento.

—Azadeh se enamoró igual que se enamoró nuestra madre. ¡Si es una prostituta entonces tú prostituiste a mi madre!

De nuevo se congestionó el rostro del Khan.

—¡Cómo te atreves a decir semejante cosa!

—Es verdad. Yaciste con ella antes de que os casarais. Te dejó entrar en secreto a su dormitorio arriesgándose a morir porque te amaba. ¿Acaso nuestra madre no persuadió a su padre de que te aceptara y persuadió a tu padre de que te permitiera casarte con ella en vez de tu hermano mayor que la quería para sí como segunda esposa? —La voz de Hakim se quebró recordándola mientras se moría. Él contaba siete años y Azadeh seis, y no entendían nada, solo que su madre tenía unos dolores terribles a causa de algo llamado «tumor» y que, afuera, en el patio, su padre Abdollah estaba fuera de sí de pena—. ¿Acaso no estuvo siempre junto a ti frente a tu padre y a tu hermano mayor y luego, cuando mataron a tu hermano y tú te convertiste en heredero, no colmó la brecha que te separaba de tu padre?

—No puedes…, no puedes saber esas cosas. Erais…, erais demasiado jóvenes.

—La vieja niñera Fátima nos lo contó, antes de morir, nos dijo todo cuanto ella podía recordar…

El Khan apenas lo escuchaba, rememorando también, recordando el accidente de caza que él preparara con tanta habilidad. Tal vez la vieja niñera estuviera enterada de ello y, de ser así, Hakim y Azadeh lo sabrían, razón de más para silenciarlos. Recordó todos los momentos mágicos que pasara con Naphtala la Bella, antes y después del matrimonio y durante cada día antes de que comenzaran los dolores. Llevaban apenas un año de matrimonio cuando Hakim nació y dos cuando nació Azadeh. Por entonces, Naphtala tenía apenas dieciséis años, menuda, físicamente parecida a Aysha pero mil veces más bella, el largo cabello semejante a oro hilado. Otros cinco años celestiales, ningún hijo más, pero eso le importaba poco, ¿acaso no había tenido un hijo al fin, fuerte y vigoroso, mientras que los tres hijos de su primera mujer habían nacido todos ellos enfermizos, muriendo al poco tiempo, y no eran sus cuatro hijas feas y pendencieras? ¿Acaso su segunda mujer no tenía más que veintiún años, gozaba de buena salud, era fuerte y

tan maravillosa como los dos hijos a los que ya había dado a luz? Había mucho tiempo por delante para tener más hijos.

Y entonces empezaron los dolores. Y el sufrimiento. Ninguno de los médicos de Teherán pudo ayudarla.

Insha'Allah, dijeron.

Nada era capaz de aliviarla salvo las drogas, cada vez más fuertes a medida que se habituaba a ellas. «Dios le haya concedido la paz del Paraíso y me permita encontrarla allí».

No apartaba la vista de Hakim, viendo en él una reproducción de Azadeh quien, a su vez, lo era de su madre. Y que seguía hablando.

—Azadeh se enamoró, Alteza. Si amaba a ese hombre, ¿es que no puedes perdonarla? ¿Acaso no tenía solo dieciséis años y la habías desterrado al colegio de Suiza como yo más adelante lo fuera a Khoi?

—¡Porque los dos erais traidores, ingratos y perniciosos! —vociferó el Khan, mientras empezaban a zumbarle de nuevo los oídos—. ¡Vete de aquí! Tienes que…, tienes que mantenerte alejado de todos los demás, bajo vigilancia, hasta que yo envíe a llamarte. Ocúpate de ello, Ahmed. Luego, vuelve aquí.

Hakim se levantó, al borde del llanto, sabedor de lo que iba a ocurrir e impotente para evitarlo. Vacilante, abandonó la cámara y Ahmed, después de dar a los guardias las órdenes oportunas, entró de nuevo en el salón. El Khan tenía los ojos cerrados, la tez muy grisácea y respiraba con una mayor dificultad. «Dios mío, no permitas que muera todavía. Por favor», imploró Ahmed.

El Khan abrió los ojos y se le quedó mirando.

—Tengo que tomar una decisión respecto a él, Ahmed. Y de prisa.

—Sí, Alteza —empezó a decir el consejero eligiendo sus palabras con sumo cuidado—. Tienes dos hijos, Hakim y el bebé. Si Hakim llegara a morir —sonrió de manera extraña—, si llegara a quedarse ciego e inválido, entonces, Mahmud, el marido de Su Alteza Najoud sería regente hast…

—¿Ese loco? En menos de un año habríamos perdido nuestras tierras y poderío. —En el rostro del Khan aparecieron unas manchas rojas y le resultaba cada vez más difícil pensar con claridad—. Dame otra píldora.

Ahmed obedeció y luego le ayudó a beber un poco de agua al tiempo que lo calmaba.

—Estás en las manos de Dios, te recuperarás, no te preocupes.

—¿Que no me preocupe? —farfulló el Khan sintiendo un gran dolor en el pecho—. Fue la Voluntad de Dios que el mulá muriera a tiempo, extraño. Petr Oleg cumplió lo acordado…, aunque él… el mulá murió demasiado de prisa, demasiado de prisa.

—Sí, Alteza.

Al fin, el espasmo pasó.

—¿Qu… qué me aconsejas… respecto a Hakim?

Ahmed simuló reflexionar un momento.

—Tu hijo Hakim es un buen musulmán, se le puede adiestrar, administró bien tus asuntos en Khoi y no se escapó como tal vez hubiera podido hacerlo. No es hombre violento, excepto para defender a su hermana ¿eh? Pero eso es muy importante porque en ello reside la clave. —Se acercó más y dijo en voz queda—: Nómbrale tu heredero, Alteza, a…

—¡Jamás!

—… a condición de que jure por Dios proteger a su hermano como lo haría con su hermana, a condición también de que su hermana regrese a Tabriz de inmediato por su propia voluntad. En verdad, Alteza, no tienes pruebas reales contra ellos. Solo por lo que se dice. Confía en mí para descubrir la verdad sobre ambos y para informarte en secreto.

El Khan trataba de concentrar sus ideas, escuchando con atención, a pesar de que el esfuerzo le estuviera agotando.

—Ah, el hermano es el cebo para atraer a la hermana…, al igual que ella fue el cebo para atraer al marido.

—Como ambos son cebos uno del otro. Sí, Alteza, naturalmente, tú pensaste en ello antes que yo. En compensación por conceder al

hermano tu favor, ella habrá de jurar ante Dios quedarse aquí para ayudarle.

—¡Y ella lo hará! ¡Ah, sí, lo hará!

—Y entonces tendrás a los dos a tu alcance y podrás jugar con ellos a placer, dando y retirando a tu capricho, sean o no culpables.

—¡Son culpables!

—Si son culpables, y yo lo averiguare rápidamente si me concedes autoridad absoluta para investigar, entonces es voluntad de Dios que mueran de una muerte lenta y que designes al marido de Fazulia para que te suceda como Khan, aunque no sea mucho mejor que Mahmud. Si no son culpables, entonces Hakim seguirá siendo el heredero siempre que ella se quede. Y si llegara a ocurrir, y una vez más sería la voluntad de Dios, que se quedara viuda, incluso podrá casarse con aquel a quien tú elijas, Alteza, para mantener a Hakim como tu heredero…, incluso con un soviético si llegara a escapar de la añagaza, ¿no?

Por primera vez en aquel día el Khan sonrió. Esa misma mañana, cuando Armstrong y el coronel Hashemi Fazir llegaron para hacerse cargo de Petr Oleg Mzytryk, simularon mostrarse debidamente preocupados por la salud del Khan al igual que él pretendiera dar la impresión de estar más enfermo de lo que en aquel momento lo estaba. Había simulado una voz débil, vacilante y muy baja, hasta el punto de que los dos hubieron de inclinarse hacia él para oírle.

—Petr Oleg ha de venir hoy aquí. Iba a reunirme con él, pero le he pedido que venga aquí porque mi sal…, porque estoy enfermo. Le he enviado recado de que venga aquí y estará en la frontera a la puesta de sol. En Julfa. Si se dirigen allí en seguida, tendrán tiempo de sobra. Atraviesa la frontera en un pequeño helicóptero soviético bien pertrechado y toma tierra cerca de una carretera secundaria de la general de Julfa-Tabriz, donde su coche le está esperando… Es imposible que no encuentren el recodo, el único que hay. A unos kilómetros al norte de la ciudad… solo hay esa carretera lateral, un terreno desolado, al cabo de un trecho se convierte prácticamente en un sendero. La forma que… que utilicen para apoderarse de él es

asunto de ustedes… y… y yo no puedo estar presente. ¿Me darán una cinta de la investigación?

—Sí, Alteza —había dicho Hashemi—. ¿Cómo nos aconseja que le detengamos?

—Cierren la carretera por ambos lados con un par de grandes camiones de granja muy cargados… con troncos o cajones de pescado… La carretera es angosta, zigzagueante, llena de baches y con un tráfico muy denso, por lo que una emboscada resultaría fácil. Pero… pero tengan cuidado siempre hay coches tudehs, para ayudarle en cualquier momento. Es un hombre prudente y audaz, en la solapa lleva una cápsula de veneno.

—¿En cuál de ellas?

—No lo sé…, no lo sé. Aterrizará alrededor de la puesta de sol. No pueden dejar de ver el recodo, es el único…

Abdollah suspiró, perdido en sus pensamientos. Muchas veces había subido él a ese mismo helicóptero para ir a la dacha en Tbilisi. Muchos ratos excelentes pasados allí con abundancia de manjares, con mujeres jóvenes y complacientes, de bocas sensuales y ansiosas de agradar, y, a veces, si le acompañaba la suerte, Vertinskya, la tigresa, para una mayor diversión.

Se dio cuenta de que Ahmed le observaba.

—Espero que Petr escape a la emboscada. Sí, sería bueno para él tener… tener a Azadeh —murmuró abrumado por la fatiga—. Ahora, dormiré. Envía de nuevo a mi guardia y esta noche, después de que haya comido, reúne aquí a mi «devota» familia, y haremos lo que has sugerido. —Esbozó una cínica sonrisa—. Resulta prudente no tener ilusiones.

Ahmed se puso en pie. El Khan le envidió el cuerpo poderoso y ágil.

—Sí, Alteza.

—Espera, hay algo… hay algo más —dijo el Khan quien reflexionó un instante, proceso que le resultó extrañamente agotador—. ¡Ah, sí! ¿Dónde está el Pelirrojo del Cuchillo?

—Con Cimtarga, arriba, cerca de la frontera, Alteza. Cimtarga dijo que era posible que estuviesen fuera unos días. Se fueron el martes por la noche.

—¿El martes? ¿Qué día es hoy?

—Sábado, Alteza —replicó Ahmed disimulando su preocupación.

—Ah, sí, sábado. —Otra oleada de cansancio. Sentía el rostro extraño e inició un movimiento de mano para frotársela pero se dio cuenta de que el esfuerzo era excesivo—. Averigua dónde está, Ahmed. Si ocurre algo…, si tengo otro ataque y estoy… bien, ocúpate de que…, de que me lleven inmediatamente a Teherán, al International Hospital. Al instante. ¿Entendido?

—Sí, Alteza.

—Averigua dónde está él y… y durante los próximos días mantenle cerca… Haz caso omiso de Cimtarga. Mantenle cerca a él al del Cuchillo.

—Sí, Alteza.

Cuando la guardia volvió a la habitación, el Khan cerró los ojos y sintió que se sumergía en las profundidades.

—No hay más Dios que Dios… —musitó muy atemorizado.

CERCA DE LA FRONTERA DEL NORTE, AL ESTE DE JULFA: 6.05 DE LA TARDE. Estaba a punto de ponerse el sol y el «212» de Erikki se encontraba bajo un tosco cobertizo construido con apresuramiento y del que el techo estaba ya hundido en la nieve a unos treinta centímetros de profundidad a causa de la tormenta de la noche anterior y Erikki sabía que la exposición durante mucho más tiempo a temperaturas bajo cero acabaría destruyéndolo.

—¿No podría darme mantas, paja o algo para darle calor? —había preguntado al jeque Bayazid tan pronto como regresaron de Rezaiyeh con el cuerpo de la anciana jefa hacía ya dos días—. El helicóptero necesita calor.

—No tenemos suficientes para los vivos.

—Si se hiela no funcionará —había dicho, irritado por el hecho de que el jeque no le hubiera permitido despegar de inmediato para Tabriz que estaba apenas a cien kilómetros de distancia, hondamente preocupado por Azadeh y preguntándose qué habría sido de Ross y Gueng—. Y si no funciona, ¿cómo vamos a salir de estas montañas?

El jeque, malhumorado, había ordenado a su agente que construyeran un cobertizo y le había dado algunas pieles de cabra y oveja que Erikki había colocado sobre aquellas partes que a su juicio lo necesitaban más. El día anterior, poco después de amanecer, intentó irse. Ante su absoluta consternación, Bayazid le dijo que esperaba recibir un rescate tanto por él como por el «212».

—Ha de ser paciente, capitán, y es libre de andar por nuestra aldea con una guardia pacífica para cuidar de su aparato —le había dicho Bayazid tajante—. O puede mostrarse impaciente y furioso; entonces, se le maniatará y se le tratará como a un animal salvaje. No busco dificultades, capitán, no las quiero y tampoco me gusta discutir. Queremos que el Khan Abdollah nos pague un rescate.

—Pero si ya le he dicho que me odia y que no estará dispuesto a pagar por mí rescate alguno y…

—Si él dice que no, buscaremos a otros que paguen el rescate. Su compañía de Teherán o su Gobierno…, o acaso sus amos soviéticos. Entretanto, usted se quedará aquí como invitado, comiendo lo que nosotros comemos, durmiendo como nosotros dormimos, compartiéndolo todo con igualdad. O atado, maniatado y hambriento. De cualquiera de las dos maneras, se quedará aquí hasta que paguen el rescate.

—¡Pero pueden pasar meses y…!

—¡Insha'Allah!

Durante todo el día anterior y parte de la noche Erikki había estado intentando concebir un plan para salir de aquella trampa. Le habían quitado la granada, pero tenía el cuchillo. Pero los hombres que lo vigilaban lo hacían estrechamente y con gran constancia. Con aquella acumulación de nieve, le sería casi imposible descender

hasta el valle con sus pesadas botas y sin indumentaria invernal, y aunque lo lograra, seguiría encontrándose en territorio hostil. Tabriz se hallaba apenas a treinta minutos con el «212» pero ¿a pie?

—Esta noche volverá a nevar, capitán.

Erikki miró en derredor. Bayazid se encontraba a unos pasos de él y ni siquiera le había oído acercarse.

—Sí, y unos cuantos días más con este tiempo y mi pájaro…, mi avión ya no podrá volar, la batería quedará muerta y la mayoría de los instrumentos destruidos. Tengo que ponerlo en marcha para cargar la batería y calentar sus botes. Tengo que hacerlo. ¿Quién pagaría un rescate por sacar de estas colinas un «212» destrozado?

Bayazid reflexionó un instante.

—¿Durante cuánto tiempo han de funcionar los motores?

—Diez minutos cada día… como mínimo.

—Muy bien, podrás hacerlo cada día cuando sea completamente de noche, pero primero me lo dices. Nosotros te ayudaremos a arrastrarla. ¿Por qué es «ella» y no «lo» o «él»?

—No lo sé. Los barcos son siempre «ella»… y esto es un barco del cielo, ¿no?

Se encogió de hombros.

—Muy bien. Te ayudaremos a arrastrarla afuera, y la pondrás en marcha y mientras los motores estén funcionando, tendrás cinco armas apuntándote a una distancia de dos metros por si acaso te sintieses tentado a escapar.

Erikki se echó a reír.

—Entonces no me sentiré tentado.

—Bien. —Bayazid sonrió. Era un hombre guapo aunque con una dentadura detestable.

—¿Cuándo te pondrás en contacto con el Khan?

—Ya lo he hecho. Con estas nieves se tarda un día entero para llegar a la carretera, incluso a caballo. Luego no se necesita mucho tiempo para llegar a Tabriz. Si el Khan contesta inmediatamente de manera favorable, tal vez tengamos noticias mañana, o acaso pasado. Depende de las nieves.

—O quizá nunca. ¿Cuánto tiempo esperarás?

—¿Son siempre tan impacientes todas las gentes del Norte Lejano? —Erikki cuadró la barbilla.

—Los dioses antiguos eran muy impacientes cuando se les retenía contra su voluntad…, y eso fue algo que nos transmitieron. Es malo que te retengan contra tu voluntad. Muy malo.

—Somos un pueblo pobre, en guerra. Tenemos que coger lo que el Único Dios nos da. Pedir rescate por alguien es una vieja costumbre. —Sonrió levemente—. Aprendimos de Saladino a mostrarnos caballerosos con nuestros cautivos, a diferencia de muchos cristianos. Ellos no son famosos por su caballerosidad precisamente. Nosotros trat… —se interrumpió: su oído era más agudo que el de Erikki y también sus ojos—. ¡Allí! Abajo, en el valle.

En ese momento, también Erikki oyó el motor. Necesitó unos pocos minutos para descubrir el helicóptero con camuflaje que se aproximaba desde el Norte en vuelo bajo.

—Un «Kajychokiv 16». Una aeronave armada soviética de apoyo inmediato… ¿Qué está haciendo?

—Se dirige a Julfa —dijo el jeque, quien escupió al suelo después —. Esos hijos de perro van y vienen como les da la gana.

—¿Pasan muchos ahora?

—No muchos…, pero uno ya es demasiado.

CERCA DEL RECODO DE JULFA: 6.15 DE LA TARDE. La zigzagueante carretera de segundo orden que cruzaba el bosque estaba cubierta de densa nieve y apenas hollada. Algunas marcas de carros y camiones y las huellas dejadas por el viejo «Chevy» aparcado debajo de algunos pinos, cerca del campo raso, a unos metros de la carretera general. Armstrong y Hashemi podían ver a través de sus prismáticos a dos hombres, embutidos en gruesos abrigos y guantes, instalados en los asientos delanteros, con las ventanillas abiertas y prestando oído atento.

—No le queda mucho tiempo —musitó Armstrong.

—Tal vez no venga después de todo.

Hacía media hora que estaban vigilando, desde una ligera elevación, ocultos entre los árboles que daban a la zona de aterrizaje.

Su coche y el resto de los hombres de Hashemi se encontraba en la carretera general, debajo y detrás de ellos. Reinaba el más absoluto silencio. Poco viento. Algunas aves volaron sobre sus cabezas lanzando graznidos lastimeros.

—¡Aleluya! —susurró Armstrong, excitado.

Uno de los hombres había abierto la portezuela y bajado del coche. En ese momento estaba mirando al cielo, hacia el Norte. El conductor puso el motor en marcha. Luego, dominando el ruido, oyeron al helicóptero que llegaba, le vieron deslizarse sobre la elevación y descender al valle, rozando las copas de los árboles; su motor de pistón moderó suavemente la velocidad. Realizó un aterrizaje perfecto entre una inmensa nube de nieve. Desde su puesto de observación, pudieron ver al piloto y a otro hombre que iba a su lado. El pasajero, de pequeña estatura, descendió del aparato y se dirigió hacia el que estaba junto al coche. Armstrong lanzó una maldición.

—¿Lo reconoces, Robert?

—No. Pero no es Suslev… Petr Oleg Mzytryk. De esto estoy seguro —repuso Armstrong con una amarga decepción.

—¿Cirugía estética?

—No, nada de eso. El otro era un bribón grande, macizo, tan alto como yo.

Le vieron reunirse con el otro, y entregarle algo.

—¿Era una carta? ¿Qué le ha dado, Robert?

—Parece un paquete. Pudiera ser una carta. —Armstrong maldijo de nuevo, concentrando su atención en los labios de los hombres.

—¿Qué están diciendo? —preguntó Hashemi, pues sabía que Armstrong podía leer los labios.

—No lo sé. No hablan farsi, y tampoco inglés.

Hashemi maldijo a su vez y enfocó con gran atención sus ya bien enfocados prismáticos.

—A mí me ha parecido una carta.

El hombre habló algunas palabras más y luego regresó al helicóptero. Al punto, el piloto puso los motores en marcha y despegó, alejándose. El otro regresó trabajosamente hacia el «Chevy».

—Y ahora, ¿qué?

Armstrong observó al hombre que se dirigía al coche.

—Tenemos dos opciones: interceptar el automóvil, tal como planeamos, y averiguar «lo» que es, siempre que neutralicemos a esos dos bastardos antes de que destruyan «lo» que sea, pero eso dejaría al descubierto que conocíamos el punto de encuentro a través de Míster Todopoderoso…, también podemos limitarnos a seguirles, presuponiendo que se trata de un nuevo mensaje del Khan dando una nueva fecha. —Había superado ya la decepción que le produjera el que Mzytryk se hubiera librado de la añagaza. «En nuestro juego te ha de acompañar la suerte —se recordó—. No importa, la próxima vez lo atraparemos y él nos conducirá hasta nuestro traidor, al cuarto, al quinto, al sexto hombre y yo orinaré sobre sus tumbas y la de Suslev, o como quiera que Petr Oleg Mzytryk se haga llamar, si la suerte está conmigo»—. No necesitamos siquiera seguirles…, irá directamente al Khan.

—¿Por qué?

—Porque es un pivote vital en Azerbaiyán, bien para los soviéticos o contra ellos, de manera que quieren averiguar de primera mano cómo está su corazón…, y a quién ha elegido como regente hasta que el pequeño tenga la edad o, lo que es más probable, practique con él la levitación. ¿Acaso el poder no va con el título, junto con las tierras y las riquezas?

—Y las cuentas bancarias suizas, secretas y numeradas. Un motivo tanto mayor para acudir de inmediato.

—Sí, pero no olvides que algo grave puede haber ocurrido en Tbilisi que justifique este retraso… Los soviéticos están tan

preocupados y ansiosos por Irán como nosotros mismos.

Vieron al hombre subir de nuevo al «Chevy» y empezar a hablar con volubilidad. El conductor accionó el embrague y giró en dirección a la carretera general.

—Volvamos al coche.

El descenso desde la colina resultó bastante tranquilo. Abajo, en la carretera Julfa-Tabriz, la circulación era densa, empezaban a verse ya algunos faros encendidos y no había forma de que su presa escapara a la emboscada si decidían llevarla a la práctica.

—Existe otra posibilidad, Hashemi, y es que Mzytryk pueda haber descubierto en el último momento que su hijo le había traicionado y haya enviado una advertencia al Khan, cuya cobertura ha resultado también dinamitada. No olvides que todavía no hemos podido averiguar lo ocurrido a Rakoczy desde que tu difunto amigo, el general Janan, le dejara ir.

—Ese perro jamás se habría atrevido a hacerlo por sí solo —repuso Hashemi con sonrisa retorcida al recordar su inmenso regocijo cuando pulsó el botón de transmisión y vio el resultado de la explosión del coche bomba, borrando así a su enemigo de la faz de la tierra, junto con su casa, su futuro y su pasado—. Eso debió ordenarlo Abrim Pahmudi.

—¿Por qué?

Hashemi entornó los ojos y miró a Armstrong pero no pudo descubrir en él intención oculta alguna. «Estás enterado de demasiados secretos, Robert, sabes lo de las cintas de Rakoczy y, lo peor de todo, estás al corriente de mi "Group Four" y que ayudé a enviar a Janan al infierno, donde pronto el Khan se reunirá con él, al igual que Talbot, dentro de un par de días y tú, mi viejo amigo, cuando a mí me convenga. ¿Debería decirte que Pahmudi ha ordenado la condena de Talbot por crímenes contra Irán? ¿Debería decirte que me satisface dar cumplimiento a esos deseos? Durante años he deseado quitar a Talbot de en medio, pero jamás me atreví a ir yo solo contra él. Ahora, será a Pahmudi a quien culpará. Ojalá Dios le haga arder en el infierno y habrá apartado a otra irritante

voluntad de mi camino. Así, sí, y el propio Pahmudi la próxima semana. Pero tú, Robert, eres el asesino elegido para ello, probablemente perecerás en el intento. Pahmudi no es merecedor de que pierda a alguno de mis auténticos asesinos».

Rio para sí mientras bajaba trabajosamente la colina, sin sentir el frío ni preocuparse de que Mzytryk no hubiera aparecido. «Tengo preocupaciones más importantes —se dijo—. He de proteger a toda costa a los asesinos de mi "Group Four"…, mi garantía de un paraíso terrenal con un poderío por encima del propio Jomeini».

—Pahmudi es el único que puede haber ordenado la puesta en libertad de Rakoczy —dijo—. Pronto averiguaré por qué y dónde se encuentra. Puede encontrarse en la Embajada soviética, en una casa soviética segura o en una mazmorra de interrogatorios de SAVAMA.

—O a salvo fuera del país a estas alturas.

—Entonces, es casi seguro que esté muerto… La KGB no tolera traidores. —Hashemi sonrió sarcástico—. ¿Por cuál de estas posibilidades apostarías tú?

Por un momento, Armstrong no contestó, desconcertado por una pregunta tan poco corriente de Hashemi, quien desaprobaba el juego al igual que él… ahora. La última vez que apostara fue en Hong Kong, en el sesenta y tres, con el dinero de un soborno que habían metido en el cajón de su escritorio cuando era inspector, CID. Cuarenta mil dólares de Hong Kong, unos siete mil de los Estados Unidos en aquel tiempo. A pesar de ir en contra de todos sus principios, había cogido el *heung yau*, la «Grasa Fragante» como lo llamaban allí, del cajón para apostarlo todo, aquella misma tarde, en las carreras a un caballo llamado Pilot Fish, en un intento demencial por recuperar sus pérdidas de juego en caballos y Bolsa.

Era el primer soborno que jamás cogiera durante dieciocho años, aunque siempre tenía ofrecimientos en abundancia. Aquella tarde había ganado mucho y colocó el dinero de nuevo donde estaba antes de que el sargento de Policía que lo pusiera en su cajón se diese cuenta de que lo había cogido. Después de su estratagema le quedó más que suficiente para liquidar sus deudas. Pero, aun así, se

sentía disgustado consigo mismo, y aterrado, ante tamaña estupidez suya. Jamás había vuelto a apostar ni a tocar *heung yau*, aunque siempre tenía oportunidades de hacerlo. «Eres un condenado idiota, Robert —le decían algunos de sus compañeros—, no es malo aceptar algún dinero extra para el retiro».

«¡Retiro! ¿Qué retiro? Veinte años como policía en Hong Kong, cumpliendo siempre a rajatabla, once años aquí, en las mismas condiciones, para ayudar a esos idiotas sanguinarios y todo eso a cambio de una condenada miseria. Gracias a Dios que solo he de preocuparme de mí, sin tener mujer, ni hijos, ni familiares cercanos. Solo yo. A pesar de eso, si logro agarrar al condenado Suslev, que me conducirá hasta uno de nuestros malditos traidores asesinos de alto rango, todo ello habrá valido la pena».

—Al igual que tú, Hashemi, no soy de los que apuestan, pero si lo fuera… —calló al tiempo que le alargaba el paquete de cigarrillos. Los encendieron agradecidos—, si lo fuera, diría que lo más probable es que Rakoczy haya sido el pishkesh de tu Pahmudi o algún VIP con el fin de cubrirse las espaldas.

Hashemi se echó a reír.

—Cada día que pasa te vuelves más iraní. Tendré que andar con más cuidado.

Ya casi habían llegado junto al coche y su ayudante salió para abrirles la puerta trasera.

—Iremos directamente a ver al Khan, Robert.

—¿Y qué hay del «Chevy»?

—Dejaremos que otros lo sigan. Quiero ir antes junto al Khan —dijo, con el rostro oscurecido por una expresión torva—. Solo para asegurarme de que ese traidor está más de nuestra parte que de la de ellos.

XLVIII

EN LA BASE AÉREA DE KOWISS: 6.35 DE LA TARDE. Starke se quedó mirando a Gavallan, absolutamente conmocionado.

—¿Torbellino en seis días?

Gavallan se bajó la cremallera de su parka y colgó el sombrero en el vestíbulo.

—Mucho me temo que sí, Duke. Quería decírtelo yo mismo. Lo siento, pero así está la cosa.

Los dos hombres se encontraban en el bungalow de Starke y había dejado afuera a Fredy Ayre vigilando para asegurarse de que nadie les oía.

—Esta mañana me he enterado que va a haber una orden obligando a que todos nuestros pájaros permanezcan en tierra a la espera de la nacionalización. Disponemos de seis días seguros para proyectar y poner en práctica Torbellino…, si es que lo hacemos. De ser así, se llevaría a cabo el viernes próximo. El sábado iríamos ya con tiempo prestado.

—¡Jesús! —Starke se bajó la cremallera de su chaqueta de vuelo con gesto ausente y se acercó al aparador. Sus botas dejaron un pequeño reguero de nieve y gotas de agua sobre la alfombra. Del fondo del cajón de abajo sacó su última botella de cerveza. La abrió y vertió la mitad en un vaso que alargó a Gavallan.

—Salud —dijo, bebiendo él de la botella al tiempo que se sentaba en el sofá.

—Salud.

—¿Quién está en esto, Andy?

—Scrag. Nada sé todavía sobre el resto de los muchachos pero mañana lo sabré. Mac ha establecido un programa y un plan general en tres fases que está lleno de agujeros pero que es factible. Digamos que lo es. ¿Qué hay de ti y de tus muchachos?

—¿Cuál es el plan de Mac?

Gavallan se lo dijo.

—Llevas razón, Andy, está lleno de agujeros.

—Si tuvieras que poner pies en polvorosa, ¿cómo lo planearías desde aquí? Tus distancias son las más largas y las más difíciles de cubrir.

Starke se acercó a un mapa de vuelos que había sobre la pared y trazó una línea que iba desde Kowiss hasta una cruz unos kilómetros afuera, en el golfo, marcando un yacimiento.

—Este yacimiento se llama Flotsam y es uno de nuestros habituales —dijo. Gavallan se dio cuenta de que el tono de su voz se había hecho hermético—. Necesitamos alrededor de veinte minutos para alcanzar la costa y otros diez para llegar al yacimiento. Ocultaría combustible en la playa, cerca de esta zona. Creo que puede hacerse sin levantar demasiadas sospechas; son dunas de arena y no hay una sola cabaña durante kilómetros. Muchos de nosotros solíamos ir allí de excursión. Un aterrizaje de «emergencia» para comprobar el mecanismo de flotación antes de salir al mar no atraería demasiado la atención del radar, aunque cada día que pasa se vuelven más intransigentes. Tendríamos que ocultar dos barriles de ciento cincuenta litros por helicóptero para que pudiéramos atravesar el Golfo y repostar en vuelo, a mano.

Ya casi había anochecido. A través de las ventanas podía verse la pista y, más allá, la base de las Fuerzas Aéreas. El «125», con autorización prioritaria para el vuelo a Al Shargaz, se encontraba aparcado sobre el asfalto esperando la llegada del camión cisterna que le proveyese de combustible. Estaba rodeado de Green Bands oficiosos e inquietos. En realidad, no necesitaban repostar pero Gavallan había dicho a John Hogg que lo solicitara de todas formas, así, él tendría más tiempo para hablar con Starke. A los otros dos

pasajeros, Arberry y Dibble, que eran enviados con permiso después de su fuga de Tabriz, embutidos entre una carga completa de cajas de repuestos, preparadas apresuradamente y en las que figuraba el letrero PARA SU REPARACIÓN INMEDIATA Y DEVOLUCIÓN A TEHERÁN, no les fue permitido bajar del aparato ni siquiera para estirar las piernas. Y tampoco a los pilotos, salvo para el control de tierra y revisar la carga de combustible cuando llegara el camión cisterna.

—¿Te dirigirías a Kuwait? —preguntó Gavallan rompiendo el silencio.

—Desde luego. Kuwait es nuestra mejor carta, Andy. Tendríamos que repostar allí y luego abrirnos paso bajando por la costa hasta Al Shargaz. Si de mí dependiera, supongo que almacenaría más combustible con vistas a cualquier emergencia. —Starke señaló una minúscula isla cerca de Arabia Saudita—. Este sería un buen sitio. Deberíamos mantenernos algo alejados de Arabia Saudita, nadie sabe lo que podrían hacer. —Observó las distancias escrupulosamente.

—La isla se llama Jellet, el Sapo, porque eso es lo que parece. Ninguna cabaña, nada, pero una pesca formidable. Cuando estuve destinado en Bahrein, Manuela y yo solíamos ir una o dos veces. Yo almacenaría allí combustible.

Se quitó la gorra para limpiarse el sudor de la frente, encasquetándosela de nuevo, el rostro más tenso y cansado que de costumbre, todos los vuelos más desordenados que de costumbre, cancelados, programados de nuevo y, luego, vueltos a cancelar, Esvandiary más inaguantable que de costumbre, todo el mundo nervioso e irritable. Hacía semanas que no recibían correo ni noticias de sus hogares, y la mayoría de su gente, incluido él, tenían pendientes permisos atrasados o reemplazos. «A todo eso hay que añadir los problemas del personal y aparatos del Zagros y qué hacer con el cuerpo del viejo Effer Jordon cuando lo traigan mañana». Aquella había sido la primera pregunta de Starke cuando recibió a

Gavallan en la escalerilla del «125». El viento era glacial y soplaba con fuerza.

—Ya me he ocupado de eso, Duke —le había respondido Gavallan con tono preocupado—. He recabado el permiso de ATC para que el «125» vuelva mañana por la tarde a recoger el féretro. Lo enviaré a Inglaterra en el primer vuelo disponible. Algo terrible. Iré a ver a su mujer y a sus hijos tan pronto como regrese y haré lo que esté en mi mano.

—¡Perra suerte! Gracias a Dios que el joven Scot está bien.

—Sí, pero es horrible que alguien resulte herido, realmente horrible.

«¿Y qué si hubiera ocurrido de ser el cuerpo de Scot y el ataúd de Scot? —se decía Gavallan una y otra vez, sin hallar respuesta para el interrogante—. ¿Acaso habría considerado yo el asesinato con tanta soltura si hubiera sido Scot? No, claro que no. Lo único que uno puede hacer es bendecir su estrella por esta vez y hacerlo lo mejor que pueda…, solo eso, lo mejor que pueda».

—Lo verdaderamente curioso es que ATC en Teherán, al igual que el comité del aeropuerto se mostraron tan sobresaltados como nosotros y con un gran espíritu de colaboración. Vamos a tu bungalow y charlemos, no tengo mucho tiempo. Aquí tienes, el correo para algunos de los muchachos y una carta para ti de Manuela. Está muy bien, Duke. Dice que no te preocupes. Los chicos se lo pasan muy bien y quieren quedarse en Texas. Tus padres también se encuentran bien, tu mujer me pidió que fuera lo primero que te dijera cuando me reuniera contigo…

Luego, Gavallan había soltado la bomba de los seis días y, en ese momento, en la mente de Starke todo era confusión.

—Con los pájaros del Zagros aquí, tendré tres «212», una «Alouette» y tres «206», más un cargamento de repuestos. Nueve pilotos, incluidos Tom Lochart y Jean-Luc, y doce mecánicos. Eso es mucho para una aventura como la de Torbellino, Andy.

Gavallan miró por la ventana. El camión cisterna avanzaba pesadamente por un costado del «125» y vio a Johnny Hogg bajar la

escalerilla.

—Lo sé. ¿Cuánto tiempo se necesitará para repostar?

—Si Johnny no los apremia, tres cuartos de hora por lo menos.

—No es mucho tiempo para trazar un plan —dijo Gavallan y volvió a mirar el mapa—. Pero, en cualquier caso, nunca sería suficiente. ¿Hay algún yacimiento cerca de esta marca que se encuentre vacío…, que siga cerrado?

—Docenas de ellos. Los hay por docenas, y siguen tal como los huelguistas los dejaron hace ya meses. Las puertas están prácticamente soldadas. De locura, ¿no? ¿Por qué lo preguntas?

—Scrag dijo que uno de ellos podría ser el lugar ideal para almacenar gasolina y repostar.

Starke frunció el ceño.

—Eso no es posible en nuestra área, Andy. Él dispone de algunas plataformas grandes, las nuestras son, en su mayor parte, más bien pequeñas. No tenemos ninguna en la que pueda tomar tierra más de un helicóptero cada vez y puedes apostar cualquier cosa a que ninguno querríamos esperar por allí. ¿Qué ha comentado el viejo Scrag al respecto?

Gavallan se lo explicó.

—¿Crees que logrará ir a ver a Rudi?

—Dijo que durante los próximos días. Ahora ya no puedo esperar tanto. ¿Podrías encontrar alguna excusa para ir a Bandar Delam? —La mirada de Starke lo escudriñó.

—Seguro. Tal vez podamos enviar allí a un par de nuestros pájaros y decir que los estamos reorganizando…, no, aún mejor, dile a Hotshot que los prestamos durante una semana. Aún podemos obtener autorizaciones provisionales, siempre que ese hijo de puta se quite de en medio.

Gavallan saboreaba su cerveza haciéndola durar.

—Ya no podemos seguir operando en Irán. Lo del pobre Jordon jamás debió de haber ocurrido y lamento en lo más profundo de mi corazón no haber dado la orden de evacuación hace ya semanas. Lo lamento profundamente.

—Su muerte no ha sido culpa tuya, Andy.

—En cierto modo, lo fue. De cualquier manera, tenemos que arriesgarnos, con o sin planes. Hemos de intentar salvar lo que se pueda sin poner en peligro al personal.

—Cualquier aventura será condenadamente arriesgada, Andy. —El tono de voz de Starke era persuasivo.

—Lo sé. Me gustaría que preguntaras a tus muchachos si estarían dispuestos a participar en Torbellino.

—No hay forma de que podamos sacar todos nuestros helicópteros. Realmente, no hay manera.

—También lo sé de forma que propongo que nos concentremos únicamente en los «212». —Gavallan se dio cuenta de que había despertado el interés de Starke—. McIver se mostró de acuerdo. ¿Podrías tú sacar los tres tuyos?

Starke reflexionó un momento.

—Dos es lo más que puedo manejar. Necesitaríamos dos pilotos y, digamos, un mecánico por helicóptero para casos de emergencia y algunos trabajadores extra que se ocuparan de los barriles de repuesto o de repostar en vuelo…, eso como mínimo. Será complicado pero con algo de suerte… —Emitió un silbido sordo—. Tal vez podamos enviar los otros «212» a Rudi, en Bandar Delam. ¡Claro! ¿Por qué diablos no habríamos de hacerlo? Le diría a Hotshot que se la prestamos durante diez días. Tú puedes enviarme un télex de confirmación, solicitando la transferencia. Pero con mil demonios, Andy, seguimos teniendo aquí tres pilotos y…

El teléfono interbase sonó.

—Maldición —exclamó irritado, levantándose y dirigiéndose a cogerlo—. Estoy tan acostumbrado a que los teléfonos no funcionen que salto como un gato escaldado esperando a Armagedón cada vez que suenan. Hola, Starke al habla. ¿Sí?

Gavallan se puso a observarle: alto, enjuto y muy fuerte. «Quisiera ser tan fuerte», pensó.

—Ah, gracias —estaba diciendo Starke—. De acuerdo, seguro…, gracias, sargento. ¿Quién? Sí, claro, comuníqueme.

Gavallan se dio cuenta del cambio en el tono de voz y aumentó su atención.

—Buenas tardes… No, no podemos, ahora no. ¡NO! ¡No podemos! Ahora no, ¡estamos ocupados! —Colgó el teléfono—. ¡Hijo de puta! —farfulló—. Hotshot quiere vernos. «Quiero que vengan a mi oficina inmediatamente». ¡Imbécil! —exclamó. Bebió un trago de cerveza y se sintió mejor—. Wazari estaba también en la torre informando que el último de nuestros pájaros acaba de tomar tierra.

—¿Quién?

—Pop Kelly que ha estado en Flotsam transportando a algunos petroleros de un yacimiento a otro. Están trabajando a tope, salvo los culos gordos de los comités que se hallan más preocupados con las sesiones de rezos y sus tribunales populares que por bombear —dijo con un estremecimiento—. Te lo aseguro, Andy, a los comités los patrocina Satanás. —Gavallan se dio cuenta de la palabra pero no dijo nada mientras Starke proseguía—: Son realmente infernales.

—Sí. Estuvieron a punto de matar a Azadeh… ¡Lapidada! —¡Cómo!

Gavallan le relató lo ocurrido en la aldea y la forma que ella tuvo de huir de allí.

—Aún no sabemos dónde diablos está el viejo Erikki. La vi antes de salir y te aseguro que estaba como petrificada. Todavía no se había repuesto de la conmoción.

El gesto de Starke se endureció mucho más. Hizo un esfuerzo por dominar su ira.

—Digamos que podemos sacar los «212», ¿qué pasa con los muchachos? Tenemos por sacar de Irán tres pilotos, y acaso diez mecánicos, antes de lanzarnos a la aventura, ¿qué me dices de ellos? ¿Y de los repuestos? Dejaríamos tres «206» y la «Alouette»…, por no hablar de todas nuestras pertenencias, cuentas bancarias, apartamentos en Teherán, fotografías y todo lo de los niños…, no solo lo nuestro sino lo de todos los demás, los muchachos que sacaremos con el éxodo. Si nos largamos así, lo habremos perdido todo. Absolutamente todo.

—La compañía indemnizará a todo el mundo. No puedo hacer nada respecto a las pequeñeces, pero rembolsaremos las cuentas bancarias y cubriremos el resto. En su mayoría son mínimos, ya que muchos de vosotros conserváis los fondos en Inglaterra y vais retirándolos a medida que los necesitáis. Durante los últimos meses y, desde luego, a partir de la huelga de los Bancos, hemos estado abonando todos los sueldos y gratificaciones en Aberdeen. Pagaremos por el mobiliario y los enseres personales. De cualquier forma, tengo la impresión de que tampoco podríamos sacarlos, los puertos siguen atascados, casi no hay camiones, los trenes no circulan, el flete aéreo es prácticamente inexistente. Se indemnizará a todo el mundo.

Gavallan asintió varias veces, apurando su cerveza hasta el fondo.

—Aunque logremos sacar los «212», vas a recibir una buena paliza.

—No —repuso, paciente, Gavallan—. Haz el cálculo tú mismo. Cada uno de los «212» cuesta un millón de dólares; cada «206», ciento cincuenta mil; una «Alouette», quinientos mil. Tenemos doce «212» en Irán. Si podemos sacarlos, todo irá bien, seguiríamos trabajando y me sería posible absorber las pérdidas de Irán. Justo. El negocio está prosperando y con esos doce aparatos seguiríamos adelante. Cualquier repuesto que nos sea posible sacar, será una prima extra. Y también a este respecto, podemos concentrarnos tan solo en repuestos del «212». Con nuestros «212» estamos de nuevo en activo.

Intentaba conservar su confianza, pero empezaba a debilitarse. «Tantos obstáculos por superar, montañas que escalar, desfiladeros que atravesar. Sí, pero no olvidemos que un viaje de diez mil leguas empieza con un paso. Sé un pequeño chino —se dijo—. Recuerdo tu infancia en Sanghái y a la vieja niñera Ah Soong y lo que ella te enseñó sobre joss. "Joss es joss, joven Amo, bueno o malo. A veces puedes orar para un buen joss y lo logras, otras veces no. Pero *ayeeyah*, no confíes demasiado en los dioses. Ellos son como la

gente: duermen, salen a almorzar, se emborrachan, olvidan lo que se supone que deben hacer, mienten y prometen, y vuelven a mentir. Pídeles lo que quieras, pero no depende de ellos, solo tú y tu familia, e incluso ellos, dependen de ti mismo. Recuerda que a los dioses no les gusta la gente, joven Amo, porque la gente les recuerda demasiado a sí mismos…"».

—Desde luego que sacaremos a los muchachos, hasta el último de ellos. Entretanto, ¿querrías pedir voluntarios para pilotar tus dos pájaros si, *si* aprieto el botón de Torbellino?

Starke volvió a mirar el mapa.

—Por supuesto —dijo—. Seremos Freddy, o Pop Kelly, y yo… El otro piloto puede llevar el «212» a Rudi y unirse a él en su plan, no tienen que ir muy lejos. —Sonrió irónico—. ¿De acuerdo?

—Gracias —dijo Gavallan sintiéndose muy contento en su fuero interno—. Gracias. ¿Mencionaste lo de Torbellino a Tom Lochart cuando estuvo aquí?

—Desde luego. Dijo que no contéis con él, Andy.

—¡Ah! —exclamó, y su sentimiento de satisfacción se desvaneció —. Entonces, todo se ha terminado. Si él se queda, no podemos seguir adelante.

—Está «acabado», Andy, le guste a él o no —dijo Starke con tono compasivo—. Está comprometido, con o sin Sharazad. Eso es lo terrible, «con» o «sin». No puede olvidar el «HBC», Valik e Isfahán.

—Supongo que tienes razón. Injusto, ¿no crees?

—Sí, Tom es formidable, al final lo comprenderá. No estoy tan seguro respecto a Sharazad.

—Mac y yo intentamos verla en Teherán. Fuimos a la casa Bakravan y estuvimos llamando durante diez minutos. No hubo respuesta. Mac volvió ayer otra vez. Tal vez todo se reduzca a que no quieren abrir la puerta.

—No es propio de los iraníes —dijo Starke quitándose su cazadora de vuelo que colgó en el pequeño vestíbulo—. Tan pronto como Tom regrese aquí mañana le enviaré a Teherán si todavía queda luz diurna suficiente…, el lunes por la mañana a más tardar.

Iba a dejarlo solucionado con Mac esta noche durante nuestra llamada regular.

—Buena idea —dijo Gavallan, y pasó al siguiente problema—. Maldito si sé tampoco qué hacer respecto a Erikki. Estuve con Talbot y me dijo que vería lo que podía hacer. Más tarde, fui a la Embajada finlandesa y hablé con el primer secretario llamado Tollonen, y también se lo dije a él. Pareció muy preocupado e igualmente impotente. «Este es un país bastante agreste, con una frontera tan inestable como la rebelión, insurrección o lucha que tenga lugar junto a ella. Y si está implicada la KGB…». Dejó la frase sin terminar, Duke. Sin más. «Y si está implicada la KGB…».

—¿Y qué me dices de Azadeh? ¿Acaso el Khan, su padre, no puede ayudar?

—Parece que todos ellos tuvieron una terrible discusión. Azadeh estaba muy trastornada. Le dije que olvidara su documentación iraní, que subiera al «125» y que esperara a Erikki en Al Shargaz. Pero mi sugerencia le sentó como una bomba. No piensa moverse hasta que Erikki reaparezca. Le recordé que el Khan es la ley en sí mismo, que si él quiere, puede llegar hasta Teherán y secuestrarla con toda facilidad. Azadeh se limitó a decirme: Insha'Allah.

—Apostaría cualquier cosa a que Erikki saldrá con bien de esta —dijo Starke confiado—. Sus antiguos dioses lo protegerán.

—Así lo espero. —Gavallan seguía con la parka puesta, y aun así, tenía frío. Por la ventana podía verse que seguían repostando combustible—. ¿Qué me dices de una copa antes de que me vaya?

—Claro.

Starke se dirigió a la cocina. Sobre el fregadero había un espejo y encima de la cocina de butano, frente a él, podía verse un bordado sobre cañamazo, viejo y desvaído, enmarcado, que una amiga de Falls Church regaló a Manuela como obsequio de boda: QUE SE JODA LA COCINA CASERA. Sonrió al recordar cómo rieron al recibirlo. Y entonces vio a Gavallan por el espejo mirando el mapa preocupado. «Debo de estar loco —se dijo—, cuando he aceptado una fecha tope de seis días y dos helicópteros. Cómo diablos vamos

a largarnos de la base y seguir todos de una pieza. Porque Andy tiene razón, de un modo u otro, aquí estamos acabados. Debo de estar loco para ofrecerme voluntario. Pero ¿qué diablos? No puedes pedir a uno de tus muchachos que se presente voluntario si tú mismo no lo haces. Sí, pe…».

Dieron con los nudillos en la puerta que, a renglón seguido, se abrió.

—Hotshot viene hacia aquí con un Green Band —avisó Freddy Ayre con voz queda.

—Entra, Freddy y cierra la puerta —dijo Starke.

Esperaron en silencio. Una llamada imperiosa. Starke abrió la puerta, vio la arrogante sonrisa despreciativa de Esvandiary, y reconoció al punto al joven Green Band como uno de los hombres del mulá Hussain y también miembro del comité que lo interrogara.

—Salaam —dijo con toda cortesía.

—Salaam, Agha —repuso el Green Band con sonrisa tímida. Llevaba unos gruesos lentes resquebrajados, una indumentaria raída y un «M16».

De repente, Starke perdió la cabeza y se oyó decir:

—Creo que conoce a Hotshot, Mr. Gavallan.

—Mi nombre es Esvandiary…, Mr. Esvandiary —le corrigió el hombre, iracundo—. ¿Cuántas veces he de decírtelo? Beneficiará mucho a su negocio, Gavallan, si se libra de este tipo antes de que lo expulsemos por indeseable.

Gavallan enrojeció al escuchar aquella grosería.

—Oiga, espere un minuto. El capitán Starke es el mejor cap…

—Tú eres Hotshot, y un hijo de puta también —explotó Starke agitando los puños, y tan amenazador de pronto que tanto Gavallan como Ayre quedaron aterrados. Esvandiary retrocedió un paso y el Green Band se quedó con la boca abierta—. Siempre has sido Hotshot y te hubiera llamado Esvandiary, o cualquier otro condenado nombre que quisieras, a no ser por lo que hiciste al *capitán* Ayre. Eres un hijo de puta sin cojones y necesitas que te sacudan. Te llevarás tu merecido antes de que pase mucho tiempo.

—Te conduciré ante el comité mañ…

—Eres un cobarde tragador de mierda de camello, así que, ¡jódete!

Starke le dio la espalda con gesto despectivo, se volvió hacia el Green Band que seguía mirándole con la boca abierta, y, sin perder una coma, empezó a hablar en farsi, esta vez en tono cortés y deferente:

—Excelencia, he dicho a este perro —y señaló sin miramientos a Esvandiary con el pulgar— que es un tragador de mierda de camello, que no tiene valor, que necesita *hombres* con armas para protegerle mientras ordena a otros *hombres* que golpeen y amenacen a miembros pacíficos y desarmados de mi tribu, infringiendo la ley, que no…

Esvandiary, atragantándose de furia, intentó interrumpirle pero Starke se lo impidió.

—… que no es capaz de enfrentarse a mí como un hombre…, con cuchillo, espada, revólver o puños, según es costumbre entre los beduinos para evitar una enemistad a sangre entre familias. Y también de acuerdo con mis costumbres.

—¿Enemistad a sangre? Se ha vuelto loco. En el Nombre de Dios, ¿de qué enemistad a sangre hablas? Las enemistades a sangre van contra la ley… —Esvandiary siguió gritando y lanzando invectivas, mientras Gavallan y Ayre, lo miraban atónitos, sin entender una palabra de farsi y absolutamente desconcertados ante la explosión colérica de Starke.

Pero el joven Green Band había cerrado sus oídos a Esvandiary. Finalmente, alzó una mano, todavía deslumbrado por Starke y sus conocimientos, y sintiendo también una cierta envidia.

—Por favor, Excelencia Esvandiary —dijo con sus ojos agrandados por el grosor de sus resquebrajados lentes y, cuando este al fin quedó callado, se dirigió a Starke—. ¿Reclamas el antiguo derecho de enemistad a sangre contra este hombre?

Starke podía oír los descompasados latidos de su corazón.

—Sí —se oyó a sí mismo decir, consciente de que se estaba arriesgando mucho, pero tenía que hacerlo—, sí.

—¿Cómo puede un Infiel reclamar semejante derecho? —preguntó furioso Esvandiary—. Esto no es el desierto. Nuestras leyes prohíben…

—¡Reclamo ese derecho!

—Es la Voluntad de Dios —dijo el Green Band mirando a Esvandiary—. Tal vez este hombre no sea un Infiel, no verdadero. Este hombre puede reclamar lo que quiera, Excelencia.

—¿Estás loco? ¡Claro que es un Infiel! ¿Y acaso no sabes que las enemistades a sangre van contra la ley? Eres un loco, van contra la ley, está ac…

—¡Tú no eres un mulá! —dijo el joven ahora ya enfadado—. Tú no eres un mulá para poder decir lo que es la ley y lo que no lo es. ¡Cierra la boca! No estás hablando con un campesino analfabeto, sé leer y escribir, y soy miembro del comité designado para mantener la paz aquí y tú estás amenazando esa paz. —Miró feroz a Esvandiary quien, una vez más, retrocedió—. Preguntaré al comité y al mulá Hussain —dijo dirigiéndose a Starke—. Hay una pequeña posibilidad de que estén de acuerdo pero será la Voluntad de Dios. Yo también creo que la ley es la ley, y que un hombre no necesita a otros hombres con armas para golpear a inocentes desarmados contra la ley…, ni siquiera contra la maldad, cualquiera que sea esa maldad, solo la fortaleza de Dios. Te dejo en manos de Dios. —Dio media vuelta para irse.

—Un momento, Agha —dijo Starke. Acto seguido, descolgó una parka que había en una percha junto a la puerta todavía abierta—. Toma —dijo, ofreciéndole la prenda de abrigo—, te ruego que aceptes este pequeño regalo.

—No puedo aceptarlo, en modo alguno —rechazó el muchacho con los ojos muy abiertos y rebosantes de anhelo.

—Por favor, Excelencia, es tan insignificante que ni siquiera merece la pena hablar de ello.

Esvandiary empezó a decir algo pero enmudeció al mirarle el joven, que de nuevo volvió su atención a Starke.

—No puedo aceptarlo de ninguna manera. Es demasiado costoso y desde luego no puedo aceptarlo a Su Excelencia.

—Por favor —insistió Starke armado de paciencia, siguiendo con las formalidades. Y sostuvo la prenda de abrigo para que el muchacho se la pusiera.

—Bien, si insistes —dijo el joven, simulando mostrarse reacio. Entregó el «M16» a Ayre para poder ponerse la parka, mientras que este y Gavallan no sabían a qué carta quedarse. Solo Esvandiary, que estaba al tanto de todo, observaba y esperaba jurando vengarse.

—Es estupendo —dijo el muchacho, subiéndose la cremallera, y sintiendo calor por primera vez desde hacía muchos meses. Jamás, en su vida, había tenido una prenda semejante.

—Gracias, Agha. —Otra vez miró a Esvandiary, aumentando su desagrado hacia él… ¿Acaso no estaba aceptando un pishkesh como estaba en su derecho?—. Intentaré convencer al comité para que conceda el derecho que solicita Su Excelencia —dijo. Luego, salió feliz bajo el crepúsculo.

Starke se encaró al punto con Esvandiary.

—Y ahora, ¿qué demonios quiere?

—Muchos pilotos tienen caducadas sus licencias y permisos de residencia y…

—¡Ni un solo piloto británico o americano tienen caducadas sus licencias, solo los iraníes y son automáticas si las otras están en regla…! ¡Pues claro que están caducadas! ¿Acaso vuestras oficinas no han estado cerradas durante meses? Prueba a pensar con esa calabaza que tienes de cabeza.

Esvandiary enrojeció como una remolacha y, tan pronto como empezó a replicar, Starke le dio la espalda, dirigiéndose directamente a Gavallan por primera vez desde la entrada de Esvandiary.

—Es evidente que no podemos seguir operando aquí por más tiempo, Mr. Gavallan…, usted mismo ha sido testigo, se nos hostiga,

golpean a Freddy, nos despojan de toda autoridad y así no hay forma de trabajar. Creo que debería cerrar la base durante un par de meses… ¡De inmediato! —añadió.

De pronto, Gavallan lo comprendió todo.

—Estoy de acuerdo —dijo, haciéndose con la iniciativa.

Starke suspiró aliviado. Dio unos pasos y se sentó con simulado malhumor, mientras el corazón le latía a ritmo acelerado.

—Voy a cerrar la base de inmediato —siguió diciendo Gavallan—. Enviaremos a nuestros pilotos y helicópteros a cualquier otra parte. Freddy, reúne a cinco hombres con permisos pendientes y mételos ahora mismo en el «125» con sus equipajes, *ahora mismo*, y…

—¡No puede cerrar la base! —gruñó Esvandiary—. ¡Tampoco pue…!

—¡Por Dios que ya está cerrada! —exclamó Gavallan, mentalizándose para poder demostrar una ira incontenida—. Se trata de mis aparatos y mi personal y no estamos dispuestos a soportar este acoso por más tiempo. Ni tampoco los ataques personales. ¿Quiénes tienen los permisos pendientes todavía, Freddy?

Ayre, desconcertado, empezó a citar nombres. Esvandiary estaba realmente trastornado. El cierre de la base no le convenía en absoluto. ¿Acaso el ministro Alí Kia no iba a visitarle el jueves y no iba él entonces a ofrecerle un extraordinario pishkesh? Si cerraban la base, todos sus planes se vendrían abajo.

—¡No puede sacar los helicópteros de esta zona sin mi aprobación! —gritó—. ¡Son propiedad iraní!

—¡Son propiedad de la sociedad cuando se haya pagado por ellos! —gritó Gavallan a su vez, realmente imponente en su furia—. Voy a presentar una queja ante las más altas autoridades, e informaré que usted está interfiriendo con la orden directa del Imán de que la producción vuelva a la normalidad. ¡Usted interfiere! ¡Usted…!

—Se le prohíbe cerrar la base. Haré que el comité encarcele a Starke por amotinarse si us…

—¡Sandeces! Starke, le ordeno que cierre la base. Usted, Hotshot, parece haber olvidado que nosotros estamos muy bien relacionados con las altas esferas. Presentaré una queja directamente al ministro Alí Kia. Ahora es consejero de nuestra Junta y él se ocupará de usted y de «IranOil».

Esvandiary se quedó lívido.

—¿El ministro Kia está… está… está en la Junta?

—Sí, en efecto. Lo está. —Por un instante Gavallan se quedó desconcertado. Había dicho Kia porque era el único que conocía del actual gobierno y el impacto que ese nombre produjera en Esvandiary lo dejó asombrado. Pero, sin perder un instante, lo manipuló a su favor—. Mi buen amigo Alí Kia se ocupará de todo esto. Y también de usted por ser un traidor a Irán. Freddy, reúne inmediatamente a cinco hombres a bordo del «125». Starke, con las primeras luces, envíe todos los aparatos de que disponemos a Bandar Delam. ¡Con las primeras luces!

—¡Sí, señor!

—Espere —dijo Esvandiary, viendo que todos sus planes se venían abajo—. No es preciso cerrar la base, Mr. Gavallan. Tal vez haya habido algún mal entendido, sobre todo por culpa de Petrofi y de ese hombre, Zataki. Yo no fui responsable de los golpes. ¡No fui yo! —Se obligó a adoptar un tono de voz razonable pero en su fuero interno hervía de furia y hubiese querido verlos a todos en la cárcel, flagelados y pidiendo a gritos una misericordia que jamás recibirían —. No hay motivo para cerrar la base, Mr. Gavallan. ¡Los vuelos pueden seguir siendo normales!

—Está cerrada —repuso Gavallan con tono imperioso, mirando a Starke en busca de alguna indicación—, a pesar de que soy contrario a ello.

—Sí, señor. Tiene razón —dijo Starke con una gran deferencia en su tono de voz—. Desde luego, puede cerrar la base. No es posible reorganizar los helicópteros o inmovilizarlos. Bandar Delam necesita de inmediato un «212» para… para el contrato de «Iran-Toda». Tal

vez podamos enviarles uno de los nuestros y dejar en tierra los otros.

—El trabajo se está normalizando día a día, Mr. Gavallan —alegó presuroso Esvandiary—. La revolución ha triunfado y la lucha ha terminado. El Imán lo tiene todo bajo control. Los comités…, los comités desaparecerán pronto. Habrá que cumplir todos los contratos de «Guerney». Tendremos que duplicar el número de los «212». En cuanto a la renovación de las licencias caducadas, ¡Insha'Allah!, esperaremos treinta días. No es necesario cancelar las operaciones. No resulta conveniente tomar decisiones apresuradas, Mr. Gavallan. Hace mucho tiempo que está en esta base, tiene una gran inversión aquí y…

—Sé perfectamente cuál es nuestra inversión —le interrumpió Gavallan con auténtico enfado, irritado ante aquella servil actitud—. Muy bien, capitán Starke, seguiré su consejo y, por Dios, que más vale que esté en lo cierto. Que esta noche suban a bordo del «125» dos hombres, sus relevos llegarán la semana próxima. Envíe mañana el «212» a Bandar Delam… ¿Por cuánto tiempo se prolongará el préstamo?

—Seis días, señor. Volverá el sábado próximo.

—Estará de regreso a condición de que la situación aquí haya mejorado —dijo Gavallan a Esvandiary.

—El «212» es nuestro…, el «212» pertenece al equipo de la base —se corrigió Esvandiary con rapidez—. Figura en nuestros manifiestos. Tendrá que regresar. En cuanto al personal, la regla establece que los pilotos y mecánicos de reemplazo lleguen antes de que los que tienen permiso se vayan y…

—Entonces, cambiaremos las reglas, Mr. Esvandiary, o cierro la base ahora mismo —dijo Gavallan tajante, y mantuvo la esperanza —. Esta noche haga subir a bordo a dos hombres; en el vuelo del jueves, a todos los demás, a excepción de la plantilla imprescindible, y el viernes, regresará con todos los reemplazos, siempre y cuando la situación esté volviendo a la normalidad.

—El Día Santo no se nos permite volar, señor —alegó Starke que observaba cómo Esvandiary volvía a enfurecerse—. El equipo completo habrá de venir a primera hora del sábado. —Miró a Esvandiary—. ¿No está de acuerdo?

Por un instante, este pensó que iba a estallar, tal era la furia que lo dominaba, dando al traste con su resolución.

—Sí…, si se excusan… por los insultos y los malos modales…

Un profundo silencio en la habitación se hizo. La puerta seguía abierta, el cuarto estaba helado, pero Starke sintió caerle el sudor por la espalda mientras sopesaba la respuesta. Habrían logrado tanto… si conseguían que Torbellino siguiese adelante… Pero Esvandiary no era tonto, en modo alguno, y una rápida aceptación le haría entrar en sospechas en tanto que una negativa podría poner en peligro lo que habían adelantado.

—No me excuso de nada…, pero, en adelante, le llamaré Mr. Esvandiary.

Sin decir palabra, este giró sobre sus talones y salió de estampía. Starke cerró la puerta. Debajo del suéter, sentía la camisa pegada a la espalda.

—¿A qué diablos viene todo esto, Duke? —preguntó Ayre enfadado—. ¿Estáis chiflados?

—Un momento, Freddy —intervino Gavallan—. ¿Se lo tragará Hotshot, Duke?

—Pues no… no lo sé. —Starke se sentó temblándole las rodillas —. ¡Jesús!

—Si lo hace… si lo hace… ¡eres un genio, Duke! La idea no ha podido ser más brillante.

—Tú cogiste la pelota, Andy, e hiciste un ensayo.

—Si es que es un ensayo. —Gavallan se limpió el sudor de la frente. Empezaba a explicárselo a Ayre pero calló al sonar el teléfono.

—¿Diga? Al habla Starke… Desde luego, un momento… Andy, es la torre. McIver está en la HF para ti. Wazari pregunta si quieres que te pase la comunicación ahora o si le llamarás tú más tarde. McIver

ha dicho que te comuniquen que has recibido un mensaje de alguien llamado «Avisyard».

En la sala de control, Gavallan pulsó el botón de transmisión, casi enfermo de preocupación, mientras Wazari lo observaba y otro Green Band que hablaba inglés permanecía allí atento.

—¿Sí, capitán McIver?

—Buenas tardes, Mr. Gavallan, me alegro de haberle encontrado —sonó la voz de McIver, sorda por la estática e indiferente—. ¿Cómo me recibe?

—Tres por cinco, capitán. Adelante.

—Acabo de recibir un télex de Liz Chen. Dice: Por favor, hagan llegar a Mr. Gavallan el siguiente télex fechado el 25 de febrero y que acabamos de recibir: «Su solicitud está aprobada (firmado) Masson Avisyard. Se envía copia a Al Shargaz». Mensaje terminado.

Por un instante, Gavallan no pudo creer lo que oía.

—¿Aprobada?

—Sí, repito, «Su solicitud ha sido aprobada». El télex está firmado por Masson Avisyard. ¿Qué debo contestar?

A Gavallan le resultaba difícil disimular todo el regocijo que sentía. Masson era el nombre de su amigo en la Aviation Registration Office de Londres y la «solicitud» era la de volver a inscribir en el registro británico, con carácter temporal, todos los helicópteros con base en Irán.

—Solo tiene que acusar recibo, capitán McIver.

—Podemos seguir adelante con la planificación.

—Sí, de acuerdo. Saldré dentro de un par de minutos. ¿Algo más?

—Por el momento no…, pura rutina. Esta noche pondré al corriente al capitán Starke durante nuestra transmisión habitual. Me alegro mucho de lo de Masson, felices aterrizajes.

—Gracias, Mac. Y a ti. —Gavallan pulsó el botón cortando la transmisión y devolvió el micrófono al joven sargento Wazari. Había

observado las huellas de los golpes, la nariz rota y la ausencia de algunos dientes aunque no dijo nada. ¿Qué podía decir?—. Gracias, sargento.

Wazari señaló la pista a través de la ventana donde el equipo que cargaba el combustible empezaba a recoger las grandes mangueras.

—Ya está lleno, señ… —Suprimió el tratamiento de «señor» a tiempo—. Aquí no tenemos, humm, luces de pista en funcionamiento, de manera que más vale que suba a bordo lo antes posible.

—Gracias.

Gavallan se sentía casi delirante mientras se dirigía hacia la escalerilla. El interbase HF cobró vida.

—Habla el comandante en jefe de la base. Comuníqueme con Mr. Gavallan.

Al punto Wazari pulsó el botón transmisor.

—Sí, señor. —Alargó nervioso el micrófono a Gavallan, cuya cautela había subido de grado—. Es el com… Lo siento, ahora es el coronel Changiz.

—Sí, coronel. Le habla Andrew Gavallan.

—Está prohibido que los extranjeros utilicen la HF para mensajes cifrados… ¿Quién es Masson Avisyard?

—Un ingeniero proyectista —respondió Gavallan. Era lo primero que se le había ocurrido. «Ándate con ojo —se dijo—, ese bastardo es listo»—. Ciertamente no inten…

—¿Cuál era su solicitud y quién es… —hubo una ligera pausa y voces en sordina—, quién es Liz Chen?

—Liz Chen es mi secretaria, coronel. Mi solicitud era para… —«¿para qué?», ansiaba gritar y luego, de repente, se le ocurrió la respuesta—, para establecer la configuración de seis filas de dos asientos a cada lado del pasillo en un helicóptero nuevo, el «X63». Los fabricantes querían una configuración distinta pero nuestros ingenieros opinan que este seis por cuatro aumenta la seguridad y facilita una salida más rápida en caso de emergencia. También se ahorra dinero y ade…

—Sí, muy bien —le interrumpió el coronel malhumorado—. Y repito, la HF no se utilizará sin permiso previo hasta que dé fin el estado de emergencia y, desde luego, no con mensajes cifrados. Ya han terminado de cargar el combustible y tiene autorización para el despegue inmediato. No está aprobado el aterrizaje mañana para recoger el cuerpo de la baja en el Zagros. Eco Tango Lima Lima puede aterrizar mañana entre las once y las doce horas de la mañana, sujeto a la confirmación por el cuartel general que se enviará a radar Kish. Buenas noches.

—Pero ya tenemos la aprobación en firme de Teherán, señor. Mi piloto se la entregó a su jefe de aterrizaje tan pronto como llegó.

El tono del coronel se hizo más duro si cabía.

—La autorización del lunes está pendiente de confirmación por parte del cuartel general de las Fuerzas Aéreas de Irán. *El cuartel general de las Fuerzas Aéreas de Irán*. Esto es una base de las Fuerzas Aéreas de Irán, ustedes están sometidos a la reglamentación y disciplina de las Fuerzas Aéreas de Irán y respetarán la reglamentación y disciplina de las Fuerzas Aéreas de Irán. ¿Lo ha entendido?

—Sí, señor —dijo Gavallan al cabo de una pausa—, lo he entendido, pero nosotros somos operadores civiles y…

—… y están en Irán, en una base de las Fuerzas Aéreas de Irán y, por lo tanto, sujetos a la reglamentación y disciplina de las Fuerzas Aéreas de Irán.

La transmisión enmudeció. Wazari, nervioso, empezó a ordenar su escritorio, ya perfectamente meticuloso.

DOMINGO

25 de febrero

XLVIX

ZAGROS-RIG BELLISSIMA: 11.05 DE LA MAÑANA. Bajo aquel frío mordiente, Tom Lochart miraba a Jesper Almqvist, el técnico en perforaciones; la inmensa clavija suspendida en aquel momento de un cable sobre el agujero de perforación al descubierto. A todo su alrededor solo se veían los restos calcinados del yacimiento y de los remolques resultantes del ataque terrorista con bombas, ahora ya enterrados a medias por la nieve que después volvió a caer.

—Bájalo más —gritó el joven sueco.

De inmediato, su ayudante, instalado en la pequeña cabina, puso el torno en marcha. Con gran dificultad, y en lucha contra el viento, Jesper guio la clavija hacia abajo; dentro del revestimiento metálico del pozo. La clavija consistía en una carga explosiva sobre dos cuencos metálicos alrededor de un aro recubierto con caucho. Lochart se dio cuenta de lo agotados que ambos estaban. Era el cuarto pozo que habían cubierto durante los tres últimos días, y todavía les faltaban cinco más, cuando solo les quedaban siete horas para el momento límite de la puesta de sol, y necesitaban de dos a tres horas de trabajo para cada pozo, en buenas condiciones…, una vez alcanzado el emplazamiento.

—Jodidas condiciones —farfulló Lochart, tan fatigado como los otros.

Demasiadas horas de vuelo desde que los Green Bands del comité decretaran la hora límite, demasiados problemas: ir de un lugar a otro para cerrar todo el campo con sus once emplazamientos, trasladarse precipitadamente a Shiraz para recoger a Jesper, trasladar equipos de hombres a Shiraz, repuestos a Kowiss,

decidiendo qué llevarse y qué dejar; así desde el alba hasta el crepúsculo. Imposible hacerlo todo en tan poco tiempo. Y, además, la muerte de Jordon, y Scot herido.

—¡Ya está, mantenla ahí! —gritó Jesper.

Volvió presuroso a la cabina, a través de la nieve. Lochart le vio comprobar la válvula de profundidad y, luego, apretar un botón. Hubo una explosión ahogada. Del agujero salió una pequeña nube de humo. Al punto, el ayudante retiró los restos del cable con el torno mientras Jesper se dirigía al pozo de nuevo, forzaba a la manga a cerrarse sobre el agujero perforado y lo dejaba todo listo.

—La carga explosiva une los dos cuencos —había explicado Jesper con anterioridad—, ello fuerza la cubierta de caucho contra el revestimiento metálico y queda cerrado. La cubierta dura un par de años. Cuando queráis abrirla de nuevo, volvemos, perforamos el tapón con otra herramienta especial, y queda como nuevo. Posiblemente.

Se limpió la cara con la manga.

—Larguémonos de aquí, Tom.

Caminó trabajosamente hasta la cabina. Hizo girar el principal interruptor eléctrico, metió todos los gráficos de la computadora en una cartera y luego cerró la puerta con llave.

—¿Y qué pasa con el equipo?

—Lo dejamos aquí. La cabina es segura. Subamos a bordo. Me estoy quedando hecho un carámbano. —Jesper se dirigió hacia el «206» aparcado en la plataforma—. Tan pronto como regresemos a Shiraz iré a ver a los de «IranOil» y les pediré autorización para regresar y recoger la cabina, junto con las otras. Once cabinas son una inversión demasiado alta para dejarlas abandonadas por ahí y sin trabajar. A la intemperie, bien cerradas, resisten un año. Están concebidas para soportar bien el mal tiempo, pero no los actos vandálicos. —Contempló los destrozos a su alrededor—. ¡Estúpido!

—Desde luego.

—¡Estúpido! Tenías que haber visto, Tom, a los ejecutivos de «IranOil» cuando les dije que te habían ordenado salir y que Mr.

Sera estaba cerrando el campo —murmuró Jesper entre sonrisas burlonas. Era rubio, de ojos azules—. Empezaron a chillar como cerdos durante la matanza, jurando y perjurando que no habían recibido órdenes del comité de que la producción fuera interrumpida.

—Todavía sigo sin comprender por qué no vinieron contigo y descalificaron a estos bastardos de aquí.

—Les invité a hacerlo y me dijeron que la semana próxima. Esto es Irán, jamás vendrán —dijo y miró hacia las instalaciones—. Solo este pozo produce dieciséis mil barriles diarios. —Se instaló en el asiento a la izquierda de Lochart, al tiempo que su ayudante, un bretón taciturno, subía atrás y cerraba la portezuela. Lochart se puso en marcha, con la calefacción al máximo.

—El próximo, Rig Maria, ¿no?

Jesper reflexionó un instante.

—Más valdrá dejarlo para el final. Rig Rosa es más importante. —Ahogó otro bostezo—. Allí tenemos que tapar dos y otro lo están perforando todavía. Los pobres infelices no han tenido tiempo para sacar los dos mil metros de tubería, de manera que habremos de cerrarlo con ella dentro. Un jodido despilfarro.

Se abrochó el cinturón, acercándose más a la fuente de calor.

—¿Y qué pasa entonces?

—Pura rutina —rio el joven—. Cuando quieras volver a abrirlo, se perfora el tapón y se empieza a pescar la tubería trozo a trozo. Lento, aburrido y costoso.

Otro inmenso bostezo. Cerró los ojos y, casi al instante, se quedo dormido.

Mimmo Sera recibió al «206» en Rig Rosa. El «212» se encontraba también en la plataforma con el motor en marcha, con Jean-Luc en los controles y los hombres cargando equipaje y subiendo a bordo.

—*Buon giorno*, Tom.

—Hola, Mimmo, ¿qué tal? —preguntó Lochart al tiempo que saludaba con la mano a Jean-Luc.

—Ahí van los últimos de mis hombres, excepto uno de ellos, para ayudar a Jesper. —Mimmo tenía los ojos lacrimosos por el cansancio —. No hubo tiempo de sacar la tubería del Tres.

—No hay problema…, lo taparemos con ella dentro.

—*Sí* —sonrió con aire cansado—. Imagínate todo el dinero que estás sepultando.

Jesper rompió a reír.

—A dos mil trescientos noventa metros…, tal vez te hagamos un precio especial.

Bonachón, el hombre de más edad hizo un expresivo gesto italiano.

—Os dejaré a los dos en ellos —dijo Lochart—. ¿Cuándo quieres que regrese a buscaros?

Jesper consultó su reloj. Era cerca del mediodía.

—Vuelve a por nosotros a las cuatro y media.

Lochart se dirigió hacia el «212».

Jean-Luc estaba prácticamente envuelto en prendas de abrigo y, a pesar de ello, lograba parecer elegante.

—Llevaré a este grupo directamente a Shiraz, son los últimos, salvo Mimmo y tu equipo.

—Bien. ¿Qué tal van las cosas abajo?

—Un caos. —Jean-Luc maldijo con tono apasionado—. Huelo el desastre, aún más desastre.

—Tú eres capaz de predecir desastres a todas horas…, salvo cuando estás en la cama. No hay de qué preocuparse, Jean-Luc.

—Claro que hay de qué preocuparse. —Jean-Luc vigiló por un instante la carga, ya casi terminada. Maletas, mochilas, dos perros, dos gatos y un cargamento completo de hombres, esperando impacientes. Luego, se volvió hacia Lochart, bajó la voz, y dijo con toda seriedad:

—Cuanto antes nos larguemos de Irán, será mejor, Tom.

—No, Zagros es solo un caso aislado. De cualquier manera, todavía sigo confiando en que Irán saldrá adelante. —En la mente

de Lochart se barajaba el «HBC», Sharazad y Torbellino. No había hablado con nadie de allí sobre Torbellino ni de su charla con Starke.

—Lo dejo en tus manos, Duke —le había dicho antes de irse—. Tú puedes exponer el caso mejor que yo, que soy absolutamente contrario a él.

—Claro. Estás en tu derecho. Mac dio el visto bueno a tu viaje a Teherán el lunes.

—Gracias. ¿Ha visto ya a Sharazad?

—No, Tom. Aún no.

«¿Dónde demonios estará?», se dijo, con un estremecimiento.

—Te veré en la base, Jean-Luc. Que tengas buen viaje.

—Asegúrate de que Scot y Rodrigues estén preparados para cuando yo regrese. Habré de hacer un recorrido rápido si quiero llegar a Al Shargaz esta noche.

La portezuela de la cabina se cerró de golpe. Jean-Luc miró en derredor y alzó los pulgares. Hizo un gesto de asentimiento.

—Me largo. Asegúrate de que Scot mantiene la boca cerrada, ¿eh? No quiero que nos echen del cielo con disparos. Aún sigo afirmando que el blanco era Scot. Nadie más.

Lochart asintió con gesto torvo, encaminándose luego hacia su «206».

El día anterior volaba de regreso desde Kowiss cuando, de madrugada, se produjo el desastre. En aquel momento, Jean-Luc se estaba levantando y miró, por pura casualidad, a través de la ventana.

—Jordon y Scot estaban muy cerca el uno del otro, transportaban repuestos entre los dos para cargar el «HIW» —había dicho a Lochart tan pronto como este tomó tierra—. No vi los primeros disparos, solo los oí, pero sí que vi a Jordon tambalearse y gritar, alcanzado en la cabeza, y a Scot mirar hacia los árboles, detrás del hangar. Luego, Scot se inclinó tratando de ayudar a Jordon… He visto demasiados hombres caer bajo los disparos para no saber que el pobre Effer estaba muerto antes de llegar al suelo. Entonces hubo más disparos, tres o cuatro, pero no eran de metralleta, más bien

parecían de un «M16» automático. Esa vez, Scot recibió un impacto en el hombro que le hizo girar y caer sobre la nieve junto a Jordon, cuyo cuerpo le cubrió a medias, quedando Jordon entre él y los árboles. Después, los disparos empezaron de nuevo, dirigidos contra Scot, Tom, ¡estoy seguro!

—¿Cómo puedes estarlo, Jean-Luc?

—Tengo la absoluta certeza. Effer se encontraba directamente en la línea de fuego, ¡directamente!, y recibió todos los impactos. Los atacantes no disparaban contra la base, su único blanco era Scot. Agarré mi pistola «Very» y salí corriendo. No vi a nadie pero, así y todo, empecé a disparar en dirección a los árboles. Cuando llegué junto a Scot, este temblaba de pies a cabeza y Jordon estaba hecho una lástima, había recibido alrededor de ocho impactos. Llevamos a Scot al médico. Se encuentra bien, Tom. Una herida en el hombro. Estuve viendo cómo lo curaban. La herida es limpia y la bala atravesó la parte carnosa.

Lochart había ido inmediatamente a ver a Scot en la sala del remolque al que llamaban la enfermería.

—Está bien, capitán —había dicho Kevin O'Sweeney, el médico.

—Sí —afirmó Scot, con la cara pálida y todavía conmocionado—. De verdad que estoy bien, Tom.

—Déjame hablar con Scot un momento, Kevin.

Una vez que estuvieron solos habló con calma.

—¿Qué sucedió mientras estuve fuera, Scot? ¿Viste al Khan Nitchak? ¿A alguien de la aldea?

—No. A nadie.

—¿Y no has hablado con nadie de lo ocurrido en la plaza?

—No, no, en absoluto. ¿Por qué? ¿A qué viene todo esto, Tom?

—Jean-Luc piensa que el blanco eras tú. No Jordon ni la base. Solo tú.

—¡Dios mío! ¿Entonces, el viejo Effer se la ha cargado por mi culpa?

Lochart recordaba lo desolado que se había mostrado Scot. Sobre la base se cernía la inquietud, mientras todos seguían

trabajando a un ritmo frenético, embalando los repuestos en cajas, cargando los dos «212», el «206» y el «Alouette» para ese mismo día, el último en Zagros. El único momento animado fue la cena del día anterior, con una barbacoa de pierna de cabra salvaje fresca que Jean-Luc cocinara con ingentes cantidades de delicioso arroz iraní y horisht.

—Una barbacoa estupenda, Jean-Luc —le había dicho.

—Sin el ajo francés y mi habilidad, esto hubiera sabido a viejo cordero inglés, ¿verdad?

—¿La compró el cocinero en la aldea?

—No, fue un regalo. El joven Darius, el que habla inglés, nos trajo el animal entero el viernes, como un regalo de la mujer de Nitchak.

De repente, la carne que Lochart tenía en la boca le había sabido a rayos.

—¿Su mujer?

—*Oui*. El joven Darius dijo que ella la había matado esta misma mañana. *Mon Dieu*, ignoraba que fuera cazadora. ¿Lo sabías tú? ¿Qué pasa, Tom?

—¿Para quién era el regalo?

Jean-Luc había fruncido el entrecejo.

—Para mí y para la base… En realidad Darius dijo: «Esto es de la kalandaran para la base y en agradecimiento por la ayuda de Francia al Imán, que Dios la proteja». ¿Por qué?

—Por nada —había dicho Lochart, pero, más tarde, hizo un aparte con Scot—. ¿Estabas aquí cuando Darius entregó la cabra?

—Sí, en efecto, estaba. Me encontraba en la oficina y le di las gracias y… Ahora que pienso en ello, Darius, cuando ya se iba, dijo: «Es una suerte que la kalandaran sea tan excelente tiradora, ¿verdad?». Yo le contesté: «Sí, es fantástico». Me habré descubierto, ¿no? —La palidez se extendía por su rostro.

—Sí…, y si a eso le añades mi desliz, que ahora, ahora estoy seguro se trataba de una deliberada encerrona, porque yo caí en la

trampa también… sí, ahora Nitchak sabe que somos dos los posibles testigos contra la aldea.

La noche anterior y durante todo ese día Lochart se había estado preguntando qué podría hacer, cómo abandonarían la base Scot y él, y seguía sin encontrar solución.

Subió al «206» con aire ausente, esperó a que Jean-Luc diera la salida y despegó. En aquellos momentos, sobrevolava la Ravine de los Broken Camels. La carretera que conducía a la aldea se encontraba todavía sepultada bajo las toneladas de nieve arrastradas por la avalancha. «Jamás podrán quitarla», se dijo. En la ondulada meseta pudo ver rebaños de ovejas y cabras con sus pastores. Delante de él se alzaba la aldea Yazdek. La rodeó. La escuela era una cicatriz en la tierra, negra entre la blancura. En la plaza había algunos aldeanos que levantaron la vista por un instante para seguir luego con sus asuntos. «No sentiré irme —pensó—. Sobre todo después de que Jordon fuera asesinado aquí… Zagros Tres jamás volverá a ser el mismo».

En la base reinaba el caos, por todas partes pululaban hombres, los últimos llevados allí desde otros yacimientos y preparados para ir a Shiraz y luego salir de Irán. Unos mecánicos exhaustos, que maldecían sin parar, seguían embalando repuestos, amontonando cajas y equipajes para su trasbordo a Kowiss. Antes de que pudiera bajar de la carlinga, llegó el ténder para repostar con Freddy Ayre alegremente sentado en el capó. A sugerencia de Starke, Lochart había llevado el día anterior a Ayre y a otro piloto, Claus Schwartenegger, para remplazar a Scot.

—Ahora me ocuparé yo, Tom —dijo Ayre—. Ve a comer.

—Gracias, Freddy. ¿Qué tal están las cosas?

—Desastrosas. Claus puede llevarse otro cargamento de repuestos a Kowiss y estará de regreso a tiempo para el último. Con la puesta de sol yo cogeré el «Alouette», está cargado a tope, y aún más. ¿En cuál quieres volar tú?

—El «212». Llevaré a Jordon a bordo. Claus puede coger el «206». ¿Te diriges a Shiraz?

—Sí, todavía tenemos que recoger allí a diez individuos. Estaba pensando, humm, en coger cinco pasajeros en lugar de cuatro en los dos vuelos. ¿Qué te parece?

—Si son lo bastante pequeños, sin equipaje y siempre que yo no te vea. ¿De acuerdo?

Ayre se echó a reír. El frío hacía resaltar más las huellas de los golpes.

—Están todos tan ansiosos que no creo que les preocupe mucho el equipaje…, uno de los muchachos dijo que había oído disparos cerca.

—Quizás alguno de los aldeanos estaba de caza.

Sus temores resurgieron ante el espectro de la cazadora con su potente rifle o el de cualquiera de los kash'kai, todos ellos expertos tiradores. «Nos encontramos tan condenadamente impotentes», se dijo. Pero evitó tenazmente que su rostro lo reflejara.

—Que tengas un buen viaje, Freddy.

Luego se fue a la cocina a tomar algo de horisht caliente.

—Agha —le dijo el cocinero, nervioso, rodeado de sus cuatro ayudantes—. Tenemos pendiente la paga de dos meses…, ¿qué va a pasar con nuestra paga y con nosotros?

—Ya te lo he dicho, Alí. Os volveremos a llevar a Shiraz, que es de donde vinisteis. Os pagaremos allí y, tan pronto como me sea posible, os enviaré la correspondiente mensualidad de indemnización. Seguid en contacto a través de «IranOil» como de costumbre. Cuando volvamos aquí, os daremos de nuevo vuestro trabajo.

—Gracias, Agha. No quiero seguir entre estos bárbaros —dijo nervioso—. ¿Cuándo, esta tarde? —Hacía un año que el cocinero estaba con ellos. Era un hombre delgado, pálido, con úlcera de estómago.

—Antes de ponerse el sol. A las cuatro en punto empezaréis a limpiarlo todo y a dejarlo ordenado y listo.

—Pero ¿para qué todo esto, Agha? Tan pronto como nos vayamos, esos piojosos de yazdehs vendrán y lo robarán todo.

—Lo sé —dijo cansado Lochart—. Pero vosotros lo dejaréis todo limpio y ordenado y yo cerraré la puerta con llave. Tal vez no vengan.

—Hágase la Voluntad de Dios, Agha. Pero vendrán.

Lochart terminó de comer y se fue a la oficina. Scot Gavallan estaba allí, con expresión cansada y el brazo dolorido y en cabestrillo. La puerta se abrió y entró Rodrigues, con grandes ojeras oscuras y la tez cenicienta.

—Hola, Tom. No te habrás olvidado, ¿verdad? —preguntó ansioso —. Yo no figuro en el manifiesto.

—No hay problema, Scot. Rod irá con el «HJX». Haré el viaje contigo y Jean-Luc a Al Shargaz.

—Estupendo. Pero yo estoy bien, Tom. Creo que prefiero ir a Kowiss.

—¡Por todos los santos! Irás a Al Shargaz y no hay más que hablar —Tom enrojeció ante aquella explosión.

—Sí. Muy bien, Tom. —A renglón seguido salió de la habitación.

—¿Qué quieres que enviemos con el «HJX», Tom? —preguntó Rodrigues rompiendo el silencio.

—¿Cómo diablos voy a saberlo, por Cr…? —Lochart calló—. Lo siento. Debe de ser el cansancio. Lo siento.

—No tiene importancia, Tom. A todos nos pasa lo mismo. Tal vez debamos enviarlo vacío, ¿eh?

Lochart hizo un esfuerzo para dominar su fatiga.

—No, haz que suban a bordo el motor de recambio y algunos otros repuestos del «212» para completar el cargamento.

—Desde luego. Así irá bien. Tal vez te…

La puerta se abrió y volvió a entrar rápidamente Scot.

—¡El Khan Nitchak! ¡Mira por la ventana!

Veinte o más hombres subían por el sendero desde la aldea, Todos iban armados. Otros se habían desplegado ya por la base. El Khan Nitchak caminaba en dirección al remolque de la oficina. Lochart se acercó a la ventana de atrás, abriéndola.

—Vete a mi cabaña, Scot y mantente alejado de las ventanas, no dejes que nadie te vea, ¡y no te muevas hasta que yo vaya! ¡De prisa!

Scot saltó desmañadamente por la ventana y se alejó presuroso, Lochart cerró de nuevo.

La puerta se abrió. Lochart se puso en pie.

—Salaam, Kalandar.

—Salaam. Por los bosques cercanos han sido vistos forasteros. Los terroristas deben de haber vuelto, así que he venido para protegeros —explicó el Khan Nitchak aunque su mirada era dura—. Hágase la Voluntad de Dios, pero lamentaría que hubiera más muertes antes de que os fueseis. Permaneceremos aquí hasta la puesta de sol.

Luego se alejó.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Rodrigues que no entendía farsi.

Lochart se lo dijo y vio cómo temblaba.

—No pasará nada, Rod —le animó, disimulando sus propios temores.

No había forma de que pudieran despegar o tomar tierra sin sobrevolar el bosque, bajo, despacio y presentando un blanco perfecto. «¡Terroristas! ¡Mierda! Nitchak sabe lo de Scot, está enterado de que yo lo sé también y apostaría mi vida a que tiene tiradores de primera apostados por todas partes. Si permanece aquí hasta la puesta de sol no habrá manera de escurrirse, sabrá en qué helicóptero vamos. Insha'Allah, Insha'Allah, pero, entretanto, ¿qué diablos voy a hacer?».

—El Khan Nitchak conoce el terreno —dijo tranquilamente a Rod, no queriendo asustarle. Bastante pánico había ya en la base sin necesidad de aumentarlo—. Nos protegerá, Rod, si es que están ahí. ¿Está embalado el motor de repuesto?

—¿Cómo? Sí, desde luego, Tom. Ya está embalado.

—Ocúpate tú de que lo carguen. Te veré luego. No te preocupes.

Durante largo tiempo, Lochart permaneció con la mirada clavada en la pared. Cuando llegó el momento de regresar a Rig Rosa,

Lochart fue en busca del Khan Nitchak.

—Supongo que querrás comprobar que hemos cerrado Rig Rosa convenientemente, Kalandar. ¿Acaso no está en tus tierras? —le dijo, y aun cuando el viejo se mostrase reacio, finalmente, y con gran alivio, le convenció con halagos de que le acompañara. Con el Khan a bordo, Lochart sabía que estaría a salvo por el momento.

«De momento, todo va bien —se dijo—. Tendré que ser el último en irme. Hasta que Scot y yo estemos bien lejos, he de andar con mucho tiento y astucia. Ahora hay demasiado en juego: Scot, los muchachos, Sharazad, todo».

EN RIG ROSA: 5.00 DE LA TARDE. Por entre los pinos, Jesper conducía su camión a buena velocidad por el sendero que conducía hasta el último pozo que había de cerrarse. A su lado iba sentado Mimmo Sera; su ayudante y el peón iban en la parte de atrás. Tarareaba quedo, sobre todo para mantenerse despierto. La meseta era grande, un kilómetro casi entre los pozos, y el paisaje era hermoso y silvestre.

—Vamos retrasados —murmuró Mimmo con voz cansada, viendo cómo el sol se iba retirando—. *Stronzo!*

—Le daremos un empujón —dijo Jesper. En el bolsillo llevaba la última tableta de chocolate energético que compartió con Mimmo—. Esto se parece mucho a Suecia —dijo Jesper, deslizándose por una curva, y emborrachándose con la velocidad.

—Nunca he estado en Suecia. Ahí lo tenemos —dijo Mimmo.

El pozo se encontraba en un calvero, ya en funcionamiento y produciendo doce mil barriles diarios. Todo el campo era inmensamente rico en petróleo. Sobre el pozo había una columna gigante de válvulas y tuberías, a la que llamaban «Árbol de Navidad», que conectaba con el oleoducto principal.

—Este fue el primero que perforamos —dijo con aire ausente—. Antes de que tú vinieras.

Cuando Jesper paró el motor, se hizo un silencio misterioso. Allí se necesitaban bombas para subirlo a la superficie: una abundante presión de gas aprisionada por la bóveda de petróleo a una profundidad de miles de metros, hacía el trabajo de ellos y seguiría haciéndolo durante años.

—No tenemos tiempo para cerrarlo bien, Mr. Sera, a menos que quiera retrasar nuestra bienvenida.

Mimmo sacudió la cabeza al tiempo que se encasquetaba su gorra de lana hasta las orejas.

—¿Cuánto tiempo resistirán las válvulas?

Jesper se encogió de hombros.

—Deberían durar todo el tiempo que fuera necesario, pero sin que se ocupen de ellas ni las inspeccionen de vez en cuando… No lo sé. Por tiempo indefinido a menos que tengamos una oleada de gas o una de las válvulas o cierres sean defectuosos.

—*Stronzo!*

—*Stronzo!* —repitió amablemente Jesper, al tiempo que hacía una señal a su ayudante y al peón para que lo siguieran—. Nos limitaremos a cerrarlo, sin taponarlo.

La nieve crujía bajo sus pies. El viento agitaba las copas de los árboles. Entonces, oyeron el ruido del motor del helicóptero que volvía de la base.

—Pongamos manos a la obra.

Se encontraban a menos de un kilómetro del helipuerto y ocultos a la vista del edificio principal. Mimmo, irritado, encendió un cigarrillo y, apoyado en el capó, observó a los tres hombres trabajar con diligencia. Estaban luchando con las válvulas, pues algunas de ellas se habían atascado. Entonces, cogieron una enorme llave inglesa para desprenderlas, luego la bala rebotó en el «Árbol de Navidad» seguida del cracccc, cuyo eco resonó por todo el bosque. Todos ellos se quedaron inmóviles. Esperaron. Nada.

—¿Vieron de dónde venía? —musitó Jesper. Nadie le contestó. Esperaron. Nada—. ¡Vamos a terminar! —dijo y de nuevo descargó todo su peso sobre la llave inglesa.

Los otros se adelantaron para ayudarle. De inmediato, hubo otro disparo y la bala atravesó el parabrisas del camión, hizo un orificio en la pared de la cabina, reventó la pantalla de una computadora, y destrozó parte del equipo eléctrico antes de salir por el otro lado. Silencio.

No había movimiento por parte alguna. Solo el viento y algunos copos de nieve que caían, agitados por él. Los jets del helicóptero, aullaban ahora en la zona de aterrizaje.

—Solo estamos cerrando el pozo, Excelencias, para mayor seguridad —gritó Mimmo Sera en farsi—. En cuanto lo hayamos cerrado, nos iremos. —Esperaron de nuevo. No hubo respuesta. Y otra vez—: Solo estamos asegurando el pozo. Haciéndolo seguro para Irán…, no para nosotros. Para Irán y el Imán… ¡Es vuestro petróleo, no el nuestro!

Esperaron de nuevo pero ni un solo ruido, solo los normales del bosque. En alguna parte, muy lejos, un animal gritó.

—Mamma mia! —dijo Mimmo con la voz ronca de tanto gritar. Luego, se adelantó y cogió la llave inglesa…, la bala le pasó silbando junto a la cara, tan cerca que sintió el aire que desplazaba. Su sobresalto fue repentino y hondo. La llave inglesa se le escapó de las manos.

—Todo el mundo al camión. Nos vamos.

Dio media vuelta y subió al asiento delantero, seguido por los otros. Salvo Jesper. Este recogió la llave inglesa y cuando vio el desastre que la bala perdida había causado en *su* cabina, en *su* equipo, su gesto se hizo torvo, estalló su ira y arrojó la llave inglesa hacia el bosque con una maldición. Permaneció allí, en pie, durante un momento, con las piernas algo separadas, sabiendo que era un blanco fácil aunque, de repente, sin importarle en absoluto.

—*Förbannades shitdjävlarrrrrrr!*

—¡Sube al coche! —le conminó Mimmo.

—*Förbannades shitdjävlar* —farfulló Jesper, infinitamente complacido con su obscenidad sueca. Luego, subió y se instaló en el asiento del conductor. El camión volvió por el mismo camino que

llegara y cuando ya hubieron desaparecido de la vista, una ráfaga de disparos estalló desde ambos lados del bosque estrellándose las balas contra el «Árbol de Navidad», abollando el metal y desapareciendo sibilantes en la nieve o en el cielo. Después, silencio. Y entonces, alguien rio al tiempo que gritaba: «Allahhhh-u Akbarrrr…».

Contestó el eco. Luego, se extinguió.

EN ZAGROS TRES: 6.38 DE LA TARDE. El sol tocaba el horizonte. Los últimos repuestos y el equipaje habían sido subidos a bordo. Los cuatro helicópteros se encontraban alineados, dos «212», el «206» y el «Alouette». Los pilotos, preparados. Jean-Luc yendo de arriba a abajo realmente irritado, debido a que las salidas habían sido retrasadas por el Khan Nitchak quien, horas antes, y de forma arbitraria, había ordenado que todos los aparatos despegaran juntos, lo que imposibilitó a Jean-Luc llegar a Al Shargaz, solo pudo ir a Shiraz para pernoctar allí, ya que estaba prohibido surcar de noche el cielo iraní.

—Explícaselo otra vez, Tom —pidió Jean-Luc furioso.

—Te ha dicho a ti que no, me ha dicho a mí que no, así que es no. Y de cualquier manera, ya es condenadamente tarde. ¿Preparados, Freddy?

—Sí —contestó Ayre irritado—. Estamos esperando hace una hora o más.

Lochart se dirigió con rostro adusto en busca del Khan Nitchak que había captado toda la ira e irritación y veía el desconcierto de los extranjeros con íntima satisfacción. En pie, junto a Nitchak, se encontraba el Green Band, que Lochart presumía perteneciese al comité, y algunos aldeanos. El resto se había ido yendo a lo largo de la tarde. «Para adentrarse en el bosque», se dijo con la boca seca.

—Ya casi hemos terminado, Kalandar.

—Hágase la Voluntad de Dios.

—El último cargamento, Freddy. ¡Ahora!

Se quitó la gorra de visera y los demás le imitaron mientras Ayre, Rodrigues y dos mecánicos sacaban del hangar a hombros el ataúd de factura artesana y lo llevaban a través de la nieve hasta el helicóptero «212» de Jean-Luc, subiéndolo a bordo con sumo cuidado. Una vez que hubieron terminado, Lochart se hizo a un lado.

—A bordo el grupo de Shiraz.

Estrechó las manos de Mimmo, Jesper, el peón y el ayudante de Jesper a medida que todos ellos iban subiendo a bordo, instalándose entre el equipaje, los repuestos y el ataúd. Mimmo y su trabajador italiano se santiguaron, inquietos, y luego se abrocharon los cinturones.

Jean-Luc se sentó en el asiento del piloto y Rodrigues lo hizo junto a él. Lochart se volvió hacia el resto de los hombres.

—¡Todos a bordo!

Vigilados cuidadosamente por el Khan Nitchak y el Green Band, los demás hombres subieron a los aparatos. Ayre pilotaba el «Alouette», Claus Schwartenegger el «206». Los asientos iban repletos, los tanques llenos al igual que la zona de carga, y, sujetas con correas a los portapatines exteriores, palas de repuesto de rotor. El «212» de Lochart estaba atestado y por encima del máximo.

—Para cuando lleguemos a Kowiss, habremos consumido mucho combustible, de manera que seremos legales; de cualquier manera, todo el recorrido es hacia abajo —había dicho a todos los pilotos cuando, horas antes, les pusiera al corriente.

Ahora, se encontraba solo, en pie sobre la nieve, todo el mundo con los cinturones abrochados y las portezuelas ya cerradas.

—¡En marcha! —ordenó, sintiendo que su tensión crecía. Había informado al Khan Nitchak que había decidido actuar como jefe de los despegues.

Nitchak y el Green Band se acercaron a Lochart.

—El joven piloto, el que estaba herido, ¿dónde se encuentra?

—¿Quién? Ah, Scot. Aquí no, está en Shiraz, Kalandar —dijo Lochart y vio al viejo enrojecer de furia y al Green Band mirarle boquiabierto—. ¿Por qué?

—¡Eso no es posible! —exclamó el Green Band.

—No le he visto subir a bordo, así que debe de haberse ido en un vuelo anterior… —Lochart hubo de levantar la voz ahogada por el creciente rugido de los jets, todos los motores acelerando ya—…, en un vuelo anterior, mientras estábamos en Rig Rosa y Maria, Kalandar. ¿Por qué?

—Eso no es posible, Kalandar —repitió asustado el Green Band al volverse el anciano hacia él—. ¡He vigilado con todo cuidado!

Lochart pasó inclinado por debajo de las palas giratorias y se acercó a la ventanilla correspondiente al asiento del piloto del «212», el de Jean-Luc, sacando un grueso sobre blanco.

—Toma esto, Jean-Luc, y, *bonne chance!* —le dijo al tiempo que se lo entregaba—. ¡Despega ya!

Por un instante, pudo ver la sombra de una sonrisa, mientras se apartaba para ponerse a buen recaudo mientras Jean-Luc daba el máximo de potencia para un despegue rápido. El helicóptero se alzó y comenzó a alejarse mientras el viento de sus palas le agitaba la ropa y las de los aldeanos y los jets ahogaban lo que el Khan Nitchak estaba gritando.

De manera simultánea, y también por acuerdo previo anterior, Ayre y Schwartenegger aceleraron sus motores, apartándose uno del otro antes de ascender, lenta y trabajosamente por encima de los árboles. Lochart los siguió con la mirada, esperanzado, cuando el Green Band, furioso, lo cogió por la manga y le obligó a dar media vuelta.

—¡Has mentido! —vociferó el hombre—. ¡Has mentido al kalandar! ¡El joven piloto no se fue antes! Yo le hubiera visto, he estado vigilando con todo cuidado. ¡Dile al kalandar que has mentido!

Lochart se soltó violentamente de la tenaza de aquel hombre, consciente de que cada segundo significaba unos cuantos metros más de altura, unos cuantos metros más hacia la seguridad.

—¿Por qué habría de mentir? Si el joven piloto no está en Shiraz entonces, estará aquí. Registren el campamento, registren mi avión.

¡Vamos, registren primero mi avión! —Se acercó a su «212» permaneciendo junto a él con la portezuela abierta, viendo por el rabillo del ojo el «212» de Jean-Luc sobrevolando ya los árboles; Ayre, excesivamente cargado, lográndolo apenas; y el «206» todavía ascendiendo penosamente—. ¡Por todos los Nombres de Dios, registrémolo! —gritó, atrayendo la atención hacia sí para apartarla de los helicópteros que se alejaban pesadamente, en la confianza de que Nitchak y el Green Band no registraran su aparato sino todo el campamento—. ¿Cómo podría un hombre esconderse aquí? ¡Imposible! ¿Qué me dicen de la oficina o de los remolques? Acaso se esté ocultando…

El Green Band sacó el arma de su funda y le apuntó con ella.

—Dile al kalandar que mentiste o morirás.

Sin apenas esfuerzo, el Khan Nitchak, irritado, arrebató el arma de las manos del joven y la arrojó a la nieve.

—¡Yo soy la ley en Zagros, no tú! ¡Vuelve a la aldea!

El Green Band obedeció al instante, aterrado.

Los aldeanos esperaban y vigilaban. La expresión del Khan Nitchak era inmutable, y sus ojillos iban de un helicóptero a otro. Ahora ya se habían alejado aunque no lo suficiente para quedar fuera del alcance de los tiradores que apostara alrededor de la base al llegar, para disparar tan solo a una señal suya, solo suya. Uno de los helicópteros más pequeños se ladeaba, sin dejar de subir lo más veloz que podía, girando en derredor en un amplio círculo. «Para vigilarnos —se dijo el Khan Nitchak—, para ver lo que pasa ahora. Hágase la Voluntad de Dios».

—Es peligroso derribar las máquinas del cielo —le había dicho su mujer—. Eso descargaría la ira sobre nosotros.

—Lo harán los terroristas, no nosotros. El joven piloto nos vio y el piloto kalandar que habla farsi está enterado. No deben escapar. Los terroristas no tienen piedad, nada les importa la ley y el orden y, ¿cómo desaprobar su existencia? ¿Acaso estas montañas no son de antiguo refugio de bandidos? ¿Es que no hemos expulsado a los

terroristas dentro de los límites de nuestra fuerza? ¿Qué podemos hacer para evitar la tragedia…? Nada.

Y ahora, ante él, se encontraba el último de los Infieles, su principal enemigo, el que le había engañado, mentido y hecho desaparecer al otro diablo. «Al menos este no escapará —se dijo—. Solo una punta de sol quedaba en el horizonte. Mientras la miraba, desapareció».

—La paz sea contigo, piloto.

—Y contigo, kalandar, Dios te vigila —dijo Lochart lacónico—. Ese sobre que di a mi piloto francés… ¿Me viste dárselo?

—Sí, sí, lo vi.

—Es una carta dirigida al Comité Revolucionario de Shiraz, con una copia para el kalandar iraní en Dubai, del otro lado del Gran Mar, firmado por el joven piloto y por mí como testigo, contando con todo detalle los pormenores de lo ocurrido en la plaza de la aldea: qué se hizo, quién lo hizo, a quién, quién murió a causa de los disparos, el número de hombres atados en el camión de los Green Bands antes de que fuera despeñado por la Ravine de los Broken Camels, la forma en que Nasiri fue asesinado, tus terr…

—¡Mentiras, todo mentiras! Por el Profeta, ¿qué es esa palabra de asesinato? ¿Asesinato? Eso se queda para los bandidos. El hombre murió por…, la Voluntad de Dios —exclamó el viejo, hosco, consciente de que los aldeanos miraban a Lochart boquiabiertos—. Era partidario del satánico Sha, con el que seguramente pronto te encontrarás tú en el infierno.

—Tal vez sí o tal vez no. Acaso mi leal servidor que fuera asesinado aquí por unos cobardes hijos de perro se lo haya contado ya al Único Dios y el único Dios sabe quién dice la verdad.

—No era musulmán, no servía al Islam y…

—Pero era cristiano y los cristianos sirven al Único Dios y el hombre de mi tribu fue asesinado por cobardes en una emboscada, hijos de perro sin valor que solo saben disparar emboscados…, comedores de mierda seguramente, hombres de la Mano Izquierda y malditos. Es verdad que fue asesinado como el otro cristiano en el

yacimiento. ¡Y por Dios y el Profeta de Dios que sus muertes serán vengadas!

El Khan Nitchak se encogió de hombros.

—Terroristas —afirmó bravucón aunque muy asustado—. Los terroristas lo hicieron. Claro que fueron los terroristas. En cuanto a la carta, todo son mentiras y más mentiras, el piloto es un mentiroso, todos sabemos lo que ocurrió en la aldea. Todo lo que dijo es mentira.

—Razón de más para que la carta no sea entregada —dijo Lochart, eligiendo sus palabras con suma cautela—. Por lo tanto, haz el favor de protegerme de los «terroristas» mientras me voy con el helicóptero. Solo yo puedo evitar que sea entregada.

El corazón le latía con fuerza mientras observaba al anciano sacar un cigarrillo, sopesando los pros y los contras, y encenderlo con el mechero de Jordon, y volvía a preguntarse cómo podría vengar el asesinato de Jordon, todavía una parte sin resolver del plan que hasta el momento se había desarrollado a la perfección: el haber sacado de la base al Khan Nitchak, excesivamente vigilante; el meter a Scot Gavallan en el ataúd para ser llevado a bordo del «212» de Jean-Luc, mientras que el cuerpo de Jordon, envuelto en un sudario, había sido colocado en la larga caja que una vez contuviera los rotores de cola, para ser cargada en su «212»; el que los tres helicópteros, la carta, despegasen juntos. Todo perfectamente, como lo tenían planeado.

Y ahora había llegado ya el momento de poner fin. Ayre, con su «Alouette», sobrevolaba en círculos, fuera ya del alcance de los tiradores.

—Salaam, kalandar. La justicia de Dios sea contigo —dijo al tiempo que se encaminaba hacia el helicóptero.

—Yo no tengo poder sobre los terroristas —dijo, y al ver que Lochart no se detenía, el Khan Nitchak gritó más fuerte—. ¿Por qué habría de detener la entrega de mentiras, eh?

Lochart subió a la carlinga, ansiando encontrarse ya lejos, ahora, aquel lugar y el viejo le resultaban aborrecibles.

—Porque, ante Dios, lamento las mentiras.

—Ante Dios, ¿detendrías la entrega de esas mentiras?

—Ante Dios, haré que esa carta sea destruida por el fuego. La justicia de Dios sea contigo, kalandar, y con Yazdeh.

Accionó la puesta en marcha. El primer jet funcionó. Las palas empezaron a girar por encima de su cabeza. Nuevas palancas. El segundo motor se puso en marcha y, durante todo ese tiempo, Lochart no perdió al viejo de vista. «Ojalá te pudras en el infierno —se dijo—, que la sangre de Jordon caiga sobre tu cabeza, y también la de Gianni, estoy seguro de que fuiste tú, aunque jamás podré probarlo. Y acaso también la mía».

Esperaba. «Todas las agujas en verde. Levanta el vuelo».

El Khan Nitchak vio al helicóptero ascender renqueante, vacilar, luego girar lentamente y empezar a alejarse. «Sería tan fácil alzar la mano —se dijo—, y de inmediato, el Infiel y su monstruo aullador se convertirían en una pira funeraria cayendo del cielo. Y en cuanto a la carta, mentiras, todo mentiras.

»¿Dos hombres muertos? Todo el mundo sabe que murieron por su propia culpa. ¿Acaso les invitamos a que vinieran aquí? No, lo hicieron por su cuenta, para explotar nuestras tierras. Si no hubieran venido aquí, todavía estarían vivos y esperando ir al infierno que, inevitablemente, se merecían».

Sus ojos no se apartaron por un instante de la máquina aérea. Todavía quedaba mucho tiempo. Fumaba despacio, disfrutando intensamente del cigarrillo, disfrutando con el conocimiento que tenía de poder acabar con aquella enorme máquina con solo alzar la mano. Pero no lo hizo. Recordó el consejo de la kalandar y encendió otro cigarrillo con la colilla del anterior, esperando paciente. Pronto se escuchó, lejano, el aborrecido ruido de los motores, desvaneciéndose rápidamente y entonces, sobre su cabeza, vio cómo la otra máquina del aire más pequeña dejaba de trazar círculos y se alejaba también en dirección Suroeste.

Una vez que todo ruido Infiel se hubo desvanecido por completo, consideró que la paz había vuelto de nuevo a su Zagros.

—¡Prended fuego a la base! —ordenó a los otros.

Las llamas se alzaron pronto hacia el cielo. Arrojó el encendedor al fuego, sin sentir pena en absoluto por desprenderse de él y, satisfecho, regresó paseando a casa.

LUNES

26 de febrero

L

EN LAS CERCANÍAS DE LA BASE AÉREA DE BANDAR DELAM: 9.16 DE LA MAÑANA. Bajo la lluvia torrencial la furgoneta «Subaru», con la insignia «Iran-Toda» en las portezuelas, se deslizaba veloz por la carretera, los limpiaparabrisas funcionando a todo gas, por la carretera llena de baches y de inmensos charcos y con el conductor iraní. Scragger se sentaba, incómodo, junto a él y en la parte de atrás, un mecánico de radio japonés se sujetaba lo mejor que podía. Delante de ellos, y a través de la cortina de agua, Scragger vio un viejo autobús renqueante ocupando casi toda la carretera y ya no muy lejos la circulación habitual.

—Dile que vaya más despacio, Minoru. Repíteselo —dijo Scragger —. Es un estúpido.

El joven japonés se inclinó hacia delante y habló con energía en farsi. El conductor asintió con expresión benévola, y sin hacerle el menor caso. Puso la palma de la mano sobre la bocina y la mantuvo allí. Se desvió, de repente, hasta casi el otro lado de la carretera, y adelantó al autobús, acelerando cuando debía haber frenado, patinando, recuperándose y pasando por milagro por el hueco, cada vez más angosto, que había entre el autobús y el coche que llegaba en dirección contraria, los tres vehículos hacían sonar desaforadamente sus respectivas bocinas.

Scragger volvió a maldecir entre dientes. El conductor, un joven barbudo, apartó su atención de la carretera con el rostro resplandeciente y dijo algo en farsi al tiempo que se hundía en un gran bache produciendo una auténtica ducha. Minoru tradujo.

—Dice que, con la Ayuda de Dios, estaremos en el aeropuerto dentro de unos minutos, capitán Scragger.

—Con la Ayuda de Dios estaremos allí en una pieza y no en cincuenta.

Scragger hubiera preferido ser él quien condujera, pero no se lo habían permitido, como tampoco se permitía conducir al personal de «Iran-Toda».

—Hemos descubierto que se trata de una buena política, capitán Scragger, siendo lo que aquí son las carreteras, el código de circulación y los iraníes —le había explicado Watanabe, el ingeniero que estaba al frente—. Pero Mohammad es uno de nuestros mejores conductores, y digno de confianza. Le veré a usted esta tarde.

Scragger divisó ya, aliviado, el aeropuerto. Green Bands montaban vigilancia junto a la verja. El conductor no les prestó la menor atención, atravesó como un rayo la entrada y se detuvo con una nueva rociada de agua delante del edificio de oficinas de dos pisos.

—Allah-u Akbar —dijo, orgulloso.

Scragger exhaló profundamente.

—Allah-u Akbar ha sido —repuso Scragger al tiempo que se desabrochaba el cinturón de seguridad y cogía el paraguas mientras miraba a su alrededor pues era la primera vez que estaba allí. Una pista inmensa y una pequeña torre; algunas ventanas rotas, otras, cegadas con tablas; el edificio de dos pisos de las oficinas abandonado, con más ventanas rotas; remolques de la compañía «S-G»; hangares excelentes, cerrados en esos momentos a causa de la tormenta, con impactos de bala por doquier, y en las paredes de los remolques. Lanzó un silbido recordando lo que le contaran sobre la lucha entre los Green Bands y los muyahidines. «Debió de haber sido mucho peor de lo que dice Duke», se dijo.

Dos aviones jet de pasajeros, gemelos, de la «Royal Iran Air» se encontraban aparcados al azar, el «Royal» borrado toscamente con pintura negra, los neumáticos pinchados, las ventanillas de la carlinga resquebrajadas, y los aparatos abandonados a su suerte.

«Condenado sacrilegio», farfulló, cuando vio cómo la lluvia entraba a raudales en las carlingas.

—Minoru, hijo mío, dile a Mohammad que no mueva un solo músculo hasta que estemos preparados para irnos, ¿de acuerdo?

Minoru hizo lo que se le había dicho y luego salió detrás de Scragger, bajo la lluvia. Este permaneció en pie, junto al coche, sin saber adónde ir. De repente, una de las puertas del remolque se abrió.

—¡*Mein Gott*, Scrag! Me pareció que eras tú… ¿Qué diablos haces aquí?

Se trataba de Rudi Lutz, con expresión alegre. Entonces, vio a Starke detrás de Rudi y él se sintió más animado.

—¡Hola, hijos míos! —estrechó calurosamente las manos de ambos, y, en un instante, los tres empezaron a hablar a la vez—. Bien, Duke, esto sí que es una sorpresa agradable.

—¿Qué diablos haces tú aquí, Scrag?

—Lo primero es lo primero, hijo mío. Os presento a Minoru Fuyama mecánico de radio de «Iran-Toda». Mi UHF andaba como loca… Estoy haciendo un viaje formidable desde Lengeh. Minoru ha sacado la caja y está en el coche. ¿Podrías sustituirla?

—No hay problema. Venga por aquí, Mr. Fuyama.

Rudi se dirigió a la puerta contigua en busca de Fowler Joines para que hiciera lo necesario.

—Estoy condenadamente contento de verte, Scrag. Tenemos mucho de que hablar.

—¿Como de problemas meteorológicos y torbellinos?

—Sí, sí, he de reconocer que en estos últimos tiempos me preocupa mucho la meteorología.

Starke parecía más viejo, sus ojos escudriñaban la base continuamente. La lluvia había arreciado y el tiempo era cálido y pegajoso.

—Vi a Manuela en Al Shargaz. Es la misma de siempre, bonita como una pintura. Muy preocupada pero bien.

Rudi se reunió con ellos, chapoteando bajo la lluvia, y los condujo al remolque de su oficina.

—Scrag, no irás a volar con este tiempo, ¿verdad? ¿Quieres una cerveza?

—No, gracias, amigo, pero sí que tomaría una taza de té —dijo Scragger de manera automática, aunque sentía una monumental sed por una cerveza bien fría. Pero desde su primera revisión médica con el doctor Nutt a raíz de haber vendido «Sheik Aviation» a Gavallan, cuando el médico le dijera: «A menos que dejes de fumar y de beber cerveza, dentro de un par de años te quedarás en tierra», se había comportado con extrema cautela. Nada de puros, alcohol, o comida fuerte y mucho té.

—¿Aún te quedan reservas, Rudi? En Lengeh la cosa se está poniendo fea salvo para De Plessey y su vino.

—Logré sacar algo de un petrolero anclado en el puerto —dijo Rudi desde la pequeña cocina al tiempo que ponía al fuego la tetera —. CASEVAC. Un marinero con la cabeza y la cara aplastadas. El capitán dijo que se había caído, pero más bien parecían las consecuencias de una dura pelea. Tampoco es sorprendente ya que el buque lleva anclado allí desde hace tres meses. *Mein Gott*, Scrag, ¿has visto el hacinamiento en el puerto cuando venías para acá? Debe de haber al menos un centenar de barcos esperando descargar o cargar petróleo.

—Lo mismo pasa en Kharg y a todo lo largo de la costa, Rudi. En todas partes hay atascos. En los muelles, las cajas, las balas y Dios sabe cuántas cosas más, se amontonan hasta el cielo, todo ello pudriéndose bajo el sol o la lluvia. Pero ya está bien de todo eso, ¿qué estás haciendo aquí, Duke?

—Ayer traje un «212» desde Kowiss. A no ser por el tiempo, me hubiera ido de madrugada…, ahora me alegro de no haberlo hecho.

Scragger se dio cuenta de su tono cauto y miró en derredor. No había nadie escuchando, al menos que él pudiera ver.

—¿Problemas?

Vio a Starke sacudir la cabeza. Rudi puso en marcha la casete, Wagner. Scragger aborrecía a Wagner.

—¿Qué pasa?

—Solo es mera precaución. Estas malditas paredes son demasiado delgadas y ayer pesqué a un miembro del personal escuchando. Creo que la mayoría de ellos son espías. Además, tenemos un nuevo gerente en la base, Numir. Le llamamos Puerco Numir. Hoy no se encuentra aquí, de lo contrario, hubieras tenido que explicar por qué has venido por triplicado. —Rudi bajó aún más la voz—. Hemos de hablar sobre «torbellinos». Pero ¿qué estás haciendo aquí, Scrag? ¿Por qué no nos llamaste?

—Vine ayer a «Iran-Toda» en un vuelo charter para un tipo llamado Kasigi, el principal comprador del crudo de Siri y un pez gordo de «Iran-Toda»… Georges de Plessey lo organizó. Hoy estaré aquí y mañana me iré a primera hora. Andy me pidió que os viese para sondearos y esta es la primera ocasión que he tenido de hacerlo. No pude ponerme en contacto por la UHF para avisaros que venía…, puede que haya sido la tormenta. Se estropeó muy oportunamente. No tuve tiempo de obtener el permiso para volar hasta aquí, así es que me saqué un telegrama de la manga, por si acaso, y un «necesitamos reparación urgente». ¿Te dijo Andy lo que hablamos en Al Shargaz, Duke?

—Sí, sí, lo hizo. Y más vale que sepas que ha surgido una nueva dificultad. A Andy le han dicho que nos van a inmovilizar en tierra en espera de la nacionalización. Y solo disponemos de cinco días… solo cinco días seguros. Si hemos de hacerlo, habrá de ser con el viernes como fecha tope.

—¡Por todos los cielos! —Scragger sintió oprimírsele el pecho—. No hay forma de que yo pueda estar preparado para el viernes.

—Andy dice que solo sacaremos los «212».

—¿Cómo?

Starke explicó lo ocurrido en Kowiss y lo que tenían la esperanza de que ocurriera «si Andy aprieta los tornillos».

—Vamos, nada de «si» sino «cuando los apriete». ¡Andy tiene que hacerlo! La cuestión es, ¿arriesgamos el cuello?

Starke rio.

—Tú ya lo has hecho. Yo he dicho que estoy de acuerdo si todos los demás lo están. Para mí es posible con los dos «212», y ahora que…, bien, ahora que nuestros pájaros vuelven a estar inscritos en el registro británico una vez que estemos fuera, nos encontraremos dentro de la legalidad.

—¡Maldito si es legal! —repuso Rudi—. No lo es en modo alguno. Te lo dije anoche y Pop Kelly estuvo de acuerdo conmigo. ¿Cómo va a ser…?

—¿Pop está aquí?

—Claro —dijo Starke—. Vino conmigo. —Explicó el motivo, para añadir luego—: Hotshot aprobó el «préstamo». Sacamos a dos muchachos en el «125» y el resto está programado para el jueves, aunque sobre eso no estoy tan seguro. El coronel Changiz dijo que, en el futuro, todo movimiento de personal ha de ser aprobado por él, no solo por Hotshot.

—¿Cómo vas a regresar?

—Cogeré un «206». —Starke miró la lluvia por la ventana—. ¡Maldito tiempo!

—Para esta noche ya habrá acabado, Duke —dijo Scragger.

—¿Cómo piensas sacar a tus hombres, Scrag? *Hein?* —pregunto Rudi.

—Si solo son mis dos «212», eso lo hace mucho más fácil. Mucho más. —Scrag vio cómo Rudi trasegaba su cerveza, fría como el hielo, brillando las gotitas sobre la lata, y su sed aumentó—. El viernes es un buen día para una aventura: los iraníes estarán en sus reuniones de rezos o en cualquier otra parte.

—Yo no estaría tan seguro, Scrag —alegó Rudi—. El viernes siguen manejando el radar, tienen que darse cuenta de que algo pasa cuando mis cuatro pájaros se lancen a la carga a través del Golfo, por no decir nada de los tres tuyos y los dos de Duke. En

Abadán están nerviosos como gatos respecto a los helicópteros, sobre todo después de lo del «HBC».

—¿Ha habido nuevas investigaciones sobre el asunto, Rudi?

—Sí, la semana pasada vino Abbasi, el piloto que lo derribó. Las mismas preguntas, nada más.

—¿Sabe ya que su hermano era el piloto del «HBC»?

—Todavía no, Scrag.

—Tom Lochart ha tenido una condenada suerte. Una condenada suerte.

—Todos hemos tenido una «condenada suerte». Hasta ahora —dijo Starke—, salvo Erikki.

Les puso al corriente de lo poco que sabía al respecto.

—¡Santo cielo! ¿Y qué vendrá ahora? ¿Cómo vamos a hacer lo de Torbellino si él sigue en Irán?

—No podemos, Scrag. Eso es lo que yo creo —dijo Rudi—. No podemos dejarle aquí.

—Eso es verdad pero, tal vez… —Starke bebió café, su propia ansiedad le hizo sentirse algo bilioso—. Acaso Andy no pulse el botón. Entretanto, confiemos en que Erikki pueda largarse o que le dejen ir antes del viernes. Entonces, Andy podrá. ¡Mierda, si dependiera de mí, solo de mí, maldito si me arriesgaría a Torbellino!

—Yo tampoco —dijo Rudi, que se mostraba igualmente reticente.

—Apuesto a que sí lo haríais si se tratara de vuestros aparatos, vuestra compañía y vuestro futuro. Sé que yo lo haría. —El rostro de Scragger se iluminó—. Yo estoy por Torbellino. Tengo que estar a favor, amigos, porque ninguna condenada compañía me emplearía a mi edad, así que maldito si no he de seguir con Dirty Duncan y Andy Gavallan si quiero seguir volando.

La tetera empezó a cantar. Scragger se levantó.

—Yo lo haré, Rudi. ¿Qué me dices de ti? ¿Estás a favor o en contra?

—Yo estoy a favor si lo estáis vosotros y si es factible…, aunque no me gusta lo más mínimo y os lo digo con toda franqueza. Solo sacaré a mis cuatro si *yo* realmente creo que tenemos alguna

posibilidad. Anoche hablamos con los otros pilotos, Scrag. Marc Dubois y Pop Kelly dijeron que de acuerdo, Block y Forsyth, que gracias, pero que no. O sea, tenemos tres pilotos para cuatro «212». He pedido a Andy que me envíe un voluntario. —Rudi reveló su inquietud—. Pero *reissen mit scheissen!* Dispondré de cuatro para que como quiera que sea, despeguen todos a un tiempo, cuando se supone que hemos de tener una autorización de salida, con Green Bands pululando por toda la base, con nuestro operador de radio Jahan que no es ningún idiota y con Puerco Numir. —Enarcó las cejas que casi se le salieron de la frente.

—Tú no tienes problemas, viejo gruñón —dijo Scragger con tono ligero—. Les dices que vas a ejecutar un alegre saludo de victoria para Jomeini, sobre Abadán.

—Tienes ideas geniales, Scrag. —La música había terminado y Rudi volvió la cinta. Luego sus facciones se endurecieron—. Pero estoy de acuerdo contigo en que Andy *apretará* el botón y el día será el viernes. Por mi parte digo que, si uno de nosotros fallamos, todos fallamos…, ¿de acuerdo?

Scragger rompió el silencio.

—Si Andy dice que adelante, yo sigo adelante. Tengo que hacerlo.

PUERTO DE BANDAR DELAM: 3.17 DE LA TARDE. La furgoneta de Scragger salió de una calle principal para entrar a otra secundaria de la ruidosa y destartalada ciudad, la atravesó y giró después hacia una plaza con una mezquita. La lluvia había amainado considerablemente pero el día seguía siendo horrible. Mohammad conducía como de costumbre, sin apartar prácticamente el dedo de la bocina. En el asiento trasero, Minoru dormitaba agarrado a la radio de repuesto. Scragger tenía la mirada fija ante él, con aire ausente. Había muchas cosas en qué pensar. Planes, claves. ¿Y qué pasaba con Erikki? ¡Pobre bribón! Pero si alguien podía salir adelante era él. ¡Por Dios que Erikki lo lograría de alguna forma! «Digamos

que no lo logra, o que Andy no sigue adelante, ¿en qué vas a trabajar tú? Me preocuparé de eso la próxima semana».

No vio el coche de la Policía que salía disparado por una bocacalle, patinaba sobre el resbaladizo pavimento y se estrellaba contra la trasera de la rubia. No había forma de que Mohammad pudiera haber evitado el accidente y la velocidad del coche de la Policía, unida a la del suyo, los lanzó contra un puesto callejero y el gentío que pululaba por allí. En el accidente, mataron a una vieja, decapitaron a otra, e hirieron a muchas personas cuando las ruedas se hundieron en el joub, y el coche volcó, estrellándose contra los altos muros con un formidable estruendo metálico.

Instintivamente, Scragger se llevó las manos a la cara pero el choque final le golpeó la cabeza contra el lateral del coche, y le dejó conmocionado durante unos segundos, salvándole el cinturón de seguridad de consecuencias más serías. El conductor había atravesado el parabrisas y se encontraba con medio cuerpo fuera y medio dentro, gravemente herido. En la parte trasera, el asiento había protegido a Minoru y fue el primero en recuperarse, sujetando aún la radio con gesto protector. Entonces, entre los chillidos y el pandemónium, forcejeó para abrir la portezuela, logrando saltar afuera donde quedó rodeado de peatones y heridos, pasando desapercibido como uno de los pasajeros ya que allí era habitual la presencia de japoneses de «Iran-Toda».

En aquel momento, los ocupantes del coche policíaco, que se había quedado atravesado en la calle con la parte delantera completamente aplastada, se acercaron corriendo. El policía se abrió paso a codazos hasta la rubia, echó una mirada al conductor y abrió la portezuela para sacar violentamente a Scragger.

Gritos furiosos de «¡Americano!», y más chillidos y estruendo. Scragger estaba todavía conmocionado.

—Gr… gracias, est… estoy bien… —pero le seguían sujetando con fuerza mientras le gritaban.

—Por Dios Santo… —jadeó—. ¡Yo no conducía…! ¿Qué diablos está pas…?

En derredor suyo, un tumulto de farsi, pánico y furia. Uno de los policías le puso las esposas y lo arrastraron violentamente hasta el otro coche. Lo metieron a empujones en el asiento trasero y, luego, ellos subieron a su vez sin dejar de imprecarle. El conductor puso el motor en marcha.

Al otro lado de la calle Minoru trataba inútilmente de abrirse camino entre la muchedumbre para ayudar a Scragger. Se detuvo, desalentado al pasar el coche velozmente calle abajo.

LI

CERCA DE DOSHAN TAPPEH: 3.30 DE LA TARDE. McIver conducía a lo largo de la desierta carretera de circunvalación, por el exterior de la verja de alambre de espino del aeropuerto militar. Los guardabarros estaban muy abollados y tenían muchas más muescas que antes. Uno de los faros aparecía resquebrajado y toscamente reparado, y faltaba el cristal rojo de uno de los faros traseros, pero el motor seguía ronroneando suavemente y los neumáticos de nieve rodaban firmes sobre el pavimento. La nieve se amontonaba en ambas lindes de la carretera. Ni un rayo de sol atravesaba el cielo encapotado, muy bajo, apenas cuatrocientos metros salvo al pie de las colinas del Norte. Hacía frío e iba retrasado.

En el interior de su parabrisas llevaba un gran permiso verde y, al verlo, el abigarrado grupo de Green Bands y los policías de las Fuerzas Aéreas apostados cerca de la verja le hicieron señas de que siguiera adelante, luego, volvieron a arracimarse alrededor de la hoguera encendida para calentarse. Enfiló hacia el hangar de «S-G». Antes de llegar a él, Tom Lochart salió por una puerta lateral interceptándolo.

—Hola, Mac —dijo, subiendo rápidamente. Vestía la indumentaria de vuelo y todavía llevaba el maletín porque acababa de llegar de Kowiss—. ¿Cómo está Sharazad?

—Siento llegar tan tarde, la circulación era terrible.

—¿La has visto?

—No, todavía no —dijo, notando al punto la tensión de Lochart —. He vuelto a ir esta mañana temprano. Abrió la puerta un

sirviente pero no pareció entenderme… Te llevaré allí tan pronto como pueda. —Giró en dirección a la verja—. ¿Qué tal por Zagros?

—Asqueroso. Te informaré dentro de un momento —respondió Lochart presuroso—. Antes de irnos hemos de presentarnos ante el comandante en jefe de la base.

—¿Sí? ¿Por qué? —McIver puso el freno.

—Dejaron un mensaje al empleado de que cuando tú llegaras hoy te presentaras ante el comandante en jefe. ¿Algún problema?

—Ninguno que yo sepa —embragó y se dio media vuelta. «¿Y ahora qué?», se dijo, tratando de dominar su ansiedad.

—¿Podría tratarse del «HBC»?

—Esperemos que no.

—¿Qué le ha pasado a Lulú? ¿Te diste un tortazo?

—No, tiene que agradecérselo a unos vándalos callejeros —dijo McIver sin dejar de pensar en el «HBC».

—Cada día que pasa la cosa se pone más fea. ¿Alguna noticia de Erikki?

—Nada. Se ha esfumado, sencillamente. Azadeh se pasa el día sentada junto al teléfono de la oficina.

—¿Sigue viviendo todavía en tu casa?

—No, regresó a su apartamento el sábado —McIver se dirigía hacia los edificios al otro lado de la pista—. Háblame de Zagros. —Escuchó sin hacer el menor comentario hasta que Lochart hubo terminado—. Terrible. ¡Realmente terrible!

—Sí, pero el Khan Nitchak no dio la señal de que nos derribaran. De haberlo hecho, se habría salido con la suya. Hubiera sido condenadamente difícil tirar por tierra su historia de los «terroristas». De cualquier forma, cuando llegamos a Kowiss, nos encontramos que Duke y Andy habían tenido un altercado con Hotshot. —Lochart le contó lo ocurrido—. A pesar de todo, parece que la treta ha dado resultado. Ayer Duke y Pop transportaron el «212» a Rudi y esta mañana Eco Tango Lima Lima volvió por el cuerpo de Jordon.

—Eso sí que ha sido terrible. Me siento responsable de la muerte del viejo Effer.

—Supongo que a todos nos pasa lo mismo —delante de ellos pudieron ver el edificio del cuartel general, con los centinelas apostados junto a la puerta—. Todos nos concentramos y subimos el féretro a bordo, el joven Freddy tocó una elegía con su gaita. No podíamos hacer mucho más. Pero lo realmente curioso del caso fue que el coronel Changiz envió un guardia de honor de las Fuerzas Aéreas y nos proporcionó un ataúd decente. Los iraníes son extraños, muy extraños. Parecían sentirlo de verdad —Lochart hablaba de forma automática, enfermo de ansiedad ante tantos retrasos…, debiendo esperar en Kowiss y el ATC hostigándole, luego, sin disponer de transporte y teniendo que esperar interminablemente a que McIver llegara y ahora, un nuevo retraso. ¿Qué le habría pasado a Sharazad?

Se encontraban ya cerca del edificio de oficinas que albergaba la suite del comandante en jefe de la base y la residencia de oficiales donde ambos pasaron tan buenos ratos en épocas anteriores. Doshan Tappeh había sido una base de élite, el Sha mantenía allí parte de su flota privada de jets y su «Fokker Friendship». Ahora, los muros del edificio de dos plantas aparecían acribillados a balazos y destrozados aquí y allá por el fuego de Artillería, la mayoría de las ventanas habían desaparecido y algunas aparecían clavadas con tablas. Afuera, varios Green Bands y soldados de las Fuerzas Aéreas con descuidada indumentaria paseaban por delante a manera de centinelas.

—La paz sea contigo. Su Excelencia McIver y Lochart para ver al comandante en jefe del campamento —dijo Lochart en farsi. Uno de los Green Bands les indicó que pasaran—. ¿Dónde está la oficina, por favor?

—Dentro.

Subieron los escalones que conducían a la puerta principal, la atmósfera pesada con el olor a pólvora y desagües. En el preciso momento que alcanzaban el último peldaño, la puerta de entrada se

abrió violentamente y un mulá salió apresurado seguido de varios Green Bands que llevaban entre ellos, prácticamente arrastrándolos, a dos oficiales jóvenes de las Fuerzas Aéreas con las manos atadas y los uniformes desgarrados y sucios. Lochart se sobresaltó al reconocer a uno de ellos.

—¡Karim! —gritó y en aquel momento también McIver reconoció al joven.

Era Karim Peshadi, el adorado primo de Sharazad, el hombre al que él había pedido que intentara retirar de la torre la autorización para el «HBC».

—¡En nombre de Dios, Tom, diles que no soy un espía ni un traidor! —gritó Karim en inglés—. ¡Díselo, Tom!

—Excelencia —dijo Lochart en farsi al mulá—, seguramente debe haber algún error. Este hombre es el capitán piloto Peshadi, partidario leal del Ayatolá y sup…

—¿Quién eres tú? —preguntó el mulá, un hombre de ojos oscuros, bajo y macizo—. ¿Americano?

—Me llamo Lochart, Excelencia. Soy canadiense, piloto de «IranOil» y este es el jefe de nuestra compañía, que está al otro lado del aeropuerto, el capitán McIver, y…

—¿Cómo es que conoces a este traidor?

—Estoy seguro de que ha habido un error, Excelencia. Es imposible que sea un traidor. Le conozco bien porque es primo de mi mujer de manera que…

—¿Tu mujer es iraní?

—Sí, Excel…

—¿Eres musulmán?

—No, Excelen…

—Pues lo mejor será que se divorcie de ti y así salvará su alma de la contaminación. Hágase la Voluntad de Dios. No ha habido error respecto a estos traidores. Ocúpate de tus asuntos, Excelencia.

El mulá hizo una seña a los Green Bands. De inmediato, bajaron los escalones, arrastrando a los dos jóvenes oficiales que lanzaban

gritos de inocencia. Luego, siguió su camino hacia la puerta principal.

—Excelencia —le dijo Lochart con tono urgente cuando le alcanzó —, por favor, en Nombre del Único Dios, sé bien que este joven es leal al Imán, un buen musulmán y un patriota de Irán. Sé a ciencia cierta, que fue uno de los que lucharon contra los Inmortales aquí, en Doshan Tappeh, y ayudó a la revol…

—¡Ya basta! —exclamó el mulá cuya mirada se endureció aún más si cabía—. Esto no es asunto tuyo, extranjero. Los extranjeros no gobiernan ya, ni las leyes extranjeras, ni un Sha dominado por los extranjeros, Tú no eres iraní, ni juez ni legislador. Estos hombres han sido juzgados y condenados.

—Suplico tu paciencia, Excelencia, pero tiene que haber algún error…, debe de…

Lochart se volvió, rápido, al oírse una sucesión de disparos. Abajo, los centinelas dirigían su vista hacia unos barracones y edificios, al otro lado de la carretera. Desde su posición en el último escalón, Lochart no podía ver lo que ellos estaban mirando. Después los Green Bands reaparecieron por detrás de uno de los barracones, colgándose las armas al hombro. Volvieron a subir la escalera en tropel. El mulá les indicó que entrasen.

—La ley es la ley —dijo al tiempo que observaba a Lochart con fijeza—. La herejía debe extirparse. Ya que conoces a su familia puedes decirles que supliquen el perdón de Dios por tener semejante hijo.

—¿De qué se supone que era culpable?

—No se «supone», Excelencia —le corrigió el mulá con ribetes de ira en su tono—. Karim Peshadi admitió francamente que había robado un camión y abandonado la base sin permiso; admitió sin ambages que se había incorporado a una manifestación prohibida; declaró estar en abierta oposición de nuestro futuro Estado islámico absoluto; se manifestó disconforme por completo con la abolición de la Ley de Matrimonio anti-islámica; abogó abiertamente por leyes contrarias a la ley islámica, denostó, hasta la cerrazón, la infalibilidad

absoluta del Corán, criticó, con todo descaro, el derecho del Imán a ser *faqira*…, a Él que está por encima de la ley y es el árbitro supremo de ella… —calló, recogiéndose con fuerza la túnica para protegerse contra el frío—. La paz sea contigo. —Dicho lo cual, entró de nuevo en el edificio.

Por un momento, Lochart se quedó sin habla. Después, explicó a McIver cuanto le había dicho.

—¿Sospechoso de sabotaje, Tom? ¿Acaso lo sorprendieron en la torre?

—¿Qué importa ya? —dijo Lochart con amargura—. Karim está muerto…, por crímenes contra Dios.

—No, muchacho —repuso cariñosamente McIver—, no contra Dios, sino contra la versión de ellos de la verdad, dicha en el Nombre del Dios que jamás conocerán.

Tras lo cual, se cuadró de hombros y entró el primero en el edificio. Por fin, encontraron el despacho del comandante en jefe de la base y les hicieron pasar.

Ante la mesa de escritorio se encontraba sentado un comandante y, junto a él, el mulá. Sobre sus cabezas la única decoración en aquella sala pequeña y desordenada era una gran fotografía de Jomeini.

—Soy el comandante Betami, Mr. McIver —dijo el hombre en inglés, con energía—. Y este es el mulá Tehrani. —Luego mirando a Lochart, empezó a hablar en farsi—. Como Su Excelencia Tehrani no habla inglés, usted traducirá para mí. Su nombre, por favor.

—Lochart, Capitán Lochart.

—Siéntense, por favor. Los dos. Su Excelencia dice que está usted casado con una iraní. ¿Cuál es su nombre de soltera?

La mirada de Lochart se endureció.

—Mi vida privada es eso, privada, Excelencia.

—No cuando se trata de un piloto de helicópteros extranjero en plena revolución islámica contra la dominación extranjera —dijo enfadado el comandante—. Como tampoco cuando se trata de

alguien que conoce a traidores al Estado. ¿Tiene algo que ocultar capitán?

—No, no, claro que no.

—Entonces, responda a la pregunta, por favor.

—¿Es de la Policía? ¿Con qué autoridad se…?

—Soy miembro del Comité de Doshan Tappeh —intervino el mulá —. ¿Prefiere que se le convoque oficialmente? ¿Ahora? ¿En este mismo instante?

—Lo que prefiero es que no se me interrogue sobre mi vida privada.

—Si no tiene nada que ocultar, puede contestar a la pregunta. Decídase, por favor.

—Bakravan —Lochart se dio cuenta de la reacción de los dos hombres ante aquel hombre. Sintió que se le revolvía el estómago.

—¿Jared Bakravan…? ¿El mercader prestamista? ¿Una de sus hijas?

—Sí.

—Su nombre, por favor.

Lochart contuvo su ira cegadora a duras penas, atizada por el asesinato de Karim. «¡Digáis lo que digáis *es* un asesinato!», ansiaba gritarles.

McIver había estado observando con atención.

—¿Qué es todo esto, Tom?

—Su Excelencia Sharazad.

—Nada, nada. Ya te lo explicaré luego.

El comandante tomó nota sobre una hoja de papel.

—¿Cuál es su relación con el traidor Karim Peshadi?

—Lo conozco desde hará unos dos años. Era uno de mis alumnos piloto. Es primo hermano de mi mujer…, era primo hermano de mi mujer y solo puedo repetir que me resulta inconcebible que haya sido traidor a Irán o al Islam.

El comandante anotó algo más en el papel, haciendo chirriar con fuerza la pluma.

—¿Dónde se aloja, capitán?

—No… no estoy seguro. Últimamente estaba en la casa de Bakravan, cerca del bazar. Nuestro… nuestro apartamento ha sido requisado.

Se hizo un silencio tan absoluto en la sala que casi hacía sentir claustrofobia. El comandante terminó al fin de escribir y entonces cogió una hoja de notas mirando a McIver directamente.

—Primero, no podrá entrar ni salir helicóptero alguno extranjero en el espacio aéreo de Teherán sin autorización previa del cuartel general de las Fuerzas Aéreas.

Lochart lo tradujo y McIver asintió sin inmutarse. Aquello no era nada nuevo, salvo por el hecho de que el Comité del Aeropuerto Internacional de Teherán acababa de establecer, de manera oficial, instrucciones escritas a favor del todopoderoso Comité Revolucionario en el sentido de que, tan solo dicho Comité podía negar, revocar o conceder semejantes permisos. McIver había recibido autorización para enviar su restante «212» y uno de sus «Alouettes» a Kowiss como «préstamo temporal», justo a tiempo, se dijo malhumorado, concentrando su atención en el comandante aunque preguntándose de qué habrían hablado en el rápido intercambio en farsi que acababa de mantener con Lochart.

—Segundo, nos entregarán una lista completa de todos los helicópteros que tienen en la actualidad bajo su control, junto con los números de los motores, y la cantidad y tipo de repuestos que tienen por helicóptero.

Lochart vio la mirada asombrada de McIver, aunque su mente seguía centrada en Sharazad y en por qué querrían saber dónde vivía y la relación de ella con Karim, escuchando apenas las palabras mientras traducía a uno y a otro.

—El capitán McIver dice: «Muy bien, necesitaré algo de tiempo debido a las comunicaciones, pero le facilitaré la información tan pronto como me sea posible».

—La quiero mañana.

—Si puedo tenerla para entonces, Excelencia, puede estar seguro de que la recibirá. La tendrá tan pronto como sea posible.

—Tercero, todos sus helicópteros que se encuentren en la zona de Teherán los reunirán aquí a partir de mañana, y, de ahora en adelante, solo operarán desde aquí.

—Ciertamente, informaré a mis superiores de «IranOil» de su petición, comandante. De inmediato.

El comandante endureció el gesto.

—Las Fuerzas Aéreas son el árbitro de esto.

—Por supuesto. Informaré a mis superiores. ¿Es eso todo, comandante?

—Respecto al helicóptero… —intervino el mulá, que hubo de consultar una nota que había sobre la mesa delante de él. «HBC». Quer…

—¡«HBC»! —McIver desahogó su pánico en forma de justa ira de tal manera que a Lochart le resultaba difícil traducirle—. Las Fuerzas Aéreas de la base son las responsables de la seguridad, entonces, ¿cómo pudieron mostrarse tan negligentes hasta el punto de permitir que el «HBC» fuera robado? ¡Es algo que no logro entender! Una y otra vez me he quejado de tal negligencia, jamás aparecen centinelas, no hay policías durante la noche. ¡Un robo de un millón de dólares! Irremplazable. Estoy preparando una reclamación contra las Fuerza Aéreas por negligencia y…

—¡No fue culpa nuestra! —empezó a decir enfadado el comandante. Pero McIver no le prestó atención y siguió con su ofensiva, sin permitirle meter baza ni por un instante, como tampoco Lochart, que tradujo la retahíla de McIver en las palabras y frases iraníes más adecuadas para un ataque absolutamente avasallador contra la alevosía de las Fuerzas Aéreas.

—… negligencia increíble, podría incluso decir traición y connivencia deliberada por parte de otros oficiales, para permitir que un americano desconocido se introdujera en el hangar bajo las mismas narices de nuestros supuestos guardianes, que uno de nuestros supuestos protectores le diera autorización de vuelo, permitiendo luego que llegara a perjudicar al gran Estado iraní.

¡Imperdonable! Desde luego, fue traición planeada de antemano por «personas desconocidas, oficiales de alto grado» tengo que…

—¿Cómo se atreve a insinuar que…?

—Por supuesto que tuvo que haber sido en connivencia con oficiales de las Fuerzas Aéreas… ¿Quiénes controlan la base? ¿Quiénes controlan la radio? ¿Quiénes se sientan en la torre? Nosotros mantenemos que las Fuerzas Aéreas son las responsables y estoy presentando la demanda al más alto nivel de «IranOil» exigiendo una restitución y… y la próxima semana, ¡la próxima semana solicitaré satisfacción ante el ilustre Comité Revolucionario y el propio Imán, Dios lo proteja! Y ahora, Excelencias, si nos perdonan, seguiremos ocupándonos de nuestros asuntos. ¡La paz sea con sus Excelencias!

McIver se dirigió hacia la puerta, seguido de Lochart, ambos hombres exudando adrenalina. McIver se sentía fatal, el pecho le dolía.

—¡Esperad! —ordenó el mulá.

—¿Sí, Excelencia?

—¿Cómo explicas que el traidor Valik, que «resulta ser» socio de vuestra compañía y pariente de Bakravan, el usurero partidario del Sha, llegara a Isfahán en ese helicóptero para recoger a otros traidores, uno de los cuáles era el general Seladi, otro pariente de Jared Bakravan, suegro de uno de sus primeros pilotos?

Lochart sentía la boca muy seca mientras pronunciaba aquellas palabras condenatorias, pero McIver no vaciló en volver al ataque.

—No fui yo quien nombró al general Valik miembro de nuestra Junta, fue nombrado por iraníes de alto rango de acuerdo con las leyes por entonces vigentes. Nosotros no buscamos socios iraníes, fue la legislación iraní la que nos obligó a tenerlos, se nos impusieron a nosotros. Nada de eso tiene que ver conmigo. En cuanto al resto, Insha'Allah, la Voluntad de Dios.

Con el corazón golpeándole como un martillo, abrió la puerta y salió. Lochart terminó la traducción.

—Salaam. —Y salió a su vez.

—Todavía no ha terminado esto —gritó el comandante, mientras Lochart cerraba la puerta.

CERCA DE LA UNIVERSIDAD: 6.07 DE LA TARDE. Estaban tumbados uno junto al otro sobre suaves alfombras, frente al fuego de leña que ardía en la acogedora habitación. Sharazad e Ibrahim Kyabi. No se rozaban siquiera, solo miraban el fuego, escuchaban buena música moderna del casete, sumidos en sus pensamientos, plenamente conscientes el uno del otro.

—Tú, regalo del Universo —musitó él—; tú, la de los labios de rubíes y el aliento como vino; tú, lengua del Cielo…

—Vamos, Ibrahim —dijo ella riendo—, ¿qué significa eso de «lengua del Cielo»?

Ibrahim se incorporó, apoyándose sobre el codo, y la miró. Bendecía a la suerte que le había permitido salvarla de aquel fanático demente durante la «Marcha de las Mujeres», la misma suerte que pronto le llevaría hasta Kowiss para vengar el asesinato de su padre.

—Estaba citando el *Rubaiyat* —dijo con una sonrisa.

—No creo ni una palabra. Creo que te lo has estado inventando.

Sharazad le devolvió la sonrisa, y veló sus ojos de los destellos del amor de él, volviendo a clavar la mirada en los troncos encendidos.

Después de la primera «Marcha de Protesta», hacía ya seis días, hasta bien entrado ese atardecer, habían estado hablando, discutiendo sobre la revolución y encontrado un lazo común en el asesinato de sus respectivos padres. Los dos, frutos de la soledad en ese momento, no comprendidos por sus madres, que se limitaban a llorar sin sentir jamás el ansia de venganza. Sus vidas habían sufrido un cambio absoluto al igual que su país. Ibrahim ya no era Creyente, solo en la fuerza y los fines del Pueblo. La fe de ella se tambaleaba, la ponía en tela de juicio por primera vez, y se preguntaba cómo era posible que Dios permitiera tanta maldad y todas las demás

maldades que se avecinaban, la corrupción de la tierra y de su espíritu.

—Estoy de acuerdo, Ibrahim, tienes razón. ¡No nos hemos librado de un déspota para sufrir a otro! Tienes razón, cada vez es más evidente el despotismo de los mulás —le había dicho—. Pero ¿por qué Jomeini ha de oponerse a los derechos que el Sha nos concedió, derechos razonables, por otra parte?

—Constituyen tus derechos inalienables como ser humano, no tiene que dártelos el Sha ni ningún otro… Al igual que tu cuerpo es tuyo, no un «campo para ser sembrado».

—Pero ¿por qué se opone el Imán?

—No es un Imán, Sharazad, no es más que un ayatolá, un hombre y un fanático. Se opone porque está haciendo lo que los sacerdotes han hecho siempre a lo largo de la historia: utiliza su versión de la religión para drogar a la gente, para conseguir que pierda todo sentido, para mantenerla dependiente, inculta, para mantener a los mulás en el poder. ¿Acaso no quiere que solo los mulás sean los responsables de la educación? ¿Acaso no afirma que solo los mulás entienden «la ley», estudian «la ley» tienen el conocimiento de «la ley»? ¡Como si solo ellos fueran los poseedores de *todo* conocimiento!

—Jamás pensé en este asunto bajo esas perspectivas. Lo aceptaba todo, absolutamente todo. Sin embargo, tienes razón, Ibrahim, lo has expuesto con toda claridad para mí. Tienes razón, los mulás solo creen en lo que hay en el Corán… ¡como si lo que estuviera bien en la época del Profeta, la paz sea con él, fuera aplicable hoy día! Me niego a ser algo inerte, sin voto, y exijo el derecho a elegir…

Tenían tantas cosas en común. Él, un universitario moderno; ella, ansiando ser moderna pero insegura en su caminar. Compartían secretos y anhelos. Se comprendían mutuamente al instante pues utilizaban los mismos matices, pertenecían a la misma herencia…, él, tan semejante a Karim en su forma de hablar y en su aspecto que podrían ser hermanos.

Aquella noche, Sharazad había tenido un sueño inquieto y a la mañana siguiente había salido temprano y con sigilo para volver a encontrarse con él, bebiendo café, en un pequeño bar, cubierto con el chador para una mayor seguridad y discreción, riendo tanto juntos, sin razón o por múltiples razones, serios en ocasiones. Ambos, sabedores de las corrientes, no necesitaban hablar de ellas. Más tarde, la segunda «Marcha de Protesta», más grande y mejor que la primera, con escasa oposición.

—¿Cuándo tienes que volver, Sharazad?

—Le dije a madre que llegaría tarde, que iba a visitar a una amiga al otro extremo de la ciudad.

—Te llevaré allí de prisa, y puedes irte de prisa, y entonces, si lo deseas, podemos hablar algo más, o aún mejor, tengo un amigo que posee un apartamento y algunos discos maravillosos…

Eso había sido cinco días antes. En ocasiones, solía estar allí su amigo, otro líder de los estudiantes tudeh, u otros estudiantes de ambos sexos, no todos ellos comunistas…, solo con ideas nuevas, intercambio libre, concepciones embriagadoras sobre la vida, el amor y la libertad. De vez en cuando, se quedaban solos. Días gloriosos, participando en las marchas, hablando, riendo, escuchando discos, y noches llenas de paz, en casa, cerca del bazar.

Y el día anterior pudieron cantar victoria. Jomeini había dado marcha atrás, públicamente, declarando que no se obligaría a las mujeres a llevar chador, siempre que se cubrieran el cabello y vistieran con modestia. Aquella noche lo habían estado celebrando, bailaron de alegría en el apartamento, todos ellos jóvenes, finalmente, se besaron y cada uno regresó a su respectiva casa. Pero esa misma noche, su ensoñación había sido toda sobre él y ella juntos. Erótica. Y también mientras yacía allí, ya por la mañana, medio dormida, asustada y, sin embargo, muy excitada.

La música había terminado. Era una casete de los Carpenter, lenta, romántica. Ibrahim la puso por la otra cara, que era todavía mejor si cabía. «¿Me atreveré?», se preguntó Sharazad para sí, ensoñadora, sintiendo sobre ella la mirada de Ibrahim. A través de

una rendija de las cortinas pudo ver que el cielo se estaba oscureciendo.

—Casi es hora de irse —murmuró, aunque sin moverse, con un trémolo en la voz.

—Jari puede esperar —dijo él con ternura.

Jari, la doncella de ella era parte de sus visitas secretas.

—Más vale que no lo sepa nadie —le había dicho Ibrahim el segundo día—. Ni siquiera ella.

—Tiene que saberlo, Ibrahim, o jamás podré salir sola, jamás podré verte. No tengo nada que ocultar, pero estoy casada y es…

No era necesario pronunciar la palabra «peligroso». Cada instante que pasaban juntos clamaba peligro.

De manera que Ibrahim se había encogido de hombros, encomendándose a la suerte para poder protegerla como lo hacía en ese mismo momento.

—Jari puede esperar.

—Sí, sí, puede, pero primero hemos de ir a hacer algunas compras y mi querido hermano Meshang sí que no espera… Esta noche he de cenar con él y con Zarah.

Ibrahim se sobresaltó.

—¿Qué quiere? ¿No sospechará de ti?

—No, claro que no. Es una cena familiar, solo eso —le tranquilizó mientras lo miraba con languidez—. ¿Y qué hay de tu asunto en Kowiss? ¿Esperarás otro día o irás mañana?

—No es urgente —respondió él con tono indiferente. Lo había ido retrasando una y otra vez, aun cuando su controlador tudeh le había dicho que cada día extra que permaneciera en Teherán era peligroso.

—¿Has olvidado lo ocurrido al camarada Yazernov? Nos hemos enterado de que el Servicio Secreto Interno estuvo implicado en ello. Pueden haberte visto entrando en el edificio con él o saliendo de él.

—Me he afeitado la barba, no he ido a casa y evito la Universidad. Y a propósito, camarada, es mejor que no nos veamos durante uno o dos días…, creo que me están siguiendo.

Rio para sí recordando la presteza con que el otro, un veterano de los tudeh, desapareció por la esquina.

—¿Por qué sonríes, querido?

—Por nada. Te amo, Sharazad —dijo sencillamente y le cubrió el seno con la mano mientras la besaba.

Ella le devolvió el beso aunque no de una forma absoluta. Creció la pasión de Ibrahim y también la de ella, a pesar de que trataba de dominarse; las manos de él la acariciaban y dejaban fuego en su estela.

—Te amo, Sharazad…, ámame.

Sharazad no deseaba apartarse de él o de su ardor o de sus manos, o de la presión de sus muslos o del fragor de su propio corazón. Pero lo hizo.

—Ahora no, cariño —murmuró ella apartándose para respirar y luego, cuando se acalló algo el fragor, lo miró, tratando de leer en sus ojos. Vio decepción aunque no enfado—. No estoy…, no estoy preparada, no para el amor. Ahora no…

—El amor surge, sencillamente. Te he amado desde el primer momento. Hay algo que puedes, tener seguro, Sharazad, tu amor estará a salvo conmigo.

—Lo sé. Oh, sí, sé que yo… —frunció el entrecejo sin entenderse a sí misma. Solo sabía que en esos momentos algo iba mal—. He de estar segura de lo que hago. Ahora, no lo estoy.

Ibrahim luchó consigo mismo; después, se inclinó y la besó, sin forzarla con el beso, seguro por completo de que pronto serían amantes, mañana o al día siguiente.

—Eres prudente como siempre —dijo—. Mañana tendremos el apartamento para nosotros solos, te lo prometo. Nos reuniremos como de costumbre, café en el sitio habitual.

Se puso en pie y luego la ayudó a ella a levantarse. Sharazad le dio las gracias, manteniéndole abrazado y, tras besarle, abrió la puerta de la calle. En silencio, se envolvió en el chador, le envió otro beso y se fue, dejando tras ella la estela de su perfume. Luego, también eso se desvaneció.

Una vez cerrada la puerta, Ibrahim entró en la habitación y se puso los zapatos, el dolor aún latente. Pensativo cogió su «M16», que había dejado en pie, en un rincón de la habitación, y revisó el mecanismo y el cargador. Lejos del embrujo de ella no se hacía ilusiones respecto al peligro o las realidades de su vida…, o sobre una muerte temprana. Su excitación aumentó.

«La muerte —se dijo—. El martirio. Dar mi vida por una causa justa, abrazar firmemente a la muerte, darle la bienvenida. Lo haré, lo haré. No puedo dirigir un Ejército como el Señor de los Mártires, pero puedo revelarme contra los satánicos que se proclaman a sí mismo mulás y obtener venganza del mulá Hussain de Kowiss por el asesinato de mi padre en nombre de sus falsos dioses y por profanar la Revolución del pueblo».

Sintió crecer su éxtasis. Como el otro. Más fuerte que el otro.

«La amo con toda mi alma pero mañana habré de irme. No necesito un equipo conmigo, solo será más seguro. Puedo coger un autobús fácilmente. Debería irme mañana, debería, pero no puedo, todavía no. Después de que hayamos hecho el amor».

AEROPUERTO DE AL SHARGAZ: 6.17 DE LA TARDE. Casi a mil trescientos kilómetros de distancia, al sureste a través del Golfo, Gavallan se encontraba en pie en el helipuerto viendo como el «212» tomaba tierra. El atardecer era templado, el sol se encontraba ya en el horizonte. Podía distinguir a Jean-Luc en los controles con otro de los pilotos sentados a su lado, aunque no a Scot como creyera y esperara en un principio. Su ansiedad aumentó. Les saludó con la mano y luego, cuando los patines tocaron tierra, se encaminó hacia la portezuela de la cabina. La abrió con fuerza. Vio a Scot intentando desabrocharse el cinturón con una sola mano y el otro brazo en cabestrillo. Su rostro reflejaba fatiga, pero estaba indemne.

—¡Hijo mío! —exclamó con el corazón latiéndole con fuerza por el alivio. Ansiaba precipitarse hacia él y abrazarle, mas permaneció

allí, a la espera, hasta que Scot hubo bajado la escalerilla y estuvo sobre el asfalto junto a él.

—Estaba tan preocupado, muchacho…

—No tienes de qué preocuparte, papá. Estoy bien, muy bien.

Scot rodeó los hombros de su padre con el brazo bueno, estrechándole con fuerza. Fue un contacto tranquilizador tan necesario para ambos, que se habían olvidado de todos los demás.

—¡Dios mío, estoy tan contento de verte! Pensé que hoy tenías que estar en Londres.

—Así era. He de salir dentro de una hora. «Ahora ya puedo irme —estaba pensando Gavallan—. Ahora que tú estás aquí a salvo». Lo primero que haré será acudir allí. —Se limpió una lágrima simulando que era polvo, y señaló a un coche que había cerca. Genny se hallaba al volante—. No quiero abrumarte, pero Genny te llevará al hospital ahora mismo, solo para los rayos X, Scot, ya está todo preparado. Nada de alharacas, te lo prometo… Tienes una habitación reservada en el hotel junto a la mía. ¿De acuerdo?

—Muy bien, papá. Yo, humm, me…, me vendría bien una aspirina. Reconozco que me siento fatal. Hemos tenido un montón de baches durante el vuelo. Yo humm, yo…, ¿conque estás en el primer vuelo? ¿Cuándo regresas?

—Tan pronto como pueda. Dentro de un día o así. Te llamaré mañana. ¿De acuerdo?

Scot vaciló, con el rostro contraído.

—Podrías… Tal vez… Acaso podrías venir conmigo. Me gustaría informarte sobre lo de Zagros. ¿Tienes tiempo?

—Naturalmente. ¿Lo pasasteis muy mal?

—Sí y no. Todos logramos salir, salvo Jordon. Le dispararon por mi causa, papá lo mat… —Los ojos se le llenaron de lágrimas, aunque su voz seguía firme y controlada—. No pude hacer nada…, no pude. —Se limpió las lágrimas, soltó una maldición y sujetó a su padre con el brazo sano—. No pude hacer nada, no…, no sé cómo…

—No ha sido culpa tuya, Scot —intentó tranquilizarle Gavallan, impresionado por la desesperación de su hijo, atemorizado por él—.

Vamos, hemos de…, pongámonos en marcha. —Luego dijo a Jean-Luc—. Me llevo a Scot a los rayos X. En seguida estaré de vuelta.

TEHERÁN. EN EL APARTAMENTO DE McIVER: 6.35 DE LA TARDE. Charles Pettikin y Paula se encontraban sentados a la mesa del comedor, a la luz de las velas, haciendo chocar las copas de vino con Sayada Bertolin. Habían abierto una gran botella de Chianti y sobre la mesa se veían fuentes con dos grandes salamis, quedando menos de la mitad de uno de ellos, un gran trozo de queso dolce latte, todavía sin tocar, y dos baguettes francesas del día que Sayada llevara del «French Club», una de ellas casi desaparecida.

—Puede que haya una guerra —había dicho Sayada con forzada alegría cuando, media hora antes, llegara sin ser invitada—, pero, pase lo que pase, los franceses han de tener su auténtico pan.

—*Vive la France* y *viva l'Italia* —había dicho Pettikin, invitándola a entrar reacio, no queriendo compartir a Paula con nadie. Desde que esta perdiera todo interés por Nogger Lane, Pettikin se había apresurado a tapar el hueco, esperando contra toda esperanza—. Paula ha llegado esta tarde en el vuelo de «Alitalia» pasando de matute todo el botín con riesgo de su propia vida y…, ¿verdad que está superissima?

Paula se echó a reír.

—Es el dolce latte, Sayada. Charlie me dijo que era su favorito.

—¿Acaso no es el mejor queso de la tierra? ¿No es todo lo italiano lo mejor de la tierra?

Paula llevó el sacacorchos y se lo dio mientras sus ojos con destellos verdes le producían escalofríos en la espina dorsal.

—Para ti *caro*.

—*Magnifico!* ¿Son todas las jóvenes damas de «Alitalia» tan previsoras, valientes, bellas, eficientes, tiernas, huelen tan bien, son tan cariñosas y, hummm, cinematográficas?

—Por supuesto.

—Únete a la fiesta, Sayada —había dicho Pettikin. Al darle la luz de lleno y poderla ver bien, se dio cuenta de que había algo extraño en ella—. ¿Estás bien?

—Sí, claro, no es nada. —Sayada se alegró de la luz de las velas tras las que podía ocultarse—. Yo…, humm, gracias, no voy a quedarme. Solo que…, echo a faltar a Jean-Luc, quería saber cuándo vuelve, y pensé que os vendrían bien las baguettes.

—Encantado de que hayas venido…, hace semanas que no tenemos un trozo de pan decente. Gracias. Pero quédate de todos modos. Mac ha ido a Doshan Tappeh para recoger a Tom, sabrá algo de Jean-Luc… Estarán de vuelta en cualquier momento.

—¿Qué tal por Zagros?

—Hemos tenido que cerrarlo.

Mientras se ocupaba de sacar vasos y ponía la mesa, ayudado por Paula que, en realidad, era la que hacía casi todo, les dijo el motivo, hablándoles también del ataque terrorista a Rig Bellissima de cómo habían matado a Gianni, y luego a Jordon, resultando herido Scot Gavallan.

—Un condenado asunto, pero así están las cosas.

—Terrible —murmuró Paula—. Eso explica el porqué nos hicieron cambiar de ruta pasando por Shiraz con instrucciones de mantener libres cincuenta asientos. Deben de ser para nuestros compatriotas de Zagros.

—Qué mala suerte —dijo Sayada preguntándose si debería pasar aquella información. A *ellos*…, y a *él*. El día anterior, a primera hora, la Voz la había llamado preguntándole a qué hora había dejado a Teymour el sábado.

—Sobre las cinco, tal vez a las cinco y cuarto. ¿Por qué?

—Al anochecer el condenado edificio se incendió… El fuego se inició en alguna parte del tercer piso, propagándose a los dos de encima. Todo el edificio ha quedado destruido, mucha gente ha muerto, y no hay rastro de Teymour o los otros. Como es natural, los bomberos llegaron demasiado tarde…

No tuvo dificultad alguna para derramar auténticas lágrimas y dar rienda suelta a su desesperación. Ese mismo día, más tarde, la Voz volvió a llamar.

—¿Entregaste a Teymour los papeles?

—Sí…, sí, sí. Claro que lo hice.

Se oyó un juramento ahogado.

—Ve al «French Club» mañana por la tarde. Dejaré instrucciones en tu taquilla.

Pero no encontró mensaje alguno de manera que cogió el pan de la cocina y se fue allí. No tenía otro sitio adonde ir y todavía estaba muy asustada.

—Es muy triste —estaba diciendo Paula.

—Sí, pero no hablemos más de ello —dijo Pettikin, maldiciéndose en su fuero interno por habérselo dicho a ellas; en realidad, no les atañía en absoluto—. Comamos, bebamos y alegrémonos.

—Porque mañana moriremos —dijo Sayada.

—No. —Pettikin alzó su baso y sonrió encantado a Paula—. Porque mañana viviremos. ¡Salud!

Chocó el vaso con el de Paula y luego con el de Sayada, pensando para sus adentros que las dos eran sensacionales, pero Paula con mucho, la mejor.

Sayada pensaba: «Charlie está enamorado de esta sirena arpía que lo consumirá a capricho y luego arrojará los restos sin siquiera un eructo. Mas…, ¿por qué *ellos*…, mis nuevos amos, quienesquiera que sean…, por qué querrán información sobre Jean-Luc y Tom y que me convierta en la amante de Armstrong? ¿Y cómo saben lo de mi hijo, ¡malditos sean!?».

Paula pensaba: «Aborrezco esta repugnante ciudad de mierda donde todo el mundo es pesimista, agorero y sometido, como esta pobre mujer que, indudablemente, está sufriendo, como es habitual por culpa de un hombre, cuando Roma está ahí, el sol, Italia y la dulce vida con la que embriagarse. Y también vino, risas y amor con los que gozar. Y tener hijos con un marido al que adores, pero solo mientras el diablo se comporte… ¿Por qué todos los hombres son un

asco, y por qué me gusta este hombre, Charlie, a mí si es demasiado viejo y, sin embargo, no lo es, demasiado pobre y, sin embargo, no lo es, demasiado masculino y sin embargo…?».

—*Alora* —dijo con sus labios más jugosos por el vino—, Charlie, *amore*, tenemos que vernos en Roma. Teherán es tan…, tan deprimidor, *scusa*, deprimente.

—No lo es cuando tú estás aquí —musitó él.

Sayada les vio sonreír y los envidió.

—Creo que volveré más tarde —dijo, levantándose.

Antes de que Pettikin pudiera hablar, se oyó una llave girar en la cerradura y McIver entró.

—Hola —saludó, con un intento de disimular su cansancio—. Hola, Paula, Sayada… Es una sorpresa muy agradable. —Luego, vio la mesa puesta—. ¿Qué es esto…, Navidades? —Se quitó el grueso abrigo y los guantes.

—Lo ha traído Paula, y Sayada el pan. ¿Dónde está Tom? —preguntó Pettikin dándose cuenta de inmediato de que algo andaba mal.

—Le dejé en la casa Bakravan, cerca del bazar.

—¿Cómo está Sharazad? —preguntó Sayada—. No la he visto desde…, desde el día de la marcha. La primera.

—No lo sé, pequeña. Solo le dejé a él allí y luego seguí mi camino. —McIver aceptó un vaso de vino y devolvió la mirada a Pettikin—. La circulación estaba imposible. Me ha costado una hora llegar aquí. ¡Salud! Eres un regalo para los ojos cansados, Paula. ¿Te quedas esta noche?

—¿Puedo? He de irme mañana a primera hora, no necesito transporte, *caro*, uno de los de la tripulación me dejó aquí y pasará a recogerme mañana. Genny me dio permiso para utilizar la habitación de invitados. Decía que tal vez necesitara una limpieza general, pero yo la encuentro bien.

Paula se levantó y los dos hombres, sin siquiera darse cuenta, quedaron magnetizados al instante por la sensualidad de sus movimientos. Sayada la maldijo en su fuero interno, preguntándose

qué tendría. El uniforme ciertamente no, ya que era de corte muy severo, aunque de magnífica factura. Sabía que ella era mucho más bella, infinitamente mejor vestida…, pero no de la misma raza. ¡Vaca!

Paula rebuscó en su bolso y sacó dos cartas que entregó a McIver.

—Una de Genny y la otra de Andy.

—Gracias, muchas gracias.

—Yo ya me iba, Mac —dijo Sayada—. Solo vine a preguntar cuándo regresará Jean-Luc.

—El miércoles tal vez, está pilotando un «212» a Al Shargaz. Hoy se quedará allí y volverá el miércoles. —McIver miró las cartas—. No es necesario que te vayas, Sayada. Perdonadme un momento.

Se sentó en la butaca junto a la estufa eléctrica que funcionaba a medio gas, y encendió la lámpara que tenía al lado. La luz despojó a la habitación de gran parte de su romanticismo. La carta de Gavallan decía: «Hola, Mac, he de apresurarme, ¡por cortesía hacia la más bella de todas! Estoy esperando a Scot. Esta noche me voy a Londres, siempre en el caso de que él se encuentre bien, pero estaré de vuelta dentro de dos días, tres a lo sumo. Saca a Duke de Kowiss y envíalo a Rudi en el caso de que Scrag se retrase. Debería estar de regreso el martes. Kowiss es muy peligroso…, tuve un gran altercado con Hotshot, y lo mismo con Zagros. Acabo de hablar con Masson desde aquí y es un hecho. Así que voy a pulsar el botón para la planificación. Ya está pulsado. Te veré el miércoles. Da un fuerte abrazo a Paula por mí y Genny dice: ¡Maldito si te atreves!».

Se quedó mirando la carta. Luego permaneció sentado un momento escuchando a medias una historia que Paula contaba sobre su vuelo de llegada a Teherán. «De manera que ya está pulsado el botón. No te engañes, Andy, desde el primer momento yo sabía que lo pulsarías…, por eso dije: "Muy bien, siempre que pueda abortar Torbellino si lo considero demasiado arriesgado". Y sobre eso no admito discusiones. Creo que debes pulsar el botón hasta el final. No tienes alternativa si quieres sobrevivir».

El vino sabía muy bien. Apuro el vaso y luego abrió la carta de Genny. Solo eran noticias de la casa y los chicos, todos ellos con buena salud y en el sitio que les correspondía. Pero la conocía demasiado bien para no descubrir entre líneas su preocupación: «No te preocupes, Duncan, y que no te descompongan los vientos, ningún viento. Y además, no creo que me gustase un cottage cubierto de rosas en Inglaterra. A nosotros nos va mejor la Casbah yo estoy por un yashmak, y estoy practicando la danza del vientre así que más vale que te apresures. Todo mi amor, Gen».

McIver sonrió para sí, se puso en pie y se sirvió un poco más de vino, ya más tranquilo.

—Por las mujeres, Dios las bendiga —dijo, chocando su vaso con el de Pettikin—. Un vino imponente, Paula. Andy te envía un abrazo… —Al punto Paula sonrió, poniéndole la mano en el brazo y McIver se sintió sacudido como por una corriente eléctrica. «¿Qué diablos pasa con ella?», se preguntó inquieto. Luego, dijo dirigiéndose a Sayada—: También te hubiera enviado uno a ti si hubiera sabido que estabas aquí. —Sobre la repisa de la chimenea empezaba a extinguirse una vela—. Yo la quitaré. ¿Algún mensaje?

—Uno de Talbot. Está haciendo todo lo posible para encontrar a Erikki. Duke se ha retrasado en Bandar Delam a causa de una tormenta, pero estará de regreso en Kowiss mañana.

—¿Y Azadeh?

—Hoy está mejor. Paula y yo la acompañamos a su casa. Se encuentra bien, Mac. Más vale que comas algo, todos estamos hambrientos.

—¿Qué os parece una cena en el «French Club»? —dijo Sayada —. Allí la comida aún es pasable.

—Me encantaría —dijo alegremente Paula y Pettikin maldijo para sus adentros—. Has tenido una idea estupenda, Sayada. ¿Charlie?

—Formidable. ¿Mac?

—Formidable si soy quien invito y no os importa que nos retiremos pronto. —McIver puso el vaso al trasluz, admirando el color del vino—. Charlie, quiero que mañana bien temprano cojas el

«212» para Kowiss, Nogger pilotará el «Alouette». Puedes ayudar a Duke a salir durante un par de días. Enviaré a Shoesmith con un «206» para que te traiga de vuelta el sábado. ¿De acuerdo?

—Desde luego —dijo Pettikin, preguntándose a qué se debería aquel cambio de planes, según el cual McIver, Nogger y él abordarían el vuelo del miércoles, mientras que otros dos pilotos irían a Kowiss al día siguiente. «¿Por qué? Debe de haber sido la carta de Andy. ¿Torbellino? ¿Lo ha suspendido Mac?».

EN LOS BARRIOS BAJOS DE JALEH: 6.50 DE LA TARDE. Un coche viejo se detuvo en un callejón y de él salió un hombre que miró en derredor. La callejuela aparecía desierta, altos muros. A un lado, un joub tiempo ha cegado por la nieve y los desperdicios. Al otro, apenas avistada a la luz de los faros, había una plaza medio en ruinas. El hombre dio unos golpes en la capota, los faros se apagaron. El conductor bajó del coche y acudió en ayuda del otro hombre que había abierto el maletero. Entre los dos llevaron el cuerpo, envuelto y atado en una manta negra, a través de la plaza.

—Espera un momento —susurró el conductor en ruso. Sacó su linterna y la encendió por un breve instante. El círculo de luz iluminó el hueco que buscaban en el muro del fondo.

—Bien —dijo el otro y ambos lo atravesaron deteniéndose una vez más para recobrar el aliento.

Se encontraban en un cementerio viejo, casi en ruinas. La luz fue recorriendo las lápidas, algunas con escritura cirílica, otras con caracteres latinos, hasta encontrar la tumba abierta, recién cavada. Había una azada clavada en el montón de tierra. Se acercaron y permanecieron en pie junto al borde.

—¿Preparado?

—Sí.

Dejaron caer el cuerpo en la fosa. El conductor lo iluminó con la linterna.

—Cúbrelo.

—Ya ha dejado de fastidiar —dijo el otro cogiendo la azada. Era un hombre fuerte, de hombros anchos y empezó a llenar la tumba.

El conductor encendió un cigarrillo y luego, irritado, arrojó la cerilla a la fosa.

—Tal vez debieras decir una oración por él.

El otro se echó a reír.

—Marx-Lenin no lo aprobarían. Y tampoco el viejo Stalin.

—Ese maldito jodido… ¡Ojalá se esté pudriendo!

—Mira lo que hizo por la Madre Rusia. Nos convirtió en un imperio, el mayor del mundo, jodió a los británicos, burló a los americanos, creó los mejores Ejércitos de tierra, mar y aire e hizo todopoderosa a la KGB.

—Arruinando hasta nuestro último condenado rublo y a cambio de veinte millones de vidas. Vidas rusas.

—Sacrificables. Escoria, locos, la hez. Y aún quedan muchas más de esas —dijo el hombre que estaba sudando y alargó la azada al otro—. ¿Qué diablos te pasa hoy? Has estado todo el día jorobando.

—Estoy cansado, solo cansado. Lo siento.

—Todo el mundo está cansado. Necesitas unos días libres. Solicita que te envíen a Al Shargaz, allí pasé tres días formidables, no tenía ganas de regresar. He presentado una solicitud para que me destinen allí. Ahora tenemos una operación importante, que se amplía continuamente, los israelíes también han metido a sus operadores…, y también la CIA. ¿Qué ha pasado mientras he estado fuera?

—Azerbaiyán está madurando estupendamente. Corre el rumor de que el Khan Abdollah se está muriendo o que ha muerto ya.

—¿La Sección 16/a?

—No, un ataque al corazón. El resto sigue normal. ¿De veras lo pasaste bien?

El otro rio.

—Hay una secretaria de «Intourist» realmente acomodaticia. —Se rascó el escroto al recordarla—. De todas maneras, ¿quién era este pobre desgraciado?

—Su nombre no estaba en la lista —dijo el conductor.

—Nunca lo están. ¿Quién era pues?

—Un agente llamado Yazernov. Dimitri Yazernov.

—No me dice nada el nombre. ¿Y a ti?

—Era un agente de Desinformación en el esquema de la Universidad. Hace un año trabajé con él durante un corto tiempo. Un tipo de los listos, tipo universitario, lleno de mierda ideológica. Al parecer le capturaron los del Servicio Secreto Interno y le sometieron a un interrogatorio en serio.

—¡Bastardos! Le mataron, ¿no?

—No. —El hombre más alto dejó por un momento de arrojar tierra a la fosa y miró en derredor. No era posible que nadie les oyera y aunque no creía en fantasmas, ni en Dios ni en nada semejante, solo en el Partido y en la KGB, su punta de lanza, aquel lugar no le gustaba. Instintivamente, bajó la voz—. Cuando le soltaron hacia casi una semana estaba en pésimas condiciones, inconsciente, nunca debieron moverlo en aquel estado. SAVAMA se lo quitó al Servicio Secreto Interno… El director cree que SAVAMA también le trabajó antes de devolverlo. —Se apoyó un momento sobre la azada—. SAVAMA nos lo entregó a nosotros diciéndonos que creían que había revelado hasta el tercer nivel. El director ordenó que averiguásemos rápidamente quién era, si tenía otras conexiones secretas o era un espía interno, o un testaferro de alguien más importante y qué diablos les había dicho… Quién diablos era. En nuestros archivos solo figuraba como agente en el esquema de la Universidad. —Se limpió el sudor de la frente y siguió de nuevo arrojando tierra—. Tengo entendido que el equipo esperó y esperó a que recobrara el conocimiento, pero hoy han renunciado a la espera e intentaron reanimarle.

—Un error. ¿Alguien le administró en exceso?

—¿Quién sabe? El pobre estúpido está muerto.

—Eso es lo que a mí me aterra —dijo el otro sintiendo un escalofrío—. Que me administren en exceso. Ahí sí que no puedes hacer nada. ¿No llegó a recobrar el conocimiento? ¿No dijo nada?

—No. Ni una condenada palabra. Lo verdaderamente asqueroso es que lo capturaran. Fue culpa suya…, el tipo trabajaba por su cuenta.

El otro lanzó un taco.

—¿Cómo pudo arreglárselas para salir adelante?

—¡Maldito si lo sé! Le recuerdo como uno de esos que creen saberlo todo y se mofan del Libro. ¿Listo? ¡Mierda! Esos bastardos causan más dificultades de lo que valen.

El hombre más alto trabajaba vigorosa y sistemáticamente. Cuando se hubo cansado, el otro ocupó su lugar.

Pronto, la fosa quedó llena. El hombre aplastó la tierra, nivelándola, respirando con fuerza.

—Si este tipo se dejó capturar, ¿por qué nos estamos tomando tantas molestias?

—Cuando no se puede repatriar el cuerpo de un camarada, tiene derecho a ser enterrado como es debido. Eso está en el Libro. Este es un cementerio ruso, ¿no es verdad?

—Desde luego, claro que lo es, pero maldito si me gustaría que me enterraran aquí.

El hombre se limpió la tierra de las manos. Luego, volviéndose, orinó sobre la tumba más cercana.

El hombre más alto forcejeaba por sacar una lápida.

—Échame una mano.

Juntos levantaron la piedra y la volvieron a colocar en la cabecera de la tumba que acababan de llenar.

«Maldito sea el joven bastardo por morirse —se decía, imprecándole en silencio—. No es culpa mía que muriera. Debió de haber soportado la dosis. ¡Asquerosos médicos! Se supone que saben lo que se hacen. No teníamos otra opción. De cualquier forma, el bastardo se estaba acabando y teníamos muchas preguntas por contestar, como por ejemplo, ¿qué había de importante en él para que el archibastardo Hashemi Fazir hubiera querido interrogarle personalmente junto con ese hijo de puta de Armstrong? Esos dos profesionales, altamente cualificados, no

pierden el tiempo con los peces pequeños. Y, ¿por qué Yazernov dijo "Fedor…" poco antes de palmarla? ¿Qué significa todo esto?».

—Vámonos a casa —dijo el otro hombre—. Este lugar es horrible y apesta. Apesta más de lo corriente.

Cogiendo la pala se alejó en la noche.

En aquel mismo momento la inscripción en la lápida llamó la atención del conductor, pero estaba demasiado oscuro para poder leerla. Encendió un instante la linterna. La inscripción decía: «Conde Alexi Pokenov, Plenipotenciario cerca del Sha Nasiru'd Din. 1830-1862». «A Yazernov le hubiera gustado esto», se dijo con aviesa sonrisa.

EN LA CASA BAKRAVAN, CERCA DEL BAZAR: 7.15 DE LA TARDE. La puerta exterior de entrada situada en el muro se abrió rápidamente.

—Salaam, Alteza.

El sirviente contempló a Sharazad pasar feliz junto a él, seguida de Jari y entrar en el patio quitándose el chador. En aquel momento se sacudía el pelo, ahuecándoselo con la punta de los dedos para mayor comodidad.

—El…, tu marido ha regresado, Alteza. Volvió poco después de la puesta del sol.

Por un instante, Sharazad permaneció inmóvil a la luz de las lámparas de aceite que oscilaban en el patio cubierto de nieve delante de la puerta principal.

«Así que todo ha terminado —pensaba—. Antes siquiera de empezar. Casi empezó hoy. Estaba preparada y sin embargo no lo estaba…, y ahora, ahora me he salvado de…, de mi lascivia. ¿Era lascivia o amor? ¿Era eso lo que yo trataba de averiguar? No lo sé, no lo sé pero…, pero mañana le veré por última vez. Tengo que verle una vez más, tengo que verle, solo…, solo una vez más…, solo para decirle adiós…».

Los ojos se le llenaron de lágrimas y corrió a la casa, atravesando salas y salones y subiendo las escaleras hasta su suite y en brazos de él.

—¡Dios mío, Tommmmyyyy, has estado lejos tanto tiempo!

—Te he echado mucho de menos. ¿Dónde has…? No llores, cariño, no tienes motivo para llorar.

La rodeó con los brazos y ella captó el leve y familiar olor a gasolina que despedían sus ropas de vuelo colgadas de una percha. Se dio cuenta de la actitud grave de él. «HBC» acudió a su cabeza pero dio de lado el pensamiento y, sin concederle un momento de respiro, se puso de puntillas, lo besó y se apresuró a decirle precipitadamente:

—Tengo noticias maravillosas. Espero un hijo. Ah, sí, es verdad, y he visto a un médico y mañana tendré los resultados de la prueba, pero *lo sé*. —Le hablaba con una sonrisa abierta y sincera—. Ah, Tommy —siguió diciendo con la misma precipitación, mientras sentía los brazos de él estrecharla con más fuerza—, ¿quieres casarte conmigo, por favor, por favor, por favor?

—Pero si ya estamos cas…

—Dilo, por favor, dilo. —Sharazad levantó la cabeza, le miró y vio que aún estaba pálido y sonriendo levemente, pero aquello era suficiente por el momento. Le oyó decir: «Desde luego que me casaré contigo»—. No, dilo como es debido. Me casaré contigo, Sharazad Bakravan, me casaré contigo, me casaré contigo, me casaré contigo. —Luego le escuchó a él decirlo y eso hizo que todo fuera perfecto—. Perfecto —le dijo, abrazándole con fuerza a su vez. Luego, apartándole corrió al espejo para arreglarse el maquillaje. Vio reflejada en el espejo la imagen de Lochart, el gesto severo, inquieto —. ¿Qué pasa?

—¿Estás segura? A lo del niño me refiero.

Sharazad rio.

—Completamente segura, pero el doctor quiere pruebas, los maridos quieren pruebas. ¿No es maravilloso?

—Sí, sí…, lo es —le puso las manos sobre los hombros—. ¡Te quiero!

En su mente escuchó de nuevo el otro «te quiero» que fuera dicho con tal pasión y anhelo, y pensó en lo extraño de los sentimientos: aun cuando el amor de su marido era seguro y estaba demostrado y el de Ibrahim no, sin embargo, el de este era sin reservas en tanto que su marido, incluso después de la maravillosa noticia, la miraba con el ceño fruncido.

—Ha pasado ya el año y un día, Tommy, el año y un día que tú querías —dijo Sharazad con cariño y, poniéndose en pie, se apartó del tocador y le rodeó el cuello con los brazos, sonriente, consciente de que era a ella a la que le correspondía ayudarle.

—Los extranjeros no se parecen a nosotros, Princesa —le había dicho Jari—. Sus reacciones son distintas, su educación diferente, pero no te preocupes, limítate a comportarte como tú eres, tan encantadora, y será arcilla en tus manos…

«Tommy, será el mejor de los padres», se prometió a sí misma, irrefrenablemente feliz de no haber cedido aquella tarde, de haberle dado la noticia. Ahora ya vivirían por siempre felices amén.

—Lo haremos, ¿verdad, Tommy?

—¿El qué?

—Vivir por siempre felices.

Por un instante, la alegría de ella le hizo olvidarse de su aflicción por la muerte de Karim, de lo que tenía que hacer y cómo hacerlo. Cogiéndola en brazos, se sentó en la confortable butaca y la acunó.

—Sí, sí, lo haremos. Tenemos mucho de qué hablar.

La llamada de Jari con los nudillos en la puerta le interrumpió.

—Pasa, Jari.

—Por favor, perdóname, Excelencia, pero Su Excelencia Meshang y Su Alteza han llegado y esperan tener el placer de veros a los dos cuando sea conveniente.

—Dile a Su Excelencia que bajaremos tan pronto como nos hayamos cambiado —dijo Lochart sin captar el alivio de Jari al asentir Sharazad con una amplia sonrisa.

—Te prepararé el baño, Alteza —dijo Jari dirigiéndose al cuarto de baño—. ¿Verdad que es maravilloso lo de Su Alteza, Excelencia? Muchas felicidades, Excelencia, muchas felicidades…

—Gracias, Jari —dijo Lochart sin prestarle atención, pensando en el niño por venir y en Sharazad, sumido en preocupaciones y felicidad. «Ahora es todo tan complicado, tan difícil…».

—No es en absoluto difícil —dijo Meshang después de la cena.

La conversación había sido en extremo tediosa, imponiéndose Meshang como siempre lo hacía, tanto más ahora que era el jefe de la Casa. Sharazad y Zarah apenas habían hablado y Lochart lo hizo en pocas ocasiones. No valía la pena mencionar Zagros ya que Meshang había mostrado siempre un desinterés absoluto por las opiniones de Lochart o por lo que hacía. Dos veces había estado a punto de hablar de Karim… «No hay motivo para decírselo todavía —pensó, disimulando su aflicción—. ¿Por qué ser portador de malas noticias?».

—¿No encuentras ahora difícil la vida en Teherán? —le había preguntado, ya que Meshang se había pasado todo el tiempo lamentándose de la nueva reglamentación implantada en el bazar.

—La vida siempre es difícil —había dicho Meshang—, pero si uno es iraní, un mercader con profunda experiencia, cauteloso y comprensivo, trabajando duro y con lógica, puede llegar incluso a doblegar al Comité Revolucionario. Siempre hemos doblegado a los recaudadores de impuestos y también a los sobrecargos, a los Shas, a los comisarios…, o a los pachás yanquis y británicos.

—Me satisface mucho saberlo. Mucho.

—Y a mí me satisface que hayas regresado, quería hablar contigo —dijo Meshang—. ¿Te ha dicho mi hermana que espera un hijo?

—Sí, sí, lo ha hecho. ¿No es maravilloso?

—Sí, sí, lo es. Alabado sea Dios. ¿Qué planes tienes?

—¿Qué quieres decir?

—¿Dónde vais a vivir? ¿Cómo vas a pagarlo todo ahora?

El silencio se hizo denso.

—Ya nos las arreglaremos —empezó a decir Lochart—. Tengo la int…

—En verdad no sé cómo podrías hacerlo. He estado repasando las facturas del pasado año y…

Meshang calló al ponerse Zarah en pie.

—No creo que sea este el momento oportuno para hablar de facturas.

Estaba blanca como el papel, lo mismo que Sharazad.

—Pues bien, ¡yo sí lo creo! —repuso Meshang con aspereza—. ¿Cómo va a sobrevivir mi hermana? ¡Siéntate, Zarah, y escucha! ¡Siéntate! Y cuando yo diga que en el futuro no irás a ninguna marcha de protesta ni nada semejante, obedecerás y te daré de latigazos. *¡Siéntate!*

Zarah obedeció sobresaltada ante sus malos modales y violencia. Sharazad, entretanto, se había quedado paralizada, su mundo se venía abajo. Ya veía a su hermano ponerse en contra de Lochart.

—Y ahora, capitán, veamos. Sus facturas del año pasado, las facturas abonadas por mi padre, sin contar las que aún están pendientes de pago, alcanzan una cifra sustancialmente superior a su sueldo. ¿No es así?

A Sharazad le ardía la cara de vergüenza e ira y antes de que Lochart pudiera contestar se apresuró a decir con su voz más melosa:

—Querido Meshang, tienes toda la razón al preocuparte de nosotros, pero el apart…

—Haz el favor de permanecer callada. Tengo que preguntar a tu marido, no a ti; este es su problema, no el tuyo. Bien, cap…

—Pero querido Mesh…

—¡Cállate! Bien, capitán, ¿es o no verdad?

—Sí, lo es —contestó Lochart, buscando desesperado una salida a aquel abismo—. Pero recordarás que Su Excelencia me dio el apartamento, de hecho todo el edificio, y que con los otros alquileres se pagaban las facturas y el resto era una renta que pasaba a

Sharazad por la que le estaba eternamente agradecido. En cuanto al futuro, yo cuidaré de Sharazad. Claro que lo haré.

A Lochart casi le ahogaba la furia. Sharazad se agitó en su asiento y Lochart se dio cuenta de su miedo, por lo que dominó su ansia de aplastar a Meshang contra la mesa.

—Está bien, Sharazad, tu hermano tiene derecho a preguntar. Es justo, tiene el derecho.

Descubrió la suficiencia en el delicioso rostro cincelado y supo que no lucharía solo.

—Nos las arreglaremos, Meshang, me las arreglaré. Nuestro apartamento no estará requisado para siempre, o podemos alquilar otro. Tendr…

—Ya no existe el apartamento ni el edificio. Ardió el sábado. Ha desaparecido, hasta los cimientos.

Se le quedaron mirando boquiabiertos, Sharazad la más asombrada.

—¿Estás seguro, Meshang? ¿Por qué no me lo dijiste? ¿Por…?

—¿Tenéis tantas propiedades que no las vigiláis de vez en cuando?

—Ha desaparecido del todo.

—¡Dios mío! —murmuró Lochart.

—Más vale que no blasfemes —dijo Meshang, resultándole muy difícil no regocijarse abiertamente—. De manera que no hay apartamento, no hay edificio, no hay nada, Insha'Allah. Y ahora, ahora, ¿cómo piensas pagar tus facturas?

—¡El seguro! —prorrumpió nervioso Lochart—. Tiene que haber un seg…

Una sonora carcajada ahogó sus palabras. Sharazad dejó caer un vaso de agua pero nadie se dio cuenta.

—¿Crees que pagará el seguro? —se burló Meshang—. ¿Ahora? Suponiendo que lo hubiese. Has perdido los cinco sentidos, no hay seguro, jamás lo hubo. De manera, capitán, que la situación es esta, muchas deudas, ningún dinero, ni capital, ni edificio… y no es que fuera legalmente tuyo, sencillamente, se trataba de una maniobra de

mi padre para salvar las apariencias y facilitarte medios con que mantener a Sharazad. —Cogió un trozo de halvah y se lo metió en la boca—. De manera que, ¿cuál es tu propuesta?

—Me las arreglaré.

—¿Cómo? Dímelo, por favor…, y también a Sharazad, naturalmente. Tiene derecho, derecho legal a saberlo. ¿Cómo?

—Tengo joyas, Tommy. Puedo venderlas —musitó Sharazad.

Meshang, sádico, dejó que las palabras planearan en el aire sobre la mesa, encantado de contemplar a Lochart acorralado, humillado, moralmente desnudo. «¡Asqueroso Infiel! De no haber sido por los Lochart de este mundo, por los extranjeros rapaces explotadores de Irán, estaríamos libres de Jomeini y sus mulás, mi padre aún viviría y Sharazad estaría casada como es debido».

—¿Bien?

—¿Qué sugieres? —preguntó Lochart, no viendo salida a aquella situación.

—¿Qué sugieres *tú*?

—No lo sé.

—Entretanto no dispones de casa, tienes facturas por una respetable cantidad y pronto te encontrarás sin trabajo. Dudo que a vuestra compañía le permitan operar aquí por mucho tiempo. Se considera a las compañías extranjeras, con gran acierto, como persona non grata. —Meshang estaba encantado de haber recordado aquella frase en latín—. Ya no se les necesita ni se les quiere ni son necesarias.

—Si ello ocurriera, presentaría mi renuncia y solicitaría pilotar helicópteros para las compañías iraníes. Necesitarán pilotos. Puedo hablar farsi, soy un experto piloto y profesor. Jomeini…, el Imán quiere que la producción de petróleo se reanude de inmediato y que se restablezca la normalidad. Así que, desde luego, necesitarán pilotos experimentados.

Meshang rio para sus adentros. El día anterior, el ministro Alí Kia había acudido al bazar con la humildad debida y ansioso de complacer, llevando consigo un exquisito pishkesh, ¿no estaba

cercana la fecha de renovación de sus «honorarios consultivos» y le había informado sobre sus planes para adquirir los aparatos de la sociedad y congelar todas las cuentas bancarias?

—No tendremos problemas para reclutar a todos los mercenarios que necesitemos para pilotar *nuestros* helicópteros, Excelencia Meshang —había dicho Kia—. Vendrán a nosotros por la mitad de sus sueldos.

«Sí, lo harán, pero tú no, marido temporal de mi hermana, ni siquiera por la décima parte del sueldo».

—Te sugiero que seas más práctico —dijo Meshang contemplando sus uñas impecablemente manicuradas que aquella misma tarde acariciaran a la adolescente de catorce años que Alí Kia le diera. «¡La primera de muchas, Excelencia!». Una deliciosa tez blanca circasiana, el matrimonio temporal para aquella tarde que él ampliara gozoso para toda la semana, tan fácilmente acordado—. Los gobernantes actuales de Irán son xenófobos, especialmente en lo que se refiere a los Estados Unidos.

—Yo soy canadiense.

—Dudo que eso tenga alguna importancia. Es lógico suponer que no se le permitirá quedarse. —Miró incisivo a Sharazad—. Ni regresar.

—Puras conjeturas —dijo Lochart apretando los dientes, viendo la expresión de ella.

—La caridad de mi difunto padre no puede prolongarse, capitán, ahora, los tiempos son difíciles. Quiero saber cómo intenta mantener a mi hermana y a su hijo por venir, dónde piensa vivir y cómo.

Lochart se puso en pie bruscamente, sobresaltando a todos.

—Ya has expuesto claramente tu postura, Excelencia Meshang. Contestaré mañana.

—Quiero una respuesta ahora.

La expresión de Lochart se hizo hermética.

—Primero hablaré con mi mujer. Y hablaré mañana contigo. Vamos… Sharazad.

Salió rápido y ella lo siguió llorosa y cerró la puerta.

Zarah exhaló con fuerza, furiosa.

—¡En el Nombre de Dios! ¿Qué…?

Meshang, volviéndose, descargó la mano abierta sobre su cara.

—¡Cállate! —gritó. No era la primera vez que le pegaba pero jamás lo había hecho con tal violencia—. ¡Cállate o me divorciaré de ti! Me divorciaré de ti, ¿me oyes? De cualquier manera, voy a tomar otra mujer…, alguien que sea joven, no una bruja gruñona, vieja y seca como tú. ¿Acaso no comprendes que Sharazad está en peligro, que todos estamos en peligro por causa de ese hombre? Ve a pedir perdón a Dios por tus malos modales. ¡Vete!

Zarah salió corriendo. Meshang le tiró una taza.

EN LOS SUBURBIOS DEL NORTE: 9.14 DE LA NOCHE. Azadeh conducía el pequeño y abollado coche por una calle con hermosas mansiones y edificios de apartamentos, en su mayoría a oscuras y algunos saqueados, con las luces largas puestas, deslumbrando a los coches que circulaban en dirección contraria, mientras tocaba la bocina. Derrapó, patinó al querer adelantar peligrosamente a los demás, evitó un accidente de milagro y enfiló hacia el interior del garaje de uno de los edificios con un chirrido de neumáticos.

El garaje estaba a oscuras. En el bolsillo lateral, había una linterna. La encendió, bajó del coche y le puso el seguro. Vestía un abrigo muy cálido y bien cortado, falda y botas, mitones y sombrero de piel. Llevaba el cabello suelto. Al otro lado del garaje había una escalera y el interruptor de la luz. Al querer encender, la bombilla más cercana empezó a lanzar chispazos y se fundió. Subió las escaleras cansadamente. En cada rellano había cuatro apartamentos. El que su padre les prestara a ella y a Erikki estaba en el tercer rellano, dando a la calle. Era lunes. Vivía allí desde el sábado.

—No es peligroso, Mac —le había dicho al anunciarle que se iba y haber tratado él de convencerla para que se quedara en su apartamento—, pero mi padre quiere que vuelva a Tabriz y

quedarme aquí contigo no me hará ningún bien. En mi apartamento hay teléfono. Solo estoy a menos de un kilómetro de distancia y puedo venir con facilidad. Allí dispongo de trajes y una sirvienta. Tendrás noticias mías a diario y vendré a la oficina a esperar. Es cuanto puedo hacer.

Lo que no había dicho es que prefería estar lejos de él y de Pettikin. «Les quiero a los dos muchísimo —se dijo—, pero son más bien viejos y pedantes, y no se parecen en nada a Erikki o a Johnny. Ah, Johnny, ¿qué hacer contigo? ¿Me atreveré a volver a verte?».

El tercer rellano estaba a oscuras, pero Azadeh tenía la linterna y encontró su llave, la metió en la cerradura, sintió que unos ojos la miraban y dio media vuelta aterrada. Aquel patán atezado y sin afeitar tenía los pantalones abiertos y agitaba su pene erecto ante ella.

—Te he estado esperando, princesa de todas las putas y así Dios me maldiga si no está preparado para ti, de frente, por detrás o de costado.

Se dirigió hacia ella despotricando obscenidades y Azadeh se apretó contra la puerta, momentáneamente aterrada, encontró la llave, la hizo girar y abrió la puerta de par en par.

Allí estaba el doberman guardián. El hombre se quedó rígido. Un gruñido ominoso y luego el perro va a por él. El hombre gritó dominado por el pánico e intentó sacudirse al perro, luego bajó de estampía las escaleras con el perro gruñendo y mordiéndole las piernas y la espalda, desgarrándole el traje.

—¡Enséñamelo ahora! —le gritó Azadeh.

—Alteza, no la oí llamar. ¿Qué pasa? —dijo el anciano sirviente saliendo precipitadamente por la parte de la cocina.

Furiosa, se secó el sudor de la frente y se lo dijo.

—¡Dios te maldiga, Alí! Te he dicho veinte veces que me esperes abajo con el perro. He llegado en punto. Siempre llego en punto. ¿Es que no tienes seso?

El viejo empezó a excusarse pero una voz seca detrás de ella le cortó en seco.

—¡Ve a buscar al perro!

Azadeh se volvió a mirar. Y sintió angustia en el estómago.

—Buenas noches, Alteza.

Era Ahmed Dursak, alto, barbudo, glacial, de pie en el umbral de la puerta de la sala de estar. «Insha'Allah —se dijo—. La espera ha terminado y ahora volvemos a empezar».

—Buenas noches, Ahmed.

—Alteza, le ruego que me perdone. Desconozco a la gente de Teherán o yo mismo la hubiera esperado abajo. ¡Trae al perro, Alí!

Asustado y sin dejar de farfullar excusas, el sirviente se lanzó escaleras abajo. Ahmed cerró la puerta y observó cómo Azadeh, utilizando la horquilla, se quitaba las botas y deslizaba los pequeños pies en unas curvas zapatillas turcas. Luego, pasó junto a él y se dirigió a la confortable sala de estar amueblada al estilo occidental. Una vez allí se sentó con el corazón latiéndole fuertemente. El fuego estaba encendido en la chimenea. Alfombras inapreciables, otras usadas y reposteros. Junto a ella, había una pequeña mesa y sobre ella, el kukri que Robert le dejara.

—¿Tienes noticias de mi padre y de mi marido?

—Su Alteza el Khan está enfermo, muy enfermo y…

—¿Qué enfermedad tiene? —preguntó Azadeh, preocupada.

—Un ataque al corazón.

—Dios le proteja…, ¿cuándo ocurrió?

—El pasado jueves —respondió Ahmed que, al punto, leyó el pensamiento de ella—. Ese era el día en que tú y el…, y el saboteador estabais en la aldea de Abu Mard. ¿No es así?

—Supongo que sí. Los últimos días han sido muy confusos —repuso ella con tono glacial—. ¿Cómo está mi padre?

—El ataque del jueves fue leve, gracias sean dadas a Dios. Pero antes de la medianoche del sábado, sufrió otro. Mucho peor.

Vigilaba su reacción.

—¿Es grave? ¡Por favor, no juegues conmigo! Dímelo todo de inmediato.

—Lo siento, Alteza, no era mi intención jugar contigo. —Conservó el tono cortés y los ojos en las piernas de ella, admirando su fuego y orgullo y deseando muchísimo retozar con ella—. El médico lo llamó apoplejía y ahora el lado izquierdo de Su Alteza está paralizado en parte. Puede hablar con cierta dificultad, pero la mente la tiene tan fuerte y clara como siempre. El doctor dice que se recuperaría mucho más rápidamente en Teherán, pero que el viaje aún no es posible.

—¿Se recuperará? —preguntó ella.

—No lo sé, Alteza. Será la Voluntad de Dios. A mí me da la impresión de que está muy enfermo. El médico no me parece nada del otro mundo. Todo cuanto dice es que las posibilidades de Su Alteza serían mejores si estuviera en Teherán.

—Entonces, traedlo lo más pronto posible.

—Lo haré, Alteza, no temas. Entretanto, tengo un mensaje para ti. El Khan tu padre dice: «Deseo verte. En seguida. No sé cuánto tiempo de vida me queda, pero tienen que hacerse y confirmarse ciertos arreglos. Ahora tu hermano está conmigo y…».

—¡Dios le proteja! —le interrumpió Azadeh—. ¿Se ha reconciliado mi padre con Hakim?

—Su Alteza le ha nombrado su heredero. Pero por fav…

—Es maravilloso, realmente maravilloso, ¡alabado sea Dios! Pero…

—Por favor, ten paciencia y déjame terminar el mensaje. «Tu hermano Hakim está ahora conmigo y le he nombrado mi heredero bajo ciertas condiciones, por tu parte y por la de él». —Ahmed vaciló y Azadeh anhelaba cerrar la brecha, rebosante de felicidad y también de cautela. Pero su orgullo se lo impidió.

—«Por lo tanto, es necesario que regreses de inmediato con Ahmed». Este es el fin del mensaje, Alteza.

La puerta de la calle se abrió. Alí volvió a cerrarla, echó el cerrojo y le quitó la correa al perro. El animal se lanzó al punto a la sala de estar y puso su cabeza sobre la falda de Azadeh.

—Bien hecho, Reza —dijo acariciándole, agradeciendo aquella interrupción que le permitía recuperar el dominio de sí misma—. ¡Siéntate! Vamos, ¡siéntate! ¡Siéntate!

El perro obedeció, contento, tumbándose a sus pies, vigilando la puerta y vigilando a Ahmed que permanecía en pie cerca del otro sofá. Azadeh, con aire ausente, jugueteaba con la empuñadura del kukri, dándole su tacto una sensación tranquilizadora. Ahmed era consciente de ello y de sus implicaciones.

—Que Dios sea testigo, ¿me has dicho la verdad?

—Sí, Alteza, Dios sea testigo.

Se puso en pie.

—Entonces, nos iremos de inmediato. ¿Viniste en coche?

—No, Alteza. Traje la limusina y al chófer. Pero hay algunas otras noticias…, buenas y malas. Llegó una nota para Su Alteza pidiendo un rescate. Su Excelencia, tu marido está en manos de bandidos, hombres tribales…

Azadeh luchó por conservar la serenidad pero sintió que las rodillas le temblaban.

—… en alguna parte cerca de la frontera soviética. Tanto él como su helicóptero. Al parecer esos… esos bandidos aseguran ser kurdos, pero el Khan lo duda. Sorprendieron al soviético Cimtarga y a sus hombres, matándolos a todos y capturando a Su Excelencia y su helicóptero, a primera hora del jueves, según aseguraron. Luego, volaron a Rezaiyeh donde fue visto, e indemne al parecer, antes de volverse a ir volando.

—Alabado sea Dios —fue todo cuanto le permitió decir su orgullo —. ¿Han pagado ya el rescate de mi marido?

—La nota pidiendo el rescate llegó a última hora del sábado a través de intermediarios. Ayer, tan pronto como Su Alteza recobró el conocimiento, me dio el mensaje para ti y me envió aquí a recogerte.

Azadeh se fijó en lo de «a recogerte» y percibió su gravedad, pero Ahmed lo había dicho sin darle casi importancia al tiempo que echaba mano a su bolsillo.

—Su Alteza Hakim me dio esto para ti. —Le alargó un sobre sellado.

Azadeh lo abrió con fuerza sobresaltando al perro. La nota era de puño y letra de Hakim y decía: «Querida, Su Alteza me ha nombrado su heredero y nos ha restituido *a los dos* bajo unas condiciones previas, unas condiciones estupendas y fáciles de aceptar. Apresúrate a volver, está muy enfermo y no tratará con los secuestradores hasta que te haya visto. Salaam».

Embargada de felicidad, ella salió presurosa, hizo una maleta en un abrir y cerrar de ojos, garrapateó una nota para McIver y le encargó a Alí que la entregara al día siguiente. Cuando ya se iba, se acordó del kukri, lo cogió y salió apretándolo entre las manos. Ahmed no dijo palabra, limitándose a seguirla.

MARTES

27 de febrero

LII

BANDAR DELAM: 8.15 DE LA MAÑANA. Kasigi seguía presuroso al adusto oficial de Policía a través de los lóbregos corredores del hospital atestados de gente. Minoru iba detrás de él, a su vez, a unos pasos de distancia. Hombres, mujeres y niños, enfermos o heridos, yacían en camillas o sillas, de pie o, sencillamente, tumbados en el suelo esperando que alguien acudiera en su ayuda, los enfermos muy graves junto con los leves, algunos haciendo sus necesidades, otros comiendo y bebiendo alimentos que les llevaban los familiares que iban a visitarlos y que eran numerosos…, y todo el que podía se lamentaba a voz en grito. Enfermeras y doctores entraban y salían, agobiados, de las habitaciones. Todas las mujeres conectadas con el hospital vestían el chador salvo algunas británicas y las enfermeras Queen Alexandra cuyo severo tocado era casi el equivalente y aceptable.

Finalmente, el policía encontró la puerta que buscaba y se abrió camino a través de todo aquel gentío. Camas alineadas a cada lado, con otra fila en el centro, todas ocupadas por pacientes masculinos, las familias que les visitaban parloteando o quejándose, los niños jugando y en uno de los rincones del fondo, una mujer vieja guisando en una cocina portátil.

Scragger estaba esposado por una muñeca y un tobillo a la cabecera y los pies, respectivamente, de una cama de hierro. Yacía sobre un colchón de paja con la ropa y los zapatos puestos, con la cabeza vendada, sin afeitar y sucio. Al ver a Kasigi y a Minoru detrás del policía se le iluminó la mirada.

—Hola, amigos —les dijo con voz ronca.

—¿Cómo está, capitán? —dijo Kasigi, horrorizado a la vista de las esposas.

—Estaré formidablemente si quedo libre.

El policía, irritado, los interrumpió a voces, en farsi, en honor de los que miraban.

—¿Es este el hombre al que querían ver?

—Sí, Excelencia —dijo Minoru como portavoz de Kasigi.

—Pues ya lo han visto. Pueden informar a su Gobierno o a quienquiera que lo desee, que se le está aplicando tratamiento. Será juzgado por el comité de circulación.

Dio media vuelta pomposamente, dispuesto a irse.

—Pero si el piloto capitán no era el conductor —dijo Kasigi pacientemente en inglés, siendo traducido por Minoru y habiendo repetido aquello durante la mayor parte de la noche y desde la madrugada de aquel día a diferentes policías de los más diversos grados, recibiendo siempre la misma respuesta en diferentes grados: «Si el extranjero no hubiera estado en Irán, el accidente jamás habría ocurrido, hubo gentes que resultaron muertas o heridas. Claro que es el responsable».

—Pero le repito que mi ayudante, aquí presente, fue testigo y declarará que el accidente lo provocó el otro coche.

—Las mentiras delante del comité se castigarán gravemente —dijo el hombre con expresión torva, siendo uno de los que se encontraban en el coche de la Policía causante del accidente.

—No son mentiras, Agha. Hay más testigos —insistió Kasigi con tono cortante. En realidad no tenía ninguno—. Repito que este hombre ha de ser puesto en libertad. Es un empleado de mi Gobierno, un Gobierno que ha invertido millones de dólares en nuestra planta petroquímica «Iran-Toda», en beneficio de Irán y de toda la gente de Bandar Delam en especial. A menos que lo pongan de inmediato en libertad, ordenaré la salida de todos los japoneses y la suspensión de todos los trabajos. —Su tendencia biliosa se acrecentó, ya que no tenía autoridad para ello y tampoco hubiera dado semejantes órdenes—. ¡Todo parará!

—¡Por el Profeta, ya no estamos sometidos al chantaje extranjero! —estalló el hombre dando media vuelta—. ¡Eso tendrá que discutirlo con el comité!

—¡A menos que lo suelten de inmediato, se suspenderán todas las actividades y ya no habrá puestos de trabajo! ¡Ninguno! —A medida que Minoru iba traduciendo, Kasigi observó un silencio y un talante diferentes en quienes los rodeaban. E incluso en el propio policía, penosamente consciente de que todas las miradas estaban clavadas en él y captando también una súbita hostilidad. Un joven que se encontraba cerca, ostentando una banda verde en la manga de su mugriento pijama, farfulló resentido:

—Quieres poner en peligro nuestro trabajo, ¿eh? ¿Quién eres tú? ¿Cómo podemos saber que no seas un hombre del Sha? ¿Has sido depurado por el comité?

—Pues claro que lo he sido. ¡Por el único Dios! Hace ya años que soy seguidor del Imán —replicó el policía enfadado, aunque, al mismo tiempo, le invadiera una oleada de miedo—. He ayudado a la revolución, todo el mundo lo sabe. Tú —dijo señalando a Kasigi, y maldiciéndole para sus adentros por causarle todas aquellas dificultades—, ¡sígueme!

Se abrió camino entre los mirones.

—Volveré, capitán Scragger. No se preocupe.

El oficial de Policía abrió la marcha bajando un tramo de escalera, luego siguió a lo largo de un corredor para volver a bajar otras escaleras, todo ello atestado de gente. El nerviosismo de Kasigi se acrecentaba a medida que descendían más y más en el hospital. Finalmente, el hombre abrió la puerta sobre la que había un cartel en farsi.

Kasigi sintió correrle un sudor frío. Estaban en el depósito de cadáveres. Losas de mármol con cuerpos cubiertos con sábanas mugrientas. Hedor a productos químicos, sangre reseca, intestinos y excrementos.

—Mire —dijo el oficial de Policía al tiempo que retiraba violentamente una sábana.

Debajo se encontraba el cuerpo decapitado de una mujer. La cabeza la habían colocado obscenamente cerca del tronco, con los ojos abiertos.

—Su coche fue la causa de su muerte, ¿qué me dice de ella y su familia? —Kasigi captó lo de «su coche» y le estremeció un escalofrío—. ¡Y esto! —Arrancó otra sábana. Otra mujer irreconocible, completamente aplastada—. ¿Bien?

—Nosotros…, nosotros lo sentimos profundamente, claro…, desde luego lamentamos profundamente que alguien resulte herido, lo sentimos muy profundamente, pero es karma. Insha'Allah, pero no es culpa nuestra ni es culpa del piloto que está arriba —dijo Kasigi a quien le resultaba en extremo difícil contener sus náuseas—. Lo lamentamos profundamente.

Minoru tradujo mientras el oficial de Policía se apoyaba con insolencia contra la losa. Contestó y el joven japonés abrió los ojos al máximo debido a su asombro.

—Dice, dice que la fianza, la multa para soltar a Mr. Scragger de inmediato es de un millón de rials. De inmediato. Lo que el comité decida no tiene nada que ver con él.

Un millón de rials eran unos doce mil dólares.

—Eso no es posible pero, ciertamente, podemos pagar cien mil rials dentro de una hora.

—¡Un millón! —vociferó el hombre. Cogió la cabeza de la mujer por el pelo y la agitó delante de Kasigi que hubo de hacer un gran esfuerzo por mantenerse erguido.

—¿Qué me dice de sus hijos, condenados para siempre a ser huérfanos? ¿Acaso no se merecen una compensación? ¿Eh?

—No hay…, no hay esa cantidad de dinero en… en toda la planta. Lo siento.

El policía maldijo y siguió regateando, pero entonces se abrió la puerta. Unos enfermeros entraron con una mesa rodante y otro cuerpo, y se les quedaron mirando curiosos.

—Muy bien. Iremos a su oficina —dijo de pronto el policía.

Para allá se fueron y aceptó la última cantidad que le ofreciera Kasigi, doscientos cincuenta mil rials, alrededor de tres mil dólares, pero sin recibo, claro, tan solo un acuerdo verbal de soltar a Scragger. Como aquel hombre no le inspiraba confianza, Kasigi le entregó la mitad en su oficina, metiendo la otra mitad en un sobre que conservó en su bolsillo. Regresaron al hospital. Una vez allí, él esperó dentro del coche mientras Minoru y el hombre entraban. La espera le pareció interminable pero, finalmente, Minoru y Scragger bajaron las escaleras junto con el policía. Kasigi descendió del coche y entregó el sobre al policía. El hombre maldijo a todos los extranjeros y se alejó con aire truculento.

—Ya está —dijo Kasigi y sonrió a Scragger.

Se estrecharon las manos. Scragger le dio profusamente las gracias, excusándose por todas aquellas molestias, los dos hombres maldiciendo la suerte, luego bendiciéndola y subiendo rápidamente al coche. El chófer iraní se coló de rondón entre la circulación, maldijo a voces a un coche que adelantaba, con preferencia de paso, y estuvo a punto de colisionar con él mientras hacía sonar la bocina sin cesar.

—Dile que aminore la marcha, Minoru —dijo Kasigi. Minoru obedeció y el conductor asintió, sonrió y obedeció. Pero la moderación duró unos segundos escasos.

—¿Se encuentra bien, capitán?

—Sí. Un dolor de cabeza monumental pero, por lo demás, bien. Lo peor era cuando necesitaba orinar.

—¿Cómo?

—Los bastardos me tenían sujeto con las esposas a la cama y no querían dejarme ir al retrete. Yo no podía hacérmelo en los pantalones ni en la cama y solo esta mañana, a primera hora, una enfermera me trajo una botella. Tenía la vejiga a punto de estallar. —Scragger se frotó los ojos tratando de eliminar el cansancio—. Se acabaron las dificultades, amigo. Le debo una. ¡Más el rescate! ¿Cuánto ha pagado?

—Nada, para usted nada. Disponemos de fondos para tales eventualidades.

—No hay problema. Andy Gavallan le pagará. Ah, y eso me recuerda que me dijo que había conocido a su jefe hace algunos años. Toda, Hiro Toda.

—*Ah, so desu ka?* —Kasigi estaba genuinamente sorprendido—. ¿Gavallan tenía helicópteros en Japón?

—No, no. Fue en la época en que era comerciante, en Hong Kong, cuando trabajaba para «Struan's».

El hombre sobresaltó a Kasigi que, sin embargo, se mantuvo impávido.

—¿Ha oído hablar de ellos? —preguntó Scragger.

—Sí, una excelente compañía. «Toda» tiene, o tenía, negocios con «Struan's» —dijo Kasigi con tono afable, pero almacenó la información para un futuro estudio. «¿No fue Linbar Struan quien, de manera unilateral, canceló cinco contratos de arriendo de buques hace ya dos años y que estuvo a punto de hacernos quebrar? Tal vez Gavallan pueda ser un instrumento para resarcirnos, de una forma u otra»—. Siento que lo haya pasado tan mal.

—No es culpa suya, amigo. Pero Andy querrá pagar el importe del rescate. ¿Por cuánto nos han sacudido?

—Se trata de una cantidad muy modesta. Por favor, acéptelo como regalo…, usted salvó mi barco.

—Entonces, le debo dos, camarada —dijo Scragger al cabo de una pausa.

—Nosotros elegimos al chófer… Fue culpa nuestra.

—¿Dónde está? ¿Dónde está Mohammad?

—Murió. Lo siento.

Scragger empezó a maldecir.

—No fue culpa suya. No lo fue en modo alguno.

—Sí, sí, lo sé. Hemos pagado indemnización a su familia y lo mismo haremos con las de las víctimas.

Kasigi intentaba averiguar en qué estado se encontraba Scragger, ya que tenía gran interés en saber cuándo se hallaría en condiciones

de volar, y se sentía profundamente irritado por aquel retraso de un día. Era imperativo regresar a Al Shargaz lo antes posible y luego a casa, en Japón. Su trabajo allí había terminado. Ahora ya el ingeniero jefe Watanabe estaba absolutamente de su parte, las copias de sus informes particulares fortalecerían su propia posición corporativa y lo ayudarían enormemente y también a Hiro Toda, para plantear nuevamente la posibilidad de persuadir al Gobierno para que diera a Iran-Toda categoría de Proyecto Nacional.

«¡No la posibilidad sino la certeza! —se dijo, más confiado de lo que jamás lo estuviera—. Nos libraremos de la quiebra, enterraremos a nuestros enemigos, "Mitsuwari" y Gyokotomo y nosotros ganaremos prestigio…, y beneficios, ¡grandes beneficios! ¡Ah, sí! Y el inesperado golpe de buena fortuna». Kasigi se permitió una cínica sonrisa, «la importante y explosiva copia del informe privado que el difunto ingeniero jefe Kasusaka enviara a Gyokotomo, fechado y firmado, que Watanabe "encontrara", milagrosamente, en un expediente olvidado mientras yo me encontraba en Al Shargaz. He de ir con gran cautela en cómo lo utilizo, con la mayor cautela, desde luego, pero por ello es aún más importante que llegue a casa lo antes posible».

Las calles y las bocacalles se encontraban atestadas de coches. Arriba, el cielo seguía encapotado, pero la tormenta había pasado y Kasigi sabía que el tiempo era bueno para volar. «Quisiera tener mi propio aparato —se dijo—. Digamos un jet "Lear". La recompensa por todo mi trabajo aquí será sustancial».

Se dejó ir, feliz, disfrutando con su sensación de éxito y poder.

—Parece que muy pronto podremos comenzar la construcción, capitán.

—¿De veras?

—Sí. El jefe del nuevo comité nos garantizó su cooperación. Parece que él conoce a uno de sus pilotos, a un tal capitán Starke… Se llama Zataki.

Scragger le lanzó una rápida mirada.

—Es al que Duke, Duke Starke, salvó de los izquierdistas, llevándole luego a Kowiss. Si yo fuera usted, amigo, yo, hummm, andaría con pies de plomo con él. —Aconsejó e informó a Kasigi de lo mercurial que era aquel hombre—. Está completamente loco.

—No daba esa impresión, en absoluto. Curioso…, los iraníes son muy curiosos. Pero vayamos a lo más importante, ¿cómo se encuentra?

—Ahora estoy de primera.

Scragger exageraba, contento. El día anterior y toda la noche los había pasado muy mal, con todas aquellas imprecaciones y vocerío, y además esposado, incapaz de hacerse entender, rodeado de hostilidad, miradas por doquier. Perdido. Y asustado. El dolor aumentaba. El tiempo iba pasando con una terrible lentitud, la esperanza empezaba a esfumarse, seguro de que Minoru se encontraba herido o muerto al igual que el conductor, de manera que nadie sabría dónde se encontraba o qué había ocurrido.

—Nada que una buena taza de té no pueda curar. Si quiere que salgamos inmediatamente estoy preparado. Un baño rápido, un afeitado, una taza de té, algo para masticar y podemos emprender nuestro alegre viaje.

—¡Excelente! Entonces, saldremos tan pronto como usted esté dispuesto. Minoru ha instalado ya la radio y la ha comprobado.

Durante todo el vuelo hasta la refinería, y también durante el de regreso a Lengeh, Kasigi se había mostrado de un excelente humor. Cerca de Kharg les pareció haber visto el inmenso pez martillo que Scragger mencionara. Volaban bajo y cerca de la playa, las nubes seguían densas y bajas, con relámpagos ocasionales amenazándoles aunque no demasiado, solo un pequeño bache de vez en cuando. La vigilancia por radar y los permisos de salida fueron eficientes e inmediatos, lo que aumentaba el malestar de Scragger. Dos días para Torbellino sin contar en el que estaban era algo que no se apartaba de la mente de Scragger. «La pérdida de un día lo hace todo más peliagudo —se dijo ansioso—. ¿Qué habrá ocurrido mientras estaba fuera?».

Una vez hubieron dejado atrás Kharg, tomó tierra para repostar y descansar un rato. El estómago le seguía doliendo de manera muy molesta y observó algo de sangre en la orina. «Nada de que preocuparse —se dijo—. Seguro que ha habido una pequeña hemorragia interna después de semejante accidente. Ciertamente, tenía que reconocer que había sido muy afortunado».

Estaban sobre un banco de arena terminando un excelente almuerzo, arroz frío y trozos de pescado con variantes. Scragger tenía en la mano un gran trozo de pan iraní que había birlado en la impecable cocina y cantidades ingentes de pollo yakatori frío con salsa de soja que le gustaba muchísimo. Kasigi saboreaba una cerveza japonesa que Scragger había rechazado.

—El alcohol no hace buenas migas con el pilotaje.

Kasigi comió parcamente. Scragger voraz y rápido.

—Buen pienso —dijo—. Más vale que nos vayamos tan pronto como esté preparado.

—He terminado. —Pronto estuvieron de nuevo en el aire—. ¿Habrá tiempo para llevarme hoy a Al Shargaz o a Dubai?

—No, si vamos a Lengeh. —Scragger se ajustó ligeramente sus cascos—. Le diré lo que haremos: cuando nos pongamos en contacto con el Control de Tráfico Kish, preguntaré si podemos desviarnos hacia Bahrein. Allí podrá coger un vuelo local o internacional. Necesitaremos repostar en Lavan, pero si están de acuerdo, lo aprobarán. Como he dicho, le debo un par.

—Usted no nos debe nada. —Kasigi sonrió para sus adentros—. En la reunión de ayer con el comité, ese hombre, Zataki, preguntó cuándo podríamos disponer de nuestra flota de helicópteros. Le prometí acción inmediata. Como usted sabe, «Guerney» ya no nos da servicio. Nos gustaría disponer de tres de sus «212» y dos «206» para los próximos tres meses y luego podríamos negociar un contrato por un año, dependiendo de nuestras necesidades, y renovable anualmente…, con usted al frente. ¿Sería posible?

Scragger vaciló. No sabía cómo contestar. Normalmente, semejante oferta hubiera enviado alegres tañidos de campanas

hasta Aberdeen, Gavallan se habría puesto personalmente al teléfono y todos cobrarían una importante prima. Pero estando programado Torbellino, «Guerney» fuera del panorama y nadie más disponible, no había forma de ayudar a Kasigi.

—¿Cuándo, hummm, cuándo necesitaría que empezasen a funcionar los pájaros? —le preguntó para ganar tiempo y poder pensar.

—Lo más pronto posible —prosiguió diciendo Kasigi de excelente humor, mientras seguía con la vista a un petrolero que había abajo —. He garantizado a Zataki y al comité que si ellos cooperaban, nosotros empezaríamos de inmediato. Mañana o pasado mañana a más tardar. Tal vez usted pudiera consultar con su oficina central la posibilidad de desviar algunos de los «202» estacionados en Bandar Delam que no trabajen a plena capacidad. ¿Sí?

—Desde luego que lo consultaré con la central tan pronto como tomemos tierra.

—Durante una semana aproximadamente, necesitaremos un enlace aéreo temporal con Kuwait, para recoger y remplazar los equipos procedentes de Japón. Zataki dice que su comité ha llegado hoy a un acuerdo con el comité del aeropuerto de Abadán para que nos lo abran a nosotros, casi seguro este fin de semana…

Scragger solo escuchaba a medias los confiados planes de aquel hombre que le había mostrado amistad, sin el que aún estaría maniatado a la cama. La elección era sencilla: «O le hablas de Torbellino o lo dejas en la estacada. Pero si se lo dices, traicionas una confianza mucho más importante, una confianza de muchos años. A Kasigi puede escapársele lo de Torbellino. Es probable que se lo diga a De Plessey. La cuestión es, ¿hasta qué punto puedo confiar en él… y en De Plessey?».

Incómodo al máximo miró por la ventanilla y comprobó su posición una vez más.

—Siento la interrupción pero tengo que informar. —Pulsó el botón emisor—. Kish radar, habla Hotel Sierra Tango. ¿Me reciben?

—HST, Kish radar, le recibimos cuatro por cinco. Adelante.

—HST en vuelo charter desde «Iran-Toda» con destino a nuestra base en Lengeh, acercándonos a Lavan a trescientos, un pasajero a bordo. Solicito permiso para repostar en Lavan y desviarnos hasta Bahrein para dejar a mi pasajero que tiene asuntos urgentes beneficiosos para Irán.

—Solicitud rechazada, manténgase a trescientos y en la dirección actual.

—Mi pasajero es japonés, jefe de «Iran-Toda» y necesita hacer una consulta urgente al Gobierno japonés respecto al deseo del Gobierno de Irán de reanudar las operaciones de inmediato. Solicito atención especial en este caso.

—Solicitud rechazada. Solo se autorizan vuelos a través del Golfo, autorizados con veinticuatro horas de antelación. Gire a 095 grados directo a Lengeh, informe a la altura de Kish, no por encima de Kish. ¿Toma nota?

Scragger miró a Kasigi que también escuchaba el intercambio.

—Lo siento, amigo —dijo, enfilando en la nueva dirección—. HST comunica: Solicito autorización para Al Shargaz mañana de madrugada con un pasajero.

—Standby One. —Sus auriculares transmitían toda clase de ruidos.

Hacia estribor proseguía el puente marino de petroleros, en una u otra dirección, desde o hacia las terminales del Golfo, de Arabia Saudita, los Emiratos Árabes, Abu Dhabi, Bahrein, Kuwait e Iraq. Ninguno cargaba en Kharg o Abadán donde, habitualmente, solían cargar una docena de ellos mientras otra docena se mantenía a la espera. Ahora, solo podían verse enjambres de barcos esperando, algunos hacía más de dos meses. El cielo seguía cubierto y con mal aspecto.

—HST, habla Kish. En esta ocasión se autoriza su solicitud de ir a Al Shargaz desde Lengeh, mañana miércoles veintiocho salida a mediodía. Hasta nuevas órdenes todos, repito, todos los vuelos a través del Golfo habrán de solicitarse con veinticuatro horas de

antelación y todas, repito, todas las puestas en marcha de motores necesitan autorización. ¿Ha tomado nota?

Scragger soltó un taco y luego acusó recibo.

—¿Qué pasa? —preguntó Kasigi.

—Nunca necesitamos antes autorización para poner en marcha los motores. Los bastardos se están poniendo difíciles en verdad. —Scragger estaba pensando en el viernes y en sus dos «212» que habían de despegar, y en Kish, demasiado ruidoso y demasiado eficiente—. Vaya hatajo de cretinos.

—Sí. ¿Le será posible cubrir nuestras necesidades de helicópteros con usted al frente?

—Hay montones de tipos mejores que yo.

—Ah, lo siento mucho, pero sería muy importante para mí. Sabría que la operación está en buenas manos.

Scragger vaciló de nuevo.

—Gracias, si puedo, lo haré, claro que lo haré, seguro.

—Entonces, todo está arreglado. Lo solicitaré oficialmente a su Mr. Gavallan. —Kasigi miró de soslayo a Scragger. «Algo ha cambiado —se dijo—. Pero ¿qué? Ahora que lo pienso, el piloto no ha reaccionado con todo el entusiasmo que yo hubiera pensado cuando le anuncié el trato…, a pesar de que tiene que haberse dado cuenta del valor del contrato que se le ofrece. ¿Qué es lo que oculta?»—. ¿Puede ponerse en contacto con Bandar Delam a través de su base en Kowiss para pedirles que nos faciliten para mañana un «212» al menos? —preguntó empezando a tantear.

—Sí, sí, claro. Tan pronto como lleguemos.

«Ah —se dijo Kasigi, después de observar y escuchar con toda atención—, yo tenía razón, ahora hay algo definitivamente diferente. La cordialidad ha desaparecido. ¿Por qué? Estoy seguro de no haber dicho nada que pueda ofenderle. No puede tener relación con el trato…, es demasiado bueno para cualquier compañía de helicópteros. ¿Su salud?».

—¿Se siente bien?

—Estupendamente, amigo. Me siento muy bien.

Esta vez la sonrisa era auténtica y la voz la de siempre. Entonces, tenía que ser algo relacionado con los helicópteros.

—Si no tengo su ayuda, las cosas se me pondrán muy difíciles.

—Sí. Lo sé. A mí me gustaría ayudarle cuanto me fuese posible.

«Ah, ah, la sonrisa se había desvanecido y la voz vuelve a ser grave. ¿Por qué? ¿Y por qué ese a mi me gustaría ayudarle, como si quisiera ayudar pero le estuviera prohibido por alguien? ¿Gavallan? ¿Podría ser que supiera que Gavallan no estaría dispuesto a ayudarnos a causa de "Struan's"?».

Durante largo tiempo, Kasigi analizó todo tipo de permutaciones pero le fue imposible llegar a una respuesta satisfactoria. Y, finalmente, volvió a la estratagema única, casi infalible, con un extranjero como ese.

—Amigo mío —dijo con su tono de voz más sincero—, sé que hay algo que le preocupa, dígame qué es. —Viendo que el rostro de Scragger adoptaba una expresión, si cabía más solemne, se apresuró a dar el coup de grace—. Puede decírmelo, puede confiar en mí. Soy amigo suyo de verdad.

—Sí, sí, lo sé, camarada.

Kasigi observaba la cara de Scragger y esperaba. Vigilaba al pez retorciéndose con un anzuelo que estaba unido a un sedal tan fino y, sin embargo, tan fuerte que se prolongaba hasta la pala de un rotor rota, un apretón de manos, el peligro compartido a bordo del *Rikomaru*, servicio de guerra compartido y una reverencia común por los camaradas muertos. «Tantos de nosotros muertos y tan jóvenes. Sí —pensó con súbita ira—, pero si nosotros hubiéramos tenido una décima parte de sus aviones, de su armamento y de sus buques, y una vigésima parte de su petróleo y materias primas, hubiésemos sido invencibles y el Emperador jamás hubiera tenido que poner fin a la guerra de la manera que *él* lo hizo. Hubiéramos sido invencibles de no ser por la bomba, por las dos bombas. Que los dioses atormenten por toda una eternidad a quien inventó la bomba que quebrantó *su* voluntad, la cual tuvo prioridad sobre la nuestra».

—¿De qué se trata?

—Yo, hummm, no puedo decírselo, todavía no…, lo siento. —La mente de Kasigi captó señales de peligro.

—¿Por qué amigo mío? Le aseguro que puede confiar en mí —le dijo con tono tranquilizador.

—Sí, sí…, pero no depende solo de mí. En Al Shargaz mañana. Compréndame, ¿quiere?

—Si es algo tan importante debería saberlo ahora, ¿no cree?

De nuevo Kasigi se mantuvo a la espera. Conocía el valor de esperar y del silencio en un momento semejante. No era necesario recordar al otro hombre aquel «le debo dos». Todavía no.

Scragger también recordaba. «En Bandar Delam, Kasigi me ha salvado mi condenado cuello y sobre eso no hay la menor duda. En Siri, a bordo de su barco demostró que tenía cojones y hoy ha demostrado ser un buen amigo, no necesitaba haberse molestado tanto con tal rapidez. Lo mismo pudo haberlo hecho mañana o pasado».

Vigilaba con mirada atenta todos los instrumentos y el exterior, y no observó peligro dentro o fuera. Pronto aparecería Kish a estribor. Miró a Kasigi de soslayo. Este tenía la vista fija hacia delante, impávido el rostro de facciones atractivas y vigorosas, con solo un ligero ceño. «¡Mierda, amigo! Si no cumples, lo más probable es que Zataki pierda los estribos. Pero no pueden cumplir, no puedes, amigo, y es duro verte ahí sentado, sin recordarme lo que te debo».

—Kish, habla HST. Abeam Kish, firme a trescientos.

—Kish, manténgase a trescientos. Tiene tráfico al Este a tres mil.

—Ya los veo —respondió. Eran dos cazas. Se los señaló a Kasigi que no los había visto—. Son unos «F14», probablemente procedentes de Bandar Abbas —dijo.

Kasigi no contestó, limitándose a asentir, lo que hizo que Scragger se sintiera peor. Pasaron los minutos. El zumbido progresaba.

Y entonces, Scragger se decidió, apesadumbrado por tener que hacerlo.

—Lo siento —dijo bruscamente—, pero habrá de esperar hasta Al Shargaz. Andy Gavallan puede ayudarle. Yo no puedo.

—¿Puede ayudar? ¿De qué manera? ¿Qué problema hay?

—Si alguien puede ayudar es él —dijo Scragger al cabo de una pausa—. ¡Dejémoslo así, amigo!

Kasigi escuchó el tono terminante mas hizo caso omiso, dejando reposar la cuestión por un momento, mientras en su mente sonaban nuevas señales de peligro. Su respeto por Scragger se había acrecentado al no haber caído el hombre en su añagaza revelándole el secreto. «Pero eso no le exonera —se dijo aumentando su ira—. Me ha dicho lo suficiente para prevenirme, ahora es mi turno de averiguar el resto. ¿De manera que la clave es Gavallan? ¿De qué?».

Kasigi sentía como si le fuera a estallar la cabeza. «¿Acaso no he prometido a ese demente de Zataki que empezaríamos a trabajar de inmediato? ¿Cómo se atreven estos hombres a poner en peligro todo nuestro proyecto…, nuestro Proyecto *Nacional*? Sin helicópteros no podemos empezar. Esto equivale a traicionar a Japón. ¿Qué están planeando?».

Con un esfuerzo titánico, mantuvo su expresión amable.

—Bien, veré a Gavallan tan pronto como sea posible, y esperemos que usted pueda ponerse al frente de nuestra nueva operación, ¿eh?

—Como Andy Gavallan diga. Eso depende absolutamente de él.

«No estés tan seguro —pensó Kasigi—, porque, pase lo que pase, tendré helicópteros, inmediatamente, los vuestros, los de "Guerney", no me importa cuáles sean. Pero ¡por mis antepasados samurái que "Iran-Toda" no se enfrentará a nuevos riesgos! ¡De ninguna manera! *¡Y tampoco yo!*».

LIII

TABRIZ. EN EL PALACIO DEL KHAN: 10.50 DE LA MAÑANA. Azadeh siguió a Ahmed hasta la habitación, amueblada al estilo occidental, y se acercó a la cama imperial. Ahora que se encontraba de nuevo tras aquellos muros, se sentía embargada por el temor. Sentada junto a la cama había una enfermera de uniforme almidonado, con un libro medio abierto en el regazo y observándoles con curiosidad a través de sus gafas. Unas finas cortinas de brocado estaban corridas sobre las ventanas para evitar las corrientes. Las luces eran tenues. Y en la atmósfera flotaba el hedor de un hombre viejo.

El Khan tenía los ojos cerrados, el rostro pálido y la respiración ahogada. Junto a la cama, había un gota a gota conectado a su brazo. En una butaca cercana se hallaba Aysha, medio dormida, acurrucada y pequeña, con el cabello desarreglado y el rostro sucio por las lágrimas. Azadeh le sonrió, sintiendo pena por ella y luego dijo a la enfermera con una voz que no era la suya.

—Por favor, ¿cómo está su alteza?

—Bastante bien. Pero no debe excitarse y tampoco ser molestado —repuso la enfermera en voz queda, hablando en un turco vacilante. Azadeh la miró y vio que era europea, en la cincuentena, con el cabello teñido de castaño y una cruz roja en la manga.

—¡Ah! ¿Es usted inglesa o francesa?

—Escocesa —contestó la enfermera en inglés con evidente alivio y un ligero acento. Siguió hablando en voz baja sin dejar de observar al Khan—. Soy la Hermana Bain, del Tabriz Hospital, y el paciente se encuentra todo lo bien que cabía esperar, considerando

que no ha hecho lo que se le dijo. ¿Podría saber quién es usted, por favor?

—Soy Azadeh, su hija. Acabo de llegar de Teherán. Envió por mí. Hemos…, hemos viajado toda la noche.

—Ah, sí —dijo ella sorprendida de que aquella joven tan bella pudiera haber sido engendrada por alguien tan feo—. Si me permite la sugerencia, jovencita, sería mejor que le dejara dormir. Tan pronto como se despierte, le diré que usted está aquí y enviaré a buscarla. Más vale que duerma.

—Por favor, ¿dónde está la guardia de Su Alteza? —preguntó Ahmed con tono irritado.

—No son necesarios hombres armados en el dormitorio de un enfermo. Les he dicho que se retiren.

—Siempre habrá un guardia aquí a menos que el Khan le ordene retirarse o lo haga yo mismo —dijo Ahmed, iracundo; a renglón seguido dio media vuelta y salió.

—Solo es una costumbre, Hermana —dijo Azadeh.

—Sí, muy bien. Pero es otra de las costumbres de la que podemos prescindir.

Azadeh miró de nuevo a su padre sin apenas reconocerlo, intentando dominar el terror que la poseía. «Incluso en este estado —se dijo—, aun así, todavía puede destruirnos, a Hakim y a mí, él sigue teniendo a Ahmed, su perro de presa».

—Dígame, por favor, ¿cómo se encuentra en realidad?

Las arrugas en el rostro de la enfermera se hicieron aún más profundas.

—Hacemos cuanto podemos.

—¿No sería mejor que estuviera en Teherán?

—Sí, si sufriera otro ataque deberían llevarlo allí —dijo la Hermana Bain mientras le tomaba el pulso—. Pero yo no les recomendaría que lo movieran, en absoluto. Todavía no. —Hizo una anotación sobre un gráfico y luego miró a Aysha—. Puede decirle a la dama que no hay necesidad de que se quede. La pobre niña debería también descansar.

—Lo siento pero no puedo entrometerme. Lo siento pero esa es también otra costumbre. ¿Puede… puede sufrir otro ataque?

—Nunca se sabe, jovencita, eso depende de Dios. Esperamos que se produzca lo mejor.

Miraron hacia la puerta al abrirse esta. Hakim apareció sonriente y la mirada de Azadeh se iluminó.

—Llámeme tan pronto como Su Alteza se despierte —dijo a la enfermera y salió de prisa de la habitación al corredor, cerrando la puerta tras de sí. Luego, lo abrazó.

—¡Hacía tanto tiempo, Hakim, querido! —dijo casi sin aliento—. ¿Es realmente verdad?

—Sí, sí, lo es. Pero ¿cómo…? —Hakim calló al oír unas pisadas. Ahmed y un guardia aparecieron en el corredor y se acercaron a ellos—. Me alegro de que estés de regreso, Ahmed —dijo cortésmente—. Su Alteza estará también contento.

—Gracias, Alteza. ¿Ha habido alguna novedad durante mi ausencia?

—No, salvo que el coronel Fazir vino esta mañana para ver a mi padre.

Ahmed se quedó helado.

—¿Se le permitió verle?

—No. Tú dejaste instrucciones de que no se permitiese la entrada a nadie sin la expresa autorización de Su Alteza, quién, en aquel momento, estaba dormido, y lo ha seguido estando durante casi todo el día. Lo confirmo cada hora y la enfermera dice que su estado no ha cambiado.

—Muy bien. Gracias. ¿Dejó el coronel algún mensaje?

—No, solo que hoy iba a Julfa como se acordó con su «asociado». ¿Tiene eso algún sentido para ti?

—No, Alteza —mintió Ahmed sin inmutarse.

Su mirada fue de la una al otro, pero Hakim comenzó a hablar antes de que él pudiera decir algo.

—Estaremos en el Salón Azul, Ahmed, avísanos, por favor, tan pronto como mi padre se despierte.

Ahmed les observó alejarse por el corredor cogidos del brazo, el joven, alto y guapo, la hermana, cimbreante y deseable. ¿Traidores? «No hay mucho tiempo para lograr la prueba», se dijo. Regresó a la habitación del enfermo y observó la palidez del Khan, su olfato se resentía de aquel olor. Se puso en cuclillas, sin importarle la desaprobación de la enfermera, y comenzó la vigilia.

¿Qué querría ese hijo de perro de Fazir? El sábado por la noche, cuando Hashemi Fazir y Armstrong regresaron de Julfa sin Mzytryk, Fazir había exigido, iracundo, ver al Khan. Ahmed estuvo presente cuando el Khan le recibió, declarándose tan asombrado como ellos de que Mzytryk no estuviera con el helicóptero.

—Vuelvan mañana. Si el hombre me trae alguna carta, podrán verla —había dicho el Khan.

—Gracias, pero esperaremos. El «Chevy» no puede andar muy lejos de nosotros.

Así que habían esperado. El Khan echaba chispas pero se veía impotente para hacer nada ya que los hombres de Hashemi andaban emboscados por todo el palacio. Una hora después, el «Chevy» llegó. Él mismo había recibido al chófer mientras Hashemi y el Infiel que hablaba farsi se ocultaban en la habitación contigua a la del Khan.

—Tengo un mensaje privado para Su Alteza —había dicho el soviético.

Ya en la habitación del enfermo, el soviético había dicho:

—He de dártelo cuando estés solo, Alteza.

—Dámelo ahora. Ahmed es el consejero en el que más confianza tengo. ¡Dámelo!

El hombre obedeció reacio y Ahmed observó cómo el rostro del Khan se congestionaba tan pronto como empezó a leerlo.

—¿No hay contestación? —preguntó el soviético con expresión truculenta.

Prácticamente ahogándose de furia, el Khan había sacudido negativamente la cabeza, ordenando al hombre que se retirara. Luego, alargó la carta a Ahmed. Decía: «Amigo mío, quedé muy

asombrado al enterarme de tu enfermedad y me gustaría estar contigo pero ahora he de quedarme aquí a causa de asuntos urgentes. Tengo malas noticias para ti. Es posible que tú y tu red de espías hayáis sido traicionados ante el Servicio Secreto Interno o ante SAVAMA… ¿Sabes que ese chaquetero de Pahmudi está ahora al frente de esa nueva versión de la SAVAK? Si te traicionan ante Pahmudi estate preparado para irte inmediatamente de allí o pronto verás el interior de una cámara de tortura. He alertado a mi gente para que te ayude si fuera necesario. Si todo parece seguro, llegaré el martes al anochecer. Buena suerte».

Al Khan no le quedó más remedio que mostrar el mensaje a los dos hombres.

—¿Es verdad? ¿Lo de Pahmudi?

—Sí. Es un viejo amigo suyo, ¿verdad? —había respondido Fazir atormentándole.

—No…, no lo es. ¡Váyanse!

—Desde luego, Alteza. Entretanto, este palacio queda bajo vigilancia. No es necesario que deserte. Por favor, no haga nada por interferir con la llegada de Mzytryk el martes y tampoco por alentar cualquier otro disturbio en Azerbaiyán. En cuanto a Pahmudi y la SAVAMA, aquí nada pueden hacer sin mi aprobación. Ahora la ley en Tabriz soy yo. Obedezca y le protegeré, desobedezca y se convertirá en su pishkesh.

Seguidamente, ambos hombres se fueron y la furia del Khan explotó. Jamás le había visto Ahmed tan iracundo. El paroxismo fue empeorando más y más hasta que, de súbito, desapareció. El Khan estaba caído en el suelo y él, Ahmed, le miró esperando verle muerto. Pero no era así. Solo una palidez cadavérica y movimientos espasmódicos. Su respiración era ahogada.

—La Voluntad de Dios —musitó Ahmed, no queriendo revivir aquella noche.

EN EL SALÓN AZUL: 11.15 DE LA MAÑANA. Una vez que estuvieron completamente solos, Hakim alzó en alto a Azadeh.

—Es maravilloso, realmente maravilloso, maravilloso volver a verte… —empezó a decir Azadeh.

—Baja la voz, Azadeh —susurró él—, hay oídos por todas partes y es seguro que alguien interpretará mal cuanto digamos y volverán a mentir.

—¿Najoud? Sea maldita por siempre y…

—Silencio, cariño, ahora no puede hacernos daño. Soy el heredero oficial.

—¡Ah! Dime lo que ha ocurrido, cuéntamelo todo.

Se sentaron en un largo sofá de cojines y Hakim apenas podía pronunciar las palabras con la necesaria rapidez.

—Primero hablemos de Erikki: el rescate que piden es de diez millones de rials por él y el «212» y…

—Padre puede rebajarlo y pagar, es verdad que puede pagar. Y luego los localizan y los destruyen.

—Sí, sí, claro que puede, y me dijo delante de Ahmed que tan pronto como regresaras, comenzaría las negociaciones. También es cierto que me ha nombrado su heredero a condición de que jure por Dios que querré y protegeré al pequeño Hassan como lo hice contigo…, por supuesto que lo hice y dijo que tú también tenías que jurar por Dios lo mismo, que los dos hemos de jurar que permaneceremos en Tabriz, yo para aprender cómo seguirle a él y tú para ayudarme. ¡Imagínate lo felices que vamos a ser!

—¿Es eso cuanto tenemos que hacer? —preguntó Azadeh, incrédula.

—Sí, sí, eso es todo… Me nombró su heredero delante de la familia. Todos parecían a punto de morirse pero me importa poco. Padre citó las condiciones delante de ellos. Yo acepté de inmediato como, desde luego, harás tú…, ¿por qué no habríamos de hacerlo?

—Claro, claro…, cualquier cosa. ¡Dios vela por nosotros! —Le abrazó de nuevo ocultando el rostro en su hombro para que se secaran las lágrimas. Durante todo el viaje de regreso desde Teherán, con un tiempo infame y Ahmed nada comunicativo, se había sentido «aterrado» pensando qué condiciones podían ser. ¿Pero ahora?—. ¡Resulta increíble. Hakim, es como si todo fuera mágico! Claro que querremos y cuidaremos del pequeño Hassan y tú le pasarás el Khanate a él o a sus descendientes si es eso lo que padre desea. Dios nos protege y le protegerá a él y a Erikki, y Erikki podrá volar cuanto quiera…, ¿por qué no habría de hacerlo? Va a ser maravilloso. —Se secó los ojos—. Debo de tener un aspecto horrible.

—Estás preciosa. Ahora, dime lo que te ha ocurrido a ti. Solo sé que te capturaron en la aldea con… con el saboteador británico y luego, de alguna manera, lograsteis escapar…

—Fue otro milagro, solo con la ayuda de Dios, Hakim, pero en aquellos momentos espantosos, cuando aquel vil mulá… No recuerdo cómo logramos salir, solo lo que Johnny…, lo que Johnny me dijo. Mi Johnny Brighteyes, Hakim.

—¿El Johnny de Suiza? —preguntó él con mirada de asombro.

—Sí, sí, era él. Era el oficial británico.

—Pero, cómo… Parece imposible.

—Me salvó la vida, Hakim, y…, bueno, tengo mucho más que contarte.

—Cuando padre se enteró de lo de la aldea hiz… ¿Sabes que al mulá lo mataron los Green Bands? Lo sabías, ¿verdad?

—No lo recuerdo, pero Johnny me lo dijo.

—Cuando padre se enteró de lo de la aldea hizo que Ahmed arrastrara al kalandar hasta aquí, le interrogó y luego le devolvió a la aldea, con la orden de que fuese lapidado, que cortaran las manos al carnicero y que prendieran fuego a la aldea. Esto último fue idea mía…, ¡esos perros!

Azadeh quedó profundamente sobresaltada. Arrasar toda la aldea era una venganza demasiado terrible.

Pero Hakim no permitía que nada interrumpiera su euforia.

—Padre ha retirado la guardia, Azadeh, y puedo ir adonde quiera, incluso hoy he cogido un coche y me he acercado a Tabriz, solo. Todo el mundo me trata como al heredero, incluso Najoud, aunque sé que está rechinando los dientes y que debemos protegernos contra ella. Es…, no es lo que esperaba. —Le contó que le habían sacado de Khoi casi a rastras, esperando que lo mataran o lo mutilaran—. ¿Recuerdas cuando me desterró? Me maldijo y juró que el sha Abbas sabía cómo tratar a los hijos traidores.

Azadeh empezó a temblar recordando aquellas pesadillas, las maldiciones, la furia… y todo ello injusto ya que ambos eran inocentes.

—¿Qué le ha hecho cambiar? ¿Por qué había de pensar de otra manera respecto a ti, respecto a nosotros?

—La Voluntad de Dios le abrió los ojos. Debe saber que está a punto de morir y tiene que tomar medidas. Él es…, él es el Khan. Acaso esté asustado y desea rectificar. Nosotros no éramos culpables de nada contra él. ¿Y qué importa el motivo? A mí nada. Al fin estamos libres del yugo. ¡Libres!

EN LA HABITACIÓN DEL ENFERMO: 11.16 DE LA MAÑANA. El Khan abrió los ojos. Sin mover la cabeza miró dentro de su campo de visión, Ahmed, Aysha y el guardia. No estaba la enfermera. Luego, su atención se centró en Ahmed que se encontraba sentado en el suelo.

—¿La trajiste?

Pronunció las palabras con dificultad.

—Sí, Alteza. Hace unos minutos.

La enfermera apareció ante su vista.

—¿Cómo se siente, Excelencia? —le preguntó en inglés como él le ordenara, diciéndole que su turco era detestable.

—Igual.

—Permítame que le ponga más cómodo. —Con una gran ternura y cuidado…, y con vigor, le incorporó arreglándole las almohadas y la

cama—. ¿Necesita una botella, Excelencia?

El Khan reflexionó sobre la proposición.

—Sí.

La enfermera se la puso y él se sintió contaminado de que lo hiciera una mujer Infiel, pero desde que ella llegara había comprendido que era de una eficiencia extraordinaria, muy prudente y excelente profesional, la mejor de Tabriz. Ahmed ya se había ocupado de ello. Infinitamente mejor que Aysha quien había demostrado ser una completa inútil. Vio a Aysha sonreírle tímidamente, los ojos inmensos, ojos asustados. «Me pregunto si volveré a penetrarla hasta el fondo, tieso como un huso, como la primera vez en que sus lágrimas y contorsiones embellecieron el acto momentáneamente».

—¿Excelencia?

Aceptó la píldora y el sorbo de agua así como el frescor de las manos de la enfermera que sujetaba el vaso. Entonces, vio a Ahmed de nuevo y le sonrió, contento de que su confidente estuviera de regreso.

—¿Buen viaje?

—Sí, Alteza.

—¿Voluntariamente? ¿O a la fuerza?

Ahmed sonrió.

—Tal como lo planeaste, Alteza. Voluntariamente. Tal como lo planeaste.

—No creo que deba hablar tanto, Excelencia —dijo la enfermera.

—Váyase.

La enfermera le dio unas afectuosas palmaditas en el hombro.

—¿Quiere tomar algo? ¿Tal vez un poco de horisht?

—Halvah.

—El doctor ha dicho que los dulces no le convienen.

—¡Halvah!

La Hermana Bain suspiró. El doctor se los había prohibido aunque añadiendo luego: «Pero si insiste déselos, tantos como quiera. ¿Qué importa ya? Insha'Allah». Se los llevó y le metió uno en

la boca, limpiándole luego la saliva. El Khan los masticó, paladeándolos, duros aunque suaves y tan dulces.

—Su hija ha llegado de Teherán, Excelencia —dijo ella—. Me pidió que la avisara tan pronto como se despertara.

Al Khan Abdollah empezaba a resultarle muy difícil hablar. Intentaba emitir las frases pero su boca no se abría cuando habría de hacerlo, y las palabras se quedaban en su mente durante largo tiempo y cuando al fin pensaba en una forma sencilla de decir lo que quería, las palabras no estaban bien formadas aunque debieran estarlo. «¿Por qué? No hago nada diferente a como lo hacía antes. ¿Antes de qué? No recuerdo. Solo una densa negrura y la sangre ardiendo y poseído por agujas incandescentes y sin poder respirar.

»Ahora puedo respirar y oír muy bien; mi mente funciona a la perfección y estoy rebosante de planes para el futuro, tan excelentes como siempre. Todo se está yendo».

—¿Cómo?

—¿A qué se refiere, Excelencia?

De nuevo la espera.

—¿Cómo puedo hablar mejor?

—¡Ah! —La enfermera comprendió al punto, siendo inmensa su experiencia en ataques—. Yo no me preocuparía, le resultará un poquito difícil al principio. A medida que se vaya poniendo mejor, recuperará todo su control. Debe descansar tanto como pueda, eso es muy importante. Descanso y medicinas. Y paciencia. Entonces, volverá a estar tan bien como siempre. ¿De acuerdo?

—Sss-í.

—¿Quiere que envíe a por su hija? Está muy ansiosa por verle. Es una joven muy bonita.

Nueva espera.

—Más tarde. La veré más tarde. Váyase, todos… Ahmed no.

La Hermana Bain vaciló y volvió a darle una palmada cariñosa en la mano.

—Le doy diez minutos…, con la condición de que me prometa descansar luego. ¿De acuerdo?

—Sss-í.

Una vez estuvieron solos, Ahmed se acercó más al lecho.

—¿Sí, Alteza?

—¿Qué hora?

Ahmed consultó su reloj de pulsera. Era de oro y con muchos adornos y él lo admiraba mucho.

—Son casi las once y media del martes.

—¿Petr?

—No lo sé, Alteza. —Ahmed le dijo lo que Hakim le relatara—. Si Petr viene hoy a Julfa, Fazir le estará esperando.

—Insha'Allah. ¿Azadeh?

—Estaba realmente preocupada por tu salud e inmediatamente se mostró dispuesta a venir. Hace un momento la vi con tu hijo. Estoy seguro de que lo aceptará todo para protegerle…, como él la protegerá a ella. —Ahmed intentaba decirlo todo con claridad y de forma concisa, no queriendo fatigarle—. ¿Qué quieres que haga?

—Todo.

«Todo cuanto he hablado contigo y algo más —se dijo el Khan regocijándose al tiempo que aumentaba su excitación—. Ahora que Azadeh está de vuelta, degüella al mensajero del rescate para que los hombres de la tribu, furiosos, hagan lo mismo con el piloto. Averigua, por cualquier medio que quieras, si esos cachorros son traidores y arráncale los ojos a Hakim y a ella envíala al Norte con Pietro si lo son. Si no lo son, aparta a Najoud poco a poco y mantenlos confinados aquí, y cuando el piloto haya muerto, cualquiera que sea la forma, envíala al Norte. ¡Y Pahmudi! Ahora voy a poner un precio a su cabeza que tentaría al mismísimo Satanás. Ofréceselo primero a Fazir, Ahmed, y dile que quiero venganza. Quiero a Pahmudi sometido a tormento, envenenado, descuartizado, mutilado, castrado…».

El corazón le empezó a chirriar, palpitante, y levantó la mano para frotarse el pecho, pero la mano no se movió. Ni un centímetro. Incluso en aquel momento, mientras la miraba sobre el edredón,

preparada para moverse, no se produjo movimiento alguno. Nada. No la sentía en absoluto. Ni la mano ni el brazo. El terror lo invadió.

La enfermera le había dicho que no tuviera miedo, mientras en los oídos él sentía el fragor de grandes olas. «Has sufrido un ataque, eso es todo, no de los peores, ha dicho el médico, y mucha gente tiene ataques. El viejo Komargi tuvo uno hace un año más o menos y aún está vivo, y activo y asegura que todavía puede yacer con su joven esposa. Con los tratamientos modernos… Eres un buen musulmán e irás al Paraíso, así que no tienes nada que temer, nada que temer, nada que temer…, nada que temer. Si muero, iré al Paraíso».

—«No quiero morir —chilló—. No quiero morir», volvió a chillar, pero solo en su cabeza, sin emitir sonido alguno.

—¿Qué te pasa, Alteza?

Vio la ansiedad en el rostro de Ahmed y aquello le calmó algo. Gracias a Dios que tenía a Ahmed. «Puedo confiar en Ahmed —se dijo, sudando copiosamente—. Y ahora, ¿qué quiero que haga?».

—Familia, todos aquí más tarde. Primero Azadeh, Hakim, Najoud…, ¿entendido?

—Sí, Alteza. ¿Para confirmar la sucesión?

—S-í.

—¿Tengo tu permiso para interrogar a Su Alteza?

El Khan asintió, los párpados pesados como plomo, esperando que el dolor en el pecho dejara de atormentarle. Mientras esperaba, movió las piernas, y sintió pinchazos en los pies. Pero nada se movió, al menos la primera vez, solo la segunda, e incluso entonces con un gran esfuerzo. El terror volvió a apoderarse de él. Y su pánico le hizo cambiar de idea.

—Pag-a resca-te ráp-ido, tr-ae pil-oto aquí, Erik-ki aquí, yo a Teh-erán. ¿Ent-endido? —Vio a Ahmed hacer un gesto de asentimiento. Aterrado, lo intentó con la mano derecha que se movió, no con facilidad, pero se movió. Su pánico se calmó en parte —. Paga resc-ate aho-a…, mantén-lo secr-eto. Tr-ae enferm-era.

EN EL RECODO DE JULFA: 6.25 DE LA TARDE. Fazir y Armstrong se encontraban emboscados una vez más, bajo los árboles cargados de nieve. Abajo, el «Chevy» esperaba con las luces apagadas, las ventanillas abiertas y dos hombres en los asientos delanteros, igual que antes. Al pie de la ladera, detrás de ellos, a ambos lados de la carretera Julfa-Tabriz, se encontraban apostados, dispuestos a intervenir, medio centenar de hombres. El sol había desaparecido tras las montañas y el cielo empezaba a oscurecerse de manera perceptible.

—No le queda mucho más tiempo —musitó Hashemi de nuevo.

—La última vez llegó cuando ya había anochecido. Todavía no ha oscurecido del todo.

—Me cago en él y en todos sus antepasados…, estoy helado hasta los huesos.

Si de él dependiera, Armstrong sabía que esperaría toda una eternidad para capturar a Mzytryk, alias Suslev, alias Brodnin. Después del fracaso del sábado se había ofrecido a esperar en Tabriz.

—Déjame a los hombres, Hashemi, dirigiré la emboscada el martes. Tú puedes regresar a Teherán, yo esperaré aquí, lo capturaré y te lo llevaré.

—No, me iré de inmediato y estaré de regreso a primera hora del martes. Tú puedes esperar aquí.

«Aquí» era una casa segura, un apartamento que daba a la Mezquita azul, cálido y bien provisto de whisky.

—¿Hablabas en serio cuando dijiste al Khan Abdollah que ahora tú eres la ley aquí y que la SAVAMA y Pahmudi están inermes sin tu apoyo, Hashemi?

—Sí, claro que sí.

—Abdollah se la tiene jurada a Pahmudi. ¿A qué viene todo eso?

—Pahmudi hizo que Abdollah fuera desterrado de Teherán.

—¡Santo Cielo! ¿Por qué?

—Una vieja enemistad que se remonta a muchos años atrás. Cuando Abdollah se convirtió en Khan en el año cincuenta y tres, aconsejó con truculencia a diversos Primeros Ministros y funcionarios de la corte que anduvieran con cuidado respecto a las reformas políticas y las llamadas «modernizaciones». Pahmudi, el intelectual de alta cuna, educado en Europa, lo despreciaba, siempre se oponía a él, le interceptaba continuamente el acceso privado al Sha. Desafortunadamente para el Sha, él confiaba plenamente en Pahmudi.

—Para al final verse traicionado por él.

—Sí, claro. Acaso desde un principio, Robert. La primera vez que el Khan Abdollah y Pahmudi se enfrentaron abiertamente fue en el sesenta y tres, en relación con las reformas propuestas por el Sha: dar el voto a la mujer, conceder el derecho a votar a los no musulmanes y permitirles presentarse a elección para los tribunales. Naturalmente, Abdollah, al igual que todo iraní que razonase, supo que aquello provocaría las más ardientes protestas de todos los líderes religiosos, en especial de Jomeini que por aquel entonces empezaba a ponerse en marcha.

—Resulta casi increíble que nadie consiguiera llegar hasta el Sha para advertirle —dijo Armstrong.

—Bastantes lo lograron, pero ninguno tenía la suficiente influencia sobre él. Muchos de nosotros estábamos de acuerdo con Jomeini, abiertamente o en secreto. Yo lo estuve. Abdollah fue perdiendo un asalto tras otro frente a Pahmudi. Y el Sha, pese a todas nuestras advertencias, cambió el calendario, del islámico, tan sagrado para los musulmanes como lo es el de antes de Jesucristo y después de Jesucristo para los cristianos, intentó obligar a una falsa cuenta atrás hasta Ciro el Grande. Por supuesto, aquello excitó hasta un punto álgido las mentes de todos los musulmanes y a punto estuvimos de que estallara una revolución; entonces, el cambio fue retirado… —Hashemi apuró su copa y se sirvió otra—. Luego, Pahmudi dijo a Abdollah, en público, que se fuera a la mierda, literalmente hablando, lo tengo todo debidamente documentado. Se

mofó de él, le dijo que era un estúpido, que no iba con los tiempos, que vivía en la Era del Oscurantismo, «No es de extrañar, viniendo de Azerbaiyán», y que se mantuviera alejado de Teherán ya que, de lo contrario, sería arrestado. Y lo peor de todo fue que le escarneció con ocasión de un importante acto, haciendo publicar caricaturas apenas veladas en la Prensa.

—Nunca imaginé que Pahmudi pudiera ser tan loco —alegó Armstrong para alentarle a proseguir, pensando que acaso tuviera un desliz y le revelase algo que pudiera ser importante.

—Gracias a Dios lo es…, y por eso mismo sus días están contados.

Armstrong recordaba la extraña confidencia que Hashemi divulgara y lo inquieto que él se había sentido. Aquella sensación no se había apartado de él durante todo el día, mientras esperaba el regreso de Hashemi a Tabriz, no considerando prudente deambular por las calles, todavía atestadas de pandillas rivales que intentaban apoderarse de ellas. Durante el día, la Policía junto con el Ejército gubernamental mantenían la paz en nombre del Ayatolá. Por la noche resultaba difícil, por no decir imposible, detener a los pequeños grupos de fanáticos lanzados a la violencia y aterrorizando a diversas zonas de la ciudad.

—De todas formas, podríamos aplastarlos con facilidad si nos ayudara ese viejo demonio de Abdollah.

—¿Es posible que el Khan Abdollah tenga tanto poder incluso en su estado, medio muerto?

—¡Oh, claro! Sigue siendo el jefe hereditario de una tribu inmensa. Sus riquezas, ocultas y reales, rivalizarían con las de un Sha, no con las del Sha Mohammad Reza, por cierto, pero sí, desde luego, con las de su padre.

—Va a morir pronto. Y entonces, ¿qué?

—Su heredero detentará el mismo poder, en el supuesto de que ese infeliz hijo de puta, Hakim, viva el tiempo suficiente para disfrutar de él. ¿Te he dicho que le ha nombrado su heredero?

—No. ¿Y qué hay de extraño en ello?

—Hakim, su hijo mayor, cayó en desgracia y ha estado desterrado durante años en Khoi. Se le ha hecho regresar, siendo rehabilitado.

—¿Por qué? ¿Por qué lo desterró?

—Lo corriente… Fue descubierto conspirando para derribar a su padre, al igual que Abdollah hizo con el suyo propio.

—¿Estás seguro de eso?

—No, pero es curioso que el padre de Abdollah muriera en la dacha de tu Mzytryk, en Tbilisi —Hashemi sonrió sardónico ante el efecto causado por su información—, de apoplejía.

—¿Cuánto tiempo hace que estás enterado de ello?

—El suficiente. Cuando capturemos a tu Mzytryk, le preguntaremos si es cierto. Porque lo capturaremos, y aunque resultaría mucho más fácil con Abdollah vivo —dijo mientras su expresión se hacía más ceñuda—, confío en que dure lo suficiente para ordenar que se nos ayude a terminar la guerra. Luego, ya puede pudrirse. Aborrezco a ese repugnante viejo, por su doblez y sus traiciones, y por utilizarnos a todos para sus propios fines, por eso lo incité contra Pahmudi. Desde luego que lo aborrezco pero, aun así, nunca se lo entregaría a Pahmudi, es demasiado patriota incluso a su detestable manera. Bueno, me voy a Teherán. Ya sabes dónde encontrarme, Robert. ¿Te gustaría compañía en tu lecho?

—Solo agua corriente, caliente y fría.

—Deberías hacer algunos experimentos, intentarlo con un muchacho, para variar. Por el amor de Dios, no te sientas tan incómodo. Me decepcionas continuamente, no sé por qué me muestro tan paciente contigo.

—Gracias.

—Vosotros los ingleses, tan depravados y retorcidos en lo que se refiere al sexo, demasiados de vosotros sois homosexuales, francos o en secreto, encontráis repugnante, pecaminosa y en extremo vil la homosexualidad, y que va en contra de las leyes divinas, cuando no es así en realidad. Y sin embargo en Arabia, donde las relaciones entre hombres son normales y corrientes históricamente, porque la

ley ordena que te mantengas alejado de una mujer a menos que estés casado con ella o te atengas a las consecuencias, la homosexualidad, tal como la entendéis vosotros, es desconocida. Que un hombre prefiere la sodomía, ¿y qué? Eso aquí no impide la masculinidad. Proporciónate una nueva experiencia…, la vida es corta, Robert. Entretanto, ella estará aquí para que la utilices si lo deseas. No me insultes pagándola.

«Ella» era caucasiana, cristiana, atractiva, y Armstrong había gozado sin necesidad ni pasión, tan solo por cortesía y le había dado las gracias dejándola dormir en la cama y quedarse durante todo el día siguiente para limpiar, guisar y distraerle. Después, antes de que él se despertara por la mañana, había desaparecido.

En aquellos momentos, Armstrong miraba al cielo, hacia el Oeste. Estaba mucho más oscuro que antes, yéndose rápidamente la luz. Esperaron otra media hora.

—Ahora ya el piloto no podrá divisar tierra, Robert. Vámonos.

—El «Chevy» no se ha movido aún. —Armstrong sacó su automática y comprobó su funcionamiento—. Me iré cuando el «Chevy» lo haga, ¿de acuerdo?

El iraní, más fornido, se le quedó mirando con el rostro impávido.

—Abajo hay un coche aparcado en dirección a Tabriz. Te conducirá a nuestro apartamento. Espérame allí. Yo he de regresar ahora a Teherán. Hay algunos asuntos importantes que no pueden esperar, más importantes que este hijo de perro… Creo que sabe que vamos tras él.

—¿Cuándo estarás de vuelta?

—Mañana, aún está pendiente el problema del Khan.

Se hundió en la oscuridad, maldiciendo.

Armstrong le vio alejarse, contento de encontrarse solo. Hashemi se ponía cada vez más difícil, más peligroso de lo habitual, siempre pronto a explotar, los nervios demasiado tensos, demasiado para un jefe del Servicio Secreto Interno que tenía tanto poder y mantenía una banda privada de asesinos perfectamente entrenados en secreto. «Ha llegado el momento de iniciar la desbandada, Robert.

No puedo, no puedo, todavía no. Vamos, Mzytryk, la luna da luz más que suficiente para poder aterrizar. Por Dios santo».

Poco después de las diez, las luces del «Chevy» se encendieron. Los dos hombres subieron los cristales de las ventanillas y desaparecieron en la noche. Armstrong prendió fuego con toda cautela a un cigarrillo, protegiendo la minúscula llama del viento con la mano enguantada. El humo lo satisfizo plenamente. Una vez lo hubo consumido, lanzó la colilla a la nieve. Luego, él se fue también.

CERCA DE LA FRONTERA SOVIÉTICO-IRANÍ: 11.05 DE LA NOCHE. Erikki simulaba dormir en la pequeña y tosca choza, incómodo con aquella barba de tres días. Una mecha, flotando en aceite dentro de una vieja taza de barro desconchada, iba extinguiéndose, proyectando extrañas sombras. En la tosca chimenea de piedra ardían los rescoldos. Abrió los ojos y miró en derredor. No había nadie más. Sin hacer ruido, se deslizó de entre las mantas y las pieles de animales. Estaba vestido del todo. Se puso las botas y, después de asegurarse de que el cuchillo seguía en su sitio debajo del cinturón, abrió la puerta muy despacio.

Por un momento permaneció allí en pie, escuchando, con la cabeza ligeramente ladeada a un lado. Capas de nubes altas hacían brumosa la luna y el viento solo agitaba las ramas más leves de los pinos. La aldea aparecía silenciosa bajo su manto de nieve. Por lo que él podía ver, no había guardias. Ni el menor movimiento cerca del cobertizo en el que el «212» estaba aparcado. Avanzó a la manera de un cazador, y fue orillando las chozas en dirección al cobertizo.

Allí se encontraba alojado el «212», con pieles y mantas donde más las necesitaba, y todas las portezuelas cerradas. A través de una de las ventanillas de la cabina pudo ver a dos hombres de la tribu, envueltos en mantas y tumbados a todo lo largo de los asientos, roncando. Junto a ellos estaban los rifles. Se adelantó un poco. El guardia que se encontraba en la carlinga tenía la pistola

entre sus manos y se hallaba completamente despierto. Todavía no había visto a Erikki. Se oyeron unos pasos silenciosos que se acercaban, precedidos del olor a cabra, oveja y tabaco rancio.

—¿Qué pasa, piloto? —preguntó en voz queda el joven jeque Bayazid.

—No lo sé.

Ahora ya el guardia les había oído y atisbaba a través de la ventanilla de la carlinga, saludó a su jefe y preguntó si es que pasaba algo. «Nada», contestó Bayazid, indicándole con un gesto que siguiera con su guardia. Luego, escudriñó, pensativo, la noche. En los pocos días que el extranjero llevaba en la aldea, había llegado a inspirarle simpatía y respeto, tanto como hombre como cazador. Aquel mismo día le había llevado al bosque para ponerle a prueba y después, como una prueba más, y para su propia satisfacción, le dio un rifle. Erikki, con su primer disparo, mató a una lejana y difícil cabra montesa con la misma limpieza con que él mismo lo hubiera hecho. Fue excitante el darle el rifle, preguntándose qué haría el extranjero, si le apuntaría estúpidamente con él o si trataría, todavía más estúpidamente, de huir entre los árboles, dándoles ocasión de disfrutar con su persecución. Pero el Pelirrojo del Cuchillo se había limitado a cazar, y mantuvo sus pensamientos para sí, aun cuando todos percibían una violencia latente.

—¿Ha sentido algo? ¿Peligro? —le preguntó.

—No lo sé. —Erikki atisbó en la noche y alrededor suyo. No se oían otros ruidos que el del viento y algunos animales nocturnos cazando. Nada preocupante. A pesar de todo, se sentía inquieto.

—¿Todavía sin noticias?

—No, nada más.

Aquella tarde había regresado uno de los dos mensajeros.

—El Khan está muy enfermo, a punto de morir —dijo el hombre —. Pero promete una pronta respuesta.

Bayazid informó de toda la verdad a Erikki.

—Ten paciencia, piloto —le había dicho porque no quería que surgieran dificultades.

—¿Qué enfermedad tiene el Khan?

—Enfermo…, el mensajero dijo que le habían dicho que estaba enfermo, muy enfermo. ¡Enfermo!

—Y si muere, ¿qué pasará entonces?

—Su heredero pagará…, o no pagará. Insha'Allah. Resguardémonos del viento, hace frío. —El jefe se ajustó el rifle de asalto que llevaba al hombro.

Desde fuera de la choza podían divisar el valle. Tranquilo y silencioso, algunos ramalazos de luz de vez en cuando desde la carretera muy muy lejana.

«Apenas treinta minutos hasta el palacio y Azadeh», pensaba Erikki. Pero no había forma de escapar.

Cada vez que ponía en marcha los motores para recargar las baterías y hacer circular el aceite, cinco armas lo apuntaban. En algunas ocasiones, había llegado paseando hasta las afueras de la aldea o, como esa noche, se había levantado dispuesto a correr e intentarlo a pie, pero en ningún momento tuvo una oportunidad, los guardias estaban demasiado vigilantes siempre. Ese mismo día, durante la partida de caza, había estado tentado de intentar la huida, lo cual hubiera sido inútil, naturalmente, ya que sabía que estaban jugando con él.

—No pasa nada, piloto, vuélvete a dormir —dijo Bayazid—. Tal vez mañana haya buenas noticias. Es la Voluntad de Dios.

Erikki no contestó mientras sus ojos escudriñaban en la oscuridad, incapaz de dar al olvido sus presentimientos. Acaso Azadeh estuviera en peligro, o tal vez… «O tal vez no sea nada y me esté volviendo loco con la espera y la preocupación de ignorar lo que está ocurriendo. ¿Acaso Ross y el soldado lograron huir y qué pasa con Petr *matyeryebyets*, Mzytryk y Abdollah?».

—Estoy de acuerdo, es la Voluntad de Dios, pero *yo* quiero irme. Ha llegado la hora.

El hombre más joven sonrió mostrando su pésima dentadura.

—Entonces, tendré que atarte.

Erikki sonrió a su vez sin humor.

—Esperaré mañana y mañana por la noche. Luego, cuando amanezca, me iré.

—No.

—Será mejor para ti y también para mí. Podemos ir al palacio con los hombres de tu tribu. Yo puedo…

—No. Esperaremos.

—Puedo tomar tierra en el patio y hablar con él, y tú recibirás el rescate y ent…

—No. Esperaremos. Esperaremos aquí. Allí no es seguro…

—Una de dos, o nos vamos mañana o me voy solo.

El jeque se encogió de hombros.

—Ya se te ha advertido, piloto.

EN EL PALACIO DEL KHAN: 11.38 DE LA NOCHE. Ahmed condujo a Najoud y a su marido Mahmud por el corredor, delante de él, como si fueran ganado. Los dos estaban desarreglados, todavía con la ropa de dormir, ambos petrificados, ella anegada en llanto y dos guardias detrás. Ahmed todavía llevaba su cuchillo en la mano. Media hora antes había entrado precipitadamente en el alojamiento de Najoud con los guardias, había sacado al matrimonio a la fuerza de sus camas de alfombras diciendo que, al fin, el Khan sabía que habían mentido respecto a que Hakim y Azadeh conspiraban contra él, porque esa noche, uno de los sirvientes acababa de admitir haber escuchado aquella misma conversación y que nada malo se había dicho.

—¡Mentiras! —jadeó Najoud, aprisionada contra la cama de alfombra, prácticamente cegada por la linterna que uno de los guardias tenía enfocada hacia su rostro mientras que el otro guardia aplicaba un revólver a la cabeza de Mahmud—. Todo mentiras…

Ahmed desenfundó su cuchillo y le puso la punta sumamente afilada debajo del ojo izquierdo.

—No son mentiras, Alteza, cometiste perjurio ante el Khan, *ante Dios*, de manera que estoy aquí siguiendo las órdenes del Khan para

quitarte la vista.

Presionó con la punta sobre la piel.

—No, por favor —gritó ella—. Te lo suplico, te lo suplico, por favor no…, espera…, espera…

—¿Admites haber mentido?

—No, jamás mentí. Déjame ver a mi padre, él nunca ordenaría esto sin haberme visto ant…

—¡No volverás a *verle*! ¿Por qué había de verte? ¡Mentiste antes y mentirás ahora!

—Yo…, nunca mentí, nunca mentí…

Los labios de Ahmed se contrajeron con siniestra sonrisa. Durante todos aquellos años supo que Najoud había mentido. A él eso no le importaba por entonces. Ahora, sí.

—Mentiste en el *Nombre de Dios*. ¡Embustera!

La punta se hundió levemente en la piel. La aterrada mujer intentó gritar pero él le tapó la boca con la otra mano y estuvo tentado de seguir presionando y luego afuera, y de nuevo en el otro lado y afuera. Así, todo habría acabado, acabado para siempre.

—¡Clemencia! —gritó ella con voz ronca—. ¡Clemencia en el Nombre de Dios!

Ahmed aflojó la presión, aunque no retiró la punta del cuchillo.

—No puedo garantizarte clemencia… Suplica la clemencia de Dios, el Khan te ha condenado ya.

—Espera…, espera —dijo ella frenética, sintiendo tensos los músculos de él con el interrogatorio—. Por favor…, déjame ver al Khan…, déjame pedirle su clemencia, soy su hi…

—¿Admites tu mentira?

Najoud vaciló, parpadeando de pánico al igual que le latía desenfrenado el corazón. Finalmente, jadeó:

—Lo admito… Admito haber exag…

—En el Nombre de Dios, ¿mentiste o no? —gruñó Ahmed.

—Sí…, sí…, sí, lo hice… Por favor, déjame ver a mi padre…, por favor.

Seguía derramando lágrimas y Ahmed vaciló, simulando no estar seguro de sí mismo. Luego, miró con expresión malévola al marido, que yacía cerca, sobre la alfombra, temblando de terror.

—También tú eres culpable.

—Yo no sabía nada de esto, nada —tartamudeó Mahmud—, nada en absoluto. Jamás mentí al Khan, jamás, jamás, yo no sabía nada…

Ahmed les hizo ponerse en pie empujándoles delante de él. Los guardias abrieron la puerta de la habitación del enfermo. Allí se encontraban ya Azadeh, Hakim y Aysha que habían sido convocados, también con sus ropas de dormir, todos asustados, como también la enfermera. El Khan estaba despierto y triste, con los ojos inyectados en sangre. Najoud cayó de rodillas y confesó que había exagerado sobre Hakim y Azadeh, y cuando Ahmed se acercó más a ella exclamó de repente:

—Mentí, mentí, mentí, por favor, perdóname, padre, por favor, perdóname, perdóname…, clemencia…, clemencia… —todo ello de una forma embarullada y confusa.

Mahmud también se lamentaba y lloraba, diciendo que él nada tenía que ver con eso, que lo hubiera dicho, claro que lo hubiera dicho, ante Dios naturalmente que lo hubiera hecho. Ambos suplicaban clemencia sabiendo, de antemano, que no la habría.

El Khan se aclaró ruidosamente la garganta. Silencio. Todas las miradas estaban clavadas en él. Movió la boca pero no salió sonido alguno. Tanto la enfermera como Ahmed se le acercaron.

—Ah-med queda y Ha-kim, Aza-deh, rest-o se van… *Ellos* baj-o vigilancia.

—Alteza —dijo la enfermera afectuosamente—, ¿no puede esperar hasta mañana? Se ha cansado demasiado. Déjelo para mañana, por favor.

El Khan sacudió la cabeza.

—Aho-ra.

La enfermera estaba muy fatigada.

—No me hago responsable en absoluto, Excelencia Ahmed. Por favor, abrevie lo más posible. —Exasperada, salió de la habitación.

Dos guardias hicieron ponerse en pie a Najoud y Mahmud y los arrastraron fuera de la habitación. Aysha les siguió temblorosa. Por un instante, el Khan cerró los ojos haciendo acopio de energías. Ya solo su respiración laboriosa y lenta rompía el silencio. Ahmed, Hakim y Azadeh esperaban. Transcurrieron veinte minutos. El Khan abrió los ojos. Para él, habían pasado segundos.

—Hij-o mío, conf-ía en Ah-med co-mo pri-mer confid-ente.

—Sí, padre.

—Jur-ad por D-s. Los do-s.

Escuchó con atención mientras ambos decían a coro:

—Juro por Dios que confiaré en Ahmed como primer confidente.

Con anterioridad, los dos habían jurado ante toda la familia lo mismo y todo cuanto se exigió de ellos: querer y proteger al pequeño Hassan; que Hakim nombrara a Hassan su heredero; que ambos permanecieran en Tabriz, Azadeh tenía que quedarse al menos dos años en Irán sin salir.

—De esa manera, Alteza —le había explicado Ahmed con anterioridad—, ninguna influencia extraña externa, como la de su marido, podría llevársela antes de ser enviada al Norte, culpable o inocente.

«Eso es acertado», se dijo el Khan, disgustado con Hakim, y con Azadeh, por haber permitido que el perjurio de Najoud quedara sepultado durante tantos años y que, también durante tantos años, quedara sin castigo. Despreciando a Najoud y Mahmud por ser tan débiles. No tenían ningún valor, ninguna fortaleza. «Bien, Hakim aprenderá y ella aprenderá. Si yo, al menos, tuviera más tiempo…».

—Aza-deh.

—¿Sí, padre?

—Naj-oud. ¿Qué cast-igo?

Azadeh vaciló, asustada de nuevo porque sabía cómo trabajaba la mente de él, y sentía que la trampa se cerraba sobre ella.

—El destierro. Destiérrala a ella, a su marido y a su familia.

«Estúpida, jamás engendrarás un Khan de los Gorgon», se dijo, pero estaba demasiado cansado para hablar, así que se limitó a

asentir, indicándole con un ademán que se fuera. Antes de salir, ella se acercó al lecho, se inclinó y besó la mano de su padre.

—Ten misericordia, por favor, ten misericordia, padre.

Forzó una sonrisa, volvió a rozarle y salió.

El Khan vio cerrarse la puerta.

—¿Hak-im?

También él había vislumbrado la trampa y se sentía petrificado ante la posibilidad de desagradar a su padre. Ansiaba venganza aunque no la sentencia cruel que el Khan hubiera dictado.

—Destierro de por vida en el interior, sin dinero —dijo—. Déjales que en el futuro se ganen el pan por sí mismos y expúlsalos de la tribu.

«Algo mejor», pensó Abdollah. Normalmente, aquello hubiera sido un castigo terrible. Pero no cuando uno es Khan y ellos suponían un perpetuo peligro. De nuevo el ademán de la mano indicando que había terminado. Al igual que Azadeh, Hakim besó la mano de su padre y le deseó una buena noche y sueño tranquilo.

—¿Ah-med? —preguntó Abdollah una vez estuvieron solos.

—Destiérralos mañana a los yermos del Norte de Meshed, sin dinero, con guardias. Al cabo de un año y un día, cuando se sientan seguros de que, al menos, han salvado sus vidas, cuando tengan algún negocio en marcha, o posean una casa o una choza, préndeles fuego y ordena la muerte de ellos…, y la de sus tres hijos.

El Khan sonrió.

—Bi-en, haz-lo.

—Sí, Alteza. —Ahmed le devolvió la sonrisa muy satisfecho.

—Aho-ra, dor-mir.

—Que duermas bien, Alteza.

Ahmed vio cerrarse pesadamente los párpados, decayendo las facciones. En cuestión de segundos, el enfermo empezó a roncar con dificultad.

Ahmed sabía que ahora tenía que andar con sumo tacto. Abrió la puerta rápidamente. Hakim y Azadeh esperaban en el corredor junto

con la enfermera. Esta, preocupada, pasó junto a él y tomó el pulso al Khan, observándole de cerca.

—¿Está bien? —preguntó Azadeh desde la puerta.

—¿Quién puede decirlo, jovencita? Se ha agotado, se ha agotado mucho. Lo mejor será que todos ustedes le dejen ahora solo.

—¿Qué ha decidido? —preguntó Hakim nervioso, volviéndose hacia Ahmed.

—Desterrarles a los páramos del norte de Meshed con las primeras luces de la mañana, sin dinero, y expulsarlos de la tribu. Él mismo te lo dirá mañana, Alteza.

—Es la Voluntad de Dios —dijo Azadeh, que sentía un alivio inmenso al saber que no había ordenado lo peor.

Hakim se mostró en extremo satisfecho de que hubiera admitido su consejo.

—Mi hermana y yo, nosotros, hummm, no sabemos cómo agradecerte tu ayuda, Ahmed. Y, además, por…, bien, por hacer resplandecer la verdad al fin.

—Gracias, Alteza, pero me limité a obedecer las órdenes del Khan. Cuando llegue el momento, te serviré como he servido a Su Alteza, me ha hecho jurarlo. Buenas noches.

Ahmed sonrió para sí, cerró la puerta y luego se acercó de nuevo al lecho.

—¿Cómo está?

—No muy bien, Agha —repuso la enfermera. Le dolía la espalda y estaba enferma de cansancio—. Mañana tenemos que pedir un relevo. Necesitaremos dos enfermeras y una Hermana que se hagan cargo. Lo lamento, pero yo sola no puedo continuar.

—Tendremos cuanto usted necesita a condición de que se quede. Su Alteza aprecia enormemente su preocupación por él. Si quiere, yo lo vigilaré durante una o dos horas. En la habitación contigua hay un sofá, y la llamaré en el caso de que ocurra algo.

—Es muy amable de su parte. De verdad. Gracias, un pequeño descanso me vendría bien. Pero llámeme si se despierta y, de cualquier forma, dentro de dos horas.

La acompañó a la habitación contigua, ordenó al guardia que le relevara al cabo de tres horas y le dijo que se retirara. Acto seguido, comenzó la vigilia. Media hora más tarde, fue a echar un rápido vistazo a la enfermera. Estaba profundamente dormida. Regresó a la habitación del enfermo, cerró la puerta con llave, hizo una aspiración profunda, se enmarañó el pelo y se precipitó hacia el lecho, sacudiendo bruscamente al Khan.

—¡Alteza! —silabeó como dominado por el pánico—. ¡Despierta, despierta!

El Khan se abrió camino con dificultad a través de su pesado sueño sin saber dónde estaba, lo que ocurría o si volvía a tener una pesadilla.

—¿Qu-é…, qu-é…? —Su mirada se enfocó y vio a Ahmed, al parecer aterrado, lo que no era propio de él. Todo su ser se estremeció—. ¿Qu-é…?

—Rápido, tienes que levantarte, Pahmudi está abajo, Abrim Pahmudi, con los torturadores de la SAVAMA, han venido a por ti. —Ahmed prosiguió jadeante—. Alguien les abrió la puerta, te han traicionado, un traidor te ha traicionado a él, Hashemi Fazir te ha entregado a Pahmudi y a la SAVAMA como pishkesh. Rápido, levántate, han quitado de en medio a los guardias y vienen para llevarte… —Vio el horror en el rostro del Khan, sus ojos desorbitados, y continuó precipitadamente—. Son demasiados para detenerlos. ¡Rápido!, tienes que huir…

Con gran habilidad, retiró el gota a gota y apartó las ropas de cama. Empezó a prestar ayuda al frenético Khan para que se levantara, mas, de repente, le obligó a echarse de nuevo.

—¡Demasiado tarde! —jadeó—. ¡Escucha, aquí llegan, aquí llegan, Pahmudi en cabeza, aquí llegan!

Con el pecho palpitante, el Khan creyó oír sus pasos, pudo ver a Pahmudi, su afilado rostro saboreando la victoria y los instrumentos de tortura afuera, en el corredor, consciente de que no habría misericordia para él y que le mantendrían vivo para poder arrebatarle lentamente la vida. Enloquecido, gritó a Ahmed: «De

prisa, ayúdame, puedo llegar a la ventana… ¡Podemos salir por ella si tú me ayudas! En el Nombre de Dios, Ahmeddddddd…», pero le fue imposible pronunciar una sola palabra. Lo intentó de nuevo, mas su lengua siguió sin coordinarse con su cerebro, tensos los músculos del cuello por el esfuerzo, las venas hinchadas al máximo.

Pareció eternizarse en sus gritos y voces a Ahmed que se limitaba a permanecer en pie, vigilando la puerta, sin prestarle ayuda, mientras los pasos se iban acercando cada vez más.

—Ayu-da —logró decir de forma entrecortada, mientras luchaba por salir de la cama, sintiendo, como un peso muerto, las sábanas y el edredón que le impedían moverse, que lo ahogaban. Los dolores en el pecho aumentaban cada vez con mayor intensidad, ahora ya monstruosos, como el ruido.

—Ya no es posible la huida, ¡están aquí! ¡He de dejarlos entrar!

En el límite de su terror, vio a Ahmed dirigirse a la puerta. Con las escasas energías que le quedaban le gritó que se detuviera, pero solo logró emitir un ahogado graznido. Entonces, sintió que algo se retorcía en su cerebro y se quebraba. Un chispazo recorrió los cables eléctricos de su mente. El dolor cesó, y el ruido con él. Vio la sonrisa de Ahmed. Sus oídos captaron la quietud del corredor y el silencio del palacio y supo que había sido realmente traicionado. Con un último y supremo esfuerzo, quiso lanzarse contra Ahmed, el incendio en su cabeza iluminándole el sendero descendente hacia el embudo, caliente y líquido, y allí, en el nadir, exhaló todo el fuego y poseyó la oscuridad.

Ahmed se aseguró de que el Khan estaba muerto, satisfecho de no haber tenido que utilizar la almohada para sofocarle. Presuroso, conectó el gota a gota de nuevo, comprobó que no existía prueba alguna reveladora, arregló algo las ropas del lecho y luego examinó toda la habitación con el más exquisito cuidado. No encontró nada que pudiera descubrirle. Su respiración era entrecortada, la cabeza le dolía terriblemente y su optimismo era inmenso. Procedió a una segunda comprobación antes de dirigirse a la puerta, corriendo sin ruido el cerrojo y regresando silencioso junto al lecho. El Khan yacía

sobre las almohadas con los ojos abiertos, sangrando por la nariz y la boca.

—¡Alteza! —gritó—. ¡Alteza…! —Luego, se inclinó hacia delante, lo agarró por un instante, lo soltó y atravesó precipitadamente la habitación abriendo la puerta—. ¡Enfermera! —gritó y entró raudo en la otra habitación, agarró a la mujer, sacándola de su profundo sueño, y la llevó casi a rastras junto al Khan.

—¡Oh, Dios mío! —musitó ella, sintiendo que las rodillas se le aflojaban ante el alivio de que no hubiera ocurrido mientras ella estaba sola con el anciano porque, quizás aquel guardaespaldas violento, con el cuchillo siempre desenvainado, la hubiera acusado a ella. O tal vez lo hubiera hecho toda aquella gente vociferadora y enloquecida. Completamente despierta ya, se secó la frente y se arregló el cabello sintiéndose desnuda sin su cofia. Con eficacia, procedió a hacer lo que era preceptivo y le cerró los ojos, oyendo sin cesar los lamentos y las expresiones de dolor de Ahmed.

—Ya nadie puede hacer nada, Agha —le decía—. Pudo haber ocurrido en cualquier momento. Sufría mucho, había llegado su hora. Mejor que haya ocurrido así que vivir como un vegetal.

—Sí…, sí, supongo que así es —suspiró, derramando lágrimas auténticas. Lágrimas de alivio—. Insha'Allah. Insha'Allah.

—¿Cómo ha ocurrido?

—Yo estaba adormilado y de repente…, de repente emitió una especie de estertor y empezó a sangrar por la nariz y la boca. —Ahmed se secó las lágrimas con el dorso de la mano e imprimió un quiebro a su voz—. Le sujeté cuando empezaba a caerse de la cama y luego…, luego, no sé. Yo…, solo que sufrió un colapso…, y fui corriendo a buscarla.

—No se preocupe, Agha, no se hubiera podido hacer nada. A veces es repentino y rápido, otras no. Mejor que ocurra lo primero, es una bendición —dijo entre suspiros; luego, se arregló el uniforme, contenta de que todo hubiera acabado, y ansiosa por salir de aquel lugar.

—Debería…, hummm, habría que limpiarle antes de convocar a los demás.

—Sí. Déjeme ayudarle, por favor. Quiero ayudar…

Ahmed le ayudó a limpiar el cuerpo de sangre con una esponja y a ponerlo presentable. Durante todo ese tiempo, estuvo haciendo planes. Najoud y Mahmud serían desterrados antes del mediodía, cumpliéndose el resto de su castigo dentro de un año y un día a partir de ese momento. Tenía que averiguar si Fazir había capturado a Petr Oleg. Debía asegurarse que el mensajero del rescate fuese degollado esa tarde, tal como él ordenara en nombre del Khan.

«Loco —pensó, dirigiéndose al cadáver—, completamente loco si creías que dispondría el pago del rescate para traer de nuevo al piloto y que pudiera llevarte a Teherán para salvar la vida». ¿Para qué salvar una vida durante unos cuantos días más, o un mes? Es peligroso estar enfermo e inerme con una enfermedad como la tuya, las mentes se trastornan; ah, sí, el doctor me dijo lo que cabía esperar de ti: una mayor pérdida de tu mente, más vengativo que nunca, más peligroso que nunca, tal vez lo bastante peligroso para volverte contra mí. Pero ahora, ahora la sucesión está a salvo, puedo dominar al cachorro y, con la ayuda de Dios, casarme con Azadeh. O enviarla al Norte…, su agujero es como cualquier otro.

La enfermera observaba a Ahmed de vez en cuando, miraba sus manos hábiles y fuertes, y su suavidad, satisfecha por vez primera con su presencia y sin sentir ya temor ante él. En aquel momento, Ahmed estaba peinando la barba del Khan con todo cuidado. «La gente es tan extraña —se dijo—. Debe de haber sentido un gran afecto por este endiablado anciano».

MIÉRCOLES

28 de febrero

LIV

TEHERÁN: 6.55 DE LA MAÑANA. McIver seguía examinando los expedientes y documentos que sacara de la gran caja fuerte instalada en su oficina, e iba metiendo en la cartera solo aquellos que eran de importancia vital. Llevaba allí desde las cinco y media de aquella mañana y le dolía la cabeza y la espalda, y la cartera estaba ya casi repleta. «Aún debería llevarme mucho más», se dijo, mientras trabajaba a todo gas. Dentro de una hora, o acaso menos, su personal iraní haría acto de presencia y habría de dejar aquella tarea.

«Condenada gente —pensó irritado—, nunca estaban aquí cuando los necesitaba, sin embargo durante estos últimos días, no hay forma de librarse de ellos, son como sanguijuelas. "Ah, no, Excelencia, permítame cerrarlo por usted. Le suplico que me conceda ese privilegio…", o también, "Ah, no, Excelencia, yo abriré la oficina, insisto, ese no es trabajo para Su Excelencia". Tal vez me esté volviendo paranoico, pero parecen espías, como si les hubieran ordenado vigilarnos, en tanto que los socios están más vocingleros que nunca. Es casi como si alguien tuviera algo de que acusarnos».

«Y sin embargo, hasta el momento…, tocaré madera, todo se está desarrollando como un jet bien ajustado. Nosotros, fuera para el mediodía de hoy o algo más tarde; Rudi está preparado ya para el viernes con todos sus muchachos extra, además de un cargamento completo de repuestos que ya se halla fuera de Bandar Delam viajando por carretera en dirección a Abadán donde se encuentra "de extranjis" un "BA Tridern", autorizado por Zataki, el amigo de Duke, para evacuar petroleros británicos; a estas horas Duke habrá

ocultado ya el combustible extra en Kowiss, todos sus muchachos teniendo todavía autorización para salir mañana en el "125", toquemos otra vez madera; tres camiones cargados de repuestos camino de Bushire para su transbordo a Al Shargaz, Hotshot, el coronel Changiz y ese condenado de mulá, Hussain, todavía siguen comportándose, y esta vez sí que hay que tocar cincuenta veces madera. En Lengeh, Scrag no tendrá problemas ya que hay muchos barcos costeros disponibles para sus repuestos sin tener que hacer otra cosa que esperar el D…, no, el día D no, el día W».

«Solo un punto negro: Azadeh. Y Erikki. ¿Por qué diablos no me lo dijo antes de irse en busca del pobre Erikki? Dios mío, logra escapar de Tabriz sin un rasguño y luego va y mete otra vez su bonita cabeza en el cepo. ¡Mujeres! Todas están locas. ¿Rescate? ¡Tonterías! Apostaría cualquier cosa a que se trata de otra añagaza urdida por su padre, ese maldito y viejo bastardo. Aunque, de todas maneras, es lo que dijo Tom Lochart: "De cualquier forma se hubiera ido, Mac, además, ¿le hubieras hablado de Torbellino?"».

Empezó a sentir ardor en el estómago. «Incluso si el resto de nosotros logra salir de aquí, todavía tendremos el problema de Erikki y Azadeh. Y también el del pobre Tom y Sharazad. ¿Cómo diablos sacar a esos cuatro y ponerlos a buen recaudo? Algo se nos ocurrirá. Todavía quedan dos días, tal vez para ent…».

Giró rápidamente, sobresaltado al no haber oído abrirse la puerta. Gorani, su empleado jefe, se encontraba de pie en la puerta, alto y calvo, un chiita devoto y un buen hombre que llevaba muchos años trabajando con ellos.

—Salaam, Agha.

—Salaam. Has llegado muy pronto. —McIver se dio cuenta de la franca sorpresa de Gorani ante aquella barahúnda, normalmente, McIver era meticuloso y ordenado, y se sintió como si le hubieran sorprendido con una caja de bombones en las manos.

—Es la Voluntad de Dios, Agha. El Imán ha ordenado la normalidad y todo el mundo trabaja con ahínco por el éxito de la revolución. ¿Puedo ayudarle?

—Bueno, hummm, no, no, gracias. Tengo, hum, tengo mucha prisa, debo hacer un montón de cosas hoy. Me voy a la Embajada. —McIver se dio cuenta de que la voz se le estaba escapando pero se sentía incapaz de callar—. Tengo, hummm, tengo entrevistas durante todo el día y a mediodía he de estar en el aeropuerto. He de hacer algún trabajo en casa para el comité de Doshan Tappeh. Cuando termine en el aeropuerto, no volveré a la oficina, así que puedes cerrar pronto y tomarte la tarde libre…; de hecho, puedes tomarte todo el día.

—Gracias, Agha, pero la oficina ha de permanecer abierta hasta…

—No, cuando me vaya, la cerraremos. Iré a casa directamente donde estaré si alguien me necesita. Por favor, vuelve dentro de diez minutos. Quiero enviar algunos télex.

—Sí, Agha; desde luego, Agha. —El hombre salió.

McIver aborrecía manipular la verdad. «¿Qué le pasará a Gorani? —se preguntó de nuevo—, ¿a él y a todo el resto de nuestra gente de Irán, algunos de ellos personas excelentes de verdad? ¿A ellos y a sus familias?».

Perturbado, terminó lo mejor que pudo. En la pequeña caja de caudales había cien mil rials. Dejó el dinero, cerró la caja fuerte de nuevo y cursó algunos télex sin importancia. El importante lo había enviado aquella misma mañana, a las cinco y media, a Al Shargaz, con una copia a Aberdeen para el caso en que Gavallan hubiera sufrido algún retraso. «Enviadas por aire las cinco cajas de piezas para su reparación a Al Shargaz tal como acordamos». Traducido decía que Nogger, Pettikin y él mismo, así como los dos últimos mecánicos que aún no había podido sacar de Teherán, se disponían a subir ese mismo día a bordo del «125», tal como había sido proyectado, y aún tenían que ponerse en marcha todos los sistemas.

—¿De qué cajas se trata, Agha?

Como quiera que fuese, Gorani había dado con las copias del télex.

—Proceden de Kowiss. Saldrán en el «125» la semana próxima.

—Ah, muy bien. Lo comprobaré por usted. Y antes de irse, ¿haría el favor de decirme cuándo regresa nuestro «212»? El que prestamos a Kowiss.

—La semana que viene. ¿Por qué?

—Su Excelencia el Ministro y el Director de la Junta, Alí Kia, querían saberlo, Agha.

McIver se quedó de piedra.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Es posible que quiera hacer con él algún vuelo charter, Agha. Su ayudante vino aquí anoche, después de irse usted, y me lo preguntó. El ministro Kia también quería para hoy un informe de los progresos de nuestros tres «212» enviados para reparación. Yo, humm, yo le dije que lo tendría hoy… Vendrá esta mañana, de manera que no puedo cerrar la oficina.

Nunca habían hablado sobre esos tres aparatos o del gran número de repuestos que habían estado enviando fuera por camión coche o como equipaje personal al no haber espacio en los aparatos para fletes. Era más que posible que Gorani supiera que los «212» no necesitaban reparación alguna. Se encogió de hombros y esperó lo mejor.

—Estarán dispuestos como lo planeamos. Deja una nota en la puerta.

—Ah, pero eso sería una descortesía. Transmitiré el mensaje. Dijo que volvería antes de la oración del mediodía y me pidió, de manera muy especial, que concertara una entrevista con usted. Tiene un mensaje muy privado del ministro Kia.

—Bien, me voy a la Embajada. —McIver debatió consigo mismo un momento—. Regresaré tan pronto como pueda.

Cogió, irritado, la cartera y bajó las escaleras rápidamente mientras maldecía a Alí Kia y, de paso, también a Alí Babá.

Alí Babá, llamado así porque a McIver le recordaba a los Cuarenta ladrones, era la aduladora mitad del matrimonio que había estado a su servicio durante dos años y que se había esfumado al comenzar las dificultades. El día anterior, de madrugada, Alí Babá

había regresado, todo sonrisas y comportándose como si hubiera estado fuera durante el fin de semana en lugar de casi cinco meses, insistiendo, satisfecho, en ocupar su antigua habitación.

—Se lo aseguro, Agha, la casa tiene que estar más limpia y preparada para el regreso de Su Alteza. La semana que viene, mi mujer estará aquí para hacerlo pero yo, entretanto, le serviré té con tostadas en cualquier momento que usted lo pida. Ojalá pudiera sacrificarme por usted, pero hoy he cambalacheado para tener pan reciente y leche del mercado, al mejor precio razonable para mí solo, pero los ladrones cargan cinco veces lo del año pasado, es tan triste, pero dame el dinero ahora y tan pronto como el Banco abra podrá pagarme mi mucroscúpico salario atrasado…

«Condenado Alí Babá, la revolución no le ha cambiado lo más mínimo. ¿Mucroscúpico? Sigue siendo una hogaza de pan para nosotros y cinco para él, pero poco importaba, resultaba agradable tomar el té con tostadas en la cama…, aunque no el día antes de que nos larguemos. ¿Cómo podremos Charlie y yo sacar nuestro equipaje sin que él se huela la tostada?».

En el garaje, sacó su coche.

—Lulu, viejo amigo —dijo—, lo siento pero es todo cuanto puedo hacer, ha llegado el momento del Gran Viaje. Todavía no sé cómo lo haré, pero no voy a dejarte aquí como una ofrenda consumada o para que algún condenado iraní te viole.

Talbot le estaba esperando en la elegante y amplia oficina.

—Mi querido Mr. McIver, ha llegado puntual como un reloj. Ya me he enterado de las aventuras del joven Ross… Palabra que todos hemos sido muy afortunados, ¿no cree?

—Sí, sí, lo hemos sido. ¿Cómo está?

—Reponiéndose. Buen muchacho. Ha hecho un trabajo infernalmente bueno. Voy a almorzar con él y le sacaremos en un vuelo «BA»…, por si se diera el caso de que lo hubiesen localizado, nunca se es lo bastante cauteloso. ¿Alguna noticia de Erikki? La

Embajada finlandesa ha hecho algunas gestiones acerca de nosotros, pidiéndonos ayuda.

McIver le contó lo de la nota de Azadeh.

—¡Condenadamente ridículo!

Talbot unió las yemas de los dedos de ambas manos.

—Lo del rescate no parece muy alentador. Corren rumores de que, en realidad, el Khan está muy enfermo. Un ataque.

McIver frunció el ceño.

—Y eso, ¿ayudará o perjudicará a Azadeh y Erikki?

—No lo sé. Si «la palma», bien, eso cambiará por un tiempo, ciertamente, el equilibrio de poder de Azerbaiyán, lo que, ciertamente, alertará a nuestros mal aconsejados amigos del norte de la frontera a una mayor agitación de la habitual, lo que, ciertamente provocará en Carter y sus supuestos poderes más pedorretas de polvo.

—¿Qué hace ahora el pobre diablo?

—Nada, amigo, dulce Fanny Adams, eso es lo malo. Desparramó sus cacahuetes y derrapó.

—¿Se sabe algo más sobre nuestra posible nacionalización? Armstrong dijo que era inminente.

—Puede ser muy bien que ustedes pierdan el control positivo de sus aparatos de manera inminente —dijo Talbot con estudiada cautela y la atención de McIver alcanzó su punto álgido—. Podría tratarse más bien, humm, de una adquisición personal por partes interesadas.

—¿Se refiere acaso a Alí Kia y los socios?

Talbot se encogió de hombros.

—No nos incumbe a nosotros razonar el motivo, ¿verdad?

—¿Es esto oficial?

—Dios mío, mi querido amigo. ¡No! —Talbot estaba absolutamente escandalizado—. Esto es solo una observación personal y oficiosa. ¿Qué puedo hacer por usted?

—De manera confidencial y de acuerdo con las instrucciones de Andy Gavallan, ¿de acuerdo?

—Hagámoslo oficial.

McIver observó el rostro ligeramente sonrosado, carente de humor, y se puso en pie, aliviado.

—Lo siento, Mr. Talbot, no hay forma. La idea fue de Andy, la de ponerle al tanto de todo, no mía.

Talbot suspiró con experimentada elocuencia.

—Muy bien, con carácter confidencial.

McIver se sentó.

—Hoy, humm, hoy trasladamos nuestro cuartel general a Al Shargaz.

—Muy prudente. ¿Y bien?

—Nos vamos hoy. Todo el resto del personal expatriado. En nuestro «125».

—Muy prudente. ¿Y…?

—Vamos a, humm, vamos a cancelar todas las operaciones en Irán. El viernes.

Talbot suspiró fatigado.

—Yo diría que sin personal, eso es axiomático. ¿Y bien?

A McIver le estaba resultando sumamente difícil decir lo que quería decir.

—Nosotros vamos, hummm, nosotros sacaremos nuestros aparatos el viernes…, este viernes.

—¡Dios me asista! —exclamó Talbot con auténtica admiración—. ¡Felicitaciones! ¿Cómo diablos ha podido retorcer el brazo de ese malhadado Kia para obtener las autorizaciones? Debe de haberle prometido derecho vitalicio a un asiento en el Palco Real en Ascot.

—Humm, no, nada de eso, no lo hemos hecho. Decidimos no presentar solicitud para permisos de salida, era una pérdida de tiempo —repuso McIver, poniéndose en pie—. Bien, nos veremos pron…

Talbot se quedó de una pieza.

—¿Sin autorizaciones?

—Así es. Usted mismo sabe que están a punto de trincar, nacionalizar, quitarnos o como quiera llamarlo, a nuestros pájaros.

No hay forma de que podamos obtener los permisos de salida, así que nos vamos —repuso McIver, y añadió con desparpajo—: Así que el viernes levantamos el vuelo.

—¡Por mi vida! —Talbot sacudía vigorosamente la cabeza al tiempo que tamborileaba sobre la mesa—. Dios me bendiga. Esto es muy muy…, condenadamente imprudente.

—No tenemos alternativa. Bien, Mr. Talbot, eso es todo, que tenga un buen día. Andy quería advertirle de antemano… para que pudiera…, para que usted hiciera lo que creyera conveniente.

—¿Qué diablos es esto? —explotó Talbot.

—¿Qué diablos sé yo? —replicó McIver, igualmente exasperado—. Se supone que su obligación es proteger a los súbditos británicos.

—Pero ust…

—Sencillamente, no voy a permitir que acaben con nuestra empresa, eso es todo.

Talbot seguía tamborileando nervioso.

—Creo que necesito una taza de té. Hizo funcionar el intercomunicador.

—Celia, dos tazas del mejor, y más vale que eche cierta cantidad de «Nelson's Blood» en el brebaje.

—Sí, Mr. Talbot —respondió una voz gangosa, tras lo cual, estornudó.

—Jesús —dijo Talbot de manera automática. Dejó de tamborilear sobre la mesa y dirigió una melosa sonrisa a McIver—. Estoy muy contento de que no me haya dicho nada sobre nada, amigo.

—Yo también.

—Tenga la seguridad de que si alguna vez me entero de que está en chirona…, ¿cómo es ese dicho? Ah, sí, «arrebañando rancho», será para mí una satisfacción visitarle en nombre del Gobierno de Su Majestad e intentar apartarle de los errores de su conducta. —Las cejas de Talbot casi se perdieron en la frente—. ¡Robo a gran escala! Dios me bendiga pero…, ¡que tengan mucha suerte, amigo!

EN EL APARTAMENTO DE AZADEH: 8.10 DE LA MAÑANA. La vieja sirvienta atravesó el corredor con la pesada bandeja de plata del desayuno, cuatro huevos pasados por agua, tostadas, mantequilla y mermelada, dos exquisitas tazas de café, una cafetera humeante y las más refinadas servilletas de algodón egipcio. Dejó la bandeja en el suelo y llamó a la puerta.

—Pasa.

—Buenos días, Alteza. Salaam.

—Salaam —contestó Sharazad con voz apagada. Se encontraba incorporada sobre muchas almohadas de la cama de alfombra, con la cara abotargada por el llanto. La puerta de cuarto de baño estaba entreabierta y se oía correr el agua—. Puedes ponerla aquí, sobre la cama.

—Sí, Alteza —la sirviente obedeció, y luego salió silenciosa después de mirar de soslayo hacia el cuarto de baño.

—El desayuno, Tommy —dijo Sharazad tratando de mostrarse animada. No hubo respuesta. Se encogió de hombros, sorbeteó ligeramente, prontas de nuevo las lágrimas y luego levantó la vista al entrar Tommy en el dormitorio. Iba afeitado y vestido con la indumentaria de vuelo de invierno, botas, pantalones, camisa y un grueso suéter—. ¿Café? —le preguntó Sharazad con una tímida sonrisa, sin gustarle lo más mínimo la cara seria y la actitud desaprobadora de él.

—En seguida estoy —respondió él sin entusiasmo—. Gracias.

—He hecho que lo preparen todo como a ti te gusta.

—Tiene buena cara…, no esperes por mí.

Se acercó al escritorio y empezó a anudarse la corbata.

—Realmente, ha sido un gesto maravilloso de Azadeh el de prestarnos el apartamento mientras ella esté fuera, ¿no crees? Es mucho más agradable que estar en casa.

Lochart la miró por el espejo.

—No dijiste eso entonces.

—Desde luego, Tommy, tienes razón, pero no riñamos, por favor.

—No tengo la menor intención de reñir. He dicho cuanto tenía que decir y tú también. —«Claro que lo he hecho», se dijo, angustiado, dándose cuenta de que ella se sentía tan desdichada como él, pero incapaz de hacer algo por remediarlo. Cuando dos noches antes, Meshang le desafió delante de ella y de Zarah, había comenzado una pesadilla que continuaba todavía, destrozándoles, llevándole a él casi al borde de la locura. Dos días con sus dos noches de lágrimas incesantes mientras él repetía, una y otra vez: «No te preocupes, nos las arreglaremos de alguna manera, Sharazad», para empezar luego a discutir sobre el futuro. «¿Qué futuro?», preguntó a su imagen en el espejo, con ansias de volver a estallar.

—Aquí está tu café, cariño.

Lo cogió con gesto sombrío, después, se sentó en una silla de cara a ella aunque sin mirarla. El café estaba caliente y era excelente; a pesar de eso, no alcanzó a quitarle el terrible sabor de boca, de manera que lo dejó casi todo y, fue a buscar su chaquetón de vuelo. «Gracias a Dios hoy he de hacer trasbordo a Kowiss —se dijo—. Maldita sea todo».

—¿Cuándo te veré, cariño? ¿Cuándo estarás de regreso?

Se vio a sí mismo encogerse de hombros, y se sintió odioso porque ansiaba abrazarla y decirle lo profundo de su amor, pero había pasado por aquella agonía cuatro veces en los dos últimos días y la actitud de Sharazad seguía siendo tan implacable e inflexible como la de su hermano.

—¿Abandonar Irán? ¿Irme de casa para siempre? —había exclamado—. ¡Dios mío, no puedo, no puedo!

—Pero no será para siempre, Sharazad. Pasaremos algún tiempo en Al Shargaz y luego iremos a Inglaterra. Te encantará Inglaterra y Escocia y Aberd…

—Pero Meshang dice que…

—¡Que se joda Meshang! —había gritado él y vio el temor reflejado en el rostro de Sharazad, lo que contribuyó a atizar su furia

—. ¡Meshang no es el Todopoderoso, por Dios Santo! ¿Qué diablos sabe él? —y ella empezó a sollozar como una niña aterrada, acurrucada y apartándose de él—. Lo siento, Sharazad, lo siento mucho… —La había abrazado, susurrándole su amor por ella, que se sentía segura en sus brazos.

—Tommy, escucha, cariño. Tú tenías razón y yo estaba equivocada, fue culpa mía, pero sé lo que he de hacer, mañana iré a ver a Meshang, y le convenceré para que nos pase una cantidad y…, ¿qué pasa?

—No has escuchado una maldita palabra de lo que te he dicho.

—Claro que lo he escuchado, de verdad, lo he oído con mucha atención, no te enfades otra vez, por favor, tienes razón en enfadarte tanto pero yo…

—¿No oíste lo que nos dijo Meshang? —contraatacó él, furioso—. No tenemos dinero… ¡Se ha terminado el dinero! El edificio ha desaparecido. Tu hermano posee el control absoluto del dinero de la familia, absoluto, y, a menos que le obedezcas a él y no a mí, no recibirás nada jamás. Pero eso no tiene importancia, yo puedo ganar lo suficiente para nosotros. ¡Claro que puedo! La cuestión es que hemos de irnos de Teherán. Salir de aquí, por una temporada.

—No tengo mis documentos, Tommy. No los tengo, y todavía no puedo obtenerlos. Además Meshang tiene razón cuando dice que si me voy sin documentos jamás me dejarán volver a entrar, jamás, jamás.

Más lágrimas y nuevas discusiones; imposible convencerla; más llanto, luego a la cama para intentar dormir. Ninguno de los dos pudo hacerlo.

—Puedes quedarte aquí, Tommy. ¿Por qué no puedes quedarte aquí, Tommy?

—¿Es que no lo oíste, Sharazad? Meshang lo dijo bien claro. Aquí no me quieren y los extranjeros tienen que marcharse. Iremos a cualquier otra parte, a Nigeria o a Aberdeen, a cualquier otro sitio. Haz una maleta. Subirás al «125» y nos encontraremos en Al Shargaz, tienes pasaporte canadiense…, ¡eres canadiense!

—Pero no puedo irme sin documentación —gimió ella, y sollozó y vuelta a aducir los mismos argumentos, una y otra vez. Y más lágrimas.

Finalmente, el día anterior, por la mañana, con un desprecio infinito por sí mismo, había dejado su orgullo a un lado y acudido al bazar para intentar razonar con Meshang, para hacer que se mostrara más comprensivo. Todo cuanto Tommy pensaba decir lo expuso penosamente. Pero había dado contra un muro. Un muro tan alto como el cielo. Y aún más.

—Mi padre tenía grandes intereses en la sociedad IHC que yo, naturalmente, he heredado.

—Eso es formidable, Meshang, y lo cambia todo.

—No cambia nada en absoluto. La cuestión es cómo piensas pagar tus deudas, pagar a tu exmujer y mantener a mi hermana y a su hijo sin tener que recurrir a una gran inyección de caridad.

—Un puesto de trabajo no es caridad, Meshang, no lo es en absoluto. Puede resultar altamente provechoso para ambos. No estoy sugiriendo una asociación ni nada parecido, trabajaría para ti. Tú desconoces el negocio de los helicópteros, yo lo conozco desde dentro. Puedo dirigir la nueva sociedad para ti, lograr que obtenga beneficios desde un principio. Conozco pilotos y sé cómo operar. Lo conozco todo de Irán, la mayor parte de su territorio. Eso lo solucionaría todo entre nosotros dos. Trabajaría como un forzado para proteger los intereses de la familia, nos quedaríamos en Teherán, Sharazad podría tener el niño aquí y…

—El Estado islámico solo utilizará los servicios de pilotos iraníes. Me lo ha asegurado el ministro Kia. Al cien por cien.

De repente lo había comprendido. Su universo se vino abajo estrepitosamente.

—Ah, ahora lo comprendo. Nada de excepciones, ¿eh? En especial tratándose de mí.

Vio cómo Meshang se encogía de hombros, desdeñoso.

—Estoy muy ocupado. Te lo diré con toda franqueza, no puedes quedarte en Irán. No tienes futuro en Irán. Fuera de Irán. Sharazad

es la que no tiene menor futuro contigo y estará por siempre exiliada…, lo que ocurrirá si se va sin mi permiso y sin la documentación adecuada. Por lo tanto, tenéis que divorciaros.

—¡No!

—Saca esta tarde a Sharazad del apartamento del Khan. A propósito, otra vez la caridad, envíala aquí y tú abandona Teherán de inmediato. Vuestro matrimonio, al no haber sido musulmán, no tiene el menor valor, la ceremonia civil canadiense será anulada.

—Sharazad jamás lo aceptará.

—¿No? Estad en mi casa a las seis en punto y pondremos fin a este asunto. Una vez que te hayas ido, saldaré todas tus deudas iraníes…, no puedo permitir que unas deleznables deudas empañen nuestro buen nombre. A las seis en punto de la tarde. Buenos días.

No recordaba cómo había vuelto al apartamento pero sí que se lo dijo todo a ella, y hubo nuevas lágrimas, y otra vez a la casa Bakravan por la tarde, donde Meshang repitió lo que ya había dicho, enfurecido con las súplicas abyectas de Sharazad.

—No seas ridícula, Sharazad. Deja de gimotear, es por tu propio bien, por el bien de tu hijo y por el bien de la familia. Si te vas con un pasaporte canadiense, sin la necesaria documentación iraní, jamás se te permitirá volver. ¿Vivir en Aberdeen? Que Dios te proteja. Te morirás de frío al cabo de un mes, y tu hijo también. La niñera Jari no iría contigo, aunque tampoco él podría pagarle, ella no está loca, no abandonaría Irán y a su familia para siempre. Nunca volverás a vernos…, piensa en ello…, piensa en tu hijo… —repitiéndolo una y otra vez, hasta reducirla a ella a la incoherencia y a dejarle a él hecho polvo.

—¿Tommy?

La voz de Sharazad lo sacó de su ensoñación.

—Dime —respondió, habiendo captado en su voz la antigua inflexión.

—Tú, ¿vas tú a dejarme para siempre? —preguntó en farsi.

—No puedo quedarme en Irán —repuso él ya tranquilo, habiéndole ayudado mucho el «tú» en farsi—. Cuando cerremos,

aquí no habrá trabajo para mí. No tengo dinero, e incluso si el edificio no hubiera ardido… Bueno, jamás me han gustado las limosnas. —Su mirada era sincera—. Meshang lleva razón en muchas cosas: no tendrías un gran futuro conmigo y harás bien en quedarte, es peligroso que salgas sin la documentación adecuada, y tienes que pensar en el niño. Lo sé. Está también…, no, déjame terminar —dijo cariñosamente interrumpiéndola— está también HBC. —Aquello le trajo a la memoria al primo de ella, a Karim. Un nuevo horror que la abrumaría. ¡Pobre Sharazad…!

—Tú, ¿vas tú a dejarme para siempre?

—Hoy me voy a Kowiss. Estaré allí unos días y luego iré a Al Shargaz. Esperaré allí. Esperaré un mes. Así tendrás tiempo para pensar en ello, para decidir lo que quieres hacer. Puedes enviarme una carta o télex dirigida al aeropuerto de Al Shargaz. Si quieres reunirte conmigo, la Embajada canadiense lo arreglará de inmediato, con carácter de prioridad. Ya lo he hablado con ellos…, y, desde luego, me mantendré en contacto contigo.

—¿A través de Mac?

—A través suyo o de alguna otra forma.

—Tú, ¿vas tú a divorciarte de mí?

—No, jamás. Si tú no lo quieres o…, déjame que te lo diga de otra forma: si tú crees que es necesario para proteger a nuestro hijo, o por cualquiera otra razón, yo haré lo que tú quieras hacer.

El silencio se hizo más profundo y ella le miró con una expresión extraña en sus inmensos ojos oscuros. Dio la impresión de haber madurado y, sin embargo, parecía mucho más joven y más frágil, con su camisón transparente realzando el brillo mate de su piel dorada, y el cabello suelto sobre los hombros y los senos.

Lochart se sentía consumido por una absoluta incapacidad, agonizando en su interior, quería quedarse y sabía que ya no había razón alguna para hacerlo… «Todo ha quedado dicho, ahora depende de ella. En su lugar, yo no vacilaría un instante, me divorciaría: Partiendo de la base que jamás me habría casado».

—Tú —dijo en farsi— sé feliz, Amada.

—Y tú, Amado.

Lochart cogió su chaquetón y salió. Un momento después, Sharazad oyó cerrarse la puerta de la calle. Durante largo rato permaneció con la vista clavada en el lugar donde él estuviera. Luego, pensativa, se sirvió café y lo saboreó, caliente, fuerte y dulce. Y, sobre todo, reanimador.

«Hágase la Voluntad de Dios —se dijo, ya en paz consigo misma —. Volverá o no volverá. Meshang cederá o no cederá. De cualquier manera, yo he de ser fuerte y comer por dos y tener buenos pensamientos mientras creo a mi hijo».

Quitó la coronilla al primero de los huevos. Estaba perfectamente cocido y tenía un sabor delicioso.

EN EL APARTAMENTO DE McIVER: 11.50 DE LA MAÑANA. Pettikin entró en la sala de estar con una maleta y quedó sorprendido al ver al sirviente, Alí Babá, simulando sacar brillo al aparador.

—No te he oído volver. Creí haberte dicho que te tomaras el día libre —dijo con irritación; dejando la maleta en el suelo.

—Sí, Agha, pero hay tanta cosas que hacer; este sitio y la cocina está cochino de polvo —enarcó sus pobladas cejas castañas.

—Sí, sí, eso es cierto. Pero puedes empezar mañana.

Pettikin se dio cuenta de que miraba la maleta y maldijo para sus adentros. Inmediatamente después del desayuno había dado el día libre a Alí Babá, con instrucciones estrictas de no regresar hasta la medianoche lo que habitualmente significaba que no volvería hasta la mañana siguiente.

—Ya te estás marchando.

—Sí, Agha. ¿Se va de vacaciones o con permiso?

—No, me voy…, humm, me voy a quedar con uno de los pilotos durante unos días, así que asegúrate de dejar mañana bien limpia mi habitación. Ah, sí, y quiero que me dejes tu llave, no sé dónde he metido la mía. —Pettikin extendió la mano, maldiciéndose a sí mismo

por no haberlo pensado antes. Alí Babá se la entregó extrañamente reacio—. El capitán McIver quiere estar solo porque tiene mucho trabajo y no desea ser molestado. Hasta pronto, adiós.

—Pero, Agha…

—¡Adiós!

Una vez se aseguró de que Alí Babá llevaba puesto el abrigo, abrió la puerta y, prácticamente, le empujó hacia afuera, cerrándola después. Nervioso, volvió a consultar su reloj. Era casi mediodía y seguía sin saber nada de McIver, y se suponía que para esta hora tenían que estar en el aeropuerto. Entró en el dormitorio, sacó la otra maleta del armario, también preparada, y la puso con la otra junto a la puerta.

Dos maletas pequeñas y un maletín. «No es mucho —se dijo—, para todos estos años en Irán. Poco importa, prefiero viajar con poco equipaje y tal vez tenga suerte y gane más dinero o emprenda un negocio. Además, está Paula. ¿Cómo diablos podría permitirme casarme otra vez? ¿Casarme? ¿Estás loco? Una aventura es a lo más que puedes aspirar. Sí, pero, maldita sea, quisiera casarme con ella y…».

El teléfono sonó y casi saltó del sobresalto, tan poco acostumbrado estaba a su timbre. Lo cogió, latiéndole el corazón con fuerza.

—¿Hola?

—¿Charlie? Soy yo, Mac, gracias a Dios que este maldito trasto funciona. Lo he intentado por si acaso. Voy retrasado.

—¿Algún problema?

—No lo sé, Charlie, pero he de ir a ver a Alí Kia… Ese bastardo envió a su condenado ayudante y a un Green Band a buscarme.

—¿Qué diablos quiere ahora?

Afuera, y desde todos los rincones de la ciudad, los almuédanos empezaban a llamar a los Creyentes a la oración del mediodía, interrumpiéndoles.

—No lo sé. La entrevista es para dentro de media hora. Más vale que te vayas al aeropuerto y yo acudiré allí tan pronto como me sea

posible. Haz que Johnny Hogg se demore.

—De acuerdo, Mac. ¿Y qué hay de tus cosas, están en la oficina?

—Las saqué ayer por la mañana mientras Alí Babá roncaba y están en el maletero de Lulu. En la cocina hay una de esas labores de punto de cruz de Genny, Charlie, «Abajo con la empanada de vaca». ¿Querrás hacer el favor de meterla en tu maleta? Me sacaría los ojos si la olvidara. Si me queda tiempo, volveré para asegurarme de que todo está en orden.

—¿Quito el gas? ¿O la electricidad?

—Pues no lo sé. Déjalos, ¿de acuerdo?

—Muy bien. ¿Estás seguro de que no quieres que te espere? —le preguntó, contribuyendo a su inquietud, con las voces metálicas de los almuédanos a través de los altavoces—. No me importa esperar. Tal vez sea preferible, Mac.

—No, vete. Yo pronto estaré allí. Hasta luego.

—Hasta luego —Pettikin frunció el ceño. Luego, como tenía línea, marcó el número de la oficina en el aeropuerto. Ante su gran asombro, se estableció la comunicación.

—¡Hola! «Iran Helicopters». Reconoció la voz de su gerente de fletes.

—Buenos días, Adwani, soy el capitán Pettikin. ¿Ha llegado ya el «125»?

—Ah, capitán. Sí, lo tenemos en pantalla y tomará tierra en cualquier momento.

—¿Está ahí el capitán Lane?

—Sí, un momento, por favor.

Pettikin esperó, preguntándose qué pasaría con Kia.

—Hola, Charlie, soy Nogger, ¿tienes amigos en las altas esferas? —No, es solo que el teléfono ha empezado a funcionar. ¿Podemos hablar en privado?

—No, no es posible. ¿Qué pasa?

—Todavía estoy en el piso. Mac se ha retrasado, ha tenido que ir a ver a Alí Kia. Yo me dirijo ahora al aeropuerto y él acudirá

directamente desde de la oficina de Kia. ¿Estás preparado para cargar?

—Sí, Charlie. Enviamos los motores para ser reparados y acondicionados de nuevo, cumpliendo las órdenes del capitán McIver. Todo se ha hecho de acuerdo con las órdenes.

—Bien. ¿Están ahí los dos mecánicos?

—Sí. Aquellos dos repuestos están también preparados para su embarque.

—Bien. ¿No has detectado ningún problema?

—Todavía no, amigo.

—Hasta ahora. —Pettikin colgó. Metió en la maleta la labor de punto de cruz y echó un vistazo en derredor del apartamento por última vez y lo curioso fue que, en aquel momento, le entristeció. Buenos y malos tiempos, pero los mejores cuando se encontraba allí Paula. A través de las ventanas vio humaredas lejanas, a la altura de Jaleh, y, una vez extinguidas las voces de los almuédanos, los disparos esporádicos comenzaron a oírse de nuevo.

—Al diablo con todos ellos —farfulló.

Cogió su equipaje, y salió cerrando luego la puerta con todo cuidado. Mientras sacaba el coche del garaje, pudo ver cómo Alí Babá se ocultaba en un portal, al otro lado de la calle. Con él había dos hombres que nunca había visto antes. «¿En qué estará metido ahora ese bribón?», se dijo inquieto.

EN EL MINISTERIO DE TRANSPORTES: 1.07 DE LA TARDE. Hacía un frío glacial en la inmensa sala a pesar de los troncos que ardían en la chimenea, y el ministro Alí Kia llevaba un grueso y costoso abrigo de astracán con un gorro haciendo juego. Estaba realmente furioso.

—Le repito que mañana necesito transporte para ir a Kowiss y exijo que usted me acompañe.

—Mañana me es imposible, lo siento —insistió McIver, esforzándose por no revelar su nerviosismo—. Estaré encantado de

ir con usted la semana próxima. Digamos el lunes y…

—Me asombra muchísimo que, después de toda la «cooperación» que le he prestado, sea necesario, siquiera, discutir esto. Mañana, capitán o… o cancelaré todas las autorizaciones para nuestro «125»; de hecho, ordenaré que hoy permanezca en tierra, lo incautaré y lo dejaré pendiente de investigación.

McIver se encontraba en pie delante de la enorme mesa de escritorio, mientras que Kia estaba sentado detrás de ella, en un enorme sillón tallado, en el que prácticamente desaparecía.

—¿No podría ser hoy, Excelencia? Tenemos un «Alouette» en trasbordo para Kowiss. El capitán Lochart sald…

—¡Mañana, no hoy! —dijo Kia más rojo de rabia aún—. Como director de la Junta se le ordena: mañana *vendrá* conmigo, *saldremos* a las diez de la mañana. ¿Entendido?

McIver asintió taciturno, mientras buscaba una salida a aquella añagaza. Y, en ese momento, las piezas de un posible plan fueron ajustándose.

—¿Dónde quiere que nos reunamos?

—¿Dónde está el helicóptero?

—En Doshan Tappeh. Necesitaremos una autorización. Por desgracia, allí se encuentra un tal comandante Delami junto con un mulá, ambos de difícil trato, así que no sé cómo podremos hacerlo.

La expresión de Kia pareció hacerse más sombría si ello hubiese sido posible.

—El Primer Ministro ha dado nuevas órdenes respecto a los mulás y a sus interferencias cerca del Gobierno legal, y el Imán ha dado su pleno consentimiento. Más vale que esos dos se comporten. Le veré a usted a las diez de la mañana y…

En ese mismo instante, afuera sonó una enorme explosión. Todos se precipitaron a la ventana pero solo pudieron ver una nube de humo que ascendía hacia el cielo helado en la esquina de la calle.

—Parecía un coche bomba —dijo McIver con el estómago revuelto.

Durante los últimos días se habían sucedido varios intentos de asesinato y de ataques con coches bomba por parte de extremistas de la izquierda, dirigidos en su mayoría contra ayatolás que ocupaban altos cargos en el Gobierno.

—¡Asquerosos terroristas, ojalá Dios haga arder a sus padres y a ellos también! —Era evidente que Kia estaba aterrorizado, lo que complació a McIver en extremo.

—El precio de la fama, ministro —dijo, al parecer con honda preocupación—. Es evidente que los principales objetivos son quienes ocupan altos cargos, personas importantes como usted.

—Sí…, sí…, lo sabemos. Asquerosos terroristas…

McIver iba sonriendo mientras se dirigía a su coche. «De manera que Kia quiere ir a Kowiss. Con mil diablos, me ocuparé que llegue a Kowiss y que Torbellino prosiga tal como lo hemos planeado».

En los alrededores de la esquina, la calle principal se encontraba parcialmente bloqueada por escombros, mientras un coche seguía ardiendo, otros estaban medio apagados y un socavón en el lugar de la calle donde el coche bomba aparcado había explotado haciendo volar la fachada de un restaurante y la de un Banco extranjero contiguo. Todo el suelo aparecía cubierto de cristales, también de los escaparates de otras tiendas cercanas. Había muchos heridos, muertos y moribundos. La angustia y el pánico reinaban allí y hedía a caucho quemado.

La circulación estaba atascada en ambos sentidos. Solo cabía esperar. Al cabo de media hora, llegó una ambulancia, algunos Green Bands y un mulá que empezó a dirigir el tráfico. Al tocarle el turno a McIver, le imprecó para que siguiera. Como estaba tratando de abrirse paso entre todos aquellos escombros, con todo el mundo furioso y tocando sin cesar la bocina, McIver no pudo ver el cuerpo decapitado de Talbot debajo de los escombros del restaurante ni reconoció a Ross, vestido de paisano, que yacía inconsciente, medio incorporado contra el muro, con el abrigo rasgado y la nariz y los oídos manándole sangre.

EN EL VESTÍBULO DEL AEROPUERTO DE AL SHARGAZ. AL OTRO LADO DEL GOLFO: 2.05 DE LA TARDE. Scot Gavallan se encontraba entre el gentío que esperaba fuera del área de Aduanas e Inmigración, con el brazo en cabestrillo. A través del altavoz se transmitían los anuncios en árabe e inglés y el enorme tablero de llegadas y salidas entrechocaban sus placas, fijando los horarios y las puertas por donde había que salir para subir a bordo. Toda la terminal bullía de actividad. Vio a su padre salir por la puerta verde y se le iluminó el rostro mientras iba a su encuentro.

—Hola, padre.

—Scot, muchacho —dijo Gavallan feliz, y lo abrazó aunque con cuidado a causa del hombro—. ¿Cómo estás?

—Muy bien, de veras. Ya te lo dije, estoy muy bien.

—Sí, ya lo veo.

Desde que el lunes se fuera, Gavallan había hablado muchas veces con su hijo por teléfono, «Pero hablar por teléfono no es lo mismo», se dijo.

—Estaba…, me tenías muy preocupado.

En un principio, Gavallan no quería irse pero el médico inglés del hospital le había asegurado que Scot estaba bien, y, en Inglaterra, él tenía que ocuparse de problemas de negocios urgentes y de la reunión de la junta que había aplazado.

—Los rayos X revelan que no ha habido daño en el hueso, Mr. Gavallan. La bala ha atravesado parte del músculo, una herida fea pero que quedará bien —le había dicho el doctor.

Y a Scot, por su parte, le aseguró:

—Te dolerá mucho y no podrás volar durante dos meses o más. En cuanto a los tendones, tampoco hay que preocuparse por ellos. Es una reacción bastante normal en una herida de bala. Tampoco ayudó mucho a la herida ese vuelo desde Zagros. ¿Dices que escapaste en un ataúd? Eso es suficiente para darle a uno el

tembleque sin contar que estaba herido. A mí me hubiera dado. Se quedará aquí ingresado esta noche.

—¿Es necesario, doctor? Me siento…, me siento mucho mejor —dijo Scot y se había puesto en pie, pero las rodillas le fallaron y hubiera caído si Gavallan no hubiera estado atento para sujetarle.

—Primero hemos de ponerle en condiciones. Un buen sueño y estará como nuevo. Se lo aseguro, Mr. Gavallan.

El médico dio un sedante a Scot y Gavallan se quedó acompañándole, tranquilizándole sobre la muerte de Jordon.

—Si alguien fuera responsable, ese sería yo, Scot. Si hubiese ordenado la evacuación antes de que el Sha se fuera, Jordon aún estaría vivo.

—No, la cuestión no es esa…, los disparos iban contra mí.

Gavallan había esperado hasta que se quedó dormido. Para entonces, había perdido un enlace y llegó justo para coger el vuelo de medianoche, pero llegó a Londres a tiempo.

—¿Qué diablos va a pasar en Irán? —había preguntado Linbar sin preámbulo alguno.

—¿Qué pasa con los demás? —inquirió a su vez Gavallan con gesto hermético—. Deberíamos esperarles, ¿no os parece?

En la sala solo se encontraba uno de los otros directores, Paul Choy, bautizado con el nombre de Profitable llegado de Hong Kong. Gavallan sentía por él un inmenso respeto por su cacumen en los negocios; lo único que enturbiaba ese respeto era la estrecha vinculación de Choy con la muerte accidental de David MacStruan y la subsiguiente sucesión de Linbar.

—¡Nadie más va a venir! —dijo Linbar con tono tajante—. Cancelé todos los viajes, no los necesitamos. Soy taipan y puedo hacer lo que quiera. ¿Por…?

—No, con «S-G Helicopters» no puedes —repuso Gavallan, que miró impasible a Choy—. Propongo un aplazamiento.

—Claro que podemos hacerlo —dijo tranquilamente Profitable Choy—. Pero diablos, Andy, he venido especialmente y nosotros tres podemos constituir un quorum, si es que queremos votarlo.

—Yo lo voto —dijo Linbar—. ¿Qué demonios temes?

—Nada. Per…

—Bien, entonces, ya tenemos quorum. ¿Qué pasa con Irán?

Gavallan contuvo su genio.

—El viernes es el día D, si el tiempo lo permite. Torbellino ha sido planeado lo mejor que hemos podido.

—Estoy seguro, Andy. —La sonrisa de Profitable Choy era cordial —. Linbar dice que tratáis de sacar solo los «212». ¿Qué me dices de nuestros «206» y los «Alouettes»? —Era un hombre atractivo, inmensamente rico, en la treintena, director de «Struan's» y miembro de muchas de sus juntas subsidiarias desde hacía bastantes años, y que tenía intereses importantes aparte de los de «Struan's» en navieras, fábricas de productos farmacéuticos en Hong Kong y Japón y en la Bolsa china.

—Tenemos que dejarlos…, nos es imposible pilotarlos todos. No hay forma.

Un silencio siguió a aquella explicación.

—¿Cuál es el plan final de Torbellino? —preguntó Paul Choy.

—El viernes, a las siete de la mañana, si el tiempo lo permite, radiaré el mensaje cifrado dando luz verde a Torbellino. Todos los aparatos despegarán. Tendremos cuatro «212» en posición en Bandar Delam bajo el mando de Rudi, se dirigirán a Bahrein, repostarán y luego seguirán a Al Shargaz; nuestros dos «212» de Kowiss habrán de repostar en la costa y luego dirigirse a Kuwait a por más combustible, siguiendo después a Jellet, una pequeña isla cerca de Arabia Saudita donde hemos ocultado combustible, dirigiéndose luego a Bahrein y a Al Shargaz; los tres de Lengeh, al mando de Scragger, no deberán tener problema alguno ya que irán directamente a Al Shargaz. Erikki saldrá a través de Turquía. Tan pronto como lleguen, procederemos a desarmarlos cargándolos en el

«747» que ya he contratado en vuelo charter y nos iremos tan rápidamente como nos sea posible.

—¿Cuántas posibilidades calculas que pueda haber de perder un hombre o un helicóptero? —preguntó Profitable Choy, adquiriendo de repente su mirada una expresión dura. Era un jugador famoso y propietario de caballos de carreras. Además administrador del «Jockey Club», de Hong Kong. Corría el rumor de que también era miembro del Sindicato del Juego de Macao.

—No acostumbro a apostar. Pero las bazas son buenas…, de lo contrario, no lo hubiera considerado siquiera. McIver ya ha logrado sacar tres «212», lo que da como resultado un ahorro de más de tres millones de dólares. Si logramos sacar todos nuestros «212» y la mayoría de los repuestos, «S-G» estará en excelentes condiciones.

—En pésimas condiciones —repuso Linbar tajante.

—En mejores condiciones de lo que este año estará «Struan's». —Linbar enrojeció.

—Deberíais haber estado preparados para esta catástrofe, tú y ese condenado de McIver. Cualquier estúpido se habría dado cuenta de que el Sha estaba acabado.

—Basta ya, Linbar —le interrumpió Gavallan tajante—. No he regresado para discutir sino para informar, de manera que terminemos con esto para que pueda coger mi avión de vuelta. ¿Qué más hay, Profitable?

—Incluso si llegáis a sacarlos, Andy, ¿qué me dices de la cuestión de «Imperial», en el mar del Norte, que os ha escamoteado unos veinte contratos? Luego, está tu compromiso para los «X63».

—Una decisión condenadamente estúpida, tomada en un mal momento —intervino Linbar.

Gavallan apartó la mirada de Linbar y se concentró. Choy estaba en su derecho al preguntar y él, por su parte, no tenía nada que ocultar.

—Mientras disponga de mis «212» puedo volver a la actividad normal, hay muchísimo trabajo para ellos. La semana que viene, empezaré a negociar con «Imperial». Sé que recuperaré varios de

los contratos. El resto del mundo necesita petróleo desesperadamente de manera que «ExTex» vendrá a nosotros junto con los nuevos contratos de Arabia Saudita, Nigeria y Malasia y, cuando reciban nuestro informe sobre los «X63», duplicarán sus operaciones con nosotros…, y lo mismo harán todos los otros importantes. Estaremos en condiciones de darles un servicio como nunca lo tuvieron, más seguridades bajo cualquier clase de situación meteorológica, con un coste inferior por kilómetro y pasajero. El mercado es inmenso, muy pronto se incorporará China y…

—¡Sueños imposibles! —dijo Linbar—. Tú y el condenado Dunross tenéis la cabeza en las nubes.

—China nunca será rentable para nosotros —dijo Profitable Choy con una mirada de curiosidad—. Estoy de acuerdo con Linbar.

—Yo no. —Gavallan observó algo extraño en Choy, pero su ira le impulsó a seguir adelante—. Esperaremos a ver a quién da el tiempo la razón. China necesita petróleo de alguna parte y en abundancia. Para terminar, estoy en buenas condiciones, yo diría que en excelentes condiciones, los beneficios del año pasado se acrecentaron en un cincuenta por ciento y este año será lo mismo, si no mejor. La semana que viene est…

—La semana que viene estarás acabado —le interrumpió Linbar.

—Durante este fin de semana se resolverá todo —dijo Gavallan con expresión tenaz—. Propongo que nos reunamos de nuevo el lunes próximo. Así tendré tiempo de regresar.

—Paul y yo volvemos a Hong Kong el domingo. Nos volveremos a reunir allí.

—Eso no es posible para mí y…

—Entonces tendremos que hacerlo sin ti —dijo Linbar, dejándose llevar por su mal genio—. Si Torbellino fracasa, estás acabado, «S-G Helicopters» será liquidada y una nueva compañía, «North Sea Helicopters», que a decir verdad ya está constituida, adquirirá su activo y dudo mucho que lleguemos a pagar medio centavo por dólar.

Gavallan enrojeció.

—Eso es un maldito robo.

—Solo el precio del fracaso. Por Dios que si «S-G» se hunde, tú estás acabado; y para mí que ya era hora. Si no puedes permitirte pagar tu propio billete de avión para asistir a las reuniones de la Junta, te aseguro que no se te echará en falta.

A Gavallan le resultaba prácticamente imposible dominar su ira, pero la contuvo con un esfuerzo titánico. Entonces, una idea acudió a su mente y miró a Profitable Choy.

—Si Torbellino resulta un éxito, ¿me ayudarás a financiar la compra de una participación de «Struan's»?

—¡Nuestros intereses predominantes no están en venta! —vociferó Linbar antes de que Choy pudiera contestar.

—Tal vez debieran estarlo, Linbar —dijo Profitable Choy pensativo —. De esa forma, tal vez logres remontar el hoyo en que te encuentras. ¿Por qué no dar de lado con todas esas actitudes irritantes? Vosotros dos siempre estáis enfrentados, ¿por qué? ¿Por qué no lo dejáis ya estar?

—¿Financiarías la compra de una participación? —preguntó Linbar en actitud tensa.

—Tal vez. Sí, tal vez, pero únicamente si tú estuvieras de acuerdo, Linbar, solo así. Es una cuestión de familia.

—¡Jamás lo permitiré, Profitable! —El rostro de Linbar se contrajo y miró furioso a Gavallan—. Quiero ver cómo te pudres…, ¡tú y el condenado Dunross!

Gavallan se puso en pie.

—Te veré en la próxima reunión de la «Inner Office». Veremos lo que dicen.

—Harán lo que yo les diga que hagan. Soy taipan. Y, a propósito, voy a nombrar a Profitable miembro.

—No puedes hacerlo, va en contra de las reglas de Dirk. Juraste por Dios que las cumplirías.

Dirk Struan, el fundador de la compañía, había establecido que los miembros de la «Inner Office» habían de pertenecer a la familia, por lejano que fuera el parentesco y ser cristianos.

—Al diablo con las reglas de Dirk —replicó, obcecado, Linbar—. Tú no eres parte interesada de todas ellas como tampoco del legado de Dirk, solo un taipan lo es y por Dios que aquello que juré cumplir es asunto mío. ¡Te crees condenadamente listo, pero no lo eres! Profitable se ha hecho episcopaliano, el año pasado se divorció y pronto entrará a formar parte de la familia, pues va a casarse con una de mis sobrinas. Con mi bendición, por supuesto. Pertenecerá a la familia más que tú. —Se echó a reír estrepitosamente.

Gavallan no rio. Y tampoco Profitable Choy. Se observaban mutuamente. Ahora, la suerte estaba echada.

—No sabía que te hubieras divorciado —dijo Gavallan—. Debería felicitarte por…, por tu nueva vida y nombramiento.

—Sí, gracias —fue cuanto su enemigo dijo.

En el aeropuerto de Al Shargaz, Scot se inclinó para coger la maleta de su padre, mientras otros pasajeros pasaban presurosos junto a ellos.

—Gracias, Scot. Puedo arreglármelas —le dijo Gavallan al tiempo que él la cogía—. Me vendría bien una ducha y un par de horas de sueño. Aborrezco volar de noche.

—Genny está afuera con el coche. —Scot había observado la fatiga de su padre desde el primer momento—. Lo has pasado mal por casa, ¿verdad?

—No, no, nada de eso. Estoy muy contento de que te encuentres tan bien. ¿Qué hay de nuevo por aquí?

—Todo marcha a las mil maravillas. De acuerdo con el plan. Como un reloj.

EN LOS SUBURBIOS AL NORTE DE TEHERÁN: 2.55 DE LA TARDE. Jean-Luc, elegante como siempre, con su indumentaria y botas de vuelo hechas a la medida, bajó del taxi. Tal como prometiera, sacó un billete de cien dólares y lo partió en dos.

—*Voilà!*

El taxista examinó con atención la mitad que le había entregado.

—¿Una hora solo, Agha? En el Nombre de Dios, Agha, ¿no más?

—Una hora y media como acordamos. Luego, directo al aeropuerto. Llevaré algo de equipaje.

—Insha'Allah. —El conductor miró, nervioso, en derredor—. No puedo esperar aquí, demasiados ojos. Una hora y media, a la vuelta de la esquina, allí. —Señaló delante de él y luego se puso en marcha.

Jean-Luc subió las escaleras y abrió la puerta del apartamento 42, que daba a la calle bordeada de árboles y al sur. Aquella era *su* guarida aunque fuera su mujer Marie-Christine quien lo encontrara y lo amueblara, quedándose allí durante sus raras visitas. Un dormitorio con una gran cama de matrimonio, baja; una cocina bien equipada; sala de estar, con un confortable sofá, un buen hi-fi y tocadiscos.

—Para que embrujes a tus damas, *chéri*, siempre que no importes ninguna a Francia.

—Pero *chérie*, soy un amante, no un importador.

Sonrió para sí, contento de volver a casa, aunque algo irritado por tener que abandonar tantas cosas: el hi-fi era el mejor, los discos maravillosos, el sofá seductor, la cama…, ¡vaya si era resistente, caramba!, el vino pasado de extranjis con tantas dificultades, y, luego, estaban sus utensilios de cocina.

—*Espèce de con* —dijo en voz alta y se dirigió al dormitorio donde intentó hablar por teléfono. No funcionaba.

Sacó una maleta del armario empotrado en la pared y empezó a hacerla, rápidamente y con eficiencia, porque había reflexionado mucho sobre lo que tenía que llevarse. Primero, sus cuchillos favoritos y la sartén de omelettes; luego, seis botellas de los mejores vinos, un resto de cuarenta botellas lo dejaba para satisfacción del nuevo inquilino, un inquilino temporal si es que él regresaba algún día, que le había alquilado el apartamento con todo lo que en él había, a partir del día siguiente…, pagado en buenos francos

franceses, a ingresar mensualmente, y por anticipado, en Suiza, además de un depósito realmente excelente por desperfectos, también por anticipado.

El trato se había iniciado ya antes de que se fuera a Francia de permiso por Navidades. «Mientras todo el mundo llevaba anteojeras —rio entre dientes—, yo ya me había olido la tostada. Pero claro, yo tengo una gran ventaja sobre los demás. Soy francés».

Siguió, feliz, haciendo el equipaje. El nuevo propietario también era francés, un amigo ya de edad de la Embajada, quien hacía semanas que andaba buscando desesperado una *garçonnière* bien amueblada para su amante georgiana-caucasiana, una adolescente que había jurado abandonarle si no cumplía su palabra.

—Jean-Luc, queridísimo amigo, alquílamelo por un año, seis meses, tres… Te lo digo en serio, pronto, los únicos europeos residentes aquí serán los diplomáticos. No lo comentes con nadie, pero yo lo sé desde el más alto nivel de nuestro contacto interno con Jomeini en Neauphle-le-Château. Te lo digo con franqueza, estamos al corriente de todo cuanto pasa. ¿Acaso muchos de sus más íntimos colaboradores no hablan francés y se han educado en universidades francesas? Por favor, te lo suplico, solo quiero dar gusto a la luz de mi vida.

«Mi pobre y viejo amigo —se dijo Jean-Luc con tristeza—. Gracias a Dios yo jamás he tenido que humillarme ante ninguna mujer… Marie-Christine es realmente afortunada de haberse casado conmigo que velo prudentemente por su fortuna».

Los últimos artículos que guardó fueron sus instrumentos de vuelo y media docena de gafas de sol. Toda su ropa la había guardado en un armario bajo llave. «Claro que la compañía me rembolsará de ella y me compraré nuevos trajes. ¿Quién quiere los viejos?».

Al fin había terminado. Todo estaba en orden y bien guardado. Consultó el reloj. Solo había necesitado veinte minutos. Perfecto. En el refrigerador, «La Doucette» estaba frío, el refrigerador seguía funcionando pese a estar cortada la electricidad. Abrió la botella y lo

probó. Perfecto, tres minutos después, se oyó la aldaba de la puerta. Perfecto.

—Sayada, *chérie*, ¡bellísima! —le dijo cariñosamente mientras la besaba, aunque estaba pensando, «tu aspecto no es nada bueno, pareces cansada y abatida»—. ¿Cómo estás, *chérie*?

—He tenido un resfriado, pero nada de importancia —dijo ella. Aquella mañana se había visto las arrugas resultantes de su preocupación y las oscuras ojeras y supo que Jean-Luc se daría cuenta—. No ha sido nada serio, ya lo he superado. ¿Y tú, *chérie*?

—Hoy estupendamente. Mañana, ¿quién sabe?

Se encogió de hombros mientras la ayudaba a quitarse el abrigo. Después, la cogió en brazos sin esfuerzo alguno y la dejó caer en el mullido sofá. Era muy hermosa y le entristecía tener que dejarla. «Y a Irán también. Como Argelia», se dijo.

—¿En qué piensas Jean-Luc?

—En el sesenta y tres, cuando nos echaron de Argelia. En cierto modo como aquí, en Irán. Se nos está obligando a hacer lo mismo. —La sintió agitarse en sus brazos—. ¿Qué pasa?

—El mundo es a veces tan espantoso. —Sayada no le había contado nada sobre su verdadera vida—. Tan injusto —dijo ella angustiada, recordando la guerra del sesenta y siete en Gaza y la muerte de sus padres y después la huida… Su historia se asemejaba mucho a la de él…, y recordó, una vez más, la última catástrofe con el asesinato de Teymour y *ellos*. Sintió náuseas al imaginarse al pequeño Yassar y lo que podrían hacerle si ella no se comportaba como querían.

«Si al menos pudiera descubrir quiénes son *ellos*…».

Jean-Luc estaba escanciando en dos copas el vino que había puesto sobre la mesa.

—No es bueno ponerse serios, *chérie*. No nos queda mucho tiempo. *Santé!*

El vino estaba frío y tenía un sabor delicado, como primaveral.

—¿Cuánto tiempo? ¿Es que no te quedas?

—He de irme dentro de una hora.

—¿A Zagros?

—No, *chérie*, al aeropuerto y luego a Kowiss.

—¿Cuándo volverás?

—No volveré —dijo él y la sintió ponerse rígida. Pero él la mantuvo firmemente abrazada y, al cabo de un momento, volvió a ser la misma y Jean-Luc prosiguió, jamás había tenido motivo para no confiar en ella de manera implícita—. Entre nosotros, Kowiss solo es temporal, en extremo. Nos largamos de Irán, toda la compañía, es evidente que no nos quieren aquí, ya no podemos operar libremente y, además, no nos pagan. Nos han echado de el Zagros. Hace unos días, los terroristas mataron a uno de nuestros mecánicos y al joven Scot Gavallan le faltó un pelo para que lo mataran. Así que tomamos soleta. *C'est fini*.

—¿Cuándo?

—Pronto. No lo sé con exactitud.

—Te…, te echaré…, te echaré de menos, Jean-Luc —dijo ella apretándose más contra él.

—Y yo también, *chérie* —le aseguró él cariñosamente, dándose cuenta de que por las mejillas le caían lágrimas silenciosas—. ¿Cuánto tiempo piensas quedarte en Teherán?

—No lo sé. —Trató de que su voz no reflejara la desesperación que la abrumaba—. Te daré una dirección en Beirut. Ellos sabrán dónde encontrarme.

—Tú puedes localizarme a mí a través de Aberdeen.

Siguieron allí sentados en el sofá, Sayada recostada entre los brazos de él, el reloj sobre la repisa de la chimenea marcando el tiempo, habitualmente de una manera callada, pero, en aquellos momentos, sonando tan fuerte…, conscientes ambos de que el tiempo pasaba y de que había llegado el fin…, y no por su propia voluntad.

—Hagamos el amor —musitó ella sin desearlo, pero sabiendo que se esperaba de ella la cama.

—No —dijo él, galante, simulando mostrarse fuerte por los dos, sabiendo que se esperaba la cama de él, y que, más tarde, se

vestirían, se mostrarían franceses y comprensivos con el fin de su aventura, Jean-Luc miró el reloj, Quedaban cuarenta y tres minutos.

—¿No me deseas?

—Más que nunca. —Le acarició un seno al tiempo que le rozaba el cuello con los labios. Su perfume era ligero y agradable. Estaba dispuesto a empezar.

—Me alegro —murmuró ella con el mismo tono de dulzura—, me alegro mucho de que hayas dicho que no. Te necesito durante horas, cariño, no solo por unos minutos…, ahora no. Las prisas lo estropearían todo.

Por un instante, Jean-Luc quedó desconcertado, no esperaba aquel gambito en el juego que se traían entre manos. Pero ya que se había dicho, también él se alegraba. «¡Qué valiente se ha mostrado Sayada al renunciar a semejante placer! —se dijo, amándola profundamente—. Mucho mejor recordar los maravillosos momentos pasados juntos, que tener que hacerlo a toda prisa como si fuera una obligación. Ciertamente, así me ahorro muchos sudores y esfuerzos…, además, no he comprobado si había agua caliente. Ahora podemos seguir sentados charlando, saboreando el vino y sentirnos felices,»

—Sí, estoy de acuerdo. A mí me pasa lo mismo.

De nuevo rozó el cuello de ella con los labios. Sintió que temblaba y, por un momento, se sintió tentado de excitarla. Finalmente, renunció. «¡Pobre criatura!, ¿por qué atormentarla?».

—¿Cómo os iréis, querido?

—Volaremos juntos. ¿Más vino?

—Sí, sí, por favor, es tan bueno. —Sayada saboreó el vino, se secó las mejillas, charló con él e intentó sonsacarle sobre aquella extraordinaria «marcha». «Tanto *ellos* como la Voz encontrarán todo esto muy interesante, incluso acaso yo pueda llegar a descubrir quiénes son. Hasta que lo sepa, no podré proteger a mi hijo. Dios mío, ayúdame a acorralarlos».

—Te quiero tanto *chéri* —le dijo.

EN EL AEROPUERTO DE TEHERÁN: 6.05 DE LA TARDE. Johnny Hogg, Pettikin y Nogger se quedaron mirando atónitos a McIver.

—¿Estás diciendo que te quedas, que no te vienes con nosotros? —tartamudeó Pettikin.

—No, ya os lo he dicho —dijo animado McIver—. Mañana tengo que acompañar a Kia a Kowiss.

Se encontraban en el aparcamiento, junto al coche de McIver, lejos de oídos ajenos, el «125» ya estaba en la pista, cargando los peones las últimas cajas ante la presencia del inevitable grupo de guardias Green Bands observando atentamente. Y un mulá.

—A ese mulá no lo hemos visto nunca antes —dijo Nogger, nervioso como todos ellos y tratando de ocultarlo.

—Bien. ¿Está todo el mundo preparado para subir a bordo?

—Sí, Mac, excepto Jean-Luc. —Pettikin estaba muy inquieto—. ¿No crees que tendrías una mejor oportunidad dejando a Kia?

—Eso sería una verdadera locura. No hay de qué preocuparse, Charlie. Vosotros podéis organizarlo todo en el aeropuerto de Al Shargaz con Andy. Estaré allí mañana. Cogeré el «125» en Kowiss junto con el resto de los muchachos.

—Pero, por Dios Santo, Mac, ¡todos ellos tienen autorización, tú no! —dijo Nogger.

—¡Pero por Dios Santo, Nogger, ninguno de nosotros está autorizado desde aquí, por Dios Santo! —rio McIver—. ¿Cómo diablos estaremos seguros de nuestros muchachos de Kowiss hasta que se encuentren en el aire y fuera del espacio aéreo de Irán? No hay de qué preocuparse, lo primero es lo primero. Tenemos que lograr que esta parte de la expedición logre subir al aire. —Miró al taxi que se detenía con un frenazo, de él bajó Jean-Luc, dio la otra mitad del billete al taxista y se dirigió hacia ellos con una maleta en la mano.

—*Alors, mes amis* —dijo con sonrisa satisfecha—. *Ça marche?*

McIver suspiró.

—Muy deportivo por tu parte ir proclamando que te vas de vacaciones, Jean-Luc.

—¿Qué?

—No importa. —A McIver le era simpático Jean-Luc, por su habilidad, su experiencia culinaria y por lo resuelto que era. Cuando Gavallan habló a Jean-Luc de Torbellino, Jean-Luc había dicho al punto: «Desde luego yo pilotaré uno de los "212" de Kowiss, siempre que pueda tomar el vuelo del miércoles a Teherán y estar allí un par de horas».

—¿Qué tienes que hacer?

—¡*Mon Dieu*, vosotros los ingleses! ¿Tal vez para decirle *adieu* al Imán?

McIver le hizo una mueca sonriente al francés.

—¿Qué tal por Teherán?

—*Magnifique!* —Jean-Luc le hizo a su vez una mueca mientras se decía: «Hace años que no veo a Mac tan joven. ¿Quién será la dama?»—. *Et toi, mon vieux?*

—Bien.

Por detrás de él, McIver vio a Jones, el copiloto, bajar las escaleras de dos en dos, dirigiéndose a ellos. Ya no quedaban más cajas sobre el asfalto y su personal de tierra iraní volvía a la oficina.

—Todo preparado, capitán. Solo falta que suban los pasajeros —dijo Jones flemático—. ATC se están poniendo nerviosos y dicen que llevamos retraso. Lo más rápidamente posible, ¿de acuerdo?

—¿Sigues estando autorizado para hacer escala en Kowiss?

—Sí, no hay problema.

McIver respiró hondo.

—Muy bien, vamos allá, exactamente como lo planeamos solo que yo me quedo con los papeles.

Johnny Hogg se los entregó y los tres, McIver, Hogg y Jones se acercaron directamente al mulá, confiando en distraerle. Tal como habían acordado previamente, los dos mecánicos se encontraban ya a bordo, siendo ostensiblemente cargadores.

—Buenos días, Agha —dijo McIver al tiempo que le alargaba de forma ostentosa el manifiesto, situándose todo ellos de forma que le impidiera ver directamente la escalerilla. Nogger, Pettikin y Jean-Luc subieron ágilmente y desaparecieron en el interior.

El mulá ojeó el manifiesto a lo que, evidentemente, no estaba acostumbrado.

—Bien. Ahora inspección —dijo con fuerte acento.

—No es necesario, Agha, hem… —McIver calló.

El mulá, junto con los dos guardias, se dirigía ya hacia la escalerilla.

—Tan pronto como subas a bordo pon en marcha los motores, Johnny —le dijo en voz queda, y los siguió.

La cabina estaba abarrotada de cajas, los pasajeros ya sentados con los cinturones abrochados. Todos evitaron cuidadosamente mirar al mulá. Este los observó con atención.

—¿Quiénes hombres?

—Equipos de remplazo Agha —dijo McIver sin vacilar. Su excitación se acrecentó al ponerse los motores en marcha. Señaló al azar a Jean-Luc—. Piloto para el remplazo de Kowiss, Agha. —Luego, con un mayor apresuramiento—: El Comité de la torre quiere que el aparato despegue ya. Rápidamente, ¿de acuerdo?

—¿Qué en las cajas?

El mulá miró hacia la carlinga cuando oyó la voz de Johnny Hogg hablando en un farsi perfecto.

—Lamento interrumpir, Excelencia, es la Voluntad de Dios, pero la torre nos ordena que despeguemos de inmediato. Con tu permiso, por favor.

—Sí, sí, claro, Excelencia Piloto —sonrió el mulá—. Tu farsi es muy bueno, Excelencia.

—Gracias, Excelencia. Que Dios te proteja y sus bendiciones sobre el Imán.

—Gracias, Excelencia Piloto, que Dios te proteja. —Dicho lo cual, el mulá se alejó.

Cuando ya se iba, McIver se asomó a la ventanilla de la carlinga.

—¿Qué era todo eso, Johnny? No sabía que hablaras farsi.

—No lo hablo —dijo, lacónico, Johnny, traduciéndole lo que había dicho al mulá—. Solo me aprendí esa frase, pensé que en algún momento me sería útil.

McIver sonrió.

—¡Eres el primero de la clase! —exclamó, luego bajó la voz—. Cuando lleguéis a Kowiss haz que Duke se las ingenie con Hotshot para que embarque a los muchachos, lo más pronto que le sea posible por la mañana. No quiero que esté Kia allí cuando despeguen… Sea como sea, que lo haga lo más pronto posible. ¿De acuerdo?

—Sí, claro, me había olvidado de eso. Muy inteligente.

—Que tengáis un buen vuelo…, os veré en Al Shargaz.

Desde abajo, alzó los pulgares con gesto animoso mientras se deslizaban por la pista.

Tan pronto como estuvieron en el aire, Nogger lanzó un viva explosivo.

—¡Lo logramos! —Y todos le corearon salvo Jean-Luc que se santiguó supersticioso y Pettikin que tocó madera.

—*Merde!* —les gritó Jean-Luc—. Guarda tus vítores, Nogger, y no te precipites. A lo peor te quedas anclado en Kowiss. Déjalos para el viernes. De aquí a entonces, han de soplar muchos vientos a través del Golfo.

—Tienes razón, Jean-Luc —dijo Pettikin sentado junto a la ventana, viendo cómo se alejaba el aeropuerto—. Mac estaba de buen humor. Hacía meses que no le veía tan feliz y, sin embargo, esta mañana estaba fastidiado. Es curioso cómo puede cambiar la gente.

—Sí, realmente curioso. A mí me hubiera fastidiado mucho haber tenido que cambiar el plan.

Jean-Luc se estaba acomodando y se reclinó en su asiento, la mente distraída con Sayada y su despedida que les había hecho sentir una tristeza dulce y trascendente. Miró a Pettikin y vio su ceño fruncido.

—¿Qué?

—De repente se me ha ocurrido cómo piensa llegar Mac a Kowiss.

—En helicóptero, supongo. Todavía quedan dos «206» y un «Alouette».

—Tom llevó hoy el «Alouette» a Kowiss y no quedan pilotos.

—Entonces, naturalmente, irá en coche. ¿Por qué?

—No creerás que esté lo bastante loco para pilotar él el aparato en el que lleve a Kia, ¿verdad?

—¿Has perdido el juicio? Claro que no creo que esté tan loco para hacer algo tan demenc…, —Jean-Luc enarcó las cejas—. ¡*Merde*, sí, creo que esté tan loco!

EN EL CUARTEL GENERAL DEL SERVICIO SECRETO INTERNO: 6.30 DE LA TARDE. Hashemi Fazir se encontraba en pie junto a la ventana de su amplia oficina, contemplando los tejados de la ciudad y los minaretes, las cúpulas de la gran mezquita entre los modernos y altos edificios y hoteles, extinguiéndose la última llamada de los almuédanos a la oración del ocaso. Se veían más luces de lo habitual. Tiroteos lejanos.

—Hijos de perro —murmuró. Luego, sin volverse añadió con tono acerbo—: ¿Eso es todo lo que ella dijo?

—Sí, Excelencia, «dentro de unos días». Añadió que estaba bastante segura de que el francés no sabía exactamente cuándo se iban.

—Debió de asegurarse. ¡Descuidada! Los agentes descuidados son peligrosos. Solo los «212», ¿eh?

—Sí, de eso estaba segura.

—Creo, en efecto, que es descuidada y que debería ser castigada.

Hashemi captó el malicioso placer en la voz, pero no permitió que eso enturbiara su buen humor, dejando vagar su pensamiento y

reflexionando sobre lo que podría hacer con Sayada Bertolin y su información. Estaba muy complacido consigo mismo.

Aquel había sido un día excelente. Uno de sus colaboradores secretos había sido nombrado segundo de Abrim Pahmudi en la SAVAMA. A mediodía, un télex de Tabriz había confirmado la muerte del Khan Abdollah. Inmediatamente había cursado a su vez un télex para que se preparase una entrevista privada al día siguiente con el Khan Hakim y requisado uno de los aviones ligeros bimotor de la SAVAMA. La ayuda que prestara a Talbot en su viaje al infierno había sido perfecta y no había encontrado el menor rastro de los hombres responsables, un equipo del «Group Four», cuando fue a inspeccionar el área donde estallara la bomba porque, naturalmente, se le había convocado de inmediato. Nadie de los que se encontraban por los alrededores había visto que alguien aparcara el coche: «Durante un momento reinó la paz de Dios y al siguiente la furia de Satanás».

Hacía un ahora que Abrim Pahmudi le había llamado personalmente, a todas luces, para felicitarle. Mas él había evitado la añagaza negando que tuviera algo que ver con la explosión. Era preferible no llamar la atención sobre la similitud con el primer coche bomba que hiciera volar en pedazos al general Janan, prefería mantener a Pahmudi en la duda, desconcertado y bajo presión.

—Es la Voluntad de Dios, Excelencia —había dicho con gravedad dominando la risa—, pero resulta evidente que se trata de otro de esos condenados ataques terroristas de los izquierdistas. Talbot no era el objetivo, aun cuando su oportuna muerte elimina ese problema. Lamento tener que decírselo, pero el ataque iba dirigido de nuevo contra los favorecidos por el Imán.

Culpando a los terroristas, y alegando que el ataque era contra los ayatolás y los mulás que frecuentaban el restaurante, les atemorizaría a ellos y cubriría el rastro de Talbot, evitando así una posible venganza británica, con toda seguridad por parte de Robert Armstrong, si alguna vez llegaran a descubrirlo. De esa manera, aplastaba varios escorpiones de una sola pedrada.

Hashemi se volvió y se quedó mirando al hombre de rostro afilado, Sulimán al Wiali, líder del equipo del «Group Four» que colocara el coche bomba, el mismo hombre que cogiera a Sayada Bertolin en el dormitorio de Teymour.

—Dentro de unos minutos salgo para Tabriz. Estaré de regreso mañana o pasado mañana. Conmigo irá un inglés alto, Robert Armstrong. Haz que uno de tus hombres lo siga, asegúrate de que el hombre sepa dónde vive Armstrong. Después, ordena a alguien que lo elimine en alguna calle, una vez oscurecido. No lo hagas tú.

—Sí, Excelencia. ¿Cuándo?

Hashemi reflexionó una vez más sobre su plan y no le encontró fallo.

—El Día Santo.

—¿Es ese el hombre con el que querías que fornicara esa mujer, Sayada?

—Si, pero ahora he cambiado de idea. —«Robert ya no tiene valor alguno —se dijo—. Más aún, ha llegado su hora».

—¿Tienes algún otro trabajo para ella, Excelencia?

—No, ya hemos desbaratado la red Teymour.

—Es la Voluntad de Dios. ¿Puedo hacer una sugerencia?

Hashemi estudió al hombre. Sulimán era su más eficiente, seguro y mortífero líder del «Group Four», con un trabajo de cobertura como simple agente del Servicio Secreto Interno que debía presentarle sus informes directamente a él. Sulimán aseguraba ser originario de las Montañas Shrift, al norte de Beirut, antes de que su familia fuera asesinada y a él se lo llevaran las Milicias Cristianas. Hashemi le había reclutado hacía cinco años, después de haberle sacado con sobornos de una prisión siria donde se encontraba condenado a muerte por asesinato y bandidaje a ambos lados de la frontera.

—Solo he matado judíos e infieles, como Dios lo ordeno, así que hago el trabajo de Dios. Soy el Vengador —fue su única defensa—. ¿Qué sugerencia?

—Esa mujer es un correo ordinario de la OLP, no muy bueno por cierto. En su estado actual, es peligrosa y una posible amenaza. Fácil de subvertir por los judíos o la CIA en contra nuestra. Como buenos labradores, deberíamos echar semillas donde pudiéramos obtener una buena cosecha. —Sulimán sonrió—. Tú eres un granjero prudente, Excelencia. Mi sugerencia es que yo le diga que es tiempo de que regrese a Beirut, que nosotros, los dos que la sorprendimos como prostituta queremos que ahora trabaje allí para nosotros. Dejamos que nos oiga hablar en privado, y simulamos formar parte de una célula de milicianos cristianos del sur del Líbano que actúa bajo órdenes israelíes por sus amos de la CIA.

El hombre rio en silencio al ver la sorpresa de su jefe.

—¿Y luego?

—¿Que sería capaz de convertir a una tibia copta palestina, antiisraelí en una fiera fanática, sedienta de venganza para toda su vida?

Hashemi se le quedó mirando.

—¿Qué?

—Digamos que *algunos* de esos «milicianos cristianos, cumpliendo con las órdenes israelíes recibidas de sus amos de la CIA», perversamente, han atacado a su hijo hiriéndole gravemente el día antes de que ella regresara allí y luego se han desvanecido. ¿Acaso no se convertiría en una diabólica enemiga de nuestros enemigos?

Hashemi encendió un cigarrillo para ocultar su asco.

—Solo estoy de acuerdo contigo en lo de que ya no nos es de utilidad —dijo y vio en el otro como un destello de irritación.

—¿Qué valor tiene su hijo? ¿Y qué futuro? —adujo Sulimán desdeñoso—. Con semejante madre y viviendo con parientes cristianos seguirá siendo cristiano e irá al infierno.

—Israel es aliado nuestro. Procura mantenerte apartado de los asuntos del Oriente Medio o te devorarán. ¡Queda prohibido!

—Si tú dices que está prohibido, está prohibido, Amo. —Sulimán se inclinó al tiempo que asentía con la cabeza—. Sobre la cabeza de

mis hijos.

—Bien. Hoy lo has hecho muy bien. Gracias —murmuró. Después se acercó a la caja fuerte y cogió un fajo de manoseados dólares de los montones que había dentro. Vio cómo se iluminaba la cara de Sulimán—. Aquí tienes, una prima para ti y tus hombres.

—Gracias, gracias, Excelencia. ¡Dios te proteja! Ese hombre, Armstrong, puede darse por muerto. —Sulimán, muy agradecido, hizo una nueva reverencia y se fue.

Una vez solo, Hashemi abrió un cajón que tenía cerrado con llave y se sirvió un whisky. «Mil dólares es una fortuna para Sulimán y sus tres hombres y, al mismo tiempo, una inversión acertada —se dijo satisfecho—. Claro que sí. Me alegro de haberme decidido respecto a Robert. Sabe demasiado, sospecha demasiado…, ¿acaso no fue él quien habló de mis equipos? "Los equipos del 'Group Four' deben ser utilizados en cosas buenas, no diabólicas, Hashemi", me dijo con ese tono suyo de sabelotodo».

—Solo quiero advertirte, su poder se sube a la cabeza y puede salirte el tiro por la culata. Recuerda al Viejo de las Montañas, ¿eh?

Hashemi se había echado a reír para disimular el sobresalto que le produjera el que Robert hubiera podido llegar a hurgar en lo más recóndito de su corazón.

—¿Qué tienen que ver conmigo al-Sabbah y sus asesinos? Vivimos en el siglo XX y no soy un fanático religioso. Y lo que es más importante aún, Robert, ¡ni siquiera tengo un Castillo Alamut!

—Siempre está el hachís…, y aún mejor.

—Yo no quiero toxicómanos o asesinos, solo hombres en los que confiar.

La palabra asesino se derivaba de *hashshashin*, aquellos que consumen hachís. Decía la leyenda que en el siglo XI, en Alamut, la inexpugnable fortaleza de Hassan ibn al-Sabbah, en las montañas, cerca de Qazvin, Hassan tenía jardines secretos, concebidos exactamente como los Jardines del Paraíso descritos en el Corán, donde el vino y la miel fluían de las fuentes y yacían doncellas hermosas y sumisas. Allí se introdujeron secretamente adictos

drogados con hachís, dándoseles un anticipo del éxtasis erótico, eterno y prometido que les esperaba en el Paraíso una vez hubieran muerto. Luego, al cabo de uno, dos o tres días, los «Bienaventurados» eran conducidos «de nuevo a la tierra» garantizándoles un rápido retorno…, a cambio de una obediencia ciega y absoluta a su voluntad.

Desde Alamut, la banda fanática de Hassan ibn al-Sabbah, compuesta de estúpidos fanáticos, consumidores de hachís, aterrorizaron a Persia, llegando a extenderse pronto por la mayor parte del Oriente Medio. Aquello se prolongó durante casi dos siglos. Hasta 1256. Por entonces, un nieto de Gengis Khan, Hulagu Khan llegó a Persia y lanzó a sus hordas contra Alamut destruyéndolo piedra a piedra desde la cima e hizo morder el polvo a los Asesinos.

Los labios de Hashemi formaban una línea recta. «Ah, Robert, cómo supiste penetrar el velo de mi plan más secreto: modernizar la idea de al-Sabbah, tan fácil de llevar a la práctica ahora que el Sha ha desaparecido de aquí y el país está en fermentación. Tal fácil con todas las drogas psicodélicas, con los alucinógenos y la masa inextinguible de fanáticos simplones, imbuidos con el ansia de martirio, que solo necesitan ser conducidos y orientados en la dirección apropiada…, para quitar de en medio todo cuanto yo quiera. Como a Janan y a Talbot. ¡Como a ti!».

«Lástima que haya de tratar con carroña semejante para la mayor gloria de mi feudo. ¿Cómo puede llegar la gente a ser tan cruel? ¿Cómo pueden disfrutar abiertamente de una crueldad tan desenfrenada como la de cortar los órganos genitales a aquel hombre, como la de contemplar cómo se martiriza a un niño? ¿Será precisamente porque pertenecen al Oriente Medio, viven en el Oriente Medio, y no encajan en ninguna parte? En verdad que es terrible su incapacidad para aprender de nosotros, que no puedan beneficiarse de nuestra antigua civilización. Debe retornar el imperio de Ciro y Darío… ¡Por Dios que el Sha tenía razón en eso! Mis asesinos abrirán la marcha, incluso hasta Jerusalén».

Saboreó su whisky muy complacido con el trabajo realizado ese día. Tenía un gusto excelente. Lo prefería sin hielo.

JUEVES

1 de marzo

LV

EN LA ALDEA CERCANA A LA FRONTERA DEL NORTE: 5.30 DE LA MAÑANA. A la luz del falso amanecer, Erikki se calzó las botas. Ya estaba preparado con su chaquetón de vuelo, el cuero suave y muy usado, y el cuchillo fuera de la vaina, metido en la manga. Abrió la puerta de la cabaña con suma cautela. La aldea dormía bajo su manto de nieve. En el cobertizo del helicóptero, también reinaba el silencio, pero él sabía que seguiría estrechamente custodiado para intentar nada. Durante todo el día anterior y la noche había realizado experimentos. En cada ocasión, los guardias que se encontraban en la cabina y la carlinga le habían sonreído, vigilantes y corteses. No había manera de dominar a los tres y despejar el terreno. Su única posibilidad era hacerlo, y lo había estado planeando desde que, hacía dos días, tuvo una confrontación con el jeque Bayazid.

Sus sentidos sondearon la oscuridad. Las estrellas estaban ocultas por tenues nubes. ¡Ahora! Se deslizó con paso firme, a través de la puerta y a lo largo de la hilera de cabañas, dirigiéndose hacia los árboles. De repente, se vio enredado en una red surgida del cielo y luchando por su vida.

Cuatro hombres de la tribu se encontraban en cada esquina de la red utilizada para capturar y domeñar a las cabras salvajes. Con extrema habilidad lo fueron liando con ella, cada vez más estrechamente y aun cuando Erikki aullaba con furia y rompiera con su inmensa fuerza algunas de las cuerdas, pronto se vio impotente sobre la nieve, derrotado. Por un instante permaneció allí, jadeante, para volver a intentar romper las ligaduras, vociferando por su sensación de impotencia. Cuanto más luchaba contra las cuerdas,

más parecían apretarse alrededor de su cuerpo. Finalmente, dejó de luchar y quedó tumbado boca arriba, quieto, mientras intentaba recuperar el aliento y mirando en derredor. Se hallaba rodeado. La aldea en pleno estaba despierta, vestida y armada. Era evidente que le habían estado esperando. Jamás había visto o sentido un odio tan intenso.

Fueron necesarios cinco hombres para levantarle y conducirle, en algunos momentos prácticamente arrastrándole, hasta la cabaña donde se celebraban las reuniones. Una vez allí, lo arrojaron brutalmente al suelo cubierto de tierra, frente al jeque Bayazid, que se encontraba sentado sobre pieles, con las piernas cruzadas, en el sitio de honor, cerca del fuego. La cabaña era grande, ennegrecida por el humo y atestada de hombres tribales.

—Bien —dijo el jeque—. ¿De manera que te has atrevido a desobedecerme?

Erikki seguía tumbado quieto, recuperando las fuerzas. ¿Qué podía decir?

—Esta noche regresó uno de los dos mensajeros que envié al Khan —Bayazid temblaba de furia—. Ayer por la tarde, cumpliendo las órdenes del Khan, le cortaron la cabeza a mi mensajero en contra de todas las leyes de la caballerosidad. ¿Qué me dices a eso? Le degollaron como a un perro. ¡Como a un perro!

—No…, no puedo creer que el Khan hiciera eso —dijo Erikki perplejo—. ¡No puedo creerlo!

—¡Por todos los Nombres de Dios que fue degollado! Está muerto, y nosotros deshonrados. ¡Todos nosotros! ¡Yo! ¡Por culpa tuya!

—El Khan es un demonio. Lo siento, pero yo no tengo…

—Nosotros tratamos con el Khan honorablemente, y también a ti te tratamos de la misma manera. Eras botín de la guerra ganada a los enemigos del Khan y a los nuestros, estás casado con una de sus hijas y él posee una riqueza de tantas sacas de oro como pelos tiene una cabra. ¿Qué son para ti diez millones de rials? Usa mota de

mierda de cabra. Y lo que es peor, nos ha despojado de nuestro honor. ¡Que Dios descargue la muerte sobre él!

Corrió un murmullo entre quienes miraban y esperaban, sin entender una palabra de inglés, pero captando los hirientes dardos de la ira. De nuevo el sibilante veneno.

—Insha'Allah. Ahora, te soltaremos como querías, a pie y luego te cazaremos. No te mataremos con balas, pero tampoco verás la puesta de sol y tu cabeza será un regalo que enviaremos al Khan.

El jeque repitió la condena en su propia lengua al tiempo que hacía un ademán con la mano. Unos hombres se adelantaron.

—¡Espera, espera! —gritó Erikki, al que el miedo había sugerido una idea.

—¿Quieres suplicar misericordia? —preguntó Bayazid despreciativo—. Creí que eras un hombre…, por eso no ordené que te cortaran el cuello mientras dormías.

—No quiero misericordia, ¡quiero venganza! —rugió Erikki. Se hizo un asombrado silencio—. ¡Para ti y para mí! ¿Acaso no mereces tomarte venganza por este deshonor?

—¿Qué nueva treta es esta? —dijo, vacilante, el jeque.

—Puedo ayudarte a recobrar tu honor…, solo yo. Ataquemos el palacio del Khan y venguémonos ambos de él. —Erikki suplicaba a sus antiguos dioses que le concedieran un pico de oro.

—¿Estás loco?

—El Khan es más enemigo mío que tuyo, ¿por qué si no habría de querer deshonrarnos a los dos? Solo para que te enfurezcas contra mí. Conozco el palacio, puedo introducirte a ti y a quince de tus hombres armados en el patio en un cerrar y abrir de ojos…

—¡Una locura! —se mofó el jeque—. ¿Habría de exponer así nuestras vidas como dementes llenos de hachís? El Khan tiene demasiados guardias.

—Cincuenta y tres disponibles dentro de los muros. No más de cuatro o cinco de guardia a cualquier hora. ¿Sois unos luchadores tan débiles que no podéis habéroslas con cincuenta y tres? Tenemos a nuestro favor el factor sorpresa. El súbito ataque de un comando

caído del cielo, una carga implacable para vengar tu honor… Puedo introduciros y sacaros de la misma manera en cuestión de minutos. El Khan Abdollah se encuentra enfermo, muy enfermo. Los guardias no estarán preparados y tampoco los habitantes del palacio. Conozco el camino para entrar, dónde duerme, todo…

Erikki oyó su propia voz cada vez más excitada, sabiendo que podía hacerse. La fuerte llamarada por encima de los muros y el súbito aterrizaje, el salir fuera del helicóptero, subiendo los escalones que los conducirían a la escalera para llegar hasta el primer rellano, siguiendo luego por el corredor, apartando a Ahmed y a quienquiera que se pusiese en su camino hasta llegar al dormitorio del Khan, echándose a un lado para que Bayazid y sus hombres hicieran lo que habían ido a hacer, mientras él alcanzaba el ala norte, llegaba hasta Azadeh y la salvaba, y si no se encontrara allí o estuviera malherida, entonces mataría a diestra y siniestra, al Khan, a los guardias, a aquellos hombres. A todos.

Ahora ya su plan se apoderó de él.

—¿Acaso no perdurará tu nombre durante un siglo por tu audacia? El jeque Bayazid que osó humillar y desafiar al Khan de todos los Gorgones dentro de su guarida, por una cuestión de honor. ¿No entonarán por siempre los juglares canciones ensalzando tus hazañas en derredor de los fuegos de campamento de todos los kurdos? ¿No sería eso lo que hubiera hecho Saladino el Kurdo?

Junto a aquella hoguera vio brillar los ojos con destellos diferentes, observó cómo vacilaba Bayazid, mientras el silencio se hacía más intenso. Le vio hablar en voz queda a su pueblo… Luego, un hombre rio y dijo algo en voz alta repetido como un eco por los otros y que, finalmente, como un solo hombre, todos vocearon su aprobación.

EN EL PALACIO DEL KHAN: 6.35 DE LA MAÑANA. Hakim despertó lentamente de su sueño. El guardaespaldas que se encontraba cerca de la puerta se sobresaltó.

—¿Qué pasa, Alteza?

—Nada, nada, Ishtar, solo estaba…, solo soñaba —dijo, ya completamente despierto, aunque permaneció tumbado, desperezándose con fruición, ansioso por empezar el nuevo día—. Tráeme café. Después del baño, quiero el desayuno aquí…, y dile a mi hermana…

—Sí, Alteza, en seguida.

Su guardaespaldas salió. Él se desperezó otra vez. El amanecer era lóbrego. La amplia habitación, muy adornada, estaba llena de corrientes, y fría, pero era el dormitorio del Khan. En la inmensa chimenea ardía un buen fuego, alimentado durante toda la noche por el guardia, no estando permitida la entrada de nadie más y habiendo elegido él, personalmente, al guardia entre los cincuenta y tres que se encontraban en palacio, pendientes de la decisión sobre su futuro. «¿Dónde encontrar gente en la que poder confiar?», se preguntó mientras se levantaba de la cama, ciñéndose la bata de cálido brocado, una del medio centenar que encontrara en el guardarropa. Se situó de cara a La Meca y del Corán abierto en un nicho de azulejos profundamente adornado y dijo la primera oración del día. Una vez hubo terminado, permaneció allí, con los ojos clavados en el vetusto Corán, inmenso; enjoyado, caligrafiado y de un valor incalculable, el Corán del Khan Gorgon, *su* Corán. «Tanto por lo que dar gracias a Dios —se dijo—, tanto por aprender, tanto por hacer…», pero ya se había iniciado un maravilloso comienzo.

El día anterior, poco después de la medianoche, y ante toda la familia reunida en la casa, había sacado la esmeralda tallada y el anillo de oro, símbolo del antiguo khanato, del dedo índice de la mano derecha de su padre y se lo había puesto en la suya. Había tenido que extraer el anillo entre rollos de grasa y contener la respiración para evitar el hedor a muerte que planeaba sobre la habitación. La excitación había contenido su repugnancia y en aquellos momentos ya era el verdadero Khan. Luego, toda la familia

presente se había arrodillado ante él besándole la mano ensortijada y jurando lealtad. La primera que lo hizo fue Azadeh, orgullosa, seguida de Aysha, temblorosa y asustada, y luego todos los demás. Najoud y Mahmud absolutamente abyecto, bendiciendo secretamente a Dios por aquel respiro.

Más tarde, abajo, en el Gran Salón, con Azadeh en pie detrás de él, también le juraron lealtad Ahmed y los guardianes; el resto de los familiares más lejanos lo harían días después, junto con los líderes de las tribus, el personal de la casa y los sirvientes. Inmediatamente, había dado órdenes para la celebración del funeral y luego permitió que su mirada se clavara en Najoud.

—Veamos.

—Alteza —dijo ella con voz untuosa—. Te felicitamos ante Dios de todo corazón y juramos servirte hasta donde nos sea posible.

—Gracias, Najoud —había dicho él—. Gracias. ¿Cuál fue la sentencia del Khan respecto a mi hermana y su familia antes de morir, Ahmed?

En el Gran Salón se hizo un silencio tenso.

—Destierro sin dinero a los páramos, al norte de Meshed, Alteza, custodiados por guardias…, y de inmediato.

—Lo lamento, Najoud, tú y tu familia os iréis con el alba tal y como ha sido decretado.

Recordó los rostros cenicientos de ella y de Mahmud.

—Pe-pero, Alteza…, ahora tú…, tú eres el Khan —tartamudeó Najoud—, tú palabra es nuestra ley. No esperaba…, ahora eres el Khan.

—Pero el Khan, nuestro padre, dio la orden cuando él era la ley, Najoud. No es correcto enmendarle la plana.

—Pero tú eres la ley ahora —había insistido Najoud con sonrisa forzada—. Tú haces lo que es justo.

—Por supuesto que lo haré con la ayuda de Dios, Najoud. Pero no puedo enmendar la plana a mi padre en su lecho de muerte.

—Pero Alteza… —Najoud se acercó más a él—. Por favor, ¿no podemos…, no podemos discutir esto en privado?

—Es preferible aquí, delante de la familia, Najoud. ¿Qué querías decirme?

Ella vaciló, acercándose aún más, y Hakim se dio cuenta de que Ahmed se erguía, con la mano en la empuñadura del cuchillo, y los pelos de la nuca se le pusieron de punta.

—Solo porque Ahmed *diga* que el Khan dio esa orden, no significa que en realidad la diera…, ¿no es verdad? —Najoud había tratado de decir aquello con un susurro, pero sus palabras parecieron resonar en las paredes.

Ahmed exhaló una bocanada de aire.

—¡Que Dios me haga arder por toda la eternidad si he mentido!

—Sé que no lo has hecho, Ahmed —había dicho con tristeza, Hakim—. ¿Acaso no me encontraba yo presente cuando el Khan tomó la decisión? Yo estaba allí, Najoud, y también Su Alteza mi hermana. Siento la…

—Pero tú puedes mostrar clemencia. ¡Por favor, por favor, ten misericordia! —fue un grito.

—Sí, la tengo, Najoud. Yo te perdono. Pero el castigo fue por mentir en el Nombre de Dios —había dicho él con gravedad—, no se te castiga por decir mentiras sobre mí hermana y sobre mí, causándonos años de dolor, haciéndonos perder el cariño de nuestro padre. Desde luego, nosotros te perdonamos todo eso, ¿no es verdad, Azadeh?

—Sí, sí, eso está perdonado.

—Eso ha sido públicamente perdonado. Pero ¿mentir en el Nombre de Dios? El Khan dictó sentencia, yo no puedo revocarla.

Mahmud interrumpió las súplicas de ella.

—Yo no sabía nada de todo esto, Alteza, nada. Juro ante Dios que creí sus mentiras. Me divorciaré oficialmente de ella por haber cometido traición contra ti. ¡Yo no sabía nada de sus mentiras!

En el Gran Salón, todos contemplaban a ambos humillarse, algunos asqueados, otros despreciándoles por haber fracasado cuando tenían el poder en sus manos.

—Con el alba, Mahmud, saldrás desterrado, y tu familia —había dicho él simulando una gran tristeza—, sin dinero, bajo custodia y vuestra suerte a merced de mi complacencia. En cuanto al divorcio, en mí casa está prohibido. Podrás hacerlo, si quieres, al norte de Meshed… Insha'Allah. Seguís desterrado allí a merced de mi complacencia.

«Estuviste perfecto, Hakim —se dijo encantado, por que desde luego todo el mundo sabía que aquella era su primera prueba—. ¡Estuviste perfecto! Ni por un instante te regocijaste abiertamente o revelaste tu verdadero propósito, jamás alzaste la voz, mantuviste una actitud deferente y grave, como si de veras te entristeciera la sentencia de tu padre, aunque sin revocarla, como es preceptivo, y la promesa benévola, cariñosa de la merced de mi complacencia. Mi complacencia es que todos vosotros seáis desterrados de por vida y si llega a mi conocimiento el indicio más leve de conspiración, os apagaré a todos de inmediato, como una vela gastada. Por Dios y el Profeta, cuyos nombres sean alabados, haré que el espíritu de mi padre se sienta orgulloso de este Khan de todos los Gorgon…, y ojalá esté en el infierno por haber creído semejantes mentiras desenfrenadas de esa vieja bruja diabólica,»

«Y cuánto he de agradecer a Dios por ello —continuó pensando, hipnotizado por el juego de luces que el fuego de la chimenea proyectaba sobre las joyas del Corán—. ¿Acaso todos esos años de destierro no te enseñaron sigilo, el arte del engaño y paciencia? Ahora tienes que cimentar tu poderío, que defender Azerbaiyán, que conquistar un mundo, que encontrar mujeres, que engendrar hijos y comenzar un linaje. ¡Así se pudran Najoud y sus cachorros!».

Al amanecer había ido, «bien a su pesar», acompañado de Ahmed, a presenciar la partida. Había insistido, melancólico, en que no acudiera nadie más de la familia a verles partir. «¿Para qué aumentar su pena y la mía?». Luego, de acuerdo con sus instrucciones precisas, había permanecido observando a Ahmed y los

guardias registrar aquellas montañas de maletas y retirar cualquier cosa de valor hasta dejarles tan solo una maleta para cada uno de ellos y de sus tres hijos que miraban petrificados.

—Tus joyas, mujer —había dicho Ahmed.

—Lo habéis cogido todo, todo…, por favor, Hakim…, Alteza, por favor… —sollozó Najoud. Ya habían añadido al montón de objetos valiosos su joyero especial, guardado en un bolsillo secreto de su maleta.

Bruscamente, Ahmed alargó la mano y le arrancó su medallón; luego, le abrió brutalmente el cuello del vestido, lo que hizo que quedasen al descubierto una docena de collares de diamantes, rubíes, esmeraldas y zafiros.

—¿De dónde los has sacado? —había preguntado Hakim asombrado.

—Eran…, eran de mi… de mi madre, y los que yo he comprado a lo largo de los años… —Calló Najoud al enarbolar Ahmed su cuchillo —. Muy bien…, muy bien. —Con gesto frenético se sacó por la cabeza algunos de los collares, soltó el cierre de otros y se los entregó todos—. Ahora ya lo tienes to…

—¡Las sortijas!

—Pero. Alteza, déjame alg… —Chilló al agarrarle Ahmed el dedo impaciente para cortárselo con la sortija todavía puesta, pero ella se soltó con fuerza, se quitó las sortijas y también los brazaletes disimulados bajo la manga, y gritando de dolor, los arrojó al suelo—. Ahora ya lo tienes todo…

—Bien, cógelos y entrégaselos a Su Alteza. ¡De rodillas! —ordenó Ahmed entre dientes y, al no obedecer ella con la suficiente presteza, la agarró por el cabello y le apretó el rostro contra el suelo. Entonces, Najoud se humilló y obedeció.

«Fue toda una fiesta —se dijo Hakim, reviviendo gozoso cada instante de su humillación—. Después de muertos, Dios les hará arder».

Hizo otra reverencia, dejó a Dios hasta la próxima oración, al mediodía, y se puso en pie desbordante de energía. Una doncella se

encontraba arrodillada sirviéndole el café y Hakim descubrió el temor en sus ojos, lo cual le complació sobremanera. Tan pronto como se convirtió en Khan supo que era vital actuar con rapidez para hacerse con las riendas del poder. El día anterior por la mañana había procedido a una inspección del palacio. La cocina no estaba lo bastante limpia para él, de manera que hizo azotar al cocinero hasta dejarle sin sentido arrojándole fuera de los muros. Luego ascendió al segundo cocinero para ocupar su puesto, con advertencias horrendas. Cuatro guardias fueron expulsados por dormir en exceso y dos doncellas azotadas por desaseo personal.

—Pero Hakim, querido —le había dicho Azadeh una vez que estuvieron solos—, quizá no hubiese sido necesario azotarles.

—Dentro de uno o dos días, no lo será —le había contestado él —. Entretanto, el palacio *cambiará* para convertirse en como yo lo quiero.

—Tú sabes mejor lo que conviene. Claro, querido. ¿Y qué hay del rescate?

Envió por Ahmed.

—Lo siento, Alteza, pero el Khan, tu padre, ordenó que se degollara al mensajero ayer por la tarde.

Tanto él como Azadeh quedaron aterrados.

—¡Pero eso es terrible! ¿Qué se puede hacer ahora? —exclamó desolada ella.

—Intentaré ponerme en contacto con los hombres de la tribu —dijo Ahmed—. Tal vez ahora que vuestro padre ha muerto estarán…, estarán dispuestos a tratar…, a tratar nuevamente contigo. Lo intentaré.

Sentado allí, en el puesto del Khan, Hakim se había dado cuenta de la afable seguridad de Ahmed y de que le había tendido un lazo. Sintió el miedo aferrado a las entrañas. Sus dedos jugueteaban con la sortija de esmeraldas que llevaba.

—Por favor, Azadeh, vuelve dentro de media hora.

—Claro —dijo ella obediente.

—¿Qué armas llevas? —preguntó a Ahmed una vez que estuvieron solos.

—Un cuchillo y una pistola automática, Alteza.

—Dámelos. —Recordó cómo le latía el corazón, sintiendo una sequedad desusada en la boca, pero aquello tenía que hacerlo, y tenía que hacerlo solo. Ahmed había vacilado aunque obedeciendo en seguida, claramente molesto de verse desarmado, pero Hakim simuló no darse cuenta, limitándose a comprobar el funcionamiento del arma, y a amartillarla, pensativo—. Ahora, escucha atentamente, Consejero. No vas a *intentar* ponerte en contacto con los hombres de la tribu, sino que lo harás al instante y tomarás las medidas necesarias para que el marido de mi hermana regrese aquí sano y salvo… ¡Por Dios y por el Profeta que te va en ello la cabeza!

—Yo…, desde luego, Alteza —dijo Ahmed tratando de ocultar la expresión de furia de su rostro.

Hakim, con ademán perezoso, apuntó con el arma a su cabeza, ajustando la mira.

—Juré por Dios tratarte como mi primer consejero, y lo haré… mientras vivas —sonrió sarcástico—. Incluso si te quedas inválido, o mutilado, incluso cegado por tus enemigos. ¿Tienes enemigos, Ahmed Dursak el Turco?

Ahmed se echó a reír, ya tranquilo, complacido con el *hombre* que se había convertido en Khan y no el cachorro que él se imaginaba que era. «Es mucho más fácil tratar con un hombre», se dijo, recuperando la confianza.

—Muchos, Alteza, muchos. ¿Acaso no es costumbre calibrar la calidad de un hombre por la importancia de sus enemigos? Insha'Allah ignoraba que supieras cómo se maneja un arma.

—Hay muchas cosas que ignoras de mí, Ahmed —había dicho él con perversa satisfacción, habiendo ganado una victoria importante —. Te devuelvo el cuchillo pero me quedo con la pistola. La conservaré como pishkesh. Durante un año y un día, no acudas armado ante mi presencia.

—Entonces, ¿cómo podré protegerte, Alteza?

—Con prudencia. —Se permitió hacer un pequeño alarde de la violencia que hubo de dominar durante años—. Has de ponerte a prueba, ante mí. Solo ante mí. Lo que satisfacía a mi padre no habrá de satisfacerme necesariamente a mí. Esta es una nueva era, con nuevas oportunidades y nuevos peligros. Recuerda, por Dios, que la sangre de mi padre corre fluida por mis venas.

Durante el resto del día y bien entrada la noche, había estado recibiendo a personajes importantes de Tabriz y Azerbaiyán, que le dirigieron muchas preguntas sobre la insurrección y los izquierdistas, los muyahidines, los fedayines y otras facciones. Habían acudido mercaderes, y mulás, y dos ayatolás, el comandante en jefe local del Ejército y su primo, el jefe de Policía, a quien había confirmado su nombramiento. Todos ellos llevaron consigo el correspondiente pishkesh.

«Como es su deber —se dijo satisfecho, recordando su desdén en el pasado, cuando su fortuna se encontraba a cero, siendo su destierro a Khoi de todos conocidos—. Su desprecio les va a costar muy caro hasta el último de ellos…».

—Tu baño está preparado, Alteza y Ahmed espera afuera.

—Hazle pasar, Ishtar. Tú quédate.

Esperó a que la puerta se abriera. Ahmed se mostraba cansado y desaliñado.

—Salaam, Alteza.

—¿Qué hay del rescate?

—Anoche, a última hora, me reuní con los hombres de la tribu. Eran dos. Les expliqué que Abdollah Khan había muerto y que el nuevo Khan había ordenado que se les entregara inmediatamente la mitad del rescate pedido, en señal de buena fe, prometiéndoles el resto una vez que el piloto estuviera de regreso, sano y salvo. Les envié al Norte en uno de nuestros coches con un conductor de confianza haciendo que les siguiera en secreto otro coche.

—¿Sabes quiénes son, dónde está su aldea?

—Me dijeron que eran kurdos, uno se llamaba Ishmud, el otro Alilah, su jefe Al-Drah, y su aldea, Broken Tree, según dicen, se

encuentra en las montañas, al norte de Khoi. Estoy seguro de que todo eso es mentira, Alteza y que no son kurdos, aunque ellos aseguran que sí. Yo diría que solo son hombres tribales, bandidos en su mayoría.

—Bien. ¿De dónde has sacado el dinero para pagarles?

—El Khan, tu padre, depositó en mi caja fuerte veinte millones de rials para emergencias.

—Preséntame el saldo antes de la puesta de sol.

—Sí, Alteza.

—¿Vas armado?

Ahmed se sobresaltó.

—Solo con mi cuchillo, Alteza.

—Dámelo —le ordenó Hakim disimulando su complacencia ante el hecho de que Ahmed hubiera caído en la trampa que le había tendido, mientras cogía el puñal que Ahmed le ofrecía por la empuñadura—. ¿No te dije que durante un año y un día no te presentaras armado ante mí?

—Pero como… me devolviste el puñal pensé… pensé que el puñal… —Ahmed calló viendo a Hakim en pie, delante de él, sosteniendo el puñal correctamente, con mirada sombría y dura, la estampa viva de su padre. Detrás de él, el guardia, Ishtar, observaba boquiabierto. La ira tensaba los tendones de la garganta de Ahmed —. Perdóneme, por favor, Alteza, creí que tenía tu permiso —dijo realmente despavorido. Por un instante, el Khan Hakim se limitó a mirar a Ahmed, empuñando el puñal, cortando luego hacia arriba. Con una gran habilidad solo la punta atravesó la casaca de Ahmed, tocando la piel lo mínimo para tantear, luego lo sacó de nuevo en perfecta posición para el golpe final. Pero Hakim no lo asestó aun cuando quería ver sangre aquel era un buen momento, aunque no el perfecto. Todavía necesitaba a Ahmed.

—Te he devuelto tu… tu cuerpo —dijo, eligiendo con deliberación la palabra y todo cuanto implicaba—. Intacto, justamente… por… esta vez.

—Sí, Alteza, gracias, Alteza —murmuró Ahmed, asombrado de seguir vivo y cayendo de rodillas—. Ya… no volverá a suceder.

—No, desde luego que no. Quédate aquí. Y tú espera afuera, Ishtar.

El Khan Hakim volvió a sentarse sobre los almohadones, jugueteando con el puñal, esperando que su adrenalina disminuyera, recordando que la venganza era un plato que se saboreaba mejor frío.

—Dime todo lo que sepas sobre el soviético, ese hombre llamado Mzytryk, qué dominio tenía sobre mi padre y mi padre sobre él. —Ahmed obedeció. Le informó sobre lo que Hashemi Fazir dijera en el «125», lo que el Khan le había contado a él en secreto a lo largo de los años, lo de la dacha cerca a Tbilisi, que él también visitara, cómo se ponía en contacto el Khan con Mzytryk, la clave que utilizaban, lo que Hashemi Fazir había dicho y con lo que había amenazado, el contenido de la carta de Mzytryk, lo que había escuchado y lo que había presenciado hacía unos días.

Hakim emitió un sonido sibilante.

—¿Mi padre iba a entregar a mi hermana a…, iba a llevarla a esa dacha y a entregársela a Mzytryk?

—Sí, Alteza, incluso me ordenó que la acompañara al Norte si… si tenía que irse a un hospital en Teherán.

—Envía a buscar a Mzytryk. Con toda urgencia, Ahmed, ahora mismo. Sin más tardar.

—Sí, Alteza —dijo Ahmed temblando por la violencia contenida—. Y aún más. Al mismo tiempo, será mejor que te recuerde las promesas que hizo a Abdollah Khan que espera ver cumplidas.

—Bien, muy bien. ¿Me lo has dicho todo?

—Todo cuanto recuerdo ahora —dijo Ahmed con absoluta sinceridad—. Debe de haber otras cosas… A su tiempo le diré toda clase de secretos, Khan de todos los Gorgones, y juro ante Dios servirte con toda lealtad.

«Te lo diré todo —se dijo fervientemente—, salvo cómo murió el Khan y que ahora, más que nunca, quiero a Azadeh como esposa.

No sé cómo, pero lograré que des tu consentimiento… ¡Será mi única protección verdadera contra ti, aborto de Satanás!».

EN LAS AFUERAS MISMAS DE TABRIZ: 7.28 DE LA MAÑANA. El «212» de Erikki alcanzó la parte alta del bosque, adentrándose y acelerando al máximo. Durante todo el tiempo, había estado sobrevolando las copas de los árboles, evitando carreteras, aeropuertos, ciudades y aldeas, con la mente fija en Azadeh y en su venganza contra el Khan, olvidado de todo lo demás. Y, de repente, se sintió invadido por una inmensa inquietud.

—¿Dónde está el palacio, piloto? —vociferó jubiloso el jeque Bayazid—. ¿Dónde está?

—En la cima, Agha —dijo a través del micrófono, una parte de él induciéndole a añadir: «Más vale que lo pensemos mejor, que decidamos si es prudente el ataque». Pero la otra parte le acuciaba gritando: «Esta es tu única oportunidad, Erikki, no puedes cambiar de planes. ¿Pero cómo diablos vas a escapar con Azadeh del palacio y de esta tropa de maníacos?»—. Di a tus hombres que se abrochen los cinturones y que esperen a que los patines toquen tierra, que no se quiten el seguro hasta que estén en tierra y que entonces se desplieguen. Ordena a dos de ellos que permanezcan vigilando el helicóptero y que lo defiendan con sus vidas. Contaré desde diez para el aterrizaje y… y yo dirigiré.

—¿Dónde está el palacio? No lo veo.

—Sobre la cima, a tan solo un minuto… ¡Díselo a ellos!

Los árboles se desdibujaban a medida que se acercaba a ellos, Erikki tenía los ojos clavados en el desfiladero de la cima de la montaña, el horizonte culebreando.

—Necesito una pistola —dijo angustiado ante la inminente acción.

—Nada de armas hasta que hayamos tomado posesión del palacio —dijo Bayazid enseñando los dientes.

—Entonces ya no la necesitaré —repuso Erikki con un juramento —. He de ten…

—Puedes confiar en mí, tienes que hacerlo. ¿Dónde está el palacio de los Gorgones?

—Allí. —Erikki señaló hacia la cima, justamente por encima de ellos—. Diez…, nueve…, ocho…

Había decidido llegar por el Este, cubierto a medias por el bosque, la ciudad completamente a su derecha, el desfiladero protegiéndole. Todavía cincuenta metros. Sintió encogérsele el estómago.

Las rocas se lanzaron contra ellos. Notó más que vio gritar a Bayazid y levantar las manos para protegerse contra el inevitable choque. Entonces, Erikki se deslizó por el desfiladero, yendo en busca de las paredes. Exactamente en el último instante, cortó toda la energía, hizo subir al helicóptero sobre el muro con solo una separación de centímetros, balizando un procedimiento de emergencia de parada, se ladeó un poco hacia el patio y lo dejó caer por el aire, amortiguando la caída perfectamente, posándose sobre los azulejos para deslizarse unos metros chirriante y luego detenerse. Con la mano derecha tiró de la palanca mientras con la izquierda se desabrochaba el cinturón y abría la portezuela, siendo el primero en saltar a tierra y subir corriendo los peldaños de la puerta principal. Ahora, le seguía Bayazid mientras que las portezuelas de la cabina se abrían desparramando hombres que tropezaban entre sí en su excitación. El rotor aún seguía girando pero los motores iban ya deteniéndose.

Al llegar a la puerta principal, la abrió violentamente mientras sirvientes y un asombrado guardia se precipitaban para averiguar a qué era debida toda aquella conmoción. Erikki le arrancó el rifle de asalto de las manos y lo golpeó, dejándolo inconsciente. Los sirvientes se desperdigaron y huyeron, reconociéndole algunos de ellos. En un momento, el corredor quedó vacío delante de ellos.

—¡Vamos! —gritó. Entonces, al unirse a él Bayazid y algunos otros, atravesó corriendo el vestíbulo y subió las escaleras hasta

llegar al primer rellano. Un guardia asomó la cabeza sobre la baranda y apuntó con su arma, pero uno de los hombres lo acribilló. Erikki saltó por encima del cuerpo y se precipitó por el corredor.

Delante de él se abrió una puerta. Otro guardia salió disparando. Erikki sintió las balas silbando a través de su parka, pero no le alcanzaron. Bayazid lo ametralló contra la jamba de la puerta y juntos se lanzaron hacia el dormitorio del Khan. Una vez Erikki hubo abierto la puerta, le recibió un fuego cerrado sin alcanzarle y tampoco al jeque, pero sí al hombre que iba junto a él haciéndole girar sobre sí mismo. Los demás se dispersaron intentando ponerse a cubierto mientras que el que había quedado gravemente herido se lanzó contra su atacante, recibiendo más y más disparos incluso después de estar muertos.

Hubo un descanso durante uno o dos segundos. Después, ante el sobresalto de Erikki, Bayazid quitó la espoleta de una granada y la lanzó al interior de la habitación. La explosión fue inmensa, saliendo el humo al corredor. Al punto, Bayazid se introdujo en el dormitorio, con el arma por delante y Erikki a su lado.

La habitación estaba destrozada, las ventanas habían desaparecido, la cama alfombra había volado por los aires; los restos del guardia, derrumbados contra una de las paredes. En la alcoba, al fondo de la inmensa habitación, casi aislada del dormitorio principal, la mesa aparecía patas arriba; una sirvienta quejándose y dos cuerpos inertes medio ocultos bajo el mantel y la vajilla rota. Erikki se quedó helado al reconocer a Azadeh. Se precipitó hacia ella, apartando los escombros que la cubrían, dándose cuenta al pasar de que Hakim era la otra persona, la levantó en brazos, con el cabello suelto flotando tras ella, y la condujo a la luz. Volvió a cortársele la respiración hasta estar seguro de que aún vivía. Se hallaba inconsciente, solo Dios sabía qué daños había sufrido, pero estaba viva. Vestía un largo pegnoir de cachemira azul que la ocultaba por entero aunque prometiéndolo todo. Los hombres tribales que invadían ya la habitación quedaron deslumbrados por su belleza.

Erikki se quitó el chaquetón y la envolvió con él, completamente olvidado de todos los demás.

—Azadeh… Azadeh…

—¿Quién es ese, piloto?

A través de la niebla que le envolvía, Erikki vio que Bayazid se encontraba junto al maremágnum de la alcoba.

—Es Hakim, el hermano de mi mujer. ¿Está muerto?

—No. —Bayazid miró furioso en derredor. No había otro sitio donde el Khan pudiera estar oculto. Sus hombres seguían entrando y él les increpó, ordenándoles que tomaran posiciones defensivas a cada lado del corredor y a otros que salieran afuera, al inmenso patio, y lo defendieran también. Luego, se acercó de nuevo a Erikki y Azadeh y se quedó mirando el rostro cerúleo, los senos y las piernas presionados bajo la ropa.

—¿Tu mujer?

—Sí, pero solo Dios sabe si estará herida. He de traer un médico.

—Luego. Primero hem…

—¡Ahora! ¡Puede morirse!

—Hágase la Voluntad de Dios, piloto —dijo Bayazid. Luego, Gritó con un ataque de furia—. ¡Dijiste que lo sabías todo, dónde estaría el Khan! En el Nombre de Dios, ¿dónde está?

—No lo sé. Estos… estos eran sus apartamentos privados, Agha. Privados. Jamás he visto a nadie más aquí, no he oído a nadie más aquí. Incluso su mujer solo podía acudir aquí por invitación y… — Una rápida ráfaga de disparos, afuera, hizo callar a Erikki—. ¡Si Azadeh y Hakim están aquí, el tiene que estar aquí!

—Sí, pero ¿dónde? ¿Dónde puede ocultarse?

Erikki, confuso, miró en derredor, colocó a Azadeh lo mejor que pudo y luego se precipitó hacia las ventanas. Tenían barrotes, eso quería decir que el Khan no podía haber escapado por allí. Desde aquel lugar, una esquina empotrada y perfectamente defendible del palacio, no podía ver el patio y tampoco el helicóptero, tan solo el mejor panorama de los jardines y los huertos en la parte sur, fuera de los muros hacia la ciudad, abajo a un par o tres de kilómetros. Al

volverse, captó de soslayo movimiento en la alcoba, vio la automática y de un empujón apartó a Bayazid de la trayectoria de la bala que lo hubiera matado y se lanzó hacia Hakim que yacía entre los escombros. Antes de que los otros hombres pudieran reaccionar, él ya tenía inmovilizado al joven, le había quitado el arma y le hablaba a gritos, intentando hacerle comprender.

—Estás a salvo, Hakim, soy yo, Erikki. Somos amigos. Hemos venido a rescataros, a ti y a Azadeh, del Khan… ¡Hemos venido a rescataros!

—A rescatarme…, a rescatarme, ¿de qué? —Hakim lo miraba atónito, conmocionado todavía y sangrando de una pequeña herida en la cabeza—. ¿A rescatarme?

—Del Khan y… —Erikki vio el terror reflejado en sus ojos, se volvió rápido y sujetó a tiempo la culata del rifle de asalto que Bayazid blandía—. Espera, Agha, espera, no es culpa suya, está aturdido… Espera, me ap…, me apuntaba a mí, no a ti, espera. Él va a ayudarnos. ¡Espera!

—¿Dónde está el Khan Abdollah? —vociferó Bayazid, rodeado ahora ya de sus hombres, con el arma amartillada y dispuesto a matar—. ¡Quiero saberlo, rápido, o los dos seréis hombres muertos!

—¡Por Dios Santo, Hakim! ¡Dile dónde está o todos moriremos! —bramó Erikki al no contestar Hakim inmediatamente.

—El Khan Abdollah está muerto, está muerto…, murió anoche, no, anteanoche. Murió la noche antes de la última, hacia la medianoche… —dijo Hakim con voz débil.

Todos se le quedaron mirando con incredulidad mientras su mente volvía penosamente a la actualidad, aunque siguiera sin comprender qué hacía tumbado allí, con la cabeza llena de zumbidos, con las piernas entumecidas, Erikki sosteniéndole cuando estaba secuestrado por los hombres tribales… Él estaba desayunando con Azadeh, y, de repente, oyeron el estallido de las armas y corrieron a refugiarse. Después, guardias disparando y luego la explosión, mientras que la mitad del rescate ya se había pagado.

De repente, la mente se le aclaró.

—En el Nombre de Dios —jadeó. E intentó ponerse en pie sin lograrlo—. En el Nombre de Dios, Erikki, ¿por qué estás luchando aquí? La mitad de tu rescate ha sido pagada ya. ¿Por qué?

Erikki se puso en pie, furioso.

—No ha habido rescate. Al mensajero le cortaron la cabeza. ¡El Khan Abdollah ordenó que le cortaran la cabeza!

—Pero el rescate…, la mitad está pagada. ¡Ahmed la pagó anoche!

—¡La pagó! La pagó, ¿a quién? —gruñó Bayazid—. ¿Qué mentiras son estas?

—¡No son mentiras! Anoche se pagó la mitad, la pagó el nuevo Khan… como acto de buena voluntad por el… el error cometido con el mensajero. Lo juro ante Dios. ¡Se pagó la mitad!

—¡Mentiras! —bufó Bayazid apuntándole con el arma—. ¿Dónde está el Khan?

—No son mentiras. ¿Mentiría ante Dios? ¡Te lo repito ante Dios! ¡Ante Dios! Enviad a buscar a Ahmed, enviad a buscar a Ahmed. ¡Él fue quien la pagó!

Uno de los hombres vociferó algo y Hakim se puso pálido, repitiendo en turco:

—¡En el Nombre de Dios que la mitad del rescate ya ha sido pagada! ¡El Khan Abdollah ha muerto! ¡Está muerto y la mitad del rescate ya ha sido pagada! —En la habitación se escuchó un murmullo de asombro—. Enviad a por Ahmed, él os dirá la verdad…, ¿por qué estáis luchando aquí? ¡No hay motivo para que luchéis!

—Si el Khan Abdollah ha muerto y la mitad del rescate ha sido pagada —se apresuró a intervenir Erikki—, y prometen pagar también la otra mitad, Agha, vuestro honor ha quedado vengado. Por favor, haz lo que Hakim pide, envía a por Ahmed, él te dirá a quién se la pagó y cómo.

En la habitación se palpaba el miedo, Bayazid y sus hombres detestaban aquel recinto cerrado y ansiaban encontrarse en campo

abierto, en las montañas, lejos de toda aquella gente y de aquel lugar diabólico, sintiéndose traicionados.

—Pero si Abdollah está muerto y han pagado la mitad…

—Ve en busca de ese hombre, piloto —dijo Bayazid—, y recuerda: si me engañas, tu mujer se quedará sin nariz. —Arrebató el arma a Erikki—. ¡Ve y tráelo!

—Sí, sí, claro.

—Ayúdame primero…, Erikki —dijo Hakim, con voz ronca y débil.

Erikki intentaba, impotente, encontrar sentido a todo aquello mientras levantaba a Hakim sin esfuerzo y, abriéndose paso entre los hombres allí arracimados, lo instalaba entre los almohadones del sofá junto a Azadeh. Ambos se dieron cuenta de su palidez, aunque también de su respiración regular.

—Gracias sean dadas a Dios —musitó Hakim.

Y luego, una vez más, Erikki se encontró en medio de una pesadilla, saliendo de la habitación desarmado y dirigiéndose a las escaleras mientras gritaba a Ahmed que no disparase.

—Ahmed, Ahmed, he de hablar contigo. Estoy solo…

Ya se encontraba al pie de las escaleras y seguía estando solo y sin que nadie disparara. Volvió a llamar a gritos a Ahmed y sus palabras solo hallaron el eco entre las paredes. Vagó por las habitaciones sin encontrar a nadie. Todo el mundo había desaparecido. De repente, se encontró con el cañón de un arma ante su rostro y otro contra la espalda. Ahmed y un guardia, los dos nerviosos.

—De prisa, Ahmed —explotó Erikki—, ¿es verdad que Abdollah ha muerto, que hay un nuevo Khan y que se ha pagado la mitad del rescate?

Ahmed se le quedó mirando, boquiabierto, sin decir palabra.

—Por Dios Santo, ¿es verdad? —gruñó Erikki iracundo.

—Sí, sí, es verdad. Pero el…

—De prisa, tienes que decírselo —dijo, sintiéndose embargado por el alivio, porque solo había creído a medias lo que Hakim dijera —. De prisa, si no le matarán a él y matarán a Azadeh. ¡Vamos!

—Entonces el…, ¿no están muertos?

—No, claro que no. ¡Vamos!

—Espera. ¿Qué fue lo que dijo exactamente el…, que dijo Su Alteza?

—¿Qué maldita diferencia pue…?

Ahmed encañonó a Erikki con el arma.

—*¿Qué dijo él exactamente?*

Erikki rebuscó en su memoria y se lo repitió lo mejor que pudo.

—¡Y ahora vamos, por el amor de Dios!

El tiempo se detuvo para Ahmed. Si iba con el Infiel probablemente moriría, el Khan Hakim moriría, su hermana moriría y el Infiel, que era el responsable de todo aquello, escaparía con sus diabólicos hombres tribales. «Por otra parte —se dijo—, si logro persuadirles de que dejen vivir al Khan, de que dejen vivir a su hermana, si les convenzo de que abandonen el palacio, habré demostrado mi lealtad más allá de toda duda al Khan y a *ella*, y al piloto le puedo matar más adelante. O puedo matarle ahora y escapar fácilmente con vida, pero, entonces, no seré más que un fugitivo despreciado por todos como el hombre que traicionó a su Khan. Insha'Allah!».

Su rostro se contrajo con una sonrisa.

—¡Hágase la Voluntad de Dios! —Sacó su puñal y se lo entregó junto con la pistola al guardia que estaba pálido y se dispuso a acompañar a Erikki.

—¡Espera! —dijo Erikki—. Dile al guardia que traiga un médico. Urgente. Hakim y mi mujer… pueden estar heridos.

Ahmed le dijo al hombre que lo hiciera y atravesó el corredor y el vestíbulo hasta las escaleras que subió. Ya en el rellano, los hombres de Bayazid lo registraron sin miramientos en busca de armas, lo escoltaron hasta la habitación del Khan y le hicieron entrar de un empujón en aquel espacio inmenso y vacío. A Erikki lo retuvieron en la puerta, amenazándole con un cuchillo en la garganta. Cuando Ahmed vio a su Khan realmente vivo, sentado entre los

almohadones con aspecto sombrío, cerca de Azadeh, que seguía inconsciente, murmuró:

—¡Alabado sea Dios! —y le sonrió—. Alteza, he enviado a por un médico —dijo con calma.

Luego, se encaró a Bayazid.

—Soy Ahmed Dursak, el Turco —dijo con orgullo hablando turco con gran presopopeya—. En el Nombre de Dios es verdad que el Khan Abdollah ha muerto; es verdad que anoche he pagado la mitad del rescate, cinco millones de rials en nombre del nuevo Khan a los dos mensajeros del jefe al-Drah, de la aldea del Broken Tree, como acto de fe a causa del innecesario deshonor a tu mensajero, ordenado por el fallecido Khan Abdollah. Sus nombres son Ishmud y Alilah, y los conduje rápidamente al Norte en un hermoso coche.

En la habitación se escuchó un murmullo general de asombro. No podía haber error, ya que todos conocían aquellos nombres falsos, nombres en clave para proteger a la aldea y la tribu.

—En nombre del nuevo Khan —continuó Ahmed—, les dije que la otra mitad les sería entregada en el momento en que el piloto y su máquina del aire quedaran libres sin sufrir daño alguno.

—¿Dónde está el nuevo Khan, si es que existe? —bufó Bayazid—. Dejad que hable por sí mismo.

—Yo soy el Khan de todos los Gorgones —había dicho Hakim y se había hecho un silencio súbito—. Khan Hakim, hijo mayor del Khan Abdollah.

Todas las miradas se apartaron de él y se fijaron en Bayazid, que se dio cuenta del asombro reflejado en la cara de Erikki. Frunció el ceño, inseguro.

—Solo porque tú lo digas no quiere decir que…

—¿Me llamas embustero en mi propia casa?

—Yo digo a este hombre —dijo Bayazid señalando con el pulgar a Ahmed— que solo porque él diga que ha pagado el rescate, la mitad de él, no significa que sea verdad y luego les haya preparado una emboscada matándolos…, como a mi otro mensajero… ¡Por Dios!

—Te he dicho la verdad, ante Dios y repito ante Dios que les envié al Norte sanos y salvos con el dinero. Dame un puñal, coge tú el tuyo y te enseñaré lo que un turco hace cuando un hombre le llama embustero. —Los hombres tribales estaban aterrados de que su líder se hubiera colocado en tan falsa posición—. ¿Me llamas embustero y a mi Khan embustero?

En el silencio que siguió, Azadeh se movió y lanzó un gemido, distrayendo su atención. Erikki inició al punto un movimiento para acercarse a ella, pero el puñal con que era amenazado no se movió una milésima, el hombre escupió un juramento y Erikki se quedó quieto. Otro leve quejido y un suspiro que estuvo a punto de volverle loco, pero vio a Hakim moverse torpemente y acercarse a su hermana, cogiéndole la mano y aquello le tranquilizó un poco.

Hakim estaba atemorizado, con todo el cuerpo dolorido, sabedor que se hallaba indefenso y también su hermana, y necesitando un médico con urgencia, que Ahmed estaba sitiado, Erikki impotente, su propia vida amenazada y su khanato en ruinas. Sin embargo, volvió a hacer acopio de todo su valor. «¡No gané por la mano al Khan Abdollah, a Najoud y a Ahmed para ceder la victoria a estos perros!». Miró implacable a Bayazid.

—¿Bien? ¿Llamas a Ahmed embustero? ¿Sí o no? —preguntó con dureza en turco de manera que todos pudieran entenderle y Ahmed le admiró por su valor. Ahora, todas las miradas estaban clavadas en Bayazid—. Un *hombre* debe contestar esta pregunta. ¿Le llamas embustero?

—No —farfulló Bayazid—. Ha dicho la verdad, yo lo acepto como verdad.

Alguien exclamó, Insha'Allah, los dedos se aflojaron en el gatillo, pero el nerviosismo siguió imperando en la habitación.

—Hágase la Voluntad de Dios —dijo Hakim, disimulando su alivio, y siguió adelante, dominando más la situación a cada momento que pasaba—. Con seguir la lucha no se ganará nada. De manera que, como la mitad del rescate ha sido pagada ya y la otra mitad habría de serlo cuando el piloto quedara en libertad, sano y salvo. El… —

Calló a causa de la náusea, pero esta vez logró dominarla con más facilidad que antes—. El piloto está aquí sano y salvo y también su máquina. Por lo tanto, te pagaré el resto de inmediato.

Palpó la codicia en todos ellos y se prometió venganza.

—Sobre esa mesa, Ahmed, en alguna parte, está la bolsa de Najoud. Ahmed se abrió paso con arrogancia entre los hombres y empezó a buscar la bolsa de suave piel entre los escombros. Hakim se lo había estado enseñando a Azadeh momentos antes de que el ataque empezara, diciéndole, satisfecho, que las joyas pertenecían al tesoro familiar y que Najoud había admitido haberlas robado. Y que antes de irse se las había dado absolutamente arrepentida.

—Estoy contenta de que no te ablandaras, Hakim, muy contenta —le había dicho Azadeh—. Jamás hubieras estado seguro teniéndoles a ella y sus cachorros cerca.

«Jamás volveré a estar seguro —se dijo sin temor, observando a Ahmed—. Me alegro de haber dejado intacto a Ahmed. Y me alegro de que Azadeh y yo hayamos tenido el sentido de permanecer en la alcoba, protegidos por la pared, cuando los primeros disparos empezaron. Si hubiésemos estado en la habitación…».

Insha'Allah. Sus dedos apretaron la muñeca de Azadeh y le satisfizo la cálida sensación. Su respiración seguía siendo regular.

—Alabado sea Dios —murmuró. Luego se dio cuenta de que aquel hombre estaba amenazando a Erikki—. Tú —dijo señalando imperiosamente en su dirección—, deja de amenazar al piloto.

Desconcertados, aquellos hombres toscos y barbudos miraron a Bayazid que hizo un gesto de asentimiento. De inmediato, Erikki se abrió paso entre ellos hasta llegar junto a Azadeh, se aflojó el grueso suéter para tener un mejor acceso al cuchillo que llevaba en el centro de la espalda y luego se arrodilló, y le cogió la mano. Después se volvió de cara a Bayazid, protegiendo a Azadeh y Hakim con su macizo cuerpo.

—¡Alteza!

Ahmed entregó la bolsa a Hakim. Este la abrió con calma y dejó caer las joyas en sus manos. Esmeraldas y diamantes y zafiros,

collares y gargantillas, brazaletes de oro incrustados y colgantes. Un suspiro colectivo invadió la habitación. Con gran prudencia, Hakim eligió una gargantilla de rubíes que valdría de diez a quince millones de rials, simulando no darse cuenta de que todos los ojos estaban clavados en él y del olor a codicia casi físico que invadía la habitación. Bruscamente, apartó los rubíes y eligió un colgante que valía el doble, el triple…

—Aquí —dijo hablando en turco—, aquí tienes el pago total. —Mostró ostentosamente el colgante de diamante y se lo ofreció a Bayazid que, hipnotizado por el bello centelleo de la piedra única, se adelantó con la mano extendida. Pero antes de que pudiera cogerlo, Hakim cerro el puño—. ¿Lo aceptas ante Dios como pago total?

—Sí…, sí, como pago total ante Dios —farfulló Bayazid, sin llegar a creer que Dios pudiera concederle jamás semejante riqueza, más que suficiente para comprar rebaños, armas, granadas, sedas y ropas de abrigo. Alargó la mano—. ¡Lo juro ante Dios!

—¿Y ante Dios, os iréis de inmediato y en paz?

Bayazid apartó su mente de las riquezas.

—Primero hemos de llegar a nuestra aldea, Agha, necesitamos el aparato y al piloto.

—No, por Dios. El rescate es por el regreso del piloto y del avión sanos y salvos, nada más. —Hakim abrió la mano sin apartar la vista de Bayazid que ahora ya no veía más que la piedra—. ¿Ante Dios?

Bayazid y sus hombres se quedaron mirando el fuego líquido en aquella férrea mano que no vacilaba.

—¿Qué…, qué me impediría llevármelas todas? ¿Todo? —preguntó con hosquedad—. ¿Qué me impediría matarte a ti…, matarte y prender fuego al palacio y llevármela a ella como rehén para obligar al piloto? ¿Eh?

—Nada. Salvo el honor. ¿Acaso los kurdos carecen de honor? Esto es mucho más que el pago total. —El tono de voz de Hakim fue áspero mientras pensaba, esto es de lo más excitante: el premio, la vida, el fracaso, la muerte.

—Lo… lo acepto ante Dios como pago total, por el piloto y el… y el aparato. —Bayazid tenía los ojos clavados en la gema—. Por el piloto y el aeroplano. Pero por ti, por ti y la mujer… —tartamudeó, el sudor cayéndole por la cara. «Tantas riquezas aquí —le gritaba su mente—, tantas y tan fáciles de coger, tan fácil, pero está el honor, ah, sí, muy importante»—. Por ti y la mujer también ha de haber un buen rescate.

Afuera, un coche se puso en marcha. Los hombres se precipitaron a las ventanas celadas. El coche se dirigía veloz hacia la salida, mientras miraban, la atravesó yendo en dirección a la ciudad, abajo.

—De prisa —dijo Bayazid a Hakim—. Decídete.

—La mujer no vale nada —repuso Hakim, atemorizado por la mentira, consciente de que tenía que negociar o estaban perdidos. Cogió un brazalete de rubíes y se lo ofreció—. ¿De acuerdo?

—Puede que para ti la mujer no tenga valor…, mas para el piloto sí lo tiene. El brazalete y la gargantilla, esa, junto con el brazalete de piedras verdes.

—Ante Dios que esto es demasiado —explotó Hakim—. El brazalete es más que suficiente…, es más que el valor del piloto y del aeroplano.

—¡Hijo maldito de un maldito padre! Este, la gargantilla y ese otro brazalete, el de las piedras verdes.

Siguieron regateando cada vez más furiosos, mientras todos los demás los escuchaban con mucha atención, todos salvo Erikki, que se encontraba sumido en su propio infierno, preocupado tan solo por Azadeh, por cuándo llegaría el médico y por cómo podría ayudarlas, a ella y a Hakim. Con una mano acariciaba el cabello de Azadeh, sintiendo los nervios a flor de piel y a punto de estallar por culpa de las furiosas voces de ambos hombres que iban en aumento, y los insultos, cada vez más violentos. De repente, Hakim juzgó llegado el momento y emitió un prolongado lamento que también formaba parte del juego del regateo.

—¡Por Dios que eres un negociador demasiado bueno para mi! ¡Me convertirás en mendigo! ¡Esta es mi última oferta! —Dejo sobre la alfombra el brazalete de diamantes, la gargantilla de esmeraldas más pequeñas y el pesado brazalete de oro—. ¿Estamos de acuerdo?

Ahora era un precio más razonable, no tanto como Bayazid quería pero mucho más de lo que había esperado.

—Sí —aceptó y recogió el premio rápidamente. Un murmullo de satisfacción se extendió por la habitación—. ¿Juras por Dios que no nos perseguirás? ¿Que no nos atacarás?

—Sí, sí, ante Dios.

—Bien. Piloto, necesito que nos lleves a casa… —dijo Bayazid hablando ya en inglés. Observó la furia reflejada en el rostro de Hakim y se apresuró a añadir—: Te lo pido, no te lo ordeno, Agha. Toma. —Ofreció a Erikki el brazalete de oro—. Quiero alquilar tus servicios. Este es la paga.

Calló y miró hacia fuera, al gritar con tono apremiante uno de los hombres que vigilaban en el patio.

—¡Está llegando un coche procedente de la ciudad!

Ahora, Bayazid sudaba a chorros.

—Juro por Dios que no te haré daño alguno, piloto.

—No puedo llevaros —dijo Erikki—. No hay suficiente combustible.

—Entonces, llévanos y déjanos en las montañas… Solo una pequeña parte del camino. Te lo pido… te lo pido, no te lo ordeno —dijo Bayazid, para añadir luego de manera muy curiosa—: Por el Profeta, no te he tratado bien, a él le he tratado bien y…, y no la he molestado a ella. Te lo pido.

Todos habían notado la inflexión en la voz, tal vez una amenaza, o tal vez no, pero Erikki sabía sin lugar a dudas que la frágil burbuja del «honor» o de su invocación «ante Dios» estallaría con la primera bala, que a él le correspondía en esa ocasión intentar subsanar el desastre en que había resultado el ataque, persiguiendo a un Khan ya muerto, un rescate pagado a medias y ahora Azadeh tumbada

allí. Solo Dios sabía si gravemente herida, y Hakim a punto de haber muerto. Con rostro impasible acarició a Azadeh por última vez, y arrebató bruscamente la «Stern» de manos del hombre que tenía más cerca.

—Acepto tu palabra ante Dios y te mataré si tratas de engañarme. Os dejaré al norte de la ciudad, en las montañas. Todo el mundo al helicóptero. ¡Díselo a ellos!

Bayazid aborrecía la idea del arma en manos de aquel monstruo melancólico, ansioso de venganza. «Ninguno de nosotros ha olvidado que fui yo quien lanzó la granada que tal vez haya matado a una *hurí* —se dijo—. Insha'Allah».

Rápidamente ordenó la retirada. Todos obedecieron llevándose con ellos el cuerpo de su camarada muerto.

—Nosotros saldremos juntos, piloto. Gracias, Agha Khan Hakim, que Dios sea contigo —dijo retrocediendo hacia la puerta, sujetando el arma con indiferencia aunque preparada.

Erikki alzó la mano a modo de despedida a Hakim, profundamente angustiado con lo que él mismo había provocado.

—Lo siento…

—Que Dios vaya contigo, Erikki, y te haga regresar sano y salvo —dijo Hakim, lo que hizo que Erikki se sintiera mejor—. Ve con él, Ahmed, no puede pilotar y utilizar al mismo tiempo el arma. Ocúpate de que vuelva sano y salvo.

«Sí —se dijo con frialdad—, aún tengo una cuenta que arreglar con él por el ataque a *mi* palacio».

—Sí, Alteza. Gracias, piloto. —Ahmed le cogió el arma a Erikki, comprobó su funcionamiento y el cargador y sonrió tortuoso a Bayazid—. Por Dios y el Profeta en cuyo nombre es alabado, no permitamos el engaño del hombre.

Indicó con ademán cortés la salida a Erikki y salió a su vez detrás de él. Bayazid fue el último en abandonar la habitación.

EN LAS ESTRIBACIONES DEL PALACIO: 11.05 DE LA MAÑANA. El coche de la Policía corría veloz por la zigzagueante carretera en dirección a la verja, seguido de otros coches y un camión del Ejército abarrotado de soldados. Hashemi Fazir y Armstrong viajaban en los asientos de atrás del coche que iba en cabeza y que en aquel momento atravesaba la verja entrando en un patio inmenso en el que ya estaba aparcada una ambulancia. Bajaron del coche y siguieron al guardia hasta el gran salón. El Khan Hakim les esperaba instalado en su sitial de honor, pálido y ojeroso aunque en actitud regia, rodeado de guardias. Aquella parte del palacio no había sufrido daño alguno.

—Alabado sea Dios, Alteza, de que no hayas resultado herido. Acabamos de enterarnos del ataque sufrido. ¿Me permites que me presente? Soy el coronel Hashemi Fazir, del Servicio Secreto Interno y este es el inspector Armstrong que nos ha estado ayudando durante años y es un experto en ciertas áreas que acaso pueden interesar a Su Alteza. Y a propósito, habla farsi. ¿Querrías hacer el favor de contarnos lo ocurrido?

Ambos hombres escucharon con gran atención mientras Hakim les daba su versión del ataque, sobre el que ya habían oído rumores. Ambos estaban impresionados por su serenidad.

Hashemi ya había ido preparado. Antes de abandonar Teherán el día anterior por la tarde, había estudiado atenta y minuciosamente el expediente de Hakim. Durante años, tanto él como la SAVAK lo habían mantenido bajo estrecha vigilancia en Khoi.

—Sé cuánto debe y a quién, Robert, a quién favorece y de quién recibe favores, lo que le gusta comer y leer, su pericia con las armas, el piano o los cuchillos, todas las mujeres con las que se ha acostado y también todos los muchachos.

Armstrong se había echado a reír.

—¿Y qué me dices de sus ideas políticas?

—No las tiene. Parece increíble, pero es así. Un iraní de Azerbaiyán que, sin embargo no se ha unido a grupo alguno, no ha tomado partido por nadie, por nadie en absoluto, jamás ha emitido palabra alguna sediciosa, ni siquiera contra el Khan Abdollah y Khoi ha sido siempre un apestoso nido de provocadores.

—¿Religión?

—Chiita, aunque tranquilo, concienzudo, ortodoxo, ni de izquierdas ni de derechas, Desde que fuera desterrado, no, eso no es del todo verdad, desde que tenía siete años, cuando su madre murió y fue junto con su hermana a vivir a palacio, ha sido una pluma agitada por el más leve aliento de su padre, esperando el desastre inevitable con temor. Hágase la Voluntad de Dios, pero es un milagro que sea Khan, un milagro que ese repugnante hijo de perra muriera antes de hacerles más daño a él y a su hermana. ¡Es extraño! En un momento dado su cabeza está en el tajo y ahora controla riquezas incalculables, poder incalculable y yo he de tratar con él.

—Eso deberá ser fácil…, si lo que dices es verdad.

—Eres suspicaz, siempre suspicaz. ¿Acaso reside en eso la fuerza del inglés?

—Es solo la lección que un viejo policía ha aprendido a lo largo de los años.

Hashemi había sonreído para sí y en aquel momento volvía a hacerlo, concentrando su atención en el joven, el Khan de todos los Gorgones, que se encontraba frente a él, observándole estrechamente, estudiándole en busca de indicios. «¿Cuáles son tus secretos…? ¡Has de tener secretos!».

—¿Cuánto tiempo hace que el piloto se fue, Alteza? —preguntó Armstrong.

Hakim consultó su reloj.

—Hará unas dos horas y media.

—¿Dijo cuánto combustible tenía?

—No, solo que los llevaría un trecho y luego los dejaría.

Hashemi y Robert Armstrong se encontraban en pie, delante de la plataforma elevada con sus valiosas alfombras y almohadones. Hakim estaba vestido de ceremonia, con cálidos brocados y un hilo de perlas alrededor del cuello con un diamante de colgante cuatro veces mayor que el que cediera por sus vidas.

—Tal vez —sugirió Hashemi con gran delicadeza—, tal vez, Alteza, el piloto estuviera en connivencia con los hombres kurdos y no regrese.

—No, no eran kurdos aunque ellos aseguraran serlo. Solo bandidos que habían secuestrado a Erikki, obligándole a dirigir un asalto contra el Khan, mi padre —repuso el joven Khan y frunció el ceño, añadiendo luego con firmeza—: El Khan, mi padre, no debió hacer nunca que mataran a su mensajero. Tendría que haber regateado sobre el rescate, luego haberlo pagado…, y después hacer que los mataran por su impertinencia.

Hashemi captó la idea.

—Me ocuparé de que los capturen.

—Y de recuperar mi propiedad.

—Claro. Si hay algo, cualquier cosa que yo o mi departamento podamos hacer por Su Alteza, no deje de decírmelo.

Observaba estrechamente al joven con gran atención y percibió, o le pareció percibir, un destello de sardónico regocijo, y eso lo desconcertó. En aquel momento, la puerta se abrió y entró Azadeh. Nunca había hablado con ella aunque la había visto muchas veces. «Debía poseerla un iraní —se dijo—, y no un repugnante extranjero. ¿Cómo podría soportar a aquel monstruo?». No se dio cuenta de que Hakim le observaba a él con igual intensidad. Armstrong sí se la dio, mientras él, a su vez, miraba al Khan sin que este se apercibiese.

Azadeh vestía al estilo occidental, un traje gris verdoso que hacía resaltar sus ojos verdes, medias y zapatos de fina piel. Estaba pálida y apenas llevaba maquillado el rostro. Andaba con lentitud y algo penosamente, pero se inclinó ante su hermano con una sonrisa dulce.

—Siento interrumpirte, Alteza, pero el doctor me ha pedido que te recuerde que debes descansar. Está a punto de irse, ¿querrías volver a verle?

—No, no, gracias. ¿Te encuentras tú bien?

—Sí, sí —respondió ella con una sonrisa forzada—. Dice que estoy muy bien.

—¿Me permites que te presente? El coronel Hashemi Fazir y Mr. Armstrong, Inspector Armstrong. Su Alteza, mi hermana Azadeh.

La saludaron y ella les devolvió el saludo.

—¿Inspector Armstrong? —dijo en inglés, frunciendo ligeramente el entrecejo—. No recuerdo lo de «Inspector», pero nos hemos conocido antes, ¿no es cierto?

—Sí, Alteza, en una ocasión en el «French Club», el año pasado. Yo estaba con Mr. Talbot, de la Embajada británica y un amigo de su marido, Charles Tollonen, de la Embajada finlandesa… Creo que ustedes celebraban la fiesta de cumpleaños de su marido.

—Tiene buena memoria, inspector.

El Khan Hakim sonrió de manera extraña.

—Esa es una característica del MI6, Azadeh.

—Tan solo un antiguo policía, Alteza —dijo Armstrong sin inmutarse—. No soy más que un asesor del Servicio Secreto Interno. —Luego, dirigiéndose a Azadeh añadió—: El coronel Fazir y yo nos congratulamos de que ni usted ni el Khan hayan sufrido daño alguno.

—Gracias —repuso ella, doliéndole todavía los oídos y la cabeza. También la espalda le producía molestias. El doctor había dicho:

—Tendremos que esperar unos días, Alteza —le había dicho el médico—, aun cuando les veremos por rayos X, a los dos, lo más pronto posible. Lo mejor es que los dos vayan a Teherán, allí están mejor equipados. Con una explosión semejante…, nunca se sabe, Alteza. Lo mejor es que vayan allí. No me gustaría ser responsable…

Azadeh suspiró, volviendo a la realidad.

—Les ruego que me perdonen por la interrup…

Calló de pronto y se puso a escuchar con la cabeza ligeramente ladeada. Ellos también prestaron oído atento. Solo era el viento que se había levantado y un coche en la lejanía…

—Todavía no —dijo Hakim cariñosamente.

Azadeh trató de sonreír.

—Es la Voluntad de Dios —murmuró. Luego salió del Gran Salón. Hashemi rompió el breve silencio.

—Nosotros también debemos dejarte, Alteza —dijo con tono deferente, hablando de nuevo en farsi—. Fue muy amable de tu parte recibirnos hoy. ¿Tal vez podríamos volver mañana? —Vio al joven Khan apartar la vista de la puerta y mirarle por debajo de las oscuras cejas, reposado el hermoso rostro, jugueteando con la daga incrustada de piedras preciosas que llevaba en el cinturón. «Debe ser de hielo», se dijo, esperando cortésmente que les diera la venia.

Pero en lugar de eso, el Khan Hakim, hizo salir a sus guardias, salvo uno apostado junto a la puerta, lejos del alcance de sus palabras. Luego, con un gesto, indicó a los dos hombres que se acercaran más.

—Y ahora hablaremos en inglés. ¿Qué es lo que deseaban preguntarme en realidad? —dijo en voz queda.

Hashemi suspiró, seguro de que el Khan Hakim ya estaba al corriente de todo y, ahora, ya absolutamente seguro de que había tropezado con un adversario, o un aliado, de gran valía.

—Ayuda en dos cuestiones, Alteza. Su influencia en Azerbaiyán puede ser una ayuda inconmensurable para nosotros en la tarea de acabar con elementos hostiles en rebeldía contra el Estado.

—¿Y la segunda?

Hashemi pudo percibir la nota de impaciencia y ello le divirtió.

—La segunda es algo delicada. Se refiere a un soviético de nombre Petr Oleg Mzytryk, un conocido de su padre quien, durante algunos años ha venido aquí de visita, al igual que el Khan Abdollah visitaba su dacha en Tbilisi. A pesar de que Mzytryk se hacía pasar por amigo del Khan Abdollah y de Azerbaiyán, en realidad es un oficial muy antiguo de la KGB y hostil en extremo.

—El noventa y ocho por ciento de los soviéticos que vienen a Irán pertenecen a la KGB y, por lo tanto, son enemigos y el otro dos por ciento al GRU, y, en consecuencia, enemigos también. —De nuevo una leve sonrisa sardónica que no le pasó por alto a Hashemi —. Todo tipo de amigos y esos dos en medio. ¿Y bien?

—Nos gustaría muchísimo entrevistarle. —Hashemi esperó a que se produjera una reacción, pero no la hubo y ello acrecentó su admiración por el joven—. Antes de morir, el Khan Abdollah aceptó ayudarnos. Por él nos enteramos de que el hombre proyectaba atravesar en secreto la frontera el sábado pasado y de nuevo el martes. Pero en ninguna de las dos ocasiones se presentó.

—¿Cómo atravesaba la frontera?

Hashemi se lo explicó, aunque no estaba seguro de hasta dónde llegaban los conocimientos del Khan Hakim, y tanteó el camino con extrema cautela.

—Creemos que acaso el hombre se ponga en contacto con su Alteza…, en cuyo caso, ¿serías tan amable de informarnos? En privado.

El Khan Hakim decidió que había llegado el momento de poner en su sitio a aquel enemigo procedente de Teherán y a su lacayo británico. «Hijo de un padre en los infiernos, ¿acaso soy tan estúpido que no sé lo que está pasando?».

—¿A cambio de qué? —preguntó a bocajarro.

Hashemi, al igual que él, se mostró brutalmente franco.

—¿Qué es lo que quiere?

—Primero. Suspendidos en sus cargos todos los oficiales de la SAVAK y de la Policía en Azerbaiyán, pendientes de revisión por mí. Y que en el futuro, todos los nombramientos me sean sometidos para su aprobación previa.

Hashemi enrojeció. Ni siquiera el Khan Abdollah tuvo jamás semejante privilegio.

—¿Cuál es la segunda condición?

El Khan Hakim rompió a reír.

—Bien, muy bien, Agha. La segunda esperará hasta mañana, o pasado mañana, así como la tercera y, tal vez, la cuarta. Pero respecto a tu primer punto, mañana, a las diez de la mañana, tráeme peticiones específicas de cómo puedo ayudar a detener toda lucha en Azerbaiyán, y de cómo lo harías tú, personalmente, si tuvieras el poder necesario… —Reflexionó un instante para añadir luego—: Cómo nos pondrías a salvo de los enemigos de afuera y también a salvo de los enemigos de dentro.

Dirigió su atención a Armstrong.

A Armstrong le hubiera gustado que ese duelo se hubiera prolongado hasta el infinito, encantado de tener la oportunidad de presenciar en primera fila al nuevo Khan enfrentarse a un adversario tan coriáceo como Hashemi. «Por las barbas del pirata, si este pequeño bribón es capaz de actuar con tal seguridad a los dos días de convertirse en Khan, y después de estar a punto de subir al reino de los cielos hace solo un par de horas, más le valdrá al Gobierno de Su Majestad encabezar con él la Lista S de peligrosos. ¡Despacio, despacio amigo!». Ahora, lo miraba a él fijamente. Haciendo un esfuerzo, mantuvo la expresión tranquila, aun cuando en su fuero interno era una olla a presión. «¡Te ha llegado el turno!».

—¿En qué áreas determinadas que puedan ser de mi incumbencia es usted experto?

—Bien, Alteza, yo, humm, pertenecía a la Sección Especial, y sé algo sobre Servicio Secreto y, humm, contraespionaje. Desde luego, una buena información, una información privada es esencial para alguien en su posición. Si lo desea, tal vez yo podría, junto con el coronel Fazir, sugerir formas de perfeccionar ese capítulo para usted.

—Una buena idea, Mr. Armstrong. Le ruego que me exponga sus ideas por escrito lo más pronto posible.

—Será un placer. —Armstrong decidió arriesgarse a jugar—. Mzytryk podría facilitarle rápidamente un montón de las respuestas que necesita, la mayoría de las respuestas importantes que necesita sobre lo de «afuera y adentro» que ha mencionado, en especial si el coronel pudiera, hummm, hablar con él en privado.

Las palabras quedaron pendiendo en el aire. Vio junto a él a Hashemi, agitando los pies nerviosos. «Apuesto la vida a que sabes mucho más de lo que aparentas, Hakim, y también mis cojones a que no te has pasado todos estos años como una condenada pluma a merced del aliento de tu padre. ¡Daría cualquier cosa por un cigarrillo!».

Aquellos ojos le estaban prácticamente perforando y hubiera dado cualquier cosa por poder encenderlo despreocupadamente y decirle sin rodeos, «bueno, acaba ya con todas estas cabronadas o levántate de la bacinilla…». Entonces, se imaginó a aquel Khan de todos los Gorgones en cuclillas, sobre una taza de retrete, y hubo de toser para ocultar la risa que le entró de repente.

—Lo siento —dijo intentando parecer sumiso.

Hakim frunció el ceño.

—¿Cómo podría tener acceso a la información? —preguntó.

Y los dos hombres supieron en el acto que había picado el anzuelo.

—Como su Alteza quiera —dijo Hashemi—, como quiera.

Otro pequeño silencio.

—Consideraré lo que ust… —El Khan Hakim calló, prestando oído atento.

Ahora ya todos oían el pat-pat-pat de los rotores y el ruido de los motores que se acercaban. Los dos hombres se dirigieron hacia los altos ventanales.

—Esperen —dijo Hakim—. Denme una mano uno de ustedes.

Asombrados le ayudaron a ponerse en pie.

—Gracias —dijo con tono dolorido—. Así es mejor. Es la espalda. Con la explosión, debe de haber sufrido algún músculo.

Manteniendo más o menos el equilibrio, se dirigió entre ambos hacia el alto ventanal que daba al patio.

El «212» llegaba lentamente, impulsando hacia el punto de aterrizaje. Al acercarse más, reconocieron a Erikki y Ahmed en los asientos delanteros, pero Ahmed parecía derrumbado y, a todas luces, herido. Había varios impactos de bala en el fuselaje, y llevaba

un gran trozo de plástico colgando de una ventanilla lateral. Tomó tierra perfectamente. En seguida, los motores fueron parándose. Ahora, ya podían ver que tanto el cuello blanco como la manga de Erikki estaban manchados de sangre.

—Cielos… —murmuró Armstrong.

—Coronel —dijo el Khan Hakim con tono de urgencia a Hashemi —, a ver si alcanzas al doctor antes de que se vaya.

Al punto, Hashemi salió presuroso.

Desde donde estaban podían ver los escalones de la entrada. La inmensa puerta se abrió y Azadeh apareció vacilante, permaneciendo allí en pie por un instante, semejante a una estatua, los demás ahora ya alrededor suyo, guardias, sirvientes y algunos de la familia. Erikki abrió la portezuela, bajando con dificultad. Con aspecto exhausto se dirigió hacia ella. Pero andaba firme y erguido, y, pronto, estuvo en sus brazos.

LVI

EN LA CIUDAD DE KOWISS: 12.10 DE LA TARDE. Ibrahim Kyabi esperaba impaciente, emboscado, a que el mulá Hussain saliera de la mezquita a la plaza abarrotada de gente. Se encontraba sentado, medio tumbado, contra la fuente situada enfrente de la gran puerta, apretando contra sí el saco de lona en el que llevaba oculto su «M16» amartillado. Tenía los ojos enrojecidos por el cansancio, y todo el cuerpo dolorido a causa del recorrido de quinientos cincuenta kilómetros desde Teherán.

Observó, ocioso, a un europeo alto que circulaba entre el gentío. El hombre andaba detrás de un Green Band y vestía traje oscuro, una parka y una gorra de visera. Siguió con la mirada a ambos, que pasaron por delante de la mezquita, y desaparecieron en una callejuela que había al lado. Cerca se encontraba el laberinto del bazar. Le tentaban su oscuridad, calor y seguridad, alejándose del frío.

—Insha'Allah —musitó de forma automática, recordando luego que debía dejar de utilizar aquella expresión. Se ciñó más el viejo abrigo y se acomodó mejor contra la fuente que, una vez desaparecido el hielo invernal volvería a manar agua para que el transeúnte bebiera o hiciera sus abluciones rituales antes de ir a decir sus oraciones.

—¿Qué aspecto tiene ese mulá Hussain? —había preguntado al vendedor callejero que le había servido una porción de humeante horisht de judías del caldero que colgaba sobre las brasas de carbón. Era todavía de mañana y acababa de llegar, al cabo de interminables

retrasos, quince horas más tarde de lo previsto—. ¿Qué aspecto tiene?

El hombre, viejo y desdentado, se encogió de hombros.

—Un mulá.

Otro cliente que se encontraba cerca de él lo imprecó.

—¡Ojalá te sacrifiquen! No le escuches, forastero, el mulá Hussain es un verdadero líder del pueblo, un hombre de Dios, que no posee otra cosa que un arma y municiones para matar a los enemigos de Dios.

Los clientes habían coreado a aquel jovenzuelo sin afeitar y le habían contado cómo tomó posesión de la base.

—Nuestro mulá es un verdadero seguidor del Imán y nos llevará al Paraíso, por Dios.

Ibrahim estuvo a punto de gritar su furia. Hussain y todos los mulás merecían la muerte por imbuir a aquellos pobres campesinos tales estupideces. ¿Paraíso? ¿Hermosas vestiduras, y vino, y cuarenta vírgenes perpetuas yaciendo en divanes de seda?

«No quiero pensar en amar. No quiero pensar en Sharazad, todavía no».

Sus manos acariciaron la fuerza oculta del arma. Ese roce se llevó parte de su cansancio y anhelo pero nada de su amarga e inmensa soledad por Sharazad. Ahora parte de un sueño. Era preferible así, mucho mejor. La estaba esperando en el café cuando Jari se había acercado a él.

—En el Nombre de Dios el marido ha regresado —murmuró—. Lo que jamás empezó ha terminado para siempre.

Después había desaparecido entre la multitud. Él se había levantado e ido a buscar su arma, recorriendo a pie todo el camino hasta la estación de autobuses. Ahora estaba esperando a ser pronto martirizado, tomando venganza en el nombre de las Masas contra la tiranía ciega. Ya, muy pronto. Pronto en la oscuridad y a la deslumbrante luz, sumido en la nada o en la comprensión, solo o con otros profetas, imanes, demonios, ¿quiénes?

En éxtasis, cerró los ojos. «Pronto sabré qué ocurre cuando morimos y adónde vamos. ¿Encontramos al fin la respuesta al gran enigma: Fue Mahoma el último Profeta de Dios o un loco? ¿Es el Corán verdadero? ¿Hay Dios?».

En la callejuela, al lado de la mezquita, el Green Band que conducía a Starke se detuvo y señaló hacia una casucha. Starke saltó el apestoso joub y llamó a la puerta. Esta se abrió.

—La paz sea contigo, Excelencia Hussain —dijo en farsi, en actitud tensa y vigilante—. ¿Me mandaste llamar?

—Salaam, capitán. Sí, sí; lo hice —contestó el mulá Hussain en inglés y le hizo seña de que entrase.

Starke hubo de inclinarse para poder entrar en la cabaña de una sola habitación. Dos criaturas dormían a ratos sobre su jergón de paja en el sucio suelo. Un chiquillo se le quedó mirando, agarrado a un viejo rifle, y él lo reconoció como el niño que viera durante la lucha entre los hombres de Hussain y Zataki. Un «AK47», bien engrasado y cuidado descansaba contra la pared. Más allá, cerca del fregadero, una mujer vieja y nerviosa, envuelta en un chador negro y manchado, se encontraba sentada en una silla desvencijada.

—Estos son mis hijos y esa es mi mujer —los presentó Hussain.

—Salaam —saludó Starke y disimuló el asombro que le causara el que fuera tan vieja. Luego, al verla más de cerca, comprobó que la edad no estaba en los años.

—He enviado a por ti por tres motivos. Primero, para que veas cómo vive un mulá. La pobreza es una de las principales obligaciones del mulá.

—Y enseñar, dirigir y legislar. Aparte de todo eso, Agha, sé que eres cien por cien sincero en tus creencias —«y atrapado por ellas», hubiera querido añadir Starke, aborreciendo aquella habitación con la terrible e inacabable pobreza que representaba, con su hedor y el desamparo que él sabía que no debía ser pero que existirían allí por todos los días de sus vidas, y en otros incontables hogares

pertenecientes a todas las religiones por todo el mundo. «Pero no a mi familia, gracias a Dios. Gracias a Dios nací tejano, gracias a Dios una y mil veces que yo sea de otra manera, y que mis hijos no tengan, *no tengan, por Dios*, no tengan que vivir entre la suciedad como estos pobrecitos infelices». Con un esfuerzo se contuvo para no apartar de ellos las moscas, maldiciendo a Hussain por soportar algo que no había necesidad de que soportara.

—¿Hablaste de tres motivos, Agha?

—La segunda es: ¿Por qué está programado que salgan hoy todos los hombres salvo unos pocos?

—Hace tiempo que deberían haber tomado sus permisos, Agha. El trabajo en la base va muy despacio y este es el momento idóneo.

La ansiedad de Starke iba en aumento. Aquella mañana, antes de que el mulá le convocara a su casa, había habido ya tres télex y dos llamadas por la HF de su cuartel general en Teherán. La última de Siamaki, ahora ya miembro de categoría de la Junta, que deseaba saber dónde se encontraban Pettikin, Nogger Lane y los demás. Le había dado largas, diciéndole que McIver lo llamaría tan pronto como llegara con el ministro Kia, muy consciente de la curiosidad de Wazari.

El día anterior se había enterado por primera vez de la visita de Alí Kia. Charlie Pettikin, durante su breve parada de camino para Al Shargaz, le había contado lo ocurrido a McIver y los temores que todos tenían por lo que pudiera ocurrirle.

—¡Dios mío…! —fue todo lo que pensó en ese momento.

Pero el día anterior no todo había sido malo. John Hogg había llevado el programa provisional para Torbellino de Gavallan con las claves, las horas y las coordenadas de las alternancias para repostar del otro lado del Golfo.

—Andy nos ha encargado que te digamos que todas le han sido pasadas a Scrag en Lengeh y a Rudi en Bandar Delam y que tengas en consideración el problema de las tres bases —le había dicho Hogg —. Están reservados dos «747» de carga para Al Shargaz, para la madrugada del viernes. Andy dice que eso nos dará tiempo

suficiente. Traeré otro memorándum con los últimos detalles cuando venga a por los muchachos, Duke. El botón definitivo no habrá de pulsarse hasta las siete de la mañana del viernes, o a la misma hora del sábado o del domingo. Después de esas fechas ya no hay nada que hacer.

Los espías de Esvandiary no aparecieron por allí de manera que Starke había logrado introducir otra caja de doscientas doce piezas muy valiosas a bordo del «125». Y había seguido la buena racha. Todos los permisos de salida de su personal estaban todavía vigentes; en un lugar seguro de la playa, se habían almacenado suficientes bidones de ciento cincuenta litros de combustible y Tom Lochart había acudido a Zagros a tiempo, comprometido ya como piloto para la operación Torbellino.

—¿A qué se debe ese cambio, Tom? Creí que estabas decididamente en contra suya —le había dicho, inquieto por la actitud de Lochart. Pero su amigo se había limitado a encogerse de hombros y él no había querido presionarle.

De todas maneras, estaba muy preocupado con la idea de que sus «212» tuvieran que largarse. No tenían un plan definitivo, solo posibilidades.

Logró concentrarse haciendo un esfuerzo. Aquella habitación le estaba produciendo una sensación de claustrofobia creciente.

—Van retrasados con sus permisos.

—¿Cuándo llegarán los sustitutos?

—El sábado. Esa es la fecha programada.

—Esvandiary dice que estáis enviando afuera muchos repuestos.

—De vez en cuando hay que ocuparse de los repuestos, los reemplazos y la comprobación, Agha.

Hussain lo observó con atención; luego, asintió pensativo.

—¿A qué se debió el accidente que estuvo a punto de matar a Esvandiary?

—A un corrimiento de la carga. Es una operación muy delicada.

—¿Quién es ese hombre Kia? ¿Alí Kia?

Starke no se esperaba ninguna de aquellas preguntas y se decía si no le estaría poniendo de nuevo a prueba y qué sería lo que sabía el mulá.

—Se me dijo que era un delegado del Primer Ministro Bazargan en viaje de inspección —explicó; luego, añadió—: Y también era, o es, de nuestra sociedad conjunta «IHC», tal vez incluso un director. Pero yo no sé nada sobre ello.

—¿Cuándo llegará?

—No estoy seguro. Se ordenó a nuestro director, el capitán McIver, que lo acompañara.

—¿Se le ordenó?

—Eso tengo entendido. Se le ordenó.

—¿Por qué un ministro delegado es asesor de una compañía privada?

—Me imagino que habrá que preguntárselo a él, Agha.

La expresión de Hussain se endureció.

—Sí, estoy de acuerdo. El Imán ha jurado que la corrupción cesará. Iremos juntos a la base —dijo, cogiendo el «AK47» y colgándoselo al hombro—. Salaam.

Starke y el Green Band siguieron a Hussain por la callejuela hasta una puerta lateral de la mezquita. Una vez allí, el mulá se quitó los zapatos, los recogió y entró en ella. Starke y el Green Band hicieron lo mismo, Starke, además, se quitó la gorra de visera. Recorrieron otro pasadizo, cruzaron otra puerta y se encontraron en la propia mezquita, una única habitación bajo la cúpula, con alfombras y sin ornamento alguno. Solo había azulejos decorativos acá y allá, con citas en sánscrito del Corán exquisitamente grabadas. Un atril, con un Corán abierto; cerca de él, una moderna radio-cassette y altavoces, los hilos eléctricos descuidadamente enredados, todas las bombillas al descubierto y con una luz débil. A través de los altavoces llegaba la sorda salmodia de un hombre leyendo el Corán.

Había hombres rezando, otros chismorreando, algunos durmiendo.

Quienes se dieron cuenta de la presencia de Hussain le sonrieron y él les devolvió la sonrisa. Condujo a Starke y el Green Band hasta una alcoba con columnas, ante la que se detuvo, dejó los zapatos y el arma e indicó al Green Band que se fuera.

—¿Has vuelto a pensar en lo que discutimos durante el interrogatorio, capitán?

—¿En qué sentido, Agha? —La aprensión de Starke aumentó y sintió removérsele el estómago.

—Sobre el Islam, sobre el Imán, que la paz de Dios sea con él. Sobre lo de ir a verle…

—A mí no me es posible verle, aun cuando lo quisiera.

—Tal vez yo pudiera arreglarlo. Si ves al Imán, si le escuchas y le contemplas hablar, encontrarás la paz de Dios que tanto buscas. Y la verdad.

A Starke le conmovió la evidente sinceridad del mulá.

—Si tuviera la oportunidad estoy seguro…, estoy seguro de que la aprovecharía, si me fuera posible. ¿Dijiste tres cosas, Agha?

—Esta es la tercera. El Islam. Hazte musulmán. No hay un momento que perder. Sométete a Dios, acepta que solo hay un Dios y que Mahoma es su Profeta, acéptalo y vive por siempre en el Paraíso.

La mirada era oscura y penetrante. Starke ya la había experimentado y la encontraba casi hipnotizadora.

—Ya…, ya te lo he dicho, Agha. Tal vez lo haga… cuando Dios lo quiera. —Apartó los ojos y sintió debilitarse la fuerza dominadora—. Si hemos de volver más valdrá que nos pongamos en marcha. No quisiera dejar de despedir a mis muchachos.

Era como si no hubiese hablado.

—¿Acaso no es el Imán el más santo de los hombres, el más leal, el más implacable contra la opresión? El Imán lo es, capitán. Abre tus ojos y tu espíritu a él.

Starke captó el énfasis oculto en la frase y, una vez más, le inquietó el aparente sacrilegio.

—Espero, paciente. —Miró de nuevo a los ojos que parecían atravesarle y también los muros, perdiéndose en el infinito—. Si vamos a ir, más vale que nos pongamos en marcha —dijo con el tono más amable que le fue posible.

Hussain suspiró. La luz se apagó en su mirada. Se colgó de nuevo el arma y abrió la marcha. Al llegar a la puerta principal, se calzó los zapatos, y esperó a que Starke hiciera lo mismo. Otros cuatro Green Bands se unieron a ellos.

—Vamos a ir a la base —les informó Hussain.

—He aparcado mi coche aquí mismo, en la plaza —dijo Starke, inmensamente aliviado de encontrarse de nuevo al aire libre, y lejos del hechizo de aquel hombre—. Es una «rubia», podemos ir en ella si quieres.

—Muy bien. ¿Dónde está?

Starke indicó el lugar y se encaminó hacia ella, sorteando los puestos callejeros. Les llevaba casi la cabeza a la mayoría de aquellas gentes y en su mente se barajaban todo tipo de pensamientos en aquel momento, al calibrar lo que el mulá le dijera, y qué decisión tomar con respecto a Torbellino.

—¡Maldición! —farfulló, abrumado por el peligro. «Espero que Rudi renuncie y, entonces, también yo lo haré, independientemente de lo que Scrag haga». De manera automática escudriñó los alrededores, tal como solía hacer en la carlinga, y delante, junto a la fuente, observó una conmoción. Debido a su gran altura fue el primero en descubrir al joven con el arma y al gentío dispersándose. Se detuvo, inmovilizado por la incredulidad, con Hussain junto a él. Pero no se había equivocado, aquel joven enloquecido se lanzaba a través de la multitud, dando alaridos, directamente hacia él.

—¡Asesino! —jadeó. Los hombres y mujeres que se encontraban delante de él huyeron, aterrados, y corrían, y tropezaban, apartándose del camino del muchacho. Ahora, el camino había quedado libre. Starke, atónito, vio al joven detenerse y apuntarle directamente.

—¡Cuidado!

Pero antes de que pudiera tirarse al suelo o ponerse a cubierto tras uno de los puestos, el impacto de la primera bala lo alcanzó, y lo impulsó contra uno de los Green Band. Más balas. Alguien cerca chilló. Luego, otra arma abrió fuego, ensordeciéndole.

Era Hussain. Sus reflejos habían sido muy buenos. Se había dado cuenta al instante de que el ataque asesino iba contra él y le bastó el momento de respiro que Starke le diera. Con un movimiento felino, había descolgado el arma, apuntado y apretado el gatillo al tiempo que su mente salmodiaba: «No hay más Dios que…».

Su puntería había resultado fríamente perfecta: Ibrahim Kyabi cayó acribillado, despojado de toda vida; el arma, arrancada de su mano, salió por el aire, y él se derrumbó muerto, sobre la tierra. Embotado, el mulá dejó de disparar, y, al descubrir que seguía ileso, se asombró de que las balas no le hubieran tocado; parecía imposible que el asesino hubiese fallado, imposible que él no hubiera sufrido martirio y no se encontrara ya en la senda al Paraíso. Trémulo, miró en derredor, a todo aquel pandemónium. Se recogía a los heridos, otros se quejaban y maldecían, uno de sus Green Bands se encontraba tirado en el suelo, muerto, muchos transeúntes habían resultado heridos. Starke se encontraba desplomado en tierra, medio oculto por los puestos callejeros.

—¡Alabado sea Dios, Excelencia Hussain! No está herido —dijo un Green Band.

—¡Hágase la voluntad de Dios! ¡Dios es grande…! —Hussain se acercó a Starke arrodillándose junto a él. Vio que la sangre le caía de la manga izquierda. Tenía la cara blanca como el papel—. ¿Dónde le ha dado?

—No…, no estoy seguro. Me parece que… Creo que en el hombro o en el pecho.

Era la primera vez en su vida que habían disparado contra Starke. Cuando recibió el impacto, que le hizo retroceder y caer al suelo, no sintió dolor alguno, aunque en su mente gritaba: «Estoy muerto, ese bastardo me ha matado. Jamás veré a Manuela, jamás volveré a casa, jamás veré a los niños. Estoy muerto…». Luego,

había sentido un ansia enloquecedora de echar a correr, de huir de su propia muerte. Quiso ponerse en pie de un salto, pero el dolor le había despojado de todas sus fuerzas y ya, en aquel momento, Hussain estaba arrodillado junto a él.

—Permíteme ayudarte —dijo Hussain. Y luego dirigiéndose a un Green Band—: Cógele del otro brazo.

Gritó cuando le dieron la vuelta e intentaron ayudarle a levantarse.

—¡Esperad…, por todos los cielos!

Cuando el espasmo hubo pasado, descubrió que no podía mover el brazo izquierdo en absoluto, aunque sí el otro. Se palpó el cuerpo con la mano derecha, movió las piernas… No sentía dolor alguno en ellas. Todo parecía estar bien salvo su brazo y hombro izquierdos, además de tener la cabeza como una bomba. Apretó los dientes, se abrió la parka y se sacó la camisa. La sangre le salía de una herida que tenía en el centro del hombro, aunque no brotaba y respiraba sin dificultad. Tan solo un dolor lacerante cuando se movía sin poner cuidado.

—Es…, no creo que me haya alcanzado… los pulmones.

—¡Por el hijo de un padre condenado, piloto! —exclamó, riendo, uno de los Green Bands—. Mira, tienes otro agujero en la espalda de tu chaquetón. También está sangrando. La bala debe de haberte atravesado y te ha salido por aquí. —Se disponía a meter un dedo sucio en el orificio cuando Starke le imprecó con violencia.

—¡Maldícete tú, Infiel! —le dijo—. Maldícete tú, no a mí. Tal vez Dios, en su misericordia, te haya devuelto la vida, aunque no comprendo por qué Dios había de hacer eso…

El Green Band se encogió de hombros al tiempo que se ponía en pie, miró a su camarada muerto y a los otros heridos, volvió a encogerse de hombros y se encaminó hacia donde Ibrahim Kyabi yacía, semejante a un montón de harapos caído en el polvo. Una vez a su lado, empezó a registrarle los bolsillos.

La multitud que se encontraba en la plaza comenzó a arracimarse alrededor de ellos, aislándoles a los dos. Hussain se puso en pie e

hizo que se alejasen.

—¡Dios es grande! ¡Dios es grande! —voceó—. ¡Manteneos alejados! ¡Ayudad a los que están heridos!

Cuando de nuevo tuvieron espacio en derredor, se arrodilló junto a Starke.

—¿Acaso no te advertí que tenías poco tiempo? Dios te ha protegido esta vez para darte otra oportunidad.

Pero Starke apenas lo escuchaba. Había encontrado su pañuelo y se taponaba la herida con él, intentando contener la hemorragia, mientras sentía un hilillo cálido deslizándose por su espalda. No hacía más que farfullar y maldecir, dominado ya su oscuro terror, pero sin haber superado todavía el temor de llegar a ponerse en ridículo echando a correr.

—¿Por qué diablos intentaba matarme ese bastardo? —barbotó —. ¡Ese hijo de puta! ¡Estaba loco!

—Intentaba matarme a mí, no a ti.

Starke se le quedó mirando.

—¿Fedayin, muyahidín?

—O tudeh. ¿Qué importa eso? Era un enemigo de Dios. Dios lo ha matado.

Starke volvió a sentir un dolor lacerante en el pecho. Ahogó una maldición. Le resultaba insoportable ese continuo achacarlo todo a Dios, y él no quería pensar en Dios en esos momentos, solo en los niños y en Manuela, y en una vida normal, y en salir, con mil diablos, de allí. «Estoy harto de toda esta locura y de esas matanzas en nombre de su cerril concepción de Dios».

—¡Hijos de puta! —farfulló, diluyéndose sus palabras en el estruendo.

Sentía latidos en el hombro al tiempo que el dolor aumentaba. Lo mejor que pudo, hizo una bola con su pañuelo para utilizarla a modo de tapón y se abrochó la parka mientras farfullaba obscenidades.

«¿Qué diablos voy a hacer ahora? ¡Maldito y demencial bastardo! ¿Cómo diablos voy a pilotar?». Cambió de posición, irritado consigo mismo, queriendo mostrarse estoico.

Hussain salió de su ensueño, angustiado de que Dios hubiera decidido dejarle vivir cuando, una vez más, debiera de haber sufrido martirio. ¿Por qué? ¿Por qué esta maldición? Y este americano, tampoco ha muerto con semejante ráfaga de balas. Es imposible…, ¿por qué?, ¿por qué se le ha dejado vivir también a él?

—Iremos a tu base. ¿Puedes ponerte en pie?

—Yo…, desde luego. Solo un momento. —Starke se dispuso a incorporarse—. Muy bien, con cuidado… ¡Ah, santo cielo! —Aun así, se levantó, tambaleándose ligeramente; el propio dolor le provocaba náuseas—. ¿Podrá alguno de sus hombres conducir?

—Sí. —Hussain llamó al Green Band que estaba arrodillado junto a Kyabi—. ¡Apresúrate, Firouz!

El hombre se reunió, obediente, con ellos.

—En los bolsillos solo llevaba estas monedas, Excelencia. Y esto. ¿Qué dice?

Hussain lo estudió con gran atención.

—Es una tarjeta de identidad actualizada de la Universidad de Teherán.

En la foto se veía a un guapo muchacho sonriendo a la cámara. IBRAHIM KYABI, TERCER AÑO, SECCIÓN DE INGENIERÍA. FECHA DE NACIMIENTO 12 DE MARZO DE 1955. Hussain volvió la tarjeta.

—Hay una dirección de Teherán.

—¡Apestosas Universidades! —exclamó otro de los Green Bands —. Son semilleros de Satanás y de la maldad occidental.

—Cuando el Imán las abra de nuevo, Dios le conceda la paz, los mulás se harán cargo de ellas. Acabaremos con todas las ideas occidentales antiislámicas para siempre. Entrega la tarjeta al comité, Firouz. Ellos podrán trasladarle a Teherán. Allí interrogarán a su familia y a sus amigos y se ocuparán de ellos. —Hussain se dio cuenta de que Starke le miraba—. ¿Sí, capitán?

Starke había visto la foto.

—Estaba pensando que dentro de unos días hubiera cumplido veinticuatro años. Algo penoso, ¿no?

—Dios castigó su maldad. Ahora estará ardiendo en el infierno.

AL NORTE DE KOWISS: 4.10 DE LA TARDE. El «206» sobrevolaba tranquilamente las estribaciones del Zagros, con McIver a los controles y Alí Kia dormitando junto a él. McIver se sentía muy bien. Desde el momento en que hubo tomado la decisión de pilotar él mismo el aparato, se había sentido sumamente excitado. Era la solución perfecta, la única. «¿Que mi expediente médico no se halla al día? ¿Y qué? Estamos desarrollando una operación bélica, hemos de correr riesgos y yo todavía sigo siendo el mejor piloto de la compañía».

Miró a Kia. «Si no fueras tan sumamente asno, te abrazaría por haberme dado la excusa». Sonriente, pulsó el transmisor.

—Kowiss, habla HotelTangoRayosX a trescientos dirección 185 grados hacia el interior desde Teherán con el ministro Alí Kia a bordo.

—«HTX». Mantengan posición, informen en el Registro Exterior.

El vuelo hasta el aeropuerto internacional de Isfahán y la operación de repostar habían transcurrido sin incidencias, salvo durante unos breves minutos, a raíz de tomar tierra, cuando unos Green Bands vociferantes y excitados, habían rodeado el helicóptero en actitud amenazadora, a pesar de que tenía autorización para aterrizar y repostar.

—Comunique por radio e insista en que el supervisor de la estación se presente de inmediato —había dicho Kia a McIver, acometido por una enorme ira—. ¡Yo represento al Gobierno!

McIver había hecho lo que se le decía.

—El…, humm, la torre dice que si no hemos repostado y despegado del aeropuerto en el plazo de una hora, el comité nos confiscará el aparato. —Y añadió con exquisita amabilidad, encantado de transmitir el mensaje—: Dicen…, humm, ellos han dicho: «Los pilotos extranjeros y los aviones extranjeros no son bienvenidos a Isfahán y tampoco los perros falderos del Gobierno de Bazargan dominado por los extranjeros».

—Son unos bárbaros, unos campesinos analfabetos —exclamó desdeñoso Kia, pero solo cuando estuvieron de nuevo seguros en el aire McIver se sintió enormemente aliviado de que les hubieran permitido aterrizar en un aeropuerto civil, sin tener que recurrir a utilizar la base de las Fuerzas Aéreas donde Lochart hubo repostado.

Ya se divisaba toda la base aérea de Kowiss. En la parte más alejada del campo, cerca de su complejo «IHC», McIver vio el «125» de la compañía y el corazón le dio un vuelco. «Le dije a Starke que sacara pronto a los muchachos», pensó irritado.

—Control «IHC», «HTX» procedente de Teherán con el ministro Kia a bordo.

—«IHC Control», «HTX», aterriza helipuerto 2. El viento sopla de treinta a treinta y cinco nudos a 135 grados.

McIver pudo ver Green Bands en la puerta principal, cerca del helipuerto, con Esvandiary y el personal iraní. También se estaba reuniendo allí un grupo de mecánicos y pilotos. «Mi comité de recepción —se dijo cuando reconoció a John Hogg, Lochart, Jean-Luc y Ayre. Ni rastro, todavía, de Starke—. Así que soy ilegal. ¿Qué pueden hacer? Tengo una graduación superior a la de ellos, pero si la "ICAA" lo descubre, pueden mostrarse furiosos de verdad». De cualquier manera llevaba preparado su alegato, por si acaso. «Presento mis excusas, pero la urgencia de la orden del ministro Kia exigía una decisión inmediata. Por supuesto, no volverá a ocurrir». No hubiera pasado en absoluto si no hubiera planeado la operación Torbellino. Inclinándose, sacudió a Kia para despertarle.

—Dentro de un par de minutos aterrizaremos, Agha.

Kia se frotó el rostro para espabilarse. Consultó su reloj, se arregló la corbata, se pasó el peine, y se ajustó, por último, cuidadosamente, el gorro de astracán. Estudió a la gente que se encontraba abajo, los bien cuidados hangares y todos los helicópteros perfectamente alineados…, dos «212», tres «206», dos «Alouettes»… «*Mis* helicópteros», se refociló.

—¿Por qué ha sido tan lento el vuelo? —preguntó con sequedad.

—Llegamos a tiempo, ministro. Hemos tenido algo el viento en contra.

McIver estaba poniendo toda su atención en el aterrizaje, pues quería hacerlo a la perfección. Y así fue.

De inmediato, Esvandiary abrió la portezuela del lado de Kia.

—Excelencia ministro, soy Kuram Esvandiary, jefe de «IranOil» en este área; bienvenido a Kowiss. Agha director general Siamaki, llamó para asegurarse de que estuviéramos preparados para recibirle. ¡Bienvenido!

—Gracias —repuso Kia, y luego se volvió de forma ostentosa hacia McIver—. Piloto, estate preparado para despegar a las diez de la mañana. Es posible que quiera recorrer algunos de los emplazamientos petrolíferos con Su Excelencia Esvandiary antes de regresar. Y no lo olvides, he de estar en Teherán para mi reunión de las siete de la tarde con el Primer Ministro.

Bajó y al momento le condujeron a inspeccionar los helicópteros. En seguida, Ayre, Lochart y los demás se escurrieron por debajo de las palas y se acercaron a la ventanilla de McIver, quien los miró con expresión resplandeciente, haciendo caso omiso de sus expresiones.

—Hola, ¿qué tal va la cosa?

—Deja que haga el cierre por ti, Mac —pidió Ayre—. Hemos tenido un…

—Gracias, pero soy perfectamente capaz —repuso McIver, dinámico, para decir luego a través del micrófono—. HTX cerrando. —Vio la cara de Lochart y suspiró de nuevo—. Bueno, no estoy del todo en línea. ¿Y qué?

—No es eso, Mac —dijo Lochart precipitadamente—. Han disparado contra Duke. —McIver escuchó, aterrado, mientras Lochart le contaba lo sucedido—. Ahora se encuentra en la enfermería. El doctor Nutt dice que acaso le haya tocado el pulmón.

—¡Dios Todopoderoso! Entonces, metedlo en el «125». Vamos, Johnny, en marcha, no te quedas ahí par…

—No puedes, Mac —le interrumpió Lochart con la misma premura—. Hotshot ha retrasado la salida hasta después de la

inspección de Kia… Ayer, Duke trató por todos los medios de sacarlo antes de tu llegada, pero Hotshot es un hijo de puta. Y eso no es todo. Creo que en Teherán nos han calado.

—*¡Cómo!*

Lochart le refirió lo de los télex y las llamadas por HF.

—Siamaki ha estado retorciendo la oreja a Hotshot, haciéndole excitarse. Yo cogí la última llamada de Siamaki, pues Duke se había ido a ver al mulá, y estaba enloquecido, como el hijo de puta que es. Le repetí lo que Duke dijera y traté de entretenerle comentándole que tú lo llamarías cuando llegases aquí. Pero sabe que tú y Charlie os habéis largado de tu apartamento, Mac.

—¡Alí Babá! Deben haberle encargado que nos espíe.

La cabeza le daba vueltas a McIver. Y, entonces, vio al pequeño San Cristóbal de oro que habitualmente colgaba de la brújula magnética cuando volaba. Era un regalo de Genny, su primer regalo, un regalo de guerra, se lo había comprado poco después de haberse conocido, cuando él estaba en la RAF y ella era una WAAF. «Solo es para que no te pierdas, muchacho le había dicho por aquel entonces. No tienes mucho olfato para el Norte».

Sonrió y la bendijo en su fuero interno.

—Primero veré a Duke. —Dijo mientras miraba a Esvandiary y a Kia vagando alrededor de la fila de helicópteros—. Tom, y tú Jean-Luc, a ver si podéis mantener entretenido a Kia, dad coba a ese bribón, hacerle que se sienta cojonudamente satisfecho… Me reuniré con vosotros tan pronto como pueda. —Se largaron al instante—. Freddy, haz correr la voz de que, tan pronto como recibamos el visto bueno de salida para el «125», todos suban a bordo lo más rápido y sigilosamente posible. ¿Está todo el equipaje arriba?

—Sí, pero ¿qué hay de Siamaki?

—Ya me ocuparé yo de ese granuja. En marcha.

McIver se alejó presuroso.

Johnny Hogg lo siguió.

—Un recado al oído, Mac, antes de que te lances a la aventura.

Se detuvo al notar un tono apremiante en su voz.

—¿Qué pasa, Johnny?

—Urgente y privado de parte de Andy: Si el tiempo empeora, es posible que aplace Torbellino hasta el sábado, en lugar de llevarlo a cabo mañana. El viento ha cambiado, soplará de cabeza en lugar de cola…

—¿Me estás diciendo que no distingo el Sureste del Noroeste?

—Lo siento. Andy también dijo que puesto que estás aquí, no puede darte el sí o el no decisivo que te prometió.

—De acuerdo. Pídele que se lo dé a Charlie. ¿Algo más?

—El resto puede esperar. Aún no se lo he dicho a los otros.

El doctor Nutt estaba en la enfermería con Starke. Este se encontraba tumbado en un catre, con el brazo en cabestrillo y el hombro envuelto en vendas.

—Hola, Mac, ¿has tenido un buen vuelo? —preguntó mordaz.

—¡No empecemos! Hola doc. Te vamos a sacar de aquí en el «125», Duke.

—No, está lo de mañana.

—Mañana me ocuparé yo de mañana y, entretanto, subirás al «124…», ¡no, al «125»! —dijo McIver, irritado, perdiendo en parte el control ante su alivio por haber hecho el vuelo sin novedad y haber encontrado a Starke con vida—. No empieces a comportarte como si fueras Deadeye Dick en el Álamo.

—¡No estaba en el condenado Álamo! —replicó Starke, furioso—. Además, ¿quién diablos eres tú para comportarte como Chuck Yeager?

—Si no empezáis a comportaros como es debido, ordenaré que os pongan a los dos sendas condenadas lavativas.

De repente, los dos hombres se echaron a reír y Starke hizo una mueca de dolor.

—Por lo que más quieras, Doc, no me hagas reír…

Por su parte McIver dijo:

—Kia insistió en acompañarme, Duke. No podía decirle que se fuera al diablo.

—Claro —gruñó Starke—. ¿Qué tal ha ido?

—Formidable.

—¿Qué hay del viento?

—No es un positivo para mañana —respondió McIver cauteloso —. Puede volver a cambiar con la misma rapidez.

—De seguir así, es de treinta nudos en cabeza, o peor, y no podremos hacer la travesía del Golfo. No hay forma de que llevemos suficiente comba.

—Sí. ¿Cuál es la situación, doc?

—A Duke deberían verle por rayos X lo más pronto posible. Tiene la paletilla astillada y el tendón y el músculo han sufrido ciertos daños, la herida es limpia. Puede que haya una astilla o dos en el pulmón izquierdo, ha perdido medio litro de sangre más o menos, pero, en conjunto, ha tenido una condenada suerte.

—Me encuentro bien, Doc, puedo moverme —dijo Starke—. Por un día no pasará nada. Aún puedo ir mañana.

—Lo siento, amigo, pero has sufrido un shock. Las heridas de bala provocan eso. Es posible que ahora no lo sientas pero dentro de una o dos horas ya lo verás… Te lo garantizo. —El doctor Nutt estaba muy contento de irse ese mismo día en el «125». «No quiero tener que volver a ocuparme —se dijo—. No quiero ver más cuerpos jóvenes y sanos destrozados por las balas y mutilados. Ya estoy harto. Sí, pero de aguantarlos unos días más, tendré que ocuparme aún de otros porque la operación Torbellino no se logrará. Desde luego que no, puedo sentirlo en los huesos»—. Lo siento, pero representarías un riesgo en cualquier operación, por pequeña que fuese.

—Es mejor que te vayas inmediatamente, Duke —dijo McIver—. Tú coge uno, Tom…, no es necesario que Jean-Luc se quede.

—¿Y qué diablos piensas hacer tú?

El rostro de McIver se iluminó con una sonrisa.

—Yo seré un pasajero. Pero, entretanto, soy un maldito piloto, muy particular, del maldito Kia.

EN LA TORRE: 4.50 DE LA TARDE.

—Le repito, Mr. Siamaki —dijo McIver, inflexible, al micrófono— que hay una conferencia especial en Al Sh…

—Y yo le repito, ¿por qué no se me informó de inmediato?

A través del altavoz, la voz sonaba estridente e irritada.

McIver tenía los nudillos blancos por la fuerza con que sujetaba el micrófono, mientras era observado atentamente por un Green Band y Wazari, con la cara todavía tumefacta por la paliza que Zataki le propinó.

—Se lo repito, Agha Siamaki —dijo con voz tranquila—. Se requería urgentemente la presencia de los capitanes Pettikin y Lane en Al Shargaz y no hubo tiempo de informarle.

—¿Por qué? Estoy aquí, en Teherán. ¿Por qué no se informó a la oficina? ¿Dónde están los permisos de salida? ¿Dónde?

McIver simuló sentirse algo exasperado.

—Ya se lo he dicho, Agha, no había tiempo… En Teherán, los teléfonos no funcionaban, y el comité del aeropuerto me autorizó las salidas. Hablé yo personalmente, con Su Excelencia el mulá en el aeropuerto.

El Green Band bostezó, aburrido, ya que no hablaba inglés y se aclaró ruidosamente la garganta.

—Ahora, si me perd…

—Pero usted y el capitán Pettikin han retirado sus pertenencias del apartamento, ¿no es así?

—Solo algunas cosas valiosas y únicamente como precaución para evitarles la tentación a infames muyahidines, fedayines, ladrones y bandidos mientras nosotros estuviésemos fuera —dijo con tono indiferente McIver, consciente de la atención de Wazari y seguro de que la torre de la base aérea estaba registrando aquella conversación—. Ahora, si me perdona, el ministro Kia requiere mi presencia.

—Ah, el ministro Kia, ah, sí —dijo Siamaki calmándose algo su irritación—. ¿A qué hora, humm, llegarán ustedes dos mañana a Teherán?

—Depende de los vientos… —McIver se puso bizco al sentir de repente un deseo casi irresistible de proclamar la operación Torbellino. «Debo estar empezando a chochear», se dijo. E hizo un gran esfuerzo por concentrarse—. Dependerá del ministro Kia, de los vientos. También tenemos que repostar combustible. Más o menos por la tarde.

—Les estaré esperando. Incluso puede que vaya a recibirles al aeropuerto si conocemos su ETA. Hay cheques pendientes de firma y hemos de discutir diversas medidas. Por favor, presente a Mr. Kia mis mejores deseos y dígale que le deseo una agradable estancia en Kowiss. Salaam.

La transmisión se cortó y McIver respiró aliviado mientras dejaba el micrófono.

—Sargento, ya que estoy aquí, me gustaría llamar a Bandar Delam y Lengeh.

—Tendré que consultar con la base —dijo Wazari.

—Adelante —McIver miró por la ventana.

El tiempo se estaba deteriorando, el viento del Este agitaba fuertemente el mástil de la radio. Treinta nudos, racheando a treinta y cinco. «Demasiado», se dijo. El tanque de cieno suspendido que se desplomó sobre el tejado se encontraba tan solo a unos metros de distancia. Podía ver a Hogg y a Jones esperando, pacientemente, en la carlinga del «125», con la puerta de la cabina abierta, invitadora. Por la otra ventana vio a Kia y Esvandiary que habían terminado su inspección y se encaminaban en su dirección, hacia las oficinas que se encontraban directamente debajo de él. Con aire indiferente, observó que un conectador de la antena principal en el tejado estaba flojo, luego, se dio cuenta de que estaba prácticamente suelto.

—Más vale que arregle eso, sargento, podría perder todas las transmisiones.

—¡Dios mío! Claro, gracias —Wazari se levantó, luego se detuvo.

A través del altavoz se escuchó: «Aquí Torre de Kowiss. Aprobada petición de llamada a Bandar Delam y Lengeh». Dio gracias, cambió las frecuencias e hizo la llamada.

—Aquí Bandar Delam, adelante Kowiss. —A McIver, el corazón le dio un salto al reconocer la voz de Rudi Lutz.

Wazari le alargó el micrófono sin apartar los ojos de la conexión defectuosa del exterior.

—Hijo de puta —farfulló y, cogiendo algunas herramientas, abrió la puerta que conducía al tejado y salió. Aún se encontraba al alcance del oído.

El Green Band bostezó mientras vigilaba con indiferencia.

—Hola, capitán Lutz, soy McIver. Haré noche aquí —dijo McIver con tono indiferente, eligiendo las palabras con todo cuidado—. He de escoltar a un VIP, el ministro Kia de Teherán. ¿Cómo van las cosas en Bandar Delam?

—Estamos cinco por cinco pero si… —La voz calló. McIver pudo sentir el resuello y la preocupación, rápidamente dominados. Miró a Wazari que se encontraba en cuclillas junto al conectador—. ¿Cuánto tiempo…, cuánto tiempo te quedarás, Mac? —preguntó Rudi.

—Estaré en ruta mañana tal como está planeado. Siempre que el tiempo se mantenga —añadió cauteloso.

—Entendido. No hay de qué preocuparse.

—No hay de qué preocuparse. Todos los sistemas en marcha para un año largo y feliz. ¿Y qué me dices de ti?

Una nueva pausa.

—Todo al cinco por cinco. Todos los sistemas en marcha para un año largo y feliz. ¡Y *vive* el Imán!

—Perfectamente. El motivo de la llamada es que el cuartel general en Aberdeen necesita urgentemente información sobre «la actualización de tu expediente de impresión». ¿Está preparado?

Aquella era la clave referida a los preparativos de Torbellino.

—Sí, sí, lo está. ¿Adónde debo enviarlo? La clave de: ¿Sigue siendo Al Shargaz el punto de destino?

—Gavallan está en Al Shargaz en viaje de inspección así que mándalo allí… Es de vital importancia que hagas un esfuerzo especial para que llegue lo más pronto posible. He oído en Teherán que había un vuelo de la «BA» mañana para Abadán. Envíalo mañana con ese vuelo a Al Shargaz. ¿De acuerdo?

—Perfectamente. He estado trabajando todo el día en los detalles.

—Excelente. ¿Cómo está la situación de reemplazos de tu personal?

—Formidable. Los que tenían que irse ya lo han hecho, esperamos a los sustitutos el sábado, el domingo a más tardar. Todo está preparado para su llegada. En el próximo reemplazo, me toca a mí.

—Muy bien, estaré aquí por si me necesitas. ¿Qué tal el tiempo por ahí?

Una pausa.

—Tormentoso. Ahora está lloviendo. Sopla del Sureste.

—Lo mismo por aquí. No hay de qué preocuparse.

—Y a propósito. Siamaki ha llamado un par de veces aquí, a Numir, a nuestro gerente de «IranOil».

—¿Sobre qué? —preguntó McIver.

—Solo para mantenerse en contacto con la base, eso ha dicho Numir.

—Bien —respondió, cauteloso, McIver—. Me alegro de que esté interesado en nuestra operación. Llamaré mañana. Todo es cuestión de rutina. Felices aterrizajes.

—Lo mismo digo. Gracias por llamar.

McIver cortó la comunicación maldiciendo a Siamaki. ¡Condenado bastardo fisgón! Miró hacia afuera. Wazari seguía de espaldas a él, arrodillado junto a la base de la antena, cerca de la claraboya sobre las oficinas de abajo, totalmente absorto en su trabajo, así que, prescindió de él e hizo la llamada a Lengeh.

Scragger contestó puntualmente.

—Hola, amigo. Sí, ya nos hemos enterado que estabas ocupado en un vuelo ocasional de rutina, acompañando a un VIP… Andy llamó desde Al Shargaz. ¿Qué hay de nuevo?

—Rutina. Todo está saliendo como lo planeamos. El cuartel general en Aberdeen necesita información sobre «la actualización de tu expediente de impresión», ¿está preparado?

—Como jamás lo estuvo. ¿Adónde lo envío?

—A Al Shargaz. Es lo más fácil para ti. ¿Puedes mandarlo mañana?

—Supongo que sí, amigo. Lo prepararé. ¿Qué tal el tiempo por ahí?

—Del Sureste, de treinta a treinta y cinco nudos. Johnny dice que tal vez aclare mañana. ¿Y tú?

—Más o menos lo mismo. Esperemos que terminen los problemas para nosotros.

—Bien. Llamaré mañana. Felices aterrizajes.

—Lo mismo digo. Y a propósito, ¿qué tal Lulú?

McIver juró entre dientes ya que con toda la excitación por el cambio de planes al tener que acompañar a Kia, había olvidado totalmente la promesa hecha a su coche de salvarlo de algo peor que la muerte. Se había limitado a dejarlo en uno de los hangares como una indicación más al personal de allí, de que volvería al día siguiente.

—Estupendamente —dijo—. ¿Y tu ficha médica?

—Formidable. ¿Y qué tal la tuya, amigo?

—Te veré pronto, Scrag —McIver cortó, irónico, la transmisión. Ahora se sentía muy cansado. Se desperezó y se puso en pie dándose cuenta de que el Green Band se había ido y de que Wazari se encontraba en pie, en la puerta que daba al tejado, con una expresión extraña en el rostro—. ¿Qué pasa?

—Yo… nada, capitán. —El joven, que se había quedado helado, cerró la puerta y se sobresaltó al darse cuenta de que en la torre solo se encontraban ellos dos—. ¿Dónde está el Green Band?

—No lo sé.

Wazari inspeccionó rápidamente la escalera y luego se volvió hacia McIver.

—¿Qué está pasando, capitán? —preguntó bajando la voz. McIver olvidó su cansancio al instante.

—No le entiendo.

Todas esas llamadas de Siamaki, los télex, los muchachos abandonando Teherán sin permisos de salida, todos los chicos yéndose de aquí, sacando repuestos… y de extranjis —señaló con un pulgar la claraboya—. La llegada repentina del ministro.

—El personal necesita relevos, los repuestos son excesivos. Gracias por su ayuda.

McIver se dispuso a salir pero Wazari se interpuso en su camino.

—Aquí algo anda mal. No puede dec… —calló. Se escucharon pasos en las escaleras—. Escuche, capitán —musitó con tono apremiante—, estoy de su parte, he hecho un trato con su capitán Ayre, va a ayudarme…

El Green Band entró como un huracán en la habitación, y dijo algo en farsi a Wazari que abrió los ojos desmesuradamente.

—¿Qué ha dicho? —preguntó McIver.

—Esvandiary quiere que baje.

Wazari sonrió sardónico luego, volvió a salir al tejado se puso en cuclillas junto al conectador, manipulando en él.

EN LA OFICINA DE ESVANDIARY: 5.40 DE LA TARDE. Tom Lochart estaba pálido de furia, lo mismo que McIver.

—Pero nuestros permisos de salida están vigentes y tenemos autorización para que nuestro personal salga hoy. ¡Ahora mismo!

—Con la aprobación del ministro Kia se retienen los permisos hasta la llegada de los reemplazos —dijo Esvandiary tajante. Estaba sentado a la mesa de su escritorio y Kia a su lado. Lochart y McIver, en pie, delante de ellos. Casi se estaba poniendo el sol.

—Agha Siamaki, ¿está también de acuerdo?

—Desde luego —Kia estaba en extremo divertido ante su desconcierto. ¡Malditos extranjeros!—. No es necesaria toda esta urgencia, capitán. Es mucho mejor hacer las cosas con orden y calma. Mucho mejor.

—El vuelo se hace así siempre, ministro Kia —dijo McIver apretando los labios—. Tenemos los permisos. Insisto en que el aparato despegue como estaba planeado.

—Estamos en Irán, no en Inglaterra —se mofó Esvandiary—. Incluso allí, dudo que usted pueda insistir en nada. —Estaba muy satisfecho consigo mismo. El ministro Kia se había mostrado encantado con su pishkesh, los ingresos de un futuro pozo de petróleo, y de inmediato le había ofrecido entrar a formar parte de la Junta de «IHC». Luego, ante su divertida complacencia, Kia le había indicado que los permisos de salida debían gravarse con cierta cantidad. «Que suden los extranjeros —había añadido el ministro—. Para el sábado estarán más que ansiosos de motu proprio por ofrecer…, digamos…, ¿trescientos dólares americanos por cabeza?».

—Como el ministro afirma —asintió pomposo Esvandiary—, las cosas han de hacerse ordenadamente. Y ahora estoy muy ocupado. Buenas tarde.

La puerta se abrió violentamente y Starke entró en la oficina, con la cara congestionada, fuertemente apretado el puño bueno, y el brazo izquierdo en cabestrillo.

—¿Qué diablos pasa, Esvandiary? ¡No puedes cancelar los permisos!

—¡Por amor de Dios, Duke, no debes estar aquí! —le gritó McIver.

—Los permisos han sido aplazados, no cancelados. ¡Aplazados! —Esvandiary tenía la cara contraída por la furia—. Y ahora, ¿cuántas veces habré de deciros que corrijáis vuestros malos modales y llaméis a la puerta? ¡Que llaméis! Esta no es tu oficina, sino la mía, dirijo esta base, no tú, y el ministro Kia y yo teníamos una reunión que todos vosotros habéis interrumpido. Y ahora, ¡fuera, fuera todo el mundo! —Se volvió hacia Kia, como si ambos se encontraran

solos, y dijo en farsi con un nuevo tono de voz—: Le presento mis excusas por todo esto, ministro Kia. Ya se dará cuenta con lo que tengo que enfrentarme. Le recomiendo seriamente que nacionalicemos todos los aviones extranjeros y utilicemos a nuestros propios pil…

—¡Escucha, tú, hijo de puta!

—¡FUERA! —Esvandiary abrió el cajón donde guardaba la automática mas no llegó a sacarla.

El mulá Hussain apareció en la puerta seguido de varios Green Bands. Se hizo un silencio súbito en la habitación.

—En el Nombre de Dios, ¿qué está pasando aquí? —preguntó Hussain en inglés, mirando a Esvandiary y Kia con dureza.

Al punto, Esvandiary se puso en pie y empezó a explicarse, hablando en farsi. Pero, Starke intervino de inmediato con su versión y, al cabo de un momento, ambos hablaban al mismo tiempo y cada vez más alto. Hussain, impaciente, alzó una mano.

—Primero tú, Agha Esvandiary. Por favor, habla en farsi para que el Comité pueda entenderte.

Permaneció escuchando, impasible, la larga y parcial perorata de Esvandiary. Sus cuatro Green Bands seguían en la puerta. Luego, hizo una indicación a Starke.

—¿Capitán?

Starke tuvo buen cuidado de mostrarse breve y de ir al grano. Hussain se dirigió a Kia.

—Y ahora, Excelencia ministro, ¿me permite ver sus poderes para invalidar la autorización y los permisos de salida de Kowiss?

—¿Invalidar, Excelencia Mulá? ¿Aplazar? Yo no —alegó Kia con soltura—. Yo soy tan solo un servidor del Imán, la Paz de Dios sea con él, y con el Primer Ministro, nombrado personalmente por él y con su Gobierno.

—Su Excelencia Esvandiary dijo que habías aprobado el aplazamiento.

—Me limité a mostrarme conforme con su deseo de una reorganización del personal extranjero.

Hussain miró lo que había sobre la mesa.

—¿Son estos los permisos de salida con los pasaportes?

A Esvandiary se le quedó la boca seca.

—Sí, Excelencia.

Hussain los recogió todos entregándoselos a Starke.

—Los hombres y el aparato pueden salir inmediatamente.

—Gracias, Excelencia —murmuró Starke, empezando a acusar los efectos de la tensión.

—Déjame que te ayude —pidió McIver, cogiéndole los permisos y pasaportes—. Gracias, Agha —dijo dirigiéndose a Hussain, jubiloso por la victoria.

La mirada de Hussain seguía siendo tan fría y dura como siempre.

—El Imán ha dicho: «Si los extranjeros quieren irse, dejadlos, no los necesitamos».

—Humm, sí, gracias —farfulló McIver, no gustándole la proximidad de aquel hombre. Salió de la habitación seguido de Lochart.

—Me temo que yo también habré de irme en el aparato, Excelencia —dijo Starke en farsi lo que el doctor Nutt había dicho, añadiendo luego en inglés—. No quiero irme pero, bien, así están las cosas. Insha'Allah.

Hussain asintió con aire ausente.

—Tú no necesitas permiso de salida. Sube a bordo. Yo se lo explicaré al Comité. Iré a ver despegar el aparato.

Salió de la habitación y subió a la torre para informar de su decisión al coronel Changiz.

Todos subieron a bordo del «125» en un abrir y cerrar de ojos. El último en la escalerilla fue Starke, ya con las piernas inseguras. Doc Nutt le había dado calmantes suficientes para que pudiera subir a bordo.

—Gracias, Excelencia —había dicho a Hussain, intentando hacerse oír a través del estruendo de los motores, todavía temeroso

de él pero resultándole simpático, sin saber porqué—. Que la Paz de Dios sea contigo.

A Hussain parecía envolverle un extraño halo.

—La corrupción, las mentiras y el robo van contra las leyes de Dios, ¿no es así?

—Sí, sí, así es —Starke observó la indecisión de Hussain. Luego, el momento pasó.

—La paz sea contigo, capitán.

Hussain dio media vuelta y se alejó. El viento se había vuelto ligeramente más fresco.

Starke subió pesadamente la escalerilla haciendo uso de su mano buena, queriendo andar erguido. Una vez arriba, se sujetó con fuerza a la barandilla y miró hacia atrás un momento, zumbándole la cabeza y con un fuerte dolor en el pecho. Era mucho lo que dejaba allí, ¡tanto…, demasiado! No era tan solo helicópteros, repuestos y cosas materiales…, se trataba de algo más que eso, mucho más. «Debería quedarme, maldición, no irme». Entristecido, saludó con la mano a los que se quedaban y alzó frente a ellos los pulgares, penosamente consciente de sentirse agradecido por no encontrarse entre ellos.

En la oficina, Esvandiary y Kia observaban deslizarse el «125». «¡Malditos sean de Dios, ojalá ardan todos ellos por interferir!», se decía Esvandiary. Luego, dio de lado su furia concentrándose en la gran fiesta que habían organizado unos selectos amigos, desesperadamente deseosos de conocer al ministro Kia, *su* amigo y colega director, seguida de un espectáculo de danzarines y, más tarde, de los matrimonios ocasionales.

La puerta se abrió. Y, ante su gran asombro, Hussain entró, lívido de ira, y tras él los Green Bands. Esvandiary se puso en pie.

—¿Sí, Excelencia? ¿Qué puedo hacer por…? —calló cuando un Green Band le quitó bruscamente de en medio para que Hussain

pudiera sentarse a la mesa del escritorio. Kia siguió sentado donde estaba, realmente perplejo.

—El Imán, la paz de Dios sea con él, ha ordenado a los comités aplastar la corrupción allá donde se encuentre. Este es el Comité de la base aérea de Kowiss. Vosotros dos estáis acusados de corrupción.

Kia y Esvandiary se pusieron pálidos y ambos empezaron a hablar a la vez, asegurando que aquello era una ridiculez y que les habían acusado en falso. Hussain alargó la mano y cogió el reloj de oro con pulsera de oro que Esvandiary llevaba en la muñeca.

—¿Dónde compraste esto y con qué lo pagaste?

—De mis… mis ahorros y…

—Embustero. Es pishkesh por dos trabajos. El Comité está enterado. Y ahora, ¿qué me dices sobre tu intriga para defraudar al Estado, ofreciendo en secreto futuros ingresos por el petróleo a funcionarios corruptos con vistas a futuros servicios?

—Eso es ridículo, Excelencia. ¡No son más que mentiras, todo mentiras! —protestó Esvandiary a gritos, presa del pánico.

Hussain miró a Kia que también tenía el rostro ceniciento.

—¿Qué funcionarios, Excelencia? —preguntó Kia, manteniendo un tono tranquilo, seguro de que sus enemigos le habían tendido una trampa para apartarle de su influyente posición. «¡Siamaki! ¡Tiene que haber sido Siamaki!».

Hussain hizo una seña a uno de los Green Bands que salió, para volver al instante con Wazari, el operador de radio.

—Repite, ante Dios, lo que me has contado a mí —le ordenó.

—Como ya te he dicho antes, Excelencia, yo me encontraba en el tejado —comenzó Wazari, nervioso—. Estaba reparando una de nuestras líneas y pude escucharles a través de la claraboya. A él le oí hacer la oferta. —Y señaló con un dedo rígido a Esvandiary, satisfecho de aquella oportunidad que se le ofrecía de vengarse. «De no haber sido por Esvandiary, ese demente de Zataki jamás se hubiera ocupado de mí, no me hubiera golpeado y herido, ni hubiera estado a punto de matarme»—. Hablaban en inglés y él dijo: «Puedo

arreglar el desvío de ingresos por el petróleo de los pozos nuevos, manteniendo los pozos fuera de las listas y desviar los fondos para ti…».

Esvandiary estaba aterrado. Había tenido buen cuidado de alejar a todo el personal del edificio de la oficina y, para mayor seguridad, había hablado en inglés. Ahora, ya estaba condenado. Escuchó a Wazari terminar con su relato y a Kia empezar a explicar su postura en voz queda, con calma, eludió toda complicidad con él, asegurando que lo único que había hecho era inducir a hablar a aquel hombre corrupto y diabólico.

—Se me pidió que hiciera una visita aquí con ese único propósito, Excelencia. El Gobierno del Imán, Dios le proteja, me envío aquí con ese único propósito, desarraigar la corrupción allá donde se encuentre. Permíteme felicitarte por tu gran celo. Si me lo permites, tan pronto como regreses a Teherán, te recomendaré directamente al propio Comité Revolucionario…, y, ni que decir tiene, al Primer Ministro.

Hussain miró a los Green Bands.

—¿Es Esvandiary culpable o no?

—¡Culpable, Excelencia!

—¿Es el hombre Kia culpable o no?

—¡Culpable! —gritó Esvandiary antes de que nadie contestara. Uno de los Green Bands se encogió de hombros.

—Todos los de Teherán son mentirosos. ¡Culpable! —exclamó, y los demás asintieron, repitiendo sus palabras.

—Los mulás y ayatolás de Teherán no son mentirosos —dijo cortésmente Kia—. Y tampoco lo es el Imán, que Dios le salve, al que tal vez pueda llamársele teheraní porque ahora vive allí. Yo resulta que también vivo allí, pero nací en la Santa Qom, Excelencias —añadió, bendiciendo aquel hecho por primera vez en su vida.

Uno de los Green Bands rompió el silencio.

—Lo que dice es verdad, Excelencia, ¿no es así? —Se rascó la cabeza—. ¿Sobre lo de los teheraníes?

—¿Que no todos los teheraníes son mentirosos? Sí, es verdad —dijo Hussain mirando a Kia, él mismo inseguro—. Ante Dios, ¿eres culpable o no?

—Claro que no soy culpable, Excelencia. ¡Ante Dios! —La mirada de Kia revelaba la más absoluta inocencia. «¿Crees poder pescarme con eso, loco? *Taqiyah* me da el derecho a protegerme siempre que considere que mi vida está amenazada por falsos mulás».

—¿Cómo explicas que un ministro del Gobierno sea, al mismo tiempo, director de esta compañía de helicópteros?

—El ministro encargado… —Kia calló debido a que Esvandiary le interrumpía ruidosamente voceando acusaciones—. Lo siento, Excelencias, es la Voluntad de Dios, pero con todo este ruido resulta difícil hablar sin hacerlo a gritos.

—¡Sacadle afuera! —Se llevaron a Esvandiary prácticamente a rastras—. ¿Bien?

—El ministro encargado de la Junta de la Aviación Civil me pidió que me incorporara a la junta de IHC en calidad de representante del Gobierno —dijo Kia exponiendo la verdad manipulada como si estuviera revelando un secreto de Estado, añadiendo otros extremos exagerados con igual pomposidad—. No estamos seguros de la lealtad de los directores. Y también puedo decirle, en privado, Excelencia, que dentro de unos días serán nacionalizadas todas las compañías aéreas extranjeras…

Les habló con tono intimista, modulando la voz para alcanzar un mayor efecto y, cuando consideró llegado el momento perfecto, calló al tiempo que suspiraba.

—Ante Dios confieso que estoy tan libre de corrupción como tú, Excelencia, y aun cuando sin tu inmensa vocación, yo también he dedicado mi vida al servicio del pueblo.

—Que Dios te proteja, Excelencia —clamó uno de los Green Band.

Los demás se mostraron de acuerdo e incluso Hussain sentía disipadas casi todas sus dudas. Se disponía a ahondar algo más en el asunto cuando escucharon un lejano almuédano desde la base

aérea, llamando a la oración de la tarde, y se reprendió a sí mismo por verse apartado de Dios.

—Ve con Dios, Excelencia —dijo poniendo fin al asunto y levantándose.

—Gracias, Excelencia. Ojalá Dios os conserve a ti y a todos los mulás a salvo para rescatarnos a nosotros y a toda nuestra gran Nación Islámica de la influencia de Satanás.

Hussain abrió la marcha hacia el exterior. Allí, bajo su dirección, todos se limpiaron ritualmente, vueltos hacia La Meca y oraron, Kia, Green Bands, personal de oficinas, trabajadores, empleados de cocina, todos ellos complacidos y contentos de poder, una vez más, atestiguar abiertamente cada uno su sumisión personal a Dios y al Profeta de Dios. Solo Esvandiary sollozó entre abyectas plegarias.

Luego Kia regresó a la oficina. En medio de un absoluto silencio se sentó ante la mesa, se permitió un respiro secreto y muchas, infinidad de felicitaciones. «¡Cómo se atreve ese hijo de perra de Esvandiary a acusarme a mí! ¡A mí, al ministro Kia! ¡Ojalá Dios le haga arder y a todos los enemigos del Estado!». De afuera le llegó el ruido de una descarga. Con toda calma, sacó un cigarrillo y lo encendió. «Cuanto antes abandone este lugar de mierda, tanto mejor», se dijo. Un furioso turbión sacudió el edificio. El agua resbalaba a raudales por los cristales de las ventanas.

LVII

LENGEH: 6.50 DE LA TARDE. La puesta de sol era tenebrosa, el cielo estaba prácticamente cubierto de nubes, densas y oscuras.

—Por la mañana estará todo encapotado, Scrag —dijo Ed Vossi, el piloto americano, agitado el oscuro cabello por el viento que soplaba desde Ormuz a través del Golfo, en dirección a Abadán—. ¡Maldito viento!

—Nosotros andaremos bien, amigo. Pero ¿y Rudi, Duke y los demás? Si esto sigue así o empeora, van a verse con el agua al cuello.

—¡Maldito viento! ¿Por qué había de ser precisamente hoy cuando cambiara de dirección? Es casi como si los dioses se estuvieran riendo de nosotros.

Los dos hombres se encontraban de pie, en el promontorio que daba al Golfo, debajo del asta de la bandera. Más allá, el estrecho coronado de espuma. Detrás de ellos se hallaba la base y el aeropuerto, todavía mojados por el aguacero pasajero de aquella mañana. Debajo y a la derecha tenían su playa y la balsa desde la que nadaban. A partir del día del tiburón, nadie había vuelto a aventurarse por allí, permaneciendo en aguas poco profundas por si acaso otro les estaba esperando.

—Me sentiré condenadamente contento cuando todo esto haya acabado —farfulló Vossi.

Scragger asintió con aire ausente, todos sus pensamientos centrados en las previsiones meteorológicas, intentando averiguar qué pasaría durante las próximas doce horas, siempre difícil en esa estación en la que el Golfo, habitualmente tranquilo, solía estallar

con súbita y monstruosa violencia. Durante 363 o 364 días del año, el viento del noroeste prevalecía. En aquellos momentos, no.

La base aparecía tranquila, solo quedaban Vossi, Willi Neuchtreiter y dos de los mecánicos. Todos los demás pilotos y su gerente de oficinas británicos se habían ido, hacía dos días ya, el martes, mientras él se encontraba en ruta de regreso desde Bandar Delam, con Kasigi.

Willi les había llevado a todos a Al Shargaz por mar.

—Por las barbas de Satanás, no tuvimos dificultad alguna, Scrag —le había dicho Willi encantado, al tomar él tierra—. Tu plan salió perfecto. Enviarles por barco fue muy inteligente, mucho mejor que por helicópteros. Y más barato. El Comité se limitó a encogerse de hombros y a instalarse en uno de los remolques.

—¿Duermen en la base ahora?

—Algunos de ellos, Scrag. Tres o cuatro. Me he asegurado de que se les proporcione arroz y horisht en grandes proporciones. Es un grupo bastante aceptable. Masoud está intentando también merecer de ellos buenas notas.

Masoud era su gerente de «IranOil».

—¿Por qué te has quedado, Willi? Sé la opinión que esta aventura te merece. Y, además, te dije que te fueras en el barco. No te necesitamos.

—Claro que no, pero ¡voto a tal!, como diría aquel, que vas a necesitar un buen piloto a tu lado…, podrías perderte.

«El bueno de Willi», se dijo Scragger. Se alegraba de que se hubiese quedado. Y lo sentía también.

Desde que el martes regresara de Bandar Delam, estaba profundamente inquieto, por nada que pudiera definir, solo tenía la sensación de que unos elementos sobre los que no tenía control amenazaban con descargarse en cualquier momento. El dolor en el bajo vientre había remitido, pero, de vez en cuando, aparecía algo de sangre en la orina. El no haber puesto al corriente a Kasigi sobre Torbellino contribuía a aumentar su malestar. «Diablos —se dijo—,

no podía arriesgarme a divulgar la operación Torbellino. Lo hice lo mejor que pude diciendo a Kasigi que hablara con Gavallan».

El día anterior, miércoles, Vossi había llevado a Kasigi a través del Golfo. Scragger entregó una carta confidencial a Vossi para Gavallan explicándole lo sucedido en Bandar Delam y su dilema frente a Kasigi, dejando que Gavallan decidiera lo que debía hacerse. En la carta también le daba detalles de su reunión con Georges de Plessey, profundamente preocupado de que las dificultades comenzaran de nuevo en el complejo de Siri.

«Los daños en el bombeo y las conducciones en Siri son peores de lo que se pensó en un principio, y no creo que se pueda bombear este mes. Kasigi anda como loco debido a que espera la llegada a Siri de tres petroleros durante las tres próximas semanas para cargar, de acuerdo con el trato que hiciera con Georges. Es un desastre, Andy. Y no hay nada que nosotros podamos hacer. Existen escasas posibilidades de que puedan evitar el sabotaje si los terroristas deciden atacar. Desde luego, no he dicho nada a Georges sobre todo ello. Haz lo que puedas por Kasigi. Nos veremos pronto, Scrag».

En la llamada rutinaria de aquella misma mañana desde Al Shargaz, Gavallan se limitó a decir que había recibido su informe y que se ocupaba de ello. Y, en general, se había mostrado bastante evasivo.

Scragger no había mencionado a McIver y tampoco Gavallan. «¡Apuesto mi vida a que Dirty Duncan ha pilotado el "206"! Antes, nunca hubiera apostado nada a que el viejo McIver, cumplidor a rajatabla de las reglas, hubiera sido capaz de hacer algo semejante. A pesar de todo, estoy seguro de que no cabría en su pellejo ante semejante oportunidad, y no me extraña. Yo hubiera hecho lo mismo…».

Miró en derredor. Solo con ver la cara de Willi Neuchtreiter fue suficiente.

—Y ahora, ¿qué pasa?

—Acabo de descubrir que Masoud ha entregado todos nuestros pasaportes a los gendarmes. ¡Hasta el último!

Vossi y Scragger le miraron boquiabiertos.

—¿Por qué demonios ha hecho eso? —dijo Vossi.

Scragger mostró una contundencia mucho más vulgar.

—Fue el martes, Scrag, cuando los otros se iban en el barco. Naturalmente, aquí se encontraba un gendarme para verles partir. Los contaba a medida que iban subiendo a bordo. Y fue entonces cuando le pidió nuestros pasaportes a Masoud. Así que él se los entregó. De haber sido yo, hubiera hecho lo mismo.

—¿Para qué diablos los quería?

—Para firmar de nuevo nuestros permisos de residencia en nombre de Jomeini, Scrag —explicó Willi pacientemente—. Quería que nos hallásemos dentro de la legalidad. Tú se lo habías pedido muchas veces, ¿verdad?

Scragger estuvo jurando durante todo un minuto y, ni por un momento, se repitió.

—Por todos los santos, Scrag, tenemos que lograr que nos los devuelvan —dijo Vossi trémulo—. Hemos de conseguirlo… o Torbellino se va al diablo.

—Lo sé, amigo —murmuró Scragger, meditabundo, mientras barajaba las posibilidades.

—Tal vez podamos obtener unos nuevos en Al Shargaz o Dubai, podemos decir que los hemos perdido —sugirió Willi.

—¡Por todos los santos, Willi! —explotó Vossi—. ¡Por todos los santos!, nos darían el portazo con tal rapidez que ni siquiera sabríamos por dónde habíamos entrado. ¿Te acuerdas de Masterson?

Hacía un par de años, uno de sus mecánicos olvidó renovar su permiso en Al Shargaz y había intentado pasar con el por Inmigración. Aun cuando solo hacía cuatro días que el visado había caducado y, aparte de ello, su pasaporte estaba en regla, Inmigración lo había conducido directamente a la cárcel, donde se eternizó, muy incómodo por cierto, durante seis semanas, siendo

puesto al fin en libertad, pero con la tajante prohibición de permitirle la entrada para siempre. «Maldición —había dicho el funcionario británico permanente—. Ha tenido una condenada suerte de salir tan bien parado. Ya conoce la Ley. Hemos tenido que insistir hasta quedarnos afónicos».

—¡Maldito si voy a irme sin el mío! —exclamó Vossi—. No puedo. El mío está repleto de condenados visados de todos los Estados del Golfo, Nigeria, el Reino Unido y Dios sabrá cuántos más. Me costaría meses obtener otros nuevos, meses, y eso, suponiendo que lo consiguiera. ¿Y qué me decís de Al Shargaz, eh? Es un lugar formidable, pero sin un condenado pasaporte y el visado en regla…, a la cárcel.

—Tienes toda la razón, Ed. Y mañana es el Día Santo en el que todo está cerrado a cal y canto. ¿Recuerdas quién era el gendarme, Willi? ¿Era uno de los habituales o un Green Band?

—No era un Green Band, Scrag —dijo Willi al cabo de un momento—. Era uno de los habituales. El de más edad, ese del cabello canoso.

—¿Qeshemi? ¿El sargento?

—Sí, Scrag, sí. El mismo.

Scrag soltó un taco.

—Si el viejo Qeshemi dice que hemos de esperar hasta el sábado, o hasta el sábado de la otra semana, no hay nada que hacer.

En esa área, los gendarmes seguían operando como siempre lo habían hecho, como parte del cuerpo militar, sin que los Green Bands los hostigaran, salvo por el hecho de haberles obligado a quitarse las chapas del Sha, sustituyéndolas por brazaletes con el nombre de Jomeini garrapateados en ellos.

—No me esperéis a cenar.

Scragger salió de estampía a la luz crepuscular.

EN LA COMISARÍA DE POLICÍA DE LENGEH: 7.32 DE LA TARDE. El cabo bostezó sacudiendo cortésmente la cabeza, hablando en farsi al operador de radio de la base, Alí Pash, del que se había hecho acompañar Scragger para que le sirviera de intérprete. Scragger esperaba, paciente, demasiado acostumbrado a las maneras iraníes para interrumpirles. Hacía ya media hora que estaban en ello.

—Ah, ¿querías preguntar por los pasaportes de los extranjeros? Tenemos los pasaportes en la caja fuerte, donde deben estar —decía el gendarme—. Los pasaportes son valiosos y los guardamos bajo llave.

—Absolutamente correcto, Excelencia, pero el capitán de los Extranjeros querría que le fuesen devueltos, por favor. Dice que los necesita para un cambio de personal.

—Claro que podemos devolvérselos. ¿Acaso no son de su propiedad? ¿Es que él y sus hombres no han volado muchas veces a lo largo de los años en misiones caritativas para nuestro pueblo? Ciertamente, Excelencia, tan pronto como la caja fuerte sea abierta.

—¿Es que no la puede abrir ahora, por favor? El extranjero apreciaría muchísimo su amabilidad. —Alí Pash se mostraba igualmente cortés y tranquilo, esperando que el gendarme le facilitara la información que buscaba. Era un teheraní de aspecto atractivo, rondando los treinta años, que había estudiado y hecho el aprendizaje en la «Radio School Americana» de Isfahán y hacía ya tres años que trabajaba con IHC, en Lengeh—. Sería un gesto muy amable.

—Ciertamente, pero no se le pueden devolver hasta que la llave aparezca.

—¡Ah! ¿Y sería muy atrevido por mi parte preguntarle dónde está la llave, Excelencia?

El cabo señaló con la mano la enorme y anticuada caja fuerte que dominaba la habitación.

—Mira, Excelencia, tú mismo puedes verlo, la llave no está en su colgadero. Lo más probable es que el sargento la guarde en su caja de caudales.

—Una decisión muy prudente y correcta, Excelencia. ¿Su Excelencia el sargento estará ahora en su casa?

—Su Excelencia vendrá aquí por la mañana.

—¿En el Día Santo? ¿Puedo expresar mi opinión de que somos muy afortunados al tener una gendarmería con tan alto sentido del deber que trabaja con semejante diligencia? Me imagino que no vendrá temprano.

—El sargento es el sargento, pero la oficina se abre a las siete y media de la mañana, aunque, desde luego, la comisaría está abierta día y noche. Volved por la mañana.

El gendarme apagó su cigarrillo.

—Muchísimas gracias, Excelencia. ¿Te gustaría fumarte otro cigarrillo mientras yo se lo explico al capitán?

—Gracias, Excelencia, no es corriente poder fumar tabaco extranjero. Gracias.

Los cigarrillos eran americanos y sumamente apreciados, pero nadie lo mencionaba.

—¿Puedo ofrecerte fuego, Excelencia?

Alí Pash encendió su propio cigarrillo y tradujo a Scragger lo que el cabo le acababa de decir.

—Pregúntale si el sargento se encuentra ahora en su casa.

—Ya lo he hecho, capitán. Ha dicho que Su Excelencia estará aquí por la mañana. —Alí Pash disimuló su cansancio, demasiado cortés para decir a Scragger que, desde los primeros segundos se había dado cuenta de que aquel hombre no sabía nada, no diría nada y que toda aquella conversación y la visita serían una absoluta pérdida de tiempo. Y que, desde luego, los gendarmes preferían que no se les molestara por la noche con un asunto tan insignificante. ¿Qué podía importar? ¿Acaso habían perdido ellos alguna vez un pasaporte? ¡Pues claro que no! ¿Y qué era eso de cambio de personal?—. Si me permite un consejo, Agha, por la mañana.

Scragger suspiró. Por la mañana quería decir al día siguiente, o al otro. «Es inútil seguir intentándolo», se dijo irritado.

—Dale las gracias en mi nombre y dile que mañana temprano estaré aquí.

Alí Pash obedeció. «Es la Voluntad de Dios —se dijo el gendarme fatigado, hambriento y preocupado porque ya había pasado otra semana y seguía sin recibir su paga, hacía meses que no la recibía, y los mercaderes prestamistas le presionaban continuamente para que les pagara los préstamos—. Y mi amada familia casi muriéndose de hambre».

—*Shab be khayr, Agha*[6] —dijo a Scragger.

—*Shab be khayr, Agha* —respondió él, sabiendo que su partida sería tan cortésmente prolongada como la entrevista.

Una vez fuera, en la pequeña calle que era la principal del barrio del puerto, se sintió mejor. Transeúntes curiosos, todos ellos hombres, rodeaban la baqueteada «rubia» con el símbolo «S-G» en la portezuela.

—Salaam —dijo con aire jovial, y algunos de ellos contestaron a su saludo.

Los pilotos de la base eran populares, y la propia base así como las plataformas petrolíferas, pues eran fuente principal de un trabajo muy provechoso, y bien conocidas sus misiones caritativas en todo tiempo y Scragger era fácilmente reconocible.

—Es el jefe de los pilotos —musitó un viejo con suficiencia al que tenía al lado—. Él llevó al joven Abdollah Turik al hospital de Bandar Abbas donde habitualmente solo atienden a los linajudos. Hasta fue a visitar su aldea, en las afueras de Lengeh, ¡y hasta fue a su funeral!

—¿Turik?

—Abdollah Turik, ¡el hijo del hijo de mi hermana! El muchacho se cayó de una plataforma petrolífera y los tiburones le atacaron.

—Ah, sí, ya recuerdo, el joven que algunos decían que los izquierdistas habían asesinado.

—No tan alto, no tan alto, uno nunca sabe quién está escuchando. La paz sea contigo, piloto. Saludos, piloto.

Scragger les saludó alegremente con la mano y arrancó.

—Pero la base está al otro lado, capitán. ¿Adónde vamos? —preguntó Alí Pash.

—A visitar al sargento, por supuesto. —Scragger silbó entre dientes, sin hacer caso de la evidente desaprobación de Alí Pash.

La casa del sargento se hallaba en la esquina de una calle oscura y sucia, todavía encharcada por el aguacero de aquella mañana, una puerta más en los altos muros, del otro lado del joub. Ya estaba oscureciendo de manera que Scragger dejó los faros encendidos y bajó del coche. Ni la menor señal de vida en toda la calle. Solo algunas de las altas ventanas tenuemente iluminadas.

—Quédate en el coche. No hay problema, ya he estado aquí antes —dijo, al darse cuenta del nerviosismo de Alí Pash.

Hizo sonar con fuerza la aldaba, sintiéndose observado desde todas partes.

Había estado allí por primera vez haría más o menos un año, cuando llevó un inmenso cesto de comida, con dos ovejas muertas, varios sacos y cajas de fruta, como obsequio de la base para celebrar el que a «su» sargento se le hubiera concedido la Medalla Sepah de bronce del Sha en premio a su bravura en la lucha contra los piratas y los contrabandistas que eran un mal endémico en aquellas aguas. La última vez, hacía unas semanas, acompañando a un preocupado gendarme que quería de él que informara inmediatamente sobre la tragedia ocurrida en el Siri Uno, al sacar a Abdollah Turik de las aguas infestadas de tiburones. Ninguna de las dos veces había sido invitado a entrar a la casa, sino que permaneció en el pequeño patio, más allá de la alta puerta de madera, y en ambas ocasiones era pleno día.

La puerta se abrió chirriante. Scragger no se esperaba la repentina iluminación que lo cegó momentáneamente. El círculo de

luz se detuvo un instante en él para dirigirse luego hacia el coche, centrándose en Alí Pash que casi saltó de él, con una semiinclinación al tiempo que decía:

—Saludos, Excelencia Oficial Jefe, la paz sea contigo, te pido excusas de que el extranjero interrumpa tu intimidad y se atreva a ven…

—Saludos —le cortó tajante Qeshemi. Apagó la luz y volvió su atención a Scragger.

—Salaam, Agha Qeshemi —dijo Scragger, acostumbrándosele ya la vista. Así pudo ver, mirándole con fijeza, al hombre de rasgos vigorosos, con la guerrera desabrochada y el revólver pronto en su funda.

—Salaam, capitán.

—Siento venir aquí de noche, Agha —siguió Scragger hablando muy lentamente y con extrema vocalización, sabedor de que el inglés de Qeshemi era tan limitado como casi inexistente su propio farsi—. *Loftan, gozar nameh. Loftan*. Por favor, necesito los pasaportes, por favor.

El sargento gruñó, sorprendido. Luego, con un ademán de su mano, callosa y dura, señaló hacia la ciudad.

—Pasaportes en comisaría, capitán.

—Sí, pero lo siento, no hay llave —Scragger parodió el gesto de abrir una cerradura con una llave—. No llave —repitió.

—Ah, sí, comprendo. Sí, no llave. Mañana. Mañana usted tener.

—¿Es posible esta noche? Por favor. ¿Ahora? —Scragger sintió sobre él el escrutinio.

—¿Por qué esta noche?

—Humm, un cambio en el personal. Hombres para Shiraz…

—¿Cuándo?

Scragger sabía que tenía que jugársela.

—El sábado. Si tengo llave voy comisaría y vuelvo inmediatamente.

Qeshemi sacudió la cabeza.

—Mañana —luego se dirigió con energía a Alí Pash, quien al punto hizo una reverencia dándole profusamente gracias y excusándose de nuevo por haberle molestado.

—Su Excelencia dice que podrá tenerlos mañana —tradujo Alí—. Mas vale que, humm, más vale que nos vayamos, capitán.

Scragger esbozó una sonrisa forzada.

—*Mamnoon am, Agha*.[7] *Mamnoon am, Agha Qeshemi*. —Hubiera pedido a Ali Pash que preguntara al sargento si podría tener los pasaportes tan pronto como abriera, pero prefirió no excitar al sargento sin necesidad—. Vendré después de la primera oración, *Mamnoon am, Agha*.

Scragger extendió la mano y Qeshemi se la estrechó. Ambos hombres sintieron la fuerza del otro. Después, subió al coche y se alejó.

Qeshemi cerró la puerta, pensativo, y echó el cerrojo.

En verano, el pequeño patio con sus altos muros, el emparrado y la pequeña fuente era fresco y tentador. En aquellos momentos aparecía triste y gris. Lo cruzó y abrió la puerta que tenía enfrente, la cual daba acceso a la sala de estar, y volvió a echar el cerrojo. Se oyó a una criatura toser arriba, en alguna parte. Un fuego de leña templaba algo el ambiente aunque por toda la casa había corrientes de aire debido a que ninguna de las puertas y ventanas ajustaba convenientemente.

—¿Quién era? —le preguntó su mujer desde arriba.

—Nada, nada importante. Un extranjero de la base aérea. El más viejo. Quería sus pasaportes.

—¿A esta hora de la noche? ¡Que Dios nos asista! A estas horas de la noche siempre me espero lo peor…, odiosos Green Bands o malditos izquierdistas.

Qeshemi asintió con aire ausente, pero no dijo palabra, mientras se calentaba las manos al fuego, sin apenas prestar atención a la charla femenina.

—¿Por qué ha venido aquí? Los extranjeros tienen tan malos modales… ¿Para qué querría los pasaportes a esta hora de la noche? ¿Se los has dado?

—Están guardados en la caja fuerte. Habitualmente me traigo la llave, pero se ha perdido.

La niña volvió a toser.

—¿Cómo está la pequeña Sousan?

—Aún tiene fiebre. Súbeme algo de agua caliente. Eso le hará bien. Y ponle un poco de miel.

El sargento puso la tetera al fuego y suspiró, escuchándole farfullar.

—¡Pasaportes a estas horas de la noche! ¿Por qué no podían esperar al sábado? Tienen muy malos modales y son muy desconsiderados. ¿Dices que la llave se ha perdido?

—Sí, posiblemente ese cabeza dura que se llama a sí mismo policía, Lafti, la cogió y olvidó volver a ponerla en su sitio. Es la voluntad de Dios.

—¿Para qué querría el extranjero los pasaportes a esta hora de la noche, Mohammad?

—No lo sé. Curioso, muy curioso.

LVIII

EN EL AEROPUERTO DE BANDAR DELAM: 7.49 DE LA TARDE. Rudi Lutz se encontraba de pie en la pequeña terraza de su remolque, debajo de los aleros, viendo cómo arreciaba la lluvia.

—*Scheiss!* —farfulló.

Detrás de él, la puerta estaba abierta y el rayo de luz hacía centellear las gruesas gotas de agua. Del interior salían las suaves notas de Mozart. La puerta del remolque contiguo, el de las oficinas, se abrió y vio a Pop Kelly con un paraguas abierto dirigirse hacia él chapoteando en los charcos. Ninguno de ellos distinguió al iraní oculto en las sombras. En alguna parte de la base, un gato bufaba y maullaba.

—Hola, Pop. Pasa. ¿Lo tienes?

—Sí, no ha habido problemas.

Kelly se sacudió la lluvia. El interior del remolque estaba caliente y confortable, todo muy ordenado y limpio. La tapa de la HF incorporada, había sido retirada y conectada de nuevo, se encontraba en «Standby», mezclándose la estática con la música. Sobre el fogón de la cocina había una cafetera.

—¿Café?

—Gracias, yo me serviré. —Kelly entregó el papel a Rudi y se acercó a la cocina.

El papel estaba lleno de columnas de cifras apresuradamente garrapateadas, temperaturas, direcciones de los vientos, fuerza por cada tantos mil metros, presiones barométricas y previsiones para el día siguiente.

—La torre de Abadán dijo que era hasta la fecha. Alegaron que incluía todos los datos recibidos para hoy de «BA». No parece que esté tan mal la cosa, ¿eh?

—Si es que es exacta…

Las previsiones predecían una disminución de las precipitaciones alrededor de la medianoche y una reducción en la fuerza de los vientos. Rudi subió el volumen de la música y Kelly se sentó junto a él.

—Puede estar muy bien para nosotros —dijo bajando la voz—, pero ser un desastre para Kowiss. Y aún tendremos que repostar en vuelo para llegar a Bahrein.

Kelly disfrutaba saboreando su café, caliente, fuerte y con una cucharada de leche condensada.

—¿Qué harías tú si estuvieras en el lugar de Andy?

—Teniendo que ocuparme de las tres bases, yo…

De afuera les llegó un ligero ruido. Rudi se levantó y miró por la ventana. Nada. Luego de nuevo, el maullido del gato, pero algo más cerca.

—¡Malditos gatos, me ponen los pelos de punta!

—Yo he de reconocer que los gatos me gustan —sonrió Kelly—. En casa tenemos tres: Matthew, Mark y Luke. Dos son siameses, el otro atigrado. Betty dice que los chicos la están volviendo loca para que redondee la cuenta con John.

—¿Cómo se encuentra? —Aquel mismo día, en el vuelo de «BA» con destino a Abadán, había llegado Sandor Petrofi para el cuarto «212», junto con correo de Gavallan, enviado desde que empezaron los disturbios a través del cuartel general en Aberdeen, el primero desde hacía muchas semanas.

—Muy bien, de hecho, estupendamente…, ya solo le quedan tres semanas. Por lo general, la chica es puntual. Me alegraré mucho de estar en casa en el momento álgido —dijo Kelly sonriendo de oreja a oreja—. El doctor cree que al fin será una niña.

—¡Felicidades! ¡Eso es fantástico!

Todo el mundo sabía en la base que los Kelly habían estado esperando una niña contra toda esperanza.

—Siete chicos y una niña, eso es un montón de bocas que alimentar —añadió Rudi, recordando lo difícil que le resultaba a él atender los gastos y las facturas del colegio con solo tres hijos y sin hipoteca alguna sobre la casa…, la casa que su mujer heredara de su padre, «Dios bendiga al viejo bastardo»—. Son muchas bocas, no sé cómo te las arreglas.

—Salimos adelante, glorificado sea el Señor. —Kelly consultó las previsiones meteorológicas y frunció el ceño—. ¿Sabes lo que te digo? Si yo fuera Andy, adelantaría la peripecia en lugar de aplazarla.

—Si fuera por mí, cancelaría o anularía toda esta descabellada idea. —Rudi siguió hablando en voz baja y se acercó más a Kelly—. Sé que resultará duro para Andy, tal vez incluso tenga que cerrar la compañía. Tal vez. Pero nosotros podemos encontrar nuevos trabajos, mejor pagados incluso. Tenemos familias en que pensar y no me gusta nada eso de ir contra las reglas… ¿Cómo diablos podremos largarnos? No es posible. Si nos…

Unos potentes faros de coche iluminaron las ventanas, se oyó el rugido del poderoso motor de un coche que se acercaba y acababa deteniéndose delante del remolque.

Rudi fue el primero en acercarse a la ventana. Y vio a Zataki apearse del automóvil con algunos Green Bands. Luego, Namir, el gerente de su base, salió del remolque de las oficinas con un paraguas, reuniéndose con él.

—*Scheiss!* —farfulló de nuevo Rudi. Bajó el volumen de la música e inspeccionó el remolque rápidamente por si hubiera alguna prueba acusadora. Entonces, se guardó las previsiones meteorológicas en el bolsillo.

—Salaam, coronel —dijo abriendo la puerta—. ¿Me buscaba a mí?

—Salaam, capitán. Sí, sí, en efecto. —Zataki entró en la habitación, llevando colgada al hombro una metralleta del Ejército

de los Estados Unidos—. Buenas noches —dijo—. ¿Cuántos helicópteros tiene ahora, aquí capitán?

—Cuatro «212» y… —empezó a decir Numir.

Zataki lo cortó en seco.

—Le he preguntado al capitán, no a ti. Si quiero información de ti, ya te la pediré. ¿Capitán?

—Cuatro «212» y dos «206», coronel.

Ante el sobresalto de todos ellos, en particular de Numir, Zataki dijo:

—Bien. Quiero que mañana dos «212» se presenten en «Iran-Toda» a las ocho de la mañana para trabajar de acuerdo con las instrucciones de Agha Watanabe, que es el jefe allí. A partir de mañana, se presentarán a diario. ¿Lo conoce?

—Sí, humm, yo, humm, una vez tuvieron un CASEVAC y les ayudamos —dijo Rudi, intentando dominarse—. ¿Es que, hummm…, es que trabajarán en el Día Santo, coronel?

—Sí, y vosotros también.

—Pero el Ayatolá dice… —empezó a decir Numir.

—Él no es la ley. ¡Cállate! —Zataki miró a Rudi—. Estarás allí a las ocho en punto.

Rudi hizo un gesto de asentimiento.

—Hummm, sí…, hummm, ¿me permite ofrecerle café, coronel?

—Gracias. —Zataki apoyó la metralleta contra la pared y se sentó en la mesa, con la mirada fija en Pop Kelly—. ¿No le he visto en Kowiss?

—Sí, sí, así es —respondió el hombre de elevada estatura—. Esa es, humm, esa es mi base habitual. He…, he traído un «212». Soy Ignatius Kelly. —Se dejó caer en la silla que había frente a Zataki, tan abrumado como Rudi, desanimado bajo aquella mirada indagadora—. Una noche de perros, ¿eh?

—¿Cómo?

—Me refiero a…, humm, la lluvia.

—Ah, sí —repuso Zataki. Se sentía contento de estar hablando inglés, perfeccionando el suyo, convencido de que los iraníes que

pudieran hablar el idioma internacional y estuvieran educados iban a ser muy solicitados, con mulás o sin ellos. Desde que tomó las píldoras que el doctor Nutt le dio, se sentía mucho mejor, habiendo mejorado enormemente aquellos dolores de cabeza que lo enloquecían—. ¿Impedirá la lluvia volar mañana?

—No, no si…

—Depende de que el frente empeore o mejore —se apresuró a decir Rudi desde la cocina. Entró de nuevo con la bandeja y dos tazas, con azúcar y leche condensada, intentando todavía hallar la forma de hacer frente a aquel nuevo desastre—. Sírvase usted mismo, coronel. Y en lo referente a «Iran-Toda» —dijo sopesando sus palabras cuidadosamente—, todos nuestros helicópteros están en arriendo y los tiene contratados «IranOil» siendo su gerente Agha Numir, aquí presente. Tenemos contratos con «IranOil». —Numir asintió con un movimiento de cabeza, empezó a decir algo, pero lo pensó mejor.

El silencio se hizo más denso. Todos miraban a Zataki. Este, con una gran calma, echó tres cucharadas colmadas de azúcar en su café, lo agitó y bebió un sorbo.

—Es muy bueno, capitán. Sí, muy bueno, y sí, ya sé lo de «IranOil», pero he decidido que, por el momento, «Iran-Toda» tiene preferencia sobre «IranOil» y mañana usted tendrá preparados dos «212» a las ocho de la mañana con destino a «Iran-Toda».

Rudi miró al gerente de su base, que desvió la vista.

—Sí…, bien, pero, suponiendo que «IranOil» no esté de acuerdo, lo…

—Está de acuerdo. —Zataki miró a Numir—. ¿No es así, Agha?

—Si, sí, Agha —respondió Numir dócilmente—. Yo… informaré a la Zona del cuartel general de tus…, tus eminentes instrucciones.

—Bien. Entonces, todo está en orden. Bien.

«¡No está en orden!», sentía Rudi deseos de gritar, desalentado.

—¿Puedo preguntar cómo, humm, cómo se nos pagará por el, humm, por el nuevo contrato? —preguntó, sintiéndose como un estúpido. Zataki se colgó el arma y se puso en pie.

—«Iran-Toda» tomará las medidas oportunas. Gracias, capitán, estaré de regreso mañana, después de la primera oración. Usted pilotará uno de los helicópteros, y yo iré con usted.

—¡Una idea fenomenal, coronel! —le interrumpió Pop Kelly de repente, con el rostro iluminado con una sonrisa resplandeciente. Rudi hubiese podido matarle—. No es necesario que venga antes de las ocho de la mañana, eso sería mejor para nosotros. Tenemos tiempo más que suficiente para llegar allí…, digamos…, a las ocho y cuarto. Una idea fenomenal esa de dar servicio a «Iran-Toda», realmente fenomenal. Siempre hemos querido ese contrato, no sé cómo darle las gracias, coronel. ¡Fantástico! De hecho, Rudi, deberíamos llevar nuestros cuatro pájaros y explicar la situación inmediatamente a los muchachos, así ahorraremos tiempo. Sí, de inmediato. Sí, señor, ¡los tendré preparados para usted!

Salió rápido de la habitación.

Rudi lo siguió con la mirada, casi bizqueando por la furia.

LIX

EN LAS CERCANÍAS DEL AEROPUERTO DE AL SHARGAZ: 8.01 DE LA TARDE. La noche estaba hermosa y tranquila, perfumada con los aromas densos de las flores. Gavallan y Pettikin se encontraban sentados en la terraza del «Oasis Hotel», en la linde del aeropuerto, al borde mismo del desierto. Estaban tomando una cerveza antes de la cena. Gavallan fumaba un delgado cigarro y miraba hacia la lejanía, allá, donde el cielo, de un negro púrpura y tachonado de estrellas, se encontraba con la tierra más oscura todavía. El humo ascendía, perezoso. Pettikin se agitó en su confortable sillón.

—Quisiera de veras que hubiera algo más que yo pudiera hacer.

—Y yo quisiera que el viejo Mac estuviera aquí, le retorcería su condenado cuello —dijo Gavallan y Pettikin se echó a reír.

Detrás de ellos, ya había algunos comensales en el comedor. El «Oasis» era viejo y ruinoso, Imperio barroco, la residencia del ministro residente británico cuando el poder de Gran Bretaña era el único poder en el Golfo y que, hasta el setenta y uno, mantuvo la paz y a raya a la piratería. A través de las altas puertas llegaban las notas de una música tan antigua como el trío de vejestorios que la interpretaban: piano, violín y contrabajo. Dos damas maduras y un caballero de cabello blanco al piano.

—Dios mío, ¿no es *Chu Chin Chow*?

—Me has pescado, Andy. —Pettikin se volvió a mirarles, y vio a Jean-Luc entre los comensales, charlando con Nogger Lane, Rodrigues y algunos de los otros mecánicos. Saboreó su cerveza,

dándose cuenta de que el vaso de Gavallan estaba vacío—. ¿Quieres otra?

—No, gracias. —Gavallan seguía al humo con la mirada—. Creo que voy a darme una vuelta por el servicio meteorológico y luego echaré un vistazo por la oficina.

—Te acompaño.

—Gracias, Charlie, pero ¿por qué no te quedas aquí, por si alguien telefonea?

—Muy bien, como prefieras.

—No me esperes para cenar, me reuniré contigo para el café. De regreso, me pasaré por el hospital para ver a Duke. —Gavallan se levantó, cruzó el comedor saludando a aquellos de sus hombres que se encontraban en él y salió al vestíbulo que también había conocido tiempos mejores.

—Mr. Gavallan, perdóneme, Effendi, pero hay una llamada telefónica para usted.

La recepcionista le señaló la cabina telefónica instalada a un lado. El interior estaba revestido de felpa roja, sin aire acondicionado y tampoco una posible intimidad.

—¿Diga? Al habla Gavallan… —dijo.

—Hola, jefe, Liz Chen. Solo para informarle que hemos recibido una llamada referente a los dos envíos desde Luxemburgo y que llegarán tarde.

«Envíos desde Luxemburgo» era la frase clave para los dos «747» de carga cuyos vuelos charter había contratado.

—No podrán llegar el viernes…, solo garantizan el domingo a las cuatro de la tarde.

Gavallan se quedó consternado. Ya le habían advertido los de la compañía que tenían un programa en exceso ajustado y que podía haber un retraso de veinticuatro horas. Le había resultado en extremo difícil arreglar lo de los aparatos. Era evidente que no podía dirigirse a ninguna de las líneas aéreas regulares que prestaban servicio en el Golfo o en Irán y hubo de mostrarse en extremo vago respecto al motivo de aquellos vuelos charter y a su cargamento.

—Vuelve a comunicarte con ellos y adelante la fecha. Sería más seguro si llegaran el sábado, mucho más seguro. ¿Qué más?

—«Imperial Air» ha ofrecido ocupar nuestra posición con referencia a nuestros nuevos «X63».

—Diles que se vayan al diablo. ¿Qué otra cosa?

—«ExTex» ha revisado su oferta respecto a los contratos con Arabia Saudita, Singapur y Nigeria, bajando un diez por ciento.

—Acepta la oferta por télex. Organízame un almuerzo con los jefazos en Nueva York para el martes. ¿Algo más?

—Tengo una lista de los números que quería.

—Formidable. Espera un momento. —Gavallan sacó la libreta de notas que siempre llevaba consigo y localizó la hoja que buscaba. En ella había una lista de las matrículas iraníes registradas de sus diez restantes «212», todas ellas empezando por «EP», por Irán; «H», por helicóptero y las dos letras finales—. Preparado. Adelante.

—AB, RV, KI…

A medida que ella iba leyendo las letras, Gavallan las escribía en la otra columna. Para mayor seguridad no anotaba la nueva matrícula completa, «G» referida a Gran Bretaña, «H» por helicóptero, limitándose a apuntar las dos letras nuevas. Releyó la lista que coincidía con los ya facilitados.

—Gracias, ya están comprobados. Gracias, te llamaré esta noche a última hora, Liz. Da un telefonazo a Maureen y dile que todo va bien.

—Muy bien, jefe. Sir Ian ha llamado hace media hora para desearle buena suerte.

—¡Formidable! —Gavallan había estado intentando localizarle, sin éxito, durante todo el tiempo que estuvo en Aberdeen y en Londres —. ¿Dónde está? ¿Dejó algún número?

—Sí. Está en Tokio: 73 73 84. Dijo que permanecería allí algún tiempo, y que si no lograba hablar con él, llamaría mañana. También dijo que estará de regreso en un par de semanas y que le gustaría verle.

—Aún mejor. ¿Te dijo para qué?

—Aceite para las lámparas de China —contestó, enigmática, su secretaria.

El interés de Gavallan se acrecentó.

—Estupendo. Fija una fecha a su comodidad. Te llamaré más tarde, Liz. He de irme corriendo.

—Muy bien. Solo quiero recordarle que mañana es el cumpleaños de Scot.

—¡Santo cielo, lo había olvidado! Gracias, Liz. Hablaremos más tarde. Colgó, satisfecho de haber tenido noticias de Ian Dunross, bendiciendo el sistema telefónico de Al Shargaz y la comunicación directa de larga distancia. Marcó el número. La diferencia horaria con Tokio era de cinco horas de adelanto. Algo más de la una de la madrugada.

—*Hai?* —respondió, somnolienta, una voz de mujer japonesa.

—Buenas noches. Siento llamar tan tarde, pero acaban de darme un mensaje para que telefoneara a Sir Ian Dunross. Soy Andrew Gavallan.

—Ah, sí. En este momento Ian no está aquí, no regresará antes de la mañana, lo siento. Tal vez a las diez. Por favor, ¿me puede dar su número, Mr. Gavallan?

Gavallan se lo dio, decepcionado.

—¿Tiene algún otro número en el que pudiera encontrarle? ¿Por favor?

—Ah, lo siento mucho, no.

—Por favor, dígale que me llame. A cualquier hora.

Le dio las gracias de nuevo y colgó el auricular, pensativo.

Afuera se encontraba el coche que había alquilado. Subió a él y se dirigió a la entrada principal del aeropuerto. Sobre sus cabezas un «707» se acercaba hacia las luces de baliza para el aterrizaje, parpadeantes las luces de las alas y la cola.

—Buenas noches, Mr. Gavallan —le saludó Sibbles, el oficial meteorólogo. Era británico, un hombre pequeño, delgado, deshidratado, con diez años en el Golfo—. Aquí la tiene —le entregó la larga fotocopia de las previsiones del tiempo—. El tiempo estará

cambiable aquí durante los próximos días. —Le alargó otras tres hojas—. Lengeh, Kowiss y Bandar Delam.

—¿Y la línea más baja?

—En todos es más o menos la misma, con diez nudos por arriba o por abajo, algunos centenares de pies de techo…, lo siento, no acabo de acostumbrarme al métrico…, más o menos un centenar de metros de techo. El tiempo está mejorando gradualmente. En los próximos días, el viento volverá a soplar como es habitual aquí, agradable del Noroeste. A partir de medianoche, esperamos lluvia ligera, muchas nubes bajas y brumas sobre la mayor parte del Golfo, viento del Sureste de unos veinte nudos en su totalidad, con tormentas eléctricas y pequeñas turbulencias ocasionales —levantó la vista sonriendo—, y torbellinos.

Gavallan sintió un nudo en el estómago aun cuando la palabra había sido dicha con toda naturalidad y Sibbles no estaba en el secreto. «Al menos, creo que no lo está —se dijo—. Esta ha sido la segunda coincidencia curiosa hoy». La otra había sido la del americano almorzando en una mesa próximo a la suya con un shargazi cuyo nombre no había captado.

—Le deseo buena suerte mañana —le había dicho aquel hombre con amable sonrisa, rebosante de cordialidad, en el momento de irse.

—¿Perdón?

—Glen Wesson, de «Wesson Oil Marketing». Usted es Andrew Gavallan, ¿no? Nos hemos enterado de que usted y sus muchachos están organizando un…, «una carrera de camellos», en el oasis de Dez-al, ¿no es así?

—Nosotros no, Mr. Wesson. No estamos interesados en los camellos.

—¿De veras? Pues deberían probarlo. Sí, señor, es la mar de divertido. Buena suerte de todas maneras.

Pudo haber sido una coincidencia. Las carreras de camellos constituían allí una diversión para los expatriados, y el Dez-al un lugar favorito para los fines de semana islámicos.

—Gracias, Mr. Sibbles. Lo veré mañana.

Se metió las previsiones meteorológicas en el bolsillo y bajó las escaleras hasta el vestíbulo de la terminal, encaminándose hacia su oficina que se encontraba a un lado, en la parte más alejada. «Nada de un sí tajante, pero tampoco un no tajante —estaba pensando—. El sábado más seguro que mañana. Pagas tu dinero y corres el riesgo. No puedo retrasarlo por mucho más tiempo».

—¿Cuándo vas a decidirte? —le había preguntado Maureen, su esposa, al despedirse de él, de madrugada, hacía dos días, Aberdeen casi sumergido bajo la lluvia, que seguía cayendo, implacable.

—No lo sé, pequeña. Mac tiene buen olfato, será de mucha ayuda.

Y ahora, ni sombra de Mac. Mac había perdido la chaveta. Mac volando sin previa revisión médica. Mac convenientemente atascado en Kowiss sin otra forma de salir de allí que Torbellino. Por otra parte, solo Dios sabía dónde se encontraría Erikki, y el pobre Duke a punto de que lo frieran y saliendo muy mal parado, suerte de que lo trajeron aquí. El doctor Nutt había estado en lo cierto. Los rayos X habían revelado que el pulmón izquierdo había resultado perforado por varias esquirlas del hueso y que otra media docena de estas ponían en peligro una arteria. Consultó el reloj del vestíbulo. Las ocho y veintisiete de la tarde. Ya debería haber salido de la anestesia.

Hay que decidirlo pronto. «De acuerdo con Charlie Pettikin he de decidirlo pronto».

Atravesó la puerta en la que podía leerse PROHIBIDA LA ENTRADA SALVO PARA ASUNTOS OFICIALES, y siguió por el corredor con ventanales dobles lustrados a todo lo largo. En la pista, un vehículo ME conducía al «707» hacia su reservado de descarga, el letrero en inglés y farsi. Aparcados ordenadamente había varios «Fokkerwolf» de propulsión a chorro para cuarenta pasajeros, un jumbo de la «Pan Am» que formaba parte de la flota para la evacuación en Teherán y media docena de jets particulares, sus

«125» entre ellos. «Quisiera que ya fuera sábado —se dijo—. No, tal vez no lo quiera».

En la puerta de su suite de oficinas podía leerse: «S-G HELICOPTERS, SHEIK AVIATION».

—Hola, Scot.

—Hola, papá —dijo Scot con una mueca sonriente. Se encontraba solo, oficial de guardia, y estaba sentado frente a la HF instalada sobre una consola, con un libro sobre las rodillas y el brazo derecho en cabestrillo—. Nada nuevo, salvo un mensaje para que llames a Roger Newbury a su casa. ¿Lo llamo?

—Gracias. Dentro de un momento.

Gavallan le alargó los informes del Servicio Meteorológico que Scot recorrió rápidamente con la vista. Sonó el teléfono. Sin dejar de leer, descolgó el auricular.

—«S-G» —escuchó durante un momento—. ¿Quién? Ah, sí, no está aquí, lo siento. Sí, se lo diré. Adiós. —Colgó de nuevo el auricular—. Alexandra, el nuevo amor de Johnny Hogg, «el tamal caliente» como la llama Manuela, porque está segura de que Johnny se va a quemar el pico.

Gavallan rio. Scot levantó la vista de los informes.

—Ni una cosa ni otra. Puede ser formidable con toda esa cobertura. Pero si se levanta el viento, podría ser fatal. El sábado mejor que el viernes.

Sus ojos azules observaron a su padre, que miraba por la ventana la circulación en las pistas y a los pasajeros desembarcando del jet.

—Estoy de acuerdo —dijo Gavallan sin llegar a una decisión—. Hay algo…

Calló al cobrar vida la HF.

—Al Shargaz. Habla la Oficina Central en Teherán, ¿me reciben?

—Aquí Al Shargaz Oficina Central, están cuatro por cinco. Adelante —respondió Scot.

—El director. Siamaki quiere hablar inmediatamente con Mr. Gavallan.

Gavallan sacudió la cabeza negativamente.

—No estoy aquí —musitó.

—¿Puede darme el mensaje, Oficina Central? —dijo Scot al micrófono—. Es algo tarde pero me pondré en contacto con él lo antes posible.

Espera. Muchos ruidos. Finalmente, la voz arrogante que Gavallan detestaba tanto.

—Soy el director gerente Siamaki. Dígale a Gavallan que me llame esta noche. Estaré aquí hasta las diez y media o mañana por la mañana a cualquier hora, a partir de las nueve. Sin falta. ¿Entendido?

—Cinco por cinco, Oficina Central —respondió Scot con irónica amabilidad—. ¡Corto y fuera!

—Condenado idiota —farfulló Gavallan. Luego, añadió en tono cortante—. ¿Qué demonios estará haciendo en la oficina a estas horas de la noche?

—Tiene que estar fisgando, y si piensa «trabajar» durante el Día Santo… Esto resulta muy sospechoso, ¿no te parece?

—Mac dijo que sacaría todos los documentos importantes de la caja fuerte y que arrojaría su llave y el duplicado al joub. Pero esos granujas tienen también llaves —dijo Gavallan malhumorado—. Habré de esperar hasta mañana para tener el placer de hablar con él. ¿Hay alguna forma de poder impedirle que escuche nuestras llamadas, Scot?

—No. No hay forma si utilizamos las frecuencias de nuestra compañía que son las únicas que tenemos.

Su padre asintió.

—Cuando llegue Johnny, recuérdale que tal vez mañana necesite que vuele sin previo aviso. De las siete en adelante.

Formaba parte de la operación Torbellino el utilizar un «125» a la manera de receptor/transmisor VHF a gran altitud para cubrir a aquellos helicópteros que solo iban equipados con VHF.

—Entonces, ¿has decidido que sea mañana?

—Todavía no —respondió Gavallan descolgando el teléfono y marcando un número—. Buenas noches. Por favor, quisiera hablar con Mr. Newbury, Mr. Gavallan contestando a su llamada.

Roger Newbury era uno de los funcionarios del Consulado británico que les había sido de gran ayuda, facilitándoles permisos.

—Hola, Roger, ¿querías hablar conmigo? Lo siento, ¿no estarías cenando, verdad?

—No, me alegro de que hayas llamado. Tengo un par de cosas para ti. Primero las malas noticias: acabamos de enterarnos que han asesinado a George Talbot.

—¡Santo Dios! ¿Qué ha ocurrido?

—Me temo que es algo más bien extraño. Se encontraba en un restaurante donde había varios ayatolás, parece ser que de alto rango. Un coche-bomba manipulado por terroristas hizo saltar el restaurante en pedazos y a Talbot con él. Esto ocurrió ayer, durante la hora del almuerzo.

—¡Es espantoso!

—Sí. Le acompañaba un tal capitán Ross, que también resultó herido. Creo que le conocías, ¿verdad?

—Sí, sí, le conozco. Ayudó a la mujer de uno de nuestros pilotos a salir de una horrible situación en Tabriz. Un muchacho muy simpático. ¿Son graves sus heridas?

—No lo sabemos, todo está algo confuso todavía, pero nuestra Embajada en Teherán lo trasladó ayer al Hospital Internacional de Kuwait. Mañana me darán un informe completo y ya te lo comunicaré. Y ahora a otra cosa. Me pediste que tratáramos de averiguar el paradero de tu capitán Erikki Yokkonen. —Se produjo una pausa, y Gavallan oyó el crujir de papeles, mientras mantenía la esperanza—. Esta tarde he recibido un télex de Tabriz, poco antes de salir de la oficina, que dice: En respuesta a su solicitud de información sobre el capitán Erikki Yokkonen hemos de informarle que se cree escapó a sus secuestradores y que se cree ahora se encuentra con su mujer en el palacio del Khan Hakim. Mañana

seguirá un informe más completo sobre todo ello una vez lo hayamos confirmado.

—Querrás decir el Khan Abdollah, Roger —exclamó Gavallan tapando excitado el auricular con la mano y dirigiéndose a Scot—. ¡Erikki está sano y salvo!

—¡Formidable! —exclamó Scot, preguntándose cuáles habrían sido las malas noticias.

—En el télex se dice exactamente el Khan Hakim —estaba diciendo Newbury.

—No importa, gracias a Dios está a salvo. —«Y gracias a Dios que ha desaparecido otro importante obstáculo en la marcha de Torbellino»—. ¿Podrías enviarle un mensaje en mi nombre?

—Lo puedo intentar. Ven mañana. Aunque no puedo garantizarte que le llegue, la situación en Azerbaiyán es muy cambiante. Aunque lo intentaremos, desde luego.

—No sé cómo agradecértelo, Roger. Muy amable de tu parte por hacérmelo saber. Siento enormemente lo de Talbot y el joven Ross. Si hubiera algo que yo pudiese hacer para ayudar a Ross, no dejes de decírmelo, por favor.

—Sí, sí, lo haré. Y a propósito, la palabra está en la calle. —El tono era categórico.

—¿A qué te refieres?

—Digamos que a Turbulencias —dijo Newbury con delicadeza. Gavallan quedó mudo por un instante. Finalmente, se recuperó.

—¡Ah!

—Al parecer, un cierto Mr. Kasigi quiso que ayer prestaseis servicio a «Iran-Toda» y tú le dijiste que no estarías en condiciones de darle una respuesta hasta dentro de treinta días. Así que, humm, sumamos dos y dos y el resultado, junto con todos los rumores que hay nos obligó a hacer nuestra composición de lugar…, la palabra está en la calle.

Gavallan intentó mantenerse frío.

—El no estar en condiciones de dar servicio a «Iran-Toda», solo es una decisión de negocios, Roger, nada más. Ahora, operar en

cualquier parte de Irán ya es condenadamente difícil y tú lo sabes. No podría ocuparme de operaciones extra como la de Kasigi.

—¿De veras? —preguntó con tono mordaz Newbury. Luego, dijo con sequedad—: Bien, si lo que hemos oído es verdad, lo desaconsejamos, lo desaconsejamos muy seriamente.

—Seguramente no me estarás aconsejando que apoye a «Iran-Toda» cuando todo Irán se está viniendo abajo, ¿verdad? —insistió tenaz Gavallan.

Otra pausa. Una respiración profunda. Y luego…

—Bien, no quiero entretenerte, Andy. Tal vez podamos almorzar juntos. El sábado.

—Sí, gracias. Me gustaría —Gavallan colgó el auricular.

—¿Cuáles eran las malas noticias? —preguntó Scot.

Gavallan le dijo lo de Talbot y Ross, y después lo de las turbulencias.

—Es algo que se acerca demasiado a Torbellino, para que resulte divertido.

—¿Y qué es eso de Kasigi?

—Quería de inmediato dos «212» de Bandar Delam para que dieran servicio a «Iran-Toda». Hube de andar con evasivas.

La entrevista había sido breve y directa.

—Lo siento, Mr. Kasigi, no es posible darle servicio durante esta semana o la próxima. No puedo, humm, considerarlo hasta dentro de treinta días.

—Mi presidente se lo agradecería mucho. Creo que usted lo conoce.

—Sí, lo conocí y si pudiera ayudarles, créame que lo haría. Solo que en este momento no me es posible, lo siento.

—Pero…, ¿no me puede sugerir alguna alternativa? *Necesito* apoyo de helicópteros.

—¿Qué me dice de una compañía japonesa?

—No existe ninguna. ¿Hay alguien…, hay alguien más que puede cubrir nuestras necesidades?

—Que yo sepa no. «Guerney» jamás volverá aquí, pero tal vez sepan de alguien.

Le dio el número de teléfono y el inquieto japonés se fue presuroso.

Miró a su hijo.

—Es una condenada lástima, pero no pude hacer nada para ayudarle.

—Si la palabra está en la calle… —murmuró Scot ajustándose el cabestrillo para mayor comodidad—. Si la palabra está en la calle pues ahí está. Otro motivo más para apresurar el salto.

—O para cancelarlo. Creo que me pasaré a ver a Duke. Si alguien llama, búscame allí. ¿Te relevará Nogger?

—Sí. A medianoche. Jean-Luc aún tiene reserva para el vuelo de madrugada a Bahrein, Pettikin a Kuwait. He confirmado sus asientos. Scot observó a su padre.

Gavallan no contestó a la pregunta implícita.

—Dejémoslo así por el momento.

Vio a su hijo asentir sonriente y, de repente, se sintió embargado de sentimientos encontrados por él, cariño, preocupación, orgullo y temor, entremezclados con sus propias esperanzas de un futuro que dependía de su capacidad para sacar a todos ellos del pantano iraní. Quedó sorprendido al oírse decir:

—¿Has considerado alguna vez la posibilidad de dejar de volar, muchacho?

—¿Eh?

Gavallan había sonreído ante el asombro de su hijo. Pero habiéndolo ya dicho, decidió continuar.

—Es parte de un plan a largo plazo. Para ti y la familia. De hecho tengo dos. Que esto quede entre nosotros. Desde luego, ambos dependen de que sigamos o no en el negocio. El primero consiste en que dejes de volar y te vayas a Hong Kong por un par de años, para que te pongas al corriente en las actividades de «Struan’s»; más tarde, vuelves a Aberdeen durante un año más o menos, y otra vez a Hong Kong donde estableces tu base. El segundo consiste en que

vayas para un curso de conversión a los «X63», pases seis meses más o menos en los Estados Unidos, tal vez un año, para aprender esa especialidad del negocio y luego una temporada al mar del Norte. Finalmente, a Hong Kong.

—¿Siempre recalando en Hong Kong?

—Sí. Llegará un momento en que China se abrirá a la explotación del petróleo, por lo que Ian y yo queremos que «Struan's» esté preparada para una operación completa, helicópteros de apoyo, instalaciones… en suma, todo el negocio. —Esbozó una sonrisa extraña. «Aceite para las lámparas de China» era la clave del plan secreto de Ian Dunross, para el que, en gran parte, se prescindía de Linbar Struan—. La nueva compañía será «Air Struan» y su área de responsabilidad y operaciones, China, sus mares y toda su cuenca. Nuestro plan final es que tú estés al frente de todo ello.

—No hay mucho potencial ahí —dijo Scot con simulada timidez—. ¿Crees que «Air Struan» tendría futuro? —Ahora ya sonrió abiertamente.

—Vuelvo a decirte que esto debe quedar entre nosotros… A Linbar no le han presentado todavía todo el planteamiento.

Scot frunció el entrecejo.

—¿Aprobará que yo vaya allí, me incorpore a «Struan's» y haga todo eso?

—Me aborrece a mí, no a ti. ¿Acaso se ha opuesto a que tengas relaciones con su sobrina? No, todavía no. En efecto no lo ha hecho…, aún. El momento es perfecto y hemos de tener un plan futuro, para la familia. Tienes la edad adecuada, creo que puedes hacerlo. —A Gavallan se le iluminaron los ojos—. Eres Dunross a medias, descendiente directo de Dirk Struan y, por tanto, hay responsabilidades que no puedes soslayar. Tú y tu hermana heredasteis la participación de vuestra madre, puedes aspirar a la «Inner Office» si eres lo bastante bueno. Algún día, ese zoquete de Linbar habrá de retirarse, y ni siquiera él podría destruir la «Noble House» por completo. ¿Qué dices de mi plan?

—Me gustaría pensarlo.

«¿Qué es lo que tienes que pensar, muchacho?», se dijo Gavallan.

—Buenas noches, Scot. Tal vez me deje caer por aquí más tarde. —Le dio una cariñosa palmada en el hombro izquierdo y salió. «Scot no me fallará», se dijo orgulloso.

En el espacioso vestíbulo de Aduanas a Inmigración, unos pasajeros iban saliendo de Inmigración, otros esperaban su equipaje. En la pizarra de llegadas se anunciaba que el Vuelo 52 de la «Gulf Air», procedente de Muscat, capital de Omán, había llegado a la hora y despegaría dentro de quince minutos para Abu Dhabi, Bahrein y Kuwait. El quiosco de periódicos estaba abierto todavía, de manera que se acercó a ver qué encontraba. Se disponía a coger el *Times* londinense cuando leyó el titular, EL PRIMER MINISTRO CALLAGHAN CITA A LOS EXPERTOS LABORISTAS, y cambió de idea. «¿Para qué necesito eso?», se dijo. Entonces, vio a Genny McIver.

Se encontraba sola, sentada cerca de la puerta de embarque con una maleta pequeña junto a ella.

—Hola, Genny. ¿Qué haces aquí?

—Me voy a Kuwait —dijo ella sonriendo con dulzura.

Él le devolvió la sonrisa con igual dulzura.

—¿Para qué diablos vas allí?

—Porque necesito unas vacaciones.

—No seas ridícula. Todavía no se ha pulsado el botón y, de cualquier manera, no hay nada que puedas hacer allí. Nada. Lo único que conseguirás será estorbar. Es mucho mejor que esperes aquí, Genny. Por el amor de Dios, sé razonable.

Ella seguía sonriendo sin mover un músculo.

—¿Has terminado?

—Sí.

—Soy razonable, soy la persona más razonable que conoces. Duncan McIver no. Es el majadero más desorientado y malaconsejado que conozco desde el mismo día de mi nacimiento, y me voy a Kuwait. —Todo ello dicho con una olímpica calma.

Gavallan, prudente, cambió de táctica.

—¿Por qué no me has dicho que ibas a ir en lugar de largarte con tanto sigilo? Si yo hubiese creído que habías desaparecido, me hubieras proporcionado una grave preocupación.

—Si te lo hubiera dicho, me lo habrías impedido. Le dije a Manuela que te informara una vez que me hubiese marchado para darte la hora del vuelo, el hotel y el número de teléfono. Pero me alegro de que estés aquí, Andy. Así me despedirás. Me hubiera gustado que alguien me dijera adiós…, aborrezco despedirme yo misma…, bueno, ¡ya sabes lo que quiero decir!

Fue entonces cuando Gavallan se dio cuenta de lo frágil que parecía.

—¿Estás bien, Genny?

—Sí, claro. Solo que…, bueno, sencillamente, he de estar allí. Tengo que estar allí. No puedo quedarme sentada aquí, y, de cualquier manera, parte de todo esto fue idea mía. Yo también soy responsable de ello, y no quiero que nada…, que nada… vaya mal.

—Eso no ocurrirá —aseguró él y ambos tocaron a un tiempo la madera del asiento. Luego, pasó el brazo por el de ella—. Todo saldrá a la perfección. Oye, tengo una buena noticia… —Y le dijo lo de Erikki.

—Eso es maravilloso. ¿El Khan Hakim? —Genny rebuscó en su memoria—. ¿No era ese el hermano de Azadeh, el que vivía en…? Caramba, lo he olvidado, en algún sitio, cerca de Turquía. ¿No se llamaba Hakim?

—Entonces, quizás el télex fuera correcto y se trata del Khan Hakim. De ser así, han tenido una gran suerte.

—Sí. Al parecer su padre era un viejo horrible. —Lo miró—. ¿Te has decidido ya? Me refiero a si será mañana.

—No, todavía no. No definitivamente.

—¿Qué hay del tiempo?

Gavallan le dio la información.

—De uno u otro modo, no influirá mucho —dijo ella.

—Quisiera que Mac estuviera aquí. Él sabe qué hacer en una situación semejante.

—No más que tú, Andy. —Miraron hacia la pizarra de Salidas al oír llamar por el altavoz a los pasajeros del Vuelo 52. Se pusieron en pie—. Por lo que pueda valer, y dadas las circunstancias, Andy, Mac decide que sea mañana.

—¿Eh? ¿Cómo lo sabes?

—Conozco a Duncan. Adiós, querido Andy.

Lo besó rápidamente y echó a andar sin mirar atrás.

Gavallan esperó hasta que hubo desaparecido. Luego, salió al exterior, tan ensimismado con sus pensamientos que no se dio cuenta de que Wesson, cerca del quiosco de periódicos, guardaba su estilográfica.

LIBRO CUARTO

VIERNES

2 de marzo de 1979

TORBELLINO: Plan de Fuga

A) Cuatro «212» partirán de Bandar Delam a Bahrein y, de ahí, a Al Shargaz.

B) Dos «212» partirán de Kowiss al punto de encuentro, a Kuwait, Jellet, Bahrein y Al Shargaz.

C) Tres «212» partirán de Lengeh directamente a Al Shargaz.

D) Un «212» partirá de Tabriz y atravesará la frontera turca.

LX

«OASIS HOTEL», EN AL SHARGAZ: 5.37 DE LA MADRUGADA. Gavallan se encontraba en pie, junto a la ventana de su habitación, ya vestido. Todavía era de noche salvo al Este, por donde pronto apuntaría el alba. De la costa llegaban jirones de bruma, desde casi un kilómetro, para desvanecerse rápidamente en la inmensidad del desierto. El cielo, misteriosamente despejado hacia el Este, se iba encapotando de manera generalizada. Desde donde se encontraba, podía ver casi todo el aeropuerto. Las luces de la pista estaban encendidas, y un pequeño jet se deslizaba ya por ella. El olor a keroseno flotaba en el viento que había cambiado, llegando más del Sur. Llamaron a la puerta.

—¡Adelante! Ah, buenos días, Jean-Luc. Buenos días, Charlie.

—Buenos días, Andy. Si hemos de coger nuestro vuelo, ya es hora de que nos marchemos —dijo Pettikin, atropellando las palabras por el nerviosismo. Tenía que dirigirse a Kuwait y Jean-Luc a Bahrein.

—¿Dónde está Rodrigues?

—Esperando abajo.

—Bien, entonces, más valdrá que os pongáis en marcha. —Gavallan se dio cuenta, satisfecho, que conservaba un tono tranquilo de voz. Pettikin sonreía ampliamente, Jean-Luc farfulló «merde»—. Con tu aprobación, Charlie, propongo apretar el botón a las siete de la mañana como fue planeado…, siempre que en ninguna de las bases tiren del enchufe antes de tiempo. Si lo hicieran, lo intentaríamos mañana de nuevo. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. ¿Todavía ninguna llamada?

—Todavía no.

Pettikin apenas podía contener su excitación.

—Bien, allá vamos, hacia la azul y salvaje inmensidad. Vamos, Jean-Luc.

Jean-Luc enarcó desmesuradamente las cejas.

—¡*Mon Dieu*, es el momento de los Boy Scouts! —Luego, se dirigió hacia la puerta—. Estupendas noticias las de Erikki, Andy, pero ¿cómo va a salir?

—No lo sé. Lo primero que voy a hacer será ir a ver a Newbury, al Consulado, e intentaré enviarle un mensaje, para que salga vía Turquía. Vosotros dos llamadme tan pronto como aterricéis. Estaré en la oficina a partir de las seis. Nos veremos más tarde.

Cerró la puerta tras ellos. Ahora, ya estaba hecho. A menos que alguna de las bases lo cancelara.

EN LENGEH: 5.40 DE LA MADRUGADA. Apenas era perceptible la luz del falso amanecer. Scragger, enfundado en un impermeable, caminaba con dificultad entre los charcos bajo la llovizna, en dirección a la cocina que era el único lugar que tenía luz en toda la base. El viento azotaba su gorra de visera, cayéndole en la cara la blanda lluvia.

Ante su sorpresa, encontró a Willi sentado en la cocina junto a la estufa de leña y bebiendo café.

—Buenos días, Scrag. ¿Café? Acabo de hacerlo.

Con un movimiento de cabeza, señaló hacia un rincón. Acurrucado en el suelo, y profundamente dormido cerca de la fuente de calor, se encontraba uno de los Green Band del campamento. Scragger asintió y se quitó el impermeable.

—Prefiero té, hijo mío. Te has levantado temprano. ¿Dónde está el cocinero?

Willi se encogió de hombros y puso de nuevo la marmita al fuego.

—Retrasado. Pensé desayunar de buena mañana. Me voy a hacer unos huevos revueltos. ¿Qué te parece si los hago también para ti?

De repente, Scragger se sintió hambriento.

—¡Te tomo la palabra! Cuatro huevos para mí y dos tostadas, así podré resistir bien hasta el almuerzo. ¿Tenemos pan, amigo? —Vio a Willi abrir el frigorífico. Había tres hogazas y muchos huevos y mantequilla—. ¡Formidable! Los huevos no me pasan sin unas tostadas con mantequilla. No saben como deben.

Consultó su reloj.

—El viento ha cambiado casi a Sur y hasta treinta nudos.

—La nariz me dice que amainará.

—También el culo me dice que amainará, pero sigue estando mierdoso.

Scragger se echó a reír.

—Ten confianza, camarada.

—Sentiré mucha más confianza con mi pasaporte.

—Te sobra la razón, así que yo…, pero el plan sigue en pie.

Cuando la noche anterior regresó de ver al sargento, Vossi y Willi lo esperaban y, bien alejados de oídos indiscretos, les contó lo ocurrido.

—Mejor será que avisemos a Andy de que tal vez tengamos que cancelarlo —dijo Willi de inmediato. Y Vossi estuvo de acuerdo.

—No —se opuso Scragger—. Yo lo considero de esta manera, amigos. Si por la mañana Andy no ha puesto en marcha Torbellino, tengo todo el día por delante para recuperar los pasaportes. Si lo pone en marcha, lo hará, exactamente, a las siete. Eso me da un margen de tiempo más que suficiente para ir a la comisaría a las siete y media y estar de regreso a las ocho. Mientras yo esté fuera, vosotros ponéis el plan en marcha.

—Caramba, Scrag, hemos de…

—¿Quieres escucharme, Ed? Despegamos de todas maneras pero evitando pasar por Al Shargaz, donde sabemos que tendríamos dificultades, y aparecemos en Bahrein… Allí conozco al oficial del puerto. Nos pondremos en sus manos. Tal vez incluso podamos

tener una «emergencia» en la playa. Entretanto, y una vez fuera de los cielos iraníes, comunicaremos por radio con Al Shargaz para que alguien se reúna con nosotros y nos saque bajo fianza. Es lo mejor que se me ocurre y, al menos, estaremos protegidos en cualquier de los dos casos.

«Y aún sigue siendo lo mejor que se me ocurre», se dijo mientras observaba a Willi junto al fuego. La mantequilla empezaba a chisporrotear en la sartén.

—Creí que íbamos a tomarlos revueltos.

—Esta es la manera de hacerlos revueltos —repuso Willi con tono cortante.

—¡No lo es, maldición, y tú lo sabes muy bien! —dijo Scragger furioso—. Tienes que utilizar agua o leche y…

—¡Por todos los demonios! Si tú no quieres lo… *Scheiss!* —vociferó Willi—. Lo siento, no quería gritarte, Scrag. Lo siento.

—Yo también estoy nervioso, amigo. No te preocupes.

—Así es, hum, así es como los hace mi madre. Echas los huevos sin batirlos, hasta que las claras se ponen blancas y luego…, ¡zas!, rápidamente les pones un poco de leche y lo mezclas, así la clara sale blanca y la yema amarilla…

Willi se dio cuenta de que no paraba de hablar. Había pasado una mala noche, con pesadillas y negros presagios y en aquellos momentos de madrugada no se sentía mejor.

En el rincón, el Green Band olisqueaba el aroma de la mantequilla caliente. Bostezó, les saludó somnoliento con la cabeza y, acomodándose mejor, se volvió a quedar dormido. Cuando el agua de la marmita rompió a hervir, Scragger se hizo un poco de té y consultó su reloj. Las cinco cincuenta y seis de la madrugada. Se abrió la puerta a su espalda y Vossi entró, sacudiendo la lluvia de su paraguas.

—Hola, Scrag. Hola, Willi. Para mí café y dos poco hechos y además bacon bien crujiente y picadillo bastante hecho.

—¡Anda y que te jodan!

Los tres rieron, embriagados, en cierto modo, por su propia ansiedad. Scragger volvió a mirar su reloj. «¡Basta ya! ¡Basta ya! —se ordenó a sí mismo—. Tienes que mantener la calma y entonces ellos estarán también tranquilos. Es fácil ver que los dos parecen a punto de explotar».

EN KOWISS: 6.24 DE LA MAÑANA. McIver y Lochart se encontraban en la torre observando la lluvia y el cielo cubierto. Ambos vestían indumentaria de vuelo, McIver sentado delante de la HF, Lochart en pie, junto a la ventana. No había encendida luz alguna, tan solo las rojas y verdes del equipo en funcionamiento. Ningún sonido salvo el agradable zumbido y el silbido, no tan agradable, del viento que penetraba por las ventanas rotas zarandeando las antenas.

Lochart consultó el anemómetro. Veinticinco nudos racheando a treinta desde el Sur-Sudeste. Junto al hangar, dos mecánicos lavaban los ya impolutos «212» y el «206» que McIver había pilotado desde Teherán. En la cocina había luz. Salvo los imprescindibles, McIver había dado el viernes libre a todo el personal de oficinas y a los peones. Tras la conmoción sufrida por la ejecución sumarísima de Esvandiary, acusado de «corrupción», se fueron más que de prisa.

Lochart miró el reloj. La segunda manecilla parecía interminablemente lenta. Abajo pasó un camión. Luego otro. Eran exactamente las seis y media de la mañana.

—Sierra Uno, habla Lengeh.

Era Scragger informando según el plan. McIver se sintió inmensamente aliviado. Lochart se mostró más ceñudo.

—Lengeh, aquí Sierra Uno, estás cinco por cinco.

La voz de Scot llegó clara y firme. Sierra Uno era la clave para la oficina en el aeropuerto de Al Shargaz, pues Gavallan no quería atraer la atención más de lo necesario sobre los dominios del jeque.

McIver accionó el transmisor de HF.

—Sierra Uno, aquí Kowiss.

—Kowiss, habla Sierra Uno, estás cuatro por cinco.

—Sierra Uno, aquí Bandar Delam. —Los dos se dieron cuenta del tono trémulo de Rudi.

—Bandar Delam, aquí Sierra Uno, estás dos por cinco.

A través del altavoz solo les llegaban ruidos parásitos. McIver se limpió el sudor de las palmas.

—Todo va bien hasta el momento.

El café se había quedado frío en la taza y tenía un sabor horrible, pero se lo bebió.

—Rudi parecía nervioso, ¿no? —dijo Lochart.

—Estoy seguro de que yo también lo parecía. Y desde luego Scrag.

McIver lo observó, preocupado por él. Lochart desvió la mirada. Acercándose a la cafetera eléctrica, la enchufó. Sobre la mesa había cuatro teléfonos, dos de líneas interiores y dos exteriores. Pese a la decisión que había tomado, Lochart intentó utilizar uno de los teléfonos exteriores, luego el otro. Ambos seguían sin funcionar. Hacía ya días que estaban así. «Muertos como yo. No hay forma de ponerme en contacto con Sharazad, ni siquiera por correo».

—En Al Shargaz hay un cónsul canadiense —dijo McIver con brusquedad—. Desde allí pueden ponerte en comunicación con Teherán.

—Claro.

Una ráfaga de viento hizo chasquear la tabla colocada provisionalmente en la ventana. Lochart no prestaba la más mínima atención al exterior, preguntándose cómo estaría Sharazad, rezando para que se reuniera con él. «Que se reúna conmigo, ¿para qué?». La cafetera empezó a silbar. Lochart se la quedó mirando. Cuando abandonó el apartamento, bloqueó el futuro en su mente. Pero había resurgido durante la noche por mucho que él intentara reprimirlo.

Desde la base llegó la primera llamada de un almuédano.

—Acudid a rezar, acudid al progreso, la oración es mejor que el sueño…

EN BANDAR DELAM: 6.38 DE LA MAÑANA. Un amanecer empapado en agua, la lluvia era ligera y el viento había amainado algo desde el día anterior. En el aeropuerto, Rudi Lutz, Sandor Petrofi y Pop Kelly se encontraban reunidos en el remolque del primero, con las luces apagadas, bebiendo café. Afuera, en la terraza, Marc Dubois montaba guardia contra posibles espías. En toda la base no se veía una sola luz. Rudi consultó su reloj.

—Espero, por Dios, que sea hoy —murmuró.

—Hoy o nunca —dijo Kelly que se mostraba muy ceñudo—. Haz la llamada, Rudi.

—Todavía falta un minuto.

A través de la ventana, Rudi podía ver el interior del hangar y sus «212». Ninguno de ellos llevaba incorporados depósitos para largas distancias. Entre aquellas sombras, Fowler Joines y tres mecánicos estaban subiendo a bordo, con todo sigilo, el último combustible de repuesto, terminando los preparativos que habían comenzado la noche anterior con toda cautela, mientras los pilotos distraían la atención de los guardias del campamento y de Numir. Poco antes de irse a la cama, los cuatro habían hecho individualmente los cálculos de la distancia. Todos estuvieron de acuerdo en mantener diez millas náuticas entre sí.

—Si el viento sigue soplando con esta fuerza, estaremos todos en el condenado mar —había musitado Sandor, resultándoles sumamente difícil hablar con aquella música pero no atreviéndose a hacerlo sin ella. Poco antes Fowler Joines había sorprendido a Numir merodeando alrededor del remolque de Rudi.

—Sí —había asentido Mac Dubois—. Alrededor de unos diez kilómetros afuera.

—Tal vez deberíamos saltarnos Bahrein y desviarnos hacia Kuwait. ¿Qué te parece, Rudi?

—No, Sandor, hemos de dejar Kuwait libre para Kowiss. ¿Seis helicópteros de matrícula iraní convergiendo todos allí? Sufrirían una hemorragia.

—¿Dónde diablos están los números de las nuevas matrículas que nos habían prometido? —preguntó Kelly, con un nerviosismo cada vez mayor a medida que los minutos pasaban.

—Nos van a recibir. Charlie Pettikin irá a Kuwait y Jean-Luc a Bahrein.

—¡*Mon Dieu*, vaya mala suerte! —exclamó fastidiado, Dubois—. Jean-Luc siempre llega tarde, siempre. Estos *pieds-noirs* piensan como los árabes.

—Si Jean-Luc nos jode esta vez —había dicho Sandor—, le convertiré en un condenado picadillo. Escuchad, en lo que se refiere al combustible, quizá podamos obtener algo de «Iran-Toda». Va a parecer enormemente sospechoso cargar con todo ese combustible, solo para ir hasta allí.

—Haz la llamada, Rudi. Es la hora.

—De acuerdo, de acuerdo. —Rudi aspiró hondo y cogió el micro —. Sierra Uno, aquí Bandar Delam. ¿Me recibís? Aquí…

EN EL CUARTEL GENERAL, EN AL SHARGAZ: 6.40 DE LA MAÑANA.

—Bandar Delam, ¿me recibís?

Gavallan estaba sentado delante de la HF, Scot junto a él, Nogger Lane apoyado en una mesa escritorio que tenía detrás y Manuela ocupando la única otra silla. Todos permanecían rígidos, con la mirada clavada en el altavoz, seguros de que la llamada significaba dificultades ya que en la operación Torbellino se estipulaba un silencio absoluto por radio antes de las siete de la mañana y durante el tiempo que durara la fuga, salvo en situaciones de emergencia.

—Bandar Delam Sierra Uno —respondió Scot con voz ronca—. Estáis dos por cinco, adelante.

—No sabemos cómo está vuestro día, pero tenemos algunos vuelos programados para esta mañana y nos gustaría realizarlos ahora. ¿Tenemos vuestra aprobación?

—Standby One —dijo Scot.

—¡Maldición! —farfulló Gavallan—. Es esencial que se abandonen todas las bases al mismo tiempo.

De repente, todas las emisoras volvieron a cobrar vida.

—Sierra Uno, aquí Lengeh. —La voz de Scragger sonaba más fuerte, más clara y enérgica—. Nosotros también tenemos vuelos pero cuanto más tarde mejor. ¿Qué tal el tiempo por ahí?

—Standby One, Lengeh. —Scot miró a Gavallan, esperando.

—Llama a Kowiss —dijo Gavallan. Y todos se tranquilizaron algo —. Consultaremos primero con ellos.

—Kowiss, os habla Sierra Uno. ¿Nos recibís? —Silencio—. Kowiss, aquí Sierra Uno, ¿nos recibís?

—Aquí Kowiss. Adelante. —La voz de McIver parecía tensa, llegando de forma intermitente.

—¿Habéis tomado nota?

—Sí, preferimos previsiones firmes como planeado.

—Esto lo decide —dijo Gavallan, y cogió el micro—. Sierra Uno a todas las bases. Nuestro tiempo es cambiable, tendremos vuestras previsiones firmes a las siete en punto.

—Anotado —dijo Scragger.

—Anotado. —La voz de Rudi sonó quebradiza.

—Anotado. —McIver parecía aliviado.

De nuevo, las ondas callaron.

—Más vale que nos atengamos al plan —dijo Gavallan sin dirigirse a nadie en particular—. Es preferible no alertar a ATC innecesariamente o hacer que ese granuja de Siamaki cree más dificultades de las habituales. Rudi pudo haber cancelado la operación si era urgente. Todavía puede hacerlo.

Se levantó, desperezándose, y volvió a sentarse. Nuevos ruidos parasitarios. También estaban escuchando por el canal de

emergencia, 121.5. El jumbo de la «Pan Am» despegó haciendo vibrar los cristales de las ventanas.

Manuela se agitó en su asiento con la sensación de que estaba invadiendo campos ajenos a pesar de que Gavallan le había dicho: «Escucha con nosotros, Manuela. De los que estamos aquí, tú eres la única que hablas farsi». A ella el tiempo no la acuciaba tanto. Su hombre estaba a salvo, algo averiado, pero a salvo, y su corazón cantaba de gozo por la bendita suerte que había tenido sacándole del vértice.

—Porque no es otra cosa, cariño —le había dicho a él la noche anterior en el hospital.

—Tal vez. Pero sin la ayuda de Hussain, tal vez estuviera en Kowiss todavía.

«De no haber sido por ese mulá jamás te hubieran disparado», pensó ella, aunque no lo dijo porque no quería agitarle.

—¿Puedo traerte algo, cariño?

—Una cabeza nueva.

—Dentro de un momento traerán la tableta. El médico ha dicho que estarás volando otra vez dentro de seis semanas, que tienes la constitución de un búfalo.

—Pues me siento como un pollo desmirriado.

Manuela se había echado a reír.

Ahora, se dejaba ir tranquilamente, sin tener que estar con el alma en vilo como los demás, Genny en especial. Faltaban dos minutos. Más ruidos. Gavallan tamborileaba sobre la mesa. Un jet particular despegó y pudo ver otro avión al final de la pista, un jumbo con los colores de «Alitalia». «Me pregunto si será el vuelo de Paula, de regreso de Teherán».

En el reloj, la manecilla de los minutos estaba a punto de situarse en las doce. A las siete en punto, Gavallan cogió el micro.

—Sierra Uno a todas las bases. Nuestras previsiones están establecidas y esperamos que el tiempo mejore, pero manteneos alerta ante posibles torbellinos sin importancia. ¿Habéis tomado nota?

—Sierra Uno, aquí Lengeh. —Scragger se mostraba animoso—. Tomamos nota y vigilaremos posibles torbellinos. Corto.

—Sierra Uno, aquí Bandar Delam. Tomamos nota y vigilaremos posibles torbellinos. Corto.

Silencio. Los segundos pasaban. Gavallan, inconsciente, se mordía el labio. Una nueva espera. Entonces, hizo funcionar el botón transmisor.

—Kowiss, ¿nos recibís?

EN KOWISS: 7.04 DE LA MAÑANA. McIver y Lochart tenían la mirada fija en la HF. Consultaron sus relojes casi a la vez.

—Ha sido cancelada para hoy —murmuró Lochart con un inmenso alivio. «Otro día más de respiro —se dijo—. Tal vez hoy los teléfonos vuelvan a funcionar…, tal vez hoy pueda hablar con ella».

—Aún tienen que llamar, es parte del plan. Han de llamar cualquiera que sea la decisión. —McIver hizo funcionar el interruptor en los dos sentidos. Todas las luces se apagaron y los discos también—. Al diablo con todo —dijo e hizo funcionar el botón del transmisor—. Sierra Uno, aquí Kowiss. ¿Me recibís? —Silencio. De nuevo, con mayor ansiedad—: Sierra Uno, aquí Kowiss, ¿me recibís? —Silencio.

—¿Qué demonios les pasa? —dijo Lochart entre dientes.

—Lengeh, aquí Kowiss. ¿Me recibís? —No hubo respuesta.

De repente, McIver se acordó y, poniéndose en pie de un salto, se acercó a la ventana. El cable principal de la antena transmisora-receptora colgaba suelto, agitado por el viento. McIver, con una maldición, abrió de golpe la puerta que conducía al tejado y salió al aire libre. Sus dedos eran fuertes pero las tuercas aparecían demasiado enmohecidas y pudo comprobar que los anillos de cable soldados estaban carcomidos por la herrumbre y se habían roto.

—¡Maldición una y mil veces!

—Toma. —Lochart estaba junto a él y le daba los alicates.

—Gracias. —McIver empezó a rascar la herrumbre. La lluvia casi había parado, pero él ni siquiera se dio cuenta.

El fragor de un trueno. Los relámpagos centelleaban en los Zagros, el cielo cubierto sobre las montañas. Mientras trabajaba presuroso dijo a Lochart que Wazari había pasado muchísimo tiempo en el tejado el día anterior asegurando el cable.

—Esta mañana, al llegar, he hecho una llamada de rutina, de manera que sabía que funcionaba y se nos oía claro y bien a las seis treinta, y a las seis cuarenta. El viento debe de haber arrancado el cable de entonces ahora… —Los alicates se le escurrieron hiriéndose en un dedo. Soltó un taco.

—¿Me dejas hacerlo a mí?

—No, ya está. Solo un par de segundos.

Lochart volvió a la cabina de la torre. Eran las siete y siete minutos. La base seguía tranquila. Algunos camiones se movían pero ningún aeroplano. Junto al hangar, los dos mecánicos seguían trabajando con los «212» de acuerdo con el plan, Freddy Ayre con ellos. Entonces, vio a Wazari pedaleando a lo largo de la carretera de circunvalación interior. El corazón le dio un vuelco.

—Mac, ahí llega Wazari. Viene de la base.

—Detenle, dile cualquier cosa, pero detenle.

Lochart bajó las escaleras corriendo.

A McIver le latía el corazón descompasadamente. «Vamos, por Dios Santo —decía mientras se maldecía por no haberlo comprobado —. Comprobación una y otra vez, y otra. La seguridad no es un accidente sino que ha de ser planificada».

Los alicates se le escurrieron de nuevo. Volvió a engancharlos. Ya las tuercas se movían en el tornillo. Uno de los lados estaba bien apretado ahora. Por un segundo, se sintió tentado de arriesgarse a dejar el otro, pero la cautela se sobrepuso a su ansiedad y lo apretó también. Un tirón del cable a modo de prueba. Estaba fuerte. Entró de nuevo, empapado en sudor. Las siete y dieciséis.

Por un instante no le fue posible recuperar el aliento. «Vamos, McIver, por el amor de Dios», se dijo. Aspiró a fondo y eso le ayudó.

—Sierra Uno, aquí Kowiss. ¿Me recibís?

Al instante, se oyó la voz ansiosa de Scot.

—Kowiss, Sierra Uno. Adelante.

—¿Tenéis alguna información sobre el tiempo para nosotros?

De repente se escuchó la voz de Gavallan aún con mayor ansiedad.

—Kowiss, enviamos la siguiente exactamente a las siete; establecidas nuestras previsiones y esperamos una mejora del tiempo, pero atención a los torbellinos sin importancia. ¿Tomaste nota?

McIver exhaló el aire acumulado.

—Hemos tomado nota y tendremos cuidado con los torbellinos sin importancia. ¿Tomaron nota los demás?

—Afirmativo…

AL SHARGAZ. EN EL CUARTEL GENERAL:

—Repito, afirmativo —repitió Gavallan en el micro—. ¿Qué ha ocurrido?

—No hay problema. —Volvió a oírse la voz de McIver aunque la señal era débil—. Nos veremos pronto. Corto.

Las ondas habían quedado silenciosas. Un repentino «¡Hurra!» se escuchó en la habitación. Scot abrazó a su padre lo que le arrancó una exclamación de dolor a causa de su hombro, mas, en aquel pandemónium, nadie se dio cuenta.

—Voy a telefonear al hospital, Andy —dijo después de darle también un abrazo—. No tardaré ni un segundo —y salió corriendo. Nogger saltaba de un lado a otro, regocijado.

—Creo que los no pilotos nos merecemos una gran botella de cerveza.

En Kowiss: McIver desconectó el aparato y se dejó caer en la silla, tratando de serenarse. Se sentía extraño: la cabeza ligera y las

manos pesadas.

«Poco importa eso. ¡Ya está en marcha!», se dijo.

La torre estaba en silencio salvo por el viento que zarandeaba la puerta que había dejado abierta en su apresuramiento. La cerró y vio que no llovía, aun cuando las nubes seguían teniendo un aspecto amenazador. En ese momento se dio cuenta de que el dedo seguía sangrando. Junto a la HF había una toalla de papel, arrancó un trozo y lo enrolló sobre la herida. Las manos le temblaban. Siguiendo un impulso repentino, salió de nuevo al tejado arrodillándose junto al cable de conexión. Necesitó de todas sus fuerzas para soltarlo. Luego, tras inspeccionar por dos veces la torre, se limpió el sudor de la frente y bajó las escaleras.

Lochart y Wazari se encontraban en la oficina de Esvandiary. Wazari sin afeitar y desaliñado. En el ambiente se palpaba una extraña electricidad.

«No hay tiempo para preocuparse de eso —pensó McIver—, Scrag y Rudi ya están en el aire».

—Buenos días, sargento —dijo McIver con tono cortante, consciente del escrutinio de Lochart—. Creí haberle dado el día libre. No tenemos tráfico de importancia.

—Sí, capitán, lo hizo pero yo, humm, no podía dormir y… y no me siento seguro en la base. —Wazari observó el rostro congestionado de McIver y el rústico vendaje—. ¿Se encuentra bien?

—Si, estoy bien. Me corté el dedo con la ventana rota. —McIver miró a Lochart que sudaba tanto como él—. Más vale que nos pongamos en marcha, Tom. Estamos haciendo pruebas de tierra con los «212», sargento.

Vio a Lochart mirarle sorprendido.

—Sí, señor. Informaré a la base —dijo Wazari.

—No es necesario. —No supo qué más decir, pero, al instante, las palabras acudieron—. Por su propio bien, si va a quedarse rondando por aquí, más le valdrá ir preparándose para el ministro Kia.

El hombre se puso pálido.

—¿Qué?

—Pronto vendrá para el vuelo de regreso a Teherán. ¿No es usted el único testigo contra él y ese pobre idiota de Hotshot?

—Desde luego, yo los oí —afirmó Wazari, ansiando justificarse—. Kia es un bastardo y un embustero, y Hotshot lo era también; estaban haciendo ese trato. ¿Ha olvidado que fue Hotshot quien ordenó que azotaran a Ayre? Le hubieran matado, ¿acaso lo ha olvidado? Esvandiary y Kia, todo cuanto dije era verdad, ¡es verdad!

—Estoy seguro de ello, le creo. Pero es probable que se ponga condenadamente furioso cuando le vea, ¿no cree? Y el personal de oficinas otro tanto, todos estaban muy irritados. Quizá le denunciarán. A lo mejor yo pueda contener a Kia —dijo McIver a modo de ayuda, en la esperanza de conservarle de su parte—. O tal vez no. Yo de usted, me haría ver lo menos posible, no andaría por aquí. Vamos, Tom.

McIver dio media vuelta para alejarse pero Wazari se interpuso en su camino.

—No olvide que fui yo quien evitó una matanza al decir que la carga de Sandor se había corrido; de no ser por mí, él estaría muerto…, de no ser por mí, todos ustedes estarían delante de un comité… Tienen que ayudarme… —las lágrimas le caían por la cara —, tienen que ayudarme…

—Haré lo que pueda —dijo McIver sintiendo lástima de él, y, acto seguido, se alejó. Una vez fuera, hubo de contenerse para no correr hacia donde se encontraban los demás, dándose cuenta de su ansiedad. Luego Lochart le dio alcance.

—¿Torbellino? —preguntó, teniendo que apresurar el paso para seguirle.

—Sí, Andy apretó el botón en punto, a las siete, tal como lo habíamos planeado. Scrag y Rudi tomaron nota y es probable que vayan de camino —respondió McIver atropellando las palabras, sin darse cuenta de la repentina desesperación de Lochart. Ya se encontraban junto a Ayre y los mecánicos.

—¡Torbellino! —graznó prácticamente McIver, pero para todos ellos, esa palabra sonó como la llamada de un clarín.

—Estupendo —dijo Freddy Ayre con voz neutra, guardando para sí su excitación.

No así los otros.

—¿A qué ha sido debido el retraso? ¿Qué ha ocurrido?

—Ya os lo diré más tarde. En marcha, acabemos de una vez.

McIver se encaminó hacia el primer «212» y Ayre al segundo mientras los mecánicos subían a las cabinas. En aquel momento, un coche del Ejército, con el coronel Changiz y varios soldados de aviación entraban en el complejo y se detenía delante del edificio de oficinas. Todos los soldados iban armados y ostentaban brazaletes verdes.

—Bien, capitán, ¿va a llevar al ministro Kia a Teherán de nuevo? —preguntó Changiz que parecía algo aturdido y furioso.

—Sí, sí. En efecto. A las diez, a las diez en punto.

—Me ha dado un mensaje. Quiere adelantar su partida a las ocho en punto, pero usted no puede despegar hasta las diez como figura en su autorización. ¿Está claro?

—Sí, pero el…

—Le hubiera telefoneado mas sus teléfonos se encuentran fuera de uso otra vez, y algo andaba mal en su radio. ¿Es que no se ocupa del mantenimiento de su equipo? Estaba funcionando y, de repente, se cortó.

McIver vio la mirada del coronel clavada en los tres helicópteros alineados, e iniciar seguidamente un movimiento en dirección a ellos.

—No sabía que hoy tuvieran vuelos comerciales.

—Solo pruebas de tierra con uno y comprobar el funcionamiento del otro para efectuar mañana el relevo del personal en Rig Abu Sal, coronel —se apresuró a decir McIver, preguntándole luego para seguir distrayendo su atención—: ¿Qué le pasa ahora al ministro Kia?

—¡No le pasa nada! —respondió el otro con irritación. Luego, consultó su reloj y cambió de idea en cuanto a la inspección de los helicópteros—. Haga que alguien arregle su radio y usted

acompáñeme. El mulá Hussain quiere verle. Estaremos de vuelta con tiempo suficiente.

Lochart consiguió hablar al fin.

—Estaré encantado de conducir al capitán McIver dentro de un minuto, aquí hay algunas cosas que nec…

—Hussain quiere ver al capitán McIver, no a usted…, ¡y ahora! Usted ocúpese de la radio.

Changiz ordenó a sus hombres que lo esperaran allí, ocupó el asiento del conductor e indicó a McIver que se sentara a su lado. Este, desconcertado, obedeció. Changiz se puso en marcha y su conductor se encaminó hacia la oficina. Los demás soldados se dispersaron, echando un vistazo alguno a los helicópteros. Los dos «212» estaban atestados con el último cargamento de repuestos importantes, subidos a bordo durante la noche. Adoptando aires de indiferencia, los mecánicos cerraron las portezuelas de la cabina y empezaron a sacarles brillo.

Ayre y Lochart permanecieron mirando el coche que se alejaba.

—Y ahora, ¿qué?

—No lo sé…, no podemos irnos sin él.

Lochart se sentía realmente angustiado.

En Bandar Delam: 7.26 de la mañana. Los cuatro «212» estaban fuera del hangar, dispuestos para el despegue. Fowler Joines y los otros tres mecánicos hacían pequeños arreglos en el fondo de las cabinas mientras esperaban con impaciencia. Pesados bidones de gasolina de ciento cincuenta litros de reserva ajustaban perfectamente en su lugar. Muchos cajones de repuestos. Maletas ocultas bajo las lonas.

—Venga, vamos. Menear las tabas —decía Fowler limpiándose el sudor.

En la cabina apestaba a gasolina.

A través de la portezuela abierta podía ver a Sandor, Rudi y Pop Kelly esperando en el hangar, todo dispuesto como lo habían

planeado salvo por el último piloto, Dubois, que llevaba ya diez minutos de retraso y nadie sabía si Numir, el gerente de la base, le había interceptado alguien del personal o los Green Bands. Entonces, vio a Dubois salir tranquilamente por su puerta. A Fowler por poco le da un ataque. Con gala indiferencia, Dubois llevaba en la mano una maleta y al brazo su impermeable. Al pasar con toda parsimonia por delante de la oficina, Numir apareció en una ventana.

—Vámonos —graznó más que dijo Rudi.

Se dirigió a la carlinga de su aparato con toda la calma que le fue posible, se abrochó el cinturón y pulsó el arranque de los motores. Pop Kelly le siguió de cerca, sus rotores iban adquiriendo velocidad. Con toda tranquilidad, Dubois lanzó su maleta a Fowler, dejó con cuidado su impermeable sobre un cajón y se instaló en el asiento del piloto poniendo inmediatamente los motores en marcha, sin molestarse en sujetarse el cinturón o comprobar la lista de verificación. Fowler juraba de manera incoherente. Sus jets se ponían en marcha con perfecta cadencia mientras Dubois tarareaba una cancioncilla. Se ajustó el casco y ya, cuando todo estaba preparado, se abrochó el cinturón. No vio a Numir salir precipitadamente de su oficina.

—¿Adónde van? —gritó este a Rudi a través de la ventanilla.

—A «Iran-Toda». Está en el manifiesto —respondió y siguió con sus operaciones para el despegue: conectada la VHF, conectada la HF, las agujas alcanzando el «Verde».

—Pero no han solicitado a Abadán permiso para poner en marcha los motores y…

—Hoy es Día Santo, Agha, puede hacerlo usted por nosotros.

—¡Eso es trabajo de ustedes! —gritó Numir, furioso—. Tienen que esperar a Zataki. Tienen que esperar al cor…

—En eso lleva razón. Quiero asegurarme de que mi helicóptero está perfectamente preparado para el instante en que llegue… Es muy importante darle satisfacción, ¿verdad?

—Sí, pero ¿por qué llevaba Dubois una maleta?

—Bueno, ya conoce a los franceses —fue lo primero que le acudió a la cabeza—. La indumentaria es importante para ellos, y él está seguro de que va a tenerse que quedar en «Iran-Toda», así que se lleva un uniforme de repuesto.

El pulgar enguantado aleteó sobre la palanca de transmisión en la columna. «No lo hagas —se obligó a sí mismo—, no seas impaciente, todos saben qué hacer, ¡no seas impaciente!».

En ese momento, por detrás de Numir, y a través de la bruma, que tenía con una visibilidad baja a unos centenares de metros, Rudi divisó la camioneta de los Green Bands atravesar renqueante la puerta principal y detenerse después, su ruido ahogado por los jets. Pero no era Zataki, solo algunos de sus Green Bands habituales que permanecieron allí, en grupo, mirando con curiosidad los «212». Nunca antes se habían puesto en marcha a la vez cuatro «212».

A través de sus auriculares, escuchó a Dubois.

—Preparado, *mon vieux*.

Luego a Pop Kelly, después a Sandor y él, por su parte, pulsó la clavija del transmisor y dijo a través del micro:

—Adelante.

Luego, se asomó a la ventanilla e hizo a Numir una seña para que se acercara.

—No es necesario que los otros esperen. Ya espero yo.

—Pero se les ha ordenado ir en grupo y sus autorizaciones…

La voz del gerente de la base quedó ahogada por el fragor de los motores lanzados a toda potencia merced al procedimiento de despegue de emergencia, conforme al plan que los pilotos habían establecido de común acuerdo la noche anterior: Dubois, a la derecha; Sandor, a la izquierda; Kelly, exactamente delante, semejaban una formación de agachadizas dispersándose. En cuestión de segundos, estuvieron en el aire y se fueron alejando, volando muy bajo.

Numir tenía la cara purpúrea.

—Pero se les ha dicho que…

—Lo hacemos por su seguridad, Agha, estamos tratando de protegerle —le gritó Rudi dominando el ruido de los jets, volviendo a hacerle seña de que se adelantara. Todas sus agujas estaban ya en el «Verde»—. Así es mejor, Agha. De esta forma haremos el trabajo y no habrá problemas. Tenemos que protegerle y también a «IranOil».

A través de los auriculares oyó a Dubois quebrantar el silencio obligatorio de radio hablando con tono apremiante.

—¡Hay un coche casi junto a la verja!

En ese mismo instante, Rudi lo vio y reconoció a Zataki en el asiente delantero. Máxima potencia.

—Voy a ascender unos cuantos metros, Agha, mi contador está subiendo.

Lo que Numir estuviera vociferando se perdió en el estruendo. Zataki se encontraba apenas a un centenar de metros, Rudi sintió los rotores sesgar el aire, y alzarse el aparato. Por un instante, pareció como si Numir estuviera dispuesto a saltar a uno de los patines, pero se agachó, apartándose. El patín le rozó haciéndole caer mientras Rudi cobraba velocidad y se alejaba, desbordando prácticamente de excitación. Delante, los otros se encontraban en posición sobre el pantano. Hizo oscilar a su helicóptero mientras se reunía con ellos, les dio la salida con los pulgares en alto, encabezando la carrera hacia el Golfo, a seis kilómetros de distancia.

A Numir le ahogaba la furia mientras se levantaba del suelo al tiempo que el coche de Zataki se detenía junto a él con un frenazo.

—¡Por Dios! ¿Qué está pasando aquí? —exclamó iracundo Zataki bajando del coche.

Entretanto, los helicópteros habían desaparecido entre la bruma, extinguiéndose ya el ruido de los motores.

—¡Tenían que haberme esperado!

—Lo sé, lo sé, coronel. Yo se lo dije una y otra vez pero ellos…, ellos despegaron sin más y…

Numir gritó al caer el puñetazo sobre su cara, derribándole. Los Green Bands lo observaban todo con indiferencia, acostumbrados ya

a los arranques de cólera de Zataki. Uno de los hombres puso a Numir en pie, dándole unas palmadas en el rostro para hacerle volver en sí.

Zataki lanzaba maldiciones al cielo. Cuando su ataque de ira se hubo calmado, se dirigió a sus hombres.

—Traed a ese pedazo de mierda de camello y seguidme. —Al pasar furibundo por delante del hangar, vio los dos «206», cuidadosamente aparcados al fondo, con repuestos desperdigados aquí y allá, y un ventilador en funcionamiento secando la pintura reciente… Todo el minucioso enmascaramiento de Rudi, a fin de disponer de unos cuantos minutos extra—. Haré que esos perros deseen haberme esperado.

Abrió la puerta de la oficina de un puntapié y se acercó como un ciclón al transmisor de radio sentándose junto a él.

—¡Comunícame con esos hombres, Numir!

—Pero, Jahan, nuestro operador de radio no ha llegado todavía y yo.

—¡Hazlo!

El hombre, aterrado, conectó la VHF, con la boca sangrándole siendo apenas capaz de hablar.

—¡Base llamando al capitán Lutz! —esperó. Luego repitió la orden, y añadió—: ¡Urgente!

EN LOS HELICÓPTEROS: Se encontraban apenas a tres metros de altura sobre el pantano y a unos centenares de metros de distancia de la base cuando escucharon la voz furiosa de Zataki a través de la radio.

—¡Se ordena a todos los helicópteros que regresen a la base! ¡Que se presenten!

Rudi hizo un ligero ajuste de la potencia del motor y de la orientación. En el helicóptero más cercano a él, vio a Marc Dubois señalar su casco y hacer un gesto obsceno. Le imitó sonriente. Entonces se dio cuenta del sudor que le corría por el rostro.

—¡QUE SE PRESENTEN TODOS LOS HELICÓPTEROS! ¡QUE SE…!

EN EL AEROPUERTO:

—i… HELICÓPTEROS SE PRESENTEN! —chillaba Zataki a través del «micro»—. ¡QUE SE PRESENTEN TODOS LOS HELICÓPTEROS!

Solo los ruidos parasitarios. De repente, Zataki golpeó la mesa con el micrófono.

—¡Comunícame con la Torre de Abadán! ¡DE PRISA! —vociferó.

El aterrado Numir, resbalándole la sangre por la barba, cambió de canal y al cabo de seis llamadas, esta vez en farsi, se comunicó con la torre.

—Aquí la Torre de Abadán, Agha. Adelante, por favor.

Zataki le arrancó el micrófono de la mano.

—Habla el coronel Zataki, Comité Revolucionario de Abadán —dijo en farsi—, llamando desde el aeropuerto de Abadán.

—La paz sea contigo, coronel. —El tono de voz sonó deferente—. ¿Qué podemos hacer por ti?

—Cuatro de nuestros helicópteros han despegado sin autorización en dirección a «Iran-Toda». Hacedles regresar, por favor.

—Un momento, por favor.

Voces ahogadas. Zataki esperaba con la cara congestionada. Esperó y esperó.

—¿Estás seguro, Agha? En la pantalla de radar no los vemos.

—Claro que estoy seguro. ¡Ordenadles regresar!

Más voces ahogadas y nuevas esperas, Zataki estaba a punto de estallar.

—Se ordena a los cuatro helicópteros que han despegado de Bandar Delam que regresen a su base —dijo una voz en farsi—. Por favor, comuniquen que están cumpliendo la orden. —La transmisión fue hecha con una gran ineptitud y tuvieron que repetirla. Luego la voz añadió—: Tal vez sus radios no estén abiertas, Agha. Las bendiciones de Dios sean contigo.

—¡Continuad llamándoles! Vuelan bajo y se dirigen hacia «Iran-Toda».

Mas voces ahogadas. Después, en farsi como antes y, de repente, una voz cortante en inglés americano:

—¡Okay, yo me ocuparé! Aquí Control de Abadán, Helicópteros en dirección 090 grados, ¿me recibís?

EN LA CARLINGA DE DUBOIS: Su brújula marcaba 091 grados. De nuevo la voz enérgica llegando a través de los auriculares:

—Aquí, Control de Abadán. Helicópteros en dirección 090 grados, ¿me recibís? —Una pausa—. Control de Abadán, helicópteros en dirección 090 cambiad al canal 1219…, ¿me recibís?

Era el canal de emergencia que, por norma, todo aparato debía oír automáticamente.

—Helicópteros en dirección 090 grados a dos kilómetros de la costa regresen a la base, ¿me recibís?

Fowler, conectado ya a través del casco, dijo por el intercomunicador:

—A ver si se muere ese tipo.

De nuevo la voz, y sus sonrisas se borraron.

—Control de Abadán a coronel Zataki, ¿me recibe?

—Sí, adelante.

—Por un instante hemos captado una huella en el radar, posiblemente no sea nada, pero puede tratarse de un helicóptero o helicópteros estrechamente agrupados, dirección 090 grados. —La transmisión se debilitó ligeramente—. Eso les llevaría directamente…

EN EL AEROPUERTO:

—… «Iran-Toda». No solicitar permiso para la puesta en marcha del motor y no mantenerse en contacto por radio constituye una grave violación. Por favor, den sus señales de llamada y los nombres de los capitanes. La VHF de «Iran-Toda» sigue sin funcionar, de lo

contrario nos hubiésemos puesto en contacto con ellos. Sugerimos el envío de alguien allí para arrestar a los pilotos y traerlos ante el comité ATC de Abadán de inmediato por contravenir la reglamentación aérea. ¿Anotado?

—Sí…, sí, comprendo. Gracias. Un momento.

Zataki arrancó el micrófono de las manos de Numir.

—¡Me voy a «Iran-Toda»! Si regresan antes de que yo les coja allí, están bajo arresto. Comunica a Control de Tráfico cuanto necesitan saber.

Salió de estampía dejando en la base a tres hombres con metralletas.

—Control de Abadán, Bandar Delam —empezó a decir Numir—: HVV, HGU, HKL, HXC, todos «212», capitanes Rudi Lutz, Marc Dubois…

EN LA CARLINGA DE POP KELLY:

—… Sandor Petrofi e Ignatius Kelly, todos trasladados temporalmente de «IranOil» a «Iran-Toda» por orden del coronel Zataki.

—Gracias, Bandar Delam. Mantennos informados.

Kelly miró hacia la derecha e hizo un gesto entusiasmado alzando sus pulgares hacia Rudi, quien respondió a su vez…

EN LA CARLINGA DE RUDI:

—… y que hizo el mismo gesto Dubois, el cual respondió a su vez. Luego escudriñó una vez más en la neblina.

Los helicópteros, volando en estrecho grupo, se encontraban casi por encima de la orilla de la playa. «Iran-Toda» se hallaba a su izquierda a menos de un kilómetro de distancia, mas Rudi no podía distinguir siquiera parte de las instalaciones a causa de la neblina o de la bruma. Aceleró ligeramente para adelantarse, después abandonó su dirección sur por la del este. Aquello les permitió un

vuelo directo deliberado sobre el complejo. Aumentó la altitud solo lo suficiente para no chocar con los edificios. El complejo se distanció rápidamente, pero Rudi sabía que en tierra tenían pleno conocimiento de su presencia debido a su estruendosa y repentina aparición. Una vez hubieron dejado atrás «Iran-Toda», volvió a descender manteniendo el mismo rumbo, dirigiéndose hacia el interior durante algo más de dieciséis kilómetros. Allí, el terreno era desolado, sin aldea alguna a la vista. Una vez más, y de acuerdo con el plan, giró directamente hacia el Sur por el mar.

De nuevo, la visibilidad empezó a deteriorarse. Allá abajo, a seis metros, apenas alcanzaba medio kilómetro con una zona parcial en la que no existía demarcación entre el cielo y el mar. Delante de ellos, casi directamente en su ruta, a unos cien kilómetros más o menos, se encontraba la isla Kharg con un inmenso y poderoso radar, y más allá, a unos cuatrocientos kilómetros, Bahrein, su punto de destino. Al menos dos horas de vuelo. Quizá más con aquel viento, los treinta y cinco del sudeste convirtiéndose en un viento de cabeza relativo de veinte nudos.

Allí abajo, entre la niebla, era peligroso. Pero pensaron que así evitarían el radar si es que las pantallas se encontraban en servicio, y también se hallarían en condiciones de evitar cualquier interceptación por cazas, caso de que la hubiera.

Rudi movió de un lado a otro la palanca de mando para hacer que su helicóptero oscilase. Después, presionó por un instante el botón transmisor de su HF.

—Delta Cuatro, Delta Cuatro —dijo con toda claridad.

Era la clave para Al Shargaz comunicando que los cuatro helicópteros de Bandar Delam estaban a salvo y abandonando la orilla. Vio a Dubois indicar hacia arriba, preguntándole si subían. Rudi hizo un movimiento negativo de cabeza, y señaló hacia delante y hacia abajo, ordenando que continuaran volando a baja altura y se atuvieran al plan. Obedientemente, se desplegaron y todos juntos dejaron de sobrevolar tierra firme y se sumergieron en la niebla, cada vez más densa.

EN EL CUARTEL GENERAL DE AL SHARGAZ: Gavallan comunicaba por teléfono con el hospital.

—De prisa. Comuníqueme con el capitán Starke, por favor… Hola, Duke, soy Andy. Solo quería decirte que acabamos de recibir un «Delta Cuatro» de Rudi, hace un minuto. Es formidable, ¿verdad?

—¡Fantástico, estupendo! ¡Fenomenal! Cuatro afuera y cinco a punto de salir.

—Sí, pero son seis. No te olvides de Erikki…

LXI

LENGEH: 8.04 DE LA MAÑANA. Scragger seguía esperando en la oficina, exterior de la comisaría de Policía. Estaba sentado con aspecto desolado en un banco de madera enfrente del cabo que lo miraba desde un escritorio elevado, situado detrás de un mostrador.

Scragger miró el reloj una vez más. Había llegado a las siete y veinte por si acaso la comisaría abriese antes. Pero el cabo no apareció hasta las siete cuarenta y cinco, y le hizo un ademán cortés indicándole un banco e invitándole a que esperara. Estaba siendo la espera más lar que jamás hubiese soportado.

«Rudi y los muchachos de Kowiss ya deben estar en el aire —dijo desalentado—, como lo estaríamos nosotros a no ser por los condenados pasaportes. Un minuto más y se ha terminado. No me atreveré a esperar por más tiempo, no me atreveré. Todavía necesitaremos una hora o más para largarnos y, tan seguro como que hay Dios, surgirá algún problema en cualquiera de las tres bases; también es posible que algún escucha fisgón empiece a hacer preguntas y la alarma cunda entre las ondas…, por no decir nada del zoquete de Siamaki». La noche anterior, Scragger había estado con la HF y escuchado las petulantes llamadas de Siamaki a Gavallan, en Al Shargaz, y a McIver, en Kowiss diciéndole que hoy se encontraría con él en el aeropuerto de Teherán.

«¡Maldito idiota! Pero aún creo que hice bien al no llamar a Andy y cancelar la operación. Diablos, teníamos la salida más fácil de todos y si hubiese aplazado Torbellino para mañana, hubiera surgido cualquier otra cosa, bien a nosotros o a cualquiera de los demás, y el viejo Mac no habría tenido más remedio que volver hoy a Teherán

con el maldito Kia. No podía arriesgarme a eso, sencillamente, no podía». Era fácil darse cuenta de que Mac estaba tan nervioso como una vieja dentro de un barreño en alta mar.

Levantó la vista cuando la puerta se abrió. Dos jóvenes gendarmes entraron arrastrando entre ambos a un muchacho lleno de contusiones con la ropa desgarrada y sucia.

—¿Quién es? —preguntó el cabo.

—Un ladrón. Le pescamos robando, cabo. El pobre diablo estaba robándole arroz al mercader Ismael. Le cogimos mientras patrullábamos, poco antes de amanecer.

—Es la Voluntad de Dios. Metedlo en la segunda celda —les ordenó y, entonces, empezó a gritar al muchacho, sobresaltando a Scragger que no entendía el farsi—. ¡Hijo de perro! ¿Cómo puedes ser tan estúpido para robar? ¿Acaso no sabes que ya no se trata solo de unos cuanto latigazos? ¿Cuántas veces se os tiene que decir? ¡Ahora es la ley Islámica! ¡La ley Islámica!

—Yo…, yo tenía hambre…, mi…

El aterrorizado muchacho gimió al zarandearle uno de los gendarmes.

—Por Dios que el hambre no es excusa. Yo tengo hambre, nuestras familias tienen hambre, todos tenemos hambre. ¡Pues claro que tenemos hambre!

Lo sacaron de la oficina a rastras.

El cabo volvió a maldecirle sintiendo lástima de él. Después, miró a Scragger, asintió levemente y volvió a su trabajo. «¡Qué estupidez la del extranjero al venir aquí un Día Santo! Pero si el hombre quiere esperar aquí todo el día y toda la noche hasta que venga el sargento mañana, que espere todo el día y toda la noche».

La pluma chirriaba fuertemente, provocando dentera a Scragger. Las ocho y once minutos. Malhumorado, se puso en pie y dio unas hipócritas gracias al cabo, el cual insistió cortésmente que esperara

un poco más. Entonces, Scragger se dirigió a la puerta y casi se dio de boca con Qeshemi.

—¡Lo siento, amigo! Salaam, Agha Qeshemi, salaam.

—Salaam, Agha.

El sargento pudo darse cuenta del alivio y la impaciencia de Scragger. Sardónico, le indicó que esperara mientras se acercaba a la mesa, su astuta mirada leyendo con toda claridad en la mente del cabo.

—Saludos, Achmed, que la paz de Dios sea contigo.

—Y contigo, Excelencia Sargento Qeshemi.

—¿Qué problemas tenemos hoy…? Ya sé lo que el extranjero quiere.

—Ha habido otro mitin islámico-marxista hacia la medianoche, abajo, en los muelles. Mataron a un muyahidín y tenemos a otros siete en las celdas… Fue fácil, la emboscada se desarrolló sin dificultades gracias a Dios y los Green Bands nos ayudaron. ¿Qué haremos con ellos?

—Cumplir con las nuevas reglas —dijo Qeshemi, paciente—. Presentar a los prisioneros ante el Comité Revolucionario cuando llegue mañana por la mañana. ¿Algo más?

El cabo le dijo lo del muchacho.

—Lo mismo con él. ¡Estúpido hijo de perro, dejarse coger! Qeshemi pasó detrás del mostrador, se dirigió a la caja fuerte, y, sacando la llave, se dispuso a abrirla.

—¡Gracias a Dios! Creí que habíamos perdido la llave —dijo el cabo.

—Y así era, pero Lafti la encontró. Fui a su casa esta mañana. La tenía en el bolsillo.

Los pasaportes estaban dentro de cajas de municiones. Los sacó, dejándolos sobre la mesa, los comprobó, firmó el permiso en nombre de Jomeini y volvió a repasarlos.

—Aquí están, Agha piloto —dijo entregándoselos a Scragger.

—*Mamnoon am, Agha, khoda haefez*.

—*Khoda haefez, Agha* —respondió el sargento, mientras le estrechaba la mano que le tendía, y le observó, pensativo, cuando salía. A través de la ventana vio que Scragger conducía de prisa. Demasiado de prisa—. ¿Tenemos gasolina en el coche, Achmed?

—Ayer la teníamos, Excelencia.

EN EL AEROPUERTO DE BANDAR DELAM: 8.18 DE LA MAÑANA. Numir fue frenético de uno a otro de los remolques de los mecánicos, pero todos estaban vacíos. Regresó corriendo a su oficina. Jahan, el operador de radio, lo miró sobresaltado.

—¡Se han ido! Todo el mundo se ha ido, pilotos, mecánicos…, y la mayor parte de sus cosas también han desaparecido —balbuceó Numir con la cara todavía lívida por el golpe que Zataki le había dado—. ¡Esos hijos de perro!

—Pero…, pero si solo han ido a «Iran-Toda», Excel…

—Te digo que han huido, ¡y lo han hecho con nuestros helicópteros!

—Pero si nuestros «206» están ahí, en el hangar. Los he visto. Y además incluso hay funcionando un ventilador para secar la pintura. Excelencia, Rudi no hubiera dejado un ventilador así que…

—¡Por Dios, te digo que se han ido!

Jahan, un hombre de mediana edad, con gafas, conectó la HF.

—Capitán Rudi, aquí la base, ¿me recibe?

EN LA CARLINGA DE RUDI: Tanto Rudi como su mecánico Faganwitch oyeron la llamada con claridad.

—De la base al capitán Rudi, ¿me recibe?

Rudi movió la palanca unos milímetros; a renglón seguido volvió a aflojarla, mirando a derecha e izquierda. Vio a Kelly señalar a su casco, levantar los dedos y gesticular. Rudi asintió. Luego su júbilo se esfumó.

—Teherán, aquí Bandar Delam. ¿Me reciben?

Todos los pilotos se pusieron tensos. No hubo respuesta.

—Kowiss, aquí Bandar Delam, ¿me reciben?

Nada.

—Lengeh, aquí Bandar Delam, ¿me reciben?

—Bandar Delam, aquí Lengeh, están por dos cinco. Adelante.

Al instante, pudieron escuchar un torrente de palabras en farsi de Jahan, que Rudi no entendió, y luego los operadores empezaron a hablar entre sí. Al cabo de una pausa Jahan dijo en inglés: «Teherán, aquí Bandar Delam, ¿me reciben?». Parásitos. Se repitió la llamada. Parásitos. Luego: «Kowiss, ¿me reciben?». De nuevo el silencio.

—Por el momento —farfulló Rudi.

—¿Qué significa todo esto, capitán? —preguntó Faganwitch.

—Que nos han descubierto. ¡Apenas hace quince minutos que hemos despegado y nos han descubierto!

Había bases de cazas a todo su alrededor. Estaba la inmensa, y en extremo eficiente, de Kharg. Rudi no tenía la menor duda de que si llegaban a interceptarles, los derribarían como al «HBC». «Y sin fallar», se dijo angustiado. Y aun cuando por el momento se encontraban allí a salvo, por encima de las olas, con visibilidad ahora a menos de medio kilómetro, no pasaría mucho tiempo hasta que la niebla se disipara y entonces se hallarían indefensos. De nuevo la voz de Jahan: «Teherán, aquí Bandar Delam. ¿Me reciben?». Parásitos. «Kowiss, aquí Bandar Delam, ¿me reciben?». Silencio.

Rudi maldijo para sí. Jahan era un excelente operador de radio, muy persistente, y seguiría llamando hasta que Kowiss o Teherán contestara. ¿Y entonces? «Ese es su problema, no el mío. El mío es el de sacar mis cuatro aparatos sanos y salvos, eso es lo único que debe preocuparme. Tengo que conseguir llevarlos a la seguridad».

Tres o cuatro metros abajo estaban las olas, todavía sin crestas de espuma blanca, pero grises y amenazadoras. El viento no había amainado. Kelly hizo la señal, él hizo lo mismo con Dubois que pasó el mensaje a Sandor a su derecha, después se preparó para alcanzar el máximo campo con el mínimo de combustible, forzando la mirada

para escudriñar el vacío que tenía ante sí. Pronto se encontrarían inmersos en las verdaderas sendas sobre el mar.

LENGEH, EN EL AEROPUERTO: 8.31 DE LA MAÑANA.

—Caramba, Scrag, pensábamos que te habían detenido —explotó Vossi, acompañado de Willi, ambos interceptando el coche y flojeándoles las rodillas por el alivio. Alrededor de ellos se agruparon también los tres mecánicos—. ¿Qué ha ocurrido?

—Traigo los pasaportes, de manera que en marcha.

—Tenemos problemas. —Vossi estaba pálido.

Scragger gesticuló, todavía sudoroso por la espera y el viaje de regreso.

—Y ahora, ¿qué?

—Alí Pash está aquí. En la HF. Ha venido como de costumbre. Intentamos darle el día libre mas no quiso de ninguna manera y…

—Y durante los últimos cinco minutos, Scrag —intervino impaciente Willi—, durante los últimos cinco o diez minutos se ha estado comportando de una forma muy peculiar y…

—Como si tuviera el tembleque, Scrag. Jamás lo he visto as…

Alí Pash salió en ese momento a la terraza de la sala de radio, haciendo señas urgentes a Scragger para que se acercara.

—Ahora mismo voy, Alí —le gritó Scragger. Luego, dijo en voz baja a Benson, su jefe de mecánicos—: ¿Estáis preparados tú y tus muchachos?

—Sí, señor. —Benson era pequeño, enjuto y nervioso—. Subí sus cosas a bordo antes de que llegara Alí Pash. ¿Nos largamos?

—Esperad a que vaya a la oficina. Final…

—Hemos recibido el «Delta Cuatro», Scrag —dijo Willi—. Pero nada de los otros.

—De primera. Que espere todo el mundo a que yo dé la señal —indicó Scragger y aspiró hondo. Se alejó, saludando al paso de los Green Bands al cruzar—. Salaam, Alí Pash, buen día —dijo, dándose

cuenta de su nerviosismo y ansiedad—. Creí haberte dado el día libre.

—Agha, hay algo que…

—Un segundo, hijo mío —pidió Scragger, y se volvió para con simulado tono de irascibilidad gritar—: Benson, te he dicho que si tú y Drew queréis iros de excursión hacedlo, pero más vale que estéis de regreso para las dos o no sabréis la que se os va a venir encima. ¿Y qué diablos estáis esperando vosotros dos? ¿Vais a hacer la revisión de tierra o no?

—Sí, Scrag. Lo siento, Scrag.

Estuvo a punto de echarse a reír al ver cómo tropezaban el uno con el otro, Benson y el mecánico americano, Drew, para acabar subiendo a la vieja furgoneta y alejándose. Vossi y Willi se dirigieron a sus respectivas carlingas. Una vez en la oficina, respiró mejor. Dejó la cartera con los pasaportes sobre la mesa.

—Y ahora dime, ¿qué pasa?

—Nos van a dejar —dijo el joven ante el sobresalto de Scragger.

—Bien, nosotros, humm, nosotros no nos vamos —empezó a decir Scragger—, estamos haciendo chequeo de tier…

—Sí, que se van, ¡se van…! ¡Mañana no hay…, no hay cambio de personal, no se necesitan maletas…! He visto a Agha Benson con maletas…, ¿y por qué se envían afuera todos los repuestos y todos los pilotos mecánicos? —Las lágrimas empezaron a caer por las mejillas del muchacho—. Es verdad.

—Escúchame, hijo mío, estás nervioso. Tómate el día libre.

—Pero ustedes se van como se han ido los de Bandar Delam, se van hoy, ¿qué va a pasar con nosotros?

Le interrumpió un torrente de palabras en farsi por el altavoz de la HF. El muchacho se limpió las lágrimas y pulsó el transmisor, contestando en farsi y añadiendo luego en inglés: Standby One.

—Era de nuevo Agha Jahan, repitiendo lo que había transmitido hace diez minutos. Sus cuatro «212» han desaparecido, Agha. Se han ido, Agha. Despegaron a las siete treinta y dos de la mañana

con destino a «Iran-Toda» pero no han aterrizado allí. Siguieron tierra adentro.

Scragger se dejó caer en la silla, intentando parecer tranquilo. De nuevo la HF, esta vez en inglés.

—Teherán, aquí Bandar Delam, ¿me reciben?

—Está llamando a Teherán con intervalos de unos minutos y también a Kowiss, sin obtener respuesta… —El joven empezó de nuevo a derramar lágrimas—. ¿Se han ido también de Kowiss, Agha? ¿Está Teherán vacía de su gente? ¿Qué haremos nosotros cuando ustedes se hayan ido?

En la rampa se hizo oír, estruendoso, el motor del primer «212», seguido de inmediato por el segundo.

—Ahora hemos de solicitar a Kish la autorización para la puesta en marcha del motor, Agha —dijo inquieto Alí Pash.

—No hay necesidad de molestarles en un Día Santo. Ni siquiera es casi un vuelo. Únicamente una prueba —dijo Scragger.

Cambió a VHF y se secó la barbilla, sintiéndose, en cierta manera, sucio y profundamente turbado. Sentía simpatía por Alí Pash y cuanto el muchacho le dijera era cierto. Una vez ellos se hubieran ido, no habría trabajo, ni negocios y para los Alí Pash no habría más que Irán y solo Dios sabía lo que iba a ocurrir allí. La voz de Willi llegó a través de la VHF.

—Mi contador de par de torsión está subiendo, Scrag.

Scragger cogió el micrófono.

—Llévatelo a la parcela de las berzas y ponlo a prueba.

Se trataba de una zona a unos ocho kilómetros hacia el interior, bien alejada de la ciudad, donde probaban los motores y podían practicar procedimientos de emergencia.

—Quédate allí, Willi, y si tienes algún problema, llámame. Siempre podré llevar a Benson si necesitas algún reajuste. ¿Qué tal vas tú, Ed?

—Fenómeno, realmente fenómeno, Scrag. Si estás de acuerdo, me gustaría hacer algunas prácticas con el motor. La renovación de mi licencia está al caer… Willi podría echarme una mano, ¿eh?

—De acuerdo, llámame dentro de una hora.

Scragger se acercó a la ventana, agradecido por estar de espaldas a Alí Pash, sin verse obligado a ver aquellos ojos tristes, acusadores. La oficina parecía más sofocante de lo habitual. Abrió la ventana. Alí Pash seguía sentado tristemente junto a la radio.

—¿Por qué no te tomas el día libre, muchacho?

—He de contestar a Bandar Delam. ¿Qué les digo, Agha?

—¿Qué te ha preguntado Jahan?

—Dijo que Agha Numir quería saber si yo había observado algo extraño, que si ocurría aquí algo raro, como salidas de pilotos y mecánicos, de aparatos con cargamentos de repuestos.

Scragger lo observaba.

—Me parece que aquí no ocurre nada extraño. Yo estoy aquí, los mecánicos se han ido de excursión. Ed y Willi están realizando pruebas rutinarias. Pura rutina. ¿No es así? —preguntó y siguió mirándole ansioso por tenerle de su lado. No tenía manera de persuadirle, nada que ofrecerle, ningún pishkesh salvo—. ¿Te parece bien lo que está pasando aquí, hijo mío? —le preguntó cauteloso—. Quiero decir, ¿qué futuro te espera aquí?

—¿Futuro? Mi futuro está en la Compañía. Si… si se van, entonces…, entonces me quedo sin trabajo. No podré…, no puedo permitirme mant… No podré, no podré permitirme nada. Soy hijo único…

—Si quisieras irte…, bien, tendrías tu trabajo y un futuro si lo desearas, pero fuera de Irán. Te lo garantizo.

El joven le miró boquiabierto, comprendiendo de repente lo que Scragger le estaba ofreciendo.

—Pero… pero ¿qué es lo que me garantiza, Agha? ¿Una vida en su Occidente yo solo? ¿Y qué pasará con mi gente, con mi familia, con mi joven esposa futura?

—A eso no puedo contestarte, Alí Pash —dijo Scragger con la mirada fija en el reloj, consciente del paso del tiempo, de las luces y del zumbido de la HF, dispuesto a dominar al joven que era más alto que él, de constitución más vigorosa y con treinta y cinco años

menos que él, y luego inutilizar la HF y emprender la fuga. Con aire indiferente se acercó, situándose en una mejor posición—. Es la Voluntad de Dios, como vosotros soléis decir —dijo afectuosamente, y se dispuso a actuar.

Al oír aquello de boca de aquel viejo extraño y amable al que tanto respetaba, Alí Pash se sintió invadido por una ola cálida.

—Usted es mi hogar, Agha, mi tierra —dijo con sencillez Alí Pash —. El Imán es el Imán y solo obedece a Dios. El futuro es el futuro y está en las manos de Dios. El pasado también es el pasado.

Antes de que Scragger pudiera detenerle, Alí Pash llamó a Bandar Delam y, a renglón seguido, empezó a hablar en farsi. Los dos operadores mantuvieron una breve conversación. Luego, Alí Pash cortó bruscamente. Y miró a Scragger.

—No les culpo por irse —dijo—. Gracias, Agha, por… por el pasado. —Entonces, con gran deliberación, desconectó la HF, cogió un cortacircuitos y se lo metió en el bolsillo—. Le he dicho que… que cerramos por el resto del día.

La puerta se abrió. Y allí estaba Qeshemi.

—Deseo inspeccionar la base —dijo.

CUARTEL GENERAL EN AL SHARGAZ:

—… y entonces, Andy —estaba diciendo Manuela—, el operador de Lengeh, Alí Pash dijo a Jahan: «No, aquí no pasa nada extraño. —Luego añadió con cierta brusquedad—: Voy a cerrar por el resto del día, he de ir a los rezos». Numir volvió a llamarle de inmediato pero ya no obtuvo respuesta.

—¿Con cierta brusquedad? —preguntó Gavallan, mientras Scot y Nogger escuchaban también atentamente—. ¿Qué clase de brusquedad?

—Como, como si empezara a estar harto, o le amenazaran con una pistola… No es raro que un iraní muestre esa brusquedad —añadió Manuela incómoda—. Tal vez a mí me haya parecido algo que en realidad no ha existido, Andy.

—¿Eso significa que Scrag está todavía allí, o no?

Scot y Nogger hicieron una mueca, aterrados ante aquella posibilidad. Manuela se agitó nerviosa.

—Si hubiera estado allí, él mismo habría contestado para hacérnoslo saber, ¿no? Creo que yo lo habría hecho. Tal vez él… —Sonó el teléfono y Scot lo cogió—. «S-G». Ah, hola, Charlie, no cuelgues. —Pasó el teléfono a su padre—. De Kuwait.

—Hola, Charlie. ¿Va todo bien?

—Sí, gracias. Estoy en el aeropuerto de Kuwait, telefoneando desde la oficina de Patrick en «Guerney's». —Aunque las dos compañías fueran rivales a escala mundial, mantenían relaciones muy cordiales—. ¿Qué hay de nuevo?

—«Delta Cuatro», aparte de eso, nada. Te telefonearé en cuanto sepamos algo. Jean-Luc llamó desde Bahrein…, está con Delarne en «Gulf Air de France», por si lo necesitas. ¿Está Genny contigo?

—No, ha vuelto al hotel, pero me encuentro dispuesto para cuando Mac y los otros lleguen.

—¿Se lo has dicho a Patrick, Charlie? —preguntó Gavallan con calma. Escuchó la risa forzada de Pettikin.

—Es extraño, Andy, está aquí el representante de «BA» y un par de muchachos más, y a Patrick se le ocurre la demencial idea de que tramamos algo…, cómo llevarnos nuestros pájaros. ¿Te lo imaginas?

Gavallan suspiró.

—No te precipites, Charlie, sigue al pie de la letra el plan.

Con ello quería indicarle que se mantuviera callado hasta que los helicópteros de Kowiss alcanzaran el sistema de Kuwait. Entonces ya podría confiarse a Patrick.

—Telefonearé cuando sepa algo. Adiós… Ah, espera, casi se me olvida. ¿Recuerdas a Ross, a John Ross?

—Jamás podría olvidarle. ¿Por qué?

—Me he enterado de que se encuentra en el «International Hospital» de Kuwait. Ve a verle cuando puedas, ¿de acuerdo?

—Por supuesto, Andy, en seguida. ¿Qué le ha pasado?

—No lo sé. Llámame si tienes alguna noticia. Adiós. —Colgó el teléfono. Y volvió a respirar hondo—. En Kuwait ya ha corrido la noticia.

—¡Santo cielo! Si ya se sabe… —El timbre del teléfono interrumpió de nuevo a Scot—. ¡Hola! Un momento. Es Mr. Newbury, papá.

Gavallan cogió el teléfono.

—Buenos días, Roger, ¿cómo van las cosas?

—Humm, bien. Yo, bueno, eso era lo que yo quería preguntarte. ¿Cómo van las cosas? De manera oficiosa, claro está.

—Bien, muy bien —respondió Gavallan sin comprometerse—. ¿Estarás en tu oficina todo el día? Me pasaré por ahí pero te telefonearé antes de salir de aquí.

—Sí, hazlo, por favor. Yo estaré aquí hasta el mediodía. Ya sabes, es un largo fin de semana. Llámame, por favor, tan pronto como, humm, como sepas algo…, de manera oficiosa. En el mismo momento. Estamos bastante preocupados y, bien, podemos discutirlo cuando vengas. Adiós.

—Espera un momento. ¿Has sabido algo del joven Ross?

—Sí, sí. Lo siento pero creo que está gravemente herido, no se espera que sobreviva. Es terrible, pero así es. Te veré antes de las doce. Adiós.

Gavallan colgó el teléfono. Todos se le quedaron mirando.

—¿Algo va mal? —preguntó Manuela.

—Así parece. El joven Ross se encuentra muy grave, y no se tiene esperanza de que sobreviva.

—¡Qué horror! No es justo, Dios mío…

Les había contado una y otra vez todo cuanto Ross había hecho, cómo les había salvado la vida y la de Azadeh.

Manuela se santiguó suplicando fervientemente a la virgen que lo salvara y luego volvió a rogarle a Ella que protegiera a todos los hombres para que volvieran sanos y salvos. «Todos ellos. Sin excepciones. Y también Azadeh y Sharazad. Y haz que haya paz, por favor, por favor, por favor…».

—¿Te ha dicho Newbury lo que ha ocurrido? —preguntó Scot.

Gavallan sacudió la cabeza, sin apenas escucharle. Estaba pensando en Ross. «De la misma edad que Scot más o menos, más duro, coriáceo e indestructible que Scot y ahora… ¡Pobre muchacho! Tal vez pueda salir adelante… ¡Oh, Dios, espero que así sea! ¿Qué hacer? Proseguir, eso es cuanto puedes hacer. Azadeh estará desolada, pobre muchacha. Y a Erikki le ocurrirá otro tanto, le debe la vida de ella».

—Volveré dentro de un minuto —dijo, y salió de la oficina dirigiéndose a la otra desde la que podía hablar con Newbury en privado.

Nogger se encontraba en pie junto a la ventana, con la mirada puesta en el movimiento del aeropuerto, pero sin ver nada. Solo tenía ante sus ojos a aquel maníaco asesino, de mirada salvaje, en Tabriz Uno, agitando varias cabezas cortadas, aullando como un lobo al cielo, el Angel de la muerte repentina que se convirtió en dador de vida… para él, para Arberry, para Dibble y, sobre todo, para Azadeh, «Dios, si eres Dios, sálvale como él nos salvó a nosotros…».

—Teherán, aquí Bandar Delam, ¿me reciben? Kowiss, aquí Bandar Delam, ¿me reciben? Al Shargaz, aquí Bandar Delam, ¿me reciben?

—A los cinco minutos en punto —farfulló Scot—. Jahan no pierde un condenado segundo. ¿No dijo Siamaki que estaría en la oficina a partir de las nueve?

—Sí, sí, eso dijo.

Todas las miradas convergieron en el reloj. Eran las ocho cuarenta y cinco.

EN EL AEROPUERTO DE LENGEH: 9.01 DE LA MAÑANA. Qeshemi se encontraba en el hangar, mirando los dos «206» aparcados en su interior. Detrás de él, Scragger y Alí Pash le observaban nerviosos. Un fugaz rayo de sol atravesó las nubes e hizo centellear el «212» que se encontraba esperando en el

helipuerto, a unos cincuenta metros de distancia y junto a él, en un baqueteado coche de Policía, el cabo Achmed.

—¿Has volado en uno de estos, Excelencia Pash? —preguntó Qeshemi.

—¿En un «206»? Sí, Excelencia sargento —contestó Alí Pash, sonriendo con gran amabilidad al sargento—. El capitán nos lleva a veces a mí y al otro operador de radio en nuestros días libres. —Sentía muchísimo que el demonio hubiera puesto sus plantas allí ese día. Era algo más que sentirlo porque, ahora, se encontraba involucrado sin remedio en un acto de traición: traición por quebrantar las reglas, traición por mentir a la Policía, traición por no informar sobre acontecimientos anormales—. El capitán te llevará también a ti cuando lo desees —siguió diciendo con amabilidad mientras intentaba con todo su ser descubrir la manera de salir del terreno pantanoso al que el demonio y el capitán lo habían llevado.

—¿Sería hoy un buen día, Agha?

Alí Pash estuvo a punto de derrumbarse bajo su escrutinio.

—Claro. Si se lo pides al capitán, desde luego, Agha. ¿Deseas que se lo pida?

Qeshemi no contestó, se limitó a salir afuera, sin prestar la más mínima atención a los Green Bands, una media docena, que le miraban curiosos.

—¿Dónde está todo el mundo, Agha? —preguntó directamente a Scragger en farsi.

Alí Pash actuó de intérprete con Scragger, aun cuando suavizando las palabras, haciéndola sonar mejor y más aceptables, explicando que era Día Santo, sin vuelos comerciales y que, naturalmente, se había dado el día libre al personal iraní, habiendo ordenado el capitán que los «212» se dirigieran a la zona reservada para entrenamiento a fin de probar los motores. También había dado permiso a los otros mecánicos para que se fueran de excursión y que él mismo se disponía a irse a la mezquita tan pronto como Su Excelencia el sargento hubiera terminado con lo que le había llevado allí.

Scragger se sentía profundamente irritado por no saber farsi y le desesperaba que aquella situación se encontrara por completo fuera de su control. Su vida y la de sus hombres estaban en manos de Alí Pash.

—Su Excelencia pregunta: ¿qué piensa hacer durante el resto del día?

—Es una condenada pregunta que ha dado en el clavo —musitó Scragger. Y entonces le vino a la mente el lema de la familia: «Si te han de colgar por un cordero, o te han de colgar por una oveja, más vale que arrambles con todo el condenado rebaño». Ese lema lo había heredado de aquel antepasado suyo que, en los comienzos del 1800, fue deportado de por vida a Australia—. Por favor, dile que tan pronto como él haya terminado me iré a la parcela de las berzas porque Ed Vossi necesita un repaso. Su licencia está a punto de renovación.

Observó y esperó y Qeshemi hizo una pregunta que Alí Pash contestó y durante todo ese tiempo estuvo preguntándose qué podría hacer si Qeshemi dijera: «Formidable, voy con usted».

—Su Excelencia pregunta si sería tan amable de prestar algo de gasolina a la Policía.

—¿Quée?

—Quiere un poco de gasolina, capitán. Quiere que le preste algo de gasolina.

—Ah, ah. Ciertamente, ciertamente, Agha —dijo Scragger y, por un instante, se sintió esperanzado. «No te embales, hijo mío, espera —se dijo—. La parcela de las berzas no está lejos y tal vez Qeshemi quiera la gasolina para enviar allí el coche y él volar conmigo»—. Vamos, Alí Pash, échame una mano —pidió, no queriendo dejarle solo con Qeshemi.

Abrió la marcha en dirección a la bomba, haciendo seña al coche de Policía de que le siguiera. La manga del viento danzaba sin cesar. Observó que estaban formándose nubes altas, con nimbos entre ellas, viajando rápidas, empujadas por un viento contrario. Allí abajo, todavía era del Sudeste aun cuando estaba girando más al

Sur. «Bueno para nosotros, pero más condenadamente de cabeza para los demás», se dijo ceñudo.

EN LOS HELICÓPTEROS, ACERCÁNDOSE A LA ISLA KISH: 9.07 DE LA MAÑANA. Los cuatro helicópteros de Rudi se mantenían a la vista unos de otros, más cerca entre sí que antes, sobrevolando tranquilamente, a poca altura, las olas. La visibilidad era variable entre doscientos metros a medio kilómetro. Todos los pilotos ahorraban combustible, buscando la máxima autonomía y Rudi, una vez más, se inclinó hacia delante para dar un golpecito a la válvula de la gasolina. La aguja osciló un poco, señalando ligeramente todavía por debajo de la mitad.

—No hay problema alguno, Rudi —dijo Faganwitch por el intercomunicador—. Tenemos mucho tiempo para repostar, ¿no? Llegamos bien y de acuerdo con lo programado, ¿verdad?

—Sí, sí, claro —respondió Rudi; aun así, volvió a calcular la autonomía del aparato, y siempre con el mismo resultado: suficiente para llegar a Bahrein, pero no para la cantidad legal de combustible en reserva.

—Teherán, aquí Bandar Delam, ¿me reciben? —La voz de Jahan le llegó una vez más a través de los auriculares, irritándole con su persistencia. Por un instante se sintió tentado de desconectar, pero lo pensó mejor ya que resultaba demasiado peligroso.

—Bandar Delam, aquí Teherán. Te oímos cuatro por cinco. Adelante.

Seguidamente un torrente de palabras en farsi. Rudi captó el nombre de «Siamaki» varias veces, pero poco más, ya que los dos operadores de radio hablaban entre sí. Pero, de repente, escuchó la voz el Siamaki, irritada, arrogante y, ahora ya, realmente furiosa.

—Standby One, Bandar Delam, Al Shargaz, aquí Teherán, ¿me reciben? —A renglón seguido más iracundo—: ¡Al Shargaz, les habla el director Siamaki! ¿Me reciben?

No hubo respuesta. Repitió la llamada con una mayor furia, luego otra avalancha de palabras en farsi y, en aquel momento, Faganwitch gritó:

—¡Adelante! ¡Cuidado!

Un superpetrolero, con casi quinientos metros de longitud, se dirigía hacia ellos de costado a través de la niebla, dominándolos, convirtiéndolos en algo minúsculo; navegaba a una velocidad moderada aguas arriba, rumbo a su terminal iraquí, mientras hacía ulular la sirena, Rudi se dio perfecta cuenta de que estaba atrapado, sin tiempo para que pudiese ascender, y sin espacio para hacer un giro a izquierda o derecha, ya que colisionaría con los otros, así que recurrió al procedimiento de emergencia de suspensión, Kelly, a su izquierda, se ladeó peligrosamente para separarse de él y pasó a un centímetro de la popa. Sandor, en el lado extremo derecho de Rudi, se puso a salvo rodeando la proa, Dubois no estaba a salvo en absoluto pero, al instante, dio la máxima potencia, la palanca de mando hacia la derecha y hacia atrás, en un giro de ascenso demasiado empinado, cada vez más y más cerrado: 50-60-70-80 grados, la proa se precipitaba contra él. No lo conseguiría, «*Espèce de con*…», no lo conseguiría, ¡palanca atrás!, una fuerza inmensa les hundió, a él y a Fowler, en sus asientos, la borda del petrolero se precipitaba hacia ellos, entonces, pasaron rugiendo sobre el castillo de proa, en un vuelo rasante de milímetros, haciendo dispersarse a la aterrada tripulación. Una vez a salvo, Dubois hizo un giro de 180 grados, para regresar junto a Rudi con la mínima esperanza de que este hubiera logrado amortiguar el impacto, y escapado del área.

Rudi tenía la palanca hacia atrás, el morro hacia arriba, ascendía con la potencia al máximo, viendo el tacómetro caer, el morro algo más alto, sin tiempo para rezar, el morro más alto, el costado del petrolero cada vez más cerca, el morro más alto todavía, la alarma aullaba, no iba a lograrlo, la alarma seguía ululando, en cualquier momento el helicóptero caería del cielo, el petrolero a solo unos metros de distancia, podía distinguir remaches, portillas, herrumbre, pintura desconchada, cada vez más cerca de ellos aunque iba

aminorando la velocidad, más despacio, más despacio, pero demasiado tarde, más despacio, demasiado tarde, aunque quizá lo suficiente para amortiguar el choque, ahora caía a plomo, palanca adelante, de momento toda la potencia en un intento momentáneo de amortiguar el espantoso impacto y la caída y…, de repente, el helicóptero estaba inmóvil, a metro y medio de las olas, las palas apenas a unos centímetros del costado del petrolero que se deslizó plácidamente por su lado. Rudi, sin saber siquiera cómo, retrocedió un metro, luego otro y permaneció suspendido en el aire.

Cuando al fin logró enfocar su mirada, levantó la vista. En el puente del petrolero, tan cerca que dominaba el helicóptero desde su altura, pudo ver a los oficiales mirando hacia abajo, hacia ellos, en su mayoría sacudían, furiosos, los puños. Un hombre, con el rostro congestionado, había cogido un altavoz y vociferaba: «¡Maldito idiota!», pero ellos no podían oírle. Pasó tan cerca de la popa con su estela espumeante, que la rociada los salpicó. El camino, delante de ellos, estaba despejado.

—Creo… yo voy…, voy a hacer de vientre. —Faganwitch, casi sin fuerzas, se arrastró hacia la cabina.

«Hazlo por mí también», pensó Rudi, pero no le quedaban energías para expresarlo en voz alta. Las rodillas le temblaban y los dientes le castañeteaban.

—Ve con cuidado —farfulló, y accionó el acelerador, ganó altura y velocidad de frente y pronto se encontró completamente a salvo. Ni rastro de los otros. Entonces, divisó a Kelly llegar en su busca. Cuando este lo vio, feliz, empezó a hacer oscilar el aparato de un lado a otro, luego, lo inmovilizó junto a él, y alzó los pulgares. Para evitar que los demás consumieran un combustible vital si regresaban en busca de sus restos, Rudi acercó al máximo la boca al micrófono.

—Dot-dot-dot-dash, dot-dot-dot-dash, dot-dot-dot-dash —siseó. Era la clave que habían acordado para que cada uno se dirigiera a Bahrein por su cuenta y, al propio tiempo, hacerles saber que estaba a salvo. Oyó a Sandor contestar con el mismo morse simulado; después, Dubois surgió de la niebla, a su lado, e incorporó algunos

ruidos propios a los ya existentes y aceleró alejándose. Pero Pop movió la cabeza e hizo gestos de que quería continuar con él. Señaló hacia delante.

Y una vez más, a través de los cascos: «Al Shargaz, aquí Agha Siamaki en Teherán, ¿me reciben?». Nuevo torrente de farsi. «Al Shargaz…».

EN EL CUARTEL GENERAL DE AL SHARGAZ: «… Aquí Agha Siamaki…», y una nueva avalancha de farsi. Gavallan tamborileaba sobre la mesa, tranquilo en apariencia aunque excitado en su fuero interno. Le había sido imposible ponerse en contacto con Pettikin antes de salir para el hospital y nada podía hacer para ahuyentar a Siamaki y Numir de las ondas. Scot reguló el volumen para amortiguar la arenga, y pretendió, al igual que Nogger, una indiferente tranquilidad que no sentía.

—Está realmente furioso, Andy —dijo Manuela con voz honda.

EN LENGEH: 9.26 DE LA MAÑANA. Scragger sujetaba la boquilla que echaba la gasolina en el depósito del coche de Policía. Empezó a salir espuma, derramándose y manchándole. Masculló un juramento, soltó la palanca y colgó de nuevo la boquilla en la bomba. Cerca de él, dos Green Bands le observaban atentamente. El cabo puso el tapón y lo enroscó. Qeshemi habló un momento con Alí Pash.

—Su Excelencia pregunta si podría darle algunos bidones de cincuenta litros, capitán. Llenos, por supuesto.

—Claro, ¿por qué no? ¿Cuántos necesita?

—Dice que podría llevar tres en el portaequipajes y dos dentro. Cinco en total.

—Que sean cinco.

Scragger buscó los bidones y los llenó, cargándolos entre todos en el coche de la Policía. «Esto sí que es un condenado cocktail

Molotov», dijo para sus adentros. Crecían las nubes de tormenta. En las montañas, brilló un relámpago.

—Dile que más vale que no fume en el coche.

—Su Excelencia se lo agradece.

—Estoy a su disposición.

De las montañas llegó, ensordecedor, el trueno. Más relámpagos. Scragger observaba a Qeshemi recorrer tranquilamente el campamento con la mirada. Los dos Green Bands esperaban. Otros se encontraban en cuclillas, al abrigo del viento, en actitud ociosa. Ahora ya no podía esperar por más tiempo.

—Bien, Agha, más vale que me vaya —dijo, señalando al «212» y luego al cielo—. ¿De acuerdo?

—¿De acuerdo? ¿De acuerdo qué, Agha? —Qeshemi le dirigió una extraña mirada.

—Ahora me voy —repitió Scragger e hizo con la mano la pantomima de ascender en el aire, sin dejar por un instante de sonreír—. *Mamnoon am, khoda haefez* —Y le alargó la mano.

El sargento miró la mano, luego a él, atravesándole con sus penetrantes y astutos ojos.

—De acuerdo. Adiós, Agha —dijo el sargento finalmente y se estrecharon las manos con fuerza.

A Scragger el sudor le corría por el rostro y necesitó de toda su fuerza de voluntad para no limpiárselo.

—*Mamnoon am, khoda haefez, Agha* —dijo Scragger a Alí Pash. Movió la cabeza con el íntimo deseo de que fuese una despedida cálida. Hubiese querido estrechar su mano también, pero no se atrevió a tentar su suerte por más tiempo, de manera que se limitó a darle una palmada en la espalda al pasar.

—Hasta la vista, hijo mío. Te deseo días felices.

—Felices aterrizajes, Agha. —Alí Pash se quedó mirando a Scragger subir a la carlinga y ascender y, una vez arriba, saludarle con la mano al alejarse. Él le devolvió el saludo y entonces se dio cuenta de que Qeshemi le observaba.

—Si me permites, si me perdonas, Excelencia, cerraré aquí y luego me iré a la mezquita.

Qeshemi asintió con la cabeza y luego volvió la espalda al «212» que se alejaba. «Qué transparentes son —pensaba— el piloto viejo y este joven loco. Es tan fácil leer en la mente del hombre si tienes paciencia y vas reuniendo indicios… Muy peligroso pilotar ilegalmente. Y más peligroso todavía ayudar a los extranjeros a huir en sus aparatos y quedarse atrás. ¡Locura! Los hombres son muy extraños. Hágase la Voluntad de Dios».

Uno de los Green Bands, un jovenzuelo de incipiente barba, armado con un «AK47», se acercó más, y miró con fijeza los bidones de gasolina que había en la trasera del coche. Qeshemi no dijo palabra, se limitó a saludarle con la cabeza. El joven devolvió el saludo, la mirada dura y, con porte insolente, fue a reunirse con los demás.

El sargento se instaló en el asiento del conductor. «Leprosos hijos de perros —pensó, sardónico—, aún no sois la ley en Lengeh…, gracias a Dios».

—Es hora de irse, Achmed, es hora de irse.

Mientras el cabo se acomodaba junto a él, Qeshemi vio al helicóptero sobrevolar el promontorio y desaparecer. «Sería tan fácil pescarte todavía, anciano… —se dijo, confuso—. Tan fácil dar la voz de alerta a la red, nuestros teléfonos funcionan, y tenemos enlace directo con la base de cazas de Kish. ¿Son unos cuantos bidones pishkesh suficiente por tu libertad? Todavía no lo he decidido».

—Te dejaré en la comisaría, Achmed. Estaré fuera de servicio hasta mañana. Me quedaré con el coche el resto del día.

Qeshemi soltó el embrague. «Tal vez debimos irnos con los extranjeros… Hubiera resultado muy fácil obligarles a llevarnos con ellos, a mi familia y a mí, pero eso hubiese significado obligarnos a vivir en el lado impropio del golfo Pérsico, a tener que vivir entre árabes. Nunca me han gustado los árabes, jamás me he fiado de ellos. No, mi plan es mucho mejor. En silencio descenderemos por la vieja carretera de la costa, lo que nos llevará todo el día y toda la

noche, después iremos en la barcaza de mi primo hasta Pakistán, llevando abundante gasolina de repuesto para pishkesh. Muchos de los nuestros se encuentran allí ya. Lograré una buena vida para mi mujer, y mi hijo, y la pequeña Sousan hasta que, con la ayuda de Dios, podamos volver a casa. Aquí hay demasiado odio ahora, han sido demasiados años sirviendo al Sha. Buenos años. Aunque si se considera bien, y tal como los shas suelen ser, él se portó estupendamente con nosotros. Siempre se nos pagaba».

AL NORTE DE LENGEH: 9.23 DE LA MAÑANA. La parcela de las berzas se encontraba a diez kilómetros al noroeste de la base, una zona rocosa, estéril y desolada en las estribaciones de las montañas. Los dos helicópteros estaban aparcados, uno al lado del otro, con los motores en marcha. Ed Vossi se hallaba de pie junto a la ventanilla de la carlinga de Willi.

—Siento ganas de vomitar, Willi.

—Yo también —repuso este. Se ajustó el casco, tenía la VHF conectada pero, de acuerdo con el plan, sin utilizarla salvo en caso de emergencia. Debían limitarse a escuchar.

—¿Oyes algo, Willi? —preguntó Vossi.

—No, solo ruidos.

—¡Mierda! Debe encontrarse metido en un buen lío. Un minuto más y me voy a echar un vistazo, Willi.

—Iremos los dos —dijo Willi mientras contemplaba los relámpagos en las cimas, con una visibilidad de alrededor de un kilómetro y medio y unas nubes negras encapotando el cielo cada vez más—. El día no está para excursiones, Ed.

—Desde luego que no.

De repente, a Willi se le iluminó el rostro.

—¡Ahí está! —dijo, señalando el «212» de Scragger, que se acercaba a unos doscientos metros, aproximándose despacio.

Vossi corrió hacia la carlinga de su helicóptero, y subió a ella. Luego escucharon a través de los cascos.

—¿Qué tal tu contador de par de torsión, Willi?

—No demasiado bien, Scrag —respondió este, feliz, siguiendo el plan por si alguien los escuchaba—. He pedido a Ed que le eche un vistazo, y tampoco está seguro…, su radio no funciona.

—Aterrizaré y lo miraremos los tres. Scragger a la base, ¿me reciben? —No hubo respuesta—. Scragger a la base, estaremos un rato en tierra. —Nada.

Willi alzó los pulgares a Vossi. Ambos abrieron el acelerador, concentrándose en Scragger que descendía para un acercamiento a tierra tranquilo.

Ya casi a nivel del suelo, Scragger controló su descenso y encabezó la carrera hacia la costa. Ahora, ya desbordaban de optimismo. Vossi daba gritos de regocijo e incluso Willi sonreía.

—Por las barbas de Satanás.

Scragger ascendió. Atravesó la cordillera, descendió por la otra vertiente y pudo ver la costa y su pequeña furgoneta aparcada en la rocosa playa, por encima justo de las olas. El corazón le dio un vuelco: su zona de aterrizaje aparecía salpicada por un rebaño de cabras y tres pastores. A cincuenta metros, playa adentro, había un coche con gente, y niños jugando donde jamás antes viera a nadie. Afuera, en el mar, navegaba una pequeña motora. Podría tratarse de una barca de pesca o también de alguna de las patrulleras habituales que vigilaban el contrabando y las fugas, porque allí, con Omán y la costa pirata tan cerca, existía una gran vigilancia costera de toda la vida.

«Ahora ya no puedo cambiar», se dijo, mientras el corazón le latía con fuerza. Divisó a Benson y a los otros dos mecánicos que acababan de verle, saltar de la furgoneta y se dirigían veloces hacia la zona de aterrizaje. Detrás de él, Willi y Vossi había reducido velocidad para darle tiempo. Sin la más mínima vacilación, aterrizó rápido, dispersando a las cabras y dejando atónitos a pastores y excursionistas.

—¡Vamos! —gritó en el preciso momento en que los patines tocaron tierra.

No necesitó repetirlo dos veces. Benson se lanzó hacia la portezuela de la cabina, la abrió y volvió corriendo para ayudar a los otros dos que mantenían abierta la trasera de la furgoneta. Juntos empezaron a sacar maletas, maletines y toda suerte de equipaje y se dedicaron a cargarlos en la cabina, atestada de repuestos. Scragger miró en derredor y vio a Willi y Vossi que se mantenían estáticos, vigilando.

—¡Parece que la cosa va bien! —les gritó con fuerza, y concentró su atención en los mirones quienes, superado su asombro, empezaban a acercarse. Miró en derredor. No detectaba verdadero peligro…, todavía.

No obstante, se aseguró de que su pistola «Very» estuviese preparada, por si llegaba el caso, y acució a los mecánicos para que se apresurasen, preocupado por la posibilidad de que, en cualquier momento, por la carretera apareciera un coche de la Policía. Un segundo cargamento, luego otro y, por fin, el último. Les había llegado el turno a los tres sudorosos mecánicos. Mientras dos subían a la cabina, cerrando de golpe la puerta, Benson se instaló en el asiento de al lado. Entonces, lanzó un taco entre dientes y se dispuso a bajar.

—He olvidado desconectar la furgoneta.

—¡Al diablo con ella! ¡Allá vamos!

Scragger aceleró al máximo y ascendió al aire mientras Benson cerraba la portezuela, y se ajustaba el cinturón. Al punto se encontraron sobre las olas, entre la neblina del Golfo. Scragger miró a derecha e izquierda, Willi y Vossi le flanqueaban muy de cerca. Hubiese deseado estar equipado con HF para poder informar «Lima Tres» a Gavallan. «Poco importa. Nos encontraremos allí en un abrir y cerrar de ojos».

Una vez hubieron dejado atrás la primera de las instalaciones, empezó a respirar mejor. «Aborrezco haber tenido que dejar al joven Alí Pash de esa manera —se dijo—, a Georges de Plessey y a sus muchachos, a mis dos "206". Aborrezco tener que irme. Bien, he hecho lo más que me ha sido posible. He dejado recomendaciones y

promesas de que recuperarán sus trabajos cuando volvamos, si es que volvemos, para Alí Pash y los demás en el cajón superior de la mesa de escritorio con todo el dinero que he podido».

Comprobó su rumbo, dirigiéndose hacia el Suroeste en dirección a Siri, como si estuvieran realizando su travesía rutinaria para el caso de que aparecieran en el radar. Ya cerca de Siri, giraría en dirección sudeste hacia Al Shargaz y, luego, a casa. «En el caso de que todo vaya bien», se dijo y tocó la pata de conejo que hacía ya tantos años le diera Nell para que la suerte lo acompañara. Otra instalación a babor, Siri Seis. El aparato eléctrico de la tormenta le ensordecía a través de los auriculares. De repente, mezclado con ellos, se escuchó fuerte y claro:

—¡Eh, Scragger, tú y *les gars* voláis muy bajo!, *n'est-ce pas?*

Era la voz de François Menange, el gerente de la instalación que acababan de pasar y Scragger maldijo la estricta vigilancia del hombre. Pulsó el transmisor para hacerle callar.

—Punta en boca, François, mantente callado, ¿eh? Estamos practicando. Callado, ¿eh?

Ahora, la voz fue risueña.

—*Bien sûr*, pero estáis locos de practicar tan bajo en un día como este. *Adieu*.

Empezó a sudar de nuevo. Aún tenían que pasar sobre otras cuatro instalaciones antes de poder girar hacia mar abierto.

Atravesaron la primera línea de chubascos, sacudidos por el viento; la lluvia golpeteaba con fuerza contra las ventanillas y caía a chorros por los cristales, con multitud de relámpagos a su alrededor. Willi y Vossi permanecían firmes y Scragger estaba contento de volar con ellos. «Pensé que, en cualquier momento, Qeshemi iba a decirme: "Usted se viene conmigo", y que me encerraría. Pero, en definitiva, no lo hizo y aquí estamos. Dentro de una hora y cuarenta y tantos minutos estaremos en casa e Irán será solo un recuerdo».

LXII

EN EL CUARTEL GENERAL DE LA BASE AÉREA DE KOWISS: 9.46 DE LA MAÑANA.

—Háble me más del ministro Kia, capitán —dijo pacientemente mulá Hussain. Estaba sentado detrás de la mesa escritorio en la oficina del jefe de la Base. Un Green Band de rostro duro vigilaba la puerta.

—Le he dicho cuanto sé —repuso McIver exhausto.

—Pues entonces, haga el favor de hablarme del capitán Starke —cortés, insistente, sin apresuramientos, como si tuvieran por delante todo el día, toda la noche y todo el día siguiente.

—También le he dicho todo sobre él, Agha. He estado hablándole de los dos durante casi un par de horas. Me encuentro cansado y no me queda nada más por decir. —McIver se levantó de la silla y, después de desperezarse, se sentó de nuevo. Era inútil tratar de salir. Lo había intentado una vez y el Green Band le había indicado, en silencio, que, volviera a sentarse—. A menos que usted no tenga algo específico, yo no recuerdo nada que pueda añadir.

No le había sorprendido que el mulá tratara de hacer indagaciones respecto a Kia. Él había repetido una y otra vez de qué extraña manera Kia se había convertido de repente en director, surgiendo de nadie sabía dónde, así como sus propios y limitados tratos con él durante la últimas semanas, aunque nada le dijera sobre los cheques en los Bancos contra los Bancos de Suiza que habían engrasado el camino para lo «125» y logrado sacar los «212» de la caldera. «Maldito si voy a actuar como Wazari con Kia», pensó.

«Lo de Kia es comprensible, pero ¿por qué Duke Starke? Dónde fue Duke a la escuela, qué es lo que come, cuánto tiempo hace que esta casado, si tiene una mujer o más, cuánto tiempo lleva en la compañía, es católico o protestante… Todo, hasta el más pequeño detalle y luego vuelta a repetirlo. Insaciable. Y siempre la misma respuesta tranquila, evasiva a mi pregunta de por qué».

—Porque me interesa, capitán.

McIver miró por la ventana. Lloviznaba. Nubes bajas. Truenos lejanos. «Seguramente ha habido corrientes altas y algunas mangas de vientos reales en los nubarrones hacia el Este… Una cobertura perfecta para la carrera a través del Golfo. ¿Qué está pasando con Scrag, Rudi y sus muchachos? —Le vino de nuevo a la mente como una obsesión. Con un esfuerzo, apartó aquella idea dejándola para más tarde, al igual que su cansancio y preocupación, para preguntarse qué demonios iba a hacer cuando terminara el interrogatorio—. ¡Cuidado! ¡Concéntrate! Si no lo haces al cien por cien, cometerás un error y, entonces, os podéis dar todos por perdidos».

Sabía que sus reservas estaban profundamente mermadas ya. Aquella noche había dormido muy mal, lo que no había contribuido a aumentarlas. Como tampoco la inmensa tristeza de Lochart por Sharazad. «Muy difícil para Tom afrontar la realidad. Era imposible decirle: "¿No te das cuenta de que esto había de terminar así, Tom, mi querido amigo? Sharazad es musulmana, es rica, tú nunca lo serás; su herencia está cimentada en acero, la tuya es una tela de araña; su familia es su razón de ser, la tuya no; ella puede quedarse, tú no y para coronarlo todo la espada de Damocles pendiente sobre tu cabeza. El HBC". Muy triste todo ello —se dijo—. ¿Acaso tuvo alguna vez probabilidades de éxito? Quizá con el Sha en el poder. Pero no con la rigidez de los nuevos gobernantes».

«¿Qué haría yo si fuese Tom?». Con un esfuerzo contuvo aquel vagar de ideas. Sentía los ojos del mulá clavados en él. Apenas los había apartado desde que Changiz le condujera allí y luego se fuera.

«Sí, claro, el condenado coronel Changiz». En el coche, hasta llegar allí y durante la espera, también él había estado intentando sonsacarle. Pero solo para poder establecer con exactitud cuándo y con qué frecuencia estaban programados sus «125» en dirección a Kowiss, cuántos Green Bands habían destacados en su sector de la base, cuándo habían llegado, cuántos se habían quedado en la base y si rodeaban y vigilaban los «125» durante todo el tiempo que permanecían aparcados. Un interrogatorio que parecía banal, sin preguntarle nada fuera de lo corriente, pero McIver tenía la seguridad de que todo ello iba encaminado a establecer una posible ruta de fuga…, si llegara el caso. Y el corolario final, el cambio.

—Incluso en una revolución se pueden cometer errores, capitán. Más que nunca se necesitan amigos en las altas esferas. Es triste, pero real.

—Tú me rascas la espalda y yo clavo mis garras en la tuya.

El mulá se puso en pie.

—Ahora le llevaré de regreso.

—Ah, muy bien. Gracias.

McIver estudió a Hussain con disimulo. La piel tensa bajo los altos pómulos. Los ojos castaños, casi negros, debajo de las pobladas cejas permanecían herméticos. Era un hermoso y extraño rostro que enmascaraba un espíritu de resolución inmensa. «¿Para el bien o para el mal?», se preguntó McIver.

EN SU TORRE DE RADIO: 9.58 DE LA MAÑANA. Wazari se encontraba agazapado cerca de la puerta que daba al tejado, esperando todavía. Cuando McIver y Lochart lo dejaran en la oficina, se había visto ante el desesperado dilema de irse o quedarse. Después, llegó Changiz con los soldados de aviación, y casi de manera simultánea, Pavoud con el resto del personal así que hubo de escurrirse hasta allí sin ser visto y, desde entonces, se estaba ocultando. Poco antes de las ocho de la mañana, Kia hizo acto de presencia en un taxi.

Desde su atalaya, había visto a Kia en un paroxismo de furia por el hecho de que McIver no estuviera esperando junto al «206», preparado para despegar. Los soldados de aviación con brazaletes verdes le habían comunicado lo ordenado por Changiz. Kia protestó ruidosamente, obteniendo tan solo encogimiento de hombros, por lo que había entrado como un huracán en el edificio proclamando a voces que telefonearía a Changiz y se pondría en comunicación por radio con Teherán de inmediato, pero Lochart lo interceptó al pie de la escalera comunicándole que los teléfonos no funcionaban, que en el equipo de radio el servicio era defectuoso y que hasta el día siguiente no disponían de nadie que pudiera repararlo.

—Lo siento, ministro, no hay nada que nosotros podamos hacer a menos que quiera ir usted mismo al cuartel general —había oído Wazari decir a Lochart—. Estoy seguro de que el capitán McIver no tardara mucho. El mulá ha enviado a por él.

Aquello había desinflado a Kia haciendo que él sintiese una satisfacción inmensa, que no llegó a calmar su acuciante ansiedad, por que había seguido allí con el viento y el frío, desamparado, perdido y amargado.

Su seguridad temporal no ahuyentaba sus inquietudes, temores o sospechas en cuanto a Kia ese día y, otra vez, ante el comité al día siguiente «Se le necesitará para ser interrogado de nuevo». ¿Por qué estaban tan nerviosos esos bastardos de McIver y Lochart, eh? ¿Por qué le mintieron a Changiz, ese renegado hijo de puta, respecto al cambio de personal Rig Abu Sal? Allí no estaba previsto ningún condenado cambio de personal, a menos que fuera ordenado durante la noche. Y, ¿por qué están ausentes tres pilotos y dos mecánicos con la cantidad de trabajo que hay a partir del lunes? ¿Y por qué ha sido embarcado tal número de repuestos? «¡Oh, Dios mío, sácame de aquí!».

Hacía tanto frío y el tiempo estaba tan tormentoso que volvió al interior de la torre aunque dejando la puerta entreabierta por si acaso necesitara hacer una rápida retirada. Miró cauteloso por las ventanas y a través de las rendijas de las tablas. Si se movía con

cuidado, podía observar casi toda la base sin ser visto. Ayre, Lochart y los mecánicos se encontraban junto a los «212». La puerta principal estaba bien vigilada por Green Bands regulares. Hasta donde él podía ver, no había actividad alguna en la base. Sintió recorrerle un escalofrío. Rumores de que habría otra purga a cargo del comité, de que él figuraba entre los primeros de la lista a causa de las pruebas aportadas contra Esvandiary y el ministro Kia.

—Por el Profeta —le habían contado—, he oído decir que quieren verte mañana. Pusiste tu vida en sus manos al hablar como lo hiciste. ¿Acaso no sabes que, aquí, la primera regla para la supervivencia durante cuatro mil años ha sido la de mantener la lengua quieta y los ojos cerrados respecto a lo que hacen los que están en las alturas o, de lo contrario, pronto no tendrás nada en la cabeza? Desde luego, los que están en las alturas son corruptos, ¿acaso ha sido alguna vez de otro modo?

Wazari gimió en medio de aquella vorágine y a punto de derrumbarse. Desde que Zataki lo golpeara con tanta brutalidad, hasta llegar a romperle la nariz de tal forma que casi no podía respirar, saltándole cuatro dientes y dejándole con un dolor de cabeza casi permanente, su espíritu le había abandonado y también su valor. Jamás le habían golpeado antes. Que tanto Hotshot como Kia eran culpables, ¿y qué, qué? ¿Acaso era asunto suyo? Y ahora su estupidez acabaría también con él.

Las lágrimas rodaban por su rostro herido. «Por Dios, por Dios, ayuda, necesito ayuda…». A su cabeza acudió lo de «funcionamiento defectuoso» y se aferró a ello. ¿De qué funcionamiento defectuoso hablaba? Ayer, el equipo funcionaba perfectamente.

Se secó las lágrimas de un manotazo. Sin hacer el menor ruido se deslizó hacia la mesa escritorio y conectó la radio, manteniendo el volumen en el mínimo posible. Todo parecía ir bien. Los discos funcionaban. Muchos ruidos a causa de una tormenta con aparato eléctrico, pero nada de tráfico. Algo desusado el que no hubiera tráfico en la frecuencia de la compañía, alguien, en alguna parte tenía que estar transmitiendo. Como no se atrevía a subir el

volumen, sacó unos cascos del cajón y los conectó, evitando así el altavoz. Ahora podía poner la señal tan fuerte como quisiera. Curioso… Seguía sin oírse nada. Con gran cautela cambió el canal de la compañía a otros. Nada. Luego a VHF. Nada en parte alguna. De nuevo a la HF. Ni siquiera lograba captar un boletín meteorológico de rutina, registrado, que aún seguían emitiendo desde Teherán.

Era un buen operador de radio, bien adiestrado, y no necesitó mucho tiempo para darse cuenta de lo que estaba ocurriendo. Una ojeada a través de la rendija de la puerta que daba al tejado le confirmó su sospecha, el cable estaba suelto. «¡Hijo de puta! —se dijo—. ¿Cómo diablos no me di cuenta cuando estaba afuera?».

Desconectó con todo cuidado y se arrastró de nuevo hacia afuera. Una vez al pie del mástil comprobó que el cable había sido cortado, pero que habían limpiado la herrumbre del extremo, lo que le enfureció. Luego, le invadió la excitación. «¡Esos bastardos! —se dijo—. Esos hipócritas bastardos de McIver y Lochart. Cuando yo llegué, debían de estar escuchando y transmitiendo. ¿Qué diablos se traen entre manos?».

La avería quedó rápidamente reparada. Tan pronto como conectó la HF, empezó a oír hablar en farsi por todas partes en la frecuencia de la compañía: el cuartel general de Teherán hablando con Bandar Delam, luego llamando a Al Shargaz y a Lengeh y a él en Kowiss, algo relativo a cuatro helicópteros que no habían ido adonde debían ir. ¿A «Iran-Toda»? No a una de nuestras bases.

—Kowiss, aquí Bandar Delam. ¿Me reciben?

Reconoció la voz de Jahan, de Bandar Delam. De manera automática, su dedo se dirigió a la clavija de transmisión, pero no llegó a pulsarla. «Aún no es necesario contestar a la llamada —pensó—. Las ondas de la compañía se encuentran sobrecargadas ahora, Numir y Jahan desde Bandar Delam y Gelani en Teherán, y Siamaki vociferando y desvariando».

—Hijo de puta —farfulló al cabo de unos minutos, encajando todo el rompecabezas.

EN LOS HELICÓPTEROS, EN LAS CERCANÍAS DE SIRI: 10.05 DE LA MAÑANA. La propia isla de Siri se encontraba a un kilómetro y medio de distancia, mas, antes de que Scragger y su equipo pudiesen girar hacia el Sudeste para dirigirse hacia la frontera internacional, tenían que pasar sobre tres instalaciones más. «Como por un condenado campo de minas», se dijo Scragger. Por el momento se hallaban a salvo y no había más sorpresas desagradables. Todas las agujas estaban en verde y el ruido de los motores era cadencioso. Su mecánico, Benson, sentado a su lado, contemplaba las olas que se deslizaban por debajo de ellos. Ruidos en los auriculares. De vez en cuando, vuelos internacionales que se encontraban sobre ellos informaban de sus posiciones al radar Kish, un punto de control en el área al que habían de contestar de inmediato.

—Estamos al alcance de Kish, Scrag.

—Volamos por debajo de su radar. No te preocupes.

—Estoy sudando la gota gorda, ¿tú no?

Scragger asintió con la cabeza. Kish se encontraba en su radio, a unos veinticinco kilómetros a la derecha. Miró a ambos lados. Vossi y Willi seguían junto a él. Scragger alzó los pulgares a lo que ellos contestaron de la misma manera, Vossi con verdadero entusiasmo.

—Veinte minutos más y estaremos sobre la frontera —dijo Scragger—. Tan pronto como la hayamos atravesado, ascenderemos a dos cientos.

—Estupendo. El tiempo está mejorando, Scrag —le comunicó Benson.

La capa de nubes que tenían sobre ellos se había despejado notablemente, aun cuando la visibilidad seguía siendo más o menos la misma. Con tiempo más que suficiente, los dos vieron delante de ellos el petrolero que zarpaba, con una inmensa carga. Scragger, al igual que Willi, se ladeó por la popa con mucho espacio pero Vossi,

exhuberante, ascendió sobre él y luego, con toda tranquilidad, se mantuvo inmóvil a su lado.

Al punto, el aviso les llegó por los auriculares.

—Aquí Control Kish, helicóptero volando bajo, en ruta 225, informe altitud y destino.

Scragger hizo oscilar el helicóptero para atraer la atención de Willi y Vossi y, señalando hacia el Sudoeste, les hizo ademán de dirigirse hacia allí, ordenándoles que se mantuvieran a baja altura y que lo dejaran. Les vio reacios a obedecer, e indicó enérgicamente con el dedo hacia el Sureste, les dijo adiós con la mano y empezó a ascender, dejándoles prácticamente sobre la superficie del mar.

—Apriétate los machos, Benson —murmuró, mientras comenzaba a sentir un peso en el estómago. Luego, empezó a transmitir y se apartaba y se acercaba el micrófono a la boca continuamente para dar la impresión de una comunicación defectuosa.

—Kish, helicóptero HVX con salida de Lengeh y destino Siri Nueve con repuestos, rumbo 225, creí haber visto una barcaza volcada, falsa alarma. Ascendiendo de nuevo a doscientos.

Siri Nueve era la instalación más alejada de las que servían habitualmente y que daba la casualidad de encontrarse a ese lado de la frontera de Irán con los Emiratos. Como todavía estaba en construcción, carecía de su propia VHF.

—Helicóptero HVX, está dos por cinco. Su transmisión es intermitente, mantenga el rumbo e informe a doscientos metros. Confirme haber sido informado del nuevo reglamento obligatorio por el que se ordena solicitar autorización para poner en marcha los motores en Lengeh.

La voz del operador, con acento americano, se escuchaba cinco por cinco, enérgica y profesional.

—Lo siento Kish, acabó de volver de permiso y es mi primer servicio. —Scragger observó que Willi y Vossi habían desaparecido en la niebla—. ¿He de pedir autorización para poner en marcha el motor desde Siri Nueve cuando haya aterrizado? Permaneceré allí al menos una hora.

Scragger se limpió el sudor. Kish estaría en su derecho si le ordenara aterrizar primero en Kish para llamarle a capítulo por infringir las reglas.

—Afirmativo. Standby One.

—Y ahora, ¿qué, Scragger? —preguntó Benson nervioso a través del intercomunicador.

—Celebrarán una pequeña conferencia.

—¿Qué vamos a hacer?

Scragger sonrió de oreja a oreja.

—Depende de lo que ellos hagan —repuso e hizo funcionar la clavija del transmisor—. Kihs, HVX a doscientos.

—Kish. Mantenga rumbo y altitud. Standby One.

—HVX. —Nuevo silencio. Scragger barajaba alternativas disfrutando con el peligro—. Esto es mejor que un vuelo rutinario. ¿No te parece, hijo mío?

—Para serte sincero, no. Si hubiese tenido cerca a Vossi, lo habría estrangulado.

Scragger se encogió de hombros.

—A lo hecho pecho. Desde que salimos hemos podido estar dentro y fuera del radar. Tal vez Qeshemi haya informado sobre nosotros. —Empezó a silbar una monótona melodía. Habían dejado ya bien atrás la isla Siri y las instalaciones de Siri Nueve se encontraban a cinco kilómetros de distancia—. Kish, aquí HVX —dijo Scragger, mientras seguía manipulando con el micro—. Abandonamos doscientos acercándonos a Siri Nueve.

—Negativo HVX. Manténgase a doscientos y no se mueva. Su transmisión intermitente y dos por cinco.

—HVX… Kish. Repita por favor, su transmisión se escucha entrecortada. Repito abandono doscientos en maniobra de acercamiento a Siri Nueve. —Scragger lo repitió despacio, continuando con su simulación de pésima transmisión. Sonrió de nuevo a Benson—. Es un truco que aprendí en la RAF, hijo mío.

—HVX, Kish. Repito, manténgase a doscientos y permanezca.

—Kish, hay baches y la niebla se está espesando. Bajo a cien. Informaré en cuanto aterrice y llamaré solicitando autorización puesta en marcha motores. Gracias y buenos días —dijo, y añadió una plegaria en su fuero interno.

—HVX, su transmisión es intermitente. Cancele aterrizaje en Siri Nueve. Dé un giro de 310 grados, manténgase a doscientos y preséntese directamente en Kish.

Benson se puso pálido. Scragger eructó.

—Repítalo, Kish. Está uno por cinco.

—Repito, cancele aterrizaje en Siri Nueve, gire a 310 grados y preséntese directamente en Kish. —La voz del operador era tranquila.

—Roger, Kish, entendido, hemos de aterrizar en Siri Nueve y luego informar a Kish. Bajamos a ciento cincuenta para un acercamiento a bajo nivel, gracias y buenos días.

—Kish, habla JAL, vuelo 664 procedente de Delhi —se oyó—. Volando a once mil quinientos destino Kuwait sobre 300 grados. ¿Me escucha?

—JAL, 664, Kish. Mantenga rumbo y altitud. Llame a Kuwait por 118.8, buenos días.

Scragger escudriñó a través de la niebla. Pudo ver la instalación a medio construir, una gabarra de obras amarrada a uno de los pilotes, las agujas de todo el instrumental en verde y… «Eh, un momento, en el motor número uno la temperatura ha subido y la presión del combustible está baja». Dio unos golpecitos a la esfera inclinándose más hacia delante. La aguja de presión del combustible subió ligeramente y luego volvió a caer, la temperatura estaba unos grados más alta de lo normal…, por el momento no había tiempo de preocuparse por eso. ¡«Prepárate»!

Los trabajadores que se encontraban en la cubierta les habían oído y visto, y, dejando de trabajar, se apartaban de la bien señalizada plataforma.

—Kish, HVX aterrizando. Buenos días —dijo Scragger cuando se encontraba a quince metros de la instalación.

—HVX. Preséntese directamente en Kish. Luego solicite autorización puesta en marcha motores. Repito. Preséntese directamente en Kish. —Todo dicho con una gran claridad—. ¿Me escucha?

Pero Scragger no acusó recibo y tampoco aterrizó. A solo unos metros se quedó suspendido, y saludó con la mano a las personas que se encontraban en cubierta y que lo habían reconocido, pensando que se trataba sencillamente de un vuelo rutinario de prácticas de un nuevo piloto, costumbre habitual en Scragger. Saludó otra vez y se puso en movimiento hacia delante; se desplomó limpiamente de costado y prácticamente ceñido al agua, giró en dirección Sudoeste a todo motor.

EN LA BASE AÉREA DE KOWISS: 10.21 DE LA MAÑANA. El mulá Hussain conducía, y detuvo el coche delante del edificio de oficinas; McIver bajó de él.

—Gracias —dijo, sin saber qué esperar, ya que Hussain había permanecido en silencio desde que abandonaron la oficina. Lochart, Ayre y los demás se encontraban junto a los helicópteros. Kia salió de estampía de la oficina, deteniéndose al ver al mulá. Entonces, bajó los escalones.

—Buenos días, Excelencia Hussain, saludos, es un placer verle. —Recurrió al tono ministerial reservado para las altas personalidades, aunque no a sus iguales. Luego, se dirigió a McIver en inglés con tono cortante—: Hemos de salir de inmediato.

—Hummm, sí, Agha. Deme un par de minutos para organizarme. «Me alegro de no ser Kia», se dijo, mientras se alejaba sintiendo un peso en el estómago, luego, se acercó a Tom.

—Hola, Tom.

—¿Estás bien, Mac?

—Sí —y añadió hablando en voz baja y con calma—: Durante los próximos minutos hemos de actuar con la máxima cautela. No sé lo que el mulá se propone. Tenemos que esperar y ver qué hace con

Kia, no sé si este se encuentra o no metido en un atolladero. Tan pronto como lo sepamos, podremos actuar. —Bajó aún más la voz—. No puedo evitar llevar a Kia…, a menos que Hussain lo agarre por su cuenta. Tengo pensado llevarle durante medio vuelo, solo hasta haber pasado las cumbres y estar fuera del alcance de la VHF, y, entonces, simularé una emergencia y aterrizaré. Cuando Kia esté fuera de la colina estirando las piernas, despegaré, volaré alrededor de esa área y me reuniré contigo en el punto de encuentro.

—No me gusta la idea, Mac. Más vale que me dejes hacerlo a mí. No conoces el terreno y todas estas dunas de arena parecen iguales durante kilómetros. Más vale que yo le lleve.

—He pensado en ello pero entonces me encontraría volando con uno de los mecánicos sin una licencia. Prefiero poner en peligro a Kia que a ellos. Además, puedes sentirte tentado a seguir volando y regresar a Teherán. Hasta allí mismo, ¿eh?

—Más vale que yo lo suelte y me reúna contigo en el punto de encuentro. Es más seguro.

McIver hizo un movimiento negativo con la cabeza, sintiéndose desolado por tener que acorralar a su amigo.

—Te irías. ¿Verdad que sí?

—Cuando te estaba esperando —reconoció Lochart al cabo de una extraña pausa—. Si hubiera podido despegar, le habría hecho subir a bordo y me hubiera ido. —Sonrió con amargura—. Los soldados dijeron que no, que había que esperar. Ándate con ojo con ellos, Mac, algunos hablan inglés. ¿Qué te ha ocurrido?

—Solo que Hussain me estuvo interrogando sobre Kia…, y sobre Duke.

Lochart se le quedó mirando.

—¿Sobre Duke? ¿Respecto a qué?

—Todo cuanto se refiere a él. Cuando interrogué a Hussain sobre por qué me hacía las preguntas, se limitó a decirme: «Porque me interesa». McIver se dio cuenta de que Lochart se estremecía.

—Creo que lo mejor será que yo lleve a Kia. Puede no localizar el punto de encuentro… Ve en tándem con Freddy. Yo despegaré

primero y os esperaré.

—Lo siento, Tom, no puedo arriesgarme a que sigas el vuelo. Porque, en tu lugar, yo haría lo mismo y al infierno con el riesgo. Pero no puedo dejar que regreses. Si ahora lo hicieras, resultaría un desastre. Sería un desastre para ti, de eso estoy seguro, Tom, y también para todos nosotros. Esa es la pura realidad.

—Al diablo con la realidad —dijo Lochart con amargura—. Muy bien, pero por Dios que en el momento en que toque tierra en Kuwait empiezo el mes de permiso que me debéis o me voy de «S-G», como te parezca. Desde el primer minuto.

—De acuerdo, pero habrá de ser en Al Shargaz. Tendremos que repostar en Kuwait, y salir de allí disparados…, eso *si* es que somos lo bastante afortunados para llegar hasta allí y *si* nos dejan escapar de allí.

—No. Kuwait es el final de trayecto para mí.

—Como quieras —dijo McIver endureciendo su postura—, pero me aseguraré de que no cojas avión alguno para Teherán, Abadán o cualquier otro lugar de Irán.

—¡Eres un bastardo! —le dijo Lochart, desesperado de que McIver hubiera adivinado sus intenciones con tanta claridad—. ¡Vete al infierno!

—Si, lo siento. Desde Al Shargaz te ayudaré cuanto me sea posible —McIver calló al oír a Lochart maldecir entre dientes. Se volvió. Kia y Hussain seguían conversando junto al coche—. ¿Qué pasa?

—En la torre.

McIver alzó la vista. Entonces vio a Wazari, medio oculto por una de las ventanas con tablas, haciéndoles señas con toda claridad de que acudieran allí. No podían simular que no lo habían visto. Mientras seguían mirando, Wazari volvió a hacerles señas, apartándose luego de la ventana.

—¡Maldito sea! —estaba diciendo Lochart—. Poco antes de que te fueras subí a cerciorarme de que no se había ocultado allí y, en efecto no estaba, así que pensé que había huido. —Tenía el rostro

con gestionado por la furia—. Pensándolo bien, solo eché un vistazo a la habitación, así que pudo estar oculto en el tejado… Ese hijo de puta debe de haber estado allí todo el tiempo.

—¡Dios Todopoderoso! Tal vez haya descubierto también el cable roto. —McIver se sentía realmente conmocionado.

El gesto de Lochart era hermético.

—Quédate aquí. Si intenta crearnos dificultades, lo mataré.

Se alejó rápido.

—Espera, iré contigo. Volveremos dentro de un instante, Freddy —dijo.

—Voy a pedir la autorización de vuelo, ministro —dijo McIver al pasar junto a Hussain y Kia—. Despegaremos dentro de cinco minutos.

—Insha'Allah —dijo el mulá enigmático antes de que Kia pudiera contestar.

—No habrá olvidado, capitán, que le dije que debía estar en Teherán para asistir a una reunión importante a las siete de la tarde. Bien —dijo Kia con tono cortante. Luego, les volvió la espalda, y prestó de nuevo toda su atención a Hussain—. ¿Decía, Excelencia?

Los dos pilotos entraron en la oficina, furiosos ante la tosquedad de Kia, pasaron junto a Pavoud y el resto del personal y subieron la escalera que conducía a la torre.

Esta aparecía vacía. Luego, se dieron cuenta de que la puerta del tejado estaba entreabierta y oyeron a Wazari musitar, «Aquí». Estaba afuera, agazapado contra el muro.

Wazari no se movió.

—Sé lo que intentáis hacer. La radio funcionaba bien —dijo, sin apenas poder contener su excitación—. Cuatro helicópteros han despegado de Bandar Delam y han desaparecido. Su director gerente, Siamaki, está chillando como un cerdo en plena matanza porque no puede comunicarse con Lengeh, con nosotros o con Al Shargaz y Mr. Gavallan aquí…, ¿están esperando, verdad? ¿No es verdad? ¿Eh?

—¿Qué tiene eso que ver con nosotros? —preguntó Lochart inquieto.

—Desde luego, todo; porque todo encaja al fin. Numir, en Bandar Delam, dice que todos los extranjeros se han ido, no queda nadie en Bandar. Siamaki dice lo mismo de Teherán, incluso ha dicho a Numir que sirviente, capitán McIver, que su sirviente, el de usted, les ha contado que su sirviente ha sacado de su apartamento todos sus efectos personales y también los de un tal capitán Pettikin.

McIver se encogió de hombros y se acercó a conectar la VHF.

—Sencillas precauciones de seguridad mientras Pettikin esté con permiso y yo fuera. Ha habido muchísimos robos.

—No haga todavía esa llamada. Por favor. ¡Escúcheme, por Dios Santo, escúcheme, se lo estoy suplicando…! ¡No hay forma de que pueda evitar que la verdad se descubra! Sus «212» y el personal extranjero se han ido de Bandar; Lengeh permanece en silencio, luego ha ocurrido lo mismo; Teherán está cerrado, lo mismo. Solo queda esta base y ustedes están preparados. —El tono de Wazari resultaba curioso y aún no podían adivinar lo que se ocultaba tras de él—. No voy a descubrirles, quiero ayudarles. Quiero ayudar. Juro que quiero ayudarles.

—¿Ayudarnos? ¿A qué?

—A irse.

—¿Y por qué habrías de hacerlo suponiendo incluso que sea verdad lo que dices? —preguntó Lochart enfadado.

—Tuvo razón en no confiar en mí antes, capitán, pero juro por Dios, que ahora puede hacerlo plenamente. Ahora estoy con ustedes, antes no lo estaba pero ahora sí, y ustedes son mi única esperanza de salir de aquí. Mañana he de presentarme ante el Comité y… y, ¡mírenme, por Dios Santo! —exclamó violentamente—. Estoy hecho polvo y a menos que un doctor me atienda como es debido, no me recuperaré en la vida e incluso tal vez sea hombre muerto. Hay algo que me presiona aquí, que me duele como un demonio. —Wazari se tocó la parte superior de la nariz rota—. Desde que ese bastardo de Zataki me golpeó me duele terriblemente la

cabeza y me he comportado como un loco, desde luego que lo he hecho, lo sé, pero aún puedo ayudar. Puedo cubrirles desde aquí si están dispuesto a llevarme con ustedes, solo les pido que me dejen subir en el último de los helicópteros… ¡Juro que los ayudaré!

Tenía los ojos llenos de lágrimas. Los dos hombres se quedaron mirándole.

McIver pulsó el transmisor de la VHF.

—Torre de Kowiss, IHC probando, probando.

Una larga pausa. Luego una voz con fuerte acento inglés.

—Aquí la Torre IHC. Está cinco por cinco.

—Gracias. Parece que hemos subsanado la deficiencia. Nuestro charter «206» con destino Teherán despegará dentro de diez minutos, también nuestro vuelo matinal para las instalaciones Forty, Abu Sal y Gordy, transportando repuestos.

—Okay. Informe cuando esté en el aire. Su Bandar Delam ha estado intentando ponerse en contacto.

Mac sintió que empezaba a sudar.

—Gracias, Torre. Buenos días. —Miró a Lochart y luego cambió a HF. Al punto escuchó la voz de Jahan en farsi y Lochart empezó a interpretar—. Jahan está diciendo que la última vez que los vieron volando fue hacia el Noroeste, hacia el interior desde la costa… que Zataki… —por un instante le falló la voz—… que Zataki había ordenado a los cuatro helicópteros que dieran servicio a «Iran-Toda» y que ahora ya debían estar allí, que seguramente llamará o enviará un mensaje… —Entonces McIver reconoció a Siamaki. Lochart estaba sudando—. Siamaki dice que estará fuera del aire de media hora a una hora, pero que volverá a llamar cuando se encuentre de regreso y que siga intentando ponerse en contacto con nosotros o con Al Shargaz… Jahan dice que de acuerdo, que esperará, y que si tiene alguna noticia llamará.

Por un instante solo ruidos. Luego Jahan diciendo en inglés:

—Kowiss, aquí Bandar Delam, ¿me reciben?

—Si la torre ha estado oyendo todo esto, ¿por qué no estamos todos en la cárcel?

—Es viernes. No tienen por qué estar escuchando la frecuencia de su compañía. —Wazari se limpió las lágrimas, dueño otra vez de sí mismo—. En viernes, el personal es el mínimo necesario y aprendices, no hay vuelos, no ocurre nada, el comité despidió a todos los expertos en radar y a cinco de los sargentos… los enviaron a la estacada. —Se estremeció y luego continuó presuroso—: Tal vez uno de esos tipos haya conectado una o dos veces con Bandar Delam. Así que Bandar ha perdido contacto con algunos de sus helicópteros, bueno, ¿y qué? Son extranjeros y eso ocurre constantemente. Pero si no cierra Bandar y Teherán por completo, capitán, alguien atará cabos. —Sacó un pañuelo sucio y se limpió un hilillo de sangre que le caía de la nariz—. Si cambia a su canal alterno estará más seguro, la torre no lo tiene.

McIver se le quedó mirando.

—¿Estás seguro?

—Por completo. Escuche, ¿por qué no…?

Calló. Se oyeron pisadas que se acercaban. Sin hacer el menor ruido, salió de nuevo al tejado, y volvió a su escondrijo.

Kia se detuvo a mitad de la escalera.

—¿A qué espera, capitán?

—Estoy…, estoy esperando que me confirmen la autorización ministro. Lo siento. Me han dicho que espere. Yo no puedo hacer nada.

—Claro que puede. Podemos subir a bordo e irnos. ¡Ahora! Estoy cansado de esperar…

—¡Yo también estoy cansado, pero no quiero que me vuelen la cabeza! —Finalmente, McIver se dejó llevar por su genio y añadió con tono tajante—: ¡Esperará! ¡Vaya si esperará! ¿Entendido? Esperará con mil demonios y si sus condenados modales no mejoran, cancelaré el vuelo y mencionaré al mulá Hussain uno o dos pishkesh que olvidé durante el interrogatorio. Y ahora, váyase de aquí.

Por un momento, pareció que Kia iba a explotar, pero lo pensó mejor y, dando media vuelta, salió. McIver se frotó el pecho,

maldiciéndose por haber perdido los estribos.

—¿Qué hacemos con él, Tom? —musitó señalando con el pulgar hacia el tejado.

—No podemos dejarle. Nos podría descubrir en un instante. —Lochart miró en derredor. Wazari estaba en la puerta.

—¡Juro que ayudaré! —susurró desesperado—. Escuche, ¿qué planea hacer con Kia cuando despegue? Soltarle en cualquier sitio, ¿verdad?

McIver no contestó, todavía inseguro.

—¡Dios mío, capitán, tiene que confiar en mí! Verá, llame a Bandar por el alterno y hable a Numir como lo ha hecho con ese bastardo y dígale que ha ordenado a todos los helicópteros que acudan aquí. Así ganará una o dos horas.

McIver miró a Lochart.

—¿Por qué no? —dijo Lochart excitado—. Diablos, es una buena idea. Entonces podrás despegar con Kia y… y Freddy puede ponerse en marcha. Yo esperaré aquí y… —dejó la frase sin terminar.

—Y entonces, ¿qué, Tom? —preguntó McIver.

Wazari se acercó y cambió al canal alterno.

—Usted se demora un rato, capitán, y una vez que el capitán McIver se haya ido y Ayre se encuentre fuera del área, le dice a Numir que está seguro de que sus cuatro helicópteros han cortado su HF, porque no necesitan utilizarla y que están en VHF. Eso le da una excusa para despegar y dar unas vueltas. Luego vuela rápido adonde tengan almacenado el combustible… —Se dio cuenta de cómo lo miraban—. Dios mío, capitán, cualquiera puede imaginarse que no pueden atravesar el Golfo de una tirada, no hay forma, así que tienen que haber almacenado combustible en alguna parte. En la playa o en alguna de las instalaciones.

McIver lanzó un hondo suspiro y pulsó el transmisor.

—Kowiss… Bandar Delam, hace horas que estamos intentando comunicarnos y…

—Que se ponga Agha Numir, Jahan —dijo McIver con tono incisivo. Transcurrió un momento y luego Numir se puso al habla,

pero antes de que el gerente de «IranOil» pudiera lanzarse a una diatriba, McIver le interrumpió con la suya propia.

—¿Dónde están mis cuatro helicópteros? ¿Por qué no se han presentado? ¿Qué está pasando ahí? ¿Y por qué es usted tan ineficaz que no sabe que he ordenado a mis helicópteros y a mi personal que se presenten aquí…?

EN EL CUARTEL GENERAL EN AL SHARGAZ:

—… y por qué no recuerda que se espera en Bandar Delam al personal de remplazo después del fin de semana?

A través del altavoz les llegaba la voz de McIver, lejana, pero clara, y Gavallan, Scot y Manuela se le quedaron mirando, fastidiados de que McIver siguiera todavía en Kowiss y, naturalmente, Lochart, Ayre y todos los demás.

—Pero si le hemos estado llamando toda la mañana, capitán —dijo Numir, sonando su voz más lejana—. ¿Ordenó que se presentaran nuestros helicópteros en Kowiss? Pero ¿por qué? ¿Y por qué no se me informó? Estaba previsto que nuestros helicópteros fueran esta mañana a «Iran-Toda», pero no aterrizaron allí sino que, por el contrario, se esfumaron. Agha Siamaki también ha estado intentando comunicarse con usted.

—Hemos tenido deficiencias en nuestra HF. Y ahora escúcheme bien, Numir, ordené que *mis* helicópteros se presentaran en Kowiss, jamás di mi aprobación a un contrato con «Iran-Toda», no sé nada sobre un contrato con «Iran-Toda». Y hemos terminado con todo este asunto. Ahora, deje ya de hacer una montaña de un grano de arena.

—Pero los helicópteros son nuestros y todo el mundo se ha ido, técnicos y pilotos y…

—¡Maldición! Ordené que todos se presentaran aquí para una investigación en curso. Le repito, estoy muy descontento con su operación: E informaré a «IranOil». ¡Y ahora, deje de llamar!

En la oficina, todos estaban conmocionados. Era un verdadero desastre el que McIver se encontrara todavía en Kowiss. Torbellino estaba fracasando de mala manera. Eran las diez y cuarenta y dos de la mañana y Rudi, con sus otros tres llegaban ya con retraso a Bahrein.

—… pero no sabemos de qué dirección les sopla el viento, papá —había dicho Scot—, o cuánto tiempo necesitarán para repostar. Pueden con un retraso de tres cuartos a una hora y, aun así, cumplir con el plan. Digamos un ETA en Bahrein de once a once y cuarto.

Pero todo el mundo sabía que no podían llevar a bordo tal cantidad de combustible con plenas garantías.

Aún no tenían noticias de Scrag y los otros dos, pero eso era de esperar. «No llevan HF a bordo —se dijo Gavallan—. Su vuelo hasta Al Shargaz necesitaría alrededor de hora y media. Si han despegado, digamos, a las siete cuarenta y cinco, su ETA es de nueve quince como quiera que lo consideremos».

—No hay motivo de preocupación, Manuela —le había dicho— sabes que depende de la dirección de los vientos y, en realidad, no sabemos cuándo salieron.

«Hay tantas cosas que pueden ir mal. Este no saber nada es desesperante, Dios mío». Gavallan se sentía muy viejo. Cogió el teléfono llamó a Bahrein.

—¿«Gulf Air de France»? ¿Haría el favor de comunicarme con Jean-Luc Sessonne? ¿Algo de nuevo, Jean-Luc?

—No, Andy. Acabo de llamar a la torre y no hay nada en el sistema. *Pas problème*, Rudi estará ahorrando combustible. La torre ha dicho que me llamará tan pronto como los vea. ¿Hay algo sobre alguno de los otros?

—Acabamos de enterarnos de que Mac sigue en Kowiss. —Gavallan pudo oír una exclamación sobresaltada seguida de una sarta de tacos—. Estoy de acuerdo contigo. Ya te llamaré. —Marcó el número de Kuwait—. ¿Está Genny contigo, Charlie?

—No, se encuentra en el hotel, Andy y yo…

—Acabamos de enterarnos de que Mac está todavía en Kowiss y…

—¡Santo Cielo! ¿Qué ha ocurrido?

—No lo sé, todavía sigue transmitiendo. Te volveré a llamar cuando tenga algo definitivo. No se lo digas aún a Genny. Hasta luego.

De nuevo, la angustiosa espera. De repente, la HF cobró vida.

—Teherán, aquí Kowiss, habla el capitán McIver. Adelante.

—Kowiss, Teherán, llevamos llamando toda la mañana. Agha Siamaki ha estado intentando comunicar con usted. Estará de regreso dentro de una hora más o menos. Rogamos confirme que ordenó la presentación de los cuatro «212» en Kowiss.

—Teherán, al habla Kowiss, Bandar Delam manténgase también a la escucha. —La voz de McIver era más pausada y clara, pero irritada en extremo—. Confirmo. Tengo a todos mis «212», repito, a todos mis «212» bajo mi control. A todos ellos. No estaré disponible para hablar con Agha Siamaki ya que tengo la autorización para despegar con dirección a Teherán junto con el ministro Kia, pero esperamos que Agha Siamaki acuda a recibir el «206» en el Internacional de Teherán. Dentro de unos momentos cerraremos para que se efectúen reparaciones, por orden de las autoridades, y operaremos únicamente con la VFR. Para su información, el capitán Ayre partirá dentro de cinco minutos en dirección a Rig Abu Sal transportando repuestos y el capitán Lochart permanecerá en Standby para recibir mis «212» de Bandar Delam. ¿Ha tomado nota, Teherán?

—Afirmativo, capitán McIver, pero ¿querrá por favor…?

McIver le cortó en seco.

—¿Ha tomado nota, Numir, o acaso se está mostrando más inepto que de costumbre?

—Sí, pero debo insistir en que hemos de…

—¡Estoy harto de todas estas tonterías! Soy el director gerente de toda esta operación y mientras sigamos trabajando en Irán, así es como se hará, con sencillez, directamente y sin alharacas. Kowiss

se dispone a cerrar para proceder a las reparaciones según lo ordenado por el coronel Changiz y nos comunicaremos tan pronto como volvamos a estar en el aire. Permanezca en este canal, pero manténgalo libre para pruebas. Todo se desarrollará tal como ha sido planeado. ¡Fuera y corto!

En ese mismo instante, la puerta se abrió y apareció Starke y una enfermera, joven y desconcertada tras él. Manuela se había quedado de piedra. Gavallan, se levantó de un salto y le ayudó a sentarse. Llevaba el pecho cubierto de vendajes. Vestía solo el pantalón del pijama y un batín suelto.

—Estoy bien, Andy —dijo Starke y luego dirigiéndose a Manuela —: ¿Cómo estás tú, cariño?

—¿Estás loco, Conroe?

—Nada de eso, Andy. Dime qué está ocurriendo.

—En realidad no podemos hacernos respons… —empezó a decir la enfermera.

—Prometo que estaré tan solo un par de horas y que tendré un cuidado extremo —dijo pacientemente Starke—. Haz el favor de acompañarla de nuevo al coche, Manuela, ¿quieres, cariño? —La miró con esa mirada especial que los maridos tienen para sus mujeres y estas para sus maridos cuando no es el momento de discusiones.

Manuela se levantó al instante y salió, llevándose consigo a la enfermera.

—Lo siento, Andy. No podía aguantar por más tiempo. ¿Qué está pasando? —dijo Starke una vez ellas hubieron salido.

EN KOWISS: 10.48 DE LA MAÑANA. McIver bajó la escalera de la torre, sintiéndose enfermo, vacío y sin tener la seguridad de poder llegar hasta el «206», y mucho menos de llevar el plan a cabo. «Tienes que hacerlo —se dijo—. Saca fuerzas de flaqueza».

El mulá Hussain aún seguía hablando con Kia, apoyado en el coche, su «AK47» colgado del hombro.

—Todo está preparado, ministro —dijo McIver—. Naturalmente, si Su Excelencia Hussain está de acuerdo.

—Sí, hágase la Voluntad de Dios —respondió Hussain con extraña sonrisa. Alargó cortés la mano—. Adiós, ministro Kia.

—Adiós, Excelencia —dijo Kia, y dando media vuelta, se dirigió con paso enérgico al «206».

McIver, incómodo, alargó a su vez la mano al mulá.

—Adiós, Excelencia.

Hussain se volvió a mirar cómo Kia subía a la carlinga. De nuevo apareció la extraña sonrisa.

—Está escrito: «Los molinos del Señor muelen despacio, pero muelen extraordinariamente fino». ¿No es así, capitán?

—Sí. ¿Por qué lo dice?

—Como regalo de despedida. Puede decírselo a su amigo Kia.

—No es amigo mío. Y, ¿por qué, entonces?

—Es usted prudente al tenerlo por amigo. ¿Cuándo volverá a ver al capitán Starke?

—No lo sé. Espero que pronto. —McIver vio al mulá mirar de nuevo en dirección a Kia y su inquietud aumentó—. ¿Por qué?

—Me gustaría verle pronto. —Hussain se colgó el arma al hombro. Se dirigió al coche y subió a él alejándose con sus Green Bands.

—¿Capitán? —Era Pavoud. Estaba tembloroso y sobresaltado.

—Sí, Mr. Pavoud, un momento. ¿Freddy? —McIver hizo señas a Ayre que se acercó presuroso—. ¿Sí, Mr. Pavoud?

—Dígame, por favor, ¿por qué se ha cargado en los «212» repuestos, equipaje y todos los…?

—¡Cambio de personal! —le interrumpió McIver ignorando el bizqueo de Ayre—. Estoy esperando que lleguen aquí cuatro «212» de Bandar Delam. Más vale que se disponga a hacer los arreglos oportunos. Cuatro pilotos y cuatro mecánicos. Se les espera dentro de unas dos horas.

—Pero aquí no tenemos manifiesto alguno ni motivo para…

—¡Hágalo! —La tensión de McIver volvió a subir al punto de ebullición—. ¡Soy yo quien da las órdenes! ¡Yo! ¡Yo, personalmente! ¡He ordenado que *mis* «212» se presenten aquí! ¿A qué diablos estás esperando, Freddy? ¡Ponte en marcha con tus repuestos! —McIver se alejó furioso con Ayre, rezando para que Pavoud hubiese quedado convencido.

—¿Qué demonios está pasando, Mac?

—Espera a que lleguemos junto a los demás.

Cuando McIver llegó a los «212», dio la espalda a Pavoud, que seguía en los escalones de la oficina, y les comunicó lo que pasaba.

—Nos veremos en la costa.

—¿Te encuentras bien, Mac? —dijo Ayre, preocupado por el color de su cara.

—Claro que me encuentro bien. ¡En marcha!

EN LOS ALREDEDORES DE BAHREIN: 10.59 DE LA MAÑANA. Rudi y Pop Kelly seguían en tándem, luchando contra el viento, pendientes de sus motores, las válvulas de combustible marcando vacías y encendidas las luces rojas de alerta. Hacía ya media hora que los dos se habían inmovilizado. Los mecánicos habían abierto las portezuelas de la cabina y quitado los tapones del depósito, todo ello con medio cuerpo fuera. Luego, desenrollaron las mangueras e introdujeron la boquilla en el cuello del depósito, metiéndose de nuevo en la cabina. Con las bombas provisionales habían bombeado laboriosamente el primero de los bidones de ciento cincuenta litros, hasta la última gota. Luego, el segundo. Ninguno de los mecánicos había repostado jamás en el aire de aquella manera. Ambos vomitaron violentamente una vez hubieron terminado. Pero la operación había resultado un éxito.

La niebla seguía siendo densa; el oleaje del mar, embravecido por el viento, y salvo el momento crucial de repostar, todo había sido pura rutina. Avanzaba lentamente. Buscaban el alcance máximo, ajustaban, volvían a ajustar incesantemente y rezaban. Rudi no

sabía nada de Dubois o de Sandor. Uno de los jets de Rudi escupió, pero recuperó su ritmo de inmediato.

Faganwitch hizo una mueca.

—¿Hasta dónde hemos de llegar?

—Demasiado lejos —respondió Rudi que conectó su VHF rompiendo el silencio de su radio—. Pop, cambia a HF, escucha —dijo rápidamente y cambió—. Sierra Uno, habla Delta Uno, ¿me recibís?

—Fuerte y claro, Delta Uno —volvió al punto la voz de Scot—. Adelante.

—Off Boston a doscientos cincuenta, rumbo 185, combustible bajo. Delta Dos está conmigo. Tres y Cuatro van por su cuenta.

Off Boston, su clave por Bahrein.

—Bienvenidos desde Gran Bretaña a las tierras soleadas, G-HTXX y G-HJZI, repito, G-HTXX y G-HJZI, Jean-Luc os está esperando. No tenemos noticias de Delta Tres y Cuatro.

—HTXX y HJZI. —Rudi acusó recibo de inmediato de sus nuevas señales de llamada británicas—. ¿Qué hay de Lima Tres y Kilo Dos?

Lima correspondía a los tres de Lengeh y Kilo a los dos de Kowiss.

—Sin noticias salvo de Kilo Dos, se encuentra todavía en su lugar. —Rudi y Pop Kelly se sobresaltaron.

—Aquí Cuartel General de Teherán —escucharon de repente, seguido rápidamente de la voz de Siamaki—. Aquí Teherán, ¿quién está llamando por este canal? ¿Quién es Kilo Dos y Lima Tres? ¿Quién Sierra Uno?

La voz de Scot se interpuso estentórea.

—No te preocupes, HTXX, algún estúpido está utilizando nuestro canal. Telefonéanos tan pronto como aterrices —añadió para ponerles en guardia frente a una charla innecesaria.

—¡Bancos de arena delante, HTXX! —intervino excitado Pop Kelly.

—Ya los veo, Sierra Uno, HTXX, ahora estamos casi en la costa.

Uno de los motores de Rudi volvió a escupir, esa vez peor que antes, pero se recuperó en seguida. Las agujas del contador de

revoluciones giraban como borrachas. Luego Rudi, a través de la niebla, divisó la costa, una punta de tierra y algunos bancos de arena y finalmente la playa. Supo al punto dónde estaba.

—Tú ocúpate de la torre, Pop. Sierra Uno, decid a Jean-Luc que…

EN EL CUARTEL GENERAL DE AL SHARGAZ: Gavallan estaba ya marcando Bahrein y a través del altavoz se seguía oyendo a Rudi que proseguía con acento apremiante.

—… me encuentro en el punto noroeste de la playa de Abu Sabh, hacia el Este… —Una explosión de ruidos y luego silencio.

—¿«Gulf Air de France»? —dijo Gavallan al teléfono—. Jean-Luc, por favor, Jean-Luc. Soy Andy, Rudi y Pop están… Standby One…

—Sierra Uno —llegó con fuerza la voz de Kelly—. Estoy siguiendo a Delta Uno abajo, ha tenido que…

—Habla Teherán, ¿quién ha tenido que bajar y dónde? ¿Quién esta llamando por este canal? Aquí Teherán llamando…

EN LA PLAYA DE BAHREIN: La playa era de fina arena blanca, pero en aquella parte se encontraba casi desierta, navegando muchos barcos de vela y otras embarcaciones de placer, infinidad de surfistas aprovechando la hermosa brisa, el día fragante. En la parte alta de la playa se alzaba el «Hotel Starbreak», de un blanco deslumbrante, con palmeras, jardines y sombrillas multicolores dispersas por todas las terrazas y las playas El «212» de Rudi surgió rápido de la niebla, los rotores girando enloquecidos y los jets escupiendo, perdida ya toda utilidad. Su línea de descenso le ofrecía escasa elección, aunque se sentía agradecido de tener que aterrizar y no de amerizar. La playa se precipitaba hacia ellos y Rudi eligió el punto exacto en el que caer, junto a una sombrilla solitaria, hacia la parte más alta de la playa, próxima a la carretera. Ahora iba con el viento, muy cegado, se afirmó. Accionó el colector alterando el cabeceo de las palas para lograr un ascenso momentáneo que le

permitiera amortiguar la caída y patinó unos metros hacia delante sobre el terreno desigual, golpeó ligeramente pero no lo bastante para causar avería alguna. Ya estaban a salvo.

—Por todos los demonios… —dijo Faganwitch respirando de nuevo, el corazón, enloquecido todavía, el esfínter obturado.

Rudi inició el cierre, en un silencio misterioso, con las manos y las rodillas temblorosas. En la playa, los bañistas y la gente que se encontraban en las terrazas se habían puesto de pie y los miraban. Entonces, Faganwitch lanzó una exclamación, sobresaltándole. Se volvió y también lanzó una exclamación.

Cubría sus ojos con gafas oscuras, y poco más había debajo de su sombrilla. No llevaba la parte superior del bikini y tampoco la inferior, rubia y bella, apoyada sobre un codo, observándoles. Luego, se levantó con calma y se endosó, a modo de excusa, la parte superior de un bikini.

—¡Caramba…! —Faganwitch se había quedado mudo.

—Lo siento, me he quedado sin combustible —dijo Rudi con voz ronca, saludando con la mano.

Ella se echó a reír, pero, entonces, Kelly cayó del cielo estropeándolo todo. Ambos lo maldijeron mientras el viento de sus rotores sacudía la sombrilla y el largo cabello de ella, haciendo volar la toalla y levantando arena por doquier. También Kelly la vio, retrocedió, cortés, más hacia la carretera y, tan deslumbrado como los otros, aterrizó rápidamente un metro más arriba.

EN EL AEROPUERTO INTERNACIONAL DE BAHREIN: 11.13 DE LA MAÑANA. Jean-Luc y el mecánico Rod Rodrigues salieron corriendo del edificio y cruzando el asfalto se dirigieron hacia un pequeño camión cisterna con la marca GAdeF, «Gulf Air de France», que habían obtenido prestado. En aquel aeropuerto había mucho movimiento, imponente la moderna terminal y los edificios adyacentes de centelleante blancura. Muchos jets de diversas

nacionalidades cargando y descargando, un jumbo TAL que acaba de aterrizar.

—*On y va*, en marcha —dijo Jean-Luc.

—Desde luego, Sayyid.

El conductor subió el volumen del intercomunicador y con un suave giro puso el motor en marcha y se puso en movimiento.

Era un joven cristiano palestino, delgado, con gafas oscuras y el mono de la compañía.

—¿Adónde vamos?

—¿Conoces la playa Abu Sabh?

—Sí, claro, Sayyid.

—Dos de nuestros helicópteros han aterrizado allí por falta de combustible. ¿Vamos hacia allá?

—¡Ya casi estamos! —El conductor hizo un cambio de velocidades y aceleró. A través del altavoz del intercomunicador se oyó—: ¿Alpha Cuatro? —El conductor cogió con una mano el micro y con la otra siguió conduciendo alegremente—. Aquí Alpha Cuatro.

—Ponme con el capitán Sessonne.

Jean-Luc reconoció la voz de Mathias Delarne, el gerente de «Gulf Air de France» en Bahrein. Un viejo amigo de los tiempos de las Fuerzas Aéreas Francesas y Argelia.

—Al habla Jean-Luc, viejo amigo —dijo en francés—. La torre me ha llamado para decirme que acaba de entrar otro helicóptero en el sistema en la dirección que tú esperabas, Dubois o Petrofi, ¿eh? La torre sigue llamando pero todavía no han podido establecer contacto.

—¿Solo uno? —Jean-Luc se sintió preocupado de repente.

—Sí. Se encuentra en el acercamiento correcto al helipuerto 16. El problema de que hablamos, ¿eh?

—Sí —Jean-Luc había informado a su amigo de lo que realmente estaba sucediendo y del problema de la matriculación Mathias—, di a la torre por mí que se trata de un G-HTTE en tránsito —dijo dando la tercera de sus cuatro señales de llamada distribuidas—. Luego, telefonea a Andy y dile que enviaré a Rodrigues para que se ocupe

de Rudi y Kelly. Nosotros lo haremos de Dubois o Sandor, tú y yo. Tráete el segundo lote de combustible. ¿Dónde nos encontramos?

—Dios mío, Jean-Luc, después de esto tendremos que alistarnos en la Legión Extranjera. Reúnete conmigo delante de la oficina.

Jean-Luc se dio por enterado y colgó el «micro» en su sitio.

—¡Para aquí! —El camión se detuvo al instante y a punto estuvieron Rodrigues y Jean-Luc de salir de estampía por el parabrisas—. Ya sabes lo que tienes que hacer, Rod. —Saltó del camión—. ¡En marcha!

—Escucha, prefiero caminar y… —El resto se perdió en el aire al volver corriendo Jean-Luc y ponerse en marcha de nuevo el camión con un chirrido de neumáticos, atravesando veloz la verja para salir a la carretera que conducía hacia el mar.

EN LA TORRE DE KOWISS: 11.17 DE LA MAÑANA. Lochart y Wazari observaban el ya lejano «206» de McIver para sobrevolar las montañas Zagros.

—Kowiss, aquí HCC —decía McIver a través de la VHF—. Ahora salimos de vuestro sistema. Buenos días.

—HCC, Kowiss. Buenos días —dijo Wazari.

—Bandar Delam, aquí Teherán. ¿Tiene ya noticias de Kowiss? —se oyó a través del altavoz de HF en farsi.

—Negativo. Al Shargaz, aquí Bandar Delam, ¿me reciben?

Ruidos, luego la llamada repetida. Y de nuevo silencio.

Wazari se secó el sudor de la cara.

—¿Cree que el capitán Ayre estará todavía en su punto de encuentro? —preguntó terriblemente ansioso de agradar. No era difícil darse cuenta de que a Lochart no le caía bien o que, al menos, desconfiaba de él—. ¿Eh?

Lochart se limitó a encogerse de hombros, pensando en Teherán y lo que tenía que hacer. Había dicho a McIver que enviaría a los dos mecánicos con Ayre.

—Por si me capturan, Mac, o descubren a Wazari o nos traiciona.

—No hagas ninguna estupidez, Tom, como por ejemplo irte a Teherán en el «212», con o sin Wazari.

—No hay manera de que pueda largarme a Teherán sin alertar a todo el sistema y hacer fracasar Torbellino. Tendría que repostar y me detendrían.

«¿Habrá alguna forma?», se preguntaba, y se dio cuenta de que Wazari le observaba.

—¿Qué?

—Le preguntaba si el capitán McIver le dará alguna señal o le llamará cuando haya soltado a Kia. —Lochart se limitó a mirarle, lo que impulsó a decir a Wazari quejumbroso—. Maldición… ¿Acaso no comprenden que son ustedes mi única esperanza de poder salir de aquí…?

Los dos hombres dieron rápidamente media vuelta, sintiendo que los miraban. Pavoud los espiaba a través de los barrotes de la escalera.

—Conque esas tenemos —dijo tranquilamente—. Es la Voluntad de Dios. Los dos han quedado atrapados en sus traiciones.

Lochart avanzó un paso.

—No sé de qué te preocupas —empezó a decir con la garganta seca—. No hay nad…

—Estáis atrapados. ¡Tú y el Judas! ¡Os estáis yendo todos, os estáis fugando con nuestros helicópteros!

Wazari tenía la cara contraída.

—¿Judas, eh? —dijo entre dientes—. ¡Sube aquí tu trasero comunista! ¡Lo sé todo de ti y de tus camaradas tudeh!

Pavoud se quedó lívido.

—Estás diciendo tonterías. Tú eres el que estás atrapado, tú eres…

—Tú eres el Judas, asqueroso bastardo comunista. El cabo Alí Fedagi es mi compañero de cuarto. Es el comisario en la base y tu jefe. Lo sé todo de ti…, hace meses intentó que me hiciera del partido. ¡Arriba con ese trasero! —Al ver vacilar a Pavoud, Wazari le advirtió—. Si no lo haces de inmediato, llamaré al Comité y

descubriré todo lo relacionado contigo, con Fedagi y también con Mohammad Berani y una docena más y me importa una mierda… —Sus dedos se acercaron al transmisor de VHF.

—¡No! —dijo Pavoud jadeante, y subió al rellano, tembloroso.

Por un instante no pasó nada. Pero Wazari, de repente, agarró al quejumbroso y petrificado individuo empujándole hacia un rincón y cogió una llave inglesa que se dispuso a descargar sobre su cabeza. Lochart detuvo el golpe justo a tiempo.

—¿Por qué me lo ha impedido? —Wazari temblaba de miedo—. ¡Nos traicionará!

—No es necesario…, no es necesario eso. —De momento Lochart encontraba difícil hablar—. Ten paciencia. Escucha, Pavoud, si tú callas, nosotros callamos.

—Juro por Dios que, desde luego no dira…

—Uno no puede fiarse de estos bastardos —dijo Wazari entre dientes.

—¡No me fío! —dijo Lochart—. ¡De prisa, escríbelo todo! ¡De prisa! Todos los nombres que puedas recordar. De prisa…, y haz tres copias. —Lochart puso una pluma en la mano del joven. Wazari vaciló un instante y luego cogiendo el bloc empezó a garrapatear. Lochart se acercó más a Pavoud que se encogió todavía más, suplicándole misericordia—. Cállate y escucha, Pavoud. Haré un trato, si tú no dices nada, nosotros tampoco lo haremos.

—¡Por Dios! ¡Claro que no diré nada, Agha! ¿Acaso no he servido con lealtad a la compañía, con lealtad durante todos estos años, no he hecho nada…?

—¡Embustero! —dijo Wazari, añadiendo luego ante el asombro de Tom—: Te he oído, a ti y a los otros, mentir, engañar, babear detrás de Manuela Starke y espiándola por la noche.

—Mentiras, no son más que mentiras, no crea por un mom…

—¡Cállate, bastardo! —ordenó Wazari.

Pavoud obedeció, aterrado por el veneno que destilaba Wazari y se acurrucó en un rincón.

Lochart apartó la mirada de aquel hombre tan falso y cogiendo una de las listas se la metió en el bolsillo.

—Tú guárdate una, sargento. Toma —dijo luego a Pavoud metiéndole prácticamente la tercera en la cara. El hombre intentó retroceder sin conseguirlo y cuando le puso la lista en la mano gimió y la soltó como si quemara—. Si nos detienen, te juro ante Dios que le entregaré esta al primer Green Band que vea y no olvides que los dos hablamos farsi y que conozco a Hussain. ¡Entendido! —Pavoud asintió, atontado. Lochart se inclinó, cogió la lista y se la metió al hombre en el bolsillo—. ¡Siéntate allí! —Indicó un asiento que había en un rincón y limpiándose las sudorosas manos en los pantalones, cambió a VHF y cogió el «micro».

—Kowiss llamando a los helicópteros procedentes de Bandar Delam, ¿me reciben? —Lochart esperó, repitiendo luego la llamada. Y por último—: Torre, aquí la base, ¿me reciben?

Al cabo de una pausa, se escuchó una voz, con un fuerte acento.

—Sí, le escuchamos.

—Estamos esperando cuatro helicópteros de Bandar Delam. Solo van equipados con VHF. Voy a subir al aire para tratar de comunicar con ellos. Estaremos fuera de la frecuencia hasta que regrese, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Lochart cortó.

—Kowiss, aquí Teherán, ¿me reciben? —se oyó a través de la HF.

—¿Qué hacemos con él? —preguntó Lochart. Los dos miraron a Pavoud que pareció encogerse en su asiento.

Wazari sentía más que nunca aquel espantoso dolor detrás del ojo. «Voy a tener que matar a Pavoud, esa es la única manera de demostrarle a Lochart que estoy de su lado».

—Yo me ocuparé de él —dijo al tiempo que se ponía en pie.

—No —dijo Lochart—. Vas tomarte el resto del día libre, Pavoud. Irás abajo y les dirás a los otros que estás enfermo y que te vas a casa. No dirás nada más y te marcharás de inmediato. Podemos verte desde aquí y también oírte. Si nos traicionas, ¡por Dios Nuestro

Señor que tú y todos los demás hombres de la lista seréis denunciados!

—Jure que usted…, jurará… —Las palabras salían precipitadas de su boca—. ¿Jura que no se lo dirá a nadie? ¿Lo jura?

—¡Lárgate a casa! ¡Y es tu cabeza la que te juegas, no la nuestra! ¡Vamos, lárgate!

Le observaron salir de allí a toda prisa. Y cuando le vieron pedaleando lentamente carretera abajo en dirección a la ciudad, respiraron algo más tranquilos.

—Debimos matarle. Debimos hacerlo, capitán. Yo lo hubiera hecho.

—De esta forma es igualmente seguro y…, bueno, matándole no hubiéramos solucionado nada. «Y tampoco me habría ayudado con Sharazad», se dijo Lochart.

De nuevo por la HF, de nuevo la importuna llamada.

—Kowiss, aquí Bandar Delam, ¿me reciben?

—No es seguro dejar a estos bastardos emitiendo, capitán. Tarde o temprano la torre los captará, por muy ineficaces y poco experimentado que sean.

Lochart se concentró en el problema.

—Transmite por la HF por un instante, sargento, simula ser un mecánico de radio fastidiado porque le han estropeado el día de fiesta. Diles, en farsi, que cierren el pico, que por todos los diablos se mantengan alejados de nuestro canal hasta que lo hayamos reparado, que ese lunático de Lochart ha despegado solo para comunicarse por la VHF con los cuatro helicópteros, tal vez alguno de ellos haya sufrido alguna avería y los otros se encuentren en tierra con él. ¿De acuerdo?

—Claro. —Wazari cumplió perfectamente. Una vez hubo desconectado, se sujetó la cabeza con las dos manos ya que el dolor era lacerante. Luego miró a Lochart.

—¿Confía ahora en mí?

—Sí.

—¿Puedo ir con usted? ¿De veras?

—Sí. —Lochart le alargó la mano—. Gracias por la ayuda.

Arrancó el cristal de la frecuencia HF de la compañía, lo rompió colocándolo de nuevo y luego sacando la clavija de la VHF se la guardo.

—Vamos.

Una vez abajo, se detuvo un momento en la oficina.

—Voy a volar —dijo a los tres empleados que le miraban de una manera extraña— intentaré conectar con los helicópteros de Bandar a través de la VHF. —Ninguno de los tres hombres dijo palabra, pero Lochart tuvo la sensación de que también ellos conocían el secreto. Luego se volvió hacia Wazari—: Te veré mañana, sargento.

—Espero que no le importe que me vaya, me duele la cabeza.

—Te veré mañana.

Lochart abandonó la oficina, consciente del escrutinio, para dar a Wazari tiempo suficiente de simular que se iba a su casa, cuando, en realidad, iría por detrás del hangar y se deslizaría a bordo.

—Una vez fuera de la oficina, todo depende de ti —le había dicho Lochart—. Yo no miraré en la cabina. Sencillamente, despegaré.

—¡Que Dios nos ayude a todos, capitán!

LXIII

EN EL AEROPUERTO DE BAHREIN: 11.28 DE LA MAÑANA. Jean-Luc y Mathias Delarne se encontraban en pie junto a una «rubia», cerca del helipuerto esperando al «212» que llegaba. Se protegían los ojos contra el sol, y no habían podido reconocer aún al piloto. Mathias era un hombre bajo, fornido, de cabello oscuro y ondulado, con solo medio rostro, la otra mitad, una pura cicatriz al haber tenido que aterrizar en llamas no lejos de Argel.

—Es Dubois —dijo.

—No, te equivocas, es Sandor. —Jean-Luc saludó con la mano, haciéndole señas de que aterrizara con el viento de costado.

Tan pronto como los patines tocaron el suelo, Mathias se precipitó por debajo de los motores hacia la portezuela izquierda de la carlinga, sin prestar atención a Sandor que gritaba en su dirección. Llevaba una enorme brocha y una lata de pintura de secado rápido y estampó la pintura blanca sobre la matrícula iraní, exactamente debajo de la ventanilla de la portezuela. Jean-Luc utilizó la plantilla que habían preparado, aplicando luego con su brocha la pintura negra. Seguidamente separó con cuidado la plantilla. La matrícula era ya G-HXXI, y legal.

Entretanto, Mathias se había trasladado junto al botalón de cola cubriendo las letras IHC, pasando luego bajo el botalón para hacer lo mismo al otro lado. Sandor tuvo el tiempo justo para apartar el brazo de la portezuela antes de que Jean-Luc estampara con enorme entusiasmo la segunda G-HXXI.

—*Voilà!* —Jean-Luc devolvió el material a Mathias que fue a dejarlo en la «rubia», cubierto con una lona, mientras Jean-Luc

arrancaba prácticamente la mano a Sandor, al tiempo que le informaba sobre lo de Rudi y Kelly y le preguntaba por Dubois.

—No lo sé, amigo —dijo Sandor—. Después del incidente con el superpetrolero, Rudi nos indicó que voláramos hacia aquí cada uno por nuestro lado. Después, ya no he vuelto a ver a ninguno de ellos. Por mi parte, lo puse en consumo mínimo, me aferré a las olas y recé. Hace tal vez diez condenados minutos que se ha quedado vacío y voy con las luces de emergencia y cagándome durante veinte. ¿Qué hay de los demás?

—Rudi y Kelly tomaron tierra en la playa de Abu Sabh, Rod Rodrigues ya se está ocupando de ellos. No se sabe nada todavía de Scrag, Willi o Vossi, pero Mac sigue aún en Kowiss.

—¡Jesússss!

—*Oui*. Y también Freddy y Tom Lochart. Al menos lo estaban hace diez o quince minutos. —Jean-Luc se volvió hacia Mathias que se acercaba a ellos—. ¿Sigues sintonizando con la torre?

—Sí, no hay problema.

—Mathias Delarne, Sandor Petrofi. Y Johnson, nuestro mecánico.

Se saludaron, estrechándose la mano.

—¿Qué tal la excursión? *Merde*, más vale que no me lo digas —añadió Mathias al ver acercarse un coche—. Dificultades a la vista.

—Quédate en la carlinga, Sandor —le ordenó Jean-Luc—. Y tú, Johnson, vuelve a subir a la cabina.

El coche llevaba el letrero de OFICIAL y se detuvo de costado a veinte metros del «212». De él bajaron dos bahreiníes, un capitán uniformado de Inmigración y un oficial de la torre. Este último llevaba una larga y flotante dishdasha blanca y un turbante sujeto con un retorcido rollo negro. Mathias se acercó a saludarles.

—Buenos días, Sayyid Yusuf, Sayyid Bin Ahmed. Les presento al capitán Sessonne.

—Buenos días —contestaron ambos cortésmente y siguieron examinando el «212»—. ¿Y el piloto?

—Capitán Petrofi. El mecánico, Mr. Johnson está en la cabina. —Jean-Luc se sentía angustiado. El sol centelleaba sobre la nueva

pintura, aunque no sobre la anterior y la parte baja de la que tenía una gota negra a cada lado. Esperaba la inevitable observación y a renglón seguido la pregunta inevitable: «¿Cuál ha sido su último punto de partida?», a la que él respondería con tono ligero «Basra, Iraq», como el más cerca posible. Pero resultaba en extremo fácil comprobarlo. Aunque no había necesidad de ello, solo con avanzar unos pasos y pasar un dedo por la pintura nueva, descubriendo debajo las letras fijas. Mathias estaba igualmente perturbado. «Para Jean-Luc es fácil —se decía—, él no vive ni trabaja aquí».

—¿Cuánto tiempo permanecerá aquí el G-HXXI, capitán? —preguntó el oficial de Inmigración. Era un hombre perfectamente afeitado, de mirada triste.

Jean-Luc y Mathias se estremecieron en su fuero interno al escuchar el tono incisivo al pronunciar las letras.

—Despegará de inmediato con dirección a Al Shargaz, Sayyid —dijo Mathias—. Con destino a Al Shargaz inmediatamente…, tan pronto como haya repostado. Y los otros que, humm, se quedaron sin combustible.

Bin Ahmed, el oficial de la torre, suspiró:

—Muy mal planificado, quedarse sin combustible. Me pregunto qué habrá sido de los treinta minutos legales de reserva.

—Supongo que… que el, humm, que se haya debido al viento en contra, Sayyid.

—Sí, hoy sopla fuerte. Eso es seguro. —Bin Ahmed dirigió la mirada hacia el Golfo, alcanzando la visibilidad alrededor de dos kilómetros—. Un «212» aquí, dos en nuestra playa y un cuarto…, el cuarto en alguna parte. —Sus ojos oscuros se clavaron de nuevo en Jean-Luc—. Acaso haya regresado…, a su punto de partida.

Jean-Luc sonrió de oreja a oreja.

—Lo ignoro, Sayyid Bin Ahmed —contestó cauteloso, queriendo poner fin a aquel juego del perro y el gato. Lo único que quería era repostar y retrasar la búsqueda durante una media hora.

Una vez más, ambos hombres concentraron su atención en el helicóptero. Las palas se agitaban levemente con el viento. Como

quien no quiere la cosa, Bin Ahmed sacó un télex.

—Acabamos de recibir esto de Teherán, Mathias. Tiene relación con algunos helicópteros que han desaparecido —dijo cortésmente —: Son del Control del Tráfico Aéreo de Teherán. Dice: «Por favor, manténganse atentos en relación con algunos de nuestros helicópteros que han sido exportados ilegalmente desde Bandar Delam. Embárguenlos, por favor, arresten a las personas que se encuentren a bordo, informen a nuestra Embajada más próxima que se ocupará de la deportación inmediata de los criminales y de la repatriación de nuestro equipo». —Sonriendo de nuevo se lo alargó —. Resulta curioso, ¿verdad?

—Mucho —respondió Mathias. Lo leyó, se mantuvo impertérrito, y se lo devolvió.

—¿Ha estado usted en Irán, capitán Sessonne?

—Sí, sí. Claro que he estado.

—Terribles todas esas muertes, todas esas detenciones, todas esas matanzas. Musulmanes matando a musulmanes. Persia siempre ha sido diferente, siempre causando problemas a los demás países del Golfo. Alegando que nuestro Golfo es el Golfo Pérsico, como si nosotros, los que estamos a este otro lado, no existiéramos —comentó Bin Ahmed flemático—. ¿Acaso el Sha no clamaba continuamente que nuestra isla era iraní solo porque hace tres siglos los persas la conquistaron conservándola algunos años, a nosotros, que siempre fuimos independientes?

—Sí, pero él, humm, renunció finalmente a esa reclamación.

—Ah, sí, sí, eso es cierto…, y ocuparon las islas petrolíferas de Tums y Abu Musa. Los gobernantes persas practican la hegemonía en grado sumo, sean quienes fueren, son muy extraños, vengan de donde vengan. Un verdadero sacrilegio plantar mulás y ayatolás entre el hombre y Dios. ¿No?

—Ellos, humm, bueno, ellos tienen su estilo de vida —asintió Jean-Luc—. Y otros tienen el suyo.

Bin Ahmed miró en dirección de la «rubia». Jean-Luc se dio cuenta de que una parte del mango de la brocha sobresalía por

debajo de la lona.

—Vivimos días peligrosos en el Golfo, muy peligrosos. Y esos, los soviéticos sin Dios, cada vez avanzan más desde el Norte; y los marxistas sin Dios del Yemen, armándose día a día, todas las miradas puestas en nosotros y en nuestras riquezas…, y en el Islam. Solo el Islam se interpone entre ellos y el dominio del mundo.

Mathias sentía ganas de preguntar: «¿Y qué hay de Francia, y, ni qué decir tiene, de América?».

—El Islam jamás fracasará —dijo en vez de eso—. Y tampoco los Estados del Golfo, si se mantienen alerta.

—Con la Ayuda de Dios. Estoy de acuerdo. —Bin Ahmed asintió y sonrió a Jean-Luc—. Aquí, en nuestra isla, hemos de mantenernos muy vigilantes frente a quienes quieren causarnos problemas. ¿Eh?

Jean-Luc asintió. Le resultaba difícil apartar la mirada del télex que el hombre llevaba en la mano. Si Bahrein tenía uno, seguramente también lo habrían enviado a todas las torres en aquel lado del Golfo.

—Con la Ayuda de Dios, triunfaremos.

El oficial de Inmigración asintió, afable.

—Quisiera ver la documentación del piloto, capitán. Y también la del mecánico. Y a ellos. Por favor.

—Claro. De inmediato. —Jean-Luc se lo transmitió en voz queda a Sandor que se puso pálido—. No te dejes dominar por el pánico, *mon vieux*. Limítate a enseñar tu pasaporte al oficial de Inmigración sin decir nada de tu cosecha. Y tú también, Johnson. Y no olvidéis que viajáis en un G-HXXI, procedente de Basra.

—Pero, por Dios Santo —exclamó Sandor con voz ronca—. Tendrían que habérnoslo sellado al salir de Basra, Iraq, y casi todas las hojas del mío están llenas de sellos iraníes.

—Quiere decirse que has estado en Irán. ¿Y qué? Empieza a rezar, *mon brave*. ¡Vamos!

El oficial de Inmigración cogió el pasaporte americano. Examinó, puntilloso, la fotografía y la comparó con el propio Sandor que,

incómodo, se quitó las gafas. Después se lo devolvió sin mirar las otras páginas.

—Gracias —dijo al tiempo que cogía el pasaporte británico de Johnson. De nuevo el atento estudio, únicamente de la fotografía. Bin Ahmed dio un paso más hacia el helicóptero. Johnson había dejado abierta la portezuela de la cabina.

—¿Qué llevan a bordo?

—Repuestos —dijeron al unísono Sandor, Johnson y Jean-Luc.

—Habrán de pasar por la Aduana.

—Claro que *está* en tránsito, Sayyid Yusuf, y despegará tan pronto como haya repostado —dijo Mathias con extrema cortesía—. Tal vez fuera posible permitirle que firme el impreso de tránsito garantizando que no ha desembarcado nada, y que no transporta armas, drogas o municiones. —Vaciló por un instante—. Yo también lo garantizaría si ello sirviera de algo.

—Su presencia siempre es de gran valor, Sayyid Mathias —dijo Yusuf. Hacía calor sobre el asfalto y además estaba sumamente polvoriento. Estornudó. Sacó un pañuelo de su bolsillo, y se sonó, y después se acercó a Bin Ahmed, que todavía tenía en la mano el pasaporte de Johnson—. Supongo que todo está en regla, tratándose de un aparato británico en tránsito, incluso en lo referente a los otros dos de la playa. ¿No?

El hombre de la torre se volvió de espaldas al helicóptero.

—¿Por qué no? Cuando esos dos lleguen, haremos que tomen tierra aquí, Sayyid capitán Sessonne. Usted los recibirá con el camión cisterna y les daremos la salida para Al Shargaz tan pronto como hayan repostado. —De nuevo miró hacia la mar y en sus ojos oscuros se reflejó la preocupación—. ¿Y cuándo llegará el cuarto? ¿Qué hay de él? Supongo que también llevará matrícula británica.

—Sí, sí, en efecto —se oyó decir Jean-Luc, dándole a continuación la nueva matrícula—. Con…, con su permiso, los tres permanecerán aquí una media hora y luego se dirigirán a Al Shargaz.

«Vale la pena intentarlo», se dijo saludando a los dos hombres con su atractivo galo mientras se alejaban, apenas capaz de creer en el milagro de aquel respiro temporal.

«¿Se debe a que están ciegos o a que no quieren ver? No lo sé, no lo sé, pero bendita sea la Madonna por protegernos una vez más».

—Más vale que telefonees a Gavallan y le digas lo del télex —dijo Mathias.

CERCA DE LA COSTA DE AL SHARGAZ: Scragger y Benson tenían la mirada fija en las válvulas del combustible y la presión del motor número uno. Se habían encendido las luces de alerta, la aguja de la válvula de temperatura había alcanzado el máximo, hasta el tope del rojo, y la aguja de la presión del combustible había caído prácticamente a cero. En aquel momento volaban a doscientos metros, con buen tiempo aunque brumoso, y acababan de dejar tras ellos las fronteras internacionales con Siri y Abu Musa y teniendo directamente delante de ellos Al Shargaz. En sus cascos, la torre se escuchaba tres por cinco, guiando el tráfico.

—Voy a cerrarlo, Benson.

—Sí, no conviene que se agarrote.

El ruido se redujo y el helicóptero descendió unos treinta metros, pero una vez que Scragger hubo aumentado la potencia del número dos y llevado a cabo los ajustes, el helicóptero mantuvo su altitud. Pese a todo, los dos hombres se sentían inquietos sin el otro motor.

—No hay motivo para que se comporte así, Scrag. En modo alguno. Lo repasé yo mismo hace unos días. ¿Qué tal vamos?

—Bien. Ya no estamos demasiado lejos de casa.

Benson se mostraba muy inquieto.

—¿Hay por aquí algún sitio donde podamos aterrizar en caso de emergencia? ¿Bancos de arena? ¿Alguna instalación petrolífera?

—Claro, claro que los hay. Una infinidad —mintió Scragger, tratando de descubrir algún peligro con los ojos y los oídos. Pero no

detectó ninguno—. ¿Oyes algo?

—No…, no, nada. Maldición, puedo oír cada una de las condenadas ruedas resecas.

Scragger se echó a reír.

—Y yo también.

—Willi.

—¿No deberíamos llamar a Al Shargaz?

—Tenemos tiempo de sobra, hijo mío. Estoy esperando a Vossi o a Willi.

Siguieron volando y el más mínimo atisbo de turbulencia, de decibelio en el cambio de ritmo del motor o de oscilación de cualquier aguja les hacía temblar.

—¿Hasta dónde hemos de ir, Scrag? —A Benson le encantaban los motores pero aborrecía volar, sobre todo en helicópteros. Tenía la camisa pegajosa y helada.

En ese momento, a través de los cascos, escucharon la voz de Willi.

—Al Shargaz, habla EP-HBB dirigiéndose hacia ahí con EP-HGF a doscientos, rumbo 140 grados, ETA doce minutos —Scragger maldijo conteniendo el aliento: Willi había dado, de forma automática y completa, sus señales de llamada iraníes, cuando todos habían quedado de acuerdo en tratar de salir adelante con las últimas tres letras tan solo.

Se escuchó, enérgica y fuerte, la voz inglesa del controlador:

—Helicóptero llamando a Al Shargaz entendemos que está en tránsito, hacia el interior a 140 y, humm su transmisión ha sido confusa. Confirme por favor que son, humm, G-HYYR y G-HFEE. Repito GOLFO HOTEL YANKEE YANKEE ROMEO y GOLFO HOTEL FELIZ ECO ECO.

Embargado por la excitación, Scragger lanzó un hurra.

—¡Nos están esperando!

La voz de Willi era vacilante y la temperatura de Scragger subió veinte puntos.

—Al Shargaz, aquí… aquí G-HY… YR…

Pero la excitada voz de Vossi lo interrumpió.

—Al Shargaz, aquí GolfHotelFoxtrotEcoEco y GolfHotelYankeeYankeeRodio os escuchamos fuerte y claro, estaremos con vosotros dentro de diez minutos y solicitamos permiso aterrizaje en el helipuerto del norte, por favor informad «S-G».

—Ciertamente, G-HFEE —dijo el controlador y Scragger pudo casi ver el alivio del hombre—. Estáis autorizados a aterrizar en el helipuerto norte y, por favor, llamad a «S-G» por 117.7. ¡Bienvenidos! Bienvenidos a Al Shargaz, mantened rumbo y altitud.

—Sí, señor. Síííí, señorrrr, entedidoooo, 117.7 —dijo Vossi. Al punto Scragger cambió al mismo canal y de nuevo Vossi—. Sierra Uno, aquí HFEE HYYR, ¿me recibís?

—Fuerte y maravillosamente claro. Bienvenidos todos…, pero ¿dónde está GolfHotelSierraVictorTango?

EN LA OFICINA DE AL SHARGAZ:

—Viene detrás de nosotros, Sierra Uno —decía Vossi.

Gavallan, Scot, Nogger y Starke escuchaban a través del altavoz en la frecuencia de su compañía, estando también vigilada la de la torre, ya que todos tenían el convencimiento de que Siamaki en Teherán y Numir en Bandar Delam podían estar escuchando cualquier transmisión, en especial la HF de ellos.

—Va unos minutos detrás de nosotros ya que, humm, nos ha ordenado que cada uno vaya por su cuenta. —Vossi se mostraba en extremo cauteloso—. No sabemos, humm, no sabemos qué puede haber ocurrido.

Entonces la voz de Scragger le interrumpió y todos se dieron cuenta del tono de regocijo.

—Aquí G-HSVT en vuestras colas, de manera que despejad la cubierta…

En la habitación resonó un repentino vítor, Gavallan se limpió la frente.

—¡Gracias a Dios! —musitó, sintiéndose casi angustiado por el alivio, luego, levantó el pulgar en dirección a Nogger—. ¡En marcha, Nogger!

El joven salió jubiloso y estuvo en un tris de derribar a Manuela que, con gesto impávido, se acercaba por el corredor con una bandeja.

—Scrag, Willi y Ed están a punto de aterrizar —gritó mientras corría, ya desde el otro lado del corredor.

—¡Es maravilloso! —dijo entrando presurosa en la habitación—. ¿No es…? —Calló. Scragger estaba diciendo solo me funciona un motor así que solicito una recta o mejor todavía que tengan preparado un coche contra incendios por si acaso.

De inmediato se oyó la voz de Willi.

—Haz un 180, Ed, y reúnete con Scrag, tráele aquí. ¿Cómo andas de combustible?

—Cantidad. Estoy en camino.

—Scrag, soy Willi. Me ocuparé de la petición de aterrizaje y de la recta. ¿Cómo estás de gasolina?

—Cantidad, HSVT, ¿eh? ¡Eso es mucho mejor que HASVD! Le oyeron reír y Manuela se sintió mejor.

Para ella había sido terrible toda la tensión de aquella mañana, mientras intentaba dominar sus temores, escuchaba las voces incorpóreas, tan lejanas y sin embargo tan cerca, todas ellas de personas por las que sentía cariño, hacia las que sentía simpatía o a las que aborrecía…, las voces del enemigo.

—Eso es lo que son —había afirmado apasionadamente hacía unos minutos, a punto casi de romper a llorar porque aquel maravilloso amigo de ellos, Marc Dubois y el viejo Fowler se encontraban en paradero desconocido, desaparecidos. «¡Desaparecidos!, y, ¡Dios mío, lo mismo le hubiera podido ocurrir a Conroe y acaso haya todavía otros! ¡Jahan es un enemigo! Y Siamaki, Numir, todos lo son. ¡Todos ellos!».

—No, no lo son, Manuela —le había dicho cariñosamente Gavallan—. En realidad no lo son. Solo cumplen con su trabajo…

Pero el tono cariñoso había contribuido a excitarla más, la enfureció y aumentó su preocupación por el hecho de que Starke se encontraba allí y no en la cama del hospital, ya que la operación se la habían practicado la noche anterior.

—¡Es un juego, eso es Torbellino para todos vosotros! ¡Solo un maldito juego! —les había increpado, perdido el control—. ¡Sois un hatajo de buscadores de aventuras gloriosas y sois…, sois…!

Luego se había ido corriendo, metiéndose en el tocador de señoras para llorar. Una vez pasada la tormenta, se echó una buena reprimenda por haber perdido el dominio de sí misma, obligándose a recordar que los hombres eran estúpidos e infantiles y que jamás cambiarían. Se sonó, se arregló el maquillaje y el cabello y fue en busca de las bebidas.

Ahora, tranquila, Manuela depositó la bandeja en silencio. Nadie notó su presencia.

Starke estaba al teléfono explicando lo que era necesario a Control de Tierra. Scot estaba en la VHF.

—Nos ocuparemos de todo, Scrag —estaba diciendo Scot.

—Sierra Uno. ¿Qué tal las triquiñuelas? —preguntaba Scragger—. ¿Vuestros Deltas y Kilos?

Scot miró a Gavallan. Este, inclinándose, dijo con tono monótono:

—Delta Tres está perfectamente… Kilo Dos… Kilo Dos sigue sin moverse, más o menos.

Se hizo el silencio en los altavoces. Por la frecuencia de la torre oyeron al controlador inglés dando paso a varios aparatos que llegaban. Un barullo de ruidos. La voz de Scragger sonó diferente.

—Confirmad Delta *Tres*.

—Confirmado Delta Tres —dijo Gavallan, aún conmocionado por las noticias sobre Dubois y también por el télex de Bahrein que

Jean-Luc le había comunicado por teléfono hacía tan solo unos minutos, esperando una explosión inminente desde su propia torre y ahora desde Kuwait.

—¿Rescate aire-mar? —había preguntado a Jean-Luc—. Más vale que pidamos un «Mayday».

—Nosotros somos el rescate aire-mar, Andy —repuso Jean-Luc—. No hay ningún otro. Sandor ha despegado ya en su busca. Tan pronto como Rudi y Pop hayan repostado irán también… He organizado una búsqueda en bloque de ellos… Luego todos irán directamente a Al Shargaz, como Sandor. No podemos quedarnos mucho tiempo por aquí, *mon Dieu*, no puedes imaginarte lo cerca que hemos estado del desastre. Si está a flote, lo encontrarán. Hay docenas de bancos de arena sobre los que aterrizar.

—¿No prolongará eso demasiado su campo, Jean-Luc?

—Estarán bien, Andy. Si él no ha lanzado un «Mayday» significa que debe de haber sido repentino o tal vez les fallara la radio. Aunque lo más probable es que se haya posado en alguna parte. Hay una docena de posibilidades excelentes… Puede haber aterrizado en alguna instalación en busca de combustible. Si ha caído al mar quizá lo hayan recogido, las posibilidades son infinitas… No te olvides del silencio en la radio, una de las principales. No te preocupes, *mon cher ami*.

—Me preocupo y mucho.

—¿Alguna noticia sobre los otros?

—Todavía no.

«Todavía no», se dijo de nuevo y sintió un escalofrío.

—¿Quién es Delta Cuatro? —Era Willi quien preguntaba.

—Nuestro amigo francés y Fowler —respondió Gavallan sin rodeos, sin saber quién podía estar escuchando—. Quiero un informe completo cuando aterrices.

—Entendido. —Interferencias. Y luego—: ¿Cómo estás, Ed?

—Flamante, Willi. Subiendo a trescientos y portándose perfectamente. ¿Cuáles son tu dirección y altitud, Scrag?

—142, a setecientos. Y si abrieras los ojos y te quitaras las telarañas me verías porque yo te estoy viendo.

Se hizo por un momento el silencio.

—¡Lo has vuelto a hacer, Scrag!

Gavallan se levantó para desperezarse y vio a Manuela.

—Hola, querida.

Manuela inició una tímida sonrisa.

—Toma —le dijo alargándole una botella—, te mereces una cerveza y he de decirte que lo siento.

—Nada de lamentaciones, nada. Tenías razón. —Le dio un apretón cariñoso y bebió agradecido—. Está estupenda. Gracias, Manuela.

—¿Y qué hay de mí, cariño? —preguntó Starke.

—Todo lo que recibirás de mí, Conroe Starke, es agua y un buen castañazo en la cabeza si no la tuvieras como la piedra —dijo con el ceño fruncido. Luego, abrió la botella de agua mineral y se la dio, pero sonreía con los ojos y apoyó ligeramente la mano sobre el hombro de él, expresándole todo su cariño.

—Gracias, encanto —suspiró él, profundamente aliviado de que ella se encontrara allí a salvo, y que otros estuvieran ya también a salvo, aun cuando Dubois y Fowler fueran todavía unos interrogantes y otros tuvieran aún que salir. El hombro y el pecho le dolían mucho y empezaba a sentir náuseas. La cabeza le daba golpes. Doc Nutt le había administrado un calmante diciéndole que sus efectos durarían un par de horas.

—Te mantendrá tranquilo hasta mediodía, Duke, no mucho más tiempo y acaso menos. Más te vale convertirte en la «Cenicienta» de la medianoche, de lo contrario te aseguro que lo sentirás. Y mucho.

Miró el reloj que había detrás de Manuela. 12.04 de la noche.

—Conroe, querido, ¿quieres hacerme el favor de volver a la cama? Por favor.

Cambió la mirada de él.

—¿Qué te parece dentro de cuatro minutos? —preguntó él con calma.

Ella enrojeció bajo su mirada, y luego se echó a reír, clavándole ligeramente las uñas en el cuello semejante a un gato cuando se dispone a ronronear.

—En serio, querido, ¿no crees…?

—Lo digo en serio.

Se abrió la puerta entrando el doctor Nutt.

—Hora de irse a la camita, Duke. Da las buenas noches como un buen chico.

—Hola, doc. —Starke, obediente, inició un gesto para levantarse pero falló en su primer intento, solo que logró disimular su debilidad y se mantuvo erguido, maldiciendo para sus adentros—. ¿Tenemos un «walkie-talkie» o una radio con las frecuencias de la torre, Scot?

—Sí, claro que lo tenemos. —Scot echó mano a un cajón lateral y le dio un pequeño aparato portátil—. Nos mantendremos en contacto. ¿Tienes teléfono junto a la cama?

—Sí. Te veré luego, cariño. No…, me encuentro bien, puedes quedarte por si se habla farsi. Gracias. ¡Eh, mirad eso!

Por un instante quedaron olvidadas todas sus preocupaciones. El «Concorde» Londres-Bahrein se deslizaba por la pista preparándose al despegue, recto, impecable, con el morro preparado para despegar. Velocidad de crucero, dos mil quinientos kilómetros a la hora, veinte mil metros, cubriendo el vuelo de siete mil kilómetros en tres horas y dieciséis minutos.

—Va a ser el pájaro más bello que haya existido jamás —pronosticó Starke al salir.

—Me gustaría volar en él una vez, solo una —suspiró Manuela.

—La única manera de viajar —dijo Scot fastidiado—. He oído decir que el año próximo suspenden este vuelo, ¿no?

Tenía concentrada prácticamente su atención en la escucha de Willi, Scragger y Vossi que hablaban continuamente entre sí. Todavía no había problemas allí. Desde donde se encontraba podía ver el camión con Nogger, los mecánicos, pintura y plantillas, dirigiéndose veloces al helipuerto, cerca del extremo más alejado de la pista, ya preparado allí un camión contra incendios.

—Son unos condenados idiotas —dijo Gavallan intentando ocultar su agobiante inquietud, escudriñando con la mirada a los que llegaban—. El maldito Gobierno no sabe dónde tiene la mano derecha y lo mismo le ocurre al francés. Debían limitarse a deducir los costos de investigación y desarrollo, de hecho ya están deducidos, y el «Concorde» sería una oferta de negocio perfectamente viable para algunas líneas, y de un valor inestimable. De Los Ángeles a Japón, éxito seguro, a Australia, también a Buenos Aires. ¿Alguien ha visto ya a nuestros pájaros?

—La torre está en mejor posición. —Scot dio paso a la frecuencia de la torre. «"Concorde 001", es el siguiente en despegar. Bon voyage —estaba diciendo el controlador—. Cuando esté en el aire llame a Bagdad por la 119.9».

—Gracias, 119.9. —El «Concorde» se deslizaba majestuoso, absolutamente seguro de que todas las miradas convergían en él.

—Por Dios, que es un espectáculo digno de contemplar.

—Torre, aquí el «Concorde 001». ¿Para qué es el camión de incendios?

—Esperamos la llegada de tres helicópteros en el helipuerto norte, uno de ellos con un solo motor.

EN LA TORRE DE CONTROL:

—¿Quiere que los desviemos hasta que despeguéis? —preguntó el controlador. Se llamaba Sinclair y era inglés, antiguo oficial de la RAF como tantos otros controladores empleados en el Golfo.

—No, gracias. Simple curiosidad.

Sinclair era un hombre bajo, fornido y calvo y se encontraba sentado en un sillón giratorio, delante de una mesa de escritorio baja, y una vista panorámica ante él. Del cuello le colgaban un par de potentes prismáticos. Se los llevó a los ojos y los graduó. Ahora podía ver a los tres helicópteros en formación V. Ya antes había situado al que volaba con un solo motor en cabeza de la V. Sabía que se trataba de Scragger, pero simuló ignorarlo. En derredor suyo,

en la torre, había abundancia de radares de primera clase y equipos de comunicación, buen número de télex con tres practicantes y un controlador shargazíes. El controlador estaba ocupado con su pantalla de radar, situando a los otros seis aviones presentes en el sistema.

Sin perder de vista a los helicópteros en sus prismáticos, Sinclair accionó el transmisor.

—«HSVT», aquí la torre, ¿qué tal vais?

—Torre, «HSVT». —Se escuchó la voz de Scragger, clara y concisa—. Sin problemas. Todo está en «Verde». Veo al «Concorde» aproximándose para el despegue. ¿Quieres que nos mantengamos o que nos apresuremos?

—«HSVT», prosigue tu aproximación directa con el máximo de seguridad. «Concorde», colócate en posición y mantente. —Sinclair llamó a uno de los que hacían prácticas en Control de Tierra—. Tan pronto como el helicóptero aterrice, te lo paso a ti, Mohammad. ¿De acuerdo?

—Sí, Sayyid.

—¿Estás en contacto con el camión contra incendios?

—No, Sayyid.

—Entonces hazlo rápidamente. Es responsabilidad tuya —dijo, pero cambió de tono cuando el joven empezó a excusarse—. No te preocupes, has cometido un error pero ya ha pasado. ¡En marcha!

Sinclair ajustó un pelo los prismáticos. Scragger se encontraba a quince metros, aproximación perfecta.

—Di a los del camión de incendios que se apresuren, Mohammad. ¡Vamos, por Dios santo, esos bribones deberían tener preparadas ya las mangueras de espuma!

Escuchó al joven controlador maldiciendo una vez más a los cinco bomberos, y los vio saltar a todos con las mangueras dispuestas. De nuevo enfocó con los prismáticos al «Concorde» que esperaba, situado perfectamente en el centro de la pista, preparado para despegar, apartado de todo peligro, incluso si los tres helicópteros saltaran por los aires. Retener al «Concorde» durante treinta

segundos frente a una posibilidad de uno contra un millón de que la turbulencia de su estela pudiera ser causa de un torbellino anormal para el helicóptero en apuros, era un bajo precio. Torbellino. ¡Dios Todopoderoso!

Hacía ya dos días que por todo el campo había corrido el rumor de que «S-G» preparaba una estampía ilegal de Irán. Sus prismáticos pasaron del «Concorde» al helicóptero de Scragger. Sus patines tocaron tierra. Los bomberos se acercaron. No hubo incendio.

—«Concorde 001», está autorizado a despegar —dijo con calma —. «HFEE» y «HYYR» aterricen cuando sea conveniente, «Pan Am 116» paso libre para aterrizar, pista 32, viento veinte nudos a 160.

Detrás de él castañeteó un télex. Se detuvo un instante contemplando despegar al «Concorde», maravillado por su potencia y por el ángulo de ascensión. Después, se concentró de nuevo en Scragger ignorando de forma deliberada las diminutas figuras que se escurrían por debajo de los rotores armados de plantillas y pintura. Otro hombre, Nogger Lane, quien, de acuerdo con las instrucciones que Gavallan le diera, le había informado por anticipado y privadamente de lo que iba a tener lugar, aun cuando mucho después de que él estuviera ya al corriente, hacía ademanes indicando al coche de bomberos que ya podía irse. Scragger se había apartado a un lado y vomitaba, mientras que el otro hombre que Sinclair supuso que era el segundo piloto, orinaba cantidades monstruosas. Los otros dos helicópteros se posaron en sus puntos de aterrizaje. Los pintores acudieron a ellos en enjambre «Y ahora, ¿qué diablos están haciendo?».

—Bien —musitó—. No ha habido incendio. Tampoco se ha producido conmoción alguna. No hay motivo de alboroto.

—Tal vez debería leer este télex, Sayyid Sinclair.

—¿Eh? —Con gesto ausente miró al joven, que intentaba enfocar torpemente otro de los prismáticos sobre los helicópteros. Una

ojeada al télex fue más que suficiente—. ¿Has utilizado alguna vez los prismáticos al revés, Mohammad? —le preguntó.

—¿Sayyid? —El muchacho estaba perplejo.

Sinclair le cogió los prismáticos, les cambió la graduación y se los dio al revés.

—Dirígelos a los helicópteros y dime qué ves.

Al muchacho le costó un momento centrar la imagen.

—Están tan lejos que apenas puedo ver a ninguno de los tres.

—Muy interesante. Ven, siéntate en mi sillón un momento. —Hinchado como un pavo de orgullo el muchacho obedeció—. Y ahora, llama al «Concorde» y pídeles un informe de posición.

Los otros tres principiantes lo miraban con envidia, olvidado todo lo demás. A Mohammad le temblaban los dedos por la emoción mientras mantenía abierto el transmisor.

—«Concorde», aquí… aquí la Torre de Bahrein, por favor, su informe de posición, por favor.

—Torre, 001, volando a diez mil doscientos metros hacia dieciocho mil, Mach 1.3 hacia Mach 2 —dos mil quinientos kilómetros por hora— dirección 290, abandonando ahora su área.

—Gracias, «Concorde», buenos días… ¡Ah! Llama Bagdad 119.9, buenos días —dijo satisfecho, sonriendo de oreja a oreja.

Y una vez que Sinclair consideró llegado el momento, cogió de manera enfática el télex y frunció el ceño.

—¿Helicópteros iraníes? —Alargó al joven los otros prismáticos disponibles—. ¿Tú ves ahí algún helicóptero iraní?

Después de examinar con extrema atención a los extranjeros que acababan de llegar, el joven movió negativamente la cabeza.

—No, Sayyid, son británicos. Los otros que están aquí y que conocemos son shargazi.

—Estoy completamente de acuerdo contigo. —El gesto de Sinclair era de preocupación. Había observado que Scragger se encontraba caído en el suelo, rodeado por Lane y algunos de los otros. «No es propio de Scragger», se dijo—. Envía un médico y una ambulancia a esos helicópteros británicos ¡Y a todo gas! —Luego, cogió el teléfono

y marcó—. Sus pájaros han aterrizado sanos y salvos, Mr. Gavallan. ¿Podría pasarse por la torre cuando tenga un momento?

Lo había dicho con ese peculiar tono inglés, indiferente y casual que solo otro inglés sería capaz de captar y que quería decir «¡Urgentemente!».

EN LA OFICINA DE «S-G»:

—Iré de inmediato, Mr. Sinclair. Gracias —dijo Gavallan al teléfono. Scot observó su gesto.

—¿Más dificultades, padre?

—No lo sé. Llámame si ocurre algo. —Ya en la puerta Gavallan se detuvo—. Maldición, me olvidé de Newbury. Llámale y pregúntale si estará disponible esta tarde. Iré a su casa, a cualquier parte…, ponte de acuerdo en el sitio, si puedes. Si quisiera saber lo que está ocurriendo, limítate a decir: «Hasta el momento seis de siete, uno en standby y dos todavía por salir». —Se alejó precipitadamente diciendo—: Adiós, Manuela. Intenta otra vez comunicarte con Charlie, Scot, y averigua dónde diablos está.

—De acuerdo.

Scot y Manuela quedaron solos. A él le dolía y le fastidiaba el hombro cada vez más. Aun así se había dado cuenta de la depresión de Manuela.

—Dubois aparecerá de un momento a otro. Ya verás —le dijo intentando parecer convincente y disimular su propio temor de que se hubieran perdido—. Y no hay nada capaz de matar al viejo Fowler.

—Lo espero de todo corazón —dijo ella a punto de prorrumpir en llanto. Había visto vacilar a su marido y se sentía profundamente consciente de la intensidad de su dolor. «Pronto no podré evitar el irme al hospital y al diablo con el farsi»—. Es la espera.

—Solo unas cuantas horas más, Manuela, y tendremos dos pájaros más y cinco tíos. Y entonces podremos celebrarlo —añadió Scot esperando contra toda esperanza. «Y, entonces, también el

Viejo se habrá librado del peso que lo agobia, sonreirá de nuevo y vivirá mil años».

«Dios mío, ¿dejar de volar? Me gusta volar y no quiero un trabajo de oficina. Hong Kong está bien para pasar allí parte del año. Pero ¿y Linbar? Yo no sabría cómo tratar con Linbar. Tendría que ser el Viejo quien tratase con él…, yo estaría perdido».

Volvió a su mente el viejo y abrumador interrogante. «¿Qué haría yo si no tuviera cerca al Viejo?». Sintió un escalofrío. «No debo decir sí, sino cuando. Alguna vez ocurrirá…, puede suceder cualquier día. Ahí está Jordon y Talbot, o Duke, o yo mismo. La mínima fracción de un milímetro y estás muerto… o vivo. ¿La Voluntad de Dios? ¿Karma? ¿Joss? ¡No lo sé y poco importa! De lo único que estoy seguro es de que desde que me hirieron me siento diferente, toda mi vida es diferente, mi certeza de que a mí nada me alcanzaría se ha esfumado para siempre y lo único que me queda es la certidumbre glacial, terrible, de ser absolutamente vulnerable. ¡Dios Todopoderoso! ¿Es que siempre ha de ocurrir eso? Me pregunto si Duke sentirá de la misma manera».

Miró a Manuela. Y vio que ella le estaba mirando a él.

—Lo siento, no te escuchaba —dijo y empezó a marcar el número de Newbury.

—Solo estaba diciendo «¿No serán tres pájaros y ocho personas?». Te olvidaste de Erikki y Azadeh…, nueve, si cuentas a Sharazad.

TEHERÁN, EN LA CASA BAKRAVAN: 1.14 DE LA TARDE. Sharazad se encontraba delante del largo espejo de su cuarto de baño, desnuda, examinando el perfil de su estómago, comprobando si ya tenía una mayor redondez. Aquella mañana se había dado cuenta de que sus pezones eran más sensibles y tenía los senos más duros.

—No vale la pena que te preocupes —le había dicho riendo Zarah, la mujer de Meshang—. Pronto estarás como un globo y

sumida en llanto, te estarás lamentando de que jamás podrás volver a ponerte tus vestidos y del aspecto tan espantoso que tienes. No te preocupes, podrás volver a ponerte tus vestidos y no estarás espantosa.

Aquel día, Sharazad se sentía muy feliz, pasando el tiempo, y contempló su imagen de más cerca para ver si tenía alguna arruga, mirándose de un lado y del otro, subiéndose el cabello o dejándoselo suelto, recogido o todo a un lado, contenta y satisfecha de lo que veía.

De repente, Jari irrumpió en la habitación.

—¡Ah, Princesa! ¿No estás todavía preparada? Se espera en cualquier momento a Su Eminencia, tu hermano, para el almuerzo, y todos en la casa están aterrados ante la posibilidad que tenga otro de sus ataques de furia. Por favor, apresúrate, no querremos excitarle ahora, ¿verdad…?

Con gesto automático, quitó el tapón del baño, empezó a ordenarlo todo, sin parar de moverse, mientras murmuraba e incitaba a Sharazad para que se diese prisa. En un abrir y cerrar de ojos, Sharazad estuvo vestida. Medias, hacía meses que no se encontraba en las tiendas mallas, ni siquiera en el mercado negro. Prescindió del sujetador. Un cálido vestido de cachemira azul, modelo de París con un chal haciendo juego. Un rápido cepillado y su cabello, ondulado natural, quedó perfecto, un levísimo toque de lápiz de labios y una línea de kohl alrededor de los ojos.

—Pero, Princesa, ya sabes que a tu hermano no le gusta el maquillaje.

—Sí, bueno, pero no voy a salir a la calle y, además, Meshang no es…

Sharazad iba a decir «mi padre», pero calló, no queriendo que volviera, desde el fondo de su mente, el recuerdo de aquella tragedia. «Padre está en el Paraíso —se dijo con firmeza—. Para su Día de Duelo, el cuadragésimo después de su muerte, aún faltan veinticinco días y hasta entonces hemos de seguir viviendo».

¿Y amando?

Sharazad no preguntó a Jari lo ocurrido en la cafetería, el día que le enviara para decirle a él que su marido había regresado, y que había terminado lo que jamás empezó. «¿Me pregunto dónde estará, si continuará visitándome en mis sueños?».

De abajo les llegó una conmoción y supieron al instante que Meshang había llegado.

Se examinó por última vez en el espejo y bajó para reunirse con él. Desde la noche de su enfrentamiento con Lochart, Meshang se había instalado en la casa con su familia. La casa era inmensa, Sharazad tenía sus propias habitaciones y estaba encantada de que Zarah y sus tres hijos rompieran con sus ruidos el abrumador silencio y la tristeza que hasta entonces la invadiera. Su madre se había convertido en una reclusa, viviendo en su propia ala de la mansión, incluso comiendo en ella, servida tan solo por su doncella, rezando y llorando la mayor parte del día. Nunca salía y tampoco invitaba a ninguno de ellos. «¡Dejadme sola! ¡Dejadme sola!», era lo único que gimoteaba detrás de la puerta cerrada.

Durante las horas que Meshang pasaba en la casa, Sharazad, Zarah y los demás de la familia, tenían buen cuidado de mimarle y halagarle.

—No te preocupes —había dicho Zarah a Sharazad—. Pronto volverá a la buena senda. Cree que he olvidado que me insultó y me golpeó, y se atreve a pavonearse con la joven prostituta con la que le tentó ese despreciable hijo de perro de Kia. No te preocupes, querida Sharazad, me tomaré venganza… Te ha tratado con unos modales imperdonables a ti y… a tu marido. Pronto podremos viajar de nuevo, París, Londres, Nueva York incluso… Dudo que disponga de tiempo para acompañaros y entonces, ¡ah!, nosotras vamos a sacudirnos el polvo de aquí de los zapatos, nos vestiremos con transparencias y tendremos cada una cincuenta pretendientes.

—No estoy muy de acuerdo con lo de Nueva York…, ponernos a merced de tantos peligros de Satanás —había dicho Sharazad, pero en el fondo de su corazón había temblado ante tan excitante idea. «Iré a Nueva York con mi hijo», se prometió a sí misma. Tommy

estará allí. Todo volverá a ser pronto normal, se romperá el poder de los mulás sobre Jomeini, Dios haga que abra los ojos, se aniquilará su control a través de los Green Bands, y el Comité Revolucionario se disolverá. Entonces, tendremos un auténtico Gobierno islámico democrático, elegido libremente, con el Primer Ministro Bazargan de líder bajo el mandato de Dios, no volverán a vulnerarse los derechos de la mujer, los tudeh ya no estarán fuera de la ley, sino todos trabajando y la paz reinará sobre todo el país… Tal como él dijo que ocurriría.

«Estoy contenta de ser quien soy», se dijo Sharazad.

—Hola, querido Meshang, hoy tienes muy buen aspecto, pero tan cansado… No debes trabajar tanto por todos nosotros. Permíteme que te sirva un poco más de limón helado y agua, como a ti te gusta.

—Gracias. —Meshang se encontraba tumbado sobre las alfombras, medio incorporado sobre cojines, con los zapatos quitados y ya comiendo. Había un pequeño brasero dispuesto para asar el kebab y se encontraban a su alcance veinte o treinta fuentes de horisht, arroz y hortalizas, y dulces, y frutas. Zarah estaba cerca de él e hizo señas a Sharazad de que se sentara en la alfombra, junto a ella.

—¿Cómo te encuentras hoy?

—Maravillosamente. No tengo el más mínimo malestar.

Meshang hizo un gesto agrio.

—Zarah estaba enferma todo el tiempo, y quejándose, melancólica, no como cualquier mujer normal. Espero que tú seas normal, pero estás tan delgada… Insha'Allah.

Las dos mujeres sonrieron, ocultando su aversión hacia él, se comprendían entre sí a la perfección.

—Pobre Zarah —dijo Sharazad—. ¿Cómo has pasado la mañana, Meshang? Debe de ser terriblemente difícil para ti con tantas cosas que hacer, y tantos de nosotros de quienes ocuparte.

—Es difícil porque estoy rodeado de locos, mi querida Hermana. Si tuviera personal eficiente, bien preparado como yo, resultaría

fácil. Y mucho más fácil si tú no hubieras embrujado a mi padre, cambiando su manera de pensar, si no hubieras fallado a tu primer marido y no nos hubieras deshonrado con la elección del segundo. Me has causado demasiada angustia, querida Hermana, tú, con tu cara y tu cuerpo de tísica y con tu estupidez… ¡A mí, que he trabajado en todo momento para librarte de ti misma! ¡Alabado sea Dios por los frutos logrados con mis esfuerzos!

—Debe de haber sido terriblemente duro para ti, Meshang. Yo no habría sabido por dónde empezar —estaba diciendo Zarah mientras pensaba: «Resulta muy fácil dirigir un negocio siempre que se sepa dónde están las llaves, las cuentas corrientes, los documentos de los deudores…, y todos los secretos. No queréis darnos igualdad de derechos y el voto, porque nos resultaría muy fácil arrojaros al joub y obtener los mejores trabajos».

El sabroso horisht de cordero y el arroz dorado y crujiente estaban deliciosos, con las especias como a él le gustaba y disfrutaba comiendo. «No debo comer demasiado —se dijo—, no quiero estar demasiado fatigado esta tarde junto a la pequeña Yasmin. Jamás soñé lo suculento que puede ser un zinaat o la codicia de unos labios. Si se queda embarazada, me casaré con ella y Zarah puede pudrirse».

Miró a su mujer. Ella dejó al punto de comer, le sonrió y le dio una servilleta para que se quitara la grasa y las gotas de sopa de la barba.

—Gracias —le dijo cortésmente y una vez más se concentró en su plato. «Después de que haya gozado con Yasmin —pensaba—, después de ella, puedo dormir una hora y luego volver al trabajo. Quisiera que ese perro de Kia hubiera regresado ya, tenemos mucho de que hablar, mucho que planear. Y Sharazad tendrá que…».

—Meshang, queridísimo, ¿te ha llegado el rumor de que los generales han decidido dar un golpe de Estado? —le preguntó Zarah —. ¿Y que el Ejército está preparado para tomar el poder?

—Claro, ha corrido por todo el bazar. —Meshang sintió una punzada de ansiedad. Había tomado las mejores medidas

compensatorias para el caso en que se hiciera realidad—. El hijo de Mohammad, el orfebre, jura que su primo que es operador de la centralita de teléfonos en el cuartel general del Ejército oyó a uno de los generales decir que esperaban dar tiempo a una unidad de combate americana para que se situara y que sería apoyada por paracaidistas.

Las mujeres parecieron sobresaltarse.

—¡Paracaidistas! Entonces debemos irnos de inmediato, Meshang. En Teherán no habrá seguridad. Más vale que nos vayamos a nuestra casa en el Caspio y esperemos allí a que termine la guerra. ¿Cuándo podrás irte? Empezaré a hacer el equipaje inmedia…

—¿Qué casa en el Caspio? ¡No tenemos casa alguna en el Caspio! —exclamó Meshang con tono irritado—. ¿Acaso no nos la confiscaron con todas nuestras otras propiedades para cuya adquisición trabajamos generaciones durante tantos años? ¡Dios maldiga a todos los ladrones después de todo lo que hemos hecho por la revolución y los mulás durante tantas generaciones! —Tenía el rostro congestionado. Le cayeron por la barba unas gotas de horisht —. Y ahora…

—Perdóname, tienes razón, queridísimo Meshang, tienes razón como siempre. Perdóname, hablé sin pensar. Tienes razón, como de costumbre, pero, si te complace, podemos ir junto a mi tío Agha Madri y quedarnos con él, tiene una villa libre en la costa, podemos ocuparla, irnos mañ…

—¿Mañana? ¡No seas ridícula! ¿Crees acaso que no me avisarán con antelación? —Meshang se limpió la barba, calmado hasta cierto punto por la abyecta excusa de ella, y Sharazad pensó en lo afortunada que había sido con sus dos maridos que jamás la maltrataron o le gritaron. «Me pregunto cómo le irá a Tommy en Kowiss o dondequiera que esté. ¡Pobre Tommy!, como si yo pudiera abandonar mi casa y a mi familia e irme al exilio para siempre».

—Claro que a nosotros los mercaderes se nos comunicará de antemano —volvió a decir Meshang—. No somos unos locos de

cabeza hueca.

—Sí, sí, claro, querido Meshang —dijo Zarah con tono sedante—. Lo siento, pero es que estoy preocupada por tu seguridad y quería estar preparada. —«Por asqueroso que sea —se dijo, sintiendo un gran vacío en el estómago—, es nuestra única defensa frente a los mulás y a esos asesinos de Green Bands, igualmente repugnantes»—. ¿Crees que darán el golpe?

—Insha'Allah —dijo él, y eructó. Comoquiera que fuese, él, con la ayuda de Dios, estaría preparado. «Comoquiera que sea, quienquiera que gane, seguirán necesitando de nosotros, los mercaderes, nos necesitan y siempre nos necesitarán. Podemos ser tan modernos como cualquier extranjero y más listos, algunos lo somos y yo, por cierto. ¡Ojalá que ese hijo de perro de Paknouri arda en los infiernos y sus padres con él, por ponernos en peligro!».

«¡El Caspio! Una buena idea lo del tío de Zarah, Madri. Una idea perfecta. Se me habría ocurrido a mí en cualquier momento. Puede que Zarah esté muy usada y su zinaat más seco que el polvo del verano, pero es una buena madre y su consejo siempre es prudente, si se da de lado su insoportable humor».

—Otro de los rumores es que nuestro glorioso ex primer ministro Bajtiar, se encuentra todavía oculto en Teherán, bajo la protección y el techo de su viejo amigo y colega el Primer Ministro Bazargan.

Zarah jadeó sorprendida.

—Si los Green Bands llegaran a descubrirle allí…

—Bazargan no sirve de nada. Es una lástima. Ya nadie le obedece, ni siquiera lo escuchan. El Comité Revolucionario ejecutaría a los dos si llegaran a cogerles.

Sharazad estaba temblando.

—Jari dice que esta mañana corría el rumor por el mercado de que Su Excelencia Bazargan había dimitido ya.

—Eso no es verdad —dijo Meshang con tono cortante, pasando de un rumor a otro como si estuviera al tanto, privadamente, de todos ellos—. Mi amigo, próximo a Bazargan, me ha dicho que este había presentado su dimisión a Jomeini pero que el Imán la había

rechazado, diciéndole que siguiera en su puesto. —Alargó su plato a Zarah para que le sirviera más—. Ya tengo bastante horisht, un poco más de arroz.

Zarah le sirvió la parte más crujiente y Meshang empezó a comer de nuevo, ya casi lleno. El rumor más interesante de ese día, susurrado con inmenso secreto de un oído a otro, era que prácticamente, el Imán se encontraba en su lecho de muerte, bien por causas naturales o envenenado por los agitadores tudeh comunistas, o por los muyahidines, o por la CIA y lo que era aún peor, que las legiones soviéticas se encontraban esperando en la frontera para avanzar de nuevo sobre Azerbaiyán y sobre Teherán tan pronto como el Ayatolá Jomeini hubiese muerto.

«Si eso es verdad —se dijo—, en el horizonte solo se vislumbra muerte y desastre. Los americanos jamás dejarán que los soviéticos nos conquisten, no pueden permitirles que se hagan con el control de Ormuz…, ¡incluso Carter puede verlo! No. Esperemos que la primera parte sea verdad, que el Imán vaya rápidamente camino del Paraíso».

—¡Hágase la Voluntad de Dios! —dijo con tono piadoso. Hizo ademán con la mano a los sirvientes de que se fueran y, una vez solos, dirigió toda su atención a su hermana.

—Tu divorcio ya está preparado, Sharazad, salvo por las formalidades.

—¡Ah! —exclamó ella, poniéndose en guardia al instante. En ese momento, sintió el más profundo aborrecimiento hacia su hermano por interrumpir su calma, haciendo trabajar desesperadamente a su cerebro. «No quiero divorciarme, Meshang pudo habernos dado dinero de todas esas cuentas en Suiza y no haberse mostrado tan desagradable con mi Tommy y entonces podríamos habernos ido… No seas tonta, no habrías podido irte sin documentos, ¡y exiliarte!, además, Tommy te ha dejado, fue decisión suya. Sí, pero Tommy dijo que sería por un mes. ¿Acaso no lo dijo? ¿No dijo que esperaría un mes? ¡En un mes pueden pasar tantas cosas!».

—Tu divorcio no presenta problema alguno. Como tampoco tu nuevo matrimonio.

Sharazad lanzó una exclamación y se le quedó mirando, boquiabierta.

—Sí, he aceptado entregar una dote, mucho más de lo que yo esperaba por… —Había estado a punto de decir por una mujer divorciada dos veces y que llevaba en su seno el hijo de un Infiel, pero era su hermana y se trataba de un gran matrimonio, así que no lo dijo—. El matrimonio se celebrará la semana próxima. Hace años que siente por ti una gran admiración. Su Excelencia Farazan.

Por un instante, las dos mujeres no pudieron dar crédito a lo que oían. Sharazad se sintió enrojecer de pronto, más desorientada aún. Keyvan Farazan pertenecía a la familia de un acaudalado mercader, tenía veintiocho años, era guapo, había regresado recientemente de la Universidad de Cambridge y les unía una amistad de toda la vida.

—Pero…, creí que Keyvan iba a ca…

—No se trata de Keyvan —dijo Meshang irritado por la estupidez de ella—. Todo el mundo sabe que Keyvan está a punto de contraer matrimonio. ¡Daranoush! Su Excelencia Daranoush Farazan.

Sharazad se quedó de piedra. Zarah lanzó una exclamación que intentó luego disimular. Daranoush era el padre. Viudo reciente de su segunda mujer, que había muerto de parto, al igual que la primera, un hombre muy rico que tenía la exclusiva de la recogida de basuras en toda el área del bazar.

—No…, no es posible —murmuró.

—¡Sí, vaya que lo es! —dijo Meshang, casi desbordante de placer, interpretando equivocadamente el sentido de las palabras de ella—. Yo mismo no podía creerlo cuando él apuntó la idea después de enterarse de tu divorcio. Con su dinero y relaciones, podemos formar juntos el grupo más poderoso del bazar, podemos juntar…

Sharazad lo interrumpió.

—Pero es pequeño, y asqueroso, y viejo, viejo, calvo como un huevo, y feo. Y además le gustan los muchachos y todo el mundo sabe que es un ped…

—Y todo el mundo sabe también que tú estás divorciada dos veces, usada, que esperas un hijo de un extranjero —estalló Meshang—, que participas en marchas y desobedeces, que tienes la cabeza llena de tonterías occidentales y que eres estúpida. —En su furia hizo saltar varios platos—. ¿Es que no comprendes lo que he hecho por ti? Es uno de los hombres más ricos del bazar, le he convencido para que te acepte…, estás redimida y ahora tú…

—Pero, Meshang, ten…

—¿Es que no lo entiendes, perra ingrata? —aulló él—. ¡Ha aceptado incluso adoptar a tu hijo! Por todos los Nombres de Dios, ¿qué más quieres?

Meshang tenía el rostro casi purpúreo, se estremecía de furia y agitaba el puño cerrado ante Sharazad. Zarah miraba a uno y otra, aterrada ante la ira de Meshang que seguía despotricando.

Sharazad no oía nada, no veía nada, salvo lo que Meshang había decidido para ella. Pasar el resto de su vida unida a aquel hombrecillo, blanco de miles de chistes del bazar, que hedía continuamente a orines, que la fertilizaría una vez al año para dar a luz y seguir viviendo hasta volver a dar a luz y morir finalmente de parto o a causa de él, igual que sus otras dos mujeres. Nueve hijos de la primera, siete de la segunda. Estaba condenada, nada podía hacer. Princesa del Fértil Suelo Nocturno hasta que muriera.

Nada.

«Nada, salvo que puedo morir ahora, no por suicidio, porque entonces me estaría prohibido el Paraíso y me vería condenada al infierno. Nada de suicidio. Jamás. Nunca el suicidio, aunque sí la muerte haciendo el trabajo de Dios, la muerte con el nombre de Dios en los labios». ¿Cómo?

LXIV

BASE DE KOWISS: 1.47 DE LA TARDE. El coronel Changiz, el mulá Hussain y algunos Green Bands bajaron rápidamente del coche. Estos últimos se dispersaron por toda la base, registrándola, mientras que el coronel y Hussain se dirigían presurosos al edificio de oficinas.

Allí solo se encontraban los dos últimos empleados, sobresaltados ante la súbita llegada del coronel.

—Sí…, ¿sí, Excelencia?

—¿Dónde está todo el mundo? —vociferó Changiz—. ¿Eh?

—Bien sabe Dios que no sabemos nada, Excelencia coronel, salvo que Su Excelencia el capitán Ayre ha ido con respuestas a Rig Abu Sal, Su Excelencia el capitán McIver se fue con Su Excelencia Kia a Teherán, y Su Excelencia el capitán Lochart salió en busca de los «212» que estaban por llegar y…

—¿Qué «212» estaban por llegar?

—Los «212» que Su Excelencia el capitán McIver había ordenado que se presentaran aquí desde Bandar Delam con pilotos y otro personal. Y nosotros nos…, nosotros nos estamos preparando para…, para recibirlos. —El empleado, de nombre Ismael, perdió el ánimo bajo la mirada penetrante del mulá—. Como Dios bien sabe, el capitán se fue solo, él solo para buscarlos porque no tenían HF y un VHF en el aire acaso pudiera localizarlos.

Changiz se sintió inmensamente aliviado.

—Si los «212» acuden todos aquí —dijo a Hussain— nos hemos alarmado sin motivo. —Se enjugó la frente—. ¿Cuándo se espera que lleguen?

—Supongo que pronto, Excelencia —dijo Ismael.

—¿Cuántos extranjeros hay ahora en la base?

—No…, no lo sé, Excelencia, estábamos…, estábamos muy ocupados tratando de preparar un manifiesto y…

Un Green Band entró corriendo en la oficina.

—No encontramos extranjero alguno, Excelencia —comunicó a Hussain—. Uno de los cocineros dice que los dos últimos mecánicos se fueron esta mañana en los grandes helicópteros. Los trabajadores iraníes dicen que oyeron que el personal de reemplazo llegaba el sábado o el domingo.

—El sábado, Excelencias. Se nos dijo que mañana, Excelencias —intervino Ismael—. Pero en los cuatro «212» que están al llegar vienen mecánicos como también pilotos y personal. Eso dijo Su Excelencia McIver. ¿Necesitan algún mecánico?

El Green Band seguía diciendo:

—Algunas de las habitaciones…, parece como si los Infieles hubieran hecho el equipaje de prisa, pero aún hay tres helicópteros en los hangares.

Changiz se volvió hacia Ismael.

—¿Cuáles son esos?

—Uno, no, dos «206», y uno francés, un «Alouette».

—¿Dónde está el jefe superior Pavoud?

—Se puso enfermo, Excelencia Coronel, se puso enfermo poco después de la oración del mediodía y se fue a casa. ¿No es así, Alí? —dijo dirigiéndose al otro empleado.

—Sí, sí, se puso enfermo y se fue diciendo que volvería mañana… —Dejó en suspenso la palabra.

—¿El capitán McIver ordenó que los «212» de Bandar Delam se presentaran aquí?

—Sí, sí, Excelencia, eso es lo que dijo a Su Excelencia Pavoud. Yo le oí decírselo exactamente, con los pilotos y el resto del personal. ¿No es verdad, Alí?

—Sí, ante Dios así ocurrió, Excelencia Coronel.

—Muy bien, muy bien. —Luego añadió el coronel dirigiéndose a Hussain—: Llamaremos por radio a Lochart. —Y dijo al empleado—: ¿Está el sargento Wazari en la torre?

—No, Excelencia Coronel, volvió a la base poco antes de que Su Excelencia el capitán Lochart despegara en busca de los «212» que deberían lleg…

—¡Ya está bien! —El coronel Changiz reflexionó un momento y luego ordenó con tono brusco al Green Band—: ¡Tú! Di a mi cabo que suba a la torre de inmediato.

El Green Band, un muchacho muy joven, enrojeció ante el tono y miró a Hussain.

—El coronel quiere decir que hagas el favor de buscar al cabo Borgali y lo traigas rápidamente a la torre —dijo Hussain con frialdad.

—No era mi intención mostrarme descor… —empezó a decir Changiz.

—Claro. —Hussain recorrió el corredor que conducía a las escaleras de la torre. Changiz le siguió muy contrito.

Media hora antes, había llegado un télex de Teherán ATC a la base aérea, solicitando un control inmediato de todo el personal extranjero y de los helicópteros «IHC» estacionados en Kowiss… en la base «IHC» de Bandar Delam, Siamaki, el director gerente de «IHC», ha informado de la desaparición de cuatro «212» y cree que deben haber salido ilegalmente de Irán con dirección a alguno de los Estados del Golfo.

Al punto Changiz había sido convocado por el Green Band de servicio que ya había presentado el télex a Hussain y al Comité. Este se encontraba reunido en sesión, en la base, prosiguiendo penosas investigaciones sobre la realidad islámica de todos los oficiales y los hombres, así como sobre crímenes cometidos contra Dios en nombre del Sha. Changiz se sintió angustiado. El comité era inmisericorde. Jamás había escapado nadie que hubiese sido partidario del Sha. Y aun cuando él era jefe, nombrado por el comité con la aprobación de Hussain, aún no le había llegado la confirmación del todopoderoso

Comité Revolucionario. Hasta que eso se produjese, Changiz sabía que estaba en tela de juicio. ¿Y acaso no había pronunciado juramento de lealtad al Sha personalmente, al igual que todos los hombres de las Fuerzas?

En la torre vio a Hussain contemplando el equipo.

—¿Puede manejar las radios, coronel? —preguntó el mulá, sus vestiduras viejas aunque limpias, el blanco turbante recién lavado pero también viejo.

—No, Excelencia, ese es el motivo de que haya enviado a por Borgali.

Llegó el cabo Borgali, subiendo las escaleras de dos en dos, y se puso firme.

—VHF y HF —le ordenó el coronel.

—Sí, señor. —Borgali conectó. Nada. Tras una rápida revisión descubrió el cristal roto y que faltaba la clavija del circuito VHF—. Lo siento, señor, pero este equipo no está en condiciones de funcionar.

—Quiere decir que lo han saboteado —dijo Hussain con voz tranquila y miró a Changiz.

Este se había quedado de una pieza. «¡Que Dios haga arder a todos los extranjeros! —pensaba desesperado—. Si se trata de un sabotaje deliberado, es una prueba palpable de que han huido y se han llevado nuestros helicópteros consigo. Ese perro de McIver debía de saber ya esta mañana que iban a hacer esto cuando le pregunté sobre el "125"».

Se sintió atenazado por el temor. No disponía de «125» alguno, no tenía una ruta personal y particular de huida, ni la menor posibilidad de llevarse consigo a Lochart o a alguno de los otros pilotos detenido bajo una acusación imaginaria y luego urdiendo «la fuga de la cárcel» a cambio de un sitio para él…, de ser necesario. Sintió una revulsión en el estómago. ¿Qué pasará si el comité llega a descubrir que mi mujer y mi familia están ya en Bagdad y no en Abadán donde se supone que mi pobre madre se está «muriendo»? Ya podía oír las risotadas y la mofa de aquellos demonios de pesadilla voceando la verdad: «¿Qué madre? ¡Hace siete u ocho

años que tu madre está muerta! ¡Planeabas tu fuga! Eres culpable de crímenes contra Dios, y contra el Imán y contra la revolución…».

—Coronel —estaba diciendo Hussain con aquella voz glacial—, si las radios han sido saboteadas, ¿no significa eso que el capitán Lochart no ha salido en busca de los otros helicópteros, que no los está buscando sino que ha huido con el otro y que McIver mintió en eso de haber ordenado que se presentaran aquí los demás «212»?

—Sí, sí…, Excelencia, en efecto tal parece y…

—¿Y no significa también que vuelan ilegalmente y que se han llevado dos helicópteros de aquí, también ilegalmente, aparte de los otros cuatro de Bandar Delam?

—Sí, sí…, esa parece ser también la realidad.

—Hágase la Voluntad de Dios pero tú eres responsable.

—Pero Excelencia, seguramente te das cuenta de que no es posible prever una operación secreta e ilegal como…

Vio los ojos del mulá y leyó en ellos, y sus palabras se extinguieron.

—¿Así que te han engañado?

—Los extranjeros son hijos de perros que mienten y engañan todo el tiempo… —Changiz calló al ocurrírsele una idea. Cogió rápidamente el teléfono, y maldijo al darse cuenta de que no funcionaba.

—Excelencia —dijo con voz diferente y en tono apremiante—, un «212» no puede volar a través del Golfo sin repostar, no es posible, y McIver también necesitará repostar para poder llegar a Teherán con Kia…, eso es, tendrá que repostar también, así que les cogeremos. —Luego, añadió dirigiéndose a Borgali—: De prisa, vuelve a nuestra torre y averigua dónde está autorizado a repostar y cuándo el «206» con destino a Teherán en el que vuelan McIver y el ministro Kia. Di al oficial de servicio que alerte la base, arreste al piloto, detenga el helicóptero y envíe al ministro Kia a Teherán…, por carretera. —Miró a Hussain—. ¿Está de acuerdo, Excelencia? —Hussain asintió—. Bien. ¡En marcha!

El cabo bajó corriendo las escaleras.

Hacía frío en la torre, el viento soplaba fuerte. Un pequeño chaparrón golpeó contra las ventanas, parando al cabo un momento. Hussain no se dio cuenta. Tenía la mirada clavada en Changiz.

—Agarraremos a ese perro, Excelencia. El ministro Kia nos lo agradecerá.

Hussain no sonrió. Ya había preparado un comité de recepción para Kia en el aeropuerto de Teherán y, en el caso de que Kia no pudiera explicar todo tipo de hechos curiosos en su comportamiento, el Gobierno se encontraría con un ministro corrupto menos muy pronto.

—Tal vez Kia forme parte de la conspiración y se disponga a huir de Irán con McIver. ¿Has pensado en eso, coronel?

El coronel se quedó boquiabierto.

—¡El ministro Kia! ¿Lo crees así?

—¿Y tú?

—Por Dios que es… Ciertamente es posible si lo crees así —contestó Changiz cauteloso, intentando no bajar en momento alguno la guardia—. Nunca en mi vida vi antes a ese hombre. Tú estás mejor enterado que yo, Excelencia, respecto a Kia. Tú le interrogaste ante el comité. —«Y lo exoneraste», se dijo con maliciosa satisfacción—. Cuando cojamos a McIver podremos utilizarlo como rehén para hacer volver al resto. Lo cogeremos, Excelencia…

Hussain vio el miedo reflejado en el rostro del coronel y se preguntó de qué sería culpable aquel hombre. ¿Formaba también parte el coronel del plan de fuga que para él había sido tan evidente desde que el día anterior interrogara a Starke y aquella misma mañana a McIver?

—Y si era tan evidente —se imaginaba que le preguntaría un superior religioso—, ¿por qué lo mantuviste en secreto y por qué no lo evitaste?

—A causa de Starke, Eminencia. Porque creo sinceramente que en cierto modo, ese hombre, a pesar de ser un Infiel, es un Instrumento de Dios y protegido por Dios. Por tres veces, él ha evitado que fuerzas diabólicas me dieran la paz bendita del Paraíso.

Porque gracias a él he abierto los ojos a la verdad del deseo de Dios de que no siga buscando el martirio sino que permanezca en una senda terrenal para convertirme en el implacable azote de Dios y el Imán, contra los enemigos del Islam y *sus* enemigos.

—Pero los otros, ¿por qué permitirles que escaparan?

—El Islam no necesita a los extranjeros y tampoco a sus helicópteros. En el caso de que Irán los necesitase, en Isfahán hay miles de ellos.

Hussain estaba completamente seguro de que le asistía la razón tanto como se equivocaba aquel coronel chaquetero, pro-Sha y partidario de los americanos.

—Así pues, coronel, ¿qué me dices de los otros dos «212»? ¿Los cogerás también? ¿Cómo?

Changiz se acercó al mapa adosado a la pared completamente seguro de que, aun cuando a los dos les habían engañado, él era el jefe y el responsable, si el mulá quería hacerle responsable. «Pero no olvides —se dijo— que este es el mulá que hizo un trato con el coronel Peshadi la noche del primer ataque a la base, que es el mismo que mostró amistad al americano Starke y a ese odioso maníaco, Zataki, de Abadán. ¿Y acaso no soy yo un partidario del Imán y de la Revolución? ¿No entregué la base, como era mi deber, a los soldados de Dios?».

«Insha'Allah. Concéntrate en los extranjeros. Si los pescas, aunque solo sea a uno de ellos, estarás a salvo de este mulá y de sus desalmados Green Bands».

En el mapa aparecían trazadas varias rutas de vuelos rutinarios desde Kowiss a diversos yacimientos petrolíferos y a instalaciones bien adentradas en el Golfo.

—Ese perro de empleado habló de repuestos para Abu Sal —farfulló—. Y ahora veamos, yo, en su lugar, ¿dónde habría repostado? —Señaló con el dedo las instalaciones—. En una de estas —dijo excitado—. Aquí es donde habrán de repostar.

—¿Suele haber en ellas combustible en cantidad?

—Sí, desde luego, para caso de emergencias.

—¿Cómo piensa cogerlos?

—Con cazas.

EN LA PLAYA DEL PUNTO DE ENCUENTRO: 2.07 DE LA TARDE. Los dos «212» se encontraban aparcados en la desolada y ondulante playa, bajo una lluvia ligera. Freddy Ayre y Tom Lochart, desanimados, estaban sentados ante la puerta abierta de una de las cabinas mientras sus dos mecánicos y Wazari lo hacían en la otra, todos ellos cansados de manejar los inmensos bidones de ciento cincuenta litros de combustible y de bombear, por turnos, la gasolina en los depósitos. Jamás se habían llenado con tal rapidez dos «212», ni acumulado a bordo tantos repuestos en cada uno de ellos, asegurándolos bien frente a una posible emergencia. Freddy Ayre había llegado alrededor de las once treinta, Lochart poco después del mediodía, media hora para repostar y, desde entonces, estaban esperando.

—Le concederemos otra media hora —dijo Lochart.

—Dios, estás actuando como si dispusiéramos de todo el tiempo del mundo.

—Es estúpido que esperemos los dos aquí… Es más seguro que te vayas por tu cuenta, ¿cuántas veces habré de decírtelo? Llévate a todos y yo esperaré.

—Cuando Mac llegue podremos ir…

—¡Maldición! Llévate a los mecánicos y a Wazari y yo esperaré. Eso es lo que Mac diría si él estuviese aquí y tú me estuvieras esperando. Por Dios bendito, deja de jugar a héroe y lárgate.

—No. Lo siento pero esperaré hasta que llegue o nos vayamos los dos.

Lochart se encogió de hombros, su espíritu tan tétrico como el día.

Tan pronto como llegaron allí había estado especulando sobre el posible programa de McIver y había dicho:

—A las once y veinte Mac se encontraba a salvo fuera del sistema de Kowiss, Freddy. Digamos que vuela en el mismo borde durante otra media hora, luego otra media hora, como mucho, para simular la emergencia, aterrizar y librarse de Kia, y una hora más como máximo para llegar aquí, absolutamente máximo en el mismo borde sería a la una treinta. Apuesto a que llegará aquí de la una a la una quince…

Pero eran bien pasadas las dos y ni rastro de Mac. Acaso Mac no llegara a aparecer…, debe de haber ocurrido algo. Observó las nubes buscando respuestas en el tiempo y haciendo unos planes tras otros. Los bidones vacíos habían sido amontonados cuidadosamente, todavía quedaban cinco llenos. Habían ido llevando allí los bidones durante vuelos rutinarios a las instalaciones, ocultándolos bajo lonas y cubriéndolos con arena y algas. Bien adentrada en el mar, apenas visible, había una plataforma muy por encima del nivel del mar, encaramada sobre pilotes.

No había tenido dificultad alguna en llegar allí desde Kowiss. Tan pronto como estuvieron en el aire y ya seguros, Wazari salió de su escondrijo.

—Más vale que permanezcas a cubierto hasta que hayamos entrado en el Golfo —le había dicho Lochart. Pero tan pronto como aterrizaron Wazari se había sentido enfermo, lo que le hizo cambiar de idea y contar a los otros lo ocurrido. Ahora Wazari se había recuperado ya, siendo aceptado. Pero seguían considerándole sospechoso.

La playa apestaba a pescado podrido y algas. El viento, constante a unos treinta nudos, hacía temblar las palas del rotor, todavía contrario en la ruta de fuga proyectada en dirección a Kuwait. El techo oscuro había descendido, encontrándose en aquellos momentos a unos sesenta metros. Pero Lochart se percataba muy poco de todo ello. Su mente se centraba más y más en Teherán y Sharazad, mientras prestaba oído atento, por encima del viento y de las olas para captar el sonido del «206». «Vamos, Mac —suplicaba—. Vamos, no me falles. Vamos, Mac, no me falles…».

Y entonces le oyó. Unos segundos para confirmarlo y bajó de un salto de la cabina, con la boca ligeramente abierta para aumentar la claridad de su oído y la habilidad directiva. En aquel momento, Ayre salió de su ensoñación y se colocó junto a él, ambos escudriñando el cielo encapotado, escuchando ya aumentar el ruido del motor, allá en el mar y luego sobrevolando sobre ellos. Lochart soltó un taco.

—¡No nos ha visto!

—¿VHF? —preguntó Ayre.

—Demasiado peligroso, maldición…, todavía no. Dará otra pasada, es demasiado buen piloto para no hacerlo.

De nuevo la espera. El ruido de los motores desvaneciéndose, desvaneciéndose, luego, manteniéndose su volumen. Después aumentando hasta que volvió a oírse con fuerza. El helicóptero dio otra pasada sin verles y empezó a alejarse. Regresó una vez más. El ruido de los motores aumentando, aumentando, y, de repente, apareció a través de la lobreguez de los cielos a menos de un kilómetro, en la parte alta de la playa, los vio e inició la aproximación. No cabía duda de que era el de ellos, pilotado por McIver, y solo. Vocearon vítores.

EN LA CARLINGA DEL «206»: McIver las había pasado moradas tratando de localizar el punto de encuentro. Marismas por todas partes, todas iguales. La orilla de la playa siempre la misma. Las condiciones meteorológicas malas. Y, de repente, se había acordado de aquella plataforma en desuso, que se hallaba relativamente cerca de la playa, concentrándose en su búsqueda y, una vez la hubo encontrado, la utilizó como señalización para adentrarse en tierra.

Al fin, sus patines se encontraron asentados sobre el suelo.

—Gracias, Dios mío —murmuró y exhaló, con el estómago dolorido y una necesidad imperiosa de orinar. Abrió rápido la portezuela de la carlinga y dijo, frente a todas las preguntas—. Lo siento, he de ir a orinar. Páralo por mí; ¿quieres, Freddy?

—Yo lo haré, Mac —dijo Lochart que estaba más cerca.

—Gracias. —McIver se había desabrochado el cinturón y bajando rápidamente corrió presuroso por debajo de las palas hacia la duna más próxima. Cuando ya pudo hablar miró en derredor y vio a Ayre esperándole, mientras los demás se encontraban junto a los «212»—. Durante una hora o más me han estado castañeteando los dientes.

—Conozco la sensación.

McIver se sobrepuso, y mientras se subía la cremallera se dio cuenta de la presencia de Wazari.

—¿Qué diablos hace aquí?

—Tom pensó que era preferible traerle con él, más seguro que dejarle allí y, además, nos ayudó. Más vale que nos pongamos en marcha, Mac. Ya hemos repostado todos. ¿Qué me dices del «206»?

—Tendremos que dejarlo aquí. —No estaba equipado con depósitos para vuelos largos y perderían mucho tiempo adaptando su sistema para repostar. Y aun así, el viento contrario le haría tragar combustible y haría el viaje imposible. —McIver señaló hacia el mar —. Pensé en aparcarlo en la plataforma, con la esperanza de que pudiéramos regresar y recogerlo, pero eso es un sueño imposible. No hay espacio suficiente para tomar tierra junto con un «212» al mismo tiempo para recogerme. Maldita la gracia que me hace pero no hay más remedio.

—¿Algún problema con Kia?

—No. Resultó algo fastidioso pero… —Giró rápido. Detrás de ellos, Lochart había puesto en marcha el «206» y ya se elevaba, empezando a alejarse—. ¡Por Dios Santo, Tom…! —aulló, corriendo hacia el helicóptero, pero Lochart retrocedió más de prisa, elevándose a seis metros—. ¡Tommmmm!

Lochart se asomó por la ventanilla de la carlinga.

—¡No me esperéis, Mac! —gritó.

—Pero si casi no tienes combustible.

—Por el momento hay más que suficiente… Esperaré hasta que os hayáis ido y luego repostaré. ¡Nos veremos en Al Shargaz!

—¿A qué diablos está jugando? —preguntó Ayre confundido.

—Sharazad —dijo McIver, maldiciéndose por haberlo olvidado—. Debe de haber pensado en un centenar de planes para hacerse con el «206» de la forma que fuese. —Luego, haciendo bocina con las manos, gritó—. ¡Por Dios Bendito, Tom, vas a hacer fracasar Torbellino! ¡Tienes que venir con nosotros!

—¡Jamás me cogerán para utilizarme como rehén! ¡Jamás! La responsabilidad es toda mía, no tuya. ¡Por Dios que es mi decisión! Y ahora, ¡lárgate!

McIver reflexionó un segundo.

—¡Aterriza ahora! —vociferó luego—. Repostaremos por ti, te ahorraremos la molestia.

Vio a Lochart sacudir negativamente la cabeza, señalando hacia los «212».

—Voy a volver a por Sharazad —gritó Lochart—. No intentéis detenerme ni tampoco me esperéis… Es mi cuello el que está en juego, no el vuestro… Felices aterrizajes.

Agitó la mano, para dirigirse hacia un lugar seguro, al fondo de la playa, giró en dirección del viento situándose frente a ellos y tomó tierra. Pero los motores seguían en marcha, preparados para un rápido despegue.

—No hay forma de impedírselo —farfulló McIver furioso consigo mismo por no haberlo previsto.

—Podemos…, podemos esperar hasta que se quede sin combustible —le sugirió Ayre.

—Tom es demasiado listo para caer en esa trampa.

Casi embargado por el pánico, McIver consultó el reloj. Tenía la mente embarullada.

—Unos condenados locos, tanto Tom como yo. —Vio a los demás que lo miraban.

—¿Qué vamos a hacer, Mac? —preguntó Ayre.

McIver se obligó a pensar con claridad. «Eres el líder. Decide tú. Vamos terriblemente retrasados. Tom está decidido a pesar de todo lo que le he dicho. Es privilegio suyo. Lo siento, pero pienso que habrá de vérselas por sí solo. Ahora hay que pensar en los demás.

Erikki seguramente estará bien, Rudi y Scragger se encuentran a salvo con sus muchachos… Bueno, eso supongo, al menos. De manera que súbete al "212" y comienza la última etapa».

Le hubiera gustado lamentarse a voz en grito, profundamente abrumado ante la idea de tener que pilotar un «212» hasta Kuwait a baja altura, durante prácticamente más de dos horas y media.

—¡Maldición! —farfulló. Los demás seguían mirándole. Y esperaban—. Tom va a regresar en busca de su mujer…, así que dejaremos que lo haga.

—Pero si lo cogen, ¿no se vendrá abajo Torbellino? —preguntó Ayre.

—No, Tom va por su cuenta. Ya has oído sus palabras. Nos vamos a Kuwait como estaba planeado. Todo el mundo en el «212» de Freddy, yo cogeré el de Lochart. En marcha. Nos mantendremos a baja altura y cerca el uno del otro. Hemos de tener la radio en silencio hasta bien pasada la línea de la frontera.

McIver se dirigió hacia el otro «212». Todos se miraron inquietos.

Se habían dado cuenta de su palidez y estaban al corriente de su falta de revisión médica.

Kyle, el mecánico pequeño y ágil, se fue tras él.

—Es una tontería que vayas solo, Mac. Volaré contigo.

—Gracias, pero no. ¡Que todo el mundo suba al helicóptero de Freddy! Vamos, ¿a qué esperáis?

—Iré a hablar con Tom, Mac —dijo Ayre—. Debe de estar loco. Le convenceré de que se venga a Kuw…

—No lo harás. Si se tratara de Gen yo me mostraría igual de enloquecido. ¡Todo el mundo a bordo!

En aquel momento, ensordeció la playa el ruido de dos cazas a baja altura, atravesando la barrera del sonido. Tras su paso, se produjo un intenso silencio.

—¡Jesús! —Wazari se estremeció—. Tiene que llevarme con usted, capitán. ¿Volaré con usted?

—No, todo el mundo con Freddy. Preferiría volar solo.

—A mí no me importa su carencia de licencia —dijo Wazari con un encogimiento de hombros—. Insha'Allah. Me ocuparé yo mismo de la radio. —Levantó un pulgar al cielo—. Esos bastardos seguro que no hablan inglés.

Se encaminó hacia el «212» y se instaló en el asiento izquierdo.

—Es una buena idea, Mac —dijo Ayre.

—Muy bien. Nos mantendremos cerca y a baja altura, tal como estaba planeado. Si alguno de los dos tiene dificultades, el otro seguirá adelante. —Ante la mirada de Ayre, añadió—: Me refiero a cualquier tipo de dificultades. —Dicho lo cual, McIver agitó la mano y subió a bordo. Estaba muy contento de no ir solo—. Gracias —dijo a Wazari—. No sé lo que podrá ocurrir en Kuwait, sargento, pero le ayudaré cuanto pueda.

Tras abrocharse el cinturón, pulsó la «Puesta en Marcha» número uno.

—Claro. Gracias. Maldito si tengo algo que perder. La cabeza está a punto de estallarme. Me he tomado hasta la última tableta de aspirina del botiquín de urgencia… ¿Qué pasó con Kia?

McIver ajustó el volumen de sus cascos, pulsó la «Puesta en Marcha» del número dos, comprobando los depósitos de combustible y los instrumentos mientras hablaba.

—Hube de proceder a la emergencia algo más tarde de lo que tenía planeado…, aterricé a un par de kilómetros de una aldea. Pero todo fue bien, demasiado bien. El bribón se desmayó y yo no podía sacarle de la carlinga. No sé cómo, pero se había enredado con el asiento y el cinturón y no había forma de soltarlo. No tenía una condenada navaja para cortar el cinturón. Lo intenté de todas las maneras, pero no había forma de desabrochar la hebilla, así que renuncié y esperé a que recuperara el conocimiento. Mientras esperaba, saqué su equipaje y lo dejé al borde de la carretera donde podía encontrarlo. Cuando volvió en sí también me costó lo suyo hacer que saliera de la carlinga. —Los dedos de McIver iban expertos de una clavija a otra—. Finalmente, simulé que el aparato se había incendiado y salté, dejándole allí. Aquello lo consiguió.

Comoquiera que fuese, logró soltarse el cinturón y salió a uña de caballo. Yo había dejado los motores en marcha, algo condenadamente peligroso, pero tenía que arriesgarme. Así que tan pronto como Kia hubo bajado, volví rápido y despegué. Rasqué contra una o dos rocas, pero sin consecuencias…

El corazón le latía con fuerza, sentía la garganta seca por el rápido despegue, con Kia aferrado al picaporte de la portezuela, chillando, colgándose, un pie en el patín y McIver con el temor de tener que volver a aterrizar. Por fortuna, Kia perdió fuerzas y tuvo que soltarse para caer los pocos metros que le separaban del suelo, y McIver había quedado libre y se alejaba. Voló una vez en círculo para asegurarse de que Kia se encontraba bien. Lo último que vio fue a Kia, agitando el puño y con la cara purpúrea por la furia. Luego fijó el rumbo en dirección a la costa, pasando a ras de las copas de los oscilantes árboles y las rocas. Y aun cuando estaba a salvo, no cejaba el golpeteo dentro de su pecho. Sentía náuseas y un enorme calor.

«Es el resultado de la tensión de las últimas semanas», se dijo inflexible. Solo la tensión y los esfuerzos para sacar a aquel bribón de la carlinga, junto con la inquietud por Torbellino y el pánico que le invadiera durante el interrogatorio del mulá.

Una vez se hubo librado de Kia, voló recto durante algunos minutos. Le resultaba difícil concentrarse. El dolor aumentaba. Los mandos le parecían poco familiares. Un espasmo de náuseas estuvo a punto de hacerle perder el control de manera que decidió aterrizar y descansar un momento. Se encontraba todavía en las estribaciones de la montaña, con rocas y matorrales y nieve, el cielo bajo y bastante despejado. Pese a las brumas mentales que le rodeaban, logró localizar una planicie más o menos adecuada y tomó tierra. El aterrizaje no fue bueno, ni mucho menos y eso le aterrorizó más que nada. Cerca había un arroyo, helado en parte, y el agua parecía cantar al correr entre las rocas y hacerle señas de

que se acercara. Con un dolor tremendo paró los motores, bajó y se acercó vacilante al arroyo. Una vez allí, se dejó caer sobre la nieve y bebió ansioso. La reacción causada por el frío le hizo vomitar y, una vez pasado el espasmo, se limpió la boca y bebió parco. Aquello y el aire frío lo ayudaron. Cogió un puñado de nieve y se frotó la nuca y las sienes con ella lo que hizo que se sintiera aún mejor. El dolor fue calmándose poco a poco y empezó a desaparecer el cosquilleo del brazo izquierdo. Una vez que casi hubo desaparecido, se puso en pie y, tambaleándose ligeramente, se dirigió hacia la carlinga, instalándose de nuevo en su asiento.

La carlinga estaba caliente, resultando acogedora, familiar y… aislante. Con gesto automático, se abrochó el cinturón. El silencio invadía sus oídos y su cabeza. Solo el ruido del viento y del agua, nada de motores, ni circulación ni estática, solo el rumor sedante del viento y el agua. Sosiego. Sentía los párpados pesados como jamás los tuviera. Los cerró. Y se quedó dormido.

Fue un sueño profundo que se prolongó durante media hora apenas, pero que resultó en extremo reconfortante. Cuando despertó, se sintió revitalizado…, no sentía dolor alguno y tampoco malestar, solo algo de mareo, como si el dolor lo hubiera soñado. Se desperezó a gusto. Un leve repiqueteo de metal contra metal. Miró en derredor. Montado en un pequeño pony salvaje, observándole en silencio, se encontraba un muchacho, el miembro de alguna tribu. Llevaba un rifle en una funda colgando de la montura y otro cruzado sobre la espalda con una bandolera de cartuchos.

Ambos se quedaron mirándose, luego, el muchacho sonrió y la planicie pareció iluminarse.

—Salaam, Agha.

—Salaam, Agha —dijo McIver a su vez sonriendo también, sorprendido de no sentir temor alguno, sintiéndose en cierto modo cómodo por la belleza salvaje del joven—. *Loftan befarma'id shoma ki hastid?* —preguntó, recurriendo a las pocas frases que conocía.

—Agha Mohammad Rud Kahani —dijo, añadiendo algunas palabras que McIver no entendió, terminando con otra sonrisa—.

Kash'kai.

—Ah, Kash'kai. —McIver asintió, enterándose de que el joven pertenecía a una de las tribus de nómadas dispersas por el Zagros. Se señaló a sí mismo—. Agha McIver. —Y añadió otra frase de su reducido vocabulario—: *Mota assef an, man zaban-e shoma ra khoob nami danam*.

—Insha'Allah. ¿América?

—Inglaterra. Inglés. —Se estaba viendo a él y al otro hombre. Helicóptero y caballo, piloto y hombre tribal, separados por una profunda sima pero sin representar ninguno de ellos una amenaza para el otro.

—Lo siento, pero he de irme —dijo en inglés, luego gesticuló con las manos, imitando el vuelo del aparato—. *Khoda haefez, Agha Mohammad Kash'kai*.

El joven hizo un gesto de asentimiento y alzó la mano a modo de saludo.

—*Khoda haefez, Agha*.

Luego, se situó con su caballo en un lugar seguro y permaneció allí, observándole. Cuando los motores se pusieron en marcha, McIver saludó con la mano y levantó el vuelo. Durante todo el recorrido hasta el punto de encuentro, estuvo pensando en el muchacho. «No había motivo alguno para que ese joven no disparase contra mí, o quizá tampoco había motivo para que lo hiciese. ¿Acaso todo ha sido un sueño, he soñado el dolor? No, no soñé el dolor. ¿He sufrido un ataque al corazón?».

Ahora, que ya estaba dispuesto a dirigirse a Kuwait, se enfrentó por vez primera con el interrogante. Volvió a sentirse inquieto y echó una ojeada a Wazari, que miraba desconsolado el mar a través de la ventanilla. «¿Hasta qué punto soy peligroso?», se preguntó. «¿Qué pasaría si sufriera un ataque, incluso un ataque leve? Podría sufrir otro, de manera que estoy arriesgando su vida y también la mía. No lo creo. Solo sufro de tensión arterial alta y eso está bajo control.

Tomo mis dos tabletas diarias y se acabaron todos los problemas. No puedo abandonar un "212" por el mero hecho de que Tom se haya vuelto loco. Estoy cansado, aunque en perfectas condiciones, y Kuwait se encuentra tan solo a un par de horas. Me sentiría mucho más feliz si no estuviera volando. Dios mío, jamás pensé que llegaría a sentir semejante cosa. El viejo Scrag puede seguir volando, yo he terminado de una vez por todas».

Su oído estaba pendiente del ritmo de los motores. Preparado para el despegue, aunque, en realidad, no era necesario comprobar los instrumentos. A través de las gotas de lluvia del parabrisas pudo ver a Ayre levantando los pulgares, también preparado. Y abajo, en la playa, vio a Lochart en el «206». «¡Pobre Tom!, apostaría cualquier cosa a que está maldiciendo para que nos apresuremos y poder volar rápido hacia el Norte en busca de un nuevo destino. Espero que lo logre…, al menos tendrá el viento a favor».

—¿Le parece bien que cambie a la VHF? —preguntó Wazari distrayendo su atención—. Sintonizaré frecuencias militares.

—Muy bien. —McIver sonrió a Wazari, contento por tenerle de acompañante.

En sus cascos solo estática, luego, voces hablando farsi. Wazari escuchó durante un rato.

—Son los cazas hablando con Kowiss —le informó Wazari con voz ronca—. Uno de ellos está diciendo: «Por todos los nombres de Dios, ¿cómo vamos a encontrar a dos helicópteros en esta charca de mierda de perro?».

—No lo harán, si puedo evitarlo. —McIver trató de hablar en tono confiado frente a una súbita marea de malos presagios. Llamó la atención de Ayre, señaló hacia arriba para indicarle los cazas e hizo un gesto atravesándose el cuello. Después, señaló por última vez hacia el Golfo, alzando luego los pulgares. Consultó su reloj. Las dos y veintiuno de la tarde.

—Allá vamos, sargento —dijo al tiempo que daba a los motores toda la potencia—. Próxima parada, Kuwait. Eran las 4.40 de la tarde, más o menos.

EN EL AEROPUERTO DE KUWAIT: 2.56 DE LA TARDE. Charlie Pettikin y Genny se encontraban sentados en el restaurante al aire libre que había enclavado en el nivel más alto de la deslumbrante terminal, recién terminada. Era un estupendo día soleado, y ellos estaban protegidos del viento. Manteles y sombrillas amarillos, todo el mundo comiendo y bebiendo alegremente y con verdadera fruición. Excepto ellos dos. Genny apenas había tocado la ensalada, Pettikin había picoteado su arroz con curry.

—Creo que, después de todo, voy a tomar un martini-vodka, Charlie —dijo Genny de repente.

—Buena idea. —Pettikin hizo una señal a un camarero y se lo pidió. Le hubiera gustado hacer otro tanto pero supuso que debería remplazar o turnarse con Lochart o Ayre en el próximo recorrido costa abajo hasta la isla Jellet, en la que tendrían una parada para repostar, o quizá dos, antes de llegar a Al Shargaz. «Dios maldiga este asqueroso viento»—. Ya no falta mucho, Genny.

«Por Dios santo, ¿cuántas veces has de repetir eso?», sentía ganas de gritar, enferma de tanta espera. No dijo nada y mantuvo, estoica, una fingida calma.

—No mucho, Charlie. Puede ser en cualquier momento.

Dirigió la mirada hacia el mar. El lejano panorama aparecía envuelto en brumas, con escasa visibilidad, pero se enterarían en el instante mismo en que los helicópteros aparecieran en el radar de Kuwait. El representante de «Imperial Air» estaba esperando en la torre.

«Lo de lejano es muy relativo», se dijo, intentando escudriñar en la atmósfera caliginosa, exudando toda su energía, buscando a Duncan, enviando las oraciones, esperanzas y fortaleza que él pudiera necesitar. La noticia que Gavallan le había dado aquella misma mañana no la había ayudado mucho.

—¿Por qué diablos está volando con Kia, Andy? ¿De vuelta a Teherán? ¿Qué significa todo eso?

—No lo sé, Genny, te estoy diciendo lo que él ha dicho. Nosotros creemos que primero envió a Freddy al punto de encuentro para repostar. Y que Mac se llevaría a Kia con él…, bien para conducirle hasta el punto de encuentro o para dejarle por el camino. Tom se habrá quedado manteniendo el fuerte por un tiempo para darles un respiro y luego se dirigió también al lugar de reunión. Recibimos la llamada inicial de Mac a las 10.42. Concédele hasta las once de la mañana para que él y Freddy puedan despegar. Dales otra hora para llegar al sitio y repostar, añádele dos horas y media de vuelo y llegarán a Kuwait, como muy pronto, a las dos y media. Según lo que hayan de esperar en el punto de encuentro, podrían llegar en cualquier momento a partir de las dos y media de la tarde.

Vio al camarero acercarse con su bebida. En la bandeja llevaba un teléfono portátil.

—Le llaman por teléfono, capitán Pettikin —dijo el camarero, poniendo la copa delante de Genny.

Pettikin, sacando la antena, se puso el teléfono al oído.

—¿Hola…? Ah, sí, hola, Andy. —Genny no perdía uno solo de sus gestos—. No…, no, todavía no… ¿Ah…? —Escuchó atentamente durante largo tiempo, con un gruñido de vez en cuanto y un movimiento afirmativo de cabeza, no revelando nada exteriormente y Genny se preguntaba qué era lo que Gavallan le estaría diciendo que se suponía que ella no debía de oír—. Sí, desde luego… No…, sí, todo está previsto dentro de nuestras posibilidades. Sí, sí, está aquí. Muy bien, espera. —Pasó el teléfono a Genny—. Quiere saludarte.

—Hola, Andy, ¿qué hay de nuevo?

—Solo informando, Genny. No te preocupes por Mac y los otros. No puede saberse cuánto tiempo tardarán.

—Estoy bien, Andy. No te preocupes por mí. ¿Qué hay de los demás?

—Rudi, Pop Kelly y Sandor están en ruta desde Bahrein. Repostaron en Abu Dhabi y estamos en contacto con ellos. John Hogg se encuentra en nuestra emisora de retransmisión, su ETA aquí es dentro de veinte minutos. Scrag, bien; Ed y Willi no tienen

problemas. Duke duerme, y Manuela está aquí, con nosotros. Quiere saludarte.

Al cabo de un momento oyó la voz de Manuela.

—Hola, cariño, ¿cómo estás? Y no me digas que estupendamente.

Genny sonrió sin ganas.

—Estupendamente. ¿Duke se encuentra bien?

—Durmiendo como un bebé y con eso no significa que los bebés duerman tranquilos todo el tiempo. Solo quería que supieras que también estamos muy ansiosos. Te vuelvo a pasar a Andy.

Otra pausa y luego:

—Bueno, Genny. Johnny Hogg se encontrará en vuestra área ahora más o menos y también estará escuchando. Nos mantendremos en contacto. ¿Puedo hablar otra vez con Charlie, por favor?

—Claro. Pero ¿qué hay de Marc, Dubois y Fowler?

Una pausa.

—Todavía nada. Esperamos que los hayan recogido. Rudi, Sandor y Pop estuvieron buscando y recorriendo más o menos su ruta tanto tiempo como pudieron. No ha tenido lugar accidente alguno. Por estas aguas y plataformas hay muchísimos barcos. No estamos preocupados.

—Ahora dime qué es lo que tenía que saber Charlie y yo no. —Frunció el ceño ante el silencio que se hizo en el teléfono. Al cabo de un momento, oyó un largo suspiro de Gavallan.

—No te pierdes una, Genny. Muy bien. Pregunté a Charlie si ya había llegado allí algún télex de Irán como el que hemos recibido aquí y también en Dubai y Bahrein. Estoy intentando pulsar todas las cuerdas posibles a través de Newbury y de nuestra Embajada kuwaití, por si se presentaran dificultades, a pesar de que Newbury me ha dicho que no abriguemos demasiadas esperanzas, ya que Kuwait se encuentra demasiado cerca de Irán y no quiere ofender a Jomeini y les aterra la perspectiva de que este envíe o movilice a algunos fundamentalistas de exportación para que agite a los chiitas

kuwaitíes. Le he dicho a Charlie que estoy intentando comunicarme con los padres de Ross en Nepal, y también con su regimiento. Eso ha sido todo. —Al cabo de unos segundos, añadió con tono más cariñoso—: No quiero verte más trastornada de lo necesario. ¿De acuerdo?

—Sí, gracias. Sí, yo estoy…, estoy bien. Gracias, Andy. —Pasó el teléfono a Charlie y miró su copa. Se habían formado gotas merced al calor. Algunas resbalaban por el cristal. «Como las lágrimas por mis mejillas», se dijo. Y se puso en pie—. Vuelvo dentro de un segundo.

Pettikin, apenado, la vio irse. Escuchaba las instrucciones finales de Gavallan.

—Sí, sí, desde luego —dijo—. No te preocupes, Andy. Me ocuparé de…, me ocuparé de Ross y te llamaré tan pronto como los tengamos en pantalla. Terrible lo de Dubois y Fowler, solo nos cabe mantener la esperanza y pensar lo mejor. Formidable lo de todos los demás. Adiós.

Encontrar a Ross le había causado una profunda conmoción. Nada más recibir la llamada de Gavallan aquella misma mañana, se había precipitado al hospital. Siendo viernes y con el personal reducido a los servicios mínimos, solo había un recepcionista de servicio que no hablaba más que árabe.

—*Bokrah* —dijo el hombre y sonrió, encogiéndose de hombros.

Pero Pettikin había insistido hasta que el recepcionista comprendió lo que quería e hizo una llamada telefónica. Por último, llegó un enfermero que le hizo señas de que lo siguiera. Recorrieron largos pasillos y luego atravesaron una puerta. Y allí estaba Ross, desnudo, sobre una losa.

No había sido el hecho de la muerte lo que había conmocionado a Pettikin, sino lo repentino, lo absoluto de su desnudez, la aparente profanación, la destrucción del más mínimo vestigio de dignidad. Aquel hombre, que tan apuesto fuera en vida, había sido tirado allí como si de una res se tratara. Vio unas sábanas sobre otra losa. Cogió una y lo cubrió. Entonces, le pareció sentirse mejor.

Pettikin necesitó más de una hora para dar con la sala en la que Ross había estado para localizar a una enfermera que hablara inglés y encontrar al médico que lo había atendido.

—Mucho lo siento, mucho lo siento, señor —le había dicho el doctor, un libanés que hablaba un inglés balbuceante—. El joven llegó ayer en estado de coma. Tenía el cráneo fracturado y sospechamos que se habían producido daños en el cerebro. Nos dijeron que se trataba de la explosión de una bomba terrorista. Tenía ambos tímpanos rotos y cierto número de cortes y heridas de menor importancia. Le vimos por rayos X, por supuesto, mas, aparte de vendarle el cráneo, poco podíamos hacer salvo esperar. No tenía lesiones internas ni hemorragia. Murió esta mañana al amanecer. Hoy el amanecer fue maravilloso, ¿verdad? Firmé el certificado de defunción…, ¿quiere una copia? Ya hemos entregado otra en la Embajada británica junto con todos sus efectos personales.

—¿Recobró…, recobró el conocimiento antes de morir?

—No lo sé. Estaba en cuidados intensivos y su enfermera…, déjeme ver. —El doctor consultó laboriosamente sus listas y encontró el nombre de ella—. Sivin Tahollah. Ah, sí…, se la asignamos porque era inglés.

Era una mujer vieja, formaba parte de los pecios del Oriente Medio, sin antecesores conocidos, fruto de muchas naciones. Tenía el rostro feo y picado de viruelas, pero ella, como persona, no lo era. Su voz era dulce y tranquilizadora, sus manos, cálidas.

—No estuvo consciente un solo momento, Effendi —le había hablado en inglés—. Al menos, no del todo.

—¿Dijo algo en particular, algo que usted pudiera comprender? ¿Algo, en fin?

—Mucho que yo pude entender, Effendi, y nada. —Reflexionó un momento—. Casi todo cuanto dijo eran desvaríos de su mente, el espíritu temiendo lo que no se debería temer, queriendo lo que no se puede querer. A veces murmuraba azadeh, que en farsi significa «nacido libre», aunque también es el nombre de una mujer. A veces musitaba un nombre como «Erri» o «Ekki» o «Kukri» y luego otra

vez azadeh. Su espíritu estaba en paz pero pienso que no del todo, aunque no lloró en ningún momento como algunos hacen, ni gritó al acercarse al umbral de la muerte.

—¿Hubo algo más…? ¿Cualquier cosa?

La enfermera jugueteó con el reloj que llevaba en la solapa.

—De vez en cuando parecía sentir molestias en las muñecas, pero cuando yo se las acariciaba, se quedaba de nuevo tranquilo. Durante la noche habló en una lengua que yo jamás había oído antes. Yo entiendo inglés, algo de francés y muchos dialectos árabes, muchos. Pero esa lengua jamás la había oído antes. Cuando la hablaba, lo hacía con un ritmo cantarín, mezclándola con desvaríos y azadehs, a veces con palabras como… —rebuscó en su memoria—, como «regimiento» y «edelweiss» o «highlands» o «high land», y a veces, ah, sí, palabras como «gueng» y «tens'ng». También un nombre como «Roses» o «Montaña Rosa»…, acaso no fuera un nombre sino algún lugar, pero eso parecía entristecerle. —Tenía los viejos ojos cansados—. He visto muchas muertes, Effendi, muchísimas, siempre diferentes, siempre las mismas. Pero la de él fue tranquila y atravesó el umbral sin sufrir. El último instante…, solo un gran suspiro… Creo que fue al Paraíso, si es que los cristianos van al Paraíso, y que encontró a su Azadeh…

LXV

TABRIZ. EN EL PALACIO DEL KHAN: 3.40 DE LA TARDE. Azadeh avanzó lentamente por el corredor hacia el Gran Salón donde iba a reunirse con su hermano, molestándole todavía la espalda a causa de la explosión de la granada del día anterior. «¡Dios de los cielos! ¿Fue solo ayer cuando los hombres de la tribu y Erikki estuvieron a punto de matarnos? —se dijo—. Parece que hubieran pasado mil días y un año desde que mi padre muriera».

«Aquella había sido otra vida. Nada agradable en esa vida salvo madre, Erikki y Hakim, Erikki y… Johnny. Toda una vida de odios y muertes, terrores y locura. Locura vivir Hakim y yo como parias, locura en el control de Qazvin y aquel repugnante y carigordo muyahidín aplastado contra el coche, rezumando como una mosca despachurrada, locura nuestro rescate por Charlie y el hombre de la KGB, ¿cómo se llamaba?, ah, sí, Rakoczy…, y luego ese Rakoczy a punto de matarnos a todos nosotros, locura que en Abu Mard mi vida cambiara para siempre, locura en la base donde Erikki y yo pasamos tan hermosos ratos, pero donde Johnny mató a tantos tan rápidamente y con tanta crueldad».

Se lo había contado todo a Erikki la noche anterior…, bueno, casi todo.

—En la base se… se convirtió en un animal sanguinario. No recuerdo gran cosa, tan solo como ráfagas, cómo le di la granada en la aldea, cómo corrió a la base…, granadas y metralletas, uno de los hombres con un kukri, luego a Johnny enarbolando su cabeza y aullando como un ser maléfico… Ahora sé que aquel kukri era de Gueng. Johnny me lo dijo en Teherán.

—No hables más ahora. Déjalo para mañana, deja el resto hasta mañana, cariño. Duerme, ahora ya estás a salvo.

—No, me da miedo dormir, incluso ahora en tus brazos, incluso con las maravillosas noticias sobre Hakim. Cuando me duermo vuelvo otra vez a la aldea, me encuentro de nuevo en Abu Mard y al mulá, ¡Dios le maldiga!, y también el kalandar y el carnicero ha cogido el cuchillo de trinchar.

—Ya no queda aldea ni mulá. He estado allí. Ya no hay kalandar y tampoco carnicero. Ahmed me contó lo de la aldea, al menos parte de lo ocurrido allí.

—¿Has ido a la aldea?

—Sí, esta tarde, cuando estabas descansando. No es más que un montón de restos calcinados. Se lo tenían merecido —había dicho Erikki con gesto sombrío.

Azadeh hubo de detenerse un momento en el corredor y apoyarse en la pared hasta poder dominar el temblor que sentía. Tantas muertes y luchas y horrores. El día anterior, al bajar los escalones de palacio y ver a Erikki en la carlinga, con la cara ensangrentada y cayéndole la sangre por la enmarañada barba y por la manga, y a Ahmed desplomado a su lado, ella había muerto, volviendo a la vida al verle bajar y caminar erguido hacia ella que no podía moverse porque las piernas no le respondían. Luego, al sentirse entre sus brazos, todos sus terrores se disolvieron con sus lágrimas.

—¡Ah, Erikki, Erikki, he tenido tanto miedo, tanto miedo…!

La llevó al Gran Salón. El doctor se encontraba allí con Hakim, Robert Armstrong y el coronel Hashemi Fazir. Una bala le había arrancado a Erikki parte de la oreja izquierda y otra le había atravesado el antebrazo. El médico le había cauterizado las heridas, vendándoselas luego, administrándole la vacuna antitetánica y también penicilina, más preocupado por una posible infección que por la pérdida de sangre.

—Insha'Allah, pero esto es cuanto puedo hacer, capitán. Tú eres fuerte, tu pulso es bueno, con la cirugía estética pueden arreglarte la

oreja y el sentido del oído no ha sufrido alteración, ¡alabado sea Dios! Solo has de vigilar una posible infección…

—¿Qué ha ocurrido, Erikki?

—Volé con ellos en dirección Norte, hacia las montañas, y Ahmed se mostró descuidado… No fue culpa suya, sufría mareo, y antes de que nos diéramos cuenta, Bayazid le apoyaba una pistola en la cabeza y a mí otro de los hombres de la tribu. Y Bayazid dijo:

—Vuela a la aldea. Luego podréis iros.

—¿Juras por lo más sagrado que no me harás daño alguno? —le dije yo.

—Juro que no te haré daño alguno, pero mi juramento es solo mío, no de mis hombres —repuso Bayazid y el hombre que me apuntaba a la cabeza se echó a reír.

—Obedece a nuestro jeque —gritó—, o por Dios que vas a sentir un dolor tan fuerte que suplicarás la muerte.

—Debí pensar en eso —dijo Hakim lanzando un taco—. Debí ligarlos a todos con el juramento. Tendría que haber pensado en ello.

—Nada habría cambiado. De cualquier manera, fue culpa mía. Yo los traje aquí y estuve a punto de dar al traste con todo. No puedo expresarte cuánto lo siento, pero era la única forma de volver aquí y creí que me enfrentaría a Abdollah Khan. Ni por un momento pensé que *matyeryebyets* Bayazid fuera a utilizar una granada.

—Por la Voluntad de Dios ni Azadeh ni yo hemos resultado heridos. ¿Cómo podías saber tú que el Khan Abdollah había muerto o que había sido pagada la mitad del rescate? Prosigue con lo ocurrido —había dicho Hakim y Azadeh detectó algo extraño en su voz.

«Hakim ha cambiado —se dijo—. No soy capaz de entender lo que tiene en la mente como antes solía hacer. Antes de que llegara a ser Khan, realmente Khan, sí que podía pero ahora no. Sigue siendo mi querido hermano, aunque un forastero. Han cambiado tantas cosas y tan de prisa… Yo he cambiado. Y también Erikki. ¡Cuánto ha cambiado, Dios mío! Johnny no ha cambiado…».

—Alejarlos en el helicóptero —había seguido relatando Erikki—, era la única manera de sacarlos del palacio sin más dificultades ni muertes. Si Bayazid no hubiera insistido, se lo hubiera ofrecido yo, no había otra forma de que tú y Azadeh estuvierais a salvo. Tenía que arriesgarme a que, en definitiva, hicieran honor a su juramento. Pero fuera como fuese, eran ellos o yo. Yo lo sabía y ellos también ya que, naturalmente, yo era el único en saber quiénes eran y dónde vivían. Y la venganza de un Khan es algo muy grave. Hiciera lo que hiciese, soltarles a la mitad del camino o llevarlos hasta la aldea, jamás me dejarían ir. ¿Cómo podían hacerlo? Era su aldea o yo, y su Único Dios votaría con ellos por la aldea pese a cuanto hubieran acordado o jurado.

—Ese es un interrogante que solo Dios puede contestar.

—A mis dioses, los dioses antiguos, no les gusta que les utilicen a modo de excusa, y tampoco les gusta que juren en su nombre. Lo desaprueban profundamente, de hecho, lo prohíben.

Azadeh se dio cuenta de la amargura de sus palabras y le tocó levemente. Él retuvo su mano.

—Ahora estoy bien, Azadeh.

—¿Qué ocurrió luego, Erikki? —preguntó Hakim.

—Dije a Bayazid que no había bastante gasolina e intenté razonar con él, que se limitó a decir: «Es la Voluntad de Dios —y acercando el arma al hombro de Ahmed apretó el gatillo—. ¡Ve a la aldea! La próxima bala la recibirá en el estómago». Ahmed perdió el conocimiento y Bayazid trató de alcanzar la «Stern» que había caído al suelo de la carlinga, a medias bajo el asiento, pero no pudo. Yo estaba sujeto y Ahmed también, ellos no. Empecé a dar volteretas por el cielo con el helicóptero de una manera que jamás pensé que el aparato resistiría. Luego, lo dejé caer, y tomé tierra. Fue un aterrizaje pésimo. Creí que había roto un patín, pero luego descubrí que solo estaba doblado. Tan pronto como nos detuvimos hice uso de la «Stern» y de mi cuchillo y maté a los que estaban conscientes y hostiles, desarmando a los que estaban inconscientes, arrojándolos fuera de la cabina. Luego, al cabo de un rato, regresé.

—Así, sin más —había dicho Armstrong—. Catorce hombres.

—Cinco y Bayazid. Los otros… —Azadeh tenía el brazo apoyado sobre el hombro de él y notó cómo se encogía de hombros y luego se estremecía—, a los otros los dejé.

Erikki se metió la mano sana en el bolsillo, sacó las joyas que se habían llevado por el rescate y se las entregó al Khan Hakim.

—Ahora creo que me gustaría hablar con mi mujer si no les importa. Ya les contaré el resto más tarde.

Así que los dos se retiraron a sus habitaciones y Erikki no había dicho nada más, solo mantenerla cariñosamente rodeada con sus brazos en un inmenso abrazo. La presencia de ella había calmado su angustia. Se fueron a dormir pronto. Azadeh apenas había dormido, volviendo a encontrarse en la aldea, intentando huir, embargada por el pánico, de aquellas garras sofocantes. Había permanecido quieta durante algún tiempo en brazos de él; luego, fue a sentarse en una silla, contenta de estar con él. Erikki durmió profundamente hasta que oscureció. Entonces, se despertó.

—Primero un baño, luego un buen afeitado, y después, un poco de vodka. Entonces, podremos hablar —le había dicho—. Jamás te he visto más bella ni te he amado tanto, y siento, siento de veras haber tenido celos… No, Azadeh, no digas nada…, todavía. Más tarde querré saberlo todo.

Al amanecer, ella había terminado de decirle cuanto había que decir y hasta donde siempre le diría, y él su historia. No le había ocultado nada, ni sus celos, ni su furia devastadora y el gozo de la batalla o las lágrimas que derramara en la ladera de la montaña contemplando el salvajismo de la matanza a la que había conducido a la tribu.

—Ellos…, ellos me trataron bien en su aldea…, y el rescate es una antigua costumbre. De no haber sido por la orden de Abdollah de asesinar a un mensajero…, todo se habría desarrollado de otra forma. O acaso no. Pero no es excusa para todas esas muertes. Me siento como un monstruo, te has casado con un demente, Azadeh. Soy peligroso.

—¡No, no! No lo eres. ¡Claro que no lo eres!

—Por todos mis dioses, he matado a veinte hombres o más en la mitad de ese número de días, y, sin embargo, jamás había matado a nadie antes, salvo a aquellos asesinos, a aquellos hombres que irrumpieron aquí para asesinar a tu padre antes de que nos casáramos. Fuera de Irán, jamás había matado a nadie, nunca he hecho daño a nadie…, he tenido montones de peleas con pukoh o sin él, pero nada grave. Nunca. Si ese kalandar o la aldea hubiesen existido les hubiera prendido fuego yo mismo a los dos sin dudarlo un instante. Comprendo lo de tu Johnny en la base. Doy gracias a todos los dioses por habérnoslo traído para que te protegiera, pero lo maldigo por haberme robado la paz, aunque sé que tengo una deuda inmortal con él. No puedo aceptar las muertes y tampoco puedo aceptarle a él. ¡No puedo, todavía no!

—No tiene importancia, Erikki, ahora no. Ahora tenemos tiempo. Estamos a salvo, tú estás a salvo y yo estoy a salvo y Hakim está a salvo —le había dicho Azadeh—. Todos estamos a salvo, cariño. Mira el amanecer, ¿no lo encuentras hermoso? Mira, Erikki, ya es un nuevo día y tan hermoso…, una nueva vida. Estamos a salvo, Erikki.

EN EL GRAN SALÓN: 3.45 DE LA TARDE. El Khan Hakim estaba solo con Hashemi Fazir. Hacía media hora que este se había presentado sin anunciarse. Se había excusado por la intrusión al tiempo que le entregaba un télex.

—Pensé que lo mejor sería que vieses esto de inmediato, Alteza:

«URGENTE. Para el coronel Fazir, Servicio Secreto Interno, Tabriz: Detenga inmediatamente a Erikki Yokkonen, esposo de Su Alteza, Azadeh Gorgon, por crímenes cometidos contra el Estado, por complicidad en piratería aérea, por asalto y alta traición. Encadénelo y envíelo aquí de inmediato, a mi Cuartel General. El director, SAVAMA, Teherán».

El Khan Hakim despidió a sus guardias.

—No lo entiendo, coronel. Explícate, por favor.

—Tan pronto como lo descifré, telefoneé pidiendo nuevos detalles, Alteza. Parece ser que el año pasado «S-G Helicopters» vendió cierto número de helicópteros a «IHC» y…

—No entiendo.

—Lo siento, a «Helicopters Company» de Irán, una compañía iraní, la empresa para la que trabaja en la actualidad el capitán Yokkonen. Entre ellos había…, hay…, diez «212» incluido el suyo. Hoy los otros nueve, valorado tal vez en nueve millones de dólares, han sido robados y sacados ilegalmente de Irán por pilotos de «IHC»… SAVAMA supone que los habrán llevado a alguno de los Estados del Golfo.

—Aun cuando así fuera, eso no afecta en modo alguno a Erikki. Él no ha hecho nada malo.

—No lo sabemos con seguridad, Alteza. SAVAMA dice que tal vez estuviera al tanto de la conspiración… De hecho, tienen que llevar bastante tiempo planeando el asunto, porque se encuentran implicadas las tres bases, Lengeh, Bandar Delam y Kowiss. Además de la Oficina Central de Teherán. SAVAMA está en extremo excitado porque también ha recibido informes de la desaparición de ingentes cantidades de valiosos repuestos iraníes. No ha…

—¿Informes de quién?

—De Siamaki, director gerente de «IHC». Y lo que es más grave todavía, también se ha esfumado todo el personal extranjero de «IHC», pilotos, mecánicos y personal administrativo. Toda la gente. Así que, como parece lógico suponer, debe tratarse de un complot. Parece ser que ayer había quizá veinte de ellos sobrevolando por todo Irán; la semana pasada fueron cuarenta, hoy ninguno. Ya no quedan en Irán extranjeros de la «S-G», o, para hablar con más propiedad, de «IHC». Salvo el capitán Yokkonen.

De inmediato, Hakim comprendió la importancia que tenía Erikki para ellos, y se maldijo por permitir que su expresión lo delatase ante Hashemi.

—Ah, sí, por supuesto que lo has descubierto —dijo este satisfecho—. SAVAMA me dijo que aun cuando el capitán fuera

inocente de toda complicidad en el complot, es un instrumento esencial para persuadir a esos cabecillas y criminales de Gavallan y McIver, así como también al Gobierno británico, que debe haber intervenido en la traición, para que devuelvan nuestros aviones, nuestros repuestos, para que nos paguen una indemnización que deberá ser elevada en extremo y para que regresen a Irán a fin de someterse a juicio por crímenes contra el Islam.

El Khan Hakim se agitó, inquieto, entre los cojines, y volvió a sentir el dolor en la espalda. En ese momento hubiera querido gritar de furia porque todo el dolor y toda la angustia habían sido innecesarios y, ahora, apenas era capaz de mantenerse en pie sin dolor y acaso quedara inválido para toda su vida. «Deja eso para más tarde —se dijo, inexorable— y ocúpate de este peligroso hijo de perro sentado aquí, pacientemente, como un consumado vendedor de alfombras preciosas que ha extendido su mercancía por el suelo y espera a que empiecen los regateos. Si es que quiero comprar».

«Para librar a Erikki de la trampa tendré que entregar a este perro un pishkesh de valor personal, pero a él, precisamente, no a SAVAMA. ¡Dios les maldiga cualquiera que sea el nombre que ostente! ¿El qué? Por lo menos a Petr Oleg Mzytryk. Se lo entregaré a Hashemi sin pestañear, si es que viene. Y vendrá. Ayer Ahmed envió a por él en mi nombre… Me pregunto cómo estará Ahmed. ¿Habrá ido bien su operación? Espero que ese loco no se muera, aún me serán útiles sus conocimientos por un tiempo. Fue un estúpido al dejarse coger desprevenido. Realmente estúpido. Sí, es un estúpido mas este perro no lo es. Con el regalo de Mzytryk, una mayor ayuda en Azerbaiyán y la promesa de amistad en el futuro, puedo librar a Erikki de la trampa. Pero ¿por qué habría de hacerlo?

»¿Porque Azadeh lo ama? Infortunadamente es la hermana del Khan de todos los Gorgones y este es un problema del Khan, no del hermano.

»Erikki representa un riesgo para mí y para ella. Es un hombre peligroso, con las manos manchadas de sangre. Los hombres de la tribu, sean o no kurdos, buscarán venganza… Posiblemente. Siempre

ha sido una mala elección para ella aunque le haya dado gran alegría, y todavía le proporciona felicidad, aunque ningún hijo y ahora no puede quedarse en Irán. Imposible. No hay posibilidad alguna de que se quede. Yo no podría comprarle dos años de protección y Azadeh ha jurado por Dios permanecer aquí al menos dos años…, ¡qué astucia la de mi padre dándome poder sobre ella! Si libro a Erikki de la trampa, Azadeh no podrá irse con él. En dos años pueden acaecer muchas cosas y muchas separaciones espontáneas. Pero si no es bueno para ella, ¿por qué habría de ayudarle? ¿Por qué no dejar que se lleven a Erikki como compensación a una traición? Y es traición robar nuestra propiedad».

—Es un asunto demasiado grave para contestar al momento —dijo.

—No tienes nada que contestar, Alteza. Solo entregarme al capitán Yokkonen. Tengo entendido que todavía está aquí.

—El médico le ha prescrito reposo.

—Tal vez debieras enviar a por él, Alteza.

—Desde luego. Pero un hombre de tu importancia y erudición debería comprender que existen reglas de honor y de hospitalidad en Azerbaiyán, y en mi tribu. Es mi cuñado e incluso SAVAMA comprenderá el honor de familia.

Los dos hombres sabían que todo aquello no era más que un primer gambito para iniciar una delicada operación. Delicada porque ninguno de los dos quería ser el blanco de las iras de SAVAMA, y tampoco ninguno de ellos sabía hasta dónde podía llegar el otro o, incluso, si les interesaba un entendimiento privado.

—¿Supongo que son muchos los que están enterados de esta…, esta traición?

—Aquí en Tabriz solo yo, Alteza. Por el momento —dijo Hashemi al punto, olvidando convenientemente a Armstrong a quien le sugiriera lo del télex falso aquella misma mañana.

—No hay forma de que ese hijo de perro de Hakim lo denuncie como una falsificación, Robert —le había dicho, encantado con su

brillante imaginación—. Tiene que hacer trueque. Cambiamos al finlandés por Mzytryk sin pérdida alguna para nosotros. Ese finlandés maníaco, sediento de sangre, puede irse con su helicóptero a la puesta del sol una vez hayamos obtenido lo que queremos… Entretanto, lo mantenemos inmovilizado.

—Supongamos que el Khan Hakim no esté de acuerdo, no quiera o no pueda entregarnos a Mzytryk.

—Si no se aviene a un cambio, nos apoderamos de Erikki. Torbellino saldrá pronto a la luz y yo puedo utilizar a Erikki para todo tipo de concesiones, como rehén por al menos quince millones de dólares que valen los aparatos o tal vez se lo entregue a los hombres tribales a cambio de una oferta de paz… El hecho de que sea finlandés será de gran ayuda. Puedo relacionarle estrechamente con Rakoczy y la KGB y provocar en los soviéticos todo tipo de dificultades, como también a la CIA, ¿eh? Incluso al MI6, ¿qué te parece?

—La CIA no te ha perjudicado jamás. Y tampoco el MI6.

—Insha'Allah! No interfieras en esto, Robert. Erikki y el Khan son una cuestión interna iraní. Por tu propio bien, no interfieras. Con el finlandés puedo obtener importantes concesiones. —«Pero importantes para mí únicamente, Robert, no para SAVAMA —se dijo Hashemi sonriendo para sus adentros—. Mañana o pasado mañana regresaremos a Teherán y entonces te seguirán en la noche y, "puf", te apagarás como una vela»—. Lo entregará —dijo con calma.

—Si Hakim entrega a Erikki, su muy amada hermana hará de su vida un infierno y no tendrá paz. Creo que Azadeh sería capaz de ir a la hoguera por su marido.

—Tal vez tenga la ocasión de hacerlo.

Hashemi recordó la alegría que había sentido y ahora todavía era mejor. Podía ver la inquietud del Khan Hakim y estaba convencido de tenerle acorralado.

—Seguro que lo comprendes, Alteza, pero he de contestar a este télex.

El Khan Hakim se había decidido por una oferta parcial.

—La traición y la conspiración no deben de quedar impunes. Dondequiera que se encuentre. He enviado a por el traidor que querías. Urgentemente.

—¡Ah! ¿Cuánto tiempo tardará la respuesta de Mzytryk?

—Tú tienes mejor idea de ello que yo. ¿No crees?

Hashemi advirtió el tono terminante en su voz y se maldijo por aquel desliz.

—Me asombraría en extremo que no respondiera con la mayor rapidez a Su Alteza —dijo con extremada cortesía—. Muy pronto.

—¿Cuándo?

—En un plazo de veinticuatro horas, Alteza. Personalmente o por mensajero.

Vio al joven Khan cambiar penosamente de posición y trató de decidir si aplazarlo o aprovechar su ventaja, pues tenía la seguridad de que el dolor era auténtico. El doctor le había dado un detallado diagnóstico de las posibles lesiones sufridas por el Khan y su hermana. A fin de prever cualquier eventualidad, había ordenado al médico que administrara a Erikki un poderoso sedante esa noche, por si el piloto intentaba fugarse.

—El plazo de veinticuatro horas terminará esta tarde a las siete, coronel.

—Siguiendo tu consejo de esta mañana, Alteza, hay mucho que hacer en Tabriz, por lo que dudo que pueda ocuparme del télex antes de esa hora.

—¿Destruirás esta noche el cuartel general de los muyahidines izquierdistas?

—Sí, Alteza.

«Ahora que ya contamos con tu permiso y garantía de que no habrá repercusiones por parte de los tudehs —hubiera querido añadir Hashemi. Pero no lo hizo—. ¡No seas estúpido! Este joven no es tan tortuoso como lo era ese perro de Abdollah, ¡ojalá arda en los infiernos! Con este es más fácil tratar…, siempre que se disponga de más cartas que él y no temas enseñar los colmillos si es necesario».

—Sería desafortunado que el capitán no estuviera disponible esta noche para…, para interrogarle.

El Khan Hakim contrajo los ojos ante la innecesaria amenaza. «Como si yo no lo supiera, tosco hijo de perro».

—Estoy de acuerdo.

Llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo Hakim.

Azadeh entró.

—Lamento interrumpirte, Alteza, pero me dijiste que te recordara media hora antes que tienes que ir al hospital para los rayos X. Saludos, la paz sea contigo, coronel.

—Y que la paz de Dios sea contigo, Alteza. —«Me alegro de que a una belleza semejante se la obligue pronto a cubrirse otra vez con el chador —pensaba Hashemi—. Sería una tentación para el mismísimo Satanás y ni que decir tiene para la escoria sucia y analfabeta de Irán». Miró de nuevo al Khan—. He de irme, Alteza.

—Regresa a las siete, por favor, coronel. Si tuviera alguna noticia antes, enviaría a buscarte.

—Gracias, Alteza.

Azadeh cerró la puerta tras de él.

—¿Cómo te sientes, Hakim, cariño?

—Cansado. Y con muchos dolores.

—Yo también. ¿Has de ver al coronel más tarde?

—Sí. Algo sin importancia. ¿Cómo está Erikki?

—Durmiendo. —Se mostraba gozosa—. Somos tan afortunados los tres…

EN LA CIUDAD DE TABRIZ: 4.06 DE LA TARDE. Robert Armstrong comprobó el funcionamiento de su pequeña automática, el gesto fue adusto.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó Henley, nada satisfecho con el arma. También era inglés aunque mucho más bajo de estatura, con un fino bigote. Llevaba gafas y se encontraba sentado ante la mesa

escritorio en la desordenada y mugrienta oficina, debajo de un retrato de la reina Isabel.

—Más vale que no me lo preguntes. Pero no te preocupes, soy un policía, ¿recuerdas? Esto es por si acaso algún villano trata de acabar conmigo. ¿Puedes enviar el mensaje a Yokkonen?

—No puedo presentarme en el palacio sin haber sido invitado. ¿Qué diablos de excusa podría poner? —preguntó Henley enarcando las cejas—. ¿Acaso podría decir al Khan Hakim: Lo siento terriblemente, amigo, pero quiero hablar con tu cuñado sobre la posibilidad de sacar a un colega de Irán en helicóptero particular…? —Dejó a un lado las chanzas—. Estás completamente equivocado respecto al coronel, Robert. No existe la más mínima prueba de que él sea el responsable de la muerte de Talbot.

—Si la tuvieras, no la admitirías —dijo Armstrong, furioso consigo mismo por explotar cuando Henley le comunicó el «accidente». Su tono se hizo de nuevo hiriente—. ¿Por qué diablos has esperado hasta hoy para decirme que habían hecho volar a Talbot? ¡Por Dios santo!, hace ya dos días de eso.

—No soy yo quien decide la política, me limito a transmitir mensajes y, de cualquier manera, acabamos de enterarnos. Además, resulta en extremo difícil seguir tu rastro. Todo el mundo pensaba que te habías ido. La última vez que te vieron fue subiendo a bordo de un aparato británico con destino a Al Shargaz. Maldición, hace casi una semana que se te ha ordenado que salgas de Irán y todavía sigues aquí, sin misión alguna que yo sepa. Y si has decidido hacer algo, olvídalo. Lo único que has de pensar es en largarte de aquí porque si te pescan y te conducen al tercer nivel, un montón de gente va a sentirse en extremo irritada.

—Intentaré no decepcionarles. —Armstrong se levantó de la silla y se puso su viejo impermeable con cuello de piel—. Nos veremos pronto.

—¿Cuándo?

—¡Cuando me venga en gana, condenación! —Las facciones de Armstrong se endurecieron—. No estoy bajo tu autoridad y lo que yo

haga y cuando vaya o dónde no es de tu incumbencia. Ocúpate únicamente de que mi informe siga seguro en la caja fuerte hasta que puedas disponer de una valija diplomática para enviarlo con carácter urgente a Londres. Y mantén cerrada tu maldita boca.

—Por lo general, no eres tan violento ni susceptible. ¿Qué diablos te está pasando, Robert?

Armstrong salió de estampía, bajó las escaleras y se sumergió en la frialdad del día. El cielo aparecía encapotado y anunciaba nieve de nuevo. Descendió por la atestada calle. Los transeúntes y los mercaderes callejeros simulaban no darse cuenta de su presencia, pensando que era soviético, y se ocupaban, cautelosos, de sus propios asuntos. Aun cuando se mantenía vigilante para comprobar que no lo seguían, en su mente barajaba modos y maneras de ocuparse de Hashemi. No había tiempo para consultar con sus superiores y, en realidad, tampoco lo deseaba. Sacudirían la cabeza y dirían: «Santo cielo, ¿nuestro viejo amigo Hashemi? ¿Acabar con él por sospechar que fue quien lanzó a Talbot por los aires? Primero necesitamos pruebas…».

«Pero jamás se encontrará prueba alguna y no creerían una palabra sobre los equipos del "Group Four" o el que Hashemi se considere a sí mismo como un moderno Hassan ibn al-Sabbah. Pero yo lo sé. ¿Acaso no se mostró Hashemi desbordante de felicidad con el asesinato del general Janan? Ahora tiene peces más gordos que enganchar. Como Pahmudi, o el Comité Revolucionario en pleno, quienes quiera que lo formen… Me pregunto si no los tendrá ya a punto. Y también me pregunto si no irá a por el propio Imán. No hay forma de saberlo. Pero, de una u otra forma, pagará lo del viejo Talbot, una vez que hayamos cogido a Petr Oleg Mzytryk. Sin Hashemi no tengo la más mínima posibilidad de llegar hasta él consiguiendo así, a través de él, alcanzar a todos los asquerosos traidores que todos conocemos y que operan en las altas esferas de Whitehall, los jefes de Philby, el cuarto, el quinto y el sexto hombre…, en el Gabinete, en el MI5 o en el MI6. O acaso en los tres al mismo tiempo».

Su furia era tan devastadora que le estaba produciendo, incluso, un terrible dolor de cabeza. ¡Tantos hombres buenos traicionados! Le agradaba el tacto de su automática. «Primero Mzytryk —se dijo— y luego Hashemi. Todo lo que queda por decir es cuándo y dónde».

BAHREIN. EN EL AEROPUERTO INTERNACIONAL: 4.24 DE LA TARDE. Jean-Luc se encontraba al teléfono en la oficina de Mathias.

—… No, Andy, tampoco nosotros tenemos nada.

Miró a Mathias, que estaba escuchando, e hizo un gesto grave, con los pulgares hacia abajo.

—Charlie estaba fuera de sí —le estaba diciendo Gavallan—. Acabo de hablar por teléfono con él. Es terrible que no podamos hacer otra cosa que esperar. Y lo mismo ocurre con Dubois y Fowler.

Jean-Luc pudo percibir el inmenso abatimiento en la voz de Gavallan.

—Dubois aparecerá…, después de todo, es francés. Y a propósito, le he dicho a Charlie que si…, que cuando —se corrigió presuroso— Tom Lochart y Freddy Ayre aterricen, les diga que han de repostar en Jellet y que no vengan aquí a menos de que se trate de una emergencia. Mathias ha puesto el combustible necesario personalmente de manera que sabemos que está allí. Y otra cosa, Andy, más vale que llames tú a Charlie e impongas también tu autoridad, porque Bahrein puede resultar difícil. No quiero arriesgarme a otro enfrentamiento. Su advertencia era clara, voláramos o no con matriculación británica. Aún no sé cómo pudimos sacar adelante a Rudi, Sandor y Pop. Estoy seguro de que confiscarán cualquier matrícula iraní y detendrán a las tripulaciones… Y que la próxima vez examinarán la pintura y los documentos de forma minuciosa.

—Muy bien, se lo diré de inmediato. No hay razón alguna para que vuelvas a Al Shargaz, Jean-Luc. ¿Por qué no te vas directamente a Londres mañana y luego sigues viaje a Aberdeen? Te voy a

destinar al mar del Norte hasta que acabemos con todo esto, ¿de acuerdo?

—Una idea estupenda. Me presentaré en Aberdeen el lunes —dijo rápidamente Jean-Luc, robando así un fin de semana libre. «*Mon Dieu*, me lo he ganado», se dijo, y cambió de tema para no dar tiempo a Gavallan a discutir—. ¿Ha llegado Rudi ya?

—Sí, sanos y salvos. Los tres están ahora descansando. Y también Vossi y Willi. Scrag se encuentra bien. Erikki fuera de peligro. Y Duke recuperándose poco a poco pero bien…; si no fuera por Dubois y Fowler, Mac, Tom y sus muchachos… ¡Aleluya! He de irme, hasta luego.

—*Au revoir*. —Luego, dirigiéndose a Mathias—: *Merde*, me envían al mar del Norte.

—*Merde!*

—¿Cuál es la extensión de «Alitalia»?

—La 22134. ¿Por qué?

—Aunque hubiera de recurrir al propio Papa, tomaré el primer vuelo de mañana a Roma con transbordo a Niza. Necesito a Marie-Christine, a los niños y una comida decente. ¡*Espèce de con*, al mar del Norte! —Miró preocupado el reloj—. ¡*Espèce de con*, esta espera! ¿Dónde están nuestros pájaros de Kowiss, eh?

KUWAIT. A LO LARGO DE LA COSTA: 4.31 DE LA TARDE. Se encendió la luz roja de alerta al combustible. McIver y Wazari se dieron cuenta al momento y ambos maldijeron.

—¿Cuánto nos queda, capitán?

—Con este maldito viento, no mucho.

Estaban volando exactamente a 30 metros sobre las olas.

—¿Y cuánta distancia nos queda por recorrer?

—Ya no está lejos. —McIver se encontraba exhausto y se sentía muy mal. El viento había arreciado hasta casi treinta y cinco nudos y él había estado atendiendo con todo mimo al «212», intentando ahorrar combustible, pero llegado a un nivel tan bajo poco se podía

hacer. La visibilidad seguía siendo escasa y el cielo aparecía encapotado pero se aclaraba rápidamente a medida que se acercaban a la costa. Miró por la ventanilla en dirección a Ayre e indicando el panel de instrumentos señaló con los pulgares hacia abajo. Ayre asintió. Su luz de alarma todavía no había aparecido. En ese mismo momento, se encendió.

—¡Condenación! —dijo Kyle, el mecánico de Ayre—. Dentro de unos minutos quedaremos al descubierto y seremos unos blancos perfectos.

—No hay de qué preocuparse. Si Mac no llama pronto a Kuwait lo voy a hacer yo. —Ayre miró hacia arriba y le pareció divisar a los cazas sobre ellos pero solo eran dos aves marinas—. Santo cielo, por un momento…

—Esos bastardos no se atreverían a seguirnos hasta tan lejos, ¿no crees?

—No lo sé.

Desde que dejaran la costa habían estado jugando al escondite con los dos cazas. De través sobre Kharg, deslizándose satisfechos entre la lluvia y la bruma sin variar la altitud sobre las olas, McIver y él fueron localizados: «Les habla el control del radar de Kharg: helicópteros volando ilegalmente dirección 275 grados, suban a trescientos y manténganse, suban a trescientos y manténganse».

Por un instante permanecieron sin saber qué hacer, pero McIver hizo señas de inmediato a Ayre para que lo siguiera, giró noventa grados en dirección Norte, alejándose de Kharg y descendió aún más sobre el mar. Al cabo de unos minutos, les llegó un auténtico derroche de farsi por los auriculares, entre los cazas y el control de las Fuerzas Aéreas.

—Les están dando nuestras coordenadas, capitán —jadeó Wazari —, órdenes de armar sus cohetes…, ahora informan de que están armados…

—¡Les habla Kharg! Los helicópteros que vuelan ilegalmente con rumbo 270 que asciendan a trescientos y se mantengan. Si no

obedecen, serán interceptados y derribados. Repito, ¡serán interceptados y derribados!

McIver se llevó la mano al pecho frotándoselo porque le volvía el dolor, luego, obstinado, mantuvo el rumbo mientras Wazari le iba traduciendo a retazos lo que estaban comunicando:… el líder está diciendo «seguidme hacia abajo»… Ahora el artillero dice que todos los cohetes están armados… ¿cómo vamos a localizarlos entre toda esta mierda…? Voy a disminuir la marcha… no tenemos que perderlos… El controlador de tierra dice «Confirmen cohetes armados…, confirmen destrucción…». ¡Jesús! Están confirmando que los cohetes están armados y que se dirigen en rumbo de colisión hacia nosotros.

Como si le hubiesen oído, los dos cazas salieron veloces de entre la niebla en su dirección, pero hacia la derecha y a cuatro metros sobre ellos, los dejaron atrás y desaparecieron.

—¡Santo cielo! ¿Nos habrán visto?

—Por Dios, capitán, no lo sé, pero esos bastardos llevan detectores térmicos.

A McIver el corazón le latía descompasadamente mientras hacía señas a Ayre y quedaba suspendido a corta distancia sobre las olas para despistar a sus perseguidores.

—¡Por Dios santo, dime lo que están comunicando, Wazari!

—Los pilotos están maldiciendo, informando que se encuentran a dos mil doscientos nudos…, uno de ellos dice que no hay agujeros en la niebla y que a su alrededor el techo es de unos doscientos… Difícil divisar la superficie… El controlador dice que sigan adelante hasta la línea internacional y que se interpongan entre ella y los piratas. ¡Cielo santo, piratas! Que se sitúen entre ellos y Kuwait…, que comprueben si la cubierta de nubes es más floja…, que mantengan posición de emboscada a seiscientos…

«¿Qué puedo hacer? —se preguntó McIver—. Podría dejar atrás Kuwait y volar directo a Jellet. Eso es imposible, jamás lo lograríamos con este viento. No podemos retroceder. De manera que

la única solución es Kuwait, y esperemos poder deslizarnos por debajo de ellos».

En la línea internacional había nubes suficientes para ocultarlos. Pero los cazas acechaban desde alguna parte, en formación de soporte, esperando a que se abriera un hueco; o que las nubes menguaran; o a que su presa se sintiera segura y ascendieran, de acuerdo con las reglas, a la altitud de aproximación. Hacía un cuarto de hora que el canal militar permanecía en silencio. Ahora, ya podían oír a los controladores de Kuwait.

—Voy a parar un motor para ahorrar combustible —dijo McIver.

—¿Quiere que llame a Kuwait, capitán?

—No, yo lo haré dentro de un momento. Más vale que vuelvas a la cabina y prepares tu escondrijo. Trata de encontrar algunos monos marineros, los hay en la taquilla. Utiliza un mono salvavidas marinero. Arroja tu uniforme y ten a mano un «Mae West».

Wazari se puso lívido.

—¿Vamos a bajar al mar?

—No, solo a modo de camuflaje por si nos inspeccionan —mintió McIver, no teniendo la menor esperanza de alcanzar la costa. Su voz era tranquila y tenía la cabeza despejada, aunque las extremidades le pesaban como el plomo.

—¿Qué plan tiene para cuando aterricemos, capitán?

—Habremos de actuar dependiendo de cómo se presenten las cosas. ¿Tienes alguna documentación?

—Solo mis licencias de operador, la americana y la iraní. En las dos se dice que pertenezco a las Fuerzas Aéreas iraníes.

—Mantente a cubierto. No sé lo que va a pasar…, pero conservaremos la esperanza.

—Ahora podemos salir de toda esta porquería, capitán. No es necesario que tentemos a la suerte —dijo Wazari—. Ya hemos atravesado la línea, ahora estamos a salvo.

McIver miró hacia arriba. La cubierta de nubes y niebla iba desapareciendo rápidamente, apenas tenían ya dónde ocultarse. La luz roja de alerta parecía invadir su horizonte. Conque era mejor

subir, ¿eh? «Wazari tiene razón, no vale la pena tentar a la suerte», se dijo.

—Solo estaremos a salvo cuando nos hallemos en tierra —dijo en voz alta—. Tú debes saberlo.

TORRE DEL AEROPUERTO DE KUWAIT: 4.38 DE LA TARDE. El inmenso salón se encontraba atestado de personal. Algunos controladores británicos, otros kuwaitíes. El equipo mejor y más moderno. Télex, teléfonos y eficiencia. Se abrió la puerta y entró Charlie Pettikin.

—¿Me ha llamado, señor? —preguntó ansioso mirando al controlador de servicio, un irlandés orondo, de color subido, llevando un «micro» en forma de tubo delgado y un único y minúsculo auricular.

—Sí, sí, desde luego, capitán Pettikin —dijo el hombre con tono tajante, y al punto creció la ansiedad de Pettikin—. Me llamo Sweeney. ¡Mire eso! —utilizó un rotulador para señalar. En la periferia exterior de su pantalla, a la altura de la línea de treinta kilómetros se veía un pequeño destello de luz—. Eso es un helicóptero, posiblemente dos. Cualquiera que sea su número, han aparecido de repente, y todavía no se han comunicado. Me han dicho que usted está esperando la llegada de dos en tránsito desde el Reino Unido. ¿Serán estos acaso?

—Sí —dijo Pettikin, loco de contento porque al fin uno de ellos o los dos habían entrado en el sistema. Con semejante ruta debían proceder de Kowiss. Aunque, al mismo tiempo, tuviera la penosa sensación de que todavía estaban muy lejos de encontrarse a salvo —. Sí, es correcto —dijo rezando para sus adentros.

—En definitiva, tal vez no sean los suyos, alabado sea Dios, porque siguen un rumbo endiabladamente curioso, están haciendo la aproximación desde el Este, si él o ellos van en tránsito desde el Reino Unido. —Pettikin no dijo palabra bajo el atento escrutinio de

Sweeney—. Suponiendo que uno o los dos les pertenezcan, ¿cuáles serían sus señales de llamada?

La inquietud de Pettikin se acrecentó. Si daba las nuevas señales británicas y los helicópteros comunicaban sus matrículas iraníes, como legalmente estaban obligados a hacer, todos se encontrarían en una grave situación. Desde la torre podrían verse claramente las letras de los helicópteros cuando tomaran tierra, resultaba de todo punto imposible que los controladores no las vieran. Pero si daba las matrículas iraníes a Sweeney, toda la operación Torbellino se vendría abajo. «Este bastardo está intentando acorralarte», se dijo, al tiempo que sentía un gran vacío en su interior.

—Lo siento —dijo sin gran convicción—. No lo sé. Nuestro papeleo no es de los mejores. Lo siento.

Sonó el timbre del teléfono. Sweeney lo cogió.

—Ah, sí, sí, comandante…, sí…, no, por el momento no… Creemos que se trata de dos…, sí, sí, estoy de acuerdo… no. Ahora está muy bien. Se va de vez en cuando…, sí, muy bien.

Colgó, concentrándose de nuevo en la pantalla.

Inquieto, Pettikin volvió a mirarla también. El importante centelleo no parecía moverse.

Entonces, Sweeney cambió a alcance máximo y la imagen de la pantalla llegó desde mucho más lejos, bien entrada en el Golfo: hacia el Oeste, los escasos kilómetros de la frontera kuwaití con Irak; hacia el Norte, la frontera irano-iraquí, ambas muy cerca.

—Nuestro largo alcance ha estado fuera de uso durante un buen rato, de lo contrario los hubiésemos visto mucho más pronto, ahora funciona bien, gracias sean dadas a Dios. Hay bastantes bases de cazas por ahí —dijo con expresión ausente mientras señalaba con el marcador al lado iraní de la frontera, en el estuario de Shatt-al-Arab, en dirección a Abadán. Luego, el lápiz trazó una línea dentro del Golfo desde Kowiss a Kuwait y se situó sobre la lucecilla—. Estos son sus helicópteros, si es que son dos…, y si son de su propiedad. —El punto se movió ligeramente hacia el Norte en dirección a otras dos luces que se movían rápidamente—. Cazas. Pero no son nuestros, y,

sin embargo, se hallan dentro de nuestro espacio aéreo. —Levantó la vista y Pettikin sintió un escalofrío helado—. Y no han sido invitados. Tampoco se han identificado. Luego, hostiles.

—¿Qué están haciendo? —preguntó Pettikin, convencido ya de que estaba jugando con él.

—Eso es lo que todos querríamos saber, lo que vamos a averiguar. —El tono de voz de Sweeney no era ni mucho menos cordial. Con el marcador señaló otras dos pequeñas luces saliendo de la franja militar kuwaití—. Esos sí son nuestros. Van a echar un vistazo. —Dio a Pettikin un auricular, y accionó su transmisor. «Aquí Kuwait. Helicóptero o helicópteros hacia el interior, dirección 274 grados, informen su señal de llamada y altitud».

Estática. Repitió pacientemente la llamada. Y entonces Pettikin reconoció la voz de McIver.

—Kuwait, este es helicóptero… este es helicóptero «Boston Tango» con helicóptero «Hotel Eco» en tránsito hacia Al Shargaz volando a ciento ochenta y ascendiendo a doscientos.

McIver acababa de dar las dos últimas letras de la matrícula iraní, en lugar de todas las letras, como le habían pedido en la llamada inicial, incluido el prefijo EP por Irán.

Pero lo asombroso fue que Sweeney aceptó la llamada.

—Helicópteros «Boston Tango» y «Hotel Eco» informen marcador externo —dijo y Pettikin lo notó distraído, concentrándose en las dos luces hostiles que se acercaban rápidamente a los helicópteros, siguiéndoles con el marcador sobre el cristal—. Tratan de alcanzarles por todos los medios —farfulló—. Dieciséis kilómetros al Este.

La voz de McIver llegó a través de los auriculares.

—Kuwait, confirmen por favor marcador externo. Solicitamos entrada directa. Vamos escasos de combustible.

—Aprobado directo, informen marcador externo.

Pettikin percibió el tono inflexible y reprimió una exclamación. Sweeney empezó a tararear. El otro controlador, un kuwaití, se levantó con calma de su escritorio y se situó detrás de ellos.

Observaron el rastro circular, que establecía una perspectiva del terreno, y las dos luces en su seguimiento, viéndolos, no como simples centelleos sino como dos cazas hostiles y dos interceptores kuwaitíes más lentos, todavía lejos, y los dos helicópteros en el centro, indefensos. Más cerca. Los cazas hostiles se confundían ya casi con los helicópteros y, de repente, se apartaron, alejándose de nuevo en dirección Este a través del Golfo. Por un instante, los tres hombres contuvieron el aliento. Los cohetes necesitaron tiempo para alcanzar sus blancos. Pasaban los segundos. Las lucecitas de los helicópteros seguían en la pantalla. Y las de los interceptores kuwaitíes también mientras se acercaban a los helicópteros. Luego, también ellos dieron media vuelta y regresaron a la base. Por un momento, Sweeney cambió a su canal y escuchó lo que decían en árabe. Levantó la vista hacia el controlador de más edad y le habló en árabe también.

—Insha'Allah —dijo el hombre, hizo una leve inclinación de cabeza a Pettikin y salió de la sala.

—Nuestros interceptores informan no haber vista nada —dijo Sweeney a Pettikin, con voz neutra—. Salvo dos helicópteros «212». No han visto nada más. —Volvió a la banda regular, aviones informando y recibiendo instrucciones para el despegue y el aterrizaje. Luego, accionó el radar acercando la imagen. Ya se veían los dos helicópteros separados, parpadeando dos lucecitas todavía muy adentradas en el mar. Su aproximación parecía hacerse interminablemente lenta, entre las estelas de los jets que llegaban y despegaban.

La voz de McIver sonó entre las otras voces.

—¡Pan-pan-pan! Kuwait aquí helicópteros «BT» y «HE», pan-pan-pan. Los dos tenemos encendidas las luces de alerta, manómetros vacíos, pan-pan-pan (la llamada de emergencia un escalón por debajo de «Mayday»).

—Permiso para aterrizar en el helipuerto de Playa Messali directamente delante, cerca del hotel… Les alertaremos y les enviaremos combustible. ¿Me reciben?

—Roger, Kuwait, gracias. Conozco el hotel. Por favor, informen al capitán Pettikin.

—Wilco, de inmediato. —Sweeney telefoneó y puso en standby a su helicóptero de rescate aire-mar, preparado para despegue inmediato, envió un coche de bomberos al hotel y luego alargó la mano para que Pettikin le entregara el auricular. A continuación, echó una ojeada a la puerta y le hizo señas de que se acercara.

—Y ahora, escúcheme —silabeó, hablando con voz queda—. Usted mismo será el que los reciba, les suministre el combustible, les haga pasar por Aduanas e Inmigración, si es que puede, ¡y los saque con mil demonios de Kuwait en cuestión de minutos!, ya que, de lo contrario, usted, ellos y sus altos y poderosos amigos «importantes» darán con sus huesos en la cárcel y allá se las compongan. ¡Santa madre de Dios!, ¿cómo han podido atreverse a poner en peligro a Kuwait con sus demenciales aventuras frente a esos fanáticos iraníes a los que tanto les gusta darle al gatillo, haciendo además, que hombres honrados arriesguen sus puestos por gentes como ustedes? Si llegan a derribar a alguno de sus helicópteros… Solo la suerte del mismísimo demonio ha impedido un incidente internacional. —Se metió la mano en el bolsillo y sacó un papel que puso violentamente en la de Pettikin, sorprendido ante lo repentino del gesto y el veneno que destilaba—. Léalo y luego tírelo al retrete.

Sweeney, dando media vuelta cogió el teléfono de nuevo. Pettikin salió de allí con las piernas como flanes. Una vez en lugar seguro, miró el papel. Era un télex. El télex. De Teherán. No se trataba de una fotocopia. Tenía en sus manos el original.

«¡Dios Todopoderoso! ¿Lo interceptó Sweeney y nos dio cobertura? ¿Pero no acaba de decir: "Hágalos pasar por Aduanas e Inmigración…, si es que puede"?».

EN EL «MESSALI BEACH HOTEL»: El pequeño camión cisterna con Genny y Pettikin a bordo, abandonó la carretera de la costa y se adentró por los grandes jardines del hotel, con todas las rociaderas

en marcha. El helipuerto estaba bastante al oeste de la inmensa zona de aparcamiento. Un coche de bomberos se encontraba allí, esperando. Genny y Pettikin bajaron del camión. Este último llevaba en la mano un walkie-talkie de onda corta y ambos escudriñaron ansiosos entre las brumas sobre el mar.

—¿Me escuchas, Mac?

Solo oían los motores pero todavía no podían verlos.

—Dos por cinco, Charlie… —Muchos ruidos—. Pero yo… Freddy, toma tú el helipuerto yo iré al costado.

Más ruidos.

—Ahí están —gritó Genny.

Los «212» salieron de entre la niebla a unos doscientos metros.

—¡Ayúdales, Dios mío…!

—Os tenemos a la vista, Mac. Los coches de bomberos están preparados, no hay problema.

Pero Pettikin sabía que sí lo había, y grave. No les sería posible cambiar las letras con tanta gente mirando. Uno de los motores falló y tosió, pero no pudieron saber a cuál de los dos helicópteros pertenecía. Tosió de nuevo.

—Mantente bajo, voy hacia el helipuerto —dijo Ayre con un tono demasiado lacónico.

Vieron al «212» de la izquierda separarse ligeramente y empezar a perder altitud, tratando de establecer la distancia, con el motor tosiendo de manera intermitente. Los bomberos se prepararon. McIver mantuvo, tenaz, el rumbo conservando la altitud a fin de disponer de la mejor oportunidad para el caso de que los motores le fallasen.

—¡Mierda! —farfulló Pettikin de forma involuntaria, viendo a Ayre llegar rápido, demasiado rápido, detenerse de repente y posándose en el mismísimo centro, sano y salvo. Por su parte, McIver…

—¡Santo Cielo!, ¿por qué está volando solo, dónde demonios está Tom Lochart?

… procedía ya a una aproximación de emergencia, sin poder volverse ya atrás, sin espacio para maniobrar. Todo el mundo

contenía la respiración. Y de súbito, los patines tomaron tierra y, en ese mismo instante, los motores se pararon.

Los bomberos, en contacto por radio con el aeropuerto, informaron del «Fin de la emergencia» y empezaron a recoger su material, mientras Pettikin sacudía con fuerza la mano de McIver y corría hacia Ayre para hacer lo mismo. Genny se encontraba de pie, junto a la portezuela abierta de la carlinga de McIver, mirándole con expresión resplandeciente.

—¡Hola, Duncan! —dijo, apartándose el cabello de los ojos—. ¿Has tenido un buen vuelo?

—El peor de toda mi vida, Gen —dijo él, mientras trataba de sonreír aunque sin lograrlo del todo—. De hecho, no quiero volver a volar nunca más, bueno, pilotando yo, ¡Dios me valga! Todavía iré a poner a prueba a Scrag, pero solo una vez al año.

Genny se echó a reír abrazándole con cierto desmaño y se hubiera apartado si él no la hubiera mantenido apretada contra sí desbordando de cariño por ella…, tan aliviado de verla, de encontrarse otra vez en tierra firme, de que su pasajero estuviera indemne, su pájaro intacto que no pudo dejar de gritar:

—¿Y tú estás bien, mi amor?

Aquello hizo que a Genny se le saltaran las lágrimas. Hacía meses que no la había llamado así, tal vez años. Lo abrazó con más fuerza.

—Y ahora mira lo que me has hecho hacer. —Encontró el pañuelo y separándose de él le dio un ligero beso—. Te mereces un whisky con soda. ¡Dos largos! —Por primera vez se dio cuenta de la palidez de McIver—. ¿Te encuentras bien, amor?

—Sí, sí, creo que sí. Una cierta conmoción. —McIver miró detrás de ella a Pettikin que reía y hablaba excitado con Ayre, mientras que el conductor del camión cisterna estaba ya bombeando el combustible en los tanques. Más allá, un coche de aspecto oficial se estaba aproximando—. ¿Y qué hay de los otros? ¿Qué ha pasado?

—Todo el mundo se encuentra a salvo menos Marc Dubois y Fowler Joines. Siguen sin aparecer. —Le dijo cuanto sabía sobre Starke, Gavallan, Scragger, Rudi y todos sus hombres—. Una noticia

fantástica es que Newbury, el cónsul en Al Shargaz, recibió un mensaje desde Tabriz, informando que Erikki y Azadeh están a salvo en el palacio de su padre, pero que, al parecer, él ha muerto y ahora es Khan el hermano de Azadeh.

—Caramba, eso es formidable. ¡Así que lo hemos logrado, Gen!

—Sí, sí, lo hemos logrado… ¡Maldito viento! —Se apartó un mechón de cabello de los ojos—. Y Andy, Charlie y los demás creen que existen buenas posibilidades de que Dubois aparezca. —Calló, esfumándose su contento al darse cuenta de repente de que algo faltaba. Dando media vuelta miró hacia el otro «212»—. ¿Y Tom? ¿Dónde está Tom Lochart?

AL SUR DE TEHERÁN: 5.10 DE LA TARDE. El pozo de petróleo abandonado entre colinas desoladas se encontraba a unos doscientos kilómetros de Teherán. Lochart lo conocía de los viejos tiempos. Su «206» se encontraba aparcado junto a la bomba de combustible y había llenado los tanques manualmente. Ya casi había terminado. Era una estación de servicio para los helicópteros que atendían aquella área, formando parte del gran oleoducto del Norte que, en tiempos normales, albergaba personal de mantenimiento iraní. En una tosca cabaña, había algunos catres para pasar la noche en el caso de encontrarse con alguna de aquellas súbitas tormentas endémicas del lugar. Los propietarios originales, británicos, bautizaron el lugar «D'Arcy 1908», en recuerdo del inglés de dicho nombre que aquel año descubriera petróleo en Irán por vez primera. Ahora, pertenecía a «IranOil» pero habían conservado el nombre, manteniendo los tanques de combustible a tope.

«Y gracias sean dadas a Dios por ello», se dijo de nuevo Lochart, agotado por el bombeo. En el punto de encuentro de la costa, había subido a bordo dos bidones vacíos de ciento cincuenta litros ante la posibilidad de que hubieran abierto de nuevo el «D'Arcy 1908» e instalado un bombeo temporal. En la playa quedaba todavía

combustible suficiente para salir de Irán y Sharazad podría accionar la bomba en vuelo.

«Ahora tenemos una posibilidad —se dijo en voz alta—, sabiendo dónde aterrizar, cómo aparcar con seguridad y cómo entrar desapercibido en Teherán».

De nuevo se sentía confiado, haciendo planes una y otra vez, lo que diría a Meshang, lo que evitaría, lo que diría a Sharazad y cómo escaparían. «Tiene que haber alguna forma de que reciba la herencia que le corresponde, lo suficiente para darle la seguridad que necesita…».

La gasolina se derramó del tanque, lleno hasta rebosar, y se maldijo por su descuido, enroscó los tapones con gran cuidado y limpió el exceso de combustible. Ya había terminado: los bidones estaban llenos en el asiento trasero y la bomba en su sitio.

En una de las cabañas encontró algunas latas de carne y devoró el contenido de una de ellas, ya que era imposible comer y volar a menos que lo hiciera con la mano izquierda y había pasado demasiado tiempo en Irán para hacer semejante cosa. A continuación abrió una botella de cerveza que había metido entre la nieve para que se enfriara y la saboreó agradecido. Había agua en un barril. Rompió el hielo y se echó por la cara para refrescarse aunque no se atrevió a beberla. Se secó. Tenía áspera la incipiente barba y de nuevo maldijo ya que quería estar lo más presentable posible para ella. Entonces, se acordó de su maletín de vuelo y las maquinillas de afeitar que llevaba en él. Una de ellas funcionaba con pilas. La encontró. «Te puedes afeitar en Teherán», dijo a su imagen reflejada en el cristal de la ventanilla de la carlinga, ansioso por proseguir su vuelo.

Una última mirada en derredor. Nieve, rocas, y no mucho más. A lo lejos, la carretera Qom-Teherán. El cielo estaba encapotado pero el techo de nubes aparecía alto. Unas aves volaban en círculo a bastante altura. «Carroñeras. Buitres de alguna especie», se dijo, al tiempo de abrocharse el cinturón.

TEHERÁN. EN LA CASA BAKRAVAN: 5.15 DE LA TARDE. Se abrió la puerta del muro exterior y salieron dos mujeres completamente cubiertas con chadors y velos. Sharazad y Jari, irreconocibles. Jari cerró la puerta y siguió presurosa a Sharazad que andaba de prisa, sorteando a la multitud.

—Espera, Princesa, no hay prisa…

Pero Sharazad no aminoró el paso hasta haber dado la vuelta a la esquina. Entonces, se detuvo y esperó impaciente.

—Ahora voy a dejarte, Jari —dijo, sin darle tiempo a que la interrumpiera—. No vuelvas a casa y reúnete conmigo en la tienda de café, ya sabes cuál, a las seis y media. Espérame si me retraso.

—Pero, Princesa… —Jari apenas podía hablar—, pero Su Excelencia Meshang… Le dijiste que íbamos al médico y no hay…

—En la tienda de café alrededor de las seis y media, de seis y media a siete, Jari. —Sharazad bajó presurosa la calle, se metió peligrosamente entre la circulación y atravesó la calle para evitar a su doncella que se disponía a seguirla. Entró por una bocacalle, luego a otra y pronto se encontró libre.

—No voy a casarme con ese espantoso hombre. No lo haré, no lo haré y no lo haré —farfulló en voz alta.

La irrisión había comenzado aquella misma tarde, aun cuando solo a la hora del almuerzo había anunciado Meshang la infausta nueva. Una hora antes, había llegado su mejor amiga para preguntarle si eran ciertos los rumores de que Sharazad se iba a casar con un miembro de la familia Farazan.

—La noticia ha corrido por todo el bazar, queridísima Sharazad, y he venido de inmediato para felicitarte.

—Ahora que estoy divorciada, mi hermano tiene muchos proyectos para mí —dijo ella con tono indiferente—. Y tengo muchos pretendientes.

—Claro, claro, pero corre el rumor de que ya ha sido acordada la dote Farazan.

—¿De verdad? Es la primera noticia que tengo. La gente es muy embustera.

—Estoy de acuerdo contigo, es espantoso. Otro de esos repugnantes rumores es el de que el matrimonio se celebrará la próxima semana y que tu… y que tu supuesto marido está pavoneándose de haber burlado a Meshang sobre la dote.

—¿Que alguien ha burlado a Meshang? Tiene que ser mentira.

—Sabía que esos rumores eran falsos. Lo sabía. ¿Cómo era posible que te casaras con el viejo Daranoush Diarrea, el Sha de las Basuras Nocturnas? ¿Cómo era posible? —Su amiga rio como una loca—. ¿Y qué puedes hacer ahora, mi pobre amiga?

—¿Y eso qué importa? —había dicho Meshang con tono sibilante —. Solo tienen envidia. El matrimonio se celebrará y esta noche él vendrá a cenar, y le haremos la velada agradable.

«Tal vez lo haga, o tal vez no», se dijo ella realmente furiosa. Acaso la diversión no fuera la que ellos esperaban.

Comprobó de nuevo la dirección, con las rodillas temblorosas. Se dirigía al apartamento de *su* amigo, que ya no estaba lejos. Allí encontraría el escondrijo secreto de la llave en el nicho que había abajo y luego entraría y miraría debajo de la alfombra del dormitorio, y apartaría la tabla como le había visto hacer a él. Entonces, sacaría la pistola y la granada, gracias sean dadas a Dios por el chador que le serviría muy bien para mantenerlas ocultas, y luego colocaría la tabla y la alfombra otra vez y volvería a casa. Su excitación casi la ahogaba. Ibrahim estaría orgulloso de mí, lanzándome a la lucha por Dios, sufriendo martirio por Dios. ¿Acaso no se fue al Sur para sufrir martirio luchando contra el mal de la misma manera? Desde luego que Dios le perdonará su tonto izquierdismo.

«Fue muy inteligente por su parte enseñarme a quitar el seguro y a manejar la pistola y la granada y luego lanzarla contra los enemigos del Islam gritando "Dios es Grande… Dios es Grande…", abalanzándose luego contra ellos, disparando contra ellos. Esta noche si puedo, mañana a más tardar, toda la ciudad hervirá de rumores de que los izquierdistas de la Universidad han comenzado

su esperada insurrección. Les haremos lanzarse mi hijo y yo, lo haremos, Soldados de Dios y el Profeta cuyos nombres sean alabados. ¡Lo haremos!».

«"Dios es Grande, Dios es Grande…". No hay más que quitar el seguro y lanzarla después de contar hasta cuatro. Recuerdo con toda exactitud todo cuanto dijo».

KUWAIT. EN EL HELIPUERTO DEL «MESSALI BEACH HOTEL»: 5.35 DE LA TARDE. McIver y Pettikin observaban a los dos funcionarios de Inmigración y Aduanas. Uno de ellos examinaba, impasible, la documentación de los helicópteros en tanto que el otro inspeccionaba las cabinas de los «212». Hasta el momento, su inspección había sido superficial aunque tomándose mucho tiempo. Habían recogido todos los pasaportes así como la documentación de los aparatos, pero se habían limitado a echarles un vistazo preguntando luego a McIver qué opinaba sobre la situación actual en Irán. Aún no les habían preguntado, de forma directa, de dónde procedían los helicópteros. «Lo harán en cualquier momento», se decían, aprensivos, McIver y Pettikin, mientras esperaban.

McIver había considerado la posibilidad de mantener escondido a Wazari, pero, a última hora, decidió no correr el albur.

—Lo siento, sargento, pero tendrá que arriesgarse.

—¿Quién es? —había preguntado al punto el funcionario de Inmigración. El color de su tez lo proclamaba, y su miedo también.

—Un operador de radio-radar —repuso McIver sin entrar en más detalles.

El funcionario dio media vuelta y dejó a Wazari allí, de pie, sudando bajo el pesado mono de plástico, a prueba de agua de mar, y el Mae West atado a medias.

—¿De manera, capitán, que cree que se va a producir un golpe en Teherán, un golpe militar?

—No lo sé —le había dicho McIver—. Los rumores se propagan como la langosta. La prensa inglesa dice que es posible, más que

posible, y también que en Irán reina una especie de locura, como el terror de la Revolución francesa o de la Revolución bolchevique, y sus secuelas. ¿Pueden llevar a cabo una revisión nuestros mecánicos mientras esperamos?

—Por supuesto. —El funcionario esperó mientras McIver daba la orden—. Esperemos que esa locura no se extienda por todo el Golfo. A nadie le interesa que haya dificultades en este lado del *Golfo Islámico*. Es el Golfo Islámico, ¿no?

Utilizó las palabras con extrema deliberación, ya que todos los Estados del Golfo aborrecen la denominación de Golfo Pérsico.

—Sí, sí, claro. Lo es.

—Deberían cambiarse todos los mapas. El Golfo es el Golfo, el Islam es el Islam y no solo para la secta chiita.

McIver no dijo palabra. Pero su cautela y también su inquietud se intensificaron. Había muchos chiitas en Kuwait y en la mayor parte de los Estados del Golfo. Muchos. Por lo general, vivían en la pobreza. Los gobernantes, los jefes eran sunitas en su mayoría.

—¡Capitán! —El funcionario de Aduanas que se encontraba en la entrada de la cabina del «212» aparcado en el helipuerto le hizo señas de que se acercara. A Ayre y Wazari se les había dicho que esperaran a la sombra, alejados de los helicópteros, hasta que la inspección hubiera acabado. Los médicos estaban ocupados haciendo una revisión de tierra.

—¿Llevan alguna clase de armas?

—No, señor, tan solo la pistola ligera «Very» reglamentaria.

—¿Contrabando de algún tipo?

—No, señor. Solo repuestos.

Todas las preguntas habituales, formuladas de manera interminable y que volverían a repetirse tan pronto como quedaran en libertad de dirigirse al aeropuerto. Finalmente, el hombre le dio las gracias y le indicó que podía irse. El funcionario de Inmigración se había dirigido a su coche con los pasaportes en la mano. La radio estaba abierta y McIver podía oír claramente al Control de Tierra. Vio al hombre rascarse, pensativo, la barba, para, a continuación, coger

el micro y hablar en árabe. Aquello aumentó su preocupación. Genny se encontraba sentada cerca, a la sombra, y McIver se acercó a ella.

—Mantén la cabeza alta —le susurró ella—. ¿Qué tal van las cosas?

—No sabes cómo deseo que acabemos con todo esto —dijo, irritado, McIver—. Habremos de soportar otra hora más en el aeropuerto y maldito si sé qué hacer.

—¿Ha dicho Charl…?

—¡Capitán! —El funcionario de Inmigración le hizo seña de que se acercara al coche junto con Pettikin—. De manera que están en tránsito, ¿no?

—Sí. Con destino a Al Shargaz. Con su permiso, saldremos de inmediato —dijo McIver—. Iremos al aeropuerto, registraremos nuestro plan de vuelo y despegaremos lo más de prisa que nos sea posible. ¿Está de acuerdo?

—¿Han dicho que están en tránsito con destino adónde?

—Al Shargaz, vía Bahrein para repostar —respondió McIver, sintiéndose peor cada minuto que pasaba.

Cualquier funcionario de aeropuerto tenía que saber que habrían de repostar antes de llegar a Bahrein, aun cuando no hiciera ese viento, y también que todos los aeropuertos desde Kuwait hasta allá eran sauditas, de manera que tendría que registrar un plan de vuelo para un aterrizaje en suelo saudita, Bahrein, Abu Dhabi, Al Shargaz, todos habían recibido el mismo télex. Kuwait también. Y aunque en este último país hubiera sido interceptado privadamente por un alma buena, cualquiera que fuese su motivo, no ocurriría lo mismo en los aeropuertos sauditas. «Eso es seguro», pensaba McIver mientras veía cómo el funcionario examinaba las letras de la matrícula iraní, resaltando debajo de las ventanillas de la carlinga. Habían llegado con matrícula iraní y tendrían que registrar el plan de vuelo y despegar con las mismas letras.

Ante su enorme desconcierto, el hombre echó mano a la guantera de su coche y sacó un bloc de impresos.

—Voy a…, aceptaré su plan de vuelo aquí mismo, y les daré la salida en vuelo directo a Bahrein. Podrán despegar de inmediato. Abónenme a mí la tarifa reglamentaria por aterrizaje y les sellaré los pasaportes también. No es necesario que vayan al aeropuerto.

—¿Cómo?

—Aceptaré ahora su plan de vuelo y pueden despegar directamente desde aquí. Haga el favor de rellenarlos. —Alargó el bloc a McIver. Eran los oficiales—. Tan pronto como los haya cumplimentado, fírmelos y devuélvamelos.

Le fastidiaron algunas moscas y las espantó con la mano. Luego, cogió el «micro» de la radio, esperando ostentosamente a que McIver y Pettikin se alejaran para empezar a hablar por él en voz baja.

Se acercaron al camión sin creer apenas en lo ocurrido.

—Dios mío, Mac, ¿crees que están al corriente y se limitan a dejarnos ir?

—No sé qué pensar. Pero no perdamos tiempos, Charlie. —McIver le dio el bloc y le dijo en tono involuntariamente irritado—: ¡Limítate a establecer el plan de vuelo antes de que cambie de idea! Al Shargaz. Si resulta que se presenta una emergencia en Jellet eso es problema nuestro. ¡Por amor de Dios, apresúrate a hacerlo y despeguemos lo más pronto posible!

—Claro. Ahora mismo.

—No irás a volar tú, ¿verdad, Duncan?

Pettikin reflexionó un instante. Luego, sacó una llave y el dinero.

—Esta es la llave de mi habitación, Genny. ¿Me harías el favor de recoger mis cosas? No hay nada importante, pagar la factura y coger el próximo avión. Hughes que es el representante de «Imperial Air», te dará prioridad.

—¿Qué me dices de tu pasaporte y de la licencia? —le preguntó ella.

—Siempre los llevo conmigo, con un miedo mortal a perderlos y también un billete de cien dólares…, nunca se sabe cuándo vas a necesitar algún baksheesh.

—Dalo por hecho. —Volvió a colocarse las gafas oscuras sobre la nariz y sonrió a su marido—. ¿Qué vas a hacer tú, Duncan?

Sin darse cuenta McIver suspiró profundamente.

—He de seguir con esto, Gen. No me atrevería a quedarme aquí… Además, dudo mucho que me lo permitieran. Están desesperados por no hundir barco alguno y ansiosos por vernos desaparecer a todos de su horizonte. Es evidente, ¿no? ¿Quién ha oído jamás que se diera autorización de salida en una playa? Somos una condenada molestia y una amenaza para el Estado, claro que lo somos. Esa es la pura verdad. Haz lo que Charlie te ha dicho, Gen. Repostaremos en Jellet y allí cambiaremos las matrículas. Esperemos lo mejor. ¿Tienes las plantillas, Charlie?

—Pinceles, pintura, de todo —dijo Pettikin sin dejar de rellenar los impresos—. ¿Y qué hay de Wazari?

—Pertenece al equipo hasta que alguien empiece a hacer preguntas. Inclúyelo como operador de radio. Eso no es mentira, creo yo. Si no dicen nada respecto a él en Bahrein, seguro que lo harán en Al Shargaz. Tal vez Andy pueda encontrar la manera.

—Muy bien. Pertenece a la tripulación. Entonces, esto ya está.

—Muy bien, Gen, desde aquí, Jellet resulta fácil, y también Bahrein y Al Shargaz. El tiempo es bueno, saldrá la luna así que la excursión nocturna será estupenda. Haz lo que Charlie ha dicho. Estarás allí a tiempo para recibirnos.

—Si os vais en seguida necesitaréis comida y algo de agua mineral —dijo—. Aquí podemos encontrarlo. Vamos a buscarlo, Charlie. Y tú vente también, Duncan, necesitas una copa.

—Tenla preparada para mí en Al Shargaz, Gen.

—La tendrás. Pero ahora haré que te preparen una. No vas a pilotar y la necesitas. Y yo también.

Se acercó al funcionario de Inmigración para pedirle permiso para comprar unos emparedados y hacer una llamada telefónica.

—Vuelvo en seguida, Charlie. —McIver la siguió hasta el vestíbulo del hotel y se fue directo al excusado. Allí vomitó hasta los hígados.

Necesitó algún tiempo para reponerse. Cuando salió, Genny colgaba el teléfono.

—Dentro de un momento traerán los emparedados, tu bebida está ya preparada y te he pedido una conferencia con Andy. —Abrió la marcha en dirección a una mesa en la suntuosa terraza. Tres vasos de «Perrier» helado con rodajas de limón y un doble de whisky solo, sin hielo, tal como a él le gustaba. Apuró el primer vaso de «Perrier» prácticamente sin respirar.

—Dios mío, cómo lo necesitaba… —Miró el whisky aunque sin tocarlo. Pensativo, bebió a sorbos el segundo vaso de «Perrier» mientras la observaba.

—Creo que me gustaría que vinieras con nosotros, Gen —murmuró cuando ya se había bebido medio vaso.

Ella se sobresaltó.

—Gracias, Duncan. Me gustaría. Sí, sí, me gustaría ir —dijo al cabo de un momento.

Todo su rostro se arrugó con la sonrisa.

—Hubieras venido de todas formas, ¿no?

Ella se encogió levemente de hombros. Luego miró el whisky.

—No vas a pilotar, Duncan. El whisky te iría bien, te sentaría el estómago.

—Te diste cuenta, ¿eh?

—Solo de que estabas muy cansado. Más fatigado de lo que jamás te había visto, pero te has portado de una forma maravillosa, has hecho un trabajo formidable y deberías descansar. ¿Has estado…, has tomado tus píldoras y todas esas porquerías?

—Sí, pero pronto necesitaré repuestos. No pasa nada, pero un par de veces me he sentido muy mal. —Observó su repentina ansiedad—. Me encuentro muy bien, Gen. Francamente bien. —Sabía que valía más dejarlo estar. Ahora que estaba invitada podía tranquilizarse algo. Desde que McIver aterrizara le había estado vigilando cuidadosamente, aumentando su preocupación. Junto con los emparedados había pedido varias aspirinas, llevaba en el bolso el

«Veganin» con codeína y el botiquín secreto de supervivencia que le diera el doctor Nutt—. ¿Qué te pareció volver a pilotar? La verdad.

—Desde Teherán hasta Kowiss fue imponente, el resto no tan bueno. Y este último trecho francamente malo. —La idea de la persecución sufrida por parte de los cazas y lo cerca que tantas veces habían estado del desastre, le revolvía la bilis de nuevo—. «No pienses más en ello —se dijo—, ya ha terminado. Torbellino está a punto de finalizar. Erikki y Azadeh se encuentran a salvo; pero ¿qué hay de Dubois y Fowler, qué diablos ha pasado con ellos? ¿Y de Tom? ¡Podría estrangular a ese pobre infeliz de Tom!».

—¿Estás bien, Duncan?

—Sí, claro, estoy bien. Solo cansado. Han sido un par de semanas de abrigo.

—¿Y qué hay de Tom? ¿Qué le dirás a Andy?

—Precisamente estaba pensando en él. Tengo que decírselo a Andy.

—Ha sido una condenada tuerca en el engranaje de Torbellino, ¿no?

—Él va… él va por su cuenta, Gen. Tal vez pueda recoger a Sharazad y volver a salir. Pero si lo cogen… tendremos que aguardar, ver y conservar la esperanza —dijo. Pero estaba pensando en *cuando* lo cogieron. McIver alargó la mano y tocó la de ella contento de tenerla junto a él; no quería que se preocupara más de lo que ya lo estaba. «Muy duro para ella, todo esto. Creo que me estoy muriendo».

—Les ruego me perdonen, sahib, memsahib, lo que han pedido se les ha llevado al helicóptero.

McIver le entregó una tarjeta de crédito y el camarero se alejó.

—Y ahora que recuerdo, ¿qué pasará con la nota del hotel y la de Charlie? Tendremos que ocuparnos de ello antes de irnos.

—Bueno, mientras estabas en el excusado telefoneé a Mr. Hughes —dijo Genny— y le pedí que si no volvía a llamarle dentro de una hora, se ocupara él mismo de nuestras facturas y que nos

enviara el equipaje y todo lo demás. Yo ya llevo el bolso, el pasaporte y… Ahora, ¿por qué sonríes?

—Nada… nada, Gen.

—Era por si acaso me lo pedías. Pensé… —Se quedó mirando las burbujas en su vaso. De nuevo aquel leve encogimiento de hombros. Luego, levantó la vista y sonrió feliz—. Estoy tan contenta de que me lo pidieras, Duncan. Gracias.

AL SHARGAZ. EN LOS ALREDEDORES DE LA CIUDAD: 6.01 DE LA TARDE. Gavallan bajó del coche y subió rápidamente los escalones que conducían a la puerta de entrada de la villa de estilo marroquí, aislada por altos muros.

—¿Mr. Gavallan?

—El mismo, Mrs. Newbury. —Cambió de dirección para acercarse a la mujer que, de rodillas, y medio oculta se encontraba plantando algunas semillas cerca del sendero—. Tiene un jardín muy hermoso.

—Gracias. Es muy divertido ocuparse de él y me mantiene en forma —dijo ella. Angela Newbury era alta y estaba en la treintena. Su acento era patricio—. Roger está en la glorieta y le espera. —Con el dorso de la mano enguantada se quitó el sudor de la frente, dejando en cambio un tizón—. ¿Cómo van las cosas?

—Formidablemente —dijo él, sin referirse para nada a Lochart—. Hasta el momento nueve de diez.

—Soberbio, eso sí que es un alivio. Felicitaciones. ¡Hemos estado todos tan preocupados! Maravilloso, pero por Dios bendito, no le diga a Roger que le he preguntado. Le daría un ataque. Se supone que nadie debe saberlo.

Gavallan sonrió a su vez y caminó por el costado de la casa a través de los deliciosos jardines. La glorieta se encontraba en un bosquecillo, entre maceteros de flores, con sillas, mesas auxiliares, un bar portátil y teléfono. Su alegría se esfumó al ver el gesto de Roger Newbury.

—¿Qué ocurre?

—Tú eres lo que ocurre, Torbellino es lo que ocurre. Dejé perfectamente claro que no era en modo alguno aconsejable. ¿Qué tal va?

—Acabo de enterarme que nuestros dos de Kowiss están a salvo en Kuwait, habiendo recibido la salida con dirección a Bahrein sin dificultad alguna, de manera que tenemos nueve de diez, incluido el de Erikki en Tabriz. Todavía no hay noticias de Dubois y Fowler, pero no perdemos la esperanza. Y ahora, ¿dónde está el problema, Roger?

—Todo el Golfo anda alborotado con Teherán clamando atroz venganza y todas nuestras oficinas en estado de alerta. Mi Audaz Líder y tu seguro servidor, Roger Newbury Esquire, hemos sido cordialmente invitados a las siete y media para explicar al Ilustre Ministro de Asuntos Extranjeros el motivo de tan repentina afluencia de helicópteros aquí y cuánto tiempo tienen la intención de quedarse. —Era evidente que Newbury, un hombre bajo y enjuto, de pelo pajizo, ojos azules y una nariz prominente, estaba muy irritado —. Me alegro de lo de nueve de diez. ¿Quieres una copa?

—Gracias. Un scotch corto con soda.

Newbury se dispuso a prepararlo.

—Mi Audaz Líder y yo mismo estaríamos encantados de saber qué sugieres que digamos.

Gavallan reflexionó un instante.

—Los helicópteros estarán fuera tan pronto como los subamos a bordo de los aviones de carga.

—¿Y cuándo será eso? —preguntó Newbury alargándole el vaso.

—Gracias. Nos han prometido que los aviones estarán aquí a las seis de la mañana del domingo. Trabajaremos toda la noche y para el lunes por la mañana ya estarán fuera.

Newbury pareció escandalizado.

—¿No podéis sacarlos antes?

—Los aviones estaban pedidos para mañana, pero me fallaron. ¿Por qué?

—Porque, amigo mío, hace unos minutos nos ha llegado un soplo amigo, de muy alto nivel, referente a que siempre que los helicópteros no estén aquí para la puesta de sol de mañana, no podrán ser confiscados.

Ahora Gavallan se mostró también escandalizado.

—Pero eso no es posible…, no puede hacerse.

—Te sugiero que te ocupes de que sea posible. Conducidlos a Omán, o Dubai, o adonde sea.

—Si hiciéramos eso, nos hundiríamos más en el lodo.

—No creo que podáis hundiros más de lo que ya lo estáis, amigo mío. Tal como lo planteó ese soplo, mañana, a partir de la puesta de sol estaréis metidos en él hasta las cejas. —Newbury jugueteó con su bebida, un zumo de limón. «Maldito sea todo esto», se decía. «Mientras que estamos obligados a ayudar para que nuestras principales empresas comerciales salven lo que puedan de la catástrofe iraní, nos vemos forzados a considerar las acciones a largo plazo tanto como las de corto plazo. No podemos poner en peligro al Gobierno de Su Majestad. Y, aparte de todo ello, mi fin de semana se ha ido al diablo, debería estar saboreando un gran gimlet de vodka con Angela y aquí estoy, tomando esta porquería»—. Así que tendréis que llevároslos.

—¿No podrías lograr que nos concedieran cuarenta y ocho horas de respiro, explicando que los cargueros están contratados pero que llegarán el domingo?

—No se me ocurriría siquiera sugerirlo, Andy. Sería tanto como declararse culpable.

—¿No puedes hacer que nos den un permiso de tránsito de cuarenta y ocho horas a Omán?

—Se lo pediré ahora mismo, pero no los tendríamos hasta mañana y ya sería demasiado tarde. Además, tengo la impresión de que nos serían denegados. Irán tiene aquí una considerable presencia de buena voluntad; después de todo, les ayudaron a reprimir a los insurgentes ayudados por los comunistas del Yemen.

Dudo que estuvieran dispuestos a ofender a un excelente amigo por mucho que les desagrade la actual tendencia fundamentalista.

Gavallan se sentía enfermo.

—Más vale que me ocupe de ver si puedo adelantar la llegada de mis cargueros o tratar de encontrar un medio alternativo… Diría que existe una posibilidad entre cincuenta. —Apuró su bebida y se puso en pie—. Lamento todo esto.

Newbury se levantó también.

—Y yo siento no haber podido servir de más ayuda —dijo realmente desolado—. Mantenme informado y yo haré lo mismo.

—Desde luego. ¿Dijiste que podrías hacer llegar un mensaje al capitán Yokkonen en Tabriz?

—Lo intentaré. ¿De qué se trata?

—Solo en mi nombre, que debería, hummm, que debería salir lo antes posible y por la ruta más corta. Lo firmas, por favor, GHPLX Gavallan.

Newbury tomó nota sin comentarios.

—¿GHPLX?

—Sí. —Gavallan estaba seguro de que Erikki comprendería que se trataba de su nueva matrícula británica—. No tendrá ni idea de, hummm, de ciertas circunstancias nuevas de manera que si tu hombre puede explicarle también el motivo de este apresuramiento, te estaré muy reconocido. Y gracias por toda tu ayuda.

—Por tu bien y por el suyo estoy de acuerdo en que cuanto más pronto se vaya tanto mejor, con o sin el aparato. Nosotros no podemos hacer nada por ayudarle. Lo siento, pero así es. —Newbury jugueteó con su vaso—. Ahora representa un inmenso peligro para ti, ¿no te parece?

—No lo creo. Se encuentra bajo la protección del nuevo Khan que es cuñado suyo. Está tan seguro como nunca pudo estarlo —dijo Gavallan. «¿Qué diría Newbury si supiera lo de Tom Lochart?»—. Erikki estará bien. Y lo comprenderá. Gracias de nuevo.

LXVI

TABRIZ. EN EL HOSPITAL INTERNACIONAL: 6.24 DE LA TARDE. El Khan Hakim entró andando penosamente en la habitación privada, seguido de un médico y un guardia. Ahora utilizaba muletas lo que le permitía desplazarse algo mejor, pero cuando se inclinaba o intentaba sentarse, el dolor se agudizaba. Eso solo lo lograban los calmantes. Azadeh esperaba abajo. El resultado de los rayos X había sido mejor que el suyo y también sus dolores eran menos fuertes.

Ahmed yacía en la cama, despierto, con el pecho y el estómago vendados. La operación para sacarle la bala alojada en el pecho había resultado un éxito. La otra, en el estómago, le produjo grandes daños, había perdido mucha sangre y volvía a tener hemorragia interna. Pero tan pronto como vio al Khan Hakim, intentó incorporarse.

—No te muevas, Ahmed —dijo el Khan Hakim con tono amable —. El doctor dice que te vas reponiendo bien.

—El doctor es un embustero, Alteza.

El médico empezó a hablar pero calló al volver Hakim a tomar la palabra.

—Embustero o no, ponte bien, Ahmed.

—Sí, Alteza, con la ayuda de Dios. Pero tú…, ¿tú estás bien?

—Si los rayos X no mienten, solo tengo rotura de ligamentos. — Se encogió de hombros—. Con la Ayuda de Dios.

—Gracias…, gracias por la habitación particular, Alteza. Jamás he disfrutado de semejantes lujos.

—Es tan solo una muestra de mi estima por semejante lealtad. —Con ademán imperioso despidió al médico y al guardia. Una vez que hubieron cerrado la puerta, se acercó más a Ahmed—. ¿Pediste verme, Ahmed?

—Sí, Alteza, te ruego me perdones… el que yo no pudiera ir a ti. —La voz de Ahmed era flemosa y hablaba con dificultad—. El hombre de Tbilisi que tú querías… el soviético… ha enviado un mensaje para ti. Está… está debajo del cajón…, lo pegó debajo de ese cajón. —Con un esfuerzo, señaló hacia el pequeño escritorio.

Aquello excitó a Hakim sobremanera. Palpó por debajo del escritorio. Los vendajes adhesivos que llevaba le dificultaban el inclinarse. Encontró el pequeño trozo de papel doblado y lo sacó con facilidad.

—¿Quién lo trajo y cuándo?

—Hoy…, en algún momento, no estoy seguro. Creo que fue esta tarde. No lo sé. El hombre llevaba una bata de médico y gafas, pero no era un médico. Un azerbaiyano, o acaso un turco. Jamás le he visto antes. Habló en turco… Todo cuanto dijo fue: «Esto es para el Khan Hakim de un amigo de Tbilisi. ¿Entendido?». Le dije que sí y salió con la misma rapidez que había llegado. Durante mucho tiempo pensé que se trataba de un sueño…

El mensaje estaba garrapateado en una escritura que Hakim no reconoció: «Muchas muchas felicitaciones por tu herencia. Ojalá vivas tanto tiempo y seas tan productivo como tu predecesor. Sí, yo también quisiera que nos reuniéramos con urgencia. Pero aquí, no allí. Lo siento. Tan pronto como te encuentres preparado, me sentiré muy honrado de recibirte, con gran pompa o en privado, como prefieras. Deberíamos ser amigos, hay mucho por hacer y tenemos gran número de intereses comunes. Por favor, di a Robert Armstrong y a Hashemi Fazir que Yazernov está enterrado en el cementerio ruso de Jaleh y que tiene grandes deseos de verles cuando les parezca conveniente». No iba firmado.

Profundamente decepcionado volvió junto a la cama y alargó el papel a Ahmed.

—¿Qué opinas de esto?

A Ahmed ya no le quedaban fuerzas para cogerlo.

—Lo siento, Alteza, ponlo delante de mí para que pueda leerlo. —Una vez lo hubo leído dijo—: No es la letra de Mzytryk. Yo reconocería… reconocería su escritura pero…, creo que es auténtica. Pudiera haber transmitido el mensaje a… a alguno de sus enlaces para que lo trajera aquí.

—¿Quién es ese Yazernov y qué significa esto?

—No lo sé. Está escrito en clave…, en una clave que ellos entenderán.

—¿Se trata de una invitación para un encuentro o de una amenaza? ¿Cuál de esas dos cosas?

—No lo sé, Alteza. Supongo que un encuent… —Le sacudió un espasmo de dolor. Maldijo en su propia lengua.

—¿Sabe Mzytryk que las dos últimas veces le prepararon una emboscada? ¿Que el Khan Abdollah le había traicionado?

—Yo… yo no lo sé, Alteza. Te dije que era astuto y que el Khan, tu padre, muy… muy cauteloso en sus tratos. —El esfuerzo por hablar y concentrarse hacía disminuir rápidamente las fuerzas de Ahmed—. Que Mzytryk sepa que los dos están en contacto contigo…, que los dos están aquí ahora, no significa nada, sus espías abundan. Tú eres el Khan y, naturalmente… naturalmente sabes que te… que te espían todo tipo de hombres, en su mayoría malvados y que ellos informan a sus superiores, la mayoría de ellos más malvados todavía. —Una sonrisa contrajo su rostro y Hakim hizo cábalas sobre su intención—. Pero también tú lo sabes todo sobre la manera de ocultar tu auténtico propósito, Alteza. Ni por un instante… ni por un instante llegó el Khan Abdollah a sospechar lo inteligente que eres, ni por un instante. Si hubiera… si hubiera sabido una centésima parte de lo que eres… de lo que en realidad eres, jamás te hubiera desterrado, sino que te hubiera nombrado su heredero y principal consejero.

—Hubiera hecho que me estrangularan.

Ni por una millonésima de segundo se sintió tentado el Khan Hakim de contar a Ahmed que era él quien había enviado a los asesinos con los que Erikki acabó y tampoco sobre el asunto del veneno que también había fracasado.

—Hace una semana hubiera ordenado que me mutilaran y tú lo hubieras hecho con toda tranquilidad.

Ahmed le miró con los ojos hundidos y reflejo ya de la muerte.

—¿Cómo sabes tanto?

—Es la Voluntad de Dios.

El decaimiento había empezado. Y los dos hombres lo sabían.

—El coronel Fazir me mostró un télex sobre Erikki —dijo Hakim. Luego comunicó a Ahmed su contenido—. Ahora no tengo a Mzytryk para el trueque, al menos de inmediato. Puede entregar a Erikki a Fazir, o ayudarle a escapar. De cualquier manera, mi hermana está comprometida a quedarse aquí y no puede irse con él. ¿Qué me aconsejas?

—Para ti es más seguro entregar al Infiel al coronel a modo de pishkesh y decirle a ella que no has podido hacer nada por evitar la… la detención. En realidad, no hay nada que hacer si el coronel lo quiere así. El del Cuchillo… se resistirá y lo matarán. Entonces tú puedes prometerla secretamente al de Tbilisi… Pero sin jamás entregársela, de esta manera conservarás el control…, entonces, acaso puedas controlarle… pero lo dudo.

—¿Y si resulta que El del Cuchillo «logra» escapar?

—Si el coronel lo permite…, exigirá un pago.

—¿Y en qué consistirá?

—Mzytryk. Ahora o en algún otro momento… en algún otro momento en el futuro. Mientras que El del Cuchillo viva, Alteza, ella jamás se divorciará de él… Olvida al saboteador, pertenece a otra época de su vida… y cuando los dos años hayan… hayan pasado se irá con él, eso sí… si él deja que se quede… que se quede aquí. Dudo que siquiera Su Alteza… —Ahmed cerró los ojos y le sacudió un temblor.

—¿Qué pasó con Bayazid y los bandidos? Ahmed…

Ahmed no le oyó. Ahora ya estaba viendo las estepas, las vastas llanuras de su patria y de sus antepasados, los mares de hierba desde los que aquellos llegaron para cabalgar bajo el manto de Gengis Khan y luego del de su nieto Kubla Khan y su hermano Hulagu Khan que llegó a Persia para erigir montañas con los cráneos de quienes se le oponían. «Aquí, en las tierras doradas desde tiempos inmemoriales —se dijo Ahmed—, las tierras de vino, ardor, riquezas y mujeres con ojos de gacela, de gran belleza y sensualidad, apreciadas desde los tiempos más remotos, como Azadeh… ¡Ah!, ahora no la poseeré como debe ser poseída, arrastrada por el cabello como botín de guerra, atravesada sobre una cabalgadura para yacer con ella y domarla sobre las pieles de lobos…».

Desde muy lejos, se oyó decir a sí mismo:

—Por favor, Alteza, te suplico un favor, desearía que me enterraran en mi propia tierra y según nuestras costumbres…

«De esa manera podré vivir para siempre con los espíritus de mis padres», se dijo, aquel maravilloso espacio haciéndole seña de que se acercara.

—¿Qué pasó con Bayazid y los bandidos cuando aterrizasteis, Ahmed?

Con un esfuerzo, Ahmed regresó a la vida.

—No eran kurdos, solo hombres tribales pretendiendo ser kurdos y El del Cuchillo los mató a todos, Alteza, con una gran brutalidad —agregó con extraño formalismo—. En su locura los mató a todos, con el cuchillo y la pistola, con las manos, los pies y los dientes, a todos, salvo a Bayazid, quien, debido al juramento que te hizo, no podía atacarle a él.

—¿Le dejó vivo? —preguntó Hakim incrédulo.

—Sí, Dios le dé la paz. Él… puso una pistola en mi mano y mantuvo sujeto a Bayazid junto al arma y yo… —La voz pareció extinguirse, oleadas de hierba llamándole hasta tan lejos donde la vista podía alcanzar.

—¿Lo mataste tú?

—Ah, sí, mirándole… mirándole a los ojos. —La voz de Ahmed se hizo iracunda—. El hijo de… de perro me disparó por la espalda, dos veces, sin honor, el hijo de perro, así que murió sin honor y sin… sin virilidad, el hijo de perro. —Los labios exangües sonrieron y cerró los ojos. Se estaba muriendo rápidamente, sus palabras resultaban imperceptibles—. Tomé venganza.

—¿Qué es lo que no me has dicho, Ahmed, que deba conocer?

—Nada. —Al cabo de un momento abrió los ojos y Hakim miró dentro de aquel pozo—. No hay… no hay más Dios que Dios y… —Por la comisura de la boca le caía un hilillo de sangre—, te hice Kh… —El final de la palabra murió con él.

Hakim se sintió incómodo ante la mirada helada.

—Doctor —llamó.

Al instante, el hombre entró junto con el guardia. El médico le cerró los ojos.

—Es la Voluntad de Dios. ¿Qué hemos de hacer con el cuerpo, Alteza?

—¿Qué hacen habitualmente con los cuerpos? —Hakim se alejó ayudado por las muletas y seguido por el guardia.

«De manera que ahora, Ahmed, tú estás muerto y yo me he quedado solo, desligado del pasado y sin estar obligado a nadie. ¿Que me hiciste Khan? ¿Era eso lo que ibas a decir? ¿Acaso ignoras que en esa habitación también hay mirillas?».

Sonrió levemente. Luego, sus rasgos se endurecieron. Y ahora he de habérmelas con el coronel Fazir y con Erikki, El del Cuchillo como tú le llamabas.

EN EL PALACIO: 6.48 DE LA TARDE. Bajo la luz crepuscular, Erikki se dedicaba a reparar con gran esmero y con adhesivo transparente los agujeros que las balas le habían hecho al parabrisas de plástico del helicóptero. Le resultaba difícil con el brazo en cabestrillo, pero su mano era fuerte y la herida del antebrazo superficial, sin señal alguna de infección. Tenía la oreja vendada,

habiéndole afeitado parte del cabello en derredor a ella para una mayor limpieza y estaba curándosele rápido. Tenía buen apetito. Y las horas de charla que había tenido con Azadeh le habían proporcionado cierta paz.

«Eso es todo —se dijo—, cierta paz, aunque no la suficiente para olvidar las muertes o el peligro en que me encuentro. Eso es lo que hicieron de mí los dioses y eso es lo que soy. Sí, pero ¿qué pasa con Ross y qué pasa con Azadeh? Y, ¿por qué conserva junto a sí el kukri?».

—Fue un regalo para ti, Erikki, para ti y para mí.

—Trae mala suerte dar a un hombre un cuchillo sin recibir dinero a cambio, al momento, a modo de prenda. Cuando le vea, le daré el dinero y aceptaré su regalo.

Una vez más, pulsó la «Puesta en Marcha» del motor. Y una vez más se puso en funcionamiento y, una vez más, se estranguló y se paró. «¿Qué hay sobre Ross y Azadeh?».

Volvió a sentarse en el borde de la carlinga y miró al cielo. Este no le dio respuesta alguna, y tampoco la puesta de sol. Se había despejado el cielo, encapotado por el Oeste, el sol aparecía tímido y las nubes se mostraban amenazadoras. Comenzaron las llamadas de los almuédanos. Los guardias que montaban vigilancia junto a la puerta, se colocaron en dirección a La Meca postrándose. Lo mismo hicieron quienes se encontraban en el interior del palacio o los que trabajaban en los campos, en la fábrica de alfombras o en los apriscos de las ovejas.

De manera inconsciente, se llevó la mano al cuchillo. Sin desearlo, su mirada se dirigió hacia la «Stern» que todavía se encontraba junto a su asiento de piloto, provista de un nuevo cargador. Ocultas en la cabina había otras armas, armas de los hombres tribales, «AK47» y «M16». No recordaba haberlas cogido ni ocultado, las había descubierto aquella mañana en su inspección para comprobar los daños sufridos y mientras limpiaba el interior del aparato.

Con la venda que le cubría el oído no escuchó el coche que se acercaba con la rapidez que era habitual en él y se sorprendió al verlo aparecer en la puerta. Los guardias del Khan reconocieron a los ocupantes y dieron paso al coche que, finalmente, se detuvo en el inmenso patio, cerca de la fuente. Volvió a pulsar la puesta en marcha del motor y este se puso en funcionamiento por un momento, pero se detuvo haciendo estremecerse el inmenso armazón del aparato.

—Buenas tardes, capitán —dijeron los dos hombres, Hashemi Fazir y Armstrong—. ¿Cómo se encuentra hoy? —le preguntó el coronel.

—Buenas tardes. Con suerte, dentro de una semana, más o menos, estaré como nuevo —contestó amablemente aunque con todos los sentidos alerta.

—Los guardias dicen que Su Alteza no ha regresado aún… El Khan nos espera, estamos aquí a invitación suya.

—Están en el hospital, examinándolos por rayos X. Se fueron cuando yo todavía me hallaba durmiendo, no creo que tarden mucho. —Erikki les vigilaba—. ¿Les apetece una copa? Hay vodka, whisky y té. Y, naturalmente, café.

—Gracias, lo que usted tome —dijo Hashemi—. ¿Qué tal va su helicóptero?

—Malamente —dijo fastidiado—. Hace una hora que estoy intentando ponerlo en marcha. Ha tenido una semana desastrosa. —Erikki abrió la marcha subiendo los escalones de mármol—. Está hecho un desastre. Necesito un mecánico con urgencia. Como ya saben, nuestra base está cerrada e intentando telefonear a Teherán pero los teléfonos vuelven a estar fuera de servicio.

—Tal vez yo pueda encontrarle un mecánico, mañana o pasado mañana. En la base aérea.

—¿Lo haría, coronel? —Sonrió de repente agradecido—. Eso me sería de gran ayuda. Y también me vendría bien combustible para llenar el tanque. ¿Sería posible?

—¿Podría volar hasta el aeropuerto?

—No me arriesgaría aun cuando pudiera ponerlo en marcha… Demasiado peligroso. No, no me arriesgaría. —Erikki sacudió negativamente la cabeza—. El mecánico tendría que venir aquí. —Les condujo por un corredor, abrió la puerta de un pequeño salón en la planta baja que el Khan Abdollah había destinado para invitados no islámicos. Le llamaban el Salón Europeo. El bar estaba bien provisto. Era habitual que hubiese siempre bandejas llenas de hielo en el refrigerador, hielo hecho con agua mineral, con botellines de soda y bebidas no alcohólicas…, así como chocolate y el halvah que le había gustado con pasión.

—Yo tomaré vodka —dijo Erikki.

—Lo mismo para mí, por favor —apuntó a su vez Armstrong. Hashemi se decidió por una bebida no alcohólica.

—Tomaré también vodka cuando se haya puesto el sol.

En la lejanía, los almuédanos seguían llamando a la oración.

—*Prosit!* —Erikki hizo chocar su vaso con el de Armstrong y luego repitió cortésmente el gesto con Hashemi, después se bebió el contenido de un trago. Se sirvió otro.

—Sírvase usted mismo, inspector.

Se oyó llegar un coche y todos miraron por la ventana. Era el «Rolls».

—Perdónenme un minuto. Voy a decir al Khan Hakim que están aquí. —Erikki salió de la habitación y recibió a Azadeh y a su hermano en las escaleras—. ¿Qué mostraron los rayos X?

—Ningún indicio de daño en los huesos de ninguno de los dos. —Azadeh se sentía feliz y su cara lo revelaba—. ¿Cómo te encuentras tú, cariño?

—Bien. Es formidable lo de vuestras espaldas. ¡Formidable! —La sonrisa que dirigió a Hakim era sincera—. Estoy muy contento. Tienes visita, el coronel y el inspector Armstrong…, les hice pasar al Salón Europeo. —Erikki se dio cuenta del cansancio de Hakim—. ¿Quieres que les diga que vuelvan mañana?

—No, gracias. Azadeh, ¿te importará decirles que bajaré dentro de quince minutos pero que se sientan como en su casa? Te veré

luego, durante la cena. —Hakim la vio cómo acariciaba a Erikki, sonreír y alejarse. «Qué afortunados son de quererse tanto y al mismo tiempo qué triste para ellos»—. Ahmed ha muerto, Erikki. No quería decirlo delante de ella.

Erikki se sintió entristecido.

—Yo tengo la culpa de su muerte. Bayazid… no le dio la menor oportunidad. *Matyeryebyets!*

—La Voluntad de Dios. Ven y hablemos un momento.

Hakim se dirigió por el corredor hasta el gran salón, apoyándose cada vez más en las muletas. Los guardias permanecieron de vigilancia junto a la puerta, fuera del alcance del oído. Hakim se acercó a un nicho, dejó las muletas a un lado, se puso de cara a La Meca, jadeó de dolor al arrodillarse e intentó hacer una reverencia. Aun obligándose a sí mismo falló de nuevo y hubo de contentarse con entonar el Shahada.

—¿Quieres hacer el favor de darme la mano, Erikki?

Erikki lo levantó con gran facilidad.

—Más te valdría dejar de hacer esto durante unos días.

—¿Quieres decir no rezar? —Hakim lo miró, atónito.

—Quiero decir, que el Dios Único te comprenderá si dices la oración sin arrodillarte. La espalda se te pondrá peor. ¿Dijo el médico de qué se trataba?

—Cree que es rotura de ligamentos… Iré a Teherán tan pronto como pueda con Azadeh, para ver a un especialista. —Hakim cogió las muletas que Erikki le daba.

—Gracias.

Después de reflexionar un instante, se decidió por una butaca en lugar de su habitual diván de cojines y se instaló en ella. Luego, pidió té.

Erikki tenía el pensamiento puesto en Azadeh. Tan poco tiempo.

—El mejor especialista de espalda del mundo es Guy Beauchamp, de Londres. A mí me la arregló en cinco minutos después de que los médicos dijeran que tendría que permanecer tumbado en tracción durante tres meses si no quería quedarme con dos vértebras

soldadas. No confíes en un médico corriente en lo de la espalda, Hakim. Lo más que pueden darte son sedantes.

Se abrió la puerta y entró un sirviente con el té. Hakim le dijo que se retirara y también a los guardias.

—Vigilad que no me molesten.

El té estaba caliente, aromatizado con menta y dulce. Lo bebían en minúsculas tazas de plata.

—Y ahora hemos de decidir lo que debes hacer —dijo Hakim Erikki—. Aquí no puedes quedarte.

—Estoy de acuerdo —asintió Erikki contento de que hubiera terminado la espera—. Sé que soy…, sé que mi presencia resulta embarazosa para ti como Khan.

—Parte del acuerdo de Azadeh y mío con mi padre para ser redimidos por él y que me nombrara heredero, fue el juramento que hicimos de permanecer en Tabriz, en Irán, durante dos años. De manera que aunque tú puedes irte, ella no puede.

—Azadeh me habló de ese juramento.

—Es evidente que tú estás en peligro, incluso aquí. No puedo protegerte frente a la Policía o al Gobierno. Deberás irte de inmediato, volar fuera del país. Al cabo de dos años, cuando Azadeh pueda irse, se reunirá contigo.

—No puedo volar. Fazir ha dicho que tal vez me pueda enviar un mecánico mañana. Si pudiera ponerme en comunicación con McIver en Teherán, es posible que pudiera enviar aquí a alguien.

—¿Lo has intentado?

—Sí, pero los teléfonos siguen fuera de servicio. Podría haber utilizado la HF en nuestra base, pero la oficina está completamente destruida. Cuando regresaba aquí sobrevolé la base y está hecha un desastre, no hay transporte y tampoco bidones de combustible. Cuando llegue a Teherán, McIver podrá enviar a un mecánico aquí para que repare el «212». ¿Puede quedarse aquí, donde lo he dejado hasta que esté en condiciones de volar?

—Sí. Por supuesto. —Hakim se sirvió más té convencido ya de que Erikki no sabía palabra sobre la fuga de los otros pilotos y los

helicópteros. «Pero eso no cambia nada», se dijo—. Ninguna compañía aérea presta servicio a Tabriz, ya que, de ser así, yo habría hecho una reserva para ti. Pero aun así, creo que deberías irte en seguida; corres un peligro muy grave, un peligro inmediato.

Erikki escudriñó su rostro.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—¿De qué se trata?

—No puedo decírtelo. Pero está fuera de mi control, es grave, inmediato. Por el momento, no concierne a Azadeh pero hemos de ser cautelosos. Para su mejor protección, esto ha de quedar entre nosotros. Te daré un coche, puedes elegir el que quieras de mi garaje. Creo que hay alrededor de veinte. ¿Qué ha pasado con tu «Range Rover»?

Erikki se encogió de hombros mientras hacía trabajar la cabeza.

—Ese es otro problema, el haber matado a aquel *matyeryebyets* muyahidín que se quedó con mis documentos y los de Azadeh y luego Rakoczy haciendo volar a los otros.

—Me había olvidado de Rakoczy. —Hakim siguió presionando—. No hay mucho tiempo.

Erikki hizo girar la cabeza para relajar la tensión de los músculos y calmar el dolor.

—¿Hasta qué punto es inmediato ese peligro, Hakim?

Hakim sostuvo la mirada.

—Lo bastante cercano como para sugerirte que esperes a que oscurezca y entonces cojas el coche y te vayas… y para que salgas de Teherán lo más rápidamente posible. —Luego añadió con deliberación—. Lo bastante inmediato para saber que si no lo haces, Azadeh va a tener un mayor sufrimiento. Lo bastante inmediato como para saber que no debes decirle nada a ella antes de irte.

—¿Lo juras?

—Ante Dios juro que eso es lo que creo.

Vio a Erikki fruncir el ceño y esperó paciente. Le satisfacía su honestidad y su sencillez, pero eso no pesaba en una balanza.

—¿Puedes irte sin decírselo?

—Siempre que sea de noche, cerca del amanecer y si está durmiendo. Si me fuera esta noche, saliendo con cualquier pretexto, por ejemplo el de ir a dar una vuelta por la base, me esperará y si no vuelvo, la situación será muy difícil… para ella y para ti. La aldea la obsesiona. Se pondrá histérica. Lo más prudente sería irme en secreto, antes del amanecer. Entonces, estará durmiendo…, el médico le administró sedantes. Estará durmiendo y podré dejarle una nota.

Hakim asintió satisfecho.

—Entonces quedamos así.

No quería herir ni perturbar a Azadeh como tampoco que ella le creara problemas.

Erikki se dio cuenta de la nota de finalidad en su voz y supo, sin lugar a la menor duda, que la perdería para siempre si la dejaba.

EN LA CASA DE BAÑOS: 7.15 DE LA TARDE. Azadeh se sumergió hasta el cuello en el agua caliente. El baño tenía hermosos azulejos, era grande, medía quince metros cuadrados y con muchas gradas, poco profundo en uno de los extremos con plataformas deslizantes, saliendo el agua caliente por unas tuberías procedentes del cuarto de la caldera contiguo. La habitación era cálida y grande, un lugar acogedor con espejos favorecedores. Tenía el cabello recogido bajo una toalla y descansaba sobre los respaldos de azulejos, con las piernas estiradas, calmándole el agua.

—Esto es magnífico, Mina —murmuró.

Mina era una mujer guapa y fuerte, una de las tres doncellas de Azadeh. Se inclinó hacia ella, en el agua, con solo un taparrabos, dándole un suave masaje en el cuello y los hombros. La casa de baños estaba vacía salvo por Azadeh y la doncella… Hakim había enviado al resto de la familia a otras casas de Tabriz «para preparar un Día de Duelo digno del Khan Abdollah». Esa había sido la excusa, pero todos ellos eran conscientes de que los catorce días de espera

eran para darle tiempo a él de inspeccionar el palacio a su antojo y distribuir de nuevo las suites como a él le pareciera. Tan solo quedaron en el palacio la anciana Khanan y Aysha y sus dos hijos pequeños.

Sin alterar la tranquilidad de Azadeh, Mina la llevó a aguas menos profundas y hasta otra plataforma donde aquella permaneció completamente estirada, con la cabeza reposando cómodamente sobre una almohada de forma que la doncella pudiera darle masaje en el pecho, en la región lumbar, las caderas y las piernas, preparándola para el definitivo masaje de aceite que le daría después cuando el calor del agua hubiera hecho su efecto.

—Esto es maravilloso —repitió Azadeh. Pensaba en cuánto más agradable era eso que la sauna de ellos, aquel calor áspero y duro y luego la horrorosa zambullida en la nieve, el posterior hormigueo y reanimación. «Nada comparable a esto tan maravilloso, la sensualidad del agua perfumada y la tranquilidad, el goce sin reacciones ulteriores…, es todo tan maravilloso… Un momento, ¿por qué la casa de baños se ha convertido ahora en una aldea cuadrada y por qué hace tanto frío? Y ahí están gritando el carnicero y el falso mulá. "Primero la mano derecha del Infiel…, apedrear a la ramera"». Lanzó un grito silencioso e intentó huir.

—¿Le he hecho daño, Alteza? ¡Lo siento tanto!

—No, no, no ha sido culpa tuya, Mina. No ha sido nada, nada. Continúa, por favor. —De nuevo los dedos tranquilizadores. Se calmaron los latidos de su corazón. «Espero que pronto pueda dormir sin…, sin ver la aldea. Anoche, con Erikki, ya fue algo, en sus brazos me encontré mejor, solo con estar cerca de él. Tal vez esta noche sea todavía mejor. Me pregunto cómo estará Johnny. Ahora ya debe de ir camino de su casa, camino de su casa en Nepal, con permiso. Ahora que Erikki ha vuelto, me siento segura otra vez, siempre que esté con él, cerca de él. Yo sola no…, no estoy segura. Ni siquiera con Hakim. Ya no me siento segura. Sencillamente, ya no me siento segura».

Se abrió la puerta y entró Aysha. Tenía la cara arrugada por el dolor, una mirada de enorme temor, el chador negro dándole una apariencia todavía más demacrada.

—Hola, Aysha, querida. ¿Qué pasa?

—No lo sé. El mundo es tan extraño y yo no…, me encuentro descentrada.

—Entra en el agua —le dijo Azadeh sintiendo pena por ella, parecía tan delgada, tan vieja y frágil, tan desamparada… «Resulta difícil creer que sea la viuda de mi padre con un hijo y una hija y que solo tenga diecisiete años»—. Entra, se está tan bien…

—No, no, gracias. Yo… solo quería hablar contigo. —Aysha miró a Mina, luego bajó los ojos y esperó.

Dos días antes, se hubiera limitado a enviar a por Azadeh quien hubiese acudido al punto, hecho una reverencia y se hubiera arrodillado en espera de órdenes, como ahora se arrodillaba ella para suplicar. «Es la Voluntad de Dios —se dijo—. Salvo por el terror ante lo que el futuro pueda reserva a mis hijos, gritaría de felicidad… Ya se había acabado el repugnante hedor y los estrepitosos ronquidos, y el peso abrumador, los quejidos, la rabia, los mordiscos y la desesperación por lograr lo que rara vez podía. "Es culpa tuya, es culpa tuya, es culpa tuya…". ¿Cómo podía ser culpa mía? ¿Cuántas veces le supliqué que me enseñara lo que tenía que hacer para ayudarle y lo intenté una y otra vez y a pesar de eso, él rara vez lo lograba? Y, de repente, me veía libre de aquel peso y empezaban los ronquidos y yo permanecía despierta yaciendo entre el sudor y todo aquel hedor. ¡Cuántas veces habré querido morir!».

—Déjanos solas, Mina, hasta que te llame —dijo Azadeh. La doncella obedeció de inmediato—. ¿Qué pasa, querida Aysha?

La joven empezó a temblar.

—Tengo miedo. Tengo miedo por mi hijo y he venido a suplicarte que lo protejas.

—No tienes nada que temer del Khan Hakim o de mí, nada —le dijo cariñosamente Azadeh—. Hemos jurado por Dios quereros a ti, a tu hijo y a tu hija. Tú misma nos oíste, lo juramos delante de…, de

tu marido, nuestro padre, y luego, otra vez, después de su muerte. No tienes nada que temer. Nada.

—Tengo que temer todo —balbuceó la joven—. Ya no estoy segura y tampoco mi hijo. Por favor, Azadeh, no podría…, no podría el Khan Hakim… Yo firmaría cualquier papel renunciando a todos mis derechos a favor de él, cualquier papel. Solo quiero vivir en paz y que mi hijo crezca y viva también en paz.

—Tu vida está junto a nosotros, Aysha. Pronto verás lo felices que seremos todos juntos —le dijo Azadeh. «Tiene derecho a estar asustada —pensó—. Hakim jamás cederá el Khanate a alguien que no sea de su descendencia si llega a tener hijos suyos…, debe casarse ahora. Tengo que ayudarle a encontrar una maravillosa esposa»—. No te preocupes, Aysha.

—¿Preocuparme? Tú ahora estás a salvo, Azadeh, tú que hace solo unos días vivías aterrorizada. Ahora soy yo la que no está segura y vivo aterrorizada.

Azadeh la miró. No podía hacer nada por ella. La vida de Aysha había sido ya establecida. Era la viuda de un Khan. Tendría que permanecer en el palacio, vigilada y custodiada, viviendo lo mejor que le fuese posible. Hakim no podía arriesgarse a que se casara de nuevo, le era imposible permitirle que renunciara a los derechos de su hijo concedidos públicamente por la voluntad del marido en el lecho muerte.

—No te preocupes —repitió.

—Toma. —Aysha sacó de debajo del chador un abultado sobre—. Esto es tuyo.

—¿Qué es? —Azadeh tenía las manos mojadas y no quería tocarle.

La joven abrió el sobre y le enseñó su contenido. Azadeh abrió los ojos, asombrada. Allí estaban su pasaporte, el documento de identidad otros documentos más, y también los de Erikki, todas las cosas que les había robado aquel muyahidín en el control de carretera. Eso sí que era un pishkesh.

—¿Dónde los has encontrado?

La joven estaba segura de que nadie las escuchaba, pese a lo cual bajó la voz aún más.

—El mulá izquierdista, el mismo mulá de la aldea, se los entregó a Su Alteza, el Khan, el Khan Abdollah hace dos semanas, cuando tú estabas en Teherán…, el mismo mulá de la aldea.

Azadeh la miraba, incrédula.

—¿Cómo llegaron a su poder?

La joven se encogió de hombros nerviosa.

—El mulá estaba enterado de todo lo del control y de cuanto había ocurrido allí. Vino para intentar apoderarse de él, de tu marido. Su Alteza… —vaciló un instante y luego prosiguió con susurros balbucear—: Su Alteza le dijo que no, que nada de eso hasta que él diera se aprobación. Más tarde, lo despidió y se quedó con los papeles.

—¿Tienes otros papeles, Aysha? ¿Papeles privados?

—Ninguno relacionado contigo o tu marido. —La joven empezó temblar de nuevo—. Su Alteza os odiaba tanto… Quería destruir a tu marido y luego te iba a entregar al soviético y tu hermano sería… castrado. Sé tantas cosas que pueden ayudaros a ti y a él… Y tantas cosas que no entiendo… Ahmed…, cuídate de él, Azadeh.

—Sí —dijo Azadeh con calma—. ¿Envió mi padre al mulá a la aldea?

—No lo sé. Creo que sí. Le oí pedir al soviético que se ocupara de Mahmud, ah, sí, ese era el nombre del falso mulá. Tal vez Su Alteza enviara allí para atormentaros a ti y al saboteador y también para encontrar su propia muerte…, pero Dios intervino, oí al soviético diciendo que sí, que enviaría hombres a la caza de ese Mahmud.

—¿Cómo oíste todo eso? —preguntó Azadeh con tono indiferente. Aysha, nerviosa, se ciñó más el chador y se arrodilló al borde del baño.

—El palacio es un panal de agujeros de escucha y mirillas. Azadeh. Él… Su Alteza no se fiaba de nadie, espiaba a todo el mundo, incluso a mí. Creo que deberíamos ser amigas, aliadas, tú y yo, nos hallamos indefensas, incluso tú, acaso tú más que ninguno

de nosotros, y a menos que nos ayudemos mutuamente estamos perdidas. Te puedo ayudar, puedo protegerte. —Tenía la frente llena de gotitas de sudor—. Solo te pido que tú protejas a mi hijo. Yo puedo protegerte a ti.

—Naturalmente que tenemos que ser amigas —asintió Azadeh, sin creer que estuviera amenazada por algo, aunque intrigada por conocer los secretos del palacio—. ¿Me enseñarás esos lugares secretos, compartirás conmigo tus conocimientos?

—Sí, sí, lo haré. —Se iluminó el rostro de la joven—. Sí, te lo enseñaré todo y los dos años pasarán tan de prisa. Ah, sí, seremos amigas.

—¿Qué dos años?

—Mientras tu marido esté fuera, Azadeh.

Azadeh se incorporó rápida, absolutamente alarmada.

—¿Es que se va?

Aysha se la quedó mirando.

—Pues claro. ¿Qué otra cosa puede hacer?

EN EL SALÓN EUROPEO: Hashemi alargaba a Robert Armstrong el mensaje garrapateado de Mzytryk que Hakim acababa de entregarle. Armstrong le echó un vistazo por encima.

—Lo siento, Hashemi. No sé leer el turco.

—Lo siento. Me había olvidado. —Hashemi lo tradujo al inglés. Ambos hombres se dieron cuenta de la decepción de Armstrong—. La próxima vez le cogeremos, Robert. Insha'Allah.

«No te preocupes —se dijo Armstrong—. De todas maneras era demasiada suerte. Pescaré a Mzytryk en otro momento. Le pescaré a él y te pescaré a ti, mi viejo amigo Hashemi. Fue realmente odioso que asesinaras a Talbot. ¿Por qué lo hiciste? ¿Venganza porque conocía demasiados secretos tuyos? Jamás te causó el más mínimo perjuicio, al contrario, apartó montones de huesos de tu camino y enmendó una gran cantidad de errores por ti. ¡Odioso! A él no le diste la menor oportunidad, ¿por qué habrías de tenerla tú? Tan

pronto como esté arreglado lo de mi pasaje, tendrás tu merecido. No hay motivo para aplazarlo por más tiempo ahora que Mzytryk sabe que le sigo de cerca y se mofa desde su seguridad. Tal vez el jefe envíe a la Sección Especial o a un equipo de los Servicios Aéreos Especiales a Tbilisi, ahora que ya sabemos dónde está. Alguien pescará a ese bastardo, incluso si yo no puedo hacerlo».

Le distrajo de sus pensamientos lo que el Khan Hakim estaba diciendo.

—¿Qué quiere decir eso de Yazernov y el cementerio Jaleh?

—Es una invitación. Alteza —dio Hashemi con tono melosos—, Yazernov es un intermediario que Mzytryk utiliza de vez en cuando, aceptable para ambas partes, cuando ambas partes han de discutir algo importante.

Por poco rompió a reír Armstrong, ya que Hashemi sabía tan bien como él que se trataba de la promesa de una vendetta personal y, desde luego, una inmediata Sección 16/a. Muy listo Mzytryk utilizando el nombre de Yazernov y el de Rakoczy.

—Cuando les parezca conveniente reunirse con Yazernov —dijo Hashemi—. Creo Alteza, que lo mejor será que volvamos mañana a Teherán.

—Sí —asintió Hakim. Mientras regresaba del hospital en coche, acompañado de Azadeh, había decidido que la única forma de manejar el mensaje de Mzytryk y a aquellos dos hombres era atacándolos de frente—. ¿Cuándo regresaréis a Tabriz?

—Si te parece conveniente, la semana próxima. Entonces podremos discutir qué hacer para atraer a Mzytryk aquí. Con tu ayuda hay mucho que hacer en Azerbaiyán. Acabamos de recibir un informe según el cual los kurdos se encuentran en franca rebeldía, más cerca de Rezaiyeh, aprovisionados ahora de dinero y armas por los iraquíes… ¡Ojalá Dios les haga consumirse! Jomeini ha ordenado al Ejército que acabe con ellos de una vez por todas.

—¿Los kurdos? —Hakim sonrió—. Ni siquiera él, Dios le guarde, ni siquiera él podría hacer eso…, no de una vez por todas.

—Esta vez sí que puede, Alteza. Hace que envíen fanáticos contra fanáticos.

—Los Green Bands pueden obedecer órdenes y morir, pero no viven en esas montañas, no tienen el nervio y el vigor kurdos y tampoco su ansia de libertad terrenal en ruta hacia el Paraíso.

—Con tu permiso, Alteza, transmitiré su consejo.

—¿Acaso le darán más crédito al mío que al de mi padre o al de mi abuelo cuyos consejos fue el mismo? —preguntó sarcástico Hakim.

—Espero que sí, Alteza. Espero que sí…

Sus palabras quedaron ahogadas por el estruendo del motor del «212» al ponerse en marcha, luego tosió, permaneció un momento y volvió a apagarse. A través de la ventana vieron a Erikki retirar la cubierta del motor y mirar hacia adentro con la ayuda de una linterna. Hashemi se volvió de nuevo hacia el Khan que permanecía sentado, rígidamente erguido. El silencio se hizo difícil, mientras las mentes de los tres hombres trabajaban furiosamente, los tres igualmente fuertes, los tres inclinados hacia algún tipo de violencia.

—No pueden detenerle en mi casa o en mis dominios —dijo el Khan Hakim cauteloso—. Aun cuando no sabe nada del télex, lo que sí sabe es que no puede quedarse en Tabriz, ni siquiera en Irán, como también mi hermana no puede irse con él, no puede salir siquiera de Irán antes de dos años. Sabe que tiene que irse de inmediato. Su aparato no puede volar, espero que evite la detención.

—Mis manos están atadas, Alteza. —El tono de voz de Hashemi era de disculpa y patentemente sincero—. Es mi deber obedecer la ley de la tierra. —Con gesto ausente se dio cuenta de que tenía una pelusa en la manga y se la sacudió. Armstrong captó inmediatamente la señal. Si se sacudía la manga izquierda quería decir: «Necesito hablar con este hombre en privado, delante de ti no hablará. Da una excusa y espérame afuera». Hashemi repitió con la dosis perfecta de tristeza—. Nuestro deber es obedecer las leyes.

—Estoy seguro, absolutamente seguro que no formaba parte de conspiración alguna, que no sabe nada de la fuga de los otros y

quisiera que se le dejara irse en paz.

—Será un placer informar a SAVAMA de tus deseos.

—Y para mí sería un placer que hicieras lo que te sugiero.

—Si me perdona, Alteza —intervino en ese momento Armstrong —. La cuestión relativa al capitán no es asunto mío, ni tampoco desearía hundir el barco de un Estado.

—Sí, sí, puede irse, inspector. ¿Cuándo tendré su informe sobre las nuevas medidas posibles de seguridad?

—Cuando el coronel regrese, lo tendrá en sus manos.

—La paz sea con usted.

—Y con usted, Alteza. —Armstrong salió y luego, recorriendo los pasillos, llegó hasta los escalones. «Hashemi va a achicharrar a ese pobre tonto», se dijo.

La noche estaba agradable, el aire era ligeramente mordiente y, hacia el Oeste, el cielo tenía un tinte rojizo. «Cielo rojo de noche, gozo del pastor, cielo rojo con el alba, advertencia al pastor».

—Buenas noches, capitán. Entre usted y yo, si su autobús funciona, le sugiero una rápida excursión a la frontera.

Erikki frunció el ceño.

—¿Por qué?

Armstrong sacó un cigarrillo.

—El clima por aquí no es muy saludable, ¿no le parece?

Protegió con las manos el encendedor y lo hizo funcionar.

—Si enciende un cigarrillo con toda esta gasolina por aquí, usted y yo dejaremos de estar saludables para siempre jamás. —Erikki accionó el pulsador. El motor empezó a funcionar perfectamente durante veinte segundos, luego volvió a carraspear y quedó silencioso. Erikki soltó un taco.

Armstrong le hizo un cortés saludo de cabeza y volvió junto al coche. El chófer le abrió la portezuela. Se acomodó en el interior, encendió el cigarrillo y aspiró a fondo. No estaba seguro de que Erikki hubiera captado el mensaje. «Espero que sí. No podía poner al descubierto lo del falso télex o la operación Torbellino, eso me colocaría contra el muro más próximo por traicionar a Hashemi y a

merced del Khan por meter las narices donde no había sido invitado. Se me advirtió. Bastante justo. Se trata de política interna».

«¡Cristo! Me estoy volviendo loco con todo esto. Necesito unas vacaciones. Unas largas vacaciones. Pero ¿dónde? Podría volver a Hong Kong por una o dos semanas, reunirme con mis viejos amigos, los pocos que ya quedan, y tal vez ir al Pays d'Enhaut, en las Tierras Altas, a esquiar. Hace años que no esquío y saborearía gustoso algo de cocina suiza, roesti y wirst y buen café con crema espesa y cantidades de vino. ¡Cantidades! Eso es precisamente lo que voy a hacer. Primero a Teherán, luego acabar con Hashemi, y después al salvaje azul. Tal vez conozca a alguien agradable».

«Pero las gentes como nosotros no vienen del frío ni cambian. ¿Qué diablos voy a hacer para ganar dinero en el futuro ahora que mi pensión iraní se ha ido al carajo y mi pensión de policía en Hong Kong se va depreciando día a día?».

—Hola, Hashemi, ¿qué tal te ha ido?

—Perfectamente, Robert. Volvamos al cuartel general, chófer. —El conductor aceleró, atravesando la puerta principal y enfiló rápido la carretera en dirección a la ciudad—, Erikki se irá a hurtadillas de madrugada, poco antes de que amanezca. Nosotros le seguiremos hasta donde nos parezca y luego lo cogeremos a las afueras de Tabriz.

—¿Con la bendición de Hakim?

—Con su bendición particular y su indignación pública. Gracias. —Hashemi aceptó el cigarrillo, francamente complacido consigo mismo—. Para entonces, el pobre infeliz probablemente ni siquiera existirá.

Armstrong se preguntaba a qué acuerdo habrían llegado.

—¿A sugerencia de Hakim?

—Por supuesto.

—Muy interesante. —«Eso no ha sido idea de Hakim. ¿Qué estará tramando ahora Hashemi?», se preguntaba Armstrong.

—Sí, interesante. Una vez que hayamos achicharrado esta noche a los muyahidines y logrado que, de una u otra forma, ese maníaco

de finlandés caiga en la red, regresaremos a Teherán.

—Perfecto.

TEHERÁN. EN LA CASA BAKRAVAN: 8.06 DE LA TARDE. Sharazad metió la granada y la pistola en el bolso que solía llevar en bandolera y lo ocultó debajo de algunas ropas en el cajón de su escritorio. Ya había elegido la ropa que se pondría más tarde debajo del chador, la chaqueta y los pantalones de esquiar, y un suéter grueso. En aquellos momentos vestía un traje de seda verde claro, modelo de París, que realzaba perfectamente su figura y sus largas piernas. El maquillaje también era perfecto. Un rápido repaso a la habitación y luego bajó para asistir a la recepción que daban en honor de Daranoush Farazan, su marido en ciernes.

—Ah, Sharazad. —Meshang la recibió en la puerta. Sudaba copiosamente y disimulaba su nerviosismo con un supuesto buen humor, no sabiendo qué podía esperar de ella. Cuando algún tiempo antes había regresado del medico, empezó a sermonearla y a recurrir a tremendas amenazas, pero, ante su asombro, Sharazad se limitó a bajar los ojos y a decir dócilmente:

—No es necesario que digas nada más, Meshang. Dios ha decidido. Perdóname, por favor. Voy a cambiarme.

Y ahora se encontraba allí, también en actitud sumisa.

«Y así es como debe ser», se dijo él.

—Su Excelencia Farazan se muele por saludarte.

La cogió del brazo y atravesaron juntos el salón, sorteando a veinte o más personas, la mayoría amigos suyos con sus mujeres, y también Zarah y sus amigas. Ninguno de Sharazad. Sonrió a quienes la conocían y le dirigió se atención a Daranoush Farazan.

—Saludos, Excelencia dijo cortésmente alargando la mano. Era la primera vez que se encontraba tan cerca de él. Era más bajo que ella. Sharazad miró hacia abajo advirtiendo las escasas guedejas de pelo teñido sobre la vasta cabeza, la tez tosca y las manos más

toscas todavía. Su mal aliento invadía el espacio de ella, sus ojillos negros brillaban.

—La paz sea contigo —le dijo.

—Saludos, Sharazad y que la paz sea contigo. Pero, por favor, no me llames Excelencia… ¡Qué… qué hermosa eres!

—Gracias —dijo y se vio a sí misma retirar la mano y sonreír y permanecer en pie junto a él, y correr a buscarle una bebida no alcohólica, revoloteándole la falda y traérsela con el ademán más elegante posible, sonreír ante sus divertidas bromas. Y también mientras saludaba a los demás invitados, y simulaba no darse cuenta de sus miradas y de las risas que cruzaban entre ellos, sin excederse en ningún momento en su actuación, con la mente centrada en el motín que ya había empezado en la Universidad y también en la Marcha de Protesta, prohibida por Jomeini, pero que iba a celebrarse.

Desde el otro lado del salón, Zarah la observaba asombrada ante su cambio, pero dando gracias a Dios de que hubiera aceptado su suerte y estuviera dispuesta a obedecer, haciendo así más fáciles las vidas de todos ellos. «¿Qué otra cosa podía hacer? Nada. Como tampoco a mí me queda otro recurso que aceptar el hecho de que Meshang tiene una ramera de catorce años que ya ha empezado a enseñar los colmillos y que fanfarronea de que pronto se convertirá en su segunda mujer».

—¡Zarah!

—Ah, sí, Meshang, querido.

—La velada ha sido perfecta, perfecta. —Meshang se limpió la frente y aceptó una bebida no alcohólica de una bandeja en la que también había copas de champaña para aquellos a los que les gustaba—. Estoy en extremo complacido de que Sharazad haya recuperado el sentido común porque, desde luego, es una pareja perfecta para ella.

—Perfecta —dijo amablemente Zarah sin inmutarse. «Supongo que aún habremos de dar gracias de que haya venido solo y no trayendo consigo a uno de esos muchachos con los que se

encapricha. Y es verdad, realmente apesta a la basura que vende»—. Lo has organizado todo a la perfección, querido Meshang.

—Sí, sí, así es. Está saliendo todo tal como yo lo había planeado.

CERCA DE JALEH: Para llegar hasta la pequeña franja de hierba que un día fuera la sede de un club aéreo con escasos recursos y ahora ya abandonado, Lochart hubo de bordear la ciudad y volar bajo para evitar cualquier radar. Durante todo el camino desde «d'Arcy 1908» había llevado la radio sintonizada con el aeropuerto internacional de Teherán, pero las ondas habían permanecido silenciosas, el aeropuerto cerrado por ser Día Santo y no estar permitidos los vuelos. Había tenido buen cuidado de llegar a la puesta de sol. Al parar el motor y escuchar a los almuédanos se sintió complacido. Hasta el momento, todo iba bien.

La puerta del hangar estaba herrumbrosa. Logró abrirla con cierta dificultad e hizo rodar hasta el interior su «206». Luego, la cerró, y comenzó la larga caminata. Vestía su indumentaria de vuelo y si le paraban había decidido decir que era un piloto de líneas aéreas, que su coche había sufrido una avería y que se disponía a pasar la noche en casa de unos amigos.

Al llegar a los suburbios de Teherán las calles empezaron a verse más atestadas de gente que volvían a casa o salían de la mezquita, no viendo en ella colores o risas, solo una triste aprensión.

No había mucha circulación salvo por los vehículos militares, llenos de Green Bands. No se veían soldados por parte alguna o policía uniformada. Los policías que se ocupaban de la circulación eran jóvenes Green Bands. La ciudad retornaba al orden. Ninguna mujer vestida al estilo occidental, solo se veían chadors.

Le siguieron algunas maldiciones, no muchas. Algún que otro saludo, ya que su uniforme de piloto le daba categoría. Habiéndose adentrado ya en la ciudad, encontró un buen sitio cerca de un mercado, para esperar un taxi. Mientras aguardaba, compró una botella de bebida no alcohólica y un trozo de pan caliente,

tomándose ambas cosas a gusto. El viento nocturno arreció algo, pero el brasero ardía alegre y resultaba acogedor.

—Saludos. La documentación, por favor.

Los Green Bands eran jóvenes, corteses, algunos con barbas incipientes. Lochart les mostró su ID que estaba sellado y vigente, y se lo devolvieron después de cierta discusión.

—¿Podemos preguntarle adónde va?

—Visitar amigos cerca bazar —dijo en un farsi deliberadamente atroz—. Coche averiarse abajo. Insha'Allah.

Les oyó hablar entre sí, diciendo que los pilotos no eran peligrosos, que este era canadiense… ¿No es eso parte del Gran Satanás? No, no lo creo.

—La paz sea contigo —le dijeron finalmente y Lochart siguió su camino.

Desde una esquina observó la circulación, olfateó el olor fuerte de la ciudad: gasolina, especias, fruta podrida, orines, olores corporales y muerte. Su aguda mirada descubrió un taxi con solo dos hombres en la parte de atrás y uno en la delantera, en un cruce bloqueado en aquel momento por un camión que daba la vuelta. Sin pensarlo dos veces, se escabulló entre los coches y apartando a otro hombre de su camino, al parecer con las mismas intenciones, abrió rápido la portezuela de atrás y se introdujo en el interior con abundantes excusas en buen farsi, suplicando a los ocupantes que le permitieran acompañarles. Después de soltar algunas palabrotas y de una breve discusión, el conductor descubrió que el bazar se encontraba exactamente en la ruta que había acordado con los otros, todos ellos viajeros individuales que habían recurrido a las mismas mañas.

—Con la ayuda de Dios, la suya será la segunda parada, Excelencia.

«Lo he logrado —se dijo satisfecho. Luego vino la otra idea a la cabeza—; espero que los otros también. Duke y Scrag, Rudi, todos ellos, Freddy el bueno y viejo Mac».

BAHREIN. AEROPUERTO INTERNACIONAL: 8.50 DE LA TARDE. Jean-Luc estaba de pie, en el helipuerto y enfocaba los prismáticos hacia los dos «212» que ya sobrevolaban el final de la pista, parpadeantes las luces de navegación. Se les había autorizado la entrada directa y se aproximaban rápidos. Junto a él se encontraba Mathias, también con prismáticos. Cerca había una ambulancia, un médico y el funcionario de Inmigración, Yusuf. El cielo estaba despejado y tachonado de estrellas. La noche era agradable y soplaba un viento tibio. El «212» en cabeza giró ligeramente y Jean-Luc pudo ver ya las letras de la matrícula, G-HUVX, británica. «Gracias a Dios que han tenido tiempo en Jellet», se dijo. Reconoció a Pettikin en la carlinga y luego enfocó de nuevo al otro «212» y vio a Ayre y al mecánico Kyle.

Aterrizaje para Pettikin. Mathias y Jean-Luc convergieron rápidos junto al aparato. Mathias se acercó a la cabina y Pettikin y Jean-Luc a la portezuela que se abrió de inmediato.

—Hola, Genny. ¿Cómo se encuentra?

—No parece que respira. —Estaba blanca como el papel.

Jean-Luc vio a McIver tumbado en el suelo, con una chaqueta salvavidas a modo de almohada debajo de la cabeza. Veinte minutos antes, Pettikin había informado a la torre de Bahrein, que uno de sus tripulantes, McIver, parecía haber sufrido un ataque cardíaco, solicitando con urgencia un médico y una ambulancia a su llegada. La torre había cooperado sin perder tiempo.

El médico entró apresurado en la cabina y se arrodilló junto a McIver. Una mirada le bastó. Le administró la inyección que ya llevaba preparada.

—Con esto se recuperará pronto y en cuestión de minutos estará en el hospital.

Llamó en árabe a los enfermeros que acudieron corriendo. Ayudó a bajar a Genny, y Jean-Luc se reunió con ellos.

—Soy el doctor Lanoire. Dígame lo ocurrido, por favor.

—¿Es un ataque al corazón? —preguntó Genny.

—Sí, sí, lo es. Aunque no grave —dijo el médico, queriendo tranquilizarla. Era medio francés, medio bahreiní, muy bueno y habían sido muy afortunados de haber podido localizarle en tan poco tiempo. Detrás de ellos, los enfermeros habían colocado a McIver en una camilla y le estaban sacando del helicóptero con sumo cuidado.

—Es…, es mi marido. De repente jadeó y dijo más o menos con voz ronca: «No puedo respirar», luego se inclinó hacia delante como si le doliera mucho y perdió el conocimiento. —Genny se limpió el sudor del labio superior y siguió diciendo con la misma voz sin tonalidades—. Pensé que debía ser un ataque cardíaco y no sabía qué hacer, entonces recordé lo que dijera el viejo doctor Nutt cuando en una ocasión nos dio a todas las esposas una conferencia y aflojé el cuello a Duncan, y le extendimos en el suelo. Luego busqué las…, las cápsulas que nos había dado y le puse una debajo de la nariz y la aplasté…

—¿«Amylnitrita»?

—Sí, sí, eso era. El doctor Nutt nos dio dos a cada uno y nos dijo que las guardáramos bien y en secreto, y cómo utilizarlas. Realmente apestaba, pero Duncan se quejó y volvió en sí a medias, aunque volvió a perder el conocimiento. Pero respiraba…, de una manera extraña. Resultaba difícil oír o ver nada en la cabina, pero me pareció que en un momento dado dejaba de respirar así que utilicé la última cápsula y pareció ponerse mejor de nuevo.

El doctor había estado observando la camilla. Una vez que estuvo instalada en la ambulancia dijo a Jean-Luc:

—Le ruego, capitán que traiga a Madame McIver al hospital dentro de media hora. Aquí tiene mi tarjeta, ellos podrán decirles dónde estoy.

—No cree qu… —empezó a decir Genny rápidamente.

—Será de mucha más ayuda dejándonos hacer nuestro trabajo durante media hora —le dijo con firmeza el médico—. Usted ya ha hecho el suyo, creo que le ha salvado la vida.

Después se alejó rápido.

LXVII

TEHERÁN. EN LA CASA BAKRAVAN: 8.59 DE LA TARDE. Zarah se encontraba junto a la mesa del comedor dando un último repaso para asegurarse de que todo estaba a punto. Fuentes, cubertería y servilletas de hilo blanco, boles con horisht, carnes y vegetales variados, pan recién hecho y frutas frescas, dulces y condimentos. Solo faltaba por llegar el arroz que sería servido cuando ella llamara a cenar.

—Está bien —dijo a los sirvientes, y pasó al otro salón.

Sus invitados seguían charlando, pero vio a Sharazad en pie, sola aunque cerca de Daranoush, que mantenía una seria conversación con Meshang. Disimulando su tristeza, se acercó a ella.

—Pareces tan cansada, querida. ¿Te encuentras bien?

—Pues claro que se encuentra bien —dijo Meshang en voz alta y con acento que quería ser jocoso.

Sharazad sonrió, aunque se había puesto muy pálida.

—Es la excitación, Zarah, la excitación tan solo. —Luego volviéndose hacia Farazan—. Si no le importa Excelencia Daranoush no me reuniré con usted a cenar esta noche.

—¿Por qué? ¿Qué pasa? —preguntó Meshang en tono cortante—. ¿Estas enferma?

—Ah, no, queridísimo hermano, es tan solo la excitación. —Luego, dirigiendo de nuevo su atención al hombrecillo Sharazad añadió—. ¿Tal vez me sea permitido verle mañana? ¿Acaso mañana para cenar?

—Naturalmente, querida —dijo Daranoush antes de que Meshang pudiera contestar por él. Luego, se acercó más a ella y le besó la

mano. Sharazad hubo de hacer un esfuerzo supremo para no retirarla de un tirón—. Cenaremos mañana. Tal vez tú y las Excelencias Meshang y Zarah, honraréis mi pobre casa. —Rio entre dientes y su cara se hizo, si fuera posible, más grotesca—. *Nuestra* pobre casa.

—Gracias, conservaré como un tesoro ese pensamiento. Buenas noches. La paz sea contigo.

—Y contigo.

Se mostró igualmente cortés con su hermano y Zarah, luego, dando media vuelta, se retiró. Daranoush la vio alejarse, embobado con el balanceo de sus caderas y sus nalgas juveniles. «Por Dios, mírala —pensó, mientras se relamía de gusto, y se la imaginaba desnuda, jugueteando para él—. Por Dios, cuando Meshang me propuso el matrimonio solo logró convencerme por la dote, junto con las promesas de una asociación política en el bazar, ambas sustanciales como corresponde que han de ser, naturalmente, tratándose de una mujer embarazada de un extranjero. Pero ahora, por Dios, no creo que resulte difícil acostarse con ella, hacer que me sirva como me gusta ser servido y, a veces, hacer hijos propios. ¿Quién sabe?, es posible que ocurra lo que dice Meshang. Tal vez pierda el que ahora lleva. Tal vez lo pierda, tal vez lo pierda».

Se rascó con gesto ausente hasta que Sharazad hubo salido de la habitación.

Sharazad cerró la puerta y subió ligera las escaleras. Jari estaba en su habitación dormitando en la inmensa butaca.

—Ah, Princesa, ¿cómo es que…?

—Ahora me voy a la cama, Jari. Puedes dejarme sola y no quiero que se me moleste en modo alguno. Hablaremos a la hora del desayuno.

—Pero, Princesa, dormiré en la butaca y…

Sharazad dio una patada en el suelo, irritada.

—¡Buenas noches! ¡Y que no se me moleste!

Cerró estrepitosamente la puerta tras Jari, luego, todavía con más ruido sacudió los zapatos. A continuación, se cambió de ropa con gran sigilo. Se puso el velo y el chador. Abrió, cautelosa, las grandes puertas de cristal que daban a la terraza y salió silenciosa. Las escaleras conducían a un patio ajardinado y desde allí se llegaba por un pasadizo a la puerta trasera. Corrió los cerrojos. Chirriaron los goznes. Finalmente, se encontró en la callejuela, y cerró la puerta tras de sí. Mientras se alejaba presurosa, su chador ondeaba tras de ella, semejante a una inmensa ala negra.

En el salón de recepción Zarah miró el reloj y se dirigió hacia donde estaba Meshang.

—¿Deseas que sirva ya la cena, querido?

—Dentro de un momento. ¿No ves que Su Excelencia y yo estamos ocupados?

Zarah suspiró y fue a reunirse con una amiga pero se detuvo en seco a medio camino al ver llegar al portero con aspecto ansioso, detenerse para mirar en derredor buscando a Meshang y, finalmente dirigirse presuroso a él y susurrarle algo al oído. Meshang se puso pálido. Daranoush Farazan emitió un sonido entrecortado. Zarah corrió hacia ellos.

—Por Dios, ¿qué pasa?

Meshang movió la boca pero sin lograr emitir sonido alguno. En el súbito silencio que se hizo, el asustado sirviente dio la noticia.

—Han llegado Green Bands, Alteza. Green Bands con un… con un mulá. Quieren ver inmediatamente a Su Excelencia.

En el gran silencio que se hizo, todo el mundo recordó la detención de Paknouri, y la citación a Jared, y todas las demás detenciones, ejecuciones y rumores del nuevo Terror, más comités, las prisiones desbordando de amigos, clientes y parientes. Daranoush casi escupía de rabia por encontrarse en aquella casa precisamente en ese momento, se hubiese rasgado las vestiduras por haber aceptado tan alocadamente aliarse con la familia

Bakravan, ya condenada a causa de la usura de Jared…, la misma usura de que eran culpables todos los mercaderes prestamistas, ¡pero al que cogieron fue a Jared! «Hijo de padre condenado, y yo he aceptado públicamente a celebrar ese matrimonio, y en privado a participar en los proyectos de Meshang, proyectos que ahora puedo comprobar. ¡Oh, Dios, protégeme, que son peligrosamente modernos, peligrosamente occidentales y van a todas luces, contra los dictados y deseos del Imán! Hijo de un padre condenado, debe de haber una salida por detrás en esta casa de los condenados».

Cuatro Green Bands y el mulá se encontraban en el salón donde les hiciera pasar el sirviente, sentados en los almohadones de seda. Se habían quitado los zapatos, dejándolos junto a la puerta. Los jóvenes miraban asombrados la riqueza de cuanto les rodeaban, sus armas sobre las alfombras junto a ellos. El mulá vestía una elegante túnica y se cubría con un turbante blanco, siendo un hombre majestuoso, en la sesentena, con barba blanca y pobladas cejas oscuras, un rostro de facciones enérgicas y ojos oscuros.

Se abrió la puerta. Meshang entró en el salón semejante a un autómata. Tenía la cara de una palidez cenicienta y le dolía terriblemente la cabeza por la fuerza del terror.

—Saludos…, saludos, Excelencia…

—Saludos. ¿Eres tú Excelencia Meshang Bakravan? —Meshang asintió en silencio—. Ah, entonces de nuevo saludos y que la paz sea contigo, Excelencia. Te ruego me excuses por venir a hora tan tardía pero soy el mulá Sayani y vengo en nombre del Comité. Acabamos de enterarnos de lo de Excelencia Jared Bakravan y he venido a decirte que, aunque fue la Voluntad de Dios, Su Excelencia jamás fue condenado de acuerdo con la ley, lo ejecutaron por error y sus propiedades han sido confiscadas también por error, por lo que te serán devueltas de inmediato.

Meshang se quedó boquiabierto, no sabiendo qué decir.

—El Gobierno islámico está comprometido a cumplir con la ley de Dios. —El mulá frunció el ceño mientras proseguía—. Dios sabe bien que no podemos controlar a todos los fanáticos o a la gente estúpida o equivocada. Dios bien sabe que algunos, por su propio celo, cometen errores. Y también Dios sabe bien que hay muchos que utilizan la revolución como instrumento diabólico, ocultándose bajo el manto de «patriotas», muchos que falsean el Islam con sucios propósitos, muchos que no obedecen la palabra de Dios, muchos que intrigan para que entremos en disputas, inclusos muchos que llevan el turbante sin tener derecho a ello, muchos que no merecen llevarlo, incluso algunos ayatolás, incluso ellos, pero con la ayuda de Dios les arrancaremos a todos ellos su turbante, limpiaremos Irán y pondremos en fuga al demonio, quienquiera que sea…

Meshang no asimilaba las palabras. Tenía la mente a punto de explotar por la esperanza.

—¿Él… mi padre… me devuelven nuestra…, nuestras propiedades?

—Nuestro Gobierno islámico es el gobierno de la ley. La soberanía pertenece solo a Dios. La ley del Islam tiene autoridad absoluta sobre todo el mundo…, incluido el Gobierno islámico. Incluso el Mensajero Más Noble, que la paz sea con él, estaba sometido a la ley que solo Dios reveló y que solo fue difundida por la lengua del Corán. —El mulá se puso en pie—. Fue la Voluntad de Dios pero a Su Excelencia Jared Bakravan no le juzgaron de acuerdo con la ley.

—¿Es… es cierto?

—Sí, es la Voluntad de Dios, Excelencia. Todo te será devuelto. ¿Acaso tu padre no nos ayudó generosamente? ¿Cómo puede florecer un Gobierno islámico sin el apoyo y la ayuda de los mercaderes? ¿Cómo puede existir sin ellos? ¿Cómo podemos existir si no nos ayudan a luchar contra los enemigos del Islam, los enemigos de Irán y el Infiel…?

EN LOS ALREDEDORES DEL BAZAR: El taxi se detuvo en la atestada plaza. Lochart bajó y pagó al taxista, mientras dos de una masa de ansiosos futuros pasajeros, un hombre y una mujer, forcejeaban por introducirse en el espacio que él acababa de dejar vacío. La plaza estaba rebosante de gente que entraba y salía de la mezquita y del bazar y que se agolpaban en derredor de los puestos callejeros. En general, le prestaban escasa atención, aunque el uniforme y la gorra contribuían a abrirle paso. La noche estaba helada y encapotada. El viento había arreciado y hacía oscilar las llamas de las lámparas de aceite de los vendedores callejeros. Al otro lado de la plaza se encontraba la calle de la casa Bakravan y hacía ella se dirigió con paso ligero, dio vuelta a una esquina y se apartó para dejar pasar al mulá Sayani y a los Green Bands. Luego, prosiguió su camino.

Se detuvo ante la puerta en el alto muro, aspiró profundamente y llamó con fuerza. Volvió a llamar. Otra vez. Oyó pasos, vio un ojo a través de la mirilla.

—Soy yo, portero, Excelencia capitán Lochart —dijo contento. La puerta se abrió.

—Saludos, Excelencia —dijo el portero que todavía no se había recobrado de la abrupta llegada y partida del mulá y sus Green Bands… entre las humildes reverencias de la propia Excelencia Vil Mal Genio, se dijo verdaderamente asombrado, quien, apenas se hubieron corrido los cerrojos de la puerta, empezó a dar saltos como un loco, tamborileando con los pies sobre el suelo, volviendo a entrar silencioso en la casa. Y ahora, por Dios, aparecía el Infiel que una vez estuvo casado con la prometida de Excelencia Pis.

Una ráfaga de aire hizo revolotear por el patio las hojas. Otro sirviente de ojos desorbitados se encontraba en la puerta de entrada abierta.

—Saludos, Excelencia —farfulló—. Avisaré…, diré a Su Excelencia Meshang que has llegado.

—¡Espera! —Ahora ya Lochart podía oír el murmullo excitado que llegaba del comedor, el tintineo de las copas, las risas propias de una fiesta—. ¿Está ahí mi mujer?

—¿Tu mujer? —El sirviente recobró con dificultad su presencia de ánimo—. La, humm, Su Alteza se ha ido a acostar, capitán Excelencia.

La ansiedad de Lochart aumentó.

—¿Está enferma?

—No parecía enferma, Excelencia, se fue cuando ya estaban a punto de cenar. Diré a Su Excelencia Meshang qu…

—No es necesario que le molestes, y tampoco a sus invitados —encantado ante la oportunidad de verla a ella sola primero—. Primero la veré a ella. Luego bajaré y me anunciaré yo mismo.

El sirviente le vio subir las escaleras de dos en dos, esperó a que desapareciera de la vista y luego corrió presuroso en busca de Meshang.

Lochart fue de un corredor a otro. Se forzó a andar con tranquilidad, encantado ante la sorpresa que le iba a dar, y lo felices que se iban a sentir. Más tarde, los dos irían a ver a Meshang y este habría de escuchar su plan. Finalmente, se encontró ante la puerta de su dormitorio e hizo girar el tirador. Al no abrirse la puerta, llamó con los nudillos.

—Soy yo, Sharazad, Tommy —dijo con voz queda. Su espíritu cantaba mientras se mantenía a la espera—. ¿Sharazad? —Esperó. Volvió a llamar. Esperó, llamó esa vez con más fuerza—. ¡Sharazad!

—¡Excelencia!

—Ah, hola, Jari —dijo, sin darse cuenta, debido a su impaciencia que la doncella estaba temblando—. Sharazad, cariño, abre la puerta, soy yo, Tommy.

—Su Alteza dio orden de que no se la molestara.

—Eso nada tiene que ver conmigo, claro que no. ¿Tal vez ha tomado un somnífero?

—Nada de eso. Excelencia.

Fue entonces cuando Lochart concentró su atención en Jari.

—¿De qué estás tan asustada?

—¿Yo? No estoy asustada, Excelencia. ¿Por qué habría de estar asustada?

«Algo va mal», se dijo. Volvió a llamar, impaciente, a la puerta.

—¡Sharazad! Esperar, esperar, esperar. Esto es ridículo —murmuró—. *¡Sharazad!* —Antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo empezó a dar golpes en la puerta—. ¡Abre la puerta, por todos los cielos!

—*¿Qué estás haciendo aquí?*

Era Meshang, desbordante de furia. Al fondo del corredor, Lochart vio aparecer a Zarah y se controló.

—Buenas…, buenas noches, Meshang —dijo latiéndole con fuerza el corazón, intentando mostrarse razonable y cortés. «¿Y por qué diablos no abre la puerta? Esta no es la manera que se suponía que tuviera lugar el encuentro»—. He vuelto para ver a mi mujer.

—Ya no es tu mujer, se ha divorciado. ¡Y ahora, vete!

Lochart le miró, atónito.

—¡Pues claro que es mi mujer!

—Por Dios que eres realmente estúpido. ¡*Era* tu mujer! Y ahora abandona mi casa.

—Tú estás loco. ¡No puedes divorciarla sin más!

—¡FUERA DE AQUÍ!

—¡Jódete! —Lochart golpeó de nuevo en la puerta—. ¡Sharazad! Meshang, dando media vuelta, dijo furioso a Zarah.

—Ve y tráete algunos Green Bands. ¡Ve a buscar a los Green Bands! Arrojarán a este loco de aquí.

—Pero, Meshang, ¿no será peligroso implicarlos en nues…?

—Ve a buscarlos.

Finalmente, el genio de Lochart explotó. Cargó el hombro contra la puerta. Retembló aunque sin llegar a abrirse. Entonces, levantó el pie y golpeó la cerradura con el tacón. Esta saltó y se abrió la puerta.

—¡Traed a los Green Bands! —chilló histérico Meshang—. ¿No comprendes que ahora están de nuestra parte, que hemos sido

rehabilitados? —Entonces, también él atravesó corriendo la puerta. Aturdido, vio que la habitación estaba vacía, también el cuarto de baño, y no había otro sitio donde pudiera estar.

Los dos, él y Lochart, se volvieron hacia Jari que se hallaba de pie en la puerta, mirando incrédula. Zarah, cautelosa, estaba detrás de ella, en el vestíbulo.

—¿Dónde está? —vociferó Meshang.

—No lo sé, Excelencia. No ha salido de aquí ni un solo momento. Mi habitación se halla junto a la suya y yo tengo un sueño ligero…

Jari gritó al cruzarle Meshang la boca con el dorso de la mano, golpeándola con tal fuerza que la hizo caer al suelo.

—¿Adónde ha ido?

—No lo sé, Excelencia, creí que estaba en la cam… —volvió a gritar cuando Meshang le propinó un puntapié en el costado.

—¡Dios mío, no sé dónde está, no sé dónde está, no sé dónde está!

Lochart se encontraba junto a la cristalera. Se abrió con facilidad, el picaporte no estaba cerrado. Salió rápido a la terraza, bajó las escaleras y se acercó a la puerta de atrás. Volvió lentamente, las ideas confusas. Meshang y Zarah lo observaban desde la terraza.

—El cerrojo de la puerta de atrás está abierto. Debe haber salido por ahí.

—¿Adónde ha ido? —Meshang tenía el rostro congestionado por la furia y Zarah se volvió hacia Jari que seguía a gatas en el dormitorio, quejándose y llorando por el miedo y el dolor—. Cállate, perra, o te azotaré. ¡Jari! Si no sabes adónde ha ido, ¿adónde crees que ha podido ir?

—No…, no lo sé, Alteza —sollozó la anciana.

—¡Piensaaaa! —chilló Zarah al tiempo que le propinaba otra bofetada.

—No lo séééé —aulló Jari a su vez—. Estuvo todo el día extraña, Excelencias, me despidió esta tarde y salió ella sola y me reuní con ella a las siete y volvimos juntas pero no dijo nada, nada, nada…

—¡Por Dios!, ¿por qué no me lo dijiste? —vociferó Meshang.

—¿Qué había que decir, Excelencia? Por favor no me dé otro puntapié, por favor.

Meshang buscó dónde sentarse. La violenta oscilación del más absoluto terror al anunciarle la llegada del mulá y los Green Bands a la absoluta euforia al serle comunicada la noticia tranquilizadora y su rehabilitación y luego la furia al ver allí a Lochart y comprobar la desaparición de Sharazad, le habían dejado momentáneamente trastornado. Movía la boca pero no le salía sonido alguno y pudo ver a Lochart interrogando a Jari pero sin ser capaz de entender lo que decían.

Una vez se hubo ido el mulá, él había regresado al comedor para comunicar tartamudeando la buena noticia que Dios le enviaba, todo había sido regocijo. Zarah había llorado de felicidad abrazándole y lo mismo hicieron las demás mujeres, y los hombres le habían estrechado calurosamente las manos. Todos salvo Daranoush. Daranoush ya no estaba allí, había volado. Por la puerta trasera.

—¡Se ha ido!

—¡Como un zurrón lleno de cuescos! —exclamó alguien.

Todos habían empezado a reír, al sentarse cada uno de ellos aliviado por no encontrarse ya en el peligro inminente de ser acusados por asociación, junto a la inesperada bomba de que a Meshang le hubieran sido devueltas sus riquezas y poder, les había hecho sentirse a todos alegres.

—¡Realmente no puedes tener de cuñado a Daranoush el Osado, Meshang!

—No, no, por Dios —recordó haber dicho, echándose al coleto una copa de champaña—. ¿Cómo se podría confiar en un hombre semejante?

—Ni siquiera con una bacinilla de pis. Por el Profeta, siempre me ha parecido que Daranoush el Puerco, cobraba demasiado por sus servicios. El bazar debería rescindir su contrato.

Nuevos vítores y asentimiento general y Meshang se había bebido otra copa de champaña, regodeándose con las nuevas y gloriosas posibilidades que se abrían ante él: el nuevo contrato para

la recogida de basuras del bazar que él, como parte ofendida obtendría para sí, un nuevo sindicato para financiar al Gobierno bajo su orientación y un mayor beneficio, nuevas asociaciones con ministros más importantes que Alí Kia, y por cierto, ¿dónde estará ese hijo de perro?, nuevos acuerdos con los campos petrolíferos, monopolios para una mejor maniobra, un nuevo matrimonio para Sharazad, tan fácil ahora porque, ¿quién no querría formar parte de su familia, de la familia mercader? «Ya no sería necesario pagar una dote de usura que solo acepté por fuerza mayor. Devueltas todas mis propiedades, haciendas en las playas del mar Caspio, calles enteras de casas en Jaleh, apartamentos en los suburbios del Norte, tierras y huertos y campos y aldeas. Todo recuperado».

Luego, el sirviente asestó un duro golpe a su júbilo, cuando le susurró al oído que Lochart había regresado, que se encontraba ya en su casa, en el piso superior. Subió corriendo las escaleras y ahora veía, impotente, al hombre que tanto aborrecía interrogar a Jari, mientras Zarah escuchaba con la misma atención.

Hizo un esfuerzo por concetrarse.

—… no estoy segura, Excelencia —estaba diciendo Jari entre sollozos—. Ella…, solo ella…, ella solo me dijo que el joven que había salvado su vida en la primera «Protesta de las Mujeres» era un estudiante universitario.

—¿Se reunió con él alguna vez a solas?

—Ah, no, Excelencia, no, como he dicho le conocimos durante la marcha y nos invitó a tomar café para recuperarnos del susto —dijo Jari. Estaba aterrada de que pudieran cogerla en una mentira pero todavía más aterrada de decir lo que en realidad había pasado. «¡Que Dios nos proteja! —imploró para sí—. ¿Adónde habrá ido, adónde?».

—¿Cómo se llamaba, Jari?

—No lo sé, Excelencias. Puede haber sido Ibrahim o… o Ismael. No lo sé. Ya se lo he dicho, no era importante.

Lochart tenía la cabeza como un bombo. Ningún indicio, nada. ¿Adónde había podido ir? ¿A casa de una amiga? ¿A la Universidad?

¿A otra marcha de protesta? No debía olvidar los rumores que corrían por el mercado de nuevos disturbios de los estudiantes universitarios, esa noche se esperaban más explosiones, más marchas de uno y otro lado. Green Bands contra izquierdistas, pero el Comité había prohibido todas las marchas que no estuvieran patrocinadas por el Imán y la paciencia del Comité estaba llegando a su fin.

—Debes tener alguna idea, Jari, alguna forma de ayudarnos.

—Hay que azotarla. Lo sabe —dijo Meshang con voz gutural.

—¡No lo sé, no lo sé…! —gimió Jari.

—¡Cállate, Jari! —Lochart se volvió hacia Meshang, el rostro pálido y la violencia contenida—. No sé adónde habrá ido pero sí sé el por qué: tú la obligaste a divorciarse y te juro por Dios Todopoderoso que si sufre algún daño, el más mínimo, *lo pagarás*.

—Tú la dejaste, la dejaste sin dinero. —Meshang trató de mostrarse agresivo—. Tú la abandonaste y estás divorciado, tú…

—Recuérdalo, lo pagarás. Y si me prohíbes la entrada en esta casa cuando quiera que vuelva, o a ella cuando regrese, por Dios que también serás responsable.

A punto de volverse loco, Lochart se dirigió a la puerta cristalera que daba a la terraza.

—¿Adónde vas? —le preguntó Zarah apresurada.

—No lo sé… Yo… A la Universidad. Tal vez se haya ido a tomar parte en otra marcha aunque no se me ocurre por qué ha tenido que huir para hacer eso…

Lochart no pudo evitar reconocer el auténtico terror que le embargaba. Quizás había sido tan extrema su rebeldía que hubiera perdido momentáneamente la cabeza e intentara matarse… Desde luego, no suicidándose, pero cuántas veces no le habría dicho en el pasado:

—No te preocupes jamás por mí, Tommy. Soy Creyente, siempre intento hacer el trabajo de Dios y siempre que muera haciendo el trabajo de Dios, con el nombre de Dios en los labios, iré al Paraíso.

«¿Y qué hay de nuestro hijo por venir? Una madre no lo haría, no podría. ¿Podría hacerlo ella, alguien como Sharazad?».

En la habitación reinaba la más absoluta quietud. Permaneció allí en pie, por toda una eternidad. Entonces, de repente, su ser lo arrastró a nuevas aguas.

—Sed testigos míos —dijo con una voz extraña y clara—. Atestiguo que no hay más Dios que Dios y que Mahoma es el Profeta de Dios…, y por tercera y última vez. Ahora, ya estaba hecho, se hallaba en paz consigo mismo. Se dio cuenta de que todos lo miraban. Estupefactos…

Meshang rompió el silencio, calmada ya su ira.

—Allah-u Akbar! Bienvenido. Pero no basta con decir tan solo el Shahada.

—Lo sé. Pero esto es el principio.

Le vieron desaparecer en la noche. Todos ellos deslumbrados por haber sido testigos de la salvación de un alma, un incrédulo transmutado en Creyente de manera tan inesperada. Todos ellos desbordaban de alegría, de distintos grados de alegría.

—¡Dios es Grande!

—¿No lo cambia esto todo, Meshang? —murmuró Zarah.

—Sí, sí y no. Pero ahora él irá al Paraíso. Es la Voluntad de Dios. —De repente, se sintió muy cansado. Sus ojos se clavaron en Jari que empezó de nuevo a temblar—. Jari, vas a ser azotada —dijo con la misma calma—, hasta que me digas toda la verdad, o estés en el infierno. Vamos, Zarah, no debemos olvidar a nuestros invitados.

—¿Y Sharazad?

—Hágase la Voluntad de Dios.

CERCA DE LA UNIVERSIDAD: 9.48 DE LA NOCHE. Sharazad salió a la calle principal donde se estaban reuniendo los Green Bands y sus partidarios. Miles de ellos. Hombres en su mayoría. Todos armados. Al frente iban los mulás exhortándoles a mantener la

disciplina, a no disparar contra los izquierdistas hasta que ellos abrieran fuego, a intentar persuadirles de su maldad.

—No olvidéis que son iraníes, no extranjeros satánicos. Dios es Grande… Dios es Grande…

—Bienvenida, niña —dijo un viejo mulá cariñosamente—. La paz sea contigo.

—Y contigo —dijo Sharazad—. ¿Nos estamos manifestando contra los sin Dios?

—Ah, sí, dentro de un rato, hay mucho tiempo por delante.

—Tengo una pistola —dijo ella con orgullo, enseñándosela—. Dios es Grande.

—Dios es Grande. Pero es mejor que la matanza cese y los equivocados reconozcan la Verdad, renuncien a sus herejías, obedezcan al Imán y retornen al Islam. —El viejo vio la juventud y la resolución de ella y se sintió inspirado y entristecido—. Más valiera que la matanza cesara, pero si los de la Mano Izquierda no dejan de oponerse al Imán, la paz de Dios sea con él, entonces, con la Ayuda de Dios, aceleraremos su marcha al Infierno…

LXVIII

TABRIZ. EN EL PALACIO: 10.05 DE LA NOCHE. Los tres se encontraban sentados delante del fuego de la chimenea, terminada la cena, bebían café mientras contemplaban las llamas, la habitación pequeña y llena de ricos brocados, cálida e íntima… uno de los guardias de Hakim junto a la puerta. Pero no había paz entre ellos aunque los tres pretendieran lo contrario en esos momentos y durante toda la velada. Las llamas atraían su atención, cada uno viendo en ellas imágenes diferentes. Erikki, la encrucijada en la carretera, siempre la encrucijada, en una dirección las llamas que conducían a la soledad, en la otra la plena realización…, tal vez sí o tal vez no. Azadeh, el futuro tratando de no verlo.

El Khan Hakim apartó los ojos del fuego y arrojó el guante.

—Has estado ensimismada durante toda la velada, Azadeh —dijo.

—Sí, creo que todos lo hemos estado. —Su sonrisa era forzada—. ¿Crees que podríamos hablar en privado, nosotros tres?

—Por supuesto —Hakim hizo ademán al guardia de que se retirara—. Te llamaré si te necesito. —El hombre obedeció, cerrando la puerta tras él. Al instante, el ambiente en el saloncito cambió. «Ahora los tres nos enfrentamos como adversarios y somos conscientes de ello, todos en guardia y todos preparados»—. ¿Sí, Azadeh?

—¿Es cierto que Erikki ha de irse de inmediato?

—Sí.

—Debe haber otra solución. No soportaré dos años sin mi marido.

—Con la Ayuda de Dios, el tiempo pasará muy de prisa. —El Khan Hakim se encontraba sentado rígidamente erecto, calmados los dolores con la codeína.

—No podré soportar dos años —repitió ella.

—No puedes quebrantar tu juramento.

—Tiene razón, Azadeh —dijo Erikki—. Hiciste juramento libremente, Hakim es Khan y el precio… justo. Pero todas esas muertes…, debo irme, la culpa es mía, no tuya, ni de Hakim.

—Tú no hiciste nada malo, nada en absoluto, te viste forzado para protegerme a mí y a ti mismo, eran carroña dispuestos a asesinarnos, y en cuanto a la incursión…, hiciste lo que te pareció mejor, no podías saber que el rescate había sido pagado en parte o que mi Padre había muerto. Él no debió de haber ordenado que mataran al mensajero.

—Eso no cambia nada. He de irme esta noche. Podemos aceptarlo y dejar las cosas así —dijo Erikki, vigilando a Hakim—. Dos años pasarán rápidamente.

—Si es que vives para contarlo, cariño. —Azadeh se volvió hacia su hermano que mantuvo la mirada con la misma sonrisa, con la misma expresión en los ojos.

La mirada de Erikki fue del hermano a la hermana tan diferentes y sin embargo tan parecidos. ¿Qué era lo que la había hecho cambiar, por qué había precipitado lo que no debiera haber sido precipitado?

—Por supuesto, si es que vivo —dijo con calma exterior.

Cayó una brasa al suelo y se inclinó a cogerla, devolviéndola al fuego. Se dio cuenta de que Azadeh no había apartado la mirada de Hakim ni este de ella. La misma calma, la misma sonrisa cortés, la misma inflexibilidad.

—Sí, Azadeh —dijo Hakim.

—Un mulá puede liberarme de mi juramento.

—No es posible. Ni un mulá ni yo podemos hacer eso, ni siquiera el Imán se mostraría de acuerdo.

—Puedo librarme yo misma. Eso es algo entre Dios y yo, puedo lib…

—No puedes, Azadeh. No podrías hacerlo y vivir en paz contigo misma.

—Puedo. Puedo hacerlo y estar en paz.

—No, si quieres seguir musulmana.

—Sí —se limitó a decir ella—. Estoy de acuerdo.

Hakim lanzó una exclamación sobresaltada.

—No sabes lo que dices.

—Vaya si lo sé. Incluso lo he considerado. —El tono de su voz era neutro—. He considerado esa solución y la he encontrado soportable. No aguantaré dos años de separación de mi marido ni tampoco cualquier intento contra su vida. Y tampoco perdonaré.

Se recostó y abandonó la lucha por el momento, angustiada aunque contenta de haber sacado a la luz la cuestión, pero, aun así asustada. Una vez más bendijo a Aysha por haberla puesto en guardia.

—¡No permitiré que renuncies al Islam bajo ninguna circunstancia! —exclamó Hakim.

Ella se limitó a contemplar las llamas.

El campo de minas les rodeaba, todas para ser activadas y, a pesar de que Hakim estaba concentrado en ella, sus sentidos sondeaban a Erikki, el del Cuchillo, dándose cuenta de que el hombre también esperaba, practicando un juego diferente ahora que el problema estaba sobre la mesa. «Tal vez no debí despedir al guardia», se dijo, ofendido por la amenaza de Azadeh, aspirando intensamente el olor al peligro.

—Digas lo que quieras, Azadeh, por más que lo intentes, me veré forzado a impedir cualquier apostasía por el bien de tu alma…, de la forma que sea. Eso es algo inconcebible.

—Entonces, ayúdame, por favor. Tú eres muy prudente. Eres Khan y hemos pasado por muchas cosas juntos. Te lo suplico, aparta la amenaza a mi alma y a mi marido.

—Yo no amenazo tu alma ni a tu marido —dijo Hakim mirando de frente a Erikki—. No lo hago.

—¿Cuáles son esos peligros que has mencionado? —preguntó Erikki.

—No puedo decírtelo, Erikki —dijo Hakim.

—¿Nos perdonarás, Alteza? Hemos de prepararnos para irnos. —Azadeh se puso en pie. Y lo mismo hizo Erikki.

—¡Tú te quedas donde estás! —Hakim estaba furioso—. ¿Le permitirás abjurar del Islam, de su herencia y de la posibilidad de vida eterna, Erikki?

—No, eso no forma parte de mi plan. —Los dos se le quedaron mirando desconcertados—. Dime, por favor, de qué peligro se trata, Hakim.

—¿Qué plan? ¿Tienes un plan? ¿En qué consiste?

—Los peligros. Háblame de los peligros. El Islam de Azadeh está a salvo conmigo, lo juro por mis propios dioses. ¿Qué peligros?

No formaba parte de la estrategia de Hakim revelárselos pero ahora se sentía desconcertado por la actitud inflexible de su hermana. Irritado ante la posibilidad de que Azadeh hubiera considerado siquiera cometer la herejía suprema, y, por otra parte, absolutamente desorientado ante la sinceridad de aquel hombre extraño. De manera que les contó lo del télex, de salida clandestina de pilotos y aparatos, de su conversación con Hashemi advirtiendo que a pesar de que Azadeh se mostrara tan irritada como Erikki, su sorpresa no parecía auténtica. «Es como si ya lo supiera, como si hubiera estado presente en ambas ocasiones, pero ¿cómo es posible que esté enterada?». Siguió hablando.

—Le dije que no podían detenerte en mi casa ni en mis dormitorios y tampoco en Tabriz, que yo te daría un coche, que confiaba en que escaparas a la detención y que te irías antes del alba.

Erikki estaba destrozado. «El télex lo ha cambiado todo», se dijo.

—Así que me están esperando.

—Sí, pero no dije a Hashemi que tenía otro plan, que ya había enviado un coche a Tabriz, que tan pronto como Azadeh durmiera, yo…

—¿Me hubieras dejado, Erikki? —Azadeh estaba aterrada—. ¿Me hubieras dejado sin decírmelo? ¿Sin pedirme que te acompañara?

—Tal vez. ¿Qué estabas diciendo, Hakim? Por favor, termina lo que estabas diciendo.

—Que tan pronto como Azadeh se quedara dormida, yo tenía planeado sacarte a escondidas de palacio y conducirte a Tabriz donde está el coche y enviarte a la frontera, a la frontera turca. Tengo amigos en Khoi y te ayudarían a cruzarla, con la Ayuda de Dios —añadió Hakim de manera automática, enormemente aliviado de haber preparado un plan alternativo…, para el caso de que lo necesitara. Y ahora había llegado el momento de utilizarlo—. ¿Tú tienes un plan?

—Sí.

—¿Cuál es?

—Si no te gusta, Khan Hakim, ¿qué pasará entonces?

—En ese caso, me negaré a autorizarlo e intentaré detenerte.

—Prefiero no incurrir en tu desagrado.

—Sin mi ayuda, no podrás irte.

—Me vendría bien tu ayuda, eso es verdad. —Pero Erikki ya no se sentía confiado. Habiéndose ido Mac y Charlie y el resto… «¿Cómo diablos han podido hacerlo con semejante rapidez? ¿Por qué diablos no sucedió todo cuando aún estábamos en Teherán? Aunque gracias sean dadas a todos los dioses de que ahora Hakim es el Khan y puede proteger a Azadeh… Es evidente lo que la SAVAK hará conmigo si me cogen, cuando me cojan»—. Tenías razón sobre lo del peligro. ¿Crees que podré escabullirme de palacio como has dicho?

—Hashemi dejó dos policías junto a la puerta. Creo que podríamos sacarte… Supongo que será posible distraerlos de alguna forma. Lo que no sé es si hay otros en la carretera que conduce a la

ciudad, pero puede que los haya, lo más probable es que estén allí. Si vigilan bien y te paran…, será la Voluntad de Dios.

—Esperan que vayas solo, Erikki —dijo Azadeh—, y el coronel se comprometió a no tocarte mientras estuvieras en Tabriz. Si nos escondiéramos en la trasera de un viejo camión… Solo necesitaremos un pequeño camión para burlarles.

—Tú no puedes irte —dijo Hakim, impaciente.

Pero ella ni siquiera lo oyó. Recordaba a Ross y a Gueng y su anterior fuga así como lo difícil que resultó para ellos dos pese a ser saboteadores y luchadores entrenados. ¡Pobre Gueng! Sintió recorrerle el cuerpo un escalofrío. «La carretera del norte es tan difícil como la del sur, en ellas resulta fácil preparar emboscadas, poner controles de carretera. Khoi no está demasiado lejos en kilómetros y desde Khoi a la frontera, pero sí a un millón de kilómetros en tiempo y con mi espalda en malas condiciones…, dudo que pudiera andar siquiera una».

—No importa —murmuró—. Desde luego que llegaremos allí. Con la ayuda de Dios lograremos escapar.

—Por Dios y el Profeta, ¿qué me dices de tu juramento, Azadeh? —Hakim tenía la mirada centelleante.

Azadeh se había puesto muy pálida y cruzaba los dedos para que no le temblaran.

—Por favor, perdóname, Hakim. Ya te lo he dicho. Si se me impide irme ahora con Erikki o si él no quiere llevarme, me escaparé como quiera que sea. ¡Lo haré, lo juro! —Miró a Erikki—. Si Mac y todos los demás se han ido, podrían utilizarte como rehén.

—Lo sé. He de salir de aquí lo más rápidamente que pueda. Pero tú has de quedarte. No puedes renunciar a tu religión cuando solo son dos años, por mucho que odie dejarte.

—¿Se separaría Tom Lochart de Sharazad durante dos años?

—Esa no es la cuestión —repuso Erikki cauteloso—. Tú no eres Sharazad, tú eres la hermana de un Khan y juraste quedarte.

—Eso es algo entre Dios y yo. Tommy no hubiera dejado a Sharazad —dijo, testaruda, Azadeh—. Sharazad no hubiera dejado a

su Tommy, le am…

—He de conocer tu plan —la interrumpió Hakim con frialdad.

—Lo siento, pero en cuanto a él, no confío en nadie.

Los ojos del Khan se contrajeron hasta convertirse en dos estrechas aberturas y hubo de hacer acopio de voluntad para no llamar al guardia.

—De manera que nos encontramos en un punto muerto. Azadeh, sírveme un poco más de café, por favor. —Ella le obedeció al punto. Hakim miró al hombretón que permanecía de espaldas al fuego—. En punto muerto, ¿verdad?

—Soluciónalo, por favor, Khan Hakim —pidió Erikki—. Sé que eres un hombre prudente y por nada del mundo querría perjudicarte. Y tampoco a Azadeh.

Hakim cogió la taza de café y le dio las gracias, con la mirada clavada en el fuego, mientras sopesaba y calculaba. Necesitaba saber lo que Erikki tenía en la mente, ya que deseaba poner fin a todo aquello, que Erikki se fuera y Azadeh se quedara y siguiese como siempre había sido, prudente, cariñosa, atenta y obediente…, y musulmana. Pero la conocía demasiado bien para no tener la certeza de que se comportaría como había amenazado y él la quería demasiado para permitirle que llevara a cabo su amenaza.

—Acaso te satisfaga lo que voy a decirte, Erikki. Juro por Dios que te ayudaré en todo siempre que en tu plan mi hermana no haya de renegar de su juramento, que no la fuerce a la apostasía, que no la amenace peligro alguno, espiritual o político… —reflexionó por un instante— a ella o a mí…, y que tenga alguna posibilidad de éxito.

Azadeh se encabritó, furiosa.

—Eso no es una ayuda. ¿Cómo puede Erikki de algu…?

—Azadeh —intervino Erikki tajante—. ¿Dónde están tus modales? Permanece callada. El Khan me está hablando a mí, no a ti. Es mi plan el que quiere conocer, no el tuyo.

—Lo siento, perdóname, por favor —dijo ella de inmediato, con absoluta sinceridad—. Sí, tienes razón, os pido perdón a ambos. Excusadme, por favor.

—Cuando nos casamos juraste obedecerme. ¿Sigue en pie ese juramento? —preguntó él con dureza, furioso de que Azadeh hubiera estado a punto de hacer fracasar su plan, pues había observado al Khan bizquear de furia y él lo quería tranquilo y reposado, no agitado.

—Sí, Erikki —contestó ella al instante, todavía sobresaltada por lo que Hakim dijera, porque, de esa manera, todos los caminos, salvo el que ella había elegido, quedaban cerrados…, y esa elección la aterraba—. Sí, sin reservas, siempre que no me dejes.

—Sin reservas…, ¿sí o no?

Por su mente atravesaron imágenes de Erikki, su ternura, su amor y sus risas, y todas las cosas buenas, junto a la amenazadora violencia que jamás la alcanzó a ella, aunque sí a todo aquel que la amenazaba o se interpusiera en su camino, Abdollah, Johnny, incluso Hakim…, en especial Hakim.

«Sin reservas, sí —ansiaba decir—, salvo contra Hakim, salvo si tú me dejas». Su mirada la atravesaba. Por primera vez, tuvo miedo de él.

—Sí, sin reservas —musitó—. Te suplico que no me dejes.

Erikki dirigió su atención a Hakim de nuevo.

—Acepto lo que ha dicho. Gracias.

Volvió a sentarse. Azadeh vaciló un instante, luego, se arrodilló junto a él y descansó la cabeza sobre sus rodillas. Ansiaba el contacto, esperando que ello le ayudara a calmar su temor y el enfado que sentía consigo misma por haber perdido la serenidad. «Debo de estar volviéndome loca —se dijo—. ¡Que Dios me ayude…!».

—Acepto las reglas que has establecido, Khan Hakim —estaba diciendo Erikki con calma—. Pero aun así, no pienso informarte de mi pl… Espera, espera, ¡espera! Juraste que me ayudarías si no te ponía en peligro, y no lo haré. En vez de eso —dijo sopesando las palabras—, en vez de eso te daré un enfoque hipotético de un plan capaz de responder a todas tus condiciones. —De manera inconsciente, empezó a acariciar el cabello y el cuello de Azadeh,

que comenzó a sentir cómo se relajaba de todas sus tensiones. Erikki vigilaba a Hakim, ambos hombres a punto de explotar—. ¿Va todo bien hasta ahora?

—Continúa.

—Digamos, de manera hipotética, que mi helicóptero se encuentra en perfecto estado, que he estado simulando que no podía ponerlo en marcha para engañar a todos y para que todos se acostumbren a la idea de que los motores se ponen en marcha para pararse en seguida; supongamos que he mentido en cuanto al combustible y que hay suficiente para una hora de vuelo, el suficiente con bastante margen para alcanzar la frontera y…

—¿Es así? —preguntó Hakim de manera involuntaria, abriéndole un nuevo camino aquella idea.

—Lo es desde un punto de vista hipotético —respondió Erikki, que sintió cómo la mano de Azadeh le apretaba la rodilla con más fuerza, mas simuló no darse cuenta—. Digamos que, dentro de uno o dos minutos, antes de irnos a la cama, te diga que quiero intentar ponerlo en marcha de nuevo. Digamos que lo hago, que los motores se ponen en marcha, funcionan el tiempo suficiente para calentarse y luego se paran, nadie se preocuparía…, es la Voluntad de Dios. Todo el mundo pensaría, «ese loco no quiere dejarlo en paz, ¿por qué no renuncia y nos deja dormir en paz?». Digamos que lo pongo en marcha, le doy toda la potencia y asciendo hacia el cielo. Siguiendo con mi hipótesis, podría estar fuera en cuestión de segundos…, siempre que los guardias no disparen contra mí y que no me encuentre gente hostil, Green Bands o policías con armas en la puerta o fuera de los muros.

Hakim exhaló con fuerza. Azadeh se movió ligeramente haciendo crujir la seda de su vestido.

—Rezo para que esa hipótesis pueda hacerse realidad —dijo.

—Sería mil veces mejor que un coche —dijo Hakim a su vez—, diez mil veces mejor. ¿Podrías volar todo el tiempo de noche?

—Podría, siempre que tuviera un mapa. La mayoría de los pilotos que han pasado cierto tiempo en un área, conservan un buen mapa

en sus cabezas…, pero, claro, todo esto no era más que una hipótesis.

—Sí, sí, lo sé. Bien, hasta aquí hemos llegado con tu plan hipotético. Podrías escapar de esa forma si fueras capaz de neutralizar a posibles hostiles en el patio. Y ahora, hipotéticamente hablando, ¿qué pasa con mi hermana?

—Mi mujer no figura en huida alguna, hipotética o real. Azadeh no tiene elección. Deberá quedarse por propia decisión y esperar los dos años. —Erikki se dio cuenta del asombro de Hakim y sintió, bajo sus dedos, la inmediata rebeldía de Azadeh. No permitió que sus dedos alteraran su ritmo sobre el cabello de ella y su cuello, calmándola, mimándola y siguió hablando sin alterarse—. Azadeh está comprometida a quedarse cumpliendo con su juramento. Nadie que la quiera, y sobre todo yo, le permitiría renunciar al Islam solo por dos años. De hecho, Azadeh, hipótesis o no, *te está prohibido*. ¿Entendido?

—Escucho lo que dices, marido —dijo ella entre dientes, tan furiosa que apenas podía hablar y maldiciéndose por haber caído en la trampa.

—Estás ligada por tu juramento durante dos años, al cabo de los cuales, puedes irte libremente. ¡Es una orden!

Ella lo miró.

—Tal vez al cabo de dos años no me apetezca irme —dijo sombría. Erikki descansó su inmensa mano sobre el hombro de ella, con los dedos ligeramente alrededor de su cuello.

—Entonces, mujer, volveré yo y te arrastraré fuera por el pelo.

Lo dijo con tanta calma y tal virulencia que la dejó helada. Al cabo de un momento bajó los ojos y dirigió la mirada al fuego. Continuó apoyada en las piernas de él. Erikki no le quitó la mano del hombro, ni ella hizo el menor movimiento por apartarla. Pero él estaba seguro de su furia y que, en aquel momento, lo aborrecía. Pese a todo, sabía que había sido necesario decir cuanto había dicho.

—Perdonadme un instante, por favor —dijo Azadeh con tono glacial. Los dos hombres la observaron salir.

—¿Obedecerá? —preguntó Hakim una vez que estuvieron solos.

—No —dijo Erikki—. No a menos que la encierres en su habitación y aun así… No. Ella ha tomado ya su decisión.

—Jamás, jamás permitiré que quebrante su juramento y que renuncie al Islam. Debes de entender eso bien. Incluso…, incluso si tuviera que matarla.

Erikki le miró con fijeza.

—Si le haces algún daño eres hombre muerto…, si yo estoy vivo.

EN LOS BARRIOS DEL NORTE DE LA CIUDAD DE TABRIZ: 10:36 DE LA NOCHE. Entre las sombras, la primera oleada de Green Bands se precipitó hacia la puerta en el alto muro. Saltaron los cerrojos y entraron en el patio interior disparando sus armas. Hashemi y Robert Armstrong se encontraban al otro lado de la plaza en la relativa seguridad de un camión aparcado. Otros hombres aparecían por la calleja para cortar toda retirada.

—Ahora —dijo Hashemi a través del walkie-talkie. Al punto, la zona enemiga de la plaza quedó inundada por la luz de los focos montados en camiones camuflados. Los hombres intentaban huir por otras puertas, pero la Policía y los Green Bands abrieron fuego contra ellos y la lucha empezó.

—Vamos, Robert —dijo Hashemi, y corrió cauteloso para acercarse más.

Informadores les habían susurrado que esa noche se celebraría allí una reunión a alto nivel de líderes islámico-marxistas y que aquel edificio se comunicaba con sus medianeros, por una especie de madriguera de conejos formada de puertas secretas y pasadizos. Con la ayuda del Khan Hakim, Hashemi había procedido a la primera de una serie de incursiones destinadas a desactivar la extensa oposición izquierdista al Gobierno, a capturar a los líderes y a hacer un público escarmiento de ellos…, para sus propios fines.

El primer grupo de Green Bands había despejado la planta baja y subían a la carga por las escaleras, indiferentes a su propia seguridad. Los defensores, recuperados ya de su sorpresa, luchaban con igual ferocidad, bien armados y entrenados.

Afuera, en la plaza, hubo una tregua: los defensores no querían exponerse inútilmente al peligro, o unirse a los que ya se encontraban acorralados contra los coches, algunos de estos en llamas. La calleja detrás del edificio aparecía ominosamente tranquila, con la Policía y los Green Bands bloqueando ambas salidas, bien atrincherados detrás de sus vehículos.

—¿A qué esperamos aquí, como iraquíes apestosos y cobardes? —dijo con truculencia uno de los Green Bands—. ¿Por qué no les atacamos?

—Tú esperarás aquí porque es lo que el coronel ha ordenado —dijo el sargento de Policía—. Esperarás porque podemos matar a todos esos perros sin complicaciones y el…

—Yo no obedezco a ningún perro de coronel, ¡solo a Dios! ¡Dios es grandeeeee! —Dicho lo cual el jovenzuelo amartilló su rifle y salió corriendo de la posición de emboscada en dirección a la puerta trasera del edificio que era el blanco. Otros lo siguieron. El sargento los maldijo y les ordenó que regresaran, mas sus palabras quedaron ahogadas por una descarga cerrada contra los jóvenes desde las pequeñas ventanas situadas en lo alto de los muros, haciendo entre ellos una carnicería.

Hashemi y los otros, que habían oído los disparos en la calleja, supusieron que los de la casa habían intentado huir.

—Esos perros no pueden escapar por ese lado —gritó jubiloso Hashemi—. ¡Están atrapados!

Desde donde él estaba, podía ver que el ataque al edificio principal se mantenía. Entonces, pulsó su transmisor.

—Segunda oleada en dirección al edificio de inmediato —un mulá con otro destacamento de jóvenes que lanzaban su grito de batalla cruzaron la plaza corriendo, ante los ojos realmente aterrados de

Robert Armstrong por la orden de Hashemi que les convertía, bajo la luz de los focos, en blancos perfectos.

—¡Tú no intervengas, Robert! ¡Por Dios que estoy harto de tus interferencias! —le había dicho Hashemi con frialdad, cuando le hiciera algunas sugerencias de cómo contener la incursión antes de que el ataque comenzara—. Guarda tus consejos para ti, este es un asunto interno. Nada tiene que ver contigo.

—Pero, Hashemi, no todos los edificios están ocupados por bandas hostiles o por marxistas, es posible que haya familias, acaso centenares de personas inocentes…

—¡Mantente quieto o, por Dios, que lo consideraré traición!

—Entonces, me mantendré al margen. Regresaré y vigilaré el palacio.

—He dicho que formarás parte de la incursión. Vosotros los británicos creéis ser los únicos que sabéis manejar a algunos revolucionarios. Permanecerás a mi lado, donde yo pueda verte, pero antes…, ¡dame tu pistola!

—¡Hashemi…!

—¡Tu pistola! Por el Profeta que ya no confío en ti. ¡Tu pistola!

Así que se la había entregado. Con ella en su poder, Hashemi pareció recobrar la tranquilidad, y relajarse y reír por el incidente. Sin embargo, no le había devuelto el arma y Armstrong se encontraba como desnudo en la noche, temeroso de haber sido traicionado de algún modo. Lo miró y de nuevo vio aquella expresión extraña en los ojos de Fazir y también la forma en que movía la boca, con un poco de saliva en las comisuras.

Una ráfaga de disparos hizo que, otra vez, centrara su atención en el edificio. El fuego procedía de las ventanas altas haciendo frente al nuevo ataque. Muchos de los jóvenes cayeron mas algunos lograron introducirse en el interior, el mulá iba entre ellos, para reforzar a aquellos combatientes que seguían vivos. Juntos apartaron los cuerpos que bloqueaban la escalera, y se abrieron paso luchando hasta el piso siguiente.

En la plaza, Hashemi se mantenía parapetado detrás de un coche, consumido por su excitación y su sensación de poder.

—¡Más hombres al edificio del cuartel general!

Nunca antes había estado al mando en una batalla, ni siquiera había participado en alguna. Todo su trabajo anterior había sido secreto, clandestino, solapado, solo unos pocos hombres implicados en cada operación. Incluso con su «Group Four» de asesinos todo cuanto había hecho había sido dar órdenes, desde un lugar seguro, y esperar el resultado, en un lugar seguro, lejos de toda acción. Salvo en aquella única ocasión en que hiciera detonar personalmente el coche bomba que acabó con el general Janan, su enemigo de SAVAMA. «Por Dios y el Profeta —vociferaba su mente —, para esto es para lo que yo he nacido: ¡Para batallas y guerra!».

—¡Ataque general! —gritó en el walkie-talkie y luego, poniéndose en pie, aulló con toda la fuerza de sus pulmones—: ¡Ataque general!

Los hombres cargaron en la noche. Granadas arrojadas por encima de los muros que caían indiscriminadamente en patios y ventanas. Explosiones y grandes humaredas, nuevos disparos de rifles y automáticas, más explosiones. Entonces, de repente, una explosión gigantesca en el cuartel general izquierdista cuando en el escondrijo de las municiones y la gasolina hizo explosión, voló todo el último piso y la mayor parte de la fachada. La oleada de calor desgarró las ropas de Hashemi y derribó a Armstrong, y Mzytryk, que había estado vigilando a través de los prismáticos desde el lugar seguro de una ventana alta, al otro lado de la plaza, los vio con toda claridad, iluminados por la luz de los focos, y decidió que ese era el momento perfecto.

—¡Ahora! —dijo en ruso.

El tirador apostado junto a él; tenía ya el objetivo en el centro de la mira telescópica de su rifle cuyo cañón había apoyado sobre el marco de la ventana. Al instante, colocó el dedo índice por encima del guardamonte. Sintió el dedo de Mzytryk en el gatillo y empezó la cuenta atrás como le habían ordenado:

—Tres…, dos…, uno…, ¡fuego! —Mzytryk apretó el gatillo.

Los dos hombres vieron cómo las balas dumdum le incrustaban en la parte baja de la espalda de Hashemi, y lo lanzaban con los brazos y las piernas extendidos, contra el coche que tenía enfrente para desplomarse finalmente sobre el polvo.

—Bien —murmuró Mzytryk sombrío. Lo único que lamentaba era que sus propios ojos y pulso no fueran lo bastante buenos para acabar por sí mismo con los asesinos de su hijo.

—Tres…, dos…, uno…

La mira osciló. Ambos hombres maldijeron porque habían visto a Armstrong girar rápidamente, y mirar por un instante en su dirección. Entonces, se había lanzado por un hueco entre los coches, desapareciendo detrás de uno de ellos.

—Está por el lado del volante. No puede escapar. Ten paciencia…, dispara cuando puedas.

Mzytryk salió corriendo de la habitación y desde el hueco de la escalera gritó en turco a los hombres que esperaban abajo.

—¡Id! —Luego, corrió de nuevo a la habitación. En el momento en que atravesaba la puerta, vio disparar al francotirador.

—Lo alcancé —dijo el hombre con una obscenidad.

Mzytryk enfocó sus prismáticos, pero no pudo ver a Armstrong.

—Detrás del coche negro. Sacó la cabeza un segundo por el lado del volante y le di.

—¿Lo has matado?

—No, camarada general. He tenido mucho cuidado, tal como me ordenaste.

—¿Estás seguro?

—Sí, camarada general. Le he alcanzado en el hombro, tal vez en el pecho.

El edificio del cuartel general ardía furiosamente, esporádicos ya los disparos desde los edificios adyacentes, solo pequeños núcleos de resistencia. Los atacantes superaban en mucho a los defensores, todos enloquecidos en un frenesí de brutalidad. «Bárbaros —pensó Mzytryk despectivo. En ese momento, volvió la vista al cuerpo de Hashemi caído en el suelo, sacudido todavía por espasmos, parte de

él dentro del joub—. No te mueras demasiado pronto, *matyeryebyets*».

—¿Puedes verle? ¿Al inglés?

—No, camarada general, pero tengo cubierto ambos lados.

Entonces, Mzytryk vio llegar la destartalada ambulancia y bajar hombres, ostentando brazaletes de la Cruz Roja, con camillas para empezar a recoger a los heridos cuando casi había terminado la batalla. «Me alegro de haber venido esta noche», se dijo, sin que su furia se hubiese calmado. Había decidido dirigir la venganza personalmente, tan pronto como el día anterior recibió el mensaje del Khan Hakim. El apenas disimulado «requerimiento», junto con el informe secreto de Pahmudi sobre la forma en que su hijo había muerto a manos de Hashemi y Armstrong, le había conducido a un paroxismo de ira.

Resultó fácil hacerse con un helicóptero e instalarse la noche anterior en las afueras de Tabriz. Tampoco fue difícil preparar un contraataque y tender una emboscada a los dos asesinos. Fácil plan de venganza que cimentaría sus relaciones con Pahmudi, al librarle de su enemigo Hashemi Fazir, y que, al mismo tiempo, evitaría muchas dificultades a sus muyahidines y los tudehs en el futuro. Y Armstrong, el escurridizo agente MI6, otra supresión que se había prolongado durante demasiado tiempo…, ¡maldito sea ese fornicador por haber reaparecido como un fantasma al cabo de tantos años!

—¡Camarada general!

—Sí, ya los veo.

Mzytryk siguió con la mirada a los hombres de la Cruz Roja que colocaban a Hashemi sobre una camilla y se dirigían hacia una ambulancia. Otros dieron vuelta al coche. Las líneas cruzadas de la mira telescópica los siguieron. Aumentó la excitación de Mzytryk. El tirador de primera esperó, paciente. Cuando los hombres reaparecieron, llevaban con ellos a Armstrong, medio a rastras.

—Sabía que había alcanzado a ese bastardo —dijo el tirador de primera.

EN EL PALACIO: 11.04 DE LA NOCHE. Las luces rojas y fosforescentes de vuelo nocturno en el panel de instrumentos se encendieron, silenciosas. Erikki pulsó la «Puesta en Marcha del Motor». Los jets cobraron vida, tosieron, volvieron a ponerse en marcha, vacilaron mientras él metía y sacaba cuidadosamente los interruptores del circuito. Luego, los estabilizó en su sitio. Los motores comenzaron su calentamiento real.

En el patio, los focos estaban encendidos a media luz. Azadeh y el Khan Hakim, muy abrigados, debido al frío de la noche, permanecían en pie, algo apartados de las palas giratorias, observándole con atención.

En la puerta de entrada, a unos cien metros, también vigilaban aunque de manera indolente, dos guardias y dos policías de Hashemi. Las brasas de sus cigarrillos brillaban en la oscuridad. Los dos policías se colgaron del hombro sus «Kalashnikovs» y se aproximaron más, paseando.

Los motores volvieron a escupir, y el Khan Hakim gritó haciéndose oír por encima del estruendo.

—¡Déjalo por esta noche, Erikki!

Pero Erikki no le oyó. Hakim se alejó del ruido, para acercarse más a la puerta, siguiéndole Azadeh reacia. Andaba lenta y desmañadamente y maldijo por no estar acostumbrado a las muletas.

—Saludos, Alteza —dijeron, corteses, los policías.

—Saludos. Tu marido no tiene paciencia, Azadeh —dijo con irritación—. Está perdiendo el sentido común. ¿Qué le ocurre? Es ridículo que se pase el tiempo probando los motores. ¿De qué le serviría, aun suponiendo que se pusieran en marcha?

—No lo sé, Alteza. —El rostro de Azadeh aparecía muy blanco bajo la pálida luz y estaba muy inquieta—. Desde…, desde la incursión ha estado muy extraño, muy difícil, difícil de comprender…, me asusta.

—¡No me extraña! Es capaz de asustar incluso al mismísimo demonio.

—Te ruego que me perdones, Alteza —dijo Azadeh con tono de excusa—, pero, en tiempos normales, no…, no es en modo alguno aterrador.

Los dos policías, corteses, dieron media vuelta, pero Hakim les detuvo.

—¿Han observado alguna diferencia en el piloto?

—Está muy furioso, Alteza, hace horas que está furioso. En una ocasión le he visto darle de puntapiés a la máquina, pero es difícil decir si ha cambiado o no. Nunca he estado cerca de él antes.

El cabo rondaba los cincuenta y no quería líos. El otro hombre era más joven y estaba, si cabía, más asustado. Sus órdenes eran las de vigilar y esperar hasta que el piloto se fuera en coche, o a que cualquier vehículo saliera de la propiedad, y, sin detenerlos, lo comunicase al momento al Cuartel General por la radio del coche. Los dos se daban perfecta cuenta de lo peligroso de su posición. El brazo del Khan Gorgon era muy largo y llegaba hasta muy lejos. Los dos sabían que los sirvientes y los guardias del fallecido Khan, acusados por él de traición, seguían pudriéndose en las mazmorras de la Policía. Pero también sabían que el poder del Servicio Secreto Interno era todavía más certero.

—Dile que lo deje estar, Azadeh, que pare los motores.

—Antes jamás estuvo tan…, tan enfadado conmigo, y esta noche —la rabia casi le hizo bizquear—. No creo que pueda obedecerle.

—¡LO HARÁS!

—Cuando está así, aunque solo sea un poco enfadado, no puedo lograr nada de él —murmuró Azadeh al cabo de una pausa.

Los policías vieron su palidez y sintieron lástima de ella, pero la sentían mucho mayor todavía por ellos mismos…, habían oído lo ocurrido en las estribaciones de la montaña. «¡Que Dios nos proteja de el del Cuchillo! ¿A quién le gustaría estar casada con semejante bárbaro que todos saben que bebe la sangre de los hombres tribales a los que ha matado, adora a los espíritus del bosque contra la ley

de Dios y se revuelca desnudo en la nieve obligándola a ella a hacer lo mismo?».

Los motores escupieron y empezaron a apagarse y entonces vieron a Erikki aullar de furia y golpear el costado de la carlinga con su enorme puño, que hizo una abolladura en el aluminio por la fuerza del golpe.

—Con tu permiso, Alteza, me voy a la cama…, creo que tomaré un somnífero y espero que mañana sea mejor… —dejó sin terminar la frase.

—Sí, lo del somnífero es una buena idea. Muy buena. Me temo que yo habré de tomar dos, la espalda me duele terriblemente y ahora ya no puedo dormir sin el somnífero. —Luego, Hakim añadió enfadado—: ¡Es culpa suya! De no haber sido por él, ahora no tendría dolores. —Se volvió hacia su guardaespaldas—. Ve a buscar a mis guardias que están en la puerta, quiero darles instrucciones. Y tú, acompáñame, Azadeh.

Se alejó penosamente, mientras Azadeh caminaba obediente y malhumorada a su lado. Los motores empezaron a chillar de nuevo. El Khan Hakim se volvió irritado, hacia los policías.

—¡Si no para dentro de cinco minutos —les ordenó con tono tajante—, mandadle en mi nombre que lo haga! ¡Dentro de cinco minutos, por Dios!

Los dos hombres, desasosegados, les vieron alejarse mientras el guardaespaldas y los dos guardias de la puerta subían presurosos los escalones tras ellos.

—Si Su Alteza no puede hacer nada con él, ¿qué podemos hacer nosotros? —dijo el policía de más edad.

—Con la Ayuda de Dios, los motores seguirán en marcha hasta que el bárbaro esté satisfecho o los pare él mismo.

Las luces se apagaron en el patio. Al cabo de seis minutos, los motores seguían igual: se paraban, se ponían en marcha, se paraban…

—Más vale que obedezcamos —dijo el policía más joven, muy nervioso—. El Khan dijo cinco. Vamos retrasados.

—Estate preparado para correr y no lo irrites si necesidad. ¡Quita el seguro de tu arma! —Se acercaron más, muy nerviosos—. ¡Piloto!

Pero el piloto estaba de espaldas a ellos y tenía medio cuerpo dentro de la carlinga. «¡Hijo de perra!». Más cerca, ahora ya junto a las palas giratorias.

—¡Piloto! —llamó el cabo con voz más potente.

—No puede oírte, ¿quién podría oírte nada? Adelántate, yo te cubro.

El cabo asintió, y, después de encomendar su alma a Dios, se metió en el remolino de viento.

—¡Piloto! —Hubo de acercarse mucho a él y tocarle—. ¡Piloto!

En aquel instante, el piloto se volvió, con rostro severo, y dijo algo en una lengua bárbara que él no entendió.

—Por favor, Excelencia Piloto —llamó con sonrisas y cortesía forzadas—. Por favor, Excelencia Piloto, consideraríamos un honor que parara los motores. Su Alteza el Khan lo ha ordenado. —Vio la mirada atónita, recordó que el del Cuchillo no hablaba lengua alguna civilizada de manera que repitió lo que había dicho, hablando más alto y más despacio y recurriendo a la mímica. Ante su inmenso alivio, el piloto asintió con expresión de excusa, pulsó algunos botones y los motores empezaron a pararse y las palas a girar más despacio.

«¡Alabado sea Dios! Bien hecho, ¡qué inteligente eres!» se dijo el cabo satisfecho.

—Gracias, Excelencia Piloto. Muchas gracias.

Inmensamente contento consigo mismo, atisbó, imperioso en la carlinga. En aquel momento, vio al piloto hacerle señas, con el gesto de alguien que intentase complacerle, y por Dios que más le valía, invitándole a ocupar el asiento del piloto. Henchido de orgullo, observó inclinarse, cortés, ante la carlinga, mover los controles y señalar hacia los instrumentos.

Incapaz de dominar su curiosidad, el policía más joven se aproximó por debajo de las palas que cada vez giraban con menor lentitud, y se acercó a la portezuela. Se inclinó hacia delante, fascinado por las hileras de botones y esferas que centelleaban en la oscuridad.

—¡Por Dios, cabo!, ¿has visto alguna vez tantas esferas y clavijas? Ese asiento parece pintiparado para ti.

—Quisiera ser piloto —dijo el cabo—. Yo pens…

Calló, asombrado, al ser sus palabras absorbidas por una roja neblina cegadora que aspiraba el aliento de sus pulmones y lo sumía en la más absoluta oscuridad.

Erikki había hecho chocar la cabeza del más joven contra la del cabo, dejando inconscientes a ambos. Los rotores pararon sobre su cabeza. Miró en derredor. Ni el menor movimiento en la oscuridad, solo varias luces en el palacio. Nada de miradas enemigas ni presencia alguna que pudiera detectar. Con rapidez, ocultó las armas de los policías debajo del asiento del piloto. En cuestión de segundos, trasladó a los dos hombres a la cabina y los dejó allí tumbados; les abrió la boca a la fuerza y les puso en ellas las pastillas de dormir que cogiera del cuarto de baño de Azadeh, una vez hecho eso, los amordazó. Un instante para recuperar el aliento antes de pasar a la carlinga a fin de comprobar que todo estaba en orden para el despegue inmediato. A renglón seguido, volvió a la cabina. Ninguno de los dos hombres se había movido. Se apoyó contra la puerta dispuesto a silenciarlos de nuevo si fuera preciso. Tenía la garganta seca. Y estaba bañado en sudor. Y a la espera. De repente, oyó el ladrido de los perros y el ruido de las cadenas que los sujetaban. Con enorme sigilo puso a punto la «Stern». La patrulla que hacía el recorrido, formada por dos guardias armados y los perros Dobermann hacían la ronda alrededor de palacio sin acercarse a la zona donde él estaba. Erikki vigiló el palacio, el brazo fuera del cabestrillo.

EN LOS BARRIOS BAJOS DEL NORTE: La destartalada ambulancia color beige sucio avanzaba dando trompicones por las calles llenas de baches. En la trasera iban dos médicos y tres camillas. Hashemi en una de ellas aullaba, desangrándose, destrozada casi toda la parte inferior de la espalda.

—En el Nombre de Dios, administradle morfina —jadeó Armstrong, que intentaba soportar su propio dolor. Estaba medio derrumbado sobre su camilla, con la espalda apoyada en el oscilante costado del coche, sujetando unas vendas fuertemente apretadas sobre el orificio de la bala en la parte superior del pecho, olvidado por completo de la sangre que brotaba de la herida en la espalda, empapando el tosco vendaje que uno de los médicos le había puesto a través de la abertura de su trinchera.

—¡Dadle morfina! ¡De prisa! —volvió a decirles, maldiciéndoles en farsi y en inglés, odiándoles por su estupidez y su falta de humanidad, sin haberse repuesto todavía del repentino impacto de la bala y del ataque surgido desde no se sabía dónde. ¿Por qué, por qué, por qué?

—¿Qué puedo hacer yo, Excelencia? —sugirió la voz de la oscuridad—. No tenemos nada de esa morfina. Es la Voluntad de Dios.

El hombre encendió una linterna que casi lo cegó, la dirigió luego hacia Hashemi y, después, a la tercera camilla. El muchacho que yacía allí estaba muerto. Armstrong observó que ni se habían molestado en cerrarle los ojos. Hashemi emitió otro aullido barboteante.

—Apaga la luz, Ishmael —dijo el otro médico—. ¿Acaso quieres que nos disparen?

Ishmael obedeció, indiferente. Una vez se hubo hecho la oscuridad, encendió un cigarrillo, tosió, se aclaró ruidosamente la garganta y luego, apartó la lona por un instante para orientarse.

—Solo unos minutos con la Ayuda de Dios —dijo. Se inclinó y sacudió a Hashemi sacándole de su inconsciente para devolverle a un auténtico infierno—. Solo unos minutos más. Excelencia Coronel. No te mueras todavía —le dijo esperanzado—. Solo unos minutos más y recibirás el tratamiento adecuado.

Todos se tambalearon al hundirse una rueda en un bache. Armstrong sintió un dolor insoportable. Cuando se dio cuenta de que la ambulancia se detenía, casi lloró de alivio. Otros hombres apartaron la lona de la parte de atrás y se precipitaron al interior. Unas manos brutales lo agarraron, le obligaron a ponerse en pie y lo arrastraron hasta la camilla, sujetándole con las correas de seguridad. Entre brumas infernales de dolor vio cómo se llevaban la camilla de Hashemi desapareciendo en la noche. Luego, unos hombres le levantaron a él, sin ningún miramiento y el dolor fue tan intenso que perdió el conocimiento.

Los camilleros pasaron sobre el joub y entraron por la puerta que había en el alto muro en un sucio corredor. Al llegar al final, bajaron un tramo de escaleras que desembocaba en un inmenso sótano iluminado con lámparas de aceite.

—¡Ponedlo ahí! —ordenó Mzytryk, señalando hacia una segunda mesa. A Hashemi lo habían depositado ya en la primera, atado también a su camilla. Mzytryk examinó con calma las heridas de Armstrong, y luego las de Hashemi. Ambos seguían inconscientes.

—Muy bien —dijo—. Espérame arriba, Ishmael.

Este se quitó el pringoso brazalete de la Cruz Roja y lo tiró a un rincón junto con los otros.

—Muchos de los nuestros fueron martirizados en este edificio. Dudo que alguno escapara.

—Entonces, hiciste bien al no asistir a la reunión.

Ishmael subió pesadamente las escaleras para reunirse con sus amigos que se felicitaban ruidosamente del éxito logrado al capturar al líder enemigo y a su perro de presa, al extranjero. Todos eran

auténticos, encallecidos luchadores islámico-marxistas y entre ellos no había ni un médico.

Mzytryk esperó a encontrarse solo. Entonces cogió una pequeña navaja y empezó a hurgar, ahondando, en la herida de Hashemi. El terrible aullido lo complació. Cuando se iba extinguiendo, agarró un cubo de agua helada y se la echó al coronel en la cara. Los ojos de este se abrieron y aún le complació más el terror y el dolor que se leyó en ellos.

—¿Querías verme, coronel? Tú asesinaste a mi hijo, Fedor. Soy el general Petr Oleg Mzytryk. —Volvió a manejar la navaja. La cara de Hashemi adquirió un aspecto grotesco mientras aullaba, chillaba y barboteaba de manera incoherente, intentado librarse de las ligaduras.

—Esto es por mi hijo… y esto es por mi hijo… y esto es por mi hijo.

Hashemi tenía un corazón fuerte y sobrevivió varios minutos durante los cuales pidió misericordia, pidió la muerte, un Dios Único para la muerte y la venganza.

Tuvo una muerte terrible.

Por un momento, Mzytryk permaneció junto a él, rebelándose su olfato ante el hedor. Pero no necesitaba obligarse a recordar lo que esos dos le habrían hecho a su hijo, para conseguir que alcanzase el tercer nivel.

El informe de Pahmudi había sido explícito. «Te hemos devuelto la moneda, Hashemi Fazir, tragamierdas», dijo y le escupió a la cara. A continuación, se volvió y quedó parado. Armstrong estaba consciente y le observaba a él desde la camilla, al otro extremo del sótano. Fríos ojos azules. Rostro exangüe. A Mzytryk le asombró la ausencia de miedo en la mirada. «Pronto cambiaré eso», pensó al tiempo que sacaba la pequeña navaja. Entonces, cayó en la cuenta de que Armstrong había logrado liberar el brazo derecho de las ligaduras pero, antes de que él pudiera hacer nada, Armstrong se había llevado la mano a la solapa de la trinchera y sostenía ya cerca de la boca el casquillo con la cápsula de cianuro que contenía.

—¡No te muevas! —le advirtió Armstrong.

Mzytryk era demasiado experto para pensar por un instante correr hacia él, ya que la distancia era demasiado grande. En el bolsillo lateral llevaba una automática pero estaba seguro que los dientes de Armstrong morderían la cápsula antes de que él pudiera sacar el arma, y en tres segundos se quedaría sin tiempo suficiente para vengarse. Su única esperanza era que el dolor de Armstrong se hiciera tan intenso que perdiera el conocimiento. Y allí permaneció, junto a la otra mesa, maldiciéndole.

Cuando en la oscuridad de la ambulancia los camilleros sujetaron a Armstrong con las ligaduras, este recurrió de manera instintiva a todas las fuerzas que le quedaban contra las cuerdas para poder disponer del espacio suficiente que le permitiera bastante espacio para sacar el brazo…, para el caso de que no pudiera soportar el dolor. Llevaba otra cápsula oculta en el cuello de la camisa. Había temblado durante toda la agonía de Hashemi, dando gracias a Dios por aquella tregua que le permitía liberar el brazo, aun cuando el esfuerzo fue espantoso. Pero una vez hubo alcanzado la cápsula, dejó de sentir terror y, con ello, el dolor se le calmó un poco. Había hecho la paz consigo mismo al borde mismo de la muerte, donde la vida es tan absolutamente sublime.

—Somos… somos profesionales —dijo—. Nosotros no asesinamos a tu… tu hijo. Estaba vivo cuando… cuando el general Janan se lo llevó para entregárselo a Pahmudi.

—¡Embustero! —Mzytryk observó que la voz iba debilitándose y supo que no habría de esperar mucho más tiempo. Se preparó.

—Estudia los documentos… los documentos oficiales —dijo Armstrong—. SAVAMA debe de tener algunos… y también los de tu maldita KGB.

—¿Me crees tan estúpido que puedas enfrentarme con Pahmudi antes de morir?

—Mira los informes, haz preguntas, tal vez encuentres la verdad. Pero a vosotros, bastardos de la KGB, nunca os ha gustado la verdad. Te digo que estaba vivo cuando SAVAMA se lo llevó.

Mzytryk se sentía desconcertado. ¿Sería normal que un profesional como Armstrong, al borde de la muerte, de una u otra forma, perdiera el tiempo sugiriendo semejante investigación sin estar seguro del resultado?

—¿Dónde están las cintas?

—No las hay. No… no del tercer nivel. —Armstrong estaba perdiendo fuerzas… y también se le iba el tiempo. Cada vez necesitaba un esfuerzo mayor para concentrarse. Pero había que proteger las cintas, ya iba una copia camino de Londres, segura, junto con un informe especial—. Tu hijo fue valiente y fuerte y no nos reveló nada. Lo que… lo que Pahmudi lograra arrancarle con sus manejos brutales eso… eso no lo sé… los de Pahmudi fueron ellos o tu propia escoria. Estaba viv… vivo cuando se lo llevaron. Pahmudi se lo dijo a Hashemi.

«Es posible —se dijo Mzytryk desasosegado—. Esos tragamierdas, hijos de mala madre de Teherán, han hundido a Irán en la confusión, representaron mal al Sha durante años y dieron al traste con nuestro trabajo de generaciones».

—Lo descubriré. Juro sobre la cabeza de mi hijo que los descubriré, aunque eso no te servirá de nada… ¡camarada!

—Un favor se merece… uno se merece ot… otro. Tú eliminaste a Roger, Roger Crosse, ¿eh?

Mzytryk se echó a reír, satisfecho de poder mofarse de él y sacar provecho de la espera.

—Sí, yo lo preparé. Y a AMG, ¿lo recuerdas? Y a Talbot, pero dije a Pahmudi que utilizara a ese tragamierda de Fazir para ese 16/a. —Vio entornarse aquellos fríos ojos azules y se preguntó qué habría detrás de ellos.

Armstrong escudriñaba en su memoria. ¿AMG? Ah, sí, Alan Medford Grant, nacido en 1905, decano de los agentes de contraespionaje. En 1963, como informador secreto de Ian Dunross, descubrió un topo en la Noble House. Y otro en mi Sección Especial, que luego resultó ser mi mejor amigo.

—¡Falso! AMG murió en un accidente de moto en el sesenta y tres.

—En el que colaboré. Tuvimos un 16/a a la zaga de ese traidor durante un año o más…, y también de su mujer, la japonesa.

—No estaba casado.

—Vosotros, bastardos, no sabéis nada. ¿Sección Especial? Unos verdaderos comemierdas. Ella pertenecía al Servicio Secreto japonés. Sufrió un accidente en Sydney ese mismo año.

Armstrong se permitió una leve sonrisa. «El accidente de moto había sido preparado por la KGB, pero planificado de nuevo por MI6. El certificado de defunción era auténtico, el de otra persona, y Alan Medford Grant aún sigue operando con éxito aunque con un rostro y una cobertura diferentes que ni siquiera yo conozco. ¿Pero una mujer? ¿Japonesa? ¿Era otra cortina de humo o tal vez otro secreto? Todo era más complicado de lo que parecía… de lo que par…».

El pasado hacía guiños a Armstrong. Con un esfuerzo, centró su mente en lo que de verdad quería saber, comprobar si estaba en lo cierto o equivocado, ya no disponía de tiempo. En absoluto.

—¿Quién es el cuarto hombre…, nuestro traidor estrella?

El interrogante quedó suspendido en el aire del sótano. Mzytryk se sobresaltó y luego sonrió, porque Armstrong le había dado la clave para obtener venganza psicológica. Le dijo el nombre y fue testigo de su conmoción. Y el nombre del quinto, y el del sexto.

—MI6 rebosa de agentes nuestros, no solo topos, y también MI5, y la mayoría de vuestros sindicatos… Ted Everly es de los nuestros, y también Broadhurst y Lord Grey…, ¿le recuerdas de Hong Kong? Y no solo laboristas, aun cuando ellos sean uno de los mejores caldos de cultivo. ¿Nombres? —dijo regodeándose, sabiendo que estaba a salvo—. ¡Echa un vistazo a *quién es quién*! Altas personalidades de la Banca, de la «City», del Ministerio de Asuntos Exteriores… Henley es otro de los nuestros y ya tengo en mi poder una copia de tu informe…, algunos de tu Gabinete, tal vez incluso en Downing Street. Tenemos en Gran Bretaña a quinientos de nuestros profesionales, sin contar a vuestros propios traidores.

Su risa fue cruel.

—¿Y Smedley-Taylor?

—Sí, claro, él también y… —Cesó bruscamente el regodeo de Mzytryk—. ¿Cómo estás enterado de lo suyo? Si sabes lo de él… ¿Eh?

Armstrong estaba satisfecho. Fedor Rakoczy no había mentido. Todos esos nombres en las cintas que ya estaban en camino, que ya estaban a salvo. Jamás había confiado en Henley, ni siquiera Talbot. Estaba contento y triste a la vez, porque lamentaba no hallarse presente para poder cogerlos él mismo. «Alguien lo hará. AMG lo hará».

Sus párpados se agitaron, cayó la mano que tenía cerca de la solapa de la trinchera. Mzytryk, en ese instante, cubrió el espacio que lo separaba de él, moviéndose con una rapidez asombrosa para semejante hombretón, y le inmovilizó el brazo entre la mesa y su pierna, le arrancó la solapa y tuvo a Armstrong impotente y a su merced.

—¡Despiértate, *matyeryebyets*! —dijo exultante, sacando la navaja—. ¿Qué sabes de Smedley?

Pero Armstrong no contestó. La muerte había llegado silenciosa. La rabia se apoderó de Mzytryk, el corazón le latía con fuerza.

—No importa, está muerto y ya no es necesario perder más tiempo con él —farfulló en voz alta. «El bastardo comemierdas se había ido al infierno sabiendo que había sido instrumento de los traidores, de algunos de ellos. Pero ¿cómo estaba enterado de lo de Emedley-Taylor? Que se vaya al infierno. ¿Y si fuera verdad lo que dijo sobre mi hijo?».

En un rincón del sótano había un bidón de keroseno. Empezó a derramarlo sobre los cuerpos, desvaneciéndose lentamente su furia.

—¡Ishmael! —llamó desde el pie de la escalera.

Una vez que hubo acabado con el keroseno tiró el bidón a un rincón. Ishmael y otro hombre bajaron al sótano.

—¿Estáis preparados para salir? —les preguntó Mzytryk.

—Sí, con la ayuda de Dios.

—Y también con nuestra propia ayuda —dijo Mzytryk con ligereza. Se limpió las manos, cansado aunque satisfecho de cómo se había desarrollado el día y la noche. Ahora, solo un corto viaje hasta las afueras de Tabriz y a su helicóptero. Una hora o menos para llegar a su dacha de Tbilisi y junto a Vertinskya. Dentro de unas semanas llegará el joven cachorro Hakim, con o sin mi pishkesh, Azadeh. Si viene sin ella, le saldrá muy caro.

—¡Prended fuego! —dijo con tono resuelto—. Y ya podemos irnos.

—¡Toma, camarada general! —Ishmael, jocoso, le lanzó algunas cerillas—. Te corresponde el privilegio de acabar lo que empezaste.

Mzytryk cogió las cerillas al vuelo.

—Está bien —dijo.

La primera no se encendió. Tampoco la segunda. La tercera, sí. Retrocedió hasta el pie de las escaleras y la lanzó con cuidado. Las llamas se alzaron hasta el techo, prendiendo en las vigas de madera. Y entonces, el pie de Ishmael se disparó contra su espalda, arrojándole de cabeza cerca de las llamas. Mzytryk empezó a chillar, embargado por el pánico, mientras trataba de ahuyentar las llamas con las manos y luego a gatas, las manos ya ennegrecidas, se escurrió hacia las escaleras, se detuvo un momento para sacudirse las solapas de piel; empezó a toser, se atragantó con el denso humo negro que aumentaba por momentos y el olor a carne achicharrada. Como quiera que fuese, logró ponerse en pie. La primera bala le destrozó la rodilla, aulló retrocediendo hacia las llamas. La segunda le rompió la otra pierna y le hizo caer. Luchó, impotente, contra las llamas, ahogados sus alaridos por el rugido creciente de aquel infierno. Y se convirtió en una antorcha.

Ishmael y los otros subieron corriendo las escaleras hasta el primer rellano, colisionando casi con otros que bajaban con igual rapidez. Se quedaron boquiabiertos ante el espectáculo del cuerpo de Mzytryk, que todavía se estremecía, mientras las llamas le alcanzaban ya las botas.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó uno de ellos, horrorizado.

—Mi hermano murió violentamente en la casa. Y también tu primo.

—Es la Voluntad de Dios, pero, Ishmael, ¿el camarada general? ¡Dios nos proteja…! Nos facilitó dinero, armas y explosivos… ¿Por qué matarle?

—¿Por qué no? ¿Acaso no era un hijo de perro, un arrogante satánico sin modales? Ni siquiera era una Persona del Libro —dijo Ishmael despectivo—. Los hay por docenas, por miles, del lugar de donde ellos vienen. Nos necesitan, nosotros no los necesitamos a ellos. Merecía morir. ¿Acaso no vino solo para tentarme? —Escupió al cuerpo—. Las personas importantes deberían tener guardaespaldas.

Las llamas casi les alcanzaron, lo que les hizo retroceder presurosos. El fuego prendió en las escaleras de madera y empezó a propagarse con rapidez. Una vez en la calle, todos se apiñaron en el interior del camión, y prescindieron de la ambulancia. Ishmael se volvió a mirar las llamas que devoraban la casa y rompió a reír estrepitosamente.

—¡Ahora ese hijo de perro está achicharrado en el infierno! ¡Que todos los infieles perezcan con igual rapidez!

EN EL PATIO DEL PALACIO: Erikki se encontraba apoyado en el «212» cuando vio apagarse las luces en las habitaciones del Khan, en el segundo piso. Echó un vistazo a los dos policías drogados que dormían como troncos, lo que le tranquilizó. Cerró la puerta de la cabina con gran sigilo, se metió el cuchillo en el cinturón y cogió la «Stern». Sin hacer el menor ruido, se dirigió al palacio, con la habilidad de un cazador nocturno. Los guardias del Khan, apostados junto a la puerta, no se dieron cuenta de que se alejaba. ¿Por qué habrían de molestarse en vigilarle? ¿Acaso el Khan no les había dado órdenes estrictas de que lo dejaran en paz y no lo excitaran, que con toda seguridad se cansaría pronto de jugar con la máquina?

—Si coge el coche dejadle. Y si la Policía quiere crear dificultades, eso es problema de ellos.

—Sí, Alteza —le habían dicho los dos, contentos de no tener bajo su responsabilidad a el del Cuchillo.

Erikki cruzó la puerta de entrada y atravesando el corredor a media luz, llegó hasta la escalera que conducía al ala norte, bien alejada de la zona ocupada por el Khan. Siempre sin hacer ruido, subió la escalera y siguió por otro corredor. Vio el haz de luz que se filtraba por debajo de la puerta de su suite. Sin un instante de vacilación, entró en la antesala y cerró silenciosamente la puerta tras de sí. Atravesó el saloncito hasta la puerta de su dormitorio y la abrió. Se dio cuenta, sobresaltado, de la presencia de Mina, la doncella de Azadeh. Se encontraba arrodillada sobre la cama donde había estado dando masaje a Azadeh, que estaba completamente dormida.

—¡Ah, le pido perdón! —tartamudeó Mina, tan aterrada ante él como todos los demás sirvientes—. No oí llegar a Su Excelencia. Su Alteza me pidió…, me pidió que siguiera con el masaje tanto tiempo como me fuera posible…, y que luego me quedara a dormir aquí.

El rostro de Erikki era como una máscara, llena de tiznajos de combustible y con la venda sobre la oreja tenía un aspecto aún más amenazador.

—¡Azadeh!

—No podrá despertarla, Excelencia, tomó un…, tomó dos pastillas de somnífero y me pidió que le presentara excusas por ella si…

—¡Vístela! —Silabeó él entre dientes.

Mina palideció.

—Pero, Excelencia… —Casi se le paró el corazón al ver aparecer el cuchillo en la mano de él.

—Vístela rápidamente y si haces el menor ruido, te degollaré. *¡Hazlo!* —La vio coger la bata—. Eso no, Mina. Ropa caliente, ropa de esquiar… ¡Por todos los dioses, poco importa el qué, pero hazlo rápido!

Mantuvo su vigilancia, colocándose entre ella y la puerta para que no pudiese huir. En la mesilla de noche estaba el kukri

enfundado. Sintió una punzada y apartó la mirada rápidamente. Una vez se hubo asegurado de que Mina obedecía, cogió el bolso de Azadeh de encima del tocador. En él se encontraban todos sus documentos, el documento de identidad, el pasaporte, el permiso de conducir, el certificado de nacimiento, todo. «Bien —se dijo—, y bendita sea Aysha por el regalo del que Azadeh me hablara antes de cenar». Y dio también gracias a sus antiguos dioses por sugerirle el plan aquella mañana. «Ah, querida mía, ¿pensaste por un momento que iba a dejarte de verdad?».

El bolso contenía también la suave bolsa de seda con las joyas, que parecía más pesada que de costumbre. Abrió los ojos asombrado ante las gargantillas y colgantes de esmeraldas, diamantes y perlas que contenía ahora. «El resto de las de Najoud —se dijo—, las mismas joyas que Hakim utilizó para el trueque con los hombres de la tribu y que yo recuperé de Bayazid». Por el espejo vio a Mina boquiabierta ante las riquezas que tenía en la mano. Azadeh, que seguía inerte, ya estaba casi vestida.

—¡Date prisa! —urgió a la imagen de la doncella en el espejo.

EN EL PUNTO DE CONTROL DE LA EMBOSCADA, DEBAJO DEL PALACIO: Tanto el sargento de Policía como su conductor, que estaban en el coche que se encontraba en la linde de la carretera, tenían la vista fija en el palacio, a cuatrocientos metros de distancia. El sargento utilizaba sus prismáticos. El exterior de la inmensa verja se hallaba en penumbra y no podía distinguir a los guardias, tampoco a sus propios hombres.

—Vamos allí —dijo inquieto el sargento—. Por Dios que algo va mal. Están dormidos o muertos. Conduce despacio y en silencio.

Echó mano al arma que había en el asiento, junto a él, e introdujo un proyectil en la recámara. El conductor puso el motor en marcha y enfiló por la carretera desierta.

EN LA PUERTA PRINCIPAL: Babak, el guardia, se encontraba recostado contra una columna en el interior de la maciza verja de hierro que estaba cerrada y aherrojada. El otro se hallaba cerca, tumbado sobre unos sacos y profundamente dormido. A través de los barrotes de la verja podía verse la carretera, flanqueada por la nieve, que zigzagueaba cuesta abajo hacia la ciudad. Más allá de la fuente vacía del patio, a unos cien metros, estaba el helicóptero. El viento helado movía ligeramente sus palas.

Babak bostezó y pateó para defenderse del frío. Luego empezó a orinar a través de los barrotes, dirigiendo el chorro de uno a otro lado, con gesto ausente. Antes, cuando el Khan los despidió y regresaron a su puesto, descubrieron la desaparición de los dos policías.

—Se habrán ido en busca de comida o a echar un sueño —había dicho—. ¡Que Dios maldiga a toda la Policía!

Bostezó, esperaba ansioso el amanecer, pues saldría de servicio durante algunas horas. Solo tenía que dar paso al coche del piloto, poco antes del alba, y cerrar la verja. Pronto estaría en la cama junto a un cuerpo caliente. En un gesto automático, se rascó los genitales, y notó que empezaba a excitarse y que se le endurecían. Volvió a recostarse, ocioso, jugueteando consigo mismo, comprobando con la mirada el pesado cerrojo de la verja y asegurándose que la pequeña puerta lateral estaba bien cerrada. Pero entonces, percibió cierto movimiento por el rabillo del ojo. Centró su atención en él. El piloto salía sigiloso por una de las puertas laterales del palacio; llevaba un gran bulto al hombro, el brazo ya sin cabestrillo y una pistola en la mano. Babak se abrochó presuroso los pantalones, se descolgó el rifle del hombro y se ocultó aún más. Cauteloso, dio con el pie al otro guardia que se despertó sin ruido.

—Mira —le susurró—. Creí que el piloto seguía en la cabina del helicóptero.

Con los ojos desorbitados vieron a Erikki avanzar manteniéndose entre las sombras y luego cruzar como una flecha y en silencio el espacio abierto hasta la parte más alejada del helicóptero.

—¿Qué lleva? ¿Qué será ese bulto?

—Parece una alfombra, una alfombra enrollada —susurró el otro. El ruido al abrirse la portezuela más alejada de la carlinga.

—Pero ¿por qué? Por todos los nombres de Dios, ¿qué está haciendo?

Apenas había luz, pero su visión era tan buena como su oído. Oyeron acercarse un coche, pero les distrajo el ruido de la cabina al abrirse. Esperaron, sin respirar apenas, y le vieron dejar caer lo que parecían otros dos bultos similares, debajo del vientre del helicóptero para, seguidamente, pasar por debajo de la cola y reaparecer por el lado de ellos… Por un instante permaneció allí en pie, mirando en su dirección aunque sin verles. Después, abrió la portezuela de la carlinga, y entró en ella con el arma en ristre; el bulto de la alfombra iba colocado en el asiento de al lado del suyo.

De repente, los jets se pusieron en marcha y ambos guardias dieron un salto.

—¡Que Dios nos proteja! ¿Qué hacemos ahora?

—Nada —dijo Babak nervioso—. El Khan nos lo dijo con claridad: «Dejad al piloto en paz, haga lo que haga. Es peligroso», eso fue lo que nos dijo, ¿no es así? «Cuando hacia el amanecer el piloto coja el coche, dejadle irse». —Ahora ya tenía que hablar en voz muy alta para hacerse oír sobre el fragor in crescendo de los motores—. No hacemos nada.

—Pero no se nos dijo que iba a poner otra vez en marcha los motores, el Khan no dijo nada de eso, ni que se llevaría alfombras a escondidas.

—Tienes razón. Es la Voluntad de Dios, pero tienes razón. —Su nerviosismo iba en aumento. No habían olvidado a los guardias encarcelados o azotados por el viejo Khan por desobediencia o fracaso, o a los que el joven Khan había desterrado.

—Los motores parece que ahora suenan bien, ¿no crees? —Los dos levantaron los ojos al encenderse las luces en el segundo piso, el piso del Khan, luego giraron rápidamente cuando un coche de Policía que había llegado veloz se detuvo ante la puerta. De él saltó el sargento con una linterna en la mano.

—¡Por Dios! ¿Qué está pasando aquí? —vociferó el sargento—. ¡Por Dios, abrid la puerta! ¿Dónde están mis hombres?

Babak corrió a la puerta, y abrió los cerrojos.

En la carlinga, Erikki movía las manos lo más de prisa posible, entorpeciéndole los movimientos la herida del brazo. El sudor le caía por el rostro mezclado con un hilillo de sangre de la oreja cuyo vendaje se le había soltado en parte. Su respiración era entrecortada a causa de la larga distancia que había tenido que cubrir corriendo desde el ala norte con Azadeh, drogada e inerte envuelta en la alfombra. Y maldecía las agujas por no subir con más rapidez. Había visto encenderse las luces en las habitaciones de Hakim y empezaban a aparecer cabezas mirando. Antes de abandonar su suite, se había ocupado cuidadosamente de dejar inconsciente a Mina, confiando en no haberle hecho daño alguno, para protegerla tanto a ella como a sí mismo, que no diera la voz de alarma ni fuera acusada de complicidad. Luego, había envuelto a Azadeh en la alfombra y se guardó el kukri en el cinturón.

—¡Vamos! —imprecó furioso a las agujas. En aquel mismo instante, divisó a dos hombres en la puerta principal con uniforme de policías. De repente, el helicóptero quedó iluminado por un haz de luz de la linterna y el estómago le dio un vuelco. Sin pensarlo dos veces, cogió su «Stern», sacó el cañón por la ventanilla y apretó el gatillo, apuntando alto.

Los cuatro hombres se dispersaron y corrieron a ponerse a cubierto, mientras las balas rebotaban contra la obra de albañilería de la verja. El sargento, presa de pánico, había dejado caer la linterna aunque no antes de que todos hubieran visto los dos cuerpos caídos e inertes del cabo y del otro policía, a los que

supusieron muertos. Al cesar los disparos, el sargento corrió hacia la puerta lateral y se acercó al coche para coger su «M16».

—¡Por Dios, disparad! —gritó el conductor.

Impulsado por la excitación, Babak apretó el gatillo y los disparos se perdieron. Sin cautela alguna, el conductor salió de su escondrijo para recoger la linterna. Otra ráfaga de disparos desde el helicóptero le hizo retroceder de un salto.

—¡Hijo de padre maldito…!

Los tres se pusieron a cubierto. Otra ráfaga al danzar la luz de la linterna que quedó destrozada.

Erikki pensó que había fracasado su plan de fuga, ya que el «212» se había convertido en un objetivo indefenso, en el suelo. Se le había terminado el tiempo. Por un fugaz instante consideró la idea de darse por vencido. Las agujas estaban demasiado bajas. Entonces, vació la «Stern» contra la verja, aullando un feroz grito de guerra, impulsó hacia delante los aceleradores con fuerza y lanzó otro grito salvaje que dejó petrificado a quienes lo oyeron. Los jets empezaron a funcionar a toda marcha, y chirriaron con el esfuerzo al impulsar Erikki hacia delante la palanca de mando haciendo subir al helicóptero unos centímetros. Cuando ya lo tenía con la cola en alto, avanzó dando tumbos, con los patines chirriando en el patio mientras que despegaba, subía y caía de nuevo para volver a despegar. Ahora, estaba en el aire aunque oscilando de manera peligrosa. En la puerta principal, el conductor arrancó el arma a uno de los guardias, se acercó al pilar, miró en derredor, avistó al helicóptero que huía y apretó el gatillo.

En el segundo piso del palacio, Hakim se asomaba, adormilado, a la ventana de su dormitorio. El ruido le había arrancado del pesado sueño producido por el somnífero. Junto a él se encontraba su guardaespaldas Margol. Vieron al «212» a punto de colisionar con una pequeña cabaña de madera, arrancando con los patines parte del tejado y luego intentar seguir adelante, mientras ascendía oscilante. Fuera de los muros estaba el coche de la Policía, la silueta

del sargento aparecía iluminada por los faros. Hakim le vio apuntar y deseó de corazón que fallara.

Erikki oyó las balas rebotar contra el metal, y esperó que no hubieran alcanzado ningún punto vital del helicóptero. Entonces se ladeó peligrosamente para alejarse de la parte exterior del muro hacia algún lugar desde donde pudiera deslizarse por detrás del palacio. A causa del repentino giro, la alfombra en la que Azadeh estaba envuelta cayó hacia delante impidiendo el manejo de los controles. Por un instante, Erikki se sintió perdido, luego, con un poderoso esfuerzo la apartó. Y se le volvió a abrir la herida del antebrazo.

De pronto, se desvió hacia la parte de atrás del ala norte, el helicóptero tan solo a unos centímetros de altitud, y se dirigió hacia el otro muro del perímetro, cerca de la cabaña donde Ross y Gueng estuvieron escondidos. Una bala perdida perforó la portezuela de su lado, fue a dar en el panel de instrumentos y rompió el cristal.

Cuando el helicóptero hubo desaparecido de la vista de Hakim, este cruzó bamboleándose el inmenso dormitorio, pasó junto al fuego de leña que ardía alegremente, salió al corredor y se asomó a una de las ventanas que había en él.

—¿Puedes verlo? —preguntó jadeante por el esfuerzo.

—Sí, Alteza —dijo Margol, señalando excitado—. ¡Allí!

El «212» era tan solo una sombra negra en la negrura aún más intensa. Entonces, los focos del perímetro se encendieron y Hakim lo vio vacilar sobre el muro, con solo unos centímetros de separación y descender por detrás de él. Segundos después reapareció y adquirió velocidad y altitud. En aquel momento, Aysha llegó, apresurada, por el corredor.

—Alteza, Alteza —gritaba histérica—. Azadeh ha desaparecido… Azadeh ha desaparecido, ha desaparecido… Ese diablo la ha secuestrado y ha dejado a Mina inconsciente…

A Hakim le resultaba difícil concentrarse a causa del somnífero, nunca había sentido los párpados tan pesados.

—¿De qué estás hablando?

—Azadeh ha desaparecido, tu hermana ha desaparecido, él la ha envuelto en una alfombra y la ha secuestrado, se la ha llevado… —Calló temerosa al ver la expresión de Hakim, cuyo rostro, con los párpados medio caídos, aparecía ceniciento bajo aquellas tenues luces. Aysha no sabía lo del somnífero—. ¡La ha secuestrado!

—Pero eso…, eso no es posible…, no es pos…

—¡Claro que lo es, la ha secuestrado, y Mina está inconsciente!

Hakim la miró parpadeando y luego tartamudeó:

—¡Haz sonar la alarma, Aysha! Si la ha secuestrado…, ¡por Dios, haz sonar… la alarma! He tomado pastillas para dormir y… como hay Dios que mañana me ocuparé de ese demonio, no puedo, ahora no, pero envía a alguien…, a la Policía…, a los Green Bands…, haz correr la voz… ¡el Khan ofrece dinero por su cabeza! Margol, ayúdame a volver a mi dormitorio.

Al otro extremo del corredor iban agolpándose sirvientes y guardias asustados, y Aysha corrió llorosa hacia ellos, diciéndoles lo ocurrido y lo que el Khan había ordenado.

Hakim se acercó vacilante al lecho y se dejó caer en él boca arriba, completamente exhausto.

—Di a los guardias…, diles que arresten a esos locos de la verja, Margol. ¿Cómo han podido dejar que ocurra esto?

—No deben de haberse mantenido vigilantes, Alteza —respondió Margol, quien estaba seguro de que les echarían la culpa a ellos, alguien había de ser el culpable, aun cuando él había estado presente cuando el Khan les dijo que no se metieran para nada con el piloto. Dio la orden y regresó junto al Khan—. ¿Te encuentras bien, Alteza?

—Sí, gracias. No te vayas de la habitación, despiértame al amanecer. Mantén el fuego encendido y despiértame al amanecer.

Hakim se abandonó, agradecido, al sueño que con tal seducción le atraía. La espalda había dejado de dolerle y su mente se centró en Azadeh y Erikki. Cuando aquella misma noche ella abandonó el saloncito y los dejó solos a ellos dos, él había dado rienda suelta a su preocupación ante su cuñado.

—No hay salida en este embrollo, Erikki. Estamos atrapados, todos nosotros, tú, Azadeh y yo. Sigo sin creer que hubiese renunciado al Islam y, al mismo tiempo, estoy convencido de que no nos obedecerá ni a ti ni a mí. No tengo deseo alguno de herirla pero no me queda otra alternativa. Su alma inmortal es más importante que su vida terrenal.

—Puedo salvar su alma, Hakim. Con tu ayuda.

—¿Cómo? —Se había dado cuenta de la tensión de Erikki, su expresión era hermética y tenía la mirada extraña.

—Acabar con el imperativo que ella siente de destruirla.

—¿De qué forma?

—Digamos, en hipótesis, que ese bárbaro de piloto, que no era musulmán sino un bárbaro, estaba tan enamorado de su mujer que se volvió algo más loco todavía y, de repente, en lugar de huir solo, la dejó inconsciente y la secuestró, se la llevó fuera del país contra su voluntad y se negó a permitirle regresar. En la mayoría de los países un marido puede…, puede tomar medidas extremas para retener a su mujer, incluso a obligarla a obedecer y a domeñar su voluntad. De esta manera, no habría quebrantado su juramento, jamás pasará por su mente la idea de renunciar al Islam, tú nunca sentirás la necesidad de herirla y yo tendré a mi mujer junto a mí para siempre.

—Eso es un fraude —había dicho Hakim perplejo—. Es un fraude.

—No lo es, se trata de una ficción, pura hipótesis, pero solo una ficción, aunque hipotética, cumple con todas las reglas que juraste acatar. Y nadie creería jamás que la hermana del Khan Gorgon fuera capaz de quebrantar voluntariamente su juramento y de renunciar al Islam por un bárbaro. Nadie en absoluto. Incluso ahora tú no estás seguro de que ella fuera capaz, ¿no es así?

Hakim había intentado encontrar alguna grieta. «Pero no la hay —se dijo atónito—. Y eso resolvería gran parte…, resolvería el problema si llegara a lograrlo. Si Erikki hiciera todo eso sin que ella lo supiera ni le ayudara… ¡Secuestrarla! Es verdad, nadie creería jamás que Azadeh hubiera sido capaz de quebrantar

voluntariamente su juramento. ¡Secuestrada! Puedo lamentarme de ello públicamente y alegrarme por Azadeh en secreto, si es que quiero dejarla que se vaya y a él vivir. Pero he de hacerlo, es la única forma: para salvar el alma de Azadeh he de salvarle a él».

En la paz del dormitorio abrió los ojos por un instante. Las sombras producidas por las llamas danzaban en el techo. Erikki y Azadeh estaban allí. «Que Dios me perdone —se dijo, volviendo a sumergirse en el sueño—. Me pregunto si volveré a ver a Azadeh alguna vez».

LXIX

TEHERÁN. CERCA DE LA UNIVERSIDAD: 11.56 DE LA NOCHE. En la glacial oscuridad, Sharazad permanecía junto a la falange de Green Bands, protegiendo el frente de la gran muchedumbre de islámicos vociferantes. Iban muy juntos, salmodiando al unísono «Allahhhh-u Akbarrrr». Era una barrera viviente frente a los dos o tres mil aulladores estudiantes y agitadores izquierdistas que avanzaban por la calle. Linternas y antorchas encendidas, algunos coches incendiados, armas, garrotes, porras de madera. Sus dedos se aferraron a la automática que llevaba en el bolsillo, mientras que en el otro tenía preparada la granada.

—¡Dios es grande! —gritó con fuerza.

El enemigo se acercaba rápidamente. Sharazad pudo ver sus puños cerrados, al tiempo que el tumulto aumentaba en ambos lados, los gritos eran más roncos, los nervios más exacerbados, disparadas ya las esperanzas.

—No hay más Dios que Dios…

Sus enemigos estaban tan cerca que podía verles las caras. De repente, se dio cuenta de que no eran una multitud de revolucionarios satánicos, al menos no todos ellos, sino estudiantes en su gran mayoría, hombres y mujeres de su misma edad; ellas, desafiantes y valientes, sin chador, reclamaban a voces los derechos de la mujer, el voto y todas aquellas cosas concedidas por Dios, por las que tanto habían luchado y a las que no estaban dispuestas a renunciar.

Sharazad se sintió transportada de nuevo a la embriagadora excitación de la «Marcha de las Mujeres», todas vestidas con sus

mejores atuendos, el cabello suelto, ellas tan libres como su cabello, con libertad y justicia para todo el mundo en su nueva República islámica donde ella, el hijo que esperaba y Tommy pudieran vivir felices por siempre. Pero también, frente a ella, se encontraba el fanático que enarbolaba un cuchillo y se disponía a desgarrar el futuro, mas eso carecía de importancia porque su Ibrahim lo había evitado, Ibrahim, el líder estudiante, se encontraba allí para salvarla. «¡Oh, Ibrahim!, ¿estás aquí esta noche, dirigiéndoles ahora como hiciste con nosotros? ¿Te encuentras aquí, luchando una vez más por la libertad, la justicia, los derechos de la mujer…, o fuiste martirizado en Kowiss como anhelabas? ¿Mataste a tu demonio, a ese mulá hipócrita que asesinó a tu padre, como el mío, que también fue asesinado?».

«Pero…, pero mi padre fue asesinado por islámicos, no por izquierdistas —se dijo, perpleja—. Y el Imán sigue mostrándose implacable en todo momento como ocurría en tiempos del Profeta… Y Meshang… Y Tommy, obligado a irse. Y el divorcio obligado. Y el matrimonio obligado con ese repugnante viejo. ¡Y sin derechos!».

—¿Qué estoy haciendo aquí? —jadeó entre todo aquel pandemónium—. Debería estar ahí enfrente, con ellos, debería estar ahí con ellos, no aquí…, no, no, ¡eso tampoco! ¿Y qué pasará con mi niño, con el hijo que espero? Es peligroso para él y…

En alguna parte, alguien disparó una pistola, luego otras y la matanza se hizo general. Los que iban en cabeza intentaron retirarse, pero los de atrás trataban de tomar parte en la lucha. En derredor de Sharazad se produjo una descabellada oleada. Sintió que la estrujaban y la arrastraban, sin que sus pies apenas tocaran el suelo. A su lado, una mujer chilló, y cayó a tierra bajo todos aquellos pies. Un viejo se tambaleó y desapareció al caer, murmurando el Shahada, y casi arrastrándola a ella. El codo de alguien se hundió en el estómago de Sharazad que gritó de dolor, y su miedo se convirtió en terror.

—¡Tommyyyyy! ¡Ayúdameeeee! —chilló.

Delante, a unos cien metros más o menos, Tom Lochart se encontraba estrujado contra el escaparate de una tienda por los estudiantes que se manifestaban. Llevaba el abrigo desgarrado, la gorra de visera le había desaparecido y se sentía más desesperado de lo que jamás en su vida había estado. Llevaba horas de búsqueda entre los grupos de estudiantes; esperaba, contra toda esperanza, encontrarla, seguro de que Sharazad se encontraba en alguna parte entre ellos. ¿A qué otro sitio podría haberse dirigido? Seguro que no habría sido al apartamento de ese estudiante, el que Shari dijo que ella había conocido, aquel Ibrahim o como quiera que se llamase y que no significaba nada para Sharazad. «Más valdría que estuviera allí y no aquí —se dijo desesperado—. ¡Haz que la encuentre, Dios mío!».

Pasaban mujeres entonando salmodias, en su mayoría vestidas al estilo occidental, jeans, chaquetas. Y en ese momento la vio. Luchó por acercarse pero pudo comprobar que, una vez más, se había equivocado. Se excusó y se abrió camino hacia un lado, seguido de algunas maldiciones. Entonces creyó verla en el lado más alejado de la calle, fue hacia allá mas era un nuevo error. La joven llevaba una indumentaria para esquiar semejante a la de Sharazad, casi el mismo peinado y era más o menos, de su misma edad. Pero enarbolaba un estandarte islámico-marxista. Tom aguijoneado por su decepción, la maldijo, y la aborreció por su estupidez. Los gritos de una y otra parte, le llegaban de tal manera enloquecidos que le excitaban y hubiera querido coger una porra y comenzar a aplastar toda la maldad que había en ellos.

«¡Ayúdame a encontrarla, Dios mío!».

—Dios es grande —musitó, y aunque estaba frenético de preocupación por Sharazad, sintió al mismo tiempo, que su corazón se remontaba. «Si me convierto en musulmán, eso lo cambiará todo. Me aceptarán, seré uno de ellos; podré ir en el Hayy a La Meca, y adorar a Dios en cualquier mezquita, el color o la raza no significa nada para Él. Solo las creencias. Creo en Dios y que Mahoma fue el Profeta de Dios, no seré fundamentalista, o chiita. Seré sunita

ortodoxo. Buscaré un profesor y estudiaré y aprenderé árabe. Y volaré para "IranOil" y el nuevo régimen, y seremos felices Sharazad y yo…».

Una pistola disparó cerca de él, las llamas de una barricada de neumáticos ardiendo se alzaron al cielo. Mientras pequeños grupos de estudiantes se arrojaban chillando contra las filas de los Green Bands, empezaron a oírse más disparos y ya toda la calle se había convertido en un hervidero de gritos y cuerpos que caían siendo pateados los más débiles. Una falange de jóvenes enloquecidos lo arrastró a la lucha con ellos.

A ochenta metros de distancia, Sharazad gritaba, luchaba por su vida y a puntapiés, empujones y codazos intentaba abrirse camino hacia el borde de la manifestación donde podría encontrar una cierta seguridad. Alguien le había desgarrado el chador y ya no tenía el turbante. Estaba llena de contusiones y sentía un fuerte dolor en el estómago. Cuantos la rodeaban se habían convertido en una muchedumbre aulladora y enloquecida, que avasallaba a quienes ofrecían alguna resistencia, todos por cuenta propia pero amparados en la bestialidad general. La cruenta batalla proseguía sin saber nadie quién era amigo o enemigo, salvo los mulás y los Green Bands que gritaban en un inútil intento de controlar a las masas. Con un rugido ensordecedor, la muchedumbre islámica vaciló un momento, luego avanzó. Los débiles cayeron y fueron aplastados. Hombres y mujeres. Chillidos, alaridos, gritos y pandemónium, todos invocando a su propia versión de Dios.

Los estudiantes luchaban desesperadamente pero fueron avasallados. Sin dar tregua. Muchos cayeron y fueron pisoteados. Los que quedaban se dividieron, y la fuga desordenada empezó, y, entonces, ambas partes se entremezclaron.

Lochart recurrió a su mayor altura y fuerza para abrirse camino hasta un lateral y en aquellos momentos se encontraba entre dos coches, protegido de todos ellos por el momento. A pocos metros de allí vio una callejuela, pequeña y medio oculta, que conducía a una mezquita medio derruida donde habría santuario. Una enorme

explosión se produjo más adelante cuando el tanque de un coche estalló, lanzando llamas en todas las direcciones. Los más afortunados resultaron muertos en ese mismo instante, los heridos empezaron a gritar desesperadamente. Le pareció ver a Sharazad a la luz del incendio, pero un grupo de muchachos que huía chocó contra él como un enjambre, y descargaron un puñetazo sobre su espalda… otros lo apartaron a la fuerza de su camino, y cayó bajo las botas de los que corrían.

Sharazad, a solo treinta metros de él, con el cabello alborotado y la ropa desgarrada seguía aprisionada por la multitud, arrastrada por ese monstruo en el que las masas se convierten, mientras gritaba pidiendo ayuda, sin que nadie la oyera o le hiciera caso.

—¡Tommyyyyy…, ayúdame…!

Por un instante, se hizo un claro entre la multitud. Sharazad se lanzó hacia aquel hueco, y se abrió paso a duras penas en dirección a las tiendas cerradas y a los coches aparcados. El tumulto decrecía. Los brazos se extendían haciendo espacio para respirar, se limpiaban las manos del sudor y la suciedad y los hombres podían ver a quienes tenían al lado.

—Tú, ramera comunista, maldita de Dios —le gritó el hombre que se encontraba en su camino, con los ojos desorbitados por la rabia que lo dominaba.

—No lo soy, no lo soy. Soy musulmana —jadeó Sharazad.

Mas las manos del hombre la habían sujetado por la chaqueta de esquiar que tenía la cremallera rota. Por la abertura, le cogió un seno.

—¡Ramera! Las mujeres musulmanas no se pavonean, las mujeres musulmanas llevan chador…

—Lo he perdido…, me lo arrancaron —chilló Sharazad.

—¡Ramera! ¡Que Dios te maldiga! Nuestras mujeres llevan chador.

—¡Lo he perdido! ¡Me lo arrancaron! —volvió a gritar mientras trataba de soltarse—. No hay más…

—¡Ramera! ¡Puta! ¡Satánica! —vociferó el hombre muy cerca de ella. Estaba enloquecido y su deseo se inflamó más al tacto de su seno a través de la blusa de seda y de la combinación. Sus dedos se engarfiaron en la seda y la desgarraron; ahora, ya tenía su redondo seno en la mano mientras que con la otra la arrastraba hacia sí para someterla y estrangularla después mientras ella le daba puntapiés y gritaba en el colmo del terror. Los que estaban cerca se mofaban de ellos y otros se quitaban de en medio, pues resultaba difícil ver en la oscuridad, rasgada por el resplandor de los incendios, sin saber lo que ocurría, solo que algún hombre había cogido a una ramera izquierdista en las filas de los Creyentes.

—Por Dios que no es una izquierdista, la he oído clamar por el Imán… —dijo alguien, pero los gritos en derredor acallaron su voz.

Hubo otro foco de lucha y los hombres avanzaron para ayudar o se abrieron paso a codazos para alejarse, y allí se quedaron él y ella, juntos.

Sharazad luchó con uñas, pies y voz, atragantada por el aliento de él y sus obscenidades. Con un esfuerzo supremo, llamó a Dios en su ayuda, trató de retroceder, mas le fue imposible y, en ese instante, se acordó de su pistola. La agarró con una mano, apretó el cañón contra el hombre y tiró del gatillo. El hombre aulló, con el bajo vientre desgarrado y los genitales fuera, para acabar desplomándose al suelo sin dejar de gritar. Alrededor de ella se hizo un repentino silencio. Y espacio. Sharazad sacó la mano de su bolsillo empuñando el arma todavía. Un hombre, cerca de ella, se la quitó.

Con mirada atónita se quedó mirando a su atacante, que se retorcía y profería lamentos en el suelo.

—Dios es grande —tartamudeó. Entonces se dio cuenta del estado en que se encontraba y se ciñó la chaqueta al cuerpo al tiempo que alzaba la mirada, viendo todo el odio que la rodeaba—. Me estaba atacando… Dios es grande, Dios es grande…

—Lo dice por decir, es una izquierdista… —dijo una mujer con acento de odio.

—Mirad su ropa, no es una de las nuestras…

A solo unos metros de distancia, Lochart lograba ponerse en pie. Le dolía espantosamente la cabeza, los oídos le silbaban y apenas era capaz de ver o de oír nada. Se irguió con un gran esfuerzo, y fue abriéndose camino con dificultad hacia la oscura entrada de la callejuela, buscando la seguridad. Otros habían tenido la misma idea y la entrada estaba atascada. Entonces fue cuando distinguió la voz de ella entre todos aquellos gritos. Dio media vuelta.

La vio acorralada, contra un muro, rodeada por una agresiva muchedumbre, las ropas desgarradas, una de las mangas de su chaqueta colgando, con la mirada muy fija y una granada en la mano. En aquel momento, un hombre iniciaba un movimiento en su dirección, Sharazad quitó el seguro y el hombre se quedó inmóvil. Todo el gentío empezó a retroceder. Lochart rompió el cordón que la rodeaba hasta llegar a ella. Le cogió la granada y mantuvo baja la palanca.

—¡Alejaos de ella! —rugió en farsi, poniéndose delante de Sharazad para protegerla—. Es musulmana, hijos de perro. Es musulmana y es mi mujer. También yo soy musulmán.

—¡Por Dios que tú eres un extranjero y ella una izquierdista!

Lochart se abalanzó sobre el hombre y descargó el puño armado con la granada contra su boca, el golpe le rompió la mandíbula.

—¡Dios es grande! —vociferó Lochart.

Algunos se hicieron eco de su grito, quienes no le creían no dijeron nada, temerosos de él pero mucho más de su granada. Manteniéndola fuertemente abrazada con el brazo libre, Lochart la condujo, prácticamente arrastrándola, hasta llegar a la primera fila del círculo. Él seguía con la granada preparada.

—Dejadnos pasar, por favor, Dios es grande. La paz sea con vosotros. —La primera fila se le abrió, y luego la siguiente y, poco a poco, la gente le fue abriendo paso mientras él murmuraba—: Dios es grande… la paz sea con vosotros —hasta que hubo roto el cordón.

Se encontraron ante la atestada callejuela, y entraron en ella tropezando con la suciedad y los baches, empujando aquí y allá a la gente en la oscuridad. En el exterior de la mezquita que tenía enfrente había algunas luces encendidas. Lochart se detuvo junto a la fuente, rompió el hielo y se echó agua al rostro con el cuenco de la mano. En su cabeza reinaba la confusión.

—¡Cristo! —musitó. Y se echó más agua.

—¡Ah, Tommyyyyy! —exclamó Sharazad, su voz muy lejana y extraña. Estaba a punto de derrumbarse—. ¿De dónde has venido, de dónde…? ¡Estaba tan…, estaba tan asustada, tan asustada!

—Y yo también —balbuceó él resultándole difícil emitir las palabras—. Hace horas que te busco, cariño. —La mantuvo apretada contra él—. ¿Estás bien?

—Sí, sí. —Sus brazos lo abrazaron con fuerza, con el rostro apretado contra su hombro.

Sonaron disparos. Más gritos procedentes de la calle. De manera instintiva, la apretó aún más contra él, aunque tenía la impresión de que allí no corrían peligro. Entre las sombras apenas se veía al gentío que iba pasando, casi a oscuras. Los disparos fueron alejándose y el clamor de la muchedumbre disminuyó.

«Por fin estamos a salvo. No, todavía no. Todavía tenemos la granada». Carecía de seguro, no había forma de neutralizarla, de volverla inofensiva. Por encima de la cabeza de Sharazad y de las de los transeúntes, vio un edificio semiderruido por el fuego, junto a la mezquita que había al otro lado de la pequeña plaza. «Puedo librarme de ella sin peligro alguno», trató de convencerse a sí mismo, aunque no era capaz todavía de pensar con claridad. Seguía con Sharazad fuertemente abrazada a él y él hacía acopio de fuerzas con aquel abrazo. El gentío iba aumentando y ya la callejuela estaba abarrotada. Hasta que aquello se aclarara un poco sería difícil y peligroso librarse de la granada a través de la plaza, de manera que se acercó más a la fuente donde la oscuridad era más densa.

—No te preocupes. Esperaremos un segundo y luego seguiremos adelante —le habló en inglés, en voz queda…, tenían tanto que

decirse, tantas preguntas que hacer…—. ¿Estás segura de que te encuentras bien?

—Sí, sí, claro que sí. ¿Cómo me has encontrado? ¿Cómo? ¿Cuándo has vuelto? ¿Cómo me has encontrado?

—Volé…, volé anoche de regreso y fui directamente a la casa, pero te habías ido. —No pudo contenerse por más tiempo—. Me he hecho musulmán, Sharazad.

Ella lo miró boquiabierta.

—Pero…, pero eso fue solo una treta, una treta para alejarte de ellos.

—No, lo juro. De veras me he convertido. Lo juro. Dije el Shahada delante de tres testigos, Meshang, Zarah y Jari. Y creo. De veras creo. Ahora, todo irá bien.

Se desvaneció la incredulidad de Sharazad al ver el gozo de él, su voz contándole una y otra vez lo ocurrido.

—Es realmente maravilloso, Tommy —dijo fuera de sí por la felicidad aun cuando, al mismo tiempo, absolutamente segura de que, para ellos nada cambiaría. «Nada hará cambiar a Meshang —se dijo—. Él encontrará siempre alguna forma de destruirnos, sea o no Creyente mi Tommy. Nada cambiará, seguirá el divorcio, seguirá el matrimonio. A menos…».

Sus temores se desvanecieron.

—¿Podemos irnos de Teherán esta noche, Tommy? ¿Podemos huir esta noche, cariño?

—No es necesario, ahora ya no. Tengo planes maravillosos. Me despediré de «S-G». Ahora que ya soy musulmán me puedo quedar y pilotaré para «IranOil», ¿no lo comprendes?

Ambos se habían olvidado del gentío, aunque aquello se hallaba tan atestado ya que apenas podían moverse. Estaban ansiosos por encontrarse en casa.

—No tienes de qué preocuparte, Sharazad.

Alguien tropezó con ellos y los increpó, luego otro, empezaban a invadir su pequeño santuario. Sharazad le vio empujar a un hombre

para apartarle y otros empezaron a maldecir. Rápidamente le cogió de la mano y tiró de él en dirección al río de gente.

—Vámonos a casa, marido —dijo en voz alta en farsi y con voz tosca, alertándole, sujetándole con fuerza—. Habla en farsi —musitó. Luego en tono algo más alto—: Aquí no estamos seguros y hablaremos mejor en casa.

—Sí, sí, mujer. Será mejor que nos vayamos a casa.

Era mejor y más seguro caminar, y Sharazad estaba allí y mañana se resolverían los problemas de mañana. Esa noche tomarían un baño y dormirían y comerían y volverían a dormir sin ensoñaciones, o tan solo las felices.

—Si quisiéramos irnos esta noche en secreto, ¿podríamos, Tommy? Dime, Tommy, ¿podríamos?

—Sí, sí, supongo que sí —respondió él, exhausto. Y le dijo cómo, deteniéndose y poniéndose de nuevo en marcha con el resto de los peatones mientras la calleja se hacía cada vez más angosta, más claustrofóbica a cada momento que pasaba.

Sharazad rebosaba de contento, completamente segura de poder convencerle. Mañana se irían. «Mañana por la mañana recogeré mis joyas. Le diremos a Meshang que nos reuniremos con él en el bazar a la hora del almuerzo, pero para entonces estaremos volando hacia el Sur en el aparato de Tommy. Puede trabajar en los Estados del Golfo o en Canadá o en cualquier otra parte. Ser musulmana y canadiense no tiene importancia, nadie se entromete, me dijeron cuando fui a la Embajada. Y pronto, dentro de un mes o así, regresaremos a casa en Irán y viviremos aquí para siempre».

Satisfecha, se apretó más contra él, ocultos entre la multitud y por la oscuridad, sin sentir ya temor alguno, segura de que su futuro sería maravilloso. «Ahora que Tommy es Creyente irá al Paraíso, Dios es grande, Dios es grande, y yo también iré y detrás de nosotros dejaremos hijos e hijas. Y luego, cuando seamos viejos, si él muere antes, el cuadragésimo día, me aseguraré de que su espíritu sea perfectamente recordado y después maldeciré a su mujer más joven

o a sus mujeres e hijos, pondré mis asuntos en orden y esperaré tranquilamente a reunirme con él… cuando Dios quiera».

—Te amo tanto, Tommy, y no sabes cuánto siento que hayas tenido todas estas preocupaciones… por mi culpa…

Estaban desembocando de la calleja a la calle. La muchedumbre era todavía densa, desbordándose por la carretera y entre la circulación. Todos caminaban ligeros, hombres, mulás, mujeres, Green Bands, jóvenes y viejos, bien aprovechada la noche haciendo el trabajo de Dios.

—Allah-u Akbar —gritó alguien, siendo coreadas las palabras una y mil veces por millares de gargantas.

Delante de ellos, un conductor impaciente patinó, empujando con el coche a algunos peatones, que dieron contra otros, los cuales, a su vez, hicieron caer a otros, y sonaron maldiciones y risas. Entre ellos se encontraban Sharazad y Lochart, pero ninguno resultó herido. Lochart amortiguó la caída de ella y ambos permanecieron un momento en el suelo riendo, todavía con la granada apretada con fuerza en la mano. No oyeron el siseo de alerta. Sin darse cuenta, Lochart había aflojado por un instante la espoleta al caer ambos, pero fue más que suficiente. Durante un lapso infinito de tiempo él le sonrió a ella y ella le sonrió a él.

—Dios es grande —dijo ella y él se hizo eco con la misma confianza. Y en ese mismo instante, murieron.

SÁBADO

3 de marzo

LXX

AL SHARGAZ: 6.34 DE LA MAÑANA. El sol apuntaba por el horizonte convirtiendo el negro desierto en un mar carmesí, alcanzando las pinceladas al puerto de la ciudad vieja y a las barcazas más lejanas en el golfo. Desde el minarete empezaron a funcionar los altavoces de los almuédanos, pero la música de sus voces no satisfizo a Gavallan ni a ningún otro del personal de «S-G» que se encontraban en la terraza del «Oasis Hotel», dando fin a un apresurado desayuno.

—Resulta enervante, ¿no crees, Scrag? —dijo Gavallan.

—Has dicho una gran verdad, amigo —contestó Scragger.

Junto con Rudi Lutz y Pettikin compartía la mesa de Gavallan, todos ellos cansados y desalentados. El éxito casi total de Torbellino estaba resultando un desastre. Dubois y Fowler seguían sin aparecer en Bahrein, McIver todavía no estaba fuera de peligro. Tom Lochart seguía en Teherán, Dios sabía dónde. Tampoco habían tenido noticias de Erikki y Azadeh. La mayoría de ellos no había dormido durante toda la noche. Y el plazo límite se cumplía ese mismo día a la puesta de sol.

Desde el mismo momento en que el día anterior los «212» empezaron a aterrizar, todos habían cooperado en su desmantelamiento, sacando rotores para almacenarlos en los jumbos de carga, cuando llegaran, si es que llegaban. La noche anterior, Roger Newbury había vuelto sumamente malhumorado de la reunión en el palacio de Al Shargaz con el ministro de Asuntos Exteriores.

—Maldito si puedo hacer nada, Andy. El ministro dice que el nuevo representante o embajador iraní les ha pedido a él y al jeque

que procedan a una inspección personal del aeropuerto ya que dice haber visto en él ocho o nueve «212» muy extraños y asegura que se trata de los mismos, con matrícula iraní, que han sido «secuestrados». El ministro dice que, naturalmente, Su Alteza el jeque ha mostrado su conformidad, ¿cómo podría negarse? La inspección tendrá lugar a la puesta de sol, junto con el embajador y he sido «cordialmente invitado», como representante británico, para una revisión a fondo de los documentos de identidad, y si se considera que alguien es sospechoso…, mala cosa, viejo amigo.

Gavallan se había pasado levantado toda la noche, intentando ultimar la llegada de los aviones de carga o, en caso negativo, sustituirlos por cualquier otro sistema de transporte internacional que pudiera localizar. Nada disponible. Lo más que podía hacer la compañía charter con la que los tenía apalabrado era «tal vez» adelantar el ETA para el día siguiente a mediodía.

—¡Maldita gente! —farfulló mientras se servía más café—. Cuando necesitas un par de «747» no los hay… y, habitualmente, no tienes más que hacer una llamada telefónica para disponer de cincuenta.

Pettikin estaba preocupado por el transporte y también por McIver, que seguía en el hospital de Bahrein.

No se esperaban noticias hasta ese mediodía sobre la gravedad del ataque cardíaco de McIver.

—*Pas problème* —había dicho Jean-Luc la noche anterior—. Han dejado a Genny quedarse en el hospital, en la habitación contigua, el médico es el mejor de Bahrein y yo me quedo. He cancelado mi vuelo a primera hora para casa y esperaré, pero enviadme mañana algún dinero para pagar las facturas.

Pettikin jugueteaba con su taza de café, sin haber probado bocado del desayuno. Durante todo el día y la noche anterior había estado ayudando a preparar los helicópteros, de manera que no había tenido ocasión de ver a Paula, quien aquella misma mañana volvía a

salir con destino a Teherán, para proseguir la operación de evacuar súbditos italianos, y no regresaría hasta dos días después, como mínimo. Gavallan había ordenado la retirada inmediata del área del Golfo de todos los participantes en la operación Torbellino que estuviesen pendientes de revisión.

—Hemos de proceder con suma cautela —les había dicho—. Por el momento, todo el mundo ha de irse.

—Tienes razón, Andy —admitió Pettikin más tarde—. Pero ¿qué pasa con Tom y Erikki? Deberíamos dejar a alguien aquí y yo me ofre…

—¡Por los Clavos de Cristo. Basta ya, Charlie! —le había contestado impetuoso Gavallan—. ¿Acaso no crees que estoy mortalmente preocupado por ellos? ¿Y por Fowler y Dubois? Hemos de hacer las cosas con pies de plomo. Todo aquel cuya presencia no sea imprescindible habrá de estar fuera de aquí antes de la puesta de sol y tú eres uno de ellos.

Eso había ocurrido alrededor de la una de la madrugada en la oficina al acudir Pettikin a relevar a Scot que aún seguía, somnoliento, ocupándose de la HF. El resto de la noche había permanecido sentado allí. Ninguna llamada. A las cinco de la madrugada Nogger Lane se presentó para remplazarle y él había ido para desayunar, encontrándose a Gavallan, Rudi y Scragger.

—¿Ha habido suerte con los cargueros, Andy?

—No, Charlie, sigue siendo para mañana al mediodía lo más pronto —le había contestado Gavallan—. Siéntate y toma café.

Luego, con el amanecer, habían llegado los almuédanos. Pero su cantinela ya había cesado. Y parte de la violencia se extinguió en la terraza. Scragger se sirvió otra taza de café aunque todavía tenía el estómago revuelto. Sintió nuevos retortijones y corrió presuroso al cuarto de baño. El espasmo pasó rápido sin que el resultado lo justificara demasiado, pero no había depuesto sangre y doc Nutt había dicho que no creía que fuese disentería.

—Tómatelo con calma durante algunos días, Scrag. Mañana tendré el resultado de todas las pruebas.

Había hablado al doctor Nutt de lo de la sangre en la orina y del dolor de estómago durante los últimos días. Ocultarlo hubiera supuesto un imperdonable peligro adicional, tanto para los pasajeros como para su helicóptero.

—Lo mejor que puedes hacer es quedarte en el hospital algunos días —le había dicho el doctor.

—¡Anda y que te jodan, viejo gallo! Hay muchas cosas que hacer y montañas por conquistar.

Al volver a la mesa los vio a todos sombríos y lo sintió en lo más profundo de su ser, pero no había solución. Solo limitarse a esperar. No podían salir en vuelo de tránsito porque habrían de atravesar el espacio aéreo de Arabia Saudita, Omán o los Emiratos Árabes, y sin posibilidad de autorización durante unos días.

Bromeando, había sugerido que reunieran todos los helicópteros, averiguaran cuándo se esperaba el paso del próximo superpetrolero británico por Ormuz y entonces despegar para aterrizar en él.

—… y entonces lo único que habremos de hacer es navegar por el Salvaje Azul y desembarcar en Mombasa o continuar alrededor de África hasta Nigeria.

—Caramba, Scrag —le había dicho admirado Vossi—. Esa es una idea despanzurrante. Me vendría muy bien un crucero. ¿Y tú qué dices, Andy?

—Nos detendrían y habríamos dado con nuestros huesos en la trena antes siquiera de que los rotores hubiesen empezado a funcionar.

Scragger se sentó y apartó a una mosca de un manotazo. El color rojo con que naciera el sol aparecía ya amortiguado y todos ellos llevaban gafas oscuras para protegerse de los reflejos. Gavallan había terminado su café.

—Bien, me voy a la oficina por si pudiera hacer algo. Si me necesitáis, estaré allí. ¿Cuándo es lo más pronto que podemos haber terminado, Rudi?

Rudi estaba encargado de preparar los helicópteros para el transbordo.

—Tu fecha límite era para hoy al mediodía. Así que estarán al mediodía en punto. —Apuró su café y se puso en pie—. Es hora de irse, *meine Kinder*. —Protestas y maullidos de los demás, pero de tono bromista en general, a pesar de su cansancio. Fue un éxodo general en dirección a los medios de transporte que les esperaban fuera.

—Si no te importa iré contigo, Andy —dijo Scragger.

—Buena idea, Scrag. Y tú, Charlie, no es necesario que te incorpores al equipo de Rudi, pues vamos adelantados al horario. ¿Por qué no te pasas luego por la oficina?

—Gracias —le dijo Pettikin sonriente.

Paula no saldría de su hotel hasta las diez de la mañana. «Ahora tendría tiempo de sobra para verla. Y para decirle…, ¿qué?», se preguntó, mientras los despedía con la mano.

Gavallan salió conduciendo del aeropuerto. Este todavía se encontraba parcialmente en sombras. Algunos jets tenían ya encendidas las luces de navegación y calentaban motores. La evacuación de Irán seguía siendo prioritaria. Miró a Scragger de soslayo y vio la mueca.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, claro, Andy, solo unos retortijones de vez en cuando. En Nueva Guinea lo pasé muy mal, así que siempre ando con cuidado. Si pudiera encontrar algo del «Elixir» del viejo doctor Collis me volvería loco. Seis gotas de ese potingue mágico y todo pasa al olvido.

Se trataba de un brebaje maravilloso y muy efectivo inventado por el doctor Collis Brown, cirujano del Ejército inglés para combatir la disentería de la que centenares de miles de soldados morían durante la guerra de Crimea.

—Tienes razón, Scrag —dijo Gavallan en actitud ausente, preguntándose si «Pan Am Freighting» habría tenido alguna cancelación—. Yo nunca viajo sin Collis…, ¡espera un momento! —De repente, sonrió contento—. ¡Mi botiquín de supervivencia! Creo que tengo algo en él. Liz siempre lo mete en mi cartera. «Collis

Brown's», «Tiger Balm», aspirinas, un soberano de oro y una lata de sardinas.

—¿Qué? ¿Sardinas?

—Por si tengo hambre. —Gavallan estaba contento de hablar apartando así la mente del desastre que se avecinaba—. Liz y yo tenemos un amigo común que conocimos hace años en Hong Kong, un tipo llamado Marlowe. Es escritor. Siempre llevaba con él una lata, y raciones de hierro por si había carestía. Luz y yo nos reíamos de aquello. Se había convertido en una especie de símbolo para recordarnos lo afortunados que en realidad somos.

—¿Peter Marlowe? ¿El autor de *Changi*, sobre el campo de concentración en Singapur?

—Sí. ¿Lo conoces?

—No. Pero he leído ese libro. Los otros no los he leído pero ese sí. A Scragger le acudió de repente a la mente su propia guerra contra los japoneses y luego, también, Kasigi e «Iran-Toda». La noche anterior había estado llamando a otros hoteles para tratar de localizar a Kasigi y, finalmente lo había encontrado registrado en el «International». Le había dejado un mensaje pero seguía sin saber nada de él. «Es probable que esté molesto conmigo porque le he fallado —se dijo—, porque no pudimos ayudarle en "Iran-Toda". ¡Por todos los diablos! Parece como si Bandar Delam e "Iran-Toda" hubieran existido hace un par de años cuando, en realidad, solo hace un par de días. Aun así, de no haber sido por él, yo seguiría inmovilizado con las esposas en aquella condenada cama».

—Es una pena que no tengamos todos nuestra lata de sardinas, Andy —dijo—. En realidad, todos olvidamos nuestra suerte. Fíjate lo afortunados que fuimos de poder salir de Lengeh de una sola pieza. ¿Y qué me dices del viejo Duke? Pronto se encontrará como nuevo. Tan solo una fracción de centímetro y estaría muerto. Pero no ha sido así, está vivo, y Scot también. Por no hablar de Torbellino. Todos los muchachos han logrado salir y también nuestros pájaros. Erikki está a salvo. Mac se pondrá bien. ¡Espera y verás! ¿Dubois y Fowler? Puede ocurrir en cualquier momento pero, por lo que

nosotros sabemos, todavía no ha ocurrido, de manera que aún podemos conservar la esperanza. ¿Tom? Bien, fue decisión suya y seguro que logrará lo que deseaba.

CERCA DE LA FRONTERA TURCO-IRANÍ: 7.59 DE LA MAÑANA. A unos mil doscientos kilómetros hacia el Norte, Azadeh se protegió los ojos ante el sol que despuntaba. Había visto brillar algo abajo, en el valle. ¿Sería el reflejo de la luz sobre un arma o sobre guarniciones? Preparó el «M16» y cogió los prismáticos. Detrás de ella se encontraba Erikki, tumbado sobre unas mantas en la cabina abierta del «212», profundamente dormido. Su rostro estaba pálido y había perdido mucha sangre, pero Azadeh creía que se hallaba bien. A través de los cristales no vio moverse nada. Abajo, el campo aparecía cubierto de nieve y con muy poco arbolado. Desolador. Ni aldeas ni tampoco humo. El día era bueno aunque muy frío. No había nubes y el viento había parado durante la noche. Recorrió el valle con la vista muy lentamente. A unos kilómetros de distancia divisó una aldea de la que no se había dado cuenta antes.

El «212» estaba aparcado en un terreno quebrado y montañoso, sobre una planicie rocosa. La noche anterior, después de la huida de palacio y a causa de una bala que había dañado algunos instrumentos, Erikki perdió la orientación. Temeroso de que se agotara todo el combustible e impotente para pilotar y contener al propio tiempo la hemorragia del brazo, decidió arriesgarse a aterrizar y esperar a que amaneciera. Una vez en el suelo, había sacado la alfombra de la carlinga, donde Azadeh seguía durmiendo beatíficamente, y la había desenrollado. Una vez se hubo atado la herida lo mejor que le fue posible volvió a liar a Azadeh en la alfombra para que conservase el calor, después sacó algunas de las armas y se respaldó en el patín para montar la guardia. Pero por mucho que lo intentó, no le fue posible mantener los ojos abiertos.

Su despertar fue brusco. Un falso amanecer iluminaba débilmente el cielo. Azadeh seguía acurrucada en la alfombra

aunque ya había abierto los ojos y le observaba a él.

—Bien. ¡De manera que me has secuestrado! —Pero en seguida se desvaneció su frialdad simulada y se refugió en sus brazos al tiempo que le daba las gracias y le besaba después por haber resuelto el dilema de los tres con tantísima prudencia, y repitió el discurso que había preparado—. Sé que una mujer muy poco puede hacer contra su marido, Erikki, apenas nada. Incluso en Irán, donde somos civilizados, incluso aquí, la mujer es casi como un mueble y el Imán se ha mostrado muy claro en cuanto a los deberes de la mujer y en el Corán —añadió—, en el Corán sus deberes están perfectamente claros. También sé que estoy casada con un no Creyente y juro públicamente que intentaré escapar, al menos una vez al día, para tratar de volver al palacio y cumplir mi juramento y aun cuando me sienta aterrada y sepa que me capturarás en cada ocasión y que me dejarás sin dinero o me pegarás y que tengo que obedecer cuanto tú ordenes, lo haré… Pese a todo ello, lo haré. —En sus ojos brillaban lágrimas de felicidad—. Gracias, cariño, Tenía tanto miedo…

—¿Hubieras hecho eso? ¿Renunciar a tu Dios?

—No sabes cómo he suplicado a Dios que te guiara, Erikki.

—¿Lo habrías hecho?

—Ahora ya no hay necesidad de pensar en lo impensable. ¿No crees, amor mío?

—¡Ah! —dijo él comprendiendo—. Entonces lo sabías, ¿verdad? ¡Sabías que era esto lo que yo iba a hacer!

—Lo único que sé es que soy tu mujer, que te amo, que debo obedecerte, que tú me has traído contigo sin mi ayuda y contra mi voluntad. No es necesario que volvamos a hablar jamás sobre ello. ¡Por favor!

La miró somnoliento y desorientado, sin llegar a comprender cómo podía parecer tan fuerte y cómo podía haber despertado con tal tranquilidad del sueño provocado por el somnífero. ¡Sueño!

—He de dormir una hora, Azadeh. Lo siento, pero así no puedo seguir adelante. Me será imposible si no duermo más o menos una

hora. Creo que aquí estamos bastante seguros. Tú vigila, estaremos bastante seguros.

—¿Dónde nos encontramos?

—Todavía en Irán. En alguna parte cerca de la frontera. —Le dio un «M16» cargado sabiendo que era capaz de manejarlo certeramente—. Una de las balas me destrozó la brújula.

Le vio vacilar mientras se dirigía a la cabina, coger algunas mantas y derrumbarse sobre ellas. Se quedó dormido al instante. Mientras esperaba a que se hiciera de día, Azadeh pensaba en su futuro y en su pasado. Todavía quedaba por arreglar la cuestión de Johnny. Nada más. «¡Qué extraña es la vida! Pensé que gritaría mil veces, envuelta en esa horrible alfombra, simulando que estaba drogada. ¡Como si yo fuera tan estúpida para tomar somníferos ante la posibilidad de que tuviera que ayudar a defendernos! Resultó tan fácil engañar a Mina y a mi querido Erikki, e incluso a Hakim al que ya no quiero nada. "… su espíritu eterno es más importante que su cuerpo terreno". ¡Me hubiera matado! ¡A mí! ¡A su muy amada hermana! Pero lo engañé».

Estaba muy contenta consigo misma y con Aysha. Ella le había revelado entre susurros los puntos de escucha secretos del palacio de manera que cuando salió bruscamente de la habitación simulando furia y dejando a Hakim y Erikki solos se había deslizado en el punto adecuado para escuchar lo que estuvieran diciendo. «Ah, Erikki, sentía verdadero terror ante la posibilidad de que tú y Erikki no estuvierais dispuestos a creer que era cierto que quebrantaría mi juramento…, y frenética de que quizá los indicios que yo había estado colocando delante de ti durante toda la velada no fueran aprovechados para tu estratagema perfecta. Pero tú me llevabas la delantera…, incluso tenías preparado el helicóptero. Qué inteligente fuiste, lo fui yo, lo fuimos los dos juntos. Inclusive me aseguré de que cogerías mi bolso, con joyas y el botín de Najoud pues yo había engatusado a Hakim para que me lo diera, así que ahora somos ricos y estamos a salvo, en este país olvidado de Dios».

—Está olvidado de Dios, querida —le había dicho Ross en Teherán, poco antes de dejarla.

Ella no pudiendo soportar que se fuese sin decirle adiós, se había dirigido a Talbot para informarse sobre él y después, unas horas más tarde, Johnny había llamado a su puerta. El apartamento estaba vacío salvo por ellos dos.

—Lo mejor será que te vayas de Irán, Azadeh. Tu amado Irán va de cabeza una vez más. Esta revolución es igual a todas las anteriores, una nueva tiranía sustituye a la anterior. Tus nuevos gobernantes impondrán sus leyes, su versión de la ley de Dios, al igual que el Sha implantó la suya. Vuestros ayatolás vivirán y morirán como viven y mueren los papas: algunos serán buenos, algunos malos y otros malvados. Cuando Dios lo quiera, el mundo mejorará un poco, la bestia escondida en el interior del hombre que necesita morder, portarse violentamente y matar llegará a ser algo más humano y algo más moderado. La gente estropea el mundo, Azadeh. Sobre todo, los hombres. ¿Sabes que te amo?

—Sí. Lo dijiste en la aldea. ¿Sabes que te amo?

—Sí.

Era tan fácil sumergirse en el vientre del mundo como cuando eran jóvenes.

—Pero ahora ya no lo somos, y hay una gran tristeza en mí, Azadeh.

—Pasará, Johnny —le había dicho ella deseándole toda la felicidad del mundo—. Pasará, al igual que ocurrirá con las dificultades de Irán. Durante siglos, hemos tenido épocas terribles, y han pasado.

Recordaba cómo habían permanecido sentado juntos, mas sin tocarse, y, sin embargo, poseyéndose el uno al otro. Más tarde, él la sonrió, se levantó, agitó la mano, con aquel saludo tan suyo de despreocupación, y salió en silencio.

De nuevo aquel centelleo en el valle. Volvió a sentirse inquieta. Luego, un movimiento entre los árboles y, entonces, los vio.

—¡Erikki!

Él se despertó al instante.

—Allí, abajo. Dos hombres a caballo. Parecen hombres tribales.

Le alargó los prismáticos.

—Ya los veo.

Ambos hombres iban armados, y cabalgaban a medio galope por el lecho del valle, vestidos como las gentes de las colinas y manteniéndose a cubierto allá donde podían hacerlo.

—Es probable que hayan visto el helicóptero aunque dudo que puedan vernos a nosotros.

—¿Se dirigen hacia aquí?

Pese a su dolor y cansancio, percibió el temor en la voz de ella.

—Tal vez. Probablemente sí. Les costará media hora llegar hasta aquí, tenemos mucho tiempo.

—Nos están buscando. —Se había quedado blanca como el papel y se acercó más a Erikki—. Hakim habrá puesto en alerta a todo el mundo.

—No puede haber hecho eso. Me ayudó.

—Eso fue para escapar —dijo, nerviosa, y recorrió con la mirada la planicie, la fila de árboles y las montañas. Luego, de nuevo, observó a los dos hombres—. Una vez que hayas escapado se comportará como un Khan. No conoces a Hakim, Erikki. Es mi hermano pero Khan por encima de todo.

A través de los prismáticos, Erikki vio la aldea medio oculta junto a la carretera, a una distancia media. El sol hacía brillar las líneas telefónicas. Aumentó su propia inquietud.

—Tal vez solo se trate de aldeanos que sientan curiosidad por nosotros. Pero no vamos a esperar a descubrirlo. —Le sonrió fatigado—. ¿Tienes hambre?

—Sí, pero me encuentro bien. —Presurosa, empezó a enrollar la alfombra que era antigua, de incalculable valor y una de sus favoritas—. Tengo más sed que hambre.

—Yo también. Además, ahora me encuentro mejor. El sueño me ha servido de mucho.

Recorrió las montañas con la mirada, comparando lo que veía con lo que tenía grabado en la mente del mapa. Una última mirada a los hombres de abajo que todavía se encontraban lejos. «Durante un rato no corremos peligro —se dijo—, a menos que haya otros por los alrededores». Se dirigió hacia la carlinga. Azadeh metió la alfombra en la cabina y cerró la portezuela con un esfuerzo. También allí habían llegado las balas, pero no se había fijado antes en los agujeros. Otro centelleo del sol sobre metal en el bosque, mucho más cerca, que ninguno de los dos vio.

A Erikki le dolía la cabeza y se sentía débil. Pulsó el botón de puesta en marcha. Funcionó de inmediato, y a la perfección. Una rápida comprobación de los instrumentos. El contador de revoluciones estaba destrozado, no tenía brújula y tampoco radio. Algunos instrumentos no los necesitaba, el sonido de los motores le diría cuándo las agujas estarían en el «Verde». Pero las de las válvulas de combustible se habían quedado atascadas en un cuarto. No tenía tiempo de comprobarlo como tampoco cualquier otra avería si es que la había. ¿Qué podía hacer? «Vosotros, todos los dioses grandes y pequeños, antiguos y modernos, vivos y muertos o todavía por nacer, poneos hoy de mi lado, necesitaré de toda la ayuda que podáis darme». Sus ojos tropezaron con el kukri que recordaba vagamente haber metido en el bolsillo del asiento. Sin esfuerzo consciente alargó la mano y lo tocó. Su tacto quemaba.

Azadeh corrió presurosa hacia la carlinga, mientras la turbulencia producida por los rotores aumentaba, lo que dificultaba sus movimientos y le hacía sentir más frío aún. Logró subir hasta el asiento, apartando los ojos de toda aquella sangre seca en la tapicería y en el suelo.

Su sonrisa se apagó al darse cuenta de la entristecida concentración de él y de su aspecto extraño con la mano casi tocando el kukri pero no del todo. De nuevo se preguntó por qué Erikki lo habría llevado consigo.

—¿Te encuentras bien, Erikki? —le preguntó, pero él no pareció haberla oído. Insha'Allah. Ha sido Voluntad de Dios que él esté vivo y

yo esté viva, que estemos juntos y casi a salvo. Todavía no es mi Erikki, ni por su aspecto físico ni por su espíritu. Casi puedo escuchar los malos pensamientos que se atropellan en su mente. Los malos dominarán pronto a los buenos de nuevo, que Dios nos proteja—. Gracias, Erikki —le dijo cogiendo el casco que él le alargaba, y armándose mentalmente para la lucha.

Erikki se aseguró que ella tenía bien colocado el cinturón y ajustó el volumen para ella.

—¿Puedes oírme bien?

—Sí, querido. Gracias.

El oído de Erikki estaba en parte concentrado en el sonido de los motores, todavía tenían que esperar uno o dos minutos antes de poder despegar.

—No tenemos suficiente combustible para llegar hasta Van que es el aeropuerto turco más cercano… Puedo ir al hospital de Rezaiyeh para buscar combustible, pero resultaría demasiado peligroso. Iré un trecho en dirección Norte. He visto por allí una aldea y una carretera. Tal vez sea la carretera Khoi-Van.

—Estupendo. Apresurémonos, Erikki. No me siento segura aquí. ¿Hay algún campo de aviación por aquí? Es posible que Hakim haya alertado a la Policía y ellos, a su vez, a las Fuerzas Aéreas. ¿No podemos despegar?

—Solo unos segundos más, los motores están casi a punto. —Vio su ansiedad y su belleza y su mente le atormentó una vez más con la imagen de ella junto a John Ross. Se forzó por alejarla—. Creo que hay campos de aviación a lo largo de todo el sector de la frontera. Volaremos tan lejos como podamos. Creo que llevamos combustible suficiente para atravesar la frontera. —Hizo un esfuerzo por mostrarse bromista—. Tal vez podamos encontrar una gasolinera. ¿Crees que aceptarían una tarjeta de crédito?

Azadeh rio, nerviosa, y levantó su bolso, enrollando la correa alrededor de su muñeca.

—No necesitamos tarjetas de crédito, Erikki. Somos ricos…, tú eres rico. Yo puedo hablar turco y si no soy capaz de suplicar,

comprar o sobornar para abrirnos caminos es que no pertenezco a la tribu Gorgon. Pero abrirnos camino, ¿hacia dónde? ¿Estambul? Tienes derecho a unas vacaciones fabulosas, Erikki. Nos encontramos a salvo solo gracias a ti. Tú lo has hecho todo, y has pensado en todo.

—No, Azadeh, fuiste tú. —«Tú y John Ross», ansiaba gritar y, para ocultarlo, miró sus instrumentos. «Pero sin Ross, tú, Azadeh, estarías muerta, y, por lo tanto, yo estaría muerto y no puedo soportar la idea de tú y él juntos. Estoy seguro de que am…».

En aquel preciso momento vio, con incredulidad, a los grupos de jinetes que surgían del bosque a medio kilómetro de distancia por cada lado del helicóptero, policías entre ellos, y empezaban a galopar por el terreno rocoso para llegar hasta allí. El oído le dijo que los motores estaban en el «Verde». Al instante, su mano los puso a toda potencia. El tiempo corría cada vez más despacio, mientras el aparato se levantaba del suelo con harta lentitud, no había forma de evitar que los atacantes dispararan, derribándoles. Un millón de años de tiempo para que descabalgue, apunte y dispare cualquiera de los doce hombres. El gendarme del centro, el sargento, se está deteniendo, ¡saca el «M16» de la funda en su montura!

De repente, el tiempo volvió a toda marcha y Erikki se elevó alejándose de ellos; el helicóptero oscilaba de un lado a otro mientras él esperaba que cada segundo fuera el último; entonces, volaron de costado adentrándose por el desfiladero a ras de las copas de los árboles.

—¡Alto el fuego! —gritó el sargento a los sobreexcitados hombres tribales, situados al borde, que apuntaban y disparaban en tanto que sus caballos hacían cabriolas—. ¡En el Nombre de Dios! Os he dicho que se nos ha ordenado capturarles, salvarla a ella y matarle a él, ¡no matarla a ella!

Los otros obedecieron reacios y al acercarse el sargento a ellos pudo ver al «212» bien adentrado en el valle. Sacó el walkie-talkie y lo puso en marcha.

—Cuartel general, aquí el sargento Zibri. La emboscada ha fracasado. Los motores empezaron a funcionar antes de que tomáramos posiciones. Pero se le ha obligado a salir de su escondrijo.

—¿Hacia dónde se dirigen?

—Hacia el Norte, directo a la carretera Khoi-Van.

—¿Pudiste ver a Su Alteza?

—Sí, parecía aterrada. Dile al Khan que vimos al secuestrador atarle al asiento y también parecía como si el secuestrador le hubiera puesto también una ligadura alrededor de la muñeca… Su Alteza… —La voz del sargento subió de tono excitada—. Ahora el helicóptero ha girado en dirección Este, se mantiene a unos dos o tres kilómetros al sur de la carretera.

—Bien. Buen trabajo. Alertaremos a las Fuerzas Aéreas.

TEHERÁN. EN EL CUARTEL GENERAL DEL SERVICIO SECRETO INTERNO: 9.54 DE LA MAÑANA. Sulimán al Wiali, asesino del «Group Four» trató de impedir que le temblaran los dedos al coger el télex de manos del coronel de SAVAMA: «Anoche mataron al coronel Hashemi Fazir, jefe del Servicio Secreto Interno, junto con el asesor inglés Armstrong, mientras dirigía valientemente un ataque que arrasó el cuartel general de los muyahidines izquierdistas. Los cuerpos de los dos hombres quedaron calcinados cuando los traidores hicieron volar el edificio. (Firmado). El Jefe de Policía. Tabriz».

Sulimán aún no estaba repuesto del terror que le había embargado ante aquella repentina llamada al despacho, petrificado ante la posibilidad de que aquel oficial hubiera encontrado documentos incriminatorios en la caja fuerte, abierta y vacía, que tenía a su espalda. Estoy seguro de que mi Amo no puede haberse mostrado tan descuidado, ¡sobre todo en su propio despacho!

—La Voluntad de Dios, Excelencia —dijo, devolviéndole el télex y disimulando su furia—. La Voluntad de Dios. ¿Eres el nuevo líder del

Servicio Secreto Interno, Excelencia?

—Sí. ¿Cuáles eran tus obligaciones?

—Soy un agente, Excelencia —respondió Sulimán, adulando como cabía esperar, olvidado ya el tiempo pasado. Empezó a perder el miedo. «Si estos perros sospechasen algo, yo no estaría aquí —razonó, acrecentándose su confianza—. Me encontraría aullando en una mazmorra. Estos incompetentes hijos de perra no se merecen vivir en el mundo de hombres»—. El coronel me ordenó que viviera en Jaleh y que tuviera los oídos y los ojos bien abiertos y que descubriera comunistas. —Mantuvo una mirada inocua, sintiendo un gran desprecio por aquel hombre pomposo, de rostro enjuto que se sentaba a la mesa de Fazir.

—¿Cuánto tiempo hace que desempeñas este empleo?

—Tres o cuatro años, no lo recuerdo con exactitud, Excelencia. Figura en mi ficha. Acaso sean cinco, no recuerdo. Debe de estar consignado en mi tarjeta, Excelencia. Alrededor de cuatro años yo he trabajado duro y te serviré con todas mis energías.

—SAVAMA se hace cargo del Servicio Secreto Interno. De ahora en adelante me informarás directamente a mí. Quiero copias de todos tus informes desde el momento en que empezaste a trabajar aquí.

—Hágase la Voluntad de Dios, Excelencia, pero no sé escribir, al menos lo hago tan mal que Su Excelencia Fazir jamás me pidió informes por escrito —mintió Sulimán sin el menor pudor. Esperó en silencio, ora sobre un pie ora sobre el otro, y comportándose como si fuera corto de luces. «SAVAK o SAVAMA, todos son unos embusteros y es más que probable que fuesen ellos quienes prepararon el asesinato de mi Amo. Dios les maldiga…, estos perros han hecho fracasar el plan de mi Amo. ¡Han dado al traste con mi trabajo perfecto! Mi trabajo perfecto con dinero, poder y futuro reales. Estos perros son unos ladrones, me han robado el futuro y la seguridad. Ahora me he quedado sin trabajo, sin enemigos marcados de Dios a quienes matar. Sin futuro, sin seguridad, sin prot… ¡A menos…!».

«A menos que recurra a mi ingenio y habilidades y prosiga con lo que mi Amo comenzara. ¡Por todos los condenados diablos!, ¿y por qué no? Es la Voluntad de Dios que él esté muerto y yo vivo, que él haya sido el sacrificado y no yo. ¿Por qué no? ¿Por qué no iniciar a más equipos? Conozco las técnicas del Amo y parte de su plan. Aún mejor, ¿por qué no hacer una visita a su casa y vaciar la caja fuerte que tenía en el sótano? Él nunca supo que yo conocía su existencia. Ni siquiera su mujer sabe nada de ella. Ahora que él está muerto sería fácil. Y más vale que vaya esta noche, y llegue allí antes de que lo hagan esos comemierdas de la Mano Izquierda. ¡Qué riquezas no contendrá esa caja fuerte! Dinero, documentos, listas…, a mi Amo le gustaban las listas más que a una gallina la mierda. Que me muera si en esa caja fuerte no hay una lista de los otros "Group Four". ¿Acaso mi difunto Amo no proyectaba asistir hoy a Al-Sabbah? ¿Por qué no ir yo en su lugar? Con asesinos, con asesinos auténticos que ya no temen a la muerte y buscan el martirio como pasaporte seguro para el Paraíso…».

Casi rio en voz alta. Eructó para disimular.

—Perdón, Excelencia, no me siento bien. ¿Puedo retirarme, por fa…?

—¿Dónde guardaba sus papeles el coronel Fazir?

—¿Papeles, Excelencia? Me haces demasiado honor, Excelencia, ¿qué puede saber un hombre como yo de papeles? No soy más que un agente, le informaba y luego me despedía, la mayoría de las veces con un puntapié y una maldición… Será magnífico trabajar para un hombre auténtico. —Esperó confiado. «Y ahora, ¿qué hubiera querido Fazir que yo hiciera? No hay duda: que lo vengara, lo cual significa acabar con Pahmudi por ser el responsable de su muerte, y con este perro por tener la desfachatez de sentarse a su mesa. ¿Por qué no? Pero antes iré a vaciar la verdadera caja fuerte»—. ¿Puedo irme, por favor, Excelencia? Tengo los intestinos repletos y padezco la enfermedad de los parásitos.

Con un gesto de desagrado, el coronel alzó la vista de aquella tarjeta que no le revelaba nada. Ningún expediente en la caja, solo

dinero. «Un formidable pishkesh para mí —se dijo—, pero ¿dónde están los expedientes? ¿En su casa?».

—Puedes irte —repuso con irritación—, pero preséntame el informe una vez a la semana. A mí, personalmente. Y no lo olvides, a menos que hagas un buen trabajo…, no tenemos la intención de emplear a enfermos fingidos.

—Sí, Excelencia, ciertamente, Excelencia. Gracias, Excelencia. Haré lo mejor que pueda por Dios y el Imán. ¿Cuándo deberé informarle?

—Al día siguiente del Día Santo de cada semana.

El coronel, malhumorado, le hizo seña de que se fuera. Sulimán salió arrastrando los pies y prometiéndose que antes del próximo informe ese coronel ya no existiría. «¡Hijo de perra!, ¿por qué no? Mi poder ya alcanza a Beirut y a Bahrein».

BAHREIN: 12.50 DEL MEDIODÍA. Hacia el Sur, casi a mil doscientos kilómetros de distancia, el día en Bahrein era tibio y soleado, las playas desbordaban de excursionistas de fin de semana, de aficionados al surf que disfrutaban en el mar de la hermosa brisa, las mesas de la terraza del hotel estaban ocupadas por hombres y mujeres ligeramente vestidos para broncearse bajo aquel maravilloso sol primaveral. Una de ellas era Sayada Bertolin.

Llevaba una especie de túnica transparente sobre su bikini y saboreaba un zumo de limón sentada, sola, a la sombra de una sombrilla verde. En actitud perezosa, contemplaba a los bañistas y a los niños que jugaban en la orilla…, uno de aquellos chiquillos era el vivo retrato de su propio hijo. «Ya tengo ganas de volver a casa —se dijo—, de abrazar de nuevo a mi hijo y sí, sí, incluso de volver a ver a mi marido. He pasado tanto tiempo lejos de la civilización, de la excelente comida y la excelente conversación, del buen café, de los croissants y del vino, de los periódicos, la radio y la televisión y de todas esas cosas maravillosas que damos por sentadas. Aunque, yo

no, ciertamente. Siempre las he apreciado y siempre he luchado por un mundo mejor y por la justicia en el Oriente Medio».

«Pero ¿ahora?». Su alegría se desvaneció.

«Ahora no solo soy una simpatizante y correo sirio también agente secreto de la milicia libanesa cristiana, de sus amos israelíes y de sus amos de la CIA. Gracias a Dios, fui lo bastante afortunada para escuchar lo que *ellos* decían en voz baja cuando pensaban que ya me había ido, después de recibir su orden de regresar a Beirut. Desde luego no citaron nombres pero dijeron lo suficiente para descubrir su origen. ¡Perros! ¡Asquerosos y repugnantes perros! ¡Cristianos! ¡Traidores a Palestina! ¿Me atreveré a decírselo a mi marido quien a su vez lo diría a otros en el Consejo? No me atreveré. *Ellos* saben demasiado».

Fijó su atención en la mar y se sobresaltó. Entre los que practicaban el surf reconoció a Jean-Luc, lanzándose hacia la orilla, manteniendo el equilibrio de una forma estupenda sobre la precaria tabla, e inclinándose elegantemente contra el viento. En el último segundo, giró con el viento, saltó a las aguas poco profundas y dejó que la tabla se hundiera. Sayada sonrió ante tal perfección.

«¡Cómo te quieres a ti mismo, Jean-Luc! Pero debo de admitir que tenías estilo. En muchas cosas eres soberbio, como chef, como amante…, ah, sí, pero solo de vez en cuando, no eres lo bastante variado ni experimentado para nosotros, los del Oriente Medio que comprendemos el erotismo. Además, estás demasiado preocupado con tu propia belleza. "He de admitir que eres guapo", murmuró, sintiéndose agradablemente húmeda ante la idea. Haciendo el amor tienes una calificación por encima del promedio, *chéri*, pero no más. No eres el mejor. Mi primer marido era el mejor, acaso porque fue el primero. Y después Teymour. Teymour era único. Ah, Teymour, ahora ya no tengo miedo de pensar en ti, ahora que estoy fuera de Teherán. Entonces no podía. No te olvidaré ni tampoco lo que te hicieron. Un día tomaré venganza por ti de la milicia cristiana».

Sus ojos vigilaban a Jean-Luc, y se preguntaba qué haría en Bahrein. Estaba encantada de que se encontrara allí, y esperaba que

la viera, no quería hacer el primer movimiento para no tentar a la suerte, sino esperar a ver lo que la suerte le tenía reservado. Se miró en su espejo de mano, se dio un toque de brillo en los labios, se perfumó detrás de las orejas. Y esperó. Jean-Luc empezó a caminar por la playa. Sayada simuló estar concentrada en el espejo, aunque le observaba a través de él, abandonándose a la suerte.

—¡Sayada! *Mon Dieu, chérie!* ¿Qué haces aquí?

Ella se mostró debidamente asombrada, y luego él la besó. Sayada saboreó el gusto salobre y olfateó el aceite bronceador y el sudor y decidió que, después de todo, aquella tarde sería perfecta.

—Acabo de llegar, *chéri*, llegué anoche de Teherán —dijo casi jadeante, dejando que el deseo la desbordara—. Estoy en la lista de espera en el vuelo de mañana a mediodía de la «Middle Eastern» para Beirut…, pero ¿y tú? ¿Qué haces aquí? Es como un milagro.

—Lo es. ¡Vaya si somos afortunados! Pero no puedes irte mañana, mañana es domingo. Mañana tendremos una barbacoa, langostas y ostras.

Se le veía seguro de sí mismo, muy francés y deliciosamente persuasivo. «¿Por qué no? —se dijo Sayada—, Beirut puede esperar. He esperado tanto tiempo que un día más no importa».

Él, por su parte, pensaba: «¡Es perfecto! El fin de semana iba a ser un desastre y ahora, amor por la tarde y luego la siesta. Más tarde, elegiré una cena perfecta, luego bailaremos un poco, y nos amaremos fervientemente. Un sueño reparador y en forma para otro día perfecto mañana».

—Estoy desolado, *chérie*, pero he de dejarte durante unas horas más o menos —dijo con el toque perfecto de tristeza—. Almorzaremos aquí. ¿Te alojas en este hotel? Perfecto, yo también. En la 1623. ¿Alrededor de la una y media o dos menos cuarto? No te cambies, estás perfecta. *C'est bon!*

Se inclinó, le besó la mano, y con la suya le rozó un seno; notó el estremecimiento de ella y se sintió complacido.

EN EL HOSPITAL: 1.16 DE LA TARDE.

—Buenos días, doctor Lanoire, capitán McIver. ¿Estás bien o mal? —dijo Jean-Luc hablándole en francés.

El padre de Anton Lanoire era originario de Cannes, su madre una bahreiní, la hija de un pescador educada en la Sorbona, de un pescador analfabeto que aún seguía faenando como siempre lo hiciera y que seguía viviendo en una casucha a pesar de que era el propietario multimillonario de pozos de petróleo.

—Así, así.

—¿Cómo de así, así?

El doctor juntó las yemas de los dedos. Era un hombre de aspecto distinguido, bien avanzada la treintena, que había ejercido en París y Londres y hablaba tres lenguas, árabe, francés e inglés.

—Hasta dentro de unos días no lo sabremos con exactitud, aún tenemos que hacerle algunas pruebas. Tendremos la seguridad de si está verdaderamente bien o mal dentro de un mes, cuando se le haya hecho un angiograma, pero, entretanto, el capitán McIver responde al tratamiento y no siente dolor.

—¿Se pondrá bien?

—Habitualmente, la angina de pecho es cosa corriente. Por lo que me ha dicho su mujer, parece que los últimos meses ha estado sujeto a una gran tensión la cual aumentó durante los últimos días con esa operación de ejercicios Torbellino…, y no es extraño. ¡Eso sí que es valor! Mi saludo a él, a usted y a todos los que han participado. Y al mismo tiempo les aconsejo muy seriamente que todos los pilotos y demás personal que haya participado en ellos, disfruten de dos o tres meses de permiso.

Aquello complació extraordinariamente a Jean-Luc que sonrió de oreja a oreja.

—Me gustaría que me lo diera por escrito. Por favor. Como es natural, los tres meses de ausencia por enfermedad serían con el sueldo completo y… bonificaciones.

—Por supuesto. Todos vosotros habéis hecho un trabajo magnífico para la compañía, arriesgando vuestras vidas…, y deberíais recibir una bien ganada gratificación. Me pregunto cómo es que algunos más de vosotros no ha sufrido también ataques cardíacos. Dos meses es para la recuperación. Jean-Luc…, antes de que continúes volando es esencial que te sometas a un minucioso chequeo.

—¿Es que existe la posibilidad para todos de que suframos ataques cardíacos? —preguntó perplejo.

—No, no, en absoluto —sonrió Lanoire—. Pero sería muy prudente someterse a un chequeo a fondo, por si acaso. ¿Sabes que la causa de la angina es un bloqueo repentino de la sangre? Y un ataque es cuando ocurre eso mismo pero en el cerebro. Las arterias quedan atascadas…, y ya lo tenemos. Insha'Allah. Puede ocurrir en cualquier momento.

—¿De verdad? —El desasosiego de Jean-Luc se acrecentó. «¡Mierda! Solo me faltaba un ataque al corazón».

—Desde luego —prosiguió el doctor con amabilidad—. He conocido pacientes en la treintena o primeros años de la cuarentena con presión sanguínea normal, colesterol normal, EKG, electrocardiogramas, normales y… ¡puf! —Hizo un gesto expresivo con las manos—. En cuestión de horas… ¡puf!

—¡Puf! ¿Sin más? —Jean-Luc se sentó inquieto.

—Yo no puedo volar pero me imagino que hacerlo provoca una gran tensión, en especial sobre lugares como el mar del Norte. Y la tensión acaso sea la principal causa de la angina, cuando una parte del corazón muere y…

—¡Dios mío! ¿Es que ha muerto el corazón del viejo Mac? —preguntó, sobresaltado, Jean-Luc.

—No, no, solo una parte. Cada vez que se sufre un ataque de angina de pecho, por leve que sea, se pierde una parte para siempre. Está muerta —sonrió el doctor Lanoire—. Pero, claro, puedes vivir largo tiempo antes de que te quedes sin tejido.

«*Mon Dieu* —se dijo Jean-Luc aprensivo, esto no me gusta nada. ¿Mar del Norte? Mierda, más me valdrá pedir un traslado antes de ir siquiera allí».

—¿Cuánto tiempo estará Mac en el hospital?

—Cuatro o cinco días. Yo te sugeriría que hoy lo dejases tranquilo y lo visitaras mañana, pero sin llegar a fatigarle. Deberá tener un mes de permiso y luego someterse a algunas otras pruebas.

—¿Qué posibilidades tiene?

—Eso está en manos de Dios.

Arriba, en la terraza de una agradable habitación que daba a las azules aguas, Genny dormitaba en un sillón, en la falda el *Times* de Londres que llevara la «BA» en uno de los primeros vuelos de aquel día. McIver descansaba confortablemente sobre las limpias y almidonadas sábanas. Sintió rozarle la brisa marina y se despertó. «El viento ha cambiado —se dijo—, vuelve a ser el habitual del Noroeste. Estupendo». Se movió a un lado para divisar mejor el Golfo. El ligero movimiento despertó a Genny. Dobló el periódico y se puso en pie.

—¿Cómo te sientes, cariño?

—Muy bien. Ahora me encuentro muy bien. Solo algo cansado. Te he oído vagamente hablar con el médico. ¿Qué ha dicho?

—Que todo parece estar bien. El ataque no fue grave. Tendrás que tomártelo con calma durante unos días, luego un mes de permiso y más tarde algunas otras pruebas… Me muestro muy optimista porque no fumas y siempre estás en forma, dadas las circunstancias. —Genny permanecía en pie junto a la cama, de espaldas a la luz, pero McIver podía distinguir su rostro y leer en él la pura verdad—. No puedes volver a volar…, como piloto —añadió ella y sonrió.

—Eso es fastidioso —dijo él lacónico—. ¿Has mantenido contacto con Andy?

—Sí, llamé anoche y también esta mañana y volveré a hacerlo dentro de una hora o así. Todavía no se sabe nada del joven Marc Dubois y de Fowler, pero todos nuestros pájaros se encuentran a

salvo en Al Shargaz y desmontados para ser embarcados mañana. Andy se siente enormemente orgulloso de ti…, y también Scrag. He hablado esta mañana con él.

La sombra de una sonrisa.

—Será estupendo ver al viejo Scrag. Y tú, ¿te encuentras bien?

—Sí, desde luego. —Le puso la mano en el hombro—. Me alegro tantísimo de que estés mejor…, me diste un buen susto.

—Yo me llevé un buen susto, Gen —sonrió y levantando la mano dijo con brusquedad—: Gracias, Mrs. McIver.

Ella, cogiéndosela, se la llevó a la mejilla y luego se inclinó y le rozó los labios con los suyos, reconfortada ante el afecto tan inmenso reflejado en su rostro.

—Me diste un buen susto —susurró de nuevo.

McIver vio el periódico.

—¿Es de hoy, Gen?

—Sí, querido.

—Parece que han pasado años desde que leí uno. ¿Qué hay de nuevo?

—Más o menos lo de siempre —dijo ella doblándolo y dejándolo a un lado con indiferencia pues no quería que McIver viera la sección que había estado leyendo por si fuera motivo de preocupación para él. «Se hunde el mercado de valores en Hong Kong». «Esto afectará a "Struan's" y a ese bastardo de Linbar —se dijo—, pero ¿podrá perjudicar a "S-G" y a Andy?». Como de todas maneras Duncan nada podía hacer, más valía dejarlo estar—. Huelgas. Callaghan está enredando más que nunca las cosas en la pobre y vieja Gran Bretaña. Dicen que existe la posibilidad de que convoque elecciones anticipadas este año y que, de ser así, Maggie Thatcher tiene buenas posibilidades. Sería formidable, ¿verdad? Al fin llevaría la batuta alguien con sentido común para cambiar.

—¿Porque es mujer? —dijo él irónico—. Eso sería como meter la zorra entre los pollos. ¡Dios Todopoderoso, una mujer Primer Ministro! En primer lugar, no comprendo siquiera cómo es posible que birlara el liderato a Heath…, debe llevar bragas de hierro

blindadas. Si al menos esos malditos liberales se hubieran estado quietos… —Calló y Genny le vio mirar hacia el mar. Algunas barcazas navegaban bellamente. Se sentó en silencio y esperó. Deseaba que volviera a quedarse dormido o que charlara un poco, lo que él prefiriera. «Debe de estar poniéndose mejor cuando ya tiene gana de meterse con los liberales —pensó aturdida, dejándose ir mientras contemplaba el mar. Le agitaba el pelo. La brisa que olía a mar le agitaba el cabello. Resultaba agradable permanecer allí sentada, sabiendo que él ya estaba bien, respondiendo al tratamiento—. No tiene por qué preocuparse, Mrs. McIver». Era fácil decirlo, pero difícil de cumplir.

«Nuestras vidas cambiarán profundamente, tiene que ser así, aparte de perder Irán y todo cuanto tenemos aquí, un montón de cosas viejas, de las que la mayor parte no echaré en falta, ni mucho menos. Ahora que Torbellino ha terminado…, debo de haber estado loca para sugerirlo siquiera pero ¡ha resultado tan bien! Ahora, la mayoría de nuestros muchachos han salido de allí y se encuentran a salvo. De momento, no quiero pensar en Tom o Marc o Fowler, ni en Erikki, Azadeh o Sharazad, Dios les bendiga a todos ellos, todavía seguimos aquí con nuestro mejor equipo y nuestra presencia, así que nuestra participación en "S.G." debe tener algún valor. No estaremos arruinados y eso ya es una bendición. Me pregunto cuánto podríamos obtener por nuestras acciones. Supongo que tendremos alguna, ¿y qué hay del "hundimiento del mercado de valores"? Espero que no nos haya alcanzado de nuevo a nosotros».

»Sería agradable tener algo de dinero, pero eso no me importa siempre que Duncan se ponga mejor. Tal vez se retire o también es posible que no lo haga. En realidad, no me gustaría que se retirara, eso le mataría. ¿Y dónde viviremos? ¿Cerca de Aberdeen? ¿O en Edimburgo, al lado de Sarah y Trevor? ¿Y por qué no en Londres, con Hamish y Kathy? En Londres no, la vida resulta muy desagradable allí. Además, no conviene que vivamos demasiado cerca de ninguno de los chicos, no queremos molestarles aunque resultaría muy agradable que pudiéramos vernos de vez en cuando,

e incluso hacer de canguro con los nietos. No quiero convertirme en una suegra pesada para Trevor ni para la joven Kathy…, es realmente encantadora. Kathy, Kathleen, Kathy: Andrew y Kathy, y yendo a Castle Avisyard a veces. Y ahora Andrew y Maureen, y la chiquitina Electra. No quisiera estar sola, no quisiera que Duncan hub…

»No quiero revivir todo aquel horror, el golpeteo, la abrumadora oscuridad, el no poder ver, los jets aullando, el hedor a petróleo… ¡Dios mío!, ¿cómo es posible que soporten todo ese ruido y balanceos continuos hora tras hora…? Y durante todo ese tiempo, Duncan con estertores, sin saber si estaba vivo o muerto, por dos veces gritando: "está muerto, está muerto", pero sin que nadie oyera nada y sin que nadie pudiera ayudar mientras el viejo y querido Charlie volaba lo más rápidamente que podía, y el otro hombre, el sargento iraní, ¿cómo se llamaba?, ah, sí, Wazari, Wazari muy amable pero absolutamente inútil. Oh, Dios mío, aquello fue horroroso, verdaderamente horroroso y parecía no terminar nunca…, pero ahora todo está bien otra vez y gracias a Dios que yo me encontraba allí. Duncan se pondrá completamente bien. Se pondrá. Tiene que ponerse.

»Me pregunto qué le pasará a Wazari. Estaba tan asustado cuando la Policía se lo llevó. Un momento, ¿no había dicho Jean-Luc que había oído decir que pronto lo soltarán bajo la custodia de Andy, en calidad de exiliado político, siempre que Andy garantice que lo sacará de Bahrein y le dará un empleo?

»¡Maldita revolución! Y un maldito fastidio que no pueda regresar a recoger algunas de mis cosas. Está aquella vieja sartén en la que nunca se pega nada, y la tetera de Grannie, en la que se hacía una taza de té tan estupendo, incluso con esas estúpidas bolsitas de té y el agua de Teherán. ¡Uff! ¡Agua! Muy pronto ya no habrá que ponerse en cuclillas y utilizar agua en vez de un excelente y suave papel higiénico. ¡Uff! Si no he de tener que volver a ponerme en cuclillas lo doy todo por bien perdido».

—¿De qué sonríes, Gen?

—Deja que piense. Ah, sí, estaba recordando lo de ponerse en cuclillas de todos los traseros, ya de buena mañana sobre los joubs, y de sus botellas de agua, pobre gente. Siempre me ha parecido tan horrible y al propio tiempo tan cómico. ¡Pobre gente! Nosotros ya no habremos de ponernos en cuclillas, muchacho, regresamos a Blighty. —Vio el cambio en su mirada y de nuevo se sintió inquieta—. No está mal, Duncan. Volvemos a casa. No será tan malo, te lo prometo.

Al cabo de una pausa, McIver asintió, en parte para sí.

—Habrá que esperar y ver, Gen. Todavía no tomaremos ninguna decisión. No es preciso que lo hagamos durante uno o dos meses. Primero he de ponerme en forma y entonces decidiremos. No te preocupes, ¿eh?

—No estoy preocupada.

—Bien. No es necesario preocuparse. —Una vez más el mar atrajo su atención. «No me voy a pasar el resto de mi vida combatiendo al condenado tiempo inglés. ¿Retirarme? ¡Cristo!, he de pensar algo. Si tengo que dejar de trabajar, me volveré loco. Tal vez podamos encontrar alguna pequeña vivienda junto al mar para el invierno, en España o en el sur de Francia. ¡Maldito si estoy dispuesto a dejar que Gen se muera de frío, envejezca y se encoja antes de tiempo…! ¡Ese condenado viento, terriblemente salobre del mar del Norte! Por Dios que jamás iremos allí. Ahora, con el éxito de Torbellino tendremos dinero más que suficiente. ¡Nueve de los diez "212"! ¡Maravilloso! No quiero pensar en Dubois, o Fowler, Tom o Erikki, en Azadeh o Sharazad».

Volvió a sentir ansiedad y con ella un pinchazo que aumentó esa ansiedad y provocó otra punzada más fuerte.

—¿En qué piensas, Duncan?

—En que hace un hermoso día.

—Sí, sí, es muy hermoso.

—¿Quieres intentar ponerme en comunicación con Andy, Gen?

—Sí, claro —descolgó el teléfono y marcó el número sabiendo que lo mejor para él sería hablar un rato—. ¿Hola? Ah, hola, Scot,

¿cómo estás? Soy Genny. —Escuchó un momento—. Eso está bien. ¿Y tu padre? —Volvió a escuchar—. No, solo dile que he llamado porque Duncan quería hablar con él… Está bien y podéis llamarle aquí, a la extensión 455. Solo quería saludarle. ¿Querrías decirle a Andy cuando vuelva que llame? Gracias, Scot… No, de veras, está bien, díselo también a Charlie. Adiós.

Colgó pensativa el teléfono.

—No hay nada nuevo. Andy está en el «International» con Scrag. Han ido a ver a ese «jap»…, ya sabes, el de «Iran-Toda». Lo siento, no debería llamarle así a la cara, pero eso es lo que es. Aún no puedo perdonarles lo que nos hicieron en la guerra.

McIver frunció el entrecejo.

—¿Sabes una cosa, Gen? Acaso sea hora de que lo hagamos. Kasigi ayudó realmente al viejo Scrag. Aquel viejo adagio de «los pecados de los padres» ya no sirven ahora. Tal vez deberíamos iniciar la nueva era. Y eso es lo que tenemos, Gen, querámoslo o no, una Nueva Era. ¿Eh?

Genny vio su sonrisa y de nuevo se le saltaron las lágrimas. «No debo de llorar, todo va tan bien, la Nueva Era será buena y él se va a poner mejor, tiene que ponerse mejor… ¡Estoy tan asustada, Duncan!».

—Te diré algo, muchacho —dijo vivaz—, cuando estés otra vez en forma, iremos de vacaciones a Japón y entonces podremos verlo por nuestros propios ojos.

—Es un trato. Incluso podremos visitar Hong Kong de nuevo.

Le cogió la mano y se la apretó y ambos disimularon su temor al futuro, cada uno por el otro.

LXXI

AL SHARGAZ «HOTEL INTERNATIONAL»: 1.55 DE LA TARDE. Kasigi avanzaba sorteando las concurridas mesas en la implacable terraza que daba a la piscina.

—Mr. Gavallan, capitán Scragger, siento tantísimo llegar tarde.

—No se preocupe, Mr. Kasigi. Tome asiento, por favor.

—Gracias. —Kasigi vestía un ligero traje tropical, y parecía estar fresco, aunque en realidad no era así—. Lo siento muchísimo. Realmente aborrezco llegar tarde a una cita pero en el Golfo es prácticamente imposible llegar a tiempo a ningún sitio. He tenido que venir desde Dubai y el tráfico… Creo que las felicitaciones son de rigor. He oído decir que su operación Torbellino ha sido un éxito rotundo.

—Todavía nos falta un helicóptero con dos de los tripulantes pero, en conjunto, hemos sido muy afortunados —dijo Gavallan, aun cuando ni él ni Scragger se sentían felices—. ¿Le apetece almorzar? ¿O una copa?

Su encuentro para almorzar, propuesto por Kasigi, había sido para las doce y media. Por acuerdo previo, Gavallan y Scragger habían almorzado ya, sin esperarle y estaban en el café.

—Un brandy con agua mineral, grande y otro vaso de agua mineral aparte. No quiero almorzar. No tengo apetito —mintió Kasigi cortésmente no queriendo colocarse en una situación incómoda, mientras ellos habían terminado. Sonrió a Scragger—. ¡Caramba! Estoy contento de verle a salvo con sus aparatos y sus muchachos fuera. ¡Felicitaciones!

—Sentí mucho tener que esquivar sus preguntas pero…, bueno, ahora ya lo comprenderá.

—Tan pronto como me enteré lo comprendí. Claro. ¡Salud! —Kasigi bebió con ansia el agua mineral—. Y ahora que Torbellino se ha consumado, tal vez puedan ayudarme a resolver mis problemas en «Iran-Toda».

—Me gustaría mucho, desde luego, pero es imposible. Lo siento de verdad, pero no podemos. No es posible, sencillamente no es posible. La razón no puede ser más evidente.

—Tal vez pueda hacerse posible. —Kasigi ni había parpadeado—. He oído que tienen un plazo límite en firme hasta la puesta de sol de hoy para sacar sus aviones o de lo contrario les serán confiscados.

Gavallan hizo un ademán cortés con la mano.

—Esperemos que se trate tan solo de otro rumor.

—Uno de los funcionarios de su Embajada informó a nuestro embajador que es definitivo. Supondría una tragedia que perdieran todos sus aparatos después de semejante éxito.

—¿Definitivo? ¿Está seguro? —Gavallan se sintió vacío.

—Mi embajador lo estaba —aseguró Kasigi esbozando una amable sonrisa—. Digamos que yo puedo lograr que amplíen su plazo límite de la puesta de sol de esta tarde a la de mañana. ¿Solventaría entonces mis problemas en «Iran-Toda»?

Los dos hombres se le quedaron mirando.

—¿Podría hacer que prorrogaran nuestro plazo límite, Mr. Kasigi?

—Yo no, pero nuestro embajador es posible que pueda hacerlo. Estoy citado con él para dentro de una hora. Se lo pediré…, tal vez él pueda influir cerca del embajador iraní, o del jeque o de ambos. —Kasigi vio un interés inmediato por parte de Gavallan y lo dejó flotando en el aire, siendo como era un pescador demasiado experimentado en aguas occidentales para no conocer el cebo—. Estoy en deuda con el capitán Scragger. No he olvidado que me salvó la vida, que se apartó de su ruta para llevarme a Bandar Delam. Los amigos no deben olvidarse de los amigos, ¿verdad? Tal vez pueda lograrse a… «Nivel de Embajador».

«¿El embajador japonés? ¡Dios mío!, ¿sería posible…?». El corazón le latía fuertemente a Gavallan ante aquel inesperado camino que se les abría.

—No hay forma de que los nuestros puedan hacer nada, mi contacto se mostró terminante al respecto. Agradecería cualquier ayuda que pudiese obtener. Vaya que sí. ¿Cree que nos ayudaría?

—Si él quisiera, creo que podría. —Kasigi saboreaba su brandy—. Igual que usted puede ayudarnos a nosotros. Mi presidente me pidió que le saludara en su nombre y mencionó a su mutuo amigo Sir Ian Dunross. —Observó la reacción en la mirada de Gavallan y añadió—: Hace dos noches comieron juntos.

—Si puedo serle de alguna ayuda… ¿Qué problemas tiene exactamente? «¿Y dónde está el truco y cuál es su precio? —se dijo Gavallan—. ¿Y dónde está Ian? He intentado por tres veces localizarle sin lograrlo».

—Necesito tres «212» y dos «206» en «Iran-Toda» lo antes posible, mediante contrato por un año. Es esencial que quede terminada la planta y el comité local me ha prometido una total colaboración…, siempre que empecemos de inmediato. Si no se hace de inmediato, será desastroso.

La noche anterior, el ingeniero jefe Watanabe, de «Iran-Toda», le había enviado un mensaje cifrado por télex: «El jefe del comité, Zataki, está como un tiburón loco con el secuestro de "S-G". Su ultimátum: o reanudamos la construcción de inmediato, para lo cual hemos de disponer de helicópteros, o tomarán posesión de toda la planta sin más demora, la nacionalizarán y todos los extranjeros que estén aquí habrán de afrontar la pena correspondiente por traición. La hora D está fijada para después de las oraciones de la puesta de sol del sábado cuatro, cuando habré de presentarme ante el comité. Espero instrucciones, por favor».

Las llamadas telefónicas urgentes a Osaka y Tokio durante casi toda la noche solo habían servido para aumentar la furia de Kasigi.

—Yoshi, mi querido amigo —le había dicho con devastadora cortesía su primo y señor Hiro Toda—, he consultado con el

Sindicato. Todos coincidimos en lo afortunados que somos al tenerte a ti en el lugar del conflicto. Tú has de solucionarlo. Confiamos plenamente en que resolverás todos esos problemas…, antes de tu marcha.

El mensaje estaba absolutamente claro. «Resuélvelo o no regreses».

El resto de la noche lo pasó tratando de encontrar una solución al dilema. Y de repente, con el alba, recordó una observación casual que hiciera el embajador japonés referente al nuevo embajador iraní que le proporcionaba los posibles medios para solucionar el plazo límite de Gavallan y su propio problema.

—Para ser absolutamente sincero, y hablándole con toda claridad, Mr. Gavallan —y estuvo a punto de echarse a reír ante lo incongruente de la frasecita…, pero tan necesaria en las negociaciones occidentales—, necesito un plan para mañana antes de la puesta de sol y respuestas para mañana también antes de esa hora.

—¿Por qué para entonces, si me permite preguntarle?

—Porque adquirí compromisos con un amigo que debo cumplir, cosa que usted comprenderá perfectamente —respondió Kasigi—. De manera que los dos nos encontramos ante un callejón sin salida, el mismo. —Entonces juzgó que había llegado el momento exacto y golpeó fuerte para asegurarse de que el anzuelo estaba firme—. Si usted puede ayudarme, se lo agradeceré toda la vida. Naturalmente, y como quiera que sea, haré cuanto esté a mi alcance para persuadir a mi embajador de que le ayude.

—Sería inútil que le ofreciera cualquiera de nuestros pájaros porque serían confiscados de inmediato y tampoco poner a su disposición los «206» que hemos dejado en Irán, porque, con toda seguridad, también se encontrarán *hors de combat*. «S-G» ha abandonado Irán definitivamente, al igual que «Bell», «Guerney» o cualquiera de las demás compañías. ¿No hay súbditos japoneses que sean pilotos de helicóptero?

—No, no los hay bien entrenados. —«Aún no», se dijo Kasigi, renovándose su furia contra el Sindicato por no haber previsto el entrenamiento para ese trabajo de su propia y leal gente—. El personal habrá de ser extranjero. Mi embajador podría facilitar la cuestión de los visados, y todo lo demás. Por supuesto, ustedes ya conocen el Proyecto Nacional de «Iran-Toda» —añadió, sin preocuparle lo exagerado de sus palabras. «Pronto lo será —se dijo —, cuando toda la información de que dispongo caiga en las manos adecuadas»—. ¿Qué me dice de tribulaciones francesas o alemanas?

Con un esfuerzo Gavallan apartó la mente de todos los problemas que le preocupaban, de cómo, a nivel de embajador, podría poner a salvo a sus propios hombres y helicópteros definitivamente, con lo que se habría librado de la añagaza de Linbar y quedaba en libertad para tratar con «Imperial Helicopters» en el mar del Norte, para ocuparse de la crisis de Hong Kong, del retiro anticipado de Linbar y de situar a Scot para que ocupase su puesto.

—Tantas posibilidades formidables —dijo de manera involuntaria. Luego, dominándose rápidamente se concentró en la solución del problema de «Iran-Toda»—. El problema tiene dos partes. Primero, equipamiento y repuestos. Si usted puede proporcionar una carta de crédito por nuestra tarifa mensual acostumbrada, renovable por todo el tiempo que retenga los aparatos, de no importa qué lugar yo pueda obtenerlos, con la garantía de que si las autoridades iraníes llegaran a confiscarlos, usted asumiría todos los pagos de arriendo en dólares fuera de Irán y rembolsaría a los propietarios de una pérdida total, yo podría llevárselos a «Iran-Toda» en el plazo de…, en el plazo de una semana.

—Nuestros banqueros son los Sumitomo —dijo al instante Kasigi —. Puedo acordar una entrevista con ellos aquí, esta misma noche. Por esa parte no hay problema. ¿De dónde obtendría los aparatos?

—De Alemania o Francia…, británicos o americanos están completamente descartados. Y la situación es la misma con respecto a los pilotos. Quizá fuese preferible Francia, si tenemos en cuenta la ayuda que han prestado a Jomeini. Podría localizarlos a través de

algunos amigos de «Aerospatiale». ¿Qué me dice del seguro? Para mí sería imposible establecer un seguro para usted en Irán.

—Tal vez yo pueda hacerlo desde Japón.

—Estupendo. No me gusta que los pájaros vuelen sin seguro. Y el paso siguiente: Digamos que hemos logrado obtener los aparatos, ¿cuántos pilotos y mecánicos se necesitarían, Scrag?

—Bien, Andy, si logras hacerte con ellos, lo mejor sería que tuvieses de ocho a diez pilotos alistados y de diez a catorce mecánicos destacados fuera de Irán, pero lo suficientemente cerca.

—¿Quién les pagaría, Mr. Kasigi? ¿En qué moneda y dónde?

—En la moneda que prefirieran, donde quisieran y como quisieran. ¿Tarifas corrientes?

—Creo que habría que ofrecerles una «bonificación por peligrosidad», habida cuenta de la situación en Irán.

—¿Qué le parecería si organizase todo el asunto por mí, Mr. Gavallan, tanto la cuestión del equipamiento como del personal, digamos…, por un diez por ciento para usted como porcentaje?

—Olvídese de porcentajes y recuerde que nuestro compromiso ha de mantenerse absolutamente en secreto. Le sugiero lo siguiente: su operación debería ser controlada, logística, repuestos y reparaciones, desde Kuwait o Bahrein.

—Es preferible Bahrein, Andy —advirtió Scragger.

—Pero Kuwait está mucho más cerca —adujo Kasigi.

—Sí —convino Scragger—, por eso mismo, es un país más expuesto a presiones desde Irán o a desórdenes patrocinados por este. A mi juicio, este lado del Golfo está llamado a recibir golpes. Demasiados chiitas que, por lo general, son pobres, demasiados jeques que son sunitas. A corto o a largo plazo, siempre estará mejor en Bahrein.

—Entonces, no hay más que hablar, Bahrein —dijo Kasigi—. Mr. Gavallan, ¿podría beneficiarme de los servicios del capitán Scragger durante un año para que dirija la operación, si es que llega a cuajar, con un sueldo doble del actual? —Vio a Scragger entornar los ojos y se preguntó si no habría ido demasiado lejos con excesiva rapidez,

por lo que añadió con tono ligero—: Si le pido que renuncie a su primer amor, amigo mío, es justo que reciba una compensación.

—Es una oferta fantástica pero, bueno, no sé. ¿Andy?

Gavallan vaciló.

—Significa que habrás de dejar «S-G», Scrag, y también de volar. No puedes ocuparte de cinco naves y seguir volando… y, de cualquier manera, jamás podrás regresar a Irán. Bajo ningún concepto.

«Eso es verdad. Tendría que dejar de volar. De manera que yo también me encuentro ante una encrucijada, reflexionaba Scragger. No intentes pretender que la mala suerte de Mac no te ha producido sobresalto e inducido a acabar con todos los sobresaltos. ¿Y por qué perdí ayer el conocimiento? Doc Nutt dijo que solo era agotamiento. ¡Cojones! Jamás he perdido antes en mi vida el conocimiento y ¿qué diablos saben, en definitiva, los médicos? ¿Un año en Bahrein? Siempre es mejor que algunos meses en el mar del Norte, pendiente de la próxima revisión médica. ¿Dejar de volar? ¡Dios mío! Un momento, puedo mantenerme al corriente y meter la mano en ello con algunas excursiones locales».

—Tengo que pensarlo pero, de cualquier manera, gracias por el ofrecimiento, Mr. Kasigi.

—Entretanto, Mr. Gavallan, ¿le sería posible organizar el primer mes o así?

—De acuerdo. Con cierta dosis de suerte, en una semana puedo enviar allí aparatos y tripulaciones suficientes para que puedan comenzar. El resto, al cabo de una o dos semanas más con un contrato por tres meses renovable. —Gavallan añadió con la mayor delicadeza que le fue posible—: Siempre que podamos superar nuestro plazo límite.

Kasigi disimuló su satisfacción perfectamente.

—Bien. ¿Podemos reunirnos aquí a las nueve? Traeré conmigo a Mr. Umura, que es el presidente del «Sumitomo» para el Golfo, para preparar las cartas de crédito de la forma que usted quiera, Mr. Gavallan.

—Entonces, a las nueve en punto. Acaso debería usted mencionar a su embajador que incluso si se supera el plazo límite de esta noche, mis cargueros no llegarán hasta mañana al mediodía, y que no me sera posible cargarlos y tenerlos a punto de despegar antes de la puesta de sol de mañana.

—Espero que quede solamente entre nosotros lo de «a nivel de embajador».

—Por supuesto, tiene mi palabra de honor. ¿Scrag?

Kasigi escuchó decir lo mismo a Scrag y quedó, como siempre, asombrado ante la ingenuidad de los occidentales que confiaban en la «palabra» de alguien… «¡Palabra de honor! ¿El honor de quién? ¿Qué honor? ¿Acaso no se ha sabido de siempre que un secreto compartido deja de ser secreto y jamás vuelve a serlo? Como la operación Torbellino. Había sido tan sumamente fácil descubrirla…».

—Tal vez podríamos planearlo de la siguiente forma. Dejemos solucionada esta noche la cuestión de las finanzas y de las cartas de crédito. Usted empieza a organizar los helicópteros, los repuestos y las tripulaciones, cómo dirigir la operación desde Bahrein, el almacenaje y las cifras, todo ello pendiente de confirmación mañana a la puesta de sol. Si para entonces ha sacado usted sus propios aparatos y hombres, nos garantizará que «Iran-Toda» dispondrá de sus helicópteros en el plazo de una semana.

—Parece muy seguro de poder prorrogar nuestro plazo límite.

—Es muy posible que mi embajador sí que pueda. Le telefonearé y le comunicaré lo que me haya dicho tan pronto como le deje. ¿Le sería posible dirigir un programa de entrenamiento para pilotos japoneses, capitán Scragger?

—Sería fácil siempre que hablaran inglés y tuviesen cien horas de vuelo con helicópteros al menos. Tendría que encontrar un capitán de entrenamiento. —Scragger calló. De repente se le había ocurrido que aquella era la solución perfecta—. Es una idea magnífica. Puedo ser su examinador…, contratarlos y, de esa forma, obtener vuelos suficientes en los circuitos precisos. ¡De primera! —Tenía la

expresión resplandeciente—. Le diré una cosa, amigo, si Andy puede arreglarlo, cuente conmigo.

Alargó la mano que Kasigi estrechó.

—Gracias. Perfecto. Así que, ¿«lo intentamos», Mr. Gavallan?

—¿Y por qué no? —Gavallan alargó a su vez la mano, sintió la fuerza férrea de Kasigi y, por primera vez, creyó realmente que existía una oportunidad. «Kasigi es listo. Mucho. Ahora ya tiene en marcha y operando in situ a la moderna compañía japonesa standard: contratar a expertos extranjeros para entrenar in situ al personal japonés o para crear el mercado en sus propios países para luego trasladar a los entrenados. Nosotros obtenemos el beneficio a corto plazo y ellos el mercado a largo plazo. Nos están haciendo en el mundo de los negocios lo que no lograron hacernos en la guerra. Con todas las de la ley. ¿Y qué? Es un trueque justo. Y si Kasigi y su embajador logran evitarme el desastre, no ahorraré esfuerzos por ayudarle a mi vez»—. Lo intentaremos.

Kasigi sonrió, sincero por primera vez.

—Muchas gracias. Telefonearé tan pronto como tenga cualquier noticia. —Se alejó después de hacer una media reverencia.

—¿Crees que lo hará, Andy? —preguntó Scragger esperanzado.

—Te aseguro que no lo sé. —Gavallan hizo seña al camarero para que le diera la nota.

—¿Cómo vas a solucionarle su problema a tiempo?

Gavallan empezaba a contestar, pero calló de pronto. Acababa de ver a Pettikin con Paula sentados a una mesa, junto a la piscina, con las cabezas muy juntas.

—Creí que Paula había salido esta mañana para Teherán.

—Debía de haber salido. Tal vez cancelaron el vuelo o se dio por *sickie* —dijo Scragger en actitud ausente, temeroso de que lo dejaran en tierra.

—¿Qué?

—Es australiano. Si amanece un día hermoso y, de repente, la joven quiere la tarde libre para nadar, hacer el amor o, sencillamente, descansar, telefonea a la oficina durante la hora del

almuerzo y dice que se encuentra muy mal. Enferma, *sickie*. —Scragger enarcó desmesuradamente las cejas—. A veces, las mozas dadas de baja resultan muy complacientes. Paula es ya otra cosa…, y Charlie está perdido.

Gavallan vio el placer reflejado en sus rostros, debajo de la sombrilla, ajenos por completo a cuanto les rodeaba. Aparte de lo preocupado que se sentía por la suerte de Dubois, Erikki y los demás, había leído en la Prensa de la mañana la noticia relativa al repentino hundimiento del mercado de valores de Hong Kong. «Muchas de las principales compañías encabezadas por "Struan's", "Rothwell-Gornt", "Par-Con of China", perdieron el treinta por ciento o más de su valor en un solo día, mientras el mercado sigue bajando sin que se vea el fin. La declaración del Taipan, Mr. Linbar Struan, afirmando que solo se trataba de un tropezón temporal, provocó una fulminante repulsa tanto del Gobierno como de sus rivales. La Prensa más sensacionalista desbordaba de rumores ampliamente difundidos de negociaciones internas entre los "Cuatro Grandes" y también de manipulación para hacer caer los precios desde sus alzas récord. Ese debe de ser el motivo de que no haya podido localizar a Tan. ¿Se habrá ido a Hong Kong? ¡Condenado Linbar! Este año su balance estará en rojo del principio al fin».

Con un esfuerzo, frenó su mente. Vio a Pettikin cubrir la mano de Paula con la suya. Y a ella que no la apartaba.

—¿Crees que se lo pedirá, Scrag?

—Si no lo hace, resultará que es tonto.

—Estoy de acuerdo. —Gavallan suspiró y se puso en pie—. No voy a esperar, Scrag. Firma la nota y luego ve a buscar a Charlie y dile que lo siento de veras pero que tiene que reunirse conmigo en la oficina durante una hora y que luego tendrá libre el resto del día. Busca también a Rudi y Willi. Yo telefonearé a Jean-Luc y entre todos encontraremos una solución para las necesidades de Kasigi, si es que puede cumplir lo prometido. No les expliques el motivo, solo diles que es urgente y que mantengan la boca bien cerrada. —Dicho lo cual se alejó.

—Eh, Mr. Gavallan. —Era el americano Wesson que en actitud jovial se levantaba de la mesa a la que estaba sentado y le alargaba la mano—. ¿Tiene tiempo para una copa y para charlar un rato?

—Hola, Mr. Wesson, gracias, pero, humm, ¿podemos dejarlo para otro momento? Tengo algo de prisa.

—Demonios, sí, cuando quiera. —Wesson le sonrió y acercándose algo más se inclinó al tiempo que bajaba la voz hasta convertirla en un amistoso susurro. Por primera vez Gavallan pudo ver el minúsculo audífono que el hombre llevaba en la oreja izquierda—. Solo quería felicitarle. Ha enseñado bien a esos estúpidos cómo se sacudía el polvo de los zapatos.

—Solo, humm, solo nos ha acompañado la suerte. Lo siento, he de apresurarme. Adiós.

—Claro. Ya nos veremos.

Wesson cogió pensativo su estilográfica y se la metió en el bolsillo. «De manera que Kasigi va a intentar echar un cable a Gavallan. Jamás me lo hubiera imaginado. Mierda, no hay forma de que el nuevo régimen coopere. Kasigi sueña con imposibles. El pobre bastardo debe de estar volviéndose loco, "Iran-Toda" está hecha un desastre y, con mil demonios, aun cuando empezaran ahora pasarán años hasta que la planta empiece a producir y todo el mundo sabe que las espitas de Irán seguirán cerradas, perdiendo Japón el setenta por ciento de su suministro de energía. Ni que decir tiene que los precios mundiales sufrirán un aumento, habrá más inflación… Japón es nuestro único aliado en el Pacífico y a los infelices les van a crucificar».

«Una vez cerrado el servicio de Gavallan en Lengeh, todo el campo de Siri está en peligro. ¿Cómo va a operar De Plessey en Siri sin el apoyo de helicópteros? Conque el embajador, ¿eh? Interesante. ¿Cómo va a funcionar eso? ¿Quién hace qué a quién? ¿Y hasta dónde informaré al viejo Aaron de todo este asunto? De todo el mundo que conozco, ese viejo bastardo podrá averiguar cómo encaja todo si es que alguien puede hacerlo».

Atravesó tranquilamente el vestíbulo y se encaminó hacia su coche sin darse cuenta de que Kasigi se encontraba en una de las cabinas de teléfono laterales.

—… Estoy completamente de acuerdo, Ishii-san. —Kasigi estaba hablando en japonés con tono deferente. Tenía la frente sudorosa—. Informe, por favor, a Su Excelencia que tendremos el equipamiento y la tripulación, estoy seguro de ello…, si es que puede arreglar el resto. —Trató de evitar que su voz revelara el nerviosismo.

—¡Ah! ¿De veras? Excelente. —Ishii hablaba desde la Embajada —. Informaré a Su Excelencia de inmediato. Y ahora, ¿qué me dice del embajador iraní? ¿Ha tenido alguna noticia suya?

A Kasigi se le cayó el alma a los pies.

—¿No ha aceptado la invitación?

—No, lo siento. Todavía no, y son casi las tres. Muy penoso. Acuda por favor a la reunión como acordamos. Gracias, Kasigi-san.

—Gracias, Ishii-san —dijo. Tenía ansias de empezar a gritar. Colgó el teléfono con gesto tranquilo.

El aire acondicionado del vestíbulo le hizo sentirse algo mejor y se dirigió a recepción. Allí recogió sus mensajes, dos de Hiro Toda para que telefoneara. Subió a su habitación, cerrando con llave la puerta. Hizo una bola con los mensajes y los tiró a la taza del retrete, empezando luego a orinar sobre ellos.

—Querido y estúpido primo Hiro —dijo en voz alta y en japonés —, si salvo tu estúpido cuello, y he de hacerlo para salvar el mío — entonces intercaló toda una serie de tacos en inglés que no existían en japonés—, tu familia estará en deuda conmigo durante ocho generaciones por todas las dificultades que me estás creando.

Tiró de la cadena, se desnudó, se duchó y se tumbó en la cama desnudo bajo la fresca brisa, queriendo hacer acopio de energías y recobrar la tranquilidad, preparándose para la reunión.

La observación que el embajador japonés hiciera al azar y que diera pie para que el plan que había concebido, le fue hecho a Roger Newbury durante una recepción en la Embajada británica que había tenido lugar hacía dos días. El embajador había mencionado que el

nuevo embajador iraní se había estado lamentando por el cierre de «Iran Toda» que hubiera conferido al nuevo Estado islámico una posición formidable de poder económico en toda la región del Golfo.

—Se llama Abadani, ha estudiado en la Universidad, es licenciado en Ciencias Económicas, fundamentalista, por supuesto, aunque no fanático. Muy joven y sin demasiada experiencia, pero es diplomático de carrera, habla bien el inglés y desempeñó la Embajada en Kabul…

En aquel momento, aquellas palabras habían significado muy poco para Kasigi. Y luego se llevó a cabo la operación Torbellino. Los télex de Teherán se habían difundido por todo el Golfo y luego los rumores de la exigencia de Abadani de proceder a una inspección de los helicópteros de Gavallan para aquella misma tarde… Inspección que, evidentemente, demostraría que habían estado matriculados en Irán.

—… y ello, Kasigi-san, dará lugar a un incidente internacional —le había dicho Ishii a última hora de la noche anterior—, porque ahora aparecerán implicados Kuwait, Arabia Saudita y Bahrein. Y puedo asegurarle que es algo que todos, del primero al último, preferirían evitar y, de manera muy especial, nuestro jeque.

De madrugada había ido a ver a Abadani y le había hablado sobre Zataki y la reanudación de la construcción, añadiendo en tono muy confidencial que el Gobierno japonés estaba reimplantando «Iran-Toda» como Proyecto Nacional, cubriendo por lo tanto toda la financiación futura. Y también que con la cooperación de Su Excelencia Abadani, podría poner en marcha de nuevo, y de manera inmediata, el trabajo en Bandar Delam.

—¿El Proyecto Nacional? ¡Gracias sean dadas a Dios! Si su Gobierno lo respalda de manera oficial, ello resolvería todo problema de financiación para siempre. ¡Gracias sean dadas a Dios! ¿Qué puedo hacer? Dígame si puedo hacer algo.

—Para comenzar de inmediato, necesito helicópteros, pilotos y tripulación extranjeros. La única forma de obtenerlos rápidamente es con la ayuda de «S-G Helicopters» y de Mr. Gavall…

Entonces fue cuando Abadani explotó.

Kasigi, después de escuchar, con toda cortesía y en actitud comprensiva al parecer, toda una diatriba sobre piratería aérea y los enemigos de Irán, retornó oblicuamente al ataque.

—Tiene toda la razón, Excelencia —le había dicho—, pero yo he de elegir entre incurrir en su desagrado por exponerle la cuestión con claridad o fracasar en mi deber hacia su Gran País. Nuestra elección es sencilla. Si no dispongo de helicópteros, no puedo empezar de nuevo. Lo he intentado con «Guerney» y otros sin el menor éxito y ahora se que solo puedo disponer de ellos rápidamente a través de ese despreciable hombre…, solo por unos meses, desde luego, a modo de recurso provisional hasta que yo haya hecho lo necesario para disponer de personal japonés. Si no reanudo los trabajos de inmediato, ello contribuirá a que ese hombre, Zataki, cumpla su amenaza y le aseguro que él y su comité de Abadán son una ley por sí mismos y no vacilarán en seguir adelante. Eso causará conmoción en mi Gobierno y le colocará en una situación embarazosa, con el único resultado de un aplazamiento en la ejecución de la financiación total del «Proyecto Nacional» y entonces… —Se encogió de hombros—. Mi Gobierno ordenará abandonar «Iran-Toda» y que se empiece a construir una nueva planta petroquímica en un área más segura como Arabia Saudita, Kuwait o Irak.

—¿Seguro? ¿Irak? ¿Arabia Saudita o Kuwait? Por Dios, si no son más que los dominios de jeques decadentes a punto de ser derribados por el pueblo. Es peligroso intentar negocios a largo plazo con los jeques, muy peligroso. No obedecen la ley de Dios. Ahora, Irán sí que la obedece. Ahora Irán se encuentra en equilibrio perfecto. El Imán, la paz de Dios sea con él, nos ha rescatado. Ha ordenado que el petróleo fluya. ¡Debe de haber algún otro modo de obtener helicópteros y reclutar tripulaciones! Gavallan y su banda de piratas se han apoderado de lo que es nuestro. Yo no puedo ayudar a los piratas a escapar. ¿Usted quiere que escapen los piratas?

—Jamás se me ocurriría sugerir algo semejante. Claro que no sabemos si son piratas, Excelencia. Ha llegado a mis oídos que solo se trata de malintencionados rumores difundidos por enemigos que quieren perjudicar a Irán todavía más. Y aun cuando fuese verdad, ¿es que existe comparación entre nueve aparatos usados y 3.1 billones de dólares ya invertidos más 1.1 billón que se puede llegar a persuadir a mi Gobierno que invierta?

—Sí. Pero la piratería es la piratería, la ley es la ley, el jeque ha autorizado la inspección, la verdad es la verdad. Insha'Allah.

—Estoy totalmente de acuerdo, Excelencia, pero usted bien sabe que la verdad es relativa y que un aplazamiento hasta la puesta de sol de mañana favorecería sus intereses nacionales. —Se había mordido la lengua para no soltar un taco y corrigió rápidamente su desliz—, los intereses del Imán y del Estado islámico.

—La verdad de Dios no es relativa.

—Sí, sí, por supuesto —asintió Kasigi, conservando exteriormente la calma pero rechinando los dientes en su fuero interno. «¿Quién puede ser capaz de tratar con estos lunáticos que recurren a sus creencias a modo de guardapolvo y a "Dios" en cuanto quieren poner fin a un legítimo razonamiento lógico? ¡Todos están locos, llevan anteojeras! No comprenden, como lo hacemos nosotros los japoneses, que hay que ser tolerantes con las creencias de los demás y que la vida es "de la nada a la nada", y que el cielo, el infierno y Dios son tan solo humo de opio de un cerebro aberrante…, ¡hasta que no se *demuestre* lo contrario!».

—Desde luego tiene toda la razón, Excelencia, pero no se trata de sus aparatos ni de sus tripulaciones…, solo quiero conexiones temporales. —Había esperado, halagado y escuchado, y finalmente, jugó su penúltima carta, agotado lo demás—. Estoy seguro que tanto el jeque como el ministro de Asuntos Exteriores considerarían como un inmenso favor que usted aplazara la inspección hasta mañana, a fin de que pudieran asistir a la recepción especial que mi embajador ofrece esta noche a las ocho.

—¿Recepción, Mr. Kasigi?

—Sí, ha sido repentina pero terriblemente importante…, he podido enterarme de que usted ha sido invitado como la personalidad más relevante. —Kasigi bajó todavía más la voz—. Le suplico que no mencione el conducto por el que esto ha llegado a su conocimiento, pero una vez más, de manera confidencial, puedo decirle que mi Gobierno está intentando establecer contratos de petróleo a largo plazo que resultarían en extremo beneficiosos para ustedes si Irán continúa con sus suministros a Japón. Sería una ocasión perfecta pa…

—¿Contratos a largo plazo? Estoy de acuerdo en que los contratos negociados por el Sha son malos, unilaterales, y deben desaparecer. Pero tenemos en alta estima a Japón como cliente. Japón nunca intentó explotarnos. Estoy seguro de que a su embajador no le importaría aplazar su recepción hasta que se haya llevado a cabo la inspección. El jefe, el ministro de Asuntos Exteriores, Newbury, y yo podemos ir directamente desde el aeropuerto.

Kasigi no estaba seguro de hasta dónde podía llegar. «Pero, Míster Excusas de embajador —se dijo—, si no aplaza su inspección, ciertamente que me vengaré, porque me habrá hecho cometer lo único que los japoneses admitimos como un pecado: el fracaso».

—Realmente, es una suerte que Irán esté tan bien representado aquí.

—Acudiré a la recepción, Mr. Kasigi. Después de la inspección.

Kasigi presentó su última carta con toda la elegancia debida.

—Tengo la impresión, Excelencia, de que pronto será invitado personalmente a mi país, para conocer a los más importantes, los *más importantes* líderes de allí. Porque, desde luego, usted comprende perfectamente hasta qué punto es vital su Estado islámico para Japón… Y para inspeccionar todo aquello que pueda resultar valioso para Irán.

—Ciertamente nosotros…, nosotros necesitamos amigos que no sean corruptos —dijo Abadani.

Kasigi le había estado observando con atención sin percibir reacción alguna. Siempre inflexible, con aquella mirada implacable.

—En estos tiempos tan perturbados, es esencial preocuparse por los amigos, ¿verdad? Nunca se sabe cuándo puede producirse un desastre que nos golpee, a quienquiera que sea. ¿No lo cree así?

—Es algo que está en las manos de Dios. Solo en las suyas. —Se hizo una larga pausa—. Hágase la Voluntad de Dios. Consideraré lo que usted ha dicho —añadió Abadani por último.

Y en aquellos momentos, en la intimidad de su dormitorio del hotel, Kasigi se sentía atemorizado. «Es absolutamente esencial mirar por uno mismo. Por prudente o cuidadoso que se sea, jamás se sabe cuándo puede producirse el desastre. Si es que los dioses existen, solo existen para atormentarnos».

APENAS DENTRO DE TURQUÍA: 4.23 DE LA TARDE. Habían aterrizado justo a las afueras de la aldea, aquella mañana, apenas a kilómetro y medio en el interior de Turquía. Erikki hubiera preferido adentrarse más, con plena seguridad, pero los tanques estaban vacíos. De nuevo había sido interceptado y le habían tendido una emboscada, en esa ocasión por dos cazas y los «Huey», y hubo de soportarlos durante más de un cuarto de hora, antes de poder atravesar la línea fronteriza. Los dos «Huey» no se habían aventurado en su persecución, aunque permanecieron trazando círculos del otro lado de la frontera.

—Olvídate de ellos, Azadeh —dijo gozoso—. Ahora estamos a salvo.

Pero no lo estaban. Los aldeanos les rodearon y llegó la Policía. Cuatro hombres, entre ellos un sargento, y todos uniformados, aunque desaliñados y con las armas enfundadas. El sargento llevaba gafas oscuras para protegerse del resplandor del sol en la nieve. Ninguno de ellos hablaba inglés. Azadeh los había saludado de acuerdo con el plan que ella y Erikki habían pergeñado, explicándoles que Erikki, un ciudadano finlandés, tenía firmado

contrato de trabajo con una compañía británica, la «Iran-Timber», que durante los disturbios en Azerbaiyán y la lucha que tuvo lugar cerca de Tabriz, su vida se había visto amenazada por los izquierdistas, y que ella, su mujer, estaba igualmente amenazada, lo que les indujo a huir.

—Ah. ¿El Effendi es finlandés pero usted es iraní?

—Finlandeses por matrimonio, sargento Effendi, iraní de nacimiento. Aquí tiene nuestros documentos —le había entregado su pasaporte finlandés en el que no había referencia alguna a su difunto padre, el Khan Abdollah—. ¿Puedo utilizar el teléfono, por favor? Naturalmente podemos pagar. A mi marido le gustaría llamar a nuestra Embajada y también a su jefe en Al Shargaz.

—¡Ah! Al Shargaz. —El sargento asintió amablemente. Era un hombre fornido, perfectamente rasurado aun cuando el negro azulado de su barba apuntara ya en la piel atezada—. ¿Dónde está eso?

Azadeh se lo dijo, plenamente consciente del aspecto que tenían, tanto ella como Erikki. Este, con el sucio vendaje manchado de sangre del brazo y el tosco adhesivo sobre la oreja herida; ella, con el cabello revuelto y el rostro y la ropa sucios. Detrás de ellos, los dos «Huey» seguían trazando círculos. El sargento los observaba pensativo.

—¿Cómo es que se atreven a enviar cazas y helicópteros para su captura a nuestro espacio aéreo?

—Es la Voluntad de Dios, sargento Effendi. Me temo que ahora están ocurriendo muchas cosas extrañas del otro lado de la frontera.

—¿Cómo están las cosas al otro lado de la frontera? —Indicó a los otros policías el «212» y empezó a escuchar con suma atención. Los tres policías se dirigieron hacia el helicóptero y miraron en la carlinga. Perforaciones de bala, sangre seca e instrumentos destrozados. Uno de ellos abrió la portezuela de la cabina. Muchas armas automáticas. Más agujeros de bala.

—¡Sargento!

El sargento asintió, pero esperó cortés a que Azadeh hubiera terminado de hablar. Los aldeanos escuchaban con los ojos muy abiertos, no se veía entre ellos chador o velo alguno. El sargento señaló hacia una de las toscas cabañas de la aldea.

—Hagan el favor de esperar ahí. Estarán resguardados.

El día era frío, y la tierra aparecía cubierta de nieve. El sol resplandecía sobre la nieve. El sargento examinó la cabina y la carlinga con toda calma. Cogió el kukri, lo sacó a medias de su vaina y lo volvió a meter. Luego, con él, hizo señas a Azadeh y a Erikki de que se acercaran.

—¿Qué explicación tiene para estas armas, Effendi?

Azadeh, inquieta, tradujo la pregunta a Erikki.

—Dile que las dejaron en mi aparato los hombres de la tribu que intentaban secuestrarlo.

—Ah, los hombres de la tribu —dijo el sargento—. Me asombra realmente que los hombres de la tribu dejaran algo tan valioso para que usted se fuera con ello. ¿Puede explicármelo?

—Dile que los gubernamentales los mataron a todos y que yo pude huir aprovechando el tumulto.

—¿Gubernamentales, Effendi? ¿Qué gubernamentales?

—La Policía de Tabriz —dijo Erikki, desagradablemente consciente de que cada pregunta les arrastraba cada vez más hondo en aquellas arenas movedizas—. Pregúntale si puedo llamar por teléfono, Azadeh.

—¿Teléfono? Ciertamente. A su debido tiempo. —El sargento observó por un instante a los «Huey» trazando círculos. Luego volvió sus ojos, castaños y duros, a Erikki—. Me satisface que la Policía fuera leal. La Policía tiene un deber frente al Estado, frente al pueblo y también el de defender la ley. Los contrabandistas de armas van contra la ley. Huir de la Policía que está haciendo cumplir la ley es un delito, ¿no?

—Sí, pero nosotros no somos contrabandistas de armas, sargento Effendi, y tampoco huimos de la Policía que hace cumplir la ley —dijo Azadeh, que a cada instante se sentía más atemorizada. La

frontera estaba tan cerca, demasiado cerca. La última parte de la fuga había sido aterradora para ella. Era evidente que Hakim había alertado a la zona de la frontera. Solo él tenía el poder de hacer que les interceptaran con tanta rapidez, tanto por tierra como por aire.

—¿Va armado? —le preguntó cortésmente el sargento.

—Solo llevo un cuchillo.

—¿Haría el favor de entregármelo? —El sargento lo cogió—. Y ahora, síganme, por favor.

Les había conducido a la Comisaría de Policía, un pequeño edificio de ladrillo con celdas y algunos despachos y teléfonos cerca de la mezquita, en la plaza de la pequeña aldea.

—Durante los últimos meses han desfilado por nuestra carretera muchos refugiados de todo tipo, iraníes, británicos, europeos, americanos, muchos azerbaiyanos, muchos…, pero ningún soviético. —Rio su propia gracia—. Muchos refugiados, ricos, pobres, buenos, malos y entre ellos muchos criminales. A algunos se los devolvió a Irán, otros siguieron su camino. Insha'Allah, ¿eh? Esperen ahí, por favor.

Ahí no era una celda sino una habitación con algunas sillas, una mesa y barrotes en las ventanas, muchas moscas y ninguna forma de salir. Pero estaba caliente y relativamente limpia.

—¿Podríamos comprar algo de comer y beber y utilizar el teléfono, por favor? —preguntó Azadeh—. Podemos pagar, sargento Effendi.

—Haré que les traigan algo del hotel. La comida es buena y no muy cara.

—Mi marido pregunta si podría utilizar el teléfono. Por favor.

—Ciertamente…, a su debido tiempo.

Eso había ocurrido por la mañana y ahora empezaba a anochecer. Durante todo ese tiempo, había llegado la comida, arroz y guisado de cordero con pan de pueblo, y café turco. Azadeh había pagado en rials y no les habían recargado los precios. El sargento les permitió utilizar el apestoso agujero del retrete común y agua de un aljibe así como una palangana vieja para lavarse. No tenían botiquín

médico, solo yodo. Erikki se había limpiado las heridas lo mejor que pudo, apretando los dientes por el repentino dolor, todavía débil y exhausto. Luego, con Azadeh muy cerca de él, se dejó caer en una silla, y con los pies apoyados en otra se había quedado adormecido. De vez en cuando se abría la puerta y entraba uno u otro de los policías, volviendo luego a salir.

—*Matyeryebyets* —farfulló Erikki—. ¿Adónde podríamos huir?

Azadeh le había tranquilizado. Se apretó contra él y alzó una barrera de acero frente a su propio miedo. «Debo dirigirle», se repetía una otra vez. Ya se sentía mejor con el cabello peinado y suelto, la cara limpia y aseado su suéter de cachemir. A través de la puerta le llegaba el susurro de una conversación. El teléfono sonaba de vez en cuando. Los coches y camiones circulaban por la carretera procedentes de la frontera o se dirigían a ella. Y también el zumbido de las moscas. El cansancio pudo con ella y se quedó dormida. Su sueño fue inquieto, con horribles pesadillas: ruidos, motores, disparos, y Hakim montado como un cosaco cargando contra ellos, los dos, tanto ella como Erikki hundidos en la tierra hasta el cuello, casi a punto de ser pisoteados por los cascos de los caballos, y, de repente, no sabía cómo, se encontraban en libertad y corrían hacia la frontera que eran kilómetros de alambrada de espino y surgiendo de repente e interponiéndose entre ellos y la frontera el falso mulá Mahmud y el carnicero y el…

Se abrió la puerta. Ambos despertaron sobresaltados. Entró un comandante con un uniforme impecable, ceñudo y flanqueado por el sargento y otro policía. Era un hombre alto, de rasgos duros.

—Sus documentos, por favor —dijo a Azadeh.

—Ya, ya se los di al sargento, comandante Effendi.

—Le entregó un pasaporte finlandés. Quiero su documentación iraní. —El comandante alargó la mano.

Azadeh se movía con lentitud. Al instante, el sargento se adelantó, le cogió el bolso de bandolera y vació el contenido sobre la mesa. De manera simultánea el otro policía se acercó enérgico a Erikki, la mano en el revólver con la funda abierta y le hizo seña de

que se retirara a un rincón, contra la pared. El comandante se sentó en una silla después de sacudirle el polvo, y cogió el documento iraní que Azadeh había entregado al sargento, lo leyó atentamente y luego dirigió su atención a las otras cosas que había sobre la mesa. Abrió la bolsa de las joyas y se quedó mirándolas, asombrado.

—¿De dónde ha sacado esto?

—Son mías. Las heredé de mis padres. —Azadeh estaba muy asustada, desconociendo lo que él sabía o hasta qué punto estaba enterado. Y por la forma en que la miraba se había dado cuenta de que la deseaba. Y tampoco a Erikki le había pasado por alto ese detalle—. ¿Puede mi marido telefonear? Por favor. Desea…

—A su debido tiempo. Se les ha dicho ya muchas veces. A su debido tiempo es a su debido tiempo. —El comandante cerró la cremallera de la bolsa y la dejó sobre la mesa, frente a él. Su mirada se detuvo en los senos de Azadeh—. ¿Su marido no habla turco?

—No. No lo habla, comandante Effendi.

El oficial se volvió hacia Erikki y habló en excelente inglés:

—Nos ha llegado de Tabriz una orden de detención contra usted. Por intento de asesinato y secuestro.

Azadeh palideció y Erikki intentó dominar su pánico lo mejor que pudo.

—¿A quién he secuestrado, señor?

El comandante pareció irritado.

—No intente jugar conmigo. Esta dama, Azadeh, es la hermana de Hakim, el Khan Gorgon.

—Es mi mujer. ¿Cómo es posible que un mar…?

—Sé que es su mujer, y por Dios que más le valdrá decirme la verdad. En la orden se dice que la sacó contra su voluntad y que huyó en un helicóptero iraní.

Azadeh empezó a contestar pero el comandante la cortó enérgico.

—Le he preguntado a él, no a usted. ¿Bien?

—Fue sin su consentimiento y el helicóptero es británico, no iraní.

El comandante se le quedó mirando. Luego se volvió hacia Azadeh.

—¿Bien?

—Fue…, fue sin mi consentimiento… —dejó sin terminar la frase.

—¿Pero qué?

Azadeh sintió angustia. Le dolía la cabeza y estaba desesperada. La Policía turca era famosa por su inflexibilidad, su inmenso poder personal y su dureza.

—Por favor, comandante Effendi. ¿Tal vez podríamos hablar en privado, explicárselo en privado?

—Ahora estamos hablando en privado, Madame —dijo lacónico el comandante. Luego, al darse cuenta de su angustia y en extremo apreciativo de su belleza, añadió—: El inglés es más privado que el turco. Adelante.

De manera titubeante, eligiendo las palabras con todo cuidado, Azadeh le habló de su juramento al Khan Abdollah, de Hakim y del dilema que se le planteaba, imposibilitada de irse y también de quedarse y cómo Erikki, por propia voluntad y prudencia, había roto el nudo gordiano. Las lágrimas le caían por las mejillas.

—Sí, fue sin mi consentimiento pero, en cierto modo, fue con el consentimiento de mi hermano que ayudó a Er…

—Si fue con el consentimiento del Khan Hakim, ¿por qué ofrece una recompensa más que generosa por la cabeza de este hombre, vivo o muerto? —dijo el comandante sin dar crédito a las palabras de ella—. ¿Y por qué la orden de detención ha sido extendida en su nombre, exigiendo la extradición inmediata, caso de ser necesario?

Azadeh sufrió tal conmoción que estuvo a punto de desmayarse. Sin pensarlo, Erikki inició un movimiento para acercarse a ella, pero al punto sintió el cañón del arma en su estómago.

—Solo iba a ayudarla —dijo con voz entrecortada.

—¡Entonces permanezca donde está! —dijo el oficial y en turco añadió—: No lo mate. —Luego en inglés de nuevo—. Bien, Lady Azadeh. ¿Por qué?

Azadeh era incapaz de hablar. Movió los labios pero sin emitir sonido alguno. Fue Erikki quien contestó por ella.

—¿Qué otra cosa puede hacer un Khan, comandante? El honor del Khan, su persona, están implicados. Públicamente tenía que hacerlo, ¿no cree?, pese a cuanto aprobara en privado.

—Tal vez, pero no había necesidad de tanta rapidez. Y, desde luego, no hubiera hecho falta que alertara cazas y helicópteros…, ¿por qué habría de hacerlo si lo que quería era que huyeran? Es un milagro que no se viera obligado a aterrizar o que no los derribaran con todos esos impactos de bala. Me parecen un montón de mentiras…, aunque acaso ella le tenga tanto miedo a usted que esté dispuesta a decir cualquier cosa. Y ahora, dígame, esa supuesta fuga del palacio, ¿cuándo ocurrió exactamente?

Erikki, impotente, se lo dijo. «Ya no queda nada más por hacer —pensó—. Dile la verdad y espera». Casi toda su atención estaba centrada en Azadeh, se daba cuenta del sombrío terror que estaba haciendo presa en ella, y, sin embargo, era de esperar que Hakim reaccionara como lo había hecho, desde luego, «vivo o muerto»… ¿Acaso no corría por sus venas la misma sangre que la de su padre?

—¿Y las armas?

Una vez más, Erikki repitió punto por punto lo ocurrido. Lo de haberse visto obligado a volar con la KGB, lo del jeque Bayazid y su secuestro, el rescate y el ataque a palacio, el haberse visto obligado a llevarlos de vuelta en su helicóptero así como, que al haber quebrantado el juramento que hicieron, se viera obligado a matarlos.

—¿Cuántos hombres eran?

—No recuerdo exactamente. Media docena, tal vez más.

—Disfruta matando, ¿eh?

—No, comandante, lo aborrezco pero, por favor, créanos, estamos prendidos en una tela de araña y no porque lo hayamos buscado nosotros. Lo único que queremos es que nos dejen ir, por favor, permítame telefonear a mi Embajada, ellos le confirmarán cuanto digo. No somos una amenaza para nadie.

El comandante se limitó a mirarle.

—No estoy de acuerdo —repuso finalmente—. Su historia es inverosímil. Se le busca por secuestro e intento de asesinato. Por favor, acompañe al sargento —dijo, repitiéndolo luego en turco.

Erikki permaneció inmóvil, con los puños apretados y a punto de explotar. Al instante, el arma apareció en la mano del sargento y los dos policías se acercaron a él en actitud peligrosa.

—En este país es un delito muy grave desobedecer a un policía —le amonestó el comandante con severidad—. Vaya con el sargento. Vaya con él.

Azadeh empezó a decir algo, pero no lo logró. Erikki apartó violentamente la mano del sargento, dominó su impotente furia, que también era pánico, e intentó sonreír para darle ánimos a ella.

—Está bien —farfulló, siguiendo al sargento.

Azadeh se sintió dominada por el terror. Los dedos y las rodillas le temblaban de forma incontrolada, pero ansiaba tanto permanecer allí sentada… Se mantenía erguida a sabiendas de que estaba indefensa, y con el comandante sentado frente a ella, observándola, la habitación vacía salvo por ellos dos. «Insha'Allah», se dijo, y le miró de frente, aborreciéndole con toda su alma.

—No tiene nada que temer —la tranquilizó él mirándola con curiosidad. Luego, alargó la mano y cogió la bolsa de las joyas—. Se guardarán en la caja fuerte —dijo con expresión severa. Luego, salió de la habitación y, cerrando la puerta tras él, avanzó por el pasadizo.

La celda del final era pequeña y sucia, más parecida a una jaula que a una habitación, con un catre, barrotes en una minúscula ventana, cadenas colgando de un inmenso perno en una de las paredes y un apestoso cubo en un rincón. El sargento cerró la puerta de golpe, echó el cerrojo y dejó a Erikki allí.

—Recuerde —le dijo el comandante a través de los barrotes—, el «bienestar» de Lady Azadeh depende de su docilidad.

Dicho lo cual se alejó.

Erikki, una vez solo, empezó a dar vueltas por la jaula. Comenzó a estudiar la puerta, la cerradura, los barrotes, el suelo, el techo, las paredes, las cadenas… Estaba buscando una manera de salir.

AL SHARGAZ. EN EL AEROPUERTO: 5.40 DE LA TARDE. A mil quinientos kilómetros de distancia, hacia el Sureste, a través del Golfo, Gavallan se encontraba en uno de los despachos del Cuartel General, esperando ansioso junto al teléfono. Ya solo faltaba una hora para la puesta de sol. Una compañía de París ya le había prometido un «212» y disponía de dos «206» de un amigo de «Aerospatiale», a unas tarifas razonables. Scot estaba en el otro despacho, ocupándose de la HF con Pettikin en el otro teléfono que había allí. Rudi, Willi Neuchtreiter y Scragger se encontraban en el hotel junto a otros teléfonos intentando encontrar posibles tripulaciones, preparando posibles logísticas en Bahrein. Sin embargo, ni una palabra todavía de Kasigi.

Sonó el teléfono y Gavallan lo descolgó rápido, esperando contra toda esperanza noticias de Dubois y Fowler, o que por fin Kasigi llamase.

—¿Hola?

—Soy Rudi, Andy. Tenemos tres pilotos de Lufttransportgesellschaft y nos han prometido también dos mecánicos. Diez por ciento sobre las tarifas, meses alternos. Cuelga, hay una llamada por la otra línea, yo te llamaré. Adiós.

Gavallan hizo una anotación en un bloc, su nerviosismo le provocaba acidez y ello le hizo recordar a McIver. Cuando horas antes había hablado con él sin mencionarle ninguno de los problemas límite, no quería que se preocupara más de lo que ya lo estaba, y le prometió que tan pronto como todos los helicópteros hubieran salido y estuvieran a salvo, tomaría el primer vuelo a Bahrein e iría a verle.

—No tienes de qué preocuparte, Mac. Nunca os estaré bastante agradecido a ti y a Genny por cuanto habéis hecho…

A través de la ventana, contempló cómo descendía el sol. En el aeropuerto había gran ajetreo. Vio aterrizar un jumbo de «Alitalia» que le recordó a Pettikin y a Paula. Todavía no había tenido ocasión

de preguntarle cómo andaban las cosas. En el área de los fletes, casi al final de la pista, sus ocho «212» parecían violados y esqueléticos, sin sus rotores y las columnas de los rotores mientras los mecánicos todavía seguían embalando algunos de ellos. «¿Dónde diablos estará Kasigi, por todos los cielos?». Había intentado varias veces comunicarse con él en su hotel, pero nadie sabía adónde había ido ni cuándo podría estar de regreso.

Se abrió la puerta.

—Linbar Struan está al teléfono —le dijo Scot.

—¡Dile que se joda! No, espera —siguió presuroso Gavallan—. Dile tan solo que todavía no me encuentro aquí, pero que estás seguro de que le llamaré tan pronto como esté de vuelta. —Farfulló toda una serie de obscenidades chinas. Scot salió rápido. El teléfono sonó de nuevo—. Gavallan.

—Soy Roger Newbury, Andrew. ¿Qué tal estás?

Gavallan empezó a sudar.

—Hola, Roger. ¿Qué hay de nuevo?

—La puesta de sol sigue siendo el plazo límite. El iraní insistió en pasar por aquí a recogerme antes, así que estoy esperando… Al parecer vamos a ir juntos a recibir al jeque en el aeropuerto. Llegaremos con unos minutos antes de adelanto y luego los tres iremos a la zona de fletes para esperar Sus Puntazos.

—¿Y qué pasa con la recepción del embajador japonés?

—Se supone que acudiremos a ella después de la inspección. Solo Dios sabe lo que pasará entonces pero…, bien, no podemos hacer nada. Lo siento, tenemos las manos atadas. Te veré pronto. Adiós.

Gavallan le dio las gracias, colgó el teléfono y se limpió el sudor de la frente.

Otra vez el teléfono. «¿Kasigi?». Lo cogió.

—¿Hola?

—¿Andy? Ian… Ian Dunross.

—¡Dios mío, Ian! —Todas las preocupaciones de Gavallan se desvanecieron—. Estoy muy contento de oírte, he estado intentando

localizarte un par de veces.

—Sí, siento no haber estado disponible. ¿Qué tal van las cosas?

Gavallan se lo dijo cauteloso. Y también lo de Kasigi.

—Disponemos de una hora más o menos hasta la puesta de sol.

—Ese es uno de los motivos por los que te llamo. Mala suerte lo de Dubois, Fowler y McIver. Mantendré los dedos cruzados. Lochart parece que se ha venido abajo, pero cuando interviene el amor… —Gavallan lo oyó suspirar y no supo cómo interpretarlo—. ¿Recuerdas a Hiro Toda, de «Toda Shipping»?

—Desde luego, Ian.

—Hiro me habló de Kasigi y de su problema en «Iran-Toda». Se encuentra en un tremendo embrollo, así que si puedes hacer algo, cualquier cosa que sea, hazlo, por favor.

—Ya lo hago. Me estoy ocupando de ello todo el día. ¿Te habló Toda de la idea de Kasigi respecto a su embajador?

—Sí, Hiro llamó personalmente… Dice que están en extremo ansiosos por ayudarnos, pero que se trata de un problema iraní y que para ser sinceros, no espera gran cosa, ya que los iraníes están en su pleno derecho. —La expresión de Gavallan reflejó la más absoluta consternación—. Ayúdales cuanto te sea posible. Si expropian a «Iran-Toda»…, bien, estrictamente confidencial entre nosotros… —durante un instante Dunross empezó a hablar en shangainés—. La parte más sensible de una compañía altamente considerada sufriría un golpe mortal. —Luego volvió al inglés—. Olvídate de que lo he mencionado.

Aun cuando Gavallan había olvidado gran parte de su shangainés, lo entendió bien y casi le hizo bizquear. No tenía la más mínima idea de que «Struan's» tuviera nada que ver… Kasigi no lo había sugerido nunca.

—Kasigi dispondrá de helicópteros y tripulación aun cuando no podamos llevar la operación a cabo antes del plazo límite y nos confisquen los aparatos.

—Esperemos que lo logréis. Y otra cosa, ¿leíste en la Prensa lo del hundimiento del mercado de valores de Hong Kong?

—Sí.

—Es más fuerte de lo que dicen. Alguien ha estado jugando muy fuerte y Linbar está entre la espada y la pared. Si logras sacar los «212» y aún seguimos en el negocio, pese a todo, habrás de cancelar los «X63».

La temperatura de Gavallan subió un grado.

—Pero, Ian, con esos puedo acabar con el dominio de «Imperial», dando a los clientes mejor servicio y mayor seguridad y…

—Estoy de acuerdo, amigo, pero si no puedes pagarlos no puedes tenerlos. Lo siento, las cosas están así. El mercado de valores se ha vuelto loco, mucho peor que de costumbre, se está desangrando por todo Japón y tampoco podemos permitir que Toda se hunda aquí.

—Tal vez tengamos suerte. No voy a perder mis «X63». Y a propósito, ¿te has enterado de que Linbar ha dado entrada a Profitable en la Oficina Interna?

—Sí. Una idea interesante. —El tono de voz era neutro y Gavallan no pudo adivinar si su actitud era positiva o negativa—. Me he enterado de su postura en la reunión de manera indirecta. Si lo de hoy sale bien, ¿piensas estar el lunes en Londres?

—Sí. Lo sabré con más seguridad a la puesta de sol de hoy, o de mañana. Si todo va bien, me pasaré por Bahrein para ver a Mac y luego seguiré viaje a Londres. ¿Por qué?

—Tal vez necesite que canceles el viaje a Londres y te reúnas conmigo en Hong Kong, ha surgido algo condenadamente curioso… sobre Nobunaga Mori, el otro testigo junto con Profitable Choy cuando David MacStruan murió. Nobunaga murió abrasado hace un par de días en su casa de Kanazawa, está en el campo, en las afueras de Tokio, en circunstancias más bien extrañas. En el correo de hoy he recibido una carta muy curiosa. No podemos discutirlo por teléfono, pero se trata de algo condenadamente interesante.

Gavallan contuvo el aliento.

—¿Entonces lo de David…, no fue accidente?

—Hay que esperar y ver qué pasa con esto, Andy, hasta que nos veamos, en Tokio, o en Londres, lo más pronto posible. Y a propósito, Hiro y yo pensábamos quedarnos en Kanazawa la noche que Nobunaga murió, pero nos fue imposible en el último momento.

—¡Dios mío! A eso sí que puede llamársele suerte.

—Bien. He de irme. Si hay algo que pueda hacer por ti…

—Nada, a menos que puedas darme una prórroga hasta el sábado por la noche.

—Sigo trabajando en ello, no te preocupes. Siento muchísimo lo de Dubois, Fowler y McIver. Este número de Tokio registrará mensajes hasta el lunes…

Se despidieron. Gavallan se quedó mirando el teléfono. Scot entró con más noticias sobre posibles pilotos y aparatos, pero apenas oyó lo que su hijo decía. «¿Había sido asesinado después de todo? ¡Santo cielo! Maldito Linbar y su espalda contra la pared y las nefastas inversiones. De una u otra forma, he de tener los "X63". He de tenerlos».

De nuevo el teléfono. La conexión era mala y el acento del que llamaba muy cerrado.

—Llamada con pago revertido para Effendi Gavallan.

El corazón le dio un vuelco. ¿Erikki?

—Al aparato Effendi Gavallan. Acepto la llamada. ¿Puede hablar más alto, por favor? Apenas le oigo. ¿Quién hace la llamada?

—Un momento, por favor… —Mientras esperaba impaciente miró hacia la puerta situada casi al final de la pista que habrían de utilizar el jeque y los otros si Kasigi fracasaba en su intento y tenía lugar la inspección. Casi se quedó sin aliento al ver acercarse una gran limusina con el banderín de shargazi en el guardabarros. Pero el coche pasó de largo entre una nube de polvo. Entonces, oyó la voz que le llegaba débilmente desde el otro extremo del hilo telefónico.

—Andy, soy yo, Marc, Marc Dubois…

—¿Marc? ¿Marc Dubois? —preguntó balbuceante y casi se le cayó el teléfono de la mano. Se tapó con la otra el otro oído para escuchar mejor—. ¡Dios Todopoderoso! ¿Marc? ¿Estás bien, dónde

diablos estás, está Fowler bien? ¿Dónde diablos estáis? —Le llegó la respuesta en forma de galimatías. Hubo de hacer un gran esfuerzo por entenderle—. ¡Repítelo!

—Estamos en Kor al Amaya…

Kor al Amaya, la inmensa plataforma terminal petrolífera de alta mar, de casi un kilómetro de longitud, perteneciente a Irak, en el extremo más alejado del golfo, en la boca del estuario de Shatt-al-Arab que separaba a Irak e Irán, a unos ochocientos kilómetros hacia el Noroeste.

—¿Puedes oírme, Andy? Kor al Amaya…

EN LA PLATAFORMA KOR AL AMAYA: También Marc se tapaba un oído con la mano al tiempo que intentaba comportarse con cautela y no gritar al teléfono. Este se encontraba en la oficina del gerente de la plataforma, y en la oficina contigua había muchos iraquíes y extranjeros que podían oírle.

—Esta línea no es privada…, *vous comprenez?*

—Ya me doy cuenta. ¡Por Dios santo!, ¿qué diablos ha ocurrido? ¿Os capturaron?

Dubois se aseguró de que nadie le oía.

—No, *mon vieux* —dijo midiendo las palabras—. Me estaba quedando sin combustible y, *voilà*, el petrolero *Oceanrider* surgió de toda aquella *merde*, así que aterricé en él, perfectamente, todo hay que decirlo. Los dos estamos bien, Fowler y yo. *Pas problème!* ¿Qué hay de todos los demás, Rudi, Sandor y Pop?

—Todos están aquí, en Al Shargaz, todos los de tu grupo, Scrag, Mac, Freddy, aunque Mac en este momento está en Bahrein. Contigo a salvo, Torbellino ha sacado los diez. Erikki está a salvo en Tabriz con Azadeh, aunque… —iba a decir que Tom arriesgaba la vida al quedarse en Irán. Pero ni él ni Dubois podían hacer nada al respecto, así que se limitó a expresar su satisfacción—. Es formidable que estés sano y salvo, Marc. ¿Puedes funcionar?

—Claro. Solo, humm, solo necesito combustible e instrucciones.

—Ahora tienes matrícula británica… Espera un segundo, es «GHKVC». Quita la numeración vieja y estampa la nueva. Se ha levantado una polvareda infernal y nuestros antiguos anfitriones han invadido todo el Golfo con télex pidiendo a los Gobiernos que nos embarguen. No te dirijas a ningún punto de la costa.

Se ensombreció la satisfacción de Dubois.

—«GolfHotelKiloVictorCharlie», recibido. *Le bon Dieu* está con nosotros, Andy, porque *Oceanrider* ondea bandera liberiana y el capitán es británico. Una de las primeras cosas que le pedí fue un bote de pintura, de pintura…, ¿entendido?

—Entendido, realmente formidable. Prosigue.

—Como se dirige a Irak pensé que lo mejor sería no movernos y seguir con él hasta que hablara contigo y este es el primer mom… —A través de la puerta entreabierta Dubois vio acercarse al gerente iraquí. Ahora ya, en voz más alta y con tono ligeramente diferente, dijo—: Esta misión con el *Oceanrider* es perfecta, Mr. Gavallan, y tengo la satisfacción de decirle que el capitán está muy contento.

—De acuerdo, Mac, haré yo las preguntas. ¿Cuándo tiene previsto terminar de cargar y cuál es la próxima escala?

—Probablemente mañana. —Saludó con un cortés movimiento de cabeza al iraquí que se había sentado a su escritorio—. Debería ser Ámsterdam como estaba programado.

—¿Crees que podrás continuar con él durante toda la ruta? Desde luego nos haremos cargo de los gastos de transporte.

—No veo por qué no. Creo que el resultado de este experimento dará lugar a una misión con carácter permanente. El capitán ha comprendido la conveniencia de permanecer en alta mar y al mismo tiempo poder hacer una rápida visita al puerto, aunque francamente, la compañía naviera cometió un error al pedir un «212». Hubiera sido preferible un «206». Creo que querrán un descuento. —Escuchó la risa de Gavallan y se sintió satisfecho—. Más vale que deje el teléfono, solo quería presentar el informe. Fowler envía saludos, haré una nueva llamada de barco a costa cuando pasemos por ahí.

—Con un poco de suerte no estaremos aquí. Mañana embarcaremos los pájaros. No te preocupes, seguiré al *Oceanrider* hasta el punto de destino. Una vez que hayas pasado Ormuz y estés fuera de las aguas del Golfo, pediré al capitán que se ponga en contacto con nosotros por radio o por télex en Aberdeen. ¿De acuerdo? Estoy enviando a todos al mar del Norte hasta que hayamos terminado con esto. Seguro que no tenéis dinero, así que fírmalo todo y yo lo rembolsaré al capitán. ¿Cómo se llama?

—Tavistock, Brian Tavistock.

—Ya lo tengo, Marc. No sabes lo feliz que me siento.

—Y yo. *À bientôt*. —Dubois colgó el teléfono y dio gracias al gerente.

—Ha sido un placer, capitán —dijo el hombre pensativo—. ¿Van a ir apoyados todos los grandes petroleros por su propio helicóptero?

—No lo sé, monsieur. Para algunos sería una medida acertada, ¿no cree?

El gerente esbozó una leve sonrisa. Era un hombre alto, de mediana edad, con el acento y el entrenamiento americanos.

—Hay una patrullera iraní, anclada en sus aguas jurisdiccionales, vigilando al *Oceanrider*. Curioso, ¿no?

—Sí.

—Afortunadamente, ellos están en sus aguas y nosotros en las nuestras. Los iraníes creen que el golfo Arábigo es suyo, como también nosotros, el Shatt y las aguas del Tigris y del Éufrates hasta sus fuentes…, mil seiscientos kilómetros y casi tres mil, respectivamente.

—¿Tan largo es el Éufrates? —preguntó Dubois, acrecentándose su cautela.

—Sí. Nace en Turquía. ¿Ha estado antes en Irak?

—No, monsieur. Lamentablemente. Tal vez durante un próximo viaje.

—Bagdad es inmensa, antigua, moderna…, al igual que el resto de Irak. Bien vale una visita. Tenemos nueve billones de toneladas métricas certificadas de reservas de petróleo y el doble de esa cifra

está esperando ser descubierto. Somos mucho más valiosos que Irán. Francia debería apoyarnos en lugar de a Israel.

—Yo no soy más que un piloto, monsieur —dijo Dubois—. La política no es mi fuerte.

—Para nosotros eso no es posible. La vida es política…, lo hemos averiguado a nuestra costa. Incluso en el Jardín del Edén…, ¿sabía que la gente está viviendo por aquí desde hace sesenta mil años? El Jardín del Edén estaba, apenas, a mil quinientos kilómetros de distancia, siguiendo hacia arriba el curso del Shatt, donde se juntan el Tigris y el Éufrates. Nuestro pueblo descubrió el fuego, inventó la rueda, las matemáticas, la escritura, el vino, la jardinería, la horticultura…, los Jardines Colgantes de Babilonia estuvieron aquí, Scheherazade tejió sus cuentos para el califa Harún al-Rashid, a quien solo igualó su Carlomagno, y aquí se desarrollaron las más poderosas de las civilizaciones antiguas, Babilonia y Asiria. Incluso aquí comenzó el Diluvio. Hemos sobrevivido a sumerios, griegos, romanos, árabes, turcos, británicos y persas —casi escupió la última palabras—. Y seguiremos sobreviviéndoles.

Dubois asintió cauteloso. El capitán Tavistock le había advertido:

—Estamos en aguas iraquíes, la plataforma está en territorio iraquí, muchacho. Tan pronto como abandone mi plancha, tendrá que habérselas por sí solo. Yo no tengo jurisdicción. ¿Lo comprende?

—Solo quiero hacer una llamada telefónica. Tengo que hacerla.

—¿Y qué me dice de mi comunicación barco-costa cuando de regreso pasemos a la altura de Al Shargaz?

—No habrá problemas —le había asegurado Dubois perfectamente confiado—. ¿Por qué tendría que haberlo? Soy francés.

Cuando se vio obligado al aterrizaje forzoso sobre cubierta, tuvo que informar al capitán sobre la operación Torbellino y los motivos que la impulsaron. El viejo capitán se limitó a gruñir.

—Yo no sé nada de eso, muchacho. No me has dicho nada. Pero más te valdrá borrar la matrícula de Irán y en su lugar poner una G por todas partes…, haré que te ayude el pintor de mi barco. En lo

que a mí concierne, si alguien me pregunta, no eres más que uno de tantos experimentos que me impone mi naviera…, subiste a bordo en Ciudad de El Cabo, no me gustas un pelo y apenas nos hablamos. ¿De acuerdo? —El capitán sonrió—. Estoy muy contento de tenerte a bordo; navegué en lanchas patrulleras durante la guerra, operando por todo el canal. Mi mujer es de la isla d'Ouessant, cerca de Best, solíamos perdernos por allí de vez en cuando en busca de vino y brandy como acostumbraban a hacer mis antepasados piratas. Por poco que rasques a un inglés, encontrarás un pirata. Bienvenido a bordo.

En aquellos momentos, Dubois se mantuvo a la espera, observando al gerente iraquí.

—Tal vez necesitaría hacer uso de nuevo del teléfono mañana antes de zarpar. ¿Sería posible?

—Naturalmente. No se olviden de nosotros. Todo empezó aquí…, ¡y aquí terminará todo! Salaam. —El gerente esbozó una sonrisa extraña y alargó la mano—. Buenos aterrizajes.

—Gracias. Volveremos a vernos pronto.

Dubois salió del despacho, bajó las escaleras hasta cubierta, ansioso por encontrarse de nuevo a bordo del *Oceanrider*. A unos cuantos centenares de metros hacia el Norte, pudo ver la patrullera iraní, una pequeña fragata, balanceándose con las olas.

—*Espèce de con* —farfulló y se puso en marcha, su mente un hervidero.

Dubois necesitó casi quince minutos para regresar de nuevo al petrolero. Encontró a Fowler esperándole y le comunicó las buenas nuevas.

—Maldito si no me alegro por los muchachos, es condenadamente formidable, pero ¿tenemos que ir hasta Ámsterdam en esta vieja bañera? —Fowler, malhumorado, empezó a soltar tacos.

Dubois, haciendo oídos sordos, se encaminó a proa, apoyándose en la borda.

«¡Todo el mundo sano y salvo! Nunca creí que lo lograríamos todos, nunca —se dijo gozoso—. ¡Qué formidable golpe de suerte! Andy y Rudi pensarán que todo estaba planeado, pero no lo estaba. Solo ha sido cuestión de suerte, o de Dios. Dios cronometró perfectamente la llegada del *Oceanrider* en un período de un par de minutos. Entonces sí que lo tuvimos cerca, mierda, pero ya todo ha pasado y más vale no recordarlo. Y ahora, ¿qué? Con tal de que no se desate un temporal y me entren mareos, o esta vieja bañera se hunda, será estupendo pasar dos o tres semanas sin nada que hacer. Solo pensar y esperar y dormir y jugar algo al bridge y dormir y pensar y planear. Luego Aberdeen y el mar del Norte y bromear con Jean-Luc, Tom Lochart y Duke y los otros tipos. Y finalmente…, ¿finalmente qué? Ya es hora de que me case. ¡No quiero casarme todavía, mierda! Solo tengo treinta años, y he podido evitarlo hasta el momento. Ha sido mala suerte que conociese a esa bruja parisiense, disfrazada de ángel que recurrirá a todas sus tretas para entusiasmarme hasta destruir mis defensas y dar al traste con mi decisión. La vida es muy buena, demasiado buena y reserva todavía tantos goces…».

Volviéndose miró hacia el Oeste. El sol, velado por las brumas de la inmensa contaminación, se dirigía ya hacia el horizonte de tierra que se divisaba sombrío, deslustrado y aburrido. Quisiera estar en Al Shargaz con los muchachos.

AL SHARGAZ. HOSPITAL INTERNACIONAL: 6.01 DE LA TARDE. Starke se encontraba sentado en la terraza del segundo piso, contemplando también el sol poniente, pero allí, por el contrario era hermoso sobre un mar en calma y en un cielo limpio de nubes, la intensa reverberación le obligaba a guiñar los ojos pese a usar gafas oscuras. Tan solo tenía puestos los pantalones del pijama y tenía el pecho vendado a pesar de tener casi curada la herida, que cicatrizaba bien. Aun cuando se sentía débil todavía, intentaba

pensar y hacer proyectos. «Mucho en que pensar…, tanto si logramos sacar a nuestros pájaros como si no».

Detrás de él, en la habitación, podía oír a Manuela charlando en una jerigonza de español y tejano con sus padres en el lejano Lubbock… Él ya había hablado con ellos y también con los suyos y con Billyjoe, Conroe el peque y Sarita.

—Caramba, papá, ¿cuándo vuelves a casa? Tengo un nuevo caballo, y la escuela es estupenda y hoy hace más calor que un bol de Chiquita con pimientos chile de los fuertes.

Starke esbozó una media sonrisa aunque sin lograr salir de aquel mar de aprensión. «Tan largo el camino de allí hasta aquí, todo, todo tan ajeno, incluso en Gran Bretaña. ¿Próxima parada Aberdeen y el mar del Norte? No me importaría si fuera un mes o dos pero esto no es para mí, ni para los chicos, ni para Manuela. Resulta evidente que los niños quieren estar en Texas, desean estar en su casa, y Manuela también. Han pasado demasiadas cosas que la han asustado, demasiadas cosas, demasiado de prisa y demasiado pronto. Y tiene razón pero ¡con mil diablos!, yo no sé adónde quiero ir o qué quiero hacer. Tengo que seguir volando, para eso estoy entrenado, quiero seguir volando. Pero ¿dónde? Desde luego, no el mar del Norte ni en Nigeria, que ahora son las áreas clave de Andy. ¿Tal vez con algunos de sus pequeños operadores en Sudamérica, Indonesia o Borneo? Me gustaría quedarme con él si fuera posible, pero ¿qué hay de los chicos, de la escuela y de Manuela?».

«¿Y si me olvidara del extranjero y me quedara en los Estados Unidos? Demasiado tiempo fuera, demasiado tiempo aquí».

Dirigió la mirada más allá de la vieja ciudad, a la lejanía del desierto. Recordaba las veces en que atravesara el umbral del desierto, en ocasiones con Manuela, otras solo, yendo allí únicamente para escuchar. Escuchar, ¿qué? ¿El silencio, la noche, o las estrellas, llamándose unas a otras? ¿La nada?

—Tú escuchas a Dios. ¿Cómo puede hacer eso un Infiel? Tú escuchas a Dios.

—Esas son tus palabras, mulá, no las mías.

«Un hombre extraño, que me salvó la vida y yo la suya a él; estuvieron a punto de matarme por su culpa y entonces me salvó de nuevo; luego todos nosotros liberados en Kowiss…, por todos los diablos. Él sabía que nos íbamos de Kowiss definitivamente, estoy seguro. ¿Por qué nos dejó ir, a nosotros, el Gran Satanás? ¿Y por qué seguía insistiendo en decirme que fuera a ver a Jomeini? *Imán* no es correcto, no es correcto en absoluto».

«¿Qué hay en todo esto que ha hecho presa en mí? Es lo que hay ahí fuera, ese algo del desierto que existe en mí. Una paz total. Lo absoluto. Es solo para mí…, no para los niños o para Manuela, o mis padres o cualquiera otra persona. Solo para mí… No puedo explicárselo a nadie, y a Manuela menos que a nadie, como no puedo explicar lo ocurrido en la mezquita de Kowiss o durante el interrogatorio. Más vale que me vaya pronto de aquí o estoy perdido. La simplicidad del Islam parece hacerlo todo tan sencillo, tan claro y mejor, y sin embargo…».

«Soy Conroe Starke, tejano, piloto de helicóptero, con una mujer y unos hijos formidables, y eso debería ser suficiente. ¡Por Dios que debería serlo!».

Inquieto, dirigió de nuevo la mirada a la vieja ciudad, sus minaretes y muros adquiriendo tintes rojizos con la puesta de sol. Más allá de la ciudad, el desierto; y más allá del desierto, La Meca. Sabía que aquel era el camino hacia La Meca porque había visto al personal del hospital, médicos, enfermeras y todos los demás arrodillándose en aquella dirección para rezar. Manuela salió de nuevo a la terraza, apartándole de los pensamientos que ocupaban su mente y devolviéndole en parte a la realidad.

—Te envían un cariñoso abrazo y han preguntado cuándo volvemos a casa. Sería estupendo hacerles una visita, ¿no te parece, Conroe? —Manuela le vio asentir con aire ausente, no con respecto a ella. Luego miró hacia donde él miraba, sin ver nada especial. Solo el sol que se ponía. ¡Maldición! Disimuló su preocupación. Se estaba recuperando perfectamente, pero ya no era el mismo.

—No te preocupes, Manuela —le había dicho doc Nutt—. Es probable que se deba a la conmoción sufrida al recibir el balazo, la primera vez siempre es algo traumático. Eso, y también lo de Dubois, Tom, Erikki, y toda esta espera, y la preocupación, el no saber… Todos nosotros andamos desequilibrados, tú, yo, todo el mundo, aunque todavía no sabemos del todo por qué…, nos está afectando de distinta manera a cada uno.

La preocupación estaba acabando con ella. Para ocultarla, se apoyó en la barandilla y miró hacia el mar y las embarcaciones.

—Mientras dormías he hablado con el doctor Nutt. Dice que dentro de unos días podrás salir, mañana si fuera realmente importante, pero que has de tomártelo con calma durante uno o dos meses. En el desayuno, Nogger me ha dicho que corre el rumor de que todos tendremos al menos un mes de vacaciones con sueldo. ¿Verdad que es formidable? Con ese mes, y el permiso por enfermedad, tenemos montones de tiempo para ir a casa, ¿no?

—Claro. Es una buena idea.

Manuela vaciló un instante. Luego, se volvió hacia él y se le quedó mirando.

—¿Qué es lo que te preocupa, Conroe?

—No estoy seguro, cariño. Me siento bien. No es el pecho. En realidad no lo sé.

—El doctor Nutt ha dicho que te sentirás realmente extraño durante cierto tiempo, querido, y Andy asegura que existen grandes posibilidades de que no haya inspección y que los cargueros estarán aquí, definitivamente, mañana al mediodía. No hay nada que nosotros podamos hacer nada más que tú puedas hacer… —en la habitación sonó el teléfono y Manuela fue a contestarlo sin dejar de hablar— nada que ninguno de nosotros pueda hacer más de lo que estamos haciendo. Si logramos salir, nosotros y los helicópteros, sé que Andy proporcionará a Kasigi helicópteros y tripulaciones y ent… ¿Hola? Ah, sí, querido…

Starke oyó la exclamación entrecortada y luego el silencio. El corazón le dio un vuelvo. Luego la explosión excitada de Manuela y

sus palabras.

—Es Andy, Conroe, es Andy. Ha recibido una llamada de Marc Dubois, que se encuentra en Iraq, en algún barco. Él y Fowler se vieron obligados a aterrizar sin consecuencias en un petrolero y están en Iraq y a salvo. ¡Es maravilloso, Andy! ¿Cómo? Ah, sí está bien y yo…, ¿qué pasa con Kasigi…? Espera un mom… Sí, pero… Desde luego. —Colgó el teléfono y volvió presurosa junto a Starke—. Ni palabra todavía de Kasigi. Andy ha dicho que tenía mucha prisa y que volvería a llamar. Dios mío, Conroe… —Se había arrodillado junto a él y le rodeaba el cuello con sus brazos apretándole contra sí, con mucho cuidado, llorando prácticamente de felicidad—. Estaba tan preocupada por Marc y el viejo Fowler. Temía tanto que hubiesen desaparecido.

—Yo también…, yo también. —Starke podía sentir los latidos del corazón de Manuela y también el del suyo. Y parte del peso que abrumaba su espíritu desapareció…, mientras con el brazo sano la abrazaba estrechamente.

—¡Maldición! —farfulló Starke, resultándole difícil hablar a él también—. Vamos, Kasigi… Vamos, Kasigi…

EN EL CUARTEL GENERAL DE AL SHARGAZ: 6.18 DE LA TARDE. Gavallan se encontraba junto a la ventana de la oficina observando cómo el coche oficial de Newbury con la banderola ondeante de «Union Jack» enfilaba por la puerta de la verja. El coche avanzó veloz por la carretera de circunvalación para detenerse delante de su edificio… Chófer uniformado, dos siluetas en los asientos traseros. Hizo para sí una especie de gesto de asentimiento. Se echó a la cara algo de agua fría del grifo del lavabo y, a continuación, se la secó.

Se abrió la puerta y entró Scot con Charlie Pettikin. Los dos estaban pálidos.

—No os preocupéis —les dijo Gavallan—. Pasad. —Volvió junto a la ventana, simulando tranquilidad y permaneció allí, en pie,

secándose las manos. El sol descendía casi por el horizonte—. No es preciso que les esperemos aquí, iremos a recibirles. —Abrió la marcha con firmeza por el corredor—. Formidable lo de Marc y Fowler, ¿no os parece?

—Maravilloso —dijo Scot, aunque con tono abatido pese a su decisión—. Diez pájaros de diez. Imposible mejorarlo. Diez de diez.

Salieron del corredor y entraron en el vestíbulo.

—¿Qué tal está Paula, Charlie?

—Humm, bueno…, está bien, Andy. —Pettikin se hallaba asombrado ante la sangre fría de Gavallan y no poco envidioso de ella—. Se… fue a Teherán hace una hora. No creo que regrese hasta el lunes, aunque acaso lo haga mañana. —«Maldito sea Torbellino —se dijo desolado—, lo ha estropeado todo. Sé que los corazones débiles jamás conquistaron a una bella dama, más, ¿qué diablos podía hacer? Si llegan a quitarnos nuestros helicópteros "S-G" se hunde, nos quedamos sin trabajo, prácticamente no tengo ahorros, soy mucho mayor que ella y… ¡Todo esto es una cabronada! En cierto modo, aunque reconozco que es estúpido y morboso, me alegro… Ahora ya no puedo arruinar su vida y, de cualquier manera, habría estado loca si me dijera que sí»—. Paula está bien, Andy.

—Es una joven estupenda.

El vestíbulo estaba atestado de gente. Lo atravesaron, y, abandonando el frescor del aire acondicionado, salieron a la calina del atardecer, permaneciendo en los escalones de la entrada. Gavallan se detuvo, asombrado. Toda la plana mayor de «S-G» se encontraba allí: Scragger, Vossi, Willi, Rudi, Pop Kelly, Sandor, Freddy Ayre, así como todos los demás, los mecánicos. Todos permanecían inmóviles, viendo acercarse el coche. Se detuvo delante de ellos.

De él bajó Newbury.

—Hola, Andrew —dijo, pero ahora ya todos se habían quedado petrificados porque quien estaba junto a Newbury era Kasigi, no el embajador iraní, y a Kasigi le resplandecía el rostro mientras Newbury decía perplejo—: En realidad no comprendo del todo qué está sucediendo, pero el embajador, el embajador iraní canceló su

presencia en el último momento, y también lo hizo el jeque. Y como Mr. Kasigi ha venido a buscarme para asistir a la recepción en la Embajada japonesa, no habrá esta noche inspección…

Gavallan dio un grito y luego todos empezaron a dar palmadas a Kasigi, agradeciéndole su intervención, hablando, riendo, tropezando los unos con los otros, mientras Kasigi decía:

—… y tampoco habrá inspección mañana aunque para ello hayamos de secuestrarle… —Y más risas, y vítores y Scragger bailando un «hornpipe»—. ¡Hurra por Kasigi…!

Gavallan se abrió paso hasta Kasigi y le dio un fuerte abrazo, al tiempo que vociferaba para hacerse oír entre todo aquel guirigay.

—Gracias. Por Dios que no sabe cuánto se lo agradezco. Dentro de tres días tendrá algunos de sus pájaros y el resto durante el fin de semana. —Luego añadió incoherente—: Dios Todopoderoso, dadme un segundo, Dios Todopoderoso, he de decírselo a Mac, a Duke y a los demás… ¡La celebración corre de mi cuenta!

Kasigi le vio alejarse presuroso. Luego, sonrió para sí.

EN EL HOSPITAL: 6.32 DE LA TARDE. Starke colgó tembloroso el teléfono, rebosante de felicidad y regresó a la terraza.

—Condenación, Manuela, condenación, lo hemos logrado. No habrá inspección. Torbellino salió adelante. Andy no sabe cómo lo ha hecho Kasigi, pero lo ha logrado y… ¡Condenación! —La rodeó con el brazo sano y se apoyó en la balaustrada—. Torbellino ha salido adelante, ahora ya estamos seguros, ahora nos iremos y podremos hacer planes. ¡Condenación! ¡Kasigi, ese hijo de puta, lo ha logrado! *Allah-u Akbar!* —dijo sin pensarlo, con tono triunfante.

El sol tocaba ya el horizonte. De la ciudad llegó la voz de un almuédano, uno solo, una voz sin par, invocadora. Y el sonido desbordó su oído, y desbordó su ser, y escuchó, dando todo al olvido: su alivio y su gozo mezclados con las palabras invocadoras y el Infinito…, y se apartó de ella. Manuela esperaba, impotente, sola. Allí, mientras el sol se ocultaba ella esperaba, temerosa por él,

entristecida por él, dándose cuenta de que todo el futuro estaba en la balanza. Esperó como solo una mujer enamorada sabe esperar.

La invocación cesó. Ya todo estaba muy quieto, muy silencioso. Starke contempló la vieja ciudad en todo su esplendor, más allá el desierto y el infinito más allá del horizonte. Y entonces lo vio tal como era. El ruido de un jet al despegar y los chillidos de las gaviotas. Luego el «putput» de un helicóptero por alguna parte. Y tomó su decisión.

—A ti —dijo a Manuela en farsi—, a ti, te amo a ti.

—A ti, te amaré siempre —murmuró ella a punto de llorar. Luego le oyó suspirar y supo que estaban de nuevo juntos.

—Es hora de volver a casa, cariño —dijo él, mientras la abrazaba con fuerza—. Ya es hora de que todos volvamos al hogar.

—Mi hogar está donde tú estés —repuso Manuela, olvidado ya todo temor.

EN EL «HOTEL OASIS»: 11.52 DE LA NOCHE. En la oscuridad sonó discordante el timbre del teléfono sacando bruscamente a Gavallan de un profundo sueño. Lo cogió a tientas al tiempo que encendía la luz de la mesilla de noche.

—¿Hola?

—Hola, Andrew. Soy Roger Newbury, siento llamar tan tarde pero ac…

—No tiene importancia, dejé el aviso de que podían llamarme hasta medianoche. ¿Qué tal ha ido? ¿Qué hay de mañana?

Newbury le había prometido telefonear para decirle lo que ocurriera durante el resto de la recepción. Habitualmente, Gavallan siempre estaba despierto a esa hora, pero esa noche se había excusado por abandonar la fiesta de celebración a las diez, y se había quedado dormido apenas transcurridos unos minutos.

—Tengo la satisfacción de informarte que Su Excelencia Abadani ha aceptado una invitación del jeque para pasar el día disfrutando en el oasis de Al Sal, así que es más que probable que permanezca

aislado durante todo el día. Personalmente no me fío de él, Andrew, así que te aconsejamos seriamente que saques los aparatos y a todo el personal lo más rápida y discretamente posible y también que cierres aquí durante uno o dos meses hasta que os demos luz verde. ¿De acuerdo?

—Sí. Son unas noticias formidables. Gracias. —Gavallan volvió a tumbarse. Se sentía un hombre nuevo, la cama le atraía inexorablemente y el sueño volvía a dominarle—. Ya tenía pensado cerrar —dijo con un descomunal bostezo—. Todo lo tengo dispuesto para estar fuera de aquí antes de la puesta de sol. —Percibió el nerviosismo en la voz de Newbury, pero lo achacó a la excitación, ahogó otro bostezo y agregó—: Scragger y yo seremos los últimos…, tomaremos el avión con destino a Bahrein junto con Kasigi, para ver a McIver.

—Bien. No sé cómo diablos pudisteis manejar a Abadani…, y tampoco quiero saberlo… Pero nos quitamos colectivamente el sombrero ante ti. Y ahora, humm…, ahora siento traer malas noticias junto con las buenas, pero acabamos de recibir un télex de Henley, en Tabriz.

—¿Dificultades? —Gavallan ya estaba completamente despierto.

—Me temo que sí. Parece extraño pero dice así. —Se oyó un ruido de papeles y luego—: Henley dice: «Ha llegado a nuestros oídos que ayer o anoche, hubo una especie de ataque contra la vida del Khan Hakim. Al parecer está implicado el capitán Yokkonen. Anoche cruzó la frontera turca en su helicóptero, llevándose consigo, contra su voluntad, a su mujer Azadeh. En el nombre del Khan Hakim se ha librado una orden de arresto por intento de asesinato y secuestro. En estos momentos se libra una gran lucha en Tabriz entre facciones rivales lo que dificulta en cierto modo una información correcta. Tan pronto como dispongamos de más detalles los haremos seguir». Y eso es todo. Asombroso, ¿no? —Silencio—. ¿Andrew? ¿Estás ahí?

—Sí…, sí, lo estoy. Solo que…, solo que estoy intentando concentrarme. ¿No hay posibilidad de que se trate de un error?

—Lo dudo. He enviado aviso urgente para que amplíen detalles, es posible que mañana tengamos algo. Te sugiero que te pongas en contacto con el embajador finlandés en Londres y que le pongas sobre aviso. El número de la Embajada es 01-7668888. Siento todo esto.

Gavallan le dio las gracias y colgó, aturdido, el teléfono.

DOMINGO

4 de marzo

LXXII

EN LA ALDEA TURCA: 10.20 DE LA MAÑANA. Azadeh se despertó sobresaltada. Por un instante le fue imposible recordar dónde estaba, luego pudo ver bien el cuarto, pequeño, miserable, con dos ventanas, el duro colchón de paja en la cama, sábanas y mantas limpias aunque ásperas… Y entonces recordó que se trataba del hotel de la aldea y que el día anterior, al ponerse el sol, y pese a sus protestas y deseos de quedarse junto a Erikki, la habían escoltado hasta él el comandante y un policía. El comandante había dado de lado todas sus excusas, insistiendo en que comiera con él en el minúsculo restaurante que se había quedado desierto tan pronto como ellos llegaron.

—Ni que decir tiene que ha de comer algo para conservar las fuerzas. Tome asiento, por favor. Pediré para su marido lo mismo que coma usted y haré que se lo lleven. ¿Le gustaría?

—Sí, por favor —dijo ella hablando también en turco. Luego se sentó, dándose cuenta de la amenaza implícita, y dispuesta a la lucha—. Puedo pagarlo.

Los gruesos labios del comandante se fruncieron apenas con una leve sonrisa.

—Como prefiera.

—Gracias, comandante Effendi. Por favor, ¿cuándo podremos irnos mi marido y yo?

—Eso lo discutiré mañana con usted, no esta noche. —Hizo una seña al policía para que montara guardia junto a la puerta—. Ahora podemos hablar inglés —dijo ofreciéndole un cigarrillo de una pitillera de plata.

—No, gracias, no fumo. Por favor, ¿cuándo me devolverán mis joyas, comandante Effendi?

El comandante cogió un cigarrillo y empezó a darle golpecitos sobre la pitillera mientras la observaba.

—Tan pronto como sea seguro. Me llamo Abdul Ikail, estoy destinado en Van y tengo bajo mi responsabilidad toda esta región, hasta la frontera. —Utilizó su encendedor, exhaló el humo sin apartar los ojos de ella—. ¿Ha estado antes en Van?

—No, nunca.

—Es un pequeño lugar sumido en el sopor. Lo era —se corrigió—, antes de la revolución de ustedes, aunque siempre la frontera ha ofrecido dificultades. —Volvió a inhalar profundamente el humo—. Gente indeseable de ambos lados, queriendo entrar o salir huyendo a través de la frontera. Contrabandistas, traficantes de drogas, traficantes de armas, ladrones, toda la carroña que usted pueda imaginar. —Lo había dicho con tono indiferente, puntuándolo con breves exhalaciones de humo. En la pequeña sala, el ambiente era denso y olía a cocina casera, a humanidad y a tabaco rancio. Azadeh se sentía abrumada por todo tipo de presagios. Jugueteaba con la correa del bolso en bandolera.

—¿Ha estado en Estambul? —le preguntó el comandante.

—Sí. Sí, una vez pasé allí unos cuantos días, cuando era pequeña. Fui con mi padre, tenía negocios allí y a mí me subieron a bordo de un avión para ir a un colegio en Suiza.

—Yo nunca he ido a Suiza. Fui a Roma en una ocasión en vacaciones. Estuve una vez en Bonn, siguiendo un cursillo de policía, y otra en Londres. Pero en Suiza, nunca.

Siguió fumando un momento, pensativo; luego, apagó el cigarrillo en un cenicero desportillado e hizo seña al propietario del hotel, que permanecía en pie, en actitud abyecta, junto a la puerta esperando a que pidiera. La comida era primitiva pero estaba buena, y les fue servida con inmensa y nerviosa humildad lo que contribuyó a que se sintiera más incómoda todavía. Era evidente que la aldea no estaba acostumbrada a tan augusta presencia.

—No tiene nada que temer, Lady Azadeh, no está en peligro —le dijo el comandante como si le hubiera leído el pensamiento—. Por el contrario, me siento muy contento de tener la oportunidad de hablar con usted. Es raro que una persona de su… de su calidad pase por estos lugares. —Durante toda la comida le estuvo preguntando paciente y cortésmente sobre Azerbaiyán y el Khan Hakim, sin que por su parte dijera nada sobre el caso, negándose a referirse a Erikki o a lo que iba a pasar—. Lo que sucederá, sucederá. Haga el favor de contarme otra vez la historia.

—Pero si ya…, si ya lo he dicho, comandante Effendi. Es la verdad, no es una historia. Le he dicho la verdad y también lo ha hecho mi marido.

—Desde luego —repuso él comiendo con apetito—. Dígamelo otra vez, por favor.

Así que se lo dijo, temerosa, leyendo en sus ojos el deseo reflejado en ellos, aun cuando en todo momento se mostrara ceremonioso y circunspecto.

—Es la verdad —insistió Azadeh sin apenas tocar la comida que tenía delante, perdido ya el apetito—. No hemos cometido delito alguno, mi marido no ha hecho más que defenderse y defenderme a mí… ¡Lo afirmo ante Dios!

—Infortunadamente, Dios no puede testificar a favor de ustedes. Yo acepto cuanto ha dicho y también todo lo que cree. Por fortuna aquí vivimos más en este mundo, no somos fundamentalistas, aquí hay una separación entre el Islam y el Estado, ningún hombre se designa a sí mismo para intervenir entre nosotros y Dios, y solo nos mostramos fanáticos cuando se trata de conservar nuestro estilo de vida tal como nosotros lo queremos…, y cuando tratan de imponernos las creencias o las leyes de otras gentes. —Calló, escuchando atentamente. Mientras se dirigía al restaurante con la luz que declinaba, había escuchado tiroteo en la lejanía y algunos morteros pesados. Ahora, en el restaurante en silencio, los oía de nuevo—. Quizá sean los kurdos defendiendo sus casas en las

montañas. —Hizo un gesto de aversión—. Hemos oído decir que Jomeini está enviando su Ejército y a los Green Bands contra ellos.

—Entonces es un nuevo error —dijo ella—. Eso es lo que dice mi hermano.

—Estoy de acuerdo. Mi familia es kurda. —Se puso en pie—. Un policía montará guardia durante toda la noche junto a su puerta, para protegerla —dijo con aquella extraña semisonrisa que tanto la perturbaba—. Para protegerla. Le ruego que permanezca en su habitación hasta que yo…, hasta que yo venga a buscarla o envíe a por usted. Portándose bien, ayudará a su marido. Que descanse.

De manera que se había retirado a la habitación que le destinaran y al ver que no tenía pestillo ni cerradura, colocó una silla debajo del picaporte. La habitación estaba fría, y helada el agua de la jarra. Se lavó y se secó, luego rezó, añadiendo una oración especial por Erikki, y se sentó en la cama.

Con minucioso cuidado sacó una aguja de sombrero de acero de quince centímetros, que llevaba oculta en el forro de su bolso de bandolera, y la contempló durante un segundo. La punta era afilada como la de una aguja y la cabeza pequeña aunque lo bastante grande para poder cogerla si llegara el caso de tener que asestar un golpe con ella. La metió debajo de la almohada como Ross le enseñara a hacerlo.

—No corres peligro alguno —le había dicho con una sonrisa—. Un atacante no la vería y tú puedes sacarla fácilmente. Una joven hermosa como tú siempre debería ir armada.

—Pero, Johnny, jamás sería capaz de utilizarla…, jamás.

—Lo harás cuando…, si…, si alguna vez llega el momento, y deberías estar preparada para hacerlo. Siempre que estés armada, sepas cómo utilizar el arma, cualquiera que sea, y aceptes el hecho de que acaso tengas que matar para protegerte, entonces nunca, absolutamente nunca, volverás a tener miedo. —Durante aquellos hermosos meses en las Tierras Altas le había enseñado a utilizarla—. Solo tres o cuatro centímetros en el punto adecuado son más que suficiente, lo bastante letal.

Desde entonces siempre la había llevado consigo pero jamás hubo de utilizarla…, ni siquiera en la aldea. La aldea. «Deja la aldea para la noche, no para el día».

Sus dedos rozaron la cabeza del arma. «Acaso esta noche —se dijo—. Insha'Allah! ¿Y qué pasaría con Erikki? Insha'Allah!». Y entonces recordó a Erikki diciendo: «Insha'Allah está muy bien. Azadeh, y es una gran excusa, pero Dios, cualquiera que sea el nombre que se le dé necesita que de vez en cuando le echemos una mano los de la Tierra».

«Sí. Te aseguro que estoy preparada, Erikki. Mañana es mañana y ayudaré, cariño. Te sacaré de esto como sea».

Tranquilizada, apagó la vela, se acurrucó debajo de las sábanas y las mantas sin quitarse el suéter y los pantalones de esquiar. La luz de la luna penetraba por las ventanas. Pronto entró en calor, y eso, añadido a la fatiga y a su juventud, la hizo sumirse en un profundo sueño sin pesadillas.

Se despertó de repente en plena noche. El picaporte giraba suavemente. La mano de Azadeh se cerró sobre la aguja, mientras seguía acostada, vigilando la puerta. El picaporte giró hasta el límite, la puerta se movió una fracción pero no cedió, sujeta fuertemente por la silla que crujió bajo la presión. Al cabo de un momento, el picaporte volvió a su posición primitiva. De nuevo el silencio. Ni pisadas ni respiración. Y el picaporte no se movió ya. Azadeh sonrió para sí. Johnnie también le había enseñado cómo colocar la silla. «Ah, querido, espero que encuentres la felicidad que buscas», se dijo, y volvió a dormirse de cara a la puerta.

Ahora estaba despierta y descansada, y sabía que era mucho más fuerte que el día anterior, que estaba más preparada para la batalla que pronto comenzaría. «Sí, por Dios», se dijo, preguntándose qué sería lo que la había arrancado de su sueño. Los ruidos de la circulación y de los vendedores callejeros. No, esos no. Y entonces dieron con los nudillos en la puerta.

—¿Quién es, por favor?

—El comandante Ikail.

—Un momento, por favor.

Se calzó las botas, se arregló el suéter y el cabello y, luego apartó hábilmente la silla.

—Buenos días comandante Effendi.

El comandante miró la silla divertido.

—Ha sido muy prudente inmovilizando la puerta. No vuelva a hacerlo…, sin permiso. —Luego la miró escudriñador—. Parece estar descansada. Bien. He pedido café y pan del día para usted. ¿Qué otra cosa desearía?

—Solo que nos deje ir. A mí y a mi marido.

—¿De verdad? —Entró en la habitación cerrando tras de sí la puerta y cogiendo la silla se sentó, de espaldas a la luz del sol que entraba a raudales por la abierta ventana—. Eso podría arreglarse con su colaboración.

Al entrar el comandante en la habitación Azadeh había retrocedido con naturalidad y, en aquel momento, estaba sentada al borde de la cama, con la mano a solo unas pulgadas de la almohada.

—¿A qué colaboración se refiere, comandante Effendi?

—Sería prudente no llegar a un enfrentamiento —le dijo tranquilamente—. Si usted colabora…, y regresa a Tabriz por iniciativa propia, su marido permanecerá esta noche custodiado y mañana será enviado a Estambul.

—¿Adónde en Estambul? —Se oyó a sí misma decir.

—Primero a la cárcel, por su propia seguridad y donde su embajador podrá verle, para dejarle luego en libertad si es la Voluntad de Dios.

—¿Por qué habrían de enviarle a la cárcel si no ha hecho nada com…?

—Han puesto precio a su cabeza. Vivo o muerto —dijo el comandante con gravedad—. Necesita protección…, hay docenas de sus compatriotas en la aldea y cerca de aquí, muriéndose de hambre prácticamente. También usted necesita protección. ¿Acaso no es una

víctima perfecta para un secuestro? ¿No cree que el Khan pagaría de inmediato y con generosidad un rescate por su única hermana?

—Estaría dispuesta a regresar si eso ayudara a mi marido —dijo ella al punto—. Pero si regreso, ¿qué…, qué garantía tengo de que se le protegerá y de que lo enviarán a Estambul, comandante Effendi?

—Ninguna. —Se puso en pie, dominándola con su estatura—. La alternativa es que si usted no colabora por voluntad propia, será enviada hoy mismo a la frontera y él…, él habrá de correr el riesgo.

Azadeh no se levantó, ni tampoco apartó la mano de la almohada. Ni siquiera levantó la vista hacia él. «Estaría dispuesta a hacerlo, se decía, pero una vez que yo me haya ido, Erikki quedará indefenso. ¿Colaborar? ¿Quiere eso decir acostarme con este hombre libremente?».

—¿Cómo habría de colaborar? ¿Qué quiere que haga? —preguntó, dándose cuenta con rabia que su voz parecía más débil que antes.

El comandante rio y dijo sardónico:

—Lo que a todas las mujeres les resulta difícil de hacer: ser obediente y hacer todo lo que se les dice sin protestas y dejar de querer pasarse de listas. —Dio media vuelta—. Permanecerá aquí en el hotel. Volveré más tarde. Espero que para entonces estará ya dispuesta… a darme la respuesta adecuada.

Salió, cerrando la puerta tras de sí.

«Si intenta forzarme le mataré —se dijo Azadeh—. No puedo acostarme con él a modo de trueque…, mi marido jamás me lo perdonaría y yo tampoco podría perdonármelo, porque los dos sabemos que el acto no garantizaría su libertad ni la mía y, aun cuando la obtuviéramos por ello, Erikki no podría vivir sabiéndolo y trataría de vengarse. Y yo tampoco podría vivir conmigo misma».

Azadeh se levantó y se acercó a la ventana. Desde allí contempló la ajetreada aldea, las montañas cubiertas de nieve que la rodeaban, y la frontera, tan cerca.

—La única posibilidad que tiene Erikki es que yo regrese —murmuró—. Pero no puedo, al menos sin la aprobación del comandante. Y aun así…

EN LA COMISARÍA DE POLICÍA: 11.58 DE LA MAÑANA. Bajo los férreos puños de Erikki, la parte inferior del barrote de hierro central de la ventana se soltó, provocando una leve lluvia de cemento. Lo colocó de nuevo apresuradamente en su hueco y atisbó por la puerta, semejante a la de una jaula, hacia los dos extremos del corredor. No se veía carcelero alguno. Rápidamente amontonó pequeños trozos de cemento y de cascotes alrededor de la base enmascarándola… Había estado trabajando durante toda la noche con aquel barrote, semejante a un perro con un hueso. Ahora, ya disponía de un arma y de una palanca para habérselas con los otros barrotes.

«Me costará media hora, no más», se dijo, y volvió a sentarse, satisfecho, en el catre. La noche anterior, una vez el policía le hubo llevado la cena lo dejó solo, confiado en la fortaleza de la jaula. Aquella mañana le habían llevado café que sabía a rayos y un trozo de pan tosco, y se le habían quedado mirando sin entenderle cuando le preguntó por el comandante y por su mujer. Erikki no sabía la palabra turca que correspondía a «comandante» ni tampoco el nombre del oficial, pero había señalado la solapa de su chaqueta queriendo indicar la graduación del hombre y entonces comprendieron, pero se limitaron a encogerse de hombros, volvieron a hablar en turco que él, a su vez, no entendió, y se fueron. El sargento no había vuelto a aparecer.

«Los dos sabemos lo que hemos de hacer —se dijo—, Azadeh y yo, cada uno de nosotros está en peligro, cada uno lo hará lo mejor que sabe. Pero si llegasen a tocarla o a sufrir algún daño, ningún Dios podrá ayudar a quien la toque mientras yo viva. ¡Lo juro!».

Se abrió la puerta al extremo del corredor. El comandante avanzó hacia él.

—Buenos días —dijo, rebelándose su olfato ante aquel imposible hedor.

—Buenos días, comandante. Por favor, ¿dónde está mi mujer y cuándo va a dejarnos ir?

—Su mujer está en la aldea, completamente a salvo y descansada. Yo mismo la he visto. —El comandante le miró pensativo, observó la suciedad de sus manos y recorrió atentamente con la mirada la cerradura de la jaula, los barrotes de la ventana, el suelo y el techo—. Su seguridad y el trato que reciba dependen de usted. ¿Lo comprende?

—Sí, sí, lo comprendo. Y como oficial de más alta graduación aquí le hago responsable de ella.

El comandante rio.

—Bien —dijo sardónico, una vez recuperada la seriedad—. Parece ser que lo mejor sería evitar un enfrentamiento. Si colabora, permanecerá aquí esta noche y mañana le enviaré custodiado a Estambul, donde su embajador podrá verle si así lo desea, para ser juzgado por los delitos de que se le acusa o, en su defecto, proceder a su extradición.

Erikki dio de lado sus propios problemas.

—Traje a mi mujer aquí contra su voluntad. Ella no ha hecho nada, debería volver a casa. ¿Pueden escoltarla hasta allí?

El comandante lo observaba cauteloso.

—Eso depende de su colaboración.

—Le pediré que regrese. Insistiré, si eso es lo que quiere decir.

—Se la puede enviar de nuevo a Irán —dijo el comandante poniéndole a prueba—. Sí, claro. Pero desde luego es posible que, de camino hacia la frontera o incluso en el propio hotel, su mujer sea «secuestrada» de nuevo, pero en esta ocasión por bandidos, por bandidos iraníes, realmente salvajes, para retenerla en las montañas durante uno o dos meses, hasta que el Khan la rescate.

El rostro de Erikki adquirió un color ceniciento.

—¿Qué quiere que haga?

—No lejos de aquí está el ferrocarril. Esta noche podríamos llevarle secretamente hasta él y conducirlo sano y salvo a Estambul. Serían retirados los cargos contra usted. Podríamos darle un buen trabajo, volando, entrenando a nuestros aviadores…, durante dos años. A cambio, usted aceptaría convertirse en agente secreto para nosotros, nos facilitaría información sobre Azerbaiyán, en especial sobre ese soviético que ha mencionado Mzytryk, información sobre el Khan Hakim, dónde y cómo vive, cómo se puede entrar en el palacio… y todo cuanto se necesite.

—¿Y qué hay de mi mujer?

—Se quedaría en Van por propia voluntad, como rehén para garantizar su comportamiento… durante uno o dos meses. Después podría reunirse con usted, dondequiera que estuviese.

—Siempre que hoy regrese escoltada, sana y salva junto al Khan Hakim y se me demuestre que en realidad está sana y salva, haré lo que me piden.

—Acepta usted o no acepta —dijo impaciente el comandante—. No estoy aquí para discutir con usted.

—Por favor. Ella no tiene nada que ver con cualquier delito que yo haya podido cometer. Por favor, déjela ir. ¡Por favor!

—¿Nos cree locos? ¿Acepta o no?

—Sí, pero primero quiero que ella esté a salvo. ¡Primero!

—Tal vez le guste verla mancillada. Primero.

Erikki se lanzó contra él detrás de los barrotes y la puerta de la jaula se estremeció bajo el impacto. Pero el comandante permaneció allí en pie, muy cerca de la puerta aunque fuera de su alcance, y rio ante la inmensa mano que, impotente, trataba de llegar a él. Había calculado la distancia exactamente, demasiado práctico para que le pillaran descuidado. Era un investigador demasiado experimentado para no saber cómo incitar, amenazar y tantear, cómo burlarse y exagerar y manipular con el propio miedo y el terror del prisionero. Cómo tergiversar las verdades a través de la cortina de mentiras y verdades a medias inevitables…, a fin de obtener la verdad real.

Sus superiores habían dejado que él decidiera sobre ellos. Ahora ya había tomado su decisión. Sin apresuramiento sacó su revólver y apuntó a la cara de Erikki. Y amartilló el arma. Erikki no retrocedió, siguió aferrado a los barrotes con sus grandes manos, respirando entrecortadamente.

—Bien —dijo el comandante con calma, enfundando de nuevo el arma—. Ya ha sido advertido de que su comportamiento es garantía del trato que reciba su esposa.

Dicho lo cual se alejó por el corredor. Una vez solo, Erikki luchó por arrancar la puerta de sus goznes. Mas todo fue inútil. La puerta crujió, pero se mantuvo firme.

EN EL AEROPUERTO INTERNACIONAL DE AL SHARGAZ: 4.39 DE LA TARDE. Gavallan observaba desde el asiento de su coche cómo la escotilla de carga de un «747» se cerraba sobre la mitad de uno de sus «212», cajas con repuestos y rotores. Pilotos y mecánicos embarcaban febriles en el segundo jumbo, ya solo faltaba por subir a bordo otro armazón de «212», una docena de cajas y montones de maletas.

—Vamos exactamente con el horario fijado, Andy —dijo Rudi, el jefe de operaciones, simulando no darse cuenta de la palidez de su amigo—. Media hora.

—Bien. —Gavallan le alargó algunos papeles—. Aquí están las autorizaciones para que todos los mecánicos vayan en él.

—¿Ningún piloto?

—No. Todos los pilotos tienen reserva en el vuelo de la «BA». Pero asegúrate bien de que estén en Inmigración a las seis y diez. «BA» no puede retrasar el vuelo. Asegúrate de que todo el mundo esté allí, Rudi. Todos han de ir en ese vuelo. Lo he prometido.

—No te preocupes. ¿Qué hay de Duke y Manuela?

—Ya se han ido. El doctor Nutt se fue con ellos así que ya no hay de qué preocuparse por ellos. Yo… creo que eso es todo. —A Gavallan le resultaba difícil coordinar las ideas.

—¿Tú y Scrag os iréis como habíais pensado, a Bahrein, en el de las seis treinta y cinco?

—Sí, Jean-Luc irá a recogernos. Nos llevamos a Kasigi para que cierre su operación y se prepare para sus pájaros con destino a «Iran-Toda». Así que os despediré a todos.

—Te veré en Aberdeen. —Rudi le estrechó la mano con fuerza y se alejó rápidamente.

Gavallan pisó el embrague, metió la velocidad y soltando un taco volvió a la oficina.

—¿Alguna novedad, Scrag?

—No, no, todavía nada. Ha llamado Kasigi. Le dije que ya estaba todo arreglado, le di las matrículas de los helicópteros, y los nombres de los pilotos y los mecánicos. Ha dicho que tiene reserva en nuestro vuelo para Kuwait, esta noche y que desde allí irá a Abadán y luego a «Iran-Toda». —Scragger estaba tan inquieto como los demás por el aspecto de Gavallan—. Tienes cubiertas todas las posibilidades, Andy.

—¿De veras? Lo dudo, Scrag. Aún no he logrado sacar a Erikki y a Azadeh.

Durante toda la noche, hasta una hora muy tardía en Londres, Gavallan se había puesto en contacto con todas las personalidades importantes que pudo recordar. El embajador finlandés se había mostrado escandalizado.

—¡Pero eso es imposible! No puede ser que uno de nuestros nacionales esté implicado en semejante asunto. ¡Imposible! ¿Dónde estará usted mañana a esta hora?

Gavallan se lo había dicho y había visto la noche convertirse en aurora. No había forma de ponerse en contacto con el Khan Hakim salvo a través de Newbury, y este ya había barajado esa posibilidad.

—Es realmente difícil, Scrag, qué se le va a hacer. —Más bien reacio descolgó el teléfono y seguidamente lo colgó de nuevo—. ¿Estáis todos preparados para iros?

—Sí, Kasigi se reunirá con nosotros en la puerta. He enviado todas nuestras maletas a la terminal y he hecho que las registren.

Podemos quedarnos aquí hasta el último momento e ir directamente allí.

Gavallan se quedó mirando al aeropuerto. Un día ajetreado, normal, amable.

—No sé qué hacer, Scrag. Ahora ya no sé qué hacer.

EN LA COMISARÍA DE POLICÍA DE LA ALDEA TURCA: 5.18 DE LA TARDE.

—… como usted diga, Effendi. ¿Ordenará las medidas necesarias? —dijo el comandante con tono deferente, por teléfono. Estaba sentado delante de la única mesa de escritorio que había en la pequeña y sucia oficina. Cerca de él el sargento en pie y sobre la mesa, el kukri y el cuchillo de Erikki—. Bien. Sí…, sí, de acuerdo. Salaam. —Colgó el teléfono, encendió un cigarrillo y se levantó—. Estaré en el hotel.

—Sí, Effendi. —El sargento tenía una mirada divertida que procuró disimular. Observó al comandante arreglarse la guerrera y el pelo y ponerse el fez, envidiándole su graduación y poder. Sonó el teléfono.

—Sí, aquí la Policía. ¿Eh?, hola, sargento. —Escuchó con asombro creciente—. Pero… sí… sí, muy bien. —Desconcertado colgó de nuevo el teléfono—. Es… es el sargento Urbil, en la frontera, comandante Effendi. Hay un camión de las Fuerzas Aéreas de Irán con Green Bands y un mulá, que vienen a llevarse al prisionero y a ella de nuevo a Ir…

El comandante gritó furioso.

—En el Nombre de Dios, ¿quién ha permitido que gentes hostiles crucen nuestra frontera? ¿Es que no existen órdenes respecto a mulás y revolucionarios?

—No lo sé, Effendi —dijo el sargento, asustado ante aquella repentina furia—. Urbil ha dicho que están agitando documentos oficiales e insisten…, todo el mundo sabe lo del helicóptero iraní, así que les dejó pasar.

—¿Van armados?

—No lo ha dicho, Effendi.

—Reúna a sus hombres, a todos ellos, armados con metralletas.

—Pero…, ¿qué pasa con el prisionero?

—Olvídese de él —dijo el comandante saliendo como un vendaval y jurando.

EN LOS ALREDEDORES DE LA ALDEA: 5.32 DE LA TARDE. El camión de las Fuerzas Aéreas iraníes, un vehículo de cuatro ruedas, en parte cisterna y en parte camión, giró saliendo del camino lateral que era poco más que un sendero de cabras, y se adentró en la nieve, cambió de velocidad y se dirigió hacia el «212». Ya en las proximidades, el centinela de la Policía se adelantó a recibirles.

Saltaron del vehículo una media docena de jóvenes armados, con brazaletes verdes, seguidos de otros tres individuos uniformados pertenecientes a las Fuerzas Aéreas que no llevaban armas, y un mulá. Este último se colgó al hombro su «Kalashnikov».

—Salaam. Estamos aquí para tomar posesión de nuestra propiedad en nombre del Imán y del pueblo —dijo el mulá con tono pomposo—. ¿Dónde se encuentran el secuestrador y la mujer?

—Yo…, yo no sé nada de eso. —El policía estaba aturdido. La orden había sido terminante: que montara la guardia y mantuviera alejado a todo el mundo hasta que le dijeran otra cosa.

—Será mejor que vayan antes a la Comisaría de Policía y se lo digan a ellos. —Vio cómo uno de los de las Fuerzas Aéreas abría la portezuela de la carlinga y hurgaba en el interior. Los otros dos se dedicaban a desenrollar las mangueras de repostar combustible—. Eh, ustedes tres, no les está permitido acercarse al helicóptero sin permiso.

El mulá se interpuso en su camino.

—¡Aquí tiene nuestra autorización! —Empezó a agitar papeles ante la cara del policía lo que contribuyó a irritarle aún más ya que no sabía leer.

—Más vale que vayan antes a la Comisaría… —empezó a decir con voz entrecortada. Y entonces vio con inmenso alivio el coche oficial que se dirigía veloz hacia ellos por la pequeña carretera, procedente de la aldea. Patinó sobre la nieve, avanzó algunos metros más y se detuvo. De él bajaron el comandante, el sargento y dos policías, con armas antidisturbios. El mulá, rodeado de sus Green Bands, se dirigió hacia ellos, impávido.

—¿Quién es usted? —le preguntó el comandante con tono autoritario.

—El mulá Alí Miandiry del comité de Khoi. Hemos venido a tomar posesión de nuestra propiedad, del secuestrador y de la mujer, en nombre del Imán y del pueblo.

—¿Mujer? ¿Se refiere a Su Alteza, la hermana del Khan Hakim?

—Sí. A ella.

—¿Imán? ¿Qué Imán?

—Imán Jomeini, la paz sea con él.

—Ah, el Ayatolá Jomeini —dijo el comandante, ofendido por el tratamiento—. ¿Y qué «pueblo»?

Con la misma energía el mulá le alargó algunos papeles.

—El pueblo de Irán. Aquí tenemos nuestros poderes.

El comandante cogió los papeles y los recorrió rápidamente. Eran dos, garrapateados apresuradamente en farsi. El sargento y los dos policías se habían separado y rodeaban el camión, empuñando las metralletas. El mulá y los Green Bands les vigilaban despectivos.

—¿Por qué no han sido extendidos en la forma correcta? —preguntó el comandante—. ¿Dónde está el sello de la Policía y la firma del jefe de Policía de Khoi?

—No los necesitamos. Están firmados por el comité.

—¿Qué comité? Yo no sé nada de comités.

—El Comité Revolucionario de Khoi tiene autoridad sobre toda esta área y sobre la Policía.

—¿Esta área? ¡Esta área es Turquía!

—Quiero decir, autoridad sobre el área del otro lado de la frontera.

—¿Quién les ha dado autorización? ¿Dónde está su autorización? ¡Enséñemela!

Una corriente de agresividad sacudió a los jóvenes.

—El mulá ya se la ha enseñado —dijo uno de ellos con tono truculento—. El comité firmó el papel.

—¿Quién lo firmó? ¿Usted?

—Yo lo hice —dijo el mulá—. Es legal. Perfectamente legal. El comité es la autoridad. —Vio que el personal de las Fuerzas Aéreas estaban mirándole—. ¿A qué esperáis? ¡Llenad los depósitos de combustible del helicóptero!

Antes de que el comandante pudiera decir palabra, uno de ellos alegó con tono deferente.

—Perdóneme, Excelencia, el panel está hecho un desastre, algunos de los instrumentos rotos. No podemos volar con él, hasta haberlo repasado. Sería más seguro…

—El Infiel voló desde Tabriz sin dificultad, durante el día y la noche, aterrizó sin novedad. ¿Por qué no podéis volar vosotros durante el día?

—Resulta que sería más seguro hacerle una revisión antes de volar, Excelencia.

—¿Más seguro? ¿Por qué más seguro? —dijo violento uno de los Green Bands dirigiéndose hacia él—. Estamos en manos de Dios haciendo el trabajo de Dios. ¿Quieres retrasar el trabajo de Dios y dejar el helicóptero aquí?

—Claro que no, cl…

—Entonces obedece a nuestro mulá y llena los depósitos. ¡De inmediato!

—Sí, sí, claro —se apresuró a decir el piloto—. Como quieras.

Los tres se dedicaron presurosos a cumplir la orden, ante la estupefacción del comandante que veía cómo el piloto, un capitán, permitía, con tanta facilidad, que un joven gamberro le diera órdenes. Ahora aquel tipo le miraba de nuevo a él, desafiante.

—El comité tiene jurisdicción sobre la Policía, Agha —estaba diciendo el mulá—. La Policía sirvió al satánico Sha y es sospechosa.

¿Dónde están el secuestrador y la…, la hermana del Khan?

—¿Dónde está su autoridad para cruzar la frontera y exigir nada? —El comandante sintió que le dominaba una ira glacial.

—En Nombre de Dios, del Imán Jomeini. ¡Esa es autoridad suficiente! —El mulá señaló con el dedo los papeles. Uno de los jóvenes amartilló su arma.

—No lo haga —le advirtió el comandante—. Si hacen un solo disparo en nuestro suelo, nuestras fuerzas atravesarán la frontera y pegarán fuego a todo, desde aquí a Tabriz.

—Si es la Voluntad de Dios. —El mulá sostuvo la mirada. Tenía los ojos y el cabello oscuros y parecía igualmente decidido. Despreciaba al comandante y al débil régimen que él y su uniforme representaban. A él le daba igual la guerra en ese mismo momento o más tarde, estaba en las manos de Dios y hacía el trabajo de Dios y la palabra del Imán les haría barrer victoriosos por encima de todas las fronteras. Pero no era este el momento de la guerra, había demasiado que hacer en Khoi, aplastar a los izquierdistas, dominar las revueltas, destruir a los enemigos del Imán, y para ello, en aquellas montañas, el valor de cada uno de los helicópteros era incalculable.

—Solo…, solo pido recuperar nuestra propiedad —dijo con tono más razonable. Señaló la matrícula—. Lleva nuestra matrícula, lo que demuestra que nos pertenece, fue robado de Irán…, usted debe de saber que no tenía permiso para abandonar Irán, legalmente sigue siendo propiedad nuestra. Y la orden de detención —el mulá señaló los papeles que el comandante tenía en la mano—, la orden de detención es legal, el piloto secuestró a la mujer, de manera que nos haremos también cargo de ellos. Por favor.

El comandante se enfrentaba a una situación insostenible. No podía entregar al finlandés y a su mujer a gentes ilegales, con solo la presentación de un trozo de papel ilegal, ello constituiría una grave negligencia en el cumplimiento del deber y podría costarle la cabeza incluso. Si el mulá le obligaba a tomar una decisión, tendría que ofrecer resistencia y defender la Comisaría de Policía, pero

resultaba obvio que para hacerlo contaba con un número insuficiente de hombres, siendo evidente que fracasaría en el intento. Además, estaba igualmente convencido de que el mulá y los Green Bands se hallaban dispuestos a morir en aquel mismo momento y, él, por el contrario, no lo estaba.

Decidió jugar una carta.

—El secuestrador y Lady Azadeh fueron enviados esta mañana a Van. Para lograr su extradición tendrá que dirigirse al Cuartel General del Ejército, no a mí. La… la importancia de la hermana del Khan ha obligado al Ejército a hacerse cargo de los dos.

El rostro del mulá quedó hierático.

—¿Cómo podemos saber que eso no es una mentira? —dijo uno de los Green Bands con gesto torvo.

El comandante giró rápido hacia él, el joven dio un salto atrás. Los Green Bands apostados detrás del camión apuntaron sus armas, los aviadores, que no llevaban armas, se tiraron al suelo irritados, el comandante se llevó la mano al revólver.

—¡Basta! —ordenó el mulá.

Le obedecieron al instante, incluso el comandante, furioso consigo mismo por permitir que el orgullo y los reflejos se hubieran sobrepuesto al dominio de sí mismo. El mulá reflexionó un momento, considerando las posibilidades.

—Presentaremos la solicitud en Van —dijo finalmente—. Sí, eso es lo que haremos. Pero no hoy. Hoy nos haremos cargo de nuestra propiedad y nos iremos. —Permaneció allí, con las piernas ligeramente separadas, el rifle de asalto colgado del hombro, supremamente seguro de sí mismo.

El comandante luchó por disimular su alivio. Para él y sus superiores el helicóptero no tenía valor alguno y solo representaba algo realmente embarazoso.

—Estoy de acuerdo en que lleva matrícula iraní —dijo con tono cortante—. En cuanto a la propiedad…, no sé. Si firma un recibo dejando pendiente la propiedad, puede llevárselo e irse.

—Le firmaré un recibo por nuestro helicóptero.

Al dorso de la orden de detención el comandante garrapateó un texto que le satisfacía a él y que acaso diera también satisfacción al mulá. Este se volvió y miró ceñudo a los aviadores que empezaron presurosos a enrollar de nuevo las mangueras de combustible, mientras que el piloto se situaba una vez más junto a la carlinga, limpiándola de nieve.

—¿Estás ya preparado, piloto?

—Cuando quieras, Excelencia.

—Aquí lo tiene —dijo el comandante al mulá, entregándole el papel. Con expresión burlona, apenas disimulada, el mulá lo firmó sin leerlo.

—¿Estás ya preparado, piloto? —repitió.

—Sí, Excelencia, sí. —El joven capitán miró al comandante y este vio, o creyó ver, la desesperación en sus ojos y la súplica sin palabras de que le ofrecieran un asilo político que él, por su parte, no podía darle—. ¿Puedo ponerlo en marcha?

—¡Ponlo en marcha! —dijo el mulá con tono imperioso—. ¡Naturalmente, ponlo ya en marcha! —En cuestión de segundos, los motores empezaron a ronronear suavemente mientras que los rotores iban adquiriendo velocidad—. Vosotros, Alí y Abrim, regresaréis con el camión a la base.

Los dos jóvenes se instalaron obedientemente junto al conductor del camión. El mulá les hizo seña de que se pusieran en marcha y a los demás de que subieran a bordo del helicóptero. Los rotores cortaban ya el aire y esperó a que todos estuvieran en la cabina. Descolgó el arma de su hombre, se instaló junto al piloto y cerró la portezuela.

La potencia de los motores aumentó, se produjo un despegue dificultoso, y el «212» se elevó bamboleante, alejándose. El sargento, furioso, les apuntó con la metralleta.

—Puedo hacer volar de los cielos a esas repugnantes mierdas, comandante.

—Sí, sí, claro que podemos. —El comandante sacó su pitillera—. Pero se lo dejaremos a Dios. Tal vez Dios lo haga por nosotros. —

Hizo funcionar el encendedor con dedos temblorosos, aspiró y siguió con la vista al camión y al helicóptero que se alejaban—. Habría que enseñar modales y dar una lección a esos perros. —Se dirigió al coche y subió a él—. Déjame en el hotel.

EN EL HOTEL: Azadeh estaba asomada a la ventana, escudriñando el cielo. Había oído despegar al «212» y elevarse, y alentaba la esperanza imposible de que Erikki, de alguna manera, hubiera podido escapar.

—¡Oh, Dios, permite que lo haya logrado!

También los aldeanos miraban al cielo y Azadeh pudo ver el helicóptero regresando en dirección a la frontera. Se sintió angustiada. ¿Acaso ha cambiado su libertad por la mía? ¡Oh, Erikki!

Entonces vio al coche de policía que entraba en la plaza, se detenía delante del hotel, y el comandante que bajaba de él. Se estiró la guerrera. Se puso pálida. Cerró resuelta la ventana y se sentó en la silla, de cara a la puerta y cerca de la almohada. Esperó. Esperó. Escuchó pisadas. La puerta se abrió.

—Sígame —le dijo el comandante—. Por favor.

Por un instante Azadeh no le entendió.

—¿Qué?

—Sígame, por favor.

—¿Por qué? —preguntó ella suspicaz, esperando una añagaza y no queriendo abandonar la seguridad de su aguja oculta—. ¿Qué es lo que pasa? ¿Es mi marido quien pilota el helicóptero? ¿Lo ha devuelto usted a Irán? —Sintió que iba perdiendo rápidamente el valor. Su inquietud ante la posibilidad de que Erikki pudiera haberse entregado a cambio de su seguridad, la tenía frenética—. ¿Lo está pilotando?

—No. Su marido está en la Comisaría. Vinieron unos iraníes en busca del helicóptero, de él y de usted. —Ahora que la crisis se había resuelto, el comandante se sentía muy a gusto—. El aparato

tenía matrícula iraní, carecía de autorización para salir de Irán y, por lo tanto, aún seguían teniendo derechos sobre él. Y ahora, sígame.

—¿Adónde, por favor?

—Creí que le gustaría ver a su marido. —El comandante disfrutaba mirándola, disfrutaba con el peligro preguntándose dónde llevaría oculta el arma. «Estas mujeres siempre llevan consigo un arma o veneno de algún tipo, alguna suerte de muerte acechando al violador desprevenido, fácil de dominarla si estás preparado, vigilas sus manos y no te encandiles»—. ¿Bien?

—¿Hay…, hay iraníes en la Comisaría de Policía?

—No. Estamos en Turquía, no en Irán. Y ningún enemigo la está esperando. Venga, no tiene nada que temer.

—Bajaré…, bajaré en seguida.

—Sí, bajará… de inmediato —dijo él—. No necesita el bolso, solo la chaqueta. Y dese prisa antes de que cambie de idea. —Vio en sus ojos el chispazo de ira y ello le divirtió todavía más.

Pero esta vez, Azadeh obedeció. Echando chispas, se puso la chaqueta y bajó las escaleras, exasperada por su indefensión. Cruzó la plaza andando junto al comandante seguidos por todas las miradas. Entró en la Comisaría y en la misma habitación que había estado anteriormente.

—Espere aquí, por favor.

El comandante cerró la puerta y entró en su despacho. El sargento le alargó el teléfono.

—Está al aparato el capitán Tanazak, oficial de servicio en el puesto de servicio, señor.

—¿Capitán? Comandante Ikail. La frontera queda cerrada para todos los mulás y Green Bands hasta nueva orden. Arreste al sargento que dejó pasar a algunos hace un par de horas y envíele a Van sin pérdida de tiempo. Va a volver un camión iraní. Ordene que sea retenido durante veinte horas y que detengan a los hombres que vayan en él. En cuanto a usted, será sometido a consejo de guerra por no haber cumplido las instrucciones relativas a hombres

armados. —Colgó el teléfono y consultó el reloj—. ¿Está el coche preparado, sargento?

—Sí, Effendi.

—Bien.

El comandante salió de la habitación y se dirigió por el corredor hasta la jaula, seguido del sargento. Erikki no se levantó. Solo sus ojos se movieron.

—Ahora, Mr. Piloto, si está dispuesto a mantener la calma, a controlarse y a no seguir comportándose de manera estúpida, le traeré a su mujer para que la vea.

—Si usted o cualquier otro la toca, juro que lo mataré, le haré pedazos —habló Erikki con tono cortante.

—Estoy de acuerdo que debe resutarle muy difícil tener una mujer semejante. Es preferible tener una fea que una como ella…, a menos que la guarde en purdah. Y ahora, ¿quiere verla o no?

—¿Qué tengo que hacer?

—Mantenga la calma, contrólese y no se comporte de manera estúpida —dijo irritado el comandante. Luego, dirigiéndose al sargento—: Ve a buscarla.

Erikki no podía imaginar otra cosa que un desastre o algún truco. Pero, de repente, la vio al final del corredor, sana y salva, y estuvo a punto de llorar de alivio. Y lo mismo le pasó a ella…

—¡Erikki!

—Ahora escúchenme ambos —dijo el comandante, lacónico—. Aunque ustedes dos nos han causado muchas dificultades y provocado situaciones embarazosas, he llegado a la conclusión de que han dicho la verdad, de manera que les enviaré de inmediato, con toda discreción, a Estambul, acompañados de un policía para ser entregados a su embajador, también con discreción…, que sean expulsados, una vez más con discreción.

Se le quedaron mirando, atónitos.

—Entonces, ¿vamos a ser libres? —preguntó Azadeh aferrándose a los barrotes.

—Al momento. Esperamos que se muestren discretos… Eso forma parte del trato. Discreción. Y eso significa que no habrá filtraciones, ni alardes públicos o en privado de cómo han escapado. ¿Están de acuerdo?

—Sí, sí, claro —dijo Azadeh—. Pero sin…, ¿sin trucos?

—En absoluto.

—Pero, pero ¿por qué? Por qué después…, ¿por qué nos deja en libertad? —Las palabras se le atropellaban a Erikki sin poder creerlo todavía.

—Porque les he puesto a prueba a los dos, han pasado la prueba con éxito, no han cometido delitos que nosotros pudiéramos considerar como tales… Sus juramentos son entre ustedes y Dios y no están sometidos a tribunal alguno y, afortunadamente para ustedes, la orden de detención era ilegal y, por tanto, inaceptable. ¡Comité! —farfulló asqueado. Luego se dio cuenta de la forma en que Azadeh y Erikki se miraban. Por un instante, quedó asombrado. Y les envidió.

También resultaba curioso que el Khan Hakim hubiese permitido que un comité extendiera la orden de detención, y que no lo hiciera la Policía, en cuyo caso, la extradición hubiera sido legal. Hizo un gesto al sargento de que se acercara.

—Déjelos en libertad. Les esperaré a los dos en la oficina. No olviden que aún tengo en mi poder las joyas que he de devolverles y también los dos cuchillos.

Dio media vuelta y se alejó.

La puerta de la jaula se abrió con gran estruendo. El sargento vaciló un instante, y luego se salió. Ni Erikki ni Azadeh se dieron cuenta de su marcha, ni tampoco del hedor que invadía la celda. Solo de su mutua presencia, ella fuera de la celda y todavía aferrada a los barrotes; él dentro, cogido también a ellos. No se movieron. Solo sonrieron.

—Insha'Allah —dijo ella.

—¿Por qué no?

Y entonces Erikki, desorientado todavía por su liberación gracias a un hombre honrado a quien, momentos antes considerara un compendio de maldad, recordó lo que el comandante le dijera sobre el purdah y lo deseable que Azadeh era. Y pese a su deseo de no estropear el milagro que se había producido, se oyó decir a sí mismo:

—Me gustaría dejar aquí todo lo malo, Azadeh. ¿Sería posible? ¿Qué pasó con John Ross?

La sonrisa de ella no se alteró y supo que estaban al borde del abismo. Se lanzó confiada a él, contenta por aquella oportunidad.

—Hace ya mucho tiempo, en nuestros comienzos, te dije que hubo una vez, cuando aún era muy joven, en que le conocí —dijo Azadeh con voz tierna, conteniendo su ansiedad—. En la aldea y en la base, me salvó la vida. Cuando vuelva a encontrarle, si es que eso ocurre, le sonreiré y me sentiré feliz. Te suplico que hagas tú lo mismo. El pasado es el pasado y así debe quedar, en pasado.

«Acéptalo y también a él, Erikki, ahora y para siempre —le suplicaba en silencio—, o nuestro matrimonio se acabará ahora mismo, y no porque yo lo quiera, sino porque tú mismo te habrás acobardado, harás de tu vida un suplicio y no me querrás cerca de ti. Entonces regresaré a Tabriz y empezaré una nueva vida, bien es verdad que embargada de tristeza, pero eso es lo que he decidido hacer. No quiero recordarte la promesa que me hiciste antes de casarme, no quiero humillarte… Pero es horrible, por tu parte, que la hayas olvidado. Aunque te lo perdono porque te amo. Dios mío, los hombres son tan extraños, tan difíciles de comprender… ¡Por favor, recuérdale el juramento que una vez hiciera!».

—Deja que el pasado descanse en el pasado, Erikki —murmuró —. Por favor. —Le suplicaba con la mirada como solo una mujer enamorada puede hacerlo.

Pero él evitó sus ojos, abrumado por su propia estupidez y celos. «Azadeh tiene razón —se estaba gritando en silencio—. Eso es el pasado. Azadeh me habló de él con toda sinceridad y yo le prometí,

libremente, que podría soportarlo. Además, él le salvó la vida. Tiene razón, pero aun así, estoy seguro de que lo ama».

Atormentado, bajó la vista mirándola al fondo de los ojos. Una puerta se cerró de golpe dentro de su cabeza, y él tiró la llave.

—Estoy de acuerdo, tienes toda la razón. ¡Os amo a ti, y a Finlandia, para toda la vida!

La levantó del suelo y la besó y ella le besó a su vez y luego le abrazó con fuerza, más feliz de lo que jamás se sintiera, mientras él la llevaba en brazos, sin esfuerzo alguno, por el corredor.

—¿Habrá saunas en Estambul? ¿Crees que nos dejarán llamar por teléfono, solo una llamada? ¿Crees…?

Pero Azadeh no lo escuchaba. Sonreía para sí.

BAHREIN. EN EL HOSPITAL INTERNACIONAL: 6.03 DE LA TARDE. En la habitación de Mac sonó el teléfono con sordina y Genny despertó de su agradable ensoñación en la terraza. Mac dormitaba junto a ella en una butaca. Se levantó sin hacer el menor ruido de su asiento pues no quería despertarle y lo cogió.

—Habitación del capitán McIver —dijo en voz queda.

—Siento molestarles. ¿Podría hablar un momento con el capitán McIver? Soy el ayudante de Mr. Newbury en Al Shargaz.

—Lo siento, está durmiendo. Soy Mrs. McIver. ¿Podría darme el mensaje?

—Tal vez sea mejor que le diga que me llame. Bertram Jones —dijo la voz vacilante.

—Si es importante más vale que me lo diga a mí.

De nuevo la vacilación.

—Muy bien. Gracias —dijo finalmente—. Es un télex para él de nuestro cuartel general en Teherán, dice así: «Rogamos informen al capitán D. McIver, director gerente de "IHC", que uno de sus pilotos, Thomas Lochart, y su mujer, resultaron muertos accidentalmente durante una manifestación». —La voz subió un tono—. Lamento las malas noticias, Mrs. McIver.

—Es… está bien. Muchas gracias. Se lo transmitiré a mi marido. Gracias.

Colgó el teléfono en silencio. Vio su imagen reflejada en el espejo. Había perdido el color y tenía el rostro desencajado por la pena.

«Dios mío. No puedo dejar que Duncan me vea o que lo sepa porque pued…».

—¿Quién era, Gen? —le preguntó desde fuera McIver, que todavía estaba medio dormido.

—Puede…, puede esperar, amor. Vuelve a dormirte.

—Es estupendo lo de las pruebas, ¿eh?

Los resultados habían sido excelentes.

—Maravilloso…, vuelvo dentro de un momento. —Se fue al cuarto de baño y, cerrando la puerta, se echó agua a la cara. «No puedo decírselo, realmente no puedo, tengo que protegerle. ¿Debería llamar a Andy? —Miró la hora—. No puedo, Andy estará ya en el aeropuerto. Esperaré…, esperaré a que llegue, eso es lo que haré. Iré a recibirle con Jean-Luc y… No puedo hacer nada hasta entonces. ¡Oh, Dios mío, pobre Tom, pobre Sharazad, queridos míos…!».

Rompió a llorar y abrió los grifos para acallar el sonido. Cuando volvió a la terraza, McIver estaba tranquilamente dormido. Genny se sentó y se quedó mirando, sin verla, la puesta de sol.

EN EL AEROPUERTO INTERNACIONAL DE AL SHARGAZ: LA PUESTA DE SOL. Rudi Lutz, Scragger y todos los demás estaban esperando junto a la barrera de su salida, mirando ansiosos en dirección al abarrotado vestíbulo, donde los pasajeros que llegaban o que marchaban iban de un lado a otro.

—Última llamada para el vuelo «BA 532», con destino a Roma y Londres. Suban todos a bordo, por favor.

A través de los inmensos ventanales de cristal podían contemplar el sol casi ya en el horizonte. Todos estaban nerviosos.

—Andy debería haber mantenido aquí a Johnny y el «125» por si fuera necesaria una retirada —murmuró malhumorado Rudi, sin dirigirse a nadie en particular.

—Tenía que enviarlo a Nigeria —dijo Scot a la defensiva—. El Viejo no tenía elección, Rudi. —Pero se dio cuenta de que este no le escuchaba, por lo que encogiéndose a medias de hombros, dijo a Scragger con tono ausente—: ¿De veras vas a dejar de volar, Scragger?

El apergaminado rostro hizo una mueca.

—Durante un año, solo durante un año… Bahrein es formidable para mí, Kasigi es fantástico y no dejaré de volar del todo, nada de eso. No podría, hijo mío. Me da escalofríos solo de pensarlo.

—A mí también, Scrag. Si tuvieras mi edad ¿te dec…? —calló al ver a un funcionario de «BA», sumamente irritado, salir de Seguridad y dirigirse rápido hacia Rudi.

—Definitivamente esta es la última llamada para ustedes, capitán Lutz. Ya lleva cinco minutos de retraso. ¡No podemos detenerlo por más tiempo! Tiene que subir a bordo inmediatamente el resto de su grupo o despegaremos sin ustedes.

—Muy bien —dijo Rudi—. Scrag, dile a Andy que esperamos cuanto nos fue posible. Y si Charlie no lo logra arrójale por el *Gottverdammstechen* puente. Maldita sea «Alitalia» por llegar pronto. Todo el mundo a bordo. —Entregó su pase a la atractiva ayudante de vuelo y una vez hubo atravesado la barrera, permaneció en pie, a un costado pasando revista mientras desfilaban. Freddy Ayre, Pop Kelly, Willi, Ed Vossi, Sandor, Nogger Lane y, por último, Scot, demorándose cuanto pudo hasta que ya no le fue posible esperar por más tiempo—. Eh, Scrag, saluda al Viejo en mi nombre.

—Claro, amigo. —Scragger seguía saludándoles con la mano mientras desaparecía a través de Seguridad. Luego, dio media vuelta y se dirigió a su propia puerta de salida al otro extremo de la terminal donde Kasigi le estaba esperando. El rostro se le iluminó al ver a Pettikin corriendo entre la multitud, con Paula cogida de la

mano y Gavallan a unos veinte pasos detrás. Pettikin la abrazó presuroso y corrió hacia la barrera.

—¡¡¡Por Dios santo, Charlie!!!

—No me des el latazo, Scrag, tenía que esperar a Andy —le dijo Charlie, prácticamente sin aliento. Entregó su pase de embarque, envió un beso a Paula y, atravesando la barrera, desapareció.

—Hola, Paula. ¿Qué diablos pasa?

Paula también estaba sin aliento aunque radiante. Paso el brazo por el de él con un movimiento cariñoso.

—Charlie me ha pedido que pase su permiso con él, *caro*. En Sudáfrica…, y yo tengo parientes cerca de Ciudad de El Cabo, una hermana y su familia, así que me he dicho, ¿por qué no?

—Claro, ¿por qué no? Eso significa que…

—Lo siento, Scrag —le dijo Gavallan reuniéndose con ellos. Estaba jadeante pero parecía veinte años más joven—. Lo siento. He tenido que estar al teléfono durante media hora, parece que hemos perdido el condenado contrato saudita «ExTex» y en parte el del mar del Norte, pero, al diablo con ellos… ¡Traigo grandes noticias! —Tenía una expresión resplandeciente y había rejuvenecido otros diez años. El sol se escondía ya tras el horizonte—. Cuando ya estaba casi en la puerta telefoneó Erikki. Está a salvo y también Azadeh, los dos se encuentran a salvo en Turquía, y…

—¡Aleluya! —gritó Scragger interrumpiéndole y desde el fondo de la zona de espera, más allá de Seguridad, se escucharon los vítores de los otros a quienes Pettikin había dado ya la noticia.

—Luego he tenido una llamada de un amigo desde Japón. ¿De cuánto tiempo disponemos?

—De mucho, veinte minutos. ¿Por qué? Te has perdido por un pelo a Scot, dijo que te diera un mensaje: «Dile al Viejo que todo está en orden».

Gavallan sonrió.

—Formidable. Gracias. —Ya había recuperado el aliento—. Te alcanzaré, Scrag. Espérame, Paula, solo será un momento. —Se dirigió al mostrador de información de JAL—. Buenas tardes. ¿Podría

decirme, por favor, cuándo sale su próximo vuelo desde Bahrein para Hong Kong?

El recepcionista pulsó las teclas de su computadora.

—A las once cuarenta y dos de la noche, Sayyid.

—Excelente. —Gavallan sacó sus billetes—. Cancele mi reserva para el vuelo de «BA» de esta noche con destino a Londres y páseme al…

Los altavoces cobraron vida ahogando sus palabras con la llamada general a la oración. De inmediato, un silencio absoluto se hizo en el aeropuerto.

Y allá arriba, en la vasta inmensidad de las montañas Zagros, a ochocientos kilómetros en dirección Norte, Hussain Kowissi descabalgó de su caballo y luego ayudó a su pequeño hijo a hacer que el camello se arrodillara. Llevaba un chaquetón kash'kai en piel de oveja con cinturón sobre su túnica negra, un turbante blanco, y su «Kalashnikov» cruzado sobre su espalda. La actitud de ambos era solemne y el chiquillo tenía la cara hinchada por el llanto. Juntos ataron a los animales, cogieron sus esteras de rezos y se arrodillaron de cara a La Meca comenzando sus oraciones. El sol, casi desaparecido, se filtraba por una estrecha faja de cielo, encapotado con nubes anunciadoras de nuevas tormentas y de nieve. Pronto acabaron sus oraciones.

—Acamparemos aquí esta noche, hijo mío.

—Sí, padre —dijo el niño, obediente. Se puso a ayudarle a descargar, mientras las lágrimas le corrían por las mejillas una vez más. Su madre había muerto el día anterior—. ¿Estará madre en el Paraíso cuando nosotros lleguemos allí, padre?

—No lo sé, hijo mío. Sí, creo que sí.

El rostro de Hussain no revelaba su dolor. El alumbramiento había sido largo y cruel, sin que él hubiese podido hacer nada para ayudarla salvo tenerle cogida la mano, mientras rezaba para que ni ella ni el niño sufrieran y para que la comadrona fuera eficiente. Esta

lo era, pero el niño nació muerto, no fue posible detener la hemorragia y ocurrió lo que había de suceder.

«Es la Voluntad de Dios», había dicho él. Pero, por primera vez en su vida, esas palabras no le sirvieron de ayuda. Les dio sepultura a ella y al recién nacido. Luego, con inmensa tristeza, había ido a ver a su primo, que también era mulá, confiando a él y a su mujer a sus dos hijos pequeños para que los criaran y cediéndole su puesto en la mezquita hasta que la congregación eligiera a su sucesor. Más tarde, había regresado a Kowiss con el mayor de sus hijos.

—Mañana estaremos ya abajo, en las llanuras, hijo mío. Allí hará más calor.

—Tengo mucha hambre, padre —dijo el chiquillo.

—Yo también, hijo mío —repuso él con sumo cariño—. ¿Ha sido alguna vez de otra manera?

—¿Sufriremos pronto martirio?

—Cuando Dios lo quiera.

El niño tenía seis años y le era muy difícil entender muchas cosas, pero no eso. «Cuando Dios quiera iremos al Paraíso, donde se está caliente, todo es verde y hay más comida de la que nunca puedas tomar y agua limpia y clara para beber. Pero ¿y dónde…?».

—¿Hay joubs en el Paraíso? —preguntó con su vocecilla piadora, apretándose contra su padre en busca de calor.

Hussain le rodeó con su brazo.

—No, hijo mío. No lo creo. No hay joubs y tampoco se necesitan. —Con movimientos desmañados siguió limpiando su arma con un trozo de tela engrasada—. No se necesitan los joubs.

—Será muy extraño, padre, muy extraño. ¿Por qué hemos dejado nuestra casa? ¿Adónde vamos?

—Primero hacia el Noroeste, un camino muy largo, hijo mío. El Imán ha salvado Irán, pero los musulmanes están asediados por los enemigos al Norte, al Sur, al Este y al Oeste. Necesitan la ayuda y guía de la Palabra.

—¿Te ha enviado el Imán, Dios le dé la paz?

—No, hijo mío. Él no ordena nada, solo guía. Voy a hacer libremente el trabajo de Dios, porque yo lo quiero así, el hombre es libre de elegir lo que tiene que hacer. —Vio el ceño fruncido del chiquillo intentando comprender y lo abrazó, sintiendo un gran amor por él—. Ahora somos soldados de Dios.

—Bueno, seré un buen soldado. ¿Querrás decirme otra vez por que dejaste ir a aquellos satánicos, los de nuestra base, y porque les dejaste llevarse nuestras máquinas voladoras?

—A causa de su líder, del capitán —respondió pacientemente Hussain—. Creo que él era un instrumento de Dios, me abrió los ojos al mensaje de Dios de que debo buscar la vida y no el martirio, que deje el momento del martirio en las manos de Dios. Y también porque puso en mis manos un arma invencible contra los enemigos del Islam, cristianos y judíos. La de saber que ellos consideran sacrosanta la vida del individuo.

El chiquillo ahogó un bostezo.

—¿Qué quiere decir sacrosanta?

—Creen que la vida de un individuo no tiene precio, la de cualquier individuo. Nosotros sabemos que toda la vida procede de Dios, que pertenece a Dios, que retorna a Dios y que cualquier vida solo tiene valor mientras haga el trabajo de Dios. ¿Lo entiendes, hijo mío?

—Creo que sí —dijo el niño, ahora ya muy cansado—. Siempre que hagamos el trabajo de Dios iremos al Paraíso, y el Paraíso es para siempre.

—Sí, hijo mío. Haciendo uso del pensamiento del piloto un Creyente puede tener bajo su pie el cuello de diez millones. ¡Divulgaremos esa palabra, tú y yo…! —Hussain se sentía muy contento de tener bien claro su propósito. «Es curioso —se dijo— que el hombre Starke me mostrara el camino»—. Nosotros no somos ni Oriente ni Occidente, solo somos Islam. ¿Lo comprendes, hijo mío?

Pero no hubo respuesta. El chiquillo se había quedado profundamente dormido. Hussain lo acunó contemplando morir al

sol. Su borde desapareció.

—Dios es grande —dijo a las montañas, y al cielo y a la noche—. No hay más Dios que Dios…

CRONOLOGÍA DE LA SAGA ASIÁTICA

1600 — SHOGUN
1841 — TAI-PAN
1862 — GAI-JIN
1945 — REY DE LAS RATAS
1963 — CASA NOBLE
1979 — TORBELLINO

NOTAS

[1] United States Army Air Forces, Fuerzas Aéreas del Ejército de los Estados Unidos, antecesoras de la actual USAF. **<<**

[2] Lā ’ilāha ’illā-llāhu Muhammad rasūlu-llāh. «No hay más dios que Dios, Muhammad es el mensajero de Dios» traducido más habitualmente por «No hay más dios que Alá y Mahoma es su profeta». **<<**

[3] Impuesto religioso anual de hasta la décima parte de la riqueza personal. **<<**

[4] La señal internacional de petición de auxilio de la aviación, un punto por debajo de Mayday (S.O.S.). **<<**

[5] Genio, diablo. **<<**

[6] Buenas noches, Señor. **<<**

[7] Gracias, Excelencia. **<<**